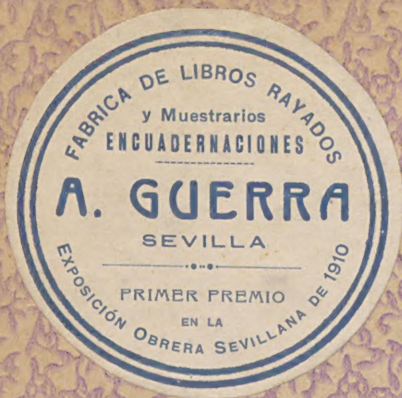
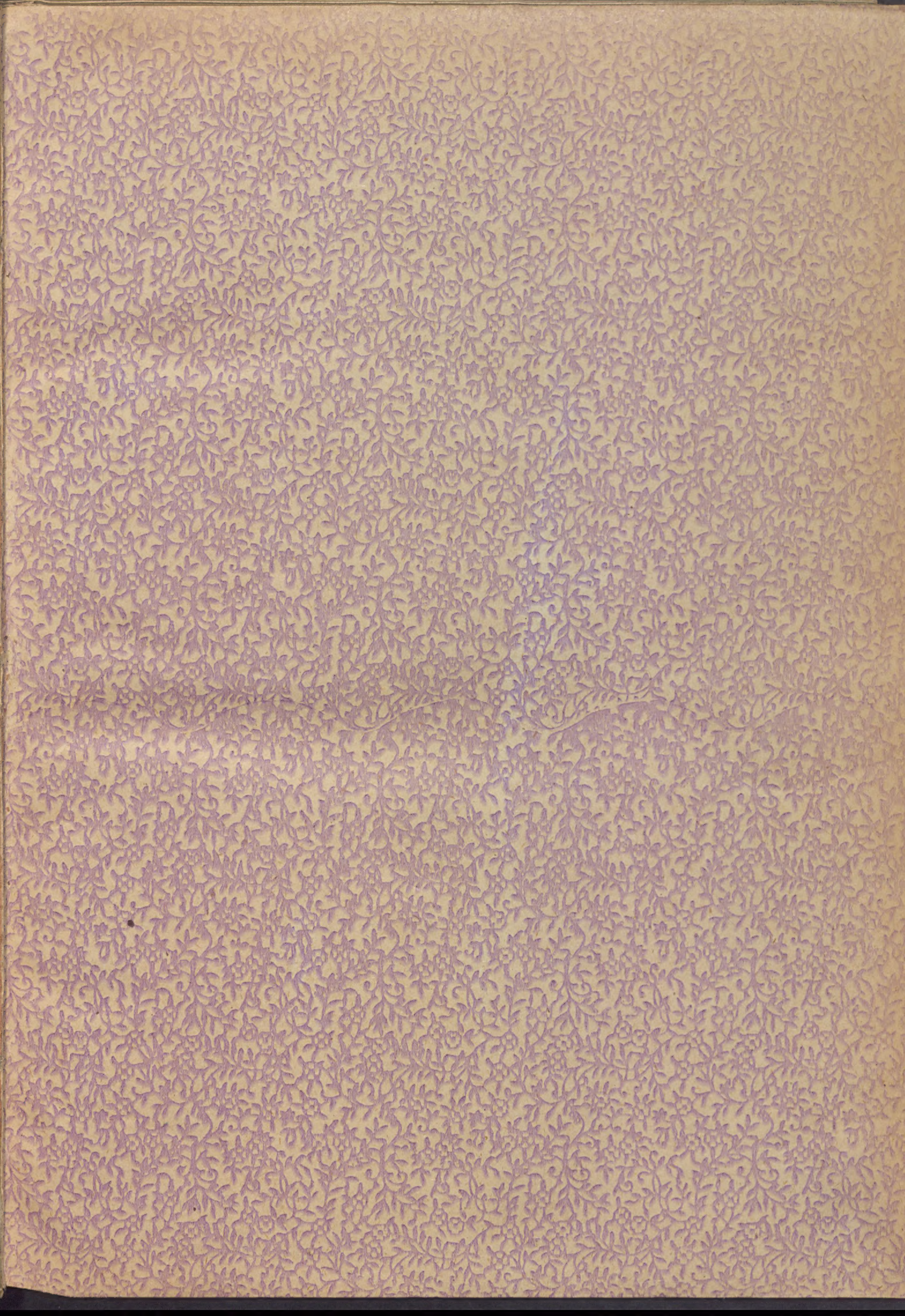
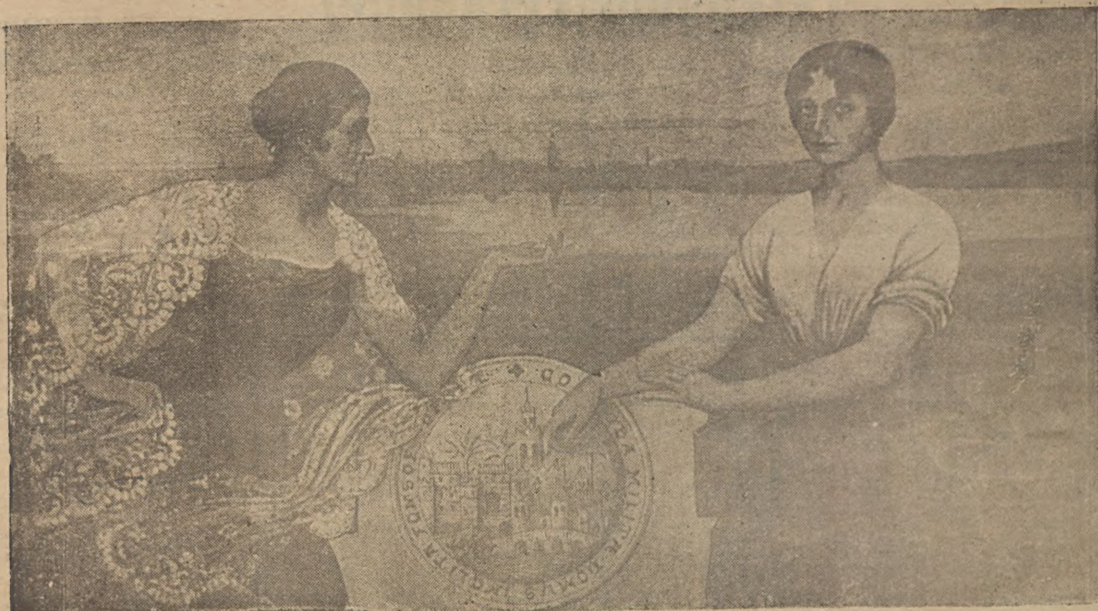

FABRICA DE LIBROS RAYADOS
y Muestrarios
ENCUADERNACIONES
A. GUERRA
SEVILLA
PRIMER PREMIO
EN LA
EXPOSICIÓN OBRERA SEVILLANA DE 1910





CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6

AÑO I	Sábado 19 de Agosto de 1916	NÚM. 1

MANOS A LA OBRA

Obedece la publicación de esta revista al propósito de tratar limpiamente de las cosas y claro es que sin deliberada molestia para las personas. Ni que decir tiene que hablaremos en correcto cordobés, observando la cortesía ingénita, la natural moderación que constituye el tono dominante de las conversaciones de la ciudad. Tendremos muy en cuenta, porque del alma nos sale realmente, que el sentimiento fundamental de Córdoba es la amistad, que no en vano nuestra población ha disfrutado de los esplendores de dos civilizaciones imperecederas—la romana y la árabe—cuyo polvo flota aún en el ambiente, abrillantado por el radioso sol de Andalucía.

Muy cortésmente, por tanto, incluso en términos del mayor afecto siempre que venga a cuento consignaremos nuestro juicio sincero y nuestra serena protesta, advirtiendo que no hemos de arremeter a ciegas contra nada, sino que hemos de ocuparnos en mirar desapasionadamente el problema de España a través de Córdoba, con ánimo de que tambien aquí, usando con la mayor eficacia posible de la libertad de imprenta, se pueda tratar de todas aquellas cuestiones que, más que locales o provinciales, son nacionales, como la de la tierra, en cuanto a parcelamiento y cultivo; el analfabetismo la falta de higiene, el alcoholismo, el encarecimiento de la vida, la insuficiencia de los jornales, etcétera, etcétera.

Nuestra buena voluntad nos mueve a fundar este papel impreso para que también en este olvidado rincón de España se consigne un voto en contra de la desoladora situación de nuestro país, para que tambien en Córdoba hallen eco las campañas generosas, realizadas por puro patriotismo, por quienes reconocen y señalan el mal, considerando que esta es la única manera de corregirlo; por quienes—como Dionisio Pérez, Cristóbal de Castro, Blas Infante, Alejandro Guichot y otros valiosos publicistas andaluces de Madrid, Sevilla, Granada...—protestan contra los latifundios, el absentismo y el regocijado y falso panderetismo de que nuestra región ha venido siendo víctima, como si tuviera gracia que se viniera sufriendo pacientemente tantos y tan hondos males como afligen a nuestro pueblo. Hemos de advertir—cuidado con ello—que no pretendemos incorporarnos a ningun movimiento revolucionario, porque no se puede caer en ello cuando precisamente está de moda el paso a la derecha, con todas las armas que la oratoria concede. Ya hasta los izquierdistas más sinceros saben que la revolución solo la produciría la vuelta de Maura... en el momento preciso en que se atreviese otra vez con las corridas de toros o las casas de escándalo. Nuestro pueblo está más que habituado a la muerte, para que puedan moverle con facilidad algunos impulsos sueltos en busca de una vida mejor: sobre él

LA SINAGOGA DE CÓRDOBA

que ha sido entregada a la Comisión de Monumentos y de cuya restauración ha sido encargado el arquitecto señor Velázquez Bosco.

pesan, entre otros, estos datos horribles: 36 por 1 000 de mortalidad; 55 por 100 de analfabetismo: muerte del cuerpo y muerte del alma.

Para tratar de las variadas cuestiones que se encierran entre estos dos datos desoladores, mojaremos la pluma en mieles Si por acaso se escapase alguna gotita de hiel, esperamos que sabrán disculparnos con una frase harto conocida: no están en la realidad. Claro es que nosotros creemos estar en la realidad y sentirla, demostrándolo el hecho de protestar contra ella. Bien es verdad que con aquel dicho se quiere expresar otra cosa: la imposición del sometimiento de todos a la realidad, aunque por todos se sepa que la actual situación nos lleva derechamente y a grandes pasos al desastre final que tan reiteradamente se viene anunciando en el desierto espiritual de España.

Claramente se va viendo que este no es un semanario de estruendo y gracia. No aspiramos a que los lectores, revolcándose de risa por el suelo, digan mientras se sujetan las mandíbulas con las dos manos: ¡qué gracia tiene este tío! Nos bastará con que, hallando en estas letras de molde el eco de aquellas apreciaciones que correspondan al sentir general, piensen para sufuero interno: es verdad lo que dice este hombre. Consideramos que aquí, como en otras partes, se puede decir la verdad; claro es que arrostrando aquí, como en otras partes, las naturales consecuencias y quizá para callarse por último si aquí, como en otras partes, tampoco hubiera una masa de opinión suficiente para imponerla como ella merece. En todas partes—y claro es que al decir esto ya no hay ninguna relación con nuestro intento modestísimo, sino que nos referimos a las grandes empresas de empuje decidido, de intensa fuerza e ideal altísimo, de cumbre—siempre que la verdad ha sido sacada a la vergüenza pública se han cerrado puertas y ventanas, creyendo que, como a Lady Godiva, no se la debía causar el tormento de la general mirada. Cierto es que luego ha venido lo bueno, porque así que ha pasado, las gentes se echan en pos de ella, a buscarla ya como un ideal lejano.

Séanos perdonada esta breve divagación y consignemos, para termiuar este saludo que a todos dirigimos al poner las manos en [...]queña obra, que contin[...]s o no nuestro camino—segú[n] el público diga—pero que nunca fluctuaremos en la elección del que hayamos de seguir, porque no pensamos rememorar el espíritu de Garibay.

Al saludar al público en general, también lo hacemos, y con todo afecto, a la Prensa de Córdoba: el *Diario de Córdoba*, *El Defensor* y el *Diario Liberal*, paladines inquebrantables de toda empresa noble y ejemplos vivos de publicaciones buenas hasta la exageración, si en ser buenos cupiese exageración.

En fin, ya está demostrado que no nos disponemos a servir a nuestro amigo y señor el público un plato fuerte—con mostaza, pimienta, clavo, etcétera—sino una sopa de letras hecha con el mejor deseo del mundo. Los ciegos lo han de ver. .

DE AGRICULTURA

La industria agrícola y el problema agrario

Para fijar con toda exactitud los conceptos y puesto que sólo a nuestra región, a nuestra patria chica nos referimos, hemos de sentar como fundamento de nuestro estudio el carácter circunstancial que distingue a las cuestiones agrícolas, que en cuanto a las agrarias, si bien más generales se modifican esencialmente, sin embargo, en grado superlativo, por las condiciones especiales del lugar y del tiempo.

Varían, pues, unas y otras, las agrícolas y las agrarias, según las circunstancias especiales y propias del lugar en que se estudian y del tiempo en que se realizan y como para nosotros el interés más directo es el del lugar en que vivimos, a él sólo hemos de referirnos, teniendo en cuenta las circunstancias especiales que en él concurren en el tiempo presente, pero mirando al porvenir y aprovechando las enseñanzas del tiempo que pasó.

Generalmente, por otra parte, se usan como sinónimas las palabras *agrícola* y *agraria* y, aunque una y otra expresen ideas que se refieren exclusivamente a la agricultura, hay, sin embargo, una gran diferencia entre ellas, puesto que expresan ideas muy distintas y entrañan conceptos de índole muy diferente.

La cuestión agrícola es el accidente, el problema agrario es lo fundamental; la cuestión agrícola puede resolverse y de hecho ha sido resuelta por muchos agricultores, con perfec-

cionamientos en los procedimientos del cultivo de las tierras; es una mera cuestión de producción; el problema agrario sólo se resuelve modificando la propiedad, alterando el actual concepto de este derecho y restituyéndolo a límites distintos de los que hoy goza; es, pues, un arduo problema que no puede ser resuelto por la actividad individual aisladamente, como la cuestión agrícola, sino que es preciso el concurso de todos, del Estado, del propietario, del colono y de todo aquel que transporta, distribuye o consume los productos de la tierra; es, por tanto, precisa una modificación esencial, para hallar una solución al problema agrario.

Son circunstancias que se oponen a su solución, el acaparamiento de grandes extensiones de tierras, por un solo propietario, el latifundio en todos sus grados, formas y manifestaciones, las tierras incultas, los cotos de caza y las dehesas de reses bravas para lidia; todas estas circunstancias, fuertemente sostenidas por un equivocado concepto de la propiedad de la tierra, por la influencia poderosa de los intereses creados mantenidos por el compadrazgo político, por el egoismo de los que están en posesión de las tierras y por la incultura que a todos nos domina y que fieramente se manifiesta en el pueblo por el culto a la torería y a la taberna, hacen todas juntas que sea difcilísima la solución del problema agrario, base y fundamento de la Sociedad y del Estado.

Pero como el daño que estos males producen es cada vez mayor, como cada momento sentimos todos crecer sus perniciosos resultados, como de día en día se hace más difícil la vida, siendo insuficiente el trabajo y la inteligencia, cada momento es mayor la urgencia de la solución del problema y cada día más apremiante la necesidad de encontrarla y aplicarla.

Son, pues, dos cosas diferentes la cuestión agrícola y el problema agrario, la primera es una mera cuestión industrial que sólo afecta al productor y el segundo es el problema esencial y fundamental del Estado, que nos afecta a todos.

Las soluciones de la primera son fáciles y están al alcance de todos los agricultores; pudieran concretarse en sólo tres palabras: *vencer la rutina*, y a ello contribuyen eficazmente el Estado con sus granjas escuelas de agricultura, sus campos de experiencias, sus escuelas de peritos y sus estaciones especiales, la iniciativa particular con sus vendedores de abonos y maquinaria agrícola y los mismos productores con el ejemplo de los grandes éxitos obtenidos en estos últimos tiempos por aquellos que quisieron *vencer la rutina*, estudiaron y aprendieron y mejoraron sus cultivos y producciones; no es, pues, un problema que resolver; es un problema resuelto, cuya solución constituye la industria en todas sus manifestaciones.

El verdadero problema, cuya solución aún no se posee, es el agrario, y de él nos ocuparemos en artículo aparte.

José D. Ruiz de Quijano.

De la Asociación
para el Progreso de las Ciencias

A MI LIRA

(Horacio Oda XXXII, Lib. I.)

Más cantos, lira mia, te piden y quisiera
ya que te alegré, muy niño, las selvas con tus sones,
hoy en latinos metros lanzar nuevas canciones
que en mi pais viviesen un año o dos siquiera.

Tus cuerdas recibieron la inspiración primera
de aquel hijo de Lesbos que en bélicas acciones,
o al conducir, luchando con rudos aquilones,
su nave al puerto, alzaba su voz sensible o fiera,

Y a Baco y a las Musas y a Venus y a Cupido,
que le acompaña siempre, cantó de amor henchido,
y a Lico el de cabellos tan negros cual sus ojos.

Oh lira, honor de Apolo, que alegras los festines
de Júpiter y al hombre disipas los enojos;
ven, y ojalá a pulsarte con gloria me destines!

G. Belmonte Müller.

¡Juventud, divino tesoro!

—¿Está esto claro?—me acababa de preguntar por dos veces el amigo Pedro Moro.

Estamos en el café y, mientras el consecuente Torres nos sirve, Pedro Moro continúa su amena charla.

—Será una revista puramente cordobesa. En ella hablaremos de todo lo que se relacione con el bien, la cultura y el progreso de esta ciudad...

—Perdone Vd , amigo Moro, le interrumpí. Huelga decir que sus famosas campañas en favor de los gusanos de seda, los azulejos, los pajaritos y los jardines continuarán con más insistencia que antes.

—Por de contado, contestó. Con respecto á los jardines, seremos incansables. Creo que llegaremos a conseguir que los chicos saluden a las flores... Así ha de ser la verdadera Andalucía: con muchos jardines y muchos bancos de azulejos...

—En esto estoy completamente identificado con usted. Unicamente existe la contrariedad de que para esa Andalucía que Vd. piensa, y que debía de ser, hace falta primeramente educar á los hombres del mañana, a esos que se llevan las flores, se las *comen*, no respetan a las señoras en la calle y se ríen del señorito que lleva sombrero de paja.

—Precisamente por estos desgraciados hay que empezar a hacer Patria Los jardines son respetados en todo el mundo. Recuerde Vd. bien, amigo Frasquito, nuestro viaje a Portugal. Deberes informativos nos llevaron a la capital de la nación vecina. La revolución estaba en todo su apogeo. La sangre corría por las calles de Lisboa El ejército hallábase dividido en aquellos momentos peligrosos. La artillería ponía freno a los rebeldes. Todo era un completo desorden. No se respetaba nada, ni a nadie. Unicamente se consideraba como tierra neutral aquella en que estaban plantados los jardines...

—Usted, sin duda, está algo desmemoriado, advertí con alguna cortedad. Durante nuestra estancia en la capital de Portugal, hubo un día, quizá el decisivo, en que, atendiendo sus indicaciones, nos ocultamos en los jardines del Rey Manuel, por temor a la algarada, y no faltó nada para que la metralla nos barriese... Son detalles que jamás se olvidan, por muchas flores que haya de por medio. Era tierra neutral, como usted decía, pero las balas llegaban hasta allí, no obstante repetir usted que los árboles serían respetados por todos, solo por haberles enseñado en las escue-

las y desde pequeños a aprender la inscripción que obstentaba la mayoría de ellos y que decía: Al pasajero: —Tú que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de que me hagas daño, óyeme bien: Yo soy el calor de tu hogar en las frias noches de invierno, sombra amiga que encuentras cuando caminas bajo el sol de Agosto y mis frutos son la frescura apetecible que te sacia la sed en los caminos Yo soy la armazón amiga en tu casa, la tabla de tu mesa, la cama en que tú descansas y la madera de tu barco. Yo soy el mango de tu azada, la puerta de tu morada, la madera de tu cuna y la envoltura de tu ataúd Soy el pan de la bondad y la flor de la belleza. Tú, que pasas, óyeme bien y... no me hagas daño.»

—Sencillamente,—interrumpió Pedro Moro—es eso lo que hemos de procurar en Córdoba, que todos respeten a los árboles, a los pájaros y a las flores. .

Piense usted un momento en la verdadera Córdoba; esa que cantan los poetas y en la que aún muchos soñamos todavía. Los jardines del Alcázar, el jardín de la Catedral, el Patio de los Naranjos, la calle de la Judería...

—Basta, diligente *Cordobita*. Desde hoy le prometo un artículo de floricultura, para su revista, en la inteligencia de que me ha de proponer para jardinero sin sable...

FRANCISCO QUESADA.

Córdoba y la Agricultura

Reproducimos en la portada de este primer número de CÓRDOBA, el cuadro admirable pintado por Julio Romero de Torres para la últimaferia dela Salud.Pensador, poeta y pintor, Romero de Torres ha compuesto la visión admirable y precisa del momento actual de Córdoba. Clara y sencillamente expuesta, esa es Córdoba y esta verdad gráfica, que entra al alma por los ojos, fué llevada á diversos puntos de España por el cuadro del joven maestro Sólo para ver y conocer esa Córdoba, ya vale la pena de que vengan los forasteros á quienes les gusten las impresiones que elevan el espíritu Así se idealiza la realidad, como en ese cuadro se ha hecho. En tal forma deben tratar los artistas la verdad, exponiéndola de esa exquisita manera. Ese panorama de Córdoba, que llena el fondo del cuadro, más que una realidad material, es una realidad espiritual. En el crepúsculo que envuelve la histórica ciudad, en la declinación de excelsas glorias que concedieran á Córdoba el dictado de Atenas de Occidente, queda, hecha con las sombras inquebrantables del pasado, una silueta encantadora, en la que se destaca la incomparable Mezquita Catedral. Romero de Torres ha tomado esta vista desde el simbólico Campo de la Verdad—¡bellos nombres de Córdoba!—, con tan singular acierto, que la hoz del río queda recogida como una laguna, en cuyas aguas se reproduce la silueta de la ciudad evocadora, que así adquiere un aspecto veneciano, para que la sugestión del pasado tenga mayor poder de melancolía. También ante ella sale del corazón á los labios la delicada copla popular: Entre Córdoba y Lucena—hay una laguna clara... En primer término, una mujer, morena como una mora; mujer hecha y granada, como en andaluz se dice, representa á Córdoba. Y esta mujer—que igual puede ser una fina campiñesa que una lozana serreña—requiere con agrado y gracia maternales, con el alma buena asomada á la cara bella y cariñosa, como las de tantas y tantas madres de nuestra tierra, á una mozuela preciosa, rubita como los trigos, pura y serena como el campo nuestro Esta nena es la Agricultura y aquella madre Córdoba, que en el momento actual requiere el concurso de su hija predilecta, siempre buena y que ahora, en este crepúsculo, parece más bonita que una aurora. La madre ostenta un sencillo y valioso traje, de carácter antiguo, adornado con una blanca mantilla de encajes y la hija viste modestamente, como una mujercita del campo.

Ese es el momento actual de Córdoba, según la exacta y admirable interpretación, el poema pictórico, del joven maestro, pensador, poeta y pintor Julio Romero de Torres.

Al reproducir en esta revista el admirable cuadro de Julio Romero de Torres, se le ha hecho una modificación: la de colocar en el pretil en que se hallan las dos hermosas figuras un evocador sello de Córdoba, aquel en que la Mezquita incomparbale se destaca á plena belleza, sin más adorno que su propia hermosura y el de unas esbeltas palmeras. Es decir que está—en este primo-

roso dibujo del joven artista cordobés Fernández Márquez—como se desea que vuelva á hallarse según el proyecto, ya patrocinado por nuestro Municipio, del ilustre publicista andaluz D Alejandro Guichot y Sierra, cuya iniciativa ha sido secundada por el ilustrado teniente de alcalde señor Lama Pérez y otros cordobesistas entusiastas.

Los bufos del toreo

EL FALSO LLAPICERA

Ahora, ante el espectáculo de los bufos del toreo—cuyo triunfo puede tener para toda España un interés realmente intenso y eficaz—la memoria nos ha proporcionado varios recuerdos sueltos acerca de los antecedentes de esta extraña realidad, del hecho insólito de que ¡en las plazas de toros! se permita que la «fiesta nacional» sea puesta en ridículo. Vamos a consignar los antecedentes expresados, aunque sea brevemente, por el interés que puedan encerrar.

Hace algunos años, conocimos en Córdoba a un ingeniero de personalidad bien definida y simpática Ocupábase en la apertura de pozos artesianos y dedicaba á la hermosa tarea de dar de beber á la tierra sedienta, de hacer que el agua brotase de la aridez del monte y la llanura, toda la luz del día y también la de su bien iluminada inteligencia. Por la noche solíamos reunirnos en el Café Suizo, y claro es que esto ocurría en el tiempo en que el asendereado edificio de los señores Putzi no había sido echado abajo para formar la actual y hermosa plaza de las Tendillas, con su admirable Casa de Correos y Telégrafos, etc , etc.

Allí, entretenidos en grata conversación, pasábamos las horas el ingeniero que se ocupaba en perforar la tierra para buscar el agua vivificadora, y el periodista que se agostaba entregado á la ingrata tarea de explorar las almas en demanda de atención para los problemas públicos.

Rodada fué una vez la conversación hacia un tema de perenne actualidad—la prosperidad de los elementos taurinos y el abandono de las fuerzas intelectuales—y, al llegar á la conclusión inevitable, el ingeniero dijo: tan mal se encuentran los trabajos de la inteligencia y en auge tan extraordinario las empresas de toros que, de persistir esta desigualdad aterradora, sostenida por un pueblo que viv. de espaldas a su propia conveniencia, nosotros, los hombres de carrera, tendremos que echarnos a la plaza para disputar la ganancia a los toreros, con la ventaja de que estudiaríamos bien la anatomía de las reses de lidia y dominaríamos la forma en que estas juegan sus fuerzas extraordinarias Siempre ganaríamos más que buscando agua en la tierra, calcinada por mil sequías, y savia en unos espíritus agostados por toda clase de desilusiones.

Además, por su aventajada estatura, agilidad y fuerza, el ingeniero hubier dominado a los toros.

¿Será posible—pensábamos—

DON RICARDO DE MONTIS Y ROMERO

Poeta, literato y periodista de mérito relevante y bien cimentada reputación

que llegue un día en que los hombres de carrera tengan que echarse a la plaza para disputar la ganancia a los toreros de ahora?

Otro recuerdo nos asalta: el de los hermanos Borza, acróbatas italoespañoles que incorporaron a su espectáculo de circo, como uno de los números más atrayentes, la celebración de lidias de becerros, con la particularidad de que colocaban las banderillas dando un salto moral por encima del toro La agilidad y la gracia del circo ya apuntaban en estas becerradas, que aún no llegaban a ser completamente bufas. Por cierto que, a causa de este cartel de lidiadores, que ellos también sostení n fuera de Esp ña, a los Borza les ocurrió en Malta un interesante peripe cia. H llábanse de paseo en los alrededores de la Valet, cuando se vieron sorprendidos por compacto grupo de personas que hacia ellos se dirigía aceleradamente. Pusiéronse al habla y, como en Malta se usa el italiano por la misma c usa que en Gibralt r el español, bien pronto se ente r ron los Borza de que solicitab n su concurso, ya que se titulaban lidiadores, para que dominasen a un becerro que se había desmandado y podía causar daños y desgracias en la población. Rápidamente fueron los Borza por capotes y demás elementos de lidia. El mayor--Humberto—sujetó pronto al novillo, entre los aplausos de la multitud. Cambió luego el capote por la muleta, se perfiló y, de una certera estocada, hizo que el toro cayese con las patas por alto. El público, sorprendido, dejó de aplaudir, y no fué esto solo, sino que la emprendió, en airada protesta contra el matador. Aquellas buenas gentes no querían que los Borza matasen el novillo, sino que lo llevasen a lugar seguro. Allí, en aquel pueblo, no había ni una gota de sangre torera. No había ni una gota de sangre torera en aquel pueblo ni en toda Inglaterra, y esto no obstante, el Imperio Británico constituye realmente una sustitución del asombroso mundo español, en el que el sol no se ponía. El Imperio Británico marca su huella en Gibraltar, que por tal causa es la única población de España donde no hay plaza de toros. A los Borza se les quitaron las ganas de llamarse italoespañoles, para denominarse italianos, a sec s y limpiamente.

Del dominio de todos son varios edificantes ejemplos del toreo de «gracia», porque no pueden ser fácilmente olvidadas las hazañas del Bolo, California el Pavo y otros En cuanto al Torero de San Lorenzo, con recordar que los golpes de los toros le hicieron morir de una espantosa enfermedad del pecho, está dicho todo.

Mas no hay que remontarse tanto, porque ahí está, que de unos días es, el caso del Melonero, pobre labriego del Campo de la Verdad, que por unas pesetas—en su vida pudo soñar con ver tantas juntas—se prestó a divertir al público.

Los toros jugaban con él. Lo tiraban por alto, lo recogían, lo volvían a despedir, lo pateaban. Toda la plaza se reía como una sola persona, como un solo monstruo. ¡Qué gracia! ¡Qué tío más gracioso! ¡Qué diversión!

Aquel público, formado en su mayoría por obreros, por trabajadores del campo y la ciudad, se reía ante el suplicio de uno de los suyos, de uno del pueblo, de un pobre melonero, que a cualquier costa quería sacudir la miseria de su vida de pobre. La verdad era esta: el pueblo se divertía con la desventura de un hombre del pueblo. ¡Qué pena de pueblo que tan regocijadamente aguanta tales gracias!

Sólo un hombre—dicen que estaba bebido—hizo un acto de presencia: el hermano del Melonero, que se quiso echar al ruedo para recoger a la pobre víctima. Al salvar la barrera, lo sujetaron por las manos. El apoyaba los pies en las tablas, encogiéndose como un mono, y en aquella grotesca actitud ¡él era el único hom-

bre de corazón generoso, el único hermano de quien a todos los obreros del campo y la ciudad que allí había debió tener por hermanos!

La música—una banda militar—tocaba el ¡"No me mates!„ y la gente reía sin parar. Un extranjero—de aspecto alemán, pero pueden poner ustedes que fuese inglés o lo que mejor se acomode a sus filias y fobias—asomó por un burladero una maquinita fotográfica y recogió la escena. El extranjero reía también, pero helada, aceradamente.

Al fin, el Melonero fué a la enfermería, pero por su propio pie, aunque sufría una grave cornada, a causa de la cual quizá no vuelva a ser hombre en su vida. ¡Qué gracia! ¡Qué diversión!

Resulta, por tanto, que en la «fiesta nacional» cabe la chufla, cabe la mojiganga, como dicen los aficionados, aunque sea de una manera insensata, a expensas de los hombres martirizando a los hombres, que no ya solo a los toros. Resulta que algunos acróbatas, ágiles y fuertes, habían hecho tanteos para tratarla como un número de circo, con saltos mortales dados por encima del toro. Resulta que se había expresado el intento de dominar el espectáculo, merced a un estudio exacto de la anatomía de los toros y del juego de las fuerzas de estos.

He aquí, resumiendo estos antecedentes, que una buena tarde, varias figuras del circo moderno caen en el viejo circo español para apoderarse del toreo como un número interesante, a fuerza de ingenio, agilidad y gracia. Son los payasos y los botones del falso Llapisera. Llegan hasta a matar en zancos. Si las proezas que ellos realizan vestidos de payasos y botones las hicieran con traje de luces, la plaza se vendría abajo. Pero el entusiasmo es poco y la risa escasa. La hostilidad late bajo el espectáculo. Se siente tascar el freno. Es muy grande eso de tomar a broma, de hacer como jugando, aquello que es sangriento, trágico.

APÒSTROFE

Avaro, miserable,
que sobre el oro dejas la existencia
¿cómo recibirás en tu conciencia
a la muerte implacable?
Hombre que por la vida
pasas como una sombra pavorosa
¿despertará en el frío de la fosa
tu caridad dormida?
Espíritu mezquino
que no lloras de amor ni de alegría,
tu alma, que de cariño está vacía,
no sabe que en el polvo del camino
hay pesar y consuelo,
hay sonrisas del cielo,
y juventud gloriosa
que sabe dar amor por ser dichosa.
Avaro miserable,
si la muerte implacable
te sorprende y te hiere
oro tu cuerpo ya ¿para qué quieres?
No oíste, desdichado,
que el Redentor del mundo te ha salvado
para que en un alarde de bondad
anuncies su generosidad?
El lo dió todo; daba
su palabra de paz, y la caricia;
dió perdón, su caudal, y la delicia
de vivir, floreció cuando cruzaba...
Avaro, peregrino,
todo esterilidad será tu sino;
eres como un dolor de carne y lodo;
y en nombre de Jesús el Galileo,
condenado serás, por el deseo
¡de no dar nada, y de tenerlo todo!

EDUARDO BARO.

Se ve el peligro. Como la cosa resulte y dé dinero, los Llapiseras saldrán enracimanos, ágiles, ingeniosos, con gracia y se llevarán de buena manera el dinero que devoraba la tragedia, no ya de los toros, sino de los hombres echados á los toros

Ojalá ocurra así, porque los gañanes, los pobres Meloneros, viendo cerrado el camino de la plaza de toros para redimirse, tendrán que buscar el de la escuela, que es lo que se quería demostrar, en bien de todos.

Acaben los espectáculos del Melonero y demás compañeros mártires Hermanos andaluces, riamos de buena manera de corazón, con Llapisera o el falso Llapisera; celebremos el ingenio, la agilidad, la gracia e incluso la intrepidez de los artistas del circo moderno que se disponen a apoderarse del trágico circo español, mas no celebremos el apenador, el desolador espectáculo de una multitud que se divierte con el dolor y la desgracia de un pobrecillo melonero.

No se devuelven los originales, aunque no se publiquen, ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.

El gran problema del saneamiento de Córdoba

Lo que ha contestado el pueblo a los proyectos del Alcalde

Pesa sobre Córdoba un problema sobre todos los problemas, que es el del saneamiento de la ciudad; con razón se le puede llamar, como yo lo he hecho antes de ahora, "el gran problema„.

Problema primordial y por excelencia, que está por encima de todos, y la razón es sencilla. Para las ciudades como para los individuos, lo primero es vivir, comer, respirar; luego vienen los trapos y los lujos, los muebles y los adornos.

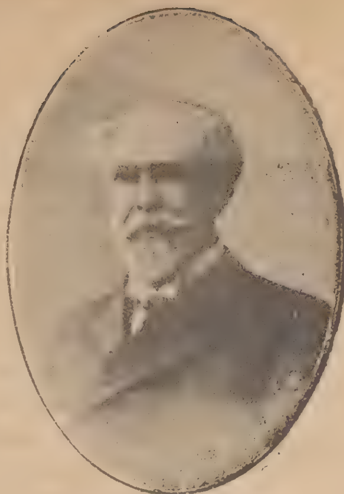
Muy hermoso, hermosísimo, es que las ciudades tengan buenas calles, buenos paseos, tranvías, recreos, jardines, parques, monumentos y bellos edificios... como muy hermoso es tener en una casa cuadros y piano, muebles y esculturas, pero lo primero es que el dueño tenga pan para comerlo, aire para respirar y agua para lavarse.

El secreto de la economía colectiva, igual que el de la economía individual, es atemperar los gastos al *verdadero orden de nuestras necesidades* y no gastar sombrero si no se tiene antes lleno el estómago (porque resultaría un sombrajo sobre un cuerpo muerto), como no se puede pensar en construir un gran edificio sin antes sanear, limpiar y purificar un suelo sucio, infecto ,putrefacto, esponja de detritus... como es el de Córdoba.

Menos mal que ya el verdadero problema de Córdoba, que es este, va empezando a ser conocido y a preocupar a la opinión del pueblo, y ese primer paso de conocimiento de un mal para poderlo remediar está ya hecho en Córdóba. Creo que el pueblo está ya convencido de que el gran problema de esta ciudad es el problema de su saneamiento.

El éxito grande que el proyecto del Alcalde ha tenido y el aplauso unánime y general que el público le ha otorgado (ahí está lo que se ha dicho en la información pública para comprobarlo); el éxito grande, digo, del proyecto de saneamiento, a eso ha sido debido de un modo indudable: al convencimiento que ya tiene el pueblo de Córdoba, directores y dirigidos, de la necesidad imperiosa de sanear la ciudad. Y tan convencidos como podemos estar todos, pues es sencillamente cuestión de vida o muerte.

El momento actual, pues, no podía ser más oportuno. Tal vez hace veinte años no hubiera tenido la aceptación que hoy día, porque tal vez—no tal vez, sino seguramente—hace veinte años no estaba el público tan convencido como lo está hoy de la necesidad de la higiene y salubridad de la ciudad.



El sabio orientalista y arquitecto

D. RICARDO VELAZQUEZ BOSCO

bajo cuya dirección se efectúa la restauración de la Mezquita y las excavaciones de Medina Azahara y a quien asimismo ha sido confiada la restauración de la Sinagoga.

Esta oportunidad de los proyectos del Alcalde no les quita mérito, antes bien lo comprueba, puesto que el mejor director de multitudes es aquel "que en el momento oportuno sabe ponerse delante de ellas en el mismo anhelo de petición o reforma„, ha dicho un pensador contemporáneo.

Como buen Alcalde demócrata, don Salvador Muñoz Pérez quiso que la opinión pública colaborarse en su obra y, altruista, entregó su proyecto al pueblo para que lo criticase y, sin acordarse de su amor propio y de aquello de que a las obras de nuestra inteligencia las queremos como a nuestros hijos, lanzó a los cuatro vientos su idea con una hermosa divisa: si es buena, aceptadla; si es mala, corregidla; si es regular, enmendadla... peso de todos modos, colaborad en ella, porque es por Córdoba y para Córdoba; por el bien de todos nosotros y nuestros sucesores, y a esto no se puede ni se debe negar nadie: en ello hay que poner las manos para ejecutar, la cabeza para guiar o por lo menos el corazón para sentir....

Elogiable ha sido el procedimiento seguido por nuestro Alcalde, y los que sentimos el anhelo del gobierno por el pueblo, los que soñamos con una democracia, árbol frondoso que dá sus frutos en lo alto pero nacido en una raigambre ciudadana humilde, que es de donde toma su savia, no podemos menos de aplaudir este intento de participación ciudadana en las resoluciones que atañen a la colectividad.

Procedimiento más cómodo podía haber tomado el Alcalde de Córdoba para aprobar sus ideas contra viento y marea, dado caso que hubiera habido inconveniente ú oposición .. Un "ukase„ presidencial y una votación con mayoría, hubieran resuelto el asunto en breve tiempo. Así dicen que se ha hecho en una ciudad no muy lejana (sin que yo lo sepa con seguridad).

Aún así, hubiera sido abonado por aquel pensamiento que al malogrado Canalejas, aún siendo demócrata, le oí yo decir una vez en un Congreso Médico: "el único absolutismo compatible con los tiempos presentes es el absolutismo higiénico, es aquel que se ejercita en nombre de la salud pública.„

El proyecto actual que se debate en Córdoba es, ante todo y sobre todo, un proyecto de salubridad. Ya ves, lector, que hasta el gran demócrata Canalejas hubiera perdonado en este caso el absolutismo de una mayoría. Pero aún así, el actual Alcalde no ha querido hacerlo, y ha hecho bien, más que con la participación y colaboración de todos los cordobeses a quienes ha pedido aplauso o censura, apoyo o crítica, pero de cualquier modo colaboración en esta obra esencialmente *pró* Córdoba. Y el pueblo de Córdoba ¿qué ha contestado, qué ha dicho ante el proyecto del Alcalde?

. . . .

Eso es lo que yo debía haber escrito en este artículo; para eso me puse a escribir y lo encabecé, pero sin darme mucha cuenta, pues la pluma parece que se ha ido sola, he ocupado ya una porción de espacio. No es posible ahora prolongar esto todo lo que el asunto merece. Dios mediante, ya lo iremos siguiendo. Quien hace un cesto hace ciento, si le dan mimbres y tiempo. El tiempo anda muy escaso, pero los mimbres, según dice la Administración de la Revista, van a estar muy abundantes. Con desear que así sea y con enviarte mi saludo, lector, me retiro por el foro, no sin decirles antes a los redactores de CÓRDOBA: amigos CORDOBESES: aquí tenéis cumplida la petición de la pobre firma del

Dr Gómez Aguado.

La educación de los anormales

De gran interés es en nuestros días la educación de los sujetos anormales, degenerados o atrasados, nombres conque se designa a los individuos que, por causas especiales, no pueden seguir la misma ruta que los demás.

Las causas de esta degeneración humana, son harto conocidas. La primera es sin duda el alcoholismo de los padres; en segundo término, el medio moral en que se desarrollan, la acción nefasta del padre o de la madre o de ambos juntamente; el estado de nerviosidad de los mismos, y, por último, los gérmenes que se depositan en los niños por virtud de la herencia, que hacen que se desvíen poco a poco, hasta convertirse de un atrasado pedagógico en un atrasado morboso.

Para remediar en lo posible estos defectos fisiológicos que atacan a los niños, los filántropos y pedagogos han creído conveniente reclamar para estos seres desgraciados una educación especial. Se han dividido—según Maguan—en idiotas, imbéciles, débiles de espíritu y degenerados simples o inferiores. Un ilustre pedagogo español hace otra división. Los distingue en anormales médicos, en anormales pedagógicos y anormales físicos. Los primeros, que comprenden los ciegos, sordomudos, alienados, epilépticos histéricos idiotas cretinos, imbéciles etc., sufren de un vicio nervioso o mental; los segundos, que son los anormales atenuados y los inestables o nerviosos, carecen de equilibrio mental y se dedican a molestar a los maestros, estancándose en las clases, introduciendo en ellas, el desorden y poniendo trabas a la marcha general de sus condiscípulos y los últimos, los anormales físicos, que comprenden los lisiados y estropeados que, por desgracia, tanto abundan.

Hasta hace pocos años, no se hicieron ensayos en pro de los anormales Primero se colocaron en clases inferiores a los demás, sin obtener resultado. Más tarde se limitaban a dar clases especiales de escritura y lectura y reglas elementales de aritmética, no alcanzándose tampoco ningún fin práctico y entonces fué cuando se pensó en crear escuelas especiales en donde recibirían una enseñanza arreglada al grado de inteligencia de cada uno.

Las primeras escuelas de este género fueron establecidas en Dresde en 1887. Después se crearon otras en Inglaterra y en Francia, con magnífico resultado. pues de 90 clases de atrasados, 75 por 100 de los alumnos llegaron a alcanzar el terreno perdido y a tomar su puesto en los cursos ordinarios.

En 1897, el Consejo de Bruselas creó una Escuela especial para la enseñanza de los «niños atrasados», a los que dividían en dos grandes grupos: el de los pasivos y el de los indisciplinados.

Eran admitidos a los seis años de edad y desde entonces se les daba una enseñanza apropiada a las condiciones higiénicas y pedagógicas en que se encontraban.

Se adoptaban los mejores métodos referentes a la higiene y a la educación y se usaban medios para hacer despert r al niño los sentidos y el mecanismo psíquico rudimentario.

Los resultados que se obtenían en esta escuela eran verdaderamente extraordinarios, pues se dió el caso de que 83 por 100 de los alumnos imbéciles o idiotas al entrar en la escuela, aprendieron en ella útiles oficios que les sirvieron al salir de ella, para poder subvenir a su subsistencia

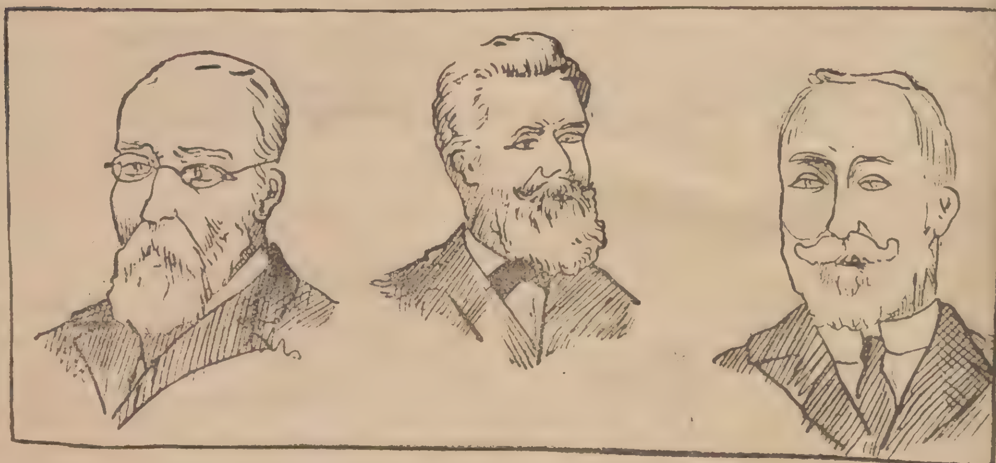
En nuestro suelo, en el que abunda mucho esta clases de seres, es en donde se ha prestado menos atención a la educación de los mismos. Los maestros han puesto y ponen de su parte todo cuanto pueden, pero su apoyo es ineficaz, pues la labor realmente hermosa de estos es vencida por la carencia de amor a la enseñanza, por la falta de escuelas especiales y por la escasez de higiene y salubridad que reina en esas ridículas y asquerosas mazmorras que por sarcasmo se llaman en España «escuelas».

José del Castillo Plasencia.

GEOGRAFÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

Dibujos de FERNÁNDEZ MÁRQUEZ

LAS CUMBRES: Pi y Margall, Costa, Maura... Condenado al ostracismo o la muerte, como Silvela, Canalejas, Benot, Salmerón...



LOS DESFILADEROS: en ellos está el acaparador y por ellos tiene que pasar el contribuyente, sin más remedio.

EL DESIERTO: he ahí al pueblo, en día de calamidad, de falta de trabajo, llenando la plaza de toros para recoger el socorro del Ayuntamiento. Luego, en cuanto vuelve a trabajar, va otra vez la a plaza de toros para entregar en la «fiesta nacional» buena parte de sus jornales míseros.

UN RINCÓN DEL JARDÌN DEL ALCÀZAR

El Alcázar y la Cárcel

Las frases vibrantes de emoción y los nobles impulsos de los penitenciaristas han pasado por muchas poblaciones españolas como un claro río de sentimentalismo que apenas ha bastado a lavar los sillares carcomidos de las cárceles. Y si las voces de los amantes de nuestra reforma penitenciaria, siempre han clamado en el desierto, las protestas de artistas y arqueólogos alguna vez han sido oídas, como en 1893, cuando se suprimió el penal de Palma de Mallorca, establecido en el exconvento de San Francisco, "maravillosa joya del estilo ojival„.

Pero otras ciudades no tienen la fortuna de Palma de Mallorca. Y Jaca posee una cárcel del siglo XIII, y el Puerto de Santa María cuenta con un presidio en la basílica de San Juan de Letrán, y Córdoba... Y casi toda España dedica a cárcel los almacenes inservibles, los conventos abandonados, las fortalezas desguarnecidas, los caserones inútiles... como si la salud social, que es la honradez, no necesitase de amplias y ventiladas enfermerías donde curar esos males sociales que se llaman miseria y delito.

Cada día que pasa, el castigo por el castigo pierde terreno, y frente á esta vieja idea (mal por mal) se alza la nueva tendencia de justificar el castigo en nombre de la defensa social y con el objeto de procurar la utilización de los delincuentes. ¿Qué importa recluir en una prisión al reo, si se sabe que al librársele está tan en peligro de cometer delitos como al entrar? Por otra parte, ¡qué inmenso beneficio resultaría para la sociedad, de la conversión de las energías criminales en honradas! El ánimo, el valor, la paciencia, la fuerza de voluntad... empleados en los crímenes ¡qué maravillosas obras producirían si se encauzaran hacia la honradez!

¿Cómo conseguirlo? Por la educación penitenciaria. El delincuente que trabaja, que recibe una constante instrucción moral y que vive higiénicamente, ha adquirido en la prisión hábitos que con poco esfuerzo conservará cuando vuelva a la libertad. El que vive en la ociosidad, aprendiendo las fechorías de sus compañeros de reclusión (más admirados cuanto más perversos) y habitando cuadras miseras e infectas, al verse libre volverá sin dificultad a su antiguo modo de existencia.

En España y particularmente en Andalucía, el problema penitenciario no ha de resolverse orientándose hacia la arquitectura celular, costosa e inútil, sino tendiendo a la colonización agrícola. Los dos o tres centenares de reclusos que ocupan el patio y varias míseras cuadras (dormitorios) de la cárcel de Córdoba, costando al Estado y a la provincia una elevada cantidad en manutención y custodia y envileciéndose con el contacto de sus mutuas impurezas, podrían aspirar a una vida libre, fecunda y honrada si cada día recibiesen la caricia del sol trabajando la feraz tierra de los campos andaluces.

Muy fácil sería de conseguir. Un destacamento penal--que autoriza nuestra legislación—saldría de la prisión de Córdoba para construir lo más indispensable de la colonia agrícola; y una vez edificado esto, se trasladaría la población penal, que concluiría la obra.

Así la reforma penitenciaria daría un nuevo paso; el Alcázar real de Córdoba se destinaría a objeto más adecuado que lo está; las corporaciones públicas obtendrían ingresos de la colonia, y se habría actuado la hermosa frase francesa: la redención de la tierra por el hombre y del hombre por la tierra.

FEDERICO CASTEJÓN

Una diablura

¡Pobre golondrina
la de tierno canto,
la de negras alas
que a Jesús besaron!

De africanas tierras
vino al suelo hispano
y en su incierto giro
visitó palacios,
viejos caserones
de moriscos arcos
y casitas blancas
de pintados patios.

Escogió aquel mío
para ornamentarlo
con la arquitectura
de su nido amado,
donde a tres hijitos,
sin tener descanso,
les llevaba insectos
del poblado espacio.

De un travieso niño
la inconsciente mano
le arrojó unos plomos
y la hirió el malvado.

La llevé hasta el nido
de dolor llorando,
y observé con pena
que se desplegaron
sus heridas ales
para cobijarlo.

Los hambrientos pollos
de pedir cesaron...
y los tres murieron,
y se fué acabando
la preciosa vida
que cortó un muchacho
de perverso instinto,
de traidora mano.

Los ruinosos muros
de mi humilde patio,
¡qué alegres estaban...!
¡qué tristes quedaron...!

¡Pobre golondrina,
la de tierno canto,
la de negras alas
que a Jesús besaron!

Jesús Rodríguez Redondo

DE URBANIZACIÓN

El Campo de la Verdad

Discutido ya, en tesis general, el tema de la Urbanización de Córdoba, con motivo de la reciente información pública municipal, y estimando que el asunto es de interés general, ya que las condiciones de salubridad de la ciudad en que vivimos tanto influyen en nuestras personas, vamos á tratar aquí un punto concreto, interesante como todos: el de la urbanización, saneamiento y reforma del Campo de la Verdad.

He aquí una descripción sobria de este barrio, hecha descarnadamente, como es preciso, para conocer la necesidad y urgencia del remedio.

Al Sur de la ciudad, unido á ella por un magnífico puente, yace este suburbio de 130 casas, ocupando unas catorce hectáreas de terreno limitado por la curva elíptica del río en la mitad de su perímetro y el resto por la red de carreteras y caminos que convergen en la ciudad y alguna huerta que indica el comienzo de la Campiña.

El subsuelo está infectado por los pozos negros y estercoleros que contaminan hasta las aguas de sus pozos, usadas para beber.

El suelo de sus calles es también terrizo con desniveles que producen la detención de las aguas pluviales meses enteros del año, formando charcas infectas que son cultivo eficaz de gérmenes palúdicos.

Las calles no están sometidas a un trazado racional ni planimétrico niltimétrico, alineándose las fincas unas con otras a capricho, como en los tiempos primitivos, como en las aldeas.

Las casas son de construcción y distribución rudimentaria y en sus locales se busca más la comodidad de las bestias que de las personas. No hay idea de principio higiénico.

La Iglesia, en su plaza central, tiene cementerio anejo todavía y allí sigue enterrándose a los vecinos, como en los tiempos medioevales.

Para Escuela sirve una habitación cualquiera de una casa particular sin condiciones higiénicas ni pedagógicas de ningún género.

Como barrio pobre hay plétora de chiquillos, aunque mueran la mitad de los que nacen y el resto se crien insanos, y allí juegan con los pies descalzos sobre las charcas sucias, unos; se revuelcan con los cerdos, que hociquean la yerba al aire libre, otros; husmean, estos, en los montones de estiércol y basura; apedrean perros aquellos...

Los mayores no tienen más sitio de recreo que la taberna, ni conocen más diversión que el juego, o la bebida, ya que pocos saben leer.

Las basuras de la ciudad se vierten en un extremo de este barrio y sobre ellas hay alguna choza habitada y se recrían pavos y otros bichos.

Rodeado el barrio del Guadalquivir caudaloso, el agua se desliza inútil sin fertilizar un árbol, ni dar vida a un jardín. No hay un lavadero, no hay baños. El líquido, que es mina de belleza y de bienes materiales, sólo horrores ha inspirado en el barrio que ha visto desaparecer una calle entera en varias de sus sucesivas avenidas.

. . . .

¿Es que este lamentable estado de cosas es irremediable, a no ser a costa de grandes dispendios?

Nada de eso.

Aunque con la concisión que exige la dimensión de un artículo periodístico, vamos a anotar los extremos principales que habrán de comprenderse en un Plan de urbanización del barrio, haciendo de paso algunas consideraciones sobre su coste:

1.° Ante todo aquella ribera del río y los sitios hondos del campo necesitan ser poblados de árboles, entr

EL BOSQUE DE COLUMNAS DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

los que deben abundar los eucaliptos. Sería el complemento más eficaz y definitivo de la defensa que se está haciendo de la margen izquierda; transformarían en salutíferos aquellos contornos; crearíase en pocos años una riqueza arbórea de gran valor; se hermosearía el sitio y se daría más bellas vistas á la ciudad.

El coste de los planteles es bien pequeño, para el municipio insignificante, ya que seguramente los viveros del Estado contribuirían; y aunque tuviera que adquirir los eucaliptos, el millar de *eucaliptos globulus ó rostrata* no vale más que 400 pesetas. Pero si aún quisiera evitarse estos pequeños gastos reproductivos, por el artículo 57 de la Ley de Aguas, puede reclamarse que los haga la Administración del Estado.

II Debe planearse un trazado racional para la reforma y ensanche del Barrio, e iniciar las obras.

Se presenta en este conglomerado urbano el caso curioso de haber formado espontáneamente un sistema viario radial, hoy tan preconizado. A su Plaza de la Iglesia como centro concurren la Acera de Granada, la calle Rinconada, la de Miraflores, la de Jesús, la de Martín López y la Acera del Arrecife, unidas por otras transversales. Este trazado debe conservarse, perfeccionarse y sobre todo completarse con la parcelación del espacio comprendido entre el río al Sur y la carretera de Madrid a Cádiz al Norte, la Plaza de la Iglesia y el cordel de la Mesta, que necesita regularizarse.

El proyecto, suponiendo que se hiciera independiente del de alineación y ensanche de la población, podría estudiarlo la Oficina técnica Municipal, con lo que resultaría gratuito.

En cuanto a las obras de urbanización, podrían dedicarse las 60.000 pesetas que, hipotecando los 30.000 metros de solares edificables que a favor del Municipio quedarían, podría obtener el Ayuntamiento.

Esta hipoteca se pagaría pronto vendiendo solares que habrían de aumentar mucho de valor al sanear y embellecer el Barrio y cuando el Municipio empezara a darle estimación elevando algún edificio, la Escuela, por ejemplo. Contribuiría también a hacer apetecibles los solares, la aplicación de los beneficios de la Ley de saneamiento y mejora de las grandes poblaciones (exenciones tributarias por veinte años a los edificios que allí se construyan, dispensa de los derechos reales y de timbre a las trasmisiones, etcétera.) Y, si no de otro modo, podría fomentarse la construcción favoreciendo la formación de una cooperativa de construcción de casas que transformara aquel barrio en poco tiempo en una pequeña ciudad jardín

III Uno de los edificios, que imprescindiblemente debe elevar en este Barrio el Municipio para cumplir un deber moral con ese centenar y medio de vecinos, es una Escuela, para niños y niñas, en una de las más amplias manzanas que en el proyecto de urbanización resultara, haciendo un edificio económico sí, pero que no careciera de amplio jardín buen campo de recreo, su gimnasio y sus baños. Podría reducirse al mínimo la parte edificada, tendiendo a hacer de esa Escuela un jardín de la infancia, una Escuela del bosque, respondiendo a esas tendencias pedagógicas modernas que propagan la enseñanza al aire libre.

Establecer este servicio docente costaría, claro es, algo más que las 2.130 pesetas que por sueldo de dos maestros, material y locales abona hoy el Municipio, pero tendría una eficacia de que hoy carece.

Y es hora ya de convencernos de que esto de despertar y encauzar in-

teligencias es lo más reproductivo, lo más provechoso y fecundo, que puede realizar un Muincipio. Las Escuelas han transformado en ricos y prósperos los pueblos que admiramos en otros países.

Debe además pensarse que aquel Barrio necesita que se le faciliten otros servicios administrativos, culturales, de beneficencia etc.

IV. Debe cumplirse radicalmente, con las modificaciones que imponga la profesión agrícola de la mayoría de los vecinos del Barrio, las disposiciones de policía urbana; vigilando la instalación de cuadras, gallineros, etc; no permitiendo los depósitos de pienso en las cercanías; enseñando coactivamente á transformar los pozos negros en fosos sépticos, cuyas aguas ya inmunizadas podría emplear para abonos, y en tanto no se construyera la sencilla red de alcantarillado que se requiere. Las basuras deben aprovecharse como se hace en otros países, dejando además de ser foco de infección. El cementerio debe clausurarse.

Las vidas humanas que habrían de salvarse representa mucho más valor que el ínfimo que supone las reformas indicadas.

Estos son, esquemáticamente perfilados, los puntos principales que debe abarcar el Plan de urbanización del Campo de la Verdad. Creo haber demostrado cuan necesario es; el poco gasto que representa, tranformar este suburbio insalubre y feo en un apacible paraje, bello y sano.

Brindamos la idea a la nonnata Junta de saneamiento y reformas de la ciudad de Córdoba.

Francisco Azorín.
Arquitecto.

El muro de Almanzor, en la Mezquita de Córdoba, admirablemente restaurado por el Arquitecto señor Velázquez Bosco.

Los verdaderos miserables

Al incubar el progresivo cerebro de nuestro director la idea de creación de éste semanario usó de los inmarcesibles materiales, gloria de un siglo y de una civilización, nombrados tolerancia y altruismo; y supo hacer plástica y real, la ideológica necesidad de ofrecer una vez al anhelante de cultura o de opinión, un remanso donde frenar, por la sabida comparación, la antítesis buscada, los ímpetus del espíritu habituado por carencia de contraste, a sentir, pensar y querer en un solo y determinado sentido y quizá, quizá siguiendo una senda prefijada por otros cerebros que o supieron imponerse o allanaron y desbrozaron el camino, sin saber, querer ó poder desviarse por poquedad intelectual ó cansancio ante el menor esfuerzo de raciocinio y llaman infalible al periódico partidista que en ocasiones habla á los sentimientos y al cerebro solo para ocultar entre los sagrados pliegues de la bandera de su idealismo, la podrida mercancía de su egoismo, de su medro, de sus ambiciones, y, a veces, a veces de su inmundo vasallaje para con el que sabe hacerle donación de la *grasa* necesaria que evite el enmohecimiento de la rotativa... y del estómago, y en él hallan completa enciclopedia que, poco a poco va transformando la substancia pensante de su cerebro, en caja de imprenta inactiva, inerte hasta que los caractéres son recogidos y convenientemente agrupados en galerines por el automático tipógrafo, el rotativo diario.

Pensar por si ante los hechos, he aquí nuestro lema. Dar cabida a todas las ideas, aun las mas distantes, dentro siempre de una sana moral, he aquí la tendencia.

Estos fueron los límites que nos impuso nuestro director y en ello hemos de desenvolvernos.

Y como la frase que encabeza estas lineas pudiera poner espanto en espíritus más hipócritas que tímidos, cúmplenos pedir calma.

Tolerancia, libertad tenemos, y una úlcera social hemos de poner al descubierto; pero nuestros tonos no serán apocalípticos á lo Jeremías, no han de ser explosivos y demoledores a lo revolucionario.

Queremos actuar de médicos sociales, y al encontrarnos con llagas, úlceras, saniosas y fétidas, de marcha progresiva, antes de emplear el cauterio o el bisturí, habremos de agotar todos los recursos modificadores que en abigarrada extensión nos ofrece la terapéutica social.

La verdadera miseria, el verdadero proletariado, los ilotas del siglo veinte; este es nuestro tema, y con fruición hemos de dedicarnos a mostrarlo al desnudo, sin velos ni cendales que oculten sus lacerías, y con el sano deseo de limpiarles la podre de su cobardía, causa única de su servilismo físico y miseria espiritual.

Y bueno es digamos ya que el proletariado de nuestro tema no es el proletariado oficial, no es lo que hemos dado en llamar con tonos sonoros verdadero pueblo, no es lo que alguien, equivocadamente, llama clase baja, clase inferior. No, que nosotros dividimos la humanidad en dos castas: los que son algo, los que saben pedir é imponerse, los que saben hablar de derechos y se hacen respetar, y los inertes, los incoloros, los que no son nada porque no tienen mas impulsos que un cobarde egoismo y solo saben temblar. Aquellos son los de arriba, las clases directoras la aristocrácia de la sangre y del dinero, y los de abajo, los que supieron hallar el dios *unión*, transformándose en aristócratas del terror y de la fuerza. Y estos, los nuestros, la segunda casta, son los de enmedio, los que de un lado reciben el latigazo de los de arriba y de otro la afrenta sarcástica de la carcajada de los de abajo. ¡La clase media!

Sí, la clase media, es la verdadera oprimida, la verdadera miserable; pues si mucha miseria hay en los de abajo, como más tarde veremos, siempre es ínfima comparada con la que padecen los nuestros.

Ecuánimes, sin estridencias, diremos la verdad.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

ARQUITECTURA CORDOBESA

LA PORTADA DE SAN JACINTO

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta	65 pesetas	Una columna central en el texto,	20 pesetas
3.ª id. id.	50 »	Media id. id. id.	10 »
4.ª id. id.	75 »	Un cuarto id. id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea	0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 26 de Agosto de 1916 | NÚM. 2

LA TORRE DE LA MALMUERTA

Continuamente oímos declamar en todas las capitales contra la conservación de calles, murallas, torres, etc., que forman parte muy esencial de las mismas, alegando que no son obras artísticas que merezcan restaurarse, que están por completo ruinosas y que constituyen un peligro para el vecindario, que estorban para el ensanche de la población y otras razones por el estilo; pero si esto puede ser verdad alguna vez, hay que tener en cuenta que conceden un carácter, un sabor de época, un aroma de siglos a las capitales que las contienen y son fuente de crecidos ingresos pecuniarios, por los recuerdos históricos que despiertan y las leyendas y tradiciones que exaltan las imaginaciones, llegando a ser uno de los incentivos más poderosos del visitante.

El período de vandalismo artístico que atravesó España durante gran parte del siglo pasado, tuvo en Córdoba dolorosa repercusión para su historia y para su arte.

La última tentativa para reconstruir sus murallas y sus torres fué en 1826, en que se autorizó al Ayuntamiento para que cobrara medio real por cada arroba de vino que entrara en la capital; pero el tiempo, el abandono, las plantas trepadoras y, sobre todo, el hombre, el más implacable enemigo de sus propias obras, comenzaron la destrucción sistemática, primero de las murallas y después de las torres, demoliéndose, bajo el pretexto de hallarse ruinosas, la bellísima torre de los Donceles y la de las Arcas, así como las puertas de Plasencia, Andújar, Santo Cristo, Gallegos, Baeza y otras varias. Aún hay personas en Córdoba que recuerdan los tiempos en que, al toque de oración, se cerraban las puertas de la ciudad, después de haber dado fuertemente y con largo intervalo tres golpes con las llaves en la hoja, que resonaban en la quietud de la puesta del Sol, haciendo que se apresurasen los vecinos a recogerse bajo los muros; desde el año del 1846 se dejaban abiertas media hora después del toque indicado las de Almodóvar y el Santo Cristo y durante la noche un portillo de la muralla.

Una de las torres que por fortuna aún se conservan es la llamada, por la tradición, de la Malmuerta, edificada por orden de Enrique III, según reza una inscripción de todos conocida y ya publicada por varios escritores cordobeses. Esta torre, sin constituir ninguna maravilla del siglo XV, da a la entrada de la población un gran valor artístico y decorativo; es de estilo mudéjar e indudablemente fué edificada por mudéjares, como lo prueba su construcción, que es de las llamadas albarranas por los árabes, la cual, avanzando un poco más que la muralla, se unía a esta por medio de un arco, que se ha conservado hasta época reciente; su forma es ochavada, y está maciza hasta la altura del arco, cosa que no sucedería en tiempos pasados; el interior lo constituye una habitación con bóveda primorosamente labrada, semejante a la de la torre del Homenaje del Castillo de Almodóvar y a la sala llamada de la Reina, del Alcázar, hoy Cárcel, y tiene una escalera que la pone en comunicación con la plataforma; debajo de las almenas y merlones hay un friso de los llamados losange, en que el elemento decorativo son rombos y figuras geométricas de marcado carácter mudéjar.

La construcción o, mejor dicho, reconstrucción de este monumento

se efectuó en 1406 sobre cimientos árabes o quizá romanos, pues en 1789 encontróse en la parte inferior del muro un cipo funerario romano, En el siglo XVII se hizo una importantísima obra de reparación, que tal vez modificaría los elementos artísticos de la torre, especialmente en sus defensas.

De resultas de las continuas luchas y revueltas que hubo en los reinados de D. Pedro I y de Enrique II, los muros de la ciudad se estaban derrumbando, hasta el punto de que los reyes nazaritas llegaron a penetrar por ellos en algunas de sus razias, como exponía el Cabildo de Jurados a D. Juan II cuando este monarca concedió a su favorito D. Alvaro de Luna las rentas de las tahurerías, que se destinaban para la restauración de las murallas, según antiguos privilegios reales.

He aquí la carta real por la que se arbitraban medios para las labores de las murallas:

D. Enrique, por la Gracia de Dios Rey de Castilla, de León, de Toledo, de Gallizia, de Sevilla, de Cordova, de Murcia, de Jahen, del Algarbe de Algeciras, e Señor de Vizcaya e de Molina. Al Consejo e Corregidor e Alguacil e Regidores e Jurados e Oficiales de la Muy Noble cibdad de Cordova que agoran son o serán de aquí adelante salud e gracias. Sepades que vy vuestras peticiones que me embiastes con Anton Sanchez my jurado desa dicha cibdad, entre los cuales me embiastes dicir en como los muros desa cibdad est de Castro del Rio e de Santa Ella lugares de ella, estavan muy mal parados en guisa, que sin mi merced ni limosna no se podrian labrar ni reparar como a mi servicio cumple. E como es complidero a mi servicio e al pro e guarda y defendimiento de toda la frontera el adobo e reparamiento de los dichos muros de la dicha cibdad e de los dichos lugares de Castro del Rio e de Santa Ella, pues san puesto por donde en tiempo de guerra los moros entran en esta tierra a fazer mal e daño a esa dicha cibdad e a toda esa tierra e que mi merced fuese de les fazer merced para con que se reparara e yo vyendo e que la dicha vuestra petición era justa e razonable e complidera a mi servicio e al pro e guarda de la dicha cibdad e de los dichos lugares. Es mi merced que echedes en emposicion en carne e en vino en esa dicha cibdad e en su término como era fasta aquí e que dure desde el día que se echare hasta un año, e lo que montare e rindiere la dicha emposicion sea para las labores de los muros desa dicha cibdad e de sus castillos e para el reparamiento della e dellos, en tal manera que los dichos maravedises de la dicha emposicion sean despendidos e labrados en los muros de la dicha cibdad e de sus castillos como entendieredes e ordenaredes que cumple a mi servicio et apro desa dicha cibdad. E no hagades ende al sopena de la my merced. Dada en la villa de Valladolit treynta dias de agosto año del nacimiento del nuestro salvador Jhesu xpo de mil e quatrocientos e quatro años. Yo Ferrand Alfon la fize escribir por mandado del Rey.»

Enrique III dió un privilegio para que se ap icara su sobrante de maravedises de las rentas de los tahures a la reconstrucción de dicha torre, a la que ya dió el nombre de Malmuerta; y esto destruye por completo la leyenda de que fuese construída por un noble ascendiente del Marqués de Villaseca, como expiación que le impusiera el Rey por la muerte que dió á su inocente esposa en un arrebato de celos. He aquí el privilegio que, aunque conocida, se encuentra inédito:

«Don Enrique por la Gracia de Dios Rey de Castilla, etc...

A vos Alfon Yañez de Rojas my Recabdador mayor en el Obispado de Corduva salud e gracia. Bien sepades en como por mí mandado avedes rescibido e rescibides ay en la dicha cibdat, ciertas costas de maravedises así de las Rentas de las tahurerías como de otras ciertas rentas, que yo por que las labores de la dicha cibdat de que dis que yo fise mercet a la dicha cibdat de los citados maravedises porque las dichas labores de los muros de la dicha cibdat de cada año, de los quales maravedises que asy avedes recibido hasta aquí, dis que no avedes dado cuenta de ellos, e por cuanto cumple a my servicio de saber cuantos maravedises avedes recibido e recaubdado de las dichas Rentas, e quantos dellos avedes despedido en las dichas obras por que sy algunos ay sobrados que se estiendan en las labores de la torre de Mal-muerta e de los dichos adarves. Es my merced que dedes la dicha cuenta, luego a los contadores que reciben ay en la cibdat las cuentas, por que vos mando que dedes la dicha cuenta a los dichos contadores de todos los dichos maravedises que asy avedes recebido e despedido en las dichas obras hasta aquí. E otro, si recibieredes e defendieredes de aqui adelante en este año e recebida e tomada la dicha cuenta, mandoles que me fagan relacion della por que yo sepa como e en que manera fueron despedidos los maravedises ay rescibidos en las dichas obras, e si lo asy face e cumpla, non quisieredes por esta my carta mando al dicho corregidor que vos corrija e apremie fasta que le dedes la dicha cuenta de todos los dichos maravedises que asy recebistes e defendistes hasta aqui e rreecibieredes e despenedes de aqui en adelante, en este año como dicho es. E los maravedises que vos fueren alcançados mando que sean estendidos en las obras de los muros e torre de Malmuerta o donde a los dichos oficiales bien visto fuece. En no pagades ende al sopena de la my merced e e de dies mil maravedises para la my camara. E de como esta my carta vos fuese mostrada mando sola dicha pena a cualquier escrivano publico que para esto fuese llamado que de ende al que vos la mostrare testymonio signado con su signo por que yo sepa e como coplides my mandado. Dada en la cibdat de Segovia a dos dias de Otubre año del nascimijento del nuestro salvador Jhesu Xpto de mijel e quatrocientos e quatro años. Yo ferrand Alfon la fis escryvir por mandado de nuestro señor el Rey.»

El prestigioso alcalde presidente de nuestro Ayuntamiento, don Salvador Muñoz Pérez, tiene consignado en su programa, y así lo ha acordado el Concejo, la restauración de esta torre para cuando se terminen las obras importantísimas de la Puerta del Puente. ¡Ojalá que su paso por la Alcaldía dure lo bastante para que se pueda realizar obra tan beneficiosa al arte y al nombre de esta ciudad, por lo que todos sin distinción de clases lo felicitaríamos y nos felicitaríamos!

Miguel A. Orti Belmonte.

No se devuelven los originales, aunque no se publiquen, ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.

Los resultados de la enseñanza

Mucho pudiera y debiera decirse sobre los resultados de la enseñanza, o mejor, sobre los malos resultados de la misma en ciertos alumnos que caminan de fracaso en fracaso; y sobre el mediano efecto útil alcanzado en definitiva, en lo que a su cultura general y al desarrollo de aptitudes para la práctica de la vida se refiere, en otros alumnos que, obteniendo en los exámenes resultados pasables y aún a veces brillantes, no resultan después en condiciones de servirse para la realidad de los conocimientos que demostraron en el examen.

Quizá parte de estos fracasos, menos numerosos de lo que se cree y se dice, por los que son más dados a hablar y escribir que a analizar la verdad y el fondo de lo que afirman, se deban a impericias o a falta de trabajo y buena voluntad de los que tenemos la misión de enseñar; quizá, en parte también, se deban a los pocos meditados planes de estudio, muy recargados de asignaturas y desarrollados en escasísimo tiempo; pero también, en su mayor parte, estos fracasos y esta falta de resultado práctico en los no fracasados, se deban principalmente a dos factores esencialísimos: a la falta de trabajo y aplicación del alumno, que sólo estudia para *pasar*, como ellos dicen, con contadísimas aunque honrosas excepciones, y al abandono y a la falta de verdadero espíritu educativo de los padres.

Para la mayor parte de éstos, lo secundario es que su hijo estudie o no, que sepa o que no sepa; lo esencial es que *apruebe* y cuanto antes mejor; y así se ve cada vez en aumento, no obstante las disposiciones coercitivas, bien fáciles por lo demás de burlar, el trasiego de los alumnos de los Institutos, en los que aún resta un poco del prudente y saludable rigor de otras veces, a aquellos otros que las estadísticas señalan como *benévolos*; trasiego que por pundonor se disimula con diversos pretextos, pero que en el fondo no es más que el anhelo nacional de obtener por favor, yo diría de limosna, lo que no somos capaces o no queremos obtener en justicia; y que lo que se busca en definitiva, no es dónde se enseña más y mejor, sino dónde se aprueba más fácilmente.

Cada vez que un padre matricula a su hijo, no considera que ha adquirido el derecho a que se le enseñe y se le eduque para la vida social, sino que se ha contraído la obligación ineludible de aprobarlo. Como casi siempre ocurre, se piensa en el derecho, pero se olvida el deber; y al cambiar en su imaginación el derecho a que se le enseñe por el de que se le apruebe, olvida su deber de hacer que trabaje y estudie; y así, una vez cumplida la formalidad de la matrícuula, lo abandona a sí mismo hasta la época de los exámenes de fin de curso, como una carta que, una vez franqueada y echada al buzón, ya llegará a su destino; y cuando al final vnelve a recordar que su hijo es estudiante, no es para castigar ni corregir su desaplicación si fracasó, o para pedirle más trabajo si tuvo un éxito mediano, sino para considerar como una ofensa personal, imperdonable, el suspenso que recibió, del que él solo es el único culpable, o un desaire a su persona, el que ne haya tenido notas brillantes, si pasó.

A esta lamentable equivocación, contribuye no pocas veces, no sólo el amor propio y hasta la vanidad y siempre el cariño paternal, disculpable, aunque equivocado, sino con harta frecuencia determinados intereses particulares, que buscan, halagando la vanidad paternal, siempre pronta a manifestarse, la disculpa de su ineptitiud o de su falta de trabajo, en supuestas severidades o en calumniosas injusticias del catedrático.

Por su parte el alumno, cediendo a la enfermedad nacional de la época, a la falta de actividad para el trabajo ordenado y constante y ¿por qué no decirlo con su nombre? a la holgazanería, estudia lo menos posible, lo extrictamente preciso o indispensable para *pasar*, para que que no se le pueda dejar sin el aprobado, único sueño y aspiración de todos. Lo que aprende es a la fuerza, a costa, no de su trabajo personal, sino del del catedrático; y eso prendido con alfileres, *de tente mientras cobro*, o sea *de dura mientras apruebo*; y no sólo no procura retener lo poco que después de grandes fatigas se consiguió que llegara a saber, creyendo equivocadamente que, una vez conseguido el aprobado, lo mejor es arrojar como cosa inútil lo poco que sabía, sino que hasta los libros en que lo aprendió, despreciándolos como peso muerto y perjudicial, se deshace de ellos lo antes posible, tirándolos o dándolos; hasta el punto de que la práctica constante nos hace ver que son contadísimos los alumnos que, al llegar al último año del Bachillerato, pueden repasar por sí solos para los ejercicios de reválida, pues la inmensa mayoría no conserva los libros en que estudiaron y sólo un cortísimo número procuran

PERIÓDICO NUEVO

Al notable periodista *Pedro Moro* en la fundación de la Revista CÓRDOBA.

Cual prodigio del Arte noble y potente
de la ciudad bendita que el Betis baña,
hoy brota, por milagro de amor ferviente,
una «Córdoba» nueva dentro de España.

Y el laurel que la Madre lleva en la frente
—laurel inmarcesible que no se empaña—
deslumbra como beso de sol fulgente
buscando admiraciones en tierra extraña.

Por el vivo entusiasmo que en tí palpita,
ya tiene la Sultana, la soñadora,
una voz de ternura santa y bendita.

Y, para que florezca con voz de aurora,
¡bautízala en la gloria de la Mezquita,
y hazla, como la Madre, cristiana y mora!

M. R. Blanco Belmonte.

guardarlos para irse formando una pequeña biblioteca que les permita recordar y refrescar los conocimientos y las ideas adquiridas, y que, como todo en la vida, el tiempo acaba por esfumar y extinguir si de vez en cuando no se refresca y regenera.

Obedeciendo a la tendencia general de la holganza, procura el alumno, no sólo trabajar lo menos posible durante el curso en la preparación de sus lecciones para la clase, sino hasta hacer que éstas duren el menor tiempo posible, anticipando las fechas de las numerosas vacaciones, que merman y acortan el curso, dejándolo reducido, de los ocho meses teóricos, a la exigua duración de 157 días; esto es, de cinco meses. Y lo peor, lo verdaderamente lamentable, es que estas indisciplinas juveniles, precursoras de futuras indisciplinas sociales, pues no hay que olvidar que los alumnos de hoy son los ciudadanos de mañana, encuentran siempre la lenidad y aun la impunidad arriba, por mal entendida benevolencia o por injustificable tolerancia, y la indiferencia egoísta de la sociedad, que critica los defectos, pero que no presta el apoyo moral para corregirlos; y hasta a veces ¡vergüenza me cuesta decirlo! la complacencia o la incitación con el ejemplo de ciertos profesores, muy pocos por fortuna, más atentos a su comodidad o a sus conveniencias que al cumplimiento exacto del deber.

También ha contribuido poderosamente a la falta de trabajo intensivo del alumno, dando lugar a que ya sólo se estudie para salir del día, la en mal hora decretada supresión de los exámenes con tribunal, utopia concebida en beneficio de la pereza intelectual y que en ningún país, entiéndase bien, en ningún país existe semejante cosa, y que sólo en el nuestro ha sido propagada y defendida, hasta conseguir su implantación, por los modernos pseudopedagogos de ocasión que tanto abundan, por desgracia, en la época actual.

Antiguamente entre nosotros, y siempre en todas las naciones en que la enseñanza es una verdad, ante la idea del examen con tribunal, pensando el alumno que había de llegar la hora en que tendría que demostrar que de cuanto estudió y se le enseñó conservaba lo suficiente para tener un concepto claro y concreto, no sólo del conjunto de la asignatura, sino del detalle de sus diferentes partes, hacía un trabajo y una labor más intensos, para que los conocimientos adquiridos fueran persistentes y duraderos, pues lo que necesita para tener ilustración y cultura, para estar en condiciones de salir airoso en la lucha de la vida, no es haber sabido, sino saber. Mientras que ahora, gracias a esas innovaciones modernistas, que digo y repito sólo existen entre nosotros y nada más que entre nosotros, como con un pequeño esfuerzo y una débil atención les basta para que los conocimientos duren hasta salir del día de la lección, estas ideas y estos conocimientos se borran y extinguen rápidamente de su memoria y de su inteligencia, que menos trabajadas, son susceptibles, por otra parte, de menor esfuerzo en un momento dado; y toda la labor del curso desaparece de su espíritu a los pocos días de lograr el aprobado, como la humedad de un terreno arenoso se disipa al más tenue rayo de sol; resultando de aquí que, como tanto en lo intelectual como en lo material lo superior descansa y se apoya en lo inferior, habiendo olvidado, por falta de impresión intensa, los conocimientos y las ideas aprendidas en los primeros años del bachillerato, al llegar al medio y al final, se encuentran en la imposibilidad de asimilarse los que le corresponden, como un propietario que, al construir un edificio, diera, por economía o por miseria, poca consistencia a los muros inferiores, y al ir a construir los pisos superiores, se encontrara ruinosos o desmoronados aquellos que le habrían de servir de apoyo.

D. Pedro López de Alba
Fundador del Instituto de Córdoba.

Tales son, en mi concepto, las principales causas del escaso efecto útil alcanzado en muchos alumnos por la enseñanza secundaria, causas que, con un poco de buena voluntad por parte de unos y otros, sería muy facil hacer desaparecer, y entonces, y sólo entonces, saldrían de nuestros Institutos los jóvenes Bachilleres con la sólida instrucción que hoy es preciso para luchar en la vida.

Rafael Vázquez Aroca.

EL ALMA DE CÓRDOBA

Dice Ganivet que Séneca, el filósofo cordobés, al explanar su sistema, más que estoico, lleno de naturalidad, de virtud y de bondadosa modestia, no hubo de esforzarse por inventar nada; esto es, por exprimir su intelecto en la busca de máximas, sentencias y juicios filosóficos, sino que se limitó a recoger y dar forma a lo que ya estaba creado, a lo que era característica del medio en el cual se movía y del que fué uno de sus hijos más legítimos, a lo que, en suma, es el carácter y el alma de la tierra cordobesa.

Y si es cierto que las manifestaciones de los hombres de una tierra—sociales, artísticas, religiosas, fisiológicas inclusive—son los modos de expresión de esa tierra en que viven, porque no hacen sino reflejar los gestos y acciones que la Naturaleza pone en ella, es indudable que Séneca habló por Córdoba. Y habló discreto, sereno, sensato, con reposada mesura, con madurez abierta, con sano criterio de bondad, que es la belleza suma, la perfección suma de la naturaleza humana. Con el mismo criterio con que a Córdoba la consideraron sus fundadores cuando la bautizaron con el nombre por autonomasia más perfecto: Corto-toba, la ciudad buena.

Y fué por acrecentamiento de esta bondad, en que culmina la belleza suma del alma de la tierra, cómo la clara serenidad del alma de Córdoba se perfiló, por copia de sus horizontes, de su ambiente, de todo el espacio de su lugar, en una grácil armonía de líneas y colores. Y su espíritu, al modelarse en ella, adquirió la elegancia suprema de lo definitivo: un acorde de belleza tan extremado que, ya infinitamente, dejó vibrar su alma en la posesión de lo ideal. Y la elevada pureza

de éste, hizo que, en correspondencia con la discreta serenidad del alma de la tierra, se mantuvieran ambas en la mayor suma de reposo y de euritmia, en la cumbre de la bondad y la elegancia, copiándose sus perfiles y sus vibraciones mútuas, al modo de los cielos que se miran en la linfa pura de las aguas, las que a su vez se tintan de la insondable profundidad serena de los cielos.

El sobrio ideal del alma de Córdoba, aventaja y supera al aticismo heleno. Es así, como en las manifestaciones mas genuinas del alma de la tierra, en ese sublime florecer de las piedras, que da origen al arte arquitectónico, Córdoba no ha hallado aún su expresión espiritual. Y si, por un momento, algunos elementos florecieron viva y punjantemente—el estilo árabe-cordobés — haciendo gala de genialidad incopiable, el alma de Córdoba que renueva y renace ahora, genuina y legítimamente, piensa más bien, buceando las fuentes más hondas de su espíritu, en una pureza de líneas sobria y fuerte, madura y reposada que, a ser posible, superase al clasicismo griego; algo, en fin, de lo que vagarosamente remueve en nuestras almas la segunda época de Romero de Torres o la serena cadencia de formas de los castos desnudos inurrianos.

Tierra liberal, fecunda y pródiga. Alma libre, reposada, amante de lo bueno y de lo bello, la que de aquella nace. Así la tierra de Córdoba, de la que la leyenda turdetana cuenta que tuvo un rey que dió la libertad a los esclavos, cuando en Grecia, liberal y demócrata, todavía Platón consideraba la posesión de un hombre tan legítima como la de un perro o la de una vaca.

Alma en que culmina la claridad y el reposo, como aquel alma romana, tan genuinamente cordobesa, de Lucano y de Séneca; como aquel alma, razonada y discreta, de los Abderramanes, que un día presidieron un concilio de obispos cristianos y quisieron fundir en un solo cauce, puro y poderoso, la religión cristiana y la religión islámica; como aquel alma infinitamente buena y modesta del Gran Capitán, rey de su rey, rey de su siglo; como esa alma, impregnada de gracia espiritual y armoniosa, que se revela en Góngora, en Valera...

¡...Que en este nuevo renacer del alma de Córdoba, neta y genuinamente terrenal y directo, tenga ella por fuentes las fuentes del alma de la tierra cordobesa: gracilidad, armonía, serenidad, reposo...!

Rafael Castejón.

VERSOS INMORTALES

LA PRIMERA PALMA

Canción de Abderramán

Tú también, insigne palma, eres aquí forastera;
de Algarbe las dulces auras tu pompa halagan y besan.
En fecundo suelo arraigas y al cielo tu cima elevas.
Tristes lágrimas lloraras si cual yo sentir pudieras;
tú no sientes contratiempos como yo, de suerte adversa.
A mí de pena y dolor continuas lluvias me anegan;
con mis lágrimas regué las palmas que el Forat riega,
pero las palmas y el río se olvidaron de mis penas,
cuando mis infaustos hados y de Alabás la fiereza
me forzaron a dejar del alma las dulces prendas.
A tí de mi patria amada ningún recuerdo te queda,
pero yo, triste, no puedo dejar de llorar por ella.

MIL GRACIAS Á TODOS

La Prensa diaria de Córdoba, benévola y atenta siempre, ha concedido a la aparición de nuestra revista las siguientes cariñosas frases, dictadas por un levantado compañerismo:

El *Diario:*

«Deseamos muchas prosperidades a la nueva publicación y muy afectuosamente le damos las gracias por el cariñoso saludo que dirige a la Prensa diaria. CÓRDOBA constituye un simpático y valioso acto de presencia de la intelectualidad cordobesa en la obra del resurgimiento de nuestra población. Le auguramos una próspera vida.»

El Defensor:

«Hemos recibido el primer número de esta revista semanal, cuyo mayor elogio está hecho conociendo las personas que forman la redacción y teniendo a la vista el sumario del primer número. Tiene para la prensa local un saludo afectuoso de leal compañerismo, que no en vano son expertos periodistas quienes redactan CÓRDOBA y a ese saludo hemos de responder con igual reciprocidad, deseándole en sus buenas campañas gran éxito y larga vida.»

El *Diario Liberal:*

«Con el título de CÓRDOBA ha salido al estudio público un semanario independiente. La nueva revista ilustrada, que así puede considerarse, estudia problemas interesantísimos que se refieren a asuntos locales o regionales que exigen urgente solución, y tienden otros a señalar ciertos estigmas de carácter social endémico. El programa del nuevo periódico, puede concretarse diciendo que es programa de cultura el que aspira a realizar.

Contiene también fotograbados de los monumentos más importantes de nuestra capital y una plana titulada «Geografía espiritual de España», que es interesantísima. Agradecemos mucho las afectuosas frases de saludo que nos dedica y correspondemos cordialmente a su salutación, deseándole muy de veras arraigo en el concepto público, en gracia al laudable esfuerzo que supone el darle a la publicidad y la orientación de ética social que informa al semanario CÓRDOBA.»

De todo corazón damos las gracias a los queridos colegas y, al mismo tiempo, al público en general, por la benévola acogida que ha dispensado a esta modesta revista, cuyo mérito radica únicamente en la pródiga y valiosa colaboración con que nos favorece la casi totalidad de los elementos intelectuales de Córdoba, en toda clase de órdenes. Esta cooperación, que supera todas nuestras suposiciones, constituye la mejor atracción y garantía de los propósitos que sustenta esta publicación.

Mil gracias, por tanto, a todos, incluso, claro es, a los entusiastas cooperadores que, desde diversos pueblos de la provincia, nos escriben pidiendo el envío de CÓRDOBA y encargando que se les considere como amigos y suscriptores.

IDEAL ANDALUZ

Quisiera yo alabar con las palabras más cordiales al afectuoso amigo que hubo de acordarse de mí para enviarme desde la peregrina Ciudad de la Gracia—¡oh, madre Sevilla, amada mucho y aún no amada bastante!—la hoja que daba cuenta de la constitución del Centro Andaluz en pleno centro de Andalucía, y que al constituirse desplegaba a los vientos este lema generoso y confortable: «Andalucía para sí, para España y la Humanidad».

Y quisiera alabarlo, sí, porque en estos tiempos, horros de espiritualismo y de gentes que den calor a empresas de desinterés y nobleza, ya es mucho hallar quien se nos acerque y nos hable de una cruzada en pro de algo que no esté resellado por el egoísmo y vaya de la mano de la especulación, porque tal se van poniendo las cosas que bien puede diputarse de hombre fuera de su siglo al que dé en estas andanzas de idealidades y generosos arrestos de espíritu, valores muertos, en verdad, para la hora presente.

Mas aún andamos unos cuantos locos sueltos por el mundo, y he aquí que nos aferramos a un propósito y no le damos suelta aunque vengan sobre nuestras míseras ánimas las sangrientas ironías de los que tienen mejor juicio; y no hablemos de que sean o no estériles nuestras propagandas y nuestras ilusiones vayan camino de caer a cercén, pues habré de deciros que tenemos fe en nuestro ideal, y la fe, vosotros lo sabéis, lleva al triunfo.

¡Ideal andaluz...! Unir las almas y fortalecerlas en la magna obra de hacer de Andalucía, de toda la Andalucía, un conjunto engrandecido y engrandecedor; unir también las manos para que el trabajo sea más grato y más cordial; juntar una aspiración noble con otra que la sobrepuje, llevarlas a la cima; mostrarse fuertes, ecuánimes y sonrientes; tener por culto la gracia del Arte y la serenidad de la línea; ser varoniles y dulces; que revivan los abolengos de nuestra gloria; que bajo los pórticos del Ateneo de la ciudad y de la escuela del pueblo resucite Iberia, y que, en suma, todo ello venga a ser ofrecido en magnífico ejemplo, para que no se grite abusivamente el ¡viva España!, sin que hagamos porque viva, sino que puedan decir los que quieran observarnos: España, vive.

Empresa de audacia es esta empresa, que ha menester acumular el calor de muchos corazones para mantenerla y llevarla en triunfo; pero la hora definitiva para la lucha en favor de estos altos ideales que han de fortalecer y elevar la ciudadanía es esta de ahora. Cuando las grandes tragedias se desencadenan en las vecindades debe invadirnos el anhelo de afianzar la paz en nuestra propia casa, cuidándola con exquisito esmero y dándonos por completo a esa obra de amor, que ha de ser, al cabo, provechosa para todos, puesto que dará saludables pautas.

Es necesario, sí, que corra el apostolado de pueblo en pueblo y de boca en boca; que toque en los corazones de los que estén limpios de prejuicios, y que tras una jornada nos impongamos otra, cada vez más decididos y más ufanos, levantada el alma y oreada la frente, hasta que logremos reunir bajo nuestra bandera azul el ejército de los firmes y serenos, capaz de vencer desde la tribuna y desde la escuela.

No es nuestro enemigo peor la indiferencia ambiente, que tan graves son los tiempos actuales que ya no va siendo posible la indiferencia; pero hemos de contender con las malas artes de una vieja Celestina, astuta y perversa, que en las encrucijadas del camino preparará asaltos para encadenarnos una vez más, seducidos siempre, al cabo, por los favores que ladinamente sabe prodigar.

Serán las malas artes de la política de todos los desgobiernos y de todas las irregularidades, sorderas e injusticias, las que tiendan sus mallas sutiles para cazar nuestras sanas rebeldías; mas hay que confiar en que, al fin, saldremos victoriosos de estas contiendas que, sobre darnos vigor probando nuestro temple, inaugurarán los nuevos días de una etapa de sinceridades, en la que ha de hallarse el rumbo seguro para la grandeza personal de las regiones españolas que, en suma, engrandecerán la patria.

Fué en Sevilla el grito de optimismo y de lucha, y Betis arriba vino a dar pronto en Córdoba, la ciudad señora, donde se aprestan a darle cordial acogida y propagarlo por doquier.

Ya se había iniciado también de antemano en la callada sultana un hermoso movimiento de resurrección, que contaba entre sus más ardientes paladines a Enríquez Barrios y Muñoz Pérez, exalcalde aquél y alcalde éste, que supieron

llevar al Municipio anhelos de renovaciones, encaminando la administración por senderos de progreso y honradez; Eugenio García Nielfa, escritor cultísimo, de prosa sencilla y castiza, defensor de los viejos prestigios regionales; Ruiz Maya, joven catedrático y publicista muy notable que en la escuela y en el periódico realiza una intensa labor; Carbonell y Carrillo Pérez, entre otros prestigios industriales, colaboradores en cuantas iniciativas redundan en pro de ese anhelo de ser...

Y luego, extendido el movimiento, serán Almería, y Cádiz, y Málaga, y Jaén, y Granada, y Huelva; y tras Andalucía, Castilla, con sus agricultores y sus ganaderos; y Aragón, y Levante, y Guipúzcoa, tan industrial, tan llena de vida, y, al fin, de seguro, todas las regiones de este gran pueblo, pletórico de espíritu.

¡Arriba, pues, los corazones, defensores de un bello ideal de trabajo y justicia!

Por sobre el espanto del momento presente, en un instante de tregua de la hecatombe que deja rodar su estruendo por todas las tierras, el oído español, atento al latir de nuestro pueblo, ha recogida la santa aspiración de afirmarse, de engrandecerse.

Y vosotros, hombres de buena voluntad, podéis marcar el rumbo de la estrella que ha de encaminar los pasos de los que hayan de cumplir con el deber, conscientes y serenos.

Leocadio Martín Ruiz.

PAISAJE CORDOBÉS

Semeja, por la noche, el viejo Puente
un monstruo que, rendido de fatiga,
posa en el césped y su sed mitiga
del Betis en la límpida corriente.
La luna, de secretos confidente,
de lo vetusto y misterioso amiga,
besos de luz al monstruo le prodiga
y al agua da esplendor fosforescente.
La brisa, perfumada por las flores,
el eco trae de una canción de amores
que va a perderse en el confín lejano,
como del río el murmurar constante,
himno sublime del amor triunfante,
se pierde en los abismos del océano.

Ricardo de Montis.

El Puente de Julio César

EL TOREO INFANTIL

Perdida entre el fárrago de acuerdos oficinescos, días atrás leímos la para nosotros jubilosa noticia de que la Junta de Protección a la Infancia había acordado protestar contra la permisión de que se celebren corridas de novillos o vacadas, en las que, como lidiadores, actúen niños menores de dieciseis años. Protesta que supone prohibición desde el momento que dicha Junta hállase presidida por el caballeroso y decidido defensor de la infancia Sr. D. Agustín Laserna, Gobernador civil de la provincia. Justo y noble acuerdo que no queremos ni debemos, ni podemos dejar pasar en silencio.

Justo, porque así lo ordena la ley de 13 de Marzo de 1900 en su artículo 6.º, que prohibe a los menores de dieciseis años todo trabajo de equilibrio, agilidad, fuerza, etc., en espectáculo público, haciendo responsables de su contravención a los directores, padres ó tutores y considerando, por su párrafo 3.º, incluídos en la prohibición, cualquier clase de trabajo literario y artístico (teatros, etc.)

Y noble, porque saltando prejuicios sociales, arranca al vicio de la raza, al Moloh del suelo hispano estas criaturitas que de seguro habían de ser sacrificadas en holocausto de su monstruosidad, gérmen de miseria para muchos y de barbarie e incultura para ellos.

No hemos de abocetar la significación de esta faceta de la mal llamada fiesta nacional, pues que mejor le cuadrara el nombre de bárbaro funeral a la cultura; sí diremos que, al presenciar el espectáculo, sólo veíamos entre los pliegues rojos del capote, un organismo enclenque, una conformación orgánica enfermiza y una mirada de sanguinolento centelleo, que inconscientemente brotada de un alma niña, era rudo anatema lanzado por la naturaleza, siempre sábia, contra un público y un pueblo que sentiría el alborozo de la *felicidad* espiritual si, en el *perfeccionamiento* de la incultura de todos, vislumbrara la posibilidad de gozar las criminales delicias del aún no olvidado circo romano.

Reciba esa Junta nuestro cordial aplauso y la promesa de nuestro modesto apoyo, ante la efectividad de su humanitario acuerdo, pues si bien más que a ella, a deudos y parientes, por ley de afinidad, compete evitar estas desviaciones de patria potestad, ludibrio de una raza, sólo ella puede velar por que estas pantomimas de la barbarie no sean ejemplo para otros corazones niños que, tras la visión del espectàculo, hubieron de ensoñar, fuertemente batidos sus sentimientos aún mal enfrenados, con esta frase, compendio de la psicología de nuestro pobre pueblo: «Si yo fuera torero;» de tales potencialidades, por la herencia y el medio, que anula todo deseo espiritual de ser algo grande en beneficio de la humanidad.

Levantemos mil escuelas de artes y oficios frente a cada plaza de toros y hagamos brotar en todos los cerebros estos hermosos deseos: ¡Si yo fuera mecánico! ¡Si yo fuera pintor! ¡Si yo fuera arquitecto!... Que día llegarà en que sean condensados en uno sólo, el más grande: Ser útil, contribuyendo al perfeccionamiento de la humanidad.

LOS OJOS VERDES

Ya no te quiero, morena,
la de los ojazos negros;
que has abrasado mi alma
con tus miradas de fuego.
La de los ojos azules,
a tí tampoco te quiero;
que me engañaste, traidora,
con tus miradas de cielo.
La de los ojos melados,
insulsos y somnolientos,
que ni apasionan, ni alientan,
ni son bonitos ni feos;
la de los ojitos garzos
con tus miradas de cuervo:
no soñéis con el poeta,
que os ha cerrado su pecho.

. . . .

Oh, tú, virgencita griega,
la de los ojos risueños,
verdes como la esmeralda,
como la esperanza bellos:
mírame, que tus miradas
serán eficaz remedio
para cerrar las heridas
que otras miradas me abrieron.

. . . .

Ojos que sois mar en calma
en cuyas ondas navego:
ojos dulces, ojos claros...
¡ojos de mi pensamiento!

Antonio Arévalo.

De todo lo que nos pasa la guerra tiene la culpa.

A neutrales y beligerantes, el pavoroso conflicto europeo nos trae de cabeza, como solemos decir los clásicos.

A unos, los segundos, por las horribles consecuencias de la trágica matanza, segadora contumaz de millones de vidas; a otros, a los neutrales, por las derivaciones económicas de la hecatombe.

Nada existe hoy sobre la haz de la tierra que no guarde íntima relación con el espantoso conflicto.

Yo creo que hasta el canto de los grillos está íntimamente ligado a la guerra europea.

Se me preguntará qué relación puede haber entre dicho canto y la conflagración mundial.

¿Y entre los tomates, por ejemplo, y el mismo espeluznante conflicto? Pues la hay, lector amigo.

Acercaos, para comprobarlo, a cualquier puesto de verduras y os convenceréis de ello.

—Deme un kilo de tomates.

—¿Sabe cuánto vale?

—¡Qué sé yo; pero costará lo de siempre!

—¡Ah, no, señor! Ahora vale un real más que antes.

—¿Y eso?

—¡Por la guerra ..!

¡Por la guerra! ¡Como si los insípidos y humildísimos tomates tuviesen algo que ver con la batalla de Verdún o el asalto francés a la cota 287 alemana!

Y no traten ustedes de que les expliquen el por qué de haber aumentado en un doscientos por ciento el precio de todos los artículos de primera necesidad: el pan, los garbanzos, el arroz, las judías, el pescado, todo...

La explicación será siempre la misma: ¡la guerra!

Todavía transijo con la elevación de precios en algunos artículos citados, ya que la codicia y el *patriotismo* de algunos *puntos* hicieron que la exportación rebasara los límites de lo decente; pero con el sobreprecio en los tomates... ¡con eso no transijo!

Ni con eso, ni con que los melones valgan actualmente doble que costaron siempre. ¡Como si la producción de esa fruta no aumentase en España de año en año! ¡Con los melones que sobran en nuestro país...!

Pero por todo lo dicho se puede pasar, menos por que los simpáticos

fígaros cordobeses hayan aumentado el precio de sus servicios en un ciento por ciento.

Yo creo que para ello ha influido, también, la guerra europea...

—Maestro: vengo a cortarme el pelo.

—¿Ha leido el cartelito?

—¿Cuál?

—Ese que ve usted ahí.

—¡Demonio! ¿Dos reales por pelarme?

Nos explican que la medida adoptada sólo tiene aplicación los domingos y días festivos y nos hacen otras consideraciones que no aciertan a convencernos.

Por lo que hace a mí, yo creo que la subida de precios en los pelados obedece a la guerra europea. Como obedece el sobreprecio en los tomates, en los melones y en las verdolagas...

¿Qué otra explicación puede darse, que sea satisfactoria, al parroquiano?

Los barberos, horrorizados ante el apocalíptico espectáculo de la gran matanza, han tenido la humanitaria idea de subir el precio de los servicios a fin de engrosar con sus óbolos los ahorros de la Cruz Roja.

¡Porque es indudable que ese realito que nuestros fígaros cobran de más por cabeza pelada, va a manos de la humanitaria institución, ya sea para socorro de heridos o alivio de caminantes!

Es decir, que ahora y merced a la innovación, nos toman dos veces el pelo: cuando nos decapilan y cuando nos cobran...

Verdad es que sólo lo hacen los domingos y días festivos; pero ya es bastante en un país donde cuando no es domingo lo hacemos y cuando no hay fiesta alguna que guardar, la inventamos...

A la genialidad de los simpáticos barberos cordobeses debemos oponer otra genialidad los parroquianos.

Dicen aquéllos que la medida tomada es para evitar la aglomeración de público en días feriados. Está bien. Vamos nosotros a no concurrir a las barberías sino en días ordinarios y además... a no dar propina.

¡Es también una ideíca que podemos poner en práctica inmediata escudándonos en la guerra europea, que torna a los dadivosos en avaros y a los exquisitos en insensibles...!

Españita.

MONUMENTOS DE CÓRDOBA.—La Iglesia de San Lorenzo

Un anormal en el ruedo

Al Gobernador civil

Hace varios días se nos dijo, pero nosotros nos resistimos a creerlo, que en la corrida que mañana se ha de celebrar en nuestra plaza de toros había de tomar parte como lidiador un desdichado que tiene perturbadas sus facultades mentales y que, a causa de esta horrible desgracia, es el hazme reir de las gentes de escaso sentimiento y mal corazón.

Posteriormente a esta denuncia, digámoslo así, que se nos hiciera, ha llegado a nuestro poder un prospecto, anunciando la corrida, y en él vemos que, en efecto, figura como matador un tal Elías Marín, por apodo *Liborio el Encantado*, haciéndose constar, además, para el mayor éxito del reclamo, que se trata de un exmúsico del Regimiento de la Reina.

Como quiera que todo esto coincide, de modo que no deja lugar a dudas, con la denuncia que se nos hizo y como el tal individuo, según se nos dice, es un anormal, esperamos de la nunca desmentida bondad del caballeroso Gobernador señor la Serna, quien seguramente no ha sido debidamente informado, que no permita que tal espectáculo se efectúe, librándonos de este modo de presenciar un suceso, que si a muchos había de hacerles reir a mandíbula batiente, a otros, en cambio, les avergonzaría, por bochornoso y cruel, y tal vez a algunos les haría brotar las lágrimas de sincero sentimiento.

De Lis.

AMAPOLAS

Niña, niña ¿por qué buscas
por los campos amapolas?
¿No las llevas en tus labios?
¿No las tienes en tu boca?
Y debajo de tus senos,
de tus senos cual palomas,
junto al sitio donde, puros,
tus suspiros de amor brotan,
ese tierno y palpitante
corazón, que ufana alojas,
dime, dime ¿no es lo mismo
que un capullo de amapola?

Francisco Arévalo.

Los verdaderos miserables

Presupuesto de una familia pobre

Decíamos que más grande es la miseria en que se desenvuelve la clase media, que la de la gente del pueblo y queremos demostrarlo, haciendo la salvedad de que con ello no afirmamos que la vida, la satisfacción de todas las necesidades sea posible a la clase obrera, dentro de las especiales circunstancias en que nos desenvolvemos, sino que más llevadera, menos difícil es para los de abajo que para los de enmedio, aunque para unos y otros sea totalmente antihigiénica (y aquí incluimos todas las necesidades del cuerpo y del espíritu), habida cuenta de los escasos, insuficientes medios con que cuentan.

Tomemos para nuestro objeto dos familias, pertenecientes a ambas clases e integradas por el matrimonio, y dos hijos, varón y hembra, de catorce a diez y ocho años. Ellas nos servirán como término medio; pues las necesidades de la edad que marcamos a los hijos pueden equilibrarse con el mayor número de hijos de menor edad y con los mayores rendimientos que a la caja familiar pueden aportar cuando el varón sea más entrado en años. Y como queremos mantenernos en un término medio, marcaremos los ingresos para una y otra familia, con arreglo a la media proporcional de los jornales y sueldos que para unos y otros corren en la actualidad.

Y sirviéndonos de datos sacados de varios «Boletines Municipales» del Cuerpo de Estadística y hablando siempre no de lo que *es*, sino de lo que *debe* ser, dentro de las especiales condiciones de cada clase, para que la salud física y espiritual no se resienta por las deficiencias en sus modos de provisión, expondremos el presupuesto mínimo de nuestra familia obrera y deduciremos consecuencias.

Supongamos que el padre gana un jornal medio de tres pesetas y el hijo, por su edad de catorce a diez y ocho, una peseta; admitamos que trabajan, exceptuados los domingos y días feriados, trescientos días; tendrá esta familia un ingreso anual de pesetas mil doscientas.

Veamos el presupuesto de gastos para los cuatro: Gastos alimenticios (exponemos lo que debe constituir la alimentación mínima de una familia en que los dos varones han de dedicarse a trabajos de fuerza). Desayuno: Café y azúcar, 20 céntimos; leche, 15 cénts.; pan, 21 céntimos. Almuerzo: Patatas, un kilo, 15 céntimos; sardinas, medio kilo, 50 céntimos; pan, medio kilo, 21 céntimos; vino, un cuarto de litro, 10 cénts.; frutas, 10 cénts. Cena: Puchero (sopa, el caldo; garbanzos, un cuarto de kilo, 15 cénts.; berzas, las patatas que no se usaran en el almuerzo, pues que un kilo es mucho; carne y tocino, 40 cénts.), 55 cénts.; pan, 21 cénts.; vino, 10 céntimos; gazpacho o ensalada, 10 céntimos. (1)

El aceite o manteca y condimentos, por prorrateo van incluidos en estos precios; y aumentando 10 céntimos de carbón, tenemos un total de pesetas dos con cincuenta y ocho céntimos (algo menos si las compras se hacen por junto, por ejemplo, para la semana, en los artículos conservables), que al año suman 941'70 pesetas; por lo que, para los demás gastos, restan 258'30.

Con este exiguo resto se han de llenar todas las demás necesidades, a saber: vivienda, 90 pesetas anuales; luz, 30 ptas.; cédulas personales, 4'72 ptas.; jabón, 6 ptas.; vestidos (teniendo en cuenta que la ropa interior, y aun alguna exterior, pueden prestar servicio durante algo más del año), 75 ptas.; total, pesetas 215'72; restan, por tanto, pesetas 48'58, que habrán de administrar bien para los vicios menores, tabaco, barbería, horquillas, cintas, periódico, etc. y algún que otro capricho, pues considero que nada habrán de gastar en medicina, toda vez que pertenecerán a la Beneficencia municipal.

¿Es posible así la vida? No. Ahora veremos las consecuencias.

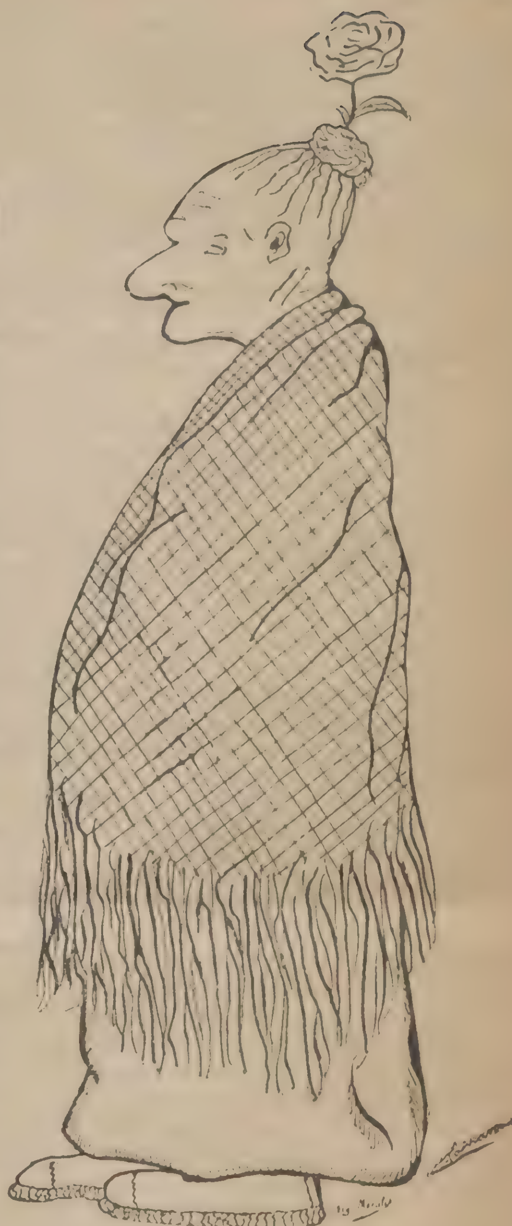
---

(1) Cantidades sacadas de varias estadísticas acerca de la mínima alimentación del obrero, publicadas por el Dr. Labbe. París.

DIVAGACIONES EUTRAPÉLICAS

EL SUCESO DE AYER

Asesinato de María Castaña



Casi a punto de entrar en máquina este número, llega a nosotros la noticia del extraño suceso ocurrido en las Tendillas, del que ha sido víctima un tipo popular: la vieja María Castaña, de quien los muchachos se burlaban en la calle, llamándola por aquél mote, y a quienes ella correspondía con toda clase de soeces injurias. La chiquillería, con sus agudas voces, seguíala por las calles al grito de ¡María Castaña! Ella echaba mano de todas las maldiciones que en sus largos años de mala vida había recogido en las casas de escándalo y sañudamente apedreaba con ellas a los perseguidores.

Aunque en la modesta esfera de una revista no quepa la atrayente y detenida información que constituye uno de los elementos más interesantes de los rotativos, no podemos, periodistas al fin, resistirnos a la tentación de dedicar unas cuartillas al hecho, aprovechando la circunstancia de que nuestro antiguo compañero D. Vicente Anievas—que ha vuelto a ser periodista en Córdoba al cabo de una corta temporada de permanencia en las minas del Rif—fué uno de los primeros en acudir al lugar del sangriento suceso.

El hecho ocurrió a las tres de la madrugada, aproximadamente.

Tanto en las Tendillas como en las calles del Conde de Gondomar, Morería y algunas inmediatas, había varios trasnochadores, figurando entre ellos bastantes mujeres de escándalo, yendo unos a pie y otros en coche, y permaneciendo algunos estacionados en las aceras o en la vía pública.

María Castaña salió en aquellos momentos de la calle de la Morería a la de los Morillos, penetró en la del Conde de Gondomar y salió a las Tendillas.

Al pasar por el centro de esta plaza, un hombre del pueblo, de quien luego se supo que durante horas y horas había permanecido al acecho, al pie de la farola central, salió rápidamente al encuentro de María Castaña y, sin que mediase ninguna palabra—todo ocurrió en un momento—arremetió contra ella hecho una fiera. Del primer envite la tiró contra la farola, sufriendo la vieja tan espantoso golpe, que seguramente quedó muerta en el acto.

El agresor la alzó del suelo con una sola mano y zarandeó el inanimado cuerpo de la vieja con la misma ligereza y furia que un perro ratonero al coger la presa entre los dientes. Por último, tiró el sangriento despojo en mitad de la plaza.

No hizo ninguna demostración para procurar la huida; antes bien, parecía buscar a quien entregarse.

Los trasnochadores, sorprendidos en plena jarana por la trágica escena, no acertaban a tomar ninguna resolución.

Al fin, el agresor se puso en manos del guardacalle particular. Este le pidió las armas que tuviera, respondiéndole el detenido que sólo se había valido de las manos. Fué llevado a la Higuerilla.

Respecto a las causas del extraño suceso, circulan diversas versiones, en las que la exaltada fantasía del público ha debido poner mucho de su cosecha.

Parece ser que el agresor—un jornalero de los ruedos de Córdoba, llamado Rafael Morisco Aguilar—tiene una hija de dieciséis años, llamada Carmen y dotada de delicada y sugestiva belleza. Se refiere que esta—bonita como una rosa y más alegre y viva que un pájaro—cayó incautamente en las redes que a su inocente juventud tendiera la refinada perfidia de la popular proxeneta, de la abucheada María Castaña, y que al fin y al cabo fué inmolada al monstruoso Moloch de Andalucía que lleva esta alegre denominación, compendio de mil aberraciones: Jarana.

Enterado el padre, que sentía locura por la nena, que se miraba en ella y la veía crecer como si fuese un rosal impecable, se cercioró primero de su desgracia, hasta el punto de asomarse a una juerga en la que su hija era la protagonista, y luego acechó a María Castaña, dándole espantosa muerte.

En este suceso, que no puede quedar encerrado en la mediocridad corriente de la crónica negra, se revelan males espantosos. Desde luego resulta que si María Castaña, la infame proxeneta, hubiera estado en la Cárcel purgando la cadena de delitos que han formado su vida, en vez de hallarse convertida en un tipo popular, con apariencias risibles, no hubieran llegado las cosas al extremo de que fuera despedazada por la vengadora garra de un hombre del pueblo.

El ánimo mas sereno y mejor templado, se sobrecoje de espanto

ante el espectáculo de la mala vida en la tierra andaluza, ante la visión de la jarana, de la juerga, del hecho infame de que las mujeres pobres sean proporcionadas al vicio de los acaparadores de la tierra, de quienes precisamente causan el hambre del bajo pueblo.

No por vicio, sino por necesidad negrísima, la raza andaluza—la de mujeres asombrosamente bonitas—es una de las que mayor contingente rinde a los burdeles de toda laya, altos, bajos y medianos.

Los sociólogos tienen en este hecho material vastísimo de estudio de una de las desventuras mayores de Andalucía, fijándose bien en que claramente resulta que las mujeres pobres son proporcionadas a los señoritos viciosos y jaraneros, a los causantes de la pobreza que produce la caída de aquellas jóvenes malogradas.

Las personas decentes deben intervenir también para ayudar a la corrección de mal tan espantoso, para evitar que se siga persiguiendo a las mujeres pobres que son bonitas para echarlas, no al placer y al vicio, sino al dolor y la muerte. No se debe emprender la campaña contra las mujeres malogradas, de mala vida, sino contra quienes las despeñan, contra los jaraneros, profesionales de la juerga, y contra las María Castaña que por toda Andalucía pululan efectuando una recluta infame; contra las profesionales del más espantoso de los crímenes, contra las que debieran arrastrar cadena en vez de pasear su popularidad vergonzosa por las poblaciones, seguidas por la chiquillería callejera al grito de ¡María Castaña! ¡María Castaña! o al de otro mote semejante. De María Castaña publicamos un apunte hecho por el joven y notable dibujante Cámara. Adviértase cómo se parece a todas las María Castaña, porque es la proxeneta típica.

Por ministerio de la ley, debe también funcionar en nuestra población la humanitaria junta para la represión de la trata de blancas. La benéfica institución tendría un presidente admirable en el caballeroso gobernador de la provincia, funcionario modelo por su rectitud y bondad.

De haberle secundado la opinión, como se debió hacer, la gente de mala vida no hubiera vuelto a invadir las calles de la Feria, la Morería y el Conde de Gondomar, las que perdurablemente se hubieran conservado limpias hasta la pulcritud.

Sirva de aviso saludable el doloroso suceso de anoche, del que han resultado dos víctimas: María Castaña, que ha muerto despedazada por un hombre del pueblo, y Rafael Morisco, que morirá en la horca o en presidio si el jurado, movido por una ráfaga de simpática piedad, no lo vuelve a la calle, ya que nadie pueda restituirle a la paz de su hogar deshecho ni al amor de su malograda hija, muerta en vida porque fué inmolada al monstruo insaciable de la jarana.

PELÍCULAS DE ANDALUCÍA

De Colón a Belmonte

pasando por Blasco Ibáñez y Zamacois

El domingo terminó en Granada la confección de la notable película «Vida de Cristóbal Colón».

El sábado anterior se impresionó en la placeta de San Nicolás la reproducción del célebre cuadro de Pradilla, figurando la entrega de la ciudad a los Reyes Católicos.

En la confección del cuadro intervinieron los mismos artistas ya mencionados en la relación que hicimos días anteriores, y además numerosas fuerzas de Infantería y Caballería, uniformados conforme al estilo de aquella época.

En la mañana de ayer salieron todos los artistas con dirección a Valencia, donde se están terminando las carabelas que han de figurar la salida de Colón para América.

(Gaceta del Sur del 22 de Agosto.)

Perdona, lector, que, una vez más en mi vida, hoy ponga paños nuevos al púlpito y, colgándolo con los más preciados atavíos de que suelen ser adornados los púlpitos, te hable desde él en honor y loa de mi gentil Granada.

Perdóname, y no tomes a mala parte lo que luego he de decir, que más que en desdoro de ésta tu no menos hermosa tierra, irá en derechura de corregir defectos de que adolece y de los que quisiera verla limpia para su mayor gloria.

Lee, hermano, los párrafos que integran el dístico de esta croniquilla y ve si al final de ella no estamos de perfecto acuerdo, porque andaluces somos los dos y tan apasionados uno como otro del lar en que meciése nuestra respectiva cuna.

Tú, como yo, desearás para tu nobilísima Andalucía lo que más

la enaltezca y glorifique. Por eso, cuando acabes de leerme, espiritualmente tenderás tu franca diestra para decirme con tu lealtad ingénita: He aquí mi mano amiga: estréchala entre las tuyas y selle este acto fraternal la devoción hacia mi Córdoba, que al través de tus escritos se advierte.

Y así es en verdad, hermano lector, que jamás mi pluma humilde hizo otra cosa que alabar a Córdoba y poner al servicio de esta noble ciudad lo más honrado de su discurrir por las cuartillas.

Veamos, pues, ahora si nos entendemos. Creo que sí.

He ahí a mi Granada manifestándose en toda la plenitud de su cultura y de su gusto artístico, dejando que en su recinto, emporio de poesía y belleza, cuna de artistas y de poetas, sea impresionada una película histórica de un valor instructivo realmente insuperable.

¡La vida de Colón, el descubridor de un mundo, el genio inmortal de un pueblo fuerte y grande! ¿Cabe asunto más hermoso para unos *films*, como ahora se dice?

Va para dos años, Granada entera apedreó y persiguió sañudamente, hasta hacerla desaparecer, a una cuadrilla de peliculeros que fué a falsear el alma granadina impresionando una película con absurdas tonalidades de pandereta desacreditada.

Esa misma gente estuvo en Córdoba y, aparte la protesta de la prensa, campó por sus respetos y se llevó en el objetivo de varias máquinas fotográficas escenas de una Córdoba que no existe, por absurda y estúpida; de una Córdoba que ni Gautier ni Merimée hubieran pensado en sus inspiraciones hiperbólicas.

Y Córdoba no protestó, por abulia, por esa pereza ingénita que la hace insensible y que tanto daño la proporciona.

Andalucía es Granada y Andalucía es Córdoba, como a la bella región pertenecen Sevilla, Málaga, Cádiz, Almería, Huelva y Jaén. Esto pertenece a la Geografía elemental; pero conviene distinguir dentro de Andalucía por lo que hace a costumbres, hábitos y gustos.

Siendo Granada y Sevilla, por ejemplo, zonas integrales de Andalucía, en la primera de las ciudades citadas no se consentiría lo que en la segunda se permite.

Esa película que hace poco impresionó en Sevilla don Eduardo Zamacois con la vida, andanzas, milagros y desaguisados del famoso *Juaniyo Belmonte*, en Granada no habría sido permitida.

Allí, en Granada, *no se siente* el flamenquismo. No tiene ambiente alguno. Las glorias del torero, con ser todo lo respetables y dignas de admiración que quieran los gonfalonieros del flamenquismo, importan menos, infinitamente menos que la más humilde obra del más modesto de los trabajadores.

Cuando más, un torero en Granada sirve para que los *chaveas* se planten ante él con el objeto de quedarse estupefactos y compararlo con sus respectivas *hermaniyas* porque, como ellas, tiene su *miaja de trenza*...

Por esto, por lo otro y por lo de más allá, en Granada no es posible impresionar peliculeramente la vida de ningún *Terremoto*.

¡Poco odio y terror que se les tiene a los terremotos desde el año 85!

Y, sin embargo, en Granada es factible, y se aplaude y se facilita la impresión de una película de la vida de Colón.

¡Ya podía acorazarse el señor Blasco Ibáñez si fuese a la bella ciudad de la Alhambra con la petera de *tomar ambiente* para *pelicular* su novela *Sangre y arena*!

Los granadinos no comprendemos que haya otra *sangre* que la del hombre al servicio del trabajo, ni más *arena* que la empleada constante y tenazmente en levantar aquella fábrica azucarera, aquella otra de tejidos, este molino harinero o aquel otro gran hotel con destino a la industria de su clase.

La otra *sangre*, la que anubla los cerebros de los aficionados al toreo, viéndolo todo rojo... y oro, se invierte en suculentas morcillas para el yantar diario...

Volvamos al motivo primordial de esta croniquilla. Ved, lectores, qué clase de películas se impresionan en Granada. Ved cómo rodará por el mundo, instruyendo y deleitando, la vida de Cristóbal Colón, el formidable navegante.

¿Cuánto mejor y más bello y más español no esto que las an-

TEMPLOS DE CÓRDOBA.—La Iglesia de San Rafael

danzas, estrecheces, glorias y... orejas de Belmonte?

No estarán de acuerdo conmigo ni Zamacois ni Blasco Ibáñez ni los que del flamenquismo hacen un culto; pero yo estimo que es más emocionante y más instructiva la salida de Colón del puerto de Palos de Moguer, camino de un soñado continente, que al fin se descubre, que la de Belmonte por la puerta grande de la plaza de toros de Madrid, triunfante y harto de palmas, camino de la Clínica H o de la consulta B, donde han de curarle de la paliza que le diera el *cárdeno, ojo de perdiz y mogón del derecho*, de la ganadería tal o cual...

Lo primero, sobre instruir y emocionar, da idea de la entereza de una raza grande, fuerte y abnegada; lo segundo, es reflejo fiel de la decadencia y envilecimiento de buena parte de esa misma raza.

Y nada más, lector amigo: toma el espíritu del presente articulejo y no veas en él sino mi amor a toda Andalucía, ésta Andalucía tan buena, tan franca y tan leal, que si usara de su ingenio y su laboriosidad en sentido francamente antiflamenquista, sería lo que para gloria de la Patria amada fuera en pasadas décadas: emporio de donosura, de sabiduría y de gentileza.

Julio Baldomero Muñoz.

Proyecto para la terminación de la Puerta del Puente

La miseria de los campesinos de Andalucía

Desde el fondo de muchas provincias españolas llegan hasta Madrid voces en demanda de auxilio. No hay trabajo; no hay pan; la gente emigra o se muera de hambre. Es Andalucía la que reclama con más angustia. ¡Siempre hambrienta aquella tierra privilegiada que cantan los poetas, que perfuman rústicas flores, que visitan las auras marinas, que bendice el Sol, que magnifica el cielo azul; la tierra tradicional de la alegría, el rincón del planeta donde sólo son trágicas las existencias humanas, melancólicos y sombríos los espíritus, aunque a veces pongan en el gesto una mueca regocijada cuyo último significado no es de contento, sino de inconsciencia o de resignación!

Si examinamos las innumerables facetas de la complicada vida social contemporánea, nos parecerá enorme el número de los problemas que el pensador o el gobernante tienen que afrontar cuando discurren acerca del presente o del porvenir de la civilización moderna, nos engaña la apariencia. Los problemas sociales son como las generaciones: es posible trazar su árbol genealógico para reducirlos a un tronco común. De una en otra categoría de esos problemas, la relación causal va pasando desde los espirituales a los políticos, desde los políticos a los económicos, y dentro de los económicos, toda la inmensa variedad de las crisis va claramente resolviéndose en el problema de la miseria de las clases proletarias, que son la masa social, su elemento más numeroso y el punto de partida para el bienestar de todos los otros factores sociales.

Pues todavía, dentro de esa visión general del problema proletario, puede hacerse otra distinción, buscando más honda raíz. El malestar plebeyo en las ciudades es el efecto de la miseria campesina. Si trazamos una línea al través de toda la jerarquía de estos problemas, veremos, pues, cómo la infeliz situación del bracero rural es la semilla de donde surge todo ese árbol maléfico que extiende sus ramas sobre el conjunto de la sociedad contemporánea, y en cuyas hojas se inscriben los nombres de otros tantos problemas, úlceras de la vida moderna.

No ya por sentimiento humanitario, ni por impulso de la fraterna solidaridad que nos liga con nuestros compatriotas, ni por ninguno de aquellos nobles requerimientos de la conciencia y del corazón que enaltecen los actos humanitarios, sino por mero egoísmo, debemos esforzarnos todos en contener y remediar esa miseria campesina, que es como la fuente, cenagosa e inficcionada, de donde fluye el agua que necesariamente todos hemos de beber.

En los últimos lustros se ha creado una literatura consagrada a explicar cómo la escasez y dolores de la gente rural la impulsan a la emigración y la despoblación; cómo, mientras el campo queda desierto, las ciudades se congestionan, agravándose en éstas la competencia de brazos; y cómo ese proceso lentamente va arruinando la producción agrícola, abatiendo los salarios, difundiendo la rebeldía, depravando las muchedumbres, agrietando la sociedad, preparando la revolución o el aniquilamiento.

Mas, ¿por qué se detienen ahí los políticos y los escritores? El mal es ese; pero, ¿cuál es la causa? ¿Cuál es el remedio? ¿Por qué callan? ¿Qué temores o qué dificultades les obligan a rendir a la mentira el tributo del silencio, que también se miente cuando, debiendo decirla, se calla la verdad? Y, sin embargo, las respuestas son fáciles; porque la causa de esa miseria campesina, más honda y aflictiva ahora que hace un siglo, ahora en que el saber humano ha multiplicado las potencias productoras de la sociedad que en tiempos pretéritos en que aún era más difícil la lucha del hombre contra las resistencias naturales, aparece patente a los ojos del más mediano observador.

Hace algún tiempo corrió por la Prensa la noticia de que un aristócrata se proponía adquirir el famoso coto de Doña Ana, con el propósito de convertirlo exclusivamente en campo de caza sin colonos. Ese coto es una de las fincas más extensas que existen en España; la contornean setenta kilómetros de costa. Pues bien; el proyecto que en aquella noticia se transmite es el de ex-

pulsar de la tierra a los hombres para dejar mayores anchuras a la caza. Los gamos, los corzos, las perdices, los faisanes, encontrarán amplio espacio; los hombres, nuestros hermanos de patria, no podrán labrar un pedazo de esa tierra que ganaron sus antepasados, que cien generaciones hicieron fecunda y valiosa, y emigrarán por falta de pan.

Extended ese plan a toda España y aparecerá patente, sin que pueda ser otra, la causa de la miseria campesina. El placer venatorio encontrará fáciles expansiones; pero el bracero, el cultivador, no hallarán trabajo. Pues la inmensa mayoría del territorio español está, con diversas apariencias, en esa situación. Porque la expulsión de los colonos del coto de Doña Aña no supone que no haya de vivir sobre aquel territorio el número de personas indispensables para los cuidados elementales de la finca y para su guardería. En España hay unas seis mil dehesas dedicadas a la producción alcornocal. Y también el número de hombres que sobre ellas vive está circunscrito a lo indispensable para su custodia y para las ocasionales faenas que tan primitiva explotación exige. En la misma provincia de Cádiz hay un pueblo, Castellar, que tiene de término 17.700 hectáreas. En él no figura más que un solo contribuyente; hay un propietario, ausente, de todo el término; allí no viven más que 200 habitantes.

Pero no lejos, también en aquella provincia, hay otro pueblo, Trebujena, cuyo término es de 5.474 hectáreas; más de la mitad pertenece a propietarios forasteros; por eso hay incultas 2.282 hectáreas. Pero en ese pueblo la población obrera se derramó por el campo, adjudicándose pequeñas parcelas. Los contribuyentes de las 2.650 hectáreas en cultivo son, no uno como en Castellar, sino 951; por eso no viven sobre tal terreno 200 habitantes, como allí, sino 1.185 vecinos. Ved, comparando a Castellar con Trebujena, cómo se fragua la miseria campesina, germen incontrastable de la miseria y el desequilibrio nacionales.

Como las fincas destinadas a la caza y a la producción arcornocal son las destinadas a la cría de reses bravas. Si en Levante comenzara a dedicarse la huerta a una de aquellas explotaciones, pronto su riqueza habría desaparecido, y en vez de la pequeña burguesía rural que constituy ela fuerza de la comarca levantina

ARQUITECTURA CORDOBESA.—La Casa de los Villalones

quedarían unos cuantos poderosos erigidos como dioses sobre una plebe innúmera de hambrientos y desarrapados. Así ocurre en Andalucía. En Extremadura se consagran también al pastoreo millares y millares de hectáreas, privando a los hombres de campo para el cultivo. En Salamanca, hace dos años, a causa de la elevación en el precio del ganado, muhos propietarios expulsaron de las tierras a los colonos para introducir ganado; la emigración castellana se acrentó. No hace mucho todavía pude comprobar en Cádiz que había agricultores de aquellos camino de Gibraltar, donde embarcarían para la Argentina.

Sería facil enumerar otras formas de esa relación de los hombres con la tierra en que se incuba el hambre campesina. Pero todas ellas se reducen a una fórmula económica: «la explotación que permite obtener el máximo de renta con el empleo mínimo de trabajo y de capital». Ahí radica el mal que despuebla el campo tras de empobrecer a sus habitantes. Un mal no exclusivo de estos tiempos, porque ya lo estudia con minuciosidad y lo pinta con vigor Taine al trazar en «Los orígenes de la Francia contemporánea» el cuadro campesino en los años que precedieron a la Revolución.

Un régimen jurídico y fiscal como el nuestro permite que el dueño de la tierra obtenga la mayor ganancia sin arrancar a ésta la mayor producción. El remedio está, por consiguiente, en hacer que ese régimen no consienta sino que la máxima ganancia vaya inseparablemente unida a la producción máxima, para que coincidan el interés privado y el interés social. El eje del primer sistema es la contribución sobre el producto; el eje del segundo, la contribución sobre la capacidad productiva. Tan grande es la influencia del sistema tributario sobre la economía nacional, que basta una simple modificación en su base para arruinar o engrandecer al campo y con ello para precipitar en la decadencia o llevar hacia el florecimiento a toda una sociedad.

Baldomero Argente.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

EL CONDE DE TORRES CABRERA

Insigne patricio cordobés, fundador de las colonias agrícolas de Alcolea, Torres Cabrera y los Llanos del Conde.

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta	65 pesetas	Una columna central en el texto,			20 pesetas
3.ª id. id.	50 »	Media id.	id.	id.	10 »
4.ª id. id.	75 »	Un cuarto	id.	id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea			0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts. Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN; CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 2 de Septiembre de 1916 | NÚM. 3

Cómo somos regionalistas en Andalucía

Somos regionalistas en Andalucía porque hemos perdido toda fe y toda esperanza en los dos partidos centralistas que se arrogan la dirección de la vida nacional. Es el deseo de vivir, es el instinto de conservación, es la necesidad que sentimos de salvar nuestra tierra y darle una organización decorosa de derecho ciudadano lo que nos ha orientado y encaminado por este derrotero. Se engañan los que creen que ha despertado a nuestra Andalucía el vanidoso prurito de imitar a Cataluña. Lo que acontece es esto: que iguales causas producen iguales efectos.

Si la pérdida de la memoria no fuese una de las características de nuestra política gobernante, no podría olvidarse que el regionalismo catalán, con todos sus antecedentes históricos, filosóficos, literarios y hasta étnicos, si se quiere, nace en la Barcelona, que regían a turno Comas Masferrer, virrey caciquil del partido liberal, y los hermanos Planas y Casal, virreyes caciquiles del partido conservador. Se gobernaba a Cataluña como se gobernaba a Cuba, entregándola a merced de la voluntad de un hombre cualquiera, sin otro merecimiento que el de estar siempre dispuesto a cumplir todo capricho del presidente del Consejo de ministros. Se le pedían a aquel hombre las actas en blanco de todos los distritos y las enviaba; se les pedía que derrotaran a los hijos del país o a los que, no siéndolo, tenían arraigo en él y quería elegir el cuerpo electoral y los derrotaba, haciendo triunfar a los cuneros y desconocidos designados por el Gobierno.

No se pregunte cómo se hacía esto en Cuba y Cataluña y no se pregunte cómo se hace ahora en Andalucía. Para el cacique no hay más ley que la orden que recibe de Madrid. Amparado por el gobernador, no repara en la comisión de toda clase de infracciones legales y de toda clase de delitos. Se falsifica, se roba, se encarcela. Al terminar unas elecciones, los enviados del Poder central son perfectamente presidiables. Pero ante los delitos electorales, la Justicia se cruza de brazos, y se da así al pueblo esta tremenda lección de impunidad.

ARQUITECTURA CORDOBESA.-La casa de D. Gome

Se ha impuesto así a Andalucía, por la fuerza, por la violencia y por la confabulación de los dos partidos gobernantes—partidos puramente administrativos, sin ideales, y con la misma noción de la vida nacional e iguales e incorregibles procedimientos—un estado de irredención política y social. El latifundio político se confunde y mezcla con el latifundio territorial. La política que en la capital de la provincia es vanidad y soberbia y ansias de dominio, a medida que va descendiendo hasta la aldea se va confundiendo con la usura, con la ocultación de los bienes comunales y aún de los particulares. Cada cacique en su pueblo ejerce un poder absoluto, tiránico, contra el que nadie puede rebelarse sin riesgo de ser empobrecido, perseguido y exterminado, cuando no materialmente apaleado. Y no hay contra esto defensa en las autoridades superiores ni amparo en la ley, porque esa soberanía del cacique es el precio con que se le paga un servicio electoral. Yo no creo que sea peor el estado de derecho en que vive un rifeño en su cabila. Y nosotros los andaluces queremos que se acaben los aduares en nuestra tierra. Este es el verdadero germen del regionalismo andaluz.

Tuvimos un momento de esperanza con Canalejas. Más cauto que Maura, no llevó al Parlamento ninguna ley descuajadora del caciquismo, que éste anularía en cuanto volviese a contar con el apoyo del Poder central, aparte de que el Parlamento, engendrado por el caciquismo, no hará sino ampararlo. Canalejas quiso acabar con los cacicatos provinciales, con los latifundios políticos, que permiten el profesionalismo de la política a varias familias. Canalejas quiso crear fuerzas en los distritos, dándoles independencia de las capitalidades; quiso, en suma, fraccionar al enemigo; pero en manos de Romanones, las oligarquías provinciales han vuelto a renacer en toda su pujanza, como cuando Cánovas las organizara para defender a un régimen na-

ciente frente a un posible resurgimiento de opinión republicana.

Así, los pueblos en Andalucía han perdido toda fe en que llegue el momento de que los partidos gobernantes hagan justicia. Se les ha hurtado su derecho a toda función política. El alcalde se les nombra de real orden, designado por el cacique provincial. De Real orden se les anulan, por medio de resolución de recursos, las elecciones municipales, cuando el cacique no ha podido ganarlas. Poco menos que de real orden se les señala el candidato a diputado a Cortes que han de votar. Como favor se les conceden en Madrid las obras públicas que se pagan con el dinero mismo de sus tributos. Madrid se les muestra como un Sinaí, donde fulgura un poder provincial que dispone de todo y que sólo se rinde a esta tremenda y corruptora palabra: «influencia». En la provincia de Huelva se llama al señor Burgos, jefe de los conservadores hace muchos años, con el nombre de un Cristo muy famoso en toda Andalucía: «el Señor del Gran Poder». En la provincia de Almería, oí yo hace años—vivía aún Sagasta, pero el pensamiento del pueblo no ha evolucionado, porque no han desaparecido las causas que lo engendran—a dos jabegotes de la playa lamentarse de cierto impuesto municipal.

—Pero ¿qué hacen—decía uno de ellos—el rey y Emilio Pérez?—don Emilo Pérez era entonces jefe de aquellos liberales—. Y no hay para el pueblo andaluz, campesinos o marineros, otro régimen político, otros tribunales, otras leyes, otras autoridades más que el rey y el cacique; al rey, que conocen por la moneda; al cacique, que conocen por el palo. Siquiera en el régimen absoluto no había más que el rey. Lo que nuestros abuelos consideraban intolerable y vergonzoso y en cuyo abatimiento sacrificaron tantas vidas, era un régimen mucho más decente que este régimen de ilicitud y de corrupción al que vive sometida nuestra pobre Andalucía.

Así, del mismo modo, todo abannono, todo olvido procede de Madrid; de la falta de influencia en Madrid. Se hunde un puente en la cercanía de Villamartín y lleva el pueblo cinco años aislado; para llegar a él hay que vadear, casi a nado, el Guadalete. Id y preguntad a los vecinos, uno por uno, y todos os responderán que el nuevo puente no se hace porque falta influencia en Madrid. Mientras hay una provincia que tiene ocho o diez puertos costeados por el Estado, se niega por dos veces al de Conil, lugar de refugio, inmediato a Trafalgar y al Estrecho, su entrada en el presupuesto del Ministerio de Fomento, cuando el Estado cobra allí un dineral por las subastas de almadrabas. ¿Por qué no se hace el puerto? Porque no hay influencia en Madrid. No quiero hablar de cosas que me tocan vivamente, como el cegamiento de la ría del Guadalete, en el Puerto de Santa María, donde antaño se refugiaban armadas y hoy apenas quedan unas parejas de pesca. Si recorréis Andalucía, sus costas, sus campos, sus montañas, encontraréis en todas partes los mismos gritos de dolor, de ira, de protesta. Para conseguir algo es preciso venir a Madrid, suplicar, mendigar, y luego agradecer como favor político y como precio de sometimientos políticos lo poco o mucho que se consiga.

Así, porque se ha perdido toda fe en la justicia y en el derecho; porque al amparo de este ciego y loco poder central se ha creado y se mantiene en Andalucía, más que un estado de oligarquía un estado de feudalismo, el pensamiento del pueblo andaluz, forjado en la fragua de su imaginación viva e impresionable, es un pensamiento anárquico. Volverá a engendrar, como antaño, explosiones airadas, que no son más que una interpretación penada con la ley. Y todavía, mientras ese pueblo tuvo un poco de esperanza en los partidos enemigos del régimen, confiaba su reparación en el ensueño revolucionario con que se le sustentaba, pero hoy se va desvaneciendo esa ilusión postrera. Y queda el pobre con su desesperanza, ciudadano de una democracia qu le olvida en la tristeza de sus campos resquebrajados por la sequía o de sus peñascales ariscos, y le deja indefenso entregado a la bestialidad del cacique, del usurero, del guardia rural...

¡Ah! Pero esos males ¿no alcanzarán a la clase media...? Claro es que en nuestras grandes ciudades no se siente la labor del cacique. Sólo el que aspira a algo, el que necesita el favor, el que ha de suplir con influencia la falta de razón o de derecho, ha de acudir al cacique, que es el mediador inexcusable con el Gobierno, con los diputados, con la Administración, con la justicia, con todos los tentáculos de la vida oficial. En nuestras capitales no se mueve ni una hoja del árbol frondoso que riegan los presupuestos nacional, provincial y municipal, sin permiso del cacique. La clase media—en nuestros pueblos rurales apenas la hay—vive, como en toda España, bajo la pesadumbre de sus dificultades económicas, y además acomodada y sometida y adoptada a esta indignidad de creer que nada se obtiene por derecho ni por justicia, sino todo por influencia, por favor o por dinero. Como la realidad les da razón, los que tienen un poco de espíritu o de pensamiento propio y de integridad moral, procuran huir toda ocasión en que la política pueda rozarles, considerándola justamente como una lepra maldita. Los individuos de la clase media que quieren sencillamente vivir, que sienten acallados sus escrúpulos morales por la ambición de ser algo o por la codicia de unos pequeños negociejos, toman la política como allí es, rodean al cacique y son los vocales de sus Comités y los agentes de sus hazañas. Apenas hay excepciones en esta división de la clase media.

Es posible que en ninguna otra región de España sea tan numerosa la masa neutra de que abominaran Silvela antaño y Maura recientemente. Y viéndola de cerca, conociendo la crueldad, el ensañamiento, la bestialidad, en muchos casos, con que el Poder Central ha perseguido y castigado en Andalucía a todo pueblo que ha querido tener opinión política y hacerla prevalecer honradamente con sus sufragios, se advierte que cuanto dijeran Maura y Silvela era de una injusticia y de una sin razón notorias. Porque en Andalucía, una conciencia honrada no puede ser más que indiferente y fatalista o anarquista y desesperada.

Acompañaba yo a Silvela y a otros amigos suyos en un viaje a Riotinto. Nos hospedábamos en un vapor de la casa Ibarra, atracado al muelle de Huelva. De sobremesa, una noche, en plena disidencia entonces, se exaltó contra los indiferentes que no acudían a ayudarle contra Cánovas. Tuvo para los neutros una frase cruel. Otros comensales le hicieron coro. Se llegaba a convenir en que era preciso declararles fuera del derecho común, poco menos que de expursarles de la patria. Yo, modesto periodista entonces y casi un chiquillo, me permití hacer una observación.

—Quiere usted, don Francisco—le dije—que todo el mundo se lance a la política, que todos los ciudadanos cumplan su deber de

votar. Sin duda, quiere usted eso para tener el gusto luego, siendo ministro de la Gobernación, de arrebatar el voto a esos electores, de echarles encima a la Guardia civil, de entregarlos a las iras de los caciques, de prenderlos a centenares...

—¿Dónde he hecho yo eso?—me interrumpió.

—En el Puerto de Santa María.

Se quedó muy serio y luego agregó:

—Es verdad. Necesidades de la política. Se me exigió que Peral no fuese diputado...

Y rápidamente varió de tema.

En este ambiente social de indiferencia fatalista y de desesperación anárquica, nace el regionalismo andaluz. Surge, como es lógico, y se concreta, en un medio intelectual, en el Ateneo de Sevilla. No nació de otro modo ningún movimiento político engendrado por ideas. Su primera manifestación fué el libro admirable de Blas Infante, titulado «Ideal Andaluz». Es tal el estado de opinión en nuestra tierra, que, en pocos meses, se ha pasado del embrión literario a la acción política; se ha constituído un Centro en Sevilla, ha repercutido el movimiento en Granada, y en muchos pueblos de toda Andalucía se prepara la organización de Juntas locales.

Al llegar el otoño—las imperiosas vacaciones estivales están más justificadas en Andalucía que en Madrid—nos entregaremos a la labor de organización con toda actividad. No tenemos a nuestro lado ningún orador ni ningún capitalista; pero tenemos la seguridad de que en aquel abundoso vivero de talentos y caracteres que siempre fué Andalucía, surgirán ante nuestra evocación centenares de hombres de valía. Queremos conseguir dos cosas: la primera, crear conciencia en el ciudadano andaluz; enseñarle el odio, el desprecio, el asco al cacique y a los políticos que viven del cacique, y la segunda, actuar en Madrid, de modo que Madrid se convenza de que tenemos razón y no pueda engañarse al país, esgrimiendo contra el regionalismo andaluz las acusaciones de mal españolismo con que se ha combatido al regionalismo catalán.

Luego, nosotros aspiramos a que Andalucía, recobrada su personalidad, organizada como la ciudadana de una democracia y no como la ilota de una tribu, reivindique para sus labriegos, que hoy padecen hambre, la propiedad de sus campos. Podemos ser la región agraria más rica de España; podemos defendernos de la tremenda competencia que harán a todos nuestros productos los campos marroquíes, podemos contener la despoblación, que alcanza proporciones desoladoras en las provincias de Almería y Cádiz; podemos ganar honor bastante para compensar el ludibrio del flamenquismo y la torería que nuestros políticos alientan; podemos aspirar a ser en el Mediterráneo la guardia de España y el amparo de la independencia de Castilla; pero para todo eso (y esta última aspiración, que engendra nuestra situación geográfica, tiene un alcance que sólo los políticos que no se han enterado de que viven en Europa podrán dejar de ver) necesitamos «ser». No somos hoy ni región ni provincias. Feudos políticos que se regalan en Madrid y que hay que ganar asistiendo a diario a las tertulias de los personajes, donde se están repartiendo las vestiduras de la patria; latifundios incultos o entregados a la cría de reses bravas o convertidos en cotos de placer; desiertos como las marismas de Lebrija; una docena de malos y medianos puertos en toda la longitud enorme de la costa; gobernadores que conculcan impunemente todas las leyes; caciques que imponen las brutalidades de su voluntad; ni justicia ni derecho...

Esta es Andalucía. Reverso de pandereta de dolor y de sangre,

A CLORIS

(Horacio. Oda XV-Lib. III.)

Oh infiel esposa de Ibico;,
cesen de tus amores los escándalos:
con un pie en el féretro,
alternar con doncellas no te es válido,
ni como nube tétrica
debes cruzar entre luceros plácidos.
Lo que a Fóloe da mérito,
en tí resulta, oh Cloris, antipático.
Si tu hija, como lúbrica
bacante, al son de los timbales clásicos,
buscando a esquivos jóvenes,
rompe las puertas; si en su amor volcánico
por Noto siente el júbilo
de una cabra lasciva acariciándolo;
está en tiempo a propósito.
Más tú junto a Luceria, el vellón cándido
debes hilar solícita,
pues a tu edad el huso es lo más práctico,
y no el laúd erótico
ni las purpúreas rosas, ni los báquicos
festines en que apúranse
hasta el fondo las cráteras de Másico.

G. Belmonte Müller.

que no queremos ofrecer a la consideración de los extranjeros, porque ya habla en ellos bastante clara la codicia, y porque bastante la conocen desde sus atalayas de Gibraltar y Ríotinto. Madrid verá quiénes son los patriotas: si los que quieren mantener esa puerta abierta de España en la abyección de hoy, y llaman a esa abyección unidad nacional y españolismo, o los que, movidos del amor a nuestra tierra, anhelamos hacer de ella una región poderosa, fuerte, culta, rica, con conciencia de su situación geográfica y de los deberes que tiene en su participación de España y de los derechos que esta misma participación le da para no ser tratada por un Gobierno de locos como una manada de imbéciles.

He aquí por qué somos y cómo somos regionalistas en Andalucía.

Dionisio Pérez.

La cuestión del papel

Varios periódicos han emprendido enérgica campaña para que el precio de los diarios sea elevado hasta diez céntimos, fundándose en el constante aumento del papel. ¿Serán los resultados satisfactorios para las empresas periodística y el público en general? Examinemos el problema. En España hay casi igual número de diarios que en Francia, pues cada político quiere el suyo, y el gran número de analfabetos (65 por 100 de la población, según la estadística de 1910) reduce el número de lectores, y el primer mal que padecemos es el de tener muchos periódicos para pocos lectores. Aparte unos treinta diarios, los demás tiran un número insignificante de ejemplares, un millar o dos, quinientos la gran mayoría. Pagado el papel, la imprenta y el local, no queda casi nada (a veces menos de nada) para pagar el personal. Claro es que se resuelve en parte la cuestión abonando sueldos irrisorios y esto sucede, no digo con periódicos de tercer orden, sino aun con los de primera fila de Madrid y Barcelona.

De los periodistas de primera fila, incluso los que dirigen rotativos de los más importantes de Madrid y Barcelona, pocos cobran sueldos de importancia. Los artículos de firmas conocidas, la colaboración, se paga con cantidades irrisorias. El primer resultado es que con esos sueldos no se puede exigir del personal grandes cualidades y de ahí el nivel tan mediocre que caracteriza en general a la Prensa Española, en comparación, no ya con la Prensa de los grandes países, sino aun con la de las repúblicas sudamericanas.

Por eso la gran mayoría del público se limita a leer las noticias y telegramas, y como éstos y aquéllas son, poco más o menos, iguales en todos los periódicos, quienes adquieren dos, comprarán ahora uno solo, si se impone el precio de diez céntimes. Claro que los que hasta hoy compraban *La Vanguardia*, de Barcelona, o el *A B C*, de Madrid, continuarán comprándolos los dos, pero ¿reza esto para los demás periódicos? No, al contrario; si los demás se venden a diez céntimos, habrá una baja segura en la venta, y si se aumentan los precios de suscripción, habrá un verdadero desastre para casi todas las empresas. Tanto es así, que los diarios que sostienen ahora la campaña por la venta a diez céntimos, son justamente los que saben que, por la índole de su texto (el *A B C*, por ejemplo), o por causas de orden político (su compra o suscripción asegurada por un partido), es seguro que siempre se venderán.

Ahora bien: aun así las cosas, los beneficios son nulos para la mayoría de los diarios que por uno u otro modo apenas pueden cubrir sus gastos. En Barcelona y Madrid no hay quizá cinco diarios cuyos ingresos por suscripciones, venta y anuncios cubran con exceso los gastos, dejando un beneficio, y si los demás continúan es porque son el portavoz de personalidades o entidades que tienen interés en cubrir el déficit. Para hacer resaltar aún más las causas de la crisis de las empresas periodísticas españolas que publican diarios, hagamos comparaciones con las Revistas, refiriéndonos a las de orden comercial e industrial, pues las de orden científico, religioso, etc., no tienen finalidad lucrativa para sus empresas y, por tanto, no interesan desde el punto de vista de este artículo.

. Salvo excepciones que confirmarían la regla, las Revistas que se publican procuran todas beneficios

a sus empresas. Su organización y funcionamiento es muy distinto, especialmente el pago del personal.

En Barcelona, por ejemplo, pueden citarse Revistas cuyo director cobra mil pesetas mensuales, y hay varias que dan 500 y más. Hay Revistas que pagan a algunos redactores 300 y 500 pesetas; varias tienen redactores dedicados exclusivamente a la corrección, trabajo que les ocupa en total algunas horas por semana y que cobran por ello 30 y 35 duros. Revistas quincenales, es decir, en donde el corrector tiene algunas horas de trabajo mensuales, y cobra 10 y 20 duros por ese trabajo. En cuanto al pago de artículos de colaboración, varias Revistas pagan a ciertas personalidades hasta 20 duros por artículo insertado, y son corrientes los artículos pagados a 4 y 5 duros. En cuanto a beneficios para las Empresas, puede citarse Revista de Barcelona que a penas si es superada por *La Vanguardia* y quizá *Las Noticias*, y hay en España un número regular cuyos beneficios limpios pasan de 20.000 pesetas anuales.

Notemos que el número de Revistas de primera fila, dedicadas a un aspecto determinado, es muy limitado; en España misma, para el intercambio hispano-americano, dos o tres; a la agricultura, dos o tres; a la cinematografía, cuatro o cinco; ilustradas, cinco o seis; al intercambio hispano-africano, dos, etcétera. Citamos estas cifras para evidenciar que el éxito de estas Revistas se debe, en primer lugar, a su número limitado y luego a los sueldos que pagan, que les permiten emplear personal de especial competencia, tanto para la redacción del texto como para la adquisición de anuncios.

Hemos escrito la palabra que da la clave del beneficio que realizan las Revistas: el anuncio, y ahí reside también la causa del escaso rendimiento de nuestros diarios, que creen que en la venta de sus números deben buscar el medio de cubrir sus gastos y realizar beneficios.

Los diarios consideran el anuncio como cuestión secundaria y no se dedican a él por carecer de personal apto. Un ejemplo: hace poco, un diario madrileño de gran circucción se agregó un ingeniero para los relaciones con los industriales; pues en Barcelona hace tiempo que varias Revistas industriales y comerciales tienen ingenieros en su redacción y algunas en la dirección.

Conocidos todos estos datos y hechas las comparaciones entre los beneficios de las empresas periodísticas que se dedican a diarios y de las que publican Revistas, pueden evidenciarse las causas de la crisis por la cual pasa actualmente la mayoría de los diarios españoles: 1.º Número excesivo de diarios que se disputan un número reducido de lectores. 2.º Sueldos insuficientes a los redactores y colaboradores, no pudiendo así esperarse del personal la competencia periodística y la ilustración general que son necesarias para la redacción satisfactoria del diario. 3.º Poca atención prestada por las empresas a los ingresos debidos a los anuncios.

Esas son las causas principales de la crisis periodística, y prueba que, si no existieran, el aumento del papel hubiera tenido una insignificante influencia y puesto que, al fin y al cabo, la parte de gastos que corresponde al papel no guarda relación con el aumento del simple al doble en que se piensa ahora para el precio de venta de cada ejemplar. Por consiguiente, hasta cierto punto, creo esta crisis beneficiosa, pues, por la fuerza de las circunstancias, desaparecerá gran número de diarios insignificantes, y los que queden podrán robustecerse gracias al aumento correspondiente de sus lectores. Será una operación de iguales resultados y por los mismos medios que la de la poda de los árboles.

En cuanto al aumento de precio a diez céntimos, favorecerá únicamente a los diarios que ya han adquirido gran circulación, pues aumentarán considerablemente sus beneficios, ya que, por ejemplo el *A B C*, no disminuirá el número de sus lectores, pero en cambio es probable que vean disminuir los suyos *El Faro del Júcar*, *El Porvenir de San Juan de los Montes*, etcétera. Así es que, con todos estos datos y resultados, creemos que nuestros lectores formarán criterio exacto acerca del proyectado aumento hasta diez céntimos del precio de venta de los diarios.

En realidad, pues, todas las causas y la crisis actual pueden sintetizarse en un círculo vicioso: Muchos diarios para pocos lectores, debido al escaso interés que merece el texto de los diarios, y éstos no pueden mejorar su texto porque los gastos correspondientes no pueden ser cubiertos a causa del escaso número de lectores.

A ver quién lo resuelve...

Salvador Corbella Alvarez.

ARQUITECTURA CORDOBESA

La casa de Jerónimo Páez

Madrigal del caminante

Mujer: es largo el camino,
el sol quebranta mis huesos
y ya la sed me sofoca;
haz que llegue el peregrino
hasta el manantial de besos
que está mirando en tu boca.

Con mis manos amorosas
yo haré coronas de rosas
para que ciñas tu sien.
Peregrino del amor,
mi camino es de dolor
pero es de gloria también.

Mas pronto cesa el hechizo
y de tus brazos me arranca
la señal de la partida:
pasa el tiempo y es preciso
seguir por la senda blanca
que abarca toda mi vida.

Es mi destino: mañana
beberé en otra fontana;
mis labios, en besar sabios,
aún tienen, en tanto andar,
muchas mieles que gustar
en flores de muchos labios.

Mi destino he de seguir;
soy, hallándoos una a una,
de todas y de ninguna.
Mas ya que debo partir
en ruta hacia el ideal,
porque evoquen, amorosas,
idilios de dicha llenos
yo deshojo un madrigal
como una lluvia de rosas
sobre el altar de sus senos.

Antonio Merlo.

LUCHAS SIN NOMBRE

En el batallar constante de la vida, el pensamiento vuela al mañana y sueña con la victoria.

La victoria es para el alma como el luminar esplendoroso del día, que disipa las tinieblas de la noche; es la realización de un ideal tras el que corre: es el alegre despertar de la aurora.

La aurora, exuberante de vida, con plétora de irisados colores, es la ilusión con su polvillo de oro, que nos seduce y atrae, como atrae al niño un juguete, como atraen los ojos fascinadores de una hermosa al hombre de ella enamorado.

El enamorado se ve en sus pupilas y con ella sueña como el avaro con su tesoro.

El tesoro del alma en esta vida es la esperanza, la esperanza en un porvenir risueño, en una felicidad que nunca llega, pero a la que aspira el espíritu que lucha por ella en el batallar constante de la vida y en este batallar constante el pensamiento vuela al mañana y sueña con la victoria.

La victoria llega cuando la esperanza se realiza, cuando la constancia vence, y la constancia vence dejando el alma hecha jirones en los zarzales del camino.

¡Cuántos en esta lucha no ven la aurora que alegra su alma, y su constancia no obtiene premio y caen abatidos sin ilusión y sin fuerzas, desesperanzados de alcanzar la victoria! ¡Cuántos héros anómimos caen para no levantarse!

Daniel Aguilera.

Los verdaderos miserables

Cómo vive realmente el pobre

Distribuyendo la familia obrera, de nuestro estudio, todos sus ingresos, de manera que queden cubiertas sus más perentorias necesidades vitales, con sujeción a los preceptos de la higiene, decíamos quedábales un resto de pesetas 48,58, para las demás exigencias.

Estas exigencias, si no tan esenciales no son tampoco despreciables. El hombre necesita comer, vestir, habitación, limpieza, etc., y de ello no puede prescindir, pero también necesita dar satisfacción a otros modos de su vida de relación, inherentes a su cualidad de ciudadano o miembro social. Necesita asociarse para fines mutualistas; necesita proveerse de medios de cultura, siquiera sea con la sola lectura de la prensa; necesita de expansión en sus exigencias espirituales, asistiendo a teatros, etc.; en una palabra, como humano debe participar en algo de las distintas actividades de la concurrencia social. ¿Y cómo conseguirlo con 48,58 pesetas ánuas para cuatro personas? ¿Cómo satisfacer todas esas necesidades con la irrisoria cantidad de veinticinco céntimos escasos a la semana?

Sólo dos caminos puede seguir. O privarse en absoluto de toda vida de relación extraña a su familia o a su cuotidiano trabajo, totalmente imposible por antisocial e inhumano, pues que quedaría reducido al estado de bestia de carga; o el camino que, por desventura para ellos y para todos sigue: restar a las necesidades primordiales lo que ha de necesitar para las secundarias.

Y el pobre viste mal, desarrapado y mugriento; carece de ropas interiores, duerme sobre infecto colchón de paja podrida, sin sábanas ni cubiertas; no usa de jabón; carece de vajilla; vive hacinado en un cuarto angosto destinado a dormitorio, cocina, comedor y hasta retrete; mézclanse los padres a los hijos, confúndense los sexos distintos, haciendo huir horrorizada a la moral; comen fiambre con mala condimentación, en cantidad insuficiente y alimentos averiados y deshechados de todos; y entréganse a la bebida y al juego, los varones, para destruir a la familia y perder el honor debiendo en el comercio desde el pan hasta el calzado y

acabar en el presidio si un momento de ceguera, de debilidad o de hambre les llevó á apoderarse de lo ajeno; y las hembras, dejando su única sagrada propiedad, la honra y la virginidad, en manos criminalmente lujuriosas, industriales del honor, vilipendiadores de la miseria honrada, acabar en el hospital, podrido el cuerpo y ulcerada el alma.

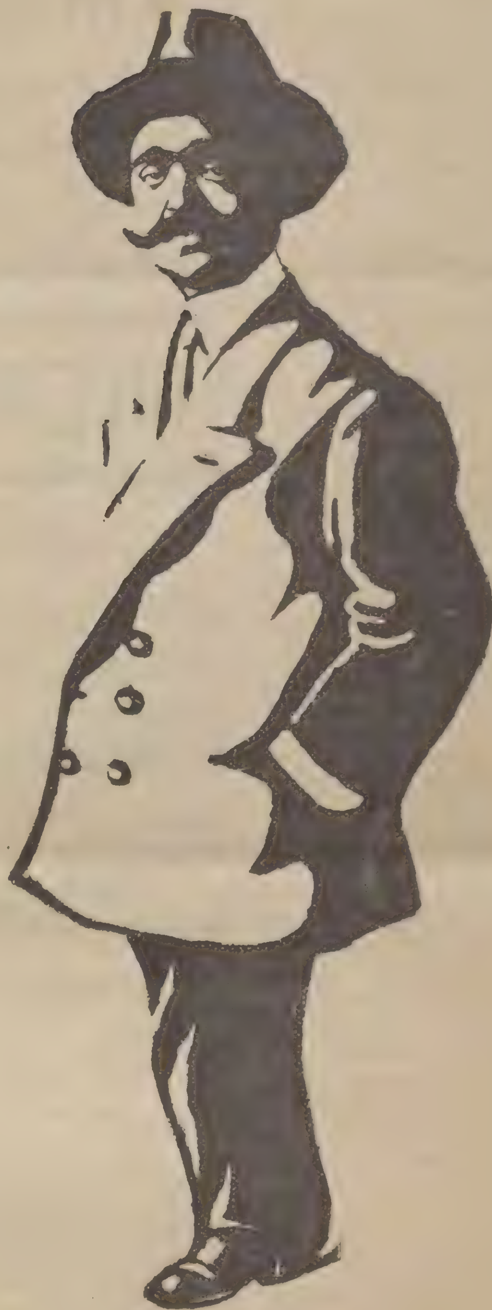
Y si tenemos en cuenta, que muchas son las familias a las que no llegan los ingresos que estipulamos, pues que muy frecuentes son los jornales de dos pesetas, y que el número de hijos es superior a dos de ordinario, espanto produce en nuestro ánimo pensar los cuadros de miseria, las trágicas luchas espirituales que en el bajo fondo social, en el mundo del trabajo jornalero, tienen su teatro.

No es posible; el jornalero no puede vivir con tan exiguos jornales; la sociedad està obligada a defender y proteger, aunque sólo sea por egoísmo, lo que para ella es su músculo, el mundo de trabajadores manuales si no quieren que el cansancio y la fatiga, excitados por la desesperación, rompan las fibras; es preciso dar al pobre lo que necesita; es necesario aquí en Andalucía, llegar al jornal de cinco pesetas, como en un bello gesto de alta caridad justicia, hubo de indicarnos el señor Obispo de esta Diócesis, en para nosotros grata conversación con él tenida, en el pasado mes de Abril, con motivo de una petición de indulto.

La vida del pobre es dificil, si no imposible, pero, màs dificil aún, es la de la clase media, de todos conocida y de todos ignorada por su cobarde resignación.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.



El notable periodista D. Julio Baldomero Muñoz (Españita)

que disfruta de merecida popularidad

por las extraordinarias condiciones de amenidad, gracia e interés

que concede a sus trabajos.

EL VANDALISMO ARTÍSTICO EN EL SIGLO XVI

La calle de la Feria

De tantas calles como en Córdoba hay, llenas de alegría, belleza y de ese aroma de los siglos que se llama tradición y leyenda, ninguna habla tanto a la historia de la ciudad como la antiquísima de los Francos, después de la Feria y hoy de San Fernando.

El origen del segundo nombre es tan interesante y poco conocido, que vamos a referirlo. A raíz de la reconquista de Córdoba, en el siglo XIII, y quizá antes, en tiempos de moros, en esta calle y al abrigo de la muralla, pusieron sus tiendas unos mercaderes, llamados los *francos* por su nacionalidad, los cuales le dieron nombre, pero, en breves años, la prosperidad que alcanzaron estos fenicios medioevales, como han sido llamados, atrajo nuevos comercios a este sitio, llegando a reunirse tan variados y ricos productos que, como una *feria* permanente, se calificó aquella exposición de las más bellas mercaderías; calle de la Feria empezaron a llamarla y calle de la Feria ha sido hasta muy recientes días.

Vamos a dar a conocer cómo fué su arquitectura hasta mediados del siglo XVI, época en que, por desgracia, se habla y aplica por primera vez la razón de ornato público como justificativa para demoler las más bellas y típicas construcciones del arte árabe y mudéjar, ofreciendo el singular contraste de que, en los mismos días, el Cabildo o Ayuntamiento escribía una bella página en su historia, trayendo al famoso arquitecto granadino Diego de Siloe para que, con Hernán Ruiz, el cordobés no menos insigne, dirigiese ciertas obras, y pidiendo a las Cortes del Reino que enviasen a Fernando Bustamante de Herrera, «con más sueldo que dé otra ciudad alguna», para que construyese canales que regasen las sedientas heredades e hiciese posible esa aspiración suprema que debe ser troquel de nuestras almas: la navegación del Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla.

En el año 1555 empieza una era infausta de varios siglos, durante los cuales el vandalismo artístico se muestra cada vez más pujante en los administradores de la ciudad, y así dejan demoler y saquear los edificios que aún quedaban de Medina Azahara, empiezan a destruirse los adarves, caen las torres y se derriban los ajimeces, pareciendo que se querían secar todas las fuentes de las más bellas leyendas, borrar los sitios de sanas y viriles tradiciones, todo lo que pudiese hablar del pasado y hacernos sentir orgullo por nuestra gran historia.

La calle de la Feria, por su situación entre la muralla que corría de Norte a Sur de la ciudad, y las tapias del entonces convento de San Francisco, hacía que las edificaciones de toda la acera derecha y las de la parte comprendida entre las calles de Maese Luís y San Francisco, en la izquierda, tuviesen muy pequeña latitud, destinándolas al comercio y vendiéndose en sus aceras, sobre esterillas, todavía a usanza morisca, los brazaletes y arracadas de filigrana, los borceguíes y chapines bordados; las badanas y cordobanes, con sus vivos dibujos dados a fuego; las monturas y piezas de jaez, siempre influídas por el gusto árabe; las espadas, las dagas y toda la gama de colores en las sedas que se labraban en la hermosa Alcaicería; pero su principal valor provenía de su arrendamiento para que desde ellas fuesen presenciadas las grandes ceremonias y los regocijos populares, tanta grandeza y alegría como allí se ha prodigado.

Estas construcciones, de haberse conservado, constituirían hoy una calle tan típica y bella como difícilmente la habría en parte alguna, por hallarse formada de pilares que le daban aspecto de lonja, los que sostenían uno o dos pisos de fachada calada con varios ajimeces, esos bellísimos ojos de las calles, y desde los cuales se seguían aquellas carreras a pie «desde el pilar de San Francisco a la Corredera», que valían al vencedor una caperuza bordada, una pieza de sarga o una vara de brocado; se veía quebrar lanzas y cañas, correr sortijas, pasar las severas procesiones sobre tapiz de mastranzos, juncias y rosas: las trompetas y atambores de la ciudad; el noble Ayuntamiento, al compás de dulces flautas y chirimías; desfilar los caballeros sobre aquellos famosos potros cordobeses alanes y azabachados, adornados con paramentos de carmesí, vestidos ellos de vellón brocado y púrpura, al cinto la espada con rico tahalí bordado de oro y toda

esta alegría y esplendor teniendo por fondo la ubérrima campiña, el joyero de la ciudad, ya viva esmeralda, claro topacio o encendido rubí, bajo el cielo andaluz y la mirada de esa línea de Grecia, dada vida al calor de sangre mora, que se llama mujer cordobesa.

En 1555, el Cabildo, haciendo uso de una pragmática dada por Doña Juana y Don Carlos en Madrid, a 28 de Junio de 1530, sobre edificios peligrosos, mandó «que se derriben todos los ajimeces que haya en toda esta ciudad de Córdoba y los que se han reedificado después de la data de la provisión de su Magestad.» En vano fué que los particulares, y aun algunos caballeros veinticuatros, se opusiesen, alegando «que no parece mandar su Magestad derribar los edificios que están sobre pilares, y las casas de la calle de la Feria son muy estrechas y no tienen servicio derrocándose los ajimeces»; el mandato se hizo cumpilr «por ornato de la ciudad», y todos los ajimeces de la Carrera del Puente, el Potro, las calles de la Feria, el Salvador, la Espartería y los muchos diseminados en otros sitios, quedaron reducidos a escombros, dando idea de su número el haber estado ocupados durante seis días, en esta obra de destrucción artística, todos los albañiles que se hallaron en la ciudad.

De su antigua arquitectura, apenas si queda a la calle de la Feria vestigio. Algún amplio balconaje, un sencillo ajimez, embadurnados de cal sus arcos y columna, reducidos sus claros a ventana, pero le perdura su ambiente de puro cordobesismo, de serenidad y placidez, como si la magnificencia, belleza y alegría que en ella derrocharon tantas generaciones, le hubiesen puesto un sello indeleble.

¡Bien hayan los que han dado fin a la era infausta, para bien de los hombres! ¡El florecer de las piedras traerá un florecer del espíritu! ¡El arte hace amar la vida ennobleciendo el alma!

M. Merino Castejón.

LO QUE OPINAN LOS OBREROS

Sus puntos de vista.—Identificación con las tendencias de la Revista.—Restauración de los monumentos.—Peticiones de las sociedades obreras al Estado y al Municipio.-Plausibles gestiones ultimamente realizadas por el gobernador señor la Serna acerca de las obras de la Mezquita.

Ruego a nuestros ilustrados compañeros los obreros intelectuales que graban sus videntes y claros pensamientos en las columnas de CÓRDOBA, que nos dejen un hueco en su brillante libro semanal para que algún proletario, de profesión manual como yo, hilvane unas cuartillas, apuntando hacia algunas cuestiones locales, desde el punto de vista que las apreciamos.

Existe un gran número de obreros que no devoramos periódicos, revistas y libros caros, por la carencia de medios pecuniarios, pero leemos lo que llega a nuestro alcance y admiramos con fervorosa simpatía la fecunda labor de notables artistas y literatos, que inician una corriente educadora, fustigando muchos vicios sociales, como el analfabetismo, la chulapería y el flamenquismo, ya se manifiesten en señoritos que desprecian libros y siembran coletas, o en gañanes que abandonan la tierra y sus fecundas siembras para ser payasos coletudos.

Basta de exordio y vaya un saludo y bienvenida a CÓRDOBA, interpretando el sentir de mis compañeros libres del contagio de la taurofilia, de claro entedimiento para concebir, de corazón sensible y sano espíritu.

—

En acción paralela a la Prensa, comisiones oficiales y varios organismos, las sociedades obreras del ramo de construcción han venido reclamando las mínimas concesiones interesadas al poder central: Estaciones ferroviarias, Escuela de Veterinaria, Casa de Correos, edificio de la Hacienda, la no interrupción de las obras de la Mezquita y otros trabajos públicos, haciendo constar en nuestras exposiciones que exigían su inmediata realización la mejora de la enseñanza, el resurgimiento lo-

cal y, particularizando, la crisis de trabajo que ha tiempo gravitaba sobre los diversos ramos de construcciones.

Hemos obtenido acuses de recibo, frases muy halagüeñas, informes de los Ministerios y cartas, diciendo que se interesaban en el asunto, de los señores Barroso, Sánchez Guerra, Lerroux, Giner de los Ríos, Bergamín y Burell, pero sólo a las obras de la Estación se ha dado comienzo. Por último, como amargo epílogo, a los pocos días de ir a Madrid nuestro alcalde señor Muñoz Pérez presidiendo una comisión, a la cual acompañó el arquitecto director de las obras de la Mezquita, señor Velázquez, solicitando que se aumentara la consignación, se dió orden de paralización a todos los obreros.

Visitamos al gobernador civil señor la Serna, quien, afable y correcto con nosotros, ofreció su valiosa influencia para que el ofrecimiento concreto que nos había dirigido el señor Burell tuviera feliz confirmación. En efecto: la orden fué rectificada. Nosotros seguimos trabajando: los obreros en piedra, casi todos; los albañiles, tres días a la semana; los carpinteros, siguen parados, y los tallistas trabajan en poco número.

Ahora hace falta que el pensamiento del Gobierno se realice, que el propósito generoso de nuestro gobernador señor la Serna no se vea frustrado por circunstancias que, allá, arriba deben ser orilladas, para que el extenso camino burocrático no aplaste las esperanzas de los defensores de Córdoba artística y trabajadora, para que los directores de altas esferas rememoren y no se desvíen en el camino de otorgar, no mercedes, sino la justicia y ayuda que la ciudad reclama por sus legítimos representantes.

Comencé las cuartillas y tímido hago punto.

Ahí van, pues, distinguidos compañeros, estas notas agridulces: benévolos, si son extensas, redúzcanlas, y si se hallan faltas de construcción, sean corregidas por vuestras manos más expertas.

Rafael Camacho.

NOTA.—Respecto a las obras de la Mezquita, el gobernador civil señor la Serna recibió el día 31 un telegrama del ministro de Instrucción Pública, notificándole la buena nueva de haber firmado un libramiento de 24.000 pesetas para estos trabajos. Los obreros, unánimente, felicitamos al señor la Serna por su noble actitud en este asunto.—R. C.

La carne de toro lidiado está envenenada

La carne de toro sacrificado en el ruedo, tras las varias suertes que comprende la lidia, es considerada, aun por el vulgo indocto, como carne inferior, y esta prenoción vulgar hállase sancionada por los administradores del pueblo, desde el momento que exigen su venta en lo que en términos carniceros se nombra «tabla baja»; y, sin que nosotros pretendamos ahora discutir si en efecto se da cumplimiento a este precepto administrativo, pues que para ello no estamos bien documentados, hemos de afirmar no sólo la realidad de aquella creencia, sino que tal carne es peligrosa, nociva para el consumidor y por consiguiente que su expendición pública y su consumo deben estar prohibidos.

Habiendo de sujetarnos a los límites que nos impone la índole de nuestra revista, procuraremos, muy brevemente, justificar aquella afirmación.

La carne es el músculo. ¿En qué condiciones se encuentran los del toro sacrificado durante la lidia? Veamos.

La función esencial del músculo es la contractibilidad, y ésta, químicamente, se realiza a expensas del consumo de oxígeno e hidratos de carbono (azúcar, etc.), esencialmente y produce como elementos de desgaste anhídrido carbónico, ácido sarcoláctico y fosfato ácido de sódio, más creatinina, ácido úrico y úrea, resultantes del desgaste de lo que pudiéramos nombrar armazón muscular, las substancias albuminóideas. Estos productos excrementicios, como nocivos al organismo han de pasar a la sangre para salir al exterior, por los riñones con la orina y por los pulmones con el aire expirado, y así ocurre cuando el trabajo muscular es moderado y por consiguiente su producción exígua; pero cuando así no sucede, cuando el trabajo muscular es exagerado, su producción es enorme, y siendo insuficientes las vías naturales de eliminación, se van almacenando en la sangre y en los mismos músculos; estos no se nutren bien y se cansan.

Si entonces se deja el músculo en reposo, la eliminación de sus venenos se realiza, aunque lentamente, y todo vuelve al estado normal; pero si las contracciones continúan, si se fuerza la función, el músculo se nutre difícilmente, los productos del desgaste siguen au-

mentando y acumulándose y los músculos se fatigan, dan la sensación de pesadez y dolor, aparecen las agujetas; la fibra muscular hállase en peligro de desintegración, en peligro de muerte; la fatiga es un principio de muerte del músculo, dice G. Ocaña. Si falta el reposo necesario, si el trabajo muscular forzado continúa, el músculo muere por asfixia, por intoxicación y más tarde el individuo.

Que esto es cierto lo demuestra el hecho experimental de que inyectando sangre de un animal fuertemente fatigado a otro normal, éste ofrece síntomas de intoxicación, de envenenamiento de la sangre.

Ahora bien, el toro de lidia está sometido durante treinta o cuarenta minutos, a un ejercicio muscular excesivo de salto, carrera y acometida, exagerado por las rápidas contracciones, para él inacostumbradas, al volverse sobre sí mismo, obligado por las distintas suertes del toreo y que buscadas son para provocarle a mayor cansancio; su cuerpo sufre violentos traumatismos con las puyas; *borracho. ciego* sufre atroces choques contra la barrera; y al fin, jadeante, arruinado, desmadejado, casi sin poder mantenerse en su posición cuadrúpeda, recibe la muerte mediante la penetración en su organismo de medio o un metro de estoque.

La sangre envenenada queda en los vasos y bañando todos sus elementos anatómicos; la fibra muscular hállase rodeada de una atmósfera tóxica y asfítica. Preséntase pronto la rigidez cadavérica; la miosina o susbtancia albuminóidea del músculo se coagula y se produce aún mayor cantidad de ácidos carbónico y sarcoláctico. (J. Beclard.)

Y esta carne, cargada de ácido carbónico y láctico, creatinina, úrea, ácido úrico, etc., se expende al público. ¡aunque sea en tabla baja! No, no debe ser esto, por la posibilidad de que produzca intoxicaciones, como intoxicaciones produce la liebre cazada «a la carrera».

Y no lo afirmamos sólo nosotros, pues que autoridades en materia de higiene lo dicen: Una carne fatigada es asiento de una rápida putrefacción (Raillet); las carnes pueden producir síntomas de envenamiento por contener leucomainas o toxinas: carnes fatigadas, y ptomainas, desarrolladas después de la muerte, pudiendo coexistir ambas causas de intoxicación (Langlois); las carnes pueden producir accidentes tóxicos si proceden de animales enfermos o de animales fatigados en exceso (Labbé); todas las carnes que tengan un principio de descomposición deben ser desechadas, por los microbios y toxinas que contienen, así como la carne de los animales muertos después de estar muy fatigados (toros lidiados, liebre, etc.) pues ambos pueden dar origen a intoxicaciones (Cendrero); ¿y para qué más?

La carne de toro lidiado es peligrosa y su expendición debe ser prohibida. Ya el hecho de venderla en «tabla baja», indica su inferioridad, engendrada no en el altruismo sino en la repulsión de las clases altas y medias a consumir lo que puede serles nocivo; miremos hacia abajo y evitemos que la miseria haga uso de ella: «¡para comer carne!»; ya que no la comen de ordinario no se la facilitemos en condiciones antihigiénicas.

A quien corresponda rogamos estudie este problema: los toros lidiados deben ser sometidos a la cremación.

EL CINEMATÓGRFO Y LOS NIÑOS

Películas que matan

Para el alcalde don Salvador Muñoz Pérez, atento siempre al importante asunto de formar una infancia robusta y dotada de la más sana moral, no habían de pasar inadvertidos los peligros que las películas pasionales producen en el alma de los niños.

Con gran contento de los padres de familia, educadores y personas sensatas, vemos en las palabras que dijera en sesión municipal, refiriéndose a los cinematógrafos, los preliminares de una meritoria obra que necesariamente terminará, dado su carácter activo y emprendedor.

Ya se tiene la esperanza de que desaparezcan de nuestros espectáculos públicos las películas cuya influencia en los sentimientos de los pequeños es generalmente conocida.

El primer instinto que aparece en los niños es el de la imitación. Impulsado a ejecutar cuanto su vista alcanza, sea bueno o malo, seguirá desgraciadamente por escabrosos derroteros y caerá al fin en los abismos por la resbaladiza pendiente de los vicios si los modelos son perniciosos, si la propensión de imitar se convierte en deseos irreflexivos, locos, que sugestionan y adormecen

el instinto de sociabilidad con todos los humanos sentimientos.

A presencia de la población penal en las cárceles y presidios, coloquemos en balanza la tolerancia en los cines y el abandono de los niños en las prisiones. A primera vista, se ve que las dos pesan sobre la conciencia de la humanidad de un modo enorme: aprender a matar y a robar en los cines y a *perfeccionarse* después entre los criminales empedernidos de larga historia.

¡Pobres niños y pobres pueblos! Analicemos los gérmenes que aumentan de una manera alarmante la llaga social. Recordemos las frecuentes apariciones de cuadrillas de niños, fieles imitadores de aquellos protagonistas que vieron en el lienzo blanco, y recriminaremos enérgicamente esa fatídica tolerancia, gusano roedor de la inocencia, que corroe el corazón del hombre en sus primeros pasos y que, sólo por ella, se comete a sabiendas, públicamente y con ensañamiento el horrendo crimen, que llenará de luto a las naciones, aunque, afortunadamente, algunas poblaciones, dándose cuenta exacta del peligro, empiezan a tomar serias determinaciones.

Contemplemos el cuadro, digno de estudio: Trágicas escenas seguidas paso a paso por una multitud de niños, con los ojos fuera de las órbitas, abierta la boca, las manecitas temblorosas y el espíritu todo allá, en el fondo de lo que tienen delante. Veamos cómo aquellos inocentes pececillos, que van tragando el anzuelo, se familiarizan más tarde con aquel apache que mata y roba, burlando a la justicia; se retiran al fin entusiasmados, con el corazoncito hecho una bomba, que estallará en su día, pensando en lo que sucederá la noche siguiente; hacen sus comentarios, repasan los argumentos, los estudian, y así se desarrollan aquellos pobres cerebros de manera brutal a impulso de las fuertes impresiones que recogieron cuando en la oscuridad y el más profundo silencio se les mostraban las lecciones de la mala escuela.

Sabido es que el método intuitivo es el más poderoso de todos para que en la inteligencia del niño se graben las ideas; el de más rápidos efectos; el que deja una huella difícil de borrar, pues que vivamente impresiona el alma de las tiernas criaturas.

Casos tenemos a la vista y muy recientes, como el de «La mano que aprieta», cuadrilla de niños de nueve a diez años; muchachos que se matan a tiros de revólver; suicidios y casos extraños de locuras en niños de corta edad y de reconocidas aficiones a esta clase de películas.

Todos los afanes, los cuidados todos, han de ir dirigidos a proteger a la infancia, ya lo sabemos, luchando en contra de las infames explotaciones de las empresas que se enriquecen sin importarles nada que la humanidad se pervierta.

¡Nada tenemos con esos adelantos de la pedagogía, con esas cantinas escolares y escuelas al aire libre que robustezcan a los niños, si, olvidando la educación moral, los colocamos luego ante un lienzo que sugestiva y cautiva la atención; y por este lienzo, lleno de luz, de vida, pero engañoso como todo lo malo, hácennos pasar, con los «Vampiros», «Fantomas», etc., una serie interminable de crímenes estudiados. Resultará que aquel lienzo sea en aquel momento el oprobio, el baldón de un pueblo culto, el paso atrás de un país civilizado.

De acuerdo todos en que los males que acarrea son grandes, unámonos al alcalde señor Muñoz Pérez, y en particular los encargados de la educación de los niños, quienes en su amor a la infancia, están prontos a pedir al Gobierno la prohibición de las películas pasionales y con tan mal acierto escogidas.

¡Hermoso ejemplo sería el que Córdoba ofreciera con esta prueba de amor al niño, de celo y de cultura!

Jesús Rodríguez Redondo.

EL PERRO DEL CIEGO

Una limosna de pan
el ciego va demandando,
de casa en casa, marchando
acompañado de un can.
Sin el más leve temor
sigue el mendigo a su guía,
pues de igual modo confía
en su instinto y en su amor.
Cuando rendido se sienta
el viejo, mientras reposa,
con su mano temblorosa
al perro fiel alimenta.
Ciego, no te considero
del todo desamparado,
porque llevas a tu lado
un amigo verdadero.
Un amigo sin segundo
de fidelidad espejo,
el único, pobre viejo,
que ya te queda en el mundo.
Es por demás doloroso
que siempre, en la sociedad,
vuelva la falsa amistad
su espalda al menesteroso.
El perro que te acompaña
todo tu afecto merece,
al hombre no se parece,
por eso mismo no engaña.

Francesco.

HABLANDO CON EL "PAVO,,

De cómo piensa y habla este popular cordobés

Sorprendemos al artista haciéndose la «toaleta».— ¿Le parece que nos vayamos á mi despacho?— Dos «medios» para entenderse.—Otros dos «medios».—Otros dos y un sereno que surge.—Muchos más «medios»; el «Pavo», el sereno, el reportero... y el escándalo.— El «Pavo» habla de todo, cuenta su accidentada vida y... va camino de la Higuerilla. Una noticia con «traza».—Protesta del «Pavo».

Designados por Pedro Moro, el muy culto y admirado director de CÓRDOBA, para interviuvar a los cordobeses de postín, nuestro primer pensamiento es conversar con el *Pavo*, el más famoso de todos los betuneros si que también el más frigorífico de los ciudadanos.

Enseguida ponemos en ejecución nuestro pensamiento, yendo en busca del *personaje*.

Hallamos al *Pavo* haciéndose la *toaleta* en la fuente pública de San Nicolás de la Villa.

Allí, el hombre, mostrándonos una camiseta a listas horizontales como un cuaderno de tercera, daba mano a su tarea higiénica lavando *un pañizuelo de yerbas* capaz, por su volumen, de servir de muleta *ar divino carvo*, el más medroso de todos los toreros.

El *Pavo*, hombre avezado en todas las lides, nos salió al paso, haciendo él de periodista.

—Esperaba a ustedes, que *conste*—nos dijo el muy truhán, subrayando mucho la última palabra.

—¿Y eso?—aventuramos.

—Tenía noticias del encargo que tienen ustedes y me *constaba* que vendrían a *interurbanarme*.

—Interviuvarme, señor *Pavo*.

—Bueno, es igual. No olviden ustedes que yo he sío torero y que entoavía tengo mis resabios lexicográficos; ¡que *conste*...! Además, sabía que me buscarían, porque he visto que al Guerra le han *interurba*... ¿qué? ¡Bueno, lo que sea! Y es lo que me dije, digo: ¿y por qué el Guerra ha de ser más que yo? ¡Ah! pero ahora que *caguio*: ¡estamos en mitá de la rúe! Vámonos a mi despacho...¡Tengan la bondá! ¡No faltaba más!

Y recogiendo señorialmente su arquilla, con prestancia de alto prócer, el *Pavo* nos indicó que le siguiésemos.

Tras él fuímos, resolutos, y cinco minutos después nos hallábamos en el establecimiento de Rafael Martínez, frente a dos clásicos *medios del de a veinte*, dispuestos al arreglo de los males sociales en un santiamén.

Escanciado el oro de los dos grandes vasos, Lesmes, el popular y feo Lesmes, sirviónos otros dos medios y, tras de aquéllos, otros dos, y así sucesivamente hasta que el *Pavo* y nosotros hubimos de convenir, juntamente con la opinión del sereno de la calle, que nos hacía amable y *gratuita* compaña, en que *no había más medios* disponibles para sobrellevar esta perra vida.

Alternando con el derrame interior de sangre montillana, el *Pavo* nos contó su vida, nos habló de sus milagros y diónos lustre a las botas. ¡Todo con gracia y gentileza sumas; con donosura sin igual; con frescura sin precedentes...!

El *Pavo*, por ironías del destino, nació el 69 y es contemporáneo del *pae* Cañuelo, su gran amigo y valedor, según asegura el *ilustre lustrador*.

Se llama nada menos que Fernando Pérez de Guzmán el Bueno y Martínez y es, conforme afirma, pariento del marqués de Santa Tila y de Martínez el del Clarinete...

Su época de torero es accidentadísima. Alternando en *espantás* con el célebre *California* (EE. UU.), hizo proezas inauditas: desde dejar que le encerraran tres vacas en una tarde, hasta comerse un *cherro* con papas.

El *Pavo* nos cuenta que fué él el precursor de la suerte de Don Tancredo, pero en sentido horizontal...

—¿Cómo es eso?

—¡Muy sencillo! Que cuando vía de vení a la vaca, me tiraba ar suelo, me jasía el muerto y ¡como si ná! la res salía de naja como si hubiera golío el cadáver del señor Ferrero.

—Un día, el Guerra, que era quien organizaba las corrías—sigue diciendo el *Pavo*—quiso que pusiera un par de las cortas en silla. Pedí una silla, me la dieron; se arrancó la vaca, yo salí juyendo y la silla quedó jecha picón. ¡Otra silla! Me gorvió a entrá mieo y otra vez se rompió la silla. Así seguí hasta que se hicieron porvo onse sillas. ¡Aquella no era la plaza de toros, sino la cosina de una casa aonde se hubián peleao er matrimonio, las cuñás y la suegra!

Al ver aquello, los peones se llevaron la vaca y er Guerra mandó que me ataran a una silla de las de los paseos. ¡Güeno, la paliza que me dió la vaca la estoy ensoñando todavía!

¡Y que se la voy a perdonar a Rafaé!

El *Pavo* habla entonces de que el Guerra *se lo debe todo*: posición, gloria y consideración social.

El fué quien le ayudó a ser torero y el que le protegió en todo instante. No dice que le enseñó a torear, por pura modestia, pero se advierte esta circunstancia a través de sus manifestaciones.

—Y el Guerra—añade el famoso betunero—me ha pagao muy mal. Desde un día que estando yo *con la calentura del león* tuve que pedirle dos reales *pa quinina* y me los negó, estoy distanciao de Rafaé... ¡Que *conste!*

Fernando Pérez de Guzmán el Bueno y Martínez, ahora el *Pavo*, ha hecho muy *patrióticas* campañas. Ha estado en Ocaña, en Ceuta y... en San Miguel de los Reyes. Bueno, pero no por malas cosas. En Ceuta estuvo cuando el fijo de aquella ciudad y en Ocaña y San Miguel de los Reyes de *veraneo* y en calidad de turista.

Nos habla de otra campaña allá por el año de la *riá*, en que fué sustituto de un quinto de Carcabuey.

Tomó dos mil reales de este muchacho, quien también le pagó el viaje hasta Cádiz. En esta ciudad se quedó el *Pavo* y allí se gastaron las quinientas del de Carcabuey.

El 95 se marchó a Filipinas, donde él solo, valiéndose de una navaja de afeitar, sin cachas, tomó la posición de Maragüy y mató a seis chinos... ¡Una verdadera heroicidad!

—¡Y que no les valía a los mu ladrones—dice el *Pavo*—sus lamentos pa que no los apiolara...!

—¿Qué le decían?

—¡Casi na! ¡Chin-guau-guau-chin-chin-guau...!

—¿Y qué es eso?

—Pos, *mira, Pavillo de mi arma, no nos des mulé...* ¡Y que yo les iba a jasé caso con aquel lenguaje, que paesía que estaban rascando en un vidrio...!

Queremos que don Fernando Pérez de Guzmán el Bueno y Martínez, hombre representativo y grande, figura brillante de la patria chica, nos dé su opinión acerca de los problemas pendientes allende y aquende los límites de la provincia.

Habla de la guerra europea. Hace profesión de germanofobia. Odia a los alemanes porque mientras él no prueba la carne, los tíos se tiran *ca bisté* que les arde el pelo...

En cuanto a la guerra submarina dice, textualmente, lo que sigue:

—Ni bloqueo ni ná; yo acababa con tos los surmarinos echándome a la mar con una traviesa en una mano y la suegra de una rosquilla en la otra. ¡Torpedos! ¡Bah! Si yo me echara al agua después de una *tajá* ¡adiós tripulaciones! Con el aliento que les echara era peor que los gases asfixiantes! ¡Que conste! ¡Y no es ná mi aliento, hecho a fuerza de sardinas salás y *carta negra*, vurgo Vardepeñas...! ¡Que no queaba un surmarino, que conste!

También el *Pavo* nos dice lo que haría con los siete millones del empréstito municipal.

—Compraría un globo y me iría una temporá de Córdoba pa no ver a los munisipales ¡Les tengo una jincha! ¡Se meten con to lo que es progresivo y culto! ¡Pos no me llevan a la *Jiguerilla* cuando tengo *la calentura del león...!* ¡Un día acabo con tos! ¡Miá que llevarme a mí preso, benemérito de la Patria por quinse veses!

En la compra del globo se me irían unos seis mil reales. Otra parte del empréstito la invertiría en socorrer a los pobres de vergüenza, con lo cual quiere decir que se me irían mis buenos siete reales, ¡porque mióste que semos pocos los que tenemos vergüenza! ¡Güeno, como que el que no tiene dinero, no tié derecho ni a sentarse de balde en el sine de don Sabino...!

Compraría una casa en el campo con una bodega muy grande ¡No, si me voy a quear de secano, aunque vaya a la Indochina!

Y el resto, hasta los siete millones, los daría a réditos a estilo de *cordelillo*. ¡Josú: es lo que más produce en Córdoba!

No tienen ustés más que ver que va pa siete años que tomé yo sinco duros pa ir a Graná en er botijo, y después de haber pagao ya serca de tres mil reales ¡toavía debo veintiséis duros! ¿Por qué no hasen ustés una campaña contra los tíos der *cordelillo?* ¡Malas puñalás les den! ¡Son peores de sentimientos que er capitán Sánchez!

Asentimos a las manifestaciones del *Pavo*.

El famoso betunero discurre acerca del flamenquismo. Dice que no es más que un negocio explotado por unos cuantos tíos, los más feos de la nación...

—Yo soy—agrega—más feo y más fenómeno que Belmonte y, sin embargo, no sueno. ¡Y es que no hay quien me ayúe como yo ayué ar Guerra! ¡Que conste!

El *Pavo* fué actor en tiempos pretéritos, cuando se dedicaba a la aviación.

—Yo he hecho—dice—papeles importantes.

—¿En qué obra?

—En *Don Juan Tenorio*.

—¿Acaso hacía de *Don Juan?*

—¡Más toavía!

—¿De *Doña Inés?*

—¡Más toavía!

—No sospechamos de qué, insigne *Pavo*.

—Pues yo hacía, con otros chinorris de mi edad, el papel de maldito, frente a la puerta de la Hostería del Laurel.

—¡Adiós, Borrás!

—¡Pues no crean ustedes; gritaba lo mío! ¡Que conste!

El *Pavo* nos habla de sus amistades más caras. Sus amigos más queridos son los Rectores de las parroquias, sobre todo aquellos cuyas iglesias tienen las gradillas más anchas...

—Y es que escojo las más anchas-dice-porque como casi siempre duermo en ellas cuando tengo *la calentura del león*, temo roar y escalabrarme.

Interviene el sereno, que ya ha perdido su cualidad de tal, para afear a don Fernando Pérez de Guzmán el Bueno y Martínez que se halle ya con *la calentura del león*.

El *Pavo* le interrumpe viva y enérgicamente.

—¡Miá el curdela éste, que se mueve más que un flan recién hecho! ¡Anda, hijo, si tiés encima una cogorza que ni las que yo agarro por Semana Santa...! ¡Que conste!

Protesta el sereno y contraprotesta el betunero. Ambos van a acometerse como el vizcaíno y don Quijote en los campos de Montiel; pero hallábanse en tal estado de *calentura leonera* que ruedan por el suelo con absurda promiscuación de arquilla betuneril, gorra de plato, sable, cepillos, barril de *dandy*, gamuza y caja de crema.

El escándalo es de los que dan celebridad a una época. Al fin el sereno logra imponerse un poco y consigue llevarse a don Fernando Pérez de Guzmán el Bueno y Martínez.

Y allá van los dos calle adentro, en dulce balanceo como las velas de un barquichuelo empujadas por el viento, camino de la célebre Higuerilla, lugar de *santidad*, donde el famoso *Pavo* ha dormitado sus más tremendas túrdigas.

—

Al día siguiente de nuestra entrevista con el *Pavo*, el hombre viene a nosotros para protestar contra una gacetilla publicada por nuestro querido colega *El Defensor*, en la forma siguiente:

«Anoche fué conducido a la Higuerilla, por embriaguez y escándalo en la calle Morería, el famoso betunero Fernando Pérez de Guzmán (a) el *Pavo*.»

Protesta éste de que se le haya suprimido el adjetivo de *Bueno* en su primer apellido y el Martínez del segundo.

Le hacemos ver lo infundado de su protesta, por cuanto el simpático *Defensor* ha publicado una noticia con *traza*, como acostumbraba a escribir Cervantes, según afirma el nuevo cervantista Atanasio Rivero.

La noticia de *El Defensor* no da cuenta de la detención del *Pavo*, sino de un sermón que ha de pronunciar en breve un predicador famoso. La *traza* de dicha noticia, fielmente interpretada, como

puede ver el que tenga paciencia para acomodar a dicha *traza* las letras que le convengan, dice así:

E ponemos en conosimiento de los fieles e feligreses q en vreue predgará en la ilesia del Soqorro el famoso qapuchino frai migel Henrriqez gomes.

Tal es la *traza* de la noticia de *El Defensor* y por la que se considera ofendido el famosísimo cordobés don Fernando Pérez de Guzmán el Bueno y Martínez (a) el *Pavo*.

Entendemos que a nuestro ilustre convecino se le pasará el enojo al ver la traza que nos hemos dado para descubrir la *traza* de la molesta noticia.

Y hasta otra. **Españita**.

EL ARTE

Aunque son grandes mis aficiones a todo lo bello, nunca intenté dar expresión a mis ideas con la pluma, porque mi tiempo le empleo, con verdadero afán, si no en dar vida, en manosear al menos un pedazo de tierra, un duro trozo de mármol.

Hoy, sin embargo, trocando estoy el cincel por la pluma, pero lo hago en obsequio del arte, por la pasión que hacia el arte siento, y obligado, además, por la cariñosa invitación que se me ha hecho.

Si el arte tiene un rango tan elevado en el espíritu de los hombres y en la opinión de los pueblos, es porque su misión es grande.

Para hacerse una idea de la importancia de aquél, imagínese lo que serían las grandes naciones si se suprimieran de su historia los monumentos que levantaron a sus sabios, a sus héroes, a sus creencias, los hombres que nos legaron después una muestra aquí y allá de su poderoso genio.

El arte es útil a la sociedad porque dulcifica las costumbres y la rudeza del hombre.

Vivir por el arte y con el arte es sentir la vida, es elevarse a otra mejor desde la tierra, es el alma de los grandes pueblos.

¡Dichosos los que llegan hasta él! **D. Pastor Valsero.**

TRÍPTICO

LA DERROTA

¡Si supieras el encanto
que atesora tu figura,
si supieras que ese llanto
enaltece tu hermosura...!

Tu vida cruza en secreto
arrullada por la pena
y de un silencio discreto
toda tu vida está llena.

Tu corazón ha cesado
de amar y él ha desterrado
de tus labios la alegría.

Bajo el dolor del olvido
en tu pecho han florecido
rosas de melancolía...

—

Tus manos son un poema
de esperanza y sentimiento,
tus manos son el emblema
del más cruel remordimiento.

Diez estrofas van labrando
la canción bella y florida,
estrofas que ván rimando
los dolores de tu vida.

En el crepúsculo tienes
altiveces y desdenes
siendo vanos tus alardes

pues al final has sabido
que en amor nunca han valido
resignaciones cobardes.

—

Siempre triste y dolorida
tu juventud amargada
es como una gran herida
que no está cicatrizada.

Hay en tí el más doloroso
padecer, por haber sido
verdugo de tu amoroso
pasado desvanecido.

Sin redención ni consuelo
en vano lucha tu anhelo
como una bandera rota,

en cuya tela rasgada
se refugia avergonzada
de tu vida, la derrota.

Eduardo Baro.

EL CONDE DE TORRES CABRERA

Hemos tenido el gusto de hablar con el conde de Torres Cabrera, y lo hemos encontrado como siempre. Ni el peso de los años, con su larga cadena de quebrantos, ni los amargos sinsabores de una larga existencia consagrada al mejoramiento de la Patria, han logrado abatir su espíritu poderoso, sostenido por una savia lozana y fuerte. Como un roble que creciera en medio de un campo—así ha florecido su inteligencia en Córdoba—el tiempo lo ha fortalecido, lo ha asegurado en su anhelo generoso de alcanzar una patria mejor, una España renovada.

Precisamente en estos días ha brotado de su gallarda y caballerosa pluma este hermoso documento:

Señor don Carlos Carbonell. Mi querido amigo: he llegado a Córdoba y me ha entregado mi hija el precioso álbum conmemorativo de las bodas de oro de la Casa de Carbonell y Compañía y cuyo ejemplar han tenido ustedes la atención de dedicarme.

Su primera hoja, en la que escuetamente, sin comentarios y en seis renglones, se consigna la estrecha unión de la familia de Carbonell y de sus socios, es un cuadro que patentiza un ejemplo hermosísimo y que arranca plácemes y lágrimas en estos días en que el sopor seca el corazón de los hijos; la hoja segunda es una alegoría sublime: el amor y el trabajo bajo las alas de un ángel es una concepción bellísima y luego el retrato del fundador de la Casa, don Antonio Carbonell, a quien recuerdo como si lo estuviese viendo vivo en aquellos años en que lo traté, cuando él trazaba sus proyectos industriales y yo mis proyectos agronómicos; es justo homenaje de amor y de respeto.

Agrupar en un álbum los retratos y las fechas de los respectivos servicios de cuantos mental y mecánicamente sirvieron a la Casa, uniéndolos a las vistas de las grandiosas instalaciones; incluir hasta la estadística de la correspondencia telegráfica y telefónica, y todo ello sin oropeles literarios, sin vuelos de fantasía, constituye una expresión gráfica, en la que sencillamente se dice *ved y juzgad*, y se ve y se juzga que la Casa de Carbonell y Compañía y usted, su gerente, honran a Córdoba.

¡Ah! Si en vez de pasar aquí su vida muchos hombres de mérito acurrucados en la faltriquera de algún ministro o ministrable para asegurar su pitanza, la buscasen todos como ustedes, desenvolviendo nuestros elementos naturales de riqueza, pronto España volvería a ser lo que fué en mejores tiempos, apreciada en el mundo por nuestra industria, por nuestra producción, por nuestras armas, por nuestras letras y no por el baile macabro de los políticos de oficio.

¡Hurra, Carbonell, hurra! Los alientos de medio siglo pueden repercutir

por lo menos en otro medio y quiera Dios que el siglo XX legue a los futuros, próspera, la Casa de Carbonell y Compañía, honrando a Córdoba. Suyo, *Torres Cabrera.*»

El insigne patricio, que se adelantó a su tiempo, fundando las colonias agrícolas de Alcolea, Torres Cabrera y los Llanos del Conde y acometiendo otras empresas admirables, sigue condenando, desde la altura de sus prestigios, a quienes estorban el desenvolvimiento de los elementos naturales de riqueza, y alentando con su felicitación cordial a quienes vivieron consagrados al trabajo.

Honramos este número de CÓRDODA publicando en lugar preferente el retrato del admirado patricio y esperamos confiadamente en que algún día no lejano, la ciudad, representada por todos los elementos que la constituyen, rinda al ilustre Conde de Torres Cabrera el homenaje que merece por la abnegación altísima con que la ha amado y servido, ofrendándole en todo momento su inteligencia, su hacienda, su actividad incansable: la vida entera.

Córdoba la Buena sabrá cumplir la deuda de gratitud que tiene contraída con su ilustre hijo el Conde de Torres Cabrera, el fundador de pueblos y alentador constante de todo mejoramiento agrícola.

En el kiosco de las Tendillas se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

NOTAS

A instancias de numerosos amigos reproducimos de la revista *España* el resonante artículo publicado por el admirado escritor andaluz Dionisio Pérez con el título de *Cómo somos regionalistas en Andalucía.*

—

El gobernador civil señor la Serna nos ha manifestado, a propósito del trabajo que, con el título de *El asesinato de María Castaña,* publicamos en nuestro número anterior, que está decidido a poner enérgicamente la mano en el problema de la mala vida en Córdoba, yendo a la raíz, a las causas, y esperando desde luego el concurso del vecindario.

Por nuestra parte insistiremos en señalar tenazmente el hecho oprobioso, horrible, de que la mala vida aumente a causa del creciente vicio de los señoritos sin conciencia, y de la necesidad, que va creciendo cada día, de las clases pobres de la población, a las que se debe atender preferentemente, con la concesión de trabajo y el abaratamiento de la existencia. Al mismo tiempo, la cárcel debe estar abierta para quienes, como la figura que trazábamos en nuestra información, ejercen libremente su comercio infame, sin que nunca se haya presentado contra ellas ni la más leve denuncia.

—

Un obrero nos envía unas vibrantes cuartillas, las que en este mismo número publicamos, con sincera satisfacción. Agradeciendo profundamente sus benévolas frases, le decimos que precisamente se publica esta revista para que llegue al pueblo, con la mayor independencia de juicio por parte de los autores, el estudio de las diversas cuestiones planteadas en nuestro país.

En cuanto a la protesta contra Madrid, ella es general en toda España y en ella hay que insistir, porque es evidente la verdad de que nada o muy poco podrá conseguirse mientras la demanda no sea formulada por todos y con la debida entereza. Para los pueblos dormidos nada o muy poco puede conseguirse, aunque entre sus diputados figurase este nombre: D. Alfonso de Borbón y Austria.

Hay que despertar, aunque se esté faltos de sueño y rendidos de fatiga; esto es todo. Es necesario hacer más y no fiarlo todo a que los demás hagan mucho, así se les encargue. Ningún Gobierno puede negar nada a un diputado que demanda una mejora en la que un pueblo entero se halla interesado. Ningún Gobierno puede negar nada a un diputado que tiene a un pueblo entero detrás de sí.

En cuanto se relacione con esta empresa de despertar a las gentes, renovamos a los obreros el sincero ofrecimiento de estas modestas columnas, a los obreros y a cuantos tengan algo que decir en favor del mejoramiento de la ciudad. En el caso concreto de los obreros de la Mezquita—y de aquí uno de los fundamentos de la grata manifestación del señor Camacho de que se hallan identificados con lo orientación de esta Revista—los periodistas hemos recogido y proclamado repetidas veces la necesidad de que el interés de las clases trabajadoras vaya unido al de la conservación y restauración de los monumentos y, en general, a la empresa de laborar en favor de una Córdoba verdaderamente cordobesa; con toda clase de progresos, pero verdaderamente cordobesa.

—

En el Teatro Circo del Gran Capitán, cuyo local ha sido acertadamente reformado, se verificará en breve la presentación del renombrado artista Donnini.

En el Pabellón de Ramírez comenzará en breve a trabajar la notable compañía de Santoncha, de cuya actuación en otras temporadas se conserva grato recuerdo en Córdoba.

En uno y otro coliseo, el público encontrará el solaz y grato esparcimiento del arte escénico, que no todo ha de circunscribirse a la vida de casinos, cafés, etc., etc. Vayan ustedes al teatro, amigos, recordando la frase de que aquél debe ser escuela de buenas costumbres. Aún cuando algunas veces no lo sea, siempre resultará mejor que la escuela de ocio y murmuración que sostiene una lamentable realidad.

—

Ante la crecida cantidad de originales de que hemos dispuesto para la confección de este ejemplar, hemos retirado numerosos grabados, ya que esta revista, aunque conceda a la parte gráfica la necesaria atención, ha de preferir el texto, el contenido espiritual, a la parte puramente exterior y de presentación, a aquello que pasa ante los ojos sin penetrar en el ánimo del lector.

Así y todo han quedado fuera de este número muchos originales, los que publicaremos en el próximo.

Rogamos a los suscriptores que no hayan recibido el ejemplar correspondiente, que nos den cuenta de ello para subsanar la deficiencia, la que siempre es disculpable al comienzo de toda organización.

UN ANGEL

Nuestro querido director D. Eugenio G. Nielfa, hállase bajo el peso de la terrible desgracia de haber perdido a su hijita Victoria, de siete meses, muerta en las altas horas de la pasada madrugada.

De todo corazón participamos de su profundo sentimiento y, por si de lenitivo sirviera a su dolor, sepa que nuestro pesar nace en lo más profundo de nuestra alma.

Imp. MODERNA.— Córdoba

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Don MANUEL GARCÍA LOVERA

Ilustre cordobés en quien se concentran los merecimientos de una prestigiosa familia que constantemente se ocupó en empresas de cultura, fundando y concediendo próspera vida a una librería, la primera de Córdoba, primitivamente establecida en la calle de aquel nombre; un periódico, el *Diario*, decano de la prensa de la ciudad; una imprenta, asímismo de las más importantes, y varios teatros, como el Principal, el de Variedades, el de Verano y el Teatro Circo del Gran Capitán. Pocas fortunas habrá que hayan sido elaboradas de una manera tan simpática y con tan intensos beneficios para la generalidad.

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta	65 pesetas	Una columna central en el texto,	20 pesetas
3.ª id. id.	50 »	Media id. id.	10 »
4.ª id. id.	75 »	Un cuarto id. id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea	0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 9 de Septiembre de 1916 | NÚM. 4

PROBLEMAS LOCALES

HACEN FALTA ESCUELAS

«El pueblo que tiene las mejores Escuelas es el mejor pueblo y si no lo es hoy lo será mañana.»

JULIO SIMÓN.

Tan importante como el saneamiento de Córdoba, que tiende a transformar el estado material de la urbe, el continente, es la necesidad de mejorar la ciudad en su aspecto espiritual, en su contenido. La cifra de mortalidad (3,6 por 100) es, en efecto, horrible; pero, la que marca nuestro analfabetismo (55 por 100), es sencillamente vergonzosa.

Nos hacen falta Escuelas. Y es preciso tomar decisiones sobre el asunto, simultáneamente con el imprescindible de sanear la ciudad, que sería error grave en un pueblo como en una familia, al pensar en el porvenir de sus hijos, atender sólo a sus cuidados corporales olvidando su desarrollo intelectual. El uno es complemento del otro, que el ideal educativo es lograr individuos de inteligencia sana en cuerpo sano, según el aforismo de Juvenal.

Nos hacen falta Escuelas, que las que existen no bastan, que las que funcionan no sirven: tenemos, para una población escolar de 7.000 niños, 21 escuelas públicas con 31 maestros, que, abandonando el resto a las escuelas privadas o al desamparo, atienden a 2.220 niños solamente y aún así, con un promedio de más de setenta niños por maestro, siendo así que en Francia no excede de 36. Pero, además, estas Escuelas no sirven. ¡Sólo dos son graduadas! Ninguna tiene un campo de recreo proporcionado, ni el jardín necesario, ni baños, ni gimnasio, ni museos escolares, ni salas de trabajos manuales. Limitadas al salón-almacén de niños, al aula, ni aún ésta reúne condiciones apetecibles de higiene ordinariamente, y ya los inspectores médico-escolares dictaminaron el cierre de un gran número y la reforma de las restantes.

FUENTES DE CÓRDOBA.— La Piedra Escrita

Nos hacen falta Escuelas, que por ahí debe iniciarse el impulso renovador de nuestros pueblos yertos; que en la Escuela se infiltra la savia que luego vivifica la Agricultura, la Industria, el Comercio, las Artes y las Ciencias; que de la Escuela deriva la riqueza de los pueblos poderosos, que no son cultos por ser ricos sino a la inversa: no hay capital más reproductivo, ni individual ni socialmente, que el empleado en desarrollar la inteligencia.

Nos hacen falta Escuelas, sí, es ya un lugar común repetirlo, es ya un tópico vulgar. Ahora bien, es preciso profundizar en el asunto, que es defecto bastante generalizado entre españoles satisfacernos con las palabras sin ahondar su sentido—por eso obtienen aquí tanto éxito las frases hechas.

La necesidad de crear Escuelas está sentida desde hace tiempo en Córdoba y decidida y aceptada la idea, aunque la realidad no lo revele. Y si alguna aislada tentativa se ha hecho, por ese defecto,

antes apuntado, de tomar las palabras sin su sentido, sin su traducción al *idearium* moderno, no se ha sabido salir de planear unos salones más o menos amplios y con mejores o peores condiciones donde, a la rutinaria manera antigua, retener almacenadas, unas cuantas horas, varias docenas de muchachos.

Y la Escuela hoy no es eso: la Escuela necesita de un edificio adecuado a sus fines, tan esencialmente como de un maestro bueno, que si es verdad que de nada sirve el mejor edificio sin un maestro apto, poco puede hacer tampoco, y aún eso a costa de riesgos graves para la salud, un buen maestro en un local confinado y rodeado de setenta o más chiquillos de diversas edades y nivel intelectual.

Tratemos del edificio. Dice Martí y Alpera: «No puede prosperar ninguna mejora escolar mientras no comencemos por el principio, es decir, por la construcción de Escuelas.» Como cualquier propietario a quien interese una edificación, el Municipio, a quien incumbe la de las Escuelas, necesita disponer primero de solares, tener luego el plan y el plano de lo que va a realizar y después el dinero para llevarlo a la práctica. ¿No es esto? Pues busquemos solares.

«Para tener una buena Escuela lo único importante es contar con la mayor extensión posible de terreno salubre. Los inconvenientes de orientación, emplazamiento, etc., desaparecen tan luego como se logra esta primordial condición. Con un solar grande y sano es punto menos que imposible no tener una Escuela admirable, sean cualesquiera las dificultades que para su construcción oponga la escasez de medios intelectuales o materiales de la localidad y que se orillan harto más simplemente que las que nacen de la insuficiencia del terreno.» Así se explica Giner de los Ríos en su folleto *Campos escolares*. Claro es que esos grandes solares de que habla, en las poblaciones no se encuentran, a no ser a altos precios inaccesibles, en el interior; pero se eligen los alrededores de la ciudad, lo que tiene además las ventajas apreciables de que la luz y el aire bañan con más pureza y limpidez los débiles organismos infantiles y que no molestan, ni al niño ni al maestro, los ruidos de la calle.

Guiados de estas ideas, podemos elegir diez grandes solares, de 3.000 metros cuadrados como mínimun, en terrenos comunales (lo que significa sin gastarse una peseta), para edificar diez grupos escolares, como para 500 niños cada uno, lo que llenaría nuestras necesidades, en los sitios siguientes:

Uno en el Campo de la Verdad.
Otro en la Ribera.
Otro en el Campo de Madre de Dios.
Otro en el de San Antón, o en sus cercanías.
Otro en la Plaza de los Padres de Gracia.
Otro en la Plaza de las Ollerías, frente a San Cayetano.
Otro en el Campo de la Merced.
Otro por la Puerta de Sevilla.
Dos en los extremos opuestos de la Victoria.

Los inconvenientes que ofrecen algunos sitios tienen fácil remedio; las Escuelas emplazadas en ellos servirían perfectamente los barrios circundantes y ninguna distaría, de la casa más lejana del sector a que sirviera, más de 500 metros; tendríamos edificios aislados y desde el punto de vista general obligarían a urbanizar los alrededores del emplazamiento; la Escuela en sí sería ya un elemento de embellecimiento magnífico y eso ganarían los descuidados barrios periféricos.

En posesión de los solares, lo que después interesa es saber cómo van a ser los edificios que queremos elevar, para formar nuestro plan, que traducido en líneas nos servirá de plano.

Todo el lujo de amplitud que pedimos para las dimensiones, recomendamos de modestia para las construcciones. En conjunto la Escuela debe ser sencilla en sus elementos, sin barroquismos, aditamentos ni ornamentación superflua; franca y veraz en su expresión estructural, con sus materiales constructivos manifiestos, sin artificios, pinturas ni fingimientos; higiénica en su constitución, suelo bien saneado, jardines y patios limpios con esmero, interior liso sin molduras ni rincones, mucha luz y mucho aire puro; estéticamente debe recordar el arte regional. En su distribución debe tenerse en cuenta que la Escuela es hoy sitio donde el niño debe recibir su educación integral, física, intelectual y moral. Para su desarrollo físico debe proporcionársele, con las condiciones higiénicas antedichas, el jardín para los niños *(Kindergarten)*, el gran patio de recreo donde los mayorcitos puedan correr, el gimnasio donde desarrollar su agilidad y su fuerza; los cuartos de baños, duchas, lavabos y w. c., donde acostumbrarlos a la limpieza, que es salud, las dependencias para establecer las cantinas escolares. Para su desarrollo intelectual, las aulas para grupos varios en edad e inteligencia—sistema graduado—, locales de capacidad no demasiado grande, como para contener 40 niños a lo más; el museo escolar y la sala de trabajos manuales, donde habituar a los niños a ser prácticos, no verbalistas. En cuanto a su desarrollo moral, aparte del enorme papel que al maestro corresponde, nadie puede desconocer la influencia que ejerce en la bondad del hombre la bondad del ambiente, de las cosas que le rodean. Todos los elementos deben contribuir a obtener el desarrollo integral que se apetece.

Una advertencia: la Escuela someramente descrita, no es un ideal de Escuela, así son en Suiza, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Dinamarca, en Suecia y en Noruega. Yo las he visto en varios de esos países, y si mi palabra es modesta para aseveraciones rotundas, véase el folleto de Martí y Alpera «Por las Escuelas de Europa»; los de Sáenz Barés «Construcciones Escolares»; la obra de Mr. Baudin «Les constructions scolaires en Suisse»; la revista «Das Schulzimmer» etc.

Así deben ser nuestras Escuelas futuras.

Ya tenemos solares, el plan, la idea, el programa del edificio, casi el plano....................

....

Francisco Azorin.
Arquitecto.

Impresiones de Córdoba

Al escribir estas líneas, paréceme que aún escucho las voces argentinas, las piadosas y galantísimas frases que fueron para mí como un rocío que refrescó las tristes arideces de mi vida. Vuelvo a experimentar las impresiones que agitaron mi pecho durante una excursión al legendario castillo de Almodóvar. Fueron aquellas impresiones tan profundas y bellas, que siempre, siempre habré de recordarlas con indecible júbilo.

Sugestiva en extremo resulta desde lejos la gigantesca mole del castillo que allá, en lo alto, semeja una atalaya formidable, un avanzado centinela que siempre está velando el dulce sueño de la hechicera Córdoba. Y ya en el interior del edificio, recorriendo sus patios, descendiendo a su cueva misteriosa y ascendiendo a sus torres majestuosas; instalándose en la histórica Torre del Homenaje, desde cuya altura se contempla un hermoso panorama: el cielo, de un azul esplendoroso; el dilatado valle cubierto de verdura que sonríe; el caudaloso Guadalquivir, que corre acariciando con plácidos rumores las bellezas del cielo y de la tierra. A los pies del coloso ríe también el blanco caserío—bandada de palomas—, de un pueblo laborioso, y allá, lejos, muy lejos, se contemplan horizontes brumosos, alturas que se pierden entre la niebla que parece hablarnos de lejanas grandezas, del pasado esplendor de la romántica, de la doliente Córdoba, que hoy sueña con una extraña vida.

En las alturas del castillo, en una de sus torres gigantescas, volqué la urna de mis sentimientos para rendir un homenaje de simpatía, de admiración y gratitud a las almas ardientes y soñadoras—almas de artistas—, que habían transformado mis tristezas en los goces más íntimos, en los goces de un espíritu errante que se ha sentido huérfano y de pronto se siente acompañado, siente los aleteos de otros espíritus iluminados con los resplandores del Arte excelso: espíritus que me alentaron con sus palpitaciones y me prestaron la fuerza de sus alas para ascender con ellos al cielo de los grandes ideales.

En las torres del castillo de Almodóvar, en aquellas alturas que me acercaron a la esplendente cumbre de las noblezas y gallardías de las almas, que consolaron mis amarguras; en aquella alta cumbre creí escuchar las vibraciones de un himno majestuoso, cantado allá, en los bosques milenarios, en las selvas dolientes de la América Española. Y creí que en mi frente palpitaban los besos de mi Patria infortunada, en la forma de brisas impregnadas en el perfume de los jardines de otra Córdoba inolvidable, la Córdoba que allá en el ensangrentado suelo mejicano, en los vergeles veracruzanos, ostenta, como esta Córdoba divina, galas esplendorosas.

Después de aquellas horas de intensa vida, vienen otros instantes de halagadoras, de hondas evocaciones; instantes que podríanse llamar de dulce felicidad.

Es allá, en el seno piadoso de un hogar tranquilo que se ha transformado en un templo del Arte; allá, en un rinconcito de cielo donde todo es delicado, espiritual y bello; es allí, donde el alma de un piano acariciado por las manos de un ángel, me hace escuchar las quejas dolorosas, los suspiros y los sollozos del alma enferma de Chopín, de aquel divino soñador, de aquel ardiente y pálido visionario que cruzó por la vida buscando un imposible. Y ante las vibraciones de aquella música de dolor y de ternura, de tristeza y de amor incomprendido, sentí de nuevo palpitar en mi alma los jirones de muertos ideales, y me interné en la vida del ensueño, la vida del recuerdo, esa segunda vida de los que no tenemos ya el derecho de llamar a las puertas de la felicidad, sino el triste derecho de acariciar la sombra de lo que ya se ha ido y no volverá nunca.

Horas de idealidad encantadora que me disteis dulcísimo consuelo: ¡nunca os podréis borrar de mi memoria!

¿Y qué decir de aquellos inolvidables instantes, de aquella noche en que creí que algo sobrenatural conmovía mi alma, perdida en la penumbra misteriosa de la Mezquita de Córdoba? En los primeros momentos sentí una imperiosa necesidad de callar, de admirar en silencio aquel cuadro estupendo, la severa suntuosidad de aquel sagrado recinto donde se escucha el eco de los siglos pasados; donde parece que aún luchan dos épocas, dos razas, dos religiones que se disputan la posesión de ese grandioso santuario de las más íntimas creencias; de esa portentosa obra de arte, de ese mundo de mágica orfebrería, sostenido por un bosque de marmóreas columnas, de capiteles y arcos que parecen hechos de encajes maravillosos. En medio de estas suntuosidades mi espíritu sentíase empequeñecido, y en mis labios no había una frase que intentara, siquiera, expresar las ideas que aleteaban en mi mente inquieta. Pero voces amigas, cariñosos acentos de almas que comprendieron mi turbación y

PAISAJE CORDOBÉS

Como presa de horrible calentura
arde la sierra, por el sol tostada;
el ave soñolienta, aletargada,
busca sombra del bosque en la espesura.

Silenciosos están monte y llanura;
el rebaño dormita en la majada,
sobre la flor la mariposa alada,
en la extensión inmensa la Natura.

La espiga en los trigales cabecea,
en la gruta el reptil busca reposo,
el labriego descansa en fresca umbría,

y Dios desde su trono se recrea,
en el cuadro estival, sublime, hermoso,
lleno de luz, de encanto y de poesía.

Ricardo de Montis.

mi encanto, me hicieron oportunas observaciones, me hablaron de hechos históricos; me hablaron de arte, del divino Arte, y de cosas infinitamente elevadas, infinitamente armoniosas e infinitamente consoladoras

Ya había yo sentido desatarse las alas de mi pensamiento; ya tendía mi vuelo por un mundo ideal, cuando el silencio que reinaba en las naves imponentes se transformó en un canto prodigioso, en los acordes de una música arrobadora, de una plegaria inmensa expresada con todas las candencias, con todas las armonías, con todas las ternuras, con toda la inspiración de un canto que pretende levantarse hasta el cielo. Eran las notas misteriosas del Miserere, que aprisionadas por un momento bajo las augustas bóvedas de la Mezquita, huían de su prisión y se elevaban al espacio infinito.

Y el acento armonioso, la voz de una criatura encantadora, toda ensueño y ternura, me habló, con elocuencia, de Maese Pérez el Organista, y de otras creaciones admirables del infortunado Bécquer. ¡Ah, el recuerdo de Bécquer, del autor de las rimas eternas y las áureas leyendas...! El soñador espíritu de Bécquer se sentía flotar en un divino ambiente de arte, de ideal y de grandezas espirituales.

Tan profundas y tan bellas como estas impresiones, Córdoba me ha brindado, en distintos lugares y en diferentes formas—siempre delicadas, siempre espirituales—, otras noblezas, otras gallardías y otros consuelos para mi vida errante.

Un poeta inspirado, de levantados y potentes méritos, me concede la honra de pasearme, acompañado de su dignísima familia y en lujoso automóvil, por los bellos alrededores de Córdoba, donde hay una espléndida vegetación, donde se admiran hermosísimos jardines y desde donde se contempla un panorama encantador. Otro poeta sentimental, un trovador de aquellos que viven en el mundo de los recuerdos, de las tristezas, de los ideales y las esperanzas; ese poeta sentimental y un amigo del alma, un elevado espíritu que vive con la vida de la idea, con la vida del sentimiento, con la vida del Arte, con la vida más íntima y más noble, concentrada en un templo donde las oraciones son el perfume de las flores, el perfume de las ternuras y el esplendor del genio que palpita en admirables lienzos. Aquellos dos guías espirituales me acompañan una noche para recorrer las estrechas, tortuosas y poéticas calles de Córdoba; me llevan por jardines encantados, recorremos un parque donde puede aspirarse, con delicia, el divino perfume de níveos azahares. Y el poeta me habla de su vida, de sus intimidades dolorosas y de sus esperanzas para el porvenir. Esta corriente de simpatía y confraternidad me proporciona una íntima satisfacción, la que han aumentado, con delicadeza y exquisita galantería, otros poetas que me han brindado con los frutos de su inspiración; y otros intelectuales, los siempre fraternales periodistas, entre los que, sin negar a otros mi estimación y gratitud, quiero aquí consagrar un recuerdo especial, o más bien un homenaje de cariño, de reconocimiento y confraternidad, a mi querido amigo García Nielfa, en cuyo elevado espíritu palpitan amplias ideas, nobilísimos sentimientos y un vehemente deseo de que la heroica raza española, conquistadora de tantos pueblos y creadora de un Mundo, se una y se levante hasta la altura donde debe ostentar sus gallardías, su heroísmo y nobleza por ninguna otra raza superados.

¡Bella y legítima aspiración, la de García Nielfa! Despertar los dormidos sentimientos que han de engendrar impulsos generosos; exaltar los impulsos creadores de una fuerza redentora; ejercitar esa fuerza en bien de la Patria común, sin divisiones políticas, sin los odios innobles que alejan, que disgregan a los pueblos que, por su historia, por su lengua, por sus tradiciones, por sus comunes intereses deberían hallarse siempre unidos, estrechamente unidos, con vigorosos lazos de confraternidad que les dignificaran a la vez que pudieran engrandecerles.

¡Bello ideal que debieran alentar muchas almas, elevar muchos espíritus, unir muchas voluntades y producir la cristalización de un ensueño luminoso, la creación de una Patria poderosa, de una Madre magnánima que tendiera sus brazos cariñosos para salvar a sus dolientes hijas, las jóvenes Repúblicas que un día surgieron, no a una vida independiente y libre, sino a una vida tormentosa, allá en el Nuevo Mundo, allá en la hermosa América Española...!

Juan Castro.

UN BUSTO DE FRAGERO

«Interceptando la circulación pública», un limpiabotas se halla sentado sobre la arquilla, precisamente en la puerta de don Agustín Fragero Serrano, de lo que resulta que también molesta al numeroso público que entra y sale de la tienda para adquirir gafas, lentes, postales, etcétera, etcétera y para celebrar al mismo tiempo las inagotables ocurrencias del simpático industrial.

En esto sale, riendo a más no poder, un señor que tiene bien señalado su carácter de hombre serio, incapaz de alterar el gesto corriente ni con la leve sonrisa de un saludo.

El limpiabotas estira el cuello y, metiendo la cabeza en la tienda, como si asomase un matasuegras, dice regocijadamente: ¡No hay quien se le resista, don Agustín! ¡También don Juan, que presume de serio, sale doblado de risa! ¡Y antes se marchó don Pedro, riéndose tanto que se quejaba! ¡Ya no podía más! Yo le llamo barriguita alegre, porque en cuanto se ríe mueve el chaleco como si le hiciesen cosquillas.

Fragero, benévolo, da las gracias con un gesto y dice: Bueno, hombre, pero hazme el favor de irte porque estás interceptando la circulación pública, y no vaya a ocurrir que se me pierdan algunas postales de estas que tengo tan cerquita de la puerta.

El limpiabotas, a quien las hambres prematuras han dejado endeble y flaco como un viejo, se retira resignado, en busca de lo ancho de la calle.

A poco, Fragero nota la falta de una serie de postales de Córdoba, caprichosamente colocadas en un abanico hecho exprofeso.

Se indigna, protesta, clama contra los guardias municipales, porque no ejercen la vigilancia debida y, en fin de cuentas, vuelve a sumergirse en su tiendecita para atender a un grupo de extranjeras.

Nueva contrariedad: Fragero no halla medio de entendersecon ellas. Les enseña postales, lentes, fotografías, relojes... Advierte que las visitantes mudan de idioma, buscando el más comprensible para él, pero todo es inútil.

Harto ya de aquella incomprensible escena de película, en la que todos gesticulan y todos se entienden menos él, Fragero exclama: Pero, señor, ¿por qué aquella gente de la antigüedad daría lugar a lo de Babel? ¿No estaría mejor que todos hablasen como nosotros, tan claro y tan bien?

En esto, un hombre de facha inconfundiblemente andaluza, hasta el punto de que cuando menos se le podía suponer pajaritero, mete la cabeza en la tienda y, sin quitarse el ancho sombrero—quizá porque no sería postizo, de los de quita y pon, sino como una tapadera soldada al puchero, formando una sola cosa con la testa—pregunta entre dientes: ¿Tie usté jilo pa re de corní?

Fragero se queda perplejo: ¡tampoco entiende a aquel hombre, que es de la tierra, indudablemente!

Sacando fuerzas de flaqueza, para vencer tantas contrariedades, para no perder la cabeza creyendo que, como un hombre cualquiera de la torre de Babel, ha salido de pronto hablando una lengua tan completamente nueva que nadie le entiende, dice al extraño parroquiano: Pase usted y siéntese ¡y cúbrase, si no es por comodidad!

El otro, que no entiende de cortesías y que no sabe quitarse el sombrero, repite la pregunta, silabeando: ¿Que si tie usté jilo para re de corní?

Fragero cae al fin en la cuenta y dice resignadamente: ¿Quiere usted hacer el favor de marcharse de aquí para toda la vida, porque uno de los dos está demás en el mundo? ¿Usted cree que yo voy a tener en esta tienda hilo de redes para cazar codornices?

¿Por qué no?, replica impertérrito el del sombrero, quien retira la cabeza y desaparece.

A poco penetra un mozo de fonda, muy ducho en la fructuosa tarea de acompañar extranjeros. ¡Aquel hombre es su salvación!

Fragero se entrega a él en cuerpo y alma.

El mozo entabla un animado diálogo, pronunciado con neto acento de la tierra un cúmulo de palabras extrañas.

Una de las visitantes abre un diccionario de bolsillo y, con gesto de interrogación, le señala una palabra: Siesta.

El intérprete, con aire de suficiencia, responde sin titubear. Eso es una cosa que se duerme.

Nuevo gesto de interrogación en la extranjera, y el mozo que añade en el acto: Ende lar do pa lante.

La del diccionario abre el librito dispuesta a encontrar estas palabras tan castizamente alteradas. Fragero, comprendiendo que aquello no ha de terminar en la vida, mira al intérprete y adopta un aire de cómica resignación, como si dijera: ¿Para cuando serán las muertes repentinas, mal alma, que las entiendes menos que yo, porque todavía no me has dicho qué es lo que quieren?

Con estrépito de caudillo triunfante en descomunal batalla, un guardia municipal irrumpe en la tiendecita. Victoriosamente muestra en la manaza derecha, como si fuera un gorrioncillo, al desmedrado limpiabotas que momentos antes interceptaba el tránsito público en la gradilla de la tienda del señor Fragero. Amarillo como la manteca

de Soria, temblando más que un pelele y con los pelos de punta, el pobre era la viva imagen del susto. El guardia decía a voces: ¡Aquí lo tiene usted! ¡Este es el que le ha robado el abanico de postales!

Fragero, indignado por aquella manera de tratar a un gorrioncillo del arroyo, se dirigió al guardia y, sin pensar siquiera lo que hacía, le quitó al muchacho, diciendo: ¡Siempre hacen las cosas al revés! ¡Este no me ha robado nada! ¡Yo le dí el abanico de postales para que lo vendiera por ahí!

Entregó el abanico al muchacho, se fué éste, con el asombro y la alegría pintados en la viva cara de hambre, y el guardia se fué asimismo, mohino y cabizbajo, pensando que también en aquella ocasión se había colado torpemente.

Al momento volvió el muchacho. Casi llorando, devolvió el abanico de postales, exclamando con voz entrecortada: ¡Don Agustín, perdóneme usted por Dios! ¡Es que tenía hambre y un chavalón me sonsacó para que le quitase a usted el abanico de postales!

Perdona de buen grado Fragero, satisfecho de la piadosa acción, y se pone a charlar regocijadamente con un grupo de amigos. Ahora toca otra cuerda: la necesidad de exaltar el cordobesismo en todas sus formas. Les habla de la industria de la seda, refiriendo que sus hijos tienen muchos gusanos, pero que no podrían seguir el simpático entretenimiento, por falta de morera. Les habla también de los pájaros, diciendo de los gorriones que los agricultores los matan porque aquellos no saben hablar. Si hablasen dirían: No me mates; es verdad que me he comido un grano de trigo. Tú mismo lo has visto y yo no lo niego, pero es que no te fijas en que te he salvado nueve a causa de los insectos que he matado.

Y así, ocurrente y bueno, ingenioso siempre, Fragero sigue atendiendo a todos, un día y otro; muchos, todos, hasta el punto de que pudiera decirse que a su tienda van los amigos y clientes, más que por adquirir postales, lentes, máquinas fotográficas y relojes, para pasar el rato divertidamente.

He aquí que uno de sus muchos amigos—don Dionisio Pastor Valsero, artista de verdad, tan bueno como modesto—le ha hecho un busto de tan admirable parecido que puede ser reproducido al lado del original.

Esta muestra de afecto y simpatía, bien la merece Fragero, quien con ostensible satisfacción recibe generales felicitaciones. Entre estas hubo una que contenía un ligero reparo: está muy bien hecho el busto, pero ya podía D. Dionisio Pastor haber empezado por algún cordobés de fama, como Séneca.

Ante la violenta comparación, Fragero se sujeta al mostrador, para no caer de espaldas, y replica: Sí, pero el caso es que en mi casa a quien me conocen es a mí y el busto que quieren tener es el mío.

Verdad—arguyó el otro—, pero Séneca representa una civilización entera...

¡Si no lo niego—insiste Fragero—! ¡Si yo quiero mucho a don Lucio Anneo! Y en eso de la civilización, supongamos que don Lucio entrase ahora aquí mismo y que yo le dijese, para hacerle los honores: tenga usted este cronómetro, que yo tengo gusto en regalárselo, y entreténgase en mirar estas vistas de Córdoba en el veráscopo, que yo voy a avisar por el teléfono para que nos preparen un automóvil; esta noche iremos al cinematógrafo... Don Lucio se quedaría extrañado: ¡cronómetro, teléfono, automóvil, cinematógrafo!

Ello es que don Dionisio Pastor ha hecho una obra admirable, a la que ha infundido el alma misma del modelo y que esta prueba de amistad hacia un hombre ingenioso y bueno cosntituye como un anuncio de mayores empresas, en las que—según el propósito del alcalde de Córdoba señor Muñoz Pérez—se acometa la reproducción, ya con destino a los jardines de Córdoba, de aquellas cabezas inmortales en las que anidara el genio imperecedero de Séneca, Osio, Averroes, Góngora, Valera...

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

LA RAZÓN DEL ANALFABETISMO

Era en Filipinas, durante la dominación española, creencia muy arraigada, y defendida aún por las autoridades superiores, «que a los indios indígenas no debía enseñárseles ni la instrucción primaria, fundándose en que en tanto permaneciesen ignorantes e imbecilizados se les podía gobernar con facilidad; pero que en cuanto adquiriesen alguna cultura, se perdería el país».

Sin duda alguna, nuestros gobernantes, afianzados a esta teoría de negación civilizadora, observan la misma creencia del anterior enunciado para poder regir mejor los destinos de la nación, convencidos y temerosos de que, tan pronto consiga estar culturizada, no ha de consentir en ser gobernada a la manera como lo está; y así se perdió Filipinas cuando aprendieron sus naturales las nociones de la dignificación, que en España, en el pueblo llano, aún se desconocen.

Esta es la explicación que nos damos del por qué siguen y se sostienen sin proveer las «diez mil escuelas» y «veinticinco mil maestros» que se necesitan en España para completar el número que asignó la ley de 9 de Septiembre de 1857: para poder gobernar con más facilidad, como a los indios de Filipinas, teniéndolos en la ignorancia.

Mas como en buena lógica no hay premisa verdadera sin su consecuencia, se deduce que, eligiendo los pueblos con los sufragios de sus votos en los comicios a los gobernantes, si los gobernados de las capas inferiores sociales carecen de las nociones de instrucción, por ser, en gran proporción, como en España, analfabetos, siendo estos, por esta inferior condición iguales en todas partes, lo mismo en Europa que en Africa; en el Congo, los jefes de los Gobiernos se convierten, «per se», en jefes de aduares, de cabilas o de tribus, sin distinción alguna de Abd-el-Káder, Ben Mojatar, Abd-el-Gafur o Abd-el-Lah; y como el derivado de inculto es sinónimo de salvaje, de ahí que las naciones que aún cuentan en grandísimo número los que por no saber firmar ponen unas aspas, que es el signo prehistórico del primitivo nomadismo; esa parte de los habitantes está por civilizar.

Es vulgar, por lo sabido, que en esta hermosa, selvática, agreste y montaraz Andalucía, son muchísimos e innumerables los pueblos muy grandes, y aún capitalitas, que no sólo no tienen la mitad de las escuelas necesarias y que corresponden en proporción a su densidad de vecindario, sino, lo que es peor, que, como dice el cantar de la «Málaga, ciudad bravía, —que entre antiguas y modernas—, cuenta con diez mil tabernas—y ninguna librería—; «el peor» de todos los negocios es el de las artes gráficas o comercio de libros, y que son contadísimos los que escriben alguno que no pierdan el tiempo y el dinero por falta de lectores, acusando el estado de «parálisis mental» que padecemos, y así se confirma la creencia—repetimos—de que se gobierna más facilmente y mejor el país cuanto más inconsciente e ignorante esté.

El ramo de instrucción pública, que en otro tiempo fué sólo una Sección del ministerio de Fomento, y aún podía continuar para lo que hace siendo un Negociado solamente, puesto que, según confiesan sus mismos funcionarios envidiados, son los servicios más cómodos, holgados y de menos que hacer que todos los demás servicios del Estado, se constituyó en ministerio independiente para justificar de alguna manera el aumento de un consejero de la corona y el gasto de una cartera que nunca dió gran trabajo a su personal.

La única Escuela que en España ha prosperado más que las de Aristóteles, de Pitágoras y de todos los demás Centros docentes de instrucción, fué la Escuela nacional de tauromaquia sevillana, creada por real orden de su majestad el rey don Fernando VII, cuya estatua en bronce aún perdura erigida y esbelta a través del tiempo en los jardines reservados de San Telmo, y para cuyos gastos fué preciso «suprimir en compensación la Universidad más antigua y gloriosa, de fama mundial», cuya Academia Taurina, a pesar del poco tiempo que existió, graduó de doctores a un centenar de aprovechados «alumnos», desde Cúchares, Montes, Cayetano Sanz, el Chiclanero, Pepe-Hillo, y otros, siguiendo aún, por herencia, predominando su influencia en la región y en toda la nación.

Por si aún era esto poco, la pluma de oro del escritor don Vicente Blasco Ibáñez, trasladando su famosa novela «Sangre y arena» a la película cinematográfica, va a recorrer el resto del mundo en que aún no se conozca ni se haya presenciado nuestra fiesta nacional.

En estos días ha publicado la Prensa la nota de carácter cultural de que el ministro de Hacienda proyecta y se propone crear un elevado impuesto especial sobre las ganaderías de reses bravas; pero seguramente no podrá realizarlo por la influencia de los próceres ganaderos que patrocinan y fomentan el toreo, señores duques de V. y de T.; marqueses de Santa C. y Santa M., de G. y de S.; conde de I.; señor don A. M., gran amigo de M. y otros, todos los cuales harán que fracase el «intento de descabello» y quede todo como está, y si no, al tiempo.

La única nota simpática en esta cuestión entre la instrucción y el toreo, se ha dado en Sevilla, con la fundación de los grupos de escuelas de la Macarena, de Triana y de San Bernardo, precisamente de los tres barrios más toreros de Sevilla, como protesta contra la taurolatría, poniendo en cada uno de ellos un Centro de enseñanza y de cultura, y aún se com-

FIGURAS DE LA CALLE

CAMILO

popular mozo de estación, que carga desahogadamente con mundos y maletas no obstante su pequeña estatura. He ahí reproducido de tamaño natural a este hombre microscópico que se pone el mundo por montera.

Caricatura de Cámara.

pletaría edificando otro grupito escolar en el paseo de Colón, junto a la plaza de toros, que si faltan diez mil escuelas y veinticinco mil maestros, según la ley, en cambio, hay sólo en Sevilla veinticinco ganaderías de reses bravas y treinta y ocho matadores de toros de cartel, y váyase lo uno por lo otro.

Manuel Rabadán.

CURIOSIDADES

FECUNDIDAD ANDALUZA

El *A B C* daba cuenta hace unos días del caso de un español, gallego de origen, que regresa de América, donde fué soltero, acompañado de la última de sus esposas y de una legión de hijos y de nietos, en número que no recuerdo, pero que sin duda pasaba de doscientos. El expresado diario de la Corte comentaba con asombro semejante caso de multiplicación de la especie. La lectura de tal noticia nos recordó un documento curioso, que hace tiempo encontramos en el archivo de la parroquia de San Lorenzo, de Sevilla, y que vamos a reproducir. Trátase de una partida de defunción, encontrada al azar, cuando buscábamos datos bien distintos a estos a que el documento se refiere.

Al folio 200 del Libro de Entierros, que comienza en el año de 1761, hay un asiento que dice así:

«En diez de Noviembre de 1788 años, los beneficiados de ésta Iglesia enterraron en ella, en la bóveda de los sacerdotes, el cuerpo del Licenciado don Juan Manuel Montiel, Ramírez Bustamante, Calderón de la Barca, capellán de ésta Iglesia y *de edad de ciento veintiún años*. Hizo testamento ante José Ortiz, Escribano público de ésta Ciudad y después codicilo ante Miguel Portillo. Se le dijo vigilia y misa de cuerpo presente; y por ser digno de memoria, se pone lo siguiente: *fué casado seis veces; tuvo cuarenta y dos hijos legítimos* y diez y nueve bastardos conocidos; era de venerable presencia y muy capaz; cuando murió a los expresados 121 años de edad, estaba componiendo un libro de alabanzas a Nuestra Señora, y de diecisiete años otros diferentes; fué alguacil mayor de éste Arzobispado; novicio de San Juan de Dios; navegó por muchos años; sabía perfectamente siete idiomas; fué mayordomo de las monjas de Santa Ana; luego Escribano de Cámara de esta Real Audiencia; Notario mayor de la orden de San Juan de Jerusalén; se ordenó de sacerdote a los noventa y nueve años de edad; celebró misa hasta el fin de sus días, y murió de una caída».

José María Rey.

¡Al pie de aquel monte...!

Al pie de aquel monte sombrío
que al cielo grandeza restaba,
llegamos venciendo
la larga distancia.
La senda en la cumbre moría;
la cumbre los cielos rasgaba;
la senda era abrupta y, cual sierpe,
por jaras y zarzas
camino se abría
salvando el abismo que al monte cortaba.
Subamos aprisa, dijimos,
que el sol en ponerse no tarda.
Y hollaron tus pies diminutos
aquella pendiente de roca escarpada.
Tus ojos ingenuos,
espejos de un alma
serena, do nunca la vida
dejó leve mancha,
en vano esquivando los míos
su dicha ocultaban.
Tu rostro, rival de aquel cielo
templado de Otoño, con tintas de grana
igual que la puesta del sol se cubría.
¡Oh, tarde de ensueño, de dulce esperanza!
Al viento cargado de olor a tomillo y (romero,
tu boca exhalaba
perfumes más puros;
tu boca que guarda
más ricos panales de mieles
que ocultan aquellas montañas;
que a un beso inefable y eterno convida
y es digna de eterna fragancia.
¡Cuán fuerte tu pecho latía
subiendo del monte la falda!

—

La cumbre tocamos a poco:
silencio solemne reinaba;
tan sólo las hojas que secas caían,
el roce de un ala,
la brisa ligera
moviendo las ramas
de pinos, cipreses
y encinas; la savia
vital que ascendía, nutriendo unos troncos
clavados en rocas peladas,
tan sólo eran signo de vida
perenne y lozana.
Más lejos, aún montes más altos,
sus picos cubiertos de nubes mostraban,
y allí nuestro espíritu
volaba con ansia.
¡Oh, montes, imágenes vivas
de sueños que nunca se sacian!
Al frente, la extensa llanura
con tono de mieses segadas,
al cielo se unía
allá en lontananza;
y vimos brillando en los campos
casitas muy blancas,
y vimos dormir la ciudad a la orilla
del Betis de plácidas aguas.
Ciudades que manos del hombre
cerraron con altas murallas,
las vidas guardáis limitando
las ansias del alma;
la yerba del mal fecundáis
con riegos de sangre y de lágrimas.
¡Ciudades: sois obra del hombre;
sois obras de Dios, oh montañas!

¿Verdad, sueño mío,
que nunca las sendas son ásperas
si a un brazo leal nos cogemos
sintiendo a la dicha ahogar las palabras?
¡Oh, tarde apacible!
¡Divina otoñada!
¡Qué surco tan grande en mi pecho
labraron tus horas tan rápidas...!

Vicente Orti Belmonte.

CARAS

Pues, señor, una vez fuí diputado
por...(No me acuerdo ya; ¡vaya un olvido!)
me eligieron... (¡También se me ha olvi-
(dado!)

¡La única vez que diputado he sido
(provincial solamente) y mi memoria
no recuerda ni el pueblo ni el partido.

Pero, en fin, yo triunfé; fué la victoria
dechado de vulgar ramplonería:
no tuve oposición, tal es la historia.

Eran cuatro los puestos, tres había
frente a nosotros y los tres salieron,
y yo en cuarto lugar... ¡si triunfaría!

Dicen que tales elecciones fueron
un triunfo de mis correligionarios...
Triunfaron... es verdad, mas no vencieron.

Son tan ramplones y tan ordinarios
estos asuntos, que sinceramente
me producen horror sus comentarios.

A la mañana a mi elección siguiente,
noté, con relación a mi persona,
un cambio en la conducta de la gente;

y aparte de tal cual risa burlona,
tan esperada como merecida,
que el *discreto* al *Quijote* no perdona,

se me acercó una cara conocida
a darme la triunfal enhorabuena
por la enorme victoria conseguida;

y otras, y otras después, y una docena,
que recibí admirado y a pie quieto,
como el que sufre humilde una condena.

¡Cuánta amabilidad, cuánto respeto!
¡Qué consideración inesperada!
¡Qué de advertencias dichas en secreto!

Y el resumen final de la jornada,
fué convencerme yo que hasta ese instante
para aquellos señores no era nada.

—Un claro libro abierto es el semblante
en que lo más oculto se refleja,
aunque el alma se oponga vigilante.

Cruza la mente el pensamiento, y deja
su ráfaga de luz, de sombra, acaso,
que al enemigo avisa y aconseja;

y en peligroso y decisivo paso,
un gesto solo fué advertencia clara,
salvándome el instinto del fracaso.

La maldad, con virtudes se enmascara
y se embebe en el bien y disimula,
pero siempre y por fin sale a la cara.

Muchas veces el rostro del que adula,
contra su servilismo se rebela,
y con los ojos lo que dice anula.

A éste, que el bien del prójimo desvela,
cuando a felicitarle se aproxima,
con el calor de sus palabras, hiela.

Y tan inútil es la pantomima,
que el odio disfrazado de cariño,
besa de una manera que lastima.

Los rincones del rostro no escudriño,
pues la impresión me da de lo que oculta
a pesar del esmero y del aliño.

Quien minuciosamente lo consulta,
con cuidadoso análisis, no sabe
cuánto lo que persigue dificulta:

que en el rostro, un momento está la clave
si no la logra la impresión primera,
difícil es que por lograrla acabe.

—Y no es sólo el amigo, pues cualquiera
que nos mira, al pasar, por un momento,
deja en nosotros su impresión sincera:

nos hiere con su mismo sentimiento,
que en su rostro, ya alegre, ya ceñudo,
brilla como una luz su pensamiento.

Fugaz conversación, diálogo mudo;
amor y enemistades conseguidas
en el espacio breve de un saludo;

personas despreciadas o queridas
porque una sóla vez, quizá, las vimos,
y siguen influyendo en nuestras vidas.

Y de ese mundo anónimo sentimos
las mismas impresiones punzadoras
que en el mundo de afectos que vivimos;

y, en mal o en bien, ocupan nuestras
(horas;
y, aunque desconocidas, son amantes,
enemigas, esclavas o señoras.

Espíritus callados, vigilantes,
que rozan sin cesar nuestro camino
con fines diferentes y distantes;

en la lucha del mundo peregrino
que se encuentra con otro y se separa
ignorando su rumbo y su destino,

pero antes de partir recibe clara
la síntesis de un ser, de una existencia,
en la expresión viviente de una cara:

relámpago de luz y de inocencia
en el que libre, indómita y salvaje
se ofrece tal cual es nuestra conciencia,

y sin la horrible traba del lenguaje,
es noblemente altiva o lisonjera,
franca para el elogio y el ultraje.

—La verdad, peligrosa por sincera,
se ve en la frente y en los ojos brilla,
mucho más que el espíritu quisiera.

Llegó un amigo a ser mi pesadilla
porque en su rostro, a veces, vislumbraba,
y eso que su expresión era sencilla,

una luz o una sombra que pasaba,
y aunque en el trato atento fué conmigo,
yo siempre, al saludarle, vacilaba.

Y por fin me engañó; pero bendigo
el engaño que en bien los males trueca:
el mal amigo es ya buen enemigo.

—A ese de frase doctoral y hueca
que en la meditación se halla suspenso,
sin otro mundo que la biblioteca,

lo que he de hablarle con cuidado pienso,
pues solamente me contesta acorde
si su elocuencia y su saber incienso.

—Y a este envidioso, ¿quién habrá que
(aborde?
¡Qué rabiosa expresión en el saludo,
que si no es una ofensa, está en el borde!

Y cual hoy, siempre así: triste, ceñudo,
y me odia a muerte, por alguna cosa
que yo logré, pero él lograr no pudo.

—Hay cara tan atenta y cariñosa,
y saluda tan bien, tan elegante,
y a todo se anticipa afectuosa,

y oye vuestras palabras anhelante,
sin olvidar un tilde, una sonrisa,
que más que abrumadora es asfixiante.

—¿Y la de aquél que siempre está de-
(prisa,
y nunca llega a punto a su destino,
y cuando desde lejos nos divisa.

sin dejar de seguir por su camino,
con los ojos y a voces nos increpa
y el secreto nos dice del vecino?

—Nada sucederá que éste no sepa
y a referirlo, misterioso, acude:
da la noticia y un olor que trepa.

—¿Saluda? ¡Santo Dios, que no salude!
¿Está amable...? Es que viene por dinero,
y entre él y cinco duros no hay quien dude.

—Eterna historia: al sabio, al majadero,
al más noble señor como al villano,
al rico poderoso, al pordiosero,

se les ve lo que esconden, de antemano,
pues en el rostro, a la impresión primera,
sale siempre la sombra de un gusano.

—¡Ven, mentira piadosa y hechicera,
maga gentil, y oculta con un velo
lo que el rostro ocultar también quisiera!

¿Qué me añade de gusto y de consuelo,
ver la envidia en el brillo de unos ojos,
saber que es aire, y nada más, el cielo?

Si a la postre serán tristes despojos
las pupilas que hoy son nuestra tortura,
las tersas frentes y los labios rojos,

¿no es una aberración y una locura
que por profundizar siempre en el pecho,
halle el alma su propia desventura?

Si me brindáis amor, ¿con qué derecho
en que es engaño y falsedad me osbtino,
de vuestras intenciones en acecho?

A Dios gracias, tan corto es el camino,
que las mentiras sirven de equipaje,
y antes que se descubran, imagino
que he de llegar al fin de mi viaje.

Benigno Iñiguez.

De la vida que pasa

Las verdaderas víctimas

Acabamos de ver una caricatura, de cuyo espíritu se desprende una triste y dolorosa tragedia; tragedia, como todos ellas, desgarradora; como ninguna, plena de dolor y tristeza, por cuanto danzan en ella unos desventurados niños...

El lápiz sarcástico de Máximo Ramos ha sabido darnos una tremenda sensación de dolor y desesperanza al comentar, gráficamente, el crimen cometido en Madrid por ese desdichado seudo-procurador Nilo Saiz de Miguel, de tan reciente cuan desdichada historia.

Con unos trazos maestros, el formidable dibujante nos ofrenda la terrible emoción de la tragedia, o por mejor decir, de sus dolorosísimas consecuencias.

En el dibujo de Máximo Ramos aparece una mujer en actitud de demandar pública limosna, y cubriendo con sus harapos a unos desventurados niños, flor de crimen y espuma de desdichas. Al pie de la composición y luego de adivinar un brevísimo diálogo entre la infeliz y un viandante, se leen estas desgarradoras frases:

—De la pobrecita Bélgica, ¿verdad?

—No, señor; de la calle de Preciados.

La ampulosa publicidad que se está dando al crimen de Nilo Aurelia Saiz de Miguel, cometido en la persona del usurero Manuel Ferrero, nos pone en antecedentes de que el presunto criminal vivía con su familia en la calle de Preciados.

¿Comprende el lector toda la trágica psicología de esa caricatura de Máximo Ramos? Porque en rigor de verdad, las indudables víctimas del horrendo delito cometido por ese desventurado Agente de negocios madrileño, son sus hijos, esos desventuraditos que, apenas nacidos a la vida, apenas iniciados en la dicha inapreciable de vivir, se miran aherrojados por la sociedad y en la tristísima senda de todos los cautiverios y todas las amarguras...

Más que el anciano usurero, son víctimas del crimen de Nilo Aurelio Saiz, los hijos de éste. Aquél pagó con su vida la excesiva confianza que le inspirara el Agente de negocios, con quien andaba no en muy limpios trapicheos, dicho sea con perdón de su memoria. Los hijos del desdichado procurador no han muerto, viven, pero una vida vilipendiosa y con estigma, merced a la maldad de su progenitor.

Más les valiera morir, pues que la sociedad, con su estrecho concepto de la moralidad y con su equivocado modo de juzgar las cosas, habrá de cerrar contra esas infelices criaturitas haciendo un escéptico de cada una, capaz de todas las rebeldías...

Esos desventurados no serán de hoy en adelante, en el público concepto, sino los hijos de un gran criminal. Y no valdrá que sigan la senda del bien y que se capaciten para ser útiles a la sociedad; siempre, eternamente, ésta no tendrá para los infelices otra cara que el desdén, ni más consideraciones que las adecuadas a los hijos de un asesino...

¡Como si los hijos fuesen culpables de las malandanzas de los padres! ¡Como si el estigma pudiera ses transmisible!

Un alto sentimiento de piedad, ingénito en cuantos somos padres, nos hace considerar como únicas víctimas de la tragedia que comentamos, a los hijos del tristemente célebre Nilo Aurelio Saiz de Miguel.

Más que nuestras consideraciones, dicen al sentimiento las trágicas frases del dibujante Máximo Ramos, que volvemos a reproducir como expresión del más profundo y tremendo dolor:

—De la pobrecita Bélgica, ¿verdad?

—No, señor; de la calle de Preciados.

....

Españita.

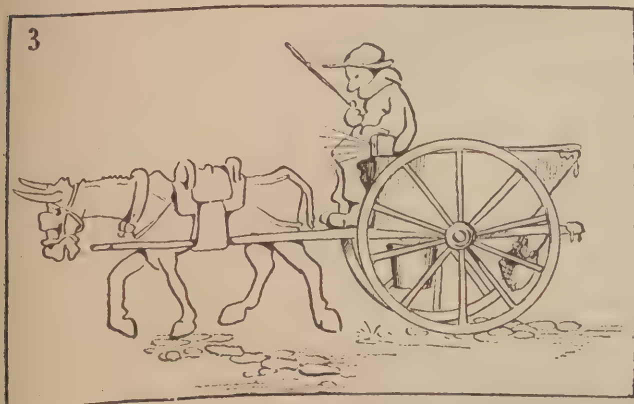
LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

Un aspecto del bosque de columnas

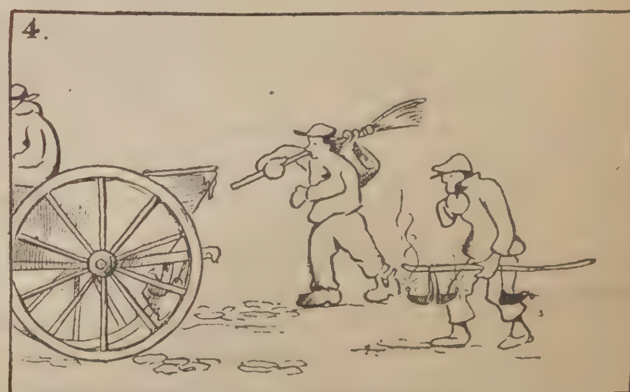
FAENAS CLÁSICAS, POR FERNÁNDEZ MÁRQUEZ

¡Córdoba de noche! ¡Poética frase! Veamos la realidad.

Por aquel cuadrito típico, pasa apresurado este pobre hombre.



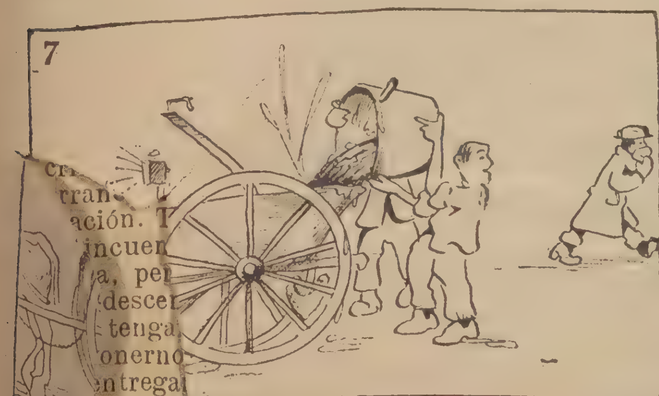
A poco, un carro de mala muerte guiado por otro hombre macilento



Después, otros hombres provistos de palos, espuertas y candiles

Y llegan al lugar de la ocupación: un patio cubierto de flores.

Apartan las macetas y empiezan la operación, ante un municipal



Huyen y ...stan los trasnochadores, pero al día siguiente
...han olvidado del espectáculo.

Termina la película. Eso hay en una población que sufre una mortalidad de un 33 por 1000.

LO QUE CÓRDOBA NECESITA

ÁRBOLES

He aquí, lector amigo, lo que quiero que por breves momentos ocupe tu atención: *los árboles*.

Mas no creas que, al tratar de ellos, voy a hacerlo desde el punto de vista económico o industrial; supongo que tú, lo mismo que yo, conoces el influjo de los árboles en las condiciones generales de las comarcas; que los árboles nos proporcionan maderas, leñas y gran número de productos inmediatos y derivados, susceptibles de variadas aplicaciones a diversas industrias; que sus frutos constituyen un excelente alimento natural y que, preparados .por procedimientos adecuados, pueden conservarse para que su consumo se verifique durante todas las estaciones del año, sirviendo también algunos para preparar bebidas, medicamentos y conservas.

Supongo también que sabes que con los árboles se fabrican esas grandes naves que son orgullo de los pueblos, alma y vida del comercio internacional; que con los árboles se construyen las formidables escuadras, salvaguardia de las naciones; que desde que nacemos, el árbol es nuestro constante compañero y protector; que del árbol sale la cuna que nos mece en la niñez; que sobre los árboles están asentados los carriles del tren; que del árbol se hace el mástil en que ondea la bandera roja y gualda; en fin, que el árbol es el amigo más grande y el sostén más fuerte de la Humanidad.

Mas como todo lo dicho, con ser altamente beneficioso a la sociedad, no compendia el papel del árbol, he aquí por qué vamos a ocuparnos del influjo de éste en el saneamiento de los suelos y subsuelos.

Nadie mejor que Chevrel se ha expresado acerca de este asunto: «los árboles—ha dicho—son verdaderos tubos de desagüe, colocados en sentido vertical.»

En efecto, en la desecación de los terrenos y en el consumo de los restos orgánicos tiene la arboleda un poderoso influjo, puesto que el agua del suelo y subsuelo es absorbida por las raíces, asciende por el tronco y se distribuye por los tallos y las hojas, para ser difundida por la atmósfera, mediante la transpiración vegetal; por otra parte, el agua cargada de materiales orgánicos cede, a su paso por dichas plantas, las substancias putrefactas, que éstas transforman convenientemente para que sirvan a su nutrición y desarrollo, por lo que resulta que el árbol es un aparato de aspiración y filtración de las aguas estancadas y que evidencia además la ingeniosa comparación de Chevrel.

Además, la acción purificadora del arbolado no sólo depende de este factor, sino de que son verdaderos productores del ozono u oxígeno naciente, de afinidades químicas tan enérgicas, que se comporta como un poderoso medio de destrucción de las materias orgánicas o gérmenes patógenos que se encuentran suspendidos en el aire, como lo prueba el hecho de aumentarse en la atmósfera dichos productos infectos tan pronto como el árbol se desprende de sus hojas.

Dedúcese de lo expuesto, máxime si tenemos en cuenta las condiciones en que en [illegible] nuestra capital se encue[illegible] el suelo o subsuelo, la neces[illegible]dad imperiosa de realizar en [illegible] Córdoba numerosas plantac[illegible]nes de árboles, principalme[illegible] de eucaliptos, para sane[illegible]éllos.

Es también n[illegible] que los cordobeses tod[illegible]istinción de partidos, su[illegible]s esfuer-

zos para llevar a la práctica los proyectos de saneamiento y mejoras de nuestra ciudad, fruto de la labor en pro de la misma de nuestro digno y culto alcalde, pues son los únicos que pueden sacar a nuestra querida Córdoba del atraso en que se encuentra.

Hagámoslo así y daremos un alto ejemplo de cultura y patriotismo, que redundará en beneficio de todos.

José Sarazá Murcia.

De saneamiento moral

Sospechosos de corbata y cuello

A raíz de toda grande estafa o grande crimen, de todo emocionante delito en cuya perpetración o planeamiento haya intervenido de manera directa algún personaje o ciudadano hasta entonces tenido oficialmente por honrado, admitido en la sociedad y respetado por ella, hombre de valimiento y de prestigio en el comercio de la vida, no faltan nunca almas cándidas que, en nombre del presentimiento, lancen el «había de suceder», ignorando que el hecho es producto de un estado social de cobardía, que a todos, a cual más a cual menos, nos hace cómplices de un delito al que todos contribuímos con la desidia, el frío e incivil encogimiento de hombros o el miedo a dar el aldabonazo que arranque a la sociedad de su consciente y delictuoso letargo.

Realizado el hecho y conocido el autor, es pronto aquietada la indignación que supo producirnos, por la acción anestésica que en nuestros sentimientos produce el por muchos motivos criminal «¡ya está explicado!»; y temiendo tropezar nos recogemos en nuestro egoísmo, ansiando que pase la mala hora y en espera del nuevo sacudimiento criminoso que venga otra vez a arrancarnos aquella cobarde exclamación. Todos vemos la escala de delincuencia y conocemos a los que lenta, pero seguramente, van por ella descendiendo, pero sin que jamás tengamos el gesto cívico de interponernos en su camino y, ya que no entregarlos a la justicia, marcarles en la frente el sello de ignominia, de que son peligrosos para la sociedad, son sospechosos, indocumentados morales.

Esto no debe, no puede suceder, siquiera por egoísmo, por nuestra propia seguridad, como garantía social.

Así como es principio de justicia seguir la pista, analizar la vida, investigar los hábitos, calificar de sospechoso a todo individuo de blusa y alpargatas que, indocumentado, vagabundo merodee en el mismo seno de la sociedad, que sin dedicarse a oficio legal alguno, en absoluto carente de fortuna propia, viva y viva dado al vino, a las mujeres, a toda distracción y a todo vicio, así deben ser llamados sospechosos, deben ser sometidos a investigación en sus vidas y haciendas, deben ser fichados como peligrosos otros muchos, a quienes estrechamos la mano sólo porque se lanzan a la calle con corbata y cuello y con ropa limpia.

Todos hemos conocido y conocemos y hemos señalado y señalamos con el dedo, sin que nos atrevamos a hacerlo fuera de la privada tertulia, a personas a quienes en ocasiones damos el brazo y nos consta que se hallan en pleno descansillo de la escala de la delincuencia.

Hablamos de que don Fulano tiene tal sueldo—tres mil pesetas, por ejemplo—, y, sin embargo, vive en casa por la que tiene que pagar un alquiler de seis mil reales, pasea en coche, no pierde un espectáculo, tiene dos o tres hijos varones estudiando y algunas hembras siempre lujosamente ataviadas, con sombreros caros y vestidos de seda; en verano acude a algún puerto y se hospeda en hotel de primer orden; dispone de una servidumbre doméstica de tres o cuatro criadas, etc., etc.; y no obstante, sólo posee el sueldo, no tiene otros modos de ingreso, carece de fortuna propia y aún no ha caído en las garras de la usura. ¿Cómo es posible? Aquí la justicia debe investigar y, en su inspección, debe ser auxiliada por todo el que se llame ciudadano. ¿Que es mezclarse y atropellar la vida privada? No, es velar por la sociedad; allí forzosamente se está cometiendo un delito o series de delitos y la sociedad toda debe ayudar a que el culpable reciba una justa sanción.

Hablamos de don Perencejo, que posee un capital único de cinco, diez mil duros; que no se dedica a profesión, oficio, industria o comercio de ninguna clase y, sin embargo, aumenta grandemente su capital, a pesar de que su familia es abundante. Suponemos que aquel capital está dado a réditos, pero lo legal sólo le produciría, en el segundo caso, tres mil pesetas, con las que viviría, pero sin aumentar el capital; lo aumenta, prospera, luego presta con crecido interés, es usurero, es un criminal, está dentro del Código.

Don Perencejo debe ser fichado, debe ser calificado de peligroso, sometido su modo de vida a investigación judicial, y si tras ella resulta comprobada la sospecha, procesado y encarcelado por contraventor de las leyes.

¿Que ello produciría un escándalo? Claro; escándalo, pero de cobardía social. Todos nos quejamos, protestamos contra ciertos hechos que son escarnio de la moral, pero siempre calladamente, para negar más veces que Pedro a Jesús, cuando es llegada la hora, no de los grandes heroísmos, sino de los santos deberes.

Aguantamos, aguantamos y... luego ponemos el inri a tanta estúpida cobardía: «¡Era de esperar!», cuando se descubrió la estafa, el asesinato del usurero, etc.

Siempre recordaremos el caso de un empleado del Estado, en un puerto español, que, teniendo un sueldo de 3.500 pesetas, vivía en una regia casa que le costaba 2.500 pesetas y poseía coche propio. Sobrevino el descubrimiento de la estafa, el suicidio, con la ruina de una familia. ¡Todos lo esperaban! Esto es: todos fueron cómplices.

El asesino de Ferrero ha sido descubierto; quienes le conocían no se han extrañado: «¡tenía que suceder!», dicen, y nosotros exclamamos: ¡Todos cómplices!

HUMORADA DE SÉNECA

Vive el que está en cien cosas ocupado
y no el ocioso en su quietud inerte;
escondido en su casa, aletargado,
vivo murió; se adelantó a su muerte.

PREPAREMONOS PARA LA GUERRA

En el mismo borde del pavoroso volcán de la guerra europea, España—nación alegre y confiada—sigue pasando infructuosamente sus días, tan ajena al peligro de la catástrofe que envuelve al mundo entero como Pompeya al riesgo de ser arrasada, en plena fiesta, por una inundación de lava hirviente.

Dios quiera que no, pero, de extenderse a nuestro país la asoladora hoguera que está consumiendo en su viva llama a tantas y tan fuertes naciones, nos hallaría desprevenidos, a merced de cualquiera, del primero que diese cuatro gritos, porque bien poco podrían las precauciones de los militares más avisados cuando el pueblo, la masa general, no estuviese decididamente dispuesta a secundarlas.

En lugar de rendirnos a la evidencia, en vez de abrir los ojos a los mil peligros que la realidad ofrece, alzamos en hombros, por encima de España, las figuras de los lidiadores de reses bravas o, a lo sumo, unos a otros nos devoramos, dirigiéndonos, como dentelladas rabiosas, estas preguntas inconscientes: ¿Usted qué es: anglófilo, francófilo, germanófilo...? ¿Es usted intervencionista o neutralista?

Ya dijo una voz autorizada que primeramente se tenía que averiguar si España estaba o no en condiciones, no ya de intervención, sino de defensa.

Mientras no nos hallemos en situación de defensa, no serviremos para la intervención.

En la situación actual, los españoles debemos ser exaltadamente hispanófilos, desesperadamente hispanófilos, y sin que esta denominación sea empañado por la menor sombra de germanismo, como suele ocurrir.

El español debe ser un espectador horrorizado ante la pavorosa catástrofe, que está consumiendo millares y millares de vidas, que está sumiendo en la orfandad y la pobreza a una multitud de seres inocentes, que está destruyendo ciudades, que está dovorando insaciablemente los mejores frutos de una larga civilización.

Debemos estar horrorizados y debemos irnos preparando para que la extensión de la catástrofe no nos sorprenda, como ocurriera cuando el desastre de Ultramar, con toda la gente—desde los elementos directores hasta el pueblo mismo—metida en las plazas de toros.

Aparte el sacrificio del Ejército y la Armada, igual que entonces sucediera, la masa general española ¿qué podría hacer en la defensa o en la intervención?

Supongamos por un momento que sobreviniera el decisivo trance, sin que se hubieran expresado más pruebas de virilidad que las equívocas de los cosos taurinos, esas mismas que luego va imponiendo a la sociedad ese elemento lamentable, antipatriótico, que se llama «la afisión». Pues ocurriría que esas mismas gentes que en la plaza, al ventear la sangre de toros, caballos y hombres, aúllan como lobos, huirían chillando como ratas en busca de sus agujeros, ya que aquí no hay alcantarillas, porque la majeza de la «fiesta nacional» no serviría para nada, que no se podría convertir el circo en una fortaleza cuyos elementos de defensa-formados por ese público que lo mismo vitorea a un diestro porque, en un arranque de vengüenza torera, dejó que el toro le diese una paliza, que lanza injurias sobre la familia del presidente porque hubo retraso en la variación de tercio—estuviesen dirigidos por los bravos matadores, con el estoque al aire y enardeciendo a los combatientes con unas arengas inspiradas por la misma fácil y briosa palabra de que hacen derroche en los brindis. Extremen ustedes la suposición y figúrense a los picadores constituyendo la valiente caballería defensora, a los monos sabios haciendo de cualquier cosa y al público soberano tirando naranjitas, botellas, almohadillas y demás elementos del caso a los asaltantes.

Extremen ustedes la suposición desde el punto de vista psicológico, con arreglo al estado de ánimo dominante, y digan, con la mano puesta en el corazón, si es o no para morir de vergüenza y pena, porque ahora mismo no hay más que eso.

Pues sobre ello ocurre que esos mismos «afisionados» y profesionales de la «fiesta», se consideran con derecho a opinar ante el pavoroso conflicto, diciendo: ¡Yo soy germanófilo! ¡Yo soy francófilo!

¡Ah, no, señor! Usted no es más que un «afisionado» o un profesional de la «fiesta»; porque, vamos a cuentas, usted ¿quién es ni qué sabe para tomar partido ni dar su opinión? ¡Usted no sabe hacia donde cae Alemania ni qué significan y representan las naciones que sostienen tan espantosa lucha! ¡Eso de la guerra tiene mucho más empuje

que una corrida de toros y usted no entiende más que de corridas de toros! ¡Eso no se ha hecho para usted! Usted está obligado a ser discreto y a no salirse de su esfera.

Los demás, quienes se hallan realmente capacitados para dar ejemplo, deben ayudar a la rápida preparación del pueblo.

¿Cómo? Imitando a Suiza, tan pacífica y tan bien preparada para la defensa: dejando en paz la escopeta que actualmente utilizan para matar toda clase de pájaros, sean o no insectívoros—¡pegos, tonterías!, ¡buenas brevas han venido!—y acudiendo al Tiro Nacional, como ya se hace en bastantes poblaciones con asistencia de obreros, estudiantes, señoras y señoritas, porque todos deben prepararse para jugarse la piel en cuanto fuese nscesario, porque en un trance difícil no cabria decir ¡que nos defienda el ejército!, ya que es el pueblo mismo el que debe luchar y defenderse constituído en ejército.

La Junta Central del Tiro Nacional nos ha enviado un ejemplar de la memoria leída en la asamblea suprema, celebrada últimamente. Hay en ella datos de mucho valor, los que recogeremos en otro número para ayudar a la formación de un ambiente favorable a la defensa, en esta apartado rincón de una nación que se consume alegre y confiada—como Pompeya al pie del Vesubio—, al borde mismo del volcán pavoroso de la guerra europea, divididos sus habitantes en anglófilos, francófilos, germanófilos, etcétera, y sin entregarse a la verdad de que, ante todo y sobre todo, deben ser hispanófilos y, como tales, deben prepararse para la guerra.

ARQUITECTURA CORDOBESA.—Las Rejas de Don Gome.

La protección a los pájaros

La importante publicación *Caza y pesca*, de Madrid, inserta la relación siguiente de denuncias por infracción de la ley de Canalejas en Córdoba y su provincia:

Por carecer de licencia para cazar han sido denunciados Juan Lorenzo Alamillo (en el Cerro Muriano), Agapito Fernández Carretero (en el término de Villaviciosa), Juan González Santaella y Juan Hidalgo Ruiz (vecinos de la aldea de Jauja), Francisco Barroso Castro y Francisco Espejo Sobrino (de Palma del Río), José Pedrajas Páez (de Almodóvar del Río), Rafael Calero Muñoz (de Alcolea), Francisco Garrido Moreno, Rafael Pavón Cruz y Manuel Monroy Alarcón (los tres de Baena), Emilio Martínez Miguel (de Berlanga, Badajoz, denunciado en Espiel), Francisco Córdoba Rodríguez (de Montilla), Emilio Nisete Sevillano (de Valsequillo) y Julián Pozo Bejarano (de Torrecampo).

A Juan Repullo Aguilar y Manuel Redondo Moreno, vecinos de Rute, se les denunció por infringir la ley de caza, interviniéndoseles una red y diez pájaros.

En Córdoba, el guardia municipal José Méndez recogió a la vendedora Antonia Jiménez Luque veintitrés pájaros muertos que expendía en el Mercado público, contraviniendo las órdenes de la Alcaldía.

Por cazar con liga ha sido denunciado el vecino de Baena Francisco Rojano Ordóñez.

La benemérita de Pueblonuevo del Terrible ha denunciado a los vecinos de aquel pueblo Juan Gallardo Gallego y Diego Zarco Morillo, que pescaban en el sitio llamado Charco de San Pedro, siéndoles intervenidos dos trasmallos y cuatro kilogramos de pescado.

La Guardia civil de Villaviciosa ha denunciado a los guardas particulares de Espiel José Durillo Horcas y Luís Moreno Martínez, por pescar en el Guadiato, interviniéndoles las redes que usaban, el pescado que tenían y los nombramientos que les acreditaban como tales guardas. ¡Estos sí que son guardas de confianza para un tesoro!

El poder de las almas

A mi esposa enferma.

Todavía, siempre bella,
te contempla el alma mía
y tu rostro me enamora
todavía.

Ni tus ojos mortecinos
ni tu pálido semblante
adormecen mis amores
un instante.

En tu rostro todo lleno
de dolor y de ternura
ver no puedo la tristeza
que lo apura.

Olvidando de la suerte
las terribles ironías,
yo te admiro con el ansia
de otros días.

Ven, que asido de tu mano,
descarnada y temblorosa,
hoy mis ojos te contemplen
más hermosa.

Que materia tan enferma
no ha perdido la hermosura,
porque dentro tiene un alma
bella y pura.

Jesús Rodríguez Redondo.

La novena provincia andaluza

Desde Heliana

De las nueve provincias en que el poder central dividió a nuestra región—Córdoba, Granada, Sevilla, Málaga, Huelva, Almería, Jaén, Cádiz y Bética—quizá sea esta última la que disfrute de mayor efectividad en el uso de la libertad de imprenta, por cuya conquista aún combaten, con mayor o menor denuedo, las restantes comarcas del bello mosaico andaluz.

Al fundar nosotros esta modesta revista, comprendimos la necesidad de disponer de un buen corresponsal en Heliana, la hermose capital de Bética, de la única provincia que conserva el bello nombre antiguo de nuestra región, y nos dirigimos a nuestro amigo el excelente publicicta don Fernando Moreno del Río, ofreciéndole la representación de CÓRDOBA.

Atento siempre y constantemente propicio a todo trabajo en beneficio de la región, el señor Moreno nos ha envíado un considerable número de noticias.

Muy a nuestro pesar, no podemos publicarlas todas, a causa del retraso con que las hemos recibido, y hay que atribuir esto, no a falta de diligencia de nuestro corresponsal y amigo, sino al lamentable sistema de comunicaciones que soportamos en Andalucía.

Para ofrecer al menos un botón de muestra, allá va una de las noticias, pertenecientes a las que el señor Moreno clasifica de edificantes:

Nuestro convecino el joven Fernandito Vega, está demostrando, bajo su apariencia de hombre comedido hasta el apocamiento, una decidida y firme voluntad para sacudir prontamente las molestias que caen sobre toda persona emprendedora y activa.

Hace poco, al obtener en arrendamiento el antiguo Café del Suizidio, recurrió limpiamente al jefe de Hacienda en queja contra la actitud de un funcionario público. El jefe, empleado en verdad caballeroso y digno, resolvió en el acto y en justicia la demando, y Fernandito Vega vió restablecido su derecho.

Ahora, el joven industrial ha tomado en arrendamiento el popular Circo del Paseo, con ánimo decidido de que este coliseo funcione constantemente, ya que al público de Heliana le gustan los espectáculos teatrales.

Ocurría que venían fracasando casi todas las empresas, porque los pases de favor apenas si dejaban sitio para el público de pago. Muy moderadamente, Vega ha cortado por lo sano, suprimiendo poco menos que totalmente el tifus que sufría el teatro.

Entre las protestas que ha sufrido, figura una por extremo edificante: la de un señor que, luego de informarse por toda clase de conductos de que las entradas de favor no podían prodigarse en el mismo número en que antes las disfrutaba, anunció que no funcionaría el teatro, porque él declararía que el local no reunía las necesarias condiciones.

Es decir que, si continuaba el favor, se podía verificar la apertura y si no, no. De ello dependía que el teatro disfrutase de las condiciones necesarias.

Don Fernando Vega comprendió que aquello no podía ser y, muy cortesmente, consultó el caso al digno gobernador señor Caballero.

El señor Caballero, haciendo como siempre honor a su apellido, respondió: Aquí tengo un cúmulo de certificaciones, algunas de hace muy poco tiempo, en las que ese señor garantiza que el teatro se halla como es debido. Si usted ha mejorado ahora el local, es imposible que esté peor, o no hay lógica en el mundo. Abra, pues, su teatro, porque la razón le asiste con creces.

El sucedido, rapidamente divulgado por toda Heliana, ha producido los naturales comentarios, y la opinión aplaude con decidido entusiasmo al digno gobernador séñor Caballero quien, con su noble actitud, ha librado al simpático y emprendedor industrial señor Vega de una imposición realmente intolerable. Sea este el comienzo de la decadencia y extinción de la mencionada tiranía; y en ello estamos, porque bien se advierte que ha llegado la hora de acabar con ella para siempre.

Las ferias de los pueblos

Por la Alcaldía de Villanueva de Córdoba nos ha sido enviado el siguiente programa de las fiestas que se han de celebrar en aquel importante pueblo con motivo de la feria de ganados que se efectuará durante los días 19, 20, 21 y 22 del corriente mes de Septiembre.

Día 19.— Diana por la banda municipal, función religiosa con procesión en honor del Arcángel San Miguel, reparto de pan a los pobres, cucañas, carreras en sacos y cinematógrafo público.

Día 20.—Alegres dianas, cucañas, elevación de globos y figuras grotescas, carreras de cintas en bicicleta y fuegos artificiales.

Día 21.—Diana, cucañas, concurso de ganados, con premios en metálico, fuegos japoneses, carreras de burros (con premios), partido de balompié y cinematógrafo público.

Día 22.— Diana, cucañas, elevación de globos, limosna de pan a los pobres, terminación del partido de balompié y adjudicación de un bonito regalo al equipo vencedor y gran función de fuegos artificiales. Habrá Teatros y Circos y bailes públicos y de sociedad. La Compañía de Peñarroya a Conquista ha concedido rebaja del 50 por 100 en los trenes ordinarios durante los días de feria. Villanuevade Córdoba, 28 de Agosto de 1916. El Alcalde, Esteban Rodríguez Silva. El Secretario, Juan Ocaña Prados.

El programa está discretamente formado y se advierte desde luego la nota de cultura de que no comprenda ¡ni una mala capeíllal En cambio, el folletito en que va impreso el programa está ilustrado con vistas de la Plaza Mayor, el Paseo y ¡el edificio de las Escuelas públicas!

Todo esto quiere decir que el Ayuntamiento de Villanueva de Córdoba, pueblo de riqueza agrícola y pecuaria, no concede a su mercado de ganado el «aliciente» de unas corridas, en las que resultasen sacrificados bárbaramente algunos ejemplares de los animales que más necesita el campo: el toro y el caballo.

A Villanueva de Córdoba—toda la provincia de Córdoba debiera ser en esto Villanueva—se habrá de ir para ver campos y ganados, cual corresponde a una población de intereses casi exclusivamente agrícolas y pecuarios.

Deseamos un éxito completo al mercado y las fiestas y felicitamos al Ayuntamiento de aquel simpático pueblo y en particular a los firmantes del programa, señores Rodríguez Silva y Ocaña Prados. Concurso de ganados, con premios en metálico, limosna a los pobres, partido de balompié, números de regocijada diversión y ¡ni una mala capeílla! ¡Sirva de ejemplo el programa de festejos de ese pueblo de la Sierra!

Imp. MODERNA.— Córdoba

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

El Dr. Reyes Prósper

Gran patriota a quien se debe la publicación de la magna obra, que tan directamente afecta a la provincia de Córdoba, acerca de *Las estepas de España*, en la que el poderoso entendimiento y el generoso corazón del ilustre hombre de ciencia se han armonizado para proclamar la verdad consoladora de que los desiertos actuales pueden volver a ser jardines productivos, si el pueblo quiere.

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 16 de Septiembre de 1916 | NÚM. 5

CÓRDOBA Y EL BANCO DE ESPAÑA

De la Memoria publicada por el Banco de España el año 1915, tomamos los datos que siguen, a los que el lector agregará tres cifras para obtener las cantidades correspondientes; es decir, que los números estampados son millares de pesetas.

AÑO 1915

	DESCUENTOS		CUENTAS CORRIENTES			DEPÓSITOS		GANANCIAS LÍQUIDAS.-AÑOS						
	En la plaza	Otras plazas	Créditos sobre valores	Créditos personales	Efectivo	Efectivo	Efectos	1909	1910	1911	1912	1913	1914	1915
Madrid	115.249	2.470	54.283	6.780	202.942	3.649	4.133.046	16.811	17.454	17.163	18.170	18.049	16.415	18.849
Barcelona	13.258	4.537	21.894	16 444	128.956	1.570	672.183	1.896	1.667	1.729	1.930	2.055	3.147	2.652
Bilbao	33.473	831	32.224	8 395	16.550	665	220.026	2.000	2.304	2.467	2.503	2.314	3.360	3.528
Valencia	17.633	1.844	4.883	5.136	41.427	314	155.038	1.659	1.856	1.951	2.003	1.903	1.842	1.533
Zaragoza	19.197	669	4.263	5.780	10 063	106	131.328	1.778	1.686	1.507	1.574	1.530	1.684	1.482
Oviedo	11.280	268	4.784	2.673	4.936	19	63.800	1.101	1.108	979	960	948	1.186	959
Gijón	6.332	1.633	4.355	1.121	3.298	67	57.027	1.109	863	715	609	502	640	499
Sevilla	10.563	1.575	3.135	1.907	39.862	170	106.398	502	566	495	534	559	858	956
Granada	7.036	346	3.167	2.748	11.463	151	64.419	844	840	882	801	854	962	687
Málaga	5.693	928	580	3.232	14.155	325	33.385	744	659	669	615	681	766	746
Badajoz	9.576	182	1.008	1.229	7.271	239	27.927	871	849	702	615	571	565	506
Cáceres	10.135	54	803	101	3.379	116	23.819	571	647	682	749	749	763	608
Córdoba	9.670	281	1.450	60	10.906	66	40.950	658	603	530	538	558	552	434
Totales de la Central y las 61 Sucursales	425.776	7.151	191.202	80.336	607.436	10.738	7.327.700	40.041	40.362	40.319	41.202	46.668	43.187	43.527
Lugar de Córdoba entre las 61 Sucursales	7.°	22.°	17.°	56.°	8.°	26.°	17.°	17.°	11.°	11.°	11.°	9.°	11.°	12.°

Por las cifras que anteceden, puede apreciarse, en gran parte, un aspecto importante de la vida y recursos económicos de la provincia, pues si bien la Banca de los señores Pedro López e hijos y la Sucursal del Banco Español de Crédito trabajan mucho, sus negocios y clientela son distintos a los del Banco de España, y al hacer comparaciones y referencias a otras capitales, los elementos de juicio son iguales, pues también hay otros Bancos y Banqueros en aquellas plazas.

Ocupa Córdoba el 7.° lugar, pesetas 9.670.000, entre las 61 Sucursales del Banco, por las Operaciones de descuento sobre la plaza, es decir, los préstamos a corto plazo, por medio de letras y varias firmas; y el número 22.° por las letras negociadas sobre otras plazas, en cuyas operaciones figura tan corta cantidad, pesetas 281.000, porque los otros Bancos locales toman la mayor parte de este papel.

Figuramos en el 17.° lugar, por las cuentas de crédito con garantía de valores, pesetas 1.450.000; y sólo por pesetas 69.000 en las de crédito personal, siendo algo extraño que esta clase de operaciones aparezca tan restringida, pues hacemos el 56.°, entre las 61 Sucursales.

En las cuentas corrientes de efectivo subimos al 8.° lugar, con pesetas, 10.906.000; en los depósitos de efectivos figuramos en el puesto 26.°: y en los depósitos de valores pasamos al 17.° lugar con pesetas 40.950.000.

En el año 1913, fueron: Pesetas 12.493.000, los descuentos o letras sobre la plaza, y 103.000, sobre otras plazas; pesetas 1.771.000, los créditos sobre valores, y pesetas 162.000 los personeles; las cuentas corrientes eran de pesetas 8.861.000, los depósitos en efectivo de pesetas 86.000 y los depósitos de valores pesetas 30.894.960.

Hay, por consiguiente, en el año 1915, con relación al de 1913, pesetas 2.823.000 menos de descuentos sobre la plaza y pesetas 178.000 más sobre otras plazas; 361.000 pesetas menos en créditos sobre valores y pesetas 93.000 menos en los créditos personales.

Las cuentas corrientes suben, en 1915, pesetas 2.045.000; bajan pesetas 20.000 los depósitos en efectivo, y suben pesetas 10.000.000 los depósitos de valores.

Todo ello acusa una situación económica más sólida y con avances tan notables como el aumento de las cuentas corrientes, en más de 2 millones y los valores en depósito en más de 10 millones, bajando los préstamos o descuentos sobre la plaza cerca de 3 millones,

Esto, con relación al año 1913, en dos años solamente, pues si hiciéramos las referencias a períodos anteriores, serían mucho más crecidos los resultados a favor del último ejercicio, como se demuestra por las ganancias líquidas obtenidas por esta Sucursal, que fueron: pesetas 658.000, en 1909; pesetas 603.000, en 1910; pesetas 530.000, en 1911; pesetas 538.000, en 1912; pesetas 558.000, en 1913; pesetas 552.000, en 1914, y pesetas 434.000, en 1915.

Es ley fatal e inevitable, al menos en España, que la prosperidad privada se pueda medir, muchas veces, por los menores beneficios de los Bancos, como el buen estado sanitario por la disminución de los ingresos en las boticas.

En el año, que ya va de vencida, estamos ciertos de que disminuirán más los préstamos y se elevarán más las cuentas corrientes y valores en depósito, por las buenas cosechas y sus altos precios, debiendo ser motivo de preocupación para el Banco los 790.000.000 de pesetas de las cuentas corrientes y su falta de inversión, pues disminuyendo los préstamos y demás negocios y sólo con las operaciones con el Estado, no tendrá grandes beneficios que repartir a sus accionistas.

Hay que buscar negocios nuevos, seguros y de positivos y buenos rendimientos, y entre otros, pueden ser los préstamos, con garantía de cereales, aceites, semillas y otros productos agrícolas, que permitan al labrador defender sus cosechas del acaparamiento y del apremio de obligaciones inaplazables.

Esto puede y debe hacerse creando Almacenes Generales de Depósito, en las zonas y localidades más apropiadas, productoras, céntricas y con fáciles vías de comunicación, y seguramente que Córdoba, por reunir toda esas circunstancias, ofrece las mayores ventajas para tal objeto.

Para ello precisa, como única condición indispensable, disponer de Almacenes amplios y apropiados, seguros y con facilidades y reducidos gastos de carga y descarga. Y como la construcción de esos edificios, por su sencillez y situación, que debería ser en los ensanches, inmediato a las vías férreas, no puede ser muy costosa, siempre se alcanzaría un interés remunerador para el capital invertido, por los derechos de almacenaje y custodia de las mercancías o frutos depositados.

Esos Almacenes debe hacerlos el Banco de España, con la cooperación, que seguramente tendría, de los Bancos locales y de los Corredores de Comercio, pues todos se beneficiarían grandemente con las operaciones de préstamos y compraventa, que empleando los *warrants* (resguardos o certificados de artículos en depósito, transferibles y endosables), facilitarían y aumentarían notablemente las transacciones, con grandes ventajas para todos.

Y así como el Banco ha construído y edifica nuevas oficinas para sus Sucursales en la mayoría de las provincias, y esperamos que le llegue el turno a Córdoba, que también necesita se traslade su Sucursal a sitio céntrico y mercantil, debe promover la construcción en esta capital de Almacenes Generales de Depósito, no solo para favorecer y corresponder a su clientela de Córdoba, de donde obtiene anualmente 500.000 pesetas de ganancias líquidas, sino por interés de los mayores y seguros negocios, que realizaría con las operaciones sobre productos y mercancías, depositadas en sus propios Almacenes.

Fernán Nuño.

La mansedumbre de los gañanes

El bandolerismo no desaparece con la captura de «Pasos Largos»; evoluciona. Deja de ser rural para transformarse en urbano. Mientras el campo repudia a «Pasos Largos», lo delata y lo reduce a la impotencia, la aldea, o, mejor dicho, el burgo, simpatiza secretamente con él, y ya que no pueda ir en su ayuda sin riesgo de complicidad, le aplaude. Es que todavía flota en torno del bandido una leyenda de vindicaciones y de guapezas. Para una minoría de gentes ingenuas el bandido sigue siendo lo que fué en otras épocas: un hombre que, por la necesidad de defenderse, rompe las trabas jurídicas que le imponía el legislador, huella la moral social establecida y vive según el soberano fuero de sus pasiones.

El pueblo no veía en el bandolero al malhechor que ha delinquido, sino al héroe que reta a toda una sociedad; y que, cuando puede, la humilla con el vasallaje del pavor. Dentro de la resignación pecuaria en que viven nuestros campesinos, con el pan tasado, la inteligencia a obscuras y la libertad política intervenida por el cacique, el bandolero revestíase, a los ojos de la plebe, del más alto prestigio: era el valiente, el rebelde, el que hacía cara al cacique, y a todo lo que está detrás de él: dinero, fuerza pública, leyes, convenciones sociales. Las mujeres se prendaban de él, y los hombres, cuando podían obrar con sigilo, tendíanle las manos de amigos. Todos los intentos de soborno del fuerte estrellábanse en la firmeza leal con que el pueblo protegía al bandolero, le ocultaba y le prevenía las asechanzas tendidas a su alrededor. Y andando el tiempo, cuando la fatalidad ponía un desenlace trágico en sus aventuras, el pueblo, fiel a sus sentimientos, renovaba piadosamente el celo biográfico de Plutarco, encendiendo luminarias románticas sobre los despojos del bandolero muerto... Su espíritu quedaba prendido del recuerdo popular como una nube de los picachos alpinos.

Muy otra ha sido la suerte de «Pasos Largos», el bandido rondeño que se ha entregado por no poder resistir el doble cerco que le ponían el campo y la fuerza pública. ¡Ah, si hubiese contado con el campo! Pero los tiempos han mudado la condición moral de los hombres que viven lejos de las urbes. En el lugareño se ha extinguido todo fermento romántico a la aventura. Ya no es mas que un patán que lo soporta todo, que se resigna a todo. ¿Que le regatean el pan? Pues se calla y sigue rindiendo su sudor al burgués. ¿Que le detentan el voto? Pues tal día hará un año. ¿Que la voluntad del amo le condena a la huelga? Pues a pedir limosna. El patán no se rebela nunca. Cuando más, emigra. Yo no he visto una prueba más degradante de la decadencia de un pueblo que la sumisión a la arbitrariedad de la ley y del dinero, que singulariza a este pueblo, tan varonil en otras épocas de la Historia.

Ese espectáculo, que asqueó el alma de Joaquín Costa, no se puede afrontar sin rubor. En el campo hiere todavía más porque son más visibles la opresión del fuerte y la mansedumbre del débil...

Manuel Bueno.

"Yo no quiero al conde de Cabra..."

Curioso lector:

Si, como yo, eres un enamorado de la historia de Córdoba y si, por añadidura, sabes estudiarla hasta en sus coplas populares, en los cantos producidos por esa musa que, desde el arroyo de sus calles y sus plazas, dice a los cuatro vientos cómo quiere y cómo siente el pueblo cordobés, escucha atento el origen de una frase que habrás oído repetir centenares de veces y que, sin duda, no supiste el alcance que tenía.

Durante estas noches de verano en que las vecinas de la vieja casona salen con sus sillas al empedrado de la calle para desquitarse del achicharrante y cruel calor que se dejó rendir al medio día y, rindiendo tributo a esta costumbre de aldea, se ocupan desde las ocho hasta las once en criticar al prójimo primero, y más tarde en «cobecear» o «descabezar» (que también así lo dice el vulgo) el sueño; en estas gratas noches de estío, habrás escuchado, lector amigo, como lo escucho yo desde que tengo uso de razón, ese monótono cantar que las chiquillas del barrio aprendieron, sin que nadie se lo enseñara, que lo recitan sin saber qué dicen y que empieza así:

La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casar
.....................»

y mientras continúa la copla, formada por una sarta de incoherencias, las chiquillas, cogidas de la mano, dan vueltas en rueda hasta marearse, cantando luego con dulce compás:

«Yo no quiero al Conde de Cabra
ni tampoco quiquiriquí...»

Y esto repercute una y otra vez en nuestros oídos, sin que logremos averiguar qué relación pueda tener ese pobre Conde de Cabra, tan odiado de la chiquillería, con la repetidísima viudita ni con ese enigmático «quiquiriquí», que también figura en la vieja canción:

Sin embargo, la frase que va al frente de estos renglones tiene un alto valor tradicional, que encierra un capítulo de la interesante historia de la urbe cordobesa.

Escucha, lector:

Allá por los años de la segunda mitad del siglo XV era costumbre en Córdoba, como casi lo es todavía, que los galanes, en los días de fiesta, acudiesen a la puerta del convento de San Pablo para ver a sus damas salir de la última misa.

Recostados en el pórtico y envueltos en sus capas anchurosas, estaban don Diego Fernández de Córdoba, segundo Conde de Cabra, y sus dos primos: don Alonso de Aguilar y el hermano de éste, don Gonzalo de Córdoba, el futuro Gran Capitán, que en aquellos días era aún un mozalbete.

Perdidamente enamorado estaba el Conde de Cabra de una dama principal, tan bonita, tan bonita, que no le excedía en beldad ninguna otra cordobesa; pero tan delgada y endeble que parecía un esqueleto.

Iba la dama vestida de un rabioso color verde y adornaba tan extravagante indumentaria con lazos y colgajos del mismo color.

El Gran Capitán, que con su perspicacia había adivinado los amores secretos existentes entre su primo y la dama, acercóse a aquél apenas pasó ésta y, queriendo jugar el vocablo, díjole a media voz, pero no tan quedo que dejasen de oírlo los que alrededor andaban:

«*Primo don Diego: Si con tanto verde no engorda la jaca, cambiadla, que no es honra tenerla tan flaca...*»

Antes de que acabara la frase, cuyo final, que omitimos, es por cierto aún más ingenioso que el principio, sacó su acero el Conde de Cabra, y hubiera acabado allí con la vida de don Gonzalo, si el hermano de éste, don Alonso de Aguilar, no le hubiera obligado a envainarlo.

Desde aquel momento se encendió tan cruda enemistad entre el Conde y sus primos que costó a Córdoba funestos y dilatados días de luto, puesto que, exaltados los ánimos en favor de uno y otro bando, la lucha se hizo tan abierta, tan enconada y tan recia, que la sangre manchaba las calles todos los días y durante largos años.

Jamás volvieron a juntarse los enemigos. El odio satánico que el Conde de Cabra sentía por sus primos era tan marcado y ostensible que un día se presentó en la iglesia de San Hipólito y, exhumando las acartonadas momias de sus antepasados, las llevó a soterrar a Santa Marta, donde aún están, porque no quería que los miembros de la Casa de Cabra se juntaran, ni aún después de muertos, con sus parientes de la Casa de Aguilar.

Los disturbios siguieron; la guerra, ardiendo continuamente entre las parcialidades, asoló a Córdoba; pero llegó un momento en que los cordobeses, estimando las excelen-

TEMPLOS de CÓRDOBA. - La Iglesia de Sta. Marina

tes prendas de don Alonso de Aguilar, que era un verdadero padre de todos sus adeptos y un Alcalde generoso y bueno, pusiéronse bajo su mando y rechazaron el del Conde, que era tan déspota como cruel y cuya dominación fué funesta y abusiva.

Desde aquel día, un grito unánime selió de todos los labios, siendo el santo y seña de los habitantes de la Ciudad: «*Yo no quiero al Conde de Cabra.*»

Y en las casas de los señores como en las de los vasallos, se adoptó este saludo, después de pronunciar religiosamente el Ave María: «*Yo no quiero al Conde de Cabra*», decía enérgicamente el visitante.

«*Yo no quiero al Conde de Cabra*», repetía con grandes bríos el visitado.

Y en los salones de fiestas se escuchaba, entre el armonioso sonido de las arpas, la cántiga de la doncella que acababa con el iracundo estribillo: «*Yo no quiero al Conde de Cabra.*»

Y en las calles y plazoletas repetían una y mil veces los niños inocentes, sin saber explicarse la razón de ello: «*Yo no quiero al Conde de Cabra.*»

Y ahora comprenderás, lector amigo, cómo la frase que en pleno siglo XV adoptó este pueblo para exteriorizar su odio al opresor, su protes a contra tantas y tan crueles luchas, fué conservándose durante quinientos años, de generación en generación, aunque mezclada con otras ideas que poco o ningún enlace parecen tener con la de aborrecer al funesto Conde. ¡Lástima que no podamos descubrir por hoy los elementos integrantes de esa canción popular que, restaurada, fuera tal vez un capítulo ameno de la historia de Córdoba!

José María Rey.

De Joaquín Costa:

«España es una nación unisexual, compuesta de 18 millones de... mujeres...

Cuando ahora vuelvo la vista hacia atrás y abarco en una mirada las cosas inverosímiles, horrendas, sucesivos en otros cuatro años, y contemplo en el fondo del despeñadero al inmenso rebaño, mirando indiferente, con los ojos mortecinos y estúpidos, a los conductores jugar sobre sus destinos, sobre su libertad y sobre su piel, comprendo el agravio que hice a las mujeres con aquella calificación. No; España no es una nación inisexual, es una nación sin sexo. No es una nación de mujeres; es una nación de eunucos.»

Como sí la hubiese escrito ayer.

La muerte de Carpio y el asesinato de tuberculosos

En la Prensa se ha dedicado columnas y columnas a la muerte del desgraciado Carpio; se ha hablado de cómo ocurrió su desgracia cuando toreaba en una plaza de población no de primer orden, quizá en plaza mal cuidada en la única parte que debió ser atendida: en la parte humanitaria, en la parte buena, en su enfermería.

Ello viene a ser una reducción de España, bien atendida en lo inútil, léase plazas de toros y cosas innecesarios; pero descuidada en lo útil, en lo que debiera separarnos de Marruecos y Turquía.

Se han dedicado columnas y columnas a la muerte de un hombre que perdió la vida sin utilidad para los demás, y, sin embargo, la gente apenas dedica su atención a pensar en la suerte triste que sufren miles de tuberculosos en España. Yo he visto cómo viven en nuestro país muchos enfermos.

Ahora mismo estoy visitando en Valencia a varios tuberculosos, uno de ellos en una portería que tiene las habitaciones a ciento tres escalones de altura y en un espacio reducidísimo; en una alcoba de unos tres metros de lado y en otro departamento parecido duermen cuatro o cinco personas hacinadas, recibiendo los microbios que el enfermo despide con sus esputos.

El enfermo tiene fiebre alta, que debiera ser tratada con estancia en aire puro, y no hay que pensar en ello, pues en España apenas contamos con tres sanatorios, si llegan, para «enfermos del pecho», y quizá entre todos ellos no pueda atenderse a cincuenta enfermos pobres, cuando hay miles de tuberculosos en España.

Se me preguntará si curan en los sanatorios, y yo diré que, cuando menos, la única esperanza de curación hasta hoy en ellos reside, y que son enfermos que en los hospitales empeoran, y, por tanto, mientras no se les atienda en sanatorios, en hospitales separados de la ciudad, el tratamiento suele convertirse en perjudicial, pues necesitan aire puro, luz, alegría, alimentación suficiente.

Esto les alivia y además preserva del contagio a los parientes o amigos, con quienes, en caso contrario, han de convivir.

Nada digamos de la situación del enfermo tuberculoso que al enfermar pierde la colocacion, y su mu-

jer ha de atender a la manutención de ella, del enfermo y de los hijos, y para reducir sus gastos se ven precisados a dormir todos en una misma alcoba, revueltos, exponiendo al contagio a muchos, sin que CASI NADIE HAGA NADA POR EVITARLO.

¿No parece este modo de proceder de nuestra sociedad un asesinato de tuberculosos, cometido por la sociedad en masa, pero del que somos responsables cada uno de nosotros?

Precisa que el pueblo se dedique a gastar, no en plazas y sí en enfermerías, suprimiendo aquéllas si es posible; que se ataque los orígenes de la tuberculosis, el hambre y la ignorancia que, con el vicio, son los mayores responsables, y que se haga hospitales en el monte, en sitios alegres, que sirvan para atender a los tuberculosos, proporcionándoles alimentos, alegrías, alivio y curación cuando se llegue a tiempo, pues dejar sin alimento a un tuberculoso que no puede ganarlo, eso es un acto deshonroso para la sociedad que lo comete y una vergüenza para el pueblo, que, en vez de fomentar estas ideas y crear seguros contra las enfermedades y el paro forzoso, va a la plaza y se preocupa del Gallo y de Belmonte.

Dr. Pérez Feliú.

Luís XIV jugaba; no dice la anécdota a qué clase de juego. Hoy sería al polo, seguramente. Jugaba, y hubo un tanto dudoso. Los jugadores discutían vivamente. Los espectadores—la «élite» de los cortesanos—callaban como estatuas.

De pronto llegó al sitio del juego el Conde de Grammont.

—Ha perdido V. M.

—¡Hombre! ¿Cómo puedes decir que yo he perdido, si no sabes todavía de qué se trata?

—Señor: ¿no ha pensado V. M. que si la cosa llega a ser dudosa, nada más que dudosa, todos esos señores os hubieran dado la razón?

El Rey estrechó la mano de aquel hombre—todo un hombre—, y volvió la espalda a los monigotes que le contemplaban embobados y sonrientes, como imbéciles.

Cámara mudéjar de la casa del Bailío

SONETOS

La luna

Te miraba a través de la cancela
aquella noche, para mí de ensueño,
y pensando, con ansia, en ser tu dueño
olvidé mi pesar y mi cautela.

Pues que la mente, si se adora, vuela,
a tí voló la mía con su empeño;
y a un suspiro, tu rostro marfileño
inclinaste, cual tímida gacela.

Era al abrigo del jardín en calma
y embriagada de esencias quiso mi alma
fundirse con tu amor, cuando, importuna,

bajando en chorros de blancor luciente,
al principio en los pies, luego en la frente,
por darme celos te besó la luna.

El clavel

Con viva brasa de pasiones hecho
vió la ventana que tu bien alienta,
y después fué luciendo, cual sangrienta
puñalada de amor, sobre tu pecho.

La fortuna, al nacer, le enseñó el trecho
donde tu amado su ansiedad te cuenta,
y la santa bondad le dió, contenta,
también para morir un blando lecho.

Mas ¡ay! cuando sin vida lo estrechaste
la mano despiadada lavantaste
sin pensar la traición que ejecutabas.

Y pareció que en movimiento airado,
sacabas de su cuna, desgarrado,
tu propio corazón, y lo tirabas.

Francisco Arévalo.

Los verdaderos miserables

Presupuesto de una familia de clase media

Con el objeto de que sea exacta la comparación que pretendemos hacer, de cómo viven las familas en la clase baja y en la clase media, y de lo difícil que para unas y otras resulta la vida, en las condiciones sociales presentes, hemos de exponer, como hicimos para el pobre, el presupuesto anual de una familia perteneciente a la clase media y compuesta de matrimonio y dos hijos, varón y hembra, de catorce a dieciocho años. Afirmamos, una vez más, que al hacer el presupuesto no nos atenemos a lo que *es* en la realidad, sino a lo que *debe ser*, según exige la higiene pública y privada, la higiene integral, pues todo lo que sea apartarse de las indicaciones de ésta será en quebranto y daño de la salud física y moral.

Para que nuestro estudio pueda extenderse a la generalidad de las familias de esta clase, nos colocaremos en un término medio, y escogeremos la familia de un empleado del Estado, de los llamados de «dos mil pesetas». Innúmeros son los que cobran sueldos inferiores a este, talmente que muchísimos hay que no llegan a 750 (maestros de escuela, etc.), pero como otros sobrepasan aquella cifra y el número de hijos no siempre es de dos, adoptaremos como término medio el sueldo de dos mil pesetas.

A esta cantidad hay que restar el descuento oficial, motivo de una de las más antipáticas «mentiras convencionales»; descuento del doce por ciento, que reduce el sueldo a un total de pesetas *mil setecientas sesenta*. En esta familia no asignamos sueldo al hijo, pues estará dedicado al estudio o quizá, a lo sumo, haya conseguido que se le nombre *meritorio* en alguna oficina oficial o particular.

Veamos ahora cuál *debe* ser el presupuesto de gastos para los cuatro miembros de esta familia: Alimentación: Ésta familia debe comer pan de segunda clase, como la del pobre, porque alimenta más que el de primera, como algún día demostraremos; tomará desayuno como el pobre, almuerzo y cena, usando alguna más cantidad de carne que aquél, por dedicarse habitualmente a trabajos cerebrales, de mayor desgaste nervioso y es bien sabido que el sistema nervioso se nutre esencialmente a expensas de substancias albuminoideas, de carne. Por tanto, necesita para la alimentación: Desayuno, 56 cénts.; almuerzo, 1,31 ptas.; cena, 1,11 ptas., más 15 céntimos de carbón; total, pesetas 3,13, que suman al año 1.142 pesetas con cuarenta y cinco céntimos y, por consiguiente, para los demás gastos restan pesetas 617,55.

Pero los demás gastos suponen: Vivienda, 30 pesetas mensuales (B. O. del C. de E.): 360 pesetas al año; luz, 36 pesetas; cédulas personales, 8.54 pesetas; lavado de la ropa, dos tardes dos veces al mes una lavandera, más el jabón, 42 ptas.; agua potable, 42 ptas.; vestidos: dos trajes para diario y dos para vestir para el marido y el hijo, uno de verano y otro de invierno, suponen dos al año, el nuevo y el del año anterior en cada temporada, que cuestan pesetas 200—muy baratos y, por tanto, malos—reducidas a 150 ptas., si tenemos en cuenta que no han de vestir para figurar y que pueden durar los trajes casi tres temporadas, siendo cuidadosos y modestos; la madre y la hija pueden estar arregladas al año con un gasto de sesenta pesetas, pues los vestidos de mujer admiten grandes modificaciones y adaptaciones y ellas deben realizar la costura, pues que no tienen en qué ocuparse más que en esta y en la cocina; botas para todos, sesenta pesetas; sombreros para los varones, 25 ptas.; ropa interior para todos, hecha por las hembras, 15 ptas.; total, pesetas 310. Añadiremos a esto la criada, esta horrible desgracia que pesa sobre la clase media—aún en esto tiene más suerte el pobre—equivalente a 120 pesetas anuales de sueldo y un aumento de 182,50 en la alimentación, más *millones* en destrozos y molestias. Total, gastos no alimenticios, pesetas 1.101,04.

Quedaban 617,55; resulta un déficit anual de pesetas 483,49; y esto sin contar los gastos del hijo si está estudiando, el tabaco, la barbería, el médico y botica, calefacción, etc., etc.

¡Un déficit de 483 pesetas por año! ¡Un déficit real de más de *quinientas* pesetas anuales, incluídas todas las más perentorias necesidades!

¡Esto es realmente monstruoso! ¡Pongámonos todos la mano sobre el corazón y sintamos que meditar sobre ello es superior a toda fuerza humana!

Sin embargo, esta familia, las innúmeras familias sujetas a un sueldo de dos mil pesetas con descuento, que de cumplir todas las prescripciones higiénicas debieran mostrársenos en constante ruina, viven y viven socialmente, vistiendo bien; asistiendo a teatros, toros, cafés, tabernas, círculos; paseando en coche; luciendo cintas, sedas y sombreretes; jugando a la lotería y otros...

Racionalmente hemos de preguntarnos: ¿cómo es esto posible? ¿Qué trágicas negruras se ciernen o inundan estos hogares? ¿Cómo vive realmente la clase media?

Aunque con espanto, lo penetraremos y trataremos de desentrañarlo, poniendo al descubierto sus horribles úlceras: usura, deshonor...

"Córdoba" en Montoro

Entre las numerosas muestras de la benevolencia con que ha sido recibida esta publicación, en nuestro colega el *Diario Liberal* hallamos las siguientes afectuosas apreciaciones de su competente corresponsal en Montoro don José Rodríguez Sánchez:

«Hemos tenido la grata satisfacción de recibir un ejemplar de la tercera tirada del excelente semanario CÓRDOBA, del que es director Pedro Moro y el cual lleva por cubierta la fotografía del insigne patricio cordobés excelentísimo señor conde de Torres Cabrera, a quien se debe la fundación de las colonias agrícolas de Alcolea, Torres Cabrera y los Llanos del Conde.

Este magnífico semanario de veinte páginas, en buen papel y selecta impresión, contiene, reproducido de la revista «España», un notable artículo del admirable escritor andaluz Dionisio Pérez, titulado «Cómo somos regionalistas en Andalucía», escrito que merece toda clase de alabanzas, no sólo por la labor patriótica en que se inspira, sino por la redacción de su inimitable pluma, que con tanta veracidad describe el estado de nuestra región y cómo debiera ser, si para ello se pusieran los medios necesarios, de que hace perfecta descripción.

Entre los colaboradores a tan selecto periódico que publican trabajos en el expresado número, se encuentran los conocidos escritores Salvador Corbella Alvarez, Eduardo Baro, Antonio Merlo, Daniel Aguilera, Julio Baldomero Muñoz («Españita»), M. Merino Castejón, Jesús Rodríguez Redondo, Rafael Camacho, D. Pastor Balsero y otros no menos reputados literatos que con su valiosa cooperación

contribuyen de una manera eficaz al mayor realce y publicidad del semanario.

Nuestra más entusiástica enhorabuena al señor Director, así como a todo el personal de colaboración por el feliz éxito que ha alcanzado su periódico en tan corto lapso de tiempo.»

Muy reconocidamante damos las gracias al señor Rodríguez Sánchez por sus cariñosos juicios y también expresamos nuestra gratitud a cuantos de continuo nos favorecen con sus afectuosas felicitaciones. Estas muestras ostensibles del creciente favor conque el público acoge nuestro periódico—superando en mucho las esperanzas que hubiéramos podido concebir al acometer la fundación de esta revista—refuerzan nuestros deseos de trabajo, porque nos demuestran que el ambiente es favorable y que la opinión nos acompaña con sincera simpatía. Mil y mil gracias a todos: al público, a los colaboradores que con sus valiosos trabajos han promovido y asegurado el éxito de esta revista independiente y a cuantos con sus felicitaciones nos estimulan cada día en la grata tarea de componer estas páginas, inspiradas únicamente en un puro sentimiento de cordobesismo.

Justo es también que el aplauso sea compartido por los directores y operarios de la Imprenta Moderna, en la que tan cuidadosamente se da a la publicidad nuestra revista.

JARDINES DE CÓRDOBA.- El Campo de la Merced

Los pajaritos decomisados

De uno de los últimos números de la revista *Caza y Pesca*, de Madrid, recogemos las siguientes notas de interés para nuestra ciudad:

«Copiamos del *Diario de Córdoba*: Ayer, en las primeras horas de la mañana —a eso de las ocho—, un pajaritero ocupó bravamente un puesto del Mercado público y colocó un gran cesto que encerraría como un centenar de gorrioncillos chicuelos, de unos ocho o nueve días, sin llegar a volantones. Los daba a perrilla, y en seguida se vió rodeado por incontable número de nenes, que allí estaban enracimados para ver los pajarillos, a los que todo se les volvía boca para pedir alimento.

Entre los chicuelos se hallaba un distinguido guardia diurno, cuyo número y nombre no queremos recordar, que complacido presenciaba la algarabía de niños y pájaros, sin caer en la cuenta de que en sus propias narices se estaba faltando al cumplimiento de una simpática y beneficiosa ley. Así se lo advirtieron, llamándole discretamente la atención, y contestó, con singular aire de suficiencia, que el pajaritero en cuestión no quebrantaba la ley ¡porque vendía los pájaros vivos! Ni siquiera se le desbarató la cabeza, no obstante el espantoso esfuerzo mental que había hecho para producir aquella peregrina idea.

El pajaritero, encantado de la filosofía del guardia, siguió vendiendo gorrioncillos a perrilla.

Al fin, otro guardia, de quien no sabemos si es diurno o nocturno, pero sí que es un muchacho listo y cumplidor de su deber—el número 79, Pedro Izardo González—, se incautó de los pajaritos que quedaban, unos cuarenta por junto, y denunció al pajaritero, llamado José Peña Pérez, y domiciliado en las Costanillas, número 61.

Los gorrioncillos fueron llevados a la Jefatura de la Guardia municipal, donde se pasaron la tarde piando a más y mejor y sin que nadie incurriese en la simpática sensiblería de darles un poquillo de pan mojado en agua.

¿Qué hacer con ellos si son demasiado tiernos para que se les pudiera incorporar a la comida de los asilados? Pues muy sencillo, si en estas cuestiones no hay más remedio que salir por sensiblerías: entregarlos a los viejecillos del Asilo para que se entretengan en cuidarlos. Algunos de los acogidos realizarían amorosamente la tarea, recordando el tiempo en que, siendo mozos, andaban por el mundo y se ocupaban en labrar la tierra, de cuyos productos los pajarillos son los favorecedores más tenaces. En el grato entretenimiento de salvar a los gorrioncillos pasarían las horas hasta que, en la próxima fiesta del pájaro, los entregasen a los niños para que los echasen a volar y los devolvieran alegremente a la libertad de los campos. ¿Qué hacer, si no, con las avecillas que se cojan con vida de manos de los pajariteros? No cabe más que el ensayo de cultura de entregarlas al cuidado de los viejecillos y gente menuda de los establecimientos de Beneficencia, pero siempre a condición de que se les ponga en libertad en cuanto les llegue su tiempo para tender el vuelo. Si en esta pequeñez hay demasiada sensiblería, como si no se hubiera dicho nada, y todos tan conformes.»

Hacemos nuestra la ideíca y rogamos, a quienes por sus cargos puedan llevarla a la práctica, que se tomen el mayor interés, pues con ello contribuirán a una obra simpática y regenerativa.»

Tenemos que hacer, en justicia, una advertencia: los gorrioncillos hallaron en la Jefatura de la Guardia municipal a una persona sencilla y piadosa—el simpático escribiente Clemente Sánchez Ferrer,—quien les entretuvo el hambre dándoles miguitas de pan de su propia frugal comida.

Ya apenas si se decomisan pajaritos, ni vivos ni muertos. De todas suertes, consideramos que el ruego de la revista madrileña en pro de la iniciativa expresada debe ser atendido en cuanto se vuelva a reanudar la campaña para el cumplimiento de la generosa y conveniente ley de Canalejas en favor de los pájaros, el campo y la cultura pública.

Hay que convencerse de que la observancia de esa ley tiene más importancia que la aplicación rigurosa del reglamento para las corridas de toros, al que los aficionados conceden una importancia salvadora. Es natural que, cuando se clama porque se cumpla a rajatabla el reglamento para el sacrificio de toros, caballos y hombres se desatienda una ley en favor de los pájaros, el campo y la cultura. Lo uno excluye lo otro, y es que hace falta otro entendimiento a lo Canalejas, que dicte y haga cumplir una ley que evite el sacrificio de toros, caballos y hombres ¡para que en algo nos parezcamos a Portugal y para que nos vayamos haciendo dignos de Gibraltar, la única población de Andalucía—hay que insistir en la amarga verdad—donde no se consiente el sacrificio de toros, caballos y hombres! Ello demuestra que la hispanidad de los calpenses o se ha perdido o es muy distinta a la que concede el tono dominante a las regiones peninsulares que sostienen el nombre de España.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

LAS CIUDADES DE ANDALUCÍA

Córdoba y Granada

El erudito escritor don Francisco de P. Valladar, quien durante largos años viene realizando para Andalucía una labor en verdad admirable, por la alteza de miras con que investiga en los libros y en la vida regional andaluza, procurando el enaltecimiento de Andalucía, trata extensamente de Córdoba en el número último de su primorosa revista *La Alhambra*. De sus importantes apreciaciones reproducimos los fragmentos siguientes:

«Como resultado de patrióticas gestiones en que han intervenido artistas, arqueólogos y otros distinguidos cordobeses, entre ellos nuestro buen amigo don Enrique Romero de Torres, entusiasta defensor de cuanto tiene relación con Córdoba, su historia y sus artes, el venerable Prelado de aquella Diócesis Dr. Guillamet y Coma, que ha demostrado especial interés en este asunto, entregó recientemente a la Comisión de Monumentos la antigua Sinagoga cordobesa, que por Real Orden de 24 de Enero de 1885 fué declarada monumento nacional y que, a pesar de un famoso expediente, permanecía afecta a las propiedades del clero.

De la restauración de ese monumento se ha encargado al señor don Ricardo Velázquez, que hace tiempo estudió un notable proyecto, según nos informan.

La nueva revista CÓRDOBA, a la que con todo afecto saludamos, publica en su número primero el interesante grabado que gracias a su bondad reproducimos en este número, como copiamos también las siguientes noticias y comentarios del estimado *Diario de Córdoba*, referentes a la Sinagoga.

La cuantía de las obras no será mucha y Córdoba dispondrá de un hermoso monumento excelentemente restaurado, en compensación de los muchos que ha perdido, más que por las inclemencias del tiempo, por el furor ciego y despiadado de los hombres.

En poco tiempo, un insensato afán de destrucción, que adoptó, como pudiera haber usado otro cualquiera, el mote de «piqueta del progreso», ha abatido cuantos monumentos halló a mano, y las torres, los palacios, las puertas, las casas solariegas y otros hermosos elementos del pasado «que desprecio al aire fueron», se rindieron para siempre a la gran pesadumbre de la gente «a la moderna». Así se han perdido la Alcaicería, la torre de los Donceles, las puertas Nueva, de Colodro, de Gallegos, de Osario y de Baeza, la casa de la Duquesa, etcétera, etcétera, etcétera.

Un poco más, y de la verdadera Córdoba no hubiera quedado ni piedra sobre piedra. Bien reciente es el intento de derribar la Puerta de Almodóvar y la torre de la Malmuerta ¡para urbanizar aquellos lugares...!

El progreso—porque el progreso es estudio y cultura—devuelve la verdad de que es necesario conocer, amar y conservar el pasado, para aprovechar las huellas de aquellas enseñanzas, de aquellas experiencias, y también para sostener el carácter y los bellos monumentos que legaron otras edades de más empuje constructivo, en las que el esfuerzo de la población servía para hacer con inteligencia y no para derribar ciegamente.

A poco más toda la población hubiera sido inmolada al deseo de construir unas cuantas calles Nuevas, por las que no pasa un gran tránsito comercial y de las que huyen los transeuntes: en el verano, por el calor, y en el invierno, por el viento y el frío.

Cuidemos amorosamente lo poco que queda si en verdad deseamos que en Córdoba se conserve algo realmente cordobés, como este bello monumento de la Sinagoga, que debe ser prontamente restaurado».

Hemos copiado estas oportunísimas observaciones por la aplicación que a Granada y sus asendereados monumentos tienen. Mediten en ellas los que sueñan en concluir con lo poco que nos queda; los que consideran extravíos de la mente que haya quien defienda un viejo caserón, una calle antigua o un monumento que se derrumba. Bien hace CÓRDOBA, la interesante y nueva revista, en acoger en sus páginas primeras ese aspecto del edificio que se va a restaurar; en pedir que el Alcázar real de Córdoba, hoy cárcel del partido, se destine a objeto más adecuado, teniendo en cuenta su historia (fué utilizado en 1328 por Alfonso XI para mansión regia y defensa de la ciudad) y su mérito arqueológico, a pesar de las obras y destrucciones que ha sufrido, y en pedir la urbanización del Campo de la Verdad, famoso desde remotas edades, y así llamado, según algunos autores, porque en él «se verificaban los desafíos, a que en los

No se devuelven los originales, aunque no se publiquen, ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.

siglos de la edad media se remitía la averiguación de la verdad...»

Muy afectuosamente agradecemos al prestigioso publicista la atención que su autorizada pluma concede á Córdoba y también la benevolencia con que saluda la aparición de CÓRDOBA.

Del mismo número de *La Alhambra* reproducimos los siguientes juicios acerca de las relaciones entre las capitales de Andalucía y especialmente entre Córdoba y Granada:

«El regionalismo sigue preocupando la atención de los escritores andaluces, y aunque la pasión y el desengaño con todas sus amarguras inspiren algunos de los brillantes artículos que hasta ahora se han publicado, habremos de bendecir todo eso, porque al fin y a la postre, más vale que el regionalismo, su espíritu y sus ideales se discutan, que no pasarse la vida envolviendo en quisquillas y otras cosas, resquemores inexplicables entre provincias hermanas.

Creo, modestamente pensando, que no puede haber regionalismo en donde la fraternidad, el amor entre las provincias que forman la región, no aliente con nobleza y sincero y enérgico entusiasmo. Los demás defectos que Fabián Vidal señaló en su discutido artículo, son consecuencia de aquella falta.

Ni creo, en concreto, que el regionalismo andaluz sea imposible, ni veo fácil llegar a ese regionalismo tan deseado, si seguimos, como hasta aquí, manteniendo el espíritu de separación entre las provincias. Sevilla, y comienzo por la que pudiéramos reputar por metrópoli de la región, ha fundado un Centro regionalista andaluz; ¿ha hecho representar allí a las otras provincias andaluzas? Ya en una época aciaga, en la de la invasión francesa, se constituyó en metrópoli con tan mala fortuna para todos, que aún la crítica histórica quiere negar a Granada y al famoso general Reding sus grandes merecimientos en la batalla de Bailén...

Ya dije antes algo significativo y pequeño respecto de Almería y Jaén. Por inexplicables sucesos, Córdoba se separó de Granada, que guarda las cenizas de Gonzalo de Córdoba, e inspirada por funesto egoísmo, anuló cuanto habíase proyectado para celebrar el Centenario del héroe... ¿y a qué recordar otros hechos penosos y desagradables?

Restos de una galería de Medina Azahara

El regionalismo andaluz ha de fundamentarse en el amor que los andaluces nos profesemos; si ese amor no existe, el regionalismo será una aspiración más; una hermosa y espléndida ilusión...»

Son muy atinadas las manifestaciones del señor Valladar acerca de la composición del Centro de Sevilla, y más aún el recuerdo de la Junta que en la ciudad hispalense se constituyera en aquella época aciaga de la invasión, mas se nos antoja que la culpa no es de los elementos que en Sevilla se organizan, sino de los que siguen amodorrados en el resto de la región, y no ya en las capitales, sino en aquellas ciudades que, por su situación especial—de importancia media, enlazadora, entre las metrópolis provinciales y los pueblos que directamente van a dar en la vida del campo—debieran intervenir de una manera decidida en la actividad regional, como Jerez, el Puerto de Santa María, Ecija, Carmona, Antequera, Ronda, Baeza, Lucena, Aguilar, Montilla, Cabra, Priego, etcétera, etcétera.

También ahora es muy grave la situación, y no ya por el peligro de fuera, cada día más agobiador, sino por el de dentro, por el creciente predominio de quienes extreman furiosamente la destrucción de España. Es necesario que las ciudades todas de la región den por el pronto la voz de alerta y echen bravamente el pecho fuera, sacando la cara por Andalucía entera.

En cuanto a Córdoba, tenga el señor Valladar por seguro que sabe querer a Granada con toda la intensidad que merece la ciudad nazarita, que es uno de los elementos fundamentales de Andalucía.

Advierta respecto al homenaje al Gran Capitán estas verdades evidentes: primera, que no pudo ser celebrado porque, como siempre, faltó el concurso del Estado—que prometió y no cumplió—y, segunda, que el Ayuntamiento y la Diputación granadinos recibieron a tiempo las oportunas excitaciones de la Junta de Córdoba.

Esto ocurrió, amigo Valladar.

Désele la interpretación que se quiera, y proclamando desde luego la importancia espiritual que para las relaciones entre Granada y Córdoba encierra el recuerdo de aquella inmortal figura histórica, consideramos que se debe atender la realidad del momento presente con preferencia a toda evocación del pasado, por mucho que ésta pueda in-

fluir como guía para alcanzar un mañana mejor; en esta forma: promoviendo una acción común para el mejoramiento de las comunicaciones de todas clases entre Granada y Córdoba, fomentando las excursiones de una a otra ciudad, pero para estudiarlas, nunca por medio de «botijos» para las corridas ni para divertirse en una pandereta clásica, entre «ayayáis» y «jipíos» y envueltos en el vaho de los vinos y las «gracias» de la tierra. A poco que se hiciera en aquel sentido, los provechos serían muy cuantiosos, porque los intereses de Granada y Córdoba son armónicos, como los de todas las ciudades de Andalucía entera.

Un escándalo en la vía pública

Supongamos, lector, que ahora mismo, ustedes, nosotros y unos cuantos amigos más, encontramos en la calle al venerable viejecito—orgullo de la vida social de Córdoba—don José López Gutiérrez, quien, luego de haber consagrado todas las energías de su existencia a enseñar a leer y escribir a los niños españoles, pasa oscuramente el ocaso de su vida ejemplar. Lo hallamos cuando sale de la calle del Conde de Gondomar para entrar en las Tendillas. Menudito y modesto, como otro admirado educador—don Rafael Vázquez Aroca—don José, que regresa de dar un paseíto por los jardines de la Victoria, se confunde con el resto de los transeuntes. Como usted, lector, nosotros y los cuatro amigos que nos acompañan sabemos leer y escribir—de ello vivimos nosotros ¡en una población que sufre el 55 por 100 por analfebetismo!—nos hacemos cargo de la labor realizada por don José, y lo saludamos con respeto. Uno cualquiera de nosotros lo elogia en alta voz, con levantado entusiasmo. Los demás refuerzan las frases de admiración. Surge un ¡viva el maestro! Contestan los demás. Don José se detiene un momento, desconcertado en su modestia, para dar cortesmente las gracias.

Acuden los profesores, ingenieros y demás elementos de valía que se reúnen en la acera del Suizo esperando que en Córdoba se constituya un Ateneo en el que los intelectuales puedan congregarse de una manera conveniente.

Se incorporan también algunos transeuntes. Todos rodeamos a don José, quien en vano trata de eludir la expontánea manifestación de simpatía, el homenaje de reconocimiento a su fructuosa labor.

Embocamos la calle Nueva, ante la curiosidad y la extrañeza de las gentes. ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

Acuden los guardias municipales, comenzando por el de las Tendillas, y dicen a los manifestantes: Hagan ustedes el favor de dispersarse, porque están llamando la atención del público.

Ello es que hay que atender el requerimiento de los guardias y que se disuelve la expontánea manifestación que se iba a tributar a un maestro.

Entran en lo posible estas suposiciones, particularmente la relativa a la conclusión.

Pues veamos ahora un hecho que ha ofrecido la realidad; es decir: el reverso de la medalla.

Hace unos días, desde los Tejares a la Puerta Nueva, cruzando la ciudad de punta a punta, un hombre ha sido llevado en triunfo. Iba a hombros de otro hombre y lo rodeaba una multitud de mozalbetes y mozancones que lo vitoreaban a grito herido. La manifestación alcanzó las proporciones de un escándalo en la vía pública. Esto no obstante, en todo el largo trayecto no apareció ni un guardia que impusiera orden. ¡Bah, no tiene importancia! ¡Guerrilla y sus amigos, que lo llevan hasta su casa, porque ha quedado bien!

Es verdad: Guerrilla había quedado bien, pero el nombre de la ciudad quedaba mal, porque la cosa no era para tanto, para un escándalo tan desaforado, contra el cual los aficionados han sido los primeros en protestar.

Guerrilla es un torerito simpático, que está en lo suyo, que se gana la vida bregando con los toros, pero sin flamenquerías ni molestias para nadie, como, en orden ascendente, le ocurre a Serranito, le pasaba al pobre Corchao y le ocurría al triunfador Machaco: lidiadores que luchan en la plaza y luego, en la vida particular, a todos son simpáticos por su modestia y discreción, porque tienen don de gentes.

No hay, por tanto, que protestar contra Guerrilla ni tampoco contra la pila de inconscientes que lo alzaron en triunfo y así lo pasearon por la ciudad entera, sino contra los guardias que, como tantas otras veces, pecaron por omisión, que no fueron para evitar un escándalo en la vía pública, cuando seguramente, evidentemente, hubieran cortado cualquier intento de pública ma-

ARTURO CÁMARA

Caricaturista de verdadero mérito, por el parecido y la gracia que imprime a sus figuras en compañía de las cuales aparece en este grabado.

nifestación hacia un maestro, hacia un artista, hacia un ingeniero, hacia un elemento cualquiera que representase un positivo valor de progreso.

Los guardias, los representantes de la autoridad, están en la obligación de contener aquellas manifestaciones, pero los guardias no piensan en hacerlo porque, al fin y al cabo, representan una realidad en la que el 55 por 100 de analfabetismo produce aquellos escándalos en la vía pública e impide las manifestaciones ciudadanas en favor del maestro, el ingeniero, el artista y demás elementos que representan positivos valores de progreso.

En una revista de Agricultura hallamos los siguientes datos: «Se paga más contribución en España por el par de bueyes que tiran de un arado que por un par de toros destinados a la lidia».

«Paga tanta contribución una hectárea de terreno cultivado como treinta y cinco hectáreas de terreno destinado a la cría de reses bravas».

La novena provincia andaluza

El tifus en Heliana

En el veterano y simpático *Diario de Córdoba* he leído las siguientes acertadas apreciaciones acerca del problema del tifus en los teatros de esa hermosa ciudad:

«El precio de las localidades en el Teatro Circo será económico, no obstante tratarse de un buen espectáculo.

Para ello se recurrirá al único medio posible: la restrinción de las entradas de favor, ya que estas han aumentado en número tan alarmante que se temía que llegase un día en que las funciones se celebraran en obsequio de los invitados únicamente y sin que quedase sitio para el público que tiene la buena costumbre de entrar en el teatro por la taquilla.

Esta solución salvadora será practicada en términos de la mayor moderaración, esperándose que a nadie dejará de alcanzársele la verdad de que es necesario que los espectadores abonen el importe de sus entradas, por estas dos razones de peso: para que sea posible el sostenimiento del espectáculo y para que este resulte más económico al público en general, pues ahora ocurre que al que paga se le tiene que cargar la parte que los demás dejan de pagar. Es decir que, si todos pagan, cabrán todos a menos y se dispondrá de buenos espectáculos, que es lo que se quería demostrar.

Así debe ocurrir y esto se espera de la moderación y sensatez de todos y especialmente del don preciado que consiste en hacerse cargo de las cosas.»

Un problema análogo se ha venido desenvolviendo en Heliana, hasta que el joven industrial don Fernando Vega se decidió a realizar la mejor faena que puede hacer un español: tirar de la manta y liársela a la cabeza.

Justo es proclamar que ha contado con el concurso de dos autoridades ejemplares: el gobernador civil señor Caballero y el jefe de Hacienda don Manuel de Villa.

Puesto al corriente como industrial, poco podían importarle a Fernandito Vega las represalias de quienes, al recibir un favor, ni dan las gracias siquiera, como si siempre mereciesen más y más, y todo esto por su bella cara.

El problema del tifus en el teatro no dejaba de tener su importancia social. A causa de él, fracasaban cuantas empresas se atrevían a tomar en arrendamiento los coliseos, desde el más encumbrado al más modesto, y los hombres de la ciudad, en gran número, se

desparramaban por los círculos de recreo, las tabernas y las casas de escándalo. El panorama de Heliana era realmente desconsolador.

Era, por tanto, necesario y muy conveniente que se quitase el tifus de los teatros para que estos funcionasen con vida propia y atragesen a los hombres que derrochaban el dinero y la vida hasta parar en la ruina, en la muerte prematura o en el suicidio.

Vencida la campaña, Fernandito Vega se dispone, claro está que de conformidad con los interesados, a dar el último paso: la supresión de los pases para la Prensa.

La solución es tan conveniente que no hay que insistir mucho para que sus beneficios sean bien comprendidos: ganan en libertad tanto el periodista como la empresa, se evita que, con aquel título, pase quien no lo es, y paga la empresa el anuncio que ahora le publican los periódicos solo «a cambio» de la entrada. Resultará que, como ya hace el *A B C*, de Madrid, cuando la función valga la pena de que de ella se de cuenta al público, el periódico comprará la entrada para su redactor de espectáculos teatrales. Total: más independencia, menos molestias, las cuentas más claras de una y otra parte y ni la menor sombra de tifus.

Por mi parte, todo el propósito me parece de perlas, y he de advertir que yo soy de las personas que pueden vivir sin teatro, porque más me entretiene la vida observada directamente que a través de la farándula. Si el teatro está tomado de la vida, con aplicarse a la observación de ésta, huelga aquél. De ahí que me resulte más un paseo al monte cercano que unas horas de reclusión en una sala de espectáculos, porque claro es que la naturaleza siempre es mejor que cuantas interpretaciones se pueda hacer respecto a ella. Algún pasatiempista avisado advertirá que por la noche no se puede salir de paseo al campo. Ya lo sabía: por la noche, se descansa. Así se puede madrugar sin fatigarse y el trabajo cunde de veras. Más como los que pensamos así estamos en minoría, tenemos que erigirnos en defensores del teatro, para ayudar a que sea frecuentado por aquella parte del público que, de no ir a él, no es porque se dirija al campo, sino porque se desparrame por los círculos de recreo, las tabernas, las casas de escándalo y las plazas de toros. Por todo ello, secundo en la Prensa la campaña del joven industrial don Fernando Vega, deseándole sinceramente un éxito completo.—*F. Moreno del Río.*

La Casa de los Niños.

El alcalde de Córdoba don Salvador Muñoz Pérez tiene contraídos para merecer el perdurable reconocimiento de la ciudad estos méritos admirables: la fundación de las Cantinas Escolares y el establecimiento del Ropero Escolar. Sobre ello, se dispone a realizar otros dos pensamientos hermosos: los de la fundación del Jardín de los Niños y el funcionamiento de una serie de instituciones reunidas en un local que se podría denominar Casa de los Niños.

En cuanto al Jardín de los Niños, el proyecto está conocido en todos sus detalles.

Respecto al otro, se trata de una extensión de la iniciativa para crear la Gota de Leche en el local que se destinaba a reformatorio.

En Córdoba, la institución será más completa: comprenderá un consultorio para niños de pecho, un comedor para madres lactactes y una especie de custodia para hijos de mujeres trabajadoras, de funcionamiento análogo al Asilo de hijos de Lavanderas, que en Madrid funciona merced a la caridad de la Reina D.ª Cristina. Quizá se llegue a sentar los jalones para establecer en su día un hospital para niños.

Basta exponer el pensamiento para que el elogio, decidido y entusiástico, surja expontáneamente en el ánimo de todos.

Se atiende con ello a una de las políticas mejores: la de aplicarse al mejoramiento del mañana por medio de quienes en él han de actuar: los niños.

Ya que a nosotros nos va tan mal y ya que nuestro remedio

es tan difícil, la obra es esa: ocupar a los hombres de hoy en el cuidado de los niños, de los hombres del mañana; sacrificarnos nosotros por ellos, subordinar el presente al porvenir.

Ambas empresas—el Jardín de los Niños y la Casa de los Niños—han de ser realizadas en grande. Así debe ser, y aún así todavía nos parecerá poco, porque cuanto más se haga, mejor.

EL DR. REYES PRÓSPER

Hé aquí a un hombre de ciencia cuyas investigaciones, especialmente las reunidas en la magna obra acerca de *Las estepas de España*, han alcanzado una rápida e intensa difusión, llegando hasta el mismo pueblo. No hcae mucho que los obreros de Córdoba, en una reunión pública que para tratar del remedio de su angustiosa situación celebraran en el Teatro Circo del Gran Capitán, hablaron con merecido encomio de la labor del insigne patriota, e incorporaron sus enseñanzas a las conclusiones que elevaron al Gobierno, pidiendo, entre otras medidas para alcanzar la anhelada solución del problema de nuestro país, que se atendiese al cultivo de los terrenos baldíos.

Importancia capital tiene para nuestra provincia la publicación de aquel libro del Dr. Reyes Prósper, porque en la obra se trata detenidamente de la estepa cordobesa.

Sobre ello, sobre los antecedentes y las soluciones que para la resolución del problema presenta el insigne hombre de ciencia, está el fuego cordial, el amor, el cordobesismo con que el Dr. Reyes Prósper ha correspondido a las manifestaciones de admiración y afecto que se le ha venido tributando.

Recientemente, en vibrante carta dirigida al cronista de la provincia de Granada señor Valladar, consignaba estos generosos conceptos: «Si se pudiera enviar ostensiblemente pedazos del alma, yo los enviaría gusosamente a CÓRDOBA, nueva revista andaluza, a la que deseo prosperidad y vida eterna como a *La Alhambra*. Los granadinos, cordobeses, catalanes, aragoneses y castellanos entre todas las regiones de España, son los que han acogido mis producciones con más entusiasmo; sobre todos, los granadinos y cordobeses han añadido al aplauso al modesto obrero científico, ese calor del alma, ese cariño que tanto necesita el que no espera de sus tareas más recompensa que el afecto de las almas nobles.» El señor Valladar agrega: Es consolador, entre tantas miserias como nos rodean, hallar un hombre de ciencia tan modesto y bondadoso.

La semblanza moral del ilustre Dr. Reyes Prósper queda hecha por él mismo en esta hermosa carta que nos ha enviado:

«Sr. Director de la revista semanal CÓRDOBA. Muy señor mío de toda mi consideración y afecto: de vuelta de unas excursiones por algunas comarcas extremeñas, algo molido de cuerpo y cansado el espíritu, al ver una vez más cómo el caciquismo y la enorme desigualdad en el reparto de la riqueza hacen que pueblos riquísimos no sean lo fecundos y productivos que debieran ser, me encuentro con la publicación de CÓRDOBA, que mi familia, deseando complacerme y alegrarme, me enseña en primer lugar entre toda la correspondencia que recibiera mientras me hallaba ausente de Madrid. Todo lo que es de Córdoba me llega a lo íntimo del alma; lo que significa adelanto y progreso para esa capital y su provincia, es jubiloso para mí. Pido a Dios fervorosamente que esa revista se afiance gradualmente y alcance la circulación y prosperidad que merece la patriótica labor de ustedes, director y colaboradores. Aquella inmensa Córdoba que fué, en cuya Universidad augusta venían a estudiar los primeros maestros de la Ciencia, desde remotos países; aquella Córdoba circundada de seculares bosques y de campos fecundísimos, debe renacer tarde o temprano. Obligación sagrada de los que queremos a Córdoba es la de contribuir en la medida de nuestra actividad a dicho resurgimiento. El cuerpo humano tiene derecho a envejecerse y a morir, pero nuestra alma debe permanecer eternamente joven. De las almas jóvenes de los hijos de Córdoba espero mucho. La labor será ingrata, dura y persistente. Hay que aventar el polvo de siglos de decadencia y apatía, descubrir las maravillas de otros tiempos y agregarles grandezas futuras. Es de usted, señor director, seguro servidor q. b. s. m., el *Dr. Reyes Prósper*.»

Con el corazón en la mano, de nuevo el ilustre hombre de ciencia habla a Córdoba, demostrando, una vez más, como en anteriores ocasiones ha dicho, que recuerda vivamente el tiempo en que aquí permaneciera y estudiara y que le enorgullece que los cordobeses que en Madrid residen le consideren como paisano.

Igual ocurre aquí, donde se le considera cordobés y cordobés de méritos muy relevantes. Quizá algún día no lejano su concurso en la magna obra del renacimiento de la comarca cordobesa halle las facilidades necesarias para que pueda ser llevado a más altas esferas, con plena eficacia, porque se le conceda la representación de Córdoba en el Senado o el Congreso, donde sus regeneradores propósitos sean convertidos en leyes.

Expresamos nuestra viva gratitud a! insigne hombre de ciencia por la benevolencia con que habla de nuestra revista y prometemos a nuestros lectores que los sostendremos en comunicación constante con este sabio. de preclaro entendimiento y corazón generoso, que vive ocupado por entero en la patriótica empresa del mejoramiento de las tierras baldías, para que vuelvan a ser jardines productivos. Triunfará en su intento generoso porque el pueblo y todos le han de secundar decididamente y con levantado entusiasmo.

MEDINA-AL-ANDALÚS

Córdoba, la capital de la Andalucía mora, la cabeza territorial del Andalús, la tierra del occidente, del ocaso (el Hándalos), sigue siendo el cerebro de la región que baña el río grande.

Y Córdoba (no en balde se dice y se repite que Córdoba duerme) es un cerebro apagado, extinto, en el que las neuronas (los individuos sociales) perdieron los contactos, y aisladas, solitarias, dejaron apagar la viva y pura llama con que el medioevo andaluz abrasó al mundo en Arte, en Ciencia, en movimiento, en vida.

Hay que renacer a Córdoba. Hay que hacer de ella el ave fénix de Anlucía, para que, al resurgir del esplendor de sus cenizas, sea la primera en cantar a la aurora del nuevo día que ya apunta. Hay que hacer vibrar en ella, acorde y armonioso, el tañer de las almas que vagan su dolor, señoril y reposado, por la estéril tristeza del desierto...

¿Sabéis el secreto? Aquí, dolor y miseria. Hambre. Y por ella, por el duro grillete de la gleba que aprisiona y atierra, la sumisión resignada del esclavo, sujetos los ojos al suelo, sin osar alzarlos a más amplios horizontes de deseos, de anhelos, de ideales.

¡Sursum corda! Arriba los corazones. Despertad, que el mundo os con-

templa. Ya no son veinte siglos, como, a las legiones napoleónicas, la esfinge del desierto. Es la leyenda inmortal de los iberos autóctonos, nacidos en el suelo de la feliz Tartesia, la que espera nuestros hechos. Es este siglo, el siglo que corremos, el siglo en que nació el hombre, el que espera, suspenso, el despertar de la siete veces egregia.

¿Qué hace Córdoba? ¿Y Córdoba? ¿Por qué, en Córdoba...?

Y los mares, en los claros y azules días de las remembranzas reposadas y nobles (Hesperia, Grecia, Al-Andalús) acallan sus murmurios en el seno de las sus bien amadas (las costas, de donde prende el sol su lecho, con cintas de oro y rosa), contando el secreto misterioso de una diosa encantada que apagó sus decires en el néctar sabroso de los huertos pánicos, idílicos, soñolientos, mudos de embriaguez terrena.

Cordobeses de Fez, granadinos de Tetuán, hermanos todos de aquende y allende el mar, sabed que en estos ocasos sanguinarios y trágicos, el Sol, nuestro padre, fecunda nuevas paternidades. Y que en Córdoba comienzan a rasgarse los sutiles cendales que cobijaron su sueño. En Córdoba, la cabeza del Occidente, la capital de las tierras del ocaso, Medina-Al-Andalús, el cerebro de Andalucía.

Rafael Castejón.

EL TRIUNFO DE ANDÚJAR

Don Mariano Salinas—hombre modesto, sencillo y bueno; cordobés de corazón y de pura cepa—ha tenido el gusto de asistir al triunfo que la banda municipal de música ha obtenido en Andújar.

En un banquete que se verificó para celebrar el resultado del concurso, el señor Salinas decía al alcalde de Andújar, hablándole francamente y como si se tratara de un amigo de toda la vida: Mire usted. En Córdoba tenemos en arte y en todo personas que valen mucho; lo que pasa es que casi siempre tienen que irse a otra parte para que se lo digan, porque nosotros somos muy apáticos.

Verdad es, y bueno es que se vaya reconociendo tan discretamente la verdad para que, sin grandes acritudes, se vaya poniendo el remedio, hasta producir una salvadora alteración de valores.

La banda municipal de música, como en otros tiempos el Centro Filarmónico de Eduardo Lucena, ha obtenido en las lides del arte un triunfo gratísimo para Córdoba. Esta victoria no puede quedar únicamente en los límites de la simpática y culta Andújar.

Debe hallar en Córdoba la continuación que le corresponde, en esta forma: celebrando en la inmediata feria de la Salud otro concurso de bandas civiles. ¿Por qué no?

Es un número culto y atrayente, que no sólo de grandes o pequeñas corridas de toros se nutren las ferias.

Se puede y se debe celebrar, a no ser que, rindiéndose a la gravedad de las circunstancias actuales, se efectúe una política de urgencia, de estado de sitio, suprimiendo ferias y festejos para atender únicamente a empresas de positivo mejoramiento y, sobre todo, a los problemas, realmente pavorosos, del encarecimiento de las subsistencias y la falta de trabajo.

De no ser así, se puede ir variando los programas de feria. Mientras se consigne fuertes cantidades para las corridas de toros, hay derecho—se está en el deber, mejor dicho—de pedir que de aquellas sumas se destine alguna parte a otras atenciones, a otros actos, como el de la celebración en Córdoba de un concurso análogo al que en Andújar ha concedido el triunfo a nuestra banda municipal de música. Si aquí hay elementos que pueden servir de base, porque ya han obtenido en otras partes la victoria, ello quiere decir que se pueden verificar análogos certámenes y con igual brillante resultado.

POR TIERRAS DE MOROS

Una excursión a Tánger

Uno de los hombres más entusiastas de los súbditos de Mahoma, es mi buen amigo Pedro Moro, este intrépido periodista que no usa jaique para diario por temor a los bereberes de acá. El dice que siente verdadera pasión por las silenciosas mezquitas y por los palacios encantados de los sultanes, pero yo lo que creo es que quienes le quitan el sueño son las moritas y las hebreas. Es el caso que Pedro Moro no deja pasar momento sin que tenga que contar algo de aquellas tierras.

Una vez, tanto me entusiasmó su vehemente conversación, que decidí acompañarle a Africa con el objeto de estudiar de cerca las costumbres mahometanas. Aquella excursión fué más interesante que la que habíamos realizado a Portugal en los días de la revolución, y de la cual hice una breve referencia en uno de los primeros números de esta simpática CÓRDOBA. Por cierto que algunos incrédulos han puesto en cuarentena aquellas referencias, y es que no les coge en la cabeza que un periodista que va siempre muy deprisa de un lado para otro, como si se le fueran a escapar las noticias de Córdoba, tenga tiempo para llegarse a Portugal y a Marruecos. No se hacen cargo de que estos viajes no se realizan todos los días. El caso es que pasamos unos días muy felices allende el Estrecho. Aún recuerdo la noche en que llegamos a Tánger. Confieso que a presencia del primer moro que en el puerto tangerino subió al buque, experimenté algo así como miedo, y no pensaba en otra cosa que en resguardar mi cabeza. En cambio Pedro Moro, con viva satisfacción, estrechó la mano del moro y le hizo este encargo transcendental: Lleva esa maleta, mahometano amable. Dirigiéndose a mí, añadió:

—¿Qué te parece este árabe, amigo Frasquito?

—Muy simpático y muy limpio—contesté—pero, por si acaso, llevo el revólver preparado.

La primera impresion que me produjo la ciudad, no fué muy grata, porque me parecía presentir que había llegado la hora de que me despidiese del mundo de los vivos. En cambio mi compañero de viaje escribía en su primera crónica para *La Andalucía Mora*: «Atracamos al puerto. No se mueve el aire; la luna se ve en toda su grandeza; miles de luceros brillan en el espacio. El silencio es majestuoso, olímpico; nadie osa interrumpirlo; sería una mala acción...» Y así seguía escribiendo Pedro Moro. Yo, más pesimista, durante aquella noche de nuestra llegada a la ciudad africana, tuve la curiosidad de oir, a través de un fuerte vendabal, unos tiritos disparados desde la montaña y unos aullidos que parecían de lobos.

Más tarde conocimos la realidad: los disparos habían sido hechos, y según nos informaron, ya se encontraba en prisión el autor, Mohamed ben Mohamed.

Este, con el que hablamos poco después, gracias a la amabilidad de su carcelero, a la curiosidad de Pedro Moro y a que nosotros parlamos algo el árabe, nos dijo que procedía de la cábila de Michek y que, por cuestión de una mora más o menos, había reñido con otro cabileño.

Su adversario, más diestro que él, después de propinarle una buena paliza, lo despojó del poco pelo que tenía y de la *mokajla*.

A mi compañero le contrarió lo

ocurrido, porque él creía que entre los de Alá no florecían los garrotes.

Un oficial español nos presentó a un moro notable(!¡) de Skater d' Engil, y éste fué nuestro verdadero salvador, porque, gracias a él y a sus buenas amistades, pudimos tomar te con hierbabuena, saludar a moritas *bien* y resultar despojados de un reloj y una cartera.

Pedro Moro, más curioso que yo, rogó al de Skater d' Enjil que nos contase algo de su vida y éste nos contó lo siguiente: Yo ser migo tuyo y de la valiente España, que también tiene alma mora. Mi padre, ya muerto, adoraba a tu Rey, que le concedió una cruz por acción de guerra contra los del boquete de Anyera. Yo no ser farruco ni engañar a españoles. Estos querer mejor mis mercancías que las de otros moros, y así yo poder juntar dinero, comprar mi fusila, cuatro burros y seis mujeras. Todos trabajar aquí menos, yo, que tener que pedir a Alá salud para mis burros y mis mujeras para ganar más plata y comprar fusilas.

—Pero ustedes—preguntó Pedro Moro—¿para qué quieren tantas fusilas juntas? ¿Tiran con las dos manos?

—No. Porque mandar Mahoma, para defender nuestra religión y nuestras tierras. Yo usar la fusila—continuó el moro—nada más que para ejercitarme y no marrar después el tiro en la cabeza del enemigo.

—¿Quiénes son tus enemigos?

—Todo el que invadir mi hacienda y señalar el Santón.

—¿Pudiéramos ver a tu Santón?

—Mañana mismo os recibirá con otros cristianos.

Con estas palabras dimos por terminada la entrevista con el distinguido moro fusilero.

Al día siguiente fuímos recibidos por el Santón de Onzín.

El alto personaje, despues de unas profundas reverencias, en las que a poco más besa el suelo, nos hizo sentar sobre ricas alfombras.

Con una fe ciega nos habló de su Dios, de su único Dios, que los protege hasta en el momento de apuntar con la fusila en el pecho del enemigo.

Hubo un instante en que nos hablaba tan exaltadamente de su religión, que creímos estar ante el mismísimo Mahoma.

Pedro Moro no perdió detalle ni palabra del moro iluminado, y no con tintas de colores, pasándolo después a su cartera de notas.

Nuestra visita duró pocas horas. No recuerdo cuántas, porque la pérdida del reloj también ayudó a que se nos extraviase la noción del tiempo, y sacamos de ella la impresión de que, ante las palabras enérgicas de aquel hombre, no existe mahometano que resista la tentación de la sublevación, de la lucha y del uso de la fusila a tiro limpio.

A los pocos días dimos por terminada nuestra estancia en Africa y regresamos a España.

Pedro Moro se mostraba satisfecho del viaje, en el cual había obtenido buenas notas para su próximo libro *El misterio del Santón*. En cambio, yo renegaba y renegaré de la maldita costumbre de cubrir la cara a las moras con una gasa y de que los moros se laven con menos frecuencia que los piconeros.

Francisco Quesada.

El próximo número de la revista semanal CÓRDOBA estará especialmente dedicado a la feria de Otoño, tanto en el texto como en la parte gráfica.

España ante la guerra

Al fin, el acendrado sentimiento neutralista que constituye la nota dominante del actual momento de España, va alcanzando una caudalosa corriente en los límites que le correspondían: los del más exaltado hispanismo.

El resonante discurso que el señor Maura ha pronunciado en Beranga constituye una muestra decisiva de ello, particularmente en estos conceptos fundamentales:

«No hay más remedio que ocupar el puesto que nos corresponde, sabiendo ser dueños de nuestro propio solar, si no queremos ser distribuídos, o, lo que es peor, justamente substituídos.

Cuando la guerra termine, acaso el mundo quedará dividido en dos grupos de naciones, y España no podrá permanecer sin optar por ponerse al lado de uno de ellos.

He oído decir que los españoles debemos esperar el resultado de la horrible contienda, y, después de conocido, irnos con el que obtuviese la victoria; es decir, acudir en socorro del vencedor. ¡La mendicidad se tolera en los particulares, más no se estila entre las naciones!

El criterio que ha de seguirse en este caso debe ser ageno por completo a la victoria; acaso en contra de ella; pero siempre teniendo en cuenta que las buenas relaciones diplomáticas no se obtienen de balde; es más, no debemos olvidar que esas relaciones deben conducir a la grandeza de la Patria para legar a nuestros hijos algo más que el mugriento montón de harapos conque hoy nos vestimos.

España posee un territorio muy propicio a intereses generosos, que no pueden ser indiferentes a Francia e Inglaterra.

Dentro de esta convivencia de intereses, es natural e includible la conexión anglo-franco-española, que tiene forzosamente que encerrarse en esta disyuntiva: o tratar a España como verdadera hermana, respetando y secundando con cariño su vigor, o tender a su aniquilamiento e impotencia, como si se tratase de una enemiga a quien hay que socavar para destruirla y substituirla en el natural emplazamiento de su soberanía.

Hay que reconocer y decirlo, que durante tres siglos consecutivos Inglaterra y Francia han practicado con su política esta segunda parte de la disyuntiva.

No sólo han aprovechado, sino que han impulsado la decadencia y la debilidad de España, aún cuando, en honor a la verdad y a la justicia, debemos también confesar que España puso de su parte cuanto pudo para la realización de esta labor. Esta es la razón por la que una parte muy considerable de la opinión se ha lanzado contra la corriente natural de nuestros intereses y afinidades.

Creo que, si no se invierte volviendo del revés completamente, la política que durante esos tres siglos han seguido para con nosotros Francia e Inglaterra, nuestros esfuerzos por mantener una armonía habrían de agravarse muchísimo, y todos los españoles tendríamos que renegar de nuestra

actuación pasada y rendirnos a otras aproximaciones y conciertos internacionales, porque lo que no se puede hacer de ninguna manera es llevar a las naciones al suicidio.

Tánger español, es un requisito indispensable y esencial para que nuestra zona en Marruecos no sea, en vez de un protectorado, un escarnio o una burla.

El mismo inventario que se hace de nuestro dominio en Gibraltar si el espíritu de nuestras relaciones no varía, después de la guerra, a los cinco meses, nos hallaríamos de nuevo en el barranco. ¿Está claro?

Llegado el trance de escoger entre uno y otro camino, creo que en España no habría duda, porque ya que nosotros vivamos mal, no tenemos derecho a legar a nuestros hijos una situación que nos convierta en parricidas. Debemos escoger el camino que mayor seguridad nos ofrezca para llegar a una esplendorosa realidad.

La Historia nos advierte que las naciones no mueren por debilidad, sino por envilecimiento, y nosotros podemos decir que mientras la Patria moría en Valenciennes y en Bayona, resucitaba pujante en Zaragoza.

¿Qué importa que nos arrollen si el corazón está en pié?

Pero desengañémonos: España nada tendrá como no sea por España misma. No debemos esperar nada de manos ajenas. Todo lo que hubieran de regalarnos no pasaría de la categoría de un protectorado.

Debemos buscar nuestro engrandecimiento en nosotros mismos, y para eso tendríamos que empezar por cambiar muchas cosas de dentro. Lo primero, nuestra manera de gobernar; algo que está destruyendo todas las energías sanas.

Lo primero que debemos combatir, no contentándonos con censurarlos, son esos gobiernos que están sujetos al repugnante cacique, a quien a toda costa hay que extirpar de la política española.

Toda esa labor de leyes y decretos que realizan los gobiernos, al llegar al cacique es como si se echara a una tolva para que pasara por la piedra del molino y se convirtiera todo en harina.

Creo que el mejor remedio para todos los males que viene sufriendo la nación está en la ley de Administración local.

Por cierto que sucede una cosa extraña con esta ley, y es que todos los que la combatieron la defienden hoy, para hacer el pan sin harina; es decir, que quieren esa ley, pero sin acabar con el odioso cacique, que ocupa desde las altas esferas del Poder hasta las secretarías de los ayuntamientos de las aldeas, y todo eso hay que echarlo para acabar de una vez con esa gran vergüenza nacional.»

Estas manifestaciones están arrancadas de la realidad misma, tanto en el orden interior de nuestras cosas como en cuanto se refiere a la situación internacional.

Así mismo hablamos todos en nuestras conversaciones particulares. Más aún: esa misma verdad es reconocida por los franceses, que conocen a España de una manera exacta. Bien saben ellos que España — pueblo de hombres de corazón al fin y al cabo — si viese restablecido su derecho por Francia e Inglaterra en las cuestiones de Gibraltar y Tánger, a la calle se echaría en masa para aclamarlas y vitorearlas, para sellar una perdurable amistad.

Cuantas veces se ha hablado en esta forma, ha surgido el mismo reparo: España no tiene fuerzas militares y navales suficientes para guardar el Estrecho, para sostener en las manos la llave de Gibraltar.

Precisamente, esa es la razón suprema: Tánger y Gibraltar en manos de España serían unas poblaciones pacíficas más, como Algeciras, como Cádiz, y la libertad del paso por el Estrecho quedaría en absoluto asegurada.

Por nuestra parte, como repetidamente se viene proclamando, debemos hacernos dignos de Gibraltar; debemos merecerla, debemos ofrecerle la garantía de una situación de país civilizado. Esta es la cuestión magna, de empuje, en la que hay que echar el pecho fuera con bríos de gigante. Si la queremos ¡tenemos que merecerla! Tomarla por las armas de la diplomacia, no sería bastante. Es necesario ganarla por el entendimiento y el corazón, y no ya por ella, sino por nosotros mismos, por la seguridad de que la conservaríamos y a nuestra vez nosotros también nos conservaríamos.

IMPRENTA MODERNA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Encantadoras señoritas de Córdoba
en el Jardín de la Caridad, perteneciente al Museo provincial de Bellas Artes

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65 pesetas	Una columna central en el texto,	20 pesetas
3.ª id. id. . . .	50 »	Media id. id. id.	10 »
4.ª id. id. . . .	75 »	Un cuarto id. id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea	0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts. Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 23 de Septiembre de 1916 | NÚM. 6

LOS CABALLOS ANDALUCES

Los ganados. Envidiables riquezas de España que culminan en Andalucía. La riqueza o pecunia (de *pecus*, la oveja) por antonomasia.

Con los ganados de Andalucía está la tradición, está la Historia, está la vida entera de nuestra región, y de España, que, en lo que tiene más típico y original, es un reflejo andaluz.

Fué Turdetania la patria de los andaluces autóctonos, los que poseyeron escritura y leyes y libertades tres mil años antes de Cristo, porque su riqueza en ganados, de la que vino su poderío y su cultura, era extraordinariamente pródiga. (Turdetania, de *tor*, toro y *duluth*, apacentar.)

Y fué Bética, por la abundancia de sus ganados lanares, cuyo vellón, apreciadísimo en todo el mundo romano, el mundo conocido de su época, era de un color de oro viejo que motivó aquel nombre. Y por su codiciada posesión, con las de otras riquezas nacionales, las tirremes de los grandes mercaderes romanos llegaban a los puertos de la Bética, y por su río, el Betis caudaloso, remontaban hasta las más populosas ciudades de la provincia, como Córdoba, la Colonia Patricia, y aún más arriba todavía.

Riquezas codiciadas, los ganados, que en las épocas de esplendor de España, pregonaron el esplendor de su suelo por todos los ámbitos de la tierra.

Tan codiciadas que, como onerosa condición de paz, en los comienzos de nuestra decadencia, al ponerse el sol de nuestros horizontes, se impuso la de levantar la prohibición de exportar ganados a otros países. Con esta contribución de guerra, se fundó, hace más de un siglo, la cabaña de Rambouillet, en Francia, y aquella fué el origen de las razas merinas que hoy pueblan los continentes, sosteniendo en Inglaterra la aristocracia de su tronco, y extendiendo la inmensa falange de sus rebaños por las llanuras australianas, por la pampa argentina. ¡Rebaños inmortales, nacidos en las vegas y serranías de España, con los cuales, como en nuestra edad de oro, rompe lanzas todavía una hidalga locura, divorciada de la realidad, maltrecha, molida y quebrantada!

El Campo de la Victoria durante la Feria de Otoño

Todo murió, «todo desapareció, cambió de suerte». Ya no hay praderías, ni rebaños. La dulce vaquera de la Finojosa, no turba ya las andanzas de los caminantes, que hacen la vía de Calatraveño por fragosas tierras. Marcela vendió sus cabras. Y los discursos sobre las armas y las letras, de los caballeros españoles, caen ya en el vacío, faltos de pastores que, al amoroso ruedo de su hogar, presten su solícito asentimiento a nobles y elevadas razones.

Hé aquí dos fenómenos—la desaparición de la riqueza ganadera y de la preponderancia moral y material de España—tan paralelos y unidos que difícilmente se sabría señalar cuál de ellos dió origen al otro.

¿Y habremos de contentarnos con el actual estado en que se encuentran, reducido y mísero?

No, en ningún modo. Y hay que proclamar además muy alto la siguiente verdad: Nuestro país es *esencialmente ganadero*. Y no hablemos de la eminencia agrícola de nuestros campos. Por empeñarnos en cultivar para cereales nuestros yermos guijarrales y escabrosas pendientes, nuestra agricultura es pobrísima y mendigante.

Todo el problema nacional, condensado en Andalucía, sólo tiene esta solución: *árboles y ganados*. Y a ella hay que dedicar todo el esfuerzo. Hay que transformar los productos de nuestro suelo en lana, en leche, en carnes... que es la producción genuina de nuestro solar.

El trigo será más barato traído de Rusia, de Argentina, del Canadá. El azúcar la pagan a triple precio que en el resto del mundo los

consumidores españoles. El maíz (el mijo turquesco de los antiguos, antes de descubrirse América) se cotiza a cuádruple precio que en la Argentina. ¡Si no fuera por el Arancel! Sólo los ganados... Hé ahí la solución, frente a la que nos obstinamos en cerrar los ojos.

Hay que hacer criterio pecuario. Hay que crear una escuela de Ganadería. Hay que difundir las enseñanzas ganaderas, instruir a los mayorales, mejorar las razas, especializar los tipos. Hay que hacer ganadería patria.

¿Y dónde mejor se creará una Escuela de Ganadería que en Córdoba, *la patria de los mejores caballos del mundo*, como afirmó el más esclarecido príncipe de los ingenios españoles?

Los potros cordobeses pasearon su pompa por todas las cortes de Europa. En su dorso, «trono de plumas y aire», lucieron su gentileza los más gallardos paladines y esplendieron su magnificencia los más poderosos magnates. Y de las migajas de su raza se crearon los caballos ingleses de carrera, y los caballos lipitzanos de Austria, y los germanos del imperial Trakhenen, y los napolitanos fogosos, y los potros mejicanos y los caballos de la pampa. Y hasta cuando, absorto en sus meditaciones, el ingenioso hidalgo era interrogado a destiempo, respondía, mentalmente, presa de invariable tema: «Rocinante, señor, es uno de los mejores potros criados en las vegas de Córdoba.»

¡Los caballos de Córdoba! Un espíritu, que se honra Córdoba en albergar, nos tiene hablado de la Fiesta del Caballo. Sea ella tomada con ardor de andaluces. Y la Escuela de Ganadería. Y el resurgir de Andalucía toda, esplendente y rica, por su maravillosa gama ganadera.

Rafael Castejón.

La sierra de Córdoba

Este es el sitio para amar si cuitas:
las huertas, entre verdes olivares,
dejan las rosas desbordarse a mares
de su espinoso cinturón de pitas.

Hay bosquecillos para alegres citas,
en las sendas coronas de azahares,
velos en los crepúsculos, y altares
en el desierto azul de las Ermitas.

¡Oh mujer bella de la raza mora!
Vuelve a ser en tu tierra encantadora
la odalisca que abrase con tus ojos.

Embellece este edén con tu presencia
y del amor ofréceme la esencia,
abriendo el cáliz de tus labios rojos.

G. Belmonte Müller.

El próximo número de la revista semanal CÓRDOBA estará especialmente dedicado, con motivo de la apertura del curso académico, a la enseñanza en Córdoba.

GUITARRA ANDALUZA

Con todas mis esperanzas
hice un castillo muy alto,
pero a una palabra tuya
el castillo vino abajo.

La amistad es una flor
cuyo perfume no muere,
que a veces cambia en volcanes
los corazones de nieve.

Si tus labios algún día
llegan a cantar mis coplar,
¡voy a morirme de envidia
al ver la suerte que logran!

Para quererte nací,
para quererme has nacido,
mis sueños fueron tus sueños,
tu camino mi camino.

Bien sé que te espero en vano
bien sé que no has de venir,
¡mientras dura la esperanza
el corazón es feliz!

No me vengas, perchelera,
con un nuevo desengaño,
pues a veces una gota
hace rebosar un vaso.

Tanto lloro y he llorado,
al pie de tu sepultura,
que crecen plantas y flores
sin que se las riegue nunca.

Narciso Díaz de Escobar.

LA MUJER CORDOBESA

Es la cordobesa un rayo de sol ardiente, cogido en la fresca y pálida corola de una magnolia.

La heredada altivez es como aureola que circunda a toda la cordobesa raza. Tras de esa altivez se hallan en la intimidad dulzuras más exquisitas, cuanto más sujetas en los límites de un recato señoril, impuesto por la alta estima de sí misma.

Alta, esbeltísima, entre morena y castaña, su exuberante y rica cabellera, es como el símbolo de la abundancia de su hermosura.

Ella hace de su casa una concha de nácar en la necesidad de dar a su espléndida persona y a cuantos del sagrado y tibio calor de sus afectos viven, ese aroma único de la limpieza, aliño de los placeres, ayuda del descanso, ángel vigilante de la salud, y más clara señal exterior de humanidad.

Una sencillez casi aldeana, da más relieve a su graciosa elegancia, ostentando en todo su cuerpo algo del libre brío de la cervatilla salvaje y en su rostro la vigorosa dulzura, arisca y aterciopelada a la vez, de las palomas. Oye sus cantares, atiende a sus palabras y donaires; verás en ella un compendio de cuanto espléndido, gracioso, y regocijado existe en Andalucía.

Allí, en el misterio de aquellos palacios y caserones, cuyo patriarcal régimen no han podido alterar usos extraños, es donde se educan las cordobesas, cuyo porte de reinas y belleza clásica encienden en amores el mismo sol.

Francisco Alcántara.

COPLA

Cuando me esté retratando
en tus pupilas de fuego,
cierra de pronto los ojos
por ver si me coges dentro.

Salvador Rueda.

EL CARTEL DE LA FERIA DE OTOÑO

HERMOSA OBRA DE ARTE DEL NOTABLE PINTOR MANUEL LEÓN ASTRUC

Fotografía de Montilla

Después de la sequía, la inundación

A propósito de la tormenta de Puente Genil

Tras la sequía roja, abrasadora, implacable, las hadas campesinas se han compadecido de las quejas y las plegarias de los atribulados labriegos y han enviado... la inundación. Durante meses, el sol ha calcinado las rocas peladas y, reflejando en sus bruñidas costras sus rayos aniquiladores, los ha proyectado sobre las tostadas planicies; un viento caliginoso, semejante al que en la Libia trocó en arena los bíblicos vergeles, esterilizó las semillas, endureció los surcos, evaporó el agua de los alcornoques, la secó en los aljibes y la hizo casi irrealizable esperanza en las fauces. Un día y otro día, los aldeanos miserables vieron alzarse el sol rojizo, implacable, sobre un cielo sin cúmulos, impíamente terso, como un espejo ustorio; los recentales sitibundos succionaron jadeantes las ubres agotadas; las aves corrieron a través de los cobertizos, con las alas tendidas y los candentes picos entreabiertos, en busca de un regato en que refrescar su plumaje. Las mujeres rezaron y los hombres rugieron y blasfemaron ante la sequía tenaz, funesta, inacabable, que esterilizaba su labor e inutilizaba sus energías.

Y un día, ¡por fin!, comenzó a llover; las primeras gotas, gruesas, calientes, azotadoras, fueron sorbidas por la tierra sedienta y abrasadas por la canícula; los aldeanos se descubrieron para recibirlas en sus frentes rugosas y sus rostros curtidos, y sintieron en el cráneo sus primeros redobles, como un anuncio marcial de victoria; los niños prorrumpieron en cánticos y tendieron al espacio sus manos para recoger el agua salvadora en la oquedad de la palma, y el ganado comenzó a triscar y a rastrear jubiloso el mahojo húmedo, y empezaron a erguirse en el erial el piruétano y la zarza silvestre y la tierra se fué esponjando, reconocida como en un espasmo de diosa fecundada. El agua siguió cayendo, primero en llovizna, después en cortina copiosa, y por fin a torrentes, como si quisiera compensar en un día la ausencia de tantas lunas en que la mirada del labrador, lleno de angustia, recorrió desesperanzada el zoídaco.

Pero pronto a la alegría sucedió la inquietud y a ésta el sobresalto. El aguacero se hizo formidable; un rumor tétrico e imponente bajó de las cumbres a las cañadas, y tras él llegó el torrente, bárbaro, asolador, apocalíptico. Inundaron las aguas el valle, y los huertos y los sembradíos; el turbión llegó a las cabañas y las arrastró con su furia; alcanzó a las viviendas, y entró desbordado en ellas como una maldición y arrebató enseres y ajuares. Y el cielo seguía mostrándose más negro cada vez; así llegó el torrente devastador al apiñado caserío, y un pueblo fué anegado tras otro pueblo, sin que las peladas vertientes se cansasen de arrojar sobre ellos el nuevo diluvio. Las villas clamaron y pidieron auxilio: una de ellas ha notificado la tremenda nueva de que el nivel del agua ha subido a dos metros en la calle de Joaquín Costa.

—

¡Joaquín Costa! ¡Qué tremenda ironía! Al nombre de Costa, como ante un omnipotente conjuro mágico, se hubiera detenido la inundación si a la nominal reverencia de un nombre esculpido en un azulejo hubiera acompañado la comprensión de su altísimo espíritu. ¡Joaquín Costa! Pero aquel genio incomprendido, groseramente vilipendiado, demostró, una y cien veces, a los pueblos que la sequía y la inundación son siempre fruto de la torpeza.—¿Para qué recordáis mi nombre?—hubiera tronado con voz verbipotente—. ¿Para qué, si mi enseñanza no ha llegado a vosotros, perpetuos egoístas, enemigos del árbol, tozudos y seculares dendroclastas, que habéis privado al llano de su defensa natural, pelando las vertientes, talando las cumbres, destruyendo los bosques, que regularizan las lluvias e impiden con sus raíces bienhechoras que el agua se deslice con la velocidad creciente del plano inclinado? Habéis destrozado la gallina de los huevos de oro; habéis calculado el beneficio de la madera, y al ramoneo habéis hecho seguir la poda y a la poda el cercén. ¿No sabíais que el bosque defiende el sembradío y que el bosque asegura el cuartal? ¿Ignarabais que cada rama es una aguja que, a manera de pararrayos, deja escapar la electricidad de la tierra y neutraliza la de las nubes; que allí donde los árboles se arrancan de cuajo, las nubes no se forman sino en masas aterradoras, o no se forman nunca, y se secan los manantiales y a la sequía sigue el aluvión? Vuestra

desgracia obra, es de vuestras manos, de vuestra hacha malhadada, de vuestro afán de trocaros en siervos, encorvados sobre la mancera o el pico, en vez de ser hombres libres bajo la sombra del nogal, la encina y el cedro; habéis dejado la cayada de Abel para empuñar la azada caimita; no miréis a los cielos, mirad a vuestras manos; en ellas tenéis el sol y la lluvia, y en vuestra frente y en vuestro corazón la deidad a quien hay que invocar, y en la copa del árbol el ara en que habéis de sacrificar vuestros egoísmos a la identificación reverente con lo Absoluto.

Pero Costa no sería escuchado; otra vez el león malherido volvería a refugiarse en las breñas y a lanzar desde allí sobre las estúpidas muchedumbres su rugido conminador. Y otra vez las aguas del Esera, y del Duero, y del Ebro y de todos los ríos históricos, que tantas veces se han nutrido con las líquidas avalanchas de las cumbres taladas para verter en el mar inaprovechados tesoros de energía y fecundación, tornarán a invadir las planicies y a arruinar a las comarcas. Y, acaso, otra vez volverán a teñirse con sangre de sus hijos, porque el bosque, que es defensa de la riqueza contra la inundación, lo es también del territorio contra la extranjera avaricia, y porque sin árboles, antes que la tempestad, llegan la ignorancia y la miseria y acaso la lucha fratricida, que no bastan a contener las pretenciosas lápidas en que hay inscriptos nombres que no merecen ser sumergidos dos metros bajo el lodo, sino elevarse muchos palmos sobre la cultura universal.

Antonio Zozaya.

Córdoba

Sultana que reposa blandamente
al pie de su escarpada serranía
y bajo un sol radiante de alegría
que orla de grana su caduca frente,

es Córdoba, la bella, la esplendente,
la perla de la hermosa Andalucía,
la ciudad de Almanzor, que fuera un día
la más próspera y rica de Occidente.

Al mirarme en tu vega solitaria,
ciudad *noble, leal y hospitalaria,*
sale el pasado en mi memoria a flote

con Gongora, con Séneca y Ruano,
con Grilo, con Morales, con Argote,
con Rivas, con Valdés y con Lucano.

Antonio Morilla.

Córdoba en feria

No es hoy esta ciudad, de encantos llena,
la ciudad de la calma y del misterio,
triste y bella cual flor de cementerio,
indolente cual virgen azucena.

Hoy del dulce dolor que la enagena
sale, como de un largo cautiverio,
con ansias de gozar, porque el imperio
del placer tiene el trono sobre arena.

Y se engalana, no con oropeles,
de su sal con el oro, con claveles
de su sierra, compendio de poesía.

Y a quien viene a rendirla vasallaje,
ella ofrece, pagando el homenaje,
el alma, toda amor, de Andalucía

Ricardo de Montis.

El notable pintor don Manuel León Astruc autor del cartel de la Feria de Otoño.

ENTRETENIMIENTOS

La geografía andaluza, Heliana, Babia, el tifus, los accionistas y un beneficio

Yo también, señor Pedro Moro, he descubierto una ciudad en Andalucía.

Y ésta nueva ciudad, es Babia. ¿Por qué no seguir las aficiones geográficas y colombianas de usted, peregrino descubridor de Heliana?

Babia existe, señor del jaique.

Y en Babia hay una plaza de toros y en la plaza se ha de celebrar en breve una corrida benéfica.

También en Babia, como en Heliana, hace estragos el *tifus*.

Verá usted cómo, caballero del turbante y el alquicel.

El circo taurino que hay en Babia, pertenece en propiedad absoluta a unos cuantos babianos (barbianes, diría yo).

Estos babianos son dueños en usufructo para sí y sus descendientes hasta no sé cuántos centenares de generaciones, de no sé cuántos cientos de entradas de favor.

Cuando en el circo taurino de Babia se celebra cualquier festival, el coso se nutre de babianos accionistas dueños de *pases tifoideos*.

Y no vale que usted, señor Pedro Moro, metido a empresario taurino, o cinematográfico o de títeres más o menos guiño-

lescos, pague por alquiler de dicha plaza cuanto sea preciso.

No vale eso, ni lo otro, ni lo de más allá. Contra su deseo y contra su voluntad, el circo se llenará de babianos *tíficos*.

Esto es: de señores accionistas que, ostentando un derecho que no he de discutir, pero que discusión admite, le dan a uno en las propias narices con sus correspondientes pases gratuitos.

Y yo pregunto: si se paga por el alquiler de la plaza taurina de Babia aquella cantidad que estipula la sociedad explotadora del alquiler, ¿por qué aguantar el pase gratuíto de cien, de doscientos, de quinientos babianos, sus descendientes, servidumbre y demás amigos o deudos adyacentes?

Esto es abusivo y es censurable por muy en Babia que se esté.

¿Que si no se autorizan esas entradas tíficas el alquiler debe ser mayor? ¡Pues que lo sea!

Así el empresario sabrá a qué atenerse respecto al precio de las localidades, y cuando vea un *entradón*, sabrá que la taquilla está para que la apuntalen.

No ocurrirá lo que ahora que, con llenos rebosantes y precios altísimos, a las veces no hay en caja ni para pagarles a los areneros.

A mí, señor Pedro Moro, me alquila usted una casa—es un decir—en la cantidad que quiera, que si me conviene, yo la tomaré en arrendamiento; pero no me alucine usted con un alquiler pasable para que luego sea usted y no yo el que ocupe las habitaciones.

¿Está esto claro? Infinitamente más que el último discurso de Maura en la nota oficiosa.

Y ahora, una pequeña derivación a propósito de las anteriores divagaciones.

En la plaza de Babia va a celebrarse un festival benéfico. Tengo entendido que no se altera la costumbre por lo que hace a las entradas tíficas correspondientes a los bibianos accionistas...

Entonces... ¡adiós beneficio y adiós mi dinero! Los futuros beneficiados tendrán que vender las alpargatas para cubrir gastos.

Esto no es lo convenido. Lo convenido es proporcionar el mayor número de pesetas posible a los desventurados para quienes se organizó el beneficio.

Los toreros expondrán su vida gratuitamente.

Lo propio, pero sin más exposición que la del cocido, harán los areneros, los carpinteros, los mulilleros y los encargados de todos los servicios, en fin.

¿Por qué no se sacrifican un poco los babianos accionistas del coso taurino y dejan poner a la venta las entradas o pases que usufructúan a perpetuidad?

Esto sería lo humano, lo altruísta, lo generoso y lo procedente.

Y eso espero que acontezca, siquiera sea por la memoria de aquel muchacho babiano de gran corazón y extraordinarias simpatías que, por querer mucho a los suyos, los dejó en la mayor miseria.

Y estimo que no hace falta más, pues que con lo dicho basta y sobra para que los babianos se pongan a tono y hagan por los desventurados que me ocupan lo que todos estamos haciendo.

¡Y viva la caritativa Babia y vivan los babianos generosos y antitíficos!

Españita.

La cárcel de Córdoba ante la higiene

A los señores Ministro de Gracia y Justicia y Director general de Penales, denunciamos:

En el primer número de nuestro semanario, la brillante pluma del culto catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Sevilla, don Federico Castejón, indicaba la necesidad de aplicar a nuestra cárcel correccional los modernos métodos de la ciencia penitenciaria, pidiendo, sobre todo, la creación de una colonia agrícola, donde el recluso recibiría el salutífero estímulo de la moral por el trabajo, permitiendo, a la par, que esa joya artística, en algún tiempo morada de reyes y sultanes, el Alcázar, fuese destinada a su verdadero objeto.

Y hoy, aunque con los pobres medios de nuestra torpe pluma, nosotros hemos de pedir que inmediatamente sea clausurada como tal centro penal, porque así lo exigen la higiene y aún los más leves principios de humanidad, basados, en este caso, en la insuficiente capacidad del local para la población delincuente a que de ordinario a de dar cabida; pues si bien es amplio, grande, inmenso el edificio del Alcázar en su conjunto, su arquitectura especial, su peculiar modo de distribución de compartimentos, impiden que en su mayor extensión sea destinado a su objeto, y, forzosamente, la población penal ha de hallarse hacinada, en repugnante promiscuidad antihigiénica e inmoral. Lo demostraremos.

Establecen los higienistas la necesidad de una capacidad volumétrica mínima, en todo local cerrado donde hayan de permanecer durante algún tiempo una o más personas, rebasada la cual la atmósfera del recinto será siempre nociva y peligrosa para la salud; esta capacidad mínima, varía según el objeto a que se destine el local, las horas de permanencia del hombre, la edad, etc., y se obtiene fácilmente con unas sencillas operaciones aritméticas y teniendo en cuenta estos hechos y datos: el hombre necesita respirar para poder vivir; para que la atmósfera sea respirable, esto es, no perjudique a la salud, ha de reunir ciertas condiciones de pureza, esencialmente en lo que se refiere a la cantidad de oxígeno y ácido carbónico existentes en cada volumen de aire; una atmósfera que contenga más de 0,7 por 1.000 de ácido carbónico es sospechosa y si contiene más de 1 por 1.000 es nociva; un volumen cualquiera de aire libre, sin impurezas, contiene 0,3 por 1.000 de ácido carbónico; un hombre en estado normal, y con peso medio de 65 kilos, elimina con el aire expirado, en una hora, 20 litros de ácido carbónico, aproximadamente. Con estos datos, facil es determinar la mínima capacidad volumétrica necesaria para que la permanencia en local cerrado, durante un tiempo determinado, no sea nociva a la salud. Y a la recíproca, conociendo la capacidad volumétrica de un local, pronto podremos precisar si es suficiente o no para que en ella permanezcan una o más personas, sin peligro, durante una o más horas.

La buenaventura en la feria de ganados

Como es lógico, para que el resultado de estas operaciones sea totalmente exacto, es preciso tener en cuenta la edad de las personas, si en el local se practica alguna industria productora de gases impurificadores del aire o materias orgánicas en descomposición, si se destina a dormitorio, si recibe corrientes de aire impuro, por proximidad de retretes, etc.; si es fácil o difícil la ventilación, el volumen de los muebles y demás enseres, etc., etc.

Pues, bien, los higienistas, habida cuenta de todos estos datos y aplicándolos a los establecimientos penitenciarios, han fijado la mínima capacidad volumétrica, por recluso, en doce metros cúbicos, considerando que ella es suficiente para que la atmósfera de los dormitorios, durante las horas del descanso de los penados, no contenga más de 1 por 1.000 de ácido carbónico. ¿Es así lo que sucede en la correccional de Córdoba?

Nuestra correccional posee seis compartimentos o cuadras habilitados para dormitorios, con una capacidad volumétrica total de 1.210,79 metros cúbicos, y como el número medio de reclusos es de 250, resultan 4,84 metros cúbicos por plaza. Y, por consiguiente, si consideramos que cada cuadra tiene una capacidad de 200 metros cúbicos (algunas tienen menos) y en cada una de ellas se recojen 40 penados (en algunas exceden de este número), la atmósfera contendrá al cabo de una hora, ácido carbónico en cantidad de 4 por 1.000, tres veces más de loque se admite como nocivo, y al cabo de las ocho horas de permanencia en ella 32 por 1.000; cantidad aún inferior a la real y verdadera, si tenemos en cuenta que el reglamento de orden interior exige que el penado se recoja en los dormitorios desde la puesta hasta la salida del sol, once horas por término medio. Y si a esto sumamos el humo del tabaco; la gran cantidad de gases irrespirables, procedentes de la descomposición del sudor de los cuerpos, habitualmente sucios, de los reclusos; la enorme cantidad de objetos, *petates*, útiles de trabajo, que con su volumen, a veces exagerado, reducen en gran parte aquella capacidad volumétrica total, etc., etc., comprenderemos la monstruosidad de hacinar en tan

corto espacio tal número de individuos; comprenderemos que la mortalidad anual ascienda a un 39 por 1.000, si bien en realidad sube a la enorme suma de un 53 por 1.000, toda vez que la población penal permanente es solo de 170 reclusos y que los demás individuos solo permanecen durante días o algunos meses; comprenderemos que sea frecuente el hecho de tener que trasladar al patio o a la enfermería, durante la noche, a algunos reclusos realmente intoxicados por aquella atmósfera de letrina; pues las cuadras, además de hallarse tan reducidas en su capacidad, sobre todo durante el invierno, carecen de ventilación al haber de cerrar la puerta y tapar los exíguos claros de ventanas con tupidas esteras.

¡Y en esta atmósfera de establo, de pozo negro, de cadáver corrompido, pasan horas y horas, 40, 250 hombres, anestesiados, insensibles a su acción repugnante por embotamiento olfativo, pero pagando lento y contínuo tributo a su enrarecimiento, cayendo en enfermedad y terminando en la muerte por tuberculosis pulmonar en más de un 75 por 100!

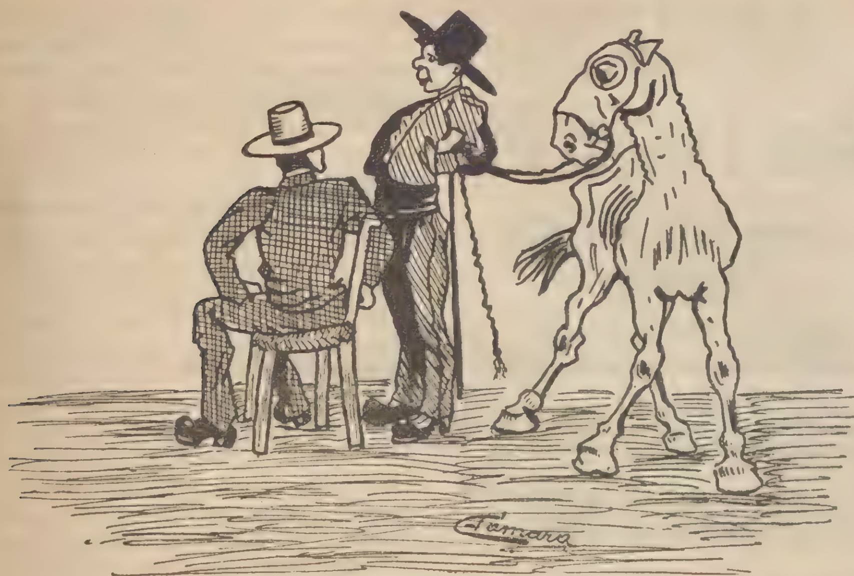
Y esto, Córdoba, la sociedad, la humanidad entera no puede quererlo, no puede tolerarlo por bárbaro e inmoral. Y no es que en nosotros influya ahora la convicción científica de que los delincuentes exijan de grandes cuidados para su rehabilitación moral, por ser anormales y enfermos, como han demostrado los criminalistas, pedagogos, psicólogos, psiquiatras, médicos, etc., y admite toda persona culta; no, es que ahora solo pensamos en hombre y pedimos que a aquellos desgraciados o malvados se les trate como a seres humanos, no peor que a fieras; y ya que la caridad cristiana no distingue de razas y humanos cuidados presta a los salvajes wedas y a los antropófagos, obligada está a prestar siquiera amparo físico a estos desviados que se salieron de la sociedad porque quizá, quizá ella no quiso o no supo mantenerlos en su seno.

Grandes esfuerzos realizan los empleados del cuerpo de prisiones que en este correccional prestan sus servicios, para amortiguar en lo posible tan nefastos y amorales efectos, y un recuerdo cariñoso hemos de dedicar al muy culto e inteligente D. Gabriel Aguilera, cerebro conformado en los nuevos moldes de la muy humanitaria y racional ciencia criminológica, pero todos sus esfuerzos y deseos se estrellan ante el rígido y rudo golpe de los hechos; y así han de permitir que para una población penal de 250 reclusos, haya una enfermería con sólo 12 camas, 4 para enfermos infecciosos en local aparte, y en ocasiones los no infecciosos tengan que estar rodeados de los que lo son y a veces hayan de continuar en las cuadras, por carencia de vacante en la enfermería; y hayan de permitir que quincenarios, aún no arrojados de lleno en el mundo de la delincuencia, permanezcan confundidos con asesinos y ladrones duchos en el arte delincuente, recibiendo emocionantes lecciones, fatales enseñanzas para sus sentimientos aún no despiertos y sus cerebros en embrión; permitir que jóvenes inadvertidos caigan en las garras medulares de hombres sátiros que se hicieron pederastas en el sedentarismo, excitante de la vida sexual, y en el contínuo permanecer aislados del sexo contrario; permitir que los menores, por falta de local, contemplen, aunque a distancia, el mundo bullicioso y satisfecho, por habituación, de criminales que comen, duermen, ríen y se divierten sin tener que pensar en el trabajo, y sin que en su corta edad puedan saber que aquella comida, no ganada en el trabajo, es estigma humano contra el que luchan de contínuo los suyos, el pueblo honrado; que aquel dormir en una atmósfera de venenos, es el suplicio de las conciencias siempre despiertas y justicieras; que aquel reir es la mueca de la bestia acorralada...

Y esta mancha social, este vivero de delincuentes, este nido de tuberculosos, esta letrina humana existe en Córdoba, y... Córdoba no debe ni puede tolerarlo.

En nombre de ella pedimos al Director general de Penales gire una visita de inspección y acuda a estas cuadras durante la noche, y si al penetrar en ellas no arroja hasta la primera papilla, gustoso el que escribe se quedaria en ellas.

Venga su señoría y dé a Córdoba esta satisfacción: clausure ese antro antihigiénico e inmoral y eleve una nueva cárcel; que 250 hombres, que lentamente van muriendo agotados física y espiritualmente, construyéndola por sí mismos, en ella hallarían la regeneración de su alma y de su cuerpo.



VISTO Y OIDO

TRATO HECHO

Para mi buen amigo el redactor del *Diario Liberal* Francisco Quesada.

—Amigo, ¿es de usté er caballo ese?

—De canela fina es el animá; pero si, señó, es mío. ¿Qué se ofrese?

—Que si usté no píe mucho...

—Vendío está en lo que su mercé quiera, ¡y que no vale ná...! A ese le echa usté ensima la Puerta der Puente y la lleva más descansao que si juera a dar una rasón a una funeraria.

—Güeno, vamos ar presio. ¿Cuánto quiere usté por esa alhaja?

—Catorse duros y pué usté decir que l'ha tocao en una rifa.

—Home, ¡catorse duros! Por ese presio compro yo un gallego en las Tendillas y me tié más cuenta.

—Pos dé usté lo que quiera. (To es ganansia.)

—¿Quiere usté seis pesetas?

—No hable osté así, mal gachó. Misté, lléveselo en dié duros, pero sepa que no gano ni en propaganda. Como que no es por ná, pero se lleva usté un caballo que tié más mérito que la Catreal. A esa le echa usté dose arrobas y no se suda ni debajo e los brasos.

—¿Me lo dá usté en nueve duros?

—Lléveselo osté, home. Pero me va osté a jasé un favó: No desí en ningún lao quien se lo ha vendío.

—¿Es que es robao?

—¡¡Robao!! Casuarmente no habrá otra cosa en casa; pero robar nosotros, eso nunca. Lo que es que er día que se enteren que un monumento como este lo he vendío en nueve duros, no voy a dá abasto vendiendo borricos y caballos.

—Pos no se ponga usté tantos moños con er caballo que no es tan fiero... ¡Misté qu'andares tiene, si paese un vendeor de cocos!

—¿Quería usté, quisá, en ese presio, un ejemplar árabe?

—No, home; pero... ¿y er cuerpo...? Me está paresiendo... Vaya, vaya er dinero porque si lo veo más rato me voy a arrepentir.

—Abur. (Sale ligero).

. . . .

—¿Me habrá engañao?

—¿Qué le pasa a usté, compare?

—Que he comprao este caballo y me ha extrañao que se haya pirao tan ligero el amo.

—Compare ¿y eso pa qué lo quiere usté, si no pué con un paquete é puntillas? ¡Como que antes de sinco minutos tié usté que avisá ar guano pa que carguen con é!

—¿Qué dise usté, compare?

—La pura. Que eso no sirve ni pa embarsamiento.

—Pos ahora si que la hemos hecho.

—Compare: ¡Eso es un trato...!

A. Jiménez Oliver.

Caricatura de Cámara.

LO QUE DEBEN SER LAS FERIAS

Las ferias o mercados — en la antigüedad son palabras sinónimas — tenían en las sociedades pasadas suma importancia, por efectuarse en ellas las operaciones bancarias y el gran número de compras y ventas de ganados y mercaderías que en ellas se verificaban, ya que siendo la circulación a través de la península lenta, difícil y peligrosa en días normales, a la proximidad de estas reuniones periódicas se reparaban las rutas o vías nacionales que a ellas conducían y se ejercía en las mismas vigilancia por las justicias, atrayendo así a negociantes y mercaderes, al hallar seguridad para sus personas y propiedades, amparo para su comercio en la franqueza de derechos que gozaban sus operaciones en los días de mercado.

El esplendor que alcanzaron algunas de aquellas ferias, la historia lo cita con encomio y la tradición lo ha conservado hasta nosotros. Así, entre otras, eran famosas las de Medina del Campo, centro de contratación de ambas Castillas, León, Andalucía, Aragón y Navarra; Peñaranda, Burgos y Santiago, por reunirse en ellas la riqueza de sus regiones; Segovia y Cuenca por sus paños, azules y verdes, tan buscados en las costas de Africa, Turquía y las escalas de Levante; Palencia por sus mantas; Valencia, Ocaña y Cervera por sus especias; Toledo por sus armas; Ronda por los ganados de su serranía; San Sebastián y Azpeitua por su comercio nacional y extranjero; Sevilla por sus azúcares, azulejos, túnicas, alfombras y ricos tejidos de Berbería; Córdoba por su platería, sedas, ganados, armeses, sillas y sus famosos marroquíes, de tal excelencia, que hicieron a este género de peletería tomar el nombre de cordobán.

Varias fueron las causas que motivaron la decadencia de las ferias. El descubrimiento de América atrajo el comercio a los puertos, con daño grande de las ciudades del interior. La expulsión de los judíos y moriscos privó a España de tres millones de sus más laboriosos habitantes y, con su partida, empieza el ocaso de los paños de Murcia, los cueros de Córdoba, el papel de algodón de Salibah y el de tantos otros productos españoles, solicitados

en todas las partes del mundo. El sistema tributario, con sus medios de recaudación inmorales y vejatorios, con sus multiplicadas exacciones, fué gradualmente ahogando todas las artes e industrias; primero el impuesto de alcabala y después los de cientos y millones que a él se agregaron, aumentando de tal forma, por las necesidades de los Reyes, para satisfacer sus ambiciones y sostener sus tremendos errores, que el gravamen que los recaudadores cobraban en las ferias, llegó a ser el 30 por 100 del valor de todos los artículos que se compraban y vendían. La protección a los extranjeros en el orden de tributación, alcanzó un límite tan escandaloso, que en varias Cortes del Reino, a la vez que pedían los procuradores con urgencia descargo de tributos para la industria nacional, protestaban contra la situación privilegiada de los extraños, calificándolos en las de 1592 de «sanguijuelas que chupan toda nuestra sustancia y virtud».

Ni las súplicas de amparo de las Cortes, ni la vista de la reciente ruína de la industria y comercio, hicieron que el fisco real aminorase su tortura, y a fines del siglo XVII, las sederías andaluzas morían por no poder soportar, sobre los anteriores, un nuevo gravamen de 14 por 100; las ciudades más industriales se hallaban en su mayor parte despobladas, casi desiertas sus ferias famosas. En Medina del Campo quedaron barrios enteros sin habitantes; Segovia, Córdoba y Cuenca, vieron desaparecer sus industrias de pañería; Palencia sus picotes; Galicia sus linos y Málaga sus jabones, creciendo de tal modo la despoblación de España, que el Consejo de Castilla decía al Rey: «Las casas se desploman y nadie las reconstruye; los habitantes huyen, las aldeas quedan abandonadas, los campos incultos, las iglesias desiertas».

Hoy sólo conservan las ferias reminiscencias de su glorioso pasado, pero corren otros tiempos más venturosos para las ciudades. Ya no se puede conceder a unas privilegios, con perjuicio de las comarcanas, ni eximir a otras de derechos contributivos en las transaciones, atrayendo a ellas los productos. En un mismo campo de igualdades políticas y administrativas luchan todas por su prosperidad, pero quedan así reducidas a sus solas fuerzas, sin otra esperanza de alcanzar vida propia y digna, redimiéndose de pasear sus necesidades y mendigar a diario del Estado, que el conocimiento, estudio y fomento, por sí mismas, de sus riquezas naturales.

Si el engrandecimiento por todos deseado sólo es posible por su trabajo y virtudes, parece lógico llamasen anualmente a sus artistas, labradores, industriales, a todo su elemento productor, sin dispensar la asistencia al grande y ayudando a la del más pepueño, dándoles una fiesta de confraternidad a la que los hijos llevasen algo de su labor como ofrenda y para orgullo de la madre, y ésta podría contar su número; oiría sus aspiraciones, crearía solidaridades, observaría los gustos y aptitudes, admiraría los perfeccionamientos y adelantos, alentaría a los mayores en sus ricas empresas, sacaría de la oscuridad a los pequeños, llevándoles siquiera una voz que fortaleciera su espíritu y mitigara algo las negruras de sus vidas humildes.

Así deben ser las ferias: días de solaz y esparcimiento, de alegrías y regocijos populares, pero, principalmente, fiestas del trabajo de las ciudades, balances públicos de los caudales, exposiciones de frutos de los patrimonios.

Manuel Merino Castejón.

¡Por tí!

Por tí, que eres blanca como luz de luna
y en los ojos llevas calma de laguna
y en el pecho frescas flores de ilusión,
con rueca de ensueños hilo esta canción.
¡Por tí, que eres blanca como luz de luna!

Por tí, que perfumes tienes de rosales
con los que te brindas a curar mis males
y mis amarguras y mis desatinos,
quiero que las brisas lleven dulces trinos.
¡Por tí, que perfumes tienes de rosales!

Por tí yo vistiera traje de guerrero
y a lejanas tierras, como aventurero,
tu nombre y mi nombre juntos llevaría:
y aunque así la muerte me aguardara fría,
¡por tí yo vistiera traje de guerrero!

Por tí yo sería noble trovador
y cuando te hallaras en el mirador
tejiendo laureles para el esperado,
dejando en tu puerta mi corcel parado
¡por tí yo sería noble trovador!

Por tí, tras la esquina de oscura calleja,
plegando a mi brazo la capa bermeja,
al más atrevido rufián retaría;
y pronto mi acero desnudo alzaría
¡por tí, tras la esquina de oscura calleja!

Pasiones y glorias y anhelos, por tí,
mujer a quien amo con gran frenesí,
pues tú sola acoges mi santa quimera,
ya sabes, ya sabes, que todo lo diera,
¡pasiones y glorias y anhelos, por tí!

Francisco Arévalo.

Córdoba de España y la fiesta del Descubrimiento

Por España entera se va extendiendo de año en año la feliz iniciativa de la Unión Iberoamericana para la celebración del 12 de Octubre como una fiesta de la raza, como una demostración del vivo anhelo de que todas las naciones hispánicas afirmen los lazos de hermandad que deben sostenerlas en una comunicación continua y provechosa.

A Córdoba llega ya esta caudalosa corriente de generoso entusiasmo, que no en vano es nuestra población una ciudad colombina, en la que se conserva el recuerdo del inmortal navegante que en el Alcázar hablara a los Reyes Católicos —precisamente cuando se disponían a efectuar la reconquista de Granada para completar la unión de España—de una mayor y más asombrosa extensión de la nacionalidad, de la dilatación de sus dominios por un nuevo mundo.

Iba a terminar la magna empresa de la Reconquista que comenzara en Covadonga. En el encantado ambiente de Córdoba—capital hispanorrománica un tiempo, Corte luego de los Califas, residencia entonces de los soberanos inmortales que sellaban la unión definitiva de la nacionalidad—Granada se ofrecía como uno de los ideales más bellos que la humanidad haya podido alcanzar en toda época. En pocas palabras queda encerrada la sublimidad de aquel momento decisivo: los Reyes Católicos preparaban en Córdoba la reconquista de Granada.

Pues aún había más: allí mismo surgía un iluminado, espíritu grande entre los grandes, que ante los Reyes Católicos desdoblaba la maravilla de unos ideales superiores a los que embargaban el ánimo de España.

Fué en el Alcázar, probablemente, casi seguramente. Quizá en un aposento que diese al magno Guadalquivir.

Colón encendió allí mismo las luminarias inextinguibles de su genial propósito y mostró el camino de un nuevo mundo, allá, a través de los mares, rasgando para siempre las negruras del océano tenebroso.

Sobre las luces ideales de la reconquista de Granada, se elevaban las arrebatadoras luminarias del descubrimiento del Nuevo Mundo, que marcaría una época decisiva en la historia de la humanidad, que concedería al hombre la posesión de la tierra entera, que reuniría a los pueblos todos y determinaría la fundación de ciudades, reinos, imperios...

Un aspecto del Paseo de la Victoria

España, después de ir a Granada, iría al Nuevo Mundo, y fué, para su bien y para su mal, para sellar con uno de los más grandes sacrificios del mundo, una de las empresas mayores y más generosas: el conocimiento de la tierra toda.

Terminada la lucha en la Península, acabadas las contiendas por la total posesión del suelo patrio, España fué al mar, se embarcó y navegó por los mares procelosos hasta hallar nuevas tierras que reconquistar para el mundo entero.

Y fué en Córdoba donde se encendió el faro de luz inextinguible que iluminó las almas en el camino del asombroso ideal.

Aquí, el genio expuso sus proyectos; aquí, esperó; aquí hubo de sufrir y amar; de Córdoba es su hijo don Fernando.

Como ciudad colombina, Córdoba debe avivar y fomentar el recuerdo del inmortal navegante.

Debe intervenir primeramente—según proyectan valiosos elementos —en la celebración de la Fiesta de la Raza, conmemorando el hecho más transcendental y glorioso de la historia de España y la humanidad entera.

La celebración de la Fiesta de la Raza constituye un acto de afirmación nacional, importante en todo tiempo y más en los actuales, cuando la civilización entera sufre una crisis espantosa.

En la general catástrofe europea, España puede y debe erguirse, con puras y elevadas intenciones, en su fiesta mayor del 12 de Octubre para decir al mundo: En tal día como hoy, hace cinco siglos, un puñado de hombres admirables, que de mí habían salido, descubrieron un Nuevo Mundo, en el que se han formado más de veinte naciones a las que, más que como a hijas, considero como a hermanas.

¡Fiesta consoladora y altísima! Celebrémosla en la Córdoba de España como la celebran en la Córdoba de Méjico y en la Córdoba de la Argentina.

¿Cómo? Es sencillo, ya que el corazón ha de ofrecer el programa por entero a poco que en ello se piense.

Reúnanse las autoridades todas y los elementos docentes, ya que estos deben ocupar un puesto principal, y prontamente dispondrán la forma en que haya de verificarse la conmemoración.

Déjese que los niños se acerquen a la mayor gloria de España, en forma sencilla y grata. Puede aprovecharse la Fiesta de la Raza para incorporar a nuestras costumbres, pero de modo intenso y eficaz, una práctica admirable, por la que viene abogando el ilustre publicista Dionísio Pérez: la fiesta de la bandera. Reúnase a los niños y niñas en un sitio adecuado, désele a cada uno su bandera, incorpórense a ellos cuantas personas mayores quieran, hombres y mujeres, y pase esta hermosa manifestación por la ciudad para concluir en el campo, en la Sierra. Esta puede ser la base de la conmemoración y a ello se puede unir

la celebración de una velada pública, especialmente dedicada a Colón y a Córdoba: a Cordoba como ciudad colombina.

Más aún: solicítese del Estado que, conforme ha dispuesto que los pueblos de Montalbán, Villafranca, Priego, Villaviciosa y otros agreguen a sus nombres el de Córdoba, ya que en la Península hay otros que ostentan aquellas mismas denominaciones, nuestra ciudad se llame Córdoba de España, no ya para distinguirla de las de América, evitando perjudiciales confusiones—y este es el aspecto práctico de la cuestión, particularmente desde el punto de vista comercial y en el orden de las comunicaciones postales y cablegráficas — sino porque con ello se proclamaría que el amor de esta generó otras: la Córdoba de Méjico y la Córdoba de la Argentina, y así quedaría al mismo tiempo afirmado el título de ciudad colombina con que se enorgullece una población que se ha desdoblado en tierras americanas y en la que Colón encendió la luz inextinguible que guió la magna empresa del descubrimiento.

Más todavía: encárguese a la Escuela de Artes y Oficios, en la que hay un escultor tan notable como modesto—don Dionisio Pastor Valsero—que construya una lápida alegórica para colocarla o en el Alcázar, donde Colón hablara con los Reyes Católicos, o en el Parador del Sol, en el que Colón estuviera, precisamente frente a la Mezquita Catedral, maravilla arquitectónica digna de ser admirada por aquel genio altísimo en el que se elaboraba una de las mayores empresas que se han realizado en la tierra. La artística lápida—en la que se pudiera representar la entrevista de Colón con los Reyes Católicos—constituiría un bello elemento decorativo, serviría de enseñanza y recuerdo a todos y ante ella se detendrían los visitantes de Córdoba, luego de admirar la Mezquita, para decir: en la Córdoba de España, digna de haber albergado a Colón y de haberse desdoblado sobre tierra americana, produciendo la Cordoba de Méjico y la Córdoba de la Argentina, se conserva vivo y cordial el recuerdo del genio inmortal que aquí extendiera ante los Reyes Católicos la maravilla de sus proyectos para dar a la humanidad enteramente el mundo, para poner la tierra toda en las manos del hombre, entregándola por completo al trabajo de los hombres de buena voluntad.

Canto a Córdoba

¡Córdoba! Tierra bendita;
la ciudad de la Mezquita,
del placer y del valor:
deja que el alma dormida,
despertando a nueva vida,
ponga en tu frente una flor.
En tu seno alientan
recuerdos gloriosos,
de tiempos pasados
y maravillosos.

. . . .

Plaza de los Dolores,
donde un Cristo de piedra
parece que llora de otras edades
las perdidas grandezas.

. . . .

Calles de la Judería
estrechas y oscuras
como una traición,
en cuyo seno palpita
del pueblo israelita
la última canción.

. . . .

¡La Mezquita!
Creación de un genio soberano,
que encierra las preciosidades
del arte árabe
y las severidades
del arte cristiano.
¡La Mezquita!
En cuyos muros seculares
deja la brisa los aromas
de jazmines y azahares.
¡La Mezquita!
Tranquila y misteriosa,
a la que el Guadalquivir envía
su canción amorosa...

. . . .

Sierra cordobesa
perfumada y pura,
no hay otra que iguale
tu alegre hermosura;
tienen sus alcores
olor de panales
y el verde esmeralda
de tus naranjales.

. . . .

Cordobesa encantadora,
la de los ojos de aurora
mezcla de sombra y de luz:
tú eres la reina y señora
del fértil suelo andaluz.
Entre las blondas
de tu mantilla,
vive Sevilla;
y en la tristeza
de tu mirada,
vive Granada.

. . . .

¡Córdoba! Vergel divino,
de los patios con la parra,
del cantar y la guitarra
y los amores y el vino.
¡Córdoba! Tierra de flores,
de mártires y de ascetas,
de guerreros y poetas,
de músicos y pintores.
¡Córdoba, Córdoba amada,
andaluza maravilla,
alegre, como Sevilla,
y triste como Granada!
Aún duermes en tus laureles
como sultana Oriental,

en un lecho de claveles
bajo un cielo de cristal;
y llorando la grandeza
de tu muerto poderío,
esclavo de tu nobleza,
con su profunda tristeza,
besa tus plantas el río.

. . . .

¡Despierta, Córdoba mía,
que hay en tu horizonte
nubes de arrebol;
y aún tienen tus hijos
saber y energía
para que tu nombre
brille como el sol!

. . . .

Con toda el alma
le pido al cielo,
que, cuando muera, me entierren
en tu suelo;
para que a mi tumba lleguen
los perfumes de tu sierra;
para que sea mi cuerpo
¡tierra de tu propia tierra!

Antonio Arévalo.

FOMENTO DE LA CRÍA CABALLAR

CONCURSOS Y EXPOSICIONES

He aquí uno de los muchísimos medios de que disponemos para fomentar nuestra raza caballar, hoy casi extinguida, al más alto grado de producción, perfeccionamiento y explotación.

Córdoba tuvo hace tiempo esta fiesta, como uno de los números típicos y necesarios de los festejos de sus ferias famosas, mas hace unos cuantos años que se suprimio y, si hemos de decir verdad, merece aplausos tal determinación.

Como se organizaban, no respondían a la finalidad de progreso que con los certámenes de esta naturaleza se persigue y, claro es, que entre tener una fiesta inútil o que tal vez motivase disgustos, además de los consabidos gastos, o suprimirla, es preferible esto último.

Ello, sin embargo, no quiere decir que no deba implantarse sobre bases sólidas que garanticen su eficaz influencia en el fomento pecuario de la provincia.

No reseñaremos los innumerables concursos que se celebran en el extranjero, y menos esas fiestas eminentemente nacionales con que festejan sus mejores días los países de toda América, que en impulso ganadero caminan muy por delante de nosotros. Conformémonos con lo que en España se hace, y al que haya tenido la suerte de presenciar un concurso de ganado como el que en 1913 se celebró en la villa del oso y el madroño, no se le habrá disipado de la imaginación aquella impresión característica de recíproca satisfacción al observar lo mucho bueno de nuestra rica ganadería que, con verdadera exquisitez de gusto y elegancia, presentaron algunos ganaderos inteligentísimos.

Allí se observaron preciosísimos ejemplares de caballos árabe, angloárabe, hispanoárabe, trotadores de Orloff y Norfolk; allí se contempló con admiración las elegancias del inglés de carrera y lo ostentoso de nuestro caballo andaluz; allí, en fin, se admiró ese maravillo o engranaje de articulaciones, sublimes formas estéticas de conformación, etc., etc., que hacíanse manifiestas por aquellos armónicos movimientos, que solazaban dulcemente la más delicada imaginación.

¿Quién, a la vista de esto, se atrevería a negar que nuestra ganadería no posee variadísimos sementales para empezar una extensísima y variada producción pecuaria, de ganado caballar? Nadie; y, sin embargo, podemos afirmar que no es oro todo lo que reluce.

El que con este objeto visite Córdoba y estudie su ganadería, no tendrá más remedio que confesar que, exceptuando a dos o tres ganaderos amantes del progreso, reina en nuestra provincia, en lo que con la riqueza pecuaria se relaciona, el más desconsolador de los desconciertos.

Síguense en ella para la producción, mejora y explotación de nuestros animales domésticos, los primitivos y arcaicos procedimientos de nuestros abuelos, sin que la divulgación que de los conocimientos zootécnicos se ha realizado por pueblos y aldeas, haya servido para producir en esos rutinarios ganaderos ideas científicas de progreso.

Por ello, pues, es necesario que, como número preponderante de los festejos, figuren en nuestras ferias de Mayo y Otoño concursos y exposiciones de ganados, pues es la única forma de llevar a conocimiento de esos seres atávicos la influencia de los métodos zootécnicos modernos en la mejora y explotación de nuestros animales.

Celebremos en nuestra capital concursos y exposiciones de ganado; despertemos del letargo que venimos padeciendo y contribuyamos todos, en la medida de nuestras fuerzas, a purificar nuestra ganadería, haciendo de este modo una valiosa prenda de nuestra querida Córdoba.

Josè Sarazá Murcia.

Un aspecto del mercado de ganados

Reflexiones del momento

Toda la literatura española, desde 1898 hasta la fecha, está impregnada de un escepticismo incurable. Ya los términos de la polémica se han complicado. A la ineficaz, cuando no perturbadora gestión de los mandatarios del Estado, se ha unido en estos últimos tiempos la indiferencia suicida de la masa. Ya no se puede decir solamente: *los de arriba no quieren o no saben hacer;* es aún más desconsolador lo que ocurre; es que *a los de abajo les trae sin cuidado que se haga o no se haga.* Y esta última observación sugiere la idea fatalista de una próxima, inminente desaparición.

Cuando en un país se padece la ineptitud o la mala fe de unos gobernantes, nada o poco importa si la conciencia pública se halla capacitada para imponer determinaciones salvadoras. Pero si esa conciencia no existe, el desacierto consumará irremisiblemente su obra.

Y, en conciencia, hay que formarla, hay que despertarla en un esfuerzo heroico, decisivo y armónico de los que suspiran por la redención. ¿Cómo? Diciendo la verdad, afrontándola cara a cara, procurando imponerla. ¡Grande y poderosa virtud la de la verdad, que no entiende de motes ni de parcialismos!

Por ocultar la verdad, falsearla y disfrazarla constantemente, hemos llegado a la presente situación, en que por más que la buscamos, no damos con ella. Hemos perdido el divino don de juzgar con acierto y todo lo ha producido la resignación, esta resignación española, bien propicia a sufrir las mayores humillaciones.

A la concepción de grandes ideales, y ninguno tan grande como el de salvar del aniquilamiento a todo un pueblo, debe preceder la formación, o la depuración al menos, del alma colectiva, arrancándole la venda que ciega sus ojos, para mostrarle después el deber; y cuando el alma colectiva conozca el deber, lo ame y persiga su cumplimiento, se producirá el espíritu ciudadano, que es todo ejercicio y actividad, fuerza impulsiva que pondrá en movimiento la máquina del Estado, hoy casi paralizada por la herrumbre que crió en años de inacción y abatimiento.

Trabajemos hasta que un soplo vital corra por todos los ámbitos de España. Laboremos sin cesar, empezando por restaurar los valores históricos, que tienen en la personalidad de la Región una de sus más vigorosas expresiones, pero sea este regionalismo amplio, henchido de nobles ambiciones y no agitado por pueriles egoísmos, que así renacerá pronto la Nación, asentada sobre sus fundamentos naturales.

Leonardo Colinet.

A LA QUE SALTA

BOTONES DE FUEGO

En Somorrostro, un *padrazo*, como hay muchos (*don* Nilo Saiz dará razón), ha acometido a dos nenitos, de dos y tres años, respectivamente, infiriéndoles heridas de extrema gravedad.

Una vez más ha surgido un hombre fiera que, quebrantando la frase del Maestro, diga: *¡No quiero que los niños se acerquen a mí!*

—

Se han roto las corrientes de aproximación (¿existían?) entre los elementos de Dato y los cuatro gatos que siguen a la Cierva.

Este buen murciano, siempre tan leal, tan altruísta, tan desinteresado...

¿Pero de veras se aproxima Maura al poder?

¡Don Juan, don Juan: es su señoría un zahorí del Presupuesto!

Sólo que por ahora, su espíritu profético ha sufrido un pequeño descalabro.

—

Días atrás y luego de su magnífico artificio oratorio, el Sr. Vázquez de Mella fué conducido por sus admiradores, desde el local donde se le obsequió con un banquete, a su domicilio.

Y la condución fué en hombros.

¡No siempre han de ser los toreros!

Por mí, que le den la vuelta por el ruedo de España.

—

España arde en crímenes.

En pocos días se han descubierto cerca de dos docenas, y hasta en Córdoba, esta Córdoba tan buena, tan apacible y tan inofensiva, han acaecido tres asesinatos.

¡Y luego dicen que no nos *europeizamos*! ¿Acaso no es un signo progresivo, el ir paralelamente con Europa en eso de cortar la cabeza al vecino?

—

Sin explicar las causas de su fatal determinación, ha puesto fin a su vida en Oviedo el ciudadano Crescencio Pérez y Pérez.

¿Para qué más causas que el nombre y los dos apellidos que llevaba por el mundo el muy infeliz?

¡Crescencio! ¡Pérez y Pérez! Nada; ese hombre hizo bien eliminándose.

Con unos patronímicos así no hay derecho a la vida.

—

¿Qué pasa con el proyectado homenaje en honor del muy simpáti-

co e ilustrado don Manuel Varo Repiso?

¿Qué fué de aquellas fogosidades del comienzo?

Se dijo que aún no estaba el proyecto en sazón.

Ya lo está. Ya dejó Don Manuel de pertenecer al municipio, en calidad de primera persona en capacidad administrativa, consultiva y tal...

Ahora, a celebrar el merecidísimo homenaje, pronto y bien.

—

Un anuncio:

«Aprendiz».— *Puede solicitarlo joven sobre catorce años, para el establecimiento de tal y cual.*»

¡Cualquiera ve a un muchacho sobre catorce años!

¡Para eso si los catorce años consabidos se invirtieron en ir amontonando paja y el chico está en lo alto del almiar...!

¡Los hay académicos!

Granadilla.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

La feria de Otoño en Córdoba

Importante mercado de ganados, que se celebrará en los días 24, 25, 26 y 27 de Septiembre actual, verificándose con este motivo los festejos siguientes:

Iluminaciones.—Gran corrida de seis tores de la ganadería de don Francisco Páez Rodríguez, en la tarde del día 24, a beneficio del Asilo de Madre de Dios y San Rafael (Sección de Caridad). Matadores: Julián Sáiz (Saleri II), Florentino Ballesteros y Diego Mazquiarán (Fortuna).

—

Otra gran corrida de seis toros de la ganadería de doña Enriqueta Zapata, viuda de Salas, en la tarde del 27, último de feria, a beneficio de la viuda e hijos del diestro Fermín Muñoz (Corchaíto). Matadores: Rafael Gòmez (Gallo), Manuel Rodríguez (Manolete), José Gómez (Gallito), Juan Belmonte, Julián Sáiz (Saleri II) y Florentino Ballesteros.

—

Concierto matinal en la tienda del Ayuntamiento por el Real Centro filarmónico de Eduardo Lucena, el día 25, segundo de feria.

—

Música en el real durante las noches de los días del mercado por la Banda municipal.

Bailes.-Fuegos artificiales en las noches del 25 y 26.—Cucañas.—Teatros.—Circos y otros espectáculos.—Trenes especiales.

Nota.—Los ganados que concurran a esta feria podrán pastar libremente en la parte de la dehesa de Rabanales contratada al efecto.

Córdoba 7 de Septiembre de 1916.—El Alcalne, *Salvador Muñoz Pérez.*—El Secretario interino, *José Espejo Blancas.*

Los pobres de la Feria: Gitanillos y borricos

LOS HUÉRFANOS DE CORCHAÍTO

Afortunadamente, la celebración de la corrida a beneficio de la viuda y los huérfanos del malogrado diestro Fermín Muñoz González (Corchaíto) puede ya considerarse como un hecho.

Fijados han sido ya los carteles oficiales anunciadores de la feria de Otoño, y en ellos figuran la corrida del 24 y la del 27; asimismo, fijados están en los principales establecimientos de nuestra capital los carteles especiales que la casa de Enrique Mirabet, de Valencia, ha regalado a Joselito, y al mismo tiempo han sido repartidos los programas de mano.

Podemos, pues, asegurar que la corrida, salvo algún incidente imprevisto, se verificará en la tarde del día 27, cuarto de los de feria, y que en ella tomarán parte las principales figuras de la tauromaquia contemporánea.

Grandes, grandísimos han sido los esfuerzos que, para conseguir que la corrida se organizara, ha realizado durante dos años un grupo de amigos incondicionales del desgraciado Corchaíto, excelente ciudadano, buen esposo y amantísimo padre, a quien en Córdoba se quería mucho, más que como torero, por sus excepcionales condiciones personales, no muy comunes en sus compañeros de profesión.

Convertidos en hormiguitas, aportando hoy un granito de arena y mañana otro, sin desmayar un instante ante los innumerables obstáculos que a cada momento se opusieran a la meritísima labor, ese grupo de incondicionales amigos ha luchado, con voluntad de acero, hora y hora, día y día, meses y años, hasta conseguir que se formase, con esos diminutos granitos, una recia y elevada fortaleza en cuyos cimientos sólo se utilizaron como materiales estas palabras: ¡adelante, siempre adelante! Y se ha llegado a la cima de la montaña que antes parecía imposible de escalar.

Hoy, al ver oficialmente coronada por el éxito la feliz iniciativa que surgiera en aquellas amargas horas en que aún estaba insepulto el cadáver del bravo lidiador, cuando la esposa, llorando amargamente, reclamaba el cuerpo exánime de su marido y sus hijitos no cesaban de preguntar: ¿cuándo vendrá papá?, deben darse por bien empleados cuantos trabajos han realizado esos amigos, tan nobles como leales, y orgullosos, pero al mismo tiempo humildes, debemos decir ante la tumba del pobre Fermín: los que en vida te quisieron como a un buen amigo y te admiraron como esposo y padre amantísimo, han sabido honrar tu memoria no olvidándose de tí ni de tu familia. ¡Descansa en paz! ¡Tus hijos, no se quedarán sin pan!—**De Lis.**

IMPRENTA MODERNA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

El venerable maestro jubilado D. José López Rodríguez, que durante 40 años de profesorado ha enseñado a leer y escribir a muchos centenares de muchachos.

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 30 de Septiembre de 1916 | NÚM. 7

FUERA DE LA ESCUELA

La renovación pedagógica del día fundamentalmente cifra sus ideales en despojar la escuela primaria de las características de institución que toma su ser del valor asignado a normas preexistentes, para transformarla en organismo que funcione acordado con el ritmo de las leyes biológicas y que prospere merced a las corrientes del cambio entre su economía y el medio, la naturaleza, las cosas y los hombres.

¿Cómo nos disponemos a aceptar la mudanza? Sin condenarnos a la fatiga de una meditación tenaz, no es difícil que comprobemos la lentitud con que discurre la escuela nuestra por la senda de las evoluciones, menos en el orden de la especulación que en el de los hechos, hacia su constitución en centro de fuerzas que actúen sin tregua, consumiéndose en trabajo siempre útil de educación social.

Este hondo problema del modo de ser de la escuela no ha inquietado todavía la conciencia del pueblo: bien es cierto que tampoco le preocupa su manera de estar. Si no fuera por un sentimiento de respeto al instinto colectivo de progreso, nos habríamos dejado ganar ya por la creencia desoladora de que la multitud acusa repugnancias por la renovación de aquéllo, que más la soporta que la ama.

La postura de indiferencia sugiere una pregunta así: ¿por qué la voz de abajo no es unísona con la voz de arriba? Pues en esta cuestión se advierte, como a menudo se comprueba en muchas del común interés, que los órganos supremos del Poder público se anticipan con las soluciones, convenientes a las demandas clamorosas de opinión que pueden con sobra de fundamento esperarse, de remedio de males que a todos alcanzan. Así, tratando de lo que aquí nada más se apunta, en el preámbulo muy notable de cierto Real decreto se aseveraba rotundamente que «hay que abordar, como postulado de toda reforma, así en el orden pedagógico, como en el económico y en la construcción de edificios, el problema de *la organización escolar*». Marchando tan despacio, tan despacio que en dilatados territorios del mapa cultural, todavía no se anota ningún centro primario de tipo moderno, parece lícito, hasta obligado, que se promueva una agitación de los espíritus, señalando como uno de los ejes de rotación del pensar y del sentir del pueblo la cuestión «escuela primaria», una inquietud en las conciencias acerca del futuro humano cifrado en la valorización máxima de nuestras energías.

EL INSTITUTO DE CORDOBA

La tarea es ardua, tal que para engendrar una preocupación durable por la cultura hay que romper la costra espesa de una tradición de incultura secular en que el pueblo ha vivido la vida misérrima, la vida sin vida de los esclavos del músculo. En esta empresa viene empeñada la escuela primaria desde su establecimiento, como que en disponer a los más a la posesión de la vida plena está la razón de su existencia.

Pero la escuela entre nosotros no es todavía un foco de actividad social: situada fuera de la zona de elaboración de las soluciones perentorias a los problemas del angustioso vivir al día se la ve con dolor arrinconada, encogida, medrosa, sin relieve. Y las gentes la miran, si la miran, en línea, en fila, con el hospital, con el asilo: ¿para cuántos no será, de entre mil, el recogimiento de los niños pobres?

Para empezar a destacarse tiene que resolverse enérgicamente, con las fuerzas de su flaqueza, sin espasmos, con serenidad y alma, a unos modos de acción nuevos, nuevos al menos en el espacio de nuestras experiencias comarcanas, ejercidos con sistemático proceder, creadores fecundos de motivos intere-

santes que capten en primer término la voluntad de los padres. Para empezar tiene al niño y en el niño y con el niño ha de laborar en contacto siempre con las realidades del medio. En ello hay una enseñanza que ante todas dará a todos: la de que no se basta a sí misma. La relación, inmediata, íntima, continua con las cosas y las personas y los hechos de extramuros determinaría forzosamente sobre ambos términos una serie de reacciones, de modificaciones, de cambios, acaso, acaso manifestados con hostilidad, con desazón, con desagrado, al acusarse como fenómenos insólitos. Mas no nos arredre la característica, que siempre las mudanzas llevan de escolta los sinsabores.

La misión didáctica de la escuela es ineludible—no es lo mismo pensar que sea única o predominante— y ya no queda profesional ajeno de que la evolución metodológica se propone el acuerdo entre las funciones psicofisiológicas y su actividad aplicada a la formación de conceptos y de hábitos, de que se orienta sin disimulos, hacia una finalidad educativa. Pronto, luego del período de las nuevas concepciones, se inicia la fase de acciones renovadas y ya nos invade el ansia de asistir a la aplicación sistemática de los procedimientos que se oponen a las maneras consagradas de la rutina. Las ocasiones de conducirse como demanda la condición de estos recursos sobran a la perspicacia del maestro. Y no son para desaprovechadas cuando se reputan las más excelentes para llevar a término los empeños genuinamente pedagógicos y de predicar al pueblo con la sugestión imitativa, el amor a la cultura; habiendo al cabo de resolverse estos efectos en una estimación superior del órgano que los produce.

Para ceñirnos a un aspecto sólo de las modalidades de acción de la escuela, cuando se extiende en su seno, rebasando los estrechos confines en que la tradición la ha localizado, ni siquiera con esplendidez, ni siquiera en tantos casos con decoro y holgura, ¡con cuánto deleite hablaríamos de las excursiones y de los paseos instructivos!

Uno de nuestros pedagogistas más sesudos, criticando severamente los vicios de origen de la educación como la hemos practicado, escribe: «Se ha creído y se sigue creyendo aún que la educación intelectual es exclusivamente, preponderantemente por lo menos, cosa de letras, de libros. El primer acto de educación intelectual consiste en presentar al niño un alfabeto; y desde entonces, atado a las letras, a las líneas y a los párrafos ha de vivir: la ciencia es un libro o una biblioteca; la verdad está en la estructura de una frase.» «Como primera preocupación pedagógica, de suprema actualidad, uno de los fines que la educación intelectual tiene que poner mayor empeño en conseguir, es el volver la inteligencia por su verdadero cambio de frente, hacia los hechos y las cosas de la naturaleza, de la sociedad, de la vida, a los cuales viene, en nuestra raza acaso más que en otra alguna, dando obstinadamente la espalda hace siglos.» «Sólo hay un medio para lograr que el hombre, al encontrarse ante la realidad, no se sienta desconcertado e inerme frente a ella: familiarizarse con la naturaleza, con la sociedad, con la vida por una educación intelectual que le mantenga en comunicación constante con el medio, en toda su amplitud; que le ayude desde los primeros tiempos, a moldear su inteligencia en la acción misma de los hechos y de las cosas.»

Roberto Bodigó, discurriendo acerca de la actividad que promueve la educación, ha dicho: «Antiguamente, el maestro puede decirse que sólo empleaba la palabra; sólo enseñaba palabras y éstas las hacía aprender de memoria. Parece que ignoraba que en el mundo de las cosas es donde el escolar excita su pensamiento y las costumbres que de él dependen; parece que ignoraba que es inútil la palabra si no se conoce de antemano la idea relativa y que las ideas se tienen justamente mediante la experiencia de las cosas.»

Wolfgang Ratke, defendiendo el principio de la intuición, escribió: «Primero la cosa en sí misma, luego el modo de ser de la cosa.»

Comenio, el gran Comenio, exclamaba hermosamente. «Debe enseñarse a los hombres, en cuanto sea posible, a sacar su criterio, no de los libros, sino del cielo y la tierra, de las hayas y los robles.»

De H. Faine son estas expresiones: «Con la educación sedentaria, en local cerrado, durante tanto tiempo, en vez de los objetos, estudiamos sus dibujos; en vez de los países, los mapas; en vez de los animales vivos en lucha por la existencia, aprendemos clasificaciones o a lo sumo observamos en los Museos despojos de animales muertos.»

Llevado, pues, de estos pensa-

mientos, el maestro, aún oprimido por una organización (la monodidáctica) tan desacreditada, que el anacronismo derrumba, haciendo de cristal los muros de la escuela, cuando no salvándolos, iniciará toda la labor en cuanto alcancen la mirada y las manos de los niños.

No hay consejo obstinado por demás, si se dirige a persuadir de que ante todo se guíe al educando hacia el conocimiento de su pueblo. En las excursiones y paseos que a este propósito se organicen, la labor docente discurriría por los cauces que los antepasados y los hombres del día abrieran, y en abrirlos consumen sus energías, realizando de algún modo sus vidas y dejando allí los testimonios de sus ideales, de sus concepciones, de sus afanes. ¿Quiérense ocasiones y modos más agradables, más sugestivos, más interesantes de enseñar, lo más jugoso de la Geografía y del Dibujo y del Lenguaje y de la Agricultura y del Arte y de la Química y de la Industria y de la Zoología y de la Geometría y de la Botánica y de la Historia ..? Porque todo ello está en cuanto lo rodea, como en el mismo niño, antes y primero que en los libros. La habilidad y la eficiencia de la técnica, del hacer profesional, estriba en que se perciba y obre en presencia de las realidades y bajo su influjo y con sus elementos para que los conceptos se formen y los hábitos se constituyan, a medida que la capacidad del educando se amplía y sus aptitudes se atemperan a las exigencias del vivir.

¡Cuántos tesoros de conocimientos útiles y bellos y qué fontanas más abundosas de emoción no esperan al niño cordobés en esta su tierra donde razas imperialistas dejaron monumentos imperecederos, donde florecieron las industrias más artísticas, donde nacieron, en todas las épocas, próceres del talento y de la virtud y del valor, donde acaecieron hechos famosos, donde la naturaleza quiso mostrarse augusta, donde Dios encendió a menudo el estro de dilectos cantores... y donde todavía suenan las músicas rimadas del habla más hermosa y honran su cuna pintores y escultores insignes y héroes cuyos nombres quedan en los anales de la historia patria y sabios que dan lustre a la cátedra; donde se subliman las galas arquitectónicas de la ciudad y no se extingue el eco misterioso de las poéticas tradiciones y esplenden industrias que las hadas envidian y los progresos del cultivo saben encontrar la abunnancia de los frutos más preciados y las forjas no descansan labrando los instrumentos humildes y poderosos de trabajo y no se apaga el zumbido de la colmena de obreritas afanosas y el tráfico amontona las mil cosas con que los hombres comercian y se escucha de continuo el alentar de cien motores...; donde el suelo ubérrimo y los céfiros mimosos y la luz maravillosa jamás se cansan de criar flores..., que para ellos quieren ser, para los niños que, embargados por el tedio y roídos de la tristeza, consumen tantas horas de su vida de ángeles en el sombrío rincón de cualquier escuela!

José Priego y López.

Inspector de 1.ª Enseñanza.

El próximo número de la revista semanal independiente CÓRDOBA estará principalmente dedicado a la conmemoración del descubrimiento de América, considerando a Córdoba como ciudad colombina.

SALA DE VISITAS DEL INSTITUTO

Valor educativo de la Enseñanza de la Historia

Continuamentente, y con gran dolor por nuestra parte, oímos, aún a las personas más respetables por sus profesiones científicas, declamar contra la inutilidad de los estudios históricos, asegurando que de nada sirve a los niños saber cuentos chinos o tártaros, mientras que, si emplearan este tiempo en estudiar matemáticas, cálculos, etcétera, adquirirían conocimientos de eficacia práctica para la vida moderna.

Todos los que así hablan de esta ciencia universal, guía de nuestras acciones, la desconocen por completo, y no por falta suya, sino de los maestros que, en vez de darles a conocer la historia del arte, de las costumbres, de las instituciones de los pueblos, les enseñaron exclusivamente una historia militar o cronológica, dejándolos ayunos del verdadero sentido de la historia en la educación de la vida.

La enseñanza de la historia ha pasado por una larga crisis en sus procedimientos pedagógicos, no terminada todavía, en la primera enseñanza y en las secundarias; de esta crisis nos hemos librado en España, en una de sus manifestaciones: la de convertir la historia en una concepción patriótica como, por ejemplo, ha hecho y sigue haciendo la escuela alemana y aún durante algún tiempo, aunque corto, ha ocurrido en Francia.

Triste es ver falsear las ciencias, y aún más esta tan filosófica, para consagrarla a tal fin, cuando para ninguna de ellas debe de haber fronteras y han de ser constantemente como espejo de la humanidad.

Sin hacer consideraciones algunas sobre la enseñanza de la historia, no nos resistimos al deseo de consignar algunos de los fines modernos que debe de tener su estudio. La historia, por el amplísimo campo que abarca, ha de ser estudiada sólo en sus puntos más culminantes, pues de lo contrario sería icognoscible. Se ha de procurar que su estudio sea educativo desde el punto de vista de la moral, para lo que se analizarán con gran detenimiento las grandes figuras de la historia que nos pueden servir de modelo para la educación de la voluntad, haciéndolo así demostrar en un Demóstenes, un Colón, un Turgot, un Conde de Floridablanca y otros cuyo examen filosófico puede muchas veces servir al alumno de piedra de toque para avalorar su propia educación.

El alumno deberá tener un conocimiento completo y científico de la influencia que los hechos y las leyes de las generaciones pasadas hayan tenido y tengan en la constitución política de su país, como ha acontecido en España con la unidad de raza y de religión. Deberá el catedrático hacer un estudio filosófico de los momentos más críticos de la historia de su patria y de la humanidad, como la destrucción de los antiguos pueblos de Oriente, la invasión de los bárbaros en el siglo V, la revolución francesa y otros semejantes; de este modo, el alumno, si en su vida encuentra un momento crítico para su patria o para la humanidad, como sucede con la actual guerra europea, se familiarizará, según dice el insigne Seignobós, con la idea de la transformación continua de las cosas humanas, y se preservará del miedo no razonado de los cambios sociales, rectificando su noción del progreso.

Nuestro sabio maestro Altamira, en su notabilísimo libro *La enseñanza de la Historia*, se extiende también en atinadas consideraciones sobre el valor que tiene en la cultura del país el conocimiento exacto de los Monumentos, Archivos, Bibliotecas y Tesoros Arqueológicos, y que en las Escuelas Normales debe ser aún mas provechoso, pues el maestro será en el pueblo o en la aldea el único que puede velar por la conservación de las venerables reliquias que las generaciones pasadas nos han legado, por estar en contacto con ellas y poder apreciar su mérito y su importancia.

¿Cuántos y cuántos vandalismos históricos se hubieran evitado si estas sabias doctrinas, se hubiesen predicado, muy especialmente en nuestros seminarios, durante el siglo pasado y también en todos los países?

Este último fin de la historia no se puede conseguir con el alumno, sino mediante excursiones, visitas a Museos, Bibliotecas, etc.

Un curso de historia completo puede darse en muchas iglesias, empezando en el pórtico y terminando en el misal del sacerdote.

Y, sin embargo, ¡qué poca atención se ha prestado en España a estos estudios durante largo tiempo! Las excursiones arqueológicas eran muy escasas y muy pocos los profesores de Historia que las hacían, más hoy, afortunadamente, su número aumenta de día en día.

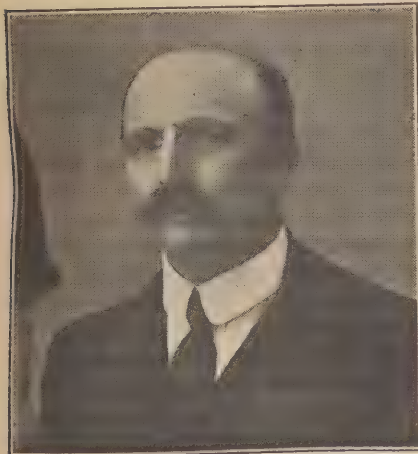
En una Real orden del 28 de Octubre de 1804, dispuso el Estado, con muy buen acuerdo, la formación en los Institutos de Museos de Arte y de Historia para el estudio de esta ciencia y que los Claustros excitaran el celo de los Ayuntamientos y Diputaciones para que contribuyeran a ello, disponiéndose al mismo tiempo la visita de los alumnos, acompañados del catedrático, a los Museos, en cuantas capitales los hubiese.

Respecto a la segunda parte, ya

PERIODISTAS DE CÓRDOBA

El redactor del *Liberal* don Francisco Quesada, periodista activo, de felices recursos y ocurrencias y muy entusiasta de la profesión.

Caricatura de Cámara.



D. Agilio E. Fernández García
Director del Instituto provincial y técnico

hemos dicho que se cumple más o menos fielmente; en cuanto a la primera, son muy pocos los Institutos de España en que se han creado los Museos, bien porque los catedráticos no se han preocupado de ello o bien por la escasa consignación destinada al material de enseñanza, una vez que el poco con que se cuenta es preciso aplicarlo a la conservación de los laboratorios de Física, Agricultura, etc. Estos motivos o disculpas que se alegan no constituyen sólidas razones. Hay que pensar más bien que no se han formado estos Museos por no considerarlos necesarios, del mismo modo que se suprimió el griego en los Institutos y estuvo a punto de suprimirse la lengua latina por estimarlos suparfluos, y es que tanto en las altas esferas oficiales como en los Claustros docentes, se ha creído durante muchos años que lo esencial en la educación moderna eran las ciencias, y las letras poco menos que inútiles; hoy, afortunadamente, todo el que piensa razonablemente, opina lo contrario; y es preciso que desaparezca el prejuicio de aquellos catedráticos para quienes la asignatura que explican es la más importante de todas, confundiendo lastimosamente el lugar que esta tenga en la ciencia con el que le corresponde en la educación. En este terreno tienen la primacía las letras; lo que no quiere decir que al elegir carreras no se dé la preferencia a las científicas y prácticas.

Prueba de ello es el renacimiento de los estudios históricos que se está realizando en España, a semejanza de lo que ocurre en la mayoría de las naciones cultas, que vuelven a los tiempos de la enseñanza clásica.

En España se nota esta tendencia en el actual plan de estudios de Escuelas Normales, cuyo fundamento lo constituyen las letras.

Recordemos, para concluir, lo que Napoleón el Grande, hombre nada amigo de las letras y sí de las ciencias, decía al fundar la primera Escuela Normal: «Me gustan las ciencias matemáticas y físicas; cada una de ellas, álgebra, química y botánica, es una aplicación del espíritu humano; pero las letras son el fondo del espíritu humano; el estudio de las letras, es la educación general que prepara a todo, es la educación del alma.» Estas ideas de un hombre superior a su siglo y a sus contemporáneos están hoy en la conciencia de todos los pedagogos, que coinciden en afirmar que lo primero que debe educarse es el alma: este fin altísimo y transcendental sólo se consigue con el estudio de las letras y más especialmente con el de la Historia.

Miguel Angel Orti

La Mutualidad Escolar

La razón nos enseña de continuo, así como la experiencia nos lo confirma, que los conocimientos e ideas que de una manera fácil y clara se adquieren con la demostración intuitiva y palpable de los hechos u objetos, apenas si llegan a comprenderse, por muy claras y precisas que sean las explicaciones que sobre ellos se den con el auxilio de la teoría.

Esta verdad axiomática adquiere cada día mayor impulso en las Escuelas, y así vemos que la Pedagogía ha cambiado totalmente, en estos últimos años en particular, en lo referente al agente de ella: el niño; los métodos que se siguen; los procedimientos que se emplean; las excursiones y paseos escolares y el material científico, cada vez más instructivo, nuevo y variado, tienden a hacer los trabajos del alumno eminentemente prácticos y en lo posible intuitivos.

D. José García Martínez
Comisario regio de la Escuela de Artes y Oficios

Al explicar, por ejemplo, Geografía es inmensa la ventaja que se obtiene presentando ante los niños, en la excursión o paseo escolar, los accidentes del terreno: el monte, el valle, lagos, ríos, etc., y, cuando no esto, presentarles animados, digámoslo así, por medio de la fotografía, los monumentos notables, poblaciones importantes, hombres célebres, mares, volcanes, etc.

Quien no haya visto y tocado, quien no haya practicado o recogido los frutos benditos del ahorro, nunca llegará a comprenderlo bien y a sentirlo, por muy clara y precisa que tal idea se le exponga.

¿Cómo, pues, enseñar en las Escuelas de una manera muy práctica las virtudes del Ahorro y la Previsión?

La Mutualidad Escolar es la práctica de ellas, así como el origen y fomento de otras muchas que con su implantación se obtienen, pues, como se ha dicho, «no es sólo una virtud, sino un semillero de ellas.» Muchas son las dificultades con que para establecerla tropezamos los maestros, sobre todo en los pueblos pequeños, donde toda innovación ofrece duda; pero, vencidas que son, gozamos de sus imensas ventajas: los niños, a más de los bienes ma-

teriales que ella les proporciona (constituirse una dote al cumplir los veinticinco años; procurarse un seguro mutuo en caso de enfermedad o de muerte o formarse una pensión de retiro para la vejez) se inician en los deberes de la previsión y de la solidaridad, fomentándose a la vez en ellos ideas de abnegación y altruísmo; se hacen más aplicados, más amantes de la Escuela, del maestro y de todos sus condiscípulos.

Esta institución tan natural y modesta y que aumenta prodigiosamente de día en día, produce resultados excelentes en la Escuela y por ello, quien de veras se interese por la infancia, debe llegar a ensayarla, para conocer de una manera exacta los frutos abundantes y escogidos que con su implantación y fomento obtenemos.

Carlos de Toro Soulé.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

FIGURAS DE LA CALLE

EL APRENDIZ DE CICLISTA

De pronto, en la apacibilidad de una de estas hermosas tardes pasadas, cuando el público llenaba tranquilamente el paseo del Gran Capitán, un ciclista surgió inesperadamente entre la multitud y, haciendo en verdad la gráfica figura del afilador loco montado sobre la rueda de la piedra, pasaba por entre las personas, las sillas, las mesas, los coches, los caballos y los automóviles con celeridad desconcertadora y a punto de chocar y estrellarse a cada momento. Siguió por la calle del Conde de Gondomar haciendo eses, sujetándose como de milagro, librándose por pura casualidad, pareciendo que no sabía qué hacer con las manos ni con los pies; llevando la ropa desordenada, teniendo los cabellos en punta y presentando en la cara la viva expresión del susto. En uno de los bandazos fué a dar en la calle de los Leones y se metió en la confitería de La Perla. ¡Ya se ha matado!, gritaron los espectadores. El ciclista, botando y rebotando sobre los escalones, salió otra vez a la calle del Conde de Gondomar, y a punto siempre de atropellar a transeuntes o perecer aplastado bajo un vehículo, penetró en la plaza de las Tendillas, yendo derechamente sobre la farola. ¡Ahora es cuando se mata!, exclamó el público. El ciclista pasó rozando la farola y enfiló las tertulias de la acera del Suizo. Todos se levantaron más que aprisa, diciendo a voces: ¡Esto es un escándalo! ¡No se debe consentir! ¡Si no sabe montar en bicicleta que aprenda en el campo! Acudió un guardia. El ciclista, descompuesto siempre, lo acogió cual si fuera su salvador; le puso una mano en la espalda, dió unas cuantas vueltas en torno suyo, como si no acertara a detenerse y bajarse, le preguntó la hora que era. se la volvió a preguntar porque no había entendido bien si le había dicho que eran las seis o las seis menos siete; le preguntó luego si era jueves y, por último, desapareció dando tumbos, vueltas y revueltas.

A los pocos momentos, cuando el público comentaba vivamente lo sucedido con el aprendiz de ciclista, se produjo un nuevo revuelo en la calle del Conde de Gondomar: era el mismo sujeto desconocido que por ella descendía patinando limpiamente.

El público cayó en la cuenta. Aquel no era un aprendiz de ciclista, sino un extraordinario dominador de la bicicleta. Efectivamente: Fernando de los Ríos, que tal es su nombre, es un joven despierto como la luz, que libremente, en fuerza deser hábil y listo, ha dominado unas cuantas maneras de entrar en el público para ganar los cuartos que necesita. No se ha encasillado en la sociedad con la etiqueta de un título determinado. Se basta con el cultivo de sus habilidades. Es español de América, ha impresionado películas en París y actualmente recorre la Península vendiendo máquinas para escribir. Hoy está en Córdoba, mañana en Lisboa, pasa luego a Barcelona, va a San Sebastián después y en todas partes gana dinero este original vecino de todas las ciudades del mundo entero.

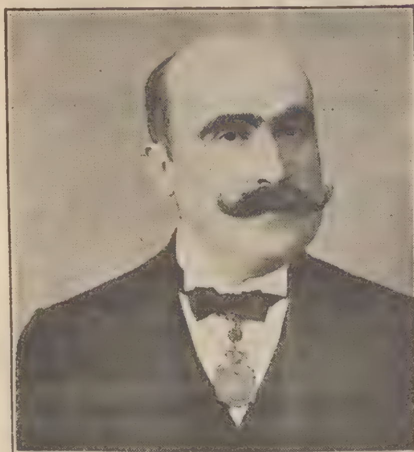
A veces se introduce discretameute en una tertulia y se queda muy en silencio, como si en la vida hubiera roto un plato. Al momento, suena, sin que se sepa de donde viene, una alegre musiquita. Disimuladamente, los señores de la tertulia miran a una y otra parte para averiguar donde está la orquesta Sólo permanece impasible el viajante que es precisamente el único que está en el secreto, porque la musiquita proviene de un aparatillo que lleva en el sombrero. Tal es el hombre ingeñioso, libre y hábil que vive merced a los recursos de su personal actividad y que se hace pasar como un aprendiz de ciclista precisamente porque domina admirablemente la bicicleta.

Caricatura de Cámara.

La falta de preparación

Acaso llame la atención el elevado número de alumnos fracasados en la prueba final del curso, como resultado de los exámenes efectuados en el Instituto, pareciendo a primera vista la consecuencia de un exagerado rigor o de un deseo de detener en su *paso* por el Bachillerato a determinados alumnos. Al menos, tal es siempre la creencia de los interesados y la de sus familias que, por satisfacer su amor propio, por la ceguedad que produce el cariño paternal mal entendido, atribuyen frecuentemente a ojeriza del profesor o a exagerado rigorismo, cuando no hasta a causas verdaderamente ofensivas, el fracaso de sus hijos en el examen; fracaso debido muchas veces, indudablemente, a falta de aptitudes y de disposición para el estudio (pues no es lógico suponer, como equivocadamente se hace, que todos los niños tengan aptitud ni condiciones para él, como no todos la tienen para la música o para la pintura, por ejemplo); pero la mayor parte, la inmensa mayoría de las veces, debido exclusivamente a la falta de la preparación necesaria para cursar con fruto la segunda enseñanza, a la falta de aplicación y de trabajo por parte del alumno, y—¿por qué no decirlo?—a falta de cuidado y de atención de los padres, que sólo se preocupan de sus hijos en dos épocas: en Septiembre, para lamentar lo caro de la asignatura (ocho pesetas por curso y por asignatura), y en Mayo y Junio para buscar una buena recomendación o hablar mal del desgraciado catedrático que tuvo la osadía de suspender a su hijo por la insignificancia de no saber o de saber mal la asignatura.

Que todo esto no son afirmaciones gratuítas, no necesitaría demostrarlo; en la conciencia de todos está, y todos lo piensan y de ello están convencidos... cuando no son los interesados. Pero si quisiera probarlo, ahí están los exámenes de ingreso, a los que cada año se presentan los alumnos con una preparación más defectuosa: no viene ni uno que sepa leer de una manera medianamente correcta, todos con lectura vacilante y muchos tropezando, casi silabeando; de escritura, ya se perdió la antigua y clara letra



D. Enrique Díaz Ondarza

Director de la Escuela Normal de Maestros

española y sólo se usa una letra híbrida, mezcla informe de la inglesa con la cursiva y la picuda modernista, sin caracteres ni rasgos definidos; pero ni aún esa la traen dominada con mediana seguridad; caracteres desiguales, vacilantes y sin precisión, indicando a las claras la falta de seguridad de lo que se ha trabajado poco; ¿de ortografía?: muchos, la mayor parte, ni aun la buena y correcta separación de las palabras; ¿de Aritmética?: cuatro definiciones mal aprendidas de memoria, sin haber llegado a medio entenderlas y con frecuentes tropezones en las tablas; y de las cuatro reglas, da la medida de su saber el hecho de que en todas las convocatorias hay unos cuantos niños que tardan más de media hora en resolver una sencilla operación de dividir por dos o tres cifras; y de todo lo demás que comprende las materias objeto del examen de ingreso, a la misma o peor altura.

D. Cipriano Martínez Rücker

Director del Conservatorio Provincial de Música

¿Es esto una censura a los maestros de primera enseñanza a cuyo cargo corre la preparación de los niños para el ingreso en la segunda? Nada de eso, ni nada más lejos de nuestro ánimo; a todos los consideramos de una competencia y de una ilustración indiscutibles y creemos que su trabajo es verdaderamente de un valor incuestionable. Es sólo citar un hecho, todos los años y en todos los Institutos repetido, explicable quizá por el escaso tiempo que por regla general se invierte en la instrucción primaria de los niños que aspiran a ingresar en los Institutos; y a muchos señores maestros así se lo hemos oído afirmar repetidas veces, quejándose de las prisas de los padres, que no dejan tiempo, con sus apresuramientos, a que las ideas y los conocimientos adquiridos por el niño se sedimenten y consoliden en su inteligencia, desluciendo y anulando con ello la meritoria labor del profesor; unido esto a la edad demasiado temprana a que la ley les autoriza para efectuar este examen de ingreso; edad que prácticamente es la de nueve años y que, a mayor abundamiento, por frecuentes y lamentables concesiones de la Superioridad, queda reducida a veces a ocho; y tanto en una como en otra edad, dada la evidente degeneración de nuestra raza, debida a causas que no es mi ánimo analizar, no están los niños, ni con mucho, en condiciones de saber con seguridad las materias que constituyen la primera enseñanza, ni mucho menos para seguir con fruto ese estudio de las múltiples y variadas materias que el legislador, olvidando el aforismo pedagógico de *Non multa sed multum*, se empeñó en amontonar en la segunda.

Acaso se dirá que, si vienen mal preparados, ¿cómo pasan? ¿por qué se les aprueba? Es verdad: no deberían pasar, y ese es y ha sido siempre mi criterio y el de algunos de mis compañeros de profesorado; pero, aparte de lo difícil o casi imposible de conseguir la uniformidad de criterio y de apreciación, si alguna vez se llegara a proceder como en justicia se debiera, cerrando la entrada a los que no trajeran la necesaria pre-

paración, aún sin exagerados rigorismos, entonces... en unos cuantos años no ingresaría ni un solo alumno en el Bachillerato y serían de oír las lamentaciones y las críticas de los que ahora nos censuran.

Es, sin llegar a ese criterio ideal, sólo con tender a aproximarse un poco a él, lo que nos vale en el Instituto de Córdoba la fama de Herodes, lo que nos acarrea las iras de muchos y lo que produce la numerosa emigración de alumnos a otros climas más benignos y tolerantes.

Y yo digo ahora: sin base y sin cimientos ¿se puede edificar? ¿Cómo enseñar y hacer que aprenda el que casi no sabe leer ni escribir? ¿Cómo enseñar Matemáticas ni Física, por ejemplo, al que sabe mal las cuatro reglas de la Aritmética? Imposible; mucho se nos censura; ahora está de moda hablar de la segunda enseñanza, decir qne trabajamos poco y que enseñamos menos; que los alumnos llegan a las Universidades faltos de preparación... Será verdad; pero, aparte de que no lo será tanto, cuando no es uno ni dos, sino que son muchos, los que, revalidados en Junio en el Instituto aprueban en Septiembre en la Universidad por enseñanza libre, con buenas notas, el curso preparatorio de Medicina o de Farmacia; si se comparara el grado de conocimientos de los alumnos al salir de la segunda enseñanza con el que traían al ingresar en ella, se vería la inmensa diferencia que existe y la enorme labor de cultura que modestamente y sin alharacas realizan los Institutos, no obstante lo absurdo de los planes de enseñanza.

Y si, a mayor abundamiento, además de haber ingresado con una preparación deficiente, agregamos la resistencia al trabajo que produce en el niño, no sólo la herencia de nuestra raza meridional, sino la contaminación del medio ambiente y la constante solicitud de la vida moderna, atrayendo su actividad hacia todo lo que representa distracción y retirándola de cuanto sea esfuerzo y trabajo metódico y constante y, sobre todo, el diario ejemplo del éxito y el medro del vago y del ignorante, fácilmente conseguido sin necesidad del trabajo, mediante la recomendación de influencias, dando por resultado que el niño no sólo dedique al estudio, fuera de las clases, poco o ningún tiempo, sino que, hasta cuando asiste a ellas (y eso procurando por todos los medios disminuirlas todo lo posible), es de una manera puramente mecánica y sólo por evitar ser borrado de lista; pero no sólo poniendo su voluntad en aprender, sino muchas veces poniéndo'a en no aprender, pues por un caso que pudiéramos llamar de aberración moral muy frecuente en la actualidad, son muchos los que cifran su amor propio en su desaplicación o en su indisciplina; fácilmente nos explicamos ahora el elevado tanto por ciento de suspensos que figuran en los datos de esta como en aquellos otros Institutos en que se quiere cumplir con el deber; suspensos debidos, como veis, no a la *tirria* del Profesor, ¡que el catedrático siempre mira al alumno con el cariño que toda persona bien nacida siente por la juventud!, sino a desconocimiento de la asignatura por falta de aptitudes o por hábitos de holgazanería o de vagancia.

Rafael Vázquez Aroca.

A tiros con la ignorancia

Un maestro escarnecido

La Prensa diaria ha referido, y en términos del mayor acierto verdaderamente, el sangriento suceso ocurrido en el barrio de los Castillejos, del pueblo de Tetuán de las Victorias, a pocos pasos de la capital de España.

En una casa de vecinos de la calle de Valdeacederas, mal vivía el maestro de escuela don Juan Fernández Losada García, de sesenta y un años, viudo, en compañía de su hija, de dieciocho años, soltera.

Hacía de portero de la casa un carrero llamado Santos Barba Arranz, de treinta y dos años. Este y su mujer habían dado en la ocurrencia de burlarse del anciano maestro y de su pobre hija, contra los cuales azuzaban a toda la chiquillería callejera del barrio.

El maestro y su hija soportaban resignadamente aquella angustiosa situación. Ante ello, crecían las befas y vejámenes de aquella jauría rabiosa, viva representación de la ignorancia que devora a España.

Llegaron las cosas al punto de que la mujer del carrero, para responder a la queja de la hija del maestro porque de nuevo les habían llenado de inmundicias la puerta de su departamento, acometió contra ella navaja en mano, hiriéndola.

En aqel momento apareció el pobre viejo, que regresaba de su escuela.

Increpó a la portera, yendo en

defensa de su hija, mas allí estaba el carrero, el hombre joven y fuerte, en la plenitud de la vida, con treinta y tres años, para cerrarle el paso y partirle una botella de vino en la cabeza, hiriéndole también.

El legítima defensa, para librar la propia vida y la de su hija, el anciano maestro se lió a tiros con aquella espantosa ignorancia y mató al carrero.

El pobre viejo, con la noble cabeza abierta de un botellazo, sintiendo en las heridas el vivo escozor del vino innoble que se confundía con su sangre generosa de educador escarnecido, ha entrado en la Cárcel, dejando confiada su desventurada hija a los cuidados de un noble compañero de profesión.

¡Espantosa realidadd de España, retratada en ese cuadro tristísimo...! ¡El maestro que al final de su abnegada vida tiene que albergarse en una casa de vecinos, sirviendo de ludibrio a la chiquillería callejera, insultado por los mayores, viendo herida de un navajazo a su hija única, siendo agredido a botellazos por un carretero, defendiéndose a la desesperada, teniendo la desgracia de matar a un hombre, penetrando en la cárcel por último...!

El jurado, más clemente que en el otro caso representativo del médico del Pobo, debe abrir las puertas de la cárcel a quien de todas suertes ya tiene la vida irremisiblemente descompuesta, porque no puede disponer de tiempo para rehabilitarse y porque el ambiente le sería espantosamente hostil. Esos mismos que le acosaron, le señalarán luego arrogantes, diciendo: Ese maestro no puede enseñar a los niños porque tiene las manos manchadas de sangre, porque ha matado a un hombre.

¡Espantosa tragedia la de los Castillejos, en el pueblo de Tetuán de las Victorias, a dos pasos de la capital de España: un anciano maestro que, viendo herida a su hija y sintiéndose él mismo herido, acosado por las furias rabiosas del pueblo, representada por carreros y granujillas de la calle, tiene que liarse a tiros con la ignorancia para librar la propia vida y la de su hija, teniendo que matar a un hombre...! Y el jurado que ha de juzgarle, el jurado que saldrá del mismo pueblo ignorante en el que grandes y pepueños acosaban con sus injurias al maestro ¿será capaz de abrir las puertas de la cárcel a quien llegó al extremo de liarse a tiros con la ignorancia y mató a un carrero que le había agredido con una botella de vino? Hay que pensar que, de ser capaces de sacarlo de la cárcel, no hubieran sido capaces de acorralarlo hasta meterlo en ella. Desgraciadamente, se puede temer que el maestro de los Castillejos salga de la cárcel para ir al presidio, como le ocurriera al desventurado médico del Pobo. Las rabiosas jaurías de la ignorancia seguirán corriendo libremente por los pueblos, mordiendo y despedazando a los pastores—maestros, médicos, etc., etc.—que para procurar en vano un salvador remedio pretendan disputarles la chiquillería callejera y la gente mayor—carreros y a veces no carreros—que cuando deja el innoble frasco de vino es para coger la navaja cobarde y traicionera. ¡Del Pobo a los Castillejos...! He ahí dos actos precisos y espantosos de la bárbara tragedia de España.

Fiesta de cultura y trabajo

LA APERTURA DEL CURSO

Obsérvese esta particular circunstancia de la vida española: ahora, al término del verano, casi en los mismos días se celebra el cierre de la temporada taurina y la apertura de la vida escolar. Durante la inclemencia de la nueva estación, las plazas de toros permanecerán cerradas y, entre tanto, durante los días desapacibles, sombríos como noches, la juventud laborará en las aulas. Al volver el buen tiempo, se producirá la coincidencia contraria: se cerrarán las clases y serán abiertas las plazas de toros, y así un año, y otro, y muchos y toda la vida de España, como si todo el trabajo de cultura realizado durante el invierno no fuera bastante para producir una fuerza que crease otras expansiones, que apartase a la nación de las plazas de toros, tabernas y demás centros en los que se consume viva, sin que nadie pueda remediarlo.

Cada verano, aumentan las plazas de toros; y año tras año sigue en el aire enrarecido y viciado de la vida nacional la aspiración generosa de que se comience a establecer y abrir los millares de escuelas que el país necesita para ir sacudiendo el espantoso sesenta por ciento de analfabetismo que constituye la raíz de todos los males que devoran a España.

Ultimamente, el insigne periodista que ha llegado al Ministerio de Instruccion pública luego de realizar memorables campañas en favor de la enseñanza, suprime de un plumazo centenares de cátedras, acompañándole en esta obra el profesor que ocupa el cargo de director general de Agricultura, quien por

su parte se ocupa en suprimir Granjas y Escuelas de Peritos Agrícolas. Uno y otro dicen, de una parte, que se ven obligados a efectuar economías y de otra que suprimen aquellos elementos de enseñanza que no resultan eficaces.

Menos eficaces resultan ellos, ya que recurren al cómodo sistema de suprimir aquello mismo que tienen la obligación de defender y vigorizar.

Natural hubiera sido—tanto en el señor Burell, que tuvo empuje bastante para conceder cátedras a la condesa de Pardo Bazán, Romero de Torres, Valle Inclán y otras grandes figuras de la intelectualidad española, como en el señor D'Angelo, que ha estado consagrado a la enseñanza con singular competencia—que se hubiera exigido toda clase de garantías para que las enseñanzas que no estuvieran en las necesarias condiciones hubieran alcanzado la debida eficacia.

No ha sido así, pura y simplemente por razones de economía, porque España anda mal de dinero y se aparta de la escuela lo mismo que el muchacho pobre deja el colegio en cuanto en su casa vienen mal dadas, para atender a un jornalillo, por pequeño que sea. Lo lastimoso es que en aquel caso, no se quita de la escuela para darlo al trabajo, porque en todos los campos ministeriales ha entrado la podadera de Hacienda, sin que quede más esperanza, y esa en el aire, que la del presupuesto extraordinario de Fomento de que ha hablado el señor Gasset.

Resulta, pues, que en el balance que se puede hacer en este punto de la vida de España, se tiene, al cerrarse la temporada taurina y verificarse la apertura del curso académico, que ha habido un considerable aumento de plazas de toros y una triste disminución de clases y centros de enseñanza. ¡Triste realidad!

Del Estado espera Córdoba—si en estas circunstancias es dable esperar aumentos en vez de temer supresiones—el establecimiento de la Granja Agrícola (sobre la que pesa la amenaza del señor D'Angelo de reducirla a una estación olivarera, como si no hubiese en nuestra comarca otra riqueza agrícola que la del aceite y como si no fuese necesario prepararse para la transformación que el Pantano del Guadalmellato ha de introducir en los cultivos), la construcción de un edificio adecuado para Escuela de Veterinaria (cuyo proyecto, no obstante estar aprobado, no quiso acometer en su tiempo el exministro señor Bergamín), la adquisición de locales convenientes para las Escuelas Normales de Maestros y Maestras, el estudio del proyecto de Escuela de Ganadería, la construcción de Grupos Escolares, ya que tan pródigamente ha sido concedida a otras poblaciones, como Málaga, precisamente merced al señor Bergamín, etc., etc.

Todo ello es muy necesario, todo, y en primer término los grupos escolares, los que debieran ser precisamente emplazados—como acertadamente dijera en un reciente artículo nuestro colaborador el ilustrado arquitecto señor Azorín—en el borde de la población y no en el interior, y menos aún en los escasos huertos que quedan en algunos barrios, porque se producirían dos males: se privaría a la población del elemento de salud que constituyen los huertos y se tendría escuelas en malas condiciones, porque estarían encajadas en las casas, sin árboles, sin ventilación, sin luz suficientes.

En cambio, con viva satisfacción se puede proclamar que, merced a la iniciativa del alcalde señor Muñoz Pérez, en Córdoba se ha alcanzado una mejora importantísima: el establecimiento del admirable Ropero Escolar.

Asímismo es consoladora y alentadora la verdad de que en los centros docentes de Córdoba se trabaja incansablemente y con singu'ar acierto. En el Instituto—legítimo orgullo de Córdoba, a cuyo ejemplar funcionamiento dedicaremos en breve la atención que merece—a la labor de la enseñanza acompaña un constante mejoramiento de las condiciones del local, el que ahora ha sido embellecido con la colocación de lindos azulejos y al que en breve se concederá el adorno encantador de una fuente morisca. Igual ocurre en cuanto a las enseñanzas en las Normales, la Escuela de Artes y Oficios—llamada a alcanzar las proporciones de una Universidad Obrera—la Escuela de Veterinaria, el Seminario de San Pelagio, recientemente reformado, y los demás centros docentes. A todos ellos dedicaremos en números sucesivos informaciones especiales, para contribuir a la divulgación de la admirable labor que en ellos se realiza.

Al efectuarse la apertura del curso, fiesta magna de cultura y porvenir, que debiera tener la intensa

resonancia de la fiesta del trabajo que celebran los obreros manuales, saludamos efusivamente a los profesores y alumnos que en los centros docentes de Córdoba laboran por la conquista de un tiempo mejor para Córdoba y para España, para la patria chica y para la patria grande.

El Magisterio y el Estado son incompatibles

En todos los tiempos y en todos los lugares ha sido considerada y tenida la educación escolar como uno de los más esenciales elementos de la vida y como grande desventura individual y social su descuido y carencia.

Ella es el más grande motor de la civilización y del progreso; ella eleva al hombre sobre la animalidad.

Los más profundos filósofos, los más sabios directores de pueblos, los hombres faros del conglomerado humanidad, unánimemente la han rendido pleitesía y la han marcado con el glorioso sello de primordial exigencia vital.

Su necesidad es un axioma que férreamente se impone aún al cerebro más irroturado, y es general y universal el doloroso clamor de su petición. Y sin embargo...

Sin embargo, en todos los tiempos, en todos los lugares, o fué profundamente desatendida y despreciada, o si atenciones consiguió, prestadas le fueron con miserable regateo.

Absurdos locales escuelas, antihigiénicos y mefíticos, carentes del más simple material de enseñanza, destinados sólo a custodia de niños sometidos a rígida y odiada disciplina; maestros mal retribuídos, con insuficiente preparación científica y desprovistos de hábitos y amores pedagógicos, este es el cuadro que la instrucción escolar nos ofrece. Y al comparar aquellas afirmaciones, aquellas teóricas verdades con la práctica realidad, surge inmediata esta pregunta: ¿Cómo el Estado, los administradores y directores de pueblos, reconociendo tan urgentísima necesidad, no solo demoran sino que hacen befa de su cumplimiento?

Es sencilla la respuesta. El maestro de escuela (lo ignora, por desventura para todos), es la más poderosa palanca social; él solo puede transformar a su antojo la organización de las sociedades del porvenir, en sus manos se halla la evolución de la humanidad. Al maestro entrega la sociedad el cerebro del niño, virgen, perfectamente moldeable, desprovisto de ideas y repleto de prodigiosas fuerzas en tensión; el maestro hará de él lo que estimare conveniente, las sensaciones que en él despierte dejarán profundas e imborrables huellas y las primeras impresiones, las primeras ideas son directrices constantes de las tendencias del porvenir. El maestro puede hacer hombres justos, hombres virtuosos, amantes de su pueblo y de su patria; hombres malvados y criminales; hombres obedientes y apáticos; hombres rebeldes e impulsivos. El maestro puede hacer que las nuevas generaciones sean siempre sus hijas espirituales. Del maestro depende la afirmación de las instituciones...

Y esto que ignora el maestro lo sabe el Estado, y por ello evita que al Magisterio arriben los hombres de valía, los sabios, los genios. Y cuando aparece un Pestalozzi es perseguido y ultrajado, y para evitar que resurja, arroja sobre su tumba el escarnio de sueldos infamantes.

Al Magisterio acudirán los menesterosos, los que a cambio del pan harán absoluta dejación de todos los idealismos, los que no tendrán más método pedagógico que aquel inmundo que enseña a reverenciar ante el cacique; y los hombres libres, los hombres cultos, huirán de esta profesión, la más grande y noble, porque en ella sólo encontrarán aherrojamientos espirituales y miseria física.

El Magisterio, en toda su excelsitud es incompatible con el Estado. El Magisterio, como la Medicina, deben ser libres y sólo profesados por hombres de vocación.

LO QUE PIENSAN LOS OBREROS

El noble arte de imprimir

No siempre ha de ser escribir de toros. Como dice muy bien el culto y notable periodista *Pedro Moro*, cosas más útiles y prácticas debían ocupar la atención de los que plumeamos reseñando las faenas realizadas por los fenómenos taurinos.

Mas ¿qué hacerle?, distinguido amigo. *Componiendo* diariamente toda clase de escritos, acabamos por contagiarnos y plumeamos también; mas como nuestros conocimientos no son todo lo completos que desearíamos, puestos a emborronar cuartillas, lo hacemos para el arte que menos conocimientos requiere: para el del toreo.

La mayoría de los revisteros taurinos han sido cajistas, como La Orden (*Carrasquilla*), Isidro Gómez Quintana (*K. Ch. T.*), del Alamo (*Paco Pica Poco*), Morales (*Selarom*), Beltrán (*De Lis*), Gordejuela (*Cantaclaro*) y cien más que sería prolijo enumerar.

Si nuestros conocimientos, repito, fueran mayores, no hay duda de que, en vez de reseñar la fiesta llamada nacional, nuestros escritos tratarían de arte, de literatura o de ciencias.

Pero ¿quiénes somos nosotros, pobres *ratas* de imprenta, para ocuparnos en esas cosas?

Nuestra ilustración es escasa, y la poca que poseemos, la debemos a la práctica, pero no al estudio, del noble arte de imprimir.

El aprendizaje del tipógrafo es lo más anómalo y absurdo que se conoce: para ingresar en un taller no se exigen conocimientos de aritmética, gramática ni dibujo; basta que el chico sepa leer medianamente para que sea admitido, y aun se ha dado el caso de haber aprendices de cajista ¡que han aprendido a leer en la imprenta...!

En Córdoba, por fortuna, contamos con una buena pléyade de excelentes tipógrafos, como Ortiz, Sousa, Beltrán, Garrido, Cuadra, López (Baldomero), Mora, Moreno Amor, Lara, Mata, etcétera, etcétera; pero justo es confesar que sólo por la práctica han logrado poseer los conocimientos gramaticales y de estética que les han hecho destacarse en el arte

de imprimir; conocimientos que, de haberlos poseído desde su aprendizaje, no hay duda que serían hoy profundísimos, completos.

El cajista, intermediario, casi colaborador algunas veces del periodista, debía, antes de entrar en un taller, hacer su aprendizaje en una escuela creada de exprofeso para ello, como se hace con diferentes profesiones en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, pues si provechoso es el estudio de la mecánica, de la escultura, etc., etc., muy útil y provechoso es también el de un arte que sirve de portavoz a todas las ciencias y al progreso.

Según un libro que tengo a la vista, impreso en Madrid el año 1853.

«en el siglo diez y ocho,
según la historia nos cuenta,
cra el cajista en España
un modelo de nobleza,
elegancia, pulcritud,
mesura y concupiscencia; (¿!)
era, en fin, el prototipo,
en la forma y en la esencia,
de todo lo más selecto
de la sociedad selecta.
A tal altura rayaba
su prestigio y su influencia,
que en diciendo: «Soy tipógrafo»
(vulgo cajista), las puertas
se abrían de par en par
sin que nadie las moviera.
¡Tenían entrada franca
hasta en la morada regia!
Más de una vez los lacayos
de galoneada librea,
al ver cruzar un cajista
las estancias palaciegas,
se quitaban el sombrero,
humillaban la cabeza
y decían: «Pasu francu
al tipúgrafo de imprenta;
Dios guarde a su señurida
y a los pies de su excelencia.»
¡Felices aquellos tiempos
en que, para gloria nuestra,
entre un marqués y un cajista
no había más diferencia
que la de estar ejerciendo
funciones bastante opuestas.
. . . .
éste, como aquél vestía
terciopelo y rica seda
y, como aquél, éste usaba
espadín, botas y espuela.
. . . .
Es muy cierto que el obrero
hallaba su recompensa
y el tipógrafo ganaba
de quince a veinte pesetas
diarias, sin fatigarse
en su artística faena.»

Es cierto que hoy el tipógrafo gana un sueldo pequeño, pero, digámoslo con franqueza: ¿cuántos somos los cajistas con sentido común, con conocimientos profundos del arte de imprimir? ¿Cuántos conocemos, siquiera, lo que es arte? Aprendemos vulgarmente, proseguimos la rutina y acabamos por ser *máquinas de componer*, en vez de seres pensantes, conocedores del verdadero sentido del original que se nos entrega para su confección.

Por tanto, yo creo, mejor dicho, desearía que en esa gran Escuela de Artes y Oficios que existe en Córdoba, se estableciera una pequeña imprenta en la que, no sólo los aprendices, sino aun nosotros mismos, recibiéramos lecciones teóricas de sabios profesores, de escritores y periodistas—que serían los más beneficiados con esta enseñanza que pedimos—así como que, para el ingreso en cualquier taller tipográfico, se exigiera al aspirante un certificado de haber cursado la asignatura en la Escuela mencionada. Sólo así lograríamos dignificar el noble arte que inventara el inmortal Guttenberg.

¿Hace?

Elio Santi-Diè.

Las escuelas de Córdoba

¿Están las escuelas de Instrucción primaria de Córdoba, de nuestra querida Córdoba, construídas y organizadas en condiciones verdaderamente dedagógicas para alcanzar los maravillosos resultados que de ellas se debe esperar?

Sentimiento dá el confesarlo, pero es lo cierto que nuestras escuelas, en síntesis general, dejan mucho, muchísimo, que apetecer. En nuestras escuelas sólo se enseña a prodigar la palabra con menoscabo de la experiencia y el hecho, a hacer papagayos y no niños que piensen, juzguen y reflexionen para que mañana sean hombres que mediten, trabajen y oren, y no charlatanes que peroren y escriban; en nuestras escuelas todo se enseña empírica y rutinariamente en un ambiente viciado, pestilencial y contra las leyes de la naturaleza, y claro está que de esta educación sólo se pueden obtener retóricos sin ideas, periodistas sin fondo, parlanchines sin conciencia, presuntuosos sin meollo, soldados sin amor a la milicia, jóvenes sin brío, o lo que es lo mismo, sin vigor, resistencia, perseverancia, salud, naturaleza ni formalidad; verdaderos monigotes inútiles, costosos y repulsivos.

Si pensáis que exagero, meditad un poco sobre el estado actual de nuestra sociedad y veréis, salvo honrosas y

por desgracia escasas excepciones, en cada tipo un ejemplar de lo que arriba os digo: meditad un instante en el desarrollo físico de los individuos que forman nuestro pueblo y observaréis que en su inmensa mayoría son calamidades costosas y extenuados restos de la humanidad; ni la religión, ni la patria, ni la industria, ni las artes, ni el comercio, en fin, pueden contar con ellos el día de mañana, como pudiera contar el día de ayer: mirad sus costumbres morales y veréis cómo predomina entre ellos la infidelidad, el adulterio, la emancipación ilícita, el amancebamiento, el juego reprobado, el abuso de las bebidas alcohólicas y otros muchos desórdenes y todo ello con alejamiento de cuanto es delicado y puro, noble y honrado, yendo en contra del pudor, la piedad y el respeto a la inocencia.

¿Y quién será el culpable de todas estas desventuras? ¿Lo es el maestro? No. Lo es la familia, la sociedad misma y el Estado. Lo es la familia porque la de la clase media, y la elevada con sus estimados mimos, sus exagerados cuidados y su indolencia en el resolver, plantan en el hijo los primeros gérmenes del microbio destructor de su naturaleza. La de la clase baja porque con su abandono, en muchos casos forzoso, coloca al hijo en el abismo del vicio o lo entrega en los brazos de la holgazanería para ser después triquinosis de la sociedad en que se desenvuelve o víctima de la desesperación. ¡A cuántos padres conozco yo que ven con pasmosa indiferencia y con increíble cobardía el encenagamiento de sus hijos! Y de tales plantas ¿qué frutos pueden brotar? Racimos de perpetuo escándalo con relajamiento de las santas leyes de la moralidad y de la conciencia. Lo es el Estado, porque teniendo el deber de velar por las sanas costumbres públicas y de reprimir todo aquello que coopere a la degradación social, se limita a garantizarlo y monopolizarlo, haciéndose de este modo enemigo de la inocencia y principal agente de la inmoralidad, sin tener en cuenta que la inmoralidad no reprimida tiene un poder expansivo y disolvente que todo lo consume, agota y devora: salud, vida y riquezas. ¡Cuántos casos vemos a diario de unirse el hombre con la mujer, no con la bendición de Dios y de los padres, sino como el macho con la hembra a estilo de bestias, pisoteando leyes, costumbres y vergüenza, realizándolo a vista y paciencia de la autoridad que debiera evitarlo o reprimirlo! ¡Y cuántos otros y otros ejemplos no vemos de libertinaje sin que nadie lo estorbe, castigue o corrija!

De estas observaciones se deduce que para la recta educación de un pueblo no basta la escuela: se necesita el concurso de la religión, de la familia ordenada, de la sociedad y del Estado, y que cuando alguno de estos factores está en contradicción con los demás, la educación de un pueblo no se realiza por completo. La escuela lo puede todo, pero es cuando todo es escuela para la profesión: cuando el sacerdote enseña en el templo y con su conducta en la calle, el amo en la fábrica, el propietario en su finca, el oficial en el cuartel, el padre entre sus hijos, el jefe a sus subordinados, el legislador legislando, el gobernador administrando, el magistrado juzgando, el escritor escribiendo y todo el que sepa o valga algo empleándolo en mejorar, ayudar y levantar a sus semejantes.

Antonio Córdoba Navajas.

¿HOY, COMO AYER?

En los diarios de la localidad aparecen con frecuencia unos cuadritos *señuelos*, por medio de los cuales dan a conocer los colegios, al respetable público, los resultados obtenidos en los exámenes por sus alumnos: «Don Fulano de Tal, un sobresaliente y dos notables; don Perengano, tres sobresalientes; don Zutano, dos notables y un aprobado», etc.. etc.; y lo verdaderamente extraordinario en todo ello, es que, a lo más, se menciona algún que otro suspenso y jamás los dejados para Septiembre ni el número de los alumnos examinados.

Los tales cuadritos son *señuelos* de incautos y engaña-bobos, y son, sobre todo, algo más grave: la prueba evidente de que la enseñanza, eso que es tan sagrado por su enorme transcendencia social, sigue el mismo camino de farsa y de mentira que los pomposos anuncios de los últimos específicos *cúralo-todo*, que acaban con nuestro dinero, con nuestra paciencia y con nuestra salud.

Es una lástima que los padres se

Detalle del interior del Instituto

ocupen tan ligeramente de la enseñanza de sus hijos, cuando es cuestión que ha de influir poderosamente en su vida. Si volvieran un poco la cara atrás, si recordaran lo que ellos pasaron en las escuelas, si les viniera a las mientes escenas de las que en su niñez fueron actores, y que no debieran de haber olvidado, otra cosa sería.

Pero no, parece que hay una ley en virtud de la cual el hombre se olvida de lo que sintió cuando niño, como el casado pierde la memoria del tiempo en que fué soltero, y el viejo de los días y de las locuras juveniles.

Esos cuadritos *señuelos* me han hecho pensar en otros *señuelos* y en otros cuadritos, cuando en la clase aparecía el director del colegio por la puertecilla de su despacho y suavemente, con voz cariñosa, exclamaba: —Que vengan, con los libros de lectura, Reina, Mesa, Luque e Iñiguez.

Todos sabíamos lo que aquello significaba: era que había visita, probablemente los padres de un nuevo alumno y el director quería demostrarles los buenos resultados de la excelente enseñanza que se nos daba.

Y allí íbamos con nuestros libros, y puestos en semicírculo ante los sonrientes señores, nos decía invariablemente nuestro director: —Vamos a ver, señor Reina, lea algo, cualquier cosa; por ejemplo, un trozo de la Conquista de Méjico,

Y Reina, que se lo sabía de memoria, por que en todas las visitas leía siempre lo mismo, daba comienzo a la lectura con un tonillo que, al recordarlo ahora, comprendo que debía de resultar muy agradable. Mesa, a su vez, leía también *cualquier cosa*, el comienzo de un mismo capítulo del *Quijote*; Luque, el romance de Góngora que empieza

«Hermana Marica,
mañana, que es fiesta»...

y un servidor de ustedes, el magnífico del Duque de Rivas:

«Hola, hidalgo y escuderos,
de mi alcurnia y mi blasón»...

Realmente, hubiera podido alterarse el orden de los lectores sin peligro alguno, pues los cuatro, de oirla tantas veces, recitábamos de corrido la parte correspondiente al compañero.

Con lo cual, la visita quedaba asombrada escuchando tan excelentes lectores, el señor director se lucía y nosotros también, y hasta empezábamos a comprender que, si aquello no era precisamente una lección de lectura, lo era, y muy grande, de farsa y de mentira, cuya asignatura no figuraba ostensiblemente en el cuadro de enseñanza del Colegio.

¡Y si no fuera nada más que esto! Pero no, allí todo estaba preparado para engañar a los padres (a los padres que olvidan lo que han hecho con ellos cuando niños). Era falsa la afabilidad del maestro y los golpecitos que nos daba en las mejillas delante de los extraños; los dibujos que preparábamos para el día del santo de nuestros padres, en los que el profesor tenía más parte que el alumno; los hermosos jardines que estaban allí para honesto recreo y esparcimiento de los colegiales, pero que jamás pisaban nuestras plantas, como no fuera el día del ingreso; la alegría y el cariño al colegio, que asegurábamos todos tener, y que se manifestaba en frecuentes escapatorias y en deseos vivísimos de abandonarlo para siempre; y hasta la paparrucha del gabinete de Física y de Historia Natural, como hiperbólicamente llamaba el director a los cuatro aparatos extraños y a la media docena de bicharracos disecados, que nunca sirvieron de explicación a lección alguna, sin otra finalidad que la de dejar con la boca abierta a los pobres palurdos que de los pueblos vecinos llevaban a sus hijos, confiando en que allí sabrían inculcarles amor al estudio.

Y no hay que hablar de los reglamentos, ni del fantástico cuadro de profesores, ni de los *platos fuertes* que decían poner en las comidas, ni de, en una palabra, cuanto a la organización del colegio se refería, por que todo ello era pura faramalla y mentira.

Y *aquello* corría parejas con los centros superiores, pues faltos de memoria serán los que no recuerden las figuras odiosas de algunos catedráticos de instituto, cuya única misión parecía ser la de matar en flor la innata curiosidad del niño.

Todo eso, de lo que otro día me ocuparé más despacio, creía yo que se había acabado para siempre, pero he aquí que las listas que publican los diarios de la localidad, esas listas de notas que nada deben de ser para las personas discretas, vienen a decirnos que todavía no se concede a la enseñanza, a pesar de que tanto se habla de ella, toda la importancia, toda la verdadera transcendencia que tiene en la vida.

Benigno Iñiguez.

LA HISTORIA Y LOS NIÑOS

Vosotros, tiernos infantes,
los de candorosas almas,
escuchad con noble orgullo
cual es vuestra madre patria.
Vuestra patria, niños míos,
es la que tiene amasada
su fértil tierra con sangre
de los héroes de Numancia.
La que refrenó el orgullo
de las águilas romanas,
con un valiente caudillo
vencedor en cien batallas.
El pueblo sufrido y noble,
que en unas altas montañas
empezó su reconquista
con una cruz y una espada.
La que venció en Covadonga,
en Clavijo y en las Navas,
en la célebre Tarifa,
y aquella que conquistara
en buena lid, palmo a palmo,
los pueblos que la usurparan,
haciendo lucir de nuevo
la bandera ensangrentada
desde los montes de Asturias
a las vegas de Granada.
Nación de gloriosa historia,
que en los campos de batalla
demostró a soberbios reyes
ser guerrera como hidalga,
porque sus buenos soldados
ni se ciegan, ni se ensañan,
ni oprimen al prisionero,
ni hieren, no, por la espalda;
la que al fragor de la lucha,
cuando las trincheras faltan,
con los pechos de sus hijos
forma sólidas murallas,
más fuertes que el mismo acero
de las enemigas lanzas:
la que perdona al vencido
cuando se rinde a sus plantas,
que así lo dice la historia,
la historia de vuestra patria,
y lo demuestran los hechos
y lo pregona la fama.
Es vuestro pueblo el que un día
sacudió con fuerza santa
el yugo de Bonaparte
en toda la tierra hispana:
en Madrid, en Zaragoza,
en las cumbres catalanas,
que allí donde al invasor
el ibero pueblo hallara,
se le hizo besar el polvo
que a su paso levantara.
Sí, niños, vuestra nación,
nuestra venerada España,
en Bailén, en Arapiles
y en cien gloriosas batallas
expulsó a los invasores
que quisieron sojuzgarla.
Ella es la misma que luego
venció en tierras africanas
y la que en el Rif, ha poco,
subió a la cumbre más alta
de un ensangrentado monte
por las rocas escarpadas,
sin retroceder un punto
ante la vil emboscada
de aquel Barranco del Lobo,
que pide eterna venganza.
Venganza, sí, pero vedla
ya que incesante se afana
en rasgar de su enemigo
los velos de la ignorancia.
Esa es España, hijos míos
esa es vuestra madre patria,
la madre más cariñosa,
la más noble, la más santa
de todas las buenas madres,
de todas las madres patrias.

Y si vieseis algún día
que extrañas gentes la ultrajan,
o que de luto la llenan
hijos de negras entrañas,
¡vosotros, tiernos infantes,
los de candorosas almas,
imitando a Don Pelayo,
del enemigo salvadla
con una cruz en el pecho
y en vuestra mano la espada.

Jesús Rodríguez Redondo.

La enseñanza entre los obreros

EL ARTE Y LOS OFICIOS

El artesano que desconoce las artes del dibujo, no podrá nunca desempeñar con desenvoltura e inspiración su cometido y sus obras producirán un deplorable efecto.

¡Cuántas veces he oído a obreros lamentarse de no saber dibujo, comprendiendo la importancia de este, no solamente como facilidad para el desempeño de sus profesiones, sino, a la par, para poder ampliar su cultura, que el estudio de las artes trae consigo la necesidad de la investigación y, por consiguiente, el deseo de ahondar y conocer las vicisitudes porque ha tenido que atravesar el arte, que consigo lleva aparejado las vicisitudes y trastornos porque ha pasado la humanidad!

Las industrias personifican el carácter propio de los pueblos, su progreso y decadencia y la influencia que pueden ejercer sobre los demás, no sólo en las costumbres, sino que también en el lenguaje.

En todos los tiempos, las sociedades han sido consideradas por su nivel intelectual en materia de arte.

D.ª Estervina Magariño

Directora de la Escuela Normal de Maestras

La historia de la humanidad está escrita en los monumentos que nos legaron nuestros antepasados. No olvidemos que el ser humano, consciente o inconsciente, siente un culto hacia lo bello; así que, por cuantos medios estén a nuestro alcance, debemos fomentar esta predisposición como deber y finalidad hacia la perfección espiritual: el que siente con más o menos intensidad el amor a lo bello, está dotado de una gran sensibilidad dispuesta al bien; no es de extrañar que, los hombres que se ocupan en asuntos pedagógicos, se inclinen hacia la conveniencia de que los niños procuren desenvolver su inteligencia con elementales conocimientos de las artes liberales; allí donde la enseñanza tiene más intensidad, por la gran influencia que supone en la cultura de los pueblos, tienen importante papel para el hombre que después ha de dedicarse a una profesión cuyos conocimientos han de llenar su cometido; así que, dándose cuenta de ello, ya hoy en nuestro país, los que miran hacia delante, acuden a los centros donde pueden cultivar sus aficiones y con constancia y voluntad van imponiéndose en aquellas enseñanzas que más en consonancia están con la profesión que ejercen o las aficiones estimuladas por ellos.

Las Escuelas de Artes y Oficios, han sido creadas para la educación del obrero, en armonía con la profesión a que se dedique: manera de que después le sean de utilidad los conocimientos adquiridos en estas clases de enseñanzas, de los cuales no solamente resulta beneficiado el obrero, por su más amplia cultura, sino que también los industriales que han de servirse de estos operarios.

En nuestra Escuela, donde se cursan muy varias enseñanzas, completamente gratuítas, tienen ancho campo donde poder manifestarse sus disposiciones y enriquecer sus conocimientos los jóvenes que verdaderamente tengan amor al trabajo.

Ya hace tiempo que se viene notando por parte de los alumnos el loable deseo que tienen de aprender y no deja de haber jóvenes muy aprovechados que se interesan vivamente, acudiendo con constancia a su clase.

En esta Escuela se matriculan todos los años de 350 a 400 alumnos, que se reparten entre las diferentes clases. Según los datos oficiales consignados en la memoria de 1914 a 1915, se matricularon 363 alumnos varones y 22 hembras, habiendo obtenide 80 sobresalientes, 68 notables y 141 aprobados, divididos en las siguientes profesiones: plateros, 87; herreros, 24; carpinteros, 49; tallistas, 35; albañiles, 37; ebanistas, 17; canteros, 9; pintores, 21; ajustadores, 14; marmolistas, 7; cerrajeros, 5; estudiantes, 6; militares, 3; dependientes, 6; escribientes, 9; hojalateros, 10;

D. Francisco Aguayo

Director de la Esccuela de Peritos Agrícolas

D. Gabriel Bellido Luque

Director de la Escuela de Veterinaria

obreros, 24; bordadoras, 8; costureras, 7; modistas, 2, y 5 para las ocupaciones de su casa.

Cursaron las enseñanzas de gramática, aritmética, elementos de mecánica, física y química; dibujo lineal, dibujo artístico, modelado y vaciado, elementos de historia del arte y las enseñanzas de ampliación, composición decorativa (Pintura), composición decorativa (Escultura) y concepto del arte, siendo de lamentar que, sosteniendo esta Escuela los talleres de vaciado, carpintería, metalistería y otros, no se vean concurridos, pues únicamente en el de platería se inscriben algunos alumnos que generalmente no suelen terminar el curso.

Para este curso han solicitado el ingreso 140 alumnos de ambos sexos, número que excede al de años anteriores.

Dionisio Pastor Valsero.

EL CINEMATÓGRAFO Y LOS NIÑOS

Con este título apareció en uno de los primeros números de esta revista un artículo debido a la galana pluma del ilustrado profesor de Instrucción primaria don Jesús Rodríguez Redondo. A la vez de enviar a su autor mi felicitación sincera por su delicado trabajo, he de atreverme a intervenir en el importante asunto, para ayudar a que se alcance una solución adecuada.

Bien dice el señor Rodríguez Redondo que constituyen un peligro para la infancia esas películas interminables que sólo tratan de crímenes y hazañas de hábiles ladrones. El caso es que tales producciones han llegado a interesar a los niños y a los que no lo son, probándolo la afluencia enorme de público a esa clase de espectáculo.

De las varias aplicaciones que hoy se concede al maravilloso invento del cinematógrafo, una de ellas es la divulgación científica, obteniéndose positivos resultados en todas las naciones en que se usa este sistema para ilustrar al pueblo.

Como sabemos, en locales apropiados se exhiben películas instructivas, amenas y curiosas, alternando éstas con la autorizada palabra del orador, que muchas veces es un médico u otra persona de análogo grado de instrucción.

Hace años, se exhibían películas de la índole que antes señalamos, pero hoy solamente *El robo del conde H.*, *El príncipe asesino*, *La mano que aprieta* o que se deja de apretar, forman el programa de esta clase de espectáculos.

Para convencerse del interés que en grandes y chicos despierta esa clase nocturna de criminología, basta ver la colonia provisional que se establece todas las noches en los cines.

Para remediar el mal, debiera volverse a la exhibición de películas instructivas, combinadas con conferencias de profesores, médicos, etcétera.

En favor de ello pudiera hacer mucho nuestro digno alcalde señor Muñoz Pérez, quien ya ha comenzado a actuar en busca de la anhelada solución.

En tal forma, fácilmente se conseguiría apartar al pueblo del mal que tan grande extensión va alcanzando. Especialmente la infancia ganaría mucho.

La afición de apedrear y destrozar la arboleda, no ha sufrido aún variación, ni con la fiesta anual en honor del árbol. Quizá la mayoría de los niños la recuerde y la desee solamente por la merienda.

Con las conferencias expresadas, se lograría un cambio radical; el niño, a fuerza de oír ensalzar la bienhechora labor del árbol y el respeto que se le debe, quizá se convertiría en su mejor amigo.

Se podría llegar al establecimiento de un cinematógrafo para niños, en un local espacioso e higiénico.

Enrique de Obregón.

A SANGRE Y FUEGO

A mí me dan pena las incubadoras. ¡Pobrecitos pollos que rompen el cascarón y surgen a la vida mecánicamente, sin el calor de sus madres...!

Forzosamente, pienso en la alta sociedad. Unión de conveniencia, falta de ilusiones, función mecánica; los niños nacen forzosa, inevitablemente; en seguida, al ama extraña, a nutrirse de la savia de otra madre que alquila o vende el jugo vital, los cuidados, las caricias, los dolores y los sobresaltos maternales.

Después, al internado de moda; más tarde, al colegio, a la academia, al extranjero, hasta «ser hombre,» hasta terminar una carrera...

Estos hijos son como los pobres pollitos, y sus madres, egoístas, como esas máquinas que incuban friamente, sin calor y sin ilusiones. Y luego hay gallos ingleses que pelean con sus padres; y luego se horroriza la sociedad cuando un Vázquez Varela mata a su madre ..

—

Los toreros son los seres más fantásticos del orbe.

Viven esclavos de la popularidad y de la galería. Son absurdos, malos cómicos, y se sostienen en los cimientos de leyendas y tradiciones. Mentira la gallardía y fingido el valor.

Ved a un torero revolcado no más por un toro: aparece el hombre, y el pelele de seda y oro se alza despavorido, desencajado, con toda la ridiculez de los ídolos caídos.

¡La generosidad...! Mentira. Otra ficción.

Egoístas y calculadores, se cuidan, siempre cómicos, de mantener esa otra leyenda de espléndidos, de caritativos, de hombres de corazón. Todo eso es una mala comedia más, en la que figura el más fantástico de los toreros, el que más cuida y explota la popularidad, el que lleva como una aureola de hombre de gran corazón: Rafael «el Gallo».

—

El corazón es un pozo encenagado por las pasiones más egoístas.

Yo, cuando me he asomado al corazón de alguien, he tenido que taparme la nariz.

Es de una gracia loca oir con qué seriedad se dice: «Me duele el corazón». Sobre todo, las mujeres.

El corazón es un cacharro absurdo, que llena una misión fisiológica. Y nada más. Pero le buscamos como disculpa de muchas idioteces y de bastantes infamias.

Sucede algo así como cuando tenemos un hermano pequeño al que culpar de nuestras faltas.

Ahora que el corazon no es hermano: hermanastro, y gracias.

Ricardo P. Sancho.

CÓRDOBA EN FERIA

(A causa de haber aparecido con alteraciones que modificaban su sentido, reproducimos el siguiente soneto, publicado en el número anterior.)

No es hoy esta ciudad, de encantos llena,
la ciudad de la calma y del misterio,
triste y bella cual flor de cementerio,
indolente cual virgen agarena.

Hoy del dulce sopor que la enagena
sale, como de un largo cautiverio,
con ansias de gozar, porque el imperio
del placer tiene el trono sobre arena.

Y se engalana, no con oropeles,
de su sol con el oro, con claveles
de su sierra, compendio de poesía.

Y a quien viene a rendirla vasallaje
ella ofrece, pagando el homenaje,
el alma, toda amor, de Andalucía.

Ricardo de Montis.

IMPRENTA MODERNA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

CRISTÓBAL COLÓN

Reproducción de la tabla al óleo que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y que probablemente perteneció a la colección de Pablo Jovio.

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65 pesetas	Una columna central en el texto,	20 pesetas
3.ª id. id. . . .	50 »	Media id. id. id.	10 »
4.ª id. id. . . .	75 »	Un cuarto id. id. id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea	0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts. Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 7 de Octubre de 1916 | NÚM. 8

COLÓN EN ANDALUCÍA

La aislada y reducida región de Andalucía que baña el río Tinto al llegar a su confluencia con el Odiel, y que comprende en ella desde la Rábida a Palos y Moguer, encierra los lugares en los que se desarrolla la historia de los primeros pasos en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

En 1484 llegó Colón al Monasterio de la Rábida con su hijo Diego, yendo de Portugal. En 20 de Enero del año siguiente, 1485, partió para Sevilla, dejando a su hijo Diego en el convento, al cuidado de los franciscanos; hecho al parecer sin importancia, pero de gran transcendencia. El ligó estrechamente a Colón con el Monasterio, pues además de la gratitud que debió sentir por librarle de la preocupación y de los cuidados que le hubiera ocasionado el llevar consigo a su hijo, de corta edad, en la accidentada y azarosa vida, en los siete años de constante lucha, hasta ver realizada la aspiración de toda su vida; si su hijo no hubiera quedado en la Rábida, probablemente no hubiera vuelto más a ella y cuando, perdidas las ilusiones y esperanzas, había resuelto ir a otra parte a ofrecer su proyecto, nada ni nadie se lo hubiera impedido.

Después de permanecer en Sevilla próximamente dos años, partió para Córdoba el 20 de Enero de 1486. En esta ciudad tuvo lugar su primera conferencia con la Reina Isabel, y en ella se celebró la Junta que había de informar, presidida por el Prior de Prado, Fr. Hernando de Talavera, y en Córdoba recibió de los Reyes los primeros socorros, tres mil maravedises, en 5 de Mayo, y otros tres mil en Julio de 1487.

A principios del mismo año estuvo en Salamanca, donde se celebró la célebre y discutida reunión, en la que tuvo la decidida protección de Fr. Diego Deza, prior del convento de Dominicos y catedrático de Teología.

Entrevista de Colón con los Reyes Católicos en el Alcázar de Córboba
Cuadro de M. Crespo.

En Agosto de 1487 se le libraron en Málaga otros cuatro mil maravedises, regresando luego a Córdoba, donde tuvo a su hijo Fernando con Beatriz Enríquez. En Junio del año siguiente, 1488, recibió nuevo auxilio de los Reyes Católicos, y a principios del de 1489 se le llamó nuevamente a Córdoba, dándose la orden de aposentarle en todas las ciudades donde el servicio de SS. AA. exigiera su presencia. Todo esto es testimonio de que no estuvo tan abandonado y desatendido como de la carta escrita por él desde la isla Española podría deducirse, pues hay que tener en cuenta lo azaroso de la vida de la Corte y su preocupación en los últimos años que precedieron a la Reconquista de Granada y al terminar con ella la dominación mahometana en España, teniendo al propio tiempo que poner orden en el estado de anarquía en que su reino se hallaba. Por esto, como decía el Marqués de Hoyos en la conferencia dada en el Ateneo de Madrid el 24 de Marzo de 1891, «hallábanse los Reyes en lo más crudo de la campaña que con profunda política y acierto sin igual habían organizado para contener la soberbia de los grandes, la anarquía de las ciudades, la indisciplina

de las Ordenes militares; para restablecer, en una palabra, el orden y la paz y con ellos la autoridad y la justicia.»

Perdida nuevamente la esperanza de ver realizado su proyecto, por las dificultades que, a pesar del interés de la Reina, se oponían constantemente a ello, dificultades de las que tal vez él mismo fuera en gran parte el causante, resolvió, en 1491, ofrecérselo al Rey de Francia, volviendo a la Rábida para recoger a su hijo Diego y trasladarlo a Córdoba, viaje de tanta transcendencia como el primero, pues nuevamente reanimó sus esperanzas el guardián del Monasterio al conocer las causas que motivaban su resolución, tomando tal interés que detiene a Colón y decide escribir a la Reina, después de conferenciar con el físico de Palos, Garci Hernández. Llamado Fray Juan Pérez por la Augusta Princesa en contestación a su carta para conferenciar con él, no duda un momento el animoso Guardián del Monasterio en emprender el fatigoso viaje que en aquellos tiempos debía representar el ir desde Palos al sitio de Granada, consiguiendo disipar los temores de Isabel la Católica a llevar adelante la realización de la obra, escribiendo Fr. Pérez a Colón la carta ya conocida y remitiendo veinte mil maravedises, dados por la Reina para que se proveyese de lo más necesario y se presentase decorosamente ante ella, cuyo dinero llevó a la Rábida Diego Prieto, alcalde de Palos. Colón emprendió el viaje a Santa Fe, donde quedó definitivamente concertada la relización del proyecto, disponiéndose que la expedición partiera del puerto de Palos y dando para ello los Reyes cuantas órdenes y disposiciones creyeron precisas. No quedaron, sin embargo, con esto vencidas las contrariedades que entorpecían la empresa, no siendo posible encontrar en Palos quien forzosa ni voluntariamente se prestara a tomar parte en la ex expedición, lo que se comprende tratándose de lanzarse en el mar tenebroso con rumbo desconocido, mar sembrado de sombrías leyendas que la imaginación meridional llenaría de peligros, de fantasmas y de monstruos, y esto llevados y dirigidos por un desconocido, al que, no sólo el vulgo, sino otros muchos, tenían por loco. Nuevamente entró el desaliento en Colón y la decisión de ir a otra parte a ofrecer sus proyectos, y nuevamente hubieron de vencer y allanar las dificultades que a ello se oponían los franciscanos Antonio de Marchena y Juan Pérez, consiguiendo que Martín Alonso Pinzón y sus hermanos, facilitaran cuanto fuera preciso y se pusieran al frente de la expedición, con cuyo concurso cesó por completo cuanto impedía realizarla, porque desde aquel momento iban a seguir, no a un desconocido aventurero, como para aquellas gentes tenía que ser Colón, sino a personas de las de mayor prestigio y autoridad en la comarca. A éstos no les fué ya difícil encontrar gente decidida para poder fletar las embarcaciones, y el 3 de Agosto de 1492 podía partir la expedición, saliendo con tres carabelas: la *Santa María* con Cristóbal Colón, el alguacil mayor de la Armada Diego Arana, primo hermano de doña Beatriz Enríquez; Rodrigo Sánchez de Segovia, inspector general o veedor por los Reyes; Rodrigo Escobar, escribano Real; el dueño de la nave, Juan de la Cosa; Maese Alonso, físico de Moguer, el cirujano Juan y cuarenta marineros; la *Pinta* al manda de Martín Alonso Pinzón, llevando a su hermano Francisco y a Cristóbal García como piloto, y la *Niña* mandada por Vicente Yáñez Pinzón, con los pilotos Pedro Alonso Niño y Bartolomé Roldán, y en ella los vecinos de Palos que más adelante habían de realizar descubrimientos, como el de las islas Bermudas, halladas por Juan Bermúdez, que les dió su nombre, que aún conservan, y los del Brasil y el Río de la Plata, descubiertos por Francisco Yáñez Pinzón.

Al visitar el Monasterio en el año de 1891, y dar principio a los trabajos para la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, sólo escasos restos daban alguna idea, aunque vaga, de lo que fue el edificio que albergó a Cristóbal Colón, y en el que se concertó el hecho más transcendental que en lo humano registra la Historia, hecho que convirtió aquel pequeño y pobre santuario, cuyo nombre es y será siempre universal, y mirado con la más profunda veneración, es uno de los monumentos más grandes levantados por los hombres.

Muchos de los más renombrados llevan en su historia algo que los hace repulsivos. Entre ellos, el más célebre de todos, la Gran Pirámide de Egipto, casi me atrevería a calificarlo de una aberración, un crimen social, porque representa la esclavitud, el trabajo de millares de hombres, tal vez durante varias

generaciones, sujetos al terrible yugo de aquellas civilizaciones, empleados en un trabajo tan rudo y tan colosal como inútil. Ninguna sombra empaña la gloria de la Rábida. Un pobre caminante que con su hijo llega a pedir hospitalidad a la puerta del convento. Unos humildes frailes de la Orden mendigante de San Francisco; unos pobres marineros del pequeño puerto de Palos, cuyos nombres, unidos al de la Rábida, han pasado para siempre a la Historia, son los héroes de esta epopeya, los que realizan tan portentosa empresa, bastante más grande que la célebre de los argonautas, inmortalizada por la poesía griega. Sintetiza este descubrimiento, la invasión y conquista de los pueblos del Norte de Africa y de la Europa que baña el Mediterráneo occidental, al extender por él la civilización de los antiguos pueblos del Oriente. Pero cuando, andando los siglos, la Historia realice la labor de personificar, condensar y reasumir los hechos todos del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, del mismo modo que en objetos distantes entre sí, al alejarse, se acorta aparentemente la distancia que los separa hasta confundirse allá en el horizonte, las expediciones de Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Vasco Núñez Balboa, Alvarado y de cuantos realizaron la colosal y casi sobrenatural empresa de descubrir, conquistar y colonizar los nuevos pueblos, irán unidas a la de Colón, y personificarán, reasumiéndola, aquella titánica epopeya, aún no bien comprendida, y que aparecerá tanto más grande cuanto más lo sea el progreso, el crecimiento y la prosperidad de los pueblos a que dió origen. La Rábida y Palos serán la Argólida que simbolice su conquista para la civilización europea.

En su origen no puede darse empresa más grande en campo más humilde. Luego, cuando el triunfo corona el resultado, no son ellos los que recogen el fruto; todo el comercio, la riqueza que el Nuevo Mundo desarrolla, va por otros rumbos. La Rábida y Palos son olvidados; hasta nuestro tiempo, que es para ellos de vindicación y de justicia.

Ricardo Velázquez Bosco.

EL MESÓN DEL SOL

donde se supone que estuvo hospedado el descubridor del Nuevo Mundo.

COLÓN

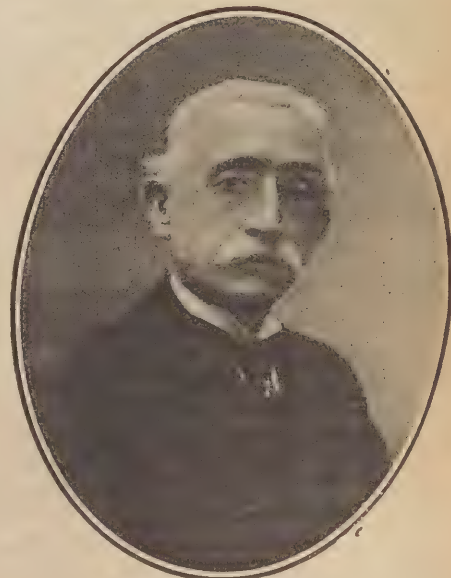
FRAGMENTO

. . . .

También entonces presentose un día
ante la Reina un visionario, un loco,
que a pesar del escarnio que sufría,
yendo de corte en corte, le ofrecía
un mundo por muy poco.
Le oye y duda; mas pronto le impresiona
su genio en que palpitan los pesares,
vende las joyas de su real corona
y así le proporciona
que compre aquel secreto de los mares.
Pocos conceden que el peligro afronte;
mas embárcase al fin: sus carabelas
del ancho abismo por la azul alfombra
tienden las blancas velas,
hasta que al ver allá en el horizonte
una ligera sombra
—¡Tierra!—se oyó gritar desde una nave;
mágico grito de placer profundo
el más intenso que la Historia sabe
haya dado el mortal desde que hay mundo.
La costa con sus árboles frondosos
dibujaba magníficos paisajes
y las aves con fúlgidos plumajes
mezclaban sus conciertos armoniosos
a la asombrada voz de los salvajes.
Vestido de escarlata
y desnuda la frente que retrata
la noble majestad de un soberano,
Colón pisó la orilla
sosteniendo la espada en una mano
y en la otra el estandarte de Castilla;
y doblando en la arena la rodilla,
besó la tierra joven y gallarda
que fué el imán de su pasión constante
y es el mundo que guarda
la realidad del sueño más gigante.

. . . .

G. Belmonte Müller.



El rector de la Universidad Central don Rafael Conde Luque, presidente de la Comisión ejecutiva de la Unión Ibero-Americana.

COLÓN Y LA JUNTA DE CÓRDOBA

La Corte de los Reyes Católicos había estado en Córdoba gran parte del año de 1485, mientras que el Rey D. Fernando proseguía la conquista del Reino granadino, tan tenazmente empeñada. Durante esta feliz campaña, cayeron en poder de los armas cristianas las ciudades de Ronda, Marbella, Coín, Setenil, Cártama y otras.

Días después de la fiesta de San Juan, hizo el rey su entrada triunfal en Córdoba, en medio del alborozo indescriptible del pueblo, según refiere brillantemente el cronista Fernán Pérez del Pulgar.

Con el fin de no agotar los recursos de la ciudad, que tenía que acudir, haciendo grandes dispendios, a las crecidas necesidades de la Corte y de preparar una vigorosa campaña para el año próximo, volvió la Corte a Castilla, pero a fines de aquel año, dice el citado cronista, estaban los Reyes en Medina del Campo y en Toledo, camino de Córdoba, para continuar la guerra con los últimos sultanes nazaritas.

Desde el 1484, se encontraba Colón en España y hospedábase en la casa del Duque de Medinaceli, donde estuvo hasta el 1486, según dicen sus historiadores y el mismo Duque en una carta al Arzobispo de Toledo, aunque sin indicar la fecha de su estancia.

Colón en esa época, quizá con cartas de presentación del mismo Duque, fué en busca de la Corte de los Reyes, que, si se encontraban en Córdoba, pudieron concederle la primera entrevista que salicitaba desde el convento de los Frailes de la Merced, donde, según la tradición cordobesa, hallábase bien acogido (1).

Los Reyes Católicos dieron audiencias al navegante extranjero, que venía a ofrecerles un nuevo camino para ir a las Indias. La entrevista se celebró en el antiguo Alcázar árabe, quizá en la sala llamada de la Reina. Fácil nos sería describir esta audiencia, siguiendo a los cronistas en las reseñas que hacen de otras, pero, enemigos de confundir la leyenda con la historia, sólo diremos que fué el día 20 de Enero, pues el mismo Almirante nos dice en el diario de navegación del primer viaje, refiriéndose a las pérdidas que había tenido la Corona Real por no haberse aceptado antes sus proyectos, que «yo les vine a servir que son siete años agora a 20 días de Enero este mismo mes».

Los Reyes nombraron una Junta que examinara los proyectos que el navegante extranjero presentaba. La declaración que presta el Doctor Rodrigo Maldonado, Regidor de Salamanca y del Consejo de los Reyes, en el pleito que siguieron los descendientes del ilustre navegante con la Corona, sobre el cumplimiento de las Capitulaciones de Granada, lo demuestra de un modo muy claro. La Junta la componían el confesor de lo Reina y después Arzobispo de Granada Fray Hernando de Talavera—a quien siguió después proceso el inquisidor y canónigo cordobés Lucero—, el Doctor Rodrigo Maldonado y otros de los que no conserva la historia ni los nombres. El americanista moderno Sr. Navarro Lamarca y el insigne Pí y Margall, nos dicen que esta Junta se reunió en Córdoba.

No hay documento alguno que lo pruebe, pues el Dr. Maldonado en su declaración, no indica nunca el lugar en que se reunieron. El ilustre patricio, gloria de España, siguiendo a los historiadores primitivos de Indias, refiriéndose a la oposición que hizo la Junta de Córdoba a los proyectos de Colón, escribe lo siguiente:

«Opusieron a Colón estos preclaros varones que cómo en tantos siglos y con sabios tan eminentes no se había pensado en ese nuevo camino para las Indias, a ser verdad que existiese; que la Tierra distaba de ser tan pequeña como la suponía, y ni en tres años se había de encontrar el fin del Océano; que siendo como decía ser esférica, si bajase mucho a Occidente, sobre todo con declinación al Mediodía, no había de poder luego repasar al Atlántico y volver a España; que el proyecto, por fin, presuponía un imposible: los antípodas. Ni pasó quien sacase a relucir más o menos afortunadamente la inhabilitación de tres, de las cinco zonas en que dividimos el globo, a pesar de haber venido ya entonces a disipar este yerro los viajes de los escandínavos y las excursiones de los portugueses.

El dictamen de la Junta fué, como supondrá el lector, adverso. Decíase en él a los Reyes que no debían tomar sobre sí empresa que descansaba en tan flacos cimientos, pues sobre perderse el dinero que en ella se invirtiese, padecería la Autoridad a los ojos de propios y extraños. Los reyes, con todo, se limitaron a dar largas al negocio, pretextando lo ocupados que les traía y los gastos que les ocasionaba la guerra con los moros, y aplazaron el más atento examen de la idea para cuando aquella se concluyese.»

Sólo por la autoridad de Pí y Margall y Lamarca, admitimos como posible ésta página de la Historia de Córdoba, que, sin embargo, ponemos en entredicho, a ver si de este modo algún investigador afortunado, estudiando las estancias de los Reyes Católicos durante los primeros meses del 1486, aporta nuevas pruebas o destruye este nuevo capítulo de la leyenda colombina.

Colón estuvo en Córdoba, quizá durante el tiempo que permanecieron los Reyes en esta ciudad, y a fines de dicho año, cuando se trasladaron a Salamanca, celebróse allí

El exministro de Estado don Faustino Rodríguez San Pedro, presidente de la Unión Ibero-Americana e iniciador de la Fiesta de la Raza.

(1) Hay, no obtante, algunas dudas en los historiadores de los Reyes Católicos, sobre si en el mes de Enero de 1486 estaban los Monarcas en Córdoba, pues existen documentos con fecha de Abril firmados en Guadalajara, y las crónicas todas hablan de que la Corte estaba en Córdoba en Mayo. En el Archivo Municipal no aparece documento alguno firmado por los Reyes Católicos durante el primer mes del referido año.

otra Junta, aunque hoy es también objeto de discusión. De ser cierta la de Córdoba, bien pudo ser preparatoria de la más importante celebrada en Salamanca, o en otra capital cualquiera.

Resulta como probado que desde 1487 a 1488 entrega el Tesoro Real a Colón varias cantidades: dos de 3.000 y dos de 4.000 maravedises.

En una cédula dada en Córdoba el 12 de Mayo de 1480, ordenan los Reyes a todos sus corregidores, justicias, alguaciles, etc., que den posada sin llevar dinero a Cristóbal Colón y a todos los suyos, «para que acuda a la Corte, pues está haciendo cosas cumplideras a nuestro servicio.»

Entre los años de 1486 y 1487 debemos colocar el principio de los amores de Colón con Beatriz Enríquez de Arana. D. Rafael Ramírez de Arellano ha aportado, en un estudio titulado *Beatriz Enríquez de Arana y los Aranas de Córdoba*, interesantísimos datos respecto a la familia de los últimos, pero no de ella, a la que hace suponer pobre y de fácil conquista, dejándose llevar de su imaginación hasta el punto de preguntarse si sería la moza del mesón donde se alojaba el navegante, a quien no le falta mucho para considerar como un vulgar conquistador. No, Colón no puede ser juzgado de esta manera, y a ello contribuye muy poderosamente esta declaración sentimental que hace en su testamento: «E le mando que haya encomendada a Beatriz Enríquez, madre de don Fernando mi hijo, que la provea que pueda vivir honestamente como persona a quien yo soy en tanto cargo. Y esto se haga por mi descargo de la conciencia, porque esto pesa mucho en mi ánima. La razón dello no es lícita de la escribir aquí.»

Tampoco puede afirmarse que doña Beatriz fuera pobre, pues existe una carta del Almirante a su hijo don Diego, al que le habla, entre otras cosas, que a «Beatriz Enríquez hayas encomendada por amor de mi atento como teníades a tu madre; haya ella de tí diez mil maravedises cada año, allende de los otros que tiene en las carnecerías de Córdoba», y quien tiene diez mil maravedises de renta, mal puede considerarse pobre y menos ser una moza de mesón.

A este propósito, dice don Martín Fernández de Navarrete: «Los amores de Colón en Córdoba con Doña Beatriz Enríquez y el nacimiento del hijo que tuvieron (don Fernando) en 15 de Agosto de 1488, fueron motivos suficientes para que el Almirante se decidiese a quedar en España. Basta leer la carta del Rey de Portugal para cenvencerse de esta verdad. Su fecha es de Avis a 20 de Marzo de 1488, y debió Colón recibirla en Sevilla a últimos del mismo mes, cuando la madre de don Fernando estaba embarazada de cuatro meses y medio.»

EL ALCÁZAR DE CÓRDOBA
donde se verificó la primera entrevista de Colón con los Reyes Católicos

A Córdoba, a una mujer cordobesa, que fué todo cariño para el pobre extranjero, y al fruto de esos amores se debió el descubrimiento del Nuevo Mundo para España, pues de otra manera hubiera aceptado las proposiciones que los Reyes de Francia, Portugal e Inglaterra llegaron a hacerle y de las que a los Reyes Católicos dió lectura.

Bendito podemos decir que fué para España el amor que sintió Colón por la hermosa Beatriz, a la que nunca consideró como instrumento de deleite, sino como a la madre de sus hijos, madre digna de ser admirada, y que, si acaso pecó de liviana, expió su pecado con el dolor y con los sacrificios que padeció durante su vida, mientras avivaba la fe y el entusiasmo del loco que triunfó de su quimera abriendo a su patria adoptiva y a la humanidad entera las puertas de un mundo desconocido.

Miguel A. Orti Belmonte.

LA FIESTA DE LA RAZA

¿Qué significa la Fiesta de la Raza? Mucho debe la Unión Ibero-Americana al señor Rodríguez San Pedro; pero acaso vale tanto como la creación de la misma Sociedad el haber imaginado esta fiesta, que actualmente se celebra, no solo en Madrid, sino también en buena parte de las provincias de España, en buena parte del mundo, y, desde luego, en los pueblos hermanos nuestros de América.

En efecto; hace más de cuatro siglos que, con el descubrimiento de Colón, se verificó el acontecimiento más grande que ha presenciado el mundo, el primero sin duda después de su redención; y hace más de cuatro siglos que empezó nuestra fusión con aquellos aborígenes, la cual, totalmente, no puede desaparecer, pero durante tiempo tan largo, el curso natural de la Historia, que trae consigo mudanzas tan profundas, intereses tan varios y a veces tan opuestos, acabó, si no por borrar del todo, por desvanecer y esfumar en la conciencia de iberos y americanos el origen y causa de nuestros vínculos familiares, y para recordarlo y grabarlo profundamente en nuestro espíritu, nada más a propósito que estas asambleas anuales, celebradas en la fecha que recuerda el día más grande de la Historia moderna, el 12 de Octubre de 1492. Tal es la Fiesta de la Raza, cifra y como síntesis abreviadísima de nuestra común historia y también de nuestro presente. Por esto, sin duda, la han acogido con entusiasmo todos los en ella interesados, los americanos y los españoles.

Fiesta de la Raza. También el curso del tiempo ha venido a modificar este concepto, que sólo puede tener algún valor aplicado a los tiempos primitivos. Porque hay en el fondo de él algo opuesto a lo que deseamos y la Fiesta representa, puesto que la idea de la raza, extendida más allá de su escasa realidad, viene a parar al rompimiento de la unidad de la especie, y no existe tal diversidad e irreducible antagonismo entre partes de la gran familia humana: la Historia ha concluído con todos ellos.

A veces, como fórmula y señal de unidad inextingible, a despecho de las mayores diferencias, hay un lazo que a todos nos confunde en un concepto común: la lengua. Tal es la garantía del espiritual comercio entre españoles y americanos: nuestra lengua, vencedora a la postre de los prejuicios, de la enemistad y hasta de los odios: siempre estará como expresión de cierta comunidad necesaria y como fatal entre nosotros.

FERNANDO V EL CATÓLICO

Esta unión que en la Fiesta de la Raza se confirma y pregona una vez más, hallábase antes dificultada por un elemento que puede considerarse como uno de los ojos de la Historia: la Geografía. Pensaba yo hasta hace poco que el mayor inconveniente que había para fomentar las relaciones morales y materiales entre los españoles y los hermanos de América era la distancia, porque si bien es cierto que, como se ha dicho, el mar, lejos de apartar, acerca y une los continentes, sin embargo, las dificultades y lentitud de las comunicaciones marítimas hace cincuenta años eran enormes, y muy considerables después; pero hoy, gracias a los prodigios de la ciencia y a la voluntad de la Providencia, parece que el mundo ha reducido su tamaño. Para las relaciones del espíritu, las distancias han desaparecido con el telégrafo, y para las corporales y materiales, de tal manera se han acortado, que bien pronto la brevedad de los viajes parecerá un sueño. La conquista del aire ha comenzado y seguramente la veremos consumada. ¿Qué no se puede esperar de los adelantos de la ciencia y del poder del entendimiento? Esos maravillosos vehículos o medios de comunicación dedicados hoy con la guerra a la destrucción de la humanidad, se convertirán pronto en mensajeros de la paz, abriendo al

ISABEL I LA CATÓLICA

comercio de todo género vías aéreas, más seguras que las marítimas.

Ahora bien; el contacto y tratos frecuentes y el mutuo conocimiento que engendran establecen siempre entre los hombres la paz, y, a la postre, la comunidad de intereses.

¡La paz! Un sarcasmo parece hablar de paz en estos momentos en que se ve en tela de juicio hasta la existencia de la familia humana. Parece que esta palabra suena a algo parecido a la carcajada de Mefistófeles.

No han nacido los hombres para destruirse mutuamente, sino para apoyar su vida sobre la base del respeto mutuo y del amor, para vivir en paz con sus semejantes. Tal es el carácter de la sociedad contemporánea y de su Derecho internacional, conforme al cual el modo ordinario de ser de la sociedad de los Estados es la paz y la guerra la excepción, al contrario de lo que sucedía en la antigüedad y en la Edad Media, en que el estado normal era la guerra y la paz mero accidente.

¿Por qué ese brusco retroceso a las antiguas edades? Lo que para confusión nuestra aparece en la superficie de las cosas, y quizá en su fondo, es que el Estado, suprema garantía de todos los derechos, principalmente de la propiedad y de la vida de los ciudadanos, está dando en todos los pueblos en la extraña locura de decretar la muerte, o sea la guerra, como forma de existir de las sociedades políticas.

Contra tales extravíos en que están incurriendo, o a punto de incurrir, todas las naciones del mundo, no hay más que una esperanza de remedio; y es que los sacrificios que durante el pasado siglo hicieron los pueblos, las sociedades, las muchedumbres para redimirse y sacudir el yugo que en lo político y social los abruma, los trasladen con igual energía a la vida internacional; que las inmensas mayorías universales se sobrepongan a las minorías soberbias o egoístas que las gobiernan. Lenta o acaso imposible evolución, pero la única esperanza de reforma.

La Fiesta de la Raza no puede ser sino la fiesta de la paz y del amor, proclamados primero entre hermanos de allende y aquende los mares, y como el amor de suyo se difunde entre semejantes, extendido después a todos los hombres.

Invoquemos la paz, a la cual todos podemos y debemos contribuir, sin exceptuar a las mujeres. En vez de imitar a las mujeres griegas, que decían a sus maridos e hijos al partir para la guerra: no volváis sino con el escudo o sobre el escudo, dedicaos vosotras a combatir los instintos salvajes que se están despertando en los hombres de la presente generación.

Rafael Conde y Luque.

Bajo el cielo azul de Andalucía

«El cielo de Andalucía está vestido de azul:» canta la musa popular en los campos feraces, llenos de luz y de vivos colores, y en las plazas de los pueblos rientes con sus pintorescas fiestas...

Aquí, bajo este cielo, se recortan las costas más meridionales de todas las europeas hasta aquel fin de la tierra antigua, Sacro Promontorio, que habían de recibir la visita de todos los pueblos mediterráneos, los cuales dejarían en sus descendencias el fuego de todas las inspiraciones poéticas y la rica fantasía de todas las creaciones míticas y leyendarias, producidas por las razas artistas del mar interno.

Bajo este vestido azul, como límite de la audacia exploradora, puso la antigüedad el velo de las columnas de Hércules, vigías de inmensidad ignota del Océano tenebroso, que ciñen el Estrecho consagrado al héroe famoso y universal, héroe, para los helenos, que había de coger las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides, custodiado por espantoso e invencible dragón.

Es aquí, bajo el cielo vestido de azul, bajo el cielo extendido de Andalucía, frente al Estrecho herculano, frente al Estrecho de historia arcana, que, al abrirse en convulsión de los senos terrestres, separó las greas turdetanas y las líbicas, donde se elevó aquella misteriosa Atlántida que a Solón revelaron los sacerdotes egipcios y que en sus diálogos inmortalizó Platón con los pinceles del mito y de la leyenda. De memoria permanente debía ser en todas las generaciones, y más intensa todavía en las que investigan y desentrañan secretos de la Historia y de la Vida, porque en la Atlántida misteriosa el poderoso Neptuno, el dios de la inmensidad y de la fuerza de los mares, hizo un paraíso para sus amores con Clítone, descendiente de la Tierra, y engendró en ella la divina raza de los atlantes, los creadores de un pueblo de espléndida civilización; pero aquel pueblo generoso cayó en las pasiones de poder y de riqueza, y Júpiter, indiscutible y grande, reunió a los dioses olímpicos para proponerles el castigo de aquellos hombres que habían perdido la naturaleza divina, y en día y noche fatales, de agitadas inundaciones y de temblores de tierra, la famosa Atlántida fué tragada por el furioso Océano, produciéndose terrible trastorno en las entrañas del abismo, quedando recuerdo imperecedero de la misteriosa tierra sepultada y de la catástrofe que el gran padre de los dioses permitió.

Atenaceando la duda, escritores alejandrinos negaron la verosimilitud del relato platónico; otros clásicos admiten y confirman la posibilidad de aquella existencia atlántica en los tiempos heroicos; y los críticos modernos aumentan la creencia en ella, ya estimándose como un continente que unía a Europa con Africa y llegaba hasta las Antillas, ya limitándose la extensión, para unos yendo la Atlántida desde el Noroeste peninsular a las islas Británicas, para otros en dirección distinta y opuesta, siendo guías o señales que han quedado fuera de la superficie de las aguas, testimoniando la tierra sumergida por el cataclismo, los picos salientes de las Azores o Terceras, de la Madera, de las Canarias o Afortunadas y de las de Cabo Verde; bien combatiéndose la opinión continental, estimando que la tierra sumergida no llegaba ni aun a las Canarias, sino que quedaba reducida hasta las Azores; y mejor lo que exponen los geólogos contemporáneos, en vista de la conformación de las costas gaditanas, onubenses y algarvenses, marcando la Atlántica como lengua de tierra que unía la Península con Africa por el Occidente.

Imponíase al pensamiento antiguo el terror al Océano tenebroso, que el más allá de las columnas herculanas estaba vedado al hombre, supuesto abismo, de inmensidad desconocida, lleno del fango que produjo el hundimiento de la isla misteriosa, que impedía la navegación, y, no obstante, bajo el cielo de Andalucía, los audaces antiguos dominadores del mar interno, aquellos famosos fenicios fundadores gaditanos, abrieron con sus naves las aguas del Estrecho y penetraron en el mar externo desconocido, llegando por el Sur hasta las Afortunadas y por el Norte hasta las Albión y las Casitérides, que les dieron la riqueza del estaño.

Costas turdetanas y líbicas, famosas y codiciadas, que, asom-

bradas y suspensas, vieron pasar lentamente, saliendo de Cartago, aquella flota con treinta mil colonos, que penetró en el mar tenebroso y recorrió el litoral occi dental africano, inmensa obra de la antigüedad que testimonia el notable Periplo de Hannón, cuando, al mismo tiempo, en dirección contraria, la poesía órfica, en la pluma de Onomácrito, describiendo la vuelta de los argonáutas, canta la ruta por las aguas hiperbóreas, penetrando luego por el Estrecho en las mediterráneas, para regresar triunfantes a Yolcos, de la Tesalia, de donde partieron en busca del vellocino de oro de la Cólquida, los intrépidos compañeros de Jason.

En aquella continua corriente creadora, la poesía y la mítica helénicas, siguiendo complacidas las bellas tradiciones y las maravillosas imágenes, supusieron también hacia el Occidente y llevaron más allá del Estrecho histórico, hasta las mismas Afortunadas islas, término de las exploraciones calculadas, el Jardín de las Hespérides, con sus ricos vergeles y sus manzanas de oro, y los Campos Elíseos, mansiones de bienaventurados, con sus delicias para las almas de los mortales virtuosos. A esas tradiciones míticas se unieron las leyendas medioevales; y los campos elíseos, las tierras afortunadas, los jardines ideales, los pueblos felices, las islas maravillosas, fueron imaginados en medio de las tenebrosidades y terrores de aquél mar externo, de aquel Occéano impenetrable que hería las imaginaciones ardientes, estimulaba los deseos de maravillas y fortunas, e incitaba a los espíritus audaces para penetrar en sus misterios y descubrir aquellas bellezas soñadas.

Y en los albores de los siglos modernos, en la época de las exploraciones de la costa occidental africana por los navegantes portugueses, cuando regía a Portugal el Príncipe Perfecto, Juan Segundo, y la expedición de Díaz doblaba el promontorio de las Tormentas o de Buena Esperanza, persistentes aquellas tradiciones y leyendas, brotaban las islas imaginarias en el obscuro Occidente, y las narraciones se repetían con atrayentes imágenes de tanto relieve sincrético como la referida al aspecto maravilloso del viaje de Fernando de Ulmo, que fué en busca de la isla desconocida e inaccesible de los Siete Pueblos, en las aguas de las Canarias, donde se refugiaron, naufragados, siete obispos con piadosos desterrados españoles que huyeron el siglo octavo de la invasión mahometana, y en la que pasó una noche el fantástico Adelantado Ulmo, quien al volver a Lisboa murió trastornado, porque había transcurrido un siglo en la Historia y en la vida de la nación portuguesa.

Colón en el camino de Córdoba
Dibujo de A. Lizcano.

Influencia superviviente de los siglos pasados, acción poderosa de la historia transcurrida, impresión indeleble de los ascendientes en el cerebro de las generaciones sucesivas: aún las relaciones maravillosas no han desaparecido totalmente, porque, como resto de superstición, término de decadencia del ciclo brillante leyendario que se formó en la antigüedad, completó artísticamente el genio clásico, y amplió el espíritu de los pueblos medioevales, refieren los marineros actuales en sus derroteros por las aguas de las Canarias, que por allí se ve, de vez en cuando,

como salida de las brumas, una isla misteriosa, a la cual nadie ha podido llegar, porque a medida que los barcos van hacia ella, la isla se aleja más.

Paralelamente con los últimos siglos de lo maravilloso, de lo desconocido y de lo tenebroso, bajo este mismo cielo andaluz, que canta la musa popular, van a ocurrir los hechos precursores de lo real, de lo descubierto y lo conocido, cuatro años antes del épico lusitano viaje de Vasco de Gama, en aquella edad de gigantes anónimos entre grandes nombres históricos, en la que portugueses y españoles, en empresas memorables, redondearon para toda la humanidad futura la faz de la Tierra, hasta entonces incompleta y temida.

¡Salud, tierras ilustres de Sevilla, de Córdoba, del Puerto de Santa María, de Huelva, de Granada, que visteis circular de un lado a otro lado la figura angustiada del que, combatido en todas partes, daría más que nuevo camino a las Indias occidentales, más que nuevo estado a Castilla y a León, que ganaron con aquel inolvidable rasgo de firme voluntad de la primera Isabel, un Nuevo Mundo, de múltiples maravillas y de grande porvenir, a la admiración de los viejos continentes!

¡Honor, insignes Juan Pérez, frailes de la Rábida; García Hernández, médico de Palos; Pero Vázquez de la Frontera, marino de Palos; Sebastián Rodríguez, piloto de Lepe; que oísteis y advertísteis atentos y admirados al que sería el más famoso de los genoveses o de los gallegos, que, desamparado y abatido, iba con su tierno hijo para ver en Huelva a su cuñado Muliar y le tendisteis vuestros brazos de hermanos cariñosos y proporcionasteis los medios para que el genio no quedara sepultado en el abismo inmenso del olvido y de la negación!

¡Prez, famoso Martín Alonso Pinzón, voluntad resolutoria del magno descubrimiento, que moriste obscurecido en tu cuna de Palos, y, por la crítica justiciera de la centuria anterior, subiste rehabilitado al lugar memorable que te correspondía; prez, célebres marinos exploradores del primer viaje, los Huelva, los Niño y otros onubenses y moguerenses, los Pinzones, los Quintero, los García, y todos aquellos intrépidos paleños, autores esforzados, con el inmortal descubridor, de la hazaña que ascendió al rango épico de los leyendarios argonautas!

¡Fama, ínclita villa de Palos de la Frontera, madre valerosa del descubrimiento, que con letras de oro escribes en la enseña de tu espíritu el 3 de Agosto de 1492 y el 15 de Marzo de 1493, los términos del ciclo del primer viaje, y aumentas con otros exploradores que salen de tu seno otras fechas posteriores hasta Septiembre de 1500; fama también, ilustres Cádiz y Sanlúcar, que en los tres viajes siguientes del imperecedero Colón despedisteis y recibisteis aquelllas naves heroicas, cuyas últimas, destrozadas por las tempestades tropicales y roídas por la carcoma, al mismo tiempo que el descubridor, próxi-

El académico de la Española don Manuel de Saralegui Medina, Director de la revista de la Unión Ibero-Americana.

Partida de Colón al descubrimiento de América
Cuadro de A. Gisbert

mos sus postrimeros días, entraba extenuado en las tierras sevillanas, aquellas naves, sin poderse sostener más sobre las aguas, vinieron a deshacerse en vuestras aguas sanluqueñas, en esas aguas de la histórica Sanlúcar de Barrameda, de donde salieron las naves de Magallanes el 20 de Diciembre de 1519, volviendo tan sólo la de Sebastián Elcano en 6 de Septiembre de 1522, fechas imborrables de la primera arrojada y valiente circunnavegación de la tierra, en hazaña que perpetúa en la Historia el nombre y la vida de la ciudad que une a sus pies el remoto mar tartesio y el bético río no menos antiguo!

¡Gloria, Colón y Magallanes inmortales, héroes de las grandiosas empresas que antecedieron a los fecundos descubrimientos de los siglos XVI y XVII, a las notables exploraciones científicas del XVIII, a los profundos estudios y viajes del XIX, veréis referir vuestros hechos, enaltecidos muchas veces por labios elocuentes, por Hijas de Isabel y Caballeros de Colón, y muchas veces repetidos por miles de voces populares en las plazas públicas, rientes con sus fiestas populares, y en estos campos feraces, llenos de luz y de vivos colores; y en la carretera idealizada de Palos a la Rábida, en panorama y simbolismo singulares, en la calle de las Naciones de Indias occidentales, de las Colonias europeas, de los Estados americanos del Norte y del Sur, y de los diecinueve Estados hispano-americanos que llevan en el esplendoroso signo del lenguaje el genio de la raza, las banderas azotadas por el viento serán el permanente fraternal saludo dirigido a tantas grandezas del Nuevo Mundo, lanzado a través de los mares desde este lugar de la Historia, bajo «el cielo de Andalucía, que está vestido de azul»...

Alejandro Guichot.

Los descubridores del Nuevo Mundo

Tras Colón por Isabel primera,
un puñado de héroes se arrojaron
al piélago insondable y le arrancaron
la ignorada unidad de nuestra esfera.

Si espléndido y fecundo y rico era
el imperio que audaces conquistaron,
con la ciencia y la fé lo iluminaron:
no puede allí abatirse su bandera.

Mientras la tierra dure, su memoria
honor será de España, luz y guía;
pues cualquier español tiene la gloria

de poder exclamar desde aquel día:
«¡Esa hazaña más grande de la Historia
timbre es tan sólo de la patria mía.!»

Angel Avilés.

El próximo número de la revista semanal independiente CÓRDOBA estará principalmente dedicado al Pantano del Guadalmellato, el que ha de proporcionar el agua necesaria para el abastecimiento de la ciudad y para poner en condiciones de producción la vega de Córdoba, la que será vez y media mayor que la de Valencia. También se tratará de la Granja Agrícola, en la que se ha de cuidar de la transformación que el Pantano ha de imponer en los cultivos; de la Escuela de Peritos, en la que ha de prepararse el personal necesario para las nuevas formas de trabajo; de la instalación adecuada de la Escuela de Veterinaria, para que se puedan desenvolver convenientemente sus enseñanzas, que afectan a uno de los elementos naturales más importantes de nuestra comarca, y del reciente proyecto de Escuela de Ganadería, en el que de un modo preciso se procurará el fomento de la riqueza pecuaria.

MADRE ESPAÑA

EN CASTILLA LA VIEJA.

Epica Madre España, Soberana que un día,
cabalgando en las olas de un mar que gime y ruge,
por el mundo llevaste tu arrojo y gallardía,
de bravos capitanes al formidable empuje.
Amo el pasado heroico; quiero en cada paraje
de estos campos cubiertos por los rubios trigales,
evocar de tus hijos el guerrero coraje,
la pujanza indomable que los hizo inmortales.
Surjan, surjan las sombras épicas e ignoradas
de los héroes sin nombre y pueblen mi memoria,
con su esplendor excelso, las tajantes espadas
de los conquistadores del triunfo y de la gloria.
Madre España, sacude tu marasmo. Levanta
tu frente hacia las cumbres en donde el sol fulgura.
Oye la voz solemne que tus grandezas canta.
Con tus pasados ímpetus escalarás la altura.
¿Dónde están, Madre España, las conquistas más grandes
que a tus plantas pusieron de la Victoria el carro
cuando Colón te diera la América y sus Andes,
cuna de las proezas de Cortés y Pizarro?
¿De Fernández de Córdoba se han borrado las huellas,
y del Cid se ha extingido la resonante gloria?
¡No! ¡Jamás el recuerdo se apagará de aquellas
luchas con que en un tiempo se engalanó tu historia!
Duermen las bizarrías, duerme el soberbio empuje
del alma de los grandes capitanes que un día,
cabalgando en las olas de un mar que gime y ruje,
por doquiera llevaron tu arrojo y gallardía.
Madre España, ¡sacude tu letargo! Levanta
tu frente hacia las cumbres en donde el sol fulgura.
Con acentos de bronce tus heroísmos canta,
y en gigantesco impulso vuelve a escalar la altura.
Debes mostrar al mundo que aún hay sangre en tus venas,
que tus altivas águilas, de vuelo soberano,
rompan del pensamiento las sutiles cadenas
para ser el orgullo del suelo castellano.
Que tu raza recobre su pujante fiereza,
y del progreso humano puedas tú ser la egida.
La tierra, el mar y el cielo, ¡que canten la grandeza
y el heroísmo ardiente de tu gloriosa vida!

Juan Castro.

DESCUBRIENDO NUESTRO MUNDO

¿Tenemos un índice que revele la extensión que ocupan en la conciencia de las muchedumbres los valores históricos individuales? ¿Viven en la entraña de los pueblos, en el fondo de la mentalidad de los más las personalidades de tal relieve, cuyo nombre y memoria serán perdurables, mientras no se borre del planeta hasta el último vestigio de las civilizaciones? ¿Háse manifestado en algún tiempo de manera constante, por igual en todas las capas sociales, un interés de origen intelectual hacia los hombres que han sobrevivido a su tránsito por el mundo? ¿Acertamos siempre a ver en la trama de los hechos que consumaron o de las empresas que acometieron o de las investigaciones a que se consagraron o de las teorías que idearon, la significación de su destino, la síntesis de su actividad, la silueta, a que, en suma, el trabajo de desintegración de los siglos reducirá su figura eminente? Más en singular: ¿qué ideas, qué emociones, qué perspectivas, qué resonancias evoca en los españoles que componen las legiones de los indiferentes u hostiles a la cultura el nombre de Cristóbal Colón? ¿Cuál fuera la función representativa que ejerció en el decurso de su existencia, aún sin el hallazgo estupendo, al aventurarse ávido por derroteros nuevos?

. . . .

Anonada el espectáculo divertido de las gentes, desentendidas de la finalidad transcendente de su propio vivir, la incuria invencible para situarse en posición de descubrir y dominar el mundo espléndido, más dilatado cada vez, de cuanto cae fuera de nuestro pensar consuetudinario. No es para muchos una desazón la ignorancia que nos aflige: en lo desconocido ni siquiera hallamos la virtud de soliviantarnos.

Tiene los caracteres entre nosotros de un fenómeno vulgar la asociación de intereses, de actividades, de energías con un fin de esparcimiento pueril o de propaganda engañosa de procedimientos políticos o de halago, con barniz decoroso, a los apetitos de la animalidad. Mas se ahoga irremediablemente cualquier intento dirigido a concertar voluntades en la aspiración de armonizar la conducta de todos con las exigencias de la cultura, aún quedándonos, con anhelo ilusorio, en

Primer desembarco de Cristóbal Colón en América.
Cuadro de D. Puebla

un nivel medio colectivo de saber, de aptitudes, de producción. Y no es raro que, a más de esto, sobrepongamos el escarnio al desdén con fundaciones de fisonomía académica y alma de tahur.

¿Qué centros superiores de educación de las multitudes vemos surgir y extenderse? ¿Cómo se desenvuelven Ateneos, Escuelas, Museos, Academias, Universidades? ¿Cómo ha sido en verdad considerada y es todavía sostenida, en lo que depende de las corporaciones de elección popular, la Escuela primaria?

Hay una vía amplia y fácil de acceso a las zonas feracísimas del estudio, de la elaboración mental: la lectura... y es mejor que no se escriba el cómputo de los que afanosos la frecuentan, embargados de una fructífera curiosidad y de aquellos otros que la huellan atormentados y roídos por la literatura de sentina.

Y, no obstante, ¿dónde se percibe el descontento de una pobretería espiritual tan vergonzosa? ¿Dónde se exhalan los ayes que la indigencia anímica arrancaría de nuestra entraña, si abajo hubiera conciencia de nuestro destino?

Nos basta, a lo que parece, el mundo en que dormitamos: bástanos estar en él, sin conocerlo.

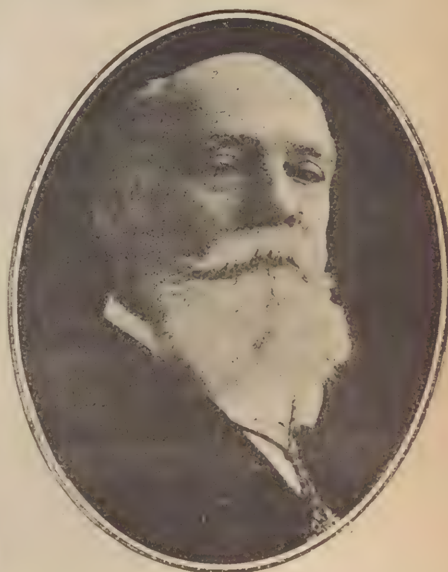
Cualquiera que repugne la situación empezaría a darse por contento si lograra despertar actividades dirigidas a convertir la atención de los muchos hacia la realidad más cercana, hasta que fuera íntima, cordial nuestra relación con ese mismo mundo, ignoto en verdad.

Esta es una vía colombina de exploración, el modo representativo que descubrimos nosotros en las audacias del Almirante: andar un camino nuevo, pensando en que nos lleve a lugar conocido. Marchar hacia Occidente para volver por Oriente, envueltos en luz de aurora que nos descubra las maravillas de lo mismo que habíamos tenido ante los ojos, sin someterlo a contemplación, ¿qué sorpresas nos depara rá?

«Las cosas no se crean, se inventan, en la buena acepción vieja de la palabra—escribe Ortega Gasset en *El Espectador*—, se hallan. Y las cosas nuevas, las mismas aún no denunciadas, se encuentran, no más allá, sino más acá de lo ya conocido y consagrado, más cerca de nuestra intimidad y domesticidad, en torno a nuestras entrañas, llenando en inmenso filón las horas más humildes de nuestra vida.»

José Priego López.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.



El senador don Rafael María de Labra, presidente del Ateneo de Madrid.

Colón y Doña Beatriz

En una biblioteca de Córdoba, por cierto no muy concurrida, nos reuníamos hace unos días varios colombófilos.

Alguien—Pedro Moro tal vez—lanzó esta pregunta: ¿Dónde y cómo conoció Colón a Doña Beatriz Enríquez de Arana, la dama cordobesa con la que tuvo amores?

Varias versiones corren acerca de este punto: el Duque de Rivas, en su poema sobre Colón, o se dejó llevar de la fantasía o se fundó en alguna tradición inverosímil, cuando dijo que una mañana, al salir el Almirante de oír misa en la Catedral, un grupo de muchachos le siguió abucheándole ¡al loco! ¡al loco! y que pasaba por allí doña Beatriz en tal momento, seguida de sus lacayos, los que, por orden de su señora, dispersaron a los chicuelos e invitaron a Colón a pasar al palacio de la Enríquez de Arana.

Ningún valor histórico tiene esta versión. Colón jamás fué tenido en Córdoba por loco, ni apedreado y perseguido por la turbamulta.

Otro origen señala el presbítero señor Lorenzo Leal a la amistad entre el descubridor de América y la que luego fué su segunda esposa. Dice que hubo un duelo entre el conde de Peña de Oro y un hermano de doña Beatriz, porque el primero requería continuamente de amores a la dama; que en ese duelo intervino Colón a favor del hermano y que de ello nació el afecto entre éste y el Almirante. Esto no pasa de ser una leyenda urdida por una imaginación calenturienta, tan falta de fundamentos como la de creer a la dama Enríquez de Arana posadera o encargada del Mesón de Trassierra, donde dicen haberse hospedado Colón al venir a Córdoba. Nada más lejos de la realidad: Doña Beatriz era de esclarecido linaje y pertenecía a una de las casas más nobles y distinguidas de Córdoba.

Nosotros hacemos la conjetura siguiente y mediante ella venimos a deducir claramente el motivo de la amistad entre estos dos interesantes personajes.

Don Pedro, don Rodrigo y don Diego de Arana, hermanos los dos primeros y sobrino el tercero de la madre de Hernando Colón, eran, como queda dicho, personas principales de esta ciudad. Los tres acompañaron al genovés en sus expediciones y don Diego fué con el alto empleo de alguacil mayor en la nave *Santa María*, quedando en las tierras descubiertas con una misión del Almirante.

¿No es lógico pensar que quienes participaron del genio aventurero de Colón, acompañándole en sus viajes y corriendo los peligros de aquellos, eran hombres aficionados a la geografía o tal vez a la navegación?

Y si tales eran las aficiones de los tres Aranas cordobeses, ¿no es lícito pensar que, por esa identidad de vocación con el Almirante, pudieron entablar trato y quizá amistad estrecha con don Cristóbal en los días en que, allá por el año 1485 y siguientes, residió en Córdoba aquel genio inmortal?

Bien pudo ser así; y si fué, fácilmente encontró ocasión de hablar a doña Beatriz, prendarse de ella y llevarla al lugar que en su corazón había ocupado la hija de otro navegante, de Palestrello, que había sido su primera esposa.

José M. Rey.

Colón, de vuelta de su primer viaje a América, es recibido por los Reyes Católicos.
Cuadro de R. Balaca

RODRIGO DE TRIANA

Ya Colón, con la suprema ansiedad del que confía
y no puede a los que dudan transmitir su confianza,
acusaba a la Fortuna, no de infiel, mas de tardía;
ya crecer en torno suyo el rumor confuso, oía
del volcán cuando abre cráter y el nublado cuando avanza;
y ya viéndose en la popa de su nao *Santa María*,
por la chusma rebelada y furiosa acorralado,
exclamaba, alzando al cielo, como Cristo en su agonía,
el espíritu y los ojos:—«¿Por qué me has abandonado?»
—«¿Por qué me has abandonado?»—¡Ese mundo presentido
por tu fe, cuya existencia nadie cree ni nadie sabe,
allí está...! ¡Mas, si no llegas, para siempre lo has perdido,
que a él podrá volar tu anhelo, pero no arribar tu nave!
¡Tienes fe, mas no esperanza, y no habrá quien, condolido,
en tu estéril desaliento, te reanime y te conforte!
¡Oh tristeza inconsolable de lo real no conseguido!
¡Flor que pudiera ser fruto, y sin ser fruto se agosta!
¡Brújula que siempre miras hacia la estrella del Norte
y no impulsas a la nave para que llegue a la costa!
Todos creen que el obstinarse fué locura, y es delito.
Todos creen que el Océano nada guarda y nada encierra,
que es desierto e insondable, proceloso e infinito ..
¡Mas Rodrigo de Triana desde el mástil grita: *¡Tierra!*
y los cielos y los mares se estremecen con su grito!

—

Carabela de la vida que con rumbo incierto boga,
y es un punto en la infinita soledad del mar y el cielo,
doble esfinge que, ceñuda amenaza e interroga,
y que no responde nunca ni a la duda ni al anhelo.
Cuando ya la muchedumbre que la llena y la tripula,
fatigada y recelosa, desfallece y desconfía,
al cansancio que la rinde y al dolor que la atribula,
elevándose atrevido, sobrepónese el poeta
que atalaya desde el mástil la impasible lejanía
para ver, como vigía, lo que vió como profeta.
¡Si la chusma de la nave, declarada en rebeldía,
vilipendia y escarnece, crucifica y apostrofa,
siempre ingrata, al Dios o al genio que la salva o que la guía,
tú, vigía del ensueño, que en tu espíritu y tu estrofa
la ilusión sagrada acoges y la fe divina albergas,
despreciando valeroso los ultrajes y la mofa,
es preciso que te eleves y te empines y te yergas
en las juntas de los palos, en las tablas de la cofa,
en las cuerdas de las jarcias y en las cruces de las vergas!
¡Es preciso que te eleves, porque siempre se dilata
por sí solo el horizonte, para todo el que se eleva,
y en la línea en que el zafiro se confunde con la plata,
virginal y tentadora, surgirá la tierra nueva!

—

¡Yo también, audaz anhelo ser profeta y ser vigía,
descubrir tras de los odios, los rencores y la guerra,
las regiones ignoradas de la paz y la poesía;
no ambiciono ni otro lauro, ni otro bien, ni otra alegría
que vivir soñando gloria y morir gritando: *¡Tierra!*
¡Ser profeta y ser vigía, porque solamente quiero,
elevándome hasta el tope del más alto mastelero
de mi pobre y atrevida carabela castellana,
que en los mares del ensueño boga en busca del mañana,
y dirige hacia una estrella cual su aguja, su bauprés,
ver la tierra prometida, cual Rodrigo de Triana,
aunque expire sin poderla disfrutar, como Moisés!

Manuel de Sandoval.

LLEGADA DE COLÓN A ESPAÑA

A media legua de Palos,
sobre una mansa colina,
que dominando los mares
está de pinos vestida,
de la Rábida el convento,
fundación de orden francisca,
descuella desierto, solo,
desmantelado, en ruinas.
No por la mano del tiempo,
aunque es obra muy antigua,
sino por la infame mano
de revueltas y codicias,
que a la nación envilecen
y al pueblo desmoralizan,
destruyendo sus blasones,
robándole sus doctrinas.
De este olvidado convento,
ante la portada misma,
en la llana plataforma,
sitio de admirable vista,
una mañana de marzo,
mientras que solemne misa
en la iglesia se cantaba,
y escaso concurso oía,
tres y medio siglos hace,
para gloria de Castilla,
apareció un extranjero
de presencia extraña y digna.
En aquel punto acababa
de llegar allí; vestía
justillo de roja tela,
aunque usada y vieja, fina.
Un manto de lana pardo
con mangotes y capilla,
un birrete de velludo
y de orejeras caídas,
unas portuguesas botas,
más enlodadas que limpias,
y bajo el brazo pendiente
un zurrón, saco o mochila,
donde un pequeño astrolabio,
una brújula marina,
un libro de devociones
y unos pergaminos iban.
Despejada era su frente,
penetrante era su vista,
su nariz algo aguileña,
su boca muy expresiva;
proporcionados sus miembros,
y su edad, si no florida,
tampoco tan avanzada
que llegase a estar marchita.

—

Con el cariño de padre,
de la mano conducía
un cansado y tierno niño,
de belleza peregrina,
Pues en su cándido rostro,
de rosa y jazmín, lucían

La fundación de Buenos Aires
Cuadro de J. Moreno Carbonero

dos nobles ojos azules
llenos de inocencia y vida;
y desde su ebúrnea frente
por su cuello descendían
los cabellos anillados
que el sol miró con envidia.
Ser dijérase el modelo
que de Urbino el gran artista
en los àngeles copiaba,
que tanto encanto respiran.
Y de su gallardo padre
a la sombra parecía
un lirio fresco y lozano
que nace al pie de una encina.

Este extraño personaje,
con esta criatura linda,
taciturno paseaba
con facha contemplativa.
Ora por el mar de Atlante
que rizaban frescas brisas,
como buscando una senda
giraba ansiosa la vista.
Ora allà en el horizonte
de occidente la ponía,
cual si algún objeto viera,
inmóvil, clavada, fija.
Y ya al cielo una mirada
de entusiasmo y de fe viva
daba, animando su rostro
una inspirada sonrisa;
Y ya de pronto inclinando
la frente a tierra, teñían
melancólicos colores
sus deslustradas mejillas.
De sus hondos pensamientos
y de su inquietud continua
sacóle la voz del niño
que pan y agua le pedía;
pues en cuanto oyó su acento
y vió su aflicción, se inclina,
tierno lo toma en los brazos,
lo consuela, lo acaricia,
y diligente se acerca
a la abierta portería,
a demandar el socorro
que aquel àngel necesita.
Recíbele afable un lego,
que entre en el claustro le indica,
y que en un escaño espere
mientras él va a la cocina.

Fray Juan Pérez de Marchena,
guardián entonces por dicha,
junto a los viajeros pasa
volviendo de decir misa,
y curioso contemplando
su apariencia peregrina,
informóse del socorro
que cortésmente pedían.
Y por un secreto impulso
que en favor de ellos le anima,
inspiración de los cielos
que su nombre inmortaliza,
o porque era religioso
de caridad y de eximia
virtud, y muy compasivo
con cuantos allí venían,
a aquellos huéspedes ruega
que en su pobre celda admitan
parte de su escaso almuerzo
y descanso a sus fatigas.
Aceptado fué el convite,
y por la escalera arriba,
el religioso delante
y el hijo y padre en pos iban,
formando un sencillo cuadro,
cuyo asunto ser dirían
el talento y la inocencia
con la religión por guía.

El Duque de Rivas.

IMPRENTA MODERNA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

De la España irredenta: Andalucía, en donde, sobre una superficie de 87.276'63 kilómetros cuadrados, hay una población, según los datos oficiales, de 3.806.715 personas entregadas al hambre y la ignorancia, en una proporción que en Córdoba arroja estas cifras: 36 por 1.000 de mortalidad y 55 por 100 de analfabetismo. Hay que reconocer esta verdad cruelísima, porque no hay otra manera de emprender el remedio de la situación que señala.

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 14 de Octubre de 1916 | NÚM. 9

EL AMIGO DE TODOS

La muerte de don Antonio Barroso constituye para Córdoba una pérdida irreparable, porque todos descansaban en él, porque la ciudad entera confiaba en él, porque él suplía, con su amor vigilante por la patria chica, la general apatía en que yace el pueblo nuestro.

Ha llenado una época entera, su época, la de Barroso. Fué, en todo momento, un cordobés, ante todo y sobre todo, pero de una manera ejemplar, representativa, por su bondad sincera y cordialísima, por su mesura y prudencia, por su claro entendimiento, por su espíritu de conciliación, por las felices y amables ocurrencias de su conversación encantadora, por su don de gentes, por su recia figura venerable que ostentaba el adorno de una barba agarena, por la expresión de su viva mirada, en la que fulgía una comprensión rápida, pronta a hacerse cargo. El sentimiento de la amistad, que constituye la característica del alma de Córdoba, le dominaba por completo, y así se le quería tanto y tan de veras en esta amable ciudad de los amigos, en la que todos nos conocemos y tratamos y en la que cada uno está al tan todelavida de los demás, día por día.

Luchador que había vencido por sus propios méritos, era sinceramente demócrata y nunca sufrió el desvanecimiento que la ascensión a las alturas de la sociedad causa a muchos. Seguía cultivando la amistad de quienes con él estudiaron en el colegio, aprendiendo a leer y a escribir, y con ellos continuaba hablándose de tú.

Personalmente, incluso cuando era ministro, de su puño y letra contestaba cuantas cartas le dirigían, y a todos procuraba atender, pero de verdad, con alma y vida, hasta el punto de que, como acertadamente señalara el

El diputado a Cortes por Córdoba D. Antonio Barroso Castillo fallecido en San Sebastián.

señor Enríquez Barrios en la sesión necrológica del Ayuntamiento, llegara a sufrir la tristeza de los hombres buenos que sólo buscan en la satisfacción de la conciencia el premio de sus acciones: esta tristeza está causada por la evidencia de que no se puede hacer todo el bien que se quisiera.

Era bueno, muy bueno. Cuando este cordobés representativo—leal y cariñoso, simpático y llano, hijo predilecto de la ciudad de los amigos—comenzó a actuar en los altos puestos de la administración pública, siguió siendo el amigo de todos, continuó captándose los afectos sinceros que ahora se han unido para llorar su muerte como una pérdida nacional, desde el Rey hasta el último pastorcillo de la Sierra de Córdoba, desde *España Nueva* hasta los periódicos de las derechas.

Se refiere del ilustre muerto, entre otras muchas circunstancias que revelan su bondad, que, a los pocos días de ser gobernador civil de Madrid, antes de marcharse de su despacho para descansar, preguntó si había alguna novedad. Le respondieron que una pareja de la Policía había detenido a un pobre hombre que intentó suicidarse arrojándose por el viaducto de la calle de Segovia. Hizo don Antonio que le llevasen al desventurado, escuchó su triste historia de desesperaciones, le aconsejó paternalmente, le ofreció su apoyo, lo puso en libertad y le entregó un duro.

El pobre hombre, loco de alegría,

vocéó por todas partes el suceso y, a la noche siguiente, el hambre suelta que hay en Madrid había llenado de presuntos suicidas los calabozos del Gobierno civil. La pareja de servicio en el viaducto no daba abasto para coger a la legión de desdichados y de vivos que, más despiertos que la luz, trepaban enracimados por las barandillas en busca de la muerte o del duro de don Antonio Barroso. Este, bondadoso y ocurrente, haciéndose cargo, socorrió a manos llenas a los detenidos y les rogó que se procurasen otra combinación menos aparatosa para buscarse la vida, advirtiendo también que no iba a tener duros bastantes para evitar tantos saltos mortales como se ensayaban sobre la calle de Segovia.

A su bondad se debe, siendo ya ministro de Gracia y Justicia, el generoso impulso en favor del Patronato de Anormales—cuya eficacia vino a proclamar en Córdoba, en memorable conferencia, un ciego de clarísima inteligencia, el señor Canora—y la ley de la silla, por la que se disponía que en los talleres y comercios se concediese a las mujeres un asiento en que poder descansar. Respecto a su bondad también, demostrada se halla plenamente, asimismo desde el ministerio de Gracia y Justicia, con sus consejos al Rey en favor del indulto de los condenados a muerte, como ocurriera con alguno de nuestra comarca, entre ello Isidro Ramírez Morales.

En cuanto a Córdoba, no hay reforma alcanzada en estos últimos tiempos en la que él no interviniese de manera activa y principal y pendientes de resolución quedan muchos proyectos, para cuya realización se fiaba en el valimento del insigne muerto.

Al rendir nosotros el modesto tributo de estas líneas sentidas y sinceras a la memoria del inolvidable amigo de todos, hemos de decir que también para nosotros, que no teníamos la fortuna de frecuentar su trato y que nada le pedimos nunca para nosotros, tuvo un rasgo de cordobesismo. Sabe el público que emprendimos hace algún tiempo una campaña de Prensa en favor del histórico Alcázar de Córdoba. Intervino en ella nuestro compañero de CÓRDOBA el catedrático don Federico Castejón, demostrando, desde el punto de vista penitenciario, la conveniencia y posibilidad de que del Alcázar se quitase la Cárcel. Ultimamente, nuestro compañero de redacción el Dr. Ruiz Maya, estudiando la cuestión desde el punto de vista higiénico, se dirigió desde estas mismas columnas al inolvidable ministro de Gracia y Justicia, exponiéndole la necesidad de que se procurase a la población penal un albergue adecuado, en el que se le librase de las espantosas cifras de morbilidad y mortalidad que actualmente sufre en el Alcázar. El ilustre cordobés, atento siempre a cuanto a la amada patria chica se refiriese, le respondió a los pocos días, unos pocos antes del de su muerte, aplaudiendo afectuosamente la campaña y ofreciendo su concurso decidido para que, en cuanto la situación económica de los elementos oficiales correspondientes lo permitiese, se atendiera el justo anhelo de librar al Alcázar de la Cárcel y establecer esta en las condiciones necesarias.

Este cordobesismo bondadoso y diligente, del que está llena su vida entera, le había captado el afectuoso respeto de toda la comarca cordobesa. Cuanto en su memoria se haga será poco, como han dicho en el Ayuntamiento de Córdoba y en la provincia entera todas las representaciones de la población: colocación de su retrato entre los que en el salón de sesiones del Ayuntamiento recuerdan a los hijos ilustres de Córdoba, erección de su estatua en la ciudad, como ha propuesto el corazón generoso de Leocadio Martín Ruiz...

Todo será poco para enaltecer el recuerdo del amigo de todos que ha merecido del Rey este sencillo y exacto epitafio: Fué un leal servidor de la Patria.

Su nombre queda incorporado a Córdoba de modo imperecedro.

El pantano del Guadalmellato y demás riegos de la cuenca del Guadalquivir.

Es muy difícil hablar de riegos y no tener precisión de citar a los Estados Unidos, así como tampoco se puede hacer omisión, si nos referimos concretamente a nuestro país, de los que hay en la costa de Levante, en Cataluña y Aragón.

El riego en la agricultura, data desde que el hombre empezó a ser labrador; su observación le hizo aprender que el agua, administrada a voluntad, proporcionaba más producción que fiándose sólo de la que cayese del cielo, la que, con más o menos regularidad en sus períodos, en determinados países es causa a veces y hasta con frecuencia de que el trabajo resulte improductivo. Hay restos de obras y documentos que atestiguan desde las más remotas civilizaciones lo que hemos dicho. En España, en la época de los árabes tuvieron origen los riegos en grande, con obras de carácter bien definido y afectando a comarcas enteras. El ejemplo de aquella raza que alcanzó brillante apogeo y civilización, permaneció desconocido durante la Edad Media, reanudándose sus enseñanzas en el reinado de Carlos III, quien construyó los canales de Castilla para navegación y riego y el Imperial de Aragón, para este último fin; poco después se empezaba a proyectar el Canal de Urgel que, después de muchas vicisitudes, llegó a verse acabado en Noviembre de 1861.

Observado por el pueblo el enriquecimiento de las comarcas que disfrutaban de antiguos riegos, así como el de aquellas que hacían la transformación de los cultivos, nuestros gobernantes tuvieron que legislar, para que las demás, con el auxilio que el Estado prestase, pudieran desarrollar su riqueza. El primer paso eficaz se dió con la conocida ley de Gamazo creando subvenciones para los que pusieran en riegos sus tierras, bien por obras de poca importancia, así como por riegos de gran cuantía. Esta ley no produjo todo el beneficio que se esperaba, por falta de preparación en el país, quizá por el tumultuoso ambiente de los años que corrían y por la falta de fe en nuestra Administración pública.

La llave del porvenir de Córdoba.—El pueblo cordobés en las obras del pantano del Guadalmellato.

A raíz de la pérdida de nuestras colonias, brota con gran impulso una tendencia redentora para aumentar la riqueza de nuestro suelo, y con ello, aparece inmediatamente el plan general de obras hidráulicas de 1902. Los pueblos y las comarcas que creyeron que podrían llegar a fertilizar sus campos, se mueven, y empieza la construcción de varias obras importantes; entre ellas, las que en la actualidad se efectúan en esta región.

El valle del Guadalquivir, a pesar de ser de las zonas más indicadas en nuestra Península para ser regadas, no sólo por las circunstancias del suelo, sino también por el clima, carecía de riegos en proporción con el que disfrutaban otras comarcas, aún aquellas de peores condiciones naturales, pues no hemos de tomar en consideración las escasas huertas que rodean las poblaciones más importantes. Dos grandes proyectos se están llevando a vías de hecho: primero, los riegos del valle inferior, que fertilizarán una extensión de 95.000 hectáreas en la provincia de Sevilla, y segundo, el pantano del Guadalmellato, que regará 13.500 hectáreas en los términos de Córdoba y Almodóvar del Río.

La transformación que se avecina, aún los que tenemos conocimiento de otras análogas, no podríamos decir hasta dónde hará llegar el apogeo y la riqueza de Andalucía, pues aunque los factores que contribuyen al resultado son los mismos, cada uno en sí difiere en intensidad, y, por tanto, la resultante, aunque en definitiva sea igual, hasta llegar a fijar su dirección oscilará según los componentes que el factor tiempo les vaya agregando.

De las 95.000 hectáreas que se han de regar en Sevilla, en la actualidad se construyen las obras necesarias para el riego de 20.000, siendo probable que las restantes comprendidas en el proyecto aprobado no puedan estar en vías de obra hasta que haya transcurrido algún tiempo, pues se precisa un movimiento de opinión entusiasta que por ahora no se señala. Las provincias de Sevilla y Córdoba son ricas, mas si el equilibrio ha de subsistir entre ellas es necesario que una y otra no descuiden sus obras, pues la que quede sensiblemente retrasada sentirá la influencia de la vecina.

Hemos aludido a los factores que constituyen los elementos necesarios para llegar a este fin: este es único; sólo depende del tiempo, pues en definitiva se llega siempre al gran desarrollo de riqueza, prosperidad manifiesta en la comarca con el bien estar y

trabajo remunerado para poder cubrir todas las necesidades en la clase obrera, con la actividad comercial y la prosperidad en la industria; en una palabra: se manifesta la vida con gran intensidad, cosa que debe ser procurada por todos los pueblos.

Muchos son los factores a que hacemos referencia y muy heterogéneos; sin embargo, hay dos que pueden desde un principio segregarse, por ser los dos principales y que abarcan a los demás; ellos son el trabajo y el capital. No es posible crear riqueza sin que el hombre ponga sus brazos y en este punto esencial, así como en el otro factor, ven los detractores de las obras hidráulicas un fantasma que hará fracasar a todas ellas.

La primera observación que puede hacerse es la de que, si en tiempos remotos, cuando la lucha por la vida no tenía el carácter apremiante que ahora, estas obras se hicieron y en plazo inmediato daban su fruto, justo es confiar en que, al presente, en que los medios sen más poderosos y activos, no obtengamos peor resultado.

En segundo lugar, podemos citar ejemplos no lejanos; hemos visto que el canal de Aragón y Cataluña, inaugurado hace apenas quince años, a los seis de empezar a repartir sus beneficios, regaba 65.000 hectáreas de las 100.000 que domina, no siendo posible dar agua a todas, pues por creerse que el resultado tardaría mucho más tiempo en sentirse, no estaba preparado el embalse que ahora se trata de construir para acabar de dar al canal el caudal que desde un principio se pensó, y que, para no distraer fondos de otras obras más perentorias, fué demorado su estudio, hasta que lo exigiese la comarca.

Muy sencillo debe ser resolver en otras comarcas este problema que en la nuestra parece fantástico, cuando en Aragón, después de hacer el efuerzo que presenta el canal citado, trabajan con enorme entusiasmo y hacen que el Estado apruebe el magno proyecto llamado de los Riegos del Alto Aragón, con cuyas obras se han de sacar del carácter estepario 300.000 hectáreas de las provincias de Zaragoza y Huesca, gestionando tenazmente los interesados el rápido desarrollo de los trabajos.

No cabe la menor duda de que el resultado será en esta región tanto o más halagüeño que en aquella, pues el factor capital es mayor y el trabajo acudirá en busca de la riqueza.

Es de suponer que el lector interesado no se conformará con afirmaciones que para él carecen de confianza y querrá que se le ponga de manifiesto el detalle de cómo se ha llegado en aquellos países a unificar los factores de la producción, para que en tiempo corto aquella pueda quintuplicarse. El cómo deseado será objeto de otras líneas, pues estando en nuestro ánimo convencer debemos, cuando de ello se trate, dar todo género de referencias para desvanecer las dudas hasta en los espíritus más medrosos.

En los Estados Unidos han seguido los mismos pasos que en España, con la diferencia de que su enorme energía y riqueza les permite desarrollar con gran actividad su plan de conquista del Oeste.

Como es natural, también en aquellas tierras han tenido que resolver el problema que aquí se plantea, y no les habrá resultado tan mal cuando, con mayor actividad cada vez, estudian y construyen obras para riego de grandes extensiones. Recientemente, en Nuevo Mejico se ha inaugurado un embalse que tiene una capacidad de 3.000 millones de metros cúbicos, para dar riego a 400.000 hectáreas, obras que, por sus proporciones, son análogas a las emprendidas hace un año en el Alto Aragón.

Sin ir tan lejos, y a modo de avanzada de lo que aquí haya de suceder, no tenemos más que estar atentos a lo que pase con los riegos de las vegas de Coviches y el Drago, en Jerez de la Frontera, mediante el aprovechamiento de las aguas del pantano del Guadalcacín. Hoy día se están construyendo los canales y, apenas se ha terminado una parte del trozo primero y el ramal del Drago, se han inaugurado los riegos en cuatrocientas hectáreas que este domina en la vega de dicho nombre.

Sirvan, pues, los ejemplos citados para ir preparando el camino y haremos objeto de otras líneas el desarrollo detallado de cómo se ha llegado a resolver en cada caso el fantasma del problema.

Vicente de la Puente Quijano.

Córdoba, Octubre de 1916.

El pantano del Guadalmellato.— El paramento, aguas arriba de la margen izquierda del río.

HAY QUE SABER PEDIR

Entre las gratas impresiones que gozó mi espíritu en la primera visita que hice a un puerto de mar, recuerdo una que, por lo sorprendente, me causó un efecto que, además de no olvidarlo nunca, me ha servido después de punto de partida para mis estudios de observación.

El mar, los buques, los muelles, toda esa grandiosidad de la naturaleza y el trabajo en ciclópeo maridaje, fué para mí digno de la más grande admiración; pero de todo ello tenía noticias, conocimiento casi exacto y, por consiguiente, su contemplación no me causaba sorpresa. Admiración grande, sí; pero extrañeza, no.

Una cosa nimia, mejor dicho un síntoma, desapercibido quizá para muchos, fué lo que llamó mi atención de una manera poderosa. En uno de los barcos, de los varios surtos en la bahía, y en la parte media de su chimenea ví las dos letras *V-A*. Pregunté y me respondieron que aquellas eran las iniciales del título de la Compañía a que el barco pertenecía, que era la Vasco-Andaluza.

¡Andalucía y Vasconia unidas para el comercio, para la industria, para el *trabajo*! ¡Y no era esto un sueño, era una realidad!

Confieso ingenuamente que aquello para mí fué una revelación. La Andalucía que yo vivía, la Andalucía que leía en libros y periódicos, la que alguna vez llevaban a la escena, en una palabra: mi querida Andalucía, no era toda baile, «juerga», torería, holganza, como la fama pregona y difunde con su estridente trompeta; era algo no dicho ni escrito por nadie; era esfuerzo, empresa, sociabilidad, trabajo.

¿Desde cuando era esto? Ni lo sé, ni me importa. Ello es así y porque lo es me impresionó grata y sorprendentemente. En Sevilla fué, en la Metrópoli andaluza, donde se inició la idea de la fusión y la Compañía Ibarra y otra poderosa bilbaína quedaron unidas socialmente para la explotación de los negocios marítimos, con lo cual, a más de hermanarse para el trabajo, dieron origen al redentor título de «La Vasco Andaluza».

. . . .

El pantano del Guadalmellato.— Detalle del cauce para el desagüe del fondo y trozo del paramento de la presa, aguas abajo del río.

Más tarde, supe que Sevilla impuso al Estado sus obras de la corta de Tablada, que han de permitir la entrada en su puerto de los buques de mayor calado y, por tanto, harán que este sea uno de los de mayor comercio de España.

Después llegué a saber que la construcción del edificio para la nueva estación de M. Z. y A., se hizo y en plazo relativamente corto, así como también las célebres alineaciones de la calle de Génova.

Hoy los sevillanos, después de hacer del parque de María Luísa una preciosidad, llevan más que mediadas las construcciones de su Exposición Hispano-Americana.

. . . .

¿Que por qué la ciudad hispalense se va engrandeciendo y llegará, andando el tiempo, a codearse con Barcelona? Porque ha copiado de ésta su tenacidad y ha descubierto el secreto de su preponderancia. Porque, como ella, ha llegado a comprender que todo el quid está, no en pedir, sino *en saber pedir*.

En Córdoba, en esta nuestra querida cuanto olvidada ciudad, donde tantos proyectos existen, cuyas realizaciones pertenecen al Estado, no se hacen por eso, *porque no sabemos pedir*.

Aquí no hay quien pida al Estado más que el Ayuntamiento. Este, periódicamente, hace viajes, casi a diario escribe y telegrafía, pero su gestión, desgraciadamente, es casi nula, porque si bien es cierto que le contestan y reciben cortés y benévolamente, en cambio también lo es que apenas vuelve la espalda se olvidan de las promesas que le hicieron.

Buena prueba de este aserto son las obras de saneamiento del Guadalquivir, las de defensa del barrio del Espíritu Santo, las del Hospital Militar, las de la Granja Agrícola, las de la Escuela de Veterinaria, las del trozo primero de la carretera de Córdoba a Palma del Río, etc., etc. Algunas, como las del Hospital Militar, llevan consumidas diez anualidades (de 5.000 pesetas) de la subvención municipal y apenas si tienen los muros exteriores levantados. En otras, como las de la carretera de Palma, se consiente que por dos veces, en años sucesivos, se devuelva dinero por falta de inversión... y la carretera muerta de risa y los que contemplamos todo esto... sin morirnos de coraje o de vergüenza.

Como hay tela para rato, dejaremos para otro día la continuación de este interesantísimo tema. No conviene cansar a los lec-

tores, pero sí me permitirán todos que les aconseje que en el interior piensen en lo importante que sería para nuestro pueblo el aprender *a saber pedir*.

Fulanito de Tal.

En el kiosco de las Tendillas se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

Más modestia y más dinero

Llegó la apertura del curso 1916-17 en los diferentes centros de enseñanza, lo que, entre otras cosas, quiere decir que terminaron los exámenes extraordinarios del curso anterior ¡Gracias á Dios!

Ya cesó el escribir y recibir cartitas de recomendación de estudiantes, que no estudian porque no quieren o porque su inteligencia no se presta al estudio, pero que, no obstante su falta de voluntad o de aptitud, desgraciadamente, probablemente, persistirán en su simulacro de estudio, obedeciendo a imposiciones o requerimientos familiares a nuestro juicio equivocados.

Ya que no sea fácil para todos la obtención de un título académico, por falta de voluntad o de condiciones para ello, ¿por qué no pensar, en casos semejantes, en variar de rumbo? En la actualidad, las carreras en España, para la mayoría de los que las siguen, constituyen, realmente, un medio de vivir con el que se vive muy mal, dada la carestía de la vida y las exigencias sociales, y no obstante esto, cada año y en cada población de alguna importancia puede observarse el aumento de abogados, médicos, etc., muchos de ellos hijos de comerciantes, industriales o labradores. Contribuye mucho a este fenómeno, el afán de ser *señorito con carrera*, sin reflexionar, ni pensar que ya, hoy día, va desapareciendo, y con razón, la idea, antes muy común, de que vale más un licenciado en derecho que un zapatero, o un doctor en medicina más que un carpintero o ebanista; tan útil es para la sociedad el hombre de estudio, como el artista, el industrial o el obrero, y lo que hace falta es que cada uno en su profesión tenga la competencia necesaria, aunque en ella no sea dado el poder ostentar uno de esos títulos oficiales, con lamentable frecuencia debidos a la recomendación y al favor de los que los confieren, y que otorgados así vienen o ser un *papel mojado* o un papel que sirve para obtener un mendrugo de pan con el que se considera *asegurado el porvenir*; y es cierto que se asegura el porvenir, pero es de estrecheces y miserias, disfrazadas mejor o peor, pero siempre mal.

Para muchos valdría más entrar en una fábrica o taller, donde aprenderían a producir un trabajo útil. Si esta idea llegara a tener prosélitos, las escuelas profesionales, que hoy en su mayor parte no cumplen el fin para que han sido creadas, adquirirían la importancia que deben tener, serían verdaderas escuelas de aprendices, para los distintos oficios y profesiones, y dando a sus enseñanzas un caracter eminentemente práctico, evitarían, entre otras cosas, la explotación del obrero durante el período de aprendizaje. Tal sucede, o sucedía, en París antes de la guerra, con las escuelas Diderot y Dorian, que tienen establecidos los aprendizajes de carpintero, plomero, cerrajero, modelador, calderero, ajustador, tornero, forjador, etc., dando además enseñanzas teóricas en armonía con aquéllos; la escuela Boulle, con talleres de ebanistería, escultura en madera, tapicería, grabado, cincelado y torneado de metales, así como también estudios teóricos para el fin que persiguen; la escuela Etienne, donde existen talleres dotados de todos los adelantos modernos en tipografía, encuadernación, litografía y fotografía; la escuela municipal de física y química, con laboratorios y gabinetes completísimos. En casi todas estas escuelas la enseñanza es gratuíta, la estancia en ellas de tres años, y al terminar los estudios se encuentra colocación segura, que puede proporcionar un sueldo que oscila entre 3 y 15 francos diarios.

Ahora, si se compara la situación económica del obrero, que siendo útil a sus semejantes, gana un jornal medio de diez francos, y no se halla sujeto por convencionalismos sociales que le obliguen a hacer gastos que no debe hacer, con la situación del *pobre señorito* de la clase media, obligado por esos convencionalismos, a que en muchos, muchísimos casos, después de haber seguido una carrera costosa y obtenido un título, considera como un gran triunfo el obtener seis u

ocho mil reales con cargo al presupuesto, es decir 112'50 o 145 pesetas mensualmente (teniendo en cuenta el descuento) por desempeñar un cargo en el que realiza un trabajo muchas veces inútil, muchas perjudicial, la elección para aquel que se halle en el caso de tener que elegir no debe ser dudosa; y si á la consideración social se atiende, mayor debe ser la otorgada al obrero capaz de ganar 5.000 francos o pesetas haciendo labor provechosa, que la que se conceda al abogado incompetente en derecho o al médico que no sabe medicinar (vayan como ejemplos) y a quienes por falta de aptitud o estudio, su profesión apenas permite mal comer. Y en todo lo anteriormente dicho, prescíndese de que el obrero competente puede, si tiene algún capital, establecer una industria relacionada con su oficio, de la que acaso puede llegar a obtener rendimientos de consideración.

Es necesario que haya menos abogados sin pleitos, menos médicos sin enfermos, menos licenciados o doctores en Ciencias o Letras, actuando de dómines baratos de colegio en colegio..., menos medianías; en cambio, son precisos más hombres sin pretensiones, más hombres especializados, más hombres útiles.

J. Pérez Guerrero.

La bella señorita Brigida Jiménez Vázquez y el joven industrial don Rafael González Ruiz Ripoll, que han contraido matrimonio en Córdoba.

D. ANTONIO BARROSO

Nuestro muy querido D. Annio ha muerto.

España toda ha sentido profunda y sinceramente la muerte de tan ilustre patricio.

Córdoba, la tierra de su predilección, sufre dolorida la angustia de la orfandad.

Todos los labios modulan una oración, engendrada en los corazones costreñidos por las tenazas del infortunio.

Y yo, que con su muerte he perdido los afectos de un segundo padre, aherrojado por el pesar no puedo, no sé entonar justo canto a sus méritos y sus glorias; no quiero loar su vida, no quiero amancillar con mi torpe pensamiento la inmensidad de su valía para todos, para Córdoba, que querer justipreciarla es empequeñecerla.

Sólo sí quiero decir, que fué un hombre sin más enemigos que los que por sí solos quisieron serlo.

Que fué un hombre que para la ingratitud, aún de los más obligados, siempre tuvo una dulce disculpa.

D. Antonio no fué hipócrita; D. Antonio fué, lo más grande, un hombre honrado.

Callemos; D. Antonio ha muerto, pero, aunque insustituible, su espíritu duerme sobre Córdoba; hagámonos merecedores de velar su sueño.

Dr. Ruiz Maya.

La jornada de la Dependencia Mercantil

Al reorganizar la Unión de Dependientes de Comercio de Córdoba, los individuos que formamos la Directiva nos impusimos voluntariamente una misión bastante difícil y trabajosa.

No sabemos si podremos realizar nuestros propósitos, porque tenemos que habérnolas con dos elementos difíciles de convencerse: dependientes y jefes.

Nos proponemos inculcar en la mente de los primeros la necesidad que tenemos de corregirnos y dignificarnos; hemos de llevar a su ánimo que la educación y la cultura dan algún día sus rendimientos; que debemos descubrir un horizonte de redención, un más amplio y generoso concepto de nuestra vida.

En la actualidad, nuestra existencia transcurre mecanizada, hiperestésica, derrochando nuestras energías para satisfacer únicamente las más perentorias necesidades. Nos vemos precisados a soportar una jornada verdaderamente inicua; trabajamos catorce y dieciseis horas en pie, detrás de un mostrador; sin régimen en las comidas; extenuados, lejos de nuestras familias, entregados a gentes mercenarias que muchas veces explotan nuestros estómagos sin el menor escrúpulo de conciencia; expuestos siempre a que la tuberculosis se cebe en nosotros; sacrificados, defendiendo denonadamente los intereses de nuestros principales que recompensan nuestros desvelos con la desconsideración y con el menosprecio.

Nos hemos impuesto la tarea de hacer ver a nuestros jefes que nosotros, como factores importantes para el desarrollo de sus negocios, somos merecedores de mejor trato, que necesitamos nutrir nuestra inteligencia y elevar nuestros sentimientos; que el hombre más laborioso llega a cansarse cuando su trabajo no les proporciona ni gloria ni numerario necesario para atender cumplidamente sus necesidades y justas aspiraciones.

Nosotros siempre aconsejaremos a nuestros compañeros que cumplan su cometido con abnegación rayana en sacrificio, pero también les diremos que somos acreedores a que nuestra labor se remunere con más equidad que hasta ahora se viene haciendo.

Para remediar en algo nuestra tristísima situación, hemos de aplicar nuestras energías en conseguir la reducción de la jornada. Están siendo infructuosas cuantas gestiones venimos realizando para reglamentarla de acuerdo con nuestros jefes. Las bases que hemos presentado, a pesar de haberlas modificado, a petición de muchos comerciantes, con alteraciones que nos benefician muy poco, han sido rechazadas por varios de estos que con su intransigencia están motivando que no se lleven a la práctica. Si así sucediera, esto nos serviría de experiencia, porque veríamos claramente que aún subsisten señores de horca y cuchillo, enemigos encarnizados de todo lo que pueda redundar en beneficio de sus inferiores jerárquicos y con los cuales es inútil el empleo de procedimientos razonados y comedidos.

Lamentaríamos la actitud de aquellas autoridades que se muestran ofendidas porque no hemos aceptado una fórmula que consideramos perjudicial para jefes y dependientes.

Ante estas circunstancias, sólo nos resta recabar la promulgación de la Ley que regula la jornada de la dependencia mercantil. Nuestra línea de conducta será: consolidar y robustecer nusetra asociación y organizar reuniones públicas, conferencias y toda clase de propaganda para, en unión de las demás sociedades de dependientes de España, llevar al ánimo del actual Consejo de Ministros que es inaplazable la aprobación de la citada ley, que mejorará un poco la situación de miles de individuos que también tienen derecho a disfrutar de las ventajas concedidas ya a otros ciudadanos que no están tan necesitados de protección como los dependientes de comercio.

Terminaremos este modesto trabajillo haciendo público testimonio de gratitud hacia la revista CÓRDOBA que, dando una prueba más de su independencia y mostrándose como pública tribuna donde pueden ser expuestas todas las cuestiones locales, acoge en sus columnas la defensa de la causa de la dependencia cordobesa.

Rogelio Luque Diaz.

La Granja Agrícola y la Escuela de Peritos

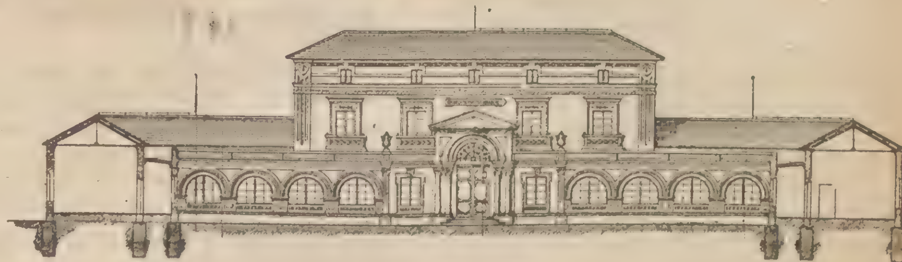
La importancia agrícola de la provincia de Córdoba y la situación geográfica que ocupa, haciendo de ella una de las primeras de Andalucía y quizá una de las principales de España, parecían condiciones más que suficientes para la instalación de una Granja Escuela práctica de Agricultura.

La radical transformación que, una vez terminadas las obras del pantano del Guadalmellato, hoy en construcción, han de experimentar las prácticas y procedimientos culturales en la zona regable, que ha de comprender unas diez mil hectáreas de terreno y para cuya transformación se hace preciso estudiar y resolver la diversidad de problemas que consigo ha de llevar, así como la conveniente preparación del personal de ella encargado, son otras de las muchas razones que abogan en pro del establecimiento de un Centro como el que nos ocupa.

Diversas entidades de esta capital, dándose cuenta, con su claro juicio, de la importancia que en esta provincia había de tener la instalación de una Granja, se dirigieron, con fecha 10 de Septiembre de 1912, al Ministerio de Fomento, pidiendo dicha instalación y ofreciendo para ello la finca que, a juicio de personal técnico, reuniera mejores condiciones. Vista la instancia y conocido el informe del ingeniero jefe de la Sección Agronómica, fué resuelta favorablemente y creada la Granja por Real orden de 17 de Enero de 1913.

Posteriormente, fué solicitada y concedida la creación de una Escuela de Peritos Agrícolas, la que, después de numerosas vicisitudes, continúa su funcionamiento normal, aunque instalada provisionalmente, en tanto cuenta con edificio propio, en el Instituto General y Técnico de esta capital.

Consignada, a manera de prólogo, la historia de la creación de esta Granja, veamos el objeto que ha de llenar y los fines prácticos que se propone conseguir.



Fachada principal del proyecto de edificio de la Granja Agrícola

La misión principal de un Centro como el que nos ocupa, es la de servir, ante todo y sobre todo, los intereses del público agrícola, resolviendo cuantos problemas puedan presentarse y, dependiendo estos de condiciones tan variables como son capital, trabajo en sus diversas manifestaciones, medios en que las plantas han de desarrollarse, clases de terreno, etc., variables en número infinito han de ser las cuestiones que para su estudio se presenten, variabilidad que ha hecho exclamar a un ilustre agrónomo que, debajo de cada terrón, hay un problema. La solución y no la proposición, la cuestión resuelta y no el problema planteado, debe ser, pues, el objeto principal de este Centro.

No cumplirá, sin embargo, su misión por completo si a la resolución del problema se limitara; es preciso, además, que, terminado el estudio de la cuestión propuesta y deducida de él las consecuencias prácticas, puedan estas aplicarse, no a un caso determinado y concreto, sino a todos aquellos que en condiciones análogas a este se presenten, propagando las enseñanzas que se desprendan, valiéndose de pequeños folletos que, dando a conocer los resultados obtenidos, faciliten la vulgarización de los estudios terminados.

En tres grandes grupos debe dividirse el funcionamiento de una Granja según que su objeto sea puramente experimental, demostrativo o educador, y aunque los procedimientos y resultados económicos sean distintos en cada uno, hay entre ellos cierta relación, por ser el primero el asunto primordial.

Los problemas agrícolas cuya resolución exige el auxilio de factores tan indispensables, como son capital necesario, tiempo ilimitado y conocimientos especiales, no deben llevar en sí carácter económico, impropio de toda investigación científica y, como lo que al agricultor interesa es la explotación desde el punto de vista industrial y económico, es el Estado el que, por medio de los Establecimientos Agrícolas oficiales, realiza la experimentación, obteniendo las conclusiones prácticas que, de otro modo, le sería a él imposible deducir.

Punto de partida de toda afirmación concreta y terminante, ha de ser, pues, la experimentación hecha en parcelas de pequeña superficie (un área por lo general), para llegar al conocimiento de la solución probable y trasladarla a parcelas de mayor extensión; parcelas de demostración de los resultados obtenidos, que no han de limitarse a un solo año, pues pudiendo ocurrir que los diversos factores que a su deducción contribuyen fuesen por excepción tan favorables o tan contrarios que resultasen exorbitantes rendimientos o mezquinas producciones, distintos serían en uno y otro caso al resultado real y efectivo.

No ha de considerarse, por tanto, como resultado terminante aquel a cuya experimentación no se haya dado marcado carácter industrial, operando en condiciones lo más parecidas posibles a las que se encuentre el agricultor y no haciendo afirmaciones deducidas de ensayos hechos en pequeñas superficies, que fácilmente puedan conducir a conclusiones erróneas, y sí sólo después de cultivar extensiones normales y de comprobar varios años los resultados obtenidos.

Misión principalísima de la Granja ha de ser también la relativa a la enseñanza, que debe atender a tres

Fachada posterior del proyecto de edificio de la Granja Agrícola

objetos: 1.º Enseñanza práctica de los alumnos de Peritos Agrícolas, que podrán apreciar por sí mismos cuantos ensayos y experiencias se efectúen en los campos de la Granja. 2.º Enseñanza de obreros agrícolas, especializando en cada uno los conocimientos relativos a la materia porque muestre predilección o que tenga más importancia en la localidad de donde proceda. 3.º Enseñanza práctica a los agricultores.

He aquí, a grandes rasgos, la misión que ha de cumplir la Granja, misión importantísima, porque ella ha de dar la pauta a seguir, indicando los procedimientos que el continuo adelanto de la Ciencia vaya implantando.

Si en sucesivos artículos, en los que he de tratar de las diversas cuestiones que se precisa resolver, especificando cada una de ellas, consigo llevar al ánimo de la totalidad de los agricultores la convicción de la transcendental importancia que en sí entraña el establecimiento de la Granja en una provincia, como esta, eminentemente agrícola, para que, desechando las prácticas rutinarias para sustituirlas por los modernos procedimientos de cultivo, se llegue a conseguir el máximo de producción, contribuyendo de este modo y en mi esfera de acción a la magna obra de reconstitución y engrandecimiento de mi Patria, será el galardón que con más orgullo obstentaré toda mi vida, y para conseguirlo téngase en cuenta que sólo son precisos dos factores: trabajo y voluntad, y que por mi parte termino estas mal pergeñadas líneas con las palabras de uno de nuestros más ilustres estadistas: «Por mí no quedará.»

Francisco de P. Aguayo.
Ingeniero Director de la Granja Escuela Práctica de Agricultura.

Córdoba Octubre 1916.

LA ESCUELA DE GANADERÍA

La idea de fundar un establecimiento rural, esencialmente ganadero, que dedicase todas sus actividades al estudio y enseñanza de cuanto concierne a la explotación de los animales domésticos y a las industrias a que tales explotaciones dan origen, ha tiempo que se viene removiendo en el ambiente nacional, y ha surgido esta idea por la evidente necesidad de cuidar de nuestra riqueza pecuaria, hasta ahora tan abandonada en las esferas oficiales. La Agricultura oficial recibe cerca de cinco millones de pesetas; Montes percibe más de seis millones; la Ganadería apenas si es auxiliada con unos cientos de miles de pesetas, que no llegan a medio millón.

Pero no es esta comparación puramente especulativa y platónica la que ha movido a hablar en defensa de la ganadería. Es que, para la gran riqueza nacional que representan los ganados, apenas si hay organizaciones que la defiendan, técnicos que la mejoren, peritos que la conserven. Es que nuestra ganadería es desconocida, está por estudiar, no tiene orientación, ni mercados, ni explotación racional y justa. En su defensa y cuidado sólo tiene el de algunos pseudo-tecnicos que, como toda solución, proclaman la de *cruzar* nuestros ganados con las razas extranjeras que han llegado al máximo de especialización sin las diversas aptitudes. ¡Cuando nuestros ganados lo primero, y diríamos único, que necesitan, es alimentarse, para equipararse a los extranjeros!

Es, por tanto, la falta casi absoluta de elementos (a excepción del sanitario) necesarios para el estudio, conservación y mejora de la ganadería, la que ha hecho nacer la idea de crear centros donde se cristalicen o engendren los más perentorios para atender aquellas necesidades.

El primer proyecto.—Sintiendo esta necesidad, la Asociación general de Ganaderos del Reino, ese organismo derivado del antiguo Consejo de Mesta, que, por rara excepción entre las entidades españolas, no aparta los ojos un momento de las realidades del terruño nacional, acudiendo a la llamada que el Gobierno hizo en 1914 a las aspiraciones patrias por medio de la Junta de iniciativas, presentó como proyecto de apremiante realización uno de Escuela de Ganadería, con el que, a su entender, se solventaban las mayores dificultades en que tropiezan los intereses pecuarios al desarrollarse.

La Escuela de Ganadería.—He aquí, en breves trazos, el proyecto presentado por la Asociación general de Ganaderos del Reino.

Se darían enseñanzas teórico-prácticas, las que se regirían por los siguientes temas: *a)* Agricultura aplicada a la alimentación del ganado. Cultivos forrageros de secano y regadío. Recolección de productos. Conservación y ensilage. *b)* Higiene aplicada a la casa, al individuo y a los alimentos y bebidas. *c)* Industrias lácticas, ordeño a mano y mecánico. Higienización de leche. Empleo de cuajos. Fabricación de quesos y mantecas. *d)* Avicultura práctica. Explotación racional de las gallinas, ocas, patos y pavos. Cebo de aves. Conservación de huevos. Aprovechamiento de plumas. *e)* Transformación e industrialización de carnes. Fabricación de embutidos. Refinación de sebos y mantecas. Elaboración de jamones. Conservas diversas. *f)* Nociones de higiene y sanidad pecuarias. *g)* Composición de raciones. Cebo de ganados. *h)* Nociones de zootecnia. Contabilidad rural. *i)* Experiencias sobre selección y cruzamiento. Habría enseñanzas para mujeres en la sección de avicultura e industrias lácticas.

Su adaptación a Córdoba.—Pero este programa de Escuela de Ganadería es aún pequeño si se considera lo necesario que es atender a los intereses de la misma en la más amplia escala posible.

La Escuela de Ganadería de Córdoba ha de ser una Escuela regional que difunda sus enseñanzas por toda Andalucía y que además haga trabajos de investigación sobre la población animal, estudie su conservación y medios de mejora y, en una palabra, lleve a más alta y adecuada esfera el cuidado de este vital ramo de riqueza nacional, que, por haber sido abandonado hasta ahora en manos de ignorantes o de simples aficionados, tiene la ganadería nacional en tan ruín y decadente estado.

Veamos los principales extremos en que habría de laborar la Escuela de Ganadería de Córdoba.

Los trabajos experimentales.—Son estos la piedra de toque de la Escuela de Ganadería. Andalucía es riquísima en razas indígenas de ganados, casi todas desconocidas al presente, y además se desconocen los modernos sistemas de explotación pecuaria.

La labor de la Escuela en este punto habría de ser, por tanto: *a)* Clasificación y estudio de la producción y población ganaderas. *b)* Explotación intensiva y especialización de aptitudes en las razas indígenas y aclimatación de algunas extranjeras. *c)* Experiencias de alimentación y cebo de ganados y adaptación de cultivos forrajeros, especialmente de regadío. *d)* Trabajos de creación y perfeccionamiento de industrias animales o rudimentarias (lácticas, de carnes, sebos, etc.)

Las organizaciones ganaderas.—La labor de la Escuela de Ganadería de Córdoba se ha de intensificar en estos trabajos. En muchas y diversas ocasiones se ha sustentado que la mejora de nuestros ganados ha de venir por ellos mismos, por selección de las razas indígenas.

Pues bien, esto se consigue mediante la organización de Concursos ganaderos que se celebren en las localidades o municipios, y los cuales han de ser promovidos por un organismo central que dé la pauta y la norma porque todos han de ser regidos, con el objeto de que la labor resulte uniforme y se obtenga con ello el resultado general a que se aspire en toda la comarca.

La Escuela de Ganadería, por tanto, ha de organizar los Concursos, dictar el libelado por que se ha de juzgar cada raza, llevar los libros-registros genealógicos de ellas y encauzar debidamente todo el esfuerzo oficial, quo no debe ser demorado un momento.

Atenderá también activamente las exposiciones y concursos de rendimiento, de material para industrias animales, como incubadoras, esquiladoras, aparatos de lechería, etc.

Medios de fomento inmediato.—Estos se refieren al establecimiento de paradas de sementales de las especies domésticas, al reparto de ejemplares de pura raza entre ganaderos, según ciertas condiciones, así como a la distribución de huevos de ave y, sobre todo, de gusanos de seda, encauzando esta producción tan eminentemente típica de la región, de cuyo extremo tratamos más adelante.

Las enseñanzas ganaderas.—En dos grupos principales se pueden dividir las que se den en la Escuela de Ganadería: de enseñanzas generales o cursos para mayorales y de enseñanzas especiales.

Entre las primeras están aquellas que se refieren a los ganados propiamente dichos (caballar, vacuno, lanar y de cerda).

Tienen por objeto estas enseñanzas generales el conocimiento elemental del organismo animal y de su funcionamiento higiénico (Nociones de Anatomía y Fisiología animales y prácticas de Higiene); el de la Alimentación en todos sus aspectos; el de las enfermedades y curas, para dar ligera noción de la higiene y sanidad de los ganados con los preceptos legales sobre ellas; y, por fin, el de Exterior y Nociones de Zootecnia, que servirá para dar a conocer las conformaciones adecuadas de los animales domésticos, las reglas para distinguirlos y reconocerlos (pelos, edad, etc.), la característica de las razas regionales y, por último, lo que se entiende por herencia, selección, cruzamiento, etc., en las explotaciones de ganados.

La Escuela de Ganadería vendrá, pues, a ser lo que en el extranjero recibe el nombre de escuelas técnicas o de perfeccionamiento, escuelas para obreros que capacitan a éstos para comprender y ayudar la labor de los técnicos, que de otro modo se ven imposibilitados de hacer labor práctica alguna.

En las escuelas técnicas o de perfeccionamiento, cifran actualmente las naciones en lucha la prontitud y esplendor de su resurgimiento, porque obran sobre el elemento verdaderamente activo y vital del país, y en España, donde se da escasa instrucción a la masa obrera, resolveríase el problema de nuestros campos y, sobre todo, de nuestros ganados, de modo incomparable, con el establecimiento de las Escuelas de Ganadería.

La verdadera Córdoba. -- Un aspecto de la Corredera

Las enseñanzas especiales.—Sólo con enumerarlas se juzgará de la inmensa labor encomendada a la Escuela en este punto: Avicultura, Apicultura y Sericicultura.

He aquí tres ramos de la riqueza rural de España, que culminan en Andalucía, completamente abandonados.

No queremos hacer comentarios que alargarían más este trabajo. Los remitimos para más adelante y muy en breve. Sólo indi-

camos que cualquiera de las ramas de riqueza apuntadas, sería capaz por sí sola para transformar la condición económica del país. Los ejemplos pertinentes son numerosísimos, y en cuanto a la aptitud de la región, recuérdese, entre otras, las energías ocultas que, por ejemplo, posee para la Sericicultura toda Córdoba, especialmente, al extremo que solicitó hace poco tiempo la atención de las autoridades como digna de apoyo y fomento.

Como enseñanzas especiales, se habría de contar además las referentes a industrias lecheras, que darían origen a una Escuela de Lechería dentro del desarrollo general de la Escuela de Ganadería, dando con ello la pauta de fabricación y explotación de estas industrias animales, que cada día aumentan más su importancia en nuestra región andaluza.

El establecimiento de la Escuela. —Es de tan hermosa trascendencia y vital utilidad el proyecto de Escuela de Ganadería que, apenas nacido, ha contado con el voto, no sólo de las Corporaciones oficiales, sino de las entidades agrícolo-ganaderas de Córdoba, quienes lo han prohijado y hecho suyo al extremo de proponerlo a realización inmediata.

Las líneas generales de la Escuela de Ganadería están dadas. Su creación es solicitada por toda clase de elementos. Sólo falta llevarla al terreno de la práctica y, como es cosa de Córdoba y en pro de Córdoba ha de redundar principalmente, contadla como hecha, que si la tierra dió a Córdoba discreción y mesura, ella infunde en sus hijos amor y fortaleza con que cuidarla atenta y solícitamente.

Rafael Castejón.

DON HERNANDO COLÓN

Es el hijo del Almirante, de los cordobeses ilustres más acreedores a una cuidadosa biografía, documentada y exenta de errores.

Es la vida de don Hernando de aquellas en que menos de acuerdo han estado sus historiadores. Desde las brumas en que ha pretendido envolverse de mala fe la lagitimidad de su nacimiento, hasta atribuirle la paternidad de una obra literaria que ni fué ni pudo ser fruto de su pluma: *La historia del Almirante*, su padre; lo cierto es que corren acerca del bibliófilo insigne noticias contradictorias que es forzoso esclarecer.

A este propósito diremos que, según nuestros datos, no fué don Fernando o Hernando Colón sacerdote, ni abrazó el estado eclesiástico en el año de 1530, como aseguran los que su vida han dado a la estampa.

El hijo de Colón fué célibe, pero no presbítero: y se conservó en el celibato, precisamente para poder entregarse con más libertad al cultivo de las letras

No necesitó ser clérigo para alcanzar el grado máximo de virtud. Leed, si no, lo que acerca de su muerte escribe un doméstico suyo, al comunicar la noticia del fallecimiento a un sobrino del famoso fundador de la Colombina. «Vuestra Señoría no reciba pena de su muerte, porque fué tal su acabamiento como de un apóstol. Cincuenta días antes de que muriese, supo que había de morir, con su gran saber, y llamó a sus criados y les dijo que poco había de estar con ellos en este mundo. El se fué a la gloria, y, por tal muerte y por tal hombre, no es de llorar... Después que supo su muerte, dió de comer a treinta y tres pobres y él mismo les sirvió la mesa.»

Y por si esta prueba de la cristiandad de don Hernando no bastara, aún podremos consignar otra más elocuente todavía.

Dos horas antes de morir, pidió un plato de tierra y mandó que se la echasen por la cara. Los que rodeaban el lecho mortuorio, creyendo que estaba ya sin sentido, hicieron solo el ademán de echársela al rostro; pero él, contrariado ante aquella consideración que guardaban a su cuerpo, próximo a convertirse en cenizas, metió la mano en el plato, llenó el puño y cubrió de tierra su faz, mientras decía en latín: «Acuérdate que eres polvo y en polvo te has de convertir.» Luego elevó sus manos al cielo y, balbuceando el *Te Deum*, entregó su espíritu al Creador.

Así, con la muerte de un santo, acabó su peregrinación por esta vida el que había sido cordobés meritísimo, paje del príncipe don Juan, consultor de Carlos V, erudito bibliófilo, hijo del segundo y legítimo matrimonio de don Cristóbal Colón y la dama de Córdoba doña Beatriz Enríquez de Arana.

Josè M.ª Rey.

LA MEDALLA SOCIAL

Anverso

Miradle bien. ¡Qué altanero,
orgulloso y arrogante
marcha el pulcro don Severo,
blasonando a cada instante
de grandezas y dinero!
Vedle, cual pasa los días
de su vida regalona
entre placeres, orgías,
bacanales y alegrías
dando gusto a su persona.
Se le adula muchas veces,
se loan sus altiveces,
se ríen sus torpes dichos
y se aplauden sus sandeces
y son leyes sus caprichos.
Siempre actúa de mandón,
hace cuanto se le antoja,
nadie le haga oposición
que el señorito se enoja
y es *mediana* su intención.
No sabe qué es trabajar;
es jugador, monta potros,
su misión es dominar,
comer, beber y gozar
y... que trabajen *los otros*.
Nació rico y la fortuna
le sigue desde la cuna
para que en el mundo viva
a sus anchas, siendo una
figura decorativa.

Reverso

La suerte con su inconstancia
acibaró su niñez,
pues nacido en pobre estancia
sólo tiene en abundancia
hambre, frío y desnudez.
Primero aprende a pedir;
después aprende a humillarse,
a trabajar y a sufrir
para poder conseguir
vestirse y alimentarse.
Es soldado, va a la guerra,
regresa de la campaña
enfermo; mas no se aterra,
que fué defendiendo a España
y aún puede labrar la tierra.
El no será inteligente,
pero cumple el mandamiento
de su Dios Omnipotente,
porque se gana el sustento
con el sudor de su frente.
Y cuando la ancianidad
le tiene inútil, postrado:
¡su suerte lo ha decretado!
a implorar la caridad
y a morir abandonado...

—

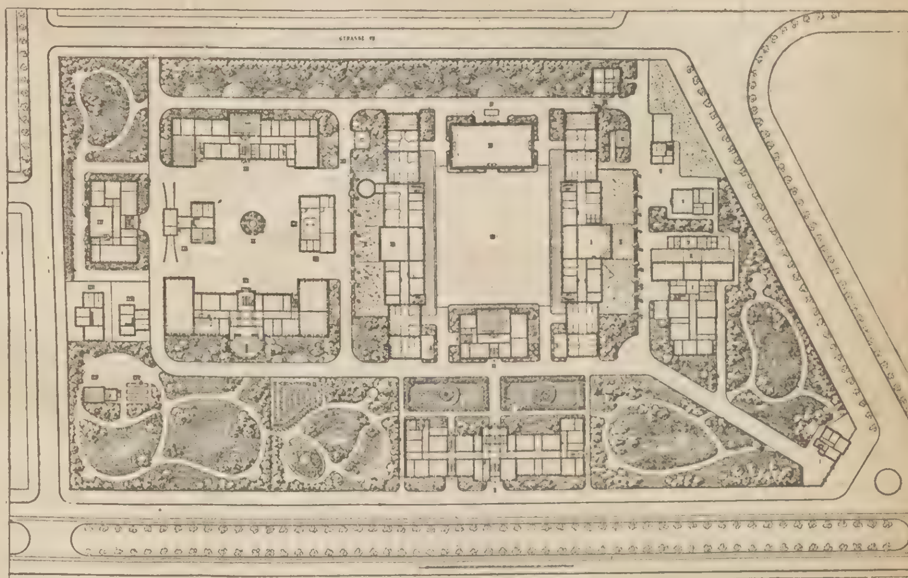
¿Que hay excepciones? Cabal,
y muy honrosas; si tal,
pero lo que va contado
está bastante marcado
en la medalla social.

Juan Ocaña.

La nueva Escuela de Veterinaria

La feliz iniciativa de nuestro malogrado compañero don Calixto Tomás, de pedir al Gobierno que construyese en Córdoba un nuevo edificio para Escuela de Veterinaria en el que, en consonancia con los progresos de la ciencia agro-pecuaria y de la higiene, pudieran darse cumplidamente todas las enseñanzas que integran la carrera de Veterinaria, laborando eficazmente de esta suerte en el fomento de una de las principales fuentes de riqueza de esta región, fué patrocinada por nuestro querido e inolvidable amigo el señor Barroso con el interés y decidido apoyo que siempre ponía en todo lo que redundaba en beneficio de esta tierra, a la que tanto quiso, y gracias a su gestión ha de cristalizar en breve, transformada en realidad, pues otro patricio ilustre, nacido también en esta provincia y celoso como el que más de su prosperidad, el Sr. Burell, actual ministro de Instrucción pública, tiene solemnemente comprometida su palabra de llevar al presupuesto que próximamente se discutirá la cantidad necesaria para el comienzo de las obras.

¿Qué ha de significar el hermoso edificio, desarrollado en pabellones aislados, al estilo alemán, cuyo plano general acompaña a estas líneas, que ha de levantarse en los terrenos de la huerta de la Trinidad, en la avenida de Medina Azahara? Dos millones de pesetas que la influencia política arranca al Tesoro para que en Córdoba se conviertan en pétreos bloques, hierros, maderas y jornales, conjurando de paso las agudas crisis obreras que con tanta frecuencia padecemos. Un suntuoso edificio que haga juego con los ya edificados en la acera derecha de la referida vía y con los que indudablemente han de levantarse aún, convirtiéndola, no sólo en una de las más monumentales y urbanizadas, sino también en algo simbólico, por su histórico nombre y por la asociación que en ella han de tener cuantos elementos bien orientados nos señalan el camino de los esplendorosos tiempos de Medina Azahara. Con ser esto mucho y de un señaladísimo interés para Córdoba, no es ni lo más importante ni lo más esencial: la Escuela de Veterinaria modelo que va a construirse, ha de satisfacer una verdadera necesidad pedagógica y científica y sus benéficos efectos no tardarán en dejarse sentir por toda esta región, una vez que haya comenzado a funcionar.



Modelo de la planta del proyecto de edificio de la Escuela de Veterinaria

La ciencia Veterinaria, íntimamente derivada de las Físico-químicas y Naturales, ha participado, como no podía menos de ocurrir, del inmenso progreso que estas ciencias han alcanzado desde mediados del siglo pasado y, al desarrollarse paralelamente a ellas, nos ha llevado muy lejos de las ideas de Bourgelat, el fundador de la primera Escuela de Veterinaria, pues el que consideramos como padre de la Veterinaria no se propuso, al crear la Escuela de Lyon, hacer hombres instruídos, a la misma altura científica de los encargados de la Medicina humana, sino más bien artistas dedicados casi exclusivamente a la fabricación de herraduras y su colocación. Esta antigua concepción del veterinario, en absoluto mezquina y limitada, no concuerda con la importantísima misión que la sociedad moderna demanda de él. El fin de la enseñanza veterinaria, en su verdadera acepción, es la cría y mejoramiento de las razas de animales domésticos, la curación de sus enfermedades, por su importancia misma y por su relación con la Higiene pública, y la inspección de las sustancias alimenticias; fines bien positivos y eficaces, indispensables para la prosperidad de los pueblos.

Como se ve, la misión del veterinario es altamente humanitaria y de una importancia que no necesita encomios; pues qué, ¿no es él el que da a la sociedad la seguridad, las garantías de salubridad de las sustancias animales y vegetales que constituyen nuestra alimentación? ¿No es el que, fomentando la riqueza pecuaria, nos proporciona alimentación abundante y apropiada a los gustos y necesidades de cada pueblo y materiales que son la base de numerosas industrias cuya creación y desarrollo se ha verificado como consecuencia del progreso de los conocimientos veterinarios? Por desgracia, debido al ataaso e incultura en que nos encontramos, perduran en gran parte de la sociedad y, lo que es más extraño aún, en personas que ostentan títulos científicos o literarios, las ideas de Bourgelat.

Para que el veterinario cumpla esta importante función social, necesita extensos y complejos conocimientos, y de aquí que la enseñanza veterinaria abrace en la actualidad las ciencias Físico-químicas y Biológicas, las Médico-quirúrgicas y Farmacéuticas y la Higiene, constituyendo con todas ellas un cuerpo de doctrina científico profesional muy superior, por su extensión y complejidad, al de la Medicina humana, pues esta no se ocupa más que de una sola especie y con solo un fin. La ciencia veterinaria, hermana y complementa la alta investigación científica y los conocimientos técnico-económicos, enlazan-

do de esta suerte al sabio, al hombre de negocios y al trabajador ciudadano o campesino; por eso el veterinario moderno tiene que ser, no solamente un clínico, sino un hombre versado en la ciencia económica y un investigador de sólidos conocimientos y perfecta preparación en el Laboratorio.

A la ciencia veterinaria, que no pertenece al grupo de las abstractas o puramente de razón, sino, por el contrario, al de las concretas y positivas, le es indispensable, lo mismo para su enseñanza que para su progreso, además del raciocinio, la observación atenta y la experimentación deliberada, necesitando, por tanto, al lado del aula, el Gabinete y el Laboratorio, y como, dada la evolución progresiva de ella, su enseñanza no se puede realizar sin que se operen a la vez transformaciones profundas en los métodos y en los medios de aplicación, he aquí por qué la Escuela actual, que fué instalada el año 48 del siglo pasado, resulta de todo punto impropia e inadecuada y falta de suficiente extensión, a pesar de las modificaciones que ha sufrido, para dar todas nuestras enseñanzas.

En el primer período de su existencia, no respondía a otras exigencias de enseñanza que a lo puramente teórico Su parte práctica se reducía a la simple observación clínica, los ejercicios de Disección y la Terapéutica operatoria, no contando, al instalarse, para llenar estas necesidades, con otros departamentos que las clínicas, propias más bien de una modesta posada que de una Escuela de Veterinaria; el anfiteatro anatómico, el botiquín y la fragua. Los progresos de las ciencias médicas y las primeras reformas introducidas en nuestros estudios, exigieron nuevas instalaciones en evitación de explicar Física sin gabinete, Química sin laboratorio y con la misma falta de medios la Histología y la Fisiología. Por iniciativa del Claustro y sin otros medios que los ordinarios, bien mezquinos en aquella época, y sin aumento de local, se establecieron las enseñanzas prácticas de estas importantes asignaturas. Antes de aparecer la última reforma de nuestra Carrera, que exige la enseñanza de la Bacteriología y Parasitología de las enfermedades contagiosas y parasitarias, la confección de sueros y vacunas, la inspección de sustancias alimenticias, anatomía patológica, etc., ya el Claustro había establecido un laboratorio, sin otro estímulo que su deseo de poner la Escuela a la altura de los conocimientos modernos y también sin auxilio extraordinario alguno, pues el Profesorado viene esforzándose por dar a la enseñanza de estas materias el carácter experimental que deben tener y a que realmente estamos obligados, pues cada asignatura tiene por lo menos una hora diaria de clase práctica.

No se nos oculta que, a pesar de todo cuanto hemos hecho, ni las instalaciones son apropiadas, ni hay en ellas la separación e independencia que su distinta naturaleza demanda y, lo que es aún peor, que algunas es de todo punto imposible darlas por falta de local; en síntesis: que, como los métodos experimentales y demostrativos han sustituído en la enseñanza veterinaria a los antiguos métodos domáticos y verbales, es indispensable multiplicar gabinetes y laboratorios y, siendo esto, como acabamos de manifestar, imposible en la actual Escuela, se hace imprescindible el nuevo edificio que, como decíamos, ha de llenar una necesidad pedagógica y científica en interés de la Ciencia, de la riqueza pecuaria y de la higiene pública.

¿Cómo se quiere que en las condiciones actuales se hagan descubrimientos sobre la profilaxis y curación de las enfermedades contagiosas que diezman nuestros ganados? Estos descubrimientos se hacen en las naciones en las que el lugar que ocupa la Veterinaria es de los más preeminentes, como en Alemania, en Inglaterra y, en una palabra, en todas las que se preocupan de lo que verdaderamente les interesa, y así se ve en ellas que las Escuelas de Veterinaria están organizadas a la altura de los mayores progresos científicos.

La Escuela de Veterinaria modelo que ha de edificarse en los terrenos de la antigua huerta de la Trinidad, se construirá por pabellones aislados, pues esta forma es la que preconizan de consuno la Pedagogía y la Higiene, con tanta más razón en este caso particular, cuanto que en estos centros docentes, sobre que han de concurrir bastantes alumnos a recibir las correspondientes enseñanzas, en varios de sus locales, como son las clínicas, salas de auptosia y de disección, etc., hay que cuidar de que no se conviertan en focos de infección para la misma Escuela y los lugares inmediatos.

Los cuarteles, hospitales, cárceles y demás edificios en los que ha de reunirse un número abundante de individuos, se hacen hoy de este modo, y aunque los gastos de construcción y entretenimiento resulten algo mayores, el sistema es preferido por la multitud de ventajas higiénicas y pedagógicas que representa.

La Escuela de Veterinaria ha de constar de los siguientes departamentos o pabellones extrictamente necesarios, dadas las exigencias modernas: 1.º Un pabellón principal o de administración. 2.º Otro para la enseñanza de Física, Química e Historia Natural. 3.º Otro para Fisiología e Higiene. 4.º Otro para clínica médica y quirúrgica de los grandes domésticos que padezcan enfermedades comunes. 5.º Otro para

clínica de pequeños domésticos con enfermedades comunes también. 6.º Otro para las enseñanzas de Agricultura y Zootecnia. 7.º Otro para Anatomía y Técnica anatómica. 8.º Un depósito de agua. 9.º Un grupo de dependencias que servirán para instalar la estación pecuaria. 10.º Departamento de baños. 11.º Fragua y herradero. 12.º Clínica para enfermedades contagiosas de los grandes y pequeños domésticos. 13.º Lazareto; y 14.º Portería principal.

En la imposibilidad de hacer una descripción detallada de cada uno de estos departamentos, pues tendríamos que dar proporciones incomesurables a este artículo, nos limitaremos a hacerlo del pabellón de Agricultura y Zootecnia y Estación pecuaria.

Al costado poniente de la gran Clínica, algo separado y con incidencia normal a la misma, se construirá otro pabellón de forma paralelográmica, con destino a las enseñanzas de Agricultura y Ganadería. En esta dependencia recibirán también instrucción los alumnos de la Escuela de Ganaderos prácticos, que se instalará en ella.

Constará este edificio de dos plantas, baja y principal; en la primera se dispondrá una cátedra semejante a la de los pabellones de Física y Química y de Fisiología y con idéntica servidumbre. Tendrá además una sala destinada a Museo Zootécnico, en la que se instalará el material fijo de enseñanza de ganadería, como son esqueletos, colecciones óseas y piezas sueltas de las diferentes especies y razas domésticas, álbums, láminas murales, mapas, etc., etc. Habrá también un laboratorio para las experiencias y análisis propios para esta clase de conocimientos. En la parte posterior de esta planta, mirando a la Estación pecuaria y campo de experimentación, se dispondrá un andén cubierto, donde se practicarán reconocimientos, mesuraciones y demás prácticas que reclaman la presencia de los animales. La cátedra de Zootecnia, a que nos referimos en estas líneas, estará construída de modo que puedan hacerse proyecciones luminosas.

La planta principal del pabellón estará destinada a la Agricultura y praticultura y en ella habrá una cátedra que corresponderá a la de abajo, con todos sus accesorios. Tendrá un Museo donde instalar modelos de máquinas, aperos, colección de plantas y semillas de más uso en veterinaria, álbums, mapas y láminas murales y otra habitación destinada a Gabinete de trabajos de análisis de todas clases relativos a los vegetales que deban ser cultivados.

Estación Pecuaria.—Detrás del pabellón de Agricultura y Zootecnia se construirán los edificios necesarios para el establecimiento de una pequeña granja o cabaña pecuaria que, al mismo tiempo que sirva de medio de enseñanza práctica para los alumnos que cursan la carrera de Veterinaria, pueda utilizarse como centro de experimentación y estudio de los problemas ganaderos de esta región andaluza. En estas dependencias, completadas por el pabellón de Agricultura y Zootecnia, cursarán estudios elementales los obreros del campo, que, preparados convenientemente, aspiren a ser peritos en ganadería. Tales enseñanzas servirán de fundamento a lo que pudiéramos llamar Escuela de Ganaderos prácticos, para que estos modestos funcionarios, con la instrucción elemental necesaria, fuesen pastores instruídos en rudimentos de Praticultura, Zootecnia general, Anatomía, Fisiología, Higiene, Patología y Obstetricia; algo así como practicantes y tocólogos veterinarios.

El departamento a que nos referimos, constará de dos habitaciones para todas las especies de animales domésticos que el hombre usufructúa y explota; dando la preferencia a los propios de estos países, como son el caballo y sus congéneres, el ganado vacuno, el de cerda, el lanar y el cabrío, perros de guardería, conejos y aves de corral y otras también explotables.

Para las construcciones de la Estación pecuaria, habrá que disponer caballerizas, boxes o plazas suficientes para media docena de yeguas, de aptitudes diferentes y capaces, con el fin de que quepan, cómodamente, en las plazas la yegua y el potrillo. Se construirá un establo con diez o doce plazas, para ejemplares de diversas razas vacunas, macho y hembra. Se hará una zahurda o porqueriza, capaz para doce o catorce cerdos y cerdas, de diferentes razas, tipos y variedades. También se emplazarán dos apriscos: uno para ganado lanar y otro para cabrío, mayor el primero que el segundo y próximamente capaz para diez o doce ejemplares lanares y la mitad de reses cabrías. Conejeras, un pequeño parque agrícola y sitios donde instalar algo de sericicultura y apicultura.

El proyecto de nueva Escuela de Veterinaria, ha pasado por todos los trámites esenciales de nuestra compleja máquina administrativa. La junta facultativa de construcciones civiles, compuesta de siete arquitectos académicos, y cuyos dictámenes tienen, como se comprenderá, gran autoridad científica y legal, determinó, a la vista de la notable memoria presentada por nuestro querido antecesor en la dirección de esta Escuela, en la que se señalaban las condiciones pedagógicas e higiénicas que debe reunir una Escuela de Veterinaria conforme a las necesidades modernas, que el presupuesto, dadas las necesidades a satisfacer, fuese de dos millones de pesetas. Este trámite se cumplió en un todo, conforme con lo que marca la Ley para las construcciones de nueva planta en Instrucción pública, o sea concretando previamente en el presupuesto.

Se redactaron después las bases que debía comprender el concurso de proyectos; se publicó este concurso y un jurado de lo más notable en la arquitectura española, en el que figuraba el sabio orientalista, hijo adoptivo de Córdoba, señor Velázquez Bosco, eligió el proyecto del arquitecto don Gonzalo Domínguez.

Proyecto y presupuesto fueron aprobados en Consejo de Ministros y hecho público el acuerdo por Real decreto de 24 de Octubre de 1914.

No creemos que sea el momento oportuno (o no hay lógica en el mundo) para decir que el presupuesto es caro, máxime cuando esta afirmación nace del más grande desconocimiento de lo que es una Escuela de Veterinaria, desconocimiento que en España padece algún que otro ministro de Instrucción pública, y si no hay derecho a calificar el proyecto de caro, mucho menos lo habrá para poner obstáculos a su realización; además, no hay

organismo con autoridad suficiente para modificarlo, pues es una Ley la que dispone que sea la referida junta la que determine la cantidad que debe invertirse.

Como se ve, no hace falta otra cosa que, previo el informe del Consejo de Estado (si es que no se ha cumplido ya este trámite) se incluya en presupuestos la cantidad total o lo que se considere necesario para el comienzo de las obras, publicar el Real decreto dando órdenes para que se anuncie la subasta y empezar los trabajos, siendo esto último de la iniciativa del ministro de Instrucción pública.

¿Debemos cruzarnos de brazos en estos críticos momentos en que estamos a punto de vencer? Yo creo que nuestro deber como cordobeses, no ya solo por lo que para nuestra querida ciudad significa la nueva Escuela, sino por honrar la memoria del gran hombre, del insigne cordobés cuya pérdida lloramos y lloraremos por mucho tiempo, y que tan decidido empeño mostró siempre por la realización de la mejora expresada, no es otro que aunar nuestros esfuerzos para terminar la obra por él iniciada y, si su influencia material nos ha sido arrebatada, como otras muchas cosas, con su muerte, inspirémonos para enardecer nuestro amor a Córdoba en su admirable ejemplo. No olvidemos que antes de nacer la nueva Escuela se la conoce ya en los centros oficiales con el nombre de Escuela de Barroso.

Yo me permito rogar a todas las fuerzas vivas de Córdoba que no dejen de interponer su influencia cerca del señor ministro de Instrucción pública antes de que sean aprobados los presupuestos generales del Estado y muy especialmente a los representantes en Cortes y al Ayuntamiento, no ya sólo por ser éste la genuina representación de Córdoba, sino por los sacrificios que en nombre del pueblo de Córdoba hizo comprando los torrenos de la huerta de la Trinidad y cediéndolos generosamente al Estado para que edificara la nueva Escuela, deben aprovechar cuanto antes a este pueblo tan sumiso, que contribuye constantemente y sin protesta alguna a las cargas del Estado, recibiendo muy poco a cambio de lo mucho que dá.

Estamos seguros de que el señor Burell cumplirá su promesa; esta firme convicción nos la conceden las últimas palabras de su brillante y sentido discurso necrológico pronunciado en el Congreso con motivo de la gran desgracia que nos aflige: «Yo expreso aquí mi dolor, que si en todos es grande, no es menos en mí, que hablo en nombre de mi juventud, que casi ya se ha ido, y de mi amor a Córdoba, que no ha pasado.»

G. Bellido Luque.

FIGURAS DE LA CALLE

Liborio el Encantado

Hace unos cuantos números, *De Lis* llamó en estas mismas columnas la atención del gobernador civil señor la Serna respecto a la conveniencia de que no se autorizase la intervención de Liborio el Encantado en un espectáculo taurino.

Cuando se publicó aquel número, ya el señor la Serna había prohibido que Liborio el Encantado figurase como lidiador.

A las pocas noches, un hombre endeblito y de mediana estatura, se presentó ante un grupo de periodistas, preguntando quién era *De Lis*. Bien se le notaba que quería aparentar decisión y energía.

—¿Lo va V. a matar?— le preguntamos.

—Precisamente matarlo, no; pero es que yo no aguanto que digan que soy un músico loco.

—¿Es que V. no es músico y no está loco?

—He sido músico del regimiento de la Reina, pero no estoy loco. El que dicen que está loco es otro que también ha sido músico del regimiento de la Reina.

—Pero, vamos a ver: usted ¿quién es?

—¡Liborio el Encantado!

—¿Liborio el Encantado? ¡Haberlo dicho!

—Sí, señores: Liborio, y no estoy loco.

—Pero hombre ¡con ese mote!

—Pues con ese mote y todo, no estoy loco ni soy tonto, y, cuando ustedes quieran, que me reconozca un médico.

—Mañana mismo.

—Mañana mismo... Vamos a ver, y si luego resulta que, por una casualidad, el médico dice que estoy loco ¿qué hago?

—Usted verá: fastidiarse, pero no hay cuidado: de sobra sabe usted que no es loco ni tonto ni siquiera hombre terrible. Usted es un guasón que va a su avío.

Liborio se echó a reir. Se le había caído la careta y habló francamente.

El no entendía ni una palabra de toros, ni tenía afición ni cosa que se le pareciese. Buscaba el peligro de la plaza porque en el camino del trabajo no encontraba ninguna salida. Había parado en recadero de un cosario. ¿Me voy a pasar toda la vida empujando una carretilla para ganar dos reales?—preguntó— Esto no es vida.

Refirió que era viudo y que había tenido la desgracia de que no le quedase ningún hijo para que pudiera servirle de atadero y de esperanza. Esta vida no vale para nada, decía. ¿Por qué no busca usted otra ocupación que le deje más dinero?, le preguntamos.

Todo está muy malo—replicó—. He intentado toda clase de combinaciones y no veo ninguna solución, por eso he querido tirarme a la plaza, para luchar con los toros. ¡Nada consigo con los hombres!

¡Triste historia! Desaparecía el aficionado y quedaba el luchador a la desesperada, el hombre, como tantos y tantos otros, que en este país del hambre es arrojado a los toros como en la antigüedad otros hermanos suyos de dolor eran arrojados a los leones. ¡Pan y circo y pan y toros! ¡Pobre luchador desesperado que pretendía brillar en la falsa fiesta de toros que domina en este país de miserias!

—Yo quiero que me conozcan de cualquier manera. para tener popularidad, a ver si puedo mudar de fortuna, decía.

—Nosotros le ayudaremos en eso. Publicaremos su figura hecha por Cámara; hablaremos bien de usted.

Y ahí está, lector, la figura de Liborio el Encantado, acompañada de estas sencillas líneas para decir que no es tonto y que no está loco y que, si bien se mira y se piensa en las circunstancias en que se encuentra, no es un tipo que mueva a risa, sino un luchador digno de consideración y buena suerte. Tal es Liborio el Encantado; Liborio, porque dicen que se parece a D. Liborio, y Encantado porque tal es su estribillo: estoy encantado de la vida, estoy encantado de todo. Y ya ve el lector que nuestro amigo no tiene ningún motivo para considerarse encantado de una vida que le tiene pobre, le hace pasar por loco, le empuja hacia los toros, le llama Liborio y, encima, Encantado. ¡Hágase Polichinela o Pantalón, hágase cordelillero, y entonces pasará por hombre vivo y de cuidado, tendrá dinero y todos los mirarán con respeto!

Caricatura Cámara.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Julio Romero de Torres, el pintor de Córdoba.

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta	. . .	65 pesetas
3.ª id. id.	. . .	50 »
4.ª id. id.	. . .	75 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		

Una columna central en el texto,			20	pesetas
Media	id.	id.	10	»
Un cuarto	id.	id.	5	»
La línea	. . . .		0'25	»

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 21 de Octubre de 1916 | NÚM. 10

EL PINTOR DE CÓRDOBA

Muchas veces, dominados por nuestro exaltado amor a Córdoba, entregados a la evocación de cuanto fué y representó en el mundo y también al pensamiento de cuanto pudiera y debiera ser esta ciudad, incomparable por los elementos de su riqueza natural, por la fuerza latente de su pasado esplendoroso, por su situación ideal en el camino de Europa a Africa, por la clara luz de su alma, por cuanto entre su cielo y su tierra atesora, en fin, hemos creído—perdónennos todos en aras a nuestra buena intención—que se encuentra influída y, por tanto, dominada por quienes menos la conocen y pueden saber quererla, por quienes, de una parte, obsesionados por un falso andalucismo, encierran el alma regional en la chillona pandereta que, volando sobre la realidad, luce sus colorines por todas las zonas de la jarana—saltando de la taberna a la casa de escándalos, pasando por las verdes mesas del azar y rebrillando, por último, en las plazas de toros—y, de otra parte, por aquellos equivocados que, en su afán de modernización, claman porque el plano de esta capital de la sierra se convierta en un tablero de ajedrez y porque el sistema racional de las construcciones cordobesas—impuesto por el clima y otras circunstancias igualmente inalterables—venga a parar en la edificación de casas de siete pisos, precisamente siete, como los pecados capitales.

En tales circunstancias, quien sincera y decididamente se halle separado de ambas corrientes—la representada por la pandereta chillona y la que halla su más adecuada expresión en la ciega piqueta de un falso progreso—se halla punto menos que perdido

CABEZA DE MUJER.-Cuadro de Julio Romero de Torres

en el mar tranquilo e indiferente que forma en Andalucía el medio millón de almas cordobesas que ocupa los campos y los pueblos de la provincia toda. Solo en todas partes; solo y como perdido en la vastedad anonadadora del bosque de columnas de la Mezquita, en los campos que esperan la multitud de hombres que ha de llegar a ellos a favor de las aguas de presas y pozos artesianos, en las zonas del esfuerzo colectivo que aviva el progreso, en la inquietud por las investigaciones modernas, en la preocupación por las huellas del pasado...

Mas como la esperanza es compañera inseparable del entusiasmo, quien reverentemente ame a Córdoba hallará, al fin y al cabo, los manantiales en los que sigue fluyendo el claro espíritu de la

ciudad, y en los que siguen saciando su sed las inteligencias más preclaras, aquellas que ven el ideal del mañana a través de las realidades del presente, aquellas que han alcanzado una interpretación exacta de Córdoba, aquellas que la conocen de una manera precisa y saben definirla, sin colorines ni estridencias, en toda la sencillez de su inmortal hermosura.

Son estas inteligencias como refugios espirituales en los que se da posada a los peregrinos que nada esperan de las malas realidades presentes.

De propios y extraños es conocido uno de estos refugios, que ostenta un nombre de por sí significativo e interesante: el estudio de Julio Romero de Torres, al que se penetra por el bello jardín interior de la Caridad, adornado con fuentes, flores y estatuas, como debieran encontrarse los demás jardines de Córdoba.

Julio Romero de Torres, en la plenitud del genio, en sus empresas de arte por las Exposiciones de fuera de España sigue siendo cordobés por el corazón y el talento, y de una manera inalterable, como lo fueron aquellos gloriosos antepasados que llevaron el brillo del alma de Córdoba al Concilio de Nicea con Osio, al estruendo de la Roma imperial con Séneca, a los épicos campos de Italia con el Gran Capitán, a América con Sebastián de Belalcázar, a todas las esferas de la actividad y el esfuerzo humanos con Averroes, Maimónides, los Abderramanes...

Siempre cordobés, plenamente cordobés, en unos días que de Madrid ha vuelto a su estudio de la incomparable Córdoba, ha asombrado con sus nuevas creaciones, en las que de manera decisiva, en la plena madurez del genio, ofrece nuevas interpretaciones admirables de la ciudad imperecedera.

En su día se darán a conocer estos cuadros asombrosos, quizá fuera de España, probablemente en las salas de Exposiciones de la Sociedad Hispánica de Nueva York.

Uno de ellos representa la copla de Andalucía, en la figura, extraordinariamente bella y española, de Julita Borrull, a la que rodean algunas de las muchas personas que cantan para alivio de sus males, por los muertos amados, por los idos traicioneros, para dar al aire todas las penas del humano corazón afligido. Forma juego con esta obra, completando el pensamiento, una magna interpretación de la saeta. Canta una muchacha de expresión subyugadora, con el alma puesta en el rostro admirable, y la rodean aquellos por quienes se pide a Dios en la saeta de Andalucía: los viejecitos, para hallar una última hora tranquila; los enfermos que sólo pueden encontrar consuelo elevando la vista al cielo azul de nuestra tierra; los desamparados, los tristes, sumidos todos en las llamas devoradoras de la desgracia como aquellas almas del Purgatorio que en las viejas estampas rodean el pedestal de la salvadora Virgen del Carmen, patrona de todos los navegantes de la vida.

Igual admiración producen otras dos obras que constituyen las avanzadas de una serie de mujeres bíblicas. Representan a Salomé y Judith, interpretadas con magistral acierto. Ellas son en cuerpo y alma, vibrantes de maldad y de heroísmo, de abyección y de sublimidad. Al cabo de una larga contemplación de las figuras, la vista se detiene en el fondo, donde se acusan sendas ciudades bíblicas. A poco que se fije la atención se advierte, con admiración profunda, que para el trazado de aquellas ciudades bíblicas, Córdoba ha servido de modelo, porque verdaderamente es una ciudad de aspecto y alma bíblicos.

Por último, la obra decisiva esta allí: Marta y María, las hermanas inmortales que merecieron la palabra de Cristo, la que se dedicaba al trabajo y la que vivía entregada a la oración, porque todo es necesario, porque todo es preciso. Es la cumbre, desde donde el genio de Julio Romero de Torres, impregnado de cordobesismo, tenderá el vuelo para descubrir la obra última del asombroso camino: la creación de la Virgen de Córdoba, para la que sirven de antecedente y preparación las figuras bíblicas en cuya interpretación se ocupa. Y la Virgen de Córdoba será una Virgen madre, con el niño entre los brazos.

Esta es la gloria que Julio Romero de Torres, tan callando, trabaja para Córdoba. Enorgullezcámonos de él, que lleva en

triunfo el nombre de Córdoba por los campos del arte como antiguamente fuera por los de la ciencia y la guerra. También él es un águila caudal que, desde esta ciudad de la Sierra, tiende el vuelo por el mundo, siguiendo con vista certera el radiante camino de la gloria.

Enorgullezcámonos de él y recojamos atentamente sus definiciones o interpretaciones de la verdadera Córdoba, que él, pintor de Córdoba, está grabando con fuerza de perpetuidad en sus lienzos asombrosos. Cuando la fama nos diga: Julio Romero de Torres ha triunfado fuera de España, respondamos: En Córdoba esperábamos la victoria; es nuestro por el nacimiento y por el alma.

Sustancias radioactivas en la provincia de Córdoba

Desde el descubrimiento de la radioactividad de los minerales de urano por M. Henri Becquerel, han adquirido tal desarrollo los estudios de esa propiedad de la materia, que, segregados de la química y la mineralogía, y gracias a sus numerosas y variadas aplicaciones en el terreno de la práctica, han constituído una nueva ciencia, cuyo campo de desenvolvimiento es por días más extenso.

M. Schmidt comprueba las radiaciones de los compuestos del thorio y M. y Mme. Curie encuentran que la pechblenda, el óxido de urano impuro de Johachimsthal, es cuatro veces más radiactivo que el oxígeno puro, que la chalcolita, el fosfato de cobre y urano, lo es dos veces más que el último, y logran obtener, por el análisis químico, de una tonelada de pechblenda unos dos decígramos de un bromuro cristalizado, cuya actividad es todavía dos millones de veces más grande que la del urano. Realmente, se llegó, de esta forma, al descubrimiento de tres substancias desiguaalmente radiactivas: el polonio, bautizado así en honor a la patria de la descubridora, Madame Curie, cuya actividad es un millón de veces mayor que la del urano, propiedad que pierde rápidamente; el actinio, descubierto por M. Bebierne, de enorme actividad; el radio, encontrado por el matrimonio Curie y caracterizado como un nuevo cuerpo químico por su espectro y peso atómico.

Las extraordinarias propiedades de este cuerpo, son aliciente de sinnúmero de experiencias, y pronto la investigación de sus cualidades químicas, fisiológicas y eléctricas lleva consigo una serie de aplicaciones radiográficas, médicas e industriales, ya que aquellas son función de la energía que irradia, y, según gráficamente se ha expresado, la emanada de un gramo de radio es de varios millares de millones de caballos de vapor.

Se llega en ese proceso a reconocer el helio en la emanación del radio, a diferenciar su radiación latente, cualidad privativa del cuerpo, al parecer, de la radiación inducida, originada bajo sus efectos, que habían motivado errores y confusiones lamentables en un principio. Y así se comprueba la radiactividad del aire; la de las aguas minerales, que alumbra rápidamente los obscuros problemas de la terapéutica; la de los petróleos del Cáucaso; la de numerosos cuerpos raros, como el galio, germanio, escandio y rubidio; y la de otros compuestos, como ciertos sulfatos de plomo fosforescentes.

Muchos principios y axiomas de la ciencia se desmoronan o se resienten ante las prodigiosas propiedades del radio, y no poco ha contribuído esto a que en el esclarecimiento de los hechos estuviesen interesados científicos e industriales y a que rápidamente se sucediesen las investigaciones y las aplicaciones prácticas.

Para darse idea de cuanto llevamos dicho, baste saber que la tarifa de precios de las substancias radiactivas obtenidas en las

En la Sierra de Córdoba.—La Huerta de los Arcos.

fábricas de Nogent Sur Marne en 1915, era la siguiente:

Sustancias.—Actividad.	Precio en francos por gramo.
50	20
100	40
1.000	300
10.000	2.500
50.000	10.000
100.000	20.000
500.000	100.000
Bromuro de radio puro	400.000

Resulta, en consecuencia, que existiendo radiactividad latente en ciertos cuerpos y radiactividad inducida en otros, desde esos dos puntos de vista pueden estudiarse las sustancias, ya que ambos son igualmente interesantes.

Mineral de radio no se ha encontrado en la provincia de Córdoba, con certeza, más que en el grupo minero que explota la Sociedad Plomífera de Navalespino, en el término de Fuente Obejuna. La radiactividad latente se presenta aquí en una chalcolita, fosfato de urano y cobre, de color verde terroso en unos ejemplares, verde esmeralda en otros, que, a primera vista, se confunde

ciudad, y en los que siguen saciando su sed las inteligencias más preclaras, aquellas que ven el ideal del mañana a través de las realidades del presente, aquellas que han alcanzado una interpretación exacta de Córdoba, aquellas que la conocen de una manera precisa y saben definirla, sin colorines ni estridencias, en toda la sencillez de su inmortal hermosura.

Son estas inteligencias como refugios espirituales en los que se da posada a los peregrinos que nada esperan de las malas realidades presentes.

De propios y extraños es conocido uno de estos refugios, que ostenta un nombre de por sí significativo e interesante: el estudio de Julio Romero de Torres, al que se penetra por el bello jardín interior de la Caridad, adornado con fuentes, flores y estatuas, como debieran encontrarse los demás jardines de Córdoba.

Julio Romero de Torres, en la plenitud del genio, en sus empresas de arte por las Exposiciones de fuera de España sigue siendo cordobés por el corazón y el talento, y de una manera inalterable, como lo fueron aquellos gloriosos antepasados que llevaron el brillo del alma de Córdoba al Concilio de Nicea con Osio, al estruendo de la Roma imperial con Séneca, a los épicos campos de Italia con el Gran Capitán, a América con Sebastián de Belalcázar, a todas las esferas de la actividad y el esfuerzo humanos con Averroes, Maimónides, los Abderramanes...

Siempre cordobés, plenamente cordobés, en unos días que de Madrid ha vuelto a su estudio de la incomparable Córdoba, ha asombrado con sus nuevas creaciones, en las que de manera decisiva, en la plena madurez del genio, ofrece nuevas interpretaciones admirables de la ciudad imperecedera.

En su día se darán a conocer estos cuadros asombrosos, quizá fuera de España, probablemente en las salas de Exposiciones de la Sociedad Hispánica de Nueva York.

Uno de ellos representa la copla de Andalucía, en la figura, extraordinariamente bella y española, de Julita Borrull, a la que rodean algunas de las muchas personas que cantan para alivio de sus males, por los muertos amados, por los idos traicioneros, para dar al aire todas las penas del humano corazón afligido. Forma juego con esta obra, completando el pensamiento, una magna interpretación de la saeta. Canta una muchacha de expresión subyugadora, con el alma puesta en el rostro admirable, y la rodean aquellos por quienes se pide a Dios en la saeta de Andalucía: los viejecitos, para hallar una última hora tranquila; los enfermos que sólo pueden encontrar consuelo elevando la vista al cielo azul de nuestra tierra; los desamparados, los tristes, sumidos todos en las llamas devoradoras de la desgracia como aquellas almas del Purgatorio que en las viejas estampas rodean el pedestal de la salvadora Virgen del Carmen, patrona de todos los navegantes de la vida.

Igual admiración producen otras dos obras que constituyen las avanzadas de una serie de mujeres bíblicas. Representan a Salomé y Judith, interpretadas con magistral acierto. Ellas son en cuerpo y alma, vibrantes de maldad y de heroísmo, de abyección y de sublimidad. Al cabo de una larga contemplación de las figuras, la vista se detiene en el fondo, donde se acusan sendas ciudades bíblicas. A poco que se fije la atención se advierte, con admiración profunda, que para el trazado de aquellas ciudades bíblicas, Córdoba ha servido de modelo, porque verdaderamente es una ciudad de aspecto y alma bíblicos.

Por último, la obra decisiva esta allí: Marta y María, las hermanas inmortales que merecieron la palabra de Cristo, la que se dedicaba al trabajo y la que vivía entregada a la oración, porque todo es necesario, porque todo es preciso. Es la cumbre, desde donde el genio de Julio Romero de Torres, impregnado de cordobesismo, tenderá el vuelo para descubrir la obra última del asombroso camino: la creación de la Virgen de Córdoba, para la que sirven de antecedente y preparación las figuras bíblicas en cuya interpretación se ocupa. Y la Virgen de Córdoba será una Virgen madre, con el niño entre los brazos.

Esta es la gloria que Julio Romero de Torres, tan callando, trabaja para Córdoba. Enorgullezcámonos de él, que lleva en

triunfo el nombre de Córdoba por los campos del arte como antiguamente fuera por los de la ciencia y la guerra. También él es un águila caudal que, desde esta ciudad de la Sierra, tiende el vuelo por el mundo, siguiendo con vista certera el radiante camino de la gloria.

Enorgullezcámonos de él y recojamos atentamente sus definiciones o interpretaciones de la verdadera Córdoba, que él, pintor de Córdoba, está grabando con fuerza de perpetuidad en sus lienzos asombrosos. Cuando la fama nos diga: Julio Romero de Torres ha triunfado fuera de España, respondamos: En Córdoba esperábamos la victoria; es nuestro por el nacimiento y por el alma.

Sustancias radioactivas en la provincia de Córdoba

Desde el descubrimiento de la radioactividad de los minerales de urano por M. Henri Becquerel, han adquirido tal desarrollo los estudios de esa propiedad de la materia, que, segregados de la química y la mineralogía, y gracias a sus numerosas y variadas aplicaciones en el terreno de la práctica, han constituído una nueva ciencia, cuyo campo de desenvolvimiento es por días más extenso.

M. Schmidt comprueba las radiaciones de los compuestos del thorio y M. y Mme. Curie encuentran que la pechblenda, el óxido de urano impuro de Johachimsthal, es cuatro veces más radiactivo que el oxígeno puro, que la chalcolita, el fosfato de cobre y urano, lo es dos veces más que el último, y logran obtener, por el análisis químico, de una tonelada de pechblenda unos dos decígramos de un bromuro cristalizado, cuya actividad es todavía dos millones de veces más grande que la del urano. Realmente, se llegó, de esta forma, al descubrimiento de tres substancias desiguaalmente radiactivas: el polonio, bautizado así en honor a la patria de la descubridora, Madame Curie, cuya actividad es un millón de veces mayor que la del urano, propiedad que pierde rápidamente; el actinio, descubierto por M. Bebierne, de enorme actividad; el radio, encontrado por el matrimonio Curie y caracterizado como un nuevo cuerpo químico por su espectro y peso atómico.

Las extraordinarias propiedades de este cuerpo, son aliciente de sinnúmero de experiencias, y pronto la investigación de sus cualidades químicas, fisiológicas y eléctricas lleva consigo una serie de aplicaciones radiográficas, médicas e industriales, ya que aquellas son función de la energía que irradia, y, según gráficamente se ha expresado, la emanada de un gramo de radio es de varios millares de millones de caballos de vapor.

Se llega en ese proceso a reconocer el helio en la emanación del radio, a diferenciar su radiación latente, cualidad privativa del cuerpo, al parecer, de la radiación inducida, originada bajo sus efectos, que habían motivado errores y confusiones lamentables en un principio. Y así se comprueba la radiactividad del aire; la de las aguas minerales, que alumbra rápidamente los obscuros problemas de la terapéutica; la de los petróleos del Cáucaso; la de numerosos cuerpos raros, como el galio, germanio, escandio y rubidio; y la de otros compuestos, como ciertos sulfatos de plomo fosforescentes.

Muchos principios y axiomas de la ciencia se desmoronan o se resienten ante las prodigiosas propiedades del radio, y no poco ha contribuído esto a que en el esclarecimiento de los hechos estuviesen interesados científicos e industriales y a que rápidamente se sucediesen las investigaciones y las aplicaciones prácticas.

Para darse idea de cuanto llevamos dicho, baste saber que la tarifa de precios de las substancias radiactivas obtenidas en las

En la Sierra de Córdoba.—La Huerta de los Arcos.

fábricas de Nogent Sur Marne en 1915, era la siguiente:

Sustancias.—Actividad.	Precio en francos por gramo.
50	20
100	40
1.000	300
10.000	2.500
50.000	10.000
100.000	20.000
500.000	100.000
Bromuro de radio puro	400.000

Resulta, en consecuencia, que existiendo radiactividad latente en ciertos cuerpos y radiactividad inducida en otros, desde esos dos puntos de vista pueden estudiarse las sustancias, ya que ambos son igualmente interesantes.

Mineral de radio no se ha encontrado en la provincia de Córdoba, con certeza, más que en el grupo minero que explota la Sociedad Plomífera de Navalespino, en el término de Fuente Obejuna. La radiactividad latente se presenta aquí en una chalcolita, fosfato de urano y cobre, de color verde terroso en unos ejemplares, verde esmeralda en otros, que, a primera vista, se confunde

con la malaquita; si agregamos que la chalcolita es mineral propio de las pegmatitas, que estas existen en la región de estudio, y que, en nuestro caso concreto, viene unida a los cobres grises, tan propensos a la asociación con metales raros; si tenemos en cuenta que óxidos de urano y probablemente uranita, se han encontrado en Monasterio y acaso en las minas de Santa Marta (Badajoz), en unión con el vanadato de plomo, no es para desconfiar en que este descubrimiento de minerales de radio en la provincia quede aislado.

La chalcolita de Navalespino ha sido reconocida con el espintariscopio de Crookes, o sea observando con una lupa, en la cámara obscura, la acción que ejerce el mineral radiactivo sobre una pantalla de platinocianuro de bario, viéndose aparecer y desaparecer rápidamente en ésta numerosos puntos brillantes; análisis rápido y característico

En términos generales, las rocas madres de minerales raros, como la pegmatita citada, las granulitas, los greisen y las sustancias que acompañan a los mismos, como el bismuto, cobres grises y piritas arsenicales, pueden ser gangas del radio; por esta circunstancia sería posible hallar indicios de esta sustancia en varios lugares de la provincia, especialmente en los términos de Córdoba, Villaviciosa, Obejo, Conquista y Montoro.

La radiactividad inducida se manifiesta de un modo notable en las aguas minero-medicinales. En la provincia de Córdoba son radioactivas, en alto grado, las aguas de Villaharta; cuestión analizada y comprobada. Lo serán, probablemente, los manantiales del río Gato, ya que son litínicos, y es la radiactividad propiedad muy relacionada con esta circunstancia. Y acaso también las aguas de la fuente de la Anguijuela, en el término de Montoro, ya que se encuentran en la parte de la provincia más interesante para el mineralogista; pues, en Azuel, próximo a la fuente, existen minerales muy complejos, donde se ha encontrado el cobre, plomo, bismuto, níquel, cobalto, plata y arsénico, y acaso pudiera presentarse la pechblenda, que todos esos minerales acompañaban a las primeras sustancias que trataron M. y Mme. Curie cuando llegaron a su descubrimiento sensacional.

El examen de la radiactividad de una sustancia es, como se ve, muy interesante y a la vez sencillo: puede emplearse al efecto el espintariscopo citado y, también, recubrir de papel negro una placa fotográfica, colocar encima la sustancia que se analiza y dejarla así en la cámara obscura, o, simplemente, en un lugar donde no penetre la luz, durante veinticuatro horas, pasadas las cuales se revela la placa en cuestión y si el material empleado es radiactivo aparecerán en la positiva trazos negros correspondientes a los centros o líneas de radiación.

A. Carbonell T-F.
Ingeniero de Minas.

EL PROBLEMA NACIONAL

Realmente hay que aceptar la frase de Sivela: España está sin pulso. No es tener pulso, hablando de España, que haya regiones, como Cataluña, Asturias, las Vascongadas y Navarra, en donde frecuentemente se dan señales de vida. En aquellas regiones hay el desasosiego del problema nacional; por allí, la fiebre política y la fiebre económica y la de los negocios, tienen en perpetuo movimiento a los hombres. Por allí, hay granjas agrícolas modelos y el labriego va aprendiendo que la tierra hay que conocerla para conquistarla; hay, todos los días, ensayos de nuevas industrias; la educación y la instrucción son fomentadas en alto grado; los problemas de los transportes y de los mercados, son problemas resueltos o casi resueltos; el ejercicio de la ciudadanía, consciente y reflexiva, es cotidiano y se le da la importancia que tiene en las sociedades modernas a la ciencia política, que no es ciencia despreciable, para que no la huyan los neutros, si tienen noción de sus deberes y amor a la patria, puesto que a nadie debe ser indiferente, porque no debe ser indiferente la grandeza de España. Aparte de las regiones citadas, alguna que otra luz, que es, más bien que luz, fuego fatuo, nos indica que hay vivos o muertos en las demás regiones, en donde falta como principio, y esto es germen de muerte, la solidaridad social.

No hay una fuerza colectiva que empuje y luche por la grandeza de la patria chica. No hay más patria que la casa propia, en donde se encierra el egoísmo con indiferencia suicida. Al lado, quizá haya un foco mefítico de substancias nocivas, propagadoras de microbios, que le deban la vida a la inhibición ciudadana de aquellos que no atienden más que al hogar, como si los microbios respetaran a los que así proceden; y se aspira, más que oxígeno, algo letal, que nos semeja, en graves enfermedades epidémicas, a los pueblos africanos; hay, por otra parte, un gran desequilibrio en las relaciones sociales de clases; vivimos en la misma agrupación de casas, hombres, en la esfera económica de variable categoría, que no hacemos nada unos por otros; cuando precisamente en caso de necesidad somos, unos respecto de otros, la única fuerza utilizable; los distintos problemas de la vida no los abarcamos ni elementalmente, por eso, viviendo, me refiero a Córdoba, en lo mejorcito de Europa, con clima, aguas y tierras excelentes, nos quedamos siempre atrás. El Gobierno nacional no hay que decir que, siempre torpe, por regla general, atiende sólo a los síntomas, porque desconoce las causas de la enfermedad. Así, el pueblo que patológicamente duerme como nuestra provincia, no consigue lo útil en la medida necesaria y a pesar—hay que hacer justicia—de los esfuerzos de sus hijos ilustres, porque además el Estado no puede ser el «Estado Providencia»; hay que empujar de abajo para arriba y de arriba para abajo; debe ser una obra de todos y para todos. Los pueblos que no duermen y que tienen conciencia del problema, consiguen más. Ahí está Cataluña, siempre con una cuenta en la mano, ansiosa de cobrársela al Estado, y Cataluña prospera, pero es que ve todo el problema, es una fuerza viva y actuante y quiere prosperar, prosperar... ¡Hace muy bien! ¡Así debían ser todas las regiones! Así quería yo que fuera mi Andalucía. Así debemos trabajar todos porque sea.

Mas apenas si he esbozado la cuestión y ya hay más cuartillas de las necesarias. Ya insistiremos en el tema, que es punto menos que inagotable.

F. Martín Orellana de la Cruz.

El Triunfo de San Rafael, Custodio de Córdoba, cuya festividad se celebra el 24 del corriente.

Aprendices de delincuentes

Señor Presidente de la Audiencia:

Un ruego hemos de dirigirle, y, teniendo en cuenta su alta cultura, debiéramos hacerlo sin ambigüedades ni aclaraciones, derechamente, pero como al dirigirnos a su señoría también queremos hacerlo al público en general para que todos contribuyan a la satisfacción de un deseo que, por fortuna, va haciéndose universal, nos permitirá esta breve divagación.

Todos los pedagogos y criminalistas modernos consideran como una de las principales causas de delincuencia infantil la imitación y, como fuente de ella, el cinematógrafo cuando exhibe películas de asuntos policíacos, la lectura de la prensa con sus grandes y espeluznantes informaciones de todo crimen monstruoso y la asistencia a las sesiones públicas en las Audiencias.

Respecto a la primera y segunda fuentes de imitación, nada hemos de decir ahora, pues que no es este nuestro objeto, aunque sí hemos de afirmar que poco podrá hacerse para restarle en su perniciosa influencia, ya que lesionaría intereses y estos, por desventura, son siempre sagrados en esta sociedad inconsecuente y antinómica, aunque sean germen de su propia destrucción. Pero, en cambio, mucho puede hacerse en lo que se refiere a la última.

Estimamos nosotros que, absolutamente secretas, debieran ser las vistas de toda clase de delitos, pues, aparte de que el público que de ordinario acude a ellas lo hace sólo como curioso, por entretenimiento, quizá para deleitarse en las nefastas referencias del crimen y nunca por personal interés, la conciencia pública, el derecho del ofendido y del ofensor siempre hállanse garantidos con la sola presencia del Ministerio fiscal, de la Acusación privada y del Defensor, y, por consiguiente, totalmente innecesaria es y será siempre la presencia de público, generalmente inculto y propenso a la sugestión.

Pero ya que esto no sea posible, por una muy mal entendida libertad y democratización de las leyes, para con todo el público, sí lo es en lo que se refiere a los menores; y como en la Audiencia no existe otra autoridad que la del Presidente y ella es suficientemente extensa, nosotros le ro-

gamos dé las órdenes oportunas para impedir que a las vistas acudan los menores de edad.

Sugiérenos esta petición el hecho presenciado días atrás, con motivo de *verse* en juicio una causa por parricidio. Había acudido gran número de pequeños, algunos de no más de siete años, y en el patio, en un momento de descanso del Tribunal, discutieron acerca del hecho y uno exlclamó: «Es menester ser valiente para matar a su madre.» Y esto es monstruoso, tremendamente monstruoso; en aquellos cerebros vírgenes, en aquellos corazones niños, el más grande crimen solo engendraba una idea de alta hombría y un sentimiento de valor. ¡Para aquél, el más grande crimen era un rasgo de valor!

He aquí un presunto criminal, que posiblemente no lo sería si prohibido le estuviera acercarse a sitios donde, por ministerio de la ley, se desentrañan todas las negruras de la criminalidad.

A SANGRE Y FUEGO

Forzado a trabajar todos los días, durante la friolera de sesenta y cinco años, en la dura labor de desasnar hombres e iluminar cerebros, ha muerto pobre, a los ochenta y cuatro, un español insigne, que era nuestra última y más legítima gloria: D. José Echegaray.

En cambio, un bárbaro analfabeto, por embrutecer muchedumbres y galvanizar sentimientos, tiene ya amasada, con la sangre de nobles ternerillos y el salvajismo nacional, una fortuna de millones, cuando apenas si acaba de meter el pie en el asqueroso escenario de la vida.

Las «orejas» de Joselito hicieron un milagro que no pudo alcanzar la ciencia de Echegaray.

¡Pobre España! ¡Lo interesante aquí son las orejas, por eso hay tanto burro.

¡Y aun hay «primos» que dicen que España necesita escuelas! ¡Lo que necesita son pesebres!

Somos así y ese pelo echamos. Somos brutos, misérrimos, indignos de caminar a dos pies.

Para vivir hay que ser toreros, políticos o cupletistas; pensar y sentir es propio de desequilibrados, de mal avenidos con el estómago.

En el cementerio de la dignidad patria hay un panteón nacional; es de la familia compuesta por el patriotismo, la vergüenza y el instinto de conservación. R.I.P.—Amén.

—

Una cárcel de España continúa honrándose guardando al dignísimo maestro de escuela que por fuerza hubo de disparar su revólver contra un mal educado.

Algunos periódicos han roto lanzas en pro de la libertad del digno preso; pero lo que se dice una campaña sería, no se ha emprendido.

Esto es vergonzoso, y o se indulta a ese maestro o se pone en libertad a todos los encarcelados.

Sí, porque si los delincuentes se contagian de la honradez del homicida por fuerza ¿para qué servirá luego la Policía?

A todos los que tengáis corazón os suplico que nos unamos hasta alcanzar la libertad de ese anciano. ¡Abundan tan poco las personas decentes...!

—

El corcho es de una gran antigüedad; hay quien asegura que entró en la constitución cerebral de Adán; pero desde luego puede asegurarse que el corcho es tan antiguo como el alcornoque. ¡Vaya erudición!

En la industria, y aun en el arte, el corcho llena y cubre muchos vacíos: véanse los sombreros forma «pajas» y algunos artistas.

El corcho es duro, insensible; es emblema de corazones y de inteligencias.

Tomad un tapón de un par de kilos, ponedle un sombrero de copa y tenéis elaborado un pollo de la mayoría.

Ricardo P. Sancho.

La esclavitud del mostrador

EL DEPENDIENTE DE COMERCIO

He aceptado la invitación de mis compañeros para intervenir en la campaña en favor de la ley reguladora de la jornada mercantil y aquí está el grave error mío, para el que espero que tengan un gesto de benevolencia. Antes de decidirme, en los momentos que antecedieron a mi resolución, hubo una leve sombra de duda. Vacilé: ¿debo o no debo intervenir? La conciencia, aguijoneándome suavemente primero y bravamente después, me decía: cumple tu deber. Y el deber es tan sagrado y está tan cumplido en el jornalero que lleva cinco reales a su casa para el pan de su prole, como en el hombre de ciencia que ingresa grandes sumas en su hogar para convertirlas en comodidades. Uno y otro aportan todo su valer en la lucha diaria, con el objeto de conquistar lo necesario para los suyos. Así, pues, me dispuse a hacer cuanto pudiera, a prestar mi concurso, que, si desde luego no convenciese a nadie, allá, en lo íntimo de mi ser, he de oir el susurro de estas confortables palabras: Has cumplido el deber a que está obligado todo hombre. Con esto y con la confianza de que mis compañeros habrán de dispensar mis faltas de expresión, tengo bastante para animarme a comenzar mi trabajo.

La ley de la jornada mercantil es una petición en favor de cuestiones que están claras como la luz, y es tan justa, que no admite negativa. A nadie, desde el más pequeño hasta el más grande de todas las categorías sociales, se le escapa la forma del desarrollo de los negocios de ventas al detalle establecidos en cualquiera de las regiones españolas. Saben todos que, por una rancia costumbre, innecesaria en todo tiempo, las casas de comercio tienen abiertas sus puertas desde las primeras horas de la mañana hasta las once o doce de la noche ¿Necesidad de que haya de continuar esta costumbre? Ninguna. Hay una gran parte de las horas del día en que los establecimientos se encuentran completamente desiertos de compradores, circunstancia ésta que evidencia plenamente que hay tiempo sobrado para que quienes necesiten adquirir los artículos que expendemos en los distintos gremios, puedan hacerlo en un número de tiempo bastante más corto del que hasta la fecha se viene empleando. Alguien objetará que el público necesita comodidades, que le es más grato salir a compras a las nueve o diez de la noche que durante las horas del calor. No negaremos nosotros razón alguna a quienes—que será lo más probable—tal digan, en cuanto a lo que se refiere la elección de los compradores entre las horas de la noche y las del medio día, y añadimos que, si los productos que expendemos fuesen en todo o en parte artículos de primera necesidad, no habría para qué decir nada; pero siendo, como son, de muy distinto orden y, por tanto, resultando fácil adelantar o prorrogar su adquisición por un espacio de tiempo más o menos largo, resulta que esas horas, embargadas sin necesidad alguna, no tienen fin práctico ni para dependientes ni para jefes, pudiéndose, por tanto, obtener de ellas una aplicación utilísima para nosotros, que en parte redundaría en un bien social y, en su consecuencia, nacional.

No es esta ocasión oportuna para hacer un detenido estudio del trabajo o esclavitud, que en sí es, la profesión nuestra; alguien que lo dude, puede, aunque sea por puro capricho, prestar su cooperación a cualquier establecimiento y juzgar después. Baste decir que, para que al llegar a hombres nos sea más llevadera la vida sedentaria del mostrador, hemos de entrar en él al salir del colegio. ¡Colegios, los nuestros, en los que todos, de pequeños, tuvimos el deseo de abandonarlos pronto, para librarnos del suplicio de las frías paredes, del lugar pequeño, malsano...! De ahí data nuestro triste estado y de ahí que elevemos a todas las esferas nuestro grito de redención. Hay gran número de compañeros de mostrador que no recordarán sus días infantiles, y no será ciertamente por falta de memoria, sí por que ¡fueron tan breves!

Habíamos conocido en la escuela algo de las primeras nociones elementales, y contestábamos, más que por tenerlas bien estudiadas, casi instintivamente, por temor a la reprensión del maestro, y con este bagaje en nuestra inteligencia, aún en formación, y con menos humanidad de la que se necesita para alcanzar de la mesa el apetecido azucarero que dejara olvidado nuestra madre, comenzamos nuestra carrera. Esta es la norma, y son rarísimas las excepciones y, naturalmente, los resultados no se dejan esperar.

En todas las sociedades de la clase nuestra pueden verse, si se examina la correspondencia, cartas, de compañeros, que más vale que nadie vea; compañeros que son honrados, que cumplen fielmente y que por todos conceptos son dignos de aprecio, todo su valer—como el de otro buen ciudadano, cualquiera que sea su profesión—se ven obligados, ante el temor de hacer el ridículo, a que sus escritos sean revisados por alguien que los limpie de los vicios con que nacieron. Todo esto es triste. Hasta ahora, el dependiente vivió en un ambiente estacionario que sólo le permitía cuidar de la estética personal; pero al fin ha despertado de su letargo y quiere, cueste lo que cueste, porque ello es muy legítimo, alcanzar la parte de cultura a que

todo hombre tiene derecho. Equivocados están los que crean que pedimos descanso porque no conocimos la virtud del trabajo. Virtud es el trabajo cuando este, por ser relativo a las condiciones físicas del hombre, se hace grato y, después de la diaria jornada, se espera con placer el nuevo día; pero entregarse a innumerables horas de pensión, eso no es virtud, porque es impropio de hombres; eso es de autómatas, de máquinas. Dormir siete horas y trabajar las diecisiete restantes; finalizar el trabajo y caminar como bestia cansina en busca del tan corto como deseado descanso; carecer de afectos, viviendo alejados de la familia, de la que en muchos casos nos despedimos para no verla jamás; no tener, quien la tiene, unas horas al día para poder dedicárselas y no protestar nunca, esto, en vez de virtud, es cobardía suicida. ¿Qué compañero podrá desmentir esto que digo? Yo creo que no habrá uno solo, y es más sensible que existan extraños que nieguen la razón que nos asiste.

¿Qué clase de humanidad es la nuestra, que así acepta humildemente nuestra vida de esclavos? Bien es verdad que vamos diferenciándonos. Un dependiente se distingue siempre de otro hombre cualquiera; desde niños, fué nuestra constitución adquiriendo los vicios a que el ambiente en que crecimos nos condena. Encerrados por tanto tiempo en locales pequeños, respirando una atmósfera enrarecida y viciada, haciendo un ejercicio poco higiénico, sin obtener un baño de sol, sin muchos de los goces que siquiera con admirar las bellezas de la Naturaleza ya tiene otro ser cualquiera que disfrute de más libertad, nuestros espíritus se vuelven taciturnos; nuestros rostros se ponen pálidos, con esa marcada huella de los enfermos contagiosos; nuestro paso, tardo, vacilante, como el de un paralítico que pretende recobrar el movimiento, y, por si no bastara esto, el raquitismo físico corresponde a la pobreza intelectual. ¡Cuántas veces hemos sentido deseos de hablar y, sin embargo, nuestra característica falta de ilustración nos ha hecho mantenernos en el más absoluto mutismo!

Decidme, compañeros del mostrador, ¿no habrá en la vida otros goces destinados al hombre, fuera de esta condición que nos envuelve? Sí, que los hay; y ellos son, entre otros, los íntimos, los espirituales, los verdaderos, los que nosotros anhelamos a favor de la libertad a que también tenemos derecho.

Antonio Tirado.

Los verdaderos miserables

Cómo vive realmente una familia de "dos mil pesetas con descuento"

Afirmábamos que el presupuesto anual de la familia de nuestro estudio, forzosamente había de ser saldado con un déficit de quinientas pesetas, y que, no obstante esto, sus individuos mostrábanse en sociedad aparentemente satisfechos de la vida, plenos de vanidad en ocasiones y de contínuo dispuestos a dar satisfacción al malhadado prurito humano de no carecer de lo supérfluo entregados al lujo y a innecesarias, si no perjudiciales distracciones del espíritu y del cuerpo; y terminábamos preguntando por la razón de esta posibilidad.

Así que hoy procuraremos darnos la justa respuesta.

Dividíamos el presupuesto de gastos en dos grupos: gastos alimenticios y gastos no alimenticios, asignándole a los primeros un mínimun de pesetas 1.142,45 y a los segundos de pesetas 1.101,04. Y aún suponiendo que nuestro empleado es un hombre honrado, conocedor de los deberes familiares, amante del bienestar de sus hijos y de espíritu ahorrativo, cualidades todas que le han de llevar a despreciar y huir lo supérfluo y principalmente el trágico *«qué dirán»*, no por ello ha de verse libre de aquel espantoso déficit al finalizar el añe; y si sus cualidades son inquebrantables, dentro de su angosto presupuesto, verase obligado a producir las economías que, aparentemente, determinen la desaparición de aquella agobiante diferencia.

Y se privará de la criada; y se abstendrá de todo medio cultural que no sea el árido y monótomo traginar de la oficina; vivirá solitario, lejos de la sociedad, huyéndola por miedo a su acerada crítica, despiadada siempre para con el que tuvo la gloriosa cobardía de demostrar el horror que le causaron sus moldes infernales; dejará que la

ropa interior permanezca sobre su cuerpo quince o veinte días, ahorrándose lavandera y jabón, o esperando que sea lavada la muda, que usufructúa con su hijo en turno ininterrumpido; usará para la calle, y en todo tiempo, modesto traje, brillante siempre por el eterno rozar del cepillo y la impregnación de la bencina, y sustituyéndolo en la casa por los girones de algo que fue traje y que, de seguro, sería despreciado por el más desnudo pordiosero; carecerá de lana en los colchones y de cubiertas para la cama; habitará en apartado cuartucho de casa vecinal, con fachada revocada y modernizada; restará a la diaria alimentación lo nutritivo y sólo eficaz para el sostenimiento, no de la salud sino siquiera de la vida; y sobre su cabeza colgará de contínuo la espada del remordimiento por haber traído al mundo aquellos desventurados seres, sus hijitos, que viniendo a una clase que repudia llamarse ínfima y miserable, sólo ofrece miseria, más grande y trágica que la del proletariado, pues que al contrario de este, prohibido le está lanzarse a la calle sucio y mal vestido en busca del aire y del sol, huesped extraño en el inmundo cuchitril que los modos sociales le señalaron para cobijo.

Pero, no es esto, es muy otro el modo de ser y vivir de esta clase media. La nuestra, la que nosotros estudiamos, la que constituye la mayor parte de la manada social no sintiónunca el placer ni el deseo del ahorro, no supo comprender el concepto economía, no vivió para sí, no; vivió para los demás, vive para el mundo, para el insufrible y letal «qué dirán»; y todos sus afanes, todos sus desvelos encamínanse a sufrir las apariencias, a falsificar la miseria, a ser en la calle la antítesis de lo que son en la casa, a rendir tributo a la exigencia de los demás, a sobornar, aunque sea con la salud y la vida, al Cancervero del lujo para que les permita arribar a la pestilente laguna de la vanidad, e imitar en todas sus desvíaciones a los de arriba, sin pensar que la mueca de la miseria, cuando quiere aristocratizarse, transfórmase en la feroz caricatura de infernal sueño dantiano.

Y esta clase media, no sólo no reduce su presupuesto de gastos no alimenticios, sino que lo aumenta ciegamente, vistiendo sedas y charoles, plumas y pieles, etc.; asistiendo a teatros, cafés..., en todo interviniendo y de todo participando, a expensas de algo, por ella tenido prácticamente por supérfluo y demorable, y que, a su pesar, es la base de la vida: la alimentación y la dignidad.

Y esta clase media, para satisfacer el «qué dirán» comienza por comer mal, luego agota su crédito comercial, más tarde se entrega en las garras de la usura y termina cayendo envuelta en el lodo del deshonor.

Real y trágico proceso que pondremos al desnudo.

CABEZA DE MUJER.—Cuadro de Julio Romero de Torres

En el kiosco de las Tendillas se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

A causa de haberse agotado por completo la edición de nuestro número anterior, hemos aumentado considerablemente la del actual, correspondiendo así al favor decidido que el público, tanto el de Córdoba como el de la provincia, nos concede, en términos que superan cuantas esparanzas hubiéramos podido imaginar.

Consignamos por ello nuestra profunda gratitud a todos y al mismo tiempo advertimos que no podemos atender las demandas que se nos hacen de los primeros números de esta revista, porque tampoco nos quedan ejemplares.

LOS MONTES DE ANDALUCÍA

EXCURSIÓN AL VELETA Y AL MULEY HASSEN

I

Los dos últimos días de Julio y el primero de Agosto de este año hemos ascendido al Veleta y al Muley Hassen en unión de un compañero nuestro. Creemos que el relato de la excursión puede ser de alguna utilidad para los que intenten realizarla en lo sucesivo, y nos decidimos a publicarlo.

—

Los que dispongan de tiempo y de dinero y no resistan la fatiga de las grandes marchas y de la ascensión por las montañas, pueden hacer el viaje con toda comodidad, llegando a caballo hasta la misma cumbre del Muley Hassen; la lectura de esta crónica no tendrá utilidad ninguna para ellos. Mas los que cuenten con pocos días y muy pocas pesetas y sientan el placer del esfuerzo y la alegría de trepar por vertientes escarpadas y escalar los altos picos, encontrarán tal vez en estos renglones algunas enseñanzas aprovechables. El profesor alemán H. Overmaier nos puso en comunicación con don Francisco González Méndez, miembro de la sociedad granadina «Los Diez, Ld.», meritísimo grupo alpinista, cuyos trabajos para fomentar el amor a aquelllas montañas y para desarrollar el turismo, son dignos de los mayores elogios. El señor González Méndez y su consocio, don Gumersindo Valdivia, nos recibieron con una amabilidad y un afecto tan sinceros y tan cordiales, que llegaron a conmovernos; ¡no los olvidaremos nunca! Estos señores nos buscaron los guías y las caballerías, nos dieron indicaciones exactas y preciosísimas respecto a todos los preparativos de la excursión y hasta nos trazaron el plan detallado del viaje.

—

La tarde del 27 de Julio, en que llegamos a Granada, y los días 28 y 29, los dedicamos a visitar los monumentos, a conferenciar con aquellos señores y a hacer los preparativos para la marcha. En Granada puede adquirirse todo lo necesario para ella. Allí compramos el bastón corto y fuerte de afilado regatón de hierro, dos morrales para los tres, uno de lona y otro impermeable (9'50 pesetas), y unas botas de lona con suela de cáñamo, que son absolutamente indispensables (6 pesetas un par). Imposible realizar la ascensión con botas ordinarias de sierra, de suela de cuero. Las pizarras cristalinas del Veleta y del Muley Hassen son tan escurridizas, que sería dificilísimo andar sobre ellas con suela ordinaria. Debe llevarse ropa de verano y ropa interior y exterior de invierno, de mucho abrigo. Además, cada excursionista debe preparar dos buenas mantas y, si fuera posible, una zalea, que nosotros no llevamos y que echamos mucho de menos. Una brújula, un plano de la sierra, que venden en Granada (y que nosotros también olvidamos), unos prismáticos, una máquina fotográfica, un pequeño botiquín (pastillas de sublimado, aspirina, sinapismos, algodón hidrófilo, gasa fenicada, tintura de yodo, vendas de Cambrigde), una damajuana grande para el agua y un farol y dos paquetes de velas deben formar parte del equipo. Tomamos dos guías, Rafael y Nicolás, con sendas caballerías, un burro y un mulo. Cada guía, con su caballería, gana 7 50 pesetas diarias y la comida del hombre Proyectábamos que la excursión durase cuatro días y preparamos para los tres expedicionarios y los dos guías abundantes provisiones. El pan lo adquirimos en Zubia, donde venden piezas de tres libras, que tienen más agua y se endurece menos que el de Granada. Conviene llevar algún vino, no sólo para tener contentos a los guías, sino porque es un medio excelente de granjearse las simpatías de los guardas, arrieros y pastores. El infiernillo de alcohol nos sirvió de bien poco; es preferible un anafe y algún carbón vegetal, como llevan los excursionistas de Trévelez y Capileira. No teniendo carbón, hay que resignarse a comer fiambres; en la sierra no se encuentra leña en parte alguna y el infiernillo de alcohol no calienta lo suficiente para cocer o freir. El que pueda, debe proveerse de una tienda de campaña. ¡Bien lamentamos su falta! El sombrero más conviente es de paño con cogotera y los guantes de sierra son indispensables. La época más favorable para la excursión es a fines de Julio o primeros de Agosto; antes, el exceso de nieve dificulta las marchas; después de mediados de Agosto, las tormentas las hacen peligrosas.

Primer día

A las dos de la madrugada del 30 de Julio, se presentó el guía Nicolás en la fonda con las dos caballerías, cargamos los comestibles y el equipo y emprendimos alegres la marcha hacia la sierra por una buena carretera que conduce de Granada a la Zubia. Poco después de las tres llegamos a esta aldeílla, donde nos esperaba Rafael; una hora más para cargar el pan para nosotros y la comida para el ganado; y a las cuatro y media empezamos a subir las pendientes de la sierra por un camino de herradura. Ansiosos por contemplar los gigantes de la cordillera, nos separamos del camino y de nuestros guías y continuamos la marcha por las cumbres de los cerros; y poco después divisamos el alto y solitario picacho de Trevenque, que confundimos con el Veleta y nos produjo la ilusión de que estábamos cerca del término de nuestra primera jornada. Con esta esperanza apresuramos el paso; pero la meta parecía alejarse a medida que nos esforzábamos para alcanzarla. A las seis, la sed nos lleva de nuevo al camino para preguntar a nuestros guías por una fuente o arroyo donde calmarla; y por indicaciones suyas continuamos la marcha por la misma vereda donde, según ellos, muy pronto encontraríamos el agua. Al cabo de dos horas, cuando la sed nos producía un verdadero tormento, oímos el alegre ruído de una fuente en cuyas aguas, frescas y purísimas, saciamos nuestra sed. Poco después nos alcanzaron los guías con las caballerías y almorzamos, con tanto apetito, que llegamos a temer que se agotaran antes del tercero las provisiones preparadas para los cuatro días de la excursión. Después de tomar café (hecho en una sartén y colado en un pañuelo), renovamos, a las 9 30, nuestra marcha. El camino, que no tiene de tal más que el nombre y algunas huellas de caballerías, es sólo usado los veranos, sigue desde entonces el seco cauce de un arroyo; se hunden los pies en la arena y la graba y la marcha es fatigosísima. A las 12 empezamos de nuevo a pisar tierra fieme y comienzan a

dibujarse por nuestra derecha la cadena de elevados cerros llamados los Playos de Dilar, mientras que por la izquierda continúa escoltándonos el formidable Trevenque. Se levantan en el horizonte algunas nubes y el calor es sofocante. Escalamos el enorme cerro de la Loma y atravesamos el collado Martín. Dejamos también a la derecha la dehesa y el río Dilar y, cerca de la Loma de Escaricierzo, un pastor de cabras accede amablemente a darnos unas cacerolas de leche, negándase obstinadamente a recibir su precio. ¡Dios y ayuda nos costó que aceptara cincuenta céntimos!

Juan y Carmelo Díaz González

De la Residencia de Estudiantes.

FIGURAS CONOCIDAS

UN JOVEN DISTINGUIDO

La instrucción práctica del obrero de campo

Es la agricultura, considerada como arte, el conjunto de reglas establecidas por el cálculo fundado en las verdades que la ciencia enseña y sancionadas por la experiencia, que conducen a la mejor y más productiva explotación de la tierra.

Por tanto, de dos factores se compone esencialmente el arte de saber cultivar la tierra: uno, las verdades que la ciencia demuestra, y otro, la ejecución práctica de los actos necesarios a la realización de esas verdades.

El primer factor es de la exclusiva competencia del técnico, del ingeniero, que adquirió con sus estudios y su experiencia la ciencia que establece las verdades; y el segundo es el conocimiento práctico de la manera de hacer, de realizar aquellas verdades que competen al agricultor que no tiene para qué poseer la ciencia.

A éste le basta y sobra con conocer los principios en que se funden los actos que tiene que realizar y la forma material de ejecutarlos; y aunque este conocimiento sea fácil poseerlo y practicarlo, es siempre imprescindible su adquisición, hasta el extremo de que sin ello no se podrán realizar con la eficacia necesaria los actos componentes del cultivo eficaz y productivo.

No basta conocer que arando la tierra se pone ésta en condiciones para ser productiva; es necesario, en primer lugar, saber que el objeto que se persigue al arar es hacer que la tierra adquiera los elementos necesarios, aire, luz, calor y humedad, que han de facilitar el desarrollo de la planta que ha de producir, y en segundo lugar, es preciso saber ejecutar la operación material necesaria para determinar el efecto que se desea, aunque se desconozcan sus causas.

Si comparamos la industria agrícola con culquier otro arte u oficio, vemos que en todos éstos se invierte un tiempo no pequeño de aprendizaje y que sólo en la agricultura, que es la industria más trascendental, son oficiales todos los obreros sin haber aprendido el oficio.

De ahí la ineficacia del trabajo realizado en muchos casos; de ahí la imperfección, lentitud y torpeza con que se ejecuta y de ahí también la dificultad de todo adelanto y de toda perfección en el cultivo.

Es, pues condición indispensable que hay que introducir método nuevo, que hay que experimentar el de que en este oficio ocurra lo mismo que en todos los demás; esto es: que para llegar a oficial haya que pasar previamente por el estado de aprendiz.

Y si consideramos como aprendices a los actuales obreros del campo, podríamos, entre su número, escoger aquellos que por sus mejores condiciones personales fueran más aptos para recibir las enseñanzas teórico-prácticas necesarias para darse cuenta de la importancia y transcendencia de los actos que han de realizar; es decir, para crear oficiales de este oficio, cosa de la cual se carece en la actualidad.

Estas enseñanzas deben ser eminentemente prácticas, con sólo la teoría indispensable y completa interpretación del fin que con la práctica se persigue y deben realizarse por los ingenieros y peritos agrícolas en las Granjas-escuelas de cada región, en cuyos terrenos practiquen los obreros, devengando los jornales correspondientes al trabajo que presten y recibiendo las enseñanzas gratuítamente, y una vez que estén suficientemente instruí-

dos, expedirles el oportnno certificado que los acredite como aptos para desempeñar los puestos de capataces de alguna especialidad, aperadores, oficiales de las distintas industrias agrícolas y todos aquellos cargos que necesitan una instrucción agrícola rudimentaria y de que hoy carecen la generalidad de los obreros que lo desempeñan.

El número de plazas en cada Granja sería limitado, en armonía con los trabajos que se realizaran, y su nombramiento se haría en nuestra Granja agrícola por el Director del expresado Centro, a propuesta, por cuartas partes, por cada una de las entidades Diputación provincial, Ayuntamiento de ésta ciudad, Cámara Agrícola y Consejo Prfovincial de Fomento, que han sido las entidades oficiales que han gestionado y conseguido la Granja Escuela de Peritos de Córdoba.

Como preliminar y antecedentes necesarios, y puesto que la enseñanza general rudimentaria ha de ser obligatoria en todas las escuelas, deben darse conferencias, lecciones semanales y paseos de instrucción al campo, donde reciba el niño las primeras nociones de agricultura, con que se despierte su afición al campo y su curiosidad por conocer los admirables fenómenos de la reproducción de las plantas y todos aquellos tan interesantes que se realizan en la Naturaleza.

José D. Ruiz de Quijano.

La agonía de la jarana

No hace mucho que emprendimos una campaña contra los antecedentes y las consecuencias de la nauseabunda jarana de Andalucía: el latifundio, que produce al señorito jacarandoso y divertido, cazador de doncellas, derrochador del fruto del trabajo ajeno; la taberna, de la que, más tarde o más temprano, más bien antes que después, salen los hombres para meterse en el manicomio, enloquecidos por el vino; las casas de escándalo, en las que la jarana, Moloch pavoroso de Andalucía, devora miles y miles de muchachitas desventuras; el flamenquismo, con toda su cohorte de guapos envinados y aburridos...

La protesta, expresada en los términos de la mayor mesura, levantó tempestades de odios, ríos de sucio veneno. Nosotros, que habíamos elegido una posición segura, en la que nos sirve de baluarte la honrada pobreza en que vivimos, nos mantuvimos en nuestro puesto contra todos, proclamando que habíamos pretendido extender a Córdoba una campaña de caracteres nacionales.

La realidad viene a confirmar la verdad de aquel pensamiento. Toda la prensa de España refuerza los términos de la lucha que nosotros pretendimos recoger en Córdoba y es un ministro de Hacienda, el señor Alba, quien presenta a las Cortes para convertirlas en leyes las aspiraciones nacionales contra el latifundio, contra los cerrados de reses bravas, contra los cotos de caza, contra el alcoholismo, contra los monopolios...

Es la realidad que se impone con fuerza incontrastable. España sufre en sus presupuestos una falta inicial de 522 millones de pesetas y, a la desesperada, para evitar los bancarrota, el ministro de Hacienda tiene que buscar el dinero de donde lo hay, tiene que actuar sobre los ociosos que mantienen incultas las dos terceras partes de la superficie patria, en forma de espantosos latifundios, de cerrados de reses bravas, de cotos de caza.

Los proyectos han sido reunidos en un libro decisivo, que se titula *Un programa económico y financiero*, y su autor, el señor Alba, al publicarlos ha producido la impresión de que se trata de un programa de partido, de cuya jefatura se puede encargar el día de mañana el actual ministro de Hacienda, no obstante los negros lunares que hay en la obra, particularmente en cuanto se refiere a las minas de Almadén. La tierra que se encuentra ociosa o mal empleada, debe ser sometida a intensa producción; los toreros, que es la gente que más dinero gana, deben tributar de firme; el alcohol, bien puede soportar fuertes gravámenes: el dinero hay que sacarlo de donde lo hay.

En cuanto a Córdoba, hace unos días que los obreros, como en otro memorable acto público, se reunieron para volver a pedir el abaratamiento de las subsistencias, el cultivo de las tierras incultas, el fomento de los trabajos públicos y para exponer otras aspiraciones igualmente importantes.

Al mismo tiempo, con toda claridad, sin embages ni rodeos, protestaron contra las corridas de toros y contra los latifundios y, en térmi-

EL PATIO DE LOS NARANJOS

Edificio propio de la casa HIJO y SUCESOR de ANTONIO COLINET, situado en CORDOBA en la calle Cuuarteles Nuevos, donde se hallan instaládos los Talleres, Almacenes y Escritorio.

nos generales, elogiaron los proyectos del señor Alba. Hubo en aquella reunión, especialmente por parte de los señores Crespo y Camacho, benévolas menciones para nuestra revista CÓRDOBA y gustosos cumplimos el deber de cortesía de expresar por ello nuestro reconocimiento y tributar nuestro entusiástico y decidida aplauso a cuantos en el acto referido atacaron valientemente las aberraciones de la plaza de toros, la taberna, etcétera, etcétera.

No importa que fuesen pocos — para estar solo se necesita hallarse muy bien templado — ya que la razón les asiste por completo.

Procedieron muy bien, con todo entusiasmo y verdad hay que decirlo, en el acto y en la preparación, descollando el hecho de que tuviesen la valentía de convocar a la reunión precisamente a la hora en que había de celebrarse la corrida de toros. Han opuesto una generosa aspiración a una triste realidad y se han portado como buenos. Han marcado el camino a los obreros y han censurado dura y merecidamente a aquellos que, volviendo la espalda al coliseo donde había de tratarse del problema de las subsistencias, se metían en la plaza de toros para entregar a los toreros sus jornalillos miserables.

Ya se corregirán esos obreros que «todo lo resuelven» yendo a la plaza de toros para dejar en el buen tiempo su escaso dinero y, en el malo, para recoger una limosna de pan.

Ha comenzado la agonía de la nauseabunda jarana de Andalucía, de la juerga loca danzada y corrida en un país de hambrientos de pan espiritual y material, de necesidades de despensa y de escuela: los obreros la enterrarán en donde ella merece, y todos podremos vivir tranquilos en el ambiente de trabajo que se ha de producir en la región entera apénas se le libre del grotesco disfraz con que se le tenía privada de su personalidad verdadera.

La Sericicultura en la Escuela de Ganadería

He aquí un hermoso proyecto, el de la Escuela de Ganadería, que Córdoba ha hecho suyo con un inestimable y ardoroso celo.

He aquí una aspiración nacional, la de estudio de nuestra ganadería y enseñanza de las prácticas que la mejoren y fomenten, que Córdoba recoge con toda la elevación y trascendencia que ella tiene.

He aquí, también, una necesidad inaplazable de realización, que sostenga nuestra decadente cabaña nacional y que, agudizada dentro de los límites de la region andaluza, requiere que Córdoba, la cabeza espiritual y geográfica de aquella, sea quien la implante y lleve a término en todo su amplio desarrollo.

Ya indicábamos en el anterior artículo los tres rumbos o fines primordiales de la Escuela de Ganadería de Cordoba: 1.° Trabajos experimentales sobre la ganadería de la región. 2.° Organización ganadera de la misma; y 3.° Enseñanzas ganaderas (cursos de mayorales, cursos especiales, cursos breves, cursos ambulantes).

Y, sin embargo, todavía tiene reservados fines que, en importancia, tal vez no cedan a los que se refieren a la ganadería propiamente dicha; y ellos son los de aplicación de las tres anteriores bases fundamentales

a la sericicultura (cría de gusanos de seda) y la apicultura (cría de las abejas).

No queremos traer a colación enojosos datos históricos, ni de importación, acerca de la industria de la seda en España y, en particular, en Andalucía y Córdoba.

Todos saben que en nuestra comarca, y no hace muchos años, el cultivo del gusano de seda era floreciente industria que sostenía con sus productos incontable número de familias, hasta que se desarrolló una epizootia general en toda la península (la *pebrina*, principalmente) que terminó con esta riqueza. Las sederías de Córdoba cerraron sus telares. Como ella, toda Andalucía vió desaparecer su pujante y rica industria de la seda.

Hoy somos tributarios del extranjero en este producto. Italia, principalmente, y el Mediodía francés, surten las sederías extranjeras y gran parte de las españolas. Y la industria de la seda es hoy, en el país latino, como no hace aún medio siglo lo era en el solar hispánico, el sustento de infinitas familias pobres y el grato solaz de muchas acomodadas.

Pero aunque la inercia e ignorancia ambientes dejaron perder esta maravillosa riqueza, para cuya producción el *medio* en todos sus aspectos, incluso el social, es tan propicio, el recuerdo de ella no está extinto todavía en nuestra capital.

En esta pasada primavera se acentuó en tales términos la cría del gusano, entre los chiquil'os principalmente, que llegó a ser objeto de un pequeño comercio entre ellos. Por cinco céntimos se vendían en las escuelas, unos a otros, de diez a doce semillas. Ya nacido el gusano, daban seis a la perrilla. Y después de la segunda muda, sólo dos o tres gusanos. El pueblo recoge los gérmenes dispersos y, con ellos, poco a poco, va reconstruyendo su patrimonio y sus industrias.

Fué tan vivo en esta pasada primavera el ardor popular por el cultivo del gusano de seda, que la prensa local lo recogió, y un discreto y modesto periodista--Pedro Moro—con quien Córdoba está contrayendo una gran deuda de gratitud, siguió una memorable campaña en pro de la industria de la seda, que llegó a la autoridad local, representada por el culto don Salvador Muñoz Parez, tan atento a las manifestaciones de toda clase que en Córdoba surgen, quien prometió acudir a los medios necesarios para encauzar y hacer práctico el anhelo del pueblo por resucitar una industria tan genuinamente regional.

Con estos elementos, pues, que tan armoniosamente concuerdan para la cría del gusano e industria de la seda, sólo se necesita un centro técnico que vigile esta producción, para que sobre ella no volviera a caer algún día otra desoladora plaga que la destruyese.

La Sección de Sericicultura o Estación Sericícola de la Escuela de Ganadería, como se establece en el proyecto de esta, fomentaría la cría del gusano y la industria sedera con los medios siguientes:

Facilitando semilla de gusano, seleccionada y exenta de gérmenes productores de enfermedades;

Facilitando plantones de morera a los agricultores;

Desarrollando el Curso especial de «Sericicultura», que confiere el diploma de «Sericicultor»;

Desarrollando cursos breves de Sericicultura para maestros de 1.ª enseñanza;

Dando conferencias de vulgarización sericícola;

Extendiendo por toda la región las prácticas sericícolas, por medio de Cursos ambulantes;

Repartiendo cartillas de Sericicultura;

Poniendo a los productores en relación con las fábricas y mercados de seda.

¿Se quiere más? Pues establézcacase una Escuela de Ganadería en Córdoba, con un buen plantel de zootécnicos escogidos y emprendedores, y se verá cómo este hermoso proyecto se convierte en la más hermosa realidad, cristalizando en una producción floreciente y rica, para la cual nuestra región se encuentra admirablemente dispuessa.

Rafael Castejón.

La lucha contra la ignorancia

De vez en cuando se habla de crear escuelas, pero suelen quedar en proyectos tan buenos deseos. Mucho celebraríamos que el actual mininistro de Instucción pública cumpliese sus ofrecimientos en este sentido.

Pero aun creando escuelas, no creemos que quedaría resuelto el problema de la incultura nacional, pues debemos pensar que tenemos alrededor del 60 por 100 de analfabetos, y con escuelas para niños necesitaríamos alrededor de veinte o treinta años para reducir de un modo ostensible tan gran vergüenza.

¿Qué hacer? Creo que debiéramos movilizar en pro de la cultura, obligar, como por otros se ha propuesto, que todos los que cobramos del Estado—maestros, abogados, catedráticos, médicos, militares, sacerdotes, etc., etc.,—estuviésemos obligados a dar por lo menos una lección anualmente, de día o de noche, a niños o a adultos, y para ello debíamos nombrar una Junta, presidida por el rector del distrito universitario correspondiente, encargada de organizar la lucha contra la ignorancia; y claro es que el rector debería poner ejemplo dando conferencias a los pequeños y a los mayores, y ese día quedaría demostrado que España quería dejar de ser inculta y quería dar al progresa el lugar que para la felicidad de los pueblos le corresponde.

En toda Universidad deben darse conferencias de verdadera vulgarización, y deben aprovecharse todos los jardines para tener en ellos a los niños, habilitando barracones si precisa, que por falta de escuelas no pueden ser admitidos en la actualidad en ellas.

Precisa que movilicemos, que empleemos todos los medios a nuestro alcance para luchar contra la ignorancia. Si entrase en nuestra Patria un conquistador aprovecharíamos todos los lugares y todas las personas para combatirlo; el enemigo mayor nuestro es la ignorancia: combatámosle.

Si en toda España hubiese Asociaciones como la organizada en Valencia para el fomento de la cultura y de la higiene en España y que estuviesen unidas entre sí, se podría hacer mucho bien a nuestra Patria. Nosotros, siendo pocos y escasísimos nues-

tros recursos, hemos editado periódicos y carteles contra la incultura y enfermedades contagiosas; hemos organizado colonias escolares, escuelas al aire libre; hemos dado conferencias en Valencia y su provincia, y hemos observado que el pueblo y, sobre todo, los pueblos pequeños, acuden a las conferencias; lo que ocurre es que nadie las da, y si cuando acuden los niños a nuestras inhumanas escuelas no se les admite y a los adultos nadie les enseña, ¿cómo pedir responsabilidad al pueblo de su incultura, de su pobreza, de su suciedad?

Precisa que acabemos con un estado de salvajismo como el actual; un pueblo sin cultura, sin escuelas, no es un pueblo europeo, y los que lo toleran son indignos de llamarse hombres civilizados.

Los obreros son quizá los más castigados, pero todos sufrimos las consecuencias; declaremos la guerra a la incultura, pues no podemos permanecer neutrales en esta lucha que hoy nos llena de ignominia ¡Movilicemos!

Mariano Pérez Feliú.

La antigua orientación de Córdoba.—El Mihrab

LA VERDADERA CAUSA

Una vez más las ruedas de un convoy ferroviario han truncado, al decir de la sensiblería periodística, el ensueño de gloria y de grandeza de un hombre joven. El caso no es nuevo. Son muchos los torerillos que mueren despedazados por el tren. Pero también suele ocurrir que esos muchachos, que se exponen a tales peligros, se ven obligados a ello porque les falta entereza para dejarse cornear de los toros. Esta suposición dejará de parecer aventurada cuando se piense que en la actualidad el aprendizaje del toreo—como el aprendizaje literario y como todos los aprendizajes—no precisa de la leyenda calamitosa de las grandes vigilias. Y en la tauromaquia menos que en ningún otro orden. Basta con ser valiente para que las Empresas se apresuren a contratar a quien sabe mostrarse sereno ante las acometidas de las fieras. No otro ha sido el título de capacidad con que se adueñaron de las muchedumbres Belmonte y Carpio. La fiesta nacional anda tan escasa de héroes, que una sola tarde de temeridad basta para que se consagre como «fenómeno» al que, impávido, deja que las astas le rocen los alamares de la chaquetilla. No hay, por tanto, que incluir en la categoría de mártires a esos desdichados que se ejercitan en el difícil funambulismo de correr de tope a tope para burlar la vigilancia de un interventor.

El secreto de esos trágicos accidentes no es otro que el odio al trabajo. Nadie ha demostrado la incompatibilidad entre la aspiración a émulo de Frascuelo y cualquier otro oficio manual. Lo que ocurre es que en cada torerillo hay un delincuente incurso en la ley de vagos, si ésta rigiese en España. Muchos se dejan coleta para tener un pretexto para no trabajar. Otros para explotar a coimas sin escrúpulos. No pocos, para justificar ante la Guardia civil su vagancia y refugiarse en la sensibilidad de las gentes. Los hay que sueñan con los grandes triunfos, con enardecer de entusiasmo a la multitud y pasear su nombre glorioso por todos los confines del universo. No faltan tampoco los que buscan en las astas la emancipación económica. Son los menos los que aman «el arte por el arte». Claro que existen buenas personas, dignas del aprecio de todos. Pero por lo general—y esto no es un secreto—en la torería andante hay muchos candidatos al presidio. De esa chusma surge el abrumador contingente de chulos de burdel y ladrones. Comienzan por merodear en el campo y acaban asaltando trenes. No hay, pues, que sentirse compasivos. Son los esclavos de su propia culpa. Mas convengamos también en que las autoridades tienen responsabilidad subsidiaria en que así ocurra. Evitando la causa se evitarán los efectos. Suprimiendo las capeas, los vagos de profesión carecerán de pretexto para justificar esos funambulescos viajes y no podrán acogerse a la sensiblería del público. Porque entonces dejarán de aparecer como torerillos para ser lo que verdaderamente son.

E. Andicoberry.

AMOR

Y el divino Maestro de los Poetas, dijo así:

«Eternos rimadores del ensueño, no mintáis. Tan sólo cuando hayáis amado, cantad el amor. Escuchad, y en vuestro oído irán sonando lentas las estrofas del canto de la vida.

Si sondeáis las almas y en su fondo encontráis cieno, dejad caer sobre ellas las flores de vuestra ilusión, y si a mis alturas lográrais llegad, empujad la bola de las risas; que salte con cabriolas de locura y se haga cien pedazos, entonando la alegre canción de la burla, que tiene ritmo de carcajadas.

Arrojad los libros. El campo que ha poco dormía, despierta, y el campo es el libro más bello de la creación.

Leed en sus páginas la vida.

Cantores: escuchad el poema de los siglos, del amor, de la vida, de la luz. Oid la canción áspera y hermosa de la madre tierra.

¿Era vuestro canto de pasión? Pues ya la vida os contesta.

Oid que bien suena en el misterioso silencio de la noche, en ese silencio lleno de murmullos, de oraciones, de gritos, de quejas.

Sólo falta alzar la cortina y el Padre Sol, al encender en las nubes sus reflejos de raso, su luz de oro, hunde el telón azul de la noche tras de las montañas lejanas. Trae el color, trae la vida, trae el amor...

José Sarazá Murcia.

CANTARES CORDOBESES

Cordobesita graciosa,
la de los cabellos negros,
¿quieres decirme por qué
tienes los ojos tan bellos?

¡Vente! Que besen mis labios
tu carita de jazmín
y tu boca de geránio.

No te rías *¡asaura!*
del caimán de la Fuensanta,
que es más gracioso que tú
teniendo tu misma cara.

En la calle Gondomar
a escucharte me paré
¡y dices que siempre estoy
ocultando mi querer!

Me gustaron tus cabellos;
volví la cara y hallé
que otro jugaba con ellos.

Con las rosas y azahares
que nuestra sierra nos brinda,
pusiera yo una diadema
en los bucles de esa niña.

Mira las palomas
cómo bajan y pican sus lábios,
sus lábios de rosa.

La tierra de mis amores
es bella cual un vergel;
quiero que me cubra, en ella,
tierra de *San Rafael.*

Juanito.

IMPRENTA MODERNA

Fomento Agrícola de Andalucía

Estado de situación en 30 de Septiembre de 1916

ACTIVO		Pesetas
Unidades de capital		1.868,850'00
Caja		1.164'54
Banco de España		86'60
Pedro López é Hijos		1.053'00
Banco Español de Crédito		2.571'16
Compras		9.239'95
Cartera: Pagarés	115.067'72	
Cartera: Recibos	7.728'72	122.796'44
Inspectores: Producción	5.879'00	
Inspectores: Cobranza	13.933'02	19.812'02
Efectos timbrados		70'75
Fianza de Aguas Potables		15'00
Revista Agrícola		487'25
Depósitos para suministro		611'00
Intereses mínimos		73'37
Gastos generales		5.844'98
Idem de producción		2.388'84
Mobiliario		1.961'10
		2.037,028'00

PASIVO	Pesetas
Capital social en vigor	1.868,850'00
Idem cooperativo	103,774'45
Idem administrativo	20 .079'66
Proveedores	19,525'60
Varios acreedores	3,546'38
Cuentas corrientes	2,195'25
Caja contra fallidos	1,600'15
Valores á formalizar	12,429'86
Intereses á realizar	·2,720'78
Consignación para suministro	611'00
Fondo especial de Préstamos de Honor	26'55
Premios por comisiones de Seguros	369'32
Capital cooperativo á devolver	1,297'00
	2.037,028'00

Socios, 4.805.—Grupos sindicales, 130.—Prèstamos, 1.125.

Nuestra Revista publicará el ESTADO DE SITUACION mensual, Boletin Social, artículos, informaciones, notas de mercados y anuncios.

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR GENERAL

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

La encantadora señorita Mimí Mérito, hija de los marqueses de Valparaíso y el Mérito, que ha contraído matrimonio con el joven aristócrata don Juan Miljana Muniela, primogénito de los duques de Santoña.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 28 de Octubre de 1916 | NÚM. 11

EL JORNALERO ANDALUZ

Aseguro a V. E., escribía al Conde de Aranda el ilustre Campomanes, el que no ha logrado ser sustituído después, como dice Costa, por los regidores de bandas políticas; aseguro a V. E. que al considerar la situación del jornalero acuden a mis ojos lágrimas.» Cuando así se expresaba el gran Campomanes, ganaba el jornalero cinco reales. Y desde entonces ha transcurrido cerca de siglo y medio. Las subsistencias han encarecido grandemente. El jornal no ha aumentado.

Yo tengo clavada en la conciencia, desde mi infancia, la visión sombría del jornalero. Yo lo he visto pasear su hambre por las calles del pueblo, confundiendo su agonía con la agonía triste de las tardes invernales; he presenciado cómo son repartidos entre los vecinos acomodados, para que éstos les otorguen una limosna de trabajo, tan sólo por fueros de caridad; los he contemplado en los cortijos, desarrollando una vida que se confunde con la de las bestias; los he visto dormir hacinados en las sucias gañanías, comer el negro pan de los esclavos, esponjado en el gazpacho mal oliente, y servido, como a manadas de siervos, en el dornillo común; trabajar de sol a sol, empapados por la lluvia en el invierno, caldeados en la siega por los ardores de la canícula, y he sentido indignación al ver que sus mujeres se deforman consumidas por la miseria en las rudas faenas del campo; al contemplar cómo sus hijos perecen faltos de higiene y de pan; cómo sus inteligencias pierden, atrofiadas por la virtud de una bárbara pedagogía, que tiene un templo digno en escuelas como cuadras, o permaneciendo totalmente incultas, requerida toda la actividad, desde

Obreros de Córdoba.—Los restauradores de la Mezquita.

la más tierna niñez, por el cuidado de la propia subsistencia, al conocer todas, absolutamente todas, las estrecheces y miserias de sus hogares desolados. Y, después, he sentido vergüenza al leer en escritores extranjeros que el escándalo de su existencia miserable ha traspasado las fronteras, para vergüenza de España y de Andalucía.

Dauzat *(La misère en Espagne*, artículo en *La Revue*, núm. 20, 1912) describe la vida del jornalero, tomando de la realidad sus tintes sombríos, y cita, para resumir el estado miserable del campesino andaluz, la ya célebre frase de Mr. Malhall (en su libro *Progresos ot the World)*: «no hay situación en el mundo a la suya comparable». Angel Marvaud *(L'Espagne au XX siècle)* y H. Loriu (artículo en *Revue de deux Mondes*, Octubre de 1913) nos hablan también, compasivamente el primero, «de la *masa considerable* de campesinos, los cuales no tienen más capital que sus brazos ni otra retribución que su salario miserable...» y el segundo «de las *grandes masas* de jornaleros sin protección alguna, sometidos a merced de los propietarios de la tierra».

Y lo peor es que con relación a estos hechos evidentes no podemos consolarnos autosugestionándonos con la idea de que son las anteriores declaraciones producto del empeño que los extranjeros muestran en exagerar nuestros males para conseguir desacreditarnos; cosa frecuente en España y frente a la cual monsiur Dauzat viene a asegurar que es el que le inspira un sentimiento piadoso, provocado por nuestra incapacidad para redimirnos de nuestras tremendas desgracias. El hecho está vivo. La inmensa mayoría del pueblo andaluz está

constituída por *esas grandes masas* de que nos hablan los escritores citados. Y todos los andaluces, con sólo *querer* observar, podemos convencernos de que no hay, por lo mísera, situación a la de éste comparable. Las más crueles descripciones alcanzarán, a lo sumo, a bosquejarnos lo que todos hemos podido ver.

En un informe oficial consta acreditado el dicho del referido escritor inglés, cuyo texto cita la Comisión de Reformas Sociales, evacuando una consulta hecha por el Ministro de la Gobernación (inserta en el Resumen de la Información acerca de los obreros agrícolas en las provincias de Andalucía y Extremadura, publicación del Instituto de Reformas Sociales). «En general, dice dicha consulta, la situación del obrero español ha sido considerada como la más desventajosa de todos los obreros de las grandes naciones. Mientras en los Estados Unidos las necesidades de su vida nutritiva le distraen el 21 por 100, en España le consumen el 67 por 100 del salario. *Si se compara la situación de los obreros agrícolas con la de los industriales en nuestro propio país, es posible que demostrasen otras desventajas de los primeros. Si se comparase, en fin, la situación de los obreros agrícolas de Andalucía y Extremadura con la de otras regiones de la Península, se apreciarían seguramente diferencias muy significativas.*» Es decir, que está oficialmente demostrado que *la última, la más espantosa* de todas las situaciones, es la de los jornaleros andaluces. Considérense ahora los detalles de esta comprobación. Me circunscribo únicamente a los datos oficiales y prescindo de los adquiridos por la propia observación, los cuales pudieran parecer exagerados.

Alcanzan los jornales *más frecuentes* (según la citada «Información») en las provincias andaluzas, *los pagados en metálico*, a 1,50 pesetas en Almería, Huelva y Jaén; a 1,40 en las de Málaga, Córdoba y Sevilla; a 1,80 en la de Cádiz, y a 1,10 en la de Granada; y los que se satisfacen parte en metálico y parte en alimentos (generalmente de horrible calidad), ascienden: en Almería y Cádiz, a 1,50; en Sevilla, a 1,60; en Córdoba a 1,65; en Granada a 1,40; en Málaga, a 1,45; en Huelva, a 1,80; en Jaén, a 2. Estos son, como hemos dicho, los jornales calificados en la «Información» referida los *más frecuentes*. Advirtamos que en este orden hay jornales *mínimos*, y, por tanto, que existe *cabeza de familia que gana ¡35 céntimos!* (en algunos lugares de Almería). Considérese, además, que en los lugares donde el jornal se percibe parte en dinero y parte en alimentos, llégase a pagar hasta el 60 por 100 en especie (como sucede en algunos pueblos de Sevilla y Málaga); que existe una proporción respetable de braceros (el 10 por 100 en la últimamente citada provincia) cuyo jornal (incluyendo metálico y especie) no llega a una peseta; que este mísero salario deja de cobrarse en las frecuentes holganzas por fiestas o faltas de trabajo; que hay períodos, en el transcurso de los inviernos, y en algunos pueblos en primavera y otoño, durante los cuales, al ser los obreros del campo *repartidos* entre las personas pudientes, perciben el jornal de un modo incompleto; prolongándose dichos períodos, en que la dignidad del trabajador sufre humillada por una repugnante y forzada caridad hasta tres meses, como ocurre en algunos municipios de Almería; que aun en provincias como esta última, en que el jornal frecuente es el de 1,50, esto no es general, existiendo un respetable número de jornaleros que no alcanzan dicho salario (el 18 por 100); consideremos detenidamente todas estas cifras, que nos dan la clave de las expresadas miserias de los campesinos andaluces, y ante la *imposibilidad* en que éstos se encuentran, dadas las actuales circunstancias, de *mejorar de situación*, como dicen muchos Ayuntamientos informantes, ante los hechos que así lo condenan a clamar eternamente pan y trabajo en las puertas de las alcaldías, no solamente se sentirán acudir lágrimas a los ojos, como aseguraba el ministro de Carlos III, sino que habremos de preguntarnos con indignación cómo la más cobarde indiferencia ha respondido durante tanto tiempo a las causas que, provocando tal estado, han producido el envilecimiento de una gran parte del pueblo, constituída por la clase campesina, la más principal, la base del pueblo, en un país como Andalucía, esencialmente agricultor.

Blas Infante.

TETUÁN DE LAS VICTORIAS

Entre la escuela y la plaza de toros

En Tetuán, ante el sangriento suceso ocurrido entre el maestro don Juan Fernández Losada y el carrero Santos Barba, la opinión se encuentra dividida en dos bandos: «cabezotistas» y «anticabezotistas». «Cabezotistas», los vecinos del barrio en donde estaba enclavada la Escuela, y «anticabezotistas», las personas de más ilustración y sensatez. Los primeros, como veían en el maestro a una persona que criticaba sus defectos, que predicaba en contra del vicio y de las malas artes y que no frecuentaba las tabernas inmundas, se fijaron en la desproporción que hay entre la cabeza y el cuerpo del educador, para darle un apodo: el de «tío Cabezota.»

El remoquete nació en labios de las personas mayores y los chiquillos siguieron con entusiasmo el ejemplo. Los chiquillos de la barriada; los otros, no. Pues también entre la población infantil existen dos grupos.

Hemos solicitado la opinión de varios muchachos.

—Decid, pequeños: ¿era bueno don Juan, el maestro?—hemos interrogado a unos rapaces vestidos con limpieza, que ambulaban por la calle de O'Donell.

—Sí, señor. Don Juan era muy bueno. El carrero, en cambio, era un borracho. Siempre estaba de pelea.

—Pero, ¿cómo sabéis si era bueno o malo, si no estudiabais en su Escuela?

—Porque le veíamos en la calle y porque siempre nos hablaba con mucho cariño. No se enfadaba si no le insultaban mucho antes y le tiraban piedras.

—¿Quiénes le insultaban y le tiraban piedras?

—Los «golfos.»

Frente a la sórdida Plaza de Toros, unos mozalbetes se adiestraban en el juego del capote. Corrían de un lado para otro envueltos en una espesa nube de polvo. Uno de ellos, el más pequeño, el más sucio, el más desastrado, embestía con la cabeza. Los otros hurtaban el cuerpo tras el delantillo y movían los brazos con soltura, adoptando posturas flamencas. Representaban unos diez años.

Las niñas de la Ribera.—Cuadro de Julio Romero de Torres

—¿Dónde vivía don Juan, el maestro?—les preguntamos.

—¿Quién? ¿«El Cabezota»?—replicaron en seguida.

—¿«El Cabezota»? ¿Y por qué le llamáis el «Cabezota»?

—¡Ah!—exclaman.—Pues porque tiene una cabeza «mu» gorda. Todos nosotros le llamamos así. Es un «tío» criminal; un tío «mu» feo.

—¿Y qué hacía él cuando le insultabais?

—Pues se hacía el «longuis».

—¡Diga usted que no!—rectifica otro.—Muchas veces corría detrás de nosotros.

Y otro agrega, con regocijo:

—Y le seguíamos, gritando: ¡«Cabezota»! ¡«Tío Cabezota»!... Y él se cansaba de correr y nos dejaba.

Todos ríen cen estrépito.

—Un día—murmura el más pequeño—corría para pegarnos y llegó hasta la fábrica de la luz. Nosotros le tirábamos piedras. Como está aquel sitio muy oscuro, al ir a darnos alcance no vió un hoyo y rodó por el suelo. ¡Sí

que nos reímos mucho aquella noche!

—Pero ¿os reíais porque rodó?

—Sí, señor.

—¿Era vuestro maestro?

—No. Hace dos años, sí. Hemos ido a varias Escuelas.

—¿Sabéis Aritmética?

—No, señor.

—¡Y Gramática?

—Tampoco... Bueno; denos unas «perras».

—¿Y qué vais a comprar con ellas?

—¡Toma! Comprar cigarrillos de cacao. Ande usted; denos unas «perras».

Y cuando ven en nuestra mano unas monedas de cobre, se abalanzan y nos las arrebatan con salvaje ímpetu.

—¡Eh! A mí, señor.

—A mí.

—A mí.

—¿Te «pues» callar, chico? amedaza uno.

—¿Yo? A ver si te doy un cantazo...

Don Juan tenía su Escuela en uno de los barrios más apartados y más sucios del sucio y maloliente Tetuán. Por la clase de gente que vive en aquella calle y por la catadura de los que durante la noche buscan allí asilo, entre las autoridades se la titula «el Callejón del Infierno».

Es una vía estrecha. Las viviendas que la forman son de lo más miserable. Sus habitantes—traperos, conejeros, matuteros—se revuelcan en un montón de basura. Hacen vida común con las gallinas y con los cerdos. No se lavan jamás; odian todo lo que representa autoridad. El guardia civil es su enemigo encarnizado. Durante la noche, siembran de lazos el monte del Pardo o se dedican a introducir carne en Madrid sin pagar impuesto. Por cada kilo de carne que logran pasar de esta forma cobran a los carniceros del pueblo un pequeño tanto por ciento. Los consumeros los persiguen. Ellos usan de todas las estratagemas para burlar la vigilancia de los empleados del Ayuntamiento de Madrid. Una de las mujeres, por ejemplo, cruza la línea del término municipal ostentando un paquete enorme. Los consumeros, creyendo que se trata de algún artículo sometido a impuesto, acuden hacia ella. La mujer corre. Los consumeros le cortan el paso. Entonces ella grita, defiende tenazmente el paquete, amenaza, y mientras los consumeros de los alrededores abandonan sus puestos para averiguar el motivo de las voces, los matuteros introducen numerosos kilos de carne, con frecuencia en pésimas condiciones de higiene.

Cuando el «negocio» de la carne no va bien y en el Pardo no pueden cazar libremente, asaltan los corrales y roban las gallinas. En una «tasca» muy próxima a la Escuela, conocida en el Ayuntamiento y en el puesto de la Guardia civil por el nombre de la Taberna de los Malhechores, se reúne esta gente. Allí discuten sus negocios y se reparten el botín.

Si la pareja de la Guardia civil llama a la puerta durante las horas de la madrugada, en el local se promueve una algarabía infernal. Casi todos buscan la huída, y en la precipitación ruedan las banquetas y se quiebran los vasos. Unos escapan por la puerta falsa, otros se suben al tejado y saltan las tapias.

D. Juan Fernández Losada era odiado en toda la vecindad. Era el obstáculo. El maestro predica el bien, critica los defectos, y a los vecinos no los placía que nadie censurase su vida.

—Niño, ¿cómo vienes tan sucio?—decía a un alumno—. Vete a tu casa y dí a tu madre que los niños para ir a la Escuela tienen que llevar la ropa y el rostro limpios.

El muchacho tornaba a su casa.

—¿Has hecho novillos?—le preguntaba la madre.

—No—murmuraba el pequeño—; es que me ha echado el maestro porque tengo la cara sucia.

La mujer se indignaba.

—¡A mí llamarme guarra! Ven conmigo, que le voy a decir cuatro cosas a ese «cabezota».

E iba a la Escuela e insultaba al maestro y le amenazaba, y a veces llegaba a descargar sobre él algunos golpes. Como D. Juan no visitaba la Taberna de los Malhechores, el dueño buscaba motivos para que su parroquia riñese con el maestro.

Llegaban unos gañanes a beber unas copas.

—Atad las caballerías a aquellas verjas—les decía, señalando las ventanas de la Escuela.

D. Juan, viendo un peligro para los muchachos, recriminaba a los mozos.

—¿No ven ustedes que puede salir un chico y recibir una coz? Aten las caballerías en otro sitio más adecuado.

—¡Nosotros las atamos donde nos da la gana, tío cabezota!

—¿Cómo donde les de la gana?

—Sí, señor; y si nos molesta mucho, le ataremos a usted también.

Así un día y otro. D. Juan, cuando terminaba su trabajo, se alejaba del barrio. Generalmente acudía a un «tupi» situado en la calle principal, formando tertulia con algunos concejales y con otros maestros, entre quienes era muy estimado.

En Mayo del año pasado se desalquiló uno de los cuartos que tienen su entrada por el patio de la Escuela. A los pocos días lo ocupó un matrimonio. Ella representaba unos veinticinco años; él, unos treinta. Se llamaban Francisca Rueda y Santos Barba, respectivamente.

Don Juan y su hija hicieron pronto amistad íntima con los nuevos inquilinos. A los pocos meses la amistad quedó rota bruscamente. Menudearon las riñas, hasta que una noche D. Juan y Santos se encontraron y, después de insultarse, Santos le agredió con una botella, y D. Juan disparó dos tiros sobre su enemigo, dejándolo muerto.

Luís E. de Aldecoa.

Un aspecto del exmonasterio de San Jerónimo, perteneciente a los Marqueses del Mérito.

Carmen.—Cuadro de Julio Romero de Torres.

El corazón del público

La cosa está que arde, idólatras del toreo, partidarios del cornudo y defensores equilibrados de que luchen con justiciera igualdad el hombre y la res. La cosa está que arde, y si cada día se aprietan con más riñones los machos los espadas para agrandar con verónicas, lances naturales, molinetes y volapiés la gloria de nuestro país, cada día premian los públicos con más generosidad los ímpetus bizarros de los lidiadores.

Y si no, vean ustedes lo ocurrido en Vellón. En Vellón, un tal Ricardo Araujo «Araujito», se «destapó»—como dicen los revisteros clásicos—y dispuesto a complacer con singulares hazañas a la multitud, aunque le costara un ojo, una mano o unos centímetros de intestino grueso, comenzó a ejecutar unas atrocidades nunca vistas.

Según parece—porque la crónica detallada del suceso aún no se ha publicado—el obscuro lidiador hincóse de rodillas y para empezar cambió con la cabeza a un toro, suerte difícil y emocionante que, hasta ahora, sólo había ejecutado «Alvaradito», el cual, por tener el cráneo como una cúpula acorazada de Brialmont, es el único que la puede ejecutar impunemente. Araujo tal vez recordaría que al chocar el testuz de un toro con la frente de «Alvaradito» desplomóse la res como herida por una centella, y animado por este recuerdo arriesgaríase a repetir la hazaña. Pero ¿cómo intentó otras sin precedentes, peligrosísimas y extravagantísimas?

Porque se dice que el novel matador, enganchándose a un cuerno para que el toro le arrastrase por la arena, hizo con un valor y una gracia asombrosos la suerte de la aljofifa; se dice que ejecutó después, precipitándose de la cuna al morrillo, la cabriola de la rana; se dice que, por último, limpióse los dientes con los pitones de la res, y que entrando a matar, no con la muleta en la zurda, sino con una hoja de parra, atizó un volapié tan disforme, que el cornudo, que le había empuntado por el ombligo, no tuvo fuerzas ni para extraerle las tripas.

Por todo esto, la multitud, ebria de entusiasmo, premióle, no ya con las orejas y el rabo de la res, sino con el corazón. ¡Con el corazón, compañeros! ¡Con un bravo corazón que de la diestra del héroe voló a la barrera para que se lo disputasen los aficionados, y que, durante unos minutos, más de cinco, rojo, húmedo y destilando sangre, pasó como una pelota de tendido a tendido, entre aclamaciones y aplausos!

¡Duro ahí, criaturas valerosas! Que vuelen los corazones de las pobres bestias martirizadas, ya que para rendirlas y divertir al público se exponen los toreros, no a que vuele, pero sí a que se desangre, horadado, su corazón. Mientras el de los espectadores no corre peligro...

J. López Pinillos.

LA POLÍTICA NUEVA

Aspiraciones nacionales

La Cámara de Córdoba

Señor director de *La Acción*.

Madrid.

Muy distinguido señor mío: El haberme encontrado fuera de la localidad algún tiempo y los múltiples negocios que embargan diariamente mi atención, me han impedido corresponder, con la premura que yo deseara, a su amable invitación para que expusiera mi criterio respecto al sentir de esta provincia en cuanto a reformas, mejoras y beneficios a que se crea con derecho, como asimismo cuál sea el problema económico palpitante que deba ser resuelto con mayor urgencia tanto aquí como en el resto de España.

Ante todo, he de ser sincero, manifestando a usted mi criterio absolutamente pesimista respecto al resultado de cuantos trabajos realicemos Prensa, entidades y particulares para conseguir las aspiraciones, tanto generales como locales, que venimos persiguiendo y que laten en el fondo de la opinión, mientras no se derrumbe el corrompido sistema de nuestra nefasta administración pública.

Mientras nuestra vieja política de favores, compadrazgos y componendas no se rectifique y oriente en el sentido de una recta y honrada administración, yo creo, es más, estoy convencido de que todos nuestros clamores y esfuerzos de regeneración han de resultar completamente estériles.

No son mías estas palabras. Ya las dijo hace poco, en un acto público celebrado en Valencia, nada menos que un exministro de la Corona, el señor Urzaiz, que aseguraba que era inútil buscar aumentos a los ingresos del Tesoro, cuando éstos habrían de verterse por las innumerables grietas de nuestras arcas públicas, abiertas por estas desdichas administrativas.

Hay, pues, que combatir la raíz, proceder a la extirpación de este viejo sistema, que de tiempo inmemorial viene corroyendo nuestros organismos políticos, y cuando esto se logre, entonces podremos abrigar legítimas esperanzas de redención.

Esta administración nefasta, que de todo debiera llamársele menos administración, invade desde los más altos organismos del Estado hasta el más ínfimo Ayuntamiento rural, pasando por las diputaciones provinciales, que son, puede decirse, la última palabra de esta profunda calamidad nacional.

Un ejemplo palpable de esa desorganización administrativa, de esta lamentable bancarrota, es lo ocurrido con el desdichado proyecto de ferrocarril de Madrid a Córdoba por Puertollano, de sumo interés para toda la región andaluza y para nuestras posesiones del norte de Africa.

Las altas influencias jugaron aquí papel importantísimo. En virtud de ellas, el concesionario no sólo no depositó la cantidad de fianza metálica que ordena la ley, sino que se le dejó además una puerta abierta para que legalmente pudiera retirarla si el proyecto no se llevaba a cabo, como así ocurrió. A este escándalo siguió el de no encontrarse el expediente en el Ministerio de Fomento en ocasión en que una comisión de senadores y diputados andaluces, que tuve la honra de presidir, fué a la corte a gestionar la importantísima mejora para esta región, hecho insólito que hizo lamentarse a una alta y egregia personalidad a quien visitamos, y que en tono entre doloroso y humorístico dijo que en el Ministerio habría entrado seguramente un vendaval, arrebatando aquellos papeles, cosa que no debía jamás ocurrir.

Otro caso, también muy significativo, es el ocurrido con la carretera de Córdoba a Espejo y Castro, en esta provincia. Se gastaron en su construcción 500.000 pesetas, dejándola terminada, sólo a falta de un puente indispensable para que pudiera ser utilizada. A los veinticinco años se consiguió la construcción del puente, cuando la carretera se encontraba ya falta de reparaciones; y hoy, precisamente, se halla casi cortada en dos sitios, desperfectos que podían ser reparados a poca costa y que no lo son porque, según nos manifestó el señor ministro de Fomento, a quien recurrimos en súplica a mediados de año, ¡se había agotado la consignación!

Seguramente, en la época de grandes lluvias quedará completamento cortada la comunicación entre pueblos tan importantes como Castro del Río, Montilla y Baena, teniendo que hacerse el acarreo de vinos, granos y aceites a lomo, como en las épocas primitivas.

¿Y qué hemos de decir de la administración provincial? Pavor da

sólo el tocarla, porque el cuadro es de aquellos que obligan a volver el rostro. He conocido etapas que verdaderamenie pudieran llamarse trágicas: atenciones no cubiertas, empleados mal pagados, asilados desnudos y descalzos, ¡ochenta y cinco defunciones de expósitos en un mes por inanicion!; director de carreteras, pagador, delineantes, etc., para no poder hacer una en treinta años, pero, en cambio, se ha construído un gran edificio, aún no terminado, y por cierto de un gusto reprobable, cuyos plazos han sido satisfechos puntualmente, siendo lo más deplorable que se ha edificado sobre un magnífico y antiguo palacio de carácter andaluz, propiedad de la Diputación, con entrada para carruajes, preciosos jardines y otros detalles, que, con ligeras reparaciones, podía haberse seguido utilizando, evitándose con ello un dispendio importantísimo, con evidente perjuicio de los establecimientos benéficos.

Haciendo contraste con este churrigueresco edificio provincial, tenemos el principio de una nueva fachada del Ayuntamiento, comenzada hace treinta años, en una de las calles más céntricas de la capital, y tampoco terminada, detalle que a los ojos extraños es un documento fehaciente, que si no habla en contra de nuestros actuales munícipes, que no tuvieron arte ni parte en el fregado, dice muy mal de antiguas actuacciones municipales.

Datos son éstos que he tenido que tocar a la ligera para demostrar, aunque ello no hace falta, lo inútil de nuestras lamentaciones, de nuestros esfuerzos, mientras se nos siga administrando tan deplorablemente por nuestros organismos directores.

No quiere decir esto que nos entreguemos por ello a la fatalidad, dejando que esta corrupción termine con lo poco que nos resta de patrimonio y energías; hay que hacer, por el contrario, una labor fundamental y honrada contra esta vieja raigambre de nuestras corruptelas políticas, para que, una vez abonado y preparado el terreno, podamos desenvolver nuevos planes con seguro éxito.

Empezando por nuestra capital, quizá sea una de las poblaciones que más urgentemente reclaman mejoras de higiene y urbanización, pudiéndonos hoy holgar de tener sobre el tapete un proyecto de empréstito y reformas urbanas, debido a nuestro actual alcalde, don Salvador Muñoz Pérez, de cuya activi-

FIGURAS CONOCIDAS

D. CARLOS PALACIOS

PROFESOR DE MÚSICA

Caricatura de Ale.

dad, energía y celo es de esperar que llegue a realizarse.

Asciende aquél a siete millones de pesetas, con cuya cantidad se emprenderían las obras de alcantarillado, traída de aguas, necrópolis, ensanches, reformas del Matadero, etc., habiendo ya nombrada una comisión, con representaciones de todas las fuerzas vivas de la capital, para que entienda en el desarrollo del proyecto; y Dios quiera que éste sea en breve un hecho, cosa que no puede asegurarse, porque, por el pronto, en una información pública abierta sobre el mismo se han visto diferentes tendencias y apreciaciones, particularmente respecto al procedimiento de arbitrar los recursos, lo que hace suponer que no va a ser grano de anís el llegar a la realización de lo que con tanta fe perseguimos.

Lo que sí puede afirmarse es que nuestra capital no puede seguir por más tiempo en condiciones de higiene semejantes a cualquier villorrio, sin alcantarillas, sin agua suficiente para riegos y otras necesidades, con los cementerios casi dentro de la capital, y uno de ellos contiguo al Matadero, con calles céntricas sin edificar, ostentando aspecto de ruínas y dando al forastero una idea pobre y tristísima de la población. Las reformas, pues, de dicho proyecto son inaplazables, y quien las realice, sea como sea y cuesten lo que cuesten, se hará acreedor a la gratitud de todo el que se sienta buen cordobés.

Respecto a la provincia, necesitamos en primer término comunicaciones ferroviarias entre pueblos de una zona industrial importantísima, en la que están comprendidos Priego, Rute, Castro del Río, Bujalance y Espejo. Pero ante todo debemos trabajar para conseguir la realización del ferrocarril de Puertollano, que no sólo acorta el recorrido de Madrid a Córdoba en ciento quince kilómetros, sino que daría vitalidad suma a la cuenca minera de Adamuz, Villafranca, Montoro, Villanueva de Córdoba y Conquista, cuyos términos municipales habría de atravesar.

En un luminoso informe que sobre el mencionado proyecto emitió en 21 de Febrero de 1914 el entonces ingeniero jefe de Minas de la provincia, don Francisco Sotomayor, se ponderaba la importancia y necesidad del referido ferrocarril y entre otros particulares consignaba el siguiente:

«En opinión de esta Jefatura, es muy conveniente, casi necesario, para el desarrollo de la industria minera de esta parte de la provincia la construcción del ferrocarril proyectado, por tratarse de una zona de muchos y variados yacimientos metalíferos, como lo prueba el haber 203 minas concedidas con 4.209 hectáreas de superficie, y no se cuentan los registros ya demarcados y en tramitación, que suman para la hulla, en los términos de Obejo y Adamuz, 1.712 hectáreas.»

De carreteras se está construyendo la de Córdoba a Palma del Río; pero hacen falta muchas más para completar el plan provincial, y sobre todo reparar las existentes, que buena falta les hace, especialmente la de Córdoba a Castro.

Con que el ferrocarril de Puertollano pasara de la categoría de sueño en que se encuentra hoy a la realidad; se terminara el pantano del Guadalmellato, en construcción; se llevaran a cabo las reformas urbanas de la capital, incluso el levantamiento de una nueva estación ferroviaria capaz de desenvolver el inmenso tráfico de esta confluencia; se realizara alguno de los proyectos de ferrocarriles secundarios que afectan a la provincia, y se pudiese atender mejor a la reparación de carreteras y caminos vecinales complemento de las comunicaciones ferroviarias, tendrían Córdoba y su provincia un porvenir brillantísimo por su situación, por sus inmensas riquezas vegetales y minerales y por su industria.

Expuestas quedan brevemente algunas de nuestras aspiraciones, que no pueden ser más justas y razonadas: pero ¿llegaremos a obtenerlas?

Bien podríamos tenerlas ya realizadas, si en todos los órdenes de la vida pública española latieran elementos sanos de actividad y desinterés. Por eso hemos de pedir antes que nada una administración honrada, una justicia sin amaños y una probidad a prueba de ejemplo; de lo contrario, pasaremos inútilmente el tiempo en súplicas, lamentaciones o escarceos, más o menos literarios, para obtener, a lo sumo y de cuando en cuando, una ligera concesión, un remedo de mejoras que, cuando llegan a nuestras manos, o son estériles, desvirtuadas e inoportunas, o manan sangre, por los cruentos sacrificios que al país suponen.

Carlos Carbonell.
Presidente de la Cámara de Comercio de Córdoba.

(Publicado en lugar preferente por el diario *La Acción*, de Madrid).

Los esclavos del mostrador

LA JORNADA MERCANTIL

Cuando llegue la hora de nuestra redención, cuando el Gobierno apruebe la ley reguladora de la jornada mercantil, para cuya obtención laboramos ahincadamente, la transformación que se produzca en nuestra clase será tan grande como tardía ha sido su llegada. Dispondremos de tiempo que poder dedicar a nuestra educación física e intelectual, que tanta falta nos hace; remediaremos, sino en todo, en parte, nuestra viciosa constitución, teniendo clases de gimnasia; adquiriremos conocimientos vastos de muchos órdenes del saber humane, nutriendo nuestras inteligencias con obras escogidas y sanas, que sustituirán la hoy superficial ilustración, que recogemos de la prensa local, la que leemos con avidez y vamos digeriendo torpemente, cual podría hacerlo un hambriento cuando ingiere un plato suculento al que precediera una forzosa vigilia de varios días; conoceremos en teoría la contabilidad; dedicaremos atención al conocimiento de la lengua francesa u otra extranjera cualquiera de las que tanta importancia tienen hoy en las relaciones comerciales que en Europa sostiene a diario el comercio moderno... Claro está que tristemente tenemos que confesar que no todos conseguirán llevar a la práctica propósitos tan laudables, pero esto no desmentirá nunca el hecho seguro de que no pocos lleguen a triunfar y, capacitados más ampliamente para la lucha, el horizonte estrechísimo a que actualmente se reduce el porvenir que nos limita a servir para otra función que la de medir cintas u otros similares productos, se tornará mañana en espaciosa extensión, en la que nuestro desenvolvimiento social y material perciba los destellos varios de distintos ramos del ingenio y el humano saber. Nos será una cesantía, tan aflictiva hoy, mucho más llevadera después, al contar con materiales para poder continuar colaborando en la inmensa colmena del trabajo, en otra distinta aplicación, y desaparecerá por completo esta categoría social ridiculizada por tanto tiempo.

Soportaríamos gustosos el actual estado si, al menos, nos es-

EN LA MEZQUITA CATEDRAL

En memoria de don Antonio Barroso

Túmulo levantado en la Mezquita Catedral para la celebración de las exequias por el alma del ministro de Gracia y Justicia don Antonio Barroso y Castillo

El Patio de los Naranjos durante la salida de los concurrentes a los funerales por el alma del diputado a Cortes por Córdoba señor Barroso Castillo.

tuviese reservado, en compensación de las innumerables privaciones, un vivir tranquilo para la vejez; pero el mañana, es un mañana invernal, triste, frío, árido, desprovisto en absoluto de cuanto nos conforte y anime para continuar en nuestras luchas.

La especie humana tiende, indudablemente, aparte los excepcionales casos que hay en toda afirmación, a perfeccionarse en todos los órdenes. Física y moralmente, un sexo elige al otro, y en el ayuntamiento fisiológico del hombre y la mujer, siempre se busca que las condiciones del elegido superen a las del elector. De ahí que si, según algunos materialistas, descendemos del mono, esté desvanecida la huella, porque la humanidad procura incesantemente su perfección. El macho busca a la hembra que a él supere; ella, a su vez, hace igual, y lo que a primera vista puede observarse juzgando los rasgos fisonómicos de una pareja de amantes, guarda el mismo orden relativo en cuanto a lo psicólogo concierne, y que no se escapará a la perspicacia de un espíritu observador. El hombre que piensa, que atiende con solicitud los íntimos y necesarios afectos de su alma, busca en su cónyuge, más que la hembra, la mujer, la mujer espiritual, que tiene en su innata discreción consejos de leal amigo, tolerancias de cariñoso hermano, solicitudes de madre excelsa, y cuando de aquellos dos seres, fruto de un amor puro, en el que la carne tomó parte exigua, viene a la vida un nuevo ser encargado de continuar el árbol genealógico de la especie, los autores de sus días sólo persiguen un fin, un hermoso ideal: el de verter en aquella tierna flor que viene a la vida, todo cuanto la ciencia a ellos les enseñara, viendo en aquella transfiguración de su yo moral, aumentados con creces sus anhelos y sus afanes de gloria y pudiendo pensar que el cultivo a que sometieron aquella alma será al fin la encarnación de otras generaciones, la perseguida ideal belleza a que la humanidad aspira. Así obran los espíritus nobles que intentan hacer patria. Para nosotros—¡pobres de nosotros!—ni esto nos es dable hacer. ¿Qué espera a los hijos de quienes vivimos sujetos al yugo de un trabajo que ocupa toda nuestra vida? ¿Qué cultura ni distinciones ha de legarles el hogar paterno, si carecemos de él?

La Sierra de Córdoba.—El exmonasterio de San Jerónimo, que ha sido salvado de la ruina por los marqueses del Mérito, quienes con ejemplar desprendimiento se ocupan en su conservación y restauración.

En nuestro deber de consagrarnos a ellos por entero, haciendo sacrificios podríase obtener de los grandes centros la significación cultural que nuestra educación ambiente no podía darles; pero ¿de qué valdrían los sacrificios hechos si, cuando más necesitaran de nosotros, nuestra profesión, por norma general, nos es ingrata y nos vuelve la espalda al ver que nuestra vejez no nos consiente la colaboración que nuestros juveniles años nos permitieran rendir? De nada: cruel ironía de la vida, empujando hacia el abismo, amontonando ilusiones, como más tarde en el osario de un cementerio harán con nuestros huesos, y el hijo de nuestro amor, sucumbirá como el padre, viéndose precipitado en el mar de las cosas superficiales.

Por eso, compañeros de mostrador, la lucha, cada día que pasa, se hace más necesaria, y hay que ir a ella valientemente, con nobleza, sin miras pequeñas. ¿Temor a los jefes? ¿Por qué y cómo? Debemos estar convencidos de que nuestro triunfo no perjudicaría en nada sus intereses. Al contrario: también resultarían favorecidos. Vendría, con la implantación del nuevo sistema, la seguridad de que a un tiempo mismo fueran cerrados todos los establecimientos, ventaja que hoy, a pesar de las muchas horas utilizadas, no tienen, pues que cada cual cierra sus puertas cuando le viene en gana. ¿Quién resultaría perjudicado cerrándose todas a un tiempo? Nadie, mientras que, encima de gozar a su vez de mayor tiempo que dedicar a sus familias, evitarían un gasto importante de fluído eléctrico, lo que significa un ahorro nada despreciable para el haber de sus cajas. Bien lo saben todos los dueños de los establecimientos. Yo me dirijo ahora al dependiente rehacio, que sin duda alguna no estudió bien la cuestión y siente el temor de perjudicar los intereses del patrono. No hay tal, compañeros. Pensando esto, debemos, sin quedar uno solo, pedir hoy, mañana y siempre lo que nos corresponde. La lucha debe ser titánica, a vida o muerte, como que de ella depende lo que mañana podamos valer. Es triste que la desilusión cunda de unos en otros, cuando nuestros intentos no son coronados por el éxito. Eso no debe acaecernos nunca; jamás debemos cejar en nuestro empeño. Si el azar nos hace ver que hemos llegado tarde, no faltarán nuevos elementos que secunden y continúen nuestra labor empezada, y de ellos será el triunfo, triunfo que debe satisfacernos tanto como al padre el halagüeño porvenir del hijo, del que nada esperaba en el orden material; la satisfacción espiritual suya, es todo el pago que soñó en sus desvelos.

Así nosotros no debemos perder el amor hacia el ideal que hoy nos une: aún sin abrigar esperanzas de vencer, hay que seguir luchando, porque es ley de la vida luchar noblemente por ideales elevados. ¿Qué significaría nuestra estancia en la tierra si no tuviésemos deseos y ambiciones?

Antonio Tirado.

El Pantano del Guadalmellato y la Granja Agrícola

Los 86.000.000 de metros cúbicos de agua que ha de almacenar el pantano del Guadalmellato, hoy en construcción, representan la posibilidad de llegar a regar, dentro de breve tiempo, 13.500 hectáreas; 10.500 en la margen derecha del Guadalquivir, en el espacio comprendido entre Alcolea y Almodóvar del Río, y 3.000 hectáreas, acaso, en la margen izquierda.

El valor medio de esa unidad hectárea de terreno, actualmente en cultivo de secano, varía de 200 a 800 pesetas; su precio medio puede estimarse, por tanto, en 500 pesetas. El que adquiera mediante el nuevo método intensivo por riegos, oscilará de 1.500 a 6.000 pesetas, y si se destina a cultivos de frutales y huerta, su valor puede llegar a 10, 15 y 20.000 pesetas. Tomemos como promedio la cifra de 4 000 pesetas.

Es decir, que la riqueza agrícola de la provincia experimentará, en virtud de las obras en práctica, un aumento de 47.250.000 pesetas, en un espacio total de tiempo de seis años, aunque dentro de tres comenzarán a regarse los predios inmediatos a los trozos segundo y tercero del canal general.

Pero téngase en cuenta que ese notable incremento de la riqueza provincial ha de lograrse a fuerza de sacrificios económicos inherentes a la transformación cultural que lleva consigo el nuevo régimen, y venciendo las dificultades subsiguientes a la implantación de los métodos, novísimos aquí, para llegar al rendimiento máximo.

La implantación del cultivo de regadío, con sus notables beneficios para el Erario y para el agricultor, se conseguirá, pues, poniendo en juego, previamente, los siguientes factores: Operaciones financieras realizadas por el propietario. Educación del agricultor, empresario y obrero, en el sistema de cultivo a desarrollar.

La modificación de las labores por hectárea regada, trazado de canales secundarios, explanaciones, desmontes y rellenos, construcción de acequias derivadas, etc., ha de ser variable para los distintos predios; como sabéis, es consecuencia de la configuración topográfica del suelo donde se lleven a efecto, y ésta es harto caprichosa en las inmediaciones de la falda de la sierra.

En términos generales, podemos apreciar que oscilará por hectárea de 50 a 250 pesetas; esto último, en casos excepcionales.

La muchacha de la sortija.—Cuadro de Julio Romero de Torres.

A consecuencia de la modalidad que presenta la distribución de la propiedad en la zona regable y del cuantioso dispendio que ha de representar la evolución para los grandes terratenientes actuales, antes de iniciarse esas obras, secundarias respecto al plan general de riegos, pero indispensables para su ejecución, vendrá la subdivisión o parcelamiento de la antigua propiedad; claro es que no sólo teniendo en cuenta el valor del momento, sino la cuantía en el futuro, así como la valoración de la evolución.

En todo caso, es indudable que el propietario que realice la transformación ha de necesitar un auxilio económico, y ya entramos de lleno en el estudio de un verdadero problema de crédito agrario.

Cuando observamos la forma normal en que realizan los préstamos a los agrarios la mayoría de las entidades bancarias de carácter oficial o privado, salta a la vista que las operaciones financieras se basen exclusivamente en el valor permanente de los productos agro-pecuarios o de la tierra, jamás en el carácter transformativo que los distingue. El crédito agrario, hoy, en esas esferas, es un mito; y el prestamista realiza su negociación sin aceptar más garantías que el valor que representa la enagenación inmediata de la cosa que queda en rehenes. Presta a la riqueza valorada previamente y ya resuelta, sea agrícola, pecuaria, minera o industrial.

Pero los frutos agro-pecuarios siempre están en germen; poseen una capacidad evolutiva colosal, que lleva en sí un aumento de riqueza enorme; y la valoración de esa transformación es precisamente la razón del crédito.

¿Qué resulta? Que el perito, el agrario, es quien puede señalar el

límite de aquél, y que la entidad por excelencia, la exclusiva para administrar el crédito agrario, es la cooperativa agraria.

En el caso presente, sabemos indudablemente que la hectárea de terreno en la zona de riegos tiene hoy un valor de 500 pesetas. Sabemos, y sabe el Estado también, por sus organismos técnicos y por los casos similares resueltos con anterioridad en el país, que instalados los nuevos cultivos, esa unidad superficial adquirirá un valor de 4.000 pesetas. Conocemos, pues, perfectamente que el aumento de riqueza por hectárea está valorado en 3.500 pesetas, y que dicho incremento se conseguirá a expensas de un desembolso de 150 pesetas por dicha unidad superficial.

El Estado debe acudir, en cumplimiento de sus obligaciones sagradas, a auxiliar el incremento de la riqueza nacional. Ya lo hace subvencionando espléndidamente las obras de construcción del pantano y sus anejas, y seguramente lo hará facilitando a los regantes la apertura de créditos en el Banco de España. Mas si se deja al particular tratar directamente con el Estado y con el banquero, será en su perjuicio, porque las garantías serán mínimas y variables, el patrón habrá de hacerse general, el trámite necesariamente complicado, los casos numerosos y enrevesados, y como consecuencia, los créditos abiertos, si no degradantes, serán irrisorios.

Sinplifiquemos y coloquemos frente a la entidad bancaria otra robusta; sumemos las garantías de los beneficiados, de los agricultores en generel, de cuantos tenemos intereses en el asunto, que somos todos, y mediante los maravillosos resultados de la asociación, el problema se resolverá sin dificultades.

No se olvide que el lema cooperativista AYÚDAME Y TE AYUDARÉ, es el secreto de todas las cuestiones agrarias, porque así como la mecánica no tiene fórmulas para calcular hasta dónde llega la resistencia de las insignificantes fibras de cáñamo reunidas en potente cable, así el cálculo se pierde en lo infinito cuando se trata de encontrar el potencial de esas masas reunidas a la sombra de un ideal común.

Si los regantes hacen frente al problema económico, se les presentará otra nueva dificultad: disponer de personal práctico para realizar en condiciones aceptables la implantación de los nuevos cultivos; conocer éstos, no ya desde un punto de vista teórico, sino prácticamente y aplicados al caso que se razona; en resumen: poseer el mayor número de antecedentes sobre sus épocas, siembras, cuidados, recolección, rendimientos, mercados.

De aquí podrá en caso práctico deducir si la transformación debe ser graduada o pregresiva, y puestos tan variados factores, resolver en definitiva su problema industrial.

Tarea educativa es esta que corresponde a la granjas experimentales, y abierta la de Córdoba precisamente en el centro de la zona regable, de ella tiene que recibirse la inspiración.

A tal efecto, como prólogo a ese poderoso impulso que va a experimentar la agricultura cordobesa, debe tenerse educada con antelación una falange de obreros prácticos e inteligentes que, evitando dispendios inútiles, sean las avanzadas de esa nueva conquista de la fecunda madre tierra.

Iníciese, por tanto, ese capital programa en la Granja Agrícola, ya que en su doble carácter entra, como práctica para enseñar, como técnica para preveer, y habrá dado la novel institución un paso de gigante, respondiendo con creces a los dispendios del Estado, de Córdoba, y a las esperanzas de la provincia.

Edúquese al obrero en el cultivo de regadío: vale la pena de intensificar el esfuerzo en ese sentido; ábranse nuevos horizontes a las promociones de peritos agrícolas, procúrese tener especialistas, extiéndanse las enseñanzas provechosas a los agricultores afectados por la zona de riegos.

Pensemos que si el progreso económico tiene un asiento en la unidad de las energías, el cemento que liga éstas es la división racional del trabajo.

Considerando el gran interés que tiene para la agricultura provincial la implantación de riegos con motivo de la futura traída de aguas del Pantano del Guadalmellato, al objeto de evitar el agio en perjuicio de los terratenientes afectados por ella, es de capital importancia la divulgación entre los mismos de la extensión y delimitación de la zona regable, de la posibilidad del establecimiento de nuevos cultivos, de la modificación de los existentes, y de cuanto en suma redunde en activar el rápido desarrollo agro-pecuario de la misma. Corresponde llevar a la práctica esta idea a las entidades oficiales que por distintas consideraciones estén relacionadas con el asunto, y a las entidades particulares agrarias que dispongan de medios para hacerlo efectivo.

Hay que pedir a los Poderes públicos, con el respeto debido a su alta jerarquía social, pero a la vez con la entereza del que ejercita un deber de ciudadanía, la ampliación de los créditos concedidos por el Banco de España a las cooperativas agrarias debidamente constituídas, basando la importancia de aquellos, no solo en el valor de la propiedad establecida, sino también en la capacidad agro-pecuaria presente y porvenir del suelo, a cuyo fin a la concesión del crédito puede preceder el informe pericial del caso.

Es necesario solicitar la apertura de un curso especial de cultivos de regadío para obreros y capataces en la Granja Agrícola de Córdoba, teniendo presente

que el personal que lo siga ha de destinarse a las labores en la zona regable del Pantano del Guadalmellato.

Por último, hay que instalar en la misma Granja un campo y laboratorio experimental dedicado a resolver las dificultades y dudas que los labradores pudieran tener con motivo de la implantación del nuevo sistema de cultivo.

Antonio Carbonell.

SELVA INTERIOR

Yo, león de la selva, llegué un día,
sediento de placer a tu morada,
y ante el fulgor de tu mirada impía,
te ví caer como una flor tronchada...
El hambre, un monstruo, en mi interior (rugía,
exigiendo una roja dentellada,
cuando ví que tu cuerpo florecía
como un jardín de nieve sonrosada.
Aprisionado, al fin, de tu belleza,
recliné vacilante la cabeza
sobre tu cuerpo de impecable albura...
Y como un dios en su amoroso empeño,
yo fuí, durante tu profundo sueño,
imponente guardián de tu hermosura...
Al fin te erguiste entre un vapor de (esencia,
y al contemplarte ante mis ojos muda,
eras como una estatua de Florencia.
Tu cuerpo, de una extraña transparen- (cia,
que aun con el velo del pudor se escuda,
hizo rugir mi sangre con vehemencia,
bajo mi piel de sátiro velluda.
Después, no sé... Mi corazón de arista,
matando en mí todo el amor de artista,
me lanzó a tí, como chacal sediento.
¡Y quedaste sin luz en tu morada,
como la estatua que derriba el viento,
y queda sobre el parque abandonada!

Alfonso Camín.

La encantadora señorita Pepita Lara Barahona Mazas y el distinguido joven don Luis Navas, que han contraido matrimonio en Córdoba.

Los árboles de las ciudades bíblicas

En la muralla, almenada de jaramagos, como afeites con que el rumbo del sol y la maternidad de las aguas encubrieran las arrugas de las centurias, hay un arco de piedra cuyas dovelas oscilan carcomidas como dientes descarnados y movedizos.

Es una puerta de la ciudad al campo. En su dintel, y a los lados, al pie de la muralla, hay montones de inmundicia que picotean las gallinas. De sus alrededores hicieron imperio las moscas. Es como la puerta de un *mellah*, infecto y maloliente, por la que, en el dorado reposo de la tarde, salieran los viejos semitas, los de descuidadas barbas bíblicas, hollando, con sus rotas sandalias, la polvorienta carretera que, hacia adelante, serpea por unas colinas rojas, calvas y desnudas, orladas de la alba sobriedad de unas bardas zigzaguentes.

También, ahora, el ambiente es de oro. Frente a la puerta de la vieja muralla, hay una fuente subterránea, a la que se descien-de por unos escalones resbaladizos de humedad, y de la que surgen las mujeres, llevando los cántaros sobre la cadera. A su alrededor hay unos árboles. Y, en los árboles...

¡Pobres árboles! Cuentan los viejos y las tradiciones del lugar que, hace ya muchos años, de los países del Septentrión, bajaron unas huestes, fuertes y arrolladoras, cuyos soldados traían brillantes arreos de deslumbradores metales y vivos colores, que hicieron en el país toda clase de tropelías. Y además tenían prácticas curiosas y extrañas. Hacían limpiar las calles como el interior de las casas. Prohibieron que fueran arrojadas a ellas aguas ni suciedades. Y por todos los alrededores de la ciudad fueron plantados árboles, bordeando las carreteras y paseos, que son estos olmos de tronco añoso y robusto que hoy protegen al caminante con el verde manto de su pompa regia.

Pero aquella invasión fué rechazada. Todo el país se levantó rugiendo, como un solo hombre, en la más heroica epopeya que vieron los siglos. Y del paso de aquellas hordas sólo quedaron historias espantosas. Y los pozos cegados de cadáveres. Y las frondosas alamedas, de fresca y risueña sombra.

Y fué tan grande el odio al invasor, que ni de estas, por ser plantadas de sus manos, quisieron los indígenas dejar recuerdo. Y con odio, implacable y frío, fueron arrancando los olmos, y destrozando los troncos para que por ellos entrara la podredumbre, y

permitiendo que los niños, en la alegría de la primavera, destrozaran la floración ubérrima—pan y panizo—que, como maná del cielo, ofrece su alimento a los mortales.

¡Pobres almas! Saliendo, en estas tardes doradas y quietas, por la puerta vieja de la muralla secular, los he visto caducos, carcomidos y esqueléticos, próximos a la muerte, en una agonía espantosa, la agonía del odio y la soledad, sufriendo nuevos ultrajes de aquellos que, a su sombra, rieron su inocencia infantil, contaron sus amores, departieron gravemente en la seriedad de los años. Ya son pocos los olmos.

Sobre el esqueleto de su ramaje había encaramados unos hombres armados de instrumentos de acerado filo. Y los golpes que sobre su tronco daban, eran huecos y sonoros, como sobre la tapa de un ataúd. Y las ramas que caían, eran recogidas por un enjambre de chiquillos—treinta, cuarenta, tal vez el contingente de una o dos escuelas por lo menos—que alzando en alto los tristes despojos, los llevaban procesionalmente, con gran algazara, hasta un claro donde ramoneaba una piara de cabras. Admirado del espectáculo, he preguntado a un indígena de tez broncínea y mirar indolente, que dormitaba recostado en el quicio de una puerta. Me ha mirado con extrañeza. Después, lentamente, midiendo fervorosamente sus palabras, me ha explicado que en esta ciudad, ciudad bíblica, de colinas y olivos—como los olivos de Getsemaní y las colinas rojas de Palestina,—sólo se sabe cuidar el árbol sagrado de Palas Atenea, y que todos los demás son tratados con igual norma. Razonamiento inflexible y estoico.

¡Pero no! Me lo ha dicho el viejo semita, de descuidadas barbas bíblicas que, todo polvoriento, reposa en la entrada de la fuente subterránea. Y me lo ha dicho, llameando el odio en sus ojos. Su abuelo murió luchando contra ellos, y el padre, en represalias, fué muerto a arcabuzazos. Es el odio al invasor. Y la venganza todavía continúa fría, implacable, matando sus recuerdos uno a uno, destrozándolos en partes antes de morir, prolongando la obra de venganza y de barbarie fiera.

¡Pobres árboles! ¡Pobres olmos!

Rafael Castejón.

LOS MONTES DE ANDALUCÍA

EXCURSIÓN AL VELETA Y AL MULEY HASSEN

II

A medida que avanzamos, bajando pequeñas pendientes y subiendo grandes cuestas, el paisaje se hace más espléndido. Desde la Cuerda de San Jerónimo divisamos por la izquierda los cañones de San Francisco y al frente el soberbio Veleta, con su cortejo de cerros salpicados de grandes manchones de nieve. Volviendo la vista atrás, se contempla gran parte de la verde y pintoresca vega granadina. El espectáculo es grandioso. A las tres de la tarde, cuando la fatiga nos incapacita para admirar la hermosura del paisaje, llegamos a la Laguna de las Yeguas, al pie mismo del Veleta, deseado término de nuestra primera jornada. La laguna, pequeña y poco profunda, está alimentada por un ventisquero y surte de agua a un pequeño arroyo que en ella nace. Bastante cerca encontramos unos corrales de piedra, sin techo. Al resguardo de una gran roca, frente al Veleta, y en uno de ellos, de nueve a diez metros cuadrados, nos instalamos. Después de una comida más abundante quizá que la de la mañana, tratamos de dormir un poco, pero el sol y el frío nos lo impiden. En su consecuencia, resolvemos pasar la tarde patinando: nos marchamos a un ventisquero próximo y nos deslizamos por una rápida pendiente, apoyados en unas tablas que encontramos: la nieve estaba muy blanda y se hacía difícil resbalar sobre ella. A las seis dejamos nuestro ejercicio y nos reunimos con nuestros guías, que conversaban con unos guardas y con dos criados, portadores del equipaje de don Natalio Rivas, que poco antes había pasado por allí, con el fin de asistir el 5 de Agosto a la misa de la Virgen de las Nieves, en la cumbre del Muley Hassen. Hacemos fuego con los restos de unos cajones, únicos combustibles que hallamos en aquellas alturas y al amor de la lumbre entablamos conversación con los compañeros, como si hubiésemos sido amigos de toda la vida. Los guardas nos dicen que se dedican a coger manzanilla y ponderan las dificultades de encontrar la preciada planta, cuya recolección producía años antes grandes utilidades, disminuídas cada vez por la mucha gente que a ello dedica y porque, arrancando la planta entera, se imposibilita la propagación de la semilla. Los criados de don Natalio despiertan nuestra envidia contándonos las grandes comodidades con que su amo hace la excursión. Nuestros guías, locuaces y comunicativos, nos suministran datos del estado de la propiedad en aquellas regiones. Según nos dicen, aquellas sierras están divididas en grandes dehesas. Todo es de propiedad particular; nada pertenece al Gobierno.

De trecho en trecho, al abrigo de los cerros, hay pintorescos valles tapizados de verde hierba que aprovechan únicamente en los meses de Julio y Agosto, cuando se derriten las nieves. Al cabo de dos horas de charla, que nuestros contertulios intercalan con frecuentes y prolongados asaltos a un pellejo de vino, cuyos efectos se notan bien pronto, nos retiramos a nuestro *confortable* y *lujoso* dormitorio, que tiene por techo el firmamento, y por lecho los aparejos de las caballerías y dos pequeños jergones de paja. En él nos acomodamos los cinco, envueltos en las mantas. El frío arreciaba a cada momento y

nada bastaba a mitigarlo: los trajes de invierno que habíamos vestido al llegar por la tarde a la Laguna, las mantas, la ropa interior que llevábamos de repuesto, hasta las tohallas que nos liábamos al cuerpo, todo era insuficiente. Por otra parte, la cama común era tal, que en cuanto uno se movía, todos sentían el contragolpe y los que estaban en los bordes corrían el riesgo de rodar fuera de ella; mas once o doce horas de marcha y la falta de sueño de la noche anterior, vencieron todos los obstáculos y, al fin, nos quedamos dormidos. A las cinco de la mañana nos despertamos y observamos con gran disgusto que hacía rato que era bien de día. La noche anterior habíamos ordenado a los guías que nos llamasen una hora antes del amanecer, con el fin de contemplar desde la cumbre del Veleta la salida del Sol. El descuido o el cansancio les había impedido cumplir nuestras órdenes y nos habían hecho perder uno de los objetivos del viaje.

Segundo día

Un poco mal humorados, emprendimos la ascensión al Veleta y una hora después coronamos la cumbre los autores de esta crónica.

Quince o veinte minutos más tarde llegó nuestro compañero el guía Rafael, el más conocedor del terreno. Nicolás había recibido órdenes de ir al Muley Hassen, por un camino escabrosísimo que bordea la falda de los cerros, en el cual se acumula la nieve de los siglos.

Se ha hablado mucho de un glacial en estos sitios y aún lo han dado como cierto geógrafos de fama; pero de las noticias recogidas no resulta demostrada su existencia.

Parece, según datos de la gente del país, que la nieve no ha desaparecido nunca de allí; pero no hay observaciones de que tenga la marcha característica de los glaciales. En el frente que mira al Muley Hassen, el Veleta está cortado por una pared casi vertical, de una altura formidable, ochocientos o mil metros quizá. Muy pendientes también son las otras laderas del cerro, incluso la que nosotros empleamos para subir. Sólo una vertiente resulta relativamente suave, no tanto que no exija grandes precauciones para descender. Por ella bajamos y, al encontrarnos con los ventisqueros denominados Bazares del Veleta, se dividen las opiniones respecto al camino que debemos seguir: nosotros decidimos rodearlos y nuestro compañero prefiere atravesarlos por la parte más estrecha, en línea recta hacia el Muley Hassen. Emprende la marcha, en efecto, y a los pocos pasos resbala, y, al tratar de sostenerse con el bastón, salta éste de sus manos al chocar con la nieve endurecida por el frío de la noche y el excursionista desciende vertiginosamente por la pendiente. La expedición hubiera terminado trágicamente sin unas rocas que actuaron de Providencia, deteniendo el rápido *paseo* hacia el barranco.

Juan y Carmelo Díaz González
De la Residencia de Estudiantes.

El problema de la Enseñanza

Sigue siendo el de la enseñanza primaria un problema capitalísimo en España entera. La creación del ministerio especial de Instrucción pública, que parecía ofrecer esperanzas, no ha reducido en nada el *anabecedarismo*. A las escuelas primarias concurre muy poco personal del censo escolar, y el poco que concurre—no sabemos porqué—si tiene algunos medios económicos va a última hora a las escuelas particulares. El problema lo han concebido y desarrollado los ministros de Instrucción pública sólo bajo el aspecto de los sueldos de los maestros, y no hay que decir que este es un aspecto principal de la cuestión, pero que no es toda la cuestión. El maestro famélico era una vergüenza nacional, propia de un país inconstituído para la civilización, y los sueldos irrisorios otra vergüenza que no ha desaparecido aún, puesto que mil pesetas como sueldo de entrada, a que hay que estar atado diez o más años, porque las escalas corren muy poco y la última es grandísima, es casi, casi sostener el *derecho al hambre* para los que, por error o afición, dedícanse al estudio de la pedagogía, ciencia bendita llamada a engrandecer los pueblos, cuando estos saben apreciarla y protegerla; pero, como he dicho antes, no está toda la cuestión en que se pague el sueldo; hay también que hacer maestros. Para la enseñanza elemental exígese demasiado con cuatro años de estudio, si bien no es nunca suficiente el que se hace para saber abarcar los importantísimos problemas instructivos, pero es que mil pesetas no compensan el sacrificio de cuatro años de estudio y una oposición para ingresar con aquel sueldo. Hay que tener en cuenta, o no sabemos nada de gobernación, que el hombre busca por el trabajo el medio económico de sostener la vida y de crear una familia y que si no ve horizontes para realizar sus ideales y enjugar su *déficit* en los elementes económicos adquiridos, los suple de otro modo, buscando por otro lado, y el tiempo y el trabajo que a este nuevo medio dedica, piérdelo precisamente la enseñanza, porque el hombre tiene un límite de fuerzas útiles; más allá, no hay que esperar de él nada, a no ser que sea un fenómeno en cuanto a salud, actividad y conciencia para el desempeño de su cargo; y esto viene a ser, por regla general, casi una excepción; refiérome a la integridad de todas las condiciones de que hablo. Ocurre, por tanto, que la enseñanza no satisface las necesidades sociales, porque aún no se tiene el maestro que se necesita; pero precísase aún más, como digo antes, porque el problema no consiste sólo en dotar bien al maestro; tiene más aspectos, y estos son los que no se tocan en el ministerio, o se tocan erróneamente. La enseñanza es una función puramente social y municipal. El Estado nacional no debe tener en ella más parte que la vigilancia, que puede estar encargada a los inspectores. El congreso pedagógico de Francfort, si no recuerdo mal, dijo—y dijo bien, en mi pobre sentir—que la enseñanza era puramente función municipal, y es que ni mejor vigilante ni mayor interés que los pueblos, puede tener nunca el Estado nacional, ni aun teniendo a un Argos de ministro, con centuplicados ojos, buen deseo y vigilancia.

Es la teoría progresiva, racional y única posible; la teoría hermosísima, que el Estado lleve las funciones suyas, propias e inherentes y que ocurra lo propio en lo que se refiere a la periferia.

Un Estado providente es un Estado imposible, ruinoso y per-

judicial, en cuanto, según frase feliz de Azcárate, tiene más facultades que las que puede desarrollar y hállase apoplético a la vez que en la periferia padécese la parálisis.

Don Amalio Gimeno, siendo ministro de Instrucción pública, quitó de la facultad de las Juntas locales la de celebrar exámenes. Los pueblos pagan a los maestros con sus recargos de territorios, y los pueblos no tienen derecho a la celebración de exámenes. «Los maestros celebrarán todos los años al terminar el curso (dice el artículo 24 del reglamento de la Administración provincial y local de primera enseñanza) una exposición con los trabajos de sus alumnos de los diferentes grados, *invitando* a la Junta local y vecindario a visitarla, a fin de que éste pueda conocer la labor de la Escuela.» ¡Como si en esas exposiciones pudiera apreciarse la instrucción auténtica del alumno!

¡El derecho de las Juntas locales queda reducido a ser *invitadas* a visitar la Exposición! ¡Claro! Como que, de no decirlo, podía el maestro prohibirle el paso.

He conocido a un maestro que puso en la puerta de su escuela un cartelito en que se leía: *Prohibida la entrada durante las horas de clase*. Es que el artículo 23 dice: «Ningún vecino tiene derecho a penetrar en el recinto de la escuela sin permiso del maestro», y es que el profesor a que me refiero había puesto el cartelito para que lo leyera la Junta y en el sentido de que la Junta *se componía de vecinos de la población, que necesitan permiso*; y, además, porque el reglamento no habla de exámenes. ¿No es esto entender al revés las cosas?

Pues tampoco se toca de frente el problema relativo a la asistencia a las escuelas. Las autoridades municipales, por la merma sufrida en sus facultades y, además, porque son autoridades populares, variables cada dos años, sobre poco más o menos, que no estudian siquiera el asunto que ven dificultoso, y los pueblos suplen aquella falta de iniciativas y de medios para acometer el problema, creando escuelas particulares. Acometer el problema de frente y con valentía, aunque indirectamente, porque directamente podía dar lugar a una revolución, es lo que hace falta.

He aquí una posible medicina: «El tiempo de servicio activo en filas será, por regla general y salvo necesidades públicas, de treinta meses para los que sepan leer y escribir y de cuatro años para los analafbetos.»

«Desde el año de 1920 en adelante, se eliminarán de las listas electorales a todos los individuos electores, de veinticinco a treinta años de edad, que no sepan leer y escribir, por considerarlos incapacitados para el ejercicio de la ciudadanía.»

Esto, sobre poco más o menos, llenaría de adultos las escuelas, a las que no concurre, desgraciadamente, casi nadie, y vaciaría algo las tabernas, que son *los sitios sagrados en donde se estudian y se aprenden los caminos para el engrandecimiento de la Patria.*

F. Martín Orellana de la Cruz.

LA VERDAD

¡Oh, amigo, en la mañana,
en la clara mañana en que te dimos
sepultura, recuerdo que tú eras
de todos el más fuerte, el más enhiesto,
no obstante tu actitud horizontal
y el llevarte entre todos como a un muerto
que eras no más! Tu cuerpo, sin embargo,
mientras todos temblábamos del grave
miedo de los misterios, y las suertes
obscuras de los vivos, él, tu cuerpo
rígido, no temblaba. Tu alta frente
era una cosa ya perenne, como
un gran disco de mármol: tus mandíbulas
por el último gesto contraídas
parecían apretadas sobre el fruto
de la última certeza.
¡Recuerdo tus bigotes levantados,
firmes y enhiestos cual si los hubieras
encrespado tú mismo, como antaño,
cuando después de un sorbo de café,
pasabas sobre ellos tu carnosa
mano, y nos contemplabas! Lo más firme
eras tú en la mañana, en el pesado
féretro que crugía sobre el camino
y a los negros corceles agobiaba.
Lo más firme eras tú. Crugía el gran féretro
como una gran verdad indiscutible.
Lo sentíamos crugir, pesado y grave,
como crugen los astros en la noche
y los carros de fruto en los senderos,
y como si sentado sobre el mundo,
lo hicieras tú crugir con tu reposo.
En la clara mañana, ante la vida,
quimérica y fugaz, y ante el enigma
del infinito que las obras turba,
eras tú lo más claro y evidente
en tu enlutado féretro.
Las mariposas blancas, fugitivas,
que evitan a los vivos, iban leves
a tí, como atraídas por tu calma
y tu grave silencio.¡Eras, ¡oh, amigo!
lo que es definitivo ya y perfecto.
Los espejismos todos de la vida,
los claros espejismos que seducen
a los aún no nacidos y despiertan
su deseo de vivir, se hacían opacos
al paso de tu féretro: tú eras
como el obscuro fondo de las aguas
inmutable y sereno bajo la orla
de los juncos floridos. Toda ciencia
última estaba en tí. Los que veían
tu féretro pasar, al punto graves
se tornaban y tristes cual si hubiesen
visto pasar a la verdad. Y cuando
nosotros, que seguíamos tu cadáver
como un lento cortejo de discípulos,
con respeto y amor la vista alzábamos
hacia el término largo de la senda,
solo, más alto que las casas altas
de las calles en cuesta y con celajes
bajo las azoteas como colinas,
sólo, oh, amigo universal y eterno,
guiándolo todo hacia su fin seguro
te veíamos a tí...

R. Cansinos Assens.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Don ANTONIO CÓRDOBA NAVAJAS

Competente profesor de instrucción pública que, mediante su perseverante esfuerzo en el campo de las industrias, ha llegado a establecer una poderosa fábrica, en la que hallan trabajo numerosas operarias

Imprenta Moderna
CÓRDOBA

10 Cts.

CORDOBA
SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65 pesetas	Una columna central en el texto,	20 pesetas
3.ª id. id. . . .	50 »	Media id. id. id.	10 »
4.ª id. id. . . .	75 »	Un cuarto id. id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea	0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRAIÓN: CALLE DE LAS DUENAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 4 de Noviembre de 1916 | NÚM. 12

Los latifundios de Andalucía

La lectura de las principales Memorias presentadas al concurso abierto por el Rey sobre el problema agrario del Mediodía de España—decíamos en otra ocasión—, deja una amarga impresión en el espíritu, porque por todas partes resultan vicios, deficiencias, errores, injusticias. Puede decirse que no hay allí más que dos cosas buenas: la tierra y el cielo. Por lo demás, labores imperfectas, el cultivo por hojas al tercio, el arado romano, la recolección de la aceituna a palos, la falta de forrajes y, consiguientemente, la escasez de ganados y de abonos, las instituciones de crédito brillando por su ausencia, el absentismo, los tributos insoportables, el abandono por parte del Estado en varios aspectos; una población obrera que se muere de hambre. Y en todas se dice algo de los males que llevan consigo «los latifundios».

El Sr. Moret, en la Memoria de la Comisión nombrada para adjudicar el premio ofrecido por el Rey, dice: Cuando el latifundio va unido al absentismo de sus propietarios con todas sus consecuencias; cuando se esquilma el suelo y se descuida el arbolado; cuando se entrega al ganado lanar trashumante terrenos en condiciones para el cultivo de cereales, o cuando por falta de capital o de inteligencia se labran en turno de tres los que sirven para el cultivo intensivo, entonces el latifundio empobrece el país, separa las clases, engendra la miseria y merece todo género de censuras; pero no por ser latifundio, sino por la manera de explotar la tierra.

»Pero cuando el latifundio pertenece a un propietario laborioso que le dedica su inteligencia, su capacidad y su tiempo, y por esta triple acción modifica los cultivos, base de los elementos de explotación, produce forraje de secano y con ellos da estancia a la ganadería, que a su vez multiplica los abonos; establece riegos y desarrolla el arbolado, y por esos medios abarata la alimentación, aumenta el jornal, crece el número de sus trabajadores, los une a la tierra y da hogar a su familia, entonces el latifundio es una fuente de bendición y el más seguro agente del progreso agrícola.»

Obreros de Córdoba.—Los restauradores de la Puerta del Puente.

Aceptando esta distinción, y sin entrar en averiguaciones de si la que es fuente de bendición es una excepción o es la regla general, siempre resulta que, aunque no es la misma cuestión la de la acumulación de la riqueza que la del parcelamiento de la tierra, porque puede muy bien poseer un propietario gallego en fincas minúsculas y foros insignificantes un capital equivalente al que representa un latifundio de Andalucía o de Extremadura, no deja por eso de haber cierta relación entre una y otra cosa, pues es visto que donde las fincas son pequeñas es posible que haya gran número de arrendatarios, censatarios o propietarios; mientras que donde son grandes, esta sola circunstancia lo hace imposible. Además, en tal caso surge por necesidad organizada la explotación de la tierra al modo de la gran industria; esto es, un propietario que la cultiva con numerosos obreros, a diferencia de lo que acontece en otras regiones, en las que lo hace el dueño por sí mismo o con el auxilio de corto número de trabajadores. Y no cambia tal estado de cosas cuando el propietario arrienda la finca, porque el «cortijero», como el «famer» inglés, es un capitalista que emplea también un gran número de braceros.

Y así surge, al modo que en la

esfera social entre capitalistas y obreros, el problema entre los propietarios de la tierra y los cultivadores de la misma; y así como en las relaciones que pueden darse entre aquéllos, cabe que revista una de estas tres formas: una de distinción, «el salario»; otra de unión, «la participación de los beneficios», y otra de confusión, «la cooperación», pueden análogamente darse en este caso las de separación o distinción, «la renta»; la de unión, la de «aparcería», y la de confusión, la «cooperación». Y cabe otra solución para que desaparezca el dualismo en ambos casos: el pequeño taller y el labriego propietario, con la diferencia de que, dado el desarrollo de la gran industria, característico de los tiempos actuales, es difícil la vuelta al antiguo tipo de la esfera industrial, salvo las consecuencias que puedan derivarse de la posible distribución de la fuerza eléctrica a los hogares de los obreros; mientras que los labriegos propietarios constituyen una cosa que por fortuna es un hecho en varios países de Europa y en muchas comarcas de España, siendo hacedero caminar a que lo sea en las demás.

Y dando por supuesto que el ideal es que el dualismo entre propietarios y cultivadores desaparezca o se suavicen sus consecuencias, ¿cuál es el procedimiento para lograrlo en Andalucía? Es una cuestión previa, por regla general, la división de los latifundios, y decimos por regla general, porque sin ella es imposible la «cooperación» aplicada al arrendamiento y a la aparcería.

Como las Sociedades cooperativas de «producción» han sido las más difíciles de establecer y arraigar en la esfera industrial, acaso parezca una utopía pensar en ellas tratándose de la explotación de las tierras, y, sin embargo, en una de las Memorias premiadas, su autor, don Francisco Fuentes Cumplido, consigna un hecho que demuestra la posibilidad de su relación cuando hay espíritus inteligentes que se ponen a disposición de los trabajadores para dirigirlos. Doscientos cuarenta obreros de Torre de Miguel Sesmero, con la garantía de doce compañeros que poseían algunos bienes inmuebles, arrendaron por seis años una dehesa, sobre la que constituyeron una Sociedad cooperativa de producción agrícola que trabajaron los socios sin perder jornal que les ofrecían en la plaza, con cuyos trabajos, dice el señor Fuentes Cumplido, se crearon a los seis años del arriendo un capital colectivo que no bajará de 125.000 pesetas para los 240 socios y, añade: «Este negocio se efectuó sin aportar fondos de ninguna clase.»

Cabe también aplicar la cooperación a la aparcería, a juzgar por lo que acontece con una de la grandes fincas del Urgel, llamada Torre del Remedio, propiedad de los señores Girona, donde, al decir del señor don José Valle y Bosch en su notable libro «El latifundio ante el problema agrario y su solución en las comarcas despoblodas», la explotación está organizada bajo la inmediata dirección del cultivo por el dueño de la finca; la asociación del propietario con los colonos mediante contratos bien estudiados; la habitación adecuada de estos colonos con su familia junto a las parcelas que cultivan, y la enseñanza gratuíta en la misma hacienda, como también la asistencia médica y religiosa.

Pero se dirá, ¿cómo se puede llegar a la división? En primer lugar por el convencimiento, por parte de los propietarios, de que voluntariamente les conviene hacerlo y tienen el deber de hacerlo. En una Memoria leída en el Congreso de la Federación bético-extremeña y canaria, celebrado en Granada en Mayo de 1914, el señor Llera y Eraso dice que la fórmula de unión entre los factores de la producción «no ha de buscarse en las grandes acumulaciones de propiedad territorial, sino en el fraccionamiento de esa propiedad, poniendo a disposición del mismo que ha de hacer el trabajo para lograr ese amoroso consorcio de los grandes factores de la producción, ya que por ley biológica humana parece se hallan divorciados.» Y después de estimar que se debe contar en todo caso con los estímulos más poderosos a los dueños de los grandes cortijos, que no quieran o no les convenga mejorar radicalmente el cultivo, a que fraccionen sus fincas en parcelas de corto número de hectáreas, y las den en arriendo, venta o enfiteusis a los pequeños cultivado-

res, añade: «Y conste que lo que vais a oír no es de origen sospechoso, puesto que el que esto escribe ejerce dominio, con títulos legítimos en más de 8.000 hectáreas de tierra, y es el primero que, convencido de la esterilidad de sus esfuerzos para producir lo que debiera, ha puesto en arriendo casi todas ellas a largo plazo y las está dando a medias en propiedad para ponerlas de viña después de desfondadas por su arado de vapor.»

Y no es este el único caso. El señor Valle cita lo hecho por el marqués de Bonanza en Jerez. Era el Llano del Pinillo «una tierra tan mala y tan viciosa, que el año anterior se había dado a labrar gratuitamente, dividida en pequeños lotes, a varios campesinos de Jerez, pobres y viejos», y tal fué la transformación increíble que operó en ellas el trabajo del colono, que se preparaba a hacer el reparto definitivo. Y el Sr. Llerena y Eraso da cuenta del sistema puesto en práctica por el señor conde de Torres Cabrera, por la casa de Medinaceli y otras, las cuales tienen muchas fincas dadas en arriendo módico y por largo plazo en las provincias de Córdoba y Sevilla, cuyos arriendos, en pequeñas parcelas, se vienen transmitiendo de padres a hijos, sin alterar el precio de alquiler, con lo que se consigue que los arrendatarios miren la finca como cosa propia. Y añade: «Otros grandes de España, como el señor duque de Alba en el pueblo de Espejo y doña Luísa Bassencourt en Montemayor, han preferido el sistema de dar sus fincas en venta en plazos a pagar en veinte años, con la traba de no poder transferir el dominio los primeros compradores más que por título de herencia.

Que al Estado toca hacer algo lo demuestra la generalidad con que en las Memorias en cuestión se pide que intervenga. En una se propone la transformación de la gran propiedad por el arrendamiento, la enfiteusis o la asociación. En otra, el arrendamiento perpetuo y a renta fija de la propiedad a los diez años, de las mejoras hechas por el arrendatario y el derecho de retracto a su favor en caso de muerte. En otra se recomienda a los propietarios que hagan con sus obreros contratos de aparcerías, enfiteusis y arrendamiento a tipo fijo, añadiendo que, si esto no se consigue por la persuasión, el Estado debe expropiar a los que se nieguen a hacerlo. El autor anónimo de otra Memoria opina que, no presentándose el problema agrario allí donde abundan los propietarios-cultivadores, los arrendatarios y los aparceros, donde se presenta debe procurarse el aumento de los mismos. Y el señor Rodrigáñez, autor del la Memoria premiada, aunque se ocupa principalmente del aspecto técnico-agronómico del problema, dice que la gran propiedad está fatalmente llamada a ser dividida con provecho del cultivo, entendiendo que el progreso agrícola impone modificaciones profundas en la distribución territorial, citando en apoyo de su tesis datos interesantísimos de lo ocurrido en Bélgica y en Alemania.

Como se ve, se reconoce la necesidad de que el cultivador de la tierra no sea un obrero pasajero, al modo del industrial, y eso cabe haciendo que, como en pasados tiempos, el colono se convierta sucesivamente en arrendatario, censatario y propietario, mediante la buena voluntad de los dueños de los latifundios y del auxilio que le presten las instituciones de crédito agrícola y de crédito territorial que existan o que se creen. Otro día veremos cómo.

Gumersindo de Azcárate.

Boda aristocrática.— La encantadora señorita Carmen López de Carrizosa y Martel, hija de los marqueses de Valparaiso y el Mérito, y el joven aristócrata don Juan Mitjana Murrieta, que han contraido matrimonio en el exmonasterio de San Jerónimo, acompañándoles en representación de los Reyes, que apadrinaron la boda, la marquesa de Manzanedo y el marqués del Mérito.

TOROS Y TIROS

Un motín castizo

En Bargas, provincia de Toledo, el pueblo, todo el pueblo, no solamente los mozos, las mujeres también, se ha amotinado porque el alcalde, cumpliendo órdenes del gobernador, que a su vez obedecía al ministro de la Gobernación, quien no se quería malquistar con la Prensa sensiblera, prohibió una capea.

El pueblo que soporta la carestía, se amotinó porque quería correr toros.

Las capeas son bárbaras, es cierto; pero son mucho más nobles, más fuertes, más fiesta nacional que las corridas de toros, en las cuales sólo torean los diestros vestidos de botargas o de bailarines, los asalariados, los técnicos. Va de la capea de pueblo a la corrida de toros la misma diferencia que del partido de pelota popular al juego en un Frontón, con apuestas y corredores. De esos bárbaros de las capeas saldrían los guerrilleros en el caso de quedar otra vez reducida a Cádiz la nacionalidad española; que no habían de salir de la «afición» chacharera, bravucona de palabra y cobarde en cuanto gusta de ver los toros desde la barrera.

La capea, muy bestial, en la que se torea a lo bruto, es un deporte popular, mientras que la corrida en plaza, con reglamento y cuadrillas, es un foco de mala educación y significa la crueldad pasiva del que goza viendo la exposición del hombre, el destripamiento de los caballos y la muerte por ajena mano de los toros. Las capeas, que no las corridas de toros, son las herederas directas del lanceamiento de toros por reyes y caballeros.

¿Queremos que se respeten las capeas? No, queremos que se extingan naturalmente, acabando con las dehesas y los cotos, reformando la propiedad de la tierra, con lo cual, por falta de ganado bravo, se terminará con las corridas de toros y sus dos apéndices más antipáticos que la fiesta misma: la revista y la afición.

Pero aquí, en vez de acudir a las causas del mal, para sanar al enfermo, se hace lo que suelen los malos médicos y los pésimos cirujanos, acudir al efecto, al síntoma, aunque sea a tiros.

Como mal médico procedió el señor la Cierva persiguiendo las capeas, con aplauso de los papanatas de la Prensa, culpables del artificioso renacimiento de la fiesta de los toros; si bien el señor la Cierva tiene en su abono el intento de estorbar las corridas y de matarlas prohibiendo su celebración en domingo, cosa muy laudable, que censuraron los consabidos papanatas.

Es doloroso lo sucedido en Bargas; pero nada más: el alcalde cumplió su deber, la Guardia civil tuvo que defenderse y el pueblo amotinado no debe ser motejado de bárbaro, ya que no tiene la culpa de que no se le eduque, o se le eduque mal, por las clases directoras, por la Prensa apologética de los toros y de los toreros, y por todas las clases directoras. Además, habrá que ver cuántas son y cómo están instaladas las escuelas de Bargas.

En el Congreso ha quedado explicado y hasta justificado el motín de Bargas. Hilario Ayuso se quejó al ministro de Instrucción pública de abusos en la enseñanza privada y de abandono y negligencia del poder público. Y el ministro, muy franco, muy sincero, reconoció y pregonó las siguientes verdades: que no hay otra ley de Instrucción pública que el capricho y la voluntad de los ministros, que las autoridades académicas no cumplen sus deberes, y que los anuncios de ciertos colegios que ofrecen el bachillerato en un año, la licenciatura en Derecho, en dos, y sobresalientes a granel han sido confiados como delitos comunes a la Dirección de Seguridad.

Tal está en España la enseñanza. El escarceo del Congreso, ¿no basta para explicar el motín de Bargas?

Explícalo también la barbarie del Estado. A un Estado tan bestial que domina sangrientamente los más insignificantes tumultos, que hasta da la muerte a mujeres embarazadas, como aconteció en Osera, por aquello del dosel que se iba a caer y que no se ha caído, corresponde un pueblo casi tan bárbaro, capaz de amotinarse porque no le dejan exponerse a que le despanzurre una vaca o un toro.

¿Hubieran las vacas bravas causado en Bargas las mismas víctimas que la Guardia civil se ha visto obligada a causar para defenderse? Creemos que no. Y entre morir de una cornada o de un tiro, siempre es mas divertido lo primero.

Esa cuenta se harán los vecinos de Bargas, y no van descaminados.

R. Castrovido.

LOS MONTES DE ANDALUCÍA

EXCURSION AL VELETA Y AL MULEY HASSEN

III

A las ocho nos reunimos con los guías, junto al Lagunillo y, después de almorzar y descansar un rato, reanudamos nuestro camino hacia el Muley Hassen por la «raspa de los cerros» (como decían los guías), mientras que ellos, con las caballerías bordeaban las faldas por un camino malísimo, que salvaban bastante bien los animales, especialmente el burro. Cerca de las dos de la tarde detuvo nuestra marcha una cortadura o pico del cerro en que estábamos y nos vimos precisados a descender por otra vertiente también empinadísima, compuesta de lojas de pizarra que, en cuanto se pisan, ruedan arrastrando las inmediatas. Fué necesario separarnos para que la avalancha de piedra producida por uno no arrastrara a los otros. Con grandes precauciones, apoyándonos enérgicamente en los bastones y pisando con gran cuidado, logramos llegar los tres a los bordes de la profunda laguna de la Caldereta, que ocupa el fondo del barranco, en donde terminan aquellas peligrosas vertientes. A poco se presentan los guías y, tras breve descanso y por una cuesta empinadísima, subimos al Muley Hassen, cuya cumbre alcanzamos a las cuatro de la tarde. Tratamos de descansar, pero hasta el descansar era un problema: a la sombra, un frío intenso; al sol, un calor sofocante. Comimos (opíparamente a pesar del cansancio) y enseguida recorrimos aquellos contornos para hacernos cargo de la topografía del cerro. Este no es una pirámide como el Veleta, sino que está coronado por una explanada que desciende al Sur, en pendiente relativamente suave, mientras que por el Oeste está cortado a pico. En la explanada hay una pequeña ermita de la Virgen de las Nieves y, cerca de ella, un pequeño refugio sin puerta, con dos departamentos, construído con lojas de pizarra trabadas con yeso. A unos veinte metros hay otra construcción de piedra suelta, con techo de esteras y de zinc, especie de casa o cueva dividida en dos departamentos y cada uno de ellos en dos habitaciones que se comunican entre sí. El que está orientado al Este tiene una pequeña puerta de madera y es el más amplio y cómodo y mejor reservado de los vientos dominantes; en el otro, donde dormimos aquella noche, hay que obstruir la entrada con piedras o con mantas para preservarse del aire. El inmediato a la ermita puede albergar sólo tres o cuatro personas; en los otros caben bastantes más, quizá treinta o cuarenta. Además, hay unos pequeños corrales, que se utilizan para las caballerías, análogos al que nos sirvió de dormitorio la noche anterior. Ni que decir tiene que, al encontrarnos dueños exclusivos de todos aquellos palacios, tomamos posesión de ellos, instalándonos en el de la puerta de madera; mas a poco se presentó el señor cura párroco de Trevélez, acompañado de una familia de la Alpujarra, compuesta de varios caballeros y tres señoras. Pronto trabamos amistad con el señor cura, patriarca de aquellas montañas e intrépido alpinista, cuya amabilidad es proverbial entre todos los que han visitado aquellos lugares. No son precisas para él ni cartas de presentación ni recomendación de ninguna clase: el hecho sólo de visitar aquellas montañas es título suficiente para conquistar todas sus simpatías. A poco de hablar con él, nos dice que ha construído a su costa todos aquellos albergues, que están a la disposición del primero que llegue, y, por consiguiente, podemos ocupar el que mejor nos parezca; mas como entre los acompañantes del señor cura figuraban tres mujeres, les cedemos el departamento más confortable y trasladamos el equipaje a una habitación del contiguo.

Boda aristocrática.—La desposada, señorita Carmen López de Carrizosa y Martel, acompañada de las encantadoras señoritas que formaron su cortejo, vistiendo traje de época.

Cerca de las seis de la tarde se presenta otra caravana de diez o doce personas, constituída por el alcalde de Capileira, dos guardias civiles y unos arrieros que vienen a preparar albergue y estalaje a don Natalio Rivas y sus acompañantes. El día anterior, en la cumbre del Veleta, habíamos recogido una tarjeta con los nombres de todos aquellos señores, que por lo visto hacían la excursión un poco más despacio. Acompañados por nosotros se dirige el cura al sitio más alto del cerro, donde clava una bandera que saluda al viento haciendo flamear el amarillo y el rojo como un símbolo, en aquel lugar, el más alto de España. Desde allí tratamos de explorar con los prismáticos el paisaje; mas como en el Veleta, la niebla lo oculta, dejándonos ver tan sólo los altos picos, que parecen islotes en aquel mar de bruma.

El sol declina, formando figuras caprichosas al hundirse en la franja de nubes para salir de ellas con las mismas figuras invertidas. Nos

retiramos al «hotel», cenamos, y nuestros vecinos, entregados al culto de Baco, se empeñan en que les acompañemos en sus cantos y bailes. «¡Que vengan los cordobeses! ¡Venga aquí Córdoba!» Pero Córdoba prefiere dormir; cierra la puerta con una manta y se entrega al sueño. Poco después de las doce nos despierta el terrible viento del Veleta, que nos hace tiritar de lo lindo. A las cuatro nos levantamos y nos dirigimos al lado de la bandera con la esperanza de ver salir el sol del seno del mar. ¡Nueva decepción!: densa niebla cubre, como la tarde anterior, las faldas de la montaña y el fondo de los barrancos. No obstante, el espectáculo de la salida del sol es grandioso: el cerro constituye una especie de pantalla entre dos mundos: en Oriente, el sol brilla en todo su esplendor; el Occidente continúa envuelto en las sombras de la noche. Al levantarnos habíamos notado que teníamos hinchada la cara y las manos, quizá por no habernos pintado con corcho, como nos aconsejaban; y como llevábamos tres noches casi sin dormir, resolvimos volver a Granada en una sola jornada, a lo cual se opusieron los guías por temor a perder el jornal de uno de los cuatro días estipulados; mas ante la promesa de abonárselos completos acceden a nuestro deseo.

Tercer día

A las cinco y media emprendimos la vuelta hacia Granada, por el mismo camino que habíamos llevado, desde el Muley Hassen hasta la laguna de las Yeguas, a la cual llegamos a las once. Después de comer y descansar hasta la una, continuamos nuestra jornada por el camino de los Neveros, más firme y cómodo que el que habíamos seguido para la ida, aunque también bastante quebrado. Atravesamos la Dehesa de Guardiola y la de San Juan, dejando a la izquierda el tremendo cerro de Dornajo y a la derecha el enorme Peñón de San Francisco, donde tienen un refugio algunos individuos de la sociedad «Los Diez». Unos guardas de Monachil nos proponen dejar atrás a los guías y fatigarlos haciéndoles correr; y, acompañados de aquellos, emprendemos veloz carrera, alternada a ratos con trote y con paso ligero, hasta llegar a la fuente del Cuervo, donde esperamos a los guías y al compañero que se habían quedado atrás. Mucho rato después llegan nuestros acompañantes y continuamos la marcha. El calor era sofocante. A las cuatro llegamos a un ventorrillo y nos refrescamos un poco tomando una gaseosa. Poco después el paisaje cambia: a las regiones desoladas sustituye un mar de verdura, alimentado por las aguas del río Monachil. Allí vimos, por primera vez en nuestra vida, la plaga africana, la langosta Allí nos enteran también de otro hecho que, a los que no estamos enterados, nos produce estupefacción. Parece que una fábrica azucarera de Granada tiene una concesión de aguas del río Monachil e impide, con sus guardas, que las pobres gentes de aquellos valles rieguen sus tierras con las aguas del río, lo cual nos parece sencillamente absurdo. Dejamos a un lado Purchil y nos detenemos un momento en el pintoresco pueblo de Monachil, lleno de árboles y de verdura, como una aldea de la costa cantábrica. Allí los guías, fatigadísimos, montan en las caballerías. En Monachil, distante de Granada unos ocho kilómetros, empieza una carretera por la cual continuamos nuestro camino hasta la capital, donde llegamos a las nueve de la noche.

En esta excursión hemos adquirido algunas enseñanzas que pueden servir a los que la emprendan en lo sucesivo. Primera. Debe llevarse abundante provisión de agua. Desde la Zubia a la laguna de las Yeguas sólo se encuentra una fuente y desde esta laguna hasta el ventorrillo, por el camino de los Neveros, existe la del Cuervo. En la base de los cerros, desde el Veleta al Muley Hassen, hay bastantes lagunas y arroyos de agua tan fría que irrita y no calma la sed. Las cumbres del Veleta y Muley Hassen son también absolutamente secas. Segunda. Tampoco se encuentra leña en parte alguna. Debe llevarse carbón o resignarse a comer fiambres. Tercera. Tal vez fuese más cómodo hacer el viaje de ida por el camino de los Neveros y el de regreso por la Zubia. En todo caso la excursión es de cuatro días: en tres, resulta fatigosísimo. Cuarta. Deben elegirse guías de toda confianza y bien probados. Los nuestros se portaron bien; pero las gentes de Granada nos contaron hechos graves realizados por otros. Existe gran rivalidad entre los arrieros de la Zubia y los de Monachil: hay que elegir entre los de uno y otro pueblo. Quinto. A pesar de las molestias y fatigas del viaje, debe hacerlo todo el que pueda:

¡aquello es grandioso!, ¡aquellas son montañas! Picachos empinadísimos como pirámides, cortes verticales que dan la impresión del abismo, paisajes de salvaje aspecto, de tonos oscuros, casi negros, desolados, sin un animal, sin una planta, sólo la roca desnuda: en todo el recorrido del Veleta al Muley Hassen no vimos más que algunas cabras monteses y unos vencejos. Las emociones de esta excursion son de las que no se olvidan. Junto a estos cerros, los del Guadarrama parecen juegos de chicos.

Juan y Carmelo Díaz González
De la Residencia de Estudiantes.

Bujalance Octubre 1916.

LA NUEVA RUTA

Se ha celebrado en Sevilla, no ha mucho, un importante acto de afirmación regionalista, que ha de ser, seguramente, muy comentado, porque de él han de derivarse nuevas y muy briosas campañas en pro de un bello ideal de renacimiento andaluz, apartado de todas las viejas lacras de la política y del renombre de bullanga que por tanto tiempo ha padecido esta bendita tierra, tan llena de espíritu generoso y emprendedor y tan decidida ahora, a juzgar por el movimiento iniciado, a recabar el sitio que se merece.

Pronto ha de volverse a oír la voz de esas gentes nuevas y entusiastas, capacitadas y admirables, en otras ciudades de Andalucía. Y de la ciudad, bajarán a la villa, y de la villa a la aldea.

Como reguero de pólvora ha de extenderse la buena nueva del ansia de resurgir y recobrarse, pregonada por el desinterés de los que han tomado a su cargo la loable empresa; y el pueblo, que aun cree, por fortuna, porque todavía conserva sano el corazón, aportará su concurso a esta obra que, al cabo, puede llegar a ser remedio definitivo para los males que por tanto tiempo venimos padeciendo.

Mal conocen a esta regia Andalucía—regia, sí, que en fe y en cordialidad es soberana,—mal la conocen, decimos, cuando se atreven a pensar que no hay redención posible para este pueblo sensible y delicado, activo y entusiasta, que ya lentamente empezó a raerse todas las indignidades que sobre él colgaron los indiferentes y los eternos amigos de empujar la bola de nieve.

Están desautorizados para escribir, hablar y opinar de Andalucía aquellos que no vengan a vivirla y estudiarla, dispuestos a adentrarse bien en el momento actual de la región.

Pedimos con toda la vehemencia de quienes se sienten ofendidos, que Fabián Vidal, y quienes como él opinen, vengan a esta tierra, limpios de prejuicios, dispuestos a declarar honradamente lo que vieren, que en esa declaración ha de estar el triunfo que va logrando poco a poco, sin alharacas ni artificios, este país, donde con más intensidad vibra el alma hidalga, esforzada y conquistadora, de la España de las victorias espirituales y perennes.

Cambó, tan reconcentrado y tan de su región, tan poco amigo de adjetivar a los ajenos, hubo de decir en Cataluña, recientemente, que había que aprestarse a la defensa, que en breve plazo, Andalucía, y muy singularmente Sevilla, la grácil, rivalizaría con Cataluña, la Cataluña de las iniciativas comerciales, de las transacciones en grande, del progreso en todos los órdenes.

No es una fantasía. Rivalizaremos con las regiones más acopladas al trabajo, porque Andalucía, a poco que penetréis en su entraña, advertiréis que es eminentemente pueblo de industria y de actividad febril, de iniciativas y de esfuerzo, aunque la mayoría de las gentes piensen lo contrario.

Despacio, desde las columnas de esta bien amada CÓRDOBA, que viene a ser también heraldo y clarín en la generosa empresa, se debe hablar del progreso industrial de la región, estudiándolo: hay que mostrarse como somos, no como quieren que seamos.

Los hombres de buena voluntad que sean capaces de aportar su concurso a esta noble tarea, deben apresurarse a unir su esfuerzo al loable esfuerzo que inician los regionalistas; abran los unos las puertas de la cordialidad y del auxilio; sean otros nuevos propagandistas en la cruzada; laboremos todos, en suma, porque el trabajo y la diligencia hagan la buena obra nueva para llegar presto a la anhelada rivalidad que anunciara Cambó.

Hagamos punto por hoy, holgándonos con la esperanza de que dentro de poco, en los días próximos de la Exposición hispanoamericana, de la Corta de Tablada, del Guadalmellato, de la repoblación forestal de las sierras andaluzas, del triunfo del regionalismo andaluz, tan lleno de amor a la justicia y tan espiritual, este gran pueblo generoso y emprendedor, camine por una nueva ruta hacia la admiración de otros pueblos, como hubo de caminar en otros días de esplendor y de arte que es preciso volver a vivir.

Leocadio Martín Ruiz.

Pueblos de Córdoba.— El paseo de Fernán Núñez

PARA LA FIESTA DEL ÁRBOL

LA PALMERA DE ABDERRAHMÁN

Esta hermosa Fiesta del Arbol, ha tomado ya carta de naturaleza, para honra propia, en nuestro solar.

Aquí, en Córdoba, ha sido celebrada en diversas ocasiones con gran fausto de mayores y regocijo de pequeños. Lo demás, el culto del pueblo al árbol, vendrá por sí solo.

Ved Sevilla, cuyo pueblo respira igual ambiente cultural que el de Córdoba, y que, sin embargo, respeta devotamente, no sólo las flores y plantas, sino esas mil muestras decorativas con que el arte cerámico sevillano, una de las facetas en que más vigorosamente se advierte el actual renacimiento de la antigua Híspalis, ha sembrado prodigamente el parque andaluz más maravilloso que imaginarse pudo.

Alabemos sin mesura la Fiesta del Arbol. Todo, en ella, es merecedor de aplauso. Pero tal vez se podría mejorar aún más.

En vez de diluir el elogio al árbol, anual e *inexorablememente*, en una Fiesta del Arbol *abstracto*, nosotros pensamos que se podría *concretar* la misma dedicándola cada año a una especie arbórea determinada.

Así, un año se podría dedicar la Fiesta del Arbol al olivo, el árbol representativo de Andalucía, y además de la ciencia que la personificó Palas Atenea, viniendo a ser, por este modo, el símbolo más armónico de la región bética: Trabajo y ciencia.

Otro año se podría dedicarla Fiesta del Arbol a la encina, el árbol representativo de Iberia, y de cuyo fruto se nutrieron en edades prehistóricas muchas de nuestras generaciones ancestrales. Otro año se dedicaría al naranjo, otro al algarrobo, otro al granado...

Pero yo pido que el próximo año se dedique al de la palmera. Y hay que glorificar a la palmera en el primer ejemplar que de ellas llegó a España, en la palmera que, traída por Abderrahmán, el fundador de la dinastía de los Omeyas andaluces, fué plantada en la Ruzafa o Ar-Ruzafa, y a cuya sombra, lleno de doliente nostalgia y evocadora poesía, el infortunado príncipe árabe añoraba su patria tristemente:

Tú también, insigne palma, eres aquí forastera...

Hace pocos años, ya vieja y carcomida, todavía era halagada y besada en su pompa por las dulces auras de Algarbe. Tal vez vive todavía.

Ya los príncipes árabes no sueñan, bajo el dosel de sus arcadas gráciles, en la patria perdida. Andalucía hizo de ellas su segunda patria, una patria más plena y más querida, porque por todos sus ámbitos las palmas triunfales llenaron los horizontes de los corteses ritmos de su cimbrear gallardo. Y engarzadas en el alma de Andalucía, fundieron ambas sus gracias, espiritual y terrena, en el más alto símbolo de la vida regional y de la Historia.

Glorifiquemos la palmera de los Abderrahmanes. Y en su tronco hagamos un fuerte lazo, ante el cual los hombres de hoy y las generaciones de mañana, vean el más alto símbolo de la fortaleza de Andalucía, de su historia excelsa y fastuosa y de su porvenir luminoso y grande.

Rafael Castejón.

HAY QUE SABER PEDIR

II

En una tarde del mes de Mayo del pasado año, D. Antonio Barroso, cuyo fallecimiento lloramos todos los cordobeses, decía, contemplando la desviación del Guadalquivir por frente al molino de Martos, que las obras que se necesitaban para hacer que el río volviera a circular por su antiguo cauce no se conseguirían del Estado pidiéndolas sólo, sino *sabiéndolas pedir*, lo cual, aun cuando lo parezca, no es lo mismo.

El otorgar peticiones, significa para el Estado estudio de proyectos y valoraciones, publicación de presupuestos y verificaciones de subastas, con toda la balumba de informes técnicos y administrativos que constituyen en este país lo que hemos dado en llamar *odioso* expedienteo, por lo largo, difuso y hasta inconveniente que a veces resulta.

Indicar que las obras de encauzamiento eran el complemento de las otras de defensa del barrio del Espíritu Santo; que unas sin otras no servían para nada; que los espigones de la margen izquierda eran inútiles sin el dragado en la derecha; gestionar que el primitivo proyecto fuese ampliado hasta comprender las obras deseadas, eso es *saber pedir*, pues ello se consigue fácilmente, porque las obras de ampliación no tienen para el Estado las trabas

que para las obras nuevas, o sea las que provienen de simples peticiones, como hemos consignado antes.

El Sr. Barroso, con su práctica política, nos enseñaba *a pedir*, en uno de los aspectos de este variadísimo tema, y nosotros, más modestos que él, pero tan amantes de Córdoba como él, nos proponemos tratar la cuestión en todos sus términos.

Tiene Córdoba una vida social lánguida, raquítica, sólo comparable a su vida de relación que, por lo ínfima, apenas parece tenerla, y en estas condiciones sociológicas, claro es que se carece por completo de opinión pública. Sus centros políticos no se ocupan en otra cosa que en sus credos egoístas y en la colocación o cesantía de sus adeptos o adversarios. Los mercantiles y agrarios, de la contratación, del alza o baja en los precios de los productos, de la falta o sobra de lluvias, de la hipoteca, del *cordelillo*... Los científicos y literarios, que casi no existen, de sus elucubraciones, poemas, égoglas, idilios, etc., etc. Sólo en las tertulias de café se nota movimiento, discusión y hasta disputas. Allí, al parecer, hay algo de *opinión*; al parecer nada más, pues si repasamos las charlas, nos encontramos con que los mayores acaloramientos son producidos por si el Bolillo II es mejor que el Chinche III, que si Hindemburg es más valiente que Jofre o que si la juerga de anoche fué más clásica que la anterior, porque en ésta le pegaron a un *municipal* y en la otra no.

Esta falta de opinión, por no decir de patriotismo cordobés, que en la realidad no es otra cosa, hace que haya pocas iniciativas y, cuando las hay, que éstas no sean ayudadas con la eficacia y el amor que se observa en otras partes (Sevilla y Barcelona), como decíamos en nuestro artículo anterior.

Nada menos que de 1883 data la idea del pantano del Guadalmellato, concebida y gestionada por la Cámara de Comercio, y todavía en 1916 nos faltan días para ver la tan deseada agua regar las vegas, los jardines, los paseos y las calles de esta nuestra muy querida pero muy olvidada ciudad.

¡Es vergonzoso—hay que decirlo—que en treinta y tres años no hayamos podido conseguir lo que en otras partes obtienen en la cuarta parte de tiempo! ¿Culpa de ello? Lo que venimos demostrando. Que no *sabemos pedir*. Si aquí, como en Barcelona y Sevilla, la petición de la Cámara hubiese sido secundada por todas las fuerzas vivas y todos unidos hubiésemos demostrado al Estado por medio de la Prensa, la conferencia, el mitin y la manifestación que Córdoba, no sólo quería, sino que necesitaba esa mejora, el Estado hubiese proveído, como a diario hace con Cataluña, y hace años gozaríamos de lo que, a nuestro juicio, está llamado a producir la transformación agrícola e industrial de este término, convirtiendo en fértiles terrenos los que hoy son eriales y en riqueza lo que en la actualidad es miseria.

Y... basta por hoy.

Fulanito de Tal.

Escritores jóvenes de Córdoba

José Rey Díaz, cronista de la provincia, académico de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes y escritor erudito y correcto, que continúa brillantemente la tradición de una prestigiosa familia de intelectuales, en la que figuraron don José Rey Heredia y don Pedro Rey Gorrindo.

BELLEZA RUBIA

Eres por tu maldad y tu hermosura,
por tu serena perversión felina,
propia de la sangrienta guillotina,
como la reina de otra Francia impura.

Si es tu pupila azul, tu alma es obscura;
si tu cabello, como el sol, fascina,
enferma, igual que una gran flor dañina,
tu labio lleno de letal dulzura.

Serpientes en un loco desenfreno,
los rizos de tu regia cabellera
descienden en tropel sobre tu seno...

¡Negras memorias tu conciencia oprimen,
y, alucinante, pasas por mi vera,
simbolizando la Pasión y el Crimen!

Alfonso Camín.

Las reformas del Diccionario de la Lengua

I

Hace bastantes años cultivaba yo, con la de otros bien unidos jóvenes intelectuales sevillanos, la amistad de dos cultísimos y malogrados periodistas: Carlos del Río y Alfredo Murga.

No bien abandonadas aún las aulas que en nuestra Universidad Central suministran los conocimientos propios de las Facultades de Ciencias naturales y Físico químicas e influído de un verdadero *fuego sacro* que en el espíritu de sus alumnos supieron inculcar algunos excelentes profesores, díme a ratos perdidos, que así pudiera quizá buenamente decirse, a recapacitar sobre el sistema de enseñanza de las ciencias en España, dentro del plan de estudios entonces vigente, y la legitimidad científica de algunos libros destinados a verter sobre el vulgo aquellos especiales conocimientos.

Sin duda alguna, cierto provechoso fruto hube de conseguir de mi platónica tarea, cuando invitado por aquellos dos mis excelentes amigos, que sucesivamente tuvieron a su cargo la dirección de *El Porvenir* y *El Liberal*, publiqué en el primero de dichos diarios unos artículos cuyos juicios se amoldaban en mucho a los que de una manera latente aparecen en reformas hechas por el Ministerio de Instrucción Pública en aquel plan de enseñanza, y que aún perduran.

Ocupéme también en aquellos tiempos, a merced de la invitación con que mi amigo Murga premiaba injustamente mi mediana laboriosidad, no muy bien aparejada con el modesto valor científico de aquellas pequeñas producciones, que en realidad sólo daba a luz un vehemente deseo mío de utilidad pública, un rápido estudio sobre algunos de los vocablos científicos del Diccionario de la Academia, recién publicado en su décimatercera edición de 1889, estudio que dió margen a un artículo publicado primero en la revista *Vida Nueva*, dirigida por Alfredo Murga, y reproducido meses después por *El Liberal* en un artículo de fondo titulado «En pro de la cultura española»; en él se comentaban algunas voces de aquella nueva edición ya modificada y enriquecida, señalando serios errores científicos, culpables, a todas luces, al tratarse de un libro no exento de seguir en sus definiciones y doctrinas el progreso científico, y desti-

nado, por añadidura, al vulgo más o menos ilustrado, que no al científico profesional, apto siempre para descartar de su lectura cuanto se hallase en oposición con los conocimientos científicos de su tiempo y de su cometido. Estos graves errores, inscriptos en el inmenso monumento de la Lengua de Cervantes, que cimenta sus amplias gradas sobre dos continentes del Globo, constituyen, en efecto, «nociva semilla, que tan fácilmente arraiga como difícilmente se extirpa», de la masa popular a aquella Lengua acogida. De no seguir el Diccionario las pertinentes reformas científicas de su tiempo, al lanzar sus sucesivas ediciones, «más bien que un monumento de cultura constituirá un obstáculo para el progreso.»

Refiriéndome a una sola palabra, la palabra *ácido*, señalé, mediante aquel artículo, errores e insuficiencias que sin duda habría de encontrar el lector multiplicadas copiosamente si se proponía practicar parecida diseccion con el extenso resto del libro.

F. de Chaves.

LOS ESCLAVOS DEL MOSTRADOR

El descanso dominical

La ley del descanso dominical, en lo que afecta a los dependientes de comercio, no se cumple en Córdoba.

Al leer la precedente afirmación, se preguntará el avisado lector: ¿existen todavía ciudadanos que se sorprenden porque las leyes no se cumplan en nuestro país?

No me extraña esto, como tampoco me sorprende ver a quienes más obligados están a ello, faltar con la mayor naturalidad al cumplimiento del descanso dominical y de otros preceptos elementales.

Lo que me maravilla es que el Gobernador civil de la provincia, que disfruta de merecidos prestigios por su caballerosidad y cumplimiento exacto de sus deberes, no haya actuado aún en este asunto, a pesar de que la Unión de Dependientes de Comercio, en todos los actos públicos que ha celebrado, ha dicho una y mil veces que en esta capital es letra muerta la ley del descanso dominical.

Los dependientes que por casualidad no trabajamos un domingo, no podemos vanagloriarnos de que esto suceda porque así esté dispuesto, sino porque nuestros jefes no nos necesitan en ese día.

¿Y no es grotescamente absurdo que una cosa que, por razón y derecho nos corresponde, la concedan nuestros principales así como de limosna o por lástima?

Es preciso sentirlo para saber lo horrible, lo monstruoso que es trabajar ochenta y cuatro horas en la semana, entregados por completo a la defensa de los intereses patronales, privados de satisfacciones espirituales, anhelando que llegue el domingo para dar reposo a nuestro asendereado organismo, para dilatar nuestro espíritu con el inefable goce de leer obras amenas e instructivas y para ensanchar nuestros pulmones aspirando los aires puros y sanos de nuestra hermosa sierra. Y cuando creemos llegado el día de satisfacer estas sencillas y saludables aspiraciones, cuando pensamos descansar de una labor ruda y persistente, el cálculo frío y egoísta de un hombre, las órdenes inflexibles de un individuo que con nuestro esfuerzo moral y material está amasando una fortuna, destruyen nuestras esperanzas, trituran nuestras risueñas ilusiones y nos sumen en un infierno torturante y desmoralizador. En una hora de trabajo en día festivo, cobramos a nuestra profesión más odio y aversión que en toda una vida de privaciones y sacrificios.

En otras épocas, los dependientes de comercio eran seres insociables, pobres de meollo e insensibles a todo lo que no fuera pesar azúcar o medir percalina; no sabían, no podían deleitarse leyendo páginas de amena literatura, admirando las sublimes concepciones de nuestra excelsa madre la Naturaleza, escuchando las armoniosas melodías del Divino Arte...

Por eso se explica que pudieran soportar aquella existencia inicua y esclavizadora. Para ellos no había domingos ni días festivos; uncidos al yugo del mostrador, transcurría su vida anómala e idiotizada.

Pero hoy, nosotros, como los demás individuos de todas las profesiones y categorías, por la fuerza del progreso, irremisiblemente tenemos que evolucionar; hoy, pensamos, sentimos anhelos de redención que reclaman urgente y cumplida satisfacción; ansiamos dignificarnos; no podemos, nos es doloroso sufrir crueles injusticias y estúpidas vejaciones.

Por eso lucharemos, sin reposar un momento, hasta que podamos aniquilar las rancias y rutinarias costumbres que impiden que nos desenvolvamos con arreglo a las imperiosas exigencias de la moderna civilización.

Rogelio Luque Díaz.

LAS DOS NAVES

Una nave de oro y otra nave
de plata, se han perdido en la llanura
del vasto mar azul; y nadie sabe
adonde irán bajo la aurora pura

En la nave de oro canta el ave
del sol, y en la de límpida blancura
el dulce ruiseñor. En cada nave
es arpa de marfil la arboladura.

¡Oh, alma! ¡oh, corazón! ¡Alas del sueño!
En las islas rosadas de la aurora,
un príncipe a la blanca alondra espera;

y en las islas nocturnas, por su sueño
el ruiseñor, una princesa llora...
—¡Ya cantará la alegre Primavera!—

Rafael Lasso de la Vega.

D. Cándido Español ante el Parlamento

En el extracto de las sesiones del Congreso, publicadas en uno de los días pasados por la Prensa diaria, referíase que, a la comisión de Peticiones, habíase presentado una solicitud, firmada por D. Francisco de Lerma, pidiendo audiencia pública para dar lectura a un trabajo en el que se exponía el adecuado tratamiento a la decadencia, o mejor dicho, al estado anormal de la política y economía nacionales. Referíase también que, dada cuenta al Congreso de tal solicitud, su lectura desde la tribuna fué acogida con grandes risas y carcajadas destempladas por los representantes del país.

Hechos son estos que desapercibidos habrán pasado para la inmensa mayoría de españoles, pero que a nosotros nos sugieren algún que otro comentario.

No conocemos a D. Francisco de Lerma, es más, hemos oído ahora su nombre la vez primera y de seguro que pronto habremos de olvidarlo. No sabemos si es un loco; ignoramos si es algún delicado humorista que ha sabido ver la entraña de nuestra política de guiñol y de mascarada; desconocemos si es alguna de esas preclaras mentalidades, todo ciencia, todo saber, todo estudio, pero modestas y tímidas, perdidas en las soledades de un gabinete de trabajo hasta el día, lejano siempre, en que descubierto será por algún atildado bibliófilo o algún desaprensivo compilador de ideas ajenas; no podemos afirmar si es algún *anormal*, uno de esos gloriosos *anormales* que en llamaradas de divino visionario saben lanzar justos anatemas sobre las inmorales desvíaciones de la sociedad de sus días; no sabemos qué pensó ni qué propuso como remedios salvadores para este pueblo en ruinas, de cimientos podridos, famélico de pan y de cultura, pobre de espíritu, sin más virilidad que la del vicio y los egoísmos pasionales; pero sí creemos, sí afirmamos que él sea uno de los pocos cándidos que aún quedan por estas tierras de incultura y jaranería, que él sea un ingénuo esclavo de la justicia y la razón naturales, rebelde, cándidamente rebelde y glorioso, libre un momento en este mundo social de mentira y felonía.

Pero no es esto. En el Congreso, en la Cámara popular, donde hállase la *genuina* y *única* representación del pueblo español, los *legítimos* representantes del pueblo han recibido (no hemos de discutir la racionalidad «del no ha lugar», pues que así lo dispone el Reglamento de la Cámara) tan inusitada petición con ruidosas carcajadas. Y nosotros preguntamos: ¿saben leer todos los representantes en Cortes?

Muy seguros estamos de que con estultas risotadas habría de ser recibida nuestra aparentemente ingénua pregunta, pero no temeríamos hacerla ante ellos.

Un Parlamento, la representación de un pueblo que, a la candidez o ansias de redención de un representado, de un ciudadano, quizá, posiblemente, seguramente más capacitado que ellos, no saben oponer otro razonamiento que el estúpido «reirse las tripas», está por sí mismo definido y caracterizado. Un Parlamento que sólo encuentra motivos de hilaridad ante las aspiraciones, cuales fueren, de cualquier ciudadano, es una institución patológica, enferma, incapaz de hacer obra justa. Una representación popular que se mofa de las exteriorizaciones del trabajo honrado de los representados, quizá ignorándolas, para mayor escarnio, es una entidad falaz, sin más razón de ser que la villanía de la usurpación, engendrada en las deformes matrices del analfabetismo por el delictuoso ayuntamiento de la soberbia y el chulapismo.

Y el pueblo que con fría y letal indiferencia contempla y coadyuva al funcionamiento de tal máquina, llena de herrumbre, descabalada y con rugosos engranajes, no es digno más que del látigo y de la cadena.

Y el cándido ciudadano que inocentemente supo creer en ella, lapidado debió ser por ingénuo y anacrónico.

...Son las enseñanzas del caso del cándido español D. Francisco de Lerma.

PERIODISTAS DE CÓRDOBA

El director del LIBERAL de Córdoba y presidente de la Asociación de la Prensa Eduardo Baro Castillo, poeta exquisito y de mucho empuje y competencia, que, con su profundo conocimiento de la profesión, ha determinado el vigoroso resurgimiento del mencionado periódico.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

Rogamos con especial encarecimiento que toda la correspondencia para la revista CÓRDOBA sea precisamente dirigida a la calle de las Dueñas, número 6.

Hacia un patriotismo iberoamericano

La conmemoración del hallazgo del Nuevo Mundo, en el sentido de la coordinación de esfuerzos para mantener y fomentar unas relaciones tan cordiales como presupone la hermandad entre gentes, entre pueblos, aunque viven alejados, porque los riega sangre que brotó de la misma frente étnica, porque subsisten los caracteres esenciales de su personalidad histórica, plantea una cuestión de política bien ardua, que no es más en el fondo que un problema o toda una serie de problemas educativos.

Este unirse en el alma, que se busca, el ibero de Europa con el ibero de América, si repugnamos que sea una mera abstracción o vulgar artificio el ayuntamiento de colectividades, pensando en su efectividad a pesar de la distancia, ascendiendo en las escalas del amor, hasta un punto de confluencia de las corrientes afectivas, si no venimos a conformarnos con simples afirmaciones rituales, exige, lo que ante todo reclama cualquier unión, un fondo de reciprocidades simpáticas, nna predilección consciente de nuestras aspiraciones sentimentales.

Mirando hacia abajo y a lo lejos de la multitud, de la formación social en que venimos integrados, ¿se advierte una modalidad general de nuestro vivir que corresponda a una ansia de amor de los españoles para los hispanoamericanos?, ¿hay una manifestación colectiva, siquiera apacible, encalmada, pero viva, regular, sistemática que hable de acercamiento, de aproximaciones, de unión, de nosotros a ellos?, ¿dentro de las zonas de pensamiento que pueden trazarse en los territorios de laboración mental frecuentados por el español, está situada en primer término de la América hispana? Aun el más benigno de los juicios no excluirá la exigencia sobre todos, nos anulará el dictado de obligación común, alta, perenne, nobilísima, si hay fuego en nuestros pechos para las acciones, muy complejas y difíciles, que pide la empresa de servir a España, tendiendo a que la raza de su cuna, donde quiera, en América, donde alcanza su máxima densidad, conserve con la eficiencia bastante para conducirse como una, es decir influida siempre por el amor entre sus grupos, el carácter ibérico.

¿Temeremos que la lejanía, que la inmensidad del océano sea un obstáculo para la vecindad de las almas? «... la muralla entre el hombre y su prójimo—escribe Pablo Barth, hablando de la educación del sentimiento—sólo es aparente, o, a lo sumo, análoga al caparazón de una gema coralífera que, a pesar de su esqueleto, se comunica con las otras gemas, cambiando entre ellas el producto de su alimentación.» Así que, el cultivo de los sentimientos sociales, tiene que incluirse en todo plan de educación bien madurado, figura entre los cometidos que a la escuela primaria se asignan en su colaboración con el medio. Y cualquiera que se preocupe de disponer al niño para desenvolverse como lo imponen las condiciones inherentes a la existencia de la colectividad, tendrá muy en memoria aquellas palabras de Pablo Natorp en su *Pedagogía social*: «El hombre sólo se hace hombre, mediante la comunidad humana.» «El hombre, por lo que respecta a todo lo que hace de él un hombre, no se presenta al principio como individuo particular para entrar después con otros en una comunidad, sino que, sin esta comunidad, no es de ningún modo hombre.»

A medida que se amplía el círculo de los movimientos afectivos en el niño, su personalidad en formación se entrega más cada vez a las influencias sociales y puede bosquejarse el proceso de esta evolución, arrancando del lazo filial, siguiendo con el apego a la familia, con el amor al pueblo y a la patria y terminando en las emociones que la humanidad suscita en nuestro ánimo. «El niño que ha empezado por amar a su familia—habla Gabriel Compayré—estemos seguros de que, llegado el caso, amará también a sus amigos, a sus conciudadanos y a la humanidad entera. El hijo afectuoso, el compañero benévolo, será también, por una especie de dichosa fatalidad, ciudadano ardiente y patriota y hombre generoso y bueno.»

Aquí está bosquejado el curso de la labor que se inicie, ordenada a promover en la generalidad una adhesión efusiva hacia los hombres de otras patrias, hacia gentes, en cierta medida, de nuestra misma raza, que viven fuera de nuestro solar.

Parece que pugna una concepción como ésta de procedimientos para que la concordia étnica no quede reducida a una expresión literaria sin contenido, con la característica nuestra, la energía, dibujada en la acción que hemos desplegado en el mundo. «El Español, hablo en sentido racial, esto es, de España—así lo describe el Marqués de Dosfuentes en sus *Himnos iberos*—no es tierno en sus sentimientos, precisamente porque su nota es viril.» «Nuestro héroe nacional del Romancero es justamente Rodrigo Díaz de Vivar, por ser el símbolo de aquella condición que constituye el carácter favorito, lo predilecto del Pueblo en nuestra Epica, la rebeldía connatural de la Raza cuando no estaba agotada como ahora...» «El Español normalmente es ponderado. Pero si en algo se altera, en cualquier caso, nunca será del lado de las ternezas. Siempre, al contrario, será hacia la crudez. El Español, hostigado, será rudo, será bravío, montaraz, violento, bárbaro, brutal, feroz si se quiere, hasta cruel, pero jamás afeminado, meloso, dulzón, dengoso, blanduzco y atiplado. Marcial, como Juan Ruiz, nos han dejado la descripción de ellos mismos, vanagloriándose de su masculinidad. El Español que no es así no es ibero. Es excepción, caso anormal en la raza, resíduo atávico de gérmenes orientales, sedimento fermental de podredumbres cuyos detritus quedaron en nuestro suelo.» Pero es que gentes así forman bloques, conglomerados tan firmes, que aun resisten sin disgregarse las dominaciones de otras razas, precisamente porque hay un género de afecto inextinguible que liga a todos los miembros, aún de agrupaciones distantes, brotando perenne, pujante, incontrastable, de su sangre, de su lengua, de su alma, de su historia.

La conciencia de nuestra personalidad racial a través de las edades es de un valor educativo imponderable, eficiente desde la escuela primaria para impulsar en el niño el apego a su pueblo y la veneración a cuanto de grande, glorioso e ilustre los antepasados suyos obraron en el mundo. «La historia es, en efecto, una admirable escuela de patriotismo — escribía un pedagogo

francés—. Gracias a ella la patria deja de ser una fría abstracción y se convierte en un ser viviente y real, cuyo destino sigue el niño a través de los siglos, enorgullecido por sus éxitos y emocionado y enternecido por sus reveses.» «Nada de lo que han hecho nuestros antepasados debe sernos indiferente.» Desde muy temprano, pues cuanto más temprano mejor, tiene que sentirse en el seno de una familia grande, amparadora de la suya, enlazada íntimamente con la suya, que como la suya quiere y habla y anhela y trabaja, que existe desde antes que él resultara en el mundo y existirá después de su tránsito, que ha morado acaso en otras latitudes y llena otras tierras que no son las de su patria de origen. «Toda comunidad tiene una voluntad y una conciencia de sí misma—afirma Bart, antes citado—: su pasado y su futuro.» «Por eso no es de extrañar que un pueblo, la sociedad más visible y más concreta, se nos represente como una personalidad, ni que la poesía y la historia y las artes plásticas la consideren como tal. También al niño se le aparece como personalidad superior, puesto que excede muchísimo a lo individual en extensión espacial, en duración temporal y en poder espiritual y físico. El alumno sentirá respeto hacia ella. Y el educador tiene que cuidar de este sentimiento, ampliación de nuestra vida en un gran todo inmortal. Porque este sentimiento nos hace pensar en el todo y olvidarnos de nosotros mismos, elevándonos sobre el egoísmo limitado. Lo que suele llamarse patriotismo—concluye el autor cuyas son estas palabras—es un sentimiento muy espontáneo y de gran valor étnico cuando no degenera en desprecio de las demás naciones.» Y hablando de la razón de existencia de las patrias diferentes, de las nacionalidades, Revel dice: «El género humano debe permanecer diversificado para permanecer fuerte en una actividad sin cesar renaciente. Para componer la humanidad no habrá fusión, sino unión de estos diversos elementos. Guardando cada cual su individualidad, todos gravitarán a su vez, sin mezclarse, sin confundirse, unidos por ponderación, como los planetas en el sistema solar.»

Aspiremos, pues, a un aprecio conjunto, a infundirlo desde su niñez en los españoles, preparando así la celebración de esta fiesta, de todos los pueblos que del trono ibero han derivado o se mezclaron entrañablemente con ellos y quedaron en América cuando España cruzó de retorno, en definitiva, el Atlántico, terminados allí sus destinos políticos de soberanía.

José Priego López.

Inspector de 1.ª enseñanza.

Pueblos de Córdoba —La fuente redonda de Fernán Núñez.

LUCHADORES TRIUNFANTES

Don Antonio Córdoba Navajas

¡De humilde maestro de escuela a opulento fabricante! Entre aquel triste comienzo y este término triunfal ¡cuántas y cuántas amarguras para quien todo lo obtuvo de su propio personal esfuerzo, para quien no podía disponer de más recursos que los que le proporcionaban la voluntad indomable y el entendimiento claro y despejado.

En el ya lejano principio, para suplir la exigüedad de los ingresos que proporcionaba laescuela, don Antonio Córdoba Navajas prolongaba la dura tarea en un café, donde «llevaba las cuentas». Así un día y otro, luchando a brazo partido por salir adelante, fijo siempre el pensamiento en la aspiración de dar con algo, de dar «con lo suyo», con aquello que lo redimiera, hasta que, al fin, surgió la iniciativa, de entre aquellos núme-

Pueblos de Córdoba.—El palacio de los Duques, en Fernán Núñez

ros del café, de entre aquellas angustias insoportables del vivir precario.

Otro, sin su preparación, sin su conocimiento de los asuntos, hubiera fracasado por completo. El tenía que triunfar. El ofrecería en curiosos paquetitos las raciones de azúcar para cada servicio de café y demostraría que el ahorro estaba en la supresión de pérdidas al dejarse de fraccionar los pilones en terroncitos y en la imposibilidad que estos se perdiesen o filtrasen. Precisada la idea, comenzó otro calvario: el de la reunión de recursos para acometer la empresa.

¡Peregrina situación la de quien, conociendo las flaquezas de las gentes, tenía que hacerse pasar por representante y comisionista de sus propios productos, hasta el punto de que en los estuches de azúcar, entre bromas y veras, extranjerizó sus claros apellidos españoles, convirtiendo la firma de Córdoba Navajas en la denominación de Cordou Couteau!

En una de estas andanzas, un cliente le dijo: ¡Parece mentira que en España no se nos ocurra nada de esto!

Don Antonio Córdoba se confió y dijo que se le había ocurrido a él mismo, porque Cordou Couteau era él y que se trataba de una fabricación cordobesa.

El cliente, en vista de ello, como mejor pudo ¡anuló la importante nota que había hecho!

Así, aunque en otros aspectos, muchas y muchas veces, hasta que, por último, la fábrica levantada en la calle de los Reyes Católicos se llama claramente de Córdoba Navajas y en ella trabajan centenares de mujeres para atender las demandas de toda España.

El maestro ha dado una admirable lección de voluntad y entendimiento. Se ha liberado, se ha enriquecido en el campo de la industria ¡y sigue siendo maestro!

El día en que su industria acabe de alcanzar todo el desarrollo de que es susceptible, don Antonio Córdoba Navajas, que recientemente publicara en estas mismas columnas un vibrante artículo acerca de la enseñanza, de nuevo demostrará que sigue siendo maestro, que nunca ha dejado de serlo y ofrecerá alguna nueva empresa de carácter docente.

De todas maneras, bien está para todos con la lección de buena voluntad que encierra su ejemplo. He ahí a un ciudadano ejemplar que merece ser rico, porque con su trabajo ha producido una fabricación en la que hallan ocupación honrada muchos centenares de mujeres y bastantes hombres, y sigue trabajando, armonizando siempre sus aspiraciones propias con el bien y el mejoramiento de la población. ¡De humilde maestro de escuela a opulento fabricante! ¡Excepcional lección de entendimiento, voluntad y energía!

POEMAS SIN RIMA

EL PERRO TUERTO

¡Oh, el pobre perro tuerto...! Esta mañana,
por la gran puerta abierta, hasta nosotros
llegó este pobre perro... Vagabundo
perro sin dueño..., de una luz privado
de sus ojos humanos..., triste y grave
y grande como un hombre... Nos miraba
con su único ojo luminoso,
cual si expresase la congoja íntima
de no poder llevar una suave
mano a la triste y mortecina órbita
del ojo lacerado, hundido y roto,
aun fresco de la herida, como un lirio
fresco aun de ser pisado. Aun la terrible
herida estaba fresca y el extinto
ojo guardaba una dulzura tierna
como la de una antorcha que acabada
de apagar, aun exhala una brumosa
última claridad. Era reciente
la herida, mas con ritmo
seguro se orientaba
a la salud y a la parcial ceguera;
y hacia el olvido al fin. El pobre perro,
con humana entereza, sufrió sólo
el más vivo dolor del golpe rudo
que rompiera el cristal maravilloso
y quebrara la imagen de las cosas
reflejadas en él, como en un turbio
charco de agua conmovida. Solo
sufrió el vivo dolor de un turbio velo
súbito sobre el ojo; agotó en vano
la mágica esperanza de una súbita
nueva luz por la extinta; la esperanza
del milagro, tan viva en los ingenuos
hermanos sin razón, hijos directos
de la gran ilusión: Naturaleza.
De dolor corrió loco por los campos,
con su ojo lacerado, triste y húmedo
como un panal pisado, golosina
de las moscas voraces, tan crueles
en las horas nocturnas, cuando el sueño
es el supremo lenitivo... Loco,
el pobre can anduvo por los campos
de los obscuros arrabales, lleno
del amargo dolor de ser herido
por una mano anónima no vista,
acaso la de un niño delicado
de alma inocente. En su dolor no tuvo
más que las lenguas de los otros canes
piadosas sobre la manante plaga
y sus aullidos fraternales. Luego,
calmado ya el dolor, el hambre sórdida
en los inmundos haces no aplacada
de los estercoleros, la apremiante
nostalgia del pan blanco y de los huesos
pingües de los festines
le impulsó hacia los hombres y ha venido
hasta nosotros... Mas el que está siempre
a punto, más activo
que el amor, el que cierra la ventana
a la desorientada mariposa
y ahuyenta a los intrusos, le ha arrojado
lejos de nuestra fiesta; antes que un dueño
pudiera él escoger entre nosotros,
antes que nuestra mano un agua clara
verter pudiera en la reciente herida
que ha de marcarle ya con un nefasto
signo de mal augurio...
Le han echado y se ha ido; mas yo pienso
todavía en él; en esta noche hermosa,
noche de plenilunio, el pobre perro
a la mutilación no acostumbrado
aún, sin dueño ni hogar, en los caminos
contemplará la luna y creerá ver
su ojo perdido, luminoso y áureo
en el divino cielo, y con ingenua
esperanza infantil lanzará largos
ladridos, implorantes a la clara,
luminosa pupila, mientras otros
canes alegres ladrarán con viva
y aguda voz a la inmortal y mágica
liebre emboscada en el divino disco...

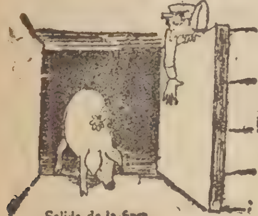
R. Cansinos Assens.

SOLUCIÓN DE UN CONFLICTO

Nueva fase de la fiesta nacional

¡Viva el garbo!

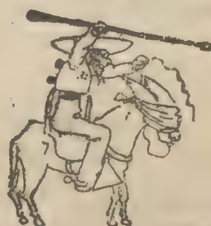
El duo.



Salida de la fiera.

Primer lance.

La mona.



Temeridad y arrojo.

Serenidad en el peligro.

Paciencia en la adversidad.

¡Salero y gitanería!

Un buen coleo.

Alegrar á la res.

Agilidad y destreza.

Flexibilidad y arte.

Fantochería y memez.

El trance supremo.

¡Cuidadito, maestro!

¡Loor al genio!

Se va a cerrar, señores, la temporada taurina sin que se haya conseguido desvanecer el grave peligro que le amenaza: la falta de ganado, tanto bovino como caballar, y todo por culpa de la guerra. Al paso que llevan las cosas, para la temporada próxima no habrá ni un mal jamelgo con que acallar las iras de las famélicas multitudes españolas que demandan caballos y más caballos para los toros, sin que ni a un solo aficionado se le ocurra pedir pan y trabajo, que es lo que parece que hace alguna falta, aunque esta no se eche mucho de menos.

No es esto solo. Sobre las consecuencias de la guerra en cuanto a la falta de ganado, la afición sufre el temor de que el ministro de Hacienda, señor Alba, convenza a los ganaderos de reses bravas que forman el Parlamento, hasta el punto de que aprueben el proyecto relativo a la conversión de las dehesas en tierras de labor.

Si esto ocurriera, si en tal forma se opusiera dificultades y más dificultades para el desarrollo de la fiesta nacional, se correría el peligro de que el pueblo soberano fuese al alzamiento en masa, a la revolución, dispuesto como un solo hombre a impedir que las cosas llegasen a tan intolerable extremo.

Mas hay un recurso salvador para que la sangre siga tiñendo la arena del circo sin llegar al río: el aprovechamiento de otras especies de animales con que nutrir el entusiasmo del famélico pueblo. Con sufridos borriquillos y pacientes cerdos se pudiera paliar la cosa hasta que, terminada la guerra europea, vuelva la normalidad al mundo y la fiesta nacional de España recobre su pujanza, que es lo que verdaderamente importa. Así, cuando un astro quede superiormente, después de haber dado una formidable estocada en los mismísimos jamones, se relamería de gusto al obtener las orejas y el rabo de la sustanciosa víctima. Resultará, después de todo, que se irá ganando al cambiar el toro feroz por el cerdo paciente. Además: los toros podrán desaparecer, pero resulta muy difícil que se acaben sus proyectados sustitutos.

Aquí tienen ustedes un ejemplo gráfico, y la verdad es que no resulta mal del todo, ya que la cuestión estriba en pasar el rato de la mejor manera posible.

DE LA FIESTA NACIONAL

El presidente

¡Oh, indiscutible autoridad!, tú que eres
el que llevas aquí la voz cantante
para que yo tus alabanzas cante,
concédeme la venia si tú quieres.
Tú haces cumplir y cumples tus deberes
con una exactitud edificante.
¡Qué bien, si tan enérgico y boyante
te mostraras en otros menesteres!
Bien que, si pasas por el trance amargo
de no agitar a tiempo algún pañuelo
de los tres que precisas para el cargo,
la multitud excitará tu celo
haciéndote salir de tu letargo.
¡Si es éste un gran país, desde aquí al cielo!

El empresario

«Aquí hacen falta empresas industriales
que salven a la Patria de la ruina.»
¿No vienen predicando esta doctrina
los Mesías políticos-sociales?
Pues a fe que no faltan capitales
para cualquier empresa..., si es taurina,
sabiendo que el negocio es una mina
que ofrece rendimientos colosales.
¿Quién es el empresario?, algún logrero
que explota a grandes, chicos y medianos
para sacar producto a su dinero,
y que al ver cómo tirios y troyanos
se pelean por tal o cual torero,
él disfruta, frotándose las manos.

El héroe de la fiesta

Orgulloso, magnífico, altanero,
seguido de un tropel de aduladores,
la fortuna le otorga sus favores
y le rinde homenaje el mundo entero.
Donde él luzca su garbo y su salero
y el absurdo disfaz de mil colores,
que se quiten artistas y escritores...,
o, al menos, que se quiten el sombrero.
Si luego la miseria te acompaña,
dime, pueblo infeliz, ¿de qué te quejas?
Por verle realizar cualquier hazaña
capaz sería de empeñar las cejas...,
¡mientras él corre en triunfo toda España
oyendo aplausos y cortando orejas!

FRANCISCO CAPELLA

¡Pobres niños! ¡Nadie los quiere!

Hace días cayó en mis manos un número del diario madrileño *La Mañana*, en el que leí con este título un artículo firmado por el señor Pérez Cervera, maestro nacional de Madrid e ilustrado redactor de dicho periódico. La esencia del antedicho trabajo era la de dar cuenta de que el amor a los niños no pasa de los labios, no llega al corazón; que, sobre todo, los profesionales huyen de la escuela, a pesar de hablar constantemente de pedagogía y de niños.

Tiene razón sobrada el señor Pérez Cervera: la pedagogía es una bandera como otra cualquiera que encubre muchas ambiciones y tapa bastantes nulidades, pero a cuyo amparo medran principalmente los fracasados de otras profesiones ajenas al magisterio. Y así, a los puestos principales de la primera enseñanza vienen a parar los que iban para otra cosa y se atascaron en el camino.

¿Qué dirección pedagógica, intelectual ni moral pueden dar a los maestros aquellos que se licenciaron en nueve o diez años y se hicieron maestros de una sentada? ¿Cómo serán buenos maestros los que se ven dirigidos por esos intrusos, o los que después sean preparados por ellos? ¿Con qué fe trabajarán los maestros alistados en un escalafón con una *cabeza* de unos cuantos lugares de 4.000 pesetas y con una *cola* interminable de puestos de 1.000 pesetas, aún menos, como sueldo anual?

A buen seguro que si los maestros viesen el cargo más honrado y tuvieran la esperanza de *dirigir*, o, por lo menos, de ser dirigidos por compañeros aptos y no por intrusos ineptos; si vieran que la carrera era toda *una*, como debiera serlo, desde la escuela de 1.000 pesetas hasta el profesorado de Escuelas Normales, no se apartarían de los niños ni los altos ni los bajos y habría entre ellos (entre la extensa familia del profesorado primario) el celo y la confraternidad que llevan a las profesiones el progreso, la perfección y la vida.

Pero como eso no sucede en la enseñanza primaria, la emulación desaparece, el egoismo se desarrolla... y cada cual, buscando su personal medro, abandona la escuela y los niños en la primera ocasión, aunque sea contrariando su vocación y sus aficiones, herido por las injusticias y por el despecho.

Mientras las cosas sigan como están; mientras los servicios del maestro en la escuela no merezcan otra recompensa en la ancianidad que la de jubilarle a los setenta años de edad con arreglo a un sueldo de tres o cuatro mil pesetas, en caso favorabilísimo, y, por último, mientras se vea quienes, dentro del campo mismo de la enseñanza, llegan sin títulos siquiera (1) a once mil y doce mil pesetas, los maestros abandonarán la escuela y los niños, por muy grande que sea el amor que les tengan.

J. M. P.

(1) Ejemplo: los profesores de caligrafía.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

El sembrador, bajo relieve hecho expresamente para la revista CORDOBA por el joven artista don Angel Roldán, discípulo del admirable escultor y competente profesor de la Escuela de Artes y Oficios don Dionisio Pastor Valsero.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 11 de Noviembre de 1916 | NÚM. 13

Los Museos de Córdoba. — Aspectos de las salas de los Museos Arqueológico y de Bellas Artes, los que actualmente se hallan confundidos a causa de la falta de un local conveniente para la instalación del primero, para el que ya se ha dispuesto el alquiler de una casa solariega, de carácter cordobés, con el objeto de qne ofrezca un aspecto adecuado para el objeto a que se le destina.

Una patria independiente

A la vista de la guerra hemos adquirido conciencia del cautiverio económico en que vivimos. España, tal como está, es una nación subalterna, cautiva, con su libertad de acción limitada por su propia inferioridad económica y condicionada por las magnanimidades con que otras naciones se avengan a suministrarle medios para que continúe su vida normal.

El corazón de todos los españoles merecedores de serlo se rebela contra esa situación. Queremos hacer a nuestra patria tan libre y dueña de sus espontáneas decisiones como el carácter y condiciones de la civilización contemporánea permitan. No es de ahora el intento. Haciendo cabrillear en lontananza esa aspiración se ha cohonestado siempre el proteccionismo, encarnación moderna y resurrección funesta de aquel viejo sistema mercantilista del que hace un siglo escribía Flores Estrada «que cualquier persona culta se avergonzaría de profesarlo». Hoy, sin embargo, lo aceptan y defienden los elementos directores de todos los países, salvo Inglaterra, y, desde el triunfo de Wilson, los Estados Unidos.

Pero el proteccionismo ha fracasado. Encareciendo el producto, restringe el consumo, aminorando, por consecuencia, la producción y perjudicando el trabajo. El proteccionismo eleva los precios y disminuye los salarios. Veinticinco años de brutal proteccionismo lleva España. Y España es hoy el país del mundo donde la vida está más cara y el trabajo peor pagado. Durante esos veinticinco años, la riqueza global de España ha aumentado, porque era imposible que quedáramos aparte totalmente del movimiento e impulso del progreso general. Pero la distancia de los grandes pueblos a que caminamos se ha ensanchado y nuestras muchedumbres trabajadoras viven más inquietas en las ciudades, más desvalidas, en las tristes soledades campesinas.

Sí. El proteccionismo ha fracasado. Acaso después de la guerra los odios entre pueblos mantengan en pie durante algún tiempo las altas barreras arancelarias. Pero no tardarán mucho en caer sobre la absurda y ensangrentada doctrina las más vehementes execraciones. Sobre el proteccionismo que tuerce la divina ley de la solidaridad humana, ley moral y ley económica al propio tiempo, pesa la responsabilidad de más guerras que sobre todas las disputas religiosas y todas las ambiciones políticas. Hubo un tiempo en que industriales, comerciantes, obreros y cultivadores ingleses se unieron para combatir el proteccionismo, sustentado por la gran propiedad. Vencieron. De entonces data la inmensa prosperidad inglesa; entonces se inició ese elevado sentido ético de la vida pública inglesa, incomprensible para cuantos viven en el ambiente de injusticia y de fuerza inseparable del proteccionismo y que

brilló con el intenso resplandor de un ideal moral inextinguible en la autonomía del Transvaal y en las reformas revolucionarias de 1910.

Recelosos de no llegar a la suspirada emancipación económica por la vía proteccionista—camino por donde transita sólo el interés particular, disfrazado de interés colectivo—, los españoles vuelven los ojos a otros procedimientos. Todos son buenos mientras no cometan injusticias. Pero la predilección pública se dirige principalmente a ciertas industrias. Hablan los periódicos, ante todo, de la siderurgia y de la química. ¿No quedará preterido algo más importante aún? Cuando todas nuestras industrias transformadoras hayan alcanzado la cumbre de la perfección, nuestro pueblo seguirá cautivo si le falta pan. Y este es el caso.

La emancipación económica—dentro de la realidad impuesta por el desarrollo de la civilización—es fortaleza que ha de ser construída por nuestro esfuerzo patriótico; pero, como toda obra, tiene que comenzar por los cimientos y asentarse sobre sillares tan robustos que basten para soportarla. Y los cimientos son las subsistencias y las primeras materias. Mientras la producción de unas y otras no haya rebasado las necesidades nacionales, cuanto se haga por emancipar económicamente a España será una ficción; habremos levantado un castillo de naipes; habremos edificado sobre arena, y un día el soplo de la realidad disipará cruel y dolorosamente la patriótica impostura.

¿Cuáles son los problemas que más agobian actualmente a España? Se cifran en dos palabras: trigo y carbón. Todos los demás son problemas derivados o subalternos. Los capitales, los magnos, son aquellos dos. Aunque nuestro organismo industrial y mercantil fuera perfecto, ¿qué independencia tendría España, ni en paz ni en guerra, si nos faltara trigo y carbón? ¿Qué mentira más monstruosa que infundir al pueblo confianza en que puede bastarse a sí propio mientras carezca de pan y de combustible? La independencia no hay que buscarla primordialmente en la fábrica. Es un tesoro que hemos de hallar en el campo y en la mina; la fábrica y todo lo demás se nos dará por añadidura.

La vuelta a los campos es condición esencial de la restauración española. Es una gran vergüenza nuestra no haber logrado que este territorio español, tan duramente disputado y defendido por nuestro pueblo, no rinda producto suficiente para que ese pueblo subsista. ¡Suelo sagrado de la patria! Muchedumbre de héroes lo ha regado con su sangre por patriotismo; pero ese patriotismo defendió el suelo para que fuese tierra nutriz, no teatro de las hambres de los hijos de España.

Medio millón de kilómetros cuadrados encierran nuestros confines. Un solar mayor que el de Inglaterra, que el de Italia; casi igual al de Francia y al de Alemania. Sólo veinte millones de criaturas viven en nuestro suelo. Ni siquiera la mitad comen pan de trigo. Y, sin embargo, nuestros campos no dan bastante trigo para ese pan. Durante los últimos diez años hemos importado anualmente trigo por valor de cerca de 50 millones de pesetas anuales. Un año, el de 1906, llegó a 115.634.264. ¡Ciento quince millones! En los mismos años importamos maíz por más de 30 millones de pesetas anuales. En sólo dos artículos, más de 80 millones de pesetas; y en la tierra de España, en esa que sin advertir la terrible ironía de la realidad llamamos todos «nuestra tierra», más de 30 millones de hectáreas no reciben cultivo, los colonos son arrojados a la emigración y los braceros no encuentran dónde trabajar.

¿Habrá aún quien no ansíe las obras transformadoras del campo y quien apruebe el actual régimen territorial? Pues que pregunte a su conciencia y a su patriotismo. Clara y pronta será la contestación.

Baldomero Argente.
Subsecretario de la Presidencia.

UNA LEYENDA ROMANIANA

EL ORO

Las tierras del boyardo moldavo han sido ametralladas durante la noche por el granizo, matando el trigo. Al lado de ellas, el campo del labrador, intacto, sonríe en la mañana de rosa; el boyardo, viendo la fortuna de su vecino, le dice con admiración:

—¡Oh, qué trigo tan hermoso tienes!

—Es hierba, monseñor—responde el campesino.—Hierba nada más... El granizo podrá destruirla mañana...

El rico estima la delicadeza del labriego; es un consuelo para él... Y sus recuerdos literarios le hacen pensar en aquel soneto francés en el que dos cortejos se encuentran en el umbral de una iglesia: el entierro de un niño y el bautizo de un recién nacido. La madre dichosa llora sobre el hijo que se ha muerto; la madre infeliz sonríe al que acaba de nacer.

Algunas semanas después, acariciado por el sol y las brisas del estío, el trigo del labrador ha crecido... está maduro, está dorado; y, como los cabellos de un niño rubio en edad de ir a la escuela, las altas espigas se hallan prontas a que las corten.

—¡Oh, qué trigo tan hermoso tienes!

—Es paja, monseñor, paja... el fuego podrá destruirla mañana... La tormenta podrá tirarlo por tierra para siempre...

El rico se marcha asombrado. ¡Que campesinos! ¡Nunca están contentos!

Regresa el día en que las altas espigas han repleto con su ofrenda los sacos, pesados, ampliamente abiertos bajo el sol.

—¡Oh, qué trigo tan hermoso tienes!—dice por tercera vez.

—Grano para los pájaros, monseñor... Las ratas podrán comérselos, la humedad podrirlos...

La cólera del boyardo estalla.

—¡Ingrato! Ingrato y desventurado que no aprecias lo que Dios, tan bueno, te concede... ¡Adiós! no quiero volverte a ver hasta que no estés contento.

Días después, el campesino se presenta en la casa del boyardo.

—Monseñor: vengo a decirle que estoy contento...

—Y ¿a qué se debe esta maravilla?

—He vendido el grano... Ahora ved el verdadero trigo—dice sacando del bolsillo un talego rebosante de oro.—Este es el verdadero trigo... El granizo no le destruirá mañana; el fuego no le arrasará; la tormenta no le derribará... las ratas no se lo comerán; la humedad no le matará con su veneno verde... Hasta este momento viví lleno de inquietud; ahora ya estoy tranquilo...

Y el labrador se aleja sonriente, acariciando con mano paternal la bolsa repleta de oro...

—

El trigo romaniano, convertido últimamente en oro, se trueca hoy en acero y en llama. El oro viaja... Es el oro del Rhin que desertó de sus grutas legendarias; el embajador enviado a nosotros por los dioses de madera para retardar su crepúsculo... Peregrino apasionado se ha detenido brevemente en la alegre ciudad de Bucarest, entre las ondinas más bellas del mundo, entre todas las canciones que los demás pueblos no entonaban ya. Pero el cañón truena allá lejos también, y el oro, al que no le gusta el ruido del cañón, se fué... Viaja, multiplicado... Como un enjambre de abejas vuela hacia las Américas, eternamente sedientas de oro; como una procesión de topos se marcha, inconscientemente y ciego por caminos obscuros, hacia los países donde la Dama neutralidad sigue ostentando sus gracias... Viaja desde hace siglos... Fué el vellón de los argonautas y el becerro de oro de Israel. Las tierras y los pensamientos, para demostrar su riqueza, están pronto a transformarse en oro. Lo representa todo. Lo reúne todo. El oro es la síntesis. Su camino le conduce siempre hacia la paz, hacia la certeza, hacia la dicha, hacia la tranquilidad... Esquiva los desastres. En su egoísmo, es discreto y avisado, y a menudo, en su discreción hay generosidad, porque es también el oro de rosa que brilla en las mañanas de Francia y el cerebro y el corazón de tan noble país, porque el día en que el desdichado apóstol quiso vender a su Maestro, el oro se escondió y fueron treinta dineros de plata los que consumaron la maldad.

Los ejércitos romanianos que combaten hoy hacia el Ardeal de los primeros voivodas volacos (ese ensueño de los poetas, realidad de los políticos), sin saberlo, van también a la conquista del oro... Hace casi dos mil años, los campesinos dacios sacaban del oro transilvano los medios de vivir en la abundancia. Atraídos igualmente por el señuelo del precioso metal, los ejércitos romanos de Trajano invadieron estas llanuras. Después llegaron los hunos de Atila, los húngaros de hoy... Y el labrador, empobrecido durante años y años, cantó esta queja: «Munti nostri aur poarta noi cersim din poarta 'n poarta.» (Nuestras montañas guardan oro y nosotros mendigamos de puerta en puerta...)

La verdadera Córdoba.—La Torre de San Nicolás de la Villa.

La verdadera Córdoba.—La Fuenseca

Hoy, nuestros gloriosos ejércitos romanianos están en movimiento. Se les ha dicho que allá lejos lloran cuatro millones de hermanos sojuzgádos por el opresor secular, se les ha hablado de Miguel el Bravo y de Estéban el Grande, que descansan en la bendita tierra de los antepasados, y han partido alegres, con los ojos llenos de luz. En su alma canta el ensueño y bajo sus pasos se oculta el oro, el oro que les aguarda escondido en el lecho de los ríos y entre las piedras de los caminos.

Víctor Eftimiu.

Hacia un patriotismo iberoamericano

II

¡Vivir la epopeya del descubrimiento, conquista y civilización del continente colombino!: que la mente del niño se ilumine y se emocione con las narraciones maravillosas, milagrosas casi, de la historia de España en América; saber cómo se desenvuelven los nietos de los compatriotas nuestros que la pueblan; percibir los frutos de la cultura que sembramos solícitos en aquellas feraces comarcas; manifestarnos como pueblo limítrofe, por encima de las ondas dilatadas que corren de confín a confín oceánico; aposentarnos con la imaginación allí donde se hincara el asta de nuestra bandera; explorar con el entendimiento aquellas tierras, aquellas aguas, aquel clima, aquel cielo; ver y palpar los ejemplares típicos y las muestras características de su fauna y de su flora y de sus industrias; asomarnos siquiera a lo recóndito de su psicología con el estudio somero de la naturaleza y alcance de sus empresas e instituciones; afirmar con los de allende nuestra comunidad de intereses espirituales en el alma inmortal de la lengua en que se forjara el *Mío Cid* y se esculpiera el *Quijote*: este es el programa de la Escuela primaria, de la acción educativa sobre el niño español orientada a una fraternidad vivida con el hispanoamericano.

¿Cómo? A más de las acciones didácticas ligadas a estas cuestiones que tienen su momento señalado en el horario y en los programas, cabe desarrollar otras particularmente eficaces e intensamente educativas, las que se agrupan con la denominación genérica de extensión escolar.

La posibilidad de las que enumeramos se relaciona en correspondencia directa con la buena voluntad e ilustración de los llamados a desenvolverlas, aunque necesiten para que arraiguen y prosperen la protección alentadora, moral y económica, de organismos culturales superiores, de los Estados mismos interesados en sus beneficios: correspondencia interescolar trasatlántica, intercambio escolar de trabajos y productos del suelo, de los hombres y de las máquinas, cursos breves de concentración y fiestas escolares hispanoamericanas; que se traben amistades entre niños de uno y otro continente, que se escriban de sus cosas, de sus familias, de sus pueblos, de sus estudios, de sus costumbres; que se envíen postales y revistas ilustradas y libros y estampas con asuntos los más sugestivos de Zoología y de Botánica y de Arte y de Historia y de usos populares en las manifestaciones peculiares de los distintos países; que mutamente se entreguen lo más selecto de sus producciones escolares (dibujos, cartas geográficas, series de cálculos escritos, redacciones, construcciones) y de lo recolectado en los paseos y excursiones instructivos: minerales, plantas, semillas, flores, insectos, manufacturas, drogas; que asistan a lecciones sistematizadas, donde el procedimiento imponga con la mayor frecuencia el empleo del aparato de proyecciones y del cinematógrafo que deleiten a los niños con las revelaciones de las magnificencias naturales, de las singularidades biológicas, de los panoramas espléndidos, de las realidades monumentales en los pueblos donde crecen sus hermanos de raza; que su gusto estético y su amor patrio y su curiosidad naciente por el saber se pula y enardezca y afine con la delectación de las obras de poetas y prosistas de aquí y de allá que riman y cantan en el idioma del Manco de Lepanto y del Monje de La Flecha, con el relato épico de las hazañas de los héroes incontables que en tierras transatlánticas, desde Cortés a Vara del Rey, ilustraron el nombre de España y engrandecieron el ser de América, con la crónica apacible de tantos sucesos felices que teje

El Angel de la desaparecida iglesia de Rivagorza, imagen del siglo XV, que se conserva en el Museo provincial.

la vida fecunda de los consagrados en cuerpo y alma a la obra inacabable del trabajo y de la paz...

Laborando así, la Escuela primaria, la Escuela nacional, podrá gloriarse de haber cooperado con eficacia insuperable a la preponderancia de la raza, mediante la unión de todos los pueblos de alguna suerte iberos y a la celebración anual y constante de la fiesta de la Raza, engrandecida por el entusiasmo de las multitudes, conscientes de la excelsitud de los destinos que nuestra amada España ha cumplido en el mundo, videntes de las cumbres que puede todavía escalar en la Historia de la civilización.

José Priego López.
Inspector de 1.ª enseñanza.

REGIONALISMO ANDALUZ

La miseria es prolífica. Del azote con que ella ha flagelado los países, han nacido los más intensos movimientos y las transformaciones más hondas. Y por causa de la miseria, en la inminencia de la muerte, en Andalucía ha nacido el regionalismo.

El regionalismo andaluz no es un *partidismo* más, que sale a la palestra trágica del retablo nacional. No hará política al uso. Ni siquiera hará elecciones.

El regionalismo andaluz es una explosión de ideales, un movimiento espiritual que ha nacido del légamo sagrado, siempre fecundo, de la vieja Turdetania, y que llevará a todos sus ámbitos el apostolado del Ideal Andaluz.

Y el Ideal Andaluz se concreta en dos postulados fundamentales, uno espiritual y otro material o práctico, a saber:

Fortalecer el espíritu andaluz en sus fuentes más legítimas; y

Redimir económicamente a Andalucía, haciendo la tierra andaluza de los trabajadores andaluces.

El regionalismo andaluz, por tanto, pretende que Andalucía sea de los andaluces y que su inmortal genio autóctono, no sea detentado por los jaraneros ni los juerguistas, ni expoliado por los caciques, ni usurpado por los latifundistas.

El regionalismo andaluz, hará, por fin, de Andalucía, una patria espiritual, redimida y grandiosa, de la que no emigren sus hijos hambrientos con la blasfemia en los labios. Y cuando Andalucía, la patria eficiente entrevista por Ganivet, deje de ser feudo de caciques y asilo de cómitres exóticos, y se vea libre y esplendente en la luminosidad de su civilización indígena, tal vez el regionalismo se esfume, porque los *ismos* son ideales incapaces de avenirse con las groserías de la materia.

Rafael Castejón.

San Nicolás de Bari.—Cuadro de Pedro de Córdoba.

La Esperanza. — Cuadro de la Infanta D.ª Paz de España, el que se halla en la iglesia de las Ermitas de Córdoba.

EL MAL LABRADOR

(1237)

Este es un labrador por el que debemos sentir todos la mayor abominación; el maestro Gonzalo de Berceo, que nos ha contado su vida, está con él verdaderamente furioso. Este labrador, tal vez, vive en las sutiles tierras de la Rioja, o acaso en algún ameno rincón de Castilla, o quizá —¿quién podrá asegurarlo?—en alguna campiña andaluza. Ello es que este labrador tiene una casa amplia, cómoda; no sabemos si esta casa se halla en pleno campo o bien en alguna pequeña ciudad. Nosotros nos inclinamos a creer que, puesto que el maestro Berceo dice que este labriego «más amaba la tierra que non al Criador», él procurará estar de estos terruños tan amados lo más cerca, todo lo más cerca posible. Y estamos diciendo que la casa es ancha y cómoda, las paredes se hallan blanqueadas con cal; en la fachada—y ya veremos esto después para qué sirve—; en la fachada, formado con azulejos de Segovia o de Valencia, se ve un cuadro de la Virgen María. Y hay muchos árboles frondosos alrededor del edificio; y hay en la casa una ancha cocina con una leja en el humero (en la cual leja se ven peroles, ollas y cuencos vidriados); y hay cámaras anchas con puertas que crujen misteriosamente por las noches; y hay una camarilla gratísima, toda llena de orcitas con mieles y arropes, de perniles, de tornizuelos y orejas de puerco puestas en sal, de embutidos, de nueces coladas en grandes arneros, de colgajos de uvas y membrillos que penden de largas cañas; y hay un corral ancho lleno de cerdos negros, blancos o jaros; y un tosco jaraiz para estrujar los racimos en el otoño; y hay unos alhorines hondos repletos de granos, y unas abombadas tinajas, llenas de aceite unas y otras de vino, y hay, en fin, allá en lo alto, un palomar de donde las palomas salen por pequeños agujeros y se extienden, raudas, por todo el campo...

Todos quieren a este mal labrador; sucede que muy a menudo los hombres malos suelen ser queridos de todos; los mozos de la labranza están encantados con este labrador: él lo ve todo y provee prontamente a cualquier desarreglo. Las mozas que trajinan por la casa (estas mozas recias, sanas, fuertes, que tanta impresión nos hacen a los que llegamos de la ciudad), las mozas adoran también a este labrador; acaso él las dice de cuando en cuando alguna terrible, enorme cuchufleta (en el campo no se paran en barras), y es casi seguro que el día de su santo les regale alguna tumbaga o algunas arracadas. Todo está bien, al parecer, pero si examinamos atentamente las cosas, veremos que este hombre es un hombre malo, abominable. Este hombre, tan llano y corriente aquí en la ca-a, hace todo lo posible por acrecentar su caudal a costa de sus vecinos y colindantes; él les pone mil pleitos y les enreda en las mallas de la ley; él les arma un caramillo formidable en menos que canta un gallo; y él-asombraos todos—no sabiendo ya qué hacer para que sus campos sean mayores, se levanta por las noches, cuando todo el mundo duerme, y cambia los mojones de las lindes. «Cambiaba los mojones por ganar eredat», dice el buen Berceo lleno de indignación...

Y por éste y por otros desafueros es cogido a su muerte por los diablos; éstos le arrastran, le zarandean y están a punto de llevárselo a los infiernos, cuando interviene Nuestra Señora. Nuestra Señora le salva. El mal labrador no había dejado en su vida ni un solo día de adorar a la Virgen: por las mañanas al levantarse, y cada vez que entraba y salía de la casa y veía en la fachada este cuadro de que hemos hablado al principio, él ponía su pensamiento en la Madre de Dios. Y la Madre de Dios le salvó en el trance supremo. Adorémosla siempre, dice el muy amado, el muy querido poeta. «Non nos debe doler nin lengua nin garganta—que non digamos todos: Salve Regina Sancta.»

Azorín.

Rogamos con especial encarecimiento que toda la correspondencia para la revista CÓRDOBA sea precisamente dirigida a la calle de las Dueñas, número 6.

JORGE

El presidente del Círculo de Actores de Madrid, señor Nadal, se lamenta de que el desdén de los Gobiernos amenace hundir la institución, con tanto amor fundada y sostenida por la farándula, para instruir y socorrer a los que abren sus ojos a la vida del Arte y a los que la ancianidad retiró de la pelea.

Después de referirse a las clases sostenidas por el Círculo, donde reciben instrucción más de 700 alumnos; a las pensiones vitalicias que da, las cuales pasan de cien, y a la caja de socorros para subsidios por enfermedad o fallecimiento, protesta el señor Nadal contra los altos Poderes que abandonan y hasta persiguen a una institución de carácter benéfico y educativo y amparan a otras que no persiguen ningún ideal de educación, de arte, ni de beneficencia.

El señor Nadal, aunque por pudor no lo menciona, se refiere a «Jorge». Esos Círculos aristocráticos, sin ideales de educación, de arte o de beneficencia, viven prósperamente, y construyen palacios, y de vez en vez entregan unas pesetillas para los desvalidos, gracias al benévolo y pacientísimo «Jorge», que se resigna a que le atormenten, poniendo sus orejas entre los dos dedos de la Ambición.

Gracias a «Jorge», los buenos y calumniados cómicos fundaron su Círculo, y martirizándole con menos desaforada crueldad que en otros Casinos y otras peñas, comenzaron a instruir y socorrer. Poco a poco, a medida que se le alargaban las orejas al mártir, fueron los actores enseñando y socorriendo con más esplendidez, y de súbito, cuando caminaban con más gentil desembarazo, la rígida moral de un Gobierno privó a la farándula de «Jorge».

¿Hay en esto ni siquiera una sombra de equidad? ¿Es justo permitir a señoritos y tahures que extraigan de las orejas del popular personaje millones para lujo y prohibir a los actores que saquen de ellas unos míseros dineros para obras de enseñanza y de caridad?

La opinión en masa votará con los cómicos. Si «Jorge», para empresas generosas, no ha de vivir en su Círculo, no debe vivir en ninguno.

J. López Pinillos.

Orfebreria cordobesa.- El cáliz del Hospital de Agudos.

No se puede decir la verdad

A mi buen amigo Pedro Moro.

El que una vez falta a la verdad, no tiene derecho a ser creído de nuevo. La verdad. ¡Qué terrible es y cuántos malos ratos he sufrido por decirla! Seguramente que de la mayor parte de mis escritos, los más sinceros los he roto al fin y al cabo, inutilizando o quemando la verdad que en ellos decía. ¡Cuántas cuartillas, cuántos escritos—seguramente los mejores—he hecho pedazos después de una noche de insomnio en la que, pensando en lo que había consignado, no quedaba tranquilo de ello, precisamente porque decía la verdad! Y ¡cuántas mañanas me he levantado al ser de día para suplicar al administrador de Correos que tuviese la bondad de devolverme una carta que la noche antes había puesto en el buzón!

Aquellas cartas retiradas por mí, contenían unas cuartillas que decían la verdad, y que, después del trabajo de escribirlas, me habían costado una noche de insomnio y una madrugada de frío retirarlas. ¡Más de una vez, por no llegar a tiempo de poder hacer esto, he escrito y hasta telegrafiado a la redacción a donde las mandara, rogando que no fueran publicadas, y alguna vez que mi aviso no llegó a tiempo ¡de cuántos disgustos fueron secundados aquellos pobres escritos míos en los cuales indicaba el bien, ni una sola vez el mío particular y siempre, en mi buena fe, ofreciéndome para los servicios que prestar pudiera!

¡Pobre iluso! ¡Cuántos desengaños he sufrido y cuánto daño me he hecho a mí mismo, perjudicando también alguna vez a aquellos que, por complacerme y creyendo justas mis palabras, las suscribían con su buen deseo, haciéndose solidarios de ellas! Mi buen amigo Pedro Moro es en ello testigo de mayor excepción.

La franca amistad de aquellos amigos míos a quienes jamás pagaré bastante, me hubo de proporcionar más de un disgusto, precisamente por su excesiva consecuencia. Mis cuartillas se publicaban sin corrección, por el sólo hecho de ser mías, y en las que las verdades no corregidas molestaban a los culpables.

Después, y en previsión de nuevas quejas, al mandar mis cuartillas a periódicos amigos, suplico su corrección, con lo que ate-

núan en mi favor las verdades más salientes, evitando los disgustos que yo por aquellas pudiera sufrir. Otro, en mi lugar, tal vez por ello se molestara. Yo estudio el por qué de aquellas enmiendas y, terminada mi investigación, agradezco aquellas modificaciones. Dado el estado de la sociedad, las modificaciones rasultan a favor mío, pues si bien las verdades iban dirigidas al bien general, al particular habían de causar molestias, restándome amistades, sin seguramente contar ninguna en mi favor.

La dirección de un periódico no es cosa baladí, por lo que siempre este cargo es confiado a persona competente para ello, conocedora de la sociedad y de los cuidados que a la misma tiene que guardar para no comprometer el crédito del periódico ni el de los individuos que en él colaboran, resultando de ello que todo su buen deseo en obsequio a la verdad tiene por valla las consideraciones antes expresadas.

Esta disgresión—quizá inoportuna en este artículo—la he hecho sólo para significar la importancia del director de un periódico y el derecho que le asiste para modificar lo que ha de publicarse.

La verdad tiene sólo un significado terminante, absoluto. Verdad es la certidumbre de una cosa que se mantiene siempre sin mutuación alguna. Es la conformidad exacta con la razón; de tal suerte, que persuada con su creencia como cierta e infalible. Es una virtud que todos conocemos, pero que muy rara vez practicamos por su dureza y su intransigencia. Una virtud—que lucho en mi buena fe por practicar—que las necesidades imperiosas de la vida me obligan, más de una vez, a renunciar a ella contra mi manera de ser, contra mi voluntad y mi conciencía.

¡La conciencia! Otra palabra vana, puesto que hay que subyugarla a las conveniencias sociales de la pervertida realidad en que vivimos, contaminada del mal y desconocedora del positivo bien. ¿Qué es la conciencia sino la práctica de la razón y de la verdad y el sostenimiento la una de la otra? La conciencia es el conocimiento del bien que debemos de practicar y del mal que debemos de evitar y el sentimiento que debe de inducirnos a practicar lo justo.

¿Dónde está la conciencia? ¿Quién la tiene y siente en ella sus buenos o malos actos para alegrarse de ellos o sentirlos? ¡Qué ancha deben tenerla algunos! ¡Cuántas veces he oído decir «yo obro con arreglo a mi conciencia» a individuos que no hacen nada bueno! Y ¡a cuántos de los que tal dicen me queda la gana de preguntarles: ¿Qué entiendes tú de conciencia? ¿En qué parte de tu cuerpo reside y cómo defines el bien y el mal con arreglo a ella?

¡Palabras, nada más que palabras, sin un sentido persuasivo que pueda definirlas y sin que pueda apreciarlas el que las dice ni quizá censurarlas quien las escucha!

¡Virtud, verdad, conciencia! Sentimientos son estos que debieran de ser sagrados y que, al igual que la palabra honor, han perdido la limpieza con que se embellecían, enlodados hoy por el asqueroso fango de las pasiones, de los vicios y del egoísmo.

Hoy la verdad es tan desconocida, que apenas hay quien aprecie su importancia, por lo exiguo de sus manifestaciones. La verdad ha sido suplantada por la adulación y la mentira. Hoy, al que mintiendo engaña a los demás, se le califica de listo, de sabio, de talentoso, y son los que caben en la sociedad de los que viven de la mentira, de los que dicen o admiten lo contrario de lo que es, de lo que creen y de lo que sienten y piensan.

Y no hay que pensar en aquellos que por la posición y talento, con su ejemplo y por su independencia deben de ser los que enseñen a los demás, sosteniendo la verdad de los que se atreven a decirla. No; esos suelen ser los primeros que en pro de sus intereses o de los de sus protegidos sostienen o hacen sostener el fraude y la mentira. El mal viene de muy alto, por lo que las clases bajas, al saber la conducta de aquellos, se creen dispensadas de decir o sostener la verdad, ya que está prostituída por aquellos que debieran enseñarla.

Yo, en más de una ocasión y sin otros estímulos que los de mi buen deseo ni otra idea que la de practicar el bien, he defendido causas en las que, a pesar de estar la justicia de ellas en el sentimiento de los más, esos mismos y a conciencia de su falta de razón, me han hecho sufrir amargas decepciones que, perturbando mi imaginación, llenaban mi alma de sentimiento, aunque sin hacerme jamás dudar de que había practicado el bien.

He fustigado el vicio y sus consecuencias, y han procedido en favor de los viciosos y en contra de mí aquellos que debían defender la verdad.

He indicado más de una vez el mal, y se me ha amenazado para que contradiga mis indicaciones.

He querido evitar algo de importancia y gravedad para un pueblo y hasta oficialmente se ha desmentido mi verdad, sin procurar evitar el mal que en la conciencia de todos existía.

Sin embargo de ello, allá en el interior de mi conciencia, decía yo recordando al inmortal Galileo: «E pur, si muove» ¡Y eso siempre digo cuando mi verdad es desmentida!

¡La verdad! Las leyes se sancionan con arreglo a la razón y conciencia de los legisladores, y esos mismos u otros, si por su interés y conveniencia de ello necesitan, las transforman y desvirtúan faltando a la razón con que fueron hechas, sin miedo a nadie ni temor a nada.

Y aquellos que por su talento, disposición y cargo debieran ser la muestra constante de la verdad y el bien, suelen ser los que por sus prácticas enseñan a los demás lo poco que importan la verdad, el honor y la justicia.

De ahí que tan extendida esté con los altos la adulación, y por altos y por bajos la mentira, el fraude y la malicia, sin una sola virtud que, ni en los unos ni en los otros, pueda señalarse en bien de todos.

El resultado es que, debido a este estado de inmoralidad social, la desconfianza ha sustituído a la razón, y la duda, suspendiendo el entendimiento, no siempre ni con facilidad resuelve determinadamente lo cierto de las doctrinas, de las enseñanzas y las leyes.

Mientras que no llevemos en nosotros como talismán inapreciable e inseparable de nuestro ser la verdad en la conciencia y la razón, formaremos un pueblo de incrédulos, irredentos e incivilizados, muestra fehaciente de la incultura, de la ignorancia y de la malicia.

Hilario J. Solano.

CANTARES

No vengas con escusas
que son mentiras,
que no has de ser de otro
si no eres mía.

—

Siempre que al balcón te asomas
se queda en suspenso el aire,
los pájaros enmudecen
y hasta las rosas se abren.

—

Resbalaste por mirar
a quien mirar no debías,
que en los juegos del amor
es muy fácil la caída.

—

Tienes un corazoncito
que no hay modo que se ablande,
que es firme como la roca
y duro como el diamante.

—

No bailes con otra hombre
si en algo aqrecias tu vida
que no han de tocar tu cuerpo
otras manos que las mías.

—

Vi que tus ojos lloraron
cuando aquella historia oías,
¡la historia que te contaba
era tu historia y la mía!

Narciso Diaz de Escobar.

La encantadora artista Alba Tiberio, que actúa con extraordinario éxito en el Gran Teatro de Córdoba.

El cultivo de secano en la provincia de Córdoba

El cultivo de secano en la provincia cordobesa, está principalmente acondicionado por la lluvia, no teniendo los otros elementos climatológicos ni tampoco el almacén nutritivo, una influencia tan decisiva en la cuantía de las cosechas, porque estos otros elementos se manifiestan con más ordenada regularidad, y en cuanto a la riqueza del suelo no es suficiente, y a más está robustecida con la intensa adición de abonos.

La importancia esencialísima de la humedad en la agricultura cordobesa, queda científicamente demostrada, relacionando la lluvia media anual con la cantidad de agua necesaria para que cada hectárea produzca una cosecha remunerativa, obteniéndose de este estudio la grata verdad de que la precipitación es suficiente y sólo falta saber almacenarla y saber conservarla íntegra para la formación del vegetal cultivado.

El primer remedio, el perfecto almacenaje del agua llovida, ya lo practican cuidadosamente los labradores cordobeses, dando profundos laboreos para crear una ancha capa de tierra mullida que, de gran capacidad receptora, se apropia sedienta de la lluvia otoñal, sin dejar escapar cantidad alguna por prematura saturación ni por compacidad extremada.

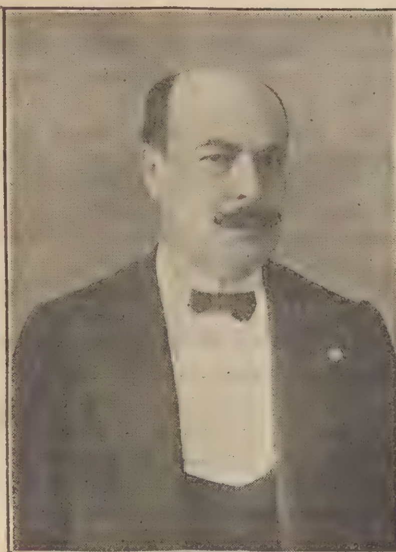
La conservación del agua llovida es el casi único problema a resolver en nuestra provincia para que el cultivo de secano sea siempre reproductivo; resultado no difícil de obtenerse empleando un secundario sistema de labores superficiales y una alternativa de cosechas de compensadas exigencias.

A la primera reja de arado bra-

bante, a la labor de alzar ejecutada siempre antes de las lluvias otoñales, no deben seguir en la primavera iguales labores, por ser realmente ineficaces para retener la humedad almacenada, dado que no serán frecuentes ni repetidas oportunamente.

El costo de los binados y hasta terciados que actualmente se hacen con arado de doble vertedera o de vertedera única giratoria, es tan crecido que permite dar en su lugar al barbecho contínuos gradeos, en número indefinido, cuantos más mejor, evitando que la capilaridad se coaligue con la evaporación y actúen sobre la humedad a manera de fuerza expansiva, haciéndola escapar de las cámaras interparticulares hasta agotarse aquella reserva que ya teníamos almacenada.

Gradeo tras cada lluvia, y rastreo tras gradeo, es la doble llave que cierra más herméticamente las numerosas puertas de escape que se forman después de cada llovida, y también el más práctico laboreo para impedir el desarrollo de malas hierbas, que ellas por sí solas se bastan para consumir más agua que una cosecha de trigo. Pero este cultivo del barbecho limpio no ha de suspenderse durante el verano, que precisamente acrecenta la evaporación con su mayor calor, y es cuando, por tanto, hay que crear esa capa de tierra, tan mullida que distancie las partículas, y tan reseca que repela la humedad.



Don Manuel Varo Repiso, quien por las excepcionales condiciones de inteligencia, laboriosidad y lealtad demostradas durante el largo tiempo en que ha ocupado el cargo de secretario del Ayuntamiento de Córdoba, ha sido objeto de un público homenaje de admiración y afecto al obtener la jubilación en el puesto expresado.

A buen seguro que en este barbecho, hecho armónicamente con las necesidades de una lluvia limitada, racionalmente cultivado, aún persistirá la evaporación, pero raquíticamente, en irremediable cuantía que permite dejar almacenada la cantidad de agua suficiente, no sólo para producir una germinación robusta sin lluvias otoñales, sino incluso para sostener todas las necesidades de la vida del vegetal, si más tarde, hasta su encañe, se renuevan los salvadores gradeos.

A los barbechos de escarcha y también a los rastrojos de cereales que han de sembrarse, se les debe labrar, al retirar la cosecha, con arado de vertedera, o cuando menos darles un paso de grada, para formar la capa protectora de la humedad, y también para airear la tierra, avivando la nitrificación.

La maquinaria agrícola para este sistema de cultivo, no implica desenvolso alguno, pues quizá no haya labrador en esta provincia que no tenga arados brabantes, capaces para laborear a treinta centímetros de profundidad, y cultivadores para los gradeos, o, en su defecto, gradas de flejes que son aptas para convertirse en cultivadores, mediante la sencilla aplicación de binadoras. Es claro que hay en el mercado nuevos aparatos construídos especialmente para el cultivo de secano, tales como la Grada Parlín, de discos escotados, y la utilísima Acmé, que si bien realizan un trabajo más perfecto y adecuado, no son de utilización indispensable.

Concorrentes al banquete celebrado en el Hotel Suizo en homenaje al secretario jubilado del Ayuntamiento de Córdoba señor Varo Repiso.

Complemento de un cultivo apropiado a las exigencias climatológicas, es establecer una alternativa de cosechas cuya rotación exija menos agua que la factible de conservar y más se amolde a la riqueza nutritiva del suelo y a las necesidades de los mercados inmediatos. Pero, por desgracia, los grandes propietarios aún siguen imponiendo a los colonos un asolamiento determinado y por más arcaico, imposible de ser acoplado a ninguna alternativa racional.

La rotación trienal o al tercio, que es la más obligadamente empleada en esta provincia, requiere la sucesión de dos cereales y está, por tanto, en pugna, no ya sólo con las necesidades de nuestro clima, sino también con los más elementales principios agronómicos, para que el almacén nutritivo sea uniformemente aprovechado sin desproporciones, que siempre se traducen en cosechas estériles.

Quizá podríase, aún a base del actual asolamiento, establecer una alternativa de seis años, con sólo dividir en dos cada una de las tres hojas, y entonces adoptar la siguiente rotación: Primer año, barbecho limpio cultivado; segundo año, trigo; tercer año, leguminosa para grano; cuarto año, cebada; quinto año, leguminosa para forraje en verde o henificado; y sexto año, trigo. En esta alternativa se atiende a la necesidad de suceder cultivos de exigencias diferentes e incluso complementarios, resolviéndose a la vez la cuestión forrajera, que será siempre de esencialísima importancia para nuestros agricultores, y más mientras tanto no vengan al mercado motores mecánicos pequeños de satisfactorios resultados.

Para concluir, voy a concretar en conjunciones las reglas de cultivo que deben de ponerse en práctica, como remedio que contrarreste victoriosamente la sequía de Abril, que todos los años se cierne sobre nuestros labradores a modo de enemigo invencible, que unas veces se sacia agostando las sementeras, y que otras veces se aleja voluntariamente dejando recoger el legítimo premio a la vida de azares que sufre el labrador de secano.

Estimo, pues, que el sistema de cultivo en nuestra provincia, debe practicarse:

Primero. Dando una labor profunda antes de las lluvias otoñales y luego contínuas labores superficiales.

Segundo. Estableciendo alternativas de cosechas de exigencias compensadas; y

Tercero. Intercalando la rotación de un barbecho limpio bien cultivado, cuando más tarde cada seis años.

Rafael Ortega Contreras.

QUIJOTADAS

A mi antiguo compañero de colegio el vagabundo *D. Hipólito Pertusa*, autor de dramas y comedias (¡!)

Te recuerdo muy bien; allá en la escuela,
donde alegre corriera nuestra infancia,
no eras tonto, ni loco,
ni eras autor de nada;
eras ni más ni menos que un muchacho
que, a la par de otros muchos camaradas,
el camino emprendiste de la vida
llevando la mollera bien cerrada.
Y te juzgué un idiota,
que en la corriente humana
te dejaste llevar indiferente
sin sueños, ni ambiciones, ni esperanzas.
Y pasaron los años; yo, constante,
en mi afán de saber loco estudiaba
los astros que iluminan el espacio,
la hermosa historia de la madre patria,
los grandiosos secretos de la tierra
y a los buenos autores consultaba.
En vez de ser torero
o dominar con arte la baraja
estudié para dómine, Pertusa,
y mira, cosa extraña,
cuanto más avanzaba en mi carrera
tanto más se alejaba la pitanza,
que así lo quieren todos
los sabios gobernantes de la patria.
También me hice poeta
para mayor desgracia
y las musas me siguen sin descanso
y locas ellas en mi torno danzan.
Hoy que te vuelvo a ver, bien es que (hablemos
de todo aquello que en el mundo pasa.
Tú procuras el pan de cada día
para el zurrón que llevas a la espalda,
como la hormiga buscas
y así las horas de la vida pasas,
alegre y libre, sin pesar alguno,
sin los grandes temores del mañana.
Yo, mirando a la luna
espero... no se qué... tocando el arpa
y lloro necio le desdicha ajena
y busco el consonante que me falta
para en sus ocios deleitar al hombre
que hasta me niega luego la mirada;
así, como al quijote,
que se pasa la vida en *quijotadas*.
Bien es verdad que soy un señorito
de cuello, de bastón y de corbata
que a veces se codea con los *grandes*
y que estrecha sus manos enguantadas;
mientras que tú, descalzo,
los miras a distancia
y pisar no pudieras sin castigo
las vistosas alfombras de su estancia.
Pero en nada me envidies, ni te importe
esa altivez de la soberbia humana
y acércate, Pertusa,
que te voy a decir cuatro palabras,
hoy que la suerte quiso
juntarnos al final de la jornada.
¿Ves los surcos que tiene mi semblante..?
¿Mi cabellera blanca..?
¿Ves en mis ojos el reflejo exacto
de los grandes dolores de mi alma..?
¿Ves mi cuerpo cansado y macilento
y el temblor de mis manos descarnadas..?
¡Pues, esa sociedad de vicios llena
también lo ve con impasible calma
y en unión de otros pobres compañeros
me obligan a luchar con las desgracias..!
Y esquivos retirando
esas manos que dieron enguantadas,
¡desde las gradas del romano circo
que nos devoren el momento aguardan!
La ciencia del vivir has tú aprendido,
tú, vagabundo paria,
que huyendo vas del mundanal ruido
sin sueños, sin ambiciones, ni esperanzas.

Jesús Rodríguez Redondo.

ÁRBOLES PATRIOS

A mi ilustre amigo el director de los Jardines de los Niños, de Madrid.

La Mutualidad Escolar es algo así como el «árbol patrio», que tiene por tronco la escuela, quiero decir la educación, y por ramaje la previsión y el ahorro. Y si los árboles del bosque y de la llanura y de la montaña son sagrados porque moderan la furia de los vientos y templan los ardores caliginosos del verano y los fríos glaciales del invierno, y provocan con sus sombras y sus flores el murmurio de las fuentes y los cánticos amorosos de los pájaros, los «árboles patrios», denominados Mutualidades Escolares, son tanto o más sagrados que aquéllos, puesto que tienen por raigambre el altruísmo de los buenos, que son los socios protectores; por tronco, la escuela, que es la benemérita avanzada del porvenir; por ramaje, la previsión y el ahorro, y al cobijo de su sombra benéfica, los niños, que son los futuros hacedores de la patria.

M. Continente Lara.

SERENIDAD

Tengo un jardín en mi interior, florido,
donde es mi corazón el jardinero,
donde todas las rosas del olvido
se abren al sol del alma... Yo te espero
con la altivez de un príncipe, ceñido
con la corona de mi orgullo... Y, fiero,
te espera el corazón, como escondido
tigre que espera al paso del cordero.
Mis deseos de amor o mis locuras
son tigres de afiladas dentaduras,
de fieras zarpas y de instintos rojos.
Justo es, que de mi senda emigres,
que se pudieran descuidar mis ojos,
¡y te pudieran devorar mis tigres!

Alfonso Camín.

Boda de la bellísima señorita Rosario Gálvez y el joven hacendado don Ildefonso López Ramírez.

SOÑAR COMO QUERER

Hablando con Burell, el periodista ministro

Esta información, forjada en la fantasía del periodista, es un grito de indignación, ante el espectáculo triste de ese pobre dómine, a quien la ineducación popular conduce al homicidio.

El pobre maestro de Tetuán de las Victorias, escarnecido por sus convecinos, maltratado por la incultura, asediado por las necesidades y encarcelado por haber defendido su vida y la de su propia hija, es un símbolo en esta tierra de «pan y toros».

Injuriado, bestialmente injuriado por el abandono de los gobernantes y la incultura de muchos, el maestro, eterno blanco de nuestros desafueros, ha vivido atemorizado y medrosico en un rincón de nuestros presupuestos, sin energías para reclamar, ni esperanzas de redención.

Por eso queríamos oír la palabra del ilustre maestro de periodistas que hoy regentea la Instrucción nacional y allá fuímos en nuestros soñadores deseos.

——

Llenos de entusiasmo por estrechar la mano del ilustre paisano, subíamos por la anchurosa escalera del moderno palacio de Atocha. En el zaguán, el automóvil de conductor galoneado, nos anunciaba la estancia del ministro en su despacho.

Un cancerbero de más galones que cortesía, detiene nuestro paso.

—¿El señor Ministro?

—Puede usted pasar—y nos conduce a un salón espacioso, rodeado de divanes.

Allí, pacienzudamente, esperan los peticionarios, los legendarios pedigüeños españoles que confían más en la carta de recomendación que en la justicia oficial.

Todos ellos, engalanados con sus ropas domingueras y provistos de su correspondiente epístola, siguen esperando, esperando.

Por fin, el ministro aparece. D. Julio, sonriente, atento, va repartiendo apretones de manos, y mientras al oído de cada peticionario desliza frases de esperanza, cortésmente les empuja hacia la puerta, los despacha con una sonrisa, con una palabra de cariño.

Por fin nos llega el turno. El ministro estrecha nuestras manos efusivamente y con una voz estruendosa de bajo, que pone de manifiesto la energía de sus pulmones, nos dice:

—Luego; en casa les espero.

——

Estamos sentados en un despacho elegantísimo. De las paredes penden dos soberbios tapices representando escenas mitológicas. Nuestra vista curiosa, escudriñadora, busca, en vano, los títulos académicos del ministro, tan usuales en los despachos. Se conoce que Burell huye de estas ostentaciones.

De pronto nos fijamos con verdadera emoción en un objeto. Es la pluma brillante del maestro, la que escri-

bió «Cristo en Fornos», la que, siempre joven y lozana, nos recuerda los artículos batalladores de «El Progreso», los del «Nuevo Heraldo» y los de la Sociedad Editorial después, y en todas ocasiones hermosa, educadora, combatiendo todas las demasías sociales. ¡Qué mayor título! ¡Qué mayor garantía para la cultura de nuestro pueblo!

—Sí, amigos míos—, nos dice Burell con toda la sinceridad de un convencido; es necesario, es indispensable que la enseñanza sea obligatoria. Hay que arrancar presas al presidio para lanzarlas al taller con cultura; hay que hacer patria, enseñando el camino de la escuela.

Me preocupa la fijación de un sueldo digno del maestro. Aunque hemos adelantado algo, no es mucho; hay que hacer más. Hay que pagar bien para que se pueda exigir con rigor.

Ante todo, la enseñanza. Así lo he dicho á mis compañeros. Y o consigo lo que quiero o me voy a mi casa.

Sentíamos ya la última afirmación rotunda:

En este plan de regeneración nacional, si mis compañeros de Gabinete no me ayudan a realizarlo, yo lo impondré con mi pluma.

——

En este momento despierto; restriego con fuerza mis ojos: Señor, ¿será todo ello nada más que un sueño?

P. León.

PELÍCULAS DEL NATURAL

Seguramente que la casa cinematográfica Segre Film—aquella que, en una memorable campaña de cinematografía y prensa, a un tiempo mismo, impresionó unas cintas tan interesantes que aún no se ha atrevido a darlas a luz en Córdoba—no ha tenido noticia del argumento tan típico y sugestivo que para una proyección ofrece la plaza de las Tendillas en días de lluvia.

Nosotros, con la mar de pena, vertiendo lágrimas más grandes que los goterones con que la lluvia nos obsequiaba, hasta calarnos más las íntimas intenciones, presenciamos el siguiente cuadro no hace muchas noches.

El agua se extendía hasta unos cuatro metros, próximamente, por la ancha plaza, distancia que no todos los cristianos podemos saltar fácilmente, aunque se tenga el estómago más ligero que un empleado de seis mil reales.

Para vadear aquel arroyo, habíase colocado un pontón o borriquete, por el que el público pasaba con toda clase de dificultades y precauciones.

A un lado y otro del improvisado puente, se agrupaban los transeuntes, para tomar turno. De vez en vez surgían conversaciones como las que transcribimos a continuación:

—Oiga, guardia, ¡que llevo aquí media hora y no me dejan pasar!

—¡Como no quiera usted que me convierta en buzo y lo pase en brazos, y eso no lo hago yo aun cuando me dejaran cesante mañana mismo!

—¡A ver, señores, si no se abusa del pontón, que todos somos hijos de Dios y el que más y el que menos paga su cédula correspondiente!

—¡Qué vergüenza!—gritaba un señor de clases pasivas—¡que esto ocurra en Córdoba! ¡Si levantase la cabeza el primer ministro de Abderrhamán, con lo mal que le sentaba la humedad!

—¡Y esa Prensa!—añadía otro señor, que llevaba un impermeable del Aguila.—Sin duda que no d rá mañana que, entre las personas que esperaban turno en el puente nuevo, me encontraba yo, única forma de justificar este contratiempo ante mi suegra! ¡Vaya una prensa!

—¡Señores, agárrense! ¡Cuidado con el pontón, que viene el agua de la presa, según dice éste!

—He dicho la Prensa, so... percebe.

—Deme usted la mano, señora, que, si no, le amanece esperando turno... ¡Decídase, que soy de cuota!

—No abuse, caballero, que con esto del agua se va usted escurriendo demasiado.

—¡Que venga el 42 y nos auxilie!

—¡No, morteros, no! ¡Almireces, tampoco!

—Señora, si es el guardia número 42, que viene por la corriente abajo.

—Mire, *señá* Elisa, llevo aquí dos horas y aún no he podido vadear este río; y no lo siento por mí, no; lo siento por mi señorita, que no podrá comer el pescado hasta que no regrese del teatro. ¡Si yo fuese concejal! ¡Si yo mandase!

—¡*Pos* te pones tú poco *enfadá*! Díle a tu señorita que te compre una canoa automueble para estos días de agua.

—Cierre ese paraguas, pollo, que ya no llueve y nos molesta; y, sobre todo, quítele esa coronilla, que hace muy poco juego con ese brillante que lleva en la corbata.

—Yo les complacería, señores, pero no puedo, porque se le ha hinchado el palo desde que estoy aquí; y no se rían ustedes, porque soy capaz de degollar a uno aunque se meta debajo del pontón.

—¡Qué guapo!

—¡Poquito chungueo, que estoy decidido a todo!

—¡Pero, déjalo, Rafaé! Lo que era preciso es que nos degollara a todos, y con eso no veríamos este espectáculo hidráulico.

—*¡Haiga* paz, señores!—decía un guardia al del paraguas, que vestía traje de lanilla dulce.

— ¡Que no me toque usted, guardia, en el traje, que lleva los guantes mojados, y mancha.

Con diálogos como estos, podríamos llenar todas las páginas de esta revista. Verdaderamente, es lamentable que ocurra esto en una población como Córdoba, pero también es imperdonable que, a un hombre como el actual alcalde, decidido y emprendedor, se le pongan obstáculos para desarrollar su programa, porque entonces nos preguntamos que quién será el culpable, si el pueblo o el municipio. Porque no cabe duda de que, para evitar este cuadro, que tan mal dice de nuestra hospitalaria ciudad, se necesitan otros ingresos que no sean los ordinarios y para ello es indispensable que, todos unidos, actuando únicamente a título de cordobeses, estemos al lado de ese hombre, alentándolo para que sus proyectos se realicen. Si no hacemos esto, ¿con qué derecho podemos quejarnos de que Córdoba se encuentre como está?

Francisco Quesada.

La Asamblea provincial cordobesa de secretarios de Ayuntamiento.—En pie: Don José Moreno, de Aguilar; don Antonio Reina, de Puente Genil; don Rafael Jiménez Núñez, de Espiel; don Tomás Rojas, de Pedroche; don Juan Sánchez, de Torrecampo; don Antonio Rueda, de Monturque; don Manuel Castro, de Pueblonuevo del Terrible; don José Murillo, de Belalcázar; don Luís Marín, de Guadalcázar; don José Ruíz, de Villaviciosa; don Juan M. de Toro, de Villa del Río, don Paulino Fernández Baena, de Luque; don Ladislao Ocaña, de Conquista; don Amadeo García, de Espejo; don Julián Rodríguez, de Villanueva del Duque; don Antonio Plasencia Domínguez, de Benamejí; don Fernando Torres, de Fernán Núñez; don Francisco Cubero, de Nueva Carteya; don Agustín Pérez, de Montalbán; don Narciso Ortiz, de Santaella. Sentados: don Juan Osuna, de Castro del Río; don Antonio Gómez Coronado, de Hinojosa del Duque; don Joaquín Mora, de Cabra; don José Carretero, de Córdoba; don Manuel Varo Repiso, secretario jubilado del Ayuntamiento de Córdoba y presidente de la Asamblea; don José Alvarez Domínguez, de Lucena; don Carlos Torres, de Rute; don Gabriel Escribano, de la Rambla, y don Sebastián Romero, de Montoro.

Los detractores de Colón

Ha sido Colón, sin género de duda, uno de los personajes más discutido de la historia. No merecía menos quien realizó la más alta empresa que han visto los mundos.

Díjose del almirante que sus ideas no fueron originales. A ello contestó Vidart diciendo que la originalidad en lo humano consiste, no precisamente en la absoluta novedad del pensamiento, sino en el lugar que ocupan y en la forma con que se enlazan las ideas, ya para constituir un sistema científico, ya para dar vida a una creación artística, ya para producir un hecho material. Aunque no fué Colón—sigue diciendo Vidart—el autor de un proyecto de navegación y descubrimientos geográficos que careciese por completo de precedentes en los libros ni en el pensamiento de sus contemporáneos, es lo cierto que sus ideas constituían un sistema completo que le permitió afirmar con científico convecimiento lo que hasta entonces sólo había sido sueño en la mente de los viajeros y esperanza de lucro en los cálculos de los políticos y de los navegantes.

Otra de las ideas lanzadas con propósitos de restar gloria al genovés, fué la de afirmar que éste jamás pretendió descubrir tierra americana, que por casualidad le salió al paso, sino únicamente buscar un nuevo camino para las Indias orientales.

A tal acusación contestó hace años el sabio don José Echegaray, recientemente fallecido, con estas o parecidas palabras:

«El mayor elogio que de Colón puede hacerse, es acusarle de no haberse propuesto descubrir el Nuevo Mundo, sino buscar la ruta de las Indias orientales.

Una empresa atrevidísima pero vulgar se ha convertido, pues, en una empresa sublime y de fama imperecedera.

Para lo primero, para descubrir nuevas tierras, sólo se necesita mucho corazón, y corazón de navegante, con buena suerte, por añadidura.

Para lo segundo, para lo que

pretendía Colón, se necesitaba por entonces ser lo que el inmortal genovés era: un genio.

Para lo primero cualquiera de sus heroicos compañeros era bastante.

Para lo segundo, sólo hubo uno, que fué Colón.

Sus contemporáneos infundieron en él el espíritu universal de la época; él puso con su individualismo sublime lo que ninguno de ellos tenía para el caso: esa centella divina que sólo viene a chascar con ángulos de fuego en cerebros que Dios ensancha hasta llenar todo un mundo o todo un cielo.

Mirar hacia adelante; ver un mar sin límites, que se pierde en un horizonte misterioso, y meterse mar adentro hacia lo desconocido a ver si se tropieza con algún continente, supone, a no dudarlo, grandes energías: el navegante que tal empresa acomete es un héroe, que allá va a reñir batallas con lo desconocido: abismos y tempestades le esperan, y él, en unos mal encajados tablones, embiste contra olas y tormentas: con doble y triple plancha de acero es preciso tener forrado el corazón, como dice el poeta, para acometer tales aventuras. Pero nada mas; ¡una líquida planicie, mucho valor y hacia adelante!

En esto Colón tendría muchos rivales: cada uno de sus compañeros lo fué.

Con tierra firme tropezó su carabela, como hubiera tropezado la de otro cualquier navegante español o portugés: la de Pinzón, por ejemplo. Pero no es esto.

Buscar camino para las Indias orientales, *volviendo la espalda a las Indias mismas* y alejándose de ellas; mirarlas en dirección contraria, *encorvando* el pensamiento, la voluntad y el deseo alrededor de todo un mundo con el ceñidor sublime de una idea que abarcaba un planeta cuyo tamaño se desconocía: decir «yo iré a Oriente caminando hacia Occidente», esto es lo maravilloso, lo estupendo, lo que constituye la verdadera gloria del prodigioso genovés: sí, que al pensar esto se siente el escalofrío de lo infinito.

José Rey Díaz.

Los dependientes de Comercio y el gobernador civil.

En una muy atenta carta, la que no reproducimos por estar redactada en los términos de la mayor benevolencia para la modesta labor que este periódico realiza, el digno gobernador civil don Agustín de la Serna, siempre dispuesto al cumplimiento del deber, nos manifiesta que, atendiendo la campaña que en estas columnas vienen realizando don Antonio Tirado y don Rogelio Luque Díaz en favor de la dependencia mercantil, espera que se le manifieste quiénes son los dueños de establecimientos de comercio que no cumplen la ley de descanso dominical, para que les sean impuestos los correctivos correspondientes a las faltas en que hayan incurrido.

Muy reconocidamente damos las gracias al caballeroso gobernador civil señor la Serna por sus atenciones y, aplaudiendo su recta actitud, damos cuenta de ella a la Unión de Dependientes de Comercio para que, con sus informes precisos y concretos, se acabe de imponer en todo su vigor el cumplimiento de la ley del descanso dominical.

IMPRENTA MODERNA

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65 pesetas	Una columna central en el texto,			20 pesetas
3.ª id. id. . . .	50 »	Media	id.	id.	10 »
4.ª id. id. . . .	75 »	Un cuarto	id.	id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea			0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

El prestigioso labrador de Córdoba don José López Serrano, que se viene ocupando en la magna obra de parcelar importantes cortijos de Andalucía entre familias campesinas de toda la región.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65	pesetas
3.ª id. id. . . .	50	»
4.ª id. id. . . .	75	»
Esta sección se divide en cuatro partes.		
Una columna central en el texto,	20	pesetas
Media id. id. id.	10	»
Un cuarto id. id.	5	»
La línea	0'25	»

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago delantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 18 de Noviembre de 1916 | NÚM. 14

Córdoba, ideal de Córdoba

Para la muy interesante revista semanal CÓRDOBA.

Es frecuente que en los trabajos de los escritores, cuando ellos determinan alguna cantidad o algún orden de acción respecto de un pueblo, se hallen indicados, por la misma expresión literaria de los trabajos, los estados históricos o los de vida ordinaria y corriente de la ciudad que observaron.

No son de un día los modestos estudios y obras que he dedicado a Córdoba. Y, porque el tiempo en que se realizaron se divide en dos períodos, separados por tres lustros, puedo comparar, en las notas que hice acerca de la cultura cordobesa del presente, el movimiento y las iniciativas de hoy con el estacionamiento de ayer.

El primer trabajo que dediqué a Córdoba fué en 1894. Resultado de las observaciones en mis visitas al imperecedero antiguo centro del Califa de Occidente, con el pseudónimo de Ibn Aljand escribí *En la Qobba de El Mansur* (*Visión cordobesa*), que «La Unión» de la misma ciudad publicó en los días 16, 17 y 18 de Julio, resultando en la moraleja de la fábula el marasmo general de la vida y del espíritu cordobeses de aquellos días.

En 1895 hice una reunión de datos, con destino a la Córdoba Tradicional, colección de leyendas y tradiciones, que en tres o cuatro tomos pensó hacer mi pariente político don Ventura Reyes Corradi, con la colaboración de literatos y poetas cordobeses, de los que solamente se imprimieron, en La Industrial, calle de Jesús María, 8, las dos primeras entregas con treinta y dos páginas, uno de cuyos ejemplares conservo. La reunión de datos que hice, para ser incluídos en los *Preliminares históricos*, alcanzaba desde los tiempos protohistóricos hasta la edad media; pero los originales que se prepararon se han perdido.

Del libro histórico-crítico *La Montaña de los Angeles*, de Hornachuelos, lugar y leyenda del famoso drama «Don Alvaro o la fuerza del sino», del insigne Duque de Rivas, libro que publiqué en 1896, hicieron bondadosos elogios en 5 y 6 de Enero del año siguiente, el «Diario de Córdoba» y »La Mañana», fijándose preferentemente en el interés de su referencia a una de las más famosas tradiciones cordobesas, estudiada en el género de monografías, y en la circunstancia de haberse producido aquella investigación por el esfuerzo de un escritor que no era cordobés.

Niños de Córdoba.—José Herrera Gómez, hijo del profesor veterinario don Carlos Herrera Sánchez.

Transcurrieron los años. En las esferas del deseo y de las ideas comenzaron en Córdoba los movimientos antecesores de marchas y de transformaciones. La nueva vida cordobesa empecé a verla cuando volví a ella en 1910. El día 9 de Abril dí en el Círculo del Gran Capitán una conferencia acerca de *El ogro y la fenomenología*, que extractaron al día siguiente «La Opinión» y «Córdoba Nueva». Y en Agosto del mismo año publiqué el *Prontuario del viajero en Córdoba*, con plano colorido e indicador de la ciudad, y noticias, en cuatro idiomas, de sus más importantes monumentos y obras artísticas, del que se ocuparon en los días 6, 8 y 11 los periódicos el «Diario de Córdoba», «La Opinión», el «Diario de Avisos», «El Defensor de Córdoba» y «Córdoba Nueva».

El ciclo de pensamientos relativos a la histórica cuna de los patricios y de los califas hispánicos, en la medida de mis humildes ideas, lo completé el día 2 de Abril de 1914, en la conferencia *Acerca del porvenir de Córdoba* que pronuncié en el Liceo Artístico y Literario; siendo, la indicación de iniciativas y de trabajos, que expuse, acogida bondadosamente por el ilustrado auditorio y por los periódicos el «Diario de Córdoba» y el «Diario Liberal». Y más todavía: el primero de los diarios nombrados, en varios días de la última decena de Enero de 1916, reprodujo una extensa y completa exposición de la dicha conferencia, la antigua urbanización, el presente movimiento, la urbanización moderna, la nueva población, la vía fluvial, los ensanches en lo histórico, la ornamentación en lo nuevo; y desde entonces el dicho «Diario de Córdoba» continuó su propósito de abogar por el renacimiento cordobés en calurosos artículos de saneamiento urbano, presente y porvenir de la población, los males de un centro artificioso, la Mezquita y sus jardines, el jardín del Triunfo, el jardín ideal de la ronda de Isasa, bordeando el río y

al pie de la Mezquita, y otros asuntos de la vida y del Arte de la futura Córdoba.

Y en una reunión, en el café Suizo, el día 15 de Mayo de 1916, compuesta de escritores, artistas y amantes del progreso de Córdoba, aún no siendo cordobeses la mayor parte de ellos, tuve la satisfacción de aplaudir el propósito de un defensor de Córdoba, el teniente de alcalde don Manuel de Lama y Pérez, de llevar, como lo hizo al próximo inmediato cabildo, el "Proyecto de Reformas" de embellecimiento de la zona del Puente y del Triunfo, que recibieron con aplauso el Municipio y la opinión pública; de instar a Pedro Moro,(*) un representante del espíritu presente renovador de la juventud culta andaluza, para que realizase su fórmula «Córdoba, ideal de Córdoba», que ha encarnado en esta revista tan interesante y a la cual deseo muchas prosperidades; y de repetir mi sincero estímulo a don Ricardo de Montis, en quien se resume medio siglo de la vida literaria cordobesa, para que haga, como lo está realizando, un «sumario de la cultura de Córdoba», ideal de su patria, a fin de que, unido con el humilde esbozo que yo hice de Sevilla, sirvieran de acicate a las demás capitales andaluzas para presentar los suyos, y que constituyan todos reunidos una especie de diadema literaria de Andalucía, en el presente comenzado impulso de su renacimiento.

Alejandro Guichot.

(*) Don Eugenio García Nielfa.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

ORACIÓN A LA ESCUELA

La Esuela, el sitio, el taller donde, dándoles la verdad, se modelan los espíritus de los futuros hacedores de la Patria, es tanto o más sagrado que la cuna del recién nacido y que la tumba de nuestros abuelos.

¡Taller de ciudadanos! ¡Templo donde se elabora la felicidad de las naciones! ¡Sagrada institución! ¡Benemérita avanzada del porvenir! ¡Luz espléndida! ¡Bendita seas y benditos los pueblos iluminados con tus benéficos rayos!

Tú eres la extirpadora del cáncer de la ignorancia, que es madre de la esclavitud y abuela del crimen. Tú eres el laurel de los pueblos y la encargada de incrustar en los cerebros informes la semilla de la verdad, para que en ellos arraigue y germine y florezca, y al arrojar sus frutos, lo haga mirando al Oriente y encauzando su ramaje por las vías del progreso. Contigo, sobran las leyes y repugnan los máusers. Sin tí, la educación es un mito y la instrucción una nave sin piloto. Tú, escuela, ya no eres el *phronti serion* de Aristófanes, ni el *ludus literarius* de los latinos, ni el *schóle* de los antiguos griegos: eres sabiduría, fe, trabajo: la primer palanca del mundo y fiel indicador de la cultura de los países. Tú, escuela, como la cuna del recién nacido, eres sagrada y eres inviolable.

¡Bendita seas, fiadora del porvenir de la Patria, luz espléndida! Bendita seas.

M. Continente Lara.
Maestro Normal.

LA SIERRA DE CÓRDOBA

La glorificación de las Sierras con cuentos, fábulas, tradiciones, recuerdos peremiológicos y otros aspectos mil, es la cantinela universal de todas las comarcas abruptas.

Las Sierras son asilo de ninfas y nereidas, de silvos y de faunos. Las Sierras son el nido y la cuna de las nacionalidades y los pueblos. Las Sierras son escabeles que Dios puso en la tierra para permitirnos que nos acercáramos al cielo.

Y si esto sucede en países de otras latitudes, estériles y frías, ¿qué diríamos de las Sierras andaluzas y, sobre todo, de la Sierra de Córdoba, tan maravillosa en sus diversos aspectos y en la que los campos de rosales silvestres hacen de su lecho una no soñada *antesala del Paraíso*.

Nosotros, pequeños y desconocidos, iremos oteando sus rincones con el sagrado fervor que merecen las Sierras glorificadas y daremos ligeras impresiones, especialmente gráficas, de esta Sierra, en la que la Naturaleza esplende sus dones, y de la que los griegos hicieran su Hesperia, el Jardín de las Hespérides, y los árabes un inmenso ramillete de flores.

Hoy damos unos aspectos de ella, bien conocidos y que, *sorprendidos* por el objetivo, parecen más bien quebradas norteñas, de exuberante vegetación estival y abundantes arroyos, quietos y tranquilos. No damos mayores seguridades, porque los cordobeses conocen bien estos lugares predilectos de sus *peroles* domingueros, y que son una faceta de las hermosamente multiformes con que se efrece al paseante la Sierra de Córdoba.

Los Maestrantes de las Sierras.

La Sierra de Córdoba.—El Arroyo de Pedroches

Los dependientes en el Instituto

¡Córdoba se regenera! Esta bella expresión que por algunos será calificada de ridícula pretensión, va entrando en vías de efectividad. Ya Córdoba comienza a huir de la taberna y de los toros y de los prostíbulos, y camina silenciosa y queda tras la búsqueda de su regeneración, alentada por las vigorosas potencialidades de naciente cultura. Ya Córdoba siente las pandiculaciones del despertar tras un sueño prolongado y se arroja del lecho de la inercia buscando la luz del siglo XX.

Reuniones públicas pidiendo solución a los graves problemas económico - sociales, epidémicos a veces, endémicos siempre; conferencias, paseos científicos... cultura, en una palabra. Pronto, muy pronto en Córdoba la librería no será una industria exótica; el libro no será un objeto extraño. Búscanse ideas, comiénzase a pensar. Estamos en la hora de la regeneración: el cerebro cordobés lucha ya contra la médula y su victoria colúmbrase próxima; Córdoba vuelve a la vida, la más grande, la vida cerebral.

La Unión de Dependientes de Comercio, esta simpática Asociación, integrada por jóvenes de voluntad, bañados por los efluvios divinos de los grandes ideales, después de haber pasado mucho tiempo saboreando las trágicas amarguras de la soledad intelectual, no apetecida, sino obligada, impuesta por las exigencias del cuotidiano vivir, ha sentido, más que otra alguna casta social, la necesidad de asomarse al mundo de lo justo, verdadero y bello, aunque sólo fuese a través del angosto ventanillo cerebral de algunos cordobeses amantes de la cultura, y ya en el camino no se conformaron con la exígua luz que hasta ellos llegase, sino que la han perseguido y buscado, hallándola al fin, con resplandores de aurora, prodigiosamente alimentada por un noble cordobés, tan modesto como culto, D. Rafael Vázquez Aroca.

A oir su sencilla y bella palabra acudieron el domingo, en gran número, los dependientes, y admirados y convencidos hubieron de quedar al ver cómo, con su fácil elocuencia de práctico pedagogo, facilitábales el acceso al para ellos mundo misterioso de la física y de la química.

No son dos horas tiempo bastante para iniciar al profano en tan complejas ciencias, pero sí consiguió su temperamento de maestro hacerles comprender que no es su estudio labor de brujería, sino de observación y experimentación, de hechos demostrados y demostrables, gérmenes del único posible progreso; fuentes aquellas del saber, del alto

saber que, corriendo por las canales de la razón, ha de conducir a la única verdad.

Y con el rompe-vejigas y los hemisferios de Magdeburgo demostró la efectividad de la presión atmosférica, equivalente a un kilo por c. c. de superficie, lo que supone para el hombre sobre su piel un peso de 14 a 17.000 kilos, contrarrestados gracias a la resistencia y presión excéntrica de los diversos tejidos y líquidos interiores. Y así mismo su resistencia con el tubo de Newton, pues en él, hecho el vacío, caen con igual velocidad, por la sola acción de la gravedad, un trozo de algodón, otro de corcho y otro de plomo.

Çon el anillo de Gravessande probó la dilatación que experimentan los cuerpos sólidos por la acción del calor.¡Principio de gran trascendencia social y económica. Patentizó el error, muy corriente, de creer que lo blanco es un color, mediante el disco de Newton, que dividido en porciones, cada una con uno de los colores del espectro solar, arco iris, da la impresión blanca con sólo hacerlo girar; así como las distintas combinaciones de colores simples; conocimientos utilísimos en arte pictórico, tintorería, etc.

Y penetrando de lleno en el terreno de la electricidad, usando unas veces corrientes de alta frecuencia y alta tensión, alternativas otras y produciendo electricidad estática por último, determinó la incandescencia y fusión de un alambre de acero; la incandescencia de ciertos gases encerrados en tuvos de Geissler, directamente o a través del cuerpo humano; fenómenos magnéticos con gran desarrollo de calor; descomposición del agua en sus dos elementos componentes gaseosos, oxígeno e hidrógeno, invisibles por sí, pero evidentes, con la sola observación de que en la doble campana no desciende el agua por igual, sino la mitad más en una de ellas, la que corresponde al oxígeno, gas que integra el agua en doble proporción que el otro; y descarga de gran cantidad de energía, almacenada en una botella de Leyden, a través de una larga cadena de espectadores.

Y dando, por último, instructivo paseo a través de la química, obtuvo con cinc y ácido sulfúrico el gas hidrógeno, inflamable, de llama poco viva pero de tal temperatura, que rápidamente fundió un alambre de acero; realizó la síntesis del agua, con la sola combustión del hidrógeno; demostró las grandes propiedades comburentes del oxígeno, determinando la incandescencia de una cerilla, madera, llesca y la combustión de alambres de hierro.

Verificó experiencias con el potasio, metaloide blando, poco pesado, rápidamente inflamable al sólo contacto con el agua; fenómeno curioso, totalmente opuesto a lo vulgarmente admitido de que el agua apaga el fuego, pues aquí lo produce.

Por el procedimiento de un catedrático español, Sáez Díaz, obtuvo ozono, gas muy oxidante que produce llama al sólo contacto con el alcohol. Y terminó con el original experimento, ideado por él, para la obtención de la amalgama de amonio, muy difícil de conseguir por los procecimientos clásicos, por su gran poder explosivo, y sencillísima gracias a él, por la sola mezcla del mercurio y sodio, depositada en un trozo de sal amoniaco: fórmase cloruro de sodio, (sal común) y la amalgama de amonio.

Satisfechísimos quedaron los dependientes de comercio y deseosos de repetir la sesión. Sirva este sólo hecho de orgullo al cultísimo y modesto catedratico de Física del Instituto, don Rafael Vázquez Aroca.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

LA VIDA LOCAL

La casi totalidad de los servicios de enseñanza y obras públicas tienen una naturaleza profundamente local, y en todo país en que hay una vida municipal robusta el Estado no hace más que estimular y auxiliar sus iniciativas, porque esas son obras de naturaleza, de esencia local En España nos encontramos con que el Estado que ha matado la vida local española, hoy tiene que suplirla, y esto es dificilísimo; porque sin esos concursos ¿cómo se va a establecer una base equitativa de reparto? Con una vida municipal robusta, el Estado dice a los Municipios: «Haced tales esfuerzos, yo os ayudaré con tales concursos»; pero desde el momento en que el Estado ha de ser limosnero, claro es que todas esas reformas pierden la eficacia pedagógica de cultura ciudadana, de estímulo de las iniciativas locales; al contrario, acostumbran a los españoles a la pereza, a la incuria, a no hacer nada, a esperarlo todo del Estado.

Se preocupa el ministro de Instrucción pública, señor Burell, de que tengan Escuelas todos los españoles; conveniente es, pero tal como lo proyecta ocurrirá lo siguiente: hay pueblos españoles, celosos de su cultura y de su prestigio, que, haciendo un grandísimo sacrificio, han construído edificios para sus Escuelas, y hoy verán que al pueblo vecino, cuyo campanario miran, mal gobernado, mal dirigido por gentes indoctas, que no han querido Escuelas y que han apaleado al maestro, a ese el Estado le construye una Escuela mejor que la que ellos tienen.

La situación en que se encuentran los gobernantes es trágica; han matado la vida local, y hoy, en la obra de reconstitución que quieren emprender, por medio del presupuesto extraordinario presentado a las Cortes, realmente les falta el colaborador obligado. Es como el amo que matase de hambre a sus criados, y, llegado el día en que tuviera que solicitar su concurso y su esfuerzo para defenderle, se encontrase con que los brazos que habían de ayudarle no podían levantarse. Eso es lo que les ocurre. Para remediarlo, deben fomentar la vida local, crear vida local, no hacer limosna; prestar concurso a las iniciativas locales, porque los pueblos, como los individuos, lo que reciben de regalo no lo estiman tanto como lo que se procuran con su esfuerzo. Es el jornal lo que hay que dar, no la limosna, y lo que ellos dan es la limsona.

Ocurre con la vida local, que se habla de ella en el Parlamento y, cuando en todas partes de la Cámara se le dedican endechas y recuerdos cariñosos, se la está quebrantando aquellos mismos días; y mientras el ministro de Hacienda señor Alba dice que la vida social tiene que remediarse y que él iba a remediarla, redactaba proyectos en cada uno de los cuales hay ua atentado a la vida local.

El cariño que el Estado demuestra a la vida local, me recuerda algo que en Barcelona hizo un banquero millonario. Tenía un secretario que cumplió los sesenta años de edad, coincidiendo con los cincuenta de estar a su servicio. El banquero le llamó, le abrazó y le dijo que quería darle una prueba de cariño, y añadió: «Hasta ahora te he dado 60 duros de sueldo, desde mañaua te daré 50. Esto te hará un gran bien; porque a tu edad es conveniente una vida más austera y comer poco. Ese es el tratamiento que los gobernantes dan a la vida local española siempre que van a favorecerla, y no pueden hacer otra cosa.

A veces, hablando se pronuncian en favor de la vida local, pero en el ejercicio de su función de Gobierno habla su temperamento y la atacan. Yo tengo la seguridad de que rechazan todas las peticiones de autonomía de Cataluña, no por disgustar a Cataluña, ni por antipatía a Cataluña, sino porque les sale del alma. Si viniera la petición de cualquier otro sitio, quizá le darían una satisfacción con sus palabras, pero no con sus hechos.

Francisco de A. Cambó.

La Sierra de Córdoba.—El Puente de Hierro

DEL AMBIENTE DE CÓRDOBA

ILUSTRE POBREZA

¡Alabado sea Dios, que así altera las cosas en tan mezquino tiempo! ¿Qué algarabía es esta, que se nos cuela entre las rendijas del balcón? ¿Qué concierto ruidoso se atrave a soliviantar la calle, de suyo perennemente silenciosa?

Porque la calleja es pintoresca y solitaria. Se desenvuelve junto a una antigua iglesia, cuya portada posterior, de clásico estilo mudéjar, se aparece de frente a un extremo de ella. En esta calleja, angosta y enlosada, hay hasta siete rincones. Siete veces ha, el transeunte, de doblar la calle y siete tabernas le incitan, con el fresco patio poblado de macetas, a gustar la emoción del buen vino. Hay también un estanco y un portalillo umbroso en cuya puerta penden, balanceadas al viento, dos bacías de reluciente cobre.

Como el fígaro flamenco que regenta el establecimiento es gran tañedor de guitarra, muchas tardes, a la hora póstuma en que la luz se disuelve en el crepúsculo, las notas dolientes de la guitarra se extienden sedantes y ambiguas por los recodos de la calle. Es una música que rima con la serenidad del ambiente, sin llegar a romper el misterio de la hora.

—

Mas hoy, a la del medio día, cuando un fúlgido sol descendía por las fachadas de vivos colores, unos graves artistas silenciosos, llegaron a la calle; desenfundaron una guitara y una bandurria, tiraron de violín y arco, por añadidura, y luego de buscar acomodo en un asiento portatil, atacaron con inusitado brío un «Campanone» diabólico.

¡Y cómo gime el violín en la estrechez de la calleja! Diríase que sus notas se ahogaban entre las paredes y confusas escapaban hacia los aleros morunos

de los tejados. Al insólito despertar de la música, el fígaro, embutido en su larga y ceñida blusa, sale al centro de la calle; abandona su cuchitril un zapatero remendón que mira, boquiabierto, por encima de los lentes, y tras los cristales de una reja, que alegran los tiestos, una cabeza femenina, de negros cabellos, curiosea la calle, ocultándose tras el visillo con recato moruno.

Un vals lento, arrastra ahora sus cadencias, y en las doloridas lamentaciones del violín, parece que suspira la miseria de los músicos.

¡Músicos ambulantes; ilustre pobreza que avanza siempre entre el blanquear polvoriento del camino, hacia las aldeas y las ciudades! Estoicos por su misión, plañen indiferentes su viejo repertorio bajo el sol de todos los cielos. Poco importa que, en el violín, las notas se rocen y los agudos expiren al nacer. Toda noción de arte, como todo anhelo de gloria, ha muerto en ellos. El sentimiento no asoma a los ojos, porque acaso sean ojos vacíos, pupilas sin luz; y el exceso de los pesares—por el hambre, por la vida y por el arte—ha anestesiado el corazón, como el exceso de dolor anestesia la carne.

La poesía está en ellos. Flores de romanticismo que abatieron los desolados vientos de la fatalidad, se arrastran hoy deponiendo su ambición y su orgullo a las plantas del primer transeunte que les arroje una limosna.

Y así, en la lucha por la vida, van perdiendo, día tras día, su juventud y su arte.

—

Con el sol, los músicos se alejan de la calleja. Ha vuelto a renacer el silencio, la paz beatífica que apenas logra rasgar el sentimentalismo de la guitarra en manos del fígaro.

Los músicos se alejan bajo el peso de su infortunio. Cruzarán tierras y ciudades, siempre con su diabólico «Campanone», el vals lamentador y «El anillo de hierro», y quién sabe si, un día lejano, en la angostura de una calleja toledana, hermana en belleza a estas silenciosas callejas cordobesas, tendrán un recuerdo para esta, estrecha, desolada y silenciosa, donde hay hasta siete revueltas, siete tabernas, un zapatero remendón y un fígaro flamenco que discute de toros y apunta en la guitarra unas tarantas, con cambio por martinete...

A. Fernádez Fenoy.

Las enseñanzas de la Escuela de Ganadería

La labor didáctica de la Escuela de Ganadería de Córdoba, es la que, principalmente, ofrece mayor interés y presenta mayores éxitos en el porvenir de la comarca.

La orientación ganadera de Andalucía está bien encaminada. Será preciso esperar la transformación de nuestra Agricultura, para intensificar los procedimientos de explotación de aquella. Pero el problema cultural de nuestra población rural que a esta explotación se dedica, está por iniciar. Es el problema, hábilmente delineado por el actual director de Agricultura, señor D'Angelo, que cifra la regeneración agraria nacional en la instrucción de las clases agrarias que viven en el campo.

La Escuela de Ganadería de Córdoba, sería, pues, como tenemos dicho, una Escuela técnica o de perfeccionamiento, en la que se instruyese y especializase a los obreros ganaderos en el conocimiento y explotación de las artes y prácticas de la Ganadería e industrias animales.

Las enseñanzas que en la misma se dieran, se distribuirían en los cursos siguientes:

Cursos para mayorales.—Estos cursos pondrían a los obreros en condiciones de regir por sí una explotación de ganados. La duración de cuatro meses, sería suficiente para instruir, sin especialización en culturas animales determinadas, a los futuros peritos ganaderos.

Los conocimientos necesarios para adquirir este grado, se contienen en las siguientes materias: «Nociones de Anatomía y Fisiología animales y prácticas de Hi-

giene», «Alimentación», «Enfermedades y curas» y «Exterior y Nociones de Zootecnia», con ideas sobre procedimientos de Contabilidad rural.

Las especializaciones en las explotaciones de las diversas especies ganaderas, requieren un plan de conocimientos que duraría un año completo.

Cursos especiales.—Los Cursos especiales de la Escuela de Ganadería, de duración variable, según las materias, pondrían a quienes los siguiesen, en posesión de los títulos de «Técnico industrial en Industrias lecheras», «Avicultura», «Sericicultura» y «Apicultura». Sobre ellas, de tan vital interés todas, hemos hablado particularmente, e insistiremos en breve.

Cursos breves.—Estos Cursos consisten en prácticas de diversas operaciones ganaderas, que serían ejecutadas por cuantos obreros las solicitasen.

Su duración es corta, no excediendo nunca de una semana, y habría Cursos breves en Esquileo, Ordeño, Fabricación de quesos comunes y otras prácticas análogas.

La divulgación de estos Cursos es utilísima, y con los siguientes, la de mayor importancia y utilidad prácticas.

Cursos ambulantes.—Estos son Cursos breves que se organizan por la Escuela para extender las enseñanzas fuera de su recinto, llevándolas en épocas determinadas a todos los límites de la comarca, previo anuncio de los pueblos que serán recorridos, con el programa de las materias a tratar, etc.

Los Cursos ambulantes consisten en Conferencias y prácticas sobre Avicultura, Cuniculicultura, Sericicultura, Apicultura, Lechería, Quesería, Esquileo y otras materias.

La enseñanza ambulante es tenida en todos los países como la más útil entre todas las rurales. Ella da los mejores resultados y la importancia y atención que se le concede, siempre son crecientes.

La labor cultural, más bien didáctica, como decíamos, de la Escuela de Ganadería, no se limita a lo anunciado. En la misma se comprenden el establecimiento de Consultorios, de concursos de publicaciones ganaderas, de edi-

FIFURAS CONOCIDAS

ANTONIO FERNÁNDEZ FENOY

CRONISTA DELICADO Y BRILLANTE Y DIBUJANTE DE MÉRITO EXTRAORDINARIO

Caricatura de Sancho.

ción de folletos, boletines y obras que divulguen y propaguen los conocimientos y adelantos de las artes ganaderas y animales en general.

Es, en suma, un extenso campo, para cuyo mejor desarrollo se requiere, más que una decidida acción oficial, la garantía y actividades de aquellos a quienes se encomiende.

Rafael Castejón.

HISTORIETA

Contra usura, equidad

I

Villasmil es un pueblecito de una provincia española cuyo nombre no recuerdo. Hoy es pobre, pero fué rico. Entonces, sus tres mil nueve casas pertenecían a igual número de familias modestas que dedicadas a fas faenas del campo, extraían de la tierra cuanto la vida, para sus diversas necesidades, exige, y algo más, que gracias a Dios, hasta para hacer importantes ahorros daba la vega de Villasmil a sus laboriosos agricultores.

En aquel tiempo, el río Vital, que atravesaba la dicha vega, se deslizaba, vivificador y pintoresco, tal como fué planeado por el divino arquitecto, y las incursiones de sus aguas por tierras de la vega, daban a ésta valor inmenso.

Hoy el pueblo es propiedad de media docena de señores adinerados; el antiguo Vital, que ya no da vida, resbala, hasta el mar, su gran riqueza por entre elevados paredones, que son una de las infamias que el modernismo comete contra la prodigalidad de la sabia naturaleza; ya no tiene vega Villasmil, porque la han convertido en campos de deportes y cotos, cuyos terrenos son, hasta el centro del planeta, propiedad de señores que allí pasan alegres temporadas. Ya no se ven por la carretera, formando espléndida e inacabable cadena, aquellos dos mil y pico de carros agricultores que representaban riqueza y vida; pero se la vé atravesada por automóviles de desenfrenada carrera, portadores del vértigo y de la muerte.

Al sustituir el espanto a la alegría, la ociosidad al trabajo, el odio al amor, la necesidad a la hartura, quedaron en Villasmil solamente señoritos y mendigos: una causa y un efecto.

II

Nuestra narración es anterior a la decadencia de Villasmil. Ocurrió que, en los últimos días del año 1850, un señor de raro aspecto e incomprensible semblante, llegó al pueblo, fijando en él su residencia. Compró una casita y se acomodó en ella, solo. Esto llamó la atención, y nada más. Después, la indiferencia. Pero las multitudes ofrecen indiferentemente todas las variedades de su compleja imaginación, y como obedeciendo a un acuerdo previo, se convino luego que había llegado al pueblo un poderoso bienhechor.

El forastero, por su parte, facilitó, con una ligera garantía, cuanto dinero le fué solicitado. Era, seguramente, un bienhechor extraordinario.

III

Cinco años después, en 1855, en Villasmil se había operado una notable trasformación; el bienhechor era odiado de todos, y por una cruel ironía popular, siguió llamándosele bienhechor. Se supo que era usurero, y esto se supo tarde: cuando por débito se había incautado de veintisiete casas con sus correspondientes suertes de labrado.

Las pequeñas garantías del empréstito estaban contratadas con tan mala fé, que autorizaban el escrito estas operaciones de incautación, y él, al amparo de la ley, las realizaba. Pero—incidencias de la profesion—el disimulado usurero cayó en las redes de la justicia, y entonces, temiendo por sus posesiones, pensó realizar una operación que las llevase a salvo.

IV

La fórmula pareció pronto. El señor Juan persona de toda su confianza, habíale jurado fidelidad y él no dudaba de aquel juramento. Los usureros a nadie creen. Pero la teoría del mal menor no tiene fallos y él se asió a ella. Firmó un recibo falso acreditando una enorme deuda contraida por el bienhechor con el señor Juan, y el señor Juan se incautó, aparentemente y al amparo de la legalidad, de todas las propiedades del bienhechor. Este era, pues, rico e insolvente: hé aquí un rinconcillo de la penalidad donde no llega la clara visión de la ley; el usurero, el bienhechor, a nadie temía; era, a la par, insolvente y rico.

V

Pero el destino tiene sus caprichos, y uno de estos caprichos fué

la enfermedad y muerte repentina del señor Juan y la reclamación que *Currito*, el hijo del señor Juan, hizo de todas las propiedades de su padre. Y he aquí cómo *Currito* es rico sin pensarlo y cómo el usurero es pobre en realidad.

Currito fué verdaderamente genero. Devolvió a sus primitivos dueños las fincas incautadas y donó al usurero la que éste había comprado a su llegada al pueblo. El, por su parte, se quedó con cuatro fincas, cuyos primitivos dueños habían emigrado, y que, con la suya, eran cinco posesiones con las que sería en adelante, el hombre más rico del pueblo.

VI

Los campesinos que regresaran a sus casas al caer el día 9 de Enero de 1563, pudieron haber visto alejarse lentamente del pueblo un hombre muy embozado en su capa. Era el usurero. Nadie ha vuelto a saber de él. Las viejas del pueblo dicen que se lo llevó el demonio. Quien espere verlo el día del juicio está equivocado, porque los usureros no comparecerán ante Dios ni en el valle de Josafat ni en ninguna parte: marchan del mundo bastante bien juzgados y van derechos al infierno.

Francisco Rodríguez Lucena.

CANTARES ANDALUCES

El agua has querido darme
en un vasito de plata,
¡a ese vasito prefiero
el de tus manitas blancas!

—

Un pensamiento me has dado
para que adorne mi pecho,
¡como reliquia de amores
guardaré tu pensamiento!

—

Aunque sé que de verdad
es la mujer un infierno,
quiero morir abrasado
en las llamas de su fuego.

—

¡Vaya una cinturita
la que paseas,
si parece nacida
para palmera!

—

Ya ves cómo estoy alegre,
ya ves cómo estoy contento
y es que ha llegado a mi alma
la luz de tus ojos negros.

Narciso Díaz de Escobar.

El admirado publicista don Blas Infante Pérez, que ha pronunciado en Córdoba una vibrante conferencia acerca del regionalismo andaluz.

REFORMA INTERNA

Todas las reformas llevadas a cabo en la Segunda enseñanza se han limitado y reducido a lo externo, a lo superficial, al número y al nombre de las materias que han de enseñarse, pero no a la manera de enseñarlas, y ya es tiempo de ir pensando en preparar la gran reforma interna, que podemos realizar todos y cada uno de nosotros, sin necesidad de disponer de la *Gaceta*. Todo se ha democratizado menos la ciencia, que cada vez se presenta más rodeada de aparato, como si, los mismos que fingen querer divulgarla, lo que se propusieran no fuera más que darse tono y lograr que suenen sus nombres. Enseñar consiste en hacer llano, accesible y claro lo que a primera vista parecía difícil, intrincado y obscuro; no consiste en imprimir nuestras ideas como con un sello en la mente del discípulo, sino en hacer que su inteligencia se despierte, adquiera vigor y robustez, y llegue a convencerse de que no existe el abismo que él suponía entre la ciencia y la vida y que el

encasillado de clases y asignaturas, más que reflejo de la realidad, es consecuencia de la limitación de nuestras facultades. Esto es indudable y todos lo reconocen en teoría; pero en la práctica se hace todo lo contrario: el niño que, ansioso de saber, como todos los niños, rompe los juguetes mecánicos para ver lo que tienen dentro, y que manifiesta su curiosidad ante el mundo y la vida que le sorprenden, en multitud de preguntas, tan candorosas como difíciles de contestar, empieza sus estudios... El velo va a descorrerse, el misterio va a aclararse, su curiosidad va a ser satisfecha... Pero el desdichado se encuentra con que lo que le ofrecen es una lista que hay que aprender de memoria, en la que están todos los partidos judiciales de España, o el número de habitantes y de kilómetros cuadrados de todos los países del mundo, o varios centenares de nombres de escritores de primera, de segunda y hasta de sexta fila, sin olvidar todas las fechas de sus biografías y los títulos de todas sus obras.

Además, la forma de presentar el problema hace que el problema se revuelva o no se revuelva. Preguntáis a un niño de siete años: —¿Quién es el padre de los hijos del Zebedeo?—y el niño no sabe qué responder; pero si le preguntáis a uno de cuatro: —¿Quién es el padre de los hijos de don Juan?—os responden sin vacilar: —¡Don Juan! —¿En qué consiste esto? ¿En que es más fácil la segunda pregunta que la primera? No; consiste en que en la primera pregunta hay un nombre desconocido y retumbante que desorienta al muchacho y que no permite que su inteligencia funcione; en que lo altisonante del nombre no le deja ver la sencillez del problema.

Seamos, pues, sinceros, claros, sencillos. No tratemos de parecernos al *eucaliptus*, árbol que sólo tiene nombre científico; ni a los Arcades de Roma, que cambiaron los suyos por los de *Flumislo*, *Batilo* o *Inarco*, y no mostremos demasiado afán por dedicarnos a estudios superiores, porque, en realidad, lo que necesitamos son estudios elementales.

Manuel de Sandoval.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

LEYENDA ROMANIANA

LA REINA BUENA

Existía en un tiempo una reina buena, que deseaba calmar todos los dolores que veía sobre la tierra. No obstante, cuanto más bien hacía, le parecía que la miseria de los hombres se multiplicaba.

Pensó, sin embargo, que Dios, esencia de la bondad, no podía querer un mundo tan defectuoso, y que si los hombres aprendieran a tomar a éste tal como es, no dejarían de llegar a ser felices. Entonces se dirigió a la iglesia y elevó una plegaria, de la cual desconocía en aquel instante el alcance.

Subió con el corazón oprimido, preguntándose si Dios la habría escuchado. Dios muchas veces parece sordo a nuestras oraciones; pero el mismo día comprendió la reina que había sido oída.

En efecto: encontró a un muchacho que, tendido en su cochecito, no había podido nunca dar un paso. Desde mucho tiempo le conocía la reina, y él la amaba con todas las fuerzas de su alma.

Como de costumbre, se acercó a él, tomó su mano tierna entre las suyas, y con voz dulce le habló de una pronta curación.

Los ojos del niño se agrandaban poco a poco. Sintió la reina que, gracias a su mirada, aquel muchacho recobraba todo su valor, y que un cansancio desconocido le rendía. De pronto, el niño dijo alegremente:

—Creo que puedo andar.

Levantóse de su lecho de dolor y se puso a caminar, cual si jamás hubiese estado paralítico.

La reina contestó a su alegría con una sonrisa de cansada. Volvió al palacio, cayó en cama, y quedó paralítica durante muchas semanas. Sus piernas estaban como muertas; pero rehusaba los auxilios de un médico, diciendo que, cuando le llegase la hora, Dios la libraría del sufrimiento. Esa hora llegó.

Desde aquel día se hizo, sucesivamente, cargo de todas las penas; se puso ciega, sorda, muda; pero siempre salía de estas pruebas más hermosa, más joven, más radiante. A pesar de que ella no hablaba jamás palabra, pronto se divulgó su poder de curar. Y la gente la atormentaba con sus sufrimientos, aunque comprendía los sacrificios que por ella hacía. Decíase que la reina estaba expuesta a todos los contagios, y no consentía que se la pre-

servasen de ellos, particularmente tratándose de niños.

No tardó en tocar ella misma la pobreza. Pensaba procurarse trabajo; pero al cabo de algún tiempo no tenía nada, ni para atender a su propia persona; no podía hacerse la más pequeña ilusión; siempre le faltaban los medios. Así, a pesar de los numerosos cuidados de su esposo, le pasó como a Santa Isabel: apenas poseía un manto.

Un día oyó a una pobre mujer que le suplicaba:

—Bondadosa reina, mi único hijo se me muere, y sé que poseéis hierbas que curan lo que nadie puede curar.

Sin vacilar, se dirigió hasta el lecho de muerte en el cual agonizaba el niño. Volvió a abrir éste sus ojos medio cerrados, y miró a la reina todavía una vez. Esta sola mirada bastó para que se reanimara la llama interior de su cuerpo; el pecho recobró su respiración, los labios descoloridos y fríos tornáronse rojos y calientes, y la madre, agradecida, se arrojó a los pies de la reina, abrazando sus rodillas, viendo ya a su hijo fuera de peligro.

Pero esta vez, cuando regresaba a su palacio la reina, no se sintió tan fatigada como de ordinario, pero un grave mal, la muerte misma, estaba a su lado.

Cuál no sería su impresión cuando vió al día siguiente caer gravemente enfermo a su único hijo.

—¡Dios mío... Dios mío...—gemía—no me pidáis este sacrificio, que es superior a mis fuerzas!—Vanas eran sus súplicas. De nada la servían sus cuidados y su experiencia. Su propia mirada había perdido el poder. El niño no habría los ojos; sólo hablaba, balbuciente, de ángeles extraordinariamente hermosos y de flores, hasta que se quedó en los brazos de la reina, pálido e inanimado. La madre, herida, sin una lágrima, sin fuerzas, sentía únicamente el dolor que la devoraba.

Desde entonces, su don pareció haber huído de ella. La gente creía que había perdido la fe en sus hierbas milagrosas. La reina estaba desesperada, maldijo su plegaria, y se maldijo a sí misma. Acusábase de haber hecho recaer sobre su esposo el peso de su propia desgracia. El mundo se le ofrecía lleno de tinieblas, sumido en una noche sin aurora, sin primavera, sin árboles hermosos, sin cantos de pájaros, sin nada. Nada de cuanto otras veces encantaba a su corazón.

La que jamás había exhalado una queja y tanto había trabajado por aliviar la miseria de los demás, halló entonces el cielo sin piedad, y no tuvo la virtud de alegrarse de la dicha de la otra madre, a la cual ella había librado de este dolor espantoso.

Así pasó largo tiempo; mas una noche, cuando por fin la reina se había quedado dormida, soñó que se abría la puerta de su alcoba, que entraba su hijo radiante de felicidad, que se sentaba al borde de su cama y que con su mano levantaba una masa de plomo que pesaba sobre su pecho; que le comunicaba la alegría, y que le decía con voz armoniosa:

—Mamita mía, no llores más. Me

ARTISTAS NOTABLES

Autocaricatura de la bella y notable artista Alba Tiberio, organizadora de la función celebrada en el Gran Teatro a beneficio de la Asociación de la Prensa de Córdoba.

Concurrentes á la manifestación obrera celebrada en Córdoba para solicitar el abaratamiento de las subsistencias y la concesión de trabajo.

has hecho más dichoso que lo que hubiera podido ser en la tierra. ¿No me has abierto el cielo? No llores más. Hiciste mal en creer que podías aliviar los dolores del mundo. La tierra es tal como Dios la quiere: una cantera, un hornillo, el paso brevísimo de una existencia a otra más perfecta, a medida de que hallamos purificado nuestro espíritu en ella. ¡Paciencia, madre mía! Fácil te será encontrar siempre consuelo, porque crees en una vida futura, porque estás convencida de que nos espera a todos. La pobreza, la enfermedad, la injusticia y la lucha son necesarias; todo ello sirve para justificarse, para ayudarse, para apiadarse mutuamente.

Despertó la reina entonces y volvió a reinar la paz en su corazón. Podía nuevamente hacer bien; alegrarse; pero curar... no. Tampoco deseó más ese poder; vivía en una dicha apacible, y a su alrededor derramaba la tranquilidad.

Carmen Sylva.

Rogamos con especial encarecimiento que toda la correspondencia para la revista CÓRDOBA sea precisamente dirigida a la calle de las Dueñas, número 6.

PELÍCULAS AL NATURAL

¡Tres teatros en uno! ¡Un espectáculo de dieciséis artistas! Estos eran los títulos que más se prodigaban en los anuncios de los periódicos diarios acerca del festival celebrado el miércoles último en el Gran Teatro a beneficio de la Asociación de la Prensa.

¡Qué noche aquella, amigos! ¡Cuántas impresiones y sobresaltos! El público, aglomerado en la taquilla desde el momento en que fué abierta, pedía entradas y más entradas; el departamento de la plata, llenábase con una rapidez vertiginosa; el taquillero, con simpática cara de satisfacción, decía: ¡Se han acabado las

bntacas; no quedan más que tres palcos!; y nosotros los periodistas, los que pasamos la vida en la ingrata tarea de la Prensa, contemplando emocionados aquel espectáculo realmente halagador; porque para nosotros la fiesta estaba en la taquilla y para el público en el interior del Teatro. Cada cual disfruta según piensa, dice el refrán.

Durante las horas en que se expendía localidades, hubo siempre algún periodista en el despacho de billetes, con el objeto de resolver cualquier dificultad que surgiera de momento. En una ocasión nos reunimos allí todos los «plumíferos», que diría un exconcejal republicano que habla en todas partes donde le dejan, y precisamente coincidimos en la media hora en que más localidades se vendieron. Unicamente se oía la voz de los compradores: ¡Seis butacas! ¡Tres palcos! ¡Diez de paraíso! Nosotros, sin necesidad de hablarnos, estábamos de acuerdo en el mismo pensamiento y observábamos atentamente las manos incansables del simpático amigo don Manuel Lorenzo, que se multiplicaban entregando papel y más papel y recogiendo dinero y más dinero. Uno de mis compañeros, sin poder contenerse más, se descolgó con esta pregunta:

—¿Estarán bien seguros los hierros de la reja de la taquilla?

—¡Qué cosas se te ocurren!— respondimos todos, pero antes de que pasasen cinco minutos y como si respondiésemos a un mismo impulso, empezamos a tocar disimuladamente los fuertes barrotes del frío hierro, para cerciorarnos de su firmeza.

—¿Quién dijo lo de la seguridad de la reja?, nos preguntábamos todos para disimular.

—Frasquito, dijo uno.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—No, no—terció Vigueras—; porque haya hecho esa advertencia no se pierde nada. Y a la vez volvía a tocar los barrotes inmovibles.

Una hora antes de empezar la función fueron los apuros. El pueblo reclamando entradas aunque fuese pagando el doble del importe, al mismo tiempo que el empleado de la taquilla colocaba el cartel soñado por todos los empresarios: *No hay billetes.* Mientras, algunos compañeros se preguntaban contrariados: —¿No habría manera de colocar a esas dos o tres mil personas que se quedan en la calle? ¡En Córdoba debiera haber un teatro en el que cupiesen todos los vecinos!

Todo era ya buen humor, bromas, chistes. En cuanto al público, teníamos la seguridad de que había de quedar contento. Nosotros también lo estábamos y claro está que no lo negábamos.

Para los periodistas fué la noche blanca—abandonemos el pesimismo siquiera por unas horas—, noche que quedará grabada en letras de plata, que fué el metal que más abundó.

Todo lo debemos al público, nuestro amable soberano, por el que nos desvivimos de contínuo y bien nos ha recompensado: con simpatía y con pasta.

Para todos los artistas, la propiedad del Teatro y los empresarios y en particular para la gentil Alba Tiberio, iniciadora del festival, vaya un cordial apretón de manos, y sean las líneas finales para ustedes, ¡oh respetables súbditos de Jorge V de Inglaterra!, recomendándoos un poco de paciencia.

Francisco Quesada.

Comisión de las sociedades obreras que entregó al gobernador civil señor la Serna las conclusiones adoptadas en la reunión pública celebrada por aquéllas.

La lucha por la reconquista de Andalucía

Claramente se va precisando la verdad—y en ello está el principio del remedio - de que, bajo las falaces alegrías de la jarana y los colorines de la chillona pandereta andaluza, perece en el mayor desamparo y sin exhalar una queja una de las regiones más importántes y bellas de España: Andalucía, la más española de todas; aquella en la que se desarrollaron los últimos episodios de la reconquista y restablecimiento de la nacionalidad hispánica; aquella que es para el mundo entero como la Tierra Santa del descubrimiento de América, en la que Colón proclamó la verdad de un nuevo continente y en la que reunió a los hombres valerosos que habían de consagrarse al apostolado de la gigantesca empresa; aquella que constituye el ideal elemento de enlace, fortalecido por inmensos y evidentes elementos de todo orden, entre España y Berbería; aquella que ofrece a la humanidad entera, como maravillas representativas de nuestra nación, los monumentos de ciudades excepcionales, bíblicas realmente, como si formasen parte de Palestina: Sevilla, Granada, Córdoba...

Son las sociedades obreras y los elementos intelectuales, en primer término, quienes realizan la buena obra de buscar la verdadera Andalucía y reconocer y

proclamar sus males, porque no hay fuera de este de ponerlo al descubierto otro modo de procurarles el remedio que se necesita aplicar a nuestra región para que, siendo una de las más importantes de la patria común, al mismo tiempo no sea una de las más desatendidas y maltratadas por el poder central.

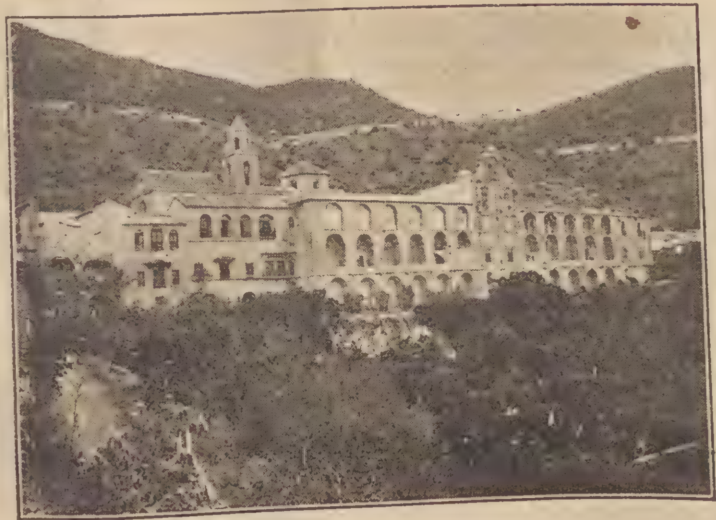
En la semana que hoy concluye se han registrado hechos que lo confirman: la reunión pública de las sociedades obreras y la conferencia del paladín del regionalismo andaluz señor Infante Pérez.

En uno y otro acto se ha condenado clara y enérgicamente la situación actual y, yendo derechamente a las causas del problema, se ha reclamado el parcelamiento y cultivo de los campos y se ha censurado duramente la aberración por la infamante jarana andaluza, en todos sus términos: corridas de toros, dehesas de reses bravas, tabernas, prostíbulos, centros de verde recreo, etcétera, etc.

La Prensa diaria ha publicado detalladas referencias de los discursos pronunciados por los señores Infante, Vaquero, Palomino, Morán y demás oradores que proclamaron las verdades referidas. No hemos, por tanto, de reproducir aquellas amplias y exactas reuniones, pero sí hemos de consignar con decidido entusiasmo nuestro cordial aplauso a cuantos se ocupan en la realización de empresa tan regeneradora y el testimonio de nuestro reconocimiento a quienes, como los señores Vaquero e Infante, dedicaron benévolos elogios a la modesta labor que CÓRDOBA viene realizando.

En esta lucha para la reconquista de Andalucía figura en lugar preeminente, con hechos de intensidad extraordinaria, un labrador ejemplar: don José López Serrano, quien obteniendo una importante ganancia, pero realizando un alto negocio, un negocio del corazón—en el que debiera ser incorporado el capital que se arrastra en la ignominiosa zona del cordelillo, del préstamo usurario—viene realizando en Andalucía la magna obra de parcelar cortijos señoriales entre familias campesinas de toda la región. De los merecimientos del señor López Serrano, cuyo retrato publicamos en lugar preferen-

El exmonasterio de San Jerónimo de Valparaíso



Fotografías obtenidas con motivo de la boda de la encantadora señorita Carmen López de Carrizosa y Martel, hija de los marqueses de Valparaíso y el Mérito, con el joven aristócrata don Juan Mitjana y Murrieta, primogénito de los duques de Santoña.

te de este número, también se ha ocupado recientemente la Prensa diaria y en particular el *Diario de Córdoba*, con todo detenimiento. Al hablar de nuevo de su obra, aunque sea someramente, recordamos que está pendiente todavía el pensamiento de que se solicite del Estado le concesión de una recompensa para este labrador admirable que se ocupa en invertir su fortuna en el parcelamiento de los latifundios de Anlucía, realizando por su cuenta una salvadora labor que los Gobiernos debieran efectuar en gran escala para resolver la angustiosa situación que sufre Andalucía.

LOS ESCLAVOS DEL MOSTRADOR

LA UNIÓN PARA LA LUCHA

I

No soy profesional de las letras y, al exponer a la luz pública este modesto trabajo mío, me dejo guiar por la constante solicitud y cariñosa amistad con que me honran y distinguen muchos de los compañeros que integran la Unión de Dependientes de Comercio de Córdoba, y muy especialmente mis queridos amigos Manuel García, Rogelio Luque y Antonio Tirado, quienes con su labor me estimulan a aportar mi grano de arena en la campaña para la redención de los esclavos del mostrador.

Aunque sea muy escaso el valor de este trabajo, espero que contenga algunos granos de utilidad, los que aumentarán en las producciones de otras plumas más expertas que la mía, las que irán contribuyendo al propósito de extirpar la apatía que tan hondas raíces ha alcanzado en la dependencia mercantil de Córdoba, a la que particularmente me dirijo.

Ya otros compañeros me han precedido en la campaña que se sigue en estas columnas, en las que tan cariñosamente ha sido acogida la defensa de nuestra justa causa y, por este valioso concurso de CÓRDOBA, reitero el agradecimiento de todos aquellos compañeros míos que, amantes de la ilustración y la cultura, se interesan en la obra de la regeneración de nuestra clase, alejados de todo matiz político. CÓRDOBA merece nuestros elogios más entusiásti-

cos y por nuestra parte debemos alentarla en su obra de independencia, cultura y verdadero andalucismo.

Nuestras voluntades, compañeros de trabajo en el comercio, deben encauzar su acción hacia nuestro propio progreso, sin conceder tregua ni descanso a nuestra labor, haciéndola cada vez más intensa, hasta que para nosotros luzca el sol de la justicia, que, si jamás resplandeció para guiarnos en nuestras aspiraciones, fué por culpa de nuestra apatía.

No podemos permanecer insensibles al llamamiento de la Asociación, que nos brinda un alborear lisonjero en la triste y monótona vida que sufrimos. Nosotros, presos de la semana, esclavos del año entero, aspiramos a sacudir la cadena de humillaciones con que nos sujeta el egoísmo patronal y hemos de rebelarnos, clamando contra el atropello de nuestras libertades y derechos. Lancemos al viento, unidos todos, el grito de rebelión que sentimos en nuestras almas, para convertirlo enseguida en un himno de libertad y alegría.

Sigamos el curso natural de nuestras aspiraciones, como el agua corriente sigue el suyo, y observando el ejemplo de otros trabajadores, perseveremos en nuestro intento hasta obtener de los Gobiernos las garantías necesarias para que, abroquelados en leyes escritas, que deben estar en todas las conciencias, aunque sólo sea por elementales sentimientos de humanidad, se concluya con el desamparo en que la legislación española tiene a elementos tan importantes para el engrandecimiento y desarrollo de la savia nacional, como los dependientes de comercio, quienes se hallan encadenados día y noche al yunque de un trabajo agobiador, sin que se tenga en cuenta que también nuestros organismos, por estar constituidos como los de los demás obreros, necesitan también un descanso reparador.

Si el dependiente de comercio, como todo hombre consciente, llegase al uso de su derecho y se abstuviera en firme de efectuar los trabajos serviles a que se ve sometido, rápidamente lograría salir de la ominosa condición a que hoy se ve relegado. Mas esto, compañeros de mostrador, habría que intentarlo con audacia. Hay sólo puede ser insinuado.

No podemos estar privados de ideas nobles y aspiraciones justas, porque sería contrario a toda ley y razón. Para alcanzar nuestra redención, hemos de comenzar por unirnos todos de verdad, formando un firme bloque, contra el que se estrellen todas las intransigencias patronales y haciendo que la Unión de Dependientes de Comercio de Córdoba sea de hecho un inexpugnable baluarte de nuestra defensa colectiva.

Constituiría un hecho importantísimo el de la reunión de todos, absolutamente todos, los obreros mercantiles, factores del comercio de todos los ramos, en una misma aspiración.

Estoy seguro de que la verdad acerca de nuestra situación y nuestras aspiraciones llegará a la conciencia de todos los dependientes de comercio con la claridad suficiente para darse cuenta de que precisa evolucionar en el sentido de la orientación que el progreso y la razón nos brindan por igual a todas las clases proletarias. Actualmente somos los prisioneros de la semana y muchos de nosotros de los meses y de los años enteros; pero, en general, el almanaque, de duras horas para nasotros, sólo se nos entreabre de domingo a domingo. Así de cuando en cuando se nos ofrece un corto intervalo luminoso en nuestras penosas tareas. No obstante su brevedad, bien sabemos cómo se nos merma y arrebata ese lapso de tiempo, bajo pueriles pretextos que siempre ocultan la dura animosidad de la intransigencia de que somos víctimas.

La semana es como la imagen de la vida, y así como el Creador rompe la monotonía de la existencia con la variedad de las estaciones, la triste igualdad de nuestra semana debemos romperla nosotros con el descanso del domingo, y las fatigas y cansancio de cada día de trabajo con el reparador reposo de la noche.

Durante el día, por espacio de una y otra semana, de un mes y otro mes, las horas están cargadas de trabajos y de cuidados; pero, no conforme la clase patronal con estas horas de rendimiento intelectual y corporal, al llegar la noche, muchos jefes y dueños obligan a sus dependientes a que, como bestias de noria, continúen forzando sus energías para que rinda más producto un caudal que se acrecienta, en muchas ocasiones, amasado con la salud y la vida del obrero mercantil, al que todos ven en la colmena de las tiendas encorvado bajo el peso de un trabajo mal recompensado siempre y ante un mañana incierto en pago a sus desvelos.

Descendamos, esclavos del mostrador, al conocimiento de nuestra situación tristísima; hagamos un balance entre nuestras flaquezas y nuestras energías y estoy seguro de que adoptaremos las medidas necesarias para mejorar nuestra salud, nuestra condición económica y nuestros derechos sociales, como hombres libres y conscientes. Arrojemos la cadena de esclavos que hoy nos oprime por culpa de una apatía y debilidad impropia de hombres.

Otros obreros, quizá más incultos, pero seguramente más previsores, consiguieron por la unión y por la fuerza que esta unión concede, reglamentar su jornada y ser respetados.

Los dependientes de comercio, dicho sea en honor de la verdad, lo hemos intentado en varias ocasiones, pero sin unión y sin fuerza; por ello nuestra empresa ha resultado infructuosa. Al acometer la realización de nuestras aspiraciones, se suele hacer desordenadamente, con falta de ilusión y de número bastante y sin un estudio detenido de un plan fijo al que todos debiéramos sujetarnos. De aquí que, en vez de obtener de nuestros esfuerzos el resultado apetecido, más bien resultasen completamente inútiles para la defensa de nuestra clase.

Manuel Rubio Peña.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

LA VERDADERA CÓRDOBA.—El Patio de los Naranjos
y la Torre de la Catedral.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 25 de Noviembre de 1916 | NÚM. 15

CUESTIONES ECONÓMICAS

Los jóvenes comerciantes

El comercio moderno es un campo inagotable en donde caben todas las iniciativas. En ninguna manifestación del trabajo podrán encontrar los jóvenes que empiezan materia donde aplicar sus esfuerzos como en esta. Sólo podrán dejar de conseguir aquello que no sean capaces de ejecutar. No hay obstáculos para las aspiraciones de un joven que se empeña en abrirse camino en esta rama de la actividad humana. Los medios modernos de locomoción, la rapidez y facilidad de los transportes, la perfecta organización postal y telegráfica, el estudio de las distintas ramas económicas, el conocimiento de idiomas, la difusión de revistas profesionales, son otros tantos resortes que el progreso humano ha puesto a su alcance para hacerle llegar a la cumbre. La dificultad sólo estriba en saberlos manejar diestramente, pero esto es cuestión de voluntad. La voluntad humana es la palanca que mueve el Universo, y no hay joven que, teniendo aspiraciones y voluntad rectamente ordenada, deje de lograr sus propósitos.

Pero la mayoría de los jóvenes de nuestro país equivocan el camino de llegar a la cumbre. Pasados los años de la primera enseñanza, casi todos sueñan con verse en el Parlamento. Las profesiones liberales hinchan las Universidades y después se entregan a la política al uso, que todo lo invade. Pierden sus iniciativas, porque en esa profesión, tal como está implantada en nuestro país, todo está supeditado a la voluntad del jefe. Se dejan llevar por unos y otros caminos con tal de adquirir la confianza para escalar los puestos. Pero pocos llegan y muchos sucumben; cuando acuerdan es tarde. Algunos, hijos de padres ricos, dilapidan su juventud en la holganza; dejan perder el caudal de sus actividades, como máquinas improductivas. Otros limitan sus aspiraciones a lograr una plaza del Estado de modesto sueldo; no quieren ganar mucho con tal de trabajar poco Unos y otros se equivocan. El porvenir de nuestra juventud está en aplicar sus iniciativas y sus esfuerzos al desarrollo de la industria y comercio, pues da pena ver que, mientras nuestra industria está por establecer y nuestro comercio por desarrollar, los jóvenes de ahora, los futuros directores de mañana, lejos de aprestarse a la lucha, en la que más tarde o más temprano tendrán que intervenir, pierden lastimosamente el tiempo luciendo sus ocios a costa del Estado, la provincia o el municipio, o bien aspirando a un título de abogado para después, en su mayoría, carecer de asuntos.

D. Cipriano Martínez Rücker, Director del Conservatorio Provincial de Música.

En las profesiones industriales y comerciales, por el contrario, por muchos aspirantes que se presenten, aún es mayor el número de colocaciones. El buen empleado, que es el futuro jefe, es una mercancía de la que siempre hay demanda. Esto no deben dudarlo los jóvenes con aspiraciones.

Pero para intervenir con éxito en las luchas comerciales, precisa, como principal bagaje, una cultura extensa. En el desenvolvimiento del comercio e industrias modernas desaparecen las fronteras; la concurrencia es libre; los hombres de los más apartados países se relacionan, son de distinto temperamento, carácter, educación y costumbres. Todo ello forma un desequilibrio, una desigualdad que hay que compensar principalmente con conocimientos muy generales—diríamos universales—que, cuanto más sólidos, producirán mayores probabilidades de éxito.

Por otra parte, es indispensable conocer los gustos y costumbres de los lejanos mercados a donde hemos de remitir nuestros productos; la física, la química y la ingeniería son ciencias de estudio indispensable para el desarrollo de las modernas industrias; hemos de aprender idiomas, legislación; hemos, en fin, de prestar al estudio de las carreras comerciales todo el interés que actualmente demandan.

Por eso afirmamos que se equivocan los jóvenes que aspiran a aprenderlo todo de la rutina o de la práctica. Y se equivocan también los padres que creen haber terminado su misión cuando después de las enseñanzas elementales—y muchas veces aún sin ellas—logran colocar al hijo en un escritorio mercantil. Gran suerte es obtener un puesto de esta naturaleza; en ellos los jóvenes de valer encuentran los mejores medios de desarrollar sus iniciativas. Pero la mayoría no saben apreciarlo. Ello, sin embargo, no es bastante; es necesario, ante todo, adquirir los conocimientos precisos para la lucha que se avecina. De otro modo se exponen a pasar la vida sin que lleguen los ansiados ascensos, los anhelados triunfos.

Y afirmamos también que se equi-

vocan nuestros legisladores, que ocupados siempre en los asuntos de política menuda o de partidos, no dedican atención preferente a la solución de estos problemas de vital interés. Es indispensable la creación y multiplicación de Escuelas, mejor diríamos, de Universidades comerciales. Hay que dotar a estos centros de todos los elementos indispensables para el cumplimiento de su misión, centros mucho más necesarios que las Universidades literarias actuales, porque sus enseñanzas están en mayor analogía con las tendencias de las sociedades modernas.

A esta negligencia de nuestros gobernantes hay, sin embargo, que buscar la compensación. No hemos de resignarnos a sufrir las consecuencias de tan reprobable abandono. Hay que aprovechar los elementos con que contamos, subsanar la falta nutriendo nuestro espíritu de cuantos conocimientos sean precisos para desarrollar felizmente nuestras iniciativas. Si nos abandonamos, si esperamos la acción e intervención oficial, estaremos perdidos.

De desear es que la juventud española, curada del *abogadicismo* y otras enfermedades análogas, presten atención a este problema, que es de vida o muerte. O ella, siguiendo las actuales tendencias, abandona determinados prejuicios y se aplica al estudio de las ciencias económicas y deserta de las Universidades literarias, aprestándose a la fabricación de alguna de las infinitas sustancias de que somos feudatarios del extranjero, y renuncian a los empleos del Estado para dedicar a la industria y comercio su juventud y sus actividades; en una palabra, o se deciden a trabajar con bríos en el campo en donde caben todas las energías, o hemos de perder toda esperanza de redención.

Ese indivíduo que hace falta para tal cargo de confianza, para dirigir alguna importante empresa, somos todos, sois cada uno de vosotros; ese capital dedicado al *negocio* de hipotecas, hace falta arrancarlo para dedicarlo al desarrollo de nuestra industria; ese dinero que cobran en nuestro país los extranjeros, debemos cobrarlo nosotros mismos, capacitándonos para sustituirlos.

Y así, aprestándonos a este desarrollo nacional, explotando nuestras verdaderas fuentes de riqueza, unos como directores y otros como subordinados, pero todos trabajando con la vista alta, puesta en nuestro propio resurgimiento, en breve tiempo lograríamos transformarnos y transformar a nuestra patria.

Hay necesidad de aprovechar los actuales momentos; hay que cambiar de vida y de orientación hoy mismo; mañana será tarde.

José Rioja.

Los dependientes en el Instituto

Continuando los dependientes de comercio en la admirable labor cultural de recojer las nociones científicas necesarias a sus anhelos de ilustración, el domingo anterior visitaron el Museo de Historia Natural del Instituto.

No es el Estado pródigo con los establecimientos de enseñanza, en lo que al material pedagógico se refiere; grandemente avara la ley de Presupuestos en su capítulo de material científico, los centros de segunda enseñanza poseen vida excesivamente precaria, en lo que atañe no sólo a medios de investigación, sino en lo más indispensable al desenvolvimiento cultural de las generaciones estudiosas, en poner ante los ojos del estudiante bachiller, de manera racional y evidente, aquellos más elementales modos conducentes a la iniciación en el mundo científico. Sin embargo, es de justicia confesemos que, en ocasiones, a la carencia de amparo oficial, se sobrepone el amor a la enseñanza de algunos de sus titulares, y a donde no llega la acción oficial, puede extenderse la iniciativa personal de los profesores.

Ocurriendo así en nuestro Instituto. Sus gabinetes de Física y Química y su Museo de Historia Natural no son modelos de abundancia de material de enseñanza, es cierto; son realmente modestos, pero sus titulares, los seño- Vázquez Aroca y Jordano Icardo, dando un alto ejemplo de amor a la cultura, han sabido recojer y condensar todos aquellos más necesarios elementos para una labor verdaderamente pedagógica. Las enseñanzas a su cargo, esencialmente prácticas, no son por ellos trasladadas a los alumnos sino en cuanto son factibles de práctica demostración. Cerebros jóvenes y progresivos, educados en la moderna pedagogía, que es negación de todo rancio escolasticismo, saben desper-

tar en el oyente afición a laborar en el descubrimiento o indagación de la verdad racional, llevándole, a la par, con su dicción sencilla y lógica la inconmovible convicción de los hechos. Orgullosos de ellos puede estar el claustro del Instituto de Córdoba y también orgullosos de sus modos de enseñar.

Así supieron entenderlo los dependientes de comercio en la visita que giraran a la clase del señor Vázquez y así lo han entendido cuando con la palabra del señor Jordano pudieron penetrar en la ciencia de los seres y admirar las prodigiosas bellezas que encierra.

Supo el señor Jordano demostrar, por modo evidente y con sólo algunos experimentos, la posibilidad y seguridad de determinar los componentes minerales, elementales o compuestos de cualquier trozo de tierra o piedra.

Hizo una acabada descripción de la flor, deteniéndose en el estudio morfológico de los órganos de la reproducción en los vegetales fanerógamos, idénticos en sus grandes detalles a los del reino animal en sus peldaños superiores. Ligeramente tocó al prodigioso mundo criptogámico, esbozando la afirmación, hoy doctrinal, de que su complejidad extructural es de eslabón, haciéndose sencilla hacia abajo, para difundirse en el simplicísimo y anorgánico mundo de móneras plasmodomas (substancias albuminoides engendradoras de substancias orgánicas), y complicándose, haciéndose más concreta y compleja hacia arriba, hasta confundirse con las fonerógamas.

Mostró unos muy instructivos esquemas, reproducción del aparato circulatorio de los distintos animales y su escala gradual, desde aquellos equinodermos que sólo ofrecen un tubo, a la par órgano respiratorio, hasta el complicadísimo macaco, mono inferior, con una distribución idéntica a la del hombre.

Hizo historia del maravilloso descubrimiento del amphiossus lanceolatus (en el Museo sólo existe un ejemplar artificial, plástico), uno de los grandes defensores de la ley, admitida por todo naturalista culto, de evolución animal, axiomática ya; es el escalón, el paso viviente, el eslabón que une los dos grandiosos grupos de animales invertebrados y vertebrados. Ofreciendo, por último, a la vista de todos, el preciado y precioso ejemplar, natural, disecado, de ornithorynchusparadoxus: animal sorprendente, mezcla de reptil, ave y mamífero, provisto de pelo y glándulas mamarias, cloaca como los reptiles, horquilla esternal y pico como las aves; nexo, lazo de unión entre los muy distintos grupos de grandes vertebrados.

Interminable sería relatar todas las bellezas de la jugosa conversación del ilustrado catedrático de Historia Natural, y aquí hacemos punto. Que los dependientes continúen en su loable labor de adquirir cultura, que acudan a centros similares, donde haya hombres como estos y muy segura pueden tener la proximidad de la aurora de una noble regeneración.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

La música en Córdoba

Los hijos de Córdoba, como descendientes de la raza árabe, siempre demostraron gran predilección por la poesía y la música, aunque entre los cultivadores de esta jamás tuvieron figuras tan salientes como las de Góngora, Angel de Saavedra y otros literatos insignes.

Pero nunca faltaron aquí artistas y aficionados al divino arte que le rindieran culto, ni sociedades y agrupaciones musicales, de mayor o menor importancia.

La más antigua, de carácter oficial, digámoslo así, es la Banda municipal constituída con los elementos de la antigua y famosa Banda de Hilario y con el instrumental del bizarro Batallón provincial de Córdoba.

Aún recordamos haber visto un saxofón abollado por un balazo, que constituía algo así como una reliquia de la Banda.

Dirigiéronla sucesivamente los profesores don Juan de la Torre, en dos épocas, don Eduardo Lucena, don Rafael de la Torre Brieva, también dos veces, don José Molina León y don Francisco Romero.

Merced a las reformas introducidas en esta corporación por el Ayuntamiento y al celo y la pericia de los citados directores, la Banda municipal de Córdoba ha llegado a ocupar un puesto preferente entre las de su clase y ha obtenido merecidas recompensan en varios certámenes y concursos.

Síguela en antigüedad la Orquesta, organizada por don Francisco Lucena, dirigida después por su hijo don Eduardo y al morir éste por don Angel García Revuelto.

En ella han figurado y figuran profesores muy estimables.

Del popular Centro Filarmónico creado por don Eduardo Lucena, así como de este artista, nada decimos, pos haberles dedicado ya un artículo en el primer tomo de nuestras *Notas Cordobesas*.

Hace algunos años fundóse el actual Centro Filarmónico que ostenta el nombre del malogrado compositor y que, como nadie ignora, ha obtenido verdaderos triunfos en las principales poblaciones españolas y en algunas de Portugal.

El Círculo Católicó de Obreros, establecido en el Patio de San Francisco, organizó cuando disfrutaba de vida floreciente un Orfeón del que era maestro don Manuel Molina Rodríguez, para amenizar las agradables veladas conque obsequiaba a sus socios.

En el último tercio del siglo XIX fundóse en la Escuela provincial de Bellas Artes una sección de música, al frente de la cual figuraba don José Rodríguez Cisneros.

Suprimida dicha Escuela, continuó, no obstante, la citada sección, convirtiéndose después en el Conservatorio provincial de que es Director don Cipriano Martínez Rücker.

De este centro han salido alumnos muy aprovechados, algunos de los cuales pensionó la Diputación para que ampliasen sus estudios en Madrid.

Y en el Coservatorio de Córdoba han alternado y alternan con las lecciones de su profesorado, conciertos y conferencias a cargo de renombrados artistas y de personas doctas en materia musical.

Finalmente, en los últimos años se constituyeron el Orfeón del Círculo de la Amistad, compuesto de numerosos jóvenes de uno y otro sexo y dirijido por el señor Rodríguez Cisneros, que obtuvo merecidos éxitos en las diversas veladas en que tomó parte, y la Sociedad filarmónica cordobesa, merced a la cual hemos podido oir en nuestra ciudad a varios insignes artistas.

Los compositores cordobeses son, en verdad, muy escasos.

De música religiosa solo ha habido uno en nuestros tiempos, don Francisco Lucena.

Las personas conocedoras del Archivo de la Catedral aseguran que posee abundante y buena música, más no está escrita por hijos de esta población.

En ella figuran el *Miserere* del Canónigo señor Ravé y las *Lamentaciones* del Maestro de Capilla señor Balius, quienes residieron aquí largos años pero no vieron la luz primera en Córdoba.

Entre los compositores de otros géneros sobresalen dos: don Eduardo Lucena, el autor de la música popular y retozona y don Cipriano Martínez Rücker, el maestro clásico, inspirado y correctísimo.

Composiciones ligeras nos legaron don Agustín Gallego Chaparro y don Angel Galindo, autor de la música de la revista titulada *Córdoba la Sultana*, original de don Marcos R. Blanco-Belmonte y don José Molina León y don Francisco Romero también han producido algunas obras: entre las del último figura la música de otra zarzuela denominada *El piconero*, de don Antonio Ramírez López.

En cambio de los pocos compositores, hemos tenido y tenemos un buen número de instrumentistas dignos de mención, tales como la arpista doña Josefa Ravé, profesora del Conservatorio de Lisboa y perteneciente a la orquesta del Teatro Real y a la Sociedad de Conciertos de dicha capital; las pianistas doña Teresa Gil y doña Enriqueta Dutrieu, auxiliar del Conservatorio de Madrid; el trompa don Francisco Solís; el violoncelista don José Serrano; el violinista don Angel Villoslada; los flautas don Rafael Vidaurreta y don Angel García Revuelto, y otros.

Y como cantantes podemos mencionar a doña Josefa Mora, contralto de zarzuela que estrenó las principales obras de Barbieri, Gaztambide, Oudrid y demás autores de su época; el barítono don José Rodríguez Cisneros; los tenores don Francisco Granados y don Rafael Bezares y las tiples doña Eloisa López Marán y doña Adelina Gil.

Por nuestra capital han desfilado y hemos tenido ocasión de oirlas y admirarlas, grandes eminencias musicales; cantant s de mérito extraordinario como la Nevada, la Pachini, la Pasqua, Tamberlik, Napoleón Vergeer, Stagno y Viñas, y concertistas insignes como Sarasate, Arbós, Fernández Bordas, Cortok y Villa, sin olvidar a la Orquesta sinfónica de Madrid, a cuyo frente ha venido en dos ocasiones el maestro Bretón.

Hace muchos años nos visitó, con el objeto de ver la Mezquita, el gran Verdi, y dejó un autógrafo muy curioso en nuestra ciudad. En el muro de uno de los pisos más elevados de la torre de la Catedral escribió, con lápiz, su firma, que seguramente habrá pasado inadvertida para la mayoría de las personas que hayan subido a aquella altura.

Como prueba de las aficiones musicales que siempre ha habido en Córdoba, recordaremos los conciertos y representaciones de óperas efectuados en un teatro que se instaló en la plaza de las Nieves, donde está el Círculo de la Amistad; la fundación de la sala Rossini, en uno de los locales del edificio, ya desaparecido, que fué teatro del Recreo. Sala en la que también celebrábanse conciertos, en los que tomaban parte excelentes aficionados, entre ellos los pianistas señores Aguirre y Martínez, (don José Carlos) y el cantante señor Huguet y, por último, las amenísimas veladas que

Profesorado del Conservatorio Provincial de Música

don Cipriano Martínez Rücker organizaba en el hermoso salón construído al efecto en su casa de la huerta de San Basilio, veladas en las que se dieron a conocer Granados y Bezares, y en las que interpretaban escogidos programas, ante un auditorio tan selecto como numeroso, el señor Martínez Rücker, su esposa, sus discípulos y otros cultivadores del divino arte.

El recuerdo de aquellas gratísimas reuniones perdura aún en la memoria de los amantes de la buena música.

Por no hacer demasiado largo este artículo omitimos la relación de otros muchos conciertos, efectuados en los teatros y en los círculos de recreo, generalmente para destinar sus productos a obras de beneficencia.

Y ahora, como epílogo, ahí van tres anécdotas rigurosamente históricas.

Había un joven con pretensiones de cantante que en todas las reuniones atormentaba los oidos de los concurrentes con trozos de óperas y zarzuelas, diciendo al final de la *ejecución* (aquí encaja perfectamente la palabra) esto me lo enseñó tal o cual artista.

Una noche, en cierta «soiré de Cachupín», destrozó la siciliana de *Caballería rusticana*, que era uno de sus números predilectos, y apenas hubo concluído, un amigo que le oía exclamó:—¿A que sé quien te ha enseñado a cantar eso?

—¿Quién?—preguntó el tenor de guardarropía.

—Pues un lañador que anda por esas calles—replicóle el amigo—porque al oirte parece que se está oyendo el pregón: ¡compongo platos, tinajas y lebrillos!

Y la comparación resultaba exactísima.

En una fiesta de caridad, el padre de una joven que actuaba en ella como tiple, prodigaba elogios y felicitaciones a los organizadores y a todo el mundo para que, en recompensa, le felicitaran por el triunfo de su hija.

Encontró al paso a uno de los que ya habían tomado parte en la función, hombre muy distraído, abrazóle efusivamente y exclamó: mi enhorabuena; ha estado usted admirable; esto resulta hermoso.

—Muchas gracias, replicó el indivíduo en cuestión; efectivamente esto va bien; sólo nos ha deslucido el programa esa señorita que maya en vez de cantar.

No necesitamos añadir que la señorita o la gata aludida era la hija del hombre de las felicitaciones.

Este, como en el lugar donde su niña desgarraba los oídos agenos hubiera periodistas, los confundía y abrumaba con atenciones y obsequios, a la vez que con una charla insoportable, siempre dedicada a hacer la apología de aquella Patti del porvenir.

Una noche, en un concierto casero, tanto desesperó a varios *chicos de la prensa*, que éstos decidieron jugarle una mala partida.

Era el mes de Diciembre; ter-

minada la reunión, aquel padre insufrible se despidió de sus *víctimas* con toda clase de cumplimientos.

Los periodistas juraron vengarse de la *pelma*.

A las tres de la madrugada presentáronse en el domicilio de la cataplasma viviente, golpeando la puerta como si quisieran hundirla.

—¿Quién es?—gritó al cabo de más de media hora la doméstica.

—¿Está don Fulano?

—Está acostado.

—Pues dígale usted que haga el favor de asomarse al balcón, porque los periodistas que estuvieron con él anoche tienen que hacerle una pregunta urgente.

Poco después de concluido el anterior diálogo, nuestro héroe aparecía en el balcón, en ropas menores y tiritando de frío.

—Señores, ¿quieren ustedes pasar? ¿En qué puedo servirles?—dijo sonriente.

—Usted nos perdonará la molestia—le contestaron los bromistas—pero es el caso que se nos ha olvidado el título de la última obra cantada por su hija de usted y venimos a que nos lo repita.

—Y el pobre hombre les dió una contestación satisfactoria en vez de dispararles una browing ó, por lo menos, arrojarles una maceta.

Ricardo de Montis.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

Las reformas de Córdoba

El impuesto único sobre el valor del suelo, para su solución.

Para poder hallar la cifra con que el suelo de Córdoba, absolutamente libre de mejoras, podría tributar, para sostener las cargas de la ciudad *como único tributo*, sería preciso confeccionar un catastro o censo que investigara el valor de dicho suelo urbanizado, sin contar las mejoras que el trabajo del hombre haya acumulado sobre él (edificaciones). Este censo no existe en Córdoba.

Pero se puede hacer un cálculo aproximado tomando como ejemplo el de algunas poblaciones análogas a la nuestra. Y de ellas, ninguna mejor que la vecina de Sevilla.

La tierra urbanizada de Sevilla ocupa 3.500.000 metros cuadrados (excluyendo, de los 5.000 000 que comprende el perímetro de la ciudad, un 30 por 100, por calles, plazas, edificios públicos, etc.), los cuales, para los fines del Ayuntamiento, están clasificados en diez y seis categorías, con un valor total aproximado de 419.000.000 de pesetas. Averiguando el valor anual de esta cifra al 5 por 100, o sea la tasa legal, se obtendría una tributación de 20.095.000 pesetas, equivalente a tres veces el presupuesto actual.

Veamos en Córdoba. El perímetro urbanizado de nuestra ciudad ocupa 3.000.000 de metros cuadrados. (Contando, no el total del suelo comprendido dentro del radio, verdadero perímetro urbano, sino sólo el suelo materialmente edificado). Descontando de los mismos el 30 por 100, por calles, plazas, edificios públicos, etc., quedan 2.100.000 metros cuadrados. Haciendo de este suelo, libre de mejoras, igual valoración que la hecha en Sevilla, obtendríamos la cifra de 194.257.142 pesetas. Mas con objeto de que estos datos tengan mayor eficacia positiva, rebajamos la dicha cantidad proporcional en un 25 por 100, con lo que se deja valorado el suelo urbanizado y tributable de Córdoba en 145.692.856 pesetas.

Aplicando a este valor la tasa legal anual de 5 por 100, se obtendría un tributo de **7 284.642 pesetas**. He aquí lo que puede ser el presupuesto anual del Ayuntamiento de Córdoba, dejando absolutamente libres de tributación todas las manifestaciones del trabajo (comercio, industria, etc., etc.); y con lo cual

Alumnas del Conservatorio Provincial de Música

habría, no sólo para atender las necesidades ordinarias de la ciudad, sino también para acometerese plan de reformas de Córdoba, del que está pendiente, por su aspecto sanitario, lo que es más precioso para los cordobeses, como para todos los humanos: la propia vida.

Rafael.

LOS GUARDIAS MUNICIPALES

Ante el grave problema de la vida actual, cuando las afiladas garras de la miseria están próximas a hundirse en el desarropado pecho de la humanidad que sufre y trabaja, cuando la ola de la tempestad azota fría y cruel a los pueblos como consecuencia inmediata de ambiciones y soberbias, cuando todos se esfuerzan en reclamar su derecho a la vida y se lanzan a la calle para decir en público lo que hace tiempo callaban, yo, atento a los curiosos detalles del mundanal tinglado, os contemplo, municipales de Córdoba, con asombro y admiración.

Creo haber hallado en vosotros el descubrimiento capital del siglo XX: *Vivir sin comer*.

Esto es verdaderamente asombroso, ¡y quién diría que estaba reservado a vosotros, modestos empleados, la gloria de haber dado con el misterioso enigma!

¿La estátua de un guardia municipal que os simbolice y perpetúe, colocada sn el más alto picacho de vuestra Sierra Morena? Nada sería; mereceis más alta gloria.

Todos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, empleados y braceros, haciendo uso del derecho de! pataleo, piden enérgicos para conjurar la tormenta que se avecina; mientras vosotros, impasibles, con semblante que revela la más apacible calma, poneis orden, fieles a vuestra consigna, sin comprender siquiera eso qne han dado en llamar «problema de las subsistencias.»

¿Que encarecen los artículos de tal o cual necesidad? ¡Qué importa al guardia—¿verdad?—si esas dos miserables pesetillas ingresan en el ahorro, pues que no teneis necesidad de «comer para vivir!»

Malas lenguas, quizá vuestros enemigos los turbadores de la paz, han dado en decir que estais supeditados al zapatero, al panadero y a todos los terminados en *ero*; que os persiguen con una constancia y celo mortificante, que os denuncian a vuestros mismos jefes, y envidiosos tal vez de vuestra suerte, os calumnian publicando a cuatro vientos imaginarias miserias que os dignifican poco y que vuestros afilados sables se esgrimen, como es natural, en legítima defensa de la vida!..

¡Oh, extraños seres!... La apacible calma que se nota en vuestro rostro lo desmiente.

Que habeis resuelto el problema tan cacareado en el Congreso y nada más.

Vosotros, guardias municipales del resto de España, que os lamentais de la suerte con 3'00 y 3'50 pesetas de sueldo, aprended de vuestros compañeros de Córdoba, resolviendo, con ocho reales, nada menos que el complicado problema de la vida actual.

¡Y todavía se les exige el más exacto cumplimiento de su deber!

Seamos sinceros: ¡qué más se puede pedir a esos mortales, si necesariamente les faltará el pan para sus hijos, si no tendrán fuerza para llevar el sable... si no comerán, porque no es posible que coman.

Y nadie se ocupa de ellos. Desde que terminaron aquellas imparciales y simpáticas *Notas del día*, volvieron a caer en el más lamentable desprecio de sus conciudadanos.

Es de suponer que aún perdure para estos mortales los tiempos de la esclavitud, porque señoritos del último modelo hay en esa capital que les dan el calificativo de *esclavos*.

Supongamos que estos *esclavos* tienen mujer y tres o cuatro hijos: necesitan, necesariamente, tres panes, que importan 1'26 pesetas Quedan 74 céntimos para el casero, luz, aceite, vinagre, garbanzos, sal, arroz, patatas, tocino, especias, carbón, vestidos y zapatos... ¡Qué dolor!

¿Y no habrá quien los redima, ahora que se ocupan los concejales

en la confección del presupuesto y tienen en don Salvador Muñoz Pérez un alcalde emprendedor, activo y pronto a inclinarse del lado de la justicia?

¡Señores, por humanidad siquiera, que a los perros que sirven de guardianes se les arroja alguna que otra magra, mientras que a ellos, a quien se acude a cada paso, ni los huesos!

Raimundo de la Torre y Pino.

LOS ESCLAVOS DEL MOSTRADOR

LA UNIÓN PARA LA LUCHA

II

En cierto modo fué aquí disculpable el desconcierto y desunión que reinó entre los dependientes de comercio, porque ese mismo desconcierto y desunión reinaban en la clase patronal, pero ahora, cuando todos venimos observando que los amos y jefes se agrupan para contrarrestar nuestros trabajos en pro de la reivindicación a que aspiramos, lógico es que nos preocupemos de ordenar nuestras fuerzas para luchar frente a frente, unidos por convencimiento y por dignidad, con el objeto de que, si la fuerza de la razón no fuera suficiente para conquistar el reconocimiento de nuestros derechos, sea la razón de la fuerza la que imponga el respeto hacia nosotros y la jornada marcantil se regule por convenios equitativos, mientras llega la ley que haya de fijarla en definitiva.

Sabido es que en otras poblaciones se alcanzaron mejoras que aquí se nos niegan sistemáticamente, y ello fué porque los obreros mercantiles se unieron en una aspiración que supieron imponer a todo trance, con razones, con constancia, por la unión y por la fuerza. Aquí sucede lo contrario: se habla mucho y se hace muy poco, porque se deja todo el peso de la labor a la buena valuntad de unos cuantos, mientras que los más se esconden tras la cortina de una insensatez que anula sus palabras cuando se presenta la ocasión de convertirlas en hechos. Hay que recurrir a la acción necesaria para emprender toda obra importante; es preciso atender la voz de la conciencia que clama por nuestra redención, antes que la voz del miedo que lleva a un servilismo infamante.

Muy pocos son los dependientes de comercio que en Córdoba son considerados y respetados en sus derechos, porque también son muy pocos los que claman contra los abusos y atropellos que se cometen con otros compañeros. Por estas causas, precisa hacer Asociaciación antes, Asociación después y siempre Asociación y cuando se haya conseguido cimentar firmemente la Asociación, en ella estén actuando de buena voluntad todos los elementos mercantiles y acaten sus acuerdos decididamente, entonces, en vez de pedir, exigiremos. Antes hay que capacitarse para ello, adquiriendo la cultura necesaria, porque ella será la llave que abrirá las puertas que hoy se nos cierran a piedra y lodo. Hemos de luchar contra un enemigo tercamente hostil a cuanto sea beneficioso para aquellos a quienes siempre, con altanería y con menosprecio, llamó denigrantemente dependientes, es decir: esclavos.

Pocos son los dispuestos para la lucha, pero esos pocos no cejarán y confían en que, por espíritu de equidad y de clase, por el bien general y por propia y particular conveniencia también, acudirán todos a defender en firme sus derechos, interviniendo en la acción redentora que hoy acumulan sobre unos cuantos, que con firme voluntad y decisión, inquebrantable, han trazado el camino que unos y otros, sin quedar ninguno, debemo seguir.

Hay que desechar el miedo y la apatía dominantes y creo en que se obtendrá el concurso de la mayoría de los dependientes de comercio local. Mucho se lamentan de las vejaciones que sufren, cuando el látigo que esgrime la codicia patronal les flagela despiadadamente, marcándoles la huella de los trallazos; entonces, el dolor de la infamante humillación les acusa de su servilismo, y despiertan del letargo suicida en que yacen; entonces se acuerdan de que la unión con sus compañeros puede remediar el mal que les aflige y piensan en su organización, pero vuelven a encomendar a otros la labor que hay que realizar, porque desconfían de ellos mismos, reconociéndose incapacitados e ineptos para toda obra redentora; anhelan el triunfo, sí, pero sin su esfuerzo personal.

Si estos factores de comercio, si estos obreros mercantiles supieran que no son dependientes, que no son esclavos; si tuvieran educada su inteligencia, si en vez de preocuparse de toros y toreros, tabernas y jaranas y tapetes verdes, se procupasen de su dignificación, entregándose a lecturas que concediesen a sus inteligencias el conociento del movimiento obrero universal, no serían víctimas del duro egoísmo y la seca codicia patronales, porque claramente se darían cuenta de que lo que a todos ha de salvarlos, lo que ha de capacitarnos para conquistar y sostener las mejoras que anhelamos, es que ellos mismos sepan no consentir que se pisotee sus derechos ni se burle las pocas leyes que nos protejen. La ley del Descanso dominical se vulnera descaradamente por falta de energía y tesón en aquellos que cobardemente, servilmente, se prestan con sumisión inícua a ceder sus derechos a quienes nada les conceden. Si esto sucede ahora, ¿a qué pedir nue-

vas leyes? ¿Para que también queden en letra muerta?

Hay que repetir, hasta que ninguno deje de estar enterado, que debemos fortalecer nuestra Asociación; por dignidad, por respetos a nosotros mismos, todos los dependientes de comercio de esta localidad debemos luchar con tesón inquebrantable por que se rompa la monotonía de la semana con el descanso del domingo. Si en esto, en que la ley nos ampara, no sabemos hacernos respetar ¿cómo esperar y para qué que se promulgue la ley reguladora de la jornada mercantil?

Ceder al enemigo por miedo sistemático, bajar siempre la voz ante él cuando por todas partes se clama luego contra sus abusos y atropellos, es propio de quienes dudan de si son hombres con empuje bastante para dignificarse y redimirse.

A este fin se encamina la obra redentora de la Asociación: a la redención de nuestra clase. Por tanto, todos los obreros mercantiles, sin distinción de gremios ni categorías ilusorias e irrisorias, deben ingresar en ella para dar la batalla, con unión y compañerismo inquebrantables, hasta extirpar las causas que se vienen oponiendo a la redención de los esclavos del mostrador.

Manuel Rubio Peña.

Alfabetos para niños que no quieren morir tuberculosos.

A.—Advierte que la tuberculosis no respeta raza ni sexo, ni edad, ni clima, ni posición social.

B.—Baño con agua y jabón es útil siempre: limpia, fortalece y previene muchas enfermedades.

C.—Catarros frecuentes son sospechosos y deben cuidarse.

D.—Duerme bien, aliméntate bien y respira bien.

E.—Escupir en el suelo es sucio y peligroso.

F.—Fiebre con tos pide asistencia médica.

G.—Ganglios que hacen relieve en el cuello, mala señal.

H.—Hijos de padres tuberculosos deben cuidarse fuera de la familia en el campo. (Rusticación).

I.—Ideas buenas y pensamientos puros conservan la salud.

J.—Juega y respira al aire libre en invierno y verano.

K.—Koch, médico alemán, fué el que descubrió el bacilo de la tuberculosis.

L.—Leche y huevos son buenos alimentos.—Si te alimentas bien no serás tuberculoso.

LL.—Llorar, deprime; reir y cantar, fortifica.

M.—Manos limpias, mantel limpio, manjares limpios.

N.—Nicotina y alcohol son dos venenos civilizados, pero... son venenos.

Alumnas del Conservatorio Provincial de Música

O.—Oir es aprender.—Emplea el ocio de la vida en escuchar.

P.—Pecho bien desarrollado si respira al aire libre no se tuberculiza.

Q.—Quien cuida su cuerpo y cuida su casa, vejez alcanza.

R.—Respira bien y busca los árboles, que te darán aire sano.

S.—Sol, aire y alimentación, tres tablas de salvación.

T.—Tisis y tuberculosis es la misma enfermedad contagiosa.

U.—Usar cubierto, servilleta y copa que otro ha usado, es peligroso.

V.—Vasija en que otro toma, no toméis sin limpiarla escrupulosamente.

X.—Los rayos X sirven para diagnosticar la tuberculosis, y si esto se hace al principio de la enfermedad, es curable.

Y.—Yemas, leche, aire y agua pura mejoran el cuerpo, y si está enfermo, a veces se cura.

Z.—Zote serás si no te cuidas tu salud primero, y después la de tus compañeros.

GRANDEZAS

Ante el mar

Eres vida y espejo de la vida
con toda su fantástica hermosura,
y guardas en tu seno la amargura
fruto de la experiencia dolorida.
Eres la vida, que en la lid reñida
sabe, triunfando, dominar la altura
y borrar del escollo la negrura
y luchar sin temor a ser vencida.
Y eres más que la vida soberana;
pues al forjar los mundos que mañana
brotarán con la fiebre del anhelo,
eres del orbe pila de bautismo,
y eres milagro eterno y espejismo
que acerca al hombre la ilusión del cielo.

Mirando al cielo

Cuanto más te contemplo más te admiro,
y es tal mi admiración por tu hermosura,
que me rinde la magia que fulgura
en tu dosel inmenso de zafiro.
Portento de ilusión, te borda el giro
de los astros, antorchas de la altura,
y en horas de dolor y de amargura
en tí vislumbra el alma su retiro.
Foco de eterna luz, tu luz pregona
la magestad suprema que corona
al que labró tu gloria bendecida.
Y cuando el orbe caiga moribundo,
acaso tú, con tu poder fecundo,
lo conviertas en sol, en fuerza, en vida.

Frente á las montañas

Pedestales del cielo, sobre el llano
alzáis la frente blanca por la nieve;
el hombre a profanaros no se atreve
y os mira como el nieto al noble anciano.
El rayo, con soberbia de tirano,
desciende audaz y vuestra mole mueve
y, aunque el impulso de los cielos lleve,
la cumbre es su sepulcro soberano.
Sois de la excelsitud sublime asiento;
sois, en la pequeñez que nos rodea,
un prodigio trocado en monumento.
Sois el cerebro que gigante crea:
nidos para el halcón del pensamiento
y altar para el milagro de la idea.

El orgullo del hombre

Yo escalo el firmamento deslumbrante
y sé volar midiendo lo infinito;
yo abato las montañas de granito
y domeño su orgullo de gigante.
Yo azoto al mar con el vapor pujante
y sus entrañas con mi fuerza agito,
y, avión o submarino, audaz palpito
y soy el triunfador siempre triunfante.
Mi voz sin cable por el mundo vuela,
y al mundo entero mi poder alcanza;
soy del progreso firme centinela,
y soy más, mucho más que la esperanza,
porque Dios, con bondad que nos consuela,
me imprimió su divina semejanza.

La humildad del barro

Mezcladas con el polvo del camino,
las flores de un rosal, muerto en verano,
cayeron en las aguas del pantano
para engendrar mi vida y mi destino.
Soy lo pobre, lo impuro, lo mezquino;
soy barro más humilde que el gusano;
pero el Creador, tomándome en su mano,
me infundió lo inmortal de lo divino.
Iguales en la forma y en la esencia,
barro son y en mí amasan su existencia
los genios, los verdugos, los gigantes...
Y por ellos soy luz, sombras o dudas:
infamia con Calígula y con Judas,
y gloria con Colón y con Cervantes.

M. R. Blanco Belmonte.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

Real Centro Filarmónico Eduardo Lucena.

EL EXTREMO OCCIDENTE

Viejos cultos, viejas tradiciones, leyendas y fábulas de la humanidad, que, al cabo de los siglos, y a la luz de nuevos descubrimientos y nuevas inteligencias que los definan y valoren, vuelven a su antigua representación gloriosa y heróica.

Viejo mundo, el mundo de Occidente, de antigüedad y ancestralidad desconocidas para los primeros pueblos cultos, y sobre cuyos pobladores y grado de florecimiento hicieron sortilegio de misterios los primeros escritores de la Historia.

Aquí vivieron, en las tierras donde el Sol muere, los hombres que hicieron el primer alfabeto conocido (cuatro mil años antes de J. C.) Ellos fueron, los turdetanos de civilización espléndida, los que adoraron, acaso por vez primera, a la mujer elevada a superior categoría, a Salambona, la Diosa de la hermosura.

Y en sus tierras, en las tierras del Sol Durmiente, fué donde el cerebro del hombre, el cerebro de sus ancestrales, dió nacimiento a la llama inextinta y radiante de la inteligencia, el único fuego sagrado que se conserva inextinguible en aras de la Divinidad. Fué aquí, en las tierras sagradas del Sol, por donde el aluvión humano, venido de las entrañas de Africa, la madre siempre virgen, se desparramó hacia las del Septentrión, forjando nuevos pueblos y nuevas civilizaciones.

Y desde sus costas, costas de Tartesia, de Algarbe y de el Andalos, se oían los roncos lamentos del Sol, al morir en los mares, como el volcánico crepitar de una inmensa ascua encendida.

Desde todos los ámbitos de la Tierra, que luego se poblaron, el Extremo Occidente, madre de tantos pueblos que ya fueron, era otra vez desconocido e ignorado. Por aquí pasaron, verosímilmente, los pueblos de donde se formaron los griegos; y cuando éstos llegaron al mayor esplendor de su florecimiento, apenas si quedaba de la Turdetania un poético recuerdo mitológico: el Jardín de las Hespérides.

Y así, todas las grandes civilizaciones. Las que no se formaron directamente del suelo pródigo de las tierras del Ocaso, tomaron tan grande sedimento de él, que se rehicieron a su resplandor e imagen.

El suelo de Occidente, siempre fecundo y maternal, es un suelo sagrado por el infinito engranage con el cual las civilizaciones se acordaron a su espíritu inmortal. Grandes pueblos pusieron en él sus ideales, y en ellos fué tan pródigo, que de cada partícula de su suelo nació una idea, un hombre, un movimiento. Es como un légamo siempre fecundo, que, contínua e infinitamente, sirviera de molde creador.

En la Prehistoria, es tal vez Andalucía el país de más intensa vida. Todo su suelo está lleno de recuerdos de nuestros primeros padres. Era Andalucía, en la época en que éstos llegaron a habitarla, como las paradisiacas orillas de un estrecho o prolongación de los mares que ocupaban todo el actual valle del Guadalquivir, y que luego se fueron retirando hacia Poniente, dejando una fertilísima vega.

Y en estas orillas, de terrenos terciarios, vivió la civilización adelantada y floreciente que supo, por vez primera, legar a la posteridad la descripción de su vida y hazañas. Nació esta civilización como floración engendrada por un légamo creador y sagrado, como creación autóctona de gérmenes inmortales. Y el resplandor de esta creación, que ya perdurablemente fué propio, hizo de él un légamo glorioso y sacro.

Cabeza del Africa, tierra que desde la orilla de los mares oye contínuamente el crepitar de un inmenso incensario que arde en las aras de la Humanidad allende los occeanos, extremo del mundo, fin del mundo material y terreno, el Extremo Occidente es la tierra de las consagraciones, el ara donde se ofrendan los más puros ideales.

Y para ser aún más alto, esplen-

dente y sacro, él hizo nacer en el hombre la llama de la inteligencia, para que así pudiera conocer a Dios.

Rafael Castejón.

Rogamos con especial encarecimiento que toda la correspondencia para la revista CÓRDOBA sea precisamente dirigida a la calle de las Dueñas, número 6.

¿El jornalero es incapaz de cultivar la tierra?

Del mismo modo que el pueblo no cumpliría sus funciones ciudadanas si no fuera conducido por el cacique, se opina que no cultivaría la tierra si no fuere *conducido* por los grandes propietarios.

Los jornaleros, dicen, son incapaces de poseer. Enajenan sus terrenos y la propiedad de la tierra se acumula fatalmente. Esto se alega en favor de la acumulación *actual* y del régimen que la ampara.

En cuanto a la fatalidad de la acumulación, se realiza no porque los jornaleros sean incapaces de poseer *tierras*, no por efecto del cumplimiento ineludible de leyes económico-naturales, que condenan a éstos a ser los eternos desposeídos, sino por consecuencia, precisamente, del régimen actual que les despoja o que consiente su despojo artificial, económico, jurídico y hasta político-administrativo y que salvaguarda los *famosos intereses creados*, en cuyo servicio se esgrimen los citados argumentos.

Desde luego, no voy a alegar que esa incapacidad para *poseer* y dirigir los *cultivos* está únicamente demostrada con relación a los grandes propietarios territoriales que, lejos de cultivar sus terrenos, los dedican a cotos de caza, a cerrados de toros y a dehesas y prados naturales, cultivados sólo por la acción de los agentes y meteoros atmosféricos. Andalucía fué un extenso jardín con árabes y con romanos. Hoy es un erial sembrado de algún que otro oasis. Esto demuestra la capacidad de los actuales propietarios de la tierra en Andalucía.

Diariamente, a la vista de todos, se desarrolla un hecho que patentiza la capacidad del jornalero. Este intenta su redención, procurando adquirir los elementos que le conviertan en individuo de la clase media campesina. ¿Qué significan, si no, esas determinaciones supremas en que los campesinos, sin campo, acosados por la desesperación, deciden abandonar para siempre la tierra que les vió nacer?

Es horrible examinar las estadísticas de emigración, sobre todo las comparativas, publicadas por revistas extranjeras. No ya una cifra igual a la de los países que más, sino doce, quince veces mayor que la de las demás naciones juntamente consideradas, es lo que representa la emigración española. Y de las provincias andaluzas ya sabemos que emigran pueblos enteros.

¿Y qué van buscando los jornaleros en los países lejanos?

Tengo dicho en otro lugar que muchas veces he oído a los emigrantes hacer esta afirmación, la cual produce un inmenso desconsuelo, que sólo puede calmar un firme propósito de apostolado: «¡¡Allí dan tierras...!!» Es la frase que se les oye exclamar cuando determinan alejarse de Andalucía, con la mira puesta en ajenas patrias.

¿Cómo, pues, se afirma, es la incapacidad del jornalero para poseer y cultivar las tierras de Andalucía, lo que determina la acumulación de la propiedad? ¿Pues cómo van a buscarla y a labrarla en los países que se las ofrecen? ¿Cómo las cultivaban antes de ser reducidos a jornaleros, los que han sido pequeños propietarios? ¿Cómo las cultivan aún en los pocos pueblos donde está repartida entre ellos la tierra? ¿No es sinónima la expresión de término municipal *bien cultivado*, a la de término municipal *bien repartido*? ¿Se alejarían de su patria si en ella encontrasen lo que buscan en la emigración? No. ¿Y sin tenerla aquí, cómo la van a cultivar? ¿De qué les serviría ser todos peritos en agronomía, sin tierra y sin recursos para aplicar su ciencia? No necesitan que el propietario les *conduzca* a la tierra, para llegar a cultivarla, como para cumplir la función de votar les conducen los caciques a los colegios electorales. Van ellos por sí, ansiosos de encontrarla, aún más allá del Océano.

¿Y qué significa esto sino que aquí no solamente el propietario no ofrece al trabajo sus tierras, sino que ni le deja saltar las vallas que garantizan la posesión, siempre exclusiva, sea o no acompañada por el uso que sobre aquéllas ejercen? Y esto último está demostrado porque no sólo no faltan, sino que sobran tierras en Andalucía para los excedentes de emigración. En general, todo el mundo sabe que el territorio español es uno de los más despoblados. Mientras Italia tiene ciento dieciocho habitantes por kilómetro cuadrado, Andalucía, no obstante la leyenda de su fertilidad, tiene cuarenta, alzándose apenas del promedio de España (treinta y nueve), mientras que a Francia resta por cultivar de su territorio sólo un nueve por ciento y a Inglaterra un veintiocho con cuatro décimas; España tiene incultos el cincuenta por ciento, y el resto, hasta el setenta y cinco, por cultivar. Ahora; es frecuente oir decir que esto sucede por la gran esterilidad del suelo y por la falta de irrigación. Pero lo cierto que, según datos oficiales es del Ministerio de Agricultura, sólo 3.500.000 hectáreas, de los 50.000.000 de hectáreas que componen la extensión de la península, son estepas incultivables.

En Andalucía, prescindiendo de las ciento treinta mil hectáreas, próximamente, que ocupan las denominadas marismas en las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, son innumerables las dehesas, los cotos de caza, los terrenos inscritos enlos amillaramientos como de puro pasto, terrenos a los cuales, si los jornaleros tuvieran acceso libre, no se verían precisados a emigrar. He presenciado muchos casos elocuentes que demuestran cómo tal vez, con sólo tierras, sin necesidad de que los Poderes se preocupasen de facilitar capital al jornalero, éste lentamente llegaría a redimirse. Les he visto demandar tierras en montes, dehesas y prados naturales, para sembrar semillas, procuradas a costa de inmensos sacrificios, y negárseles despiadadamente, impidiéndoles de este modo trabajar durante las huelgas festivas o los paros forzosos, y privándoles así de la *ayuda* que buscaban *para su jornal*.

No hace mucho, desde un pueblo de la provincia de Cádiz, un hombre compasivo, exgobernador civil

Alumnos del Conservatorio Provincial de Música

y diputado provincial, impresionado por la salida en masa de 200 habitantes de la población, que se encaminaban a Gibraltar para embarcarse con rumbo a los archipiélagos de la Polinesia, solicitó de un noble, con ocasión del matrimonio de éste, el que dispusiera en los extensos terrenos de cierta finca suya de aquélla provincia (17.000 hectáreas de tierra virgen), la colonización de algunos de ellos como medio de restar a la emigración unos cuantos centenares de familias obreras del campo. El terreno continúa tan salvaje y los vapores siguen saliendo de los puertos de Cádiz y Gibraltar abarrotados de emigrantes. El noble ha hecho tanto caso de la petición como de las coplas de Calainos.

!Así laboran por la patria los propietarios territoriales! ¡Y extrañarán sin embargo que renieguen de aquel nombre sagrado, confundiendo su esencia con la de los intereses que les perjudican, los desdichados a quienes expulsan de la tierra que les viera nacer! Con ellos va España que se desangra por los puertos. Todos los años, la holganza de la propiedad territorial hace perder a la nación más defensores que si estuviese empeñada en una guerra continua.

Blas Infante.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

LA NUEVA SIEMBRA

¡Cuán pródiga es la madre Tierra en sacrificios!

Aún se ven en las eras los vanos resíduos de la última parva y las leves camisas de que se despojó a las rubias mazorcas, cuando ella vuelve a ofrecerse en holocausto de nuevos amores.

Del cielo le llegó el regalo de la pluvia temprana, musical al caer en copiosas gotas sobre los pámpanos relucientes y al correr por los regatos que bajan de las laderas.

Y con las primeras lluvias vino la energía otoñal.

Otra vez rey de las tierras el sembrador, magnífico y augusto como un sacerdote de la Vida.

Otra vez el hombre, en la paz y soledad del campo, abriendo el surco, caliente como un seno maternal, y sepultando en él la semilla que promete el nuevo pan confortante.

Alabemos, poetas, estos brazos morenos y estas manos duras del sembrador, tan pródigos en fuerzas y tan propicios al rudo trabajo. Ellos guían el arado en la dura fae-

na y esparcen las sazonadas semillas sobre la entraña prolífica de los surcos. Ellos son los que labran en el presente la riqueza del porvenir para que la vida sea eterna y no se agote la fuente de la energía.

Por el cerro conduce el sembrador la yunta, mansa y perezosa. Y un halo de luz reverberante los envuelve y rodea.

Con una destreza singular, el labriego traza las amelgas y sobre ellas voltea la simiente, que cae como una lluvia de oro y de bendición.

Después, con el arado la sepulta en el misterio de los surcos, para que se obre el milagro de la generación prodigiosa.

¡Oh, milagro de la Naturaleza, que el hombre no acierta a comprender sino por la muestra del verdor que por él nace, que luego se hace espiga y pan para el sustento cotidiano!

El arado hiere el seno de la tierra madre, y en él la semilla se pierde a la luz del sol, que la hace fecundar y florecer y dar frutos. Y el labriego, que ha oficiado en el acto maravilloso, unge la tierra con el sudor de su frente, y es gracia que no sea amargo el fruto de la tierra. Otro milagro de la Naturaleza que el hombre no comprende sino cuando ha gustado la dulzura del fruto.

Ningún sacerdote de alto y sereno como el sembrador, en la soledad de los campos, bajo la diáfana bóveda de los cielos. Embebecido en la dulce faena de la siembra, ni aun siquiera pone oídos a las voces del corazón cuando no le habla de esperanza.

A las voces de la esperanza, el sembrador contesta con las rimas de sus cantares, flores en sus labios. ¡Y cuán hondo el suspiro que los anima, y qué tierna la letra con que se engalanan, y qué sencillo el pensamiento que los hizo florecer!

¡Los cantares en los labios del sembrador! ¡Cómo hacen revivir en las almas todos los deseos y resucitar en los corazones todo amor y contento por la vida! Son como las simientes que en el corazón han de germinar, ofreciendo al ánimo el fruto de la pasión y de la alegría. Es en el descanso cuando la voz de la esperanza más se deja oir.

El sembrador se sienta sobre el hato y mira hacia la lejanía, con la extraña y honda ternura que muestran en sus ojos los que no padecen de codicia.

Y una bandada de palomas cándidas revolotean a su alrededor, en fiesta de amores y de fecundidad.

El sol besa a todos con un largo beso suave...

J. Muñoz San Román.

Lo que piensan los obreros

EDUCACIÓN SOCIAL

El deber de la conciencia.—Es grande atrevimiento en quien carece de toda fuerza cultural dirigirse al público, y más aún para desarrollar el transcendental tema de «Educación social».

Y, con sinceridad, debo decir que sólo accediendo a las reiteradas instancias de varios amigos, me decidí a hacerlo, no sin costarme gran trabajo adquirir los datos suficientes para poder decir algo útil que nos sirviera de provecho; pero cuando más preocupado estaba, pues que llegué a tomarlo en serio, menos daba con mi pobre cerebro, que no me dejaba coordinar las ideas.

Pensé desistir, aunque mis amigos me calificaran mal, pues pensaba que ante el temor de ir al fracaso me perdonarían. Pero cuando más entregado estaba en estas cabilaciones, sentí un desvanecimiento general y quedé meditando; era una voz interior que me conducía, que me iluminaba en aquel momento y a modo de teléfono interior me hacía preguntas y respuestas: ¿Quién podía ser? ¿Qué pretendía? ¿Venía a inducirme, a iluminar mi sentido? ¿Cuál era su nombre? Sólo obtenía la callada por respuesta. ¿Sería algún filósofo? ¿Sería Kan? ¿Sería Platón? ¡Decir su nombre!; sólo oigo una voz que me dice: «Sigue esa idea, que eres un valiente; habla a tus compañeros, sácalos de toda rutina y díles también que su sociedad no es caja de ahorros solamente, que su principal objeto es estrechar vínculos de unión y estar prevenidos dentro de nuestra acción social, de nuestra defensa.»

. . . .

Señores oficiales y señores maestros: concederme la supremacía siquiera un momento, por tratarse de nuestra desgraciada ignorancia.

No pretendo hablaros buscando iniciativas personales. No vengo a sobornar a nadie; vengo con un ideal noble y desinterado, basado en nuestros ideales profesionales.

Os tengo verdadero cariño y respeto al mismo tiempo; no sois culpables de todo cuanto nos acusan y sin embargo ¡qué fama tenemos! Habéis visto durante los catorce años de nuestra fundación social varios periodos de decadencia; en algunos se llegó al precipicio, y, sin embargo, en todos habéis respondido. ¿Qué prueba esto? Que tenemos alma. Hemos visto nuestra sociedad en manos vilipendiadas y nadie levantó su voz para pedir estrictas cuentas. ¿Qué demostramos con esto? Que tenemos el corazón sólo para resignarnos.

Luego si tenemos alma para sentir nuestras flaquezas y fuerzas morales para resistirlas, ¿de qué carecemos? Carecemos de sentido social educativo, nunca por nosotros practicado.

He hecho un estudio de nuestra sociedad y toda la falta es absoluta carencia de educación social.

Necesitamos un caudal de cultura que nos permita desenvolvernos dentro de nuestra acción social. Para eso es preciso que personas con fe, con buena voluntad, se sobrepongan y laboren en esta interminable labor, única salvadora de nuestra pereza social.

Queremos el desenvolvimiento dentro de la acción social, engrandecernos en el campo del progreso; es evidente que esto es lo que perseguimos, pero esto necesariamente tiene que ser en colaboración con los maestros. Nosotros, aunque podemos evolucionar por sí solos, siempre debemos de respetar nuestro reglamento, que nos dice en sus primeros artículos, que estrechemos vínculos con los maestros, pues siempre saldremos provechosos. Esto lo hemos visto con las bases reglamentarias; bases que, a mi juicio, son el censor del gremio.

No pretendo repetiros lo que tanto habéis oído: que la unión constituye la fuerza y que ante todo pertenecemos a una sociedad de defensa.

Quiero demostraros cuáles son nuestras flaquezas, cuáles los

defectos, cuáles nuestras negligencias; todo tiene una explicación muy justificada.

La juventud, marchando por sí sola, se entrega pronto a la pereza, y si a esto añadimos que entre nosotros no se ha querido tratar con la natural visualidad este problema, nos explicaremos por qué el oficial justamente se dice: ¿Para qué he de concurrir a la sociedad si siempre me dicen lo mismo? ¡Que si los oficiales somos perezosos! ¡Que somos indiferentes! Siempre lo mismo; y claro, llega el día de reunión y se preguntan los unos a los otros: ¿Tú vas? Para qué he de ir a oir lo mismo que ayer: Yo no voy; teniendo el recibo al corriente qué más me da. Y esto un día y otro día, hasta que viene por fuerza el completo indiferentismo.

Pero he aquí que la sociedad no está conforme con el deber cuotidiano, exigemás. La sociedad tiene egoísmo personal, quiere la total unión para estrechar amistades, para cambiar nuestras impresiones y para elevar la natural competencia que exige nuestra profesión.

Soy joven como vosotros y nunca dejé de cumplir con la sociedad, teniendo las distracciones y aficiones que todos poseen, pero, para convenceros, quiero indicaros:

Tenéis novia y lo alegáis como motivo de fuerza para falfar a vuestros deberes sociales, sin pensar que así lo hacéis por alegar algo. La novia, simplemente mirado, no es motivo suficiente, porque ese cariño superficial no tiene validez hasta contraer matrimonio; después es cuando verdaderamente se ama o se aborrece; antes, todo es superficial; luego sí podrá existir un conflicto entre dos deberes; antes, no.

Me direis que el Cine es vuestro deleite. Acepto el Cine como medida transitoria, nunca como medida recreativa, constante, porque yo no puedo creer que indivíduos varones, que en la mujer busquen la honestidad y recreo de sus formas, vayan a admirar la mujer que se exhibe para todos...! ¡Señores, esto no es de todo género masculino: el hombre debe tener otra alteza de miras!

Ultimamente me diréis que los toros os trastornan y que no podeis prescindir de ellos; pues bien, hay que ser francos, vais a conocer mi opinión.

Dicen algunos críticos que la fiesta de los toros es propiamente llamada fiesta de embrutecimiento; otros dicen que es la fiesta de la raza por lo varonil; yo ni de una manera ni de otra pienso clasificarla; únicamente digo que no hay motivo a que todo se haga cuestión de toros; como si el problema actual europeo importara un bledo siquiera en sentido humanitario: esto, señores, es un sarcasmo. El hombre que, olvidando sus deberes sociales, se coloca por bajo de la novia, del cine y de los toros, ni será buen esposo, ni será buen padre, ni será español. El hombre tiene otros fines que cumplir, si no, no tiene derecho a reivindicación.

Necesariamente precisa sacaros de ese distraimiento que os trastorna; yo os prometo que si la acción social que desarrollamos, aunque tarde, la aceptamos, pronto recojeremos el fruto. Yo, sacrificando mis particulares deberes, trataré de la mecánica de nuestro oficio, representaré al

Fiesta celebrada en el colegio de Santa Victoria con motivo del reparto de premios a las alumnas.

La Banda de Música del Regimiento de la Reina.

oficial de peluquero desde su aprendizaje hasta elevarlo a maestro; y así será cuando un oficial sea instruído, moral y materialmente, cuando esté capacitado para ostentar ese nombre en propiedad; no siendo así, será el dueño de los muebles de su establecimiento, pero maestro, nunca, nunca; porque le faltará cultura y civilización.

Esto tiene una explicación: como todo cuanto queda dicho, es hijo de nuestros principios: el oficial de hoy no tiene maestro; aprende por intuición, porque de aprendiz de arriba pasa a oficial de abajo. ¿Y arriba qué se aprende? A ser egoístas, porque con el soborno de la propina no se vé más que con los ojos del egoísmo; no hay fe, no hay respeto, no hay voluntad.

Dicho esto, sólo hace falta el contrastar con el público, que, claro, exige más cada día, y como el oficial no está lo suficientemente educados para corregir ese abuso, y como no conoce el valor de su trabajo porque no se lo ha enseñado nadie, de ahí que surjan estos trastornos sociales, como últimamente ha ocurrido con las bases reglamentarias, que para hacerlas efectivas, para que tuvieran validez, se llegó a la coacción individual. ¡Estábamos tan disgregados!

No hablemos de la subida de precio, porque careció de toda forma, de toda delineación y lo acataron los menos: quienes no se perjudicaban.

Un poco de Historia.—¿Qué era el gremio antes de 1902? Un gremio alegre y confiado; no estaba sujeto a ninguna acción social; era una oligarquía anárquica; no había leyes ni respetos, ni se conocía la higiene, ni se cerraba con regularidad; cada cual andaba como podía. El oficial de aquella época, vicioso, flamenco, achulapado. Estas eran sus características. Sus aficiones: el juego, la taberna, la prostitución, la embriaguez. El maestro de la misma época: indiferente; no pensaba más que en alargar los días con el suplemento de la noche; no hacía números, y por eso, su egoísmo, dice que otros tiempos fueron mejores, olvidando que nunca, con la evolución social, se pueden comparar unos tiempos con otros. Estes son mejores. Y eso que nada más que aparentementeparece gremio, que si estuviera conformado ¿a quién envidiaríamos? Indiscutiblemente hemos ganado mucho; lo podemos demostrar con sólo anotar el cierre regular, el cierre dominical, días festivos, horas para comer y las dos últimas reformas llevadas a cabo, más lo mucho que puede hacerse, amén de nuestros socorros, que este rasgo de altruísmo por sí sólo nos dignifica.

Règimen.—Se da el nombre de régimen al grupo o varios grupos que forman un partido; este partido opera bajo unas leyes; estas leyes las da un directorio general competente, que acatan los jefes de grupos o fracciones, que así se denominan, y las acatan y las ponen en práctica por distritos; claro que esto es de arriba abajo, poro si surge una iniciativa de un jefe de grupo, para su implantación tiene que ser sometida a la aprobación del dlrectorio: se discute, se enmienda y el fallo lo da siempre el directorio. Pues, bien; nosotros somos en esto más especiales. Pertenecemos a un grupo que tiene leyes pero no tiene directorio, no está completamente constituído nuestro gremio. Tenemos un presidente de gremio, único, aislado, no robustecido por una junta que puede ser mixta o puramente patronal, pero que sea la que sancione todo proyecto y delinee toda iniciativa. De lo contrario, el cargo de presidente de gremio resulta desairado, su opinión no puede ser admitida nada más que en caso de votación; nosotros, que queremos el orden moderador de nuestro gremio, debemos de empezar por ahl: por constituirnos y corregirnos.

....

Es muy delicado hablar de la mecánica de nuestro oficio, donde tanto amor propio existe y tanto egoísmo; cada oficial se cree un competentísimo funcionario al lado del tocador y algunos nos creemos «Sénecas».

El oficial de hoy no admite que un maestro le enmiende la plana, pues nuestro amor propio nos coloca a una altura superior, en este momento, a nuestros jefes. En esta consideración que dejo anotada, hay muchos que llegan a ser maestros desconociendo todo respeto al público, toda consideración al oficial, porque el mal viene de origen.

Entiendo, compañeros, que mucho puede hacerse; demos campo libre a esta nueva acción social que empieza hoy, llena de iniciativas nobles, de fecundos ideales, pongamos cada uno de nuestra parte y laboremos todos en la masa común.

No puedo terminar sin ocuparme de los que discrepan de nosotros; los que discrepan de nosotros quieren vivir y viven, ¡pero cómo viven!, como tienen que vivir: como vive toda abeja desmandada que muere por consunción.

El ejemplo más adecuado a título de comparación lo vais a oir. El gusano de seda teje, en colaboración de muchos, una materia que pasada por la gran mecánica se transforma en hilos y más tarde en piezas magníficas, piezas costosísimas, de inapreciable valor; pero ya comprenderéis que esto no puede ser en manera alguna como no sea con la unión de todos los gusanos; unos pocos, separados de la masa común, no procrean, no viven y su vida dura hasta que el niño se da cuenta de que no sirven para nada. Copiemos de estos ejemplos que nos brinda la naturaleza, pues que son los verdaderamente reales y positivos.

Y termino haciendo votos por que vosotros, compañeros, continuéis mi labor. Nada puedo aconsejaros que no sea constancia y laboriosidad; yo siento en estos momentos el vigor de mis días juveniles, lleno de satisfacción, aunque las amarguras de la vejez prematura se me acercan.

Antonio Pérez,
Oficial de barbero.

DON JOSÉ BAREA

Ha dejado de existir nuestro buen amigo el joven industrial don José Barea.

En plena juventud deja la vida; hombre activo y de corazón, dotado de grandes cualidades comerciales, ofrecíase ya como una realidad, continuadora de los arrestos y talentos de su abuelo y de su padre, también recientemente fallecido en la plenitud de la vida.

Joven bondadoso y cordial, habíase captado las simpatías de todo aquel que llegó a tratarle. Descanse en paz.

Que su respetable familia reciba el testimonio de nuestro sincero dolor.

IMPRENTA MODERNA.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

ESPAÑA Y SUS ESTEPAS

por el catedrático de la Universidad Central, Dr. D. Eduardo Reyes Prósper.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . . 65 pesetas
3.ª id. id. . . . 50 »
4.ª id. id. . . . 75 »
Esta sección se divide en cuatro partes.

Una columna central en el texto, 20 pesetas
Media id. id. id. 10 »
Un cuarto id. id. 5 »
La línea . . . . 0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts.
Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago delantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 2 de Diciembre de 1916 | NÚM. 16

LAS SUBSISTENCIAS

EL TRIGO Y EL PAN

Del número extraordinario de *El Norte de Castilla*, importante diario de Valladolid, que publica una interesante información sobrela cosecha de cereales en 1915, reproducimos literalmente loque sigue:

«El precio del pan.

Formulamos separadamente un cuadro por regiones agrícolas, en el que se consignan los precios medios del trigo que se nos ha comunicado, y los del pan.

Este año es de gran importancia comparar estos datos, porque precisamente todos los errores y horrores del señor Ministro de Hacienda se han fundamentado en la carestía que el pan iba alcanzando.

vemos, una vez más, que el precio del trigo es en absoluto independiente del que adquiere el pan.

Y, efectivamente, del resultado que ofrece nuestra información.

Si fuera relativo éste de aquél, habría provincias, donde el pan no debió pasar de 40 céntimos kilo, mientras que en otras pudo exceder de 50 céntimos.

Y, efectivamente, ni lo uno ni lo otro ocurre; el capricho de fabricantes e intermediarios es el que establece el precio del pan, unas veces porque tienen harinas caras y otras porque esperan tenerlas.

De una vez para siempre tenemos que decidir la relación existente entre los precios de los trigos, los de las harinas y los del pan, pues así como no somos partidarios de que al panadero se le obligue a trabajar más barato que lo que le permita una ganancia justa, así también somos enemigos de que al consumidor se le esquilme para crear conflictos que redunden en daño de la producción nacional.

Haciendo caso omiso de las oscilaciones del mercado, el pan —sobre todo en Madrid y otras grandes ciudades—sube o baja (baja pocas veces) cuando se le antoja al industrial, y nuestros paternales gobernantes, estilo Bugallal, hacen lo propio con el arancel de los trigos.

No nos preocupamos de la producción, sino del negocio y del agio.

Habrá, por consiguiente, que pedir la adopción de leyes que pongan a cubierto al agricultor de los desmanes arancelarios; que garanticen al consumidor contra las genialidades de los industriales panificadores.

No es bastante para ello la Ordenanza municipal. Hay que reglamentar, si es preciso, con rudeza alemana, el margen de ganancia que cada cual puede obtener; la relación que entre el trigo, la harina y el pan ofrezca el mercado.

Así no serían posibles estas sorpresas del arancel triguero, que roban al productor su peculio, de paso que empobrecen la renta de aduanas, mientras el país sigue teniendo el pan por las nubes.

El Ayuntamiento de San Sebastián ha demostrado últimamente que se debe y se puede fijar la relación del precio entre el trigo y el pan, y ha resuelto el problema por medio de la siguiente ingeniosísima fórmula:

P igual 0,065 más (0,80 por a)

En esta fórmula 0,065 es el coeficiente del valor de la mano de obra, gastos, impuestos, etcétera, que satisface la industria

Córdoba antigua.—Ruinas de Medina Azahara.

panadera en San Sebastián, incluso la utilidad de fábrica.

0,80 es el coeficiente de rendimiento del kilo de harina fabricado.

a es el valor del kilo de harina.

Y *P* el precio del kilo de pan.

Pues bien, esta fórmula ha sido aceptada por los panaderos donostiarras, con lo cual se ha demostrado que no debe ser tan mala cuando se la acepta.

Igualmente ha venido a probar que el antiguo prurito de creer que este problema no tenía solución, la tiene, y buena, desde el momento que hay gobernantes previsores que saben buscarla.

Ahora bien, con arreglo a esta fórmula, manteniéndose el precio del trigo según los datos que ofrecemos en las distintas regiones, el precio del pan debió ser el siguiente:

	TRIGO — Pesetas quintal.	PAN — Pesetas kilo.
1.ª región..	33,67	0,34
2.ª — ..	34,39	0,34
3.ª — ..	33,00	0,34
4.ª — ..	34,68	0,34
5.ª — ..	34,28	0,38
6.ª — ..	40,00	0,35
7.ª — ..	34,80	0,35
8.ª — ..	34,90	0,35
9.ª — ..	35,10	0,35
10.ª — ..	38,56	0,37
11.ª — ..	38,60	0,37
12.ª — ..	33,12	0.37

Y mantenemos el coeficiente de gasto de la fórmula porque no encontramos en parte alguna condiciones de vida industrial más caras que las que pueda ofrecer la plaza guipuzcoana, que es una plaza de lujo como pocas.

Siendo así, como lo es, ningún panadero español puede hallarse en peores condiciones para fabricar con arreglo a esta fórmula, y ninguno podría rechazarla, a menos que se probase lo contrario, en cuyo caso se elevaría en un par de céntimos, a lo sumo, el coeficiente de gasto, lo que todavía no daría, ni con mucho, el desconsiderado precio a que se viene vendiendo el pan en Madrid y las aludidas ciudades, con raras excepciones. Y eso que no contamos ganancias basadas en la falta de peso, que han sido las mayores.

Ahora bien, comparados los precios deducidos de la fórmula con los precios medios corrientes de nuestra información, resulta:

	Precio medio.	Precio deducido	Ganancia media.
1.ª región..	0,47	0,34	20×100
2.ª — ..	0,45	0,34	32×100
3.ª — ..	0,47	0,34	20×100
4.ª — ..	0,47	0,34	20×100
5.ª — ..	0,46	0,34	35×100
6.ª — ..	0,51	0,38	44×100
7.ª — ..	0,47	0,35	34×100
8.ª — ..	0,45	0,35	28×100
9.ª — ..	0,50	0,35	42×100
10.ª — ..	0,43	0,37	16×100
11.ª — ..	0,48	0,37	29×100
12.ª — ..	0,51	0,37	37×100

De estos datos puede sacar el señor ministro de Hacienda un curiosísimo estado, porque si los hace por provincias, todavía encontrará más diferencias.»

El precio del trigo.

De los datos publicados en el mismo diario *El Norte de Castilla* resulta que *los precios máximos del trigo* en el mercado de Valladolid durante un periodo de treinta y dos años fueron:

	Reales la fanega
Año 1884	40,50
— 1885	41,50
— 1886	40,50
— 1887	41,75
— 1888	39,50
— 1889	38,50
— 1890	37,25
— 1891	45,50
— 1892	48,50
— 1893	45,75
— 1894	40,75
— 1895	35,75
— 1896	43,25
— 1897	49,25
— 1898	52,00
— 1899	51,00
— 1900	46,75
— 1901	48,00
— 1902	45,00
— 1903	43,50
— 1904	51,50
— 1905	52,50
— 1906	47,00
— 1907	50,00
— 1908	50,00
— 1909	49,75
— 1910	49,00
— 1911	47,75
— 1912	45,00
— 1913	49,50
— 1914	51,00
— 1915	55,25

siendo el mayor precio alcanzado durante el año 1915 (un año después de comenzada la guerra europea) de 55,25 reales la fanega, equivalente a *pesetas 31,93* el quintal métrico (100 kilogramos).

El quintal métrico es igual a 2,312 fanegas,

Este precio máximo de 55,25 reales la fanega, en el mercado de Valladolid, podría servir de base para fijar la tasa del valor del trigo en el caso de que se considerase indispensable llegar a tal extremo.

El de la harina y el pan quedaría determinado por el valor del trigo.

Sometemos los datos copiados a la consideración de la Junta Central de Subsistencias, por considerarlos dignos de tenerse en cuenta.

CARTAS DE LITERATOS

CENTRO ANDALUZ.
Andalucía para sí, para España
y para la Humanidad.

Al Dr. Ruiz Maya.

Mi buen amigo y correligionario: Como le anuncié, había leído su libro «Yo y los demás». Pero ya sabe usted lo que nosotros significamos cuando decimos *leer* y no *estudiar*: queremos decir abarcarlo en una sola ojeada. Hoy lo he leído del segundo modo.

Muy hermoso el estudio de la Moral. Creo que usted distingue perfectamente, a pesar de lo que dice Zozaya, entre Moral Práctica y Metafísica de las costumbres; sin faltarle vislumbres de lo que Shopenhauer no alcanzó a definir al inquirir el Fundamento Metafísico de la Moral. Todas estas distinciones de los filósofos antiguos, son, a mi humildísimo entender, de concepto impreciso y de nombre impropio.

Yo las reduzco todas a estas sencillas: Norma natural del actuar humano.—Fundamento Metafísico próximo o último de la Norma (Finalidad esencial de la Vida Humana.—Finalidad esencial de la Vida) entendiendo por Metafísica la Ciencia de los Primeros Principios que contienen la finalidad esencial y el Plan fundamental del Vivir. A este plan debe ajustarse la generación de las Ideas, como diría Alembert, las cuales han de inspirar los actos.

La moral no es la ciencia de las costumbres, como dicen los tratados (la comunidad de etimo-

logía trajo la confusión). Ciencias de las costumbres son la Sociología y el Derecho en lo que tienen de Etiología: y, sobre todo, sería-lo esta última como ciencia independiente. Con ese término se expresa un concepto más alto: «*regla* de las acciones derivada del Fundamento del vivir», pero como al mismo tiempo se significa *costumbre o ciencia de costumbre*, de aquí que se confunda la *costumbre* con aquella *regla*.

Empleemos un término más libre: *acción*; y vengan la serie de acciones ordenadas a la *regla*, a constituir la costumbre. Subordinar esta a aquella será la consecuencia inmediata.

Hay que averiguar cuál es el actuar perfecto. Para esto es preciso descubrir cuál es la Norma perfecta (la que ordene la Vida hacia su verdadero Fin) para lo cual hay que comenzar por estudiar y concluir qué sea el Vivir y y cuál sea su fundamento, finalidad y plan de acción.

Usted expresa la Norma en lo que han llamado Moral de la lucha. (¡Si Nietszche se hubiera expresado mejor o hubiera sido mejor comprendido!), en la lucha piadosa o conscientemente perfeccionadora o seleccionadora, como ya la he calificado en mis escritos. (Tengo uno, «Reelección» que ya expuse como conferencia y el cual pronto publicaré en un libro; y otro que preparo ahora, «La Nueva Moral y la Nueva Política», con el cual inauguraré dentro de varios días el curso de mi Sección del Ateneo Ciencias Morales y Políticas.) ¿Por qué viene a decir Zozaya que usted no formula una Regla asbtracta de Moral?

Haría la carta interminable si le comunicara mi parecer sobre los demás extremos de su libro. Muy bellos los símbolos y sobre tedo el Fundamental «Jardín de ideas y Misterios», revelador de su gran cultura.

Mucha cultura y mucho fervor. Adelante, amigo. Invoquemos el lema que reza el membrete: Por Andalucía, por España y por la Humanidad.

Le desea salud y l. e. l. m.,

Blas Infante.

WALLADA

Siempre se ha dicho que la mujer andaluza se distinguió entre todas por su belleza y por sus virtudes, pero lo que no está admitido por todos, porque desconocen por completo la historia de su patria, es que se distinguiera por su cultura y por su saber en las bellas artes.

Aún en los tiempos de la dominación musulmana, cuando estos por derecho de conquista impusieron su opresora y degradante ley, la mujer cordobesa guardó su espíritu cristiano y su entereza ibérica y supo vencer, con su mayor cultura, las ideas mahometanas y las fierezas del pueblo dominador.

Curioso e instructivo sería formar un catálogo de estas mujeres, que, *como el lirio entre las espinas*, florecieron en una sociedad, si culta en apariencia, en rigor atrasada y bárbara.

No siendo este nuestro intento, pues los cronistas y los historiadores son los llamados a completar esta parte desconocida de la historia de Córdoba, por hoy nos limitaremos a dar unos datos acerca de la poetisa Wallada, que alcanzó grandísimo renombre en su tiempo, y que los autores arábigo-hispanos mencionan con repetidos elogios.

Wallada nació en Córdoba en los primeros años del siglo XI, siendo su padre Mohammed III el Almostafi-lillah, uno de los últimos reyes de la dinastía Umeya. Hija de un monarca aficionado a las letras, pero ignorante de la ciencia del gobierno, criada con el fausto de su regia cuna, dotada por la naturaleza de hermosura, gracia y talentos; rodeada de músicos y poetas, de libros y de monumentos artísticos sin rivales en el mundo, parecía destinada a las más grandes empresas.

Mas todo esto pasó rápidamente; su débil padre fué depuesto y envenenado (1025), quedando Wallada en su orfandad rodeada tan sólo de algunos leales y artistas, que hicieron de su palacio de Medina Azahara el centro de la poesía andaluza.

Restaurado en parte, después de la revolución que hundiera el califato cordobés (109 de nuestra era), aún encerraba Azahara muchas maravillas de arte y sobre todo sus deliciosos jardines.

En ellos entonaron lindos madrigales Wallada y Ahmed-ibn-Zaidum, hasta que las infidelidades de este interrumpieron el idilio entre el que mereció el dictado de *Tíbulo andaluz* y la más célebre poetisa de su tiempo.

Perseguido y fugitivo Ibn-Zaidum marchó a Sevilla, desde donde, inspirados por el amor a Wallada que exaltaba su corazón, compuso sentidas poesías cuyos fragmentos, conservados hasta hoy, demuestran su extraordinario mérito. (1)

Mientras tanto Wallada se había trasladado a Córdoba, donde recibía los homenajes debidos a su hermosura y talentos. «Magnates, nobles, literatos, alfaquíes, cuanto de más ilustrado y distinguido había de aquel centro de la cultura arábigo-hispana, todos concurrían con afán a los salones de Wallada, último, pero esplendoroso resto de la magnificencia Umeya...

...proponía cuestiones literarias, señalaba temas, concluía maravillosamente estrofas y com-

(1) «Poesía y arte de los árabes en España».—Traducido del alemán por don Juan Valera.—«Analectas de Almaccari.»

posiciones empezadas por otros, y a su vez empezaba otras, cuyo remate desesperaba a los más hábiles en la improvisación.»

Dotada de una especial capacidad intelectual, supo agrupar en torno suyo hasta los más encarnizados enemigos de su gloriosa dinastía.

Superior a todos los poetas y músicos de su tiempo, consiguió vencerlos sin herir la susceptibilidad agena, y, lo que es más, supo agradar a todos.

Gracias a estos méritos, la ilustre nieta de los Abderrahmanes reinó sin rival en la república de las letras, hasta su muerte, ocurrida en Córdoba, su patria, el año 484 de la hegira, 1081 de nuestra era.

Antonio Sarazá y Murcia.

LAS ESTEPAS DE ESPAÑA

Si, como pensaba el eminentísimo Sprengel, *el sabio Autor de la Naturaleza no ha querido crear un solo pelo inútil*, las estepas españolas, que tienen una extensión superficial de más de 72.000 kilómetros cuadrados, es decir, que ocupan una superficie mayor que la reunida por el conjunto de todas las provincias andaluzas; las estepas de España, incultas hoy en gran parte, atesoran manantiales de riqueza, se han cultivado o han estado cubiertas de bosques en otro tiempo y contribuían a la existencia económica de la Nación.

Es un caso de punible y vergonzosa apatía nacional que existan enormes extensiones que, pudiéndose cubrir de árboles, estén desnudas; que siendo cultivables, estén yermas; que debiendo dar asilo y alimentación a millones de cabezas de ganado sometidas a las leyes biológicas de la zootecnia actual, alberguen rebaños de animales que se crían casi en estado cimarrón.

En las estepas rusas, desde hace más de sesenta años se estudia, se trabaja incesantemente y se destinan millones de rublos a su transformación en terrenos productivos.

Allí se amplía constantemente el número de verjeles, que dan asombrosa cantidad de flores y frutos; el de inmensos bosques de hermosas y útiles especies forestales; allí, bajo la dirección de sabios doctores e ingenieros ilustres, se han formado numerosas colonias esteparias, con Laboratorios y Escuelas agrícolas, que roban incesantemente para el cultivo grandes porciones del suelo a aquella estepa inhospitalaria.

Un suelo que produce *escasa o ninguna riqueza*, *pocos o ningunos soldados*, puede decirse que no pertenece al patrimonio nacional, y en este caso se encuentran en España en sus estepas, y fuera de las mismas, *30 millones de hectáreas*. Es decir, que nuestra Nación posee en realidad varias provincias menos de las que figuran en el mapa.

No se puede engañar hoy a las gentes diciendo que en esas extensiones no se cultiva por falta de aguas, clima desigual, etc.; talando los bosques, dejando perder las aguas de las lluvias, las que afloran al suelo y las que corren en el subsuelo, se logran pronto la sequedad y desigualdad de un clima. En todas las regiones de nuestras estepas he podido ver restos de bosques, de derruídas conducciones de agua, romanas o árabes, indicios claros de aguas subterráneas y gran número de manantiales perdidos en la soledad esteparia.

He visto en una provincia andaluza, en plena Estepa litoral, junto a las casas de los guardas de una finca de área enorme, algarrobos, palmeras, granados, parras de soberbias variedades que se cultivan en aquel hermoso país; y aquellas extensísimas superficies de terreno que tales producciones ostentaban en las

reducidas porciones, cultivadas con un poco de cuidadoso celo, ¡estaban destinadas casi totalmente a producir esparto!

Los dueños, en más de treinta años, no habían estado una sola vez por allí. Donde vivía un centenar de seres humanos con suciedad, ignorancia y miseria, podían vivir holgadamente centenares de familias con limpieza, cultura y apacible bienestar, lográndose también aumentar la renta de los potentados en muchos miles de pesetas anuales. Pero para obtener esto sería preciso que los opulentos hacendados estudiasen el planteo y solución de los problemas de la agricultura y zootecnia, que viviesen buena parte del año en sus heredades.

Sólo en nuestro país, entre las naciones cultas, existen hoy algunos millares de labradores que, cosechando anualmente más de 5.000 pesetas de cereales, legumbres, vino o aceite, no poseen una sola obra que trate del cultivo y biología de las plantas que a ellos y sus familias otorgan la subsistencia. Así se concibe que necesiten grandes extensiones de terreno y pagar miserablemente a los infelices cultivadores de sus tierras, para que encuentren beneficio en su absurdo modo de ejercer la cultura de los campos.

Ilógico sería pedir que compren libros y destinen horas a su lectura, al propietario misérrimo o al bracero desgraciado que no pueden adquirir siquiera la cantidad de pan preciso para el sustento de sus familias; pero el acaudalado tiene el deber sacratísimo de instruirse y difundir la cultura entre los que, provistos de buena voluntad, carecen de medios para ilustrarse.

Ningún español culto debiera morirse sin haber plantado un centenar de árboles y haber enseñado a leer a algún compatriota.

Dr. Eduardo Reyes Prósper.

La Escuela de Artes y Oficios.—Clase de composición decorativa. Escultura.

FUSION DE ALMAS

Nos asomamos una tarde
a la ventana del jardín;
los blancos pétalos marchitos
se desprendían del jazmín;
por las mejillas de mi Carmen
pasó una sombra de carmín
y resignada sonreía
como diciéndome: ¡por fin!

Las parleras golondrinas
son afectas al dolor:
y por eso sus alitas
negras son.
Las espinas le arrancaron
a Jesús de Nazaret:
y por eso su pechito
blanco es.
Son amigas predilectas
del dolor y del pesar:
y por eso en mi ventana
siempre están.
Son piadosas y constantes
compañeras del sufrir:
y por eso no abandonan
mi jardín.
Las parleras golondrinas
son amigas del dolor,
que vistiendo negras alas
tienen blanco el corazón.

Dr. Nemesio de Heredia.

ALCOHOLISMO

Con el objeto de aportar su grano de arena a la labor de cultura que realiza la revista CÓRDOBA, el modesto autor de estas líneas desempolva un mal hilvanado estudio acerca del alcoholismo, sugerido por la persistencia de un ejemplo de persona allegada.

En cuatro partes hemos de dividir el tema, analizando sucintamente en el primero los orígenes del alcoholismo; en el segundo, los males que ocasiona al individuo; en el tercero, a la familia, y en el cuarto, a la sociedad.

Los primeros estudios que sobre el alcoholismo se hicieron, remóntanse al siglo XVII, en que un médico francés llamado Guy Patín empezó a divulgar los peligros del alcohol, llamando al aguardiente *agua mortal*. La práctica de beberlo había entrado en las costumbres y se extendió considerablemente en todo el siglo XVIII, y sobre todo en la primera mitad del XIX. Hasta mediados de este último siglo no se había hecho caso de este verdadero azote social.

Dice Ferri, en su libro *Sociología criminale* (Turín 1900) que hasta entonces se conocía al borracho jovial, hablador o pendenciero, pero después de esta última época, y quizá por las mixti-

ficaciones o adulteraciones de las bebidas, apareció el alcohólico pálido, brutal y desmoralizado, con su triste cortejo de criminalidad, suicidio, locura, etc.

Por entonces, en 1852, la Academia francesa premió al doctor sueco Magnus Huss sus trabajos sobre tan importante asunto y poco después el eminente médico Teófilo Russel, que dedicó su vida al estudio de estos problemas, redactó el famoso informe que lleva su nombre, para la ley francesa de 1871 sobre los medios de reprimir la embriaguez pública.

En 1877 Mr. Claudé publicó otro notabilísimo informe que sirvió de base de discusión para el Congreso de París de 1878.

Posteriormente se han hecho notables trabajos para combatir el alcoholismo y celebrados muchos congresos antialcohólicos, explicándose esto bien teniendo en cuenta que este azote social ha venido creciendo de manera alarmante en todas las naciones.

El sabio ruso Sikorski, en su libro *Fisionomía e psicología deglí alcoolist*, ha publicado los siguientes datos estadísticos del consumo de bebidas alcohólicas en varias naciones europeas durante el año 1907:

Italia, 1,71 litros por habitante de ambos sexos; Noruega, 2,16; España, 2,29; Inglaterra, 4,59; Rusia, 4,85; Suiza, 6,12; Suecia, 7,20; Holanda, 8,44; Francia, 8,50; Alemania, 8,50; Bélgica, 9; Austria. 9,09; Dinamarca, 14,08.

Por fortuna para España, no estamos en el peor lugar según dicha estadística. Las investigaciones son aquí muy escasas y no puede asegurarse la exactitud de tales datos, pero son muchos los que están conformes con ellos, figurando, entre otros, el doctor Gómez Ocaña, que dice a propósito de esto, en su libro *La vida en España*, «que el alcoholismo causa menos víctimas en nuestras ciudades que en las del extranjero;» pero como, especialmente en los grandes centros de población y en las principales comarcas industriales, el alcoholismo alcanza nuevos vuelos, preciso es que todos laboremos por nuestra parte para evitar que el citado vicio se enseñoree en nuestro país y venga a ser un elemento más de desgracia que nos prive de verla algún día fuerte y respetada, como lo fué en tiempos mejores.

José Fernández Vergara.

La Escuela graduada

I

Leyendo atónito no ha mucho en el *A B C* las notas de un viaje, de Juan Pujol, que intitulaba «El hombre que sabe ser rico», no sabía yo si pasaba por la narración conmovedora de los hechos más significativos de la Historia de España, o si la creación imaginativa del cronista me ponía ante los ojos una realidad demasiado halagüeña, que calmara momentáneamente las ansias de los devotos de la cultura popular.

La munificencia de un español insigne bien merece la propagación de las obras estupendas que en su país natal va levantando, como templos a la inocencia, como laboratorios de generaciones vencedoras. Quiero trasladar aquí el texto en que se da cuenta no más de las de carácter pedagógico, cuya cita, por añadidura, viene en pro de mi intento de hablar hoy de la escuela de organización graduada. ¿Qué ha hecho allá en el Norte, en tierras de la Montaña, este hidalgo de continente apostólico, de alma patricia, de nombre que suena a caudillo de regia estirpe, D. Ramón Pelayo? «En Valdecilla, junto a Solares, unas escuelas graduadas por valor de 250.000 pesetas. Las viviendas para los maestros, 100.000. En Pedreña, escuelas y viviendas para los profesores, 65.000 pesetas. En Setién, el mismo género de edificios, por un valor de 45.000. En Orejo, por 50.000. En San Salvador y en Cicero, por 40.000». Y luego, «con motivo de la creación de la Mutualidad Escolar, regaló a cada uno (a cada niño) una cartilla de la Caja de Ahorros con 25 pesetas. Y eran cerca de 500».

La preeminencia que el amor patrio, concentrado en el lugar donde nacimos, quiere siempre atribuir a las cosas que nos han rodeado desde que abrimos la mente a la comprensión, intentan sugerirnos la esperanza de que aquí pronto se continúe con el impulso de la esplendidez la obra iniciada en tiempos de la construcción de edificios escolares, para que Córdoba los tenga como aquellas humildes villas montañesas, como Valdecilla, para albergue adecuado de centros primarios educativos de nuevo carácter. Mas poco iríamos ganan-

do sólo con la renovación de la fábrica, si había de servir para encauzar en ella una escuela, o aunque fuesen varias, funcionando como ahora se gobiernan, autónomas, sin relaciones de organización, extrañas, si no se volvían hostiles, a la existencia de las otras, inalterables en su tipo de monodidácticas, o sea de un solo maestro para todos los alumnos que componen cada entidad.

La crítica se ha cansado de poner de manifiesto la imposibilídad de que la escuela unitaria, la nuestra, la tradicional, la arcaica, se capacite para una intensa función educativa y desenvuelva su plan didáctico con armónicos progresos, según los procedimientos que reclaman la condición psicofisiológica de la personalidad infantil con la naturaleza de los objetos, de las cosas, de las realidades que han de estudiarse atentamente, preferentemente, sistemáticamente. El maestro, frente a la masa heterógenea, frente a la multitud integrada por alumnos en todos los momentos de la evolución que se encierran dentro de la edad escolar y que van a distancias diversas del punto de arranque de cualquiera labor instructiva, tiene siempre que resolver un problema bien árduo y que no acaba de solucionar nunca: el de la disciplina. La disciplina es orden, pero el orden no es la inacción, ni el silencio. El orden no puede mantenerse más que por el gasto de la exuberancia de energías del niño en trabajo interesante y los alumnos de una escuela unitaria no pueden trabajar simultáneamente, siendo diferentes sus capacidades. El educando necesita, poco menos que de contínuo, la asistencia del maestro, y el maestro, que a más de un grupo no puede consagrarse, ha de tener en descuido los demás entre tanto. Es decir, que en todo momento hay en paro forzoso una mayoría perturbadora. Y si intenta que ninguno quede ocioso, recurrirá a los consabidos instructores, erigiendo en sistema la degeneración de las funciones profesionales, con la apelación contínua al verbalismo. Es decir, que sustituirá unos ruídos con otros. Así, no habrá enseñanza fecunda, ni empeño educativo que salga adelante.

Con el respeto debido a la verdad de una situación que no se remedia con disimulos, se ha expresado así un maestro de los más prestigiosos: «La opinión ilustrada debe pedir mucho y siempre más a la escuela. Los hombres cultos no pueden aprobar la actual obra profesional del Magisterio. El error está en suponer que las responsabilidades por los grandes defectos de la escuela corresponden al profesorado. Se carece de la medida de lo que se puede exigir a un maestro; se supone erróneamente que un hombre sólo puede realizar una obra que exige el concurso de dos o tres personas. Al acrecentarse y hacerse más científico, más delicado, más intenso el trabajo que se pide a la escuela, el concepto de esta institución ha cambiado. Los elementos puestos al servicio de la obra escolar tienen que ser aumentados y mejorados en la misma medida en que se quiso acrecentar y mejorar esta obra.»

La Escuela de Artes y Oficios.—Clase de Elementos de Historia del Arte.

Perojo, que con tanta competencia discurría sobre las altas cuestiones de política pedagógica, pedía ya con insistencia, más que el acrecentamiento de las escuelas, el aumento, en cuantía considerable, de las plazas de maestro. Esto supone la mudanza capital o la transformación de la unitaria en graduada; cambiándose de unicelular en pluricelular, el organismo se torna complejo, por diferenciación de sus miembros, que es constituirse en un tipo superior.

Menester fuera borrar todos los matices de evolución en la personalidad del educando y figurarse con los ojos y los demás sentidos cerrados a las manifestaciones de la realidad de la escuela, que el niño permanece estacionado hasta el momento de saltar, con empuje de gimnasta, a la adolescencia, para no decidirse por la graduación. No se hubiera ideado si la masa de alumnos fuera en cualquier momento enteramente homogénea, al menos en el aspecto de su mentalidad; no tendríamos entonces caracteres o estados distintos de valor adjetivo para una clasificación, a no ser los que se acusaran con el cuanto de aprovechamiento instructivo... y ya existiría la graduación en principio. Es un concepto ineludible dentro del círculo de ideas que gira en torno del otro cardinal de educación, impuesto por la dinámica biológica. Para concebir una comunidad de niños, por sí constituída, sin separaciones en grupos, en virtud de alguna nota diferencial, habría que extinguir hasta la sospecha de una institución educadora. Aunque se atribuyera a la escuela un cometido meramente docente (hasta hoy el único ostensible, y eso con pobreza), la insuperable dificultad de comunicarse simultaneamente

con las unidades del conjunto, determinaría, como ha determinado, la variedad de sistemas de enseñanza, que son, en suma, modos de organización graduada. Graduación, organización escolar, escuela, no pueden distanciarse en un orden lógico de pensamiento.

José Priego y López.
Inspector de 1.ª enseñanza.

DIÁLOGO EDIFICANTE

A mi queridísimo amigo Manuel Aguilar.

En una ciudad mesopotámica.—Concepto del maestro y de la Escuela.—Un aristócrata.

(Personajes, dos: el uno de entrecejo duro, cejas borrascosas, indomeñables, ojos con fulgores de caverna fosforescente y frente deprimida y pilosa. De ojos rasgados, mirar lúcido y frente ennoblecida por el relieve de los músculos de la clave del pensamiento, frente alta y sienes reflexivas, es el otro. Los dos así hablando están):

—¿Y qué, qué me dice usté de mi pueblecito? ¿Supongo que ya habrá usté visto tóos sus alreores? ¡En tantos días como lleva por aquí!—dice el de la frente fugada.

—No son muchos, pero sí suficientes para creer que, en los alrededores de este pueblo, al mágico conjuro de los dos soberbios ríos que lo ciñen y le regalan en forma de savia elixírea las ondas de sus cauces, parece que se dieron cita todas las maravillas de la vegetación, y donde nuestra fantasía se persuade fácilmente de que aquí debió de ser donde la andaluza imaginación de los divinos helenos soñara las regiones elíseas y el jardín de las Hespérides y el Leteo amnésico de sus infortunios.

—No entiendo una *jota* de tó lo que acaba usté de decirme, pero me figuro que l'han gustao mucho tóos los alreores de mi pueblo.

—Y no so equivocaría usted si lo afirmara. Me encantan, me enamoran, en verdad.

—Son divinos.

—Asemejan una inmensa paleta donde los más vivos colores se ofrecen con pródiga esplendidez. ¿Busca el artista el color azul?, que siga el vuelo de los pájaros, el camino de los suspiros, la trayectoria de las oraciones, que mire arriba, a donde va todo lo noble, a donde miran los ojos embellecidos por el celaje de las lágrimas, ahí está el cielo tachonado de estrellas, violáceo por albas risueñas, áureo por el mágico orto del sol o con festones de color de fuego por atardeceres de calientes vésperos. ¿Es el color verde el que el artista busca?, con el matiz alegre del oro de sus frutos lo dan con prodigalidad los naranjales de sus huertas, con tonos sombríos los bosques de eucaliptos, los olivares con toques plomizos, con entonaciones múltiples los rosales de sus jardines. ¿Es el color blanco el que el artista prefiere?, pues, a porfía, constelarán sus ramas de azahar sus esquilmeños naranjales del latino Betis o del Xenil arábigo...

—Tóo eso es por fuera este pueble. ¿Y por dentro?

—También, también es lindo.

—Usté no m'ha entendío. Me refería a la gente.

—¡Ah! ¿Sus moradores?

—Sí, señor.

—Son, generalmente, buenos, hospitalarios, francos.

—¿Tóos?

—No; los buenos, los honrados, los nobles, los ilustrados están en minoría *minúscula*.

—Ya veo que no ha perdío usté el tiempo. Me parecían bastante veinte días pa ver tó este pueblo por de fuera; pero pa conocerlo por dentro me habían parecío muy pocos. No ha perdío usté el tiempo, no. ¡Bien m'ha retratao usté al publecito, bien!

—No soy yo quien ha retratado su pueblo, como usted dice; es su pueblo el que me ha ofrecido su autorretrato.

—No entiendo a usté.

—Me explicaré. Los pueblos que hablan mal de sus maestros y de sus escuelas, están juzgados: son pueblos retrógrados, ignaros, fetichistas, pueblos que no amarán nunca una idea porque nunca llegarán a comprenderla. Y aquí, el noventa por ciento de sus paisanos de usted, tiene formado del maestro un concepto ciudadani! muy por bajo del que le merece el concejal; un concepto cívico muy por bajo del que le merece el cura, y un concepto cultural muy por bajo del que le merece el abogado, el médico, el oficial de correos, el oficial de Telégrafos y el secretario del Ayuntamiento. Y, como sangriento corolario al maestro de escuela guarda, dicho tanto por ciento, las mismas o menos consideraciones que al consumero, funesto vocablo que figura entre los prime-

ros del *Diccionario* de la esterilidad y de la vagancia.

—D'ese concepto no tié la exclusiva este pueblo. Se dá en tóos los climas de España.

—Para oprobio de la nación que lo consiente, impasible, al par que se consagra a sus toreros, *bailaores* y demás flamencos la primera página de sus más importantes diarios.

—En la clase de flamencos tenemos aquí muchas variedaes...

—Lo sé. Y en cuanto a la escuela (sociedad pequeña) que con la sociedad (grande escuela) forma una entidad individual y omnicomprensiva, la miran, como recientemente ha dicho en un muy bien escrito artículo mi ilustrado amigo D. J. Priego López: en fila con el hospital, con el asilo, como si no fuera otra cosa que el lugar de recogimiento de los niños pobres. ¡El pobrismo!

—Ese concepto del maestro y de la escuela no me negará usté que quien lo tié formao es la clase media y la clase baja. La aristocracia no piensa así.

—¿La aristocracia ha dicho usted?

—La aristocracia, sí señor; la clase rica. Aquí hay muchos aristócratas...

—Para usted hay muchos: todos los ricos. Para mí hay muy pocos. En esa gerarquía ciudadanil no deben figurar, no figuran más que los inteligentes, si son buenos, y los buenos aunque no sean filósofos.

—¡Qué pocos habrá usté encontrao d'esa clase...!

—Poquísimos, pero entre ellos figura uno que lo es por el abolengo de su historia, de su carácter, de su voluntad y de su corazón. Es un hombre simpático, generoso, bueno. El, como Tito Livio, puede considerar como día perdido «aquel en que no hizo un beneficio?»

—Ya sé en quién piensa usté al decir eso. Pero...

—Adivino su reticencia. He aludido a don Rafael Calvo de León y usted iba a decirme que no todos creen en su bondad... que tiene sus enemigos... sus detractores... sus... ¿no es eso?

—Eso es.

—No tiene para mí nada de extraño. El eco de las bajas pasiones del hombre percutió, fatalmente, en todas las épocas de la Humanidad. Es la horrible contienda que, como arma nefanda, esgrime la envidia o la impotencia. ¡Como si la dulzura y candorosidad de la tórtola no fuese posible sin la hurañez y crueldad del buítre! ¡Como si no pudiéramos decir Sócrates sin pensar en Aristo y Melito; decir Homero sin recordar a Zoilo; pensar en Virgilio sin pensar en Nevio; escribir la hierática palabra Efeso sin que nuestra misma pluma escriba la sacrílega Erostrato. ¡Como si no pudiéramos disociar de nuestra mente el recuerdo de Fidias del de su ayudante Menon ni del de la hetáira Briscis...!

(Y, citándose para otro día, despidiéronse el de la frente fugada y el de las sienes reflexivas).

Por la audición,

M. Continente Lara.

EL ENTERRADOR. — Bajo relieve del joven artista Angel Roldán, discípulo del admirable escultor don Dionisio Pastor Valsero. Esta obra, realmente notable, forma juego con la figura de El Sembrador, *que recientemente publicamos, ya que entre el que siembra y el que entierra están al fin y al cabo todos los hombres de la vida.*

Rogamos con especial encarecimiento que toda la correspondencia para la revista CÓRDOBA sea precisamente dirigida a la calle de las Dueñas, número 6.

El problema fisiológico del sueño

¿Qué es el sueño? ¿Qué significa esta pérdida periódica de nuestra voluntad? ¿Cuál es la causa de esta necesidad de reposo?

El sueño es una de las necesidades más imperiosas de nuestra vida, sustrae nuestra voluntad del dominio de nuestra existencia; por esto se comprende que tenga tal importancia este problema y que a él hayan dedicado su actividad tantos pensadores.

Presenta, además de la parte psicológica, la fisiológica. ¿En qué consiste? ¿Qué cambios orgánicos la caracterizan? ¿Cuál es su mecanismo, su causa, su papel? Examinémoslo.

El hábito influye grandemente en él. Estamos acostumbrados a dormir por la noche, pero los que trabajan de noche duermen de día con la misma facilidad que los otros de noche. Lo mismo influye en el hábito, la comodidad de la cama, el silencio, la luz, etc.

La mayor parte de la gente duerme ocho horas por día, pero se pue-

de dormir más tiempo si se está habituado a ello, y mucho más cuando se está falto de sueño. Napoleón, según se dice, dormía solamente tres o cuatro horas diarias.

Se duerme también sin necesidad y aún sin las condiciones habituales. La vista de otra persona dormida, un ruido monótono, la digestión, en este caso favorece la somnolencia, la fatiga.

Pero el dormir es algo más que un hábito. Es una necesidad imperiosa de nuestro organismo, y los animales que se les impide dormir mueren a los pocos días, como si se les priva del alimento.

Hoy se sabe que durante el sueño, el corazón se retarda, los vasos se dilatan, sobre todo los de la piel, produciendo ligera congestión y sudor, la presión arterial disminuye, la respiración se retarda, el oxígeno es absorbido, y sobre todo el ácido carbónico exhalado en mayor cantidad, el tubo digestivo continúa su trabajo, así como las glándulas secretorias; en fin, durante el sueño, la temperatura del cuerpo baja, los músculos están generalmente flojos, la excitabilidad reflejada, la sensibilidad disminuída y la actividad cerebral suprimida. Bien es verdad que muchos de estos fenómenos nos pueden ser debidos, más a la posición y la inmovilidad que al sueño mismo.

Tales son los hechos observados que nos permiten abordar una cuestión: el mecanismo del sueño. ¿Cuál es la causa que provoca el amodorramiento y después el despertar? Las teorías explicativas no están acordes. Para los unos el sueño es debido a una anemia cerebral; para otros la causa es inversa. El cerebro está congestionado por la posición; los hechos no están de acuerdo con la hipótesis. Se puede tomar la posición en que se duerme sin dormir y la inversa. Otra teoría nueva explica el sueño por los movimientos de las células nerviosas del cerebro: alargadas, ellas están en contacto unas con otras; se contraen y se aislan suprimiendo la comunicación de los diversos centros.

El sueño será debido, por lo tanto, a la contracción.

Otros autores han supuesto que los centros nerviosos poseen un poder de inhibición que ejercen y provocan el sueño, algunos hasta han precisado el lugar de este centro del sueño en nuestro sistema nervioso. Las observaciones no han podido comprobar estas hipótesis. ¿Es entonces la secreción interna de alguna glándula misteriosa la que lo rige? ¿Es acaso la acumulación en los centros de substancias tóxicas eliminadas: acido láctico, colesterina, acido carbónico, leucomainas, urotoxinas, neurotoxinas, etc ? Todas estas opiniones han sido sostenidas, si bien ninguna de ellas se ha comprobado.

Claparede ha hecho una crítica muy justa de estas teorías. Nunca se ha probado que los cambios fisiológicos observados durante el sueño no son más que la consecuencia en lugar de ser la causa. Con relación a las teorías tóxicas que acabamos de señalar dice que no explican el sueño y el despertar voluntarios y que además el sueño no está en relación con la fatiga, pues repitiéndose diariamente casos en que necesite el organismo más de ocho horas y duerma menos, tiene que provocar graves transtornos.

Propone una teoría muy ingeniosa que puede abarcar todas las modalidades del sueño.

A esta teoría la llama teoría biológics, y es la siguiente: El sueño no es simplemente un reposo, una cesación del funcionamiento del organismo, es una función activa de defensa.

Esta teoría no excluye la fisiología, pero elude la dificultad de explicar los numerosos fenómenos psicológicos del sueño.

Nosotros hemos investigado para responder a estas dos cuestiones: ¿Contra qué protege el sueño? ¿Qué es lo que produce deseos de dormir?

Hemos supuesto que suprimiendo el sueño y provocando una vigilancia prolongada crearemos la más imperiosa necesidad de dormir y mediremos mejor los estímulos de este instinto. Dos animales los hemos tenido dos días sin dormir, fatigándolos lo menos posible, y han llegado a resistir hasta unos diez días, al cabo de los cuales han muerto.

Al décimo día, el animal, con los ojos abiertos, no mira; las patas flexibles constantemente; no tiene ninguna atención sensorial; su cerebro presenta alteraciones claras y localizadas. Si entonces se le deja dormir se sume en un sueño profundo, del que sale completamente restablecido y normal. La vigilia prolongada provoca al mismo tiempo que un deseo imperioso de dormir, alteraciones celulares en el cerebro. ¿A qué son debidos estos fenómenos, a un agotamiento o a una intoxicación?

Hemos buscado la respuesta a

esta cuestión. Inyectando sangre, o mejor, líquido céfalo-raquídeo de un animal sometido a vigilia prolongada a otra normal, se provoca en él el mismo deseo de dormir, produciéndose en su cerebro las lesiones propias del insomnio. Si se le deja dormir vuelve a la normalidad. Se puede, por lo tanto, transmitir el deseo de dormir de un animal a otro. Esto nos enseña, además, que en el curso de una vigilia prolongada se acumula en los humores del organismo una substancia que es capaz de producir el sueño.

Esto, unido a la teoría de Claparede, aclara el problema del sueño.

El sueño es un instinto del organismo que le defiende contra la formación y la acumulación de una substancia tóxica producida durante la vigilia.

R. Legendre.

La Sierra de Córdoba

EL MÉDICO RURAL

Con la actualidad del asunto del doctor Alegre, se pone sobre el tapete el pleito de solución ineludible de los médicos rurales.

El médico rural es el hombre más desdichado de cuantos poseen un título académico.

Necesita para licenciarse en Facultad 13 años de carrera que suponen un desembolso enorme, al que se ha de añadir la carencia absoluta de ingresos. Transcurridos esos años, y conseguido el título, el Estado español abandona a la más aterradora desorientación a ese hombre de carrera, que si no tiene posición económica holgada o carece de influencias políticas para «ganar oposiciones o concursos, ha de recurrir a tomar un partido rural, en donde el ejercicio de la profesión cree que ha de permitirle vivir decorosamente.

Si al tomar tal resolución llega a conseguir una titular, nuestro médico forma sus igualitarios, a los que escasos vecinos se niegan, y por cinco pesetas y hasta por 2,50 pesetas anuales, cada uno de dichos vecinos tiene derecho a la asistencia facultativa de la familia completa y a toda hora; ¡no es mucho pagar un tan gran lujo de médico!

Esa asistencia a los igualados tiene múltiples inconvenientes que no podemos enumerar por insuficiencia de espacio: báste consignar por un momento el grado de educación, de cultura y de sociabilidad de la ruda gente del campo, para deducir, lógicamente pensando, lo halagüeño del ejercicio médico.

Después de tanta y tanta molestia anual ¿cree el lector que pagan lo estipulado al médico? Eso ocurre en contadísimos pueblos, que son verdaderas moscas blancas; pero en los demás, que sólo aguzan el ingenio para perjudicar y refinarse en sus malvadas inclinaciones, han sabido encontrar el modo de no pagar al doctor, cosa bien sencilla: o por el voto del cacique o caciquillo se logra que hasta los más pudientes se incluyan en la lista de pobres, cuya asistencia es retribuída por la titular, o se agrupan en dos bandos o partidos, cada uno de los cuales tiene su médico, y como los médicos tienen desgraciadamente olvidadas por completo las más elementales iniciaciones de compañerismo profesional, se entregan a las competencias y a las rivalidades, haciendo el agrado de sus explotadores, y perjudicando su decoro y su erario: ¡cuándo despertará tanto inocente médico rural! ¡Por qué no reunir el ansia y el esfuerzo de todos y mandar al traste a esos maliciosos labriegos que se ocultan pérfidos bajo la capa de su ignorancia!

No es esto sólo. El médico rural, a más de asistir y no cobrar de los igualados, ha de supeditar su ejercicio a las órdenes del alcalde o cacique de turno, y es abrumador, intolerable, bochornoso, criminal, que un título tan sagrado y cultísimo como el médico, esté a merced de los analfabetos de un pueblo, que solamente poseen una palanca política que pone bajo su acción vidas, libertad, honras y haciendas de todos, y lo más lamentable es que nuestros compañeros son los más directamente perjudicados y desprestigiados por tanto desmán y anormalidad.

El médico tiene que certificar forzosamente enfermedades, heridas o padecimientos, según capricho del cacique, con objeto de favorecer o perjudicar a los de «su partido» o a los «del otro partido».

Hay veces que la resistencia que la dignidad médica opone, se ve vencida por la amenaza del hambre, de la guardia civil, usada indignamente, y hasta por **amenaza de muerte**, que algún ignorante comete, y que el personaje político consigue absolver maleando el Jurado cuando éste actúa en las Audiencia.

Ejemplos documentados poseemos en evidencia de lo expuesto: nadie puede desmentirlo, y en la mente de todos está; ¡cómo no ocurrirse a todos abordar la solución del problema!...

Con estos antecedentes, cobra el médico la titular cuando sobra el dinero en el municipio y el tiranuelo de turno quiere. ¡La ciencia a merced de esa fierecilla política!

Son asuntos tanto más lamentables cuanto que ocurren en el siglo XX, y así como el cura, el notario,

el juez, el registrador, el maestro de escuela... todos los fucionarios públicos cobran su retribución por el Estado, ¿por qué los médicos han de verse desamparados por los gobiernos, cuando son los funcionarios que responden de las vidas y salud de tantos ciudadanos?, ¿es que el médico durante su carrera no ha tributado más, mucho más que los restantes funcionarios a cambio de enseñanzas oficiales que le permitieran el ejercicio oficial de su profesión?, ¿por qué el Estado desampara a quienes oficialmente pagaron por una profesión tantos miles de pesetas?, ¿por qué el Estado posterga a los médicos, y en cambio, con el reparto de los impuestos atiende al pago de sueldos y haberes de curas, maestros, jueces, notarios, etc., etc., olvidando a quienes **más derecho** tienen a cobrar sus trabajos con garantía? ¿Por qué ese descaro? ¿Por qué tanto ultraje y desconsideración al desdichado médico rural?

Por dos razones: Primera, porque la Facultad de Medicina acuña títulos y no hace médicos: que no lo son aquellos que desconocen el compañerismo, y de eso y de la exígua enseñanza se aprovechan los de «postín» para enriquecerse y mantener ese triste estado de médico rural, sin hacer por él nada; antes bien, procurando degradarle y desprestigiarle cada vez con objeto de ver llena su clínica y aumentar más y más sus ingresos. Los médicos llamados lumbreras de la capital son los que pueden hacer mucho y casi todo para conseguir el pago por el Estado a los médicos rurales; pero no lo hacen y no secundan las campañas porque económicamente no les conviene, no lo hacen y no lo harán.

Segunda. Porque los mismos médicos rurales se abandonan y no aunan sus esfuerzos y sus ansias para redimirse, y como al Estado le consta que tiene el servicio médico gratuíto o poco menos, no se preocupa en absoluto del asunto; no les teme a los médicos rurales; ¡son tan buenos!...

¿Por qué no se celebran asambleas de médicos rurales para tratar con urgencia el asunto? ¿Por qué no convocar por regiones o distritos a los compañeros que ejercen en pueblo y recoger su esfuerzo? ¿Por qué abandonarse tan triste y vergonzosamente? ¿Por qué declarar tan pronto la impotencia social de la clase médica? ¿Qué aguardáis para despertar? ¿Es que carecéis de medios para redimiros y abandonar vuestra esclavitud?

Medios hay muchos, incluso la huelga general de médicos de pueblo, pues ya que matar es criminal y no lo puede aceptar la conciencia honrada de ningún nacido, dejar perder la salud de los vecinos que asistís, con todas sus consecuencias, es un perfecto derecho que asiste al obrero médico, que es libre para contratar su trabajo y libre para abandonarlo.

¿Que esperáis? Aprovechar la circunstancia, y apoyos no os faltarán: ved que el caso del doctor Alegre se repetirá pronto y muchas veces.

Ved que en España también los médicos van a presidio cuando obran con mayor justicia...

Vosotros tenéis la palabra: nuestra pobre ayuda no ha de seros regateada.

Despertad y triunfaréis: si no, el presidio y el hambre os aguardan...

A. Cortés Pastor.

MOSQUETAZOS

¡Uno, como muchos!

Nace en un mezquino lecho
donde la miseria espanta,
y el infeliz se amamanta
en un extenuado pecho.
Y lo mismo en la niñez
que cuando es adolescente,
le acosan constantemente
el hambre y la desnudez.
Oye consejos muy sanos,
pues le dicen de mil modos
que hijos de Dios somos todos
y todos somos hermanos.
Esa doctrina le admira,
mas ve que en la sociedad
reinan la desigualdad,
el orgullo y la mentira,
y ve que hay aristocracia
que derrocha la riqueza,
a la par que la pobreza
agoniza en la desgracia.
Ve al pobre tender la mano,
una limosna pidiendo,
y que le van respondiendo:
Perdone por Dios, hermano.
Sufre por fin los rigores
de su miserable origen
y mil cuidados le afligen
y pasa mil sinsabores.
Y tras afanes prolijos
y trabajar y sufrir,
nunca puede conseguir
alimentar a sus hijos.
Y mándele quien le mande,
sólo vislumbra su mal
un reducido hospital
y detrás «un hoyo grande.»
Y, por causa del destino
que tanto le ha fustigado,
tiene sueños de malvado,
de criminal, de asesino...
Y la sociedad bien quista,
sin pensar que esa es su obra,
grita llena de zozobra:
¡Qué mónstruo! ¡Dios nos asista!

Juan Ocaña.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

Maestros de varios pueblos que asistieron a las prácticas de metodología y organización escolar efectuadas el 25 del pasado en Pozoblanco, por el Inspector de 1.ª Enseñanza don José Priego López.—En el centro el Alcalde y el Arcipreste de aquella villa que concurrieron al reparto de 100 ejemplares del "Quijote,, al terminar el acto, donados por el Ayuntamiento para los alumnos de las Escuelas nacionales.

El regionalismo de Andalucía

Hablando del regionalismo de Andalucía, se habla, y se cita como uno de sus mayores inconvenientes, de la diversidad psicológica o variabilidad de carácter que presentan los naturales de una provincia comparados con los de otra.

De Almería a Sevilla media un abismo; de Cádiz a Granada, hay un desierto espiritual, se dice. Nunca se podrá aunar bajo una égida común este espíritu vario y multiforme de los andaluces.

Y en esta, para algunos, pretendida dificultad, se encuentra tal vez, no sólo la esencia del regionalismo andaluz, sino también la clave del éxito de sus fórmulas en el porvenir.

El regionalismo andaluz no pretende uniformar a Andalucía con un manto que todo lo iguale y todo lo envase, y de la esencia grandiosamente polifónica del alma andaluza, deje el árida monotonía de un desierto incoloro. En este aspecto, el ejemplo de Cataluña (toda barcelonismo) es harto burdo.

Precisamente, el mayor timbre de gloria del regionalismo andaluz será hacer despertar una por una sus provincias y poblaciones a una vida propia llena de luz y esplendor. Hasta esa desdichada provincia de Almería, de la cual la Naturaleza aparta incluso la prodigalidad de sus riegos, se puede transformar en un centro soberano de riqueza y esplendor. Su puerto es uno de los senos que Andalucía da al mar, y por él, la región bética hace comunión íntima y completa con el *mare mediterraneum* que, por Almería, es también *mare nostrum*. Y sus hijos, los parias de Andalucía, los más explotados y los más tristes de los andaluces, son los descendientes de aquellos, andaluces también, que en Guardia hicieron el primer jardín botánico del mundo.

Este es el regionalismo de Andalucía. El que exalte y remueva el genio particular de todos sus hijos, poniendo de manifiesto sus cualidades más íntimas.

Y no sólo el regionalismo andaluz, en su aspecto demótico—como lo ha llamado Guichot, uno de los apóstoles del andalucismo—, buscará en las fuentes de las provincias constituídas actualmente, la psicología de los que a ellas correspondan.

Además de ellas, constituídas muy naturalmente, del modo como lo demuestra la armónica concordia que rige entre el alma de los habitantes y el espíritu de la tierra en que moran—recuérdese el sereno estoicismo de los cordobeses, la gracia móvil de

los sevillanos, el ideal ensoñador y puro de los granadinos, etc.,—hay otras comarcas de carácter tan propio, que vienen a cerrar la diadema espiritual de Andalucía, haciéndola digna de ser prendida en la cabeza de la Humanidad.

Ahí está la Alpujarra, glorioso rincón impenetrable, asilo luminoso de Andalucía. Ahí los Santos Lugares—Estepa, Ecija, Osuna—de característica tan intensa y fuerte. Ahí la Tartesia primera, la Tartesia madre, esa arteria vital que nos nutrió del Africa, y de ella nos trajo hombres primero, civilización después, vida siempre.

Esta es la esencia del alma, siempre señora y soberana, de Andalucía. Una amplia polifonía, rotundamente sonora, que llenará de acordes el mundo, cuando sus cuerdas tensas, que ahora tiene abatidas el hambre y la miseria, respondan con sus vibraciones a las pulsaciones del ideal.

Y, por esto, el regionalismo de Andalucía, es algo tan original y vivo, que con sus impulsos arrolladores, por el esfuerzo de cada uno de sus hijos y de sus pueblos, harán de ella la región soberana, por su ideal, su potencialidad y su estirpe, entre todas las de España, y contribuirá a la realización de ese viejo ideal de unidad ibérica, con el que sueñan todos los peninsulares de corazón y de cerebro.

Rafael Castejón.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

Advertimos a los fotógrafos de la provincia que abonaremos cinco pesetas por cada prueba que nos remitan, una vez publicadas.

CIUDAD SOÑADA

Sueño con la ciudad que nunca he visto. Lejos,
entre el mar y los montes de un bello país de rosa,
sonreirá bajo el sol la ciudad misteriosa
que ofrece, aunque moderna, mil encantos añejos.

Los crepúsculos suelen, con sus áureos reflejos,
hacer del horizonte la tierra fabulosa
de mis ansias, y surge de una nube gloriosa
la ciudad a mis ojos que la admiran perplejos.

Y hay radas pintorescas con mástiles de gules,
y, en torno al puerto, montes y praderas azules,
de las que asaso llegan volando esas bandadas

de palomas, que alegran la tarde con sus juegos;
hasta que, al fin, se apagan del sol los rojos fuegos.
La noche avanza. Y dejan los mástiles las radas.

Rafael Lasso de la Vega.

EL JILGUERO

—Abrele la puerta,
deja que se vaya.
Déjalo que vuelva otra vez al campo,
que otra vez sus trinos alegren las ramas
de los altos pinos
y viejas acacias,
y animen los prados
sus plumas pintadas.
¡Pobre jilguerillo, prisionero y triste
dentro de la jaula!
Abrele la puerta,
deja que se vaya.
—¿Que está triste, dice?
No lo está, te engañas.
Está muy contento.
¿No ves cómo canta?
¿No ves cómo pica los granos de alpiste?
¿No ves cómo salta?
Mira qué orgulloso y altivo recorre
su cárcel dorada,
de alambre en alambre
y de caña en caña.
¿Cómo ha de estar triste? Si no puede es- (tarlo.
Si tiene de todo. Si nada le falta
Si parece un rey
dentro de su alcázar...
Mira cómo trina.
Mira cómo charla.
——
—¡Pobre jilguerillo, prisionero y triste,
dentro de la jaula!
Déjalo que escape,
que Dios les dió alas
a los pajarillos
para que volaran.
y que fueran libres, libres como el aire,
no para encerrarlos dentro de una jaula.
¿Tú ves cómo trina?
Parece que canta,
pero llora aquella libertad perdida.
¿Tú ves cómo salta
de alambre en alambre
y de caña en caña?
Pues busca un resquicio por donde esca- (parse.
y volver al campo, lugar de sus ansias,
con padres y hermanos, con novia y ami- (gos,
que en esto parecen personas humanas,
y quererse saben y saben besarse
con sus breves picos, en las verdes ramas
de los altos pinos
y viejas acacias...
Y cantan amores, libertad y vida,
¡allí sí que cantan!
Abrele la puerta,
deja que se vaya.

Hilario Gutiérrez.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

Vulgarizaciones sociales y políticas

I

En los tiempos actuales, en que un centralismo absorbente del Estado, encadena la vida nacional, llevándola por derroteros que *la política al uso* preconiza, pero que individual y colectivamente rechazamos—aunque temerosos en la exteriorización de esos pensamientos—por falta de conciencia ciudadana, es importantísimo y de vital interés para todos la formación de la conciencia política, del mismo modo que en otros órdenes de la vida, se procura fomentar la conciencia religiosa y moral de los hombres mediante la enseñanza, la predicación y el ejemplo.

El pasado siglo XIX, con las teorías individualistas, sucesoras de las doctrinas de la Revolución francesa, trajo con sus exageraciones una perturbación grande en el desarrollo y vida de las naciones; pero como toda fuerza tiene su contraria, a ese movimiento individualista se opuso una reacción; y surge potente y vigoroso el movimiento socialista, que desde la segunda mitad del siglo avanza también en rápida y avasalladora corriente, llegando en sus exageraciones también a crear un estado de verdadera perturbación en la vida nacional, pues unas veces por olvido y otras por negación, trata de anular la existencia de organismos intermedios y salta del indivíduo a la Humanidad.

La guerra actual que ensangrienta a Europa, y que desgraciadamente todos padecemos, negación completa del derecho y viviente manifestación del reprobado derecho de la fuerza, ha abierto un paréntesis, una gran laguna, en lo que respecta a los movimientos de la vida social en los estados nacionales.

Ocasión es la presente en la que los pueblos que, como el nuestro, están alejados del teatro de la guerra por su situación geográfica y por su situacién moral, deben, por amor a la vida, procurar formar, para los días venturosos de la paz, una conciencia social y política colectiva, que partiendo de la conciencia corporativa, regional y finalmente nacional, supremo anhelo de los que hemos tenido la dicha de nacer en el suelo español.

Niños de Córdoba. — María Alicia Martín Baena, hija del brillante escritor y periodista Leocadio Martín Ruiz.

Para conseguir este fin social, todos debemos procurar, en la medida de nuestra fuerza, el fomento de cuanto pueda contribuir a la educación de los individuos, a ser posible en todos los órdenes en que la vida se manifiesta; pues la educación individual, es la base y el punto inicial de la educación general y colectiva.

Este es, a grandes rasgos y al correr de la pluma, el propósito que anima el ideal que persigue esa agrupación a la que me honro en pertenecer, que bajo el hermoso lema de Ideal Andaluz, fomenta, con el esfuerzo personal constante, en el periódico, en la escuela, en el círculo y en el casino, ante los poderosos y ante los humildes, la formación de esa conciencia ciudadana, que ha de librar, al surgir vigorosa, sana y potente la región andaluza, a esta bendita tierra, de ese centralismo absorbente y absurdo, que asfiixa las nobles aspiraciones de regeneración sentidas por todos, que fomenta la abulia de nuestro pueblo y nos trae, desde hace largos años, entregados de pies y manos en las del cacique, que inspirado en el propio bienestar y amparado en las concupiscencias políticas que el centralismo patrocina, sólo atiende al medro personal y al triunfo de bastardos intereses, con evidente y notorio perjuicio de todos.

Como andaluz, como ciudadano y como regionalista, cumpliendo mi deber, aportaré el grano de arena para esa magna obra de regeneración social.

Fernando Balsera.

El problema de la tierra andaluza

Manifiesto dirigido a la región andaluza por la Sección Sevillana de la Liga Española para el IMPUESTO UNICO.

Los principios de nuestra doctrina son gérmenes que pugnan por el florecer en el seno de todas las conciencias. Pero los prejuicios políticos y religiosos crean barreras artificiales que separan a los hombres, anulando la fuerza de atracción que se establece entre los creyentes de una misma verdad. Por esto es necesario que, sin perjuicio del terreno en que se debaten los intereses de las sectas y de los partidos, haya un campo libre, en donde se opere la concentración de energías precisa para el triunfo de ideales que son compatibles con la existencia de todos aquellos.

La sociedad no puede progresar *con la ética del salvajismo:* La patria no puede ser levantada *por una política mísera y mediocre:* La primera, para subsistir, necesita *conciencia*. La segunda para redimirse, necesita *sangre*. Ante la inminencia de las grandes catástrofes, ante la fatalidad de los renacimientos, la fuerza conservadora de la vida empuja a los hombres a unir su esfuerzo en un punto neutral; esto es lo que nuestra Liga representa: Crisol donde se funden al calor del ideal todas las diferencias que de la pasión provienen. De ella saldrá purificada gran parte de la fuerza que habrá de animar los partidos futuros; los cuales germinan ya, como aleteos de la España que renace en el alma de una juventud trabajadora, amante fervorosa de su raza y entusiasta adoradora del Progreso.

La organización de la Liga es tan sencilla como la razón de su existencia. Queremos en ella hombres serios, altruistas y estudiosos. La innoble ambición personal que hacen de la política un torpe instrumento, contra nosotros, no prosperará. Tenemos por *Jefes permanentes* maestros y apóstoles que en

RETRATO DE COLÓN

Dulce es su faz ¿no es cierto? aunque es severa,
Majestuosa actitud; ropa sencilla
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
Ya la corona de los años brilla.
La vista clara, viva y altanera;
Largo el rostro, saliente la mejilla.
Convence o encanta cuando mueve el labio.
Tal es el loco, o, si quereis, el sabio.

Ramón de Campoamor .

---

enseñanza completa, nos dejaron fundamentalmente marcados todos los principios que deberemos aplicar y todos los caminos que habremos de seguir.

En el orden general pretendemos sumar nuestros esfuerzos al de las Ligas establecidas dentro y fuera de España, para desterrar el vicio y la miseria por medio de la REFORMA ECONÓMICA.

Un mismo disolvente actúa destruyendo todos los organismos sociales, obra de la Naturaleza. Cuando el vicio no arranca a los hombres del hogar de su familia, la miseria los expulsa. Los proletarios r-niede las *patrias* donde ni el derecho gan a trabajar les es reconocido y las abandonan, arrojados por el ocio de los opulentos que convierten su suelo sagrado en desiertos infecundos, cebaderos de bestias, parques de caza o lugares de placer. En el espíritu de los primeros la desesperación engendra maldiciones rencorosas. *Ya no odian al amo, sino al hombre*. Los placeres, absorbiendo a los segundos el jugo del alma, han dejado en sus labios una idiota sonrisa de desprecio para la Santidad de los ideales. Por ambos caminos, vicio y miseria, se desemboca en el excepticismo, padre de una lucha de fieras que desgarra a la Humanidad. Ambos conducen a la taberna y al burdel, en cuyo cieno se revuelve la civilización.

Este resultado es producido por un gran *desequilibrio* social, que aumenta cada día, obrando la desaparición de la clase media, y determinando la existencia de dos polos opuestos, separados por el vacío de una enorme distancia: LA EXTREMA OPULENCIA Y LA POBREZA EXTREMA. Una sola es la causa de ese desequilibrio.

Hay hombres forzados a contemplar como se explotan a sus mujeres y a sus hijos, cínicamente convertidos en bestias de carga; como mendigan sus padres, y como sus hijas son carne de lupanar, porque se permite el crimen monstruoso de que esos hombres para redimir a los suyos, quieran trabajar y no encuentren donde emplear su esfuerzo; porque se tolera la espantosa indignidad de que esos hombres se encuentren precisados, para poder vivir, vender su trabajo, como inútil mercancía, por el precio que quieran darle, el cual apenas alcanza para satisfacer las necesidades materiales, más perentorias.

Y esto sucede, porque el trabajo no es libre: y no es libre, porque hay quien monopoliza sus ocasiones. A los hombres para trabajar no bastan los brazos y la inteligencia. Necesitan de las *ocasiones naturales*. Necesitan de la *Tierra*, que es su almacén. En ella están todos los productos, sin los cuales no puede ejercitarse alguna industria. La Tierra es el patrimonio conque el Creador ha dotado, por igua, la todos sus hijos. Todo el que surge a la vida tiene derecho a fecundar con el sudor de su frente un pedazo de tierra para obtener su alimento o construir su habitación. LA TIERRA ES DE TODOS: Porque de ella se necesita para que todos puedan trabajar y vivir. Por eso, hoy, que es de unos cuantos, el trabajo y la vida de los demás, depende también de unos cuantos monopolizadores. ¿Puede ser esta injusticia obra de Dios? ¿No tienen todos igual derecho a su Providencia? La justicia de los hombres que mantiene ese estado absurdo, va contra la eterna justicia divina.

En todos los países del mundo se observa este fenómeno. La propiedad de la tierra se concentra en pocas manos. Los señores dejan sin cultivar o edifican sus terrenos, impidiendo, al mismo tiempo, que los demás lo hagan. Ni hacen ellos ni dejan hacer. Convierten en uno o varios cotos o cierran para sus ganados los terrenos de un término municipal, y disponen, así, de la vida de un pueblo que arruinan sin compasión. Especulan con los solares vacíos de una ciudad, pidiendo por ellos un precio exagerado, que aleja de la edificación el trabajo y los capitales, y los habitantes de esa ciudad se ven precisados a vivir a la intemperie. Pueblos enteros, arrojados de sus antiguos solares, se ven forzados a dejar sus tierras *incultas* para ir a cultivar las de países extraños. Los campos solitarios rodean, silenciosos, las ciudades, agitadas por bullicios de tragedia. Los hombres expulsados de los primeros, se concentran en las segundas, donde los destroza una fiera competencia, por encontrar colocación y se agolpan, todos, en el campo de la manufactura, implorando el trabajo como una limosna.

(Continuará).

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

IMPRENTA MODERNA.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

VISITAS CULTURALES

La Unión de Dependientes de Comercio en la Escuela de Artes y Oficios.

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

CÓRDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 9 de Diciembre de 1916 | NÚM. 17

"PAZ"

He aquí una palabra breve, concisa, compuesta tan solo de tres letras, que expresa, sin embargo, un grande y espléndido ideal, hoy bien distante, por cierto, de estar en vías de cumplida realización; tan distante, que, ni con catalejo, se divisa aún la dudosa aurora de ese claro día. Es más, la paz definitiva, inquebrantable, universal, esa paz que canta blandamente la lírica, no pasa de ser un sneño hermoso, pero infantil del que hay que despertar, abriendo los ojos a la luz penetrante de la realidad.

La vida, en este mundo de disputas que habitamos, es lucha, y la lucha es actividad y esfuerzo, generador del progreso; así lo decretó el que todo lo sabe y todo lo puede. Un hombre sin pasiones, dispuesto siempre a sacrificar todos los anhelos y todas las aspiraciones de su espíritu en aras de la paz y quietud de su existencia, sería, sin duda alguna, un ser excelente, dulce, dilecto, pero apático, impasible, frío, perezoso, manso, sin ilusiones, indiferente, de alma helada, que no podría hacer más que obra muerta y estéril. Pues lo mismo habría que decir de las colectividades, si éstas hubieran de estar formadas, en su totalidad, de ciudadanos benéficos, magnánimos, abnegados, piadosos, inofensivos, que no supieran moverse más que a impulsos de sentimientos benévolos y de miras desinteresadas y generosas, refractarios a todo estímulo de ambición, de egoísmo, de codicia; en una palabra, de todos esos móviles y resortes del espíritu y de la carne que tanto estremecen y agitan al hombre; esa sería ciertamente una sociedad paradisiaca, santificada por la virtud estática de sus elementos componentes, pero también acabaría por ser un organismo sin bríos, sin energías, sin audacias, sin heroísmos, sin pujanza, para acometer las gigantescas empresas que trae consigo el vibrante choque de las ideas opuestas y el rudo batallar de los intereses encontrados; esa sería, en suma, una sociedad bendita, santa, si se quiere, pero de espíritu mutilado, castrado, herido de incurable paralisis, y la humanidad no es un concurso armónico de espíritus puros y angelicales, sino un conglomerado de hombres pasionales e imperfectos.

La Sierra de Córdoba

El ansia de vivir bien, de mejorar de condición, de acumular riquezas lícitamente adquiridas, de triunfar en las reñidas contiendas entabladas con el tenaz adversario, de obtener renombre y lauro, venciendo al rival, y aún de extender, a sangre y fuego, si fuese preciso, el poderío del derecho, por todos los ámbitos del planeta, esas vehementes aspiraciones de los hombres y de los pueblos, son los grandes propulsores del genio, que produce por donde quiera las maravillas que admiramos, así en el orden científico de los principios como en el artístico de las creaciones y en el industrial de los intereses; apagar los estímulos y las pasiones más vivas y desbordantes del hombre para intentar hacerlo simétricamente equilibrado y perfecto, sería tanto como destruir el motor potente que arrastra su espíritu por las salvadoras sendas del progreso, dejando, como inútil remedo, su figura decorativa y nobilísima, pero vacía de idealidad y de romanticismo.

Hay, pues, que luchar reciamente para poder vivir y prosperar. La paz perpétua, eterna, exhala algo así como un aliento de descomposición y de muerte; ya lo dijo Espronceda a otro propósito:

«Sólo en la paz de los sepulcros creo.»

Pero de esto a que los jefes de los Estados y las testas coronadas puedan, a su antojo y capricho, declarar la guerra feroz que se hace a la moderna, que es como si dijéramos la destrucción y el aniquilamiento completo de las generaciones jóvenes, vigorosas, trabajadoras de los pueblos beligerantes; de aquello a esto, media un abismo infranqueable

El hombre, el ciudadano, el pueblo en masa, sin distinción de clases, debe de estar siempre dispuesto a pelear y morir por sus ideas y hasta por sus pasiones, pero no por las agenas. La guerra, en buenos principios, sólo puede ser decretada por las Asambleas soberanas y deliberantes, obrando con poderes bastantes, conferidos por el verdadero cuerpo electoral a sus mandatarios genuinos y legítimos,

no a mixtificados representantes que, en ley ni en derecho, nada representan.

Esas movilizaciones vertiginosas que, ante la inminencia del *casus bellis*, ordenan, por su propia autoridad, los detentadores y los usufructuarios de los poderes públicos, procediendo a espaldas del pueblo, que es quien, en definitiva, ha de sucumbir en la implacable contienda, son, moral y jurídicamente, disposiciones abusivas e ilícitas. No hay derecho a que la inmensa mayoría de los que van a ser horriblemente mutilados y destrozados, marche al sacrificio sin saber siquiera el fin oculto que se persigue con la empeñada guerra. El hombre no debe de morir así, inconscientemente, como si fuera una res nacida y criada para ser carne de matadero; eso, jamás.

La muerte en el campo de batalla es tanto más bella y conmovedora, cuanto más beneficios reporta en orden a la redención moral y material de los pueblos combatientes; pero la gnerra se trueca en ominosa y criminal, cuando en ella se ventilan no más que intereses bastardos de material dominación, de engrandecimiento territorial, de violenta conquista. La hegemonía a que, sórdidamente, aspiran los Estados poderosos, es como una variedad, un tipo, una forma disimulada e hipócrita del matonismo, practicado, en ese caso, por las naciones grandes y aguerridas a costa de las pequeñas y tímidas, matonismo más odioso y repugnante, si cabe, por ser más oprobioso, bajo el punto de vista ético, que el que ejercen en el burdel los barateros de oficio.

Fuerza es luchar, pero a sabiendas de que sólo ennoblece la lucha que se arrostra por convencimiento propio y para amparar los fueros de la razón y las santas reivindicaciones del derecho, que suelen advenir tardíamente, cuando se encomienda su causa a la embajada de una lenta evolución; mas los desafíos internacionales, disfrácense como se quiera,' provocados por arteros pretextos, para sujuzgar y oprimir a pueblos débiles y pacíficos, son atropellos inauditos, atentados feroces que están clamando por las más severas sanciones de la moral pública, ya que el derecho positivo no tiene autoridad ni acción efectiva contra esos nefandos crímenes que cometen impunemente las entidades soberanas constituídas en Estados beligerantes.

Bendita la sangre generosa que se vierte para redimir de la servidumbre de la barbarie, en que aún están sumidas innumerables hordas de salvajes, o en sacar de la ignorancia a tantas razas y pueblos atrasados como viven en la abyección o en un aislamiento tan nocivo para ellos, como perjudicial a la comunidad de las naciones cultas; pero inmolar legiones de legiones de guerreros para satisfacer la insaciable codicia de altivas y famosas naciones, que aún rinden culto idolátrico al mitológico dios Mercurio, según ocurre en la flamante, espantosa guerra que, a la hora presente, está asolando a Europa, sin otro objetivo oculto que disputarse los contendientes la posesión y el disfrute de pingües mercados que, ciertamente, no deben de ser el premio de la fuerza; he ahí lo que ha de merecer la inapelable condenación de la posteridad.

Y no es que el comercio y la industria hayan de morar en el seno enervante de una paz octaviana, no; ese linaje de intereses también combate, pero las acciones que libra son incruentas; es más, los nutridos y, en no pequeña parte, esforzados contingentes de los ejércitos de la industria y el comercio, no cesan un momento de batallar, bien que a su manera, olfateando el éxito, esto es, la ganancia, el lucro a través de una activa y cortés competencia, en la que quien más granjea es el que mejores, más baratos y más abundantes y variados surtidos ofrece al descontentadizo consumidor. Ese plan de campaña es el único que debe de conducir al honroso triunfo en las calladas, pero en el fondo ardorosas contiendas económicas, de que todos los días es teatro el mundo comercial e industrial; en cambio, aquella otra lucha cruel, mortífera, con efusión de sangre, esa no admite justificación más que en un caso: cuando tenga por finalidad la redención de pueblos envilecidos, peligrosos e incultos.

En la historia patria, podemos encontrar comfortantes ejemplos que vengan a demostrar la verdad de esta afirmación.

Pizarro, Almagro, Cortés, Valdivia, Quesada, descubrieron y

conquistaron a Perú Méjico, Chile, Colombia; sus increibles proezas, las realizaron casi sin hombres, y no contando más que con menguados recursos, llevaron a aquellos lejanos y entonces salvajes paises, auras de cultura, después de haber sostenido combates gloriosísimos, que superaron en bizarría y heroismo, cuanto de más hiperbólico se ha escrito, para ensalzar las brillantes acciones de la leyenda épica. Esos son modelos de exploradores y de guerreros, que invaden extensos territorios obedeciendo, en primer lugar, a su instinto viajero, pero de hecho cumpliendo una misión providencial, de altísima humanidad. Lástima que el régimen político y administrativo implantado en sus incomparables colonias, por la madre patria, no haya respondido al esfuerzo y sacrificio realizados por aquella pléyade de sublimes aventureros que, con valor por nadie igualado, sacó a la luz de la historia, no pocas tribus que vegetaron largos siglos en las obscuras oquedades de la civilización.

Ya que la paz universal es un mito, fuerza será convenir en que, todo lo que sea humanizar la lucha, hasta donde esto fuere practicable, bajo cualquier aspecto en que aquella surja, ha de ser una obra santa, de amor y misericordia, que deberá acometerse con urgencia, lo mismo en los anticuados y deficientes códigos, por los soñolientos legisladores, que en el aula y en el libro, por los educadores de almas. Nos horrorizan las guerras de pueblo a pueblo, por las sangrientas hecatombes con que se siembra de cadáveres el campo de batalla, pero, en cambio, apenas impresiona nuestros sensibles nervios, esa otra lid despiadada y sigilosa, por la vida, que se desarrolla en el gran escenario social e inmola, uno y otro día, sin tregua ni armisticio, incontables víctimas, unas veces en defensa de los más sagrados derechos, otras respondiendo a las solicitaciones de los más egoistas intereses y con frecuencia para satisfacer las más viles y brutales pasiones; en ese pugilato desesperado y epiléctico, el luchador esgrime toda clase de armas, hasta las de la ley, que suelen ser las más alevosas, para quien sabe emplearlas en herir o inutilizar a su contrario.

Ante la imposibilidad de que la paz reine definitivamente en el fatídico campo de batalla, ni en la superficie procelosa de los mares, de desear es que se ejerciten las energías y los sentimientos altruistas de los filántropos y bienhechores de la humanidad en laborar, sin descanso, por que la guerra, caso de estallar, por no haber habido términos hábiles de someter el pleito a las pacíficas decisiones del laudo arbitral, sean breves, caballerosas, redentoras, lo demás hay que fiarlo a a la acción rítmica y constante del tiempo, pero no se olvide de endulzar también esa otra lucha por la vida, en que están empeñadas todas las clases sociales, lucha que cada día se hace más áspera para las llamadas masas proletarias, poseedoras de un caudal de energías y fuerzas incontrastables, aunque todavía sin organizar, y dueñas al fin del éxito, en un porvenir más o menos remoto, de aquí que haya que ir cediendo algo, con habilidad, como hace Alba en sus proyectos, por propia conveniencia de las otras clases menos potentes; pero entiéndase bien, que se obra de esa manera no por temor al imperio del número, porque el miedo ha sido siempre un sentimiento inferior y femenino que no hay para qué sentir, en ningún caso, y cuya locución conviene desterrar del vocabulario de los hombres, sino por demandarlo así el respeto al derecho ageno.

La vida es un preciado bien del que deben de disfrutar, dignamente. todos los hombres, desde la cúspide a la base de la pirámide social; en la posesión de medios económicos está, a lo que parece, la solución del complicado problema; una vez asegurada la subsistencia cumplida de todos los humanos, no como concesión graciosa hecha por los pletóricos a los famélicos, sino como recompensa debida al trabajo, que es ley universal, sin otra excepción que la invalidez, y en obligado acatamiento a un derecho que está por definir en los cuerpos legales, pero que ha sido regulado ya por la conciencia; logrado esto, la contienda seguirá no obstante, si bien circunscripta al natural deseo de mejorar de posición, de emular con el colega, de colaborar en los rápidos avances del progreso, de conquistar gloria e inmortalidad, y seguramente que esa nueva lucha, delicada y noble, levantada y fecunda en bienes, habrá de formar contraste con la que ha encendido el hambre, siempre clamorosa e irreductible; entonces la visión de un iris de paz radiante, capaz de ahuyentar los disturbios y las discordias entre los hombres y entre los pueblos, podrá convertirse en una bella ilusión que ruede por el alma romántica de los soñadores.

Luis Valenzuela.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

La Escuela graduada

II

La graduada no surge de la mera aproximación de varias individuales, aunque se instalen en edificio capaz de una convivencia desembarazada. Si no cambiaban de carácter, la *división* subsistiría y en la graduada es de esencia la unidad, la concordancia «en plan y en procedimientos» de las secciones que la integran. No es un conglomerado de escuelas autónomas: en la graduada nunca ha de interrumpirse «la armonía y correspondencia» que debe de haber en la labor y finalidad de sus secciones; de ahí que necesiten una dirección común, extendida a todos los maestros que concurren a su servicio.

Con profundo conocimiento de las condiciones de ambos tipos de organización y con la hermosa sencillez de lenguaje que avalora la concisión reservada a los que hablan de lo que bien saben, una de las legítimas glorias del Magisterio español, que en Córdoba vivió luengos años consagrado al amor de sus amores, la escuela, educando niños y educando maestros, que citamos con la emoción de discípulo devotísimo, ha trazado este paralelo entre la unitaria y la graduada: «Son fundamentales y de gran importancia las diferencias que hay que notar entre la escuela monodidáctica y la graduada. En la escuela unitaria o monodidáctica, la sala de clase es una sola; en la graduada, tiene que haber tantas salas de clase como secciones se hagan de la cultura primaria. La escuela monodidáctica puede estar desempeñada por un solo maestro; la graduada tendrá que contar con tantos maestros, por lo menos, como grados o salas de clase contenga. La enseñanza en la escuela monodidáctica se haya regulada por un solo programa; la de la graduada tiene que constar de tantos programas como secciones se hagan de la enseñanza en general. En la escuela monodidáctica reciben enseñanza en un mismo local todos los niños, sea cualquiera el grado de su cultura; en la graduada cada niño se reune con sus iguales en instrucción y recibe enseñanza en locales separados. En la escuela monodidáctica se confunden y mezclan los niños de todas las edades, porque los tiene que haber de todos los grados de cultura; en la escuela graduada se separan los niños por edades, por lo mismo que no han de estar juntos los de distinta capacidad mental. En la escuela monodidáctica cada lección del maestro tiene que aprovechar a muy corto número de discípulos; en la graduada puede aprovechar a todos los concurrentes de un mismo grado. En la escuela monodidáctica, un solo maestro puede enseñar con fruto a lo sumo veinte o treinta niños; en la graduada este número puede elevarse a cuarenta o cincuenta y a más aún, a medida que se halle la enseñanza más dividida en grados.

El trabajo de la enseñanza es más difícil y penoso para el maestro en la Escuela monodidáctica que en la graduada, por razón de la mezcla de niños de todas edades; y por igual razón el orden y la disciplina son más fáciles de producir y de conservar en la Escuela graduada que en la monodidáctica. La enseñanza en la Escuela graduada es también más cómoda para los niños, porque la cooperación del maestro tiene que ser más vigorosa y el estímulo entre los escolares más vivo. Los niños aprenden también más pronto en una escuela graduada que en una escuela monodidáctica; porque la división en grados y el pase obligado de un grado a otro favorecen los adelantos de los escolares y evitan que la instrucción de ellos se estacione. El problema de la educación, tanto en el orden intelectivo como en el moral, se puede realizar en la escuela graduada, paralelamente con el de la enseñanza, a satisfacción de los maestros, mediante la igualdad de condiciones de los discípulos, mientras que ese mismo transcendental empeño se dificulta en las escuelas monodidácticas por causa de la confusión de las distintas edades y de las diversas capacidades mentales de los educandos. La enseñanza en la escuela graduada, cuando la densidad de la población consiente que se organice con toda amplitud, tiene que ser más barata que en la monodidáctica, puesto que cada maestro puede enseñar mayor número de niños mediante el empleo de aquélla.» (1).

(1) D. Francisco Ballesteros y Márquez, en su obra *Pedagogía, Educación y Didáctica pedagógica.*

¿Cómo queremos, pues, que la escuela sea en lo futuro?

El pensamiento del Gobierno referido a este magno asunto se ha definido de acuerdo con los principios pedagógicos que abonan la graduada y la acción correspondiente administrativa y técnica va dirigida con preferencia al aumento de los centros primarios de enseñanza en virtud de la transformación de la escuela monodidáctica.

Un Real decreto de 23 de Septiembre de 1898 hablaba de «organizar la enseñanza pública en los grandes centros de población sobre la base de las escuelas graduadas, fórmula de organización escolar que podría conciliar la economía con la resolución de varios problemas pedagógicos que esperan solución entre nosotros »

José Priego y López.
Inspector de 1.ª enseñanza.

CARTAS DE LITERATOS

A Blas Infante.
Sevilla.

Mi buen amigo y cofrade: Exhumando el frío cadáver de un mi libro, muerto al nacer a pesar de creerse en su concepción repleto de grandes potencialidades vitales, supo usted honrarme y, a la par, hacer una bella página de profunda y sabia filosofía. Gracias por su misericordia; sentíame famélico ha ya tiempo y usted ha sabido saciar mi hambre.

Y bien quisiera pagarle con la exposición de grandes ideales, pero, perdóneme, soy pequeño de cerebro; ensueño, ensueño mucho, y usted bien sabe qué corta es la distancia del ensueño a la pesadilla: un frágil puente, la más leve indigestión.

Quisiera contestar cumplidamente a sus afirmaciones, tan categóricas como bellas, pero me sé incapaz. Discúlpeme.

Hablaba usted de Finalidad esencial de la Vida Humana; hablaba de *acción* y pedía conocer el actuar perfecto, fijando la necesidad de descubrir la Norma perfecta, para sólo con ello determinar el único y verdadero có-

GOBERNADORES MODELOS

D. Agustín de la Serna Ruiz

espejo de caballeros y modelo de gobernadores civiles, quien, al ascender del Gobierno civil de Córdoba al de Guipúzcoa, deja en nuestra capital y su provincia un recuerdo indeleble por la rectitud y probidad de su gestión y por sus excelentes prendas personales, considerándosele unánimemente y en justicia como uno de los mejores gobernadores civiles de esta comarca.

digo de Moral. ¡Grande es la aspiración, pero no imposible! Permítame:

«El hombre sociedad, como eslabón de la infinita cadena evolutiva, tiene una finalidad próxima, mutable en los modos de consecución por su propiedad consciente, que no es otra cosa que la actual suprema condensación activa de las múltiples modalidades de la energía única. Esta finalidad próxima del hombre sociedad, que se puede enunciar como adaptación a su medio cósmico inmediato, para su persistencia o conservación alcanzando mejor grado de perfectibilidad evolutiva y, por ende, mayor condensación de la una y varia energía, exige á cada uno de sus integrantes su especial actuación en dirección convergente, para obtener el todo harmónico, el impulso único que le lleve a la consecución de su fin.»

Así me expreso en el capítulo «Deber» de un libro que estoy preparando con el sincero título de «Quiero ser hipócrita», y en ellas creo hallar encerrada la solución a nuestro gran problema. Persistencia con el mayor grado de perfección cerebral: Finalidad de la Vida Humana; actuación convergente de todos los humanos: Norma perfecta.

Actuación convergente que no es otra cosa que afirmación del Deber y anulación del Derecho; *yo* tengo deberes para con los *demás* y los *demás* los tienen no para *conmigo*, sino para con los *demás* todos, entre los cuales estoy *yo*, pero sin que *yo* tenga derecho a axigírselos, pues que sin *mí* también se realizan y para *ellos* no dejan de ser deberes. He aquí la Norma que ha de producir el arquetipo humano, egoista de suyo, sí, pero con egoismo polarizado por el amor; esto es, deseando y practicando sobre todo el bien propio, pero no pudiendo alcanzarlo más que con la efectividad del de los demás, proporcionándolo a todos, para haciéndolo general, hacerlo suyo.

Yo le pintaría cómo ensueño esa sociedad ideal, pero temo molestarle haciéndome extenso; si algún día termino aquel libro, podrá usted conocerla y honrarme de nuevo con su elevado juicio. Sí le diré ahora, para terminar, que su realidad es posible; en «Yo y los demás» habrá leído mis concepciones acerca del Matrimonio, la Prole y la Herencia: ellas son el sendero a seguir.

Amigo Infante, cumplamos nuestro Deber: todo por la Humanidad.

Le saluda muy cordialmente, s. s. s. q. l. e l. m.,

Dr. Ruiz Maya.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

EMIGRANTES

No pué ser; estoy perdío.
Mañana cumpli el terrajo
y pa comel no tenemos,
cuanti más para pagalo.
Ya lo sabis, esos hombris
no mos perdonan un cuarto;
tendré que vender el burru,
los aperos del arao,
y las jocis.
y los jachos.
Luego debemos aceili,
un celemín de garbanzos
y tres fanegas de trigo;
la ropilla e los muchachos
que la tenemos en déuda
dendi el último verano...
Marché como me dijiste
a la casa de los amos,
esos dos señoritinos
que a su padri han heredao;
les conté toas nuestras cosas,
y que trigo no teníamos,
que jué mala la cosecha,
que se nos murió el marrano,
que no hemos cogío patatas
ni garbanzos;
y que anochi nuestros hijos,
sin caular siquiera un caldu,
muertos de frío y de jambri
se acostaron.
Les hije toas estas cosas
y que pagal no poíamos...
Y ¿sabes lo que dijieron?
Pues que si no les pagamos,
embargarán nuestro güerto
pa cobrarsi toos sus cuartos.
¡Tengo la caeza loca!
¡Tengo el alma jecha piazos!
Venderemos toas las cosas,
pagaremos el terrajo;
y loitas esas gabelas
las poemos dir quitando,
vendiendo el burru, la casa,
los aperos del arao,
y las jocis,
y los jachos.
Y aluego a peir limosna
el día que no haiga trabajo.
Y hay que jacelo ca y pronto,
too lo que aquí estoy chalrando
y dispués que los paguemos,
si es que nos sobra algún cuarto,
pa un puerto de los Brasiles
embarcamos,
que icin qu'en aquella tierra
los jornales son más caros...

Angel Marina.

ALMA MATER

Glorioso designio de la Naturaleza, el que la designó por cabeza geográfica de la región. Vibraría acorde del medio, la que en sus hombres infundió un alto espíritu. Armonia terrenal de ligamento inextensible en todos sus órganos, la que anuló en ella la vitalidad de la comarca más natural de la península. España al Norte, Andalucía al Sur, como quería Ganivet.

Esta es Córdoba, la más elevada en la tierra andaluza, la de espiritualidad más alta, la de más perfecta organización superior. Lo demuestra la tierra, lo demuestran los hombres y lo confirma la Historia.

Andalucía—dice Infante—se encuentra situada a los mismos grados de latitud geográfica que Grecia. Atenas corresponde a Córdoba, ciudad que fuera un día la Atenas de Occidente. Ambos países son igualmente montañosos. Semejante es su extructura orográfica. El clima es el mismo. Un sol radiante, de limpia magestad, no consiente ni aún la blanca sombra de su celaje en la serenidad imperturbable de los cielos. Las sequías son tan frecuentes como en tierra andaluza. Las lluvias se distribuyen por las estaciones con igual proporción. Resultado de estas condiciones es el hecho de que las producciones sean idénticas: cereales, olivos, vides—la fauna y la flora griegas se corresponden con las de nuestra región. El medio físico es el mismo. Tal vez por eso sea igual el fondo de los genios.

Y siendo verdadera esta unión del alma de los hombres con el alma de la tierra—ya dijo Ganivet que la tierra, al hablar, lo hace por medio de sus hombres, que son sus modos de expresión—a la elevación de la tierra corresponde la elevación de sus hombres, del alma y el espíritu de ellos. Córdoba—Corto-toba, la ciudad buena—es la suprema bondad, la perfección de la bondad, la máxima perfección. Córdoba es el sumo ideal de la elevación espiritual. Por eso, sus hombres son serenos, prudentes, discretos, mesurados, estóicos. Córdoba es patria de filósofos, es madre de Filosofía, la sabiduría máxima.

En la época romana Córdoba dió a luz al filósofo de aquella valiente moral estóica que se llamó el grande Séneca. Y toda su familia—los Anneos—era de la más pura estirpe cordobesa.

En la época musulmana, Córdoba tiene al célebre Averroes (Ibn-Rohz) de la escolástica musulmana, el insigne comentador de Aristóteles; y en ella nació también el gran Maimónides, el segundo Moisés de la escuela judáica. Es digna de notar—dice Guichot después de citar a algunos de ellos—esta persistencia de filósofos en Córdoba·

FIGURAS CONOCIDAS

P. León, chispeante periodista y competente funcionario publico.
Caricatura de Thales.

Y al igual que en la filosofía, en todas las ciencias de máxima perfección espiritual, de pureza y altitud de ideales. Córdoba es seguro despacho de libros, dice Averroes. Cuando en Córdoba se desorganiza una escuela de Música—sigue hablando Averroes—ya se sabe donde tienen segura venta los instrumentos: en Sevilla. Y cuando en Sevilla han de venderse libros, ya se sabe también donde tienen venta segura y siempre creciente demanda: en Córdoba.

Y es que estas diferencias espirituales de los hombres, y de sus portavoces en la tierra, las ciudades—diferencias curiosas que en más de una ocasión nos hemos complacido en señalar—son reflejo del alma de la tierra. Sevilla es varia, inquieta, bulliciosa, multiforme. Por eso, donde se manifiesta más netamente y más intensamente, es en las Bellas Artes. Pintura, de modo especial; Arquitectura, también; Música; Poesía; y manifestaciones secundarias, como Azulejería, Herrería artística, etc.

Y, por eso también, desde donde mejor se manifiesta Córdoba, es desde sus escuelas filosóficas, en esencia análogas. Y desde el alto espíritu de ronovación de Juan de Mena, de Góngora, del Duque de Rivas. Y desde la señoril aristocracia de Valera. Desde el alma mater, en suma, de su espíritu acordado y eurítmico, que, en las épocas de mayor esplendor de Andalucía, siempre habló armoniosamente, sonoramente. Como habla la gracia ondulante de su campiña, la pausa rítmica de su vega, y el desmayo florido de su sierra, siempre en acorde con el azul armonía de los cielos.

Rafael Castejón.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Fábrica de caracteres

La escuela debe ser un taller destinado a modelar hombres y una fábrica de caracteres incipientes; en tal sentido su fin no debe ser otro que el de formar hombres que sean de cuerpo entero y de una sola pieza; esto es, completos y perfectos, abarcando y comprendiendo a todo él en cuerpo y en alma, con todas sus facultades, atendiendo al fin temporal y al fin a que todo está subordinado; de donde se sigue que en toda escuela debe darse educación física o corporal, cuyo objeto es hacer que el cuerpo sea sano, robusto, ágil, flexible, fuerte, duro, esclavo y hasta bello, para que dure más y viva mejor, y educación espiritual para desarrollar todas sus facultades anímicas con relación al desarrollo de las fuerzas corporales, con método y plan, dando a cada facultad su alimento en la proporción y tiempo debido y sin perjuicio del talento; cultivando la imaginación con sujeción al deber y a la razón, desarrollando ésta por grados y sin perjudicar al corazón y así el sentimiento religioso, el del deber, el amor patrio, el artístico, el industrial, el agrícola, etcétera, etcétera, y de esta manera la educación será integral y humana.

¿Se educa en nuestras escuelas así? Nuestras escuelas no tienen la amplitud necesaria, carecen de alegría y salubridad, no hay en ellas ancho campo para juegos y labores, están faltas de hermosos jardines para recreo de la vista y el olfato y de abundantes y cristalinas aguas para riego, bebida y limpieza. En nuestras escuelas no ve el niño las olorosas y pintorescas flores cuyos vivos colores tanto le entusiasman, animan y distraen; no oye el canto de las aves, ni respira aire puro y embalsamado, y careciendo

el niño de este ambiente circundante, ¿cómo será su educación?

Añadiendo a estos defectos la falta de interés de los padres en la puntualidad de sus hijos a la asistencia a las clases, el poco cuidado en vigilarlos, repasarlos y estimularlos, y sobre todo, y este es el mayor, el gran número de educandos que bajo la dirección de un solo maestro hay en cada clase. La escuela que menos cuenta, tiene próximamente ochenta o más alumnos, y en la que dirigida por el ilustrado maestro D. Manuel Blanco y López conté en cierto tiempo doscientos sesenta y seis, en un local sito en la calle de las Cabezas, que no tenía más luz que la que le facilitaban dos puertas de entrada que daban a una galería, destinada también a sala-escuela y con una extensión capaz de contener, y no con arreglo a la Pedagogía, unos treinta educandos. ¿Qué educación puede dar un maestro por muy inteligente, por muy ilustrado y activo que sea, colocado en tales condiciones?

Antonio Córdoba Navajas.

Los dependientes de comercio en la Escuela de Artes y Oficios. La directiva de la Unión de Dependientes, el secretario de la Escuela señor Pastor Valsero, el profesor señor Pérez Cantueso y el redactor-jefe de CÓRDOBA Dr. Ruiz Maya.

Los dependientes en la Escuela de Artes y Oficios

Bajo la sabia dirección del notabilísimo artista y culto profesor de la Escuela de Artes y Oficios, don Dionisio Pastor Valsero, el pasado domingo, la Unión de Dependientes de Comercio pudo saborear las grandes bellezas artísticas y pedagógicas que esta escuela modelo encierra.

Si espacio tuviéramos, algunas columnas habríamos de dedicar a descubrir ante Córdoba esta verdadera Universidad popular. Y decimos descubrir, porque, aunque desagradable y vergonzoso sea, es un hecho que Córdoba hállase ignorante de lo que debía considerar como uno de sus más grandes y legítimos orgullos. Algún día lo demostraremos.

Los dependientes, en sus ansias de cultura y emancipación cerebral, no ceden en su noble deseo de conocer todo lo grande que en Córdoba existe, y en número crecidísimo concurrieron a este centro de educación popular, a pesar de lo desapacible del día. Y con satisfacción inmensa y amarga pesadumbre, por la imposición de las circunstancias, es justo consignemos condoliéronse de la situación del local, en un barrio extremo, que les impide asistir a las clases cuotidianamente.

Los dependientes pudieron apreciar la hermosa labor de aprendizaje que en la escuela se ejecuta, en metalistería, cerámica, vaciado, escultura, carpintería, pintura, arquitectura, etc., etc., por el verdadero enjambre de obreros, deseosos de saber progresivo, que a las clases acuden, pues su número asciende a trescientos cincuenta, incluidas cuarenta o cincuenta señoritas que sin intermitencias dedícanse a la noble labor de adquirir y perfeccionar aptitudes que las coloquen en ventajosa posición para la lucha por la existencia.

Y penetrando en el gabinete-taller del señor Pastor, admirados hubieron de quedar ante su acabado arte escultórico; ante las obras del maestro en escultura y cerámica, pues en esta última ha llegado, en su genial inspiración, a la fijación del negro mate como sólo supieron hacerlo los griegos, y dar al esmalte una tonalidad rojo cromo hasta ahora sólo conseguida por él...; pero, esto merece capítulo aparte y en otra ocasión lo daremos a conocer al pueblo de Córdoba.

Los dependientes felicitaron efusivamente al señor Pastor y prometiéronle hacerle reiteradas visitas.

El notable fotógrafo señor Montilla impresionó algunas placas, de las que publicamos dos, en una de las que aparecen casi todos los asociados que concurrieron y en la otra la Junta Directiva, acompañados por el señor Pastor y nuestro compañero el Dr. Ruiz Maya, organizador de estas visitas culturales.

CUESTIONES ECONÓMICAS

Los jóvenes comerciantes

Estamos en el período crítico de una profunda crisis comercial; a éste, indudablemente, seguirá el de la reacción, el del resurgimiento.

Cuando las fuerzas más vitales de la pobre Europa sientan agonizar sus energías y ante las bocas de los cañones se ponga el tratado de la paz, los supervivientes de la guerra grande sentirán sobre sus conciencias el peso enorme de tanto crimen y, cuando el mundo fiscalice fríamente causas, hechos y consecuencias, no hemos de obtener más que esta gran verdad: el desengaño de lo que son las guerras.

Entonces el comercio, aprovechando las múltiples y apremiantes necesidades, traspasará por todas partes las fronteras, iniciará un movimiento enorme y entrará francamente en la época más importante de su evolución.

¿Quién ha de responder en España—urge saberlo—a este movimiento?

¿Estamos aquí capacitados para grandes empresas?

Desgraciadamente, salvo raras excepciones, todos vemos que no; en la España comercial escasean los factores; tenemos pocos hombres y menos capacitados. ¿Causas? Su estudio me ha sugerido la idea de llenar estas cuartillas; en ellas apunto el mal, por si los que pueden hacerlo quieren acometer la obra de corregirlo.

La juventud española, lejos de buscar en el comercio la realización de sus aspiraciones, huye de él; unas veces, para buscar la nómina del Estado; otras, si se trata de comerciantes que quieren laborar, para allá en América ofrecer su inteligencia y sus brazos a cambio de algo que aquí no se les ha querido dar.

Decíamos que la juventud española huye del comercio. ¿Por qué?

Hagamos ante todo una separación:

Pongamos en un grupo a los tocados de abogadismo y otras enfermedades análogas, que ha dicho el culto señor Rioja; en el otro colocaremos a los niños, a los que empezamos limpiando el mostrador o barriendo el escritorio, a los que no podemos ser pasto de la antes nombrada enfermedad porque ella (¡oh triunfo de la democracia!) sólo puede prender en los que pertenecen a más altas categorías sociales.

Hecha esta división, todos sabemos el apartamiento sistemático que del comercio hacen los que debían engrosar el grupo primero. Yo nada he de añadir; ya dije hace tiempo en las columnas de un diario local que, así como la época del Gran Capitán fué la época de los guerreros, y la época de los oradores la época de Castelar, hoy, que el odio a las guerras germina en los pueblos y que grandes estadistas han perfeccionado en gran parte nuestra legislación, estamos en la época de los ingenieros, de los industriales, de los que desplieguen la bandera de la actividad en el terreno mercantil.

Y vamos a tratar de los jóvenes del segundo grupo:

Dada la indolencia, el escaso impulso, la poca iniciativa, la casi negativa intensidad de la labor de los primeros, en estos últimos, para los que no se hizo la holganza, los que han de responder a la demanda de factores comerciales, ha de apoyarse seguramente la palanca que mueva al mundo comercial; pero esta juventud está también algo retraída. Ahí van las causas:

Generalmente, en la mayoría de los centros donde distintos individuos, jefes y dependientes cooperan a un mismo fin comercial, no se hallan éstos unidos por un lazo de afecto, por un poco de amor; aparentemente, luchan unidos por la existencia; en espíritu y en economía están divorciados por la separación más real; el primero, pensando en sus líquidas utilidades; el segundo, en el sueldo que ha de percibir.

Entre el capital y el trabajo, las dos fuerzas equivalentes del comercio, se alza el obstáculo de esos egoísmos; fuera de la oficina, establecimiento o taller, por una mal entendida dignidad de categorías, el jefe apenas mira a sus dependientes; luego, en el trabajo, éstos no obran movidos por un sentimiento de sinceridad y aquél corresponde, casi siempre, con una escasa remuneración.

Si juntamos a las anteriores razones la carestía de la vida y las exigencias de la sociedad, encontraremos la causa de que la juventud no vea en el comercio la solución de sus aspiraciones; con los actuales sueldos (algo hay que llamarlos), la escasez de ofertas de brazos e inteligencias que hoy lamentamos se ha de perpetuar. ¡Claro que en esto hay también excepciones! Felipe Cornejo, americano que luchó contra muchos contratiempos y sinsabores de bastantes jefes en los Estados Unidos, llegó á ser el millonario más notable del comercio del norte, pero de tantos como han seguido su camino, ¿dónde está la fortuna de todos los demás?

Otra parte importante de estas cuestiones es la de aptitudes para el buen desempeño de los cargos, la que los grandes comerciantes de España han abordado siempre de la peor manera. Un distinguido amigo mío, Juan Lamoneda, que ha dirigido en Madrid durante varios años la acción general de la Federación Nacional de Dependientes de Comercio, y que ha viajado estudiando organizaciones por diversos países, me decía días atrás hablando de estas cosas:

«El comerciante alemán, que es el más práctico del mundo, rara vez admite en su casa a dependientes educados en la práctica de otras ajenas.»

El comerciante español—sigo yo ahora—rara vez educa en su casa a los indivíduos de que necesita valerse; le parece más práctico que todo sea sacar utilidad desde el primer día y, como la práctica no puede obtenerse en la calle, de ahí la necesidad de alcanzarla hecha en la persona del dependiente de algún compañero. Prácticos de algunas cosas conozco yo en Córdoba que han desfilado ya por las pocas casas de su ramo; son algo exigentes y, sin embargo, su número, el de cuatro o cinco, no se aumenta jamás.

¿Quién sufre las consecuencias de todo esto más que los comerciantes mismos?

Si París ha llegado a tener en el comercio a hombres más activos y más hábiles que los de Londres, es porque los jefes se lo propusieron, y cada cual en su casa acometió la empresa. Berlín cuenta hoy con los mejores comerciantes de almacenes y oficinas, porque, al amor propio de los jefes de su comercio, tocó el estímulo de las grandes condiciones de los de San Petesburgo y Constantinopla. Los comerciantes de España, aún los que operan en Barcelona y Madrid, no son comparados hoy en el campo mercantil ni con los del decaído comercio de Roma; y es que en España carecemos—no se olvide que hablo del segundo grupo—de medios de adquirir esa aptitud, esa cultura general.

Proporcionarla en los talleres, en las oficinas, es la única solución del problema.

F. Serrano Olmo.

PROBLEMAS REGIONALES

EL FERROCARRIL DE PUERTOLLANO A CÓRDOBA

En un bien documentado y vibrante artículo, pletórico de amargas verdades, publicado en el periódico madrileño *La Acción* en sus números del 22 y 23 de Octubre último, debido a la pluma del presidente de la Cámara Oficial de Comercio de Córdoba, D. Carlos Carbonell, lamentábase éste de los acerbos males de nuestra administración pública, y ponía como ejemplo de esta bancarrota nacional el desdichado proyecto de ferrocarril de Puertollano que, de realizarse, tantos beneficios reportaría a la región andaluza y al comercio, cada vez más creciente, con nuestras posesiones del Norte de Africa.

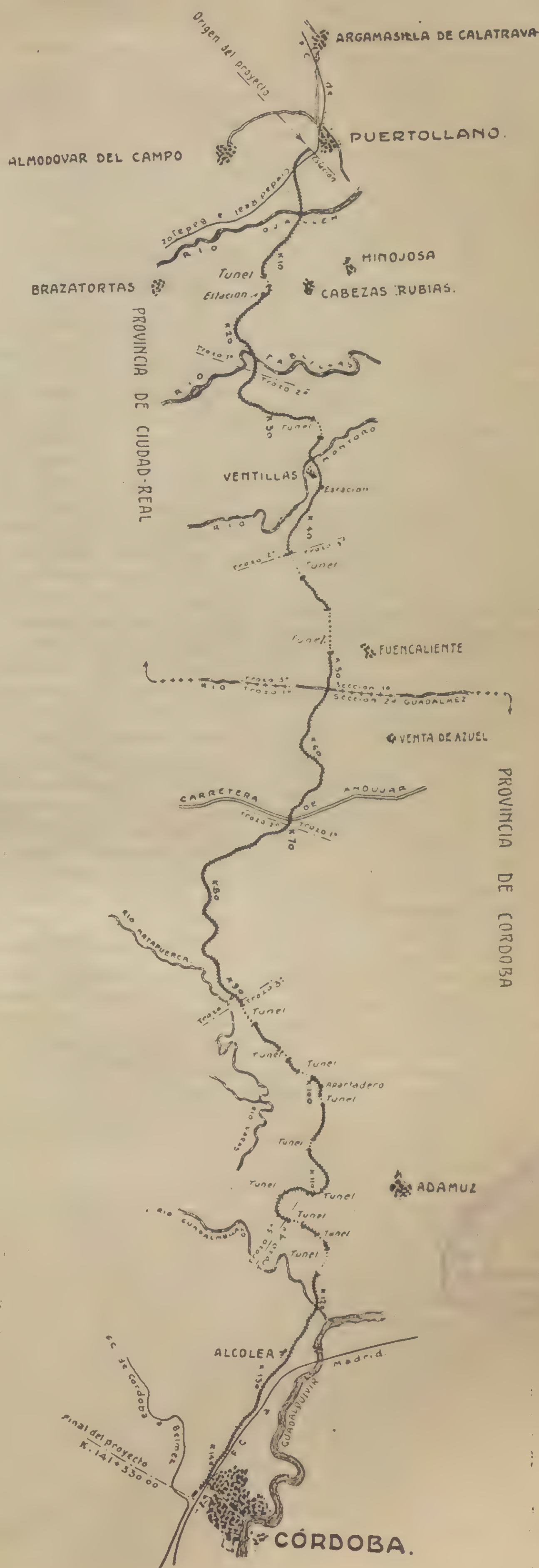
Este proyecto ha constituido, desde su iniciación, el objetivo de una tenaz campaña por parte de la Cámara Oficial de Comercio de Córdoba, que veía en él la realización de una de las más positivas aspiraciones andaluzas.

Desgraciadamente se han ventilado en este asunto grandes intereses de empresa y ante estas, de caracter bastardo, han sucumbido los intereses públicos y regionales. ¡Tenía razón el señor Carbonell al quejarse de nuestra vieja perversión administrativa y de los vicios lamentables de nuestra política!

Las cosas hay que decirlas con sinceridad y valentía, o no decirlas. El ferrocarril de Puertollano no se ha hecho porque no le ha convenido o no ha entrado en los cálculos de la poderosa compañía de Madrid a Zaragoza y Alicante. Hagamos historia del asunto:

En el año 1880 fué subastada la concesión y construcción de esta vía férrea, siendo adjudicada a la compañía de Ciudad Real a Badajoz, que después traspasó sus derechos a la de Madrid a Zaragoza y Alicante, consignando esta un depósito legal de 2.750.000 pesetas, como garantía del cumplimiento de sus compromisos.

Pasaron los años y esta última compañía nada hizo en el asunto; se limitó sólo a percibir los intereses del depósito, que ascendian ya a más de un millón de pesetas, cuando en justicia debía de haber pasado dicha fianza a poder del Estado, por incumplimiento del compromiso, siendo lo más anómalo del caso el no declararse tampoco por el gobierno la caducidad de los derechos de la repetida empresa.



Esta inconcebible situación del proyecto fué tratada en Cortes en varios debates sin finalidad práctica alguna, y sin que la razón, ni la justicia, ni el derecho pudieran prevalecer contra lo que parecía barrera infranqueable.

La Cámara de Comercio cordobesa, firme en su empeño, elevó exposiciones al ministro de Fomento en 26 de Agosto de 1889 y en 12 de Diciembre de 1900, pidiendo la caducidad de la concesión y la celebración de nueva subasta, sin obtener tampoco resultado alguno.

El 21 de Abril de 1912 se celebró en Sevilla una importante reunión, convocada por la Cámara de Córdoba, con anuencia de la de Sevilla, reunión a la que asistieron nutridas representaciones de las provincias interesadas y en la que quedó acordado celebrar en Madrid otro acto análogo en la fecha del 6 de Mayo.

Este se realizó en efecto en el palacio del Congreso, revistiendo una importancia extraordinaria por el número y calidad de los asistentes, que representaban a todas las provincias andaluzas.

El entusiasmo por la realización del proyecto fué unánime. Los comisionados visitaron a S. M. el Rey, al Presidente del Consejo, Ministro de Fomento y a cuantas personalidades podían influir en el asunto, obteniendo de todas ellas halagüeñas frases de esperanza.

En efecto, con fecha 22 de Junio del mismo año presentó a las Cortes el entonces ministro de Fomento señor Villanueva, un proyecto de ley declarando de utilidad pública el ferrocarril de Puertollano y proponiendo el auxilio que el Estado había de concederle; y por Real Orden de 28 de Septiembre siguiente se hicieron públicas las bases para el concurso de proyectos.

Así las cosas, el notable ingeniero de minas D. José Carbonell, presentó un proyecto de ferrocarril, que fué aprobado por Real Orden de 14 de Diciembre de 1915 y que merece, por cierto, todo género de alabanzas por lo completo y documentado, así como por el cúmulo de trabajos, estudios y gastos que representa.

Este proyecto fué examinado por la Cámara de Comercio de esta capital en el mes de Enero de 1914 y remitido después a la Jefatura de Minas de esta provincia, con objeto de que informara respecto de su conveniencia para los intereses mineros de la cuenca que había de atravesar el ferrocarril.

Huelga decir que el informe dado por el entonces Ingeniero Jefe, D. Francisco Sotomayor, fué, como era de suponer, altamente favorable al proyecto; pues sólo en los términos de Obejo y Adamuz había en aquella fecha (Febrero de 1914) cerca de 2.000 hectáreas de terrenos demarcados por lo que respeta a la hulla, y 4.209 en toda la zona con 203 minas concedidas. Con sola esta enunciación salta a la vista la imprescindible necesidad de este ferrocarril, que daría a esta parte de la provincia de Córdoba un porvenir brillantísimo.

La longitud de la línea proyectada, según el proyecto del señor Carbonell (D. José), comprende 141 kilómetros 330 metros con el ancho normal español de 1,67 metros. Las pendientes máximas son de 15 m/m y las curvas mínimas de 400 metros de radio. Los enlaces radican en Cordoba y Puertollano.

El presupuesto total de ejecución meterial asciende a 29.825.415‘26 pesetas, y el de establecimiento, con material móvil, imprevistos, seguros, dirección y administración, constitución de sociedad e intereses 40.206.484, resultando un presuesto por kilómetro de 284.486‘54 pesetas.

La subvención del Estado se eleva a 60.000 pesetas por kilómetro fijas y 15.000 reintegrables. El proyecto del señor Carbonell ha sido aprobado sin modificación alguna y puede, desde luego, subastarse.

Este es el estado en que hoy se encuentra el asunto. Y dígasenos ahora: ¿es justo que una mejora de tal importancia, que acorta el trayecto de Córdoba a Madrid en 115 kilómetros, que daría vitalidad suma a una cuenca minera importantísima, que facilitaría las comunicaciones y el tráfico del comercio andaluz y el de toda España con nuestras posesiones de Africa, se relegue al olvido más completo después de treinta y seis años de labor constante en pró de su realización?

Vemos que todas las regiones piden y consiguen mejoras, a veces se imponen y hasta amenazan cuando temen verse burladas por el poder público. ¿Por qué no ha de hacer lo mismo Andalucía, ya directamente o por medio de sus representantes en Cortes, y más ahora cuando se han empezado a fomentar corrientes de un regionalismo bien entendido?

Yo creo que la ocasión es sumamente oportuna. Las provincias de Extremadura y Andalucía deben ponerse de acuerdo una vez más para recabar del Gobierno la pronta realización de este proyecto. Nuestros representantes en Cortes, Ayuntamientos, Cámaras de Comercio y demás entidades a quienes se acudiera en busca de apoyo, no habían de negarlo, tratándose de un asunto tan vital para nuestro desenvolvimiento económico.

Por lo pronto, la Cámara de Comercio de Córdoba, a cuyo frente figura una personalidad tan prestigiosa y tan amante del proyecto como don Carlos Carbonell, piensa reanudar la campaña con nuevos bríos y con toda la enorme voluntad que se debe poner en esta clase de empresas.

Es fácil que tampoco se consiga nada; pero, si desgraciadamente así sucede, que no se diga que se debe el fracaso a proverbiales apatías ni a indolencias fatalistas, sino a que en España sigue imperando el abusivo privilegio, el desquiciamiento administrativo, el egoísta interés particular sobre el público y las injusticias de siempre, amparadas descaradamente por quienes sólo debían mirar el bien del país y el fomento de nuestra actividad y de la riqueza patria.

El ferrocarril de Puertollano debe hacerse hoy con más razón que nunca y su consecución es ya para Andalucía cuestión de amor propio, en la que ha de poner todo su empeño valimiento y dignidad.

Antonio Ramírez.
Secretario de la Cámara oficial de Comercio e Industria de Córdoba.

DE PROPAGANDA

«La Cultura»

Con tan pomposo *rétulo* (sé que se dice más propiamente título) acaba de salir a pública luz el primer número de una revista quincenal independiente (¡lástima grande que no sea quincenaria!), «dedicada a Priego, Isla Cristina, Ayamonte y Cabra», como, concisamente, sin expresión de provincias (¿para qué?), reza en la portada de dicho primer número. ¡Ya veremos qué reza la del segundo!

Ignoro quién sea el *intelectual* que haya tenido el *genial* acuerdo de poner en mis manos pecadoras tan preciosa arma de educación e instrucción; mas como hombre agradecido o, más que agradecido, extremoso, pluma en ristre (¡gastadilla está ya la frase!), me aboco sobre las cuartillas, decididamente dispuesto a coadyuvar, en proporción de mi mezquino esfuerzo, a tan noble y *misericordiosa* (¡) empresa.

Quiero contribuir al laudable propósito de la *juvens sapientia*. (Carlos Miranda diría: *Jumentud*. ¡No es equivocación, señor *de* cajista!) porque yo, señores, aunque no lo parezca, tengo también mis ribetes de *patriota* (¡esta palabra sí que está para agotarse!) y amo España, en grande, y mi pueblo, en chico (lo raro sería lo contrario), y me afano y desvivo por todo lo que significa, o significar quiere, justas ansias de estímulo y sanos apetitos de redención. «¡¡Pobres oprimidos!!»

Ahora bien: ¿Cómo, de qué manera podría yo, infeliz avecilla, cooperar con alguna eficacia a la magna obra que se impone *La Cultura*? ¡¡Ah, señores!! (Este ¡¡ah, señores!! debe ser vibrante, castelarino, melquiadista.) Si yo fuera *intelectual*, ya se supone: colaborando en la *recitada revista*. (Bueno: lo de *recitada*, pase; lo que no tiene paso ni perdón de Dios es lo de *revista*. ¿En dónde?) Pero no sé escribir ni sé nada a dicho fin «*cultural y educativo*» (¡andando, cochero!) y he de fastidiarme en mis buenos deseos, aunque muy mal de mi grado, porque un articulito, cuando menos, en *La Cultura*, me daría, también cuando menos, fama de listo y hombre *bien* en mi pueblo... y en el pueblo de las letras.

En su consecuencia, me limito a «hacer propaganda»; y, a este efecto, envío para *su publicación* (¡muy pronto lo he dicho!) al periódico CÓRDOBA (¡este ya es otro periódico!) copia de algunos parrafitos, entresacados de los más selectos del artículo de fondo de *La Cultura*. Y así los innumerables lectores de la excelente publicación CÓRDOBA (¡no hay de qué darlas!) tendrán ocasión de paladear las mieles más exquisitas del, para tal artículo, exprimido intelecto del *fondista*.

Comienza el *fondista*: «*La* Andalucía es hermosa». (¡Anda, Lucía! ¡Si te oyera tu padre, nene!) Y omito copia de la bella pintura que el poeta hace de la segunda región. ¿Para qué quieres, lector, saber más de *la* Andalucía?

Más adelante, y refiriéndose ya a Priego, agrega el *fondista*: «Es Priego *ese* pueblo que mira la realidad de las cosas con el aumento de su ilusión, ante el cristal de su honradez.» (¡Ateme usted esas moscas por el rabo!)

«Sus plantas de exuberante lujuria ponen en primavera (¡primavera!) un adorno más de feracidad de las campiñas (¿dónde están las campiñas de Priego, seor *fondista*?), que desafían *orgullosas* los vientecillos estivales (¡ya es orgullo, Fabio!); para languidecer en otoño (¿quiénes languidecen en otoño, las campiñas?) dejando *sus* ojas secas (¿las hojas secas de qué?) correr por las calles.» (Te advierto, lector, que Priego está sobre un montículo, rodeado en su mayor parte de un Adarve que se alza de ocho a diez metros sobre la *costra vil*. Así, pues, no me explico por donde entran en la ciudad las hojas secas *de las campiñas*. ¡Y que digan estas cosas los hijos de Priego!)

«...dejando *sus* hojas secas correr por las calles *como prueba efectiva y remota del trabajo de sus hombres* (ya sabéis, paisanos, que la prueba *efectiva* de vuestro trabajo está en el raudo girar de las hojas secas *de las campiñas* por las calles de Priego. ¡Viva la lógica! y... ¡¡viva la Pepa!!), quedando sus campos, aunque deso-

La misión francesa en su visita al pantano del Guadalmellato, acompañada del ingeniero director de las obras señor Lapuente Quijano, el representante de Francia señor Dufour, el presidente de la Cámara de Comercio señor Carbonell y el secretario señor Ramírez López

lados, no tristes (¡muy bonito... y muy verdad, sobre todo!) porque *al contrario de otros pueblos*, volverán *en* las esqueléticas ramas de sus árboles a brotar nuevos frutos.» (O lo que es lo mismo, lector: en Priego brotan los frutos *en* las esqueléticas ramas de los árboles, y, *sólo los árboles que en Priego se cultivan* dan fruto todos los años. En Isla Cristina, Ayamonte y Cabra, por ejemplo, los árboles se esqueletizan o desnudan en otoño e invierno y no vuelven a *arroparse*. ¡Y hacen bien! ¿Para qué quieren la ropa en primavera y verano los árboles de Priego? ¡Con el calor que hace...!)

Continúa el *fondista*:« En todos aspectos de vida, en todas las acciones mundiales, si estas son dirigidas al progreso, se hace imprescindible su bulgarización, (¡bien!; pero no prosigas que habrás de meter el remo...) porque el conocimiento) de estas causas (pero ¿qué causas? ¿no hablábamos de las acciones mundiales? por medio de la publicidad puede llevar consigo (¡¡agárrense!!) la excitación ferviente de otras causas decadentes» (. que es lo contrario de lo que nos proponíamos demostrar. ¡Demontre de *fondista*, qué bien razona! ¿No dije que iba a meter el remo?)

«Al contrario de lo que ocurre con la popularización de acciones desventuradas». (¡¡Naturalmente, hombre!!)

Pasemos por alto algunos gazapillos de construcción gramatical. ¡¡Pobre *fondista*!!... ¿No te compadeces ya de él, lector?

En otro lugar, añade el *fondista*: «Un pueblo de la importancia de Priego, (¡tráete el cepillo, hombre!) necesita de unas hojas (¡hay que hacer el artículo!) que interesándose por el bien general del pueblo, no por el bien individual, (¡que conste, aunque no le parezca!) y fomente «esas» industrias. (El *fondista* no hace mención de industria alguna en su artículo; sin embargo, y por lo que a continuación escribe, yo me malicio que la sola industria fomentable y de necesario fomento es *La Cultura*, periódico), no sólo en la localidad, sino también en Ayamonte, Isla Cristina y Cabra. No me explicaría qué industrias o intereses comunes tienen dichos cuatro pueblos, bastante desligados geográficamente, si el *fondista* no dijese a continuación «que son las ediciones (de *La Cultura*, desde luego) que quincenalmente se roparten. (¡Por ahí debiste empezar!)

Para terminar, lector, pues la cosa se hace pesada y no es mi propósito molestar mucho, copio a renglón seguido *párrafos de párrafos* (eh, ¿qué tal?) y alguna que otra frase suelta, pero lapidaria:

«Condensando ideas—reasume el *fondista*—hemos de decir que *nuestra Revista* (¡eso era menester verlo!) como indica su título, tiene un carácter *cultural, educativo*, (¡le digo a *ustez*, guardia!), pero sin dogmatismos exagerados, sin intelectualismos .. (¡¡Pues no faltaba más, hombre!!)

«Ante todo, el ideal que se persigue al fundar esta Revista es hacer Patria« (¡por algo se empieza, chico!)... «queremos.. que el león ibero»...

«Hirió al ibero león
ansiando a España regir»...

¡Calcadísimo! De otro modo no me explico lo de «león ibero», teniendo nosotros un león español, netamente español, y siendo Portugal una nación independiente y autónoma, *sacuda su cabeza* (¡pobre melena histórica, á qué desprestigio te acarrean!) tan enredada (¡¡agárrense otra vez!!) por los llamados padres de la Patria, políticos y politicastros que hicieron añicoslos blasones degloria.» (¡Muy bien! ¡Pero que muy bien!) ¡¡Añicos, sí señor, añicos!! Y ¿sabes lo que es una lástima, *fondista?*... Que tanto añico se perdiera... y usted pierda el *añico* (el curso: el *fondista* es estudiante) y papá arrée. (¡Tanta falta como le hacen dos o tres *añicos* más, cuando menos, de experiencia! Como que con dos o tres *añicos* más que tuviera no hubiese dade a luz tantas extravagancias pintorescas ¡Lo que son las cosas! ¡Y en qué poco consiste, a veces, la felicidad!

Antes de firmar, permíteme, lector, una declaración y una aclaración: No me mueven a escribir este artículo ruínes pasioncillas ni ódios personales. Si comento el trabajo del *fondista* en cuestión es, sencillamente, porque ocupa lugar de preferencia en *La Cultura* y también porque dicho *fondista* es el único prieguense o pagolino (¡como ustedes quieran!) que suscribe artículos.

Los demás señores redactores de este primer número me son completamente desconocidos (¡y a tí también, por supuesto, lector!), y, dicho sea para orgullo de las letras de Priego, «ninguno bebe agua de la Fuente del Rey.» No obstante, quiero hacer a la Dirección el honor de terminar este articulejo parodiando una frase de su caletre.

«¡Pobre España, qué mal estás quedando!»—dice el *interfecto*.

Y yo digo:

—¡¡Pobre *Cultura*, qué mal, qué malísimamente has quedado!!

Félix Gómez.

Priego, Diciembre 1916.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

El crédito agrícola y ganadero

I

Una visión exacta de la realidad, comprobada por los irrecusables datos estadísticos, balances y estados de situación de los institutos bancarios, descubre a los ojos del cultivador inerme las grandes reservas económicas de nuestro país. Y, sin embargo, la agricultura parece condenada al eterno suplicio del hambre y la sed financieras.

Esa fué la obra del idealismo vano de la política redentorista y bullanguera del siglo XIX. El himno de Riego primero y la Marsellesa por último, arrastraron a las masas en persecución de la corbata de la libertad política, dejando vacías la despensa y la cómoda. Después de un diluvio de programas, levantamientos, revoluciones, guerras y iegislaturas, el mísero cultivador sigue aherrojado y prisionero de la usura insaciable, cual nuevo Tántalo eternamente condenado por los dioses del poder a sufrir el hambre y la sed, rodeado de frutas y sumergido en el agua.

El problema agrícola ha sido estudiado y planteado entre nosotros hasta la fecha de hoy, con una candidez verdaderamente infantil. Políticos y escritores están en perfecto acuerdo: igual diagnóstico, la

misma receta. Unos y otros dicen: ¿qué necesita el agricultor? ¿dinero? Pues ya está resuelto el problema, se le da; se crea una institución de crédito que lo facilite, bajo el patrocinio del Estado y con la subvención del Estado, y queda salvado el conflicto.

De ese modo no se resuelve el problema del crédito agrícola. Esa no es la misión fundamental del Estado.

Hace un año, poco más o menos, apareció en la *Gaceta de Madrid* un proyecto de ley ofreciendo veinticinco millones de pesetas para la fundación de un instituto nacional de crédito, de naturaleza bien compleja, a mi modo de ver, y concediendo a los Bancos de España e Hipotecario de España el derecho de opción para adosarlo, en término perentorio y muy discretamente, a su negocio financiero. El Ministerio de Fomento estaba entonces a cargo del señor Ugarte, y el referido proyecto, que no era más que la última edición corregida y aumentada del tópico usual y corriente del Banco Agrícola, pasó a mejor vida, rápidamente metamorfoseado en documento histórico.

Hay dinero de más; hay, en el Banco de España solamente, más de 2.000 millones de pesetas paralíticos para la vida de la producción nacional, según frase de nuestro paisano el insigne escritor Cristóbal de Castro; hay prestamistas de sobra, ya colectivos, ya individuales; unos que se enriquecen sobre seguro, a base del privilegio con los enormes beneficios de la triplicación fiduciaria del capital efectivo, como el Banco de España; otros que explotan a satisfacción completa su mercado exclusivo de la garantía inmueble, como el Banco Hipotecario de España, y otros, en fin, que clavan en el desangrado patrimonio del modesto cultivador la zarpa de la usura, público latrocinio escapado a toda sanción penal y a toda ley represiva.

Lo que hace falta para establecer el crédito agrícola en nuestro país, y urge cada día más y con mayor apremio, es crear, robustecer, difundir, multiplicar la garantía que lo produce por medio de instituciones oficiales, fundadas y sostenidas por el Estado, con independencia absoluta de toda política y de todo poder gubernativo y administrativo, local y provincial.

La confianza que el capitalista pone en el prestatario es la verdadera raíz del crédito; la misión fundamental del Estado para conseguir su desarrollo se reduce no más que a producir esa confianza y, por consiguiente, la apertura de un Banco Agrícola o de cualquiera otro establecimiento de crédito plant‹ará el problema dejándolo en pie, sin beneficio alguno para la agricultura después de haber exprimido con bastante más violencia el bolsillo heroico del pobre contribuyente.

La presa del pantano del Guadalmellato.—Fotografía obtenida con motivo de la visita de la misión francesa.

Hay que distinguir la naturaleza dfierenciada de las cosas, y en este pleito difícil del crédito agrario con mayor motivo que en otro cualquiera.

En la lógica no está contenido de la fórmula que ha de resolver el problema, pero están las invariables leyes del juicio humano, que la producen. No confundamos la causa con el fenómeno, la materia con el arte, el órgano con la forma. Al Estado corresponde producir la energía creadora del crédito agrícola, que es la garantía; a la iniciativa particular corresponde crear el Banco, el Sindicato, la Cooperativa, que suponen el órgano que la moldea, la desarrolla y la aplica, realizando la importante función necesaria de transformar el dinero muerto en riqueza productora. Como agricultores, en provecho de la producción agraria, y como ciudadanos, para bien y prosperidad del país, con la esperanza de que algún día sea un hecho la reconstitución nacional tantas veces prometida, debemos decir a los hombres cumbres de la política española, alto, claro y sin embozo: No perdáis el tiempo organizando instituciones bancarias; sin la confianza del capital, el crédito agrícola no existirá nunca; por el contrario, asegurad a los capitales, siempre especuladores, el interés y el reembolso por medio de una garantía positiva y habréis inmediatamente resuelto el problema, con la subsiguiente oferta rápida, sin límites de dinero barato.

Resumiendo: son instituciones de garantía y de publicidad que puede crear el Estado, sin dispendio alguno de relativa importancia, las siguientes:

1) El almacén depósito municipal de productos agrícolas.

2) El registro público municipal de registros y créditos; y

3) La prenda nominativa del seguro pecuario.

José Ortega Contreras.

Advertimos a los fotógrafos de la provincia que abonaremos cinco pesetas por cada prueba que nos remitan, una vez publicadas.

Sr. Gobernador:

Tenemos noticias de que, a consecuencia de la campaña iniciada en estas columnas por algunos estudiosos dependientes de comercio, en defensa del descanso dominical, etc., los dependientes de Pueblonuevo hubieron de solicitar de sus jefes dieran exacto cumplimiento a lo preceptuado por la Ley, concluyendo con el arcáico sistema de cerrar los establecimientos a la una, los días festivos.

Esta solicitud legal y humana hubo de ser mal recibida por algún jefe, más pagado de su egoísmo que de las más elementales nociones de humanidad, y los dependientes recurrieron el gobernador saliente, señor Laserna. Nos informan de que el gobernador requirió a las autoridades de Pueblonuevo y estas a los jefes de establecimientos comerciales para que se cumpliese lo legislado, y alguno de estos últimos contestó al requerimiento con la expulsión de aquellos dependientes que sólo hicieron ejercitar un muy legítimo derecho.

Hechos son estos que, si bien por sí solos llevan en sí su justa sanción moral, hállanse necesitados de sanción legal. Y como esto en la actualidad no es posible, no nuestros colaboradores, sino nosotros mismos, rogamos a S. S. dé las necesarias órdenes a las autoridades de Pueblonuevo para que obliguen a esos jefes, que de seguro créense de *tribu*, al cumplimiento de la ley y, a la par, impidan toda malsana represalia.

Del señor D. José García Martínez, ilustre cordobés que, afortunadamente para su pueblo, rige hoy los destinos provinciales, esperamos sea acogida con simpatía nuestra protesta y petición, impidiendo tamañas tropelías. Que el paso del señor García Martínez por el Gobierno Civil, como corresponde a su alto y progresivo espíritu, deje hermosa estela de progreso y justicia.

Rogamos con especial encarecimiento que toda la correspondencia para la revista CÓRDOBA sea precisamente dirigida a la calle de las Dueñas, número 6.

El problema de la tierra andaluza

Manifiesto dirigido a la región andaluza por la Sección Sevillana de la Liga Española para el IMPUESTO UNICO.

(Continuación.)

Si esos hombres no hubiesen sido privados de la tierra que les vió nacer; si aún encontraran un pedazo de planeta donde trabajar, empleándose por cuenta propia: ¿abandonarían los campos para establecerse en las ciudades? ¿Lucharían entre sí por encontrar trabajo? ¿Consentirían ser empleados por mezquinas retribuciones? ¿Someterían su voluntad al capricho de un amo que dispone de su empleo, y, por tanto, de su vida? ¿No subirían los salarios al par que la dignidad, redimiéndose a sí propios y redimiendo a sus familias de la servidumbre vergonzosa a que se encuentran sometidos? Con la base de la tierra se fortalecería la clase trabajadora hasta el punto de sustituir con ventaja en su función de representante del equilibrio, que impone la injusticia que opera la descomposición de la Sociedad en dos clases o castas: la numerosa de los proletarios y la reducida de los opulentos.

La opulencia sin límites, que hace escarnio de la Fraternidad, concluiría, también, si se devolviera al pueblo lo que repetimos es del pueblo: La tierra. Porque esa opulencia nace sencillamente de la explotación del trabajo ageno, individual y social. El individual se explota porque el trabajador no puede defender su salario; y ya hemos visto que si tuviera tierra, al poder emplearse, a sí propio, rechazaría todo intento de explotación. El trabajo o el esfuerzo social se explota por los propietarios, en cuanto perciben la renta de la tierra, o sea su valor, el cual no es creado por ellos sino por todos los que constituyen la comunidad. El propietario no necesita edificar un solar vacío, ni cultivar un campo yermo para ver subir su valor. Y es que el aumento de población, los inventos de todo orden, los progresos de la cooperación y de la industria se reflejan en el aumento de valor que adquieren los terrenos, hasta llegar a alcanzar los precios fabulosos atribuídos a los solares de las grandes urbes. Ahora bien, este valor sería tomado por la Sociedad que lo crea, para satisfacer necesidades comunes; dado que, para devolver la tierra al pueblo, para hacer la tierra de todos, todos habían de percibir su valor: eso es, la Comunidad: y, en su nombre, el Estado, que la representa.

He aquí por qué nosotros defendemos que el Estado de absorber, en forma de *impuesto*, ese valor: Esto es: *el que alcanza la tierra desnuda de toda mejora por el progreso de la civilización*. Cuando esto ocurra, los propietarios no tendrán en la tierra más que el valor de las mejoras que en ella obren los mismos. Es decir, serán *propietarios* solamente de sus cultivos y edificaciones. Y como pagarán por sus terrenos igual contribución, sean o no utilizados, en usos productivos, tendrán que cultivarlos o edificarlos para que no les sea onerosa su conservación fuera de uso, entrando así toda la tierra en producción. Los efectos más principales que se producirán entonces son los siguientes:

1.º Aumentaría la demanda de trabajadores y las ocasiones de empleo de los capitales (los cuales no son otra cosa qne trabajo acumulado), creciendo hasta su justo nivel sus respectivas retribuciones (salario e interés).

2.º Con el aumento de producción se abarataría la vida, se facilitarían las industrias y, con el bienestar general, florecería el comercio.

3.º Nutriéndose todos los gastos de la comunidad con un Impuesto Unico sobre el valor social de la tierra, el verdadero derecho de propiedad, o sea el que el trabajo fundamenta, no sería conculcado mediante contribuciones inícuas. El que mejorase un campo, o construyera una casa, no se vería castigado con un aumento de contribución. La industria y el comercio progresarían libres en absoluto de toda clase de tributaciones. Los monopolios, fuentes de impuesto, serían abolidos. El Libre Cambio sustituiría a los aranceles de Aduanas, qué traban el comercio internacional e impiden el bienestar interior.

(Continuará).

IMPRENTA MODERNA. —CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

La danza de Europa con la muerte

por Luís Ræmækers.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65 pesetas	Una columna central en el texto,	20 pesetas
3.ª id. id. . . .	50 »	Media id. id. id.	10 »
4.ª id. id. . . .	75 »	Un cuarto id. id.	5 »
Esta sección se divide en cuatro partes.		La línea	0'25 »

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts. Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago delantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 16 de Diciembre de 1916 | NÚM. 18

LOS GRANDES PROBLEMAS NACIONALES

LOS LATIFUNDIOS Y LA COOPERACIÓN

I

De la exposición que en otro artículo hicimos del resultado que ofrecían las Memorias presentadas al concurso abierto por el rey sobre el problema agrario en el Mediodía de España, se desprendía la necesidad de que el cultivador de la tierra no sea un obrero pasajero, al modo del industrial, haciéndose, por tanto, precisa la división de las grandes fincas, para darlas a los trabajadores en arrendamiento, en censo o en propiedad. Y decíamos también que, al modo que en la esfera industrial, surge también un problema entre los propietarios de la tierra y los cultivadores de la misma; que así como las relaciones que pueden darse entre aquéllos cabe que revistan una de estas tres formas: una de distinción, el salario; otra de unión, la participación en los beneficios, y otra de confusión, la cooperación, pueden análogamente darse entre estos: la de separación o distinción, la renta; la de unión, la aparcería, y la de confusión, la cooperación.

Pero entiéndase bien que cuando hablamos de latifundios nos referimos a los poseídos por los particulares, no a lo que queda de aquella propiedad colectiva y de aquellas comunidades agrarias que se encuentran a través de toda la Historia, desde el primitivo «común» indio, hasta el «mark» holandesa, el «alimend» suizo y el «mir» ruso, todavía hoy subsistentes, o sean lo poco que en España queda de aquellos bienes de «propios» y de aprovechamiento «común» que bajo la inspiración de un exagerado individualismo destruyó la revolución en España. A propósito de lo cual, interesa consignar el hecho de haberse transformado en no pocos pueblos esa propiedad común en una propiedad social, por haberse unido los vecinos del pueblo, que eran dueños de las fincas, y adquirirlas por compra tomando parte en la subasta.

Niños de Córdoba.—Adelaida y Encarnación Ortiz Kéyser y Sánchez, hijas del jefe de la Sección provincial de Pósitos don César Ortiz Kéyser.

A este propósito, decía hace años M. Laveleye: «Las antiguas comunidades agrarias eran, en realidad, sociedades agrícolas cooperativas; tenían por fundamento los vínculos de la sangre, las afecciones de familia, y, sin embargo, han desaparecido, no a causa de la hostilidad de los Poderes públicos, sino lentamente, por este sentimiento de individualismo, o de egoísmo si se quiere, característico de los tiempos modernos. ¿En lugar del espíritu de familia, que se ha debilitado, se desenvolverá un nuevo sentimiento de fraternidad colectiva, con bastante poder, para que sirva de cimiento a las asociaciones del porvenir? Cabe esperarlo, y las dificultades de la situación actual mueven muy especialmente a desearlo. Sin embargo, es demasiado evidente que las clases laboriosas, sobre todo la de los campos, carecen aún de aquella luz y de aquel espíritu de inteligencia mútua que son indispensables para la buena marcha de la sociedad cooperativa. Así que, deseando para ésta un brillante porvenir, se puede decir que todavía no ha llegado su hora, pero que probablemente llegará.»

En efecto; se ha dicho que el movimiento cooperativo es una de las señales del tiempo. Hijo del Socialismo y de la Economía política, implica, en cuanto se funda en la «asociación libre», la solución de armonía que ha de contribuir a la reorganización de la sociedad sin mengua de la libertad y a la modificación del atomismo que padecen los pueblos al presente, sin daño de los derechos de la individualidad. El procedimiento de la asociación se ha aplicado a la propiedad de la tierra por diversos caminos y para diversos fines; unos han puesto de manifiesto las ventajas que tendría la inteligencia entre distintos propietarios para explotar en común sus fincas, puesto que así ahorrarían mucho trabajo y no poco capital, además de que sólo por ese camino puede hacerse compatible la división de la propiedad con las exigencias del cultivo en grande, a veces preciso, y la aplicación de la maquinaria moderna a la agricultura.

Otros han creído que, así como en las relaciones entre capitalistas y obreros es preferible el sistema de participación en los beneficios al de salario, lo es tam-

bién el de la renta en las relaciones entre los propietarios y la tierra y los cultivadores de ella, y que si en el primer caso es todavía mejor la cooperación, porque con ella obreros y capitalistas se funden en uno solo, en el segundo se puede aplicar también para constituir los trabajaderes, ya sociedades arrendatarias, ya sociedades propietarias. Las primeras han sido ensayadas con fortuna en Inglaterra, donde gozan de cierto favor, según escribía Stuart Mill a Laveleye, siendo uno de los ejemplos más notables en ese respecto el de Mr. Burdon, propietario de Assington, quien, impresionado por la triste condición de los obreros que trabajaban en sns fincas, y resuelto a hacer algo en su favor, les arrendó una de aquéllas en el precio ordinario de 3.750 pesetas, comenzando por prestarles el capital y los aperos necesarios para la explotación. Constituyéronse aquéllos, que eran muchoe, en asociación, teniendo cada uno una acción y nunca más. Al cabo de pocos años habían devuelto el capital que el propietario les había prestado y eran dueños de todo el material de trabajo, etc. Más tarde, Mr. Burdon hizo lo propio con otro grupo de obreros y con el mismo feliz resultado, pues a los pocos años habían aquéllos devuelto el capital anticipado.

Bien se nos alcanza que en la esfera industrial, así como han tenido un desarollo estupendo las Sociedades cooperativas de consumo y de crédito, las de producción han tropezado con mayores dificultades; pero, de todas suertes, de las Memorias presentadas al concurso abierto por el rey, resultan casos varios en que espontáneamente se ha cedido el cultivo de los latifundios a Asociaciones de arrendatarios ó de obreros que han adquirido la propiedad. Un profesor italiano, Vito Rassalagua, en un libro titulado «Los latifundios en las leyes agrarias», hablando de Sicilia, donde el problema agrario se parece mucho al de Andalucía, dice que la Asociación cooperativa es la única solución.

Cuando fué ministro de Fomento el Sr. González Besada, estimando que entre las causas de la decadencia de nuestra riqueza agrícola influyen, entre otras, estas dos: la excesiva acumulación de la propiedad y su exagerado y nocivo fraccionamiento de otras, dictó un real decreto pensando en este último mal, por el cual se creó una Comisión para el estudio de la subdivisión actual de la propiedad territorial, del cual otro día hemos de ocuparnos. Y presentó a las Cortes un proyecto, que es ley de 30 de Agosto de 1907, que tiene por objeto arraigar en la nación a las familias desprovistas de medios de trabajo o de capital para subvenir a las necesidades de la vida, disminuir la emigración, poblar el campo y cultivar tierras incultas o deficientemente explotadas mediante el reparto entre familias de labradores pobres y aptas para el trabajo agrícola, la propiedad de terrenos y montes públicos incultos.

Según el mismo Sr. González Besada, ese ensayo de colonización puede decirse que está terminado desde hace tres años y lamenta el que la ley presentada por el Sr. Canalejas y reproducida por el Sr. Dato desenvolviendo este pensamiento, no haya sido discutida. Se ensayó la colonización en «terrenos del Estado», lo peor que hay en todo el territorio, y no obstante su pobreza, en todas dió resultado. No se ha dado más que un caso de renunciar el labrador a su parcela, y es admirable cómo se aceptan las cooperativas y cómo estas funcionan administradas por ellos mismos, siempre bajo la tutela del ingeniero que rige la colonia durante el primer período, las Cajas rurales y las mil fundadas esperanzas de éxito que despierta la vinculación del lote en las clases modestas. De todas ellas, la más floreciente por la calidad de la tierra es la de Algaida (Sanlúcar de Barrameda), en la que viven doscientas familias, teniendo cada colono dos hectáreas, una de huerta y otra de viña, con una producción que ha llegado en algún caso a 4.450 pesetas para un colono durante el año 1914. No sería justo pasar en silencio que el factor principal del desarrollo extraordinario de esa colonia es debida al acierto y actividad de su director, el ingeniero Sr. Torrejón.

Pero, dejando para otra ocasión examinar los resultados de esos ensayos de colonización, hemos traído este particular a cuento al hablar de los latifundios, por dos razones principales: la

una, por el papel que hace la «Sociedad cooperativa», siendo una obligación el establecerla entre los nuevos pobladores de cada monte o terreno, y la otra, que según el art. 6.° de la ley, la Junta que ésta crea tendrá a su cargo proponer, «con los elementos de juicio que ésta labor le facilite, los medios de llevar a cabo la subdivisión de la propiedad privada en aquellas regiones en que su excesiva acumulación lo aconseje en beneficio del progreso agrícola y de las clases rurales.» Y según el art. 20 del reglamento dictado para ejecución de la ley, entre las atribuciones conferidas a la Junta está la novena, que dice: «Estudiar con el fin de colonización, o solamente de subdivisión, las propiedades particulares que sean ofrecidas por su dueño para ese objeto, y, en caso necesario, ejecutar lo que el estudio aconseje.»

Ahora bien; con el ejemplo de lo ocurrido en la colonia de Algaida, ¿será posible que no ocurra a algunos, pocos o muchos, dueños de latifundios en Andalucía, arrendar o transmitir, en una u otra forma, sus posesiones entre los trabajadores, con ventaja y provecho de todos, mucho más cuando el Estado les ofrece un guía y un consejero, como esa Junta, y como son esos ingenieros, que han demostrado hasta qué punto sirven para el caso?

Y decimos esto porque sería preferible esta espontaneidad por parte de los propietarios y que la Junta no tuviera necesidad de tomar en cuenta la octava de sus atribuciones, según ese reglamento, que consiste en «estudiar y proponer a la mayor brevedad la manera de realizar la subdivisión y la colonización de la propiedad privada en aquellas regiones en que su excesiva acumulación lo aconseje».

Es una expresión elocuente del movimiento cooperativo aplicado a la explotación de la tierra, lo que está aconteciendo ahora mismo en Irlanda. Gracias a Sir Horace Plunkett y a Mr. George Russell, a quien llaman los periodistas ingleses el «soñador irlandés», el hecho es que, aun no contando la cooperacióu más que veinticinco años en Irlanda», siguen su bandera hoy ya cerca de ciento dos mil familias, y, como dice el señor Jordana de Pozas

Un cordobés, gobernador de Córdoba

Interinamente sólo, porque el Poder Central, a causa de uno de los muchos absurdos que sustenta no consiente una situación definitiva, la provincia de Córdoba tiene un gobernador civil cordobés: don José García Martínez, cuya larga actuación en la vida pública de Córdoba hace innecesario todo encomio.

No consiente el Poder Central—porque más que en un régimen sinceramente democrático vivimos bajo un sistema de absurdas desconfianzas—que un cordobés ocupe determinados cargos de importancia en su provincia, entre ellos el de gobernador civil. Cuando un cordobés sirve para gobernador civil, se le lleva a otra provincia, dándole, al mismo tiempo que el cargo, el testimonio de que se desconfía de él para que ejerza aquel cargo en su propia tierra, entre el pueblo que conoce cual ninguno porque a él pertenece y a él tiene que volver tarde o temprano. Ha de ir a una comarca que desconozca y donde sea desconocido.

Salta a la vista y en ello no hay que insistir mucho, que el hombre probo igual lo es entre los suyos que fuera de ellos, de donde resulta que huelga el temor de que, hallándose entre estos, se rinda a la presión de amigos o allegados. Aún así, aunque esto pudiera suceder, siempre resultaría preferible este riesgo al que pueda ofrecer quien llega por una temporada más o menos breve y con la mira puesta en el retorno feliz a su pueblo natal.

La discreción obliga a no continuar estas consideraciones, porque el tema es harto delicado y porque en la memoria de todos se levanta el recuerdo de ejemplos buenos de los otros. Entre los admirables, entre los gobernadores modelos realmente, se citarán en Córdoba a los señores la Serna, San Martín, Cano y Cueto y algunos otros que en verdad sentimos no tener presentes en este momento, mas estos ciudadanos ejemplares se han distinguido a pesar del sistema imperante, muy a pesar del sistema imperante.

Día llegará en que públicamente se abogue por que las provincias se concedan ellas mismas sus gobernadores, mediante votación pública, como ocurre en los regímenes sincera y hondamente democráticos.

Una insinuación de ello es la gobernación interina del leal y probo cordobés don José García Martínez. Con nuestro sincero aplauso a las personas, recojemos el hecho esperanzados de que un cordobés, aunque sea interinamente, sea gobernador civil de Córdoba.

en su interesante libro sobre la «Cuestión agraria en Irlanda», «la cooperación allí tiene un alma, y un alma grande, como que quienes la introdujeron pensaban más en la formación del carácter que en el hinchamiento del bolsillo. Ambos aspectos del movimiento han ido desenvolviéndose de modo paralelo, conquistando éste las voluntades de los hombres y aquél los corazones de muchos patriotas irlandeses».

Pero dado que la solución de la cooperativa en todo caso sería muy lenta, preciso es que nos ocupemos de la división de los latifundios para ser dados a los trabajadores en arrendamiento, en censo o en propiedad, como espontáneamente lo han hecho algunos propietarios en Andalucía y en Extremadura.

G. de Azcárate.

La Escuela graduada

III

En el preámbulo de otro de 6 de Mayo de 1910, que abordó la transformación de las unitarias, con la creación de secciones, equivalentes en el orden administrativo o otras tantas de aquel tipo, se escribió que ello era como «mejorar las que se transformen, porque de esta suerte podrá cada maestro actuar sobre grupos de alumnos pedagógicamente homogéneos y este principio tan fecundo, tan eficaz y tan recomendado, ha de producir, sin duda alguna, los resultados más satisfactorios en el orden educativo».

En el del que lleva fecha 8 de Junio de 1910 se lee: «la experiencia y la autoridad de los educadores convienen en que la escuela graduada es la fórmula pedagógica más racional y más completa para la educación de la infancia y es preciso llevarla cuanto antes a todas las poblaciones de algún vecindario »

Y refiriéndose a los últimos se decía en la exposición de otro, promulgado el 25 de Febrero de 1911: «Merced a ellos, lo que era hasta entonces una aspiración que sólo esporádicamente y en limitadísimos casos había logrado traducirse en hechos, vino a convertirse en un principio director de la enseñanza primaria, reconocido por el Estado de manera resuelta. España se ponía en camino por aquella reforma de borrar su triste condición de excepción única de los países civilizados, cambiando el viejo y desacreditado molde en la escuela unitaria por el sistema racional de la graduación.»

Son muy de alabar, por tanto, el acierto y el buen deseo de los técnicos, quiero decir de los arquitectos que con sus luces tratan de formar la opinión que facilite el empeño de que las nuevas construcciones escolares se adapten a la organización graduada.

Era lo común donde se quería acomodar dignamente las que existen, levantar un edificio para una sola escuela monodidáctica o bien para una de niños, otra de niñas y aún para una tercera de párvulos. Esto es lo que se conoce por «Grupo escolar», sobre base de la desacreditada organización unitaria. «Los llamados «Grupos escolares» capaces para una escuela de niños, otra de niñas y acaso una de párvulos, no tienen ya valor, dice la Dirección general de 1.ª Enseñanza en circular de 14 de Junio de 1911, más que en las localidades donde por el censo de población escolar, baste con ese número de escuelas.» «Donde se impone por el censo escolar, es decir, allá donde la «Escuela graduada» es indispensable, el edificio no puede ya reducirse al tipo del «Grupo» antiguo. Lo nuevo hay que hacerlo *nuevamente* en toda la extensión de la palabra, o sea, conforme a las exigencias todas de la Pedagogía, en vez de perpetuar tipos viejos que malograrían las mejores intenciones.»

¿Cuándo tendrá Córdoba las escuelas graduadas que necesita? ¿Cuándo la veremos rodeada de esa cintura de edificios, para la educación de sus hijos, que un ilustre arquitecto concibe hermosamente, amorosamente, patrióticamente? ¡Quién lo sabe! Mas lo que en nosotros esté, en todos, en cada uno, eso no debe de omitirse para la realización del ensueño; y lo primero—¿por qué no atreverse a decir que lo esencial?—para tenerlas es querer tenerlas. Basta saber y querer. Que Córdoba quiera, que sepa querer y las tendrá.

José Priego López.
Inspector de 1.ª enseñanza.

El crédito agrícola y ganadero

II

Los almacenes de depósito de productos agrícolas podrían establecerse en todos los Municipios como sustitutivos de los Pósitos que no tienen orientación fija y están llamados a desaparecer.

La exigencia de la garantía real inmueble y la sistematización oficial del espedienteo, serán en todo caso una dificultad invencible para la ansiada generalización de la eficacia de los Pósitos. Clausúrense, liquídense e inviértanse sus productos en la inmediata creación y apertura de los almacenes municipales.

La garantía del depósito oficial dará margen al inmediato crédito en la localidad y doquiera, aceptando todas las formas y combinaciones de la garantía real mobiliaria (anticipos, cédulas pignoraticias, préstamos en metálico y en especie, pagarés de mercancías, varrants).

El Registro público municipal de cultivos y créditos, constituídos ya como sección distinta de los almacenes de depósito, ya con absoluta independencia de éstos, sería el verdadero regulador del crédito y el constante asesor de capitalistas, Bancos y Sociedades para decidir casuísticamente las diversas operaciones de préstamo.

Por último, la prenda nominativa del seguro pecuario constituirá la primera manifestación positiva del crédito ganadero, algo formalista y simbólica, pero tan firme y eficaz como la misma garantía real de la prenda, gracias a la confianza que inspira el seguro.

En la prenda nominativa encontrará el ganadero cuanto el agricultor puede alcanzar por medio del almacén de depósito (anticipos, cédulas, préstamos, pagarés, varrants, etc.), sin necesidad alguna de la entorpecedora intervención del tercero depositario que hoy exige la ley.

La función del Estado, que ya sabemos cuál debe ser, necesita la complementaria labor de la iniciativa particular para que la publicidad y la garantía, de que hemos hecho mención, cristalice en fáciles y constantes operaciones de crédito. Los sindicatos, cajas rurales, cooperativas y muy singularmente las grandes cooperativas, por su extenso poblado y enorme acumulación de capital, realizan con singular éxito esta función complementaria. Como que nacen, crecen y se desarrollan afirmando la solidaridad económico-agraria, que aun siendo limitadísima, multiplica la capacidad y la fuerza de cada uno de todos.

¿Un Banco Agrícola nacional? No, mil veces no. Los Bancos de crédito anteponen, como es lógico, tratándose de una entidad mercantil, el mayor éxito de su negocio a cualquiera otro motivo de su funcionamiento particular, porque el mercantilismo, confesable o inconfesable de su finalidad y su origen, mata en germen toda expansión negociadora orientada en el sano deseo del auxilio eficaz y directo del necesitado. No y mil veces no. El deseo de lucro, quizá legítimo de sus accionistas, les aparta del buen camino y no aciertan a realizar su objeto y tienen miedo a la garantía personal y operan exclusivamente en todo caso a base de la garantía inmobiliaria. Unión profesional sí, mil veces sí, porque su objeto es el bien individual de los consocios alcanzado por medio de la acción colectiva.

Al cooperativismo nacional, y sólo a éste, cada día más fecundo y próspero, formado por una legión de sindicatos, cajas rurales y cooperativas y más de 200.000 agricultores, corresponde la misión trascendental de establecer, dirigir y extender el crédito agrícola, llegando a todas partes, venciendo todos los obstáculos con la perseverante voluntad y el mérito de la obra, desarrollando, en fin, los extraordinarios recursos económicos de la colectividad, en bien de todos y para todos: labor la más hermosa y más grande que se puede realizar, porque invita a la práctica del mutuo auxilio, creando vínculos irrompibles de solidaridad y recíproco afecto, porque educa la voluntad, estimula el trabajo, robustece la propia confianza y forma el corazón y la inteligencia de un ciudadano nuevo, capaz de ser fuerte, merecedor de su bienestar y digno de la patria.

Por tanto, debe gestionarse del Gobierno el inmediato establecimiento de los almacenes depósitos municipales de productos agrícolas, los registros públicos de cultivos y créditos y la prenda nominativa del seguro pecuario; y debe tenerse en cuenta que el único órgano de crédito beneficioso y útil para la agricultura, y muy especialmente para los pequeños cultivadores, es la asociación económica a base de cooperación, la mutualidad y el ahorro, completamente ajena a toda significación política.

José Ortega Contreras.

La Escuela de Artes y Oficios.--Clase de dibujo artístico.

CAMPOS DE ESPAÑA

Sobre los fértiles campos de las civilizadas naciones europeas, caen, destrozándolos, la metralla que arrojan los cañones. Las tierras que recibían en su seno la semilla de una nueva cosecha, sufren hoy los daños de toda lucha entre hombres y, según cuentan los cronistas de esta guerra, aquellos campos que tres años ha eran campos de bendición, hoy lo son de dolor; donde el arado moderno abría un surco, la metralla hace un cráter; donde se depositaban semillas, reposan los restos del hombre que perdió su vida sin provecho de la humanidad...

Las tieras de Francia, de Bélgica, de Alemania, eran modelos para los labradores españoles. En ellas, con el cultivo intensivo, labrando, abonando, segando y haciendo todas las faenas agrícolas con los últimos adelantos en maquinaria, se recogían buenas cosechas, aun en los años más malos, y mientras, los campos españoles, tan feraces, eran arañados por el clásico y perjudicial arado de palo, que corroboraba la frase de que el Africa empezaba en los Pirineos.

Pero he aquí que una inverosímil guerra convierte los campos franceses, belgas y alemanes en campos de batalla y hace que el labriego español, impulsado por el lucro que ofrece la escasez, implante en sus terrenos el motocultivo y que salga de una vez de su apatía tradicional.

Sevilla, la ciudad rica, gloria de España y galardón de Andalucía, es una de las primeras provincias que abren sus brazos a la nueva maquinaria. En los campos de Morón se han celebrado recientemente pruebas con un motoarado, y la mejor demostración de sus buenos resultados son los siguientes párrafos que vamos a reproducir de la prensa sevillana:

«Uno de nuestros más prestigiosos agricultores, don Pedro Sánchez Ibarguea, al adquirir un automotor, aplicable preferentemente para arar las tierras, ha emplazado las experiencias del artefacto en un punto supremo de investigación labriega, y consiste el interés de aquella en averiguar si, además de para las operaciones de siembra, dicha máquina agrícola, empleada desde Junio a Septiembre para labores que desmedran al ganado vacuno y mular cuanbo labra achicharrado por el sol, puede cvitar esta antieconómica faena, que tuesta a nuestros fuertes campesinos.

En el cortijo de los Ojuelos, antiguo palmar arrebatado a las tierras que holgaban en dicha comarca, se repitieron las experiencias con resultado brillantísimo, porque el automotor, con sus diferentes rejas vertederas, hace una labor homogénea de diecisiete centímetros, con tal simetría, que al más exigente campesino y más apegado al laboreo con yuntas de bueyes y mulas no podría ocurrírsele pedir cosa mejor.

El autolaborante hizo un recorrido de 1.650 metros de longitud que tiene la vesana de experiencias, y al volver, con la mayor sencillez y facilidad, levantando las rejas, en curvas y ondulaciones del terreno, rindió con iguales profundidades perfectos surcos.

Las labores del artefacto llegan a dos hectáreas y media cada día, y por trabajo nocturno y utilización de faros se llegan a labrar en veinticuatro horas seis hectáreas.

He aquí a los labradores españoles sacudiendo su pereza tradicional. Campos de Andalucía, que antes eran labrados por escuálida yunta que arrastraba mísero arado de palo, se agitan hoy al paso de un motoarado

que los labra a la moderna, mientras los campos de Francia, de Bélgica y de Alemania se conmueven al paso de soldados y cañones que los pisan y destrozan.

Y prontamente, al cruzar las campiñas andaluzas, nos sorprenderá el ruído de la máquina que nos hable de vida, de progreso, y todo gracias a una neutralidad que no es de las que matan...

Amador Gandullo.

La alfarera de la Rambla

Siempre las esbelteces admiraba
de esas jarras graciosas y plebeyas,
pero, no por humildes, menos bellas,
que la industriosa Rambla fabricaba.

¿Dónde tal gentileza se encontraba,
si nunca en moldes se vació una de ellas?
¿Dónde, la artista, pudo hallar las huellas
que la gallarda línea le inspiraba?

Hoy llego a descubrir tales arcanos,
al observar la gracia de tus manos
que conforman una jarra con soltura.

Pues cuando vas su talle modelando
los ojos, noto, que, disimulando...
bajas, para mirarte la cintura...

Joaquin Alcaide de Zafra.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

EL NIÑO

Al ilustre pedagogo cordobés don José Priego López.

Nada más hermoso que la cuna, el pequeño mueble desde donde lanza sus primeros vagidos una existencia que surge y un destino que comienza. Nada más hermoso que el porvenir. Nada más hermoso que el niño, ni más bello que la risa—candorosa e ingénua—del alba de la existencia. Nada más misterioso que sus sienes. No hay ningún arcano más recóndito que el de su corazón. Nada hay más alegre que su alegría, más triste que sus tristuras, más luctuoso que su llanto.

M. Continente.

La Escuela de Artes y Oficios.--Clase de Aritmética.

ÁRBOLES SIMBÓLICOS

Si para realizar este trabajo enumerásemos aquí la leyenda india del *soma*, la creencia china sobre la vida o las ideas malabares acerca del árbol cosmogónico y antropogónico, seguramente que necesitaríamos un espacio mucho mayor del que la benevolencia de esta revista nos reserva; por ello, pues, omitimos las leyendas que acerca del árbol profesaban los griegos, latinos, indios, eslavos, etc.; las creencias árabes; egipcias y altaicas; las tradiciones de los isleños de Ceilán y de Java y las fantásticas creaciones del Rigveda en su himno 81 del libro X.

Nada diremos tampoco acerca del árbol de Buda, representado generalmente en forma de Ficus religiosa y que es, a la vez, antropogónico y cosmogónico: da la sabiduría, la ambrosía y la lluvia y prepara la mansión a los bienaventurados.

Mas sin mencionar esas ideas, sin hacer caso del antiguo fanatismo y de las creencias de los primeros hombres, es innegable que son muchos los árboles a los que la tradición, la inventiva del hombre o la historia, han revestido con los caracteres de monumentos patrios y que han llegado a adquirir notoriedad universal.

Tales son, por ejemplo, los olivos del huerto de Gethsemaní y el árbol de la Virgen, en Matariyé (Egipto), pues de todor es sabido lo que representan en la vida del Mártir del Gólgota, cuando la redención del género humano.

La ceiba que cerca de Tacuba dió abrigo a Hernán Cortés después de ser vencido por los mejicanos rebelados contra Alvarado y bajo cual, según la leyenda, lloró el conquistador español. (1.° de Julio 1520.)

El histórico Dragón de Tenerife, al que se atribuye seis mil años de existencia y cuya copa fué arrancada por un huracán en 1868.

El haya de Vicennes, a cuya sombra concedía audiencia el rey San Luis, rodeado de su corte, a todo el que la demandaba, según nos dice Joiville.

El laurel de Virgilio, plantado por Petrarca en la sepultura del poeta mantuano, y que fué derribado durante las guerras de principios del siglo XIX y substituído por otro por Casimiro Delavigne.

El laurel de la Zubia, que crece en los alrededores de la bella Granada y entre cuyas ramas se ocultó Isabel la Católica de la persecución de los moros.

El tilo de Morat, plantado el mismo día que se supo la victoria de su nombre (1476), en Friburgo (Suiza).

El árbol grande o tilo de Neus-

tadt (Wurtemberg), cerca del cual fué reedificada aquella ciudad, y cuyas ramas estaban sostenidas en 1664 por ochenta y dos columnas, y en la actualidad por ciento seis.

El castaño del Etna, del que se cuenta que, sorprendida la reina Juana de Aragón por una violenta tempestad, se guareció en unión de unos cien jinetes de su escolta debajo de él y que desde entonces se le llamó de los cien jinetes.

El tilo de Jicinoves (Austria), que cuenta más de mil años de existencia y en cuyo hueco tronco contiene un altar con imágenes, donde acuden a rezar y a dejar sus ofrendas los campesinos comarcanos.

La ceiba histórica de Cristóbal Colón, en la cual se amarraron la Santa María, la Pinta y la Niña, a su entrada en la ría de Ozama.

El manzano de Newton, en Woolsthorpe, a la sombra del cual descansaba el sabio cuando la manzana caída del árbol le hizo descubrir la teoría de la gravitación universal.

El sauce de Santa Elena, del que Napoleón I dijo un día: «Si muero en estas rocas, que se me entierre bajo este sauce», deseo que fué cumplido el 8 de Mayo de 1821.

El pino de las tres ramas, cerca de Berga (Cataluña), árbol tradicional en la historia del antiguo reino de Aragón y a cuya sombra durmió, siendo un niño, Jaime I el Conquistador.

Y, por último, el árbol de Guernica, que inspiró a Iparraquirre su hermoso himno «Guerniaco Arbola», y bajo la sombra del cual se juntaba la asamblea general del gobierno de Vizcaya y a cuyo pie juraron los reyes católicos Fernando e Isabel mantener y respetar los fueros de Vizcaya. Aunque el viejo árbol se secó en 1811, fué sustituído por otro que se cuida y respeta como al antiguo.

No tenemos la pretensión, ya lo decíamos al principio, que la lista de árboles célebres que ofrecemos a nuestros lectores sea completa; faltan aún muchos árboles, que por su papel o su historia son dignos de figurar en ella, pero la concisión necesaria a todo trabajo periodístico y la brevedad que me impuse al escribir estos renglones, son los factores que más han influído en que se observen grandes claros forestales en el transcurso del presente trabajo.

José Sarazá Murcia.

ALBA FUTURA

Abro mi vista a las visiones nuevas
por senderos de luz desconocidos.
¡Oh, pensamiento! ¿A qué región te elevas?
...Se aguzan, se acrecientan mis sentidos!

Gian soplo de optimismo me transporta
a través de la Edad, siempre adelante.
Mi alma se llena, ante el oriente absorta,
de un resplandor más bello que el dia-
(mante.

Oigo un rumor nunca escuchado. Siento
viva ansiedad de eternidades puras
sobre mi corazón. ¿Qué magno aliento
estremece la luz en las alturas...?

Una Victoria por el cielo avanza
ensanchando los límites humanos.
La impulsan fuertes vientos de espe-
(ranza;
la vara del prodigio está en sus manos.

Florecen a su paso primaveras;
y, al salvar los abismos más profundos,
mis ojos que la siguen, ven praderas
florecidas de soles y de mundos!

Cosas verán, desconocidas ahora,
los hombres venideros. La saeta
de Quirón va volando hacia la aurora,
y se acelera el ritmo del planeta.

Un horizonte nuevo se prepara.
Yo os lo digo. Presiento que nos llega
de un sueño no entrevisto, la luz clara.
Su hondo secreto la verdad entrega.

Miro el avance del progreso humano
esclarecer las ráfagas del día,
y es triste haber venido tan temprano
a un mundo tan reciente todavía!

El hombre pasa; la obra persevera.
Cumplimos nuestro incógnito destino,
y hacia la luz del porvenir que espera,
nos vamos sucediendo en el camino.

—Hombres que en el presente sois la
(Idea:
Como vosotros, de la luz privado,
sombra seré cuando la aurora sea!
sombra no más, perdida en el pasado!

Mas dormiré feliz mi noche obscura.
Cual labrador que esparce su simiente
para un póstumo otoño en la llanura,
sumo mi esfuerzo a vuestro esfuerzo in-
(gente.

Y contribuyo a la creación futura!

Rafael Lasso de la Vega.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

LOS ESCLAVOS DEL MOSTRADOR

AYER Y HOY

Fiado en la bondad del director de esta simpática y popular Revista, escribo estas líneas acerca de un asunto del que se ha dicho mucho y en el que casi no se ha hecho nada. Falta la acción del obrero del mostrador, tan sufrido y tan apático para luchar por su mejoramiento, como digno de obtener las mejoras que la clase, representada por unos cuantos entusiastas, solicitan un día y otro.

El jefe moderno sabe que las mejoras benefician a dueños y dependientes, perc, por desgracia, el jefe a la moderna escasea, y el dependiente ha de luchar contra el egoísmo del mercader antiguo. La Bruyere decía del egoísmo que es una combinación, un sistema, una voluntad de convertirlo todo en utilidad propia.

Son numerosos los factores que contribuyen a la miserable esclavitud en que vive el obrero mercantil, figurando entre ellos la clase social de que procede el dependiente; los antecedentes históricos de ia situación del mismo y la desmesurada ambición del patrono en todas las épocas.

El obrero mercantil procede muchas veces del empleado de levita, del de las mil quinientas con descuento, quien para aliviar la situación de su hogar, coloca a su hijo en la tienda de un hombre que todo lo mercantiliza, incluso el casamiento.

El empleado de levita procede así para que su hijo, al que con sus escasos recursos no pudo costear la tan ansiada carrera (único porvenir en que se cree en nuestra Patria), tenga un oficio, aunque humilde, con vistas a otra posición más segura.

En los tiempos en que el hombre primitivo ya tenía alguna noción del Comercio (pongamos, por ejemplo, a los madianitas, mercaderes que comerciaban con la venta de esclavos, tres mil años antes de Jesucristo), no sólo por el riesgo de confiar su negocio a un extraño, sino para que sus allegados supieran hacer su porvenir de la herencia, preferían a estos, con lo que realizaban dos obras: asegurar su negocio con personal de confianza y educar a sus futuros herederos.

De otra manera, no se concibe el porvenir del dependiente de comercio que no cuente con capital para transformarse en jefe.

Cuando llega a cierta edad, no sirve para la tarea mercantil; está en la meta de la carrera, a la que, como todo mortal, llega en un determinado momento de la vida. ¡Pobre de él si no es heredero de su patrono, porque en lo futuro será huésped de algún asilo!

En el parentesco se basa la sobriedad de este obrero; por él tiene el amo la sumisión y la herencia le fortalece en su esclavitud.

El de hoy, respeta como pariente y hereda sólo enfermedades.

El de ayer, heredaba por ley y nunca averiguaba a lo que ascendía su soldada.

El de ogaño, las más de las veces no se atreve a preguntarlo, porque su jefe le merece, no ya respeto, sino, en muchos casos, temor; sí, temor de que le despache y ¡como se encuentra en tierra extraña.,.!

Antiguamente (y hoy aún se usa en muchos casos) existía, a cambio de la más sencilla contabilidad, un cajón mugriento por el uso, donde entra y sale el dinero, y desgraciadamente se ha sustentado la idea de que el ahorro debe empezar por el sueldo del dependiente.

¡Desastrosa equivocación! ¡El, que es el alma del negocio! ¡El, que hace los inverosímiles prodigios de remedar al artista que se transforma, porque se convierte en guarda, mozo, administrador y hasta en criado, pues barre la tienda en que trabaja dieciseis horas, realizando su misión de dependiente!

El obrero que tiene pendiente la cuestión capital de reducir una jornada tan abrumadora como inhumana, no debe perder el tiempo en nimiedades.

Esta cuestión la tienen resuelta los demás obreros desde hace veinte años y hoy luchan por el aumento constante de salario. El dependiente quizá consiga la regularización de la jornada mercantil dentro de otros veinte años, a no ser que cambie los derroteros que actualmente sigue.

Ya decimos que el jefe a la moderna escasea y que abunda el que conserva sus ideas a la antigua, con la tendencia a explotar al obrero mercantil y a estorbar la labor salvadora de aquellos otros dueños que reconocen que el dependiente de hoy no debe limitarse, como el antiguo, a aprender la rutina de la gramática parda de mostrador adentro, con sus agravantes de sabañones, etc., etc.

El jefe moderno prefiere al dependiente instruído y culto y no escatima la soldada que el obrero mercantil sabe ganar.

El otro, el que más abunda, el chapado a la antigua, sólo admite a aquel dependiente que trabaje mucho y pida poco; por ejemplo, el señorito de la clase media, que nada exije y se entrega a las ambicio-

FIGURAS CONOCIDAS

El joven industrial Pepito Fragero.

Caricatura de Ate

nes del amo, sin pretensiones de ninguna clase.

La misión del dependiente consiste, por hoy, en asociarse para que sea oído por el Estado y se le conceda la ley de la jornada mercantil, ley que será moderna para él y que para otro obrero cualquiera es antediluviana. ¡Tan atrasados marchamos!

T. de A.

El humorismo francés y la guerra del 70

La defensa de Tarascón

CUENTO

¡Dios sea loado! Por fin tengo noticias de Tarascón. ¡Cinco meses hace que yo no vivía, que estaba en una inquietud..! Conociendo la exaltación de esta buena ciudad y el humor belicoso de sus habitantes, me decía yo: «¡Quién sabe lo que ha hecho Tarascón! ¿Se habrá arrojado en masa sobre los bárbaros? ¿Se habrá dejado bombardear como Estrasburgo, morir de hambre como París, quemar viva como Chateaudun? ¿O bien en un acceso de patriotismo feroz, se habrá hecho volar por la dinamita, como Laon y su intrépida ciudadela...?» Nada de esto, amigos míos: Tarascón no ha ardido. Tarascón no ha volado. Tarascón continúa siempre en su sitio, apaciblemente asentada en medio de las viñas; un buen sol llena sus calles, un buen moscatel llena sus bodegas, y el Ródano, que baña esta amable localidad, lleva al mar, como en otro tiempo, la imagen de una ciudad feliz, reflejos de persianas verdes, de jardines muy brillantes y de milicianos con levitas nuevas haciendo el ejercicio a lo largo del muelle.

Esto, no obstante, guardaos de creer que Tarascón no ha hecho nada durante la guerra. Al contrario; se ha conducido admirablemente, y su resistencia heroica, que voy a intentar contaros, tendrá su puesto en la Historia como tipo de resistencia local, símbolo vivo de la defensa del Mediodía.

Los orfeones.—Os diré, pues, que hasta lo de Sedán, nuestros bravos tarasconensesse habían estado muy tranquilos en sus casitas. Para estos fieros hijos de los Alpilles, no era la patria la que moría allí arriba; eran los soldados del Emperador, era el Imperio. Pero una vez, el 4 de Septiembre, la República, Atila acampado más abajo de París, entonces ¡sí!, Tarascón despertó y se vió lo que es una guerra nacional... Ello comenzó, naturalmente, por una manifestación de orfeonistas. Ya sabeis qué furor por la música tienen en el Mediodía. En Tarascón, sobre todo, es un delirio. Por las calles, cuando pasáis, todas las ventanas os sacuden romanzas sobre la cabeza.

En cualquier tienda que entréis hay siempre una guitarra que suspira, y hasta los mozos de las farmacias os despachan canturreando: *Le Rosinol—et le Luth espagnol*—trastalá, lalalalá. Además de estos conciertos privados, los tarasconenses tienen también la charanga de la ciudad, la charanga del colegio y no sé cuantas sociedades de orfeones.

Fué el orfeón de San Cristóbal, con su admirable coro de tres voces: *Salvemos la Francia*, quien dió el grito de levantamiento nacional.

«Sí, sí; salvemos la Francia», gritó el buen Tarascón, agitando los pañuelos desde las ventanas, y los hombres aplaudían y las mujeres enviaban besos a la armoniosa falange que atravesaba la carretera, de cuatro en fondo, con la bandera a la cabeza y marcando firmemente el paso.

El impulso estaba dado. A partir de aquel día, la ciudad cambió de aspecto: ni una guitarra, ni una barcarola. En todas partes el *Luth espagnol* dejó el puesto a *La Marsellesa*, y dos veces por semana la gente se asfixiaba en la Explanada para oir a la charanga del colegio tocar el *Canto de partida*. ¡Las sillas costaban precios locos...!

Pero los tarasconenses no se conformaron con esto.

Las cabalgatas.—Tras la demostración de los orfeonistas vinieron las cabalgatas históricas a beneficio de los heridos. Nada tan gracioso como ver toda aquella valiente juventud tarasconense, en botas de ante y calzones de color vivo, recuestar de puerta en puerta, caracolear bajo los balcones con largas alabardas con redes de cazar mariposas; pero lo más bello de todo fué el *carrousel* patriótico—«Francisco I en la batalla de Pavía»—que los socios del Círculo celebraron tres días seguidos en la Explanada. Quien no ha visto aquello no ha visto nada. El teatro de Marsella había prestado los trajes; el oro, la seda, los terciopelos, los estandartes bordados, los escudos de armas, las cimeras, los caparazones, los cordones, los lazos, las gualdrapas, los arneses, los aceros de las lanzas, las corazas, hacían centellear la Explanada como espejuelo para cazar alondras. Por encima de todo esto, un viento mistral que sacudía toda aquella luz.

Desgraciadamente, cuando, después de una lucha encarnizada, Francisco I—el Sr. Bompard, presidente del Círculo—, se veía envuelto por el grueso de los flamencos, el infortunado Bompard, para rendir su espada, puso un gesto y unos hombros tan enigmáticos que en vez de «todo se ha perdido menos el honor» tenía más bien aspecto de decir: *¡Díquili qui vinguil*!; pero los tarasconenses no miraban de cerca y lágrimas patrióticas brillaron en todos los ojos.

La brecha.—Estos espectáculos, estos cánticos, el sol, el gran aire del Ródano, no era preciso más para subirse la sangre a las cabezas. Los decretos del Gobierno colmaron la exaltación. En la Explanada, las gentes no se acercaban más que con aire amenazador, mordiendo las palabras como balas. Las conversaciones olían a pólvora. Había nitro en el ambiente. Sobre todo en el café de la Comedia, duran-

te el almuerzo, había que oirles a estos hirvientes tarasconenses: «¡Ah, así! ¿Pero qué hacen esos parisienses con su trueno de Dios del general Trochu? No acabarían de salir... ¡Cochina buena suerte!... ¡Si eso ocurriera en Tarascón!... ¡Trrr! ¡Ya haría tiempo que estaría abierta la brecha!» Y mientras que París se atragantaba con su pan de avena, aquellos señores tragaban suculentas perdices rociadas con buen vino de Papas, y lucios, hartos de salsas hasta las orejas, gritaban como sordos, dando puñetazos sobre la mesa: «¡Pero haced vuestra salida!...» Y a fe que tenían razón.

La defensa del Círculo.—Entretanto, la invasión de los germanos ganaba el Sur, día por día. Dijon rendido, Lyon amenazado, las hierbas de los valles del Ródano hacían relinchar de ganas a los caballos de los ulanos. «Organicemos nuestra defensa», se dijeron los tarasconenses, y todo el mundo echó una mano. En un abrir y cerrar de ojos la ciudad quedó blindada, llena de barricadas y fosos. Cada casa se convirtió en una fortaleza. La casa del armero Costecalde, tenía delante una trinchera, lo menos de dos metros, con un puente levadizo verdaderamente encantador. En el Círculo, las obras de defensa eran tan considerables, que se iba a verlas por curiosidad. El señor Bompart, presidente, de pie en lo alto de la escalera y con su fusil en la mano, daba explicaciones a las damas: «Si ellos llegan por aquí, ¡pam!, ¡pam! Y después, en todas las esquinas de las calles, gentes que os detenían para deciros con aire misterioso: «El café de la Comedia es inexpugnable», o también: «Se acaba de artillar la Explanada.»

Los franco-tiradores.—Al mismo tiempo se organizaron con frenesí compañías de Franco-tiradores, *Hermanos de la muerte*, *Chacales narbonenses*, *Fusileros del Ródano*, había de todos los nombres, de todos los colores, como centáuros en campo de avena, y penachos, plumas de gallo, sombreros gigantescos, cintos de una amplitud... Para darse aspecto más terrible, cada franco-tirador se dejaba la barba y el mostacho, tan bien que en el paseo nadie se conocía ya. A lo lejos veíais venir un *brigante* de los Abruzos que avanzaba con los bigotes erizados, los ojos echando lumbre, con estrépito de sables, revólvers y yataganes, y después, cuando se aproximaba, era el recaudador Pegoulade. Otra vez encontrábais en la escalera al propio Robinsón Crusoe con un sombrero de picos, su charrasco con más dientes que una sierra y un fusil en cada hombro; caíais en la cuenta y era el armero Costecalde que regresaba de comer fuera El diablo hizo que, en fuerza de adoptar rostros feroces, los tarasconenses acabaron por aterrarse unos a otros y muy pronto nadie osó salir de casa.

«**Conejos de monte y conejos caseros**».—El decreto de Burdeos sobre la organización de las guardias nacionales puso término a esta situación intolerable. Al soplo potente de los riunviros, ¡prrr!, las plumas de gallo se volaron y todos los franco-fusileros—chacales, tiradores y demás—fueron a fundirse en un bravo batallón de milicianos, bajo las órdenes del bravo general Bravida, antiguo capitán de administración militar. Ahora nuevas complicaciones. El decreto de Burdeos establecía, como se sabe, dos categorías de la Guardia nacional: la Guardia nacional de marcha y la Guardia nacional sedentaria; «conejos de monte y conejos caseros», decía bastante picarescamente el recaudador Pegolaude. Al principio de la formación los guardias nacionales de monte tenían, naturalmente, el mejor papel. Todas las mañanas, el bravo general Bravida, los conducía a la Explanada a hacer ejercicios de tiro, la escuela de los tiradores. «¡Rodilla en tierra! ¡Apunten!», y lo que sigue. Estos ejercicios atraían siempre mucha gente. Ni una dama de Tarascón faltaba, y hasta las damas de Beaucaire cruzaban a veces el puente para ir a admirar a los conejos. Entre tanto, los pobres guardias nacionales caseros prestaban su servicio en la ciudad y hacían centinela ante el museo, donde no había nada que guardar más que un gran lagarto lleno de paja y mohoso y dos alconuchos del tiempo del buen rey René. Pensad que las damas de Beaucaire no pasan el puente por tan poca cosa... De modo que a los tres meses de ejercicio, cuando se vió que los guardias nacionales de monte no salían de la Explanada, el entusiasmo comenzó a enfriarse.

Por mucho que el bravo general Bravida se cuidase en gritar a sus conejos: «¡Rodilla en tierra! ¡Apunten!...», nadie les miraba ya. Muy pronto, estos simulacros fueron la *fable* de la ciudad. Sin embargo,

Interiores de Córdoba.-- El patio de una posada.

bien sabe Dios que no era por culpa de estos desgraciados conejos, si no se les hacía partir. Ellos estaban furiosos. Tanto, que un día hasta se negaron a hacer el ejercicio.

«¡Se acabó la parada!—gritaron en su celo patriótico—, nosotros somos de marcha. ¡Que se nos haga marchar!...»

—¡Marcharéis o yo perderé mi nombre!—les dijo el general Bravida, y, bufando de rabia, fué a pedir instrucciones a la Alcaldía.

La Alcaldía respondió que ella no tenía órdenes que dar, que esto concernía a la Prefectura.

—¡Vaya por la Prefectura!—exclamó Bravida; y cátate al general saliendo en el exprés de Marsella en busca del prefecto, cosa nada sencilla, toda vez que en Marsella había siempre cinco o seis prefectos permanentes y nadie para decir cuál era el indicado. Por una suerte singular, le echó el ojo encima y, en pleno consejo de la Prefectura, el bravo general tomó la palabra, en nombre de sus hombres, con la autoridad de un antiguo capitán de administración.

A las primeras palabras, el prefecto interrumpió:

—Perdón, general... ¿En qué consiste que sus soldados le piden a usted partir y a mí me piden quedarse? Lea usted, ante todo.

Y, con la sonrisa en los labios, le puso ante su vista una petición lacrimosa que dos conejos de monte—

los dos más impacientes por marchar -acababan de dirigir a la Prefectura, con apostillas del médico, del cura, del notario, y solicitando el traslado de conejos de monte a conejos caseros, por causa de enfermedad.

—Como esta tengo trescientas más—añadió el prefecto, siempre sonriendo.—Ahora comprenderá usted, general, por qué no nos hemos apresurado a hacer marchar a sus hombres. Desgraciadamente, bastantes hemos hecho marchar de los que querían quedarse. Ya basta... Por lo demás, Dios salve a la República y salude usted a sus conejos.

Un ponche de despedida.—No hay que decir que el general volvió apenado a Tarascón. Pero este es otro cuento. ¡Pues no se habían adelantado a organizar, por suscripción, un ponche de despedida a los conejos que iban a partir...! En vano el bravo general Bravida advirtió que no valía la pena, que nadie partiría: la suscripción se había cubierto, el ponche estaba encargado, no faltaba sino beberlo, y esto es lo que se hizo... Un domingo, por la noche, la conmovedora ceremonia del ponche se efectuó en los salones de la Alcaldía, y hasta el alba, los brindis, los vivas, los discursos, los cantos patrióticos hicieron trepidar las vidrieras municipales. Cada uno, ni que decir tiene, sabía a qué atenerse acerca de este ponche de despedida; los guardias municipales caseros, que lo pagaban, tenían la firme convicción de que sus camaradas no habían de partir, y los de monte, que se lo bebían, tenían la misma convicción, y el propio y venerable adjunto, que llegó, con voz emocionada, a jurar a aquellos bravos que estaba presto a marchar a la cabeza de todos, sabía, mejor que nadie, que no había que marchar; ¡pero es lo mismo! Estos meridionales son tan extraordinarios, que al final del ponche de despedida todo el mundo lloraba, todo el mundo se abrazaba y, lo que es más chocante, todo el mundo era sincero, hasta el general.

En Tarascón, como en todo el Mediodía de Francia, he observado frecuentemente este fenómeno de espejismo.

Alfonso Daudet.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

PELÍCULAS DEL NATURAL

Hablando con una sibila

Está visto que, en la actualidad, las mujeres del día, las personas de más influencia, son las sibilas.

Este ser, que tiene la habilidad de engañar a las demás criaturas mediante sus cuentos de brujas y aparecidos, consigue fácilmente aquello que a otro cualquiera costaría un trabajo ímprobo. Consigue cuanto se puede conseguir, como es llevarse el dinero ajeno, sin peligro alguno, salvo, claro está, las veces en que terminan contando sus misteriosas maquinaciones ante el juez de guardia; pero estas son las menos, porque los engañados prefieren perder el dinero a hacer pública su crédula ignorancia.

El cronista, deseoso siempre de proporcionar informaciones interesantes a sus lectores, se dispuso hace unas noches a hablar con una adivinadora de postín, la que, según me afirman, no se entiende nada más que con personas distinguidas.

No hace mucho tiempo que esta buceadora de los destinos transportó a un amigo mío desde el infierno a la gloria sin que él se diese cuenta, porque todo ocurrió como en un sueño. Exito mayor no se conoce entre las distinguidas damas que cultivan el arte de madame de Thebes.

De la noche a la mañana, los acreedores, que traían sin vida a mi pobre amigo, empezaron a enviarle comunicaciones manifestándole que le perdonaban sus cuentas respectivas—¡que ya es triunfo!—Como agradecimiento a este excepcional servicio, mi amigo se dedica a buscar clientes para su salvadora, y yo fuí uno de ellos.

No eran las doce, hora fijada para la cita, cuando esperaba yo en el sitio convenido de antemano. A los pocos momentos, llegó un enviado de la bruja moderna. Era un hombre de aspecto sospechoso; vestía completamente de negro, incluso la camisa, en la que se destacaban varias pequeñas calaveras.

—¿Tú eres el nuevo cliente?—me preguntó.

—Sí, respondí.

—Pues sígueme sin levantar la vista del suelo. Cuando lleguemos a la calle de... saldrá a tu encuentro otro hombre, el que te vendará los ojos y te conducirá al Palacio Rojo.

Yo, un poco preocupado por aquellas palabras, intenté huir, pero no pude; parecía que una fuerza misteriosa se oponía a ello.

Entré en la calle de... Seguidamente, otro hombre, vestido a lo Fantomas, salió a mi encuentro y, después de pronunciar algunas frases en camelo puro, sacó un pañuelo de yerbas y me vendó los ojos. Luego me cogió de una mano y me llevó hasta el Palacio Rojo, no sin antes hacerme dar varias vueltas, supongo que con ánimo de desorientarme.

Puesto en presencia de la bruja moderna, empezó la sesión:

—Harás cuanto yo te ordene, sin reparar en nada,—me dijo en tono autoritario.

—No, por cierto,—interrumpí—porque si usted me ordena que me lleve alguna lámpara de cualquier parte, no lo haré.

—Obedece y calla. Tu espíritu ha perdido la libertad desde que entraste a este Palacio.

Ante aquella advertencia, y rendido por el miedo que me domi-

naba, no me atreví a contradecirla en nada más. Por momentos maldecía más y más de mi atrevimiento de periodista, pero ya era tarde. La bruja se había apoderado de mi ánimo.

—Que entren las sombras que han de actuar sobre este hombre—dispuso la sibila, y, al mismo tiempo, un extraño ruído, como de tres mil demonios de a caballo, venía sobre mí a más andar.

—Seguidamente, dijo, dirigiéndose a mí:

—No te has de mover de este sitio sin mi consentimiento, pues morirías en el acto herido por una maldición que caería de mis labios. Esa calavera que tocan tus dedos, te seguirá siempre, mientras el cuerpo te haga sombra. A propósito de sombras, éstas me han dicho que eres banquero y que tu mayor obsesión la constituyen las operaciones de Bolsa. ¿No es así?

—Así es, respondí.

—Tú, en un día cualquiera, puedes tener más dinero que un cordelillero o menos que un guardia municipal; pues bien: te diré cómo has de arreglártelas para ser inmensamente rico, más que un explotador en tiempo de guerra...

Hubo un momento de sugestión halagadora, en el que ya me creí banquero y millonario, pero en seguida me hacía volver en mí el constante olor a petróleo que producían las candilejas que daban luz a la estancia.

—Ante tí—continuó la predictora—ha llegado ahora mismo la muerte; sus manos frías irán hasta tu cuello y te ahogarán, si no obedeces ciegamente. En nombre de los espíritus que nos rodean te impongo el cumplimiento de los mandatos siguientes, de una manera inquebrantable: Fumarás purillos de a cuarto. Gastarás siempre cerillas de cocina para que la regular cantidad de humo que despiden aleje a los enemigos. No pagarás nunca cuentas mayores de dos reales cuando tomes café; has de beberlo sin azúcar, llevándote ésta a tu casa. Si el camarero se descuidase, llévate también la cucharilla. Usa en verano calzoncillos de balleta amarilla, prefiriendo la de Pozoblanco. Cuando entres en alguna confitería, especialmente en la de La Perla, que es en su clase el establecimiento más suntuoso del mundo, tendrás que llevarte por obligación cuatro pasteles, dos de ellos de *clema*, sin que lo advierta el dependiente, al que sólo pagarás un merengue de perrilla. Si te prestan algún libro, no lo devuelvas jamás, porque esto es seña de hombre erudito. Item más: has de adquirir un lagarto de dos rabos, y precisamente los lunes lo llevarás contigo, pero con la condición expresa de que has de pasar uno de los rabos por la espalda de una vendedora de tagarninas o espárragos trigueros, sin que ella se dé cuenta de la faena. Si pides dinero en cantidad para hacer cualquier operación de Bolsa, o simplemente de bolsillo, cuída mucho de que nadie presencie la entrega, que luego todo lo dice la gente. No te mudarás de calcetines en el verano, mientras no los hayas llevado veinte y un días puestos, y luego, valiéndote de hábiles engaños, entrarás en la casa de algún enfermo para colocárselos debajo de la almohada, con lo que conseguirás echarlo de la cama a la calle de un solo brinco. Procura no encontrarte los sábados a ningún jorobado. Los martes, a las doce en punto de la noche, tendrás que dar dos vueltas a la plaza de... llevando un gallego a cuestas, para que no siempre sean estos los que aguanten el peso de todo el mundo. Si

Boda de la bella señorita Josefa Lozano Sánchez y el notable escritor africanista don Luis Bigot Valero.

Desfile de las fuerzas que asistieron a la celebración de la fiesta de la Inmaculada Concepción.

en la calle o en el café estás hablando y se aproxima algún vendedor de lotería, deja de parlamentar, que estás perdido, y aunque no compres ni un décimo entre diez amigos, atiende a la suerte que pasa y que en la lista va a venir. Por último, echaremos hoy la llave con esta advertencia importantísima: nunca viajes en un tren en el que vaya algún pasajero que se llama Cirilo...

Aquí terminó la sesión y con ella el destapamiento de la embaucadora. No había terminado de pronunciar el nombre de Cirilo, cuando ya estaba yo despojado del pañuelo que me vendaba los ojos.

La estancia no era de palacio ni mucho menos; estábamos en un cuarto sucio y miserable, en el que había dos luces de petróleo, que más le concedían aspecto de cueva de cuidado que de otra clase cualquiera de albergue.

La adivinadora corría de un lado para otro, ocultándose la cara con la túnica negra que envolvía su cuerpo de formas lamentables.

Al fin, pude descubrirla y hasta reconocerla. Era una mujer gorda, de aspecto antipático, que había hecho de madre de una artista de variedades, que no hace mucho fué relativamente aplaudida por nuestro público y que se titulaba la Bella Lunaritos.

Una vez descubierta, la bruja me confesó muchas de sus hazañas. «Su hija» había huído con un «cupletisto», y entonces ella se estableció como echadora de cartas, negocio que le venía proporcionando algún dinero.

—Así he vivido desde entonces—me decía—. No me descubra usted, agregó, y le prometo que mañana mismo saldré de la ciudad, aunque haya de perder varios negocios que tengo en planta.

—No la descubriré, le respondí, pero ha de decirme el nombre y domicilio de todas las adivinadoras que trabajan en nuestra capital.

Momentos después tomaba nota en mi cartera de apuntes de cuanto me descubría la madre de la Bella Lunarito, recogiendo importantes noticias que en otra ocasión publicaré.

—

La embaucadora ha abandonado ya la población. Al despedirse de mí, me dijo: ¡Si supiera usted la gente que nos visita y los negocios que nos proponen, se asustaría de verdad!

—

—¡Señorito, que son las diez!, gritó mi Maritornes desde la puerta.

—¡Aparta, mujer fantasmagórica!, contesté al despertar sobresaltado.

—Pero ¿qué dice usted, señorito?

—Perdona, Aciscla, es que creí que todavía soñaba...

Francisco Quesada.

FUSIÓN DE ALMAS

Fué un hábito del Carmen su mortaja,
y como era tan linda, parecía
que la Virgen del Carmen, en la caja,
fingiéndose dormida, sonreía.

—

La de los ojos morunos,
la que a mi madre salió,
la más bonita de todas,
a la que más quise yo,
la de sonrisa de ángel,
la de virgínea expresión,
la de rizadas pestañas,
la de apagado color,
la de mejillas de nieve,
la de miradas de sol,
la que llevaba su nombre,
la que a mi madre salió,
una mañana a la gloria
para buscarla voló.

—

Tengo en el alma sembrada
una rosa de pasión,
que he de poner en su tumba
con esta breve inscripción:
Para el ángel que con ella
se llevó mi corazón.

—

Abriéronle a mi Carmen una fosa
y enterraron su cuerpo de jazmín,
y dicen que del sitio en donde posa
ven salir por la noche un serafín.

Doctor Nemesio de Heredia.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

Don Filomeno Moreno

Alto, huesudo, nervioso, aquel edificio físico en ruinas se ha derrumbado al fin. Consumido por el trabajo, ha muerto recientemente el caballeroso, el sabio decano de los funcionarios administrativos que sirven a la Diputación provincial de Córdoba.

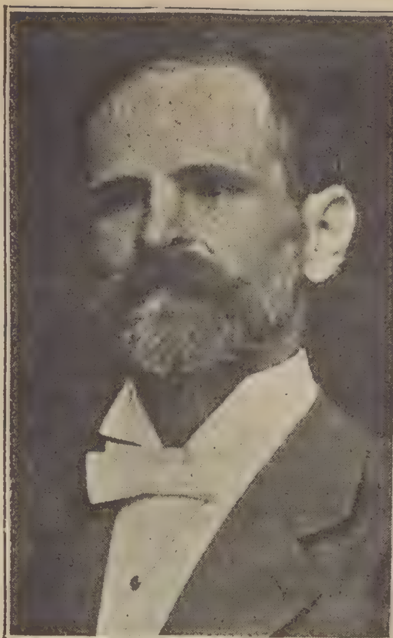
Por ley tan antigua como el hombre, que refunde en un sólo precepto la más igualitaria sentencia que ha emanado del Tribunal del Hacedor: «Ganarás el pan con el sudor del rostro», todos los humanos nos vemos obligados a emprender una labor más o menos penosa, más o menos ardua, de mejores o de peores frutos, pero labor al fin que, al llegar a la meta de la vida, puede servirnos o de recompensa imperecedera o de castigo eterno.

Una labor alta, noble, generosa, lega a la posteridad el ilustre funcionario cuya figura venerable reproducimos en esta Revista.

Su obra, en los complicados laboratorios de la administración pública, quedará como dechado y ejemplo de buenos empleados, dechado de aptitud, de probidad y de ilustración y, sobre todo, de amor y de constancia en el trabajo.

Esta nota del amor romántico hacia el cargo que desempeñaba; esta de la exagerada asiduidad en el ejercicio del mismo, son las características de su labor.

Alto espectáculo ofrece el hombre que, pudiendo gozar de toda clase de consideraciones de sus superiores; que, valido de la justa causa de sus achaques y de sus acerbas enfermedades contraídas en el cumplimiento de sus deberes oficinescos, no regatea su asistencia al puesto de combate, y en los días crudos del invierno y en los crueles del estío, medio muerto, falto de oxígeno, combatido por espantosa dísnea, acude con puntualidad matemática a su mesa de trabajo y allí debana su ingenio en la interpretación de textos legales, y pone su cuidado, su celo, su interés en la defensa de sagrados intereses de la Corporación a que sirve.



Allí lo hemos visto, agonizante y esclavo del deber. Allí, mientras la vida se le escapaba hilo a hilo, a sabiendas de que iba a perecer de un momento a otro, sonriente y cariñoso para cuantos demandaban su consejo y su informe.

Jamás, en el transcurso de treinta años, salió nadie descontento de aquella dependencia oficial. Don Filomeno Moreno era el amigo de todos, el padre de sus subordinados, la piedra de toque de sus compañeros, el predilecto de sus superiores y la tabla salvadora en los días de trabajo difícil y perentorio.

Por esto, porque don Filomeno Moreno no fué nunca el empleado que se cree un reyezuelo encastillado tras su bufete, ni el fustigador de cuantos a sus órdenes estuvimos, ni el compañero áspero y duro que paga con los demás, el malestar que le produce ver retrasado el calendario de los días de remuneración material a sus trabajos...

No; don Filomeno Moreno, lejos de ser así, fué siempre el *Santón* de los empleados provinciales durante treinta años.

Ahí está el historial de este hombre modelo que muere en la pobreza, pero sin perder el amor romántico por el puesto que ocupaba y que, por mejor servirlo, todo lo sacrifica y todo lo declina: honores, cargos políticos, aficiones literarias brillantes... hasta el noble ejercicio de su profesión de médico.

No puede quedar tanta virtud recluída en el estrecho hueco donde, en una tarde bien triste de la anterior semana, encerramos sus restos mortales.

El ejemplo de su vida debe trascender y trascenderá. ¿Cómo?

....

Los generales señores Chacón y Perales, el coronel de la Reina señor Fresneda y los jefes y oficiales del expresado regimiento reunidos con motivo de la celebración de la fiesta de la Patrona de la Infantería.

Recordamos ahora una costumbre antigua de la Universidad donde estudiamos. Cuando un maestro notable rinde la jornada de la vida, escúlpese su nombre y su más conciso elogio en un mármol que se coloca en el aula donde enseñó. Aquel mármol es un libro abierto a las sucesivas generaciones que por allí van pasando.

Bien pudiera la Diputación de Córdoba perpetuar la memoria de don Filomeno Moreno colocando una lápida en la oficina del Censo Electoral, teatro de las elocubraciones de su cerebro privilegiado.

Los empleados de la Casa provincial tendrían un recuerdo constante que les pregonara la excelencia del cumplimiento de sus deberes, leyendo continuamente estas o parecidas frases: «A la buena memoria de don Filomeno Moreno García, sabio, honrado y laborioso, que durante treinta años trabajó día por día en esta oficina, haciéndose acreedor a la admiración de sus contemporáneos.»

José M. Rey.

COPLILLAS

Paso mi vida rodando,
por esos mundos de Dios,
preguntándole a las gentes
si han visto tu corazón.

=

Cuando por las mañanitas
el sol entra a visitarme
pienso que eres tú, morena,
que vienes a despertarme.

=

Ayer eras una niña,
hoy eres una mujer;
no compares lo que has sido
con lo que empiezas a ser.

=

Las penillas que nos matan
son las que obliga la gente
que no salgan a la cara.

Juanito.

DEL REGIONALISMO ANDALUZ

La autonomía municipal

¿Cuándo se inició, o desde qué fecha data la decadencia de nuestra patria?

Esta proposición fundamental que casi todos los españoles se hacen, al afrontar nuestros problemas nacionales, es con harta frecuencia obscurecida por nuestra malhadada costumbre de mirar siempre hacia fuera.

Y el recuerdo de aquel sol esplendoroso que no se ponía nunca en nuestros estados, esplendor que vió morir su última luminaria, en histriónico fuego fátuo, en el desastre del 98, hiere tan vivamente nuestra exaltación patriótica, que ya difícilmente separamos de él la mirada.

Y, sin embargo, es probable, más que probable, es seguro, que aquella edad de Felipe II que algunos diputan como Mediodía radiante, era ya un Ocaso sanguinario.

España estaba ya herida de muerte. El asesino fué (no hay por qué dilatar la acusación, en favor de la cual se pronuncian hoy los historiadores de todos los matices) el centralismo bárbaro, agobiador, férreo, que importó en España el primero de nuestros Carlos. La víctima quedó mutilada en campo de Villalar. Y al festín de la muerte, revoloteando sobre los cuerpos descompuestos de Gremios, Concejos, Municipios y Hermandades, comenzaron a surgir los buitres del muladar nacional: los caciques.

Hay, por tanto, para resucitar a España, que despertar todos sus organismos vitales. Hay que dar la mayor independencia político-administrativa, a Regiones y Municipios. Hay que oir la voz de tanto español ilustre—Ganivet, Costa, Pí, Macías Picavea, Maura—que, recogiendo la más pura herencia de la Reina Católica, ven en el despertar de los órganos naturales de la nación, el resurgir de España entera.

Defensa de la mayor autonomía posible en los Municipios capacitados. Esta es la aspiración más vehemente del idearium regional de Andalucía, recogiendo el estandarte de la resurrección nacional, en el que tan brillantemente grabaron sus fórmulas los españoles inmortales.

¿Y cómo se desarrolla esta aspiración?

He aquí las fórmulas del regionalismo andaluz en este aspecto: Concesión de la autonomía, en el mayor número de órdenes posible, a los Municipios de los cuales la pide más del 60 por 100 de los vecinos.

Capacitación de los Municipios, con medidas que exciten al pueblo a tomar parte en la vida municipal, por los medios siguientes:

Implantación de un referendum obligatorio con respecto a la aprobación de los más importantes asuntos municipales.

Discusión, en lugares públicos, de los presupuestos (necesidades e ingresos de las poblaciones) con derecho de los vecinos a tomar parte en las discusiones por medio de turnos apropiados.

Reconocimiento, a grupos de vecinos, del derecho de proponer y defender, en el seno de las Corporaciones municipales, las medidas que estimen necesarias para el engrandecimiento de las poblaciones.

Reconocer a los electores la facultad de destituir a los representantes o concejales que no cumplan lealmente su mandato.

Obligación de los Ayuntamientos de repartir mensualmente a cada vecino una hoja explicativa de su gestión administrativa durante dicho periodo de tiempo, etc., etc.

Rafael Castejón.

IMPRENTA MODERNA.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

Revista semanal
independiente

Niños de Córdoba.-Alfredo Bara Beauregard, de siete meses, hijo del farmacéutico militar don Sotero Bara.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CORDOBA

SEMANARIO INDEPENDIENTE

Tarifa de anuncios

2.ª plana de la cubierta . . .	65 pesetas	
3.ª id. id. . . .	50 »	
4.ª id. id. . . .	75 »	
Esta sección se divide en cuatro partes.		

Una columna central en el texto,	20	pesetas
Media id. id. id.	10	»
Un cuarto id. id.	5	»
La línea	0'25	»

Los precios antes indicados se entienden por cada inserción.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Córdoba: trimestre, 1'50; seis meses, 2'50; un año, 4'50.—Fuera: seis meses, 3 ptas.; un año 5 pts. Número suelto, **10** céntimos; atrasado, 25.—**Pago delantado.**

Redacción y Administración: calle de las Dueñas, número 6.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUENAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 23 de Diciembre de 1916 | NÚM. 19

Los Nacimientos

En Córdoba, como en toda España, se va perdiendo la costumbre, tradicional y poética, de instalar *nacimientos* que conmemoren la venida al mundo del Mesías.

Antiguamente, en no pocos templos y en no pocas casas de nuestra población, se exhibían, al llegar la Noche Buena, caprichosos riscos que, más o menos fielmente, representaban el misterio sublime de la Natividad del Hijo de Dios, y había algunos que obtuvieron fama, si no por su propiedad, porque de ella adolecen casi todos, por su mérito artístico, por sus grandes dimensiones, por su lujo ó por su acertada colocación.

Uno de los mejores era el de la familia de Barbero, del cual todavía se conservan restos que suelen utilizarse en los de algunas iglesias.

Don Manuel Matilla poseía otro notable, con gran número de figuras de movimiento.

También llamaba la atención el de doña Rafaela Criado, pues en él, desde los Reyes hasta los pastores, estaban vestidos con ricas telas. Tenía este *nacimiento* anacronismos enormes, como el de aparecer delante del palacio de Herodes un magnífico carruaje con seis caballos empenachados y varios cocheros y lacayos vestidos a la Gran Dumont.

Pero el más original de cuantos recordamos poníanlo la señoritas de Amo Serrano. Todas las figuras, tanto de personas como de animales, estaban hechos de trapo, con una propiedad extraordinaria, y vestidas con gran propiedad. Eran obra de las citadas señoritas.

De los instalados en los templos obtenía la predilección del público, y especialmente de los niños, el que el presbítero señor Cerro exhibió algunos años en la iglesia de San Basilio y después en la de Nuestra Señora de la Fuensanta.

Era de extraordinarias proporciones y tenía gran profusión de figuras, buenas y malas; fuentes, ríos, molinos, ciudades, cabañas y cuanto pudiera soñar la fantasía infantil, constituyendo un conjunto vistoso y agradable

Ahora bien: examinándolo detenidamente, encontrábanse en él

La verdadera Córdoba.-- La plaza del Potro.

desproporciones e impropiedades graciosísimas, como estas:

Sobre un árbol de una tercia de altura un enorme pájaro disecado y al pie del árbol un cazador mucho más pequeño que el ave a que apuntaba; en el tejado de una choza casi microscópica, varios ratones de tamaño natural; en el río, un barco con chimenea de vapor, y, en primer término, un majo tocando la vihuela, con capa corta y sombrero calañés.

En la ermita de Nuestra Señora de Consolación, formaban, antiguamente y todavía lo forman algunos años, un *nacimiento* de muy bonito conjunto.

Y, finalmente, en el Colegio de Santa Victoria hay uno con figuras mecánicas que es una preciosidad.

—

La industria, porque no merece el nombre de arte, de hacer figuras para los *nacimientos*, se halla todavía, en Córdoba, en el período rudimentario; no hemos adelantado en ella ni un solo paso, más bien hemos retrocedido, porque los muñecos que confeccionan en la actualidad resultan peores que los antiguos.

Misterios, pastores, reyes, todo está cortado por el mismo patrón; no hay diferencia alguna entre los que se exhiben hoy y los que se presentaban hace medio siglo.

Aquí jamás se pensó en dar carácter apropiado a las figuras; ¿qué saben sus autores de historia, ni de usos, costumbres y trajes de la época de Jesucristo?

¡¿Tienen que representar un pastor? Pues lo representan con la indumentaria que usa en nuestros tiempos: zahones, zamarra y sombrero cordobés. ¿Quieren darle una pareja? Pues hacen una zagala con refajo colorado y sombrero simulando los de palma que usan nuestras mujeres para las faenas agrícolas.

En cuanto a los Reyes magos, como no han tenido a mano un Rey en traje de corte que copiar, copian los de la baraja y listo. Compare el lector unos y otros y apreciará la gran semejanza que hay entre ellos.

En los animales se nota muy poca diferencia; todos se reducen a unos pegotes de barro con cuatro alambres. Si están pintados de blancos son ovejas, si de negro lechones; si en la parte que figura la cabeza tienen otro par de alambres, ya están converti-

dos en cabras o en burros, según la posición de aquellos, y así podríamos ir citando otras variaciones hasta lo infinito.

Un periodista cordobés de excelente humor, don José Navarro Prieto, tenía en el bufete de su despacho varios de estos *animalitos* y cuando le visitaba algún forastero enseñábaselos como muestra de los *prodigios* que sabemos hacer en Córdoba.

Pero está justiffcada esa falta de arte, pues las personas que tienen buenos *nacimientos* no adquieren las figuras aquí, sobre todo desde que no vienen los vendedores de Granada que solían traer algunas bien hechas, y los toscos muñecos que se exhiben, al aproximarse la Noche Buena, en los alrededores del Mercado, destínanse sólo a juguetes de los pepueñuelos, que los rompen apenas caen en sus manos.

Por eso los padres, cuando van a comprar a sus hijos pastores, sólo buscan lo más barato, y como el precio está en relación con la calidad, suelen decir, al preguntarles el vendedor si los quieren *finos* o *bastos*: mientras más malos mejor, porque... ¡para lo que van a durar!

Pero cualquier muchacho, el día de la Nochebuena, como logre poseer varios de esos monigotes, que él no cambiaría por una escultura de Montañés, una pandereta de relucientes platillos o una zambomba llena de lazos y tirabuzones, y una caña dulce muy gruesa y muy larga, se considera más feliz que todos los potentados de la tierra.

¡Dichosa edad en que a tan poca costa se satisfacen nuestras ambiciones!

Ricardo de Montis.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

PELÍCULAS DEL NATURAL

¡LOS POBRES PAVOS...!

No te alarmes, popular betunero Guzmán el Pavo, que tú no has de figurar en esta película, ni como pavo ni como limpiabotas. He de hablar solamente de los pavos auténticos, de esa distinguida familia cuyos individuos presumen en estos días más que una titiritera de circo barato. Después de todo ¿para qué tanta arrogancia si, al fin, tienen que morir a manos de un discípulo cualquiera de Brillat-Savarín, que viene a ser el Dante de la literatura culinaria?

En verdad que la humanidad es muy cruel con este cebón con plumas, pesado e indefenso. Desde que el pavo abandona orgulloso el protectorado de la caña del vendedor hasta que la cuchilla casera corta su cuello, pasa por una serie de penalidades más crueles que la misma cocción en el horno.

El pavo, antes vanidoso y siempre tonto, entra en la casa con la cabeza para abajo. Lo primero que escucha, helándosele el moco de terror, es la obligada discusión sobre la recompensa que ha de darse al bárbaro asesino que lo conduce. Por fin, entregan dos reales al pavero y la víctima se queda entre la familia que ha de devorarla. ¡Cuántas demostraciones de júbilo! ¡Qué incansable tarea de pasarlo de mano en mano, haciendo consideraciones sobre el peso del sentenciado! Uno lo compara con el pavo del año anterior y trata de humillar al nuevo ponderando las proporciones del otro mártir de la tiranía gastronómica; otro le echa un requiebro *in artículo mortis* y, mientras, la indefensa víctima, con el moco caído, oye su sentencia espantosa. Después, pretende confundir a la familia con una triste mirada en la que parece expresar esta opinión: Esta pobre gente debe haber comido pavo muy pocas veces. ¿Qué delito habré cometido para caer entre estos verdugos, crueles y cursis?

De pronto, surge una disputa sobre su sexo.

¿Tan afeminado soy yo?—piensa el pavo.—¡Tomarme por una pava! ¡Era lo único que me faltaba oir!

Desde las manos de sus admiradores, pasa el pavo a la prisión

que le han destinado; allí siente al poco rato pasos apresurados, que le hacen pensar en su próximo fin; a poco arrojan con desprecio en su compañía una pava, regalo de un amigo de la casa; el pavo la reconoce en el acto; diminuta, alegre, coquetuela, un mismo dueño los expuso a la vergüenza pública en el mercado; una misma caña los sacaba de su ensimismamiento cuando en plena calle se paraban delante de un escaparate.

La pava le comunica noticias horribles; al pasar por la galería ha oído la enérgica voz de un hombre, que decía: ¡La sangre del pavo que me la sirvan en la sopa!

¡Esto es espantoso! Y todo por haber comido más habas que otros—decía el pavo, a la vez que rodaban dos lágrimas por su moco, casi descolorido de espanto.

A los dos días de cautiverio, el pavo pierde la conciencia de su ser y marcha al horno con la resignación de un mártir.

El pavo muere por no haber podido volar a otras regiones. Se lo impidió su peso.

La pava, sola y como atontada, efecto de su aislamiento, gritaba y gritaba, hasta que unas manos criminales también pusieron fin a su existencia de corral, cortándole de una cuchillada el fino cuello.

¡Pobres pavos y pobres de los que no los prueban en ninguna época del año!

Francisco Quesada.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico, en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

LOS CORDOBESES DE MADRID

Marcos Rafael Blanco Belmonte

Poeta de inspiración cordialísima, en cuyo corazón, como en una lira extraordinariamente sensible, el vivo recuerdo de Córdoba produce poesías de excepcional belleza, como aquella que, al ser recitada en ocasión memorable, quedó como Himno de Córdoba y valió al ilustre vate la imposición del nombre de Blanco Belmonte a la calle Pedregosa, que así premia esta ciudad buena a los hijos que dentro y fuera de ella saben enaltecerla y concederle laureles nuevos.

De la importancia de Andalucía en España

Bernardino Machado, benemérito presidente de la República portuguesa, ha conversado con nuestro notable publicista Luís de Zulueta, y aquel egregio patricio—a quien profesamos cariño, respeto y admiración — ha dicho algunas cosas que nos importa recoger, como amigos de Portugal... y también como amigos de la verdad *in sinu Hispaniæ rerumque natură*.

Copiemos:

«España es una nación continental. Tiene en su propio territorio la razón de su existencia. Pudo perder sus colonias sin que su vida se resintiese. Tiene, además, para lo futuro, en su comunión espiritual con los pueblos hispanoamericanos, un ideal espléndido.

«Portugal, por el contrario, es un litoral, una costa sobre el Atlántico. Casi podríamos decir que, como Inglaterra, es una isla. No subsistiría sin sus colonias. Como nación, no es concebible sin ellas. Su vida no está en el territorio, está en el mar.»

Muy bien; pero esa vida en el mar, en vez de asegurarla mediante protecciones extranjeras,

que trascienden a protectorados, ¿no la consolidaría y aumentaría Portugal más rotundamente, mediante su íntima y fraternal compenetración con el resto del solar hispánico, con esta salvaguardia continental que le brinda la naturaleza de las cosas?

Si nos diera el naipe por interpretar maliciosamente la división de valores geográficos que establece el ilustre Machado, llegaríamos a esta fórmula: «Portugal por el mundo, y España encerrada en su casita.»

Esto es absolutamente inadmisible desde el mismo punto de vista en que, al decir de Luís de Zulueta, se coloca el presidente de la República hermana.

Negar la gran valía marítima de Portugal, fuera como negar la existencia del Océano; pero el Océano a nadie concede privilegios exclusivos, y en materia de *litoral*, hay en la Península algo más que el litoral portugués.

Prescindiendo, pues no hace al caso, del magnífico litoral que sobre el Mediterráneo tenemos desde el Estrecho al cabo de Rosas; prescindiendo de lo que importan para nuestra vida marítima y nacional las Baleares y las Canarias; prescindiendo de la comunicación constante y estrecha de España con América, ¿nada valen ni significan las costas, playas y puertos que sobre el Atlántico, y en doble comunicación con Europa y el Nuevo Mundo, tienen Vasconia, Cantabria, Asturias y Galicia?

Don Nicolás Estévanez, que al profetizar para más tarde o más temprano la Federación Ibérica (grato sueño para unos, ingrata pesadilla para otros) discernía a Portugal la futura hegemonía en los destinos peninsulares, escribió al hablar de la situación geográfica que disfrutan los lusitanos:

«En este concepto, la única región de España que pudiera disputarle la hegemonía a Portugal es, indubitablemente, Andalucía; también la baña el Atlántico (desde Algeciras hasta los Algarbes), también está cerca de Africa, también recibe atenuada por la distancia la influencia nociva del continente europeo... El Mediterráneo, mar prehistórico, importantísimo allá en los tiempos de Homero, pudo llamarse el mar de la civilización; pero ésta ha pasado al Occidente: el Atlántico no admite más competencia que la del Pacífico.»

De suerte que aún despojando de su importancia al *mare nostrum* de los latinos (despojo en que no convienen con Estévanez los hechos actuales y en que mucho menos convendrán los catalanes, valencianos, mallorquines, cartageneros, almerienses y malagueños), ahí son dos frioleras de «valor marítimo» las que tiene España por el Norte y por el Sur, a la derecha y a la izquierda del litoral portugués.

Esto, que se sabe hasta en Belchite, muy tierra adentro, ¿por qué se aparenta ignorar o desdeñar en la presidencial residencia de Cascaes?

Con sólo Andalucía, como intentó en tiempos de Felipe IV aquel Duque de Medina Sidonia, cuñado del duque de Braganza, y con sólo las ricas y laboriosas regiones que baña el mar Cantábrico, se podrían formar dos reinos, repúblicas o lo que fueren, que con colonias o sin ellas tendrían motivos sobrados para llamar de tú a los lusitanos por el mar y por la tierra.

Y no hay que hablar de las puertas y ventanas que todavía habrían de quedar al resto de la vivienda hispánica con hermosas vistas y fructuosas salidas a «la mar salada». A la nación que se halla en tales condiciones de vida para el presente y para el porvenir—pese a la inícua reducción en que la tienen sus pésimos administradores y ruínes explotadores—no es posible decirla, dentro del mismo solar y por conducto de otro inquilino hermano: «Quédate tú encerrada en tu rincón continental, y reconóceme mi predominio por los mares.»

El texto del agudo y clarividente Estévanez, que antes se ha citado, concluía con estas palabras, escritas a poco de la transformación política experimentada por el país que rige Bernardino Machado: «Vivamente deseo que la República de Portugal no imite en nada a las viejas naciones europeas; se lo deseo como republicano, como federal, como africano y como quien está de Europa hasta la coronilla.»

Triste desengaño recibiría hoy aquel gran amador de Portugal (tanto, que hasta le señalaba la hegemonía en la Federación Ibérica), al ver que un espíritu de tanta altura y comprensión como

el que saludamos en Bernardino Machado, incurre en negaciones egoístas y apartadijos arbitrarios que solamente se llevan ya en los Balcanes... para oprobio y perdición de aquellas gentes.

Las amables palabras que el señor Zulueta pone en boca del presidente de la República hermana, endulzan la acritud del pensamiento; mas no basta para borrar la hostilidad y el desdén que esa Europa, de quien estaba el federal Estévanez hasta la coronilla, es la más interesada en fomentar, a fin de que la gran familia ibérica no recupere el puesto que la corresponde en el mundo.

Mariano de Cavia.

NOCHE DE RECUERDOS

En mi hogar dejó su huella
la Implacable. Helado cierzo
apagó las existencias que, cual lámparas (sagradas,
alumbraban nuestras almas.
Hoy está el hogar desierto
y sellado con el rastro de la muerte,
ese rastro misterioso, frío, negro...

En la espaciosa cocina,
junto al fogaril casero
en cuyo centro, las llamas
rimaban baile dantesco;
en animado consorcio
con el vino y el jaleo
de rabeles y carracas,
de zambombas y panderos;
escuchando de la lluvia
persistente el tintineo,
el crugir de las maderas
y los gemidos del viento;
allí, en aquella cocina
de mi casita del pueblo,
pasaba la Noche buena
junto a mis hermanos tiernos,
junto a mis padres queridos,
junto al venerable abuelo,
junto a la mujer amada...
Sólo a mis hermanos tengo.
Como aquellas Noches buenas
los demás seres se fueron
para dormir en la tumba.
La férrea mano del tiempo
no borrará de mi mente
el indeleble recuerdo
de aquellas noches, pasadas
junto al fogaril casero,
con pan, cariño, ilusiones
y amor, gozando el compendio
de la vida alegre, sana
y patriarcal de los pueblos.

Esta Noche buena, hermanos,
aún vivimos
todos bajo el mismo techo.
Esta Noche buena triste
no tenemos
de nuestros amados padres
las caricias y los besos.
Venid junto a mí, que soy
el más fuerte; yo os defiendo.
No lloréis; rezad, oremos
porque nuestro hogar no acabe,
porque Dios borre ese sello
que en el mismo dejó el rastro de la muerte,
ese rastro misterioso, frío, negro...

Antonio Arévalo.

FIGURAS DE LA CALLE

El cuartillero del *Liberal*

En la Escuela de Veterinaria

Difícil es dar cuenta detallada, en el breve espacio de que disponemos, de todo lo que el pasado domingo hubo de conocer la Unión de Dependientes de Comercio, al girar su visita, en plan cultural, a nuestra Escuela especial de Veterinaria.

Difícil, no sólo por el gran número de cosas, sino esencialmente por su alta calidad. Es creencia corriente que la especial profesión de Veterinario es idéntica a la de Herrador y, para muchos, exclusivamente ésta. El forjador, el albéitar, son dos tipos que aún perduran en los cerebros vulgares y en muchos que aparentan no serlo, confundidos y confundiendo al moderno Veterinario. Pero no es esto; hoy la Medicina y la Veterinaria, en cuanto ciencias, son de igual categoría y, en cuanto a su práctica, casi el mismo peldaño ocupan: la Medicina defiende la vida del hombre y la Veterinaria defiende los medios de que la vida se vale para su persistencia.

El veterinario, hoy, no es el forjador, el albéitar, no; el Veterinario es un hombre de ciencia y de ciencia tan profunda como el Médico, con la ventaja, por parte de aquél, de que su ciencia, como profesión, no puede ser ni es excesivamente mercantilista.

Para conocer en su entraña la Veterinaria, hay que hacer lo hecho por la Unión de Dependientes de Comercio: acudir a sus escuelas, y cuando en ellas se vea la intensa y profunda labor realizada por los claustros; se conozcan los arsenales anatómicos y zootécnicos, los laboratorios bacteriológicos y de fisiología, etc., etc.; cuando el público penetre en estos centros de estudio moderno y admire la exquisitez y perfección del material de enseñanza, y el afán y entusiasmo conque al trabajo se dedican profesores y alumnos, entonces, y sólo entonces, esta altamente humanitaria profesión habrá alcanzado, en el concepto público, su intrínseco elevado rango.

Todo ello pudimos nosotros saborearlo, y oyendo unas veces al muy digno director de la Escuela señor Bellido, y otras a los profesores señores Moreno Ruiz, García Suárez y Martín Merlo, que, galantemente, ofreciéronse a acompañarnos, dándonos noticias científicas de lo allí encerrado, la Unión de Dependientes pudo admirar el arsenal de Ana-

tomía comparada, repleto de piezas anatómicas plásticas, sobre las que el alumno puede conocer el mundo de las formas como si lo estudiase sobre el vivo; el laboratorio de microbiología, donde se realizan análisis y cultivos microbianos, y se está acondicionando la preparación de vacunas y sueros; el museo de Historia natural, poseedor del más bello ejemplar de caballo árabe; el laboratorio de fisiología, con vasto y moderno material de exploración y experimentación; el arsenal quirúrgico; la amplia cámara obscura; el anfiteatro, ámpliamente iluminado y extenso; el botiquín, verdadera farmacia; el gabinete para diaria y pública consulta; las clínicas para animales enfermos contagiosos o no; la sala de operaciones, provista de hermosa cama, de mecanismo originalmente adaptado a las necesidades por los mismos profesores de la escuela; la confortable y bien repleta biblioteca, etc., etc.

Más de dos horas hubieron de permanecer en el local (edificio antiguo e inapropiado, talmente que obliga a que una misma aula sirva para cátedras o enseñanzas muy distintas), los dependientes y hubieron de maravillarse no sólo al contemplar lo ya expuesto, sino también al admirar sobre un lienzo de proyección el esplendoroso mundo paleontológico y sobre la platina del microscopio el vario e infinito mundo de lo pequeño, del que el culto profesor señor Moreno hizo en el acto una preparación, ofreciéndonos los microscópicos habituales huesped de la boca de uno de los concurrentes.

Que muy pronto veamos toda esta bastísima labor en edificio moderno y adecuado, ya de imprescindible necesidad y Córdoba, una vez más, podrá justamente enorgullecerse de sus, por desventura, ignorados pero meritorios centros de cultura.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

EPISTOLARIO

Al Dr. Velázquez de Castro. Catedrático de Terapéutica de la Universidad de Granada

Mi ilustre maestro: En el último número de su muy culta revista *Gaceta Médica del Sur,* en la que, no con toda la frecuencia que desearíamos los amantes de ideas nuevas, viene V. ejerciendo el alto apostolado de introducir en la serena vetustez de la obscura medicina, prolíficos rayos de luz revolucionaria y progresiva, afirmando la influencia astral en las reacciones hemolíticas, y estableciendo otras veces el principio de la función clorofiliana, etc., etc., demostraciones, siempre, de su bello ingenio y profunda sabiduría, leo con verdadero asombro, por la valentía de exposición, no por la afirmación misma, pues que algo similar hube de pensar yo con respecto a otra enfermedad hoy tenida por microbiana, aunque de agente aún desconocido, que, «*el sarampión sin complicaciones es un leve arsenicismo de origen alimenticio y la escarlatina sin complicaciones un leve yodismo.*»

Atrevida parece su afirmación, no en su esencia, pues que tengo la creencia de que sólo intoxicaciones son algunas de las enfermedades hoy llamadas microbianas, pero sí atrevida resulta en la exposición doctrinal.

Hace usted el parangón entre los cuadros sindrómicos de ambas enfermedades y los que ofrecen al clínico las intoxicaciones leves arsenicales y yódicas y por él concluye la realidad de su identidad, y amante de su bella concepción, sale usted al paso de las solas objecciones que cree pueden ofrecérsele: ¿Cómo explicar la inmunidad? ¿Cómo justificar el contagio? Pretende usted salvar las dificultades y decididamente afirma, pero...

Permítame algunas dudas, cuya exposición no tiene por finalidad entablar discusión, reconocida mi incapacidad, sino solamente demandarle enseñanzas.

Salva usted las dificultades de inmunidad, recordando la habituación del organismo a algunos agentes medicamentosos, que exige el paulatino aumento de dosis. Y creóme que no es esto suficiente. ¿Es duradera y persistente esta inmunidad *química* una vez libre el organismo de la acción del medicamento? ¿Lleva esta inmunidad sus efectos, tan lejos como la infecciosa que no sólo se extiende a luengos años, sino que puede perpetuarse por herencia? No; la *inmunidad química* sólo es real en tanto el organismo hállase bajo la acción ininterrumpida del medicamento, desapareciendo aquella cuando deja de administrarse este.

Salva usted la segunda, por la absorción del arsénico o yodo existentes en las partículas de descamación. Y admitiendo nosotros la existencia de estos cuerpos en las escamas producto de la desecación de los exantemos y enantemas, pues que firmemente creemos que ya debió usted hallarlos por el análisis químico, hemos de preguntarle: ¿Son suficientes a producir contagio las muy exíguas cantidades de aquellas sustancias existentes en las escasas escamas absorbidas por los testigos, a veces tales por presencia fortuíta? ¿Cómo explicar la habitual gravedad de estas enfermedades cuando recaen en organismos adultos, que bien sabido es han de necesitar mayor cantidad de agente tóxico para la aparición de accidentes, idiosincrasias aparte?

De su sabiduría, ilustre maestro, esperamos la aclaración a estas dudas, que de seguro no nacieron en apetecida repulsa a su genial y bella doctrina, sino en nuestra cortedad intelectiva, y con ello podremos admirar una vez más al maestro que, culminando cerebralmente en la «Medicación antracénica», supo elevarse cordialmente, hallando la verdadera amistad en la dulce sensibilidad de los inocentes hirundínidos.

Respetuosamente le saluda su discípulo, q. l. e. l. m.,

Dr. Ruiz Maya.

Los Nacimientos en las casas de Córdoba

Aunque con la pérdida del sentimiento religioso van desapareciendo de ciertos hogares piadosas costumbres, no es Córdoba de los pueblos que arrojan lejos de sí sus tradiciones sólo para marchar con las tendencias del tiempo.

Todavía vemos a muchas familias dedicarse unos cuantos días antes de Noche buena a la formación de verde y poético Nacimiento, ensueño de los chiquitines de la casa y que aparece colocado en un testero de la limpia sala cordobesa.

El padre de familia es, generalmente, el encargado de los trabajos e instalación, así como de ultimar ciertos detalles artísticos.

Provisto de fresco monte, corcho en abundancia, arena, cristal, a más de los portátiles edificios de cartón y los personajes de barro que han de intevenir en el conjunto panorámico, procede a su faena, en la que invierte varios días, según las dimensiones de la obra.

Una vez terminada ésta, convoca a la esposa y a los muchachos para que acudan a presenciar su término feliz; y aquí entran las exclamaciones de aprobación y las palmadas y saltos de júbilo de los chicos, que se creen transportados a aquellos encantadores países de la Judea que allí se representan.

Pueblos de Córdoba.--Vista panorámica de Belmez.

Aquellas poéticas curvas del Jordán que corren entre orillas alfombradas de césped y sobre un fondo de finísima arena, les encantan; inclinadas sobre el cristal del cauce, vense las trabajadoras lavanderas retorciendo sus blanquísimas ropas, que en otro lugar aparecen colgadas sobre algunas matas de madroño.

Por el vetusto puente de *sillería* suben, con cierta majestad, los Reyes Magos, cuyos corceles de bríos africanos, encantan por la firmeza de sus miembros y lo elegante de su cuello.

Las veredas que conducen al Portal, vense cuajadas de pastores conduciendo ofrendas de diversas especies. En las encrucijadas de los caminos levántanse las ventas, blancas como palomas, con el imprescindible y antipático ventero asomado al balcón, despidiendo con cajas destempladas a la Sagrada Familia.

Más arriba y sobre un verde prado, los mansos rebaños parecen despuntar la fina hierba. Hacia el fondo, el país se hace más accidentado; una agreste cordillera de montañas limita a la vista el horizonte; el corcho ha hecho allí prodigios inverosímiles; ya es una cresta que, cual otro Himalaya, desafía las tempestades; ya es un precipicio que desciende casi vertical hasta el fondo de una sima, cuenca ya estéril y seca de agotado torrente; o ya, en fin, florida meseta en la que se recuesta muellemente la deicida Jerusalén, con sus almenadas murallas y sus elevadas torres. Y, por último, al pie de aquellas faldas levántase desmantaleda la gruta de Belén, en donde aparece recostado el divino niño, dando la primera lección a la necia vanidad humana y enseñando el difícil camino de los humildes.

Al pie del Nacimiento se escuchan mil cánticos de júbilo y alegres villancicos, en donde la poesía popular hace de las suyas.

La pastoril zambomba, la revoltosa pandereta y los más sencillos instrumentos, capaces de producir ruido, reúnense en torno de aquella especie de altar, agitados por manos incansables que convierten la tranquila casa en escandaloso e indescriptible maremágnum, cuya algarabía se prolonga hasta las primeras horas de la madrugada.

En la Noche buena, no faltan algunos glotones y aficionados a empinar el codo, que profanan la fiesta y se convierten en insensibles pellejos, viniendo a ser la nota discordante de las reuniones.

Los Nacimientos, al pasar la Pascua de Reyes, empiezan a desaparecer de las habitaciones cordobesas, aunque en algunas casas permanecen hasta la fiesta de la Candelaria.

Cuando las hojas de monte, ya mustio, empiezan a desprenderse de las matas y a alfombrar el paisaje del Nacimiento; cuando los pastores y los reyes ruedan por las simuladas peñas faltos de cabeza o de brazos, víctimas de las travesuras infantiles; cuando la tersa supurficie de los lagos y los ríos se resquebraja cual si fuese de hielo y el espíritu de la desolación y de la tristeza se cierne sobre lo que antes fué campo de alegría, es señal de que pasó la Noche buena con sus villancicos, sus zagalas y sus pastores, trayéndonos a la memoria el profundo axioma de aquel canto popular que entre la risa y la algazara hiere el alma cual dardo punzante:

La Noche buena se viene
la Noche buena se va;
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Antonio Ramírez.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

LOS DEPENDIENTES DE COMERCIO

EL MONTEPÍO MERCANTIL

Reconocida por la mayoría de los dependientes de comercio la urgente necesidad de instituir una Caja de Ahorro y Previsión que pueda subvenir a las primeras necesidades de sus asociados, en caso de invalidez de los mismos, la Unión de Dependientes de Comercio de Córdoba y su provincia se dispone a llevar a la práctica obra tan meritoria.

No pienso ocuparme de los beneficiosos resultados que obtendríamos los dependientes con la creación de nuestro Montepío; casi todos los conocen, pues compañeros más cultos y mejor versados que yo en cuestiones periodísticas, los han puesto de relieve en periódicos profesionales. Unicamente me propongo dar a conocer los trabajos que con tal objeto lleva realizados la Unión de Dependientes, y para ello empezaré por reproducir a continuación las bases aprobadas por nuestra Junta Directiva en sesión celebrada el dia 1.º de los corrientes, para redactar el reglamento del Montepío Mercantil de Córdoba y su provincia:

1.ª La sociedad Unión de Dependientes de Comercio de Córdoba y su provincia, persiguiendo un fin humanitario, instituye una Caja de Ahorros y Previsión que se denominará «Montepío Mercantil de Córdoba y su provincia», la que tendrá por objeto subvenir a las primeras necesidades de los asociados que por cualquier circunstancia queden invalidados para el desempeño de sus habituales ocupaciones, estableciendo a favor de los mismos una pensión vitalicia.

2.ª Podrá inscribirse en este Montepío todo dependiente de comercio mayor de dieciocho años, que resida en Córdoba y su provincia y que sea miembro de la Unión de Dependientes de Comercio. Los asociados se demominarán: locales, corresponsales y protectores.

3.ª El Montepío será regido por un Consejo de Administración, que se compondrá de un presidente, un vicepresidente, un tesorero, un interventor, un secretario, un vicesecretario y siete consejeros. Los seis primeros cargos serán ocupados por los

asociados que ostenten igual representación en la Junta directiva de la Unión de Dependientes de Comercio y los siete consejeros se elegirán anualmente entre los socios protectores.

4.ª El capital del Montepío se formará con los donativos que se reciban para dicho fin, con lo que se recaude por cuotas y con los recursos que lícitamente pueda arbitrar el Consejo de Administración, siempre que en el acto que se trate de efectuar no se expongan ni en mucho ni en poco los intereses del Montepío.

5.ª La cuota será de una peseta mensual para los socios locales y corresponsales.

6.ª La Unión de Dependientes invitará a las corporaciones eclesiásticas, civiles y militares y a todos los jefes de las casas de comercio de Córdoba y su provincia para que presten su protección a esta obra por medio de donativos iniciales y de cuotas mensuales voluntarias. Estos donantes recibirán el nombre de socios protectores y podrán examinar en cualquier momento las cuentas del Montepío.

7.ª Los fondos que por donativos y cuotas se recauden irán íntegramente al Montepío, obligándose la Unión de Dependientes de Comercio a subvenir a todos los gastos de administración del mismo.

8.ª Todas las cantidades destinadas al Montepío se depositarán provisionalmente en el Banco de España u otro establecimiento de crédito, hasta que el Consejo de Administración acuerde el depósito e inversión definitivos donde más convenga a sus intereses.

9.ª El Consejo de Administración redactará el reglamento, el que será sometido a la Junta general para su discusión y aprobacion, especificándose en él los medios más rápidos y eficaces para facilitar a los asociados pensiones por inutilidad, jubilaciones, etc., etc.

—

Por los trabajos que ha realizado y los que se propone realizar la Unión de Dependientes de Comercio, verán los factores comerciales de esta plaza que la Junta directiva de nuestra asociación no ceja en su empeño de procurar por todos los medios beneficiar a sus compañeros; y así como nos impusimos muy gustosamente el deber de laborar con ahinco por el bienestar común, también nos revestimos del derecho de solicitar, de exigir a todos los dependientes que, a impulsos del amor que todos debemos sentir hacia nuestra sociedad, secunden nuestros proyectos, cooperen a nuestros planes y, unidos todos, bajo la influencia del mismo noble anhelo de regeneración, instituyamos un Montepío que nos sirva de refugio en nuestra vejez, y vigoricemos nuestra agrupación hasta que pueda figurar entre las más florecientes y mejor organizadas de España.

Rogelio Luque Diaz.

Pueblos de Córdoba.--La calle de Pedroche en Belmez.

Vulgarizaciones sociales y políticas

De la Conciencia: Conciencia social y politica.

De todos los objetos que nos rodean, de todas las maravillas de la Creación en medio de las que desenvolvemos nuestra actividad, haciendo nuestra vida propia condicionada con la de los demás seres, pero con un matiz de independencia que nos pertenece, ninguna nos es más presente en la vida que nuestra propia existencia y de ninguna tenemos propio conocimiento más que de nosotros mismos.

Todas las demás cosas que la Naturaleza, pródiga siempre, nos ofrece, todos los objetos que llaman nuestra atención, despiertan nuestros sentidos y nos hacen pensar en una determinada dirección o con arreglo a determinadas normas, no son, propiamente hablando, conocimiento nuestro, sino que tenemos conocimiento de ellos, viniendo a formar, por agregaciones sucesivas, parte de nuestro conocimiento, y dejan de ser para nosotros, en cuanto no forman o informan el conocimiento; así, por ejemplo, el olvido, la ignorancia, etc., suponen falta de agregaciones de esos conocimientos al nuestro o pérdida de una o varias agregaciones anteriores, producidas por causas determinadas o indeterminadas.

El conocimiento de nuestro propio ser, el conocimiento de nosotros mismos y la afirmación de nuestra personalidad sustantiva, en una palabra, de nuestro yo, es el primer triunfo que obtiene el ser racional en el orden de la inteligencia y del pensamiento; es la determinación más íntima y concreta de la personalidad racional y el punto de partida del conocimiento filosófico, racional y progresivo, pues que sobre él no cabe que sea pensado otro antes y está, como base firmísima e inconmovible, sobre todo pensamiento o determinación posterior a él.

Afirmando esto, se ocurre preguntar: y en el orden del conocimiento filosófico, ese conocimiento ¿qué es? ¿Es una idea? ¿Es un juicio? No es una idea, porque si lo fuera, supondría la separación de todo lo que en mí es individual y determinado; no es un juicio, porque ello significaría una relación, es decir, algo de mi ser, pero no mi ser.

El conocimiento de mi de mi yo, propio ser, es un conocimiento absoluto; no está sujeto al tiempo, pues está sobre todo mi tiempo, es decir durante la existencia de mi ser; no es la vista de mi, ahora o luego, en determinadas condiciones o circuntancias—lo que sólo sería una vista de estos conocimientos sensibles que aquella contiene—sino la unidad, que abraza todos estos estados, tanto los determinados como los que están en parte por determinar.

Dejando a un lado, porque ello nos llevaría muy lejos de nuestro propósito, el determinar si el principio de la Ciencia es el conocimiento de nosotros mismos, como enseñaba Fiche al hablar del yo, o si esta debe partir directamente de la realidad exterior o interior, de la cual la conciencia no es más que

un estado (escuelas ontológicas, empíricas o idealistas) o, como afirma el positivismo moderno *a priori*, que no hay más conocimiento que el experimental; llegando con Wund a la afirmación de que las percepciones de los sentidos, las imágenes o representaciones de nuestra fantasía, las ideas, los sentimientos y las voliciones o deseos, forman una trama o hilazón continua que se llama conciencia, que tiene como carácter fundamental, dado por la experiencia, la unidad, y como condición la unión, según leyes, de los hechos mentales; estableciendo la base fisiológica de la unidad de conciencia en la continuidad del sistema nervioso; saltando, pues, desde la doctrina socrática, de que «el conocimiento de nuestra propia ignorancia es el principio de la sabiduría», seguida durante la Edad Media por San Agustín y en la escolástica moderna por Balmes, base de la doctrina cartesiana *Cogito ergo sum*, hasta la afirmación de lo absoluto de la idea y del yo de Fiche y de Hegel y siguiendo los modernos sistemas positivistas de Cousin, Mausel, Wund, etc., llegamos a la siguiente afirmación doctrinal: la conciencia, psíquicamente considerada, es un acto de razonamiento, una afirmación que se repite a cada instanste y que consiste esencialmente en distinguir mi yo, mi ser, del mundo exterior y de los objetos que lo componen. La conciencia personal es, por tanto, la conclusión de una larga cadena de conclusiones, el punto final, la síntesis de la síntesis.

Nuestro yo no puede ser considerado como una cosa existente por sí, distinta del cuerpo y opuesta a él. Los hechos que producen la conciencia, son los procesos psíquicos de la sensación y de la percepción y los hechos fisiológicos de la inervación. La aparición de la conciencia, es imposible sin un movimiento molecular en los nervios y sin el mecanismo de los reflejos, junto con la percepción, por lo que se ofrece como un momento determinado de nuestro ser en su desarrollo, el que, según el punto de vista en que nos eduquemos, ya nos parece espíritu, ya cuerpo.

Pero ¿es que la conciencia de mi ser está formada de una serie de conciencias (estados determinados del sujeto) sin trabazón ni relación entre sí? No. La realidad permanente de nuestro yo, es un hecho que sentimos en nuestro interior y, si a esta presencia interna, que nos enseña la experiencia, como existente en nosotros, se quiere llamar intuición del alma, nosotros tenemos intuición de la nuestra, pues o tenemos que admitirla o tenemos que renunciar al testimonio de la conciencia.

Con razón, pues, sostiene M. Mausel que «en la conciencia de sí mismo, tiene cada hombre su conocimiento real» y afirma que la validez de la intuición inmediata está en este caso fuera de duda. Digan lo que quieran los fundadores de sistemas, continúa, «el sentimiento no corrompido de la humanidad, rehusa conocer que el espíritu sea únicamente un haz de estados de conciencia, del mismo modo que la materia es quizá un haz de cualidad sensibles.»

Fernando Balcera.

EL NACIMIENTO DEL SEÑOR

—:—

Ya viene por las montañas,
llena de tristes cantares,
la noche de los hogares,
la noche de las cabañas.
Ya resbalan los rumores
del pueblo que se alboroza;
ya dejan la humilde choza
con júbilo los pastores.
Se regocija la aldea,
y ya en la torre bendita
que se levanta en la ermita
una campana voltea.
Cuando espléndido sepulta
el sol la luz con que arde
y la estrella de la tarde
sus tristes rayos oculte,
besará la blanca luna,
sola en la región vacía,
el portal donde dormía
el Niño Dios en su cuna.
Irá vertiendo su luz
con resplandor funerario
desde Belén al Calvario,
desde el Calvario a la Cruz.
Y del espacio en la frente
con tibios fulgores vagos,
el lucero de los Magos
brillará puro en Oriente.
Y el pastor en su cabaña,
en las flores el rocío,
en sus arenas el río
y la alondra en la montaña,
con puro y ardiente anhelo,
con amor santo y profundo,
bendecirán en el mundo
al Rey del mundo y del Cielo.

Antonio F. Grilo.

LA NOCHE BUENA DE LOS SIGLOS

I

Como acero ensangrentado
luce y brilla roja llama:
es la antorcha de la idea,
de la idea fulgurante y soberana
que ha triunfado de los cierzos de la envidia
y del hielo del desdén y la ignorancia.

A sus claros resplandores
se despierta entre las sombras un fantasma:
es su voz el ronco trueno,
su latido el de los mares en borrasca.
su cabeza el monte hirsuto
con melena de pinares y de hayas.
Es titán de las edades que pasaron;
de centurias que murieron, es el alma.

Canta el genio de los siglos
—*¡Sursum corda!...*
Cual alondras que del surco se levantan,
levantad el corazón y el pensamiento
ante el trono de la gloria inmaculada;
encended en el recuerdo la pupila,
—flor de luz entre la niebla de las lágrimas—
y guardad en la retina y en el pecho
los ejemplos de otros siglos y otras razas.

De los arcos sepulcrales,
contemplad cómo se alzan
las efigies de guerreros siempre invictos
que murieron empuñando las espadas.
Muchas veces esos bravos adalides
cosecharon el laurel tras la batalla.
Sus tizonas fueron lenguas y cantaron
la brillante Noche buena de la Patria.

En el gótico recinto del convento,
en mezquitas por la cruz santificadas.
en arquetas de brillante orfebrería
que los Arfes con su genio cincelaran,
de mil mártires y santos
se conservan las reliquias venerandas.
Esos hombres, con la Fe por estandarte
y sayales por coraza,
arrostrando privaciones y martirios
en regiones no exploradas,
consagraron esplendente Noche buena:
¡La bendita Noche buena de las almas!

En los libros, que perduran cual blasones
de nobleza acrisolada,
resucitan los filósofos y sabios
de cerebros luminosos como el alba.
Y aun palpitan los colosos de la idea,
y al vibrar las inmortales enseñanzas
vibra el himno triunfador: himno de gloria.
¡Noche buena de la Ciencia soberana!

. . . .

¡Ya no existen tus caudillos ni tus mártires!
¡Ya te has ido, Noche buena sacrosanta!

II

Desde el fondo del taller surge un bramido
mas potente que fragor de cien batallas:
es el eco de los fuelles gruñidores
que resoplan en las fraguas
aventando como lluvia de luceros
los carbones del hogar que no se apaga;
es la voz de los martillos sobre el yunque,
es zumbar todo pujanza
de dinamos y turbinas
que despiertan a las lámparas voltaicas,
es resuello de las bombas,
es crujido de engranajes en la máquina,
es el golpe de incansable rotativa
que se mueve como fiera encadenada
y en pedazos de papel fija la idea:
pan bendito de la gran familia humana.

Desde el fondo del taller canta el trabajo:
—¡Salve, genio de los siglos y las razas!
Si en tus muertos aun alienta fe robusta,
en mis hijos late y vive la Esperanza.
Del acero de tus nobles adalides
he forjado mis piquetas y guadañas;
tus broqueles y guadañas sucumbieron
y renacen en buriles y en azadas;
de tus libros portentosos
he sacado lo mejor de mi enseñanza,
cual la abeja dulce miel de los romeros
que perfuman la campiña solitaria,
como el buzo finas perlas
de los senos de las olas encrespadas.

Mis soldados, con la blusa azul de cielo,
en la altura del andamio fingen águilas;
en el seno de la tierra son los cíclopes
que perforan las graníticas montañas;
junto al fuego son Vulcanos,
y a los gritos de doctrinas exaltadas
son chacales carniceros, que, en la lucha,
¡unos mueren y otros matan!

¡Conservemos la esperanza, nobles hijos!
Laborando se ha forjado nuestra raza;
prosigamos laborando sin reposo,
y aguardemos tras la noche la alborada
preparando la fecunda Noche buena
del humilde, del obrero que trabaja.
Como un cóndor gigantesco
abre el sol la maravilla de sus alas,
con su lumbre inextinguible, luz eterna,
faro excelso que por dicha no se apaga,
a través de veinte siglos
resplandece pobre establo en la montaña:
es la cuna y es la fosa de los pueblos,
es hogar de las conciencias y las almas.

. . . .

Vuelve, vuelve, redentora Noche buena
por los siglos de los siglos esperada.
¡Ven a todos como fuente de consuelo!
Ven a todos cual celeste bienandanza:
al que llora y al que sufre,
al que oprime y avasalla,
al que vence y al vencido... ¡Ven a todos!
¡Ven a todos! Y en la lucha despiadada
tú serás como la mesa en que comulgue,
deponiendo su rencor, la grey humana.

M. R. Blanco Belmonte.

DIÁLOGO EDIFICANTE

A mi buen amigo A. González Roldán.

II

(Personajes: un amigo del de la frente fugada y el de las sienes reflexivas.)

—¿Quiere usted creer que he soñado cuatro o cinco veces con aquello de «no poder decir Sócrates sin decir Anito..., no poder ser buena la tórtola sin que sea malo el buitre..., no saber escribir la palabra Efeso sin escribir Eróstrato...? ¿Quiere usted creer, además, que he consultado esas pesadillas—porque aquellas mis ensoñaciones han sido pesadillas—a unos cuantos amigos míos y han sacado en limpio lo que yo: un quebradero de cabeza? ¡Y cuente usted que figura entre mis amigos el albéitar, que no carece de talento, al decir de toda su clientela...! ¿Lo duda?

—¿Quién, conociendo a usted, lo dudara...? Lo que me maravillr es oírle repetir las mismas palabras que yo dijera a su amigo el otro día, hablando con él de solo a solo.

—...—

—¡Y yo tan ajeno de que alguien pudiera escucharnos...?

—Pues, como hablaban de lo que hablaban y yo conozco muy bien a todos los paisanos míos que pueden dar de sí algún bien, sin equivocarse, y a los que, sin equivocarse también, pueden dar de sí algún mal, he sacado en claro que lo que usted quiso decir a mi amigo es que «siempre ha habido un mal cerca de un bien; un hombre malo ocultando con su sombra a un hombre bueno; una enfermedad para una salud; una muerte para una vida... Siempre el bien y la salud y la vida antes, pero siempre también acompañados del mal de la enfermedad y de la muerte.

—Eso quise decir a su amigo y eso creo que le dije. Me comprendió usted; su amigo no llegó a entenderme. ¡Siempre el mal macerando el bien! ¡Siempre la sombra manchando la luminosidad! ¡Como si la bondad no pudiera existir sin la nequicia! ¡Como si no tuviéramos derecho a horrorizarnos al pensar que un Platón creyera que, sin la esclavitud, no podría existir la sociedad política! ¡Como si la vida, para ser vida, necesitase de la corrupción de la gangrena o del helor marmóreo de la la muerte...! Como en la religión pérsica. Ormuz, primero, pero siguiéndole Ahrimán, como sigue la sombra a la luz. Me comprendió, me comprendió usted.

—Pero comienzo a no comprender nuevamente el significado de sus palabras... ¿Me prepara usted otra pesadilla?

—No, por Dios. Lo que acabo de decirle es, con diferentes palabras, lo mismo que usted ha dicho, que es a su vez y también con diferentes palabras, lo mismo que yo dijera el otro día a su amigo.

—¡Pero eso de la religión pérsica...!

—No le preocupe. Cuanto hemos dicho no parece otra cosa sino el eco de lo que dice la religión pérsica.

—¿...?

—Que al bien sigue el mal; que a una cosa buena se opone una mala; a los ríos, los desiertos; a las fuentes, los eriales; a los bosques, los páramos; a los árboles salutíferos, los nocivos árboles; a los animales domésticos, los indómitos; a los mansos, los fieros; a la salud, la enfermedad; en una palabra: a la vida, la muerte. Lo que usted ha dicho; lo que yo dije.

—¡Cuánto siento que no esté aquí mi amigo el concejal!

—¿...?

—No sabía que usted lo ignorase. Es concejal y ¡republicano de los nuevos!

—¡...!

—Aquí hay muchos,

—Si usted no se disgusta, le ruego que hablemos de otra cosa. Las palabras, más que palabras, idas; más que ideas, sentimientos de república y patriotismo, me juré a mí mismo—en uno de los momentos más sagrados y más tristes de mi vida, en aquel momento en que murió Joaquín Costa, el patriota por autonomasía, la inteligencia más poderosa de toda la raza española—no escucharlas a nadie. Poco debe importar a usted mi compañía si no respeta ese juramento mío... Hablemos, si así lo prefiere usted, de lo que hablaba con su amigo: de los maestros, de las escuelas, de los niños...

—Se dice por ahí que es usted maestro de escuela.

—Y tienen visos de verosimilitud esos rumores. Me gusta mucho la escuela; me encantan los niños.

—Pero en eso, como en todo, habrá buedo y malo, ¿no es así?

—Así es, por desgracia, respecto a la escuela; así lo es respecto al maestro.

—¿Respecto a los niños?

—Pregúnteme por los padres, por los abuelos de los niños, y le contestaré. Los niños, en general, son, deben ser buenos; pero cuando particularmente, los abuelos o los padres no están bien educados, los niños son, deben ser menos buenos.

—¿Y es fácil, por los niños, conocer la educación de sus padres, la de sus abuelos?

—No es difícil. El niño, de seis a diez años, que sabe ir sin descaminarse, a la plaza de toros y no sabe donde está la escuela; que hincha los nombres de los toreros al pronunciarlos, y no sabe que existió un Servet, ni un San José de Calasanz, ni un Joaquín Costa; que sabe que lleva una navajita en el bolsillo e ignora que haya otras plumas que las de los pájaros; que sabe «hacerle punta» al lápiz y no sabe coger la pluma; que, familiarizado con la baraja, sabe lo que es «ronda» y no confunde el tres de copas con el tres de oros, y en cambio, llama *b* a la *h*, es un niño que dice mucho, no sólo de la educación de sus ascendientes, sino del trato y carácter de todas las personas qne lo rodean.

—¿A qué edad debe empezar la educación?

—«La educación se adquiere en la cuna y la ilustración en la Universidad», dijo Víctor Hugo; luego, según aquel filósofo, en la cuna debe empezar la educación. Y un médicc ilustre, a quien una madre consultó acerca de la edad en que sería conveniente empezar a educar a su hijo, al enterarse de que el niño tenía dos años, le contestó: «Señora: ha perdido usted un tiempo precioso: debió usted empezar hace dos años.» Pero más, mucho más lejos todavía iba el filósofo norteamericano Wendell Holmes, a buscar los comienzos de la educación.

—¿...?

—Wendell Holmes, dijo: «Para educar bien a un niño hay que empezar por educar a la abuela.»

—No necesita usted decirme que cuenta con todas sus simpatías la opinión de Wendell Holmes.

—Así es, en efecto. Sé que sin la educación de los padres la labor educativa del maestro respecto a los hijos es punto menos que estéril.

—Benavente ha dicho que «sin la cooperación del hogar la escuela es inútil.»

—Y ha dicho muy bien. Yo estoy convencido de que, a más de la concordancia intelectual y moral—la más sublime de las concordancias—entre el maestro y el discípulo, la educación de éste será un mito si entre sus ascendientes y el maestro, si entre la sociedad y la escuela—que no son sino dos aspectos complementarios de una sola y misma entidad—no existe de antemano aquella misma concordancia, engalanada ahora con dos sentimientos poéticos por excelencia: el sentimiento paternal y el sentimiento político o amor a la patria.

—Luego la escuela y la sociedad no son distintas.

—Es, repito, una sola entidad, con dos aspectos distintos, pero no diferentes. La escuela es una sociedad de niños, una sociedad en pequeño; la sociedad de los hombres es una escuela de hombres, una escuela en grande.

—¿...?

—La escuela es una hermosa triada cívica: es el taller donde, dándoles la verdad, que es razón, y la fe, que es victoria, se forjan los cerebros de la Humanidad porvenir; la más elocuente promesa de sociedad futura. La Patria no es más que su reflejo.

—Si los padres de los niños tuvieran formado de la escuela un concepto semejante, no sería difícil que entre ellos y el maestro lográrase esa concordancia a la que usted da consideraciones de factor importantísimo en la educación... ¡Pero con tantos padres que no saben leer ni escribir!, ¡con tantos padres analfabetos...!

—Hay otros padres analfabetos peores que los que no saben leer ni escribir.

—¿...?

—Los que saben leer mal y escribir peor. Los hijos de estos padres son todos «listos», «aplicados», «hay que esconderles los libros para que no estudien tanto». En el desarrollo intelectual de estos niños para nada tuvo que intervenir la inteligencia del maestro; más que adquirido es

El profesor de la Universidad de Sevilla Sr. Murillo y los alumnos que le acompañaron en su visita a Córdoba, retratados en la plaza de los Dolores

infuso el saber de estas precocidades, que podrán tener por cabeza la almohada de Agneo, pero que no podrá usted negar que «son listos» «aplicados». Lo dicen sus padres.

—¡...!

—Hay otras cosas muy curiosas. La escuela, por dentro, es curiosísima. Diga usted lo que no ha mucho tiempo ocurrió a un amigo mío con un su discípulo. Era un día hermoso, todo lo hermoso que puede ser un día de otoño; pero en el salón escolar hacía un frío intensísimo. Tiritaba mi amigo, que era el maestro; casi tiritaban los niños. De entre éstos surgió, repentina, una voz: —«Don Antonio; hoy debemos de dar las lecciones en el patio; ¿quiere usted que saquemos las bancas, que hagamos del patio la escuela? ¡Hace un sol en el patio...! ¡Hace aquí tanto frío...!

—¿...?

—Se hizo lo que quería aquel niño, lo que querían todos los niños; lo que quería el maestro... A la mañana siguiente hubo un niño menos en «la escuela al aire libre». Preguntó por él el maes-

tro. Ninguno sabía a qué atribuir aquella falta de asistencia. Sabíase que no estaba enfermo porque lo habían visto jugar con otros muchachos... Comenzó a susurrarse en la escuela que Perecito (así se apellida el niño) se había *quitado*... El maestro, no escuchó nada; no sabía nada... A los pocos días, gorra en mano, subió a la plataforma Perecito y, encarándose con el maestro le dijo: —«Don Antonio; vengo a decirle a usted que me *borre*, porque dicen mi padre y mi madre y mis tías que no quieren que yo de lección ahí, en el patio, entre los árboles, al sol; ni quieren que ayude a sacar las bancas, ni las pizarras, ni nada, porque yo no soy criado de usted, ni de nadie.

—¡¡...!!

— Habrá usted comprendido que el padre y las tías de ese niño pertenecen a la clase de analfabetos que saben leer mal y escribir peor.

(Y citándose para otro día, despidiéronse el amigo del de la frente fugada y el de las sienes reflexivas)

M. Continente Lara.

LETRILLA

—:—

Ven al portal, Mingo, ven,
seguro el ganado dejas;
que aun entre el lobo y ovejas
nació la paz en Belén.

La paz del mundo escogido
en aquel ya leño grave,
que el hombre a la fiera alabe,
casa fué, caverna y nido;
hoy pastor se ha establecido
tanto, que en cualquier otero
retozar libre el cordero,
y manso el lobo se ven.

Ven al portal, Mingo, ven,
seguro el ganado dejas;
que aun entre el lobo y ovejas
nació la paz en Belén.

Sobra el can, que ocioso yace
por las noches desvelado,
y rediles del ganado
los términos son que pace;
el siglo de oro renace
con nuestro glorioso Niño,
a quien esta piel de armiño
de mi fe será rehén.

Ven al portal, Mingo, ven,
seguro el ganado dejas;
que aun entre el lobo y ovejas
nació la paz en Belén.

LUIS DE GÓNGORA.

La muerte del maestro

A la memoria de mi maestro don Jorge Dufour Ixart.

Una mañana de Enero, ruda y fría, todos los alumnos que en el patio de Escuela estaban, sin miedo a las inclemencias del día, saboreaban el rato de descanso y recreo.

Los minutos corrían vertiginosamente, y el Sol asomaba su risueña faz por entre los espesos nubarrones que surcaban el espacio.

Paseaban los profesores por las amplias y espaciosas galerías de la Escuela, encontrándose entre ellos el que era querido maestro, compañero y amigo.

Sonó la campana, cesaron las voces y el griterío de los escolares y hasta que sólo oyeron sus apagados murmullos. Cada cual cogía sus libros y cuadernos para formar en las filas en que, guíados por los profesores, habían de ir a sus clases respectivas.

Unos iban alegres y satisfechos; tristes y compungidos otros; aquéllos en busca del premio; éstos en espera del castigo.

Todos formaban cerco alrededor del profesor que explicaba claramente la lección que momentos después habían de repetir sus alumnos.

Ya en clase, ninguno podía abrigar el temor de que el profesor le aplicara ningún castigo severo si su lección no fuese aprendida; primero les amonestaba cariñosamente y después le privaba de recreo; pero, serio siempre, no permitía el menor caso de indisciplina, y en el patio de recreo conducíase igualmente con gravedad, sin que por ello faltara nunca en él el compañerismo y la afabilidad que le eran peculiares.

Mas esta grata situación ha sufrido una rápida y cruel mudanza.

Aquel profesor que sabía ser camarada y maestro, hubo de enfermar. Cierta mañana presentóse en clase y, tristemente, nos manifestó que marchaba al campo para reponer su quebrantada salud.

Pasaron varios meses cuando regresó; esperábamos verle entrar en clase, pero tampoco esta

La inundación del Guadalquivir en Córdoba. Como digera Costa del Ebro, el rio nuestro, en su amenazadora crecida, convertido en un torrente de barro, se ha llevado en suspensión mucha tierra de la patria, para echarla en el fondo del Océano De ello es causa primera la insensata tala de árboles, que deja las tierras en absoluto desamparo.

vez quiso socorrernos la fortuna y días más tarde dejaba de existir aquel maestro ejemplar a quien todos queríamos como a un compañero.

Oíase en la Iglesia la fatigosa respiración de los amigos y alumnos, mezclado con el triste canto de los sacerdotes.

De la Iglesia, acabado el funeral, nos dirigimos a la Escuela. De la capilla mortuoria, los profesores bajaron hasta el coche el cadáver del malogrado compañero.

A poco, púsose en marcha el fúnebre cortejo. A un lado y otro del lúgubre coche, formaban fila los alumnos de la Escuela, yendo después la presidencia del duelo y demás amigos, en gran número.

Llegamos al cementerio. Todos nos detuvimos ante la imponente tristeza del recinto que, donde desde entonces, había de encerrar los restos de un ser querido más.

Seis de los alumnos, lo llevamos hasta la sepultura, donde quedó depositado.

Descanse en paz el profesor que supo hacerse querer de sus alumnos y alcanzar las simpatías de cuantos le trataron.

Antonio Ortega L. Obrero.
Alumno de la Escuela Superior Francesa.

Las Escuelas prácticas graduadas

——:——

I

A mi buen amigo don José Priego, Inspector de zona de la provincia de Córdoba.

Henchida de entusiasmo, rebosando ilusión profesional, llegué á Córdoba el año 1897 para hacerme cargo de la Regencia de la Escuela práctica aneja á la Normal de Maestras.

Me esforcé cuanto pude para poner en práctica las sabias teorías que un culto profesorado me había transmitido.

En aquella fecha las Escuelas prácticas estaban organizadas de distinta manera que en la actualidad.

Constaban de una sección superior y otra elemental, al frente de las cuales estaban, respectivamente, la Regente y una auxiliar. Había una dirección, un

plan, una marcha común, y esto era ya algo de graduación.

Me cupo en suerte una buena auxiliar que secundaba y hasta sobrepujaba mis esfuerzos. Para que todo me fuera más halagüeño, las alumnas de la clase superior se entusiasmaban con la enseñanza y progresaban que era un contento.

Prueba elocuente son los diarios redactados en aquella fecha por las alumnas, que se conservan en la Escuela.

Reformadas las Normales el año 1898 por R. D. del señor Gamazo, precisaba reformar también las Escuelas prácticas para que respondieran á las sanas tendencias pedagógicas del nuevo plan.

Establecíase entonces como un ensayo la Escuela graduada en España.

El artículo 2.° del citado Real Decreto dice: Estas escuelas graduadas servirán de modelo a las demás escuelas públicas y en ellas se ensayarán los modernos adelantos pedagógicos.

Por R. D. de 29 de Agosto de 1899 quedaron definitivamente transformadas en graduadas las escuelas prácticas.

La nueva organización, tan en armonía con mi ideal pedagógico, me hizo concebir la esperanza de que llegaría á ver *mi escuela*—así la llamo siempre—como la soñé al terminar mi carrera.

La acertada distribución del trabajo, la homogeneidad en los alumnos, los buenos locales, el plan cíclico, la independencia del profesorado dentro de la subordinación necesaria a todo buen régimen: es un conjunto de circunstancias favorables para llegar mediante la graduación a la escuela genuinamente educativa. ¡Qué bello ideal!

Allí aprenderían las futuras maestras y esparcirían por doquier el fruto de sus observaciones hasta llevar el progreso a las últimas aldeas.

Pero bien pronto experimenté la primera decepción. La nueva organización, con el aumento de clases consiguiente, exigía edificios, mobiliario y material de enseñanza adecuado.

El ministerio de Instrucción pública dispuso que los ayuntamientos atendieran a estas necesidades.

Rosario del Riego de Font.

La directiva de la Unión de Dependientes de Comercio en su visita a la Escuela de Veterinaria, en compañía del director de este centro docente señor Bellido Luque, los profesores y el redactor-jefe de CORDOBA Sr. Ruiz Maya.

ALEGÓRICA

—:—

Pajarillos con alas doradas,
que en las ramas del árbol bendito,
suspendidos de hililllos de oro
teneis vuestros nidos...
¡Mirad hacia abajo,
mirad con cariño!
Pajarillos con alas de pluma,
que debajo del árbol bendito,
vuestros nidos teneis en el suelo
cuajados de frío...
¡Mirad hacia arriba
y esperad tranquilos!
Pajarillos dorados de arriba;
de las plumas calientes del nido,
de los frutos del Arbol sagrado
cargad los piquillos,
tended esas alas,
cortad esos hilos ..
Pajarillos humildes del suelo,
ya va el sol a templar vuestros (nidos,
ya el Amor va a bajar a buscaros,
abrid los piquitos,
tended las alillas,
estad prevenidos...
Descended ya vosotros del Arbol
elevaos vosotros y uníos
y en los aires os dais un abrazo,
juntáis los piquitos,
rozáis vuestras alas,
unís los pechitos...
Y bajaron amables los unos,
y subieron los otros sumisos,
y después de besarse en los aires
volaron unidos...
¡Todos eran unos!
¡Todos pajarillos!
....
¡Que se calle ese sabio parlante;
que los males del mundo afligido,
no se curan con esos discursos
hinchados y fríos...
¡Se curan con besos,
con besos de niño!
Los que nazcan en camas de oro,
que se acuerden de sus hermani- (tos.
Los que nazcan en cunas de paja,
que sufran sumisos,
porque Aquel que nació en el pe- (sebre
también tuvo frío.

José María Gabriel y Galán

Cantares de Noche buena

En el portal de Belén
nació un clavel encarnado,
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.
Por los campos del Oriente
sale, dando envidia al Sol,
la criatura más hermosa
que en todo el mundo nació.
Los pastores y zagalas
caminan hacia el portal,
llevando llenos de fruta
los cestos y el delantal.
Todos le llevan al niño.
Yo también le llevaré
una torta de manteca
y un tarro de rica miel.

Ventura Ruiz de Aguilera.

CÓRDOBA

Revista semanal independiente

La portada de la Caridad, en la plaza del Potro, descubierta por el notable artista y muy competente investigador don Enrique Romero de Torres, director del Museo provincial de Bellas Artes.
Dibujo de Rafael Romero Pellicer.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO I | Sábado 30 de Diciembre de 1916 | NÚM. 20

El parcelamiento de los grandes predios

La división territorial, como base esencialísima de una justa y equitativa distribución de los productos agro-pecuarios, tiene antedentes interesantísimos en todos los tiempos, cuya recopilación absorbería la vida de un hombre.

En Roma se plantea el problema de la división territorial por la Primera ley agraria de Spurio Casio, 486 años antes de Jesucristo; la Edad Media resucita la controversia olvidada de la Filosofía y el Derecho, defendiendo y confirmando la doble orientación comunista de Platón e individualista de Aristóteles; piden los anabaptistas de Alemania en el siglo XVI, el uso libre de los bosques y la devolución de las praderas; Juan Luís Vives pronuncia en 1580 su admirable distriba contra la avaricia y la malignidad, engendradores de la carestía y el hambre en la abundancia de la Naturaleza; Pedro de Valencia, en 1600, declara que nadie debe poseer más tierra que la que pueda cultivar y necesite para su sostenimiento, afirmando que la desigualdad de la posesión de la tierra, con que unos tienen dehesas larguísimas y otros no alcanzan ni un palmo, ni un terrón, es la cosa más perniciosa a la comunidad y la que más provincias ha destruído; Martín González de Cellodigo, abogado de la Chancillería de Valladolid, sostenía también a principios del siglo XVIII, la necesidad de expropiar a los terratenientes que no trabajan sus heredades, para impedir tan dañosa e inicua usurpación, y Campomanes, ilustre colaborador del duque de Aranda, decía: Se impone formar una ley agraria por virtud de la cual todo vecino tenga a lo menos repartimiento de tierras para una yunta, aunque para ello sea necesario desposeer a los grandes hacendados.

Con estos precedentes, renovados en la rica variedad de los estúdios de Martínez Marina, Balmez, Borrego, Cárdenas y Moyano y confirmados por la inmensa labor agraria del gran Costa, no cabe la menor duda de que el gran efecto moral y político de la guerra que ha engendrado en todos nosotros la convicción profunda de que el derecho internacional es patrimonio exclusivo de los pueblos fuertes, había de llevarnos a la afirmación necesaria de una nueva arquitectura de la economía nacional, donde el fomento de la producción, fuente inagotable de todo bienestar y progreso, descanse sobre dos recias columnas: el establecimiento real y efectivo del crédito agrícola y la transformación rápida de la propiedad señorial, y singularmente de los latifundios, cotos, dehesas y montes bajos, por medio de la parcelación.

Una ermita de la sierra de Córdoba

La sierra de Córdoba.--Una calle de flores en la huerta de los Arcos.

No es de justicia distributiva, eterno atributo de los dioses y peremne aspiración de la ciudadanía y del Estado, el móvil fecundo de la vigorosa orientación agraria de nuestro país... Pero no importa; hemos sentido y sentimos la necesidad imperiosa de abastecer la despensa vacía, de enriquecer el caudal menospreciado del pequeño cultivador, estimulando la intensidad productora con la justificada oferta de la tierra erial y la esperanza legítima del hogar propio, pensando y deseando que todos a una depositen en el inmenso panal de la producción agraria la sabrosa miel de su actividad y su trabajo, creyendo y confesando que la patria decadente puede recobrar su grandeza por medio de la agricultura... Y ya era hora, señores, de exclamar: ¡bendita sea mil veces la confesión de nuestra culpa, porque ha encarrilado las energías nacionales por la senda del progreso!

Los terrenos incultos de nuestro país representan el 50 por 100 de la capa laborable (16 y medio millones de hectáreas) y, en su consecuencia, la acción colonizadora del Estado, desarrollada por la ley de Besada de 30 de Agosto de 1907, aun cuando se amplíe a los terrenos de propios y aprovechamiento común, dehesas boyales y fincas rústicas de la propiedad particular, es impotente para la necesaria y urgentísima generalización del cultivo de tantas y tantas dehesas, cotos y montes bajos.

Desde 1907 a 1916 se han constituído en nuestro país, con el auxilio económico y la intervención del Estado, cuatro colonias agrícolas: Els Plans, El Puerto, Villena y Algaida, con una población de 300 familias; trátase ahora, según anuncio oficioso de los periódicos de Madrid, de otras cuatro más: Cañamero, Cerrillo Verde, Carratecedo y Claudina; y progresando de este modo la iniciativa oficial, no cabe duda de que ni en una centuria, ni en dos, ni en veinte, conseguiremos la generalización del cultivo de los latifundios...

No basta con resolver en el transcurso de siete años el problema económico-agrario de 300 familias. Debe el Estado rectificar su sistema de colonización interior por cuenta gotas.

Pero la transformación rápida de las tierras incultas, dehesas, montes bajos, cotos de caza, en verdaderos campos de cultivo, no ha menester ciertamente la iniciativa oficial colonizadora. Dejemos al Estado la misión jurídica tutelar que le es propia, afirmación del derecho, conservación del orden, aseguramiento del público bienestar. El Estado no es, no puede ser, no será nunca un buen director de la economía privada ni un activo gestor de los negocios particulares, como no sea dilapidando tiempo y dinero sin tasa, por la suprema razón de su inadecuado funcionamiento, la pereza invencible de sus iniciativas, la insubsanable falta de interés directo, personalísimo, piedra angular de toda perseverancia, toda actividad y todo éxito.

Mientras que el Estado, con todo el auxilio de la técnica y toda la energía creadora de sus inmensos recursos económicos, ha conseguido adueñar de cuatro pedazos de tierra a 300 familias, vinculando en ellas la afirmación de la solidaridad y el trabajo, cuatro hombres modestos, que merecen la gratitud justificada de nuestra provincia, los señores Aparicio, Vázquez de la Torre, López Serrano y Gavilán, han realizado, con lisonjero beneficio propio y la energía aislada no más de su propio esfuerzo, el milagro ejemplar de la parcelación definitiva, convirtiendo en propietarios a más de 2.000 campesinos cordobeses.

Un país de Europa, acaso no muy conocido entre nosotros, Dinamarca, resolvió en el siglo XVIII el grave problema de los latifundios por medio de la iniciativa privada, sin colaboración ni auxilio económico alguno oficial, dividiendo las grandes extensiones en pequeñas parcelas que pasaron a ser propiedad de sus cultivadores con la obligación de pagar el precio en cierto número de años. Y de tal modo y con tanta rapidez se generalizó el sistema, que el 50 por 100 de la población de Dinamarca son al presente cultivadores directos.

Por consecuencia de todo lo expuesto, creo que el problema nacional de los latifundios tiene dos fórmulas: una de último y definitivo estudio, afirmación categórica del derecho a la vida, que corresponde a los eternos principios de la justicia y el bien social, inspirados en las doctrinas de Vives, Cellorigo, Valencia y Campomanes; otra, de aplicación inmediata, urgentísima, contemporizadora con el concepto histórico del derecho privado, que responde a la necesidad inmoderada de facilitar cuanto sea posible el desarrollo del cultivo y de la producción, siguiendo el ejemplo admirable del pueblo danés.

El radicalismo expropiador, justificado por la indolencia y el abandono de los grandes terratenientes, debe cruzarse de brazos, estudiando y reflexionando fríamente su plan reformista. Así lo aconseja el buen juicio. Antes de empuñar la piqueta demoledora de lo viejo, conviene meditar serenamente y levantar el plano del nuevo edificio que se desea construir.

Hay que reconocer y proclamar el éxito extraordinario de la parcelación y la conveniencia de que el Estado, en bien de todos, rectifique su sistema de perezosa colonización interior, dictando leyes proteccionistas en pro de los avances individuales colectivos para la división parcelaria de las tierras incultas.

De conformidad con ello, se debe demandar del Estado la inmediata exención tributaria territorial de los grandes fundos, durante los dos primeros años de su entretenimiento en la división y venta parcelaria, así como de las pequeñas parcelas disgregadas de aquéllos durante los primeros 25 subsiguientes; y la constitución inmediata de una Comisión legislativa que prepare, estudie y redacte un proyecto de ley agraria que movilice las tierras incultas, en provecho de la pequeña agricultura y de la producción nacional.

José Ortega Contreras.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

Las Escuelas prácticas graduadas

II

Mientras en otras capitales competían en la implantación de las escuelas graduadas, yo no pude conseguir que en esta se invirtiera ni una sola peseta para este fin.

Gracias al donativo de unas cuantas mesas antiguas, hecho por la Sra. Directora de la Normal y de otra persona entusiasta de la enseñanza, se pudieron reunir los muebles más precisos para que empezara a funcionar la Escuela graduada. En el mismo local en que antes había dos clases, se establecieron cuatro.

¿Esta escuela podría considerarse como modelo? No; pero quedaba aún el consuelo de que con el tiempo y la buena voluntad, se llegaría al fin.

En el año 1907 se consiguió que el Excmo. Ayuntumiento arrendara una casa grande para establecer la Escuela graduada de niñas.

Ya hay independencia en las clases; mas el edificio no responde a las necesidades. ¡Me da una pena el que en las memorias que presentan las alumnas normalistas para revalidarse, siempre tengan que señalar la falta de condiciones higiénicas y pedagógicas de la Escuela!

En los diecisiete años transcurridos desde la implantación de esta graduada, se ha construído mobiliario nuevo para las cuatro clases; pero como todo es a expensas de la consignación de material: cuando uno está flamante, otro resulta deteriorado y alguno inservible.

Merced a un importante donativo particular, a otro de la Direción general de enseñanza y a lo que se va adquiriendo, hay algo de biblioteca y bastante material de enseñanza.

El señor Muñoz Pérez, atento siempre al beneficio y engrandecimiento de Córdoba, muestra singular empeño en fomentar la enseñanza y en implantar instituciones complementarias de la escuela. A él se deben las Cantinas Escolares y el Ropero. Preguntad a las madres menesterosas si estas dos instituciones las proporcionan beneficio. ¡Cuántas gracias dan a Dios y a quien ha hecho estas fundaciones!

Todas las escuelas han recibido algún impulso del actual Alcalde de Córdoba y esta graduada como una de tantas. Mas con ser ello bastante, no es lo que necesitan las escuelas prácticas para cumplir su misión: ser ejemplares.

Precisa que las autoridades y los claustros de las Normales trabajen porque las Escuelas prácticas graduadas tengan antes que ningunas otras cuanto se requiere para una escuela modelo: que haya un profesorado selecto, evitando la inmovilidad; que estén perfectamente determinados sus deberes y derechos; que cuente con algún personal subalterno; que se implante la ampliación de sus enseñanzas y todas las demás instituciones port-escolares; en una palabra, que no se escatimen los medios conducentes a que los futuros maestros puedan formarse una idea exacta de lo que debe ser la escuela educativa, sin necesidad de atenerse a las descripciones, más o menos perfectas, de cómo son en otros países.

No sé si llegaré a ver la Escuela prática graduada como la sueño; si lo lograse, vería realizado mi bello ideal.

Debe fomentarse la escuela graduada; pero antes que ninguna, la escuela práctica.

Rosario del Priego de Font.

La sierra de Córdoba.-Una comida al aire libre.

GUÍA ESPIRITUAL DE CÓRDOBA EN EL SIGLO XVI

Topográficamente, es Cordoba la vieja ciudad de las calles estrechas y torcidas, la de románticas y silenciosas plazoletas que guardan en cada rincón una leyenda y en cada esquina una tradición. La urbe de un siglo católico y caballeresco en donde se respira grandeza y piedad.

Recorrámosla con la memoria desde el Norte al Sur por el lado oriental, partiendo de la Puerta del Osario, enclavada frente al Convento de la Merced. Pasemos sin detenernos por la esquina de la Puerta del Rincón y, haciendo un ángulo recto, como lo hace el adarve, traspasemos el arco de la torre ochavada que mandó construir Enrique III y que llaman de la Malmuerta, divisando aseguida la Puerta de Colodro, que tal nombre tiene en memoria del apellido del primer caudillo cristiano que entró en la ciudad cuando ésta se cobró de moros. En línea recta con esta de Alvaro Colodro, está la Puerta excusada, recién abierta de nuevo, porque antes ya lo estuvo, y que cae frente a las Ollerías, donde los alfareros trabajan desde tiempos de Alonso el Sabio. Seguido el muro, se dobla a la derecha, dejando frente al ángulo formado, un pilar o fuentecilla descubierta a fines de esta época y que han dado en apellidar de la Fuensantilla, en la que, según una piadosa tradición, a ella acudían a llenar sus cántaros los mártires San Acisclo y San-

ta Victoria en los días de la Córdoba romana.

Sigamos el camino de ronda y a nuestra vista surgirá la Puerta de Plasencia y, continuando muralla abajo, doblando siempre a la derecha, daremos con la Puerta de Andújar, cuya entrada defienden como dos vijías las torres de los Donceles, vecinas a la parroquia de la Magdalena.

Y yendo al río, siempre junto al muro, encontramos aseguida la Puerta Nueva, abierta en este siglo y, andando más, la Puerta de Baeza, y a su lado la línea Sur de la ciudad, que es la orilla del Betis. Allí el convento de los Mártires, el molino de Martos y la puerta de igual nombre. Ha quedado a la izquierda, en este último tramo, la Casa Grande del Carmen, el Convento de San Juan de Dios y el Santuario de la Fuensanta.

Y, entre sus calles, salpicados los templos que levantó la piedad cristiana; las mansiones señoriales de puertas coronadas de escudos y blasones, solares donde se albergan familias de rancia nobleza; los cientos y cientos de grandiosos edificios; los talleres de incontables gremios e industrias; los obscuros tugurios donde esconde su miseria la gente pobretona; y entre unos y otros, formada la vieja ciudad católica y caballeresca de calles estrechas y empedradas, de barreras obscuras y tortuosas, de plazuelas irregulares y minúsculas, de vueltas y revueltas; calles pacíficas, saludables y feraces que matiza la hierba verde asomada a los intersticios de las piedras; calles típicas donde se manifiesta la piedad de este pueblo, contándose por docenas las imágenes que presiden la vía pública. Aquí el lienzo que representa al Nazareno; allá la escultura de una Virgen, acá el Santo milagroso cargado de exvotos, y ante estos humilladeros arde de noche el farolillo y de día y de noche descubren su cabeza el noble y el plebeyo, el señor y el menestral.

Esta es la Córdoba romántica que se asienta a la orilla del Guadalquivir, teniendo por retablo la pintoresca Sierra Morena, poblada de eremitas que viven en las cuevas naturales del terreno; grandiosa sierra, asiento de famosos monasterios; sierra donde las aves y las plantas cantan himnos de alabanza al Creador, himnos que repiten los Jerónimos bajo los arcos góticos del Convento de Valparaíso, himnos que también elevan con sus salmodias los frailes franciscanos que pueblan la Arruzafa y los dominicos de la Torre de Berlanga, por otro nombre de Escala-Cœli.

Esta es la Córdoba que guarda en los nombres de sus Puertas de Baeza, de Martos, de Plasencia y de Andújar el recuerdo de las huestes que vinieron de esos pueblos a ayudar a San Fernando a la reconquista; la Córdoba castigada de la mal llamada justicia de Pedro el Cruel; la que recibió mercedes y privilegios sin cuento de don Enrique el Tercero; la que pasó todo el siglo XV afilando sus armas para que riñeran los dos bandos de la Casa de Aguilar con la Casa de Cabra.

Esta es la Córdoba coronada de torres adosadas al muro, salpicada de fuentes de jaspe; Córdoba, la gentil luchadora, la noble hospedera, en la que por los nombres de sus calles puede juzgarse del esplendor de sus industrias. Córdoba, en fin, la que tapiza de oro el esplendente sol de Andalucía que cuando sale lo mismo abrillanta los afiligranados rosetones de los templos de San Lorenzo y Santa Marina, que las señoriales rejas de la Casa de Don Gome, que el mísero tragaluz de la vivienda del mendigo, que las veletas de espadañas y campaniles, que la dilatada campiña madre de recios trigos, que las vides decrépitas que producen el dorado licor y de las que está poblada Sierra Morena, que el espejo de plata que lleva como en unas andas a Sevilla las aguas mansas del famoso Betis.

José Rey Díaz.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

Impresiones de Córdoba

En la decadencia de Sevilla, de Granada, de Cádiz, de Málaga—mi patria chica—, etcétera, yo no veo la decadencia de una ciudad, sino la decadencia de Andalucía.

Yo me revuelvo contra la miseria de Andalucía, sea cual fuere la ciudad que sufra sus dolores y desgarramientos. Andalucía es mi ciudad. Yo quiero sentirme hijo y ciudadano de todas las ciudades andaluzas.

Y cuando la ciudad decadente y empobrecida es como Córdoba, la ciudad donde Andalucía fué más grande, siento sobre mí el peso y la amargura de la actual humillación de su grandeza con más intensidad, porque al contrastar juzgo más espantosa su actual humillación.

Cuando yo vine por primera vez a Córdoba, vagué por la ciudad con el ánimo deprimido. Yo hubiera preferido encontrarme con las ruínas silenciosas de su esplendor pasado. Ante el silencio elocuente y augusto de las grandes ruínas, el espíritu se recoge en la meditación y se eleva hasta vislumbrar la Eternidad. Pero ante la miseria presente de la grandeza pasada, el espíritu desciende hasta la desesperanza de creer en el triunfo de la pequeñez sobre la grandeza. El espectáculo de un hombre grande degenerado, es mucho más triste que el de un hombre grande que vino a morir sin dejar de serlo.

Remontando la cuenca del Guadalquivir desde Sevilla a Córdoba, con la visión en la imaginación de la antigua prosperidad andaluza, el ánimo decae.

Las vegas de jardines, huertas y alquerías, convertidas en campos de secano, sembrados, a trechos, el monotono verdor de los olivares, o transformadas en eriales, donde los toros bravos y las bestias de caza absorben la sangre que a los hombres se niega de la tierra andaluza, desnutrida de alimentos de abonos, sedienta o anegada, según las estaciones, no influída por acción consciente y privada de las caricias del trabajo humano fecundador. Las vertientes de la Mariánica calvas de los antiguos bosques, con arañazos de torrenteras. Las quintas de recreo de los airosos pórticos y ornamentaciones, y las ciudades de los bellos monumentos y estatuas, convertidas en bárbaros caseríos o en villas polvorientas o enfangadas; hogares tristes de la gran masa del pueblo andaluz, que añora obscuramente la tierra de la emigración, convertido en jornalero y lanzado de la suya propia por la barbarie del caciqne territorial y la iniquidad del cacique político. El Guadalquivir sin las antiguas naves por donde la sangre de Andalucía fluía desde Córdoba y hasta Córdoba, su corazón; sin brazos de canales que refresquen y acaricien la vega; con aguas turbias de torrente, que en las avenidas arrastran la tierra de esta triste patria, al mar. Después, en el suelo sagrado de Córdoba, la gran Colonia Patricia, la Atenas de Occidente, capital espiritual del Andalos y del Mundo, el mismo espectáculo desolador que en las demás ciudades andaluzas; más triste espectáculo aún, por ser más grande el contraste entre su esplendor y su decaimiento.

La Escuela de Artes y Oficios.--Clase de Labores

El espíritu creador que animó Claudio Marcelo para hacer de ella la más bella ciudad de España, y que escribió por la pluma de Séneca, movida, como dice Ganivet, por los impulsos del medio ambiente: «el ocioso es un muerto», se contenta ahora con una ciudad de pobres construcciones, con mala o sin ninguna pavimentación, sin fuerzas ni aun para levantar monumentos a tantos hijos eximios; con las rondas y las plazas desnudas de árboles y de flores y vacías de pájaros y de fuentes; con una ciudad obligada a mendigar de los Poderes centrales unas cuantas pesetas para reponer con la Mezquita el testimonio grandioso de su fuerza espiritual y temporal; con una ciudad donde apenas si el humo de cuatro o seis chimeneas es revelación de la existencia de la industria.

El espíritu amante de la vida que agrupó en este suelo 200.000 edificios y más de un millón de habitantes, alienta hoy en una ciudad de 6.650 edificios y de 60.000 habitantes, capital de una provincia que cuenta toda con menos de la mitad de edificaciones y de habitadores que la Córdoba ciudad que el Hamey describió: 400.000 habitantes próximamente.

La ciudad limpia y saludable de los 900 baños públicos, ha perdido la noción de este servicio público de las antiguas ciudades; no tiene alcantarillado; tiene un matadero junto a un cementerio; barrios africanos como el del Campo de la Verdad, que sustituye al que fué populoso Kibla, y tributa a la mortalidad tres veces más que los pueblos cultos de Europa (Córdoba, 3,6 por 100, o sea 36 por 1.000; Zuritch, 11,3; Amsterdam, 12,8 por 1.000) y aun casi el doble del promedio de mortalidad en España (18 o 20 por 1.000).

Una ciudad que rigió a un país de tal prosperidad que en él «se encontraban los más deliciosos frutos casi de balde, siendo tal la prosperidad general que la gente caminaba a caballo en vez de caminar a pie», según Dozy, se ve actualmente con las calles inundadas de mendigos, hallándose los vecinos acomodados precisados a defender sus casas de la imploración de limosnas con la tablilla-seguro de la Asociación de Caridad.

Córdoba, la capital de un reino donde, al decir de un historiador, bastaban los rendimientos de las Aduanas, por el desarrollo del comercio, para satisfacer las necesidades públicas; con una marina mercante de más de mil bajeles; donde se escribieron por Abul Cassim los primeros principios de comercio, en los tiempos de la Europa bárbara, apenas si tiene más comercio que la exportación de aceite, de artículos de platería y de ropas para las ferias.

La ciudad de aquellos depurados andaluces de la Corte refinada de Marcelo; la que después tradujo la delicadeza de su espíritu en los poemas de príncipes, escritores, filósofos y literatos árabes, rivales de los de Grecia; la ciudad que no temía tanto a las armas de los leoneses como a sus rudas groserías, tiene hoy con Sevilla el triste privilegio de compartir en España la sede de espectáculos sangrientos y embrutecedores, en los que la grosería de espíritus anscentrales ofrenda a la barbarie de la delicadeza de los espíritus depurados, gastando las últimas energías de una patria que se muere.

¿Quién tiene espíritu ni labio para admirar y pronunciar con veneración los nombres de Séneca, de Abderramán I, de Abderramán III, de Alakén, de Averroes, de Abulkasin, de Gonzalo de Córdoba, el más grande de los héroes andaluces, que paseó triunfalmente el genio andaluz por Europa? El torero está no sólo en los labios; está también en los espíritus, llenándolo todo, separando al pueblo de los ideales santos, y arrastrándolo idiotizado, ante los trofeos grotescos, donde las nobles armas de las antiguas panoplias están sustituídas por repugnantes utensilios de modernas plazas de toros.

Y mientras tanto, los tutores ríen...

La patria de la excelsa familia de los Anneos, los Séneca y Lucano, capital de un reino en el cual, al decir de un historiador, «todo el mundo sabía leer y escribir, mientras en la Europa cristiana, exceptuando al clero, nadie sabía»; la ciudad «seguro mercado de libros», que decía Averroes; con bibliotecas como la de Alakem; de 600.000 volúmenes, con 80 Escuelas Superiores; cuya Universidad creó los sabios europeos, como Gerbert, que difundieron la cultura por Europa, y fué madre de las primeras Universidades, Palermo y Mompeller; custodiadora de la ciencia antigua y sembradora de los gérmenes del Renacimiento, tiene hoy el 55 por 100 de analfabetos, 21 escuelas, 31 maestros, y bibliotecas a lo sumo como la Provincial y la Episcopal, de 14 a 15.000 volúmenes, y se recorren calles y calles sin encontrar apenas una librería.

Pero Córdoba se redimirá, como todas las ciudades andaluzas, por la afirmación en los cordobeses del espíritu de la nueva Andalucía, que ama la vida y siente un vehemente impulso de hacerla triunfar en el avance progresivo, fiel a la tradición de la patria andaluza, creadora siempre de las civilizaciones más grandes de España, y en ciertas épocas, del mundo.

Blas Infante.

VERSOS

A la venerada memoria de Enrique F. Amiel, autor del admirable «Diario Intimo»

EL LIBRO

En tus páginas veo retratada mi alma,
toman un gesto, a veces,
de excelsa y admirable serenidad, entonces
el espíritu quiere
hundirse en lo infinito de tus serenidades,
y en el vuelo en que asciende
el espíritu mío, tras de luchas fecundas,
se reposa, se duerme...
El mar de tus inquietas y prodigiosas horas
de duda, se remueve,
el espíritu sigue tras del tuyo, lo guías,
en tan anchos vaivenes...
y al fin, en un instante de paz, cierro los ojos:
la sombra de un ensueño da su dulzor de mieles...

LA AMADA

Amor inexpresable: (¡Oh vaso con ungüentos,
con óleos de perfumes
benditos y adorables!) Amor de mis amores:
en tu existencia luces
con llama igual a esa del libro del gemelo
espíritu; me hundes
en trágicos abismos de dudas y de ansias,
remueves inquietudes,
me elevas a los cielos de paces ultrahumanas,
me empujas, en el cruce
de todos los caminos de todas existencias
de la Vida, me sumes
en una simpatía fraternal con el Todo...
mi corazón arado del paso de mil nubes...

A MI ALMA

Eleva tu canción profética que diga
horas, las de tu amor,
el libro y esa Amada que vino; que, glosando
el ritmo de tu voz
compongan ese himno de varias pulsaciones
que ritma el corazón,
y dé la norma el sueño que llevas en el alma,
misterio que es Dolor...
Mas lejos de la vida inquieta y afanosa,
más allá de la recia y viva turbación,
en apacible hora,
la seda de su voz...
y las íntimas páginas de hondura de Infinito...
...y oiré rozar las alas de la Visión de Dios...

Alejandro Urrutia.

PELÍCULAS DEL NATURAL

El protector de pretendientes

La indiscreción en los periodistas, es una virtud.
Salustiano el Cínico (el del cine, para mayor claridad).

¿Quién es el protector de los enamorados? ¡Cupido!, contestará seguidamente el lector. No estamos de acuerdo en esto. Yo creo que no es así, amables amigos; voy a demostrar que existe otro protector más decidido de los que en el Limbo viven. ¿Su nombre? Guarda calle o guarda particular, como mejor parezca.

Este hombre, que en sus tiempos de mocedad supo lo que era el amor, porque todavía no ha olvidado los malos ratos que le hacía pasar la Robustiana, una mujerona del Pas que servía en la casa de los señores de Chatin, se dedica actualmente a amparar y conceder facilidades de alivio a los pobres enfermos del mal de corazón que a tantos nos trae de cabeza.

El nunca sabe nada y todo lo dice.

—Pero, por Dios, señorito,—advierte a las primeras de cambio, este ser nocturno que, como distintivo inconfundible, lleva al cinto unas cuantas llaves—que no sepan que yo...

—De ninguna manera—responde el apuesto galán, quien dominado por la alegría que le causa la confidencia, no abraza al guarda por temor a que éste se ruborice.

—¿Dijo osté la rubita? Esa se llama Ruperta. Digo, espere, espere...

—No, no, hombre de Dios. ¿Va usted a llamar para eso?—exclama el joven pretendiente, presa del mayor aturdimiento.

—Si quiero decir que espere osté que jaga memoria, porque no estoy mu seguro. La mayor le habla a un fabricante de fideos, y se llama Rosalinda.

—¡Qué bonito!

—Pos no lo crea, señorito, porque está picá de viruelas.

—Me refiero al nombre, simpático guarda calle nocturno.

—¡Ah! La otra, o sea la de enmedio, se llama Tiburcia, y la más chica, Ruperta Eso es, Ruperta. La rubita ¿eh? Es más viva que una centella, y todos los sábados lee *Los Sucesos*.

—Tendrá novio ¿verdad?

—No, señor. Se lo aseguro porque yo no veo a ninguno que ronde por aquí. Hace algunos meses ve-

nía un señorito mu delgao, pero duró poco porque D. Alejo, u sea el padre de las señoritas, salió una noche mu enfadao y, después de decir al señorito unas cuantas palabras feas, le endilgó dos paraguasos en la cabeza, que fué lo bastante para que no volviera más ni se le viera el pelo por ninguna parte.

—¿Ha dicho usted dos paraguazos? Entonces, usted perdone; como si nunca nos hubiéramos visto, y si le preguntaran mañana las señoritas, dígales, por favor, que soy forastero y que deseaba saber... lo que a usted se le ocurra. Buenas noches, guarda.

—Pero espérese y no tiemble osté. ¡Si a D. Alejo, que es de no se qué de los vejigueros, lo han trasladao al quinto pino, porque distraidamente se comió, se comió...

—Bueno; no quiero saber tanto, conque esté ausente me basta. Ahora, lo que le ruego es que, cuando vea en el balcón o en la ventana a la señorita Ruperta, le entregue esta carta. Mañana volveré para enterarme del resultado. Vaya, tome este regalito y no sea tonto...!

—Muchas gracias y osté disimule que le meta el diente a la monea, pero es el caso que ya en otra ocasión uno que quería a la señorita Tiburcia, porque esta lo espachó, se vengó dándome una peseta falsa...

Esta es una de las muchas escenas que cada noche se desarrollan entre los guardas de calle y los enamorados, y que por pura casualidad he podido recoger.

La comedia tuvo por escenario una calle céntrica, y se desarrolló allá sobre las once de la noche.

El protagonista, que representaba muy bien el papel de galán, hizo mutis, y seguidamente entramos en escena mi amigo Cámara, el caricaturista de este popular periódico, y este servidor de ustedes.

Ocultos en el quicio de una puerta, como cualquier criado de casa grande en una escena culminante de novela por entregas, oímos las palabras que me han servido de argumento para esta película. No escuchábamos por curiosidad, sino porque los periodistas deben enterarse de casi todo lo que ocurre, aunque después no lo digan. Lo mismo que aquello quedó nada más que como una confidencia simplemente amorosa, pudiera haber degenerado en un crimen alevoso y horrendo que, por despecho, el atrevido joven hubiera tenido pensamiento de perpetrar en la complaciente persona del pacífico guardacalle, pongamos por ejemplo, y al otro día, gracias a nuestra curiosidad, hubiéramos podido publicar dos planas con todos los detalles del sensacional suceso, obteniendo así un resonante triunfo periodístico.

Mi amigo se aproximó al protector incondicional (!¡) de damas y galanes y le preguntó. (Hay que advertir que corría un fresco espantoso:)

—¿Usted sabe dónde vive el cosario de santa Crucita?

—No sé—respondió el guarda—y yo creo que a ostés tampoco les importa saberlo. Ostedes lo que quedrán saber es otra cosa. Lo menos se trata de la señorita del 22, ¿verdad?

Después de unos momentos de indecisión, muy pocos, Cámara dijo:

—Sí, señor; de las del 22 se trata. ¿Por qué ocultarlo? Estoy enamorado locamente de una de esas señoritas.

—Pues entonces, están las hermanas de enhorabuena, porque esta misma noche me ha entregao otro señorito una carta para la señorita Ruperta.

—¡¡Ruperta ha dicho??—exclamó mi amigo.—¡A ver: repita ese nombre si no quiere que le mesque la nuez, hombre fantasma, destructor de mis ilusiones! ¡Eso no puede ser! Si esa mujer es mi vida, ¿cómo hay quien se atreva a semejante infamia? ¡Veamos esa carta!

El momento era trágico y no estaba mal representado. Temblaba temeroso el guardacalle y yo me sonreía levemente.

—¡Pero, señorito—dijo el protector de pretendientes—no se ponga osté así! ¡Yo no tengo la culpa de que otro hombre se haiga enamorao de la señorita Ruperta! Ahí va la carta; si yo sé esto, ni la admito, ni tampoco el duro que me ha dao el otro señorito. Lo que le pido es que no se entere nadie de esto, porque jundiría mi créito de hombre que no toma calderilla.

—No tenga usted cuidado.

A la luz obligada de un farol, leímos la misiva amorosa, la que, si mal no recuerdo, empezaba así: «Señorita Ruperta (aquí el apellido): Estimando. Desde que la ví me estremecí. Mi corazón salta en el pecho como cualquier gamo en el monte. Usted es la mujer que me ha hecho andar más de prisa en los veinte años y medio que cuento de existencia. Usted...»

—¡No leas más!—exclamó mi compañero,—Ese joven colonial ha leído esas frases en el *Manual de los enamorados*. ¡¡Renuncio a la mano de la Ruperta!!

—Yo, señores—terció el guarda—no me entero de lo que dicen. Sigan ostés leyendo, a ver si comprendo lo que quiere ese señorito rumboso.

—No, no hace falta más; ya está retratado y conocemos la procedencia. Tome usted esas monedas y cierre la carta, que marea...

—Muchas gracias y que no me descubran ostés.

—Descuide—le dije yo;—ya procuraré que no se entere nadie. Y como lo ofrecí, lo he hecho.

Francisco Quesada.

PERIODISTAS DE CÓRDOBA

El Dr. Ruiz Maya

Se suele decir en la Prensa toda, cuando algún clemente rayito de triunfo desciende sobre cualquiera de los anónimos galeotes que en ella trabajan, desvaneciendo por unos días las sombras de un nombre sumido en el incógnito: «No nos atrevemos a encomiar la labor de X porque, tratándose de un compañero nuestro, pudiera parecer que el elogio era obligado.» Ello es que X tiene que conformarse con la parquedad de las líneas que los compañeros le conceden, viendo que, a reglón seguido, la benevolencia del periódico, que ante él se contuvo, vuelve a su habitual desbordamiento para cubrir con sus ditirambos a todos los trepadores de la tierra.

También es usual que, entre parientes y amigos, se trate de cualquier manera—confianza se llama a esta figura que gota a gota va destilando la corrosiva hiel del desconocimiento—a quien de entre ellos sobresale, para luego exponer a los extraños esta razón de peso en favor de la anómala conducta: ¡Lo trato así porque es mi pariente, porque es mi amigo, porque lo conozco desde pequeño, porque conmigo ha estudiado! ¡Si sabré yo quién es!, se concluye con aire de suficiencia, como quien está en el secreto, echando la llave a la conversación. Seguidamente se echa mano del bote de las mas exquisitas cortesías para obsequiar con ellas al primer desconocido que se presente.

Natural sería que, en todo caso, el periódico, el deudo y el amigo prefiriesen a los propios sobre los extraños y decididamente les ayudaran, caldeando los juicios que aquellos les merecieran con el vivo fuego de una sincera cordialidad.

No es así, y muy raras veces llega a quebrarse, en alguna que otra excepción halagüeña, esta regla general. Aprovechando la ausencia de uno de nuestros mejores compañeros de CÓRDOBA—el Dr. Ruiz Maya—vamos a realizar una de estas simpáticas excepciones. Es decir que, no solamente hemos de elogiarle siendo nuestro, sino que hemos de hacerlo prevaliéndonos de la ocasión de que en estos días no se halle entre nosotros. De esta suerte hacemos añicos por nuestra parte la anómala regla de que acabamos de hablar. No se crea por ello que vamos a extendernos en un mar de exageraciones, toda vez que, con decir de nuestro amigo y compañero que tiene talento y que es bueno, sin más necesidad de adjetivos, ya está hecha su semblanza espiritual.

Ruiz Maya, en posesión de una cultura y una posición social muy superiores a su juventud, es un ejemplo de capacidad y trabajo. Ejerce la Medicina como un sacerdocio, con admirable competencia y raro acierto, «tijàndose mucho», como acertadamente dice el pueblo, y con salvadora serenidad de ánimo; posee también el título de profesor de Instrucción pública, y hermana esta y aquella carreras siendo, en la Beneficencia Municipal, médico de los niños de las escuelas; es conferenciante de mucho mérito, escritor de extensa cultura y muy rico y vario caudal de ideas y es también periodista de incansable actividad, pudiendo nosotros decir de él que le corresponde casi todo el éxito que el público ha concedido a CÓRDOBA, en la que viene trabajando incansablemente desde que se comenzó a organizar la publicación de nuestra Revista.

Atiende tan bien a tantas y tan variadas ocupaciones, porque posee el raro don de saber dominar su tiempo, sin desperdiciar ni un momento. Entre sus amigos se hace notar por ello. Se le cita para una reunión de la Academia de Ciencias o el Centro Andaluz; para una de las visitas culturales—por él organizadas—de la Unión de Dependientes de Comercio o para un acto cualquiera en el que la inteligencia haya de ser puesta a contribución, y asiste puntualmente. No siendo así, tratándose sólo de pasar el tiempo, de matarlo, Ruiz Maya se disculpa discretamente y no hay forma de hacerle desistlr. Al día siguiente, resulta que ha terminado un capítulo de un libro en preparación, que ha escrito uno o varios artículos, que ha impuesto un avance decisivo a la organización de CÓRDOBA o que ha pasado la noche asistiendo cuidadosa y serenamente a un enfermo, al que ha salvado de la muerte. Es decir, que ha sabido ganar el tiempo para él y los demás. Muchos enfermos le deben la vida, y también aquel desdichado enfermo mental—Isidro Ramírez Morales—que estuvo a punto de morir

hace poco y que hubiera perecido a no ser porque Ruiz Maya, decididamente, aportó el testimonio de su estudio del caso y movió a todos a que también gestionaran el indulto, el que fué concedido por el Rey a propuesta de un inolvidable ministro cordobés, de inagotable bondad: D. Antonio Barroso. En la memoria de todos está aquella jornada admirable, que libró a Córdoba de un espantoso espectáculo: el de que en su recinto fuese ahorcado un inconsciente un enfermo mental.

Digimos al comienzo de estas líneas, al disponernos a dedicar unas cuantas palabras sinceras a nuestro amigo y compañero de CÓRDOBA, que íbamos a realizar una de las excepciones de la antipática regla que consiste en hablar poco o hablar mal de los propios y extremar el elogio de los extraños.

Ahora caemos en la cuenta que no hemos hecho ni más ni menos que reunir en unos renglones el juicio que de él tiene formado la generalidad. Más vale así, ya que de una manera sencilla y sin necesidad de violentar reglas de ningunr clase, le hemos hecho justicia, que es lo que deseábamos,

Caricatura de Cámara

El regionalismo andaluz en Córdoba

De nuestro querido colega la revista hispalense *Andalucía* reproducimos con mucho gusto la siguiente noticia de la constitución en Córdoba del Centro Andaluz:

«Ha quedado constituída la Sección del Centro Andaluz de Córdoba con un núcleo numeroso, en el que figuran personalidades de las más ilustres de la Córdoba intelectual e industrial.

La Junta directiva la componen los siguientes señores:

Presidente: Don Rafael Castejón.

Secretario: Doctor Ruiz Maya, escritor, redactor-jefe de la revista CÓRDOBA.

Vocal 1.º: Don José Ruiz Quijano, abogado, publícista y secretario de la Cámara Agrícola.

Vocal 2.º: Don Fernando Balcera, abogado y publicista.

Vocal 3.º: Don Antonio Gil Muñiz, catedrático de la Escuela Normal.

Vocal 4.º: Don José de la Torre y del Cerro, archivero de Hacienda.

Env amos a los correligionarios de la ciudad gloriosa, donde Andalucía fué más grande, un abrazo fraternal. Por el espíritu de la Andalucía Nueva, Córdoba volverá a ser lo que fué. También les felicitamos por su acierto en el nombramiento de su Junta. Rafael Castejón, cuyo amor por Andalucía y Córdoba tienen exaltaciones manifiestas en fastuosidades de poesía oriental, ordenadas por el genio andaluz en sus brillantes escritos; Ruiz Maya, el autor de «Yo y los demás», con vislumbres de alta filosofía, que pudiera tal vez iniciar una era renaciente en nuevas escuelas de la ciudad patria de Séneca y de Averroes; Ruiz Quijano, Balcera, Gil Muñiz, José de la Torre, espíritus cultos y enérgicos, prontos al firme apostolado de ideales de justicia y progreso. De todos y los demás correligionarios inscritos en el Centro espera mucho el Regionalismo Andaluz.»

LA BUENA ESTRELLA

—Pastor, tú que sabes tanto
del cielo, que envidia das,
dime si la buena estrella
de la noche salió ya.

Tras el amor de mi vida
no ceso de caminar,
y no doy con el sendero
que a mi amor me guiará.

Está cerrada la noche
con llaves de obscuridad,
más negras que están los ojos
siniestros del oquedal

Y yo voy ciego de puro
enamorado, y de afán,
y no sé si éstas son sombras
de la noche o de mi mal.

Pastor, tú que sabes tanto
del cielo, que envidia das,
dime si la buena estrella
de la noche salió ya.

— — —

—Enamorado, la estrella
que tu senda a de alumbrar,
no la busques en el cielo,
que en tu alma la hallarás.

Yo fié de las estrellas
del cielo, y hallé mi mal,
pues me guiaron a un punto
donde se pierde la paz.

Fué en el monte, donde había
una choza y un rosal,
y una niña como un sol,
que hizo a mis ojos cegar.

El rosal me dió sus rosas,
su abrigo me dió el chozal,
mas la niña me hizo heridas
de que no podré sanar.

Enamorado, la estrella
que tu senda ha de alumbrar,
no la busques en el cielo,
que en tu alma la hallarás.

J. Muñoz San Román

EPISTOLARIO

Señor don Pedro Moro.

Queridísimo amigo y paisano: sujeto de continuo a mi labor diaria, pues un catedrático sin libros de texto, en nuestro país, tiene que atarearse mucho, si quiere costearse excursiones, comprar costosos libros y aparatos para su investigación científica, etcétera, no hallo instantes, muchas veces, para conversar por escrito con los hermanos del alma, aquellos que piensan y sienten de un modo semejante al mío.

Doy gracias a usted y a su revista CÓRDOBA por haber insertado parte de mi trabajo sobre *Las Estepas de España y su vegetación;* veo que no me olvidan los míos y esto me alienta más de cuanto ustedes puedan figurarse.

Con el favor de Dios, de quien, según los sabios agricultores árabes de España, debemos aguardar toda ayuda, espero que en Enero próximo podré enviar a ustedes, publicado ya, un nuevo estudio, científico e histórico a la vez.

Leyendo nuestra Revista, se me ha ocurrido que debiera haber en ella una sección corta, pero existente en todos los números, que podría titularse *Dichos y hechos de antiguos cordobeses*, y también unas cuantas docena o una docena de renglones, destinadas a la juventud española en general y cordobesa en particular.

Como a toda iniciativa debe seguir la acción a la idea, ahí va la primera docena de líneas del cordobés Juan de Mena.

—

Dichos y hechos de antiguos cordobeses.

De Juan de Mena, que nació en Córdoba en 1411 y murió en 1456.

O flor de saber y caballería,
Córdoba madre, tu hijo perdona
si en los cantares que agora pregona
no divulgare tu sabiduría.
De sabios, valientes, loarte podría,
que fueron espejo muy maravilloso;
por ser de ti misma seré sospechoso:
dirán que los pinto mejor que debría.

—

Salude en mi nombre al señor director del *Diario de Córdoba* y a usted envía un cariñoso abrazo su afectísimo amigo s. s. q. b. s. m.,

Dr. Eduardo Reyes Prósper.

* * *

Perdónenos nuestro admirado amigo la indiscreción que cometemos al insertar su hermosa carta, la que no estaba por él destinada a la publicidad. No podemos sustraernos al deseo, ya que en ello no hay daño, sino bien, de anticipar la noticia de que el ilustre Dr. Reyes Prósper ha de publicar en breve un nuevo estudio, frescos aún los laureles que alcanzara con su magna obra acerca de *Las Estepas de España y su vegetación.*

Al mismo tiempo, nos consideramos obligados a dar a conocer en Córdoba—donde tanto se admira y quiere al insigne publicista — la hermosa manifestación de que con el afecto que tenemos al Dr. Reyes Prósper se le alienta más de cuanto pudiéramos figurarnos. Hablamos de él y publicamos sus producciones porque el público acoge con muy vivo interés cuanto a él se refiera. Por tanto, justo es que el Dr. Reyes Prósper sepa que en la admiración que CÓRDOBA le expresa se recoge la que Córdoba le profesa y que también esta conozca el reconocimiento con que él le corresponde.

En cuanto a su interés por CÓRDOBA, en la que lo consideramos como uno de nuestros guías espirituales más admirados, a él correspondemos, con nuestra gratitud cordialísima, recogiendo las iniciativas con que nos favorece.

Para la sección de *Dichos y hechos de antiguos cordobeses*, que con magistral acierto inaugura en su hermosa carta, contamos con el valioso ofrecimiento de dos escritores de notoria valía: don Ricardo de Montis, decano de los periodistas cordobeses, y don José Rey Díaz, joven cronista de nuestra provincia, habiendo comenzado la labor este último investigador y publicista.

Asimismo estableceremos la sección dedicada a la juventud, en lo que no habíamos pensado, porque CÓRDOBA, desde su organización, está redactada sin fijar distinciones de edades, sino que en ella se ha hermanado y confundido el concurso de cuantos se consideraban unidos en esta misma aspiración: el estudio y el trabajo en favor de todos. En la sección expresada, si este es el pensamiento del Dr. Reyes Prósper, consignaremos aquellas noticias que especialmente afecten a la juventud laboriosa y también recogeremos los ejemplos que esta ofrezca y las aspiraciones que formule. En el orden literario, en este mismo número figura ya un interesante y ameno trabajo, bajo el epígrafe de *Escritores jóvenes.*

Por último, CÓRDOBA tiene la satisfacción de reiterar al ilustre Doctor Reyes Prósper, nuestro querido amigo y colaborador, la seguridad de que en Córdoba se le quiere y admira en lo mucho que él merece, por su magna labor y por el cordial afecto con que distingue a nuestra patria chica, a la que como suya considera y en la que por cordobés muy significado se le tiene.

La Escuela de Artes y Oficios.--Clase de Aritmética

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

ELEGIA

—:—

Motívala la huelga general que, en petición de trabajo y abaratamiento de las subsistencias, se celebró el día 18 en toda España.

En crispación airada se han tendido
cien manos suplicantes
y han tomado sentido
las protestas errantes
con un vago temblor de amenazantes.
Trágicos nubarrones
cubren el cielo de la patria mía;
vientos de maldiciones,
avivan fuegos de desolaciones;
contenida energía
pone valor donde hubo cobardía;
los dormidos halcones
en la tiierra baldía
comienzan a brotar las granazones
y ardientes corazones
dan su vigor a nuevas pulsaciones.
Enferma tierra mía,
tierra de la tragedia... y la alegría:
los rotos eslabones
de tu soberanía
¿se unirán algún día?
Los sagrados carbones
que apagó mano impía
¿alumbrarán futuras gestaciones?
En tus viejos y altivos torreones
¿volverán a ondear santos pendones?
Mísera tierra mía,
logro de rapacesca granjería,
cosecha de malditas ambiciones,
blanco de iras y provocaciones:
¿será que ya tus días se cumplieron?
¿que todos contra tí se apercibieron
y, en el alma, te hirieron
y, en cadáver, al fin, te convirtieron?
Desnudos los altares
donde tu amor se diera en sacrificio;
sin lumbre los hogares
de tu solar patricio,
tu mesa sin manjares,
desiertas tus estancias familiares;
los arcones vacíos,
sin pan la artesa y el fornal en ruinas,
sin timón los navíos
naufragando entre sirtes y bajíos,
desgajadas tus próceres encinas,
sin nidal tus caseras golondrinas
y la corona de tus poderíos
trocando sus diamantes en espinas...
Hoy angustos instintos ciudadanos
toman carne y hechura
en esta triste procesión de humanos
causantes de su propia desventura,
porque siempre callaron
y a todo yugo su cerviz doblaron.
No más: no más... ¡No más...! En la negrura
de esta hedionda y pobre sepultura,
una hora nuestros muertos alentaron;
poseídos de sagrada calentura,
el funeral sudario abandonaron
y las débiles llamas avivaron.
¡No más! Aquellos gestos de agonía,
trocáronse en sublime altanería
y las gargantas que, al morir, gimieron
y nunca en el dolor os conmovieron,
rugen como la bestia acorralada
herida acaso, pero no domada.
¡No más! Aquellas manos que, en la azada
y en el taller y el torno encallecieron
y, en demanda de sórdida soldada,
suplicando mendigas, se tendieron,
en crispación airada,
hoy se aferran al puño de la espada
y recogen, de España en los graneros,
trigos de castellanos Comuneros.
¡No más! Aquellas frentes abatidas
siempre al cuchillo del verdugo prestas,
hoy hacen galardón de sus heridas
y así tienen las testas,
un altanero engramear de gestas...
Y bien: ¿cuáles las manos
que os guían, mis hermanos?
¿cuáles los atambores
que hasta el combate os llevan vengadores?
¿cuáles los estandartes soberanos
que hoy se despliegan a los aires vanos...?
Logre sentido de ciudadanía
el santo ejercitar de los derechos;
poned verdad, donde hubo hipocresía
¡y en vuestros mismos pechos,
hallad sanción a vuestros propios hechos!

Manuel de Góngora.

ESCRITORES JÓVENES

BURLA, BURLANDO

—:—

CUENTO

Un canario afligido
ronda mi barrio:
¡quién fuera la canaria
de ese canario!

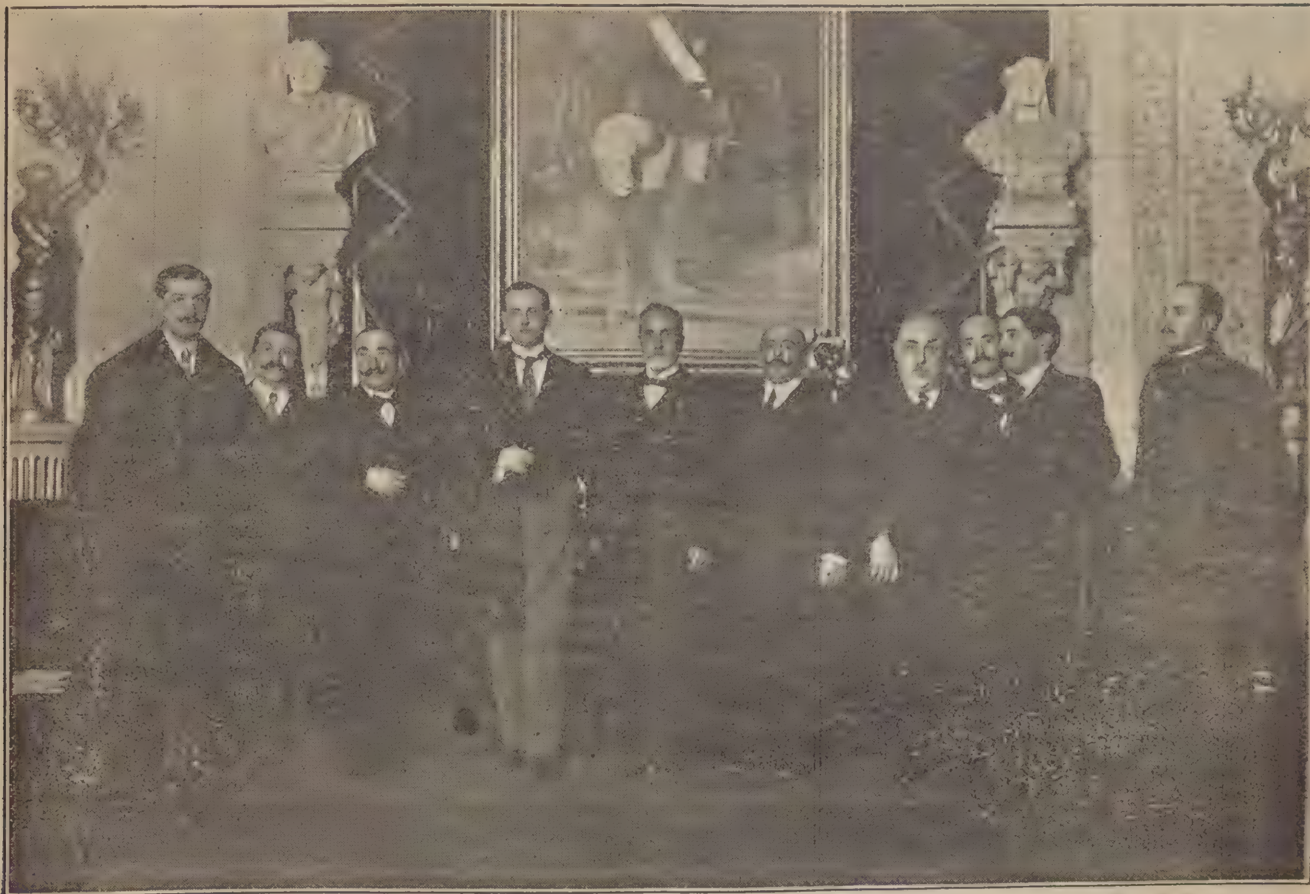
Cantar popular.

En uno de tantos pueblos grandes como hay, con honores de capital, vivía una encopetada familia, formada por un matrimonio ricachón y una hija, bella en grado sumo.

Rosita era un dechado de perfecciones y gracias: rubia, muy rubia, tenía bucles de oro como espigas en sazón; boca acorazonada, roja, pequeñita y fragante, y melancólicos ojos de pálido azul. Hermosura y riquezas, repartidas en ella con pródiga mano, hacíanla objeto de toda clase de admiraciones y envidias; las jóvenes provincianas disputábanse su amistad y hasta los asientos contiguos al suyo en el colegio de monjas en que se educaba.

Pero Rosita tenía un defecto de no pequeña importancia: poseída de su deslumbradora belleza—patentizada en centenares de cotidianos coloquios con el espejo—gustaba de encender pasiones para gozar repartiendo repulsas por doquiera. Su «secreter», más bien parecía mueble de un agente de negocios que «guarda-secretillos» de una niña a quien sonreía la vida en la plenitud de sus dieciocho primaveras, ya que como documentos vencidos almacenaba las cartas de sus admiradores.

Gozaba con que fuesen muchos sus pretendientes, y, jugando con fuego, consentíales con miradas insinuantes y sonrisas provocativas hasta que llegaban a declararle su pasión en misivas tan perfumadas como románticas, que ella coleccionaba con complasencia suma.



Recepción, en la sesión extraordinaria celebrada en el Salón Capitular del Ayuntamiento por la Academia de Ciencias, del académico numerario don José Rey Díaz, cronista de la provincia de Córdoba y literato e investigador muy notable, de cuyo admirable discurso. titulado «Guía espiritual de Córdoba en el siglo XVI», publicamos un fragmento en este número.

La mamá acogía con bondadosa satisfacción tales escarceos amatorios, y, quizá, con ciertos dejos de vanagloria.

Rosita hacía tiempo que otorgaba su amistad, un tanto altaneramente, a Berta, mujercita de su misma edad, hija de una antigua modista de la casa. Jamás tuvieron miradas de aprobación para aquellas travesuras los ojos de un negro sombrío que hermoseaban la cara hechicera de la modesta niña.

Por aquel entonces prendóse de los encantos de Rosita un simpático joven recien llegado de la vecina capital con el título de doctor en Leyes.

El abogadito andaba «haciendo números» por la hija del matrimonio ricachón.

Así que, según costumbre, entraron en el archivo de Rosita algunas cartas de su galanteador, la joven coqueta comenzó a ingeniarse para dejarle «á la luna de Valencia», burla, burlando...

Quiso consultar el caso, buscando la complicidad, con Berta, pero la formal amiga no era de su mismo parecer, y al hablarle de tal asunto, se tornaban más brilladoras y sombrías sus negras pupilas...

—Escucha —dijo Rosita a Berta— la coplita que estoy preparando para cuando ese pollito, según costumbre, venga a pasear esta tarde por delante de mi casa:

«Un canario afligido
ronda mi barrio...»

—Y ¿te vas a atrever a cantar «esa»?—Interrumpió Berta, en tono agrio que pasó desapercibido para su amiga.

—¡Claro, mujer!; y, si lo dudas, asómate luego a esa ventana de tu casa que esté frente a mi balcón, y quedarás convencida.

Debajo de la toquilla granate cerráronse en puño las nacaradas manos de Berta. Malo fué siempre que el amor comience a llamar en sedientos corazones...

—

¡Quién lo creyera! La irónica letrilla salió de labios de Rosita, a la hora convenida, y el galán tuvo que sufrir una vez y otra la burla.

Al siguiente día, entre sonoras carcajadas, repitióse la canción:

«Un canario afligido
ronda mi barrio...»

Entonces, de la ventana de enfrente, bordada de flores, salió una voz dulce y mimosa que vibraba con amor infinito:

«¡Quién fuera la canaria
de ese canario...!»

Y, tras del enrejado, temblaban los labios de Berta y sus ojos adquirían metálico brillo...

Así nació el idilio venturoso que, después, hizo palidecer de envidia a la mujer veleidosa.

Berta fué feliz y su amado también.

En tanto, Rosita iba camino de saber cómo «la caballería se pasa y la infantería no llega», porque así, burla, burlando, espían sus torpes devaneos las mujercitas coquetas...

Antonio Moya.

MALOS PAGADORES

Los nacidos y avecinados en España contribuímos por los siguientes conceptos: Por inmuebles, cultivo y ganadería. Por ejercer industrias. Por derechos reales. Por cédulas personales. Por sueldos y asignaciones. Por consumos, pese a las supresiones. Por azúcares. Por alcoholes. Por coloniales. Por transportes de viajeros y mercancías. Por pagos al Estado, la Provincia y el Municipio. Por amortizaciones de la Deuda. Por transmisión de efectos públicos y valores mercantiles. Por fósforos. Por carruajes de lujo. Por pólvoras y explosivos. Por primas de seguros y comisiones a los agentes de las Compañías. Por naipes para los juegos de azar. Por timbre del Estado. Por derechos de Aduanas. Por derechos de importación y exportacion. Por impuestos de carga y descarga. Por impuesto de guerra. Por tabacos. Por obvenciones consulares. Por fabricación de meneda. Por honorarios de abogados del Estado, cuando éstos defienden al Estado en contra del ciudadano particular. Por licencias de armas, caza y pesca. Por cargas de Justicia. Por utilidades. Por espectáculos. Por anuncios. Por venta de fondos públicos. Por cuarentenas. Por el Registro civil. Por pesas y medidas. Por puestos de vendedor. Por cementerios. Por traslación de cadáveres. Por derechos de degüello de reses. Por licencia de construcciones. Por licencia de mudanzas. Por coches de plaza. Por inquilinato. Por automóviles. Por poseer perritos de caza o de lujo. Por puertas y ventanas. Por canalones, bajadas de agua, etc. Por anuncios en la vía pública. Por licencias de vendedor ambulante. Por licencias de Carnaval...

—

Y, sin embargo, hay déficit. ¿Por qué hay déficit? ¿Porque se gasta más de lo que se recauda? Indudablemente que esa es la primera razón. Mas no es la única.

Decía Canalejas, allá por el 1900, que España no podía pagar arriba de 700 u 800 millones de pesetas anuales. Han pasado 16 años y abonamos el doble. Y Alba nos presenta un presupuesto extraordinario, que si fuese aprobado se disolvería como la sal en el agua, sin producir el beneficio más nimio a la potencialidad económica de la nación.

Mil quinientos millones entrega anualmente el país a sus políticos. Y éstos aseguran que no tenemos ni justicia, ni fuerza, ni cultura, ni higiene. ¿Para qué sirve ese dinero, entonces?

—

Don Santiago Alba, entre sus proyectos innumerables, tiene uno relativo al Catastro.

El Catastro no se acaba jamás. Y el fisco no sabe a qué atenerse Y el caciquismo sonríe satisfecho.

¡Mil quinientos millones de contribución, y no hay Catastro; es decir, base estadística y científica para la imposición equitativa del tributo ..! ¿Se comprende lo que esto quiere decir? ¡Y todavía no nos maravillamos de que España exista...!

El capricho, la arbitrariedad, el soborno, son los ejes de la organización fiscal. Nadie contribuye a las cargas públicas con arreglo a sus fuerzas propias. Los faltos de influencia, los débiles, los tímidos, pagan por ellos y por los audaces, poderosos, hábiles o privilegiados.

Y siquiera en las grandes ciudades las ocultaciones y las desigualdades tributarias son relativamente difíciles. Mas en los campos...

Sin embargo, no nos indignemos mucho por lo que en los campos suceda. Recordemos aquel caso denunciado en pleno Ayuntamiento de Madrid, sin que nadie se alborotara y sin que la Hacienda creyera que debiera intervenir.

¿No se acuerdan, lectores? Se trataba de la implantación del impuesto de inquilinato. Los empleados municipales habían comenzado un trabajo de investigación. Los caseros protestaron senatorialmente. Digeron que no tolerarían inquiciones. Y uno de ellos, en las columnas de un rotativo, añoró los consumos...

Y cierto concejal dijo en sesión, refiriéndose a las lamentaciones de dicho envidiable mortal, marqués, senador y dueño de pingüe fortuna:

«Ese caballero tiene una finca de cuatro pisos, con dos establecimientos en la planta baja. Esa finca se eleva en una de las mejores calles de Madrid. ¿Saben ustedes en cuanto está evaluada para los efectos contributivos? En 20.000 pesetas. Vale más de cien mil duros... Se comprende que parezca mal una investigación que descubre tales gatuperios.»

El marqués, senador y casero, no rectificó la denuncia. Prefirió callarse.

—

¡Paga, infeliz burguesillo...! ¡Paga, hambriento artesano...! ¡Y tú, bracero, paga también, comprando carísimo lo que necesitas para ir soportando el fardo de tu vida tristísima...!

¡Pagad mil quinientos millones de pesetas al Estado y otros cuantos cientos de millones más a Diputaciones y Municipios...! ¡Pagad sin regateos porque hay déficit...!

Mas pensad que no tenemos Catastro, y poneos bien con el cacique más cercano a vuestra esfera de acción. El sólo, con su influencia y a cambio de vuestro servilismo, podrá aliviaros la carga...

Fabián Vidal.

SOÑADOR

Llamé a su puerta triste y dolorido
implorando consuelo para mi alma,
y el eco de su voz sonó en mi oído
como preludio de ventura y calma.

Llamé a su corazón con loco anhelo
mendigando limosna de pasiones,
y a una promesa suya, brilló el cielo
radiante de esperanzas e ilusiones.

¡Oh dichas sin llegar, dichas soñadas
que amargáis de mi vida las jornadas!
Cuando os acarició mi pensamiento,

cuando os sintió llegar mi alma desierta,
¡su frágil corazón cerró la puerta
y el eco de su voz se llevó el viento!

Antonio Arévalo.

D. Juan Isasa Echenique

Víctima de una enfermedad que minaba su existencia desde hacía bastantes años, ha dejado de existir en Madrid el exdiputado a Cortes por Córdoba don Juan Isasa Echenique.

Era hijo de don Santos Isasa Valseca, presidente del Tribunal Supremo y jefe provincial del partido conservador de Córdoba.

Obtuvo la representación de esta circunscripción en Cortes cuando aún no había cumplido la mayor edad y ejerció el cargo de diputado por Córdoba durante gran número de años, velando siempre por la defensa de los intereses de nuestra capital y su provincia.

Contribuyó con sus gestiones a la apertura de la ronda que ostenta su nombre y que conduce desde el paseo de la Ribera hasta el Puente Romano.

Fué también abogado del Ayuntamiento de Córdoba en Madrid y en todos los asuntos que la Corporación Municipal, como asímismo la Diputación, le confiaron, demostró sus profundos conocimientos jurídicos, su celo y su desinterés, no admitiendo jamás remuneración alguna por sus trabajos, los que casi siempre fueron coronados por el éxito.

También ocupó, con notorio acierto, el cargo de Gobernador civil de Zaragoza, donde serán inhumados sus restos mortales.

Político honrado, hombre bueno y laborioso, por sus excelentes dotes de carácter supo captarse las simpatías y el afecto de cuantas personas le trataron.

El problema de la tierra andaluza

La cruzada del trabajo contra el ocio

Continuación del manifiesto dirigido a la región andaluza por la Sección Sevillana de la Liga Española para el Impuesto único.

De lo dicho se desprende que el *impuesto* que defendemos no es sobre la riqueza rústica y urbana; es decir, sobre los cultivos y edificaciones; *sino sobre el valor que alcance la tierra independientemente de las mejoras de aquella índole que pudiera contener, las cuales pertenecen, íntegramente, al que haya cultivado o edificado.* Ese impuesto, por consiguiente, no será otra cosa que la renta *económica* de la tierra, que el que quiera ocuparla habrá de pagar al Tesoro público.

Para completar la medida, y con ello la igualdad de oportunidades a que todos tienen derecho, por naturaleza, pretendemos también abolir toda clase de monopolios (concesiones de ferrocarriles, tranvías, aguas, etcétera, etcétera), proclamando la libre concurrencia en aquellos servicios que de ello fueran susceptibles, siendo asumidos los que no lo fuesen por los organismos de la Nación (Estado, Provincia, Municipio.)

Resumiendo: Proclamos la cruzada del Trabajo contra el ocio, que es la cruzada de la Igualdad contra el Privilegio, de la Libertad contra la Tiranía. En esta cruzada marcharán juntos todos los hijos del trabajo, obreros, intelectuales, industriales y comerciantes, a conquistar la tierra para todos los hombres.

Nos proponemos restablecer el equilibrio por el imperio de la Justicia. Queremos proporcionar a todos los hombres lo que Dios hizo para todos: el uso de la Naturaleza. Y ello lo verificaremos, dando a la Sociedad lo que es de la Sociedad: el valor de la tierra, y al individuo lo que es del individuo: el producto íntegro de su trabajo. Queremos absorber por medio de un impuesto aquel valor para satisfacer las necesidades públicas, y desgravar de toda contribución los productos del Trabajo para que puedan emplearse por entero en la satisfacción de las necesidades privadas. La tierra será accesible para todos los hombres. Todo el que quiera podrá trabajar. Nadie que lo desee quedará sin alimento o habitación. La pobreza será un crimen. La riqueza un galardón. Porque será rico todo el que trabaje, y pobre sólo el que no quiera hacerlo. Cada uno será hijo de sus propias obras. El camino del Bien no será obstaculizado por la Iniquidad. Que cada cual tenga lo suyo y desaparecerá el incentivo de robar la ajeno. Cuando todas las existencias sean compatibles, se abrirá paso el reinado del amor.

—

Si la reforma es indispensable en el Mundo, en España lo es como remedio desesperado, heroico, que, aplicado con valentía, resucitará de una vez las dormidas energías de la raza, haciéndole saltar en la Historia el trecho de cuatro siglos, que según el gran Aragonés, nos separa de la civilización europea.

Las dos terceras partes del territorio español se encuentran por cultivar. Y, sin embargo, todos los años parten 20.000 emigrantes que van buscando el que se les permita regar con su sudor tierras extrañas. Por la sangría suelta de la emigración se escapa la sangre que necesitan los que, sin político alardeo, por la fuerza del trabajo y de la honradez, han de restaurar la grandeza perdida de la Patria.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

CANTARES

Dicen que murió de pena
Boadil el rey de los moros:
de repente hubiera muerto
si lo divisan sus ojos.

—

Camina lento el pesar;
la dicha corre ligera,
y, sin embargo, en la vida,
más de una vez se tropiezan.

—

Si el corazón y el cerebro
no estuvieran tan ocultos...
¡qué cuadros tan repugnantes
se exhibieran en el mundo!

—

A solas, con su recuerdo,
sienten mis penas alivio;
¡para qué quiero vivir
si me falta su cariño!

—

Aquellos ojos divinos
que al mirar magnetizaban,
se cerraron para siempre...
¡Qué dolor de mi serrana!

Joaquín Cañero Espinar.

LOTERÍA, TOROS Y JUEGO

¡La Lotería y los toros! Las naciones modernas se distinguen por su amor a las ciencias, por cuanto es y representa progreso; nosotros los es-

pañoles somos los flamencos, los de pandereta, los imprevisores, los que fiamos todo al azar, a la suerte, a la «buena sombra».

Desconfiamos del esfuerzo propio, del producto inherente a la prestación del trabajo personal.

En otros países, quiere un hombre tener dinero para aventurarlo en empresas hasta heroicas; un español que se ve con veinte «perras gordas» juntas, dice: «¡Que trabaje Rita!»

Al español, en vez de fiar los éxitos al propio esfuerzo, le resulta más cómodo pedirle al azar protección, ayuda y éxito.

Sólo siendo así se concibe que, en plena crisis del trabajo, cuando la gente se muere de hambre, haya en Madrid treinta timbas funcionando: ¡el juego y la lotería y los toros!

Es altamente consolador esto de embrutecernos a sabiendas.

Con el mismo amor con que el labriego cuida sus tierras, así nos desvelamos por nuestro embrutecimiento.

El nombre de España es femenino, y nuestras ideas y nuestros hechos llevan faldas.

Boabdil dejó una descendencia interminable: luego de no saber proceder como hombres, lloramos nuestros fracasos como mujerzuelas.

Ricardo P. Sancho.

IMPRENTA MODERNA

CÓRDOBA

10 Cts.

Revista semanal independiente

La Victoria de Samotracia

IMPRENTA MODERNA, Calle de María Cristina.--CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 6 de Enero de 1917 | NÚM. 21

ANDALUCÍA

¡Tierra mía! ¡Madre mía!,
de mi amor! ¡Andalucía!
¡Oh, vergel de los vergeles!
¡Encantada fantasía
de cristianos y de infieles!
Hija hermosa,
en un rapto de poesía,
de una diosa
caprichosa...
¡y del sol del Mediodía!
¡Oh, venero
de riquezas! ¡Oh, tesoro
de bellezas! ¡Oh, mi encanto!
¡Yo te quiero!
¡Yo te adoro!
¡Yo te canto! ¡Pobre canto!,
no lo acojas con desvío
porque es mío
y en mi amor a tí confía.
¡Con el alma te lo envío,
madre mía!
Pienso en tí y en tus amores
mientras sufro los rigores
de un invierno
que parece que es eterno;
y me abruman los pesares,
me traspasan los dolores
en las márgenes sin flores
del humilde Manzanares.
...Y en el fondo de la inmensa
y letal melancolía
que en el alma se condensa
como bruma, gris y fría,
cada día
más intensa;
evocada
por la fuerza del anhelo
como el hombre que padece
busca un rayo de consuelo,
a mis ojos aparece
tu visión maravillosa;
de improviso, crece y crece...
¡dilatada y luminosa!
y al conjuro
de tu mágica belleza
toda el alma con mi canto
a vibrar, de pronto, empieza;
como el rayo de la aurora
que colora
desde lejos,
con la luz encantadora

La verdadera Córdoba.--El Portillo.

de tus límpidos reflejos,
la enramada
por mil aves habitada,
desde el fondo de los nidos
removidos
por amantes aleteos;
de repente
se difunde en el ambiente
¡¡un torrente
de gorjeos!!
Ya no lloro, no suspiro.
Ya te miro,
con el gozo del amante
que, después de la jornada
fatigosa y prolongada,
torna al seno palpitante
de su amada.
Ya te miro
y en mi amor en tí me inspiro,

—¡oh, vergel de los vergeles,
encantada fantasía
de cristianos
y de infieles!—
desde el árido paraje
de las cumbres de la sierra
que dan fuentes a tus ríos
y linderos a tu tierra,
poderosos y bravíos,
hasta el fondo, siempre en guerra,
de arrecifes y bajíos,
en las costas de tus mares
¡al través de tus campiñas,
salpicadas de olivares
y de viñas!
¡Salve, reina destronada,
hermosísima Granada,
tú, la hurí de las huríes,
que enloqueces

a los míseros mortales
si amorosa les sonríes,
entreabiendo los corales
de tus labios carmesíes!
¡Salve, Córdoba, sultana,
musulmana,
que dormitas
a la sombra
de la cruz de tus ermitas,
en la alfombra
de tus campos, y despiertas
a los cánticos de amores
de los pájaros cantores
moradores
de las frondas de tus huertas!
¡Salve, Cádiz desgraciada,
tú, la fiel enamorada
y el amor del mar grandioso,
que te arroba los sentidos
con arrullos reprimidos
y rugidos
de coloso;
que sedienta de los besos
de sus olas,
que se rompen a tus plantas,
te adelantas
de las tierras españolas
hacia el mar, y al fin, a solas
con el mar, y en su regazo,
te confías
y te entregas a su abrazo!
¡Salve, Málaga, que sueñas
adormida por las coplas
de las dulces malagueñas,
perla rica; peregrino
don feliz del mar latino
que a tus blancos pies se abate;
¡suelo fértil... para el vino!
¡cielo fértil... para el vate!
¡Salve, mágica Sevilla,
maravilla
de bellezas y primores;
tú que das al ancho río
que se acerca a tí, diciendo
tu bondad, tu poderío,
tu saber – y que se queja
de dolor, cuando se aleja
hacia el mar, porque te deja—
más que orilla a cada lado
de su cauce dilatado,
vistosísima guirnalda
de colores
y de aromas, con tus flores,
y que elevas tu Giralda,
caprichosa y arrogante,
centinela vigilante
de tu honor y de tu historia
que es honor del mundo entero,
como heraldo pregonero
de tu gloria!
¡Campos ricos
de Jerez donde se cría
vino excelso, que pelea
su color con el del oro,
su sabor con la ambrosía!
¡Olivares de Montoro
y parrales de Almería!
¡Salve, salve, tierra mía!,

¡toda, toda Andalucía!
con sus costas y sus mares,
y sus vegas y sus ríos;
sus cantares
ya risueños, ya sombríos;
sus leyendas de quereres
y de celos, cuasi moras;
sus bellísimas mujeres,
tentadoras;
las garridas malagueñas,
alto bien en lid de amores;
más hermosas, más risueñas
que la luz sobre las peñas,
o las olas, o las flores;
las alegres gaditanas,
tan nerviosas y tan finas;
las lozanas
y arrogantes granadinas;
las graciosas cordobesas,
las gentiles sevillanas;
las morenas jerezanas,
medio inglesas
y a la vez medio gitanas...
¡Salve, salve Andalucía!
¡Tú, Poesía!
¡Tú, Alegría!
¡Tú, torrente de colores!
¡Explosión de resplandores
de la luz del Mediodía!
¡El amor de mis amores!
¡¡Madre mía!!

Carlos Fernández Shaw.

ESCARCEO FILOSÓFICO

LOS AÑOS

Alguien ha dicho, y después lo han repetido infinidad de veces, que son como las divisiones del año las estaciones de la vida. Y como nadie tiene más apego a esta que los egoístas, los escépticos, los fariseos y las *coquetas*, esto es, quienes menos la merecen, ¡con qué pena ven trascurrir los años que rápidamente les llevan al término de su viaje! Para ellos, la vida no tiene finalidad transcendental alguna, ni más razón de ser que gustar sensaciones fisiológicas y miserables pasioncillas que se llaman poderío, significación social, aristocraticismo, etc., etc., todo ese falso espejismo que el diablo ha debido de poner alrededor de todo lo existente y que denominamos placeres de la tierra, tal vez para engañarnos y a fin de que nos aferremos a ella en espera de goces que nunca suelen tener completa realidad.

Nada noble y elevado anima la existencia de esas gentes, cuyos últimos días recuerdan esas alegorías del invierno que los pintores representan por una anciana cargada con un haz de leña, atravesando un campo nevado, solitario y yermo.

Dichosos, por el contrario, los que viven intensamente la vida del ideal y del trabajo. Pasan los años con la velocidad del anhelo vigoroso y alegre del que lucha y espera. Ya lo dijo Víctor Hugo: «El que vive hondamente para el trabajo y el ideal vive cien veces.»

Procuremos, pues, que los de nuestra existencia lleven consigo un poco de esa espiritualidad que entusiasmaba al *gran anciano*. ¿Qué importa ir entregando pedazos del alma a través de la vida, si con ellos dejamos memoria de nuestro paso en algunos otros corazones? Después de todo, la vida es para eso, para darla y fundirla en aquello que merezca nuestras simpatías; así, al final de ella, cuando nos haya relegado físicamente al terreno propio de lo caduco, gozaremos con el saboreo del recuerdo, que, según he oído a más de un exquisito epicúreo de la vida, es uno de lo goces del alma. Y, además, disfrutaremos también pensando

en que, si hemos hecho algo grande, perdurará al correr del tiempo, pues, aunque los años pasan y mueren, este es eterno.

Por algo, D. José Echegaray, con la profundidad y gracia peculiar que le caracterizaba, lo definió donosamente con los siguientes versos:

El tiempo jamás acaba
el tiempo jamás empieza;
lo cual hace ver que el tiempo
no tiene pies ni cabeza.

No obstante lo cual, debemos hacer votos para que el que ha de transcurrir durante el año 1917, tenga algo de cabeza, y pies... de plomo, a ver si así nos deja algo de provecho, un recuerdo duradero y estimable.

Roberto de Galain.

COMENTARIOS

Del alma de Córdoba

Una vez más ha sonado la voz profunda y grave, el acento formal y sereno, enjuiciando acerca del alma de Córdoba.

Esta vez ha sido Rafael Cansinos Assens, el poeta lleno de exquisiteces y melodías orientales, el ensoñador profundo que, en el fondo de las pozas que refrescan los oasis de los arenales, vé retratarse en el fondo de sus pupilas, la fugitiva carnalidad de la Luna.

Es Rafael Cansinos Assens el paladín del sefardismo, el que, a través de los siglos, por cima de los hombres y hurtando prejuicios, ha reanudado el coloquio, roto en aciagos días, con la gran familia de los hispano-hebreos que, lejos de la patria, añora, llorando, la gloria de las centurias pasadas, en los sefarditas de Salónica, los israelitas de Palestina y el Egipto, los judíos de Tetuán y Tánger.

Es Rafael Cansinos Assens el literato que ha elevado la crítica a la más dulce emoción florida a que puede subir el alma, y de las secas arideces del espigueo literario, por los rastrojos yermos y punzantes, ha creado vergeles embriagadores de colores y aromas, en los que escoge el azahar y el nardo, como los jardines del Rey Nasar de Guadix, como los boscajes de naranjos y arrayanes de Medina Azahara, de Ar-Rusafa...

Y Rafael Cansinos Assens, este espíritu de rica complejidad, cuya ascendencia espiritual sólo se encontraría entre algún Xeij de Koreia o de Xemmar, o entre algún esplendoroso califa de los Ommiadas españoles, hablando de «El arabismo en nuestra poesía», de la particularización de este arte superiormente bello en el feliz maridaje del genio semita con el indoeuropeo (si es que los españoles son realmente indoeuropeos, y no son autóctonos, nacidos del suelo, creados, como hombres, en la propia tierra en que hoy viven) y del cual surgió, rutilante y esplendorosa, la civilización andaluza; este Rafael Cansinos Assens, decimos, enjuicia el alma de Córdoba, y así habla de ella:

«Pero la guzla es también ascética, y ha cantado, llena de mística esperanza, en las largas noches del desierto. Entre los tañedores de guzla hay también hombres que meditan llenos de seriedad, ante el tenebroso misterio, ante la noche solitaria y aun ante la copa llena, como Hafid. Son los descendientes de Tob, el apenado, el amargado, el del pecho hundido en el polvo. Son los hermanos de los alarifes que erigieron, no la Alhambra profana, sino la sacra y acongojadora Mezquita cordobesa. A ellos trata de incorporarse Villaespesa, cuando, dejando las policromías del patio de Lindaraja, echa sobre sí imaginarios desastres para parecerse al inmenso leproso y sacar de sus ojos lágrimas más duras. Pero el más auténtico de estos poetas de inquietud, es como ya hemos dicho, A. Machado. Hasta ahora, sin embargo, sólo la Alhambra ha cantado, y sólo ella, la llena de color, ha pronunciado su lección de estética. Pero es preciso que cante también la severa Mezquita cordobesa, la llena de penumbras, de misterios y de espejismos, la que repite el nombre de la unidad en trescientas sesenta y cinco veces. ¿Hacia qué arte grave y fino, lleno de enigmas, habrá de orientar a nuestros tañedores de guzlas? Puede presentirse en el arte tan serio y sutil del gran pintor de Córdoba Romero de Torres, que se ha formado a su severa sombra.»

Esto ha dicho el profundo y grave Cansinos Assens, con voz tan solemne y profética, que, más que voz de Sevilla, siempre mudable y nueva, merecería ser la voz, recia y apostólica, de la mística llanura andaluza—Osuna, Estepa, Cabra—, o la voz llena de suave y discreta calma de la propia llanura cordobesa.

Rafael Omeya.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

La verdadera Córdoba.-El Patio de los Naranjos.

LOS MESES DEL AÑO

ENERO

Tiende el invierno lúgubre y sombrío
sus negras alas sobre el mundo inerte;
todo revela soledad y muerte,
inspira todo desconsuelo y frío.
En escarcha conviértese el rocío
que el prado baña y que la noche vierte,
y en durísimo hielo se convierte
la clara linfa del sonoro río.
El monte, el llano, el valle y el otero
cubre la nieve y el naciente Enero
semeja, rebujado en sus cendales,
un niño queen un féretro naciera,
y en lugar de envolverse en los pañales,
en el blanco sudario se envolviera.

1 L. + La circuncisión del Señor.
2 M. S. Isidoro.
3 M. S. Antero.
4 J. S. Tito.
5 V. S. Telesforo.
6 S. + La Adoración de los Stos. Reyes.
7 D. S. Julián.
8 L. S. Luciano. *Luna llena.*
9 M. S. Julián y sta. Basilisa.
10 M. S. Agatón y s. Gonzalo de Amarante.
11 J. S. Higinio.
12 V. S. Arcadio.
13 S. S. Leoncio.
14 D. S. Hilario.
15 L. S. Pablo.
16 M. S. Fulgencio. *Menguante en Libra.*
17 M. El Dulce Nombre de Jesús.
18 J. La Cátedra de San Pedro en Roma.
19 V. Sta. Sara.
20 S. S. Fabián y s. Sebastián.
21 D. Sta. Inés.
22 L. S. Vicente y san Anastasio.
23 M. S. Ildefonso. *Luna nueva.*
24 M. Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo.
25 J. La C. de s. Pablo.
26 V S. Policarpo.
27 S. San Juan Crisóstomo.
28 D. S. Julián.
29 L. S. Francisco de Sales.
30 M. Sta. Martina. *Cuarto creciente.*
31 M. S. Pedro Nolasco

FEBRERO

Duerme en el silencio y soledad sumido,
bajo la escarcha, aletargado el mundo,
como duerme, del pecho en lo profundo
el amor bajo el hielo del olvido.
Y yerto, acobardado y aterido,
falto de luz y de calor fecuudo,
duerme como en su lecho el moribundo,
el pájaro en el fondo de su nido.
La blanca nieve, convertida en hielo,
corona el monte y encenaga el llano,
y allá en la altura del nublado cielo,
el sol pálido y triste lucha en vano
por desgarrar el tenebroso velo
que oscurece su disco soberano.

1 J. S. Ignacio y san Cecilio.
2 V. La Purificación de Ntra. Señora.
3 S. S. Blas.
4 D. *de Septuagésima.* S. Isidoro.
5 L. Sta. Agueda.
6 M. Sta. Dorotea.
7 M. S. Romualdo. *Luna llena.*
8 J. S. Juan de Mata.
9 V. Sta Apolonia.
10 S. Sta. Escolástica y s. Guillermo.
11 D. *de Sexagésima.* S. Saturnino.
12 L. Sta. Eulalia, vg.
13 M. S. Marcelo y sta. Catalina.
14 M. S. Raimundo de Peñafort.
15 J. S. Faustino. *Cuarto menguante.*
16 V. S. Julián y 5.000 cps. mrs.
17 S. S. Julián de Capadocia.
18 D. *de Quincuagésima (Carnaval).* S. Simeón.
19 L. S. Alvaro de Córdoba y S. Gabino. *Luna nueva.*
20 M. S. León.
21 M. *Ceniza.* s. Maximiano y s. Félix. *Cuarto creciente.*
22 J. La Cátedra de S. Pedro en Antioquía.
23 V. Sta. Marta.
24 S. S. Matías.
25 D. *I de Cuaresma.* S. Cesáreo.
26 L. S. Alejandro.
27 M. S. Baldomero.
28 M. San Román.

MARZO

Agita al soplo bramador del viento
el árbol aterido su ramaje,
y trueca en tempestad el oleaje
el vaivén de su blando movimiento.

Y en el cielo, con ímpetu violento,
el potente huracán rasga el celaje
y descorre el nublado cortinaje
que entoldaba el azul del firmamento.

A su influjo la gran Naturaleza,
de su profundo sueño despertando,
parece que se anima y despereza.

Y es porque el viento que furioso avanza,
al pasar sobre el mundo va cantando
un himno de ilusión y de esperanza.

1 J. S. Rosendo.
2 V. S. Simplicio.
3 S. San Emeterio.
4 D. *II de Cuaresma.* S. Casimiro.
5 L. S. Adriano.
6 M. S. Olegario.
7 M. Sto. Tomás de Aquino y sts. Perpetua y Felícitas.
8 J. S. Juan de Dios y s. Julián. *Luna llena*
9 V. Sta Francisca.
10 S. El Sto. Angel de la Guarda.
11 D. *III de Cuaresma.* S. Eulogio.
12 L. S. Gregorio.
13 M. S. Rodrigo; s. Salomón y s. Leandro
14 M. La Traslación de sta. Florentina.
15 J. Sta. Leocricia.
16 V. Los Cuarenta stos. mrs. de Seb. *Cuarto menguante.*
17 S. S. Patricio.
18 D. *IV de Cuaresma.* S. Gabriel.
19 L. + San José.
20 M. S. Niceto.
21 M. S. Benito.
22 J. S. Pablo.
23 V. S. Víctor. *Luna nueva.*
24 S. S. Simeón.
25 D. *de Pasión.* La Anunciación de Ntra. Sra. y Encarnación del Hijo de Dios.
26 L. S. Braulio.
27 M. S. Ruperto.
28 M. S. Cástor.
29 J. S. Eustasio.
30 V. *de Dolores.* *Cuarto creciente.*
31 S. Sta. Balbina.

ABRIL

Destrenzada la rubia cabellera
en hebras de oro por la hermosa espalda,
los campos recamados de esmeralda
cruza fugaz la joven Primavera.
Derrama, en lo alto de la azul esfera,
los capullos que forman su guirnalda,
que descienden del monte por la falda,
y esmaltan de colores la pradera.
Recobra su follaje el bosque umbrío,
la ingrave mariposa abate el vuelo
sobre la flor cuajada de rocío:
Y al fundirse los témpanos de hielo,
en el cristal del trasparente río,
vuelve otra vez a reflejarse el cielo.

1 D. *de Ramos.* santa Teodora, vg.
2 L. S. Francisco.
3 M. S. Ricardo.
4 M. S. Isidro.
5 J *Santo* S. Vicente
6 V. *Santo.* San Celestino.
7 S. *Santo.* San Epifanio.
8 D. *Páscua de Resurrección.* S. Dionisio.
9 L. sta. María Cleofe
10 M. S. Ecequiel.
11 M. S. León el Magno
12 J. S. Julio.
13 V. S. Hermenegildo
14 S. El Patrocinio de san José, san Tiburcio mr. *Cuarto menguante.*
15 D. *de Cuasimodo.* santa Basilia, mr.
16 L. Sto. Toribio.
17 M. S. Elías.
18 M. Ntra. Sra. la Divina Pastora.
19 J. S. Vicente, mr.
20 V. Santa. Inés de Monte Pulciano, v.
21 S. San Anselmo. *Luna nueva.*
22 D. Sta. Sotera y san Cayo, mártires.
23 L. San Jorge mr.
24 M. S. Gregorio, ob. y san Fidel, mr.
25 M. S. Marcos evangelista.
26 J. San Cleto, papa.
27 V. Sto. Toribio.
28 S. San Vidal, mr.
29 D. S. Pedro de Verona, mr. *Cuarto creciente.*
30 L. San Amador y cps. mrs. de C.

MAYO

Todo invita al amor; de savia henchido
el brote de la rama se renueva
y amante el ave a sus hijuelos lleva
el sustento hasta el fondo de su nido.

El grano en tierna espiga convertido,
sobre los surcos, triunfador, se eleva
en que le hundió, apoyándose en la esteva,
allá en otoño, el labrador rendido.

Todo invita al amor, gozosa el alma
en su fuego sagrado se enardece,
y hasta en mitad de su infinita calma,

al recibir el polen, estremece
su esbelto tronco la flexible palma
que en el desierto interminable crece.

1 M. S. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 M. S. Atanasio.
3 J. La Invención de la santa Cruz.
4 V. Sta. Mónica.
5 S. La Conversión de san Agustín.
6 D. S. Juán Ante-portam-Latinam.
7 L. La Aparición de san Rafael, arcángel de Córdoba.
8 M. La Aparición de s. Miguel arcángel
9 M S. Gregorio N.
10 J. S. Antonio.
11 V. San Florencio.
12 S. Sto. Domingo de la Calzada.
13 D. S. Segundo.
14 L. San Bonifacio. *Cuarto menguante.*
15 M. San Isidro, ldor.
16 M. S. Juan Nep.
17 J. + La Ascensión del Señor.
18 V. S. Félix de C.
19 S. S. Pedro Celestino, p. y cf.
20 D. S. Bernardino de Sena.
21 L. S. Secundino.
22 M. Santa Catalina
23 M. La Aparición de Santiago.
24 J. S. Juan F. Regis.
25 V. San Gregorio
26 S. San Felipe Neri.
27 D. *Páscua de Pentecostés.*
28 L. S. Esteban, ob. *Cuarto creciente.*
29 M. San Pedro Regalado, cf.
30 M. La Stíma. Trinidad y s. Fernando
31 J. S. Torcuato.

JUNIO

Ciñe Junio su regia vestidura,
y se llenan de luz y de belleza
el valle, el lago, el bosque y la maleza,
el cielo, el mar, la cumbre y la llanura.
Y, bajo el sol que vívido fulgura,
despliega la feraz Naturaleza,
en todo su esplendor y su grandeza,
la pompa sin igual de su hermosura.
Luce la rosa espléndida y fragante
como reina de alcores y jardines,
y embalsaman la admósfera serena
el clavel con su aroma penetrante,
con su olor delicado los jazmines,
con su grato perfume la azucena.

1 V. S. Venancio.
2 S. S. Marcelino. p.
3 D. S. Isaac, monje.
4 L. S. Alejandro.
5 M. S. Sancho.
6 M. S. Felipe de Cesárea, cf.
7 J. + Ssmum. Corpus Christi.
8 V. S. Norberto.
9 S. S. Primo y s. Feliciano, mrs.
10 D. Sta. Margarita.
11 L. El Sagrado Corazón de Jesús.
12 M. S. Juan de Sahagún, confesor. *Cuarto menguante.*
13 M. El Purísimo Corazón de María y s. Antonio de P.
14 J. S. Basilio el Magno, ob.
15 V. Santa. Benilde.
16 S. Fandila, monje.
17 D. S. Anastasio.
18 L. S. Ciriaco.
19 M. S. Jervasio, mr.
20 M. Sta. Florentina.
21 J. S Luis Gonzaga.
22 V. Sta. Demetria y san Paulino.
23 S. sta. Agripina.
24 D. La Natividad de s. Juan Bta. y s. Fausto y san Fermín.
25 L. San Eloy y san Guillermo, abad.
26 M. San Pelagio y s. Juan y s. Pablo.
27 M. san Zoilo. *Cuarto creciente.*
28 J. San León II, p.
29 V. + San Pedro y San Pablo.
30 S. La Conmemoración de s. Pablo y sta. Emiliana, mr.

JULIO

La rutilante luz al bosque umbrío
su frescura gratísima arrebata,
y, como lava ardiente, se dilata,
el fuego abrasador del seco estío.
Finge, al rodar desde el peñón bravío,
oro hirviendo la crespa catarata,
y ancho raudal de bullidora plata
la corriente clarísima del río.
Allá, en el mar que transparente brilla,
el barco pescador se balancea
en el columpio inmenso de las olas;
y en los áridos campos de Castilla,
al leve soplo de la brisa, ondea
el ancho mar de espigas y amapolas.

1 D. San Casto y san Secundino.
2 L. La Visitación de Ntra. Señora.
3 M. San Trifón.
4 M. La Preciosa sangre de Ntro. Señor Jesucristo.
Luna llena.
5 J. San Atanasio.
6 V. Sta. Lucía.
7 S. San Argimiro y san Fermín, mrs.
8 D. Sta. Isabel.
9 L. San Cirilo.
10 M. Sta. Rufina.
11 M. San Pío I y san Abundio.
Cuarto mengnaute.
12 J. San Juan Gualberto y san Félix.
13 V. San Anacleto.
14 S. San Buenaventura y san Francisco Solano.
15 D. San Camilo de Lesis, y s. Enrique.
16 L. Nuestra Señora del Carmen.
17 M. San Sisenado.
18 M. Sta. Marina.
19 J. Sta. Aurea y santas Justa y Rufina.
Luna nueva.
20 V. San Elías, santa Librada y santa Margarita.
21 S. Sta. Práxcedes.
22 D. Sta. María Magdalena.
23 L. San Apolinar y san Liborio.
24 M. Sta. Cristina.
25 M. + SANTIAGO.
26 J. Sta. Ana, madre de Ntra. Señora.
27 V. san Aurelio.
Cuarto creciente.
28 S. San Nazario.
29 D. Sta. Marta y santa Beatriz, virgen
30 L. San Teodomiro.
31 M. San Ignacio de Loyola.

AGOSTO

El sol radiante las campiñas tuesta,
y con su rayo abrasador calcina
las mieses apiñadas en la hacina
en las ardientes horas de la siesta.
Entre el fresco verdor de la floresta
se refugia la pobre golondrina,
y al margen de la fuente cristalina
el pastor soñoliento se recuesta.
Y en su invierno inmutable y solitario,
resisten sólo la ardorosa lumbre
del sol canicular que abrasa el cielo,
el cadáver envuelto en el sudario,
y el altivo picacho de la cumbre,
bajo su eterna sábana de hielo.

1 M. S. Pedro Advíncula.
2 J. Ntra. Sra. de los Angeles, s. Esteban y s. Pedro, ob.
3 V. La Invención de s. Esteban.
Luna llena.
4 S. Sto. Domingo.
5 D. Ntra. Sra. de las Nieves.
6 L. La Transfiguración del Señor.
7 M. S. Cayetano y s. Alberto.
8 M. S. Ciriaco.
Cuarto menguante.
9 Stos. Justo y Pastor.
10 V. S. Lorenzo.
11 S. S. Tiburcio y santa Susana.
12 D. Sta. Clara.
13 L. S. Hipólito y san Casiano.
14 M. S. Eusebio.
15 M. + LA ASUNCIÓN DE NTRA SRA.
16 J. S. Joaquín, s. Roque y s. Jacinto.
17 V. S. Paulo y santa Juliana.
18 S. S. Agapito y santa Elena.
Luna nueva.
19 D. S. Luis y san Mariano.
20 L. S. Bernardo.
21 Sts. M. Bonoso y Maximiano.
22 M. S. Timoteo.
23 J. S. Cristobal y san Leovigildo.
24 V. San Bartolomé.
25 S. Luis y s. Ginés.
Cuarto creciente
26 D. S. Felipe Benicio y s. Ceferino.
27 L. S. Rufo y s. José de Calasanz.
28 M. S. Agustín.
29 M. La Degollación s. Juan Bautista.
30 J. Sta. Rosa de Lima
31 V. S. Ramón Nonnato

SEPTIEMBRE

En el ancho lagar que ocupa y llena
de la vid el dulcísimo tesoro,
al ser pisados los racimos de oro
vierten su rica y abundante vena.
Y allá en la tarde lánguido resuena
de la vendimia el cántico sonoro,
que las zagalas en alegre coro
entonan al volver de su faena.
Rinde la tierra el natural tributo;
por doquier desbordándose la vida,
su esplendorosa plenitud alcanza,
y cae la flor al madurarse el fruto,
como cae la ilusión desvanecida,
al mirar realizarse la esperanza.

1 S. S. Gil.
Luna llena.
2 D. S. Antolín y san Esteban.
3 L. S. Sandalio.
4 M. Ntra. sra. de Consolación y santas Rosa y Rosalía.
5 M. S. Lorenzo Justº.
6 J. S. Vicente de Paul y s. Eugenio.
7 V. S. San Pantaleón y s. Juan, mr.
8 S. La Natividad de Ntra. Sra.
Cuarto menguante.
9 D. S. Gorgonio.
10 L. S. Nicolás de Tolentino.
11 M. s. Proto y s. Jacinto.
12 M. El Dulcísimo Nombre de María y S. Leoncio.
13 J. S. Felipe.
14 V. La E. de la Cruz
15 S. S Nicomedes.
16 D. S. Cornelio.
Luna nueva.
17 L. La I. de las Llagas de s. Francisco y s. Pedro Arbués.
18 M. Sta. Emilia y san Jeremías
19 M Los Dolores gloriosos de Ntra. Señora y s. Genaro.
20 J. S. Rogelio.
21 V. Sta. Pomposa.
22 S. S. Mateo.
23 D. S. Lino y s.ª Tecla
24 L. Ntra. Sra. de las Mercedes.
Cuarto creciente.
25 M. S. Lope y santa María del Socorro.
26 M. S. Cipriano y santa Justina.
27 J. S. Cosme.
28 V. S. Adolfo.
29 S. La Dedicación de s. Miguel, arcángel
30 D. S. Jerónimo.
Luna llena.

OCTUBRE

Ya entre velos de pálidas neblinas
oculta el sol sus vívidos fulgores,
se marchitan del prado los verdores,
y corona la bruma las colinas.
Ya empiezan a emigrar las golondrinas
huyendo de la helada los rigores;
ya pasaron las mieses y las flores,
dejando su rastrojo o sus espinas.
En silenciosa placidez sumido,
el mundo languidece adormecido,
y se adormecen en tranquila calma,
al recordar con lánguido desmayo,
las hojas mustias, el verdor de Mayo,
y la ilusión desvanecida, el alma.

1 L. El Santo Angel Custodio y s. Remigio.
2 M. Los stos. Angeles de la Guarda.
3 M. Ntra. Sra. del Rosario.
4 J. S. Fco. de Asís.
5 V. S. Froilán y san Plácido.
6 S. San Bruno.
7 D. S. Marcos.
Cuarto menguante.
8 L. St. Brígida.
9 M. Ntra. Sra. del Remedio.
10 M. S. Francisco de Borja.
11 J. S. Luis Beltrán.
12 V. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza.
13 S. San Fausto.
14 D. S. Calixto.
15 Sta. Teresa de Jesús
16 M. San Galo y san Florentino.
Luna nueva.
17 M. Santa Eduvigis.
18 J. San Lucas.
19 V. San Pedro Alcántara.
20 S. San Wenceslao y s. Feliciano.
21 D. Santa Ursula y s. Hilario.
22 L. Sta. Mª Salomé.
23 M. S. Pedro Pascual.
Cuarto creciente.
24 M. S. Rafael Arcángel, Custodio de Córdoba.
25 J. San Gavino, stos. Crispín y Crispiano y s. Frutos.
26 V. San Servando y s. Germán.
27 S. Santos Vicente, Sabina y Cristeta.
28 D. San Simón y s. Judas Tadeo.
29 L. San Narciso.
30 M. San Claudio.
Luna llena.
31 M. San Quintín.

NOVIEMBRE

En lo alto de la torre el bronce herido
vibra llamando a la oración cristiana,
y en lo más hondo de la mente humana
resuena su patético tañido.
Busca calor el cuerpo entumecido
jnnto a la lumbre de color de grana,
bajo la antigua y colosal campana
del hogar por el humo ennegrecido.
Y allí, sobre las brasas de la hoguera,
como el marchito corazón se inflama
con los recuerdos de la edad primera,
arden prestando pábulo a la llama,
las hojas que en la alegre Primavera
engalanaron de verdor la rama.

1 J. + LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
2 V. La conmemoración de los fieles difuntos y santa Eustaquia.
3 S. San Valentín.
4 D. San Carlos Borromeo.
5 L. San Zacarías y sta. Isabel.
6 M. San Leonardo.
Cuarto menguante.
7 M. San Amaranto y s. Froilán.
8 J. San Severo.
9 V. San Tedoro.
10 S. S. Andrés Avelino
11 D. San Martín.
12 L. San Diego de Alcalá y s. Paterno.
13 M. San Estanislao.
14 M. El Patrocinio de Ntra. Sra.
Luna nueva.
15 J. San Eugenio I y san Leopoldo.
16 V. Santa Gertrudis.
17 S. S. Acisclo y sta. Victoria.
18 D. La Dedicación de la Iglesia de s. Pedro y s. Pablo.
19 L. Sta. Isabel.
20 M. San Félix de Valois.
21 M. La Presentación de Ntra. sra.
Cuarto creciente.
22 J. Sta. Cecilia.
23 V. San Clemente.
24 S. San Juan de la Cruz.
25 D. Sta. Catalina.
26 L. La invención de las reliquias de los sts. mrs. de Córdoba en s. Pedro.
27 M. Sta. Flora.
28 M. Los Desposorios de Ntra. Sra.
Luna llena.
29 J. San Saturnino.
30 V. San Andrés.

DICIEMBRE

El año expira; en polvo se convierte
su pompa, y de su frente desceñida
cae la corona por Abril tejida.
¡Símbolo eterno de la humana suerte!
Halló el invierno lívido e inerte,
al principio y al fin de la partida.
¡Siempre empieza y acaba nuestra vida
en medio de las sombras de la muerte!
Son los astros sus cirios funerales,
la helada tierra su mortuoria caja,
y la nieve, que en cándidos cendales,
sobre su cuerpo rígido se cuaja,
si le sirvió en Enero de pañales,
en Diciembre le sirve de mortaja.

Manuel de Sandoval.

1 S. S. Diodoro.
2 D. I DE ADVIENTO. sta. Bibiana.
3 L. S. Fco. Javier.
4 M. Sta. Bárbara.
5 M. S. Pedro Crisólogo.
6 J. S. Nicolás de Bari, arzpo. de Mira.
Cuarto menguante.
7 V. S. Ambrosio.
8 S. + LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN DE NTRA. SRA., patrona de España.
9 D. II DE ADVIENTO. sta. Leocadia.
10 L. Ntra. Sra. de Loreto y S. Melquiades
11 M. S. Dámaso.
12 M. Sta. Eulalla.
13 J. Sta. Lucía.
14 V. S. Espiridión.
Luna nueva.
15 s. Valeriano.
16 D. III DE ADVIENTO. S. Eusebio.
17 L. S. Lázaro.
18 M. La Expectación de Ntra. Sra.
19 M. S. Nemesio.
20 J. Sto. Domingo.
21 V. Sto. Tomás.
Cuarto creciente.
22 S. S. Demetrio.
23 D. IV DE ADVIENTO. Sta. Victoria.
24 L. S. Gregorio.
25 M. + LA NATIVIDAD DE N. SR. JESUCRISTO y sta. Anastasia.
26 M. S. Esteban.
27 J. S. Juan. ap.
28 V. Los stos. Inocentes, mrs.
Luna llena.
29 S. Sto. Tomás.
30 D. La traslación de tiago y s. Sabino.
31 L. S. Silvestre.

EL OCASO DE UN MAGO

El abuelo se hallaba desazonado.

Había entrado ya el año nuevo y aún estaba incierto sobre lo que había de regalar a su Finita.

La fuerza de la costumbre, aliada con el tierno y hondo afecto hacia su linda nieta, aprisionaba su pensamiento por aquellos días, sujetándolo a esta preocupación: el hallazgo del objeto que más gustase a la niña. Mas el pobre viejo desesperaba de dar con él, porque no conocía los últimos deseos de la nenita, ni él, por muchas cosas magníficas y primorosas que ideaba, veía ninguna digna de la dueña a quien las adjudicaba por de contado.

En ocasión tal, cada año, poco antes del día de Reyes, él, con cierta picardía, sondeaba el corazón de la nieta y sacado a luz sus anhelos, con el propósito generoso de darles satisfacción, procurando que los Magos dejaran para la niña aquello precisamente que ella esperaba de los rumbosos orientales.

El abuelito gozaba inefablemente cuando los monarcas sabios realizaban su viaje por el mundo, derramando a manos llenas sus dones; y se ufanaba con razón de las pruebas de consecuente y lealísima amistad que le prodigaban, pues ningún año habían dejado de atender puntualmente el ruego que les dirigía para que se cumplieran las ilusiones de la pequeña.

Finita, desde que disfrutó de la facultad de hablar con media lengua, se mostraba cariñosísima con el abuelo, prodigándole, como obsequios preciadísimos para él, no sólo palmaditas en los rugosos carrillos y besos ruidosísimos, sino palabras lagoteras que llenaban al anciano de contento, y más, cuando la avispada sospechaba que los buenazos monarcas se habían puesto en camino. Y él, que no necesitaba más que aquellas zalamerías de la nietezuela para preparar la sorpresa, corría desalado a prevenir a los Magos, sus amigos, con grandísimo empeño, para que no se olvidaran de aquello con que soñaba la doncellita.

¿Cómo pintar el regocijo del anciano, en la mañana del día de Reyes, cuando, a la cabecera del lecho de la niña, esperaba que se despertara, lo cual acontecía mucho más temprano que de costumbre? Preguntábale por la visita que habría recibido de sus amigos los Magos, y, obedeciendo terminantes órdenes de la pequeña, corría al balcón en busca del zapatito y volvía materialmente saltando, cual un mozalbete, a presentar a Finita el regalo regio.

Cierto que el abuelo se quedaba, por un buen rato, sin besitos ni fiestas, que todos eran para la linda muñeca que se paseaba con gallardía, abanicándose con desenvoltura y moviendo desatinadamente los parleros ojos, mientras saludaba con reverencias muy cumplidas; o para el simpático payaso que practicaba sus arriesgados ejercicios, demostrando consumada agilidad de volatinero, sobre dos sillitas y a lo largo de una escala diminuta; o para el lujoso costurero, con la almohadilla de raso y una limpísima luna, que copiaba fielmente el rostro angelical de su dueña...

Mas, apaciguado el entusiasmo de la niña, y así que había registrado su nueva prenda y la había mostrado, radiante de alegría, a todos los de la casa, el olvidado abuelito reclamaba una caricia de la locuela, en gracia de su eficaz intercesión con los complacientes soberanos.

El contento de la nieta, desbordando de todo su ser, caía sobre el abuelo, con tan benéfico efecto, que parecía que restauraba sus fuerzas, casi agotadas por la edad y los achaques, y le infundía vigor para durar otro añito, para ver otro día de Reyes, aunque fuera el último, y repetir sus finezas y mimos.

Echando la cuenta de las visitas que Finita llevaba recibidas de los Reyes, vino a sacar en conclusión la edad de la mozuela, que él no había cuidado nunca de anotar en su memoria. Y... ¡la chiquilla había entrado en los quince años!

Aquél, por si él ya no viviera en otro, le traerían magnífico, espléndido, nunca visto regalo. Era esa su voluntad. Pero ¿y la de Finita? ¿Cuál era el deseo, el antojo, la ilusión de la niña?

Finita ya nada quería, ya nada esperaba de los Magos. No se alucinaba con las dulces promesas del abuelo. Callaba, callaba, cuando el pobre viejo tanteaba para apoderarse de sus ocultos deseos. Y se ponía triste, muy triste. Y

como conocía que sufría y mucho el abuelito, se acercaba a él, estrechábalo entre sus brazos y pegaba sus labios a la abatida frente.

El abuelo se lamentaba con timidez. «¡Ay!, ya Finita no era Finita, ya él no sabía infundir en su alma la alegría, ya ni aquel único goce, el goce de hacerla feliz podría esperar. Y él... ¡ya se moría!»

Cuando amaneció el día de Reyes, tras haber pasado la noche desvelado, transido de dolor, encaminóse, no sabía el sin ventura a qué, al lado de su nieta. Turbado entróse en la alba cámara de la muchacha. Ella reposaba en su lecho. Muy quedo se acercó el anciano y clavó sus miradas en la durmiente.

«¡Divina criatura!» Ahora se enteraba de que había acariciado durante quince primaveras la flor que ahora lucía sus galas. Y su cándido corazón extasióse contemplando a la mujer.

Sintió impulsos de ahuyentarle el sueño a fuerza de besos. ¡Cómo otros años, en aquel día y en aquella hora estaba muy despierta...! Pero no se atrevió a turbar la quietud de la hermosa.

Desolado desplomóse en una butaca, cabe el lecho. Y prosiguió en la adoración del ídolo.

Se revolvió la joven entre las holandas y un sonido de palabras confusas escapóse por sus labios. El abuelo redobló su atención. ¿Si al cabo conocería el deseo de su Finita, el deseo que él no había acertado a descubrir? ¡Oh, qué dicha! Volaría en persecución de su logro.

Pero la voz de la doncella se había apagado.

La doncella extendió dulcemente los brazos y los dejó fuera de la sábana, en actitud de grato abandono. El abuelito se inclinó para acariciar una de las manos.

Miró al suelo y percibió algo que blanqueaba sobre la alfombra. La escasa luz que se repartía por la habitación y la debilidad de su vista, no le permitieron reconocer el hallazgo hasta que lo tomó y dióse cuenta de que era un lindo espejito de mano. «¡El confidente de la bella!»

Entre las manos guardábalo el abuelo, cuando otra vez habló en sueños la niña. «Ahora, ahora sí se entendería lo que la esquiva pensaba. Ya, ya se revelaban los sueños nuevos.»

Y como un arpegio brotó por los entreabiertos labios una elocuente exclamación: «¡Cuánto quiero a Fernandito!»

De las manos del viejecito se desprendió el espejo. Alzóse el anciano y, con pasos lentos, los brazos extendidos hacia adelante, ahogando un gemido y bañados en lágrimas los ojos, buscó la salida de la alba cámara.

Fuera, como destronado, como desterrado del reino de la princesita, cual proscripto por el hada que soñaba, balbució con angustia: «¡Ya no soy el mago ..! ¡Ya muero!»

José Priego López.

Vista parcial de Córdoba

EL ARBOL

El árbol está íntimamente unido al hombre por vínculos invisibles, por indisolubles lazos. Son, consultancialmente, inseparables, como el espacio y la extensión, como la sombra y el cuerpo.

Adonde quiera que dirijamos la mirada, ora a las cimas de los montes, ora a las vertientes de la cordillera, ya a la llanura, ya al techo de nuestra morada, ya a las paredes del hogar, a la hoguera, al establo, no vemos más que el árbol, vivo o muerto: hermoseando, fecundando y regulando con sus funciones la vida de la Naturaleza, o benificiando con sus despojos la vida humana. Más que nuestro hermano, más que el dios lar de nuestros hogares, el árbol es como una prolongación de nuestro sér, como una dilatación de nuestro cuerpo, acaso sea una dilatación de nuestra alma.

Al nacer, la primera cantinela dormidora de nuestra nodriza, es neniada al borde de las cuatro tablas de una cuna; luego nos sigue en nuestra peregrinación terrestre, alimentándonos con sus frutos, cobijándonos, piadoso, bajo su próvido ramaje, prestándonos su sombra, «sombra mejor que la de los dorados alcázares de los reyes,» como Fenelón dijera; ahuyentando el frío de nuestros miembros y de nuestras viviendas con sus fuegos, y más tarde, cuando morimos, nos recogen, clementes, en las cuatro tablas de un ataúd para restituirnos a la tierra, de cuyo seno salimos, poco antes, ellos y nosotros.

Y desde el principio hasta el fin de nuestra vida, no hay momento en que deje de parecer asociado a nosotros por mandato divino.

Su tosca materia es el sostén de los hilos transmisores del pensamiento humano, es poste telegráfico, es vehículo de nuestras alegrías, de nuestras tristezas. Es el portador de nuestro pensamiento; es casi un espíritu...

El hombre y el árbol, repito, están íntimamente unidos por vínculos invisibles, por indisolubles lazos.

Suprimido el abeto en la antigua Helvecia, acaso siguiera sumida en la esclavitud la libre Suiza de Guillermo Tell.

Aniquilad el árbol, y la Humanidad desaparecería como la luz a que repentinamente quitaseis el aire atmosférico.

M. Continente.

¡¡POBRES NIÑOS!!

Al escribir estas líneas, he dejado en un rincón las armas de combate, he mojado mi pluma en esencia de rosas y he tornado la expresión de mi semblante, siempre burlón, en respetuosa, para vestir de rigurosa etiqueta y penetrar en vuestros salones, respetables damas de la aristocracia.

Permitid, señoras, que este pobre diablo os bese respetuosamente los pies; consentidle, siquiera sea por breves momentos, que interrumpa vuestras animadas conversaciones. Vengo en nombre de la infancia desventurada, de los pequeñines que consumen sus vidas en las Casas de Expósitos y en los Hospicios, de las pobres criaturitas que nacen en mortal desamparo, como florecillas de invierno que ha de secar la helada; de los inocentes hijos de la miseria, de la vergüenza o del egoísmo, que jamás han sentido en sus frentes un beso cariñoso, ni han oído una frase de amor.

Por ellos me atrevo a llegar hasta los alcázares de las madres afortunadas, para pedirles, con todos los respetos debidos, que visiten aquellos establecimientos benéficos en estos días bulliciosos, cuando los niños ricos cascabelean alegremente la pandereta, esperando la venida de los Reyes Magos que han de producir una lluvia de juguetes que a ellos les llena de júbilo y de satisfacción a sus madres afortunadas. Id con ellos, con vuestros chiquitines, a visitar a los niños infortunados y, al par que les llevéis un juguete para distraerlos en tu desgracia, hacedles experimentar también algo desconocido a sus almitas de ángel; ese algo que con un beso está satisfecho, y, esto es noble y elevado: es sublime. Además, ¡cuesta tan poco hacerlo! Casi nada...

En cambio, experimentaréis la satisfacción grandiosa que produce la práctica del bien y ya no sufriréis la pena que habría de causar el terrible contraste que forma el alegre tintineo de la pandereta del niño rico con el triste desamparo del más infortunado de los niños, de la víctima de la sociedad cruel, del expósito que mañana, si su débil naturaleza le dejase espigar su cuerpo, será uno más que labre la tierra, que elabore el pan para vuestro sustento, construya palacios y muebles para vuestro regalo; será el que os sirva de guardián, el que guíe vuestros vehículos, el que construya los ferrocarriles que usáis; será, en fin, el que os ayude a bien vivir: será un soldado del trabajo.

Y si me atrevo a aconsejaros que en tan noble empresa vayáis acompañadas de vuestros hijos, es porque a nadie más que a ellos servirán mañana los niños infortunados de ahora. Triste es recordarlo, mas ya se sabe que, cuando la patria ha estado en peligro, los infelices expósitos han sido los primeros en derramar su sangre, mientras que la mayoría de la juventud dorada ha matado el tiempo en las plazas de toros, en las tertulias que el ocio forma en los círculos o en las playas de moda, sin importarle otras derrotas que las que puedan experimentar en las mesas de juego o en las carreras de caballos.

Es en vosotras un deber de conciencia atender el ruego que respetuosamente os dirijo, porque se trata de una altísima obra de caridad. Perdonad, por último, a este pobre cronista que hoy se atreve a arrojar unas simientes de silvestres florecillas en vuestros hermosos jardines, para que mañana, si las dejáis florecer, se destaquen sobre las hierbecillas que el olvido o la negligencia hicieron crecer, y entonces, el delicioso perfume de la hermandad, trascienda a la calle, y conceda la sensación de una floresta hermosa que proporcione oxígeno, amor y belleza a una vida mejor.

Juanito.

EL ALMA DE LOS JUGUETES

POEMITA PARA NIÑOS

Lindos juguetes que en fila
en el muestrario, al pasar,
vemos con alma tranquila,
sin temer ni sospechar
que en sus rabiosos colores
y en sus carnes de cartón
puedan existir dolores,
alma, vida y corazón.
El que juzgue que es locura
contemplarlos con cariño,
ni sabe lo que es ternura,
ni sabe lo que es un niño,
es que tiene el alma seca...
Lo que yo de ellos diré
lo aprendí de una muñeca
casada con un bebé.

I

Los juguetes ríen

Tenue, cobarde, indecisa,
o ruda; franca y valiente,
no hay juguete sin su risa,
que en todos es diferente.
De expresar mejor, se afana,
el hombre sus sentimientos,
pues carecen de la humana
sonrisa del fingimiento.
¡Pobres juguetes, lograr
no han podido corazón
con fuerzas para engañar...!
¡Al fin de trampa y cartón!
Mas tienen risa; y es rara
la risa de los muñecos,
porque no asoma a la cara
ni perturba con sus ecos.
Pero aunque mudos y en calma
estos grotescos señores,
su risa se oye en el alma
de las personas mayores.
Y lo que en ellos más choca
y un hondo sentido tiene
es que ríen con la boca
y los labios de su nene.
Risa noble, risa buena,
del alma sólo sumisa,
pura, sin doblez, sin pena,
sin odio, que es flor de risa;
que en los cielos sonará
por los lejanos confines,
y Dios mismo las creará
de un coro de serafines.
¡Pobres juguetes...! Deshechos,
cojos y desnarigados,
con jorobas o derechos,
viven tan regocijados.
Porque la muñeca pierda
de la peluca la estopa;
o el automóvil la cuerda;
o el guardia civil la ropa;
lo que, a no dudar, pondría
a los hombres en un brete,
no perturba la alegría
triunfadora del juguete;
y en cambio, loco cariño
y ardiente amor, le profesa,
aunque lo destroce, el niño,
y lo acaricia y lo besa.
No estraño que los muñecas
despierten una pasión...
¡Las ama el hombre más huecas
que las de trampa y cartón!

Ellos son como el reflejo
del corazón del bebé;
más claro que en un espejo
el niño en ellos se vé.
Risa noble, risa buena,
¿quién no te quiere escuchar?
¡Por Dios te lo pido, suena
continuamente en mi hogar!

II

Los juguetes lloran

Y por no alterar la ley
de nuestro destino humano
que al mendigo como al rey,
al prócer como al villano
hace sentir del dolor
la caricia redentora,
más fecunda que el amor,
el juguete también llora.
Y como su risa, el llanto
también sonará en los cielos,
que es hondo y sentido, tanto
que nunca encuentra consuelos.
Lloran porque se les fué
su dueño dulce y querido
que entre las flores se vé
piadosamente dormido,
porque sus manos rosadas,
que tantas veces jugaron,
como la cera, cruzadas,
sobre el pecho se posaron.
Lloran... porque aquel arrullo
de incomparable ternura
enmudeció en el capullo
con un gesto de amargura.
Y por su risa sin hiel,
por la expresión que ponía
cuando jugaba con él
a besos se lo comía.
Porque su voz ya no suena,
que los pesares arranca,
pues una tarde serena
y en una cajita blanca,
al pobre niño acostaron
de blanca seda vestido
y muy lejos lo llevaron
como un pájaro en el nido.
Y solos, en un rincón,
hasta cuando el hombre olvida,
ellos de trampa y cartón,
lloran por toda la vida.
De su dolor estoy cierto,
reirán los padres y él no...
todo juguete es un muerto
cuando el niño se murió.
Con el tiempo todo pasa,
vuelve, al cabo, la alegría
del pequeñuelo a la casa,
pero la madre ve un día
las sonajas, el portal,
o el caballo de cartón,
y le sirven de puñal
que se hunde en su corazón.
«Del niño el alma aquí alienta»
piensa la madre llorando,
y es que a ella se lo presenta
con los juguetes jugando
y los besa con sinceros
arrebatos de dolor...
Son los fieles compañeros
de aquel imborrable amor.

Y esta relación tan hueca
de sentido que os conté
la aprendí de una muñeca
casada con un bebé.

Benigno Iñiguez.

El año agrícola en Andalucía

Ha comenzado el año, en esta nuestra bien amada Andalucía, con una bendición de sol en las alturas y una promesa de verdor alegre en los campos Y desde las Sierras, el regalo egregio de las pomas de oro, concreciones de colores y aromas del suelo andaluz.

Sólo entenebrecen el ambiente las caras tristes de los hombres. En Andalucía, como en el resto de España, hay hambre, hay mucha hambre.

Y, sin embargo, el suelo es el mismo, las lluvias han sido abundantes, el Sol es el mismo Sol, dorado y riente de Andalucía.

La verdadera Córdoba.--La Puerta del Perdón en la Mezquita Catedral.

En los lagares y alquerías de la Sierra, en los olivares de la Campiña (¡clásicos olivares de Adamuz, de Montoro, de Lucena!), sigue la recogida de aceituna. Por el fértil valle de los Pedroches, en toda la Córdoba montañosa, los cerdos se ceban en los encinares.

Luego vendrá la cosecha esplendente de los naranjales. Y Palma del Río y Puente Genil rendirán su áureo tributo. Y luego serán las frutas de Cabra, de Alcaudete, de Priego. Y los trigos, recios y fuertes, de Fernán Núñez, de Santaella, de Baena. Y la cosecha otoñal, de añejos ardores, de los Moriles, de Montilla...

Y esta prodigalidad de cosechas y frutos, lo mismo que en Córdoba es en toda Andalucía. Y este año, parecido a los anteriores, ni mucho mejor, ni mucho peor. Y, sin embargo, el pueblo tiene hambre. Es que algo falta.

Sí, falta. Faltan, sobre todo, hombres. Hombres que labren, que cultiven, que siembren, que roturen. Hombres que lleven la ciudad al campo. Hombres que enseñen a tener el único patriotismo que existe leal y sincero: el patriotismo y el amor a la tierra.

Escuchad: agobiada por todas sus actuales desgracias morales y materiales la nación francesa, ha vuelto sus ojos a la tierra.

No son sólo las voces de Humbert y Thomas las que se oyen en Francia: ¡Cañones! ¡Municiones! Es también la voz de Méline, el ministro de Agricultura, el luchador contra el absentismo, el apóstol de la vuelta a los campos. Es la voz del que ha hecho obligatorio el cultivo de las tierras con la facultad de desposeer a los propietarios que las tengan incultas. Es la voz del que recabó, expirando el 1916, la autorización para labrar por el Estado las tierras abandonadas. La voz de quien, ebrio de gozo, viendo en ello, más que en la fuerza de las armas, la salvación de su patria, ha gritado, lleno de júbilo: «Yo seré el jefe de cultivos de las tierras de mi país.»

Esto es lo que necesita Andalucía y con ella España. Un jefe de cultivos, un jefe de los campos, un hombre que labre la miseria del suelo español, árido y yermo, que siembre un ideario, que roture hondamente la incultura nacional, que meteorice y llene de luz y aire el ambiente patrio, corrompido y oscuro, y que enmedio de los prados, verdes y mullidos, deje, como los cardos y las aulagas levantados por el arado, renegridos y secos, los electoreros, los caciques, los hampones, los absentistas, los usureros, los malos maestros, los empleados ineptos, los políticos de farándula y bandería, los malos ciudadanos, los detentadores de la tierra...

¡Hermosa cosecha la de 1917 si, extirpando tan malas plantas, produjera abundantes frutos!

Rafael Castejón.

LAS ESTACIONES

PRIMAVERA

Tiende el campo su túnica ligera
cubriendo del invierno el vil ultraje;
nuevas galas ostenta su ramaje
al beso que le da la primavera.
Todo es paz y ventura placentera,
con las fuentes que copian el celaje,
con las aves que alegran el paisaje
al ver del sol la bendición primera.
Con sus alas devuelve la alegría;
matando la mortal melancolía
rememora en el alma una añoranza...
Y, entre notas de mágicos colores,
reverdece en el pecho los amores
llevando a su profundo la esperanza.

VERANO

Inmensa hoguera provocó el verano
cubriendo el campo de bruñido oro;
cantan cigarras en ardiente coro;
brilla en la era el reluciente grano.
Pasan las coplas por la sierra y llano
matando del invierno el triste lloro:
canta en la fronda el ruiseñor canoro...
¡todo bendice del Creador la mano...!
Pasan las auras calcinando el suelo;
pasan las aves en sesgado vuelo.
Descansa el hombre bajo fresca parra,
y ahuyentando muy lejos los pesares
a la vez que rasguea en la guitarra.

OTOÑO

Paisajes grises y tardes tediosas,
rojos celajes en el puro cielo,
densas nubes en perezoso vuelo
refrescan con lloviznas vaporosas.
Abandonando las humildes chozas
los hombres, con afán y con desvelo,
abren el surco en el fecundo suelo
echando las semillas más preciosas.
Queda la tierra al parecer inerte.
Salmodiando canciones de la muerte,
en un mecerse acompasado y lento
los árboles escuetos y ateridos,
entre los brazos del fornido viento,
se dejan sus riquísimos vestidos.

INVIERNO

Se escuchan del invierno los clamores,
la tierra de tristeza se estremece,
sin calor el insecto al fin perece
y se esconden las aves y las flores.
Ya del sol no se sienten resplandores,
que allá en en ocaso meditar parece;
el ambiente se enfría y languidece
y espera del verano los ardores.
Zumba en la sierra el huracán bravío;
baja en torrente desbordado el río.
El hombre en vano la alegría espera,
pues ya las sombras inundando el suelo
llevan del corazón todo consuelo...
¡Oh, qué lejos está la primavera...!

Antonio Morilla de la Torre.

Veinticuatro horas en una ciudad extranjera

—:—

El asombro de aquel extranjero profundamente intrigado por la manera cómo los españoles *hacían* o *mataban el tiempo*—que para nosotros es lo mismo—, parece muy explicable. Ellos procuran por todos los medios, economizar tiempo en sus trabajos, para que su vida tenga un valor más alto y más estimable. Nosotros... mejor es callar.

Asistamos a la vida de una gran ciudad extranjera, y dotados de una vista de águila, abarquemos los múltiples aspectos de su actividad, para confortarnos con el ejemplo de su existencia fecunda, en espera de días mejores en que nosotros podamos imitarles.

A media noche la ciudad duerme. Hasta el alumbrado público se apaga, porque luce la luna. De vez en cuando pasan veloces y silenciosos automóviles y bicicletas con los faros apagados: es la policía que vigila. Un automovil de potentes focos cruza en rápida carrera: es del servicio de incedios llamado por teléfono: las campanas no tocan a rebato, porque a nadie interesa el siniestro, aparte de los damnificados y de los encargados de combatirlo. A las cuatro de la mañana comienzan a funcionar las barredoras automóviles: dos líneas negruzcas a ambos lados de la calle indican que el gran cepillo giratorio de la barredora ha acumulado allí la suciedad, para que de ella se separen las materias combustibles, que se quemarán en la misma calle. A las seis, limpio ya el pavimento, una gran cuba montada sobre un camión automóvil o sobre una plataforma de tranvía riega la calle. (En Madrid se hace todo esto, a mano, de ocho de la mañana a cinco de la tarde).

Ya circulan los tranvías, los ómnibus y los antobús. Hasta las ocho llevarán el cartelito «Mitad de tarifa»: es una rebaja a favor de los obreros que van al trabajo. Estos se han desayunado en su casa, porque saben que no pueden tomar alcohol en tabernas que están a menos de dos kilómetros de su domicilio; la ley lo prohibe y el tabernero tiene buen cuidado de preguntarlo. ¿Que es fácil engañarle? No: todos tienen su fotografía y su domicilio en la tarjeta de identidad, que se reclama y se exhibe para las cosas más nimias. Y suponiendo que se haya andando la distancia prescrita, no se puede consumir alcohol sin tomar al mismo tiempo

La Escuela Militar oficial.--Alumnos que en el último curso se prepararon para el arma de Infantería.

un alimento sólido (una consumación); y todo en pie, porque en tabernas y bars no se permite ninguna clase de asiento.

La ciudad moderna, como el cuerpo sano, una vez que ha hecho su ablución diaria, siente que la vida inunda sus vías de comunicación. La tracción mecánica domina: el correo y el telégrafo funcionan incesantemente. Por 15 céntimos se certifica una carta o paquete para entregar en la misma ciudad: por poco más se telegrafía a un barrio distante de ella: por 10 céntimos se cruza en tranvía de extremo a extremo.

El cañón anuncia que son las doce, a una señal dada desde el observatorio astronómico al pasar el sol por el meridiano. Ya nadie puede excusarse con que su reloj atrasa, porque todos rectifican su hora al oir el estampido.

Es hora de almorzar. El obrero, el estudiante, el periodista acuden a su restaurant cooperativo. El obrero almuerza por 60 céntimos varios platos, uno de ellos de carne.

Vueltos al trabajo, continúan su tarea hasta la caída de la tarde. Las calles principales, los cafés, los teatros se pueblan de gentes que ríen como niños porque la jornada han trabajado como hombres. Los amantes de la vida en la Naturaleza aun pueden ir a comer a uno do los infinitos restaurants de los pueblos vecinos, adonde les conduce el tranvía en pocos minutos.

No es raro ver un policía que se acerca cortésmente a una persona y le tiende un recibo de dos a cinco pesetas: se trata de alguien que ha arrojado papeles al suelo, que ha producido humos excesivos con su automóvil, que ha infringido las ordenanzas de la ciudad... Es inútil discutir. Después de pagar, se puede pedir responsabilidad el policía. Esta es una de las conquistas más prociosas de la ciudad moderna: la justicia rápida y la responsabilidad de los funcionarios.

A las nueve comienzan las calles a estar solitarias.

La tarde del sábado no se trabaja y el domingo la ciudad parece muerta: todos están en los campos, aunque llueva.

La semana se trabaja bien: el domingo se dedica al descanso tan bien ganado.

Fedro.

AÑO NUEVO

De su ventana tras el verde herraje,
entre flores de invierno prisionera,
una mujer, humana primavera
teje soñando delicado encaje.

Sus manos, palomitas sin plumaje,
hacen labor paciente y duradera,
y su alma, mariposa volandera,
libre va de un paraje a otro paraje.

Se lleva un año muertas ilusiones:
ni amor de novio ni amistad de amigo...
¿Dónde están los amantes corazones?

Y entristecida, y sola, sin testigo,
piensa, al calor de ignotas emociones:
¡Ven, Año Nuevo!... ¡Y el amor contigo!

S. y J. Alvarez Quintero.

La preparación para la defensa

Suele ocurrir en España en diversos órdenes igual que en las esferas de la producción y elaboración de primeras materias sucede. Es decir que, teniendo elementos naturales suficientes, los desaprovechamos con absurda inconsciencia para luego ponderar hasta la exageración más extrema los productos de la ajena preparación, del resultado que los extraños llegan a obtener en el aprovechamiento de aquellas mismas materias que nuestro propio país nos ofrece con inagotable prodigalidad.

Así, suscita nuestra candorosa admiración una frusleria cualquiera en la que, cobrándola a peso de oro, nos devuelve el extranjero cualquier primera materia de España que de aquí le fué remitida a bajo precio; así también nos asombra el funcionamiento federativo de la nación británica, Alemania, Suiza y otros países, cuando se trata de un sistema que en España es realmente tradicional y por el que en la hora presente y aunque en diversos modos, vuelven a abogar

La Escuela Militar oficial.-.Alumnos que en el último curso se prepararon para el arma de Caballería.

desde los jaimistas a los antiguos correligionarios de Pi y Margall, figurando asimismo en la aspiración, en la derecha los unos y en la izquierda los otros, los regionalistas de Cataluña y los de Andalucía; igualmente nos maravilla la preparación que para la defensa del suelo patrio ha alcanzado la Confederación Helvética, y se señala con ello una organización que tiene en nuestro país hondas raíces y una expresión adecuada en el funcionamiento de los somatenes catalanes, por ejemplo.

En este orden, la materia prima, el tirador, el hombre preparado para la defensa, abunda mucho en nuestra comarca, pero en dispersión, como árboles aislados que marcan la formación de un bosque vigoroso que hubiera sido sañudamente talado por la inclemencia de una sociedad insconsciente de la defensa de sus caudales más valiosos.

Hay muchos aficionados al tiro y a la excursión, mas aplican sus disposiciones a la tarea insensata de matar pajaritos, sean o no insectívoros, convengan o no para contener las plagas que cada año caen sobre nuestros campos, así que las plantaciones están en sazón.

Para encauzar aquellas disposiciones en el sentido de la defensa del propio suelo y también hacia el conveniente ejercicio de las excursiones por campos y montes, funciona en España la benemérita Sociedad del Tiro Nacional, de la que hemos hablado en números anteriores y a cuya Representación en Córdoba seguiremos dedicando la atención que su intensa y fructuosa labor merece.

Iniciadores y organizadores principales de la Representación provincial del Tiro Nacional de España en Córdoba y de su Escuela Militar oficial son don Angel López Montijano y don Antonio Márquez García, quienes en Madrid y Málaga, respectivamente, ya habían realizado una labor análoga, coronada por un éxito completo.

La junta directiva está formada por los siguientes señores: Presidente, don Fernando Quero Goldoni. Vicepresidentes: don Juan Villavicencio Gámez, don Andrés Peralbo Cañuelo y don Pedro López de Alvear. Vocales: don Luís Viana Riesgo, don Fernando Guijo Arellano, don Anselmo Otero Casío, don Armando la Calle de Castro, don Salvador Rosado Becerra, don José Torres Rodríguez, don Antonio Márquez García y don Benito Canellas Fernández. Contador, don Eduardo Quero Goldoni. Tesorero, don José Gutiérrez Fernández. Secretario, don Moisés Andrés López y vicesecretario, don Tomás Moyano Mármol.

La Central de Córdoba cuenta con Secciones en Lucena, Puente Genil, Montoro, Belmez, Hinojosa del Duque y Baena, hallándose pendientes de algunos detalles para su inauguración y funcionamiento las correspondientes a Montilla, Priego y Pozoblanco. En las Secciones se proporciona la necesaria instrucción y los alumnos sólo tienen que venir a la Central para efectuar las prácticas de conjunto y tiro.

Tanto en la Central como en las Secciones se facilita gratuitamente la enseñanza a cuantos jóvenes lo solicitan, siempre que carezcan de recursos. Hay que tener en cuenta que la cuota es de una peseta y que se facilita toda clase de elementos, pues la Escuela dispone de un material muy completo, contando con setenta y ocho fusiles para la instrucción y ocho fusiles el tiro.

En el año último, la Escuela concedió el título de tiradores de primera a diecisiete alumnos y el de segunda a 131, quedando veinte fuera de estas categorías a causa de que aún no se disponía del material necesario, debido a que la organización estaba en sus comienzos. Entre todos gastaron 7.860 cartuchos, los que son gratuitamente suministrados por la Sociedad del Tiro Nacional de España. Los alumnos expresados estuvieron distribuidos en la forma siguiente: 29 para Infantería, 11 para Caballería, 9 para Artillería. 93 para Intendencia y 26 para Sanidad militar.

Sabido es que son muy considerables las ventajas que estos alumnos obtienen al ingresar en el Ejército, particularmente en cuanto a la reducción del tiempo de servicio en filas, puesto que casi se limita al puramente necesario para efectuar ejercicios de conjunto. Sobre esto, quien lleva el título de tirador de primera es preferido para la obtención de licencias.

En cuanto a la Sociedad del Tiro Nacional, sabido es que su principal objeto es la preparación para el tiro, con las consiguientes ventajas del ejercicio al aire libre, de la práctica de higiénicas excursiones al monte y al campo. Es decir: la preparación para la defensa, faci-

litándose para ello la adquisición de armamento y municiones y concediéndose además premios importantes.

Ella tiende, por tanto, a recoger y organizar la dispersa afición al tiro, convirtiendo al aislado y pernicioso cazador de pajarillos en ciudadano convenientemente preparado para la defensa de su país, y claro está que no sólo excita la cooperación de aquél, sino de cuantos se hallen en condiciones de invertir en aquella preparación conveniente y necesaria alguna parte de su tiempo.

La Representación provincial del Tiro nacional en Córdoba y su Escuela Militar oficial funcionan impulsadas por un entusiasmo inquebrantable y una competencia bien probada, mereciendo en ello mención especial los señores Márquez García y López Montijano y también, por su celo y asidua labor, el secretario don Moisés Andrés López.

CANTARES

—

Me han puesto de tal manera
traiciones y desengaños,
que ya no sé si soy bueno,
que ya no sé si soy malo.

—

Las nubes se van y el campo
lo ilumina el nuevo sol,
pero sus rayos no llegan
a alumbrar mi corazón.

—

Tu cariño me hizo mal,
pero si llego a olvidarte
el aprender a ser bueno
¡qué trabajo ha de costarme!

—

A la fuente de mi calle
no vengas, niña, por agua,
que la mezclas con tu llanto
y me sabe muy amarga.

—

Compadre, vaya una suerte,
pues sin ser el jardinero
has logrado para tí
la mejor rosa del huerto.

—

Que prendan a tus dos ojos
ayer dispuso el alcalde,
porque no alteres el orden
cuando sales a la calle

—

Los cantares que no entiendes
son los que he sentido más,
que los pesares más hondos
a los vientos no se dan.

Narciso Díaz de Escobar.

Reconquista de un valioso monumento de Córdoba

Inesperadamente y merced a la afortunada labor de un artista notable e investigador concienzudo—don Enrique Romero de Torres, director del Museo provincial de Bellas Artes,—Córdoba ha recobrado un bello monumento del siglo XVI: la portada del Hospital de la Caridad, de traza análoga a la bellísima de San Jacinto.

Hace tiempo que el señor Romero de Torres sostenía el propósito de abrir de nuevo los arcos del histórico edificio que corresponden a la típica y evocadora plaza del Potro, para conceder por ellos una entrada conveniente a las galerías del Museo, protegiéndola con una verja de artística herrería cordobesa. De este modo, el Museo, conservando un bello carácter cordobés, adquiriría un aspecto análogo al de los encantadoras galerías descubiertas en los que los italianos guardan sus asombrosas obras de arte, y la realidad ha superado su plausible proyecto.

D. Enrique Romero de Torres, director del Museo provincial de Bellas Artes.

Al disponer que se practicasen unas calas en el espacio correspondiente a los arcos—según ha referido detenidamente la Prensa diaria—surgió la bella portada del antiguo Hospital de la Caridad, la que durante años y años había estado protegida por el endeble tabique levantado entre los arcos. El monumento se halla en excelente estado de conservación al volver a incorporarse a la vida de Córdoba, luego de estar olvidado durante tanto y tanto tiempo.

La Diputación provincial, representada por el presidente señor Pineda de las Infantas y el vicepresidente señor Amián Gómez, ha comenzado en seguida, con actividad digna del mayor encomio, las obras necesarias para que la hermosa portada sea totalmente descubierta y para que entre sus arcos se coloque una bella verja de hierro que se acomode al carácter de la época.

Asimismo el alcalde señor Muñoz Pérez ha ofrecido su concurso decidido y entusiástico en cuanto al Ayuntamiento se refiera.

De esta suerte, contándose con el apoyo eficaz y constante de la Diputación y el Municipio, la evocadora plaza del Potro se convertirá en uno de los lugares más encantadores de Córdoba.

Descubierta y protegida por una artística reja de hierro la antigua portada del Hospital de la Caridad, podría acometerse la obra sencilla y económica de conceder a la entrada principal del edificio la portada, asimismo de estilo gótico florido, que generosamente proyectase el arquitecto restaurador de la Mezquita don Ricardo Velázquez Bosco, y Córdoba dispondría para su Museo de un edificio realmente encantador y muy cordobés.

La preciosa Plaza del Potro, cuyas armónicas proporciones fueron rotas por el afán insensato de «destaponar», abriendo en ella una comunicación a la Ribera que para nada sirve, porque la circulación no parece por parte alguna de la antiestética travesía, puede recobrar su carácter, y esto ya corresponde al Ayuntamiento, a cuyo presidente señor Muñoz Pérez se debe la afortunadísima restauración de la

fuente tradicional que ostenta el nombre de aquel sitio.

Ya no es posible restablecer las edificaciones que fueron derruídas para «desfondar la plaza», mas sería muy fácil colocar en el lugar que ellas ocuparon un jardín de carácter cordobés, y así se cerraría con árboles la malaventurada avertura que practicó «la piqueta del progreso». Es decir que, en la actual travesía de la Ribera, se pueden levantar unos artísticos grupos de árboles de nuestra región—¡nada de acacias!, ¡nada de cursilerías!—a cuya sombra se pueda descansar gratamente para pasar de un lugar típico a otro bello lugar: de la plaza del Potro a la Ribera, conservándose por completo el aspecto adecuado de aquella.

En la Posada del Potro, que se conserva con todo el carácter que tenía al ser visitada por el Príncipe de los Ingenios españoles, debía colocarse, teniendo en cuenta que para la hermosa obra se ha ofrecido el escultor don Dionisio Pastor Valsero, un bajo relieve que consignase el recuerdo de Córdoba a Cervantes.

Por último, el pavimento de la plaza debía ser convenientemente atendido, mas no con la colocación de adoquines, sino cubriéndolo con anchas losas de buena piedra.

A poca costa, la plaza del Potro se convertiría en un lugar gratísimo para solaz de propios y extraños, mereciéndose así las alabanzas de los numerosos forasteros que la frecuetan para ver el Museo y para conocer el lugar que Cervantes inmortalizara con sólo mencionarlo en su libro imperecedero.

Ello no es empresa de romanos, sino sencilla y lucida obra de cordobeses de buena voluntad.

El trabajo ha comenzado y tanto de la Diputación como del Ayuntamiento hay que esperar que llegarán hasta el término de sus promesas gratísimas.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

CHISPAS

Papel blanco y tinta negra.
Lo negro copia mi vida
y lo blanco tu pureza.

—

Nunca te vieron mis ojos,
pero me basta saber,
nada más que eres mujer,
para adorarte de hinojos;
que en esta triste mansión
donde el mal lozano crece,
sólo la mujer merece
del hombre la adoración.

—

En los lances del amor
nunca a saber he llegado
ni quién es el engañado,
ni quién el engañador.

—

Después de muerto tu amor
¿quieres que de tí me acuerde?
Cuando su perfume pierde,
¡quién se acuerda de la flor!

—

Como sé que los niños que se mueren
volando van al cielo,
con el niño primero que se muera,
madre, te mandaré miles de besos.

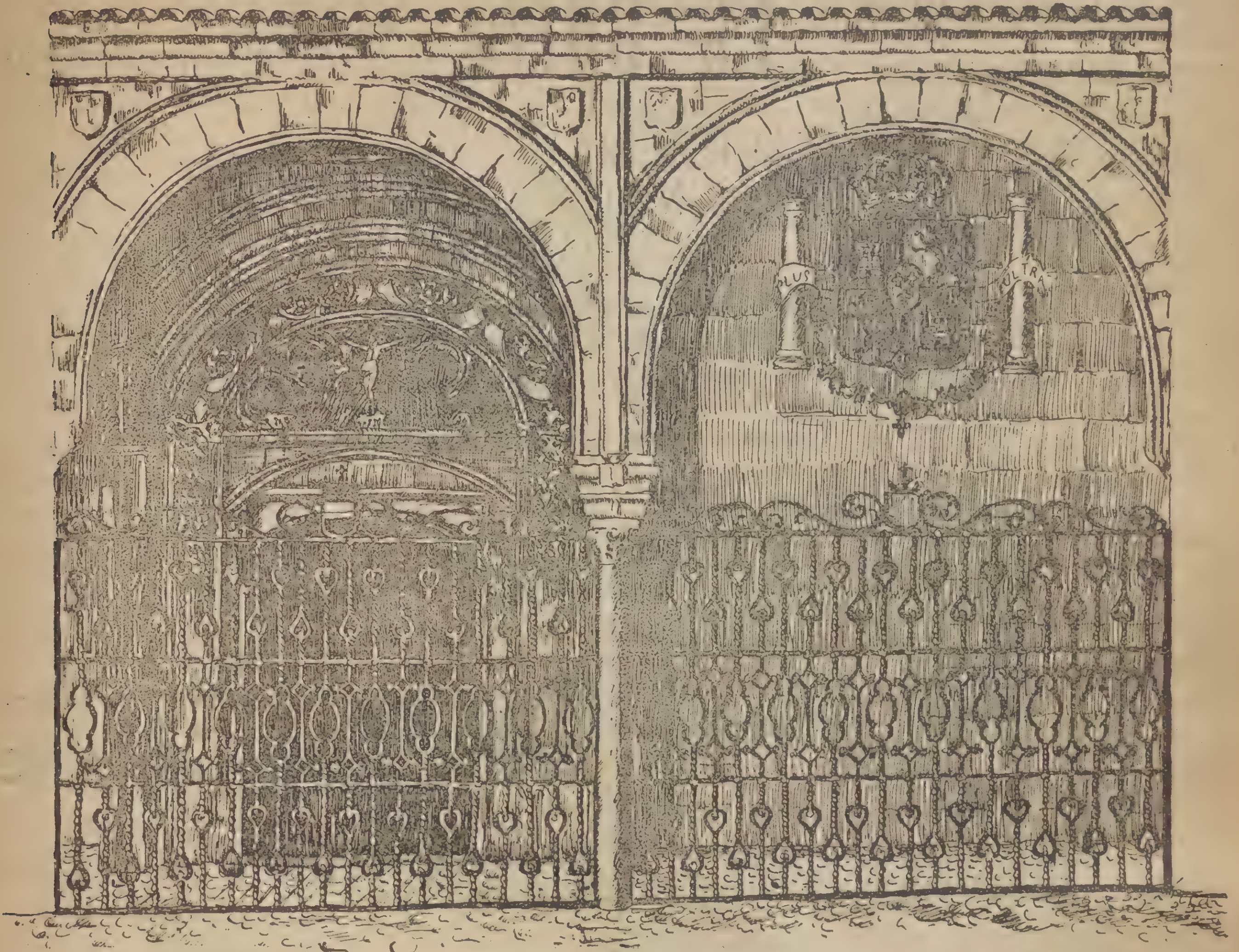
—

Me pides unos versos niña hermosa.
¡Jamás buscó la dulce poesía
asilo en la vejez torpe y celosa!
Cantar un viejo junto a tí sería
zumbar un moscardón junto a una rosa.

—

«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»
¿Infeliz..? Para el tonto que lo crea.
En esta sociedad lidivinosa.
¡ay, infeliz de la que nace fea!

Luis Montoro y Rautenstrauch.
(De la Academia Española)



Aspecto que ofrecerá la portada del antiguo Hospital de la Caridad, actualmente destinado a Museo de Bellas Artes y en la que, a expensas de la Diputación provincial, se efectúan las obras necesarias para su descubrimiento y restauración.—Dibujo de Rafael Romero Pellicer.

Don Ventura Reyes Sanz

A los veinticinco años de edad ha fallecido en Madrid don Ventura Reyes Sanz, hijo de nuestro querido amigo el insigne escritor Dr. Reyes Prósper.

El desventurado joven fué sargento de cuota del regimiento de León, en el que prestó servicio en Africa, pidiendo ir a posiciones para mandar soldados que no fuesen de cuota. Estuvo en diversas acciones de guerra. Recibió varias cruces rojas pensionadas, por méritos de campaña, y habiendo podido sortear las balas de los moros, no pudo escapar a la fiebre, permaneciendo varios meses en el Hospital de Ceuta.

Resentida su robustísima salud, al invadirle este año un fuerte ataque gripal, después de luchar mes y medio, su robusta naturaleza con la enfermedad, ha bajado al sepulcro.

Su cadáver fué envuelto en la bandera nacional, pues quien tanto peleó por la enseña de la Patria era justo que fuese amortajado con ella.

La pérdida irreparable sume en inextinguible duelo a nuestro admirado y querido amigo el Dr. Reyes Prósper, quien en su hijo—de espíritu robusto y naturaleza vigorosa, constantemente dispuesto a toda empresa noble—veía un ciudadano modelo, como él, en sus predicaciones de profesor y publicista, deseara que fuesen todos los jóvenes que se preparan para alcanzar una España mejor.

Apagada es ante tales desgracias toda voz de consuelo, por sentida que sea. Sólo cabe, como nosotros hacemos, expresar al señor Reyes Prósper y demás familia doliente la seguridad de que participamos de su dolor por la pérdida del joven animoso y bueno, que prematuramente ha muerto por la Patria, a la que seguramente, como su ilustre progenitor, de por vida hubiese vivido consagrado.

El problema de la tierra andaluza

La cruzada del trabajo contra el ocio

Continuación del manifiesto dirigido a la región andaluza por la Sección Sevillana de la Liga Española para el Impuesto único.

Con la medida que proponemos concluiría, además, el déficit endémico de los presupuestos nacionales; al peso de todas las manifestaciones de la actividad se desenvolverían, libres del peso enorme de una tributación agobiadora: se gozaría de un precio justo en los artículos de primera necesidad, y en todos los productos, destruyéndose el odioso sistema de proteccionista que provoca su carestía, juntamente con los demás impuestos y la holganza de la tierra; se cerrarían infinitas oficinas, más bien perjudiciales que inútiles, y en las cuales embargan, el actual régimen tributario, brazos e inteligencias, que a la tierra faltan; concluirían los abusos indignos de empresas y compañías monopolizadoras, que alientan a la sombra del privilegio, teniendo por accionistas y abogados los mismos que han de legislar sobre sus propios intereses; se perfeccionarían, alzándose de su lamentable decaímiento, la justicia y la enseñanza, convertidas hoy (esta última en algunos de sus grados) en fuentes indirectas de ingresos públicos. Con los que se obtuvieran mediante la nueva tributación, podríase declarar la gratuídad de dichos servicios, dignificándose los funcionarios, haciéndose práctica la igualdad de los ciudadanos ante la Ley y el derecho de todos a la instrucción; habría recursos para emprender urgentes obras públicas, en beneficio de la agricultura, industria y tráfico nacional, sin que dichos gastos aumentaran las rentas de los propietarios y sí solo el común beneficio (si se construye, por ejemplo, un canal o una carretera por el Estado, las tierras circundantes aumentarán de valor, y como este valor lo percibe el propietario, resulta que este embolsa sin esfuerzo alguno, lo que en realidad pertenece a todos los contribuyentes, que costearon la obra); se destruiría para siempre la simiente malvada de oligarcas y caciques que tienen su raíz en la ignorancia y, sobre todo, en la esclavitud económica de los electores, precisados a emitir su voto por quien la arbitrariedad de un amo les ordena; y, por último, cuando el territorio nacional sea de todos los españoles, podría definirse vigorosamente la *vocación* de España, agricultora, ante todo.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

La guerra en los aires.—Aeronave británica en servicio de exploración nocturna

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 13 de Enero de 1917 | NÚM. 22

La Córdoba del Califato

Los califas de Córdoba se hicieron protectores declarados de la ciencia y dieron ejemplo de un refinamiento que contrastaba singularmente con la grosera sencillez de los príncipes europeos. Bajo su administración, Córdoba llegó al más alto grado de su prosperidad: contenía doscientas mil casas y más de un millón de habitantes. Después de la puesta del sol se podían recorrer diez millas en línea recta a la luz de las lámparas colocadas en las calles. Setecientos años más tarde, el alumbrado público era todavía desconocido en Londres. Sus calles estaban bien empedradas. Cuatro siglos antes de que pudiera uno franquear en París el umbral de su casa sin llenarse de lodo hasta el tobillo, Córdoba tenía rivales de ella en Granada, Sevilla y Toledo. Los palacios de los califas estaban espléndidamente decorados. Bien podían lanzar una mirada de desprecio sobre las miserables residencias de los soberanos de Germania, Francia e Inglaterra, casi sin chimeneas ni ventanas, con una simple abertura en el techo, por donde el humo se escapaba como en los wig-wams indios. Los mahometanos de España habían traído consigo todo el lujo y fausto de Asia. Sus viviendas se perfilaban en la azulada bóveda del cielo o se ocultaban en medio de los bosques. Veíanse en ellas balcones de mármol pulido, jardines suspendidos donde florecía el naranjo; sombreados retiros que invitaban a la siesta durante el calor del día; patios adornados de cascadas; salas de descanso con bóvedas de oro y vidrios de colores, y en las que mantenían perpetua frescura corrientes de agua por doquiera; en el suelo y en las paredes, deliciosos mosaicos. Aquí, una fuente cuya agua transparente brotaba en brillantes surtidores, y al volver a caer dulcemente en sonoro recipiente, producía misterioso murmullo; allá, habitaciones a las que en el verano aparatos de ventilación enviaban el aire fresco de los floridos jardines; en el invierno, conductos de tierra ocultos en los muros llevaban a ellas la atmósfera templada y perfumada que exhalaba el hipocausto colacado bajo las bóvedas del piso inferior. Las murallas estaban engalanadas de arabescos y pinturas que representaban

Cordobeses inmortales. — El Duque de Rivas.

escenas campestres o vistas del paraíso. De los techos, encuadrados por cornisamentos de oro cincelado, descendían inmensas arañas que podían recibir hasta mil ochenta y cuatro lámparas. Grupos de delgadas columnillas de mármol sorprendían la mirada del espectador por la enorme masa que soportaban. En los tocadores de las sultanas, aquellas columnas eran a veces verdes e incrustadas de lapizlázuli. Los muebles, de madera de sándalo y limonero, estaban embutidos de nácar, marfil y plata, o enriquecidos con ornamentos de oro y malaquita. Por todas partes se amontonaban en artístico desorden vasos de cristal de roca, porcelanas chinas y mesas de mosaico. Las habitaciones de invierno estaban tendidas de ricos tapices, cubiertos los suelos con alfombras de Persia bordadas. Cojines y lechos de elegantes formas hallábanse esparcidos en las habitaciones, donde se respiraban los perfumes del incienso. El arquitecto árabe, privando voluntariamente a sus construcciones de la vista del paisaje exterior, tenía por objeto concentrar toda la atención en su obra. Como la religión le prohibía toda representación de la forma humana, suplía este motivo de decoración abandonándose a los caprichos de su imaginación, creando los más variados y complicados arabescos; sabía también aprovechar todas las ocasiones que se le ofrecían de reemplazar las obras de arte con magníficos y raros productos de los jardines. Por esta razón nunca los árabes tuvieron artistas; su religión les apartó del culto de lo bello, para hacerles soldados, filósofos y hombres de negocios. Espléndidas flores y exóticas plantas raras llenaban los patios y hasta las habitaciones interiores. Nada se descuidaba para la limpieza, ocupación y entretenimiento de los habitantes de la casa. Conductos de metal llevaban a baños de mármol agua fría o caliente, según la estación; en nichos adonde se podía a voluntad dirigir una corriente de aire, había alcarrazas suspendidas. Había galerías cuchicheantes para diversión de las mujeres; laberintos y patios enlosados de mármol para los niños; para el señor, vastas bibliotecas. La del califa Alhaken era tan considerable, que sólo el catálogo constaba de cuarenta volúmenes. Había también salas especiales para la transcripción, encuadernación y ornamentación de los libros. Los califas, en España

como en Asia, se alababan de poseer maravillas caligráficas y manuscritos espléndidamente ilustrados, como más tarde los papas las obras maestras de escultura y pintura.

Tales eran los palacios y jardines de Azahara, residencia de la sultana favorita del califa Abderramán III. Contábanse en el edificio hasta mil doscientas columnas de mármol de Grecia, Italia, España y Africa. La sala de audiencia estaba incrustada de oro y perlas. En los largos corredores del serrallo vagaban negros eunucos. Las mujeres del harén, esposas y concubinas, eran las más hermosas criaturas que en el mundo se pudieran encontrar: Seis mil trescientas personas se hallaban adscritas sólo a aquel establecimiento. La guadia del soberano estaba formada por doce mil caballeros, cuyas cimitarras y tahalíes resplandecían do oro.

Tal era aquel Abderrahmán que, tras glorioso reinado de cincuenta años, se había puesto a contar sus días sin disgustos, y sólo había podido encontrar catorce: «¡Oh, hombre!—exclamaba el desgraciano califa—; no pongas tu confianza en este mundo.»

Ninguna nación ha superado a los árabes de España en el arte de los jardines de recreo. A ellos debemos la mayor parte de los frutos a que otorgamos preferencia, entre otros el melocotón. Habían conservado la afición de sus antepasados por el agua, cuyo efecto refrescante es tan sano en los climas cálidos, y nada omitían para esparcir por todas partes fuentes, obras hidráulicas y lagos artificiales en que alimentaban los peces destinados a sus mesas. En uno de estos lagos, que dependía del palacio de Córdoba, se les echaban todos los días varios cientos de panes. Había también jardines zoológicos con animales raros; pajareras pobladas de aves; manufacturas en que hábiles obreros, que se habían buscado muy lejos, fabricaban tejidos de seda, algodón, lino y todas las maravillosas obras del oficio de tejer; hacían también esas joyas de oro afiligranado que se disputaban las mujeres de los califas. Doquiera cascadas que desaparecían bajo la sombra de los cipreses; calles de árboles cuyas sinuosidades se perdían en bosquecillos de floridos arbustos, cunas de rosas, asientos y grutas talladas en la roca. En ninguna parte se ha entendido mejor el arte de adornar jardines; el artista árabe no se contentaba con agradar a la vista con la gradación hábilmente preparada de las formas y colores de los vegetales, sino que sabía también satisfacer el sentido del olfato con la grata sucesión de los perfumes que exhalaban los canastillos de flores sembrados en sus jardines.

A los árabes debemos la mayor parte de nuestros hábitos de comodidad. Siendo para ellos la limpieza religioso deber, no les era posible conservar, como los habitantes de Europa, el mismo vestido, que a veces no era más que repugnante masa de remiendos y harapos. Dícese que nos han enseñado a llevar un vestido interior de tela o algodón que podemos cambiar y lavar a menudo: las damas le han conservado su antiguo nombre árabe. A la limpieza del cuerpo agregaban hasta cierto gusto en los vestidos. Entre las mujeres de las clases superiores sobre todo, el amor al adorno era una verdadera pasión. Sus vestidos de encima eran a menudo de seda, bordados, adornados de piedras preciosas o tejidos de oro. Las mujeres moriscas gustaban tanto de los colores vivos y del brillo de los crisólitos, jacintos, esmeraldas y zafiros, que, según un ingenioso escritor, el interior de los establecimientos públicos en que se les permitía presentarse, parecía un canastillo de flores cubiertas con primaveral rocío.

En medio de todo este lujo, no indigno de la atención del legislador, puesto que acabó por producir importantísimos resultados en el Mediodía de Francia, los califas árabes, imitando el ejemplo de sus colegas de Asia, no sólo se hicieron protectores de la ciencia, sino que hasta cultivaron personalmente todas las ramas del saber humano. Uno de ellos escribió una obra literaria en cincuenta volúmenes; otro un tratado de álgebra. Cuando el músico Zaryalo llegó de Oriente a España, el califa Abderrahmán salió a su encuentro a caballo para honrarle. El colegio musical de Córdoba era generosamente patrocinado por el gobernador, y produjo, se dice, gran número de célebres profesores.

J. W. Draper.

Un escritor desventurado

En Madrid, envuelto en las brumas de este invierno inclemente y entregado a la espantosa tragedia que dominó los últimos años de su vida, ha muerto Manuel Martínez Barrionuevo, el novelista de poderosa imaginación y prosa brillantísima, en la que llegaron a ser aprisionados por el arte las luces deslumbradoras del cielo y el alma de Andalucía.

Era malagueño y vivió en Córdoba, a la que profesó amor cordialísimo, como si su propia patria chica fuera. En Málaga luchó hasta salir de la modesta esfera de su nacimiento para recibir la inconsistente gloria de las letras, y en Córdoba lució el sol de sus días mejores, cuando, en la plenitud de la vida y el talento, todo parecía sonreírle, como si el mundo se le ofreciera para ser enteramente suyo.

Mas al rodar del tiempo, cuando comenzara a declinar el fuego de su viva imaginación y cuando empezase a descender el camino de la vida, el público—su público de letores entusiastas, tan numerosos en otros días—se fué dispersando.

De una parte, se iba dando a conocer la trágica verdad de Andalucía, a través de sus cegadoras luces tradicionales: se oía ya el clamor del hambre de sus campos sobre los olés y el vano estrépito de las jaranas de las ciudades; de otra parte, el gusto del público de los poblaciones, estragado por mil y mil excesos y aberraciones, buscaba las producciones de una literatura adyecta, de vicios y equivocaciones de todo género.

Martínez Barrionuevo fué sorprendido en su confiado comienzo de gloria, por estas circunstancias que él no podía dominar, y comenzó su trágico acabamiento, yendo de una población a otra, pasando ligeramente por las más hostiles y deteniéndose en aquellas en las que antaño dominase con su talento para ofrecer sus pobres libros pasados de moda. El, que todo lo esperó de su genio, ponía en cada volumen la recomendación de un amigo, y así abría los corazones para atender al sustento de su familia que, en aquella trágica peregrinación, le acompañó de continuo.

Desvanecidas por la negra realidad sas esperenzas de color de rosa, pronto le fué abandonando la salud y su entendimiento se fué anublando hasta quedar reducido a una semiinconsciencia, en la que dominaba la impresión desgarradora de su incapacidad para el glorioso trabajo de las letras y, por tanto, de la irreparable desgracia de los suyos, y gemía

y sollozaba de amigo en amigo en busca de amparo.

Así pasó últimamente por Córdoba, donde halló el consuelo de almas amigas y el auxilio de generosos espíritus, como el de don Manuel Enríquez Barrios, quien pródigamente le atendió hasta que, con su pobre familia, el desventurado escritor fué a Madrid. Allá ha muerto en un hospital, sin más consuelo que el de la protección constante que a él y a su familia concediera el benemérito Instituto Cervantes. El, que era todo luz, ha muerto entre las sombras de la más espantosa desgracia.

Y como él, ¡son tantos! ¡Pobres víctimas de las letras, de la vana gloria de las letras—sol de los muertos, como dijera Balzac—en nuestro país desamparado, donde no saben leer ni escribir más de la mitad de sus habitantes y donde, salvo el esplendor de una exigua minoría privilegiada, se ofrece la verdad de que se muere en la nación del hambre! Ni se lee ni se come, y así caen trágicamente los idealizadores que aspiran a encontrar una manera de vivir en la afición a la lectura.

Descanse en paz el escritor desventurado que consideró a Córdoba como su propia patria chica y en donde se conservará de él un intenso recuerdo, por su talento, su bondad y su desventura.

ENVÍO

A Pedro Moro.

Hallábame adormecido por la dulce placidez de la vida lugareña, cuando a mis manos pecadoras llegó el número de nuestra Revista correspondiente al final de 1916. La ojeé con la avidez y fruición conque un padre sabe acariciar la delicada piel de un su hijo largo tiempo ausente, y sentí el regocijo de la definitiva consecución de los ideales; pero..., querido y fraternal amigo, he de hacerle una muy franca confesión.

Aunque breve es el tiempo de nuestro conocimiento y amistad, para mí bien ha sido grandemente intenso. Acostumbrado sólo a bucear en las miserias de la vida o a pretender remontarme, sin conseguirlo, a las hipersublimes alturas de la unificación absoluta del saber, hube de desconocer las ciertamente exiguas bellezas de la realidad presente y mi espíritu conformóse, al fin, para sólo vibrar en trágica pirueta ante el violento estímulo de la goyesca mueca del monstruo social o recogerse tímido entre los pliegues de su idealismo al contemplar la universal suicida oposición a la efectividad de lo que, siendo grande y siendo inmenso, es siempre único y la única verdad.

Y en mi espíritu acreció el pesimismo, y, viendo en todo y en todas direcciones tétricas negruras de eterno sufrimiento, sentí desmayos y cobardías y, al encontrarme frente a la vida, me negué a luchar.

Y así hubiese continuado si un bello día, día de acoplamientos sagrados, de fusiones espirituales, de resurgimientos y vivires, aquél mi doloroso pesimismo, todo obscuridades y nebulosas, incertidumbres y temores, no hubiese chocado con las luminarias del dulce optimismo del espíritu artista de un artista del sentir. Y aquel día chocaron y se unieron; y fundiéndose en una misma empresa, lo que era alfa y omega, electricidades contrarias, polos opuestos, sin abdicar de sus características, hiciéronse uno; y el optimismo por su optimista, por la seguridad de vencer, por la bondad intrínseca de la vida, luchó, y el pesimista por su pesimismo, por las dificultades para la lucha, por la necesidad de destruir la deforme y extrínseca maldad de la vida, también luchó, comenzando por vencerse a sí mismo, no por él, sino por aquel que supo estimularlo con los flamígeros efluvios de su extraña bondad.

Y aquel optimista, trajo a mi espíritu ignotas sensaciones de belleza estética, liberándole de las opresoras cadenas de las groseras formas del acerbo, y a la par sujetolo, en su frenética carrera tras inactuales anhelos, con las sutiles sedas del amor a las grandes bellezas, recónditas para el no iniciado, pero existentes en las horas de siempre.

Y viviendo en Córdoba, me enseñó a amar a Córdoba; y paseando por sus suburbios, hízome vivir una vida siempre pasada y siempre nueva, la vida del arte, del arte cordobés, más grande, más lleno de sublimidades, mientras más se le ama y se le comprende.

Y aquel optimista, es usted, mi querido amigo, que supo engendrar en mi alma la noble flexión del agradecimiento más puro y eterno. Mas no contento con esto, lanza usted después en CÓRDOBA, envuelta en el manto hermosamente cordial de su bondad, mi personalidad mediocre, ensalzándola ante los extraños, y lo que sólo era agradecimiento, vase convirtiendo en santa esclavitud sentimental. Esta es mi confesión.

Pareciome siempre que me era indistinta la lisonja y ante la vida sentíame fuerte, pero hallábame equivocado. Las hermosas líneas (no olvide que la excesiva modestia es la más peligrosa inmodestia) que en nuestra Revista me dedica, han abierto ante mi cerebro un nuevo mundo de conducta social; creíme íntegro y ahora me sé vanidoso: ¡mí corazón ha vibrado ante la alabanza inmerecida! Y aunque me queda la duda de si esta vanidad tuvo su origen en las áticas bellezas de su pluma y no en los conceptos, sobre mis hombros pesa el maleficio de la lisonja.

¡Soy vanidoso! ¡He sido vanidoso! ¡Habré de serlo!

¿Cuántos desaciertos de mi vida no habrán sido originados por mi vanidad? ¿Cuántas injusticias no habré cometido a causa de ella? ¿Cuántas cometeré? ¿Tendré ya confianza en lo que siempre entendí rectitud de mi proceder?

¡Oh, mi querido amigo, cuánto bien me habéis hecho! Me sé vanidoso y por ello, a la sociedad, a la humanidad pido que perdone los delitos morales que con ella hubiere perpetrado, y ante mi conciencia juro que habré de luchar hasta reducir a la nada tan perniciosa y desviada pasión.

Seguid, amigo hermano, disecando mi alma y ayudadme a escalar el puesto más alto, a ser lo más grande: ¡conocerse a sí mismo!

Dr. Ruiz Maya.

1-I-917.

CUENTO

¡PERO UN DÍA...!

Fernando Blanco era el alumno más alegre y revoltoso de la Academia de San Blas, instalada en un piso principal de la carrera de San Jerónimo.

En aquel centro de enseñanza cursaban sus estudios académicos varios jóvenes y otros se preparaban para diferentes oposiciones.

Había veinticinco o treinta internos, entre los que se encontraba Fernando Blanco, un muchacho que aún no contaba dos lustros, hijo de acomodada familia de una provincia andaluza.

Ferdando constituía la alegría de la Academia, donde constantemente el director, con su habitual gesto brusco, recriminaba a los alumnos ante la más pequeña falta.

No se ultimaba cosa alguna sin que el Andaluz, como sus compañeros le llamaban, diese su opinión. El discurría planes diabólicos, que más tarde tenían su lugar de acción en la Bombilla o en cualquier otro merendero popular.

Su dinero estaba siempre dispuesto para todo, y esto fué sin duda lo que le hizo acreedor a las simpatías de todos los estudiantes.

Fernando Blanco cursaba la carrera de Derecho, pero él decía siempre que nunca tendría corazón para consentir que se condenase a un semejante suyo y menos si se trataba de una mujer.

Mis padres—afirmaba—se han equivocado. Yo seré de todo menos juez. El hijo menor de don Baltasar Blanco no ha nacido para la Judicatura.

Y así, el andaluz pasaba la vida entre bromas y risas, sin preocuparse del mañana...

Durante las comidas y aprovechando las ausencias del director, era cuando más demostraba su ingenio y buen humor.

¡No pienses más en ella!—aconsejaba Fernando a Manolo Castillo, un alumno de un pueblecito de la provincia de Badajoz que estudiaba la carrera de Farmacia—¡Cuidado con el hombre! ¡Estar triste porque su novia lleva dos días sin escribirle! Tú debías hacer lo que yo hago: enamorarlas y, después, si teví no me acuerdo, pero el futuro farmacéutico no piensa así. ¿Verdad? Tú no puedes olvidarla un momento; lo declaran tus ojos; no puedes ocultarlo. ¡Eres hombre al agua! Te voy ahora mismo, sin ser gitano, a adivinar los pensamientos. En estos instantes piensas en tu porvenir: una Farmacia muy surtida, un dependiente que no te dé lugar a despachar y tú, mientras, en la rebotica, jugando al ajedrez con el médico, el cura y el juez del pueblo.

—¡Qué ocurrencias tienes, Fernando!—respondió Manolo.

—Te he adivinado las intenciones. Y de Mauricio Labra—añadió dirigiéndose a otro compañero—¿qué vamos a decir? A tí te han sabido tus padres poner en camino. Muy pronto te veremos hecho todo un abogadito discreto, que llegarás a tu pueblo, te rifarán las muchachas y más tarde, cuando menos te des cuenta, te encontrarás casado. Después, serás un cacique intolerable; te nombrarán alcalde y se hará lo que el niñito quiera. ¿No es así? Sé sicero. Te he hecho un retrato tan exacto que, aunque estuvieras de espaldal, te conoceríamos.

—Conforme—respondió Mauricio—; pero a tí ¿cuándo te toca retratarte?

—Eso es—clamaron todos al mismo tiempo—. ¿Tú cuando vas a fotografiarte?

—Señores, no se impacienten—dijo Fernando.—Les hablaré de mí, ya que así me lo exigen. Respecto a las mujeres, les diré que todavía no ha nacido la que ha de ser mi compañera y, como estudiante, tendré que abandonar los libros de Derecho, a no ser que haya de emprender la carrera diplomática que, es a mi juicio, en la que pudiera encajar

El nuevo gobernador civil don Emilio Díaz Moreu, que ha comenzado su actuación disponiendo que las tabernas cierren sus puertas a la una de la noche y emprendiendo al mismo tiempo una enérgica campaña contra la gente maleante.

mejor. Siendo diplomático, se recorre mundo, se alterna en sociedad, se ven bellas mujeres, y con esto, permítanme, queridos compañeros, que haga punto final por hoy.

Todos aplaudieron las últimaa palabras del joven profeta (!¡).

Ni profesores ni compañeros podían pensar que algún disgusto viniera a amargar la vida del alegre estudiante, ¡pero un día...! Fernando Blanco regresó de la calle rehusando toda con versación, y se encerró en su cuarto, donde permaneció varias horas.

Los alumnos, preocupados por aquella extraña conducta, le interrogaron acerca de lo que le pudiera ocurrir.

—No me sucede nada, queridos amigos, y agradezco su interés, respondió.

Mas esto, como era natural, no convenció a sus compañeros, quienes avisaron al director, ante el temor de que Fernando estuviese enfermo.

Este, más tarde, negó también ante el director que le ocurriera nada anormal.

Pasaba el tiempo, y el andaluz continuaba igual; parecía como si hubiese visto acercarse a su existencia algún desenlace fatal.

Una mañana, después de salir de clase, Fernando llamó a su cuarto a Manolo Castilla, con quien había intimidado más, y, acongojado por intenso sufrimiento, empezó a decirle:

—Perdóname, buen amigo; sin darme cuenta he torturado tu al ma al hablar de tu tristeza cuando algún día dejabas de recibir carta de la mujer a quien amas. ¡Ya estoy pagando mi burla!

—No comprendo ni una sola palabra de lo qu me dices—interrumpió Manolo.

—¿Pero no lees en mis ojos? Estoy enamorado de una mujer a quien quiero locamente. ¡Como yo nunca creí que se pudiera amar!

—¿Es posible!

—¿Y tú me lo preguntas? ¡No has visto cómo sufro! ¡No has notado cómo mi vida ha cambiado por completo!

—¿Tanto la quieres?

—Con locura, con toda mi alma. Por ella daría mi existencia, pero la daría, como los mártires dan su vida por sus ideales: sin alardes de ninguna especie, ofreciéndosela humildemente. Estoy convencido de que en amor, todo el que habla mucho, no hace nada; ese convencimiento lo he obtenido de mí mismo antes de conocer a esa mujer. Te confieso a tí, que eres mi mejor amigo, que quisiera borrarla de mi mente, pero ya no puedo; ya es muy tarde ..

—Y ella ¿corresponde a tu cariño?

—¡No se qué decirte! A veces parece mostrar algún interés, pero esto, para mí que tan egoísta me he hecho en cosas de amor, no me convence. Además, ya sabes que en muchas ocasiones las conveniencias humanas sacrifican los más sagrados afectos del alma, y yo temo encontrarme en un caso de estos.

—¡Confía en tu amor, abandona el pesimismo que te domina y triunfarás!

—¡Gracias por tu consejo!

Transcurrieron dos meses, y una tarde, al volver Fernando de la calle, entró en la Academia alborotando a sus compañeros y riendo lleno de alegría.

Sus compañeros comprendieron en él algo que le hacía volver a sus tiempos felices.

—¿Te has vuelto loco?, preguntaron.

—Sí, amigos. Estoy loco, pero es de alegría. Creo que voy a empezar de nuevo a vivir. Ya pueden ustedes contar conmige, con vuestro alegre amigo de antes. ¡Soy feliz, muy feliz...!

Todos compartieron aquella noche la alegría de Fernando Blanco, a quien, sin necesidad de decir el motivo de sus contento, se le reflejaba en el semblante un intenso triunfo de amor.

Llegó la hora de retirarse cada cual a su dormitorio, y Fernando se despidió de todos, según costumbre, encerrándose en su habitación.

Algunos alumnos no se explicaban lo sucedido y decidieron dedicar unos momentos de atención al cuarto del andaluz, creyendo, sin duda, que este, así que todos descansaran, saldría de nuevo a la calle.

La sorpresa de los compañeros no tuvo límites. Cuando mayor era el silencio, de la estancia oíase a Fernando recitar unas delicadas rimas de Bécquer.

«La he visto y me ha mirado..»

Desde aquel día, Fernando volvió a su alegría de los meses anteriores, pero su conducta varió por completo, aplicándose al estudio tanto como luego, en el ejercicio de su carrera, se aplicó al trabajo, con el que sostuvo holgadamente un hogar feliz y tranquilo.

Francisco Quesada.

Los caballos del duque de Toledo

Entre las novedades que en el año último florecieran en España, figura la celebración de grandes carreras de caballos en San Sebastián y la adquisición, con motivo de aquellas, de una famosa cuadra extranjera.

La adquisición fué hecha por el duque de Toledo, quien, conduciendo por su propia mano los caballos triunfadores, fué aclamado por la multitud.

Estos hechos suscitaron diversos comentarios, a los que vamos a añadir el último y el más modesto: el nuestro.

Al duque de Toledo se debe en España la introducción de unos deportes y el fomento de casi todos ellos: automovilismo, regatas, excursiones a los montes, etcétera, etcétera.

A esta plausible orientación, únese ahora el impulso que con su alto ejemplo concede a las carreras de caballos, hecho este que probablemente alcanzará mucha más importancia de la que a primera vista se le pudiera atribuir.

La realidad es esta: el duque de Toledo ha presentado a la multitud, guiándolos por su propia mano, los caballos triunfadores en las carreras, y ha sido aclamado.

Ello quiere decir que el caballo ha sido enaltecido y que se puede abrigar la esperanza de que sea sacado de las plazas de toros para devolverlo al bello espectáculo de las carreras, con premios o con apuestas, como sea. Ello quiere decir que los aristócratas que se ocupan en la cría de reses bravas, con daño de la raza bovina y de la caballar, son en cierto modo requeridos para que cambien aquellas aficiones por las hípicas, para que contribuyan al cuidado del caballo, del que, andando el tiempo, a los hombres de pro les vino el nombre de caballeros.

En Andalucía, en general, y particularmente en Córdoba, el amigo y compañero tradicional del hombre es el caballo y no el toro bravo, como es natural. Mas he aquí que la afición al caballo se ha ido perdiendo a medida que aumentaba la dedicada al toro de lidia, matador de aquel.

El potro cordobés, «hijo del rayo», va desapareciendo ante la general indiferencia, al mismo tiempo que las multitudes, ebrias de sangre e inconscientes de su propia conveniencia, aclaman frenéticas a toros de lidia que matan muchos caballos.

De extenderse, a favor del impulso que el duque de Toledo le concede, la afición a las carreras de caballos, se llegaría a celebrarlas, como ya se ha dicho en la Prensa diaria de Córdoba, con carácter popular; es decir: sin apuestas ruinosas, con valiosos premios solamente, interviniendo ellas, sobre los caballos que montan de ordinario en el campo, los hombres de la

Sierra y la Campiña, los Rafaliyos y Juaniyos, capaces de ir gallardamente sobre los velocísimos potros cordobeses que aún quedan. La multitud, el pueblo, asistiría a estos bellos y briosos espectáculos, porque volvería a expresarse vehementemente la mal dormida afición cordobesa al caballo, ligero como el rayo y noble y bueno como un amigo ejemplar.

Estas son las consecuencias, inmediatas y remotas, que pueden determinar los triunfos que los caballos del duque de Toledo han alcanzado en San Sebastián, donde las carreras hípicas, en un momento solamente, han alcanzado tanta importancia de espectáculo como las corridas de toros y reunido tanto o más público que estas.

Débese, pues, el ejemplo, la iniciación, al duque de Toledo, al augusto propulsor del progreso de España en tantos y tantos órdenes, a quien digera en memorable ocasión que, a causa de los Gobiernos, no siempre había podido acelerar en cuanto quisiera el mejoramiento de nuestra nación; a quien, en fin, hace no más unos días que, al proclamarse diputado honorario por Melilla, recomendó con el mayor interés a la diputación de esta ciudad que fuera a visitarle que en modo alguno consintieran la entrada del caciquismo, por ser este el obstáculo más grande contra el resurgimiento de la patria.

Los caballos del duque de Toledo pueden despertar la atención de los españoles en favor de la raza caballar y desviarla, por tanto, de las reses bravas, con todas las consecuencias sociales de la expresada variación. Esta es la importancia del hecho, del ejemplo que debe ser seguido, primero por los grandes, para que cambien sus ganaderías de lidia por buenas piaras de potros, y luego por los humildes, quienes no dejarían de abandonar fácilmente los sangrientos espectáculos de las hórridas plazas de toros por las brillantes escenas de las carreras de caballos, en el campo, al aire libre, a pleno sol, hermosamente.

Caricatura de Pellicer.

UNA IDEÍCA

LA VENA POÉTICA EN LA GENTE DEL PUEBLO

Usted, amigo Pedro Moro, que es hombre de iniciativas y que se desvive por la amenidad en los periódicos donde trabaja, ¿por qué no introduce en su ya justificadamente popular CÓRDOBA una sección consagrada a la vena poética de la gente del pueblo?

Ello sería de un interés y de una amenidad sobresalientes, ya que nada tan jocundamente gracioso como el prurito poético de nuestras clases populares. Con una sección así, los lectores de CÓRDOBA se holgarían por modo rotundo y los *güenos afisionaos* a las letras hallarían medio apropiado para abrir la válvula de su inspiración (¿?)...

Abra esa sección que le digo y verá cosas graciosas, estupendamente regocijantes, de una ingenuidad y de una inspiración asombrosas.

Por si toma a buena parte mi ideíca, allá van, enseguida, las *décimas* (¡!) que, con ocasión de su fiesta onomástica, ha recibido un cordobés ilustre y popular político.

Así dicen, sin quitar punto ni añadir coma:

«Señor don Manuel González
lo saludo con alegría
que pase feliz su día
y Dios lo libre de males
de las virtudes teologales
amante es de la tercera
a todos sirve de veras
es un noble caballero
muy generoso y muy bueno
y amigo de Sánchez-Guerra».

Otra:

«Señor don Manuel González
aunque no conosco a usted
le saluda con placer
Miguel Pérez Maregoza
y le desea mil cosas
que se las boy a esplicar
por su generosidad
y su buen entendimiento
la cartera de Fomento
debía usté de ocupar».

Otra:

«Miguel Pérez Maregoza
natural de la Granjuela
a usted saluda de veras
el día primero de enero
que Dios le conserve bueno
con su señora y los niños
a todos con gran cariño
saludo con alegría
señores hasta otro día
perdón a todos le pido».

¡No hay de qué, vate insigne, si que también de extramuros!

¿Ha visto usted, querido Pedro Moro, nada más original, gracioso y eutrapélico?

Ved, lectores, un hombre ingenuo y bueno, que puesto en el disparadero de la versificación, deja en concepto de pistolillas del siete a los famosos cañones del 42.

¡Vaya un gachó largando metralla! ¡Y luego dicen del formidable Carulla! Ese *poeta* granjueleño es capaz de poner en verso un tratado de trigonometría comparada.

No hay escollo que se le resista ni obstáculo que le amilane. Estampa la palabra entendimiento y, para buscarle consonante apropiado, ¡cataplún! pide para su festejado la cartera de Fomento.

¡Un hombre así no tendría precio en el partido reformista, donde se piden carteras y Direcciones generales como quien lava!

Decídase, querido Pedro Moro, a implantar en CÓRDOBA una sección consagrada a los poetas rurales. Ello dará a usted más suscripciones que ripios y gansadas llegaran a la redacción.

¡Sus y a la obra! Los poetas ignorados tienen derecho a que se les conozca y a que se les ría...

Hay que explotar la vena poética de la gente del pueblo.

Granatilla.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

DE ANACREONTE

LOS DESEOS

E Tantalou pot' este...
(Oda XIX.)

Niobe por decreto del destino,
en otros tiempos, en los frigios campos,
perdiendo su figura con la vida
en roca convirtióse de repente.
De Filomela la infeliz hermana
tuvo también, por orden de los dioses,
que pedir a la oscura golondrina
sus alas para hendir el cielo claro.
Si yo fuera el espejo
donde, mujer, sonríes,
pudiera conseguir cuando te miras
una caricia de tus ojos negros.
Si yo fuera la veste que aprisiona
de tu cuerpo hechicero los contornos,
pudiera a cada instante
estrecharte amoroso entre mis brazos.
Fuente de mármol, con mis claras ondas
besaría tu cuerpo,
y tus trenzas de oro desatadas
en perfume sutil las bañaría.
¡Ay!, que no fuese yo, mi dulce amante,
redecilla de púrpura y de oro,
para poder ceñir entre mis mallas
de tus fragantes senos el triunfo.
Sobre la piel suave de tu cuello
ser una perla y derramar mis luces;
¡o ser quisiera la sandalia breve
que gusta hollar tu blanco pie de niño!

Agustín de Aguilar y Tejera.

Reparto de juguetes a los niños en el Círculo de la Amistad.

EPISTOLARIO

Reverendo Padre Fray Antonio González, Superior de los Dominicos.

Muy señor mío y respetable amigo: en mi deseo de corresponder a la muy agradecida atención de usted invitándome a contribuir a la solemnidad que usted proyecta, con un soneto semejante a aquel otro que Dios me inspiró referente al culto del Sagrado Corazón, me propuse hacerlo; pero es tan grande lo que se conmemora, que el expresarlo no cabe en un soneto ni aun con estrambote.

Traté, pues, de desarrollar la idea en octavas reales, pero mi cabeza no está todavía lo bastantemente firme para coordinarlas, y, por si mi prosa puede servir a usted de algo, voy a expresar a usted mi sentir en esta carta.

La grandiosa obra de la reconquista que comenzó Pelayo en Covadonga, resulta interrumpida en los siglos XII y XIII. Aquel espíritu popular religioso y caballeresco que resplandecía en las cruzadas, desaparecía por momentos; el sensualismo musulmán corrompía las costumbres cristianas; por avaricia se devoraban entre sí nobles y plebeyos; la lucha de feudo contra feudo y de Concejo contra Concejo delibitaba la fe y daba lugar a que los sectarios de Mahoma invadiesen los reinos cristianos y profanasen las Iglesias. Saladino había arrojado a los cristianos de Jerusalén; la Iglesia griega persistía en el cisma y los otomanos amenazaban a Europa; Arnaldo de Brescia, Pedro Valdo y Raimundo de Tolosa predicaban el racionalismo, y la Nobleza se corrompía hasta el punto de que, andando el tiempo, el Gran Maestre de la Orden Militar del Temple y cincuenta y nueve caballeros acusados de herejía fueron en París quemados vivos. La barbarie llegaba a tanto cuanto que Simón de Monfort, al tomar por asalto la villa de Bezieres, degolló a todos los habitantes, herejes y católicos, mujeres y niños y arrasó la villa con el incendio; pero ya en 1170, en un pintoresce valle de la antigua Castilla, regado por el Duero, había nacido Santo Domingo de Guzmán; predicaba entonces en la Provenza y, contra el torrente de aquel espíritu sanguinario y devastador que caracterizaba la época, condenó enérgicamente la conducta de Monfort.

Era Santo Domingo miembro de una de las familias más linajudas de España; llámanle algunos historiadores el Angel exterminador de los albigenses y hay que saber que no lo era de los hombres, sino de la herejía; su vida ejemplar, su voz de apóstol y hasta su arrogante apostura, le caracterizadan como un hombre enviado por Dios para sacar de su envilecimiento a la nobleza; por esto y para esto asentó su planta en Tolosa de Francia, que ardía en el vicio. Cuando con su caridad dominó allí al infierno y con su verbo hizo que triunfase allí el catolicismo, marchó a Roma y organizó el ejército de la fe, la venerable Orden de Predicadores, que en cinco meses se extendió por Italia, Francia e Inglaterra, y cuyo hábito vistieron los hijos de las más ilustres familias y los doctores y los artistas más eminentes. Su primer capítulo se celebró en Bolonia y este instituto religioso, con cuya labor concertó la suya San Francisco de Asís, realizó en España la grandiosa obra nacional que voy a referir, porque su recordatorio en esta solemnidad es precisamente el objeto de esta carta.

En un sitio de imponderable belleza, dice el erudito Padre Calpena, *sobre una suave colina y rodeada de murallas, se extiende la villa de Asís, provincia de Umbría, en Italia.* Pues bien, allí nació San Francisco y en la coetánea aparición de estos dos hombres maravillosos, veo yo claramente un designio de la Providencia para que entrambos enderezasen el curso de la Historia a la regeneración de España.

Era Santo Domingo, el orador de altos vuelos que dominaba las cumbres sociales y era San Francisco el misionero ejemplar que sonreía en los valles; la voz de aquél repercutía en los palacios y la presencia de éste alegraba las cabañas; el primero, como blanca paloma, llevaba el ramo de oliva al castillo roquero, y el segundo, con su tosco sayal y un cordel por cinto, ennoblecía el suburbio con el heroico ejemplo de su resignación cristiana; aquél representaba el decoro, éste la honradez y ambos enseñaban que, cumpliendo cada cual los deberes de sus respectivas posiciones en la Tierra, habrían de encontrarse todos unidos como hermanos en el Cielo.

Desde entonces la constante predicación de estas dos órdenes religiosas fué haciendo cambiar el aspecto mundial en todos sentidos: las costumbres caballerescas, reverdecieron; las clases sociales se concertaron en un interés común que luego se llamó patria; de la unidad de la fé nació la unidad nacional; el amor enlazó las dos coronas de León y de Castilla; el alma española, triunfante desde las abruptas cordilleras de Asturias, puso la Cruz en las Torres de Granada y...

sobre los mundos colocó altanera
el trono augusto de Isabel Primera.

Para apreciar debidamente la labor social realizada en España por los Dominicos y los Franciscanos, es preciso estudiar lo que era esta península antes de los Reyes Católicos. La abigarrada legislación foral había introducido tal confusión en los usos y costumbres, que de pueblo a pueblo era imposible entenderse. En orden a la familia, en unas regiones se autorizaba y hasta se honraba el matrimonio puramente contractual de barraganía y en otras regía *d yuras*, imitación del musulmán; en el orden social, tenían muy distintas representaciones ante la ley el noble de abelengo, que era todo aquel que iba a caballo, el hombre libre capacitado para trasladarse y el sirvo, tan pegado al terruño, que formaba parte de la gleba; en el orden económico, mientras que en Castilla había ciudades libres de tributos, en Asturias y en Galicia se oprimía al pechero, hasta el punto de que, por el derecho llamado de *mañería*, podía el señor del fundo apoderarse de los bienes de todos los patrimonios infecundos, y todo aquel embrollo fué desapareciendo a medida que el poder real se iba consolidando.

Las legítimas aspiraciones de la producción y del comercio, distintas y aún contrarias de región a región y siempre mudables, como hijas de las transitorias circunstancias de lugar y de tiempo, se discutían y armonizaban ya, por los interesados mismos, en especiales estamentos; sus acuerdos se concertaban luego con los intereses generales y permanentes de la nación, la religión y el honor, que eran representados en Cortes por el Clero y la Nobleza y, cuando el Rey sancionaba aquellas leyes, resultaban ser vínculos sagrados entre sus pueblos; el decoro y la caridad daban así sus frutos en los tiempos heroicos de Carlos V y Felipe II.

Después, nuestros reyes absolutos prescindieron para gobernar del concurso de las clases sociales; la voz de los pueblos dejó de oírse en Cortes y fué sustituída por el consejo oficioso de los favoritos que, abusando de la influencia palatina, se enriquecían corrompiendo la justicia, y los pueblos se divorciaron y el poder real se debilitó y España perdió su hegemonía en el mundo. Todavía a principios del siglo XIX, el pueblo español, con un arran-

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

Proyecto de monumento a don Antonio Barroso, formado por el laureado escultor cordobés don Mateo Inurria. La admirable obra será emplazada en el paseo de la Victoria, habiéndose tenido en cuenta la disposición de los árboles y del paisaje en general para que el conjunto obtenga la armonia necesaria.

que de virilidad que asombró al mundo, conquistó el derecho de compartir la soberanía de sus monarcas y reaparecieron las Cortes, pero ¡¡¡qué Cortes!!! Cuatro siglos de inercia en las funciones de Gobierno habían entumecido los tres brazos del Estado y, al plantearse el moderno régimen, no reaparecieron los antiguos estamentos, sino un areópago de teorizantes en el que, como en el de Atenas, sería conveniente desterrar los exordios, las peroraciones patéticas y hasta discutir a obscuras para evitar la influencia de la mímica en los acuerdos; pero NO IMPORTA, el espíritu nacional despierta y nuevos horizontes de grandeza se abren en España en estos mismos días luctuosos.

Un rey joven, decidido y altruísta, trata directamente con las potencias beligerantes sin refrendos ministeriales y el absurdo convencionalismo que se sienta como axioma de que el rey reina y no gobierna, pierde felizmente toda su eficacia en la práctica del derecho internacional vigente.

Por otra parte, no era posible que ante la gravedad de las presentes circunstancias, las Ordenes Militares y las Maestranzas, la Grandeza de España y las demás entidades corporativas de carácter nobiliario permaneciesen mudas e indiferentes, como si no fueran españolas. La organización de los ejércitos permanentes les excusó de manejar la espada, pero no les exime de cumplir sus deberes cívicos para con su patria y para con su Rey. El decoro de clases, la cultura y la independencia que se les reconoce, las obligan a ocuparse en sus respectivos senos de cuanto a España afecta, y cumple, pues, a cada corporación nobiliaria dar expontáneamente al Monarca su opinión solidaria sobre las cosas y las personas que se agitan en la vida pública. Pues bien, a esto vamos, de esto nos ocupamos y de esta manera, Dios mediante, va a quedar constituído un tribunal de honor permanente e incorruptible que aquilate y estimule las virtudes cívicas; va a surgir una energía social capacitada para purificar sin extridencias los organismos del Estado y va a funcionar una milicia que, como las que alentaba Santo Domingo, tienda su mano a las clases populares, purifique la nobleza y acerque el país al Trono.

Hoy, Reverendo Padre, conmemora usted en Córdoba de una manera solemne el séptimo centenario de la confirmación de la Orden de Predicadores y seguramente otros dirán en este acto lo que fué su fundador como Santo; perdone usted si yo me he concretado a decir algo de lo que fué para España como noble y a dejar así aquí consignando, contra la opinión de otros, que nuestra redención nacional no estriba en alentar el regionalismo para empujarnos hacia los tiempos calamitosos del régimen foral, sino en procurar de confín a confín, entre todas las clases socia-

les; el concierto y la paz que enseñó Santo Domingo.

Queda de usted muy agradecido y afectuoso amigo, *El Conde de Torres Cabrera.*

Córdoba 20 Diciembre de 1916.

Al verificarse su recepción en la Academia de Ciencias, decía recientemente el brillante y erudito escritor señor Rey Díaz, que la figura moral del Conde de Torres Cabrera, y aún su presencia física, le habían inspirado la evocación de la Córdoba del siglo XVI que había de servir de tema a su discurso, considerando al ilustre prócer como una personalidad digna de figurar en aquella época esplendorosa.

Confirma este juicio la hermosa epístola con cuya publicación avaloramos este número.

Al insigne patricio pueden ser aplicadas las palabras de aquella hermosa definición que otro cordobés benemérito, también aristócrata por el entendimiento y la cuna, el duque de Rivas, hiciera de una de las noblezas de la tierra: la poesía. El siente hondo, piensa alto y habla claro.

El es el viejo y venerable roble que, al peso de los años, más y más se fortalece, y, al paso de las tempestades de la vida, más reciamente se agitan sus fuertes ramas, clamando con vivas expresiones de verdad en este general desierto de la decadencia española.

Su carta precedente es una carta del siglo XVI bien dirigida al siglo XX.

Hagan todos, cada cual según sus ideas y afecciones, igual que él: sentir hondo, pensar alto y hablar claro.

EL TIEMPO DEL MORO

Reina casi de continuo una interesante animación en la gaditana calle de San Francisco, cuyo nombre, asociado al comercio que en ella domina, hace pensar en una nueva predicación del beato de Asís, dirigida al trabajo de un pueblo para invitar a los gremios a que se asocien y respeten como compañeros, ya que no se puedan amar como hermanos. Ella es como la arteria principal de Cádiz, ciudad de gradación entre el Africa encantadora que está allí, en la otra orilla del Estrecho, y la sin par Andalucía hispanomora, región intermedia de los pueblos euroafricanos del Extremo Occidente.

Contra la agitadísima marcha de quienes viven deprisa, en una existencia de progreso material, sube pausadamente por aquella andaluza vía, sin grande asombro y con curiosidad muy escasa, un moro de novela, que quizá acabe de venir de Africa, pues del muelle parece que sale.

Es alto, enjuto, de señoril continente, completado por la sencilla elegancia de su traje agareno.

Mira con indiferencia los escaparates de las ropas, los libros y los otros mil y mil productos para los europeos.

Su mirada, serena y firme, como de acero, resbala sobre las cosas sin prestarles atención ninguna.

No se atolondra ante las novedades de una ciudad desconocida, como los demás viajeros. Estos semejan muchas veces una bandada de pájaros sin orientación, agitadísimos, que acabasen de caer en la tierra. Aquel parece un águila que, volando siempre con seguridad y fuerza, pasara por una calle sin rozar el suelo para no mancharse las alas.

Frunciendo el ceño, meditando, embelesado, abismado en pensamientos muy suyos, muy interesantes, se detiene al fin, durante largo rato, ante una armería. ¡Ah, las espingardas airosas, las gumías refulgentes cuyo brillo sólo se apaga con la roja sangre enemiga! ¿Dónde estáis? Ahora, el plomo, la muerte, salen de unas feas maquinitas negras. Ya hasta se muere sin belleza. Todo es bárbaro, sin poesía. En el corazón estribaba el arte de la guerra de los moros, y lo ha vencido para siempre la fuerza cerebral de los europeos.

Apártase el mahometano de aquella exposición de armas nuevas, y clava luego los ojos en una relojería. También aviva el oído para recoger el confuso tintineo de las maquinitas que marcan afanosamente el paso de las horas. ¡El tiempo sujetado de esta manera! ¡El tiempo! Los árabes se lo hubieran representado en la forma de un blanco caballo volador que llevara al cuello mil y mil cascabeles de oro y plata para despertar con su música a los soñadores, pero nunca lo hubieran hecho pasar por unos círculos pequeños para que unas agujitas le pincharan como alfileres, arrancándole hasta los minutos.

Refiérese que un europeo dijo a un moro de Marruecos:

—Vamos a tender un camino de hierro entre Fez y Tánger. Debéis de alegraros porque os beneficiará mucho.

—¿Por qué?—preguntó secamente el mahometano.

—Porque si ahora tardáis ocho días, de la otra manera tardaréis cuatro.

—¿Y qué haré entonces con los días que me sobran?

Los mahometanos desprecian este violento progreso de Europa, porque quebranta la marcha natural, concluyendo con las delicias de los viajes de los moros, que fueron maestros en el arte de andar y ver, porque le gustaba enterarse de las tierras que cruzaban para luego hablar de ellas en brillantes relatos.

También desprecian los aeroplanos, porque son violentos y porque no tienen belleza. Si los moros hubieran descubierto los aeroplanos les hubieran puesto las alas de colores, con filigranas de oro y plata, para que refulgiesen al sol como las armas antiguas y los adornos valiosos de un caballo de batalla, de conquista.

El moro de nuestro cuento, entra al fin en la tienda para comprar un reloj. Lo adquirirá como quien toma un juguete. Es capaz de no aprovecharlo. No sujetará a él sus horas. Lo verá moverse mientras haga interesantes consideraciones acerca de la marcha fugaz de la vida. El tiempo del moro no se sujeta a la medida, al reloj de los europeos.

El moro esconde la joya de juguete entre los pliegues de su ropa y por la calle de San Francisco abajo vuelve en busca de la nave que ha de devolverle a su tierra desventurada. El reloj es de oro, pero no servirá para recoger el oro del tiempo.

En la hierática hermosura de su país, lo mirará cual un arma europea tan temible como un revólver diminuto, pues ambos van en contra de la vida natural y libre.

Ya el tiempo de los moros empieza a ser medido por los europeos. España interviene en ello. Ojalá que los montes de la Península, y los ríos, y las torres, cuanto queda de ellos en España—las Medinas, los Guadalquivir y Guadaletes, los Alcalá y Alcántara—digan a cuanto baña el sol de la otra orilla del Estrecho, como el beato de Asís: hermano monte, hermano río...

Y ojalá también que luego, cuando se haya operado el prodigio de la conversión de los fusiles en arados, del suelo cristiano de España, de la tierra de Dios, en la que hay una comarca entera con el nombre de María Santísima, se eleve la voz de un pueblo entero que, con una unción tan grande que recuerde la de San Francisco de Asís, diga al vencido:

¡Hermano moro...!

A. Mudéjar.

HOMRRES POPULARES

Carlillos, el voz pública, habla a los lectores de "Cordoba,,

¡Este Pedro Moro!—Carlillos y «Españita» frente a frente. —¡Habla, Carlillos, habla!— Y Carlillos habla que se las pela. — El por qué del dolor de estómago de Carlillos. — Carlillos estuvo a punto de ajusticiar al «Brasileño».—Carlillos reparte los presuntos siete millones del empréstito municipal. — La opinión de Carlillos acerca del problema internacional.— Carlillos y Romanones.—Carlillos ministerial.—Lo que desea Carlillos, con otros sucesos dignos del conocimiento de las gentes.

¡Este gran Pedro Moro, berebere hasta los huesos y fiel amador de Córdoba, es el mismo demonio con turbante y chilaba! ¡Al diablo se le ocurre la idea de «interviuvar« a los hombres populares de Córdoba y llevar sus dichos y andanzas por la vida a las columnas, ya prestigiosas magüer su juventud, de la simpática revista que ostenta el nombre glorioso de la ciudad gentil a que está consagrada...!

Y es que Pedro Moro, formidable periodista, sabe que estas hojas volanderas y tentadoras, para que se compenetren con el público y logren su objetivo, han de tener la gentileza de la amenidad y estar escritas abrazando la variedad de gustos que integran la psicología de ese público mismo

Por eso, junto al artículo doctrinal, ecuánime, pleno de ciencia y sensatez, ha de ir la información frívola, banal, cascabelera, restallante de donosuras y observaciones menudas, llenas de agilidad.

No pretendemos que estas líneas sean clasificadas entre esos trabajos periodísticos a que últimamente aludimos; pero hemos de hacer lo posible porque no causen el tedio de quienes nos honran al leernos.

Más que en nuestra labor, el interés de la información presente ha de estar en lo que diga nuestro «interviuvado». Este es el popularísimo Carlillos, el voz pública municipal.

Ahora ha tocado en turno a este personaje; después, en números sucesivos de Córdoba, irán desfilando con sus dichos y agudezas y sus vidas jocundas, otros hombres populares de Córdoba, que así lo quiere el gran Pedro Moro y así, también, el público interés lo reclama.

Y manos a la obra, que para la banalidad de esta información ya es bastante exordio.

Frente a frente, separándonos nada más que dos clásicos medios del de a veinte, nos hallamos Carlillos el pregonero y el infrascripto. Estamos en un apartado de la famosa «borrachería» de Rafael Martínez y departimos, entre sorbo y sorbo del aurífero Montilla en tanto que maullaba un gato por sus maoresignorados y tal vez plenos de desventura, y unos asiduos parroquianos atisban por entre los resquicios de la antiartística y encalada puerta.

En el viejo reloj de la Audiencia, la campana desgrana sus metálicos ecos. Son las siete. Carlillos, que tiene prisa, no sabemos si por beber o por irse, parodia la antigua copla:

Jasta el reló de l'Udensia
tiene venganza conmigo,
pues me cuenta los mediantes
que estoy tomando contigo.

—¡Bien, Carlos! ¿Eres poeta?

—Algunas veses jago argo. Sobre tó en Carnaval...

—¿Escribes para las comparsas?

—No; pero les llevo las coplas...

La ingenuidad nos hace gracia y la celebramos pidiendo otros dos medios al ventrudo y parsimonioso Lesmes, cónsul de San Sebastián de los Ballesteros en Córdoba y camarero de Martínez, todo en una pieza.

Abordamos a Carlillos cuando le tira el primer viaje al segundo del de a veinte:

—¿Quieres contarnos tu vida?

—¿Mi vida? Mu larga y mu fatigosa. ¡Es digna de saberse, señor Pañita!

—Pues, venga; quiero que la sepan, para su regalo, los lectores de Córdoba.

—Si yo fuera la Niña de los Peines comenzaría así:

¡Yo nasío en Argé!
¡Ay si mi maresita fuera mora
y yo nasío en Argé!

—¿Pero tú eres de Argel?

—No; soy de Córdoba, pero es que con el calorsiyo der vino y por pertenecer al Filarmónico ¡tengo unas ganas de cantá...!

—Has dicho que tu vida es muy fatigosa. ¿Por qué? ¿Acaso has padecido mucho, moralmente?

—¡Quiá, no señó! Es que tengo cerca de sincuenta años y desde que tenía trenta y sinco me duele el estómago! ¿Quíoste más fatigas?

—¡Atiza! ¿Y de qué proviene esa afección estomacal? ¿Excesos fisiológicos, abusos en la bebida?

—¡No, señó! ¡Una promesa!

—¿Cómo? ¡A ver, cuenta; eso debe de ser interesante!

—¡A una promesa de un mal amigo debo este mardito doló de estómago que me cuesta ya más bicarbonato que el empleao por don Sabino pa ablandá los garbanzos de la Cárse...!

Verasté, señor Pañita: Yo soy un güen padre de familia que se mata porque a los chinorris no les farten los minguitos. Pa ganales la olla, tengo más oficios que mi casera, que es comae de parir, jase arropías, vende picón, jase medias jaciendas en argunas casas y su marío es zapatero...

Yo soy voz pública, filarmónico, pego carteles, cobro recibos de la Económica y otras cosas. Pus bien, como no ganaba lo suficiente, conseguí una plaza de farolero en la fábrica der Gá y comencé a prestá servicio encantao de la vida.

Una noche que iba yo por la calle de la Feria, siento de pronto un doló mu grande de estómago al tiempo que de la ilesia de San Francisco salía un sujeto que, dándoselas de amigo mío, sabía yo que quería birlarme la plaza de encendeó...

¡Y el doló seguía apretando, apretando; y toavía, a pesar de jasé ya quinse años, no se m'ha quitao! A mí me escamó aquello de doleme el estómago cuando mi amigo salía de la ilesia, y averiguando, averiguando, una adivinaora de San Lorenzo me dijo que el doló de estómago lo tenía porque mi amigo, pa quitame la plaza de farolero, había echao una promesa y la había alcanzao...!

¡Pa qué! ¡No le digo asté na! Fuí en busca der farso amigo y con el palo de encendé le endiñé poco...

—¿Y se te quitó el dolor de estómago?

—¡Quiá, no señó! Lo tengo toavía; pero le dí lo suyo. Yo dejé el puesto; pero me cobré bien.

—¿Y tú crees, Carlos, que el dolor de estómago proviene, efectivamente, de la promesa de tu antiguo amigo?

—¡Ya lo creo! ¿De qué si no? Y luego se me hubiá quitao con la tranquilidá; pero con los disgustos que he llevao en este mundo ¡cualquié día se cura uno! ¡Yo que estuve a punto de ajorcá al Brasileño...!

—¡Demonio! ¿Verdugo también?

—¡También, señó Pañita; pero sin yo pedirlo! ¡Yo soy incapá de matá a naide! ¿Usté cree que yo tengo cara de verdugo?

—Indudablemente que no; mas ¿cómo fué ello?

—¡Otra mala pasá de mis compañeros los empleaos del Municipio!

—¿Qué ocurrió?

—Usté sabe que cuando mataron ar Brasileño se dijo los primeros días que er verdugo de Madrid no vendría.

—En efecto.

—Bueno, pus un día me llama el secretario der Municipio y va y me dise: Mira, Carlillos: Lee en este libro.—Y voy y le dije digo: Lea usté don Manué,—y don Manué va y lee y decía allí que antiguamente cuando faltaba el verdugo hacía sus veces er pregonero. ¡Ya vusté! Yo me queé como ar que le pegan un tiro en la sien. ¡Yo no jago de verdugo, don Manué de mi arma!

Y er señó Varo, más serio q'un ajo porro, va y me dice con su gracioso tartamudeo: Pu... pu... pu... pues no... no... no... hay más... más... re... re... re... medio que... que... a... a... ahorcar a... a... ese hombre.—¿Pero es posible? ¿Es que voy yo a jasé de verdugo? ¿Qué m'ha jecho á mí er Brasileño? ¡Miré usté, don Manué, que ninguna de las vírtimas me tocaba ni tanto así...! Y me dice: Y... y... y... ni... ni... ni siquiera pu... pu... puedes re... re... renunciar el... el... el car... car... go; ve... ve... y pre... pre... gúntaselo al... al... al... Alcalde.

Salí como loco en busca de don Manuel Enríquez esperanzao de que, como es tan bueno, me privara de matá al Brasileño.

Le hablé, le lloré, hincao de roíllas ¡y me quitó menúo peso de encima!—No hagas caso, Carlillos, ¡te han tomao el pelo! Y así fué, pues me enteré que mis compañeros habían hablao con don Manué Varo pa que me diera aquella broma tan pesada...

¡Lo que yo sufrí durante dos días! Perdí lo menos tres kilos de peso. Me dolía más que nunca el estómago; no tenía ganas de comer, ni de dormir, ni de beber; ¡ya vusté: ni de bebé con lo que a mí me tira un medio a tiempo!

Por todas partes vía al Brasileño mirándome con ojos terribles y diciéndome: ¡Carlillos, tú has sío, tú has sío el que m'has ajorcao...!

¡Vaya unas horas que pasé! ¡El Señor me las tenga en cuenta en la hora de mi muerte!

—¡Sí que fué una bromita, Carlos!

—¡Así como para irse á Portugal y jacerse amigo de Machao dos Santos!

—¡Caramba, Carlillos, veo que estás enterado de las cuestiones del exterior!

—No; es que conocí a ese hombre cuando fuí a Oporto con el Filarmónico. Lo conocí en ca una

marquesa donde corrimos la primera juerga. ¡Vaya diversiones y copeo! ¿Y tratamientos? Al que peor trataban era a mí y me llamaban na menos que «su excelenza el caballeiro Carolus López do Alcaide da la Andalusía espanhola». ¡Menúa tarjeta que hubiá yo necesitao pa poner to eso!

—Bien, Carlos; veo que eres un hombre de humor. Vamos a ver: ¿qué opinión tienes acerca del empréstito municipal?

—¡Que debiera jaserse a ver si habiendo mucho dinero me subían el sueldo! ¿Qué hago yo con dos pesetas con lo caras que están las susistencias?

—¿Qué harías, Carlos, si pusieran a tu disposición los siete millones de pesetas del empréstito?

—Sacar del Monte de Piedad dos trajes que tengo, un reló y un par de zarcillos. Enseguía vestía de pana a los chiquillos. les compraba buen calzao y les ponía un estanco.

—¿Nada más?

—Me abonaba al Suizo con cinco bisteles diarios. ¡Y son chicos los bisteles que larga el señor Jimena! Compraba una bicicleta y haría en ella los encargos del Municipio.

—Todavía te sobraba bastante dinero...

—Bueno, lo daría a réitos al uso del cordelillo. ¿Que haiga un «vámpiro» más qué importa a la historia de Córdoba?

—¡Bien, imponderable Carlos! ¿Tú qué eres: germanófilo, francófilo o anglófilo?

—¿Yo? ¡Amigo de tos los alcaldes!

—¡Si me refiero a la cuestión de la guerra europea!

—Enemigo de que haiga sangre. Yo creo que la sangre no sirve na más que pa las morcillas.

—¿Y de política? ¿A qué partido estás afiliado?

—Soy del arcarde. ¡Na más que del arcarde, sea quien sea. Empesé a ser voz pública con Jiménez Amigo y acabaría con Moraga si alguna vez fuera arcarde! ¡Yo no quió cuestiones! No quiero que por señalarme «me quiten la voz...» Pero en fin, si me apúraste mucho le diré que me gusta Romanones. Es un político que no le gusta la sangre, como a mí, y que hase andar derechos a tos, manque él cojee lo suyo...

Carlillos es antitaurófilo. Si va a los toros es porque le regalan la entrada. Siente repugnancia hacia la suerte de varas por el horror del sacrificio de los caballos.

En este aspecto, el popular voz pública merece más consideración que esos concejales que se las *pirran* por ser de la comisión de orden en todo espectáculo taurino.

El buen Carlos se nos muestra apasionado del arte magnífico del ilustre Mateo Inurria. Es partidario de la pronta erección de la estatua del Gran Capitán y de la del insigne y llorado Barroso. De la primera dice que el día que él coja un *tablón* va a inaugurarla subiéndose en el pedestal, caballero en un jaco de cartón que tiene su hijo Carlos.

Es partidario de la política económica de Alba por el solo hecho de haber visto a don Santiago cuando días pasados estuvo en Córdoba y *haberle resultao mu simpático y mu tratable.*

—¿Qué desearías tú, Carlos?

—Que me subieran el sueldo del Ayuntamiento. ¡No está bien que haigan ascendío los señores Carretero, Márquez Urbano y Colinet y que a mí, que soy compañero de ellos, no m'haigan tenío en cuenta! No es que yo sensure que los haigan ascendío; se lo meresen, pero ¿por qué se presinde de mí? U se tira de la manta pa tos u no se tira pa naide! ¿Estamos?

—¿Qué suceso te ha impresionado más de tu vida?

—Uno que me chocó bastante: cuando me avisaron para si quería ser pregonero me probaron la voz. En los balcones del Ayuntamiento grité: ¡el tresientos sincuenta y uno! ¡Y ese fué el número que sacó mi hijo en el sorteo siguiente...!

¡Míoste que si lo hubía llevao con dos duros de pleno...!

. . . .

Así terminó nuestra entrevista con el famoso pregonero municipal de Córdoba. Y no pocía terminar de otra manera, con distinta conversación, estando tan cerca de los círculos...

—¡Lesmes, la cuenta!

—¡Dos cuarenta!

—¿Eh?

—¡Ocho medios; cuatro por barba!

La portada del antiguo Hospital de la Caridad, descubierta por el notable artista don Enrique Romero de Torres. Las obras, realizadas por la Diputación provincial con celo extraordinario, han avanzado tanto, que, en el corto intervalo que ha mediado desde la obtención de la protografía hasta su publicación, ya ha sido descubierto el arco correspondiente al espacio que ocupaba el escudo, quedando las huellas del ventanal que en él hubo primitivamente. Todo ello será acertadamente restaurado, esperándose que el edificio del Museo de Bellas Artes de Córdoba, por estas especiales circunstancias, sea uno de los más hermosos de Andalucía.

—¡Apunta y no tires, que somos de barro y podemos quebrarnos!

—¡Lo que nos haría falta ahora es un antisipo del empréstito, manque fuera de catorse reales! —dijo Carlillos, mirándonos con desaliento.

—¡Déjalo; para lo que hemos de vivir!

—¡Y pa lo que hemos de beber!

Y el viejo reloj de la Audiencia desgranó las once campanadas, precursoras indefectibles de las doce, mientras veíamos alejarse a Carlillos calle Morería abajo, *festoneando la rue* con graciosos vaivenes de hombre que lleva en la barriga cuatro grandes medios del clásico de a veinte.

Españita.

EL RELOJ

Por misteriosa fuerza sacudido,
con marcha siempre igual, firme y so-(nora,
va marchando el reloj, hora tras hora,
golpe a golpe, latido tras latido.
Siempre a su marcha atento está el (oído
del que contento ríe y del que llora,
del que adorado es y del que adora,
del que aguarda un instante apetecido.
Así al pobre corazón humano
la sangre que en él bulle prisionera,
loca le imprime su correr ufano,
hasta que al fin en su escondida es-(fera
para la aguja una invisible mano
y detiene el reloj en su carrera.

Antonio Morilla.

Un aspecto del proyecto de monumento a don Antonio Barroso.

El problema de la tierra andaluza

¡Andalucía, tierra de los latifundios, país del hambre, Irlanda española...!

Continuación del manifiesto dirigido a la región andaluza por la Sección Sevillana de la Liga Española para el Impuesto único.

Andalucía es, según el proverbio, el país más español de España. También cabe afirmarlo así, a juzgar por la urgencia con que su estado reclama la aplicación de nuestra teoría. Además de hallarse en ella, agudizados, los males que afligen a España entera, Andalucía es el país de los latifundios. Es la Irlanda española. En ella existen los cazaderos más grandes de la tierra. Los campos que romanos y árabes convirtieron en verjeles, son hoy inmensos eriales. Los señores, por un día de diversión, en la caza, acotan el terreno donde pudieran sostenerse innumesables familias de trabajadores. Las tierras más fértiles de España *se cierran* para sustentar ganaderías, haciéndose, para ello, perecer a los hombres. Y mientras el Estado *premia estos hechos con bajas de contribución*, nubes de langostas incubadas en las dehesas incultas caen sobre los escasos campos cultivados, destrozando las cosechas.

El agricultor andaluz vive para el Fisco y para los grandes terratenientes que, desde las ciudades, le despoja del producto de sus afanes, en forma de contribución y renta. El paria andaluz es un resumen de incultura; un resto de vida miserable que la explotación no ha podido arrebatar de sus cuerpos desmedrados; un despojo triste de la miseria. ¿Cómo van, con estas bases, a desarrollarse una industria y un comercio potentes en nuestra desgraciada región? ¿Cómo va a surgir y a fortificarse, entre sus hijos, ese elevado sentimiento de solidaridad regional que, al afirmar la personalidad de las regiones, crea factores originales; unidades espirituales con fuerzas nuevas que sumar a la obra común del progreso patrio?

Es preciso que todas esas iniquidades concluyan. Hay que imponer *un ideal a todos los andaluces: La conquista de su propia tierra.* Para ello, en los comicios, en las cámaras, desde el seno de todas las corporaciones municipales y provinciales, desde todas las reuniones, desde todas las tribunas (hasta desde los púlpitos, intentamos restablecer entre los hombres la suprema justicia de Dios), debe partir un grito enérgico, imperioso, que reclame de los Poderes públicos la implantación del método que preconizamos, devolviendo, así, la tierra andaluza, al trabajo de nuestro pueblo.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

EL ALCÁZAR DE CÓRDOBA

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

““# CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 20 de Enero de 1917 | NÚM. 23

Grutas y cavernas de la provincia de Córdoba.

Uno de los principales antecedentes para el estudio de la prehistoria y protohistoria de una región, es el de sus grutas y cavernas, restos muchas de ellas de viviendas de aquellos tiempos cuyos vestigios borró la acción de los siglos y aun los mismos hombres que, a través de la historia, buscaron refugio en aquellos antros.

Nuestra aspiración no es otra que facilitar algunos antecedentes sobre el particular a los que se preocupan e indagan ese misterioso período de la vida del planeta en que aparece el hombre, última etapa de la historia geológica y prolegómenos de la del género humano; concentrando estas interesantes investigaciones a la provincia de Córdoba, a cuyo fin hemos consultado los escasos autores que se han ocupado de la materia: Góngora: «Antigüedades Prehistóricas de Andalucía.» Ramírez de las Casas Deza: «Corografía del Obispado de Córdoba.» Vilanova y la Rada: «Geología y Protohistoria Ibéricas», y uniendo a tan luminosos datos diferentes observaciones propias, podemos presentar como resumen el siguiente índice.

——

A juzgar por los restos descubiertos en Andalucía, los primeros pobladores del país se distribuyeron con arreglo a la siguiente disposición: *a*) Sierra Morena; *b*) Sierra Nevada; *c*) Inmediaciones del Guadalquivir.

El hombre de las cavernas buscó su habitación allá donde las circunstancias naturales le presentaban resuelto el problema; por eso es indudable que donde a priori se tienen datos fidedignos de su estancia, las grutas, las cavernas y cuevas antiguas recíprocamente encierran restos, testigos de su industria y de su arte.

La existencia del ser humano, que tantos vestigios dejó en la cordillera que de Fuencaliente corre a Santa Elena y en la que, como derivación del gran macizo de Sierra Nevada, limita el valle bético por el Sureste, no debe concretarse a los descubrimientos realizados; probablemente en muchos de los parajes que citamos y aún en otros que nuevas investigaciones irán dando a la luz, podrán encontrarse hue-

Niños de Córdoba. — Julita B. Muñoz Ramírez; hija del periodista don Julio Baldomero Muñoz (Españita)

llas de él y aun clasificar cronológicamente las estaciones.

Es posible que los hombres de las cavernas de las calizas helvéticas del valle del Guadalquivir, los primitivos explotadores del Cerro Muriano, fuesen los nietos de los hombres del paleolítico de Conquista y del neolítico de Cabra (de la edad del cobre del Cerro Muriano y de la del bronce, cuyas spathas y falcathas se han encontrado en Espejo y Almedinilla). Es posible que el hombre primitivo de las montañas que encierra la gran llanura andaluza bajase al cauce del río principal atraído por la exuberancia de su flora y fauna, y es probable que, encontrando distribuída a la derecha del río una serie de cuevas naturales y bien emplazadas, acomodase su existencia en el mismo medio que le legaba la tradición.

——

He aquí algunas de ellas:

El Guijo.—Caverna del Soto, donde se encontró una cavidad a modo de sala subterránea y un trozo de piedra, al parecer una pierna de una estatua.

Hinojosa del Duque.—Cueva del Quinto de Santa Brígida. En la misma margen del Guadamatilla, muy cegada. Se encontró en su relleno un anillo de cobre sin dibujo ni inscripción visible.

Villanueva del Duque.—Cuevas y subterráneos del Cuzna, situados en las inmediaciones del Castillo de igual nombre y formados por minados muy profundos.

Alcaracejos.—Cueva de Juan Palomo, sobre la cual creó leyendas de bandidos la fantasía popular.

Fuente Obejuna.—Sima del Cerro de Masatrigo, acaso aljibe de un derruído castillo en ese lugar emplazado.

Espiel.—Cuevas del Castillo, atribuídas a restos de las antiguas cisternas de éste. (Véase Villaviciosa).

Obejo.—Inmediata a la población se encuentra una caverna natural y en ella abundan las petrificaciones.

Adamuz.-Convento de San Francisco del Monte. Hay una cueva que conserva el nombre de San Zoilo, que la habitó, bajo la cual forma el Guadalmellato un gran remanso.

Montoro.—Cueva de la Huerta Mayor. En 1773, cavando unos trabajadores en la huerta nombrada Mayor, distante de Montoro menos

de un cuarto de legua, a la parte de la Campiña, en una cuesta muy elevada que se inclina al río, hallaron la entrada de una cueva e, introduciéndose en ella, encontraron un salón subterráneo cuyo pavimento estaba formado de losas de mármol de varios colores.

Cueva de San Francisco Solano. En el extremo meridional de la población se mantuvo cerrada con verja de hierro hasta el año de 1720 la cueva donde se recogía San Francisco Solano cuando en 1583 estuvo en Montoro asistiendo a los acometidos de la peste, y en aquel año se construyó sobre ella la pequeña ermita dedicada a este santo.

A la entrada de la antigua Epora, cerca de los rastros que han quedado del camino militar romano, se encuentran escombros de hornos y escorias de metales. No se puede dudar que estas minas fueron explotadas, pues además de lo dicho se encuentran en ellas pozos y galerías hechas con todo el conocimiento del arte.

Villaviciosa.—En las inmediaciones de este término con el de Espiel y Hornachuelos, por la umbría del Névalo y en el regajo de los Cuervos, en la Aguja y Alcornocosas hay algunas cuevas que acaso correspondan a viviendas trogloditas. Hemos visitado tres de ellas, cuyas entradas, abiertas en un escarpe de la pizarra y con exposición al mediodía, se elevan seis metros en vertical del suelo.

Cueva del Agua. Se encuentra a tres leguas al oriente del pueblo, cuya dirección a la entrada mira al Norte y como a diez varas vuelve a la derecha; allí no alcanza otra luz que la de un agujero abierto a pico en el peñasco por la parte superior. Después, bajando como otras diez varas, se encuentra un estanque de agua muy buena aunque parada, pues no tiene desagüe. Esta cueva está en un cerro, y, sin embargo de esta situación, en un cuarto de legua de circunsferencia no se encuentra más agua ni sitio alguno húmedo.

Copiada esta descripción del señor Ramírez de las Casas Deza, agregaremos que, según todos nuestros antecedentes, en este caso se trata de labores mineras abandonadas hace muchos lustros.

Córdoba.—Cuevas del arroyo de la Viborilla, en Santa María de Trassierra; restos de labores mineras.

Cueva del Molinillo, muy cerca de las anteriores; muy profunda y acaso reconociendo origen análogo.

Cueva del Jalo, así nombrada por el hedor que despide, quizá por estar en relación con alguna sima donde los pastores arrojen las reses muertas.

Cerro Muriano. Restos de alguna caverna parece haber en las inmediaciones de estas antiguas minas y el Arroyo de las Agustinas.

Cueva de la Vieja. En el arroyo de igual nombre, no lejos de Santa María de Trassierra y del Guadiato.

Cuevas de la Mesa de la Marquesa.

Cuevas de los Arcos y otras inmediatas, donde debieron hacer vida contemplativa los primeros monjes del Desierto de Nuestra Señora de Belén.

Las Ermitas. Prolónganse esas cavernas hasta el actual recinto de las Ermitas, siendo notable la cueva llamada de ios Pobres, hoy habilitada para guardar ganado, muy profunda y en relación con las simas que entre los abrojos se ven en la cúspide del cerro.

Peñatejada. Todo el contacto de la caliza miocena con el paleozoico y el trías es lugar donde son frecuentes las cuevas y las cavernas, algunas de extensión considerable, como las de Peñatejada, Santa Emilia y las cuevas que están situadas en igual formación geológica.

Cueva de la Cuesta del Espino. En un tiempo guarida de salteadores.

Almodóvar del Río.—Cueva de Granados. La más notable entre varias análogas a las últimamente citadas, célebre por estar relacionada con historias de bandidos no muy antiguas.

Cueva del Castillo. Por bajo de él, en 1826 se halló, en un cercado de tierra calma, una pieza subterránea con boca enterrada por la parte superior, la cual estaba tapada por un ánfora y una losa. Dentro de esta pieza, que tenía más de doce pies de profundidad y un poyo a uno de sus lados, se encontró un cadáver con una espada. El subterráneo fué macizado con piedras enseguida que lo descubrieron.

Cueva del Cerro de San Cristóbal. No lejos de la población, donde hay una sala subterránea, ya medio cegada.

Cuevas de la Huerta de la Peña. Son varias, profundas y amplias.

Posadas.—Sima del Calamón bajo, probablemente resto de un pozo romano.

Hornachuelos.-Inmediaciones de

San Calixto. Dice el señor Ramírez de las Casas Deza que, en las Montañas de San Martín, cerca de la Ermita de Nuestra Señora de la Sierra, se hallaron unas cuevas que sirvieron de habitación al Hermano Mateo de la Fuente y otros compañeros cenobitas.

Cueva de los Lobos. Se cree que correspondió a una antigua mina de plomo, como sucede con la Cueva del Sapito; en el arroyo de igual nombre y dehesa de Aljabaras.

Cuevas del Risquillo. En el paraje de igual nombre y dehesa últimamente citada, atribuídas en el país a obras de moros; muy extensas.

Cuevas de Hornachuelos. Situadas en la parte inferior del cerro donde está edificado el pueblo; algunas de las galerías tienen más de cien metros de longitud; son muy abundantes en agua, mereciendo especial mención la Cueva de la Taramilla. Como todas ellas y las siguientes, en el contacto de la caliza sabulosa o piedra franca con las pizarras antiguas.

Cuevas del Convento de los Angeles. Sobre el Bembézar y en lugar por extremo pintoresco.

Santaella.—A orillas del Genil, en el cerro nombrado de la Mitra, distante una legua de Santaella, se encuentra la entrada de un subterráneo cuya profundidad no se ha podido averiguar. Se dice que de dicho cerro sale un camino oculto que se dirige a otro bastante elevado que se halla en el cortijo de la Cabezuela. El cerro está rodeado de un fuerte paredón que indica haber estado amurallado y haber sido parte de una fortaleza.

Aguilar.—Zoñar. A quinientos pasos al Este de la laguna Zoñar, que dista de Aguilar media legua escasa, en el arroyo del Moro, hay una mina abierta en piedra viva, cuya longitud horizontal es considerable y donde un hombre puede entrar cómodamente.

Castro del Río.—Entre esta población y Baena es de citar la cueva de Iscar.

Baena y Nueva Carteya.—Cuevas de Carchena. No lejos de la Torre del Puerto, en la cumbre del monte Horquera, cerca del arroyo de la Carchena.

Luque.—Por bajo del trilito y piedra movible de Luque hay varias cuevas cuya investigación, por hacer aún, ofrece interés.

Cueva de Lóriga, con canteras de piedra.

Zuheros.—Es la zona más conocida, desde el punto de vista prehistórico de la provincia, donde el señor Góngora realizó numerosas visitas, cuya prosecución recomienda. Cita dicho investigader, entre otras, las siguientes: Cuevas de los tajos, sobre los cuales se levanta Zuheros; cueva de Castro, cueva de la Villa, cueva de la Virgen, cueva de la Fuente; cuevas de Menga, nombre expresivo de civilización celta y, como las anteriores, cavernas naturales modificadas por el hombre; cueva Jurada, cueva de la Tinaja, cueva del Fraile, cueva de la Parida, cueva de Rodrigo; cueva de la Guitarrilla, donde la tradición popular hace vivir encantada una cabra; cueva del Cucharero; cueva de Arrebola.

Pueblos de Córdoba.—Montoro: La Fuente de la Oliva.

Cueva de los Murciélagos. A un cuarto de legua al Este del pueblo, en la cañada de Malos vientos, con entrada de apariencia de ajimez; rellena hasta cierta altura de murcilaguina y con numerosas estalactitas y estalagmitas naturales.

Doña Mencía.—En las sierras que corren desde Zuheros al Laderón de Doña Mencía, se encuentran las siguientes cavernas: Caverna del Puerto. Caverna de Cuevas Escritas, como la anterior, aún está por estudiar, a pesar de su nombre llamativo.

Cabra.—La Sima. Notable hendidura que, según el señor Prado, es una caverna vertical.

Carcabuey.—Caverna de los Jarcas o Zarcas. Muy notable, entre esta población y Cabra, donde el señor Vilanova encontró en 1867 varios cacharros toscos en unión de un hueso labrado y una mandíbula humana, sin vestigio alguno de hachas pulimentadas y que coloca en el neolítico robenhausense.

Iznájar.—En todas las tres salidas del pueblo se encuentran varias cuevas abiertas en la piedra que sirven de habitación actualmente.

Rute, Priego y Almedinilla están situadas en esta misma región y es muy probable que en sus términos se encuentren restos de la primitiva vivienda del hombre.

A. Carbonell T-F.
Manuel Galindo Alcedo.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

PUEBLO ANDALUZ

La luna aureola un corpulento y blanco ciprés, soñador bajo el cielo de una azulada sequedad.

Festival de estrellas. Noche inverniza sin murmurios ni perfumes. En la lejanía ladran los perros. A intervalos suena fatigosamente el silbo de la guardia que ronda, y parece el canto de un pajarraco de las tinieblas.

El hondón que hay entre las tapias del convento y el muro posterior de la casona solariega, está mitad en sombra, mitad plateado. Toca al palacete bañarse en la lumbre; se abrillantaron sus pulidas piedras; la claveteada puerta semeja losa de mármol; varios agujeros miran con una fijeza alucinante; el alar pone su franja negra con el borde rizoso. La única reja trábase con otra que la luz dibuja en la pared. Escapa el fulgor de los vidrios.

Al cabo del tiempo, un jinete ha entrado en la plazuela y se aproxima al caserón. Quiebra el bruto la escarcha que se iba formando. El caballero se encarama en la silla y, echándose atrás los vuelos de una pañosa, se agarra a la alta reja, que diríase sostiene con el pecho; avisa, insinúa... Las vidrieras se abren; con un suspiro pregunta, dulce acento femenil:

—¿Eres tú, Pepe?

—¡Pues quién había de ser!

Y se acuesta la mocita en el alféizar como en un diván moro. La cara, en que los ojos tiemblan, confunde su respirar con el del amante, allí abrazado a los hierros, en pie sobre el caballo. La luna olvidó al ciprés, imagen ermitaña con el nimbo de la gloria, y entretiénese en acusar los realces que bordaron en el asiento baquero, los estribos amplios y verduzcos, la cinta que aprisiona la cola, que convierte su penacho en muñón, la cabezada con espejuelos y madroños. Yérguese la cabalgadura, queda inmóvil. En el palacete se junta la figura del cortejador; cae de la reja:

—...¡Mentirosoo!

—Pero oye, tú...

El idilio transcurre rumorosamente. Sólo alguna palabra suena con claridad. De vez en vez descaperuza el galán su petaca y la novia halla voluptuoso que el humo la sofoque y que la contemplen a la luz del cigarro, como en la copla famosísima. El diálogo se mella con largos silencios y suele el majo canturriar al estilo gitano y triste; enseguida renueva sus ternuras, guapezas y juramentos. Lleva escondida la charla un ansia calenturienta, hasta brutal. Las manos se enlazan con furia. Por contraste, a lo mejor entrégase la pareja a la más romántica melancolía y entonces la mocita comienza a sollozar, toda desolada.

Cerca del amanecer, el caballero torna a la hacienda que abandonó por unas horas. Tropieza por los callizos con sonambulescos solitarios; también regresan de pelar la pava. Desde lo alto de su rocín, menosprécialos el afortunado galán, y alcanza su orgullo a tanto que, sin compadecerse de su arrecido cuerpo, el cual yá recobraba una gustosa tibieza a causa de la marcha y del arroparse, desembózase, se levanta en los estribos, encuentra una pistola en la faltriquera y la dispara al aire en señal de señorío y de reto. Y nadie responde, a no ser los gallos, que acaso adivinaron un rival...

Federico García Sanchiz.

LOS DIAS SIN SOL

—:—

El lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene,
con los feroces ojos inyectados
en sangre helada, fijos y crueles.
¡Maldito lobo invierno que te llevas
los viejos y los débiles!
Reunámonos; que todos
tengan una familia,
un libro y fuego alegre!
Y mientras, fuera, el hacha
el tronco seco hiende,
que será rojo en el hogar; cerremos
la puerta y el balcón... ¡Dios no nos quiere!.
¡Tregua! Seamos amigos...
¡La tibia paz entre nosotros reine
en torno de la lámpara, que esparce
la tranquila poesía del Presente!
Y tú, mi amada, cuyos rojos labios
son ya la sola flor, dámelos. . ¡quiéreme...!
. . . .
que el lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene!

Manuel Machado.

Pueblos de Córdoba.—Vista general de Cabra.

¿Qué es el regionalismo andaluz?

Manifiesto del Centro regional andaluz de Córdoba.

Esta nueva idea, que hoy orea los ámbitos de la región andaluza, con el sobrenombre espiritual y caballeresco de «El Ideal Andaluz», es un credo que precisa imponer a todos los andaluces, y que todos aceptarán, porque no lesiona religión, ideas, ni intereses de ninguna clase, y es el credo de la redención de Andalucía, y, por eso, nosotros, unos cuantos andaluces, ungidos por la fe en la religión patria y terrenal de Andalucía, queremos expresar, desde este primer peldaño de Sierra Morena, amparadora y maternal en su fortaleza brava, cómo anhelamos y como sentimos el regionalismo andaluz.

Andalucía fecunda, Andalucía pródiga, Andalucía liberal y floreciente, es hoy un solar yermo, inculto y abandonado a codicias bárbaras y extrañas, del que emigran sus hijos hambrientos y maldicientes: por amor a la Humanidad y por respeto a la Justicia queremos que se trabaje hasta la liberación de Andalucía por la tierra y hasta la reconquista de Andalucía por el ideal.

En Andalucía, que es la Irlanda española, culminan todas las lacras y miserias de los pueblos: la mortalidad, el alcoholismo, el analfabetismo, la emigración, el feudalismo (de los caciques y políticos), la depauperación moral y física de sus habitantes, y, como causa de todo ello, encontramos en Andalucía, también en sobresaliente desarrollo, todos los motivos que empobrecen a los países y los llevan al hambre y a la abyección: la exaltación de la propiedad individual concentrada en muy pocas manos, la renta a los propietarios ausentes, los beneficios de empresas extranjeras y los intereses de sus capitales; la detentación, en una palabra, de toda suerte de ocasiones naturales, alejando al hombre y hurtando al trabajo del elemento y fuente de producción natural: la tierra.

Esta es la liberación de Andalucía: la liberación de su tierra, y este es el primer ideal que queremos imponer a todos los andaluces: hacer la tierra andaluza (comprendida en ella todos los elementos naturales de producción), de los trabajadores andaluces (obreros, agricultores, intelectuales, industriales y comerciantes), dando a la sociedad o la comunidad el valor de la tierra, creado por ella misma, y dejando al individuo lo que a él le pertenece: el producto íntegro de su trabajo, o sea las mejoras que sobre la tierra haya verificado con su esfuerzo o con su capital.

Si naturales son en el credo regionalista las aspiraciones económico-sociales que acabamos de enunciar, porque ellas son principios de justicia y derechos naturales, no lo son menos las reformas orgánicas pretendidas en el orden político-administrativo.

Es la aspiración más principal del Regionalismo Andaluz la de que cada población andaluza sea un foco de luz propia, que revele las manifestaciones de su espíritu y su vivir más originales, y haga de Andalucía un compuesto de rica y variada gama de tonalidades. Por eso pedimos, si se quiere resucitar a Andalucía y con ella a España, la más completa autonomía municipal en cuestiones de hacienda, obras públicas municipales, instrucción y beneficencia y policía urbana y rural y el respeto para todas las creaciones jurídicas consuetudinarias de orden privado local.

Ascendiendo en el orden natural de la organización político-administrativa, haremos de Andalucía un todo heterogéneo, lleno de vitalidad y fuerza, que, dentro de la nación española, dispute su hegemonía a las demás regiones en el camino del progreso: pedimos la autonomía regional más completa para Andalucía, dentro de la más firme unidad hispánica.

Mas, la liberación de la tierra es el primer paso en la reconquista de Andalucía. Andalucía es hoy un país conquistado. Los andaluces no tienen tierra, no tienen solar, no tienen patria, por eso no tienen ideales, porque el alma de los andaluces, el alma de Andalucía, está separada de la tierra.

Y, por eso también, Andalucía es pobre, es inculta, es abúlica, y no surgirá esplendente y gloriosa hasta que no se verifique el milagro de la redención andaluza: la encarnación de su alma en su tierra.

Entonces será cuando el espíritu andaluz renazca en toda su pujanza. Entonces, el andalucismo será una creación infinita, y la rica maravilla de sus fórmulas hará de la nueva civilización andaluza un faro de luz y progreso que, como en otras épocas gloriosa de Andalucía—Turdetania, Hesperia, Bética, el Andalos—, guíe a la humanidad por las rutas del porvenir.

Este es nuestro regionalismo

andaluz. Este nuestro andalucismo. Desde Córdoba la buena, la creyente, la estoica, pedimos a los andaluces, nuestros hermanos, que intervengan en la cruzada para el restablecimiento de la Justicia de Dios en la Tierra y el derecho del hombre al trabajo. Y lo pedimos con el fervor que en los labios enciende la enunciación de nuestro lema: *Andalucía para sí, para España y para la Humanidad.*

La Junta Directiva del Centro regional andaluz de Córdoba.

EL PASEO DE LA VÍA

Bajo un sol agradable,a media tarde, es una delicia pasear por la vía. Salimos melancólicos de nuestras casas, llenos del tedio del vivir rutinario, sin emociones, y un cielo azul y un panorama bello se nos mete en el alma, muy adentro.

Y nuestra vista, cansada del libro o la cuartilla, se recrea ante las cumbres azuladas de la Sierra, inundada de las caricias del sol andaluz magnífico.

Vía adelante, en estas tardes tibias y serenas, vamos, distraídos, alejándonos lentamente de la población.

Un tren pasa rápido cargado de viajeros, y unos ojos muy negros femeninos nos miran, atrayentes, desde una ventanilla. Delante de nosotros, en el paseo, dos señores van charlando, plácidos, de política, y un grupo de muchachas, sin sombrero, encendidas y alegres como colegialas, ríen, jugueteando unas con otras...

A un lado dejamos atrás a una yunta de bueyes macilentos que aran unos olivos, y oímos la voz monótona del gañán, que repite a cada instante:

—*Pintao... Careto*, ¡hala...!

Este paseo de la vía, pintoresco, tiene sus atractivos bellos. Yo lo doy muchas tardes con amigos, y ante la serena quietud de estos campos, en la paz majestuosa de la tarde, mi espíritu se despierta ilusionado. Al pasar, en una caseta de guarda-vía, una morena gentil está en la puerta sola y triste. Entre sus manos blancas una aguja se mueve sin cesar, y de sus labios, rojos como guindas, brotan suspiros soñadores...

Estos tipos interesantes de mujer que se nos presentan por sorpresa muchas veces, tienen el atractivo de lo inesperado. Y ante estas vírgenes morenas que se pasan la vida resignadas y suspirando, en nuestra alma de artista se levanta un florilegio y el madrigal risueño, se escapa de los labios tremolante...

¿A qué hablarla? Sería una profanación interrumpir un sueño femenino.

Y lentamente, calladamente, volvemos de nuestro paseo vespertino, deshojando la flor de una ilusión...

A. Jimènez Lora.

COSTUMBRES DE CÓRDOBA

El toque o señal de queda

I

Costumbre pública muy laudable era la del siglo XVI consistente en anunciar, por medio de unos toques de campana, haber llegado la hora señalada de la noche, bien para que los vecinos se recogieren, bien para que las puertas fueran cerradas.

Señal de quietud que pasó a través de cinco siglos y que aún conserva Sevilla, desde cuya simpática Giralda se tañen armoniosamente campanas y campanillos todas las noches del año a la hora de las once.

Córdoba no conserva hoy su típica costumbre, pero, como ciudad cerrada, la tuvo sin duda en el siglo XVI.

El documento más antiguo que se guarda referente a esta costumbre pública, hállase en el Archivo municipal, en el legajo 15 de la Sección 1.ª.

Es el testimonio de una provisión Real dictada en el año de 1539 y en la que se habla del tañer la campana de queda, dando a entender que ya en aquellos días era costumbre arraigada en este pueblo.

El documento a que me refiero es curioso e interesante, no ya por el lenguaje en que está escrito, sino por las notables disposiciones que en el mismo se decretan, en la forma siguiente:

«Don Carlos, por la Divina clemencia Emperador Semper Augusto Rey de Alemania.—Doña Juana su madre y así mismo Don Carlos por la Gracia de Dios Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Cecilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algabes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias, de la Tierra Firme, del mar Océano; Condes de Flandes, de Tirol, etcétera, etc., a Vos el que es o fuere nuestro Corregidor o Juez de residencia de la Ciudad de Córdoba y a Vuestro Alcalde Mayor en el dicho Oficio y a cada uno de vos salud e gracia, sepades: que en las Cortes que tuvimos y celebramos en la Ciudad de Toledo el año pasado de 1525

años, acordamos una ley é capítulo su tenor de la cual es ésta que se sigue: Item por cuanto a suplicación de los Procuradores de las Cortes que tuvimos e celebramos en la Villa de Valladolid el año pasado de 1523 años dimos licencia y facultad para que en estos nuestros Reinos cada uno pudiese traer una espada en cierta forma e después por los del nuestro Consejo se declaró que así mismo se pudiese traer puñal con la dicha espada según se contiene en la dicha Ley e declaración de los del nuestro Consejo e agora por algunos de los Procuradores de las dichas Cortes que mandamos hacer en esta dicha Ciudad de Toledo nos ha sido fecha relación que algunas de las dichas nuestras justicias sin embargo de la dicha Ley toman las dichas armas a los que la traen y llevan muchos derechos asi por dejayas traer de noche en lugares vedados como por volverles las cuales teman: por ende, queriendo proveer y remediar en todo ello mandamos a todos y cualesquier nuestras justicias guarden la dicha ley y declaración so pena que las armas que contra el tenor y forma de ella tomaran, las vuelvan e restituyan y sus dueños con el cuatro tanto para nuestra Cámara e fisco e porque semos informados que después de la promulgación de dicha Ley de declaración a causa de traer de noche las dichas armas muchas personas revuelven ruidos y quistiones y se cometen delitos y suceden otros inconvinientes e quiriendo evitar los daños que de se traer las dichas armas de noche se siguen, mandamos y declaramos que persona alguna, no pueda traer ni traiga las dichas armas de noche después de tañer la campana de queda en ningun lugar que sea la cual se taña después de dar las diez horas de la noche y que si después de tañida la dicha campana á la dicha hora, persona alguna trajere las dichas armas, las haya perdido y pierda y las Nuestras Justicias se las quiten, exepto si la tal persona e personas llevaren hacha encendida y mandamos á los Corregidores y Alcaldes y otras justicias de estos nuestros Reinos y Señoríos que ronden de noche y tengan especial cuidado para que no tengan lugar delitos en los lugares donde tuvieren los dichos oficios y mandamos á los del Nuestro Consejo Presidente é Oidores de las Nuestras Audiencias y otras cualesquier nuestras Justicias que hagan guardar é cumplir esta dicha Ley según como desuso se contiene e porque Nuestra merced e voluntad es que lo contenido en este Capítulo de Cortes se guarde y cumpla y ejecute en esa dicha Ciudad fué acordado que debíamos mandar dar esta Nuestra Carta para Vos en la oida razón y Nos tuvimoslo por bien porque vos mandamos que veais el dicho Capítulo de Cortes que desuso va incorporada y la guardéis e cumpláis y ejecutéis y hagáis guardar e cumplir y ejecutar en todo e por todo según y como en el se contiene con tanto que la campana de queda taña cada noche una hora entera en

Del Tesoro de la Catedral.—Cristo de marfil atribuído a Alonso Cano.

en invierno desde las nueve hasta las diez y en verano desde las diez hasta las once, e tener especial cuidado de hacer que la dicha campana de queda se taña toda la dicha hora y que por los alguaciles y otras justicias de esa dicho Ciudad no se tomen las dichas armas á los que madrugaren y fueren antes de día a atender sus labores y haciendas y todas las que contra el tenor de lo susodicho se han tomado y tomaren las hagáis volver e restituír e porquesto sea público y notorio e ninguno de ello pueda pretender inorancia, mandamos que esta nuestra Carta sea pregonada públicamente por las plazas y mercados y otros lugare acostumbrados de esa dicha Ciudad por pregonero y ante Notario Público y no hagades en deal so pena de la nuestra merced y de 10.000 mrs. para la nuestra Cámara. Dado en la villa de Madrid á 7 días del mes de Agosto año del Señor el 1539 años. El Licenciado Aguirre. Licenciatus Girón. El Ldo. Liguizano. El Ldo. de Alava. Licenciatus Mercado de Peñalosa. El Ldo. Alderete. Licenciatus Briceño. Yo Francisco Gómez de Vergara Ecmo. de Cámara de sus Cesáreas y Cat. Magestades la fice escribir por mandado con acuerdo de los del Su Consejo.»

Y en las espaldas de dicha providencia Real hay un escrito y firmado que decía: «Rvdo. Martín de Vergara, Martín Ortiz por Chanciller.»

José Rey Díaz.

EL SUEÑO DE VELDECAS

Tenemos en las cuencas oculares un par de riñones dispuestos para llorar.

Tenemos a los lados de la columna lumbar un par de globos oculares dispuestos para ver... si aguantasen con paciencia la luz del sol.

El médico filósofo indio Veldecas un día explicaba a sus discípulos que los riñones y los ojos son organos homólogos de dos metámeras distantes, situados en el plano posterior del ser humano, a ambos lados de la cuerda dorsal. Y les detallaba el lento proceso evolutivo que, durante siglos interminables, podría convertir dos manchas pigmentarias lumbares, determinadas por la luz del sol tropical, en dos chapas lenticulares, primero callosas y luego córneas, transparentes, que dejaran ver en su fondo, a través de ambos riñones modificados por la nueva función, una retina o cápsula suprarrenal sensible a la luz, órgano de la visión.

Además, les añadía.—Fijaos en que, cuando hay nefritis, hay edema de los párpados; en que, cuando el riñón se inflama por la naftalina, entonces aparece una catarata naftalínica.

A Persal, su mejor discípulo, autorizado para interrumpir y preguntar al maestro, se le ocurrió objetarle: Si los globos oculares

fuesen homólogos con los riñones y guardasen posición correlativa con ellos, al abrirse sus párpados hacia el plano posterior, aquellos no servirían al organismo para mirar hacia adelante, para ver andar, sino para mirar por detrás, para ver lo andado.

El filósofo alargó la mano, tomó su amarillo quitasol, en cuyo eje o bastón—una espina de pescado—había tallados dos ojos hacia la parte del puño y, cerrado como estaba, lo apoyó de punta contra el suelo.

—Contempla—dijo gravemente—estos dos ojos: ahora miran hacia atrás, pero si encorbo la espina que los lleva (como le sucede, en su desarrollo, a la espina dorsal del hombre) hasta formar un cayado, mirarán hacia adelante...

Hubo un rato de silencio, que rompió Persal, objetando:—Los ojos son aparatos de óptica; los riñones son aparatos hidráulicos... Y además, si unos riñones pasaran a ser ojos, ¿qué se haría de los glomérulos y conductillos, los uréteres, la vejiga, la uretra y su tejido eréctil, la orina, en una palabra?

Veldecas dijo:—Yo veo en cada globo ocular un admirable aparato hidráulico, con finísimos e intrincados conductillos, rodeado de cubiertas bien canalizadas. ¿Glomérulos, conductillos, uréteres, vejiga, uretra y porción cavernosa, orina? Pues sin miedo a la uremia, a todo eso le llamo iris y procesos ciliares..., puntos lagrimales, saco lagrimal, conducto óculo-nasal, tejido rino-eréctil, narices...

En este momento, un discordante ruído de juveniles carcajadas, despertó al filósofo indio. Eran sus discípulos, que, a coro, repetían:

¡Narices! ¡Narices!

Dr. Velázquez de Castro.
Académico y Catedrático.

CUENTO

¡UNO DE MIEDO!

A mis padres.

A medida que la mañana avanza, la niebla se esfuma ante el cáustico contacto de los rayos solares; poco a poco, el intenso azul sideral propio de nuestra comarca va perdiendo el halo sutil en que la envolviera; es diluida la decantada escarcha; ya prosigue su santo imperio, ya se inicia el himno de la Naturaleza: color, luz, agua... la sinfonía más hermosa que han escuchado los siglos, la sonata más sentida que oyeron los dioses: ¡amor! ¡eternidad...!

San Sebastián, que antaño fué frío, que se presentaba cubierto de níveo armiño, hoy nos ofrece día esplendente, andaluz primaveral, con aromas de miel y ruido de abejas en cálida siesta. Es el Santo del dueño de la hacienda; todos los colonos y labriegos entran a darle los días con beatífico respeto; añejo néctar de la tierra, frutas de horno y tabaco, les es repartido con prodigalidad.

Música de risas ligeramente se percibe, sonoridad que aumenta a medida que se aproximan los visitantes. Son los nietos del señor que en unión de la hija más pequeña de aquel, han ido a la majada con exquisitos presentes, haciendo así partícipes a los pastores, en escena bíblica, del júbilo que en este día reina en el Cortijo. En estos humildes rincones se practican con amor sincero las doctrinas del divino Maestro, dando de lo que se tiene y llevando hálitos de cariño y dicha a los eternos pacientes, más santos mientras más en su obra se aproximan a Dios.

Los niños, inquietos, manoseaban el sedoso plumaje de un jilguero que uno de los zagales les había regalado. Todos pugnaban por tenerle; le tomaban, le soltaban; el pobrecito, tembloroso ante aquella batahola, se encogía y esforzaba por liberarse; no obstante su atolondramiento, aprovechando el trajín de las manos infantiles, voló... bruscamente primero; dulce y serenamente después. El grito de estupefacción que salió de los pechitos de la gente menuda no es para descrito; unos, los mayores, contemplaron con alelada risa la fuga; otros, los más irreductibles, lloraron amargamente...

Difícil hubiera sido contentarles, a no ser por la intervención del abuelito que, usando tradicional costumbre, simulaba obtener golosinas de las orejas de los pequeñuelos. Querían que les contara un cuento y él, como alguien ha dicho que los hombres en la ancianidad se vuelven niños, en un momento de satisfacción pueril, accedió.

D. Sebastián, que así se llamaba el señor, mandó a una de sus hijas que sacara el sillón a la terraza. Allí el sol era cenital; el jardín que rodeaba la casa parecía despertar de un ensueño; el ambiente era como efluvio de aliento de diosas que divinizan lo humano y glorifican lo terreno. Por eso D. Sebastián escogía este sitio, tanto para sumirse en las más tiernas abstracciones, como para perorar con los suyos. Como la Naturaleza se divinizaba, considerábase más cerca de Dios.

Tan pronto como Cecilia, que así se llamaba su hija menor, trajo el sillón, D Sebaatián tomó asiento. Los cinco nietos querían ocupar lugar preferente y él los

Boda de la bella señorita Luisa Barbudo y el procurador don Luis Usano de Tena.

colocó en atención a la edad: a la más pequeñita la sentó sobre sus rodillas; a las otras dos, entre las piernas; a la derecha, en pie, al varón, Pepito; y a la izquierda, a la mayor de todos, Mariquita.

—Vamos a ver—dijo D. Sebastián, dirigiéndose á los menores—¿cuál queréis que os cuente?

—¡Uno de miedo!—gritó Pepito, cuya idea fué bien acogida por sus hermanos.

—Pues veréis...—musitó el anciano.

Todos los nietos se estrecharon contra su cuerpo; el miedo empezó a sobrecogerlos y con la mirada fija en los labios del abuelito, escucharon.

—Este era un niño muy listo, de facciones finas; sus padres, viendo en él soltura, gracejo y desenvolvimiento, no escatimaron ni en lo más mínimo cuanto era necesario para mejorar su condición; en él tenían muchas esperanzas y consideraban que sería su sustento en aquella época en que los años nos hacen achacosos, en que los tejados de la vivienda tienen «temida ronda». Lo enviaron al colegio, cursó con provecho el Bachillerato y llegó la hora de escoger carrera. Sus padres querían que fuese cura, pero él, ya por falta de vocación, ya por creer en no muy lejanos días de gloria, estudió la carrera de Leyes.

—Abuelito, ¿cómo se llamaba?—interrogó Luisita.

El abuelo rehusó la contestacion, pero, ante la insistencia de la nieta, hubo de contestar:

—Sebastián; Bastianito le llamaban.

—Entonces, como tú—repuso la más pequeña de las nietas.

—Eso es, como yo—confirmó el anciano.

—Sigue, abuelo, y no le hagas caso—dijo la mayor, cuya impaciencia por conocer el final no admitia entretenimientos.

—¿Por dónde iba?—preguntó D. Sebastián.

—Por... que estudió Leyes—contestó contento Pepito.

—¡Ah!... si... bueno... Estudió Leyes y terminó su carrera con mucha brillantez, regresando al pueblo, donde le esperaban sus padres, con ilusión grande...

—¿Y lo robaron?—interrumpió Pepito

—No.

—¿Por qué preguntas eso?—interrumpió Mariquita, de juicio más razonado.

—Por que como dijo el abuelo que el cuento era de miedo...

D. Sebastián no pudo disimular la risa que tan original diálogo le provocara y repartiendo unas cuantas caricias prosiguió:

—Decía que vino al pueblo, y no me volváis a interrumpir, porque se acabó el cuento. Vino al pueblo y allí fué admirado por todos; en la primera junta de vecinos pronunció un discurso que le valió el cargo de Juez municipal tan luego como quedó vacante. Empezaba a ganar dinero; todos le consultaban; se hizo el indispensable, y cuando la dicha y la felicidad—en lo que tienen de asequibles — alboreaban en su mansión, los vecinos vieron con estupor que la muerte, la implacable, había tomado puesto en aquel risueño hogar. Una terrible apoplegía se llevó á su anciano padre a mejor vida; y antes de que transcurriera el mes de tan infausto suceso, vió como la vida de su bendecida madre se escapaba también; la pérdida de su esposo, unida a la cruel enfermedad que padecía, aceleraron su muerte...

Por las mejillas de Mariquita y Pepito se deslizaba suavemente la savia de sus almas.

—Bastianito se quedó sólo—siguió don Sebastián.

Al decir esto, la nieta más pequeña se echó al suelo y fué en busca de su abuela quien, con las tías de la nenita, se hallaba

preparando la comida; inmediatamente la siguieron las otras dos menores, quedando únicamente con el abuelo los dos mayores.

—Se quedó sólo —continuó—, sintiendo las nostalgias del hogar; en su soledad añoraba los días de intimidad familiar, que tanto fortalecen y tanta vida conceden a quienes como él perecerían en un ambiente que no fuera el de los suyos; bien comprendió la filosofía «El buey suelto...» Pereda, el montañés insigne, el anciano de Polanco, se le aparecía como por arte de magia, con su ampulosa frente, ojos preñados de psicológica observación, caballeresca perilla que completaba su faz de recto castellano viejo, y en actitud austera, exhortándole a crear familia, repitiéndole los más vibrantes párrafos de su obra, capaz de conmover a los solteromaníacos más exaltados.

Poco entendieron Mariquita y Pepito de este discurso que, dicho con la energía de los antiguos, infundió en los nietos, más que atención tedioso respeto.

—Bastianito, don Sebastián que ya le llamaban así—arguyó el abuelo—vivió la necesidad de la familia y contrajo matrimonio con una joven de posición acomodada y educada a la usanza antigua. Prolífica de naturalera, no tuvieron que transcurrir muchos años para rodearse de numerosa progenie; hembras y varones la integraban y, a medida que crecían, comprendió la conveniencia de ser *algo*. con el objeto de que mañana pudiera disponer de los mejores medios posibles para colocar a sus hijos; pensó en hacer oposiciones y la Judicatura fué el blanco de sus aspiraciones, noble y desgraciado instituto, en el que el cohecho y la prevaricación de los menos, salpicaron de lodo a los más. Efectuó los ejercicios, obtuvo plaza y se posesionó de un Juzgado, allá en no sé qué punto de Aragón, siendo luego trasladado de unos sitios a otros hasta aproximarse a su pueblo; al cabo de muchos años, consiguió ir a su misma provincia; no bien se había posesionado, cuando el desastre colonial hizo que una compacta falange de funcionarios regresaran pidiendo hospitalidad; el desastre también repercutió en la institución. Para dar cabida a los que se repatriaban hubo que

dejar cesantes a un sinnúmero de peninsulares. Uno de los *afortunados* fué don Sebastián quien, con toda su familia, volvió al pueblo natal.

Bastante tiempo pasó hasta ser reintegrado en el cargo. Llevaba catorce años de Juez y no ascendía. El mérito era postergado al favor, el espíritu de la Ley se mantenía muerto.

Alguien se ocupó de la anómala situación que se creaba, del peligro moral de tamaña injusticia. Como irónica panacea, se estableció el «riguroso escalafón». ¡Qué inmoralidad la del pueblo que, para legitimar intereses tiene que acudir a medio tan envilecedor!

A los dieciséis años de servicio pudo ascender; siguió el escalafón cerrado, aunque no era óbice para un escrupuloso cuarto turno y otro ¡oh, sarcasmo! de mérito. A pasos agigantados se pasaban los hombres —no el tiempo y con todas las penalidades de una vida azarosa y de agnegación, siempre mártir del deber, verdadero héroe de su profesión, vino a dificultar su labor un punto negro; el Juez insigne tuvo que dejar su ingrata carrera: una catarata nubló su vista, ¡también la Naturaleza le fué impiadosa!

Pidió su jubilación pensando que se presentaban días mejores, en que podría paladear con fruición el sazonado fruto de su trabajo; creyó recompensado el sacrificio de toda una vida. Pero desencanto y grande fué el que sufrió don Sebastián cuando transcurrieron unos meses y el expediente de jubilación no se despachaba; surgieron conflictos entre Ministerios sobre competencia en la jubilación, obstáculos que, unidos a la activa pasividad de las oficinas centrales, dificultaban «la marcha normal de los asuntos»: trámites, informes, resoluciones, compulsas, clasificaciones... y toda esa nauseabunda nomenclatura propia de nuestros ineptos. Así trascurrieron seis, ocho meses, y el pobre don Sebastián sin cobrar; para atender a sus más perentorias necesidades, tuvo que prestarse a recibir el zarpazo de la garra del usurero. !La herida que le produjo no volvió a cicatrizar!

La miseria se enseñoreaba del hogar, la necesidad se reflejaba en la faz de todos sus hijos; él enfermó, la realidad, prosaica y grosera, le apenaba; el influjo, el favoritismo y la negligencia de los administradores, le hicieron dudar de la que tanto quería y a la que creyó servir durante treinta y cinco años: ¡la Patria!, y murió compadeciéndola...

Los niños, que sin penetrar en la psicología del cuento, seguían con atención las palabras y los gestos del abuelito, avizoraban su sentimiento, contemplando cómo temblaba, cómo por sus lagrimales asomaban nítidas perlas saladas, cristalización de perdidas ilusiones.

—Y aquí... terminó... mi cuento—dijo el abuelito.

—¿Dónde está el miedo?—interpeló Pepito.

—¡Hijo de vida!—exclamó el abuelo, apretando contra su pecho, con patriarcal ternura, al nietecito—. Tú todavía no sabes apreciar la triste realidad; cuando seas mayor, acuérdate de este cuento y entonces aprenderás que no hay miedo más grande que el que produce el abandono por la patria misma.

Cecilia apareció, cantarina y risueña, y, dando palmas, dijo:

—Papá, la comida está en la mesa.

Germán Ruiz Maya.

La Junta de Saneamiento y el Colegio Médico

En la sesión que el pasado lunes celebró la Junta de Saneamiento y Reformas de Córdoba, el presidente, con motivo de la discusión entablada acerca del abastecimiento de aguas, propuso que se eleve consulta al Colegio Médico, para que éste dictamine sobre las posibles perturbaciones que el cambio de aguas pueda determinar en la economía animal de los habitantes.

Plausible en alto grado es esta culta determinación y, aunque sólo fuere por ello, justo es que felicitemos al proponente y presidente de la Junta, don Salvador Muñoz Pérez. Amante decidido del más completo resurgimiento de Córdoba, a ella pide opinión y consejo, y no bastándole el concurso indirecto de todas las fuerzas vivas, personalizadas en la Junta, a aquellas mismas acude, para que del seno independiente de la colectividad surja la más científica y justa decisión.

Y como es natural, cuando de higiene se trata, al Colegio Médico, a la única entidad legalmente capaz, acude. Pero el señor Muñoz Pérez, en sus nobles deseos ha sufrido un error; el señor Muñoz Pérez ignora, de seguro, que en Córdoba no existe Colegio Médico.

¿Que es una vergüenza para la clase tener que hacer esta afirmación? Indudablemente, pero así es. En Córdoba no hay Colegio Médico. Y la clase médica cordobesa dará ahora el degradante espectáculo de no intervenir, de no responder colectivamente, como se precisa, a los requerimientos de una población de 70.000 almas, que le pide protección higiénica, como no intervino, como no respondió cuando, años pasados, díjose que en Córdoba había aguas contaminadas de bacilos tíficos, dando lugar a que de Sevilla viniesen a descubrirnos la epidemia.

La plaza de los Dolores.—Cuadro del notable artista Manuel León Astruc.

Espectáculo poco edificante ofrecerá de nuevo la clase médica cordobesa. Córdoba quiere ser grande, quiere sumarse a la vida moderna; Córdoba trabaja y lucha por su resurgimiento, que es desenvolvimiento económico e higiénico.

Y Córdoba será económicamente grande, pues que tiene un hombre que lo quiere; pero no lo será higiénicamente, por sus propios estímulos, por sus propios factores, pues ella carece de la única entidad capaz para ello.

Pero Córdoba no debe, no puede prescindir de este concurso y habrá de solicitarlo, de buscarlo allí donde se hallare, aunque de nuevo en cuestiones higiénicas gentes extrañas hayan de venir á descubrirnos.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

ASÍ SON ELLAS

CUENTO

Volaba el automóvil al cruzar el puente de Toledo y, más que máquina elegante de lujo y de comodidad, parecía un monstruo el aparato aquel, con los dos grandes ojos vertiendo su luz en medio de la noche, y su cuerpo enorme y trepidante, por el que apenas se escapaba un rayo de luz del interior a través de las cortinas.

Atrás dejó Madrid y, a poco más, lo perdió de vista, y el auto, en su desenfrenada carrera, huía veloz, aumentando la marcha, por la cinta parda de la carretera, a través de los fértiles campos castellanos.

Luz Pacheco de la Peña, una bella aristócrata de estirpe andaluza, con residencia en Madrid, era quien ocupaba el coche. Reclinada en el asiento, apoyada la mano en la mejilla, caídos los bellos rizos de su frente que formaban un tejido de oro ante las perlas de sus ojos de gitana, ora llorosa, ora pensativa, ora agobiada por el llanto, ya acometida de súbita resolución, que arrancaba rayos de luz de sus ojos negros, dejaba correr las horas acurrucada en un rincón del lujoso Hispano, y por su cabecita de diosa morena, mientras pasaban las horas y quedaban atrás los kilómetros, a cientos cruzaban ideas opuestas que tejían una maraña que la volvía loca.

Monologaba a ratos, y ahora, afligida:

—¡Dios mío, Dios mío—decía--cuánto dolor! Y luego la vergüenza, el escándalo, las maledicencias, la burla de las amigas. ¡Y hablan de los anónimos, pues esta vez cierto era...! Quizá sea de ella; bien se reía esta tarde al preguntarme por mi marido; y yo, tonta de mí, ocultando el dolor, fingiendo indiferencia, aún traté de engañarla disculpándole...—¡A Sevilla a unos negocios!—le dije, y ella se reía... ¡Claro, a Sevilla, esta es la verdad, pero (con ahogos de llanto) Dios mío, con otra...! La Bella Lulú... que será... una cualquiera... una perdularia.

Serenándose y secándose las lágrimas con rabia:

—Infeliz, mil veces tonta, ¿qué me importa a mí de él ya, ni de quién sea ella? ¿Es que voy a llorar por quien no lo merece? No, no lloré por él, lloré mi dicha perdida, pero ya se acabó. (Con rabia inspirada por los celos que hacen despedir llamas por sus ojos de sultana y estrujar entre sus dedos el pañuelo). Ahora verán el truan y la pérfida si impunemente se puede burlar a una mujer legítima. El juez se los dirá... ¡Oh, cuánto voy á gozar en la venganza! ¡¡Escándalo...!! y ¿qué me importa a mí el escándalo y qué de los convencionalismos sociales? No me quiere, ¡pues le aborrezco! Me abandona, ¡pues le desprecio!... y me

divorcio después de sorprenderlos y de dar un escándalo que atronará a España, y lo dejará en ridículo a los ojos de todos...

—

Amanecía, y aún continuaba la bella Luz Pacheco con sus cavilaciones y sus planes de venganza.

Corría el automóvil ahora, bordeando la sierra de Córdoba, el maravillosamente bello y alegre paraíso que tiene matices de azahares y azucenas, de rosas y claveles e inciensos y romero.

Un sol espléndido caía sobre la alfombra policroma de paisaje, que brillaba a su luz y parecía un inmenso manto de púrpura y de oro.

De pronto, al volver del camino, los frenos sonaron con estrépito, el aparato sufrió una sacudida que hizo a la dama saltar sobre el asiento, la máquina quedó parada en seco y Luz, entre curiosa y asustada, saltó a tierra preguntando.

—¿Qué ha ocurrido, Andrés?

Mas ante su vista, con la elocuencia de lo real, halló la respuesta.

Interceptando el paso, en medio del camino, había una masa gris, donde, entre astillas, acero y cristales rotos, se adivinaba un automóvil destrozado.

Junto a la cuneta, entre unas flores que crecieron salvajes, yacía un hombre ensangrentado, cubierto el rostro de sangre que manaba de la frente. Junto a él, otro hombre, metido en una piel de oso y casi cubierto el rostro por unos lentes de enormes cristales, trataba de auxiliar al herido; y, por último, en pie, abstraída por sus pensamientos y con gesto de contrariedad y temor, una esbelta mujer, raramente vestida, daba pataditas en el suelo, mientras contemplaba ora al herido, ora al elegante «Dion» destrozado.

Allí se lanzó Luz de un salto, presa de horrible presentimiento y febril ansiedad y, empujando a la dama y apartando al hombre del gabán de pieles, se abrazó llorando al herido; sus caras se juntaron y, por un momento, la sangre que manaba de la herida, corrió por el rostro de la brava andaluza.

Alzóse luego; llamó a Andrés que la seguía y entrambos se dispusieron a trasladar al coche al herido, mas como en aquel momento la dama extranjera tratase, inconsciente, de ayudar, enérgica, altiva, habló Luz:

—Apártese, señora; gracias, pero usted no sirve para esto y mi amor y mi deber no lo consienten. Apártese usted, que, con la risa, ha terminado su *misión*; ha venido el dolor y ha empezado la mía.

Y cuando hubieron llegado al coche, dijo:

—Vuelve el auto, Andrés, y a toda marcha llévanos al primer pueblo que encuentres. ¡Ah!, pero cuida de los baches, que al pobrecito mío le pueden hacer mal las sacudidas bruscas.

Eduardo Diaz.

El Alcázar de Córdoba

Al iniciarse en la Prensa diaria de Córdoba la campaña en favor de nuestro valioso Alcázar, sumido en lamentable abandono no obstante sus méritos arquitectónicos e históricos, pocos fueron los que se atrevieron a sostener la esperanza de que se llegaría a contar con el decidido concurso de la opinión pública.

Por fortuna, aquel aislado anhelo se va convirtiendo rápidamente en una aspiración general del vecindario.

Intervinieron en la campaña, aportando a la labor puramente de periódico que se venía realizando el concurso de las ciencias penitenciaria y médica, el catedrático y doctor en Derecho don Federico Castejón y el doctor en Medicina don Manuel Ruiz Maya. Estudiando el primero la cuestión desde el punto de vista penitenciario, censuró la falta de condiciones del Alcázar para que en él continuase la Cárcel y expuso el modo, económico y sencillo, que debía emplearse para construir con destino a los reclusos un edificio adecuado. Desde el punto de vista higiénico y con el testimonio de cifras realmente aterradoras, el segundo censuró asimismo la falta de condiciones del Alcázar para albergar la población penal que corresponde a la Cárcel de Córdoba.

En estas mismas columnas aparecieron ambos notables y decisivos trabajos, de los que resultaba esta verdad incontestable e incontestada: ni desde el punto de vista penitenciario ni desde el punto de vista médico se puede consentir que la Cárcel continúe en el Alcázar.

Ofrecida así la cuestión al juicio de los espíritus esencialmente prácticos, ya puede ser permitido que también se vuelva a censurar desde los puntos de vista arquitectónico e histórico la permanencia de la Cárcel en el Alcázar, en el que residieron un tiempo, entre otros monarcas, los Reyes Católicos, y en el que se conservan, especialmente en sus torres, muy valiosos restos del admirable mérito artísico que lució en otras épocas. En el Alcázar de Córdoba fué preparada la reconquista de Granada y en el Alcázar de Córdoba también fué desdoblada por Cristóbal Colón la esperanza maravillosa del descubrimiento de América.

Estos antecedentes inapreciables más aquellas verdades que en contra de la permanencia de los reclusos en el valioso monumento aportaran las ciencias penitenciaria y médica, determinarán, al fin y al cabo, el hecho de que la Cárcel sea quitada del Alcázar.

Y entonces, preguntarán los espíritus avisados y los reparones sistemáticos, ¿qué vamos a hacer con el Alcázar?

Pues muchas y muy buenas cosas.

Consignaremos algunas soluciones, a las que quizá puedan agregarse otras.

Primero: destinarlo a Archivos y Museos, llevando primeramente allí el Museo Arqueológico y colocando en las debidas condiciones el Archivo Judicial, el que, de continuar en la deplorabilísima situación en que se halla, desaparecerá enteramente, y respecto a esta cuestión importantísima llamamos la atención del digno presidente de la Audiencia señor Tello García. En cuanto al Arqueológico, no hay que insistir mucho en la verdad de que Córdoba, por su alto prestigio histórico y artístico, por ser una ciudad que toda ella es como un museo admirable, debe concederle una instalación adecuada. Adviértase también que, el día en que se renueve el suelo de la ciudad para efectuar las obras del alcantarillado y el abastecimiento de aguas, se hallarán seguramente numerosos restos arquitectónicos que no deben ser amontonados de cualquier manera en un local insuficiente, sino que deben ser expuestos al estudio y la admiración de propios y extraños en un local conveniente.

Vamos a consignar una segunda solución, la que pudiera relacionarse con una patriótica iniciativa del señor Muñoz Pérez: que la ciudad de Córdoba entregue el Alcázar al Rey, porque esta sería la manera más eficaz de devolver al valioso monumento sus méritos y prestigios históricos.

En uno y otro caso, el Alcázar debe ser declarado monumento nacional.

En cuanto al segundo, al cabo de los años mil las aguas volverían a circular por donde solían ir y la antigua Corte de los Califas albergaría algunas veces a la Corte de España.

Nada de lo expuesto constituye ninguna obra de romanos, sino hacedera empresa de cordobeses de buena voluntad, con la circunstancia de que precisamente el alcalde señor Muñoz Pérez, cuya actividad y talento no es necesario encomiar, ha iniciado la transformación, poniendo una nota hermosísima sobre una de las viejas e históricas paredes del Alcázar. En la fotografía que publicamos en la primera página de este número se destaca la modificación: trátase de la construcción nueva adosada al Alcázar, en la que ya se ha comenzado a instalar el Dispensario para niños de pecho y en donde en breve se establecerá, juntamente con otras instituciones complementarias, un comedor de madres lactantes, dejando así formada la ideal Casa del Niño que constituirá uno de los hechos mejores de la brillante gestión del señor Muñoz Pérez.

La Casa del Niño puede estar, no ya adosada al Alcázar, sino en el Alcázar mismo. Lo que no puede seguir en el Alcázar, desde ningún

Escritores de Córdoba

Leocadio Martín Ruiz, literato de prosa fluida y brillante e inspiración constantemente cordial y joven. A su actuación en Pueblonuevo del Terrible, desde el punto de vista social, se debe el fomento de instituciones tan simpáticas como el Centro Filarmónico, en el que los obreros obtienen una plausible educación musical, la que ha sido recompensada con importantes premios en diversos certámenes.

punto de vista, es la Cárcel. En ello insistiremos repetidamente para contribuir en la medida de nuestros elementos a que se fortalezca la aspiración formada en favor de que la Cárcel sea quitada del Alcázar, para conceder a este valioso monumento un destino digno de su valor histórico y artístico.

PELÍCULAS DEL NATURAL

AGUA CON LECHE

Diariamente se lee en los periódicos locales elogiosas noticias dando cuenta de que los peritos veterinarios inutilizan cuartillos de leche por no estar en condiciones para el consumo público.

La falta de condiciones estriba en que los vendedores se distraen demasiado echando agua y, cuando menos acuerdan, esta rebosa por la boca de las cántaras que contienen la leche. Ellos se dirán, seguramente: ¡Una distracción diaria cualquier mortal la tiene!

La campaña seguida por el alcalde señor Muñoz Pérez contra estos hombres de conciencia blanca es de las que forman época, pero ni por esas escarmientan.

Parece como que los tales vendedores de leche han venido a este mundo para seguir de cerca los proyectos hidráulicos de Gasset o para hacer méritos a plazas de bomberos, mangueros o buzos.

A ellos facilítenles ustedes agua, que de administrarla pródigamente ya se encargarán los muy egoístas.

El otro día escuchamos la siguiente conversación entre dos expendores de leche:

—Oye, Juan, pero ¿es posible que toda el agua que tenías en el cubo la hayas echado a la leche?

—¡Pues no te ahogas tú en poca agua! ¡No sólo aquella, sino la que tenía el botijo de la Amparo, a la que se lo pedí diciéndole que me moría de sed...! A tí te parecerá mucho, ¿verdad?; pues todavía se quedó la leche tan blanca como los copos de nieve.

—Y ¿no temes a los peritos?

—¡Ca! ¿Tú no ves que cuando ellos se van acercando a mi puesto ya tengo yo el aviso de otros vendedores, y los cacharros del agua milagrosa—¡porque no dudarás de que para nosotros toda el agua es milagrosa!—han sido llevados al puesto de frutas más cercano?

—Y estos ¿no te denuncian?

—¡No seas inocente! Estos se callan porque yo les paso, a la vez que los cacharros del agua, varios cuartillos de leche buena y ¿cómo van a hablar? Pero bueno, tanto preguntar, y tú ¿no me dices nada de lo que haces?

—Ya te dije, Juan, que el negocio de la «condensá» no me resultó bien, porque no sé cómo me las arreglaba para que me saliera tan mal hecha que todos los parroquianos se me iban, hasta que me cansé y tuve que dejar las latas. Ahora, que yo no soy como tú, que algunas veces vendes más agua que leche. ¡Tienes una conciencia más elástica...!

—¡Qué tonto eres, hombre! Si ya te dige antes que todavía se queda blanca, y ahora te voy a decir más y es que voy a ensayar a ver si me resulta bien la combinación de la condensada.

Y todo esto lo oímos poniéndosenos el cabello de punta, y pensamos: ¿pero no será posible que estos hombres desistan de sus propósitos acuáticos ni ante las multas que les imponen?

¡Señores, por favor, tengan ustedes consideración de sus actos hidráulicos!, o, al menos, hagan lo que se hace en Tomares, donde se le pregunta al público: ¿La quiere usted pura, mitad agua, toda agua o condensada hecha de anoche? Así no tendrían remordimiento de cualquier muerte que pudiera resultar a cargo de ustedes y, además, que la gente hablando se entiende y cada uno adquiriría la que más cuenta le tuviese.

Francisco Quesada.

UN LIBRO DE ANTONIO JAÉN

Hijo predilecto del pueblo de Córdoba, el jóven catedrático don Antonio Jaén Morente es de todos querido y admirado. Aún en aquellos espíritus que menos puedan compartir sus ideas, siempre hay para sus actos y opiniones, dicha con sincera simpatía, esta frase: Es un muchacho de mucho talento.

Verdad es. Antonio Jaén Morente, no obstante su juventud, es un prestigio consolidado a fuerza de talento Por el solo poder de su inteligencia ha subido rápida y seguramente, cursando con brillantez extraordinaria diversas carreras y venciendo de manera total en reñidos oposiciones.

Catedrático concienzudo, periodista brillante, orador de rica elocuencia, ahora aumenta los títulos de su talento con la publicación de una obra realmente admirable, la primera de una serie de monografías de Historia y Arte. Se titula «Segovia y Enrique IV» y el estudio está hecho con rara perfección, vistiendo con las elegantes galas de un rico y brillante estilo el asombroso trabajo de investigación, del que las enseñanzas y consideraciociones, las ideas de todo orden, brotan con prodigalidad deslumbradora. Desde todos los puntos de vista está estudiada la figura de Enrique IV, particularmente en sus relaciones con su ciudad de Segovia. El estudio fué laureado en un certamen literario verificado en aquella imponderable ciudad, en la que nuestro paisano disfruta de la admiración y simpatía que merece por su talento y laboriosidad.

El lector cordobés, además del atractivo de ser el libro de un hijo de Córdoba, halla la satisfacción de discretas menciones de cosas nuestras, o a nosotros aplicables, en el transcurso de la obra y, por último, el anuncio de que Antonio Jaén prepara otra publicación titulada «El Monasterio de San Jerónimo, en Córdoba.»

La falta de tiempo, pues apenas si lo hemos tenido para leer con algún detenimiento la monografía acerca de «Segovia y Enrique IV», nos priva del gusto de dedicar a esta hermosa obra todo el espacio que deseáramos. De ello nos resarciremos debidamente, sirviendo estas líneas de acuse de recibo de la obra y también para felicitar muy afectuosamente a su autor por el nuevo y muy merecido éxito que ha de obtener con esta muestra de su talento y erudición.

Cartas del otro barrio

Aquí me tienes, amigo Pedro Moro, en la Corte del Diantre, a la que me han enviado en comisión de servicio y, de paso, para que expíe las infinitas cosas malas que hice por ese bajo mundo.

Perdona que no te haya comunicado antes mi estancia en estos Infiernos, pero tú no sabes lo que aquí se trabaja atizando la lumbre de las calderas y además que tu tocayo Pedro Botero tiene un geniecito que no hay quien lo resista y, con eso de la subida del carbón (que hasta aquí ha llegado), está el hombre que echa fuego en cuanto abre la boca.

Tú no te puedes imaginar la gente de Córdoba que hay por aquí; personas que parecían muy santitas y muy infelices, están conmigo atizando el fuego de las calderas negras, que son las de más castigo; especialmente se destinan para aquellos que en ese mundo se dedicaban a hacer obras de caridad dando dinero a réditos, con un módico interés de un 80 por 100.

¡Si supieras los nombres de algunos seres que están empadronados en el Infierno, te quedabas frío! Pero déjalo, que aquí están pagando con creces sus culpas; el lugarteniente de Pedro Botero, a quien por poco le cuesta la vida un disgusto qne le proporcionó un matatías de estos, les arrima cada garrotazo que los atortola, y después, poniendo los hierros satánicos hechos ascuas, se los pasa dos veces al día por la espalda, como propina en el expiamiento de sus hazañas.

Los tíos dan cada alarido que seguramente se oirá en sus respectivos domicilios de ese mundo, pero ni por eso se libran del horrible tormento del cordelillo, como a tal castigo se llama en este sitio.

Un amigo mío, con el que me he encontrado al cabo de muchos años de ausencia, recibió la revista CÓRDOBA, de la última semana. ¡Lo que disfrutamos recordando las cosas de nuestra tierra!

Por CÓRDOBA hemos sabido la muerte de aquel gran escritor que se llamó Manuel Martínez Barrionuevo. ¡Qué desgraciado fué! Y ha muerto pobre, como os ha de ocurrir a todos los que trabajáis en esa ingrata labor del periodismo. Toda vuestra vida dedicados a encumbrar a otros y, al final de la jornada y como premio a vuestros servicios, el hambre, la miseria, un hospital, un asilo. ¡Maldita profesión!

Puedes creer, amigo Moro, que, cuando me entero de esas miserias de la vida, casi me alegro de estar entre estos demonios, porque al menos aquí todos somos iguales, y no tenemos nada que echarnos en cara.

También he visto el proyecto de monumento a don Antonio Barroso, obra que, al realizarla los cordobeses, no solo se honran, sino que también reflejan fielmente la gratitud que deben a

De la Córdoba destruída. — La calle Postrera, cuyos bellos arquitos han sido quitados enteramente, privando a aquel lugar de su interesante y típico aspecto.

aquel hombre todo bondad, cuerpo de roble y corazón de niño, como dijo el exquisito poeta que ocupa la dirección del *Liberal*.

Tengo que hacerte unas advertencias, para que tú a su vez las hagas a los interesados.

Al doctor Ruiz Maya dile que no deje nunca de cooperar a la obra magna del mejoramiento de los niños pobres y pregúntale que cuándo va a hacer el libro titulado *Yo y el vecino*...

A Eduardo Baro, adviértele que disfrute todo cuanto pueda por ahí, que en cuanto se despida de ese pícaro mundo, todo se le acabará, y que, desde el punto de vista de sus aficiones, lo mismo da que venga aquí como que lo trasladen a la estancia vecina, porque en ninguna zona de este barrio se venden específicos ni alhajas. Unicamente encontrará en estas alturas agua de Kamelowski, que sienta muy bien al estómago.

A Manolito Viguera, ese rubio mitad latino mitad sajón, hazle presente que ya le tienen aquí preparado su sitio, porque los espíritus que fuman tabaco de dieciocho céntimos y gastan bufandas de munición, esos van «doblados» al Infierno.

Que tenga en cuenta que, por la Corte del Diantre, no se usan polainas de vendas ni paraguas colorados. Las corbatas blancas han desaparecido totalmente, porque el último pedido se lo anviaron a Melquiades Alvarez, el del reformismo. Así es que no olvide la tela para hacérselas él mismo.

A Currito Quesada le dices que leo con gusto sus *Películas del natural* y que continúe cultivando el género humorístico, para el que ciertamente reúne excelentes condiciones, y no hablo más en su elogio por temor de herir su tímida modestia hasta el punto de que le diera vergüenza de que se encomiase su labor y sus aptitudes.

Hazle también presente que he leído su cuento titulado *¡Pero un día...!* y que ya sé hacia qué estrella del firmamento van los tiros...

A Arturito Cámara y de los Olmedos, el formidable caricaturista, sereno y frío como la nieve, felicítalo, porque va resultando un maestrazo en eso de dibujar a las gentes.

Que no deje de insistir y muy pronto obtendrá el triunfo. A ese chico—¿no te parece, Pedro?—lo que le hace falta es que abandone ese genio tan *corto* que Dios le ha dado, y que algunos señores que disponen de influencia para ello, teniendo en cuenta que se trata de un artista de verdad, lo enviasen a Madrid pensionado o colocado en alguna parte, para que pudiera continuar el estudio de su arte al lado de un maestro.

Ahora, que habría que contar con él. ¿Querría Camarita ir a Madrid colocado o pensionado?

Voy a terminar aconsejándote a tí también, admirador de la ver-

dadera Córdoba y del Corán, que continúes trabajando con fe y cariño en Córdoba, que muy pronto sacarás gran partido de tu labor, pues me consta que en la mayoría de los domicilios de mis paisanos entra y se lee la ya popular revista, y esto quiere decir mucho.

Con que ¡a trabajar!

Se me olvidaba rogarte que felicites a los cordobeses que trabajan en la Imprenta Moderna, porque editan la revista muy bien.

Dispensa que no escriba más por hoy, pero se me pasa el fuego de la caldera de la que estoy encargado y temo las iras de Pedro Botero.

Adiós, Pedro Moro, hasta muy pronto. Tu amigo,

Nicasio Bueno.

(Esto era en ese mundo; aquí estoy de incógnito, con el nombre de *Diablo IX, encargado tercero de las calderas de castigo*. ¡Sépanlo los matatías!)

CANTARES

Cuéntale a ese que te ronda
lo que te voy a decir:
Te quiero y tengo un garrote...
Ahora que venga por tí.

Zagala que vas sola
por esos montes,
no temas a los lobos,
¡teme a los hombres!

¡Quién fuera zagalillo
de ese rebaño...
y de la zagalilla
por quien yo canto!

Es cosa de regañar...
para que luego nos demos
un fuerte abrazo de paz.

José Rincón.

El problema de la tierra andaluza

¡Andalucía, tierra de los latifundios, país del hambre, Irlanda española...!

Continuación del manifiesto dirigido a la región andaluza por la Sección Sevillana de la Liga Española para el Impuesto único.

No puede consentirse que sea el *país del hambre* uno de los más fértiles y hermosos del mundo. Su leyenda de alegría debe renacer y perdurar. Que este cielo riente de nuestra Andalucía, no ha sido creado para formar contraste con una tierra desolada, en que el hambre impera y la incultura, sino para servir de palio esplendoroso a un pródigo jardín, donde sus hijos trabajen con el cerebro henchido de pensamientos optimistas y el corazón rebosante de entusiasmos y nostalgias. La savia pujante de este suelo fecundo, no se ha hecho para seleccionar toros bravos, substrayéndola, así, a la selección de los hombres; sino para nutrir con ella la sangre de los andaluces, robusteciendo y afirmando las virtudes de su carácter. Cuando esto suceda, Andalucía será región. Tendrá personalidad y vida para la patria española. No será un cuerpo muerto remolcado por España.

Para terminar, sólo nos resta ocuparnos de Sevilla. Entiéndase aplicado a las demás ciudades andaluzas, en las que actúan, poco más o menos, los mismos males, aquello que dijéramos relativo a la que fué gran metrópoli del Sur; la ciudad común de todos los andaluces; futuro centro grandioso de la vida de Andalucía, cuando los nuevos caudales de energía, que en esta se desarrollen, busquen la necesaria concentración.

La obra de los monopolios de Sevilla es verdaderamente escandalosa. Los alquileres de las habitaciones son más caros en ella que en cualquier otra parte de España. Por esta causa, mucha gente abandona la ciudad o no se establece en su recinto: la clase media se encuentra en el dilema de comer o tener habitación; la obrera es hacinada en covachas inmundas, guaridas de la miseria y la muerte, y hasta hay hombres alejados, como perros sarnosos, de todo contacto social, arrojados fuera de la población y obligados a vivir a la intemperie. Y es que la especulación de que los propietarios hacen objeto sus solares o terrenos edificables, alcanza proporciones aterradoras, cotizándose, en su virtud, esos terrenos por precios enormes que crea el pueblo y embolsan los propietarios. Además, el monopolio de una compañía, inmune tras el privilegio de una concesión, impide la obra que el Municipio pudiera y debiera realizar, de asumir, privadamente, para que nunca faltase, la ejecución de un servicio público, como la provisión de agua, que es por su naturaleza, imprescindible; así como la concurrencia libre de capitales en dicha empresa. (En las ventajas para el público, derivadas de la competencia entre las compañías de electricidad, tienen los sevillanos un ejemplo elocuente para apreciar el bien que toda concurrencia produce). Se da el caso estupendo de que una de las primeras capitales de España, a cuyos pies corre un río caudaloso, carezca de agua para aseo de sus calles, evite sea destruida por un incendio y hasta que satisfaga la necesidades más urgentes.

Por último, el establecimiento de un impuesto sobre el valor social del suelo, es indispensable, no solo para obtener recursos con que llenar las atenciones crecientes de una ciudad, en progreso, sino para sustituir el inicuo impuesto de Consumos, cuya supresión, que pronto se implantará en Sevilla, implica la ruina de las Haciendas municipales. Los sustitutos como el de inquilinato y otros de la misma índole, no merecen esa calificación. Son el mismo impuesto de Consumos en forma si cabe más odiosa. Este dilema es inflexible: toda contribución ha de ser impuesta sobre el trabajo de cada uno, esto es, sobre el consumo de los demás, o sobre lo que es obra del esfuerzo de todos, o sea el valor que adquiera la tierra (desnuda de toda mejora debida al trabajo humano), por el progreso de la civilización. Es decir, que para alcanzar en este aspecto de la cuestión el bienestar producido por el imperio de la Justicia, es necesario no insultar mediante combinaciones artificiosas y malvadas, el imperio augusto de la Naturaleza. Y he aquí que, por este, como por todos los caminos, desembocamos en la verdad fundamental:

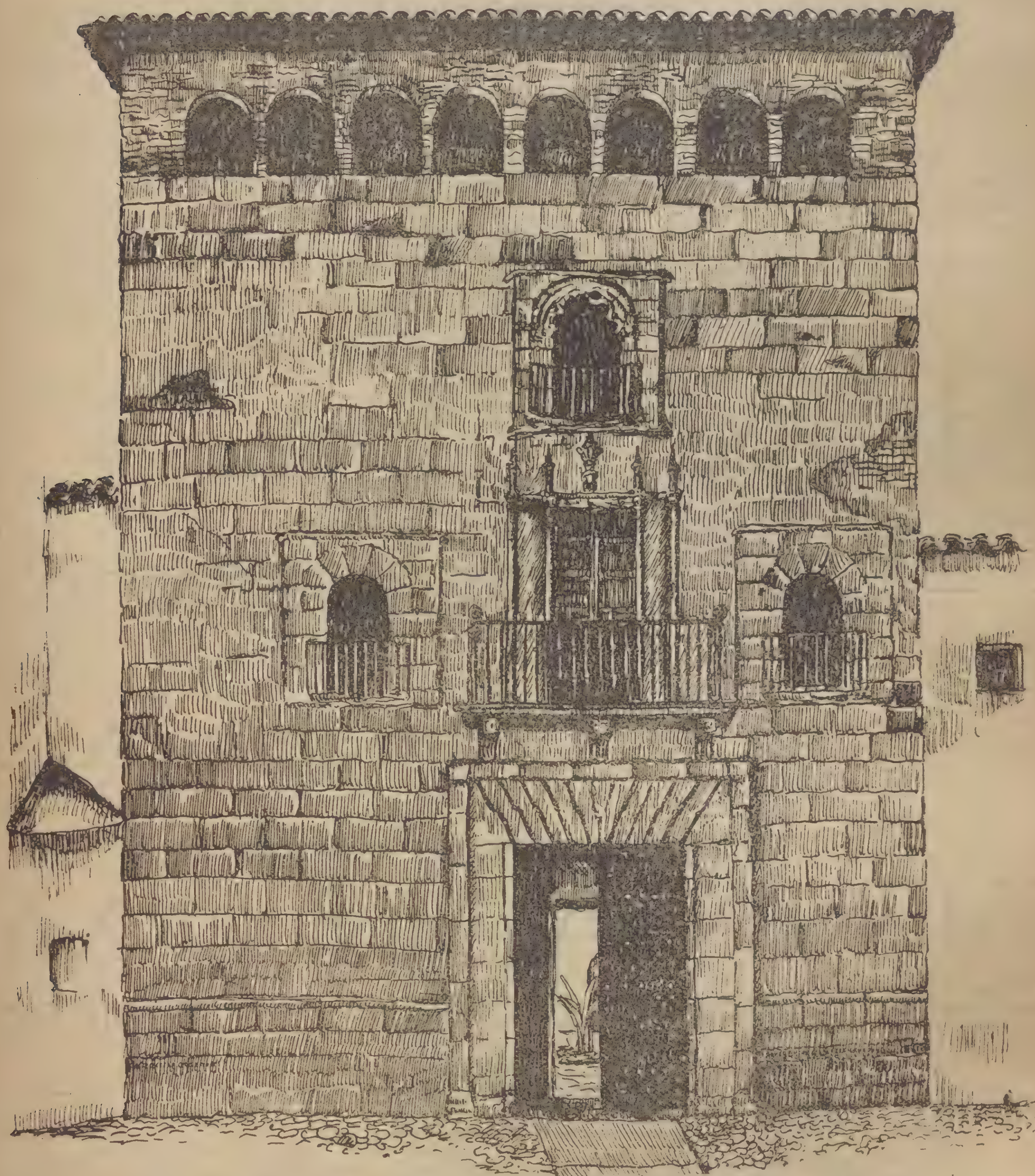
El Trabajo es del individuo: La tierra es del pueblo.

LA JUNTA DIRECTIVA.

IMPRENTA MODERNA—CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE



La verdadera Córdoba. Casa de las Cabezas.—Dibujo de Rafael Romero Pellicer.

10 Cts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 27 de Enero de 1917 | NÚM. 24

CLAVELES Y CLAVELLINAS

Los claveles que se cultivan en España, con la belleza y variedad de sus contornos, matices y perfume penetrante, simbolizan la alegría y gusto estético de las regiones más características de nuestra hermosa y querida patria.

Ningunas flores alcanzan la popularidad que la que motivan estos renglones. La musa popular les ha dedicado tiernos cantares y los pintores, en los lienzos y las telas de los abanicos, han tratado de seguir las caprichosas líneas que bordean los pétalos y sus suntuosas agrupaciones.

Hay fiestas, como el Jueves Santo, Viernes Santo y la Ascensión, en que claveles amarillos y rojos van colocados con arte exquisito sobre la cabeza, el pecho y la cintura de esas mujeres que, como nuestro cielo, son la eterna envidia de las más poderosas e ilustradas naciones de Europa. A esta costumbre antigua alude el conocido cantar, que tanto se oye en las comarcas de Andalucía y Valencia:

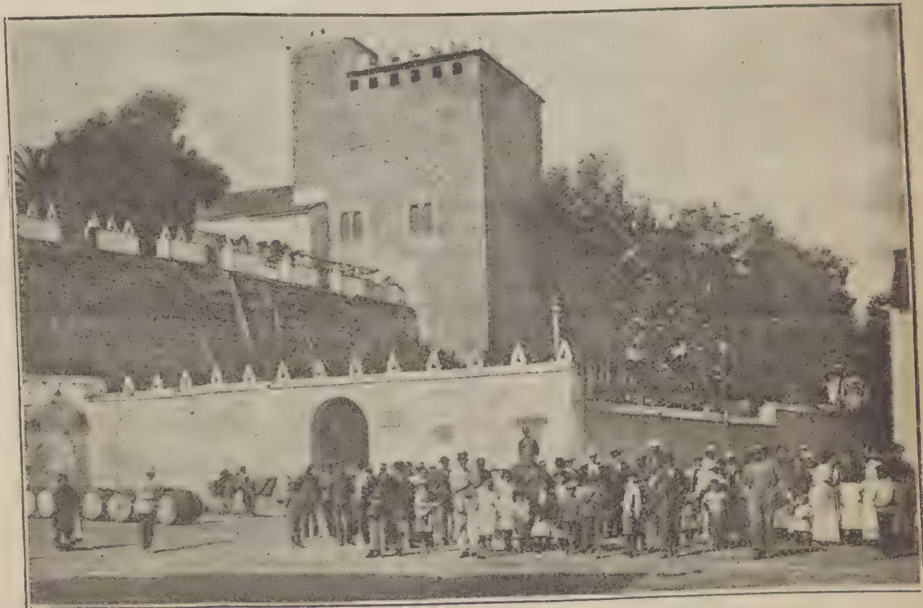
El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fué clavel, sino clavo
que clavó mi corazón.

Para ponderar en nuestro país las preciosidades que atesoran los labios de una mujer, se compara la boca de la bella con un clavel rojo encendido, como se iguala el color de sus mejillas con el de las rosas y la blancura de su cuello con el delicado matiz de las azucenas.

El vendedor ambulante de flores, en Madrid, transita por los ámbitos de la capital de España pregonando, ante todo y sobre todo, con su sonsonete peculiar:

Los bue...nos tiestos de... clave...les dobles.

De muy antiguo se han ponderado los claveles que se cultivan en nuestro suelo, y aunque otras naciones, hoy más laboriosas que la nuestra, han progresado extraordinariamente en floricultura, todavía algunas variedades que aquí se producen sostienen el parangón dignamente con las más extraordinarias que procedan de otros países de Europa.



Pueblos de Córdoba.—Cabra: el Palacio de las Escolapias

Pero España no es solo notabilísima por sus claveles cultivados: más de cincuenta especies viven espontáneamente entre nosotros, y de ellas las hay curiosísimas, que moran exclusivamente en nuestro país, por lo cual debe darse a nuestra patria el dictado de *madre de los claveles por excelencia*.

El botánico y el viajero quedan sorprendidos no pocas veces al observar, sobre los más abruptos peñascos de nuestras admirables sierras, matitas de preciosos claveles espontáneos, que no ceden en belleza a los que se cultivan en los jardines.

Los claveles, científicamente corresponden a la familia de las cariofiláceas y al género *Dianthus*. El cáliz de estas flores lleva en su base otro doble cáliz o calicillo, compuesto de hojuelas empizarradas. La forma y número de las brácteas calicinales, no menos que las estriaciones o nervaciones que se observan sobre calicillo y cáliz, constituyen notorios caracteres de diferenciación entre las especies de *Dianthus*.

El que las flores estén agrupadas o sean solitarias, la forma de los pétalos, la de las hojas superiores e inferiores de la planta, el que los estigmas de la flor sean o no salientes, el color de las anteras, etc., son caracteres importantes para la clasificación científica.

Por tratarse de un trabajo de vulgarización, he preferido, a enojosas descripciones técnicas, representar las flores de algunas de las especies espontáneas, ha-

ciendo mención especial de las genuinamente españolas y señalando sucintamente su área geográfica, sus nombres vulgares y los científicos.

Entre los claveles que tienen las flores reunidas, se halla el *Dianthus Armeria L. (Minutisa borde, Minutisa áspera)*. Vive en Europa, y en España se encuentra en todas sus regiones.

También en esta sección figura la *Minutisa cultivada, Minutisa común, Ciento en rama, Ramilletes, Macetillas, Clavellina barbuda, Menutisa y Manutisa*. Todos estos nombres da el vulgo al *Dianthus barbatus L.*, que se cultiva en toda España y mora espontáneamente en Cataluña, Santander y otras comarcas del Norte de nuestro país.

Asímismo tienen las flores agregadas, el *Dianthus Carthusianorum L.* planta europea como la anterior, pero que también invade espontáneamente el suelo patrio en muchas provincias, donde se la conoce como *Clavellina de montaña, Clavellina de Cartujo y Clavellina silvestre*; el *Dianthus crassipes de Rœm*, que exclusivamente mora en España, preciosa y espléndida *Minutisa silvestre*, y el *Dianthus Serœnus Coincy*, encontrado sólo en Extremadura y en la comarca de la Serena.

Clavellina deshilada y *Clavel de pastor*, llama el vulgo al *Dianthus Monspessulanus L.*, que existe en el Norte de España y también vive en otras regiones europeas.

El *Dianthus Toletanus B. et R.*, especie propia de España, se encuentra en la provincia de Toledo y en León, Extremadura, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y Andalucía; *Clavel de monte* y *Clavelito montés*, se denomina usualmente.

Clavellina de pluma, Clavellinera de pastor y *Clavellina rizada*, son nombres que comunmente recibe el admirable *Dianthus Valentinus Willk*, especie magnífica, entre los claveles espontáneos de España, por sus condiciones relevantes para ser utilizada como planta de adorno. He recogido en nuestra estepa litoral ejemplares que nada tienen que envidiar a las más hermosas variedades que se cultivan por los jardineros.

En Aragón, Navarra, Valencia, Murcia y Andalucía, abre sus corolas a la luz tan bonita especie exclusivamente española.

Flores semejantes a la especie anterior, tiene un clavel de la flora europea, cultivado como planta de adorno y espontáneo en Asturias, Aragón y Cataluña: el *clavelito precioso* o *Dianthus superbus L.*

El *Dianthus Broteri B. et R. var. brachyphyllus Willk*, es español y africano, y en nuestro país se alberga en Murcia, Andalucía y Extremadura, donde recibe los nombres vulgares de *clavelito* y *clavel del campo*.

De España y Francia es el *D. Catalaunicus Pourr*, que mora en las regiones pirenaicas de ambos países.

El *Dianthus Turolensis Pau*, especie no solo aragonesa, sino de otras provincias de España, es un bonito *clavel montés*, que exclusivamente pertenece a la flora de nuestra patria.

El *Dianthus Seguieri Chaix*, es europeo y asiático. Este *clavel de pastor*, cuya área de dispersión es enorme en la flora mundial, en nuestra patria tiene un área más restringida que otras especies.

En Cataluña, Aragón y Andalucía, se encuentra en varias localidades.

El *Dianthus Lusitánicus Brot*, de España y Portugal, habita en Extremadura, Andalucía, Aragón, Galicia y la región central de nuestro país.

Preciosas son las floras del *Dianthus Boissieri Willk*, especie española y portuguesa, que vive en nuestra patria en Andalucía.

Clavelito serrano y clavelito de la Sierra, son nombres vulgares del precioso *Dianthus laricifolius B. et R.*, característico sobre todo en la región central de España. En las Sierras de Gredos y Guadarrama, se le ve con frecuencia.

De las zonas pirenaicas españolas y francesas, es el *Clavel del Pirineo. (Dianthus Pyrenaeus Pourr.)*

El *Dianthus hispánicus Assu var. borealis Willk*, es también como el *laricifolius*, exclusivo de España. Habita este *clavel del campo* en gran parte de nuestro país. Cataluña, Aragón, Navarra, las dos Castillas, Valencia y hasta Andalucía dan albergue a esta clásica especie espontánea en nuestro suelo.

Clavel del campo, como el anterior, y *clavel de montaña*, se denomina al *Dianthus Webbi Pau*,

especie también propia del hispánico solar, esparcida por la Mancha, Murcia y Andalucía principalmente.

Se encuentran en España y son característicos de la preciosa flora gallega, el *Dianthus Planellæ Willk* y el *Diantus Langeanus Willk*. Este último se halla también en Asturias, León y la provincia de Burgos.

El *Clavelito antequerano* o *clavel de sierra*, *Dianthus anticarius B. et R.*, es exclusivamente español y de Andalucía.

Clavelito enano, clavel nano, clavelito de sierra, clavelito de roca y clavelito de peñas altas, son nombres otorgados por el vulgo al *Dianthus brachyanthus Boiss*. Se encuentra en Aragón, Valencia, Cataluña, las provincias castellanas y aún Andalucía.

El *Dianthus Viciosoi Pau*, es un diminuto y bello *clavelito silvestre* de la sierra de Vicort. Fué encontrado por los entusiastas botánicos don Benito y don Carlos Vicioso y dado a conocer a la ciencia mundial por el eminente don Carlos Pau, sabio fitógrafo que ha descubierto y descrito muchas e interesantes especies de la Flora patria.

En ninguna revista técnica ni de vulgarización científica habían visto la luz pública los dibujos del *Dianthus Turolensis Pau*, y el *Dianthus Viciosoi Pau*, y debo a la sincera admiración y cariño entrañable con que ven mis trabajos los amigos Pau y Vicioso el que los millares de lectores que cuenta *Por Esos Mundos* pudieran contemplar por primera vez estos curiosos claveles españoles.

Estos tres botánicos, el respetable P. Merino y el insigne y laborioso investigador de la Flora de Levante, don F. Jiménez Munuera, siempre que la índole de mis estudios lo requiere, me envían los mejores ejemplares de sus colecciones o plantas frescas, para que las analice con la detención debida y las dibuje si lo juzgo necesario. Es deber mío de gratitud consignarlo así.

Voy a fijar la atención un momento sobre tres claveles que algunos botánicos excluyen del género *Dianthus*.

La *Túnica saxifraga Scop* (*Dianthus saxifragus L.*), de las floras europea y asiática, que en Cataluña, Aragón, la Rioja, Valencia y Andalucía, vive espontaneamente, recibiendo en algunas localidades el nombre de *calafraguilla falsa*. La *Kohlrauschia prolífera Kth.* (*Dianthus prolifer L.*), mal llamada *clavelito prolífero*, plantita que, además de las brácteas calicinales ordinarias, posee otras brácteas mayores que envuelven varias florecitas, con el doble calicillo que constituyen. Europea y asiática, esta especie mora en casi todos los ámbitos de la Península, y por fin la *Kolhrauschia velutina Rchb* (*Dianthus velutinus Guss*), de la Europa meridional, Asia y Norte de Africa. En Navarra, Aragón, Valencia, Región Central y Andalucía se encuentra este otro clavel prolífero que, como el anterior, tiene doble calicillo común a varias flores.

Pueblos de Córdoba.--Vista general de Montoro

A una especie europea que se ha encontrado también espontánea en Aragón, Cataluña y la Serranía de Ronda, el *Dianthus caryophyllus L.*, se cree que corresponden las infinitas variedades de claveles cultivados que tanta fama y notoriedad alcanzan desde hace mucho tiempo en la jardinería valenciana, murciana, catalana y andaluza.

Los estudios jardineros ingleses, holandeses, franceses, belgas y alemanes, han creado también hermosísimas y espléndidas variedades, dignas de toda estimación.

Muchas veces, las aficionadas y aficionados a *los tiestos de claveles dobles*, en un *cantarillo roto* o *jarro desbocado*, obtienen flores que envidiaría un floricultor de profesión. El cariño cuidadoso prodigado individualmente a los tiestos, hace que una modistilla madrileña o una cigarrera sevillana, obtengan, aún en el invierno, hermosos claveles, y cuando se los ve en la estación más cruda del año abrir sus corolas rebosando pétalos y vida, nos parece oir un mentís al donoso cantar donde se asegura que

En Enero no hay claveles
porque los marchita el hielo...
. . . .

En las tiendas y puestos de flores de la villa coronada, imperan los *claveles granadinos*, tan soberbios por sus variados matices y perfume, que todavía pasean triunfalmente el nombre de la divina región donde por excelencia se cultivan, por los más hermosos catálogos de la floricultura europea, como después veremos.

Los *imperiales, rojos, de sangre de toro, sevillanos o murcianos*, que cultivan también en otras provincias andaluzas, como Málaga, Granada, Cádiz y Huelva, y en Valencia, Alicante y Barcelona. Son éstos los mayores claveles cultivados en España. Su porte y su aroma, sobre todo, seleccionando los ejemplares, *no tienen todavía rival en el mundo*.

Los claveles *señoritos* jaspeados, que dentro de la flor llevan otro cáliz que se abre y da lugar

a otra flor interna, que puede ser a su vez portadora de un tercer clavel.

Los bellos claveles de matiz rosa asalmonado, que se llaman *claveles de Málaga*, por ser esa su procedencia más común, y los *claveles de Niza*, variedad francesa, en que cada pétalo lleva una gran mancha basilar, de un tono carmín, más o menos subido, que gradualmente se desvanece hasta degenerar en blanco puro, junto al borde dentado.

Estos son los claveles dobles que más se venden en Madrid, pero también se cultivan con frecuencia en los jardines el *clavel de la China* o *puncela*, que tiene magníficas variedades a su vez, como la *laciniata*, la *clavellina de pluma* (*Dienthus plumarius Reichb*), planta que, aunque no es espontánea en España, vive así en otros países de Europa y Asia. El *clavelito precioso* (*Dianthus superbus L.*) y la minutisa común (*Dianthus barbatus L.*); estos dos últimos *Dianthus* viven también espontáneamente en nuestro suelo, como queda dicho en otro lugar.

El número de variedades que la floricultura extranjera introduce en el cultivo es innumerable, y preciso es que tengamos patriótico celo en conservar y seleccionar nuestras variedades y acrecentarlas, si no queremos perder el cetro de los claveles cultivados, como hemos perdido otros cetros de mayor importancia.

En una seguidilla andaluza, dice un despechado amante:

En tu jardín, morena,
planté claveles,
y ortigas se volvieron
por tus desdenes.

Sólo en el atrevido lenguaje poético puede decirse que una cariofiiácea familia, a la cual pertenecen los *Dianthus*, se llega a transformar en una urticácea, familia de la que forman parte las ortigas.

Herejía botánica de tal magnitud, sólo es disculpable a nn poeta y poeta andaluz, que se vea desdeñado por una de aquelias imcomparables criaturas que se producen en Granada, Sevilla, Córdoba, Cádiz, Málaga, Almería, Jaén y Huelva.

Pero sin llegar a las exageradas metamorfosis a que alude la añeja seguidilla, los floricultores extranjeros se han visto en la necesidad de clasificar tantas rarísimas y curiosas variedades como hoy se cultivan.

Muchos jardineros los clasifican en cuatro grupos.

1.° *Granadinos* de diversos matices, con el borde de los pétalos aserrado.

2.° *Claveles prolíferos* jaspeados y aserrado su borde petaloideo.

3.° *Claveles amarillos*, jaspeados o no, con el borde de los pétalos también aserrado.

4.° *Claveles flamencos*, con el borde de los pétalos entero.

Otros cultivadores extranjeros los clasifican en seis grupos.

1.° *Claveles granadinos.*

2.° Fantasías con fondo de color blanco y manchas de otros matices.

3.° Fantasías de fondo amarillo.

4.° Fantasías pizarreños (claveles alemanes).

5.° Claveles flamencos.

Y 6.° Claveles trepadores, *tallo de hierro.*

Algunos floricultores ingleses reúnen las variedades que cultivan con inusitado y creciente esmero en cinco agrupaciones:

1.ª Claveles granadinos.
2.ª Caprichosos.
3.ª Recortados.
4.ª Flaker o de tres colores.
5.ª Enmascarados.

En Inglaterra se cultiva hoy con gran éxito, la magnífica variedad francesa *Malmaison*, de pétalos de borde entero, un solo matiz rosa delicadísimo y fragancia deliciosa.

Su Majestad la Reina doña María Cristina, cuyas aficiones botánicas y pasión por las flores son de todos conocidas, tuvo la bondad de honrarme con un precioso clavel correspondiente a esta variedad, ejemplar de valor inestimable.

En la Casa de Campo existen magníficas estufas destinadas exclusivamente al cultivo del clavel, una de las flores predilectas de todas las augustas damas que componen la Familia Real.

Cuando en una excursión por campos por mí desconocidos, encuentro una casa solitaria y veo claveles u otras flores serpenteando entre las rejas de las ventanas, me acerco confiado y creo que en aquella morada habita alguien que, tras la rudeza campesina, guarda un fondo de ternura.

Decía el gran Cervantes, genio inmortal tan apasionado de los árboles y de las flores, que «donde hay música no puede haber nada malo». «Donde hay flores que cuidan los dueños de la casa, y no sólo el criado indiferente, donde las flores no son muebles de lujo, sino objetos de afección, allí hay corozones a los cuales escalan fácilmente las alegrías y tristezas de los demás seres humanos.»

Dr. Eduardo Reyes Prósper.

Cartas del otro barrio

Todavía, amigo Pedro Moro, continúo en el Infierno, donde, como te dije en mi carta anterior, estoy en comisión de servicio.

Apenas si hoy puedo decirte algo, porque esta semana no he recibido la correspondencia a tiempo y he tenido que valerme de un águila que anida cerca de estos lugares, la que confidencialmente me ha comunicado algunas noticias.

Esta águila es amiga mía desde hace algún tiempo y ella es la que me ha contado que, al pasar en su alto vuelo sobre el paseo del Gran Capitán, le pareció observar que en el pedestal del monumento a Don Gonzálo Fernández de Córdova—el viejo—habían empezado a extender sus finas raíces varios osados hierbajos, y hasta le pareció ver que una pequeña y coquetuela higuera iniciaba sus deseos de dar sombra, muy en breve. ¡Si el Gran Capitán levantase la cabeza y viera lo descuidados que son sus paisanos, al permitir que unas humildes hierbas se salgan con la suya de inaugurar las alturas del pedestal antes que él, se moría de pena!

También me ha dicho el águila que una comisión del Municipio, compuesta por el alcalde, el secretario y los jefes de las minorías, ha marchado a Madrid con el objeto de gestionar otra vez la resolución de varias cuestiones de interés para esa bendita tierra, cuna de Séneca. ¡Ojalá se consiga mucho más de lo que la misma comisión quiere! Desearía ante todo que los comisionados obtuvieran buenas impresiones respecto al proyecto de empréstito municipal, porque—¡ya es hora de hacer algo, cordobeses!—el resurgimiento de la ciudad de los encantos y de los misterios, como dicen los poetas, estriba en acometer la magna obra del empréstito, para hacer de Córdoba una capital floreciente, porque supongo que ustedes, mis amigos que fueron en ese mundo, se seguirán abochornando—permítanme unas palabras más acerca de este importante problema, respecto al cual tanto ustedes como yo estamos en el infierno—de que en esa población, por tantos conceptos encantadora, cuando dan las doce de la noche no se pueda transitar por las calles sin exponerse a la mortífera emboscada de alguna batería de los carros «típicos» que hacen emprender al transeunte una carrera a 40 H. P.

Por ello, al tratar de este asunto, lo mismo los demás cordobeses que estamos por aquí que yo, vemos con gusto el proyectado empréstito, y así creo que debe ocurrir a todos los que en algo sé estimen de haber nacido en la patria grande de los Abderramanes. ¡Qué vergüenza para una ciudad que casi no haya agua ni para lavarse las manos, que no haya alcantarillado y que los cementerios estén a las puertas de la población! ¡Hágase el milagro de higienizarla, y háganlo ustedes para no dar más motivo a que el diablo y nosotros vayamos a realizarlo! No es que yo, al mostrarme partidario del empréstito, aspire a ganga de ninguna clase, pues tú bien sabes, amigo Moro, que no existo nada más que en espíritu y los espíritus no pueden ocupar plazas de guarda obras ni cosa por el estilo. Mi aspiración se dirige puramente al mayor bien de los cordobeses, con los que conviví durante muchos años, y deseo que tengan salud, que no se mueran por falta de higiene tantos y tantos pobrecitos niños y que Córdoba esté a la altura de otras capitales que cuentan menos habitantes que ella. Creo que no es mucho pedir.

El notable artista don Rafael García Guijo, nuevo director de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba.

Mi amiga el águila me ha informado de que todo continúa igual, como yo lo dejé, y, claro, esto de que no se haya progresado nada en Córdoba me ha indignado mucho.

No creas que únicamente deseo que se consiga lo del empréstito, no; deseo también que la comisión se traiga las 50.000 del *ala* que ofreció el Gobierno hace no sé cuanto tiempo, para que, cuanto antes, se inaugure la estatua a nuestro Gran Capitán, acto al cual quiero asistir y desde este momento te exijo que me avises con tiempo, para salir del infierno siquiera por unas horas, y presenciarlo a mi gusto. Me parece que, pagando las culpas de todos, no he de salir de este sitio hasta que D. Gonzalo suba a su pedestal. Pues ya tienes para rato, Nicasio—dirán los pesimistas.

¡Hombre, no; por mí y por vosotros mismos, un poco de caridad!

Te he de hacer otro ruego, y es el de que, por todos los medios que estén a tu alcanee, evites que ocurra lo que en el acto de la colocación de la última piedra del pedestal. ¿Recuerdas cuando nuestro querido amigo don Carlos subió por un andamio y, en actitud castelariana, intentó dirigir la palabra al pueblo, quitándonos con su ocurrencia el mal sabor de boca que nos había producido aquel memorable delegado de Hacienda que siempre estaba de punta con los periodistas porque tenía la pretensión de que en todas las informaciones fuese su nombre en primer término?

Después me he enterado de lo que verdaderamente sucedió, y no fué otra cosa sino que don Carlos estrenaba aquella tarde una levita y, no sabiendo cómo lucirla, subió al pedestal para presumir un poquito, y decir al pueblo: *Amador Moreno, el mejor sastre, véase este figurín*; pero el soberano pueblo, que no entiende de estas cosas y que confundió a don Carlos con el señor Salinas (don Francisco de P.) expresó, como él sabe hacerlo, el temor de que le fuesen a colocar un nuevo discurso político-agrario.

Esto es lo que pasó, y nada más; creemos que don Carlos no se molestará por esta chirigotilla, hija de la sincera amistad que le profesamos. Particularmente le escribiré a usted, don Carlos, para contarle algo de lo que ocurre por el infierno y al mismo tiempo decirle quiénes andan por aquí. Entre las personas que conozco, hay un señor que me ha hablado mucho de usted, y que fué concejal en el año 60.

Hasta otra, Pedro Moro. Recuerdos a A. de Torres (Canuto), y tápate, que debe hacer mucho frío por esos andurriales.

Tu amigo,

Nicasio Bueno.

LA MENDICIDAD

Una de estas noches, a la salida de la función celebrada en el Gran Cine, presencié un suceso que causó penosa impresión en mi ánimo.

La noche era fría, una de las más crudas del presente invierno; la lluvia caía lenta y monótona y los escasos transeuntes, arropados cuidadosamente, atravesaban a paso ligero el paseo del Gran Capitán.

Cerca de la iglesia de San Nicolás, junto al kiosco, un señor alto, de ya avanzada edad, embutido en amplio gabán, increpaba a un hombre que, con un tierno chiquitín casi desnudo y descalzo, había implorado la caridad a la salida del espectáculo.

El hombre, temblando de miedo y de frío, bajaba la cabeza, avergonzado, al oir los reproches de aquel señor, mientras que el infeliz angelito presenciaba asombrado la escena de que era protagonista su padre, al par que chapoteaba los pies descalzos en un bache de la calle.

El señor alto de ya avanzada edad, llamó a dos guardias, ordenando que recogiesen al niño y llevasen detenido al pordiosero, al tiempo que dos vendedoras del amor cruzaban por la misma acera...

Y un mozalbete que, como nosotros, había presenciado la triste escena, al ver que los guardias detenían al pobre padre, exclamó:

—¡Yo le juro, señorito, que cuando sea mayor, aunque sienta hambre, no me llevarán preso por pedir...!

¿Por qué diría esto el mozalbete?

Elio.

LO QUE OPINAN LOS OBREROS

El regionalismo andaluz

> La esperanza se ha hecho para los débiles; los fuertes no esperan nunca...
>
> *Henry George.*

O Andalucía resurge, o muere. Con acentos sublimes, Costa llamaba a la España nueva a la resurrección, hace ya una década, y en uno de sus últimos discursos, al recordar los errores (él, en sus viriles apóstrofes, los definía como delitos) y mucho más, derramaba lágrimas al mencionar que muchos españoles morían de hambre por falta de pan y de instrucción.

De estos españoles, no nos toca la menor parte a los andaluces, en esta mansa tragedia de la desventura española.

Los poseedores de la tierra son en gran parte profesionales del ocio, que viven lejos de nosotros y que no se acuerdan de nuestro suelo más que para extraer la renta y favorecer el triunfo del encasillado, concediendo la representación parlamenteria a muchos advenedizos y cuneros indocumentados que desconocen las necesidades de la comarca, de la región, y que no tienen más ocupación, como buenos sirvientes políticos, que la de favorecer los intereses de los privilegiados, que despreciar la fuerza viva y trabajadora, desdeñar la opinión del país y pisotear los fueros de la justicia.

¡Oh, Justicia, excelso atributo por el que tantos irredentos se sacrificaron y generaciones tantas resultaron inmoladas en tu holocausto, ya se dibujan en el horizonte futuro luminarias de triunfo, con la destrucción de viejas exacciones ilícitas que agotan las energías de los productores y que restringen el pensamiento, en tal forma, que este ejerce sus augustas funciones, dependiendo, en ciertas cuestiones fundamentales, de los hilos invisibles que mueven mil fuerzas absurdas!

El ideal andaluz, elevado y noble, tolerante y progresivo, social y agrario, como no aspira a restaurar añejas tradiciones, que no mira hacia atrás sino para recoger lo útil de nuestro brillante pasado, y que va de frente al porvenir, tiene las simpatías y la adhesión del proletariado. Pero hay que llevar la buena semilla a los campos y a los lugares apartados. Ya, ilustre amigo Noel, van penetrando hasta el corazón de nuestra amada Andalucía aires de libertad y educación social. El ganadero, en las horas de reposo, eleva su vista al espacio infinito, y duda. Es un síntoma. En la besana y en el cortijo, los trabajadores comienzan a leer y a discutir, aunque desorientados, según sus puntos de vista, los problemas que afectan a su porvenir económico. Hay cantera; lo que faltan son caudillos intelectuales. Constitución de muchas organizaciones obreras, centros políticos, casas del pueblo, una oleada de vida nueva y fecunda contribuye al despertar de las muchedumbres campesinas.

Artistas, sabios y literatos, nobles hermanos, que iniciáis nuestra resurrección, contad con nosotros para tan bello ideal cuando necesitéis que demos el pecho en la contienda, en rebeldía consciente y lógica para redimir al hombre y la tierra andaluces.

Rafael Camacho.

Córdoba Enero 1917.

El Castillo de Belalcázar

Cuando la Religión y el valor comenzaron a conquistar la España agarena palmo a palmo, cuando el Rey Santo arrebató a los árabes su ciudad predilecta, en la que éstos dejaron para siempre muestras de su ingenio; cuando en la Mezquita desapareció el Corán y en su lugar se puso el Crucificado; cuando, en fin, el Rey Fernando III ganó a Córdoba, le donó por privilegio de 27 de Julio de 1243, las villas, también reconquistadas, de Gahete e Hinojosa, las cuales formaron parte de su señorío, hasta que pasó a poder del Maestre Gutiérrez, en tiempo de don Juan II. Hubo con ésto un pleito, que resolvió don Enrique IV, por cédula dada en Salamanca en 11 de Junio de 1465, en la que se devolvía a Córdoba los lugares ya citados; pero, a pesar de ésto, siguieron siendo propiedad de la casa de Sotomayor.

El Maestre don Gutiérrez, comenzó el Castillo en el año 1447, concluyéndolo el primer Conde, don Alonso, unos veinte años después, y siendo reformado por el sexto Conde, don Francisco de Zúñiga, en el año 1546.

Indescriptible es la majestad del Castillo, de las torres, que se alzan valientes, como orgullosos héroes, mientras los torreones que lo circundaban muerden el polvo de la tierra que los sustentó.

Después de pasar el puente que cruza el arroyo de Caganchas y dejar a la derecha pequeñas huertas, en las que se ve restos de murallas, a quinientos metros del pueblo, comienza el pequeño cerro en que se asientan las ruinas. No fué el castillo edificado para defensa; tiene poco de fortaleza y mucho de Alcázar. Estuvo cercado de torreonos y por la parte Sur y Este tuvo un foso.

El Alcázar está formado por ocho torres. Comenzando por la de la fachada Norte, que está más al Este, vemos que tiene de lado, pues son cuadradas, seis metros ochenta centímetros y el entrepaño; en el que está la actual puerta de entrada, hasta la segunda torre, diecisiete metros, y el que une ésta con la torre tercera, que es igual a las dos primeras, quince metros, terminando esta fachada.

La fachada Oeste comienza en la tercera torre, más bien en el entrepaño, que va de ésta a la cuarta, que

La Historia de Córdoba.—El Castillo de Belalcázar.

tiene, como el anterior, quince metros. La torre quinta, unida a la sexta por un entrepaño de ocho metros veinte centímetros, es más ancha que las anteriores, pues tiene ocho metros sesenta centímetros. De la arista exterior de ésta, siguiendo la recta, sale una pared de veintiún metros, que enlaza con otra de igual longitud de la parte Sur, dejando en el ángulo interior la torre séptima.

Estos dos lienzos de pared son los edificados en el 1546. La que da al Sur tiene restos de un balcón monumental y cerca del friso los escudos de Sotomayor y Zúñiga, y en la de la fachada Este, existen varias ventanas, y en una de ellas un medallón con busto que dicen ser de doña Teresa Enríquez, esposa del tercer conde don Gutiérrez, fundadora del Convento de Santa Clara de ésta.

El resto de la fachada Este, lo forma la torre del homenaje y un entrepaño que lo une con la primera torre ya descrita.

La torre del homenaje es perfectamente cuadrado hasta dos tercios de su altura, teniendo de lado dieciséis metros cincuenta centímetros. Desde doude pierde la forma cuadrada, que hay primorosamente labrada una cadena, comienza un cilindro algo achatado por las cuatro partes que corresponden a los planos.

Siguiendo la línea de las aristas, hay en la terminación de la torre cuatro garitas.

Esa torre tiene de altura cincuenta metros, las otras torres veinticinco y los entrepaños veinte.

Tristísima es la impresión que causa el interior del Castillo: los techos han desaparecido; los escombros han sepultado un piso.

Los canes, los restos de arcos y las paredes que aún existen, demuestran que las partes Sur y Este eran las más hermosas y decoradas con mayor lujo, pues aún se ven en los frisos arabescos y adornos de estilo gótico.

La torre del homenaje, que es la mejor conservada, tuvo cinco o más pisos, pues hoy se conocen cuatro y hay certeza de que hay otro debajo, además de las mazmorras o subterráneos de que el vulgo habla. Han desaparecido las techumbres de tres pisos, quedando dos bóvedas.

Es creencia general que este Alcázar, o bien tomó el nombre de Benalcázar, o Villacerrada, barrio de Gahete, cerca del Castillo, o que por su belleza y majestad, dió nombre al pueblo que sobre el de Gahete se formó.

Comenzó la destrucción de este Castillo en tiempo de la guerra de la Independencia, y luego, la codicia de los vecinos por encontrar un soñado tesoro y el tiempo, han convertido esta joya nacional punto menos que en unos montones de tierra.

Gabriel Delgado.

COSTUMBRES DE CÓRDOBA

El toque o señal de queda

II

Cuando el documento publicado anteriormente comenzó a regir en nuestra ciudad, su corregidor Alvaro de Lugo debió hacer los necesarios pedimentos al provisor del Obispado para que éste, previa la venia del Obispo, diese mandamiento al campanero para que tañese la campana a la hora de queda.

Dedúcese de otros documentos que también se guardan en el Archivo municipal, que este pedimento de que se tocase la queda en la torre de la Iglesia Mayor, era motivado por no tener entonces la ciudad campanas con que hacerlo, puesto que a la ciudad y no a la Catedral incumbía hacer el toque.

Alvaro de Lugo, corregidor de Córdoba y sus tierras, pidió que se tocara en la Iglesia Mayor mientras él mandaba hacer una campana donde se tañese la queda y sirviese de reloj.

Hízose la campana y se alzó la torre de la Iglesia de Santo Domingo y se puso en ella y, puesta, luego se tañó a la queda con ella durante muchos años, por ser aquel lugar el más alto y más conveniente que había en la ciudad, sin duda hasta el año de 1554, en que de nuevo se pidió al provisor que el toque de queda se hiciera en la Iglesia Mayor, a lo que el provisor respondió que se tañese con la campana de Santo Domingo *e no hay efeto ni causa para que tanga en la Iglesia Mayor*...

No fué así. Siguió tocándose en la Iglesia Catedral hasta mediados del siglo XVII, que sepamos, pues hasta esta época alcanzan las reiteradas notificaciones que se iban haciendo a los sucesivos corregidores que a Córdoba gobernaron, para que, en cumplimiento de la provisión real consignada, se siguiese rondando de noche y se tocase la queda y a qué hora.

Tales son los antecedentes primeros que acerca del asunto consérvanse hoy, de esta laudable costumbre de anunciar a los ciudadanos por medio de un armonioso toque de campanas que era llegada la hora del descanso y del recogimiento; que las puertas de la ciudad iban a cerrarse y que nadie podía llevar armas desde esa hora, para evitar los crímenes y desafueros que tan frecuentes eran en los primeros tiempos de la Edad Moderna,

José Rey Díaz.

NI CHULOS NI CHULAPERÍA

"El crimen de todos", drama que tuvimos el gusto de aplaudir la noche de su estreno en el teatro Español, de Madrid, tiene una finalidad, un sano propósito que carece de aplicaciones en Cataluña. El chulo apenas se conoce en nuestra tierra. El medio es hostil a la chulería, y, si algún degenerado se siente chulo, bien pronto el hambre y el desprecio de la gente le convencen de que va mal orientado y que es preciso cambiar de vida.

El pueblo catalán es naturalmente y por tradición trabajador, sobrio y poco amigo de juergas, tabernas y cuchipandas. Los ocios los mata leyendo periódicos y hasta libros instructivos. Tiene el sentido de la asociación, y apenas se encuentra un obrero sin pertenecer a un casino, a una sociedad de resistencia o ajuna masa coral. Si no lee, en lugar de irse a la taberna se dirige a su Centro, donde canta o discute sobre política o juega al mus. No es nocherniego, y, fuera de los sábados, que suele ir al teatro, en dando las diez se va a la cama. No habla calo. Se estima demasiado para expresarse en una jerga impropia de las personas cultas. Fuera de algunos modismos peculiares al pueblo, el lenguaje del obrero catalán es el mismo que el de los señoritos.

Con obreros así es natural que en el bajo pueblo no se produzca el chulillo. Tampoco el ambiente social de Cataluña es favorablo al chulo, que hasta los chulos de exportación dejan de ser chulos a los pocos meses de vivir en el Principado. El ejemplo, el medio, los transforma, a pesar de ellos.

Sin chulaperías, sin chulos y sin guapos, nada más pacífico, más ordenado y culto que un baile, una merienda, una romería, una fiesta entre gente del pueblo, como sea catalana. Nadie va a divertirse con ánimo de armar bronca, y menos con la «herramienta» en el bolsillo. Si ocurre alguna cuestión, se arregla fácilmente, y en el caso más grave se reparten unas «tortas» sin

consecuencias. En Barcelona se han celebrado meriendas, romerías y otros jolgorios, con asistencia de miles y miles de personas, y no se ha registrado el más pequeño incidente desagradable. Borrachos, no se ve uno en las ciudades catalanas. Se puede ir tranquilo por las calles más populares o «non sanctas» de Barcelona sin temor a un atropello. La gente del bronce os deja libre el paso. En no metiéndose con ella, tened la seguridad de que nada ha de aconteceros.

Ni chulos abajo, ni chulos arriba. El señorito chulo es completamente desconocido en Cataluña. El señorito catalán tendrá todos los defectos que se quiera, pero no tiene el de ser chulo. No ha llegado a tan bajo. Su flamenquismo no pasa de ir á los toros los domingos. El más flamenco va a la plaza con pavero, pero desconoce la terminología tauromaca. A la mujer catalana le repugna atrozmente el chulo. No ha nacido ella para el hombre que cobra y encima pega.

Todo lo más, si se tropieza con un «souteneur», da su dinero á cambio de amor. Pero pagar y recibir palos del que cobra, eso no. A tanto no llega su estupidez y degradación.

Como aquí el chulo es una cosa exotica, el idiota asesinato de «El crimen de todos» no se registra en la crónica negra de nuestras poblaciones. No hay aquí quien mate a una mujer por redaños, por guapeza o porque no lo quiera. Alguna vez se mata por celos; pero no por desviar éstas o aquellas pretensiones de fogosos amantes. El último de los catalanes no considera a la mujer peor que una caballería. Eso, los chulos.

Si toda España fuera Cataluña, el ilustre Oliver no hubiera escrito su recio drama. Cuando se estrene en Barcelona, que según hemos oído decir será en Mayo próximo, se aplaudirá el estro dramático del Sr. Oliver y la ejecución de sus dignos intérpretes; pero la finalidad, la tendencia moralizadora y el espíritu honradamente patriótico de «El crimen de todos» dejará un poco fríos a mis paisanos, quienes saben de chulos y de lances de la andante chulapería, casi tanto como de los mandarines de la China, que sólo de oídas conocen.

Es una cariñosa advertencia que nos permitimos hacer al laborioso autor de «Los semidioses», otra obra de regeneración nacional.

«El crimen de todos» es demasiado madrileño para que pueda interesar profundamente a los catalanes.

Adolfo Marsillach.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

La Sierra de Córdoba. — Huerta de las Antas, perteneciente a la familia de Barroso.

PELÍCULAS DEL NATURAL

Del requiebro a la grosería

Hace muchos años, según refieren los afortunados mortales que presenciaron la entrada de Isabel II en Córdoba y otros sucesos análogos, una de las manifestaciones más típicas del carácter de España y en particuler de Andalucía, eran los piropos, flores galantes que jamás ofendían en nada a las mujeres.

Hoy, la caballeresca costumbre ha cambiado por completo, y ya no se requiebra a la mujer con una frase halagadora, sino que, por el contrario, se le dispara una barbaridad así como para sacar los colores a un cantador de flamenco.

Es que el respeto a la mujer se va perdiendo más que aprisa.

Constantemente — y hablemos en concreto de Córdoba—se ven grupos de jóvenes, entre los que figuran algún que otro viejo verde, que se apoderan de las calles más céntricas con el único y exclusivo objeto, no de requebrar a las mujeres como decimos, con una frase que halague a las favorecidas, sino de decirlas las groserías más soeces.

Después, estos tales y como vanagloriándose de sus hombradas (¡!), se preguntan los unos a los otros: ¿oíste aquello que le dije a la rubia que iba con su madre?, porque la frescura de algunos distinguidos bárbaros de estos, llega hasta el extremo de no respetar ni a las señoras de edad que acompañan a las jóvenes.

Al cronista llegaron hace pocas noches algunas palabras sostenida entre varios jóvenes «casi bien» y, por lo que pudo oir, considera que se estaba fraguando una conjura despreciable contra una señorita, porque esta es la segunda parte del piropo soez: la burla contra las muchachas a quienes se aparenta requerir de amores.

Uno de los caballeretes anunciaba que iba a dirigirse con nombre supuesto a una señorita, por el sólo gusto de enseñar a los amigos la contestación, para demostrar que aquella estaba más que propicia a hacer cara a cualquiera, y por este orden seguían las apreciaciones, sin que ninguno de ellos cayese en la cuenta de que, respecto a las señoritas de sus familias respectivas, en otros grupos de cabelleretes, también se podían urdir análogas apreciaciones, porque sabido es que, lanzada la calunnia, suele revolverse para herir al mismo que la produgera.

Consignemos, pues, nuestro desprecio contra estos jovenzuelos mal educados y acusemos ante las autoridades a los piropeadores soeces, para que alguna que otra vez caiga sobre ellos, sean o no señoritos, el saludable peso de una leve quincena, por hablar mal en la vía pública.

Francisco Quesada.

DE LA VIDA QUE PASA

¡Qué falta nos hace una explosión!

Los periódicos han dado cuenta de un hecho realmente maravilloso.

Maravilloso para los profanos, pues por lo que hace a los iniciados, el caso no puede ser más sencillo.

A consecuencia de un horrísono disparo de cañón en el frente de Verdún, ese frente que está dando más ruido que el mismo disparo de que se hace mérito y que el propio Barceló por la mar, un buen *peludo* sufrió tal impresión que comenzó a dormir, y lleva en dicho estado la friolera de veintiocho meses. ¡Y lo que te rondaré, Curra, pues, según los técnicos, aún le queda un rato de sueño al heroico muchacho! Es decir: que se habrá firmado la paz y todavía seguirá entregado a Morfeo el simpático peludo.

Considerando acerca del caso, se me han ocurrido cosas formidables.

¡Si supieras, lector amigo, que he pedido a Dios una de esos explosiones así para *moi* como para todos los miembros de mi apreciable familia!

¿Qué menos he de pedir en estos tiempos en que las subsistencias están por las mismísimas nubes, sólo asequibles a los émulos de Vedrines, Pegoud y demás reyes de los espacios siderales?

Hablando del caso del *durmiente* con un médico amigo, éste me ha manifestado, con toda la autoridad de su ciencia, que el organismo no padece ni lo más mínimo en estado de catalepsia.

Un individuo cataléptico—me ha dicho—puede permanecer meses y meses en tal estado, sin que se deforme su estructura física ni padezca su organismo. Al cabo del ataque, el individuo vuelve a la vida normal sin detrimento orgánico alguno, tal y como estuviera al ser atacado.

¿No es esto realmente maravilloso? Y, sobre todo muy apetecible.

Por eso pido a la divina Providencia que a nuestro lado estalle un mortero del cuarenta y dos y nos deje *completamente fritos* o catalépticos, que para mi objetivo tanto monta..

¡Ahí es nada llevarse veintiocho o treinta meses sin pensar en las *gabiarras* que lleva en sí el hecho de mandar a la criada a la plaza!

¿Y las ventajas que el caso reporta a un padre de familia que ha de habérselas, mensualmente, con el casero, el de la luz, el cobrador del Círculo, el panadero y demás proveedores de la plebeya reata?

Serían amables y confortantes diálogos, cual este:

—¿Está el señorito?

—¿Qué desea?

—Que traigo el recibo del alquiler.

—Es inútil: lleva seis meses atacado de catalepsia y *no volverá en él* hasta la primavera del año que viene...

Y lo mismo se le diría al panadero, y al carnicero, y al hortelano y a todos cuantos llegasen a los hogares con ánimo de amargar la vida al *cabeza de turco*, con facturas más o menos apreciables.

En cuanto al *régimen interior* de la casa, igualmente se expresarían así los matrimonios:

—Oye, Olegario: a Efigenio se le han roto las botas. Habrá que comprarle unas.

—¿Para qué? Precisamente voy a disparar a su lado un cañonazo y quedará cataléptico lo menos para dos años. Así es que cuando despierte, en vez del número 22 que en la actualidad usa, necesitará el 38, por lo menos...

—¿No le compras a Paquito el trajecillo de marinero que d jimos?

—No, hija mía.

—¿Por qué?

—Porque estoy procurando que le dé la catalepsia y, cuando despierte, en vez del trajecito de marinero, necesitará el uniforme de cabo de gastadores...

La guerra europea, que tantos daños morales y materiales ha ocasionado y ocasiona al mudo entero, ha venido a ser el ave fénix de los padres de familia, el áncora de salvación de los hogares humildes.

En adelante, el problema económico se resolverá por los humildes haciendo que sus deudos *abracen la catalepsia* como podían abrazar la profesión de abogado o el oficio de guarda de consumos...

Ya no se oirán las invocaciones al Altísimo pidiendo la reducción de la familia por medio *de una horita corta*, sino que en lo sucesivo, todo padre amante de los suyos pedirá a Dios para estos un excelente ataque de catalepsia, ya sea por explosión de un mortero del cuarenta y dos u otra forma parecida.

¡De mí sé decir que desde ahora no dejaré de solicitar del Supremo Hacedor una de esas redentoras explosiones, que duermen a uno por un quinquenio o más tiempo..!

Españita.

DE HORACIO

A la fuente de Blandusia

O fons Blandusiae. .
(L. b. III, od. XIII)

¡Oh de Blandusia rumorosa fuente,
más que el cristal brillante y transparente,
digna de ser con vino rociada!
Un cabritillo de balidos tiernos,
cuya frente abultada
por los nacientes cuernos
coronaré de flores,
mañana he de inmolarte;
y si a riñas y amores
el cielo le destina
será su suerte vana,
porque en tu honor la sangre purpurina
del hijo nuevo del redil liviano
tus claras ondas teñirá mañana.
A ti no llega el fuego del verano;
tú das grata frescura a los potentes
toros, rendidos, que el calor sofoca
y al sediento rebaño que camina;
tú serás inmortal entre las fuentes,
cantando yo la encina
que crece en lo más alto de la roca
de donde salta tu agua cristalina.

Agustín de Aguilar y Tejera

La alegre Sierra cordobesa

Tiene la ciudad un ambiente de cansancio y soñolencia. Despacio deambulan las gentes por sus rúas; en los saloncillos de los casinos y cafés, se pierden las horas en un «no hacer» grato y soñador, y hasta lentas parece que suenan las campanas de los relojes parroquiales.

Nada altera ni perturba el hábito de vida, la rutina diaria.

Vivimos sin apenas anhelos ni inquietudes

Igual siempre, sin una emoción ni sorpresa alguna.

La ciudad es callada y es triste. Ni aun siquiera a diario parece que salen sus mujeres por las calles. Algo extraordinario es ver a una dama aristocrática paseando a pie.

Y, sin embargo, en las afueras todo ríe bajo el cielo azul en un día claro y luminoso. ¡La Sierra cordobesa! Como un fino encaje se extiende, dominando a la ciudad que reposa en su falda.

Subimos hacia las colinas llenos de ardor y de vida.

Nos dá fortaleza el ambiente grato, la belleza del paisaje; toda la Sierra, en fin, pintoresca y varia.

Enmedio de ella, entre sus cañadas o en sus colinas, a la sombra de encinas, deslumbrada la vista ante el panorama, la imaginación despierta y soñamos y evocamos y somos fuertes, animosos de ideal y vida, desvaneciendo de nuestro espíritu el negro pesimismo que en la ciudad nos turba.

Es alegría, y salud y bienestar la Sierra cordobesa.

Todo nos vivifica en ella y nos hace sanos, risueños y optimistas.

Es un día festivo y el silencio de aquellos campos, se turba con el encanto de risas de mujeres.

Ríe el pacífico burgués, tumbado a la sombra de un árbol, entre su familia en la espera del sabroso «perol» que humea a poca distancia del grupo; ríen las mozuelas, entre gritos, saltando el arroyo, bajando, empujándose unas a otras, la pendiente del cerro más cercano. Las galantean los mozos, y con ellas quieren también jugar.

Brillan enigmáticos los ojos negros de las cordobesas y se encienden sus rostros bellos y morenos.

Saltan y juegan entre las lomas también los chiquillos. Todo ríe en el encanto de la tarde y del cielo azul. Cuadros de Rubens con toda la luz y la armonía de la Naturalera, y cuando el sol, más que el vino, ha embriagado ya a las gentes, surgen escenas picarescas sin procacidades, a lo Paul de Kock.

Todo se olvida en esas horas de sol y de alegría.

El gesto y la malicia de las gentes de la ciudad, sus egoísmos, sus vanidades; la ridícula presunción en que viven sacrificándose muchas veces por el qué dirán...

Murmurando de los demás o desdesdeñandolos, porque esas gentes, en su egoismo o en sus orgullos, no han llegado a conocerse.

Se olvidan envidias y maldades, y un algo piadoso de comprensión, de bondad para todos, sentimos que llena nuestro espíritu.

Grandes, altivos y genorosos nos hace la Naturaleza.

Belleza y dulzura hay en el paisaje y en las almas.

Hemos subido a lo alto; la atmósfera es pura y diáfana: la ciudad que nos atrae, está allá abajo.

Con el crepúsculo, a ella volveremos, esclavos de su vulgaridad, de su monotonía.

Unas horas de sol, de alegría y olvido, y ya en los muros de la ciudad, volveremos con tristeza la vista hacia las cumbres envueltas en la luz rosada del atardecer.

Es prisión para nuestro espíritu la ciudad triste...

A. Jiménez Lora.

FIGURAS CONOCIDAS

Arturo Cámara, popular caricaturista, de cuyo ágil ingenio y dócil dibujo venimos ofreciendo frecuentes pruebas en estas columnas con la publicación de figuras en las que dominan estas dos condiciones esenciales: parecido y gracia. Hoy es el autor de ellas quien se presenta, en una autocaricatura digna ciertamente de figurar entre las anteriores. A Arturo Cámara, ocurrente y laborioso, se le presenta un halagüeño porvenir en el difícil arte de la caricatura, porque sabe recoger la expresión de las figuras con graciosa y moderada exageración.

RECUERDOS

A mi mal querida.

Di ¿te acuerdas? Tu pecho de nácar
abrasaba con fuego las flores
que en ofrenda de amor te mandaba.
¡Cuántas veces besé con locura
sus corolas de viva escarlata!
¡Cuántas veces mezclé con sus mieles
la amargura que tiene mi alma!
¡Cuántas veces, besando su cáliz,
a ti te besaba,
y teñía sus hojas
con el fuego de besos que abrasan!
¡Pobres florecillas!
Tal pena les daban
la congoja que anida en mi pecho
y los lloros de penas tan agrias
que cerrando sus hojas de seda
en capullos más rojos que grana
¡tiernas florecillas!
conmigo lloraban.
Mas ¡qué ingrato fuí entonces con ellas,
en tu pecho de fuego y de nácar
las mandé que mis penas contando
estuvieran sufriendo sus llamas!
¡Pobres florecillas!
Quizá te contaran
el profundo latir de mi pecho
que en efluvios de amor se agostaba
llenando el espacio infinito
con los ayes de quejas amargas.
De tu pecho con ellas pendida
¡Ay! entonces llevabas mi alma.
¡Oh! dime, ¿te acuerdas
cómo las besabas?

Castrico.

BIBLIOGRAFIA

El Dry farming en Andalucía

Cultivo de secano, por D. J. M.ª M. y M. Jaén.—Es este un folleto interesantísimo y de gran utilidad, esencialmente para el pequeño propietario, tan abundante en nuestra sierra, obligado por la Naturaleza a no practicar otro cultivo de regadio que el exiguo de los huertos.

El «Dry farming», procedimiento agrícola oriundo de las estepas del Norte de América, es el modo «más adecuado de cultivo para tierras de secano de los paises en que llueve poco», y tiene su fundamento en la formación y persistencia de lo nombrado «manto protector»: disponer la tierra a recibir y almacenar el agua de la lluvia y evitar su evaporación e inutil pérdida.

En corto número de páginas desarrolla el autor su doctrina, aplicada a las tierras de Andalucía, y en sus diversos modos de cultivo: intensivo, binario, al tercio y al cuarto. Expone luego los modos de elección de semillas; y termina con un bello llamamiento a los labradores andaluces, inveterados enemigos de los números, para que, ejercitándose en la contabilidad agrícola, den el necesario impulso a la más noble industria: los del aprovechamiento de los agentes naturales.

Nos complacemos en recomendar la adquisición de este folleto a todo agricultor que por sí mismo desee cultivar sus tierras.

Dolor bohemio

Novela inédita, por E. Ruiz de Silva, Badajoz.—Novela rápida, vertiginosa, fugaz, desarrollada en 25 o 30 páginas, pero con su correspondiente prólogo. El autor, un joven de quince años, según declara el prologista, escribe con amplios deseos de decir cosas y dejando entrever la existencia de exactos conocimientos de la vida. Pero, sus quince años, y probablemente la lectura de cierta literatura modernista, que pretende ser futurista, le hace usar y abusar de un léxico rebuscado e inadaptado, que perjudicando notablemente la acción no favorece en nada a la gramática.

El señor de Silva es muy joven aun y fácil le será subsanar estos defectos; no se impaciente y estudie a nuestros clásicos.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

Versos perdidos

D. E. García Gutiérrez (no se trata, es claro, del célebre dramaturgo) ha escrito un libro de versos, para la familia, según confiesa en el prólogo y... estamos por decir que esto le absuelve. Quisiéramos hablar de ellos, pero el autor ha tenido la desventura de pedir un epílogo (¡y qué epílogo!) a otro señor que... ¡no hay derecho, no... a decir tanta sandez.

Leyendo el epílogo olvidamos los versos. ¿Son buenos? ¿Son de poeta? La idiocia del epílogo nos impide contestar.

Aconsejamos al señor García, del que creemos que puede hacer bien lós versos, que si algún día se le ocurre hacer otro libro, no pida epílogos, ¡son mortales!

L,

Libros nuevos

En la librería de don Juan Font se han recibido las obras siguientes:

A. Rivero: El Crimen de Avellaneda.—Ricardo León: Los Caballeros de la Cruz.—Baldomero Argente: Al margen de la Vida.—Carmen de Burgos: Peregrinaciones.—Fernando Mariscal: En Villabravía.—Felipe Sassone: La Espuma de afrodita.—Dr. Mardeu: El Exito Comercial.—P. Iglesias Hermida: La Tragedia de la Hélice.—Juan Leal Atienza: Fin de una Polémica. III Centenario de Cervantes.—Cejador: Historia de la Lengua y Literatura Castellana.—Gregorio Martínez Sierra: Navidad. Milagro en tres Cuadros.

CANCIONES

Si quieres no arrepentirte
de haber nacido español,
vé al Pilar a ver la Virgen
y oye un canto en Aragón.

Como la palabra jota
no hay en mi lengua palabra:
que en diccionarios no cabe
porque significa España.

La Virgen de las Angustias
llegó llorando a Granada,
y fueron brotando flores
donde cayeron sus lágrimas.

¡Mira tú si será mala
que va al Pilar y no llora
y es de Aragón y no canta!

Madrecita mía
de la Macarena,
que voy a ser *güeno* como mi gitana
se me ponga *güena*.

Dr. Nemesio de Heredia.

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

Sillón cordobés de cuero repujado.

El erudito escritor don Angel Delgado y Delgado, ofreciendo una nueva prueba de su amor al brillante pasado industrial de Córdoba y de su concurso decidido al resurgimiento de los bellos trabajos que en tiempos mejores concedieron excepcional renombre a nuestra ciudad, ha obsequiado con el admirable sillón que con estas líneas reproducimos, a la señorita Rita Travesedo y Bernaldo de Quirós, hija de los marqueses de Santa Cristina y Casariego, con motivo de su reciente boda, celebrada en Madrid.

La obra es de estilo renacimiento clásico. Los cueros están repujados, luciendo en colores el escudo de la familia de Casariego. El primoroso trabajo ha sido hecho por el notable artista don José Fernández Márquez, alumno de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba. La parte de carpintería ha sido realizada en los talleres de don Manuel Aguilar Quer.

Enviamos a todos nuestra afectuosa enhorabuena y nos felicitamos muy de veras de que se puedan ofrecer en Madrid estas bellas muestras del renacimiento de la famosa industria cordobesa de los cueros repujados.

DEL GENIL EN LA RIBERA

Del Genil en la ribera
y a la hora del calor
del Genil en la ribera
tendido me estaba yo.
En la campiña el silencio;
sobre la campiña el sol;
en el cielo ni una nube;
en la tierra ni una voz.
Entre adelfas y entre mimbres—
amapola del alcor,—
vi bajar a una zagala
de albos corderos en pos.
cuando cruzaba ante mí,
así requerila yo:
—Zagala, la de estos campos,
la más pulidica flor,
amapola de camino
con boca de corazón,
allégate a mí zagala;
zagala, no hayas temor...
...Paróse ante el limpio espejo
del río; en él se miró,
y hasta el agua se detuvo
porque viéranse mejor
una cara hecha de rosas
y un cabello hecho de sol.
—Cabello de reina tienes,
mi zagala, como hay Dios,
y a fe que un reino te diera
si conquistase tu amor.
Pero la roja amapola
del camino, así me habló:
-Nunca habré reinos, donados
a trueque de mi pudor,
que siendo, aunque pobre, honra-
(da,
no quiero ser más que soy.
—¿Y el amor que yo te diera?
—No me lo tomara, no,
que amor que se compra o vende
mal puede llamarse amor.
—Yo habré para tí cariño...
—Yo no habrélo para vos,
que ha tiempo púselo todo
en manos de mi pastor,
y estos labios y estos ojos
¡tienen ya dueño, señor!
. . . .
Cuando aquesto dicho hubo,
marchóse, cantando, en pos
de sus corderillos blancos
con blancura de candor.

Miguel de Castro.

Nuestra psicología como pueblo

Los pueblos, como los hombres, tienen su contextura psíquica, su peculiar fisonomía, su especie característica, y este espíritu colectivo de razas y pueblos no es el «resultado-resumen» de la idiosincrasia particular de sus indivíduos; no es producto de una operación matemática, porque el concepto de una Moral aritmética sería absurdo, sino que, por encima de los hombres, flota el «carácter compendio» de profundas y complicadas combinaciones de raza, clima e historia conocida por el nombre de Genio,

La historia, de estar formada, nos diera explicado el «fenómeno» pero, por desgracia, los historiadores se conforman tan solo con relatar hechos de regios personajes. «La Historia de España padece delirios de grandezas», ha dicho Galdós con frase lapidaria que bien pudo universalizar; en efecto: la Historia, esa historia en la que aprendimos la vida de reyes y príncipes, es, a más de frívola, suelta y tan «a flor de piel», que se hace, más que difícil, imposible laborar con sus materiales; por ello los que pretendan bucear en el espíritu de las colectividades, deben procurar huir de los juicios de los llamados historiadores críticos.

El estudio del genio es la materia objeto de una ciencia, relativamente moderna, que los alemanes llaman «Psicología de los pueblos». De esta ciencia se esperan resultados prácticos, tan grandes como el «diagnóstico» de la «cuestión social». Si concebís el alcance del propósito, calculad la importancia de su estudio.

El Derecho se ha comparado a un manantial de agua que se extendiera por terrenos de composición química diversa; es decir: siendo una su fuente, el líquido toma el sabor y la coloración que le imprimen los distintos materiales que lleva en su disolución. Es suicida, pues, la labor del estadista que, sugestionado por el progreso de otros pueblos, imita sus normas y desatiende el color, el carácter del suyo. Los legisladores deben mirarse en el genio de los pueblos y adoptar la norma jurídica adecuada para regular su vida, a cuyo fin sentirán los latidos de la opinión, recogerán sus emanaciones y procederán en consecuencia.

Nuestra Psicología está integrada por vicios y virtudes que constituyen el debe y el haber de todos los pueblos. «Los españoles e italianos son crédulos y fanáticos», decía Fuillée; sí, por la credulidad dimos nuestra sangre y fuímos heroicos, por nuestro fanatismo vertlmos la ajena y fuímos con justicia tachados de crueles.

En nuestro estado normal, la inercia nos caracterizó; «el español cara al sol pasa la vida», decía de nosotros Skül; es aun hoy este argumento el que empleamos para explicar, ya que no para justificar, nuestra vagancia, un día general, que puso en gaave aprieto a los gobernantes y cuya muestra es el título XXXI del libro XI de la novísima recopilación. En el fondo de nuestra alma, esperamos que, como al patrón de los madrileños, el ángel supla nuestra negligencia.

Tenemos, en justa compensación, un espíritu aventurero, lleno de altruísmo, de desinterés, de tutela y protección para con los débiles, del que es eejmplo las leyes indias, modelo de colonización piadosa. El orgullo de raza no nos impidio cruzar la sangre con los pueblos conquistados, al punto de fundirnos con ellos, y este es nuestro mayor elogio. En los Estados Unidos de la América del Norte se estudia con verdadero cariño nuestro espíritu en nuestra lengua, no ya por el interés comercial que pueda tener el idioma, sino (y esto lo ha comprobado el señor Altamira en su último viaje) porque comprenden que fuimos el primer pueblo colonizador y que aún quedan virtudes aprovechables. Desgraciadamente, en vez de aquel sentido práctico y de aquel humanitarismo, nos queda poco. El fracaso en nuestra zona de influencia en Marruecos lo confirma.

¡Que somos de un individualismo casi anárquico!, y ¿qué pueblo de raza meridional se libra de este pecado? A fuerza de mirar a la colectividad, no hemos perdido, como ciertos otros, el valor de la personalidad humana, a la que seguimos considerando como fin, reafirmando la labor de nuestra hermana Francia.

La España negra y roja con que en la gama de colores distinguen a nuestra patria desde fuera, se va desvaneciendo por el milagro del esfuerzo de la gente joven, y la abulia nacional, nuestra característica de antaño, es hoy tan solo oficial, porque el desequilibrio entre gobernantes y gobernados es bien patente.

Eduardo Cuéllar.

Una Historia de Córdoba para los niños

El cronista de la provincia de Córdoba don José Rey Díaz, cuya extensa cultura y galana pluma no es necesario encomiar porque de ello está bien reciente la muestra admirable de su estudio de la Córdoba del siglo XVI, ha compuesto otra obra de subido mérito: una Historia de Córdoba para los niños.

En este primoroso trabajo, inspirado en cordial cordobesismo, el pasado de nuestra población ha sido puesto, con extraordinaria fortuna, al alcance de los niños, emprendiéndose así la benemérita empresa de que los pequeñuelos de hoy adquieran los conocimientos necesarios para que, al ser hombres el día de mañana y pasar, por tanto, a sus manos la ciudad de Córdoba, en los diversos órdenes del trabajo, sepan laborar en sentido cordobés, continuando de esta forma el normal desenvolvimiento de las energías de nuestro país.

Merced a la amabilidad afectuosísima de nuestro querido amigo el señor Rey Díaz, esta Historia para los niños será publicada en CORDOBA, en forma encuadernable y profusamente ilustrada.

Mayores y pequeños juzgarán, pues, en breve, del mérito admirable de esta ejemplar obra para los niños de Córdoba.

Nos felicitamos de poder presentar a todos esta obra útil y dulce y renovamos por ello nuestro afectuoso reconocimiento al señor Rey Díaz, juntamente con nuestra entusiástica enhorabuena por el mérito subido de su nueva producción.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

El Guadalquivir al amanecer

¡Cuán grato es ver en tu cristal riente
la moribunda luna retratada
y, al fulgor de la aurora reflejada,
la espuma que festona tu corriente!

Ya las aves saludan la naciente
y tibia luz del alba sonrosada,
ya en tu ribera plácida, encantada,
el fresco aroma de la flor se siente.

Arcángel Rafael: desde la orilla
que arrulla y besa cariñoso el río
donde tu imagen refulgente brilla;

En dulcísimo ardiente desvarío,
doblando fervoroso la rodilla,
ante el sol y ante ti mi voz te envío.

Francisco Simancas.

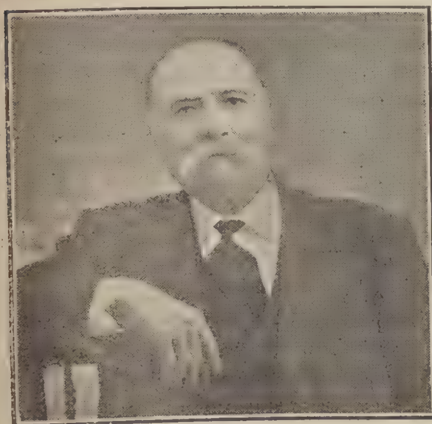
MADRIGAL

¡Oh suspirillo blando,
que no del pecho, mas del alma sales,
llega a la causadora de mis males!
Penetra por sus labios de claveles
y después de gustar aquellas mieles
de que es panal su boca,
entra en su corazón y tu aposento
haz en aquella diamantina roca.
Con el calor de tu amoroso aliento
ve un día y otro día
templando aquel rigor de piedra fría;
templa, templa, y ¡quién sabe
si, al fin, la volverás tierna y suave!
Mas ¡ay! suspiro blando
y ¡cómo estoy soñando!
¡Cuán grande no será mi desvarío
que a ti, que al aire, mi remedio fío.

Francisco Rodríguez Marín.

OBRERO Y POETA

En esta semana ha fallecido en Córdoba don Francisco Simancas, quien últimamente vivía aislado del movimiento intelectual de la población, sobreviviéndose a sí mismo, sumido en el recuerdo de aquella época generosa y romántica en la que se luchaba decididamente por tantos y tan levantados ideales. Fué un obrero a quien su sentida y correcta inspiración concedió un puesto halagüeño en el campo de las letras y ahora veía cómo los obreros todos, los manuales y los de la



inteligencia, dejaban de remontarse en infructuosas ascensiones, para abatir el vuelo sobre la realidad de la tierra y procurar el mejoramiento de unos y otros. Los tiempos habían variado: él cantó y luchó. De los obreros actuales, ninguno aparece como dado a la poesía, que todos prefieren combatir en la lucha por la vida y en un sentido, más que político, económico y social. Ello es que él se remontó en alas de su inspiración, que sus canciones fueron celebradas y que al fin, rendido en las contiendas de la vida, se refugió en la soledad en espera de la muerte. Siempre le acompañó el afecto y la admiración de sus conciudadanos. Descanse en paz.

UN ALMA

Yo sé que tú me quieres, vida mía,
y tú sabes también cuánto te quiero.
¿Qué es la vida sin tí? Desierto Enero
lleno de sombras mil y de agonía.
Eres alta, eres rubia: de harmonía
tus ojos verdes son rico venero,
cuyo mirar subyuga al sér más fiero
e inspira la más ciega idolatría.
Todo lo posees tú: tu talle es breve;
¿qué tu talle envidiar puede a la palma?
¿qué tu blancura al ampo de la nieve?
Mas ¡ay! mujer, que tu mentida calma,
tu plástica belleza, encuentro aleve.
¡Tú eres materia y lo que busco es alma!

Julio Burell.

La Asamblea de médicos andaluces

A los médicos de toda España y en particular a los médicos titulares.

Los tiempos que atravesamos no han tenido precedentes en la historia del mundo.

Los momentos que transcurren son críticos para los intelectuales, son críticos para los profesionales de todas las carreras, pero lo son mucho más para los médicos en general y sobre todo para los médicos titulares.

Los momentos que transcurren son críticos en España para los médicos en general, ahora que, por sí mismos y por las estadísticas oficiales, están viendo aumentar la emigración, aumentar el pauperismo, aumentar la criminalidad, y aumentar la mortalidad, aterradoramente.

Lo son para los miles y miles de médicos de las villas y los burgos españoles, porque continúan en su tradicional angustiosa situación, después de haber visto irse redimiendo sucesivamente a los otros tres parias intelectuales, que en su calvario les acompañaban: el maestro de escuela, el secretario de Ayuntamiento, el cura rural.

Al verbo cálido, apostólico y vibrante del Dr. Centeno, los médicos de cuatro provincias andaluzas, Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla, apoyados con explícitas y confraternales manifestaciones de aliento de los de las otras cuatro hermanas, se reunieron en Asamblea, y con respetuosa y razonada energía elevaron sus peticiones de progreso y redención a los Poderes Públicos.

Ahora, los médicos de las otras cuatro provincias andaluzas, Almería, Granada, Jaén y Málaga, confortados y vigorizados por todos sus hermanos de las ocho provincias, van a reunirse en magna y confraternal Asamblea en el Salón de Honor de su *Alma Máter*, en el Paraninfo de la famosa Universidad Granatense.

Allí, seguramente, tendrán preclara representación dos Universidades y tres Facultades Andaluzas de Medicina, los ilustres profesores de las mismas, los médicos militares, los médicos de baños, los médicos de la Administración de Justicia, los médicos de las Beneficencias provinciales y municipales, los médicos particulares y los parias de la profesión: los médicos titulares de pueblos y pueblecillos.

Allí, ciertamente, tendrá voto y voz todo médico español que quiera asistir.

A todos los presidirá seguramente el excelentísimo señor Rector de la Universidad de Granada, con pleno derecho por su doble carácter de médico y de sabio maestro de la inmensa mayoría de los hombres de ciencia que en aquel histórico y respetado sitio han de reunirse.

Todos los profesionales de la Medicina allí congregados tendrán algo que proponer, algo que defender y algo que solicitar del Gobierno, del Parlamento, de la Realeza... en pro de la salud del pueblo, *¡Suprema Lex!*; pero todos principalmente pedirán en estos momentos críticos, críticos en el mundo, críticos en España, críticos hasta el Parlamento Español—en circunstancias de Cortes Constituyentes—porque cese el terrible *vía crucis* de nuestros infelices hermanos los médicos rurales, porque se llegue a la anhelada redención del médico titular.

Dr. Velázquez de Castro.

Catedrático de la Universidad de Granada.

A los doce días de la Luna de Diciembre del 1916.

AMOR QUE MATA

Con tu amor tanto he sufrido,
tanto estoy con él sufriendo,
que el rostro a un espejo viendo
no me hube ayer conocido.
Mi pelo está encanecido,
tengo turbia la mirada,
la frente tengo arrugada,
muy pálidas las mejillas,
las órbitas amarillas
y la faz desencajada.

—¿Por qué así te he de encontrar...
me preguntaste temblando;
y contesté suspirando:
«que tu amor me ha de matar».
Comenzaste a sollozar
diciéndome:—Yo te quiero
con un amor verdadero.—
Y te respondí:—No quieres
porque tú de amor no mueres
y yo, sin embargo, muero.

Federico G.ª Arévalo.

Cómo ha visto Córdoba un escritor colombiano

I

CAMINO DE LA CIUDAD

Avanza el tren con frenético andar. Atrás han quedado los desfiladeros de Despeñaperros. En medio de la fosquedad de la noche, el convoy ha corrido vertiginoso al pie de la alta y sombría masa de la Sierra Morena. La locomotora ha marchado jadeando por entre estrechas gargantas, por entre bastiones de rocas, en medio de barrancos, al borde de precipicios. Con el abanico de su férrea trompa, con los resplandores sangrientos del ojo que campea en su frente, y con el rígido tubo de su chimenea coronado de chispas, la potente máquina ha pasado centelleante y espantosa, rasgando las tinieblas y haciendo estremecer el suelo y palpitar el aire. Con su violento correr y trepidar, la silueta fantástica del tren, horrorosa, terrible, tremenda, más que un dragón de fauces encendidas, semeja alada y vaporosa sombra. Aullando al salir de los túneles, con estentóreos y agudísimos lamentos, dijérase una bestia apocalíptica surgiendo de las entrañas de la tierra.... Empieza a amanecer. Pardas se van tornando las tinieblas. El manto grave y ceñudo de la noche, con el raudo vuelo del tiempo, va perdiendo, suavemente, la negrura de sus tintas. Por entre los cristales de la ventanilla del vagón en que me encuentro, noto, con íntimo contento, que varía el aspecto del paisaje. Todo anuncia que descendemos, que salimos de la abrupta serranía, que marchamos hacia dilatadísimas llanuras. Franquea el tren leguas y leguas. Las sombrías ciclópeas rocas de antes, se ven ahora disminuídas de volumen, esparcidas en bloques por el campo y como soñolientas en medio de los últimos vestigios del reposo de la noche. Contemplándolas en su serenidad melancólica, me parece que experimento la tétrica y vaga sensación que a veces nos comunican las ruinas o las cosas que se mueren. Pero sigue avanzando el día, y el triunfo embriagador de la luz y de la naturaleza que despierta, robustecen los nervios, borran la impresión de la lobreguez de la noche y quitan del espíritu todo sello de melancolía. No son ruinas las rocas que contemplo, son esfinges impenetrables que hacen meditar en los arcanos del universo y en las luces vacilantes de las linternas de la ciencia. Continúa corriendo el tren con arrebatado trepidar. Miro por la portezuela, y veo, entre las pardas claridades, que el humo y el vapor que da la máquina se escapan, flotan y van alígeros, arrastrados por el viento, en copos y en anillos deslumbrantes de blancura. Transcurren algunos minutos más y se alza glorioso el sol. Entonces, los campos, frescos, hermosos y florecientes, aparecen a la vista en todo su próvido lucimiento. La retina se embriaga y se deleita con el espléndido horizonte. De las hondonadas, de la azulina superficie del Guadalquivir, que va por la campiña retorcido y ondulante, y que copia en el espejo de su trémula cristalina corriente las bellezas del cielo y los encantos de sus márgenes floridas, vapores lechosos y nieblas purísimas se van levantando. Despejado por completo el horizonte, a lo lejos se columbra, alta, grandiosa y dominadora, la hermosa silueta de una cordillera que blanquea sus perfiles en la limpidez de los espacios: es la Sierra Nevada. Ansioso de ver, penetrado en la belleza del panorama que el sol vivifica y hace relucir con el matiz dorado de sus rayos, levanto casi con frenesí, los cristales de la ventanilla. Una oleada de frescura penetra en el vagón El olor del campo, la humedad de la tierra regada por el rocío de la noche y un vientecillo tenue, suave y acariciador, deleitan los sentidos, al par que exaltan la imaginación. A la vera de la ferrovía un paisaje bucólico se desenvuelve. En danza fantástica, con acelerada rapidez, como si huyeran, llegan y pasan, campos floridos, aldeas virgilianas, bosques frondosos... Pero la velocidad del tren merma el placer visual. El convoy, siempre vertiginoso, apenas permite recoger, a las ávidas pupilas, los relieves más salientes de lo mucho que a la vista se presenta. El cuadro es hermosísimo. Dos especies de corrientes o cintas mágicas, multicolores, van desenvolviéndose a los lados del camino. La fecundidad del suelo y la tibieza del ambiente son tórridos e ideales.

Pedro Uribe Gómez.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

La estatua ecuestre del monumento al Gran Capitán, obra admirable de Mateo Inurria, el gran escultor de Córdoba

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 3 de Febrero de 1917 | NÚM. 25

El escultor de Córdoba

Mateo Inurria, en la plenitud del talento creador y del dominio de la forma, está conceptuado como uno de los mejores escultores de España, quizá el más completo por el brío y la perfección de sus producciones. De estirpe vascongada y nacido en Córdoba, su claro y sereno talento, de hombre firme y seguro, refrena y reduce a sus naturales proporciones el fruto de su rica imaginación meridional, reuniendo así las condiciones características de las inteligencias de nuestra patria: la fantasía arábiga y la firmeza romana, que no en vano nuestra Mezquita-Catedral, por su belleza y su fuerza, es como una sólida creación romana revestida con los espléndidos encajes del Oriente.

A sus triunfos va unido el nombre de Córdoba, no ya porque esta sea su patria, sino por el carácter de sus creaciones.

Detalle del monumento al Gran Capitán, obra del laureado escultor de Córdoba Mateo Inurria.

Pruébalo plenamente el hecho de que a Córdoba están dedicadas sus obras mejores, como el definitivo acierto del monumento al Gran Capitan y el reciente proyecto de estatua a don Antonio Barroso, más otras producciones de las que aún no se ha hablado y que están asímismo inspiradas por el genio de nuestra ciudad.

En el anhelado resurgimiento de Córdoba—o renovarse o reducirse, se puede decir con respecto a ello—Inurria ocupará uno de los puestos principales. Para él, como para tantos otros cordobeses que de aquí salieron en busca de más amplios horizontes para sus actividades, habrá campo bastante para que pueda restituirse a la ciudad natal, y aquellas sus creaciones por tantos años perfeccionadas mental y materialmente en la soledad del apartado estudio; aquellos homenaje del arte, con el alma entera rendidos a las cumbres del genio cordobés desde Séneca al Gran Capitán, han de pasar del barro a los mármoles y los bronces para proclamar al aire libre, entre el vivo triunfo de los jardines y los paseos la gloria, que en todo tiempo concediese a Córdoba el talento de sus hijos.

El progreso material de Córdoba, con el riego de sus campos y el mayor abastecimiento de agua para la población urbana, producirá este resurgimiento espiritual, porque en la situación presente, cuando en los hogares del pueblo todo está asolado por el hambre, el espíritu se abate tristemente sobre la realidad, sin fuerzas para remontar el vuelo hacia las alturas que antes solía alcanzar.

El pantano del Guadalmellato de una parte, con el mejoramiento, intenso y rápido de los intereses agrícolas; el progreso industrial de otra, con la entrada en la población de elementos tan eficaces como la poderosa Compañía de Peñarroya, y, sirviendo de enlace a todo ello, el comienzo del plan de saneamiento y reformas de la ciudad iniciado por el alcalde don Salvador Muñoz Pérez, producirán el anhelado resurgimiento, para que Córdoba se renueve—dentro de sus moldes naturales, en sentido cordobés, siendo Córdoba ideal de Córdoba, aspirándose a una Córdoba realmente cordobesa—sino quiere reducirse hasta la más mínima expresión, hasta que no quede ni sombra de lo que fué cuando supo aprovechar sus fuerzas naturales, porque el bienestar de los tiempos mejores siempre estuvo producido por la buena situación

de sus campos, como si las flores y los frutos de aquellos se extendiesen hasta invadir la ciudad convertidos en las encantadoras producciones de las industrias típicamente cordobesas: las filigranas de oro y plata, las sedas, los guadamacíes.

La Comisión del Ayuntamiento de Córdoba que en Madrid se ocupa en la resolución de nuestros proyectos de mejora que se hallan pendientes del Gobierno, atendiendo por igual a los de carácter material y los de índole espiritual, ha gestionado la concesión de las cincuenta mil pesetas para la terminación del monumento al Gran Capitán.

De realizarse las gratas impresiones que se han obtenido, no ha de pasar mucho tiempo sin que en Córdoba se acabe la obra y con ello se rendirá un homenaje nacional a la memoria de un cordobés inmortal y Córdoba poseerá al mismo tiempo una de las mejores estatuas ecuestres de España.

De esta creación magistral de Inurria ofrecemos en este número varios grabados, juntamente con el retrato del autor y la reproducción de la primorosa medalla conmemorativa que a tal efecto hiciera el admirable cincelador y exquisito artista cordobés don Ecequiel Ruíz Martínez.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

LETRA MENUDA

Un vividor

Los dos antiguos camaradas se han encontrado en la calle, al cabo de mucho tiempo de no verse. El uno lleva la remendada blusa y el viejo pantalón manchados de yeso y de cal; el cáñamo de las alpargatas comienza a sonreir destrenzándose; las manos las tiene llenas de grietas. Viste el otro una gran pelliza de rizos y calza magníficas botas de becerro; en uno de los bolsillos del pantalón hace sonar unos duros; sus manos no tienen grietas ni callos. Cordiales se han saludado los dos amigos y luego charlan de sus cosas.

—¿Pero dónde te metes, que no «te se» ve?

—¡«Ande» quieres que me meta! A donde me llaman para echar una chapuza, porque obras no las hay «dende» que comenzó la guerra.

—Pues sí que pasarás tus apuros.

—Calcula; como que esto no es vivir. ¿En cambio tú...?

—A mi no me faltan dos duros. Y ya ves si me llevo buena vida y estoy descansao: mientras que cuando tenía que ganármelo con la lezna y el cerote, pasaba las «morás.»

—Tú has sabido entenderlo.

—En buena hora se diga, chico. Y tú, por que no quieres. Si te decidieras a tirar el palaustre, vivirías igual.

—Yo no sirvo para eso.

—¡Qué primo eres! Eso lo entiende cualquiera. El rey vale tanto, el caballo tanto, la sota tanto. Todo es cuestión de habilidad. Y tirándolas, ni discurrir siquiera; la que está delante, esa viene.

—Nada, qne no sirvo. A mi no «me se» daría bien esa vida.

—Porque habéis nacido para trabajar y pasar fatigas como los burros. Yo en tu pellejo...¿«Ties» tabaco?

—Iba a comprarlo.

—Toma, hombre, un puro. ¿Qué han «almorzao» tu mujer y tus hijos?

—Creo que han sido unas pocas migas.

—Y a medio día unas patatas y a la noche un plato de habichuelas. ¿No?

—Anda, y que no falten.

—¿No te dá lástima de tu mujer, «espiazá» por ganar dos reales a lo que sale, y de tus pobres chicos a medio comer?

—Por ellos diera yo mi vida.

—Tira el palustre, so primo. Trabajando no has de adelantar «na». Acuérdate de cómo iba yo antes de cambiar de vida. Pues ahora no hay quien me tosa. Lo mejor de la plaza para mí. Me levanto a las doce y ningún día me falta mi puro, mi café y mi coñac.

—¿También coñac?

—¡Pues qué te habías creído!

—Oye, ¿y todo eso de dónde sale?

—Eso a mi no me importa; no debe de importarme. El caso es que no me falte y a vivir.

—Prefiero mi jornal de albañil y el pan ganado con el sudor de mi frente... sin que otro lo pierda.

—¿Si? Pues mira, a ver cuando echas coche.

—No lo echaré; pero si vieras, después de comerme con los niños unas habichuelas, ¡qué bien duermo! ¿Y tú, duermes igual?

—Déjate de filosofías, que amargan la vida.

—Chico, cada uno es cada uno.

—Dices bien. Sigue, pues, con tus miserias y con tus escrúpulos.

—Adios y buena suerte. ¡Ah, y que te aproveche...! Que para eso eres lo que se dice, un vividor.

Aviceo.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

LOS LABRADORES DE LUCENA

. . . .
Que el campo es un buen amigo
y es dulce miel su sosiego.
Y es salud el puro día,
y estas bregas son vigor,
y este ambiente es armonía,
y esta luz es alegría...
¡Ara y canta labrador!

GABRIEL Y GALÁN.

Negando pensamientos colectivos, luchando con los prejuicios, marchan y progresan los pueblos. Lucena anda con paso tardo y vacilante de voluntad enferma, de espíritu explotado por las unidades políticas superiores: el poder central y la provincia. Pero progresa al fin. Cuenta para ello con el impulso de jóvenes energías, con generosidades de adolescentes, en pugna con los egoísmos propios de la vejez.

—

Somos la cenicienta española. Cuando constituímos una nacionalidad, cuando fuimos independientes con el desarrollo de nuestros caracteres étnicos peculiares, asombramos al mundo constituyendo con los Omeyas, con los árabes cordobeses, uno de los tres grandes imperios del siglo X: Córdoba, el Cairo y Bagdad. Nuestros campos eran hermosos y productivos jardines; los califas cordobeses empedraban sus calles; las iluminaban de noche; alfombraban sus casas; en el estío traían aire de subterráneos con macizos de flores; en sus palacios brotaban surtidores de azogue y de agua. Córdoba fué un paraíso.

Alhakem II reúne a todos los sabios del mundo, sin distinción de nacionalidad y religión; su biblioteca llegó a constar de 600.000 volúmenes y él mismo se ocupaba en copiar las obras maestras del ingenio humano. Todo fué grande y magnífico. La filosofía cordobesa creó el genio de Averroes, con su docirina de la emanación, que aún perdura y vivirá siempre y que necesitó para no dominar al mundo, nada menos que las portentosas facultades del Aguila de Aquiuo.

Para dar idea del Dios de los ejércitos, erigieron ese maravilloso monumento de nuestra Mezquita, con su bosque de columnas, sus arcos incomparables y bellísimo Mihrab.

El amor, ley de la naturaleza, del mundo físico y moral, lo perpetúan con todos los esplendores

El escultor de Córdoba, Mateo Inurria, en su estudio

de su divina esencia y toma forma concreta en los palacios de hadas da Medina Azahara, levantados como homenaje a una mujer hermosa.

Después... Mejor no recordarlo. A remolque y uncidos como cuerpo muerto al carro de Castilla, lo perdimos todo: fuímos una mísera merced enriqueña.

La reina Isabel marca en el cuello con infamante hierro a las mujeres de Málaga. El Cardenal Cisneros quema en las plazas de Granada la sabiduría cordobesa; los señores castellanos obtienen como dádiva real el establecimiento de mancebías para su lucro con las mujeres moriscas; los hombres útiles fueron expulsados; los jardines y los huertos se convirtieron en infecundos eriales; las mujeres lloraban su infortunio; el pueblo se hirió en sus sentimientos; su pena pasó de generación en generación; por eso nuestra guitarra gime; por eso nuestros cantares son el eco de grandes dolores, inmensas pesadumbres y atroces injusticias. Así se recuerda en *Las cenizas del sándalo*.

Hoy somos la Irlanda española. La tierra de los latifundios, de los grandes vedados de caza, del señoritismo holgazán. El paria andaluz es la triste resultante de la incultura y la miseria. El labrador trabaja para el Fisco y los poderosos terratenientes que se apoderan de los productos con la contribución y la renta de los predios rústicos en que se pone precio al sol que nos alumbra y hace germinar la simiente; a la lluvia que fecunda la tierra y procede del cielo. Con estos elementos, no es fácil que nuestras energías despierten. Así lo reconoce la Liga de Sevilla; por eso consuelan el ánimo los ejemplos de vitalidad que ofrecen organismos como la Comunidad de labradores de Lucena.

—

Débese tan útil institución a la voluntad perseverante y a la inteligencia y alteza de miras de dos preclaros lucentinos: don Pedro Jiémnez Alba y don Rafael Gámiz Burgos.

Ellos la organizaron con sus energías, la dirigieron con su celo, la han honrado con su hombría de bien. Sus estatutos, más que un reglamento punitivo, son el Código de la razón y del amor; se asemejan a las disposiciones que regulan las casas de corrección y enmienda. Con ellos se ha saneado nuestro medio social: ha decrecido extraordinariamente la criminalinad y han merecido ser copiados por todas las Comunidades de labradores y el que do

Segismundo Moret se ocupara de ellos con elogio en el Parlamento.

Diez años ha regido la Comunidad, como presidente, el doctor don Pedro Jiménez Alba. Casi todos fué secretario el inolvidable Rafael Gámiz, todo bondad, todo inteligencia y que murió de asfixia intelectual y moral en este ambiente tan distinto de su sensibilidad exquisita. Las columnas del *Diario de Córdoba* recogieron sus últimas impresiones. En ellas, vertió el amigo entrañable el amor que sentía por esta tierra. Nunca lo podremos olvidar.

Al finalizar el pasado año, creyendo terminada su misión, se despidió de la Comunidad, como su presidente, el doctor Jiménez Alba, siendo elegido para sucederle, en este cargo de gran honor, otro lucentino ilustre, don Pedro A. Lara, culto abogado y perito agrícola, maestro de maestro, en cuanto a la ciencia geopónica se refiere. De él nos ocuparemos después.

Como homenaje merecido a la desinterada y eficaz gestión del doctor Jiménez Alba, como testimonio de la gratitud del pueblo al patricio insigne que, durante tanto tiempo, ha puesto su actividad inteligente al servicio de Lucena, todos sin distinción, se congregaron en fraternal banquete en el amplio salón de actos de la Comunidad. Este fué adornado con los atributos de la agricultura, con el exquisito gusto que le caracteriza, por el ingeniero don Ramón Sanz, castellano de nacimiento, lucentino de corazón.

Cuanto vale y significa, cuanto agradece y estima, acudió a tributar con su presencia el testimonio de su reconocimiento a don Pedro Jiménez Alba, que ha merecido que nuestro Ayuntamiento le nombre hijo predilecto de Lucena.

En el frente principal del salón, rodeado de hermosas espigas y fecundos ramos de olivo y de naranjo y entre airosas palmeras, se destacaba, como merecido honor, el retrato de don Rafael Gámiz Burgos.

Hermoso ejemplo de solidaridad de un pueblo. Así se premia, se distingue y se honra a los que se sacrifican por los demás.

Mucho esperamos de la gran cultura del actual presidente de la Comunidad, don Pedro A. Lara. Su nombre es una garantía de rectitud, de paz, de concordia y de progreso. Con su incesante trabajo ha conseguido repoblar de feraces viñedos, pagos tan importantes como el afamado de los Moriles; el va asociado a todo lo que significa adelanto y espíritu superior; siempre cortés, siempre afable, insinúa, enseña, educa; destruye prejuicios; establece nuevos métodos de cultivo; dirime como árbitro contiendas de intereses y goza del aprecio y estimación generales. Cruza por nuestros campos en su caballo blanco, respetado y querido de los humildes, y, demócrata de corazón, en él encuentran eco los dolores, las quejas y las lágrimas; para todos tiene consuelo con su ejemplo, con su liberalidad. Sueña con el mejoramiento de nuestros proletarios, a los que instruye gratuitamente; y, al verlos fatigados por el duro trabajo de la tierra, es seguro que piensa que Virgilio debió extender a ellos sus hermosos conceptos: *«Sic vos non vobis, nidificatis aves, vellera fertis oves, — mellificatis apes,—fertis aratra boves.»*

Antonio Víbora Blancas.

El alcohol y la nicotina

Europa, la culta Europa, no se ha dado cuenta de que el alcohol es nocivo hasta ahora. Ha necesitado romperse la crisma para pensar en suprimir ese veneno que deshonra al hombre. ¿Por qué no lo hizo antes? Por no lastimar los interes de los fabricantes de aguardiente. Ni Ligas, ni Congresos, ni Sociedades de templanza lograron atajar el vicio más degradante de los que aquejan al animal humano. El alcoholismo estaba acabando con Europa.

Yo he visto sábados en Londres y Nueva York: los borrachos llenaban las calles. En Berlín, no digamos. ¡Qué horror! Rusia es quien ha ido más lejos: ha prohibido en redondo no sólo la venta sino la fabricación de bebidas espirituosas.

Un diputado francés ha dicho: si se quiere que Francia viva, urge que el alcoholismo muera.

El alcohol degrada física y moralmente. En la primera generación aparece la inmoralidad, los excesos, el embrutecimiento; en la segunda, la embriaguez hereditaria, los accesos maníacos; en la tercera, la inclinación hipocondríaca, la lipemanía, la locura melancólica y las propensiones homicidas; en la cuarta, la inteligencia se eclipsa; el niño, idiota o imbécil, no llega a adulto y la raza se extingue...

Ahora lo que falta es luchar contra el tabaco, otro vicio no menos difundido y acaso tan nocivo como el alcohol, aunque más lento.

De mí se han reido muchos al oirme desacreditar el cigarro.

Claro que hay quienes resisten a los efectos de la nicotina; como les hay que soportan el alcohol.

El tabaco para nada sirve. Quien habla fué un fumador recalcitrante.

Anverso y reverso de la medalla conmemorativa del Gran Capitan, primorosa obra del admirable cincelador cordobés don Ecequiel Ruiz Martín.

¿Qué provecho puede hacer meterse en el cuerpo un veneno así? El tabaco debilita la voluntad; apaga la memoria; produce acedías; da dolor de cabeza; entristece y hace soñar despierto. Pero si no fumamos y no bebemos, ¿Qué uamos a hacer?

La vida tiene otros encantos menos tontos que echar humo.

Todo estriba en habituarse a no fumar; pero el hombre es débil. Cree que deja de ser hombre si no tiene vicios. Precisamente no lo es por eso. El hombre que no sabe dominarse es un muñeco.

Lo que predomina en nosotros es la bestia; si logramos enfrenarla, nos alejamos de nuestro humilde origes simio.

Emilio Bobadilla.

CREPÚSCULO DE AMOR

En la soledad hierática del jardín silencioso, pone el dorado crepúsculo de la tarde una tonalidad de misticismo, vago encanto de amor, ensueño de vida pasionaria. Fenece el día y, con él, el diálogo.

Ambos estamos callados, mudos. Rota la reciente conversación establablada, ella está en un todo conforme con mi sentir, sumisa, con muy santa sumisión, la del que adora, la del que no teme. Ahora, sus ojos violados, dignos de que surgiera otro Cetina que les dedicase otro madrigal, míranme con ternura inexpresable, con ternura que acaricia maternal, obsequiosa. Ha inclinado hacia mí, en encantadora semi inconsciencia, como si no hiciera más que amar, su cabecita blonda, de cabello suave; sus manos y las mías se entrelazan amorasas como una promesa de constancia.

En torno nuestro, en las elevadas copas de los àrboles, animado por la idealidad del amor y favorecido por la fronda galante, canta un ruiseñor; su trino es como un adiós al día, canto de trofeo al sol, que, monarca soberbio, hasta en su oaso aureola la obscuridad de la vida.

——

¡Oh, amor mío, ilusión! A tu lado no hay pena ni tristeza. Por tu amor de alma pudorosa, yo vivo en tí. No me impulsa en esta vida sino el influjo encantador de tus ojos angélicos. En tu alma, como la flor en su caliz, llevas prendida la mía, toda tributaria de tus anhelos.

——

Calla el ruiseñor gorjeante. Durmióse sin duda. Lejos, en la barbechera, suena en la copla la voz del gañán, fresca, potente, clara, quejumbrosa:

Entre las penas del mundo
no existirá mayor pena
que querer como te quiero,
qnererte y que no me quieras.

Así dice el condolido, mientras retorna a la gañanía buscando en su fatiga física un bocado y un lecho, con la esperanza de conceder a su cansancio moral un sueño, un dulce sueño de amorosa paz que tal vez no realizará nunca. Cesa su canto, que es triste y reflexivo, que tiene toda la grandeza, la mágica intensidad del augurio oído allá en la magna quietud de las campos augustos, donde, por la severidad del escenario, se siente y destaca más la pobreza de la vida

——

El día se esfumó y el crepúsculo se desvanece en las obscuras lejanías, tras las enhiestas negras cimas de las cumbres. También nosotros nos reti-

ramos, poco a poco, a paso de arrullo, a cobijar nuestro amor en la pulida casita blanca, maciza de flores, que, limpia y emperejilada, como el alma de la pulcra damita que la cuida, se enseñorea, allende el jardín hierático, cabe un tupido soto de acacias y eucaliptos.

¡Oh, si la vida no fuera un soplo y no agotara el estío las rosas primaverales...!

M. Jiménez Maya.

CANTARES

Si quieres vivir, Sevilla;
si quieres soñar, Granada;
si buscar amor, mi tierra;
si buscas valor, mi patria.

—

Andaluza es ella,
de Aragón es él.
¡Vaya por el mozo baturro y gitano
que van a tener!

—

Sus ermitas..., sus mujeres.
Vente a Córdoba y verás.
Abajo está el paraíso
y arriba la gloria está.

—

Yo tengo un escapulario
con una Virgen del Carmen.
¡Si de la guerra no vuelvo
que se lo den a mi madre!

—

Andaluza... baturrica. .
Asomaos a la ventana,
que están pasando unos mozos
y van cantando a la patria.

—

A la reja del alma en las mozas
se asoma el amor,
porque no hay sabadito en la vida
que no tenga sol.

—

A la Virgen de Araceli
se parece mi morena,
que es la Virgen más serrana
la patrona de Lucena.

—

Que el Genil lleva más agua
van diciendo por ahí,
y es que mis lágrimas corren
por el cauce del Genil.

Dr. Nemesio de Heredia.

La monstruosidad de Piedrabuena

A los médicos de Córdoba

En la prensa diaria de estos últimos días del pasado mes de Enero, con verdadero horror, leímos la excesivamente trágica noticia de que en un pueblo de la provincia de Ciudad Real, Juzgado de Piedrabuena, había fallecido el médico de sesenta y cuatro años don Tomás Carví y Cerma, en ocasión de ser conducido por una pareja de la Guardia civil, a requerimiento de la autoridad judicial, que hubo de declararle en rebeldía, por su incomrececencia a causa de hallarse afecto de una grave dolencia.

Don Tomás Corví, licenciado en medicina después de cumplidos los sesenta años, trató de establecerse en un pueblecito de Ciudad Real; hízolo así, pero necesitando de la titular para poder subvenir las necesidades propias y de su familia, hubo de solicitarla, encontrándose con la malvada competencia de un compañero pleno de juventud y de egoísmo, que no halló reparo en depreciar el abnegado ministerio de la Medicina, ofreciendo sus servicios por una muy exigua remuneración.

Falto de este apoyo, el señor Corví dedicóse al libre ejercicio de la profesión, pero pronto, por causas que no son de este lugar, comenzó a sentir el peso de la zarpa del cacique. Defendióse con las armas de la honradez y cuando creyóse invencible, parapetado en la tranquilidad de la conciencia, recibió la noticia del procesamiento, por un motivo inícuo. Anciano y enfermo, no pudo atender el requerimiento judicial de presentarse en el Juzgado de Instrucción; éste ordenó su conducción y, hallándose gravemente enfermo, se vió obligado a hacer un recorrido de más de treinta kilómetros.

¡El desventurado anciano falleció antes de que pudiera sincerarse ante la justicia!

No queremos comentar el hecho; no encontraríamos palabras que fueran fiel reflejo de nuestra indignación; posiblemenre nuestras palabras serían de amarga violencia, y no es ésta ocasión de rebeldías, sino sólo de soluciones.

Antes fué el médico de El Pobo, obligado a ser homicida por la socarronería, estultez y soberbia de un cacique de aldea; hoy es el médico don Tomás Carví, muerto por una enormidad legal. ¿Cuál seré el nuevo caso? ¿A cuál profesional le tocará rendir este sangriento tributo a la incultura?

En el caso de ahora hallamos el hecho trágicamente amargo de la falta de compañerismo en el colega joven y egoísta y el acto de conduíir como un delincuente a un anciano casi moribundo. La clase médica debe dar a ambos hechos sus merecidas sanciones.

¿Qué hará la clase médica cordobesa, desunida, en continua huída coprofesional? Ya es llegada la hora de que, sintiéndose grande, dándose cuenta de su alta misión social y a la par reconociendo la necesidad de defensa, lance la voz de unión, extendida ya, por ventura, por todas las provincias españolas.

A los médicos todos de Córdoba nos dirigimos pidiéndoles opinión. Y como nosotros creemos que deben comenzar por ponerse al habla, les ofrecemos estas columnas, para que, desde ellas, expongan lo que debe hacerse.

El braserillo del Tesoro de la Catedral

Refiriéndose el docto cronista de esta ciudad don Rafael Ramírez de Arellano a las joyas que para el culto divino guarda y conserva nuestra Iglesia Catedral, decía que la más notable, la más rica por su trabajo artístico, es el braserillo donde se quema el incienso el Sábado Santo, cuya labor repujada, del Renacimiento, no tiene igual, pareciendo ser obra de Berruguete, según lo elegante y bien trabajado de su adorno plateresco.

Esta joya del siglo XVI, cuyo fotograbado viene a ocupar hoy las páginas de nuestra Revista, no se emplea para quemar incienso, sino para poner fuego fuera de la Iglesia el último día de la Semana Mayor, y fué adquirida por el Cabildo Catedral gracias a la piadosa donación de una linajuda dama de la Casa de Córdoba: doña Elvira Ana

de Córdoba, marquesa de los Trujillos, fervorosa devota del Santísimo Sacramento.

He aquí el texto de la carta de donación que la marquesa remitió a los Muy Ilustres Capitulares de nuestra Iglesia:

«M. I. Sr.: El deseo que tengo de parecer muy Hija de esa Santa Iglesia Catedral, y de hacer algún corto servicio a la veneración del Smo. Sacramento, me obliga a suplicar a V. S. se sirva de admitir un brasero que tengo de plata para el servicio de su altar y desde luego hagan esta donación para después de mis días, suplicando a V. S. que en el ínterin se sirva de esta alhaja en todas las ocasiones eclesiásticas de su Santa Iglesia que tuviese gusto y que yo participe algo de sus santas oraciones y sufragios. Que N. S. a V. S. conceda los aumentos que merece y yo deseo.

De las Posadas en diez de Septiembre de 1665.—Elvira Ana de Córdoba.»

El día 25 del mismo mes, aceptó el Cabildo la donación, acordando que el canónigo don Francisco Bravo de Mendoza y el racionero don Alonso de Burgos diesen las gracias a la marquesa de los Trujillos por la dádiva, expresándole la mucha estimación que el Cabildo hacía de su mucho celo.

A la munificencia de la ilustre dama y al cuidado que durante cerca de tres siglos ha puesto el cultísimo Cabildo Catedral en la conservación de esta joya, debe Córdoba el honor de poder mostrar a los amantes del arte una alhaja tan rica.

José M.ª Rey

La destrucción de la verdadera Córdoba

«Córdoba, casa de guerrera gente – y de sabiduría clara fuente», cuya civilización más alta floreció durante la época de aquellos Califas memorables que eran poetas y filósofos, gobernantes y constructores, va perdiendo rápidamente su sello típico e inconfundible, que la hiciera ser la ciudad bella por excelencia, la predilecta de los más grandes ingenios.

La piqueta demoledora del progreso ha ido destruyendo la mayoría de los más típicos y hermosos edificios. A la demolición de la artística casa de los Bañuelos precedió la de las históricas puertas y murallas de la ciudad y cientos de calles han perdido su carácter legendario. Ultimamente, de una calle tan típica, y única en su clase, como la Postrera, han sido destruídos los arcos que la adornaban.

No es esto solo, sino que otras creaciones de extraordinario interés arquitectónico e histórico, se van desmoronando poco a poco por efecto de los tiempos, sin que los cordobeses nos preocupemos de que con ellas perdemos verdaderas e insustituibles joyas, legadas por un pasado esplendoroso. Con amoroso cuidado debíamos velar por la conservación de la Torre de la Malmuerta, la Puerta de Almodóvar y otros monumentos.

Por ello, cuando periodistas amantes de nuestras joyas artísticas oponen decididamente su pluma a los avances de la bárbara demoledora piqueta del progreso—de un mal entendido progreso—los cordobeses debemos alentarles y ayudarles decididamente y más cuando se trata de la noble empresa acometida con la fundación de una revista como Córdoba, en la que se funden y cristalizan los generosos anhelos de que Córdoba recobre los esplendores de su belleza especial, única.

Y cuenta que algunos de los periodistas aludidos no son cordobeses de nacimiento, pero por sus escritos en loor y provecho de Córdoba, por sus amores a la ciudad de los Califas, por su bien probado cordobesismo, merecen el nombre de cordobeses con tanto derecho como los que nacieron

Gente de la calle.—*¡¡Paja pa jergones...!!*
Dibujo de Alfonso del Rosal.

en la inmortal ciudad de los Abderramanes.

La mayoría de los cordobeses vivimos en Córboba sin conocerla, teniendo ideas muy vagas respecto a las riquezas artísticas de nuestra querida patria chica, y a ello obedece el que innumerables joyas inapreciables hayan desaparecido de Córdoba, adquiridas por corredores de anticuarios, quienes, a cambio de irrisorias cantidades, obtuvieron magníficos capiteles, columnas romanas, artísticos brocales de pozo, como el que había en la casa del marqués de Comares, que después fué convento de San Martín; lápidas con curiosísimas inscripciones, como una que procedía de los palacios de Medina Azahara y cuya fotografía tuvimos el gusto de ver, hace poco tiempo, pero ya en manos de un anticuario.

El caso, por lo curioso, merece relatarse: el inspirado poeta y querido amigo nuestro Antonio Arévalo llamó a un anticuario sevillano para que diese su opinión respecto a un cuadro que posee, y a la casa del mencionado escritor fuímos para que el anticuario apreciase el mérito de la pintura. Después de examinado el lienzo, charlamos un buen rato, y el anticuario, hablando de *sus negocios*, nos enseñó la fotografía de la lápida adquirida en Medina Azahara, manifestando que por el valioso ejemplar había pagado *cuarenta pesetas* y que ya le habían ofrecido *doce mil pesetas*, con destino a Nueva York.

Al edificar el nuevo local del Café Suizo, los albañiles encontraron numerosos trozos de columnas, candiles árabes de barro, etc., etc., y, de estos objetos, los que no fueron vendidos por pequeñas cantidades, volvieron a servir de cascote, confundidos con los escombros, para el relleno de los cimientos.

Por último, en una casa recientemente edificada muy cerca de la estación, fueron hallados dos preciosos capiteles, los cuales adquirió un conocido corredor de antigüedades en una cantidad bien pequeña y, a los pocos días, los capiteles fueron vendidos en Madrid por una suma fabulosa.

A evitar estos despojos de joyas artísticas tiende la campaña de Prensa a que anteriormente nos hemos referido y en la que todos debemos contribuir en cuanto esté de nuestra parte, para que no acaben de desaparecer de Córdoba los valiosos objetos que nos legaron los antiguos pobladores de nnestra querida ciudad.

A semejanza de la primorosa Portada de la Caridad descubierta en la plaza del Potro y del interesante arco hallado entre el Portillo y la calle de la Feria, ¡cuántas y cuántas joyas artísticas habrá, descubiertas pero desconocidas unas y por descubrir enteramente otras; aquellas, ignoradas por no concederles mérito sus dueños, y estas, por falta de una pequeña luz o guía que permita dar con ellas!

Para corregir esta situación, y contando de antemano con el ofrecimiento entusiástico de los elementos que figuran en esta Revista, excito a cuantos posean objetos antiguos—cuadros, restos arquitectónicos, etcétera—o conozcan casas en las que haya vestigios que permitan sostener la esperanza de efectuar algún descubrimiento interesante, que se dirijan a CÓRDOBA, donde generosamente se les servirá de guías y proporcionará cuantos datos sea posible reunir.

Se visitará las casas que desee el vecindario, se investigará cuanto sea dable y, aunque el resultado hubiera de ser infructuoso en la mayoría de los casos, la satisfacción de un solo hallazgo de mérito que pudiera efectuarse, con creces compensaría cuantos trabajos se realizasen en busca de la verdadera Córdoba. Todo, antes que continuar en la situación de ingenua ignorancia de los indígenas del Nuevo Mundo a la llegada de los descubridores, cuando a cambio de abalorios entregaban los más preciados frutos de su patrimonio común, desde el oro hasta la libertad.

Elio Santi-Diè.

Claustro de profesores de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba.

Visita de los Dependientes de Comercio al Museo de Bellas Artes

Afectuosamente atendidos por el notable artista don Enrique Romero de Torres, los jóvenes que constituyen la Unión de Dependientes de Comercio pudieron admirar el pasado domingo las valiosísimas riquezas que se conservan en nuestro Museo provincial de Bellas Artes.

Exiguo es el local destinado a Museo, más aún por servir además en la actualidad de Museo Arqueológico, pero, a pesar de su escasa capacidad, elevado es el número de sus obras de arte y, lo que es más esencial, de mérito extraordinario. Aunque bien sabemos que son conocidos de toda Córdoba, no queremos dejar que pase esta ocasión sin advertir a todo el que, sin ser artista, sienta los excelsos amores de las artes bellas, que aquí en nuestra Cordoba, sin salir de ella, puede admirar a Murillo, a Ribera, a Zurbarán, sintiéndose español por éste y universal por aquellos; y contemplar las producciones del pincel de Pedro de Córdoba, de Antonio del Castillo y Romero Barros, para sentirse cordobés y amar a Córdoba en los ilustres muertos que supieron honrarse, llenándola de gloria al trasladar al lienzo las geniales creaciones de sus espíritus inmensos.

Y podrán extasiarse en la contemplación del mayestático verismo de un lienzo —«El Viático» - de Rafael Romero de Torres, de aquel gran pintor prematuramente arrancado a la gloria; y saborear el claro genio del más grande pintor de nuestros días, Julio Romero de Torres, aunque sólo sea en fotografía, pues las gentes, avaras de su arte, dispútanse sus obras aun antes de terminadas.

También son dignas de admiración algunas obras escultóricas, en originales o en copias: la Venus de Milo y la de Médicis; Amor y trabajo; el Náufrago, de nuestro gran Mateo Inurria, etc. etc.

Y abundantísimo e imposible de detallar el arsenal arqueológico y numismático: monedas, capiteles, trabajos de alfarería, inscripciones árabes romanas, etc.; flechas iberas, restos de molinos, etc. etc.

En una palabra: una tarde agradabilísima, de plena expansión espiritual, en dulce charla con el arte; dos horas de ensueño, de idealización; horas de añoranzas de siglos de arte y de ansias de siglos de amor: el pasado artístico y el porvenir científico. Pero pronto pasa; volvemos a la vida, volvemos a la realidad: hemos visto un lienzo de sacrificio: ¡la Paz no es eterna!

Sólo la cálida y fervorosa charla del cultísimo director del Museo consigue apagarnos los anhelos de protesta que en nuestro espíritu comienzan a agitarse. ¡Estamos en el templo de la Naturaleza!

Los dependientes de Comercio quedaron satisfechísimos y, felicitando al señor Romero de Torres, ofreciéronle repetir la visita.

L.

LA CONDESA LLORA...

Apunte de comedia.

En el gabinete de estilo árabe de su casa, la condesa Josefina conversa con el pintor Gomélez. Es noche de fiesta en los salones de la condesa. Suenan los compases de un vals austriaco, y al fondo, por una puerta abierta a un salón iluminado profusamente, se ven circular las parejas de los que bailan.

Huyendo un poco de la fiesta, cansada de saludar y de atender a todo el mundo, la condesa, en compañía del pintor, ha buscado unos instantes de refugio en el gabinete árabe.

Es la dueña de la casa, alta y esbelta; viste un traje gris perla elegantísimo, y, sobre su cuello nacarado, relucen los diamantes de un collar magnífico... Entre el bullicio del baile, la condesa se sienta hastiada, triste. Es hora de confidencias, y habla:

Condesa.—Estoy fatigada, rendida. Descansaremos aquí un rato, Gomélez.

Gomélez.—Como usted quiera, condesa. Esta noche estoy a sus órdenes incondicionalmente. Las gentes que hay en el salón ni me interesan, ni me preocupan.

Condesa.—Son las mismas. Las de siempre. La comparsería de estas mis comedias que represento. Unas cuantas señoritas ansiosas de figurar, de tener novio. Entre las monotonías de sus vidas, estos mis tés conque las obsequio les hacen oividar un poco la vulgaridad en que viven. Y yo, viéndolas a ellas divertirse, también me aturdo, olvido y me distraigo. Debemos hacer algo de bien, repartiendo una poca de felicidad entre los demás. Aunque resulta una paradoja en mí dar felicidad, yo que tanto la necesito y la deseo.

Gomélez.—¿Usted no es feliz, Josefina?

Condesa.—En apariencia, para la sociedad, para toda èsa gente que ríe y baila, soy una mujer dichosa, envidiable; lujo, criados, un título, un marido correcto, amable, sin celos, indiferente, cuanto me rodea invita a la dicha, al bienestar, pero hay algo en mí que me tortura, que a veces me hace derramar lágrimas, sentir hondamente. ¿Neurastenia, nervios? No lo sé. Callo y sufro un día y otro, en un estado de inquietud constante, entre estas gentes que me juzgan tan superficial y tan frívola como ellas.

Gomélez.—¿Tal vez romanticismo, lectura de novelas?

Condesa.—No, Gomélez, no. Es la vida, la vulgaridad de ambiente que sutiliza nuestro espíritu y nos hace intensamente inquietos y atormentados. Ni libros, ni versos, ni obras de teatro. Nos lo dice la misma vida que pasa; esas gentes con sus luchas, sus ambiciones y egoísmos. Ahí, mientras charlan y bailan, son felíces; ellas esperan la declaración de amor, tantas veces ansiada, y ellos, las entretienen y se burlan. La tragedia, el fracaso íntimo va por dentro, desgarrador, envuelto entre son risas, galanteos y hasta chistes. Pero volvamos nuevamente al salón. De fijo que se murmura ya de nuestra ausencia.

Gomélez.—Y efectivamente vienen a buscarnos.

(Entran en el gapinete Aguado, Lolita Vargas y otros invitados.)

Aguado.—El *cotillón*, condesa; es tardísimo.

Condesa.—Sí, cuando ustedes quieran. ¿Están ya formadas todas las parejas?

Lolita.—Menos las de Andrade, que se han quedado sentadas como siempre.

Aguado.—En cambio, la mayor de las de Andújar ha encontrado pareja. Baila con el cursi de Meléndez. Como siempre, vienen esta noche hechas dos acuarelas.

Lolita.—Han abusado un poco del carmín.

Aguado.—Parecen postales iluminadas, y de las baratas.

Gomélez.—No hay derecho. ¡Pobres muchachas!

Aguado.—¡Muchachas! ¡Qué ironía! Con sus cincuenta cumplidos y con unas ganas atroces de tener novio.

Lolita.—Y coqueteando como unas niñas recién puestas de largo. Son deliciosas. Se hacen todavía ilusiones.

Condesa.—Dejemos un poco la tijera y volvamos al salón. Hay que preocuparse de las figuras y de los regalos.

La condesa, del brazo de Gomélez, se dirige hacia el salón de baile.

Dándole escolta van las otras parejas; las damitas frívolas y los jóvenes elegantes, entre risas y galanteos.

Los violines preludian un vals lento, caricioso y dulce.

Se inician las primeras figuras del *cotillón*.

Y en plena fiesta, entre el bullicio, los giros del vals, las risas y las frases galantes, la condesa llora...

A. Jiménez Lora.

SONETOS

ESCÉPTICO

Ni anhelo bienes ni le temo a males,
me basta con mi vida y con mi historia;
no envidio el brillo de mundana gloria
ni la fama de genios inmortales.
Todos los monumentos colosales
que pregonan del hombre la victoria,
polvo han de ser; su efímera memoria
los siglos borrarán siempre triunfales.
En amor y en placer jamás confío,
y, aunque de cada cual tomo lo mío,
nunca me han despertado un ansia loca;
pues mi sereno espíritu comprende
que si hay quien compra besos de una
(boca
hay una boca que los besos vende.

LA TORRE

La gente del cortijo por la estepa ca-
(mina
cercada por el polvo, tostada por el sol;
va a holgarse en los festejos de la ciudad
(vecina
y marcha lentamente, al son del caracol.
Rompiendo la llanura que la vista re-
(corre,
herida por los rayos del sol canicular,
surge el grisáceo cuerpo de la gallarda
(torre,
la torre de la iglesia, la torre secular.
La gente del cortijo transida, jadeante,
en su penosa marcha se detiene un ins-
(tante
y al divisar el pueblo siente extraña emo-
(ción;
mientras que cual anuncios de venturas
(lejanas,
la acarician los ecos de las graves cam-
(panas,
que allá desde la torre, llaman a la ora-
(ción.

Antonio Arèvalo.

La destrucción de Córdoba.—La Ermita del Amparo, correspondiente al antiguo Hospital de la Lámpara, para cuya venta se ha convocado a subasta pública por segunda vez, quedando únicamente la esperanza de que las hermandades que en ella hubo y que actualmente se encuentran incorporadas al Sagrario de la Catedral, intervengan, juntamente con los concejales del distrito, entre los que se encuentra el popular exalcalde don Rafael Jiménez Amigo, para que no se consume la destrucción de aquel interesante y bello elemento de la arquitectura y la Historia de Córdoba, siendo bueno advertir que la salvadora empresa requeriría un gasto muy exiguo, seguramente muy inferior a mil pesetas.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

De la Córdoba destruída

Restos de la ornamentación admirable que el encaje de piedra formaba en Medina Azahara, en donde, merced a la admirable dirección del sabio arquitecto señor Velázquez Bosco, se están practicando muy afortunados e importantes descubrimientos, sustentándose la aspiración de que se llegará a reconstruir, con destino a Museo, uno de los antiguos pabellones, para ofrecer así una idea de cómo fué aquella asombrosa Alhambra cordobesa.

CUENTO

BLANCO Y NEGRO

Al notable pianista don Carlos López de Rozas, muy afectuosamente.

Apacible mañana de Marzo..

El áureo disco solar envía una verdadera lluvia de luz radiante, esplendorosa, magnífica... La fresca brisa mañanera imprime en los rostros un ósculo de deliciosa frialdad. Multitud de obreras jovencitas, de talles esbeltos y airosos andares, cruzan las calles en todas direcciones encaminándose hacia fábricas y talleres. Aun se advierte en sus semblantes la contrariedad producida por un sueño que se abandona para proseguir las monótonas tareas cotidianas. Sus bellos ojazos contemplan con marcada extrañeza el panorama que las calles ofrecen; no parece sino que han sido transportadas por brazos invisibles a tierras desconocidas, y es que todas ellas, acaban de llegar de los fantásticos e ignorados países del sueño...

La ciudad despierta a la vida bajo un cielo que es palio de purísimo azul...

Con un pitillo en la boca, las manos en los bolsillos y los libros bajo el brazo, marchamos a la Escuela Normal varios estudiantes vecinos, discutiendo la enrevesada fórmula del binomio de Newton, primero, después elogiando el glorioso proceder de Leónidas en el desfiladero de las Termópilas, más tarde hablando con calor de las sabias leyes de Licurgo.

No tardamos en encontrarnos ante la Escuela, vetusto edificio cuya construcción data de tiempo inmemorial. Frente a ella, hay un jardín, pequeño, pero muy bonito; en su centro, se destaca antiquísima palmera, en derredor de la cual forman corrillos los estudiantes, en espera de que suene la hora de entrar en las clases.

Los recién llegados saludamos a nuestros compañeros y bien pronto tomamos parte en su charla bulliciosa y dicharachera, tan característica en el estudiante español.

Al poco rato dejóse oir la voz del conserje que gritaba con gracioso acento sevillano: «Claze de múzica, zegundo zuperió.»

Corrió la turba estudiantil en busca de las aulas, no sin que antes quedásemos rezagados tres o cuatro compañeros, para piropear a una muchachita que pasó ante nosotros con la sonrisa más seductora prisionera entre los bermejos labios...

—

La clase de música se halla instalada en una habitación de forma rectangular, pequeñísima. Como únicos enseres cuenta con un piano, varias pizarras y algunas bancas en las que a voluntad toman asiento los alumnos.

¡Oh, el viejo piano de la clase de música...! En un ángulo de la estancia, herméticamente cerrado, parece relegado a un olvido, que pudiera calificarse de perdurable, a no ser por la diaria, aunque breve visita, que le hacen los estudiantes. ¡Pobre piano, que aprisionado en un local tan reducido, jamás sintió en su teclado el contacto, la dulce caricia de unas manos de mujer...!

Don Carlos, el profesor de música, es un señor alto, delgado, de aspecto grave, afable con sus amigos y bondadoso con los discípulos; accediendo a reiteradas peticiones nuestras, tocaba al piano las composiciones musicales más en boga. En el día de este mi cuento, como preguntase acerca de la partitura que fuera más de nuestro agrado, yo no pude menor de exclamar:—¿Por qué no toca usted algo de «María Mari»...?

Don Carlos, sonriente, asintió con un movimiento de cabeza.

La música del piano comenzó a preludiar los vibrantes notas de tan genial composición. Con recogimiento y embeleso escuchábamos todos...

Los mágicos arpegios hacíanme entornar los párpados como para oir mejor... Por arte de ilusoria fantasmagoría mi imaginación ardiente y soñadora, evocaba amores, más que terrenales, soñados... El hechizo de aquellas notas desgranadas con melancólica fruición electrizaba mi ser porque siempre ví en ellas la consagración de nobilísimos ideales, el bálsamo que cura las heridas que producen los martirios del querer... Tales son, cual integradas por una confusión admirable de terrenos amores y puros anhelos...

De pronto vino a romper el augusto silencio un prolongado maullido que sonó muy cerca de nosotros. A los pocos instantes pudimos ver, a través de la pequeña ventana de la estancia, cómo marchaba sobre el tejado contiguo, con andar lento y sosegado, un sober-

bio gatazo. El animal no tardó en dirigir sus pasos hacia el sitio de donde partía la música.

—¡Mirad otro músico!—gritó un compañero, y su exclamación produjo la consiguiente hilaridad.

En verdad que era un hermoso ejemplar el inesperado visitante. Grande, de ojos muy verdes y vivarachos, hocico corto, pelo largo y brillante y uñas finas de gran curvatura, constituía el prototipo del felino donaire y gentileza. ¡Es blanco y negro!—dijo uno—y desde aquel entonces, éste fué el nombre que el gato tuvo entre nosotros.

«Blanco y negro» aproximóse a la ventana, nos miró con extrañeza, y no tardó en alejarse, caminando por el alero del tejado con la pausada marcha en él habitual.

El simpático gatazo repitió varios días su visita...

—

Diversas veces, en unión de otro compañero, estuve acechando la llegada del misteriosa gato, el que siempre me dejaba burlado con su ausencia.

Un día, a la caída de la tarde, entramos en la clase de música, notando con la natural sorpresa que don Carlos se había dejado olvidada la llave del piano. Mi amigo empezó a teclear...

Voy a tocar tu obra favorita—dijo—y el piano preludió los primeros acordes de «María Mari». ¡Extraño suceso! Inesperadamente, cuando más ajenos estábamos a ello, «Blanco y negro» hizo su aparición por la ventana, y repentinamente, saltó al interior de la clase. No tardamos en apoderarnos del hermoso gato, que no opuso la más leve resistencia.

«Blanco y negro» manoteaba y arqueaba su cuerpo, agradecido a nuestras caricias; el gato llevaba puesto un collar de terciopelo azul en el que aparecían bordadas algunas letras... La curiosa inscripción decía: «A su Chinín.—Pepita».

Confieso que la dedicatoria del regalo hubo de intrigarme sobremanera. Satisfice mis deseos de quitarle el collar...

—

La sala de la casita de doña Mercedes, aunque pequeña, está bastante bien amueblada. Gran espejo de biselada luna ocupa casi por completo uno de los testeros; sobre varias consolas de madera de ébano, en perfecta formación, destácase variedad de figuras de porcelana a cual más bonita y caprichosa.

Nueva Junta directiva de la Unión de dependientes de Comercio

Diseminados por las paredes se ve cuadros y retratos; en el centro de la estancia, bajo la lámpara eléctrica, hay un velador de tablero de mármol jaspeado.

Bajo el susodicho espejo encuéntranse un lujoso diván y una pareja de amplias butacas. En una de ellas tomó asiento doña Mercedes; yo ocupé la otra.

La edad de doña Mercedes raya en los cuarenta, pero representa tener bastantes años; debió ser muy guapa: el sufrimiento desdibujó las magistrales líneas de su hermoso cuerpo, sus ojos tienen un brillo muy débil y las mejillas hanse tornado pálidas rosas de té...

Durante su conversación, doña Mercedes no deja de dirigir la vista al extremo opuesto de la sala donde se halla el piano, y sobre él, colgado, un hermoso retrato de joven y linda mujer. Una corona de siemprevivas rodea la venerada imagen...

Con los ojos anegados en llanto y la voz entrecortada por el anheloso hipar, doña Mercedes me refirió la historia de una vida tronchada en flor...

Su hija Pepita era una rubia ideal, de dieciséis primaveras: rayos de sol semejaban sus cabellos, violetas sus ojos, rosas sus encendidas mejillas, clavellinas sus labios, lirios sus manos...

Para Pepita era Chinín un amigo del alma, un confidente a quien relataba sus alegrías y sus cuitas... El gato quería entrañablemente a su dueña, siguiendo sus pasos por toda la casa, comiendo junto a ella, durmiendo en su regazo...

A Pepita le gustaba la música y, por tanto, a Chinín también. Cuando la encantadora joven tocaba el piano, el simpático animalito pasaba las horas enteras contemplándola. «María Mari» era la composición musical predilecta de Pepita... ¡Cuántas veces hubo de escucharla Chinín...!

Pero ¡oh, desgracia!, la joven hubo de enfermar... Cruel padecimiento la postró en el lecho para conducirla después al sepulcro...

Murió Pepita, y en su lecho de muerte la veló Chinín, quien se debatía furioso contra los que intentaban separarle del lado de la muerta...

—

Cuando doña Mercedes terminó la dolorosa historia, saqué de la cartera el collar y se lo devolví emocionado... Chinín acudió al llamamiento de su dueña y volvió a entrar en posesión del recuerdo regalo de Pepita...

Caía la tarde... Fiera congoja se apoderó del corazón de doña Mercedes, que rompió a llorar con desconsuelo...

¡Pobre hija mía!—gimió—cayendo de hinojos, con los brazos tendidos en dirección a la imagen de la muerta idolatrada...

Y, sin duda alguna, a causa de extraña coincidencia, en súbito arranque, Chinín, saltando sobre el piano, arañaba el muro, pugnando por llegar hasta el retrato...

Un escalofrío intenso recorrió mi ser, a la par que en mis pecadores labios temblaba una oración...

Antonio Moya.

LAS DOS MINAS

En la caverna lóbrega el minero
trabaja como cíclope gigante
y al duro golpe de bruñido acero
vé surgir el diamante.
Mina es tu pecho, lóbrega y sombría,
mal velada por túnicas de armiño;
minero yo la sondo noche y día
y no encuentro el cariño.

Ricardo de Montis.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

INDEPENDIENTE

Moros cordobeses.--El médico odontólogo y escritor africanista Dr. Cortés Valero natural de Córdoba y residente en Fez.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 10 de Febrero de 1917 | NÚM. 26

EL ENTARIMAO

Con mil apuros y dos mil hambres estudió su humilde carrerita de maestro elemental cierto joven, hijo de padres honrados y pobrísimos; acabada, practicóla algunos meses al lado de un buen maestro de la Corte, y, teórico y práctico a la par, acudió poco después al higuí de unas oposiciones a escuelas, hizo muy aceptables ejercicios, obtuvo plaza y fuése a ocuparla, llena la cabeza de pensamientos nobles y rebosándoledel corazónlos sentimientos generosos.

Ya, felizmente—pensaba—era llegada la hora en que él pusiese en práctica todo aquello que le había sugerido la cotidiana lectura de los tratados de Pedagogía; y si un maestro de escuela, por su trabajo perseverante, puede lograr que un pueblo prospere y se haga dichoso, poco había él de poder, o, tiempo andando, el Parrillar (a cosa así, de uvas y pámpanos, suena el nombre real del lugarejo) había de erigirle una estatua en mitad de la plaza pública.

Y divertida la fantasía en estas galanas imaginaciones,no iba don Quijote de la Mancha más contento y alborozado cuando, caballero en su Rocinante, comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel, que nuestro ilustre pedagogo, cabalgando en una rucia pollina protohistóca, joya familiar de la casa paterna, al dirigirse hacia el pueblecillo en donde, al combatir por la fermosa dama doña Cultura con la ponzoñosa y temible hidra de la Ignorancia, de siete y aun de setenta cabezas, tenía, como el Hidalgo Manchego, «agravios que deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer.»

El gobernador civil don Emilio Díaz Moreu, a quien se debe la constitución de una junta de personalidades para repartir entre los pobres las sumas procedentes de los centros de recreo, los que han aumentado sus cuotas.

Caricatura de Cámara.

Llegado al lugar nuestro novel Caballero de la Pedagogía, su primer cuidado, después de dejar la jumenta en el mesón, fué visitar al alcalde. No le halló en el casuco concejil, pero sí en su apeadero ordinario: en la tabernilla inmediata, en donde bebiendo mucho y blasfemando no poco, jugaba al mus con otros prohombres de su laya, sus compinches y paniaguados, y ¡a fe que era el tal alcalde, por su torcido corpachón, su retorcido mirar y su más que retorcida habla, el más disforme bárbaro del mundo! No dejó los naipes ni se alzó de la silla al presentarse el maestro, y enterado de quién era y de la misión que llevaba, le dijo, metiendo el dialoguillo entre dos tragos:

—Ahora enseñarán a usté la escuela. Pero antes, ¿no quiere usté jugar un rato?

—No entiendo cosa alguna de naipes, señor alcalde—respondió el maestro.

—¿Ni colar un traguillo?—volvolvió a preguntar el alcalde.

—Gracias-repuso el recién llegado.—No bebo líquidos espirituosos.

Y, soltando una bestial carcajada, dijo su interlocutor.

—Pues ¿qué es lo que sabe quien no juega ni bebe? No era así el maestro que está mascando tierra: cabalmente una de sus borracheras se lo llevó al otro mundo. Aquél era un famoso tercio para todo: cada día bebíamos mano a mano hasta caer. ¡Tragavino le llamábamos! Porque aquí, amigo mío, nadie escapa de llevar mote. A mí me llaman Mochilón, porque dicen si agencio o no agencio y si guardo o no guardo. Ya le pondrán a usté su mote antes que pasen dos días...

Mal pareció a nuestro hombre el alcalde, pero peor había de parecerle la escuela, que no era sino un cobertizo inmundo, en comunicación franca y abierta con el corral del concejo. Así, los niños que tuvo a su cargo el dómine Tragavino habían establecido un curioso cambio de habitación con los lechones de la piara concejil: éstos, en las noches de la estación invernal, reposaban en la escuela cobijados y abrigaditos, y aquéllos, en las mañanas frías salíanse del cober-

tizo al corral, en busca del suave calorcillo del sol. Pero esta comunidad de habitaciones había acarreado a los niños diversas enfermedades y molestias, y entre ellos no se encontraba ni siquiera uno que mirase con los ojos claros y limpios: todos andaban cegajosos y llenos de legañas, que era una lástima, y un asco el verlos.

Pidió el maestro que se convocara a la Junta local y anticipó al alcalde la idea de ser enteramente necesario efectuar en la escuela algunas obras, empezando por sanear y entarimar aquel inmundo suelo, que era terrizo y tenía microbios y suciedades de cien años, y allí fué de ver la cara que puso el alcalde, y, sobre todo, cómo le cayó en gracia lo del entarimado, lujo que él no tenía en su propia casa, a pesar de llamarse el Mochilón por lo repuesto que le suponían el gatazo de sus ahorros.

Dos horas después no andaba en el pueblo otra conversación que la del *entarimao*, y a la mañana siguiente, ya la musa popular, para quien el concebir y el parir suelen ser una cosa misma, había puesto en coplas el lance y en regalada solfa al maestro. En efecto, este hombre desventurado fué testigo de su propio mal cuando, al dirigirse a la iglesia al siguiente día para oir misa y conversar con el cura, escuchó a una turba de chiquillos desarrapados, sus probables discípulos, cantando con desaforadas voces:

Vaya un maestro escuela
que nos han mandao,
tan *entarimio*.
tan *entarimio*.
tan entarimao.
Vaya un maestro escuela
que nos ha *vinio*,
tan entarimao,
tan entarimao,
tan *entarimio*.

La larga entrevista con el párroco acabó de echar un jarro de agua fría sobre los generosos arrestos del pobre maestro de escuela. Con otros no menores bríos había llegado años atrás su antecesor; pero de nada le sirvió luchar, solo entre muchos, contra la ola de la ignorancia y salvajismo de aquel condenado pueblo, y, al cabo, se dejó arrastrar por ella, y tal vida emprendió y siguió, que Tragavino le llamaron hasta su muerte.

—Yo estimaba mucho a aquel desgraciado—decía el cura,—pero no pude contenerle en el camino de su perdición. No abandonó el pueblo cuando debió y le aconsejé, y cayó sobre él de lleno, la negra influencia de las tres *es* de esta clase de pueblecitos, que *e*nvilencen, *e*mpobrecen y *e*mbrutecen a quien vive en ellos. Esto—sírvale a usted de gobierno—está enteramento perdido. Ese alcalde a quien usted visitó ayer y otro que tal, con quien turna pacíficamente en el mando, son hechuras de un solo cacique provincial que tiene por suyo este lugarejo y se va merendando todos sus propios y cuanto le cae al alcance de las manos. Ahora acaba de comerse dos carreteras, que se han pagado y no puede decirse que se han hecho. Aquí no hay enseñanza, ni puede haberla, porque a esos amos y caciques les conviene que no la haya: sobre bestias se domina mejor que sobre hombres.

No lo pensó más nuestro ya excaballero andante, y, hecho cargo de cuanto veía y escuchaba, fuése a buscar al alcalde para comunicarle la grata nueva de que renunciaba para siempre jamás, amén, a educar e instruir a los cerriles asnillos del Parrillar. Comunicósela, en efecto, no sin que el alguacil, para anunciar al alcalde la visita, dijése en alta voz:

—Ahí está el Entarimao.

....

Esto de fomentar la enseñanza requiere, a mi ver, una delicada operación previa. Para desasnar a las nueve décimas partes de los pueblos de España debe comenzarse por entarimar la pocilga del cerebro a unos millares de alcaldetes Mochilones, y por sacarlos de la maldita jurisdicción de unos cuantos centenares de caciques y caciquillos sin conciencia.

Francisco Rodríguez Marín.

Las jiras campestres

Aunque no se ha perdido en Córdoba la costumbre de organizar jiras campestres, las que hoy se celebran difieren mucho de las antiguas.

En la actualidad, las familias que disponen de medios para ello pasan una temporada todos los años en las incomparables huertas de nuestra Sierra, y las que no pueden permitirse ese *lujo* se conforman con ir los domingos, un rato por la tarde, al Ventorrillo del Brillante o a la carretera de Trassiera, lugares que se han convertido hoy en paseos, y solamente la clase obrera suele *echar un día de campo* o *ir de perol*, según las frases gráficas, lo cual hacían antiguamente desde la persona mejor acomodada hasta el último trabajador.

El sábado o la víspera del día festivo preparábase todo lo necesario para la jira; los canastos de las viandas, la *esportilla* bien repleta de sabrosas aceitunas, la bota del vino, que hoy ha desaparecido por completo, la guitarra, las castañuelas para el baile y la soga larga y resistente para el columpio.

Los muchachos no dormían pensando en la ida de campo.

Antes de que amaneciera ya estaban levantados todos los espedicionarios, reflejándose una alegría indescriptible en sus rostros, y apenas se divisaba la primera claridad del alba emprendían el camino de la Sierra, las mujeres cargadas con los cestos, los mozos llevando la guitarra, la bota y el frasco del aguardiente, y los hombres de más peso la escopeta o las redes y los palotes para cozar unos pajarillos que dieran buen gusto al arroz.

Estas caravanas sentaban sus reales en sitios donde hubiese buen agua, un llano próximo para bailar y correr y un par de olivos en condiciones para poner en ellos el columpio.

Y allí pasaban las horas inadvertidas: unos cazando, otros entregándose a honestas diversiones, las viejas dedicadas al arte culinario.

Y cuando el sol daba su último beso de luz a las crestas de los montes, emprendían todos el regreso tan alegres como estuvieran a la ida, sin mostrar cansancio, llenos los pulmones de aire puro, y dispuestos, después de unas horas de reposo, a continuar su labor diaria.

Eran famosas las jiras campestres de los plateros, de aquellos ar-

tífices que dieron fama universal a una industria cordobesa.

Ellos no las celebraban únicamente los domingos, improvisábanlas cualquier día, un día hermoso de invierno, de esos que convidan a tomar el sol.

Bastaba que un operario de un taller iniciara la idea para que todos, desde el maestro hasta el último aprendiz, la acogiesen con entusiasmo; al punto dejaban su delicada labor y media hora después veíaseles marchar camino del campo, rebosantes de satisfacción y de júbilo.

Y eran estas de los plateros jiras espléndidas, en las que había derroche de todo: de buen humor, de alegría, de vino, sin que jamás la sombra de un disgusto empañara el contento de los expedicionarios.

Nuestra ciudad, como casi todas las de España, tiene también su clásica romería, la de la fiesta de la Candelaria, que primero se celebró en el arroyo de las Piedras y hoy se verifica en el de Pedroches.

El hermoso espectáculo que presenta dicho paraje el día 2 de Febrero ha sido descrito y cantado por nuestros mejores poetas y la romería en cuestión sirvió de tema, hace muchos años, en unos Juegos florales.

Más de una vez registráronse en estas excursiones accidentes desagradables o cómicos y se representó a lo vivo la escena del célebre cuadro *Se aguó la fiesta*, a causa de la inesperada aparición de un trro.

Estas visitas, desagradables siempre, nos recuerdan el siguiente hecho: un pobre blanqueador, muy aficionado al campo, a quien sus amigos llamaban el *Conde Negri*, sorprendió en cierta ocasión a aquellos con la noticia de que había inventado un procedimiento, acerca del cual guardaba gran reserva,

Obreras de Córdoba.—Modistas del taller de confecciones del Sr. Sánchez Oñate

para que huyese de la persona que lo pusiera en práctica el toro más temible por su bravura.

Un día que, según su costumbre, se fué *de perol* con varios camaradas, hallándose todos sentados tranquilamente a la orilla del río, presentóse un novillo, y apenas divisó el grupo dirigióse hacia él en carrera vertiginosa.

El *Conde Negri*, radiante de gozo porque iba a demostrar la eficacia de su invento, levantóse de un salto, se quitó el sambrero, inclinó el cuerpo hacia adelante, como si fuera a andar a gatas, y en esta forma, muy despacio, marchó hacia donde estaba la fiera, caminando para atrás y moviendo a la vez el sombrero con ambas manos, colocadas por bajo de la cintura.

El novillo, al fijarse en aquel bulto extraño, retrocedió algunos pasos, no se sabe si por miedo o para tomar mayor carrera, pero volvió a avanzar ligero como un rayo, dando tan terrible embestida al pobre blanqueador que fué a caer de bruces en el río con la rapidez de una saeta.

No es necesario decir la *carga* que le dieron los amigos ni que desistió en aquel acto de volver a ensayar la experiencia.

Aunque el tiempo propio de estas jiras es el invierno, nunca dejaron de celebrarse en Córdoba durante la primavera y el estío, ya por la tarde o por la noche, para ir a los melonares y a comer lechugas e higo-chumbos.

No hace muchos veranos se pusieron de moda las excursiones nocturnas a la Palomera, adonde iban innumerables familias *para echar una cana al aire* con el pretexto de beber las ricas aguas de la fuente que hay en dicho lugar, aunque muchos las sustituyeran por el *Montilla* o el *amílico*.

Y no debemos concluir sin mencionar también otra clase de jiras no menos características de nuestra ciudad que las indicadas: las que efectúan los muchachos a los habares para *hacer la doctrina*, frase genuinamente cordobesa con la que ellos califican el hurto de habas.

Ricardo de Montis.

Pueblos de Córdoba.—Rute: el paseo del Fresno.
Fotografía de la señorita Victoria Pau.

EN DEFENSA DE ANDALUCIA

Sr. Director de la revista «España».

Muy señor nuestro: Primero Fabián Vidal, diciendo que en Andalucía no existen sino caciques y toreros, y ahora ese señor Felipe Aláiz asegurando que la revista de nuestra Institución es una revista «flamenquista» (creemos que en Andalucía no hay más periódico regionalista que el nuestro, y ese señor habla de «una revista flamenquista que se ocupa de regionalismo»), ambos en artículos publicados en «España» han venido a comprobar que perdura en nuestro país una de las causas más eficientes de nuestra miserable decadencia: la generalidad de los que asumen la función de pensar por el pueblo, ya políticos, ya escritores, no comprenden que su misión es únicamente de responsabilidad y de sacrificio; no entienden que esta misión es de apostolado y que su apostolado les impone el martirio de no pensar con ligereza. Ahora, además, está de moda el revelar superhombría con una careta de amargura que tal vez encubre la falta de idealidad.

El primero demostró desconocer nuestro movimiento, reflejando en su artículo la visión de una Andalucía degradada; tal vez la última visión que de ella conservara su retina al emigrar a Madrid.

Ya le contestamos en el número 4 de «Andalucía», del cual le remito un ejemplar, en el que probábamos que desconocía la Andalucía nueva que estaban creando hombres nuevos también; y esto lo hacíamos con hechos de indudable elocuencia: no solamente con la existencia de nuestra Institución, ordenada a la redención de la Patria Regional (adjuntos Manifiestos, Programas, Revista y publicaciones que le informarán de los trabajos realizados con tal fin), sino con la cita de varios hechos grandemente significativos. Decíamos entonces: «Juzgando el señor Vidal a las provincias andaluzas viene a decir, por ejemplo, hablando de Sevilla, que en esta ciudad no hay más Ateneo que la cámara del cacique, ni otra fuerza ni otra fe que la fuerza del cacique y el entusiasmo por las corridas de toros.» Y, en efecto, frente a las soluciones gubernamentales, relativas a la reforma de la ciuda, del Ateneo demuestra su subordinación a tales fuerzas, abriendo una información pública en la cual se critican o rechazan por los informantes dichas soluciones. Los comerciantes e industriales contratan un tren especial para ir como fueron a Madrid a protestar contra la ley de excepción obtenida por los representantes en Cortes y consiguen que tal ley quede sin vigor, agrupándose en la Unión Comercial y propagando por la ciudad la irritación contra los políticos. En el mismo año el Ateneo de Sevilla desarrolla una actividad intelectual tan intensa, que un conferenciante castellano, en el Ateneo de Valladolid, lo clasificaba como el primero de España después del de Barcelona; revelándose esta actividad con fines regeneradores de esos que dicen estigmas de Andalucía y de España, de modo valiente y decisivo, no imitado ni seguido por algún otro centro de España. Y, así, el Ateneo de Sevilla exige de la Academia se prohiba a los académicos, con ostentación de su cualidad de tales, hacer, como el señor Cavestany, apologías de fiestas salvajes y tabernarias, como las corridas de toros, y de su seno parte la defensa tenaz de los arbitrios impuestos por el Ayuntamiento contra los espectáculos taurinos, invocando siempre en estas como en otras ocasiones y hechos parecidos que pudiéramos citar, la honra y el ansia de vida nueva de nuestra vilipendiada región.»

Y siendo así, desarrollándose ya aquí esos hechos elocuentes no realizados ni aún en las regiones más cultas de España, y no obstante la escasa resonancia que a ellos se da en la Prensa madrileña, ¿por qué razón los escritores de los periódicos de Madrid se empeñan en mantener y en difundir a todo trance viva una leyenda cuya realidad va muriendo? Los periódicos de otras regiones más españolas, como Cataluña, nos ayudan a matarla y nos animan con su simpatía y sus alientos. Si los tópicos citados se arrojaran como un trallazo de injuria a la cara de Andalucía, para sensibizarla y precipitar su pleno despertar, nosotros aprobaríamos el pensamiento. Pero si no es así, si comprendemos que no es esa la intención y vemos que no es habilidad táctica, si se formulan como la expresión de un desdeñoso juicio definitivo... Por eso nosotros lo reprobamos de todo corazón. Pero por lo menos el señor Vidal no dijo de

lo que conocía lo que no era cierto. Incurrió sólo en la omisión de no hablar de lo que debía haber conocido antes de enjuiciar definitivamente. Al contrario, el señor Aláiz conoce de lo que habla y dice de lo que no conoce lo que no es verdad, lo que es absolutamente falso. Por los párrafos transcritos de «Andalucía» podrán juzgar los que leyeren de su flamenquismo, y usted, señor director, por el espíritu del periódico que descubrirá en los números que le enviamos.

Claro es que entre nuestros correligionarios sólo risas habrá producido la lectura de esas palabras del artículo del señor Aláiz. El asunto no tiene nada de serio, pero considerando detenidamente la transcendencia que, con respecto a los que no nos conocen, dada la difusión de su revista, puede tener una afirmación como esa para nuestra causa, ha sido la opinión de muchos el dirigirse a usted rogándole que, bien mediante la publicación de esta carta, bien del modo que estime oportuno, rectifique en «España» ese concepto depresivo y absolutamente falso e injusto formulado contra nuestra revista.

No dudamos nos complacerá no consintiendo una injusticia manifiesta en su periodico, cuyo espíritu de renovación tanto coincide con el nuestro, por lo cual tiene entre nosotros muchos lectores asiduos.

Gracias de todos, quedando de usted afectísimo s. s. q. e. s. m., el presidente, *B. Infante*.

Al pie de la epístola que acabamos de reproducir, figura la siguiente nota de la Redacción de «España»:

Complacido queda el señor Infante, cuyo esfuerzo y el de los amigos que le acompañan en la noble y fecunda labor de dar conciencia política a la región andaluza, por medio de la hermosa revista «Andalucía» y de incesantes trabajos orales de propaganda, es bien conocida de nosotros y estimada en lo mucho que vale.

En el mismo número de «España», el señor Aláiz declara que no llamó flamenquistas a los socios del Centro Andaluz; que habló únicamente de una revista sevillana y flamenquista, y que no se refería a «Andalucía», sino a «Bética»; que «Bética», revista sevillana, es flamenquista y publicaba letanías toreras, llamando al señor Belmonte *el divino Juan* y al señor Gómez *el divino calvo*; que decía que el toreo era *arte excelso*, y que con las letanías toreras se alternaban en «Bética» las letanías regionalistas de patrón catalanista, y que los trabajos del señor Infante, llenos de ardor justiciero, no estaban a tono con el caracter de la revista; que muchos regionalistas conspicuos vieron en «Bética» un portavoz de rogionalismo y, por consiguiente (según los conspicuos), una posibilidad de resurgimiento español; que a la negación de esa posibilidad se refería al escribir «¡Y se habla de resurgimiento español, porque una revista sevillana y flamenquista se ocupa de regionalismo!», y que en sus palabras no hay ningún concepto falso ni injurioso.

El concejal don Gabriel Bellido Luque, que ha pronunciado en el Ayuntamiento de Córdoba un acertadisimo discurso acerca del fomento de la ganadería en el Mediodía de España, mereciendo unánimes aplausos de la opinión pública.

NOTAS BREVES

FEBRERO

Estamos en los primeros días del Benjamín, de los meses el que, debiendo lógicamente— como más pequeño – aparecer el último en la colección de sus hermanos — según ocurría en tiempos del imperiode Rómulo—hoy, de manera arbitraria, figura como el segundo del año.

La característica de Febrero es su falta de formalidad. Todos los demás meses tienen una edad fija y determinada, mas este de que nos ocupamos, siempre incierto, hace fluctuar su vida entre los 28 y 29 días, y estos son tan tornadizos que indistintamente en ellos se goza de ambientes primaverales y se padece crudas temperaturas de invierno. Es tan aficionado a burlas que, aunque está dedicado al Carnaval, algunos años —como el pasado, por ejemplo— nos da chasco, cediéndo-

lo al majestuoso Marzo, el que por esta jugarreta se ve privado de la Semana Santa, que de derecho le corresponde.

Los antiguos romanos celebraban en el mes que hoy transcurren las fiestas tebruales, cuyo objeto era purificar al pueblo y ofrecer sacrificios expiatorios a los dioses Manes; pero Febrero, cediendo a su carácter burlón y tornadizo, ya cansado de estos viejos preceptos, escapó, sin temor al poderoso tridente del acuático Neptuno —a quien estaba consagrado— —y fué a caer en los festivos brazos del alegre Momo, acogiendo en obsequio de este dios al Carnaval, el que, digno hijo de las desenfrenadas saturnales, lejos de purificar al pueblo, como las remotas fiestas februales, lo empuerca y encenaga hasta el punto de que, para limpiarse de las muchas suciedades recogidas durante los locos días de regocijo, es necesario cubrirlo de ceniza y hacerle sufrir, durante cuarenta días, vigilias, ayunos y penitencias.

Joaquín Vázquez Vilches.

Hechos y dichos de antiguos cordobeses

De Séneca (L. Anneo) el Trágico, que nació en Córdoba el año 3 de nuestra Era y murió en Roma a los sesenta y dos años:

———

El malvado, aun hallando buen asilo,
seguro se hallará, mas no tranquilo.

——

Agitado me encuentro,
aunque el silencio frío
domina en torno mío,
pues rugen las pasiones allá adentro.

——

Que la muerte es escollo, dan por cierto
en este mar turbado y enemigo,
y es más bien el abrigo
que al humano bajel, ofrece el puerto.

COSAS DE LOS YONES

La muy prestigiosa Sociedad Española de Hidrología Médica ha celebrado en Madrid su sesión inaugural, bajo la presidencia del ministro de la Gobernación.

Me he enterado con sumo gusto de los discursos allí leídos, pero en el del Dr. D. Ramón Llord y Gamboa me ha llamado la antención el siguiente párrafo:

«Así vemos, como ejemplo, en los bicarbonatos alcalinos, la disgregación de la molécula en un anión $\overline{CO^3}$ y dos cationes: $\overset{+}{H}$ y $\overset{+}{Na}$. Pero el anión $\overline{CO^3}$ en presecia del agua, tiene gran tendencia a pasar a anión CO^3H' (en buena notación química, el H debe anteponerse en teda fórmula al CO^3, por ser aquel más electropositivo), tomando del agua H^2O un átomo de hidrógeno y dejando libre un hidroxilo: $\overset{+}{OH}$, de reacción alcalina. El hidrógeno libre $\overset{+}{H}$, en estado yónico, que resulta de estas relaciones, debe ser calculado en los análisis.»

Al leer en lo transcripto lo referente al hidroxilo se ocurre primeramente que, por yerro de imprenta, le han cambiado el signo eléctrico negativo que el $\overline{OH}$ debe llevar encima, subtituyéndolo por el que obstenta positivo; pero se comprende enseguida que no es error de imprenta, y sí lamentable equivocación del Dr. Llord y Gamboa, porque acto seguido insiste y afirma que $\overset{+}{OH}$ tiene reacción alcalina.

En mi trabajo *Los yones en la Farmacodinamia*, fragmento de una lección de cátedra (*Gaceta Médica del Sur* número 848), dije lo siguiente:

«El agua químicamente pura, H_2O, es considerada como el tipo de los líquidos no conductores de la corriente eléctrica, pero se hace muy conductora apenas contiene vestigios de una sal, de un ácido o de una base. Como se ha llegado al concepto de que los ácidos son sales cuyo metal es el hidrógeno (ejemplo, el ácido sulfúrico $H^2 SO^4$, es sulfato de hidrógeno) y que también las bases son sales *cuyo ácido es el hidroxilo* $\overline{OH}$ (ejemplo, la potasa, KOH, es hidroxilato potásico) se puede decir que todo electrólito es una solución salina».

Se ve, pues, en los dos suprainsertos párrafos, que para el Dr. Llord el hidroxilo $\overline{OH}$ es electropositivo y alcalino, y que para mí dicho hidroxilo es electronegativo y ácido.

¿Quién será el equivocado?

Doctores tiene la Iglesia.....

Dr. Velázquez de Castro,
Catedrático de Terapéutica en la Universidad de Granada.

Cartas del otro barrio

Con el corazón partido como una sandía, te escribo esta carta, amigo Pedro Moro. ¿Qué creerás que me ha ocurrido? Pues pásmate, antiguo amigo: que Pedro Botero, este hombre carbonífero, me ha mandado arrestado al Limbo, donde he de pasar una temporada.

¡Y todo por una tontería! Porque me sorprendió leyendo un libro de versos modernistas y estos renglones vacíos, como dice el inclemente Botero, están pasados de moda hasta en el mismísimo Infierno, porque más tontamente se pierde el tiempo con ellos que haciendo solitarios con una baraja vieja. Ahí tienes a qué obedece mi partida para el Limbo.

Sin embargo, y mira lo que son las rarezas de este demonio: tiene dispuesto que, antes del toque de silencio, leamos unos versitos de Francisco Arévalo, para borrar todo mal pensamiento, incluso el de volver por ese bajo mundo, en el que no prospera nadie más que los que comercian con artículos de primera necesidad.

Estoy aturdido, créeme, pero, en medio de mi aflicción, se me ha ocurrido una idea salvadora, y es que le ruegues a Juanito Aguilar García, el redactor de la Federación Gremial — claramente gracioso en la conversación y oscuramente filosófico en las informaciones de teatros—que interceda por mí cerca de nuestro querido amigo don José Carrillo Pérez, quien incansablemente, según me informa el jefe de sí mismo señor Urbano, está formulando ruegos en las sesiones municipales, tanto que es el que da la vez, dicho sea en broma pero sin censura, porque así cumple su deber de concejal.

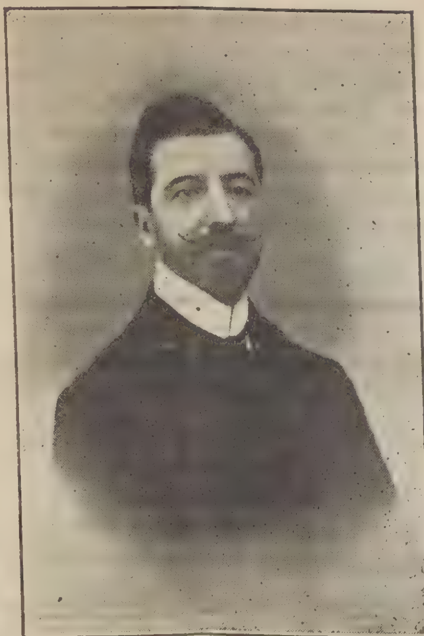
¿No podría influir, rogando a Pedro Botero —¡un ruego más qué importa al mundo!—que me levantase el arresto?

Yo, en cambio, influiría desde aquí para que lo nombrasen presidente de otra sociedad que se va a crear en Córdoba, y no creas tú que se trata de la Protectora del gusano de seda, porque ya sabes que la dirección de esta no la ocupará nadie más que tú, por el cariño que tienes demostrado hacia esos pequeños industriales, aunque la secretaría corresponda a nuestro Juanito Aguilar García, para que al fin se aumente con uno de buen sueldo su colección de cargos menudos.

¡Atiéndame usted, señor Carrillo, que yo no quiero ir todavía al Limbo! Se lo pido por el Santo Patrón de Montoro, a quien usted tanto venera.

De otra cosa te he de hablar, amigo Moro: ¿Qué significa eso, que he leído en los periódicos, de que un cordobés, apellidado Serrano Olmo, quiere introducir el esperanto en el comercio universal? Para eso hay que contar conmigo, porque también soy políglota y estoy en internacionales inteligencias, y ya me estoy viendo llamado por el ministro británico de Comercio para explanar ante él mis proyectos, y después y después... bailar en su honor un baile inglés.

En vísperas de mi marcha, llegan al Infierno dos cómicos, con-



El eminente Dr. Velázquez de Castro, catedrático de la Universidad de Granada y organizador de la Asamblea regional de médicos andaluces.

NOTAS DE COLOR. — El envinado, camino de la frecuentada cuesta de la Higuerilla y ya en las últimas: —¡A mí no me llevan ustés arrastrao, como a un caballo muerto! A mí me tienen que llevar como a los toreros: ¡en coche o a hombros!

Dibujo de Alfonso del Rosal.

tándome—no sé si será verdad—que su viaje obedece a un enorme disgusto que les ha proporcionado don Antonio Fernández Vergara, el empresario del Teatro Circo.

Traen unas pretensiones locas, y es que Botero haga un hueco para el señor empresario.

Yo temo qne se salgan con la suya, porque no te puedes imaginar la influencia con que por aquí cuentan los del arte de Talía.

Si tú tienes amistad con don Antonio, hazle presente esto para que se encuentre prevenido, porque no vaya a ocurrir que la noche menos pensada—una de esas en que hace un viaje a Ecija, por ejemplo—lo pillen en el camino y no vuelva más por Córdoba. Ya ves: ¡ahora, cuando tantos miles de duros le deja la campaña de invierno en el teatro de verano!

Vamos a otra cosa. Botero me ha revelado un secreto, el que te voy a comunicar, pero a condición de que nadie se entere.

Tiene preparado varios sillones para personas que aún viven en Córdoba, que, desde luego, van a la Gloria, pero que antes han de pasar por esta Corte, por el sólo gusto de conocerlas.

Uno ha de ser para don Agustín Fragero Serrano, quien será recibido con toda clase de honores y estará aquí nada más que el tiempo preciso para imitar a los espectadores de postín que no se ríen ni en los papeles en que las artistas guapas salen del escenario para hacerle cosquillas al público, porque quieren sostener a todo trance el cartel de que no hay obra que no hayan visto mejor representada en Londres, incluso las de Arniches, y por gente de primer orden: la Sarah Bernarth, la Duse, etcétera, etcétera. Fragero es capaz de «matar» de risa al mismísimo Botero, con este y otros ejercicios de gracia.

Nada más hay de notable aquí. En cuanto a Córdoba, ya sé que el U-15 ancló en la orilla del Campo de la Verdad, y que la tripulación fué al colmado del concejal trianero-cordobés don Luís Martínez Navarro y que, mientras la marinería tomaba toda clase de medios, el comandante del temible barquichuelo habló por teléfono con don Ambrosio de Morales, director de *El Defensor*, y con el excelente periodista don Daniel Aguilera, cónsul de Alemania en Andalucía. De ahí que la primera noticia del sensacional suceso apareciera al día siguiente en el querido colega vespertino.

Nicasio Bueno.

LA ÚLTIMA PIRUETA

CUENTO

Por tercera vez, la pequeña caravana hizo alto. El sitio escogido para pasar la noche, iluminado a intervalos por la luna, presentaba un aspecto fantástico. La carretera, como una ancha cinta gris, se extendía sinuosa y serperteante entre dos montañas altísimas, cuyos picachos parecían tocar el cielo. Por sus pendientes laderas se deslizaba un arroyuelo, yendo alegremente de peña en peña cual corderillo que retozase. Alguna vez, al chocar con un pedrusco que retador le salía al paso, tornábase de pronto en impetuoso torrente y, como si quisiese probarle que nada se podía contra él, lo arrastraba en su loca carrera; después, orgulloso de su victoria, iba refrenando poco a poco su marcha, a medida que se acercaba al río, que allá lejos, paralelo a la carretera, serpenteaba majestuoso cual inmenso reptil de plateadas escamas, entre los verdes pinares, bosquecillos de álamos y macizos de cañaverales y juncos...

La luna, rasgando los plomizos nubarrones que cubrían el cielo, iluminó unos instantes el camino y, a su pálida luz, los artistas de la tribu nómada que bajaban de las carretelas semejaban fantasmas de ultratumba que abandonaran su osario ..

Primero saltó Juan, seguido de su fiel León, un hermoso perro al que profesaba gran cariño por las pruebas de valor y lealtad que le había dado siempre que se vió amenazado de algún peligro. A continuación fueron bajando hasta quince: cuatro mujeres, seis hombres y cinco muchachos que, cual movidos por un resorte, se agruparon, como un pequeño ejército dispuesto a la carga.

Juan, el jefe de la tribu, los contó con la vista, y dijo: Falta uno; cuando venga—y al decir estas palabras empuñó un gran látigo—ya lo arreglaré para que aprenda a respetarme y cumplir lo que mando. Aquí no hay más jefe que yo, ni más voluntad que la mía y ¡ay de quien en mi presencia levantase la voz! Y crugiendo la tralla, seguido de su perro les volvió la espalda con arrogancia olímpica.

Pasados unos instantes, como viera que todos permanecían inmóviles como estatuas, gritó enfurecido: ¿Qué hacéis? Pronto: encended lumbre y preparad la comida.

Todos aquellos hombres y mujeres, robustos y ágiles, temblaban ante el látigo como tiemblan los cedros y los pinos azotados por furioso huracán; y todos trabajaban con ahinco, mientras Juan, restallando de cuando en cuando la tralla, deleitábase, teniendo una pipa marinera entre los dientes, en lanzar bocanadas de humo azulado que, formando graciosas espirales, subían y subían siempre, alto, muy alto.

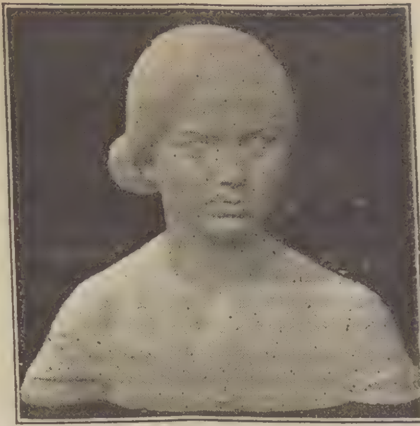
Enrique abrio cautelosamente la puerta de la carretela y, luego de cerciorarse de que todos dormían, saltó a tierra, seguido de María, gentil rubia de ojos azules, grandes como soles. Empezaron a caminar con sumo cuidado, volviendo la cabeza a cada instante, temerosos de ser descubiertos. No habían avanzado veinte pasos, cuando el perro comenzó a ladrar, ¡Nos ha descubierto León!, exclamó Enrique y, apartándose de María, esperó al valiente can que llegaba a su encuentro. El atleta cayó sobre él y ambos rodaron por tierra. Fué una lucha desespera, espantosa, entre el hombre abnegado y el perro enfurecido.

La luna, curiosa, asomó su pálida faz por encima de un nubarrón y, espantada de la horrible escena, volvió a ocultarse en la oscuridad. Al fin, pudo Enrique formar con sus nervdos brazos un collar en el cuello del perro y apretó desesperadamonte. Exhaló el vencido ronco gemido y la masa inerte de su cuerpo quedó en el camino.

Cuando el atleta se acercó a María, quien con indecible terror había presenc ado la escena, tenía las ropas destrozadas y en el cuerpo sufría grandes desgarramientos. Sin pararse a examinar las heridas, corrieron mucho rato sin detenerse, hasta que ella, rendida y extenuada, se dejó caer, diciendo: ¡No puedo más! Sigue tú solo, huye...

Enrique le interrumpió: ¿Huir yo solo, sin tí? ¿Yo que he querido librarte de la tiranía de Juan? Se produjo un completoo silencio. El atleta, sentado en el suelo, la contemplaba extasiado, mirándose en sus ojos. Un ruiseñor cantaba alegremente y sus arpegios, ora en brioso ascenso, ya en descenso suave, parecían amenizar el idilio.

Luego que hubieron reposado unos instantes, siguieron caminando a la ventura, sin rumbo fijo, como un barco perdido en alta mar, sin velas ni timón.



Gitana de Córdoba. -- Hermoso busto en barro del admirable escultor don Dionisio Pastor Valsero.

Su silencio fué interrumpido por el graznido de una lechuza que pasó rauda como el viento, fugaz como una exhalación. María, asustada, la creyó de mal augurio y medrosa se acercó a Enrique, a quien también comenzó a asaltarle un triste presentimiento. Amanecía.

La plaza del pueblo estaba llena, de bote en bote. De un balcón a otro habíase puesto un alambre que cruzaba el espacioso recinto. Allí había de trabajar Enrique, el mejor equilibrista del mundo, según él mismo anunciaba, con gran estruendo de bombo y platillos. Su compañía era aún muy escasa. Además de María, un payaso y un muchachillo a quienes habían encontrado errantes, como ellos.

Enrique apareció en uno de los balcones y, momentos después, avanzaba por el alambre, risueño y tranquilo; al llegar al centro, hizo un ceremonioso saludo y el pueblo prorrumpió en vítores y aplausos. Después, atravesó la plaza yendo en un pie sobre el alambre, al compás de una furiosa marcha que estruendosamente ejecutaban unos cuantos hombres del pueblo.

Enrique hizo a los músicos señas de que callaran; sonrió a María, que muy emocionada le miraba atentamente, y se dispuso a realizar el salto de la muerte. Consistía este en dar un salto mortal para caer en pie sobre el alambre. Calló la música y el público se dispuso a presenciar atentamente el arriesgado ejercicio.

A un ¡ya! de María, Enrique se lanzó resueltamente al aire.

Una exclamación de espanto resonó unánime en la plaza. El atleta había caído sobre el suelo, destrozándose. Su boca estaba contraída con la horrible mueca de la muerte.

María, abrazada al inanimado cuerpo de Enrique, lloraba sin consuelo, viendo su felicidad, su vida misma, irreparablemente truncada por uno de los inapelables designios del destino.

Juan Moreno Moreno.

FIGURAS DE LA CALLE. -- Un vendedor de la revista CORDOBA.

Dibujo de Fernández Márquez.

LA CHIMENEA

Sobre el tejado de la casa alegre,
graciosa se eleva,
blanca y arrogante como una paloma
pobre chimenea.
Desde el alto monte que domina el valle
¡cuán limpia se muestra,
derramando el humo que allá en la cocina
del hogar, alegra!
La lumbre bendita del pobre labriego,
los troncos de leña.
que en danza de fuego, con chispas de oro
saltan y festejan,
las horas calladas de la noche triste
lluviosas y muertas...
¡Qué fuera del hombre, de la casa alegre
sin la chimenea...!
Es ella el camino, seguro y estrecho
por donde se eleva
la oración bendita que los campesinos
a su amparo rezan.
Por donde se escapan los tiernos sus-(piros
de la pobre vieja,
por el santo hijo que llevó la Patria
a lejanas tierras.
Es ventana hermosa que se abre a los (cielos
para la doncella,
y le dice amores del zagal fornido
que se fué a las eras...

. . . .

Yo lo he visto un día desde el alto monte,
de nieve cubierta;
marchaba aterido, las ropas mojadas,
los miembros sin fuerzas,
buscando en el valle con ojos avaros,
consuelo a mis penas,
cuando ví la casa gentil y graciosa
de la chimenea.
Ella me dió abrigo, refugio y sustento,
me dió ropas secas...
¡Qué más pudo darme la casita alegre,
la casita buena...!
Por eso, si cruzo por el monte y miro
la casita aquella,
bendigo las gentes que están al amparo
de su chimenea.

A. Morilla de la Torre.

DE MARCIAL

LOS BESOS

Quod spirat tenera...
(Lib. III, ep. LXV)

La fragancia suave
de una tierna manzana
mordida por los dientes de una virgen;
el aroma del aura
que besa los coricios azafranes;
los efluvios que exhalan
los dorados racimos
de una niña temprana;
los perfumes de un prado
donde la abeja de libar acaba;
los aromas del mirto;
la odorífica Arabia;
el ámbar hecho polvo;
las nubecillas vagas
del incienso de Oriente;
la tierra rociada
de una lluvia de estío;
la florida guirnalda
que ciñe una fragante cabellera
con esencia de nardo perfumada...
Todas estas delicias, de tu aliento
purísimo recuerdan la fragancia...
¡qué fuera si tus besos me los dieses
sin ser de ellos avara!

Agustín de Aguilar Tejera.

Las grandes tristezas nacionales

El deporte tauromáquico

Con el arreciamiento—aparente al menos—de la afición tauromáquica, ha arreciado también la campaña contra dicha afición. Teniéndome, como con razón me tienen, por uno de los más decididos antitauromaquistas, desde hace algún tiempo recibo cartas al respecto, notificándome haberse constituído alguna sociedad para trabajar contra la afición o haber de celebrarse algún acto público a tal fin.

¿Necesitaré decir una vez más que no es precisamente la barbarie de la fiesta lo que me mueve contra ella? ¿Tendré que repetir que más que la corrida misma de toros, me entristecen, como español, los comentarios a que da lugar, las tertulias que provoca y la hórrida literatura que de ella brota? Esa fiesta está, no embraveciendo o salvajizando a nuestro pueblo, sino entonteciéndole. La afición no irradia de lo más bravío, sino de lo más insustancial y mentecato de la patria.

Pero no creo que es tanto que la afición brota de la tontería nacional cuanto que es un alimento para esa misma tontería. Si los pobrecitos que se pasan los días discutiendo de toros, y cuya inteligencia, por lo mismo, se prueba ser tan córnea como las astas de éstos, no tuvieran eso de qué hablar, ¿de qué otra cosa hablarían? No lo sé bien.

Es la modorra intelectual, o más bien espiritual, lo que alimenta la afición. Es una especie de bocio colectivo y no sé de qué tiroidina que pueda sacudir a esos cerebros.

Si se les quitara los toros, inventarían otro deporte cualquiera de qué conversar, y por el cual hacer que se entusiasmaran. Es lamentable, sin género alguno de duda, que las revistas de corridas de toros y las noticias tauromáquicas llenen tanto espacio en nuestros papeles públicos; pero no sería menos de lamentar que lo llenasen revistas de futbol o de otra distracción deportiva cualquiera. Como me parece que se le da sobrado lugar a la revista de teatro, considerando éste como un espectáculo y no como manifestación de un arte literario. Tan abusivo es comentar en exceso la faena de un primer espada como la de un primer actor.

Todos los juegos entretienen a la mayoría de nuestro público, menos el juego de las ideas. Y se comprende. El juego, el noble juego de las ideas, de las ideas que lo son y no meras palabras, le levantan dolor de cabeza. Es el espíritu de la afición—de la afición córnea quiero decir—el que ha inventado eso de *lata* y de *paradoja*. Para un aficionado, capaz de pasarse tres o cuatro horas diarias hablando de la faena de tal maestro en la última temporada, cualquier noble juego ideal

tiene que resultar una lata, cualquier pensamiento una paradoja. Y es que la afición tauromáquica es el principal exponente de nuestra ramplonería.

Voy más lejos, y es que al mismo espíritu que provoca y mantiene la afición —¡no a la afición misma, claro está! —, es al que atribuyo la especialísima incapacidad de la mayoría de nuestro público para entender y gustar el humor y el humorismo. El que se deleita con el género de gracejo que se cría en torno a la torería y al flamenquismo, no es posible que guste de la flor de la ironía humana. Vive sumergido en un océano de memez, sin fondo y sin orillas. Tiene el cerebro *cornificado* por ese cálido viento Sur que seca todo jugo.

El inspirado poeta egabrense Pedro Iglesias, autor del bello poema titulado **Cuando el amor muere**.

¡Jugar con las ideas! No, lo que se hace es jugar con palabras y frases. No hay sino ver ese estúpido «¡Maura, sí» y «¡Maura, no»! a que juegan ya hasta los niños de la escuela, y que no es sino variante de aquel otro juego infantil de «¡pues sí! ¡pues no!; ¡pues no!, ¡pues sí!, etc., etc.», con que los chicuelos descansan de jugar al toro.

No es de la barbarie, no; es de la memez de lo que tenemos que defendernos. Eso que llaman flamenquería no es sino una manifestación de memez. De la misma hórrida memez que estalla eso que se llamó el genio alegre. Eso ni es alegría ni cosa que lo valga. Es puerilidad y nada más que puerilidad. Pero no aquella a la que se aplica las palabras del Cristo de que quien no se haga como niño no entrará en el reino de los cielos; no esa sino una puerilidad que llena el limbo. Y de un limbo, de un verdadero limbo, de un limbo donde ni se ven las angustias de infierno que en él se celan; de un limbo nos viene ese ábrego cálido que cornifica los cerebros, de un limbo donde hay mujeres que, por muchos años que vivan, no salen de la infancia, donde a personas de setenta años se les llama, y con justicia, niños.

Muchas veces he comentado aquella frase trágica de «la cuestión es pasar el rato»; pero hay muchos modos de pasarlos y los que lo pasan comentando una estocada o discutiendo si el Fenómeno vale más que el Papa o éste más que aquél, además de remachar las cadenas de las más tristes de nuestras servidumbres, están dificultando a nuestros hijos el acceso a una más pura región de más puros placeres, de más elevados juegos, de un goce de la vida mucho más intenso y refinado que el que puede dar ese simplicísimo espectáculo de unas corridas de toros, cuyos secretos están al alcance de las más córneas inteligencias.

Porque para ser inteligente en toros, acaso una de las cosas que más estorben es tener inteligencia,

Y hay que ver la solemne seriedad litúrgica que los inteligentes—¡¡¡inteligentes!!! —dan a la fiesta. Parece que están oficiando en un culto. Y así es. Están oficiando en el culto de la ramplonería y la memez.

Y se ha estado llenando columnas y más columnas de nuestros diarios con comentarios de esa ramplonísima fiesta, y halagando la memez del público de mentalidad córnea, mientras se escatimaba espacio al dar cuenta de la huelga de braceros del campo andaluz, de ese campo trágico donde unos sufridos hombres sudan sangre sobre una tierra explotada por latifundiarios que ocultan cuanto pueden. Ese pobre campesino andaluz, paciente y sufridísimo, que languidece de hambre mal entretenida junto a los prados en que se pasean los toros de lidia. Hasta que un día se canse, y entre en los cotos de las ganaderías y cace a los toros, y los mate sin andarse con reglas de arte, y se los coma. Y acabe así de una vez con el escándalo de economía social que esas ganaderías significan, y con la estupidez que ellas contribuyen a mantener. Y llego a creer que una nueva Mano Negra sería el más adecuado remedio a la afición.

Pueblos de Córdoba.— Una calle de Rute
Fotografía de la señorita Victoria J. Pau.

Esos desdichados trianeros que idolatran al Fenómemo o al Papa no se dan cuenta, sin duda—¡que han de darse cuenta!—, de que su idolatría está íntimamente relacionada con la miseria lamentable de los pobres braceros del campo andaluz, que viven de gazpacho y de milagro. Es decir, no viven.

Porque la afición es algo sutilmente reaccionario, antisocial; es un instrumento, me complazco en creer que inconsciente, de la brutal indiferencia frente a la injusticia de la explotación del proletariado. Los socialistas han visto en esto muy claro. Su prensa ha sido la más hostil a las corridas de toros, fiesta con la que simpatizan, por otra parte, cuantos no se cansan de pedir la mayor vigencia del índice de libros prohibidos. Y ello es natural, para impedir que la gente piense, uno de los mejores medios de fomentar la afición a las corridas de toros.

«Es que al español le gusta la tragedia—me dirá alguien—, le gusta la sangre, y la única fiesta verdaderamente trágica es la de los toros.» ¿Y la otra, señor mío, la otra?; la de nuestra vida, quiero decir. Y en cuanto a sangre... quiera Dios que la que en las plazas de toros se derrame, sea de unos o de otros, no la paguemos con otra sangre. Porque la sangre pide sangre, lo mismo que la barbarie pide barbarie y la tontería pide tontería.

Miguel de Unamuno.

Los médicos de Córdoba

Al Dr. Ruiz Maya.

Mi querido amigo y compañero: Habiendo leído el llamamiento que, desde las columnas de la Revista Córdoba, hace usted a la clase médica cordobesa, para que de una vez haga desaparecer la absurda desunión que ha tiempo es su característica, y, a la par, se agregue y sume al movimiento de defensa iniciado en las demás provincias andaluzas, me complazco en notificarle mi más franca adhesión; y entendiendo que para la consecución de nuestros fines de intercambio científico y reciprocidad moral, necesitamos ponernos al habla, le ruego que, desde esa muy culta Revista, convoque a los compañeros, de Córdoba y su provincia, para celebrar nuestra primera reunión el próximo martes

a las nueve de la noche, en la Sala de Médicos del Hospital General de Agudos.

Suyo affmo. att., s. s., amigo y compañero, *Emilio Luque.*

Sr. D. Manuel Ruiz Maya.

Mi querido amigo: Con profunda indignación he leído en la Prensa de Madrid el escandaloso atropello de que ha sido víctima un anciano médico compañero nuestro.

Ante tal desafuero, esperaba que la clase médica española se levantara enérgica para protestar y exigir responsabilidades a quien las tuviera. Pueril ilusión: nadie ha protestado, nadie ha dicho esta boca es mía; sólo usted, amigo don Manuel, desde las columnas de CÓRDOBA hace un vibrante llamamiento a la clase médica de esta capital y la invita a una reunión para protestar colectivamente.

Esta reunión sería muy provechosa, pues del cambio mutuo de impresiones, pudieran surgir acuerdos beneficiosos para todos.

Cuente, pues, con la modesta cooperación y con el afecto de su amigo y compañero, *Arcadio J. Rodríguez.*

También hemos recibido adhesiones informadas en idéntico sentido de los Doctores don Manuel Villegas, don José Navarro, don Joaquín Berengena; don Julián Ruiz Martín y don Baldomero Castellano.

A todos damos las gracias y les rogamos que no olviden la convocatoria: nueve de la noche del martes próximo en el Hospital General de Agudos.

EL AMOR AL AGUA

Sigo el correr silencioso
de los ríos, y amoroso
va flotando mi soñar,
hasta que encuentre reposo
en las orillas del mar.

Angel Ganivet.

El porvenir de la mujer en España

Decía Pí y Margall...

Pocas son en nuestra patria las mujeres que han pretendido reivindicar a su sexo y deficiente el esfuerzo por ellas empleado en pro del feminisno. Ni periódicos exclusivamente por ellas redactados, de algo más que de modas; ni revistas salidas de centros docentes que atestigüen su viabilidad, ni sociedades de donde emanen acuerdos beneficiosos para sus intereses: nada, en suma, que signifique movimiento, deseo de mejorar, afán de protestar contra el estado actual de cosas. No se crea que esta inercia obedece a la falta de intelectuales femeninos; antes al contrario: mujeres tenemos de altísima mentalidad, capaces de las más grandes empresas; salen anualmente por docenas de las Universidades, de las Normales, de la Escuela Superior del Magisterio y de tantos otros centros, así públicos como privados, repartidos por la Nación entera. Ya no es necesario que los hombres pidamos por y para ellas. Solas se bastan para defender sus intereses; no les falta más que comunicarse y unirse. Los Polo Medina, los Feijoo y los Pi y Margall, entre los que fueron, y Labra y Ossorio entre los presentes, han preparado el camino en nuestro patria. A las mujeres corresponde allanarlo en lo sucesivo. Los hombres de buena voluntad no seremos en lo porvenir sino meros auxiliadores.

* * *

La mujer española es maestra médica, farmacéutica, odontóloga, etc., etc.; muchas son las profesiones a que puede dedicar su actividad, pero muchas son también las puertas que por sistema, por sedimento malsano de la inferioridad mental a que aludió Moevius, se le cierran; por ejemplo, la de abogado.

Mal, muy mal está el ejercicio de esta profesión y aun creo no sería una solución económica para ellas, pero, no es este el caso: lo inconcebible e injusto es que se prescinda de su cooperación en la noble misión de administrar justicia por el solo hecho de ser mujer. Hace ya muchos años debatíase en Francia el caso de una mujer que, habiendo terminado brillantemente la carrera de Derecho, se le impedía su ejercicio. Este asunto fué de los más debatidos entre los escritores de aquella época y a nosotros nos cupo la suerte de que fuera esta cuestión

comentada dor aquel pasmo de moralidad qne se llamó don Francisco Pí y Margall.

«La conducta del gobierno francés—decía el ilustre estadista—nace, a nuestro juicio, de lo apegada a la tradición que es toda nuestra raza. No se vió jamás que una mujer vistiese la toga y ¿habríamos de verlo ahora? Si lo consintiéramos, deberíamos luego dejar que entrase en la magistratura y administrase justicia. ¡Administrar justicia una mujer! ¡Horror de los horrores! En nuestra nación, las antiguas reinas administraban justicia y, si las modernas no la administran, hacen que en su nombre se la ejerza. Son no sólo fuente de justicia, sino también jefes del ejército y de la armada y árbitros de la suerte del reino. Nombran y deponen a los ministros, convocan y disuelven a las Cortes y pueden poner el veto a cuantas leyes el Parlamento dicte.»

El insigne autor de «Las Nacionalidades» no se quedaba corto; fué de los pocos que sintieron hondo y hablaron claro. En todas las manifestaciones, en todos los ramos de nuestra vetusta administración, se va poco a poco introduciendo novedades más o menos plausibles en consonancia con los tiempos; y la administración de justicia, no; es algo inconmovible que necesita de rivalismos. La máquina de administrar justicia es demasiado complicada y demasiado vieja y está necesitada la pobre, no ya de reformas, sino de supresiones y de sustituciones. Nació en una época de recelos, y por ello el régimen de la desconfianza perdura; afortunadamente, el arbitrario judicial, se abre paso gradual y tímidamente.

Aún pasarán muchos años hasta que veamos a nuestras mujeres informar ante los tribunales y muchos más en que desde los mismos administren justicia, pero ahora, cuando se habla de implantar en nuestra patria un sistema de paternalismo con la creación de tribunales para niños; ahora, cuando ese sistema se va extendiendo en algunos pueblos a los adultos, con éxito creciente, ¿por qué privar a la mujer del honor de redimir a los infantes, cuando tienen condiciones estimables de bondad e inteligencia, cuando poseen la piedad en un grado que jamás los hombres llegaremos a igualar?

Dulzura, inteligencia, materialismo: he aquí las bases del nuevo sistema penal aplicable a los menores y que integran el patrimonio de toda mujer.

Eduardo Cuéllar.

Bandeja de plata repujada, obra de mérito extraordinario del admirable cincelador cordobés don Antonio Amián Austria, quien reside en Sevilla y, merced a la ejemplar cooperación de un industrial generoso y entusiasta del arte—don Rafael Simón, asimismo cordobés—viene realizando obras primorosísimas, realmente magistrales, siendo considerado en la expresada clase de trabajos como una de las principales figuras, por su exquisito buen gusto y rara habilidad manual.

CUESTIONES OBRERAS

La falta de trabajo

Los trabajadores comienzan a sentir los efectos de una gran falta de ocupación. El esfuerzo particular permanece rezagado en iniciar construcciones, por la elevación de algunos materiales, solamente de algunos, y, el factor hombre, en todo género de producción y trabajo, vale lo mismo, salvo mínimas excepciones, como los plateros y albañiles. El ejército de los sin trabajo aumenta en proporción pavorosa. Los pudientes yacen en profunda inactividad y así seguirán, a no ser que la necesidad de los de abajo abra alguna brecha y las aguas de la laguna en que vivimos comiencen a circular formando una corriente vivificadora.

Al pueblo se le reclama patriotismo por los de arriba para que, en tiempos de paz, calle, trabaje y pague tributos, y en tiempos de neutralidad para que no pida justicia y trabajo, porque puede acarrearse la ojeriza de aquellos elementos que, llamándose muy progresivos en el exterior de los Ministerios, son en el fondo fervorosos admiradores de la mansedumbre y de la resignación, y, que, en plan de conductores de un pueblo ciudadano, querrían ser dominadores de un rebaño de siervos.

Hasta hoy, así va todo a pedir de boca. Mañana, pasado, cualquier día, ya veremos si hay gestos de hombría, aunque sea en un movimiento como el de la bestia que, harta ya, tira la carga.

Programas agrarios, reformas higiénicas, impulsión de la obra muerta, producción, riqueza, vigorización de la raza, conciencia ciudadana, valor en la indiferencia... nada, nada.

En vez de esa heráldica de gentil nobleza, hay otro estandarte con varios emblemas: mansedumbre, resignación, renunciación...

¿Tendrá el pueblo conciencia y abnegación para elevar sobre sus hombros el de la redención y la justicia?

Esperemos serenos y confiados siempre en un porvenir más halagüeño que la amarga realidad del universo y de nuestra propia y amada nacionalidad.

Rafael Camacho.

NOTAS

Don Antonio Ramírez López, el concienzudo periodista, de bien cimentada reputación por su extensa labor en la Prensa de Córdoba, y en la actualidad muy competente secretario de la Càmara de Comercio, ha reunido en un volumen, excelentemente editado en la imprenta de La Verdad, todos los elementos del homenaje rendido por la ciudad de Córdoba a la prestigiosa Casa de Carbonell con motivo del cincuentenario de la fundación de ésta. Ofrécese en este libro una provechosísima lección y un alto ejemplo: el de la prosperidad de una familia entera merced a su unión en una labor inquebrantable que, al mismo tiempo que abría el camino de la fortuna, coadyuvaba poderosamente al engrandecimiento de la patria, llevando por el mundo entero el nombre de Córdoba y proclamando con hechos el poder y la fuerza de las actividades de Andalucía.

Acertadamente dice el señor Ramírez López que la finalidad del libro es esencialmente práctica y que quizá se saque de su lectura más fruto que de una serie de obras literarias, porque éstas obran directamente sobre la imaginación pero no constituyen, como aquella, un poderoso acicate de la voluntad.

Felicitamos al señor Ramírez López por la fortuna conque ha reunido en un libro excelente la admirable lección de voluntad y competencia que ofrece la prestigiosa familia de los señores Carbonell.

— —

Don Jesús Urrutia, representante de la sidra achampañada marca *La Aldeana*, ha tenido la atención de enviarnos una muestra de aquel exquisito producto. Le damos las gracias por su atención.

Asimismo expresamos nuestro reconocimiento a los fabricantes de materiales de construcción y cerámica artística señores González hermanos y al representante del aperitivo «Cinzano», señor Jiménez López, por los bellos almanaques que nos han remitido.

ANUNCIOS BREVES

En esta sección se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo. Los demás anuncios se ajustarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la la que será facilitada en la Administración.

—

Cómo ha visto Córdoba un escritor colombiano

II

Es plena primavera. En las cunetas y los barrancos adyacentes a la carrilera, las hierbas y las malezas se ven lozanas y florecidas. Los campos de labor, peinados y como rizados, son lienzos alegres, pedazos de jardín que cruzan blancas sendas enarenadas, bordeadas de árbolos frondosos. Se suceden, sin cesar, poéticos rincones y cortijos deliciosos, decorados con la fronda de parrales y la pompa de pámpanos, que trepan y cuelgan por sus muros; cortijos que aparecen envueltos en la sombra encantada de sus huertos; lugares idílicos donde el viajero siente deseos de detenerse a recoger una ráfaga de vida, de amor y de ventura. Pasan casuchas miserables pero pintorescas y típicas, no obstante su miseria. De tiempo en tiempo, las siluetas de los labradores, que van o que vienen o que se ocupan en sus labores, entran en el cuadro para dejar en él una nota más de alegría, de entonación y de vida. Se vé a estos volverse a mirar al tren. Son casi todos ellos altos, bien hechos, de continente apuesto, de andar reposado, con un cierto aire de franqueza y una especie de desdén que les hace aparecer como grandes señores destronados. De pronto aparecen a lo lejos blancos caseríos ceñidos por el macizo de sus huertos y el verdor de los viñedos. Con su blancura deslumbrante, casi nívea; con sus azoteas y las torres de los campanarios que se hunden en los limpios espacios, semejan éstos un conglomerado de tórtolas, níveas garzas y palomas entre nidos de esmeraldas. De cuando en cuando, allá en la lejanía, en la inmensidad de la llanura, o en el abra risueña de alguna riente hondonada, algo aparece como una especie de rebaño blanquecino, al cual vigila maciza gigantesca mole cuadrada; es alguna apacible e histórica ciudad que guarda en sus muros el recuerdo de muchas pasadas generaciones; es una ciudad que con su Alcazaba o torre cuadrada y con sus deslumbrantes azoteas, deja trascender, a centenares de leguas, la suntuosa y poética dominación del Islam. Sigue ascendiendo el sol. Por todas partes, bajo el cristal purísimo del firmamento, hay una explosión de luz y un color y alegría imponderables. Se desea descender del tren a mirar lo que se ve; a hundirse en la ola fresca y rejuvenecedora de la naturaleza. Mas tal deseo, no puede ser más que un simple y vago anhelo; el tren es hostil a la poesía de los campos, y hay que resignarse a continuar mirando todo al vuelo. Por un instante se maldicen el vapor y todas las fuerzas vertiginosamente impulsoras. Rápidamente se piensa que son vanos los esfuerzos del hombre para la completa armonía y perfección de sus obras; que la intensidad de vida que producen los adelantos de la civilización, son causa de disminución y de merma en los placeres estéticos, en la belleza y en el arte, y que el progreso, con sus pasmosos y gigantescos vuelos, parece que encierra a un mismo tiempo, por soberbia paradoja, vientos de libertad y cadenas de servidumbre. Pero se sueña... El paisaje suelta hálitos de una poesía sensual y voluptuosa, y el alma, llena de músicas desconocidas, riega y regala a los sentidos sus emociones suaves, de sacudidas dulces, con estrecimientos placenteros. En el aspecto de todo lo que se ve, se advierte un tono jocundo, aéreo, fugitivo, armonioso; en todas partes se siente flotar un ambiente pagano, un viento de lúbrico sensualismo.

Pedro Uribe Gómez.

CÓRDOBA

Don Carlos Carbonell Morand, ilustre personalidad de Córdoba, que disfrutaba de merecido prestigio en toda la región andaluza y en el Mediodía de España en general y cuya muerte, acaecida el día 11 del corriente, ha causado unánime sentimiento.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 17 de Febrero de 1917 | NÚM. 27

DON CARLOS CARBONELL Y MORAND

La ley inexorable de la materia, la realidad dolorosa y triste de la muerte, ha posado su mano descarnada y fatídica en la frente gloriosa de este luchador del trabajo, de este hombre todo energía, iniciativa y actividad.

Ha muerto don Carlos Carbonell y Morand, pero ha sucumbido en el apogeo de su triunfo, viendo coronada una obra colosal de perseverancia, por pocos igualada, cuando aún llegaban a sus oídos los expontáneos aplausos y parabienes de un homenaje casi universal, rendido como premio a su magna labor de honradez, de ejemplaridad y de estímulo.

En esta ocasión tristísima, cuando el sentimiento habla y el cariño ordena, mal se avienen la voluntad ni la pluma a detenerse en los fríos detalles biográficos del que tanto quisimos; pero la costumbre, ley tiránica en la mayoría de los casos, nos obliga a insertar en este artículo necrológico, aunque ello sea sucintamente, algunos datos, los rasgos más salientes de la vida de este gran patricio a quien tanto debe Córdoba.

Nadie ignora lo que la casa Carbonell representa en Córdoba y menos lo ignorarán las numerosas familias de obreros que a su amparo viven. El impulso y preponderancia dados a la empresa de electricidad de Casillas, que hoy cuenta con 800 caballos de energía en sus turbinas; el desarrollo de la fábrica de harinas de Santa Cándida, con una producción diaria de 36.000 kilos; la fabricación de aceites finos con el moderno sistema de desodorificación; la fabulosa exportación de dicho producto a todas las regiones del globo, especialmente a Cuba, Puerto Rico e Inglaterra; las bodegas de vinos y soleras de Montilla y los Moriles; el enorme tráfico de maderas; la importantísima producción de aceites de orujo y jabones que ha obtenido en sus sucursales de Aguilar, Castro del Río y Pinos Puente; el comercio de granos y los mil y mil negocios que siempre ha emprendido con singular acierto, son pruebas fehacientes de su gran pericia mercantil y de sus excepcionales condiciones de voluntad y energía.

Como presidente de la Cámara Oficial de Comercio e Industria, merece don Carlos Carbonell una mención especialísima. Para esta entidad tenía todas sus predilecciones y cariño. La Cámara de Córdoba puede decirse que se debe por entero a él, a su nombre y a su prestigio. Lo que Paraíso es para la de Zaragoza, Carbonell lo era para la de Córdoba; su nombre la llenaba y enaltecía, y cuantos con él colaborábamos nos sentíamos orgullosos de secundar sus iniciativas y ejecutar sus indicaciones.

Vista panorámica de Córdoba.
Dibujo de Fz. Fenoy.

La historia de la Cámara cordobesa va enteramente ligada a la de este gran enamorado de Córdoba y nunca se olvidarán las campañas que hizo desde su presidencia en favor de los intereses generales de la población y de la comarca. Los trabajos emprendidos para la realización del pantano del Guadalmellato y del proyectado ferrocarril de Puertollano; la Exposición provincial de Artes e Industrias que organizó en 1903 y la regional de 1904, así como las anuales de aceites de oliva que venían efectuándose a su impulso desde el año 1900, su intervencion en el conflicto de los riegos del Guadalquivir y la actitud franca en que siempre se colocó en defensa del comercio y la industria frente a cualquier arbitrariedad o desacierto de los gobernantes, fueron títulos que le conquistaron el carácter de insustituible en el cargo que tan gallardamente sabía ostentar.

El Sr. Carbonell figuró poco tiempo en política, pues ni sus ocupaciones y carácter le llamaban por ese camino, ni consiguió avenirse con sus aviesas interioridades, reñidas enteramente con su modo de ser. Cuatro veces fué diputado provincial y aun quedan gratos recuerdos de su gestión honrada y prudente.

Nada hemos de decir, pues a todos nos constan, de los acendrados sentimientos religiosos del ilustre finado, su caridad sin límites y hasta su esplendidez cuando se trataba de remediar desdichas ajenas.

Estos méritos personales del señor Carbonell no pasaron desapercibidos para el pueblo de Córdoba, este pueblo noble y discreto que no necesita estímulos de nadie para agradecer, ni guías para reconocer el valimiento de sus hombres.

En el banquete popular que se celebró en la noche del 3 de Julio del año último, en la tienda del Círculo de la Amistad, con motivo de conmemorar nuestro biografiado las bodas de oro de su casa comercial, se exteriorizó cumplidamente la gratitud y el reconocimiento de los cor-

dobeses hacia la ilustre personalidad del festejado. Allí se cantó un caluroso himno al trabajo, al esfuerzo de voluntad, al acierto en las iniciativas de don Carlos Carbonell; fué aquel un acto de justicia, un homenaje franco, una entusiasta reparación de algo a modo de olvido, que solo necesitó un sencillo pretexto para salir del corazón a los labios.

La Cámara de Comercio, organizadora del banquete, el Ayuntamiento de Córdoba, la Federación Gremial Cordobesa, el Ayuntamiento de Alcoy, la prensa local, personas ilustres en todos los ramos de la actividad humana y casas comerciales de todas las partesdel mundo prestaron su concurso entonces a este enaltecimiento personal, justo galardón y merecido premio a una vida de constante trabajo, de producción no interrumpida y deprofundo amor a Córdoba.

Este hombre, naturaleza de hierro, todo actividad y genio emprendedor, combatido por dolencias y pendiente siempre de preocupadiones impuestas por los negocios, mostrábase en todo momento incansable, hasta el punto de realizar no ha muchos meses un largo viaje a Italia, con las molestias propias de estas anormales circunstancias, y en el mismo día de regresar a Córdoba ocuparse en despachar los asuntos pendientes en su casa y por la noche presidir una larga sesión de la Cámara de Comercio.

Sin embargo, de poco tiempo a esta parte parecía presa de una honda preocupación; cualquiera hubiera dicho que presentía sus últimas jornadas.

Un día llamóme, encargándome la confección de un libro en que se recopilasen todos los actos relativos a las bodas de oro de su casa comercial y todas las cartes de adhesión y felicitación que había recibido de España y del extranjero, sin otra pretención que la de que quedasen reunidas en un volumen, como recuerdo ejemplar que perpetuara su labor en el correr del tiempo y entre los modestos límites familiares.

Tres días antes de morir tuvo la satisfacción de verlo terminado y hojear sus páginas. Al entregárselo, creí poner en sus manos una ofrenda unánime y universal que le rendían cuantos tuvieron ocasión de conocerlo y admirarlo. Me habló sonriente; intentó, como siempre, informarse de los asuntos de la Cámara, su eterna obsesión y cariño; vi que no podía aprisionar las ideas; aquella lucha entre la voluntad y el cerebro me llenó de honda tristeza; comprendí que aquel edificio, que antes fué fortaleza, se derrumbaba inevitablemente; corté discretamente el diálogo y salí de la estancia con lágrimas en los ojos y la convicción tristísima de que perdía para siempre al leal amigo y al protector paternal.

Ha muerto don Carlos Carbonell, perdiendo Córdoba una figura de tan alto prestigio y firme relieve, que difícilmente desaparecerá su memoria del corazón de todos los buenos patriotas, de cuantos estimen que la honradez, el trabajo y la hidalguía son elementos indispensables de nuestra reconstitución moral y material.

Descanse en paz el varón insigne y cristiano, que ha sabido morir como los grandes hombres, mirando a Dios y dejando sembrado en la tierra el fruto fecundo del cariño, el áureo premio del trabajo, la flor bendita de la caridad, que yo me atrevo a mostrar hoy a sus hijos para qne sigan las huellas y el ejemplo de su padre.

Antonio Ramírez.

DE CATULO

Dedicación de un navío

Phaselus ille, quem videtis, hospites...
(Od. IV)

Este barco que veis, amigos míos,
fué el más veloz de todos, y ninguno
pudo alcanzarle sobre el mar volando,
ora impelido por el fuerte remo
o por la brisa en la turgente vela.
Niéguenlo, si se atraven,
del Adria ronco la infecunda playa,
y las Cícladas, y la noble Rodas,
y Tracia, y la Prapóntida,
y el irritado Ponto,
cuyas riberas, en la selva umbría,
no ha mucho coronaba con sus ramas,
turbando con su silbo
de las cimas de Cítore el silencio.
Bien lo sabéis vosotras, ¡oh tú, Amastris!
¡oh nemorosa Cítore!
tú, en cuyas altas cumbres
alzan al cielo la anchurosa copa
todos sus seculares ascendientes;
tú, que lo contemplaste la primera
bañar sus ramas en las claras ondas.
Desde entonces, hendiendo el oleaje,
llevó a su dueño por el mar tan pronto
soplando el viento del sinistro lado,
como al diestro, o a popa.
Siempre, desde el momento en que partía
de las costas lejanas
hasta arribar al abrigado puerto
se hicieron sacrificios a los dioses
para que lo guiaran por los mares.
Mas ya pasó aquel tiempo, y ahora el barco
envejece en el puerto
meciéndose en las ondas apacibles,
consagrado a vosotros,
¡oh divinos gemelos
Cástor y Pólux, venerandos dioses!

Agustín de Aguilar Tejera.

La Unión Médica Regional en Córdoba

A todas las esperanzas hubo de superar el resultado de la pequeña asamblea que los médicos de Córdoba celebraron el pasado martes, en cumplimiento de la convocatoria requerimiento lanzado desde estas columnas.

Una muy nutrida representación médica, avalorada por numerosas adhesiones de profesionales de la población y de la provincia, se congregó al conjuro de la palabra «unión» y, con gran entusiasmo, anteponiendo a toda idea personal el amor a la clase, tomaron valiosos acuerdos: Definitiva constitución del Colegio Médico, integrado no sólo por los profesionales en la población residentes, sino por todos los médicos de la provincia. Resurrección, vuelta a la vida de la Academia médico-quirúrgica, muerta, olvidada en mal hora. Protestar enérgicamente contra el egoísta y mísero colega, autor moral del trágico calvario sufrido por el anciano médico don Tomás Carví. Adquisición de un local que sirva de domicilio común: lo más grande, lo más necesario, lo más eficiente para la verdadera unión; la creación de un hogar, la convivencia espiritual bajo el mismo techo, entre las mismas paredes, elevadas espiritualmente por el esfuerzo de todos.

Y, mirando al mundo, sumándose a las actuales imposiciones de la vida, agregarse, fundirse al noble y alto movimiento social médico nombrado Unión Médica Regional; la grande y bella, la que dignificará la clase, la que la elevará al rango de su rancia y gloriosa estirpe, la que hará del médico un ciudadano libre, arrancándole de las garras del caciquismo rural.

La clase médica cordobesa ha despertado, ha comenzado a laborar; esperemos con gozo sus potentes frutos.

—

En la reunión fué aceptado el ofrecimiento que nuestro compañero el Dr. Ruiz Maya hizo de nuestra Revista, para todo cuanto sea defensa de la clase; ofrecimiento que fué acogido con unánime reconocimiento, por lo que desde ahora comenzaremos a dar todas aquellas notas que interesen a los que deseen asociarse.

Ha quedadado constituido el Comité provincial por don Emilio Luque, presidente; don José Navarro, vicepresidente, y M. Ruiz Maya, secretario. Todas las adhesiones se dirigirán a este último, a su domicilio, Dueñas, 6. Los médicos de la provincia recibirán un Reglamento de la Unión, el cual se acompaña de un Boletín de adhesión, que deberá ser utilizado. El médico que desee un Reglamento puede pedirlo en la Administración de nuestra Revista.

En números sucesivos daremos cuenta de los puntos esenciales del Reglamento e indicaremos las publicaciones diarias y periódicas con que cuenta la Unión. Hoy sólo daremos una lista de los médicos cordobeses que pertenecen ya a la asociación.

De Córdoba: don Emilio Luque, don Joaquín Altolaguirre, don Baldomero Castellano, don Mannel González, don Arcadio J. Rodríguez, don Miguel Luanco, don Ramón Alfaro, don Antonio G. Sisternes, don Manuel Villegas, don Leandro G. Soriano, don Rafael Garrido Zamora, don Luís Fuentes, don Julián Ruiz, don Eduardo Amo, don Vicente Martín Romero, don José Navarro, don José Vázquez, don Joaquín G. Aguado, don Víctor Fernández, don Ricardo Pérez Jiménez, don Celso Ortiz Mejías, don Francisco Morilla y don Manuel Ruiz Maya.—De Cabra, don Enrique Cabello.—De la Rambla: don Antonio Espinosa, don Fernando Cabello, don J. Aguilar Collante y don J. Escribano.—De Guadalcázar, don Juan Castillo Peñalosa.—De Villanueva del Rey, don Joaquín Berengena.—De Villaralto, don Rafael Lira.—De Puente Genil, don Alberto Ruiz.—de Encinas Reales, don Juan L. Hurtado.—De Minas de San Rafael, don Fernando Rincón Torres.—De Pueblonuevo, don

FIGURAS CONOCIDAS

Luís Fuentes Pérez, escritor y profesor de Instrucción pública.
Caricatura de Bernardo Ortiz.

Federico Oliver, el viril autor de «Los Semidioses» y «El Crimen de todos», terminando a golpes de pluma con el último chulo.
Dibujo de Alfonso del Rosal.

Antonio Solano.—De Monturque, don Hugo Benítez.—De Lucena, don Juan Lozano.

—

Para celebrar solemne y fraternalmente el nacimiento de esta nueva era de reciprocidad moral y como sello del pacto de leal unión y amistad, se acordó la celebración de un banquete; para su realización, la comisión nombrada al efecto lleva muy adelantados los trabajos. Se celebrará el próximo sábado, 24.

PELÍCULAS DEL NATURAL

En Febrero busca la sombra el perro

En el actual mes de Febrero no buscan la sombra ni los perros, ni los gatos, ni ningún ser de la creación, porque llevamos unos diítas de abrigo. No se yo cómo andarán los siberianos; en cuanto a los andaluces, sí que nos hace andar bastante abrigados e imperealizados el loco Febrero, con sus insoportables inclemencias.

Otros años, el mes de los 28 días, para dejar en ridículo a su antecesor, el de los 31 (el inacabable para los empleados), se permitía cierta agradable temperatura, tanto que hasta los perros, agradecidos, sacaban la lengua, en forma de triunfal bandera, y se ponían a discutir sus problemas a la sombra de los árboles; lo contrario que sucede en el año de las temidas Notas, que es la denominación con que el 1917 figurará en la Historia.

Las negociaciones caninas han quedado en suspenso hasta Mayo por lo menos, que será cuando los perros se permitirán el lujo de buscar comodidades a la sombra de los árboles y las casas, si no vuelven a equivocarse los calendarios.

En lo único en que ya puede complacernos el fresco de Febrerillo es en que durante los Carnavales suspenda el mal tiempo con que ha empezado, para que las fiestas de Momo resulten lucidas. De seguir así, ya estoy viendo los disfraces que han de predominar: los de buzo y explorador del Polo Norte, saliendo a relucir todos los impermeables que haya en la ciudad.

Sería una lástima que no nos complaciera el señor de Febrero, porque las chicas de Tornillete, las de Canalón y las de Caín, que se están confeccionando unos disfraces para dar el «golpe», tendrían que desistir de sus diabólicos planes y guardar los trajes para otro año. La continuación del mal tiempo quizá vendría a empeorar la situación internacional, y hasta el precio del carbón subiría, a causa de la prolongación del consumo de invierno.

Siquiera sea por lo del carbón y en nombre de muchos aficionados a rendir homenaje a Momo, te pido ¡oh mes voluble e implacable!, que en los días de Carnaval suspendas tu conducta hidráulica, que tanto nos está perjudicando. De continuar así te saldrás con la tuya de vernos convertidos en unos humildes y filarmónicos sapos y si eso a tí pudiera servirte para alcanzar un ascenso u honor entre tus compañeros, a nosotros maldita la gracia que de momento nos habría de hacer, aunque después, ya acostumbrados a vivir entre agua, te enviáramos un mensaje de agradecimiento por habernos resuelto el problema de las subsistencias al llegar a ocultarnos hechos ranas entre las piedras y junqueras, único medio de librarnos de las tiranías de los caseros y los almacenistas de comestibles y bebestibles, y con esto quedaría cumplido el refrán de que no hay mal que por bien no venga. Pero basta ya, Febrero loco, que este año van a resultar con reuma hasta las ranas y los sapos.

Francisco Quesada.

NOTAS

Por su dilatada y fructuosísima actuación, señalada con el establecimiento de numerosos centros de trabajo en toda Andalucía y la extensión del comercio de nuestra región por el mundo entero, el recuerdo de don Carlos Carbonell y Morand, fallecido en Córdoba, quedará grabado con indelebles caracteres, con la firme huella del trabajo y la competencia creadores. Muerto él, a todos nos toca continuar sus enseñanzas, recoger y observar la ejemplaridad de su conducta y tenerlo como guía inextinguible en las luchas por el general mejoramiento de la región.

Al duelo unánime que su muerte ha producido, nos sumamos muy sinceramente y, como la mejor expresión de sentimiento, reproducimos el admirable artículo necrológico publicado por el concienzudo y brillante escritor don Antonio Ramírez en el *Diario de Córdoba*.

—

Atentamente invitados hemos tenido el gusto de asistir a la asamblea general de Fomento Agrícola de Andalucía, celebrada en el amplio y excelente local de esta importante asociación. El acto ha constituido realmente una hermosa y brillante victoria más del trabajo y la competencia que informan el funcionamiento del Fomento Agrícola, entidad rápidamente extendida y consolidada y que representa un progreso decisivo para nuestra región. Afectuosamente felicitamos por ello al director general don José Ortega Contreras y demás valiosos elementos de la floreciente sociedad.

El Padre Cabrera, S. J.

La ilustre Casa de los Cabreras de Córdoba, en la rama que siguió el V conde de Villanueva de Cárdenas y VII marqués de Villaseca, don Diego de Cabrera y Fernández de Mesa, casado en terceras nupcias con la noble dama de Ecija doña María de la Soledad Aguilar y Espinosa, dió al mundo, el día 2 de Julio de 1813, un varón que por sus virtudes había de ser orgullo de su estirpe y gloria de la Iglesia.

En la típica casa de Don Gome nació; en la pila bautismal de Santa Marina fué admitido al seno de la Iglesia, y en el Colegio

de Gracia, en San Pablo, cursó la Filosofía y la Teología.

En las revueltas políticas de 1835, en las que su madre, la famosa marquesa de Villaseca, se destacó en Córdoba en el bando tradicionalista, sufrió la familia inmediata de don Francisco de Cabrera una horrorosa persecución, hasta el punto de que, escondidos en la huerta de las Antas, para refugiarse de las iras populares, de allí salió el joven clérigo acompañado de su madre y de su hermana para Gibraltar primero y navegando hacia Malta luego e instalándose en Roma después.

Allí le completaron las Ordenes Sagradas y cantó su primera Misa en el Seminario romano.

El trato íntimo con Cardenales le hizo gozar de la amistad del Pontífice, que bien pronto premió el valer del sacerdote cordobés, haciéndole su Prelado doméstico, Camarero secreto y Protonotario apostólico.

Trasladado a Génova, allí instruyó jóvenes para el sacerdocio. En Palma de Mallorca más tarde, se acreditó de excelente misionero, hasta que en el año 1855, marchó a Italia de nuevo y allí ingresó en el Noviciado que en la Ciudad Eterna tenían los hijos de San Ignacio de Loyola.

En Roma primero, en Módena luego y en Praga más tarde, fué el P. Cabrera modelo de perfección y virtud. Eruditísimo en las ciencias eclesiásticas, elocuente desde el púlpito, sabio y prudente en el confesonario, humilde y fervoroso demostró en toda ocasión la nobleza de su cuna y por sus dotes excepcionales se hizo ser admirado de todos y puso muy alto el nombre de Córdoba, su patria.

En 1860 volvió a nuestra Península y se instaló en León. Allí emprendió de nuevo su gran labor de misionero y hubiere sido gran cosa admirar la gravedad de su figura, coronada la cabeza con la nieve de sus cabellos que desde muy joven se habían tornado de plata a fuerza de sufrimientos y penalidades; distinguido en su porte y en sus modales, llevando siempre en su mano un crucifijo, el P. Cabrera tendría desde el púlpito la silueta de un enviado de Dios.

Misionando en Santa María de Ortigueira, se le bautizó por toda España con el nombre del Apóstol de Galicia; y en Compostela, en Betanzos, en Padrón y en Redondela se le llamaba el Santico o el Santiño.

El día 19 de Febrero de 1886 y en el Colegio de Carrión de los Condes dejó escapar el último hálito de su vida el incansable misionero cordobés, miembro ilustre de la linajuda estirpe de los Cabreras de Córdoba.

José Rey Díaz.

Del Tesoro de la Catedral.—La obra más antigua de orfebrería que en él se conserva. Fué un pebetero árabe, convertido por el arte cristiano, en el siglo XIV, en un primoroso relicario, con el mismo sentido de armonía que en nuestra región hispano-mora inspiró al cordobés Hernán Ruiz la conversión del mejor alminar de Sevilla en la excepcional Giralda de nuestra época, al engarzar en la torre de Geber el campanario de Santas Justa y Rufina.

Los aceites españoles en Italia

De la memoria presentada al Centro de Expansión Comercial por nuestro ilustre paisano don Rodolfo Gil, nombrado agente del mismo Centro para estudiar la exportación de los aceites españoles a Italia y las manipulaciones que a su entrada en aquel reino sufren.

I

Es esta riqueza nuestra—a cuyo caudal responden 1.400.000 hectáreas de cultivo y cuya producción total está representada al año por 199.000.000 de pesetas—parte capitalísima de nuestras energías agrícolas y de nuestra expansión comercial.

El cultivo del olivo se extiende por toda la región meridional de España, caracterizándola, pero especialmente por el alto valle del Guadalquivir, que produce por sí sólo la mitad de la cosecha nacional; en la región de Levante se da bien en su

zona alta y seca; y, en la región ibérica, adquiere pujanza en las tierras bajas, al punto de ser ésta la segunda en importancia por sus comarcas del Bajo Aragón (Alcañiz, Valderrobles) de Tortosa, de Reus y de Urgel (Borjas Blancas, Lérida, etc...)

En la sudoriental meditarránea y submeseta Sur de la Central, alterna el olivo con la vid, formando núcleos secundarios.

Ni en la región cantábrica, ni en la submeseta Norte, ni en las zonas montañosas prospera el olivo sino en muy limitadas extensiones resguardadas de los fríos.

Sólo Andalucía consagra a este cultivo 806.108 hectáreas.

En conjunto, la superficie plantada de olivares en España supera en doscientas treinta y cinco mil cuatrocientas treinta y siete hectáreas a la de los viñedos, según las más recientes estadísticas. La exportación media durante el último trienio ha llegado a 60 millones de pesetas (50 millones el aceite y 10 millones la aceituna), que sólo han sido superados por la de la naranja, la del vino y la del hierro; esta última muy por cima de todas.

Las cifras de sus rendimientos en el último quinquenio arrojan un total de 70.160.393 quintales métricos de aceituna y 12.840.791 de aceite. ¡Y aún podría aumentar mucho esta cantidad considerable, que no ha menester de comentarios! Y por lo que respecta a la calidad, nadie discute que el aceite de oliva español es en sí mismo el mejor del mundo. Se ha abandonado aquí ya por gran parte de los oleicultores los procedimientos rutinarios de las viejas almazaras y, al sustituir éstas, generalmente, con las modernas prensas hidráulicas y completarlas con buenas fábricas de refinería, se ha industrializado este producto, atemperando su elaboración a las exigencias y gustos de la exportación en nuestros días. Así, en un período de quince años a esta parte, se ha operado en la manufactura y presentación de nuestra producción oleica una tan notable transformacióu, que ya el consumo exterior no tacha, en proporción de un 90 por 100, los aceites españoles por gruesos, pesados y mal refinados, como acontecía en los mercados hispano-americanos, donde se les ha venido sustituyendo con los de procedencia y marca italiana o francesa; y es lógico que, a mayor perfeccionamiento en la refinación y a una más consciente adaptación de nuestros productores y exportadores al medio, condiciones y preferencias de los grandes mercados con que se ha de negociar, responda la demanda, en progresión creciente, de este producto, de modo tal, que en los mismos informes de nuestros cónsules, sobrios y llenos de advertencias y consejos, se hace notar cómo las muestras presentadas por los mejores cosecheros de Andalucía y Cataluña han merecido singular aceptación y francos elogios de la prensa extranjera, reconociendo y ponderando públicamente la bondad, finura y hermoso color de aquéllos.

Pero, con esto y con todo, aún hay mucho por hacer aquí en este orden. Todavía no ha rebasado España la línea de obstáculos que, en la mecánica del procedimiento y del comercio, oponen a la difusión y salida de los aceites nuestros otras naciones exportadoras; porque, a pesar de ser la producción media anual «más del doble de la Italia y de Francia reunidas», como depende de la avloración que alcanza en el mercado consumidor la riqueza que este producto representa, son los aceites de procedencia italiana y francesa, los que, sobre el terreno de la especulación, vienen hasta aquí absorbiendo en un monopolio tenazmente defendido el consumo del mismo producto en muchos países.

Agrava esta competencia, en que desgraciadamente para nada es tenida en cuenta la calidad y pureza del producto, de que puede ufanarse única España, la enorme concurrencia que en los mercados americanos, en los cuales explaya sus iniciativas y energías el comercio europeo, hacen los aceites de semillas preparados en Italia y en los Estados Unidos y llamados «aceites de comer», sin que para la venta de estos haya prohibición ni traba alguna que estorbe ni merme su aceptación.

Y lo peor es que para estas muestras y preparados se manipula con aceites nuestros. De ello me ocuparé después.

Ocasión es la presente de librar los aceites de oliva españoles de esa servidumbre con que se ha buscado acreditar marcas extranjeras. ¿Cómo? Creando nosotros buenas marcas para exportación y haciendo lo que de un comerciante español oí contar en Génova. El caso es un caso tipo, y bien puede mostrase como ejemplo estimulante.

En la república Argentina se puso a la venta por primera vez, hace próximamente unos diez años, una marca de aceite hasta entonces completamente desconocida; el artículo era bueno y sigue siendo actualmente tan bueno como al principio, o cada vez mejor. Este artículo procedía de Cataluña y el industrial o cosechero que lo preparaba tuvo el buen tino de hacer uno o más viajes a Buenos Aires y estudiar personalmente la calidad que más se adaptaba al gusto de los consumidores en aquella República, como también el acierto de confiar la representación de su artículo a personas activas y muy relacionadas con el comercio del país, agregando a la actividad y relaciones comerciales de los representantes, la buena calidad del artículo y la gran propaganda, constante, metódica sin ser exagerada

que hicieron y siguen haciendo éstos, sin reparar en gastos. El éxito ha sido completo. Aquella marca de aceite se ha acreditado de tal forma, que su venta anual en la república Argentina alcanza actualmente a la fabulosa suma de 120.000 cajones de 40 kilogramos cada uno, cantidad que, según estadísticas comprobadas, no llegan a igualar todas las demás marcas juntas de aceites españoles que se importan en el territorio del Plata.

En cuanto a Italia, sentemos desde luego el hecho de que, no obstante su gran producción, similar, aunque bastante más reducida que la nuestra, necesita para abastecer sus mercados importantes aceites españoles de oliva por valor de *diez a quince millones* de pesetas, habiendo subido a *diez y ocho millones* (de 8.946.939 que ofreció a España esta exportación en 1900, subió en 1912 a pesetas 18.635.018 pesetas), según nuestras estadísticas, en 1912; cantidad que señaladamente fuera del país multiplica al amparo de sus combinaciones industriales y de su régimen comercial.

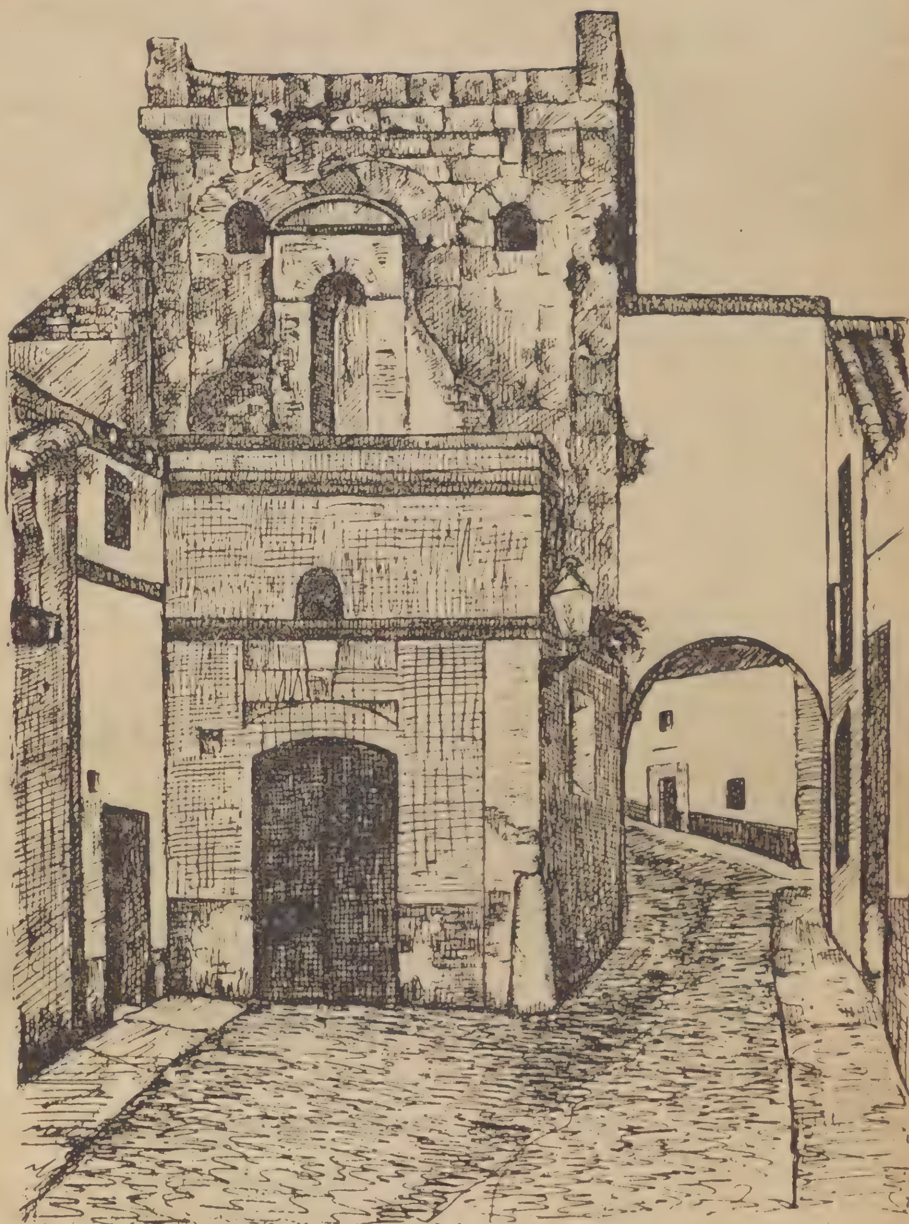
Es éste, pudiéramos decir, el cultivo tipo de aquel país, pues más extendido que en España, aunque rinda menos producción, comprende once de las doce regiones agrarias en que se divide el reino. El Piamonte es la excepción. A la cabeza de estas regiones está Puerto Mauricio y tras de ella Bari, Chieti, Lecce, Catania y Regio di Calabria, en orden decreciente, todas las cuales alcanzan el máximo de producción absoluta, correspondiendo el mínimo a Bolonia, Vicenza y Bérgamo.

De Toscana, las primeras comarcas en este cultivo, en que hallaron fama, fueron Lucca y Populonia.

Considerada en relación con la superficie ocupada por la planta misma, la producción del olivo es más provechosa en Sicilia, especialmente en las provincias de Palermo, Caltanisseta y Trápani.

De sus tipos de aceites, el preferido y más renombrado es el de Lucca, denominación genérica que comprende, no solamente los de la campiña que se extiende al pie de los Alpes Apuanos, sino también los de Calci y Buti, en los montes de Pisa, y otros de aquella comarca. Y a tal tipo se aproximan los procedentes de la región toscana y los que en la comarca del lago Trasimeno y en algunas zonas de la Liguria se obtienen.

No menos buscado que los de Lucca, Onea y Puerto Mauricio es el tipo Bari, región en la cual se han afinado mucho los procedimientos de elaboración para el comercio y a ese mismo tipo se asemejan los de algunas comarcas de los Abruzzos y la Calabria.



La verdadera Córdoba.—La Ermita y el Arco de Belén.

Dibujo de José Manuel Rodríguez.

Caracteriza a los de Sicilia, el ser o demasiado gruesos o demasiado fuertes, cualidades atribuídas, ya porque en general allí no se emplean los métodos perfeccionados de clarificación, bien por influencias climatológicas o por deficiencias sistemáticas de recolección y extracción del producto.

Los aceites producidos o preparados en la Liguria, la Lombardía y la Toscana tienen su salida por Puerto Mauricio, Oneglia, Génova y Livorno; los del Véneto y Emilia por el puerto veneciano; los de la región litoral subasiática por Bari; los calabreses por Nápoles y los sicilianos por Palermo.

La cosecha nacional de 1909-10 fué calculada oficialmente en hectolitros 2.411.570; la de 1910-11 bajó a 1.405.600, conforme a los datos aportados por la «Statística Agraria», últimos publicados.

Junto a éstos pongamos los de la exportación de aceite: la del reino, que en 1910 alcanzó la cifra de 285.164 quintales, descendió en 1911, por irradiación de escasez de la co-

secha, a 250.664 quintales; y la de Génova, que en el primer año citado llegó a 104.035, bajó al siguiente a 92.211.

El cálculo medio de esta exportación es de unos 700.000 quintales anuales.

El secreto del gran desequilibrio que hay entre lo que Italia produce e importa de España y del territorio francés de la Provenza (de donde mucho aceite nuestro se reexpide) y aún de Grecia y Austria, está en que los aceites españoles adquiridos por Italia, van allá, no como parece para consumo del país, sino de tránsito, sirviéndose de ellos para *coupage* y sacando de su transformación y mezcla con los aprovechados aceites de semillas gran partido, porque así preparan y adoban el producto neutro, dulce, que, en bidones, latas y botellas, invade los mercados mundiales, aún en los años en que los olivos dan el mínimo de sus rendimientos.

—

Entre estos aceites de semillas con que en Italia se manipula y que con el de olivas se mezclan y como tal aceite de oliva se exporta, están los de algodón, sésamo, colza, lino, alfóncigo y adormidera y también los de mostaza blanca, nuez, coco, haya y cáñamo, casi todos los cuales se emplean en muchos países para la fabricación de jabones o para otras necesidades y usos industriales.

En estos últimos tiempos las falsificaciones del aceite puro han aumentado y se han perfeccionado de tal modo, que se hace difícil descubrirlas.

La mezcla y sofisticación que, mejor que las demás semillas oleosas, escapa a la investigación, es la del algodón con el de oliva. De los Estados Unidos, de Francia y de Inglaterra viene importando Italia grandes cantidades de este aceite o de su semilla para aquellas operaciones; y la más franca y clara demostración de los fines a que se destinan está en la Memoria y estadísticas oficiales del comercio exterior de 1911, publicada en Nápoles en 1913.

Cierto que, años atrás, el Gobierno italiano, defiriendo a las excitaciones y reclamaciones de las Cámaras Agrícolas del país salió al paso de tamaña sofisticación y quiso atajarla imponiendo una tasa de fabricación de 14 liras por quintal para los aceites de algodón que en Italia se fabricasen y una sobretasa de 14 liras también para los mismos aceites de procedencia exterior, ya se recibiesen aislados, ya mezclados con los de oliva o con otros aceites. Otras medidas complementarias adoptaron los ministros de Agricultura y del Interior, desde 1881 hasta hoy.

Rodolfo Gil.

MÁS COSAS DE LOS YONES

El Dr. D. Ramón Llord y Gamboa ha leído un discurso en la muy prestigiosa Sociedad Española de Hidrología Médica, del cual forma parte el siguiente malhadado párrafo:

«Así vemos, como ejemplos, en los bicarbonatos alcalinos, la disgregación de la molécula en un anión $\overline{CO}^3$ y dos cationes: $\overset{+}{H}$ y $\overset{+}{Na}$. Pero el anión CO^3, en presencia del agua, tiene gran tendencia a pasar a anión CO^3H' (1), tomando del agua H^2O un átomo de hidrógeno y dejando libre un hidroxilo: $\overset{+}{O}H$, de reacción alcalina. El hidrógeno libre $\overset{+}{H}$, en estado yónico, que resulta de estas reacciones, debe ser calculado en los análisis».

Le llamo malhadado al suprainserto párrafo, porque ya he tenido que demostrar en otro artículo anterior, *Cosas de los yones* (véase el número anterior de esta Revista), que el Dr. Llord había incurrido en una lamentable equivocación al afirmar que el anión hidroxilo $\overline{OH}$ es electropositivo y de reacción alcalina.

Pero no queda aquí el hado infausto de dicho párrafo, porque, además, el conferenciante comienza poniendo el ejemplo en él de que «en los bicarbonatos alcalinos, la disgregación de cada molécula se hace en un anión $\overline{CO}^3$ y dos cationes: $\overset{+}{H}$ y $\overset{+}{Na}$».

Dicha disgregación me deja

(1) En buena notación química, el H debe anteponerse en en toda formula al CO^3, por ser aquél más electropositivo.

Pueblonuevo del Terrible.—El mercado, en la plaza de Sánchez Guerra.

profundamente sorprendido, y sólo se explica con el siguiente proceso mental del Dr. Llord: «Si la *fórmula empírica* del bicarbonato de sodio es Na H CO^3, al ocurrir la descomposición electrolítica de éste, cada molécula tiene que fraccionarse en los tres grupos que veo: $\overset{+}{Na}$ y $\overset{+}{H}$ y $\overline{CO^3}$».

Pues en su razonamiento, de Qímica anticuada, va engañado el Dr. Llord; permítame que se lo diga.

Lo que ocurre se vé muy claro si, no haciendo caso de dicha fórmula empírica, examinamos *la fórmula racional* del bicarbonato de sodio, que es la siguiente: $CO<^{OH}_{ONa}$.

Entonces veremos que, al pasar la corriente eléctrica por un agua minero-medicinal bicarbonatado-sódica, ocurre enseguida la disolución electrolítica de cada una de sus moléculas $CO<^{OH}_{ONa}$ en los tres yones siguientes: un carbonilyón $\overline{CO}$, un hidroxilyón $\overline{OH}$ y un oxisodyón $\overset{+}{ONa}$, que es el proceso que hoy admite la Química moderna.

Por último, ya comprenderá el Dr. Llord que es descabellado pensar que puedan moverse con rapidez vertiginosa en las aguas minero-medicinales alcalinas voluminosos yones de CO^3H', agrupación que debiera implicar ¡la soldadura de un átomo tetravalente de C con tres bivalentes de O y uno monovalente de H!

El conferenciante termina su desdichado párrafo diendo: «El hidrógeno libre $\overset{+}{H}$, en estado yónico, que resulta de estas reacciones, debe ser calculado en los análisis».

Yo le respeto al Dr. Llord su derecho a opinar, pero me permito afirmarle que ese hidrógeno libre $\overset{+}{H}$, en estado yónico, resultante de esas reacciones en las aguas minero-medicinales, es una ilusión suya.

Y... Doctores tiene la Iglesa...

Doctor Velázquez de Castro,

Catedrático de Terapéutica en la Universidad de Granada.

El chicuelo de los periódicos

Voceando con aparente alegría, mal cubierto con andrajos el cuerpo, risueño y jovial siempre como en una ironía de su desgracia, el vendedor de periódicos nos persigue y acosa, ofreciéndonos su mercancía: Señorito: ¡el «Heraldo», «La Corres»..!

Nuertro primer impulso es de simpatía, mas rara vez pasamos de tomarle un periódico. Si nos detuviéramos a estudiar su vida, el fantasma de la realidad, cruel e inexorable, aparecería ante nuestra vista, descubriéndonos una tragedia donde sólo creímos vislumbrar entretenida farsa. Entonces, cuando descubrimos que, detrás de aquella figurilla vulgar se oculta una vida de miserias y privaciones, ya no es sólo simpatía lo que por él sentimos: es lástima y compasión. Entonces es cuando comprendemos que las monedas, que a cambio de unos periódicos le dimos, fueron limosnas que endulzaron su vida e hicieron entrar la alegría en una buhardilla, siempre abierta al dolor y la miseria; y nuestra alma siente, a pesar de haber sido las nuestras limosnas impensadas, la satisfacción que nos embarga siempre que hacemos una buena obra.

Hace algunos días se me acercó un muchachillo ofreciéndome un periódico. Entablamos conversación y, a los pocos minutos, departíamos como antiguos camaradas. Se lamentaba de no saber leer, y, como yo le preguntase por qué no aprendía, me respondió que no tenía tiempo; y entonces me contó su vida. Se levantaba muy tem-

NOTAS DE COLOR.– La recogida de pobres.

Dibujo de F. Márquez.

prano y estaba vendiendo periódicos hasta las doce o la una de la noche, y raro era el día en que llevaba a su casa cinco reales; terminó diciéndome: si vendiendo todo el día gano cuatro o cinco reales, al restar una o dos horas para ir a la escuela ¿cómo ibamos a vivir mi madre, mis hermanos y yo? Mi madre gana un real como criada, y ¿qué es un real para cuatro?

Hablaba con tan triste acento que el corazón más duro no permanecería impasible después de escucharlo.

Emocionado le dí unas monedas y se despidió muy contento. Ya solo, reflexioné acerca de las miserias que la vida nos enseña a cada paso. He aquí—me decía—a un muchacho de trece años, sin saber leer contra su voluntad, porque tiene que trabajar para mantener a los suyos. Cuando ese niño sea hombre, se burlarán de su ignorancia, creyendo que, si no aprendió a leer, fué por holgazanería, sin que a nadie se le ocurra pensar que el hombre inculto, en la edad en que otros niños sólo piensan en jugar, hacía de padrecito, trabajando para que en su casa no faltase el pan.

No hay duda de que el analfabetismo abunda mucho en España, pero tampoco es menos cierto que la miseria abunda mucho más.

Juan Moreno Moreno.

VERSOS DE CÓRDOBA

La Torre de la Calahorra

Torre de la Calahorra,
gigantesta y almenada;
junto a tus plantas, humilde,
el río cantando pasa.
¿Qué dirá el agua en su trova?
¿Qué dirá en su canto el agua?
Dirá que en lejano tiempo
fuiste garrida sultana,
y hoy te ves mísera y triste,
sin adornos y sin galas.
Que soñaste en una noche
y sentiste enajenada,
bajo el palio de la luna,
como el rumor de unas barcas
atracadas a la orilla
del río, donde gozaban
de su dicha los galanes
y las damiselas pálidas,
Aún permaneces erguida,
como un dedo que señala
el sitio por donde fueron
los que nunca a tí tornaran.
¡Qué congoja me da el verte,
torre triste y solitaria!
Tú me mirabas inmóvil
la tarde desconsolada
que mi tierno amor moría
en la sombra de tu estancia.
¡Torre de la Calahorra,
torre que en mis sueños te alzas!
Al caer de aquella tarde,
igual que una ajusticiada,
pendiente de tus almenas
me dejé por siempre el alma.

Francisco Arévalo.

Divagando sobre Andalucía

De la ciudad a la campiña

La actualidad regionalista ha despertado nuestros dormidos principios federales, brindándonos un nuevo campo de acción para la lucha por el mejoramiento colectivo, de reivindicación de ideas de justicia y progreso, y de redención para esta vasta y rica Andalucía, feudo de oligarcas centralistas y cuna y metrópoli de la torería española.

Nuestros amores por la autonomía se han rejuvenecido y concurrimos al nuevo ideal andaluz pletóricos de fe.

Al salir de la ciudad, al abandonar el ambiente de la lucha cotidiana por las ideas, dejando culto y fraterno cenáculo para entrar en la campiña, me he abroquelado en mi pensamiento, dejando gravitar so-él exclusivamente la idea de la región, y me dispongo atento a observarla en su vida más importante, que más le caracteriza, que es casi única en su verdadero exponente: su vida rural.

¿Será Andalucía, la reivindicación de Andalucía en este aspecto, algo quimérico, sueño de una imaginación optimista, o responderá ciertamente la esperanza a las cualidades que se le suponen subyacentes?

En efecto, la visión de estos pueblos, de estos campos, es triste, desconsoladora... Su contemplación nos impulsa a confirmar las afirmaciones de aquellos que la calificaran víscera insensible a todo sentimiento de redención. Una exterior calma llena de silencio, da la sensación de cosa perfectamente homogénea, fácil, sometida. Sensación de muerte por ausencia de relieves y de movimientos.

Pero hay, sin embargo, que penetrar más. No basta, la superficial

contemplación de la hierática y contrita figura. En su fondo, en su profundidad, hay algo. Hay germen, hay polen que no brota sino con intermitencias.

Los de arriba, los acomodados poseedores del suelo y explotadores de él, en completo divorcio con los modernos elementos intensivos y con ausencia absoluta de voluntad para toda empresa nueva; faltos de fe y de ideales, dificultan el mejoramiento de los de abajo y cierran por completo el camino de la redención regional.

Los de abajo han sabido superarse, y, a falta de la cultura que dejó de darles el Estado, ellos se forjaron un ideal de redención para su clase humilde y oprimida.

El bracero, el campesino andaluz, es tal vez el más despierto, el más apto para la realización de cualquier empresa progresiva, que todos los de su clase en cualquier region de España.

El ideal regionalista no es nuevo para este campesino. Se lo propagaron tiempo ha, cuando la inmortal doctrina del insigne Pí y Margall tenía por estos pueblos propagadores de tanto relieve moral e intelectivo y que tanto predicamento tenían sobre las masas proletariadas como Fermín Salvochea y Antonio Pedregal, entre otros muchos.

Mientras subsista el actual estado de cosas, el regionalismo no encontrará eco en la campiña, más que en el proletariado.

El único germen, el exclusivo limo donde ha de prender la naciente idea regional en la vasta campiña andaluza, es en las masas proletarias, que, como tierras fértiles, hacen fecundar en ellas todas las ideas redentoras.

Las clases acomodadas, al revés que en los demás regionalismos, estarán ausentes en el andaluz. Si no bastara su natural indolencia y despreocupación, con esa desdichada limitud espiritual que caracteriza al productor andaluz, bastaría que este movimiento interesara a los humildes para que ellos no concurrieran. No son amantes de moderadas transigencias de aproximación y contacto para alcanzar mejor entendimiento. Son ellos los que rehusan un ideal común de redención y los que se empeñan en mantener la profunda y lamentabilísima divisoria que todavía les separa, en perjuicio del interés colectivo, que es el de ambos.

Vengan a estos pueblos, a estos campos, hombres ecuánimes e imparciales a corroborar el aserto tan llevado y traído. El Ateneo de Sevilla, al practicar su acuerdo de extender su acción por la provincia, en sus estados urbanos y rurales, podrá comprobarlo.

Por eso es de presentir, y más que de presentir, de afirmar, que para la obra magna que se inicia del resurgimiento andaluz, no sólo ha de contarse con lo que sería valiosa cooperación del productor, del labrador, sino que seguramente habrá de significar un obstáculo de mucha transcendencia.

¡Lástima que no comprendieran que el regionalismo es una idea de fraternidad que debe redimir a los unos y a los otros!

Gabriel González Taltabull.

Niños de Córdoba. — Pepito Priego Acosta, hijo del inspector de Primera Enseñanza don José Priego López.

BAJO EL ANTIFAZ

He aquí al bullicioso Momo seguido de su cortejo de colombinas, pierrots, bebés y capuchones. El dios de la algazara y la broma convierte la existencia en estrepitosa carcajada.

La juventud sacia en estos días su sed de diversiones, prologada con el consabido: «¡Adiós, que no me conoces...!» Hasta la ancianidad, grave y taciturna, sabe en época tan desconcertada añorar un ensueño baladí; y es muy curioso ver cómo un caballero de edad, disfrazándose de *Don Juan*, posee vocabulario suficiente para piropear sin descanso a cuantas muchachitas halla a su paso.

Ya lo dijo en inspiradas estrofas el inmortal Calderón:

«Dormid, dormid, mortales,
que el grande y el pequeño
iguales son lo que les dura el sueño».

Y, si la vida es sueño, ¿por qué no ha de serlo, con doble motivo, el loco Carnaval? ¿Acaso no hay un profundo pensamiento filosófico en la antañona leyenda del trío Colombina, Pierrot y Arlequín?

En noche callada y solemne, que preside y baña en lluvia de plateada luz la panda luna, se advierten las siluetas de los protagonistas del cuento que perfuman las flores del amor.

Siempre la misma escena e igual decoración: al fondo, tan amplio como la inmensidad misma, aparece, mal velada por nubes transparentes, una luna risueña, pálida y grotesca, como la enharinada cara de un payaso... Jardín encantado en el que las flores pueden transformarse, a placer, en lindas damiselas versallescas que ríen, cantan y ofrendan amores...

«Luna, luna,
bella y pálida luna...»

Céfiros y brisas entonan ritornelos lánguidos, de ventura y placer. Fuentes de mármoreas tazas labradas, convertida en perlas reciben el agua de los surtidores...

Habla Pierrot:—Yo soy el hombre siempre amante y siempre desdeñado...

Dice Colombina:—Ved en mí la mujer a quien todos hablan de un amor que no entiende...

Grita Arlequín, agitando su tirso:—¡No me traiciones, corazón! Haz que ignore siempre que el amor es algo más que un simple juego...

Pierrot.—¡Oh, Muerte bienamada, cuántas tardas!

Colombina—Qué ligera huyes, Vida!

Arlequín.—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja...!

Pierrot.—Colombina: escúchame por piedad...

Colombina.—Calla, Pierrot, que tu charla me importuna...

Arlequín.—¡Vino, servidme más vino, que aumente mi risa! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja...!

Pierrot.—'Tu desdén me mata, Colombina...!

Colombina.—¡Tus súplicas me hastían, Pierrot...!

Arlequín (sonando con fuerza los cascabeles de su tirso).—¡Salud, vino del amor! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja...!

La luna tiembla en el espacio. Huye Colombina. Llora Pierrot. En el paroxismo de su estúpida embriaguez, es aún más fuerte la risa de Arlequín...

—

Tornemos a la vida real...

Escenario muy distinto: Salón elegante de un círculo. Las flores de los jardines hanse convertido en guirnaldas que exornan paredes, espejos, columnas y alfombras. Las lindas damitas son halagadora realidad. Los ritornelos de ventura y placer escapan del piano. La risa de los surtidores de las fuentes parte de gargantas femeninas.

También se encuentran aquí Colombina, Pierrot y Arlequín. Ahora hablan de modas, teatros y casamientos. Todo ha cambiado.

Son muchas las Colombinas; las hay rubias, hechiceras, de cabellos de sol y ojos de color de cielo. Otras, son morenas, de crenchas de azabache y ojos negros como las penas más hondas.

Habla Pierrot. (A Colombina que, fatigada, se ha quitado el antifaz).—¿Me conoces?

Dice Colombina:—Creo que sí.

Grita Arlequín:— Torpe, más que torpe...

Pierrot.—He visto a tu amor con otra; déjale «a la luna de Valencia» y ámame a mí, que soy más formal...

Colombina (ruborizada).—Pero... ¿eso es cierto? ¡Ingrato, me vengaré...!

Arlequín.—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! ¡Qué suerte tienes! ¡Eres un Pierrot completo!

Coro de capuchones y bebés: —¡Qué risa!

Pierrot.—¿Aceptas, bella Colombina?

Colombina.—Bailemos, cortés Pierrot...

Arlequín.—¡Qué les dará este jovenzuelo, que así las atortola! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja...!

Continúa la música del piano desgranando las notas de valses, mazurcas, pasodobles y rigodones. Colombina y Pierrot, bailan alegres; mañana han de verse en la ventana. Arlequín, entre carcajadas, celebra el triunfo del Pierrot amigo.

Las lindas damitas, rubias o morenas, ríen y suspiran bajo el antifaz.

Antonio Moya.

La novela del maestro

Una de las más felices frases que ha producido el fértil ingenio de Zahonero es una entre cáustica y melancólica, que, si mal no recuerdo, decía: «¡Cómo serán nuestros maestros, que ni siquiera han logrado educar una generación agradecida que les garantizara el pan de cada día y el respeto de todo el mundo!»

Si no es así, es parecida; si no es auténtica, por lo menos debía serlo. Pero, ¿es verdad? En todas sus partes, no. Cierto que no han sabido o, mejor dicho, no han podido educar unas cuantas generaciones que, más que por deber, por gratitud, hubiesen sido los que se esforzaran por crear a sus educadores una situación económica más holgada y una condición social de mayor estima.

Las circunstancias no lo han permitido. Aunque en el arduo empeño hubiesen puesto la mejor voluntad, siquiera por legítimo egoísmo, el medio ambiente rural en que se movían hubiera paralizado todo propósito generoso. Hay que conocer, en su plena y dolorosa realidad, nuestra vida aldeana por dentro, «d'apres nature», para comprender esas vidas silenciosas, de amargura y sacrificio, de los maestros de escuela de España.

Edmundo de Amicis escribió las páginas encantadoras, llenas de una emoción cordial, de «Romanzo d'un maestro». Si algún escritor intentara algún trabajo análogo en nuestro país, inspirándose en las escenas de la vida real, observándolas y recogiéndolas aquí y allá, en burgos y aldeas, le resultaría un drama hondamente doloroso, rayando

en la tragedia, con todas las brutalidades y las injusticias que ya recogiera «L'Institutrice».

Ya es legendaria el hambre del maestro de escuela español. Es un estigma que cae sobre nuestras conciencias. Hasta hace unos cuantos años, el mísero sueldo que se le asignaba resultaba quimérico por incobrable. Ahora cobra; pero resulta que, dada la exigüidad ridícula de la asignación, el noble oficio continúa siendo algo así como uno de aquellos «medios de vivir que no dan para vivir», de los que tan donosamente hablara nuestro «Fígaro». Esos sueldos no alcanzan, en la generalidad, a dos pesetas diarias. Es decir, par a par con los peones camineros.

¡Y a esos hombres a quienes se les ha exigido largos y penosos estudios y a quienes se les ha impuesto grandes gastos para obtener un título profesional, y además se les hace pasar por las horcas caudinas de unas oposiciones rigurosas muchas veces, se les remunera de manera tan sórdida! ¡Y a ellos se les confía el empeño más importante dentro de la vida nacional: moldear el espíritu de las generaciones nuevas; formar la conciencia colectiva del país, sembrar las ideas; renovar constantemente la savia ideal de la patria!

Sobre todo, ¡en qué condiciones! Pasemos por alto la mezquindad del sueldo, con que se retribuyen tan importantes servicios. Pero ¿es que se encuentran en su misión alentadores alicientes? ¿Acaso se le ofrecen facilidades para realizar su cometido?

Es obligatorio facilitar el salón para escuela y la casa para habitación del maestro. Pues, bien: en cada pueblo, el salón de clase es un local infecto, sin higiene, donde los niños adquieren grandes enfermedades, conforme demuestran muchas estadísticas, y el peor tugurio que exista en la localidad, se destina a vivienda de infeliz pedagogo. Se ha dicho en público, sin que causara asombro, y mucho menos indignación, denunciando el hecho como una vergüenza nacional, que en alguna que otra aldea, en un cobertizo que había albergado reses, se había instalado a los niños para recibir la enseñanza de las primeras letras. ¡Y aún creían los buenos aldeanos tener establecida la escuela con excesivo lujo!

Si esto se hace con los propios hijos, bien fácil es presumir qué alojamiento se reservará para el maestro. Buscando el menor dispendio, porque la tacañería rural no tiene entrañas, puede afirmarse que la peor vivienda del villorrio se destina siempre al malaventurado profesor primario, víctima sacrificada a todas las codicias lugareñas. Se ha citado el caso de un maestro con su familia (madre, mujer y cuatro hijos) albergados en una sola habitación, que había servido para almacenar los granos y guardar los aperos de labranza... y en la que, cuando llovía, caía el agua por el sinnúmero de goteras como en pleno campo.

A esta situación material corresponde punto por punto la situación social. El maestro es siempre una víctima. Cuando no lo es del cacique, lo es del pueblo. No tiene más que dos caminos: o rebelarse o someterse. Hay que haberse acercado alguna vez a nuestros medios sociales pueblerinos, no de paso y sin entrar en contacto con las gentes, sino viviendo entre ellas su propia vida, para darse cuenta de que el maestro de escuela es allí algo extraño, algo disociable que no encaja en cuadro tan pequeño de miseria sórdida, de pasiones violentas, de ignorancia irredimible, y en la mayor parte de las ocasiones de un embrutecimiento verdaderamente peligroso. Y es muy rara la psicología aldeana. Parecería lógico que en esos lugares, en que campa un analfabetismo irreductible, se reconociera en el maestro de escuela, por su mayor cultura, por su mayor elevación espiritual, una superioridad a que debían someterse voluntariamente todos. Pues pasa lo contrario. Se le considera casi siempre en esos villorrios como el último de los vecinos. Se le estima como el esclavo común, al que todos tienen derecho a zaherir y a molestar sin misericordia.

Las iras de la muchedumbre, que son sumisas ante el fuerte, pero que se desencadenan con bárbaro ímpetu contra el débil, ya que no se pueden manifestar contra el cacique que tiraniza y explota implacablemente, se traducen en actos de desdén o de hostilidad contra el pobre maestro, sin comprender que este pudiera ser, aceptado como guía espiritual, el único que los llevaría a una emancipación completa.

Y solo, él mismo no puede defenderse contra la presión de los fuertes, exponiéndose a las suspensio-

La verdadera Córdoba.—El pórtico de la iglesia parroquial de San Nicolás de la Villa.

GENTE DE LA CALLE

El tuerto de los calcetines, refiriéndose a su variada mercancia de corredor ambulante, yendo por todas partes y sin haber tropezado en la vida con un agente del orden:

—¡Todo por el dinero! ¡Todo! ¡A duro, a cinco duros...!

—¡Vaya una gorda...!

—¡El dinero! ¡Venga el dinero!

Caricatura de Alfonso del Rosal.

nes injustificadas o a los traslados sin motivo y ruinosos. Así a la postre, su salvación está en someterse, resultando como un vencido, un verdadero esclavo blanco.

Los mismos que educa se convierten en enemigos. Quizá los más encarnizados, porque, dada la psicología rural, queda en los recuerdos de la edad escolar más viva la imposición del más mínimo castigo, generalmente siempre merecido, que la memoria de toda atención paternal, que ni siquiera ha merecido la obligada gratitud de esas conciencias rurales y de los corazones generosos.

Gratitud y cariño nunca lo han podido conquistar los maestros españoles. Tenía razón Zahonero.

Qué extraño nos parece a nosotros aquel idilio tan admirablemente descrito por la ilustre escritora austriaca Gabriella Preistoba de aquella muchachita enamorada de la bondad del maestro que la educara y que al terminar sus estudios y abandonar la escuela para siempre, al despedirse con lágrimas en los ojos, no cesaba de repetir, como un «ritornello» sentimental, su frase cariñosa: «Venid a nuestra casa en primavera. .»

Angel Guerra.

Cómo ha visto Córdoba un escritor colombiano

III

Y el pensamiento pierde entonces su austeridad y su serena meditación, y bajo la sombra voluptuosa de los olivares, en medio de los naranjos y limoneros cargados de frutos, al borde de acequias, arroyuelos y canales que aparecen y desaparecen por entre las praderas florecidas como sierpes de plata que huyen a la vista del tren, en la imaginación del viajero, con el clamoreo sensual de los sentidos, surgen y danzan bacantes y sátiros, ninfas y náyades, al son de músicas enervantes y embelesadoras...

¡Las cordobesas! ¡Qué hermosas, qué divinas han de ser! Deben ser mujeres de fuego; mujeres de labios de miel, de pupilas negras, azabachadas y luminosas; hembras reales; hembras elásticas, en cuyo fondo han de morar toda la poesía de estos campos, toda la belleza de este cielo, toda la alegría de la vida, toda el alma bravía, artística, poética y soñadora de sus ascendientes los hijos del Islam.

El tren se detiene bruscamente.

¡Córdoba! grita un empleado.

Desciendo del vagón. La estación es larga, de galerías amplias, solitaria, pero clara y alegre.

Paseando.-El guía.-La belleza de Córdoba

A la una, después de almorzar, salgo del hotel. Me he alojado a inmediaciones de la estación del ferrocarril. El albergue que he escogido es limpio y cómodo y está situado en parte nueva de la ciudad, sobre el paseo del Gran Capitán, paseo amplio y hermoso, engalanado con dos hileras de palmeras y de árboles frondosos, bajo cuya sombra se ven diseminados algunos bancos de piedra. Cuando pongo los pies en el piso enarenado del paseo, la primera impresión que recibo es la de que en éste, como en sus inmediaciones, reina grave y profundísimo silencio. El día está en todo su esplendor. La temperatura es ligeramente cálida. Hay abundancia de luz, de paz y de quietud. La atmósfera es diáfana, pura, transparente; el cielo es un inmenso vidrio azul turquí. El paseo, casi desierto, convida al reposo con sus bancos solitarios. Siento dulcísima modorra, pero pasa uno que otro transeunte; oigo a lo lejos el rodar de un carro; miro alzarse en los aires la mancha amarillosa del agudo alminar de la gran Mezquita, y pronto, con entusiasmo, echo a andar. Estoy ávido de impresiones. Rápidamente me dirijo al centro de la ciudad; mas no he dado una veintena de pasos, cuando un hombre se me acerca. Es éste de aspecto almibarado y de pobre pero limpia indumemtaria. Me saluda, sombrero en mano, y sonriendo:

—Señorito... Un guía... ¿Necesita usted un guía? ¿Va usted a la Mezquita? Yo le conduciré. Conozco todo al dedillo. Mire usted: nadie como yo para mostrar lo que hay digno de visitar en esta tierra.

—No, mil gracias; voy a la Mezquita pero no necesito guía por ahora.

—Pero no podrá usted visitar... Pero vea usted, lo llevaré a usted a ciertos sitios... donde, oiga usted, se rechupará usted los dedos de gusto.

No, gracias, ahora no—replico—y continúo mi camino forzando la marcha, para que mi interlocutor comprenda que no necesito de sus servicios: que de mi bolsillo no pescará ni una sola peseta.

Mas mi hombre no se da por vencido y aprieta también el paso, colocándose a mi lado y llenándome de ofrecimientos. Su verbosidad es imponderable: declama, habla piano, pone toda clase de acentos en sus palabras, hace toda clase de esfuerzos, gasta todos los resortes del arte de conmover y convencer. Su elocuencia es brillante, casi castelariana. Pero a mí los guías me cargan, en ciertos casos, y de repente su testarudez me encoleriza. Con rapidez me vuelvo. ¿Quiere usted dejarme en paz?—le digo.—Ligeramente le hacen palidecer mi actitud y mi gesto. Entonces, para acabar de librarme por completo de sus impertinencias y por vía de desquite, le enderezo una parrafada de la poca historia que sé sobre lo que voy a visitar.

Pedro Uribe Gómez.

CÓRDOBA

10 Cts.

REVISTA SEMANAL
INDEPENDIENTE

Margarita Xirgu en «Marianela».

IMP. MODERNA.—CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DEUÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 24 de Febrero de 1917 | NÚM. 28

Una tempestad en Posadas

FENÓMENO CURIOSO

El 14 del mes corriente tuvimos ocasión de estudiar de cerca un interesante acontecimiento meteorológico.

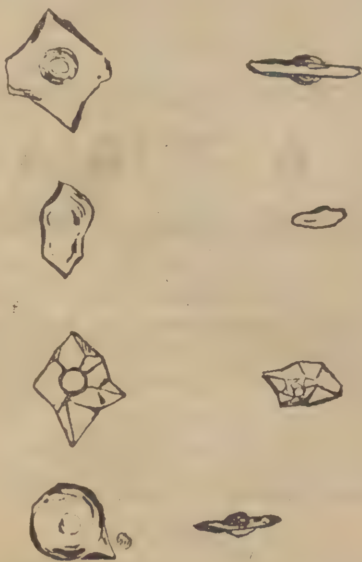
Al amanecer, la radiación tangencial del sol y la pequeña densidad de las cargas acuosas que gravitaban en forma de nubes sobre el valle del Guadalquivir, en el espacio comprendido entre Almodóvar del Río, Ecija y Peñaflor, iniciaron un centro de depresión.

Los vientos del NO., menos saturados, contribuyeron a despejar el

Secciones croquizadas de un granizo mónstruo caído en Posadas ante la marquesina de las oficinas de la mina de Cinco Amigos, situada en la dehesa del Calamón, recogido a los cinco minutos de caer. Tamaño natural.

horizonte, pero, al chocar con las cargas acuosas que ascendían por la cuenca principal, determinaron un estado eléctrico de tensión extraordinaria y originaron la marcha al NO. del eje de menor presión inicial.

Situose éste en la unión de los términos de Posadas y Villaviciosa y hacia él corrió la sombra de negros nubarrones, sembrando a su paso los signos inequívocos de la tormenta inmediata.



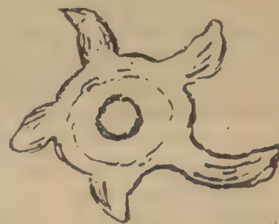
Curiosos ejemplares de granizos caídos en Posadas en la tormenta del 14 de Febrero de 1917 ante la marquesina de la mina de Cinco Amigos, recogidos de cinco a diez minutos después de caer. Tamaño natural.

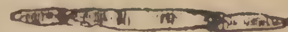
Comenzó entonces un nuevo régimen; las nubes, atraídas por el centro de depresión y empujadas por el viento Suroeste chocaron con las cargas anteriores y, a las once de la mañana, se inició una serie de descargas eléctricas.

Es curioso y conocido el fenómeno que en estos casos se observa, cuando bajo el lugar donde se desarrolla la tormenta corre una línea metálica de trasmisión eléctrica, de energía, telefónica, etc.; las descargas tienen lugar casi exclusivo sobre ella, originándose a su vez una serie de corrientes que hacen sonar sucesivamente los timbres de llamada de las diferentes estaciones o dependencias.

Simultáneamente, a los pocos minutos, se inició la granizada; el enfriamiento originado en la masa acuosa por la producción de calor dió lugar a la congelación de partes de las cargas; el centro de depresión descendió de nuevo hacia el Guadalquivir; el giro de la columna de aire se trasmitia a las partículas solidificadas, que a causa de encontrar en su descenso nuevas masas frías y saturadas, han aumentado considerablemente su volumen.

La granizada alcanza su período álgido; sucesivamente aumenta el tamaño de las congelaciones, acaso las primeras prestaron a las masas acuosas más bajas parte de sus cargas, a cambio de una disminución de la temperatura de las mismas; de aquí su color blanquecino y su forma redondeada; las siguientes iban aumentando sucesivamente, hasta el





Secciones croquizadas de un bello granizo de considerables dimensiones, caído en Posadas ante la marquesina de las oficinas de la mina de Cinco Amigos. Recogido a los ocho minutos de caer. Tamaño natural.

punto que se indica en los croquis adjuntos.

Durante los periodos más críticos de la tempestad, los granizos más voluminosos llegaron a desgajar las hojas y ramas menudas de las encinas.

A. Carbonell T-F.
Ingeniero de Minas.

Dibujos del autor.

AL PASAR

Córdoba ante el viajero

Córdoba es una hermosa mujer que duerme desde hace muchos años la perezosa siesta de esta nuestra Andalucía. Las demás regiones españolas no conciben la Bética sino encarnada en la trágica morena de los labios rojos, que duerme la siesta tradicional. Una siesta interminable, eterna, en la que se funden todo nuestro fatalismo cristiano y toda la pereza de nuestra sangre oriental.

Esto pudo ser cierto; hoy no debemos tolerarlo.

Cuando las más importantes regiones españolas levantan su montante de guerra contra el centralismo; cuando todas las ciudades se aprestan a la conquista de su autonomía y cuando los pueblos van agrupándose bajo las banderas del regionalismo, porque saben que el regionalismo es la más sincera manifestación del amor a la gran patria, pues del mejoramiento de las partes viene la bondad del todo, no podemos consentir, a fuer de buenos hijos, que se menosprecie a la madre Andalucía y se la separe de cuanto signifique progreso e ideal.

Con media docena de tópicos líricos, algo de evocación del pasado y un mucho de faranduleria brava y panderetismo, se viene presentando a nuestra región ante el resto de España.

Ciegos en fuerza de no querer ver, que es la peor ceguera, se obstinan los extraños en colgarnos el sambenito de monarcas de la haraganería y emperadores de la inutilidad.

Esto es falso. En Andalucía se sabe trabajar y se ama algo más que los caireles y faralares. Puestos en la liza, somos los hijos de la Bética sobradamente fuertes para pasear en triunfo a nuestra madre.

Lenta y certeramente, Sevilla va transformándose y, al conjuro de un bien entendido progreso, surjen las hermosas vías, las plazas encantadoras y los jardines prodigiosos. Cádiz, Huelva, Málaga y en general todas las provincias andaluzas avanzan un paso cada día en la senda del mejoramiento.

Y, a no dudarlo, llegará una fecha en la que no será una vergüenza y un descrédito llamarse andaluz.

Sumidos en nuestro nirvana, hemos visto cómo llegaban al bienestar y el triunfo otras regiones no menos aptas pero más laboriosas, y esto no debe ser admitido ni debemos colocarnos en este plan de inferioridad.

Los hijos del Mediodía, los andaluces, hoy tan desprestigiados, tenemos una mentalidad más clara y viva que la de las razas del Norte, son más feraces nuestros campos y son nuestras almas tan fuertes como las suyas.

Contra la opinión de algún escritor, creemos firmemente que en Andalucía está el porvenir de España.

El tiempo irá eliminando a los débiles de alma y acción, a los cretinos. Y entonces se levantará potente la madre Andalucía y, habiéndose apoderado del oro de su sol y la esmeralda de sus campos prolíficos, ofrendará el tributo de su riqueza a la Patria.

—

Así pensábamos al divagar por entre las callejuelas tortuosas, pinas y mal empedradas de la vieja Córdoba, sentimental e histórica.

Y pensábamos así porque somos optimistas, muy optimistas. ¿Verdad, lector amigo, que precisa un gran optimismo para pensar así mientras nuestros zapatos se destrozaban en el empedrado primitivo de las calles?

La ciudad ha dejado en nuestra alma una mezcla indefinible de melancolía y esperanza.

Vimos las calles sin urbanizar, con toda su pobreza luciendo al sol como en una salvaje aldea tropical; vimos la incuria y la pereza reposando sobre los pilares del Puente Romano y vimos también cómo los hombres de Córdoba dormían el mismo sueño de la ciudad. Sueño suicida, del que no despiertan más que para malgastar su actividad en ineficaces luchas sin fé y sin fuerzas.

Córdoba vive hoy casi en absoluto a costa de su pasado.

Hemos llegado a creer que era una ciudad muerta. Un espectro de ciudad, una ruína gloriosa, hermana de Medina Azahara.

En el silencio de las calles hemos sentido, al contiuuar nuestro paseo, un insólito vocerío. Un centenar de hombres, hinchados de entusiasmo, ebrios de energía, vociferaban sin descanso. Daban vivas y mueras, corrían, discurseaban. A nosotros, que conser-

vamos en nuestra alma el fuego sagrado de la rebelión, aquellos vivas y mueras nos hicieron concebir la ilusión de una protesta, de un alzamiento contra la injusticia; creímos que era el puchero puesto a hervir.

Desgraciadamente, nos habíamos equivocado. El hombre que arrancaba gritos de entusiasmo a aquel centenar de jóvenes no era un redentor. Era un hombre que se divertía.

La decepción fué dolorosa, pero el caso no es extraño. En España gozan hoy de mayor prestigio los jaraneros que los redentores. Quizá sea por lo bien que desempeñan aquellos su papel o por lo mal que estos ejecutan el suyo.

Es lo cierto que aquel hombre arrastraba tras sí una masa compacta de hombres, y de hombres inflamados por el más ardiente entusiasmo.

Era un andaluz de los *clásicos*, hombre de «tronío» y de fortuna.

Sentimos una pena infinita. Estos hombres que hoy vociferan en torno de uno que se divierte, volverán mañana a la labor penosa, improductiva y torpe sin dar un solo grito por lograr cualquier mejora o progreso.

Pasada la primera impresión, hemos reaccionado, teniendo tambien en cuenta que el caso no es frecuente ni halla acogida en la masa general de Córdoba.

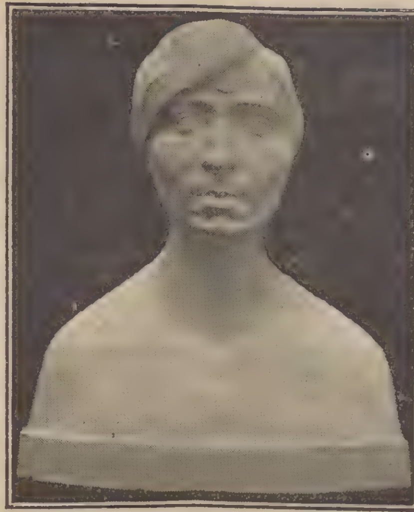
En la vieja ciudad andaluza hay elementos de vida; hay muchos hombres de buena voluntad que están prestos al llamamiento primero que se les haga y hay fuerzas suficientes para emprender una cruzada contra la miseria y la incuria actuales.

Estos mismos jóvenes que se sienten arrastrados al escándalo por las estridencias de un hombre que se divierte, seguirían con mayor energía aún al hombre que llegase a decirles: «Os traigo el bienestar, la riqueza. Hay que subirlos por encima de la miseria y la apatía que nos agobian.»

¿Quién sería el que no prestase sus espaldas para alzar el bien y la felicidad y sus brazos para demoler la miseria y el mal?

Manuel Chaves Nogales.

Córdoba, II, 1917.



La gitana Amalia, busto en barro del notable artista cordobés Jaime Raynaud Ricca, pensionado por la Diputación provincial para completar sus estudios en Madrid.

DEL NATURAL

UN HIDALGO

Don Antonio es un extraño caballero montado a la antigua. Don Antonio es alto, cenceño, sarmentoso, moreno, de nariz algo aquilina, de cuello delgado y largo, de saledizo nuez. Don Antonio es muy religioso; cumple puntualmente todos los preceptos católicos, sin que esto le impida tener infinitas supersticiones. Don Antonio viste un traje antiquísimo, arcaico, de color indefinido, con pantalones estrechos que se plegan a sus delgadas piernas de forma algo curva, cóncavas anteriormente. En invierno usa una capita verdosa bordada de multitud de picaduras.

Nuestro caballero habita un viejo caserón de corredores claustrales; con puertas estrechas y bajas; con un patio de columnas, centrado por una fuente de cuya piña se escapa humilde chorrillo de agua que resbala de la taza a la pila sin osar en su origen levantarse en saltadero.

La pieza más caracteristica de

EL CARNAVAL DE 1917.—Paseo triunfal de la lujuria en sus dos formas características: el cerdo y el mico.

Dibujo de Cámara.

la casa de Don Antonio, la estancia que parece más compenetrada con nuestro hidalgo, es el despacho. Está en la planta baja; la puerta de entrada da al corredor que orla el patio; es una habitación espaciosa, algo en penumbra por estar constantemente entornados los postigos de la ventana, que dejan apenas paso a la luz y al escaso ruído callejero. Este despacho es admirable: sus muebles, su ambiente, todo en él refleja el espíritu de su dueño; un bufete de nogal preside y sobre dicha mesa, clavado en el muro, un retrato de Don Carlos de Borbón, vilmente calumniado por un enjabelgador local, dirige una soñadora mirada a una panoplia colocada en la pared frontera, y que sostiene dos sables, un par de floretes, algunas pistolas y otras cuantas armas homicidas, todas modernas, mohosas y descuidadas; a uno y otro lado del cuadro, unas docenas de libros descansan sobre unas tablas, conservadas equidistantes y fijas al muro, a manera de rudimentario anaquel, por unas guitas rojas; algunas sillas pegaditas a la encalada pared; un estante coronado por un escudo heráldico...

Don Antonio es culto; estudió Derecho allá en sus verdes años; también escribió para un periódico; todavía piensa en fundar un diario católico; pero su actual ocupación es la agricultura.

Todos los días sale a visitar su labor, montado en un escuálido caballejo, con las piernas caídas con laxitud, llevando las bridas flojas, cubierta la cabeza por redondo sombrero de anchas alas que sombrean su cara perfectamente afeitada, enérgica, dura. Va pensando en el pegujar, maldiciendo de política, de los operarios agrícolas, descontento de todo...

A la caída de la tarde vuelve nuestro caballero a la ciudad; unas veces no sale de casa y otras visita a un amigo o va al casino, donde forma tertulia con otros labradores reaccionarios como él, y hablan de política, de guerra, de cosechas...

Todavía a sus cincuenta años largos, aun tiene sus amores; unos amoree antiquísimos, interminables, sostenidos platónicamente a través de los años por diarias vistas en las iglesias, ya en la misa, ya en la novena, y alimentados estos amores, por furtuias miradas que cruzan los rancios enamorados, sirviéndoles de atalaya a ella el tenue toldo del negro velo, a él el embozo de la capita con la que recatadamente se oculta la parte inferior del rostro, dejando sólo al descubierto los negros y brillantes ojos.

...Así pasan los días, los meses, los años; él en su labor agrícola, ella en sus quehaceres domésticos, fieles ambos a su eterno amor, a propósito del cual no han cruzado ni una sola palabra, y las citas, no convenidas continúan consagradas por la costumbre; y así transcurre la vida monótona, uniforme, sin aspiraciones terrenas, de nuestro caballero, que dudando si el amor que profesa a su dama será o no constante, no se decide nunca a hablarle de casamiento; pero aún llega a más su desconfianza en sí mismo, pues ni aun de noviazgo se atreve a hablarla

Joaqiun Vázquez Vilchez.

Antequera, 2, 1917.

Dichos y hechos de antiguos cordobeses

De Maimónides, que nació en Córdoba año 1139 y fué el más docto y célebre rabino que produjeron las escuelas hebreras.

Buscad de las ideas el tesoro
el fondo rico, no la forma grata,
un hilo sutilísimo de plata
recubre un cáliz de macizo oro.
Viendo no más que el exterior, blanquea
y el vulgo dice: ¡es plata!, con agravio
de la verdad; pero advertido el sabio
mira adentro y ve el oro de la idea.

DE HORACIO

A LIDIA

Lydia, dic, per omnes...
(Lib. I, od. VIII)

Por los dioses, ¡oh Lidia!, ¿qué afemina
a Síbaris, perdido en tus amores?
y si del sol no teme los fulgores,
¿por qué del Campo Marcio así abomina?
¿Por qué con los soldados no camina,
ni enfrena los corceles corredores,
y al óleo teme de los gladiadores
como si fuera sangre viperina?
¿Por qué no esgrime el arma poderosa
su frazo, fuerte cuando el disco lanza?,
¿por qué se esconde como el alto Aquiles,
hijo de Tetis, la marina diosa,
cuando dejó sus galas varoniles
por no marchar de Troya a la matanza?

Agustín de Aguilar Tejera.

Asamblea de las Provincias andaluzas

Ronda, 1917.

Andaluces: Ha llegado la hora de que Andalucía, la Región que siempre fué más civilizada de España, y, en ocasiones, la Nación más civilizada del mundo, despierte y se levante para salvarse a sí misma y salvar a España de la vergonzosa decadencia a que han sido arrastradas durante varios siglos por los Poderes centrales, presididos por hombres insconcientes o malvados.

Es preciso concluir de una vez con la oligarquía nacional, representada por estos hombres.

Hay que que fortalecer la vitalidad de las Regiones y Municipios, reconociéndoles los fueros que a ellos corresponden por naturaleza, como fuentes de vida y prosperidad nacional. Hay que fomentar por el mutuo conocimiento, por la solidaridad ante los intereses comunes y por el respeto a los intereses propios de cada Región o Municipio, los lazos afectivos y de hermandad entre ellos, hoy aflojados por la arbitrariedad centralista, que oprime a los unos y a los otros y suscita entre ellos recelos y rebeldías, con evidente peligro de la unidad de la Patria española.

A nosotros corresponde fortalecer Andalucía y los Municipios andaluces, unificando su fuerza para intimar con ella, como hace Cataluña, a los Poderes centrales, a fin de obtener de éstos lo que de grado no otorgan: instituciones de enseñanza, caminos, canales y reivindicaciones económicas y financieras debidas a la vida de nuestra Región.

La dignidad de los andaluces exige la creación en Andalucia de un pueblo consciente y capacitado; exige el concluir de una vez, sea como sea, con los caciques y sus protectores los oligarcas; hay que evitar que continúe siendo Anualucía el país del hambre y de la incultura, «la tierra más alegre de los hombres más tristes del mundo». Tenemos que tomar la tierra de aquellos que no la cultivan, para entregarla a los que deseen trabajarla, evitando con esto la espantosa emigración. Tenemos que educar urgentemente una generación de adultos, una generación de padres que concluyan en sus hijos las generaciones de analfabetos; tenemos que comunicar con carreteras a todos los pueblos de la Región; que fomentar el crédito industrial y rural; que regar nuestra tierra; que explotar nuestra riqueza minera; que poblar bosques, y que crear en todos los pueblos o comarcas instituciones de enseñanza técnica y práctica ordenadas al florecimiento de la Cultura, de las Artes, de la Industria, de la Agricultura y de la Minería.

Hay que concluir con la leyenda vergonzosa de la Andalucía de pandereta, vestida de colorines, esclava de caciques y prostituta de toreros.

Para emprender esta obra es preciso, ante todo, fomentar el espíritu regional, y para ello necesitamos de la unión estrecha, en un solo cuerpo y espíritu, de todas las provincias andaluzas.

Por esto, el Centro Andaluz de Sevilla toma la iniciativa de congregarlas en Ronda, la ciudad más apropiada para este acto, por estar cerca de Bobadilla, punto de concurrencia de los caminos de la Región.

Andaluces: Leed el programa regionalista y acudid a la Asamblea

Entierro de don Carlos Carbonell.-Formación de la comitiva en la casa mortuoria

La presidencia del duelo en el entierro del señor Carbonell.

de Ronda. La España centralista ha muerto. La colonización industrial extranjera, que la explota y domina, y su absoluta impotencia internacional, lo revelan bien claramente.

¡Viva Andalucía y la Federación de las Regiones españolas!

—

Los andaluces que sientan sobre sí las vergüenzas de la Patria andaluza y de la Patria española, deben apresurarse a enviar su adhesión a los Centros Andaluces de Sevilla o de Córdoba, instituciones creadas principalmente para concluir con la indignidad de que sea el país del hambre y de la incultura un país que, como Andalucía, ha sido siempre, antes de que la arruinaran los actuales regímenes económicos y políticos, de los más fértiles del mundo y cuyos hijos, por naturaleza, están dotados de un gran poder de ideación.

—

Extracto del Programa Regionalista Andaluz. Orden nacional.

I. Las regionos cuyas provincias se mancomunen previamente, conforme a la vigente legalidad, podrán solicitar y obtendrán de los Poderes nacionales, la autonomía que solicite la Mancomunidad de los órdenes siguientes: Hacienda, Instrucción, Beneficencia y Obras públicas regionales; Creaciones jurídicas de orden privado; Organización de las funciones y funcionarios encargados de su aplicación. Así llegará a constituirse ordenadamente la federación de las regiones españolas.

II. El Poder nacional tendrá siempre a su cargo: Relaciones internacionales y de comercio; Moneda; Comunicaciones; Obras públicas, Instrucción y beneficencia generales, Hacienda general. Los presupuestos generales se nutrirán principalmente por concierto entre las regiones. Ejército y Armada; Policía de seguridad general; Decisión de los diferencias entre las regiones; Derecho penal y funcionarios encargados de su aplicacion. Las funciones que deben integrar la autonomía regional, hasta que se llegasen a reclamar por las provincias mancomunadas de una región, mientras la mancomunidad llega a constituirse.

III. Independencia del Poder judicial a cargo de un Tribunal Supremo.—Supresión del ministerio de Gracia y Justicia; Ley de incompatibilidades que imposibilite el patronato, consejo o defensa de las empresas o entidades, con los hombres encargados de la gestión con los negocios públicos; Ley especial de represión del caciquismo, que defina y castigue este delito y el de oligarquía. Ley electoral que en la formación de las circunscripciones electorales separe r los pueblos de las ciudades; constituyendo con éstas circunscripciones distintas, independientemente de aquéllos.

IV. Servicio autónomo de Instrucción, Agricultura y Obras públicas, con supresión de esos ministerios, y Caja especial de Hacienda para reformas de este orden, con especial presupuesto.

V. Librecambio en la política comercial.

VI. Atracción de Portugal a una Federación hispánica, comenzando por defender la abolición de fronteras aduaneras con este país; unificación de tarifas postales; validez de estudios sin previa reválida; unidad monetaria; intercambio intelectual, organizando excursiones y conferencias a la nación o región hermana, etcétera.

Orden regional.—I. Constitución de la Mancomunidad andaluza, y, una vez constituída, reclamación de facultades autonómicas en los órdenes que se expresan en el número I del apartado anterior.

II. Mientras los Poderes regionales vinculen conforme el número antecedente, facultades suficientes de los nacionales, se pedirá por los representantes:

a) Obras públicas y de Instrucción y Beneficencia favorables para la región, atendiendo principalmente la instrucción y la cultura, por el establecimiento de Escuelas oficiales de Agricultura, Industrias y Artes, en todas las poblaciones andaluzas, cabezas de partido o comarcas; conversión de los Institutos en Escuelas prácticas de ingeniería, reduciendo el bachillerato a asignaturas enciclopédicas; sanciones indirectas contra los analfabetetos; Escuelas y maestros especiales de adultos, en todos los Municipios, etc.

b) Establecimiento de un Banco Agrícola regional, con sucursales en todos los distritos y cuentas corrientes en todos los pueblos, a base de sus respectivos Pósitos, subvenciones del Estado, etc.

Defensa de la abolición de todas las leyes que perjudiquen el desenvolvimiento de las instituciones de crédito industrial y agrario.

c) Defensa de una medida legislativa que implante el principio «la tierra andaluza para el cultivador o explotador», absorbiendo la renta económica o valor social del suelo, satisfaciendo con ella las necesiades

públicas hasta donde aquellos recursos alcanzaren, respetando rigurosamente a los poseedores la propiedad de los cultivos y edificaciones en sus tierras, desgravándolos en un tanto igual, así como a las demás manifestaciones del trabajo y del consumo, e indemnizando a los actuales propietarios con el importe mismo de la renta futura.

d) Toda medida jurídica o financiera que tienda a favorecer al agricultor, industrrial o comerciante.

Orden intermunicipal.—I. Heterogeneiddad en la organización municipal.

II. Autonomía de los Municipios en Hacienda, Obras públicas, Instrucción, Beneficencia, municipal y policía urbana y rural, siendo necesario para obtener esta autonomía: la solicite el 60 por 100 de los vecinos, con la obligación general del «referendum» en los asuntos municipales; cuentas detalladas mensuales de la gestión, por impresos repartidos al vecindario; discusión de los presupuestos en lugares como la plaza pública, con turnos a los veóinos, etc.

III. Cuando se constituyan los Poderes regionales vincularán del nacional el derecho de conceder estas facultades autonómicas. Mientras tanto, se defenderán y solicitarán directamente de los nacionales.

Plan de acción.—Constitución de Secciones de esta institución de los Centros Andaluces, en todas las localidades, con sus órganos ordenados, según detalla el Reglamento, a la defensa en la localidad de estos ideales: definición de conocimientos industriales y agrícolas y del crédito de este orden; educación de los adultos; obras de ornato e higiene; cumplimiento de leyes cultas, hoy en desuso, etc.; de todo cuanto conduzca a la creación de un pueblo soberano en Andalucía. Estos organismos desarrollarán su acción de propaganda en mítines, conferencias, veladas, impresos, etc., considerando como perteneciente a la Asociación, esté o no en ella inscripto, a todo el que labore el bien de la patria regional.

Cada Sección recogerá las quejas contra los desmanes caciquiles que entorpezcan su acción y, además de las denuncias y represalias de todo orden que contra ellos acuerden, serán apoyadas por las Secciones todas, a fin de que cerca de los Poderes públicos pueda pedirse por todas su castigo y represión.

Entierro del señor Carbonell.—Las mangas parroquiales.

El arca fúnebre, llevada a hombros de empleados de la Casa de Carbonell.

Asociación Médica Regional

Por el elevado ejemplo de compañerismo y de acatamiento al reglamento de esta Asociación, que bajo el lema «Trabajo, Ciencia y Virtud» aspira a la redención del proletariado médico, procurando al mismo tiempo elevar el nivel moral y cultural de la clase hasta los confines de los ideales, reproducimos a continuación la carta dirigida por un profesor de la Facultad de Medicina de Sevilla al presidente de aquella directiva provincial de la Asociación.

Hay un membrete que dice: Doctor Manuel Brioude. Profesor de la Facultad de Medicina.

Señor Presidente de la Directiva de Sevilla en la Asociación Médica Regional.

Muy señor mío: Deseando establecer una consulta semanal de mi especialidad en Morón de la Frontera, para lo cual me brinda su consultorio el médico asociado en aquella localidad don Manuel Olmedo, creo un deber de compañerismo y un acatamiento al Reglamento de la

Asociación, comunicar a esa Dtrectiva el prospecto que se ha de repartir por si merece su aprobación. Asímismo y aunque personalmente visite a los demás compañeros de la localidad, desearía que por su conducto y con indicación de que es a petición mía, preguntase a dichos compañeros si no ven en mi resolución nada que pueda perjudicarles o que consideren intrusismo o competencia.

Como mi propósito no puede ser más franco y sincero, ruego a usted que, si algún compañero se siente lastimado en sus intereses, me lo comunique, pues, a pesar de la lucha por la vida a que todos estamos sometidos, se anteponen los deberes a que me obliga el compañerismo y la fraternidad.

De usted afmo. s. s., q. e s. m., *Doctor M. de Brioude.*

—

Esta noche, a las nueve, en el Hotel Suizo se celebrará el banquete conque los médicos de Córdoba quieren adornar el bello despertar de la clase; organismo muerto, inactivo para toda colectiva acción social, resurge hoy de sobre las cenizas de la apatía, de la indiferencia y de la desunión para constituir un todo potente y viril, con la potencia de la cultura y la virilidad del amor al sacrificio por la humanidad.

Es la alborada de un nuevo modo social; un renacer de nobleza e hidalguía, de amor y sacrificio. No es solicitación de un puesto en el mantel de la benemérita actuación, es sóla la promulgación, la afirmación solemne de sacros deberes que, purificando y enalteciendo a la clase, la hagan digna y la defiendan de las exigencias sociales.

Los legionarios de la salud advienen al mercado de la vida en solicitud de respeto, pero, honrados en sus exigencias, comienzan por la limpieza de sus espíritu. Consideraciones y respeto piden a aquellos de quienes son sus leales guardadores, libre acceso al pedestal de su propia alcurnia, pero, conocedores de sus lacras, promulgan primero su propia purificación.

La clase médica cordobesa ha seguido el camino que hubieran de marcarle en el resto de las provincias andaluzas; ha sido la última, pero ella tendrá el honor de dar noble remate al período de constitución. En Córdoba habrá de celebrarse la magna Asamblea en que quederá definitivamente consolidada la Unión Regional; que Córdoba, la clase médica cordobesa, se haga digna de ver, en su propio seno, la consolidación y desenvolvimiento de esta nueva era.

Que el acto de esta noche sea sólido cimiento, base y fundamento de su altruísta actuación. Que siempre CÓRDOBA con orgullo les felicite coma con fervor y entusiasmo lo hace ahora.

—

El pasado domingo tuvimos el honor de estrechar la mano del muy culto campeón de la Unión Médica Regional, don Bartolomé Gómez Plana, presidente de la comisión de propaganda y director de *Prensa Médica Gaditana,* a la que muy afectuosamente saludamos.

Los aceites españoles en Italia

II

Pero de una parte el informe del Consejo Superior de Sanidad, declarando que el aceite de semilla de algodón empleado para condimento no produce daño alguno al organismo humano; de otra parte, el ser suaves y perfectamente soportables la tasa y la sobretasa impuestas; bien la consideración que inspira el tratarse de una industria nacional tan lucrativa como importante y por tal acreedora a la protección oficial, o siquiera a su no persecución por el Fisco; bien el no haber sido posible dar con un método práctico, rápido y asequible a todos para descubrir sin duda y determinar con precisión cuándo el aceite que se ofrezca es puro de oliva refinado o está mezclado con el de algodón; todo ello ha venido a favorecer esas manipulaciones con este último, puesta la vista con anhelo codicioso en las grandes plazas de América y Europa con que comercia Italia.

En efecto, los métodos estudiados y recomendados hasta ahora para conocer si el aceite de oliva está mezclado con el de semilla o por él suplantado son demasiado científicos y no al alcance de todos. Y precisamente ahora que

tanto se ha adelantado en las operaciones de clarificación y obtenido de los llamados aceites neutros, difícilmente el olfato más fino y el más delicado gusto llegarán a advertir la presencia de la mezcla en aquel líquido descolorido, exodorado e insípido o un tanto dulzón, que como verdadero aceite se les sirve.

Los datos que a tal respecto pueden brindar los densímetros y los eleómetros resultan a la postre inseguros y aún falaces.

Y en cuanto a los diversos procedimientos químicos propuestos para denunciar y remarcar la sofisticación—, unos como el método de Maumené y Fehling, a base del ácido sulfúrico concentrado; otros tratando la oleína con el ácido hiponítrico en las distintas combinaciones con que para su reacciones lo han aplicado Roth, Baudet, Massie, Cailletet, Barbort y principalmente Kopp; otros, que siguen a Waltz, usando como reactivo el percloruro de antimonio; y otros sometiendo el aceite sospechado a la acción del espectroscopio, según Nickels prescribe—no hay ni ha habido interés en adoptarlos en los laboratorios italianos, ni quieren conocerlos los agentes italianos en los puertos de destino, ni menos los comerciantes en sus depósitos y almacenes, porque ese preparado, supliendo deficiencias de la producción oleica pura nacional, que en su radio de acción exterior no alcanza a cubrir las demandas de todos los mercados que explota y acomodándose por su *olor*, *color y sabor* y presentación a las exigencias y rarezas del consumo en el extranjero, mantiene en distintos países el pabellón protegido de las marcas italianas, refuerza con nuevos y mayores ingresos la economía nacional y expende de año en año el fomento de su riqueza en aquellos centros ultramarinos que, desde mucho tiempo ha, debieron estar con un buen régimen comercial conquistados y afirmados para la producción fecundísima y no sofistificada de España.

De los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Alemania, Indias Británicas, China, Indias orientales holandesas y Turquía asiática viene adquiriendo Italia los aceites de semilla que aprovecha, refina y exporta y las semillas oleo-

Don José Carrillo Pérez, teniente de alcalde, presidente del Gremio de tejidos, vocal de la Cámara de Comercio y organizador y presidente de la Federación Gremial, en la que actualmente figuran cuatrocientos industriales y comerciantes y cuya acción comenzará a extenderse por la provincia, en el próximo mes de Marzo, para reunir en una misma acción a valiosos elementos de las fuerzas vivas de nuestra comarca. Constituyen la Federación los gremios de orífices y plateros; metalùrgicos y ferretería; constructores de carros; fabricantes de curtidos y calzados; comerciantes de tejidos; maestros peluqueros y barberos; fondas, cafés y pastelerías; ultramarinos, comestibles y similares; el sindicato de vinos, aguardientes y licores y la Sección Varia, formada por los ramos de comercio e industria que no pueden organizarse en gremio. Se está efectuando la organización de imprentas, droguerías, sastres y fabricantes de muebles, para ingresar en este mes en la Federación Gremial.

sas que utiliza en la fabricación a que nos referimos.

En 1911, que es el año tipo para nuestro estudio y hasta el cual llega la estadística oficial al puntualizar esta Memoria, la importación de aceites de semillas en los principales puertos italianos acusa las siguientes cifras totales: de algodón, 148.799 quintales; de cacahuete, 42,983; de sésamo y cacahuete, 901.998; de colza, 112.335, y fijos no clasificados, 133.642.

Y, para su cotejo, he aquí las importaciones registradas en 1910: de algodón, 41.249 quintales; de cacahuete, 53.790; de sésamo y cacahuete, 754.090; de colza, 31.029, y fijos no clasificados, 138.230.

De ello resulta, evidentemente, que la importación de estos aceites y de semillas para su fabricación en 1911 se puso a tono con la escasez de la cosecha del año anterior y por tal modo hubo de suplirse la falta de producción natural y la limitación que de adquisiciones en el exterior impuso ese año la carestía, demandando Italia en abundancia los sustitutivos y abriendo para ellos sus puertos.

Así la entrada de aceite de algodón fué más que triple de la del año precedente, al amparo de la baja del precio de este artícu-

lo en el mercado yanqui. La disminución que se advierte en las cifras de los demás aceites de semillas debióse a haberse elevado mucho la importación de estas mismas semillas para suplantar con el producto de su fabricación dentro de Italia la carestía del aceite puro de oliva.

Huyendo de esta carestía, los países compradores optan por hacer sus adquisiciones en el mercado italiano, preferentemente a los demás. **Rodolfo Gil.**

De artes industriales

Hace cerca de un año que *El Defensor de Córdoba*, primero, y la simpática Revista sevillana *Bética*, después, dedicaron sendos elogios a un artista cordobés, don Carlos Ortiz, el que consagraba todas sus aptitudes para el arte escultórico a la modelación en barro de ánforas, tibores y jarrones de muy diversos gustos y estilos.

Parecía natural que el nuevo arte, y decimos nuevo porque así son los procedimientos empleados para decorar esta clase de cerámica, hubiera encontrado franca protección en Córdoba y, sobre la base que él venía a sentar, se hubiera formado una de esas industrias artísticas que honran a los pueblos donde se cultivan.

No sabemos si el público amante de estas cosas ha respondido o no a los buenos deseos del artista, pero creemos que nadie con más títulos que la Revista CÓRDOBA, dedicada a la hermosa labor de descubrir cuanto bueno venía pasando ignorado en esta ciudad, es la llamada a dar a conocer este nuevo arte industrial y, sobre todo, a ponerlo a la altura que merece.

El artista llevará a término su empresa con ayuda de los elementos que en este pueblo pueden apoyarle, o, en último término, sin esa ayuda, de modo que el nuevo arte industrial será cordobés y por ello debemos todos felicitarnos.

José M.ª Rey.

La navegación fluvial

En distintas ocasiones he sido interrogado por personas amantes del progreso, si nuestro poético Guadalquivir podría ser navegable hasta Córdoba por embarcaciones de poco calado, y siempre he contestado afirmativamente.

Las interrogaciones han obedecido a interés verdaderamente patriótico, pues han querido asesorarse de si en igualdad de circunstancias he visto yo por esos mundos realizada una obra que podría ser llevada a efeclo para bien del tráfico agricultor en nuestro manso Guadalquivir.

Algunos se figuran que, para conseguir esa navegación, se necesita realizar obras insuperables, y, según la opinión de expertos ingenieros, lo que hay que hacer es franquear el río en ese trayecto, dragándolo perfectamente, para prevenirse en los estiajes, y aunque la obra represente sacrificios pecuniarios de parte del Estado, nunca serán comparables a los realizados en el Danubio por el Gobierno austriaco, porque allí, no sólo se ha perseguido el beneficio para la agricultura, sino el mercantil y el de guerra, mientras que aquí, con el fondo que se pueda ganar al Guadalquivir, se asegura una vía de comunicación con la importante ciudad de Córdoba y con toda la propiedad agricultora de la ribera, puesto que los convoyes arrastrados por vaporcitos de ruedas, que son los que sirven para los ríos, se paran en cual-

La antigua Córdoba.— Recuerdo gráfico de la característica calle Postrera, cuyos arquitos han sido totalmente quitados, sin que se hable todavía de reponerlos en la forma anunciada.

quier punto donde se vea la señal convenida, para cargar cereales y ganados, que pueden ser llevados desde Córdoba hasta Bonanza, con la ventaja de que se ahorra el porte desde la finca ribereña a la estación más próxima, y esto ya es bastante beneficio, aparte de la comodidad que representa el disponer de un convoy de arrastre en las mismas lindes de sus respectivas fincas rústicas. Y claro es que, abierta esa gran vía fluvial entre Córdoba y Sevilla, o mejor dicho, entre Córdoba y Bonanza, ¿quién duda quedejen de navegar, como en el Danubio, en el Nilo y otros ríos importantes, vaporcitos para pasajeros, a precios también sumamente económicos?

Dicen algunos que para esa obra hacía falta una canalización completa. Entonces sí que sería una obra imposible de realizar, por lo carísima. En los ríos navegables que yo he visto no existe tal obra más que en ciertos trozos que hace falta asegurar para que no ocurran desprendimientos.

En el Canal de Suez, donde no puede cimentarse nada y que precisa a todo trance mantenerse en una profundidad suficiente para grandes trasatlánticos, han de funcionar dragas chuponas en gran número, a fin de que la arena no ciegue el canal, que mide cien metros de ancho, por doscientos cincuenta kilómetros de largo. Los sacrificios para mantener esa vía cuestan grandes sumas; pero ¿y el interés tan incuestionable que reporta al mundo entero el Canal de Suez, y los 500.000 francos de rendimientos diarios a la Sociedad que los explota?

No es preciso esforzarse para razonar la incuestionable conveniencia que reporta la apertura de una comunicación con la ciudad de Córdoba por la vía fluvial, y si yo manejase bien el lápiz, gráficamente demostraría, publicándolo en alguna revista ilustrada, esa comunicación abierta en pleno tráfico, atracando los convoyes a los muelles del Campo de la Verdad, descargando cereales, aceites, ganados, y retornando por toda la ribera, prestando el gran servicio que proporciona un medio tan fácil y tan barato para la vida agricultora, tan abatida en nuestra patria.

Recuerdo que una personalidad saliente de Córdoba escribió una carta, que publicó *El Liberal* y que yo contesté, tratando sobre el mismo asunto; y yo, por si acaso incurría en alguna falta como profano, me asesoré de un ingeniero amigo, el cual me instruyó que la vía en cuestión podría abrirse siempre que los hombres de una y otra parte se tomaran el interés que merecen obras como esta. Franqueado el trayecto que media entre Córdoba y Sevilla, dragándole con la mayor perfección hasta el límite que se quiera, el agua, que no falta aun en los estiajes, va cayendo en la profundidad dragada, y la navegación no sufre la más mínima interrupción.

¡Cómo es posible que esta obra estuviese sin realizar si el Guadalquivir perteneciera a algunas de las naciones que yo he visitado!

Franqueada la navegación fluvial entre Córdoba y Sevilla, ¿no habría empresas que tomaran a su cargo la tracción por el rio hasta Bonanza?

Yo creo que, apenas fueran franqueándose los trayectos entre pueblos ribereños, ya sería un hecho el tráfico, y no se crea que la competencia con las líneas férreas habría de ser un inconveniente, como no lo es en el Danubio ni en otros ríos navegables.

Se dirá que los puentes son un obstáculo para la navegación en trayectos tan largos, y yo mismo he visto que no lo es, porque el convoy no ocupa ni con mucho los ojos de los puentes, y los vapores, mecánicamente, doblan sus

La nueva Córdoba.—Apunte del natural de la avenida de Medina Azahara llamada a ser una de las vías más importantes de la parte moderna de la ciudad y cuya alineación no se ha llegado a resolver aún, holgando decir que para ello se debe dejar a salvo el legítimo interés de los propietarios, bien abonándoles la totalidad del importe de la parte que se necesite ocupar o mediante otra fórmula conveniente con la que ellos estén de acuerdo.

Dibujos de Bernier y Fz. Márquez.

chimeneas al pasar por debajo de los mismos.

Nuestra característica idiosincrasia es la causa de que estas grandes ideas no se realicen en nuestra patria, a pesar de las cantidades metálicas tan enormes en las cuentas corrientes de los Bancos.

Yo quisiera tener amistad amplia con persona facultativa que cooperara conmigo para poder publicar gráficamente mi pensamiento en alguna revista ilustrada, y ojalá se me apareciera; seguro estoy que entonces se acabarían los entumecimientos; y, además, lanzada la idea a los cuatro vientos, deben recogerla tanto la Prensa de Sevilla como la de Córdoba, si es que consideran digna de mención una obra que había de aportar tantos beneficios a ambas poblaciones; y recurro también a todos los Centros, en cuyos salones deben abrirse conferencias sobre el tema de la navegación fluvial por el Guadalquivir entre Sevilla y Córdoba.

Si así lo hiciereis, que Dios os lo premie, y si no, ruego que me perdonéis.

Federico Albaladejo.

Sevilla, Febrero 1917.

IMPRESIONES

Es el tiempo en que empiezan a caer las hojas, ha llovido una tarde. Un poco de lluvia, sutil arenilla que moja apenas y deja ver a ratos, en los fondos obscuros, sus hilos plateados, como frágiles estalactitas de cristal.

Luego ha cesado. Algunas veces, agujerea las grises nubes sucias un rayo de tímido sol, apagado, que levemente tiñe de luz incierta y mate las copas de los árboles. La impotencia del reflejo ha ido a morir en un charco, entre las hojas secas y el agua verdinosa.

El paseo está sólo. Es un arrecife ancho, bordeado de ringleras simétricas de árboles añosos que han tenido hojas verdes en muchas primaveras para llorar su muerte en muchos otoños. Además está flanqueado de altas murallas de plantas y arbustos: adelfas, aureolas, rosales... Pero todo sumido en un inexorable color verde agrisado, sin una flor, en los más tristes verdes matices, obscuros, imprecisos.

Se aleja el paseo hasta confundirsé muy allá el suelo negruzco y los troncos pelados con el plomizo cielo ennubecido, en un confín vago, incierto, como el recuerdo de un sueño de opio.

Dibuja los perfiles y recorta las sombras una indecisa luz mate. No parece de sol. El cielo es aplomado, muy obscuro en algunos retazos, blancuzco lechoso en otros. En un resplandor circular casi brillante, un velado disco de luz borrosa, mortecida. Allí está el sol. ¡Pobre triste sol, cuyo imperio termina! ¡Cómo hace temblar tu luz de medusa, temblorosa luz sin calor, al viejo que era su devoto, que hacía un culto a tí, en su cotidiano paseo con el perrito y el periódico!

Cuando viene el invierno, heraldado por la lluvia y el viento, el lodo y la escarcha, decimos: ¡el sol muere!, y nos asusta fríamente la perspectiva de su muerte, el presentimiento de los días obscuros y las noches silentes, con las calles solas, dormidas de soledad, en que han de tener resonancias sortílegas los quejidos del viento y las campanadas del reloj, que cuentan con cinismo el tiempo que pasa, las horas que vuelan una tras otra, plúmbleas, iguales, anodinas. Las noches de invierno, con toses de enfermo y golpeteo de las gotas de lluvia en los cristales, como el tamborilear de unos dedos huesudos que nos avisan algo.

Pero no se va el sol para siempre. Sonreirá otra vez en primavera; abrasará en verano, y lo que nos apena verdaderamente es esto: que seguirá la bella y terrible concatenación de fenómenos naturales, que la rueda incesante del Infinito seguirá rodando imperturbable. Rodará el tiempo, y a esta rueda irá uncida la vida, las vidas. Por eso ahora miramos al cielo como miraríamos un peligro, porque morirá el sol, y nosotros, y nuestros hijos y nuestros nietos, y el sol, joven de miles de años, ve morir a todos, ve morir todo, y verá nacer otras cosas que nosotros no veremos. Seguirá sonriendo en primavera, abrasando en verano y muriendo matando en el tiempo en que empiezan a caer las hojas.

Se piensan muchas cosas en las tardes grises. Más que para sentirlas, son para pasarlas, vislumbrándolas, leyendo a una luz con pantalla rosa lo que nos diga un libro de un Heine o de un Bécquer.

Hace aire frío. No pían los pájaros. A sus nidos vuelven revoloteando en callada recogida.

Huele a tierra mojada. Es un vaho extraño de perfume trastornador. Un estanque refleja en el agua callada, en triste inmovilidad, un paisaje desolado, de troncos esqueléticos, de colores tristes, sin luz, sin vida.

Entre los árboles, se oye el cascabeleo titilante de un coche, asonando con los golpazos rítmicos de los cascos del caballo. Sobre la barrera de plantas vese correr la cara del cochero, ensombrecida por la gorra charolada.

Aún resuenan a lo lejos infantiles risas alocadas. El silencio austero; de patio conventual, tiene algo de sagrado, de inturbable liturgia religiosa. El ruido es insólito, sacrílegamente profanador, como la risa en el cuarto de un enfermo.

Ha cruzado el paseo en la lejanía un grupo de borrosas siluetas. Seres y árboles difuminan sus contornos en un crespón de niebla. Caen las hojas resignadas, convencidas, con lentitud de resbalar de lágrimas, pero voltejeando con angustiosa vacilación antes de llegar al suelo, queriendo dilatar con sus vuelos giróvagos el horrible momento de manchar su venerable vejez amarilla en el suelo mojado.

Una hoja ancianita, arrugada, mostrando su ruína con senil pena del recuerdo de su pretérita verde juventud, vacila, teme aún más el detestable fin. Se resiste, lucha, hace amplias espirales demorosa, pero luego, inevitablemente, inexorablemente, gira sobre sí misma en vertiginoso raudo remolino, y fracasada, vencida, se deja llevar.

Ha caído en un banco de azulejos, limpio, alegre, coloreado, bello. Hace pensar en la tumba adecuada a la hoja cadáver, que quizá deseara yacer entre lo bello, lo alegre, como ella había sido.

La crueldad estúpida del viento ha tenido el capricho diablesco de empujar la hoja a un sucio cenagal.

—

Cae la noche. Aumenta el frío. La obscuridad que empieza a difundirse ha cambiado el paisaje. Ha ido borrando perfiles, diluyendo siluetas en absurdas esfumaciones y las masas de arbustos se recortan con su monotonía de tinte de aguafuerte, formando fantásticas cúpulas de soñadas pagodas orientales; sombras plomizas, mates, uniformes, sin un cambiante de color en su tonalidad umbrosa, sin un relieve; decorados extraños de mágicos paisajes, engendrados por delirios de un cerebro enfermo.

Es un atardecer teatral, un crepúsculo sin luces nacaradas ni reflejos de sol de ensueño.

Severo, rígido, desolado; un simple cambio de luz triste por una triste obscuridad enmisteriada.

No más ruido que el tenue crugido de las hojas rodando por el suelo al alfombrarlo.

Entre los macizos se vislumbra la luz rojiza de un farol. Otro se ha encendido a simétrica distancia. Después, otro. Y a intervalos iguales van iluminándose hasta formar una línea remota de parpadeantes luces mortecinas.

Y la noche imperante ha concluído el crepúsculo austero, sin piar de pájaros ni luces nacaradas...

Rafael Porlán.

Sevilla, II, 1917.

La admirable actriz señora Alvarez en la encantadora creación galdosiana de «Celipín», en la adaptación escénica de «Marianela».

AMOROSAS

Bajo el sol de Julio ardiente,
que la tierra reverbera,
canta la moza en la fuente,
con el alma sonriente
riendo al zagal en la era.

—

Vano es que el viento deshaga
los ecos de su canción,
que es un *barrunto*, que halaga,
de un fuego que no se apaga:
del amar de un corazón.

—

Mozuela de la fontana,
la de cabellos de oro
que brillan por la mañana
sobre tu frente galana
como dorado tesoro.

—

Sábete, entre otras mil cosas,
que es un sátiro el zagal,
que gusta cortar las rosas
más gentiles y graciosas
que engalanan el rosal.

—

Oye bien consejos sabios:
dale tan solo las hieles
de tu pecho en cien agravios;
de los besos de tus labios
no le des las dulces mieles.

—

Dale celos y desdenes
que lo tornarán cuitado
y tendrás puesto en rehenes,
puesto a todo lo que ordenes,
su corazón quebrantado.

—

Mas si le das veleidosa,
tus encantos al zagal,
te morirás cual la rosa
que una mano caprichosa
arranca cruel del rosal.

—

Y tú, zagal impaciente,
que estás trillando en la era:
a la niña de la fuente
que abre al amor sonriente
con una ilusión sincera.

—

Ámala con el anhelo
de una pasión santa y pura,
ya que sus ojos de cielo
no tendrán nunca más celo
que el de lograr tu ventura.

—

Y una fragante mañana
de Abril florido, zagal,
junto a la clara fontana,
te darán sus labios grana
las rosas de su rosal.

M. Jiménez Maya.

Espiel-Jl-1917

EL CARNAVAL EN LA CALLE.—Dibujo de Alfonso del Rosal.

De la Asociación Médica

Continuación de la lista de médicos cordobeses adheridos a los acuerdos tomados en la reunión celebrada el Martes de la pasada semana:

De Puente Genil: don Leonardo Velasco Estepa, don Rafael Moyano Cordón y don Luís Melgar. —De Santaella: don Francisco Alijo.—De Posadas: don Simón Serrano y don Juan María Toscano.—De Villafranca, don Apolinar Rodríguez.—De Belmez: don Francisco y don José López Ribera y don Félix Anegón.—De Espejo: don A. Fernández Canella y don Ricardo López Barrios. —De Castro del Río: don Carlos Serrano Sahagún, don Pedro Fernández, don Mariano Fuente, don Pedro Nava, don José Márquez Criado y don Rafael Carretero.— De Fuente Tójar, don Francisco Urbano Alguacil.—De Villaharta, don Emilio Morilla de la Torre.— De Pedro Abad, don Eduardo Trillo.—De Villa del Río: don Eduardo López, D. José Repeto y don José Mariscal.

Margarita Xirgu en Córdoba

¿Se asoma algo la escena española contemporánea a la de la dramaturgia extranjera, europea, modernísima, fuerte; a la dramática, digo, de Ibsen, de Tolstoy, de Sudermarm, de ese faro potente espiritual que es —en el mundo que amanece, de nueva y alta vida—Mauricio Maeterlink?

De francesa dramática estábamos —estamos aún—, pletóricos, y por

En «Rosas de Oloño».

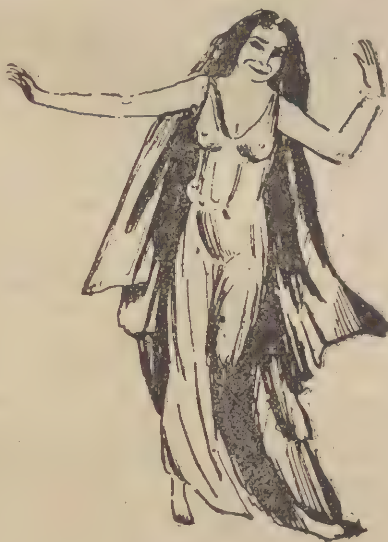
esos escenarios triunfaban, no los mejores, pero sí los más resobaditos productos del teatro francés; en este orden de cosas, como en todo, «el tirón de Europa» nos llegó tardíamente ya, cierto es; tanto fué tardíamente, que nuestros públicos (no el pueblo, del todo), se embebecían con aquello que, hecha su misión en la patria de origen, hacía ya el camino del ocaso.

Y bien: los veniales intentos de asomo al noble, fuerte y nuevo tea-

En «La loca de la casa».

En «La propia estimación».

tro aludido, van asociados en España—en lo que al dominio de las escenas se refiere—a dos nombres de veras gloriosos (de veras; ahora que tanto se prodiga el adjetivo este de glorioso, el de genial y otros), los



En «Elektra».

nombres triunfantes de Margarita Xirgu y José Tallaví.

¡Admirable pareja de artistas trágicos, rota ya por la muerte del actor!

Para vos, Margarita, mis votos de que viváis, de que luchéis, como podéis hacerlo, y triunféis.

*
* *

O porque no se representa ese teatro fuerte y recio, o por otras causas, los nombres de trágicos españoles notables, ¡cuán pocos son!

Acaso (para el que escribe estas líneas, modestamente, sin acaso) de muchos, muchos años acá no hay más que dichos dos nombres; hoy el único, dignamente, con verdaderos títulos llevado, el de esta actriz maravillosa.

¡Oh, qué declamadora admirable,

En «Salomé».

En «La hija de Yorio».

de voz bellísima, María Guerrero! Y ¡qué portentosa mujer, «muy siglo XIX»—flor de elegancia y matices de alma y sutiles finuras espirituales—, la de los ojos magos: Rosario Pino!

Y, sola y recia y alta, ¡qué temperamento de trágica, Margarita Xirgu!

En «Salomé».

«Magda», «Electra», «Marianela», «Salomé», encarnaron en el alma de esta mujer; de voz, de gesto, de expresividad total de su cuerpo todo; por la línea, por la actitud, por el acento y los silencios, por el grito —que no es alarde engañoso de potencia laríngea—, Margarita Xirgu, si no alcanzó aún las altas cumbres de lo sublime—y ¿quién pudo, aparte dos, tres elegidos?—, es el único temperamento de trágica que en España tenemos al presente.

***

Estas ligeras consideraciones, sin pretensiones de más que esto: veniales comentarios al correr la pluma, quiero que acaben así:

Margarita Xirgu: que vuestra lucha con el ambiente, no muy propicio (hablo del que permite ganar dinero) para vuestro arte, pueda, lo más posible, no dejar agotar el manantioso caudal de vuestras aptitudes admirables; que podáis «vivir» sin que el transigir demasiado prive al arte escénico de vuestra obra posiblemente excelsa...

Y que recordéis a los altos.

¡Si vuestras manos que, prodigiosamente hablan; si vuestros ojos y vuestra boca se pusieran una vez al servicio de unos momentos hondos de ese teatro de Maeterlink...!

Alejandro Urrutia.

Dibujos de Rafael Romero Pellicer.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

Cómo ha visto Córdoba un escritor colombiano

IV

¿Para qué quiere usted acompañarme? Sé que usted me va a decir que esta Córdoba parece todavía una ciudad del desierto; que su aspecto da idea de lo que son Bagdad y Damasco; que sus casas parecen los menacires del Edén musulmán; y que hasta sus edificios cristianos tienen el sello soñoliento de la vida de sus fundadores y el quietismo mahometano. Sé que usted me va a decir que nunca jamás se vió una civilización más esplendente que la que los moros desarrollaron en estas orillas del Guadalquivir; que los antiguos alcázares que aquí se levantaron, de los cuales apenas quedan levísimos vestigios, eran, según las fabulosas descripciones que la Historia nos ha legado, más que humanas y reales concepciones, palacios ideales, casi quiméricos, levantados por soñadores orientales, por artífices poetas. Que esta ciudad la llamaban los árabes la taza de pórfido y de plata; que sus alcázares eran nidos de amor; que la belleza y magnificencia de éstos daban idea de la magia y el encanto de las leyendas sobrenaturales; que sus muros, cubiertos por deslumbrantes decorados de líneas geométricas, afinadas, llenas de calados y multiplicadas en laberinto infinito hasta producir confusión, y con la el brillo del oro y la combinación de barnices de colores como esmaltes, hacían que la imaginación creyese ver todo cuanto soñaba extasiada en deleites imponderables; que las alfombras que cubrían sus pavimentos eran de finos tejidos de seda; que en sus artesonados, de maderas raras y olorosas, lucían embutidas, en medio de suntuosas tallas, perlas y toda clase de gemas; que en ellos había arcos de marfil y de ébano, ornados de esmeraldas y sostenidos por columnas de cristal, que sus puertas de cobre con planchas repujadas, tenían el encanto de la belleza del arte por la esplendidez de sus adornos; y que, en tales mansiones, la abundancia de aguas murmurantes, de perfumes y de sedas, y el lujo de sus moradores, daban el más notable complemento de una vida artística, refinadamente sensual, apasionada, poética y misterioaa. Y me dirá usted también, indudablemente, que el pueblo árabe, uno de los pueblos tal vez más artistas y poetas del universo, surgió de la tribu de Koreich; que era éste un pueblo de corsarios del desierto, que vagaba en caravanas; que hacía fabuloso comercio; que llenaba de riquezas del Oriente los mercados romanos; que sus artes inimitables; su gusto estético, sus refinamientos y su saber, se engendraron y nacieron de su temperamento fogoso y apasionado, de su fatalismo religioso, de sus distintivos de cautela y fanatismo; del conocimiento que poseían de las civilizaciones de la India y de los imperios persas y del Egipto; y que ese pueblo, que aquí sentó sus reales, llegó en esta ciudad, en la época del Califato, al período más brillante de su filosofía y su literatura; que sus Universidades eran concurridísimas; que aquí funcionaban academias y liceos; que sus sabios conocían con perfección, las ciencias de la naturaleza, las matemáticas y la química; que las leyes de la metafísica les eran conocidas; que construía, para estudios de astronomía, cuantos instrumentos necesitaban; que poseían la arquitectura náutica; y que las tablas construídas en Samarcanda determinando épocas, fijando revoluciones celestes y abriendo los cálculos, son obra de su genio; y en fin, que aquí dominaba una raza de guerreros, de poetas, de artífices y de grandes comerciantes; que este pueblo era, además, un pueblo de libreros artistas, y hasta de industriales; y que su poesía, completamente original, era una poesía verdadera, tangible, sugestiva, honda. Y de la Mezqnita me dirá usted...

Pero mi hombre, que ha oído mi palabrería un poco boquiabierto, visto que no continúo y me dispongo a marchar, se apresura a decirme, con tono melifluo: Perdone usted, señor... Verdaderamente no necesita usted guía... Tiene usted la suficiente preparación artística y literaria para visitar esos lugares... Pero vea usted, excúseme: le he acosado a usted por el oficio, por la necesidad; no he ganado hoy una sola peseta.

La voz de mi interlocutor es sincera, es una voz que implora, que guarda el eco de muchas miserias y dolores. Me enternezo. Maquinalmente doy al hombre dos pesetas. Con no escaso asombro las recibe. Luego murmura frases de rendido agradecimiento, me saluda con profunda reverencia y se retira.

Pedro Uribe Gómez.

CÓRDOBA

Imprenta Moderna
CÓRDOBA

10 Cts.

El momento internacional.— Notas discordantes.
Dibujo de Alfonso del Rosal.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 3 de Marzo de 1917 | NÚM. 29

LA GUERRA

Seguramente que el hombre no fué creado para las lides feroces del cuerpo, digan lo que quieran los autores que describen al primitivo habitante de las cavernas y de las selvas a gusto y capricho de sus soñadoras imaginaciones. Su organismo débil, su fuerza escasa, su falta de medios propios, así agresivos como defensivos, están denotando que el ser humano, por su flaca naturaleza, no vino a la vida para servir de campeón de combate, pero si, generalmente hablando, no ha nacido para esos pujilatos brutales de la materia, bien puede decirse que el hombre está hecho para las luchas incruentas del espíritu; su poderoso cerebro, sede de las más excelsas facultades psíquicas, lo habilita para las nobles contiendas de la inteligencia y de la idea; sus prodigiosos descubrimientos, sus producciones maravillosas, sus audaces invenciones, le dan el señorío del genio sobre la tierra; una perversión de sus sentimientos y un extravío de su voluntad, le llevaron a practicar las maldades de la guerra, primero que las artes fecundas de la paz; el hombre fué guerrero, antes de ser trabajador y artista.

Es un hecho histórico, a nuestro parecer irreparable, que el reinado de la fuerza precedió en el orden del tiempo, al imperio del derecho; tan es así que, si bien se considera, el derecho no es más que la evolutiva espiritualización de la fuerza; por eso su abuso propende siempre a degenerar en opresión, como dando a entender que así se reintegra, aunque de una manera viciosa, al origen de que procede.

Consúltese la historia de la antigüedad y se verá cómo la guerra era el estado habitual de los pueblos nómadas. Los persas, los medos, los mogoles, los tártaros, libraban su subsistencia en el éxito de sus empresas belicosas; la conquista tomábase como negocio; el extranjero era considerado por los primitivos romanos, como enemigo, *hostis;* aquellos pueblos salvajes vivían del botín, del pillaje, del saqueo; eran crueles, implacables, vengativos, de un valor temerario. Herodoto y Estrabón describen con los más sombríos colores, los hechos sanguinarios de Cambises, rey de Persia e hijo de Ciro, y Plutarco narra las hecatombes causadas por los egipcios, no obstante la constitución teocrática de aquel pueblo, regido por instituciones sacerdotales. El héroe macedón derramó a torrentes la sangre en Africa y Asia, destruyó a Tebas, inmolando a sus habitantes, y cuenta que Alejandro el Magno pasó por ser un conquistador relativamente clemente y civilizador.

Pero dado el aislamiento en que vivían los pueblos en la antigüedad, la guerra era un medio de comunicación y contacto entre unas y otras nacionalidades para difundir en ellas la cultura y el espíritu de la más progresiva, pudiendo aseverarse que, el pueblo más adelantado, aunque vencido, acababa siempre por imponer sus ideas al vencedor más atrasado; Grecia, subyugada por Roma, trasmitió al Pueblo Rey sus sistemas filosóficos, su genio literario, sus concepciones artísticas, cuyos principios propagaron después las triunfadoras águilas romanas, por todo el mundo entonces conocido.

Es de extricta justicia reconocer que el cristianismo estigmatizó la guerra y proclamó el reinado sereno de la paz sobre la tierra; sin embargo, entre la doctrina purísima de Jesucristo, que nos inculcó el perdón generoso de nuestros enemigos, excitándonos a hacer bien, precisamente a aquellos que nos hubiesen hecho mal, y que, a mayor abundamiento, aconsejó mostrar la mejilla izquierda al ser heridos en la derecha; entre esta consoladora religión todo bondad y mansedumbre, que ensalzó como bienaventurados a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los

PUEBLOS DE CÓRDOBA

Pueblonuevo del Terrible.— La calle de Rodríguez Aparicio.

El Castillo de Montemayor.

limpios de corazón, a los que sufren persecuciones de la justicia, y los actos feroces de Constantino el Grande en los campos de batalla, luchando contra su suegro Maximiano, contra Magencio y Licinio y haciendo matar primero a su hijo Crespo y después a su esposa Fausta, y aun los hechos de los mismos cruzados, conquistando a sangre y fuego a Jerusalén, enardecidos por las vigorosas arengas de Pedro el Ermitaño; entre aquella sublime religión de amor y caridad y estas otras escenas de desolación y exterminio, parece haberse interpuesto algo así como la sombra de la bastardía.

Una vez reconocido el principio de las nacionalidades, forzoso es admitir en su haber cuantos derechos son inherentes a la personalidad jurídica; uno de ellos es el de la existencia, del cual se deriva el de la propia defensa; todo ser, individual o colectivo, que se ve agredino, tiene, por instintó de propia conservación, el derecho a conjurar el mal que le amenaza, rechazando el ataque que contra él se dirige; así, pues, la guerra defensiva es siempre justa y legítima; pero claro está que, al encontrar en ella fundamento racional, es porque negamos todo derecho a la guerra invasora, expansiva, de conquista, con tanto más motivo cuanto que esta guerra es la que generalmente promueve el fuerte contra el débil para triunfar fácilmente de su beligerante; todo el toque estriba en fijar con acierto los límites jurídicos de ese sagrado derecho de defensa que, como natural, es «quod natura omnia animalia domit», según declaraba la Instituta de Justiniano; esa dificultad en determinar los confines de ese sagrado derecho, es tanto más insuperable cuanto que nunca faltan a los poderes soberanos pretextos, con apariencias de motivos justificados, para disfrazar, con el empleo de las armas, los designios más abominables.

No creemos que la guerra sea un instrumento adecuado, como sostienen graves pensadores, para extender la civilización por el mundo, sobre todo en nuestros tiempos, en que los pueblos, aun los más distantes entre sí, están durante la paz en constante relación y trato, mediante el intercambio de ideas, de transacciones y de noticias que se cruzan en alas de la prensa periódica y del libro que traspasan todas las fronteras, sin exceptuar las mismas murallas de la China, amén de los intereses expansivos del comercio, cada día más cosmopolita y universal.

No, el progreso no ha menester de la guerra como de un vehículo que lleve y extienda los beneficios de la civilización por los ámbitos del planeta; nunca las bayonetas fueron aptas para sembrar ideas en los cerebros, sino para derramar sangre y restar vidas; el guerrero no ejerce ni practica otro magisterio que el de la muerte; destruye, no crea; es mandatario de la fuerza, no secerdote del derecho.

Lícito y hasta plausible fué el descubrimiento de colonias por ilustres goógrafos y atrevidos navegantes y meritorio es hoy procurar por todos los medios posibles hacer partícipes de los dones de la cultura a las tribus que aún viven en la infancia de la inteligencia; pero sin subyugarlas, explotarlas y exterminarlas, persiguiendo fines tanto más criminales cuanto más codiciosos y egoístas; los que acabaron con los pieles rojas, so pretesto de ser salvajes refractarios a todo adelanto, merecerán siempre la más enérgica reprobación de la Historia.

Y ya que incidentalmente hablamos del descubrimiento de colonias, hemos de decir de pasada que parece extraño el hecho de que, entre el Cabo Juby y Mogador, haya una región que, según se dice, es tal vez la única del mundo ocupable por no pertenecer aún a nación alguna, y que si España se la anexionase, tomando posesión de ella como cosa *nullius,* beneficiaría grandemente a las Islas Canarias, cuyo litoral no está todo lo bien amparado que merece.

Sostenemos que la guerra sólo es legítima cuando con ella se defiende el derecho propio violado o el de otra potencia más debil que el agresor; el problema está en depurar si el *casus bellis* es real o ficticio, si es un verdadero derecho el conculcado o se trata sólo de un subterfugio que se idea para cohonestar la apelación a la fuerza, la gravedad del caso sube de punto por ser las naciones entidades soberanas que no reconocen superior en lo humano y sus declaraciones tienen el carácter de definitivas e irreformables, a no ser por propio acuerdo, no por pronunciamiento ajeno; así, un Estado puede considerar como motivo legítimo de guerra cualquier disidencia, por pueril que sea: ya una simple cuestión de etiqueta con el representante de otro Estado, ya la disparidad de criterio en las negociaciones matrimoniales de príncipes, etc., etc.; baste decir que en el siglo XIX, el llamado equilibrio euro-

peo, dió ocasión a empeñadas contiendas entre poderosas naciones.

Si existiera un Código internacional, reconocido y acatado por los Estados independientes, que regulase las relaciones de las potencias entre sí, podría darse por terminada la era funesta de esos duelos gigantescos de las naciones, que tantos males acarrean a los pueblos; pero, triste es decirlo, todo intento de codificación de las reglas y principios del derecho de gentes, ha fracasado siempre, por estrellarse en el obstáculo insuperable de no existir un poder superior al que queden subordinados los Estados soberanos; de aquí que la guerra sea, hoy por hoy, un hecho histórico inevitable, aunque doloroso.

Esta situación de cosas ha creado las tendencias militaristas de las modernas naciones y el estado de la paz armada, por ser ei empleo de la fuerza y la guerra, la última razón que suelen alegar las potencias soberanas, las cuales tienen por norma de su conducta no tolerar extrañas imposiciones; por eso cabalmente son soberanas, por creerse siempre con la potestad de mandar, nunca ni en ningún caso con la obligación de obedecer ajenos mandatos.

La necesidad histórica de la guerra, el temor de que esta pueda estallar de improviso, ya que en la práctica no existen principios sancionados y previamente reconocidos para arreglar esos arduos negocios de los altos poderes públicos, ha traído, con el militarismo, el retraso, en la carrera del progreso, de los pueblos, que invierten en preparativos bélicos lo que con evidente provecho deberían aplicar a instrucción, obras públicas y mejoramiento de la clase jornalera, que es la llamada, en definitiva, una vez capacitada para hacer valer su poderío, a cambiar las corrientes gubernamentales, creando verdaderos estados de opinión, hoy completamente falsos y teatrales.

De presente, ignaras de su fuerza y sin la indispensable cohesión las clases populares y en cambio pujante y, cuando le conviene, flexible, acomodaticio y transigente el poder gubernativo, es visto que el crecimiento incesante de los ejércitos de mar y tierra, no tiene otra explicación que un fin utilitario. Esas naciones aguerridas que consumen sumas fabulosas en sus presupuestos de guerra y marina, bien puede decirse que obran así con la mira puesta en la obtención de un beneficio, para lucrar obteniendo un interés crecido usurario, porque estando preparadas para las eventualidades del *casus bellis*, si llegado este consiguen el triunfo, al ajustarse las condiciones de la paz, con las indemnizaciones metálicas, la anexiones de territorios y los mercados que ganan, al mismo tiempo que logran aniquilar a sus rivales competidores, bien puede decirse que han colocado a un buen rédito los enormes capitales que emplearon en dichos fines.

Pueblos de Córdoba.—Espiel: Calle de Basilio Manso.

Por eso, para alcanzar el éxito en campaña, no se repara ya en los medios de combate, por reprobados que estos parezcan, con tal de destruir o inutilizar al enemigo; y este hecho, perfectamente comprobado con la guerra actual, contradictorio de las doctrinas relativamente humanitarias, sustentadas por los tratadistas de derecho internacional público, ha venido a plantear un problema por demás complejo; a saber: si es preferible en esas luchas exterminadoras de los pueblos no omitir el empleo de medios y procedimientos por ilícitos y censurables que sean, con que aplastar al país enemigo, para de esa manera hacer la guerra, cada vez más odiosa y por ende más infrecuente, o deberá, por el contrario, declararse vedados ciertos recursos, elementos y máquinas de destrucción cuyo uso implica alevosía.

No es posible sustraer la guerra a los adelantos de las ciencias, de las artes y de la industria; la solidaridad es una ley inflexible de la vida; descubierta la navegación aérea y la submarina, es inevitable aplicar a los fines bélicos esos aparatos que hienden las altas regiones de la atmósfera y los que, cautelosamente, se ocultan y sumerjen en los mares.

Todo en la sociedad va moviéndose a compás; las artes de la guerra no pueden quedarse estadizas y paralizadas; necesariamente han de seguir el rumbo que les imprimiera el progreso de las ideas; lo que hoy es,

que la guerra lleva consigo el mal y la devastación por donde quiera que pasa, y los adelantos en ese orden de procedimientos destructores, se tienen que realizar siempre de manera cruel y trágica; el propósito de humanizar la guerra es muy hermoso, pero, dadas las corrientes que hoy imperan, parece envolver esa aspiración un contrasentido, como si se pretendiera hacer luminosas las sombras y virtuoso el crimen.

¿Es acaso que no se quiere sufrir las consecuencias espantosas de esas luchas sangrientas?, ¿es, por ventura, que nuestros nervios delicados no pueden soportar esas escenas de horror, en que el hombre supera en crueldad a la fiera?; pues entonces habrá que pensar en buscar una fórmula, una solución que venga a proscribir indefinidamete ese azote de la humanidad. Los tratados internacionales, las conversaciones diplomáticas, como ahora se dice, está demostrado que no sirven para evitar los *ultimátum;* hay, pues, que recurrir a un principio que tenga virtualidad propia para poner termino a las frecuentes represalias de los pueblos, a los odios de raza, a las competencias mercantiles, a la ambición de los poderosos y ningún principio puede ser tan eficaz y fecundo en bienes, aunque parezca asaz utópico, como el federativo; la confederación de los Estados más cultos, prósperos, adelantados y aguerridos, que es como si dijéramos su alianza permanente, deponiendo ambiciones, ya teniendo abnegación y grandeza de espíritu para reconocer una especie de potestad superior o Consejo supremo de eminencias mundiales, que, imparcial y serenamente, se encargue de unificar las aspiraciones, tendencias e intereses de la comunidad soberana, en provecho propio y ajeno, quizá vendría a resolver en definitiva esos conflictos temerosos que periódicamente surjen entre las naciones más progresivas, y la paz general e inquebrantable podría ser una conquista espléndida y de valor inapreciable, de la moderna civilización, que será sinceramente cristiana o no será.

Cierto que la federación de Estados soberanos es, a la hora presente, no más que un bello sueño, pero no hay que desconfiar del porvenir, porque los ideales etéreos y vagos de hoy, bien pudieran ser las hermosas realidades de mañana.

Luís Valenzuela
Director de la Academia de Ciencias de Córdoba.

QUIJOTADAS

Quiero ser poeta

¡Vive Dios, que tal me han puesto
canallas, años y penas,
que no diera el arpa mía
con sus metálicas cuerdas
por todo el vivir que tiene
ni todo el oro que encierra
el mundo de polo a polo!
¡Vive Dios que no la diera!
La quiero para lanzar
dardos a quien los merezca,
ya vistan levita o blusa,
ya lleve gorra o chistera;
que a mi musa importa un pito
de la humana desvergüenza,
que nada implora ni teme
quien nada tiene ni espera.
No rinde tributo a grandes,
si los grandes con soberbia
se crecen y se agigantan
humillando a su poeta.
Y canta lejos del mundo
cruzando valles y sierras,
que allí los pájaros cantan
y canta naturaleza
con su mágica hermosura
al Ser que los hombres niegan.
La quiero para reir
ante la humana miseria,
para cantar de la vida
lo que en la vida se encuentra,
desengaños y traiciones
mentiras, daños y penas!
La lira que tanto adoro,
y que Dios me concediera,
forma parte de mi dicha
y parte de mi existencia.
Sin ella pasar no puedo,
ni puedo vivir sin ella,
que mi lira es mi tesoro
con sus metálicas cuerdas.
La quiero porque al fragor
de la mundanal contienda
jamás el hombre se rinde
ni abandona la trinchera
si al cielo mira, creyente,
¡si es luchador y es poeta!

Jesús Rodríguez Redondo.

EL NUEVO DERECHO

El hambre circunstancia atenuante

La Audiencia de Madrid acaba de dictar una sentencia que honra a la Jurisprudencia española. Por vez primera se declara en la práctica de nuestros Tribunales que el hambre puede constituir una circunstancia atenuante en los delitos de robo y de hurto. He aquí el considerando en que se establece la nueva doctrina:

«Considerando que, reconocido por el Jurado que el procesado realizó los dos delitos de robo y el de hurto de que se hace mención anteriormente movido por el hambre aguda y pertinaz que sentía, y no constando que fuera vago, no puede imputarse su insolvencia al vicio o falta de moralidad de no querer trabajar, ni a la falta de acción para proporcionarse de modo legítimo la subsistencia, y como siendo aguda y pertinaz el hambre constituye una enfermedad, una verdadera perturbación, ajena en el presente caso a la voluntad del procesado, ni imputable al mismo, que si tuvo la desgracia de sufrirla, como le ocurrió al culpable, hubo de encontrarse en ese estado que gradualmente puede conducir a la inanición y a la muerte consecutiva, en cuyo estado ni la voluntad ni el cerebro pueden funcionar de modo normal, y el instinto de vivir, inherente a todo ser, se impone como estímulo poderoso que lleva al arrebato y a la obcecación, o cuando menos, a algo análogo o parecido, y en estos casos los Tribunales no pueden desconocer la existencia de la circunstancia séptima del artículo 9.°, o, por lo menos, la octava del mismo artículo del Código penal, sobre todo si los delitos son únicamente contra la propiedad y en cuantía acreditativa de que sólo quiso satisfacer aquella necesidad fisiológica, como ocurre en los casos de autos, produciendo esta circunstancia atenuante, que desde luego se aprecia, el efecto de aminorar la responsabilidad en los dos delitos de robo y neutralizar la agravante de escalamiento en el de hurto, y ello obliga a imponer las penas, en aquéllos en el grado mínimo y en éste en el grado medio.»

—

Algún comentarista entusiasmado llega a comparar esta sentencia con las inmortales del presidente Magnaud. No tanto. Magnaud no se limitaría a estimar como concurrente la circunstancia atenuante de arrebato y obcecación; valientemente, hubiera absuelto, como en el caso famoso de Luísa Menard. Magnaud, invocando la autoridad de filósofos y santos padres de la Iglesia, hubiera declarado que el robo, en caso de necesidad extrema, no constituye delito. Y, además de absolver al procesado, habría enjuiciado a un régimen social que permite que los seres humanos mueran de inanición. Hubiera afirmado, como en el caso de Luisa Menard, que es lamentable que en una socidad bien organizada uno de los miembros de la misma pueda carecer de pan, a no ser por su culpa. Hubiera proclamado, como en el caso, no menos famoso, de Chiabrando, que el derecho a la vida es patrimonio intangible del ser humano, que la sociedad, cuyo primer deber es ayudar a sus miembros desgraciados, está moralmente impedida para requerir contra uno de ellos la aplicación de la ley; que el que obra impulsado por las ineluctubles necesidades de la existencia, no comete delito; que la ley debe tener entrañas y ser interpretada conforme al más amplio sentimiento de humanidad y teniendo en cuenta las realidades de la vida, a veces tan duras para los desheredados de la fortuna; y que el juez, para apreciar debidamente los hechos, debe olvidar el bienestar de que comúnmente goza, a fin de identificarse en todo lo posible con la situación angustiosa del ser aban-

El elocuente orador y prestigioso letrado don Manuel Enríquez Barrios, quien, fortaleciendo la acción de un grupo de cordobeses reunidos para secundar la acción de la Justicia contra los matadores de mujeres, se ha ofrecido generosamente para ejercer la acción particular en nombre de las familias de las víctimas de los «crímenes pasionales», siendo por ello unánimemente elogiado y considerándose la intervención expresada como un hecho de positiva importancia social.

donado de todos, sin dinero, andrajoso, torturado por el hambre, expuesto a la intemperie...

El reciente fallo de la Audiencia de Madrid dista bastante de la audacia revolucionaria, de las sentencias del «buen juez». Pero es preciso reconocer que lo inspira el mismo pensamiento, y su autor, el magistrado y presidente del Tribunal, Sr. González Ruiz, merece el aplauso de la opinión liberal. ¡Qué hará el Tribunal Supremo? ¿Prevalecerá el fallo de la Audiencia, si, como es de esperar, el fiscal interpone contra él recurso? El presidente Magnaud encontró tales obstáculos en su camino que tuvo que renunciar a su puesto en la Magistratura. En el caso de Luísa Menard, el Tribunal de Amiens no se atrevió a ir contra la corriente, y, aunque por motivos distintos de los alegados por Magnaud, mantuvo la sentencia. En el caso del mendigo Chiabrando la sentencia fué casada. Los atrevimientos de Magnaud llegaban al colmo, y, una vez por lo menos, era necesario demostrar que, a pesar de todos los esfuerzos laudables, de todas las tentativas generosas, los viejos prejuicios persisten. Concluir con ellos no puede ser obra de un hombre, por grande que sea; tiene que ser empresa de muchos y muy esforzados...

—

Es menester interesar a la opinión en asuntos como éste. La jurisprudencia de los Tribnnales puede contribuir muy eficazmente a la progresiva transformación del Derecho. Sustituir un Código, cambiar fundamentalmente la legislación de un país, es labor peligrosa y dificilísima. Hay que vencer, para llevarla a cabo, infinidad de obstáculos, derivados del egoísmo y de la tradición. Cuando, a fin de unificar la legislación hipotecaria conforme a los principios del llamado sistema alemán, se pensó en Francia en alterar el régimen del Derecho civil en orden a la propiedad inmueble, se produjo entre los entusiastas del Derecho tradicional un movimiento, no ya de protesta, sino de verdadera indignación. ¡Se iba a tocar en el «inmortal» Código de Napoleón, una de las más admirables obras del genio! Y si transformar una legislación es difícil, no lo es menos dictar leyes nuevas que respondan a las exigencias de los nuevos tiempos. A menudo hay que luchar con un misoneísmo irreductible, que se opone tenazmente a toda innovación.

La Jurisprudencia, interpretando las leyes con un sentido amplio y liberal, puede ir modificando insensiblemente el Derecho. Por el espíritu vivo del Derecho, Inglaterra es el país más liberal del mundo, con las leyes más viejas y más reaccionarias. En la misma Francia, la Jurisprudencia ha ido transformando no pocos conceptos del viejo derecho privado. Y la aplicación, cada día más extensa, de la teoría de la gestión, tan magistralmente desenvuelta por Hourion, el ilustre profesor de Derecho administrativo, a los actos del Poder público, ha ido reduciendo al menor número posible los casos en que el Estado, obrando como soberano, puede desentenderse del deber de indemnizar los daños y perjuicios causados a particulares.

—

En España la Justicia tiene malísima reputación. Se han lanzado contra ella—no pocas veces ligeramente—las acusaciones más graves. Y nuestra Jurisprudencia pasa por ser una de las mas reaccionarias del mundo.

Sin embargo, también en España hay una Jurisprudencia liberal que merece ser estudiada. En lo criminal, un espíritu de libertad y de progreso—excesivamente prudente, acaso—atenúa en ocasiones el rigor de leyes anticuadas. Y en Derecho civil, en materia tan importante como la legislación social, la labor de algunos jueces—el de Madrid, entre ellos—y el de algunos magistrados, como el señor Covián, del Tribunal Supremo, es verdaderamente estimable. Lo que hace falta es que las gentes se interesen por estas cosas, y hasta los funcionarios que se afanan por realizar la Justicia conforme al sentido de los nuevos tiepmos, lleguen el aplauso y el estímulo de la opinión.

Alvaro de Albornoz.

Banquete celebrado por los médicos de Córdoba con motivo de la constitución de la Federación regional andaluza.

VIEJO Y NUEVO

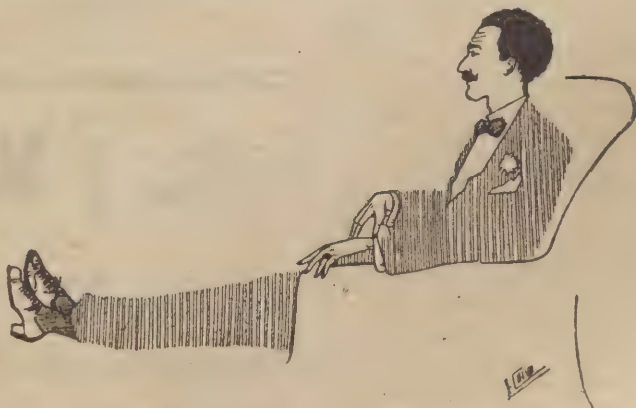
Los guadamacileros de Córdoba

Según los críticos dicen, parece que procede de los árabes el arte de laborar los cueros, llamados guadamaciles, de Ghadamés, pequeña villa de Africa, que había adquirido gran celebridad en el siglo XII por sus pieles labradas y pintadas. Rápidamente se extendió este arte por Europa, llegando los venecianos a perfeccionar tanto los cueros dorados, que un autor dice haber visto en Venecia, en todas las casas de los nobles y los ciudadanos acomodados, habitaciones adornadas con tapicería de cuero dorado.

Pero donde mejores guadamaciles se hicieron fué en España, hasta el punto de quealgunosescritores creen que en ella fué donde empezaron a labrarse. Tal es el italiano Thomaso Garzoni, que en su obra «Piazza Universale», escrita en 1560, dice que en su tiempo se creía que el arte de los cueros dorados había tenido origen en España. «Los que descubrieron—escribe—el arte de los cueros de oro, ese arte tan noble y tan apreciado en nuestros días, merecen mucha gloria y honor Y algunos pretenden que el principio y origen de ese muy noble oficio fueron debidos a España, porque de ese país han venido los mejores maestros que en los tiempos modernos han alcanzado la mayor nombradía en este arte».

En Córdoba, sin embargo, fué donde en el siglo XVI floreció más que medianamente este arte, pues dióse en Francia en la edad media el nombre de Cordobá a los cueros que se empleaban para diversos usos, porque los más estimados procedían de Córdoba. Un pasaje citado por M. Laborde demuestra que la palabra *cordovan* empleóse desde el siglo XI y que era cosa sabida que fué en esta poblacion donde empezaron á fabricarse. «Allutarii dicuntur qui operantur in alluta, quod est gallice corduan, alio modo dicitur cordubanum, a Córdoba, visitate Hispaniæ, ubi fiebat primo.»

Mas dejando los escritores extranjeros, veamos lo que bellamente dice de los cueros en Córdoba labrados, nuestro paisano Ambrosio de Morales: «El trato de la corambre—dice—también es grueso, y hay hartos que han enriquecido con él, y es tanta la ventaja de adereçarse bien los cueros en Córdoba, que ya por toda España qualesquier cueros de cabra, en qualquier parte que se hayan adereçado, se llaman cordobanes, por la excelencia desta arte, que en aquella ciudad hay... Es también obra notable en Córdoba, por el provecho y lindeza con que todo allí se haze. Las badanas sirven para los guadamecís, que se labran tales en Córdoba, que de ninguna parte de España hay com-



El abogado de Priego don Francisco Candil. Caricatura de Alfredo Calvo.

petencia, y tantos que a toda Europa y las Indias, se provee de allí esta hazienda. Ella da a la ciudad mucha hazienda, y da también una hermosa vista por las principales calles della. Porque como sacan al sol los cueros dorados ya, labrados y pintados, fixados en grandes tablas, para que se enxugen haze un bel mirar aquello entapiçado con tanto resplandor y diversidad.»

En los últimos años del siglo XVI empezó la decadencia de la guadamacilería, por diversas causas, y continúa en todo el siglo siglo siguiente, sin que fuera parte a deterla el decreto dado por Felipe III prohibiendo que la corambre se sacase de España, «sino fuese hecha guadamacíes y guantes.»

La historia, sin embargo, se repite, como ha dicho no se quien ni me importa saberlo para que sea cierta la afirmación; un insigne artista, nuestro incomparable Inurria, en los últimos años de su no corta dirección de la Escuela de Artes y Oficios, abrió una clase para trabajar los cueros, la que fué cerrada no mucho después por causas que no son para referidas en este lugar, pero la semilla quedó echada y germinó en el alma de artista de un discípulo del señor Inurria, del modesto joven don José Fernández Márquez, notable modelador y dibujante que, encariñándose con la idea de trabajar en Córdoba cueros labrados y pintados y benévolamente protegido por el docto profesor del referido centro de enseñanza don Dionisio Pastor, que le he dado todo lo necesario para conseguir el fin que se propone, ha empezado, algún tiempo hace, tan hermosa labor, siendo de ella fruto el sillón de estilo renacimiento hecho a don Pedro García Verdoy, marqués de las Escalonias; las cubiertas, estilo árabe, de un libro para el Rey que contiene documentos de la construcción del crucero de la Catedral (el anverso representa una portada de las restauradas en la parte oriental de la Mezquita y en el reverso el escudo o sello de Córdoba); un sillón, estilo renacimiento, para don Dionisio Pastor; otro sillón, de igual estilo que el anterior, para don Angel Delgado, con destino al maqués de Casariego; de un libro para la oficina del Catastro, con el anverso y el reverso de estilo árabe.

Esta es la labor realizada hasta hoy por el señor Fernández Márquez quien, con grandes alientos y no menor entusiasmo, continúa en su modesto taller de artista. Bien pudiera ser el restaurador del noble oficio de labrar cueros dorados, que no pocas veces de humildes principios nacieron cosas grandes y maravillosas; cuando se tiene voluntad firme y decidida, como el señor Fernández Márquez, bien se pueden hacer milagros, que más hace el que quiere que el que puede.

Lope del Pino.

Córdoba-28-II-1917.

HORA NUPCIAL

Hora misteriosa, bella y singular
cuando se confunden la tierra y el mar,
el éter se puebla de ignota armonía
y en un beso amante la noche y el día
sus nupcias sidéreas van a celebrar.

Hora incomprensible, de ensueño y amor,
cuando lanza el día su último fulgor
y espera a la noche, que tímida avanza,
mientras sus gorjeos, allá en lontananza,
modula el del bosque eterno cantor.

De bellos celajes se engalana el cielo,
como los bordados del cándido velo
de una desposada cubierta de tul,
a quien ofrendara aromas el suelo
y estrellas bordaran su túnica azul.
Hora en que el poeta, caballero andante
de la fantasía, entona un galante
madrigal de amores bajo de un balcón,
mientras la doncella que aguarda anhelante
cuenta los latidos de su corazón.

El místico goza los suaves dulzores,
los castos deleites, los santos amores
del alma que anhela más alto subir...
y en la hora inefable de tibios fulgores
al ver que no muere desea morir.

Hora inconfundible de beatitud,
en que evoca el hombre de su juventud
los líricos sueños; hora vesperal,
cuando el orbe todo, en grata quietud,
entona el preludio de un himno nupcial.

Amantina Cobos de Villalobos.

LO QUE PIENSAN LOS OBREROS

LA CONVERSACION DEL BARBERO

Pocas serán las profesiones en que se tenga un contacto ni un trato más directo con toda clase de público que la del peluquero-barbero. Desde el más modesto obrero al hombre de posición más elevada, tienen que desfilar por nuestros establecimientos; hemos de alternar en toda clase de conversaciones y hablar de diversidad de asuntos, y claro está que el que siquiera tenga un ligero baño de cultura, ha de llevar una gran ventaja sobre aquellos que, por desconocimiento de formas urbanas o de los asuntos de que se trate, sólo puedan proferir incongruencias o hayan de permanecer mudos ante el cliente.

No ignoro yo que hay personas a quienes les molesta un barbero hablador o con alardes parlamentarios, pero la generalidad, si encuentran a su lado a un hombre culto y bien educado, no se desdeñan de hablar con él, particularmente de los asuntos de actualidad, pues resulta violento y casi un tanto descortés permanecer en absoluto mutismo durante los veinte o treinta minutos que dura un servicio, por poco comunicativo que sea el parroquiano.

Esta corrección, estas formas urbanas, atraen y seducen, se comunican al oficial y al aprendiz y hacen que el público encuentre en el establecimiento algo de distinción, que lo diferencia de los que ha visto en otras partes.

No trato yo de que esta educación y esta cultura sean fundamentales como las del hombre que tiene una carrera científica o literaria, porque esto sería pedir demasiado y algo muy superior a nuestros medios y fortuna, sino de esa cultura general, superficial si se quiere, que se va formando a fuerza de voluntad y por asimilación constante, sin desembolsos ni esfuerzos de tiempo.

Respecto a los medios, son varios los que podemos utilizar. En primer término, y puesto que estamos asociados, creo que sería fácil continuar los cursos de conferencias organizadas por nuestra sociedad, invitando a ellas a elementos intelectuales de la localidad, que pudieran desarrollar temas, preferentemente sociales, con el fin de arraigar más en nuestro ánimo la necesidad de la unión, del compañerismo, de una completa solidaridad y compenetración para la defensa de nuestros comunes intereses, sin perjuicio también de tratar de todas aquellas cuestiones de actualidad que directa o indirectamente pudieran afectarnos.

Boda de la señorita Luisa López Conde y don Antonio Franco.

Indicada está también la formación de una biblioteca que pudiéramos ir creando paulatinamente, bien con fondos sociales o bien solicitando donaciones de los organismos oficiales, puesto que vemos que se las conceden a otras entidades y agrupaciones obreras.

La lectura de periódicos sanos y sensatos y de revistas bien orientadas en el sentido social, también contribuirían a la formación de esta cultura general, pues ya es tiempo de que vayamos descartando de las barberías el rutinario furor taurófilo, que hace que en muchas de ellas no se oiga hablar más que de toreros y toros desde la mañana a la noche.

Otro asunto, si bien bastante escabroso, hay que tener en cuenta en esta materia, si queremos que nuestras aspiraciones produzcan un resultado práctico y no pasen como flor de un día. Me refiero a la necesidad de alejar a nuestra juventud de la taberna y de otros centros de vicio y corrupción, donde se disipan las modestas retribuciones del día, cuando no la salud y la vida.

Ya sé yo que, después de una labor diaria de doce horas, el espíritu necesita de alguna expansión y descanso, pero también es cierto que hay mil lugares más amenos e higiénicos que la taberna, donde poder expansionarse; y si es los domingos, ¿quién no preferirá el campo, los aires puros de nuestra Sierra, cualquier excursión instructiva, a introducirse en el lóbrego cuarto de una taberna, donde se aspira un aire enrarecido por el tabaco y el ácido carbónico y donde se vician los pulmones a la par que el espíritu?

Otra cuestión, en la que debíamos interesarnos hondamente, es la que se refiere a los aprendices.

Hay que tener en cuenta que el jefe de un establecimiento contrae una responsabilidad moral grandísima en la educación del aprendiz y en la dirección de sus inclinaciones.

Después del padre y del maestro de escuela, él es el que contribuye más a la formación de su espíritu y a que llegue a ser un hombre de provecho o un ser desgraciado. No digo que no haya algunas excepciones, pero generalmente hoy se habla de todo delante de los aprendices, oyendo estos a veces conversaciones que pervierten sus infantiles almas.

También sería conveniente que a aquellos que no tienen suficientemente aprendida la instrucción primaria, se les dejase horas libres para que pudieran completarla, habiendo, como hay, en las horas de la noche clases de adultos en las escuelas públicas. De esta manera, los aprendices de hoy, que han de ser oficiales y maestros mañana, resultarán hombres cultos y de provecho, en vez de ir a sumarse a la gran masa de analfabetos que hoy sufre España, por desgracia.

Compendiando estas breves y modestas iniciativas, podría exponerlas, para mayor claridad, en la siguiente forma:

Hay que procurar el progreso moral y material de nuestro gremio, por el aumento de su cultura e ilustración. Debemos de continuar los cursos anuales de conferencias, invitando a personalidades competentes. Hemos de procurar la creación de una biblioteca, aunque esta sea modesta, para la instrucción y solaz de todos los asociados. Debemos descartar de nuestras costumbres la concurrencia a la taberna y a otros lugares de disipación, poniendo el veto a los que no se consideren con fuerzas de voluntad bastantes para substraerse a tales hábitos.

Sería necesario organizar excursiones dominicales intructivas a talleres, fábricas y centros de enseñanza, alternando con otras de recreo e higiene a nuestra Sierra. Tenemos que velar por la educación moral y social de nuestros aprendices, puesto que de ella somos responsables ante sus familias y ante la sociedad. Debemos, por último, poner todos nuestra firme voluntad, entusiasmo e interés al servicio de nuestra sociedad para engrandecerla y que nuestra unión no sea una palabra vana, sino una realidad tangible, pues de esta cooperación sincera saldría seguramente el completo resurgimiento de nuestro gremio y la mejor defensa de nuestros comunes intereses.

Sinceramente puedo asegurar que no me ha guiado en estas manifestaciones otra finalidad que el deseo que abrigo de que la sociedad de peluqueros-barberos de Córdoba llegue a ser un modelo de unión, de fraternidad, de cultura y de nobles aspiraciones sociales.

José Linares.

EL PERIODISTA

Golpe de vista rápido, juicio pronto y acción inmediata a ellos. He aquí las condiciones que deben acompañar a un periodista.

Si cualquiera de ellas le falta, podrá ser un gran pensador, un estupendo literato: periodista no lo será nunca.

Los hombres dedicados a llenar las hojas impresas, donde el público exige, por cinco céntimos, cada veinticuatro horas, toda la actualidad, expuesta, comentada y juzgada, han de ser rotativas de carne y hueso. Necesitan echar ideas sobre las cuartillas con premura idéntica que la plegadora echa sobre el receptor, números.

No vale pararse, que están aguardando los cajistas, y los lectores no quieren esperar tampoco: hay que dar trabajo a los unos y confeccionar para los otros la impresión, el índice de las veinticuatro horas. Política, literatura, ciencia, artes, crónica, noticias, crímenes.... Todo hay que servírselo al público en el papel, húmedo aún e impregnado con el olor acre de la pasta de imprenta.

Por esta rapidez, por esta suma de conocimientos, siquiera superficiales, que ha de aportar el periodista a su faena, no deben exigirle exquisitices y primores de estilo; sábese que el gran público cuida poco de estas exquisiteces: con que le hablen clara y brevemente, está conforme.

Iguales motivos existen para disculpar al periodista si muchas de sus opiniones adolecen de injustas y parciales. Carece de tiempo para juzgar en frío; y es de advertir que casi todas sus injusticias y parcialidades se tuercen en la dirección del elogio.

¡Cuántos grandres hombres lo son, para los efectos de la actualidad, únicos que puede tener su «grandeza», por bondades del periodista...!

Andan por el mundo muchos personajes vestidos con papel de periódico.

Si un día se les arrancara a tiras la ropa, veríamos una exposición de risibles y entecos desnudos.

No obstante, esos personajes, vestidos con papel de periódico, suelen manifestar desdén hacia el periodista, cuando de él se ocupan en las tertulias y corrillos.

Ello no estorba para que vayan de redacción en redacción pidiendo, sombrero en mano, con voz y actitud de mendigos, un «bombo».

Y lo gracioso es que los periodistas, sabiendo qué puntos calza el personaje y lo mal que de nosotros habla, le damos el bombo que implora.

Bien es cierto que cuando se hace una limosna, no hay por qué mirar al sujeto que la recibe.

Joaquín Dicenta.

CÓRDOBA

Huye de la hidalga villa
la imaginación ilusa;
hoy quiere libar mi musa,
en vez de Chipre, Montilla.
Es su gusto y hace bien;
corramos a la estación
y hagámonos la ilusión
de que viajo en el tren...
Dicen a mi fantasía:
los Madriles, vanidad;
la Mancha, tranquilidad;
y la Sierra, valentía.
El tren deja la llanura,
sobre traviesas y hierros,
trepida en Despeñaperros
presagiando tu hermosura,
y llega a tus alminares
¡nazarena, sefardita,
adorada sulamita
del «Cantar de los cantares.!»
Mi musa y yo, en tu recinto
como en nuestra patria estamos;
que eres linda como Samos,
y rica como Corinto;
tiene de Smyrna el aroma,
y nos haces comprender
que algo común debe haber
entre Zeus y Mahoma,
entre Helena y la Islamita,
y Abderramán y Solón,
pues ecos del Parthenón
he escuchado en la Mezquita...
¡Si! Tus timbres de nobleza
de tierras de Oriente vienen;
Córdoba y Atenas tienen
igual blasón: la Belleza.
Y por eso, al respirar
tu aura de gloria y amor,
este griego trovador
te ha dedicado un cantar.

Manuel H. Ayuso

En la plaza de las Tendillas de Calatrava, al amanecer del Domingo de Piñata

—Cordobita preciosa ¿no me conoces?

—¿Quién puedes ser tú que a mí te acercas moderadamente, sin que te acompañe el carnavalesco bullicio de la clásica jarana que, juntamente con el hambre, están concluyendo con los míos?

—Séneca soy, niña mía, y aquí vengo para conocer el punto en que se viene proyectando la colación de un hito que recuerde mi paso material por esta tierra. Dudan unos de que el propósito halle una fácil realización y entienden otros que a todo trance debe ser concluído, aún cuando sólo fuera por aquella significación de esfuerzo mental que las edades han concedido a mi nombre.

—Glorioso espíritu que en el Carnaval que me domina y anubla vienes a ofrecerme tu luz inextinguible, torna a mí y nunca más me dejes. Envuélvanme las sombras protectoras de cuantos fuísteis cumbres del entendimiento humano y libradme del molesto brillo de las lentejuelas y la horrenda desarmonía de «jipíos» y «ayayáis», que bien sé que nada de esto es clásico ni característico en mi gente, sino vicio de un momento histórico y que a mí debe distinguirme el claro y sereno espíritu de las aristocracias intelectuales que se fundieron en mi pueblo: Colonia Patricia, Corte de los Califas, Sede de los Reconquistadores, albergue de Colón, origen de Cervantes...

—Bien veo que vives, ciudad encantadora, Atenas de Occidente, armónica fusión de gentiles, agarenos y cristianos. Mi espíritu se conmueve de alegría, porque, al volver a tí, viéndote dormida en la desolación de este momento, consideré que buscabas la misma muerte que yo me dí ante el fantasma de lo irremediable: parecíame que te habías abierto las venas de tu riqueza y que por ellas se te iba la vida, como el río tuyo arrastra hacia el mar infecundo las tierras de tus campos, en los que, por no haber árboles, no hay

pájaros ni hombres, porque ni a unos ni a otros sirve aquel de amparo y refugio. Así ocurre que, talado el árbol, huyen los hombres y los pájaros, y la tierra misma, hecha polvo impalpable por las sequías, se va también hacia el mar, arrastrada por las aguas torrenciales del invierno. Un vergel era la comarca entera...

—Quiero volver a disfrutar aquella existencia bien entendida, aquella vida propia.

—Fácil te será conseguirlo. Ahora, cuando tus obreros edifican sobre el polvo vivo de las antiguas civilizaciones, es corriente oírles decir que los cimientos llegan a lo árabe o a lo romano, siendo muestra de ello los restos de columnas, candiles, brocales, capiteles, las monedas... Hagan otro tanto los trabajadores de la inteligencia: lleguen a lo árabe y lo romano en busca de cimentación; de nuevo levanten las columnas olvidadas, enciendan los viejos candiles, restablezcan los brocales antiguos sobre pozos nuevos, pongan en circulación la riqueza antigua e inextinguible del suelo cordobés, e iluminen el porvenir con las luces de un pasado mejor. En tal situación, a tí volveremos, y no habrá que esforzarse en levantar monumentos: surgirán por la sola fuerza del ambiente propicio.

—Es verdad, es verdad, y ojalá que pronto sea una realidad inquebrantable cuanto me dices.

—Procúralo ardientemente y, ya que me has reconocido, no vuelvas a olvidarme, Córdoba hermosa.

Dibujo al lápiz, de Alfonso del Rosal.

El popular escritor Joaquín Dicenta, muerto en Alicante.

Asociación Médica Regional

Hemos de manifestar a los señores médicos asociados y a los que hayan de asociarse que, siendo materialmente imposible contestar una por una todas las cartas que recibimos, con consultas varias acerca de la asociación, de estas columnas nos valdremos para dar cumplida respuesta a cuanto se nos demande relacionado con el mecanismo, fines, etc., de la asociación.

Todas las adhesiones serán enviadas a la Secretaría de la Asociación o al domicilio del Presidente: Dueñas, 6 o Sevilla, 17, respectivamente.

La asociación es totalmente gratuita, no habiendo, por consiguiente, cuota de ninguna clase ni mensual ni de entrada.

La asociación cuenta con las siguientes publicaciones: «Prensa Médica Gaditana», de Cádiz; «Gaceta Médica del Sur», de Granada; «Policlínica Sevillana», «Revista Médica» y «Andalucía Médica», de Sevilla»; «La Farmarcia», de Granada; «La Clínica Malagueña», de Málaga; «Extremadura Médica», de Badajoz; «Regeneración Médica», de Salamanca; «Unión Médica», de Morata de Filosa (Zaragoza) y la Revista CÓRDOBA. Además cuenta con las columnas de los siguientes periódicos diarios, donde con suma frecuencia son defendidos los intereses de la clase: Diario de Cádiz; Defensor de Granada, La Publicidad, La Imformación y Gaceta del Sur, de Granada; La Provincia, el Diario, de Huelva; El Liberal, El Correo de Andalucía y El Noticiero Sevillano, de Sevilla, y el Diario de Córdoba.

En el banquete que, según anunciamos, se celebró el pasado sábado, y que no reseñamos por haberlo hecho ya muy extensamente el «Diario de Córdoba», acordose, entre otras casas, celebrar la tercera asamblea acordada en Granada, en el próximo mes de Septiembre; no haciéndolo antes por la necesidad de que estén organizados todos los distritos de la provincia, por lo que a todos los colegas rogamos envien su adhesión a la mayor brevedad, única manera de activar aquella constitución. La asamblea, que ha de ser de constitución definitiva de la Asociación, promete ser un acontecimiento en Córdoba, toda vez que la concurrencia será numerosísima; ya tenemos noticias de que Sevilla, Cádiz, Granada y Huelva han de enviar una muy nutrida representación.—El Secretario del Comité provincial.

Continuación de la lista de médicos cordobeses que ya forman parte de la asociación: de Córdoba: don Enrique Luna, don Cayetano Benzo; don Rafael Marchal, don Rafael León Avilés, don Enrique García y García, don Antonio Carreto, don Rafael Beltrán, don Fernando Marín y don Felipe Crespo. De Puente Genil: don Rafael Moyano y Cruz, don José Neira Cailley y don Pascual Poracho García Hidalgo. De Pueblonuevo del Terrible: don Juan Didier, don José Marín, don Francisco Navarro y don Alfonso Ramírez. De Villafranca: don Enrique Herrera y don Isaac Holgado. De Villaviciosa: don Antonio Ruiz. Del Cerro Muriano: don Luis Sánchez Gallego. De la Victoria: don Gaspar Ortas. De Fuente Obejuna: don Francisco Mira y don Francisco Gálvez Durán. De Montemayor: don Antonio Rodríguez Córdoba. De Luque: don Enrique P[illegible]ga Ferro. De Espiel: don Emilio Caballero y don Manuel Jiménez Maya.

(Se continuará.)

Excursión a la Sierra de Córdoba del personal de los laboratorios del Besoy, pujante institución industrial, orgullo de Córdoba, establecida y fomentada con crecientes bríos por un hombre de voluntad inquebrantable y capacidad extraordinaria: don Vicente Lombardía.

Los aceites españoles en Italia

III

Otras observaciones importa recoger a este respecto: que en 1910 la importación de aceite de algodón por el puerto de Génova constituyó el 15'2 por 100 de la nacional; que la de los aceites de cacahuete representó en el mismo ejercicio económico, el 5'8 por 100 y en 1911 el 7'34 por 100 de la del reino, y en cuanto a los fijos no clasificados, importó Génova en uno y otro año a razón del 13'7 por 100, y del 15'3 por 100.

Desarróllase el comercio de importación de semillas de sésamo y cacahuete casi exclusivamente en el puerto de Nápoles, en cuyo «hinterland» tienen vida los más grandes establecimientos oleíferos italianos. Y, por lo que afecta a las semillas de colza, no fué menor la actividad que en 1911 desenvolvió dicho puerto, prestando contribución doble a la importación nacional, que se elevó del 36 al 67'5 por 100. La exportación a América de aceites italianos fué en los años citados de 1910 a 1911, como se indica en quintales: Argentina, 65.378 y 54.093; Chile, 6.252 y 4.226; Uruguay, 2.566 y 2.087; Brasil, 4.030 y 1.185; Estados Unidos, 22.323 y 25.853. El Perú dobló su pedido de 1910, elevándose a 1821 quintales.

La cantidad total de algodón adquirida en los Estados Unidos por Italia en 1911 quintuplicóse respecto de la del año anterior (5.448), llegando a quintales 26.370.

Por Génova y Nápoles entraron de Francia, en igual período, 4.946 quintales de aceite de cacahuete.

De los finos no clasificados concurrieron: con 7.957, Inglaterra; con 5.720, Alemania; con 4.204, Francia, y con 400 los Estados Unidos.

Asimismo, importaron semillas de sésamo y cacahuete: las Indias Británicas, 218.506 quintales; la China, 103.148; las Indias Orientales Holandesas, 53.197, y la Turquía Asiática, 18.409.

Procedentes de la India inglesa, todas las semillas de colza fueron introducidas por el puerto de Nápoles en cantidad de 45.309 quintales.

Por Nápoles igualmente importaron, en 1913: 620 toneladas de aceite de algodón los Estados Unidos, y 522 del de cacahuete Francia; y 1.914, la América del Norte, 47 (al-

El personal de los laboratorios del Besoy en la Sierra de Córdoba.

godón); Francia, 354 (cacahuete), e Inglaterra, 69 (lino).

Ahora bien, con buena parte de estos elementos, cuya utilización en preparación de aceites «comestibles» no recatan al conocimiento y apreciación de comerciantes y consumidores las estadísticas oficiales y los informes de los institutos mercantiles, llevan a cabo los fabricantes y exportadores italianos el milagro de volcar en los mercados, centuplicacada por «coupages» más o menos disfrazados, su producción aceitera.

Génova en su «hinterland» (que en todos los aspectos comerciales irradia su acción sobre la Lombardía y el Piamonte, juntamente con Liguria); Nápoles en el suyo (que concentra y robustece todo el movimiento del Sur y, con las empresas y líneas genovesas, casi todo el tráfico marítimo del reino); en la Riviera de Poniente, desde San Remo a Savona. Entre Porto Maurizio y Oneglia exportan anualmente, por término medio, más de 5 millones de aceite. La Riviera de Levante, entre Spezia y Liorna, siguiendo de cara al mar la línea de los Apeninos que dominan las llanuras pisanas y los valles florentinos, que recuerdan nuestras campiñas cordobesas, la producción aceitera se transforma, se industrializa con toda libertad, «ad usum Delphini», que es América principalmente, y amplía los horizontes de su comercio, servido y favorecido por las muchas y excelentes líneas trasatlánticas de su Marina mercante.

No rigen en esas zonas costeñas, para las cuales esta activa industria constituye su razón de vida por ellas mismas invocadas, ni en las regiones interiores del Monferrato y de la Toscana, el rigor fiscal y prohibitivo que en España.

En Diciembre de 1908 se dictó por el Ministerio de Hacienda una Real orden disponiendo:

1.° Que los aceites de semillas, excepto los de cacahuete y sésamo, que los comerciantes expidan desde sus fábricas se desnaturalicen antes de ponerlos en circulación con el 1 y medio por 100 de alquitrán de madera, de petróleo o de aguarrás.

2.° Que las aduanas que habiliten la documentación de cabotaje reconozcan con todo cuidado los aceites de semillas que se trate de expedir, deteniendo los que no están desnaturalizados y los de oliva que no fuesen puros.

3.° Que se siga igual procedimiento en las expediciones que lleguen o se facturen en las estaciones de ferrocarriles intervenidos por las aduanas.

4.° Que se reconozcan los aceites que se exporten, sacándose muestras de los mismos cuando existan fundadas sospechas de que puedan estar adulterados o la Administración lo estime conveniente, a fin de exigir responsabilidades a que proceda en el caso de que, debidamente analizados, resulten impuros.

5.° Eu los casos de infracción de las reglas anteriores, se dará cuenta a los Alcaldes y Jueces municipales y se procederá en la forma que determina el artículo 3.° de la Ley de 5 de Julio de 1802 antes citada.

Rodolfo Gil

Margarita Xirgu en «Marianela»

"Córdoba,, en Madrid

De *El Liberal*, de Madrid, hablan de CÓRDOBA:

«Entre nuestros elementos de trabajo, figura la revista semanal independiente CÓRDOBA, que disfruta de merecido predicamento, porque constantemente se ocupa en el estudio de aquellas cuestiones que real y verdaderamente interesan a la región andaluza: mejoramiento del campo y fomento de la industria y el comercio. Está excelentemente presentada en la parte gráfica, y ofrece la particularidad de que nunca ha cultivado la Andalucía de pandereta, sino que ofrece una impresión sincera y leal de la región. A causa de esta honrada orientación ha alcanzado una circulación muy extensa en todas las clases de la sociedad, demostrándolo el hecho de que en ella colaboran publicistas de diversas poblaciones andaluzas y de publicarse en ella los anuncios de los comerciantes e industriales más importantes de la región.»

CÓRDOBA

EL DESBORDAMIENTO DEL GUADALQUIVIR

Nuevamente la inundación, habitual catástrofe de invierno que corresponde necesariamente en el verano a otra desolación asimismo pavorosa—la sequía—ha causado en nuestra región desventurada daños espantosos e incalculables: familias ahogadas, casas destruidas, pérdida de cosechas, caminos y puentes cortados: el hambre como consecuencia última. Del Estado se demanda rápido y eficaz auxilio, y es de justicia que la petición sea espléndidamente satisfecha, teniendo en cuenta que siempre es mucho mayor la cantidad que por todos conceptos Andalucía entrega al Estado que la que este, por todos conceptos también, invierte en Andalucía.

Mas es preciso que la demanda de socorros no ceda en cuanto sean mitigados los efectos de la catástrofe, porque en catástrofe continua vive nuestra región en los diversos órdenes de la actividad. En cuanto al río, cuyas aguas, hechas barro casi, se han llevado al mar tierras y más tierras de nuestro suelo desamparado, atiéndasele debidamente, comenzando por poblar sus márgenes de árboles y más árboles, porque ellos a un tiempo mismo sujetarán el agua en el cauce y la tierra en el suelo.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 10 de Marzo de 1917 | NÚM. 30

EL PROBLEMA AGRARIO

Los campos desiertos

I

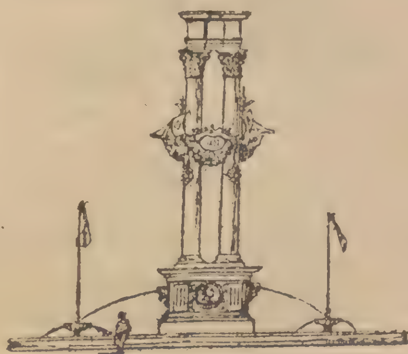
Hay en nuestro país dos mundos espirituales: uno el de las grandes ciudades, otro el resto de la nación. En el primero todos los problemas que afectan a la salud y crecimiento de un pueblo se ven compleja y confusamente al través de ideas y aun pudiera decirse que de prejuicios artificialmente creados y nutridos por una cultura de gabinete. En el resto de la nación, se ven esos problemas con una transparencia que solo comunica la claridad natural, la luz del sol; en lugar de percibirlos al través de esos prejuicios que son verdaderas nieblas intelectuales, se descubren al través de los hechos, es decir, esclarecidos, iluminados, abrillantados por la realidad misma.

Pues, este segundo universo espiritual, atento a las enseñanzas de la vida, suprema lección, tiene el convencimiento claro, definido que en multitud de manifestaciones se trasluce, de que todo el problema español, la raiz de la enfermedad, como la fuente del posible engrandecimiento, está en el campo. Las soledades españolas son las culpables de nuestra debilidad; las tierras incultas son la enfermedad verdadera que nos mina; y mientras no sean repobladas, España no puede recobrar su equllibrio interior y, por tanto, su energía y su fuerza.

Equivale esto a decir que para la inmensa mayoría del pueblo español, sin necesidad de grandes rebuscamientos y honduras sociológjcas, todo el problema de la Patria es el problema agrario. Porque del decaimiento de su vida agrícola provienen la miseria general; la emigración de los hombres que debieran poblar el campo, al extranjero o a las ciudades y todos los problemas urbanos que la aglomeración de brazos en demanda de empleo crean en estas. Esa aglomeración en las urbes y ese enrarecimiento de la población con sus fatales consecuencias la incultura campesina y la debilidad económica agraria, crean un estado de calentura que enerva a un pueblo y que le impide, no ya florecer, sino aun vivir normalmente. Y mientras esa situación no se modifique suprimiendo las causas que la originan, todos los demás problemas sociales que con sus derivados, subsistirán. Emponzoñadas lasaguas en la fuente, han de estarlo todas las que discurren por los cauces sucesivos.

Esta crisis agraria sintetízase en un fenómeno, donde siempre se resumen todas las causas de perturbación y decadencia de un pueblo, a saber: la miseria. La miseria campesina, sobre ser el resuitado de la crisis agraria, es la cifra que la gradúa y la señal que la denuncia. Esta miseria campesina, sobre ser el resultado de la crisis agraria, es la cifra que la gradúa y la señal que la denuncia. Esta miseria ¿de qué proviene?, ¿proviene acaso de que sea excesivo el número de ciudadanos españoles que el campo, o sea el trabajo y la producción de las tierras, tiene que sustentar? Demuestran que no las cifras referentes a la densidad de población. Según los datos más recientes, esta es, en Grecia de 40 habitantes por kilómetro cuadrado, en Bulgaria de 44, en Servia de 54, en Suecia de 55, en Romanía de 56, en Portugal de 59, en Dinamarca de 71, en Francia de 74, en Austria y Hungría de 76, en Suiza de 91, en Alemania de 120, en Italia de 125, en el Japón, de 136, en Inglaterra de 140, en Holanda, de 177, en Bélgica de 255, y en España de 38, y eso porque entran en la cuenta algunas provincias excepcionales, como la de Pontevedra, cuya población (104) casi emula a las de Alemania; pero la inmensa mayoría de las provincias arrojan cifras muy inferiores a aquel promedio, y algunas, como Cuenca, no exceden de 14 por kilómetro cuadrado, poco más que las soledades de las estepas rusas.

Es, por consiguiente, cortísima la población a cuyas necesidades ha de proveer el campo y no puede achacarse a exceso de aquella la condición miserable del campesino.



El admirable periodista andaluz don José Lagillo, director de uno de los mejores periódicos de la región, *El Liberal* de Sevilla, propuso que se aprovechase las columnas que estaban medio enterradas en la calle de los Mármoles para levantar en el paseo de Catalina de Ribera un monumento a Cristóbal Colón. Inmediatamente, en unos días sólo, un prócer sevillano, el señor Sánchez Dalp ofreció satisfacer de su peculio particular los gastos de la cimentación del monumento; el escultor señor Coullaut Valera se ofreció para hacer gratuitamente la estatua del descubridor inmortal; en igual sentido presentó el arquitecto señor Talavera el proyecto que en la cabeza de estas líneas reproducimos; el empresario de teatros señor Llorens anunció que dedicaría al propósito el importe íntegro de una función expresamente consagrada a ello; se abrió una suscripción pública con halagüeño resultado; aceptó el Ayuntamiento la iniciativa; nombróse al señor Lagillc director de la Comisión organizadora, y ya se ha comenzado a trabajar en el sitio designado para realizar la obra. Sirva este caso de alentador ejemplo en una región donde tantas y tantas primeras piedras yacen olvidadas bajo tierra, donde tantas columnas antiguas pudieran ser aprovechadas para levantar monumentos y donde parece que basta conque la imaginación se figure realizadas las empresas, sin más necesidad de poner las manos en las obras para concluirlas total y definitivamente.

Pero aún es más escasa de lo que esos números indican. Porque España tampoco soporta la comparación con otros países, en cuanto a la cifra proporcional de sus habitantes dedicados al cultivo del campo. En España la población rural que se consagra al cultivo, es de un 25 por 100 aproximadamente de la población total; acaso durante los últimos años, intensificada la corriente emigratoria al extranjero y a las ciudades, haya disminuído esa cifra. En Italia, es del 35 por 100; en Austria, del 36; en Prusia, del 51; en Francia, del 53. Y tengamos en cuenta que estas son naciones vigorosamente industrializadas; es decir, países en que, por las circunstancias mismas de su desarrollo económico y por las tendencias inherentes al actual desenvolvimiento de la civilización, se forman grandes núcleos urbanos; por lo que, hallándose más concentrada la población en determinados puntos de su territorio nacional, debiera ser menor la cifra proporcional de su población campesina comparada con la de países como el nuestro, donde la vida industrial es incipiente y aquellas fuerzas concentradoras no debieran haber tenido ocasión de desplegar, en daño de la economía rural, todo su influjo.

Pues a pesar de la raridad de la población española y del corto tanto por ciento de esta población que vive sobre el campo, es nuestro país el que, salvada la época de la presente anormalidad en todo el planeta, viene dando, desde principio del siglo, mayor contingente proporcional de emigración al extranjero. Era este en los años anteriores a la guerra de 2 emigrantes por cada 10.000 almas, en Alemania; de 3, en Holanda; de 14, en Suiza; de 29, en Filandia; de 31, en Dinamarca y en Austria Hungría; de 36, en Suecia; de 44, en Bélgica; de 54, en Noruega; de unos 70, en Italia; y de 120 en España.

Va implícita en los párrafos anteriores la negativa de que tal situación se deba a escasez de tierras, ya que esta alegación en sustancia es la misma, aunque presentada de modo inverso que la de exceso de población. Mas, para rechazarla definitivamente, basta recordar la inmensa parte de nuestro territorio que está fuera de cultivo y, por tanto, de razonable producción. Según los datos oficiales publicados en la memoria impresa por la Dirección General de Agricultura en 1912: «De la superficie total del territorio español se destina: 13.192.587 hectáreas al cultivo de cereales y leguminosas; 1.454.494 al de la vid; 338.879 al del olivo; 443.899 al del arbolado frutal; 394.971 al de tubérculos, raíces y bulbos; 106.212 al de plantas hortícolas; 3.741 al de plantas industriales y 24.751.548 a pastos y forrajes...

El valor de la producción agrícola obtenida en estas superficies es de 1.943.980.538 pesetas por cereales y leguminosas; 332.604.097 por uvas y mostos; 213.927.299 por aceitunas y aceite; 181.450.940 por árboles frutales, por tubérculos, raíces y bulbos; 169.185.152 por plantas industriales; 384.792.557 por pastos y forrajes; y 148.905.301 por industrias anexas, sumando el valor total de la producción agrícola española, pesetas 3.824.394.245.

Hay, pues, 24.000.000 de hectáreas de las que oficialmente se declara que están dedicadas a pastos y forrajes; esto es: se confiesa que se hallan incultas, entregadas a su producción natural. ¡Veinticuatro millones de hectáreas! ¡Una superficie casi equivalente a la del reino de Italia! ¡la mitad de la patria española! Considerar esta cifra nos aproxima a la entraña del problema agrario.

Esta situación de las tierras españolas no es de hoy, viene siéndolo tradicionalmente; y esta persistencia de la crisis agraria explica la relación de nuestra decadencia, que no se va forjando por el transcurso de los siglos, sino que persiste porque subsisten y la acompañan al través de los años las causas originales de nuestro abatimiento. Ya en el siglo XVII, Fernández Navarrete deploraba la despoblación de España, y el Consejo Supremo de Castilla contestando a la consulta que por Decreto de 6 de Junio de 1618 le había dirigido Felipe III, decía: que el reino estaba «tan flaco y tan desustanciado que si no se pone presto eficaz remedio está a pique de dar en tierra, como realmente va sucediendo; pues las casas se caen y ninguna se vuelve a reedificar, los lugares quedan yermos, los vecinos se huyen y se ausentan, y dejan los campos desiertos, y lo que peor es, las Iglesias desamparadas; cosa que quiebra y lastima el corazón oirlo». Idénticas lamentaciones e igual enjuiciamiento de las causas de nuestra ruina se oyen en el transcurso de todas las informaciones practicadas durante el reinado de Carlos III, que tanta solicitud otorgó a los problemas agrarios. Más adelante, al principio del siglo XIX, Jovellanos, en la nota 31 de su «Informe sobre el Expediente para la ley agraria», dice respecto de

«La Esperanza en acción».—He aquí, graficamente representado, un lamentabilísimo momento de Córdoba: este en que los poceros negros, divididos en dos bandos—¡La Esperanza y La Higiénica!—luchan a reclamo herido por la clientela, ofreciendo «esmerado y limpio servicio,» Esta es la realidad de una bella población que no tiene agua ni alcantarillado, en la que los pozos negros están en comunicación con los del agua, en la que se bebe una disolución de heces fecales, según el repetido testimonio de los análisis y en la que se tiene un cementerio junto al matadero público y otro en la dirección de los vientos reinantes en la ciudad. Tal es la realidad. Ahora, encójanse ustedes de hombros ante ella y profieran unos cuantos chistes y unas cuantas palmadas y varias pataditas flamencas, porque todo—esto y aquello, la insalubridad y la jarana--es muy clásico. El caso es divertirse aunque la cosa no tenga ninguna gracia.

Dibujo de Fz. Márquez.

los despoblados lo siguiente: Sin hablar más que de terrenos incultos se puede asegurar que pocas naciones los tendrán en mayor número que España, y las pruebas de esta triste verdad hormiguean en el expediente de ley agraria. Además de las 15.027 fanegas de tierra que se vendieron en el siglo pasado a doña Ana Bustillo y Quincoces, en el término de Jerez, y que dieron ocasión a pleitos tan reñidos y dispendiosos como contrarios al interés y a la fe pública, consta de ellos mismos que aun quedaban en aquel término inmensos baldíos. En el de Utrera, después de repartida por don Luis Curiel a los principios de este sigio gran cantidad de los suyos, quedaron todavía más de 21.000 fanegas de trigo baldías. En el de Ciudad Rodrigo se cuentan 11 despoblados con 30.000 fanegas de tierra inculta. No es menor el de los del término de Salamanca, a pesar de los esfuerzos de su junta de repoblación. ¿Y cuántos no serán los de Extremadura? Véase lo que dice Zabala de todos sus partidos: Sólo en el de Badajoz supone 26 leguas sobre 12 de ancho de terreno inculto, aunque bueno y cultivable, sin contar el monte bajo que ocupa la tercera parte de la provincia. Pero ¿qué más? ¿No contiene Cataluña, la rica e industriosa Cataluña, 288 despoblados? Estos sí que son bien claros testimonios del funesto influjo de nuestras leyes y nuestras opiniones. ¿Quién mirará sin horror y sin lágrimas tan vergonzoso abandono en medio de la pobreza y despoblación de tan pingües territorios?»

Baldomero Argente.

Los aceites españoles en Italia

IV

Con esto y con todo, la Cámara de Comercio tortosina denunció en 1910 el siguiente hecho que denota la infracción de lo dispuesto oficialmente:

«En Tortosa, centro importantísimo del comercio de exportación de aceites de olivas al extranjero, no existe industria alguna que precise la manipulación y empleo de los de semillas, y, sin embargo, desde el 2 de Abril al 7 de Octubre de 1909, y tan sólo por la estación ferroviaria se han importado por varias personas conocidas de la localidad 54.754 kilogramos de aceites de cacahute, sésamo y manatí, que de público se dice haberse librado al consumo mezclado con los de oliva; coincidiendo tal afirmación con la notable depreciación de éstos, inexplicable sin esa causa, agotado como estaba

el stock de anterior cosecha. Asegúrase también que parte de los importados en la comarca ha sido inutilizada para mezclas con destino á la exportación.

Las manipulaciones se hacen en Jtalía sin rebozo, invocando el imperio de la necesidad y de la competencia que el mercado exterior impone y escudadas con la razón de neutralizar el producto para mejor clarificarlo y refinarlo. Lo que sí recaban allí celosamente fabricantes y exportadores son los procedimientos de su maquinación y mezcla. La refinación está muy adelantada en Lucca, Oneglia y Monferrato. La exodoración y decoloración del aceite, tal como en el extranjero gusta y ha dado carácter y preferente aceptación a los de la Liguria, es para ellos emulación y empeño. Les rebajan su natural color, por demasiado amarillo, y los transforman en claros un tanto pajizos y sin dejo amargo en su sabor. El olor fuerte primitivo también desaparece en estas operaciones que, tratándose de aceites naturales, comienzan con el lavado de la aceituna, y después de filtrar el producto lo someten a los ácidos vegetales o minerales y a los alcaloides para preparar su clarificación.

Contra la costumbre, generalizada en muchas partes, de llevar a las prensas las aceitunas tal como son cogidas del arbol, con todas las impurezas que contiene la piel, los italianos las someten a un lavado previo que deja los frutos límpios y brillantes sin partículas extrañas, que pueden hacer desmerecer la calidad del líquido que se obtiene. Para ello se valen de un aparato que consiste en un cilindro hueco y movible, con varillas de hierro o de madera que se sumergen parcialmente en el agua de un depósito; las aceitunas caen en el cilindro de una tolva y por medio de un plano inclinado se sacan de aquél, limpias y libres de toda impureza de la piel.

También al prensar la pulpa de la aceituna y el hueso, someten el fruto a una operación previa por la cual queda separada del hueso la pulpa y, despegada ésta por completo, el aceite que se obtiene de la prensa es de mejor calidad que el del fruto entero.

El tratamiento por ácidos vegetales, el cítrico y el tánico, para la clarificación de aceites finos, no son desconocidos en nuestro país.

Entre los tratamientos químicos, es por muchos adoptada en Italia la depuración al ácido sulfúrico, según la fórmula Gower unos, y otros, los más, según el sistema Thenard, modificado por Dubrunfaut, que ofrece mejores resultados. Con arreglo a éste, luego que se deposite el aceite que se ha de depurar en una cuba, se echa en él, lentamente y en pequeñas cantidades, ácido sulfúrico en la proporción de un 2 a 3 por 100, teniendo cuidado de batir continuamente el óleo mientras se le añade el ácido. Cuando la masa toma un tinte verdoso, se le añade cal apagada y agua para saturar el ácido sulfúrico. Se forma el sulfato de cal que se deposita después de cierto tiempo y entonces se hace pasar el aceite a grandes pipas donde se agita durante unos veinte minutos con panella seca en polvo, en proporción de un 8 por 100. Así se deja reposar la masa líquida por ocho días y se obtiene un producto limpísimo.

En su purificación por los alcaloides, son preferidos los métodos de Keyer y Evrad de Donai, a base del empleo del amoniaco, o de la potasa o la sosa.

De aceite lavado o tratado al sulfuro, salen del puerto de Nápoles anualmente, un millar de quintales destinados a los Estados de la Unión a la Argentina, y aun (en 1911) a Portugal.

Para la decoloración del aceite, ya emplean el método al carbón y éter propuesto por Brunner, ya lo someten a la acción del bióxido de azoe, ya, siguiendo las experiencias de Aspinwal y Wise, se valen de la electricidad que hace conductor al aceite, sea de oliva o de algodón, mediante una solución salina que se mantiene mezclada con el aceite por virtud de una continua agitación de masa.

No está en manos de España impedir que los ricos aceites que de sus puertos de Sevilla, Málaga, Tarragona y Barcelona, principalmente, son expedidos con destino a Marsella, Niza, Puerto Mauricio y Livorno, en traza y ficción de haber de ser consumidos dentro de Francia e Italia, sean transformados o mezclados con aceites de semillas y, como aceites neutros, reexportados a los grandes mercados mundiales.

Con descubrirlo y lamentarlo nada haremos. El problema de olivicultores y oleicultores es un problema de régimen comercial a cuya eficaz solución mucho puede contribuir el Estado, pero que en su mayor parte depende de la labor que ellos mismos realicen, del esfuerzo que la consagren, de la orientación que los mueva y, sobre todo, de una perfecta y armónica compenetración

del interés de los exportadores con las condiciones, facilidades y preferencias de los mercados de consumo con los cuales directamente han de operar.

Una buena y rápida organización; refinación de nuestros aceites, sin sofisticaciones pero acomodando los perfeccionamientos de la industria a las prescripciones y demandas del mercado exterior; envases en los cuales no se altere la calidad del producto ni se merme y que por su presentación, peso y tamaño se recomienden al comercio; solución del problema de los fletes; amplitud, facilidad y rapidez en los medios de transporte; estudio de las clases preferidas en los países de importación; propaganda activa de toda índole, sin olvidar los catálogos ilustrados, que nuestros cónsules echan tanto de menos; facilidades en la forma de pago; y, en suma, pleno conocimiento de todos los factores que integran este gran negocio que, bien planteado y desarrollado, podría ser, aparte los minerales, el mejor de la exportación española.

Así no se daría el caso de que, siendo nosotros los que con nuestra sobreproducción de aceite nutrimos la exportación italiana a América, figure España importando en la Argentina—por ejemplo—mercado consumidor por excelencia, 92.782 cajones de este producto, mientras que al par Italia coloca allí 280.496.

En los mercados de América, a donde sólo por el puerto de Barcelona enviamos en 1913 más de siete millones (6.264.721 kilogramos con bandera nacional y 1.019.861 en barcos extranjeros. Total: 7.284.582 kilogramos. Por el mismo puerto exportamos ese año a Filipinas y Australia, 10.650) de aceite excelente y sin competencia posible, en calidad y pureza, se combate por otras naciones la expansión de la producción española, con armas, para fabricar las cuales, dimos la primeria materia.

Esta no se nos puede arrebatar ni quebrantar y en ella tenemos la base. La industria, el comercio y la navegación, concurriendo a fomentar, perfeccionar y difundir esta riqueza agrícola nuestra, puede ensanchar y dejar expeditas para España las grandes rutas en que la vida moderna ha puesto la prosperidad de los pueblos y la más firme hegemonía de las naciones que llevaron más allá de los mares la civilización.

Rodolfo Gil.

CARICATURAS DE PUEBLOS

El vecindario de Santa Crucita recibiendo a una expedición de ciclistas cordobeses.

Dibujo de Fz. Márquez

El testamento de Ambrosio de Morales

al profesar en el Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso.

En el 1532, Ambrosio de Morales, de vuelta de Salamanca, en cuya Universidad había estudiado, entró como novicio en el convento que los frailes de la Orden de San Jerónimo tenían en el alcor de la Sierra de Córdoba, en el sitio llamado de Valparaíso. La situación del monasterio, dice Redel, «era verdaderamente poética y saludable, bajo un cielo tan azul y en un paraje tan repleto de naranjos y tan alfombrado de florecillas como el de aquella Sierra sin rival», apartado rincón a propósito para pensar y orar.

Al año de entrar como novicio y habiendo sido declarado heredero universal por su tío el maestro de la Universidad de Salamanca, Fernando de Oliva, muerto en 1533, según Capmany, testó antes de profesar, el 6 de Junio, ante el escribano Juan Rodríguez de Trujillo; Redel da cuenta de este testamento en su obra *Ambrosio de Morales*, publicada por la Academia Española, pero copiando solo unas líneas, que contiene el protocolo del monasterio de San Jerónimo, conservado en el archivo de Hacienda de Córdoba.

Investigando en la parroquia de San Nicolás de la Villa, de esta ciudad, sobre el Gran Capitán, sin resultado, cayó en mi mano un tomo de testamentos, con la signatura legajo 3, número 24, del antiguo archivo del Convento, conteniendo dicho testamento; no tiene ni la firma de Ambrosio de Morales ni la de los testigos, aunque sí el signo del escribano. He aquí su transcripción e interpretación:

«*Testamento de fray Anbrosio de Morales, hijo del Doctor Morales, 1533.* Sepan quantos esta carta de testamento vieren como yo Ambrosyo de morales hijo del doctor Anton garcia de morales medico y de mencia de oliva su muger natural que soy de la cibdad de cordoba estante al presente en el monasterio del bien aventurado señor San Geronymo de Valdeparayso que es en el Alcor de la Sierra de la dicha cibdad de Cordoba sano del cuerpo e de la voluntad e en my buen seso memoria e entendymyento natural qual dios nuestro señor me lo quyso dar e creyendo como creo firmemente en la Santa fe catolica e en la santisima verdadera trenydad e en todo aquello que tiene e cree la Santa madre yglesia. Asi como todo fiel xpiano deve tener e creer digo que por quanto yo tengo determinado mediante dios nuestro señor y su gloriosa y bendita madre nuestra senora santa maria de ser frayle profeso de la dicha horden e de permanescer con el abyto e religyon della e de fazer profysion en el dicho monasterio de San Gerónymo de Valparayso donde agora estoy e resydo por ende dentro del año de my aprobacion antes de fazer profisyon en el dicho monasterio conosco e otorgo que fago e hordeno este my testamento en el qual hago manda de my e de mys bienes a onor de dyos nuestro señor e de la byen aventurada vyrgen gloriosa nuestra Señora Santa maria su bendyta madre Abogada de los pecadores con toda la corte celestial en que primeramente mando my Anyma a dyos nuestro señor que la fizo e crio e redimyo que el por la su santa myserycordia e pyedad la quiera perdonar e la mande elevar a su santa glorya de parayso.

»E mando a la Santisima trenydad e a la Santa cruzada e a santa maria de la merced que son en la dicha cibdad e cerca della A cada horden destas doss maravedises para ayuda a la redencion de los xpyanos que estan cabtyvos en tierra de moros.

»E digo que por quanto ciertos dias ha que fallescio e paso desta presente vyda el señor fernan perez de oliva maestro en santa theologia my tio hermano de la dicha mencia de oliva my senora madre e por su testamento que hizo e otorgo me ynstituyo por su universal heredero de todos sus byenes e drechos e aciones de la qual dicha herencia me pertenescieron quatro cientos ducados algo mas que menos y dellos estan por cobrar y lo que se ha cobrado lo ha rrescibydo el dicho doctor Anton garcia de morales my Senor e padre como legitimo Admynystrador e por vyrtud de vn poder que yo le otorgue conforme a las leyes destos Reynos yo puedo disponer dela tercia parte de la dicha herencia e byenes que me pertenescio del dicho maestro fernan perez de oliva my Señor tyo, por ende yo mando la tercia parte delos dichos byenes herencia e derechos e aciones que amy pertenescio e pertenese aver e heredar del dicho my tio al dicho monesterio de San Geronymo de Valdeparayso donde yo tengo de faser profisyon que se gasten en cubrir de Azulejos los Antepechos de los sobre clabstros

del dicho monesterio de la manera que lo tiene acordado el muy Reverendo padre prior del dicho monesterio y sy algo sobrare que se gaste en pyntar las puertas del capitulo baxo del dicho monesterio o en otra obra de que el dicho monesterio tenga mas necesidad e que en esto sea creydo el dicho my senor padre por la quenta que dello diere syn que le pydan otra quenta ny razon alguna mas dela que el dyere y syn traer pleyto contra el y quyero que el dicho monesterio aya la dicha tercia parte de los dichos byenes y herencias. Es a saber que delo que ovieren cobrado el dicho my Senor padre desta tercia parte por el dia de todos los Santos prymo que verna y delo que quedare por cobrar de los dichos bienes e herencias de al dicho monesteryo la tercia parte quando se cobrare quytando dello la tercia parte de las costas e gastos que se ovieren fecho en la cobrança de la dicha herencia e mando que los dichos maravedises de la dicha herencia se gasten en las obras susodichas y syno que el dicho monesterio pyerda esta manda e la aya Andrea de Morales my hermana sy fuere byva e sino que lo aya geronimo de Morales my hermano o sus herederos del dicho my hermano.

»E mando a la dicha mencia de oliva my señora madre seys mill maravedises los quales quyero que se quiten y de la dicha herencia que yo mando al dicho monesterio de Sant Geronimo los quales la dicha my madre tenga en su poder. A la cual suplico y pido por merced que provea dellos a las Señoras mys tias maria de oliva e leonor de oliva e catalina perez e ynes de oliva monjas profesas en el monesterio de Santa clara de la dicha cibdad de cordova e que no los de al dicho monesteryo ny se los puedan pedir ny demandar por que yo los mando a la dicha my senora madre pa el efecto susodicho o para lo que ella quisyere syn que el dicho monesterio de santa clara ny las dichas mys tias ny otra persona alguna tenga derecho a los poder pedyr ny demandar.

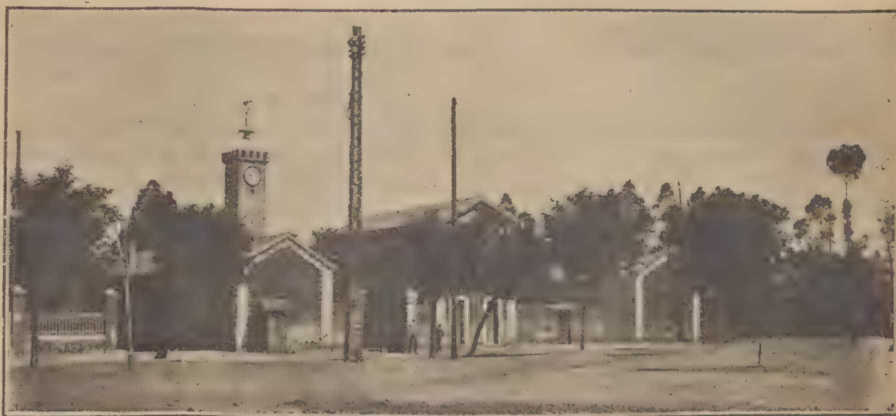
»E mando a my señora tia la Religiosa hermana del dicho dotor Anton garcia de morales my señor padre y byve en las casas de las Religiosas que son de frente a la yglesia de santa maryna de la cibdad de cordova dos mil maravedises por que tenga cargo de rogar a dios por el anyma del dicho Señor maestro oliva my tyo los cuales sean descontados del dicho tercio que a sy mando al dicho monesteryo de Sant Geronymo de la dicha herencia e byenes del dicho my tyo.

»E suplico a los muy Reverendos senores pryor e frayles e convento del dicho monesteryo de San Geronymo que ayan por byen de dezir y digan en el dicho monesterio cient mizas rezadas las cinquenta por el anyma de francisco fernandez coronel, estudiante en la cibdad de salamanca, defunto que dyos aya e las cinquenta por las anymas de dos personas conforme amy yntencion y que aviendo respecto a que los byenes que yo mando al dicho monesteryo en la manera que dicha es los ove del dicho Senor maestro oliva my tyo que lo resciban en el número de los byen fechores desta casa para que participe en las obras espirituales que por ellas se hazen.

»E cumplydo e pagado todo esto que yo mando en este mi testamento en la mano que dicha es el remanente que finçare de todos mys byenes Rayces e muebles titulos derechos e aciones quyero e mando que los ayan e los hereden e partan ygualmente entre sy los dichos Anton garcia de morales e mencia de olyva mys Señores padre e madre a los cuales yo fago e establesco e yntituyo por mys legitimos herederos en el dicho remanente de los dichos mys bienes rayzes e muebles titulos derechos e aciones.

»E para conplir e pagar todo esto que yo mando en este mi testamento en la manera que dicha es fago mys albaceas e executores del al dicho Señor doctor Anton garcia de morales my padre. E al Señor licenciado pedro de sallies vezino de la villa de montilla a los cuales apodero en todos mys byenes se lesdoy todo my poder complido libre, e benero bastante para que ellos amos a dos juntamente e cada uno de ellos por sy ynsolidum entren e tome mys byenes e dellos vendan e cumplan e paguen todo esto que es my testamento e testimonio de la my postrymera voluntad.

»En testimonyo de lo cual otor-



Pueblonuevo del Terrible.—Oficinas de la Minera de Peñarroya.

Niños de Córdoba. — Jorge Castejón y Martínez de Arizala, a quien en un solo día enseñó el abecedario su hermano don Rafael el admirable publicista y excelente profesor.

gue esta carta ante el escrivano publico de Cordoba e testigos de y uso escritos fecha e otorgada esta carta enl dicho monesteryo de San Geronymo de Valdeparayso que es en el alcor de la syerra de la dicha cibdad de Cordova seys dias del mes de Junyo Ano del nascimiento de nuestro salvador ihu xpo del mill e quynyentos e treynta e tres años: testigos que fueron presentes, al otorgamyento desta carta de testamento llamados e rogados Anton garcia herrador, hijo de gonçalo garcia que dyos haya vezyno de la villa de la Rambla villa e termyno de la dicha cibdad de cordova e alonso de castro trabajador hijo de Alonso de castro çapatero que dyos aya e po. alvarez carpintero hijo de alonso alvarez que dyos aya e po. fernandez harana hijo de pero fernandez harana que dyos aya e bartolome Sanchez noguero, que dyos aya e asensyon de obalde vizcaino, hijo de miguel olate, que dyos aya ejuo. ruys de la vera, trabajador, hijo de juo. games de la vera, que dyos aya e pero fernandez de cordova, escrivano, hijo de ruys dias, que dyos aya, vezinos y moradores de la dicha cibdad de cordova y el dicho fray Ambrosyo de Morales firmo en el registro desta carta su nombre.—Ambrosio de Morales. Yo Johan rodriguez de trujillo, escrivano de sus cesareas e catolicas magestades el emperador Rey e Reyna nuestros e señores e su notario publico en la su corte e en todos sus Reynos e senorios y escrivano publico, uno de los de numero de la muy noble e muy leal cibdad de cordova al otorgamiento desta carta de testamento con los dichos testigos presentes fuy é soy testigo e la fize escribir e fize aqui este myo signo sig.†no.»

Toda la fórmula del testamento no es sino una repetición más de todos los que contiene este tomo: el envío del alma a Dios, que la crió, y la pequeña manda de dos maravedises para redimir cristianos; en cambio, no deja nada a la fábrica de la Catedral para ayudar a la construcción del Crucero, que estaba edificándose desde 1523; su espíritu, delicado y artístico, no sería partidario de la demolición de la Mezquita, y él, que la vió en todo su esplendor, censuraría a los demoledores de ella, como el pueblo y la ciudad de Córdoba lo hicieron en una página brillante de su Historia.

Respira todo el documento cariño hacia su tío y maestro Fernán Pérez de Oliva, a sus padres, y, conocedor de la época, quiere evitar que a su padre le pidan cuentas, y pide que sea creído en todo; no olvida tampoco a su compañero el estudiante Francisco Fernández Coronel; al licenciado Pedro de Vallés, con quien estudió las primeras letras en Montilla, donde residió en los albores de sus primeros años, lo nombra su albacea testamentario.

A su padre vemos que lo nombra el Doctor Antón García de Morales, primer apellido que debería haber llevado Ambrosio, de haber regido por ley en este siglo el tener por apellidos los hijos los primeros de los padres, opinión que ya sustentó el señor Cobo Sampedro en un folleto titulado «Apuntes biográficos de Ambrosio de Morales».

No tiene el testamento, como otros del mismo libro, al margen de las mandas la palabra «cumplido», u otra semejante; quizá, y esto no deja de ser sino una suposicion, el testamento no llegó a cumplirse, pues a poco de su profesión, que realizó el 29 de Junio de 1533, día de San Pedro y San Pablo, realizó su mutilación, lo que motivaría su salida de la Orden.

Miguel A. Ortí Belmonte.

ROMANCERILLO DEL CAMPO

LA VIEJECICA

Dicen que la viejecica
está desde ayer muy mala;
dicen que se está muriendo,
dicen que de esta no pasa.
Está solita en la choza,
de todos abandonada;
no hay quien acerque a sus labios
el cantarillo del agua.
Tiene por único lecho
un triste montón de paja,
y ni el frío de la noche
su ardorosa fiebre apaga.
¡Pobre de la viejecica!
¡Qué solita está y qué mala!
Cerró su viejo una tarde
las pupilas apagadas;
abandonóla su hijo;
segó sus campos la plaga,
¡y fué una plaga de muerte
la que desoló su alma!
¿Dónde posará los ojos
en la postrera mirada?
¿Quién le cerrará los párpados
cuando la muerte los abra?
¿Quién acercará a sus labios
el cantarillo del agua!
¡Señor! Tú, que das al ave
en la estepa una fontana,
haz que manen claras fuentes
tus praderas estrelladas,
para que apague en la senda
la viejecica sus ansias.

Agustín de Aguilar Tejera.

Villanueva de Córdoba.—Plaza de las Escuelas.

COSAS DE ESTE PAÍS

De Real orden lo digo a usted...

Cuando Europa, en este tiempo de horrores espantosos, se desangra por los cuatro costados y en la parte de ella que no invadió la barbarie humana, es materialmente imposible vivir; cuando por todas partes no se advierte cosa alguna que no sean desolaciones y fieros males y las gentes se mueren de hambre unas y de vergüenza otras, los españoles que dirigen la nave del Estado de nuestro país dan la nota estridente y añaden una españolada más al ya pródigo catálogo de ellas que nos avergüenza y denigra ante los ojos extranjeros.

Aunque ello resulte una paradoja trágica, *afortunadamente* no se halla Europa en condiciones de volver su atención hacia nosotros para aplastarnos con el desdén de sus consideraciones.

Ocupando seis páginas de la «Gaceta de Madrid» correspondiente al día 3 del actual, aparece la españolada de que hacemos mención.

Y en el mismo número del periódico oficial y precisamente ocupando iguales páginas, se publica la ya famosa Ley de Autorizaciones, que pone en manos del ministro de Hacienda el porvenir económico de nuestro país y tal vez la ruina o la redención de nuestra Patria.

La españolada a que nos contraemos, se refiere a nuestra llamada fiesta nacional; y siendo como somos, jamás pudo buscarse ocasión más propicia para tratar de asuntos taurinos que esa en que se da a conocer a los españoles las omnímodas facultades concedidas al Gobierno para hacer de la hacienda española, en sus aspectos de Industria, Agricultura y Comercio, aquello que le venga en gana o le sugiera una buena o mala voluntad. Piadosamente pensamos que la voluntad de nuestro Gobierno ha de ser buena en esta ocasión trascendental.

En la «Gaceta de Madrid» del día 3 del mes que corre y ocupando desde las páginas 227 a 232, inclusive ambas, aparece una R. O. de Gobernación dictanda reglas y estableciendo preceptos para la mejor realización de las corridas de toros, novillos y becerros.

El espíritu atrabiliario y pintoresco de nuestro muy amado monarca don Fernando VII, ha tomada posesión estos días de la redacción del periódico oficial español, de ese periódico en cuyas columnas aparece, al través del tiempo, toda la dolorosa historia de nuestra Patria desventurada...

De ciento catorce artículos y una exposición, que no se haría ni más lógica ni más elocuente si del abaratamiento de las subsistencias se tratase, consta el reglamento dado de R. O. para la ejecución o realización de la fiesta taurina.

No sabemos si comentar eutrapélicamente el caso o darnos a la indignación. Optemos por lo primero, ya que, de indignarnos, sobre no conseguir otra cosa que amargarnos un poco más la existencia, echaríamos sobre nosotros la animadversión de esas gentes de espíritu pandereteseco que hacen un culto de la cosa taurina y elevan a dogma los aspectos de esta fiesta embrutecedora y decadente.

¿Cómo comentar seriamente lo que venimos tratando? Nos parece bien que el Gobierno español se ocupe de la reglamentación de las corridas de toros, para así ahuyentar el recuerdo de la tragedia horrible que se desarrolla en los campos de Europa y poner sordina a los clamores de un pueblo famélico que pide pan y trabajo...

Es más: creemos que es obra previsora la que ha realizado el señor Ministro de la Gobernación dando a la estampa el reglamento que co-

mentamos. Así, mientras las gentes distraen su espíritu leyendo cómo y cuándo han de *doctorarse* los novilleros y qué tamaño han de tener las puyas, según que sean para aplicarlas en toros o novillos, aquellos se olvidarán de que las subsistencias adquieren precios enormes y de que el pan está cada día más lejos del alcance de los menestrales...

Y con esto, los conflictos de orden público no surgirán y nuestro paternalísimo Gobierno llevará la vida de placidez y bienestar a que su obra de redención patriótica le da derecho.

Indudablemente, el señor Ruiz Jiménez es uno de los más grandes y avisados estadistas que salió de la fauna política española.

Su éxito es de los que glorifican un nombre y lo elevan a las cimas de la inmortalidad. En lo sucesivo, dos grandezas epopévicas enorgullecerán a Jaén: la Cara de Dios y Ruiz Jiménez, metido a reglamentar de R. O. las corridas de toros y novillos.

¡Y pensar que este éxito enorme, grandioso, descomunal, ha podido compartirlo Romanones incorporando ese Reglamento de la fiesta taurina, a la nota oficiosa facilitada a la prensa al cerrarse las Cortes conteniendo toda la copiosa labor ministerial realizada hasta el día!

¡Esa se ha escapado a su bien cimentada sagacidad, don Alvaro de Figueroa y Torres! El protegido de usted, el señor Ruiz Jiménez, le ha *torpedeado* el éxito que habría alcanzado dando como labor ministerial ese Reglamento que tanto y tanto nos *enaltece* en los actuales momentos.

Ya tenemos reglamento para las fiestas taurinas. Con la Ley en la mano podremos llamar caballería mayor al presidente y asnos a los señores de la comisión de orden.

¡Y hasta de R. O. tirar patatas a los maletas, aunque de R. O., también, no podamos comerlas en estos tiempos!

¡Oh, país venturosísimo de nuestros amores; España maravillosa y adorable: a qué grado de ridículo te llevan tus gobernantes...!

Lector: no tiene usted pan que llevarse a la boca, ni carbón con que calentar su cuerpo famélico y aterido; pero cuenta con un reglamento admirable, completo y copiosísimo en disposiciones, para cuando vaya a distraer su hambre al tendido de una plaza de toros...

De R. O. lo digo a usted para su conocimiento y efectos.

Efectos que pudieran ser de indignación si aquí supiésemos *con qué se come eso...*

Españita.

CUENTO

EL BALCÓN DEL MUNDO

Al bizarro militar Sr. D. Emiliano Gay Hernández, como sincero testimonio de respetuoso afecto.

En apartado rincón de la fértil Castilla, se yergue activa, sobre la falda de abrupta serranía, una aldea, tan pintoresca como pequeña, poblada por escasas familias que heredaron de antañones parientes algunos palmos de terreno. Al escenario de este mi cuento se refirió el gran Campoamor, cuando, ante su insignificancia, dijo que

«a falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas»

pues dichas simpáticas aves forman la parte más principal del patrimonio de aquellas rústicas gentes.

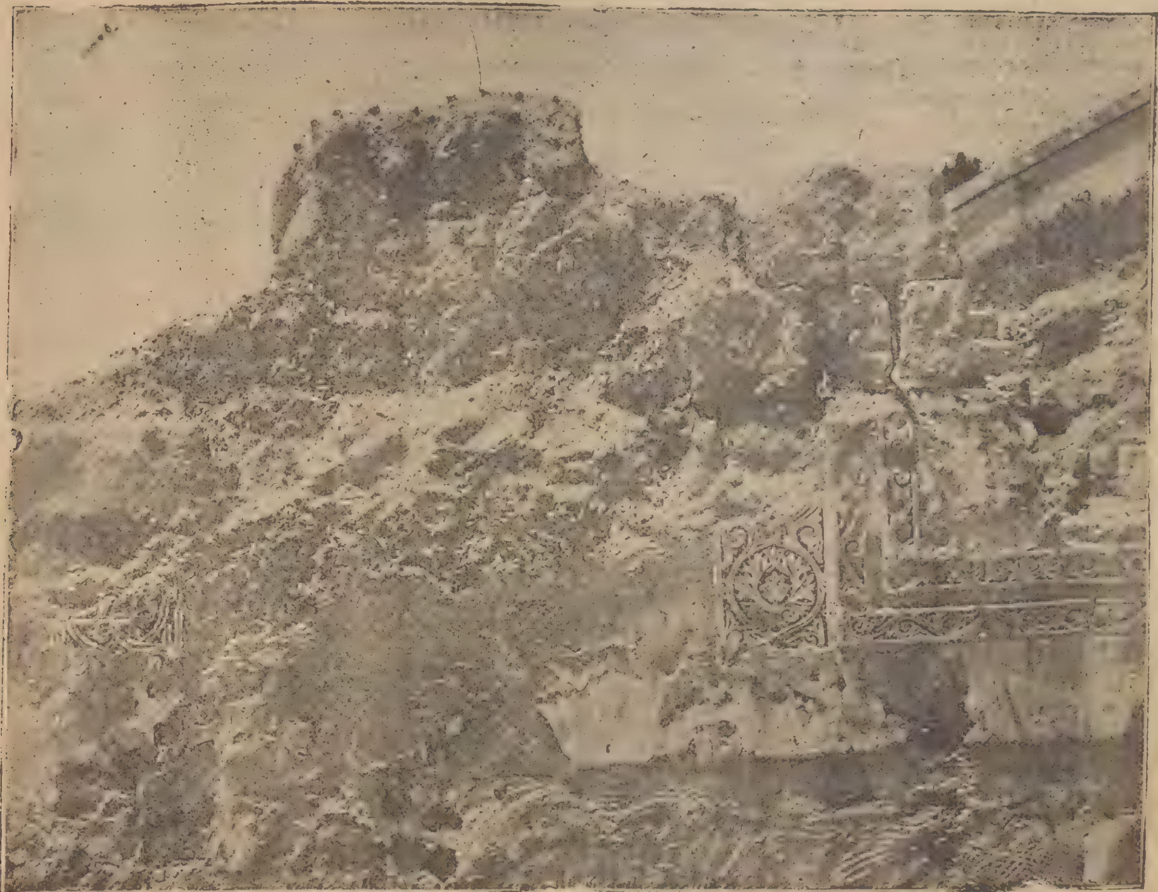
En una choza con honores de barraca valenciana vivía, en unión de su mujer y de tres hijos mozos, el anciado Lesmes, hombre bonachón hasta la pared de enfrente y que, según el decir de sus reducidos comarcanos, no veía dos dedos más allá de sus narices, harto pequeñas por cierto.

Lesmes guardaba, como oro en paño, su único capital reunido, a fuerza de privaciones, que ascendía a tres mil reales, bien empaquetados y envueltos en la arcaica manteleta que su esposa lució el día de la boda; allá se hallaban en depósito dentro del enorme arcón empotrado en la pared, sin que pudieran atisbarlos ojos pecadores. La humilde casuca y aquellos cuartejos, eran los bienes que la madre Naturaleza tuvo a bien donar al mísero labriego.

Cierta fatídica noche, Lesmes oyó, para su desventura, la acalorada discusión habida entre los tres mozalbetes, sus hijos, que le creían dormido.

Los rapaces, juzgándose hombres hechos y derechos, trataban de emanciparse, llevándose por delante la parte correspondiente en el reparto del capitalito, sin pensar en la suerte que pudieran correr los autores de sus días.

Aquella noche, la inquietud hizo que el anciano se revolviese en el lecho, barajando en su mente un plan salva-



La Corte de los Califas.--- Restos de Medina Azahara.

dor. Cuando se aproximaba el día pudo, al fin, conciliar el sueño y durmió un par de horas escasas.

A la mañana siguiente, Lesmes reunió a sus hijos y, mientras partía con el afilado cachicuerno hogazas de pan y grandes rajas de badea, en calidad de desayuno, les habló del deseo que tenía de ponerles en posesión de la herencia y quedar, por su parte, aguardando pacientemente el fin de sus contados días.

Con sonrisas de satisfacción acogieron los mozos el exordio de la plática paternal; mas los semblantes tomaron avinagrado gesto, en lo tocante al epílogo. Como quiera que la cantidad a repartir era escasa, el buen padre había pensado entregarla por entero al que demostrase ser más acreedor a ella por su talento. Así es que propuso, y quedó acordado, que los tres mil reales fuesen a parar a manos del que, en el término de un año, aportase pruebas de haber logrado asomarse al balcón del mundo.

Mohinos y cabizbajos, los jóvenes se despidieron de sus padres y, partiendo por distintos senderos, marcharon en persecución del enigmático hecho que había de realizar sus avaros ideales.

***

Al año justo y cabal de la partida, regresaban al hogar paterno cada cual muy satisfecho de haber conseguido el fin que perseguían.

El mayor decía ser suya la herencia, pues, tras de numerosas indagaciones, guiado por un pastor, había subido a la cumbre de elevadísima montaña, desde donde se divisaban los hombres como hormigas y los pueblos como cazoletas.

El segundo aportaba, cual dato a su favor, el haber servido en calidad de grumete en un navío de gran porte, en el que permaneció treinta días, con sus noches, sin divisar más que cielo y mar.

El menor, que siempre se las dió de más listo, anotaba por su parte que sirvió como soldado en batallas sangrientas, trayendo en testimonio de bizarría y denuedo, lleno el pecho de cruces y una pierna atravesada por el plomo enemigo.

Ya a la entrada de la aldea, la ansiedad por conocer el fallo paternal, hízoles, a pesar del cansancio, acelerar la marcha.

En la desvencijada puerta de la casuca, estaba la anciana madre vestida

La alhacena de los proyectos.
Dibujo de Alfonso del Rosal.

con negro traje; los tres mozos se precipitaron en sus brazos, y, sin pronunciar palabra, lloraron la tremenda dess gracia acaecida a las pocas semanas de su partida. ¡El buen Lesmes había pasado a mejor vida!

* * *

Días después, la viuda y los huérfanos comparecieron en la casa del notario, quien, solemnemente, leyó el sencillo testamento del viejo Lesmes. El documento decía en una de sus clàusulas: Yo soy la persona a quien por entero pertenecen los tres mil reales, por haberme asomado, antes que mis hijos, al balcón del mundo, que es el lugar desde el cual se divisa con rápida ojeada el pasado y el presente; vulgarmente se le llama así: la agonía...

Considerando mi legítimo derecho a la expresada cantidad, y, en vista de que no me es posible disfrutarla, la lego, íntegra, a mi amada esposa, único ser que permaneció a mi lado cuando Dios dispuso que me asomase al balcón del mundo, para despedirme de esta vida, que dejo sin remordimientos, por no acusarme mi conciencia de haber hecho mal alguno a mis semejantes.

Fuertes sollozos ahogaron las últimas palabras del notario, y es que las benditas lágrimas del arrepentimiento nublaban los ojos que aquellos hijos, que, un día. por su aviricia, fueron culpables.

Antonio Moya.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

MINIATURA

Del suelo levantándose ligera
con ágil y gracioso movimiento,
se perdió entre los sauces, dando al viento
su ondulosa y rizosa cabellera.
Y del bullente lago en la ribera,
encendida la faz, breve el aliento,
al borde de las aguas, un momento,
detuvo, ya rendida, su carrera.
Y cuando deslumbrante de hermosura,
se reflejó en las ondas cristalinas,
igual que en un espejo, su figura;
alucinada mi ardorosa mente
creyó que aún habitaban las ondinas
en el fondo del lago transparente.

Manuel de Sandoval.

UN RASGO

Entre los acuerdos tomados por la Comisión provincial, en sesión del 12 del pasado, estaba éste: «Dar las gracias a los niños Francisco y José Amián Costi y Alfonso Cárdenas Espínola, por el donativo de material de enseñanza para el Hospicio.»

(Del «Diario de Córdoba» del 13 de Febrero).

El que obra bien ama al que beneficia como el artífice a su obra.
Aristóteles.

I

¿Nos atreveremos a considerarnos satisfechos los educadores profesionales de las posibilidades a nuestro alcance para influir decididamente en la condición moral de la niñez? ¿Reclamados por las exigencias culturales que piden un progreso íntimo de la actividad espiritual, convirtiéndose de continuo en una dilatación de la capacidad del individuo y de la comunidad para obrar mejor, llegamos, aun con estorbos y penalidades, a conseguir en el educando un principio de próspera circulación de los sentimientos y de firme construcción de los hábitos de conducta que elevan a los hombres a las cumbres de su destino? ¿Pensamos, libres de sugestiones funestas, y discutimos al ordenar nuestros actos, con la sensatez que a la gravedad del empeño cuadra, buscando la aproximación al acierto, sobre el valor real de las fuerzas que integran la vida, para amoldarnos con fervor a las normas de un sistema educativo que las utilice como son, con el máximo de provecho.

En puridad, no podemos librarnos de este reproche del ilustre Hoffding: «Verdaderamente, los modernos hemos encomiado en exceso las facultades intelectuales. Las desarrollamos atrevidamente, sin cerciorarnos de si ese desarrollo armoniza con las demás fases de la vida psíquica.»

El error de cifrar el *summum* de la excelencia de cualquier empresa educadora en la exaltación de la mentalidad, con menoscabo de los otros poderes individuales, sin remedio conduce al absurdo de mutilar lo mismo que se pretende perfecto. «Nuestros juicios sobre el valor de las cosas grandes o pequeñas, depende de los sentimientos que las mismas cosas despiertan en nosotros», aseguraba William James en sus *Discursos a los jóvenes*.

El educador, que ha de ser un moralista en acción, aspirando a una efectividad en el mejoramiento de las costumbres, como en la na-

LA VERDADERA CÓRDOBA

La Corte de los Califas.--Restos de una galería de los destruídos palacios de Medina Azahara

Las calles de la Mezquita.- Fachada de la casa que durante muchos años se llamó de Don Duncan, frente al muro occidental del Patio de los Naranjos y cuya espalda da a la plaza de la Convalecencia.

turaleza de las relaciones entre los hombres, como en el modo de posesión de los bienes, como en los procedimientos de difusión de la cultura, tiene que esforzarse en ir más allá del límite de las exigencias mínimas de la ordenación estricta ineludible. Abel Rey en su *Etica*, discurriendo sobre las exigencias de la conciencia individual que no se acalla con la observancia de las prescripciones de la ley, referidas a los derechos generales, escribe: «Tiéndese—y este es el carácter inventivo necesario de todo fenómeno social—a superar la ley escrita y la justicia en principios superiores por realizar, los cuales harán reinar más moralidad en la sociedad.»

No tenemos que empeñarnos en imbuir ninguna propiedad maravillosa, de misteriosa elaboración, que ponga al educando en aptitud privilegiada de conducirse convenientemente, que de otra suerte se desmentiría la condición innata del hombre como ser moral. Señalando una de las raíces de esta característica, el insigne pedagogo Barth se ha expresado así: «La simpatía es en sí y por sí una disposición conveniente del educando, pues evita el empobrecimiento de la vida; pero, además, tiene importancia ética, porque impulsa a acciones morales y lleva al servicio del prójimo.» Y con precisión digna de recuerdo, otro escritor de los que han estudiado con más devoción estos eternos problemas educativos, Thomas, ha encomiado la virtualidad de tal disposición nuestra, biológica antes que psicológica: «El principal mérito de la simpatia y de las inclinaciones que se le relacionan es hacernos vivir una vida cada vez más completa, más intensa y más útil, rompiendo los límites estrechos en que nos encierra el egoísmo.» Como que en verdad nos alzan a otra esfera, nos colocan en otro mundo, nos suben a las cumbres de la dignidad máxima de hombres. Así, podía expresarse de esta suerte un hijo ilustre de nuestra amada Córdoba, el Cronista Gonzalo de Ayora: «Y como quiera que la liberalidad y clemencia sean las propiedades que hacen a los hombres más semejantes a Dios que todas las otras...»

José Priego López.

El joven artista Rafael Romero Pellicer, cuyos primorosos dibujos permiten augurarle un porvenir digno de los prestigiosos apellidos que ostenta.
Caricatura de Bernardo Ortiz.

CHARLAS

Loa de nuestras mujeres

Se recordará que el gran Costa, en aquel famoso discurso de unos Juegos Florales en Salamanca, que tan profunda impresión produjera en la opinión española, poco acostumbrada a las crudas y dolorosas verdades, habló de que la esperanza de la salvación de España había que ponerla en las mujeres, ya que los hombres no sentían la dignidad ni tenían el valor necesario para afrontar y realizar tan magna empresa.

Ya son muchos los que aleccionados por la experiencia, comparten el juicio del malogrado maestro.

En efecto: se verá, observando los hechos de algún relieve que se producen en la vida pública de nuestro país, que en ellos las mujeres toman parte principalísima, y que son las mujeres las que muestran más energía en la protesta contra los desaciertos del poder y las corrupciones de la administración pública, al mismo tiempo que son ellas las que mayores pruebas dan de valor para afrontar toda clase de peligros, dando su sangre y hasta su vida cuando es necesario afrontar las brutalidades de una bárbara represión.

En todos los motines que en estos últimos años se han registrado en nuestro país—convulsiones pasajeras, es cierto, pero que son un síntoma de que todavía se producen sobresaltos vitales en el seno de la masa popular,—la iniciativa de los movimientos ha correspondido generalmente a las mujeres, y ellas han sido los principales actores de esas tragedias aisladas, más dolorosas por cuanto han resultado ineficaces. Y en las represiones, la mayor parte de las víctimas han sido casi siempre mujeres.

En las huelgas planteadas, ellas han sido también las que han mostrado más entereza para resistir, aun siéndoles el sacrificio más grande.

¿Por qué esta subversión de los valores convencionales?

Nuestros hombres se han acostumbrado a la servidumbre y a la injusticia; se ban embrutecido en un medio ambiente de miseria y de indignidad. No sólo han encallecido las manos en un trabajo rudo y sin recompensa apropiada, sino que se ha encallecido también la conciencia y el corazón. La cobardía colectiva es una cosa impuesta por el estado social de nuestro pais, en plena descomposición. Aisladamente, es decir, de una manera individual, se llega a los mayores excesos de sanguinarismo, y se mata por el motivo más fútil; un insulto, una deuda mezquina, un gesto que se ha creído ofensivo. Esos actos no responden a un arranque de valor, a causa de la dignidad herida, sino que son actos de simple matonismo, producto de una detestable educación. En cambio, los agravios colectivos, las injusticias de carácter general, no se sienten, y, por tanto, no se vengan. Se soportan con la más humillante resignación.

En las mujeres parece más vivo, si no el sentimiento de la dignidad, por lo menos la pasión de las indignaciones desbordadas. A ellas, que conocen todas las amarguras de los hogares, sin pan y sin lumbre, todas las desesperaciones de la familia con hambre, llegan de una manera más intensa los acosos de una miseria implacable y los castigos ds las injusticias sin causa y sin redención.

Ellas son las verdaderas víctimas de esta desigualdad social, más trágica en nuestro país que en nación alguna de la tierra. La condición social de la mujer española, en las bajas clases sociales, no tiene par.

Yo he leído muchos trabajos acerca del trabajo femenino, de la situación de la mujer, y confieso que no he encontrado nada, habiendo tantos casos de crueldad extraordinaria, como lo poco que he podido conocer de la condición del vivir de la mujer española.

Con pena y asombro oí decir hace años a persona que por su cargo oficial lo sabía de un modo auténtico, que en algunos pueblos de Andalucía se pagaba a una obrera por trabajar de sol a sol en la recogida de aceitunas la ínfima cantidad de quince céntimos de jornal. ¡Monstruoso!

Y no es sólo la exigüidad de los jornales lo que hay que señalar. Es que también la mujer, que lleva toda la economía doméstica, sabe por dolorosa experiencia cómo hay que rebañar en el comer y en el vestir, sujetando la familia a un régimen de absurdas privaciones y de sacrificios heroicos, para pagar los impuestos, que recaen principalmente sobre las clases humildes, ya con el aumento del precio de las subsistencias, ya con esos repartos municipales que siempre se cargan sobre los menos resistentes a la presión del caciquismo político.

¿Es extraño, pues, que sean las mujeres las que más ardor manifiestan en las protestas tumultuosas y que vayan incluso a afrontar la muerte, cansadas de una vida llena de desesperaciones?

Y como esa situación se agrava día por día; como ese estado lamentable de abandono, de miseria y de expoliación, en un régimen en que priva como norma la desigualdad y la injusticia, se prolonga y se agudiza, extremando la crueldad, es de esperar o de temer que surja con el tiempo una verdadera «jacquerie» femenina en España.

Porque son las mujeres las que aun tienen energía para protestar y valor para afrantar todos los peligros.

Angel Guerra.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo.

La Asociación Médica Regional

Con el fin de activar la constitución de la Asociación médica en la provincia, para poder legalizar la situación de los organismos de Distrito, el Comité provincial se ha dirigido a todos los colegas no adheridos con la circular que transcribimos, por creerla interesante y con el fin de que sea conocida por todos aquellos médicos de la provincia que no la reciban a causa de ser desconocidos para este Comité.

Dice así:

«Muy señor nuestro y distinguido compañero: En el banquete celebrado el pasado sábado, 24 de Febrero, para solemnizar nuestra entrada oficial, como colectividad encargada de hacer efectivos los mejores fines sociales, en el glorioso movimiento de rehabilitación moral y aunación de esfuerzos en la lucha por la vida, iniciado en Sevilla y prestamente continuado en las demás provincias andaluzas, nuestras ciudades hermanas, por los colegas presentes y adheridos, en número de ochenta y tres, acordóse por aclamación saludar cordialmente a los compañeros ausentes y rogarles pongan todo su valer, su inteligencia y su corazón al servicio de esta gran idea, que es el nacer a una nueva vida de respetos y dignidades profesionales del más alto ministerio.

Con firme convicción esperamos abandone la extraña inercia, la inactual indiferencia que, por desventura, es característica de los profesionales de la Medicina; pues si bien muy seguro debe estar de que jamás le faltará la ayuda desinteresada de los que, queriendo ingresar en la corriente del progreso, reuniéronse devotamente bajo los pliegues de la más grande bandera: «Ciencia, Virtud y Trabajo», para constituir la Asociación Médica Regional, debe sacudir el tedioso «a mí me va bien» y, oyéndose los impulsos de la conciencia, eterna legionaria de la dignidad, acudir en nuestra ayuda, que es ayudarse a sí mismo.

La Asociación Médica Regional, el Colegio médico y la Academia médico-quirúrgica hemos de constituir: envíenos su adhesión.

Ya de Sevilla habrá recibido el Reglamento general de la Asociación; llene el boletín que se le acompaña al final y envíenoslo; y si no lo hubiese recibido, pídalo por tarjeta postal al secretario de la Asociación, Dueñas, 6; al presidente, Sevilla, 19, o a la redacción de la Revista CORDOBA.

En representación de los colegas adheridos a la Unión, con un confraternal abrazo les saludan, El Secretario del Comité provincial, doctor M. Ruiz Maya.—El Presidente, doctor Emilio Luque.»

—

Continuación de la lista de adheridos:

De Fernán-Núñez: don Félix Alvarez Cuesta. De Torrecampo: don Emiliano Sánchez. De Pueblonuevo del Terrible: don Eladio León. De Santaella: don José Garés Ascarza. De Villanueva de Córdoba; don Antonio Yun Ligero, don Joaquín Moreno, don Francisco Cano Moreno, don Alejandro Yun, don Fermín Pedraza y don Martín Moreno.

(Se continuará.)

Poetas cordobeses.— Don Carlos Valverde, laureado poeta de Priego.

El mejoramiento del Guadalquivir

La revista hispalense *Andalucía* dirige a los regionalistas de Córdoba el requerimiento siguiente:

«*El Liberal* ha publicado un artículo, recogido por la revista CÓRDOBA, de nuestro buen amigo el señor Albadalejo insistiendo sobre el tema de «La Navegación del Guadalquivir» entre Córdoba y Sevilla. Si la canalización es difícil y costosa, no lo sería el dragado del río. Como dijo nuestro compañero Blas Infante en su conferencia de Córdoba, esta obra ha sido acogida por el Centro Andaluz de Sevilla en su Programa de obras públicas concretas para la prosperidad regional.

El apóstol de esta causa, don Diego Serrano, y el Centro Andaluz de Córdoba ¿no creen que sería conveniente la celebración de un acto público para atraer la atención de los Poderes públicos sobre este importantísimo problema? Creemos que por lo menos una reunión pública en el local del Centro Andaluz de Sevilla o de Córdoba, con representantes de ambas provincias, movería algo el ambiente, interesando al pueblo en tan vital cuestión.»

CUENTO DE CÓRDOBA

El Seminarista

En las amplias y largas galerías sonaba la campana anunciando la hora del paseo. Domingo; tarde de primavera; cielo azul; música en los paseos, y por aquella carretera de la Sierra, desfile de coches y de autos en que iban damas lujosas y muchachas bellas.

De nuestros cuartos, recién lavados, arreglándonos los pliegues de la sotana y la banda verde, los seminaristas salíamos regocijados en busca de un poco de aire y libertad.

Se olvidarían por unas horas, la árida teología y los latines. En pleno campo, bajo la caricia ardiente del sol, entre piar de pájaros y bullicio de gentes que regresaban alegres de las romerías, los seminaristas, en grupos de tres o cuatro, conversábamos, evocando detalles de nuestra vida en el pueblo en los días risueños de las vacaciones.

Y otras veces se unían a nosotros parientes y amigos seglares que nos distraían con sus noticias y comentarios, un tanto frívolos, de las gentes que en la población más figuraban y alternaban.

Aislados tras los muros del Seminario, en aquel barrio romántico e histórico de la vieja ciudad, nuestra vida se deslizaba uniforme y monótona entre las horas de estudio, del aula y de recreo pasadas en un jardín umbrío, desde donde se dominaba el manso Guadalquivir y el paisaje pintoresco de la campiña andaluza.

A lo lejos, una torre árabe medio derruída hablaba a la imaginación de hechos heroicos, de aquella época gloriosa de la Reconquista, y en las tardes apacibles, mocitas pintureras, endomingadas, cruzaban el viejo puente romano hacia el campo, en jira a las huertas y los cortijos de los alrededores. Nuestros ojos ansiosos iban siguiendo ávidamente aquellas siluetas gráciles y airosas, hasta que se perdían a lo lejos, entre olivares.

Lo sombrío de las naves frías, el jardín melancólico, aquella reclusión, nos llenaba de una vaga tristeza, de un pesimismo desolado y hondo, y por eso en las tardes de paseo sentíamos en las calles, formados en filas, un soplo vivificante, un gran deseo de reir y hablar, como embriagados de sol y de besos.

* * *

Como un cardenal del Renacimiento, sabía yo lucir airosamente mi sotana.

Mi figura alta y esbelta, aristocrática, se destacaba entre las demás desmedradas y vulgares de mis compañeros. Al pasar, se fijaban en mí las gentes, y hasta oía elogios de ellas.

El carmín del rubor encendía mi rostro, y con la vista baja, todo turbado, cruzaba por las calles céntricas.

El señor Andrade, nuestro presidente, me miraba iracundo.

Le hacía daño, le molestaba mi triunfo, y el cruzar por la población constituía para mí todo un calvario de timideces y rubores.

En plena Sierra, junto a un camino, los escolares nos diseminábamos por el campo. Un arroyuelo a nuestros pies se deslizaba sin apenas murmullo, y en el silencio de la tarde se oían las esquilas del ganado y las voces de los zagales entonando cariciosas y sentimentales coplas andaluzas.

Pasaban algunos carruajes y jinetes; familias alegres en día de campo, mujeres jóvenes encendidas por el sol, el vino y el ajetreo de la jira campestre.

El camino arenoso era estrecho y altos paredones lo circundaban. En lo alto de los mismos descansábamos nosotros.

Y la escena, un poco emocionante, y que pudo ser tragica, se desarrolló aquella tarde ante nuestra vista.

Pasaba en su carruaje blasonado una marquesa, dama a la vez aristocrática y opulenta de la población, acompañada por sus lindas hijas.

Los ojos de la menor de ellas atraían como un imán; eran inquietantes y torturadores. Muchas veces en la soledad de mi celda los veía relampaguear en la obscuridad, mirándome fieros, celosos, o acariciantes y dulces, siempre como una obsesión y una pesadilla.

¡Oh, los ojos de aquella marquesita gentil hicieron cambiar el rumbo de mi vida toda!

Por ellos no fuí sacerdote, y desde entonces mi porvenir, que prometía ser plácido, sin inquietudes ni luchas, se presentó enigmático, nebuloso y desorientado.

La escena de aquella tarde fué rápida.

Un cazador de alondras acababa de disparar su escopeta, y uno de los caballos del coche, asombrado, emprendió la huída, sin darle tiempo al cochero para refrenarlo.

Me levanté ágil y salté al camino; mi mano férrea sujetó al bruto por el bocado y el vehículo retrocedió a algunos metros de una cortadura honda del camino. El cochero, dueño de la situación, pudo ya refrenar a la bestia.

La marquesa y las niñas, asustadas y emocionadas, me mostraban sinceramente su gratitud. Y mis compañeros, y hasta el presidente Andrade, aplaudían entusiasmados.

* * *

Al año siguiente no volví a estudiar en el Seminario, y vagaba por la capital sin profesión ni oficio, alternando entre las gentes de la buena sociedad.

El seminarista había olvidado la teología y los latines y sabía valsar en las figuras de un «cotillón» y galantear frívolamente a las bellas.

Entre desdenes a veces y coqueteos otras, la marquesita me atraía y subyugaba. Su conquista avanzaba a pasos rápidos, y una noche, en un baile aristocrático, balbuciente y emocionado, me declaré a ella. Sus ojos relampagueaban al oírme, crueles y enigmáticos, como en aquellas noches solitarias de mi celda en el Seminario.

Fríamente me escuchó. No era posible. La mamá se opondría enérgica y tenaz. Mi posición... mi nombre modesto... La muchacha soñaba bodas con uno de su clase, de sangre azul, o con un industrial dueño de acciones y cupones. Y mi sacrificio de haber perdido la tonsura y los hábitos, mi porvenir tranquilo, resultó inútil ante aquel egoísmo, ante aquella frialdad de una muchacha educada por una madre de alcurnia, rígida y severa, pero dotada de un gran sentido práctico.

Yo también era aristócrata, igual que ella, heredero de un título; pero sin fincas de campo ni valores cotizables.

Con mis pergaminos y con mi nobleza no conseguía ni el amor de la hija de la marquesa ni aun siquiera un destino oficial para poder vivir.

Y me lancé a luchar en el Madrid bohemio. Fuí artista, y el pincel en mis manos primero trazó trozos de vida, aciertos de colorido y composición.

Luché en varias Exposiciones, y en una de ellas, al fin, resulté victorioso.

Una primera medalla. La Prensa, los críticos me colmaron de elogios; me hice célebre.

Triunfé con un retrato de mujer, en el que puse aquellos ojos relampagueantes y misteriosos de la marquesita.

Tuve encargos, un estudio elegante, y algunos años después una renta asegurada de títulos y acciones.

Un día, ya famoso y rico, luciendo mi título de conde, regresé a mi provincia, en busca de paz y tranquilidad.

No era aún viejo, pero me sentía cansado.

La buena sociedad me acogió amable, obsequiándome con banquetes y homenajes, y hasta ella, la marquesita, ya casada con un banquero muy grueso y vulgar, se mostró conmigo expansiva e íntima. No era feliz al lado del marido prosaico, que no la comprendía. Y mientras hablaba, contándome sus desdichas, yo sentía que sus ojos, aquellos enigmáticos y crueles, me herían dolorosamente como aquella tarde en que sujeté el caballo de su coche en un camino de la Sierra o como las noches en que alucinado los veía relampaguear en la obscuridad de mi celda de seminarista.

Y en un descuido de ella, como estábamos solos, los besé apasionadamente.

A. Jiménez Lora.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

CÓRDOBA

LA CRECIDA DEL GUADALQUIVIR EN CORDOBA. Aspecto del río en la tarde del primer día de la inundación

Fotografía de José Martín Rives.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 17 de Marzo de 1917 | NÚM. 31

EL TRABAJO EN CORDOBA.—Concurrentes al banquete ofrecido por el propietario de la Imprenta Moderna don Baldomero López Luque a sus operarios y al Dr. Ruiz Maya, con motivo de las mejoras introducidas en su establecimiento para atender la creciente importancia de la Revista CORDOBA, que se imprime en aquellos talleres.

EL PROBLEMA AGRARIO

Los campos desiertos

II

Llegamos al siglo XX; se han realizado en el mundo transformaciones y revoluciones en el orden científico y político. Y, con nueva vestidura, los mismos conceptos y los mismos hechos aparecen en la reciente «Reseña geográfica y estadística de España» (tomo I, pág. 6 y 7). Contiene esta publicación oficial un pasaje suficiente para producir sonrojo en aquellos hombres públicos y aquellos partidos políticos que desatienden el problema agrario y agitan a las muchedumbres con vanas y pomposas palabras, convirtiéndolas en fáciles instrumentos de sus intereses y ambiciones, mientras sordamente camina y avanza una amedrentadora realidad. Dicen así:

«Ciertamente hay zonas que, como la de Vera de Plasencia, en la vertiente meridional de la Sierra de Gredos, como la estrecha Sierra de Jalón, como algunos trozos de la ribera del Ebro en Logroño y Zaragoza, o como la vega de Aranjuez, son verdaderos vergeles; pero zonas como estas son excepciones de todos conocidas. El resto del país es hoy, seguramente no lo ha sido antes, muy pobre; es completamente seco, no tiene casi vegetación; la población que en él vive es muy escasa. Los ríos pasan por comarcas abrasadas que no fertilizan pero que

arrasan con sus inundaciones. Días enteros puede marcharse por nuestros campos sin tropezar con un ser viviente ni oir el canto de un pájaro. Los bosques, que en edades pasadas cubrieron las cimas de nuestras sierras, han sido completamente arrasados y los mezquinos montes que quedan, desaparecerán dentro de muy pocos años, si no cesa pronto el odio encarnizado que tienen al árbol todos los campesinos españoles y si las clases directoras no cuidan de poner remedio a este mal.

El decrecimiento de nuestra antigua riqueza forestal es rapidísimo. De año en año se ven convertidos en eriales, sitios antes frondosos; la vida huye de ellos; las lluvias escasean cada vez más; las sierras presentan su descarnado esqueleto de roca y grandes trozos de nuestro territorio van quedando desiertos. En el desierto de Violada, que el ferrocarril atraviesa entre Zaragoza y Huesca, no existe huella de habitación humana en muchas leguas. Toda la parte de la provincia de Zaragoza comprendida entre la sierra de Alcubierre y el río Ebro, es un desierto de 200.000 hectáreas, con una latitud media de 400 metros, a pesar de la proximidad de la Cordillera Pirenaica, engendradora de grandes corrientes de agua, que van al mar sin dar provecho alguno. A las mismas puertas de Zaragoza se manifiesta la estepa con toda desnudez. El Ebro pasa casi sin ser aprovechado. Los terrenos aparecen calcinados sin el menor vestigio de verdura; las colinas que rodean el cauce del Ebro, completamente calvas, están deformadas por profundos barrancos, producidos por el agua de los temporales que arrastran al fondo las laderas infecundas.

El ferrocarril atraviesa en la provincia de Avila un desierto, que no lo era hace siglos. Muchos pueblos de esta provincia tienen un nombre, hoy injustificado, que nos prueba la existencia anterior de grandes bosques. En Santa Cruz de Pinares apenas queda hoy un solo pino. En Navalperal de Pinares sólo hay un pequeño pimpollar plantado hace pocos años por los ingenieros de Montes; pero allí no queda un solo pinar de los que dieron nombre al pueblo. Entre León y las provincias del Norte y Noroeste hay otros desiertos con unos cuantos centros de población muy miserables; grandes zonas desiertas existen también en Castilla la Vieja, Albacete, Extremadura y Andalucía. En la provincia de Salamanca hay numerosos despoblados; de muchos pueblos que en ella existieron, sólo se conserva el sitio y el nombre. A la orilla del mar, entre Huelva y Cádiz y limitado al Este por el Guadalquivir, hay un desierto de 2.250 kilómetros cuadrados...

. . . .

Como complemento de este cuadro, podemos añadir que hay en España treinta millones de hectáreas sin cultivar, 19 dedicados a cultivo de secano y escasamente un millón de regadío,»

Aceptando cifras también oficiales, aunque menos autorizadas, por ser más antiguas que las de este Reseña geográfica y estadística, la superficie inculta de la provincia de Madrid no sería el sesenta por ciento, como la Reseña dice, pero sí el cuarenta y seis por ciento. La magnitud de esta cifra en un país miserable, cuyos habitantes y cuyo capital juntamente emigran por falta de empleos reproductivos, precisamente a aquellos otros países que no cuenten más que con una ventaja—la abundancia de tierra—, que, según esa cifra, también nosotros tenemos, es muy significativa, si recordamos las cifras análogas de otros países menos necesitados, a causa del desarrollo de sus actividades industriales y mercantiles, de fundamentar su vida económica sobre el más completo y más intenso aprovechamiento de la tierra. Y en la Gran Bretaña no hay más que el 28'4 por ciento de terrenos incultos; en Holanda, el 24; en Italia, el 19'3; en Irlanda, el 13'4; en Hungría, el 10'2; en Alemania, el 9'9; en Bélgica, el 9'4; en Francia, el 9; en Austria el 6'9; en España, como se ha dicho y según los últimos datos oficiales, ¡el cincuenta por 100!

Una objeción, al parecer de fuerza, se opone a estos razonamientos. Esa objección la formulan más frecuentemente los técnicos, los ingenieros, los hombres que estudian más los elementos constitutivos de la tierra con relación a sus cualidades productoras, que el proceso histórico de esa tierra y el influjo que en ella ejercen los diversos estados sociales. Esa objección es la siguiente: «En efecto, gran parte de nuestra tierra está inculta y aun en la cultivada la mayor parte produce poco relativamente y aun ese poco que produce exige mayores gastos que en cualquier otro país. Pero esto obedece a una deficencia de la Naturaleza; es una condenación de la fatalidad inexorable, contra la cual no podemos reaccionar ni combatir.» Un ingenie-

ro ilustre, don Lucas Mallada, en su libro «Los males de la patria» distribuye de esta manera los campos de la nación: «Un diez por ciento de rocas desnudas; un treinta y cinco por ciento de terrenos muy poco productivos, ya por su excesiva altura, ya por su sequedad o mala composición; un cuarenta y cinco por ciento de terrenos medianamente productivos por falta de agua o por hallarse situados de una manera desventajosa o ser de composición desfavorable en cierto grado; y un diez por ciento solamente de terrenos «que nos hacen creer que hemos nacido en un país privilegiado.»

Al leer esta distribución diríase que junto a cierta área productiva de España hay una soledad yerma e infecunda a cuyo cultivo, por ineludibles resistencias de la naturaleza, debemos definitivamente renunciar. Dando forma a esa explicación, ya ha llegado a sugerirse al espíritu vulgar, que España no es más que una zona de costas fértiles que rodean una meseta árida y casi improductiva. Pero no es eso lo que ocurre en nuestro país. En primer término, su florecimiento fué cantado por escritores y viajeros que no eran visionarios, sino que tenían motivos fundados para encarecer la fecundidad de nuestro suelo. Sus descripciones, que coinciden, ya provengan de los escritores árabes ya de los cronistas cristianos de los siglos medioevales, llevan la autoridad que les comunica el ser retratos del paisaje, hechos en tiempos en que este era cruzado lentamente por los viajeros en cortas jornadas, a merced de los caprichosos caminos, coyuntura más propicia que los velocísimos viajes modernos en tren, para percibir con exactitud la real situación del terruño. Nuestra literatura de los siglos XV a XVII da frecuentes testimonios de la relativa abundancia de florestas y bosquecillos que se alzaban en sitios que ahora son desiertos esteparios. Nosotros mismos hemos alcanzado, a través de una generación intermedia, a los ancianos de nuestras aldeas que recordaban haber visto por sus propios ojos alzarse bosques seculares e intricados donde hoy, después de su despoblación, acarreada por mil causas, casi exclusivas de la segunda mitad del siglo último, no se encuentran más que esas peñas desnudas, esos montes calvos que señalan los ingenieros.

La «Reseña geográfica y estadística,» en la cita que he transcrito, autoriza también este concepto al afirmar que, aun cuando la mayor parte del país es hoy muy pobre, «seguramente no lo ha sido antes.» No debe, pues, imputarse a la Naturaleza una responsabilidad que justamente ha de recaer sobre la codicia de algunos y sobre la imprevisión de todos.

Pero este argumento se halla tan generalizado y es de tanta importancia y transcendencia para el curso de todos los razonamientos que puedan hacerse acerca de las causas y soluciones del problema español, que merece y aun exige un más detenido estudio y una más prolija consideración.

Baldomero Argente.

EL DESBORDAMIENTO DEL GUADALQUIVIR

La inundación del Campo de la Verdad

La inundación de la Fuensanta

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

De la tierra cordobesa

La caballería se pasa...

NOVELILLA

—

Con extrañeza sin igual observaron los vecinos que en la ventana de Rafaelilla, la moza más juncal del barrio de Santa Marina, pelaba la pava Antoñuelo el guarnicionero.

La niña era un cachito de gloria transportado a la tierra de María Santísima; sus ojos eran grandes, ardientes y negros como la brea; ojos traicioneros y criminales, según frase de la gente de mi tierra al piropear a las hembras de buenos ojos que aciertan a pasar por su lado; y si negros eran los sacáis de la mocita, más negro aún era el abundante pelo de su hermosa cabellera; y si a esto se une un rostro hermosísimo, unos labios purpúreos, finos y crueles y un talle airoso y gentil, puede formarse idea aproximada de lo hermosísima que era Rafaelilla, la mejor mozuela del barrio de Santa Marina.

Y la extrañeza de los vecinos estaba justificada: Rafaelilla siempre había prestado oídos de mercader a las palabras de todos aquellos que, deslumbrados por su belleza, atreviéronse a pedirle compromiso.

Porque, es lo que decía sobre el particular su chacha Currita, la que, a falta de la madre de Rafaelilla, que al darla a luz perdió la vida, era su amparadora:

—Este manojito de nardos y azucenas no será nunca de ningún pobretón. Las flores delicás no están al arcance de toas las fortunas. El que pida su mano ha de ser un señó de muchísimas campanillas...

A lo que objetaba invariablemente el simpático y chirigotero *Señó Manué*, el zapatero remendón que vivía en la misma casa de Rafaelilla:

—Chacha Currita, un hombre honrao y trabajaor es una mina... Mire usté que la caballería se pasa... y la infantería no llega...

Pero ¡cualquiera arrancaba aquella idea a Rafaelilla, ni mucho menos a la chacha Currita, sempiterna aduladora de las condiciones de su nena..!

¡Bien claro lo había dicho aquella gitana al echarle la Buenaventura a Rafaelilla!: Tiés que tener una suerte tan loca, que hasta una princesa la envidiaría; te has de casar con un hombre tan rico, que los billetes en tu casa van a servir pa empapelar las paeres... y los trajes, y las joyas, y los coches, los automórviles y los criaos van a ser tantos, que vas a necesitar hacer más números que un maestro e escuela para poder llevar la cuenta.

Mas ¡ay! que el tiempo pasaba y el señor tan rico, o no sabía a Santa Marina, o ignoraba que en aquel barrio habitaba la exuberante Rafaelilla...

Y tal vez pensando en que no era cosa de quedarse para vestir santos, Rafaelilla admitió, por fin, como novio, a Antoñuelo el guarnicionero.

Pero el tiempo, cruel desengañador y fiel amigo de todas las verdades, vino a dar la razón al *señó Manué,* el zapatero, el cual, guiñando picarescmente el ojo derecho, repetía a cuantos le hablaban del amor de Rafaelilla hacia Antoñuelo:

—Desengañarse: a esa niña le ocurre, por sus moños y sus tonterías, que la caballería se pasa y la infantería no llega, y el cariño a Antoñuelo le va a durar menos que un céntimo gordo en la puerta de una escuela.

Y así sucedió: Antoñuelo, cuando una noche acudió a la reja para pelar la pava con aquella mujer que era su vida y alegría, puesto que su querer se le había metido en lo más recóndito del alma, vió con asombro que, en vez de asomar tras los hierros de la ventana el rostro de Rafaelilla, aparecía el rugoso y apergaminado de la chacha Currita, la cual, sin darle tiempo para que saliese de su asombro, le soltó el siguiente escopetazo:

—Mira, Antoñuelo, esto sa'cabó; no he criao yo a mi nena pa que tú la engolosines con tu querer.

—Pero, Currita, es que yo la quiero de veras y para casarme cuanto más pronto mejor.

—¿Casarte?... ¿Con tres pesetas que ganas?... ¿Para matarla de hambre? ¡Ja, ja, ja! No se ha hecho la miel...

Y, cerrando de golpe la ventana, dejó a Antoñuelo sin que acertara a darse cuenta de lo que le pasaba: tal fué su pena y desesperación al recibir aquel cruel desengaño.

—

Y pasó el tiempo, y como las mayores penas el tiempo las mitiga y cura, Antoñuelo olvidó a la ingrata que sacrificara su cariño por un vil interés, y allí, en aquella iglesia en que recibieran el agua del bautismo los más celebrados y graciosos piconeros, casóse con Conchilla, muchacha, si no tan linda como Rafaelilla, sí trabajadora y desinteresada por completo; mujer que, con su bien llevada administración del jornal de Antoñuelo, su curiosidad y limpieza, convirtió la casa en un nido ale-

gre, en el que se respiraba felicidad por todas partes.

En cambio, Rafaelilla pasaba el tiempo sin amores ni alegrías; empezaron a marchitarse sus encantos y, ni el señor de las campanillas venía, ni los mocitos del barrio se atrevían ni aun a requebrarla.

Pero como todo llega, también llegó el día en que la chacha Currita, loca de contento, dijo así al *señó Manué* el zapatero:

—¿No se lo decía yo a usted? Ya tiene Rafaelilla el novio que yo quería.

—¡Qué dice usted!—exclamó el viejo remendón abriendo unos ojos descomunales;—¿ha venío quizá el zar de la Persia a pedirle la mano de la niña?

—Déjese usted de chirigotas; es un señor muy rico, y guapo por añadidura. ¡Y que viene con los papeles bajo el brazo! Esta noche lo verá usted.

Y, efectivamente, aquella noche, en que por cierto había cogido el *señó Manué* una *melopea* más que regular en el bautizo del hijo de Antoñuelo y Conchilla, llegó a su casa convertido en una especie de sucursal del pago de los Moriles.

Y al pasar junto a la ventana de Rafaelilla, tropezó con el señor «tan rico» de que le había hablado la chacha Currita, y tal fué el encontronazo, que el *señó Manué*, a pesar de su jumera, se creyó en el caso de dar una explicación al rico novio de Rafaelilla. Volvió éste la cara, y, al contemplarla el *señó Manué*, empezó a gritar desaforadamente:

—Chacha Currita, chacha Currita, salga usted pronto, que me he equivocao; no es de la Persia el novio de Rafaelilla: ¡es de la Siberia...!

A las voces que daba el *señó Manué*, salió a la puerta la chacha Currita, preguntando:

—Pero ¿usted lo conoce?

—¡Vaya si lo conozco!

—¿Y es de la Siberia?

—¡Y tanto! ¡Como que es el más fresco que tengo yo en mi clientela! Todavía me debe siete pares de botas de su mujer y los chiquillos.

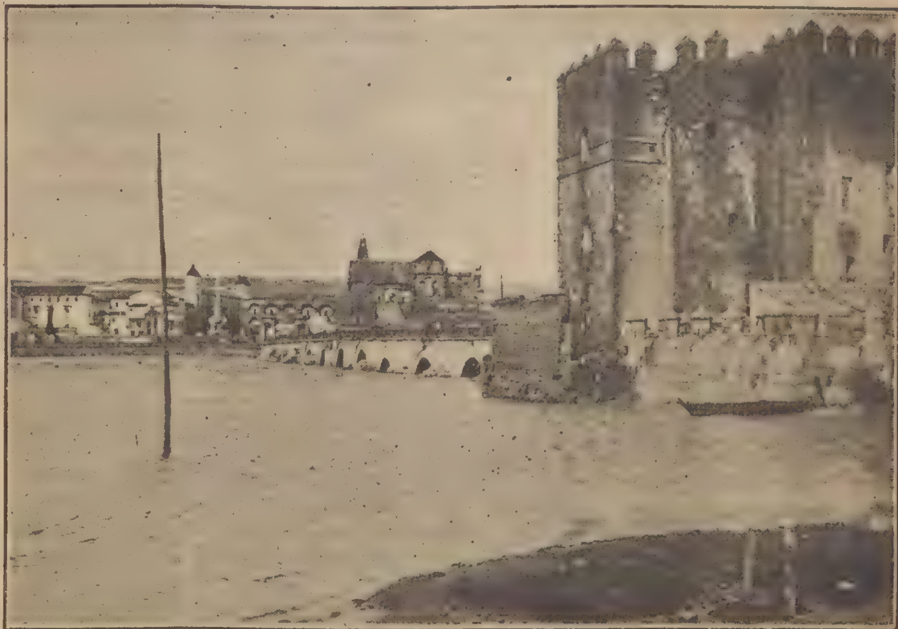
Rafaelilla cerró la ventana más que de prisa, la chacha Currita por poco si araña al señor de las campanillas y el *señó Manué* no cesaba de repetir, con esa pesadez propia de los borrachos:

—¿No se lo decía a usted? Aquí no hay más que penas y desengaños. En la casa de Toñuelo, de donde yo vengo, hay alegría y hay vida; han formado un nido alegre y todo respira felicidad... Oiga, oiga usted; ¡si parece aquello una sucursal de la Gloria...!

Y, efectivamente, como la casa de Antoñuelo estaba cercana, escuchábase el rasguear de una guitarra y una voz varonil que entonaba la siguiente copla:

A la niña que presume
y se sale de su esfera
tiene que llegarle el día
que ni los perros la quieran.

EL DESBORDAMIENTO DEL GUADALQUIVIR



La inundación en la Calahorra

El río sobre la acera de San Julián, en el Campo de la Verdad

—Sí, chacha Currita,—decía el *señó Manué*—ese cantar es una verdad como un templo. ¡Lo que yo le decía: que su niña ha dao lugar pa que la caballería se pase y la infantería no llegue...! Ese gachó ha hecho alto y parada... ¡porque... ya está en la reserva y camino de entrar en el cuerpo de inválidos...!

. . . .

En la casa de Antoñuelo resonaban aún con más fuerza las risas, los olés y el rasguear de las guitarras. De la sala de Rafaelilla sólo salían sollozos de pena y de rabia...

Emilio Santiago.

¡EL PAGO DE MÉDICOS TITULARES POR LOS MONTERILLAS DE LOS PUEBLOS!

Asunto que chorrea sangre.

No ha muchas noches, en el domicilio del Excmo. Sr. Decano de la Facultad de Medicina y Presidente del Colegio de Médicos de Granada, don Antonio Amor y Rico, celebraron sesión de la Junta Directiva del Colegio, las directivas de sus secciones Científicas y Deontológica, con asistencia de muchos distinguidos médicos y de catedráticos numerarios de aquella Facultad de medicina, en número suficiente para celebrar Junta de Claustro.

El asunto que voy a hacer público ha llegado a noticia del excelentísimo señor presidente del Colegio de Médicos, para que dicha Corporación oficial haga lo posible por resolverlo; y, en efecto, tomó acuerdos respecto al mismo.

En Baza falleció hace un año el señor Carnero Tobarios, que pagaba el máximo de contribución como médico, y la Administración de Contribuciones de la provincia de Granada, que, según la ley vigente, no puede cobrar por patente de médicos cada año ni un céntimo menos que el anterior, prescindiendo de que en aquel partido judicial hay otros varios médicos que ejercen sin contribuir, ha exigido dicho importe, como aumento, a los otros dos o tres médicos que vienen ejerciendo con patente en Baza, y que ya habían abonado el importe de la suya acostumbrada.

Estos señores han hecho las respetuosas reclamaciones administrativas que han podido, presentando los recibos y documentos que han creído necesarios.

El expediente de la reclamación ha seguido su curso, pero los sucesivos apremios y recargos también han seguido el suyo; y los médicos apremiados están amenazados de embargo en su modestísimo haber de mil pesetas anuales.

Y aquí llega lo monstruoso del asunto. El señor presidente del Colegio de Médicos se ha enterado del caso confidencialmente; y ha dado palabra de no tomar una medida sobre él... Pero allí estábamos veinte caballeros, que nos quedamos estupefactos... Después, ¡qué de palabras de indignación se escaparon de unos y otros!

Y yo, pasados varios días de indecisión, tengo el valor cívico de decirlo desde la Prensa a toda Andalucía. ¿Quién sabe si a toda España?

Si los médicos titulares de Baza son embargados por la Hacienda, no lo serán en el sueldo de mil pesetas al año, corto haber que perciben; sino en el de DOS MIL PESETAS ANUALES, ¡que firman estar cobrando!

¿Qué hará el señor Alcalde de Baza con los cientos de pesetas que le firman en nómina como abonadas por él, sin ser cierto?

¡Cuántos médicos titulares habrá en España en las mismas condiciones que los médicos de Baza!

¡Oh, médicos titulares! ¿Qué ganas tendréis de salir de las garras de los monterillas? ¡Y cómo compadeceréis al ex médico del Pobo!

Dr. Velázquez de Castro.

Vicepresidente de la Sección Científica del Colegio de Médicos de Granada

UN RASGO

II

En oposición a las inclinaciones del egoísmo, tiene el educador que proponerse, aun con escasas probabilidades de que su esfuerzo sea aprovechado, la prosperidad de los sentimientos altruístas, que no significa disolución ni disminución de la personalidad, sino acrecentamiento de su propia sustancia, robustez de su entraña, plenitud de su ser. Véase la consecuencia feliz en que el reñombrado profesor danés, autor de *La Moral*, compendió el ópimo fruto del proceso educativo de la emoción tierna: «Cuando el individuo siente sus intereses propios y personales, como inmediatamente subordinados al bien del todo, en el cual, merced a la simpatía, se considera como una simple unidad, el sentimiento moral se manifiesta como *sentimiento del deber*.»

La finalidad última de todo empeño educativo, hasta la razón de ser de la escuela popular, se nutren con savia de filantropía, porque han correspondido siempre al anhelo generoso de que el mayor número posible de individuos, todos en principio, participe de los bienes de la cultura material e ideal.

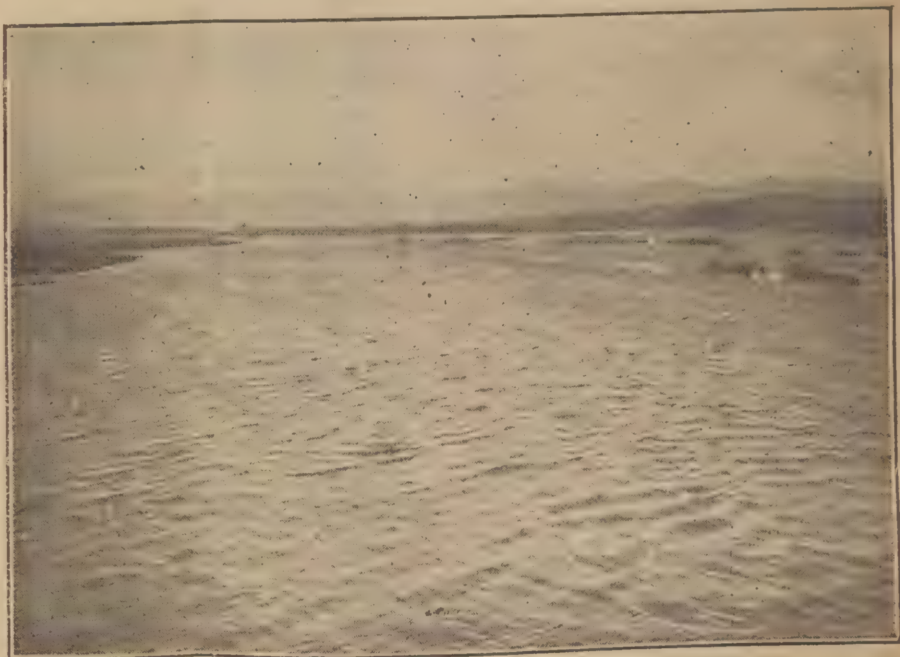
Pasando con ánimo resuelto a la técnica, mediante lo que cualquiera concepción ha de encarnar en la realidad humana, ha de infundirse en la vida del individuo, con la significación y el valor de la vida misma, para disponernos a la obra con los niños, tendremos en cuenta aquella sabia prevención de Baim en su *Ciencia de la Educación:* «Las aptitudes sociales, tanto como otras aptitudes, no se desarrollan más que por el ejercicio; así, pues, se ejercen dirigiendo y fijando su atención en las necesidades y los sentimientos del prójimo», pues que «...para desenvolver la simpatía bastará con provocar la acción correspondiente» (Barth), mejor que de otro modo el niño «dando limosna, aprenderá a amar a los pobres; haciendo servicios al prójimo, llegará a amar a la humanidad.» (Compayrè) y «Nada penetra en el espíritu tan dulce y profundamente como el ejemplo» (Stocke), de tan decisiva influencia que «puede borrarse la palabra educación y sustituirla por la palabra ejemplo» (Gurlitt).

El niño, por necesidad, discretamente educado, el de posición holgada, en riesgo por lo mismo de estimarse exento de las penalidades que a los más de sus semejantes afligen, para no tornarse incompasivo, para no crecer deforme, para no pasar por el mundo privado de la más sutil percepción, tiene que ponerse en contacto con la pebreza. Brooks lo dice brillantemente: «Nada puede como la pobreza llevarnos al corazón de las cosas y hacernos comprender su significado, ni puede hacernos sentir la vida y el mundo como ella, cuando ha arrojado a un lado los falsos almohadones...» y Abel Rey piensa con el corazón que «la caridad es el auxiliar indispensable de la justicia y de la moral».

«Es necesario dar recursos a los que sufren—exclamaba Séneca—no apiadarse de su suerte.» Y haciendo sólo así, ni aplicaríamos a la indigencia el remedio más adecuado, ni en el ánimo del educando se for-

EL DESBORDAMIENTO DEL GUADALQUIVIR

La crecida contemplada desde el Campo de la Verdad



La inundación desde el puente del Alcaide

jarían las virtudes de más alta nobleza. Más bien pensemos con Höffding que «no convendría que la relación personal entre donador y donatario desapareciese del todo, ya que es el germen puro de la cultura filantrópica» y consideremos la profundidad y ternura de estas hermosas expresiones de uno de los faros inextinguibles de la mentalidad española; el glorioso Vives en su *Tratado del alma:* «No se puede al afligido darle socorro más eficaz que el condolerse de su dolor; nada como la comunicación de éste es capaz de aliviar y consolar las enfermedades del alma y los más graves males, porque no hay cosa que nos pueda ocurrir en la vida tan triste y desesperada como el pensar que nadie nos compadece, ni puede el desgraciado hallar cosa más grata que las lágrimas ajenas asociadas a las suyas.»

——

La asistencia pública recoge a los huerfanitos pobres y les da sustento y albergue. También la tutela alcanza a educarlos.

Y ¿qué hacemos todos, cual es la cooperación social que va en ayuda de la asistencia pública, de Beneficencia, de la administración, para que los niños sin padres no vivan tristes y se sientan amados de los semejantes suyos dichosos y crezcan en un ambiente de tónica predilección y lleguen a hombres sanos, buenos, optimistas?

Yo pienso en las escuelas de los hospicios y quisiera que no las hubiera mejores, ni más alegres, ni más bellamente ornamentadas, ni más ricas en material científico, ni más visitadas por los poderosos y los indigentes... porque son de los elegidos de la máxima desventura.

¿Cuándo nos moveremos todos a aliviar su suerte, a entibiar sus días, a regocijar sus almas, a traerlos a la plenitud de la cultura?

¡Loor a los que nos enseñan con obras los encantos, los dulzores, la seducción del altruísmo! ¡¡Loor a los niños Francisco y José Amián Costi y Alfonso Cárdenas Espínola que tan saludable y alta lección cultural nos han dado de amor a otros niños, los niños tristes, los niños huérfanos, los niños desolados del hospicio!!

José Priego López.

DESDE MI ESCUELA

—

Empeños... no; higiene

I

Con un niño tábido en los brazos y otro no menos desmirriado de la mano, entró una mujer en mi escuela. Acercóse a mí, bostezó un «buenos días» ininteligible y me entregó un papelito, diciéndome: «La papeleta para que *armita usté* a mi hijo en la escuela». Le ofrecí una silla. Sentóse... El ropaje de los muchachos formaba cruelísimo contraste con el de la mujer. Iba esta muy bien vestida, sin superfluidades de lujo; astrosamente los chiquillos. Lejos de cubrir el cuerpo del mayorcito, exhibíanlo con descaro los muchos rotos, vírgenes de todo conato de zurcido, que *adornaban* el traje que vestía. Del cuello del pequeño pendía un babador ajeno a todo contacto acuático. A mayor abundancia de *recomendaciones* para ingresar en mi escuela, en cualquiera escuela, una horrorosa erupción cutánea invadía la cara y las manos del primero, constelándolas de postillas purulentas. Tenía depiladas las cejas y el madisterión de la misma bacteria patógena había comenzado a aclarar su negra cabellera.

Tomo nota de su hijo—dije a la madre—; pero convendría que no viniese a la escuela hasta bien entrada la próxima primavera. El muchacho está endeble, muy endeble. Además, esa enfermedad que tiene, pudiera ser contagiosa y...

—La tenía, maestro, la tenía; pero ya no la tiene; ya no tiene más que lo que usté vé: unas cuantas postillas, na. Y como *pegarse* no se *pega*. Ya vé usté—anadió acercándome a la cara el muchacho que llevaba en brazos:—con este ha dormido mientras ha estao malo y no se l'ha *pegao* ni una postilla. Esos niños—continuó señalando a todos los de la escuela—no van a ser más delicaos que este angelito.

—Esos niños serán más o menos delicados que «su angelito», y, también como «su angelito», ignorarán si la enfermedad de ese su otro hijo es contagiosa, pero yo, por la salud de esos niños y por la de su hijo de usted, no debo consentir, y no consiento, que haya ningún niño enfermo, ni sucio en mi escuela.

—¿Tampoco sucio? (¡)

—Tampoco. El jabón está muy recomendado a mis discípulos.

—¡Para pan pa estos *mocosos quisiá* yo el dinero que mi había de gastar en jabón pa ellos!

—Una buena dosis de agua fresca y clara, administrada frecuentemente, hace no echar de menos el jabón, señora. Créame usted: contra la suciedad, el agua es milagrosa. Y cogiendo, furiosa, a su hijo de la mano, exclamó: ¡Pues es menester pocos empeños pa *poner* un niño en esta escuela! Vámonos, niños.

—Empeños, no, señora; empeños, no: higiene—le dije, dulcemente.

M. Continente Lara.

La Asociación Médica Regional

Aviso a los médicos de la provincia

Este Comité tiene el honor de poner en conocimiento de los colegas con ejercicio en la provincia, pertenecientes o no a la Asociación Médica Regional, que si ofrecen a alguno un cargo retribuído en el Sindicato obrero de Río Tinto, no acepten sin informarse en las redacciones de los periódicos que son órganos oficiales de esta Asociación: *Prensa Médica Gaditana,* Tetuán, 9, Cádiz; *Gaceta Médica del Sur,* Los Arandas, 5, Granada; *La Clínica Malagueña,* Granada, 70, principal, Málaga; *Policlínica Sevillana,* Julio César, 8; *Revista Médica de Sevilla,* Cepeda, 8, y *Andalucía Médica,* Riego, 5, Sevilla, y la Revista CÓRDOBA, Dueñas, 6.

La obra de la Asociación

Con el fin de que sea conocida por todos los médicos, autoridades y público en general la obra emprendida por la Asociación, lo que es y lo que llegará a ser cuando los médicos todos se hayan dado cuenta de lo necesaria y conveniente que es la unión, con fines esencialmente morales de mutua defensa y general cumplimiento de deberes, queremos, aunque muy escuetamente, dar a conocer los dos siguientes hechos:

El Ayuntamiento de Manzanilla, en la provincia de Huelva, abrió un concurso para proveer una plaza de médico titular vacante en el pueblo; al concurso concurrió como solicitante el médico de Sevilla don Manuel Millán y el Ayuntamiento solicitó informes sobre las condiciones morales y profesionales del colega a la directiva en Sevilla de la Asociación Médica Regional, habiendo ya esta evacuado y cursado el informe.

EL MEJORAMIENTO DE TRASSIERRA

Inauguración de la fuente pública que conjura el problema del abastecimiento de agua de la hermosa barriada de Trassierra.

Niños de la Escuela pública a quienes obsequió con una merienda la comisión del Ayuntamiento de Córdoba que fué a Trassierra para efectuar la inauguración de la fuente.

Como reverso de procederes, es digno de conocerse el caso del Ayuntamiento de Castaño del Robledo. Hace unos cuantos meses el alcalde de dicho pueblo acudió a Sevilla en busca de un médico que se hiciera cargo de la titular y ofreciósela al médico asociado don Francisco Ruiz Enciso. Nuestro compañero acudió a la directiva de la Asociación y en esta supo que su antecesor en Castaño del Robledo tuvo que marcharse porque no le pagaban, exigiendo entonces al Ayuntamiento que abonase los atrasos al compañero dimisionario, pues en caso contrario no podría aceptar el cargo. El alcalde no accedió a esta noble y justa petición y el señor Ruiz Enciso se negó a desempeñarlo. Pocos días después, la Asociación, como recompensa a su elevado ejemplo de compañerismo, le ofreció la titular de Aguadulce (Sevilla), donde hoy ejerce, habiéndose hecho acreedor a la estimación y al cariño de aquel vecindario, por su cultura y honroso comportamiento.

Actos son estos que no necesitan de comentarios. Ellos dicen qué es la Asociación Médica Regional mejor que las más bellas palabras y nada hemos de añadir. Sólo reiteramos a nuestros colegas de la provincia que envíen pronto su adhesión, con el fin de que brevemente podamos constituir las Juntas de distrito y comencemos a organizar la asamblea de constitución definitiva de la Asociación, necesitando para ello de mucho tiempo, pues habiendo de celebrarse en Septiembre y teniendo noticias de que la asistencia de colegas de toda Andalucía ha de ser numerosísima, así como de farmacéuticos, pues ha de tener el carácter de asamblea médico-farmacéutica, necesario es que con sobrado tiempo estemos organizados con el fin de que podamos ofrecer un bello ejemplo de amor a la unión.

—

Por ser de interés para los médicos publicamos íntegra, y a instancias del Dr. Bracho, de Puente Genil, la siguiente carta del Dr. Rodrigañes, subsecretario del Patronato de médicos titulares:

Sr. D. Manuel Bracho García-Hidalgo.
Puente Genil.

Mi estimado compañero: tengo el gusto de contestar a las preguntas que ha tenido a bien hacerme en su muy atenta carta 1.° del actual:

1.ª La instrucción de Sanidad de 12 de Enero de 1912 y el reglamento de médicos titulares de 11 de Octubre del mismo año, clasifica las poblaciones y regula el número de médicos y haber que les corresponde con arreglo al censo de población, correspondiendo a Puente Genil segunda categoría, asignándole cinco médicos con el haber anual de dos mil pesetas cada uno.

2.ª El alcalde no puede inmiscuirse ni pactar en absoluto, respecto a sueldos, contra lo que la ley taxativamente determina. Sería lo mismo que si quisiera modificar a su antojo el arancel de notarios, haber de maestros, telegrafistas o cualquiera otro cuerpo facultativo legalmente reglamentado.

3.ª Sólo tienen opción al servicio gratuíto los pobres de solemnidad, que en sentido legal sólo alcanza a los que no tienen medios de vida y están exceptuados de toda clase de tributos. Incluir en el padrón de beneficencia a personas pudientes, es abusivo y atentatorio al interés de los médicos.

4.ª Los Ayuntamientos están obligados a incluir en presupuestos cantidad suficiente para dar servicio médico y farmacéutico a la Guardia Civil, pero este servicio es completamente ajeno al servicio de beneficencia. Es como la casa-cuartel u otra obligación análoga.

5.ª Igualmente están obligados los Ayuntamientos a abonar separadamente del servicio de Beneficencia, el reconocimiento de quintos, con dos pesetas cincuenta céntimos por cada mozo que se reconozca.

6.ª La excepción hecha por ese alcalde al pagar las nóminas del último trimestre del año último, pagando todos los empleados municipales menos los médicos, a pesar de haber consignación en presupuestos, es ilegal y vejatorio, y, en mi concepto, deben los compañeros producir la queja ante la Asociación, quien a su vez la elevaría al señor ministro de la Gobernación, quien parece interesado en poner coto a estos abusos caciquiles.

Queda contestada en todas sus partes su citada carta y aprovecha gustoso esta ocasión para ofrecerse de usted atento amigo y compañero q. s. m. b.,

J. Rodrigañes.

—

Continuación de la lista de colegas adheridos últimamente a la Asociación: Don Juan Cosano Ballesteros, de Hornachuelos; don Juan García Arévalo Hijosa, de Alcaracejos, y don Vicente Hernández Suca, de Hornachuelos,

Los obreros de Córdoba

En su local de la calle de Santa Marta, las sociedades obreras han celebrado una importante reunión, en la que se abogó, en primer término, por la reorganización de ios gremios, como base indispensable para ulteriores trabajos, y luego, por el aumento de jornales como único remedio para conjurar la angustiosa situación planteada por el creciente encarecimiento de las subsistencias.

Por su bien propio y por el de la población entera, los obreros deben ocuparse, tenaz y decididamente, en el fomento de su organización y actuación en la vida pública, porque bien poco se podrá hacer en la ciudad mientras el pueblo, como elemento fundamental, no intervenga activamente. De no producirse esta acción, Córdoba continuará siendo una ciudad sin pueblo, con daño para todos, comenzando por los obreros mismos.

——

Pruebas del comienzo de esta actuación han sido la demanda de aumento de jornales y la afirmación del propósito de activar las obras de la Casa del Pueblo, para las que se ha recaudado nuevos fondos mediante la función verificada con tal objeto en el Gran Teatro.

De este proyecto trataremos detenidamente en números sucesivos, publicando los planos del arquitecto señor Azorín y los elementos decorativos del escultor señor Pastor Valsero.

Asimismo trataremos del aumento de jornales y demás problemas de la clase trabajadora, confirmando el propósito, que sostenemos en la sección titulada *Lo que piensan los obreros*, de dedicar a estos una atención especial para corresponder a la creciente predilección que ellos demuestran por nuestro periódico, sabiendo, como saben, que todos somos obreros: manuales ellos y de la pluma nosotros.

EL DESBORDAMIENTO DEL GUADALQUIVIR

Los heroicos obreros Manuel Caballero Prieto, Juan Durillo Montes y Mariano Bogaril Serrano quienes, tripulando la barca de socorro enviada a Torres Cabrera, salvaron a más de sesenta personas que, refugiadas en las copas de los árboles, se hallaban a punto de ser arrastradas por la inundación, siendo niños y mujeres la mayoría de los arriados.

Detalles de la inundación en Córdoba.—Transporte de una barca de salvamento por el Puente Romano.

Apunte de Fz. Márquez.

El alpinismo y los toros

«No habremos de terminar estos párrafos sin hablar de las cualidades morales que se adquieren con la práctica del alpinismo. Así como es la escuela de la voluntad es la escuela del buen humor, gracias a una lucha permanente contra fuerzas ineluctables, a las que no se puede oponer un carácter irritable, que todo lo estropea.

Por la misma causa es también la escuela de la paciencia.

Y desde el punto de vista social, el alpinismo es una gran escuela de mutualidad. En la ciudad, los individuos son nuestros contrarios, nuestros competidores en la lucha por la existencia, donde muchos viven a costa de la muerte de otros. En la montaña, el individuo a qùien encontráis es un auxiliar vuestro, que os ayuda con un consejo sobre el camino que habéis de seguir; con agua, que a vosotros se os acabó; con pan, que a él no le precisa, porque ya regresa y os vale, en cambio, porque no sabéis cuándo podréis conseguirlo. Y, por último, la amistad con el hombre del pueblo que os sirve de guía o que transporta vuestra impedimenta, suprime todos los peldaños de la escala social.

El más precioso resultado del alpinismo es el de aguzar la inteligencia, de fortificar la voluntad y de elevar la nobleza de nuestros sentimientos.

Esta educación general del carácter afirma hasta su más alto grado la personalidad del hombre.»

Esto dice en su «Manual de Alpinismo» mi amigo Fernández Zabala, que es uno de los más intrépidos practicantes de este deporte.

Pero, por lo visto, las autoridades deben de creer què son mucho más importantes las corridas de toros.

Y no cabe sobre ello la menor duda; pues mientras el alpinismo en nada perjudica a la tauromaquia, dejan tranquilamente que la tauromaquia perjudique al alpinismo y aún constituya para éste el mayor peligro.

Si en alguna parte debiera el alpinismo contar con facilidades (o por lo menos verse libre de molestias), ninguna tan indicada como la Cordillera Central de España, y dentro de esta la zona de Siete Picos, Navacerrada, valle del Paular, Pedriza de Manzanares, etc., que está, como quien dice, a las puertas de Madrid.

Toda esta zona se halla, sin embargo, infestada de ganado bravo. Es casi imposible hacer una excursión por esos bellísimos parajes sin encontrarse con esos toros, que vagan libremente con intenciones que el turista no puede de antemano adivinar, y sobre todo sin que, cuando las intenciones son malas, haya medio de defénderse contra ellas.

En honor de la verdad, los toros se muestran en la mayoría de los casos más prudentes que las autoridades, y sólo a esta superioridad de los cornúpetos se debe que queden todavía alpinistas con ganas de aventurarse por allí. Pero esta prudencia es sólo relativa, y además no está garantizada. Son muchos los casos en que los excursionistas se han visto acometidos, o en que, hallándose sitiados por los molestos bichos, han tenido que perder tiempo esperando que el enemigo levantara el campo. Y, sobre todo, este peligre ahuyenta del alpinismo a una enorme parte del bello sexo, que todos debemos estar interesados en que practique los deportes físicos, desde el momento en que todavía no se ha descubierto el medio de prescindir de él para obtener nuevas generaciones. Hay, pues, un motivo social, además de la galantería, que debiera bastar.

Pero, además de los alpinistas, recorren (y deben recorrer) aquellas alturas los naturalistas. Y ya que los poderes públicos pagan tan miserablemente la labor científica, lo menos que podía exigirse de ellos es que la permitiesen llevar a cabo con tranquilidad.

Don Federico Rahola, en su libro «Sangre Nueva», sobre la República Argentina, hace notar sutilmente el contraste entre la operación del descuerne que practican los ganaderos de aquel país productor de carne, y el loco afán con que en la ganadería de lidia, característica de este país hambriento, se persigue la obtención de tipos con los cuernos bien puestos y bien afilados.

Esto me llevaría a estudiar la relación entre las corridas de toros y el hambre, que en mi opinión, es muy estrecha; pero, dejando el tema para otra ocasión, pues es demasiado amplio, añadiré al contraste observado por Rahola, otro no menos vergonzoso para nosotros. En toda Europa el proceso de la civilización ha ido destruyendo las fieras que en otros tiempos la infestaban: ol león, el bisonte eu-

ropeo, el oso, etc... En España, por el contrario, se trabaja por producir fieras.

Es muy posible que, a veces, los toros que sobrevienen a perturbar la tranquilidad del turista, se encuentren en terrenos no cercados pero pertenecientes al mismo propietario de las reses. Mas dicho se está que semejante circunstancia no puede tener valor de razón. En una nación civilizada, ya que se consiente la cría de fieras, lo menos que se puede pedir es que se reglamente con severidad, circunscribiendo mucho las zonas en que tal cosa se tolere, excluyendo de ellas los lugares que puedan tener interés para fines más elevados y disponiendo que los pastaderos de tales reses se cierren con cercas bien seguras... y que, hecho este reglamento, se cumpla.

Lejos de hacerse nada de esto, lo que le ocurrió una vez a un amigo mío y conocido artista, fué que, habiendo tenido que matar a tiros, en defensa propia, un toro de lidia que le salió al paso en la sierra, fué luego condenado a pagar el importe del animal.

Con tales precedentes, hay poca probabilidad de que las autoridades hagan el menor caso de esta demanda.

Pero sí abrigo alguna esperanza de que las sociedades deportivas, como la Gimnástica Española, el Club Alpino y otras, se pongan de acuerdo con las interesadas en el excursionismo científico, v. g. la Real Sociedad Geográfica y la Española de Historia Nacional, y, conjuntamente, hagan llegar bien sonora su voz a los poderes públicos, pidiendo lo que expongo o algo mejor que sin duda se les ocurrirá.

Y si todos estos elementos juntos no obtienen que se desinfecte de toros la Cordillera Central y tantos otros parajes públicos de España que de igual mal adolecen, habremos conseguido, por lo menos, una cosa: poner una vez más de relieve la enemiga de la gente que nos gobierna a todo lo que sea cultura física e intelectual.

Emilio H. del Villlar.

Concurrentes al banquete verificado en Córdoba, bajo la presidencia del general Chacon, por los jefes y oficiales procedentes de la antigua Academia general militar.

OFRENDA

JOAQUÍN DICENTA

Ha muerto el brioso literato, el intenso artista que de nosotros los obreros, de nuestra vida azaresa e inquietante, plagada de injusticias y dolores, compuso páginas de un realismo insuperable y una belleza descriptiva encantadora, subyugante.

Hace unos años fuí por un amigo presentado al admirado literato, y me habló de Córdoba con grande admiración y simpatía. Me expuso el pensamiento, que acariciaba hacía tiempo, de venir a pasar una temporada en nuestra ciudad, noble ilusión que el infortunado escritor no llegó a ver realizada, sin que los cordobeses hayamos tenido la fortuna de rendirle el homenaje que correspondía a su alta jerarquía intelectual, ni pudiéramos saborear las bellas producciones literarias que hubieran brotado de su brillante pluma ante la contemplación de nuestra tierra menospreciada y del hombre andaluz envilecido por usuras y explotaciones.

El arte ha perdido un colaborador excelso; las ideas generosas de todos los grandes reformadores, a un propagandista viril, de mucha enjundia y de una bizarría castizamente española; los proletarios, los humildes, los aherrojados, los oprimidos, a un defensor de prodigiosa inteligencia, de corazón sensible y alma iluminada por la clara luz de las ideas y el amor a la belleza y a la justicia.

Vayan estas breves notas a la publicidad como ofrenda a la memoria del gran español Joaquín Dicenta, y que hasta mi compañero el tipógrafo que componga estas cuartillas una a las mías las flores más delicadas de su pensamientos como recuerdo al artista y al amigo de los obreros.

Rafael Camacho.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

LA VIDA DEL POBRE

A mi amigo Francisco Castro.

El hombre no sólo vive de pan, sino de ilusiones, de alegrías, de emociones, de ensueños. En la vida del hombre no todo se transforma en cifras que aprecien su valor, que hay algo a lo que no puede ponerse precio. Más grande es, vale más la satisfaccion que experimenta el hombre con el cumplimiento del deber que todos los tesoros de la tierra. Dadle en pago de infames acciones las más grandes fortunas y le veréis que, convencido de no haber cumplido su deber, de haber cometido una acción mala, no podrá ser feliz, que su conciencia, juez inflexible que jamás se duerme, le condenará, y ese no acatamiento, esa negación del aplauso propio a sus acciones, pesando más que el premio material, le hará desgraciado.

No pueden pagarse materialmente la nobleza, la abnegación, el heroísmo, la ilusión, el amor y tantos otros sentimientos que brotan del alma, como con valor material no se puede expresar el agradecimiento inmenso que sentimos cuando, sumidos en la desgracia, experimentamos el contacto de una mano amiga que nos impide caer en el abismo sin fondo de la desesperación. Hay algo a que el oro no alcanza; hay actos, hay sentimientos que sólo se pagan con actos y sentimientos análogos, por ello el hombre humilde, el que nace en el ambiente donde la miseria y la estrechez se enseñorean por doquier, el hombre perteneciente a la clase trabajadora, no sólo necesita dinero para remediar sus males, necesita consideraciones, afectos, cariños, algo que impida que su corazón se embote; necesita que desaparezca la acerada barrera levantada entre jefes y subordinados, que se extinga el despego, cuando no despotismo, que caracteriza a la inmensa mayoría de aquellos a quienes la diosa Fortuna colocó en la cumbre, respecto de los que se quedaron en el arroyo.

Aun cuando la esclavitud esté políticamente abolida desde hace muchos años, impera tadavía en el orden económico. Si los amos de hoy no disponen de vidas y haciendas materialmente hablando, disponen de ellas desde el punto de vista económico.

El hombre, una vez erigido en amo, sea por los medios que fuere, de los otros hombres, de los pobres, como si obedeciera a una ley fatal e inevitable prescinde de todo sentimiento de amistad, de cariño, de afecto hacia esos seres y, creyéndose de distinta casta, forjándose la ilusión de que es de naturaleza superior, manda, ordena, exige; trata a los hombres sometidos por la necesidad a su dominio, como si fueran cosas, mirándolos con helada indiferencia, con una indiferencia que, a semejanza del puñal traicionero, penetra silenciosamente, calladamente, en los corazones sensibles, asestándoles un golpe mortal.

LAS GIRALDINAS, bellas artistas que actúan con éxito en el Salón de Ramírez.

El hombre de clase baja no vive, vegeta: apenas si su trabajo le produce para no morir de inanición; de su hogar huye la alegría y el bienestar por la carencia de medios con que atender a las más apremiantes necesidades de la vida; y pasa su existencia sin haber podido saborear un átomo de felicidad. Ni siquiera le es dable disfrutar de la satisfacción producida por los puros sentimientos que brotan del alma, por que, falto de instrucción en los primeros años, se le embota el cerebro; aquellos gérmenes de inteligencia, faltos de cultivo y dirección, se atrofian; sus facultades intelectuales, su alma toda, se hace incapaz de sentir y comprender y si en casos de extrema necesidad, obedecinendo a su instinto—más pulimentado, con más visos de razonamiento que en los irracionales, pero instinto al fin, ya que su inteligencia está poco menos que en embrión—comete algún desafuero, la sociedad, los mismos que estaban moralmente obligados a moldear el alma aquella en los troqueles de la bondad, de la nobleza de corazón y del deber, le castigan, le torturan, le matan, haciéndole responsable de actos que no nacieron de él, sino del medio ambiente en que se desenvolvió.

La vida tiene muchas bellezas, muchas flores, pero para él sólo fueron reservadas las espinas.

¡Triste vida la del pobre!

Modoaldo Garrido.

Presidente de la Unión de Dependientes de Comercio

CÓRDOBA

La tragedia de la inundación, por Dionisio Pastor Valsero

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 24 de Marzo de 1917 | NÚM. 32

Los graves problemas españoles

LOS NACIONALISMOS HISPÁNICOS

El nacionalismo catalán y el de otras regiones españolas, es asunto que merece unos meditados comentarios. Pero el estudio de cuestiones como ésta, donde anda envuelta la susceptibilidad de varias lenguas y de varios pueblos, requiere de por sí, para ser un estudio honesto y justo, una incorruptible y serena firmeza de espíritu, y una pura honradez en el modo de raciocinar. Por tal razón, si el juicio del comentarista aspira a ser austeramente ecuánime, no debe traspasar los límites de una mera labor expositiva o, cuando más, de una sencilla exégesis. Y de ahí que este ensayo tenga mucho de imparcial y simple exposición y muy poco de discurso jurídico y de discurso político.

He de comenzar diciendo que el nacionalismo, según se entiende en derecho político, es una doctrina perfectamente legal y parlamentaria. Y esto sólo, a priori, sirve a algunos de plena justificación. Es decir: para afirmar que, dentro del régimen constitucional de España, el nacionalismo de algunas regiones, aun en caso de separatismo, no podrá considerarse nunca como un delito de sedición o lesa patria. En otras razones, además, se apoyan los nacionalistas catalanes, vascos y gallegos, para justificar su doctrina: en que España no es un conglomerado de regiones, sino de naciones: pequeñas naciones con características étnicas y éticas diferentes y opuestas. ¿Hasta qué punto es cierta esta aseveración? Los escritores hispánicos del tiempo de oro—Lope, Gracián, Cervantes—, nunca hablaron, en efecto, de regiones españolas: hablaron siempre de naciones españolas. He aquí, a propósito, un texto del señor Martínez Ruiz: «Las naciones españolas» es el título que Gracián pone en un fragmento de «El Criticón», en el que habla de catalanes, vascos, castellanos y gallegos. Madrid — dice expresamente en otra parte—es una Babilonia de naciones. Y naciones españolas fueron las diferentes regiones hispánicas hasta muchísimo después de efectuada por los Reyes Católicos la unidad política de la península. Más: hasta el reinado de Carlos III, España, por considerarse todavía, tácitamente, como un mosaico de naciones heterogéneas, careció de bandera, y aun a la hora actual, después de cinco largos siglos de unidad política, no se pudo llegar en España a una completa, perfecta y exacta unidad espiritual e idiomática...

Un ermitaño de la Sierra de Córdoba

Tales son los fundamentos naturales, o que pudiéramos decir naturales, del nacionalismo de algunas regiones hispanas. Y, en efecto, ciertamente que es imposible negar que, por ejemplo, los gallegos, están, por el espíritu y por el idioma, más cerca de los portugueses que de los castellanos y andaluces. Pero también es cierto—y esto coloca todo intento separatista en la categoría de las cosas absurdas—que el problema del nacionalismo de los pueblos hispánicos difiere en absoluto, casi intrínsicamente, del de aquellas pequeñas nacionalidades que, atadas por la fuerza a los grandes imperios, aspiran a una plena y

Nueva ganadería andaluza.—En la huerta Astillera, situada en los feraces ruedos de Córdoba, un comerciante e industrial de bien probada competencia—don Pedro Gregorio Herrero García—ha establecido esta ganadería ejemplar. Está formada con vacas santanderinas, suizas y holandesas y se halla destinada a la producción de carne, leche, queso y manteca. Su divisa es esta: trabajo y perseverancia. A fuer de taurófilos—amantes del bello animal agrícola que tan grandes rendimientos produce; los taurófobos son los otros, aquellos que lo convierten en una fiera, lo martirizan cruelmente y anulan su natural rendimiento, toda vez que la carne de toro lidiado queda envenenada—celebramos sinceramente el establecimiento y la prosperidad de esta ganadería andaluza, realmente nueva y ejemplar.

legítima independencia. Han pasado muchos siglos, y la unidad política española está ya, para siempre, tan hondamente afirmada y consolidada, que resultaría sedición, una monstruosa sedición, todo intento de vil separatismo. Pero, sin embargo, para que esa unidad política española esté eternamente firme y no pueda surgir nunca en su cerco el separatismo, hace falta que la legislación de las regiones sea aquella que sus diferentes necesidades requieren. ¿Es tiempo aún para tal remedio? Recordemos, como una dolorosa lección, que las primeras manifestaciones nacionalistas de Cuba no eran separatistas. Y a este respecto, también como lección de buen gobierno, oportuna y saludable ahora para ciertos políticos españoles, conviene recordar, igualmente, que Inglaterra, aunque supo reprimirlo con dureza, no dió una significación torcida y aviesa al levantamiento nacionalista irlandés propiciado, hace treinta y cinco años, por la Liga Agraria de Dublin.

Veamos cómo el nacionalismo surgió en aquellas regiones españolas que poseen un carácter definido y un idioma vivo que no es el castellano. Cuando Castilla, la nación o región española entonces más potente, sojuzgó la parte cantábrica, el sur y el centro de la península, impuso a las tierras dominadas sus leyes y su idioma. Era justo. Y cuando un infante aragonés casó con una princesa castellana para con ella reinar, como Castilla seguía siendo la más fuerte nación o región hispánica, también era justo que a las nuevas tierras adquiridas por la regia coyunda, les impusiese sus leyes y su idioma. Pero pasaron siglos, y a pesar del sojuzgamiento castellano, los usos e idiomas de las tierras dominadas tenían unas raíces tan vitales y tan hondas, que no pudieron morir. Mientras Castilla estenuaba su espíritu en plasmar con sangre de toda España las gestas de nuestra magna epopeya, la periferia de la península seguía conservando intactas, soterradas, sus más altas potencias anímicas. Y, claro está, hubo de llegar el momento en que, naturalmente, esas fuerzas que yacían adormecidas, sojuzgadas, en la conciencia de las razas periféricas, iniciaron al salir de su marasmo la supremacía económica y política de las regiones del Mediterráneo y del Cantábrico. Empero, Castilla, algo decaída, pero señora todavía de España, sigue aún dictando leyes al viejo modo de los Austria. Y esto lo estiman los propulsores de los nacionalismos vasco, catalán y gallego, como uno de los fundamentos económicos o materiales de su doctrina.

¿Es justo y razonable este argumento nacionalista? Seamos nosotros, por nuestra parte, justos y razonables también en reconocer que, desde hace muchísimos años, la política demasiadamente centralista de España no ha andado nada acertada y ha escuchado con desafecto las aspiraciones regionales. Una legislación absolutamente uniforme y centralizadora en demasía, no sirve ni puede dar hoy buenos frutos en un país tan heterogéneo como España. Las necesidades de Galicia, de Cataluña, de Castilla y de las provincias vascongadas, son, dados sus idiosincrasismos diferentes, necesidades también diferentes. Así, han nacido, por virtud de tal política deficiente, el problema catalán, el problema vasco y el problema gallego. (Las regiones españolas que poseen un carácter definido y un idioma vivo que no es el castellano). De esos problemas regionales—aparte el de Cataluña y el de las provincias vascas, ya francamente nacionalistas,—el que más transcendencia reviste ahora es el problema de Galicia. En Galicia comienza a formarse, solapadamente, una intuición colectiva que va también de un modo rápido y directo hacia un declarado nacionalismo. Don José Canalejas, político de grandes talentos, había advertido la pavorosa importancia de estos problemas. Y es doloroso para España, muy doloroso, que la eclosión de tales problemas nos sorprenda sin un estadista abnegado y sabio capaz de conjurarlos y resolverlos acertadamente...

Conviene que insistamos—porque es verdad,—en reconocer que la política española, desde hace muchísimos años, no ha andado acertada. Sin tener en cuenta que ya Castilla perdió la supremacía económica de la península, en España se sigue legislando todavía para Castilla exclusivamente. Los políticos centralistas—muchas veces no castellanos, por cierto—no supieron estudiar a tiempo las nuevas necesidades de las regiones, inherentes a su progreso. Una legislación para Castilla no puede servir ahora para Cataluña, ni para Galicia, ni para las provincias vascas. Por su estructura, por su idiosincrasia, por sus productos y hasta por sus condiciones climatológicas, las legislaciones de estos cuatro diferentes pueblos hispánicos, ya no dominados económicamente por Castilla, no pueden ser iguales. Y por no haber legislado separadamente y

El Paseo de Villanueva de Córdoba

a tiempo para cada una de ellas, surgieron sus respectivos nacionalismos. El maestro del vizcaitarrismo fué Sabino Arana-Goiri. El nacionalismo vasco, silencioso, no despierta actualmente la atención de los observadores. Pero no por eso puede decirse que, anquilosado, haya desaparecido al morir hace trece años su iniciador. El vizcaitarrismo, latente, tiene una intensa vida interior. Varias publicaciones alimentan su fuego. Y si hoy su doctrina no es fuerza política, es en cambio una potente fuerza económica: la fuerza económica que creó la industrialización vascongada... El nacionalismo catalán apareció a principios del reinado de don Alfonso XII, y se reprodujo, con mayor pujanza y mayor conciencia, durante la minoría del actual rey. Fueron sus principales propulsores el célebre doctor Robert, Valentín Almirall y el obispo Torras y Bages. Aquella primitiva faz del catalanismo no originó ningún acontecimiento político de gran importancia. Empero produjo la depuración y afirmación del idioma catalán, elevándolo a un alto rango de lengua literaria. Por lo que atañe a estos últimos tiempos, todos sabemos cómo la riqueza catalana, reconcentrada en sí misma, ha ido progresando e imponiéndose. Y hoy Cataluña, por su propio poder, pesa económicamente, con los 1.700 millones anuales de su industria, más que todo el resto de España en junto... En cuanto a Galicia, ya dije antes que la preterición oficial ha comenzado a formar en su espíritu una conciencia colectiva que de un modo rápido y directo marcha también hacia un declarado nacionalismo. Y esa inquietud espiritual, que sale de lo más íntimo del tuétano de la raza, está ya elaborando, como antes en Cataluña, una formidable y segura transformación política y económica... De esto se desprende que los nacionalismos hispánicos no habrían nacido, seguramente, si los poderes centrales tuvieran en sazón oportuna, la sabiduría de legislar con la justicia y con el acierto que requerían las diferencias étnicas y éticas de las regiones. Y por eso resulta doloroso para España, muy doloroso, que la eclosión patente de estos gravísimos problemas regionales, nos sorprenda sin un estadista abnegado y sabio, capaz de conjurarlos y resolverlos acertadamente.

Joaquín Pesqueira.

Alfonso del Rosal, dibujante y escultor de muchos bríos y poderoso talento. Caricatura de Bernardo Ortiz.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

LA GANADERIA

Si chocante es el contraste entre nuestro gran saldo exportador de productos alimenticios en general y las deficiencias de la alimentación española, no lo es menos el que se ofrece particularmente en el campo de la ganadería.

Entre las observaciones que, cuando se viaja por España, dan más triste idea de su economía, figura el hecho de que, aun en regiones de prados de siega y de buenos prados naturales de diente, como ocurre en nuestra cordillera central, la carne de vaca resulte un artículo de lujo, y de que en regiones de los mismos caracteres fitogeográficos, y aun más acentuados, como yo mismo he tenido la desgracia de comprobar, verbigracia, en nuestros Pirineos aragoneses, sea un verdadero problema encontrar caballerías para hacer trayectos en que no hay, sin embargo, otro sistema de locomoción posible. Si esto ocurre en las excepcionales regiones de «prados», huelga decir lo que pasará en las inmensas zonas de estepa salina.

Comparada, por ejemplo, la densidad de ganado vacuno en España con la de otros países de Europa en el momento de empezar la guerra, aparece así matemáticamente expresada nuestra pobreza:

Número de cabezas por kilómetro cuadrado: Bélgica, 62; Dinamarca, 58; Irlanda, 58; Alemania, 37; Gran Bretaña, 30; Francia, 27; Hungría, 22; Italia, 22; Bulgaria, 21; Romania, 19; Rusia europea, seis con cuatro décimas; «España, cinco con ocho décimas».

Cierto (y nadie como yo lo ha hecho notar) que el factor geográfico no permite una densidad ganadera en la zona seca mediterránea como en la europea, que yo he llamado Subnórdica; pero las mismas cifras precedentes, al confirmar esta ley, demuestran que España queda muy por debajo aún de otros países más o menos meridionales. Una gran parte del mal se debe al factor humano, pues la ganadería es precisamente una de las ramas de la producción nacional en que la desorientación económica aparece más evidente.

Entre las bases sobre que ha venido languideciendo, mejor que descansando, nuestra economía ganadera, figuran, en efecto, las siguientes:

1. Exportación de reses vivas al extranjero.

2. Trabas a la importación de carne que la alimentación nacional reclama.

3. Insuficiente producción agrícola y pratense para el ganado, y trabas a la importación de alimento que el ganado necesita y que de nuestro suelo no alcanzamos a extraer. (Ejemplo: el maíz, por el cual claman incesantemente nuestras provincias del Norte y Noroeste).

4. Desperdicio de extensas regiones de ricos pastos (que explotadas de otro modo podrían producir cantidades mucho mayores de carne y leche), en criar toros bravos para «el espectáculo más nacional».

5. Estropeamiento de una buena parte de las razas indígenas, adaptándolas a la lidia, en lugar de mejorarlas para la producción de carne y leche. Basta recordar que las grandes razas inglesas son precisamente «shorthorns», de cuerno corto, y que en la Argentina, como en otros países ganaderos adelantados, se practica el «descuerne», como procedimiento definitivamente sancionado.

6. Deficiencia de técnica ganadera en general.

Cuanto digo en los capítulos 4 y 5, ya sé que no tendrá trascendencia práctica. Aunque el presente momento de crisis general sería singularmente propicio para iniciar resueltamente una política antitaurina, ello exigiría un sentido económico, cultural y moral muy superior al que hoy, por desgracia, domina en España.

Pero con esa enumeración creo demostrar por lo menos las siguientes cosas: que disminuyendo las posibilidades de exportación de ganado, se favorece las necesidades españolas de alimentación y de la tracción agrícola (y nótese como aditamento que a más ganado más estiércoles para nuestros campos, siempre de este elemento necesitados); que en nuestra ganadería hay muchas actividades por aplicar, brazos por ocupar y riqueza por desarrollar, y que si el problema de la ganadería en España no se resuelve, no es porque no haya medios, sino

porque hay interés empeñado en no resolverlo, aunque ello sea a costa de la decadencia fisiológica del pueblo español, de su gran mortalidad y de su saldo emigratorio.

Emilio H. del Villar.

¡Y va de cuento...!

Impuso silencio la vieja a los chiquitines, callaron los rudos gañanes, mozas y demás gente de campo, y así les habló:

—Escuchad: érase mi cuento y cuento, que yo oí contar en mis mocedades, el siguiente:

Un señor rico, muy rico, tanto que no podéis figuraros lo rico que era, tenía tres hijos: Ernesto, Leoncio y Rogelio. Todos eran hermosos, muy hermosos, pero no creais que aquel padre quería a los tres con el mismo cariño, del mismo modo: ¡nada más lejos de la realidad! Amaba a los dos primeros con idolatría, con frenesí; en cambio, al chiquitín, a Rogelio, apenas si le miraba como a tal hijo que era.. ¡Le parecía tan inocente, tan tonto...! Dióles carrera, y el primogénito, Ernesto, dedicose a la milicia, a la guerra; ganó batallas, mató enemigos sin cuento, conquistó cruces, muchas cruces, y fué el orgullo de su patria, que contaba con un esforzado campeón que sabía defenderla, con la espada, de todos sus enemigos... ¡Excuso deciros si su padre, don Jaime, estaría loco de contento con su hijo...!

Regañó la vieja a dos muchachos que cuchicheaban por lo bajo, impuso silencio a Marujilla y Antoñuelo, que se decían no sé qué ternezas, y continuó su historia o su cuento:

—El segundo, Leoncio, abrazó la carrera de abogado. ¡Qué triunfos los suyos...! ¡Todo el mundo le buscaba...! Acaudalados señores llamábanle para que les defendiera en intrincados pleitos familiares, en los cuales discutíanse cuantiosas fortunas, y él, con su saber y su inteligencia, poníales en posesión de las mismas y sumía a sus contrincantes en la miseria más espantosa... ¡Hacía cumplir la justicia...! A empedernidos criminales libró del presidio con su persuasiva palabra, volviéndoles, puros y sin mancha alguna, al seno de la sociedad, puesto que de tal modo puede juzgarse a los que no condena el código de los hombres, el Código penal.

Los chicuelos continuaron jugando, y Maruja y Antoñuelo diciéndose ternezas; algunos de los mozos doblaron la cabeza sobre los hombros, rendidos por el rudo trabajo del día; Juanillón atizó los secos troncos que alimentaban el fuego de la chimenea, y la vieja dormitaba sin haber terminado su cuento o su historia.

Cansado Juanillón de su faena, o sea de avivar la lumbre, trató de retirarse en busca del miserable jergón en que solía pasar las noches; pero, deseoso de conocer el final del cuento empezado a narrar por la abuelita, y en espera de que éste fuese tan bonito como aquellos otros que contara en noches anteriores, referentes a reyes y príncipes encantados, atrevióse a despertar a la viejecita del sueño en que hallárase sumida.

Abrió esta los ojos, restregóselos con el dorso de la mano, volvió a reñir a los chiquitines, impuso silencio a los dos enamorados y preguntó a Juanillón:

—¿Por dónde iba de mi cuento?

—Por el hermano más pequeño—respondió aquél.

—¡Ah!, si, ya recuerdo: llamábanle el poeta, por sus sentimientos, por su modo de pensar, por sus desvaríos y por sus ilusiones... ¡Siempre leyendo, o emborronando papeles...! Hablaba de un modo tan particular, que nadie acertaba a comprenderle... Su carácter, dulce por naturaleza, mostrábase fiero, iracundo contra todo aquello que representaba una injusticia, y como raro es el que no las comete en esta vida, raro fué, por tanto, el que no sintió la fuerza de sus censuras... ¡Estaba loco, sin duda...! Así lo comprendió el mundo, y el vacío hízose en su derredor.

Volvió la vieja a cerrar los ojos y, después de breves momentos, continuó diciendo:

—No podía darse punto más hermoso que aquel en que se encontraba Rogelio: allí todos eran hermanos, y como tales se querían. No había, por tanto, ni guerras, ni motines, ni pleitos, ni enemistades que turbaran la paz en que vivían todos sus moradores. Sólo se escuchaba el alegre trinar de los pajarillos, el murmullo de los arroyuelos; ¡hasta el viento gemía dulcemente...! Hermosas mujeres, envueltas en sutiles y finas gasas, veíanse por doquier; el sol estaba siempre puro y diáfano, y el cielo nunca llegó a verse empañado por el más leve celaje... ¡Todos eran dichosos y, por tanto, para nada hacían falta los servicios del abogado, de la justicia, de las leyes, del guerrero, de los reyes, de los príncipes ni de los potentados...! ¡Allí todos eran iguales...! Allí no existieron nunca guerras crueles, sangrientas, en que por defender un vil negocio, perdieran la vida miles y miles de criaturas...

Al cabo de algún tiempo, llegó a la feliz ciudad el hermano mayor, Ernesto, cubierto de bandas, cruces y condecoraciones, y vana fué su enumeración de hechos gloriosos, ni el sin número de batallas que ganara. ¡Allí no podían perdonar a quien matara a sus hermanos!.. A pesar de las súplicas de su hermano pequeñín, del loco, del poeta, el heroe y vencedor en tantas jornadas no logró

EL TESORO DE LA CATEDRAL

Portapaz del Renacimiento

Portapaz del Renacimiento con elementos barrocos.

ser admitido en aquel sitio tan tranquilo, e igual aconteció a su otro hermano, el célebre jurisconsulto, que, al cabo de un largo lapso de tiempo, también acudió en súplica de que le permitiesen la entrada en tan dichosa ciudad... ¡Allí sí que eran las leyes severas, severísimas, e iguales para todos...!

. . . .

Seguía Juanillón absorto la narración de la abuelita, y al ver que ésta callaba y que parecía como haber dado por terminado su cuento, no pudo contenerse y volvió a preguntarle con mezcla de temor y admiración:

—¿Y qué país tan dichoso es ese?

Abrió la viejecita los ojos desmesuradamente, miró fijamente a Juanillón y, dirigiendo la vista al cielo, contestóle con voz enérgica y vibrabrante, impropia de su avanzada edad:

—Allí, arriba, muy arriba; lejos, muy lejos de las pompas mundanales; allá, en lo alto, donde no existen ni ricos ni pobres, ni explotados ni explotadores, ni envidiosos ni envidiados... ¡Sólo pueden entrar en aquel sitio los sencillos, los humildes, pero de ningún modo los que tratan de imponer su poderío sobre la tierra!

Retiróse Juanillón triste y pensativo; suspendieron su coloquio Marujilla y Antoñuelo, despertaron los chiquitines y aquí terminó la viejecita su cuento o su historia.

Emilio Santiago.

"Córdoba,, y "Castilla,,

Estos días, ha acogido esta revista una especie de controversia, acerca de una publicación sevillana, que obstenta, con matiz propio, caracter regionalista; no es mi cometido, ni nadie me llama a opinar ahora en la cuestión, aunque quizá deba hacer constar que gran parte de andaluces—sevillanos y no sevillanos—coincidimos con la orientación de *Andalucía* y tenemos por ella especial predilección.

Porque estamos tan hartos ya de que nuestra tierra sólo despierte una admiración exotérica, sensual y colorista; de que todos los días se repita por la misma ruta y con los mismos vocablos el «descubrimiento y conquista de Andalucía», y de que siga creyendo la gente que Andalucía fué, por ejemplo, Arturo Reyes, y son todavía los Quinteros y el rebaño de imitadores con menos gracia y menos talento, que no podemos tolerarlo.

Este sentimiento de dignidad y de una justa conceptuación, ha llevado adeptos al regionalismo andaluz, y este problema de las regiones, agudizado cada día como síntoma del malestar español, es tan urgente para España que no vacilo en creer será el primero que acucie a los gobernantes cuando, pasadas las actuales angustias, se normalice la vida española.

Todos, entre todos, hemos hablado bastante, aunque no demasiado, de los orígenes étnicos, históricos y geográficos que condicionan esta aspiración regional.

Desde el siglo XVII, y de un modo agudo, se planteó a nuestros gobernantes que no han acertado en su resolución, dejándonos íntegro el problema y quizá más complicado por los nuevos aspectos que hoy ofrece.

Aquel consejo histórico del gobernante Conde-Duque de Olivares, en su memorial a Felipe IV, hablándole DE LA GRAN ESPAÑA, y diciéndole cómo no podía ser rey de regiones, sino de una España total, era la expresión más enérgica, aunque más desdichada, de una fórmula centralista, que ya nadie piensa en sostener como procedimiento, aunque la gran España sea un ideal; pero la gran España, viva y orgánica, ya que con el calor y el esfuerzo de todas las regiones, se ha de bordar la túnica de España.

Por eso el regionalismo, espoleado por la actitud de Cataluña, surge en todas partes, aunqne con matiz diverso y en las calles de Valencia hay letreros con el «*parleu valenciá*» y hace horas la Academia de Jurisprudencia trataba documentalmente de este asunto.

Esta palabra regionalismo suena hoy en toda España, quizá en algunos pueblos con un concepto demasiado simplista, que lo hace la última forma del «adversus hostes», pero entrando en comarcas donde se miró con horror la palabra y se anatematizó del concepto, fórmase alrededor de él una literatura a veces sentimental, de puro literatismo cursi y maléfico, otras de ideación y realidad, y hay revistas nuevas que no ocultan la bandera, sobre las que quiero llamar la atención: son éstas principalmente CÓRDOBA y *Castilla*.

CÓRDOBA, la primera por la antigüedad y la menor periodicidad de su publicación, sale semanalmente en Córdoba: lleva publicados 30 números, que yo llamaría beneméritos, y todavía no ha merecido un recuerdo de los grandes periódicos madrileños, generalmente un poco desdeñosos con la vida provinciana, que ignoran en lo más íntimo o aparentan ignorar, interesados casi siempre por lo aparatoso.

La revista CÓRDOBA, severamente hecha, labora por la comarca y por la ciudad, pero por una ciudad nueva, más ideal, más vieja y más nueva a la vez, de reivindicaciones y de restauración, «sin pandereta y sin torerismo».

Regionalista, de un sano regionalismo, con férvido amor a España, que no es en último análisis más que ansia de dignidad, y la expresión de que las ciudades y las regiones todas, hartas de ser perennemente tuteladas, llegan a la mayoría de edad, no pueden con el oprobioso y actual sistema político-administrativo.

Esto es una fórmula contra el caciquismo.

Pero volvamos a la revista CÓRDOBA, que merece tan singular mención, que por ella y para ella aproveché las líneas de este artículo.

Castilla es otra cosa y, sin embargo, es lo mismo; quizá más literaria, más «retrospectiva» si queremos, menos pueblo, pero en el fondo la revista segoviana será, a poco que se desprenda del sortilegia histórico y artístico de la ciudad, una aspiración más en este problema regionalista, y si la alientan un poco, pleno regionalismo en el corazón de Castilla: vida nueva.

Los políticos, nuestros antepasados, no hallaron el fundente que había de formar nuestra unidad; eran demasiado tres naciones diversas en la Península, tres lenguas, tres problemas y tres mares; seguimos mintiendo en nuestros programas de historia patria, cuando hablamos a los niños de la unidad realizada en el siglo XV; desdichada y oficial mentira.

El problema de esta generación será el de la unidad hispana, no simple y tardíamente a base histórica, sino con sustentáculo geográfico y económico, con sentido vivo y orgánico, para constituir España, perennemente constituyente.

Pronto, ya no podemos decir que más grave que el movimiento catalán, era la quietud del resto de España; el gran revulsivo de la guerra nos ha despertado y la sacudida actual llega hasta los cimientos.

Y a estas publicaciones, como *Andalucía*, CÓRDOBA, *Castilla*, etcétera, acudiremos con el tiempo para documentarnos y ver los hilos del gran movimiento regionalista; no es una regresión, es la única fórmula posible en la nueva política hispana; federalismos económicos, personalidad propia, etc., la nueva reconquista, en una palabra.

Antonio Jaén.

De la revista *España*, de Madrid.

Paisajes de Córdoba.—Un aspecto del camino de Trassierra.

Figuras conocidas.—Castillito, periodista activo y correcto escritor.
Caricatura de Camara.

Escuelas en el campo

¿Cómo remediar la situación actual de nuestras escuelas? El único remedio, y esto así lo entienden todos, consiste en formar grandes escuelas, no en el interior de la capital, sino en el campo, y a este efecto recuerdo las manifestaciones que expuse en un folleto publicado el año 1903. El campo es el medio mejor para desarrollar la vida; allí hay mejor aire, mejor sol, mejor suelo y más espacio; vida más natural y más higiénica; en la ciudad hay mucho que es ruín y mezquino.

Para conseguirlo, debía adquirirse primero una de las huertas que circundan nuestra capital y, en su centro, levantar el edificio escolar con arreglo a los últimos modelos pedagógicos; se le dotaría de material fijo correspondiente y se colocaría en él un personal idóneo y de reconocidas aptitudes profesionales; poco a poco se iría rodeando el expresado edificio de hermosos jardines labrados y cuidados por los mismos alumnos y de campo de labor para las lecciones prácticas de Agricultura, de que tan necesitada se encuentra nuestra clase labradora o del campo. Concluída esta, se haría lo propio con otra huerta y así hasta rodear la capital con estos hermosos y hasta grandiosos centros de enseñanza, que bien pudiéramos llamarlos verdaderos sanatorios de la humanidad cordobesa.

Algo de esto puede hacer el Ayuntamiento, ayudado, si se quiere, por el concurso de corporaciones, sociedades y particulares, trasladando una escuela pública a una de las huertas indicadas, haciéndola primero de su propiedad y después irla mejorando hasta hacerla verdadera escuela modelo. Conseguido que fuera esto, otra huerta y despuès otra, y así hasta transformar todas las escuelas públicas en escuelas de completa educación y enseñanza en donde el niño tenga aire puro y embalsamado que respirar, cristalinas y transparentes aguas que beber, delicadas flores que contemplar, deliciosos perfumes que oler y extensos terrenos en donde hacer su gimnasia natural, saltando, corriendo y jugando, con método, dirección y orden, como reclama, exige y enseña su misma naturaleza.

Visto cómo se debe educar al niño en su parte física, veamos cómo en su parte espiritual. La inteligencia debe desarrollarse despacio y gradualmente, enseñando lo mismo al párvulo que al adolescente, sin más diferencia que en el grado, de modo que unos y otros estudien cuantas materias figuran en los programas de escuelas superiores, pero no en igual cantidad ni con igual procedimiento; la voluntad se deberá educar no sólo enseñando, sino obrando, y no sólo discurriendo, sino sintiendo el placer y adquiriendo el hábito de practicar el bien, haciendo de toda enseñanza lección de moral, y de toda la escuela un templo de inmensa alegría y un paraíso lleno de atractivos y encantos; cultivando el sentimiento del alma por medio de los actos del culto, siempre hermoso, por la belleza de la naturaleza, bien reflejada en nuestra hermosa y pintoresca sierra, y por los encantos del arte, música, declamación, canto, dibujo, etcétera, etcétera; practicando todo, andando siempre y caminando despacio, puesto que el niño no se hace hombre por saltos, sino por grados, paulatina y progresivamente; y si la naturaleza nos da este ejemplo, a él debemos amoldar nuestra conducta de acción, practicando con orden y siempre sobre seguro, no dejando huecos ni pegando atrancos, yendo de lo sensible a lo suprasensible, de lo expontáneo a lo reflexivo, de la percepción a la observación, de lo particular y concreto a lo general y abstracto, de lo menos perfecto a lo más perfecto, por la necesidad de seguir en la escuela el procedimiento llamado intuitico, y en toda enseñanza y en cualquier edad, el llamado gradual o cíclivo. La sucesión del día y la noche, el desarrollo y crecimiento de todos los seres que forman los reinos de la naturaleza, son ejemplos que bien nos comprueban la verdad de lo que dejamos apuntado; trabajando así haremos de nuestros educandos hombres que discurran con su pensamiento, que quieran con su corazón, que hablen con su estilo y que obren en todo con expontaneidad, con naturalidad, con carácter, no como fonógrafo que repite, ni como mono que imita, sino como hombre reflexivo y pensador que tiene su alma propia para sacarla a relucir y hacerla funcionar.

Pero para conseguir esta educación, no sólo debe armonizarse de modo que se desarrolle todo el educando por igual y paralelamente, sino que también precisa que haya gran unidad y concierto entre sus educadores, sin cuya unidad es imposible establecer mejoras en la organización interna de nuestras escuelas, para que no resulte casi nulo el sacrificio que por su conservación se hace, y el celo, interés y actividad que por el buen resultado desplegue el maestro.

Esperar obtener de la enseñanza actual los saludables resultados que ya hemos indicado, contando con los locales con que hoy se cuenta, y teniendo un solo maestro un número excesivo de alumnos, y que esos niños por su edad y cultura intelectual se encuentren clasificados en seis u ocho secciones diferentes, es cosa que entra de lleno en la jurisdicción de lo absurdo. Con tal número de alumnos y con tal local, el maestro tiene que adoptar el sistema simultáneo o mixto, y con semejante sistema no puede dedicar a cada sección sino la sexta o la octava parte del tiempo; esto es, tendrán ocupados a ocho o diez alumnos y distraídos a los restantes, o encomendados a instructores que son niños, y como tales, sin ciencia, experiencia, autoridad, ni carácter.

Antonio Córdoba Navajas.

COSTA EN ANDALUCÍA

La obra de un hombre bueno no puede perecer. En la historia humana como en la historia de la vida universal el mal se extingue, el bien perdura. La historia humana cada vez más se descarga del peso de la narración casuística, en cuyos hilos vibra la pequeña pasión de los hombres y tiende a ser la medida del avance de cada pueblo por el camino de la civilización y de la cultura.

Un hombre malo que enseña historia a su hijo, olvidará su maldad para hablarle con admiración de los hechos heroicos de la Historia. En la historia de la vida universal, cuyo tejido lo constituye la lucha seleccionadora, lo imperfecto cuncluye, vencido por el triunfo de los seres que vinculan una más grande perfección. Son las especies más perfectas las que, en definitiva, sobreviven.

El hombre bueno es inmortal. Continuarán su vida a través de los tiempos los hijos espirituales engendrados por la potencia genésica de su obrar. Propagar su obra es multiplicar los representantes de su propia vida: es garantizar su perpetuación. He aquí el premio; porque eternizarse es la suprema aspiración de todo lo que es, y esta aspiración ha de conseguirse por medio de la procreación de los hijos de la carne y de la de los hijos del espíritu. Es esa suprema aspiración la que lleva al hombre a ordenar toda su vida individual al sacrificio por la continuación de su vida que el hijo representa; es ese supremo sentimiento el que arrastra a la fiera a acariciar y a morir por sus cachorros; el que inmoviliza al pájaro en la rama, desde donde cantando vela en el nido la vida de sus polluelos, que es su propia vida renovada y triunfante. Es ese presentimiento supremo de eternidad, el que al venir el día despierta a las flores, que, dulcemente estremecidas, abren sus cálices para ofrecer al alba las semillas de su seno, los gérmenes futuros en los cuales duerme la potencialidad de aromas y de colores que habrán de explayarse en la vida renovada de la flor, en los cálices nuevos de las flores nuevas.

Y si este sentimiento mueve la carne, convertido en aspiracion consciente lleva al espíritu a engendrar sus hijos también. Esta fué, por tanto, la aspiración de Costa al realizar su obra: que la bondad de su espíritu viviera en las generaciones, para bien de España y de la vida. Cumplamos esta aspiración de Costa multiplicando los hijos de su espíritu por la propaganda de sus dactrinas. El no ha muerto. Vive en la juventud fervorosa (y al hablar de juventud me refiere a la eterna juventud de las almas generosas, siempre dispuestas para el sacrificio), que pone sus ideales fuera del camino trillado por la vulgaridad, cuando no por la indignidad política. Aun el pasado año, yo pude decir en el Ateneo hispalense que ningún grupo organizado de hombres había que renovara las siemprevivas en la tumba del profeta, que temblando de ira y dolor lloró la ruina de la Sión española. Ya no puede decirse lo mismo. Existe nuestra institución, el Centro regional Andaluz, cuyo programa defiende muchos de los postulados de la doctrina de Costa; nuestra institución, que en pocos meses de existencia ha alcanzado un desarrollo el cual ha superado a las más grandes esperanzas, y que propagará su credo por toda Andalucía. Ha sido Andalucía, nuestra generosa y ferviente Andalucía, la que primero ha respondido a la invocación.

Blas Infante.

EXCURSIÓN CIENTÍFICA.—Bajo la dirección del culto catedrático don Antonio Moreno Ruiz y el profesor veterinario don José Garrido, los alumnos del tercer año de la Escuela de Veterinaria de Córdoba han efectuado en la barriada de Trassierra prácticas de vacunación de cerdos. Los excursionistas descansamos en la casa del propietario don José M.ª Angulo, por el que fuímos atentamente recibidos. Nos trasladamos luego al lugar indicado para efectuar la vacuna de 170 cerdos, los que fueron inoculados contra el carbunco. El profesor señor Moreno realizó una labor admirable, exponiéndonos extensas aclaraciones de cuantas dificultades podía ofrecer la operación expresada y ofreciendo nuevas pruebas de su ilustración y competencia. Por indicación del señor Garrido, nos fueron presentados varios ejemplares de raza porcina obtenidos por cruzamiento de la del país con la York, y vimos que en ellos se destacaban claramente todos los caracteres étnicos. De la excursión se obtuvieron varias fotografías para la colección en que en la Escuela de Veterinaria se conservan estas pruebas de los trabajos dedicados a mejorar la enseñanza. Una vez terminada nuestra misión, emprendimos el viaje de regreso, imperando en el ánimo de todos el deseo de que se repitan estas excursiones, que tan favorables son a la enseñanza, por quedar plenamente demostrado cuán distinta es la explicación, de la clase llevada al campo, a la práctica.—*M. Sousa.*

«Retrato de mi padre», medallón en barro del notable artista Angel Roldán Mesa.

LA ESCUELA REDIMIDA

Ya surge de la hondura;
ya late estremecida
en una poderosa
y audaz palpitación;
ya encaja en la soberbia
corriente de la vida,
y en amoroso abrazo
con ella confundida,
canta, triunfal, el himno
de su liberación.

Ya sale de los antros;
ya viste de esplendores;
ya tiende por la patria
sus alas de zafir;
ya se abren a su paso
las almas como flores.
¡La escuela resucita;
cantémosla, señores,
que empieza para España
magnífico vivir!

Del lúgubre pasado,
gloriosa se levanta;
sacude sus miserias,
circúndase de luz,
y pura y redimida
se yergue y agiganta,
para cumplir, gozosa,
la excelsa y sacrosanta
misión, que es poesía
y es fuerza y es virtud.

Quien edifica escuelas,
a Dios erige altares,
altares donde culto
se rinde a la verdad.
Cread, cread escuelas
por cientos, por millares,
que sean de la patria
fulgentes luminares
y pródigas la inunden
de viva claridad.

El mundo, dolorido,
se agita en convulsiones
y espantan de la guerra
los ayes de terror...
Cantemos aquí todos
de guerra las canciones,
la guerra a la ignorancia,
que tiene por cañones
la ciencia y el estudio
y el arte y el amor.

. . . .

Ya sale de los antros;
ya late estremecida
en una poderosa
y alegre vibración;
ya encaja en la soberbia
corriente de la vida,
y en fraternal abrazo
con ella confundida
canta la escuela el himno
de su liberación.

Suceso Luengo.

AMOROSAS

Al venir la primavera

Como está para llegar la primavera,
tus macetas sacarás a la ventana,
a que las bese el sol, a que las bañe
con tibieza de luz la luna clara;
a que aviven las hojas ya marchitas
la caricia de los aires y las auras...
Y verás florecer en un prodigio,
antes de Mayo tus macetas lánguidas.

Como está para llegar la primavera
y yo te encuentro taciturna y pálida,
cubrirás la armonía de tu cuerpo
con ricas sedas, trasparentes gasas
y aromosas esencias que perfumen
de tu pecho la mística fragancia...
y verás retoñar antes de Mayo
la alegría de otros tiempos en tu alma.

¡Que refuljan tus pupilas como estrellas
en el cielo luminoso de tu cara!
¡Que se asome entre tus labios la sonrisa
de otras veces como símbolo de gracia!
¡Que remocen los colores tu semblante
y que corran con tu sangre locas ansias..!
Y verás como vuelven a escucharse
en la reja de tu hogar las serenatas.

¡Que no puedes? ¿Que tu pena es muy (sentida
y no la entibian las flores ni las galas?
¿Que de nada servirá buscar consuelo
a los crueles sufrimientos que te matan?
No seas niña, que en el mundo todo tiene
su final y con los años todo acaba;
no seas niña, que si cruel aquél ingrato
mató en flor tus sentimientos, niña casta,
como está para llegar la primavera,
si tus flores sacas luego a la ventana
y remozas tu semblante de alegrías,
y le das nuevos anhelos a tu alma,
otro amor te llegará quizá más puro
y que adentre con más fuerza en tus en- (trañas,
en figura de otro hombre, más constante,
que en las noches te refiera en la ventana
que, la luna, por el sol, sufrió de amores
y se viste cada vez con nuevas galas.

M. Jiménez Maya.

DESDE MI ESCUELA

Mi discípulo Limones

II

Limones es un niño muy simpático, pero muy travieso, muy malo. Más que por su apellido, ya citado, conócenlo todos los chiquillos por «El tuerto», defecto físico que le *echó en cara* un chinazo habido en una de las pedreas que tan fácilmente organiza... Una noche de Enero, y como de Enero fría, salió a mí un chiquillo, en la calle, y me dijo:—«Haga *usté* el favor de darme un *mixto pa* enceder este cigarro». Indudablemente no me había conocido; el chiquillo que me demandaba candela para encender el cigarro, era mi discípulo Limones. Saqué la caja de fósforos y, sin aparentar extrañeza, se la entregué, diciéndole: toma; enciende cuantos necesites. Al oirme, al conocerme, se le cayó el cigarro de la mano, clavó en mí sus ojos, el blanco y el azul, y balbuceó con voz que tembleteabla en sus labios: — «Don Mel...chor..., era... de... cho..., de... chocolate...»

Al día siguiente, en la escuela, convencióse Limones de que yo no podía creer que él usara otra clase de cigarros que de chocolate.

En otra ocasión le dije:—Tú, que eres muy *listo de pies*, haz el favor de comprarme una *perrilla* de caramelos de malvavisco ahí, en la confitería de Carlota, que es la más próxima. Partió, raudo, y volvió enseguida.

—En esa confitería, no hay, don Melchor—me dijo.

—¿Sabes dónde está la otra?—le pregunté.

—Ya lo creo

—Pues vé a la otra.

Y fué. A poco volvió mal encarado.

—Don Melchor, en esa confitería me han dicho que no hay caramelos «pa los tíos esos».

—¿Qué dices...? ¿Qué te han dicho?—exclamé, profundamente extrañado.

—Que no hay caramelos «pa los tíos esos»—repitió, *haciendo pucheros*.

—No llores, hombre, no llores. ¿Tú, qué has pedido?

—Lo que *usté* me dijo: una perrilla de caramelos *pa los bizcos* (sic).

M. Continente Lara

Cuando el hambre domina en toda España y particularmente en Andalucía y cuando en la guerra europea se consumen los pueblos, en la *Gaceta de Madrid* ha sido promulgado el Código del Toreo para garantir que la lidia de reses bravas también ha de ser una tragedia de verdad, libre de las martingalas tan donosamente puestas al descubierto por Llapicera, Charlot y demás bufos del toreo. Ya no es el español un pueblo de pan y toros. Ha olvidado la manera de pedir pan y, exasperado por la depauperación que sufre, sólo reclama toros. Es político darle gusto. Quedará el público complacido a partir de la nueva temporada, mas, como todo ha de ser ventajas para la fiera, el lidiador sufrirá las consecuencias. El clásico clamor de ¡caballos, más caballos!, será sustituído por este: ¡hombres, más hombres al toro!

Interpretada en broma o en veras, esta será la realidad cruel y deprimente.

Dibujo de Fz. Márquez.

NIÑOS DE CÓRDOBA

Maruja y Serafina Miranda, hijas del chispeante escritor Emilio Miranda Rico (P. León).

ESPAÑA SIN PULSO

Al llegar a las manos del autor de estas líneas el folleto cuyo título es el mismo del presente artículo, hubo de producirse en su ánimo ese movimiento de desconfianza y repulsa que nos hace alejar todo lo que con epígrafes parecidos nos habla de este o el otro mal irremediable, de aquel vicio incorregible que inconscientes difamadores nos muestran, a semejanza de aquellos miserables de Víctor Hugo que dibujaban sus lacerías para mejor ejercer su profesión.

España sin pulso, frase de aquel insigne estadista don Francisco Silvela, aparece reproducida en el folleto de don José Echavarría Rotaeche. El autor de este folleto no es un pesimista a la usanza de los de hoy, no tiene esa lamentable visión de los males de España; muy al contrario: del señor Echavarría podemos decir que se encuentra animado del más sano y entusiasta optimismo, capaz de dar cima a las empresas más grandes y arriesgadas. Con sereno criterio nos va presentando ordenadamente los hechos más culminantes y que a su juicio contienen la semilla de nuestra corrupción y decaimiento: negligencias políticas que no

impulsan, cuando no dificultan, la expansión comercial de España; frases de caracterizados prohombres que denotan la más cínica y envilecida abyeción de costumbres; manifiestas contradiciones de reputados escritores asalariados por los bandos de la política turnante, viene comentado con punzante ironía, sazonado con agudezas de ingenio, que nos recuerda aquella época en que los políticos que rodeaban al Conde-Duque eran sometidos a la preclara sátira sutil del inmortal Quevedo.

Mas no es este el aspecto que una serena crítica ha de tomar por base en sus juicios. En la «España sin pulso» debemos observar, más que los hechos deplorables que su autor nos expone, la resultante, las nefastas consecuencias de corruptelas y vicios seculares que más arraigados crecen cada día a la sombra de nuestro caciquismo. ¿Quién duda de la falsedad del actual sistema parlamentario? ¿Es que ignora alguien que los más altos cargos colectivos vienen, la mayoría de las veces, precedidos por desafueros y violencias de todo género, excesos y atropellos sin límites, amparados en la más escandalosa de las impunidades? Por eso carece, a nuestro juicio, de importancia, como objeto de meditación y estudio, los efectos de la desorientada marcha política del país, si antes no nos fijamos en el estado deplorable de cosas que, por ignorancia y malas voluntades, en él tienen su razón y fundamento. Porque ¿cómo puede extrañar a nadie que el concepto de justicia quede postergado en un sistema parlamentario donde la voluntad nacional no aparece por ninguna parte? ¿Qué beneficios pueden esperarse, qué saludables reformas sociales que orienten en progresivos derroteros a un pueblo de aquellos representantes que sólo les ha movido para llegar un sentimiento deleznable de vanidad?

El autor del folleto encuentra la clave presentando la solución del problema. Oigámosle: «Formemos una entidad nacional que puede titularse «Unión Redentora de España». Con una peseta al año que entregue cada socio, se pueden elegir seis o más secretarios jóvenes y animosos como su Rey, con sueldo no menos de 30.000 pesetas anuales, que sepan esgrimir la pluma y la palabra y que lleven por todos los ámbitos de España la voz de la redención; que promuevan la acción popular cuantas veces sea necesario ejercitarla; que denuncien los horribles abusos de nuestros hombres públicos; que pidan a gritos a todas horas y en todas partes la dignificación de la magistratura, por ser la magistratura el fundamento esencial, imprescindible y primordial de la regeneración y de la redención de las naciones.»

Como ya hemos dicho al comienzo de este artículo, el señor Echavarría peca de un exagerado aunque laudable optimismo. Difícil nos parece que la tan deseada redención pueda venir de la «Unión Rendentora de España» si esta, como es seguro, tiene que luchar con los obstáculos insuperables que en todo momento la acción oficial había de poner a su paso. Por otra parte ¿no es innegable que la misma remuneración del cargo produciría recelos y suspicacias que forzosamente redundasen en su desprestigio?

No cabe duda de que, encontrándose nuestra política enmarcada en un ambiente de falsedades y corruptelas, se hace imposible de toda imposibilidad el sustraerse a los grandes incentivos que habrían de seducir la íntegra y honrada probidad de los mandatarios. A nuestro juicio, no es ese el camino que ha de seguirse en la tan deseada regeneración. Girando en torno de la órbita política, toda la labor económica y en general el total engrandecimiento social del país, la lógica aconseja que, para echar los cimientos de una nación fuerte y vigorosa, con definidos y elevados ideales, ha de empezarse por sanear el ambiente donde estos se han de desarrollar y cumplir.

Hay que fijar los conceptos de virtud, abnegación y dignidad cívica, olvidados con raras excepciones en nuestra vida púbica. Hay que emprender una lenta, pero consciente y tenaz labor de educación política, aprendiendo a respetar y cumplir leyes que fueron inspiradas en sentimientos de la más extricta justicia. Y sólo así, saneando el ambiente desde sus más pequeñas partículas, es como puede dar por frutos naturales, esos magníficos secretarios de que nos habla el señor Echavarría, pero nunca haciéndolos surgir improvisadamente.

M. Galindo Usano.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

Poetas cordobeses. — Antonio y Francisco Arévalo, cantor de vibrante y clásico estro el primero y de sentida y levantada inspiración el segundo.

La Asociación Médica Regional

La Asamblea de Setiembre

Aunque no todos los colegas de la provincia hayan enviado su adhesión a la Asociación, cosa realmente extraña, pues que nuestros fines no son otros que la mutua ayuda y los médicos de los pueblos son los que más necesitados de ella se encuentran, por su habitual anómala situación con respecto a los municipios, muy adelantados van ya los trabajos de la magna Asamblea regional que hemos de celebrar en Setiembre.

Para delinear lo que en ella haya de tratarse, buen número de colegas de Sevilla, acompañados del apóstol de la idea, del doctor Centeno, nos avisan que vendrán a pasar el día de mañana con nosotros. Acompañados de algunos farmacéuticos, posiblemente, en su visita se echarán las bases para que en nuestra provincia se constituya, como en las restantes de Andalucía, la Asociación Médico-Farmacéutica.

La Asociación está en marcha y grandes frutos va ya dando, esencialmente en Sevilla; que Córdoba pronto pueda mostrar a los colegas de España entera la sinceridad de su propio amor. Y como mañana habrá de recibir un gran impulso, a todos los colegas de la localidad invitamos para que acudan a recibir a nuestros hermanos de Sevilla, que habrán de llegar en el carreta.—*El Secretario del Comité provincial.*

Continuación de la lista de adheridos: don Vicente Hernández Suca, de Peñarroya; don Joaquín Navarro, de Córdoba; don Jerónimo Mohedano, de Pueblonuevo del Terrible: don Rafael Sarto Ariza, de Rute; don Mariano Fernández, de Almodóvar del Río; don Francisco Tapia Romero, de Alcornocar (Fuente Obejuna); don Pedro Mostaza Santana, de Zambra.

(Se continuará.)

Una nueva explicación del sueño fisiológico

I

Muchas obras modernas de Fisiología se ocupan del sueño demasiado superficialmente—constituye una honrosa excepción la española del doctor Gómez Ocaña—, o no se ocupan de él; parecen que temen tener que explicar cómo y por qué se produce. La excelente «Fisiología Humana», de Luciani, traducción española (Barcelona, 1905), no se ocupa de él lo más mínimo, como si el sueño no fuese uno de los actos fisiológicos del hombre.

Voy a exponer el resultado de mis observaciones sobre el sueño, y una nueva explicación del mismo.

El sueño está caracterizado por la pérdida de la conciencia del mundo exterior, por la abolición más o menos completa de las funciones de los centros nerviosos, y por una aminoración de todas las funciones de la vida orgánica, excepto la asimilación.

4. El sueño produce un cambio en la plasticidad de los neuronas.

La fatiga de todos los órganos, la misma fatiga del encéfalo, produce la necesidad del sueño.

Los desechos químicos del funcionamiento de todos los tejidos orgánicos, los residuos catabólicos o ponógenos (del griego *ponos*, fatiga, y *gennán*, engendrar), que se van acumulando en la sangre por no poderse eliminar con rapidez, ejercen un organotropismo en las neuronas, y las arborizaciones de éstas se retraen, supriméndose todos o casi todos los contactos—que mantienen activas la ideación y la percepción de sensaciones—y se produce el sueño.

Cuando éste se va presentando con lentitud, aparecen bostezos, alguna paresia de los músculos elevadores de los párpados y de la mandíbula y de los erectores de la nuca, determinando la pesadez de los párpados, la boca entreabierta y las cabezadas.

Cerrando los ojos, sus ojos se ponen convergentes hacia arriba y adentro, y las pupilas se contraen. De los sentidos, el de la vista es el que se entorpece y suprime primero, siguiéndole después la audición, y sucesivamente los otros.

Al propio tiempo, las facultades intelectuales han ido funcionando cada vez más confusas, y el individuo queda dormido, con la respiración, circulación, la calorificación y todas las restantes funciones, muy atenuadas, excepto la asimilación, qae se efectúa mejor con el máximo reposo de los órganos. En el cerebro subsisten bien sus funciones autónicas y reflejas.

En el sueño fisiológico (en el más fisiológico, en el momento *crítico* de salir el sol y con el canto de los pájaros), pasadas unas siete horas, por término medio, el individuo comienza a volver en sí, cambia de postura, abre los ojos, se frota los párpados, estira los miembros (pandiculaciones) y respira más fuerte, despertándose por completo.

Parece que los residuos orgánicos del desgaste de los órganos *(desasimilación)*, que va arrastrando la sangre durante la vigilia, son *somníferos*, y los que se van acumulando en ella durante el sueño residuos de la *asimilación*, tienen algo de *convulsivantes* (pandiculaciones). Inyecciones realizadas en animales con las substancias extraídas de orinas emitidas por personas antes de acostarse y después de levantarse de dormir así lo confirman.

Son unos fisiólogos partidarios de que en el sueño hay hiperemia encefálica, y otros de que hay isquemia; y estos son mayor número. Han observado directamente la circulación cerebral en perros trepanados, sometidos unas veces a la acción del opio y otras a la del cloroformo.

Yo rechazo esos experimentos, porque la narcosis del opio y la anestesia clorofórmica distan mucho del sueño fisiológico. Han debido dormir a esos animales de los experimentos con narceína y mejor con cloral, y mejor con trional, y mejor aún con uretáno, que es la substancia menos tóxica de las nombradas y la que produce el sueño más fisiológico.

Yo estoy seguro que en el cerebro del hombre dormido hay más bien isquemia que hiperemia, fundado en las siguientes observaciones:

1.ª En tenaces insomnios, que he padecido por excesos de trabajo intelectual (el que, como se sabe, congestiona la corteza de los hemisferios), he percibido sensaciones muy claras y molestas de calor y de peso en la cabeza y de frío en los pies.

2.ª Hay personas que no logran conciliar el sueño mientras tienen los pies fríos. Es un tratamiento de la agripnia aplicar un calentador a los pies del insomne.

3.ª Muchos individuos experimentan un sueño invencible tras las comidas copiosas, que les congestionan mucho el estómago y los órganos abdominales, y, por consiguiente, les tiene que isquemiar el cerebro.

Doctor Velázquez de Castro,

Catedrático de Terapéutica en la Universidad de Granada.

Pilar Alonso, que actúa con éxito en el Salón de Ramírez

CÓRDOBA

De la Córdoba destruída. La Casa de los Bañuelos, bella edificación que, como tantas y tantas otras de interesante carácter cordobés, fué demolida para procurar un ensanche que de nada ha servido, aduciéndose entonces el deseo de que con la demolición desapareciese la suciedad de las callejuelas contiguas; es decir, que el criterio estribaba en limpiar con la piqueta y no con escobas y agua, que es como parece que debe hacerse.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 31 de Marzo de 1917 | NÚM. 33

LAS PALMERAS EN ESPAÑA

Las palmeras no podían faltar en España. El árbol sagrado del Islam se halla entre nosotros como recuerdo inmarcesible de aquel pueblo guerrero y dominador que vino de Oriente, avasallándolo todo, para fundar una nueva civilización sobre las ruinas decadentes del imperio de los godos. La reina del Desierto levanta majestuosos sus penachos de hojas siempre verdes en los jardines y huertos de nuestro litoral privilegiado, en donde sentaron un día sus reales los descendientes del Profeta. Venidos sus caudillos de los desiertos de la Arabia, tenían que sentir en nuestra Patria la nostalgia del árbol de sus amores, a cuya sombra descansaran sus huestes triunfantes al desbordarse, ávidas de conquista, por las regiones de Occidente. Y cuenta la historia que fué el mismo Abderramán I, aquel caudillo valeroso que rompió las cadenas que hacían tributaria la España musulmana de la gran metrópoli de Bagdad, el que plantó con sus propias manos en las ruzafas de Córdoba las primeras palmeras traídas de Oriente, en memoria de las que adornaban los fantásticos jardines de Damasco, en donde había pasado su juventud entre fiestas y placeres. Y cuando le daban alguna tregua y reposo las rebeliones de sus émulos, apagadas siempre con ríos de sangre, a las ruzafas acudía en busca de paz para su espíritu, y a la sombra de sus palmeras lloraba a su patria perdida y a sus deudos omeyadas exterminados por el odio del cruel abbássida Abul Abbas, a la vez que elevaba una plegaria de gratitud al gran Alá por haberle guiado, errante y fugitivo por entre los aduares beduinos del Norte de Africa, hasta las costas de la hermosa España, en donde su buena estrella le tenía reservado el solio del Califato de Córdoba. Y a ellas, a sus palmeras, cantaba las hondas penas de su alma

Industrias cordobesas destruídas. Muestra de las bellas alfombras y cubrepiés que hasta hace poco elaboraba el vecindario de la Rambla, en donde se conservan algunos restos de esta industria esencialmente popular, cuyo resurgimiento pudiera producirse a poco que se cuidase de ello.

en sentidos versos que los historiadores árabes nos han transmitido, y les decía: «Vosotras, como yo, sois plantas extrañas en estas tierras de Occidente, tan lejanas de nuestra amada patria. Pero mi dolor es aún más grande que el vuestro, porque la sangre y el fuego ha exterminado a todos los míos, mientras que vosotras tenéis a vuestras hermanas en los jardines que nacen en medio de las arenas del desierto.»

Legado de los árabes son, pues, las palmeras de dátiles *(phoenix dactylifera, L.)*, que en ejemplares más o menos aislados se encuentran en nuestro litoral mediterráneo, empezando en Barcelona y siguiendo luego por toda la región baja de Valencia hasta llegar a las provincias de Murcia y Alicante, que es donde encuentran su paraíso español. Luego continúa viéndose palmeras, si bien ya en menor número, en las costas de Almería, Granada y Málaga, y, al llegar a la parte baja del Guadalquivir, abandonan las orillas del mar, y tierra adentro suben hasta la ciudad de Córdoba, que fué su cuna, para descender de nuevo y seguir las costas del Océano hasta la altura de Cintra y Lisboa. Pero el verdadero palmeral español, único en Europa, se encuentra en Elche, donde una red de acequias derivadas del poco caudaloso Vinalopó da vida a un pequeño oasis en medio de la gran estepa murciana, en el que crecen las palmeras con la misma libertad y exuberancia que en los del Sahara y de la Arabia, para tributar sin duda un recuerdo a la perpetua memoria del gran Califa que las trajo de tan lejanas tierras, porque los árboles son también agradecidos. El bosque de palmeras de Elche y la Mezquita de Córdoba son dos monumentos elevados a la gloria de Abderramán I. Extraña la Mezquita con su laberinto de columnas a nuestras joyas de arquitectura, revelando un arte venido de otros países; extrañas son también las palmeras entre los árboles de nuestros

montes, dando a conocer que su patria no es nuestro suelo. Ellas nos recuerdan los desiertos del viejo mundo, lo mismo que las piteras y nopales, con su porte exótico, nos indican su procedencia de las estepas de América.

Al decir que la palmera es el árbol del desierto, no estaríamos en lo justo si creyésemos que su habitación predilecta son las arenas ardientes y secas, abrasadas por los rayos de fuego de un sol inclemente. La palmera no es una planta provista de grandes medios de resistencia contra la sequia prolongada, como lo son ciertas especies de acacias, los taramiscos, las retamas y las artemisas que crecen en los aregs del Sahara; es más bien el árbol de los oasis por cuyo suelo corre una capa de agua a muy poca profundidad, o de las orillas de los ríos que se abren paso, como el Nilo y el Eúfrades, por entre las arenas candentes del desierto. Por eso los árabes dicen que «las palmaras viven con los pies en el agua y la cabeza en el fuego de los cielos».

Las palmeras, aunque nos parezca extraño, son árboles de regadío, y los palmerales se encuentran siempre en terrenos húmedos, ya sea porque la capa natural de aguas telúricas pase a poca profundidad, como sucede en los oasis, o bien porque a ellos se lleva artificialmente el agua de los ríos o de las fuentes. La red intrincada de acequias y canales entre el Eufrades y el Tigris, que en tiempos históricos fertilizaron las llanuras de Babilonia, riegan al presente los bosques de palmeras de Bagdad que constituyen hoy día el centro principal de producción de dátiles. Donde hay palmeras hay agua, y por eso el beduino que cruza las arenas del desierto se alegra a su vista, y las considera como representantes de la providencia divina. Además, las palmeras indican siempre la presencia del hombre, pues en estado completamente salvaje o natural, no se encuentran en ninguna parte. Cuando el riego o el agua del subsuelo les falta, desaparecen como han desaparecido las célebres palmeras de Jericó, que ha dejado de ser la «Ciudad de las palmas y de las rosas» desde que, cegados los canales y acequias que llevaban a sus campos las aguas del Jordán y de los manantiales del Eliseo, el desierto ha vuelto a tomar posesión de ellos.

Lal palmeras aisladas en medio de las sedientas arenas. son un mito como el del «león del desierto» cantado por los poetas. Cuando los viajeros preguntan a los habitantes de las desoladas regiones del Sahara dónde están los leones que no aparecen por ninguna parte, contestan con imperturbable sangre fría, según dice Humbolt en sus «Cuadros de la Naturaleza»: ¿es que en vuestro país los leones beben el aire abrasador y se alimentan de brotes secos de las plantas? Entre nosotros los leones buscan el agua corriente y la carne fresca.» La reina de las plantas busca también para vivir terrenos frescos en donde pueda extender sus raíces, y por eso es el árbol de los oasis fértiles y de los vergeles increíbles que rodean las ciudades históricas del desierto, tales como Fez, Tafilete, Damasco y Bagdad.

Es muy sabido que las palmeras son dioicas, esto es, que sus flores masculinas y femeninas no se desarrollan en una misma planta; mas lo que yo no sabía es que fuesen citadas como modelo de fidelidad conyugal, hasta que lo leí en los Comentarios a la «Materia médica» de Dioscórides, del doctor Andrés Laguna, segoviano ilustre y médico del Papa Julio III. Dice así el célebre Doctor en la edición de Amberes de 1555, dedicada a nuestro Rey Felipe II, que entonces era tan sólo Príncipe heredero de todos los Reinos de España: «Las palmas hembras no »producen jamás fructo si no tienen »cerca de si el macho: y si acaso se »le cortan o de por si mesmo se »muere, para siempre quedan estériles, y siéndoles enojosa la vida, »poco a poco se van secando: el cual »exemplo si lo tuviessen delante los »ojos continuamente las biudas, no »tratarían de nuevas bodas mientras »duran los responsos y las exequias »de los velados, como lo hazen algunas dellas, que entierran a sus »maridos oy, y se casan mañana.»

Joaquín M.ª Castellarnau.

De la Real Academia de Ciencias.

Villanueva de Córdoba. La plaza Mayor.

LOS CAMINOS FÁCILES

Días atrás comentaba un notable polígrafo esa radiante exaltación del alma de los cómicos, que les pinta de rosa el amargo dolor de la bohemia y les cubre de armiño triunfal los lamentables harapos de su disimulada penuria...

Es la historia de siempre: deslumbradora y luminosa al comienzo, trágica y desoladora al final, cuando el bermellón de la farsa se desluce sobre la piel seca y flácida y el cetro de los reyes fugaces e imprevisores no deja, al bajar el telón, una realidad de pan en el pobre tinglado de la farándula.

El escenario es una espléndida sirena que fascina y encanta. Se ha hablado mucho de los dramas detelón adentro; pero en realidad el verdadero drama de las gentes del teatro es un drama vulgar: el drama de haber equivocado el camino, de haberse dejado seducir por la famosa sirena, que al cabo de los años se trueca, por una extraña metempsícosis, en un glacial esqueleto, sin calor y sin belleza.

Es la historia de siempre. Es el camino fácil que nos ofrece la

Don Paulino.

Caricatura de Cámara.

gloria y la fortuna; el camino llano, sin grandes obtáculos, sin peligros notorios, todo terso y tranquilo, perfumado de aplausos, que, como rosales de maravilla, en los que nada punza ni hiere, son aroma y emoción y belleza en las lindes del fácil camino...

¡Bella carrera de las artes y de las letras, adonde vamos con el alma sedienta de ideal y la escarcela ayuna de blanca..! Nos alumbra ese sol que, como decía el inmortal poeta asturiano, calienta de lejos y enfría de cerca, y siguiendo su ruta anduvimos sin tregua, sin llegar a ninguna parte... Al final de esta bella carrera le llamamos llegar... Los que no llegan andan siempre, siempre, hasta que la Intrusa trunca el camino y nos lanza en su abismo sin nombre y sin fama. Por el propio dolor de nuestro fracaso debemos evitales a los nuestros estos destinos andariegos, estos caminos fáciles..., que no exigen esfuerzos, ni angustia, ni sacrificio... Que los nuestros luchen y estudien y forjen su vida sobre el yunque del libro; que sepan lo que cuesta la vida y aprendan a pelearla y a vencerla; que lloren y sufran al principio, que se debatan contra la injusticia, que se rebelen contra la mezquindad,

que saquen el corazón al aire libre para que el aire libre lo fortifique y le haga recio y vencedor...

Da mucha pena ver malograrse millares de corazones que no supieron hacer de la vida piedra de toque donde contrastar el mérito de su espíritu y se desvanecen en el camino fácil de una profesión en la que se entra sin trabajo...

Bello gesto es el de Espronceda arrojando al Tajo las dos pesetas que le devolvió la Sanidad marítima de Lisboa como cambio de su último duro; pero Espronceda sabía que su buena madre no dejaría exangüe su bolsillo, como supo después derivar por el camino de la política y de la diplomacia para poder adornar con flores y con joyas el cuello de cisne de la dulce Teresa...

«No más bohemia» —exclama Müger, el cantor del barrio Latino, finalizando las líricas aventuras de Mimí y de Rodolfo—. Soñar es bello; pero es muy tristre mortaja de los sueños la realidad de los días sin pan y de las noches sin albergue. .Es muy triste que nuestros hijos, después de pasar la vida andando para no llegar nunca, adviertan el fracaso de su carrera cuando ya no caben rectificaciones ni enmiendas... La linda fábula de Pierrot, que comienza en un beso color de rosa, acaba en una mueca de tragedia sobre un camastro miserable, sobre el que se ríen de la agonía de los poetas trashumantes unas cuantas percalinas de canallescos colorines... Fortalezcamos el alma de nuestros hijos, limpiémosles el corazón de esa fatal histeria que depaupera su cerebro y su sangre... Derrumbemos el fantasma de Colombina, y creemos en su lugar una hembra recia y sana a la que amen nuestros hijos con varonil fortaleza y en la que sepan engendrar hombres invencibles y regeneradores, que sepan vivir y soñar, porque también se sueña a través de la botella de «bon vino» de Gonzalo de Berceo.

L. Linares Becerra.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

TIRTEO

CANTO I

Tethnámenai gar calón...

Es hermoso que el hombre denodado
que por la Patria valeroso lucha,
en la primera fila quede muerto;
mas que abandone la ciudad, cobarde,
y los fecundos campos deje incultos,
y marche mendigando por las sendas
con su madre adorada, y con sus hijos,
y con su padre, y con la fiel esposa,
es la más grande y triste desventura.

Porque todos aquellos le aborrecen
a quienes tiende la implorante mano,
a la triste indigencia sometido;
porque pone un baldón a su linaje,
y la belleza, de su rostro huye,
y la fatalidad marcha a su lado.

Al varón que así vaga temeroso
todos habrán de despreciarlo, y nadie
luego honrará su nombre cuando muera.

Combatamos valientes por la Patria;
no temamos morir, por nuestros hijos,
sin curar de la vida, ¡oh luchadores!
lidiemos estrechando nuestros cuerpos,
sin llegar a la fuga bochornosa.

Encended en el alma el iracundo
fuego del heroísmo sacrosanto;
despreciad la existencia valerosa
para poneros del rival enfrente.

Y a los viejos soldados que ya torpes
sienten doblarse su rodilla débil,
no abandonéis en medio de la lucha;
¡vergüenza a los guerreros juveniles.
en cuya primer fila yace inerme
el viejo luchador, encanecido
en la lid, el espíritu exhalando
sobre la tierra, su pudor cubriendo
con las ensangrentadas manos débiles,
y desnudo su cuerpo venerable!

En los soldados jóvenes, en cambio,
todo parece bien, mientras fulgura
de su feliz edad la flor temprana.

Al joven que en la lid quedó triunfante
gustan todos los hombres de admirarlo,
y las mujeres con su amor le ofrendan;
pero ¡cuánto más bello y más glorioso
es morir por la patria los primeros!

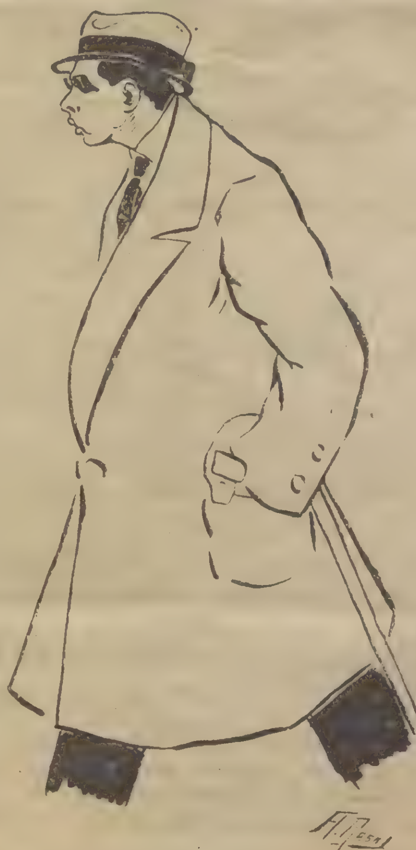
Agustín de Aguilar Tejera.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

La mejor faena.—Dibujo de Fz. Márquez.

El oficio ingrato del periodismo

Nos proponemos hablar de nosotros, de nuestro oficio, de intereses que nos atañen directamente. La pluma del periodista, así la que goza merecida fama como la modesta y anónima que trabaja, y sufre, de las redacciones, ocúpase siempre en la obra santa de la cultura nacional, en la defensa de intereses ajenos, públicos o privados, y en protestar contra las injusticias, en desfacer entuertos, en apoyar a los débiles, en alentar a los que desmayan; pocas veces, en cambio, se detiene a examinar las propias desventuras y a proteger sus propios intereses. De viejo es sabido todo esto, proverbial es ya. Lo raro, lo sorprendente es que haya, como de vez en cuando lo hay, excepciones. Alguna pluma bien tajada, como la de Dionisio Pérez en *El Muudo*, habló del dinero de la literatura y de los desprecios de los literatos. Pero de los periodistas, ¿quién habla? Lo natural, lo ordinario quiero decir, es que el periodista viva miserablemente, ganando sueldos de hambre, trabajando sin descanso, un día y otro, sometido, sin ideal, sin ley, sin derecho, peor que un escribiente, obligado, por no morir, a todos los expedientes desagradables de la vida; incluso al sablazo y la caridad de un sueldo del Estado o del Municipio, la secretaría particular de un político o la de un escritor afortunado. Aquella independiente y despejada vida, acaso un poco bohemia, del viejo periodismo español, se acabó ya; la redaccion se ha burocratizado, salvo raras excepciones, sin que los beneficios de la burocracia alcancen a la nómina y a las condiciones físicas del trabajo de los redactores. Poco a poco truécase el redactor en un oficinista más; pero sobre su nombre sigue pesando ese desprecio público, a ratos mezclado de admiración morbosa, que tanto daño nos hace a todos. Parece necesario que la opinión, que componen el vulgo y gentes cultas, profanos e iniciados, puedan hablar mal de nosotros, echarnos encima toda la baba de las almas de tardo vuelo, cargarnos las culpas y los vicios de su propia ruindad, de su torpe conciencia. Más respeto hay para el torero que para el escritor de artículos. Para la pluma anónima que redacta sueldos y noticias, para esa sólo menosprecio hay. ¿Acaso nosotros mismos que la empuñamos—la misma pluma que escribe cuentos, poemas, dramas y cróni-



Figuras conocidas.—José Fz. Márquez, repujador y guadamacilero de mérito bien probado, escultor muy notable y caricaturista de verdadero ingenio.

Caricatura de Alfonso del Rosal.

cas—no la hacemos objeto de nuestro desdén? Y cuando el periodista piensa, quiere, siente, ¿se reconoce ser él? Entonces deja de ser redactor de periódicos para pasar al libro verde de los insumisos, de los inadaptados, de los rebeldes, condenados a la reprobación universal.

Los vencidos en esta lucha áspera, son los que luego apellidamos mercenarios, injustamente las más veces, porque vender el trabajo no es vender la fé íntima en las ideas. Aquel que logra a fuerza de talento, de habilidad o de suerte, romper las amarras que le sujetan a la picota de su oficio, imponer su nombre entre la turba de sus compañeros envidiosos, la multitud celosa de los editores y la muchedumbre indiferente que lee, también deja de ser periodista para llamarse autor, ministro, cualquier cosa menos lo que es y lo que debiera enorgullecerle ser. El caso de un compañero ilustre como el de Julio Burell, que persiste en honrarse con el título de periodista, es raro. En los demás obedece a cálculos que adivinamos. O se trata de políticos que escriben tal vez en periódicos propios artículos encaminados a los fines ya obtenidos. De estos no queremos hablar, porque su vida no tiene nada de común con la nuestra. Hablaríamos de ellos para pedirles algo que no se han acordado de hacer: leyes que nos defiendan.

Periodistas somos los que por amor al oficio, al ministerio fecundo del periodismo, por afición a las letras, por capricho cruel de la suerte ingrata y dura, caímos en la sima de una redacción. Somos periodistas los literatos en formación, en vías de éxito o sin talento bastante para levantar el vuelo a regiones más amplias; los escritores que carecemos de habilidad para asentarnos en más descansada oficina, de sentido práctico para trocar en letras de oro las letras de plomo; los estudiantes echados de las facultades por la pobreza y la desgracia; los impacientes que no recordamos a tiempo la fábula de Icaro; los audaces equivocados; los vencidos en los incruentos pero dolorosos combates de la inteligencia. Somos periodistas los que todos los días y todas las noches, en las salas de redacción o en las salas de las centrales de telégrafos y teléfonos, emitimos sueltos, trasmitimos noticias y comentarios, componemos crónicas, redactamos artículos, derrochamos raudales de energía mental, volcamos sobre las blancas cuartillas los sesos y el alma; y los que, por fuerza entrometidos, recorren las estaciones fastidiosas de los centros oficiales y de los círculos políticos y literarios. Periodistas somos nosotros los que ganamos por escribir, para honra y provecho ajeno, día y noche, sobre todos los asuntos, anónimamente, de quince a sesenta duros mensuales. Muchos son los que ganan menos de quince. Pocos los que ganan más de sesenta. Y esos duros son nuestra cadena, porque sólo nosotros sabemos qué paciencia, qué renunciaciones, qué suicidios de nuestra voluntad y de nuestro amor propio nos cuestan. Y conste que hablo por cuenta ajena.

Y porque somos débiles y nos hemos entregado sin reservas, sin defensa, con amor las más veces, como no se entrega el obrero ni el oficinista, por eso se nos tiene en menos, se nos humilla, se abusa de nosotros; nos sufrimos, nos aguantamos para no morirnos materialmente de hambre, para no sacrificar a los nuestros por un vano alarde de dignidad, de propia estimación, o para no perder el porvenir que nos figuramos que se nos ofrece.

No hay peor oficio, más pobre, más ingrato que el nuestro. Pudiéramos contar páginas sangrientas de la vida trágica del periodista. No pasa año ni mes acaso que no haya uno de nosotros que muera en los sotabancos, en los hospitales, en pleno arroyo. ¡Quién sabe cuál es la ventura de tantos como desaparecen! Innumerables son las viudas, los huérfanos y los padres ancianos y desvalidos de los obreros de la pluma inteligente, que sucumben en la más horrible de las miserias. Casi todos nosotros morimos tísicos, o mentalmente agotados, o locos por los esfuerzos y el dolor padecidos. Se sabe de periodista que no pudo, a la hora de la desgracia, conseguir la caridad de un asilo. Los hay que viven recogidos por gentes pobres, pero de buenas entrañas. No faltan los que procuran vivir (la vida es un derecho natural y sagrado) pidiendo aquí y allí dos pesetas o sacándolas con tristes engaños. ¡Y cómo no ha de ser así, puesto que, incluso cuando trabajamos en plena posesión de nuestra fé en el mañana, la de nuestra inteligencia y de nuestra cultura, nuestra voluntad de ser como se debe y se quiere, no ganamos para vivir! Dichosos los que disfrutan de un empleo del Estado. Dichosos los que

ARTISTAS ESPAÑOLAS

La cancionista Carmen Flores, que actúa con éxito en el Salón de Ramírez.

son redactor de un periódico y corresponsal de otros. Dichosos, en fin, los que ven solicitada su colaboración, porque la vida de estos es buena. Pero si a los demás los arruina y acaban las privaciones, a esos dichosos les gasta y agota el exceso insostenible del trabajo.

En muchas redacciones hay abogados, médicos, profesores sin cátedras, poetas nutridos de ideas, por dos pesetas diarias escasas. Las hay que pagan a sus redactores con sueldos sacados del Erario nacional. Las hay que pagan con promesas. alimentándose con el trabajo de los meritorios, plaga terrible que agota nuestros campos. Así en la Corte, así en provincias acontece.

Somos los más débiles y los más desgraciados de los trabajadores. Sin embargo, ¡cuán poderosa es la fuerza que reside en nosotros! Pero nos falta el espíritu de solidaridad, de unión, de confianza mutua, que podría hacer eficaz esa fuerza que está en nuestras manos, como el rayo en la preñada nube, y que no sabemos poner en movimiento.

El empleado de comercio, antes tan manso y sufrido, supo acabar con los meritorios, elevar los sueldos a un nivel aceptable, obtener el descanso semanal, conseguir la indemnización mensual en caso de despido, hacerse tratar respetuosamente... ¡nosotros no! La redacción está abierta a quien quiera ser periodista, aunque no sepa escribir. Nuestro puesto está a merced de cualquier intrigante. El sueldo que se paga es, en muchos casos, una gratificación que se da. Nadie discute el precio. No aspiramos a vivir de nuestro trabajo. No hemos salido de la asociación absurda que junta al lobo con el cordero. No supimos crearnos medios de subsistencia para los días, siempre amenazadores, de las cesantía. Nuestras mujeres y nuestros hijos carecerán cuando muramos, de esa pobre pensión que disfrutarán los del más modesto de los empleados públicos.

¿Hay, pues, alguien más infeliz que el periodista, que el peón intelectual?

Trabajamos más que el bracero y el oficinista, y ganamos menos. Somos más fuertes y nos puede todo el mundo; valemos más y se nos trata peor; levantamos a los hombres, y vivimos en el anónimo y en el envilecimiento; tenemos talento y lo vendemos hasta que, no quedándonos nada por vender, morimos de dolor. ¿Y ha de ser siempre así?

No. Día llegará en que depongamos nuestras competencias, egoísmos y enemistades; en que nos juntemos fraternalmente como los machos cabríos se unen contra el lobo; en que nos defendamos con las garras, con los dientes, con la pluma trocada, si es menester, en vengadora lanza; en que será el nuestro un oficio de hombre y nuestro trabajo el que nos asegure holgada y decorosa vida.

J. Gómez de Fabián.

Cómo ha visto Córdoba un escritor colombiano

V

Sigo entonces mi camino. Entro de lleno en la ciudad. Todo aparece desierto, quieto, mudo; todo duerme bajo la caricia del sol.

Camino por calles estrechas, limpias, silenciosas, en las cuales flota, entre apacible claridad, un vaho tibio y un ambiente de sopor. Las calles por donde voy se desenvuelven, se cruzan y se pierden en extenso dédalo, retorcidas y serpenteantes en curioso y complicadísimo laberinto. Ando despacio, oyendo el eco de mis pisadas Miro los edificios de un lado y de otro de las calles, con sus aleros que casi se tocan, que apenas dejan ver una raya de cielo, y veo que estos son, en su mayoría, casas de dos pisos, construídas con muros de tierra enjabelgadas de cal, con techos cubiertos de tejas de barro cocido, con balcones y miradores; con rejas y ventanas pintadas de colores, claros y vivos. A mi lado pasa, de tiempo en tiempo, algún mendigo que me extiende su mano; o al final de una calle, o de una esquina a otra, miro una silueta que va o que cruza y que pronto desaparece. Encuentro algunos comercios abiertos, pero en estos ni entra ni sale nadie. Allí también hay sueño; allí también se reposa. De los dueños apenas se oye el crujir de las plumas sobre el papel, detrás de los escritorios, o se columbran sus siluetas adormecidas, en el fondo, en medio de un claro oscuro matinal. Pero en medio del letal silencio que por todas partes se siente; en medio de la inmovilidad casi completa que todo lo aprisiona, no hay, no, ni una sola ráfaga de tristeza. Por el contrario:

El Hospital de Villanueva de Córdoba

el viajero, poéticamente emocionado, se regocija y se llena de emociones y de ensueños, deleitada la retina con lo blanco, blanquísimo de los muros de las casas, con lo limpio y barrido de los pavimentos, con lo pintoresco de las encrucijadas, con el admirable desbordamiento de macetas y trepadoras florecidas que decoran y engalanan rejas y miradores. Y a medida que se avanza, el aspecto de la ciudad es más típico, de más color local. Por las puertas principales de las casas, por entre los enrejados de los transportones, se ve a cada paso multiplicarse los famosos patios andaluces. Estos, hermosos y alegres, embaldosados con mármoles y rodeados de amplias galerías cuyos techos sostienen de trecho en trecho, columnas delgadas, también de mármol, a la vista aparecen espléndidos e ideales. En ellos se contempla, entre cuadros, muebles y cortinajes que lucen por las galerías, aquí y allí, por un lado y por otro, en artístico desorden, en grandes o en pequeños tiestos, plantas tropicales de lozano, vigoroso follaje y finas macetas de rarísimas flores. Y son patios de ensueño, que dijera el poeta; patios de quimera que exhalan perfumes y frescura; patios en cuyo fondo se oye el trinar de las notas cristalinas y palpitantes de una agua inquieta y fluyente que desgrana perlas en áureos y rizados surtidores. Y una impresión de paz y de recogimiento, dulce y delicada, penetra los sentidos, convidándoles a gozar de la generosa poesía del silencio, poesía que vigoriza el pensamiento y da a la imaginación esplendidez. Y en medio de calles tan blancas, tan desiertas, tan misteriosas, por un momento, y en un lampo de visión, el viajero cree haber llegado a sorprender el secreto del alma apasionada y fogosa, poética y sensual, de los hijos del Profeta, y de sus descendientes en su mezcla de castellanos y de grandes soldados vencedores...

Pedro Uribe Gómez.

Franceses y españoles

Discurro que es este un punto bien delicado. Se necesita ser un equilibrista maestro para no caer en lamentables equivocaciones. Hablar de las relaciones entre franceses y españoles en los actuales momentos sin herir a los unos o a los otros, es empresa que debiera hacerme retroceder por lo peligrosa. «¡Callad! ¡Desconfiad! ¡Los oídos enemigos os escuchan!,» se lee hoy en París por todas partes: en las estaciones de los ferrocarriles, en los tranvías, en los cafés, en los comercios. No quiero seguir el consejo. Para lanzarme al espacio sobre esta cuerda tirante poseo un balancín, del cual me he servido siempre con buen éxito. Este balancín se llama «sinceridad.»

Pero el citado esparcido letrerito se presta a algunas consideraciones. Desde luego hace ostensible que el carácter francés es expansivo. En Berlín no hará falta, ciertamente. Y si mis casi paisanos los gallegos se hallasen en guerra (que no se hallarán) con alguna otra potencia europea, tampoco.

Tenía yo un amigo de esta región con el cual tropecé en la calle después de larga ausencia.

—¿Cuándo ha llegado usted?—le pregunté.

—Hace tres días—me respondió.

Y arrepentido inmediatamente de haber dejado escapar la verdad, añadió:

—Y algo más.

Maestros como éste hacen faltan, por lo visto, en Francia.

Hablemos sinceramente de nuestra amistad con los franceses. Es manifiesto que en España no son todos amigos y admiradores de Francia. Antiguos resentimientos, cóleras, despechos; esto es lo que sale a la superficie en cuanto se remueve un poco el estanque.

Es la historia de todos los vecinos. Cuando vivimos largo tiempo en estrecho comercio con una persona, las pequeñas molestias, desatenciones, injusticias, que nuestro congénito egoismo arrastra consigo, se van depositando lentamente en lo que los psicólogos llaman «conciencia sublimal». La educación, el amor a la tranquilidad, la pereza, también retieuen prisioneros todos aquellos elementos de discordia. Pero llega un momento en que cualquier acontecimiento imprevisto les abre la puerta y entonces salen furiosos, brutales, con los ojos inyectados.

Hay que convenir en que los franceses no se han preocupado mucho hasta ahora de ganar nuestra simpatía. La Prensa, particularmente, no ha vacilado en zaherirnos y en manifestarnos su desprecio en más de una ocasión. Cuando el actual presidente de la República nos hizo el honor de visitarnos, algunos de los periodistas que con él vinieron no estuvieron exageradamente amables con nosotros. En una de sus correspondencias leí con estupefacción que las calles de Madrid eran lóbregas. Es sencillamente ridículo, porque en todas las capitales de Europa hay calles más lóbregas que en Madrid. Un francés me dijo en cierta ocasión que le bastaba 25.000 hombres para conquistarnos.

Sabido es que en todas partes existen groseros y necios; pero no hay que maravillarse de que estos alfilerazos repetidos lleguen a producir el efecto de una puñalada. Son pocas las personas de sangre fría capaces de asignar a las cosas su verdadero valor. Hay un teorema en la Etica de Spinosa, que dice: «Aquel que imagina que es odiado por otro y no cree haberle dado ningún motivo de odio, le odia a su vez.»

Todo esto, repito, procede de la vecindad. Si los vecinos de una casa supiesen lo que otros dicen de ellos en vez baja, pronto se convertiría aquella mansión en un campo de Agramantante. Cuando uno es bastante estúpido, para decirlo en voz alta, es cuando estallan esas reyertas de Montechi e Capuleti que todos conocemos.

Por lo demás, no creo que si tuviésemos cerca a los alemanes fueran más piadosos con nosotros. Recuerdo que hace ya bastantes años vino a visitarme un periodista germano. Estaba encantado de nuestra nación; todo le interesaba, todo le conmovía; recorría los pueblecitos de la provincia de Madrid y se pasaba semanas enteras con los labriegos y aprendía unas canciones bárbaras, que repetía de un modo que me hacía estallar de risa. Sin embargo, yo abrigaba algunas vagas sospechas de que aquella admiración por España no era de buena ley. Un día vino él mismo a confirmarlas.

—Ayer—me dijo—he tropezado con un amigo y compañero de Leipzig que desde hace unos días está en España. El pobre hombre se queja de todo: se queja de los ferrocarriles españoles, se queja de los hoteles, de los servicios públicos, del Correo, del pavimento de las calles, de la Policía, del alumbrado... Yo le he dicho:—Hombre, eres un tonto. A España no se viene a buscar buenos hoteles, ni buen pavimento, ni Policía, ni Correos, sino por otras cosas muy distintas.

Confieso que me subieron los colores al rostro. Aquel joven periodista nos tomaba por africanos y hablaba de Madrid como si estuviera en Mequínez.

Aparte de estas antipatías dispersas, engendradas por el despecho, existen en nuestra nación poderosos elementos que en la presente contienda se han puesto al lado de los germanos. Se puede decir, sin temor a equivocarse, que de los tres estamentos, «clero, milicia y estado llano», sólo el último simpatiza con los aliados. Los dos primeros, más o menos ostensiblemente, se han colocado de parte de los Imperios centrales. Veo el fundamento que tiene para mantenerse en su actitud el segundo. Siendo Alemania un Imperio esencialmente militar, es lógico que todo aquel que profese las armas en Europa se sienta inclinado hacia él. Si en vez de los explosivos y los líquidos inflamables predominase en Alemania el dulce de almíbar, y la fábrica de Krupp, en vez de cañones, fabricase mantecadas, todos los confiteros españoles serían germanófilos.

No encuentro tan justificada la actitud del primero. ¿De dónde o de qué procede ese amor que nuestro clero regular y secular manifiesta hacia los alemanes?

—No es el amor por los alemanes lo que les impulsa—me decia un amigo.—Es el odio hacia los franceses.

—¡Imposible!—le respondí.— En la doctrina cristiana la palabra odio no tiene beligerancia. Un ministro del Crucificado está obligado a proceder por amor en todos y en cada uno de los momentos de su vida. Además, es posible odiar a una persona o a una docena de ellas; pero monstruoso y absurdo, aborrecer a cuarenta millones de seres humanos.

Comprendo, no obstante, que ciertos católicos se hayan dejado extraviar por la ley de asociación en los sentimientos de que también habla Spinosa. Cuando una persona o cosa nos ha causado una impresión desagradable, todo lo que se relaciona con aquella persona o cosa nos la produce igualmente. Quiero decir que hacen extensiva a todos los franceses la aversión que les ha inspirado unos pocos.

El sectarismo había llegado a hacerse odioso en Francia. Era un terrorismo blanco remedo de aquel otro rojo del 93, del cual aún guarda en su memoria el género humano la imagen espantosa. No se cortaban cabezas, pero sí carreras y bolsillos. Eran sacrificios incruentos con desastrosas consecuencias para las víctimas y sus familias. El Poder central, como en tiempos de Robespierre, tenía delatores en todos los pueblos de la República. A las oficinas del ministerio del Interior y de la Guerra llegaban noticias de los funcionarios civiles y militares. Era una Inquisición invertida. Había una lista de los queasistían solamente a misa los domingos; otra, por fin, de los que acompañaban a sus señoras hasta la iglesia y se quedaban a la puerta. ¿No es verdad que esto hace reir? Parece imposible que los franceses, tan finos, tan avisados, con tanto instinto de lo cómico, hayan podido sufrir tamañas ridiculeces.

La celebrada artista andaluza Pastora Rojas, cuya presentación se ha de verificar en breve en el Teatro Circo de Córdoba.

Pero no veo motivo para odiarles. Es una de tantas consecuencias de la cobardía social, como en todas las épocas y en todos los países se registran. Un demagogo logra encaramarse y siembra el terror en la nación, no por medio de la guillotina como sus antiguos colegas, sino por la cesantía y la postergación. ¿Tiene esto algo de sorprendente? Figurémonos que en aquellos desdichados tiempos en que nuestra España se hallaba entre las garras de una minoría grosera y anárquica, cuando se ponía restricciones al culto católico, cuando se insultaba en la calle a sus ministros, cuando en el Congreso de los diputados se proferían blasfemias repugnantes; figurémonos que existiese a nuestro lado una nación timorata que en vista de tales excesos nos dedicase un odio mortal y se alegrase de cuantas desgracias nos cogiesen; ¿no clamaríamos inmediantamente contra tal injusticia? Francia se encuentra, con respecto a España, en este caso.

Con razón o sin ella se halla allí esparcida la opinión de que los españoles les somos hostiles. Se sienten heridos y se irritan, y esta irritación se traduce en frialdad aparente por lo menos. Agunos españoles, lo mismo señoras que caballeros, se me quejan de que en ciertos sitios se le recibe con descortesía; que en los comercios donde realizan sus compras escuchan, aunque pranunciadas en voz baja, palabras desagradables. Yo les respondo: «Señoras y caballeros, no debe sorprenderles mucho que esto suceda. Es fácil olvidarse de que el amor no se halla esparcido entre la Humanidad tan copiosamente como fuera de desear. Cuando un perro forastero entra en un pueblo, todos los demás se ponen a ladrarle sin motivo. Entre personas que se hayan tratado largo tiempo y que parecen apreciarse, una nada determina el rompimiento y el odio. Cuando un criado nos insulta en la calle aborrecemos a su amo, que no se ha movido de casa. Mi padre tenía un perro que no podía entrar en cierto caserío por tener allí un enemigo formidable de su misma raza. Aconteció que el dueño de este perro vino un día a visitarnos; el nuestro, con gran sorpresa de todos, porque era muy pacífico, se arrojó sobre él furiosamente y costó gran trabajo para evitar que le despedazase. Así es el mundo de los perros y de los hombres. Nosotros pagamos en París los vidrios que en Madrid rompen los germanófilos.»

Esto no obstante, me cumple declarar que ni yo ni las personas que me acompañan en París hemos escuchado hasta ahora ninguna palabra que pudiera molestarnos, antes por el contrario, nos vemos acogidos en todas partes con irreprochable corrección. Acaso sea todo aprensión y bobería de estos buenos españoles.

Pero aunque existiese cierta hostilidad en el vulgo no debe esto desconcertarnos. ¿Qué significa el vulgo? Lo que nos importa aquí y en todas partes es la gente que piensa, lo que ahora ha dado en llamarse clase intelectual. París es algunos millares de personas y Madrid algunos cientos. Estos son los que gozan de permanencia en sus sentimientos, y, por tanto, dignos de respeto. La masa se inclina de un lado o de otro al más ligero soplo; lo que hoy ama mañana lo aborrece; la roca Torpeya en todas partes ha estado cerca del Capitolio. Recuerdo que cuando vine por primera vez a París, hace más de veinte años me recomendaban que hiciese lo posible porque no me tomasen por italiano a fin de evitarme molestias. Hoy me convendría afectar el acento toscano o napolitano.

Los intelectuales franceses están de nuestra parte; han recibido el manifiesto que el año anterior les han enviado los nuestros; saben estimar nuestras cualidades, y si he de confesar la verdad, nos aprecian a veces más de lo justo. En un estudio sobre la literatura española publicado recientemente por el sabio catedrático de la Sorbona Ernesto Martinenche, leo las siguientes palabras: «De todas las literaturas extranjeras, la española es quizá la que ejercido en Francia la acción más profunda y continua.» Es falso, pues, que nos desprecien los únicos capaces de apreciar y despreciar. Y como éstos son, en definitiva, los que guían la opinión y dirigen el mundo, debemos estar seguros de la amistad de Francia.

Armando Palacios Valdés.

La Asociación Médica Regional

La Asamblea de Setiembre

El pasado domingo, en el carreta de la mañana, llegaron de Sevilla, cumpliendo su ofrecimiento, nuestros hermanos médicos y farmacéuticos, los doctores don Jesús Centeno, iniciador del movimiento de asociación regional y director de «Andalucía Médica»; don Blas Trillo, director de «Policlínica Sevillana»; don Agustín Sánchez-Cid y don Juan Ruiz de Larriva, redactores de esta revista profesional; don Ramón Ribas, redactor de «Andalucía Médica»; don José Aragón, redactor del «Boletín de la Cruz Roja»; don Antonio Castilla Marín, médico de Pruna y miembro de la directiva del distrito de Morón; don Julio Arrans y dou Lorenzo Bajuelos, farmacéuticos.

En la estación fueron esperados por gran número de adheridos y entusiastas de la Asociación, entre los que se hallaban, además de los médicos asociados, los farmacéuticos don Enrique Villegas, don José de la Linde y don Angel Avilés.

Como el objeto de su visita, además de los naturales y hermosos deseos de estrechar más los lazos de confraternidad, era el de cambiar impresiones acerca de la campaña de organización de la Asociación en nuestra provincia, daremos cuenta de los acuerdos que se tomaron en principio.

El pueblo de Rusia forjando a su gusto la corona de los Zares.

Dibujo de Alfonso del Rosal.

En primer término, y con carácter definitivo, se acordó se celebre la magna Asamblea de constitución definitiva de esta Asociación en toda Andalucía el próximo mes de Setiembre y durante los días 10, 11 y 12.

Se rogó a los farmacéuticos se constituyeran en Asociación regional, para lo que se dirigirán en solicitud de adhesión a todos sus colegas de la provincia. El señor Villegas, presidente del Colegio de Farmacéuticos prometió reunir a los colegiados con este fin y a la par ponerse al habla con nuestro comité, con el objeto de extender las bases de la próxima unión médico-farmacéutica. Bases que habrán de ser propuestas y discutidas en la Asamblea.

Para que la asistencia a la Asamblea sea fácil a todos los colegas, se solicitará de las Compañías de ferrocarriles la aplicación de la tarifa X. 17, para los profesionales y sus familias.

Los puntos principales a tratar en la Asamblea, serán: Reforma del Reglamento general de la Asociación, ya aprobado en Sevilla y en la Asamblea de Granada.

Elección de Presidente de la Asociación.

Designación del lugar donde se halla de celebrar la inmediata.

Petición de pago a los titulares por el Estado.

Y discusión de gran número de mociones, que iremos dando a conocer en números sucesivos.

Sevilla, Cádiz, Huelva, Granada y Jaén ofrecen enviar un gran contingente de médicos y farmacéuticos a la Asamblea. Noticia tenemos también de que colectividades médicas de distintos puntos de España han de enviar representaciones.

Que los médicos y farmacéuticos de Córdoba den una bella prueba de unión y compañerismo.

Reciban todos los colegas nuestro coordial saludo y un cariñoso abrazo los que desde Sevilla, nuestra ciudad hermana, han venido a proporcionarnos unos momentos de dulce y breve esperanza por la unión.

——

Damos las gracias a nuestro ilustre compañero don Bartolomé Gómez Plana, por la reproducción de nuestros deseos en las columnas de su prestigiosa revista «Prensa Médica Gaditana». El, activo propagandista de la Unión, nos estimula con su entusiasmo y probidad.—*El Secretario del Comité provincial.*

——

Continuación de la lista de médicos adheridos: don Angel Ruiz López y don Vicente Peraita Corderos, del Viso de los Pedroches; don Godofredo Rueda Morales, de Rute; don Manuel Moratinez, de Valenzuela; don Constancio Fernández, de Hornachuelos; don Cayetano Molina Condalija y don Rafael Barbudo Pérez, de Cañete de las Torres; don Fermín Honillo, de Peñarroya.

(Se continuará.)

Una nueva explicación del sueño fisiológico

——

II

Preyer ha atribuído el sueño fisiológico a que el ácido láctico producido en el trabajo de los tejidos, especialmente en los músculos, es somnífero, y además desoxigena la sangre para combustionarse. No me convence la opinión del sabio fisiólogo citado, porque una persona que ha dormido bien y después hace ejercicios violentos hasta sentir fatiga, aunque se le produce en sus músculos mucho ácido sarcolástico, de lo que siente necesidad es de reposo, no de sueño.

No haré más que mencionar la fantástica teoría que explica el sueño por la existencia de nervios, *nervi nervorum*, así como las no menos fantásticas que lo explican por cesación de pequeñas explosiones en las moléculas orgánicas, o por haberse descargado de energía las dendritas de las neuronas.

Se ha observado que muchos de los mejores medicamentos hipnóticos tienen el radical etilo, $C^2 H^5$ en su molécula. Así vemos que en los tres grandes grupos de hipnóticos puros, uretanos, clorálidos y sulfonales, en todos ellos se nota mucho la presencia de dicho radical etilo. El uretano, carbonato de etilo $O = C<^{O\,C^2H^5}_{NH^2}$ lo contiene como agrupación hipnótica. El cloral, hidrato del aldehido etílico triclorado $CCl—CH<^{OH}_{OH}$ tiene reforzada por átomos de cloro de acción somnífera de un derivado del alcohol etílico. El sulfonal, dietil-sulfona-dimetilmetano $^{C^2H^5.SO^2}_{C^2H^5.SO^2}>C<^{CH^3}_{CH^3}$ ya tiene dos grupos de etilo C^2H^5, y cuando su molécula mejora para ser más

Médicos y farmacéuticos cordobeses y sevillanos reunidos en Córdoba para ocuparse en la organización de la asamblea que la Asociación regional andaluza ha de celebrar en el próximo mes de Septiembre.

somnífera, constituyendo el trional, ya tiene tres etilos. Todavía al trional se le puede substituir el último metilo CH^3 que le queda por un cuarto etilo convirtiéndolo en tetronal, y aunque se hace más tóxico, la acción hipnótica se aumenta. Téngase en cuenta que los sulfurilos SO^2 de esas moléculas no muestran poder hipnagogo en los núcleos de los sulfonales, y que esa propiedad de hacer dormir sólo aparece cuando se agregan a ellos los etilos.

Otro medicamento somnífero o hipnagogo, el hidrato de amileno, dimetil-etil-carbinol $\genfrac{}{}{0pt}{}{CH^3}{CH^3}>C<\genfrac{}{}{0pt}{}{OH}{C^2H^5}$ también es hipnótico por contener el radical etilo.

Aún en personas que no ingieran vino ni bebidas espirituosas, que no ingieran con su alimentación alcohol de vino, alcohol etílico $C^2 H^5 . OH$, éste se debe producir naciente, y de un modo sucesivo en el intestino por desdoblamientos y fermentaciones de los azúcares alimenticios y de la glucosa resultante de la digestión de los amiláceos. También debe producirse, en estado naciente, en la sangre y en los tejidos por disociaciones de la glucosa hemática y del glucógeo del hígado y de otros órganos.

Yonizado en la sangre, o en la intimidad de los tejidos, este alcohol etílico naciente $C^2 H^5 . OH$ se desdobla en aniones OH, hidroxilyones, y en cationes $C^2 H^5$, etilyones. Y ahora viene mi nueva explicación del sueño fisiológico:

El sueño fisiológico se produce porque, durante la vigilia, el plasma sanguíneo se va cargando de pequeñas cantidades de carbonato de etilo, que van aumentando sucesivamente; y cuando la sangre que llega al cerebro lo lleva en cierta cantidad, el funcionamiento de las neuronas se atenua primero, y casi se suprime después, quedando el sujeto dormido.

Está demostrado por la análisis química que en la sangre viva existe ácido carbámico $O=C<\genfrac{}{}{0pt}{}{NH^2}{OH}$ fácil de producir cuando un HO de

Asistentes al banquete celebrado en Pozoblanco en honor del nuevo diputado provincial don Guillermo Vizcaíno.
Fotografía de Elías Caballero.

los dos del ácido carbónico un $O = C<^{OH}_{OH}$ siempre existente en el plasma sanguíneo, ha sido substituído por un amidógeno NH^2, residuo de la desintegración catabólica de albuminoides.

Este anión carbámico, progenitor de la fisiológica urea (pasando antes por carbonato amónico $O = C<^{NH^2}_{NH^4}$ O.) encuentra seguramente numerosos cationes de etilo, con los que constituye numerosas moléculas de etiluretano, carbamato, de etilo, o uretano ordinario, que es la substancia ponágena engendradora del sueño.

He aquí cómo ha resultado que el agente orgánico del sueño fisiológico el es medicamento somnífero sintético, muy soluble en el agua, muy activo y muy poco tóxico; propuesto al uso médico por los doctores Schmiedeberg y Jacksch, y patentado después con el nombre comercial de *uterano*.

Dr. Veláqzuez de Castro,

Catedratico de Terapéutica en la Univeridad de Granada.

A los 8 días de la luna de Febrero del 1917.

Los obreros de Córdoba

Las sociedades obreras no deben, no pueden circunscribir su acción al reducido programa de aumento de salario y limitación de jornada: los obreros debemos actuar con vigor y conscientemente en todas las manifestaciones de la vida pública nacional, y desde un punto de vista más elevado, hacia los grandes ideales de la vida internacional.

En orden a la vida local, trasladaremos a estas columnas, en esta sección, cuanto afecte a la vida corporativa de los obreros cordobeses.

—

De acuerdo todas las organizaciones, sigue la campaña iniciada para la elevación de jornales en todos los oficios, como compensación a la escandalosa carestía de las subsistencias. No basta tener razón: hay que plantear las demandas con oportunidad, bien preparados y con mucha previsión para obtener el triunfo y, de tener que ir a la lucha, marchar resueltos, sin vacilaciones ni tibiezas.

El pasado día 22 telegrafiaron todas las sociedades a los ministros de la Gobernación y Gracia y Justicia protestando contra la bárbara e ignominiosa persecución de que son víctimas por parte del caciquismo los obreros de las Cabezas de San Juan José Benítez Bermejo y Miguel Bermejo Benítez.

En la penúltima sesión de Cortes, nuestro estimado amigo e ilustrado compañero don Manuel Moreno Mendoza, diputado obrero por Jerez de la Frontera, denunció los hechos y reclamó justicia. Tercos, fieras y con la majeza de chulos políticos característica de los caciques que imperan en Andalucía, baldón del régimen y de quien los tolera, prosiguieron su obra, y aquellos compañeros se vieron obligados a huir de las Cabezas, abandonando sus familias y uno de ellos a su madre en gravísimo estado de salud.

Visitaron al gobernador civil de Sevilla, quien le prometió que nadie volvería a molestarlos, y, confiado en esta palabra, regresó José Benítez a las Cabezas el día 10 del corriente, y a las ocho de la noche fué sacado de su casa, jurándosele que no sería maltratado, pero después fué brutalmente apaleado, y, como su esposa le había seguido, al oir los lamentos pidió auxilio y también fué detenida. Ambos quedaron incomunicados, y el compañero ha sido visitado por el médico, para asistirlo de los golpes recibidos.

Pongamos freno a la pluma y, con ánimo sereno, exijamos que la fuerza pública no intervenga parcialmente en las luchas contra los caciques y el capitalismo.

Hay que exigir y lograr que se haga justicia, por honor y tranquilidad de todos.

Como un solo hombre deben levantarse todas las entidades obreras, sindicatos campesinos y organismos políticos que tengan independencia, protestando con energía contra las infamias del caciquismo, pues no debe haber diferencias de ideas que separen a los que son víctimas de un mismo sistema de vergüenzas y tiranía.

Hay que manumitirse de la servidumbre para llegar a ser hombres.

Rafael Camacho.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

INDEPENDIENTE

La Virgen de los Dolores, bella imagen que se venera en la iglesia de aquel nombre.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Jueves 4 de Abril de 1917 | NÚM. 34

La Semana Santa

La Semana Santa, nunca celebrada en Córdoba con el lujo y la ostentación que en otras poblaciones, tiene aquí dos notas características y muy poéticas y eminentemente populares: los altares y las saetas.

La saeta cordobesa no se parece a la sevillana; en esta se notan vestigios de canto flamenco; en aquella hay algo de los trenos de Jeremías: más sentimiento, más sabor religioso.

Nuestra saeta es el grito que lanza la madre al ver muerto a su hijo, el gemido de la humanidad que llora arrepentida de su crimen.

Cantada por la voz vibrante de una mujer, nos da la impresión más exacta del sublime poema del Gólgota.

La tradicional costumbre de los altares se va perdiendo, como otras muchas; hoy, casi exclusivamente, se encuentra en los barrios bajos de la ciudad.

Hace treinta años eran pocas las familias que no instalaban altares, para pasar en ellos la noche del Jueves Santo «velando al Señor».

Poníanlos en habitaciones espaciosas, con ventanas a la calle, a fin de que pudiera verlos el público. Y cada cual «echaba el resto» para que su altar superara en magnificencia a del vecino.

Colgaduras, alhajas, imágenes, luces, flores amontonábanse en aquellos sagrarios erigidos por la fe del pueblo al divino Redentor, formando un conjunto artístico, hermoso, lleno de encantos indescriptibles.

Los dueños de los altares invitaban a sus amigos y amigas para que fuesen a cantar saetas, y, con este motivo, la velada prorrogábase hasta el día.

Los mozos reuníanse en grupos para visitar los altares; el que mejor cantaba se habría paso entre los curiosos agrupados ante la ventana de cada uno de aquellos y, sombrero en mano, entonaba una saeta, la cual era en el acto contestada por una de las mujeres que había en el interior de la habitación. Y seguían a la primera copla otras muchas, sin que jamás faltara la genuinamente cordobesa:

"Qué hermoso está el monumento
con tanta luz *encendía;*
mujeres que estáis adentro
dispertar si estáis *dormías*
a adorar al Sacramento."

Si el cantor era amigo de la familia de la casa, ésta le obsequiaba con la clásica copa de aguardiente y una exquisita torta, elaboración especial de nuestras tahonas para la Semana Santa.

Los altares daban gran animación, durante la noche del Jueves, a las calles, muchas de las cuales semejaban ferias, por sus innumerables puestecillos de tortas y «hornasos».

En materia de procesiones nunca se ha distinguido esta capital, ni por el número ni por la calidad de las mismas.

Antiguamente, la Hermandad de los Panaderos sacaba el domingo de Pasión la imagen de Jesús Nazareno, que se venera en la iglesia parroquial de San Lorenzo, y la conducía al Calvario, situado en el lugar conocido por el Marrubial, donde hoy se eleva el cuartel de Alfonso XII.

LA SEMANA SANTA EN CÓRDOBA

Procesión de la Virgen de los Dolores

La plaza de los Dolores

Algunos años, la Cofradía de los Curtidores sacó también procesionalmente, el Lunes Santo, la efigie de Jesús en el huerto, de la parroquial de San Francisco.

Desde hace bastante tiempo, en la noche del Jueves Santo sale la procesión llamada de Jesús Caído, procedente de la iglesia de San Cayetano, cuya Hermandad fue presidida por el torero «Lagartijo», quien regaló a la imagen una magnífica túnica, hecha en Barcelona.

La principal procesión de Córdoba es la del Viernes Santo, que se forma en la parroquia del Salvador.

En ella figuran, invariablemente, la Cruz de la iglesia auxiliar del Espíritu Santo, conducida por su Hermandad, que la llama «Cruz guiona», por ir delante, y algunos, uniendo las dos palabras, denomínanla la «crujiona»; un Jesús Crucificado, del templo de los Padres de Gracia; Nuestra Señora de las Angustias, del de San Agustín; el Santo Sepulcro, del del Salvador, y la Virgen de los Dolores, de la iglesia hospital del mismo nombre.

Este es el mejor «paso» de cuantos se exhiben en nuestra capital, si no por su mérito artístico, por su lujo y magnificencia.

La imagen predilecta de los cordobeses tiene dos valiosos mantos, uno negro, que le regaló el Obispo de esta Diócesis don Juan Alfonso de Alburquerque, y otro azul, bordado y donado por varias señoras.

También posee riquísimas alhajas, entre ellas una diadema de gran valor que le legó la señora Marquesa de Salazar.

Además de las imágenes dichas, han figurado, algunas veces, en esta procesión, las igualmente mencionadas de Jesús en el huerto, Jesús Nazareno y Jesús Caído; la del Salvador con la cruz de plata, que hay en la iglesia del Hospital de Jesús Nazareno; la de Jesús rescatado, del templo de los Padres de Gracia, y la del Cristo amarrado a la columna, del de San Francisco.

Un año también formaron parte de la misma procesión las efigies de San Juan, la Magdalena, la Verónica, un Ecce Homo y Jesucristo Crucificado entre el buen ladrón y el mal ladrón.

En épocas ya remotas, imitando el ejemplo de otras poblaciones, los individuos iban uniformados con túnicas blancas, moradas o negras, ostentando en la cabeza enormes cucuruchos, de los cuales pendía un pedazo de tela que cubría el rostro a guisa de antifaz.

Y los muchachos, siempre traviesos, entreteníanse en colocar grandes piedras sobre las largas colas de los «mazaragüevos», extraño nombre que el vulgo daba a tales individuos quienes, al final de la jornada, resultaban con las túnicas hechas pedazos.

Cuando concluía la procesión del Santo Entierro, innumerables personas acompañaban a las imágenes de nuestra Señora de los Dolores y del Cristo de Gracia hasta sus iglesias, haciéndolas objeto de hermosas manifestaciones de fervor.

Por último, el Domingo de Pascua, se forma, desde hace muchos años, en la parroquia de Santa Marina, la procesión de Jesús resucitado, que recorre los alrededores del templo.

Una costumbre que va desapareciendo, con lo cual nada se pierde, es la de colocar en los balcones, el Domingo antes citado, peleles o Judas, en los que el pueblo sacia sus iras, destrozándolos a palos y pedradas.

En cambio subsiste la de celebrar el toque de gloria con disparos de armas de fuego, arrastrando latas y realizando otros actos que serán manifestaciones de júbilo entre salvajes, pero que no lo pueden ser en pueblos medianamente civilizados.

Tres sucesos dignos de mención, muy desagradables por cierto, han ocurrido en Córdoba el Viernes Santo.

Hace ya algún tiempo, en las primeras horas de la tarde, con general sorpesa del vecindario hasta que se dió cuenta de lo que pasaba, fué interrumpido el silencio propio del día por el toque de las campanas de todos los templos parroquiales. Hacían la señal de fuego a causa de haberse declarado un voraz incendio en un depósito de maderas del Campo de San Antón.

Pocos años después, a las once de la noche, otro siniestro análogo destruyó una casa de la calleja del Niño Perdido, obligando a las campanas a perturbar la calma augusta del Viernes Santo.

Y en dicho día también se registró en nuestra capital una verdadera catástrofe. Varios individuos de una familia muy popular organizaron una jira campestre al lugar llamado Lope García; allí saltaron a una barca para pasar el Guadalquivir; aquella volcó y murieron ahogadas seis personas.

Mas como todo no han de ser tristezas, concluiremos con una nota cómica.

Cinco o seis jóvenes de buen humor, recorrían altares en la noche de un Jueves Santo, y uno de ellos, gran aficionado al divino arte, «hacía el gasto» cantando saetas.

Agotósele el repertorio o se cansó de él y, en medio de la calle, rodeado por sus colegas, empezó a entonar la «siciliana» de la ópera «Cavallería rusticana».

En el acto presentóse un guardia municipal y le dijo con formas corteses: caballero, esta noche se pueden cartar más que saetas.

Es que lo que yo canto son saetas italianas, contestóle el joven.

Y el celoso dependiente de la autoridad puso este aplastante fin al diálogo: Ya lo sé, caballero; pero aquí cerca vive un concejal que no entiende de música y me puede dar un disgusto.

Ricardo de Montis.

1.ª estación.—Jesús es condenado a muerte.

FLOR DE PASIÓN

Preámbulo

Damas cristianas: abandonad por un momento la apacible quietud del hogar, dejad de lucir un día vuestras joyas y atavíos, tocaos con negro traje, y haceos partícipes del justo dolor que inunda el corazón de la más amante de las madres, que sola y transida de amarguras vela el cadáver del fruto de sus entrañas, muerto en una Cruz.

Vosotras, mujeres españolas, ya que sentís más intensamente que otras mujeres los sublimes desvelos de la maternidad, habéis de verter lágrimas de acerbo dolor al meditar en las tristísimas escenas de la Pasión...

Vía Crucis

Cargado con el Santo Madero marcha Jesús camino del Gólgota; rodéale abigarrada multitud de sayones y soldadesca, y el iracundo pueblo le contempla impasible, como gozándose en la crueldad de su tormento. En el rostro del Redentor hanse impreso las huellas de los sufrimientos más horrendos, y, sin embargo, aún irradian sus divinos ojos dulcísimas miradas de compasión.

Plagado de heridas, macerado su cuerpo, y el alma torturada por tan continuo padecer, iba hacia el Monte de las Calaveras llevando a duras penas sobre los delicados hombros el árbol de la Cruz... Varias veces, no pudiendo resistir peso tan atroz, cayó a tierra y sintió en sus mejillas los golpes de los soldados que le abofeteaban sin piedad.

Las multitudes se agolpaban a su paso colmándole de improperios, arrojándole tierra y escupiéndole al rostro... «¡A muerte!» «¡Que muera en la Cruz!»

Como hubiera en la puerta de una vivienda varias mujeres que llevaban en brazos a sus hijos pequeños, ellas, imitando a los demás, también gritaban insultantes... Pero una, la que se hallaba más próxima a Jesús, después de mirarle, clavó los ojos en el tierno infante, que asustado se estrechaba contra su regazo, y el instinto maternal hízole exclamar: —¡Hijo de mi alma...!

Las demás mujeres intensamente conmovidas por aquellas frases, cayeron de hinojos y vertieron copioso llanto...

Entonces, fué cuando el Divino Redentor detuvo su marcha, y les dijo: «No lloréis por mí, buenas mujeres, llorad por vuestros hijos...»

Aquellas frases inundaron de dulce contento sus almas pecadoras, como heraldos que les anunciaran que tenían de par en par abiertas las puertas del Cielo...

Lamentos

Reina por doquiera medroso silencio... En el albo campanario de la ermita, plañe la campana su son quejumbroso, y, entre gemidos, la brisa recita una interminable letanía de amarguras...

Tiemblan los incrédulos al sentir que arraïga en sus pechos la fé cristiana, y, como bendición divina, descienden sobre el Templo las lágrimas de luz que lloran las estrellas...

¡Jesús en cuanto hombre ha muerto! ¡Rezad, cristianos, rezad...!

2.ª estación.—Jesùs sale con la cruz.

3.ª estación. — Jesùs cae por primera vez.

Máter Dolorosa

Cumpliéronse las profecías... Clavado de pies y manos en una Cruz, entre dos ladrones, expiró el Rey de Cielos y Tierra. Y esperó impaciente la ejecución de la bárbara sentencia, un pueblo impío que le hizo objeto de mofa y escarnio...

¡¡Pobre Madre!! Escuchad como dice, transida de dolor: Hijo mío, ya huyó la turba malhechora que te arrancó de mis brazos... Nada temas, vuelve a ellos, que abiertos te aguardan para que recobres la tranquilidad y la dicha... Divino Jesús, es tu Madre quien te llama... responde...

Mas al cerciorarse de que su Hijo era cadáver, María prorrumpe en exclamaciones angustiosas que el eco sepulta en las concavidades de la montaña, y, después, cae desvanecida al pie de la Cruz, tras de abrazar el yerto cuerpo del Redentor del Mundo...

Una voz que desciende de las alturas repite con lúgubre acento: Antes fuíste felicísima, Virgen de la Aurora, mas, desde hoy, con la Pasión de tu hijo comienza la tuya... ¡¡Máter Dolorosa...!!

Alegoría

En la cumbre del Monte de las Calaveras expiró Jesús... Al pie del Santo Madero ha brotado un rosal en el que se destaca una flor blanca y purísima...

En la llaga del costado de Cristo aparece un rubí, tiembla la gota de sangre entre los labios de la herida y cae...

La «Rosa de Amor» recibe la pre-

ciosísima sangre, y, al cerrar la corola, se tiñen sus pétalos de arrebol...

Obróse el milagro, y desde entonces, es «Flor de Pasión» la bellísima «Rosa de Jericó»...

Antonio Moya.

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

Herido el pecho de mortal tristeza
llego a tus altares,
Madre de Dios, Señora de los cielos
y de los hombres Madre.
No vengo, Virgen, a pedir me vuelvas
pasadas alegrías;
no lloro, no, las dulces ilusiones
primeras de mi vida.
Sé que en el mundo donde el hombre gime
es la ventura un sueño:
con fé y resignación sobre los hombros
mi cruz pesada llevo.
No ambiciono el favor de la fortura,
¡qué valen las riquezas!
Más precio que tesoros infinitos,
la paz de mi conciencia.
No vengo a demandar glorias y honores;
vivir quiero ignorado.
¡Dichoso quien más ecos no levanta
que el eco de sus pasos!
Vengo a pedir que tornes compasiva
los ojos a tu España:
Transida de dolor, como tú llora.
¡Madre es también la patria!
No es la matrona que ciñó a su frente
del mundo la corona.
Sólo el recuerdo acusador le resta
de su pasada gloria.
La luz de la verdad ya no la guía
con sus claros reflejos:
Alumbra su dolor, en noche horrible,
la luz de los incendios.
De sus hijos la sangre generosa
mancha sus vestiduras;
y como tú recorre acongojada
su calle de amargura.
Para mi patria a demandar hoy vengo
la paz porque suspira;
que acabe su dolor y que renazca,
¡oh Virgen! redimida.

Luis Montoro Rautenstraud.

La noche del Jueves Santo

Muy pocos serán los cordobeses, principalmente en los barrios bajos, que peguen los ojos, como suele decirse, en la noche del Jueves Santo. En eso precisamente se parece esta a la Noche buena: en que ni en una ni en otra se duerme.

La noche del Jueves Santo en Córdoba tiene para mí un nosequé de misterioso y sublime que encanta: encierra todo el motivo de un gran poema; hay en ella detalles, rasgos y caracteres típicos, que retratan a Córdoba tal y cual es; ella ofrece a cualquier extraño un manantial abundante para un cuadro de costumbres, si todos estos elementos dieran en manos más expertas que las mías.

En esta noche se hace indispensable de todo punto presenciar el paso de la procesión de San Cayetano, bien situándose en cualquiera esquina de la carrera, bien en balcones y ventanas, desde donde pueda contemplarse a placer el desfile de las sagradas imágenes.

Los que presencian este en las calles, no se contentan con ver la procesión una vez, sino que apenas ha desfilado el último guardia de la escolta, salen atropelladamente a toda prisa, para coger buen sitio en otra bocacalle, y no desperdiciar el espectáculo que se les presenta. Así es frecuente ver a personas que ya presenciaron la procesión en la calle de Isabel Losa, bien situadas a los pocos minutos en el Salvador, después en la calle de Alfonso XIII, luego en la Puerta del Rincón y por último en San Cayetano.

Los que tal *record* excepcional verifican, no es extraño que al terminar la procesión tengan la cena en los talones y el estómago como un cañón de órgano, por lo cual es de rigor en esos casos llegarse a un puesto de tortas, que en esa noche abundan a granel en la vía pública y tomar algún refrigerio, teniendo especial cuidado de no arrimarse mucho a la mesa por ser casi seguro el salir con el rostro como un carbonero, a causa del maldito tufo del candilón de petróleo que alumbra la mercancía y cuya llama a impulso del viento oscila distribuyendo tizne en derredor.

Algunos industriales, más amantes del progreso, colocan ya entre la mercancía una espléndida y azulada luz de acetileno, que dá al puesto otro carácter más nuevo y fantástico pero que le quita lastimosamente el tradicional y típico.

Y ahora entra lo más seductor, lo más poético y de más encanto en esta noche singular: la visita de altares.

El que no haya visto el altar que coloca en su sala la mujer cordobesa, no puede darse idea de lo que es, por una mera descripción.

Los hay de varias clases y categorías: desde la humilde mesa revestida de blanco mantel sobre la

que aparece limpia urna o fanal con una imagen, algunas flores y varias luces, hasta el que se coloca en aristocrática estancia revestida de damasco y trocada aquella noche en lujoso oratorio.

No es raro encontrar en muchos de nuestros altares graciosos anacronismos religiosos que en otro lugar y con otras personas llegarían a ser profanaciones; pero hechos con el fin piadoso con que se efectúan, no son más que hijos de la ignorancia de muchos misterios, así como del proceso histórico de la vida y muerte del Redentor.

Y digo esto, porque se registran casos estupendos, como el que presencié una noche en un altar de uno de nuestros barrios bajos.

Estaba decorado espléndidamente, eso sí; las lámparas de gas y los ramos de flores hacían de aquella estancia un prodigioso y aromático *bouquet* en el que se respiraba un ambiente místico encantador. En el plan de altar había varias pequeñas figuras que representaban los diferentes y más culminantes hechos de la pasión del Salvador; pero entre ellos había un grupo que no dejó de llamarme poderosamente la atención por la causa que expongo anteriormente.

—¿Qué representa eso?—le pregunté a la dueña de la casa, casi sorprendido por aquella sencilla profanación de la buena fé.

—¿No lo está usted viendo, hijo? Jesús preso...—me contestó ingenuamente.

4.ª estación. — Jesús encuentra a su madre.

5.ª estación. — Jesús ayudado por el Cirineo.

Acerquéme entonces y pude ver, con la estupefacción consiguiente, a Jesús inhumanamente amarrado y conducido por una respetuosa pareja de la Guardia civil...

Y de estos casos ¡podrían referirse tantos!

. . . .

Las ventanas de las habitaciones en que se coloca un altar permanecen abiertas toda la noche, para que los transeuntes puedan admirar desde la calle los primores de que hace ostentación la dueña de la casa. Por entre los hierros de la reja salen torrentes de luz que marcan en la obscura calle luminosa estela y que iluminan con tono fantástico los rostros de los curiosos; salen aromas de flores e incienso, rumores misteriosos, desconocidas armonías que arroban el alma; y entre aquella luz, aquellos aromas y aquellas armonías aparece sobre el altar, como en silenciosa apoteosis, la imagen del Crucificado, con su faz descarnada, sus ojos agonizantes, sus brazos abiertos como abrazando a los que le admiran en su dolor, que como nadie saben expresar los hijos del pueblo en sentidas saetas, algunas de las cuales son dechados de fecunda inspiración y de maravillosa poesía, compendiada en cuatro versos.

¡No sé qué sacudimiento nervioso o emoción indiscriptible siente el cordobés creyente, cuando en el silencio de la noche y ante la imagen del Redentor entona alguna hija de aquellos privilegiados barrios de Córdoba saetas como esta:

«Ya llegan las golondrinas
desde la africana tierra
para arrancar al Señor
las espinas de sus penas.»

Y así sigue toda la noche esta música interminable de profunda tristeza, como el aye lastimero de un desterrado que llora, como el eco infinito de una queja universal, inmenso como el dolor que representa.

No faltan tampoco algunos irreverentes que convierten esta noche en motivo de diversión y de escándalo, pero son los menos. Otros se limitan a llevar en el bolsillo de la americana su buena botella de aguardiente, que oscila, según los recursos pecuniarios, desde el riquísimo *Rute* hasta el infernal *petróleo*.

Cuando las alegres tintas del alba coloran los tejados y cúpulas de la vieja Córdoba, va cerrándose las ventanas de los altares; los trasnochadores desfilan silenciosos hacia sus respectivas viviendas y la matraca de la Catedral, con sus acompasados martillazos, nos trae a la memoria aquellos iracundos golpes con que los sayones judíos clavaron al que asumió en su martirio la sanción universal de todas las prevaricaciones.

Antonio Ramírez.

6. estación.—La Verónica enjuga el rostro a Jesús.

MÁTER DOLOROSA

¡En cuántas madres tu dolor ahora,
Madre de los Dolores, se renueva!
¿Cuál es la que no llora?
¿Cuál es la que no lleva,
igual que Tú, la penetrante espada
que sabe herir, como el puñal, traidora,
en el amante corazón clavada?

En la tenaz e inexorable guerra,
que helando el alma de terror y espanto
juntó, para anegar toda la tierra,
el mar de sangre con el mar de llanto,
se yergue ante la atónita mirada
la imagen de la madre dolorida,
siempre por el amor santificada
y siempre por la pena ennoblecida.

El fragoroso estruendo del combate,
que en torno suyo resonar escucha,
es para el hombre impulso y acicate
que le hace entrar frenético en la lucha;
mas para la mujer a cuyo oído
llega confuso, cual lejano trueno
mil veces por los ecos repetido,
es incesante y fúnebre tañido,
y hace, sonando de amenazas lleno,
que con febril y desigual latido
salte de angustia y de ansiedad su seno.

¡Si al combatir con rabia fratricida
se juzga el hombre valeroso y fuerte,
por que ha aprendido a despreciar la vida
y a volar al encuentro de la muerte,
la mujer, más heróica y más sufrida,
que no alcanza ni el triunfo ni la gloria
y que en el vencimiento o la victoria
sabe que ha de quedar siempre vencida,
es la inocente víctima inmolada
en el altar del odio y los rencores,
la mártir que, cual Tú, lleva clavada
en el pecho la espada,
símbolo del Dolor de los Dolores!

Manuel de Sandoval.

Jesús encuentra a su Madre

Cristo entra en la calle de la Amargura. Este paso del Salvador desde su Pretorio a su Calvario queda más impreso que ningún otro en la conciencia y en la memoria humana. ¿Quién que se haya criado en los pueblos católicos no recordará la triste procesión del Jueves Santo por la tarde? Yo creo ver la de mi pueblo, y viéndola, traigo a mi corazón los afectos primeros trágicos de la inocencia y de la infancia. La torre del templo, muda; los hogares, como si en todos hubiese algún difunto, cerrados; sin vestiduras las aras y sin sacras; los candelabros esparcidos; las lámparas extintas; el tenebrario apagándose y causándonos con su obscuridad sucesiva escalofríos, como si el sepulcro se habriese a nuestras plantas y el Juicio final viniera sobre nuestras frentes; todas estas tristezas de tan solemne día no llegaban a la congoja sentida cuando la Virgen Madre iba solitaria, envuelta en túnicas negras y negros mantos, sus manos amarillas como las de un cadáver, amarillo su rostro como las manos y lleno de lágrimas cuajadas cual granizo, porque nuestro terror trágico al verla entre las elegiacas endechas del *Miserere* entonado por voces lamentosísimas, nos sugería la idea de que nosotros pudiéramos en tal momento morirnos, y quedarse como aquella mujer sin consuelo, como aquella sombra de la desesperación y de la muerte, nuestras pobres madres. No recuerdo si las efigies aquellas merecían o no, según su valor artistico, la representación del religioso paso; mas recuerdo cómo herían mi corazón y llegaban a sugerirnos pena tal, que allí comenzaron nuestros

7. *estación.-Jesus cae por segunda vez*

primeros manantiales del río y del mar de nuestras lágrimas. Cuando por un lado, en aquella procesión se veía la Soledad, y por otro lado llega el Nazareno; como la naturaleza humana se reproduce y se copia toda ella en cada instante sublime, la inteligencia y el corazón se ponía en aquel caso, y las penas horribles, y los desengaños mortales, y los combates eternos, y las tragedias infinitas e innumerables, agolpábanse a nuestro corazón y nos traían el recuerdo completo de cuanto habíamos sufrido todos en nuestros progenitores y el presagio de todo cuanto deberemos a una sufrir todavía en todos nuestros descendientes. Las angustias en el Huerto, angustias del género humano son. Todos tenemos traiciones de Judas en la triste vida. Nos han negado personalmente los discípulos más queridos, y han renegado una doctrina salvadora como si fuese mal y error. Todos los labios han probado la hiel acerba que despiden las fauces del calumniador. Todos hemos bebido el agrio vinagre de los desengaños y todos hemos amasado con hieles el pan de cada día. La tierra es una infinita calle de la Amargura, por la cual vamos cayendo y levantándonos con la cruz al hombro y las espinas en las sienes; calle de la Amargura terrible, a cuyo término sólo descubrimos el Calvario de todos con patíbulos en las cimas y con el sepulcro a las plantas.

Emilio Castelar.

Jesús es clavado en la Cruz

Ya ¡oh Señor! estás enclavado en la Cruz, más que por los clavos que te desgarran las manos y los pies, por tu propia voluntad misericordiosa. Me viste amarrado con cadena de vicios y de desdichas, todas ellas formadas del hierro del pecado original, y te entregaste por esclavo en esa Cruz para que fueran rotas mis cadenas. Tú estás preso, y yo libre; Tú herido de muerte, y mis llagas a punto de sanar con el bálsamo de tu sangre; Tú agonizante, y yo sintiendo en mi muerto corazón las nerviosas palpitaciones de una nueva vida; Tú coronado de burlas que te punzan las sienes y te ensangrientan la negra cabellera y empañan y borran la hermosura de tu rostro, espejo purísimo de la celestial Jerusalén: yo de veras coronado como legítimo rey de la creación, palaciego de tu corte vuelto a la gracia de tu eterno Padre y contigo vencedor del tirano de la tierra y príncipe y señor de los abismos; Tú alzado en esa Cruz, tanto más ignominiosa y baja cuanto más alta: yo levantado en los altares de los templos, de donde fueron derrocados los ídolos a quienes ciegamente adoré y rastreramente serví; Tú muriéndote de sed, y abiertos para mí los manantiales de la gracia; Tú escarnecido de la plebe y hecho vilipendio de los escribas y fariseos: yo amigo de los ángeles y en sus alas levantado sobre los elementos; Tú, finalmente, desamparado de Dios y muriendo entre ladrones, por estar

8. *estación. — Jesus consuela a las mujeres.*

9. *estación.-Jesus cae por tercera vez.*

vestido de mi carne pecadora, y yo acabando la vida acompañado de Ti y sustentado con tu propio cuerpo divino y entregando mí alma en tus brazos de misericordia, por estar engalanado con la preciosa púrpura de tus venas.

Francisco Jiménez Campaña.

Jesús puesto en el sepulcro

Muerto Jesús, José, varón distinguido de Arimatea, pidió licencia á Pilatos para recoger el cuerpo del Redentor, y la obtuvo. En unión con Nicodemo, también discípulo de Cristo, bajó el cuerpo de Jesús del madero en que estaba clavado, lo bañó en las especies aromáticas y le amortajó con lienzos, según la costumbre de sepultar de los judíos. Había en el lugar de la crucifixión un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, y como era la víspera del sábado de los judíos y este sepulcro estaba cerca, allí sepultó a Jesús.

Realmente, en estos hechos encuentra más argumentos de meditación la piedad que la ciencia. Jesús muere por los hombres, y la tierra tiembla como si un infierno de remordimientos le agitara; el cielo se obscurece como avergonzado del deicidio, y un pagano, el Centurión, más digno de la gracia divina que el pueblo escogido, confiesa, inducido por la fuerza de los hechos, lo que Strauss y su vulgarizador en la Europa Latina, Renán, han negado en fuerza de hipótesis y deducciones en que a menudo se da tormento a la

razón y garrote vil a las reglas de la lógica más universalmente recibidas.

Pero es lo cierto que Jesús en el sepulcro ha puesto en mayores dificultades á la llamada ciencia moderna que Jesús crucificado, y aún que Jesús trastornando las leyes de la naturaleza, como soberano de ella, en los milagros. Porque José de Arimatea, cristiano oculto por miedo a los judíos antes de la crucifixión, se convierte en cristiano público después de ella, y no sólo acude a Pilatos para pedirle el cuerpo de Cristo, sino que en la misma ciudad deicida lleva a cabo el descendimiento y el entierro á continuación. Porque los deicidas piden a Pilatos guardias para el sepulcro, y Pilatos, tipo moral reproducidísimo en estos tiempos, se las concede, y a pesar de los deicidas, empeñados más que nadie en descubrir cualquier superchería, y de los soldados, obligados por deber de disciplina a vigilar para satisfacción de los deicidas, el sepulcro aparece vacío: es que Jesucristo había resucitado al tercer día, según las Escrituras.

¡Misterio de la fe, impenetrable a la ciencia! ¡Vana ciencia, que pasa años y años buscando el origen del hombre y se empeña en que se crean sus hipótesis sobre nuestra descendencia del modo, y niega el testimonio de los hechos, dado por los apóstoles y evangelistas, cuando este testimonio no anda en armonía con los extravíos de su razón.

Damián Isern.

Los sueños de la mujer de Pilato

Se levantó llorosa. Ante sus ojos,
abiertos o cerrados, siempre brilla,
como una maldición, la pesadilla
que la atormenta con sus tintes rojos.

Ha soñado... Y están claros y fijos
del sueño los detalles en su mente:
«¡La sangre de Jesús que es inocente,
gota a gota caerá sobre sus hijos!»

Corre hacia el tribunal, y acongojada
cuenta a Pilato el sueño y sus temores;
y temblando allí escucha los rumores
de la chusma en la calle amotinada.

Quiere Pilato, viendo la inocencia
del Redentor, librarle de la muerte,
crece el tumulto airado, y es más fuerte
el miedo que la voz de su conciencia.

Y pensando tan sólo en su egoísmo,
alejar el deber de sí procura,
y no comprende, ciego, en su locura,
que el hombre y el deber son uno mismo.

«¡Jesús o Barrabás! Es la costumbre
soltar a un malhechor», grita Pilato,
«¿cuál suelto?» «¡A Barrabás!» con arrebato
clamó a coro la necia muchedumbre.

«¡Crucifícale!» dicen. Y se aumenta
con nuevas voces el feroz tumulto,
y pasan, a los hechos, del insulto,
relámpagos, no más, de la tormenta.

¡Burlas, mofas, azotes inhumanos...!
Es ya el pueblo huracán impetuoso.
Y el juez, de lo ocurrido pesaroso,
si la conciencia no, lavó sus manos.

¡Quiso lavarse el alma...! pues no acierta
a sospechar en el primer momento,
que el deber no cumplido es un tormento
que eternamente sigue al que deserta.

Cuando la esposa, que esperaba amante,
vió aparecer a su señor y dueño,
aunque pálido aún, pero risueño,
el placer se extendió por su semblante.

Mas al mirar sus manos, por las venas
siente el hielo correr; un repentino
terror la paraliza, y «¡asesino!»
grita viendo las dos de sangre llenas.

Pilato, a su mujer no comprendía,
pero, al notar su horror, pánico siente...
Y ella casi le arrastra hasta una fuente
que del palacio en el jardín corría.

Y furiosa, las manos le lavaba,
y, enloquecida al fin sus ojos vieron,
que las aguas de rojo se tiñeron,
pues de ellas sangre sin cesar manaba.

En su locura y ciego desvarío,
le conduce de un río hasta la orilla
y, trocada en verdad la pesadilla,
vió roja toda el agua de aquel río.

Da un grito, alza los ojos, y se arroja,
sintiendo el corazón roto en pedazos
y horrorizada, de su esposo en brazos,
¡pues la tierra también estaba roja!

———

Y comprende Pilato, pero tarde,
sobrecogido por terror profundo,
que hay casos y ocasiones en el mundo
en que el crimen mayor es ser cobarde.

Benigno Iñiguez.

10.ª estación.—Jesús es desnudado.

LA VÍA DOLOROSA

De los cuatro cerros sobre que está fundada Jerusalén, dos tienen importancia indudable para la historia sacra: los que, marcando el límite occidental de la ciudad, resumen la historia del pueblo judío en sus dos grandes fases: próspera y brillante la una, como historia que es del pueblo elegido de Dios; triste y miserable la otra, como historia del pueblo deicida, condenado a vagar por siempre errante y maldito; pueblo siempre, jamás nación ni Estado, la tierra falta bajo sus pies, como faltó también bajo los pies de Cristo enclavado y expirante en la Cruz afrentosa. Sión y Acra llámanse entrambos montes, situados al Oeste de Jerusalén. El primero, con su templo de Salomón y su torre de David, recuerda la Judea triunfante y valerosa con los Macabeos, sabia y privilegiada con los profetas, rica con Salomón, pletórica de poesía con David. El segundo evoca la Judea ingrata de los fariseos y de los escribas; su iglesia del Santo Sepulcro encierra en vasta y heterogénea construcción los últimos lugares ocupados por Cristo en la tierra: el Calvario y el Sepulcro; su *Vía Dolorosa*, tortuosísima y estrecha, trae a la memoria del cristiano las fatigosas Estaciones que el cuerpo martirizado de Jesús hubo de hacer en su última jornada terrenal.

El arco del *Ecce Homo* es el primer sitio venerado por el peregrino al recorrer la *Vía Dolorosa* de Jerusalén. Sobre el arco se abre la ventana donde Pilatos pronunció sus famosas palabras presentando a Cristo coronado de espinas y con un cetro de caña entre las manos, atadas con cordeles. La casa de Pilatos es hoy una ruina desde la cual se descubre el vasto emplazamiento del templo de Salomón y las cúpulas y alminares de la mezquita de Omar, edificada sobre dicho emplazamiento.

Aún parecen oirse bajo el arco del *Ecce Homo* los gritos de la plebe desencadenada contra Jesús y las voces roncas de los judíos: *¡Tolle! ¡tolle! ¡crucifixe!*

Amedrentado Pilatos y dejándose imponer por el pueblo, dictó la sentencia, que un pregonero voceaba en las esquinas delante de la comitiva fúnebre de Jesús. Según la tradición, esta sentencia fué fijada también sobre la Puerta Judiciaria, que también se enseña al peregrino en la *Vía Dolorosa*, y estaba concebida en estos términos:

Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptorem Cæsaris, et falsum Messiam, ut majorum suæ gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et eum in ludibriis regiæ majestatis in medio duorum latronum cruci affigite. I, lictor, expedi cruces.

Formulada esta sentencia, y ya muy cerca del medio día, bajó Jesús las escaleras del Pretorio, despojáronle los soldados de su manto de púrpura, pusiéronle sus vestidos, le cargaron con la Cruz, requirieron ellos los instrumentos auxiliares y preparatorios del suplicio,

11.ª estación.—Jesús es crucificado.

12.ª estación.—Jesús muere en la cruz.

y la comitiva se puso en marcha precedida del pregonero, que iba seguido del centurión, jefe de los soldados; cuatro de éstos daban inmediata custodia a Jesús. La comitiva debía atravesar toda la barriada del Acra, formada de callejas empinadas, estrechas y erizadas de guijarros, ir después dando un rodeo, para que fueran mayores el ludibrio y la angustia, hacia la calle baja que llama Josefo «valle de Tyluropeon», enfilar la puerta de *Ephraim* y salir de la ciudad, tomando el camino del Gólgota, cerro feísimo y pelado muy próximo a la ciudad.

Jesús, debilitado y rendido por los martirios, insomnios y fatigas de aquella noche, sofocado por el empuje de la multitud curiosa que se agolpaba a su paso, y abrumado con el peso de la Cruz, dió con su cuerpo en tierra por primera vez muy cerca del Pretorio. Al comienzo de la *Vía Dolorosa* hay una plaza donde se supone que ocurrió esta primera caída.

A ciento veinte pasos del arco de *Ecce Homo* se contemplan las ruinas de una iglesia, consagrada en otro tiempo a Nuestra Señora de los Dolores. Allí fué donde Jesús encontró a su Madre, hecho no referido por los Evangelios, pero probado con la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo. El primero asegura que la Vírgen cayó como muerta, sin poder pronunciar una sola palabra: *Nec verbum dicere potuit*; el segundo afirma que Cristo la saludó de este modo: *Salve Mater*, y siguió su doloroso camino.

13.º estación. — Descendimiento

Cincuenta pasos más lejos, y siguiendo la tradicional *Vía Dolorosa* de Jerusalén, encuentra el peregrino el lugar donde Simón ayudó a Cristo a llevar la Cruz. Aquí el camino hace un recodo, dejando a mano derecha la casa que se supone ser de Lázaro el pobre, frente a la cual se emplaza la del «rico avariento», citado por Jesús en la famosa parábola.

La última calle de las que forman el *Vía Crucis* contiene los demás lugares santificados por la agonía de Jesucristo: el solar de la casa de la Verónica, que, como es sabido, salió apiadada a la calle para enjugar el rostro sudoroso de Jesús; el sitio donde Este cayó por segunda vez, y ya fuera de la antigua ciudad, el camino donde encontró a las Santas Mujeres que lloraban y gemían por El, contraviniendo las leyes penales, que prohibían toda demostración de simpatía hacia los condenados a muerte.

De allí a la cumbre del Calvario (comprendido hoy dentro de la iglesia del Santo Sepulcro), habrá doscientos pasos próximamente; la longitud total de la *Vía Dolorosa* es próximamente un kilómetro, y el tiempo invertido por Jesús en recorrerla, una hora, según la mayoría de los historiadores.

Luis Royo Villanova.

PICANDO EN HISTORIA

La procesión cordobesa del Santo Entierro

De tiempo inmemorial data en esta ciudad, como en todas las del orbe cristiano, la conmemoración de los altos misterios de la Pasión y muerte del Nazareno, celebrando suntuosas procesiones, de las que suele ser la más solemne la denominada del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo, en la tarde del luctuoso día en que el linaje humano recuerda el sacrificio de su Redentor.

Sin que nos detengamos a describir el modo como se celebraba esta procesión en los años anteriores al de 1820, comenzamos afirmando que debió haber en toda España no pocos desafueros, alborotos y faltas de respeto a la severa solemnidad de que nos ocupamos, cuando el Real y Supremo Consejo de Castilla encargó en 26 de Marzo de 1819 al Reverendo Obispo de Córdoba, que lo era a la sazón don Pedro Alcántara Trevilla, el arreglo permanente de todas las procesiones de Semana Santa, conforme al que se hizo para las de la Corte, en el año de 1805.

Consecuencia de este mandato, fué el reglamento promulgado por el dicho señor Obispo, desde la Santa Pastoral visita de la villa de Pozoblanco a 28 de Octubre del ya citado año de 1819.

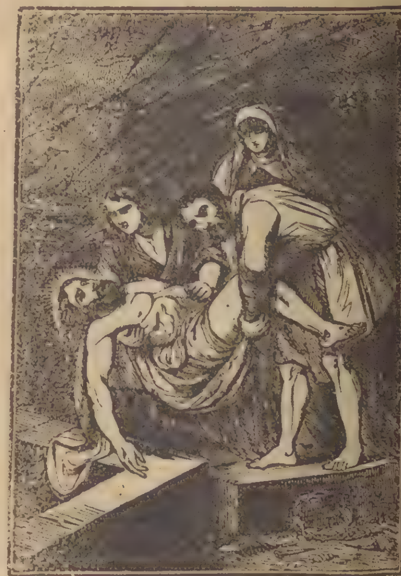
Consta dicho Reglamento de 20 artículos, que por su importancia y curiosidad transcribimos:

Artículo 1.º Todas las procesiones de Semana Santa de la ciudad de Córdoba y demás pueblos de este Obispado, quedan reducidas a una sola, y ésta se celebrará en la tarde del Viernes Santo.

Art. 2.º En la ciudad de Córdoba saldrá esta procesión de la iglesia parroquial del Salvador y Santo Domingo de Silos reunidas, a la que asistirá su párroco y clero, y llevará la carrera siguiente: calle de Letrados, Arco Real, Zapatería, Casas Capitulares, Librería, calle de la Feria, a la Cruz del Rastro, Potro, Triunfo, Patio de los Naranjos, entrada en la Santa Iglesia Catedral y salida por las puertas acostumbradas, calle del Baño, Pedregosa, Santa Ana y Santa Victoria, al Salvador.

Art. 3.º (Se refiere á las procesiones en los demás pueblos del Obispado.)

Art. 4.º Se sacarán en ella los pasos de la Oración del Huerto, el de Jesús atado á la columna, Jesús Nazareno, Jesús Crucificado, El Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad.



14.º estación.—Sepultura del Señor.

Art. 5.º En los pueblos donde no hubiera todos estos pasos, se sacarán los que haya de ellos y ninguno otro.

Art. 6.º Cuando en la Iglesia parroquial en donde se ha de formar, y de donde ha de salir la procesión, no hubiese todos los pasos referidos y los que falten estuviesen colocados en otras iglesias o ermitas del mismo pueblo, deberán conducirse desde éstas a aquélla privadamente y con el mayor decoro, en la mañana del Viernes, después de concluídos los oficios parroquiales, cuya diligencia practicarán los hermanos de las Cofradías respectivas, de acuerdo con el Vicario eclesiástico.

Art. 7.º Se formará la procesión por el orden de efigies que van expresadas, sin que haya preferencia alguna entre las Hermandades, mediante a que cada una ha de acompañar alumbrando el paso que saca.

Art. 8.º Todos los hermanos de las Cofradías han de usar el traje común y ordinario que acostumbran, aunque siempre con la mayor decencia posible.

Art. 9.º En los pueblos en donde el número de eclesiásticos llegue a veinte, será conducido el Santo Sepulcro por sacerdotes y ordenados *in sacris*. Las demás efigies las conducirán sus Hermandades respectivas, nombrando los hermanos que lo hayan de hacer.

Art. 10. Todos los vecinos que quieran asistir a la procesión alumbrando, han de ir precisamente vestidos de su traje común y decente, y delante de la primera efigie.

Art. 11. Asistirá a esta procesión

todo el clero de cada pueblo, presidido por su Vicario eclesiástico.

Art. 12. Se cantará en ella el Salmo *Miserere* con la sencillez y gravedad correspondiente y alternando por coros, sin permitir otros instrumentos que los bajos.

Art. 13. No se permitirá el uso de palio alguno.

Art. 14. Asimismo no se permitirá que las efigies lleven vestidos que no sean propios y correspondientes a la gravedad y decencia y a la seriedad del paso que representan, ni alhaja alguna de piedras, oro, plata, peinado ni ornato que desdiga por cualquier respeto.

Art. 15. Concluída la procesión en la parroquia, cada Hermandad devolverá al sitio acostumbrado la efigie que haya conducido, procurando la mayor decencia, decoro y respeto.

Art. 16. Quedan suprimidos los pasos del Descendimiento, el de los Apóstoles, Discípulos, Angeles, Sibilas, Virtudes y todos aquellos que sean distintos de los expresados en el artículo 4.°

Art. 17. No se permitirá en adelante túnicas, caperuzas, morriones, soldadesca, ni distinción alguna que pueda llamar la atención.

Art. 18. Asistirá a esta procesión la Real Justicia de cada pueblo, por lo mucho que importa a la solemnidad del acto religioso y para proteger y conservar el debido orden y la tranquilidad pública.

Art. 19. Por este orden quedan reducidas las procesiones de Semana Santa a esta sola, en la que sólo se permitirá sacar las efigies referidas en dicho artículo 4.° y de ningún modo otras, bajo ningún pretexto, alejando todo motivo de distracción y procurando hacerla con la mayor magestad, decoro y respeto.

Art. 20. (Refiérese a la aprobación que a este Reglamento había de prestar el Consejo Supremo.)

Tales son las disposiciones que el Prelado cordobés remitió al Consejo de Castilla. Este las mandó cumplir por medio del Corregidor de la ciudad de Córdoba, encargando a las Justicias que abligaran a su acatamiento á los vecinos de sus respectivas jurisdicciones.

José M.ª Rey.

SAETAS

¡Viernes Santo! Día de anonadadora solemnidad, en el que sentimos que una fuerza suave e invencible nos obliga a abandonar el bullicioso ajetreo diario, a recogernos en nosotros mismos y a entregarnos a pensamientos maravillosos y sublimes.

Por doquiera que tendamos la vista, veremos emergir la sombra del Calvario. Todo tiene un no sé qué de tétrico y melancólico que a los creyentes nos hace sentir, palpitante, la tragedia del Gólgota y aun los más indiferentes no pueden sustraerse a la emoción general y que les hace participar de la tristeza común.

¡Viernes Santo! Las campanas permanecen mudas; por las calles transcurre una múltitud abigarrada, que camina quedamente, sin atreverse a levantar la voz, con el religioso silencio que nos inspiran los templos y los cementerios.

Por la tarde, los alrededores de los templos vense invadidos por los vecinos que, engalanados, esperan impacientes la salida de las imágenes para acompañarlas hasta el punto de reunión donde ha de formarse el Santo Entierro.

El momento de atravesar una imagen los umbrales de su iglesia, es imponente, conmovedor; una saeta, melodía sentimental que brota del alma como una sentencia y se clava en otras almas, llevando a ellas bálsamo consolador y haciendo las más de las veces brotar de muchos ojos lágrimas de arrepentimiento, rasga el aire llenándolo de notas melancólicas, que semejan lamentos desgarrados y, como si fuera una señal, mil y mil voces contestan como un inmenso sollozo.

Al morir el día, cuando los últimos rayos del sol luchan con las sombras de la noche, un pensamiento lúgubre, escalofriante nos asalta; pensamos en Cristo, enclavado por nosotros, que en la cumbre del Gólgota nos mira espirante; creemos percibir el extertor de su penosa alegría, y otra saeta, hendiendo el aire con acento acusador, viene a clavarse en nuestra alma, haciéndonos sollozar arrepentidos. Entonces es cuando nos vemos indignos, insignificantes, empedernidos pecadores que no merecemos el excelso sacrificio, y hacemos promesas de arrepentimiento; pero el día memorable pasa y, poco a poco, vamos olvidando los propósitos de enmienda que la tarde del Viernes Santo hicimos ante la imagen de Jesús Crucificado mientras la banda de música atacaba una marcha fúnebre, y las saetas resonaban, sentimentales, lúgubres y desgarradoras como lamentos de dolor.

La procesión se retira; las cofradías vuelven a sus templos, y a sus puertas se oyen las últimas saetas, la melodía sentimental y melancólica que brota del alma como una sentencia y se clava en otras almas llevando á ellas bálsamo consolador y haciendo las más de las veces brotar de muchos ojos lágrimas de arrepentimiento..

Juan Moreno Moreno

4-4-1917

La Virgen de las Angustias, que se conserva en la iglesia de San Agustín, y sale en procesión el Viernes Santo por la tarde.

DOLOROSA

¿Dónde vas tan enlutada,
Virgen y Madre María,
que bajo la luz del día
pareces sombra olvidada?

¿Dónde vas que con quebranto
bajas tu frente gloriosa,
mientras la divina rosa
de tu faz se baña en llanto?

Ya Jesús el Redentor
en la cruz clavado queda;
ya no hay bálsamo que pueda
curar tu acerbo dolor.

Yo lo ví crucificado
cuando a la cumbre subía;
pálido el rostro tenía
y el cabello desgreñado.

Aún me parece que miro
con pena sus ojos muertos
y sus labios entreabiertos
como exhalando un suspiro.

No quieras, ¡oh Madre santa!
aumentar tu pesadumbre
llegando hasta aquella cumbre
donde la cruz se levanta.

Pues si yo que llevé sano
mi corazón, cuando fuí
hacia el monte donde ví
muerto al Salvador humano,

lo traigo de padecer
en mil pedazos partido,
Tú, que lo llevas herido,
¿cómo lo vas a traer?

Francisco Arévalo.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

AHORA COMO ANTES

Cuando la Iglesia conmemora la Pasión y muerte de Jesús; cuando sus ministros predican las virtudes del sublime mártir que, por salvar a la humanidad, dejó que su cuerpo sangrara y que su rostro fuera abofeteado; cuando veo por las calles y plazas que las multitudes se agrupan para contemplar de cerca la efigie del Redentor que, clavado en la Cruz, murió por sus semejantes; cuando oigo, en fin, las tristes saetas que, como ayes de dolor, se escapan de los pechos emocionados, siento un no sé qué de angustia, mi ánimo decae y todo mi ser se entrega a una idea fija.

Entonces, la imaginación me lleva allá, a la colina del Gólgota, donde espiró Cristo, y no veo ni la Cruz, ni a María, llena de dolor, perdonando a los verdugos de su hijo; ni a Magdalena arrepentida de sus pasadas culpas; sólo hallo, esfumándose como en una nube, un tétrico campo de batalla, fogonazos de pólvora, muchos fusiles... millones de hombres matándose como fieras. Más allá veo, entre llamaradas rojizas y flotando sobre las mares, muchos barcos que a cañonazos se disputan el dominio de aquello que Dios hizo para todos; luego observo cómo toda aquella soberbia se hunde en las olas; oigo los lamentos de los desdichados que sucumben sin saber por qué; veo a sus madres elevando una plegaria; también veo ciudades enteras arrasadas, monumentos artísticos destruídos, mujeres y niños despedazados en nombre de la civilización; infinidad de fábricas fundiendo cañones y máquinas mortíferas; usureros sin conciencia, afilándose las uñas para caer como buítres sobre las naciones que se aniquilan; miserables que se enriquecen a costa de la sangre de Europa...

Y en el fondo de este cuadro, veo una España que, de espaldas a esta realidad, se embelesa contemplando la insensata faena que con un toro ejecuta un vesánico vestido de colorines...

Y cuando reacciono, y volviendo de mi éxtasis contemplo ante mis ojos el paso de la efigie de Cristo cargado con la Cruz, exclamo dolorido:

¡Si tornaras a la tierra, te volverían a crucificar, Señor!

Juan Moreno Amor.

EL DIVINO EJEMPLO

¿De qué sirvió, Jesús, el sacrificio
que amante hiciste al entregar tu vida,
si los hombres en lucha fratricida
hacen del odio punzador silicio?

¿De qué sirvió que en criminal suplicio
expiraras, Jesús, si enardecida
la humanidad traidora y fementida
más se encenaga en la maldad y el vicio?

Pero no..., que aún se ven imitadores
de tu ejemplo de amor..., pues de dolores
hay mil seres que marchan agobiados

y del odio y la envidia a los rigores
espiran, cual modernos redentores,
en la cruz del deber crucificados.

Antonio Morilla de la Torre

Ecce Homo, de Alonso Cano, que se conserva en la iglesia parroquial de San Francisco.

La Virgen de los Dolores, bella imagen que se venera en el Hospital de Jesús Nazareno.

EL REGIONALISMO ANDALUZ

IMPACIENCIAS

No es uno sólo, son muchos los que quisieran ver el regionalismo andaluz por la calle, en la plaza pública, en los comicios, en la política.

He oído con atención advertencias apreciables, demandas de impaciente afán de obra. El regionalismo andaluz debe ir al Municipio, a la política—dicen unos—; debe salir a la plaza pública—dicen otros; así se aristocratizan las instituciones, no son populares, demócratas, liberales. Esas ideas tan bellas del regionalismo andaluz deben dispersarse a los cuatro vientos.

Y es verdad. Hace falta en cada esquina de cada calle, en cada cruzada de todos los caminos, un elocuente y ejemplar sacerdote que encienda con su palabra un rayo siquiera de esperanza en el corazón de todos los caminantes.

Hace falta gritar e infundir alientos a la Andalucía que se extingue; hace falta salir a la calle, a la plaza, al Municipio, a la vida pública. El regionalismo, desde su Centro Andaluz, no puede obrar en armonía con las bravas impaciencias de los vehementes.

Y es así nuestro carácter: impaciente y vehemente; por eso somos tan malos socialistas. No sabemos aguardar y esperar.

El regionalismo andaluz sabe aguardar y esperar. No siente impaciencias por el triunfo. Pasará un año, y las gentes no nos harán caso, y otro año y otro. Seguirá la gente en sus preocupaciones, con sus partidos, con sus afanes políticos de todos géneros; pero un día aprenderán una cosa del regionalismo; otro día, otra; otra vez irán confrontando lo que es, con lo que debe ser; luego tocarán las consecuencias, unos hoy y otros mañana, y poco a poco, con la solidez de las cosas definitivas, se irá construyendo en la realidad de la vida andaluza ese bello ideal que sólo alienta en el corazón y la inteligencia de los regionalistas andaluces.

No se procede a saltos. La honda transformación que el regionalismo encarne, puede estar y está en la inteligencia de nosotros, pero no en las convicciones e inteligencias de los demás, sino en germen; latentes fuerzas cuyo desarrollo será preciso procurar de un modo metódico y consciente, fraguando un puente entre la realidad viva del momento y el bello ideal andaluz.

Cualquiera que cometa la tontería de pensar, sabe la dificultad de estas obras de ingeniería, de estos puentes.

Si esto fuera cosa fácil, ya el regionalismo andaluz habría triunfado.

Son dos clases de interesss los intereses de todos. Unos, los propios, los de uno mismo, aquellos que sólo afectan a uno, y otros los intereses que de un modo directo o indirecto nos afectan a todos.

Hay que establecer una línea que separe aquellos intereses que son propios, solamente propios, de aquellos otros que no son de uno sólo, sino de todos.

Por ejemplo, mi interés en ir al paseo, precisamente en coche, esta tarde, es mío sólo, y cuando más del arrendador de coches, pero nada más; no puede afectar en nada a los demás ciudadanos, porque este hecho que me agrada o me conviene, lo puedo realizar también yendo a pie.

Pero si mi deseo e interés en almorzar no puede cumplirse hoy, por ejemplo, ni mañana, ni pasado, a pesar de haber puesto de mi parte cuanto me ha sido posible por realizar este hecho, el interés en cumplir esta necesidad es no solamnete mío, sino de todos, porque las condiciones sociales que permiten que hoy pueda quedarme sin almorzar, son las mismas que permitirán que mañana se queden otros. Y hoy por mí y mañana por tí, es un interés de todos el que no haya un solo andaluz que carezca de lo necesario, a pesar de poner de su parte cuanto le sea posible por evitar la carencia.

Para el fabricante de azúcar, por

ejemplo, es de sumo interés que el azúcar extranjera pague un bárbaro impuesto de entrada para vender la de su fabricación lo más cara que pueda y ganar lo más posible; este es un interés particularísimo suyo. Pero para todos los demás y para él mismo, en cuanto tengan que comprar un kilo de azúcar para su consumo, el interés de todos será pagar 60 céntimos por kilo, en lugar de 1'50, y este es un interés de todos, porque, unos más y otros menos, todos hemos de consumir unos kilos al mes.

No se ha dirigido la acción de los partidos políticos españoles en este sentido, de buscar y hallar la línea recta que separe, a un lado, los intereses propiamente particulares de aquellos otros que, aun siendo realizados particularmente, son, por su naturaleza. generales, y este es el origen de la enorme confusión en que nos encontramos.

Se puede decir que existe un estado actual de verdadera anarquía, de singular desorden entre unos y otros intereses, y una política nueva, como la política regionalista, que comienza por callar y establecer la línea recta que separa a un lado lo que es, por su naturaleza, particular, y al otro lo que, por su naturaleza también, es interés general, que vaya poco a poco estableciendo el orden y la disciplina social, de la que estamos limpios.

El regionalismo andaluz cuenta con el ideal de una Andalucía «rica y feliz». Tiene lo principal: el proyecto; la idea de una Andalucía en la cual todos los andaluces puedan desarrollar, por medio del trabajo (con el encanto de su ingenio y la peculiar idiosincrasia de su manera de ser, riente y festiva), sus naturales funciones de vida, en el sentido progresivo más conveniente. Tiene la idea, que es lo esencial, y tiene, además, el procedimiento para realizarla; la forma y manera de realizar este ideal. Hemos construído el puente que establezca una fácil relación entre el ideal puro y las impurezas y las anarquías y el desorden de la vida social actual.

El puente es el Centro Andaluz; para pasarlo y llegar al ideal, es preciso lavarse de todas las impurezas, y de todas las combinaciones y de todas las infamias de esta anarquía reinante. Es preciso, cuando menos, ser bueno. El día que en desordenado tropel sirviera de paso a intereses mezquinos y particulares, que no fueran convenientes a un solo andaluz, al más pobre y al más desgraciado, no valdría la pena el austero y desinteresado sacrificio que representa el intento de encarnar, en la que será realidad, ideales tan humanitarios.

Raphael.

RESURRECCIÓN

Tembló el mármol divino; temerosa
gimió la sacra tumba y monumento;
vió burladas sus cárceles la losa;
de duplicado sol se vistió el viento;
desatóse la guarda rigurosa
del lazo de la noche soñoliento...
quiso dar voces, mas la lumbre santa
le añudó con el susto la garganta.

. . . .

. . . .

Levantáronse en pié para seguirle,
mas los pies de su oficio se olvidaron;
las armas empuñaron para herirle,
y en su propio temor se embarazaron;
las manos extendieron para asirle,
mas viendo vivo al muerto, se quedaron
de vivos tan mortales y difuntos,
que no osaban mirarle todos juntos.

Apareció la Humanidad sagrada
amaneciendo llagas en rubíes,
en joya centellante la lanzada,
los golpes en piropos carmesíes;
la corona, de espigas esmaltada,
sobre el coral mostró cielos turquíes;
esplayábase Dios por todo cuanto
se vió del cuerpo glorioso y santo.

En torno, las seráficas legiones
nube ardiente tejieron con las alas,
y para recibirle, las regiones
líquidas estudiaron nuevas galas;
el hosana glosado en las canciones
se oye suave en las eternas salas,
y el cárdeno palacio del Oriente
con esfuerzo de luz se mostró ardiente.

La cruz lleva en la mano descubierta
con los clavos, más rica que rompida;
la gloria la saluda por su puerta
á las dichosas almas prevenida;
viendo à la muerte desmayada y muerta,
con nuevo aliento respiró la vida;
pobláronse los cóncavos del cielo
y guareció de su contagio el suelo.

Quevedo.

ENSEÑANZAS

Están todos en la línea de fuego. Allí no hay aristócratas ni menestrales, estudiantes ni trabajadores, sabios ni ignorantes, jóvenes ni viejos, los que todo lo poseen ni los que no tienen nada. Allí no hay más que combatientes, ciudadanos de unas patrias que están en peligro y que piden el sacrificio de todos sus hijos. Allí no se exigen más títulos ni más documentos que el de luchar. Han llegado todos ellos allí impulsados por el mismo sentimiento: el deber. Y allí dan todos lo mismo: la vida. En la línea de fuego alienta la abnegación.

La Muerte aletea sobre todos y siega, con inconsciencia siniestra, miles de existencias. No tiene predilecciones; lo que importa es «cortar». Y corta á destajo con una «incansabilidad» aterradora.

Han olvidado los que se cobijan bajo la misma bandera todo lo que les dividía para no acordarse más que de lo que los une. ¡Dar la sangre por la bandera! ¡Magnífica aspiración! Esparta ha resucitado y asombra, de nuevo, al mundo. Cada patriota es Leónidas redivivo y esplendente. Cada acometida es un alud; son muros graníticos todas las resistencias.

Triunfarán sólo Dios sabe quiénes. Todos ellos, por su sacrificio consciente y libre, merecían ser los triunfadores. Pero se terminará el tremendo y luctuoso holocausto en loor de esa divinidad que se llama Patria; y los sobrevivientes regresarán a la suya respectiva a laborar por ella en el campo de la paz y del trabajo fecundo con igual esfuerzo que lo hicieron en el combate.

Pero no volverán, no pueden volver en iguales condiciones que fueron. Esta guerra, tan monstruosa en su actuación, tiene que serlo también en sus consecuencias. Esta guerra tiene que simbolizar el Sinaí de los tiempos modernos. La gran abnegación exige la gran transformación. Esta guerra termina una época y acaba con un mundo. Preparémonos para el advenimiento de una nueva aurora, que empieza a dibujarse en la Historia.

Porque en las trincheras han combatido y caído igualmente los que socialmente eran muy desiguales. Cientos, miles de esos luchadores no disfrutaron jamás otro derecho que el de trabajar, y si se hartaron continuamente de trabajos, nunca lo hicieron de pan. Para ellos la Patria no tuvo nunca otro deber que el de considerarlos como parias y jamás sus frentes bañadas de sudor fueron oreadas por el hálito de la libertad. No fué suyo un palmo de terreno, ni un pie de taller, ni un pedazo de fábrica; enriquecieron, sin embargo, las fábricas, los talleres y las tierras ajenas. Crearon las fortunas de otros; a ellos se les reservó únicamente el hospital. Mientras ellos lo trabajaban todo y pasaban hambre, los que holgaban lo disfrutaban todo.

No tenían nada que perder perdiendo la Patria entera; eran en su Patria extranjeros, sin eslabón alguno que a ella les ligara. Sin embargo, fueron, voluntaria y gustosamente, a dar por la Patria lo que únicamente tenían: la vida. Y la dieron, porque el ofrecer, en este caso, equivale a dar. Y daban la vida para defender las heredades, los patrimonios, las haciendas de los otros...

Ese hecho ha de hacer cambiar la constitución económica de las naciones todas. Si la propiedad no puede convertirse en común, ha de ser más racional, más equitativa, más cristiana la distribución de las ganancias y de los productos. No puede en lo sucesivo ser corriente las tremendas desigualdades que implican las actuales y fabulosas recompensas del capital y la exigua y miserable distribución del trabajo.

Se inicia una nueva aurora. La aurora de la paz, de la equidad y de la fraternidad, a cuyos arreboles caerán los pingajos de la injusticia y del privilegio.

Joaquín Lillo y Bravo.

Paso de Jesus Caído, que se conserva en la iglesia de San Cayetano.

La Asociación Médica Regional

A continuación publicamos la carta-circular que la comisión organizadora de la Asociación farmacéutica dirige a todos sus colegas de la provincia.

No hemos de encarecer su importancia y transcendencia, porque la alteza conque está escrita nos rebela de ello. Dice así:

«Distinguido compañero: Como previamente tenían anunciado, el domingo 25 del próximo pasado mes de Marzo, fuímos honrados con la visita de varios compañeros Médicos y Farmacéuticos de Sevilla, entre los que figuraba el incansable iniciador y propagandista de la Unión médica regional, Dr. Centeno. A la estación de los ferrocarriles asistimos a recibirlos varios comprofesores de esta capital, sin separarnos de ellos hasta despedirlos en igual forma.

Durante el almuerzo se designó una comisión compuesta de los Farmacéuticos de esta capital señores Avilés, Linde y Villegas, para que se dirigieran a todos los de Córdoba y su provincia invitándoles a adherirse a esta hermosa obra y meritísima labor de regeneración y prestigios para la noble clase médica.

Excusamos, porque ya serán conocidos de todos ustedes, exponer los fines altruistas y humanitarios que esta nueva Institución persigue, sin sacrificio pecuniario alguno, y no dudamos un momento que usted, inspirándose en tan buenos propósitos y en que se realice la unión de la clase médica con su hermana la farmacéutica, para lo que, unos y otros habremos de desproveernos de amor propio mal entendido, e inspirándonos en el bien general, con vistas siempre a la mayor consideración y dignidad profesional, sin rencillas que, en caso de haberlas, dilucidarán Tribunales de honor, llegue con noble y franca fraternidad el día anhelado de nuestra regeneración, y que el público conozca y se convenza de la alta y humanitaria misión que dentro de la Sociedad estamos llamados a ejercer, y se nos conceda el respeto y consideración a que tenemos perfecto derecho.

Muchos y muy complejos son los asuntos a tratar, todos ellos de gran importancia para las clases médicas, sin olvidar a la titular, que hay que arrancarla con dignidad y tesón de las garras del caciquismo en que vive, haciéndola independiente y libre.

Como no es posible en los estrechos límites de una carta exponer detalladamente todos los fines que esta Sociedad persigue, nos circunscribimos a rogar a usted no desoiga nuestra invitación y se adhiera con fe y entusiasmo a estos propósitos y concurra, a serle posible, a la Asamblea regional que tendrá lugar en esta capital los días 10, 11 y 12 del próximo mes de Septiembre, en la que se le dará forma legal y definitiva a la Junta que ha de entender de estos asuntos en la provincia de Córdoba, constituyendo la Asociación médico-farmacéutica, y donde habrán de discutirse cuantos temas y asuntos aportemos en bien de la clase.

Las adhesiones pueden dirigirse al Dr. don Manuel Ruiz Maya, Cardenal Toledo, 6, actual secretario interino, o al Dr. don Enrique Villegas, Plaza de la Almagra, presidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos, a cuyo fin puede llenar el Boletín adjunto.

Atentamente saludamos a usted, ofreciéndonos suyos afmos. amigos y compañeros s. s., q. e. s. m., *Dr. Enrique Villegas, Angel Avilés, José de la Linde.*»

Como algunos farmacéuticos de la provincia tienen ya noticia del acuerdo, se han adelantado, dando una hermosa prueba de unión, y han enviado ya a esta Secretaría su adhesión, por lo que daremos sus nombres.—*El Secretario del Comité Provincial.*

———

Continuación de la lista de adheridos a la Asociación: Médicos: don Vicente Ruiz Toscano, de Montemayor; don Luís Balbuena, de Baena. Farmacéuticos: don Enrique Villegas, don José de la Linde y don Angel Avilés, de Córdoba; don Bernabé Moral Reyes, de Villanueva del Duque; don Francisco Losada, de Fernán-Núñez; don José Pineda, de Espiel; don José Dacosta Ortega, de Cañete de las Torres; don Joaquín Rodríguez de Córdoba, de Montemayor.

(Se continuará.)

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

INDEPENDIENTE

Er. circunstancias aùn más graves que aquellas que España sufriera cuando se efectuó la clausura de Universidades para crear Escuelas Taurinas, un gobernante, buscando a través del tiempo la inspiración fernandina que determinase aquel acto, ha publicado el Código del Toreo, precisamente cuando fuera de la nación se extiende por todas partes la hoguera de la guerra y cuando dentro del país el hambre y la ignorancia producen sus frutos naturales, hasta llegar a una apenadora abyección, en la que jaraneros, envinados y matones llevan la voz cantante. Se ha perdido hasta el sentido del tiempo, y es en estas circunstancias cuando el antiguo Deseado dicta al nuevo ministro el Código del Toreo, publicado en una Gaceta *que, según la patriótica afirmación hecha por el ilustre escritor* Andrenio *en el* Nuevo Mundo, *merecía ser denunciada.*

Dibujo de Fz. Márquez.

10 Cts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 14 de Abril de 1917 | NÚM. 35

Una faceta del pueblo andaluz

Agrias y rudas palabras han de ser las que nuestra pluma, provinciana y desconocida, trace al querer revelar, en su natural desnudez, una faceta, quizá la más característica, de la psicología del pueblo andaluz.

La moral de un hombre es hija siempre de su psicología, y, a su vez, su psiquismo resultante del modo especial de reaccionar el sujeto a los estímulos del medio. Estos estímulos determinan lo que, en psicología, nombran *tonos* sentimentales, y estos tonos serán positivos o negativos; se traducirán en sensaciones de placer o dolor, según el modo de reaccionar del sujeto. La sensación dejará su huella en el sujeto y servirá de contraste a las sucesivas sensaciones, y; reuniéndolas, el hombre concluirá agrupándolas en dos grandes series: sensaciones que producen placer y sensaciones que producen dolor. Mas como el hombre hállase obligado a vivir en comunidad, en sociedad, pronto extenderá aquellos efectos a los demás, a los que con él comparten su especial modo de vivir, no sólo en cuanto son provocados por estímulos provinientes del medio, sino también cuando son hijos de sus propias acciones, y lo que comenzó siendo individual haráse general o colectivo. Las sensaciones determinantes de placer para el individuo, lo serán también para su pueblo, e igualmente las determinantes de dolor. Y el hombre y el pueblo nombrarán a aquéllas Bien y a éstas Mal, y las acciones que produzcan aquéllas serán Morales y las que produzcan éstas Inmorales.

La moral de un pueblo es hija siempre de su psicología, y como ésta es la resultante del modo especial de reaccionar el sujeto a los estímulos del medio, cuando uno de estos factores, o ambos a la par, varíen, aquélla sufrirá transformación. La psicología de un pueblo y por ende su moral no son constantes.

EL PROBLEMA DE LAS SUBSISTENCIAS

Tánlalo en España.

Dibujo de Alfonso del Rosal.

El pueblo andaluz dejó de ser la Grecia de Occidente. Y sometido a la acción del sol, de su sol que es vida y libertad, vida robusta y lozana, música y colores, vivió para reir, pero aherrojado por siglos de bárbaro e inquietante feudalismo, persistente aún en el latifundio y el absentismo, que es servilismo e incultura, vivió y vive para reir, pero con risa polarizada por la mueca de la pauperación espiritual.

El andaluz con su cielo y con su sol, con su flora y con su fauna, siempre está alegre, siempre ríe.

No se preocupa del mañana; no medita; no le inquietan abstracciones; no lucha con el cerebro; ríe... y ríe...

Contempla cómo el sudor de su frente, el esfuerzo de sus músculos, sus vigilias y desvelos sólo aprovechan al *señor,* al *amo*, y... ríe. «Aquel *tío*, que no sabe cuánto tiene, si le pillaran umbría arriba...!» Y el *señor*, el *amo*, sin parar mientes en la miseria de su inmediata fuente de riquezas, sin pensar si son o no humanos los mantenedores de su depravación, ríe, y ríe con risa de obesidad: «¡Cómo chillan aquellos brutos...!»

El andaluz contempla el bufo ejercicio del sufragio: el escamoteo de la *voluntad* popular siempre en tensión; la fabricación de representantes allá en los *comicios* de los *prohombres*; el reparto de actas en insano banquete de promiscuación de egoísmos... y ríe... «¡Qué travieso es esa *tío*...!» Y los de arriba, los profesionales de la desgobernación del pueblo, los conculcadores de las leyes que por sí forjaron... también ríen; ríen con risa arlequinesca... «¡Mis mansos de mi distrito...!»

El pueblo andaluz, todo el pueblo, el de arriba, el de en medio y el de abajo, asiste al trágico espectáculo de la completa ruína de una administración desquiciada; a la vampiresca lucha de los Rinconetes y Cortadillos de su sangre y de su esfuerzo... y ríen... «¡Cómo se insultan; ya veremos cuál puede más...!»

Y ve que carece de enseñanza; que el analfabetismo es la unidad de medida para su desarrollo cerebral... y ríe.... «¡Es que somos muy gansos...!»

Y acude a un incendio y, al contemplar el rostro lleno de terror y de angustia de algún su hermano que, próximo a la asfixia, logró salvarse... ríe...

Y observa cómo una ruinosa inundación arrasa campos, destruye casas, invade calles y barrios y arrastra animales y los necesarios enseres para la habitación... y ríe...

Y ve caer a un hermano de elevado andamiaje... y ríe..,

Y canta: «En un cementerio entré...» y ríe...

Y ríe siempre, siempre ríe, pero con risa ignorante, de infantil anormal, con risa de cretino...

El pueblo andaluz ríe, ríe continuamente; no piensa. no observa, no estudia: en él, el cerebro yace perdido entre las eses instestinales, y si alguna vez recibe la acción de algún estímulo, no viene éste de los dídimos. El pueblo andaluz es inculto; aun no ha penetrado en el mundo de las ideas: vive en la primera infancia de la vida cerebral. Este bello y noble pueblo, egregio tabernáculo de las más altas potencialidades, vegeta inculto, idiotizado, no por sí, no por deseo, sino porque así *conviene a los más altos intereses sociales*. Y como en su intimidad, en su contextura es noble, siempre ríe, para mostrarse serio en aquellas *bellas* pasiones que supieron despertar el amor taurolátrico ofendido y la predilección vinícola discutida.

El pueblo andaluz ríe siempre: ante la miseria, ante la injusticia, ante la inmoralidad, ante su propia ignorancia, ante todo lo que no sea sus dos *grandes pasiones*.

Y cuando de su propia masa emerge una salvadora idea, cuando engendra hombres civiles, entregados al cerebro, que claman amor y justicia; cuando con titánicos bríos alguno de sus hombres, adelantándose al siglo de su medio, fustiga las aletargadas conciencias; cuando alguno de sus hijos inicia el más bello movimiento espiritual y social, el más alto regionalismo... también el pueblo andaluz ríe, y en su idiocia no apetecida pero impuesta, repite como un eco la irónica *sentencia* brotada de los labios estultos y egoístas de los que injustamente llegaron: «¡Quieren ser *concejales*...!»

Dr. M. Ruiz Maya.

De la Revista *España*, de Madrid.

Ganarás el pan...

ESCENAS DE UNA COMEDIA INÉDITA

La escena representa la explanada que hay ante el ancho portalón de un cortijo en la hermosísima Sierra cordobesa.

ESCENA I

Rafael.—Descansa, Manué, y echemos un cigarro, que bien hemos trabajao ya hoy. Un caño e suor me corre por toitico el cuerpo.

Manuel.—¡Sí que se súa, Rafaé! Er sor quema como un condenao y tuesta la cara lo mismo que la candela. Mía los trigos, si paece que están tostaos... ¡Güena cosecha habemos de tener ogaño!

—¡Y tan güena! Dende quer señorito se avino ar cortijo y trujo los abonos y las maquinarias, la tierra es otra y los surcos e los sembraos paecen manantiales que no se agotan: de tar moo engendran er fruto que en ellos vamos ejando.

—Y hasta trabajamos menos. ¡Mía que es raro eso...!

—Bien lo icía er señorito: esas máquinas que miráis con temor y con recelo, son las que os redimirán der brutá trabajo que sus mata y sus aniquila. ¡Y es verdad! Antes éramos bestias que a la juerza labrábamos la bendita tierra, queriendo que a la juerza, también, nos diera su fruto; hoy er campo es una bendisión e Dios, y lo que antes estaba incurto y sin producto, ajora chorrea riqueza por toos sus poros, como presona que, estando agonizando, resucitara a la vía.

—¡Y que lo digas...! ¡Mía que es güeno er señorito...! Paece mentira que un calavera, como él, se haya güerto tan trabajaó y tan constante...

—¡Qué quies, Manué...! Los quereres mardecíos, las malas partías de una jembra perra que lo consumía y arruinaba, traicionándolo por añadiura, jicieron que vorviera los ojos a esta tierra en que sus padres ganaron er capitá pa que él lo errochara.

—¡Como que hay mujeres que son peores que los lobos! Nos erlectrizan, nos güerven locos, mus jasen andar e coronilla, les entregamos er corazón y aluego, sin piedad, mus lo estrozan. ¡Marditas sean...!

—No marditas, no, ¡que una mujé fué nuestra madre! En las mujeres, como en too, sucee lo que en la viña der Señó: que las hay durses y otras que rejelean como la jiel. ¡Mía la Dolorcillas...!

—Sí que es verdad: es más güena quer pan, más sencilla que las florecillas de la praera y más hermosa que un beso der sol por la mañana.

—¡Sí que lo es, Manué, sí que lo es! Por eso er señorito se muere por sus peazos. ¿Y tú crees...?

—¡Vaya si lo creo! Er señorito no es ya quien era; los esengaños le han jecho vorver los ojos a la realiá y ha orviao por completo er lujo, las diversiones y las malas pécoras de los Madriles y sólo tiene dos amores: er que siente por la tierra y er que siente por Dolorcillas; ¡y con ella se casará!

—¿Pero un hombre tan rico casarse con una pobre?

—Probes fueron también los padres der señorito y labrando la tierra ganaron su capital. ¡Ríete tú de los títulos y de los nobles! Ya ves: icen que tien la sangre azur... Los probes, a juerza de trabajá, la tenemos colorá como la grana... Además, la Dolorcillas es instruía, pues bastante aprendió cuando estuvo en la ciudá.

—Tamién icen...

—¡Anda de ahí! ¿Vas tú a jaser caso de mermuraciones?

—Mía, aquí viene er señorito con er forastero que llegó por la mañana.

ESCENA II

Dichos, don Carlos y don Armando.

Don Carlos.—Hola, muchachos; ¿se descansa?

Manuel.—Sí, don Carlos, se descansa unas miajas.

Rafael.—¡Como que'r sor quema de firme...!

Don Carlos.—Bueno, hombre; tomad un cigarro.

Manuel. - Emparmaremos...

Rafael.—¡Y que son de los güenos! Se agraece.

Don Armando.—¿Y eres feliz en el campo, alejado del gran mundo y rodeado de personas zafias y ordinarias, sin ilustración y sin cultura?

—Sí, que lo soy, Armando; olvidé para siempre el romántico jardín de mis ilusiones, en el que sólo coseché desengaños y perfidias; dejé jirones de juventud, pedazos del alma entre las zarzas del camino de la vida, y con las fuerzas vencidas, me vine a estos campos, regados en otro tiempo con el sudor de mis padres, y en ellos volvieron a renacer mis esperanzas...

—Tú, el notable abogado, del que tanto habría de esperar nuestra querida patria...

—Lo que la patria pudiera esperar de mí, desde aquí lo conquistaré: la patria decadente, famélica y exhausta recobrará su perdida grandeza por medio del trabajo, por medio de la agricultura.

Jarrones mudéjares.—Un artista cuyo mérito bien probado corre parejas con su modestia extraordinaria—don Dionisio Pastor Valsero—realiza en la Escuela de Artes y Oficios la benemérita obra de procurar con hechos la reconquista del patrimonio industrial que a través del tiempo y por la concurrencia de mil y mil circunstancias adversas se ha ido perdiendo casi enteramente. Fruto de su labor generosa es la fabricación de jarrones cordobeses de carácter mudéjar, de los que ofrecemos sobre estas líneas la reproducción de dos bellísimos ejemplares, en los que figura el escudo de la ciudad entre las características labores de la renovada fabricación.

—¡El campo...! Muy bello para cantado, pero prosaico y aburrido para vivido de cerca. Llegué esta mañana y ya estoy deseando abandonarlo.

—¡Para mí es la vida! Nada hay más sublime que la madre Naturaleza, que, al amanecer el día, nos manda el beso del sol, alentándonos para el trabajo, que honra y dignifica. Aquí no hay luchas, ni pasiones viles, ni envidiados, ni envidiosos.

(En lo alto del monte se ve a Dolorcillas cubierta de flores. Viene cantando).

Don Armando (aparte). ¡Ella...! *(Dirigiéndose a Carlos):* ¿Quién es esa mujer?

Es mi musa, la musa de la Agricultura, la que me hizo comprender cuán bello es el mandato divino de ganarás el pan con el sudor de tu frente...

. . . .

Emilio Santiago.

DESDE BERNA

La ignorançia de España

La camarera del cuarto del hotel donde estoy, habla y escribe bien el alemán; no tan correctamente el francés, y tiene interés en aprender el inglés, de cuyo idioma conoce algo; la camarera que sirve en el comedor sabe lo que la primera y además el inglés y el italiano.

Fácil es comprender que no tienen grandes sueldos, y, sin embargo, conocen más idiomas que muchos catedráticos de Universidad e Instituto, y que la mayoría de los médicos y abogados de ahí.

La citada camarera de mi habitación me decía el otro día que el anterior domingo no había salido, que habían estado en el salón reunidos, habían cantado y ella había tocando el piano.

Recuerdo que hace años un amigo mío me decía que en Inglaterra no era raro que las domésticas supiesen tocar el piano y aquí veo repetido el caso.

Si comparamos estos grados de cultura con los de nuestra patria, donde la mayoría de los alcaldes de pequeños pueblos apenas saben escribir y en los pequeños pueblos la inmensa mayoría de concejales no saben ni firmar, se comprenderá dónde está el origen de nuestra desgracia, pues mientras la primera autoridad municipal sea una persona de cultura inferior a la de una camarera de Suiza, no es posible hacer, no un pueblo como éste, ni siquiera un pueblo un poco civilizado.

Y esa ignorancia origina el atrevimiento de las autoridades incultas en contra de la escuela, del maestro, del médico, cuyos ejemplos se repiten constantemente y ahora se da el caso contra don Vicente Camarena, médico de Navarrés.

A los que me han dicho alguna vez que España no estaba tan mal como yo decía, les pregunto: ¿Es posible que gobernados la mayoría de los pueblos por autoridades analfabetas y constituídos los pueblos por seres en su mayoría analfabetos, puedan hacer cosas grandes, justas y buenas?

¿Es que aun nosotros mismos, los que nos consideramos un poco buenos, seríamos igualmente buenos, y útiles a la sociedad si fuésemos analfabetos?

Mientras España sea un país ignorante, será un país malo y la vida será muy triste en él, ya que sólo se preparan unos pocos días felices: Navidades, Carnaval, etc. Y el resto del año, más de 350 días, son desgraciados, duros, expuestos a la desgracia y a la incertidumbre, convencidos de que si existe algún accidente en nuestra vida, una enfermedad, etc., no tendremos el apoyo debido; que a nuestra vejez, el hambre y la desgracia nos rodearán de cerca, ya que no tenemos buenos hospitales, ni sanatorios, ni el seguro contra la vejez, ni contra la enfermedad, y, por carecer de estos medios, no nos libraremos de la desgracia ni aminoraremos sus desastrosos efectos.

España ha visto el noble esfuerzo de otras naciones y sigue pensando en «toros» y olvida las escuelas.

Lo que nos distingue de la «Europa buena» son nuestras plazas de toros y nuestras escasas escuelas. Tenemos plazas de toros que no tienen los países adelantados... nos faltan escuelas, y son malas las que hay.

El deber de todo hombre de gobierno en España y de todo ciudadano es cerrar en seguida las infamantes plazas de toros, que sólo nosotros las mantenemos ¡como fiesta nacional, y además presidida por representantes de la autoridad! y abrir muchas y buenas escuelas, hasta que vayan a ellas todos los niños de 7 a 14 ó 16 años, teniendo un profesor o profesora por cada 40 niños como máximo.

Si no hacemos esto, seremos muy desgraciados y la historia, a los que seamos cómplices, nos hará una triste justicia.

Desanalfabeticemos a España enseguida o seremos responsables del delito de lesa patria.

Mariano Pérez Feliú.

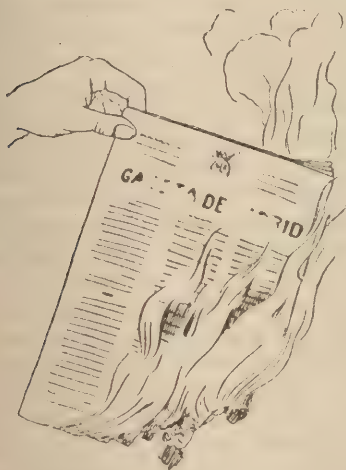
Una "Gaceta,, que debería denunciarse

Las corridas de toros ¿son una diversión o un servicio público? Sugiere esta pregunta un singular documento oficial publicado en estos días, y que con toda su singularidad habrá parecido naturalísimo a muchas personas.

Este documento es el Reglamento para las corridas de toros, novillos y becerros, inserto en la *Gaceta* del 3 del corriente, parte oficial, sección del Ministerio de la Gobernación. El tal Reglamento ha tenido un gran éxito, por lo cual estamos muy lejos de felicitar al señor ministro de la Gobernación. La tirada de la *Gaceta* en tal día se ha agotado o está próxima a agotarse. Se cuenta que en muchas oficinas y otros lugares de varia concurrencia donde se recibe el periódico oficial, no se encuentra la tal *Gaceta* para un remedio, porque los concurrentes se las han llevado para estudiar reposadamente en su casa tan importante texto reglamentario y empaparse bien de sus sabias y minuciosas disposiciones.

Miguel Santos Oliver, primero, con fina y amarga ironía; después Eugenio Noel, con cálida elocuencia, han hablado de esa pieza administrativa. Al movimiento espiritual a que han obedecido ambos escritores vienen a sumarse estas líneas.

¡Líbreme Dios de hacer responsable de dicho Reglamento al señor ministro de la Gobernación, mi ilustre amigo, que ha sido empujado probablemente en este caso por la



rutina administrativa! Habría probablemente un reglamento taurino, que se habría quedado anticuado por el progreso de los tiempos, que

alcanza a todo, hasta a lo más reñido con la civilización. Los interesados en el caso habrán promovido la reforma del reglamento antiguo; los técnicos habrán discurrido lo que mejor convenía para el esplendor de las corridas de toros, novillos y becerros, y un día se le habrá presentado a la firma al señor ministro el Reglamento y el señor ministro lo habrá firmado como una cosa corriente, sin plantearse la cuestión previa de si, no obstante los precedentes, se debe dictar por la Administración pública reglamentos de esa clase para fomentar una fiesta bárbara, sujetándola a minuciosas prescripciones enderezadas a su mayor lucimiento.

—

Las actitudes en que un Gobierno se puede colocar respecto de la fiesta de toros son muy diferentes. Una es la prohibición en nombre de intereses de cultura y educación social; otra una política que, sin llegar a la prohibición, procure la desaparición gradual de este espectáculo o, por lo menos, no consienta que adquiera mayor desarrollo; otra, una actitud de pura neutralidad que mire las corridas de toros como uno de tantos espectáculos y les aplique las reglas de policía generales, adaptadas a este caso especial; otra, por último, una política de fomento de las fiestas de toros e intervención oficial para que la afición salga satisfecha de ellas y no decaiga el esplendor del espectáculo.

Esta última política es la que representa el Reglamento. En él se prescribe que los toros deberán tener determinado peso y edad; se fija minuciosamente cómo han de ser las puyas y las banderillas; qué alzada han de tener los caballos; cómo en cada cartel de abono habrá de haber dos espadas de primera categoría y cuáles se entenderá que la tienen. Hasta el principio de la colación de grados por el Estado se aplicaal caso, disponiendo que para tomar la alternativa deberán los aspirantes dirigir una instancia a la Dirección general de Seguridad, acompoñando los justificantes de su competencia. De ahí a establecer una Escuela o Facultad de Tauromaquia, como en los felices tiempos del Deseado, no hay más que un paso. La Presidencia de las corridas se confiere al Director general de Seguridad en Madrid y a los gobernadores en las provincias, con facultad de delegar. El asesor técnico que acompañará e ilustrará al presidente podrá tener hasta cuarenta pesetas de dietas, mucho más de lo que cobra un académico, casi lo que un consejero de Estado.

Todos estos preceptos sólo tienen explicación lógica en el supuesto de que se considere que hay un interés público en que las corridas sean buenas y la afición no salga defraudada de ellas, sino que, hallando satisfacción, se estimule y crezca.

—

Repárese cuán distinta es la policía de espectáculos tratándose de teatros. La Administración pública no manda que en el cartel haya dos, ni siquiera una, tiples de primera categoría en los coliseos consagrados a la opereta, ni actrices de igual calificación jerárgica en los de verso; no exige para debutar títulos, patentes o permisos otorgados por la Dirección de Seguridad; no establece medidas tutelares encaminadas a que las obras que se representen sean buenas y los cómicos aceptables. Respecto a los toros es otra cosa. El Estado se coloca en una actitud tutelar, casi paternal,

como si el logro del espectáculo afectase al buen nombre de la nación.

Lo menos que podría pedírsele es una actitud neutral. Así como reconoce que la calidad de las obras teatrales y de los comediantes es cosa que cae en la esfera de las relaciones entre el público y las empresas y a la Administración sólo le corresponde velar por la higiene, la seguridad y los principios elementales de la decencia pública, frente a las corridas de toros no debería hacer otra cosa, a menos que crea de interés público fomentarlas. El que los toros tengan siete meses o siete años, los espadas sean de primera o última categoría, las puyas de esta o de la otra clase, son cuestiones de relación entre el público y las empresas, de buen éxito o de fracaso de una temporada. El único reglamento de toros admisible sería el que fijara las condiciones de seguridad de los locales, la intervención de lo autoridad no para presidir la fiesta, sino para matener el orden, y la necesidad de obtener autorizaciones si se tratara de añadir suertes nuevas a la barbarie tradicionalmente consentida o de multiplicar las corridas, o extenderlas a poblaciones donde no se celebren.

Es un dolor que no se haya tenido en cuenta siquiera, como indicación de una tendencia civilizadora, los precedentes restrictivos, ya que aquí todo lo hacemos por precedentes: uno liberal, la Real orden de 1882 de don Venancio González; otro conservador, la Real de 1908, de don Juan de la Cierva. ¡Ah!, triste España de pandereta, que deprimes y afliges a cuantos anhelamos para nuestra patria triunfos de la cultura y del trabajo, ¿cómo rechazaremos las imágenes tuyas que nos envían los extraños, cuando en nuestra propia casa te acaban de levantar este monumento en la *Gaceta?* La verdad es que al Reglamento dichoso sólo le ha faltado para su consagración definitiva el que el Gobierno le incluya en la lista de las reformas legislativas y reglamentarias, prolijamente enumeradas en la nota oficiosa donde dió cuenta de su vida y hechos. Verdad es que el Reglamento se ha publicado días después y no era discreto adelantarse a los acontecimientos.

Sería cosa de denunciar la *Gaceta.*

Andrenio.

Dibujos de Fz. Márquez.

DIÁLOGOS EDIFICANTES

Colonización espiritual

(En un café departen don Juan, don Pedro y don Antonio. Don Juan es marroquizante, don Pedro es americanista y don Antonio es español a secas, sin más transcendentales aspiraciones que las de todo hombre sensato que quiere ver su hogar cómodo, alegre y rico. Comienza el atardecer. A través de los ventanales, vese el lento desfilar de la varia y pintoresca muchedumbre madrileña. En la penumbra del café hay un dejo de tristeza.)

Don Antonio (con sorna).—Ya ha visto usted, mi querido don Pedro, cómo nos han tratado los mejicanos en su revolución. Español que cogían indefenso, ya se podía dar por muerto o por atormentado o por robado. Y hablan castellano y tienen en sus venas sangre española. Si Hernán Cortés levantara la cabeza, en lugar de quemar sus naves, las pondría a toda vela para huir de aquellas tierras ingratas, donde tales hijastros hemos criado.

Don Pedro.—A pesar de eso, que tiene su explicación, el porvenir de España está en América, en la reconquista espiritual de aquellas repúblicas que nos lo deben todo...

Don Antonio.—¡Todo! Singularmente sus malas cualidades.

Don Juan.—El americanismo es un ensueño; pura retórica, amigos míos. El porvenir de España está en Marruecos. Nuestros hijos le llamarán las Indias nuevas, y de allí les vendrán los galeones cargados de oro.

Don Antonio.—¡Pobres hijos nuestros! Cuando pago mi contribución y mi cédula personal y pienso que, además, en el recibo del casero, en la factura del sastre, en la cuenta del tendero, en el décimo de lotería, en el tabaco que fumo, en la cerilla que enciendo, en la luz que me alumbra, hay unas pesetas o unos céntimos o unas milésimas de céntimo que van a parar al Erario, y que éste gasta ese dinero en sostener un ejército en Marruecos y en hacer carreteras en Marruecos como antaño lo gastamos en Flandes y el Rosellón y Nápoles y en toda América y en Oceanía, sin que nada de ello si-

ga siendo nuestro, se me antoja que nuestros hijos o nuestros nietos, que presenciarán el desastre total de la raza, nos tendrán por unos grandísimos botarates y nos profesarán aquella rencorosa ojeriza con que se recuerda al padre que dilapidó la fortuna de los abuelos...

Don Juan.—¡Pero esa teoría es suicida!

Don Pedro.—¡Suicida! Con ella no se hubiera escrito la Historia de España.

Don Antonio.—Ojalá no se hubiera escrito tal como está. Sería otra. Seguramente otra mejor. La pujanza de la raza, templada en la reconquista, se hubiese guardado en el cuidado y engrandecimiento del hogar propio, del territorio nacional, de la verdadera patria. Si no nos hubiésemos metido a querer arreglar las casas de los vecinos, no estaría la nuestra tan desvencijada y empobrecida. Monomaníacos de grandezas, no hubo aventuras en que...

Don Juan.—¡No siga usted, que disparata! Esas aventuras, precisamente, han creado nuestros derechos históricos.

Don Antonio.—¡Nuestros derechos históricos! Pero, en serio, en palabras honradamente sinceras, ¿puede haber nadie que diga eso? ¿Qué se han hecho nuestros derechos históricos en América desde California y la Florida hasta el mismísimo Polo Sur? ¿Qué se han hecho en Oceanía? ¿Qué en Africa desde las lindes del Sahara hasta la Guinea meridional? Los fuertes se han llevado de nuestra tierra lo que les ha dado la gana. Y, ¿a quién nos quejamos? Pues, nosotros mismos, ¿no hacemos lo propio? ¿Quién tiene más derechos sobre Marruecos que los marroquíes? Pues, aquí está nuestro amigo don Juan, y en España hay muchos como él, que cree que podemos tomar allí las tierras que nos plazcan, invocando precisamente nuestros derechos históricos.

Don Juan.—No se puede discutir así... Hay que atenerse a las realidades del presente, tamándolo como punto de partida. «Ha llegado el momento de repartirse Marruecos.» Hubiera sido insigne tontería cruzarse de brazos...

Don Antonio. — ¡Cruzarse de brazos, no! Trabajar aquí, hacer carreteres y puertos aquí, enseñar a leer aquí, gastar el dinero aquí, fortificar las costas y las plazas aquí... Estar preparados por si algún día le da a Europa la ventolera de decir que también ha llegado la hora de repartirse España...

Don Juan.—Eso es absurdo.

Don Pedro.—¡Eso no ocurrirá jamás! España se levantaría como un solo hombre...

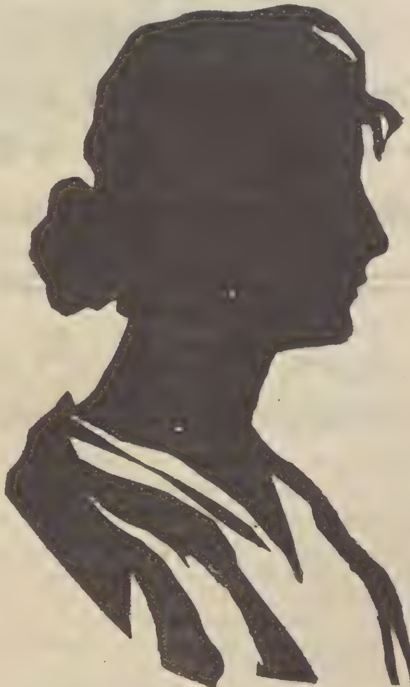
Don Antonio.—Como un solo hombre, como Viriato o como Sertorio o como el propio Cid o el Empecinado, si ustedes quieren; pero para que este hombre, al levantarse, pudiera disponer de dinero, de armamentos, de todos los elementos de la guerra, era necesario que no siguiéramos haciendo locuras, que no continuáramos dilapidando lo poco que nos queda... Hay un pedazo de patria, un trozo del territorio nacional, que la gente no ve, que no siente, que no teme ni ama. Es, como la bandera, un símbolo y, como ella, representa el honor nacional y la integridad nacional. Este pedazo de patria es la Deuda Pública. Las gentes no saben en España que los intereses de nuestra Deuda se llevan la mitad de cuanto el Estado recauda; es decir, que yo, que nací el 71, trabajo y pago contribución para sostener la primera guerra civil, y la segunda y la tercera y la expedición a Méjico y la reconquista de Santo Domingo y la batalla de Alcolea y todas las locuras que a mis abuelos y a mis padres se les antojó hacer. Sobre eso, las propias locuras mías. ¡Aquella última peseta gastada en Cuba y Filipinas! ¡Y ahora Marruecos! Nuestros hijos y nuestros nietos seguirán pagando todo eso, los intereses de todo eso, por honor nacional, teniendo hipotecado ese trozo de la patria, y el dinero se les irá entre las aventuras que ellos imaginen y las usuras de las que nosotros realizamos; nuestras costas seguirán indefensas, nuestros puertos militares no se acabarán, padeceremos la efectiva intervención extranjera en los ferrocarriles, en los tranvías, en las minas, en las industrias, en nuestras propias Aduanas que, lo mismo que las marroquíes, garantizan un empréstito... ¿Qué haría Viriato, qué haría el Cid, redivivos, ante ese problema de la independencia, no por el heroísmo, sino por el dinero?

Don Juan.—Pero el africanismo es dinero... dinero que vendrá de las minas, del comercio...

Don Antonio.—Mientras las minas españolas, que no necesitan ejércitos que las guarden, están en poder de los extranjeros.

Don Pedro.—Pero eso es renunciar a todo; al pasado y al presente. Ver cómo Europa marcha y estarnos quietos. Eso es

Niños de Córdoba. — La preciosa niña Lina Casa Padilla, hija de los Condes de Casa Padilla. Busto en barro del admirable artista don Dionisio Pastor Valsero.



SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

declarar que ha llegado para España la hora de la senectud, la hora de encerrarse en casa para cuidarse egoístamente los achaques...

Don Antonio.—Sí; los achaques de la mala vida pasada... Y en casa están los hijos y los nietos, que son el presente y el mañana y a los que el espejo de nuestra experiencia...

(En la calle acrece el gentío. Los coches se detienen. En las plataformas de los tranvías los viajeros se enraciman. Los tertuliantes del café se agolpan a las ventanan y salen a la puerta.)

Don Pedro.—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

Don Juan.—Algún atropello habrá sido... Acaso alguna riña.

Don Antonio (volviendo del ventanal).—Es que nuestro pueblo también siente el americanismo y el africanismo... Van por la acera, cogidos del brazo, fraternizando, Belmonte y Gaona... Y les sigue un tabor de aficionados...

Dionisio Pérez.

QUIJOTADAS

DENTRO DEL PARNASO

A mis compañeros en letras

Ya no me veréis, constante,
calle arriba, calle abajo,
buscando verdes laurales
por el mundo literario.
Ya se acabaron los libros
y los versos se acabaron,
que títulos y medallas,
pergaminos y legajos,
cuartillas, plumas y premios,
diplomas, certificados,
prometo acabar con todo
y hacerlo diez mil pedazos.
De las letras me retiro,
que las letras me dejaron
sin esperanzas el alma
y el granero sin un grano.
¡Oh, mi patria, no sabía
que las puertas del Parnaso
daban acceso a este valle
tan estéril y olvidado!
Si esto, compañeros, es
al dar los primeros pasos
como cándido trovero,
¡qué será si llego incauto,
bailando al son de las musas,
hasta el fondo del Parnaso!
Sabed, pues, que un derrotero
bien distinto es ya marcado
por mi voluntad hoy firme
y ¡adiós, mundo literario,
con tus necias ilusiones,
con tus glorias y tus lauros;
adiós, angelitos ciegos,
adiós, arroyuelos mansos,
flores, pájaros y luna;
adiós, compañeros caros,
que voy lejos de vosotres,
desinquieto y endiablado,
adulador y rastrero,
hacia el político campo,
donde me darán la vara,
donde seré diputado,
concejal, gobernador
y otras cosas que me callo...
ya que presto he de vestir
de chistera y guante blanco!
Si en mis locas ambiciones
en estas lides fracaso,
iré a los verdes tapetes
y a las plantas del dios Baco,
iré donde vayan todos,
por esa corriente abajo,
entre risas y placeres
confundido entre los malos.
Los gritos de la conciencia
serán al punto acallados
y en sangre tinta la pluma
veloz el papel rasgando
veráisme escribir en cieno
como escriben los malvados.
Entonces del arpa mía
saldrán los primeros cantos,
valientes como rugidos
de tigres encadenados.
Y no seré desde entonces
el poeta desdichado
que su vihuela tañera
llorando, siempre llorando.
Pluma en ristre, valeroso,
y la sonrisa en los labios,
azote seré de aquellos
que nos impiden el paso.
Con mi adarga y mi tizona
ya veréis cómo los trato,
¡malandrines y follones,
canallas desvergonzados
que viven con fruto nuestro
y van nuestro mal sembrando!
¡Adiós, adiós para siempre,
que del mundo literario
los verdes laureles son
como las hieles amargos!

——

Esto el poeta escribía,
de ingratitud despechado,
cuando entre blancos celajes
divinas musas llegaron
tan amorosas, tan bellas
y al son de tan dulces cantos,
que arcángeles parecían
desde la gloria enviados.
Y salve, vate, dijeron
en las gradas del Parnaso.
¿Qué de los hombres te importan
indiferencias y agravios
si desde el suelo que pisas
al cielo llegan tus cantos;
si veloz tu pensamiento
cruza el infinito espacio
y amor tu pecho allí encuentra
y tu espíritu descanso;
si Dios el arpa te diera
y a Dios diriges tus pasos?
Canta, y a la vez que cantas,
sufre y llora, pues que el llanto
es el que riega, poeta,
las flores de este Parnaso,
del que salir ya no pueden
aquellos que en él entraron.

Jesùs Rodriguez Redondo.

Europa y Asia

En Medicina se llama eupepsia a la digestión fácil. Ya habrá adivinado el lector que la eupepsia, intelectualmente hablando, es al espíritu lo que el estómago a la totalidad del organismo humano. «La oficina, como dice o decía Cervantes, donde se fragua la salud de todo el cuerpo.» Si en el estómago se fragua la salud del cuerpo, en la cabeza la del espíritu, o allí donde fisiológicamente resida la inteligencia. Fisiólogos un tanto paradójicos hay que sostienen que, puestos a localizar la inteligencia, lo mismo puede residir en la cabeza que en los brazos u otro paraje del organismo. Animales racionales hay que parece, por su inclinación a no pensar con la cabeza, que la tienen en los pies. Una buena eupepsia mental proporciona a ciertos espíritus facilidad discursiva y comprensiva. Sin necesidad de la erudición, los tales asépticos se las apañan tan divinamente para campar entre las ideas y las intuiciones. ¡Ni poco mal que han hecho a la causa de la cultura ante el vulgo y la muchedumbre, los eruditos por la erudición! ¡Como si erudición no fuera más que idea, memoria! ¡Y muchas cabezas hay que no son más que erudición, y erudición limitada, sin pizca de espiritualidad propia!

Esto no guarda, a primera vista, congruencia con lo que sigue. Y, sin embargo, la tiene, y mucha. «¡Señor mío, periodista, escritor o lo que usted sea, ¿cómo habla usted de lo que ha visto y pensado sin poner en sitio estratégico alguna cita que vigile lo que va usted a decir? ¡Mire usted que si no, lo que usted diga, aunque sea leído en otro autor, parecerá cosa substanciosa acaso, pero sin autoridad! Los menos autoritarios son los que más necesitan de la autoridad. ¡Mire usted que va a aparecer «genial» lo que usted diga, y de tal modo, que más le valiera ser lerdo o necio que genial subrayado! ¡Recuerde usted que fué aquel sagacísimo Saavedra Fajardo, en sus *Empresas*, quien dijo que se nos compadece lo que nos está mal y envidia lo que nos está bien!», estoy temiendo que diga, y aún algo peor, protestando, el que leyere. Pues la congruencia es más clara de lo que parece, diga lo que le venga en gana el lector discreto o apostilloso. Grandísimo chasco se llevarían algunos señores de estos si a las veces lo que desprecian por excesivamente espontáneo se les descubriera que era hijo de autoridades.

—

Fué el Káiser Guillermo II quien contribuyó a dar circulación al problema del peligro amarillo. Nowicov, el ruso, quien mejor lo ha planteado. No es nada raro el ver con frecuencia cómo el problema preocupa a nuestros germanófilos. Uno de sus argumentos en favor de Alemania es el que ésta representa la pureza de la sangre europea y el baluarte del antiamarillismo. Sazonan el argumento con algunas alusiones pérfidas a la relajación étnica de los aliados por haber traído a los campos de guerra europeos hombres de las razas de color que luchen contra los germanos, hombres rubios, producto legítimo «europeus». El hombre hiperbóreo de Federico Niezsche. Precisamente ese es el mérito de los aliados. Uno de los actos de esta guerra que mejor descubre el espíritu, la causa de los aliados. Un brillante escritor trataba días atrás de aumentar la responsabilid de leso europeísmo, que, según los germanófilos, les corresponde, sobre todo por sus manejos para complicar a China en la guerra. Nada más equívoco, nada más falso, nada más desacertado que plantear el problema amarillo en los términos de Guillermo II, y peor aún como los germanófilos lo plantean.

Médicos de Córdoba.—Don José Roldán Cortés, excelente publicista y notable doctor en Medicina, residente en Cabra.

Cuando Guillermo II excitaba a Europa a defenderse ante el peligro amarillo lanzaba unas palabras irreflexivas o equivocadas. ¿Qué es el peligro amarillo? La posibilidad de que Asia, principalmente China, se apodere, como el Japón, de la técnica y espíritu europeos, y valida de su población exorbitante, imponga a Europa el dominio imperial y guerrero. Otro es discutible, casi imposible. El mismo problema que plantea Norman Angell en «La grande ilusión», respecto a la imposibilidad de que el dominio militar sea posesión de la riqueza del país dominado, surge aquí. Primeramente, el peligro amarillo no es más que una hipótesis mientras Asia no siga el ejemplo del Japón. En segundo lugar, se exagera la proporción numérica de asiáticos y de blancos propiamente dichos. No quiero entretenerme en establecer aquí las probabilidades numéricas. Es lo cierto que la proporción es exagerada, si se incluyen las Américas, Oceanía, buena parte de Africa y Turquía asiática entre los pueblos solidarios, en un conflicto de razas, de Europa. Tampoco el factor número ha sido el decisivo al través de la Historia, en la hegemonía de la civilización y de los pueblos. Pero, y esto es lo decisivo, ¿es que sería un mal que se europeizase Asia? ¿Es lo discutible? ¿Es que objetivamente no sería un bien que Asia se europeizase? He aquí las interrogaciones fundamentales, tanto mentales como filosóficas, de la cuestión.

Por otra parte, el problema para Europa no es de meras y caprichosas posibilidades, sino de realidades. La civilización europea no es, cual nueva caja de Pandora, que al destaparse puede acarrearle innúmeros males, ni es tampoco una decoración de escenario, que puede taparse echando el telón. El que la civilización europea sea asimilada no depende de Europa. ¿Qué se debe hacer, pues, para atajar el peligro

amarillo? Si el mal ha de venirle a Europa del hecho de enseñar y descubrir su ciencia al continente asiático, ¿qué ha de hacer? Unirse frente a los asiáticos? Ahora bien; la unión en estos momentos sería indigna de la seriedad de Europa, cuando el peligro no ha pasado de mera hipótesis sociológica. Indigno sería igualmente estando planteado el problema, no como necesidad de defenderse contra una invasión de de oleaje, sino de razas liberadas y redimidas del salvajismo. El problema habría de ser resuelto espiritualmente. ¿Cómo puede Europa oponerse a la avalancha de Asia? Y la solución espiritual, sobre ser la más razonable y justa, es también la más práctica y real. Europa no puede echar el telón a su civilización, caso de que los amarillos quieran asimilársela. No. ¿Va a exterminar a la raza amarilla? La solución política, que es la que se busca en este problema, no es encerrar a los chinos dentro de sus murallas, ni tampoco matar chinos hasta que queden numéricamente diezmados.

La solución espiritual es civilizar la China, cultivar el peligro amarillo. El quitar al peligro su calidad está en hacer que el riesgo lo sea efectivamente. La guerra actual es una enseñanza de que una nación puede buscar aliados para defenderse de otra de la misma raza en una raza distinta, y es uno de los más fuertes motivos espirituales que revelan que la Humanidad, sin distinción de color, puede unirse por intereses más fuertes que los de raza. El interés político, por ejemplo, del Indostán puede estar más cerca de Inglaterra que de los chinos. Esto es, el mero color de la piel o la configuración craneana puede ser un vínculo mucho menos decisivo entre pueblos que la causa de la justicia, del derecho, del interés económico o vital. Al Japón, por ejemplo, puede convenirle más la amistad de Inglaterra que la de China, como a Inglaterra más la del Japón que la de Alemania. ¿Pero es que no hay otros motivos utilitarios e ideales aún? Los hay. En ellos fundaba Nowicov sus esperanzas amarillas, y no sólo de política y utilidad, sino de humanidad y de interés para el acerbo común de la civilización.

Juan Guixé.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

IN MEMORIAM

MANUEL TOLEDANO

. . . .

Sueños de amor, doradas ilusiones,
y fuerza y esperanza y juventud:
¡todo un caudal de vida y emociones
cabe en el hueco de nuestro ataúd...!

Ayer fué el pintor Francisco Trócoli y hoy es el poeta Manuel Toledano; mañana seré yo, y pasado mañana otro cualquiera. Así, uno a uno, y, al final, todos unidos en la misma suerte.

De tres hermanos que éramos, los dos más fuertes yacen bajo tierra, casi en el mismo sitio del mismo cementerio. Al primero, como a Werther, lo mató una pistola; al segundo, al año justo—hace pocos días—, lo ha matado la enfermedad de Aloysis Bertrand. El tercero, entre la enfermedad y la pistola, está indeciso todavía...

—

La vida de Manuel ha estado hasta el final sembrada de dolores. Como todos los verdaderos poetas, su vida ha sido más interesante que su obra.

Todos los hombres tenemos un amor más o menos verdadero; así como hay algunos que exaltan uno, el profesaba tres: Paul Verlaine, Charles Baudelaire y Edgard Poe.

En cierta época de su vida, este último, sobre todo, llegó a ser para él una pesadilla. Y el espíritu del «celeste Edgardo», que sin duda no gusta de adoradores, se ha vengado con el mismo «veneno verde» que le mató a él.

Aquí, en Madrid, enmedio de esta actividad general que nos hace vivir vertiginosamente, la vida del poeta ha sido en extremo apartada y solitaria.

Debía sentir los efectos del terrible mal que minaba su existencia, y, siempre hastiado y melancólico, huía de todas las distracciones; y a mí mismo me ha costado trabajo infinito muchas veces hacerle concurrir a las reuniones literarias, de las cuales él no gustaba porque su pesimismo interior le había hecho renunciar a satisfacer la vanidad intelectual a que por su hondo temperamento de poeta tenía legítimo derecho.

Una noche, hace apenas dos meses—cuando acababa yo mi cena estilo Bécquer», que no solía cenar...—entró en mi cuarto de estudio con el semblante descompuesto y el cuerpo tembloroso. Hacía una

mala noche de frío y lluvia— noche completamente madrileña—y él llegaba de la calle. Apenas hubo estrechado mi mano, me dijo:

—Creo que tengo ya la *enfermedad*; cuando me convenza, no hay más que *acabar antes*.

La *enfermedad* era la tuberculosis; *acabar antes* quería decir levantarse la tapa de los sesos.

El mal le ha matado piadosamente antes de llegar *a convencerse...*

—

Mientras Manuel vivió, yo, muy sólo en la vida, le quise como a un hermano. Ahora que ha muerto, un grande desaliento se apodera de mí y me siento más sólo todavía.

Cuando murió Francisco Trócoli, nuestro común hermano, Manuel compuso aquellos versos llenos de inspiración y sentimiento que todos sus amigos sabemos de memoria.

Hoy le ha tocado a él, y yo escribo estas líneas mal coordinadas y antiliterarias, porque el dolor sincero no sabe de elocuencia ni de literatura.

Mañana, cuando yo caiga, otro amigo cualquiera se encargará de cumplir este póstumo requisito: unas lágrimas tibias y un articulito en algún periódico amable.

Y mientras a mí mismo me llega la hora—que yo presiento que está muy cercana - sumido en esta indiferencia suicida conque el vivir doliente ha envenado mis veinte años, mirando hacia el camino que estos dos queridos muertos me dejan trazado, yo espero a que aquel cuervo del poema de Edgardo venga a chillar siniestramente junto á mi oído: *¡Nunca más...!*

Antonio Merlo.

En Madrid. Una noche de Marzo de 1917.

LA SIERRA DE CÓRDOBA

Ermitaños haciendo rosarios

Reparto de comida a los pobres en las Ermitas.

La Asociación Médica Regional

Algo sobre provisión de titulares

El reglamento de la Unión Médica Regional Andaluza, en su artículo 29, párrafo tercero, prohibe a los asociados solicitar y ocupar vacantes que hayan sido producidas por manifiesta injusticia contra los titulares que las desempeñaban. Aunque este reglamento que nos ocupa se halla informado por la mejor buena fe y un gran espíritu de previsión y compañerismo, alentado yo por estas mismas notas que le distinguen, y como obligado por mi condición de asociado a cooperar en tan laudable iniciativa, poniendo al servicio de la Unión mi criterio sobre este asunto, que no encuentro bastante puntualizado en el citado artículo, voy a tratarlo tal y como la experiencia me ha hecho conocerlo, deseando que mi humilde opinión sea entre mis compañeros acogida con la nobleza de alma y rectitud de conciencia que tanto honran a la clase médica.

Al terminar la carrera de Medicina, cuando de antemano no tiene preparada colocación, corre el licenciado o doctor a establecerse como particular en un punto cualquiera, abrigando, como es natural, la esperanza de ocupar la primer vacante que allí ocurra. A menudo sucede que hay que esperarla cuatro, seis u ocho años y que, después de este tiempo, no se provee en el paciente médico que la estuvo aguardando, sino que es del último que llega, y hasta en muchos casos se reserva el tiempo preciso para que termine los estudios el hijo o patrocinado de tal o cual señalado político. También ocurre, aunque no con tanta frecuencia, que habiendo en la localidad médicos en aptitud de desempeñar titulares, no se les proponen ni se anuncian en el «Boletín Oficial», annque este anuncio, en la mayoría de los casos, no es más que un papel mojado, pues ya de antemano han sido provistas las plazas en elementos extraños, sin más fundamento que la discrepancia en ideales políticos, o que el que se ve así postergado no quiera señalarse en uno u otro bando, concretándose sólo a cumplir su deber utilizando el derecho de sufragio. Y estos elementos, a que me refiero, vienen a adueñarse de lo que por simpatía y afecto pertenece a los ya establecidos anteriormente, como podría probarse si, por votación entre los que han disfrutar la beneficencia, se proveyeran las plazas de médicos municipales.

Puesto que la Asociación ha de velar por nuestros intereses, debo hacer constar también que sería conveniente exigir a los Municipios que, al formar el censo de beneficencia, tuvieran en cuenta a los desgraciados que viven en sus anejos—las aldeas—, los cuales nunca gozan de este derecho y mueren en el mayor abandono si no se mueve a piedad algún médico particular que en esos vericuetos se halle establecido, siendo en estos casos titular de hecho, puesto que trabaja, y ne de derecho, pues que ninguna remuneración tiene.

Además, debo hacer presente por humanitarismo, y en favor del Cuerpo Médico Español, que para todos sería conveniente prohibir terminantemente en nuestro

reglamento que los médicos formáramos parte de los Municipios, aunque como todo ciudadano tengamos libertad de adhesión a esta o la otra causa política y hasta luchemos por conseguir que en las altas Cámaras tengamos uno o varios, elegidos de entre nuestros compañeros, que digna y fielmente nos representen y defiendan, evitándose, como consecuencia de lo anteriormente expuesto, que siga ocurriendo, como hasta aquí, que en muchos pueblos es un médico jefe de partido, alcalde, titular y hasta forense. ¡Así anda ello!

En resumen: que yo, al artículo precitado le pondría un cuarto párrafo por el que nos obligáramos a respetar, para la provisión de titulares, la antigüedad de los médicos dentro de la misma localidad y sus anejos; que se exija a los Municipios número suficiente de plazas para que los anejos, al igual que los pueblos, estén bien asistidos, y, ante todo y sobre todo, que no se le consienta al médico ser cacique, porque éste sería para los desgraciados de Beneficencia el médico más indiferente y para nosotros el peor de los enemigos.

Francisco Tapia y Romero.

——

Continuación de la lista de adheridos a la Asociación:

Médicos: Don Enrique Jiménez Bagán, de Espiel.—Don Narciso Fuentes del Río, de Baena.—Don Alberto Polo Sanjurjo, de Luque.—Don Alberto Rivedeneira, de Priego.—Don Andrés Avelino Ruiz Brito, de Zuheros.

Farmacéuticos: Don Vicente Herrero López y don Antonio Fuentes Leston, de Córdoba.-Don Miguel López Ruipérez, de Villa del Río.—Don José Villafranca Melgar, de Puente Genil.—Don Rodolfo Muñoz de la Gala, de Hornachuelos.

(Se continuará.)

LA NUEVA APOLOGÉTICA

EL ÁRBOL

——

I

Ha pasado el tiempo de la Fiesta del Arbol. Muy pocos Ayuntamientos han cumplido con el deber legal de celebrar esta fiesta.

El espíritu de la ley está por encima de la cultura del pueble; éste no lo comprende y no la cumple. Los hombres rapaces, que son sus tutores, no piensan más que en explotar su rebaño de bestias pseudo humanas.

Esta omisión y la impresión producida en nosotros por la última avenida del Guadalquivir, nos ha sugerido la idea de ocuparnos de esta parte de nuestro programa, uno de cuyos postulados principales proclama una apasionada política forestal, como medio de evitar las sequías y las inundaciones que arruínan la región.

—

Plantar un árbol es ejecutar un acto de piedad en esta santa religión de restaurar una patria arruinada y vencida.

No sólo porque los árboles purifican el ambiente físico y defienden, abrazando con sus raíces y protegiendo con su dosel de ramas y hojas la tierra sagrada de la patria, sino porque purifican el ambiente espiritual, saturándolo de alegría de vivir, de sana fe, y de estímulos creadores y de ansias renovadoras.

En la horrible proporción de mortalidad que comparativamente con otras naciones y ciudades europeas ofrecen España, Andalucía y sobre todo Sevilla, son los agentes principales las estepas desnudas, las montañas calvas de los antiguos bosques destruídos y las hondonadas encharcadas o pantanosas, sin árboles, cuyas raíces absorberían las aguas putrefactas y desecarían el terreno y el aire, sustituyendo los gérmenes patógenos con salutíferas esencias y aromas.

La temperatura es cada vez más irregular: no existen copas de árboles que eviten la excesiva radiación ni el excesivo asoleamiento, ni que, por la transpiración, refrigeren el aire evitando los calores espantosos que en nuestra región se dejan sentir, ni que eviten también el frío, mediante su cubierta protectora y

DE LA CORDOBA DESTRUIDA

Restos de la Armiriya de Almanzor, correspondiente al cortijo del Aguilarejo.

Ruínas de los palacios de Medina Azahara.

mediante el vapor de agua que absorben los rayos térmicos.

Nuestro pueblo necesita oxigenar la sangre y el espíritu, y no hay árboles que fabriquen ese oxígeno en los laboratorios de su savia, transformando en ellos el amoniaco y el ácido carbónico.

Para crear un pueblo próspero se necesitan árboles. No es posible, sin ellos, la política hidráulica. Sin hojas de árboles que, esparcidas por el suelo, formen capas de mantillo que esponjen las aguas; sin raíces que obstaculicen su marcha por las pendientes, cada vez serán más escasos los manantiales y menor su número, y menos grande la cantidad de agua de la atmósfera y más largas las sequías.

Para que España y Andalucía no se vean poco a poco convertidas en esqueletos de roca, y para que no vaya al mar su manto de tierra, se necesitan árboles.

Cada vez son más horribles las avenidas. Casi todos los años contemplamos desbordado el Guadalquivir, arruinando pueblos y labranzas. Las aguas caen sobre los montes y llanos sin árboles, con violencia que no mitigan sus ramas ni sus hojas, las cuales, cuando existen, retienen el agua y la dan gota a gota al suelo en una caída suave. La violencia del agua arranca la tierra, abriendo surcos de torrenteras, sin obstáculos de raíces de árboles que entre sus redes la defiendan; y allá va la tierra de la pobre patria por torrenteras y torrentes, despeñada por las vertientes de los montes a los arroyos, que la arrastran a los ríos, y a los ríos desbordados que la arrastran al mar; y allá va el desbordamiento de los ríos de cauces insuficientes para recibir tanta agua en tan poco tiempo, arrasando cosechas, ahogando ganados y hundiendo casas de pueblos y ciudades.

Hay que consagrar en España la endrolatría: el culto fervoroso de los árboles. Ellos, no sólo lucharán contra los agentes naturales destructores de la patria; ellos han de ser también creadores eficientes de su vida nueva, pletórica de pureza y energía moral.

Los árboles son los mejores soldados de la vida moral de la patria, porque son los mejores creadores de ese ambiente que satura el alma de amor a la vida, por ella lucha, y en las creaciones triunfa de una vida superior. La vida triunfante de la Naturaloza efluvia constantemente de los árboles, sonriendo y hablando de la alegría de vivir en la luz que brilla en el verdor de sus hojas, en las brisas que llevan de árbol a árbol su conversación de rumores; en los puros colores y en los perfumes de sus frutos y eflorescencias; en el canto de los pájaros, que dicen amores al triunfo de la vida florecida en sus nidos; en los murmullos de los manantiales que nacen en su pie, alimentando las hierbas sencillas y las flores silvestres; en los frutos y en la sombra que brindan al caminante cansado de peregrinear. He aquí por qué en esta santa religión de la Vida, en la que todos los hombres somos creyentes y hermanos, plantar un árbol es decir una fervorosa oración.

Los páramos estériles que no tienen hojas de árboles, no tienen picos de pájaros, ni pétalos de flores, ni tazas de fuentes, no tienen bocas que canten, ofrendando a la vida una oración de sonidos, o de perfumes, o de colores.

He aquí por qué los antiguos hombres rodeaban siempre sus templos de bosques sagrados; no hacían otra cosa al poner aquellos árboles que escribir los salmos vivientes de una eterna alabanza a Dios.

LA VERDADERA CÓRDOBA

Patio de la Casa de D. Gome

EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS

La Asociación Española para el Progreso de las Ciencias celebrará en la ciudad de Sevilla, del 2 al 7 del mes de Mayo próximo, un Congreso general científico, que será el VI de los que hasta ahora lleva convocados y reunidos.

La Asamblea estará dividida en las ocho Secciones en que lo estuvieron las anteriores, habiéndose encargado del discurso de apertura del Congreso el presidente de la Asociación, don Eduardo Dato Iradier, y confiriéndose el cometido de escribir los discursos inaugurales de las Secciones a don Esteban Terradas e Illa, catedrático de la Universidad de Barcelona, el de Matemáticas; don José Comas y Solá, director del Observatorio Fabra, el de Astronomía; don Ignacio González Martí, catedrático de la Universidad Central, el de Físico-Químicas; don Lucas Fernández Navarro, catedrático de la misma Universidad, el de Ciencias Naturales; don Carlos Cañal, doctor en Derecho y Filosofía, el de Sociales; don Rafael Altamira, doctor en Filosofía y Letras, el de Históricas y Filosóficas; don Carlos María Cortezo, presidente de la Real Academia de Medicina de Madrid, el de Ciencias Médicas, y don Luís Moliní, inspector del Cuerpo de Ingenieros de Caminos, el de Aplicaciones.

Más adelante, en un programa que se tiene en preparación para ser impreso, se dará a conocer los autores y temas de las comunicaciones que se le haya anunciado a la Comisión organizadora y las que puedan anunciársele hasta que el programa se publique, exitándose con este motivo a todos los afiliados a la Asociación y a cuantas personas tengan noticia del llamamiento a que presten sú cuncursó efectivo para el mejor éxito del Congreso que se organiza, contribuyendo a los trabajos del mismo con alguna nota, memoria o comunicación, o proponiendo temas que a su juicio merezcan ser dilucidados y discutidos.

La Comisión ejecutiva de la Asociación alienta la esperanza de que el Congreso de Sevilla supere en magnitud e interés a todos los que hasta el presente se lleva reunidos. No sólo permite esperarlo así el concurso espontáneo que muchos asociados vienen ya ofreciendo, sino el creciente entusiasmo conque reciben las clases intelectuales españolas el anuncio de las expresadas asambleas científicas.

El V Congreso de la Asociacicn alcanzó tanta magnitud, tuvo tanta resonancia, despertó tantas iniciativas y tales optimismos, que bien se pudo calificarlo de verdadero acontecimiento nacional. El que ahora se prepara en Sevilla, no ha de ser menos que su predecesor, ya que la Asociación cuenta cada día con mayor número de adeptos y ya que la ciudad a donde se piensa llevarlo es una de las más ricas, más populosas y más florecientes de España.

En ella está ya constituída una Comisión local en la que figuran hombres de todas las profesiones y las personalidades más sobresalientes de la región andaluza. Esta comisión trabaja activamente para procurar colaboradores al Congreso; prepara la publicación de la guía de Sevilla para distribuirla entre los congresistas; se acupan en trazar el programa de las fiestas con que éstos han de ser obsequiados, y no deja de la mano ningún detalle que se relacione con el éxito local de la Asamblea.

Como anejo de ésta se presentará una exposición de material científico análoga a la que se organizó en Madrid con motivo del Congreso de 1913, y en Valladolidid el año 1915. En Sevilla, la exposición tendrá un alojamiento espléndido, pues será instalada en uno de los artísticos palacios que embellecen el maravilloso Parque de la Infanta. De presumir es que la importancia de lo que se exhiba estará en relación y guardará armonía con la singular belleza del paraje en que ha de ser expuesto.

De la parte directiva y organizadora de la exposición están encargados don Leonardo Torres de Quevedo, don Rafael Salillas y don Enrique Hauser. Los aparatos, los modelos, los proyectos, las curiosidades que ofrezcan alguna novedad científica y que se dese que figuren en la misma, pueden desde luego anunciarse a sus directores o a la Secretaría general de la Asociación, que está constantemente en relaciones con la Junta directiva y las Comisiones ejecutivas del Congreso y de la exposicicn.

Muy interesante resultaría que a ésta se apresurase a acudir la industria quimiea española, exhibiendo los productos que elabora, sobre todo aquellos cuya fabricación ha implantado desde el año 1914.

El Gobierno presta toda clase de concurso y apoyo a la Asociación, y confiadamente se espera que el Rey presida la sesión de apertura o la de clausura del Congreso, como lo hizo en Zaragoza, en Madrid y en Valladolid, cuando las asambleas de 1908, 1913 y 1915.

Las Compañías de ferrocarriles han concedido a los congresistas, para su viaje a Sevilla y regreso a la estación de donde procedieren, los beneficios de la tarifa X, núm. 17, y la vez el privilegio de que puedan efectuar el viaje, con determinadas restricciones, en los trenes rápidos y expresos.

Las personas que no figuren como afiliadas a la Asociación y que deseen adquirir cualquier clase de referencias sobre el Congreso, pueden dirigirse por carta al Secretario general, enviando la correspondencia al Ateneo Científico y Literario, Prado, 21, Madrid.

También pueden admitir inscripciones para el Congreso y proporcionar datos sobre el mismo las Comisiones locales.

CÓRDOBA

El ilustre ingeniero don José Carbonell Morand, autor del proyecto de ferrocarril de Córdoba a Puertollano, que disminuiría en 115 kilómetros la distancia ferroviaria de nuestra capital a Madrid, permitiría el aprovechamiento de una extensa zona minera y facilitaría las comunicaciones entre el Centro de España, Andalucía y el Norte de Africa.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 21 de Abril de 1917 | NÚM. 36

Aguas artesianas en el valle del Guadalquivir

Diferentes opiniones se han emitido respeto al problema de las aguas artesianas en el valle del Guadalquivir, especialmente en la parte referente a las inmediaciones de Córdoba. Vamos a consignar las más autorizadas.

Dice don Daniel Cortázar que debe ocurrir en el citado valle probablemente lo mismo que en las formaciones lacustres del Ebro, el Duero y el Tajo, y agrega que, «para encontrar en la Andalucía baja aguas ascendentes en abundancia, será preciso atravesar las masas terciarias, debajo de las cuales aparecerán los materiales cretáceos, formados de rocas impermeables en su mayor parte; y sólo donde se encontrasen lechos permeables o grandes oquedades llenas de agua, caso, como ya sabemos, no raro en las calizas secundarias, los resultados serán más favorables, sobre todo hacia los bordes meridionales del terreno terciario».

El señor Mallada, sin afirmar que las condiciones sean favorables para investigar aguas atesianas, no niega la posibilidad de encontrarlas. Estudiando la campiña inmediata a Córdoba, dice: «Tampoco se ve en la campiña otra condición que es precisa para la existencia de aguas artesianas, cual es que las capas se hallen sin roturas ni fallas, suavemente dobladas en un gran pliegue sinclinal, es decir, en fondo de barco o de una gran comba de mucho vuelo. Las capas arcillosas que se extienden ampliamente al sur de Córdoba tienen, en su conjunto, un buzamiento meridional, es decir, presentan la primera rama de dicho pliegue, pero no se halla la segunda, ni se alcanza el fondo del sinclinal que haría falta. Obsérvanse únicamente algunas ondulaciones de corto radio, a modo de rizos pequeños, en la cuesta del Espino, a distancias comprendidas de 16 a 18 quilómetros de la capital, pero en nada afectan esos pliegues al conjunto general de los estratos ni a sus condiciones hidrológicas».

AA, terreno impermeable.—BB, terreno permeable.—S, sondeo.

La comisión geológica de los Estados Unidos de Norte América (Geilocal Survey), estudiando sobre los resultados conseguidos en más de 20.000 pozos artesianos que en 1907 había en aquel país, según las estadísticas oficiales, entre otros datos interesantes, dedujo que, en general, las circunstancias estratigraficas en que pueden presentarse las aguas artesianas son mucho más variadas de lo que ordinariamente se supone.

Entre esos casos indica el de una falla que en condiciones especiales puede hacer artesianas las aguas de un nivel, el que, como se deduce de la inspección del dibujo

Croquis de la zona artesiana que es problemática en las vegas del Guadalquivir cmoprendidas entre Córdoba y Palma del Río, por el ingeniero de Minas A. Carbonell T.-F.

Explicación: Falla del Guadalquivir . . . ‖‖‖‖‖‖ ; Límites de la zona artesiana . -•-•-•-•-•- ; Zona artesiana . . . . . . | | | | | | Escala 1 : 400.000

adjunto, es asimilable al que al presente nos preocupa.

No es esto sólo: el señor Conradi, con posterioridad a las observaciones de que anteriormente nos hacemos eco, ha practicado en su finca de la Marota, en el término de Guadalcázar y lugar conocido por la Loma del Centro, hacia la falda norte de esta eminencia, un sondeo en donde a los 143 metros se acabaron de atravesar las margas azuladas de la campiña, penetrando la perforación en una capa de arenas de unos 3 metros de potencia, habiéndose elevado las aguas encontradas en esta última a 20 metros por bajo de la superficie del taladro, y rindiendo dicho pozo ascendente, con el auxilio de una bomba, 50 y hasta 70 litros por minuto de aguas finas y excelentes por todos conceptos. A los tres días de practicada la perforación, el nivel de las aguas descendió 10 metros; esto es, quedó ya fijamente a 30 metros de la superficie.

Sin entrar en detalles opuestos a la naturaleza de estos trabajos, quedó demostrada con ese sondeo la existencia de un nivel ascendente, correspondiente a una zona artesiana que, si bien es cierto que dicho banco, como la mayoría de sus análogos, puede afectar una forma de rosario o lentejón, lo que nos obliga a no sentar conclusiones con carácter definitivo, es indudable que, dada la continuidad y aparente regularidad de las formaciones terciarias en el valle del Guadalquivir, en esa zona puede aceptarse que se prolongue bajo aquellos fértiles suelos.

Está fuera de dudas que, si es contínua esa formación de las arenas claras, cortada en la dehesa de Yeguas, descontando de la cota del orificio de sonda la distancia del agua al mismo, tendremos por diferencia una altura sobre el nivel del mar y, trazando su correspondiente curva de nivel, todas las perforaciones trazadas en el valle en esa zona, y fuera del macizo frontero de la gran falla, que es sabido lo forma la actual sierra, darán aguas artesianas, en el caso de prolongarse ilimitadamente la capa permeable perforada en la Marota.

Comprobada la existencia de aguas artesianas en la cuenca, es lógico que el nivel reconocido no ha de ser el único; como siempre sucede en estos casos, por bajo de él se atravesarán otros más abundantes y dotados de mayor fuerza ascensional. Mas esto sólo la investigación práctica puede resolverlo definitivamente; acometer ésta, vistos los antecedentes que obran sobra el asunto, no parece tarea insensata.

Sería interesante poder lograr para nuestra región una nueva e inagotable fuente de riqueza, de cuya importancia puede darnos alguna idea la inspección del plano que acompaño.

A. Carbonell T.-F.

LA FLOR DE LA VIDA

Murió la niña enferma;
murió la niña pálida
que un día y otro día,
por la fiebre agotada,
en lecho hospitalario,
con santidad cristiana,
íbase consumiendo
como luz que se apaga...!

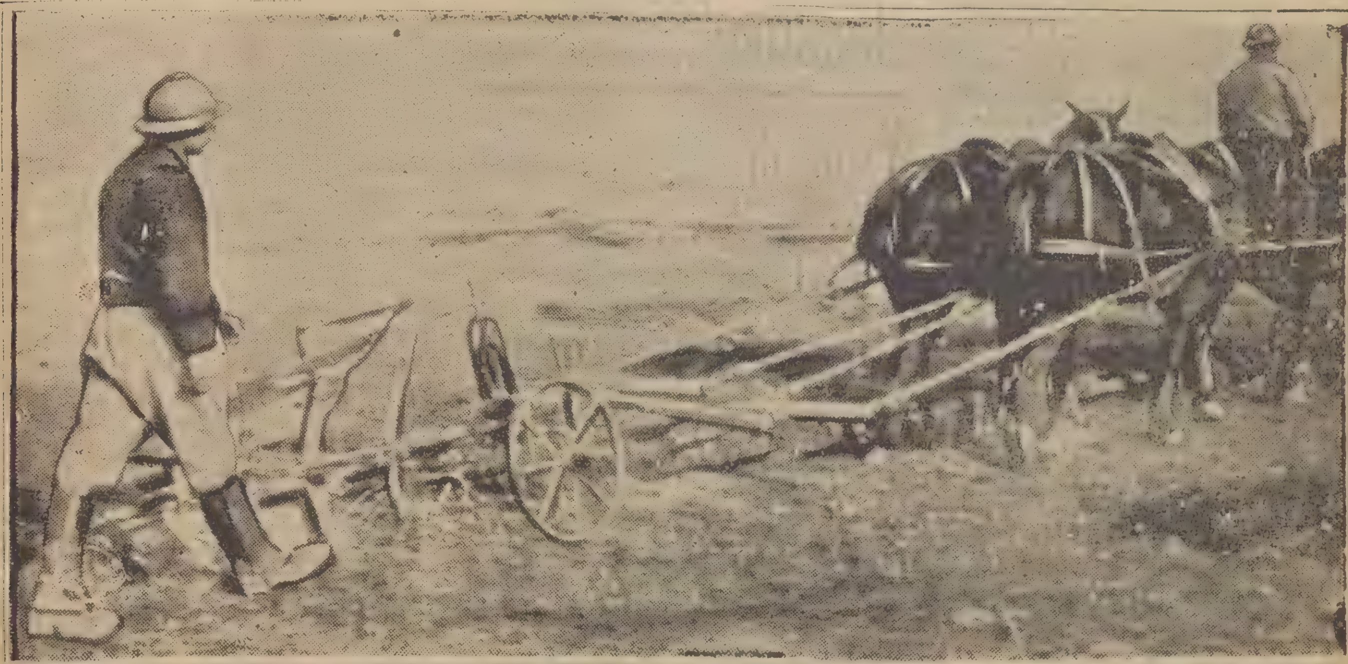
Murió la pobre niña
y en una caja blanca,
las manos de las monjas
la pusieron cuidadas,
y cubrieron de flores,
de cintas y de gasas,
su cuerpecito yerto
del cual voló ya el alma...!

Al caer de la tarde,
como enojosa carga
la llevaron en hombros
los mozos de la Sala,
y en modesto sepelio,
de nadie acompañada,
llegó hasta el cementerio
la comitiva escasa...!

Tenía quince abriles
y era flor olvidada:
no la llora su madre;
no la llora su hermana;
ni un pecho adolescente
que de amor la llorara.
Tenía quince abriles
y era flor olvidada...!

Al dejar bajo tierra
la humilde caja blanca
con el cuerpo agotado
de aquella niña santa,
yo sentí de mis ojos
rodar algunas lágrimas;
yo sentí vacilantes
mis pasos en la marcha,
y sentí que en pedazos
se me partía el alma.

M. Jiménez Maya.



La guerra europea.—Soldados franceses labrando el campo reconquistado.

Una tragedia del foro

CASI CUENTO

I

Había nacido en una populosa villa de la provincia de Zaragoza y era intransigente y tozuda como buena baturra. En la niñez quedó sin padres y, tanto por razón de su tierna edad cuanto por su extremada pobreza y carencia de parientes próximos, hubo de ser acogida por don Cosme Gil, un su tío en grado remoto, rayano en la vejez, algo chapado a la antigua, soltero y solitario, que dedicaba toda su atención a la labranza de su modesta hacienda.

Pilar Lucientes, que así se llamaba la huérfana, después de adquirir los elementales conocimientos que constituyen en España el período de la instrucción primaria, y a vuelta de haber aprendido algunas labores de costura, que deficientemente le enseñara la profesora, tuvo que ponerse al frente de la casa, cuando apenas frisaba en los diecisiete años. Ella, al darse cuenta de que manos mercenarias llevaban torpemente la dirección de aquel hogar, modesto pero feliz, pidió permiso a su protector para encargarse de las funciones de tan importante ministerio doméstico, y aunque parecieron a don Cosme prematuras las pretensiones de su sobrina, quiso, sin embargo, en aquella ocasión, ser condescendiente con los que él creía caprichosos deseos de una chica tontuela y antojadiza, y autorizóla para desempeñar, en su casa, el oficio de ama de llaves.

Era Pilar una adolescente, casi una niña por la edad, pero, en cambio, por su elevada estatura y, sobre todo, por su robustez y precoz desarrollo físico, había que tomarla por una mujer hecha y derecha; la arrogancia y gentileza de su porte, la gracia y hermosura de su rostro, la proporcionalidad de sus facciones, hacían de Pilar la presa más codiciada por la juventud de la villa.

De todos los pretendientes que la rondaban, sólo logró impresionarla favorablemente un joven linajudo, don Leopoldo de la Cueva, que, por su atildada elegancia en el vestir, sus modales de refinada afectación, su hablar desenfadado y su pronunciación acentuadamente madrileña, presumía de impertinente superioridad entre sus convecinos. Aquel pedante interesó el alma, al parecer, sencilla y candorosa de Pilar; pero no bien hubo de apercibirse su tío de aquellos amores nacientes, llamóla a capítulo y, tras larga y acalorada deliberación, en que ella sostuvo, vigorosamente, los derechos incoercibles de su corazón y don Cosme los no menos respetables de su autoridad y amarga experiencia, quedó ajustado, entre ambas partes *beligerantes*, un armisticio o tratado, según el cual, si al cumplir Pilar los veinte años de su edad, don Leopoldo insistía en sus solicitaciones y ella le conservaba la inclinación y el afecto que entonces decía sentir por él, en ese caso, don Cosme depondría su actitud hostil al noviazgo, y ambos jóvenes podrían cultivar su trato formalmente, como prometidos que habían de unir, en un solo haz, los sendos destinos de sus vidas; ya lo dijo el Apóstol: «más vale casarse que quemarse»; pero hasta entonces, de ninguna manera con-

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

sentiría don Cosme en tan peligrosa chiquillada, con tanto más motivo cuanto que no había en su casa persona de confianza y de carácter que pudiera estar al cuidado de la enamorada pareja, ya que él, por sus ocupaciones agrícolas, pasaba frecuentes temporadas en el campo.

Don Leopoldo de la Cueva era un joven de espléndida posición social, pero ineducado, pretencioso y soberbio, que hubo de tomar por una repulsa, depresiva para él, la sensata determinación de don Cosme, acatada a la postre, aunque a regañadientes por Pilar, y pensó vengarse de la que él consideraba ofensa intolerable, sin importarle un ardite la honra de aquella encantadora joven, que sólo le inspiraba una pasión voluptuosa y grosera del sentido, única de que él era capaz, no la dulce amistad del alma, compañera inseparable del legítimo amor.

Ocurre a las veces que, cuando el hombre se deja cegar por una pasión honda y avasalladora, procede en un estado de semi inconciencia que tiene más de automático que de racional; entonces no se detiene a pesar y medir las consecuencias todas que han de derivarse de sus acciones; obra impulsivamente y, al darse después cuenta del daño causado con sus actos, es ya tarde para remediarlo, y se arrrepiente y horroriza de su propia maldad.

Don Leopoldo de la Cueva, corazón podrido y gusaniento, sintiéndose mortificado en su amor propio y, sobre todo, despechado por lo que él estimara como un desdén a su excelsa persona, buscó en la difamación un arma bastante afilada con que herir mortalmente, en su honra, a don Cosme y a Pilar.

Contando con el testimonio calumnioso, y con largueza pagado, de una antigua e infiel sirvienta de la casa, púsose al acecho de alguna oportunidad, que no no tardó en presentársele, para conseguir sus torcidos propósitos. En efecto, ocurrió que cierta noche, en una reunión de jóvenes alegres y nada discretos que, a última hora, coincidían en el casino, don Leopoldo, aprovechando la mordaz alusión que a él y a Pilar dirigiera, en la bulliciosa charla, uno de los contertulios, al recogerla y contestarla deslizó, intencionadamente, una frase insidiosa, de doble sentido, que envolvía afrentosa sospecha contra la honestidad de la joven y la caballerosidad del anciano protector. No fué menester más: desde aquel momento cayó una mancha indeleble sobre el armiño de dos honras limpias, que difícilmente habrían de hallar manera de restituirle su pristino albor.

La noticia cundió, se abultó, se desfiguró y, en poco tiempo, teníase en todo el pueblo como artículo de fé el hecho de que don Cosme había adoptado y criado a Pilar para su uso y disfrute personal, no obedeciendo a un sentimiento de piedad hacia la huérfana desvalida. Dorotea, la criada antigua de la casa, conocida por el remoquete de *Chicharra*, era testigo de mayor excepción, que podía aseverar cómo sorprendiera, entre tío y sobrina, en más de una ocasión, expansiones licenciosas en la intimidad de la vida doméstica, que dejaban muy mal parado el pudor de la mancillada doncella y el decoro del viejo libidinoso.

Ni los años sesenta, con su helado capuz, fueron poderosos a poner a cubierto de los embates de la maledicencia la conducta intachable de aquel grave anciano carente, por su edad, de aptitudes físicas para hacer escarceos ridículos en la escuela del amor.

Pilar quedó inapelablemente desconceptuada y don Cosme descalificado ante el recusable tribunal de la opinión pública.

Un poetastro cualquiera del lugar, tan detestable como aleve, puso en *versa* la infame calumnia, y el populacho, por no ser menos, hubo de ponerla en *solfa*, siendo cantada en calles y plazas, hasta por los chicos, esta ruin copla:

«No te fíes de don Cosme
ni de su avanzada edad,
ya ves lo que está haciendo
con su sobrina Pilar.»

La bellaca canción llegó a oídos del tío y de la sobrina y, como es natural, hubo de desarrollarse, entre ellos, una escena tormentosa y tristísima; pensóse en la inmediata separación de ambos: en un convento para Pilar; en vender don Cosme su heredad y ausentarse, trasladando su residencia lejos, muy lejos de aquel foco de oprobio; pero todas esas soluciones fueron desechadas, no bien concebidas, por estimarse no ser reintegradora, ninguna de ellas, del bien moral perdido por aquellos desdichados.

Entonces cruzó por la mente de don Cosme, como un relámpago que ciega y no alumbra, la idea arriesgada de un connubio, pero no se atrevió a insinuarla siquiera: tan disparatada le pareció.

Transcurrió tiempo y Pilar pudo advertir, con profunda pesadumbre, que todas sus amistades habían de-

sertado de su trato, creando así un vacío, depresivo, a su alrededor. Si ella o don Cosme salía a la calle, eran objeto de las picarescas miradas y maliciosas sonrisas de los transeuntes y volvían siempre desazonados y sombríos; en su casa habíase apagado la alegría y en su lugar cundía el mal humor, el desabrimiento y el malestar en sus moradores.

Un día, estando de sobremesa, dijo Pilar a su tío, en el tono de la más amarga reconvención:

—¡Qué funesta ha sido para mí la protección que usted me ha dispensado...! Hubiérame valido más morir en la miseria, que vivir, con apariencias de vilipendio, en este hogar.

—Pero ¿qué culpa puedo tener yo de tu desgracia—contestó don Cosme,—si precisamente en mí se ha empleado también la difamación?

—No es lo mismo—arguyó Pilar; —usted, después del ultraje, sigue siendo el que era; en cambio, yo soy una mujer deshonrada, una mujerzuela, la concubina de usted.

—Y yo—replicó el anciano—también soy para esa sociedad que tú invocas, un canalla, un viejo sátiro que se ha prevalido de su autoridad sobre tí para arrebatarte el tesoro de tu honestidad y de tu doncellez.

—Sin embargo—hubo de afirmar enérgicamente la sobrina—yo he perdido más que usted; yo lo he perdido todo, hasta la honra.

Don Cosme, abatidísimo ante las sentidas quejas que exhalaba Pilar, quedó sumido en profunda meditación; la mirada fija en un punto, el rostro intensamente pálido, la respiración agitada, los labios temblorosos. De pronto rompió aquel silencio abrumador diciendo:

—Mira, Pilar; tengo, como sabes, sesenta años y un mediano pasar; soy una ruina imponente que no tiene compostura; yo para nada sirvo, pero si mi nombre, que siempre fué honrado, pudiera reparar los estragos que ha causado en tu reputación ese vendabal de infamias que contra nosotros se ha desatado, aquí está mi mano: no puedo ofrecerte otra reparación, aun tratándose de culpas no propias, sino ajenas; cuanto poseo te lo brindo y lo pongo a tus pies.

—Lo pensaré y le contestaré, tío—fué toda la respuesta que tuvo a bien dar Pilar ante el generoso rasgo de don Cosme.

Al día siguiente le dijo:—Acepto su proposión; prefiero ser la esposa legítima de usted, a pasar, sin serlo, por su manceba.

Apenas transcurrido un mes, aquellos dos corazones, tan distanciados por los años y por sus inclinaciones, deseos y móviles, asociábanse, por respeto al bien parecer, pero sin estar identificados ni sentir esa atracción magnética de la pasión, profundamente sentida, que hace eternos los vínculos del verdadero y auténtico amor.

Visión del porvenir.—Juan Trabaja buscando por sí mismo ocupación en la patriótica empresa de demoler plazas de toros para construir escuelas.
Dibujo de Fz. Márquez.

La boda fué triste, de madrugada; sólo concurrieron las personas indispensables para la ritual celebración del matrimonio; no hubo convidados ni convite; terminada la ceremonia, cada cual volvió a su casa. El pueblo, en masa, siempre tocado de incurable malicia, interpretó aquel acto como una confesión de sus perversas sospechas.

De regreso de la parroquia, Pilar, encarándose con don Cosme, le dijo:

—Tío, nosotros seguiremos como hasta aquí; yo, ante el mundo, seré su mujer; ante mi conciencia, no lo soy ni podré serlo nunca; nuestras almas y nuestros cuerpos continuarán, por siempre, separados.

—Está bien—dijo el tío—; no ha de haber, entre nosotros, ayuntamiento ni compenetración de afectos y de sensaciones; yo tampoco lo apetezco, pero abrigo la esperanza de que mi honra no habrá de ser escarnecida, ¿verdad?

—No hablemos del porvenir, tío; sólo puedo decirle que procuraré cumplir con mi deber.

Don Cosme quedó consternado al oir aquella evasiva respuesta de Pilar.

—Así debiste haberme hablado la víspera, no al día siguiente.

—Y usted debió de preguntarme eso entonces, no ahora.

Don Cosme, molesto por el despego y la frialdad con que Pilar le hablaba de continuo y convencido, aunque tardíamente, de que su sacrificio no había sido apreciado, por ella, en lo mucho que valía, decidió pasar en su posesión días y días, para no tener que soportar las genialidades de su esposa, que si se inhibía de cumplir los deberes de

esposa, en cambio los derechos que creía tener, sabíalos ejercitar, con la mayor diligencia, no imperando, en la casa, más voluntad que la suya.

Luís Valenzuela.

(Continuará.)

Alma andaluza e ideal andaluz

Proemio.

I

La maravilla intensa y misteriosa del ideario que encierra este tema, fué para mí lucecita de albergue que en el desierto retórico de las ideas y las letras alumbrara con promesas inefables el tedioso caminar presente; claror de luna—luna primaveral, diafanizante, idealizadora de hombres y cosas—que, al reflejar en las gemas del espíritu, rutilada con acordadas cadencias sonoras, emotivas y místicas; savia jugosa, de fertilidad acre por la fuerza de su poder formativo, como destilada del «limo sagrado de la civilización», que germinara, en germinal floración andaluza, en nudos abortivos, en geotropismos monstruosos, en contorsiones aberrantes, determinadas por el inquisitorial padre Sol, justiciero y amoroso, que en la prodigalidad de sus dones, potentes de opresión, pone el círculo de hierro, de sus ardores áureos, a la expansión triunfal y viva.

Luz, claror y savia. Luz espiritual, luz de espíritu, luz que alumbra la intensidad del alma, luz que ahuyenta las sombras, y que de los escondrijos del numen aspavienta los desconocidos medrosos — ingenuidad del renacimiento, inocencias de la originalidad, rubores de virgen—y les presta hálito luminoso, alado, etéreo, con que lanzarse, hechas ideas, por las serenas diafanidades de las vidas altas.

Claror de luna bética — luna plena de tonalidades apolíneas—claror de almas béticas, claridad anímica sublime, ecuánime, eurítmica, serenamente estoica, que en la llanura acromática de las vegas bajas, levanta quiméricos castillos fastuosos, de irisaciones veladas por nieblas azulinas de claras latinidades, formadas en el mar de la civilización; y que en las sierras bravas, abruptas, escabrosas, las viste con el blanco cendal de su poesía y tiende sutiles velos de plata que todo lo igualan, todo lo enrasan, todo lo ofrecen, purificado y albo, a la clara llanura espiritual de la mente aquietada y firme.

Savia jugosa, de húmedas fecundidades, que se forjó en el seno del fértil «limo ibérico» de entraña reseca, latente de pujanza y brío floreciente en pomas de oro, en rosas odoríferas, en claveles rojos, sanguinarios, trágicos—como la flor de sangre que sobre el corazón de Cristo hizo retoñar la lanzada del romano, como los labios rojos de pasión y misterio; pomas, rosas y claveles; morbideces, deseos y dolores; fuerzas de amor, fuerza de ilusión, fuerza de vida; fuerza grande, ingente, potencial que, en su seno, la gota que arrastró el infinito tuvo nueva forma, nuevo molde, nueva orientación, hasta nueva materia; y cuantas civilizaciones se mezclaron a su limo sagrado y fértil, surgieron reformadas, refundidas, purificadas, metamorfoseadas en otras distintas; y de aquellas quedó luego la escoria que se eliminó; y en el crisol se fundió otra nueva, mejorada, artizada, super-vivida, que llevó como sello el triunfo del dolor—misticismo—y como molde la clara llanura espiritual de una mente serena—estoicismo—. Así Hesperia—Grecia poetizada y soñada—, así Bética—Roma ideal, supergloriosa, envidiada—, así Al-Andalus—suma y compendio de la Edad Media luminosa, cultural, increada para el resto de la humanidad adyecta y oscura.

Y así fué también como este trilogismo de acciones inmateriales - luz de espíritu, claror de alma, savia andaluza—, redimió mi ideario de gloriosas erudiciones, de servilismos intelectuales, y al inundarle y vivificarle con su luminosidad y su jugo, lo ungieron con la confianza de la fecundidad, con el poder divinamente humanizado, de la creación; y apartó, para siempre, de sí, la visión, antojada realidad, ineludible, de una obra erudita, inmensa, inabable, ciclópea. El ojo del cíclope, inquisitivo, excontador, ineluctable, constantemente abierto sobre el libro de la humanidad y de la historia, dejó de ser preocupación afanosa de este cualquiera; que requiriendo sólo su claror de alma, esperó el don divino de la luz espiritual, y con-

fiado en la potencia de la savia andaluza que siempre informó su vida, hizo su primera salida por estos campos de la Iberia ignota, áridamente fecunda, estérilmente floreciente.

Por esto, lector, la obra que desde este punto ambos presentimos—yo al escribirla, tú al leerla—, así puede ser una musical armonía—en el acorde del trilogismo que el tema de ella ha despertado—, como una disonancia inesperada—tallo que germina, en germinal floración andaluza, en conceptos abortivos, en ideotropismo monstruosos, en sistematizaciones aberrantes.

Y en ella, no hallarán erudición, ni retórica, ni filosofía, ni folklorismo, ni arte.... a lo sumo las primeras incongruentes palabras de un andaluz que balbucea. **Rafael Castejón.**

MOSQUETAZOS

LA BUENA VIDA

Parodiando al inmortal Góngora

Ande yo caliente
y ríase la gente.
Traten otros de los paros
y de la neutralidad,
mientras yo con libertad,
sin que me pongan reparos,
vendo todo a precios caros,
para que mi bolsa aumente,
y ríase la gente.
Que ayunen los pobrecitos
o coman tronchos de coles,
poco pan y caracoles,
que yo comeré cabritos
y manjares exquisitos,
hasta que el cinto reviente,
y ríase la gente.
Cuando en las crudas mañanas
ande el pobre casi helado,
tenga yo el cuerpo abrigado
y carbón de las montañas
y quien las tristes hazañas
de los guerreros me cuente,
y ríase la gente.
Tenga disgustos prolijos
el Gobierno, por la tasa,
que yo tranquilo en mi casa,
o en uno de mis cortijos,
con la casera y sus hijos
lo pasaré felizmente,
y ríase la gente.
Pasen ducas... y a sufrir,
los que no pueden vender
ni pueden negocio hacer,
que yo bien puedo vivir
a lo príncipe y seguir
siendo persona influyente,
y ríase la gente.

Juan Ocaña.

Lázaro Ludovico Zamenhof

Con el laconismo aplastante del telégrafo ha llegado a nosotros la noticia: En Varsovia ha fallecido el autor del esperanto, Dr. Zamenhof.

Y con el pesar sincero que pone en nuestro espíritu la triste nueva, cogemos la pluma para rendir un póstumo tributo a la memoria del oculista eminente cuyo amor ferviente a la humanidad ha realizado la obra más grande, el paso más decisivo, si bien todavía no total, para encauzar el amor de los pueblos en esta eterna y formidable Babel.

Zamenhof había nacido en Bjelostok, un pequeño pueblo de la Polonia Rusa, el año 1859, y en 1887 dió a la publicación su primer libro «Lingvo Internacia» bajo el pseudónimo de Dro Esperanto.

Como todos los sabios, como todos los hombres que por su talento consiguen elevarse a la gloriosa cúspide de la fama universal, Zamenhof encontró a los primeros pasos para la implantación de su admirable lengua, infinitos obstáculos que le ocasionaron muchos sinsabores, pero el triunfo alcanzado por el esperanto a partir de 1905, que celebró su primer Congreso en Boulognee-sur-Mez, fué tan resonante que premió sus desvelos.

El ilustre autor del idioma auxiliar internacional, viajó durante mucho tiempo por diversos países de Europa, presidiendo, entre otras Asambleas de literatura esperantista, los grandes Congresos de Ginebra, Cabridge y Dresden; en Barcelona estuvo, también con motivo de un Congreso esperantista, en Agosto de 1909, pero, como coincidiera esta fecha con las consecuencias de los sangrientos sucesos de Julio, que en dicha capital acababan de desarrollarse, la prensa, distraída con otros asuntos más culminantes, le prestó poco atención, limitándose a publicar algunas pequeñas crónicas y fotografías de los reunidos que, no obstante las circunstancias anormales de entonces en la ciudad condal, llegaron al número de mil.

Hace pocos días, cuando nada sabíamos aún de que su enfermedad inspirara serios temores, un distinguido esperantista español, residente en Madrid, Mangada Rosenorn, me escribía alborozadamente haberse enterado de que el ilustre filólogo polaco pertenecía a una familia de origen español, pues descendía de uno de los judíos expulsdos de nuestra patria.

De todas maneras, Zamenhof, por su obra, por sus relaciones, por su significación y su influencia en importantísimas Asociaciones internacionales, ya no pertenecía, moralmente, a país determinado, sino que se debía a la Humanidad entera y, en particular, a los pueblos sajones y latinos.

¡Zamenhof ha muerto!

Pero su obra no fué vana; y el ejemplo sublime de su laboriosidad, de su constancia premiada al fin con la difusión de su idioma por todos los pueblos civilizados del planeta, será un poderoso estímulo para la perseverancia, en la misma labor, de sus dos hijos, de los esperantistas, que constituyen hoy la Sociedad más grande del mundo.

F. Serrano Olmo.

—Me parece muy bien.

—A mí muy mal. Soy antirrayista. Anoche en la peña del café a donde concurro, y esta mañana en mi Negociado del Ministerio, no se hablaba de otra cosa. La división es grande.

—Vamos... En la peña y en el Negociado ya no hay francófilos ni germanófilos, sino rayistas y antirrayistas. En pago de sus explicaciones, voy a darle una noticia.

—¿Está ya bueno Joselito? No me interesa. Soy gaonista. Antes era de Belmonte, pero Belmonte ya no se arrima ni poco ni mucho.

—La noticia es que nos han torpedeado el «San Fulgencio», que cargado de carbón venía a Barcelona.

—Que se hubiera quedado en el puerto.

—Es que traía carbón, que nos hace falta.

—Nos arreglaremos con leña. Mi lema, en la cuestión internacional, es el de Rodrigáñez: «Si no se puede vender, que no se venda; y si no se puede comprar, que no se compre.»

—Rodrigáñez es un genio...

—Sí, señor. Y no lo diga usted en tono de guasa. Pero ya hemos hablado bastante de la guerra. Volvamos al problema de marras. Quiero explicarle por qué soy antirrayista. Lo soy porque...

Pero el tranvía llegaba a la puerta de mi casa, y no pude continuar oyendo a mi amigo.

—He de apearme aquí.

—¡Vaya esta noche por mi peña...! Ya sabe dónde nos reunimos..

—Procuraré hacerlo...

——

Lector: En Madrid hay dos partidos formidables. Uno de ellos propugna por la abolicion de la raya. El otro por su mantenimiento. Graves señores discuten el tema en la Prensa. Pronto habrá palos...

Pueden seguir torpedeándonos los barcos...

Fabián Vidal.

CUENTO

—

El corazón de los sabios

Envuelta en las brumas del olvido hay una leyenda, tan desconocida como bella y ejemplar.

Allá en la China pintoresca hubo, en época remota, un emperador déspota y tirano, de quien se cuentan los mayores horrores. A imitación de los Nerones que escribieron con la sangre de inocentes víctimas las páginas de la historia del mundo correspondientes a sus torpes reinados, el tal emperador eclipsó famas tan trágicas y execrables...

Violando las más humanitarias leyes, cometió crímenes sin cuento: a cualquier hora del día cruzaban la inmensidad de los parques de la regia mansión poderosos trotones, arastrando en vertiginosa carrera, pendientes de su larga cola, hombres, mujeres y niños, condenados al suplicio por cualquier capricho pueril del tirano que gobernaba a la China pintoresca.

Atados a corpulentos árboles, en completa desnudez, eran azotados otros infelices con látigos de fino alambre, que dejaban en sus amoratadas carnes surcos sangrientos.

Al pie del sillón del trono, encerrado en rica caja de madera de áloe, con incrustaciones de marfil y deslumbrante pedrería, se guardaba el buído puñal de dos filos, arma empleada para dar muerte a los reos de alta jerarquía. Dicho instrumento sólo podía esgrimirlo el propio emperador...

Refiere también la leyenda, que por aquel entonces regresó a su país un sabio chino, después de efectuar una excursión científica por tierras de Europa.

Tanto como el pueblo odiaba al emperador, quería al hombre de talento que, en distintas ocasiones, echó en cara al soberano la injusticia de sus crímenes.

Habiendo recibido el monarca en audiencia al sabio para conocer el resultado de sus investigaciones, el anciano súbito se expresó así:

—Señor: he sabido que hay un órgano en el pecho de los hombres, que es como un cofre, donde se ocultan amores y odios. Llámanle «el corazón».

Y el sabio llevó su diestra a la altura del costado izquierdo.

—¿Dices que es como un cofre? ¿Abierto o cerrado?—interrogó el tirano.

—Cerrado; y tiene cuatro cavidades...

De súbito, una idea perversa cruzó veloz el cerebro del monarca:

—¡Me parece que eres un impostor, viejo maldito, que osas perturbar la paz de mis dominios con las brujerías que encierran esos libros que llegan a tus manos traídos de la otra parte del mnndo!—gritó con ira el tirano, cuyos ojos relampagueaban.

—La ciencia es sublime y jamás mereció el calificativo de maldito quien trató de divulgarla.

—¿No tiemblas ante mí? ¿Ignoras que todo capricho mío se ejecuta al momento?

—Os conozco demasiado bien y sé hasta dónde llega vuestra tiranía.

De improviso, el emperador, ciego de cólera, se avalanzó sobre el débil anciano, arrojándole a tierra ante las gradas del trono. Una risotada salvaje se escapó de sus labios, mientras, rápidamente, abría la rica caja guardadora del buído acero...

—¡Vas a morir!—rugió el tirano, con ira que hacía centellear sus inquietos ojillos.—Y, aunque cualquier vasallo me podría servir para el experimento, eomo es el puñal la mejor llave para abrir el «cofre» de que me has hablado, voy a utilizarlo en tí... ¡Nadie más digno de tal muerte...!

Ante la imperiosa amenaza, no se alteró una sola línea de la fisonomía del anciano, que se expresó con voz tranquila:

—¡Mátame, pero te advierto que no conseguirás lo que te propones!

—¡Por duro que sea el «cofre,» la punta del puñal logrará abrirlo...!

—Todos los corazones del imperio son iguales, a excepción del tuyo y el mío... El que en tu pecho late, tiene una sola cavidad, donde se alberga la infamia...

—¿Y el tuyo?

—El mío, ahora, también una, qne encierra fe en la ciencia... Cuando hagas lo que te propones, tendrá dos: una, guardadora de infinito amor a los hombres, mis hermanos; la otra, de odio hacia tí, ¡tirano entre los tiranos...!

Una exclamación brutal escapó del pecho del emperador, que

España, entre las excitaciones de uno y otro bando, sigue el camino de su neutralidad inquebrantable.

Dibujo de Alfonso del Rosal.

hundió hasta el pomo el puñal en el costado izquierdo del sabio. El helado beso de la muerte entornó los párpados al anciano y puso dulce sonrisa en sus labios...

Entonces, la diestra del soberano cayó como una garra sobre el pecho del sabio... ¡Partido en dos estaba el corazón...!

El asesinato del hombre de ciencia hizo estallar más pronto la conspiración que se venía tramando contra el monarca. Las enfurecidas turbas se apoderaron de él en la sala misma en que se perpetrara el crimen, y, junto al cadáver del anciano, yació el del tirano con el puñal clavado en el cuello.... ¡El malvado corazón quedó intacto, sirviendo de tumba a las pasadas infamias!

. . . .

Desde aquel entonces, es fama en la China que el corazón humano es el «cofre de las pasiones» y que, tratándose de sabios, sólo lo abre, partiéndole, el agudo filo del puñal que, ensangrentado, se guarda al pie del trono en estuche de áloe con rica pedrería...

Antonio Moya.

La Asociación Médica Regional

Ideas que me sugieren para la Asamblea Regional Médico-farmacéutica que ha de celebrarse en Córdoba en el mes de Septiembre próximo.

Dado cima al pensamiento que una imaginación meridional, cálida y viva, consciente de sus deberes y derechos y que con gran alteza de miras hubo de gestar en forma digna y halagüeña a la clase médico-farmacéutica que representa, mis aplausos efusivos y sinceros al iniciador y a todos los que han colaborado a tan magna obra.

Es endémica nuestra indiferencia y apatía para todo plan regenerador que restituya nuestros adormecidos derechos, prescritos ya por no haberlos ejercitado oportunamente; constituímos un sistema fracasado y debilitado por falta de savia vivificante y protección de los organismos directores que, lejos de ayudarnos, nos abandonan a nuestras propias fuerzas, como diciendo: «si eres útil socialmente y tu voz ha de oírse en el concierto de las clases que demandan personalidad, demuéstralo»; y ha llegado esta fausta hora; ya vemos el oasis en nuestra peregrinación; ya se vislumbra la aurora de un nuevo día que nos marca lo que podemos llamar «Era de la reivindicación de nuestros derechos y de reintegración al puesto social que nos corresponde». Desproveyámonos de intereses bastardos y, mirando al interés general, dignificaremos a la clase, a la vez que a nosotros mismos, y así nuestras justas pretensiones tendrán la debida autoridad para hacerse oír de los Poderes públicos. Anunciada la Asamblea Regional para el próximo Septiembre en Córdoba, a ella concurramos todos con la mejor predisposición de ánimo a la unión de verdad, no a la farándula que representamos; agrupémonos por provincias, distritos y partidos judiciales; elijamos en la primera oportunidad representantes en Cortes, que sean portavoz de nuestras aspiraciones; créense Tribunales de honor, Cajas de ahorros, central de producciones y demás instituciones que nos sean provechosas y que afiancen más nuestros afectos y comunidad de intereses. Conseguida esta unión y adquirida esa personalidad, no debemos cejar ni desmayar hasta conseguir nuestros legítimos anhelos, trabajando todos como un sólo hombre, con verdadera solidaridad, y si de esta forma, contando con el apoyo de los compañeros de las demás regiones de España, no conseguimos redimirnos del caciquismo y demás lepras sociales que nos corroen, no tendremos derecho a quejarnos de nuestra impotencia y mereceremos el más significado desvío.

J. Pineda.

Espiel y Abril 1917.

Continuación de la lista de adheridos a la Asociación: Médicos: don Antonio Durnes Soler, de Lucena. Farmacéuticos: don Fabián Ruiz Maya, don Antonio González Soriano, don José de Polo Pérez, don Miguel López Mora y don Enrique Villegas Montesinos, de Córdoba; don Nemesio Gutiérrez Pedraza, de Villaviciosa; don Bartolomé Moreno Calero, de Villanueva de Córdoba; don José Mingorance Sala, de Benamejí; don Antonio Adamuz Valverde, de Iznájar; don Joaquín Ruiberri de Torres, de Villafranca; don Filiberto Nieto y Díaz Talavera, de Villaralto; don Antonio García García, de Luque; don Francisco Moreno Perea, de Villanueva del Duque; don Osario Astrupa Cantalapiedra, de Hornachuelos.

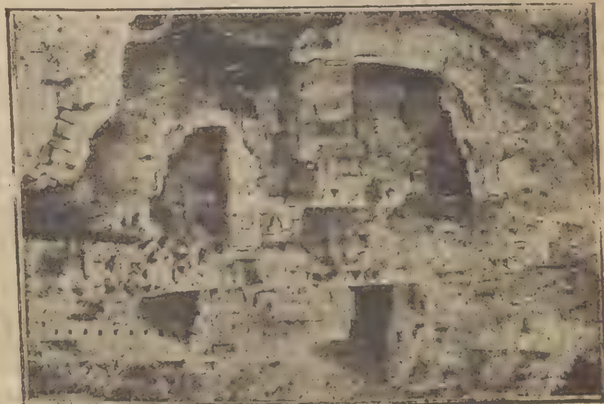
(Se continuará.)

La miseria de los pueblos ricos

Uno de los pueblos más ricos de la provincia era B...; tenía más de seis mil hectáreas de terreno de propios, pobladas de hermosos encinares, dedicadas a labor al tercio, muy paniegas, según frase labriega; contaba con otras tantas de baldíos, que producían excelentes y abundantes pastos. En las primeras se recogía grandes cantidades de cereales y legumbres y se cebaba en sus montes millares de cerdos; en las segundas se mantenía inmensas ganaderías lanares, de cerda, cabrío y vacuno; se explotaba en gran escala la agricultura y ganadería. Sus vecinos vivían con desahogo y anualmente ingresaban en la población muchos miles de duros por los productos que se exportaban y quedaban existencias abundantes para otro año.

Veneros de riqueza se extendían por toda la comarca; las faenas agrícolas necesitaban brazos que no se encontraban en la localidad y de los pueblos de Extremadura afluían

DE LA CÓRDOBA DESTRUÍDA



Ruínas de los palacios de Medina Azahara.

obreros, en las épocas de más apremiante trabajo, y todos hallaban acomodo; había vida, movimiento y trabajo; cuando los pueblos tienen medios de vivir con alguna independencia, brilla la satisfacción, llevan la alegría en el semblante y rasgos de generosidad y nobleza se ven en todos sus actos; así era aquella población hace treinta años; sus famosas dehesas de propios se daban a labor al vecino por un módico arriendo, y en ellas se recogían abundantes cereales y legumbres; en sus montes cebaban los cerdos de matanza y sostenían los de vida, tenían los agricultores asegurados para todo el año su trigo y chacina, primeros artículos de consumo para la subsistencia; todo en abundancia, hasta para vender, y la caja municipal obtenía por esos conceptos un ingreso de más de cien mil pesetas por productos de esas labores, yervas y pastos; era un pueblo rico y en él encontraban protección cuantos forasteros se establecían.

Los vecinos vivían felices; cada cual en su esfera disfrutaba de los beneficios que le proporcionaba la mancomunidad; cada uno labraba el terreno que podía; hasta los artesanos eran labradores, y aunque el rico lo hacía en gran escala y aprovechaba con sus grandes rebaños, espigas y agostadores, no había entre una y otra clase el antagonismo propio y natural, por la desigualdad en que aquellos beneficios se repartían, teniendo todos iguales derechos; no había envidias, ni rencores; vivían en la mejor armonía; en las épocas más apremiantes se hacían préstamos hasta la recolección, cumplían con la mejor buena fé y vivían como una gran familia.

Llegaron las ambiciones; furiosas ideas maquiavélicas rasgaron la paz y armonía de la población, como huracán que devasta una comarca; los baldíos fueron redimidos por los copropietarios, los propios escamoteados al pueblo, estableciéndose el más humillante servilismo; ya no tienen medios de vida; no hay tierras donde sembrar con aquella economía, ni donde cebar sus cerdos, ni mantener sus animales; no cogen trigo, ni granos para las más apremiantes necesidades; aquella clase media labradora, desahogada, ha desaparecido: están arruinados, convertidos en jornaleros; los pequeños agricultores viven en la miseria; los arriendos han subido una enormidad, seis y ocho veces más que entonces; no se rotura, no se labra, no se siembra, no se coge; en los terrenos que se dan a terrazgo tienen que poner los agricultores semillas, escardas, acarreo y siega; partir a medias, en predios esquilmados, sin abonos, porque los abonados se los reservan.

Reconcentrada la propiedad en pocas manos y acaparados los terrenos por manos vivas, la agricultura ha decrecido, la producción se ha menoscabado y los pequeños agricultores viven como los reptiles, bajo tierra; la miseria aumenta, el hambre cunde y a los centros mineros limítrofes huye multitud de obreros; los que por su numerosa familia no pueden hacerlo, tienen que sujetarse a un miserable jornal eventual y sufrir las vicisitudes del tiempo.

La situación de la clase agricultora es triste, a veces desesperada; el hambre no tiene compás de espera; tienen que ser inmorales como el criado que sisa; para dar pan a sus hijos, acuden al hurto de leña en los montes, a sabiendas del castigo, con penas aflictivas, costas de quince a veinticinco pesetas, pérdidas de herramientas y efectos; la ley es inexorable; pero si en este orden se castiga a los infractores, vamos a presentar otros casos para demostrar que la convierten en embudo y que es un mito; en que se abusa y se explota a ese mismo pueblo al amparo de la impunidad; porque como no tienen representación en las administraciones locales, no tienen quien por ellos se interese, no son atendidos, no se les oye, no se les escucha, no se estiman sus quejas y reclamaciones, y tienen por necesidad que soportar las imposiciones y vejaciones del tiranuelo; se les cobran derechos en el Registro civil por nacimientos y defunciones; cinco pesetas por inscripción del matrimonio; tres por existencia y fes de vida en expedientes de quintas; siete, doce y más pesetas por la constitución de Consejos de familias de menores pobres, a pesar de disponer la ley que todo esto se haga gratuíto; y en otros que tienen señalados derechos, el duplo; todo esto y otros abusos mayores, tiene que sufrir el pueblo que paga y nadie mira por él; de aquí su estado apático, indiferente a todo, porque de todos son indiferentes; mas no sorprenda que algún día salga de su atonía, como los ríos salen de madre, y se erija

soberano de sus destinos; todo tiene su causa, como todo tiene su fin.

Y, por si no fuesen bastantes los males apuntados, ahí está el odioso reparto de Consumos, más odioso por lo mal que se viene administrando; ninguno quiere pagar y descargan el peso contra el que no come; pues, para hacer aquella más ligera, incluyen millares de personas a contribuir, que deben estar exentas o exceptuadas, todo ello a fin de que salgan más beneficiada la clase acomodada, que es la que come y disfruta; ninguno se queje de su cuota, nadie reclame ni espere justicia, porque agravará su situación y le impondrán más carga, según costumbre inveterada.

La evaporación de los baldíos, la expoliación de los propios, la usura terrateniente, los abusos, exacciones, impuestos y cargas, tienen al pueblo en la miseria; no tienen medios de vida ni protección ni trabajo; esos que voltean la tierra desde la superficie a sus entrañas, no son acreedores a que se les deje abandonados a sus propios recursos. Ya es hora de que aparezca la caridad cristiana, que la conciencia de esos grandes terratenientes dé señales de vida, de protección a la humanidad, de amor al prójimo. Si la ambición y el lucro de unos han traído a la miseria y ruína a los demás, es dogma cristiano que, ya que no se restituya, se les dé protección, se les ayude con trabajo, dándoles terrenos a roturación, no consintiendo que permanezcan paralizados tantos brazos anémicos. Se aproxima la paz europea y si esa riqueza sigue abandonada, se abrirán al extranjero grandes corrientes de emigración que dejarán al país despoblado; es preciso dar impulso a la agricultura y la industria, aumentar la producción para hacer una patria grande y poderosa y no consentir, por honor propio, que vayan a enriquecer otros países.

Papl.

APUNTES ANTROPOLÓGICOS

TIPOS TAURÓFILOS

D. Equis

I

Si alguna vez, mis amados lectores, viereis a don Equis, veríaislo de aquesta guisa: cuando anda, hácelo lenta, pausadamente, con un si es no es tanteo de su piernas semiojivales; lleva el pantalón a medio vientre, caído en fingida distracción, y en los bolsillos las manos; toca su cabeza, de fosca pelambre, una gorra gris, apoyada en destartalado flamenquismo sobre el pabellón de la oreja izquierda; tiene los ojos pequeños, obscuros y de mirar estólido, y las cejas pobladas e hirsutas, rebeldes. Su boca es desmesurada, el ángulo de Camper oscilante entre 70 y 75°, prominentes los músculos maxilares, como de hombre recién salido de la animalidad, de hombre troglodita, de hombre que trabaja más con la boca que con l epensamiento, más con los dientes que con la inteligencia. Y como corolarios, el cráneo deprimido, fugada la frente; su cabeza no piensa, su cerebro no trabaja. Tiene la nariz más allá de Roma y avinagrada la color de su rostro.

Esta es la visión, si no exacta, aproximada, que presenta cuando anda don Equis. Si está sentado y observa que alguien puede mirarlo, si no es que ya lo mira, adopta en seguida, fingiéndola espontánea, su más estudiada actitud, esa actitud meditabunda, abstraída, que prodigan a sus lectores los redactores fotográficos de los periódicos ilustrados cuando sorprenden en la intimidad del estudio a algún grande hombre...

En cierta memorable ocasión dijo Mirabeau a Luís XVI: «Creo, señor, que se debe encargar del Ministerio a un hombre con autoridad en el Parlamento .., que tenga simpatías en el Ejército..., gran prestigio por su palabra...» (En fin, Mirabeau fué dando todas las señas suyas.)

«Y que sea picado de viruelas», le interrumpió Franklin, que estaba en la cámara regia, completando con este detalle físico el retrato de Mirabeau.

Para completar el retrato físico de un Mirabeau fué preciso un Franklin; para el retrato psíquico de D. Equis se basta D. Equis.

He aquí su autorretrato: «Tiene más, mucho más mérito torear y matar un toro que escribir un drama», dice frecuentemente, con ínsulas de sentencia.

Y hay quien le escucha, en cualquier parte, a todas horas.

Hasta los mismos chiquillos, apedreadores de perros y martirizadores de toda clase de animales, guardan, con amontañada injusticia, consideración a los D. Equis. ¡Pobrecillos! ¡Quién sabe si por sus venas correrá también sangre de monosabio!

La ralea de los D. Equis ¡es tan numerosa!

¡Como que a ella pertenecen todos los toreros y el 90 por 100 de sus admiradores!

¿He dicho algo?

M. Continente Lara.

Los maestros supremos

En el piélago de mandatos inspirados por la más saludable doctrina pedagógica, olvidados en todas partes, para la asistencia eficaz en el proceso de constitución psicofisiológica de los educandos, hay contenido éste muy principal en el artículo 42 de cierto Real decreto de 23 de Septiembre de 1847: «En el local de las escuelas deberá escribirse el nombre de los hombres ilustres que haya producido el pueblo, o de los que hubieren hecho algún beneficio, con un resumen biográfico para instrucción y ejemplo de los niños.»

¿Cuándo lo veremos?

La posibilidad de esta pregunta a los sesenta años de haberse dictado orden tan sabia, nos releva de insistir ahora en el desdén colectivo hacia la escuela popular, frecuentemente refugiada en los lugares más detestables.

Quiso el legislador que a los ojos de los niños se ofreciera de continuo la memoria feliz de sus compatriotas insignes, de aquellos más allegados a su estirpe comunal, los que brotaron en ella misma, y de cuyos merecimientos la fama labró altísimo honor y gloria perdurables para el solar de todos. Porque de cierto ningunos otros pueden más beneficiarse que los niños de los méritos y enseñanzas de los hombres selectos: para cualquiera la vida ejemplar, la vida intensa en ciencia, en heroísmo, en amor, es maestra augusta o fiscal severo; ante todo, para el niño será, nos interesa que sea, modelo y norma.

Los tesoros de eficiencia educativa de que está preñada la historia de los grandes hombres, se han descubierto sólo a la mirada de los amantes de la excelsitud, que perpetúa la existencia de ellos en el mundo, de los inclinados resueltamente a seguir la estela que a su paso dejaran; mas no alcanza a obrar en la multitud, en la legión, en el *demos*, que apenas sospecha el presente o el pasado de las eminentes figuras que son los inmortalizados por la fama. Y no creamos que vienen en contradicción plena de esta ignoracia las tradiciones o romances, como expresión de un sentir popular nacido de la admiración ciega, del culto confuso a los prestigios de la hazaña; que esas consagraciones apenas alcanzan más que a los héroes de condición fabulosa antes que humana, y a menudo para fijarlos en modalidades ficticias de su individualidad vigorosa.

Acaso podrá señalársenos el rastro del concepto vulgar difundido del aura que ciñera a un Gonzalo, el Gran Capitán; pero ¿dónde está siquiera la reminiscencia, en las mismas capas sociales, del asombro de sabiduría que fué un Fernando de Córdoba y Bocanegra?

Las gentes desatendidas de la comunicación con los antepasados, cuyas vidas no finaron con la muerte, ajenas a una convivencia que dilata nuestros días hasta épocas remotas, cuyo principio apenas se vislumbra, sin saberlo, se han despojado de la facultad de infundir espléndidos valores a la significación de todos los momentos porque pasamos.

Todos, de alguna suerte, somos los continuadores de las obras magnas de los hombres de otros tiempos; en todos, de varia manera y en cierta medida, van realizándose las consecuencias de los impulsos hacia lo alto y hacia lo lejos que brotaron del numen de los naturalmente privilegiados. Cabalísima, esta apreciación de un psicólogo de nuestros días (Thomas): «Es un hecho que *Los Héroes* de Carlyle y los *Sobre-humanos* de Emerson han puesto bien en claro que la humanidad no vive en realidad y no progresa más que por los hombres de genio». No ha cesado, pues, la acción de los que fueron sobre los que somos y el interés común pide que se dilate y se acreciente en cuanto contiene de influencia provechosa.» Han sido estos conductores de los hombres— escribía Carlyle—sus modelos, sus patrones y, en un amplio sentido, los creadores de todo lo que la masa general ha podido esforzarse en hacer o en alcanzar; todas las cosas que se han hecho en el mundo son justamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que concibieron los grandes hombres enviados al mundo; puede admitirse que es su historia el alma de la historia del mundo entero.»

El insigne escritor andaluz don Francisco Rodríguez Marín, a quien Córdoba debe imperecedera gratitud por sus admirables investigaciones respecto al origen cordobés de Miguel de Cervantes Saavedra.

Correlativa a la tendencia admirativa, tan vieja como el mundo, siempre despierta en las sociedades cultas, o más bien en los elementos sociales cultos, hacia las personalidades de estirpe prócer, habría que engendrar otro fluyente de las entrañas de la muchedumbre, con todas las excelencias y virtudes y talentos y valores que llenaron la vida de los escogidos.

La tarea no sería ardua dentro de un sistema educativo cualquiera, elegido y practicado con la devoción que prestan a sus empeños las gentes que piensan en su destino. Porque en todos hay un principio de inclinación que, bien cultivado, nos elevaría del nivel en que nos mantenemos confiados a la limitación de los valores individuales propios. «Todos tenemos una secreta tendencia a ponernos de acuerdo en nuestros sentimientos y en nuestras acciones con las personas que nos rodean y especialmente con las que amamos(Compayré).

Constituyendo, para el niño, por

encima de la comunidad en que venimos integrados al mundo, la sociedad de las personalidades selectas que se han colocado fuera del tiempo o haciendo que desde la infancia convivamos al par en ambas, habríamos ejercitado el modo de sugestión más poderoso acaso para conducirnos hacia un tipo de la más noble y plena humanidad. Blacki expresaba así el procedimiento, en términos bien categóricos: «No hay método más seguro para hacerse bueno y acaso para hacerse grande, que vivir desde muy pronto en el trato de los grandes y de los buenos».

Mirando a nuestro alrededor no descubriremos aquella abundancia de elementos que convendría a un continuo y sano influjo de hombres superiores sobre las personalidades en formación. La congregación de ellos, en multitud, nunca se ha destacado en una sociedad, ni en un momento de la época más floreciente. Hay que con los vivos contar los muertos, acaso más capaces de habitar en el recinto de nuestro amor, porque de ellos no queremos sino su heroísmo, su sabiduría o su santidad.

En la suma de elementos que actúan sobre el educando, como incluídos en el ambiente dentro del que se desenvuelve, estarán el recuerdo, los vestigios tradicionales, los documentos, las obras, los lugares, los descendientes que hablen de los hijos ilustres del lugar. Es decir, que las ocasiones y puntos de partida para guiar a la infancia en algún empeño de investigación, sobre personas memorables, o conducirla derechadamente al conocimiento de los supervivientes del olvido, estarán por doquier y los tendremos a cualquiera hora, hasta el despliegue de la vida de aquellos cuyos nombres quiso la ley que relucieran en el ámbito de las escuelas, «para instrucción y ejemplo de los niños».

La viva labor cultural que el empeño lleva en sí puédese iniciar cuando la buena voluntad dé la hora; acaso no esté por hacer en todas partes, ni aliente fuera de los propósitos laudables de los educadores mejor intencionados. Mas ¿cuándo un testimonio lapidario hablará desde los muros de la escula a la infancia de los hombres que ilustraron su patria, la más augusta, la más preclara, la más santa?

Quien lo espere no será espíritu agitado de la impaciencia.

José Priego López.

A RAS DE TIERRA

¡POBRE GENERACIÓN!

He leído en un periódico la necrología de un pobre muchacho que, con sus veinte años a la espalda, ha muerto del *mal verde* que mató al *celeste Edgardo*...

Y ese artículo necrológico, sentimental y doliente, lo escribe otro jovenzuelo de la misma edad del fallecido, que siente también una bulla enorme por saltarse la tapa de los sesos o morir del *mal verde, azul pálido, verde pálido, verde nilo o corinto y oro* que se llevó al otro barrio a los Verlaine, Baudelaire, Poe y demás envenenadores de juventudes febles...

Es una pena. Yo no concibo, quizá por mi natural vulgarísimo, que a los veinte años, a esa edad de las plenas ilusiones, en que todo sonríe e incita al amor de la vida, se sienta otra cosa que unas ganas enormes de comer, de reir y de gozar; o como si dijéramos: *de comer, beber y arder*, que rezan las tarifas contributivas en que los inspectores de Hacienda apoyan su existencia y paso por la vida.

¡Pero morir a los veinte años! ¿Cabe absurdo, dislate mayor, así la muerte sea *verde malva, azul prusia o amarillo corona?*

Los Verlaine, Baudelaire y demás señores consumidores de ajenjo y *facedores* de excentricidades, han hecho más daño a numerosas generaciones que *Barceló por el mar.*

Así vemos muchachos en la plenitud de la vida, jóvenes y fuertes, que, luego de leer la producción de los *maestros* citados, se *agarran* a la desesperanza *como el muérdago a la encina;* se dejan la melena y rapan el cogote; adquieren un sombrero absurdo y una chalina apabullante; y marchan por la vida interpretando *el espíritu de la golosina*, asqueados y dolientes, cual si para ellos no hubiese ya posible redención.

¿No es doloroso todo esto? Doloroso y pleno de un morbosismo estupendo, en el que las autoridades *deberían tomar parte*, porque nada hay que se propague tanto como ese *mal verde* de nuestros polluelos pseudointelectuales que leyeron a Baudelaire y consagraron lo más fecundo de su organismo en holocausto de la *muy amada* de Verlaine o de otro descentrado por el estilo...

¡Y así cunde tanto la tisis galopante entre las juventudes que leen las obras de los *ajenjistas*...!

Nada más paradógico y absurdo que esos muchachuelos en la edad propicia para todas las rebeldías, hablando de desalientos, de tristezas y de muertes más o menos policromas.

A los veinte años, estimados polluelos, se busca una novia y se le ama mucho, muchísimo, con toda el alma; y si la familia de la chica se opone, pues coge uno al objeto de su amor y lo rapta, cuando menos...

Eso es lo que se hace, amén de consagrarse a la vida por entero y llevar a cabo todas las osadías propias de los veinte años; pero no mirarlo todo con ojos funerarios, y cantar a la *muerte verde* en párrafos glaucos y dolientes de un sentimentalismo trasnochado y risible.

¡Valiente generación que en los albores de la vida y en plena primavera,

que la sangre altera,

se sale con lloriqueos y duelos, y habla de Baudelaire y Verlaine y sólo ve su redención al través de una muerte *color caoba con vetas* y en el frío cañón de una *pistola del quince*...

¡Aprieta ya el gatillo y no nos des más la pelma!

Españita.

CANTARES

A la fuente de mi calle
no vengas niña por agua,
que la mezclas con tu llanto
y me sabe muy amarga.

Tus balcones no se abren
y es que temes, si te asomas,
que se ilumine la calle.

Busco para confesarme
un cura que te conozca,
que ese sabrá perdonarme
lo que otros no me perdonan.

Compañerita del alma
no me trates con rigor
y piensa que muchos años
fué tuyo mi corazón.

Los cantares que no entiendes
son los que he sentido más,
que los pesares más hondos
a los vientos no se dan.

Narciso Diaz de Escovar.

CÓRDOBA

La situación actual de Europa.
Dibujo de Rœmækers.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 28 de Abril de 1917 | NÚM. 37

Bella lápida de azulejos que en recuerdo de Cervantes ha sido colocada en la plaza del Potro, merced a la iniciativa del director del Museo provincial de Pinturas, don Enrique Romero de Torres.

ANTIGUAS IDEALIDADES

—

La Bética, según Fenelón

I

Dijo Telémaco a Adoamo: -Me acuerdo que me habéis hablado de un viaje que hicisteis a la Bética, después que salimos del Egipto. La Bética es un país, del que se cuentan tantas cosas maravillosas, que apenas parecen creíbles.

—Tened a bien decirme, si es verdad todo lo que de ella se cuenta.

—Tendré gran gusto—respondió Adoamo—de haceros la descripción de aquel país famoso, digno de vuestra curiosidad, y que sobrepuja cuanto de él publica la fama.

Y luego comenzó en esta forma: El río Betis corre por un país fértil, y en un apacible clima, cuyo cielo está siempre sereno. El país ha tomado nombre del río, que desemboca en el océano, muy cerca de las columnas de Hércules, y de aquella parte en donde el mar furioso, rompiendo sus diques, separó en lo pasado la tierra de Tarsis de la grande Africa. Parece que conserva aquel país las delicias del siglo de oro: los inviernos allí son templados, y nunca soplan los enfurecidos aquilones: mitigan el ardor del estío los frescos céficos que hacia el mediodía vienen a templar el ambiente. Así que todo el año es un himeneo feliz de la primavera y el otoño, que parece que se están dando la mano. La tierra, en los collados y en las llanuras, produce todo el año duplicada cosecha. Las mantañas están cubiertas de ganados, que rinden lana finísima, buscada de todos los pueblos que se conocen. Hay en aquella tan hermosa tierra muchas minas de piata y oro; pero los naturales, sencillos y felices con su simplicidad, no se dignan ni aun de contar entre sus riquezas el oro y la plata. No aprecian sino lo que verdaderamente sirve a las necesidades humanas. Cuando entablamos nuestro comercio con aquellos pueblos, encontramos entre ellos empleado el oro y la plata en los usos del hierro; por ejemplo, en rejas para romper la tierra. Como no comercian fuera del país propio, así no tenían necesidad de moneda alguna. Casi todos se ocupan, o en cultivar la tierra, o en la cría y guar-

da del ganado. No se ve entre ellos muchos artesanos, porque no quieren permitir sino las artes que sirven a lo que de preciso han menester los hombres. Fuera de esto, aunque la mayor parte se dedica al cultivo del campo y a criar ganados, no dejan con todo de ejercer las artes necesarias a su vida sencilla y frugal. Las mujeres hilan la bellísima lana, y tejen paños finos y de maravillosa blancura; hacen el pan, disponen la comida, y les es fácil este trabajo, porque no se alimentan sino de frutas y leche, y raras veces de carne. De las pieles de los carneros hacen calzados ligeros para sí mismas, para sus maridos y para sus hijos. Hacen tiendas; algunas de las cuales son de pieles enceradas, y otras de cortezas de árboles: hacen y lavan sus vestidos, y los de su familia: tienen las casas con un aseo y orden maravilloso. Es el vestido fácil de hacer; porque en un clima tan templado no se lleva más que un pedazo de paño fino y ligero, sin ajustar al cuerpo; cada uno lo lleva con muchos pliegues para decencia, dándole la forma que más le agrada. Los hombres, además de su ganado y tierras, no tienen otras artes que ejercitar sino las que sirven para trabajar con el hierro y la madera. No se sirven del hierro sino para los instrumentos necesarios a la agricultura. Son para ellos inútiles las demás artes que miran a la arquitectura, porque jamás fabrican casa alguna. Esto es, dicen, apegarse demasiado a la tierra, hacerse habitación que dure mucho más que nosotros: nos basta defendernos de las inclemencias del aire. En cuanto a las otras artes estimadas de los egipcios, los griegos y demás pueblos bien gobernados, las detestan, como invenciones de la soberbia y afeminación. Cuando se les habla de aquellos pueblos que saben el arte de labrar edificios magníficos, muebles de oro y plata, paños bordados y priedras preciosas. exquisitos perfumes, deliciosos manjares, instrumentos que halagan con la armonía, responden: Son muy desventurados eeos pueblos, empleando tanto trabajo e industria en corromperse. La superfluidad afemina, embriaga y atormenta a los que la tienen; provoca a los que de ella carecen, a adquirirlas con injusticias y violencias. ¿Puede darse nombre de bueno a lo superfiuo que no sirve más que para hacer malos a los hombres? ¿Los hombres de estos países son por ventura más sanos y de más robustez que nosotros? Viven más largo tiempo? ¿Son más pacíficos? ¿Tienen vida más quieta, más libre, más agradable? Al contrario, deben ser celosos unos de otros, carcomidos de una vil e inícua envidia, siempre inquietos con la ambición, el miedo y la avaricia, e incapaces de los gustos sencillos y puros, porque son esclavos de tantas falsas necesidades, de las cuales hacen depender la felicidad de sus vidas.

Una tragedia del foro

CASI CUENTO

—

(Continuación)

II

Un año habría transcurrido, desde la celebración de aquel malhadado matrimonio, impuesto por las circunstancias, cuando un día, Dorotea, estando a solas con Pilar, le dijo en el tono misterioso que suelen emplear las Celestinas que trafican en vilezas:

—Tengo que darte un recado, con toda reserva.

—Pues no tardes—contestó la señora;—ya sabes que soy expedita en mis cosas y no gusto de rodeos; lo que sea, dímelo pronto.

Entonces Dorotea comunicó a Pilar, con ademán sigiloso, la para ella trasnochada noticia de que don Leopoldo de la Cueva estaba loco de amor *por sus pedazos*, en términos de hallarse decidido a saltar por toda clase de respetos, ya que, según él, habíale *soplado la dama* un anciano coduco, que no tuvo inconveniente en sacrificar a su lujuria enfermiza y asmática, un cuerpo juvenil y un alma pura y apasionada. Ya lo dijo Jesús: *por el hombre dejará la mujer a su padre y a su madre;* y añadía don Leopoldo, con sonrisa burlona: cuanto más a un viejo petate.

—Dí a ese caballero que abomino del escándalo, pero que no he nacido para virgen ni para martir.—Tal fué la contestación que dió Pilar a su criada.

La infame tercería de Dorotea sirvió a maravilla para facilitar medios de comunicación entre don Leopoldo y la recién desposada, quienes utilizando aquel cable, no tardaron en enredarse en los torpes lazos de un amor traidor y adúltero, y fué lo grave del caso, que el bueno de don Cosme, sin comerlo ni beberlo, como suele decirse, resultó a los dos años, no cabales, de su senil casamiento, padre legítimo, por ministerio de la ley, de un niño de todo tiempo, en cuyo escote no había te-

nido la menor parte, y al que se bautizó, en clase de pobre, con el nombre de Manuel, por haber visto la primera luz, precisamente el día uno de Enero de 187...

Don Cosme, a quien anonadó la estupenda noticia de aquel inesperado suceso doméstico, pues hacía más de un año que ni siquiera veía a Pilar, relegado como estaba en su quinta, único refugio en sus desdichas, tornó, precipitadamente, a la villa y abordó, indignadísimo, a su mujer, pidiéndole estrecha cuenta de su infldelidad y del advenimiento de aquel bastardo al seno de su familia.

—No me pidas explicaciones—díjole ella, por toda respuesta;—la mujer es, ante todo, matriz que concibe, y por sabido se calla que la concepción lleva, forzosamente, aparejado el parto.

—O el aborto del infierno, como tú ¡mala hembra!—contestó don Cosme;—no me queda otro recurso que el de ejercitar mis acciones en juicio; te perseguiré como adúltera, impugnaré la legitimidad de ese ser espúreo y odioso que viene a robar un apellido y una hacienda que no le pertenecen.

—Y yo cumpliré con mi deber de madre,—repuso Pilar;—deber que es antes y primero que todos los deberes humanos. Oyelo bien: yo defenderé, aun sin tener razón, los derechos usurpados de mi hijo; no son suyos, no le pertenecen, más ¡qué importa! para una madre que merezca este sacrosanto nombre, entre su hijo y su marido.., lo primero es lo primero.

Esto diciendo, Pilar penetró en su dormitorio y cerró violentamente la puerta, cortando así aquel diálogo bochornoso.

Acto seguido, marchó don Cosme a la capital para consultar con un abogado de ciencia, de experiencia y de conciencia, el cual, bien enterado de los hechos, concretó su opinión respetable, en estos significativos términos:

—La ley escrita y positiva se desenvuelve, con frecuencia, dentro de una órbita irreal que, en el tecnicismo de las escuelas, se llama *ficción*, a la sombra de la cual, hay en derecho estados y relaciones que no son lo que parecen, sino lo que conviene que sean al orden jurídico y social. La madre es siempre cierta, el padre se supone; puede ocurrir y, de hecho, ha ocurrido alguna que otra vez, en las impurezas de la vida, que una mujer casada, después de haberse confesado reo de adulterio, haya declarado contra la legitimidad de su hijo y, sin embargo, ese testimonio no basta, porque la generación es un misterio impenetrable; si la esposa pudo tener acceso con su marido, aunque compartiese el lecho con un amante, la paternidad legal de la prole que se engendre de ambas uniones, es del esposo.

—Todo eso está muy bien—objetó don Cosme—cuando el marido colabora a la obra común, por decirlo así, pero, señor letrado, si yo no colaboré ¿cómo podré ser, a los ojos de la ley, el padre de la criatura?

—¿Acaso—preguntó el abogado—ha tenido usted imposibilidad física y pueda probarla?

—Imposibilidad física, no; ni me sería factible la prueba; imposibilidad moral, sí—contestó don Cosme.

—¡Ah!, pues en ese caso—concluyó el letrado—está usted perdido; el chico es su legítimo hijo, su heredero forzoso, el titular de su apellido. Así lo ha querido el legislador y así lo demandan los fundamentos del orden social y doméstico, tal como se entienden, de presente, esas complicadas disciplinas. Lo contrario, no lo dude usted, señor don Cosme, sería el caos, la disolución de las familias; hay que ser grandes y magnánimos con las flaquezas de la *prójima*. Después de todo, ¿qué culpa puede tener de esos estravíos y amores pecaminosos de la carne débil, el ser inocente que nace sin haberlo él solicitado? Ya no es posible subsanar el error en que usted incurrió, dando su nombre a una joven casquivana y frívola; esas equivocacio-

El prestigioso comerciante don Manuel Rodríguez Manso, de la Casa Rodríguez hermanos, que ha sido nombrado presidente de la Cámara de Comercio y que ocupa igual cargo en la Unión Mercantil.

nes tan garrafales, se pagan, en este pícaro mundo, con réditos muy crecidos; usted, a pesar de su edad, hubo de pecar, en aquella ocasión, de irreflexivo, cayendo, como un palomino atontado, en brazos de un himeneo tardío y extemporáneo. Le aconsejo, como el mejor remedio a sus males presentes, una filosófica resignación y acumular cachaza para aguardar otra oportunidad más propicia que, andando el tiempo, se le pueda presentar; sobre todo, no olvide usted, amigo mío, que la justicia que aquí abajo se administra y distribuye entre los coasociados, es siempre convencional y casera; esto aparte de que el *sumum jus* sería en la tierra, la *suma injuria*.

Don Cosme, al despedirse del letrado, decía en tono descompuesto:

—No me explico cómo, a la sombra de los preceptos legales, se puedan cometer tamañas usurpaciones, ni menos comprendo esos principios jurídicos que otorgan a la bastardía el título y los derechos de la más limpia legitimidad; esas irritantes injusticias no pueden acabar bien; allá veremos.

Cuando don Cosme salió del estudio del letrado, zumbábanle los oídos, las sienes le latían con violencia, los objetos, parecíale, dar vueltas y como danzar grotescamente a su alrededor, sentía angustias en el pecho y, en suma, estaba avocado a la explosión de un vértigo. El aire libre de la calle fué despejando paulatinamente su cerebro, invadido de sombras siniestras, y en esa disposición de ánimo regresó a su perturbado hogar.

Después de unos días de obstinada meditación, decidióse, al fin, por la separación judicial, y, reservadamente, comunicó a su procurador las instrucciones oportunas. Tras un acto de conciliación celebrado, sin efecto, con su mujer, hubo de plantear en el Provisorato el divorcio, y en el Juzgado de primera Instancia, la demanda impugnando la legitimidad del recién nacido.

Pilar, hábilmente dirigida, preparó el artificioso andamiaje de su defensa, empezando por solicitar el depósito de su persona e hijo y después reclamó una cantidad para alimentos provisionales y otra, en concepto de *litis expensas*, con que poder defenderse, en juicio, de las demandas deducidas contra ella por su marido, y, una vez conseguido esto, por ser rigurosamente legal, dispúsose, con el mayor ardimiento a pleitear contra su esposo, en todos los estadios, hasta llegar a arruinarlo, si necesario fuera, para salir triunfante en la contienda, donde se iba a ventilar el porvenir de su hijo.

El fracaso del pobre don Cosme fué tan ruidoso como inevitable; por más esfuerzos que hizo, no logró aportar ni la más débil prueba de la infidelidad de su mujer y mucho menos de la ilegitimidad del hijo. No había más testigo de la felonía de Pilar que la sirvienta Dorotea, y esta hubiérase guardado muy mucho de deponer contra don Leopoldo de la Cueva, que la tenía asalariada. En su consecuencia, el burlado esposo, con todo el dolor de su corazón, tuvo que desistir de sus acciones judiciales y pagar costas y costas sin chistar, y después de todo debiendo de dar gracias a Dios por no haber sufrido otros descalabros mayores, pues, como le decía su abogado, quizá para consolarle: menos mal que, siguiendo mis consejos, no ha intentado usted querella criminal contra los adúlteros, porque, de haberla entablado, al no prosperar por falta de probanzas, hubiérase expuesto a ser, después, perseguido por injuria notoria, inferida en juicio, tal vez por contumelia; y habría sido chistoso ver a todo un marido, vilmente ultrajado, como se procesaba y condenaba a instancia de la esposa infiel y de su cómplice.

Don Cosme, corrido y maltrecho, separóse convencionalmente de su *cara mitad*, recluyéndose en la hacienda de campo, para consagrarse de lleno a la labranza de sus tierras. más agradecidas, sin duda, a las manos que las beneficiaban, que el corazón femenino; mientras que ella quedó en el domicilio marital, entregada al cuidado asiduo de su hijo, centro espiritual de sus grandes afectos y de esa inclinación ingénita, en toda hembra, que se llama superquerencia; disponiéndose así, los desavenidos cónyuges, a vivir en el más absoluto apartamiento de cuerpos y de almas, por toda una eternidad.

Don Leopoldo de la Cueva, después de serenada aquella borrasca doméstica, reanudó sus planes de piratería matrimonial, valiéndose de nuevo de los livianos servicios y maniobras rastreras de la *Chicharra* —«engarzadora de cuerpos y eslaboneadora de sexos», que diría el inmortal Quevedo—, por conducto de la cual hubo de requerir, otra vez, de amores a Pilar. Pero esta, que era ya madre de un niño, antes deshonrado que nacido, el que parecía haber venido al mundo con la misión de regenerar y fijar todo el cariño de ella, absorbiéndolo para si, por lo mismo que era hijo predilecto de la desgracia, apresuróse a de-

El camino de la decadencia.—Del discóbolo griego al bailarín flamenco.
Dibujo de Bernardo Ortiz

cir a Dorotea, con el acento firme y decidido de las grandes resoluciones:

—Te prohibo, *Chicharra,* que vuelvas a mentarme más a ese caballero, ni a otro alguno; yo he muerto ya para todos los hombres, ¡para todos los hombres!—repitió Pilar—, y, de aquí en adelante, no he de vivir más que para mi hijo. Si llegas a insistir en tus alcahueterías, ten por seguro que saldrás de esta casa para no volver más a poner en ella los pies. Di a don Leopoldo que no se acuerde más de mí; para él y para todo el mundo, menos para mi Manuel, como si me hubiera tragado la tierra.

Así se expresó Pilar, en quien el amor materno había eclipsado, por completo, aquel otro amor pasajero de la hembra, que tiene su raíz en los ovarios y en las dulces atracciones del sexo.

Luís Valenzuela.

(Continuará.)

La Asociación Médica Regional

El pago a los Titulares

El señor Ruiz Jiménez, ministro de la Gobernación con el anterior Gobierno, ha llevado a la «Gaceta» la definitiva resolución del deseo tantas veces expuesto por la clase médica titular. No es todo lo que se pide y es de justicia, pero ya es un paso de gigante si la disposición es ejercitada por un algún gobernador civil de esos que más prestos están a servir la justicia que las conveniencias políticas.

La parte dispositiva del R. D. dice así:

«Artículo 1.º Los Ayuntamientos tienen el ineludible deber con arreglo a su ley orgánica, de incluir en sus presupuestos anuales ordinarios de ingresos y gastos, que han de someter a la aprobación de los gobernadores, a fin de que por estas autoridades se corrijan las extralimitaciones legales, si las hubiere, el haber o sueldo que hayan de disfrutar o disfruten los médicos y farmacéuticos titulares, ya sean estos honorarios o procedan o no de contrato.

Art. 2.º Los gobernadores civiles negarán su aprobación a los presupuestos municipales que se les presenten, a los expresados efectos del art. 150 de la Ley municipal, si en ellos no figurase la cantidad necesaria para el pago por los Ayuntamientos de dichos sueldos, haberes o emolumentos.

Art. 3.º Los gobernadores civiles aplicarán, para el más extricto y rápido cumplimiento de estas obligaciones de las Corporaciones municipales, las correcciones administrativas de amonestación, apercibimiento, multa y suspensión para que les faculta la Ley municipal, y con arreglo a sus preceptos; y

Art. 4.º Los médicos y farmacéuticos titulares, a quienes no satisfaga el sueldo convenido, pueden dirigir instancia al alcalde correspondiente, a partir del siguiente día al en que venza el plazo estipulado para el pago, solicitando su abono por el Ayuntamiento.

Si el alcalde, dentro del plazo del quinto día, que debe contarse a partir del en que la instancia se presente, no proveyera, o su contestación fuese incongruente, evasiva o negativa, el médico o farmacéutico titular puede dirigirse formulando el co-

La renombrada bailarina sefardita Tórtola Valencia, que ha de actuar en breve en el Teatro Circo del Gran Capitán.

rrespondiente recurso de queja, al gobernador, quien, previa audiencia del Ayuntamiento y del alcalde, resolverá en el plazo de diez días, a contar del ingreso de dicho recurso en el Gobierno Civil.

La resolución gubernativa será inmediatamente ejecutada, bajo la responsabilidad del alcalde, que no podrá librar ningún pago sin haber hecho efectivo el que fué objeto del recurso sin queja.»

Nada hemos de añadir. Sólo esperamos que los colegas que pertenezcan de Municipios morosos, se acojan a esta disposición ministerial y nos comuniquen que así lo hicieron, para nosotros desde aquí y con la fuerza de nuestra representación, apoyarles y obligar a quien corresponda al cumplimiento de aquellos artículos, pues hora es ya de que las disposiciones legales no sean letra muerta cuando se hallen en pugna con los intereses doctorales.—*El Secretario del Comité provincial.*

—

Continuación de la lista de adheridos:

Médicos: don Antonio Ortiz Carmona, de Córdoba.

Farmacéuticos: don Miguel Pérez Sainz, de Santa Eufemia; don Damián Dabó y Ardiel, de Priego; don Buenaventura Ruiz Carrillo, de Carcabuey; don Francisco Montis Domínguez, de Aguilar.

(Continuará.)

LEYENDA DE BARRO

Flamenquismo, no, ¡cultura!

Impresión sincera

Camaradas de CÓRDOBA: En ningún marco mejor que en el de vuestra atildada revista podía encajar esta impresión, pobre por ser mía, pero sincera por brotar de un espíritu honrado incapaz de servilismo alguno, que siempre repugnaron éstos a mi conciencia de imparcial observador.

Antes de pisar esta tierra bendita, por el sol y por las flores bellas, creí... lo que muchos creen: que Córdoba, como Sevilla, era solamente una prolongación del circo taurino, que los lidiadores eran la única atracción para el curioso viajero, que la juventud cordobesa sólo se preocupaba de asuntos toreristas y... paladinamente declaro que mi sorpresa fué en aumento a medida que recorrí museos y redacciones y círculos y sagrarios arquitectónicos.

Comercio floreciente, por doquiera vi; adalides del trabajo, que sus energías e inteligencias a tan noble misión entregan; jóvenes que estudian, que leen, que escriben, que muestran sed de saber, de moldear sus almas entre los goces sutiles de las artes bellas.

Ahora bien, queridos amigos de pluma ática: ¿por qué no encauzar todos estos anhelos de regeneración intelectual y espiritual que flotan consoladores en el ambiente cordobés?

Quien tiene el honor de dedicaros esta mal hilvanada misiva, tengan bien presente que oyó su primer canción de cuna en un pueblo riente, industrial por excelencia, donde la plaza de toros que había, fué convertida en una soberbia fundición de hierro: en Alcoy, ciudad pletórica de vida y bienestar, que todos los años conmemora, a guisa de evocación sagrada, el triunfo de la cruz sobre la media luna.

Y en Córdoba, compañeros admirados, se debía, a mi juicio, rendir también vasallaje al pasado glorioso, al ayer sublime, cuando la ciudad de los Califas era emporio de civilización, cuna de arte, joyel de hidalga bizarría.

Si la juventud cordobesa pensase en el ayer... laboraría por el nuevo florecimiento del su mañana próspero, deslumbrador y edificante.

Elías Sancho Gallel.

Córdoba Abril 1917.

Visión cacereña

I

Una de las mayores y quizá la única atracción que experimenta el viajero al llegar al antiguo campamento de Cecilio Metelo, hoy convertido por el transcurso de los siglos en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Cáceres, es la parte de la capital que sus moradores llaman Cáceres antiguo. Edificada la población, por las necesidadss de la guerra en la antigüedad, en lo alto de un monte que domina la árida campiña, ve morir al pie de sus carcomidas murallas, como rindiéndole vasallaje, la última cumbre de una de las serratillas de la sierra de Valluercas, en donde se eleva el santuario de la Virgen de la Montaña, la patrona tutelar y el angel benéfico de los cacereños en sus tribulaciones y amarguras, hasta el cual se llega por un agreste camino, llamado del Calvario, en el que se eleva un Vía Crucis, recuerdo de la Pasión y que es además lugar de populares romerías.

Sus calles son tortuosas, pendientes, estrechas y las casas están edificadas en la misma roca que se ve al descubierto en muchas de ellas. No obedece su edificación a un estilo arquitectónico determinado, pues al lado del más bello balcón de estilo renacimiento, que en nada tiene que envidiar al más admirado de Toledo o Salamanca, hay un ventanal mudéjar, o se distingue encima de la puerta principal, que es un arco de medio punto, una barbacana del siglo XIV, soportada por consolas que dejan entre sí el espacio suficiente para poder arrojar sobre el abversario que intentara penetrar en la casa, proyectiles de todas clases, tales como plomo derretido, piedras, aceite hirviendo, pez, etc., que en la Edad Media eran las únicas armas de combate a las que no podía resistir la templada armadura de Damasco o de Toledo de los asaltantes.

Sobre las puertas y ventanas, y aun en los muros exteriores de las mismas iglesias, aparecen imprescindiblemente sendos escudos y blasones, como si de esta ciudad se hubiera también apoderado el afán de aparecer o ser noble, a semejanza de las del Reino de Aragón en los siglos XIV y XV y de las de Guipúzcoa en el siglo XVI.

Aquella nobleza anárquica y levantisca, cuyas acciones salpican de sangre y lodo las páginas de nuestra Historia patria, en escenas como la de Avilla, durante el reinado de Enrique IV, también existía en esta ciudad al subir al trono los Reyes Católicos y, lo mismo que estos monarcas castigaron con dura mano a la facciosa nobleza de Galicia, Sevilla, Córdoba y Toledo, también lo hicieron con la de Extremadura y ordenaron, en una visita hecha a Cáceres en 1477, la inmediata demolición de las torres, pues no había noble cuya casa solariega no estuviera dominada por alguna fuerte atalaya. Unicamente se libró de la destrucción la de las Cigüeñas, por la ayuda prestada a aquellos monarcas por sus dueños; pero hoy acompañan a ésta las otras de su misma época, que se han ido poco a poco reedificando y prestan un encanto con sus almenas, que recortan el azul del cielo y desafían el poder de

Figuras típicas.—El colillero.
Dibujo de Fz. Márquez.

las obras de la naturaleza y de los hombres, a la vez que hacen pesar sobre la presente generación los gloriosos hechos de sus mayores. Destácanse, además, sobre las extensas campiñas, sirviendo de albergue a las cigüeñas que vuelan a su alrededor y luchan para hacer su nido en el saliente más elevado, produciendo un seco y estridente ruido al cerrar y abrir su pico con asombrosa rapidez.

Cada torre tiene un bello nombre, y constituye una página de historia, tanto más poética y hermosa cuanto más legendaria, como la del Bujaco o Abú Jacaba, la de las Cigüeñas, la de los Golfines de Abajo, la de los Golfines de Arriba, la del Comendador, la del Sol, la de las Veletas, la de las Platas, etc.

Al pie de sus defensas y torreones se cree que va a aparecer el soldado de los famosos tercios que, apoyando su arcabuz sobre la horquilla, hace la guardia en el palacio de su capitán.

¡Cuántas y cuántas luchas, rivalidádes, guerras y amores, habrán visto estas viejas y venerables piedras que, protestando en silencio contra el vandalismo que de sus actuales moradores sufren, parece que esperan la vuelta de sus legítimos dueños que han partido para un lejano torneo.

Detrás de una vieja y artística ventana forjada de hierro por algún anónimo artista, se dibuja en el fondo de tan hermoso marco una figura más bella todavía, la de una joven cacereña, que fija sus ojos en el azul del cielo o en la lejana ermita de la Virgen de la Montaña, a quien pide devotamente que sus sueños se conviertan en realidades. Es la digna heredera de aquella dama de ilustre sangre, pero de escasa hacienda, que sufrió resignada el angustioso tormento de aguardar un día y otro que el hidalgo segundón regresase del Nuevo Mundo, con fortuna y con nuevos timbres de nobleza para cumplir el juramento que le prestó en la reja la noche de su despedida, y fundar un nuevo mayorazgo.

Afortunadamente para el arte, es Cáceres una de las capitales de España donde la piqueta ha penetrado menos, aunque no ha dejado de cometer sensibles sacrilegios, contribuyendo a que éstos hayan escaseado, su situación geográfica, sus alrededores poco fértiles y, hasta época bastante cercana, su falta de vías férreas.

Si como creemos a este apartamiento se debe el que se conserven tantas casas-fortalezas, que hoy constituyen su único y más bello ornato, hoy, que han cambiado las circunstancias, pueden y deben sus hijos hacer que desaparezca el sopor en que está sumida y contribuir a que los excursionistas y los profesionales del arte visiten el Cáceres antiguo, por la importancia extraordinaria que tiene esta manifestación de la arquitectura cívico-militar, genuinamente española.

M. A. Orti Belmonte.

Cordobeses inmortales.—D. Juan Valera--ciego sublime, cual Homero--, el más alto espíritu cordobés de nuestra época, que por la corrección impecable del ingenio y la serenidad y pulcritud de la forma, mereció el dictado de helénico, demostrándose una vez más con ello, al reputar como clásicamente griegas aquellas condiciones que distinguen el carácter de Córdoba, que no en vano ostentó esta en su pasado esplendoroso el título de Atenas de Occidente.

El regionalismo andaluz

El regionalismo se siente en nuestra Andalucía con tanta o más fuerza que en Cataluña y Vasconia. No hay andaluz que no estime el pedazo de cielo azul y de sol radiante de la Bética como lo más hermoso del mundo, y es muy difícil que aun el mismo andaluz de espíritu más consmopilita, no sienta cuando se aleja la nostalgia de su patria chica, con fuerza avasalladora. La fecunda imaginación andaluza, ve y siente las bellezas como los hombres de la Grecia clásica; brota aquí expontánea, en cualquiera, en el más enteco ingenio, la sal ática de los antiguos helenos, y la mujer andaluza de ojos de fuego y naturaleza viva, estimámosla más agradable y dulce que las mismas mieles del monte Himeto. La literatura regional, no cultivada bastante, tiene modelos bellísimos en los libros, por ejemplo, del gran malagueño Arturo Reyes; y el lenguaje, formas y giros propios, de hermosura pocas veces igualada, imposible de olvidar, aun tratándose de personas cultísimas. Tiene, pues, Andalucía personalidad propia de bastante relieve, que no puede confundirse con la de ninguna otra región, y no hay andaluz que no quiera que su bella tierra, hermana de las demás españolas, culmine en todos los aspectos de la vida.

Es, pues, el pueblo andaluz, y tiene razón para ello, regionalista irreductible. Hasta odia, como el que más, el centralismo, que no tiene ninguna explicación racional y que mata todas las energías locales, e imposibilita a los hombres de la periferia para toda labor de fomento, orientada y útil; pero el andaluz no siente políticamente el regionalismo; ni en el delirio, como separatismo. La personalidad regional existe, es un hecho, aunque jurídicamente no esté reconocida, y no es incompatible un fuerte amor a España con un odio acentuadísisimo a la centralización administrativa, que es contraria hasta a la naturaleza, puesto que, físicamente, no puede existir la cabeza separada del tronco, y, además, hasta planta exótica, dado que español es el Concejo y, últimamente, porque administración sin personalidad es, por lo menos, administración torpe, perezosa y tardía, que equivale, y el ejemplo está a la vista, por lo menos a administración estéril.

¿Cómo han de prosperar los pueblos sin haciendas locales y sujetos en todo momento al expediente, como Tántalo a su suplicio, cual si el papel fuera la Divina Providencia y los funcionarios, hombres extraños a los pueblos, sin conocerlos ni saber sus necesidades, los árbitros en un decreto o un acuerdo cualquiera de los destinos de una municipalidad? ¿No ha de existir un regionalismo andaluz? Lo que tiene es que, en Andalucía, la bendita tierra del sol y de la gracia, existe a la vez, una enfermedad: la del excepticismo, y un sentimiento: ei de la impotencia. Y he aquí por qué Andalucía, a pesar de su regionalismo, nos es Vasconia ni Cataluña.

El regionalismo andaluz redúcese hoy a alabar la tierra y a amarla, aunque no lo parezca, intensísimamamente, y digo que aunque no lo parezca, porque al que realmente se quiere, se trabaja por enaltecerlo, y nuestra Andalucía, de la que decimos que es la mejor del mundo, la tenemos muy olvidada. ¿Qué es el amor sin actos? Este es el problema que toca estudiar y resolver a los próceres del entendimiento andaluz.

Hay energías andaluzas, pero dispersas; hay regionalismo andaluz, pero latente sólo, sin cauce, al descubierto, sin una dirección y una finalidad precisas y eficaces, y así para los efectos de la práctica, es casi lo mismo que si no lo hubiera. Cualquier andaluz, aun el más ecuánime, es capaz de jugarse la vida en un lance personal si hablan mal de su pueblo, y ese mismo andaluz ve sin conmoverse a su patria

chica sin grandes adelantos en la agricultura, en las ciencias, en las artes, en las edificaciones, en la higienización, hasta en la moralidad. ¿Qué fenómeno es, pues, éste?

El atraso general que nos consume, el excepticismo que nos mata, el egoísmo que nos esteriliza, el atonismo que nos destruye. Tenemos el valor individual y nos falta el valor colectivo. No reconocemos el valimento de otro, porque cada uno de por sí lo queremos ser todo. Si las iniciativas que nacen son buenas y pueden mejorarnos socialmente, las despreciamos o las desacreditamos por no hacerle justicia al que las ha concebido, y es claro, así somos incapaces de toda obra bienhechora.

Somos, en el orden ciudadano, el pueblo sin pulso de que habló Silvela. Tenemos el excepticismo porque hemos deshojado muchas esperanzas, quizá concebidas prematuramente, por la excesiva sensibilidad nerviosa; acometemos una obra, como titanes, y la abandonamos como pigmeos, si no triunfamos en el momento; nos sentimos impotentes para toda obra larga y dificultosa, porque nuestra hiperestesia nos hace no medir nunca bien las distancias; tenemos más imaginación que cálculos y más fe en los empujes bruscos y violentos que en la persistente y de reflexiva fuerza, y así andamos.

Por eso, si el regionalismo andaluz ha de ser algo aprovechable en favor de Andalucía, y no luz de relámpago, que alumbra pero pasa, hay necesidad de que, conociendo las causas de la triste infecundidad morbosa en que vivimos, se estudie, por los limpios de corazón y grandes de inteligencia, que hay muchos, una terapéutica adecuada.

F. Martín Orellana de la Cruz.

DE LA ESPAÑA CASTIZA

¡Sobre todo, la pureza del nuevo Reglamento!

Ya que la cosa ha sido sabiamente reglamentada con una codificación digna de las mayores loas, bueno es que se vele por el prestigio supremo de lo estatuído y se haga cumplir el reglamento en toda su amplitud y en en toda su pureza.

No está bien que los preclaros varones regidores de la república, expriman su meollo y maceren su cacumen en busca de la rotunda bondad del espectáculo para que luego los interpretadores de lo legislado conculquen sabias disposiciones y echen por tierra insignes ideas llevadas a la *Gaceta* en un momento de patriótica redención.

Conviene elevar a las cimas de lo inconcebible la pureza de la fiesta y rodear esta de la suprema seriedad que ha menester.

Seriedad y pureza. He ahí el excelso lema que debe presidir todos los actos, los detalles todos, por nimios que sean, de la *fiesta nacional*, de nuestra redentora, sublime, casticísima fiesta taurina...

Hemos asistido a una corrida de toros de las últimamente celebradas en Sevilla y estamos encantados. Jamás presenciamos interpretación de las leyes más justa, más pura, más ecuánime.

¡En Sevilla sí que se interpreta bien y en toda su pureza el reglamento taurino que dió al mundo, para su honra y gloria, el señor Ruiz Jiménez!

Por lo que hace a la raya que no han de sobrepasar los señores picadores, aquello es una bendición de Dios.

¡Qué seriedad, qué modo de ajustarse a la ley, qué forma más insuperable de ajustar el reglamento celebérrimo a los deseos de la *afisión!*

Es una cinta cincular, roja como la sangre que hierve en las hispanas venas, que a seis metros de la barrera contiene las demasías de los picadores. ¡Y guay de estos si osan pasar el Rubicón!

Colocado el piquero dentro del espacio señalado por la tal raya, allí ha de esperar la acometida del astado con la imperturbabilidad que el Gran Capitán o el Cid

Campeador ganaran sus más sonadas batallas. Si el toro no acude, entonces los peones lo llevan hasta el caballo, envuelto en los vuelos del capotillo.

Y enseguida surge el choque; pero de manera reglamentaria, artísticamente, con estética inconcebible...

Hasta parece que los intestinos de los jamelgos, al aire luego de la cornada brutal, dan la sensación de algo transcendental, de algo bello, cuando ocurre de raya adentro...

¿Por qué no hemos de implantar el reglamento en la plaza de Córdoba? Domingos ha, celebróse aquí una novillada con picadores y, como se prescindiera de la raya, *el primer tercio* resultónos monótono, aburrido, falto de color y de arte.

Fueron despanzurrados los caballejos, es verdad; pero sin sujetar el gentil espectáculo a las disposiciones del reglamento, sin que el encuentro entre el picador y el toro se verificara dentro de la sabia raya determinada por la ley, que es, en definitiva, lo que da ambiente y carácter a la primera parte de nuestra hermosa, gentil, redentora y cultísima fiesta taurina...

Por el decoro de la Córdoba castiza y por el honor de los prestigios de nuestra fiesta, es imprescindible la aplicación en esta plaza del reglamento *ruijimenesco*.

Esto conviene a la pureza de lo legislado; y, por lo que hace a la seriedad del espectáculo, no estaría de más que el asesor de las corridas, el *señor Bebe*, dejase en la puerta del palco presidencial ese puro informe, siempre humeante y siempre en toda su integridad, que le hace inconfundible paralelamente con su gloriosa cojera...

El *señor Bebe* realiza un alto menester cultural asesorando a los presidentes, y desdice su figura con tamaño tabaco entre los labios. La seriedad de los cargos está en relación con su importancia; y el de asesor de las corridas de toros es de una trascendencia realmente sublime.

¿Qué se diría de un catedrático de filosofía, por ejemplo, que explicase su sapiencia fumando ante sus alumnos?

Es preciso, pues, que el *señor Bebe*, ya que parece haber sido nombrado *catedrático numerario* para explicar a los presidentes pura ciencia taurina, deje de fumar en el presidencial palco.

Lo exigen así la dignidad del espectáculo, la pureza del reglamento y la moral de las costumbres.

Es un ruego que hacemos, reverentemente, al señor representante en Córdoba del ilustre presidente del Consejo de Ministros español, en estos propicios instantes en que tanto conviene a España aparecer ante el mundo como fiel cumplidora de sus leyes y ejecutora de sus sabios reglamentos...

Españita.

Arte industrial.—Bellos jarrones modelados por el notable escultor don José Carlos Ortiz.

La alegría de mandar

Dice *La Correspondencia de España*:

Siempre que una crisis ministerial se produce, y sobre todo si al solucionarse la crisis alcanzan la categoría de ministros hombres que lo son por primera vez, tiene el fenómeno en provincias una repercusión singularísima de que son ejemplo a estas horas Alicante, Córdoba y Ciudad Real.

En Alicante hay júbilo, músicas por las calles, festejos improvisados y por organizar, prisas por enviar enhorabuenas por teléfono y telégrafo, suspensión de clases en los centros docentes para que los estudiantes se puedan sumar a la alegría colectiva. ¿Qué pasa en Alicante? Sencillamente, que han hecho ministro, por primera vez, a don José Francos Rodríguez.

En Córdoba reina animación extraordinaria, se desborda la

alegría popular, ostentan colgaduras algunos edificios, la gente afluye extraordinariamente a Teléfonos y a Telégrafos para depositar despachos de felicitación y en Correos aumentan de modo inopinado las sacas de la correspondencia destinada a Madrid. ¿Qué pasa en Córdoba? Ni más ni menos, que ha sido encumbrado a los consejos de la Corona un cordobés, el duque de Almodóvar del Valle, diputado por Lucena; que sigue siendo ministro otro cordobés, don Julio Burell, y, por añadidura, que se ha encargado de la presidencia del Consejo el marqués de Alhucemas, jefe del partido liberal cordobés.

En Ciudad Real se desborda la alegría por todos los ámbitos de la población, recorren varias músicas las calles, la muchedumbre lleva en boca un nombre, que se junta a los vítores, y hay el consabido ajetreo de gentes que se dan prisa en enviar por todos los medios de comunicación, principalmente por los más rápidos, mensajes de congratulación y de enhorabuena. ¿Qué pasa en Ciudad Real? Pues que un manchego, el general Aguilera, ha sido nombrado ministro.

Tiene este fenómeno, tantas veces repetido en la historia de las crisis ministeriales, dos explicaciones. Una hay que buscarla en el grado de simpatías y en la esfera de de las relaciones personales y políticas de los encumbrados. Otra hay que buscarla en el interés de los pueblos.

Las provincias españolas, que como todos los pueblos y todos los hombres del mundo no viven sólo de realidades, sino también de esperanzas, están desgraciadamente muy habituadas a que en las esferas gubernamentales se desatiendan o sean al menos acogidas con una gran parsimonia sus demandas y sus aspiraciones.

Tener un ministro suyo quiere decir que esperanzas amortiguadas de tiempo atrás pueden ser desempolvadas en espera de una realidad próxima.

Es muy natural, muy lógico, muy humano, que los hombres a quienes se encumbra a los consejos de la Corona y tienen, por consiguiente, en su mano la posibilidad de repartir mercedes y favores, se cuiden con especialidad del pueblo que la vió nacer, de la provincia o región a que pertenece ese pueblo.

Nunca se dió el caso de que ministros andaluces, aragoneses, gallegos o catalanes dejaran de marcar sus pasos por las esferas gubernamentales con huellas de apoyo y de favor y de valimiento para Andalcía, Aragón, Galicia y Cataluña, respectivamente.

Es muy explicable el júbilo que a estas horas reina en Alicante, Córdoba y Ciudad Real. Que la permanencia de los señores marqués de Alhucemas, Francos Rodríguez, duque de Almodóvar del Valle y Aguilera en el Poder sea para ellas fuente de mejoramiento, y que a las esperanzas de hoy respondan las realidades de mañana.

Periódicos de Andalucía

Con la expresión de nuestro afectuoso reconocimiento por las benévolas frases que en él se dedica a nuestra Revista, a continuación reproducimos el interesante juicio que el concienzudo escritor granadino don Francisco de P. Valladar dedica en su primorosa «Alhambra» a la Prensa andaluza no diaria.

El último número de CÓRDOBA merece singular elogio, que de muy buena gana le enviamos. Ocupa lugar preferente un artículo de Andrenio, y una intencionada caricatura de Márquez acerca de la *Gaceta*, que debería ser denunciada o quemada, como dice la revista, en que se publicó el Código del Tereo, el Reglamento para las corridas de toros. Realmente, no son las actuales circunstancias las más propias para que el Gobierno de la Nación se preocupe de legislar sobre toros y toreros.

Y ahora que de este asunto hablo, he de hacer notar que Andalucía ha llegado a reunir una interesante colección de revistas que merecen singular atención, y no menos que la región entera les profesará protección y afecto. En Sevilla, Cádiz, Málaga, Almería, Jaén y Córdoba, publícanse revistas de gran transcendencia y cuyo sostenimiento implica verdaderos sacrificios en las personas que a esa ingrata tarea dedican sus trabajos y sus intereses. Si el regionalismo llegara algún día a producir sentimientos, amores y cariños al terruño y afectos de fraternidad, esa ingrata tarea daría al menos, a los que a ella se dedican, el placer de que sus esfuerzos habrían servido para el desarrollo del nobilísimo ideal andaluz.

Veinte años hace que esta *Alhambra* lucha con la indiferencia y el desvío de los granadinos. Los sacrificios las amarguras, los desengaños, no han podido vencer todavía mi espíritu, que decae alguna vez ante todo eso y el obstáculo mayor, el que a intereses se refiere, pero en esta lucha me mantiene el amor a Granada, el cariño a esta tierra en que nací; ese mismo desvío e indiferencia que para todo lo granadino tuvo siempre como nota culminante de su carácter esta ciudad.—V.

Córdoba docente.—Sala de Historia Natural de la Escuela de Veterinaria.

Las víctimas del toreo

Corroborando la afirmación de que el hambre es el principal impulso que arroja a los españoles a la lucha con los toros de lidia, un significado revistero de corridas—Emilio Santiago Diéguez (Un Aficionado)—publica en nuestro colega el *Liberal* de Córdoba la siguiente sentida necrología del desventurado lidiador Florentino Ballesteros:

«Abandonado de todos, Ballesteros pasó los primeros años de su vida en un hospicio de la noble ciudad de Zaragoza, después de haber sido arrojado en el torno de la Inclusa.

Pobre y abandonado, enclenque y enfermizo se crió, envidiando tal vez a los favorecidos por la fortuna, a los que, sin luchar contra la miseria, tenían trenes, joyas y... el sustento diario asegurado.

Y aquel muchacho, enclenque por la falta de cuido y alimentación, tiró —digámoslo así—por el camino más corto que hay en España para lograr un nombre y el dinero necesario para hacer frente a esta vida tan corta y que tan larga es para los desheredados por la fortuna: ¡se hizo torero!

Político no fué, porque no tenía parientes que lo impusieran; escritor, químico, sabio, etc., tampoco, porque apenas si pudo obtener en el hospicio la ilustración rudimentaria para alternar en el mundo; y, deseoso de ser algo entre esa sociedad que lo arrojara en un asilo como un ser inútil y despreciable, ¡fué torero! repetimos.

Luchó, venció como novillero y la alternativa no se hizo esperar, consiguiendo ser ¡matador de toros!

Mejor alimentado, mejor atendido por los mismos que le abandonaran, fué algo—¡aunque sólo fuera torero!—entre esa sociedad que se llama caritativa y buena, y hasta logró tener un nido, un honrado hogar, en el que una mujer buena, cariñosa, le alentaba en la lucha emprendida contra los toros y en la lucha también contra las necesidades de la vida.

Y cuando ya estó lo tenía casi conseguido, un toro, en Morón, en Septiembre del pasado año, le tuvo luchando con la muerte, y otro cornúpeto, en Madrid, destruyó el nido ya conquistado, su felicidad y todo aquello que juntara luchando denodadamente, desde que saliera del asilo de Zaragoza. ¡Pobre Ballesteros!

Si en España las artes y las industrias, y los que a ellas se dedican, estuviesen mejor retribuídos, tal vez las víctimas del toreo serían menos; pero en tanto esto no ocurra, ilusos, locos, lo que quiera llamárseles, continuarán diciendo como Manolillo Espartero:

—Los toros dan cornadas muy grandes, ¡pero más grandes las da el hambre!»

ROSAS ETERNAS

No vuelvas tristemente la mirada
al tiempo juvenil, que ya se aleja,
ni sueñes vanamente con la reja
que para tu pasión está cerrada.

Los capullos que un día, a la arbolada,
fueron tu encanto, en los rosales deja,
y, en vez del sentimiento y de la queja,
haz esperar a tu alma resignada.

Es origen de todos nuestros males
ser eterno el amor, polvo las cosas;
mas, calmando sus ansias inmortales,

de la vida las voces misteriosas,
nos dicen que se dan en sus rosales,
para el eterno amor, eternas rosas.

Benigno Iñiguez.

LA COLMENA DE CRISTAL

Cierta noche de verano, cuando deambulaba meditativo por las típicas calles de esta ciudad mora, hube de encontrar en mi camino a un antiguo amigo. Admirado quedé al verle rebosante la faz de una alegría que formaba marcado contraste con el carácter taciturno en él habitual.

Mirándome de hito en hito, exclamó en son de reproche:

—¡Parece mentira que, siendo mi amigo del alma, aún no me hayas felicitado!

—¿Qué es ello?—interrogué intrigado.—¿Algún empleo lucrativo? ¿Acaso algún pellizquito a la diosa Lotería...?

Mi amigo, asiéndome de un brazo, me empujó hacia el interior de un café cercano. Una vez acomodados en sendas sillas, ante el velador donde campeaban humeantes tazas de café, mi feliz acompañante dispúsose a rasgar el velo del misterio.

—¡Soy el ser más dichoso de la tierra!—dijo con voz velada por la emoción—He hallado la realización de mis sueños perennes; en una palabra: mi alma tiene ya una bella Samaritana que mitigue su sed de amar...

—Feliz tú, amigo mío, si no despiertas en lo mejor de ese sueño...

—¡Vana suposición! Pobre corazón el tuyo aferrado al torturador pesimismo, hijo bastardo de la incredulidad...

El violento tintineo de una cucharilla golpeando el mármol del tablero de un velador contiguo, hízonos mirar en dirección al lugar de donde partía aquel sonido. Un anciano de semblante venerable, era el autor de aquella nerviosa musiquilla...; el viejo nos miró sonriente, como si, envuelto en tal sonrisa, nos enviase paternal saludo. Instintivamente, le correspondimos en igual forma, y mi amigo, prosiguió en su perorata:

—Alguien dijo que los ojos negros son un abismo sin fondo... pues bien, yo he logrado ver, con asombrosa claridad, a través de ellos, un corazón enamorado, circundado de diáfana luz...

—¿Y no temes que, tras la aurora de ese luminoso día, pueda llegar la noche, con su cortejo de sombras y duelos...?

—¡Insensato pensamiento! El corazón de mi amada, es para mí, una caja de nítido y transparente cristal...

La cucharilla que el anciano retenía en su diestra, cayó bruscamente sobre el tablero del velador, produciendo sonoro retintín que, lentamente, se fué extinguiendo. Y, el viejo aquél, llegó hasta nosotros...

—Perdónenme ustedes, señores, si soy importuno, pero, algo así como un deber de conciencia, me llama a departir con personas a quienes no ha de estorbarle un consejo...

Han de saber ustedes, que yo vivo más tiempo en el campo que en la capital. Tengo unas fincas, que heredé de mis padres, y que procuré siempre engrandecer con el fruto de mi trabajo... Como quiera que ya a mi edad se buscan distracciones casi infantiles de puro sencillas, me admira sobremanera el incesante laborar de hormigas y abejas... Poseo un centenar de colmenas, en cuyos repletos panales hallo el más sabroso regalo.

Sentado en antiguo butacón, he mirado ensimismado el continuo ir y venir de insectos tan trabajadores como pequeños; pero no puedo menos de confesar mi infantil contrariedad, al ver desaparecer a las abejas en el interior de la colmena... Tras de mucho meditar, triunfé al fin... ¡hice fabricar una colmena de cristal! ¡Así lograría ver el trabajo de aquellos diminutos artífices...!

Apenas hube instalado el aparato en el sitio más adecuado, me froté las manos con íntima satisfacción, y esperé los acontecimientos... Las abejas, en un principio, extrañaban el artefacto aquel y daban vueltas en derredor suyo sin atreverse a entrar, pero, vencido el temor, acabaron por llegar a su interior...

La resolución de unos asuntos me trajo a la capital, donde pasé cuatro o cinco días, y, a mi retorno ¡oh, sorpresa! ví que, por dentro, las abejas habían recubierto la colmena de una especie de barniz que imposibilitaba atisbar su parte interna...

¡Buena lección me dieron las sencillas abejas...! Fuí un incauto... Cuando las veía zumbar junto a mí, creía que se mofaban.

—¿Qué tendrá que ver ese cuento de las abejas con lo que se trata aquí...?—arguyó en tono malhumorado mi amigo.

—Poquito a poco, joven—repuso el anciano—; que la moraleja es ejemplarísima... Pues muy bien pudiera suceder que la acción del tiempo, se encargara de barnizar esa caja de transparente cristal que, como corazón, tiene para usted su amada... Mire que colmena es que unas veces ofrece la ambrosía de la miel de sus panales, pero a trueque de que salgan de súbito sentimientos que, como abejas, clavan su oculto aguijón... ¡Lo sé por experiencia...!

Un pensamiento sombrío de duda cruel y atormentadora cruzó la mente de mi amigo. El anciano reía fuertemente, congratulado de su triunfo; yo quise imitarle, pero desistí de ello, al recordar que nadie puede decir: «de esta agua no beberé...»

Antonio Moya.

CÓRDOBA

La excepcional artista Tórtola Valencia, cuya presentación ante el público de Córdoba se verificó anoche, con extraordinario éxito, en el Teatro Circo del Gran Capitán.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 5 de Mayo de 1917 | NÚM. 38

La llave del porvenir de Córdoba.—Vista de las obras del pantano, aguas abajo de la presa del Guadalmellato.

ANTIGUAS IDEALIDADES

—

La Bética, según Fenelón

II

—Así—proseguía Adoamo—hablan aquellos hombres, que han aprendido la sabiduría estudiando la sencilla naturaleza. Tienen también horror a nuestra galantería, y es menester confesar que la de estos pueblos es muy grande en su candidez. Viven todos juntos, sin dividir las tierras, y cada familia se gobierna por su cabeza, que es en ella el verdadero rey, que la rige a su voluntad. El padre de familias tiene derecho a castigar a cualquiera de sus hijos o nietos que comete una mala acción; pero antes de ejecutar el castigo, consulta a los de su familia. Casi nunca se castiga a ninguno, porque las inocentes costumbres, la buena fe, la obediencia, el odio al vicio, reinan en aquel dichoso país. Parece que Astrea, de quien dicen que se retiró al cielo, está todavía en el mundo escondida entre ellos. No tienen necesidad de jueces, porque los suplen sus conciencias mismas. Son comunes los bienes: los frutos de los árboles, las legumbres, la leche, son riquezas tan abundantes, que estos pueblos tan templados y moderados no han menester partirlas. No se fijan en lugar determinado, sino que transportan sus tiendas de un territorio a otro, cuando han consumido el fruto y los pastos de aquel lugar en que estaban primero. De esta suerte, no tienen bienes que defender los unos de los otros, y se aman todos con amor fraterno, que ninguna cosa perturba.

Lo que les mantiene esta paz, esta concordia y esta libertad, es la privación voluntaria de las vanas riquezas y engañosos placeres. Todos son libres, todos iguales, y no hay entre ellos otra preeminencia que la que da la experiencia de los ancianos sabios, o la rara prudencia de algunos jóvenes que igualan a los viejos consumados en la virtud. En aquel país amado de los dioses son desconocidas las voces bárbaras y pestilentes de engaño, de violencia, de perjurio, de pleitos y de guerras. Allí la tierra jamás se tiñó de sangre humana, y apenas se ha visto correr sino la de las reses. Cuando les hablan de las sangrientas batallas, de las veloces conquistas, de las ruínas de Estados, que se ven en otras naciones, no pueden acabarse de admirar. ¿Qué, dicen ellos, no son los hombres harto mortales, sin que se den una pronta muerte unos a otros? ¡La vida, que es tan breve, parece a esos hombres tan dilatada! ¿Están sobre la tierra para despedazarse mutuamente y hacerse infelices? Además de esto, los pueblos de la Bética no pueden entender cómo se admira tanto a los conquistadores que sojuzgan grandes imperios. ¡Qué locura, exclaman, fundar la felicidad propia en gobernar a otros hombres, cuyo gobierno es de tanto peso si se maneja con razón y conforme a las reglas de la justicia! Pero ¿qué deleite es gobernarlos a pesar suyo? Todo cuanto puede obrar un hombre prudente, es sujetarse a mandar a un pueblo dócil, cuyo encargo ha sido confiado por Dios, o a un pueblo que le ruega sea como su padre o pastor; pero gobernar a los pueblos contra su gusto, es hacerse desgraciadísimo, por tener la aparente gloria de esclavizarlos. El conquistador es un hombre que los dioses, indignados contra el linaje humano, han dado al mundo para destruir los reinos, para difundir el espanto por todas partes, la miseria, la desesperación, y para hacer tantos esclavos como hombres libres. Un hombre que solicita la gloria, ¿por ventura no la halla en regir con prudencia los pueblos que los dioses han puesto en sus manos? ¿Cree, por suerte, que no puede ser digno de elogio sino haciéndose injusto, violento, altivo, usurpador y tirano de sus vecinos? No se debe hacer guerra, sino para defensa de la libertad. ¡Dichoso aquel que, no siendo esclavo de otros, no tiene la loca ambición de hacerlos esclavos suyos! Esos grandes conquistadores, que se nos representan con tanta gloria, se parecen a los ríos que salen de sus cauces, los cuales, con su majestuoso curso, asolaban fértiles campiñas que solamente debían regar.

Después que hizo Adoamo esta descripción de la Bética, muy contento Telémaco, le hizo varias preguntas curiosas:

—Esos pueblos—le dijo—¿beben vino?

—No acostumbran a beberlo—respondió Adoamo—porque no lo han querido hacer jamás; no es porque no tengan abundancia de uvas, pues ninguna tierra las produce mejores, sino porque se satisfacen con comerlas de la misma manera que las demás frutas, y tienen miedo al vino, como el pervertidor de los hombres. Es una especie, dicen, de veneno que hace al hombre frenético, pero no cadáver, y le transforma en bruto. Pueden los hombres conservar sin vino la salud, y sin corromper con él las buenas costumbres.

—Yo quisiera saber—replicó Telémaco—qué leyes son las que esa nación observa en los matrimonios.

—Cada uno—volvió a responder Adoamo—no puede tener más que una sola mujer, la cual está obligado a mantener mientras viva. La honra de los hombres depende tanto en aquel país de su fidelidad a las mujeres, como la de las mujeres depende de su felicidad a los maridos. No se conoció pueblo ni más honesto, ni más celoso de la pureza. Las mujeres allí son bellas y graciosas, pero sencillas, honestas y laboriosas; los matrimonios son pacíficos, fecundos y sin defectos. Parece que el marido y la mujer en dos cuerpos distintos no tienen más que una alma. Entre ambos se dividen todos los cuidados domésticos: el marido cuida de los negocios de afuera y la mujer del gobierno interior de la casa. Ella consuela al marido en sus trabajos, y parece que solamente ha nacido para darle gusto: gana su confianza y rinde más con su virtud que con su hermosura, haciendo siempre más apacible y más amable su compañía, que dura tanto como la vida. La templanza, la moderación y las costumbres puras del pueblo, le dan una vida dilatada y exenta de enfermedades. En él vense viejos de más de cien años, robustos y briosos.

—Quédame por saber—dijo entonces Telémaco—qué hacen para evitar la guerra con los otros pueblos vecinos.

La llave del porvenir de Córdoba.—Vista de las obras del pantano, aguas arriba de la presa del Guadalmellato.

Una tragedia del foro

CASI CUENTO

—

(Continuación)

III

Rodaron los años, como soplos, por el plano inclinado que sigue la corriente fatal de los siglos, hacia el océano insondable de la eternidad. Manuel, después de haber obtenido el grado de bachiller y seguidamente terminado la carrera de Veterinaria, para cumplir un deber de ciudadanía, fué sorteado como *quinto*, que así se llamaba entonces al que, por insaculación, era alistado para su ingreso en el honroso servicio de las armas. Pilar, ante la idea para ella abrumadora de separarse de su hijo, decidió apelar a todos los medios hábiles de obtener recursos pecuniarios bastantes a redimir a Manuel de la onerosa carga. Desde el escándalo, ya lejano, del divorcio, no había vuelto a ver ni a hablar a su marido, no obstante lo cual, para recabar fondos de él, hubo de pedirle, con apremio, una audiencia que, por cierto, costóle Dios y ayuda poder conseguir. Al fin, ante la insistencia y terquedad de su mujer, accedió don Cosme, viejo y decrépito ochentón, a celebrar la entrevista, pero a condición de que esta habia de tener lugar en la hacienda de campo, donde él moraba, de ninguna manera en su casa, por haber jurado no posar sus temblorosas plantas en el mancillado solar de sus mayores, ínterin en él habitara el deshonor.

Llegado que hubo el día, que al efecto se prefijó, trasladóse Pilar, desde la villa al predio, sin más compañía que la de su hijo, un mocetón fornido y musculoso, que nada tenía que envidiar a un hércules en robustez física. Por el camino le iba diciendo:

—Mira, hijo mío, tú quedarás en la parte de afuera, no entres en la casa aunque oigas voces y altercado; te lo recomiendo muy encarecidamente.

—¿Quieres que te diga una cosa, mamá? Me espolea la curiosidad por conocer a mi padre; ¿por qué ese empeño tuyo de que no le vea ni me vea? No tengo ni siquiera idea de él; siempre que te he preguntado algo concerniente a su persona, has desviado la conversación con disgusto, llevándola por otro derrotero. ¿Qué ocurre? Soy ya un hombre y quiero salir de dudas; el misterio en que tú envuelves a mi padre, me preocupa, me alarma, me tiene en ascuas.

—Te doy mi palabra—aseguró Pilar—de que más adelante conocerás a tu padre, hoy no; hoy se va a ventilar una cuestión de intereses; tendré que dar una gran batalla y no es oportuna tu presencia allí. Además, el buen señor, por consecuencia de sus muchos años y de sus achaques, está desmemoriado, monomaníaco, sufre frecuentes alucinaciones, desvaría, no habla acorde.

—Bueno, esperaré, madre; como no le he visto ni lo he tratado, pues, la verdad, no quiero a papá con el

corazón, sino con la cabeza; le quiero, porque mi razón me dice que debo de quererle y nada más, pero ese afecto del raciocinio es seco y yerto, como un teorema, y yo ansío querer a mi padre ni más ni menos que te quiero a tí, con el colmo del cariño—; y así diciendo abrazó Manuel a su madre, que se mordía los labios para no llorar a lágrima viva.

Anduvieron un largo trecho en silencio, sumidos ambos en sombrías meditaciones, cuando, de pronto, Manuel dijo a Pilar:

—Oye, mamá, ¿cómo te atreves tú a hablar a solas con padre, estando éste perturbado, según dices? Yo no puedo consentir que te expongas a correr el menor peligro. Yo entro contigo.

—No entras — replicó enérgicamente Pilar—por que yo no quiero.

—Amén—contestó Manuel.

En estas pláticas entretenidos, llegaron madre e hijo a uno de los linderos de la finca, inmediato al cual estaba emplazado el caserío, donde el bueno de don Cosme venía arrastrando, desde hacía casi un cuarto de siglo, sus años y pesadumbres.

—No te muevas de aquí, Manuel mío, aunque se hunda el firmamento—, y hecha esta advertencia, Pilar abrazó tiernamente a su hijo, y, sin la menor vacilación, penetró en la heredad, haciéndose conducir, por un operario, a la presencia de don Cosme.

Estaba éste sentado en un ancho y prehistórico sillón de enea. El aspecto del anciano era desconsolador: las huellas de sus acerbos padecimientos morales, más que el peso aplastante de los años, habían impreso en su venerable rostro, esos rasgos *sui géneri* que retratan y pregonan un intenso pesar.

Don Cosme, al ver a su mujer, no pudo contener un instintivo movimiento de horror y adelantó, nerviosamente, las manos con los dedos crispados, frunció el ceño y torció el cuello como queriendo volver la cabeza, para escapar a la fatídica visión que se le ponía delante; sin embargo, aquel viejo agotado, conservaba aún, en su mirada, la entereza y el fuego propio de los caracteres varoniles.

—Comprenderás — le dijo Pliar quedándose a respetable distancia de su marido—que el paso que doy cerca de tí, sólo puede estar justificado por un motivo supremo: mi hijo es *quinto* y yo faltaría al más rudimentario de mis deberes si no gestionase su redención a metálico; no quiero que mi Manuel ingrese, en clase de soldado, en las filas del ejército.

—Otros mejores que él sirven a la patria; sobre todo, ve con la embajada a su verdadero padre—limitóse a contestar el anciano.

—Tengamos la fiesta en paz, Cosme; yo vengo a rogarte, a suplicarte de rodillas, si fuera preciso, que me facilites el puñado de duros que exige la Hacienda para dispensar de esa prestación a los mozos útiles alistados. Hay más, mi hijo ha conseguido su carrera; él ganará y te reintegrará del desembolso que ahora hagas, te firmará un documento de deber y, aunque menor de edad, él cumplirá la obligación que contraiga y te pagará el capital y hasta los réditos, si quieres.

—No quiero—exclamó don Cosme alzando la voz, presa de la más violenta excitación.

Después de ese diálogo, cruzáronse entre los dos interlocutores, cargos, recriminaciones, amenazas, imprecaciones, interjecciones, injurias vibrantes.

—Tú—acabó diciendo Pilar—tendrás la responsabilidad de lo que ocurra; te niegas a proporcionarme dinero; yo lo buscaré como pueda, sin reparar en los medios, robándolo, vendiendo mi cuerpo, como sea, todo antes que consentir en que mi hijo adorado vaya al cuartel.

Por los gritos que daban una y otro, disputando como energúmenos, llegó a apercibirse Manuel de que reñían sus padres, y, temeroso por Pilar, quebrantó la consigna de ésta y, atravesando a todo correr la cerca, penetró rápidamente en la casa, presentándose demudado, en el preciso momento que don Cosme, levantándose del sillón, convulso y con el rostro desencajado, prendía, con fuerza, a su mujer del cabello, derribándola al suelo con violencia.

—A mi madre no hay quien pegue mientras viva yo, ¡mal caballero!—dijo Manuel—y, abalanzándose al anciano, sin que los gañanes, que acudieron atraídos por la algazara, pudieran impedirlo, agarrólo del cuello, con ambas manos, y apretó.

Con aquella presión bastó; don Cosme abrió desmesuradamente los párpados, como si los ojos fueran a saltársele de las órbitas y se desplomó sobre el sillón, los brazos caídos, el rostro congestionado, entreabiertos los labios, la lengua fuera, cubierta de fina y sanguinolenta espuma.

—¿Qué has hecho, hijo?

—Nada madre, ¡defenderte!

Abrazados ambos, apartáronse a un rincón y quedaron aterrados,

La guerra europea.—General francés inspeccionando el territorio reconquistado.

como heridos de negros presentetimientos.

Dos labrigos, cogieron por las extremidades el cuerpo inanimado de don Cosme y trasladáronlo a su lecho.

—¡Huyamos!—dijo Pilar a Manuel; y, apoderándose de sus manos, arrastrólo tras sí, y a campo traviesa, tornaron al lugar, encerrándose en la casa.

—Ocúltate, Manuel.

—No, madre, eso lo hacen los criminales y mi conciencia me dice que yo no lo soy.

—Es verdad que no lo eres, hijo mío, pero tú no sabes, por ser aún demasiado joven, que la justicia y la ley son inexorables y no entienden de sentimentalismos.

—¡Quién sabe!--repuso Manuel—; pero decididamente no hay que pensar en que yo me sustraiga a la acción de los Tribunales; antes condenado cien veces, que fuguitivo de la justicia como parricida.

Aquel mismo día llegó el hecho a conocimiento del Alcalde, funcionó el telégrafo y el Juez de Instrucción del Partido, con el médico forense, el Secretario judiciál y el alguacil, trasladáronse a la quinta de don Cosme, y, después de sacar un croquis del sitio en que se había desarrollado el hecho, procedieron a la práctica de las primeras diligencias, recibiendo declaración a los testigos presenciales que, unánimes y contestes, inculparon a Manuel de la muerte violenta del anciano. El cadáver de éste fué conducido al cementerio de la villa, y, por la autopsia que se practicó, pudo venirse en conocimiento, de que la muerte había sido causada por estrangulación, con lo que, sin más trámites, se efectuó la inhumación de aquellos restos mortales, despedazados, sin piedad, por las manos virginales de la ciencia saludable.

Niños de Córdoba.—Laureano de Tapia García, de veintiséis meses—hijo del joven e ilustrado maestro de primera enseñanza don José de Tapia Bujalance—, que desde los veintitrés y sin esfuerzo mental conoce y pronuncia correctamente todas las letras del alfabelo español, tanto mayùsculas como minùsculas.

El sumario, se instruyó y terminó con inusitada rapidez. La justicia penal, en opinión de los legistas, para que sea eficaz, ha de ser rápida.

Manuel, ni tímido ni arrogante, declaró, con acento sincero, toda la verdad y en el acto fué procesado y recluído, bajo la más estrecha incomunicación, en la cárcel del partido y posteriormente trasladado a la de la capital, con redobladas precauciones, como criminal peligroso, esto es, como parricida.

Las diligencias sumariales, ajustáronse al patrón corriente, si bien hubieron de practicarse con escrupulosa minuciosidad y exactitud. Ninguno de los requisitos y detalles inútiles y sobrados que la ley establece y previene, faltaron en el contexto de aquella causa. Todo lo externo, baladí y superfluo estaba allí recogido y acopiado, con esmero y proligidad; en cambio la parte transcedental, psicológica del acto humano, esa había escapado a toda apreciación y brillaba por su ausencia en el proceso, sin que se hubiera escudriñado por entre las curvas y revueltas del hecho mecánico, el móvil interno y pasional que impulsó al autor a obrar catastróficamente;

su estado mental, determinado por las circunstancias anteriores y concomitantes al atentado, la intención anímica del agente, en una palabra, todo lo que hubiera podido dar la clave del homicidio perpetrado, quedó fuera de las fojas de la causa, por que los jueces, por ilustrados que sean, y lo son mucho, no pueden traspasar los límites estrechos que les traza una ley procesal, instituida principalmente para fines acusatorios, en la que no encuentra margen, para su provechoso ejercicio, el libre arbitrio judicial.

Concluso el sumario, remitióse a la Audiéncia, donde se formó el rollo, que entraña otra pesada labor a cargo de magistrados, fiscales, defensores y secretario, tan estéril y baldía, por lo que respecta a la parte psíquica de la acción, como la sumarial; después de trámites rutinarios y de diligencias formularias, calificóse por el fiscal, el delito, de parricidio y la causa se declaró, por la Sala, de la competencia del Tribunal del Jurado; institución hermosa, que sería reparadora, si no estuviera bastardeada, en España, primero por el legislador, que aderezó un engendro de ley ecléctica, confeccionada con retazos de diversas procedencias y después por el particular que, en este desventurado país, rehuye sistemáticamente el ejercicio de la alta función ciudadana, de juzgar, en conciencia y sin amor ni odio, a sus iguales. El Jurado, entre nosotros, es un organismo de complexión moral y psicológica muy confusa y embrionaria; quizá no fuera exagerado decir que es la caricatura deforme, sainetera, bufa, mercenaria de la augusta función de la justicia, que cuando se degrada y envilece, hace muecas horribles, en vez de pronunciar veredictos rectos y atinados, y es que por aquí entendemos así el patriotismo.

Luís Valenzuela.

(Continuará.)

POR SANTA MARÍA...

Pastorcica, pastorcica,
la del juboncillo grana,
que ya esconde algún tesoro
que el pudor le confiara.
No me ocultes, no me niegues,
que tú en la villa, por Pascua,
te dejaste algún recuerdo
de los que matan el alma...
No lo niegues, lo conozco,
por ser ya viejo, en tu cara.

—

Partorcica, pastorcica,
flor de campestre fragancia;
la de los ojos azules
que jamás vertieron lágrimas.
No seas boba, ten cuidado,
la primavera es llegada
y, allá por Santa María,
van al pueblo las muchachas.

—

Yo sé que tienes ya un novio.
Mira bien qua si él te mancha
los labios color de fresa
o el pudor que hay en tu alma,
por bien que luego te laves
no te limpia el agua clara.

—

Yo pienso que tú debías
quedarte aquí en la cabaña
a la guarda del ganado,
de tus padres a la guarda,
dejando para más tarde
los amores y las danzas.

—

Mas por si acaso te empeñas
y no escuchas mis palabras,
oye al menos un consejo
que te servirá si marchas:
¡que no dejes que la mano
de tu novio, que es muy cauta,
desabroche los botones
de tu juboncillo grana!

M. Jiménez Maya.

Espiel, Mayo 1917.

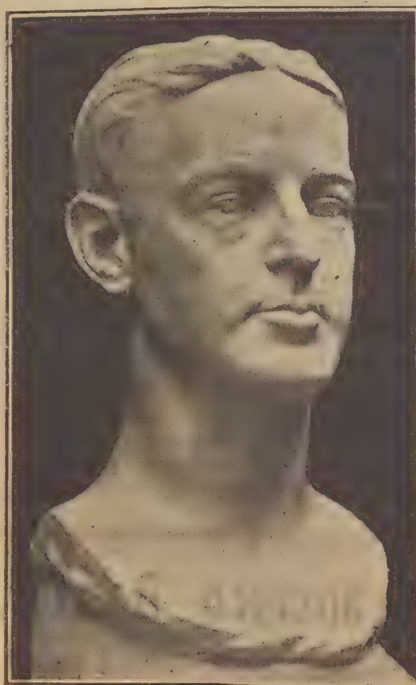
La guerra europea.— Mapas de las regiones de Lens y Soissons-Reims, en las que las fuerzas francesas están rechazando a las alemanas.

Visión cacereña

II

Arrastra Cáceres, como gran número de nuestras viejas ciudades, el peso de las ideas y costumbres de sus antepasados, de un modo tan persistente, que hacen en la actualidad sus habitantes la misma tranquila y silenciosa vida que hicieron sus abuelos en los siglos XIX y XVIII, dividiéndola entre la oración, la comida y el paseo cotidiano, que llega hasta la monotonía por su continua e idéntica repetición.

Resultado de esta quietud, de esta inercia, de este sopor, de esta falta de iniciativas, pues las que hay se refieren a proyectos irrealizables, es que se hallen en la ciudad sin resolver todos los problemas esenciales de la vida moderna, como, por ejemplo, el abastecimiento de aguas. Apenas hay más fuente que la del Consejo, la cual, según documentos antiguos, surtía ya a la población en los pasados siglos, no habiendo experimentado más reforma, por exigirlo así la higiene pública, que la colocación de unas bombas de mano. Esta fuente nos recuerda la famosa de Llaram donde apagó Rebeca la sed de Eliezer, pues se ve llegar continuamente a las aguadoras, descalzas la mayor parte del año, subiendo y bajando las cuestas y escalinatas que tiene el camino, puestos sobre la cabeza los cántaros de barro rojo de gran tamano y muy semejantes a las ánforas romanas, aunque un poco más estrechas por la boca; lo mismo que los pucheros y cazuelas gaditaons, de que habla don Federico Rubio, podríamos cambiar furtivamente algunos de estos cántaros por las vasijas de igual índole



El inspirado poeta cordobés don Agustín de Aguilar Tejera. Excelente busto en barro del joven artista don Luis Sánchez Causade, discípulo del laureado escultor señor Coullaut Valera.

que se conservan en nuestros museos arqueológicos, sin que la sustitución fuese notada más que por las personas muy entendidas.

Las artesanas, nombre con que se designa a las mozas del pueblo, son de regular estatura y de pronunciadas caderas; cubrne el cuerpo con un pañolón de vistosos dibujos, o de Manila, y calzan finos zapatos de charol cuando no van descalzas, refiriéndose que, hasta fecha muy reciente, imponían como condición, al entrar a servir como domésticas, el no ponerse los zapatos.

Por este género de vida genuinamente provinciana, que llevan con muy corta diferencia las clases sociales que forman el vecindario de Cáceres, se encuentra el forastero algo aislado los primeros días de su llegada, sin encontrar expansión en los centros burgueses ni ponerse en contacto con la grandeza nobiliaria, que parece encastillada en sus históricos palacios; sin embargo, la estancia se hace hasta agradable en cuanto se descubre la honradez y la rectitud de ideas de sus naturales, que prefieren inocentes distracciones a la fiebre del flamenquismo, que afortunadamente no ha hecho presa en sus ciudadanos, pues no merece citarse el apasionamiento que inspira un idolillo, hijo del pueblo, que ya ha vertido su sangre, no por la patria, sino para obtener palmas en la arena de los circos.

Una de las más curiosas costumbres de Cáceres, es el modo de ar-

bitrar recursos parn atender al culto de las imágenes que se veneran en algunas ermitas.

Al llegar el día del Santo, se coloca en el centro del atrio una mesa con varios platos de dulce, enviados por antiguas familias cacereñas, que tienen esa obligación y la cumplen religiosamente, por ser un compromiso heredado de sus mayores; entre la concurrencia, que suele ser numerosa, empieza la puja de los platos, con cierta frialdad porque no se ve en la presidencia muchachas bonitas, que les inciten con sus gracias, sino respetables señoras, que en nada comprometen; sin embargo, los postores a quienes por pujar se les regala una rosquilla y que al final de la tarde consiguen que se les adjudique un plato de natillas o de turrón, pagan una cantidad bastante elevada.

También se celebra la fiesta de los borregos, la que no he visto, y una renombrada feria que, a pesar de la decadencia de estos mercados, puede competir con las primeras de España.

Los latifundios, extendidos como uno de los más hondos males en Andalucía, existen en mayores proporciones por toda Extremadura, que es seguramente la región de España donde la propiedad está peor repartida a causa de los entronques de las familias pudientes que aumentan su patrimonio y van a unirse en la Corte con la nobleza linajuda, siguiendo las tradiciones de sus antepasados, que se dejaron influir por la política de los Reyes Católicos, deseosos de abatir su poder en las provincias, política que siguieron los Reyes de la Casa de Austria, trayendo el gravísimo mal del absentismo, contra el que todos los economistas, tanto españoles como extranjeros, clamaron inutilmente.

Si a esto añadimos que la política cacereña, más bien es de personas que de ideas, y, por tanto, engendradora de funestas animadversiones, podemos explicarnos por qué pueblos como Trujillo, de gran importancia comercial en otras épocas, se encuentra casi muerto, sin haber conseguido un ferrocarril que lo ponga en comunicación con la línea general, a pesar de no distar más que unos 50 kilómetros de Cáceres, y cómo en Logrosán, pueblo del que se hace mención en el *Quijote*, se vive, según Chamberlain, en pleno siglo XX lo mismo que cuando escribió Cervantes su inmortal obra. Otros muchos pueblos podríamos citar en los que igualmente que en los anteriores, las escasas líneas de cumunicación impiden la exportación de sus riquezas naturales, entre ellas sus excelentes maderas, que por el excesivo coste del arrastre no pueden competir con otras más inferiores del extranjero.

Si en otro tiempo Cáceres, como provincia fronteriza, temió algún ataque imprevisto de la nación vecina, hoy no piensa en ello y contribuye por su parte a estrechar más cada día las buenas relaciones que nos unen con la naciente y ya vigorosa república lusitana.

M. A. Orti Belnonte.

CORDOBESAS

NOBLEZA DE LA TIERRA

I

Es el día de la Cruz, mejor dicho, la noche del mismo día.

Entramos en el patio de la casa de Joselillo. El afirmar que es un patio de Córdoba, nos excusa de bosquejarlo siquiera; fuera para ello preciso la paleta de Velázquez o de Murillo, la lira de Salvador Rueda o la gran inspiración de Zorrilla.

Paredes más blancas que un traje de primera comunión y que el azahar que orgullosa ostenta una desposada; en un testero de este alegre patio, una sencilla cruz, adornada de rosas y claveles, preséntase a la vista, como señal innegable de la devoción de este pueblo; flores por doquier, que compiten en hermosura y lozanía con las lindas caras de mis más lindas paisanas; un cielo tan tachoneado de estrellas, que parece que esos gigantescos mundos del espacio se han dado cita en un mismo punto para mirar con ojos de envidia la tierra que me vió nacer.

El olor que exhalan rosales, jazminez, goráneos, celindas y gitanillas, embalsama el ambiente, confundiéndose con los perfumes que despiden los cuerpos pletóricos de vida de mis queridas paisanas...

. . . .

Arrellanado en fuerte y rústica silla, el *tocaor* templa la guitarra; en el rostro de los mozos brilla la alegría; suenan los acordes de un alegre pasodoble, y comienza el baile; parejas y parejas invaden el patio, y es de ver la cara de las mozuelas al escuchar cerca, muy cerca de sus oídos, las palabras amorosas de sus más rendidos donceles...

Termina el pasodoble; corre el Montilla, y las ocurrencias y chistes mézclanse con el nuevo templar del *tocaor*, que preludia una sentimental malagueña, a la que precede nunas soleares, cantos al parecer alegres y en los que se reconcentran las penas del pueblo andaluz; alegre a primera vista; sentimental y triste en el fondo, a pesar de su alegría...

II

Cerca, muy cerca del sitio que ocúpabamos, un mozo exuberante de vida, tosco y fuerte, de rostro moreno, suspira sin cesar. La tristeza que en él se nota, forma raro contraste con el de la regocijada concurrencia...

Sentimos curiosidad por conocer su pesar, y pronto sabemos las causas que lo motivan.

Acércasele un amigo, y el diálogo que entablan, explícanos claramente el motivo de su hondo sentimiento:

—Por jilí te pasa lo que te pasa. ¡Mira ella que contenta y qué satisfecha está...! ¡Se ríe de tí por lo tontina que eres...! ¡Miá que tú, un hombre de una vez, aguantes que un mocito enclenque y medio disecao, como es el Alegrías, te quite la novia, tu cariño, tu alma, y ante tu misma cara se vanaglorie de su triunfo...! ¡So mandria...!

—¡Déjame, Maolillo...! Si ella lo quiere y prefiere, ¿qué he de hacer yo? ¡Hay penas tan negras, tan hondas y tan perras, que sólo el que las siente puede llegar a comprenderlas, y hay acciones que tampoco puede comprenderlas el que no sabe sentirlas...! ¡Déjame, te lo ruego...!

—Allá tú, Rafael... ¡mírala!, bailando viene hacia acá, con el gachó de marras. ¡Míralos, cómo se ríen...! ¡Y se ríen de tí...! ¡Mardita sea...! ¡Si yo fuera tú....¡ Lo que es de mí, vaya, que no se reían...

. . . .

La admirable artista Tórtola Valencia, que actúa con extraordinario éxito en el Teatro Circo del Gran Capitán.

Al cruzar Rosario y su novio por nuestro lado, no sabemos lo que pasó:

Si las palabras de Rafael lo motivaron, o bien otra causa cualquiera, Rafaelillo abalanzóse sobre la pareja y con sus brazos separó a los dos amantes... Después, una bofetada á Rafael, dada por el novio de Rosarillo; sustos, carreras y una guitarra hecha pedazos, cuyas cuerdas, sueltas, destrozadas, parecían como llorar el final de aquella fiesta...

III

Salí tríste de la casa por tal incidente, y ya, en la calle, volví a escuchar de Manuel, que le decía a su maltratado amigo:

—¿Te ha pegao y te quedas tan tranquilo? ¿Y tú eres hombre?...

Ví rodar una lágrima por las mejillas de aquel mozo rudo y fuerte, y sentí entonces un dolor intenso en mi corazón, cuando le oí exclamar:

—¿Que si soy hombre?... ¡La prueba de que lo soy, es que, por serlo, tiene vida todavía...!

. . . .

¡Bendita mi tierra....! ¿Dónde encontrar nobleza como la de tus hijos!

Emilio Santiago Diéguez.

CON PLUMA AJENA

El desfile de los obreros mientras Europa se desangra

«Las condiciones inherentes a una necesidad fisiológica constituyen un estímulo que activa la satisfacción de la misma necesidad.»

Pflüger.

En pocas ocasiones los obreros todos del Universo habrán desfilado ante la burguesía y las autoridades con mayor oportunidad. Si el *uno de Mayo* significa socialmente la contestación al grito famoso: ¡Trabajadores del Universo, uníos...!, este *uno de Mayo* es una amenaza severa y justa, protesta muda, y por eso enorme, contra la guerra monstruosa, contra los que pudieron y debieron evitarla a tiempo, contra los mismos que la desataron sobre la tierra, sin alcanzárseles siquiera la inmensidad trágica que desencadenaban. Si, en años anteriores, esa multitud disciplinada y silenciosa era como una advertencia formidable, al margen de los desatinos y miserias de los altos poderes, de la sociedad que se divierte, este año, esa muchedumbre liberada por su cultura y sano corazón, es algo más, es la justicia, es la voz gigante que no podrán las altas esferas negar haber oído. Esas banderas rojas que los amparan son los lábaros que han triunfado en Rusia, y tienen el prestigio estupendo de haber realizado lo que pensadores y obreros mismos creyeron imposible: la derrota de las autocracias. ¿Cuándo han tenido mayor autoridad que hoy esas molsarras rojas? La sonrisa burlona o escéptica de los indiferentes que en otros años hablaba, a la vista de esas banderas gremiales, de utopías y futurismos brumosos, se ha helado en los labios, y sólo las inteligencias memas seguirán creyendo en la ineficacia de esos poderes populares. Los ideales benditísimos de la Internacional, el cerebro de Marx, del que tan hermosas realidades sabemos por Aveling; las teorizaciones de Engels, de Kautsky, de Grave, de Vollmar, de centenares de entendimientos sutilísimos; la revisión inexorable a que han sometido la acción del Estado un Lasalle, un Bebel, un Iglesias, un Liebkuecht, un Guesde un Miliukoff, un Jaurés; las maravillas casi místicas de la lucha y la exaltación por un movimiento económico de suprema razón, por una renovación profunda, no ya de las clases medias, sino de las democracias mismas, han preparado al pueblo una magnífica sorpresa de la que la revolución social rusa es un considerable adelanto. ¿No han de tener fe en sí mismos tales obreros de lo futuro? A su paso despiertan el espíritu de acción en nosotros, lentos hijos espirituales de Cohem y de Natorp, de Simmel y de Bergson. Nuestros conocimientos y tendencias sociales sufren, contrastados por esa efusión y exhibición de ideales, una crisis de humillación. Hemos creído demasiado en la simplidad de esas ideas perseguidas, nosotros que estudiamos las amplias líneas maestras de Laas, de Pauhsen, de Rickert, de Windelband, de Mach, de Gumplowitz, de Reich... Y, ahora, al verlos desfilar, sentimos que la acción tiene razones que la razón no conoce, y que, si es hermosa obra estudiar en frío el dolor, labor divina es ahorrarle ardorosamente ese dolor a la Humanidad todo lo más de prisa que se pueda. En la lucha de clases hay un desequilibrio manifiesto entre la inteligencia y el corazón, entre la evolución y la violencia; pero la necesidad tiene leyes implacables, y Dietzgen vence a Berstein, y Sorel queda muy atrás de Simón Patten.

—

La acción, he ahí el prodigio. Esos obreros, ¿habrán dejado de pertenecer a esas formas estratificadas que son, entre las más altas normas de la sociedad, como sedimentos de formas anteriormente recorridas por ella? Si cada uno de esos obreros sabe lo que hace, ¿valdrá más que hacerlo? Ciertamente que sería de desear; pero no es menos cierto que es suficiente *hagan* aunque no *sepan*. Al orden por el desorden, se ha dicho en los Congresos donde la masa pedía reivindicaciones absolutas y prontas. Pero si no eso mismo, algo muy parecido y bellamente sistematizado se ha dicho en la cercana región de la biología moderna; por Reinke, en *El mundo como acción*; por Driesch, en *La filosofía del organismo;* por Uexkull, en *El medio exterior e interior de los animales*;

por Lloyd Morgan, por Carle, por Rolp... No es el medio el que ordena, el que obliga, el que dirige la función; es el que funciona quien ordena, quien somete, quien reduce a su voluntad lo que no es sino, anteriores voluntades hoy bajo el aspecto de indestructible ambiente. La insaciabilidad y la potencia del ser no conoce obstáculos. La lucha por la existencia no puede verificarse en paz. La lucha económica de las clases pobres con el capitalismo y sus defensas imponentes no puede ser sino una guerra, un alarde constante de fuerzas, desde luego verdaderas fuerzas. Ahí van desplegadas en combate. Su *uno de Mayo* las ha agrupado, y sin duda no será necesario que les expliquen el por qué se reúnen. El buen burgués que tema por su tranquilidad no tiene más que sumarse a esas fuerzas vencedoras más pronto de lo que se pueda imaginar. ¿Por qué asustarse de una multitud que se burla de la famosa y desacreditada inercia del medio? ¿Qué quiere esa muchedumbre sino realizar lo que los sabios modernos están estudiando en sus laboraforios? Nada de servil adaptación, nada de misérrima defensa: agresión y victoria. El espíritu de acción es casi siempre la dichosa prueba de idoneidad, de competencia. En el individuo, como en los partidos, hasta en las mismas religiones, la acción es la vida. En el cristianismo primitivo, las barbas negras de Pablo de Tarso dieron movimiento, poderío y expansión a las dulzuras idélicas de Cristo. ¿Qué hubiera sido sin el impulso enérgico de Pablo de las doctrinas de amor y bondad del Nazareno? Necesario es que los bellos ideales marchen adelante, cueste lo que cueste al que los mantiene con su fe; cueste lo que cueste a los que a ellos se oponen. Eso está diciendo la miserable guerra mundial a esa muchedumbre, y no creáis que la multitud lo desdeñará. El militarismo, como era de suponer, se dió a sí mismo la estocada de muerte al poner sobre las armas países enteros, millones de hombres. ¿Por qué? Pues porque copiaron el procedimiento. Prueba: Rusia. ¿Cuándo Rusia hubiera logrado su independencia moral sin ser llamada en masa a las armas? Luego es necesaria la acción; ella lleva en sí misma los gérmenes de las grandes ideas; y

La guerra europea.---Patio del castillo de Coucy, destrozado por los alemanes en su retirada. Grupo de prisioneros alemanes.

la voluntad de conquista, la voluntad de vivir, entrañan las razones, la trama complicada, que en biología nos deshace y explica un Semon, Hertwig, un Rolph, Herbst, un Loeb, un Jennings... y en las ciencias del pensamiento puro un Diltey, un Royce, un Avenarius...

—

Esos hombres quieren muchas y bellas cosas, y es necesario que las logren. Todos los años en este día visitan a un representante de los Poderes públicos, y le entregan un programa admirable, de muchas cosas que hacen falta. Su táctica es superior a su estrategia, como hoy se dice, y nada más edificante que la mesura y fortaleza con que hacen llegar a los altos poderes sus deseos. Estos son de esos que los vividores de las degeneraciones sociales llaman impracticables y alarmantes. Claro está que si fuera de escasa importancia no tendrían necesidad las clases trabajadoras

de formar un partido inmenso, crear una Casa del Pueblo, ligar sus intereses con el socialismo internacional y luchar heroicamente contra las oligarquías, el funcionarismo, la reacción y demás plagas. Lo que ellos quieren es nada menos que una justicia suprema y la destrución del capitalismo, con todos sus defensores y sistemas de predominio. Su rebelión contra el materialismo económico es, sencillamente, la más formidable de las empresas, y por esa razón se la juzga impracticable por los mismos que sustentan tal estado de cosas. Esos obreros le preguntan a sus Gobiernos: ¿Qué manera de gobernar a un pueblo es la que tenéis? ¿Por qué esa absoluta protección al dinero, al capitalista? Y, lentamente, le van anotando los capítulos a estudiar. Es necesario que el pueblo coma y coma bien; que se le proporcione medios fáciles para lograr esa forma única de verdadera nobleza, de privilegio sin mancha que constituye el talento. ¿Por qué el pueblo ha de pasar hambre de pan y hambre de saber? Y no se come bien sino en la libertad de un trabajo garantizado y regulado por principios sabios, y no se sacia el hambre de saber si no es disponiendo de tiempo, de dinero, de instituciones educadoras admirablemente organizadas. ¿Por qué se gasta el dinero nacional en representación, en imperialismos, en exhibicionismos, mientras el pueblo compra caro el pan, no tiene escuelas, ni leyes de sabio gobierno? Menos trapos y más substancia. Claro está que es impracticable todo eso en los países mal organizados, en las naciones que padecen la manía estúpida de aparentar una realidad que no tienen. Y así como piden aquéllo, con la misma entereza se oponen a esto, y dicen: No queremos mentir, ni tolerar la bancarrota, ni ser cómplices de tanto despilfarro, ni permitir que medre una pequeña parte de ciudadanos a costa de la otra. Por eso, al verlos desfilar, la inteligencia juzga que van por el verdadero camino, y que de ellos es el porvenir y, tal vez ¿por qué no? el presente. Esas banderas rojas han triunfado donde tantas veces fueron abatidas por torrentes de sangre. El deseo de saber guía esas masas. Y tal es la eficacia del saber, que hasta en la forma de deseo es progreso firme y, de vez en cuando, formidables revoluciones, que atenúan un poco la injusticia abominable del dolor humano.

Eugenio Noel.

De *El Mundo*, de Madrid.

El Guadalquivir desde la Giralda

Un hombre nacido en la ciudad libre de Hamburgo (Alemania), vino hace muchos años a España. Su constancia y su cultura le auxiliaron en la tarea ímproba de labrarse una posición social. Hoy es dueño de un importante negocio de exportación. En los momentos que su fábrica le deja libres, este hombre ejemplar no va a los toros, ni al café, ni a la taberna—aunque vive en Sevilla—, sino que estudia. Y fruto de este estudio es el interesante artículo siguiente, del culto industrial don Julio Mond. Con él demuestra que más allá que la riqueza hay algo que alcanzar, que es la ciencia.

En tiempo de inundación, un vistazo desde la Giralda sobre la campiña, ofrece un panorama bastante instructivo para el observador.

Por una parte, se destacan bien las partes más altas de los contornos, por donde se debe llevar los ensanches de la ciudad, y por otra parte se distinguen las vueltas serpertinas del poético Guadalquivir, entre ellas la más importante para nosotros, la de los Remedios, de la cual nos vamos a ocupar más extensamente.

Nuestro río, que nos viene del Norte y va para el Sur, nos hace recordar que, hace más de medio siglo, los estudios y observaciones de Baer han dado a la humanidad una ley sobre las corrientes de aquellos ríos que corren más o menos en paralela con el meridiano, es decir, que corren del Norte al Sur o viceversa. En el hemisferio del Norte, casi todos los ríos, en dirección del meridiano, tienen la orilla derecha más alta, mientras en la mayoría de los casos la izquierda es la llana, con los sedimientos aluviales. Del por qué, no es este lugar adecuado para tratarlo, sino sólo de las consecuencias producidas por lo que se llama fuerzas laterales de los ríos, fuerza viva, muy lenta, pero continua y visible sólo por el transcurso de los tiempos. Cuanto más se aproximan los ríos a la dirección del meridiano y cuanto más en línea recta corren o más cabida tienen y más pendiente, tanto más hacen ceder el terreno de su orilla derecha. Cuanto más crecidos están, su presión lateral aumenta en proporción. Muy visible es ésta donde los ríos de que se trata forman deltas en sus desembocaduras, y los del hemisferio boreal, tienen el ramal que está más a la derecha con el mayor cau-

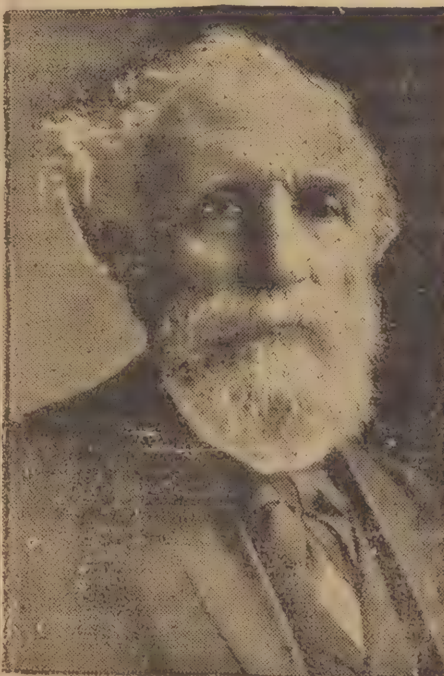
dal de agua. En las vueltas de los ríos, la presión del agua se aumenta por un factor nuevo, la fuerza centrífuga, esta fuerza que echa el agua de una fuente puesta en movimiento giratorio por su borde y siempre en dirección tangencial. Así resulta que la corriente, en la vuelta de los ríos al lado convexo de ella, es más fuerte y obra sobre la orilla que la encierra, la socava, el lecho del río penetra más en ella, y así resulta la más alta; la opuesta queda más llana; la profundidad del lado convexo es la más grande.

Para facilitar la navegación, se hacen trabajos paulatinos de disminución de curvaturas, etc., y para evitar dichos trabajos se hacen las cortas, llevando de este modo los ríos en líneas rectas, abreviando su curso. La ley general arriba mencionada, es modificada por terrenos resistentes de las orillas, montañas, cordilleras más o menos altas y se destaca completamente en las llanuras, donde se trata de terrenos blandos. Las circunstancias de que los ríos en el hemisferio boreal corran más o menos en paralela con el meridiano, tengan en su mayoría las orillas derechas más altas que las izquierdas, han hecho que las residencias humanas se encuentren en la orilla derecha, con pocas excepciones, mientras que Sevilla es una excepción. La vuelta más importante para nosotros, la de los Remedios, arranca más o menos donde cruza el puente del ferrocarril para Huelva, según el plano anexo a la memoria publicada por la Junta de obras del Guadalquivir en 1907, y en un trayecto de más o menos de 3.000 metros llega a su punto máximo, en el sitio donde tiene que entrar en la corta, y sigue después un trayecto de casi la misma distancia hasta la punta de Tablada. Entrando el río en dicha vuelta, empieza a desarrollar fuerza centrífuga, aumentada en proporción de su crecida, que juega atenuada, por el puente de Isabel II, sobre el muelle, creciendo paulatinamente su presión. Así, ¡cuántas veces hemos visto en las crecidas derrumbarse los muelles del mineral y después hacerlos levantar de nuevo, con tenacidad probablemente hija de la necesidad! El juego de la fuente, con agua puesta en movimiento giratorio, se repite en inmensa escala.

La presión del río es la más grande en dirección tangencial, que corresponde algunas decenas de metros antes de llegar a la boca de la corta, hasta la misma boca de ella. Los que tengan la dicha de ver la corta acabada, ya no verán desbordarse el río en este sitio, pero entretanto quedará uno de los más expuestos y después no hay que cantar victoria: el no domado río se desbordará por otro sitio parecido.

Se quiere atenuar las consecuencias; para evitar las causas hacen falta decisiones más eficaces.

Figuras de Rusia. — El gran duque Miguel.



Figuras de Francia. — Señor Ribot, presidente del Gobierno.

¡Qué inmensas cantidades de agua se ofrecen a la vista desde el distintivo de Sevilla, la Giralda, agua que tanta falta hace en el estío a la vegetación, la cual, en parte, mata ahora en su brote! ¡Cuántos miles de metros cúbicos de tierra madre se lleva cada crecida de este no domado río, que tanta falta hacía en los terrenos altos, dejando las pizarras desnudas y el terreno árido y enlodando los cauces de la navegación!

Pero ¡quién se acuerda ya de inundaciones! Las fiestas han llegado; la idiosincrasia de la mayoría de los seres de nuestra población es así: para la facilidad de los que llegaron y produciendo lo contrario de ello para el gran ejército de los menos felices y en más escala, para las generaciones venideras, pues las crecidas traerán el caudal de sus aguas con más rapidez.

Julio Mond.

LA DANZA ÁRABE

A Tórtola Valencia.

I

En el centro de un círculo sonoro
de víctores, erótica sonríes,
mientras repican crótalos de oro
tus dedos enjoyados de rubíes.
Teje lúbricas danzas tu ligera
planta sobre el damasco de la alfombra,
y proyecta la negra cabellera
sobre tus hombros un temblor de sombra.
Tus negros ojos el placer irisa
sobre tus vivas palideces, y entre
la diabólica flor de tu sonrisa,
en un fugaz y ardiente parpadeo,
mientras crispan el bronce de tu vientre
todos los simulacros del deseo.

II

Entre un temblor de gasas y de tules
trazan tus pies inconcebibles giros
mientras deshojan cálices azules
tus dedos enjoyados de zafiros
Alguna boca inmaterial te besa
hasta dejar exangüe tu hermosura,
y en la espiral de un sueño de turquesa
se esfuma el claro azul de tu figura.
Bajo tus plantas rápidas e inquietas
deshójanse guirnaldas y violetas.
y a través de los giros de tu velo
fulguran tus pupilas visionarias
igual que dos estrellas solitarias
en un pedazo del azul del cielo.

III

Con un brazo hacia el suelo y otro en alto
doblada en grácil arco la cintura,
surges, vívida estatua de basalto
sobre un trágico fondo de negrura.
Rudo estertor agita tus hechizos
cuando al danzar la obscuridad alegras,
y en el aire retuércense tus rizos
como manojos de serpientes negras.
Tu danza es como un vértigo, marea...
Son tan raudos tus pies que no parecen
tocar los terciopelos de la alfombra.
Y en la noche sin fin que te rodea
tan solo tus pupilas resplandecen
cual dos chispas de fósforo en la sombra.

Francisco Villaespesa.

PELÍCULAS DEL NATURAL

LA CURIOSIDAD DE UN DESCONOCIDO

Eran las siete de la tarde, cuando en las redacciones de todos los periódicos de la noche, se duplica el trabajo, para llevar a la hoja diaria las últimas noticias, que el público, unas horas después, ha de leer con ansiedad.

Fué el día anunciado por el Gobierno de España para dar a conocer la memorable nota enviada a Alemania para protestar contra el torpedeamiento del «San Fulgencio».

¿En qué tonos estará redactado el documento? ¿Tendremos que abandonar la neutralidad? preguntábanse a cada momento los redactores encargados de la «Ultima hora» del periódico de la noche.

El timbre del teléfono avisó al fin para la celebración de la conferencia con el corresponsal en Madrid, quien iba a comunicar textualmente el contenido del documento que tanto y tan vivamente preocupaba a cuantos nos preciamos de ser españoles, ante todo y sobre todo.

Entró en el locutorio uno de los redactores y, a los pocos minutos, salió diciendo:

—La nota hace observaciones al Gobierno alemán, pidiéndole que modifique su conducta en lo que respecta a nuestros buques, con el objeto de no lesionar más los intereses nacionales.

Hubo un momento en que por la mente de todos aquellos obreros intelectuales, pasó el recuerdo del pasado, de la España grande, de aquella España que ostentaba la hegemonía del mundo...

—¡Menos mal...! – dijo un periodista.

—¡Pobre España!—agregó otro.

Continuaron los comentarios a la nota española, a la vez que las plumas corrían velozmente por lasalbas cuartillas.

De improviso, abrióse la puerta de la redacción, y un joven elegantemente vestido, después de hacer un ceremonioso saludo, penetró hasta la mesa que ocupaba el jefe de la Redacción.

—Ustedes perdonen que les interrumpa—dijo.

—Puede usted preguntar cuanto desee— respondió el periodista;—precisamente acabamos de recibir en estos instantes la noticia de la protesta enviada a Alemania por España y podremos facilitarle detalles. La nota está redactada en tonos enérgicos, pero siempre con ánimo conciliador. ¡Quién hubiese dicho hace algún tiempo que la briosa nación española tendría que llegar hasta este extremo! ¡Cómo ha decadío la raza! ¡Si levantasen la cabeza aquellos grandes hombres...!

—Dispense usted, señor, que le interrumpa nuevamente—dijo contrariado el joven.—Yo venía a informarme de cómo ha quedado Vicente Pastor esta tarde en Sevilla, porque me han dicho que el niño ha estado monumental. Yo no sé a qué nota se ha referido usted, ni conozco a España como tal nación guerrera.

Los redactores cambiaron una mirada de inteligencia y contestaron al mismo tiempo:

—Pues nada, joven: no tenemos noticias de tal acontecimiento taurino. Hoy nos hemos sentido verdaderos españoles.

El joven, que lucía en uno de los dedos una sortija que ostentaba el escudo de sus antepasados, escudo ganado en batallas mil, hizo un gesto despectivo y exclamó: ¡Y esto es un periódico español!

Pondremos a la cosa este solo comentario: se trata de una escena ocurrida hace poco en la redacción de un periodico de Córdoba.

Francisco Quesada.

La Asociación Médica Regional

A consecuencia de haber publicado un colega en algunos periódicos diarios de la ciudad hermana un anuncio industrial no muy en armonía con los dictados de la moral profesional en lo que se refiere a las relaciones y procederes para con el público enfermo, reunióse días atrás la Junta provincial sevillana, residenciando al referido colega.

El fallo emitido, inspirado en un gran amor a la verdad y ferviente deseo de defender al profano, al ignorante contra posibles explotaciones, dice así:

«En vista del anuncio industrial publicado recientemente en «El Liberal» y en «El Correo de Andalucía», en el cual se aseguraba por don Delfín Cáceres Jiménez, titulado oculista extremeño, haber curado en pocos días una enferma de gota serena (neuritis), desahuciada por cuatro especialistas de ésta, la Junta provincial de la Unión Médica Regional, velando por la dignidad profesional y para dar cumplimiento al artículo 23 en su letra (e) del Reglamento de la Sociedad de oculistas de Madrid, que copiado literalmente dice así:

«Instruirá al público siempre que la Sociedad Otfalmológica lo crea necesario acerca del valor que tienen los anuncios sobre la curación de la catarata sin operación, de la curación de la atrofia papilar, de la supresión de los lentes y otra multitud de promesas imposibles de cumplir y que sólo tienen por objeto explotar a los infelices enfermos de los ojos».

Pone en conocimiento del público las siguientes conclusiones:

Primera. La neuritis óptica (inflamación del nervio óptico) no es el padecimiento conocido vulgarmente por gota serena, y en la actualidad todos los médicos dedicados a la especialidad de enfermedades de los ojos conocen medios no secretos y perfectamente científicos, con los que se consigue la curación de la neuritis.

Segunda. La gota serena (atrofia papilar del nervío óptico o muerte de los elementos integrantes de dicho nervio) es padecimiento completamente distinto de la neuritis, y se reconoce universalmente como absolutamente incurable.

De la Córdoba abandonada.—La iglesia de Santa María de Trassierra.

Tercera. Con respecto a la curación en pocos días de la granulación crónica de los adultos por procedimientos especiales, hemos de manifestar que el vulgo considera también, y así lo designa, como granulación, padecimientos benignos de fácil tratamiento, y que nada tienen de semejanza con el verdadero tracoma o conjuntivites granulosa, cuya completa curación, empleando los medios más científicos y modernos, puede tardar meses y aun varios años.

Sevilla 26 de Abril de 1917.—El presidente, Carlos Voisins.»

La índole del asunto nos rebela de comentarios; sólo pediremos que los desaprensivos, los industriales de la medicina, los explotadores de la ignorancia, etc., etc., donde los hubiese, se fijen en la actuación de los colegas sevillanos y vayan dándose cuenta de lo que ha de ser la asociación médico farmacéutica.—*El Secretario del Comité provincial.*

—

Continuación de la lista de adheridos:

Médicos: don Emilio Galisteo Pino, de Luque.

Farmacéuticos: don Gabriel Quintana de la Peña, de Fuente Ovejuna; don Esteban Galisteo Pérez, de Carcabuey.

(Continuará.)

Escritores cordobeses.—Antonio Jiménez Lora, notable autor, que ha escrito una interesante comedia dramática en tres actos titulada «El pueblo blanco», la que estrenará en Méjico la Compañia que dirige el gran poeta Villaespesa y en la que figura la ilustre actriz Virginia Fábregas.

¡CORDOBESA!

En el vergel del centro de Andalucía,
en la ciudad sultana de aroma y flores,
te conocí, serrana, por dicha mia...
¡sentí de un imposible los sinsabores!
Ansias, duda, esperanza, penas y amores
juntó en tropel informe mi fantasía,
cuando al mirar tus ojos deslumbradores
penetré en el secreto de la armonía...
Tu mirada es destello de ese Infinito
que ni buscado a drede ni por sorpresa
halló nunca el artista más exquisito
¡porque estaba en tus ojos, mi cordobesa!
Tu mirada es terrible puñal bendito,
sensual y cariñoso que mata y besa.

Manuel Hilario Ayuso.

Alma andaluza e ideal andaluz

II

INTROITO

Dijo Ganivet que la estructura psicológica de un país, el alma de una región—cuando ésta lo es por toda suerte de condiciones, naturales, geográficas, históricas, étnicas, etcétera; tal, Andalucía—, sólo se encuentra cuando, desposeyéndola de todo mecanismo y artificio, del hojaldrado que sobre su esencia íntima acumularon a modo de cobertura los hombres y el tiempo, queda lo que hay de inmanente y fijo en ella—en nosotros, los hombres, que somos sus modos de expresión más genuínos—, lo que no es mudable y por siempre pervive y persistirá, el eje cardinalmente vivo de su existencia, el núcleo de donde procedemos, el núcleo territorial, la tierra—el espacio. Y por eso, el alma de una región es la esfinge inmensa y grandiosa de todo el espacio territorial que la integra; los hombres que en ella viven son sus medios de expresión y cuando estos hombres gesticulan, se mueven, se agitan, es que la esfinge habla.

¿Habrá, por ventura, esfinge más impenetrable que el espíritu territorial de Andalucía?

OROS OPOS

El monte. La elevación. El ideal.

Cimas, en cuya alteza copiarse, tiene dos: Sierra Nevada y Sierra Morena. Albura, purificación, elegancia, amplio acorde sonoro, ritmo soberano de la tierra y el éter, ilusión vaporosa, alada, insustancial, poética, sierra alta, tan alta, que toca con lo divino, y el sol, este sol hosco, uraño, y tirano de Andalucía, se acuerda con la suprema distinción del alma de la Sierra Nevada y modula en ella sus vibraciones, lánguidamente, calladamente, platónicamente, y al besarle con suave ardorosidad, funden sus gracias y sus dones en aljófares rientes, bullidores, locos, saltarines, que al bajar a la serena armonía del llano son lentos, pausados, de claras sonoridades. Y por ser hijos del sol, de la sierra y del agua—pasión, ideal y poesía—, por ellos habla la esfinge, y cuenta el vivir de su alma, del alma de Granada.

Sierra Morena, sierra parda, sierra negra, sierra de realidad cruda, plasmable, hecha vida terrena, como masa de plomo aplastada contra el suelo, ceñuda, hosca, árida como escoria de fundición, como lava volcánica, pero que conserva en su entraña el calor de formación latente e inextinguible, fecundamente productor, que cría olivos y chaparros en las aristas de las rocas agrias y engalana el cauce reseco de sus torrentes y rambleras con el trágico reir loco de las adelfas, y cuando a ella llega el piropo—frescura de brisa, rocío de lluvia—, de sus eternos ensoñados, el mar y el río, florece en su rostro la dulzura nupcial de los azahares. En su seno forjó hombres mudos, herméticos, hieráticos como el Destino, de tradiciones b avas y hondas, de ideales rudos y fuertes. Y toda ella, adustez y hosquedad, es una repelión contra los aires fieros y bárbaros del Norte. Y concentró su alma, avizoradora al peligro, en las vulneralidades de su cordón fragoso—así Iliturgis, Mundas, Navas de Tolosa, Bailén—. Y, atenta a la defensa, no descuidó la acción, hablando. Por eso, Jaén, es mudo.

Copia de alma: Sierra Nevada; blanca, pura, ideal, elevada. Copia de cuerpo: Sierra Morena: fuerte, solemne, brava, libre. Así la personalidad de Andalucía. Sierra Nevada, más en el centro: cerebro o idealidad. Sierra Morena, al costado, brazo derecho de acción y de energía. Así los hombres de Andalucía. Por los que habló la esfinge. Así, su alma. El alma de Andalucía.

Rafael Castejón.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

DE CATULO

A LESBIA

Vivamus, mea Lesbia, atque amemus...
(Oda V)

Vivamos para amarnos, Lesbia mía,
no el amargo presagio nos inquiete
de la vejez austera.
La luz del sol se oculta y a la aurora
vuelve a fulgir en el azul de nuevo;
pero cuando se apague
el débil resplandor de nuesta vida
cerraremos los ojos para siempre
bajo el peso de un sueño inextinguible.
Bésenme, pues, los besos de tu boca:
dame mil, cien después, y mil, y ciento,
y otros cien, y otros mil... tantos millones
que no sepamos cuántos van, y a nadie
tengamos que envidiar, porque ninguno
habrá dado más besos que nosotros.

Agustín Aguilar y Tejera.

Dichos y hechos de antiguos cordobeses

Aixa, poetisa cordobesa, maravilla de su tiempo y prodigio de su edad. Sin igual en memoria y entendimiento, hablaba con elocuencia y con donaire; sus versos eran celebrados con justica, y escribía con tan hermosa y clara letra que mereció la distinción de que se le confiaran las moshafes o copias del Corán.

El tercer Abderramán, cuya corte era emporio de las artes y de las letras, al propio tiempo que construía una ciudad para Azahara, daba asilo en su Mezquita a la sin par Aixa Biut-Ahmed-Alcor-Tobiya, la de las bellas casidas.

Aixa legó a la posteridad unos versos admirables, que escribió para el hijo de Almanzor, y otros no menos dignos de elogio, que dedicó a un poeta árabe que requería su amor y que no era del agrado de la Safo musulmana.

El año 400 de la Egira murió Aixa. Dejó de existir pura, y su nombre jamás se borrará de la numerosa lista de las grandes mujeres hispanoárabes.

CÓRDOBA

Don Quijote y Sancho Panza ante los molinos de viento.—Dibujo dedicado por el insigne artista Ricardo Marín al culto director del Museo de Pinturas de Córdoba, don Enrique Romero de Torres, con motivo de la colocación de la lápida conmemorativa de Cervantes en la plaza del Potro.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 12 de Mayo de 1917 | NÚM. 39

Inauguración de la sexta Cantina Escolar, admirable institución fundada, sostenida y fomentada por el alcalde don Salvador Muñoz Pérez.

DOS RETRATOS NOTABLES

En el año 1812 entró a servir el cargo de sacristán mayor o conserje de la Catedral de Córdoba el señor Aguilar, padre de nuestro malogrado amigo don Rafael y abuelo del actual conserje, también amigo nuestro. Estos señores tuvieron siempre cuidado de guardar en las atarazanas cuanto se retiraba del culto, y así ha resultado que objetos mandados quemar por obispos poco entendidos en artes, se han conservado merced al celo de tales funcionarios, estimándoseles hoy como ejemplares magníficos de pintura, escultura y ornamentación. Entre estos se cuenta el retablo antiguo de la capilla de San Pedro, quitado en 1826 y guardado por el señor Aguilar, abuelo, viniendo a ser una de las más insignes antiguallas que allí se conservan, y, precisamente por relación de padre e hijo, se sabe, con certeza, de donde proceden aquellas tablas, ejemplares rarísimos de la pintura española anterior al óleo. Las tablas interesantísimas de que vamos a hablar, no cabe duda de que son del retablo que había en la capilla del *Mihrab*, antes de que la restaurara don Patricio Furriel por encargo del obispo Trevilla, y esta seguridad de procedencia facilita mucho el trabajo de averiguación de quiénes sean el caballero y la dama

retratados en la tabla central del antiguo tríptico.

Alonso Fernández de Montemayor, hijo del adelantado Martín Alonso de Córdoba y de doña Aldonza López de Haro, fué también adelantado de Andalucía. Enemistado con el rey Don Pedro, tomó el partido de Don Enrique, siendo el principal defensor de Córdoba cuando Don Pedro y el rey de Granada la sitiaron en 1367. El obispo y el cabildo de la Catedral le demostraron su agradecimiento concediénle, para capilla y enterramiento suyo y de sus descendientes, el antiguo *Mihrab*, que tomó el nombre de capilla de Don Pedro, por escritura pública de 27 de Noviembre de 1368, ratificada por otra de 20 de Agosto de 1371, que se conservan en los archivos de la Catedral y del condado de Alcaudete y que se han publicado varias veces, unas enteras y otras a trozos. Después de esta fecha, don Alonso se enemistó con Enrique II, con quien no compuso hasta trece años después, por lo que sabemos que vivía aún en 1384. En 1408 no vivía ya, porque su hijo don Martín estaba en posesión del señorío de Alcaudete y defendió la plaza bravamente contra la morisma.

Don Alonso se enterró en la capilla de que fué fundador y hasta hace pocos años, en medio de ella, se encontraba una tumba de mármol, hueca, de una sola pieza, que, como único distintivo, tenía sobre la simulada tapa una banda adragantada, cruzándola de derecha a izquierda. No tenía inscripción ni otras armas y supusieron nuestros historiadores que la banda era la real de Castilla, dada por Alfonso XI a su adelantado Martín Alonso por el socorro y defensa de Cañete, uno de los hechos más heroicos que las historias narran. Ahora podemos afirmar que era distintivo propio de don Alonso y no de su padre, según el retrato de que vamos a hablar. Don Alonso casó con doña Juana Martínez y de este matrimonio nació Martín Alonso, sucesor de su padre en el señorío de Alcaudete.

Conocidos estos personajes hablemos de sus retratos. La tabla central del retablo representa a la Virgen, sentada, con el niño en brazos y dándole de mamar. A los lados hay dos ángeles con nimbos y debajo dos santos prelados con báculos de oro: delante de éstos se ven dos figuras más pequeñas, arrodilladas en actitud de orar y sin nimbos, determinándose así que se trata de los retratos de los fundadores. El de la derecha es una señora y detrás está el santo con hábito blanco, con la cabeza desnuda y sin atributo por el que pueda conocerse qué santo sea. La dama debe ser doña Juana Martínez.

Del otro lado está un caballero, que seguramente es el adelantado, arrodillado también, y detrás un santo con mitra, probablemente San Ildefonso. El fondo es dorado y grabado y todo pintado sobre el oro con colores que no son al óleo, porque se destruyen frotándolos con agua clara. Los adornos, muy parecidos, por su finura y buen gusto, a las ilustraciones de libros del siglo XIV, tienen más carácter morisco que gótico y los báculos son puramente ojivales. Todos los caracteres acusan el final del siglo XIV o los principios del XV. El traje y mitra del santo obispo de la izquierda son exactamente iguales a los de la estatua yacente del Arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio, muerto en 18 de Mayo de 1399.

El retrato tiene la barba muy cana, casi blanca; es muy delgado y muy alto. Se le representa de perfil, con la manos juntas, en actitud de orar. Tiene la cabeza cubierta con una toca a la morisca, especie de turbante acabado en punta, rojo todo y algo semejante, aunque no igual, al que lleva don Gómez Manrique, señor de Santa Gadea y adelantado de Castilla, en su sepulcro del Monasterio de Frex del Val, que fundó cerca de Burgos. Don Gómez murió en Córdoba en 3 de Junio de 1411. A esta especie de turbante se le llamaba *xásia*.

Don Alonso de Montemayor lleva además un ropón rojo cubriéndole del cuello a los pies, con mangas largas que bajan sólo hasta el codo y la manga del resto del brazo, o mejor dicho del antebrazo, es azul y ajustada. El ropón tiene una franja muy ancha de oro, que parte de debajo del brazo izquierdo, sube por encima de él, yendo a perderse detrás del cuello, aparece de nuevo del otro lado del cuello y baja como bordeando la delantera del ropón hasta el filo inferior. Esta debe ser la insignia de la Banda real de Castilla y el traje rojo es el de que nos habla el viajero Einghen (1). Las botas son también rojas y acabadas en larga punta.

El ropón se encuentra en el se-

(1) Véase nuestro folleto «La Banda Real de Castilla».

pulcro citado de Don Gome Manrique y las botas o zapatos puntiagudos se ven en la estatua yacente de don Juan Alfonso Pérez de Guzmán, en su sepulcro del Monasterio de San Isidro del Campo en Santiponce, cerca de Sevilla (murió en 1351); en la de don Juan Alfonso, señor de Ajofrín, muerto en la batalla de Aljubarrota, en 1382, y enterrado en Santo Domingo de Silos, de Toledo; en la del antes citado Arzobispo Tenorio, 1399, en la del Maestre don Santiago Lorenzo Suárez de Figueroa, que falleció en Ocaña en 1409 y está enterrado en Sevilla, y en la del mencionado don Gómez Manrique. Las estatuas yacentes de tiempo de Don Juan II, incluso la de don Alvaro de Luna, tienen zapatos redondos por las puntas, sin embargo de que en los dibujos de aquellos tiempos se ven algunos puntiagudos.

La dama viste un ropón morado, sin pormenor alguno decorativo y la toca es semejante a la de la mujer de don Gómez Manrique, en su sepulcro de Frex del Val.

Todos estos pormenores, unidos a las hopalandas de los ángeles y a profusos y bellos dibujos del trono en que se sienta la Virgen, nos autorizan para clasificar la obra del último tercio del siglo XIV y a proclamar que aquellos retratos son de don Alonso Fernández de Montemayor y de su mujer doña Juana Martínez.

La tabla, aparte de su valor iconográfico, lo tiene muy grande por ser rarísimos los ejemplares de pintura de tal tiempo, y, a pesar de ello, en la Exposición de Madrid de 1892 no figuró. Por consejo del notable arquitecto, nuestro buen amigo, don Ricardo Velázquez, la envió el Cabildo Catedral y uno de los organizadores la mandó relegar a una atarazana, diciendo que los cordobeses habían querido burlarse de la exposición enviando aquellos jarambeles. No nos lo han contado: tal fué la contestación que nos dió el señor aludido cuando preguntamos en la Exposición por la tabla.

Rafael Ramírez de Arellano.

Escenas de la calle.— Los admiradores del fijador de carteles.
Dibujo de Alfonso del Rosal.

PARA DESPUÉS

Salvamos con la imaginación la distancia que nos separa de la paz que ha de sobrevenir tras la lucha ciclóplea, y nuestro ávido espíritu, acuciado de explicable curiosidad, pretende sondear los misterios qne encierra el porvenir.

¿Cómo será la sociedad humana que habrá de organizarse después de la gran guerra? Por todas partes vemos anuncios de una completa y total renovación, y a fuer de «progresistas» convencidos, de creer que a la Humanidad la reserva el futuro gloriosos destinos, confiamos en que la sangre derramada a torrentes no ha de ser estéril, y que tras la suprema crisis a que asistimos asombrados vendrá el alumbramiento de una nueva civilizacion con un más alto sentido del derecho y la justicia.

Al término de la guerra un doble movimiento de diferenciación e integración se habrá producido en las agrupaciones políticas europeas. Los nacionalismos acaso salgan reforzados de la tragedia y surgirán a nueva vida los que yacían aplastados por la fuerza; pero unos y otros habrán perdido aquella agresividad que trajo la catástrofe, La diplomacia no será secreta, sino pública. Serán establecidas las normas de un derecho internacional público, y será instituído un Tribunal internacional, que juzgará las diferencias de nación a nación, cuyos fallos tendrán una sanción, porque detrás de ellos existirá una fuerza internacional que los imponga.

Los cordobeses de Madrid. — Antonio M.ª de Escamilla, culto escritor y excelente periodista.

La reconstitución de los países devastados por el bélico huracán exigirá una orientación diferente en las formas de producción y distribución de la riqueza, una coordinación entre el trabajo y el capital, bajo la dirección del Poder público, que haga que los hasta aquí antagónicos factores se armonicen en un síntesis de más eficacia y elevación.

El derroche brutal de las energías económicas y la cifra fabulosa de las deudas públicas harán del todo imposible la continuación del militarismo y del capitalismo.

El militarismo dejará de existir a fuerza de extensión, difundido en las naciones enteras militarizadas y armadas a modo de gigantescas milicias. El ejército, como casta o como clase, habrá desaparecido, y su elemento permanente consistirá tan sólo en un reducido número de técnicos.

El capitalismo habrá naufragado en la loca aventura, porque para pagar o intentar solamente pagar el cupón de las deudas públicas habrá que forzar los tributos a un límite tal, que los convertirá en verdaderas incautaciones de las fortunas privadas, es decir, que moviéndose dentro de un círculo vicioso resultará la extraña paradoja de que el capitalismo se habrá devorado a sí mismo.

Un nuevo factor va a hacer su aparición en la sociedad que en estos momentos se incuba en los campos de batalla: la independencia económica de la mujer, lo que significa su actuación en los menesteres de la vida pública, y una nueva vibración y un nuevo sentido que llevará el feminismo a los ámbitos todos de la existencia social, en la que señalará insospechados derroteros.

Tres años de guerra, cuatro años de guerra, cinco años de guerra... de vida febril y de paroxismo van a determinar en la comunidad europea un salto formidable. Unos años que en la evolución van a equivaler a siglos. En la guerra se habrá aprendido lo que antes apenas se advertía: el poder de la solidaridad y de la organización; pero calmados los espíritus, la matanza y las ruinas proclamarán la condenación y el fracaso del régimen económico y social que produjo la hecatombe, y el Socialismo, a cuyos salvadores postulados hubo de acudirse ante los apremios y angustias de la guerra, aparecerá como el único sistema capaz de reconstituir el mundo maltrecho y de preparar a la Humanidad para la nueva era que ante ella va a ser inaugurada.

Juan Morán.

LA TRAGEDIA DEL CANTAR

Giró la clavija,
templóse el bordón,
y, el aire rasgando,
la nota vibrante sonó.
El vino, en las copas
temblaba cual líquido sol;
temblaba, temblaba
con lento temblor.
La sangre quemada en la hoguera
del vino español,
del vino que es fuego que enciende
los pechos de furia o pasión,
la sangre quemada,
por todas las venas latió.
Y aromas muy gratos,
aromas de acacias en flor,
con ecos de risas lejanas,
el aire en la estancia dejó.
Un pálido mozo,
gastado en las penas de amor,
con trémulo labio
la copla lanzó:
«Morena gitana,
que hiciste a mis ansias traición,
mis ojos te vean
maldita de Dios».
Con ímpetu loco
abrióse gimiendo el portón,
y un hombre, en la sala
de un salto terrible se entró.
Miraron sus ojos
con brillo feroz,
su abierta navaja, de un pecho
buscando la presa, silbó.
Las copas, volcadas, rodaron
al suelo con trágico son:
de frágil madera que salta
el brusco crujido se oyó,
y en tal desconcierto
dijo una alta voz:
«Gitana morena,
mi mágico amor,
al que ose ofenderte
le arranco su mal corazón».
Oyóse un suspiro;
el hombre fatídico huyó;
tras él, los del grupo, gritando
se fueron, con gran confusión.
Lleváronse al muerto,
y sólo en la estancia quedó
la guitarra rota,
en triste montón,
y hundida en un charco de sangre,
quemada del vino español.

Francisco Arévalo.

COMPOSITORES JÓVENES

—

EL MAESTRO MILLAN

Al escribir estas cuatro líneas, no acicatea ni estimula nuestra dormida pluma el más leve soplo de adulación, ni es la lisonja al uso la que nos impulsa.

Es, sencillamente, la admiración hacia un luchador joven; hacia uno de los muchos hombres que en el comienzo de su vida artística han dado pruebas suficientes de su capacidad y de su talento nada vulgares.

Nos referimos al maestro don Rafael Millán, que allá en la Corte está poniendo en alto lugar el nombre de los músicos andaluces.

Muchos de los lectores le conocerán sin duda; y otros muchos habrán cultivado su amistad.

Nacido en un pueblo de la provincia de Cádiz, vino a Córdoba, donde su padre, también músico notabilísimo, prestó sus servicios en la banda del regimiento de la Reina.

Aquí vivió hasta los veinte años, en que marchó a Madrid. Por tanto, fué en Córdoba donde se firmó y robusteció su temperamento musical y donde, acaso, recogió los principales motivos de su inspiración sublime.

¿Habéis saboreado las estrofas magistrales de su obra «El Príncipe bohemio»? En ellas palpita la cadencia suave y enigmática, fatalista y soñadora de la gente musulmana.

En «La maldición gitana», obra suya también, hay un sincero aire andaluz (aunque el libro sea puramente de costumbres gitanas) pero fresco, lozano, sin entonaciones enfermizas y dejos de la chulapería musical andante.

«Las alegres chicas de Berlín», es otra obra que le reputa como conocedor del tecnicismo musical y como gran compositor moderno.

Y las innumerables composiciones suyas que a diario repiten bandas y pianos, han pregonando por todas partes la fama de este grande e inspirado novel maestro.

Nosotros hemos permanecido unos instantes en su Estudio, extasiándonos con los bailables de su ópera inédita «El triunfo de Arlequín», libro del también joven e ilustre poeta Rendón, y con otras varias obras que con amabilidad exquisita ejecutó en el piano.

Y nuestra alma cordobesa se enorgulleció en aquellos momentos, porque el maestro Millán es un joven de seguro y glorioso porvenir, pues a ello le dan derecho indiscutible su gran talento, su voluntad de bronce y su delicadísima y peremne inspiración. Y porque el maestro Millán es cordobés, pues que en esta bendita tierra despertó a la vida inmaterial del arte y nutrió su espíritu con las evocaciones de otros días en que Córdoba fué tan grande como el mismo sol andaluz; y con las visiones de la Córdoba presente, melancólica, muda, triste, pero grande y fuerte.

Sean estos párrafos un recuerdo cariñoso al portentoss músico, y un aplauso que sus admiradores y amigos de esta noble ciudad le dedican como justo y merecido homenaje.

Antonio Arévalo.

Doña Elisa Ruiz de G. Ripoll

BOSQUEJO

Tiene su busto la severa gracia
de esos viejos retratos de señora
—duquesa, emperatriz, reina o priora—
que son timbre de eterna aristocracia.

La nieve de la vida o la desgracia
corona el rostro en que dejó la aurora
un rayo de su lumbre triunfadora:
la juvenil belleza de su audacia.

Bulle en sus finos labios indecisa,
como el sol de una nube entre el celaje,
la magia, luz y flor, de una sonrisa;

y en la sencilla traza de su traje,
de un relicario de oro, que es divisa
de la fe y del dolor, brilla el encaje.

Benigno Iñiguez.

ANTIGUAS IDEALIDADES

—

La Bética, según Fenelón

II

—La naturaleza,—respondió Adoamo—les ha separado de los demás, por una parte con el mar, y por la otra con algunos soberbios montes. Fuera de eso, los pueblos vecinos los respetan por su virtud. Muchas veces las otras naciones, no pudiendo componerse entre sí, los nombraron por jueces en sus disensiones, confiándoles las tierras y ciudades de que litigaban. Como esta sabia nación nunca ha hecho alguna violencia, no hay quien desconfíe de ella. Ríense cuando se les habla de Reyes, que no pueden convenirse acerca de las fronteras de sus estados. ¿Puede temerse, dicen, qne falte tierra a los hombres? Ellos tendrán siempre más de la que puedan cultivar. Mientras que haya tierras libres, no queremos ni auñ defender las nuestras contra los vecinos que las quieran señorear. No se halla en todos los moradores de la Bética, ni orgullo, ni infidelidad, ni ansia de extender su dominio. De ahí viene que sus vecinos nunca tienen que temer de este pueblo, ni pueden esperar hacerse temer de él: por eso le dejan en paz. El, antes que servir, abandonaría el país, o se dejaría matar: de donde viene a ser tan difícil el sojuzgarle, cuanto él está ajeno de sojuzgar a los otros. Esto es lo que entre ellos mantiene una paz tranquilísima con sus vecinos.

Feneció Adoamo su razonamiento, refiriendo de qué manera hacían los fenicios su comercio en la Bética. Este pueblo, decía, se maravilló cuando vió llegar cruzando el mar hombres extranjeros de tan distantes tierras. Acogiónos la gente con afabilidad, y partió con nosotros todo lo que tenía, sin querer paga alguna por ello. Ofreciéronnos la lana que les sobraba después de haber hecho la provisión que necesitaban para su uso; y, en efecto, nos hicieron de ella un copioso presente. Es para ellos de sumo gusto dar liberalmente a los extranjeros lo que les sobra. En cuanto a sus minas, no tuvieron dificultad en cedérnoslas, porque les eran totalmente inútiles. Parecíales que los hombres no eran prudentes, yéndose a buscar con tanta fatiga en las entrañas de la tierra, lo que no puede hacerlos felices, ni satisfacer sus verdaderas necesidades. No cavéis tan profundamente la tierra, nos decían: contentaos con trabajarla: os dará riquezas verdaderas que os alimentarán: sacaréis de ella los frutos, que valen más que el oro y la plata; porque no quieren los hombres la plata y el oro, sino para comprar el sustento de la vida. Varias veces quisimos enseñarles el arte de navegar y pasar a Fenicia los mancebos de su país; pero nunca consintieron los padres que aprendieran sus hijos a vivir como nosotros. Aprenderían entonces, nos decían, a necesitar de todas las cosas que se os han hecho necesarias: querrían conseguirlas, dejarían por ellas la virtud, y se harían como aquel hombre que tiene buenas piernas y que, perdiendo el uso de caminar, se ve finalmente en la necesidad de ser siempre llevado por ajena mano, como un enfermo débil. Admiran la navegación a causa de la industria de este arte; mas la tienen por demasiado perjudicial. Si los hombres, dicen, tienen en su país lo necesario a la vida, ¿qué van a buscar en los extraños? ¿No les basta lo que es bastante para las necesidades de la vida? Merecerían naufragar, porque por satisfacer su avaricia, van a buscar la muerte entre las tempestades.

Tenía sumo gusto Telémaco de oir este discurso de Adoamo, y se alegraba de que hubiera todavía en el mundo un pueblo que, siguiendo la recta razón, fuese juntamente tan sabio y afortunado. ¡Oh, cuánto distan, decía, las costumbres buenas, de las vanas y ambiciosas de aquellos pueblos que son tenidos por los más sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos creer que pueda ser verdadero este tan natural candor. Consideramos las costumbres de esa gente como una linda fábula, y ella debe considerar las nuestrns como un sueño monstruoso.

Una tragedia del foro

CASI CUENTO

(Continuación)

IV

Durante la sustanciación de la causa, Pilar pudo, alguna que otra vez, conversar con su hijo en la prisión y siempre le encontró entero y, más que animoso, resignado, sin esperanzas, ensombrencida su alma por tristes augurios; con frecuencia solía Manuel decir a su madre:—No esperes nada bueno; el que vive de ilusiones, es justo que muera de desengaños.

El abogado defensor habíale comunicado, con la más esquisita discreción, sus impresiones como hombre de ley, pero en términos dubitativos, por lo que se refería al éxito final. En su opinión, la causa planteaba un problema demasiado complejo para conciencias tan débiles y mal preparadas como las del vulgo de los jurados, que, por desgracia, es el que actúa en nuestros tribunales populares.

El fiscal calificó el hecho de parricidio con una agravante; la defensa aceptó la misma figura de delito, pero con la concurrencia de una eximente. Entre los testigos propuestos por el letrado de Manuel, figuraba Pilar, por exigencia de ella misma que, en su ofuscación e insania, había concebido el pensamiento de comparecer ante el jurado y hacer revelaciones sensacionales, con la mira de mejorar la situación procesal de su hijo, que tal mal cariz presentaba, en opinión de los doctos.

El día señalado para la celebración de la vista, fué conducido el reo, de la cárcel a la Audiencia, con un lujo de cuidados y seguridades innecesarios y hasta ridículos: fuertemente esposado, en coche celular, custodiado por una pareja de la benemérita, que iba formidablemente armada de fusil, machete y revólver. ¿Para qué esas tardías precauciones, tratándose de un hombre ya vencido y entregado a disrceción?

Celebróse el juicio, sin solución de continuidad, por ser así como se interpretaba entonces el espíritu de la ley, a fin de no romper la unidad del acto, y con sólo una suspensión motivada por la imperiosa necesidad de dar tiempo para que reparasen sus fuerzas, los actores que intervenían en la representación de aquel drama judicial, que tanta expectación había logrado despertar en el *respetable público*.

La nota saliente del juicio fué, sin duda alguna, la declaración de Pilar. La infeliz estaba desconocida, había envejecido prematuramente: níveo el cabello, la tez marchita, desconfiada y recelosa la mirada, la frente surcada de hondas arrugas, las sienes deprimidas, hundido el pecho, el cuerpo demacrado; podía decirse que llevaba profundamente impresas, en su rostro las huellas del más intenso dolor. El insomnio, la inapetencia, los desarreglos nerviosos, el estado de intranquilidad de su

Niños de Córdoba. — Carlos Font del Riego, hijo del laborioso industrial don Juan Font Navas, dueño de la librería de la calle de este nombre, y de la excelente profesora y publicista doña Rosario del Riego del Pozo.

ánimo, fueron parte a destruir y arruinar en breves meses, la bella portada de aquel cuerpo, antes gallardo y escultural.

En una conversación que tuvo con el defensor, habia recibido Pilar la sensación deprimente de que su hijo estaba irremisiblemente perdido y, ante esta consideración aciaga, resolvió, una vez llegado el momento crítico, jugarse el todo por el todo, y en verdad que se lo jugó.

La declaración de Pilar fué emocionante; convencida de que la circunstancia de aparecer Manuel, sin serlo, como hijo de don Cosme, llevaba implícitamente aneja la pena de muerte, la alentó a romper el vergonzoso secreto que envolvía el nacimiento de su hijo, y decidióla a revelar toda la verdad, aun a trueque de inmolar su honra, y firme en este propósito, negó ante el Tribunal, con valor de madre acorralada, la paternidad de Manuel, poniendo de manifiesto, sin paliativos ni circunloquios, los amores adulterinos que sostuvo en su juventud con don Leopoldo de la Cueva.

Llamóla al orden el presidente del Tribunal, y el defensor protestó respetuosamente, por creer que se coartaba la libertad oral de la testigo, y, en vista del incidente surgido, acordóse que el acto fuera secreto, y se mandó desalojar la Sala para que, a puerta cerrada, pudiese Pilar declarar sin trabas ni cortapisas, ya que se obstinaba en descorrer el tupido velo que envolvía aquel misterio de su corazón. Un rumor de desagrado acogió la adopción de aquella medida de prudencia, pero el metálico son de una campanilla enérgicamente agitada apagó al punto el sordo clamoreo del público, y éste, visiblemente contrariado, por creerse desfraudado, en su creciente curiosidad, salió perezosamente del local, dando señales de descontento, como si se llamara a engaño, al tener que cumplir el mandato presidencial.

Entonces entablóse un duelo desesperado entre la pobre madre y el severo representante del Ministerio público. Ella, en su afán de persuadir a los soberanos juzgadores de su hijo, daba detalles, harto convincentes, de su traición conyugal, afirmando, una y otra vez, que el interfecto don Cosme no había sido, por natura, el progenitor de Manuel, y para robustecer la aseveración que insistentemente hacía de no ser el padre, siempre y en todo caso, indubitable, llegó a intercalar, en uno de sus movidos parlamentos, este intencionado refrán español: «los hijos de mi hermana, mis sobrinos son; los de mi hermano, son o no son.»

El Fiscal, por su parte, trataba de envolver a la testigo con preguntas y repreguntas artificiosas, y, a fin de destruir el efecto moral que hubieran podido producir, en el ánimo de los jurados, las graves manifestaciones hechas por Pilar, no se paró en barras y deslizó cautelosamente, aquel

integuerrismo funcionario, como quien no quiere la cosa, un argumento *ad-hominem*, recordando a la desolada madre, cómo ella misma, hacía años, en unos autos de divorcio y en otros sobre impugnación de la legitimidad de Manuel, promovidos por don Cosme, como marido agraviado, había sostenido y hecho prevalecer el criterio contrario a las pretensiones del actor y no podía admitirse, en buenos principos, que posteriormente fuera Pilar contra sus propios actos, siquiera, al proceder así, tuviese el designio, muy loable, después de todo, de favorecer a su hijo, que habia caído en el enojo sañudo de la ley.

La escena que allí se desarrolló, fué, en vedad, poco edificante. Aquella no era la declaración serena y reposada de una testigo, que trataba de ayudar la acción de la justicia, sino la ruda y desigual lucha empeñada entre una madre frenética y trastornada que, con las armas, sobrado quebradizas, de su corazón dolorido, pugnaba por salvar a su hijo de la última infamante pena, y un funcionario técnico, entendido y ya veterano en tales lides y en el difícil arte de preguntar a los testigos que, con impasible frialdad y cálculo reconcentrado, medía y pesaba las palabras de que se valía, manejando hábilmente el interrogatorio curialesco, para confundir y enredar en flagrantes contradicciones, a una mujer ilusa y algo desequilibrada, que recorría a ciegas, tropezando y cayendo, un accidentado camino, cubierto, para ella, de obstáculos y trampas invisibles.

El Fiscal y el defensor, después de practicadas las pruebas, las cuales fueron de cargo para el acusado, hubieron de perorar, al decir de los que les oyeron, muy galana y elocuentemente. Cada orador, desde su punto particular de vista, sostuvo su tesis, derrochando ambos, los tópicos de uso corriente, los lugares comunes, las frases chispeantes, efectistas y rebuscadas, los latiguillos y las figuras retóricas que constituyen el arsenal de tropos que disparan indefectiblemente, en sus informes orales, por no decir en sus arengas, los criminalistas de la escuela clásica, sin omitir, por supuesto, las frecuentes apelaciones al sentimiento, más que a la sana razón, de los jurados. Y es que el histrionismo también invade, con frecuencias los severos estrados del foro.

El Fiscal mantuvo en su acusación la calificación de parricidio, con la agravante de haber el reo realizado el delito con desprecio del respeto que, por su edad avanzada, merecía la víctima: «Un anciano venerable, de ochenta años—exclamaba aquel funcionario-, cobardemente estrangulado, a manos de quien, por razón de su procedencia y de su sangre, debió, siempre y en todo caso, haber empleado su juventud y su pujanza en defender a su desvalido padre! El que así obra no es un ser humano más que por la figura exterior, es un monstruo, que no debe de tener perdón ni ante el Tribunal de Dios, ni ante el de los hombres.» Así se expresaba el representante de la sociedad, y los nervios de los sensibles jurados trepidaban con fuertes sacudidas, bajo la influencia de aquellas palabras ardorosas, como si los extremeciera una corriente eléctrica. Con detenimiento se entretuvo el Fiscal, como recreándose, en rebatir la declaración de Pilar, si bien escusando su mal llamado falso testimonio, con el amor de madre que no omite medio, por estremado y reprobable que sea, de salvar, aun con piadosas mentiras, a un hijo malvado y criminal, que forzosamente había de castigar, con todo rigor, por respeto al imperativo categórico de la ética y de la ley. Al resignado reo lo pintó con los rasgos odiosos del camorrista y del parricida, para hacer antipático y repulsivo su semblante moral. Manuel, ni siquiera se inmutó ante las durezas y destemplanzas del fiscal; desde que oyó decir a su madre, en la declaración que prestara, que él era hijo de un amor impuro y vedado, parecía como más satisfecho de sí mismo, por que, al fin y a la postre, él no era en realidad un desalmado y vil parricida, sino el providencial salvador de su madre.

El abogado del reo, adujo la eximente de haber obrado éste en defensa de lo más dulce, de lo más tierno, de lo más adorable que existe en la tierra. En forma alternativa propuso también, modificando sus conclusiones provisionales, la atenuante de arrebato y obcecación, para el caso de que no llegase a prosperar la exculpatoria por él alegada, contar, al menos, con la probabilidad de poder compensar y cancelar la agravante sostenida por el acusador, con aquella otra circunstancia modificativa de la responsabilidad criminal y ver así de conjurar, de esa manera, el peligro inminente que se cernía, amenazador e implacable, sobre la cabeza del acusado.

¡Qué sarcasmos tan sangrientos

ofrece, a las veces, la vida! Cuando Pilar, como esposa, por defender su honor y el nombre y patrimonio de su hijo, veinte años antes, mintió para usurpar una paternidad falsa, fué creída por el sesudo juzgador y la taimada y procaz mentira quedó triunfante. Veinte años después, cuando la propia Pilar, como madre reveló toda la historia de su prevaricación moral, para arrancar una presa querida de las garras del verdugo, fué desmentida por los impasibles guardadores de la ley, y la verdad quedó vencida y destronada en el templo mismo de la diosa justicia.

Terminados los debates, fué invitado el reo, con arreglo a la ley, a hacer uso de la palabra en defensa de su causa, pero guardó desdeñoso silencio. ¡Qué iba a decir él, después de lo que había dicho, sin merecer crédito, su desolada madre! El Presidente resumió la discusión, con correcta imparcialidad, y seguidamente formulóse el interrogatorio a que habían de contestar los señores jueces de hecho, los cuales retiráronse, soñolientos y fatigados, tras doce mortales horas de tensión de espíritu a deliberar, mejor dicho, a echar suertes sobre la vida o la muerts de un acusado, de un hombre, con todos los fueros, de su condición racional.

No se hicieron esperar los jurados que, al punto, regresaron al Tribunal portadores de un veredicto de culpabilidad, en el que se contestaba afirmativamente a la agravante alegada por el Ministerio fiscal y en sentido negativo a la eximente y atenuante propuestas por la defensa.

A continuación, celebróse el juicio en derecho, que fué breve y contundente; el acusador público, aplicando a los hechos admitidos como ciertos en el veredicto, la cuadrícula legal, pidió para el culpable la imposición de la última pena. El defensor, por pura fórmula, y prescindiendo del precepto legislativo, solicitó la absolución del reo; no hay que decir que la sentencia fué conforme con la petición del fiscal; esa era, después de todo, la extricta y genuína expresión de la legalidad, y, en su consecuencia, a Manuel condenóse a muerte en garrote como parricida, sin serlo de hecho, y es que la justicia de aquende el Pirineo nunca es osada a romper los moldes de la ficción, ni tampoco sobresale por su originalidad innovadora ni menos se permite audacias geniales que puedan tomarse camo irreverencias de las declaraciones hechas en la ley escrita; de aquí que, sus decisiones todas, lleven la marca conocida de la misma aduana, esto es, un respeto superticioso a la estática disposición legal, enquistada en las páginas muertas de los Códigos, que con tanta frecuencia y arrojo infringía y contrariaba, el *Buen Juez* de Francia, de feliz recordación.

Con posterioridad entablóse el recurso extraordinario de casación, por infracción de ley, que se desestimó por el Tribunal Supremo de Justicia, y por último se promovió el expediente de indulto, que fué denegado por el Consejo de Ministros, previo informe de la Sección de Gracia y Justicia del Consejo de Estado, y a vuelta de tanta actuación formalista y huera, pero rodeado, eso sí, de todas las garantías y solemnidades que ha ido acumulando una larga tradición de siglos, decidióse, al fin, por los depositarios de la ley y por los promovedores de la pública felicidad, que para vengar una muerte causada en un momento de inconsciencia, por un joven ofuscado, se perpetrara otra muerte más, pero ésta de manera premeditada, aparatosa y teatral, porque en aquella época aún se verificaban las ejecuciones de los reos, con toda notoriedad, para ejemplarizar, con la vista del patíbulo y del verdugo, a la gente maleante y bravía que pululaba en los centros de población.

Pilar, agotada por tantas penalidades y amarguras, habíase quedado esquelética; dominada su turbia razón por una idea persistente y tenazmente fija, llegó a desquiciársele el juicio; era, en fin, lo que se llama una demente que, aparte la obsesión que tenía por su hijo, estaba, por lo demás, como alelada, imbécil e insensible a todos los estímulos del mundo exterior.

Luís Valenzuela.

(Concluirá.)

La muerte del niño. — Hermoso bajo relieve del admirable artista don Dionisio Pastor Valsero.

SILUETA FEMENINA

POR ALFONSO DEL ROSAL

VALORES ENTENDIDOS

Indudablemente, España, en las actuales circunstancias, atraviesa por uno de los momentos más críticos y decisivos, de más transcendencia y valor moral que registra su historia. En España, pese a sus profesionales, hay un punto de iniciación de calladas energías, un resurgimiento de sus privilegiadas facultades orientadas en los modernos derroteros de ahora. Hubo una época en que todo el espíritu de nuestra nación se condensaba en aspiración constante de dominación y conquista, de gallardas y retadoras actitudes. Hoy, aquellas románticas empresas, son reemplazadas por el sereno juicio que el avance del tiempo pone en los arrestos ciegos de la juventud; las efervescencias de antaño, han dejado en la conciencia de la nación sedimentos de mesura y sensatez que hacen adaptar en justa medida los anhelos al marco de las realidades presentes. En España, hay los gérmedes de un pueblo fuerte y bueno, consciente de su deber, que aspira a dar efectividad a sus ideales de progreso. ¿Qué otra cosa si no significa su enérgica resistencia a las instigaciones que solicitan su intervención en la contienda actual? Esta caballerosa postura en que se ha colocado España ¿no acusa una personalidad marcadamente definida, una orientación concreta que cifra sus esperanzas de engrandecimiento en los beneficios de la paz, siempre que no se menoscaben el honor o la integridad de su territorio?

Mas cuando tocamos el tema de las excelentes cualidades de España, surge inmediata la pregunta de ¿cómo a pesar de ellas es posible que haya llegado ésta a tan visible decadencia?, ¿cómo contando con tantos factores, de propia personalidad, un sereno patriotismo, preclaras dotes de raza, sigue nuestra nación contenida en los límites de una razón embrionaria?

Para contestar a esta pregunta, necesario es que fijemos nuestra vista en la esfera política del país. Es preciso que nos detengamos, sin apasionamiento de partido, en analizar el valor representativo del político en España.

Para unos, el político es el hombre listo y travieso que, por su sagacidad y osadía, ha sabido colocarse en altura superior a los demás, el falseador de las elecciones, el que hábilmente medra, prevalido de su cargo, extendiendo su red de influencia hasta en lo más apartado y secundario de la vida política y administrativa; es la expresión de lo insustancial y frívolo; el de las alaracas retóricas y artificiosas soluciones a difíciles y serios problemas sociales; el que es, en suma, compendio de la más aparatosa y ridícula de las vanidades. Para otros, el político representa la rémora y atraso; el verdadero parasitismo de nuestra vida pública; un valor entendido, desprovisto en absoluto de otros títulos que el de pertenecer a uno de los marcos feudales en los que viene desarrollándose nuestra política.

Uno y otro alternan y comparten el poder con mengua manifiesta de la voluntad nacional, dificultando la ordenada marcha administrativa, obstaculizando toda obra de renovación y haciendo que se esterilice por falta de ambiente, la importante labor de aquellos verdaderos prestigios, cuya fama está basada en la justicia de sus méritos y no en la concesión precaria del favor.

Y ocurre preguntar, para concretar, encauzando las consideraciones que anteceden al fin que pretendemosidemostrar con el presente artículo: ¿qué obra de relación, de compenetración entre el pueblo y las clases directoras es la que realiza esta serie de supuestos valores? Y ¿qué apoyo ha de encontrar en el país, qué raigambre en la conciencia de la nación el Gobierno que con ellos se forme?

Radicando la paz y el progreso de los pueblos principalmente en la confianza y la seguridad que inspiran las personas encargadas de regir sus destinos, de tal modo que, de esa compenetración y consciente intercambio de ideas, es de donde nacen las bases de su futuro engrandecimiento, triste ha de ser todo vaticinio de la nación en la que sus políticos no sean sus verda-

deros y legítimos representantes. En España, es patente y manifiesto el recelo con que al principio se acoge cualquier proyecto de innovación o reforma que proceda de las altas esferas del poder, siendo necesario que los beneficios truequen en benaplácito la inercia de las hostilidades. Y ¿quién duda que de esta hostilidad y perpetuo divorcio nace la falta de sentimiento de asociación nuestro?

España es grande y fuerte, espiritualmente, como ninguna otra nación del mundo, mas para que su riqueza moral tenga un completo desarrollo, recordando pasados esplendores, es preciso que los recelos se cambien por la fe que un pueblo tiene en sus políticos, cuando estos gobiernan acertadamente. En una palabra: es necesario que los tristemente célebres valores entendidos dejen su puesto a los legítimos valores, aquellos que con la pluma y la palabra han sabido conquistarse el leal aprecio y consideración de todos sus compatriotas.

M. Galindo Usano.

UNA PROTESTA

Los suicidas del toreo

Con pena y con indignación, cojo la pluma para protestar energicamente contra la caterva de vagos achulapados que, abandonando la profesión a que se dedican, sientan plaza de suicidas, en corridas más o menos formales, pasando, de hombres útiles para la sociedad, a la categoría de bufones, de hazmereir de un público aún más vesánico, falto de conciencia y degenerado que los modernos histriones del toreo.

Sin tener en cuenta las tristes odiseas del desventurado Carpio, aquel pobre maestro de escuela que murió en las astas de un toro, y la reciente, muy reciente, del infortunado Ballesteros, hombres con alguna ilustración y, lo que es peor, verdaderos artistas, abandonan, repetimos, su trabajo para servir de irrisión a esos mismos que, al ocurrir una desgracia, ponen en sus palabras un sentimentalismo cursi y fingido y en sus ojos el llanto del cocodrilo.

Estas frases, esta protesta, nos las dicta nuestra conciencia, ante el hecho insólito e inaudito que presenciamos el domingo anterior en la plaza de toros de Córdoba: un individuo, cuyo nombre no queremos mencionar, figuraba en el cartel como primer espada; según nos dicen, se trata ¡de un oficial de Correos! Abandonando un destino con el que tenía solucionado más bien que mal el problema de la vida, vistió el traje de luces, deslumbrado por el brillo de los caireles, y, después de hacer el paseíllo, negóse por completo, no ya a matar, sino ni aun a lidiar el toro que le correspondía.

¿No es bochornoso que un hombre que puede vivir con su trabajo haga ridículo tan grande?

Del Museo de Córdoba.--El ciervo y el brocal de un pozo de Medina Azahara.

Si así es, más bochornoso, más ridículo, más denigrante es que otro individuo, notable modelador en yeso, según nos informan, saliese a la plaza con la cara tiznada, tal vez para que no se le notase el color que caracteriza la vergüenza, y vistiendo el traje de botones o de payaso.

Pero no es esto sólo: según manifestó la empresa, estos pobres equivocados figuraron en el cartel por las numerosas recomendaciones de personas influyentes y que se llamarán pomposamente caritativas, b... nas...; individuos deseosos de r... pero que en el momento de la t... gedia, serán los primeros en ha... ver que protestan contra la que, ... tal momento, calificarán de fie... bárbara e inhumana.

En la memoria de todos perdu... rá aún el recuerdo de aquel inf... llamado California que por ha... reir a unos cuantos señores, fué ... gido por una res, muriendo en... hospital de Córdoba.

La mayoría de los que mue... destrozados por los toros, los ma... según dijo hace poco el brillante ... critor Curro Vargas, los que los ... comiendan a las empresas; los ma... «ese público, esa muchedumbre ... la que ese hombre forma, sin duc... parte, y que entiende también q... el lidiador suicida ¡¡es un torer... ¡Esa muchedumbre que el domin... que viene y el otro, y el otro llena... la plaza y, ebria de entusiasmo o ... indignación, gritará, rugirá frené... ca y desgarrará con los dientes ... apóstrofe o coreará con ¡oles! este... tóreos la brillante faena del diest... afortunado...!»

Soy aficionado a las corridas ... toros, pero nunca partidario de qu... los ignorantes y suicidas figuren ... las mismas.

Toreen sólo los que sepan ya h... cerlo; terminen las recomendacion... de ignorantes y suicidas y tengam... algo más de compasión, de dig... dad... y de vergüenza.

Emilio Santiago Diéguez

LOS LIRIOS

Los lirios son tus flores favoritas,
me lo dijiste tú, mi bien amada;
los lirios son tus flores favoritas;
del blancor de los lirios es tu cara.

En la paz de un crepúsculo, yo supe
que eran lirios tus flores adoradas,
y desde entonces, viven en mi mente
con tu imagen bendita y venerada.

También tus lindas manos serán lirios
cuando se encuentren yertas y cruzadas,
cuando entren en las sombras misteriosas
de las que no se vuelve, bien amada.

Entonces serán lirios, y abatido
bajo el dolor siniestro que no pasa,
mis labios pondré en ellos, y amoroso
colocará los lirios en mi alma...

¡Los lirios son tus flores favoritas,
me lo dijiste tú, mi bien amada...!

Eduardo Baro.

INFORMACIONES DE «CÓRDOBA»

EL PASO DEL RÁPIDO

En los andenes.—Recordando a Madrid.—Los que viajan.—La bella actriz.—Unos minutos de charla. —Le interesa Córdoba.—El público, el arte, lo que triunfa en la escena.—El tren se va.

Los andenes de la Estación, en estas tardes ofrecen interés y amenidad.

Para Sevilla pasan en los correos y expresos muchos viajeros y es grato encontrar de vez en cuando caras conocidas asomadas a las ventanillas de los coches.

Entre escritores y artistas dejamos en la Corte algunas amistades; conocimos a gentes del teatro, y no es extraño que, mientras paseamos curiosos a lo largo del convoy, oigamos una voz conocida que nos pregunte:

—¿Usted aquí? ¿Tú en esta? ¿Vas de viaje?

Y la evocación de tiempos idos, del Madrid vario y pintoresco, el recuerdo de la tertulia del café, del saloncillo del teatro o del anochecer paseando por las aceras de Lhardy y de la Peña, surge en nosotros melancólico.

Es, pues, interesante este paseo que, a la caída de la tarde, al paso del rápido descendente, damos algunas veces por los andenes.

Resulta ameno y distraído ver a gentes extrañas que cruzan un momento ante nosotros, y a las que tal vez no volveremos a encontrar en nuestra vida.

Ante ellas nos sentimos observadores y les adjudicamos un papel en sociedad que creemos que sin duda es el verdadero que representan.

Aquellas muchachas que ríen asomadas a las ventanillas de un coche de primera, son chicas «bien», damitas de la aristocracia, de las que bailan el *fox-troot* en el Ritz o juegan al *tennis* en los hoteles del paseo del Cisne o de las calles de Almagro y de Fortuny.

El señor que ha bajado un momento, con barba rubia, traje entravillado, lentes de oro y unas polainas de color de avellana, es un *spormant* que viaja para asistir a las tiradas de pichón de Sevilla.

Aquellas de caras pálidas que vemos en un coche de tercera, son coristas de zarzuela.

Más allá, en otro coche, entre ganaderos y tipos de los pueblos, va la tiple, más fresca, más juvenil, charlando con una señora enlutada —su mamá—y con un tipo contrahecho y ridículo, el apuntador o el representante de la compañía.

Sola y gentil, asomada a una de las ventanillas del expreso, una damita rubia y bella nos saluda.

Nos acercamos dudosos en nuestra miopía, y, ya ante el coche, la conocemos y le decimos:

—¿Usted? Había venido aburrido a los andenes y tengo este encuentro tan bello y agradable.

—No diga usted que me ha visto. No me conviene que sepan que viajo, dijo con tono misterioso, dibujando en sus labios de fresa una sonrisa.

—Discretísimo.

—Voy a Sevilla unos días a divertirme, de incógnito.

—Como una princesa. No podrá guardarlo mucho tiempo, porque la delatan la belleza de sus ojos y la elegancia de su figura. Y luego ¡allí, donde tantas veces la han visto y la han aplaudido!

—Entre el bullicio de la feria pienso pasar inadvertida. Nada de artista, una burguesita vulgar que viaja y se distrae. Al regreso, un día o dos quizá, me detendré en Córdoba. Me interesa esta ciudad; nada sé de ella.

—Y nada saben los cordobeses de su arte.

—Ignoro cómo es este público y cómo sabe juzgar a los artistas. Yo he leído que a la Imperio le han tributado recientemente muchas ovaciones.

—Y lo mismo hicieron con Luísa Vela y Sagi-Barba. Este público está deseoso de admirar el arte en todas sus manifestaciones; se muestra un poco frío y huraño ante la novedad, ante el artista desconocido; le suelen gustar los dramas policíacos, las comedias de astracán, y se entretiene con las películas terroríficas del Cine.

—Es la falta de orientación artística, el no poder hacerse campañas de un mismo género en provincias. Gustan de la variedad; el «truco» y el retruécano que triunfan en la escena y los maullidos de algunas cupletistas adornados con gestos de picardías que estudian horas antes frente al espejo del cuarto de la fonda.

—El arte de usted, el único, el de la armonía, el del encanto.

—El que yo creo que es el más natural, más de la vida. Una heroína de Benavente o una andaluza de verdad de los Quintero.

—También aquí gustan de eso. Han aplaudido a Rosario Pino, a

María Guerrero, a Margarita Xirgu....

—Y ¿quiere usted que, tras esas geniales, yo me presente? Estoy segura de que no gustaría.

Dudamos un momento ante la modestia sincerísima de la bella actriz.

Tibiamente hemos formulado nuestra protesta, que a ella de fijo no le convence.

Suena la campana anunciando la marcha del convoy, un silbato, y la actriz, por último, nos dice:

—A la vuelta me detendré unas horas en Córdoba. Veré la Mezquita, daremos un paseo por esa hermosa Sierra. Nada de trabajar en el teatro. Ya usted ve, ahora sólo soy una burguesita que viaja... Sonreía ingenua, encantandora...

Estrechamos su mano fina y enjoyada de marquesa.

El tren avanzó, y la cabecita rubia la vimos perderse a lo lejos, con tristeza, entre los últimos reflejos de sol de la tarde que moría...

A. Jiménez Lora.

La cuestión del Suizo

Acometida una vez más la cuestión del Suizo, consideramos cumplir un deber de ciudadanía expresando nuestra opinión, resueltamente contraria a la forma en que el asunto se plantea, y hemos de advertir que ahora y siempre, en este y en toda clase de asuntos, hemos de expresarnos con sincerísimo respeto, no ya a las personas, que esto huelga decirlo, sino a las ideas, por equivocadas que puedan parecernos.

Arranca nuestra protesta del examen de la pavorosa situación actual de Córdoba. A causa de la insalubridad que sufre, principalmente por la falta de agua y alcantarillado, el coeficiente de mortalidad es espantoso: el 33 por 1.000; el problema de las subsistencias es cada día más grave, por el encarecimiento de los artículos de primera necesidad; el contingente de analfabetos es muy crecido; no hay locales adecuados para escuelas; el Matadero público, situado junto al Cementerio de San Rafael, ofrece una clara idea del abandono en que se tiene el problema sanitario; el cementerio de la Salud está situado en la dirección de los vientos reinantes en la ciudad; tenemos las calles empedradas con puntiagudos guijarros; domina el hambre en el hogar del obrero; la clase media, sufre en silencio miserias espantosas...

En tal estado, se verifica una reunión pública en la que se excita a la gente para que exprese su opinión, para que diga qué quiere, y la respuesta es esta: ¡El Suizo!

¡El Suizo! ¿Para hartarse de comer en él? ¿No es así, ya que sufrimos una situación de necesidad, claramente de hambre?

No: para echarla abajo, para correr el «tapón» de la calle Nueva a las Tendillas, para poner en estas la Casa de Correos, para...

¿Para qué, señores, puesto que aún no han precisado los términos de la cuestión?

De formarse el proyectado solar para la Casa de Correos en el espacio que actualmente ocupan los derribos de la calle de Sánchez Guerra, esta en su totalidad y un tercio del Suizo ¿de dónde proviene la seguridad de que enseguida habría de empezarse la construcción de aquélla? Basta fijarse en cuanto el Estado tiene por hacer en Córdoba: el solar para la Delegación de Hacienda, el solar para la Escuela de Veterinaria, la Escuela de peritos agrícolas sin instalación ninguna, el Hospital de San Fernando a medio obrar todavía, la defensa contra las inundaciones... ¿Por qué el nuevo solar, situado precisamente en una de las zonas más visibles, había de correr mejor suerte? Más que probable sería que permaneciera yermo e inútil, constituyendo un estorbo, durante años y más años, como sucede con los del paseo del Gran Capitán y los mismos de la calle Nueva.

No se edifica en estos ni se edificaría en aquel, porque una demolición más no podría producir la automática construcción de casas, no ya de siete pisos: ni de uno.

Aumentaría, eso sí, el valor de los solares y edificios de aquella zona, pero nada más, porque si verdaderamente se impusiera la construcción, esta se realizaría con Suizo y sin Suizo.

No hay acuerdo en el deseo de la demolición; no se trata, ni mucho menos, de una aspiración unánime, y la minoría que se opone resueltamente a aquel propósito, desea de verdad y claramente que fracase de una vez, por que ello implicaría el término de la política de derribos que Córdoba ha venido padeciendo y la consagración del interés público a la magna obra constructiva que tiene por expresión bastante esta sola palabra salvadora: saneamiento:

Es justo, necesario, inaplazable, apremiantísimo que se procure tra-

Figura de mujer. -- Cuadro del joven y laureado artista Manuel León Astruc.

bajo a los obreros del ramo de construcción, mas nos parece absurdo que esto se procure efectuar con la demolición del Suizo, que no resuelve nada. ¡Ahí está, sin concluir aún, la Casa Ayuntamiento, precisamente al comienzo de la calle que se quiere «destaponar», convirtiendo un edificio en un solar que haría juego con aquella edificación abandonada!

No se quiere construir la Casa de Correos en el espacio comprendido entre las calles de Sánchez Guerra, Diego de León, el Mármol de Bañuelos y la Plata; ni en el que limitan las calles Nueva, de Diego León y el Paraíso; ni en uno de los muchos solares que en el paseo del Gran Capitán proclaman que la población no siente la necesidad de promover edificaciones.

Ha de formarse el solar para la Casa de Correos precisamente sobre los derribos de la calle de Sánchez Guerra, ésta en su totalidad y un tercio del Suizo. Se da con ello motivo a pensar que el proyecto de Casa de Correos sirve sólo para meter mano al edificio del Suizo, con ánimo de derribarle por entero y, si así fuese, hay que reclamar que se hable claro a la opinión pública, para que nunca se diga que se va más allá de donde se señala.

Inagotable es el tema y en él insistiremos repetidamente desde todos los puntos de vista, mas, como no queremos que se nos confunda con quienes pretenden ejercer coacción sobre los periodistas para que no incurran en el deber de expresar la opinión contraria al derribo, declararamos abiertas estas columnas para la exposición de toda clase de juicios, favorables o adversos a la forma en que se plantea la cuestión, y para terminar por ahora declaramos que por completo estamos de acuerdo—creemos que nadie dejará de participar de esta opinión—en la afirmación del señor Enríquez Barrios de que el Ayuntamiento debe conservar el derecho de compra del edificio porque, de no hacerlo así, cuando se impusiera la adquisición para satisfacer las necesidades del tránsito público, su precio sería exorbitante. Esto no tiene nada que ver con el propósito de formar el solar para la Casa de Correos precisamente sobre los derribos de la calle de Sánchez Guerra, ésta en su totalidad y un trozo del Suizo, taponando para siempre las Tendillas y las calles de la Plata, la Morería y San Alvaro. Es necesario que todos los términos de la cuestión queden bien aclarados, incluso en el punto de las garantías que el Ayuntamiento ha de ofrecer a quienen anticipen el dinero, si éste ha de devengar interés a cuenta del Municipio y si se ha de destinar a la demolición del Suizo la cifra de 30.000 pesetas consignada para una de las más bellas obras constructivas que en Córdoba hayan de hacerse: el Jardín de los Niños.

Tiene la palabra quien por escrito quiera usar de ella desde estas columnas, en las que libremente pueden ser expuestas toda clase de opiniones.

La Argentinita, bella y notable artista que actúa con extraordinario éxito en el Salón de Ramírez.

Cervantes, Córdoba y Granada

Felicito muy efusivamente a mi querido amigo Enrique Romero de Torres, por el homenaje que Córdoba ha dedicado a Cervantes colocando una lápida en la *plaza del Potro*, lugar y barrio mencionado por aquel «en la mejor novela del mundo»... Inició la idea Enrique Romero, y enseguida, «varios cordobeses con amor de paisanos y con veneración de españoles»...(así lo dice la lápida), realizaron el proyecto, y el *Diario de Córdoba* ha dedicado buena parte de sus números de 23 y 24 de Abril a ese acontecimiento, insertando hermosos trabajos de Rodríguez Marín, Belmonte Muller, Barroso, Avilés, Blanco Belmonte, González Aurioles, Pellicer, Montis y Rey y reproduciendo un curiosísimo artículo de Ramírez y de las Casas Deza, de Julio de 1863.

Cervantes mencionó el *Potro de Córdoba*, al propio tiempo que otros sitios famosos de varias ciudades, entre ellas la *Rondilla de Granada*, pero como aquí no estamos en Córdoba, todavía no sabemos con certeza dónde estaba esa *Rondilla*, ni yo pude conseguir, ni antes, ni en la Junta que se formó para el fracasado Centenario de Cervantes, que se estudiara con actividad y celo todo cuanto se refiere a la estancia de Cervantes en Granada y su provincia. En esta revista he reunido datos y antecedentes acerca de ese tema, y lo he facilitados también a algunos cervantistas de otras ciu-

La situación sanitlria de Córdoba

El Matadero público, situado junto al cementerio de San Rafael, con el que se comunica por un infecto arroyo y por medio de las bandadas de moscas que, luego de recoger de los cadáveres toda clase de miasmas, van a depositarlos sobre las carnes de las reses de que ha de nutrirse la población que vive de milagro en espera de su ingreso definitivo en el camposanto. Mucho hace el Ayuntamiento en el Matadero y excelente y ejemplar es verdaderamente la labor de los funcionarios que allí prestan servicio, mas nada realmente positivo podrá obtenerse mientras se tenga el matadero junto al camposanto, las reses matadas junto a las personas muertas, como si todo ello, representando una creación de pesadilla de Valdés Leal, constituyese un solo cebadero de insectos, comunicado además por un mísero arroyo que, en vez de salutífera agua clara, arrastra un barro infecto y nauseabundo. Esta es una de las más espantosas realidades de la situación actual de Córdoba, producida desde que, por lo que fuese — se dice que por venganza de una derrota electoral—, el sacrificio de reses fué trasladado del Matadero viejo al cementerio de San Rafael.

dades, pero nada en resumen se ha hecho, aparte de algún trabajo muy recomen-dable, como el publicado por mi amigo don Miguel M. de Pareja.

Observo ya hace tiempo el interés que en Córdoba se desarrolla por cuanto con la historia, el arte y la arqueología tiene relación. Hace pocos mesese, Enrique Romero ha tenido la fortuna de hallar la bellísima portada de la iglesia de la Caridad; trabájase con entusiasmo por salvar los restos del antiguo Alcázar, y la interesante revista *Córdoba*, el *Diario* y los demás periódicos conceden a esas cuestiones especialísima atención. Aquí..., ya vamos por el tercer Patronato de la Alhambra y aún no nos hemos conmovido..!

Este tercer Patronato es delicioso; tanto, que se dice en el preámbulo que ha llegado el momento de «crear los institutos adecuados a las necesidades que hoy exige el cumplimiento» de los preceptos de aquel notabilísimo R. Decreto de 23 de Abril de 1915; aquel de los planos o planes y proyectos de obras que habían de sujetarse al plan general para cuya formación se señalaron cinco meses, sin que sepamos todavía dónde está ése plan y los planes y proyectos consecuencia de él.

Pero he aquí cómo me lo he esplicado todo en un momento de lucicidez: como los elementos directores han de tener constante comunicación y ha de ser frecuente el examen de los planes y proyectos de las obras (así dice el preámbulo de la nueva R. O. de 10 de Marzo) que en la Alhambra se ejecuten, el tecer Patronato reside en Madrid y todo está hecho en un segundo.

Y estemos prevenidos: que aun quedan por crear *otros Institutos* adecuados a las necesidadee de aquel memorable R. Decreto.

V.

De la *Alhambra*, de Granada.

DE HORACIO

A TORCUATO

Diffugere nives.
(Lib. IV, od. vij.)

La nieve se ha fundido,
se alfombra el campo con la verde grama,
los árboles se visten de hojas nuevas,
las praderas renacen, y los ríos,
que desbordó el invierno,
apacibles resbalan por su cauce.
Aglae como las ninfas
y con sus dos hermanas
danza desnuda en los floridos campos.
No hay nada perdurable:
lo avisa el año y las fugaces horas
que nos hurtan el día en que vivimos.
El rigor del invierno se mitiga
con las templadas auras; el estío
da fin a la florida primavera;
llega en pos el otoño
los frutos sazonando;
hasta que viene el perezoso invierno;
más la rápida luna
bien pronto vuelve a comenzar su curso.
Al llegar nuestra hora,
cuando caemos donde el pío Eneas
y donde el poderoso Tulo y Anco,
somos sombra y ceniza.
¿Quién sabe si los dioses poderosos
a nuestra vida breve
añadirán el día de mañana?
Todo lo que no goces
colmará las abiertas
manos de tu heredero.
Y una vez que al final hayas llegado
y el justo Minos tus acciones juzgue,
no te valdrán, Torcuato,
nobleza, ni piedad, ni verbo fácil
para volver de nuevo a la existencia:
pues ni Diana libra al casto Hipólito
de las espesas sombras del averno,
ni Teseo al amado Piritoo
rompe las infernales ataduras.

Agustín Aguilar y Tejera.

Alma andaluza e ideal andaluz

III

YDWE

El agua. El espejo. La enmienda.

Espejos, donde reflejar su alma, tiene Andalucía, también dos: el Guadalquivir y el Genil.

Y para que los hombres pudieran considerar la limpidez de su alma, en el adentramiento de las sierras, lejos de la móvil refrangibilidad de las aguas, hubo la clara tersura de los mármoles. Andalucía es el país de los mármoles. Para mirarse, en ellos, el alma. Y los hay blancos, amarillentos, rojos, verdes, azulinos, negros. Para que ellos reflejen, con sus tonalidades varias, toda la gana cromática de sus ilusiones o las irisaciones cambiantes de sus deseos. De las ilusiones y deseos de Andalucía. Del alma de Andalucía.

Pero donde mejor refleja Andalucía la clara serenidad de su alma, es en la cambiante variación de sus aguas.—Que no hay nada para reflejar lo eterno, lo inundable, como lo versátil, lo vario—. Y sobre todo, en las aguas del Guadalquivir, el río grande, el río de Andalucía, el Tarteno de la Tartesia, el Bétis de la Bética, el todo de la parte. Porque Andalucía es parte de su río, vive por su río, para su río. Y cuando se habla de la Andalucía típica, germina, clásica, el espíritu sólo rememora la que se mira en el Guadalquivir, la que a él afluye, y de él recibe alma y vida.

Y por ser, el Guadalquivir, espejo fiel de Andalucía, todo en curso es una grácil y elegante línea meándrica—con la gracilidad de la ondulación fácil, pero inmutable, certera, geométrica; con la elegancia nativa del alma de la región;—y su nacimiento, en la entraña de la sierra Morena, solemne y brava, es al pie de una cortadura recta, vertical, pregonera de la pura inexorabilidad de su origen; y su cauce es sereno y manso, límpido y claro, de tonalidades azulino-verdosas, como los ojos de las sirenas, pletóricos de ensueños y poéticos misterios; y cuando las turbulencias de la borrasca agitan sus principios y fustigan las cumbres de su nacimiento, revuélvese airado y vengativo; mas su fulgor, es ivianо y pasajero, como el que presienten y predican, en el alma de los andaluces, las gitanas de Andalucía, cuando las *echan* la buenaventura.

Rafael Castejón.

CÓRDOBA

Figuras típicas.—El pocero negro.

Dibujo de Fz. Márquez.

Imprenta Moderna
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 19 de Mayo de 1917 | NÚM. 40

Alma andaluza e ideal andaluz

IV

No se desposa el Guadalquivir hasta que llega a Sevilla. Y sus desposorios son tan íntimos, que Sevilla es el Guadalquivir, y el Guadalquivir, Sevilla. Y el alma de Sevilla es varia, inquieta, bullidora, de admirable polifonía grandiosa, como el poema sinfónico que el Guadalquivir deslíe al oído de su amada. Y como Sevilla cuenta al río sus ensueños y sus penas, y el río sigue imperturbable su inexorable curso riente y mudo, en sus aguas arrastra las ilusiones de Sevilla; y Sevilla en ellas se mira inquiriendo el misterio de su destino, y con ellas su alma vuela imperecederamente hacia una lejanía vaporosa de sus ensueños. Por eso Sevilla es constantemente modernizada y esencialmente novecentista, renacentista; y su alma es la perennemente ilusionada, la eterna ensoñadora de la vida. Y del amor de la vida: de la poesía. Y del misterio de la vida: el amor dolorido, el dolor triunfante. Así Gustavo Adolfo Bécquer, floración de la hiperestesia ensoñadora de Sevilla. Así los hermanos Quintero, en el lirismo de sus obras. Así Sevilla. El alma de Sevilla.

Y el cuerpo de Sevilla fué su tradición. Y el cuerpo contuvo al alma, la eternamente curiosa. Y temiendo que el loco afán del misterio la llevara a la razón de la sinrazón que el destino le aguarda, el cuerpo le hurtó el peligro de lo desconocido, y, contra natura, se expandió hacia Oriente buscando la fértil raigambre de la llanura andaluza, exaltadamente mística y pasional. Pero la fuerza de su amor al río y de su instinto, lleva al alma, en la melancolía ensoñadora del ocaso, al entierro del sol... y a contar las cuitas a su amado. Y para no dejarse arrastrar, en la hora traidora y desfalleciente del véspero, por la enigmática atracción de la pupila fosforescente y húmeda, lleva su cuerpo en litera. Mas, cuando—como quieren los renacentistas, los que departen con el río—Sevilla—como todas las ciudades, como todos pueblos, como todo el orbe—siga la ruta del sol, se liberará de la cansina tradición de su cuerpo, y, abrazada estrechamente al río, su alma será un siempre nuevo, un continuado renacer, un ininterrumpido florecimiento de ideas modernas, que, no bien nacidas, se deshojarán sobre el curso del río, y sus pétalos, barquillas de ilusión y de nácar, se alejarán en demanda de las regiones del ensueño y el misterio. Y en su lugar, florecerán otras nuevas. Siempre nuevas. Y así, tal vez, Sevilla sea el corazón de España. Y los borbotones de su ideario, siempre nuevo, serán las pulsaciones del corazón de Andalucía. Que nutrirán toda ella. Y la vivificarán. Y la renovarán. Y sus oleadas de vida y de ideales, llegarán al cerebro, adormecido y lánguido. Y le darán nuevo impulso y nueva energía. Y entonces, la esfinge toda de Andalucía, romperá a hablar cálidamente, sonoramente armoniosamente. Y el eco de su voz hará retumbar los espacios. Que personificarán y glorificarán a Andalucía. Al alma de Andalucía.

La riqueza pecuaria de Córdoba.—Los caballos de Mingaóbes

Fotografía de Martín Rives.

Y es el otro espejo, en el que mira Andalucía la limpia claridad de su alma, el río Genil, el mil Nilos, el Nilo español, el que nace en las «montañas del

sol y el aire», y de la alba majestad poética de ellas, nutre su origen, y al dilatarse en la vega tiene la sencilla nobleza del alma toda de España, y es rumoraso y cantarino y florido. Su curso todo es una serenata a la vida fecunda y al trabajo creador, y cantando siempre, en la seca aridez del estiaje, conserva la fresca opulencia de las nieves blancas e impolutas y enguirnalda su cauce con la discreta maravilla de huertas, jardines, alamedas. Noble en la cuna, es sencilla y humilde en sus maneras. Y así canta la vida y el trabajo. Y para premiar la realeza sabia de su destino, el Darro le ciñe la corona de oro que teje en la entraña de Sierra Nevada.

Es el Genil, el broche espiritual de Andalucía. El espejo que refleja su vida, la canturia con que ensalza su destino, es símbolo de trabajo, de fecundidad, de creación. Y bajando de la altura más pura y más blanca de Andalucía, es la coyunda espiritual que une Andalucía la alta, la oriental, la de la meseta granadina, con la Andalucía baja, occidental, Andalucía bética. Coyunda ideal porque la ungió Sierra Nevada, coyunda viva porque la personificó la fecundidad, coyunda divina porque la glorificó el trabajo. Coyunda santa, sagrada, irrompible. Como ligamento que une el brazo al tronco, el tronco a la pierna, el cuello a la cabeza. Como arteria viva, como nervio vibrante, que trasmite calor, que da ritmo, que conduce embriaguez. Como si fuera «el gran simpático» de la vida orgánica de Andalucia. Y de la espiritual, de la incorpórea, de la ideal. Porque el Genil es, sobre todo, el broche espiritual de Andalucía.

Y así cruzó y fecundó los Santos lugares,—Estepa, Ecija, Osuna,—entraña cálida de Andalucía, tierra de sol—sartén de Andalucía — tierra de misticismo, tierra fanática, tierra de braquicefalia, tierra de abrigato o cuatrería. Y en los Santos lugares, que por modo tan peregrino y divino se unen Málaga, Sevilla y Córdoba bajo la egida triunfal de Granada, el Genil partió por igual sus dones. Y la gracia inmortal y etérea de ellos, fué la bendición, la unción de los lugares unidos y santificados por la gracia inmortal de Andalucía, que en el Genil se mira y retrata.

Y, mas luego, en amoroso abrazo, estrechó a Sevilla y Córdoba. Y del abrazo surgió el beso estallante de Puente Genil—capital chiquita, ciudad industriosa, colmena de fecundidad y amor.

Y la generosidad de su destino sabio, contribuyó a la opulencia del Betis. Que su empresa triunfal era acabada, y ya Andalucía miraba en ella la unión espiritual de su alma. Y su fecundidad. Y su generosidad. Y su gracia. Y su destino, todo, que fué engrosar el caudal de la patria entera, en tanto que ella seguía su curso calladamente cantarino, productor y florido. Por eso el río Genil es el broche espiritual de Andalucía. Broche que une, broche que cierra, broche que irradia, broche que refleja. Y que, por ello, es la representación fiel de Andalucía. Del alma de Andalucía.

Rafael Castejón.

Una tragedia del foro

CASI CUENTO

(Conclusión)

Realmente, el proceso seguido a Manuel, entrañaba, entre otros problemas temerosos, el de la libertad humana, que quedó esa vez, como tantas otras, intacto.

¿Había sido el delincuente libre y dueño de su voluntad, al tiempo de dar muerte a don Cosme? Entre la persona de un supuesto padre, desconocido, hosco, esquivo, huraño, y la de una madre amorosa, servicial, abnegada, ¿cuál de las dos podrían atraerle a su partido, con más irresistible fuerza?

La voluntad de Manuel, colocada en aquel inaplazable conflicto de deberes, ¿fué autónoma y señora de sí misma, al obrar de la manera que lo hizo, aun partiendo de la falsa hipótesis de que era hijo de don Cosme, como él equivocadamente creía cuando le dió muerte violenta?

Si en circunstancias normales del espíritu, las voliciones suelen ser movimientos indeliberados del querer, que se determinan, en su génesis misteriosa e inexplicada, por impulsos maquinales de deseo, vivamente sentido, ¿cómo, puesto Manuel en la disyuntiva, en que la fatalidad le colocó, de optar entre una madre adorada y un padre para él brutal y agresor, podía ser declarado, jurídicamente, en la plenitud de su libre albedrio y por ende responsable, en el orden moral y legal, del delito cometido.

Manuel, al estrangular a don Cosme, había obrado como un autómata, es cierto; pero esto no obstante, el concepto de la responsabilidad, no por la ausencia de la libertad en el agente, se debilita y extingue.

La libertad y la responsabilidad son, metafísicamente, especies distintas, hay que declararlo así, aun a riesgo de negar uno de los fundamentos básicos de nuestra vigente legislación penal. Los actos punibles, más que por delictivos, desde el punto de vista subjetivo, deben de ser castigados por dañosos y atentarios al bien general, esto es, por punibles, desde el punto de vista objetivo, que es el que en definitiva se impone en la vida; con lo cual, claro está que se aboga por la nueva corriente positivista de la defensa social a todo trance, que ha venido a operar un cambio radical y profundo, en el concepto rancio y arcaico del delito, de la pena y del autor responsable, según se define en nuestras compilaciones legales.

Pero como quiera que sea, la operación quirúrgica de amputar del cuerpo social, un miembro vivo, aunque diputado por nocivo y gangrenoso, para evitar el peligro que entraña su existencia, que es a lo que, en realidad, se propende y aspira por los defensores de la pena de muerte, eso más que obra de justicia extricta, parece empeño de egoísmo refinado, dispuesto siempre a sacrificar el derecho y el interés ajeno, al bienestar propio.

Defensa social, sí. Corrección del culpable, también. Pero la irreparable pena de muerte, impuesta por poderes falibles, ¡jamás! No hay derecho para ese brutal hecho. El cadalso siempre será la apoteosis de la crueldad humana...

LA ESCUELA GRADUADA DE NINAS aneja a la Normal de Maestras, dirigida por doña Rosario del Riego.

Las alumnas del segundo grado, del cual está encargada doña Alvara Nùñez.

Las alumnas del cuarto, grado del cual está encargada doña María López Medina.

Manuel fué puesto en capilla; la población civil, impresionable y novelera, sintió, o aparentó sentir, en aquellas horas de angustia, esa piedad pasajera y febril que despierta en la comunidad social todo reo condenado a morir bajo la tajante espada de la ley. Los comercios cerráronse, suspendióse la celebración de los espectáculos públicos, las autoridades y corporaciones oficiales dirigieron los telegramas de rúbrica, impetrando del Poder moderador una clemencia, que rara vez suele ser espontánea. La prensa periódica local, apareció con orla negra, henchida de vibrantes artículos, que respiraban un sentimentalismo afectado y artificioso; en fin, extensas informaciones, más anecdóticas que verídicas y exactas, llenaban las columnas de los Diarios, recogiendo el ambiente movible de la opinión pública.

Manuel cumplió dócilmente sus deberes religiosos, pero rehuía conversar con las autoridades y con los no pocos curiosos que le visitaron y le dirigían indiscretas preguntas e intempestivos consuelos; los más, contemplábanlo con expresión de espanto, como se mira a una fiera enjaulada; él, de cuando en cuando, decía bajo, muy bajo, «¡madre mía!», y quedaba como narcotizado y abstraído, pero pensando en su fuero interno, más en su origen vicioso e impuro, que en el fin trágico que le esperaba. Comió poco, pasó la noche en vela, aunque con aparente tranquilidad, y no bien apuntó el alba, el capellán de la prisión ofreció la Santa Misa, organizándose después la lúgubre comitiva que había de acompañar al sacrificio a un joven, en la plenitud de su vida, indefenso y moralmente torturado, durante tantas horas, por mandato expreso de la ley. No hay duda, que esa agonía espiritual del reo en capilla, es de lo más duro y cruel que ha podido inventar la fecunda imaginación de los modernos inquisidores.

Momentos antes de ponerse en marcha el fúnebre séquito, un repugnante personaje presentóse a Manuel para tratar de escusar su terrible actuación. Era el verdugo, que daba cumplimiento a una costumbre mal entendida, la cual, cubriéndose con la capa del más hipócrita cinismo, venía a aumentar la aflicción del afligido.

Una muchedumbre tumultuosa e inconsciente, como todas las multitudes, acudió en romería, sin recogimiento ni devoción, a presenciar el suplicio de aquel joven que, cubierto con la infamante hopa, para mayor escarnio, iba a expiar, más que culpas propias, culpas ajenas. Subió Manuel, por su pié, sin ayuda extraña, al ominoso tablado, que las autoridades habían mandado levantar a la salida de la ciudad; huelga decir que la expectación fué tan irreverente como inhumana, allí se iba no más que a gozar de un espectáculo nuevo, a ver, en puridad, cómo se daba garrote a un hombre, para comentar después, sabrosamente, si había sabido morir o no, con entereza y con *agallas*.

Sentado el reo en el fatal banquillo y rodeado por unos frailes mercenenarios que recitaban pausadamente el oficio de agonizantes, con un crucifijo entre las manos, símbolo eterno de aquella otra tragedia deicida del calvario que, por lo visto, nada ha enseñado a los hombres de ley, fué inmolado Manuel sin exhalar una queja ni proferir una protesta, como si estuviera en el secreto íntimo, de que, esta vida, no merece la pena de vivirse.

¡Qué error! Al liquidar la justicia humana aquella existencia, declaraba saldada toda la cuenta de responsabilidades que el reo tenía pendiente, y de esa manera, primitiva y bárbara, se daba por satisfecha y pagada la vindicta pública, quedando así restablecido y triunfante el orden social, quebrantado por el atroz delito.

Expuesto quedó el cadáver a la visión de las gentes, para rendir un homenaje póstumo a la santidad de cosa juzgada, bajo cuyo sonoro nombre, tantos errores y crímenes se encubren en el mundo, antes y después del calvario.

Al atardecer de aquel día nefasto, unos Hermanos de la Paz y Caridad, que habían postulado «para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar», se encargaron del cuerpo yerto y rígido de Manuel, privado en flor, de una vida que, mejor encauzada, bien pudo haber sido útil a la sociedad, y previo el reconocimiento rituario, que hiciera un grave discípulo de *Esculapio*, y después de un triste responso que musitó el Capellán del Cementerio, recibieron sepultura, en lugar sagrado, aquellos depojos humanos—«dejad a los muertos que entierren a sus muertos»—; pero ya sin asistencia del pueblo fiero, bullicioso y ebrio que había saboreado por la mañana el ajusticiamiento solemne de un hombre. Así acabó sus días el parricida Manuel Gil, que sin ser, de hecho,

parricida ni Gil, fué de derecho lo uno y lo otro, por respeto a una ingeniosa ficción de la ley que, en verdad, entrañaba la más sangrienta superchería.

. . . .

En cuanto a la luchadora y brava Pilar; vagabunda y enferma de la mente, cierto día, lluvioso y agorero, del triste invierno, penetró en la sacristía de la parroquia y ganando, sin ser vista, la escalera de la torre, subió precipitadamente al más elevado campanario, y ya en lo alto, cabalgando sobre la baranda, inclinóse hacia la parte de afuera, cayendo pesadamente, por su gravedad específica, a la vía pública. En un montón informe de huesos rotos, vísceras y miembros destrozados, quedó convertido el cuerpo, un tiempo bello y gentil, de aquella desdichada mujer. Con razón dijo el poeta, «¡ay!, pobre de la que nace hermosa.»

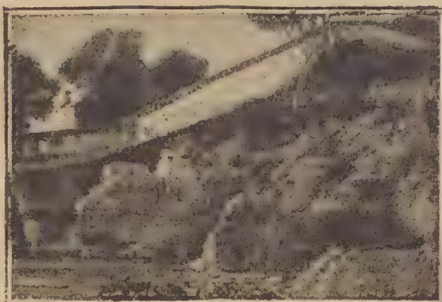
El soplo letal de la calumnia, más recio y destructor que el huracán mil veces, arrasó aquel hogar, antes venturoso, sobre cuyas ruinas parecía levantarse la figura siniestra y satisfecha del difamador, teniendo a sus pies, como trofeos de sus *hazañosos hechos*, tres cadáveres palpitantes, sirviéndole de macabro pedestal.

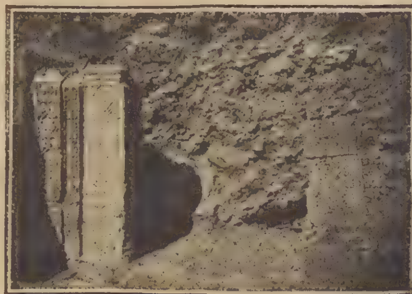
Don Leopoldo de la Cueva, afrentando primero de palabra, por ruín despecho y corrompiendo después, de obra, con acechanzas maquiavélicas e infames a una joven, falta de mundo y de experiencia, fué más criminal que el ajusticiado y... quedó impune, sin haber sentido siquiera el torcedor moral del remordimiento, por tener la conciencia encallecida y atrofiada. ¡Qué más!, todo un pueblo miserable, convertido en mensajero y vehículo de la calumia, que se ceba, despiadadamente, en la honra de una mujer indefensa y débil, es un pueblo de alma envilecida y castrada. Y el que, en la intimidad de su severa conciencia, se crea libre de toda culpa, *que arroje la primera piedra.*

Luís Valenzuela.

Córdoba y Marzo de 1917.

Advertencia. — Esta especie de leyenda, toda ella, de pura invención o fantasía y sin ápice de veracidad, va encaminada al solo propósito de fustigar el hábito de la maledicencia, tan extendido y generalizado, aun entre personas cultas y de reconocida urbanidad, para quienes toda reputación, siendo ajena, está a el alcance de sus profanadoras manos. Hacer ver, por medio de hechos figurados, fabulosos, imaginarios, las dolorosas consecuencias que pueden derivarse de la insidiosa calumnia; esa y no otra es la finalidad que el autor persigue en este trabajo, de mero pasatiempo, desarrollado en los ratos que le dejan libres, otras más graves ocupaciones. Por lo demás, con el calificativo de «casi cuento», no se quiere decir que la verdad ande en él mezclada y confundida con la ficción, sino que, por motivos muy atendibles de modestia, se significa sinceramente que, como producción literaria, la obra es de menos entidad e importancia que un sencillo cuento.





De la Córdoba destruída. — Restos de los palacios de Medina Azahara.

CON PLUMA AJENA

Rafael torea esta tarde

—¿No os sentáis ustedes?

En el *hall* del Palace Hotel a esta hora del mediodía, no hay más gente que la que rodea al torero. Rafael el Gallo, cetrino, menudo, vestido de gris, se acomoda en un sillón de bejuco, cerca de un velador, lleno de copas, donde aún brilla el tono granate del vermut. Después de nuestra llegada hay un silencio. Alguien dice:

—¡Mal anda el tiempo!

Rafael mira las cortinas que restallan sobre la cúpula del *hall.* Bosteza. Luego nos asegura que a él lo que más daño le hace es el frío. Una voz insinúa que; en efecto, nada hay más terrible que el frío. Volvemos a callar. *Pepe Laña* ofrece al torero una botonadura de filigrana, regalo de un ganadero salmantino que ya falleció. Se hacen unos vagos comentarios.

—Es muy torera.

—Tan sólo hay un platero que la fabrique en Salamanca.

—Me la pondré hoy.

Llega una nueva visita: un señor gordo con un hijo flaco y un puro. Se sientan, declaran que no beberán vermut; después de esta aseveración enérgica se sumen en un hondo mutismo. El padre chupa su cigarro con saña, el hijo cruza las manos sobre el vientre. El señor Gómez (don Rafael) bosteza una vez y otra.

Un breve diálogo rompe el silencio. Dos admiradores han decidido almorzar allí y han pedido la lista de manjares. El camarero, severamente rígido dentro de su frac, se inclina ahora para recibir instrucciones. Pero el admirador balbuce:

—Hombre..., es el caso que no sabe uno... ¡Como ponéis esto en inglés o en francés...!

Pasa el menú a su amigo.

—A ver si tú eliges algo...

El amigo examina atentamente la cartulina. Informa:

Está en inglés. Sólo entiendo una cosa: *hors d'oeuvres:* huevos diversos.

El padre y el hijo han cumplido su misión y se van. Nosotros solicitamos entonces:

—Queremos acompañarle hasta que se vaya a la plaza, Rafael.

Y Rafael nos alarga su mano. En este instante nosotros no podemos ocultar al lector nuestras preocupaciones. Vamos a asistir a un momento de la intimidad de un torero célebre; ese momento glorioso en que se lía la faja al cuerpo ante la mirada húmeda de emoción de sus amigos. ¿Podremos nosotros reflejar la intensa vida de estos instantes...? Nosotros, ¡ay!, no entendemos de toros ni de toreros. Hace algún tiempo nos atrevimos a exponer una teoría propia acerca de la «fiesta nacional». Proponíamos que se le diese mayor variedad, que no se obligase a los diestros a meter el estoque por el mismo sitio en el cuerpo del toro, que la colocación de las banderillas fuese más arbitraria... ¿Por qué se supone que no están bien puestas unas banderillas junto al rabo? Nosotros hemos visto algunas así y no hacían mal efecto. Es preciso conceder algo a la inspiración del momento. Nuestra devoción, en estas cosas de toros, está con Lecumberri. Sale Lecumberri, viene el cornúpeto, y ¡zas!, lo tira contra la barrera. Toda la plaza suena como un tambor. Lecumberri se queda después cinco minutos en al suelo, pen-

sando qué le ha pasado y dónde está. Cuando hace memoria se levanta y, con la justa y sana indignación de un hombre atropellado, la emprende a puñetazos con el toro. A puñetazos. Lo hemos visto muchas veces. Eso está bien; a nosotros nos place todo lo que es lógico. ¿Qué pensarían ustedes de un hombre que, después de recibir un puntapié, sacara el pañuelo de las narices y se pusiese a hacer el ridículo con faroles y verónicas antes de hincharle un ojo a su adversario?

Bueno; pues esta teoría, que es tan natural, no consiguió un solo adepto. Algunas personas se han reído. Desde entonces, con la amargura de los fracasados, hemos renunciado a hablar de los toros.

Lo primero que vemos en el cuarto de Rafael, al entrar, es un chino. Después resulta que es el propio Gallo. De espalda, con su amplio pyjama azul, la calva y la trenza colgante, la ilusión fue perfecta. Antonio, el mozo de estoques, grueso y maduro, locuaz, todo de gris, gorra, traje y pelo, va y viene. El señor Gómez se dispone, al fin, a vestirse. Mientras se descalza, entablamos un breve diálogo. Porque nosotros comprendemos que nuestro deber es hablar de los toros con cierto entusiasmo. Antonio explica que los de la corrida anterior eran muy grandes.

—¡Claro — balbuceamos —, con este nuevo reglamento!

—Sobre todo, señor—dogmatiza Rafael, arrrancándose los calcetines—, que los toros deben ser mirados como los caballos de carreras; tienen que tener sangre, finura... Nos echan toros normandos...

Se interrumpe para dolerse de que el humor herpético de la cabeza se le haya bajado a las piernas; las frota y hace caer una sutil caspilla. Ponemos un gesto de compunción. Antonio asegura que aquello es conveniente. Tranquilizados, proseguimos:

—¡Ese reglamento! (damos un hondo suspiro). ¡Mire usted que suprimir la suerte del coleo! ¡Tan bonita como era!

El mozo de estoques nos mira con alguna extrañeza; nos ruborizamos, porque, pese a nuestra ponderación, no sabemos qué pueda ser la suerte del coleo. De esta vergonzosa sensación de ignorancia pasamos bruscamente a una sensación de estupor. El desnudo pie del señor Gómez se ha alzado hasta apoyarse en el asiento de una silla, y estamos en presencia del juanete más pujante y lozano que pueda existir jamás.

—¡Todo es grande en este hombre! — pensamos, retirándonos un poco para dejar espacio en la habitación a las evoluciones del juanete.

El diestro se faja los pies con meticuloso cuidado; se pone unas medias de lana, luego otras de seda, después se calza las zapatillas; la formación simétrica de los lazos le preocupa hondamente; moja sus dedos en la boca para facilitar la operación; a fuerza de saliva, los lazos quedan correctísimos. Entonces, el torero se enfunda en el pantalón y se acerca a mirar el cielo tras los cristales.

Miramos también. Un entierro pasa a lo lejos, junto al hotel Ritz. ¿Lo vió este hombre superticioso...? Si lo vió, esta tarde, los que asistan a la corrida, tendrán ocasión de presenciar las «espantás». Un amigo entra sin anunciarse:

—¿Has visto qué guasa se trae el viento ?

—Sí que se trae guasa, home.

—Conque llueva al tercer toro y os echen a la calle...

Pero Rafael protesta débilmente:

—No, eso no. Ya de empezar, hasta que despachemos el último...

Y como va a lavarse a la habitación contigua, el mozo de estoques nos llama:

—Venga usted; que no se pierda detalle.

Antonio ha rodeado con un lienzo los pantalones del matador mientras éste chapotea en el agua. Nos hace observar:

—Esto no lo hacen tos...

Aclara, por si no nos hemos dado cuenta:

—Como el agua salpica...

Otro amigo llega malhumorada.

—¡Vaya una tarde! Está comenzando a llover.

El Gallo murmura contra la Primavera. El amigo primero insiste en brindarle la grata perspectiva de que caiga el agua a cántaros al aparecer el tercer toro.

Un nuevo visitante entra anunciando que han descendido unos copos de nieve. Antonio comenta:

—Como que va a haber que ir a la plaza con gabán de pieles como a la Opera. Y que no hay cosa peor que este tiempo para torear. Porque rompe uno a temblar, entre el frío y el miedo, y no sabe a cuál atender.

Un fuerte rumor llena la estancia. Se ha obscurecido el día y todo el paisaje está enérgicamente rayado por la trayectoria del granizo... Nos agrupamos en el mirador.

—No habrá corrida.

—Aún puede haber corrida.

Rafael pregunta:

—¿No mandó la empresa ningún aviso?

No, no hay aviso. Se va llenando la habitación del humo de los cigarros. Un señor que llegó con sus retoños adolescentes ha dejado su sombrero color sepia encima de la cama; ha dicho:

—¿Cómo va, Rafael?

Y ha caído en una honda meditación. Antonio le está explicando a un visitante los prodigios del vino:

—... me enseñó la bota y me dijo: «¿Sabes lo que hay aquí?» «Vino», le contesté. «Pues aquí está el mundo entero: haces beber de esto a la gente y encuentra cada cual lo que desea: uno se cree rico; otro, guapo; otro, valiente...» «Es mucha verdad», le dije yo... Pero el vino es una perdición; le da usted vino al Señor del Gran Poder, y ya no es el Señor del Gran Poder, ni na...

—Rafael, ¿nos vamos? Van a dar las tres y media, ya.

Rafael se pone la chaquetilla sobrecargada de oro. Aún graniza. Frente a las ventanas del hotel hay un coche parado. El cochero, oculto bajo el paraguas, fuma con filosofía. Detrás de él, burlonamente, las esferitas blancas brincan y repiquetean sobre el charol del carruaje.

—¿Vamos?

—Rafael acomoda en sus hombros el capote:

—Vamos allá.

Salimos apelotonados, para que la gente que haya en el *hall* pueda apreciar que somos muy amigos del señor Gómez, al que algunos llaman también el Gallo.

W. Fernández-Flórez.

Del *A B C*, de Madrid.

LAS DOS VENDAS

CUENTO

I

En microscópica aldea, poblada acaso por un centenar de vecinos, vivía, acompañada de dos hijos mozos, una buena señora que, por su talento y virtud, gozaba de inmejorable fama entre los sencillos habitantes del palmo de terreno donde el destino gustó de que nacieran los protagonistas de esta narración.

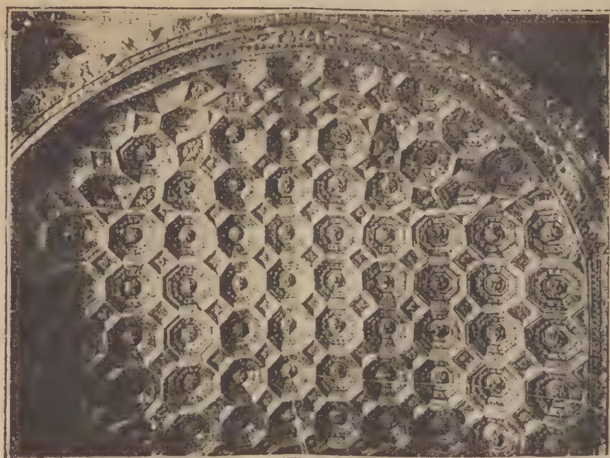
¿Quién no ha escuchado en sus años juveniles, entre raudales de caricias, la voz de una madre amante que, grave y ceremoniosamente, dictóle consejos para el ignorado porvenir...?

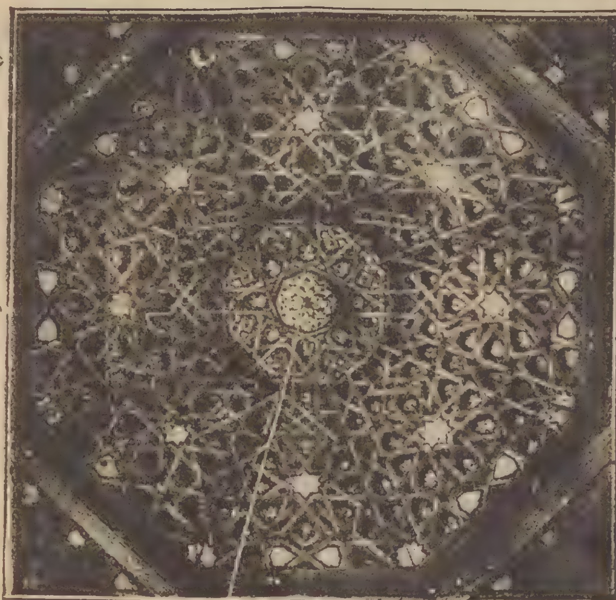
Cierto día, la buena mujer llamó a sus hijos y les dijo:

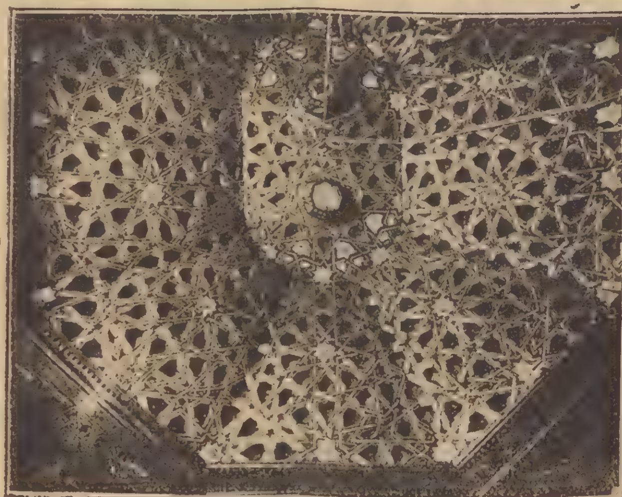
—Hijos míos amadísimos: Vais a emprender un viaje muy largo con rumbo a países que no conocéis; vuestra madre, con harto dolor, sabe que está imposibilitada de acompañaros por doquier, para evitaros tropiezos, y... ¡el mundo está tan malo...! Marchad con Dios, y que El os proteja y defienda como se lo suplica esta pobre vieja...

Con grande emoción se verificó la despedida; madre e hijos, confundidos en estrecho abrazo, hubieron de derramar copioso llanto. Al fin, partieron ambos hermanos...

Anduvieron sin descanso día y noche y, al despertar la aurora en la mañana siguiente a la marcha, los dos caminantes, desde la cumbre de una montaña, vieron por última vez el lugarejo bien amado, cuya silueta esfumábase envuelta en densa neblina... Como si les hubiese asaltado el mismo pensamiento, rápidamente, sin volver el rostro atrás una sola vez, emprendieron el descenso de la montaña; de haber seguido unos instantes más en la contemplación de la pequeña aldea, a buen seguro que el viaje quedara en suspenso.







Casas de Córdoba. — Artesonados de la Casa de D. Gome.

Así que tomaron de nuevo la carretera—que parecía interminable—, preguntó el menor de los hermanos:

—¿A dónde vamos?

—¡A ver mundo, a aprender...!— repuso el aludido, aligerando un tanto la marcha.

Después se hizo el silencio. Los cuerpos andaban como por resorte, en tanto que las almas volaban en alas de las quimeras más halagüeñas...

II

Así que hubieron entrado en un paraje apropiado, dispusiéronse a hacer un alto en la jornada; una vez consumidas algunas de las provisiones que su madre les dispusiera, tendidos sobre la alfombra de césped, hablaron con calor los dos hermanos de bienandanzas futuras, hasta que, rendidos por el cansancio, no tardó en apoderarse de ellos un sueño confortable y plácido..

Ya había asomado en el cielo la cadavérica faz de la luna, cuando despertaron los caminantes; mientras uno de ellos fué a llenar la cantimplora en un arroyuelo cercano, el otro, en pie, contemplaba extático la campiña que, envuelta por el negro manto de la noche, ofrecía fantástico panorama.

La argentada lluvia de luz lunar descendía lentamente sobre los árboles, formando entre sus ramas tejidos luminosos cual si mágica e invisible araña estuviese preparando en la oscuridad una red gigantesca, más propia para aprisionar almas de hombres que para retener insectos...

Croaban las ranas en el cercano arroyo, y la brisa, al pasar entre el ramaje de los árboles, gemía melancólicas baladas de amor...

Una vez reunidos los dos hermanos, prosiguieron su camino si cabe con más preocupación y tristeza que nunca... ¡La admiración del sublime nocturno causaba en sus almas pavorosa impresión...!

Aún no llevaban recorrido largo trecho cuando, re-

pentinamente, quedaron paralizados, inmóviles como estatuas; en el camino que seguían, a corta distancia de ellos, hubieron de advertir una sombra que se les aproximaba por momentos.

II

—¿Quién va?—preguntó con voz un tanto temblorosa el mayor de los hermanos. Mas no hubo respuesta alguna. Ambos se miraron con estupefacción.

—¿Huímos...?—interrogó el menor.

—Dices bien: ¡huyamos...!—exclamó el aludido, cuyas piernas comenzaban a negarse a sostenerle.

—¡Aguardad, cuitados...! ¿No queríais ver mundo...? ¿No era vuestro anhelo aprender...?—dijo una voz que repitió burlón el eco.

Los caminantes vieron ante sí a una anciana envuelta en negras tocas. La recién llegada les habló:

—Muchachos, dadme por caridad unas gotas de agua, que me mata la sed...

—Abuela: antes es preciso que nos digas qué te trae a tales horas por estos caminos—dijo el mayor de los hermanos, desechando el temor.

—¡Mucho quiere saber el rapaz! ¿Tanto le interesa...?

—¡Como que si no lo dices, lo que es esta noche, te quedas sin beber...!

—Bueno... ¡pues no lo digo...!—repuso en tono airado la vieja.

—¡Es que si yo me empeño...!—exclamó el mozo, oprimiéndole con fuerza un brazo.

—¡Tú has de perder! Conque, mira lo que haces, que quizá os pueda convenir mi amistad... Conozco muy bien cuantas veredas hay por estos caminos, y, si os conviniese alguna, no tendré inconveniente en acompañaros. ¿Aceptáis...?

—¿Qué falta me hace a mí llevar una vieja al lado...?

—¡Calla!—objetó el hermano menor—; ¿acaso ignoras que hasta del auxilio del niño puede estar necesitado el que sin derrotero fijo cruza los caminos...? Esta buena mujer puede guiarnos o, al menos, darnos un consejo acerca de la senda que más conviene seguir... Conque, bebed, buena mujer, que todo el agua que llevamos está a vuestra disposición...

—¡Dios te lo pague, muchacho!—dijo la anciana, y bebió con avidez.

Hubo una pausa de larga duración, Los dos hermanos cambiaron

La Comisión de Córdoba para el fomento de las obras del pantano del Guadalmellato, la que ha obtenido en Madrid un éxito completo, merced al patriótico concurso del Rey, que se consideró como un comisionado mas, y a la caballeresca y ejemplar actitud del duque de Almodóvar del Valle, ilustre cordobes a quien se debe el bien inapreciable de haber aprovechado su presencia en el Ministerio de Fomento para atender cumplidamente las justas demandas de Córdoba y su provincia.

interrogantes miradas. La vieja prosiguió:

—Si os parece bien, podemos visitar mi poblado y yo os prometo que habéis de quedar encantados de visita tan singular. En él, hay muchas cosas que aprender, dinero que ganar y feclicidad que poseer...

—¡Yo os acompaño!—exclamó el menor.

—Pues, en lo que a mí toca, podéis marcharos enhorabuena, que yo presumo que un viaje con esta abuela tonta, habría de resultarme como si hiciese una excursión al memorable «Castillo de irás y no volverás...»

Despectiva sonrisa floreció en los labios de la anciana, cuyas pupilas irradiaron una luz misteriosa... Tomó negro pañuelo de seda, vendó los ojos al joven y le dijo:

—Vamos, pues; la senda es oscura y tortuosa pero, aunque soy muy vieja, aún podrás apoyar tu brazo en mis hombros: ¡Animo, muchacho, y ten confianza en mí!

—Si la senda es oscura ¿a qué vendarme los ojos...? — objetó el mancebo.

—No pretendas indagar nada... A tu pregunta sólo he de responder que el camino que seguiremos, aunque resulta oscuro al emprenderlo, en realidad, está bañado de luz...

El hermano mayor quedóse viendo cómo se alejaban; a los pocos momentos, encogióse de hombros, y partió de aquel lugar a todo correr...

IV

Ya a gran distancia, al pasar ante un paraje dotado de árboles frondosos que entrelazaban sus ramas, escuchó una voz armoniosa y placentera que entonaba canciones de amor... Se aproximó al lugar de donde partían estrofas tan pasionales y, asombrado, estático, vió recostada sobre el musgo oloroso a una linda mujer... La luna besaba su rostro... La bella, al contemplar al mancebo, sonrió complacida...

—Ninfa hechicera, dime qué te trae a estas horas por tales caminos.

—¡Mucho quiere saber el rapaz! ¿Tanto te interesa...?

—¡Si no lo dices moriré de ansiedad...!

—Bueno, ¡pues no lo digo!—repuso mimosa la bella!

—¡Dilo, mi bien, por caridad!—suspiró el mancebo.

—Conozco muy bien cuantas veredas hay por estos caminos, y si te conviniese alguna, no tendré inconveniente alguno en ser tu compañera... ¿Aceptas...?

—¡Tu voz me enloquece y embriaga...!

—¿De veras...? ¡Mira no te pese, muchacho...!

Con felina agilidad se incorporó la bella y contempló en silencio al joven que, absorto ante hermosura tan peregrina, no acertaba a proferir palabra. En los negros ojos de la deidad morena brillaban los más sublimes destellos de un sueño de amor convertido en realidad; la boca, pequeñita y fragante, de labios bermejos, prometía deleites sin fin, la cabellera blonda, de un negro azulado, caíale sobre los hombros en rizos suaves que sierpes semejaban, al igual de los de Medusa, la gorgona mitológica...

—¡Si te parece bien, podemos visitar mi poblado, y yo te prometo

que habrás de quedar encantado de visita tan singular... En él hay muchas cosas que olvidar, dinero que gastar y bellísimas mujeres que sienten amores y ofrendan quereres...

—Soy tu exclavo, hada de mis ensueños; te he de acompañar hasta el fin del mundo, obedeciéndote como a mi reina y señora, defendiéndote cual mi mayor tesoro, ¡adorándote como diosa de mis amores...!

Enloquecedora sonrisa de triunfo floreció en labios de la hechicera mujer; tomó un pañuelo de seda encarnado, vendó los ojos al joven, y le dijo:

—Vamos, pues; la senda es amplia, tan buena, que se recorre sin sentir... Soy joven y mi ardiente juventud me hace ansiar amores; confundidos en estrecho abrazo, será interminable nuestro idílico querer... ¡Animo, muchacho, y no te separes de mí...!

Y allá se perdieron, a lo lejos de extenso sendero, los dos enamorados; en el silencio nocturno, dejáronse oir los ecos de la divina música de los besos pasionales, junto con ruidosas carcajadas lanzadas por una hembra que siente sed infinita de unos amores que, muy a su pesar, le causan risa...

V

Refieren cuantos cruzan con frecuencia los caminos, haber hallado, en más de una ocasión, a un hombre todavía joven, cuya barba y cabellos son blancos como la nieve, ser que inspira compasión, porque no cesa de llorar su mala ventura.

—Yo me abandoné — dice — en brazos de una mujer joven y bella que me fingió amor para traicionar mi pasión; me proporcionó placeres que tornáronse torturas, derroché mi fortuna, y cuando cayó de mis ojos la roja venda que en ellos pusiera, aquella mujer había huído dejándome solo, pobre y olvidado... ¿Sabéis quién es la ingrata? ¡Todos le llaman la Locura...!

Y el desgraciado llora, mesándose los cabellos, porque aún repercute en sus oídos la estridente carcajada con que respondía a sus pruebas de pasión su amada la Locura...

También cuentan los caminantes que este desgraciado tuvo un hermano menor, quien partió acompañado de una anciana que, antes de emprender el viaje, colocó sobre sus ojos una venda negra. Y diz que, al mediar la jornada, cayó la venda y vió maravillado que su compañera era la más hermosa mujer que contemplaron jamás los humanos. ¿Sabéis su nombre...? ¡Todos le llaman la Fe...! Ella no hizo traición a su amado, siempre le adoró...

Y es que el camino de la vida de los hombres salen al paso la Fe y la Locura; una, salva y redime; la otra traiciona y pierde...

La Locura, tiene más atractivos; la Fe, más amor. A través de la roja venda que coloca la Locura, se columbra un infierno de torturas; la venda negra con que cubre los ojos la Fe, deja entrever el amor puro y la felicidad perdurable que proporciona al alma el beleño de las más risueñas esperanzas...

Antonio Moya.

El Congreso de las Ciencias de Sevilla

En Sevilla, la ciudad hermana, ha celebrado su VI Congreso la Asociación española para el Progreso de las Ciencias. A él ha asistido, con el Rey, la más alta intelectualidad española; todo lo que en España significa investigación y alto trabajo, el más alto de una nación que aspire a llamarse culta.

Portugal y España

Y han asistido también los sabios más ilustres de Portugal. El próximo Congreso que de aquí a dos años celebre la Asociación, que ya será ibérica y no española, se efectuará en cualquier ciudad histórica de esa región peninsular. Y para preparar el próximo abrazo que ambas ciencias ibéricas se darán de aquí a dos años, en Sevilla se han saludado cariñosamente, efusivamente. Los sabios portugueses que también han colaborado en este Congreso, hablaban su lengua y nosotros la nuestra. Y la inteligencia ha sido perfecta. Pero el entusiasmo llegó á su colmo, cuando, en la sesión inaugural, el Rey, dirigiéndose al Rector de la Universidad de Oporto, le envió un cariñoso saludo para los hermanos de territorio, al tiempo que sus manos buscaban con ávida solicitud afectuosa, las manos del viejecito sabio, modesto y humilde, que, todo conmovido, se dejó estrechar, para llevar mejor a los suyos la cálida impresión de los sentimientos españoles.

La jira por el Guadalquivir

Los festejos conque los savillanos, hospitalarios en sumo grado, han agasajado a los congresistas, han sido numerosos. El rumbo de Andalucía se ha manifestado en Sevilla espléndidamente. Y ha tenido una bonita nota de color en la jira por el Guadalquivir. La magnificencia de las riberas del Guadalquivir es ahora fastuosa. Semeja la campiña un policromado mantón de Manila, tendido al sol. Al pasar frente a San Juan de Aznalfarache, los muchachos de la escuela, con su maestro a la cabeza, vitorear, al Congreso de las Ciencias. En la otra ribera, frente por frente de la España que nace, abrevabaron cientos de vacas, de la ganadería de Miura. Era en la ribera de Occidente, tendida al sol, la España agonizante. Y la blanca bandada de palomas, que entre el empavesado de los barcos, se tendía anhelante hacia las riberas, saludaba a la nueva España, que vitoreaba a la Ciencia y a Andalucía.

Hemos hablado en la excursión con Miguel Machado, uno de los quince hijos del presidente de la República portuguesa, ingeniero. Y hemos hablado de los ríos de la península, él en portugués, nosotros en español. Le hemos referido la aspiración de hacer nuestro Guadalquivir navegable hasta Córdoba. Y él ha dicho, cómo con secreta discreción están haciendo el estudio de todos los saltos de los ríos en su país, para aprovechar el inmenso caudal de energías que los peninsulares dejábamos perder. Tal vez algún día, nos ha dicho además, tanto hermoso río como España pierde, porque entra en Portugal, sea para ambas el más brillante hallazgo de poderío y de riqueza.

La excursión a Carmona

Al día siguiente hemos ido a visitar la Necrópolis romana de Carmona. A sus expensas, un arqueológo distinguido, el señor Bonsor, hace las excavaciones, y lleva extraídas ya innumerables urnas cinerárias, abiertas las tumbas, descubierta la planta del templo, el horno crematorio.

Pero lo más digno de loa ha sido el recibimiento del pueblo, un pueblo grande, hermoso, blanco, que guarda su parte vieja en un doble recinto de murallas, unas romanas y otras árabes, y que expande su parte nueva entre los inmensos olivares de la vega. Ha sido el recibimiento una gallarda muestra de la noble hidalguía de estos viejos pueblos andaluces, que guardan toda la noble sencillez de los viejos xeijs coreiscitas.

El competente ingeniero don Emilio Pellissier, a quien se tenia encargada la dirección del estudio del ferrocarril de Pedro Abad a Granada, en el trozo comprendido entre aquella villa cordobesa y Porcuna, habiéndose captado numerosas y sinceras simpatías en los pueblos de nuestra previncia afectados por aquella mejora, cuya realización tuvo que suspender al declararse la guerra europea para incorporarse al ejército de Francia. Fué herido de suma gravedad en dos ocasiones, obteniendo el empleo de subteniente de Ingenieros y siendo condecorado con la Cruz de Guerra. Ultimamente se hallaba en la linea de la Argona, desde uno de cuyos refugios envió a su intimo amigo de Bujalance don Antonio Zurita Vera, la fotografía que reproducimos, en la que aparece retratado con sus perros favoritos.

La Exposición de material científico

En uno de los Palacios de la Exposición hispano americana que se está construyendo en Sevilla para orgullo de Andalucía y honra de España, en el Pabellón Real, se ha celegrado la exposición de material científico aneja al Congreso. Sin eufemismos se debe decir que la misma no responde al bagaje científico de una nación. Hay muy buenas instalaciones de organismos oficiales, pero pocas. Lo más notable y original lo constituyen, indudablemente, los aparatos del laboratorio de Mecánica dirigido por ese modesto e infatigable sabio español que se llama Torres Quevedo, entre los que están su trasbordador sobre el Niágara, su telekino, una complicada máquina de cálculos algébricos y otros aparatos completísimos y curiosísimos. Hay también expuesta,

por el conde de Casa Chaves, que tanto nos honra a los cordobeses, una bonita vitrina, muestra de las que se instalaron en el Museo Andaluz de Mineralogía. Y es también digna de toda loa la presentación de materiales ibéricos hecha por esa nueva falange de investigadores que con el marqués de Cerralbo a la cabeza, están reconstruyendo la España ibera, y rehabilitando con ello la espléndida civilización que floreció en el viejo solar de Occidente.

Los trabajos

No se puede hablar de ellos ni aún en extracto. Las publicaciones en que la Asociación los recoge es de lo más hermoso que se publica en España, y da la muestra del adelanto de la nación. Concurren con trabajos todos los sabios consagrados de España, lo más florido del profesorado español. Y concurren, además, justo es decirlo, con hermosa colección de trabajos biológicos, matemáticos, astronómicos, físico-químicos, etc., numerosos Padres Jesuítas, que desde sus Observatorios y laboratorios están haciendo ciencia española con todo amor y entusiasmo. Debemos mencionar también, a fuer de agradecidos, la labor del sabio español, antiguo catedrático del Instituto de Córdoba, señor Hernández Pacheco, quien ha hecho excelentísimos trabajos sobre nuestra sierra y que en este Congreso ha comunicado sus investigaciones sobre un fósil animal, el Archeociatus, hallado en el despeñadero de los Lobos y al pie del cerro de las Ermitas, que se sospecha sea el más antiguo fósil de España, y sobre el cual los naturalistas sostienen animadas discusiones.

Impresión final

Ha sido el Congreso una nota hermosa, española, reconfortante. El más concurrido de todos los Congresos y el más animado; coincidiendo con la primavera fastuosa de Andalucía, ha puesto tonos de esperanzas rosadas en el corazón de los españoles. Ha sentado, además, firmísimos jalones para la aproximación ibérica, viejo ideal nunca bastante soñado.

Dentro de unos años, los cordobeses tendremos que organizar un Congreso análogo al que Sevilla acaba de celebrar en su recinto, tal vez más brillante por el adelanto que alcanzarán a esa fecha las Ciencias españolas, y que será otro de los hitos blancos que, en su camino, Córdoba señalará con amoroso cuidado. Sean hasta entonces, este de Sevilla y todos los Congresos que se vayan celebrando, una continua aspiración de redención y progreso para los cordobeses que trabajan y laboran con el pensamiento siempre en su patria.

Antonio Carbonell T-F.
Rafael Castejón.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

La Asociación Médica Regional

La Asamblea de Septiembre

De una manera lenta pero continua, seguimos recibiendo adhesiones a la asociación, y como ya son pocos los que no están con nosotros, para la Asamblea en los días 10, 11 y 12 del próximo mes de Septiembre nos prometemos, y muy seguros estamos de ello, que todos los médicos y farmacéuticos de la provincia se hallarán agrupados bajo el grandioso lema de «Trabajo, Ciencia y Virtud».

Las adhesiones se continúan y como algunos colegas nos preguntan las cuestiones a tratar en la Asamblea, sin perjuicio de más adelante darles cuenta de todos los asuntos, podemos participarles que en ella se elevarán al Estado peticiones relativas al pago de los médicos titulares y reformas en la enseñanza de la Medicina; se dirigirán mensajes a las facultadas de Medicina sobre la necesidad de que algunos profesores incluyan en sus programas varias lecciones sobre moral profesional, etc., etc. También tenemos noticia de algunas importantes mociones que habrán de ser sometidas a la deliberación de los asambleístas.

La Asociación está en marcha y ya comienza a dar sus frutos; no ha mucho tiempo dimos cuenta de la hermosa prueba de amor a la Unión dada en Sevilla por el doctor Briude; días anteriores publicamos el fallo dado por el Tribunal de honor formado a un colega en la ciudad hermana, y hoy, como muestra y ejemplo para los colegas de los pueblos, transcribimos las líneas que la cultísima revista *Andalucía Médica* dedica a la

Organización del Distrito de Utrera

«El domingo 1.° de los corrientes se reunieron en Utrera los médicos del partido para elegir la Junta de distrito de la Asociación Médica Regional. A la reunión asistieron dos representantes de la Directiva de Sevilla.

Por unanimidad fué nombrada la siguiente junta de partido: presidente, D. Antonio Carrión; vicepresidente, don Joaquín de Sedas; secretario, don Rafael Sierra, todos de Utrera. Además fueron designados para el cargo de vocales don Ignacio Feliú y don Alvaro Carrión por Utrera, don Manuel Andrés por Dos Hermanas, don Paulino García Donas por Alcalá de Guadaira, don Federico López Ortiz por Lebrija, don Enrique Muñoz Morón por las Cabezas, y don José María Noguer, por los Palacios.

Acto seguido, por uno de los asistentes se formularon quejas contra un médico de la localidad, cuyo comportamiento con los compañeros deja mucho que desear. Se acordó, en vista de que dicho señor no se hallaba presente, citarle para la próxima reunión de la directiva del distrito, al objeto de que se defienda de las acusaciones que contra él se habían formulado. Inmediatamente después se levantó otro compañero acusando a uno de los presentes de haber realizado en perjuicio suyo actos que están comprendidos en el apartado 3.° del artículo 29, que dice así: «Artículo 29. Queda especial y terminantemente prohibido a los asociados, en sus relaciones interprofesionales, siendo caso de expulsión de los mismos... 3.° Solicitar ni ocupar vacantes de titular cuando el profesor cesante hubiese sido separado injustamente, perjudicado u ofendido en su dignidad profesional notoriamente o en sus intereses por el municipio, sin que antes aquél hubiese sido desagraviado o satisfecho a juicio de la Junta de distrito; lo mismo cuando aquél hubiese tenido que renunciar el cargo por razones de decoro profesional.»

Expuestas por el denunciante las razones que motivaban su queja, y por el denunciado las que estimó oportunas aducir en su descargo, acordó la Directiva reunirse en el acto en sesión secreta para fallar el asunto en ausencia de los interesados. Del resultado de la sesión se levantó un acta cuyas conclusiones nos son desconocidas, aunque tenemos entendido que en ella se hace constar el deber en que estamos todos de acatar y cumplir el Reglamento, que es el más firme baluarte para la defensa de los intereses de la clase y para elevar el nivel moral y cultural de la misma, aspiración suprema de todos los asociados.

Los representantes de la Directiva de Sevilla y los de los pueblos del distrito fueron obsequiados por el presidente don Antonio Carrión con un almuerzo, servido espléndidamente por el restaurant de la Estación. Durante el almuerzo, en el que reinó la mayor fraternidad y entusiasmo, se hicieron presentes los beneficios que se están obteniendo con la Asociación, citando uno de los comensales el caso de que, a partir de la publicación del Reglamento, un médico de otra provincia que iba a su pueblo a visitar a diario, había dejado de hacerlo, cumpliendo así con el apartado 5.° del artículo 29 del Reglamento, que consigna lo siguiente: «Queda igualmente prohibido a los médicos de la Unión el visitar en pueblos en los que ejerzan médicos asociados, ni establecer en ellos consultorios. Quedan excluídos de esta prohibión las especialistas re-

Pueblos de Córdoba.—CABRA

El palacio de los Condes.

El paseo de la calle Larga.

conocidos como tales, si bien, antes de establecer consulta fuera de la población donde residan, tendrán que ponerlo en conocimiento de la Junta Directiva de que dependiese.»

—

Recordamos a los colegas asociados o no, que no deberán solicitar cargo alguno retribuído en el Sindicato Minero de Ríotinto sin pedir informes en las Redacciones de la Prensa médica de la región o en la de esta Revista.— *El Secretario del Comité provincial.*

—

Continuación de la lista de adheridos; Médicos: don David Hernández Sánchez, de la Carlota; don Emilio Galisteo Pino, de Luque; don Manuel Ruiz Toril, de la Añora:

Farmacéuticos: don Sancho González Ruiz, de Belalcázar; don Gabriel Quintana de la Peña, de Fuente Obejuna.

(Se continuará.)

La encantadora artista Blanca Azucena, que actúa con éxito extraordinario en el Teatro Circo del Gran Capitán.

Factores de reconstitución

Aprovechando el entusiasmo reinante en nuestra ciudad, con motivo del triunfo logrado por la Comisión cordobesa en Madrid, quiero mostrar ante los lectores de la revista CÓRDOBA, otro de los factores indispensables para la reconstitución y progreso da nuestra amada patria chica y, muy singularmente, para el saneamiento de su suelo y subsuelo.

Decíamos en el «Diario de Córdoba» correspondiente al 15 del actual que, entre los factores de reconstitución indispensables a ese progreso, se encontraba en primer término el agua, y decíamos también que, como la misma se nos ofrece en el pantano del Guadalmellato en cantidad suficiente para las necesidades de Cordoba, y ésta se halla dispuesta a no consentir un momento más el antihigiénico y primitivo sistema de los pozos negros, la salud pública, tan quebrantada y maltrecha en nuestra alegre ciudad, experimentaría en no lejana fecha un resurgimiento de consideración, suficiente para colocar a Córdoba en el lugar a que sus condiciones topográficas, climatéricas y orográficas, les hacen acreedora.

Concluíamos nuestro trabajo felicitando a la digna Comisión que de modo tan fiel ha sabido interpretar el sentir unánime de la población, y alentábamos a la misma a proseguir la obra de engrandecimiento bajo tan brillantes auspicios comenzada, para bien de Córdoba y para bien de sus hijos. Mas, en la obra de reconstitución que nos ocupa ¿es simplemente el agua el factor indispensable? No.

En el actual estado de cosas no es posible realizar aquella sin que a tan preciado líquido agregamos otros dos factores de grandísima importancia, en el resurgimiento y prosperidad de Córdoba.

No es posible realizar este programa, sin unir al factor ya despejado—agua—las incógnitas del árbol y de la ganadería.

Importancia extraordinaria, transcendencia y grande, tiene el hecho de haber conseguido agua para nuestros campos y agua para el saneamiento de Córdoba, pero la misma importancia, la misma transcendencia que el agua, tiene, bajo el aspecto qus nos ocupa, el fomento del arbolado y el fomento de nuestra ganadería.

Mientras nuestra capital no se cuide de sus montes y respete el arbolado, mientras el hacha del pastor continúe talando sin compasión y sin consideraciones de ningún género nuestros exiguos montes, la obra emprendida por Córdoba en pro y para bien de Córdoba, no tendrá, no puede tener eficacia.

Hace falta en nuestra ciudad, es necesario que se forme en Córdoba una corriente de opinión forestal, una política arbórea.

«No hay agricultor posible sin montes, ni montes sin amor de los pueblos al arbolado.»

Por los lectores de esta revista son conocidos mis trabajos en pro del arbolado; ellos saben mi constante batallar, para conseguir de nuestro Ayuntamiento la celebración anual de la Fiesta del Albol, y saben también el por qué de nuestros esfuerzos en pro del mismo, por haber sido las columnas de CÓRDOBA las encargadas de dar a la luz pública las acciones beneficiosas que, unas tras otras, hemos asignado al arbolado.

En el número de esta revista correspondiente al 9 de Septiembre del año de 1916, nos expresábamos así:

Nadie mejor que Chevrel se ha expresado acerca de este asunto (nos referíamos al influjo de los árboles en el saneamiento de los suelos y subsuelos): «Los árboles—ha dicho—son verdaderos tubos de desagüe, colocados en sentido vertical».

En efecto, en la desecación de los terrenos y en el consumo de los restos orgánicos tiene la arboleda un poderoso influjo, puesto que el agua del suelo y subsuelo es absorbida por las raíces, asciende por el tronco y se distribuye por los tallos y las hojas, para ser difundida por la atmósfera, mediante la transpiración vegetal; por otra parte, el agua cargada de materiales orgánicos cede, a su paso por dichas plantas, las substancias putrefactas, que éstas transforman convenientemente para que sirvan a su nutrición y desarrollo, por lo que resulta que el árbol es un aparato de aspiración y filtración de las aguas estancadas y que evidencia además la ingeniosa comparación de Chevrel.

Ahora bien, sabiendo todo esto, y sabiendo además el estado de nuestros montes, la desnudez de nuestro río en sus orillas y las múltiples circunstancias que hacen del árbol factor esencialísimo en el resurgimiento de Córdoba, ¿mirará ésta impasible su existencia o, por el contrario, continuará con bríos y sin flaquezas la empresa comenzada?

Creemos que este último será el camino que, desde hoy en adelante, seguirán aquellos que, ante todo y ssbre todo, consideren y quieran para Córdoba un bienestar que, únicamente los tres factores enumerados, agua, árboles y ganadería, le han de conquistar.

José Sarazá Murcia.

REPRESENTACIONES DE LA GUERRA

Alemania en Bélgica.—El lobo y la oveja
Dibujo de E. Sachetti.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

CANTARES

Ya sé que te quieren muchos,
pero bien sabes, gitana,
que nadie como este vate
te quiere con tantas ganas.

—

¡Cuándo te veré a mi lado
con mucho fuego en los ojos
y mucha miel en los labios!

—

Prueba a quererme, chiquilla,
como quiere una serrana
y verás canela fina.

—

Ya sé, gitanilla mía,
lo que ocultas en el pecho,
que las niñas de tus ojos
a voces lo están diciendo.

—

Dejar quisiera mi vida
entre tus labios de grana
igual que la mariposa
la suya deja en la llama.

Jesús Rodríguez Redondo.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demanda de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

CÓRDOBA

Marta y María, por Julio Romero de Torres.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Viernes 25 de Mayo de 1917 | NÚM. 41

LA FERIA DE LA SALUD

Entre las ferias más antiguas de España figuran las de Córdoba. Datan del año 1284 en que el Rey don Sancho IV concedió un privilegio al Concejo de esta ciudad para que pudiera celebrarlas dos veces en cada año, empezando una el día de Cincuesma y otra el primero de Cuaresma, y debiendo durar quince días cada una.

En 28 de Junio de 1789 el Alcalde mayor primero, do José Pinto Cebrián, elevó un mensaje al Rey, en el que le pedía la supresión de tales ferias, basándose en los escándalos que originaban.

El Monarca ordenó, en virtud de decreto de 1.º de Agosto del citado año, que se suspendieran hasta adquirir informes respecto a los abusos denunciados por el Alcalde mayor, y en 20 de Septiembre de 1790 dictó otra soberana disposición ordenando que continuaran las ferias con tal de que durasen solamente hasta las diez de la noche, y encargando al Corregidor, Alcaldes mayores y demás jueces que evitaran cualquier exceso o desorden y no permitieran mujeres en los puestos de licores.

La feria de Ntra. Sra. de la Salud, a la que da nombre la Virgen que se venera en la capilla del Cementerio próximo al lugar donde aquella se instala, fué, en tiempos remotos, la más importante de Andalucía, y en unión de las de Ronda, Espiel y Mairena, tuvo nombre en toda España.

Por hallarse nuestra ciudad en el centro de una región eminentemente agrícola, acudían a este mercado innumerables labradores y ganaderos y las transacciones elevábanse a un numero fabuloso.

Entonces la feria era de negocio únicamente, no de diversiones como es ahora.

Sólo había en el paraje donde se celebraba multitud de chozas y barracas para la venta de luguetes y chucherías.

Posteriormente el Ayuntamiento construyó casetas, unas casetas muy poco artísticas, pintadas de azul y blanco, a las que sustituyeron, hará unos veinte años, las de estilo árabe que tenemos en la actualidad.

En Córdoba nunca ha podido despertarse, como en Sevilla, la afición de los particularas a instalar casetas.

Antiguamente sólo se levantaba una, llamada la *tienda del amor*, en la que se reunían las familias de la buena sociedad y organizaban bailes.

Mucho después, la Corporación municipal y la Sociedad Círculo de la Amistad, construyeron las magníficas tiendas, con armazón de hierro y base de mampostería, que hoy constituyen el principal ornamento de la feria.

Hace ya bastantes años, varios jóvenes levantaron una caseta, cuyo pavimento se elevaba sobre gran númeto de calderas de hierro, de las que utilizan para depósitos de agua las compañías de los ferrocarriles.

Alguien, por esta circunstancia, la denominó la «tienda de las calderas», haciendo un epigrama sangriento, puesto que en Córdoba había entonces una casa de mala nota, cullas dueñas eran conocidas también por «las calderas». El dictado hizo fortuna, se propaló rápidamente y, como consecuencia, pocas señoras se atrevieron a visitar la caseta en cuestión.

La Empresa del alumbrado por gas y la Cámara de Comercio instalan dos casetas desde hace algunos años y varios militares de la guarnición establecieron otra.

Antiguamente la feria de Nuestra Señora de la Salud carecía de iluminación; sólo la alumbraban los candilones de las tiendas, que hoy se conservan en algunas buñolerías.

Después se instalaron los farolillos a la veneciana, que, entre el follaje de los poéticos jardines llamados altos y alrededor de la ría, de todo lo cual sólo se conserva hoy el recuerdo, producían un efecto verdaderamente fantástico.

Y, por último, se estableció la luz de gas, en faroles y grupos de bombas primero y en arcos y lámparas después, que vistos desde cualquiera de los extremos de las amplias calles en que se levantan, semejan

Cuadros de la feria.— El retratista y el señorito de pueblo
Dibujo de Fz. Márquez.

Rodríguez Hnos.

EXPORTACIÓN DE ACEITES DE OLIVA

ACEITUNAS ADEREZADAS

Y GARBANZOS

CASA FUNDADA EN 1843

Avenida de Canalejas, 44 y 46

CÓRDOBA

BANCO NACIONAL DE MUTUALIDADES

SOCIEDAD ANÓNIMA

Capital: 1.000.000 de pesetas.—ALCALÁ, 52.—MADRID

Bolsa de contrataciones Hipotecarias. Creación de pequeños capitales mediante entregas mensuales de cinco pesetos.

Para más detalles, al

DELEGADO PROVINCIAL

DON JOSE CALDERÓN NUFLO

CARDENAL HERRERO, 28.-CORDOBA

Antonio Alarcón López

COSECHERO Y EXPORTADOR

DE VINOS FINOS DE MONTILLA Y LOS MORILES

Exportación a todos los países. (ESPAÑA) CÓRDOBA

ESPECIALIDADES

TÍO FRASQUITO. MATUSALÉM. NÉCTAR. FLOR. ORO.
SOLERA OLOROSA. SOLERA FINA. MONTILLA HECHO. PASTO

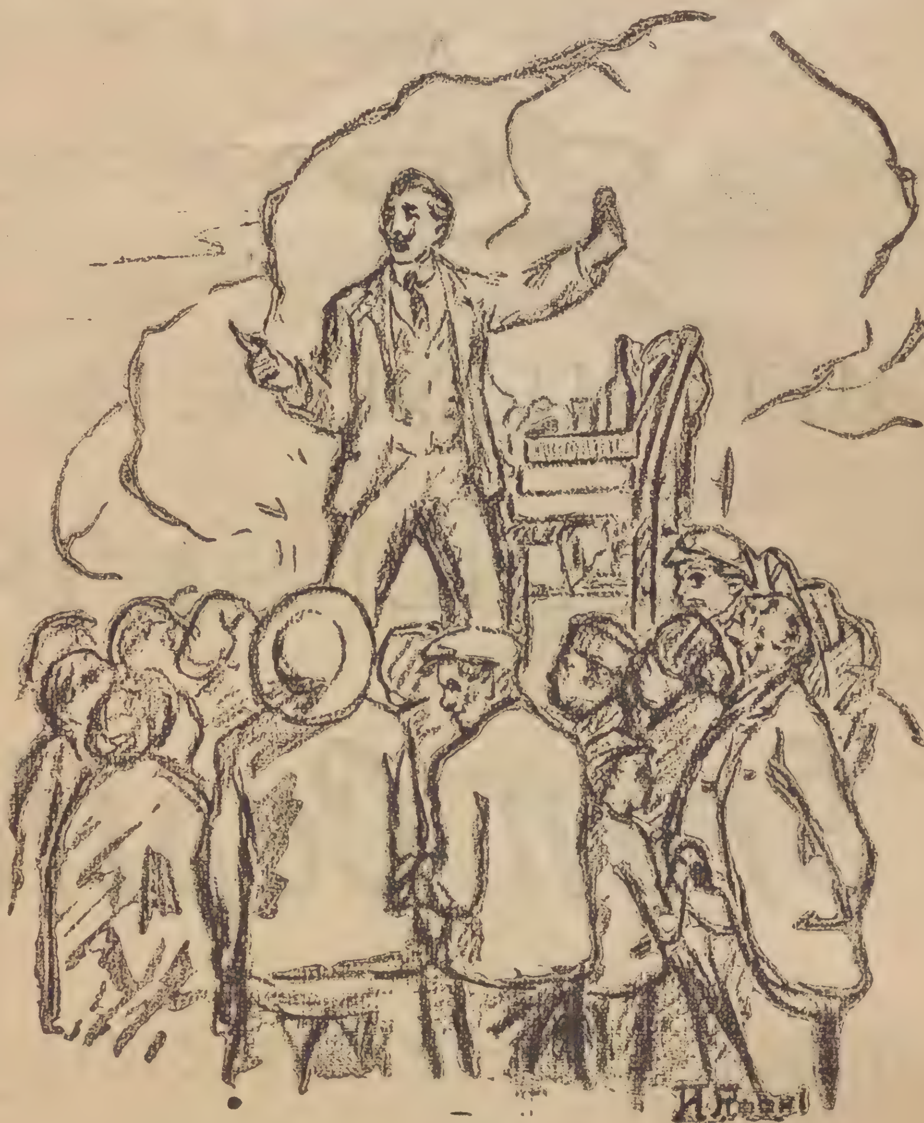
una bóveda de fuego, análoga a esas de que nos hablan los cuentos maravillosos de «Las mil y una noches.»

Un año, con motivo de diferencias surgidas entre el Ayuntamiento y la Empresa de gas, esta se negó a alumbrar la feria y los arcos y los candelabros fueron sustituídos por focos eléctricos encerrados en una especie de jaulas hechas con listones, de pésimo gusto, y por unas pirámides de madera llenas de bujías que daban al campo de la Victoria el aspecto de un cementerio.

La feria de Ntra. Sra. de la Salud no sólo ha tenido gran importancia por su mercado sino por los múltiples y distintos certámenes, exposiciones y concursos que en ella se han verificado desde tiempos remotos.

La Cámara de Comercio organizó, hace algunos años, una Exposición provincial y después otra regional de industria, comercio y arte que resultaron verdaderamente notables y además organiza todas las ferias un concurso regional de aceites de oliva, el cual tiene gran importancia.

La Diputación provincial también ha celebrado numerosas exposiciones de ganados, a las que han concurrido nuestro principales labradores con magníficos ejemplares de todas las especies; la ya suprimida Escuela provincial de Bellas Artes efectuó algunas exposiciones con los mejores trabajos de sus alumnos, instalándolas en el Casino Industrial y en el Círculo de la Amistad; lo mismo ha hecho en más de una ocasión, la Escuela de Artes Industriales; los diversos Ateneos que ha habido en esta capital, otras corporaciones científicas y literarias y la Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País igualmente han celebrado lucidísimos Juegos florales y Certámenes científicos, literarios y artísticos y, por último, varias veces se han convocado en nuestra población, con motivo de la feria, Certámenes musicales de bandas militares y civiles.



Cuadros de la feria.—El buscavidas que vende el curalotodo
Dibujo de Alfonso del Rosal.

Hace treinta años, cuando el objeto principal de las ferias era el negocio, en la de Nuestra Señora de la Salud había muy pocas diversiones. Todas se reducían a las cucañas, los fuegos artificiales y los bailes en la «Tienda del amor», aparte de las corridas de toros.

En cambio, en el llamado «Salón de espectáculos», donde hoy sólo vemos un sinnúmero de circos, cinematógrafos y barracas para el ejercicio del tiro al blanco, encontrábamos infinidad de distracciones que ya han desaparecido: los clásicos polichinelas, mucho más graciosos que los modernos fantoches; los teatrillos, donde era frecuente hallar cómicos mejores que algunos de los que ahora tienen fama; los museos de figuras de cera, en los que un año nos presentaban, actuando de Prim, a un muñeco que el año anterior había representado al cura Merino; los panoramas o «vistas», como los denominaba el vulgo, con sus paisejes fantásticos; las colecciones de fieras amansadas por el hambre, y los fenómenos, admiración de las gentes sencillas que se extasiaban contemplando al gigante chino, los hombres niños, la mujer barbuda, la joven tigre, el infante de dos cabezas y la foca que decía *mama* y *papa* y tocaba el guitarro dentro de una enorme tina.

El pueblo se solazaba con estas exhibiciones y entre las barracas de los espectáculos, el indispensable *tío-vivo* con sus caballos y sus sirenas deformes, al que ha sustituido el lujoso carrousel, la rifa a beneficio del Asilo de Mendicidad, que ya tampoco se establece, y alguna función de títeres al aire libre pasaba horas muy gratas, entregado a inocentes esparcimientos.

Cierto año, ya hace muchos, por desgracia para quienes lo vimos, hubo un espectáculo que despertó gran curiosidad por ser nuevo en Córdoba: la ascención de una mujer en globo inflado por gas del alumbrado, el cual se elevó en el sitio conocido por Salón de paseo, inmediato a los jardines altos de la Victoria.

Posteriormente, en la feria de la Salud, hemos disfrutado de toda clase de festejos y diversiones: carreras de caballos y de velocípedos, concursos hípicos, corridas de toretes y cintas, becerradas, entre las que descuella la anual del Club Guerrita, exhibiciones de cuadros disolventes y de películas cinematográficas, conciertos, dianas y retretas, concursos de escaparates, kermeses, exposiciones de muñecas, tracas y, últimamente, experiencias de aviación.

La feria de Córdoba ha servido de fuente de inspiración a muchos escritores que le han dedicado trabajos notables, tanto en prosa como en verso, ensalzándola y describiendo sus cuadros, tipos y escenas.

En los Juegos Florales celebrados en el año 1865, el tema de costumbres era una poesía a dicha feria, y en él obtuvo el premio don Leopoldo Créstar y el accésit don Miguel José Ruiz.

Casi todos los años, desde hace ocho ó diez, se publican durante la época de feria periódicos ilustrados, cuya base son los anuncios, y en los que suelen aparecer fotograbados, artículos y poesías alusivos a nuestras brillantes fiestas.

De todos ellos ha sido el más notable uno que se titulaba «La Feria de Mayo en Córdoba.»

A los carteles primitivos anunciadores de los festejos, que sólo ostentaban, en la cabeza, el escudo de Córdoba, impreso a varias tintas, han sustituido, desde hace tiempo, otros verdaderamente artísticos, obra de buenos dibujantes, litrografiados en los mejores talleres de España.

El Ayuntamiento, para la elección del boceto, suele abrir un concurso, en el que han tomado parte pintores tan notables como los Romero de Torres, Bertodano y otros.

Y, merced a este procedimiento, hemos conseguido presentar algunos carteles que han llamado con justicia la atención de los inteligentes en materia de Bellas Artes.

Durante los días de esta feria se han registrado en Córdoba sucesos muy sensibles.

Hace más de cuarenta años, en una corrida de toros, al terminarse la lidia del primero, una mujer, vecina de Lucena, se propuso abandonar la plaza porque no le agradaba el espectáculo.

Bajó al callejón, donde entonces estaban las puertas de salida, y tuvo la desgracia de que el segundo toro que acababa de aparecer en la arena, saltara al mismo tiempo la barrera, precisamente por el lugar en que aquella infeliz se encontraba, cogiéndola y corneándola de modo horrible, hasta dejarla sin vida, apesar de los esfuerzos realizados para impedirlo por Bocanegra, que era uno de los matadores.

La fiera también hirió a un guardia municipal, y cuando salió nuevamente al ruedo llevaba en una de las astas un pedazo de la camisa de la mujer, que le fué arrebatado por Lagartijo, el otro matador, quien, para quitárselo, hizo un quiebro magnífico a cuerpo descubierto.

El 27 de Mayo de 1890, tercer día de feria, ocurrió en Córdoba el crimen más espantoso que aparece en la crónica negra de esta ciudad.

Un individuo llamado José Cintabelde fué a la posesión de la sierra conocida por «El Jardinito», y emprendióla a tiros y puñaladas con cuantas personas había en ella, matando a dos niñas de corta edad y a dos hombres e hiriendo gravísimamente a una mujer.

Después regreso á Córdoba, y cuando se hubo mudado de traje, marchóse tranquilamente a ver la corrida de toros.

La guardia civil le detuvo en la plaza y Cintabelde expió sus crímenes en el patíbulo.

Finalmente, en las primeras horas de la noche del 25 de Mayo de 1896, víspera de nuestro célebre mercado, declaróse un voraz incendio en una de las tiendas de la feria destinadas a la venta de objetos de quincalla y bisutería, el cual se propagó a las barracas de la línea izquierda del salón de espectáculos, convirtiéndolas en cenizas.

El siniestro dejó a varias familias en la miseria.

Y, como siempre ocurre aun en las catástrofes más horribles, no faltaron las notas cómicas en este suceso.

Un concejal s... abrió paso entre la multitud que ro... deaba aquella hoguera formidabl... penetró en una de las casetas qu... estaban ardiendo, y pocos minut... después salía llevando en sus braz... una figura escultural de mujer, en... vuelta sólo en ténues gasas: era un... Venus de cera.

Los amigos del aludido conceja... que ya desgraciadamente no exist... comentaron su heróica acción co... la gracia propia de Andalucía.

Ramasama, el famoso homb... salvaje en quien un periodista per... picaz descubrió a un antiguo em... pleado de consumos de Barcelon... corrió medio desnudo por el cam... de la Victoria, sembrando el páni...

Feriantes.—Algunos sencillos y simpáticos feriantes, llegan de los pueblecitos de la provincia ávidos de verlo todo y, tanta prisa se dan en la tarea que, al segundo día, ya están molidos y maltrechos, hasta el punto de darlo todo por visto. En tal estado, marchan a la Estación para esperar el tren que ha de devolverlos al terruño. Llegan muy anticipadamente, caen rendidos sobre unos bancos, se duermen profundamente y, cuando acuerdan, el tren ha llegado... y se ha ido. Hay que esperar al otro día y, resignadamente, contando también con que las fuerzas han sido hasta cierto punto reparadas por el sueño, entran de nuevo en la ciudad en fiesta, arrastrando los mil y mil encargos que tenían hechos: juguetes, telas, dulces, alguna que otra herramientilla de labranza...

Dibujo de Fz. Márquez.

Córdoba y Comp.ª

Sección de empaquetado.

en las personas sencillas y gritando: ¡Por Dios! ¿dónde me meto? ¡No huir de mí, que soy un hombre como otro cualquiera!

Junto a los restos de un circo, un payaso, con la extravagante indumentaria propia de tales artistas, lloraba sin consuelo y las lágrimas formaban surcos en su roslro al quitarle la pintura.

¡Sarcasmo del destino ¡Quien tiene la misión de provocar la risa hallábase allí hecho un mar de llanto!

El día siguiente al de la catástrofe, el Ayuntamiento se reunió en sesión extraordinaria y tomó varios acuerdos para socorrer a aquellos infelices.

Con el mismo laudable objeto abriéronse suscripciones y se efectuó una corrida de novillos.

La feria de Nuestra Señora de la Salud se estuvo celebrando durante los días de la Pascua de Pentecostés desde que se fundó hasta el año 1890 en que, a petición de la Hermandad de Labradores, la Corporación municipal acordó que principiase el 25 de Mayo.

Los comerciantes opusiéronse a este acuerdo y en el año 1897 fué revocado por el Municipio, tornando la feria a su fecha primitiva. Desagradó a los labradores la variación; volvieron, en su consecuencia, a gestionar que nuestro mercado se realizara en una fecha fija, el 25 de Mayo, y en el año 1905 accedió otra vez a sus deseos la municipalidad, continuando el pleito entre comerciantes y agricultores, que ni ha terminado ni terminará, pues unos y otros aducen argumentos en su favor y no están decididos a ceder.

¿A quienes asiste la razón? No hemos de discutirlo en estas notas; sólo diremos, para concluir, que, como amantes de todo lo tradicional e histórico, votamos porque la feria de Nuestra Señora de la Salud se celebre durante la Pascua de Pentecostés.

Ricardo de Montis

Diversiones de feria.—¡Bien ha probado la fuerza el hombre! No abrió el paraguas al primer golpe, pero, al segundo, le ha dado tanto voleo a la maza, que le ha abierto la cabeza a un espectador alelado.

Dibujo al lápiz, por Alfonso del Rosal.

AIRE Y FUEGO

MADRIGAL

Aunque es muy fresco y muy rico
el aire de tu abanico,
me da tu abanico enojos
porque tiene la costumbre
de encender mucho la lumbre
en la hoguera de tus ojos.

Alfredo Cazabán.

DEL VER Y DEL VIVIR

—

Paleto y ciudadano

Este título nos ha salido muy bien. Se parece, como un huevo a otro huevo, al de la sinfonía que durante los días de feria nos largan en todos los casinos provinciales, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Las veladas cursis también lo tienen en el programa, obedientes a una ley fatal que a muy pocos españoles les es dable eludir. ¿Qué tendrá la música de «Poeta y aldeano», que tanto les gusta a nuestros compatriotas? No se sabe. Y además, no nos importa estos momentos. Porque no nos proponíamos el tratar este tema ni mucho menos, sino que nuestra fantasía prefiere perder el tiempo en divagaciones, y, sugestionada por el parecido entre el título de esta crónica y el de la sinfonía famosa, prefería andarse por las ramas, en vez de ir al grano.

No hay más remedio, pues, que sujetarla y obligarla a ceñirse estrictamente al tema. Ya está. ¡Gracias a Dios!

Hemos escrito «Paleto y ciudadano», porque durante estas fiestas «isidroles»—¿no decían antes insupercables y saturnables?—nos ha indignado bastante el grito pelado del vendedor de folletos indecentes. ¿Pornográficos? No. inciviles. ¡Vaya usted a saber lo que es peor! ¿No han oído ustedes vocear eso de «Los apuros del paleto que se per-

dió en Madrid»? El vendedor lo vocea con sorna y con suficiencia de hombre que habita en la corte. Si pasa un paleto, levanta la voz y guiña el ojo a los bobos que le acompañan en su risa estúpida. El paleto se azara un poco... y todos contentos. ¡Imbéciles! ¿Creéis que el espíritu ciudadano está con vosotros? ¡Qué ha de estar! Los que os reís del paleto sois un hato de animales, que por el sólo hecho de vivir hacinados en infectas viviendas de la ciudad, os creéis superiores al hombre que vive en plena naturaleza o en su casona de la aldea humilde. Y porque no viste vues-

Figuras de la feria. — El mono bullicioso que llama a las gentes al alegre espectáculo de los títeres.

Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal.

tros trajes de bazar, ni usa vuestras botas de 13,50, ni esas corbatas con muelle, enchufadas a los cuellos de celuloide, ni... toda la ridícula indumentaria cuartelera que os impone la vida ciudadana, os creéis con derecho a burlaros del paleto.

«¡Risa para todo el año! ¡Los apuros del paleto que se perdió en Madrid»! Oídme, animales; yo un día pienso escribir «Los apuros del habitante de la ciudad que se perdió en el campo». ¿Los habéis pasado alguna vez esos apuros? ¿Sabéis lo que es perderse en el monte? Si os habéis perdido en el monte, y a las cinco horas de desesperado andar, habéis hallado en el bosque a ese paleto que hoy provoca la risa de los pobres inconscientes, ya sé que no podréis reir. El paleto nos ha guiado en la noche tenebrosa; el paleto nos ha abierto de par en par las puertas de su choza, y nos ha dejado secar las ropas, y calentarnos junto a la lumbre, mientras la paleta tostaba, para nosotros, una larga rebanada de pan moreno... En una tarde de Agosto, el paleto, no sólo nos mostró el camino, sino que nos indicó la cercana fuente donde podríamos apagar nuestra sed abrasadora... El paleto que os mueve a risa en la ciudad, es el mismo que habéis visto conducir la yunta que arrastraba el arado, el que deja caer la simiente en los surcos, el que riega los campos, el leñador, el pastor de ganados... Y es, también—¿no es cierto, Manelic?—, el que da muerte al lobo.

¡A ver! ¿Quién se ríe del paleto? ¿Usted? Pues es usted un imbécil. No le quepa la menor duda.

Santiago Vinardell.

Gran Feria de Ntra. Sra. de la Salud

Con motivo de la celebración de este tradicional e importante mercado se realizarán en esta capital los actos y festejos comprendidos en el siguiente programa:

Concurso provincial de ganados, aves de corral y maquinaria agrícola. Exposición regional de Aceites de Oliva organizada por la Cámara oficial de Comercio e Industria. Asamblea provincial agrícola y pecuaria. Vistosas y variadas iluminaciones en el Real, paseos, jardines y calles afluentes al Mercado.

Día 25 de Mayo.—Primera corrida de seis toros de la ganadería de don Juan Contreras, de Burgillos (Badajoz), estoqueados por los renombrados diestros José Gómez Gallito y Juan Belmonte.—Función de fuegos artificiales en el Real de la feria.

Día 26.—Segunda corrida de seis toros de la ganadería perteneciente a los hijos del Excmo. Sr D. Eduardo Miura, de Sevilla, siendo estoqueados por los renombrados diestros Gallito, Belmonte y Saleri II.

Día 27.—Tercera corrida de ocho toros de la ganadería de don Joaquín Pérez de la Concha, hoy de sus hijos don Tomás y don José, vecinos de Sevilla, estoqueados por los afamados matadores Manolete, Gallito, Belmonte y Saleri II.—Sesión de fuegos artificiales japoneses.

Día 28.—Corrida de novillos-toros de la ganadería de don Florentino Sotomayor, de Córdoba, estoqueados por notables diestros.—Sesión de fuegos artificiales japoneses en el paraje de la feria, a las diez de la mañana.

Día 29.—Concierto matinal por el Real Centro Filarmónico cordobés, en la tienda del Ayuntamiento.—Concursos hípicos con valiosos premios.

Día 30.—Concierto matinal por el Real Centro Filarmónico cordobés, en la tienda del Ayuntamiento.—Concursos hípicos con importantes premios.

Día 31.—Becerrada organizada por el Club Guerrita.—Conciertos musicales por la Banda municipal.—Función de fuegos artificiales a las diez de la noche.

Figuras de la feria. El popular payaso Gonzalo Agustino, que cada año viene a Córdoba para montar su espectaculo de títeres en el Campo de la Victoria.

Dibujo al lápiz, por Alfonso del Rosal.

Bailes en la tienda del Círculo de la Amistad en las noches del período de feria.—Tiro a pichones.—Teatros, circos y otros espectáculos.—Servicios excepcionales de trenes.

Advertencias.—Los ganados que concurran al mercado podrán pastar en la parte de la dehesa de Rabanales contratada al efecto. Las reglas que hayan de observarse en lo relativo a su estancia en el Real se darán a conocer oportunamente por edictos.

Córdoba 29 de Abril de 1917.—El Alcalde presidente del Ayuntamiento, *Salvador Muñoz Pérez*.—El Secretario, *José Carretero Serrano*.

CORDOBESAS EN FERIA

La marquesita

Luce uno de estos nombres muy cordobeses y evocadores: Regina, Fuensanta, Rosarito, María, Tránsito o Nieves, pero todos le llamamos la marquesita.

En esta feria, la marquesita se presenta por vez primera en sociedad; es pequeña y airosa, rie siempre, y sus ojos rasgados, árabes, relampaguean misteriosos al oir una galantería o un piropo.

Y tras ella, el acompañamiento consabido de impertinentes y «gomosos» va formándole corte numerosa.

La marquesita ha estado por la tarde en la primera fila de un palco de los toros, descotada, luciendo airosa la mantilla blanca; sus brazos finos, enguantados hasta el codo, se apoyaban sobre la baranda que cubría un capote rojo bordado en oro; un diestro galante, al terminar el paseo, se lo había arrojado, con una sonrisa y una mirada ardiente, desde el circo. Música, calor, vítores, un torero triunfador, el del capote, y la marquesita, encendida de rubor, que palmotea también con estusiasmo. Desfile después en carruaje descubierto, por la Victoria; junto a la portezuela del coche, un teniente de lanceros hace caracolear a su caballo, y siguiéndola, dos o tres jinetes más que esperan que el oficial, en un descuido, pierda el sitio para ocuparlo ellos.

La noche de feria cordobesa, amorosa, bañada en la luz blanca de los arcos de gas; estampidos de cohetes; a lo lejos, luminarias fantásticas, caprichosas; un orfeón que entona canciones regionales, y mujeres y más mujeres que pasan ataviadas goyescamente, despertando madrigales y suspiros.

A primera hora, la marquesita se pasea por la feria; está en el teatro o en la «kermesse», pero más tarde, ya de madrugada, se presenta lujosa y bellísima en el baile señoril y aristocrático de la Coseta del Casino.

Los muchachos galantes, se la disputan en valses y rigodones; ella sonríe a todos; es atendidísima, y vanidosa, en su triunfo, escucha ruborosa, con la vista baja, declaraciones ardientes y piropos.

Entre tantos, duda, vacila, no se decide a elegir a uno.

Aristócrata, rica, luciendo toda su juventud espléndida de los dieciocho años, ya puede esperar.

Es todavía tiempo de poder mostrarse esquiva, desdeñosa...

Amaneciendo, la marquesita gentil abandona el baile; un auto la deja pronto en su casa vetusta, solariega...

En la plazuela misteriosa donde está el palacio, se aspira un fuerte aroma a flores nuevas; silencio, soledad, poesía del crepúsculo y tras el cierre de cristales, una figura grácil, todavía vestida con las galas del baile, sonríe a un teniente de lanceros que pasea solitario entre los árboles...

—

Rosario, Nieves, Victoria, Fuensanta o Tránsito, todos los años, en feria cordobesa, surge una muchacha atrayente y gentilísima como esta... Es marquesita, es bella, coquetea con todos y, desde el cierre de cristales del balcón de un palacio vetusto, al clarear una mañana de Mayo fragante y espléndida, se hace señas con un teniente de lanceros que la enamoró aquella tarde en un palco de los toros...

A. Jimènez Lora.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

LA BELLEZA

Si detenidamente consideramos la relación existente entre la belleza y el amor, es innegable que la derrota de aquella quedará patentizada.

Es cierto que los antiguos, consideraban como condición indispensable de la mujer para ser amada, su hermosura, su belleza, pero es también cierto que los hombres del día se han librado de tales preocupaciones, y estiman a la mujer por sus condiciones y atractivos individuales, más aún que por su belleza física.

Hoy se reconoce por cuantos acerca de este asunto se han ocupado, que, además de la belleza, atractivo singular de las mujeres, existen otros no menos atrayentes en materia de amor.

El gran Labruyere, tratando este interesante punto, se expresaba así:

«Cuando una mujer fea inspira amor, este es fuerte hasta la muerte.»

Moliére nos habla tombién del amor que «abarca hasta los defectos de la persona amada.»

Al principio del pasado siglo se publicó en Francia una obra titulada «Miroir des Dames», en cuya portada aparecía una reproduccion de las tres Gracias, acompañada de la inscripción siguiente:

Ellas agradan sin la belleza; la belleza no agrada sin ellas.

Stendhal, el autor más desconsiderado para la mujer, se expresa así en su obra «De l'amor.»

Se puede llegar hasta preferir la mujer fea, y aún a amarla.

Balzac, en la «Recherche del'Asolu» dice dirigiéndose a la menos agraciada (imparfaites):

«Dichosas las no perfectas, porque de ellas es el reino del amor.»

Y, para aclarar este concepto, dice más adelante: «Tal vez sea así, porque el encanto físico de una mujer hermosa tiene sus límites, en tanto que es infinito el encanto esencialmente moral de la mujer de media na belleza.»

Delacroix apunta en su «Dietario» que para amar a una mujer no le

basta al hombre que ésta tenga belleza de Venus o belleza de Niobe.

Promentin y San Simón, declaran que una mujer puede ser encantadora, sin ser realmente bella.

Anatole France, en su novela «Les Dieux ont solf», dice:

«Graciosa, marchita, cansada, pero nunca quieta, que fué encanto de los presentes.»

Tambié Rousseau, dice así de Sofía, la heroina de su «Emile:»

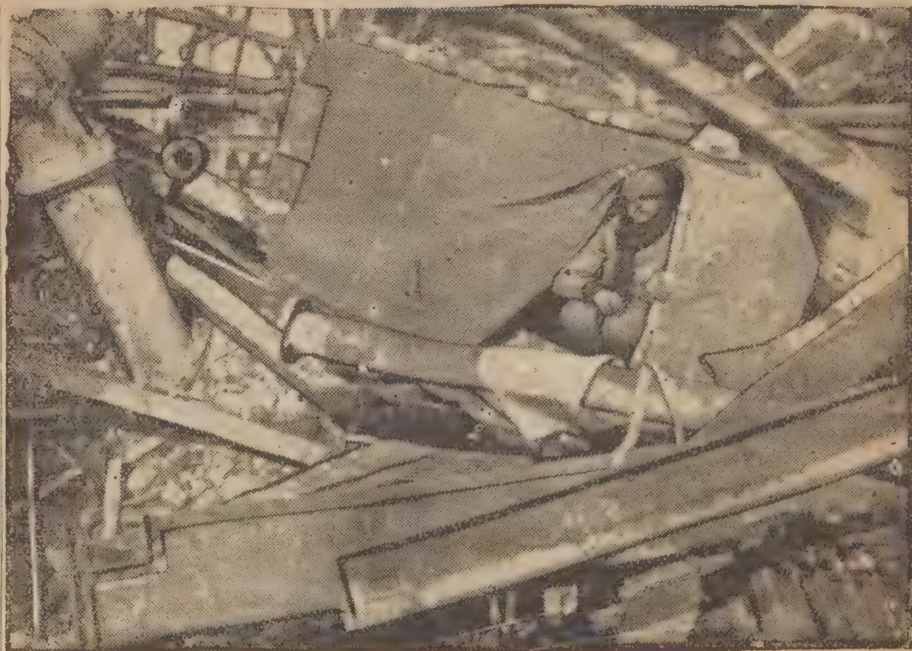
«Sofia no es mujer bonita, pero a su lado los hombres olvidan a las mujeres más lindas. Encanta, sin que nadie sepa por qué.»

El mismo Schopenhauer sostiene en una de sus más celebradas obras que las elecciones por afinidad raras veces se hallan basadas en el sentimiento de la belleza.

Vemos, pues, que hoy día, el sentimiento del amor, es suceptible de engendrarlo en el hombre lo mismo la mujer bella que aquella otra en que la Naturaleza no ha prodigado sus gracias.

En honor de éstas, publicamos este trabajo, deseándoles encuentren un hombre que las conduzca al altar, y que como dice Labruyere, su amor sea fuerte hasta la muerte.

José Sarazá Murcia.



La guerra europea.—Original refugio formado por un soldado francés en una fábrica abandonada por los alemanes.

Un ilustre aficionado

I

«Virtud, saber, de la huesuda recia
resisten la segur desapiadada,
y nunca mueren. Ambos cuerdo aprecia.
»No tu sangre calidad prestada,
dorado techo no, ni todo oro
te hará inmortal. Saber, virtud, o nada.
. . . .
»... de mi santo celo
oye la voz; fabrica tu renombre,
y eleva tu opinión al alto cielo.
»Yo quiero a mi nación formar un hombre,
yo te quiero la honra de tu siglo
. . . .»

Así escribía el insigne gaditano don José de Vargas Ponce para consejo y enseñanza del bizarro oficial de caballería y gentil poeta don Angel Pérez de Saavedra y Ramírez de Baquedano. Y en verdad que no se desvanecieron aquellas ambiciones tan levantadas y honrosas, que de sempiterna frescura y de brillo refulgente gozará la fama del noble autor de *El Moro Expósito* y del *Don Alvaro*.

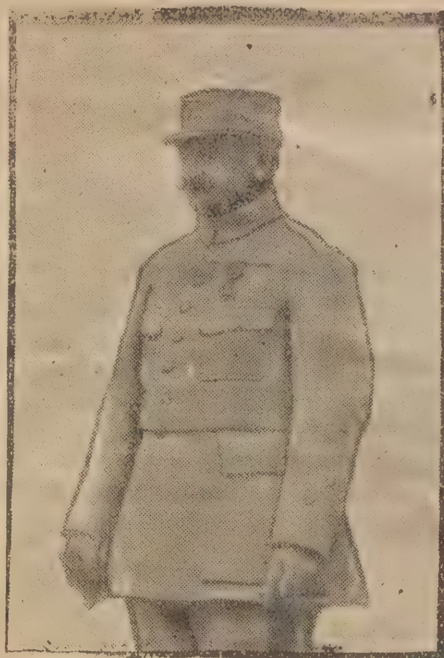
Pero el joven Saavedra, inquieto, bullicioso, apuesto, el que tuvo «contra Marte aliento—en las sangrientas batallas—y contra el rapaz Cupido el aliento» le faltaba, si enamorado de las musas, dejábase arrastrar del gusto por uno de los ejerci-

-cios que muy de antaño traía su abolengo y habían sabido con maestría consumada los caballeros más principales de éstos, o mejor, de aquellos reinos.

Don Angel fué educado con esmero ejemplarísimo; don Angel, a los siete años, era nombrado capitán de caballería del regimiento del Infante; don Angel manejaba los pinceles con destreza; don Angel pasó, como alumno distinguido, por el Seminario de Nobles; don Angel, alférez sin despacho del Cuerpo de Guardias de la Real persona, altivo, lealísimo, patriota, se opone, llevando la voz de sus camaradas, a marchar sobre Segovia cuando el invasor quiere sofocar la insurrección del Colegio de Artillería; don Angel, españolísimo, generosa, valerosamente, da la cara al enemigo taimado y fementido y en Antígola queda

«con once heridas mortales,
. . . .
manchado de sangre y polvo,
. . . .
casi en brazos de la muerte;»

Josè Priego López



De la guerra europea. — El general francés Mestre.

CÓRDOBA

El caballo «Preferido», de raza española y perteneciente a los ganaderos cordobeses don Francisco y don Mariano Molina, que ha obtenido el premio del Rey en el Concurso provincial de ganados celebrado en Córdoba durante la feria de la Salud.

Fotografía de Martín Rives.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 2 de Junio de 1917 | NÚM. 42

Alma andaluza e ideal andaluz

V

ΩΚΕΑΝΟΣ

El mar. La lejanía. El misterio.

Y hubo Andalucía, por confín infinito de sus dominios, por valladar vaporoso y nostálgico de sus ilusiones, la musical cadencia del mar sonoro y rumoroso y el azul hipnótico de la lejanía. Y por clave de sus esperanzas y deseos, el suave reflujo del oleaje rítmico, siempre en fuga, siempre retornando, aquietador de los sentidos acuciosos, adormecedor del cuerpo, serenador del alma.

Y así, a veces, Andalucía durmió el poema vivido de sus sueños, arrullada por los besos susurrantes de las olas. Y todo su rostro, todo su seno—dado al mar en pródiga exuberancia—lo encuadró con la fresca fronda afiligranada, que en sus bordes irídeos traen las crenchas rizosas y espumeantes del mar. Y del encaje sutil y delicado prendieron copia las Gracias de Andalucía. Y dél fraguaron toca ideal sus mujeres, pues que, tejiéndolo con la maravilla de sus encantos, hicieron de su trama manto de Penélope del que infinitamente quedaron prendidos y suspensos los corazones de los andaluces. Y su ánima toda. Que en la gracia inmortal de sus rostros, tocados con la fronda afiligranada del encaje, vieron reflejarse el alma de Andalucía. El alma de su madre. De la siempre joven y siempre floreciente.

Y siempre que Andalucía quedó atenta a la grandiosidad lejana de los mares y al misterio de la divina unión del azul celeste y el azul marino, de los que hizo cifra y combate interrogadores de su alma, brotó en su seno la rosa centifolia de la Imaginación. Que perfumó todos sus ámbitos. Y los creó. Y los idealizó. Y fué germen de floraciones ubérrimas, fecundas, estallantes.

Y cuando en la plétora tediosa de la creación, ahita de grandezas, desposó sus ojos de la lejana grandiosidad ensoñadora de los mares, y al eco del rumorear de otros hombres, voluió su vista hacia el Norte, topó con Sierra Morena, cuyos aires fríos, exóticos y bárbaros—los que sobre ella pasaron—, helaron la ardiente fecundidad de su alma. Y en sus conceptismos idealizadores y grandiosos, dejaron el mísero recuerdo de una tradición, que lograron hacer odiosa, las secas esterilidades de los adormedizos.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Andalucía marina, Andalucía costera, ruta del Sur, ruta del Sol, camino de perfección, fuente de Andalucía, fuente de vida, fuente de ideal.

Por el Sudeste, arribó toda la clara civilización latina que hizo también nuestro el «mare nostrum, mare internum, mare mediterraneum.» Y cuando las grandes velas triangulares rojas anclaron para siempre en lejanas riberas, la esfinge, para llorar la inmensidad dolorosa de su viudez, ocultó el rostro en su seno; y los hombres se vieron soterrados tan hondamente, que, en la entraña pétrea y agobiante, su alma quedó fosilizada, petrificada, irredenta, muda. Y el rictus de la contracción trágica del dolor, floreció en pámpanos verdiclaros, de jugosidad acre. Y con ellos embriagó, imperecederamente, la inconsciencia de su destino. Así Málaga, así Almería.

Y, fué en el Sudoeste, donde se acumuló la hipertensión excitativa del misterio de la lejanía. Y la alta potencialidad, acumulada frente a la incógnita del Océano—lecho del Sol, donde el padre de la vida y de las inmensidades áureas y rielantes, ahogaba los ardores de su triunfal carrera, en la frescura de los mares, con fragorosidades incendiarlas—, se desbordó anhelosa e inquisidora en Monasterio de la Rábida. Y a impulsos de la rosa centifolia de la Imaginación, que idealizaba su mente, creó un mundo nuevo e ignorado al otro lado de los mares. Para ofrecerlo y engarzarlo en la corona de la madre patria. Y proseguir después su ruta mansa y serena, cantarina y florida. Que la prodigalidad de Andalucía, roto el hechizo que cautivaba su ensueño, no quiso adueñarse de los ricos presentes que el mismo atesoraba. Y de ellos hizo regio don a la humanidad entera, que los codiciaba. Y no manchó con la avaricia rastrera, la pura inmaculabilidad de su ideario. Por el que expresó el sentir de su alma. Del alma de Andalucía.

Y fué últimamente, pezón terreno de Andalucía, por el que ella nutrió toda su alma y su cuerpo todo—que en épocas de ancestralidad fabulosa y mítica era más bien arteria viva y pletórica—, un avanzamiento ampuloso sobre los mares, en busca de la ruta del Sur y del Sol, que un signo de fatalidad trágica dejó desquiciado y sangriento. Pero más doloroso fué aún el eco que los siglos devolvie-

ron. Porque sobre la herida rutilante y fresca, en la que hubieran injertado nuevas vitalidades, se desarrolló una úlcera infecta, purulenta y saniosa. Y huyendo del repugnante contagio, todo el cuerpo inmaculado de Andalucía, encogido y medrosa, se replegó hacia el Norte. Y buscando el abrigo de la fiereza brava de Sierra Morena, Andalucía lloró su mancilla, su fértil virginidad rota. Y el hipo convulso, estremecedor, trágico, culminó en sus campos abandonados y sedientos, en sus ciudades solitarias y mudas, en sus hombres hambrientos y torvos...

La conjunción.

Y, mostrando la fértil gala de sus amplias polifonías, de su múltiple expresión policroica, se complació la esfinge en recopilar en un *uno*, indiviso y armónico, toda la gama de su espiritualidad, la varia individualidad de su alma única.

Y, afincando en la sólida fortaleza de Sierra Morena, y con la pura idealidad de Sierra Morena en la lejanía, extendió a sus plantas el claro espejo del Guadalquivir rumoroso; más lejos, prendió en el borde de su manto el festón sagrado del Genil; dilató sus costados en la serena severidad oceánica de la vega andaluza —de oleajes verdes, ampulosos, oscilantes, restallante de ritmo y de movilidad viva—; e hizo copia geográfica de Atenas, que devino en imitación superada de sus gracias, y su alma—Atenas de Occidente, raza de mesocefalia y ortoidismo, aristocracia suprema de los sentidos y el espíritu—. Y el todo refundido, guarecido en el seno más cálido de Andalucía, recopilador de las facetas de su vivir, ideal de bondad, belleza suma, bondad suma, fué el alma completa de la esfinge silente: Cortotoba, la ciudad buena.

Rafael Castejón.

LA FUENTE OCULTA

Circundada por las frondas
que crecen junto a su orilla,
sin que ni el Sol la visite,
mana la fuente escondida.
Las zagalas cuando pasan,
con gran desprecio la miran,
aunque en lejanos aguajes
tengan que buscar la linfa;
la desprecian, porque ignoran
que fluye en la fuentecilla
con el agua, el amuleto
de paz, de amor y de dicha.
¡Qué exhaustas corren las aguas
cuando la sed no mitigan!
A las doncellas, las voces
de las hadas que la habitan
y de los mágicos gnomos
con reposo y quietud brinda;
a todas llaman las voces
de la fuente cristalina
y dicen: venid, zagalas,
las que un día y otro día
por mil márgenes pasáis
charlando pasiones íntimas,
buscando en fuentos peores
aguas que no son propicias;
venid a llenar las ánforas
a mis piadosas orillas
y llevaréis para el alma
la más santa medicina,
que todos los males curan
aquestas aguas benditas:
curan los males de amores,
los celos y las perfidias,
los olvidos y traiciones,
las lacerantes espinas,
curan los males de amores
y jamás los malefician...
¿Sabéis de aquella doncella
que, siendo rosa encendida,
púsose tan pronto triste
que nadie daba en sus cuitas?
Pues llegó a llorar sus ansias
a la fuente cristalina
y después de haber llorado
tornó rosa brillantísima...
Llegad a llenar las ánforas
hasta la fuente escondida
que las hadas de su fondo,
las misteriosas ondinas
os dirán que las virtudes,
porque luego benefician,
son las de estar apartadas
de la mundanal perfidia,
de la caricia insinuante
del Sátiro todo intriga
y de los ojos del Fauno
que no acechan en su orilla.

M. Jiménez Maya.

EL MORO DE LOS DÁTILES

IMPRESIÓN DE LA NIÑEZ

Aun le recuerdo; su noble perfil
en mi memoria grabado quedó...
Era lo mismo que el rey Boabdil
cuando, al dejar a Granada, lloró.

Arabe triste de luengo alquicel
y ojos inmensos de obscuro mirar,
¿pensaba acaso en su negro corcel
o en su lejano y perdido aduar?

Era una tarde en la feria de Abril,
todo alegría, belleza, color
turba alocada, traviesa, infantil,
al agareno cercaba en redor.

Yo le miraba con gozo también
la dulce fruta anhelando probar
y no veía el inmenso desdén
de aquellos ojos de ardiente mirar.

Arabe errante, de vil condición,
tal vez pensara, mirando esta luz,
que sus abuelos de ilustre blasón
fueron señores del suelo andaluz.

Príncipe Omniada sería tal vez
si ha muchos años naciera en Bagdad
y ahora su sino, con noble altivez,
sufre vagando de aldea en ciudad.

Aun le recuerdo; de talle gentil,
aire indolente, pausado marchar...
era lo mismo que el rey Boabdil
cual los poetas le suelen pintar.

Amantina Cobos de Villalobos.

Dibujo de M. Villalobos.

EL DOLOR UNIVERSAL

Las plumas más generosas se habían consagrado a describir el penar inmenso de los hombres.

Querían, llamando a la piedad, hacer que se anticipara el advenimiento del reino de la justicia sobre la tierra y poco a poco se había ido creando «la religión del sufrimiento humano.»

El trabajo día por día se hizo más duro; la vida se había convertido verdaderamente en cruel. La misericordia de Sebastián Faure dictó las páginas de los más hermosos libros que se conocen, y de esa misericordia profunda nacieron sus indignaciones sin límites. Fueron muchos los que lo comprendieron y lo siguieron. Unos compartieron sus piedades; otros se sintieron arrastrados por sus exaltaciones revolucionarias. Pero todos respondieron a ese clamoroso grito del dolor universal que salía de las entrañas mismas, desgarradas y en llaga viva, de esta mísera estirpe humana que por los caminos del mundo, cayéndose y levantándose con la cruz a cuestas como un Nazareno hacia el Calvario, va haciendo tan penosamente las jornadas.

Todo es dolor en torno nuestro. Es el único patrimonio que hemos heredado de nuestros ascendientes y que los adelantos de la civilización no han hecho más que agudizar hasta un límite verdaderamente trágico.

Por más esfuerzos que hagamos por evitar su contacto y, sobre todo su contagio, a la fuerza lo sentimos, Lo llevamos dentro como una úlcera que roe tanto nuestro espíritu como nuestra carne.

Estamos condenados, por ley de vida, al trabajo y el trabajo es dolor.

No pensemos solamente en los desventurados que, como sapos bajo tierra, a golpe de pico laboran en el fondo tenebroso de las minas, arrancando los tesoros que tiene en su seno la madre Naturaleza; ni en los que en las fábricas y en los talleres, junto a las irresistibles temperaturas de los Altos Hornos que funden los metales más resistentes hasta convertirlos en líquidos ígneos, sedientos, cegados por la luz los ojos, fatigados los pulmones por la respiración de gases mortales; ni en los pescadores que luchan con los mares y los vientos, ambos traicioneros, en el más duro de los oficios, siempre afrontando el peligro y la muerte.

Y, ¿todo para qué? Para vivir en la miseria y a la postre sucumbir extenuados por el hambre.

No ya las necesidades del espíritu, ni aun la del estómago famélico tras tan duras fatigas pueden satisfacer esos modernos esclavos blancos. Al propósito recuerdo aquella pobre obrera de que hablaron los hermanos Boneff, que jamás en su vida había podido comer ni una sola vez para saciar por entero el hambre.

Y estos desventurados son millones y millones de hombres, cuyos nombres desconocemos, pero cuya vida todos conocemos. A la postre constituyen esa legión infinita de inútiles, viejos a los treinta años, ciegos, tullidos, imbéciles, mancos, convulsionarios.

Pero a esa ineluctable ley del dolor no se sustraen tampoco los ricos. No hay para qué hablar de los enfermos de enfermedades incurables, a quienes la riqueza no puede proporcionar un alivio momentáneo, como al nómada con la talega llena de perlas pero que no podía encon-

trar una gota de agua en el desierto, de que nos hablara el poeta.

Me refiero a los que padecen sed de gloria, de fortuna y de poder, que ven malogrados sus sueños y desvanecidas las esperanzas. Viven agonizando, con una espina dorada en el alma.

Otros sienten a los quince años, edad de las energías y de las ilusiones, el cansancio mortal de una vida sin encantos. Y diariamente desertan a millares en una hora de agudo desencanto y con un gesto de suprema resolución frente al misterio de lo desconocido, que promete un eterno reposo y un olvido perdurable.

Acaso el dolor espiritual, esa ansia de lo imposible que llevan acuciándoles continuamente las almas inquietas, sea más temible que el dolor material. Sólo que como no llora, no se le conoce y no se le compadece.

Creíamos que el penar de los hombres no podía llegar a más altos límites y que era imposible resistir, sin que estallaran rotos los nervios y desfalleciera con mortal desmayo el espíritu, la presión del dolor universal. La monstruosa guerra presente ha demostrado las reservas de energía moral, verdaderamente incalculables, que guardábamos en silencio. Es una observación del gran Mæterlinck, poeta de los internos dolores silenciosos, que encierra una verdad amarga, pero a la postre consoladora.

No sólo se ha podido resistir el espectáculo de esa inmensa carnicería humana con devastación de ciudades, campos removidos por las explosiones, naciones en masa que huyen, pueblos que pasan de una servidumbre a otra servidumbre, como enormes rebaños, sino que además nunca se han visto tantas energías despiertas para la obra del heroísmo sin gloria y del sacrificio sin recompensa.

El dolor nos ha fortalecido y debiera añadirse que espiritualmente nos ha engrandecido. Nos había purificado. Pensaron muchos que el egoísmo sólo inspiraba los anhelos y los esfuerzos de los hombres, sin pensar que muchos vegetaban resignadamente en la miseria y que otros se iban consumiendo en la tristeza del vivir.

El soplo trágico de la guerra parecía que iba a derribar por tierra las almas como un castillo de naipes y ha sucedido lo contrario. El grito

angustioso del dolor universal ha adquirido un nuevo acento, más desgarrador, pero también se ha soportado esa prueba, una prueba más allá de las fuerzas humanas.

Recordaréis la angustia con que la heroína de Ibsen decía suplicante a su marido:

—Por piedad, evítame el espectáculo del dolor y la muerte.

No sé qué diría en nuestros días. Yo pienso que, fortalecida por la misericordia, a estas horas, vistiendo las blancas tocas de enfermera, cuidaría con sus manos delicadas, las carnes destrozadas de un soldado en cualquier ambulancia de heridos.

Y lloraría, no por ella, sino por todos los hombres.

Angel Guerra.

ANDORRA Y EL MUNDO

Un periódico matritense reproduce del «Excelsior», de París, el siguiente suelto:

«¿En qué pudo consistir el «tributo andorrano» a Francia, que vinieron a ofrecernos ayer, como todos los años, en Perpiñán, el síndico general del valle de Andorra, acompañado de dos consejeros y del «vignier»?

Esa formalidad, nos dice un telegrama, ha ofrecido la ocasión a los delegados andorranos de renovar, en presencia del prefecto de los Pirineos Orientales, su juramento de fidelidad a Francia y de unir los votos de la República de Andorra por la victoria de Francia y de sus aliados.

El prefecto de los Pirineos Orientales agradeció sus manifestaciones y les ofreció una copa de Champaña.»

El periódico aludido no pone al suelto comentario alguno, pero sí un título que quiere ser concreción de ironía, con sus pretensiones de humorismo. Dice así: «¡Andorra por los aliados!»; y bien, sí, Andorra por los aliados. ¿Y qué? Una vez más el tópico imbécil, que nos obliga a burlarnos de los pequeños y de los humildes, ha hecho su aparición—y ésta sí que es grande ironía de doble filo— en un periódico regionalista.

¿Qué sabe de Andorra el infeliz que ha redactado ese título que quiere ser mortificante? Andorra es como un oasis en medio del desierto de la España desgobernada, inconsciente y moribunda. Andorra es «huerto cerrado y jardín florido«. Es una supervivencia maravillosa de las viejas costumbres patriarcales, esas sanas costumbres que mató el egoísmo de una sociedad mercantilista.

Andorra vive en su paradisiaco retiro, reconcentrada en sí misma, celosa de su indepedencia, ni envidiada ni envidiosa... Es un pueblo que sabe vivir en la

«... escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.»

En medio del horrible choque de los poderosos, el humilde se siente satisfecho de su insignificancia, y tal vez piense que, sin las locas ansias del imperialismo, el mundo podría vivir en paz y concordia.

Ríanse de la República de Andorra los espíritus frívolos que se dejan arrastrar por la corriente. ¿Quién os ha dicho que la felicidad podía hallarse en el vértigo de las modernas civilizaciones? La locura guerrera, creadora de esas máquinas de muerte y destrucción que parecen hijas de la fantasía de un Wells, no ha llegado a Andorra. La sed de riquezas, que roe las entrañas de los multimillonarios del Norte de América y de Europa, no la siente Andorra. La borrachera de la velocidad—automóviles, grandes expresos, aero planos... — no enturbia el cerebro de los hijos de Andorra. En Andorra no se baila al tango ni el *fox-trott*. ¡Que no es poca ventaja! En Andorra no se ve lujo descarado, provocador y cínico de los ricos junto a la podrida miseria de las larvas humanas que se arrastran por las ciudades esperando en vano las sobras del festín.

Andorra es la República Ideal. Andorra es la encarnación viva de la República de Platón. En vez de burlarnos de Andorra, más no valie-

Boda de la encantadora señorita Cristina Sánchez Torres y el distinguido joven don José M.ª Muñoz Ramírez de Arellano.

SIN RUMBO

A todo viento gira mi deseo,
y a todo amor mi voluntad se inclina...
Sobre Pegaso vuela Prometeo,
y en la noche mi alma se ilumina.

Esta ilusión que el corazón me llena
de amarlo todo y desear sin tino,
ha puesto las espinas de la pena
en cada flor que nace en mi camino.

Que todo viento a todo amor me lanza,
y todo amor, en su esperanza loca,
a mil dolores sin cesar me lleva...

Mas cuando más perdido, más avanza
mi corazón hacia la erguida roca
donde el viril de mi ideal se eleva.

J. Muñoz San Román.

ra—a nosotros y a las poderosas naciones que se destrozan estúpidamente—volver a ella los ojos y acomodar, en lo futuro, nuestra vida a sus normas sabias y patriarcales. Somos muchos los que esperamos que, después de la guerra, el mundo volverá a la vida sencilla. (Y si no lo hace, peor para él). El ideal sería dividirlo en infinitas repúblicas de Andorra y convivir todas a base del pacto que predicó Pí y Margall.

Piénsenlo los grandes estadistas.

Sea Andorra la bandera que resuma todo un programa de renovación a base del retorno a la vida sencilla.

Andorra es la bandera, y los que se burlan de Andorra..., unos pendones.

Santiago Vinardell.

LA BARRACA

Risa producía la contemplación de la barraca; trozos de percalina, despintada por el dios Sol y desgarrada por el continuo servicio o la mano perversa de cualquier chicuelo; unas cuantas pinceladas de mazarrón, mezcladas con un azul que parecía un cielo nublado, y un blanco que, de su cio que estaba, más bien negro parecía; una mujer mal vestida con un traje churrigueresco de bailarina, traje aún más desaseado y maltrecho que el adorno de la barraca, y un payaso, cuyo traje e indumentaria corría parejas con la instalación y con la mujer aquella. A compás—si compás puede llamarse—de los horribles platillos que ella sonaba sin cesar, y del desentonado son del viejo tambor que él batía, los dos grotescos muñecos que se exhibían al frente de la barraca bailaban, bailaban sin momento de reposo, y de sus rostros parecía desprenderse una risa sarcástica, burlesca, cruel, al contemplar aquel cuadro en que dos seres humanos, para ganar unas miserables monedas, servían de burla a los demás seres que por el salón de espectáculos pululaban.

Ni el continuo golpear del payaso sobre su viejo tambor, ni el descompasado son de los platillos que la mujer tocaba sin reposo, ni las cómicas vueltas de aquellos muñecos de madera, mal cubiertos por unos cuantos guiñapos, lograban atraer a ningún espectador.

... Y el payaso continuaba gritando sin cesar:—¡Adelante, señores, adelante.

¡Y parecía que nadie oía su reclamo! Todos pasaban sin detener siquiera su mirada sobre la miserable barraca. ¡Era tan pobre y ridícula...! ¡Les importaba tan poco lo que su interior encerraba...! A dos pasos escasos de aquel sitio, una magnífica instalación había sido construída. ¡Y qué preciosos cuadros se presentaban a la vista...! Sujestivas mujeres mal cubiertas por gasas, veíanse en artísticos cuadros, y el público atropellábase por adquirir las localidades, ínterin que en la pobre barraca ni una sola persona penetraba.

La curiosidad nos hizo entrar en la miserable barraca; al tomar

nuestra modesta localidad de manos de la triste y escuálida bailarina, creímos ver en sus ojos lágrimas que, al desprenderse, formaban dos surcos sobre la máscara de colorete que teñía su rostro... Atribuímos su tristeza a la poca aceptación del espectáculo y penetramos en el pequeño local destinado para el público...

Pasó un rato, demasiado para que el espectáculo comenzase; impacientáronse cuatro—a cinco no llegarían—muchachos que en el «salón» se encontraban; golpearon sobre los duros bancos de madera y, al correrse el telón, apareció ante nuestra vista la infeliz bailarina, acompañada del pobre payaso, y gimió, más bien que pronunció, las siguientes frases:

—«Respetable» público: se suspende la función: ¡mi hijo ha muerto...!

La infeliz cayó presa de horrible aflicción sobre el tablado, y él, ahogado por el dolor y la desesperación, medio loco, al ver que había perdido aquel pedazo de su alma, de su vida, atropellando a los que le rodeaban, salió al pórtico de la barraca y, golpeando furiosamente su viejo tambor, repetía sin cesar:—¡Adelante, señores, adelante...!

Y parecía que nadie oía su voz. Todos pasaban, sin detener siquiera su mirada sobre la miserable barraca...

¡Era tan pobre y ridícula...! ¡Les importaba tan poco lo que su interior encerraba...!

Emilio Santiago Diéguez.

La Exposición provincial de ganados.— Papirote, del ganadero de Córdoba don Gregorio García y García, que obtuvo el primer premio para caballos sementales. Lote de yeguas españolas, de los ganaderos cordobeses señores Molina, que obtuvo el primer premio.

Fotografías de Martín Rives.

La muerte de D. Rodrigo Amador de los Ríos

La Prensa, esa Prensa vergonzosa que tan poco espacio consagra a las figuras preeminentes de la ciencia, mientras llena sus columnas reseñando las corridas de toros o la vida de cualquier farsante y vividor de la política o los crímenes del hampa, daba cuenta brevemente hace unos días, y no en todos sus órganos, de la muerte del ilustre historiador don Rodrigo Amador de los Ríos, a quien me ligaba el afecto entrañable que inspira el maestro amigo al discípulo entusiasta.

Conocí a Amador de los Ríos en el mes de Enero de 1913, en su despacho del Museo Arqueológico Nacional, del que a la sazón era director y desde aquel momento frecuenté cuanto pude su trato y su hogar, recibiendo de él provechosas enseñanzas y adoptándolo por guía en mis estudios históricos.

Una sordera pertinaz que padecía, de resultas de la impresión que le produjo la exhumación del cadáver de un hermano, oficial del ejército, muerto en la última guerra carlista, y grandes disgustos que en el ejercicio de la enseñanza amargaron los últimos días de su vida, lo tenían retraído de los Ateneos y Sociedades de cultura; pero en su modesto despacho seguía consagrado al estudio y al trabajo, sin desmayar, sin sentir entibiarse las aficiones de sus años juveniles.

Más de una vez me mostró las últimas fotografías de las excavaciones de Itálica, la de alguna lápida árabe que había ido a buscar a una lejana aldea, o el informe que iba a entregar aquella noche en la Academia de San Fernando, de la que era individuo distinguidísimo, no habiendo alcanzado igual consagración de sus talentos en la de la Historia, a pesar de haberlo propuesto firmas tan valiosas como las de Cánovas

del Castillo y Menéndez Pelayo, por haber triunfado otra candidatura más afortunada y no volver después a acordarse nadie del viejo y retirado historiador.

Su insigne padre, don José Amador de los Ríos, le inclinó, una vez licenciado en Filosofía y Letras—el bachillerato lo hizo en Córdoba como alumno del Colegio de la Asunción—a que se consagrara al estudio de la civilización arábiga española, como él lo hacía con la judaica, y desde aquel instante, revelándose su verdadera vocación, comenzó una labor grande y fecunda, de segura orientación para la juventud española que ha seguido y seguirá durante muchos años las huellas por él trazadas.

Su tesis doctoral, su primera obra de importancía, versó sobre la ejecución en Tablada del rey de Granada Abu-Said, de orden de don Pedro I de Castilla, y fué una acertadísima crítica de tan interesante y obscuro episodio de la historia granadina, que llevó también a la novela con el título de «La leyenda del Rey Bermejo», donde nos pinta con gran fidelidad la corte y la vida de los reyes nazaritas, a la vez que con un encanto, una poesía y un conocimiento de la historia de los árabes, en los que nadie en España le ha superado tratándose de esta clase de literatura.

No intentamos siquiera enumerar sus obras, pues ha sido un escritor fecundísimo; entre las más notables, están «Arquitectura y ornamentación de los árabes», «Trofeos militares de la reconquista», «Industrias hispano-mahometanas», «De algunas costumbres de les mahometanos en los entierros y funerales», «Los fueros de los pobladores cristianos en la ciudad de Toledo», «Las pinturas de la Alhambra», así como multitud de estudios publicados en revistas, especialmente la de Archivos y Bibliotecas, de la que fué durante muchos años asiduo colaborador; pero los primeros trabajos que le dieron verdadera autoridad como arabista, fueron las «Inscripciones árabes», de las cuales tiene un tomo dedicado a la Mezquita de Córdoba, que es el estudio más completo que se ha hecho hasta hoy de la incomparable Aljama.

Descanse en paz el venerable maestro, que lega a los suyos un nombre insigne en la república de las letras, una vida ejemplar en el trabajo y una prestigiosa figura que será más admirada por las generaciones venideras que por la presente, pues a través del prisma del tiempo adquieren brillantes resplandores aquellos ingenios a quienes pretendió envolver en sombras la injusticia de sus contemporáneos.

M. A. Orti Belmonte

Cáceres Mayo 1917.

La guerra europea.-Camión francés para la conducción de soldados a la linea de fuego

La Asociación Médica Regional

El pago de los titulares

En el pasado mes de Abril, por el entonces ministro de la Gobernación, señor Ruiz Jiménez, publicóse un R. D. por el que se obliga a los Ayuntamientos al pago inmediato de los atrasos a los médicos titulares; pero como en este nuestro país es enfermedad endémica el incumplimiento de lo que es bueno y justo, aún no dió aquella disposición los resultados apetecidos. Grandes son las deudas que los Municipios tienen con los titulares y más grandes aun los deseos en éstos de que las Corporaciones municipales les abonen sus atrasos, pero.. ¡con pena lo decimos! no pasan de deseos. Sólo algunos médicos han hecho uso de aquella disposición y hasta ahora creemos que ninguno hubo de conseguir la satisfacción de sus derechos. ¿Es por esto que los titulares se abstienen, a pesar de sus continuas protestas, de solicitar el cumplimiento de aquella disposición? ¿Temen que los municipios hagan una vez más mangas y capirotes de las disposiciones legales?

Acudan a nosotros y desde estas columnas, a las que pueden recurrir para su propia defensa, llamaremos la atención de quien corresponda para que de nuevo no sean burlados los derechos sagrados de los ministros de la salud.

Y aquí hacemos punto en espera de la resolución que recaiga en algunas reclamaciones ya en tránsito.

Figuras conocidas.-- Don Rafael Aguilar Catalán, exredactor de varios periódicos locales.

Caricatura de Bernardo Ortiz.

La colegiación obligatoria

Para dar cumplimiento al R. D. de 15 del presente mes para la creación del Colegio del Príncipe de Asturias para huérfanos de Médicos (del que ya nos ocuparemos detenidamente) en lo que se refiere a la colegiación, el señor Burell ha dictado una Real orden en cuyo artículo 1.°, dice así:

«Que en el plazo máximo de treinta dias se conviertan los Colegios médicos oficiales existentes en Colegios provinciales con carácter obligatorio.

No necesitamos encarecer la importancia de esta disposición; el Colegio de huérfanos de médicos era una necesidad sentida ha ya bastante tiempo por la clase médica; sin la existencia de la colegiación obligatoria no podrá aquél prosperar; es su base inmediata.

Por lo que suplicamos al señor Presidente del Colegio actual convoque una reunión general para dar cumplimiento a esta orden y al acuerdo que hubimos de tomar en el fraternal banquete, más pródigo en esperanzas que en realidades, que celebramos el pasado mes de Febrero.

Estas disposiciones ministeriales hablan de la creación de un sello para toda certificación facultativa y, como ha de hacerse efectivo, bueno es que el Colegio se pronuncie públicamente en el sentido no de derecho, sino de nobleza y alta humanidad en que el R. D. del señor Burell ha sabido inspirarse.

Continuación de la lista de adheridos a la Asociación:

Farmacéuticos: don Antonio Gómez Cabada, de Posadas; don Antonio Márquez Rodríguez, de Belalcázar, y don José Pérez y Gómez, de Iznájar.

(Continuará.)

EN EL PINAR

En los pinos mi espíritu se pierde
y goza de un sopor vago, halagüeño:
los pinos tienen un encanto verde,
los pinos tienen un verdor de ensueño.
Entre ellos vaga la melancolía;
el sol los dora con sus rayos suaves:
¡el pinar es un templo de harmonía
donde ofician los vientos y las aves!
Yo ofrendo, en el pinar, mis oblaciones;
y en el pinar elevo mis canciones:
me acarician en él mis esperanzas...
¡Templo augusto, magnífico y solemne!
¡Mi espíritu navega en el perenne
verdor de tus sublimes lontananzas!

Pedro A. Morgado.

El Comercio y la Casa de Correos

Téngase en cuenta

Antes fué el monumento a Colón; luego la estatua del Gran Capitán; después una red de tranvías y ahora la Casa de Correos.

¿Se construirá efectivamente la Casa de Correos? En el asunto no se ve mucha luz. Está recomendado por la superioridad que los edificios construídos a tal fin sean próximos a las estaciones ferroviarias, y a la de Córdoba no es las Tendillas ciertamente lo más céntrico de la capital.

¿Que por qué se trata entonces de derribar esa parte del Suizo? Aquí queríamos llegar. Hemos dicho que el asunto de la Casa de Correos se ha mezclado malhadadamente con el de derribar el Suizo: el *Diario de Córdoba* ha dicho, no hace mucho, algo de esto también, y sostuvo lo mismo, la noche de la junta, don Rafael Castejón.

¿Qué tiene que ver el asunto del Suizo con el de la Casa de Correos? A nuestro juicio, aquí lo que se trata es de derribar el primero más que de construir la segunda; y siendo esto así, como puede serlo, como lo es, puesto que este último edificio debe emplazarse en otro sitio salvando luego la comodidad del público por medio de estafetas como se hace en otras capitales; para lo del Suizo no cabe otra solución que la que expuso elocuentemente el Presidente del Centro Andaluz: o derribarlo todo o no derribar nada; porque, señores, si se abre en el Suizo una brecha que no sea otra cosa que la prolongación de la calle de Claudio Marcelo y dejamos a un lado un pedazo del Hotel y al otro construímos la Casa de Correos, el día en que Córdoba necesite una plaza grande en lo mejor de la población, para centro de tranvías, por ejemplo, ¿qué haremos con esos dos marmolillos informes? Tendremos que pensar de nuevo en triturar otra manzana.

Creemos, como el señor Castejón, que la pasividad en construir de los propietarios de solares de la calle Nueva no es un motivo para que se hagan las cosas de cualquier manera, más aún cuando la verdadera causa de no realizar actualmente las obras es el alto precio de los materiales, y esta causa subsistirá, ínterin no termine la guerra, teniéndola que sufrir de todos modos como uno de los males presentes. No puede, pues, popularizarse la creencia de que dichos propietarios esperan para obrar que se derrumbe el Suizo, porque irónicamente exclamaríamos: ¡Ah! ¿es eso también lo que esperan los propietarios de los solares del Gran Capitán para acometer las suyas? ¡Ya sabemos entonces lo que impide reconstruir a los de la Ronda de Isasa!

——

¡Lástima que en Córdoba, donde hay tantos solares yermos, tanta ronda convertida en muladar, tantos edificios caídos esperando unas manos cariñosas que pongan en ello piedra sobre pierdra, la piqueta tenga derecho a ensañarse, aumentando las ruinas que vemos por doquier!

De *La Cultura Mercantil.*

La Exposición provincial de ganados.—Concurso de obreros esquiladores, en el que fueron premiados Miguel Jiménez, Salvador Navarro y Rafael López. Lote de tres potrancas de los ganaderos señores Molina, de Córdoba

Fotografías de Martín Rives.

La soberanía popular

De la revista hispalense *Andalucía.*

Una discusión reciente, sostenida en los diarios locales entre el Excmo. Sr. Alcalde de este Ayuntamiento y el señor Presidente de la Unión Comercial, nos ha sugerido la idea, que realizamos con los fines que más adelante diremos, de reproducir en este suplemento de nuestro periódico, la defensa que hicimos ante la Excma. Corporación, de parte de nuestro programa, que defiende la efectividad de la soberanía popular en los municipios, mediante acuerdos relativos a extremos que los municipios pueden adoptar por sí, dentro de la legalidad actual, sin necesidad de leyes ni de autorización alguna dimanadas de los Poderes centrales.

Con fecha 20 de Junio de 1916, dirigimos al Excmo. Ayuntamiento la siguiente Moción presentada por el Centro Andaluz de Sevilla al Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad:

Excelentísimo señor Alcalde de esta ciudad:

El Centro Andaluz, por mediación de V. E., tiene el honor de dirigirse al Excmo. Ayuntamiento, solicitando lo siguiente, en cumplimiento de los fines de su institución:

1.° Que con respecto a todos los asuntos de algún interés que hayan de debatirse y de resolverse por el Excmo. Ayuntamiento, como presupuestos, gastos e ingresos de todo orden, reformas urbanas, etc., se practique referéndum o información pública, dando cuenta detallada al pueblo de dichos proyectos, mediante impresos que se le repartan profusamente por empleados del municipio, en los cuales se invite a todos a discutir públicamente tales cuestiones municipales, y a presentar cada uno sus iniciativas en el plazo que para ello se les fijara.

2.° Que, igualmente, por medio de impresos repartidos en la misma forma al público, se dé mensualmente un estado detallado de las cuentas de la administración municipal (ingresos y su inversión), del mismo modo que se practica en varios municipios de esta provincia, que imitan al municipio ejemplar de Coria del Río, y con toda la minuciosidad posible.

Las medidas anteriores puede adoptarlas perfectamente el excelentísimo Ayuntamiento, porque a ello no se opone la ley Municipal.

Nosotros, para solicitarlas, nos hemos inspirado en el deseo de atender al cumplimiento de nuestros ideales de reconstitución nacional, regional y municipal, en virtud de estas razones que la cultura del excelentísimo Ayuntamiento ampliará y apreciará debidamente:

1.° Como base del fortalecimiento de la conciencia nacional y regional y del nacimiento de los ideales de este orden, se necesita despertar la conciencia municipal, atrayendo y excitando la atención del pueblo, hoy embargada por lamentables preocupaciones, mediante el público planteamiento y la insistente discusión de los ideales y negocios del Municipo; a la par que, de este modo, pueden llegarse a recoger importantes iniciativas de las personas que a tales informaciones concurran. Las expresadas medidas tienden a hacer, además, efectiva la soberanía popular, dando a conocer el proce-

der de sus mandatarios y el estado de los negocios públicos, pues los periódicos oficiales, en donde de ellos se habla, no llegan al pueblo, y los demás periódicos o publican reseñas brevísimas o insuficientes o no dicen nada.

2.º Es necesario también procurar una franca colaboración entre administrados y administradores en la obra del mejoramiento municipal, concluyendo con la desconfianza y la murmuración de los administrados, tradicional en nuestro país, y sustituyéndolas por la fe absoluta en la lealtad y suficiencia de los administradores.

Por todo lo cual, a esa excelentísima Corporación suplicamos: Que por los fundamentos dichos se sirva tomar en consideración las anteriores peticiones.

Lo que con todo respeto a V. E. pedimos, en Sevilla a 20 de Junio de 1916.—*La Junta Directiva.*

RECONCILIACIÓN

Su vocecita fué dulce y piadosa
como un consuelo; mi mirar altivo.
En su clara mirada jubilosa
brillaba un llamear de fuego vivo.
Estrechaba mis manos que tenían
un ansioso temblor. Muda y liviana,
sus dientecillos nítidos mordían
el fresco labio de color de grana.
Tuvo un gesto sutil, mágico y bello,
y evocando la dicha del pasado
al antiguo cariño me incitaba.
Y enlazando sus manos a mi cuello,
—¡si supieras, amor, cuánto he llo-(rado!—
su voz toda dulzura murmuraba...

—

Y después, otra vez aquel austero
silencio de dolor; y yo impasible.
Y ella, sentimental, en un sincero
tono me hacía su pasión visible.
Nuestras mentes insólitas soñaban
en consuelos fugaces y presuntos,
y nuestros corazones se acercaban
y jubilosos palpitaron juntos.
Luego con timidez, algo cohibida,
—Quiéreme—suplicó. Brilló en sus (ojos
la llama del querer tan amorosa...
Y yo le respondí: Si eres mi vida...
De su pecho gentil, frescos y rojos,
cayeron unos pétalos de rosa.

M. Altolaguirre Palma.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

:-: INDEPENDIENTE :-:

Mozuelas de Córdoba.—Las hijas del caminero de Trassierra.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 9 de Junio de 1917 | NÚM. 43

Alma andaluza e ideal andaluz

VI

Trilogía de alma y tríptico de ideal

El limo sagrado de Iberia nació de la cópula triunfal del Sol y Andalucía.

Era Andalucía, cuando surgió radiante y gloriosa del seno de los mares, excrecencia viva del continente africano, apéndice capital de su extructura, limitado al Norte por el móvil valladar de las aguas oceánicas. Y apenas su cuerpo virgen se ofreció de morada a los hombres, la gracia fecunda de su alma comenzó a hablar cálidamente, verbosamente. Según afirman Plinio y Estrabon, los turdetanos poseían leyes escritas y en verso, seis mil años antes de Jesucristo, cuarenta siglos, de por menos. Y su civilización prehistórica, fué, acaso, la primera que inventaron los hombres. Pues que muy luego se extendieron por la península toda—los iberos—y en el centro de ella se ha encontrado la primer estación conocida del mundo—Torralba—. Iberia, madre de la cultura. Y Andalucía, madre de Iberia.

Sería en las riberas del estrecho bético—antes que naciera el Guadalquivir—, al cobijo amoroso de Sierra Morena, solemne y fuerte, maternal y amparadora, y en las paradisiacas playas miocénicas que a sus faldas se extendían, donde, por ministerio divino, una raza antropoide venida de «la madre Africa, siempre viva, o de la misteriosa Atlántida, madre muerta», supo del don incarnal y humano del lenguaje. Y al influjo del sol de Andalucía, sintió despertar las fosforescencias intelectuales de la neurona. Que fueron animadas y energizadas. Y de las concavidades simiescas de sus progenitores, el limo sagrado de la tierra, artizó, perfeccionó, idealizó sus rasgos y refundió el todo étnico, bellamente inmortal, de la raza ibera celoide y morena. Y así, Andalucía, al hacer su hombre, modeló su alma.

Y cuando estos hombres se internaron en la península, con ellos se adentró el alma de Andalucía. Y ya para siempre esta «prodigalidad expansiva» del alma andaluza, característica de su constitución, perfumó imperecederamente los ámbitos todos de la gran nueva Iberia, desde los escondidos rincones de su solar.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Luz. Hesperia.

Y toda la pródiga maternidad de Andalucía, continuada mansamente, calladamente, serenamente, sufrió fáciles violamientos de su individualidad sagrada—que la maternidad sólo sabe de afectos y descuida las ofensas—. «Tenían los turdetanos, los más cultos y ricos de Iberia, costumbres dulces y corteses. Eran la gente menos varonil—fiera-salvaje—de España en aquella edad de hierro—. Y la debilidad, ante la fiereza que en ella engendró la fecundidad, no pudo repeler las irrupciones bárbaras. Que grabaron su nombre sobre el de Iberia. Y de este hicieron un palimpsesto. Pues bajo la superficialidad del postizo, el limo sagrado siguió germinando y floreciendo. Siempre vivo y siempre nuevo.

Tal fué Hesperia. Fenicios y griegos aportaron a ella la fértil luminosidad de su vivir. Y una exquisita aristocracia del sentido. Y una suprema elegancia acordada, eurítmica, sonora, del alma y de la vida. Y fué de tanta pujanza la savia con que el fértil limo nutrió el brote importado, que de él hizo jardín umbroso, porfumado, florido, solemne; sagrado como la savia que lo alimentaba. Y el poder de sus encantos se idealizó tan altamente, tan celestialmente, tan divinamente que el gran pueblo encerró en él su ensueño. Y así fué el Jardín de las Hespérides.

Claror. Bética.

Y todo el bárbaro poder imperial de Roma, al hallar la dulzura creadora de Andalucía, se fundió en paternidad suave y resplandeciente, alentadora y cálida, que arrancó vivos destellos del limo sagrado, hasta que lo encendió en luz propia. Y ella fué una radiosísima claridad, diáfana y transparencial, que a modo de divino manto, cubrió la Andalucía toda. Como bóveda celestial hialina y lúcida que permitiera ver, sin artificio alguno, la vida de los hombres. Y sus deseos. Y su alma. Por eso, la espiritualidad bética de Andalucía, culmina en Séneca, el cordobés; cuyo «estoicismo, natural y humano, es el elemento moral que sirve de ci-

miento más profundo a la constitución ideal de España»; y «cuya filosofía verdaderamente indígena y recogida en la región, impresiona todavía y da carácter propio a la comarca cordobesa.»

Y es tan realmente indígena el estoicismo andaluz, tan soberamente «la expresión tranquila y severa de Séneca» con la serena claridad del alma bética, especialmente cordobesa, que se podría invocar su autoctonía. Nacida del suelo porque fué su reflejo. Nacida de la tierra, porque la tierra, al hablar, lo hizo por boca de los hombres que en ella viven, que son su alma, y, al expresar sus sentires, dicen la altura donde raya su mirada, la colina por donde resbala su vista, el río en el que fijan la pupila, la llanura por donde discurren sus ilusiones sin traba ni límite.

Rafael Castejón.

DE HORACIO

A DIANA Y APOLO

Dianam tenerae...
(Libro I, od. XXI)

Cantad, vírgenes dulces, a Diana,
cantad, muchachos, al intonso Cintio,
y a Latona, dilecta
de Júpiter supremo.

A la que ama los ríos, y las hojas
de los bosques del Algido nivoso
del Erimanto negro,
o del frondoso Crago.

Vosotros ensalzad cantando al Tempe
y a Delos, patria del insigne Apolo,
y a su hombro del que cuelga
el carcaj y la lira de su hermano.

Y a vuestras preces, la angustiosa (guerra
y el hambre y peste, lanzará del pueblo
y del príncipe augusto,
a persas y britanos.

Agustin Aguilar y Tejera.

EPIGRAMAS MÉDICOS

Marco Velerio Marcial, el famoso poeta latino, compatriota nuestro, en su muy citado *M. V. M. Epigramatum, Libri XIV*, escribió el epigrama siguiente:

Nuper erat medicus: nunc est vespillo (Diaulus:
quod vespillo facit fecerat et medicus.

Salinas lo tradujo así:

Diaulo es hoy sepulturero
y ha poco que era doctor:
lo que hace enterrador
hizo médico primero.

He aquí otro, también del poeta bilbilitano, citado en sus *Prolegómenos de Clínica Médica* por el inolvidable catedrático de Terapéutica de la Universidad Granatense Dr. Coca y Cirera, maestro de mi padre (e. p. d.), que fué quien me llamó la atención hacia la enseñanza clínica que entraña:

Languebam: sed tu comitatus protinus (ad me
venisti centum, Symmaque, discipulis.
Centum me tetigere manus aquilone gelatæ
non habui febrem, Symmaque; nunc habeo

Lo traduzco así: «Desfallecía, y tú, Símmaco, me visitaste inmediatamente, acompañado de cien discípulos. Tocáronme cien manos heladas por el aquilón; no to tenía calentura, Símmaco, y ya la tengo».

Otro, de Pananti:

Va un médico in carroza e l'altro a piedi;
pagan questo i malati; e quel gli credi.

«Un médico va en coche y otro a pie; a este le pagan los enfermos, a aquél los herederos».

Cuando el gran don Pedro Mata puso en la puerta de su piso, que estaba enfrente del que habitaba el poeta Bretón de los Herreros, el siguiente cartel:

He de llamar la atención
que en aquesta habitación
no vive nigún Bretón.

Enseguida, Bretón de los Herreros puso en la puerta del suyo este otro cartel:

Vive en esta vecindad
cierto médico poeta
que al pie de cada receta
pone «Mata». Y es verdad.

DR. VELÁZQUEZ DE CASTRO
Académico y Catedrático.

De la Exposición regional de ganados.—Lote de burras, de don Florentino Sotomayor, que obtuvo el primer premio. Macho cabrío, del señor Sotomayor, al que se concedió el segundo premio.
Fotografías de Martín Rives.

FIGURAS DEL PASADO

—

CASTO PLASENCIA

Cúmplese en estos días veintisiete años de la muerte del ilustre pintor español Casto Plasencia.

Un perdurable recuerdo de veneración y cariño me hace hilvanar estas cuartillas y dedicarlas a la memoria del notable artista alcarreño.

Casto Plasencia, inspirado, vehemente, a veces brusco en sus concepciones realistas, sintiendo bullir en su cerebro la inspiración del arte, llegó victorioso al pináculo de la gloria después de vencer numerosos y difíciles obstáculos.

Nació el 1.º de Junio de 1848, en Cañizar, alegre pueblecito de la provincia de Guadalajara.

Bien joven tuvo la desgracia de perder a sus bonísimos padres, quedando desamparado y bajo la protección del brigadier don Ramón de Sandoval y Arcaina, gran amigo y condiscípulo del autor de sus días.

Descubriendo Plasencia singular afición al arte de Apeles, ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en donde a poco fué pensionado por el Ministerio de Fomento, en premio a sus excepcionales aptitudes y notable aprovechamiento.

En 1860, una traidora enfermedad arrebató la vida de su cariñoso protector, quedando don Casto abandonado, sin más patrimonio que sus fuerzas, pues también por aquel tiempo se le retiró la pensión que disfrutaba.

Mas como ya gozaba de alguna personalidad, el marqués de la Vega de Armijo y el conde de San Bernardo, admiradores de su genio, prestaron su apoyo decidido al novel artista, quien viajó con ellos por muchas capitales de España y del Extranjero, adquiriendo grandes conocimientos.

A su regreso á España y convocándose a concurso dos plazas pensionadas para la Academia Española de Bellas Artes de Roma, obtuvo una de ellas en compañía del ilustre don Francisco Padilla, por su notable cuadro «El rapto de las Sabinas.»

En la Ciudad Eterna, trabajó incesante, dedicando todos sus afanes al objeto y fin que allí le llevara, produciendo, entre otros lienzos, el «Isaías», copia de Miguel Angel, existente en la capilla Sixtina del Vaticano; «El descanso de un pintor» y el retrato del Patriarca de las Indias» y, por último, el famosísimo «Origen de la República Romana», el cual fué premiado con Medalla de Oro en la capital de Italia y con la misma distinción en la Exposición Universal de París, concediendo además a su autor el Gobierno francés la Cruz de la Legión de Honor.

De vuelta a su patria, fué llamado por el Rey don Alfonso XII, a quien tuvo la honra de hacer su retrato.

Dedicóse de lleno a su profesión, instalando para ello un suntuoso estudio o más bien Museo, a juzgar por los valiosísimos objetos que lo adornaban.

Pintó numerosos cuadros, entre ellos «La Bacante», «Un templete de Trívoli», «El Trovador», regalo a la Emperatriz de Alemania; «El Viejo Verde»», «El Derribador de reses», que le valió la Cruz de la Orden de Santiago de Portugal, y otros muchos que envió a América, sin contar los encantadores dibujos de escenas asturianas que hizo de Pravia — en donde tenía un nuevo estudio—entre los que sobresale «El Mentidero», obra muy original y de una inspiración grandísima.

Plasencia se conquistó un lugar preferente en los trabajos de pintura decorativa o mural, y por ello se le

encargó la ejecución de las obras existentes en el palacio del Marqués de Linares y en la iglesia de San Francisco el Grande, en Madrid.

En el palacio de Linares, dice don José de Siles, ha ido depositando Plasencia su inspiración, al mismo tiempo que en las cúpulas, capillas y coro del referido templo.

En el techo de la alcoba del entresuelo está pintada «La Noche». No hay ninguna lira contemporánea que eleve un canto más poético a las sombras tranquilas del sueño. «La Noche» es un poema de delicadísimos colores. Sus líneas tienen la vibración de un verso de Musset.

Completa el decorado del hermoso salón «Anacreóntica», «Venus aérea», «El Blasón y la Gloria» y el cuadro «Psiquis conducida al Olimpo por Mercurio».

La obra de San Francisco el Grande es digna de admiración. Plasencia «ha volado por los cielos»—como dice don José Fernández Bremón—en la pintura de la bóveda de la Capilla de Carlos III. Refiriéndose a él dice un eximio literato lo siguiente: «La celebración de este suceso en el cielo, desarrollado en el incomparable fresco del techo, es una de las páginas más hermosas que tiene la pintura. Plasencia ha realizado en él un prodigio.»

Don José de Siles, dice «que, contemplando esto, diríase que la capilla no tiene techo, sino que realmente la vida del cielo se ve por allí en el espacio...»

Esta obra fué elogiadísima y se ocupó de ella con detenimiento la prensa nacional y extranjera, tributando a su autor grandes y merecidas alabanzas...

A poco de obtener tan señalado triunfo y cuando se hallaba en la plenitud de su vida, dejó de existir el gran español que supo llevar su reputación y fama a través de las fronteras, dejando señalado en sus lienzos admirables el pincel mágico de su paleta prodigiosa.

José del Castillo Plasencia.

EL PATIO ANDALUZ

Amor, flores, armonía,
bondad, rostros sonrientes,
y gracejo y alegría,
son las notas más salientes
de la hermosa Andalucía.
¡País que engendra mi anhelo
de no abandonar su suelo!
¡País de mujeres bellas,
donde es más azul el cielo
y brillan más las estrellas!
Región de dichas y amores,
de sabios y trovadores,
donde la naturaleza
ha mostrado su grandeza
y ha derramado sus flores,
imprime en mi pensamiento
tu alegría, tu contento;
destierra mis pesadumbres,
siquiera por un momento,
que a cantar voy tus costumbres.

—

Era una tarde del mes de Mayo,
mes de las flores, mes de María,
mes en que todo muestra alegría,
dicha y amor.
Epoca magna, llena de encantos,
tal vez legada como una herencia
que perpetúe la omnipotencia
del Creador.
En ancho patio, por cuyos muros
trepan las verdes enredaderas,
y en los extremos altas palmeras
crecen al par,
que los geráneos y los rosales,
que los naranjos y limoneros,
donde las jaulas de los jilgueros
suelen colgar;
patio precioso, en cuyo centro
taza marmórea con surtidores,
contiene peces de mil colores,
patio andaluz;
Edén pequeño lleno de encantos,
lleno de flores, de melodía;
de regocijo, de poesía,
lleno de luz;
hay una fiesta ¡fiesta preciosa!
cuyos detalles, si bien se mira
es imposible que con mi lira
pueda expresar,
mas animado por el deseo
y acariciado por la esperanza,
que engendra siempre la confianza,
lo he de intentar.

—

Al pie de frondosa parra,
puesto el cigarro en la boca,
hay un mancebo que toca
con gran primor la guitarra,
y al oir el grato son
del popular instrumento,
se comunica el contento
en aquella reunión,
pues cual música de amores
la imitaban con sus trinos,
en los árboles vecinos,

La guerra europea.—Oficiales de la Artillería de Francia observando desde una trinchera los efectos del tiro.

jilgueros y ruiseñores.
Hay al lado del doncel,
una joven, tan divina
como aquella Fornarina
que inspiraba a Rafael.
Joven que entona canciones
sublimes de Andalucía,
llenas de melancolía
y de amor y de ilusiones.
Otra joven, hechicera,
de rostro oval, labios rojos,
negros y rasgados ojos
y esbelta cual la palmera,
está en el centro bailando
llena de gracia y de gozo,
acompañada de un mozo
que va la sal derramando,
y como premio al donaire
se repite sin cesar
el aplauso popular
de—¡Ole ya! ¡Viva tu *mare*!—
Giran y vienen y van
de un lado al otro, mil bellas
cual las errantes estrellas
que en el firmamento están;
y al escuchar los piropos
de sus novios, se sonrojan
y sin pensarlo deshojan
los claveles y heliotropos.
Sentadas en los escaños
hay ancianas aplaudiendo
y suspirando y dicendo
¡ay, quién tuvieraitus años!
Y hombres de sesenta abriles
chupan el grueso cigarro
y hacen honores a un jarro
del rancio de los Moriles.
Chiquillos enredadores
dan vueltas cual las veletas,
y cogen en las macetas
mariposillas y flores.
En los rosales, zumbando
las abejas, liban mieles,
y las damas y donceles
se están de amor requebrando.
Hacen palmas las mozuelas,
el baile está en su apogeo,
aumenta el repiqueteo
de sonoras castañuelas.
Al pie de la bailadora
caen los sombreros rodando,
la guitarra, va sonando
mucho mejor de hora en hora,
y a su melodioso son
cantan con muy grato afán,
una dama y un galán,
coplas de doble intención.
Hay frases tiernas, concisas,
y suspiros y miradas,
y sonoras carcajadas,
y picarescas sonrisas,
y promesas de querer,
y celos por adorar,
y deseos de agradar,
y prurito en complacer.
Y en breve trascurre el día
entre cánticos, amores,
bailoteo, dicha, flores,
fraternidad y alegria.
hasta que el sol va ocultando
su disco por Occidente
y la luna por Oriente
el suyo viene iniciando.
Hora triste en que la rosa
ya no luce sus colores,
ni los pájaros cantores
trinan en la vega umbrosa.
Tal es la fiesta que encierra
más encantos, más placer.
y la que, a mi parecer,
caracteriza a esta tierra.
Que no hay cuadro con más luz
ni alegría más honesta,
que cualquier sencilla fiesta
en cualquier patio andaluz.

Juan Ocaña.

FLOR SIN ESPINAS

En el abanico de una dama.

Amores y aroma rico
recibirás, niña pura,
con la agradable frescura
del aire de este abanico.
Que en él te dejo una flor,
la más hermosa que había
en el jardín de mi amor,
¡no la trates con rigor
que es la flor del alma mía!

Jesús Rodríguez Redondo.

Del pescador de caña se suele decir, cuando menos, que es una cosa que principia en un anzuelo y concluye en un tonto; todo ello porque gasta mucho tiempo en coger unos cuantos pececillos, mas la verdad es que hay quien le puede en simplicidad: el que se pasa las horas muertas viendo cómo el otro procura ganarlas a su modo.

Dibujo de Fz. Márquez.

Un ilustre aficionado

II

Don Angel, ayudante del Estado Mayor de los Ejércitos que resistían a Bonaparte, desempeña con fortuna de diplomático hábil, misiones importantísimas; don Angel ha escrito «El paso honroso», miniatura de epopepeya caballeresca, y compuesto para el teatro las tragedias «Aliatar y Ataulfo...» y don Angel ha dado en la flor de lidiar toros bravos.

Si bien se mira, con ello el preclaro ingenio cordobés no hacía más que empeñarse en otro género de pruebas del esfuerzo de su ánimo, pues que «el burlar y sujetar a las fieras de sus respectivos países—en opinión de don Nicolás Fernández de Moratín—ha sido siempre ejercicio de las naciones que tienen valor naturalmente, aun antes de ser éste aumentado con artificio.»

¿Cómo no había el intrépido y castizo don Angel de arriesgarse en el juego y diversión de acosar y aun de rejonear y alancear reses bravas, aquí donde el mismísimo Rui Díaz las mató con lanza a caballo, y el César Carlos V dió muerte de igual modo a un toro en la plaza de Valladolid, festejando el nacimiento de su hijo, el conocido por Felipe II, y el conquistador del Perú, Francisco Pizarro, había ganado fama de valentísimo rejoneador, y el perínclito don Diego Ramírez de Haro acometió a los astados brutos «cara a cara y a galope, y sin antojos ni banda el caballo...?» ¿Era esto indigno de la estirpe de Saavedra?

Conteste por nosotros la autoridad del autor de la oda «A Pedro Romero, torero insigne», con palabras de su «Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España» al Príncipe Pignatelli: «Estos espectáculos... los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa. De los moros las tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

Para ver acosar toros valientes,
fiesta un tanto africana y después goda,
que hoy les irrita las soberbias frentes, etc.

»Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alanceaban o rejoneaban a los toros siempre a caballo, siendo este empleo de la primera nobleza...»

Claro lo pregonan así la calidad y alcurnia de los que publicaron primeramente los cánones de tan peligrosos ejercicios, como si dijéramos los más rancios preceptistas del toreo, don Gaspar de Bonifaz, del hábito de Santiago, autor de unas «Reglas de torear», don Juan de Valencia, también santiaguista, que imprimió «Advertencias para torear», don Diego de Torres, que escribió otras «Reglas de torear», don Nicolás Rodrigo Noveli, que por su «Cartilla de torear» todavía se recuerda...

En la imaginación exaltada del poeta bullían los trazos vigorosos de aquellos cuadros de color y de arrojo, las visiones de aquellas solemnidades de galantería y denuedo en que los caballeros jugaban a la guerra, luchando por su dama y por su blasón en las justas y torneos. ¿No era él mismo «pintor con la pluma como con el pincel» el que había de dar vida con la magia velazqueña de su arte narrativo al combate habido en Burgos, cuando la boda de Rui-Velázquez y doña Lambra, entre Alvar Sánchez

«el montañés gigante apellidado»

y Gonzalo González, el más joven de los siete Infantes de Lara? ¿No era también don Angel quien había de perpetuar, con la opulencia descriptiva y la pujanza relatadora, que no hay quien supere, de sus romances, la corrida de sortija y cañas celebrada en la plaza de Córdoba, en los desposorios del hijo del Hagib Almanzor con la hija del Walí de Toledo, Omar, donde lucieron su destreza y gracias las cuadrillas vistosas de Zeir, el señor de Túnez, y de Mudarra, el Huérfano?

¿Era disparate o locura que el joven Saavedra, sin desdoro, pues, de su linaje, cuyos blasones sabía muy bien acrecentar, rendido por la devoción a lo tradicional, pintoresco y caballeroso, fuerte y galante, se resolviera a la lidia con los toros bravos?

Pero esto sulfura al mesurado y sesudo don José Vargas Ponce, detractor acérrimo, como Jovellanos, de la fiesta nacional, y con paternal desenfado, y tan mohino que llega hasta fingirle odio, endereza «Al torero Saavedra, alias el Pillo cordobés... antes don Angel Saavedra, poeta esclarecido», un «Sermón de Carnaval», en romance, donde lo recrimina sin contemplaciones y lo exhorta a que recobre el juicio y abandone pasión tan villana. Véase cuál lo trata y cómo se rezuman la admiración y la ternura hacia el vapuleado, aun por los versos de acritud más enérgica. Empieza:

«¡Bárbaro, que así desluces
los presentes de natura,
y en demonio, siendo *ángel*
tu torpe sandez te muda!
»Antes que tan nobles prendas

empañe gentil locura,
la plebeya y vil garrocha
niega a tu mano .. y escncha.
»Contigo pródigo el hado,
clara estirpe, rica cuna,
unió con tu lindo rostro
y tu gallarda figura.
»Hallaste gracia en Apolo,
y sin esquivez las musas,
y merced al sabio influjo,
el numen en tí madruga;
»antes que bozo tu cara,
fácil verso dió tu pluma,
y con fatiga bien poca,
lograste alabanza mucha».

José Priego López.

CON PLUMA AJENA

EL AS DE OROS

Son las dos de la tarde. Joselito se va vistiendo parsimoniosamente el traje de luces. Aún están en desorden las ropas del lecho en que reposó hasta hace unos instantes. Joselito llegó por la mañana de Barcelona, donde mató varios toros, va a cortar la existencia de otros toros en Madrid, inmediatamente partirá a Sevilla. luego a Jerez. después a Andújar, a Bilbao, a San Sebastián... Y en todos estos sitios, casi todos los días, tendrá que coger una espada y dar muerte a una porción de toros... Escuchamos todo esto con una profunda pena. Ya hemos dicho al lector que en nuestras entrevistas con los toreros procuramos disimular nuestra ignorancia con gestos de asentimiento o con frases ambiguas queamparen nuestra inopia en cuestiones de «afición». Joselito nos ha asegurado, con voz melancólica, mientras se ataba el cordón de la taleguilla:

—¡Aluego dicen que nos divertimos los toreros!

Y nosotros nos creímos en el caso de suspirar ruidosamente.

—Sí, sí—asentimos—; son muchos toros.

Ahora creemos haber penetrado en el secreto de la importancia de estos hombres. ¿Es posible que disfruten de la admiración general, de la veneración de muchos, del comentario de los periódicos, de la popularidad, del dinero y de la simpatía tan solo para coger una capa, echársela a la espalda, arrastrarla por el suelo, jugarla, en fin, con lapericia quepuedetener unestudiante de la Universidad de Santiago...? ¿Es posible que merezcan el agasajo de sus compatriotas por arrodillarse delante de un toro, tocándole la punta de un cuerno...? ¿Qué bien se desprende para el país de este hecho trivial, de un individuo que, rodilla en tierra, toca la punta de un cuerno...? ¿Acaso hay que buscar la explicación en la costumbre—que hemos observado algunas veces—de limpiar el hocico al cornúpeto con un pañuelo de las narices...? Nunca negaremos que este acto revela en el torero plausibles instintos de limpieza y hasta parece indicar una tendencia encomiable, aunque estéril, de educar al toro en el uso de las prendas de aseo. Sin embargo, esta originalísima faena, ¿es suficientemente trascendental para justificar el arrebato delos pueblos?

FIGURAS CONOCIDAS.= Don Rafael Castején, quien por su privilegiado entendimiento, serenísimo y claro, que avalora una extenso cultura y la luz de un vivo amor a Andalucía, es en justicia considerado como una de las principales figuras de la juventud cordobesa.

Caricatura de Cámara.

No. Es que vemos en el espada un libertador. Explicaremos nuestra teoría tal y como brotó de las graves meditaciones que hemos dedicado al asunto. En Europa se han acabado las fieras hace mucho tiempo. Hay siete u ocho osos en libertad en distintas naciones, porque se han escapado de las caravanas de húngaros, que es donde, alguna vez que otra, se dan ejemplares de este animal; y hay algunos lobos: los suficientes, nada más, para que los cuentistas puedan citarlos sin faltar a la verdad histórica. Pero en España se produce todavía otra fiera terrible: el toro. Los ganaderos se encuentran muchas veces sorprendidos por la presencia de este monstruo en sus rebaños. Los ganaderos, naturalmente, bien quisieran que sus reses fuesen mansas, dóciles, de utilidad para la agricultura: es absurdo suponer que haya quien se consagre de una manera deliberada a fomentar la existencia de bestias peligrosas; en ningún país civilizado ocurre cosa igual. Pero sea por la fuerza del sol de España, sea por otras misteriosas razones, el caso es que el suceso se repite. El ganadero se entera, con el mal humor que humanitariamente hay que suponerle, de que existen en sus dehesas treinta, cuarenta, cien fieras sañudas.

Entonces, para evitar el riesgo que supone la reunión de estos pode-

rosos animales, son distribuídos sabiamente por toda la Península: seis a Bilbao, doce a Madrid, ocho a Santonder, cuatro a Andújar... En Bilbao y en Andújar y en Santander y Madrid se aspira, como es natural, a desembarazarse del iracundo lote. Y entonces se manda un recado a Joselito o a Belmonte o a Bienvenida o al Cela.

—Aquí han llegado unos toros furiosos. Estamos intranquilos. A ver si puede venir a librarnos de ellos.

Y los heroicos matadores vienen corriendo con sus estoques y sus banderillas; y a este quiero, al otro también, van acabando con todos. Pero las fieras se multiplican, y ellos no cesan. ¡Zas!, una estocada, otra .. Y apenas salen de la plaza á tomar un bock, otro telegrama de Barcelona o de Cáceres:

—¡Aquí hay más fieras! ¡Venga en seguida!

Y vuelta a correr y a matar. Es terrible. Si no fuese por ellos, los toros habrían sembrado de cadáveres toda España. He aquí, según nuestras cuentas, la razón de su prestigio. Si también en esto nos equivocamos, no volveremos a escribir acerca de tales cuestiones en toda nuestra vida.

—Lo que el público hizo con mi hermano—nos dice Joselito—en la última corrida no estuvo bien. No hay nadie que sufra tanto como mi hermano cuando queda mal.

Expresamos nuestra conformidad con este criterio. En unas declaraciones de Rafael hemos leído que la actitud del público fué la que le hizo atemorizarse. Guiados por este parecer definimos:

—Su hermano de usted no tuvo la culpa. Es que el público no tenía condiciones para la lidia.

Hemos observado que siempre que nos decidimos a lanzar una opinión a propósito de asuntos taurinos producimos una sensación extraña: a veces se limitan a mirarnos, con la boca y los ojos abiertos; a veces se separan un poco de nosotros o nos hacen recelosas preguntas acerca de nuestra salud... No comprendemos estas incongruencias. En cuestiones toreras todo es un arcano indescifrable.

La presencia de un ganadero nos permite enmudecer. El ganadero pregunta cómo se portó un toro suyo en la plaza de Barcelona. Joselito responde:

—Estuvo muy codicioso para las varas y muy pegajoso para el capote.

Y al ganadero le brillan los ojos de alegría. Seguramente, el buen señor respirará, libre de una preocupación angustiosa, al saber que aquella fiera que crecio como hierba mala entre sus manadas ha desaparecido ya. Sin embargo, juraríamos que en las palabras que pronuncia después apunta un incomprensible orgullo por haber marcado con sus hierros un animal, que al fin era codicioso y pegajoso y feroz.

Llegan nuevas visitas: un conde, otro conde, un marqués... Todos contemplamos, enternecidos, cómo el matador se lava la cara y cómo lo envuelve en seda su mozo de estoques. Estas relaciones de Joselito difieren notablemente de las de su hermano Rafael. Junto a Rafael hay siempre un «cantaor de jondo»; junto a Joselito, un noble de Castilla. Difieren en muchos aspectos más: Rafael, derrocha; Joselito, conserva. Entre los cuatro ases del toreo, este joven es, o pasa por ser, el as de oros.

Las frases se suceden con cierta cortedad, como si nos diésemos cuenta de la gravedad de aquellos instantes preliminares. Joselito nos enseña, colgando sobre su pecho, la célebre medalla que acaso le libró de la muerte. Después nos dice que estos momentos y aquellos que preceden a la entrada en el circo son los de mayor inquietud para él.

—Hasta dar el primer capotezo...

Un visitante se acerca al balcón, pega la nariz a los vidrios, contempla la plaza de Oriente, llena de luz, y el cielo limpio y azul y el sol que deslumbra. Medita un largo rato acerca de estos detalles. Luego torna al centro de la estancia, para afirmar:

—¡Es una hermosa tarde!

Joselito se acaba de abrochar los calzones, entre la unánime admiración, dispuesto a librarnos de las fieras que están mugiendo en los toriles de la plaza...

W. Fernández-Flores.

Arboles, pájaros y flores

A mi hermano Antonio, con mucho cariño.

Dendrolatría.—Unas horas en San Nicolás del Puerto.—La ribera de Güerna.

«...Quiero que vengas, no sólo por verte—quiero decir también abrazarte—sino para que veas la ribera de Güerna, con tantos árboles y tantas flores y tantos pájaros, y luego me digas muchas cosas de los árboles, de los pájaros y de las flores...»
(De una carta de mi hermano Antonio.)

Aparte los niños, ya sabes, querido hermano, que nada hay para mi más hermoso, ni más bello que los árboles, las flores y los pájaros; ni nada más humanitario, simpático e instructivo que todos los actos que el hombre realiza en beneficio de la prolificación de esos seres. La Fiesta del Arbol y la del Pájaro, por ejemplo. ¡Los árboles...! Ellos fueron los primeros templos—dice Plinio—. Y desde la flor del Loto, con cuyos pétalos la diosa Devi hermoseara el el cuerpo de su Yodama y las gráciles ninfas nemorales constelaran sus senos para tentar a los anacoretas comedores de viento, hasta la azucena de que era portador el angel Gabriel al presentarse a la Escogida, desde aquellos tiempos en que la historia es legendaria y todas las cosmogonías y teogonías del Oriente nacen del cáliz geométrico del Loto, hasta el cristianismo que debía aniquilar para siempre aquel funesto árbol, el Oriente y el Occidente, el mundo entero fué dendólatra por autonomasia. El hombre manifestaba su gratitud al árbol adorándole... En los bosques construyeron los griegos los templos de sus dioses. Con coronas hechas de las ramas del olivo que se elevaba en la Acrópolis helénica, simbolizaban la paz y el triunfo y la clemencia. El constructor del templo de Delfos—templo formado con cera y alas de abeja, al decir de los sacerdotes sidónicos—, el perseguidor de Dafne, Loxias, el de los oráculos sinuosos, laberínticos, tuvo por templo una gruta formada con ramas de laurel entretejidas, una gruta lloredica... En los juegos píticos de Delfos y en las justas atléticas de Olimpia, el premio consistía en una corona hecha con ramas del árbol purificador, del laurel salutífero. Con la dicha de los dioses comparaban los helenos la de alcanzar una de esas coronas. Sófocles, famoso dramaturgo, y Chilón, aquel éforo de Esparta, autor de la célebre máxima «Nosce te ipsum», inscrita en el frontispicio del templo délfico, murieron de gozo al saber el primero que había sido premiado en los olímpicos juegos, y el segundo, al saber que lo había sido su hijo... La corona de mirto, corona venusiana, simbolizaba juventud, unión fraternal, concordia cívica y en Roma, esto último era lo que entre patricios y plebeyos emblemaban los dos mirtos elevados ante el templo de Quirino...

La Custodia de Arfe, maravillosa creación artística, monumento pequeño que tiene por joyel el gran monumento de la Mezquita y a cuyo paso por las calles de Córdoba, recibe, en la solemnidad brillante del día del Corpus, para incorporarse a la harmonía de su combinación de oro y plata—más bien parece de oro y cristal—la delicada belleza de mil y mil pétalos de rosas, claveles y otras flores de Andalucía, ofreciéndose así, avalorada con este natural adorno, en la plenitud de su belleza imponderable.

Bajo una higuera—higuera ruminal—fueron amamantados por una loba los hijos de Rhea Silvia, los fundadores de Roma. Y, más tarde, andando el tiempo, depositaban los romanos bajo una encina que se levantaba cerca del templo jóvico, los ópimos despojos de sus conquistas... Se me olvidaba decirte que también un árbol, la *Palma húmeda*, o el sagrado Loto, fué el trono del *tetraédico* dios de la India misteriosa. ¡Maldito árbol, si no es que el Loto

Apuntes de la fiesta de la flor, por Fz. Márquez.

es algo soñado por la imaginación helena, la más esplendorosa y fecunda de las imaginaciones! ¡Maldito árbol, repito, si es cierto que, como el guavirá de la India, hacía olvidar los patrios lares a los que probaban su sabroso fruto maléfico!

«...Cuantos probaron del sabroso fruto,
ni querían volver, ni darnos nuevas
del país, sino estar con los lotófagos
y comer dulces lotos, olvidados .
de volver a su patria...»

(De la Odisea.)

El ídolo acaso de más antigüedad es el Bo, en la isla de Ceylán, árbol descendiente del que plantara Buda... En Patagonia vió Darwin un árbol al que adoraban los indios y le propiciaban animales. ¡Oh, crueldades de la superstición idolátrica...! Dice el ilustre geógrafo Reclus, «que en Bretaña, cuando un hombre estaba en peligro de muerte y no se hallaba cerca ningún sacerdote, podía confesarse al pie de un árbol; las ramas le oían y su rumor llevaba al cielo la última oración del moribundo.»

Y así como hoy el árbol es casi un espíritu, porque es poste telegráfico, porque es el sostén de los hilos transmisores del pensamiento humano, que es vehículo de nuestras alegrías, que es vehículo de nuestras tristuras, también en la antiguedad hubo un bosque profético de encinas parlantes, el bosque de Dodona. ¿Oíste hablar de los Argonautas, intrépidos navegantes, conquistadores del Vellocino de oro? Pues el timón de la nave que los conducía, de la nave Argo, indicándoles los escollos y señalándoles el rumbo, fué arrancado de aquel profético bosque...

Como acontecimiento extraordinario de la infancia del epiléptico Mahoma, dícese que «cuando su nodriza lo llevaba en brazos, los árboles lo saludaban, encorvándose hasta el suelo.»

Siempre, desde los legendarios tiempos, el hombre y el árbol han sido, son consustancialmente, inseparables, como el espacio y la extensión, como la sombra y el cuerpo. Dirige adonde quieras la memoria, siempre verás el árbol asociado al hombre o el hombre asociado al árbol en apretado, indisoluble lazo. Y cuando intentes remembrar las vandálicas hazañas del Gesler helvético, recordarás, inexcusablemente, la imagen del abeto, la destreza liberadora de Guillermo Tell y la patriótica conjuración del promontorio del Grutli, origen de la libertad de Suiza.

Y no podrás recordar al amador de Eloísa, al «Platón de nuestra edad» como a la sazón dijera Pedro

el Venerable, sin pensar en el inmenso tilo que se levantaba, orgulloso, al pie de la abadía de Cluny y a cuya sombra—sombra respetada después por la revolución francesa—tantas veces meditara Abelardo con los ojos y el pensamiento vueltos hacia el Paracleto, sacra morada en la que había una mujer para quien, sin Abelardo el mundo, la vida, Dios, todo, era una duda, todo era una negación, todo era un sin sentido. Más que el amigo, más que el hermano, más que el esposo, Abelardo era el Dios de Eloísa...

Dirige adonde quieras la mirada, ora a las cimas de los montes, ora a las vertientes de las cordilleras, ya a la llanura, ya a las paredes del hogar, a la hoguera, al establo, y no verás más que el árbol, vivo o muerto, embelleciendo y regulando con sus funciones la vida de la Naturaleza, o beneficiando con sus despojos la vida humana. Si no es el Dios lar de nuestros hogares, el árbol es algo así como una prolongación de nuestro ser, como una dilatación de nuestro cuerpo, acaso sea una dilatación de nuestra alma.

«Con el último árbol desaparecerá el último hombre»—ha dicho Michelet.

—

Cree, hermano querido, que me avergüenzo de no haber visitado hasta ahora la ribera de Güerna, esta maravilla geológica e hidrográfica de que tantas veces me hablaste en tus cartas. Jamás he visto vegetación más fastuosa, ni más flores, ni más pájaros. Al álamo chopo, sucede el blanco, el fresno, el aliso, la encina, el cerezo, en interminable policroma sucesión. A altísimos cerros flanqueados de helechos que, en un alarde de verdor, intentan rememorar su pasada grandeza, siguen tajos abismosos, simas profundas, donde murmura el agua, y el ruiseñor trina y la híspida atisba cautelosa cabe el remanso umbroso del arroyuelo los movimientos de la asustadiza, codiciada trucha. Las que luego tornarán a ser lóbregas cavernas, sitios que pueden ejercer influencia malsana en el espíritu del viajero errático, cuevas facinerosas consejeras de enanas conciencias atreicas, son ahora pintorescas grutas al conjuro primaveral qne ha puesto en ellas la más pródiga y variada de las floraciones... En la fulomanía de los chopos gime o canta la tórtola, celosa, la pasión de su pecho de amor enardecido.

Al cruzar de un árbol 'a otro la oropéndola pone el sol reflejos metálicos en su gayo plumaje... Aquí, discurriendo entre juncos y helechos, lleva el agua rumores de siseo; más allá tiene sones de queja, que luego se tornan en dejos de canción. Cuando se precipita desde las cimas de las rocas tiene bramidos de huracán en los fondos del abismo recipiente. «El Salto del Moro»—como llamáis aquí a esta catarata en miniatura que forma el arroyo de Güerna—a la entrada de un inmenso dédalo de álamos blancos, cuyas raíces se entrelazan y cruzan entre los peñascos del álveo, rezonga con voz de mostruosa bestia prehistórica. Y allá lejos, donde no llega el ruído, los arpegios divinos de los ruiseñores sonorizan el silencio con la misma sonora dulzura con que se desengarzan las perlas líquidas en el tazón de cristal de una fontana de ensueño... Miles de arbustos cuajados de flores policromas, espejéanse con femenil cogetería en las almatriches abiertas a sus pies y rebosantes de agua...

Los irisados lagartos toman perezosamente el sol entre las lajas donde tienen sus nidos. Desde las guájaras de la sierra vecina un buho endilga al espacio el soliloquio de su celo con su canto monótomo y tristón... Empero, todos estos árboles, todos los árboles y todas las flores parecen ser más fragantes, son más vistosos, más bellos, cuando el aire que los acaricia y ellos perfuman con su aliento, hiéndelo el agudo zumbido de la febril abeja cargada de los propóleos con que ha de fijar sus panales; cuando la misma abeja pecoreadora se cubre de polvo polénico o liba el néctar con que ha de llenar los alvéolos melíferos de la colmena; cuando los parleros pajarillos construyen en ellos sus hoga-

El hombre, el caballo y el toro de Andalucía.—Ante el jurado que repartía los premios concedidos en la última Exposición de ganados, celebrada en el Campo de la Victoria, desfilaron, en admirable demostración de la riqueza pecuaria de Córdoba, los caballos, los toros, las cabras, las ovejas... El pueblo los aclamaba y subió de pronto el entusiasmo cuando hubo de pasar, en admirable cuadro, un hombre de Andalucía que, jinete sobre un arrogante caballo, guiaba a crecido número de toros hermosísimos. Demostrábase así la unión estrecha del toro y el caballo bajo la mano trabajadora del hombre de Andalucía, mas he aquí que luego otra mano de otro hombre, moviendo el engaño de los trapos de colores, sometía a los caballos al suplicio de morir, vendados los ojos e indefenso, en las astas de los toros, daba muerte cruel a estos y él mismo corría el riesgo de perecer al menor descuido de su absurda faena. A este cruel espoliario llaman fiesta, cuando real y verdaderamente la fiesta, admirable y fructuosa, consistió en el hermoso espectáculo de la Exposición de ganados, en el paso triunfal de estos hacia las tierras de labor de Andalucía en las que el trabajo hermanó a toros y caballos en servicio del hombre.

Dibujo de Fz. Márquez.

res y entre sus ramas se desposan, calcándose las alas; cuando las tórtolas, huyendo de una atmósfera calcinante, se acogen al sagrado de las sombras del bosque, donde exhalan, en arrullos, las endechas de sus amores o las quejas de sus llantos.

Hermosos, muy hermosos, repito, son los árboles, esos «obreros incansables y gratuítos, cuyo salario paga el cielo», como dijera Costa, pero son más hermosos cuando entre sus ramas rivalizan los pájaros con sus cantos, cuando en ellos tienen sus nidos..., cuando en ellos cantas sus amores...

M. Continente Lara.

San Nicolás del Puerto, 27 Mayo de 1917.

ARTISTAS DE VARIEDADES

Consuelo Porlela, por Alfonso del Rosal.

La Asociación Médica Regional

La Asamblea de Septiembre

Como algunos colegas nos preguntan cuáles condiciones han de exigirse para poder intervenir en la Asamblea que en los días 10, 11 y 12 del próximo mes de Septiembre hemos de celebrar en esta ciudad, nos complacemos en manifestarles públicamente que sólo la esencialísima de ser médico o farmacéutico, pues siendo su finalidad la íntima unión de ambas clases hermanas, para su elevación moral y defensa de sus derechos, sólo aquellos muy nobles títulos son más que suficientes para que, aun sin pertenecer a la Asociación, les sean abiertos los brazos al que desea conocer o repasar en el sagrado regazo de la «Unión».

Sin embargo justo es que advirtamos que, si bien fraternalmente serán recibidos en la Asamblea los no asociados, muy presente deben tener que les será aplicado el reglamento en la lucha diaria.

Hoy, que hasta el Ejército ha dado el más bello ejemplo de amor a la unión con un sagrado gesto de noble y heróica rebeldía, no hay humano que, siendo digno, se considere relevado de rendir su tributo a la unión; y justo será, por tanto, que la clase médico-farmacéutica repudie y castigue a los que siendo sus hijos, soberbios o cobardes o egoístas, la desprecien.

La unión se impone; es la corriente social del siglo y en nuestra clase ha de llegar; para ello emplazamos a todos los colegas amantes de su propia dignidad para los días 10, 11 y 12 del próximo Septiembre.

El Colegio de Huérfanos

En el último número, en el ruego que dirigíamos al presidente del Colegio médico actual para la celebración de una reunión general con motivo de la R. O. haciendo obligatoria la creación de los Colegios provinciales, decíamos que esto hacíase como base para la creación de un Colegio para huérfanos de médicos pobres. En este, que habrá de llamarse del Príncipe de Asturias, recibirán educacion y mantenimiento los niños de ambos sexos huérfanos de médicos, ingresando por este orden: Huérfanos de padre y madre; huérfanos de padre; hijos de padre pobre e inutilizados para el ejercicio de la profesión y sin madre; hijos de padre pobre e inu-

tilizado; huérfanos de madre, y descendientes directos de médicos, hasta el segundo grado, huérfanos.

Los tres primeros casos darán asilo desde los cinco a los veinte años, si es varón, y desde los cuatro a los diecinueve, si hembra. Los demás sólo podrán permanecer hasta los doce en caso de invalidez del padre.

Habrá 40 plazas para niños y otras 40 para niñas, desde su creación, aumentándose cuando las circunstancias lo permitan.

En el Colegio, los huérfanos recibirán la 1.ª enseñanza y luego en los Institutos y Universidades las enseñanzas respectivas. Recibiendo al terminar los estudios la cantidad de mil pesetas para la adquisición de título o establecimiento de dote.

No necesitamos alabar la obra, pero para su estudio solicitamos se reunan todos los médicos de Córdoba presididos por el director del Colegio médico actual.—*El Secretario del Comité provincial.*

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo. Al mismo tiempo recordamos que en los periódicos no se acostumbra a devolver los originales ni a sostener correspondencia acerca de ellos.

EL MISTERIO DE LOS OJOS

La virgen princesa al balcón se asoma
y aspira el aroma
de las flores bellas que ornan su jardín,
y oyendo de un pájaro la dulce armonía
buscan sus miradas con melancolía,
el azul confín.
Son sus ojos garzos cual las orientales
piedras cabalísticas, que curan los males
que causa el amor;
tienen el misterio de los amuletos,
tienen ignorados deseos secretos
y extraño fulgor.

—

Hay junto a una fuente, mansa y cristalina
una campesina
con ojos más negros que el genio del mal,
y hay en sus pupilas húmedas y obscuras
las fosforescencias de las sepulturas
en noche estival.

—

Con místicos velos nupciales tocadas
van las religiosas, sus preces sagradas
al coro a entonar;
hay una novicia, cándida y serena,
lirio inmaculado, pálida azucena,
virgen azahar.
Sus ojos azules, como el claro cielo
levanta la casta novicia, su anhelo
es por el Amado padecer, morir...
hay en sus miradas suaves resplandores
misterio de lago cercado de flores
cuyo fondo nadie llegó a descubrir.

Amantina Cobos de Villalobos.

TOQUES DE LUZ

—

Crepúsculos cordobeses

Luces deslumbradoras, colores vistosísimos, sublime belleza e infinita melancolía...

¡Tú, hermosa Córdoba, tienes los crepúsculos más bellos! Contemplándolos, parece que renacen todos los amores; porque son melancólicos como ningunos otros, y la melancolía es amor sin definir, aspiración que lucha en vano, quizá una ilusión que vuela demasiado lejos...

En el cielo, parece que han quedado como perenne recuerdo las huellas más brillantes de tu pasado oriental.

Todas las tardes, en la plenitud de tu cielo inmaculadamente azul, renacen tus glorias y reverdecen tus grandezas; porque allí eres grande y hermosa, y en las fulguraciones de luz de tu ocaso, en tus dorados ocasos como púrpuras, que parecen incendiar la sierra, se ve el manto de tu realeza nazarita, y se comprende que fueses un día la «antorcha de Yustan» y la «Corte de las maravillas», que tuvieses mil torres y azoteas. desde las cuales el espíritu musulmán contemplase todas las tardes la incomparable muerte del sol y el llegar tímido de la noche, al cielo ya sin luz, bondadosamente claro, pero triste como el alma de la raza donde brilla eternamente el lucero del arte, como lágrima divina temblando de emoción...

Los crepúsculos son la expresión de tu belleza y de tu caracter, que tiene la delicadeza de los recuerdos felices; ellos son tal vez los que hacen sentir lejos de tí, la punzante nostalgia y ellos también los que nos llenan el alma de un amor santo e idealizado, como de poeta.

Ese cielo tan rico de colores, es el que nos embriaga con su belleza consoladora de las desdichas terrenas; el que nos sujeta junto a las faldas de la sierra cordobesa y junto a la ternura maternal de sus valles; y si como ciudad, eres tú, Córdoba, capaz de resucitar todo el ímpetu de la raza, como bajel de inspiración nos traes á la fantasia, harto evocada, una ilusión de mujer divinamente encantadora, que entre las sutiles gasas de lo ideal, sepa cubrir de castos besos nuestra frente atormentada por la fiebre de todas nuestras ambiciones...

A. Fernández Fenoy.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

INDEPENDIENTE

10 Cts.

MANIFIESTO A LA NACIÓN

Respondiendo a un imperativo categórico de nuestra conciencia, que no puede callar ante la gravedad y trascendencia del momento actual, individuos de distintos criterios e ideas diversas hemos acordado lanzar al país una fórmula inicial que puedan suscribir, para imponerla, cuantos no están insensibilizados todavía por el ambiente letal que nos envuelve.

La vida patria no puede continuar por este sendero, con guías que no saben, no pueden o no quieren rectificar. Después de los sacrificios hechos, después de la expoliación tributaria a que se nos somete, no tenemos sino ficciones de organismos políticos generales y locales; nuestros Códigos y leyes fundamentales son letra muerta; la Administración del Estado se encuentra anorgánica, interina, sometida al favor y la concupiscencia; la Justicia está mediatizada, intervenida, inspirando el temor de los ciudadanos; para la Instrucción tenemos centros de enseñanza escasos, sin edificios, personal ni dotación adecuados; el Ejército y la Marina sin la eficacia precisa ni la interior satisfacción necesaria, y la Agricultura, la Industria, el Comercio y el Trabajo se desarrollan sin los necesarios órganos de protección, dirección y crédito y siempre bajo el temor del agio, la ineptitud, la inestabilidad y la desidia de los gobernantes.

Hay que acabar con este ludibrio que nos arruina y nos degrada. Estimamos justo y necesario el movimiento que, para poner fin a esta situación de arbitrariedad, en cuanto directamente les afecta, han iniciado las Juntas de defensa de los militares, y esto es una razón más que nos obliga a los elementos civiles del Estado a apresurarnos a tomar posiciones gemelas, ya que la reorganización militar no puede emprenderse aisladamente, sin acompasarla a la de la Nación entera. Es ésta hoy un cuerpo arruinado y anémico cuyo fin aceleraríamos si atendiéramos a vigorizar sus brazos sin fortalecer al propio tiempo su cerebro, su tronco y sus demás extremidades.

Y el remedio es urgente. La guerra mundial ha agudizado todos los problemas de la vida, y nuestro silencio y nuestra paciencia deben terminar ya. Estamos en un momento en que las valoraciones políticas, tras su inmenso fracaso, se cotizan en baja merecida y en el ambiente se siente el temblor que presagia las grandes explosiones.

Conciudadanos: estimamos inútil que se nos den promesas, que siempre quedan incumplidas; ni que se promulguen leyes nuevas, que ya las tenemos sobradas y sabemos además que sólo se cumplen cuando a nuestros oligarcas interesan. Necesitamos **hombres nuevos, que traigan normas nuevas**.

Esta es nuestra fórmula.

Hombres nuevos para la dirección del Estado, que no hayan sido autores o cómplices de la *desgobernación* de España desde nuestro desastre colocial; que no tengan hipotecada su conciencia a la plutocracia imperante; que se hallen fuera de los partidos de turno, desligados de nuestro viscoso caciquismo tentacular. Hombres nuevos, que sobresalgan por su saber o por su actividad y que hoy están en constante lucha liberadora contra los gremios de la charca, u obscurecidos en sus cargos, cuando no aherrojados por la inepcia caciquil. Hombres nuevos, que pongan a España en período constituyente, dando ocasión de oir, por órganos auténticos, los deseos nacionales—hoy aletargados o suplantados por falsas representaciones impuestas—buscando modo y manera de hacer una transformadora obra nacional que levante la fe perdida en nuestros destinos.

Esto proponemos a España, como fórmula inicial de la regeneración ansiada por todos. Ante un movimiento potente, los mismos fracasados evitarán con su alejamiento situaci nes violentas...

Estimamos para esto necesario que todos nos expresemos alto, recio y claro... Córdoba, por el órgano de este manifiesto, comienza a hablar...

A 13 de Junio de 1917.

Francisco Azorín, arquitecto.—Eduardo Amo, doctor en Medicina.—Antonio Carbonell T.-F., ingeniero de Minas.—M. Ruiz Maya, doctor en Medicina.—R. Castejón, profesor de la Escuela de Veterinaria.—Juan Morán, catedrático del Instituto.—Eloy Vaquero, maestro de Escuela.—Dionisio Pastor, escultor.—A. Conrotte, agente de Negocios.—Rafael Moraga, carpintero.—Vicente de la Puente, ingeniero de caminos, canales y puertos.—José de la Torre, archivero bibliotecario.—A. Fragero, industrial.—M. de la Puente, abogado.—Francisco Quesada, periodista.—Rafael Navarro, presidente de la Sociedad de carpinteros.—Rafael Camacho, periodista.—M. Tienda, profesor mercantil.—G. Bellido Luque, Director de la Escuela de Veterinaria.—Angel Avilés, farmacéutico.—Fernando García Calleja, arquitecto.—Juan Palomino Olalla, presidente de la Asociación de ferroviarios.—Rafael García, presidente de la Sociedad de ebanistas.—Rafael Ferrer, presidente de la Sociedad de canteros.—Antonio Ruiz, presidente de la Sociedad de odreros boteros.—Juan Eusebio Seco de Herrera, presbítero.—Salvador Valiente, comerciante.—Antonio González, comerciante.—Rafael Espino, dependiente de Comercio.—Santiago Sánchez, comisionista.—Antonio Tijeras Cruz, marmolista.—Eduardo Salcines, industrial.—Enrique Viguera, corredor de Comercio.—Manuel Rodríguez Fontanero.—José Armenta, sastre.—Benigno Iñiguez, propietario.—Emilio Miranda Rico, oficial de Hacienda.—Rafael Ortiz, presidente de la Sociedad de tipógrafos.—José Villar, tipógrafo.—Manuel de Viguera, periodista.—Rafael López Merino, tipógrafo.—José Mata Luque, tipógrafo.—Francisco de P. Salinas, perito agrícola.—Alfonso del Rosal, obrero.—E. G. Nielfa, periodista.—Manuel Galindo, Bibliotecario de la Provincia.—Diego Serrano, propietario.—Francisco Bueno, doctor en Medicina.—Julián Altamirano, abogado.—Bonifacio Villarejo, industrial.—Rafael Bernier, delineante.—Joaquín Pagés, ingeniero industrial.—Miguel Luanco, doctor en Medicina.—Enrique Córdoba, comerciante.—Francisco Avilés, escultor.—José Fernández Márquez, dibujante.—José Chacón de la Aldea, catedrático.—Leonardo Colinet, abogado.—Vicente Martín Romera, doctor en Medicina.—Francisco Córdoba Fuentes, maestro de Escuela.—Doctor Francisco Marín, presbítero.—Paulino Seco de Herrera, presbítero.—J. Ruiz Martín, médico.

Las personas que deseen sumarse a este manifiesto pueden enviar su adhesión a cualquiera de los firmantes.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

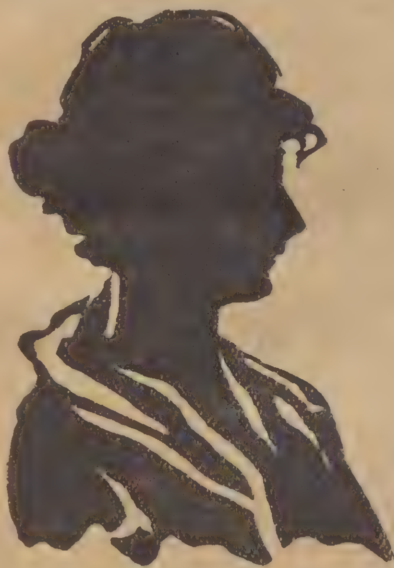
AÑO II | Sábado 16 de Junio de 1917 | NÚM. 44

Agravios del Poder, de la Aristocracia y de la Riqueza

En España no se reconoce, ni apenas se vislumbra, la ancha y soberbia base del naciente Derecho Social, pues así como por harta deficiencia organoléptica no podemos percatarnos directamente de los movimientos de la Tierra a través del espacio, por ser demasiado grandes, así tampoco, desde la notoria inferioridad emotiva, ética e intelectual en que yacen nuestros oficiales valores, no es posible darse cuenta de la gigantesca misión equitativa y humanitaria, que ha de encarnarse caracterizándola, en la sociedad futura.

Sucede que la mayor parte de los prestigios, las verdaderas oligarquías nacionales, viven regidos por una sola esfera de emoción: la que atañe al individuo en sí; la que sólo alberga sentimientos concernientes a él; la que no tiene con la realidad más contacto que el egoísmo y por satisfacerse olvida y elude el equilibrio moral, la ley de la compensación en el semejante, que requiere para la comunidad sentimientos que la sostengan y dignifiquen: aquellos que paternizan el deber, que son la más honda garantía del bienestar, que sirven de cuna a la Justicia. Respecto a la norma de Gobierno, adolece España de otorgar su influencia y su mejor selección, en hombres que adquirieron grandes territorios. El gobernante no analizó cómo ni por qué. Bastóle la nota del catastro para decidir su favor, aviniéndose a ignorar que no fué ni un engrandecimiento regional, ni portentosa industria, ni el laboratorio, la ciencia o un sistema económico, los factores que la inscripción representaba. Diríase que prefirió el Estado no dar impulso a los sanos negocios públicos, ahorrarse esta labor de estudio y sacrificio, de ejemplar patriotismo, congregando en su torno esa gran fuerza de los predios y los patrimonios. Y si esa gran fuerza se declara villana y absentista, el Gobierno ¿qué va a hacer? El no tiene la culpa. El gobernó con la opinión. ¡Admirable círculo vicioso! ¡Bonito juego de bobos!

El que acepta una responsabilidad debe saber por lo menos a qué se expone. Y nunca fué obligatorio admitir lo que repugna. Sesteando entre la familia, si no está consignada la omisión, no se le daña a nadie. Pero erigiéndose desde la cumbre del Poder para asfixiar todas las iniciativas de un pueblo o nación y sancionar la arbitrariedad, el abuso y la locura, es indigno hasta el horror.



SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Contados serán los fuertes capitalistas españoles que no puedan ofenderse si diéramos en describir los procedimientos que usaron para crear esas fortunas encantadoras, que tienen la virtud de hacer al tonto listo, al simple simpático, y al ruín generoso señor.

Unas veces, fueron graciosas cesiones del Estado, siendo su representante el mediador que, escamoteando imposibilidades, rindióse a aceptar recompensas al parecer exageradas y no suponían el mil por uno en relación al beneficiado. Porque este supo engañar, influir, ir tras de la flaqueza de aquél y situarse en un punto de precisión visible desde la apoteosis del primer compromiso.

Otras, se les aconsejó a los amigos convertir los Municipios y las Diputaciones en profundas topilleras, dando lugar a plagas que infestan la administración y devoran cuanto ven.

Las más, el engaño, la acción segura y sórdida en documeutos y testamentarías...

Y no menos las decantadas carreras matrimoniales, merced a las cuales un marido se siente superior, apto para aspirar a todo y mira con énfasis a ciudadanos que tuvieron un desdén soberano y olímpico para esas gangas, prefiriendo una caricia de Dios en la frente y un ideal en el corazón a un saqueo de cheques en Bancos con pomposos vestidos.

No es extraño, pues, que con tan justa pauta se marquen por docenas los senadores del Reino, los Diputados y los ilustrísimas que no saben escribir ni un renglón con ortografía, que no conocen ni un párrafo de los Reglamentos de las Cámaras y que están sirviendo de broza que se enreda a los pies para estorbar el paso a eficaces varones, que detestan estar en ellas sin la presencia moral de muchos compañeros.

No duden nuestros gobernantes de que sus hijos preferidos los abandonen. Saben hermanar la caridad con la mentira, la ley con la inconsciencia y el delito con la honra. Y, sobre todo, atentos a la consigna, saben decir y propagar: a los amigos, todo el favor que se pueda; a

los enemigos, la ley; con eso tienen bastante.

¡Cómo estas frases desgarran el pecho de los hombres justos, no lo han observado los mangoneadores!

¡Qué más dignificación que la que tiene la ley!

¡Por amor a ella seremos siempre furiosos enemigos de los caciques, porque la queremos con idolatría, porque está hecha por el pueblo, por la clase media, a través de mil revoluciones, de un sin fin de escarnios y con la sangre de los hombres más honrados del mundo!

¡Quédense sin ella los que temen su imperio, los que temen su ausencia para estar tranquilos, los que les estorba para no dejar de ser lo que son en su degradación cívica!

Donde quiera que se manifieste la opinión nacida de esas orientaciones, humilla por su ineficacia y cobardía. Arroja a las puertas de los Juzgados y de las Audiencias testigos inveraces, jurados apasionados, más atentos a su particularismo en los fallos que a la razón ecuánime. Lanza a las filas de la milicia oleadas de analfabetos que no gozaron ni las primicias de la enseñanza. Concierta en las urnas electorales a gentes sin conciencia política, que debían estar reselladas con los hierros de la esclavitud. Pero aún llega más allá: aplaude las persecuciones ilegales e insidiosas contra el rebelde y apaga con incredulidad la linterna con que buscaba Diógenes en los espíritus el bien y la sabiduría.

¿Qué ha hecho mientras nuestra aristocracia? Olvidarse de los humildes y convivir sólo con lo externo y visual de la Iglesia y de la Cultura, como si temiese la redención de aquellos y los graves problemas de las verdades divinas y humanas.

La aristocracia ha laborado, desde los altos principios a que le obliga su jerarquía, con medios que serán decorativos, auxiliadores, de indudable valimento, pero sin transcendencia. Aunque de manera más o menos cuantiosa, no ha traspasado la conducta en los socorros que practica cualquier bondadoso vecino.

La aristocracia no ha levantado hermosas clínicas en ningún lugar de la nación; ni grandiosas escuelas, con los modernos métodos de Froebel, Pestalozzi y otros insignes pedagogos. No ha derramado su actividad en los talleres y en las fábricas, en la agricultura y el comercio. No ha construído granjas, no ha confeccionado navíos, no se ha interesado por los sostenes de la Patria, con ostensible, con exaltada fe.

Los numerosos cortijos y dehesas que posee, ni los arrienda siquiera a pequeños terratenientes, que saben adorar al terruño como a su madre, aumentar la densidad de población, mejorar su independencia y prevalecer en España hasta morir, antes de emigrar por esos negros mares de la lejanía y la ignorancia, que aumentan con el llanto y con la amargura.

Gusta de asegurar la renta, de que no flaquee ningún colono, de que no se introduzcan en sus fincas mejoras de ninguna clase, de que la distancia espiritual entre este y su señor se exprese en papel sellado.

En la misma campiña cordobesa caben quince o veinte pueblos magníficos, que tendrían tesoros, ferrocarriles y riegos si llegase hasta los pobres el privilegio de la labranza.

Sin ser Carnegie ni Rokeffeller, hay en España muchos Cresos que no saben crear intereses más que para sí y que viven en la absurda creencia de que el resto de los españoles estamos obligados a servirlos. De estos, son aristócratas la mayoría.

Pues ¿qué diremos de esos ricos que usufructúan las bondades ópimas de la ciudadanía y huyen de las aldeas apenas se inicia el hambre, para no ser molestados ni requeridos? Que les conturba el pánico cuando los gobernadores demoran el envío de la Guardia civil, que no son capaces de ningún rasgo, de ninguna gallardía, que se burlan, rodeados de serviles amigos, de los códigos y de la misericordia, y que se aprovechan de la violencia o el desmán para oprimir a quienes no les sirvieron.

En tiempos de paz, sus acciones son aún más temibles; si pleitean o riñen dos ciudadanos, si algo tienen que zanjar con la autoridad, siempre se pone de parte de uno el poderoso, y el otro está perdido. O abdica o sucumbe. La trampa es de una ferocidad increíble.

Y si el año viene con malos barruntos, se cierra la bolsa, se despide a los trabajadores, no se labra.

Son muy pocos los hombres que saben ser ricos, son muchos los ricos desalmados y miserables que no advierten que la riqueza, si es un bien propio, no lo es en ebsoluto, porque debe ser empleada en obras que, a la vez que proporcionan el goce, la satisfacción y la jamás escatimada alegría a sus poseedores, redunden en fines genéricos y universales, en utilidad para todos. Y por no haberla encaminado así, llegará un día, que está cerca, en que un nuevo y altruísta Derecho surgirá, violento o complejísimo, según se imponga, para salir al paso a los monstruos hipertrofiados, degenerados e insaciables, que tanto han envilecido a España y a la humanidad.

Fernando González de Canales Romero

Un ilustre aficionado

III

Después de tal semblanza y de estas y otras loas, de algunos salpicados reproches y de ponderar la angustia de las buenos patriotas, cuando cayó herido de tanta gravedad en Antígola el guardia Saavedra, exclama lleno de tristeza e indignación crecientes:

«Mas ¿yo, pervertido joven,
por esas entrañas duras
quién podrá mostrar zozobras
ni lucir grata ternura?
»Yo por mí, pese a mi enojo,
pensé amarte hasta la tumba,
mas ya te odio, te excecro,
tu memoria me espeluzna.
»¡Ojalá que negro toro,
ministro del ser que injurias,
con su media luna te abra
vergonzosa sepultura!».

Aquí le parece al historiador gaditano que se ha excedido en las voces de su enojo y quiere volver apaciguado a la expresión serena de su amorosa solicitud:

«¡Ojalá...! ¡Qué mal que finjo!
Plegue al cielo darte cura,
como a tus heridas nobles
y a queja que mi alma inunda!
»El juicio vuelva a tu mente,
sólo de valor presumas
contra invasores soberbios,
no en bestias que al hombre ayudan.
»Deja pasión tan villana,
y serás con gloria suma,
el amor de nuestras hembras
y el honor de nuestras musas.»

Cierto que don Angel no se quejaría de las promesas que, para borrar el mal sabor de tan duros apóstrofes, Ponce le empeñaba, magnánimo y justiciero. Mas no se achanta, ni puede sufrir que la posteridad le reproche por una afición que él mismo reputa de «bárbara», y entonces, para la tranquilidad del señor don José y para que en el archivo de la Historia no se conserve incólume un error más, sin ira ni desdén, armado ahora de su péñola, desde ésta su Córdoba, por los días de Marzo de 1817, dirige a Ponce una epístola, con mesuradas reconvenciones al principio:

«Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
que en ancho circo destrocé inclemente
lozano toro a la labor nacido;
»si hubiera yo, siguiendo la corriente
de una costumbre bárbara que aún dura
y que introdujo la africana gente,
»gozándome, enemigo de natura,
en verter sangre y en ajeno daño,
con llanto de la triste agricultura

. . . .

»si a tu noticia por ventura hubiera
llegado que yo estaba confundido
entre la turba vil, baja y torera,
»cual suele tanto noble envilecido,
que perdiendo el respeto a sus mayores,
desmiente su linaje esclarecido;
»si yo, que al son de trompas y atambores,
cabe el Tajo mi patria defendiendo,
desprecié de Belona los horrores,

. . . .

»ahora degradado hiciera alarde
de empuñar vil estoque contra un toro,
fuera justo el enojo que en tí arde.»

Pero es la verdad que don Angel, de alguna suerte, se las ha habido con los toros, y tiene que encontrar el modo de una explicación satisfactoria; y, sin grandes fatigas, su ingenio lo saca del apuro.

La fiereza de los ganados que en las orillas del Betis crecen punto es menos que irreductible: «la fuerza de estas aguas poderosas—y una especie de magia prodigiosa—comunican tal fuego a los ganados—que apenas pueden ser nunca domados. Le cuenta a Ponce, que de esto seguramente poco se le alcanza, que los tiernos novillejos, «cuyo furor el

Figuras típicas. El absentista.—En aquella zona de la Andalucía «clásica», flamenca, en que se producen expontáneamente, como en su medio natural, las ortigas de la más grosera e ignorante xenofobia, es frecuente replicar con la torpe frase de «cosas de forasteros» a las censuras que el visitante, como una consecuencia lógica de la admiración y el conocimiento del pasado esplendoroso, dirige a la tristísima situación actual, y cuando de esta repulsa ignorante se hace víctima al ciudadano generoso que se preocupa por la tierra bética, aunque en ella no haya nacido, la justicia muestra a lo lejos la contrafigura del forastero: el que dejó de ser indígena, el ausente, el que sólo conserva la posesión desnuda de la riqueza del suelo, sin lazos de nacimiento ni amor a la tierra que sigue siendo suya; el absentista que malgasta en las grandes urbes el producto de la savia y el trabajo del suelo y el hombre de la verdadera Andalucía.

Dibujo de Fz. Márquez.

La provincia de Córdoba. — Pueblonuevo del Terrible. La calle de Barroso, viéndose en primer término el Casino del Terrible y el Círculo Liberal.

PRIMAVERA

Es una mancha verde la campiña lejana
y es de azul uniforme y monótomo el cielo,
y los golpes tranquilos, de paz, de una campana,
por la quietud del aire cruzan con lento vuelo.

Una voz soñolienta se duerme en una nota,
que es popular lamento de misterioso encanto,
y como un ave herida por el ambiente flota,
hasta que el sentimiento ahoga por fin el canto
y la canción amante que de un amante brota
queda, cual los amores que son su asunto, rota,
truncada en un gemido que se deshace en llanto.

Al contemplar mil veces lo que mi vista alcanza,
en los desnudos días del rigoroso invierno,
nunca noté en mí mismo ese algo de esperanza
que hoy pone en el paisaje una ilusión de eterno.

Yo quisiera dormirme como se duerme el río
en la quietud del campo, del sol y de la brisa,
y que así como el agua, copiase el sueño mío,
del cielo de unos ojos, la luz de una sonrisa.

Como el aire se duerme, yo dormirme quisiera,
mecido por las hojas de una gentil palmera...
Y así como sus nupcias celebra con las flores,
desposarme una noche tibia de primavera,
bajo el cielo estrellado, con mi eterna quimera,
en el silencio augusto de aromas y rumores,
a la luz de la luna y al rumor de la fuente,
cuando los azahares coronasen su frente
como castas promesas de imposibles amores...

Benigno Iñiguez.

---

bosque aterra—y de fieras el torvo aspecto ofrecen»,

«no se avienen sufriendo la coyunda,
a abrir los senos donde el pan se encierra.»

Así, para tomarlos en provechosas y dóciles bestias de labor, tiénese que someterlos a un duro castigo, a penosos ejercicios que los apoquen, hasta reducirlos al mandato de su natural dueño. Y don Angel, que muchas veces habrá arrimado el hombro en este dificilísimo empeño de

«domeñar en furor y alta braveza»

cuenta a Ponce en bellísimos versos el arte de que se vale el ganadero:

«Para lograrlo apela a la destreza,
sagaz se vale del bridón ardiente,
de su rápido impulso y ligereza.
»Para defensa empuña solamente
ligera lanza, en pos del toro adusto
se arroja, le acomete de repente,
»y, sin que su fiereza le de susto,
le acosa hasta que logra derribarlo
y triunfa, en fin, de su furor robusto.
»Este medio tan sólo hay de domarlo
para la necesaria agricultura
a que le plugo el cielo dedicarlo.»

Ya estará el ánimo del dómine blandamente preparado a la indulgencia, y el diestro poeta se arroja, al cabo, a confesarse:

«En esta ocupación, que es harto dura,
y oficio indispensable aunque penoso,
ayudé a los vaqueros, por ventura.
»No cual dices, insano y vigoroso
destrocé el animal que es grato a Ceres,
antes bien le hice a Ceres provechoso.»

¿Ve ya el bueno de don José de Vargas cómo don Angel no ha descendido a donde la turbamulta de los toreros de oficio que envilecen ya la destreza y el arrojo de los preclaros caballos de antaño? ¿Están ahora patentes la generosidad y el patriotismo del móvil que lo ha decidido a veces al acoso de las reses bravas? Ni piense que él es de corazón duro, que se solace con el sufrimiento de inocentes bestias; don Angel se lo declara:

«Yo he visto, ¡oh Dios!, cómo la cierva (llora
cuando siente su pecho traspasado,
o sin vigor la planta voladora.
»Yo escuché su gemido y he temblado...»

José Priego López.

A TRAVÉS DE ESPAÑA

Despeñaperros

A los amigos que tienen el alma viajera, que enmedio de la rutina del cuotidiano vivir, ansían conocer tierras y lugares remotos, y que aferrados al suelo donde nacieron, viajan en espíritu gustando igualmente lo que acaso nunca llegarán a ver.

Pasa el tren con marcha velocísima por las campiñas cordobesas; deja atrás las estaciones que nos son tan familiares, Villafranca, el Carpio, Villa del Río y pasa a la provincia de Jaén. Ya el Sol marcha hacia el ocaso y el convoy sigue su marcha trepidante y monótona unas veces con resoplidos de monstro jadeante, y otras raudo, blando, como descansando en sus propias fuerzas. Los viajeros, después de haber agotado el tema de la conversación insustancial, unos bostezan, otros meriendan y otros, más curiosos y ensimismados, permanecen en el estrecho corredor, pegados a las ventanillas, contemplando la tarde que muere... ¡Despeñaperros! ¡Estamos en Despeñaperros! En efecto, a las llanuras monótonas siguen a la derecha del convoy las primeras estribaciones de una sierra abrupta y peñascosa. Como evocados por un conjuro, quince, veinte rostros se asoman a las ventanillas, ansiosos de gustar las bellezas del paisaje. El tren marcha por una serie de terraplenes atrevidísimos, escalando montañas cortadas a pico, y por unos instantes se divisan bloques de granito, muros enormes, como de una fortaleza ciclópea por entre cuyos rastrillos y pasadizos fuésemos caminando.

Tendido entre dos abismos, se divisan los pilares pétreos de un puente y a poco el convoy pasaba trepidante por la cintura de hierro, con un rumor sordo y uniforme... Y fué una visión del momento.

Varios obreros trabajaban sobre el abismo en andamios y parapetos reparando el puente, y uno de ellos, descansando los pies en una saliente y cogido por las manos a la misma plancha por donde el convoy pasaba, nos dió un momento de emoción trágica. No tenía otro sostén ni apoyo que el que nuestros ojos vieron y abajo se abría el abismo a una profundidad desconocida. Y así le vimos bajo nosotros un instante y después quedó allá en la lejanía.

Aún continuaban las escabrosidades y estribaciones, ya más suaves, como si la sierra fuese perdiendo su aspereza y se preparase a transformarse en las llanuras interminables, pero el paraje continuaba solitario y hosco. Aquí y allá unos trabajadores que repasaban la vía y un chico precoz que, al ver llegar el tren, avanza decidido hacia la ventanilla: «Señorito, un periódico.» «Aquí no llegan ni los pájaros.» Y en un instante más nos hacemos cargo de aquellos hombres, solitarios, mudos, perdidos en las fragosidades de la sierra a incomunicados con el mundo ¡reparando una vía de comunicación!

¡Piden un periódico! Y allá le enviamos dos o tres periódicos que en el trayecto nos sirvieron para matar el tedio y que el rapaz coge con avidez, llevándolos presuroso a los hombres, que, al verle llegar, hacen un alto en su labor...

La provincia de Córdoba.—Montoro. La fuente de la calle de Martín.

Los molinos de viento

Pasada esta frontera abrupta que separa Andalucía de las mesetas castellanas, entramos en las célebres llanuras manchegas. Sábanas inmensas de tierra llana pasan por nuestros ojos y dejamos atrás en la loca carrera. De cuando en cuando, rompen el color pardo de llanura unos cuadros de verdor profundo y alegre. Son viñedos. Manzanares, Santa Cruz y, por fin, Alcázar, una estación de tránsito un tanto abigarrada, donde vemos tipos castellanos, levantinos y andaluces en pintoresca profusión. Un pobre soldado, carroña de la patria, que vuelve de los campos de Africa misero y enfermo. Se nos dirije en un dialecto, que viene a ser jerigonsa incomprensible, y nos muestra unos papeles. ¡No lo entendemos! No sabemos qué solicita de nosotros, y entre varios viajeros que acuden solícitos, sabemos que habla el catalán, cerrado e incomprensible, de los campesinos de su tierra. No lleva dinero, está enfermo; se acompaña solamente de unos papelotes con el sello nacional que para nada sirven y que a nadie interesan.

Le indicamos por señas al jefe de estación, para que este le diga por dónde ha de seguir el viaje a su tierra, pero el soldado se encoge de hombros, sin duda desesperanzado de poder hacerse entender por aquel hombre.

Al fin decide bajar del coche; da unos paseos desalentado y se echa pesadamente sobre unos fardos. Es una pobre víctima del paludismo y de la patria. Pensamos en los exhombres de Gorki al perder de vista su silueta borrosa y desdibujada, mientras el tren sigue su marcha.

Otra vez las llanuras corren hacia atrás, como en una alucinación interminable. De pronto toman una suave ondulación. Se tornan más

amenas, y al pasar unas aldehuelas que se guarecen en su regazo, nos acomete una nueva emoción. Estamos en la tiera sacrosanta de nuestro señor Don Quijote.

Coronando estas ondulaciones, hay unos cerretes y altozanos, y en la cima de ellos se yerguen majestuosos los molinos de viento. ¡Nunca los olvidaremos! El progreso avasallador creíamos hubiese derribado y arrumbado por inútil esta especie de artefacto histórico, que manejó la pluma del insigne manco. Pero aún no llegó la fiebre industrialista al punto de eliminarlos por completo. Cierto que, algunos de ellos, les desproveyeron de sus aspas y quedaron como gigantes sin brazos, con su caperucha grotesca a fuer de triste y solitaria. Otros arrastran sus aspas a medias y de ellas penden colgajos y vense desgarrones en su fuerte esqueleto. Pero otros quedan enhiestos y vigilantes, ojo avisor al soplo de viento que les hace dar vueltas pausadas y serenas, ni más ni menos que cuando desafiaban impávidos la vesania de nuestro hidalgo.

¡Molinos de viento! Sois la evocación viva de esta biblia española que se titula «Don Quijote», y si en España acostumbrásemos a tener ministros amantes de nuestra cultura y de nuestras letras, ya os hubiesen erigido para gloria de ellas, y buen nombre nuestro, en monumento nacional.

R. Fuertes Güez.

Coruña V M MCMXVII.

La Asociación Médica Regional

La Colegiación obligatoria

Hará unos quince días, desde estas mismas columnas, rogamos al presidente del Colegio médico *actual* convocase una reunión general de todos los médicos de Córdoba con el objeto de que la colegiación obligatoria fuese efectiva, esencialmente para lo que se refiere a la fundación del Colegio para huérfanos de médicos pobres.

Y como aún no se han dignado siquiera darse por notificados del ruego (súplica fué) aquellos a quienes iba dirigido, cúmplenos ahora decir que hablamos en nombre de la Asociación Médica Regional, sección de Córdoba, por el cargo que ostentamos y con la autorización del que hoy es nuestro presidente. Y sospechando que el silencio sea motivado por el desconocimiento de la disposición ministerial que nos sirvió de base en nuestro ruego, a continuación trasladamos el texto íntegro de la disposición, que dice así:

«Ministerio de la Gobernación
Reales órdenes

Creado por Real decreto de 15 del actual el Colegio del Príncipe de Asturias para huérfanos de Médicos, y disponiéndose en él, como base de tan humanitaria obra, la constitución inmediata de los Colegios Médicos, con carácter obligatorio.

S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido por conveniente disponer:

1.° Que en el plazo máximo de treinta días se conviertan los Colegios Médicos oficiales existentes en Colegios provinciales con carácter obligatorio.

2.° Que en las provincias donde no existan los Colegios oficiales constituídos se proceda dentro del expresado plazo por los Gobernadores y los Inspectores provinciales de Sanidad, auxiliados por los subdelegados de Medicina, a la constitución de los expresados Colegios con el carácter de provinciales obligatorios.

3.° Que en tanto se publican los estatutos generales para el régimen de dichos Colegios, se atengan éstos a los preceptos que expresamente se señalan en la Instrucción general de Sanidad y el Real decreto de 15 de los corrientes de que queda hecho mérito; y

5.° Que los Colegios redacten su Reglamento de régimen interior, de conformidad con lo que dispone la Instrucción general de Sanidad en el párrafo 4.° de su artículo 85 y siempre dentro del plazo de los treinta días señalados para la constitución de los mismos.

De Real orden lo digo a V. S. para su conocimiento y efectos que se indican. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 28 de Agosto de 1917.—*Burell.*

(«Gaceta» del 29 de Mayo).

Por lo tanto, en el plazo máximo de treinta días a contar del 29 del pasado ha de constituirse el Colegio provincial obligatorio y ha de ser redactado el Reglamento de régimen interior. Hoy estamos á 16 de Junio: nos quedan 13 días.

De la Junta directiva del Colegio actual esperamos no deje pasar este plazo.—El Secretario del Comité provincial.

CON PLUMA AJENA

El atentado contra el señor Gómez

El juez municipal señor Prieto Ureña se caló su birrete, dando a su cráneo esa forma poligonal que es indispensable para administrar justicia, y ordenó nerviosamente:

—Audiencia pública.

El guardia se hizo atrás, un poco asustado, miró si su sobresalto había tenido testigos, y como advirtiese a una vieja y cinco chiquillos en el extremo del corredor, les dirigió una terrible mirada y gruñó con acento de amenaza:

—Audiencia pública.

Entonces entró en la estancia don Rafael Gómez, también llamado el «Gallo», en la respetuosa compañía de siete u ocho incondicionales admiradores. Vestía de gris, no llevaba corbata—cosa que nos extrañó en un hombre de sus posibles—y se advertía a simple vista que había utilizado los pelos de su coleta para tapar un cinco por ciento de la calva. El señor Gómez fué al Juzgado municipal por cuestiones relacionadas con sus últimas *espantás* en la plaza de toros de Madrid. Como es sabido, su extraña conducta, resistiéndose a recibir una cornada, suscitó la indignación de las trece mil almas que llenaban la plaza: le arrojaron almohadillas, naranjas y zapatos de señora; algunos consiguieron abofetearle. Fué detenido un sujeto que, en el patio de caballos, alzó sus puños contra don Rafael. Antes de detenerlo, un amigo del espada le atizó un bastonazo en la cabeza. Entonces el espectador iracundo, que se llama Marcos Mascarate, bajó los brazos, se le extraviaron los ojos y se apoyó en la pared. Esto viene a hablar en su favor, porque nos lo presenta como un hombre capaz de tener un «pronto», pero que en cuanto un consejo o un palo en la coronilla distraen su atención, reflexiona y se ablanda. No se puede decir lo mismo de todo el mundo.

Artistas españolas. La señorita Zeda, de la Compañía de Margarita Xirgu. Dibujo de Rafael Romero Pellicer.

Marcos Mascarate entró también en la sala de audiencia, acompañado por un guardia, un guardia gordo y sonriente, con un lunar en la mejilla derecha y el pelo de este lunar tan retorcido y aguzado y largo, que creemos que es un peligro dejarlo andar así por vía pública sin un guarda-puntas como los que llevan los alfileres de sombrero. Don Rafael y el señor Mascarate se miran y callan. Este primer encuentro sería seguramente muy embarazoso si no hubiese llegado a la sala un fotógrafo muy alto, con un ayudante muy pequeño, llevando cogida la máquina por uno de los pies, como si hubiese atrapado una gran araña. El fotógrafo solicita permiso, manda abrir un balcón, coloca a Rafael junto a la mesa del Juzgado, manda cerrar el balcón, se parapeta tras la máquina, enciende una lámpara, después otra, le pega un pescozón a su ayudante, suplica que cierren las contraventanas, frota una cerilla, la apaga y termina por declarar que, si Rafael no se sube a la plataforma, no podrá hacerse la fotografía.

El señor Mascarate permaneció desde el primer momento un poco alejado del señor Gómez. Cuando el fotógrafo le rogó que se aproximase más, Mascarate dió un paso perezoso e hizo un gesto de disgusto. Pero poco a poco le fué dominando esa avidez de objetivo que sienten casi todas las personas notables ante un simple «Kodak», y a medida que el

artista iba y venía y daba órdenes y las rectificaba, Mascarate cuidaba más la «pose». Concluyó por colocarse ante Rafael; pasó una mano sobre el pelo para alisarlo y estiró disimuladamente la americana. Los adjuntos, los curiosos y el alguacil estaban ya con los cuellos alargados en un noble empeño de que fuese la cabeza de cada uno lo que sobresaliese más... Un fogonazo...

Para evitar confusiones que harían ininteligible nuestro relato, rogamos al lector que tenga en cuenta que en este suceso el matador es el espada, y la víctima, el que recibió el palo en la cabeza; es decir: que el matador es el perjudicado y el querellante, porque contra él iba dirigida la agresión, y la víctima es a quien se persigue por sus propósitos victimarios. Es posible que los lectores sientan así como un vértigo al leer esta explicación por vez primera. Creemos, sin embargo, que, con un poco de tenacidad, a la quinta o sexta lectura comenzarán a adivinar su sentido. Si esto no fuese suficiente, copiándola varias veces en un papel, no hay duda de que conseguirán retenerla en la memoria y acaso desentrañarla en parte. Nuestro amor a la concisión nos fuerza a dejarlos entregados a esa faena y a continuar nuestro relato.

Un profundo silencio acogió las declaraciones de Marcos. ¿Qué «nube roja» pasó ante su ojos para decidirle a un atentado contra Rafael...? Marcos manifiesta que en aquella tarde inolvidable fué a los toros con la serena esperanza de ver una corrida «de verdá». Concienzudo devoto de la fiesta, gastó su dinero sin proferir un ¡ay!; la faena del Gallo hizo pasar su espíritu por muchos dolorosos trances: primero se sorprendió, luego se advirtió lleno de melancolía; fué en vano que unos vecinos le ofreciesen un frasco de Valdepeñas; de la amargura pasó al renunciamiento. Comprendió que todo había acabado para él, y salió al patio de caballos. Entonces quiso la mala ventura que pasase por allí Rafael Gómez... Mascarate se acordó de sus pesetas, se acordó de las «espantás» y quiso increpar al caído. Fué cuando alzó los brazos; pero no para pegar, sino para lanzar un anatema. En aquel instante le dieron un terrible golpe en el cráneo. Se le olvidó súbitamente el anatema, hizo un gesto de contrariedad y comenzó a echar sangre. Esto fué todo.

—Y usted, Rafael, ¿qué tiene que decir?

Rafael hunde las manos en los bolsillos para disimular su emoción:

—Pues... que fué una mala tarde...; que el público se puso... Vamos: que unos querían que torease, y otros, que no..., y «aluego»...

Pero él no se fijó en Marcos, ni sabe si intentó agredirle. Quiere que le perdonen, quiere pagarle las costas... Todo aquello ha sido una tarde «desgraciá.» En el caso peor, «que le echen una reprensión a Mascarate.»...

Y así se termina el juicio. Entran después en la sala de audiencia otras personas, y un «chauffeur» desplega su elocuencia para convencer al Tribunal de que no fué él quien atropelló a un niño en el paseo del Prado, sino que fué un niño el que intentó atropellar a su automóvil, lanzándose de cabeza sobre él, como puede comprobarse por una herida que la criatura sufrió en la frente. El dueño del «auto» hace unas graves reflexiones acerca del incomprensible deleite que experimentan los pequeñuelos en dejarse arrollar por los vehículos, costumbre molestísima para éstos, sobre todo cuando quedan los cuerpos enganchados en alguna cadena.

—

Mascarate sufrirá cinco días de reclusión en su domicilio. No conocemos ningún castigo peor. Mascarate se aburrirá terriblemente, recorrerá cien veces sus habitaciones, jugará a la brisca con su esposa y ganará, llorarán todos sus chiquillos, cantarán todas sus vecinas... ¡Pobre Mascarate...! Cuando intente dormir, su conciencia le gritará con voz ronca:

—¡Mascarate: tú eres el cura Merino de la tauromaquia! ¡En tus manos hay todavía pelos de la coleta de Rafael! ¡Arrepiéntete, Mascarate! ¡Has atentado contra el vicepapa, oh, sacrílego!

W. Fernández-Florez.

Alma andaluza e ideal andaluz

VII

Por eso son tan grandes los espacios espirituales que hay de Córdoba a Sevilla. Aquella, posó la mirada en su ribera—concretó sus ideales—y tuvo la amplitud de la vega a sus costados: y así encontró la serena armonía de la vida. «Córdoba es la siempre creyente». Y la flor de su alma es el estricismo. Sevilla, como no tiene altura donde cifrar su anhelo, prendió su vista del río. Y así, la flor de su alma, fué la polifonía, la variabilidad, el colorido amplio y sonoro. Por eso es la patria de los pintores. De los pintores españoles—Velázquez, Murillo.—De los que retrataron el alma española, y en los trozos de los rostros prendieron el gesto de la inmortalidad. Porque como poseían la esencia del alma española—el genio andaluz—acertaron en las pinceladas de la ilusión, del deseo, del desencanto, del dolor, de la tragedia. Fueron los pintores de la expresión del alma.

Y el alma española, es Andalucía. Y el alma de Andalucía habló una vez en Séneca. Y, Séneca, fué andaluz y cordobés, no porque naciera «antes que llegaran los vándalos».—El mito del vandalismo merece que se esclarezca si los vándalos hicieron siquiera estación en Andalucía—. Ni es «representante honorario» del espíritu español contemporáneo, por su educación en Roma. De esta, corrupta y sensual, sólo pudo adquirir aquel ansia de riquezas que le procuró unos cuantos millones de sextercios durante su consulado de las Galias. Y respecto a su andalucismo o su *españolismo*, cabe igual discrepancia que en «la comparación de sus máximas morales, especialmente el tratado *De ira*, con el testimonio, aún viviente, del caracter *español*, impulsivo e iracundo, altivo y vengador». Sujeto a estas pasiones hubiera vivido Séneca si su alma se hubiera formado en las áridas fragosidades del corazón de España, que produgeron las feroces tribus de vetones, carpetanos, ausetanos, indigetes, etc. Pero su espíritu tuvo la raigambre en la fertilidad del limo bético, de la pura raza ibera. Y así fué andaluz por esencia, nutrido en su espíritu por la armonía de los campos andaluces, por el ritmo de sus tonalidades cromáticas, por la serenidad de su ambiente, por la pacíficamente creadora fecundidad de su suelo, por la amplia euritmia de la vida andaluza toda. Por eso «no tuvo que inventar nada» en su filosofía, en su estoicismo, en sus máximas morales. «Sólo tuvo que recoger y dar forma perenne» a las ideas que a su paso encontraba. Y a «haber nacido en la Edad Media», hubiera podido serlo en Castilla, porque la prodigalidad expansiva del alma andaluza habría ya florecido superabundantemente e inundado la península toda de su espiritualidad íntima. Pero tal vez se hubiera contagiado de la sequedad extática de los místicos castellanos, nutridos en la aridez esteparia del viejo lago terciario. Y su voz no hubiera expresado tan fielmente el sentir del alma andaluza, el verbo de Iberia.

Figuras conocidas.-Don Manuel Varo Repiso, secretario jubilado del Ayuntamiento de Córdoba, cargo en el que durante largo tiempo demostró relevantes dotes de inteligencia, cultura y probidad, captándose el afecto de sus conciudadanos.

Caricatura de Cámara.

Y así, aunque a los ojos del viajero, la Bética fué romana, el palimpsesto vivo de Iberia guardó la pureza de su origen, siguió germinando, y durante aquella, silbó armoniosamente, sonoramenta. Y sus sones adquirieron tal majestad que, un cordobés, Lucano, colocó su alma por cima de la Roma de los Césares. Y en el imperio del mundo, el alma andaluza, por boca de los emperadores italicenses, dictó la plácida serenidad eurítmica que pregonan sus campos, sus ríos, su cielo. Habló llena de majestad y de unción. Llena de Gracia. Gracia espiritual, diáfana y clara. Como vidente de la armonía de su alma. Del alma de Andalucía.

Savia.—Al-Andalus

Al-Andalus, tierra de Occidente, tierra de Sol, tierra de luz, tierra de vidas áureas, tierra de promisión, de bienandanza, de maravilla y de misterio.

A ella, lejanía del mundo, fin del mundo, llegó un conjunto de razas, semíticas todas, que fueron conquistadas por su gracia innata y encantadora. Y otra vez —siempre nuevo, siempre fecundo, siempre creador—, el limo sagrado de la entraña andaluza, «digirió» la cultura de los recién llegados bárbaros, la perfeccionó, la mejoró, la artizó. Y de ella hizo el imperio árabe-andaluz, «única antorcha que alumbró los senderos de la humaninad en la Edad Media».

Y esta vez, la acción del limo fértil y creador superó sus ancestrales. Y acaeció ello, porque el contacto con la tierra fué más carnal y mediato; porque «la savia» de la entraña madre ascendió sin perder molécula por los

vasos del tallo injertado; porque, esta vez, la metrópoli era la propia tierra, hogar y trono, que no necesita del agotamiento de sus colonias para enaltecerse. De su propia savia tuvo Al-Andalus el brillo de su esplendor. Y como no tuvo que sostener metrópolis extrañas, toda la savia floreció en sus ramas.

Y el milagro que esta vez ejerció la Gracia inmaculada de Andalucía, fué más tocado de divinidad. Su alma—medio cristiana, medio mora,—contrajo con los recién llegados, que hicieron del ideal andaluz el templo de sus amores terrenos, el más feliz ayuntamiento que darse puede, porque, sin mezclarse materialmente con ellas, aceptó toda su poética concepción de la vida, todo su fatalismo de grandiosidad inapelable; dió pauta, á los que apenas sabían levantar una tienda en los desiertos arenales, para construir la Mezquita-Aljama, el Alcázar, la Alhambra; fué guardadora del gran caudal de ciencia que se escapó de los brazos de Alejandría y que hubiera desaparecido del mundo, a no haberlo recogido ella en su seno; hizo de Andalucía el foco de la civilización; y sus hombres—los de alma ibera—los vistió con el ropaje oriental, para ceñirles la corona de casi todo el mundo civilizado de la época. Y así, mientras los árabes de origen seguían su condicion de guerreros, en las frentes iberas se mantenía el fuego sagrado de la espiritualidad; y los de su origen fueron los más grandes de Al-Andalus. Por eso, Al Andalus, no fué árabe, ni español. Fué andaluz exclusivamente. Los árabes sólo trageron en sus bagajes los ricos presentes de la civilización que entonces resplandecía en las escuelas de Oriente. Y el alma andaluza los tradujo a inmortalidad. Y, más luego, cuando aquellos fueron expulsados de la península, fué el cuerpo semita el expulsado. Si no lo fué el alma andaluza, porque el alma queda prendida de la tierra, pero sí el amor a esta, el ideal de Andalucía. Y Andalucía quedó desolada y desierta. Sólo continuaron pulsando su agónica vitalidad algunos oscilantes focos que conservan el fuego sagrado de la tradición andaluza.

Rafael Castejón.

QUIJOTADAS

De como Don Quijote de la Mancha se apareció en plena fiesta nacional y mandó desalojar la plaza.

Oyeme, toro, un instante,
pero no soples tan fuerte,
que no me asusta tenerte
con esos cuernos delante.
Y si chistas ¡Dios te valga!
que si eres temido y fiero
yo soy aquel caballero
que con espuelas cabalga.
Ha muchos años he muerto
y dejo de ser difunto
para gobernar al punto
este loco desconcierto.
¿Qué haces con la sangre hirviente
corriendo airado, nervioso,
sin descanso, sin reposo,
en medio de tanta gente?
¿Quiénes son esos guerreros
que en vez de la fuerte adarga
con una vara tan larga
los arman de caballeros?
¿Y esos pobres coletillas
de vestidos tan lujosos,
que corren de tí miedosos
luciendo las pantorrillas?
¿Qué es esto? ¡En pocos instantes
toros en vida quemados
y con los ojos vendados
morir tantos Rocinantes!
¡Y con perversa intención,
cuando el clarín lanza el toque,
con la punta del estoque
que os busquen el corazón...!
¡Vive Dios, mi furia es tal
que ya tenerme no puedo
y si no dejas el ruedo,
para marcharte al corral,
sabrás tú con tu bravura
y esos con su fiera saña,
quien fué ¡pardiez! en España
el de la Triste Figura!
¡Del presidente al tripero
todos busquen la salida,
si todos quieren la vida
de manos de un caballero!

Jesús Rodríguez Redondo.

AVE DE PASO

Llevaban algún tiempo tratándose y Enrique conocía el carácter de Elena. En la soledad de su cuarto pensaba una y mil veces en el tumulto de ideas que habían de agitarse en la linda cabecita rubia de su prima. También le embargaba a él una multitud de pensamientos. Quería a su prima como un efecto de los lazos de sangre, mas a veces esta inclinación se convertía en verdadero amor y se sentía subyugado por Elena. Esta, en cambio, continuaba sin rumbo fijo un marcado derrotero hacia el cual fuesen sus ideas y sueños del porvenir.

Obligado Enrique a la estancia en X. durante algunos días para el arreglo definitivo de un asunto urgente, fué a hospedarse a la casa de su tía Leonor, que le profesaba gran afecto. El trato que sostuvo con Elena, comenzó por frivolidades mutuas. Conforme pasaba el tiempo, él ya no tomaba a asunto frívolo la conversación con su hermosa prima. La de la cabecita rubia seguía imperturbable en su manera de sentir, en su modo de pensar. No mostraba ninguna deferencia a Enrique, sino que lo trataba sólo como a primo.

Comprendía Enrique la necesidad de revelar a su prima el amor que hacia ella sentía y cuando a ello iba a decidirse se figuraba la cara burlona y cómicamente seria que pondría Elena, que tomaría a chacota su declaración, si tenía paciencia, dado su carácter, de escucharla entera. Esto constituía una dolorosa lucha en el corazón de Enrique.

Por fin llegó la hora suprema de la declaración. Una calurosa noche de Agosto, víspera del día de San Lorenzo, en el que, según la creencia popular, si se remueve la tierra a determinada hora, hállase carbón, para indicar la alta temperatura que en este tiempo se siente, hallábanse asomados al balcón Elena y Enrique, contemplando, a la luz de una hermosa luna, el extenso jardín que bajo ellos aparecía. Silenciosos los dos, ninguno se atrevía a dirigirle al otro la palabra. Miraban ambos al jardín, pero con una mirada especial, vaga. Ella debía estar abstraída en algún recóndito pensamiento y no prestaba atención al jardín, aun cuando estaba fija en él. A Enrique le parecían las siluetas de las sombras de los árboles una multitud de fantasmas que le daban voces apostrofándole por su cobardía. No pudiendo resistir por más tiempo esta lucha, él fué el primero en hablar.

—¡Qué noche tan deliciosa! ¿Verdad, prima?

— Sí, muy hermosa — contestó ella.

—¿En qué piensas, prima?

—¡Qué curioso eres, hijo mío—, respondió ella, haciendo un mohín de indefinible gracia.

—Es que si tú me revelas tu pensamiento—prosiguió él... te revelo yo el mío.

—Pues si esperas eso no me dices lo que en este momento pensabas; pero a mí me consta, por lo que leo en tus ojos, que estás tú mismo ansiando comunicar á alguien tu pensamiento y ¿á quién mejor que á mí que soy la interesada? ¿Verdad, Enrique?

—Elena... verdad. Lo has acertado... ¿Puedo esperar algo?

—No, primo; no te acuerdes nunca de nosotras; has venido a X. por este asunto urgente, lo que me demuestra que si no hubieses tenido esa ocupación perentoria, no lo hubieras hecho y estaríamos cada uno de nosotros sin pensar en el otro; es decir: tú sin pensar en mí, porque yo maldito si había parado mientes en tí, más allá de nuestro parentesco. Además, no me gusta tu carácter, primo. Pareces serio, formal, y hay dificultad para quererte. El hombre a quien yo haya de querer ha de estar siempre a mi lado. Soy en en eso intransigentemente egoísta. ¿Te avienes a esta última condición?

—¡Pero, mujer, considera mi situación! Mi pobre madre, enferma; yo, su único hijo, no debo dejarla sola. Eso sería dejarla morir y no tener corazón. y... en fin... que a esa condición no me someto.

—Pues yo tampoco me conformo a que estés a mi lado sólo por temporadas; de modo que «tan primos» como antes. Eres un ave de paso.

Sí, llevas razón, Elena. Soy un ave de paso que vuelve a su nido con un ala rota.

Carlos Herrera.

Patios de Córdoba.

Advertimos a los colaboradores expontáneos que pueden remitir sus producciones con la indicación de «cuartillas para imprenta» y en sobre abierto, siendo de esta manera mucho más económico el gasto de franqueo. Al mismo tiempo recordamos que en los periódicos no se acostumbra a devolver los originales ni a sostener correspondencia acerca de ellos.

A ENCARNACIÓN

Si supieras el mágico embeleso
que respira mi alma al contemplarte,
pudiera, Encarnación, sin enojarte
grabar feliz en tu mejilla un beso.
Perdona, hermosa, que el amor travieso
llegue a tu hogar y con la voz del arte
se atreva en su delirio a revelarte
de un ensueño ideal el blando exceso.
Soñé que tu cariño poseía;
un suspiro en tu aliento perfumado
al brotar de tus labios recogía;
¡Ojalá nunca hubiera despertado!
Tanto placer mi corazón sentía
que aún juzgo realidad lo que he soñado.

Francisco Simancas.

RESPONSO

Mujer, ya me has licenciado
en esa inclemente ciencia
del amar;
y hasta razones me has dado
para que ante mi conciencia
no parezca afeminado
mi deseo de llorar.
Antes que a tí, conocí
y antes que el tuyo, exalté
un amor, con quien reí
y otro amor, que no lloré.
Bendije el amor primero
que, aún, en mis nostalgias arde
y baila, como el lucero
de mi simbólica tarde.
Pero no clamo, mujer,
porque mi sino fué adverso,
ya que hoy me das el placer
de poder quejarme en verso.
Un poeta preferido
viene a endulzar mis dolores:
he leído:
«¡Y cómo huelen las flores
cuando una mujer se ha ido!»
¡Vano afán...! Habrás de ser
la novia que se ama más:
la que nunca ha de volver,
¡jamás, jamás..!
Como el desdén te hace fuerte
hablas ya con otro hombre..!
No quiero saber su suerte
ni me interesa su nombre.
¿Que la ilusión que hoy te tiene
luego se le trueca en hiel...?
¡Ya verá si le conviene!
¡Allá él...!
Por de pronto,
a mí ya me has licenciado...
Tengo el aire, grave y tonto,
del que va para casado;
puedo ser hombre formal
y alguna vez, si lo quiero,
ponerme sentimental
(como espero).
Has labrado una memoria
y me has dado una aptitud.
Poco me importa. Si escribo,
quizá te deba una gloria,
y, si vivo,
te deberé una inquietud.
Por lo feliz que me hiciste,
te doy las gracias, coqueta...
Me has dejado un poco triste,
pero... ¡me has hecho poeta!

E. Ramírez Angel

MIS RELOJES

Nací y el Supremo Bien
me dió para mi regalo
dos relojes: uno malo
y el otro malo también.
Las cuerdas puso en tensión,
vibró la marcha sonora,
pero no los puso en hora,
sin duda por distracción.
Corre, cuando le conviene,
como desbocado potro,
el uno, mientras el otro
en su marcha se detiene.
Jamás de su mecanismo
entender logro el manejo,
los pongo iguales, los dejo
y vuelven a hacer lo mismo.
Mal de la humana flaqueza
o de la fabricación,
nunca va mi corazón
de acuerdo con mi cabeza.

Francisco Valverde y Perales.

Se publicarán gratuitamento los anuncios relativos a ofertas y demanda de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

CÓRDOBA

Visión del porvenir.—Final del cacique.
Dibujo de Dionisio Pastor.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

10 Cts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE LAS DUEÑAS, NÚMERO 6

AÑO II | Sábado 23 de Junio de 1917 | NÚM. 45

Los riegos del pantano del Guadalmellato

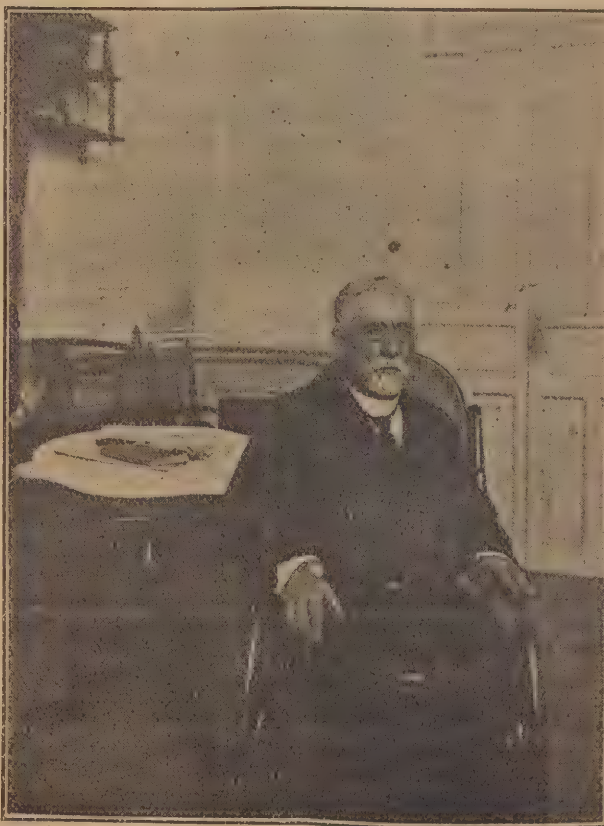
La riqueza de todo país civilizado se mide por los ferrocarriles, las comunicaciones eléctricas, las carreteras o caminos y los canales de riego que contiene. Todas las demás fuentes de riqueza están subordinadas y en función de aquellas.

Córdoba, con su crecido número de kilómetros de ferrocarriles, de carreteras y de conductores eléctricos, ocupa uno de los primeros lugares entre las más adelantadas provincias de España; pero en cuanto a canales de riego está muy atrasada. La realización del proyecto de obras hidráulicas del pantano del Guadalmellato resolvería esta falta, que es la única que detiene la progresiva prosperidad de Córdoba.

No se comprende la poca energía que ponen los cordobeses en resolver tan capital problema de riegos, cuando tan fácil es, por las condiciones de esta espléndidada naturaleza andaluza.

Si algún país tiene en el mundo condiciones insuperables para obtener de los riegos los mayores beneficios, es Córdoba; pues, situados los terrenos de su zona regable al Sur de la Sierra Morena, están resguardados de los aires fríos del Norte y de las fuertes heladas. Una carretera de primer orden, varias transversales y cuatro líneas de ferrocariles atraviesan dichos terrenos, y en su centro está Córdoba, con fáciles y cortas comunicaciones a Málaga, Cádiz, Sevilla Extremadura y Madrid.

Dentro de la provincia, en Peñarroya, y fuera de ella, en Sevilla y en Huelva, hay importantes fábricas de abonos minerales, y probablemente, muy pronto, se habilitará otra en Córdoba; así es que el problema de establecer las comunicaciones, que son necesarias e imprescindibles a toda zona de riegos para recibir las semillas, ganados y abonos, como para expedir los productos agrícolas, está resuelto en Córdoba por anticipado. Igualmente lo está la baratura en el precio de adquisición de los abonos, en comparación con el de otras regiones; pues en la de Córdoba se economizará el importe de los transportes ferroviarios.



Don Antonio Ortiz Carmona, presidente de la Junta de Obras del pantano del Guadalmellato.

Además, la vega de Córdoba, allanada por las aguas y los acarreos de las tierras de la vecina sierra, apenas si necesita trabajos de nivelación y allanamiento para establecer los riegos, siendo esto una ventaja de gran importancia y de una economía muy grande. Por otra parte, ha de contribuir al éxito de los riegos la calidad de la tierra, que es inmejorable, y el calor del clima; sobre todo el calor, que es el factor invariable, puesto que la tierra, aun en el caso de que fuera mala, podría modificarse con los abonos, pero el calor es inposible variarlo, y hay que calcular todos los problemas con arreglo al del clima. Gasparin dió una fórmula para los beneficios del riego diciendo: «dos de humedad multiplicados por dos de calor, dan cuatro de producto; pero cuatro de calor multiplicados por cuatro de humedad, dan dieciséis»; es decir que los elementos que acrecientan la riqueza agrícola son la humedad y el calor. Escusado es decir que con los 100 millones de metros cúbicos de agua que se repartirán por el canal en la época de riegos, más con las lluvias y las temperaturas tan elevadas, en general, de la vega cordobesa, dichas tierras rendirán en clases y en cantidad pingües productos.

Otro de los problemas que hay que resolver al implantar los riegos es el de la colonia obrera y las casas para viviendas. En muchas comarcas ha sido necesario provocar una inmigración, hasta llegar a seis habitantes por hectárea, incluyendo al obrero industrial, y hacer barriadas en sitios adecuados para viviendas de los obreros. En Córdoba y su término municipal hay 70.000 habitantes por lo menos, y como la superficie es de 124.561 hectáreas, resulta que la población es de un habitante por cada dos hectáreas próximamente, lo cual es insuficiente; pero si se tiene en cuenta que de las

124.361 hectáreas sólo pertenecen a la zona regable 14.000, y que de éstas, si al principio se regaran 7.000, podría considerarse el caso como un gran éxito, y para ello serían precisos 42.000 habitantes en dicha zona, resulta que Córdoba tiene capacidad sobrada de elementos de trabajo con los vecinos que en la actualidad contiene. Será otra ventaja el importante núcleo de huertanos que hay en el término de Córdoba y su provincia, principalmente en Alcolea, alrededores de la capital, Torres Cabrerd, Puente Genil, Cabra, Baena, Castro del Río, Rute, Carcabuey, Priego, Iznájar y Palma del Río, muchos de los cuales se pasarán a la vega de Córdoba, aumentando los que ya hay; no siendo, pues, una novedad para los obreros cordobeses la práctica de los riegos, lo cual ha de producir mayor adelanto en los cultivos y en los beneficios.

En cuanto a las viviendas para obreros, nada hay que hacer al principio. De las 6.871 viviendas de todas clases que hay en el término de Córdoba, pertenecen unas 6.000 a la zona regable, y con la cercania que hay entre ellas y la facilidad en las comunicaciones se puede considerar resuelto el problema de las viviendas.

Ya ven, pues, los propietarios de terrenos que son algo pesimistas, cómo en la vega de Córdoba están por adelantado resueltos los problemas de los riegos, y cómo la naturaleza del terreno y del clima, con las comunicaciones y la población, conjuntamente, ofrecen garantias de seguro éxito.

Pero los beneficios de los riegos y del cultivo intensivo no alcanzan solamente a los terratenientes de la zona regable. Alcanzan también a los del terreno de secano, porque podrán establecer industrias agrícolas complementarias con los productos de las tierras de regadío. Las industrias de todas clases tendrán mayor desarrollo por las primeras materias que se producirán, por el consumo que ha de hacerse de abonos, útiles y maquinarias de labranza, materiales de construcción para las casas, albercas, acequias, etc., y paralelamente a la extensión de los riegos, se verán surgir nuevas industrias y numerosas fábricas para las diversas transformaciones de los productos agrícolas.

La población irá aumentando entonces hasta llegar a diez habitantes par hectárea, que es el término medio en las zonas de riego, y con esto aumentará el trabajo y la ganancia para todos los oficios y para todo el comercio.

A la sombra de esta intensidad de trabajo y prosperidad se formarán cooperativas agrícolas y cajas de ahorro y de préstamo que ayudarán a propietarios y colonos con el suministro de semillas, herramientas, abonos y dinero por módico interés.

De esto ya hay en Córdoba una buena prueba con la sociedad cooperativa de agricultores titulada Fomento Agrícola de Andalucía, que cuenta con más de 7.000 socios, y que ha de auxiliar grandemente a los pequeños propietarios, evitándoles la usura.»

Los obreros agrícolas del regadío comenzarán por ganar su jornal simplemente, pero muy pronto se transformarán en arrendatarios o colonos, y más tarde, muchos, en pequeños propietarios; porque nada es más redentor de la clase obrera que el parcelamiento de la tierra, y esta división forzosamente ha de venir por la imposibilidad de administrar directamente el cultivo de regadío en gran extensión, por los múltiples cuidados que requiere y por los complejos problemas que le son anexos. La vega de Valencia, la de Murcia, la de Granada y las riberas del Genil ofrecen la mejor demostración de que el cultivo intensivo y los riegos siempre resuelven e imponen el parcelamiento de la tierra.

Pero esta división de la tierra conviene y enriquece más al terrateniente que al obrero, porque si la enagena lo hace por el valor que ha adquirido con el riego, que es de cinco a diez veces el que tenía de secano; y si la parcela y la arrienda a colonos, percibe por el arrendamiento rentas aumentadas en la misma proporción.

Así, pues, los riegos del Guadalmellato han de transformar la riqueza, de todas clases, de Córdoba, elevándola en todas sus fases de forma colosal; ha de mejorar enormemente a la clase obrera que tan necesitada de ello está, y ha de dar facilidades a la clase media para su progreso y economía en la vida. Por esto el problema de los riegos es un problema ya inseparable de la vida cordobesa y no puede tener solución de continuidad. Ya se preparan grandes empresas a comprar terrenos en la vega y alguna ya los compró en espera de la prosperidad que se avecina.

Pero esta prosperidad tan segura, puede ser inmediata si se cumplen también inmediatamente las aspiraciones de Córdoba y el propósito de los altos Poderes del Estado de satisfacerlas, tan solemnemente ofrecido.

Pero si las obras del Pantano no se realizan en tiempo breve, e inmediatamente no se aprueban los proyectos correspondientes y en cambio continúan las obras en la forma precaria en que vienen efectuándose, se perderá la fe en su cercano éxito, y el movimiento económico que se ha iniciado en torno de los riegos perderá su curso y retrasará el progreso de Córdoba.

Francisco Cabrera Pozuelo.

El manifiesto de los Regionalistas

Los parlamentarios regionalistas al país

Un año tan sólo ha transcurrido desde que en las postreras horas de un Parlamento cerrado o vacío de iniciativas gubernamentales, en los instantes más febrilmente activos de la vida política europea, dirigimos nuestra voz a todos los pueblos de España, llamándoles a sentir de consuno la vibración de la presente hora heroica del mundo, cuando se prepara una nueva Europa y se procede a la revisión de todos los valores; a remover en las multitudes ibéricas, siglos ha adormecidas, el ideal colectivo de hermanazgo de libertad y de grandeza.

Un año apenas ha pasado, y nuevamente nos encontramos en las postrimerías de unas Cortes tan efímeras y estériles como aquéllas, con gravísimos problemas sustraídos al Parlamento, con cambios de gobierno y de partido preparados y resueltos entre sombras y penumbras, en conversaciones secretas ignoradas de las Cortes y del país, con todos los capitales problemas de la vida pública, no ya resueltos, ni tan siquiera planteados, aplazados como siempre indefinidamente para una mañana que no llega nunca.

Es por esto que nosotros, ahora como entonces, elegidos por el libre sufragio de los ciudadanos de Cataluña; como miembros del Parlamento, debemos a nuestros electores y a los ciudadanos todos de España clara y franca la palabra nuestra sobre los gravísimos acontecimientos actuales; palabra más autorizada y fuerte que en aquella ocasión, porque ha sido consagrada por un plebiscito excepcionalmente valioso de los ciudadanos de Cataluña, y por el ardimiento entusiasta que nos llega del ámbito de los pueblos hispánicos todos, y porque recibe, ahora mismo, de los hechos acaecidos, y de los que a la vista de todos se preparan una nueva consagración: la de la previsión acertada.

La actualidad campea ayer como hoy en nuestras palabras; más actual, si cabe, hoy por la agudización violenta de nuestros problemas constitucionales. Con razón, pues, antes de hablar de las presentes modalidades de estos problemas, mantenemos y reproducimos cuanto para Cataluña y la España mayor suscribimos entonces; lo mantenemos y reproducimos, reiterando fervorosamente nuestro llamamiento a todas las nacionalidades ibéricas, ansiosas de constituir, dentro de un ambiente de libertad individual y de libertad colectiva de autonomía de los pueblos federados, una España fundamentalmente grande y fuerte.

Hasta ahora las crisis políticas españolas pudieron ser sustraídas totalmente del conocimiento de la pública opinión, por que eran crisis de familia. No se dan en España partidos en el sentido democrático de la palabra; no se practican, por tanto, elecciones más que en algunos sectores del territorio español. Los diputados y senadores son hechos y enderezados bajo la sombra del poder real por los hombres que elige el Rey para gobernar y con los organismos de gobierno que pone el Rey en sus manos. En lugar de unas Cortes genuinamente populares, que levanten ante el poder real el otro factor esencial de los gobiernos libres, la representación verdad de los ciudadanos, el encasillado perpetúa las Cortes de real orden que truecan el régimen constitucional español en verdadera autocracia.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA
POR ALFONSO DEL ROSAL

Dentro de tal sistema, que es el tradicional español, las crisis en ningún caso pueden surgir de los movimientos de la opinión. Se engendran como en las monarquías puras, por el malhumor, las desavenencias o las contiendas de los hombres que forman la pequeña oligarquía bifurcada encargada de las ceremonias constitucionales, y como es de rigor, se ventilan y resuelven en la regia cámara por medio de conversaciones al oído con los presidentes del Consejo y de las Camaras que usufructúan la gerencia alternativa de comunidad gobernante.

De este modo, al par de esas crisis habituales, ordinarias, se ha tramitado y resuelto la crisis de constitución, crisis de régimen planteada por el ejército, como si las pupilas avezadas a las minucias de las mezquinas luchas no lograsen percibir las grandes realidades de la vida colectiva.

Y dicho sea que los actuales hechos revisten una magnitud imponderable.

El ejército, que tiene por ley esencial la disciplina, cansado de esperar inutilmente durante veinte años disposiciones legislativas y ministeriales que lo constituyan en ejército de verdad por su organización y armamento, sus prácticas en tiempo de paz y sus reservas y previsiones para circunstancias extraordinarias; fatigado de esperar mejoramientos bajo esta miseria dosificada que entrañan en general los sueldos del Estado; cansado de soportar favoritismos de un núcleo de familias y clientelas de Madrid, organizó Juntas de Defensa de cada arma, sindicó todos sus diversos institutos. Cuando ordenó el gobierno su disolución y arrestó a sus directores, en vez de obedecer las Juntas, presentaron su «ultimátum» exigiendo la libertad de los detenidos, la reposición de los destituídos y el reconocimiento legal de la existencia de las Juntas, y el gobierno retrocedió en sus acuerdos, refrendando lo que le fué dictado por la Junta de Barcelona.

Este ha sido el violentísimo golpe de maza que ha abierto la presente crisis. Y una crisis semejante no se resuelve llevando a los ministros de la víspera; las peticiones fundamentales quedan formuladas con un interrogante preñado de amenazas y de peligros; la suprema dirección de autoridad militar no se halla en el ministerio de la Guerra, ocupado por uno de los acusados, ni en el gobierno ejercido por los políticos responsables del estado de las cosas denunciado.

La soberanía, que es el derecho en consorcio con la fuerza que la infunde eficacia, no se sabe ni mucho menos dónde para.

Subvertidos los poderes, descentrada la autoridad, circundados tales hechos de un ambiente de tolerancia y simpatía, trastocada toda la

economía española por las repercusiones de la guerra, aumentando la excitabilidad popular par la carestía y el ejemplo de revoluciones y de magnos sucesos de otros países; abierta doquiera, en todas partes, una etapa constituyente en torno de la universalización del sufragio y de la autonomía de las nacionalidades, de la restauración acá no se había producido en España un momento tan trascendente como el actual.

Agrava por señalado modo la trascendencia de la cuestión militar la forma cómo ha recibido la opinión pública su manifestación.

La actuación de las Juntas de Defensa en las últimas semanas implica una manifiesta transgresión de las leyes constitucionales, un verdadero pronunciamiento pacífico. En un país normal, en una nación debidamente constituida, el hecho de la sindicación de la oficialidad de todas las armas para imponer determinadas soluciones al gobierno es una tan extraordinaria anormalidad, un trabucamiento tan monstruoso del orden estatuido, que provocaría en todo el cuerpo social una reacción formidable, un ambiente de hostilidad y repulsión manifiestos.

¿Ha sucedido tal cosa en España? No. Con toda sinceridad importa declararlo. Ni repulsión, ni hostilidad, ni sorpresas. Todo lo contrario; un ambiente de excusaciones y, no hay que ocultarlo, de clara simpatía, ha acompañado la actuación de las Juntas de Defensa.

¿Por qué? Porque en contraste con tantas sombras y ficciones, era un grito de sinceridad, era una realidad viva; porque el problema que plantea es el problema constitucional, el de ser cada uno lo que debe ser, que es el problema de todos los ciudadanos, de todos los estamentos, de todos los organismos públicos en los países no constituídos como España.

La Junta de Defensa de Barcelona en su nota declara que el ejército está desorganizado, depreciado, desatendido; que los anhelos de reforma no han sido acogidos con amor ni han pasado jamás de proyecto, y que, en cambio, el favoritismo y la injusticia han realizado una selección al revés, en desprestigio de la colectividad.

Conviene atestiguar, para vergüenza de quienes rigen años y años ha el Estado español, que en todos los órdenes de la vida pública española, en todos sin excepción, pueden ser dichas las mismas palabras con la propia terrible acusadora verdad.

Nuestros gobernantes no han sabido organizar nada: ni ejército, ni marina, ni administración, ni los Municipios, ni las Diputaciones, ni las Haciendas locales, ni la enseñanza, ni la justicia, ni la economía nacional, ni las instituciones sociales. Ni tan sólo han sabido organizarse a sí mismos los que tienen el poder supremo, infundiéndose la dignidad, la fuerza social, la representación genuinamente nacional de un Estado a la moderna, con ciudadanos libres, electores independientes y Asambleas veramente electivas.

Por esta causa, cuando la espada de las Juntas de Defensa cayó sobre la mesa del gobierno, reflejó las simpatías de los que esperaban por fin ver abierta y bien abierta la vía de las grandes reformas constitucionales.

La primordial de estas reformas, la reforma previa, es la del Estado, instrumento de todas las demás. Los hechos proclaman bien su ineptitud. Veinte años hace que el ejército aguarda reformas, y éstas no vienen nunca. Treinta años hace que periódicamente se anuncian leyes de Administración local, y no son aprobadas. Años y años transcurren sin que nunca se deje de hablar de autonomía universitaria, de enseñanza técnica y de la escuela y del maestro, no salvando jamás los umbrales de la retórica ministerial. Y los organismos locales esperan una Hacienda propia, prometida siempre en sucesivos proyectos, en tanto van cercenándola las reales órdenes, que es lo único efectivo. Y los productores creen tener al alcance de la mano, pendiente del estudio inmediato del ministro, las instituciones fundamentales del utillaje económico, arcaicas ya en los pueblos más avanzados de Europa, y los ministros van pasando y se suceden las generaciones de productores sin alcanzar la deseada meta.

Y los obreros sienten la ausencia de los seguros que dan estabilidad a su existencia y de las instituciones para su formación técnica. Y así sufren todos los estamentos la carencia de sus elementos vitales.

En tanto, merced a una rotación de regularidad ejemplar, que semeja la sucesión de las estaciones, va alternando el doble juego de ministros y de funcionarios de las Cortes de Su Majestad. Y allá van declaraciones y luego Mensajes y más tarde proyectos de ley y después crisis, y toda la vida política española se repite siempre igual, como si nada hubiese que hacer, ni mandar, ni corregir, ni innovar.

A un organismo tan notoriamente eficaz para la labor efectiva, es indispensable en primer término descongestionarlo, dejar exclusivamente en sus manos las funciones esenciales, las características del poder central, y derivar a otros organismos todas las restantes funciones. Cuando no se vea obligado más que a cuidar del ejército, de la disciplina y de la economía general, tal vez le quede tiempo para escuchar y satisfacer las aspiraciones justas; más aún, para estimular los progresos y despertar las ansias de perfeccionamiento, y tal vez para imponerla allá donde sea preciso, respondiendo por esas corrientes de renovación, iría adoptándose a las elevadas funciones de una suprema dirección.

Esta organización federativa es, por otro lado, la que corresponde a la estructura de la sociedad política española, dividida en nacionalidades, en pueblos que conservan una personalidad definida. Establecerla es someterse a las exigencias de las grandes fuerzas naturales e históricas que nos han formado a todos tales como somos y no de otra manera, fuerzas fatales que no se atajan con leyes ni reales decretos, ni hojas de constitución; es obedecer a un imperativo de justicia, único fundamento posible de vínculos jurídicos, sólidos y durables; es fortalecer el Estado (que bien lo necesita) incorporándole energías vigorosas que no aprovecha o que le perturban, tales las de la periferia española, y especialmente las de Cataluña y Vasconia.

La técnica impone asimismo esta forma de Estado. El Estado compuesto o federal constituye una perfección en la organización política, porque introduce la división del trabajo con la mayor adaptación a la función que es siempre su resultado; porque articula más seguramente con la cosa pública todos los centros vitales del país; porque esparce por todos los ámbitos del país escuelas de vida pública, donde se utiliza por completo la fuerza motriz de los grandes amores al terruño, y se preparan los estadistas superiores; esto es, los hombres se enlazan a la fuerza de la técnica-política al impulso del ideal.

Y no crea nadie que al emprender este camino se verifique un experimento excepcional, un salto en un mundo desconocido, no. Bien al revés. La forma federativa es la constitución normal del Estado moderno, la más generalizada, la de los pueblos dirigentes. La inmensa mayoría de los hombres civilizados del mundo viven en estados de este linaje, y las mareas de la opinión universal, desde las que resuelven las masas de la democracia socialista hasta las que encaminan las multitudes, obedientes a las voces del suelo natal y de la historia, delinean en el horizonte nuevas extensiones del federalismo. El triunfo de la forma federalista en la actual guerra ha sido esplendoroso. Ha soportado la prueba de un fuego como otro no recuerda la historia, y ha salido de ella victoriosa en todos los órdenes.

Tras de la guerra, la forma unitaria irá desapareciendo lentamente, haciéndose más rara cada día; quedará a modo de reliquia, de forma de excepción para los pequeños pueblos homogéneos, como el gobierno directo, como la asamblea al aire libre, como tantas fosilizaciones de instituciones caídas, sobrevivientes en alguna comarca oscura y retirada.

Europa, por Enrique Sierra de Silva.

a las funciones de los Estados dignos de serlo.

Dar al Estado una Constitución federativa, ésta es la gran solución renovadora.

Mediante una organización interna, de estructura federativa, los pueblos ibéricos conseguirían un ambiente fraternal de intimidad amorosa que anima a las fuertes unidades indivisibles. Las ciudades vivas, que allá y acullá de España conservan recuerdos de antiguas grandezas y sienten en sus entrañas gérmenes de capitalidad, fueran centros de intensa propulsión de una vida renovada, y labrarían como las ciudades italianas nuevas facetas y matices con que enriquecer la civilización. Aligerado el Estado de la tarea abrumadora que sobre él gravita, creado

Este es nuestro sentir, clara, sincera y totalmente expuesto, sobre los problemas presentes y sobre el problema siempre actual, porque es de hoy, de ayer y de todo tiempo, de constituir España.

Conscientes de nuestra responsabilidad, de la de todos los ciudadanos, así como de las responsabilidades gravísimas de los hombres, ministros o no, que participan en la dirección suprema del país, cumplimos la obligación sagrada de dirigir a todos nuestra voz: pidiendo a los unos que salgan de su pasividad, de la rutina, de la subjeción social y política, elevándose a perfectos ciudadanos árbitros de su voluntad, a miembros vivos del cuerpo social, cobijándose en rededor de un ideal colectivo, de una sentimentalidad generosa, que les lleve a la lucha dura y heróica contra los abusos, las violencias y las ilegalidades de los hombres que disfrutan de los beneficios del poder. Y a los otros, a los gobernantes, reclamándoles que dejen libre la vía legal abierta a la opinión; que convoquen en seguida al Parlamento, a fin de que los partidos populares, los que mantienen sus raíces de las masas de electores verdaderos, suban a la tribuna parlamentaria para esclarecer las sombras, exigir responsabilidades, dar satisfacción a las ansias renovadoras, cansadas de esperas indefinidas, iniciando y propulsando una actuación ampliamente constituyente.

Barcelona 14 de Junio de 1917.—Raimundo de Abadal.—Juan Garriga Massó.—Pedro Rahola Molinas.—Federico Rahola Trémols.—Luis A. Sedó.—Leoncio Soler y March.—Juan Vallés y Pujals.—Senadores del reino.

Antonio Albafull y Vidal.—José Bertrán y Musitu.—Eusebio Bertrand y Serra.—Francisco de A. Cambó y Batlle.—Marqués de Campos.—José Claret y Ansols.—Manuel Farguell y de Magarolas.—Luis Ferrer-Vidal y Solers.—Antonio Jansana Llopart.—Magín Morera Galicia.—Buenaventura M. Plaja y Tapis.—Alberto Rusiñol y Prats.—Juan Ventosa y Calvell.—Diputados a Cortes.

Un ilustre aficionado

IV

Ni crea que esta lucha con el toro la considera más cruel que otras admitidas diversiones y esparcimientos, de nobles y plebeyos:

«¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio
de fatigar las selvas y los prados,
siguiendo de Lucina el ejercicio!»
«¿Qué daño o crueldad, hombres malva-
(dos,
os dan, decid, las aves inocentes,
y los tímidos ciervos y venados?»

Ni se ufane de que ha de aguantar la filípica sin réplica adecuada:

«Yo causo a un bravo toro daño apenas,
para tornarlo productivo y bueno,
y tú de horror y compasión te llenas;
»y elogiarás tal vez al que sereno
llena de sangre el monte y la llanura,
para saciar su vientre o el ajeno.»

Mirando a las más remotas lejanías del mañana, con ánimo optimista, quizá cándidamente esperanzado, queremos ver la imagen arrogante en mármol o en bronce del Duque de Rivas, alzarse con toda la dignidad y esplendor de su fama y de su prosapia, para honra sobre todo de su patria y de los cordobeses, capaces de labrar el monumento, pues tan legítima es la gloria del poeta y su inmortalidad tan cierta, que ni en un ápice seremos capaces de sublimarlas. Y por nosotros, en la peana de la estatua, sería de admirar un bajo relieve donde apareciera don Angel en traje andaluz, caballero en brioso corcel, armado de ligera lanza o de garrocha, corriendo por la dehesa, en el ardor de acosar a un utrero. Y si alguno, con más petulancia que buen discurso, viniere a recriminar la idea, sin agarrarme para sustentarla como característica de localidad o región, al argumento de los cordobeses que florecieron en la arena, ni siquiera a la memoria de aquel otro noble, don Rafael Pérez de Guzmán, hijo de los marqueses de Villamanrique de Tajo, oficial de Caballería que fué del regimiento del Príncipe, tan bravo y diestro, que él solito despachó ocho toros en la plaza de Sevilla el 23 de agosto de 1830, tendría que sufrir que trajera a cuento en defensa del *espectáculo más nacional* el dictamen autorizado de *otro de la tierra*, aquel ingenio cultísimo, avispado y zumbón que se llamaba don Juan Valera: «... me atrevo yo a decir que las corridas de toros, sobre ser filantrópicas, son patrióticas y regeneradoras, y que, por tanto, deben ser aprobadas y hasta celebradas.»

Y al que le revienten como a mí, que haga como hacemos muchos, no ir a ellas. Pero, por Córdoba y por el Duque, no me afee la idea del bajo relieve. **José Priego López.**

El manifiesto de Córdoba

Ha alcanzado importancia muy grande, por la alteza de espíritu con que está dictado y la diversidad de firmas que lo suscriben, el manifiesto publicado por la Junta civil de Defensa de Córdoba, documento con cuya inserción, hecha en lugar preferente de nuestro número anterior, esta revista se ha visto honrada de modo extraordinario.

Va obteniendo resonancia nacional y de él han tratado ya los *Liberales* de Madrid y Sevilla y *El Mundo*, *El Socialista*, *El Ejército y la Armada*, *España Nueva*, *El Correo Español*, *El País*, *El Parlamentario* y *La Acción*, asimismo de Madrid, le han concedido preferente atención, reproduciéndolo en su totalidad o comentándolo con atención preferente y señalando la valiosa significación del importante documento.

De tal modo nos consideramos incorporados a la corriente de opinión que señala la publicidad del manifiesto, que desde ahora, haciendo de una vez todo cuanto podemos, queda esta periódico incondicionalmente al servicio de aquella generosa aspiración, hasta el punto de que bien puede considerarse que nuestra revista, que ha ostentado sólo el título de CÓRDOBA, de hoy en adelante, al precisar su significación en el sentido de la expresada demostración de un anhelo general y de largo tiempo sentido, puede ser denominada *El Manifiesto*.

Al consignar esta declaración, nos asalta el deseo de dedicar extensos comentarios al importante documento expresado, pero consideramos más pertinente que, ajustándonos todos al espíritu y la letra del manifiesto mismo, aquellos sean hechos en una reunión particular de los firmantes, a la que se ha de convocar para fijar de común acuerdo los términos de la acción cuyo principio aquel señala, acudiendo luego a la asamblea pública y a cuantos medios de actuación se considere procedentes.

Esto ocurrirá en breve, hallándose ya reforzado el manifiesto por muy crecido número de adhesiones, las que en su totalidad serán oportunamente publicadas.

La Sección de Sevilla del Centro regional Andaluz ha enviado el telegrama siguiente a don Rafael Castejón, presidente de la Sección de Córdoba: Suscribimos entusiásticamente manifiesto ciudadanos honrados Córdoba pidiendo Cortes constituyentes y abolición régimen oligarquía. Secretario, Ochoa.

Se ha adherido también, ofreciendo su concurso para la asamblea que se celebre en Córdoba, el arquitecto de Madrid don Mauricio Jalvo.

Entre las adhesiones de la provincia de Córdoba descuellan, por los levantados tonos en que están redactadas, las que en nombre de varios grupos de entusiastas envían el farmacéutico de Cabra don Juan Bautista Delgado y el abogado de la Añora don Andrés E. Montero Peralbo.

Don Gregorio García y García, presidente del Sindicato de regantes del pantano del Guadalmellato.

En Pozoblanco, también con entusiasmo decidido, han consignado su adhesión don Ernesto García, abogado; don Alejandro Sánchez Ruiz, industrial; don Manuel Rodríguez, empleado; don Antonio Sánchez, estudiante; don R. Moreno Rubio, propietario; don José Baena Moreno, viajante de Comercio; don Juan de Julián, empleado; don Juan Martín Cruces, comerciante; don Mateo Dueñas Calero, maestro de escuela; don Juan Rubio, propietario; don Juan Díaz, industrial; don Eusebio Salamanca, ebanista; don José Ruiz Fernández, estudiante; don Juan Gosálvez, contador mercantil; don Francisco Carmona, estudiante; don Angel Gosálvez, exportador de aceites, y otros señores.

En Bujalance se ha emprendido un vigoroso movimiento, el que será proclamado en un manifiesto brillante y levantado, el que ha sido traído a Córdoba por una prestigiosa comisión, la que ha informado al gobernador civil de las circunstanciasen que se halla aquel importante pueblo.

En Córdoba han expresado su adhesión, entre otros muchos cuyos nombres no insertamos por no estar ultimadas las listas, don Rafael Sanz Noguer, propietario; don Antonio Córdoba Navajas, industrial; el marqués de Valdeflores, propietario; el conde de Casa-Chaves, licenciado en Ciencias; don José Sánchez Muñoz, propietario; don Agustín Marín, propietario; don Modoaldo Garrido, presidente de la Sociedad de dependientes de Comercio; don Manuel Sánchez de Toro, minero; don Francisco Serrano Olmo, periodista; don José Navarro Moreno, médico; don Rafael Gutiérrez Villegas, propietario; don Manuel Salinas Diéguez, orífice; don Luís Pérez Boje, empleado; don Julio Periáñez, empleado; don Enrique Salinas Anchelerga, perito agrícola; don Fernando Merino, contable; don José Vázquez de la Torre, médico; don Rafael González Ripoll, joyero; don Celso Ortiz Mejías, médico; don José G. Ruiz Ripoll, industrial; don Mariano Maqueda, profesor normal; don José Jaén Morente, industrial; don José Peláez Deza, industrial; don Manuel Amo Ramos, procurador; don Pedro Antonio Vaquerizo, abogado; don Fernando Nieto Marín, propietario; don Francisco Pérez Flores, médico; don Leopoldo Zurbano, contable; don Federico Castejón León, abogado; don Antonio Carrasco Suárez Varela, abogado; don Manuel Orti Belmonte, profesor mercantil; don Pedro Sánchez Ruiz, profesor mercantil; don Francisco Villatoro, contable; don Manuel Guijo Sendros, dibujante; don E. de la Cerda Vázquez, procura-

dor; don José Terrats, contable; don Agustín Guardeño de Valverde, practicante; don Angel M. Rubio Castlllejo, propietario; don Felipe Crespo Gálvez, médico; don Julio Costa, veterinario, y numerosos obreros y representantes de otras profesiones cuyos nombres no insertamos hoy por no estar ultimadas laslistas de adhesiones.

Estas pueden ser dirigidas a cualquiera de los firmantes del manifiesto.

El canto del gallo

Los de Dato, una sombra, otra vez en la sombra de poder; el eterno Dato. Porque Dato es eterno, es inmortal, como todo lo que en realidad no existe.

Trajéronles, que no vinieron, tras las obligadas consultas, tras la fatídica farsa de las litúrgicas consultas á los prohombres oficiales, sombras, y no más, los más de ellos. Celebróse la función conforme al protocolo. Porque el rito es lo último que suele abolirse. Podrán hundirse las instituciones, pero será litúrgicamente. Hay quien se afeita y se viste de etiqueta para pegarse un tiro luego.

Se hizo la farsa de las consultas por evitar que llegase, por algún resquicio, la voz del pueblo al Parlamento. Esas consultas fueron antiparlamentarias, es decir, anticonstitucionales. Y la Constitución, que es algo, va a vengarse. ¿No se quiso oir? !Pues se oirá!

Han vuelto a traer a los de Dato. Los mismos perros con diferentes collares. Sobre todo, los collares de perros falderos, de casa y boca. Y todo seguirá igual. Parece que fué ayer. Aquí no ha pasado nada; aquí no hay historia. Aunque la procesión vaya por dentro. Si bien no por dentro de ellos, de los de Dato. ¿Es que tienen «dentro» acaso?

Echar un remiendo y que nos dejen veranear en paz. Hay que jugarse en el Gran Casino ese dinero que dicen que ha entrado en España, merced a la guerra.

Veraneando estaba en Lequeitio Isabel II, abuela que fué de nuestro Rey, cuando éste la tenía, cuando le advirtieron que había que marcharse de España.

El jefe de los de Dato, almacenista al por mayor de gedeonadas y de lugares comunes pochos, ya de puro manoseados, ha despechado algunos de los que almacena. Viene a pacificar, a normalizar la situación. Normalizar la situación es encauzar, no curar, la enfermedad, es impedir que haya crisis. Nada de operar el tumor, no sea que el enfermo se muera. El jefe de los de Dato, que nada tiene de cirujano de hierro, prefiere dejar que el enfermo se muera a exponerse a matarle él por sarvarle. No revolucionará nada desde arriba.

El jefe de los de Dato, almacenista al por mayor de gedeonadas, y optimista por consigna y obediencia, ha manifestado que España podrá mantenerse en la posición que hoy ocupa en el orden internacional y en el interior. ¡Esto es, a verlas venir! ¡Inefable programa!

Si el presidente dijera algo sustancioso habría que diputar el caso como un portento indicativo de que alguna calamidad grande amenazaba a los españoles. Mas sea portento ó no, él dice, a falta de cosas, sombras de cosas, gedeonadas, y no hace nada. El quietismo—el nihilismo, mejor—es su política. Sacrifícase a no hacer nada que sea hacer algo y á no dejar hacer, haciendo así de perro del hortelano.

Nos está, además, el verano encima—«las imperiosas vacaciones», que dirá el presidente, almacenista al por mayor de frases hechas y lugares comunes—y ahora lo normativo, lo litúrgico es vacar. Mañana será otro día, que, en tanto, nadie nos quita lo dormido.

¡Mañana será otro día! Y mañana es el mismo día, como les pasa a los pueblos sin historia, inciviles. Y no es día, sino noche, noche perpetua, y esto aunque luzca el sol material, que no el del espíritu.

Los pueblos sin historia, inciviles, viven años de calendario litúrgico: tal día la procesión, tal otro el ayuno; hoy, Carnaval; mañana, Cuaresma; luego se inaugura la temporada de toros, después la de baños; pronto vendrá la feria; va a abrirse la caza, en otoño el Parlamento, y todo a su plazo calendariesco. Y por añadidura, el del Zaragozano dice cuándo va a llover y cuándo a tronar. Aunque se equivoque casi siempre y nunca pronostique los terremotos.

¿Historia? ¡Ganas de darse postín! Pero es que no por mucho trasnochar se retrasa el alba. Y el alba que va á venir pondrá a la luz del desnudo sol de la justicia muchos mugrientos andrajos de mendigo, que hoy parecen brillantes casacas de cortesano. Con el alba se disipará la farsa.

Y la farsa es, ante todo, hija de la holgazanería. La «Gaceta» es el calendario de la holgazanería oficial. Casi todo lo que anuncia como legislado es hacer que se hace y nada más. La energía, la laboriosidad, es la capacidad de cambio; pero de cambio sustancial. Es el poder revolucionario. Porque diga lo que quiera el presidente, que se declara evolucionista, sin entender lo que esto significa, ¡claro está!, la historia es revolución continua. Sólo es pura evolución la vida vegetativa, la natural, no la espiritual, no la humana. El hormiguero y la colmena evolucionan; los pueblos históricos, civiles, revolucionan.

Para vivir historia hay que saber trabajar. Y no es trabajo el comer y el digerir y el conservarse, aunque así lo crean los conservadores, ni es trabajo el divertirse. El deporte suele ser una forma de vagancia, de holgazanería.

Apenas hubo un día en que no cazase Carlos IV, el Haragán, el cual aprendió tal vez de sus deberes lo preciso para recitar la papeleta que hiciera al caso y aparecer enterado. Lo peor del bonachón de Carlos IV, el tatarabuelo, fué su haraganería, que se apacentaba en el deporte cinegético. No cabe decir que tuviese «clarividencias», que suelen ser tan malas o peores que las camarillas.

Han traído a los de Dato, y como los ha traido un pronunciamiento militar hase puesto al frente del departamento de Guerra a un joven enérgico, laboriosísimo, lleno de vista, a un joven de quien no se podrá decir que es un broquel de camarillas o una pantalla de clarividencias. Y ahora a tomar tiempo para hacer que se estudia el problema. Hay que estudiar la dolencia a la cabecera del agonizante. Y éste que espere. «Hay que reprimir la impaciencia», que diría el almacenista de gedeonadas.

ENVÍO

Señor:

En nombre de muchísimos ciudadanos españoles forasteros de los partidos políticos con santo y seña electorales, en nombre de una legión de patriotas liberales desencasillados, pongo la pluma en este papel público para decirle que eso no es resolver nada, que así no se resuelve nada, que eso es malgastar el tiempo deplorablemente.

«Quien busque procurarse la vida, la perderá», está escrito en el Evangelio, y quien quiera ganar tiempo—y lo que así se llama suele ser querer hurtarse al curso inexorable de la historia—lo perderá; perderá el tiempo. Y perderá más que tiempo. Y su tiempo, Señor, no es suyo; su tiempo, señor, es del pueblo. Y el tiempo es para el pueblo más que oro, es vida; y la vida del pueblo es la historia. Y no es la historia juego, ni es rutina cancilleresca y protocolaria de calendario oficial No es deporte, Señor, sino progreso. Y las consultas protocolarias no iluminan el fondo de la historia, no ilustran nada. Ilustra mejor, por malo que sea, un debate parlamentario. No es en sus cámaras, Señor, donde ha de oir al pueblo, sino en las Cámaras del pueblo. Esas consultas a camarilla cerrada son una farsa.

El problema del agua en Córdoba.—Un regante de la calle de Gondomar.
Dibujo de Fz. Márquez.

Está, Señor, derrochando el tiempo lastimosamente y un tiempo vacío, sin historia y que por ella clama. Hay que esquivar la frivolidad, flaqueza en que están muy expuestos a caer los mozos mimados de la fortuna.

Mañana puede ser otro día; el día del alba de una reanudada historia para España. Y aunque el canto del gallo no haga salir al sol, es al ir a salir el sol cuando el gallo canta. Está el gallo cantando, Señor. Hay que despertarse.

Y es suprema lealtad cantar con el gallo.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 16 de Junio 1917.
De *El Día*, de Madrid.

La Asociación Médica Regional

Ya que, por desventura para todos, nuestra apatía no se siente conmovida ni aún por los sucesos graves del momento que, en todos los tonos y por doquiera, sólo pregonan y exigen «unión», nos consolaremos con las noticias realmente loables que nos proporciona la prestigiosa revista profesional «Andalucía Médica», y siquiera para que sirva de afrenta a nuestro indiferentismo, ya que no de ejemplo, trasladaremos algunas interesantísimas a estas columnas y así podrá recogerlas el público no profesional.

Botones de muestra

«El día 6 de los corrientes se reunió la directiva del distrito de Valverde del Camino (Huelva) para acordar la penalidad que debía imponerse a un médico del partido que había faltado al artículo 12 del Reglamento de la Asociación. Por unanimidad se acordó imponerle la correción señalada en el artículo 106. apartado 3.º

El compañero objeto de la corrección, al serle ésta comunicada, reconoció lo justo y merecido del fallo, manifestando que había faltado al Reglamento por desconocer el contenido del artículo 12, y que, en lo sucesivo, procuraría estudiarlo y conocerlo a fondo para no apartarse del mismo, ya que él era uno de los más entusiastas de la Asociación.

En la misma reunión de la directiva se concedió un voto de gracias a los médicos de Nerva, don José Martínez Calderón y don Cristóbal Roncero, por el elevado ejemplo de compañerismo que habían dado al visitar un enfermo cuya familia había agraviado al médico de El Madroño (Sevilla) si aquella no daba al compañero todo género de explicaciones. El voto de gracias fué solicitado por el presidente de la comisón ejecutiva de Sevilla.

La conducta de los señores Martínez Calderón y Roncero es digna de los mayores elogios, como también lo es la del activo y entusiasta presidente del distrito de Valverde, doctor Muriel, poniendo sobre aviso a los compañeros del partido para que supiesen a qué atenerse si eran llamados para prestarle asistencia por quienes habían agraviado a un compañero. Con muchos presidentes de distrito como el señor Muriel, la redención del médico rural sería un hecho dentro de muy breve plazo. Esa es la fórmula. Aislamiento de los pueblos cuyos Ayuntamientos no paguen a sus médicos; aislamiento de los particulares que ofendan o no paguen a un compañero.

Sirvan los hechos que comentamos de ejemplo a esos médicos desaprensivos, deshonra de la clase, que recorren a diario los pueblos vecinos al suyo, visitando enfermos a espaldas de los compañeros de cabecera; entrando unas veces por la puerta falsa y aprovechando otras, como los malhechores, la oscuridad de la noche; censurando siempre la gestión del médico de asistencia, sin excepción, más ilustrado que él, y sembrando en la familia el odio a su médico de toda la vida con un «he llegado tarde», o esta otra frase que pone de manifiesto, como la anterior, la maldad de estos hombres: «si sigue tomando esa medicina, se hubiera muerto el enfermo.» ¡Y todo por unos miserables ochavos!

¡Pobre clase médica! ¡Quejándose continuamente de la falta de consideración que el público le tiene sin pensar que lleva en sí misma la causa de su esclavitud!»

Hace ya bastante tiempo dimos la noticia de que el médico asociado señor Ruiz Emiso, no había aceptado la titular de Castaño de Robledo (Huelva) por adeudar este Municipio algunas cantidades al compañero dimisionario. Y hoy podemos afirmar que esta plaza continúa vacante, pues habiendo sido contratado para su desempeño el compañero Antonio Segovia, también ha hecho renuncia al conocer lo anterior y las condiciones del pueblo, insuficiente para sostener con decoro un médico, aun sin familia. Por esto rogamos a todos los colegas en expectación de titular no acepten ésta ni alguna otra sin antes pedir informes a la Asociación.

El municipio de Valdelarco (Huelva) ha comunicado a la directiva de Sevilla, a la que reunió en petición de un profesional para la titular vacante, que el que la desempeña actualmente fué contratado con la condición expresa de que había de pertenecer a la Asociación. Expresándose, el secretario del municipio en carta que dirige a don Tomás Centeno, en estos términos:

«Me aseguran que el señor Sánchez ha pedido ya, por conducto del médico de Galaroza, su ingreso en esa Asociación; y si esto no fuera cierto, me permito rogarle que me lo manifieste, pues aquel señor nos prometio hacerlo, y nosotros tenemos particular interés en demostrar a usted que estamos dispuestos, con mucho gusto, a marchar de acuerdo con esa Asociación.»

De nuevo avisamos a todos los asociados no acepten o soliciten una plaza de médico en el Sindicato minero de Ríotinto, sin antes pedir informes a cualquiera de las revistas órganos de Asociación.—*El Secretario del Comité provincial.*

Continuación de la lista de adheridos: farmacéuticos: don Antonio Dávila Leal, de Córdoba; don José Estrada Muñoz, don Francisco Moreno y Serrano, de El Carpio.

(Continuará.)

LABOR DE GOBIERNO

Evidentemente que asistimos en España, en las circunstancias presentes, a la más honda y transcendental de sus revoluciones. Un impulso de vida, de consciente energía, hace estremecer su sensibilidad enervada por seculares hábitos de incuria y nos lleva a concebir la esperanza de que en breve plazo se encaminarán sus aspiraciones por derroteros de una franca y total renovación. Anhelos contenidos embrionariamente en el fondo de la conciencia nacional, surgen con la fuerza incontrastable de las convicciones, adoptando concretos y definidos caracteres, lo que antes se tradujo en silencioso encono o en alborotada protesta de formas imprecisas y vagas. Al pueblo inactivo e inconsciente, perpetuamente desesperanzado a las beneficiosas reformas del Poder, eternamente divorciado de sus hombres públicos, viene a sustituirle aquel otro que piensa serenamente, haciendo demandas adecuadas y justas a sus necesidades.

Nuestra nación se ha deslizado durante largos años en un perezoso letargo de renunciaciones, con escasos y limitados ideales, a cuya sombra han crecido y medrado el parasitismo político español.

Un pueblo que siempre pospone en sus peticiones al espíritu de clase el egoísmo personal, que sólo se manifiesta oculta y aisladamente, tiene por necesidad que engendrar, al lado de los verdaderos prestigios que, por fortuna, gozamos en España, aquellos otros políticos artificiosos y vanos, de aparente estabilidad, sin otro arraigo que el condicional apoyo de sus favorecidos.

Es una consecuencia lógica, que el hombre público sea una resultante de su época, una planta que dé los frutos del ambiente social que la ha creado. Nosotros profesamos hondamente esta opinión, así como sentimos invencible desconfianza por todo lo que se manifiesta como anormalidad en política, por todo lo que resurge improvisadamente como fenómeno en la vida de los pueblos; en una palabra, nosotros experimentamos un fundado temor por aquellos hombres públicos que, creyéndose indicados a una misión providencial, tratan en breve plazo de variar la vida, rompiendo los cauces naturales de un país.

Para nosotros, el político debe ser el hombre sencillo y modesto en sus opiniones, amplio de criterio y comprensión, para recoger, dando forma de viabilidad, los problemas que laten en el fondo de la sociedad de su tiempo; el que bordea y no arrolla los obstáculos; el que tiene la humildad de declarar su error y no el orgullo de considerarse infalible. Los verdaderos prestigios de España, como de otro cualquier país, son, no pueden ser otros, más que los que, apartados de corruptelas y rastreras concupiscencias caciquiles, se aproximan con fe y sereno impulso al cuerpo social para auscularle, aplicando el remedio oportuno a sus dolencias.

Beethoven, admirable busto en barro del laureado escultor don Dionisio Pastor Valsero.

Como ya hemos dicho, España es un pueblo consciente que piensa y que quiere incorporarse en esta enorme conmoción que sacude al mundo, a las corrientes de todas sus orientaciones modernas. No es el pueblo que atisba su porvenir agitándose en estériles manifestaciones de protesta, sino el que con sereno pulso, traza el camino de sus esperanzas seductoras. En España no se formulan peticiones nacidas de la sañuda turba que vocifera en la calle, sino de la disciplinada clase que demanda pacífica y legal reivindicación de los hechos.

No sería sensato negar que España se encuentra en situación verdaderamente difícil; podemos decir que estamos en los comienzos de algo cuyas consecuencias se ocultan a todo vaticinio. A nuestro humilde juicio, el problema de España no es un problema de innovación, sino de acoplar y fundir en fórmulas precisas todo lo que durante largo tiempo ha venido laborándose en el interior sin alterar la superficie. Las reformas que se implanten han de ser soluciones que se dan a antiguas necesidades. El gobernante, ante el problema presentado, de ir sereno, libre en absoluto de prejuicios, desinfluenciado de toda marcada tendencia de partido. El gobernante, a más ser la misma integridad, debe ser muy elástico, ha de tener una exquisita ductilidad.

Esta gran cuestión, a nuestro juicio, sólo puede seleccionarse por una perfecta compenetración, por una fusión entre gobernantes y gobernados, inspirados siempre en el más elevado patriotismo. ¿Podremos fundar alagüeñas esperanzas? ¿Habrá llegado la hora a la nación de esperar una pacífica, legal y saludable renovación en todos los órdenes? Del patriotismo de unos, la prudencia de otros y del tacto y clarividencia de los gobernantes depende todo esto y con ello el porvenir de nuestra patria.

M. Galindo Usano.

CANTARES

Con la sangre de tu cuerpo
no pagabas toito el daño
que con tu querer me has hecho.

El que engaña a una mujer
comete un delito grande;
yo no engaño a las mujeres
que era una mujer mi madre.

¡Qué noches paso tan negras,
solito con mis pesares
sin que a consolarme vengas!

Antonio Arévalo.

Desde mi azotea

Allá en la cumbre más alta
de nuestra Sierra Morena,
se vé un plácido desierto
donde los pobres encuentran
el pan y el dulce descanso
que el mundo avaro les niega.

Siempre lo mismo; a las doce,
cuando la campana suena,
los monjes benditos abren
dei monasterio las puertas;
los desventurados niños
como corzos a ellos llegan,
y con temblorosos pasos
los viejecitos se acercan
para comer la *giropa*
que, hambrientos, mientras que re-
(zan,
con ojos desencajados
todos a un tiempo contemplan.

Admirando una mañana
desde mi antigua azotea
esta sierra incomparable,
cuadro de tanta belleza,
observé que era bien alta,
que la distancia era inmensa
que para chicos y viejos
a la cúspide subieran,
ya trochando, o paso a paso
por la interminable cuesta
que del *Reventón* la llaman
los que transitan por ella.
Entonces pensé en aquellos
que desde torres soberbias
con muy largos anteojos
contemplan sólo las huertas...
las casitas adornadas
de claveles y azucenas...
y no a sus pobres hermanos,
que van por entre las breñas
al peso de sus dolores,
sudorosos y sin fuerzas...
a los que al monte, infelices,
trepan con santa paciencia,
porque abajo les asusta
la cara de la miseria.

Jesús Rodríguez Redondo.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 Cts.

El hombre de Europa arrojando a la espantosa hoguera de la guerra el nuevo combustible de América, convirtiendo en elementos de desolación la fabulosa cifra de seis mil millones de dólars.

Dibujo de Alfonso del Rosal.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 30 de Junio de 1917 | NÚM. 46

De Bujalance a Córdoba

Suspendidas las garantías constitucionales, limitada la libertad de dirigirse a la opinión en términos que puedan excitarla más altá de la exticta prudencia, Bujalance reserva la publicación de su anunciado Manifiesto. Siempre amigos de la legalidad, norma de nuestra mejor aspiración, queda patente, con lo iniciado, la simpatía por toda idea de Justicia y de Patriotismo. Y más adelante, cuando las circunstancias lo permitan y el Gobierno autorice más amplio margen a la emisión del pensamiento, sin desacato, ni infracción de nuestros estatutos nacionales, seguiremos la labor emprendida.

Hoy sólo nos mueve decir que había de ser Córdoba, la personal, creyente y fervorosa; la de los eficaces concursos e históricas renovaciones, la que hablase con voz grave, sabia, suntuosa y correcta por un alta ideal de mejoramiento a todos los ámbitos de la nación.

Y es que así como culmina la nobleza en Castilla, la gallardía en Aragón, la ternura en Galicia, la industria en Cataluna, el color en las ciudades levantinas y las artes en Andalucía, Córdoba es la maestra por antonomasia, la que hace resplandecer más en su estirpe la sabiduría engendrando hondos agradecimientos en España y en la humanidad. Ella supo levantar con Séneca los prestigios de Roma, innovándola y vigorizándola; otorgar con Osio la regla y la armonía a todos los fieles del cristianismo; instituir con Averroes los fundamentos de la Medicina y de las Matemáticas practicando los principios experimentales de la Ciencia; romper con Maimónides el hermetismo de los libros religiosos de los judíos condenados hasta entonces a vivir ajenos de la Filosofía y de la verdad; edificar maravillas encarnadoras de una magnífica civilización que hoy lloran y rezan en la Mezquita; alzar la más sublime cúspide a la estrategia en el Gran Capitán; cantar con la grandeza de Homero la epopeya en Lucano y con la gracia del Sur la poesía en Góngora; ostentar en todas sus calles jirones regios de púrpuras antiguas y contribuir con inteligencia ejemplar en tantas luchas como sostuviera la Patria.

Por su conducta proverbial y clásica tenía que ser la iniciadora de la mejor reforma nacional; la que recordara y advirtiera con su autoridad excelsa el cumplimiento de los derechos políticos actuales, abolidos de hecho por la indiferencia y la dejación, y la que diese la norma.

Y es muy lógico, muy natural, que al llamamiento de quien tan grandiosamente supo hacer tantas cosas, haya respondido el país con entusiasmo, sin temor a engañarse, seguro de que será otra vez enaltecido, jamás humillado.

Fernando González de Canales y Romero.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

La previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está prohibido publicar:

1.° Contra las instituciones.

2.° La disciplina militar.

3.° Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.° Sobre acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.° Referente a movimiento de tropas o de buques nacionales o ex tranjeros.

6.° Noticias sobre exportación a países beligerantes.

7.° Noticias o comentarios sobre huelgas.

8.° Ni publicar manifiesto alguno.

9.°. Comentarios o juicios sobre operaciones de la guerra.

10. Juicios ni comentarios sobre la actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Nada contrario a los soberanos o jefes de Estado extranjeror

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.

CUENTOS DEL PEREGRINO

El Alma de la Noche

—Si alguna vez, en noche de verano, habéis paseado con el sér amado junto al acantilado de una playa rumorosa, ¿no escuchasteis un algo mágico que, adormeciendo lentamente vuestros sentidos, os proporcionaba una sensación vaga y placentera,..? ¡Es que sentíais el beso sublime del Alma de la Noche...!

¡El Alma de la Noche...! Ella guarda un tesoro de dichas, amores y alegrías; sus sonrisas son destellos luminosos, sus lágrimas gotas de rocío...

Mas, por desgracia, también sabe de odios, tristezas y amarguras...

El Alma de la Noche es incomprensible; ni aun siquiera la luz que irradia la ilusión puede rasgar las tinieblas en que se halla sumido tan sublime misterio...

Al llegar a este punto la conversacion, despojóse el peregrino del bordón y la esclavina, aceptó el vaso de vino que le ofrecía una garrida moza, situóse junto al fuego que ardía en el hogar, y dijo, dirigiéndose a las hembras tan bellas como amantes, que componían su auditorio:

Si no habéis llegado a comprender el prólogo de mi cuento, básteos saber que todos los amantes, en sus alegrías y tristezas, tuvieron como único testigo al Alma de la Noche, fantasma de sonrisa luminosa .. Con vuestra venia empiezo mi relato; escuchad en silencio y meditad después...

I

«Ten, Amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.»

La princesita y el trovador se amaban... El sonrosado lazo recamado de oro y perlas finas que aprisionaba la negra y ondulosa cabellera de la damita bella, pasó a adornar el laúd del cantor.

Triunfante el Amor, cubría con sus celestes alas a la envidiable pareja, que venturosa sonreía a la vida...

En la noche lunada de negro manto con bordados de flores, torrentes de dichas, perfumes de brisas susurrantes y plétora de ensueños de amor, al caer las lágrimas del rocío lloradas por invisibles ojos, escucha la princesita anonadada y enternecida, la canción del trovador...

II

Maldito sea el que a su amor
traiciona.

Un hombre rico y noble, no el mísero cantor, fué dueño de los encantos atesorados por la venusina princesita de ensueño... Aquella mujer recibió el día de sus bodas riquísimos presentes; sólo faltaba uno que había de ser muy pobre, a no dudar...

Bailábase en el salón un elegante minué, cuando la bella princesita se desplomó exánime, como muerta.... ¡el rumoroso jardín partía tristísima música, vaga y terrible cual compuesta mientras se piensa en morir; melodía que mano crispada arranca al laúd, para acompañar en sus giros de vals de los espectros el adiós a la vida de la canción del trovador traicionado...

. . . .

«¡Que si al tálamo te llegas,
junto al tálamo desmayes,
y esperando el primer beso
te sorprendan mis puñales!
¡Que las penas te atosiguen,
que mi maldición arrastres,
sierpe venenosa y dura
que has crecido en mis rosales!»

. . . .

Las inspiradas trovas de Arolas espiraron con la vida del desengañado amante...

Desde aquel entonces, las brisas aprendieron a maldecir...

...Los pajarillos pían angustiados...

...Y lloran las flores...

...Sólo las mujeres veleidosas ríen sin saber por qué...

III

La vida, eterno minué...

Verdad es que, en los salones de la vida, se sigue bailando el minué de la farsa, sin que nadie se acuerde del trovador que muere cantando a un amor imposible... Entonces, aunque tarde. las mujercitas veleidosas lloran... Las flores las desprecian, marchitándose cuando las prenden sobre su seno...

....Hasta los pajarillos huyen de ellas...

Y es que el Alma de la Noche maldice a los danzantes en la humana zambra, y como amante pasional y ardiente, estrecha al trovador muerto en el éxtasis infinito que causa un abrazo, símbolo del olvido eterno...

Omaya.

El Ayuntamiento de Córdoba y el impuesto único

A propuesta de la Comisión municipal de Hacienda, en la sesión últimamente celebrada por el Ayuntamiento, fué aprobada la siguiente cnntestación al cuestionario remitido por el Ministerio de Hacienda:

I.—Suprimido el cupo de consumo del Tesoro ¿qué arbitrio o recursos que no sean los del Estado podrían establecerse en ese Ayuntamiento para llegar a la supresión total de dicho impuesto?

En este Ayuntamiento, desde 1.º de Enero de 1912, está suprimido el impuesto de consumos y, por tanto, no hay cupo alguno para el Tesoro. Desde la fecha citada se viene utilizando en sus presupuestos los arbitrios que autorizó la Ley de 12 de Junio de 1911, con excepción del arbitrio sobre inquilinato, y utilizando en lugar de este el repartimiento vecinal, pero como estos arbitrios e impuestos no son suficientes para que el Ayuntamiento se desenvuelva con relativa independencia y cumpla todos sus fines, convendría establecer, con carácter municipal, arbitrios sobre artículos de comer, beber y arder y sólo los considerados de lujo, bajo unas tarifas módicas, que el Ayuntamiento, con la Junta municipal, formaría, adaptándolas a las condiciones de la localidad y fijando ésta las especies que estén deberían gravarse, pero siempre exceptuando todos los artículos que considerados como de verdadera necesidad para las clases media y obrera. Para realizar la cobranza de los artículos que se gravasen—especies consideradas de verdadero lujo—debería facultarse al Ayuntamtento para establecer conciertos gremiales y, a ser posible, individuales con los industriales y comerciantes que la Corporación acordase.

II.—¿Convendría extender la prestación personal redimible a otros servicios municipales que los de obras públicas?

No; no es factible en las capitales de provincia, ni para ese servicio ni para ninguno otro.

III.—¿Qué reforma convendría introducir en el repartimiento a que se refieren los artículos 136 y 138 de la Ley municipal?

Dejar sin efecto o suprimir todo lo que se refiere a girar el mismo sobre sueldos, haberes y pensiones y la condición sexta del párrafo 2.º sobre los jornaleros o braceros y, en general, de todos los que no tengan otros medios de vida o vivan de un jornal o salario eventual; que este se gire sobre la base de la tributación al Estado por las contribuciones rústica, urbana e industrial. También debe suprimirse la baja del 5.º a los hacendados forasteros que determina la condición 2.ª del mismo parrafo y, en su lugar, que a estos pueda elevarse el tanto por ciento de gravamen como máximo a un 50 por 100, o base de que se llevan la renta y cuanto produce sin dejar utilidad alguna, no consumiendo nada en la localidad. Respecto al artículo 14, párrafo 4.º, de la Ley de 12 de Junio de 1911, deberá desaparecer al límite de uno y medio por ciento, elevándose éste hasta el 5 por 100 en las poblaciones de más de 10.000 habitantes.

IV.—¿A cuánto asciende el cupo por contingente provincial señalado a este Ayuntamiento en el año actual?

Según el repartimiento aprobado que publicó el «Boletín Oficial» de esta provincia, núm. 13, del día 15 de Enero de 1917, éste se eleva á 221.173'96 pesetas.

V.—¿Qué servicios se podrían municipalizar con resultados positivos y sin gran perjuicio para los intereses del vecindario?

Teniendo medios para desenvolver su hacienda, se podrían municipalizar los de alcantarillado, alumbrado, aguas, mercados y, en general, todos los servicios en que se utilicen el suelo y subsuelo de la población, concediendo el Estado al Ayuntamiento el monopolio de los que implantase.

VI.—¿Qué explotación agrícola, minera o pecuaria podría establecer el Municipio asociado con el vecindario, que fuese de utilidad y provecho para ambos?

Ninguna, por la competencia que entonces se establecería.

VII.—¿Qué otra reforma, arbitrio o recurso convendría establecer a juicio del Ayuntamiento para normalizar su vida económica?

En primer término, la autonomía económica, como único medio de que los Ayuntamientos puedan realizar sus dilatados fines. Hasta tanto que la anhelada reforma tenga efectividad, debían derogarse cuantas disposiciones se han dictado que afectan a la Ley de 12 de Junio de 1911, que han sido restinciones, atentatorias, por tanto, al espíritu de la misma, quedando subsistentes todos los beneficios que aún no se disfrutan y que la citada ley concedia a los Ayuntamientos. También constituiría un ingreso de alguna consi-

Maravillosa bandeja de plata repujada, hecha por el magistral artista cordobés señor Amián y perteneciente al industrial don Rafael Simón, residente en Sevilla.

deración el establecimiento de un arbitrio extraordinario, con toda la amplitud necesaria, sobre bases suntuarias y artículos de lujo, sin necesidad de autorización gubernativa. Otro de importancia es que el Ayuntamiento tenga participación en el impuesto de utilidades de las industrias que tributen por esa Ley en la misma proporción que participan en la que comprenden las matrícula industrial y de comercio. También deberían ser exclusivamente municipales los impuestos sobre toda clase de espectáculos públicos. Por último, beneficiaría mucho la supresión del Contingente provincial.

Suscriben este dictamen de la Comisión municipal de Hacienda, don Francisco Santolalla Natera, don Sebastián Barrios Rejano, don Arturo Molina Albendín y don Manuel Enríquez Barrios.

Al ser adoptado el acuerdo, a propuesta del concejal señor Vaquero Cantillo se incorporó a la respuesta a la pregunta VII la demanda de que se estableciese, en beneficio del Ayuntamiento y el Estado, el impuesto único sobre el valor de la tierra desprovista de mejoras, y a este propósito el proponente señaló la imposibilidad en que el Municipio se halla actualmente para promover la edificación en los solares que, enclavados en las zonas más frecuentadas de la ciudad, parece que por sus dueños son conservados yermos e infecundos en espera de que el esfuerzo colectivo siga produciendo un enorme aumento de valor.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

COFRÁN

Fragmento del segundo canto del poema inédito de este título.

...Mas ved ¿no es su figura la que al lado
de aquella oscura roca se levanta?
¡Ah! los rayos del sol, muy amorosos,
en ella su oro límpido derraman.

Cofrán, dichoso tú, pues no padeces
los odios de los hombres, ni te engañan
esos placeres, que en quedar marchitos
lo que las flores de los valles tardan.

Dichoso, sí, que no te deja el vicio
llena de sombras y de angustia el alma;
dichoso porque el oro no codicias,
dichoso porque honores nunca aguardas.

¡Quién pudiera, cual tú, desde esa altura
ver morir tardes y apuntar mañanas,
siempre de amores y bondad henchido,
gozando siempre de adorable calma!

Y mirar las estrellas misteriosas
en la alta noche, cuando todo calla,
admirando, a la vez de su belleza,
el orden y la paz que todas guardan.

¡Oh, bien hiciste con dejar tus pompas
si esta dulce ventura vislumbrabas,
pues no valen mil joyas en el cuerpo
lo que una flor purísima en el alma!

Nadie ya tiene envidia de tu suerte;
tus hijos y tu hacienda, no levantan
la justa maldición del desgraciado
que sólo come pan cuando trabaja.

Todo lo diste, lo dejaste todo,
sin que esta acción de orgullo te llenara.
Todo lo diste porque no era tuyo:
lo que existe es de Dios, del hombre nada.

¡Goza, goza; a tu lado, solamente,
la paz bendita de los campos hallas;
haz que ella por tu espíritu se arraigue,
cautívala en tu ser, su aliento guarda!

Y si las sombras del pecado vienen
a ennegrecerte sin piedad el alma,
enciende, como nunca presuroso,
la hoguera de tu fe, para ahuyentarlas.

Tu espíritu se salve como anhelas
y pueda ante el Creador llegar sin mancha,
en tanto que en los vicios y placeres
del mundo, tus hermanos se encenagan.

¡Vence, vence al pecado; y de este modo
tendrás en las otra vida, con mil gracias,
las flores de los triunfos en tus sienes
y el trono del amor bajo tus plantas!

Francisco Arévalo.

CORDOBESES ILUSTRES

El general Gómez del Rosal

He aquí una de las ocasiones en que el cronista, haciendo gala de la más extricta imparcialidad, toma la péñola para hacer justicia, que no elogio, tratando de un insigne varón, bizarro militar, recientemente elevado al generalato.

Huelga hacer un bosquejo de la persona del general Gómez del Rosal, ya que tan conocido es en todas las esferas sociales; caballero sin tacha, militar pundonoroso y valiente, cuya hidalguía pregonan cicatrices de heridas recibidas en el honroso campo de batalla, hombre modesto hasta la exageración, afable y cariñoso en su ameno trato, constituyen estas condiciones, prendas inestimables que le hicieron grangearse la estimación de cuantos son sus amigos.

Al contemplar su venerable figura y tomar asiento junto a él, tras de estrechar con efusión la diestra que afablemente nos tendía, experimentamos la íntima satisfacción y el orgullo de entablar conversación con un benemérito hijo de la Patria. Con voz reposada, serena, nos habló el general Gómez del Rosal de su historia militar, de la que fueron testigos cuarenta y cuatro años, consagrados, muchos de ellos, a la vida de campaña; modestamente, como si del hecho más insignificante se tratase, hubo de referirnos acciones de guerra, recompensas y galardones obtenidos en noble lid; todo ello dicho sin darle importancia; únicamente se anima la faz del guerrero, poseído de ardiente entusiasmo, cuando expresa que vertió su sangre por el bien de su amada España...

Tras de breves instantes de elocuente silencio, en los que tal vez desfilara todo su pasado militar por la mente del general, hubimos de preguntarle acerca del recibimiento que se le hizo en la Rambla, su pueblo natal.

El simpático pueblo rambleño, en masa, presidido por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, se hallaba situado aquella venturosa tarde a la vista de la carretera de Montilla, aguardando a su invicto hijo. Poco se hizo esperar un largo cortejo de carruajes ocupados por la familia y amigos del festejado, y, por último, el que conducía al general Gómez del Rosal... La banda municipal de música lanza a los vientos vibrantes notas y, entre vítores, aplausos y aclamaciones, desciende del coche el insigne hijo de la Rambla, prodigando abrazos, visiblemente emocionado, emoción que comparten con él su distinguida esposa doña Carmen Rojas e hijas María, Lola, Carmen y Fuensanta, que le acompañan.

El general da las gracias por tan ostensibles demostraciones de cariño que le dedican sus paisanos, y, en nombre del Ayuntamiento, le es entregada una copia del acta de dicha corporación, en la que consta su entusiástica felicitación y cordial parabién, así como el acuerdo de que la antigua calle de Olivar, donde nació el bizarro militar, lleve el nombre de «General Gómez del Rosal.» Estos datos y los que a continuación transcribimos, seguramente no los hubiéramos escuchado de labios del general Gómez del Rosal, si hubiera conocido de antemano nuestro firme propósito de darles publicidad; tal es su extraordinaria modestia, que siempre tuvo por lema «obrar el bien por el bien mismo» y, más de una vez, cual si adivinase nuestra idea, hubo de repetirnos que en su vida militar no ha habido para él mayor satisfacción que la del deber cumplido.

El general Gómez del Rosal nació en la Rambla el día 29 de Julio de 1855 y comenzó a servir, como cadete, en el regimiento de infantería de Murcia núm. 37, el 26 de Enero de 1874, pasando en Marzo a continuar sus estudios en el batallón de cadetes, y promoviéndosele en Agosto al empleo de alférez de infantería. En dicho año 1874 formó parte del ejército del Norte, operando contra las facciones carlistas y encontrándose en las acciones libradas en Urnieta, Burunza, Oriamendi y Montevideo, y en los combates sostenidos para la entrada de convoyes en Hernani. Por estos servicios alcanzó el grado de teniente.

En Julio del año 1875 salió nuevamente a campaña, asistiendo a las acciones de Montevideo y Hernani; nuevamente, toma del fuerte de Urcabe y pueblo de Oyarzun, así como a la de Chiritoquieta, en la que resultó gravemente herido, otorgándosele el empleo de teniente por los méritos que entonces contrajo. Una vez restablecido, en Enero de 1876, se incorporó al batallón, con el que continuó de operaciones, hallándose en las acciones de Mendizorrotz y Arratsain, en la toma del fuerte de Garatamendi y en la batalla de Elgueta, por la que

se le otorgó el grado de capitán, siguiendo en operaciones hasta la terminación de la guerra civil. En aquel mismo año persiguió y dispersó con su compañía una partida de bandoleros en el distrito de Valencia.

Después de ocupar destinos en los regimientos de las Antillas y cazadores de Segorbe, marchó a Cuba en Septiembre de 1881, donde, a su llegada, fué destinado al tercio de guerrillas montadas de las Villas, donde prestó el servicio de persecución de bandoleros. Más tarde fué destinado al batallón de cazadores de Baza, donde continuó sirviendo después de su ascenso a capitán. Sirvió luego, sucesivamente, en los regimientos de Tarragona, cazadores de San Quintín y España.

En Mayo de 1885 operó por la jurisdicción de Baracoa, en persecución de la partida insurrecta de Limbano Sánchez, hasta extinguirla, haciendo lo propio con la del insurrecto Boñachea, siendo recompensado con el grado de comandante por tan señalados servicios. Mandó después la guerrilla afecta al regimiento de Nápoles.

Fué comandante militar de Cienfuegos y del Cobre. Regresó a la Península en Junio de 1888, sirviendo en la reserva de Jaén, en la de Antequera y en el regimiento de Pavía.

Volvió a la isla de Cuba en Febrero de 1890, prestando sus servicios en el regimiento de María Cristina, cazadores de Bailén y en la guerrilla del regimiento de Isabel la Católica, a cuyo mando tomó parte en la persecución de Manuel García y partidas de bandoleros que vagaban por las provincias de la Habana, Pinar del Río y Matanzas, hasta su extinción; por tales servicios fué recompensado con la cruz blanca de primera clase del Mérito Militar. Fué jefe de subzona en Cabezas y alcalde municipal en comisión. En Febrero de 1893 regresó a España con licencia por enfermo. Dado de alta prestó sus servicios en el regimiento de reserva de Málaga y después en la zona de reclutamiento de Córdoba.

Fué promovido a comandante por antigüedad y destinado al regimiento de reserva de Ramales, y en 1895, al batallón de cazadores de Cuba. En 1897 obtuvo reglamentariamente el empleo de teniente coronel, sirviendo en el regimiento de la Reina en Algeciras. Estuvo encargado de la línea de San García a Puntacarnero durante la guerra con los Estados Unidos.

Ascendió a coronel por antigüedad, en Marzo de 1908 y se le destinó a la zona de reclutamiento de Córdoba, confiriéndosele en Agosto el mando de la segunda media brigada de cazadores. Desempeñó el cargo de comandante militar de Ronda en 1909, hasta que en Agosto siguiente pasó con su media brigada a formar parte del ejército de operaciones en Melilla. Prestó en el Rif servicios de campaña, mandando diferentes columnas, con las que protegió la conducción de convoyes a distintos puntos, sosteniendo combates con el enemigo, tanto con dicho motivo como también con ocasión de realizarse varias operaciones.

Por su comportamiento en el combate sostenido en Taxdirt el 20 de Septiembre de dicho año 1909, fué recompensado con la cruz roja de tercera clase del Mérito Militar, concediéndosele más adelante otra de igual clase, pensionada, por los méritos que con posterioridad contrajo en la conducción de convoyes y toma de Hidum.

Efectuó diversas operaciones encargado accidentalmente del mando de la segunda brigada de cazadores. En Agosto de 1910 regresó con su media brigada a la segunda región, volviendo a encargarse de la Comandancia militar de Ronda. Ha sido vicepresidente de las comisiones mixtas de reclutamiento de Almería y Granada. En Abril de 1914, se le confirió el mando de la zona de reclutamiento de Córdoba.

En Febrero de 1916 pasó a mandar el regimiento de Pavía núm. 48. Ejerció interinamente el mando de la segunda brigada de la tercera división.

Se halla en posesión de las condecoraciones siguientes: cruz roja por servicios de persecución de bandoleros en Cuba, cruz de primera clase del Mérito militar, cruz y placa de San Hermenegildo, dos cruces rojas de tercera clase del Mérito Militar, una de ellas pensionada, medallas de Alfonso XII con tres pasadores, de Alfonso XIII y la conmemorativa de la campaña del Rif con cuatro pasadores. Benemérito de la Patria y Mención honorífica.

¡Brillante hoja de servicios....! Tal es el historial militar de un hombre modelo de hidalguía, de caballerosidad y de modestia...

El general sonreía agradecido ante nuestros plácemes y alabanzas; nosotros le contemplábamos con respeto y admiracion profunda...

Hemos visto el hermoso fajín, regalo de los jefes y oficialidad del regimiento de Pavía a su inolvidable coronel. El pueblo rambleño, le ha dedicado todos los objetos de gala: espuelas de oro, banda, entorchados, espada y sable, en cuya hoja, lleva expresiva dedicatoria...

A varios centenares ascienden los telegramas y cartas de felicitación recibidos por el general Gómez del Rosal.

Sabemos, a ciencia cierta, que varios prestigiosos elementos de esta capital organizan un banquete en honor del bizarro militar... Los concurrentes a tan hermoso acto de afecto, tienen la palabra acerca de si no sería mucho pedir el que, sancionando lo realizado por el pueblo rambleño, sea nombrado el ilustre general don José Gómez del Rosal hijo adoptivo de «la muy noble, muy leal y muy hospitalaria ciudad de Córdoba».

Antonio Moya.

VISIÓN PLACENTINA

Pocas poblaciones de España hay seguramente edificadas en una sierra tan hermosa como la de Plasencia y en donde la naturaleza ha desplegado una vegetación exuberante, casi tropical; los montes están poblados de castañares, olivos, viñas, higueras, encinas y árboles frutales regados por multitud de arroyos que precipitan sus aguas con alegre murmullo por las gargantas y vericuetos formados en las rocas que van a aumentar el caudal del río Yerte, cuyo curso es vida y encanto de la ciudad de Plasencia, así como del poético valle de su nombre, por el cual se extiende, regando sus hermosas huertas, que nada tienen que envidiar a las muy celebradas de Murcia y Valencia. En el estiaje, lleva el río tan poca agua al pasar por el histórico puente de San Lázaro, que las aceñas no pueden moler y, aunque antiguamente los huertanos daban a los propietarios de los molinos las caballerías necesarias para su funcionamiento, con el fin de secar el río, hoy ha caído en desuso esta costumbre, cuyo espíritu de equidad es innegable.

Uno de los cordales de las sierras de Gredos y de Jarandilla, forma la Vera y la Vega de Plasencia, de la que dice un escritor de la localidad que si los griegos creían que en España estaban los campos Elíseos, a ninguna tierra podrían atribuirse con mayor fundamento que a su Vera y a su Vega. Por la hermosura de estos lugares, lo fértil de su tierra y la dulzura de su clima, fué por lo que Carles V eligió el Monasterio de Yuste a siete leguas de Plasencia, para esperar la muerte, y la cuenta la tradición que al pasar el César el puerto de Tornavacas, camino de su penúltima morada, absorto en la contemplación del panorama deslumbrador que le rodeaba, exclamó: Muchos puertos he pasado en mi vida, pero este será el último: de aquí al Cielo.

Recuerda algo la situación de Plasencia la de Granada, completando su parecido los lejanos picos nevados de las sierras de Hervás y de Béjar.

La población parece un barrio de Sevilla, sin que falte algún hermoso patio de carácter andaluz; los placentinos son alegres, expansivos y cariñosos, advirtiéndose en toda la ciudad una cordial simpatía, que atrae y subyuga y forma un vivo contraste con el recogimiento y quietud del cacereña.

En el edificio de la Inclusa, por cima del torno, hay escrito un cuarteto para infiltrar en el alma del niño huérfano, del desheredado inclusero víctima de la moral egoísta y convecional de nuestro siglo, el cariño hacia la que le dió el ser y le negó en cambio su nombre y su amor, para acallar los escrúpulos de la sociedad. Dice así el hermoso pensamiento, que algunos atribuyen al cantor de las Doloras:

Si al pisar el umbral de la existencia
ves que no encuentras a tu madre allí,
bendiciendo la causa de su ausencia
llama a esta puerta y la hallarás aquí.

De sus casas solariegas podríamos repetir lo dicho sobre las de Cáceres, pero estas portadas del siglo XVI y XVII son quizá únicas en esta región y muy especialmente los balcones de renacimiento de las esquinas de los palacios, tales como el hoy colegio de la Concepción y el Godoy de

Banquete verificado en el Círculo de la Amistad de Córdoba en homenaje del nuevo catedrático de la Universidad de Sevilla don Antonio Jaén Morente.

Cáceres. Seguramente estas casas de un mismo estilo, son obras de un solo alarife, o de sus hijos o discípulos, pues es extraño que ofrezcan un tipo tan idéntico de construcción, y como entonces los hijos seguían las profesiones de los padres, bastaron dos o tres generaciones durante el siglo XVI para darnos este tipo de casa-palacio cuya portada es un arco de medio punto, el lienzo de pared de sillares de piedra de forma almohadillada, ámplio zaguán y soberbio patio renacimiento de doble arcada. De sus templos no hay ninguno único ni superior a otros del mismo estilo, aunque el placentino, como buen amante de su tierra, cree tener en su Catedral un templo soberbio. Recorriendo sus naves, puse mis plantas sobre una lápida de mármol blanco, con letras negras e inclinándome sobre ella ví que era la del obispo-artista don Manuel Torres, cuyo episcopado, aunque tan breve, fué lo suficiente para que permaneciese flotando su espíritu y su mano de artista sobre su diócesis, y ciña una bella aureola el recuerdo de su muerte acaecida en la poética ciudad donde también rindieron la jornada de la vida la mística Santa Teresa y el gran Manterola, uno de los polemistas más vigorosos de las Cortes Constituyentes del 69 y el orador sagrado que más entusiasmo despertó en aquellos días de nuestra accidentada y estéril historia política.

Dice así la lápida:

Hic Jacent Exuviæ
Ilmi Ac Revmi. D. Dris.
Emmanuelis de Torres et Torres
Cordubensis.
Hujus Diœceseos Vigilantisimi Praesulis
Obüt In Oppido vulgo Alba de Tormes.
Duun. SanctætTheresise
Corpus Invisurus
Peregrinaretur. IV. Idus. Julie.
Anni Domini
M.MXIV.
Aetatis Sual Sexagésimo Quinto
Pontificatus Vero Meuse Septimo
Consumatus In Brevi
Explevit tempora multa.

P. I. P. A.

(Sap. VI. 13)

En la iglesia de San Nicolás, románico - mudéjar, muy interesante para el estudio de esta época de la arquitectura, hay en uno de los altares un magnífico retablo del siglo XIV, en tabla, de autor anónimo, que estaba cubierto y que el Obispo Torres ordenó limpiar como conocedor de su verdadero mérito. También en la de San Martín hay otro retablo del divino Morales, artistas que hoy llena la actualidad palpitante.

Lo mismo que los amantes del arte en Córdoba, nos quejamos amargamente del sacrilegio artístico cometido en la restauración del Puente de Julio César, tenemos que lamentar la hecha en el acueducto romano de Plasencia, pues los arcos construidos de nuevo lo han sido de una manera bárbara y caprichosa, como en el susodicho puente. Por fortuna, se conserva intacta la mayor parte de las arcadas que han resistido el empuje de tantos siglos y el paso de tantas razas y civilizaciones.

Aunque no hubiera sido más que por gratitud hacia las viejas piedras que hasta hace muy poco tiempo han llevado el agua a Plasencia, debieron no profanar la construcción romana.

Este acueducto, que en general se halla en buen estado, como ya no se utiliza, es de temer, según me dijo un respetable amigo, que algún día proponga un cacique su destrucción, mas confiamos en que ese día infausto no llegará, por encontrar la resistencia, lo mismo del pueblo, que de los intelectuales placentinos.

M. A. Orti Belmonte.

Plasencia-Mayo-1917

DESDE GRANADA

En San Jerónimo el Real

Sella tu labio, viajero...
hinca al suelo tu rodilla...
aquí yace un caballero
que conquistó con su acero
un reino para Castilla.

Sobre esta enmohecida losa
que bordea una inscripción,
deshoja amada una rosa,
que el Gran Capitán reposa
dentro de este panteón.

Ya los cantos funerales
no resuenan en el coro,
ni se pierden los sayales,
de los monjes señoriales,
bajo casullas de oro.

Ya no hay preces cuotidianas
por el alma del Señor...
Mudas están las campanas
que gimieron ¡ay!, lejanas,
lentamente su dolor.

Ni el incienso sus olores
esparce en el presbiterio...
Ya el jardín no tiene flores
¡que en Castilla no hay Señores
dignos de tal cementerio!

José Luís Vera.

Las reformas del Diccionario de la Academia

II

La décima cuarta edición del Diccionario de la Academia ofrece reformas que conviene tener en consideración al apreciar la labor de la docta corporación española. He visto reformadas las definiciones de algunos vocablos químicos que hace tres lustros constituían objeto de mis modestas indicaciones en los artículos precedentemente citados referentes todos al solo capítulo «ácido». Encuentro, por ejemplo, que a la definición de ácido acético, expuesta en la edición décima tercera, que dice «principio inmediato no nitrogenado que abunda mucho en la economía animal y existe tambien en los vegetales. Se forma artificialmente por la combinación del alcohol con el oxígeno», definición que, aparte de otros defectos, tiene los graves de no caracterizar al ácido acético por su procedencia, como razonaba en mis recordados artículos. ha sustituido esta otra más natural, más precisa y más vulgar: «compuesto producido por la oxidación del alcohol vínico, al cual debe principalmente su acidez el vinagre».

Así mismo, encuentro modificada la aludida definición del ácido úrico, diciendo, como lo hace la décima cuarta edición, «Compuesto de carbono, nitrógeno, hidrógeno y oxígeno menos oxidado que la urea.» Desaparece así del Diccionario un grave error en la composición cuantitativa de dicho ácido.

Pero importa reconocer si estas reformas que cito, limitándome a uno solo de los capítulos del Diccionario, son modificaciones aisladas que discurren entre su numeroso vocabulario, o si constituyen realmente el resultado de una labor extensa y metódica realizada sobre el texto químico del libro. Por último, pudiera sospecharse que, más trascendente y más general aun la reforma, se extiende a todo el vocabulario científico, en esta décima cuarta edición provista de sus correcciones y adiciones.

No parece ser así, por desgracia. Sin duda alguna no se trata de una labor amplia y completa, sistemática y minuciosa. Su insuficiencia me parece notoria si hemos de dar algún valor a las observaciones contenidas en las siguientes notas, breves y aisladas, que como las que rápidamente y por vía de ejemplo hube de formular a la vista de la edición anterior, no tienen la pretensión de responder a las exigencias de un análisis metódico y completo a que aun se presta el texto químico de la edición décima cuarta:

«Cobalto... combinado con el oxígeno forma la base azul de todas las pinturas y esmaltes».

Esta afirmación es evidentemente inexacta, ya se proponga el Diccionario emplear la palabra «base» en el sentido del vocablo químico que aparece en la edición décima tercera, o expresar con ella la materia —que pudiéramos llamar cromófora—, y que da el color a la pintura de que se trate. Sea en una u otra acepción, no hay que olvidar que hay pinturas y esmaltes azules desprovistos por completo de cobalto.

Así son, entre los colores llamados minerales en razón a su procedencia, el azul de Prusia insoluble o azul de París, que es un ferrocianuro férrico; el azul de Hamburgo, el azul de Berlín, el azul de Amberes, el azul de Sajonia, el azul mineral, son productos de composición análogo al anterior, o mezclas de los mismos, que en ningún caso contienen cobalto. El azul de Prusia soluble o azul de Berlín soluble, el azul de Prusia amoniacal o azul de Monthiers, el azul de Turnbull, que es un ferricianuro ferroso, el azul ultramar, que bien se obtiene del lapislázuli natural o bien artificialmente, como consiguió Juimet fundándose en los análisis de Vauquelin, el azul de Brema, el azul de montaña, cenizas azules, azul de cobre, azul inglés o de Neuwelt, azul de Cassel, el azul de cal, el azul de Nuremberg, son azules a base de cobre, y no de cobalto. El azul de tungsteno y el azul de Thessie son compuestos de tungsteno y de molibdeno que tampoco contienen cobalto.

Aunque casi por completo sustituidos hoy por los colores minerales, son también base de pinturas azules ciertos productos de origen vejetal, que, por tanto, no contienen cobalto tampoco. Se hallan en este caso el azul de índigo, la laca azul obtenida del índigo mediante el tratamiento sucesivo del ácido sulfúrico, el alumbre y la sosa, y la que se obtiene del extracto de madera de campeche por la acción del acetato cúprico. Ya se obtengan las lacas por tintura, ya por precipitación, son en general, materias minerales naturales o preparadas artificialmente, a las que se incorporan materias colorantes, minerales también, en unos casos, y de origen vegetal y animal, en otros. Se preparan multitud de lacas azules que no contienen cobalto, y en cuya obtención prestan importante servicio los numerosos colores azules derivados del alquitrán de hulla, que son también base azul de muchas pinturas.

F. de Chaves.

Don Antonio Jaén Morente, a quien la ciudad de Córdoba en la que nació en esfera humilde y a la que ha vuelto vencedor en reñidísimas luchas de la inteligencia, le ha tributado un homenaje entusiástico y sentidísimo, por su talento poderoso, ilustracion extraordinaria y segura voluntad, siendo en justicia proclamado como una de las principales figuras de la intelectualidad cordobesa.

Adhesiones al manifiesto de Córdoba

De San Sebastián (Guipúzcoa): don Alfredo Brisac, publicista.

De la Coruña: el conde de Canillas, don José Fernández López, don Jacobo Monjardín, don Alfredo Bermúdez de Castro, don Manuel Ponte Márquez, don Emilio Suárez Carretero y don Emilio Quieles, en nombre del Centro Maurista.

De Sevilla: don Jesús Centeno, doctor en Medicina, director de «Andalucía Médica» y organizador de la Asociación médica regional, y el doctor Lancha Fal, médico.

De Córdoba: don Eduardo Vendún, comerciante; don Francisco Blanco Rodríguez, industrial; don Miguel Coca, industrial; don Francisdo Pineda Arroyo, agente de negocios; don Rafael González Requena, escribiente; don José Deza, dependiente de comercio; don Manuel Ortega, dependiente de comercio; don Rogelio Luque, dependiente de comercio; don Enrique Suárez Aranda, tapicero; don Rafael Grande y Ramos, orífice; don José Villar Ruiz, orífice; don Rafael Suárez Aranda, tapicero; Don Francisco Hierro Aragón, comerciante; don José Aranda Pérez, tapicero; don Ramón Tavira Mora, ebanista; don José Tavira Mora, tapicero; don Prudencio Bravo Martín, sombrerero: don Juan de Dios Monserrat Aranda, tipógrafo; don Julio Monserrat Valero, tipógrafo; don Pablo Troyano Moraga, tipógrafo; don José Pizarro Rodríguez, cuchillero; don Francisco Alcaide, herrero; don Rafael Díaz Yusta, escribiente; don Marcial Torres, industrial; don Rafael Romero Pellicer, estudiante; don Rufino Urrutia, empleado; don Manuel Rodríguez, mecánico; don Emilio Ruiz, del comercio; don P. Priego, platero; don Rafael Casana, relojero; don Fernando Nieto, pintor decorador; don Braulio Fz. de Córdoba, dependiente de comercio; don Manuel Lacalle, pintor decorador; don Manuel del Estal Barrilero, ebanista; don Marcial Simancas Obrero, pintor decorador; don Manuel Damián Páez, obrero; don Manuel Antequera, obrero; don Martín Luna, obrero; don Rafael Gaitán, obrero; don Domingo Romero, obrero; don Restituto Porras, obrero; don Francisco Herencia, obrero; don José Navarro, obrero; don Angel García, obrero; don José Sanz, tallista; don Antonio Castejón, tallista; don Francisco Rodríguez, tallista; don Antonio Montero, tallista; don Manuel Cáceres Sobrino, adornista; don José Gustinos Aguilar, carpintero; don Antonio Alijo Guerrero, carpintero; don R. González, marmolista; don Manuel del Pino, latonero; don Amador López, carpintero; don Manuel González, carpintero; don Enrique Gutiérrez, carpintero; don Manuel Cáceres, tallista; don Alfonso Guijo, tallista; don Enrique Monserrat, marmolista; don Rafael Pareja, cantero; don Francisco Pareja Herencia, cantero; don Rafael Torreras Molina, cantero; don Francisco Pareja Pérez, cantero; don Emilio Costi, don Francisco Hernández, obrero; don Jenaro Pizarro, obrero; don José Ruíz, obrero.

Queda por publicar crecido número de nombres.

Las adhesiones pueden ser dirigidas a cualquiera de los firmantes del manifiesto.

Alma andaluza e ideal andaluz

VIII

Y su alma, errante y sin ventura, vió luego cómo era sujeta la tierra a la esclavitud más brutal. Y escarnecidos sus ideales. Y dispersos, sus hijos y sus dones, «por los cuatro puntos cardinales.» Y ella, nuevamente, falta de cuerpo, falta de encarnación, falta de vida. Y desposada el alma de la tierra, ésta quedó muerta y aquella muda. Y así, Andalucía, no vive, porque espera el divino misterio de la encarnación del alma en la tierra.

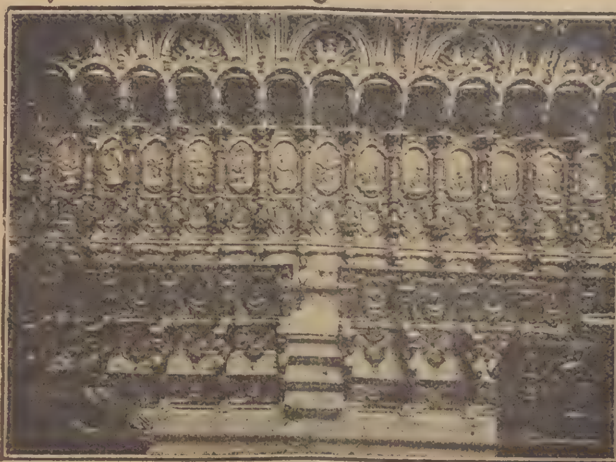
No renunciemos, pues, el fardo del arabismo. Desembalemos antes su contenido y arrojemos las escorias de Oriente, del sensualismo, de la indolencia, de las discordias, de las luchas fratricidas y civiles. Mas guardemos toda la pura llamarada andaluza, para que ella sea copia del renacimiento venidero, y sus reflejos aurirrojos pongan en nuestra faz los tintes de la ilusión rosada.

Andalucía, tierra de Occidente, lecho del Sol, fin del mundo, extremo luminoso de la tierra, summa de la discursión humana en ella.

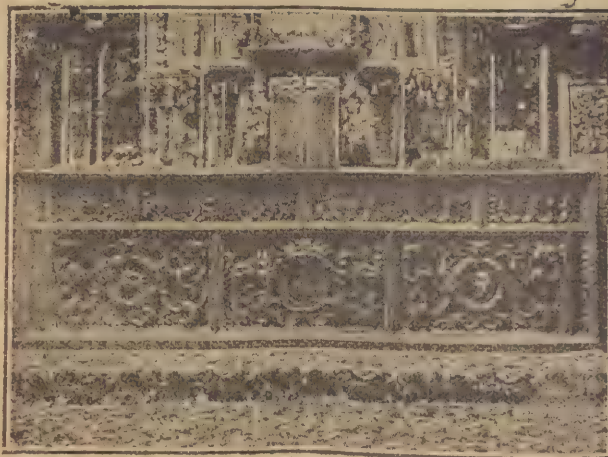
Su finitud terrena, abandonó la inmensidad de los espacios al gozoso albedrío del ideal. Y desde la oscura lobreguez de las cárceles—que levantaron los venidos del Norte—y sólo con el alma suspensa de la infinita pureza de su cielo, acabó sus más gallardas aventuras, el más poderoso caballero del ideal: el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, corazón y cerebro—amor de ideal, amor de ilusión, amor de poesía—«no fueron sino andaluces y cordobeses». Porque de tal raíz era venida lu pluma de Cide Hamete que modeló el alma de nuestro caballero.

Y así el alma de los andaluces: caballeros del ideal, suspensa su ánima de la altura, porque en la tierra hallaron la finitud de la vida. Y la tierra fértil, dadivosa, pródiga de sus dones no cautivó el alma y la dejó divagar libre, anhelosa, inquisidora, velivolando las alturas diáfanas y luminosas. Así las expresividades fuertes del alma de Andalucía: poesía lírica, misticismo, religión. Y en una posesión ecuánime de la vida amplia, el extoicismo. Y en una absorción fácil de todas las vibraciones de la naturaleza, robusta y sonora, la comprensión fácil, la imaginación. Y en una aguda percepción de las vibraviciones de las almas hermanas, el sentimiento del dolor. Así, alguien calificó a los andaluces, de «raza ultra-sentimental».

LA VERDADERA CÓRDOBA



La sillería del Coro de la Catedral



Altar de la capilla de Jesús Crucificado

Y su alma superó la elegancia helénica. Y fué cima de claridad latina. Y aurora del Oriente. Y siempre fué pura. Y elevada. Y fuertemente maternal. Y su cuerpo «apesar de sus innumerables maternidades», siempre fué virgen...

Retablo de realidad

....en prodigioso y sobrenatural milagro de ave fénix. Y aquel «fértil limo» que despierta al menor contacto», que «despertaría tal vez por sí mismo», es el fénix de Iberia que renace y revive a nueva vida, por fuerza de los herederos más directos de la raza, que sienten en su entraña el hervor de vitalidades increadas.

Y así fué, como «hacia el año de gracia de 1909 un mudamiento profundo y callado aconteció en la conciencia de Andalucía». Y al sentir todo su cuerpo la comezón del desperezo, quiso Andalucía que su vida nueva fuera ante todo eminentemente andaluza.

Que callaran los hombres, y se escuchara sólo la voz de la tierra, la voz del alma de la región.

Ideal andaluz

Y su palabra primera, fué de pura espiritualidad. «Primum philosophare«. Concertaron sus anhelos la sinceridad de «reformar» los caracteres del «ideal andaluz» que deban ser perpetuados, y «renovar» los que precisen de nuevo modelo. Y que este concierto de ideas, nuevas unas, reformadas otras, fuera el guía espiritual, el pendón o estandarte de la creación a que se apresta Andalucía, la primera fórmula que inscribir en la columna miliaria que marca su nueva ruta.

Y un aristócrata del pensamiento andaluz—Guichot—quiso que los términos de esta primera fórmula fueran integrados por «lo tradicional, lo ético, lo psicológico, lo étnico.» Y este conjunto de factores, que alientan y viven en el seno del alma andaluza con faz y atributos propios y únicos, y a quienes él agrupó en la síntesis demótica del *todo* andaluz, no son sino la expresión más viva del sentir íntimo de la región, la voz más peculiar de su carácter; porque, con ella, Andalucía expresa los atributos de su alma más fijos e inmutables, más genuínos y ciertos. Atributos anímicos, voz de pura espiritualidad, que son la síntesis más acabada de Andalucía, porque llevan la hereneia íntegra del factor cardinal—la raza—en el que va florecido todo el jugo del fértil limo andaluz.

Así, al tremolar el «Ideal andaluz» como norte y guía de sus anhelos, los hombres tradugeron tan fielmente el sentir de la tierra, que no fueron sino la persona de su alma.

Del alma de la tierra. Del alma de Andalucía.

Acción andaluza

«Et dende vivere».—Y hubo después un ideal conciliatorio de las complejidades anheladas del alma; un ansia de retraer a fijeza terrena las idealidades aladas divagadoras del espíritu, una videncia clara, liberalmente estoica, de sereno quietismo intelectual, que viniera a gozar la psique en los nectarios agridulces del huerto inculto.

Y por ella, por el deseo inmanente de fijar en «realidad» el «ideal andaluz», nació la «acción andaluza». Y en su orden fué consagrada una caballeresca aristocracia, que encarnara aquel «ideal» y conquistara esta realidad. Y por virtud de esta nueva orden, aquel «alma flotante» que divagaba en su sombra, fué aposentada en los pórticos del regionalismo.

¿Y diremos que en esta hazaña fué condensado todo «el libre anhelar del dueblo andaluz que despierta», toda la «interior energía creadora» de aquella «acción» que se instituyó para encarnar el «ideal» y conquistar la «realidad» de Andalucía? Sea la fórmula de su ideal el primer término de la ecuación planteada, y hállese el valor del segundo. Que él nos llevará a la infinita «creación continuada y original del andalucismo». Y a la «rica y nueva» maravilla de sus fórmulas.

Esta «acción» que trasporta del «ideal» el «regionalismo», tiene, en la complejidad andaluza planteada por Guichot, una representación, en su síntexis artística, en aquel conjunto de factores—natural, ornamental, simbólico, bello—, que vienen a representar la fijeza de los caracteres espirituales, la encarnación de las expresividades del alma, en «hechos» y «cosas». Y esta representación es tan exacta, que tiene el valor de una intrucción profética, porque esta complejidad artística, «formalizadora» de las ideas, va incluída en la «reforma» de Andalucía. Y así la «acción andaluza» no es «renovación» original e inédita, si no «hechos» necesitados de reforma—energía, movilidad, impulso—cuyo germen preexistía en el alma andaluza y había ya dado, entre sus ramas más frondosas, esa «prodigalidad expansiva» de Andalucía, a cuya fresca sombra, reparadora y grata, descansa de sus monótonas arideces casi todo el desguarecido solar hispano.

Regionalismo Andaluz

Y fué fijada, como aspiración y cifra terrena del ideal andaluz, la «necesidad de una ley que sustituya al viejo derecho y reorganice el régimen de nuestra región». Con ella se da cima a la última compleja síntexis de Guichot, síntexis cívica, que requiere los factores sociales—político, jurídico, económico, orgánico—, para la integración del «todo andaluz» e inicia la gran hazaña de la «renovación» material de Andalucía por su solo esfuerzo y valer.

Rafael Castejón.

¡ADIOS!

En el rincón olvidado
del pueblo donde nací,
constantemente he pensado,
bella cordobesa, en tí.

Soñé con hacerte mía,
con que pudieras labrar,
en un tiempo la alegria
de mi solitario hogar.

Mas ¡ay! que la dura suerte
me aparta de tu camino,
y es mi desgracia no verte
cuando es amarte mi sino.

. . . .

Entre palmeras y flores
te quedas, niña preciosa;
Dios haga de tus amores
sueños de color de rosa.

Y si el desengaño fiero
hiere tu pecho inocente,
sabe que ansioso te espero;
recuerde entonces tu mente
que en el rincón olvidado
del pueblo donde nací,
constantemente he pensado,
bella cordobesa en tí.

Antonio Arévalo.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 cts.

La paz se acerca.
Dibujo de Alfonso del Rosal.

② CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 7 de Julio de 1917 | NÚM. 47

Efectos transcendentales del pantano del Guadalmellato

Hay en la agricultura una porción de aprovechamientos, de pequeñas industrias, despreciadas y relegadas al olvido por llamarse indebidamente pequeñas, que son, sin embargo, gigantescas y capaces de producir muchos millones a poco que se atiendan y se propaguen.

Entre otras y como las más fáciles y de inmediatos resultados, debemos consignar la sericicultura, avicultura, apicultura e industrias lácteas, esto es: las industrias que tienen por objeto la producción de seda, aves de corral y sus huevos, miel y quesos y mantecas.

Por desgracia, en nuestro país se concede poca atención a estas industrias, que se estiman, generalmente, como mezquinas y poco menos que despreciables, sin tener en cuenta su extraordinaria importancia y transcendencia y los efectos morales y económicos que ocasionan; tan importantes, qne el desarrollo de cualquiera de ellas puede cambiar en muy poco tiempo el estado social y económico de una comarca.

Su carácter de domésticas, la condición indispsnsable para su existencia de una gran subdivisión, su acción educadora arraigando hábitos de trabajo y de ahorro y el beneficio o utilidad que proporcionan repartido equitativa y proporcionalmente entre las clases más necesitadas de la sociedad, imponen como deber, a todo el que sienta el amor a su suelo, la obligación apremiante de contribuir a su desarrollo y próspera existencia. No pedimos tanto; sólo interesamos de los cordobeses, que pronto han de tener medios fáciles de establecer dichas industrias, con la zona de riegos del pantano del pantano del Guadalmellato, que no miren con desprecio estas cosas pequeñas; que antes de condenárlas, lás estudien y conozcan, seguros de que, una vez conocidas, han de concederles su protección y cariño.

Pequeños son los corales y ejecutan obras inmensas que forman islas y continentes; y ni por pequeños son despreciables ni deja el hombre de aprovechar en su beneficio el inmenso trabajo que reaiizan; la Historia nos enseña multitud de efectos colosales realizados por los pequeños, los que, lejos de ser menospreciados por su pequeñez, son ensalzados por sus obras; pequeño era David y venció a Goliat; pequeño es el hombre y construyó las pirámides de Egipto y tantas obras colosales como causan la eterna admiración de las generaciones; pequeño es el hombre y encadena el rayo, lo pone a su servicio y produce tantas maravillas como la electricidad realiza y, no obstante su pequeñez, se hace dueño en estos últimos tiempos de la tierra, de los mares y del aire, dominando el mundo entero.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

No es, pues, despreciable lo pequeño, y aquellas eosas que más pequeñas nos parecen son a veces causas de efectos y resultados enormisimos y grandiosos.

Para comprender así las industrias que dejamos referidas, nos ocuparemos en disttintos artículos de cada una de ellas, concretándonos en este a la sericicultura o producción de la seda, aunque sólo en el concepto de su relación de consecuencia de los riegos del pantano del Guadalmellato; efecto social de transcendencia y económico en alto grado, que puede producir inmediatamente dicha obra, sin gasto apreciable y por la sola voluntad de los cordobeses.

La importancia de la producción de seda está demostrada por la que tuvo en Andalucía hasta mediados del siglo XIX. Hasta esa época (y es dato que consigna recientemente el padre Vico en la revista que dirige y publica el Observatorio del Ebro, titulada «Ibérica»), producía unos cuatro millones de kilogramos de capullos de seda, cuyo valor medio era de veinte millones de pesetas, de los que correspondían a la provincia de Córdoba cinco millones de pesetas.

Perdida esta industria a causa de la pebrina, han sido inútiles los esfuerzos realizados para reconstruirla, primero por la persistencia de la epidemia que destruía todos los cultivos y, después de descubierto por Pasteur el medio de combatirla, por haberse extinguido en los años de desgracia la población de moreras, base fundamental de esta industria.

Repetidos y entusiásticos esfuerzos se han encaminado a repoblar de moreras nuestros campos; causas pequeñas de todos conocidas han motivado que los resultados no hayan correspondido á la voluntad y esfuerzo de los agentes; con la extensa zona de regadío que va a tener Córdoba, se presenta ocasión, favorable por extremo, de hacer un definitivo esfuerzo para conseguir un resultado completo en la repoblación de moras; las inmensas líneas de los canales que han de llevar el agua a

la enorme zona de riego, las innumerables derivaciones que de los mismos han de establecerse para distribuir entre tan gran extensión el agua que a cada predio o parcela le corresponda, son lugares en sus dos orillas donde puede plantarse enorme número de moreras que, a virtud de las exudaciones naturales de dichos canales, vivirían frondosas y saludables, devolviendo con creces el beneficio que recibieran, defendiendo a aquellos con su sombra de los ardores del sol en el estío y evitando en gran parte un exceso perjudicial de evaporación de las corrientes que por ellos discurran.

No es esto solo: como para la buena explotación de la zona regable es lógico suponer un gran fraccionamiento y división de las tierras, en todas las lindes y divisorias bien pudieran plantarse dichos árboles, que para nada estorbarían y que producirían, sin embargo, no pequeños beneficios, no solo para el alimento del gusano de seda, sino también y después que haya terminado la cría de éste, para alimento del ganado.

Que estas plantaciones pueden hacerse sin gasto alguno para el terrateniente, es bien fácil en cuanto las Corporaciones populares establezcan viveros para repartir gratuitamente plantones que poner en los sitios indicados, a los que se unirían los que gratuitamente también conceden la Sociedad para el fomento de la Sericicultura Española y el Colegio del Arte mayor de la seda de Barcelona a todo el que en época oportuna lo solicita, pues en cuanto a los gastos de plantación quedan con exceso remunerados, con los cincuenta céntimos de peseta que el Estado concede por cada pie que plante el cultivador o sociedad legalmente constituída.

Estos son los términos del problema de resucitar una industria de tanta trascendencia e importancia; problema de tan fácil solución, que tan sólo la voluntad lo resuelve.

Cordobeses: por cariño a la tierra en que nacisteis, por amor a los necesitados a quienes se les facilitan medios honrados de aliviar sus atenciones y por la honra de la patria chica, tomad en consideración esta industria y demostrad con los hechos que si esta es la tierra de la alegría, también lo es del trabajo y de virtudes cívicas.

José Domingo Ruiz de Quijano

Director del Instituto Sericícola Torres-Cabrera

HEBRITAS DE PLATA

Ayer me ví en un espejo...
y a poco el dolor me mata,
porque en su claro reflejo
ví la cabeza de un viejo
con sus hebritas de plata.

Cayendo sobre mi frente
con su nítida blancura,
me anunciaron tristemente
que bajo por la pendiente
de una vejez prematura.

Me anunciaron mis cabellos
con dolorosa elocuencia,
que se han de esfumar en ellos
los mortecinos destellos
de mi pobre inteligencia.

Que dejaré la pradera
para subir un calvario;
que mi nívea cabellera
de tanta vana quimera
será el eterno sudario.

Son esas blancas hebritas
que me dan intenso frío,
como ilusiones marchitas
que hoy anuncian nuevas cuitas
a mi corazón, Dios mío¡

Tantas cosas me anunciaron
en aquel terrible instante,
que de mi pecho brotaron
dos lágrimas, que abrasaron
mi entristecido semblante.

. . . .

Ayer me ví en un espejo
que fiel el rostro retrata...
y hoy del espejo, me alejo,
por no ver al pobre viejo
con sus hebritas de plata.

El Caballero de la triste historia.

IN MEMÓRIAM

En el último número de esta tan querida revista CÓRDOBA, un escritor brillante, Miguel A. Orti Belmonte, al dar al público la impresión de grandeza que le ha producido en un viaje la hidalgua ciudad ducal de Plasencia, ofrenda respetuoso homenaje a la figura ya esfumada del cuadro de la vida, del cordobés benemérito don Manuel de Torres y Torres, y al reproducir el epitafio de su tumba y al dedicar a su memoria frases de sincero cariño, nos pone en el caso de abrir una vez más la válvula del nuestro hacia el recuerdo vivo del difunto ilustre, cuyo tercer aniversario se cumplió ahora.

Plasencia, la tan brillante ciudad, ilustre por mil títulos, guarda desde hace tres años como reliquia preciada el cuerpo del que fué pastor de su Iglesia, padre de los pobres y amigo sincerísimo de los plasentinos. Córdoba guarda los amores que el Prelado ilustre tuvo siempre para su patria idolatrada.

Plasencia, señala con la elocuente lápida que ha visto y transcrito el señor Orti, el lugar donde descansa para siempre lo que resta del señor Torres.

Córdoba, en cambio, aún no ha señalado la paternidad que ostenta con respecto al malogrado Príncipe de la Iglesia; aun no ha pagado la deuda de gratitud que contrae todo pueblo con los hijos que le honran; aún no ha tributado ni un sencillo homenaje, ni el vulgar homenaje que otros recibieron, de rotular con su nombre ilustre la calle en que nació aquel varón bueno que desde las capas más humildes de la sociedad, escaló, ayudándose a sí mismo y sin más esfuerzo que el de sus muchas virtudes, las más altas dignidades de la Iglesia de España.

Ningún interés histórico puede inspirar la conservación del nombre de la Palma que ostenta la calle en que el difunto obispo plasentino naciera y a todas luces justo había de ser que ese nombre se cambiara por el de Obispo Torres.

La ciudad, con ello y con colocar el retrato del Prelado entre la galería de los de sus hijos ilustres, se honraría mucho a sí misma; tanto como se honró en aquella ocasión en que nuestro padre don Pedro Rey Gorrindo se levantó en su escaño en el Excmo Ayuntamiento para pedir que otro Obispo cordobés, el señor Alguacil, que acababa de morir en la Silla de Orihuela, figurara retratado entre los demás cordobeses beneméritos y que se diera su nombre a la calle que hasta entonces se llamaba de la Yedra.

En uno y otro caso lo que se trataba de conmemorar era, más bien que el recuerdo del alto dignatario de la Iglesia, el ejemplo de los que saben elevarse por sus talentos, nacidos de familias humildes y paupérrimas.

José María Rey

Cordobeses ilustres.—El Rvdmo. Sr. Dr. D. Manuel de Torres y Torres, que nacido de familia humilde, ocupó las más altas dignidades eclasiásticas y murió hace tres años, siendo venerado obispo de la diocesis de Plasencia, caballero de la orden de Jerusalem, señor de la Villa de Jaraicejo, preclaro escritor y excelente artista.

Bellezas de Andalucía

El Castillo de Almodóvar

Cuando se pasa en el tren por la estación de Almodóvar del Río y se contempla sobre un altísimo cerro la airosa fábrica de su célebre castillo, se siente irresistibles deseos de echar pie a tierra y trepar la escarpada cumbre donde tiene su asiento aquella soberbia construcción medioeval, salvada de segura ruína por un prócer insigne, el conde de Torralba, que invierte sus tesoros en conservar esta reliquia de piedra, legado de siglos guerreros.

Dice el proverbio que «lo que no sucede en un año ocurre en un día», pues cuando menos lo esperaba me encontré camino de Almodóvar, un día de primavera, que también en la vida, como en los cuentos, suelen acontecer las cosas bellas y agradables en la estación bendita que tiene entre sus meses a Abril y Mayo. Caminamos por una carretera sombreada por árboles frescos y jugosos y descansamos breves momentos, no perque cansados estuviéramos, sino para recrear la vista y el espíritu en su contemplación, a la orilla de un arroyo, tan puro, juguetón y cristalino, que bien merecía ser cantado en pastoriles idilios. Después de atravesar el pueblo, blanco y reluciente como bruñido mármol, subimos la cuesta que en zig-zag conduce al castillo. Ocultábase el sol entre nubes grises, y esto, en vez de restar belleza al paisaje, añadíale indefinible encanto, a la manera que las hermosas carnes de una mujer se inmaterializan y embellecen a través de una gasa color perla...

Ignoro la época en que se fundó el castillo; pero no hay duda de que fué una formidable construcción, que

sirvió de asilo ya a inválidos o ya a invasores durante la Reconquista, según le suerte que en aquellos revueltos tiempos deparaba la guerra a cada bando; restos hay que demuestran estuvo en poder de los moros, y el escudo de castillos y leones que campea sobre la puerta de ingreso a la torre del homenaje, me hizo suponer que en tiempo de los Reyes Católicos fué incorporado a la Corona de Castilla cuando aquellos monarcas quebrantaron el poder feudal. Claro es que todo esto no pasa de la categoría de conjetura y que confieso mi ignorancia en cuanto a datos históricos del castillo se refiere. Su actual poseedor, digno de los mayores elogios, emprendió hace quince años la restauración de esta joya arquitectónica, que hoy el visitante puede ver con la mayor comodidad, admirando desde sus torres almenadas el magnífico panorama, la sierra abrupta, la feraz campiña, las frondosas huertas y el Guadalquivir ancho y sereno deslizándose al pie del cerro donde tiene su asiento la fortaleza. En esto oimos el sonar vibrante de una campana...; ¿sería la señal del centinela anunciando la llegada de algún visitante, peregrino de lejanas tierras ó emisario de la corte del rey árabe...? El guarda nos hizo saber que aquel toque reunía a los obreros que trabajan en la construcción de una nueva torre; suspiré pensando que en las cosas bellas de la vida tiene más parte la ficción que la realidad; pero me consideré más dichosa que Don Quijote, pues, al fin, hallábame en un castillo auténtico y no en una fementida venta.

Visitamos los subterráneos, donde, según es fama, guardaba sus tesoros don Pedro I de Castilla, y la torre que sirviera de cárcel a la hermosa y malaventurada reina doña Blanca de Borbón, y a la caída de la tarde volvimos al pueblo, encontrande hospitalidad cariñosa en el colegio que las Hermanas de la Piedad han establecido en Almodóvar, donde esperamos el tren que debía conducirnos a Córdoba.

Ocupa el colegio una antigua casa, vivienda de hidalgos campesinos, de que aún quedan vestigios en tierras de Andalucía y Extremadura; hogares donde reinaba una paz bíblica, abundancia señoril e hidalguía española; dóndese engendraban hombres robustos y fuertes para la labor campesina o las fatigas de la guerra, y donde las mujeres, diligentes y sabias administradoras, reinaban, no por los postizos encantos de la moda, sino con la indiscutible superioridad de la virtud. En la actualidad apenas existen estas casas; el labrador acaudalado abandona el terruño en manos de arrendatarios y vive en la ciudad dándose aires de gran señor.

Llegada la hora de partir, y calmados de agasajos por las buenas religiosas y otras personas del pueblo, un amable cochero nos llevó a la estación. La noche era de las más hermosas de primavera, poblada de perfumes y suaves armonías, y como los regocijos del espíritu no dejan tras de sí cansancio ni hastío, sino inefable dulzura, gozábamos con fruición aquel bienestar que el cielo nos deparaba. Al partir el tren se oyeron voces cariñosas despidiéndonos... ¡Qué hermosa sería la vida si se pudiera vivir un día en cada pueblo...!

Amantina Cobos de Villalobos.

A UNA PAISANA

Puso en tu boca Dios labios de fresa,
del carmín en tu rostro los colores;
tus ojos, sin hablar, cuentan amores
y sin saber besar, tu aliento besa.

Esbelta y arrogante cordobesa
del sol envidia, envidia de las flores,
bella mujer, de encantos seductores,
entre jazmines y naranjos presa:

Mi corazón, rendido, suplicante,
de mi lira te ofrece himno sonoro;
un suspiro de amor mi pecho amante;

y si del Potosí tuviera el oro,
oro, lira y suspiros te ofreciera
por estrechar tu talle de palmera.

Antonio Arévalo.

Emérita Augusta

Por la extensión de sus conquistas, que abarcaron todo el mundo conocido, no hubo pueblo en la Historia Antigua que superase al romano y, si no conserváramos del pueblo del Lacio su literatura y su historia, bastaría para demostrar su grandeza una visita a cualquiera de las capitales o de sus ruínas, que fueron en otro tiempo cabeza de un Convento jurídico, ciudad libre o confluencia de las vías y calzadas. Una de esas ciudades a donde al poco conocedor de la Historia podriamos llevar para que su espíritu se despertase y preocupara de averiguar quién nos precedió en la ocupacion de nuestras urbes, quién vivió en las casas que nosotros vivimos y cómo estuvo agitado por los mismos sentimientos, pasiones, odios y rencores que nosotros, hasta que la Parca visitó sus moradas, es la actual Mérida, llamada antiguamente Emérita Augusta, la cual, hasta hace algún tiempo, no hubiera ofrecido al visitante otra cosa que algunos restos del acueducto de San Lázaro, muy inferior en belleza, aunque no en grandiosidad, al de Plasencia, el templo de Diana y el Hornito, capilla construida con materiales romanos y visigodos, dedicada primero a Marte y después a Santa Eulalia, patrona de Mérida, el arco de Trajano y algún que otro resto de los templos romanos: mas hoy, gracias a la labor de algunos hombres de buena voluntad y muy especialmente a mi ilustre maestro don José Ramón Mélida, quien con una perseverancia digna de los mayores elogios, con una fe rayana en misticismo hacia la antigüedad clásica, se propuso desenterrar el teatro, el anfiteatro y el circo emeritense, en la seguridad de que sus excavaciones habrían de dar a conocer obras de índole tal, que el historiador y el excursionista encontrasen en ellas campo para su erudición y su recreo. Los trabajos del sabio arqueólogo han alcanzado ya un premio superior a todo encomio con el resurgimiento del teatro, sepultado bajo algunos cientos de metros cúbicos de tierra. La planta del teatro es en esencia como el de Dionisos, en Atenas, o el de Marcelo en Roma; construído según las cánones de Vitrubio, se apoya sobre una colina de suave ondulación, y se halla orientado en forma tal, que está al abrigo de los fuertes vientos de la región que soplan del Noroeste. Es un hemiciclo dividido interiormente en tres series de graderías, que estuvieron revestidas de cemento romano, de que se componen, material que ofrece una dureza eterna. Las gradas superiores o cavea summa, está cortada radialmente en siete partes, por la acción destructora del tiempo, circunstancia que ha hecho que el pueblo conozca este monumento con el nombre de las Siete sillas. A pesar del estado en que se encuentra, sus efectos acústicos son admirables y la voz se oye perfectamente desde cualquier punto del edificio. Separa la escena, de las gradas inferiores, o cavea inva, la orchestra, sitio destinado a las altas dignidades y el proscenii pulpitum. Hallábase cerrada, como en todos los teatros, por un muro levantado en el fondo, que imitada la entrada de un templo, con su intercolumnio de orden corintio, estatuas y bronces, de las que tan sólo se conservan sobre los expresados lugares, multitud de frisos, tableros, capiteles corintios, basas y fustes de columnas de mármol blanco y rojo, así como varias estatuas; pero todo roto y mutilado, en situación difícil de reconocer, a excepción de una estatua de Proserpina, sin cabeza, que se destaca arrogantemente. dejando caer los pliegues de su manto, esculpidos con elegancia ática, sobre el lugar que debió ocupar la mano izquierda de la diosa; otra que representa a Plutón; el busto de Adriano, suya loriga muestra en relieve la cabeza de la Gorgona, y la Minerva ateniense, como queriendo protegerle contra los dardos enemigos, y los restos de una inscripción dando a canocer que el teatro empezó a construirse durante el tercer consulado de Marco Agripa. La impresión que produce el teatro de extraordinaria e inenarrable: ante esas ruínas seculares se abisma el pensamiento, queriendo adivinar si reserva el parvenir un fin semejante a nuestra decantada civilización, si nuestro arte se convertirá en despojos como el arte antiguo, y al mismo tiempo se apodera de nuestro espíritu la idea de que las revoluciones son necesarias en la humanidad para que siga nuevos derroteros y el hábito no destruya o enerve los resortes de la actividad humana. El Anfiteatro y el Circo, que tiene la misma forma que el Stadium griego, yacen sepultados aun por la ola de arena, o de los siglos, según el lenguaje arqueológico, y sólo descubre la mirada en este último, el semicírculo que cerraba uno de sus lados y la espina, alrededor de la cual verificábanse las carreras de púgiles, bigas y cuádrigas. Al mito

El hogar español en 1917

Dibujo de Fz. Márquez.

de Ceres y de Proserpina, raptada por Plutón, estuvo consagrado el teatro, donde se levantaba una estatua de Ceres de majestuosa traza helénica, que dominaría el hemiciclo y los campos colindantes, la cual hoy se conserva con sensibles mutilaciones en el Museo emeritense. Si un romano de aquel tiempo resucitara en nuestros días y viera sembrada la arena del circo de áureas espigas, que mece el soplo del viento, las adoraría como manifestación divina y símbolo real de los amores de Proserpina, que sobre el mismo sitio donde se celebraron fiestas en su honor, viene a fecundar la tierra durante seis meses, después de haber pasado la otra mitad del año correspondiente al crudo invierno, en las sombrías regiones infernales retenida por su esposo Plutón. Desde el camino de ronda de la muralla del Conventual, antiguo alcázar de los caballeros de Santiago, se contempla un deslumbrador panorama: el Guadiana que besa sus carcomidos sillares, se divide al pasar junto a él en dos brazos, formando enmedio del cauce una graciosa isla; cierra la perspectiva aguas abajo, el puente romano, famoso por su longitud, por sus sesenta ojos abiertos, además de los arcos pequeños, que calan los estribos, para oponer menor resistencia a las avenidas y facilitar el desagüe, y por la frondosidad de sus orillas, divisándose, por último, allá a lo lejos, en la abrupta sierra, algunos viejos castillos como el de Manje, que nos hace evocar el recuerdo de los Aftasidas, famosos reyes de Badajoz.

M. A. Orti Belmonte.

Cinco mil maestros a cinco reales

Trabajo cuesta refrenar la ira cuando la causa que la produce permanece, cínica y desvergonzada, frente al irritado.

Ante esa actitud provocativa, unos cuantos hombres, muy españoles, se destacan valerosos de la masa del pueblo de Córdoba y en formas mesuradas, pero claras y terminantes, lanzan un requerimiento a la nación, pidiendo lo que hace falta.

¡Así se exponen los ideales cuando los que escuchan no entienden con parábolas!

En mi espíritu impresionable jamás produjo lectura alguna la honda emoción experimentada con el requerimiento de Córdoba.

Es un rayo de esperanza; un destello de la regeneración de un pueblo que, como el de España, se tambalea por el desacierto de los viejos legisladores.

Y reclaman sus derechos: hombres nuevos que no sean los que tienen a cinco mil maestros de escuela interinos en el más lastimoso de los estados, postergando a unos y obligando a otros a que acepten el sueldo de cinco reales diarios con la afrentosa amenaza de hacerles perder los derechos adquiridos al no decidirse a morir de hambre por esas míseras aldeas.

No quieren humillarse hasta el punto de besar la mano que aprieta el cuello de los educadores del pueblo.

¡Muy bien!, exclamarán conmigo esas cinco mil esqueléticas figuras que en su día serán gigantes de potente brazo.

Piden otros hombres que no sean esos a quienes sigue esa legión de caciques que se crecen, haciéndose dueños y señores de la nación, mientras que la virtud, el talento, la constancia y todo vivir honrado arrastran la más pesada y triste vida.

Quieren hombres de buena voluntad—que los hay—que arranquen la mala hierba del hermoso y fértil suelo que pisamos; hombres más humanos con los que luchan y trabajan persiguiendo nobles fines; hombres que den al César lo que al César pertenece; que, libres del odioso caciquismo, desciendan al corazón del pueblo que sufre víctima de funestas consecuencias y, tendiendo las manos generosos, le permitan el derecho de vivir.

Eso se quiere y a ello nos adherimos muchos españoles.

Probada la ineptitud de los gobernantes que fueron y son, ¿qué menos pueden hacer los hijos de España que decirles clara y sencillamente, sin bombas ni cañones, lo que en Córdoba razonadamente se ha dicho para España entera?

Convencido de que los firmantes del histórico documento son españoles de elevados pensamientos que se esfuerzan por apartar a la patria de peligrosos derroteros, yo me adhiero a ellos, aplaudo su energía, adoro su ideal y me afilío gustoso, besando la hermosa bandera, muy española, que tremolan con el entusiasmo de aquellos héroes que nos refiere la Historia.

Jesús Rodríguez Redondo.

El parcelamiento y el impuesto único

En el número anterior de esta revista, correspondiente al día 25 de Junio, he leído un artículo, muy bien escrito, titulado «Los riegos del Pantano del Guadalmellato», y acerca de él me voy a permitir la licencia de exponer mi modesta opinión.

Consigna el autor, entre otras apreciaciones, la de que «todas las clases sociales mejorarán cuando esté terminado el referido pantano, pero la división de la tierra en parcelas, conviene y enriquece más al terrateniente que al obrero, porque si la enajena lo hace por el valor que ha adquirido la tierra con el riego, que es de cinco o diez veces el que tenía de secano, y percibe por el arrendamiento rentas aumentadas en la misma proporción.»

Y más adelante dice: «Ya se preparan grandes empresas a comprar terrenos en la vega y alguna ya los compró en espera de la prosperidad que se avecina.»

Efectivamente: esas grandes empresas serán las que únicamente se beneficien sin riesgo ni trabajo personal alguno. No tendrán que hacer más que esperar tranquilas en su casa, que allí irá el capital a buscarlas.

Ese modo de adquirir riquezas es legal hoy y lo ha sido antes, pero... ¿lo será siempre? Ese modo de enriquecerse está garantido por las leyes actuales y sancionado por la costumbre y es jurídicamente legal, pero... ¿es justo?

Meditemos imparcialmente y sin apasionamiento. Hay cosas monstruosamente injustas que parece increíble que hayan pasado y pasen aún sin protesta, y esta cuestión de la propiedad de la tierra, tal como se encuentra hoy, y que es la causa única de que haya en el mundo criaturas multimillonarias y otras que no pueden aplacar el hambre, aunque trabajen desesperada y diariamente, hay que resolverla en justicia.

Los bien hallados con el actual estado de cosas, seguirán acumulando riquezas con la tranquilidad de conciencia del hombre justo que cumple con las leyes, pero tengan presente que el hombre que trabaja al sol y al agua o en una fábrica y no llega a satisfacer sus necesidades, no puede considerar este estado de cosas ni bueno ni justo ni razonable, y procurará continuamente derrocarlo por las buenas o por las malas. La doctrina georgista, fundamentada en un profundo estudio de lo que es la economía política adoptada en todos los países del mundo, pone de manifiesto que el acaparamiento de la tierra es la causa única del malestar social, porque esas enormes riquezas que se embolsan cuatro particulares, deben ser absorbidas por el Estado valiéndose de Ayuntamientos autónomos, para atender a los gastos de la nación, aboliendo todos los impuestos que pesan y agobian al trabajo en todas sus manifestaciones y aquel sistema resuelve este intrincado problema social estableciendo un impuesto único sobre el valor de la tierra desprovista de las mejoras creadas por el trabajo y el capital.

Estas mejoras son la verdadera propiedad del hombre.

Hoy estamos viendo en todas las clases sociales un deseo o aspiración de mejora y renovación. El cuerpo social, idéntico al cuerpo humano, sufre cuando un miembro de este cuerpo está enfermo.

Si una clase social, por su incultura e ignorancia sufre, todo el cuerpo social sufrirá, porque la ley de solidaridad universal es ineludible.

En Andalucía se nota ya un movimiento de protesta contra el latifundio, bastante ruidoso y pronunciado. Que los andaluces de Córdoba no fomenten en esas tieras reglables el minifundio, que es tan perjudicial como el latifundio, y que se fijen en esta cuestión de la tierra con el interés y cuidado que se requiere. La visión del final del cacique, que publica esta revista en la portada del número a que me refiero, debe preocupar seriamente al acaparador de tierras.

Esteban Beltràn.

Figuras conocidas.—Montilla, popular y admirable fotógrafo
Caricatura de Bernardo Ortiz.

Adhesiones al manifiesto de Córdoba

De París: don E. Paul Almarza, corresponsal de «El Mundo», de Madrid.—De San Sebastián de Guipúzcoa: don Félix Erviti.—De Irún: don A. Morillo y don Juan J. Gamón.

De Córdoba: don Fabián Ruiz Maya, abogado y farmacéutico; don Ramón Alfaro, médico; don Antonio Ortega Gómez, practicante; don José Medina Navajas, perito mercantil; don Cándido Jiménez, presidente de la Sociedad de Albañiles; don Fernando González Molina, litógrafo; don Luís Aguilar, cantero; don Joaquín Pastrana, dependiente de comercio; don Emilio Polvorosa, del comercio.

PELÍCULAS DEL NATURAL

LA TIERRA DEL FUEGO

¿Qué mortal y, especialmente si es andaluz de tierra adentro, no piensa en pasar una temporadita en esas elegantes o no elegantes playas del Norte o del Sur? La verdad es que el bello dictado de Tierra de María Santísima está bien para usarlo en los meses de Abril o Mayo y ante un ramillete de graciosas muchachas, pero cuando se sufre las caricias de Febo en los meses de riguroso verano, bien se podría llamar a nuestra región la Tierra del Fuego. Si algún cristiano cree que exageramos al llamarla así, que se dé unos paseítos Gran Capitán arriba o abajo, de doce a tres, que es cuando dicen que nuestro padre el Sol tiene peor genio, y ya verá cosa buena.

Si hay quien se decida, que no olvide encargar en su domicilio, antes de salir a la prueba, en qué plana de los periódicos locales se le ha de publicar la esquela de defunción, y que advierta que es suscriptor del rotativo que designe en su última hora, para que rebajen el diez por ciento, ventaja que obtiene la familia doliente.

Unicamente de noche, en los paseos y al lado de un puesto de agua, se puede respirar algo; pero, en cambio, lector, tiene usted que sufrir, sin más remedio, porque de lo contrario se queda sin silla para toda la velada, conversaciones como la que vamos a tener el gusto de transcribir.

La municipal banda ejecuta una danza cipaya muy de moda en este siglo de la guerra, mientras dialogan las de Lingote y las de Tornillete:

—Esto es insoportable, señora,—decía la de Lingote.—Otros años ni ha hecho tanto calor ni han ocupado todo el paseo las mesas de los cafés. ¡Cuidado con haber llegado hoy a 40 grados *bajo cero!*

—Mamá, mamá,—interrumpe un chico vestido de marinerito.—Es sobre cero. ¿No recuerdas que el novio de Petrina discutió con papá porque también decía bajo cero, el día de San Juan, cuando se asfixiaron las gallinas?

—Te prohibo que vuelvas a hacer observaciones desatinadas a mamá, —advirtió la señora, mal humorada.

—Pues sí, señora,—continuó la de Lingote.—Este calor creo que lo trae la guerra. No sé si podremos resistir la tentación de pasar unos días en la playa de Sevilla, porque es que me encanta aquella playa.

—Mamá, mamá,—grita otra vez el niño;—que en Sevilla no hay playa. Será en Cádiz.

—¿Cómo es eso?—preguntó la mamá.—Yo he leído en un periódico «La playa sevillana».

—Sí—contestó el chico—pero debajo de ese rótulo había otro que decía: «Pescadería moderna, Sierpes, 6.»

—¡Ah!—exclamó la señora.—Eso habrá sido. ¡Las cosas que va aprendiendo la juventud!

—¡Qué bien se está, señora mía, recibiendo los halagos del mar!—prosiguió la de Lingote.—No tendremos más remedio que decidirnos al viaje, aunque haya necesidad de hacer gastos extraordinarios. Afortunadamente, amiga mía, no tenemos quien nos pida cuentas.

—Mamá, mamá—nueva interrupción del niñito.—Que te está oyendo el cobrador del gas y el hijo de la del carbón, que es vendedor de agua en el paseo.

—¿Qué dice el niño?—preguntó extrañada de tan continua interrupción la de Tornillete.

—Nada, señora—respondió bastante turbada la de Lingote.—Que como estos niños de ahora, hombres del mañana, tienen que estudiar de todo, me decía que había empezado el conflicto del carbón. ¡Qué le parece a usted!

—Que no, mamá—añade el pequeño marino.—Te dije que no hablaras nada de cuentas, que te escuchaba el hijo de la del carbón.

—Hijo mío, estás inaguantable—contestó la mamá.—No vuelves más a salir conmigo, porque me pones muy nerviosa. Estos niños de ahora son insoportables. Vamos para casa.

Buenas noches, señora. Reconózcame como a una verdadera amiga: Braulia Lingote Pesado de...

—Mamá, mamá—grita otra vez el chico.—Aligera, que viene el de las sillas!...

Francisco Quesada.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

DE LA VIDA LOCAL

El nombramiento del nuevo alcalde de Córdoba significa, sencillamente, el premio a la adtividad en el trabajo y un notorio deseo de variar las costumbres políticas, puesto que el señor Carrillo Pérez ha sido hasta ahora la menor cantidad posible de político y la mayor de comerciante. Por ser también presidente de la Federación Gremial tiene una representación social importante, de la que carecen los que sólo representan la política profesional.

El actual alcalde comienza la época de su mando bajo los mejores auspicios, pues no inspira la prevención que se va teniendo a los viejos políticos, y si, compenetrado con el espíritu reinante, orienta su gestión hacía el saneamiento de la administración municipal, suprimiendo sueldos y empleados innecesarios, alquileres de edificios sin aplicación a los servicios municipales y a la vez aplica tales economías y los recursos ordinarios del presupuesto municipal al arreglo de las vías urbanas, el saneamiento de las rondas y la conservación de los edificios y monumentos del municipio, tendrá el apoyo popular y el éxito más verdadero.

Si, como es de esperar, el señor Carrillo Pérez, consecuente con sus antecedentes de propagandista de las mejoras de las comunicaciones, prosigue su campaña y en tiempo breve consigue la inauguración de los trabajos de la Casa de Correos y de otras obras públicas no menos importantes, ofrecidas por los Poderes del Estado, y toda la actividad y eficacia de su trabajo las dirige al solo fin de las mejoras de Córdoba, apartándose por completo de las luchas políticas y dejando en su día que el pueblo elija libremente sus ediles, sabrá ser digno alcalde de Córdoba y obtendrá con ello la más alta estimación de la opinión pública.

Pero si se deja guiar por las costumbres rutinarias de la vieja política y alternan en su gestión muñidores electorales y arribistas políticos, con sus insanas pretensiones todo será perturbado por estos, y los buenos propósitos quedarán sin eficacia. En este caso será probable que Córdoba, algo alarmada por la continuidad de los viejos procedimientos, proteste contra ello y condene la gestión del alcalde responsable que, como otros, no supo o no pudo apartarse de los viejos moldes. Córdoba está en vísperas de creciente y rápida prosperidad; nuevas industrias van a desarrollarse y Córdoba será gran capital entre las de primer orden. Y ya que está cambiando la faz de su riqueza, menester es también que cambien las formas de su política local y los moldes de sus costumbres públicas.

El Ayuntamiento ha de llevar la dirección de esta transformación que todos deseamos y que muchos apoyaremos decididamente.

Señor Alcalde: a comenzar la nueva fase y a trabajar sin desmayos. El tiempo va a ser corto.

Xª

Cuando las fuerzas del progreso, en un sitio cualquiera se ponen en ebullición, inutilmente se pretenderá sofocar sus efectos. Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal.

La previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está prohibido publicar:

1.º Contra las insstituciones.

2.º La disciplina militar.

3.º Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.º Sobre acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.º Referente a movimiento de tropas o de buques nacionales o extranjeros.

6.º Noticias sobre exportación a países beligerantes.

7.º Noticias o comentarios sobre huelgas.

8.º Ni publicar manifiesto alguno.

9.º Comentarios o juicios sobre operaciones de la guerra.

10. Juicios ni comentarios sobre la actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Nada contrario a los soberanos o jefes de Estado extranjeros.

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.

Metamorfosis cuotidianas

¿In vino veritas?

De raro en raro turbo la monotonía de mis soledades y, cuasi nostálgico, me hundo a caza de emociones en una taberna o en un casino, remansos sociales a los que afluyen los más heterogéneos tipos: desde los que a fuer de «merecimientos» incrustaron sus nombres en la hez de la estirpe hasta los que inscribieron los suyos en el elenco de los pueblerinos ilustres...

El otro día estuve en un casino; fué uno de esos raros que quiebran la mansedumbre monorrítmica de mis soledades. Me tumbé en un diván y, por no continuar solo, pedí una copa de vino, que me llevaron enseguida.

Cercá de mí, una botella jerezana se levantaba en medio de una mesa que circuían cuatro jóvenes famélicos embutidos en trajes de color dudosa. Tras de aquella botella escanciaron otra y otra y otra.

Y cuando sus párpados, más por el peso del alcohol que por el de la reflexión, se entornaban con languidez de volares de chamariz en celo, comenzaron a hablar lenta, pausada e interminablemente:

—Don Fulano hizo un mohín de desprecio a la vergüenza en los dinteles de su juventud, si es que alguna vez transportó tan pesado impedimenta. Hace cinco años, era un innominado, vulgar, oscuro; uno de esos hombres egoístas que con sólita frecuencia dejan de ser hombres para continuar siendo egoístas, miserables. Pero... ¡qué diferencia de entonces a hoy! ¡Qué diferencia de cuando lo suponían honrado y sin dinero, a cuando se supo que era rico, pero no honrado! Entonces casi nadie lo conocía; eran muy pocos sus amigos, pacos más los que lo saludaban; hoy es popular su nombre; son muchos los que se llaman amigos suyos, son más los que lo saludan... no son pocos los que ante él se deshacen en zalemas. ¡Nadie, nadie le arroja al rostro la mueca de su desprecio!

Así hablaba uno de los bebedores mientras los compañeras inclinaban hacia el pecho la cabeza, asintiendo. Después habló el otro, y el otro, todos, y al igual que el primero, historiaron con terquedades de hacha y cúmulo de pruebas las concupiscencias de Don Fulano...

Yo, con los ojos a todo abrir, continué mirando la copa mía, segunda de la probable serie.

. . . .

Cinco días después, sin más compañía que mis pensamientos y mis tristezas, caminaba yo en derechura de mi casa. Aún no había podido sustraer a mi memoria el báquico charloteo de aquel día, a mi imaginación la mirada túrbida de los cuatro jóvenes...

Súbito, a mi espalda, una voz no olvidada, terminó:

—Ya lo sabe usted, caballero; puede disponer de mí como y cuando quiera, incondicionalmente, francamente.

Y añadió:

—Me honraría llamarme amigo suyo.

—Empieza usted a serlo—insinuó el caballero.

Y sonó un «muchas gracias», con dejos de plañido.

Volví la cara y la volví a tiempo: don Fulano y uno de aquellos cuatro jóvenes se despedían cortesmente, con muchos brindamientos de casa y servicios.

¡Asquerosa metamórfosis!

La mueca del desprecio se había transformado en un fuerte acoplamiento de manos.

M. Continente.

LOS DOS SONETOS

—:—

Un joven enamorado
quiso en verso dar sus días
a su bella Rosalía
de la que estaba prendado.
Hízolo así en dos sonetos,
pero antes de decidir
cuál le había de remitir
—A vos, señor, los someto,
dijo a un poeta notable,
y fío a su competencia
que señalará en conciencia
cuál es el más aceptable.
Tomó uno de los dos
y acabada su lectura,
—Mande el otro a su futura
le dijo, por bien de vos.
¿Pero no ha de merecer
que atención también le preste?
No, porque más malo que este
el otro no puede ser.

A. Vàzquez Velasco.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

La defensa de los insectívoros

Por ser asunto de actualidad, creo oportuno insistir, aunque alguien pueda considerarse molestado, en la campaña de Prensa que he venido realizando en defensa de los pájaros insectívoros, cuestión en la que todos, absolutamente todos los hombres de buen corazón y recto criterio debieran aportar su grano de arena. Todos debemos defender a los pájaros y especialmente a los insectívoros.

Ocurre que en plena época de veda se vende en el mercado toda clase de pájaros muertos y vivos. Ya se venden mochuelos grandes y chicos, que en esta época del año sirven de añagaza para cazar con liga muchos pájaros insectívoros, entre otros el más valiente entre los valientes, al alcaudón o tocado, el que sólo se alimenta con la cabeza y coraza de la langosta o cigarrón, consumiendo enorme cantidad de coleópteros. En este tiempo, en plena cría de sus polluelos, apenas ve al mochuelo que, como toda ave nocturna, mata y destroza nido y cría, le ataca a picotazos, y de esta acometividad se aprovecha el pajaritero para cazar a los beneficiosos alcaudones.

La carne de estos pájaros es de mal sabor y peor olor y, sin embargo, se venden en el mercado como si fuesen gorriones.

También acometen al mochuelo los ruiseñores, abubillas o cuclillos, los reyezuelos y, en general, todas las aves insectívoras.

Otro modo de cazar los pájaros en este tiempo es por medio de perchas y lazos que son colocados en las alamedas y sotos, en los tarajes que se crían a orillas del Guadalquivir, donde, además de los cazadores de oficio, ponen estas artimañas los ganaderos, quienes, mientras sestea el ganado encomendado a su custodia, se entretienen en poner las armadas, donde ahorcan a todos los pájaros que allí acuden a resguardarse de los rayos del sol y, cuando llega Septiembre, no se ve uno ni para muestra.

Asimismo en los aguaderos también ponen liga; pero este año este procedimiento es casi nulo, por haber mucha agua en arroyos y regatos y ser difícil ver cuál es la querencia de los pájaros para beber.

Mas en las alamedas y sotos seguirá la carnicería de todos los años, pues como hoy los dueños de estos terrenos no dejan los tres metros de paso por la ribera a que les obliga el artículo 563 del Código, a las autoridades, así a pie como a caballo, les es imposible sorprender a estos malos cazadores, pues mientras aquellos dan la vuelta para entrar por camino o vereda practicable, estos tienen tiempo de escurrir el bulto y eludir la penalidad, bien que en todo caso pueden destruir los alares, perchas y lazos, pero, como esto es barato y fácil, procuran la materia prima para fabricarlo, en dos o tres días están otra vez los lazos puestos y en mayor número que la primera vez.

Que esto es un hecho, se puede demostrar con sólo andar un par de kilómetros río arriba o río abajo.

Y por hoy, no va más.

Central 16.

Gracia Muñoz, joven y simpática artista cordobesa que consiguió últimamente un señalado triunfo en el Teatro Circo del Gran Capitán.

CÓRDOBA EVOCADORA

La plazuela de los Dolores

La gloriosa ciudad sultana es, indiscutiblemente, la más evocadora de todas las poblaciones españolas.

Pozo inagotable para los que en ella buscan inspiración, bien merece las admiraciones de los que hemos consagrado al arte todos nuestros entusiasmos de juventud, hilando ensueños de gloria que acaso tengan cristalización cuando la muerte nos acaricie.

Es inolvidable para mí la emoción que experimenté la primera vez que ví la plazuela de los Dolores.

Fué una admirable ocurrencia del celebrado pintor Julio Romero de Torres la de llevarnos a aquel sitio maravilloso cuando fueran las altas horas de la noche, en esos instantes en que todo es paz, y el amor es más amor y la poesía tiene un encantable velo de misterio.

Era una madrugada del pasado Otoño. Con la neblina, en aquella hora de silencio, el Cristo de los Dolores, débilmente alumbrado por los farolillos de la reducida plaza, en la cual no repercutían nuestros pasos porque pisábamos sobre la alfombra que pone allí la hierba, nos dió una suprema sensación de piedad infinita, de inmenso amor, de sublimidades que se alejaban de lo terrenal.

Creo que nos quitamos el sombrero ante aquella cruz donde se muestra la perversidad de los hombres. Y creo también que alguno de nosotros se arrodilló junto al humilde Cristo para hacerle la confesión de sus angustias, en aquel supremo instante de silencio en que todo era férvida admiración.

No lo olvido nunca, ni tampoco lo olvidarán los amigos que me acompañaban: fué una gran emoción, buena, reparadora, de bálsamo para las heridas mundanas, la que nos donó el amadísimo Cristo de la popular plazuela. Por eso siempre que hallo ocasión recomiendo a los necesitados de sensaciones que inspiren y pongan en alto el espíritu y nos den fuerza para seguir luchando, que visiten esa silenciosa plazuela de la Córdoba gloriosa, que es manantial para los artistas y sabe curar heridas mundanales.

Leocadio Martín Ruiz.

Alma andaluza e ideal andaluz

IX

Ya, apenas se inició la imagen del Regionalismo, fueron las primeras voces de los que a nueva vida traían la fórmula renovadora de Andalucía—herida el alma por el espectro desgarrador y trágico de fórmulas análogas—, anunciadoras de paz y de concordia. «Patria y Región». Y a contribución fueron puestos teatros, obras, pensamientos, ideas, citas, organizaciones de Estados, fórmulas, en fin, que concertaran el ideal de la región con el de la patria indivisiblemente querida. Y la enunciación del lema de «Andalucía para sí, para España y para la humanidad», fué un *eureka* triunfal que brotó jubiloso y enardecido del corazón de los andaluces. Y en el seno más cálido y amoroso de su intelecto se reflejaron con imborrable persistencia las fórmulas salvadoras del porvenir nacional: federación, iberismo. La prodigalidad andaluza, manifestada ya en los anhelos expresados en su lema, daba sus frutos. Y con ellos, el alma reposa en el grato consuelo de su porvenir patriarcal y grandioso.

Y fué luego, satisfecha la conciencia en las actuaciones de sus primeros impulsos, una ojeada al propio cuerpo, llagado y mísero. Y al unánime clamor vindicador de redención y gloria, contestaron voces luminosamente divinas: «La tierra andaluza para el campesino andaluz». Y con la fe de los iluminados y videntes, los que ya en campos de Ronda sostuvieron un primer paso honroso de acción admirable, armaron la nueva cruzada de la conquista de la tierra y por bandera tremolaron el Ideal andaluz. Y, parodiando al profeta de San Francisco, proclamaron «¡Tierra e ideal!»

Y así fué cómo la maravillosa doctrina fisiocrática, ofició como dedo providencialmente divino, que mostró a los andaluces la ruta luminosa, llena de fe y de vida, de su porvenir. Y al final de ella colocó el sagrado misterio de la encarnación del alma en la tierra. Y así, cuando la tierra de su región sea de los andaluces, al encontrar los intérpretes del sentir de su alma, ella volverá a hablar cálidamente, armoniosamente. Y su voz superará las ancestrales, porque los portadores de su sentir son ahora sus hijos legítimos, los hijos de la tierra. Los que operaron el providencial milagro de la reconstitución del alma de la región. Los que prendieron la pira de cuyas cenizas nacerá, radiante y puro, el fénix bético inmortal.

Epílogo de esperanza

Alma de Andalucía, la que elevaste tu idealidad a la pureza de Sierra Nevada y a la fortaleza de Sierra Morena, la que viste reflejar la limpia claridad de tu ideario en la undosa trasparencia del Guadalquivir y del Genil cristalinos, la que fuíste ungida por las Gracias de Grecia, por el sereno estoicismo de Roma y por la sabiduría de Oriente; alma de Andalucía, no te dejes arrullar por el curso cantarino de tus ríos, que te embriagan y adormecen.

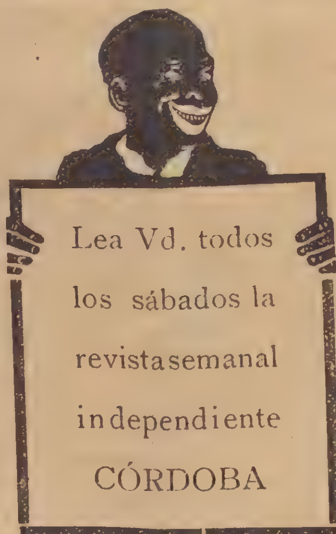
Mírate, antes bien, en ellas, buscando la vibración más honda de tu retina, y, contra corriente, remonta aguas arriba, inquisidora, esperanzada, ilusionada, triunfal; y río arriba, río arriba, llegarás a la falda de tus montañas, a la vertiente de la altura donde se posa tu ideal; y buscando siempre, aguas arriba, llegarás a la fresca quebrada de donde brota la fontana pura—la que luego es arroyo y más luego torrente y río;—y de la linfa clara, que nace virginal y bulliciosa, bebe ávidamente, ansiosamente, aplacadoramente, que la linfa, nace en la entraña de la tierra, en el corazón del monte, en el seno de la altura; y proviene de aquella blanca e inmaculada nieve, que apenas roza el cielo, coronadora de la cima; y por venir de la altura y nacer en el seno de la sierra, es ella la fuente del ideal, «la fuente de la vida».

Y nítrida y reconfortada con su virginal frescura, vuelve al llano, que ya tu cuerpo no será arrastrado por la corriente impetuosa de los ríos, «que van a dar en la mar... que es el morir».

—

Que el armónico florecimiento de estas hojas—rosa de mi ideario—sea en su perfume la ofrenda sagrada a la fuerte rama florecida.—A mis padres.

Rafael Castejón.



CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 cts.

El verdadero intervencionismo.—Los elementos nuevos impulsando a la Patria a la intervención... ¡en España misma!

Dibujo al lápiz, por Alfonso del Rosal.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 14 de Julio de 1917 | NÚM. 48

La previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está prohibida la publicación de noticias y comentarios relativos a

1.° Las instituciones fundamentales.

2.° La disciplina militar.

3.° Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.° Acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.° Movimiento de tropas o de buques nacionales o extranjeros.

6.° Exportación a países beligerantes.

7.° Huelgas y reuniones públicas.

8.° Manifiestos y proclamas.

9.° Las operaciones de la guerra.

10. La actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Los soberanos o jefes de Estado extranjeros.

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.

EL PANTANO DEL GUADALMELLATO

BASE DE LA TRANSFORMACION DE CÓRDOBA

Inútil sería pretender ahora demostrar la capitalísima importancia que encierra para el porvenir de Córdoba la pronta terminación del pantano del Guadalmellato, pues es de sentido común, está en la conciencia de todos el paso de gigante

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

que representaría en nuestro progreso agrícola el poder llevar a feliz término, en un plazo relativamente breve, la obra de que se trata.

Pero lo que tal vez no se alcance a muchos es que el pantano del Guadalmellato es la llave, la piedra fundamental, de todos los problemas afectos al saneamiento e higienización de nuestra capital, sin cuya solución difícilmente podrían abordarse los otros que pudiéramos llamar secundarios.

Querer transformar a Córdoba, poniéndola al nivel de los pueblos más adelantados en materia sanitaria, sin disponer del caudal de agua suficiente a estos menesteres, es soñar el mayor de los absurdos; y como este caudal de agua sólo puede darlo el pantano del Guadalmellato en condiciones inmensamente más favorables que cualquier otro proyecto que se intentara, ved aquí con cuánta razón se le puede llamar, sin incurrir en hipérbole, base de toda nuestra transformación y progreso urbanos y fuente indudable de salud y de vida.

De modo que el pantano del Guadalmellato, que en otra población cualquiera quedaría circunscrito a procurar sólo beneficios de carácter agrícola, en Córdoba abarca otro extremo, si cabe de más vital importancia, puesto que se refiere a la vida y salud de los ciudadanos.

En efecto, según los aforos técnicos, el pantano, no sólo daría agua para el alcantarillado y los riegos, sino para el consumo personal, dada su perfecta potabilidad. El problema de la traída de aguas tiene que realizarse simultánea o anteriormente al del alcantarillado, pues una alcantarilla sin agua abundante sería un foco de infección mayor que el actual pozo negro. Los actuales veneros de que se surte la población, no responderían seguramente a estas necesidades, por lo menos en la época del estiaje, que es cuando la alcantarilla necesita más agua por la carencia de la de lluvia; de suerte que por muchos estudios que se hagan del asunto y por muchos proyectos que se quiera presentar desligados del pantano del Guadalmellato, resultarán siempre más costosos y quizá de menos eficacia.

He aquí por qué el pueblo de Córdoba, haciéndose cargo de la importancia que para su porvenir agrícola y urbano encierra esta mejora, marchó a Madrid en comisión nutridísima de sus representantes, pidiendo y habiendo conseguido felizmente

que las obras del pantano no se interrumpan, pues ello sería la injusticia mayor que con Córdoba pudiera cometerse. La opinión, la voluntad de Córdoba ha triunfado sobre todos los maquiavelismos políticos que amenazaban echar por tierra esta magna obra de nuestro mejoramiento; y bueno es que aprendamos esta lección de sano civismo para todas aquellas ocasiones en que sea preciso hacer soberana ostentación de nuestra voluntad ciudadana, siempre que, como ahora, vaya acompañada de toda la fuerza de la razón y del peso avasallador de la justicia.

Antonio Ramírez.

CONFIDENCIAL

La inocencia de tu alma
en tus ojos se refleja;
en tus ojos, como el cielo.
¡Oh, qué alegres juguetean
con el alma que te adora,
con el alma del poeta
que te brinda sus canciones.
sus canciones suspirantes,
esperando una sonrisa,
aguardando una promesa...!

. . . .

Yo quisiera que mis versos
fuesen cual la brisa fresca,
para acariciar con ellos
tu frente, y decirte mientras
muchas cosas al oído,
muchas cosas que no sabes
lo que yo sufro con ellas...
¿Tú escuchaste del jilguero enamo-(rado
las quiméricas endechas?
Y del viento que se filtra
por entre las verdes hojas de los ár-(boles,
¿no has oído las nocturnas
incoherentes cantinelas?
¿Tú no entiendes mis suspiros?
¿Tú no comprendes mis penas?

. . . .

¡Oh, tus ojos!
¡Qué tranquilos juguetean
con el alma que te adora,
con el alma del poeta
que te brinda sus canciones,
sus canciones suspirantes,
esperando una sonrisa,
aguardando una promesa!

Antonio Arévalo.

Todos los dependientes y empleados de Comercio deben leer y propagar La Cultura Mercantil, *periódico quincenal editado por la Unión de Dependientes de Córdoba y su provincia. Se reparte gratuitamente.*

EL CÍCLOPE MODERNO

IMPRESIÓN

Bajo espaciosa nave que cubre robusta armadura de madera, descansan los complicados mecanismos de la fábrica.

Bronce, hierro y acero en estudiada consorcio son titanes que se aprestan a demostrar su hercúleo poder, sus soberanas energías, prontas y rápidas cual las de gladiador romano.

En sus pesadas moles y en sus geométricas formas se traduce la fuerza que son capaces de ejercer, respirando el conjunto la robusta elegancia del fuerte, del poderoso.

Su tranquilidad es regia; la actitud de cada una de las partes que integran el total es precisa, no puede ser otra, es sola y única y en su inacción no hay las líneas oblicuas del agotado o del endeble. No se mueve porque no se lo piden; disfruta un descanso que le dieron, pero que no exigió.

La luz, chocando en las brillantes superficies del mecanismo, rebota sin cesar de unas en otras, haciendo mil cambiantes de irisados tonos en los muros de la nave.

Es mucho más hermoso, es mucho más gallardo el cíclope moderno que el mitológico.

—

Llaves que se abren, resortes que se cierran, palancas en las que el hombre actúa por un instante solo, lanzan las pesadas masas metálicas al movimiento previsto, a la traslación deseada.

No es el movimiente rápido y desorientado del loco o del irracional; es pausado, se acelera proporcionalmente, es el tanteo de energías que hace el consciente, el que de antemano sabe la importancia de lo que le exigen.

Segura de sí, lánzase ansiosa a la labor y de entre sus entrañas salta algo brillante, algo que hiere intensamente la retina, que deslumbra, que ciega; es la chispa eléctrica, es el sutil fluído elaborado por el fornido titán con delicadeza femenina.

Trabaja y produce y sus metálicos músculos, siguiendo las estútudiadas trayectorias, integran la finalidad del conjunto.

Es mucho más hermoso, es mucho más gallardo el cíclope moderno que el mitológico.

M. Espejo Saavedra.

LA LANGOSTA

Y EL EGOISMO DE LAS CLASES SOCIALES

La mayor culpa de la plaga de la langosta la tienen, más que los propietarios y las autoridades encargadas de hacer cumplir la ley—con no ser poca la de todos,—la ley misma, por lo arcaica, lo absurda y lo hipócrita; porque es incomprensible y contradictoria en sus preceptos; porque pugna con la realidad en su aplicación, y porque su autor quiso hacer un alarde de radicalismo socialista, pero cuidó muy mucho de poner a salvo los intereses de la plutocracia ganadera, rebelde a su cumplimiento, y crear a la vez otra arma política y caciquil, como si fueran ya pocos los resortes que manejan los organismos del Estado para favorecer a los influyentes y para castigar a quien les convenga.

Con leyes de este jaez, ¿qué propietario se va a esforzar a roturar sus terrenos de pastizales, ni qué miedo pueden tener a las sanciones de la ley?

Así se explica que los Perales, los Borno, los Sevillano, los Balmaseda, los Fernández Daza y otros grandes propietarios de dehesas acortezadas de tiempo inmemorial que existen en varias regiones de Extremadura, y particularmente en la llamada Serena, no roturen ni permiten roturar sus extensos latifundios porque, amparados *en la carencia de medios para ello*, saben que ni la Junta lo hará a su costa, ni nadie les podrá exigir el daño que cause la langosta avivada en sus fincas, ya que de esto nada habla la ley, y que, cuando más, la sanción que les espera es la multa, para la que puede proponerlos la Junta local, *si quiere* hacerlo, y si luego, después de impuesta por el Consejo provincial de Fomento, no se digna éste condonarla.

Ahora bien: ¿a qué clase de medios se refiere la ley cuando dice «si cuenta con medios para ello»? ¿Se refiere tal vez a los medios del peculio propio del propietario? Yo creo que no, porque esto sería más que pregrino. Se refiere, a mi juicio, a los medios que le preste la Junta local de Plagas, tales como insecticidas, chapas de zinc, regaderas, etc.; y cuando más, le exige que él ponga de su cuenta los jornales, porque la ley dice que, contando con medios para ello, debe realizar la extinción por su cuenta; pero, a mi juicio, ni aun eso. Porque como la penalidad no es que la Junta lo haga a su costa en la langosta y en la filoxera, aunque sí en las demás plagas, es lógico que, como las Juntas no pueden tener medios con el simple 2 por 100 sobre la riqueza imponible rústica y sobre la industrial, está claro que el propietario de esos latifundios de pastos se abstiene de hacer nada, porque sabe que las Juntas no le han de dar esos *elásticos medios*, y porque en casos de intensidad de la plaga les saldría más barata la multa, caso de que se la impongan y caso de que luego se la cobren, que las yuntas y los jornales que invertir pudiera en destruir la plaga en las dos campañas de invierno y de primavera. Brindo al exministro señor Alba este caso de egoísmo de sus excomulgados latifundistas.

Justo es que en los terrenos pizarrosos e irroturables, inservibles para todo cultivo, de los que

El diputado a Cortes por Lucena don Martín Rosales Martel, duque de Almodóvar del Valle, ilustre cordobés que durante su actuación en el Ministerio de Fomento allanó patrióticamente las circunstancias que dificultaban la aprobación de los proyectos del pantano del Guadalmellato, los que en definitiva han sido sancionados por su sucesor en aquel departamento, el vizconde de Eza, prestigioso agricultor y publicista.

a veces hay grandes extensiones en poder de un propietario, se exima a éste del deber de roturar ni de exterminar el mosquito en el período de primavera, porque tal deber no podría cumplirlo el propietario, ni con el valor total de la finca. Absurdo y lesivo y draconiano sería también obligarlo en este caso a recoger a mano el germen en estado de canuto; porque habría hectárea que costaría miles de duros el poder expurgarla de dicho germen. Y, a mi juicio, en este caso la ley debía ser benigna con el desgraciado propietario y no condenarlo a la miseria en beneficio del bien común, teniendo en cuenta aquel aforismo jurídico del derecho romano que dice: *Sumum jus, sumum juria.*

Este caso debe ser calificado por la ley como caso fortuíto, a juicio de la Junta, con la inspección sobre el terreno del servicio agronómico. Y reservárselo el Estado para su resolución, si pudiera, que lo dudo, como no podría atajar las aguas de un río desbordado.

Pero de librar al propietario de responsabilidad en tales casos a no obligarlos a roturar los terrenos que son roturables, más que con la amenaza de una multa condenable por el mismo que se la impuso, hay un abismo. Y como si no los rotura el propietario, es imposible que las juntas lo hagan, porque no tienen dinero para pagar las yuntas, y los dueños de éstas se niegan a la prestación personal, temerosos de que no les paguen, y el alcalde no los obliga por la vía de apremio, ni el presidente de la Junta puede obligarlos por sí, porque carece de jurisdicción; ni el gobernador aprieta al alcalde para que apremie a los yunteros, ni a los vecinos obligados a la prestación personal con sus brazos, ni nadie, en fin, hace nada, porque este es un país desconcertado y regido por retóricos, profanos a la vida de la producción; resulta, en definitiva, que ni se cumple la ley de plagas, si fuera cumplible, ni la de policía, sanitaria, ni la de subsistencias, ni ninguna otra encaminada al bien social, aunque se cumplan con exceso las leyes fiscales y los reglamentos recaudatorios para arruinar al productor de la riqueza en beneficio del erario, que además de no perdonar un sólo céntimo en estos casos de plagas, ampara a sus agentes recaudadores, revistiéndolos de una coraza de inmunidad por sus abusos y sus sacaliñas, contra las querellas de los ciudadanos atropellados que pudieran entablar ante sus superiores gerárgicos.

En esto de la recaudación, sí: en esto resplandece el principio de autoridad y está bien montado el mecanismo administrativo, aunque se premie a los agentes de la Hacienda con esa coraza de inmunidad en sus exacciones ilegales, especie de gajes que el fisco les concede, sin perjuicio de su deber de respetar a los influyentes—que no son por cierto los más preclaros ni los de mayor civismo—para que se cobren de su incondicional disciplina y obediencia a los magnos caciques de las alturas.

La mayoría de estos hombres son probos y buenos, aunque no sirvan para entender de todo y legislar sobre cosas para ellos desconocidas, pero los mediocres que les ayudan a sostenerse en sus pedestales, son los verdaderos corruptores de la disciplina social, guiados por sus instintos dominadores y egoístas.

Pero volviendo al tema de la ley de plagas, diré:

1.° Que si el Estado quiere hacer responsable al propietario de la extinción de la langosta que ahueve o que avive en sus fincas, debe en primer término reformar esa ley absurda, distinguiendo la culpa o negligencia del mismo, del caso fortuíto e irremediable, como el ejemplo que antes expuse de los terrenos pizarrosos, donde no se puede arar ni escarificar; donde la destrucción por el azadón y por la recogida a mano del canuto sería la ruína del propietario. Y donde un Estado tan anémico y tan falto de recursos como el nuestro, sería incapaz de destruir dicho germen, sin que por esto se deba hacer responsable a un propietario, como no debe hacérsele del huracán que, pasando por su finca, devasta después la de su vecino.

2.° Que en los terrenos roturables, por tener capa laborable suficiente, es justo que se obligue al propietario a roturar. Pero no con la simple sanción de una multa condonable; sino autorizando a la Junta para que se incaute provisionalmente de las fincas de los rebeldes o morosos y pueda roturarla a expensas de ellos o arrendarlas para el cultivo cereal a los pegujaleros de la región, a más alto o más bajo precio, cuyas rentas serán destinadas a fondo de reserva para atender los gastos de extinción de años sucesivos, depositándolas al efecto en el Banco de España.

3.° Que el impuesto de plagas se eleve, si es precise, a mayor tanto por ciento que el dos sobre la riqueza rústica y sobre la industrial, que es el que autoriza la ley, porque con eso no hay para principiar; y que este impuesto sea permanente todos los años Y que en aquellos que no existan plagas, se depositen también en el Banco de España esos fondos, después de haber remitido a la provincia el tanto por ciento que hoy se exige.

4.° Que la cobranza del impuesto de plagas se realice por los recaudadores de la territorial e industrial, cargándolo sobre los talones de la misma, como se hace con otros recargos, y no se le imponga a la Junta el deber de cobrarlos, ni al juez municipal de cada pueblo, porque esto es absurdo e impracticable; y que al hacer la entrega los recaudadores de los fondos en la Administración de Hacienda, ésta separe lo correspondiente al impuesto de plagas de cada pueblo y se lo entregue al Comisario regio de la provincia, para que éste, a su vez, lo deposite en el Banco de España a nombre de las respectivas Juntas locales, para que con estos ahorros depositados en esa hucha, puedan las Juntas atender en los años insólitos de las plagas a su completa extirpación, sin perjuicio de exigir a los propietarios de terrenos *roturables* los gastos que ella haga por su rebeldía, por su culpa o por su negligencia, o arrendar los terrenos, como dige antes.

Tales como estas enmiendas, que mi humilde criterio me sugiere. podría decir otras mil que necesita la ley, si ha de ser práctica y eficaz y no la burla de todos, como hoy ocurre.

Fernando Llera.

NIDOS Y POLLUELOS

Desde el día primero de Julio se puede cazar conejos, bajo ciertas condiciones y con limitaciones determinadas. Á propósito de ello, voy a dirigir un ruego a quienes afortunadamente puedan oir el latido de sus podencos en nuestra hermosa Sierra, al amanecer de un día de verano.

Este año, la perdiz ha criade con más de un mes de retraso y las polladas no tienen todavía condiciones de defensa; pequeñas como cogujadas o menos en algunas camadas, fácilmente caen en la boca del pachón o podenco que, yendo a la caza de conejos, las levante al paso. Creo que el cazador que no sea matarife o carnicero, pondrá de su parte cuanto pueda para evitar la destrucción de los nidos de perdiz que encuentre en su camino.

¿Qué aficionado no habrá visto en el verano a su perro *señalar* pluma y, al quedarse de muestra, arrancar una pájara, de una manera tan especial que parece que no puede volar, y dar luego vueltas completas en el aire? De seguro que habrá alzado la escopeta que irreflexivamente habría enfilado a la perdiz; habrá llamado al perro y, a la sombra de una encina o cualquier mata de monte, habrá esperado a que la banda se una y transponga lejos, muy lejos, cosa que efectúa en cinco minmtos, dada la velocidad de su marcha. Lo mismo sucede a la codorniz.

Dado que el conejo se guarece en las rozas de la sierra y vega, al cazarlo en los rastrojos, rara es la vez en que no se levanta un par o dos de perdices con sus crías, más pequeñas aún que la de perdiz, aunque con la misma o semejante pluma. ¿Quién se atreverá a disparar entonces?

La antigua ley de caza permitía la de esta ave con reclamo y red, puesto que sólo se coge los machos viejos, y creo que tenía razón. Hoy únicamente se permite desde el primero de Agosto y con escopeta y en este mes no sólo están aun pequeños los polluelos, sino que hay nidos en huevos y se hallan muy menudos los de la segunda cría.

Yo espero de los buenos aficionados que respeten estas aves, cuando yendo a caza de conejos, las levanten sus perros, y les pido aún más: que prohiban o denuncien en sus fincas, propias o arrendadas, donde puedan cazar, que los segadores cojan y enjaulen diariamente los polluelos que cogen—y que no son pocos—puesto que, además de causarse con ello un daño irremediable, raramente obtienen algún beneficio, porque los polluelos son muy difíciles de criar prisioneros: parece que la libertad les alimenta más que los insectos, que es la única comida que reciben en sus primeros meses.

¿Será escuchado mi ruego?

Central 16.

Figuras típicas.—El pajaritero, hombre de ocupación absurda, que consiste en exterminar en todo tiempo—pese a la generosa ley de caza que dictase el claro y bondadoso talento del inolvidable Canalejas—los pájaros, sean o no insectívoros, contribuyendo así de manera poderosa y principal a que la langosta devore el fruto de los campos y a que las moscas y los mosquitos esparzan libremente por la ciudad los gérmenes que recogen en los cementerios y en las basuras de las calles.

Dibujo de Fz. Márquez.

El valor del suelo de Córdoba

Un notable publicista, que ha avalorado con su colaboración varios números de nuestro periódico, nos remite las siguientes importantes notas a propósito del sentido georgista que, a propuesta del concejal señor Vaquero Cantillo, imprimió el Ayuntamiento a la respuesta dada al cuestionario del Ministerio de Hacienda que recientemente reprodugimos en estas columnas, teniéndose asimismo en cuenta en los datos a que nos referimos los trabajos que, acerca del impuesto único, ha insertado en CÓRDOBA el brillante escritor que se oculta bajo el pseudónimo de «Rafael»:

1.° El valor del suelo urbanizado de Córdoba, provisto de mejoras, es, según estadísticas formadas a la vista de las titulaciones de los predios, de 56 millones de pesetas.

2.° Este capital rinde a sus propietarios una renta líquida de dos millones 800.000 pesetas, cifra que se puede comprobar en las oficinas del Avance Catastral Urbano.

3.° Ests capital tiene actualmente una carga contributiva de más de 600,000 pesetas, o sea un 22 por 100 de la renta, o, lo que es igual más del 5 por 100 del capital.

4.° El suelo de la población edificada, desprovisto de mejoras, no tiene un valor superior a 25 millones, y este valor, que casi es equivalente al de las edificaciones, demuestra claramente la escasa importancia de estas.

Nuestro colaborador, como todos los cordobeses, agradecería que, sobre estas cifras, que aún puede precisar más si alguien lo requiere, expongan su plan «Rafael» y el señor Vaquero o algún otro que pueda ostentar la representación de los partidarios del impuesto único en Córdoba. Así se podría iniciar una serie de artículos doctrinales sobre economía aplicada a la redacción de los presupuestos municipales, desde los distintos puntos de vista adoptados por las agrupaciones sociales y políticas que aquí conviven, estudios muy interesantes que pudieran tener en cuenta nuestros admnistradores comunales y asímismo la Junta de saneamiento de Córdoba, a la que está confiada la realización de los más importantes proyectos de mejora de la ciudad.

ENSAYOS DE MONTAIGNE

EL MIEDO

Traducido del francés expresamente para CORDOBA por Joaquín Vázquez Vilchez.

Tiemblo, mi voz se apaga
y los cabellos se me erizan.
Virgilio. Eneida, II

No soy buen naturalista, y, por tanto, no puedo decir fijamente cuáles sean los resortes que mueve en nosotros el miedo; mas sí estoy seguro de que es una extraña pasión: los médicos afirman que ninguna otra trastorna más nuestro juicio, y, en efecto, he visto a muchas personas enloquecer de miedo, y aún en los más serenos producir, esta pasión, terribles alucinaciones. Prescindiendo del vulgo, a quien el mieda trastorna los sentidos hasta el punto de hacerle ver, tan pronto a los bisabuelos envueltos en los sudarios, saliendo de los sepulcros, como lobos fantásticos, duendes o quimeras, ¿no se observan, aun entre los soldados (precisamente en los que debiera ser más raro) alucinaciones tan grandes, producidas por el miedo, que llegan a transformarles rebaños de ovejas en escuadrones de caballería, cañaverales y matojos en gendarmes y lanceros, los amigos en enemigos y lo blanco en rojo?

Cuando el príncipe de Borbón se apoderó de Roma, un porta estandarte, que se encontraba de guardia en el arrabal de San Pedro, fué presa de tan gran espanto a la primera alarma, que, por un agujero de la muralla, se arrojó, con la enseña empuñada, fuera de la plaza, corriendo desalado al encuentro del enemigo, en la creencia de que se internaba en la ciudad; pero apenas vió alas tropas de Borbón que se disponían a detenerle, entendiendo que se trataba de una salida que hacían los de la ciudad, instantáneamente vuelve pies atrás, y entra de nuevo por la misma brecha por donde había escapado. No tuvo la misma suerte el abanderado del capitán Julle, cuando Saint Paul fué conquistado por el conde de Bures y el señor de Reu, pues, al arrojarse loco de terror fuera de la plaza por una aspillera, fué despedazado por los asaltantes.

En el mismo sitio, fue memorable el miedo que se apoderó del corazón de un gentilhombre, oprimiéndoselo de tal manera, que cayó redondo al suelo en la brecha, muerto, sin recibir ninguna herida. Parecido delirio se apodera a veces de las multitudes: en uno de los encuentros de Germánico con los alemanes, dos cuerpos de ejército, presa del espanto, escaparon cada uno de un lado por caminos opuestos, huyendo uno del otro.

Tan pronto el miedo nos pone alas en los talones, como nos clava los pies, o cuando menos nos los traba: el emperador Teófilo quedó tan hondamente impresionado ante una derrota que le hicieron sufrir los agarenos, que no se decidía a huir, «adeo pavor etiam auxilian formidat; (1) en vista de su inmovilidad, Manuel, uno de los principales jefes de su ejéreito, sacudiéndolo como para despertarle, le dijo: «Si no me seguís os daré muerte; que más vale que perdáis la vida que no vuestro imperio al caer prisionero». Cuando llega el miedo al máximo de su fuerza nos lleva a los mayores rasgos de valentía, pero sustrayéndonos a nuestros deberes y a las exigencias del honor: en la primera derrota que Aníbal hizo experimentar a los romanos, mandados por el cónsul Sempronio, una tropa de unos diez mil infantes llegó a tal grado de terror, que, no viendo otra salida para escapar a su cobardía, se arrojó de través sobre el grueso del enemigo, en cuyas filas penetró rompiéndolas con su maravilloso esfuerzo, causando entre los cartagineses gran mortandad; así consiguió una verdadera huída, al mismo precio que hubiera alcanzado una gloriosa victoria.

(1) Tanto se espanta el miedo aun de aquello que podía prestarle socorro.

Pero a nada tengo más miedo que al mismo miedo: ¡tan temibles son sus efectos! ¿Qué dolorosa impresión puede ser más grande que la de los amigos de Pompeyo presenciando desde su navío aquella horrible carnicería? Y, sin embargo, el miedo a las velas egipcias, que comenzaban a aproximárseles, ahogó en ellos este justo sentimiento, y no pensaron más que en dar prisa a los marineros, y en salvarse a fuerza de remo, hasta que, una vez en Tiro, libres de temor, pudieron pensar en la gran pérdida que acababan de experimentar, y dar rienda suelta a las lamentaciones y a las lágrimas.

El espanto ha arrancado de mi corazón el ánimo.
Ennius, ap. Cic. Tuscul, IV.

Aun a los que hubieran sido bastante estropeados en alguna batalla, heridos todavía y ensangrentados, se les podría llevar de nuevo a la lucha; mas a los que han llegado a cobrar miedo al enemigo no conseguiríais de ellos ni hacer les mirar a éste cara a cara. Los que viven con el temor de perder la vida, de ser desterrados o sojuzgados, llevan una existencia angustiosa y pierden el apetito y el reposo, allí mismo donde los pobres, los proscritos y los siervos viven a veces felices. Aquellos que a impulsos del miedo se han ahorcado, ahogado o despeñado, nos han hecho ver que esta pasión es más importuna que la muerte.

Los griegos reconocían otra clase de miedo sobrenatural, que produce trastornos estupendos sin causa aparente, y que creían infundido por los dioses: pueblos enteros y aun ejércitos, por él se han visto frecuentemente azotados. Tal fué el que produjo en Cartago una desolación: no se oían más que gritos espantosos; salían los habitantes de sus casas despavoridos, y se les veía mutuamente herirse y darse muerte, como si fuesen enemigos, que se disputasen la ciudad; todo ofrecía allí el aspecto de la desolación y del furor: al fin, las oraciones y los sacrificios aplacaron la ira de los dioses. Llamaron a estos sucesos *terrores pánicos*.

ANGEL GANIVET

I

Nació en Granada el 13 de Diciembre de 1865, y cursó en su Universidad las dos carreras de Derecho y Filosofía y Letras. Hecha la licenciatura en 1887, pasó a Madrid para estudiar el doctorado; y cursando éste, hizo oposiciones al Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, obteniendo plaza en 20 de Mayo de 1889 y siendo destinado a la Biblioteca Agrícola del Ministerio de Fomento.

Hasta este punto, la vida de Ganivet fué la de todos cuantos luchan por buscarse un porvenir en las carreras oficiales. No había dado aún en Granada, durante sus estudios, otras muestras de su privilegiado talento que las brillantes calificaciones de su carrera universitaria. Yo no lo conocía: ni un artículo, ni una poesía suya habían aparecido en la prensa; ni en la Juventud Católica, ni en el Liceo, ni en la Academia periódico-filosófica formada por los escolares de los últimos cursos, ni en el Ateneo fundado por López Muñoz, donde agrupó aquel insigne maestro a la juventud granadina, figuró el nombre, ni se oyó la voz de Ganivet.

Los hispanofranceses en la guerra.—Don Teodoro Abadie, profesor de la Escuela superior francesa de Córdoba, que al comienzo de la guerra se incorporó al ejército de su país, siendo condecorado y obteniendo el empleo de oficial y cayendo últimamente en poder de los alemanes, desde cuyo campamento de prisioneros de Wülzburg, siempre que escribe a su antiguo director y compañero don Armando Dufour Ixart, evoca el recuerdo de nuestra población, correspondiendo así al sincero abrecio que había alcanzado de sus discípulos y amigos de Córdoba.

Le conocí en Madrid en 1889, cuando fuímos a hacer oposiciones al cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios Nicolás María López, Pepe Fiestas Rodríguez, Antonio Tamayo Pérez, Manuel de Góngora y yo. Allí se nos asoció Ganivet, y juntos luchamos en aquel concurso, en el que los granadinos dejamos bien puesto el pabellón, pues todos, excepto Manolo Góngora, que se puso gravemente enfermo, obtuvimos plaza. Entonces dió muestras Ganivet de lo mucho que valía: con escasa preparación, pues se decidió a hacer las oposiciones a última hora, atareado como estaba con el trabajo enorme de los doctorados, hizo, sin embargo, un papel lucidísimo, aunque algo premioso de palabra, sin exponer con gran profundidad los temas del prímer ejercicio, ganando al cabo uno de los primeros lugares en la propuesta general.

Ya entonces nos habló de sus proyectos: él no pensaba echar raíces en el Cuerpo de Archiveros, había entrado en él sin vocación, como medio de mantenerse en Madrid sin ser gravoso a su familia: él quería volar, ver mundo con un cargo oficial; picaba alto. Y logró su deseo: en 1892 hizo oposiciones a la Carrera Diplomática y consular y logró uno de los primeros puestos, por lo que pidió la excedencia en el Cuerpo de Archiveros, que le fué concedida en 15 de Julio del propio año.

Era Ganivet hombre de tesón, de criterio propio, de arraigadas convicciones. No era un taciturno, pero sí un reflexivo, un callado, un observador, con dejos de humorista

irónico y puntos de burlón. No gozaba de salud: alto, algo enjuto, de barba rubia, color quebrado, frente espaciosa, pomulos prominentes, labios gruesos, hombros subidos, un poco cargado de espaldas, su tipo revelaba quebranto físico; hasta sus ojos, grandes y expresivos, tenían cierto tinte melancólico, pero se adivinaba en él a simple vista, al hombre de gran cerebro, al pensador, al filósofo.

Yo creo, sin embargo, que Ganivet, en el ansia de cultura que le dominaba, en el vértigo de conocimientos que padecía, erró el camino de la erudición, no ya en lo tocante a la aptitud de su cerebro, sino en lo referente a la intensidad de la nutrición intelectual y al medio ambiente físico en que buscó la nutrición. Ganivet lo hizo todo deprisa y en poco tiempo. Comenzó tarde el bachillerato y lo estudió en tres años febrilmente, con éxito asombroso; cursó las carreras a paso de gigante; con igual velocidad hizo el doctorado y las oposiciones... todo de prisa, como viajero que se levanta tarde y quiere llegar a tiempo como los que madrugaron. Lo hizo, porque podía hacerlo, y llegó más pronto y más allá que sus compañeros de viaje; pero ¡a qué costa! A costa de su salud, dejando en el camino pedazos de vida. Y cuando, ya victorioso, debió sentarse, descansar, seguir la nutrición intelectual en un ambiente sereno, apacible; en su España, con su clima templado, saludable, como lo exigía su quebrantada naturaleza, cometió el segundo error expatriándose a regiones frías, de nieves perpetuas, que acabaron de destrozarle.

Pero él era así: no se conformaba con beber la cultura de importación, embotellada en los libros como las aguas medicinales, sino que quiso ir a beberla en las fuentes de Europa, creyendo, y no se equivocaba en este punto, que no es lo mismo tomar la ciencia de un libro, que beberla de labios del autor. Para esta empresa de exploración poseía un factor necesario: los idiomas; conocía el griego, el latín, el francés, el alemán y el italiano; sobre todo el latín y el alemán, que aprendió de su maestro el gran filólogo don Mariano Gurria, catedrático de Granada y luego de Barcelona. Y allá fué de vicecónsul a Helsingfors, luego de una breve agregación a un consulado de Holanda, y allí encontró, en efecto, aquello que le seducía. Aquella Universidad de sabios, centro de la cultura de los países escandinavos, fué el manantial que le nutrió de cultura europea; se codeó allí con sus sabios, que le cautivaron con su noble y franca amistad; bebió con ellos la ciencia de los hombres del Norte; saboreó en su propio idioma las fuertes dulzuras de sus creaciones literarias... se hartó su espíritu de aquello que codiciaba. Pero... ¡qué triste realidad! Se enriqueció el espíritu; se ensanchó con las nuevas ideas, pero se quebrantó más aún el vaso que lo contenía; se hizo más rápido el movimiento del cerebro, pero comenzó a andar despacio el corazón, como si el péndulo del reloj de su vida protestara contra la marcha vertiginosa de las saetas cerebrales. Sintióse débil de cuerpo, y creyó que también podía fortalecerle higienizándole, hartándole del ambiente de aquella naturaleza rica, fuerte y espléndida. Recorrió aquellos montes abruptos, que baña apenas el sol; aquellos valles brumosos, muy sanos, pero donde es perpetuo el invierno, con sus ocasos tristes que hacen pensar con nostalgia en el brillante cielo de la patria. Recorrió el Saima, con sus mil ochocientos kilómetros de superficie, siempre serena, reflejando su cielo nebuloso y los silenciosos pueblos que festonean sus márgenes; siguió el curso del poético Wuoxen, que desde la hermosa cascada de Ymatra corre serpenteando hasta morir en el tranquilo golfo de Finlandia... lo recorrió todo buscando el alivio físico. No logró gran mejoría; y la que alcanzaba era destruida por un trabajo intelectual intenso, incesante, siempre ahondando en los libros luminosos de los grandes filósofos alemanes, escudriñando siempre las bellezas emocionantes de los escritores del Norte; porque no cabe duda que en todas las ramas del saber humano han irradiado de allí las primeras luces modernas, algo fuertes y fascinadoras, a decir verdad, pero esplendorosas, titilantes, dinámicas, tan dinámicas, que han deshecho el galvanismo cerebral del Occidente de Europa y han lanzado a las inteligencias por derroteros que parecían infranqueables para las viejas razas neolatinas.

Comprendió Ganivet que aquel clima le mataba y pidió su traslado a otro más benigno, pero dentro del radio de sus amores intelectuales, y fué destinado al consulado de Riga, la hermosa perla del Báltico.

Angel del Arco.

LEY DE EVOLUCIÓN

Ocurre en las ciencias morales y políticas algo semejante a lo que se observa en las ciencias físico-químicas; esto es que las ideas, como los cuerpos y organismos materiales, están sujetas a una imperiosa transformación, en virtud de una ley que se llama de evolución.

Así como los cuerpos presentan tres formas o aspectos en su existencia material, que son el sólido, el líquido y el gaseoso, las ideas ofrecen también formas parecidas en su manifestación político-social, que son las de ideas petrificadas, si se admite la frase, es decir ideas que pasaron ya; ideas en pleno desarrollo e ideas en período de formación o de gestación, que es lo que suele llamarse utopia.

De la misma manera que los cuerpos gaseosos se transforman en líquidos y estos a su vez en sólidos, sin más que un cambio de las condiciones físico-químicas en que se desenvuelven, las ideas que parecen utopias se transforman en realidades, sin más que un cambio del ambiente social, y estas realidades desaparecen también para dar paso al eterno trabajo de evolución, que no es otra cosa que la renovación y selección.

Los metales que hoy vemos tan duros y resistentes al fuego, se han encontrado en estado gaseoso, en estado de vapor, pero las distintas evoluciones o transformaciones que ha sufrido nuestro planeta los hace aparecer en el estado que hoy se encuentran y, si pudiera llevarse esa evolución a someter el plomo, por ejemplo, a 300 grados bajo cero, adquiriría mayor dureza que el acero.

Bién; pues cosa análoga ocurre con las ideas. Si hace tres años nos hubieran dicho que habría de dominar en Rusia un régimen socialista y que Nicolás II llegaría a abdicar, lo hubiéramos considerado, no sólo una utopia, sino una ofensa grave a los poderes creados por derecho divino y, sin embargo, aquella idea utópica, semejante a un cuerpo gaseoso que no se percibe, se ha concretado en una realidad, ha cristalizado en aquel ambiente social por la fuerza inevitable de la evolución.

Las ideas, pues, como los expresados organismos, viven en un ambiente vital que provee a su desarrollo, porque ese mismo ambiente las produce, pero cuando este ambiente vital o social se transforma o le falta, las ideas evolucionan también o perecen.

No olviden esto nuestros hombres públicos; no pierdan el tiempo que les hace falta, discutiendo nimiedades; entren desde luego en el camino de la evolución, no sea que le sorprendan los podencos, como ocurrió en la fábula de los dos conejos.

Es necesario que los hombres de mañana, que la juventud que hoy se encuentra llena de energías, abandone la indiferencia suicida en que se halla y en bien de la patria comprenda que no es posible que un organismo, por resistente que sea, pueda vivir de una manera indefinida en un elemento vital desfavorable, como tampoco es posible que una idea pueda existir en la mentalidad humana de una manera ilimitada cuando le falta el ambiente social, sin que tenga que sufrir una transformación más o menos intensa, obedeciendo a la ley de la evolución que hace a las ideas y los organismos inestables, como la ley de la gravedad hace pesados a los cuerpos, ley que no es otra cosa que la renovación gradual de los organismos y de las ideas para acercarse a la perfección.

Es trabajo inútil querer que se renueve el organismo humano, por ejemplo, en un octogenario; ha de ser precisamente en el elemento opuesto, en un adolescente, y ni aun esto basta: es necesario que el adolescente esté acondicionado, que sea apto para realizar la renovación dentro de los medios en que vive su organismo; pues de la misma manera se renuevan las ideas; no se renuevan con ideas o pensamientos de ultratumba a las que todo abate y todo se le niega; se renuevan con pensamientos nacientes, llenos de energías y de esperanzas, importando poco los hombres siempre que se cumpla la esencia de la evolución.

Ahora comprenderán los llamados a interpretar y dirigir la política española a donde vamos por la órbita que se le ha trazado hasta aquí y, al mismo tiempo, verán que no es discreto detenerse mucho tiempo en el camino del progreso, sin violentar la ley de la evolución, de esa ley que no está escrita.

La voz de la garra.—¡No le tolero que diga que tiene hambre...!
Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal.

en los códigos sociales, que está esculpida en el alma humana como las estrellas en el firmamento, y contra la cual no hay transgresión posible que no lleve más tarde o más temprano la correspondiente sanción, para mostrarles la fuerzas invencible de una realidad abrumadora y la soberanía inmanente del derecho y de la justicia.

No pueden ser los partidos modernos agrupaciones solamente para alcanzar el poder; deben ser también agrupaciones solamente para alcanzar el poder; deben ser también agrupaciones educativas y moralizadores para fundir el espíritu de la nación en el ambiente puro de las ideas y para desterrar esa diatesis mental que envenena el alma de España.

Salus popular suprema lex est.

Manuel Priego.

Priego Julio 1917.

Del campo irredento

Cuando mi antiguo y querido amigo don José Ortega produjo la concepción intelectual del Fomento Agrícola de Analucía, yo le animé con mi optimismo, siempre idealista, romántico, renovador y con horizontes de nuevos métodos de economía social, nuevas fórmulas constituyentes de régimen agrario, que en muchos punto de vista coincidian con el pensamiento reformador de esta institución triunfadora que empuja a la riqueza del campo hacia movimientos de reivindicación y de justicia. En el primer momento, inicial, de transmitir a los campos, a los pueblos, a las agrupaciones comarcales agrícolas de la feraz campiña cordobesa el credo, cábeme el singular honor de haber sido el primer vocero que como representante recorriese aquellos lugares, exponiendo las bondades de la innovadora organización. Hice obra de proselitismo colectiva, hablándoles, en diversas conferencias, de las ventajas materiales positivas que se obtendrían: huir de la peste usuraria; obtener la facilidad estatuída para la conquista del crédito, obviando dificultades burocráticas y legales; sin ser profeta, les predige la enorme importancia que formarían en vigorosa y fuerte asociación, como ya lo es, hasta como factor decisivo e influyente en sus relaciones con el Estado, llamando las miradas de los altos gestores de la vida nacional hacia el campo, hacia la única y verdadera riqueza natural, intrínsica, que no necesita mercedes injustas de proteccionismos artificiales, que permanecerá siempre en pie a pesar de todas las transformaciones y accidentes, porque tiene por fundamento de su existencia el trabajo y la tierra.

Ya está en funciones el poderoso instrumento, cultivadores; pero no os estanquéis; que el moho no entorpezca el movimiento de esa máquina portentosa, y paralelamente encaminad vuestros esfuerzos prácticos a hacer obra educativa y sindical, con el obrero, con el hombre agricultor, ennobleciéndolo con el bien, vaciando en los moldes de esa dirección las cooperativas productoras, desvinculando del poder de la mano muerta y parasitaria que tiene la tierra aprisionada, y endulzando sus almas laceradas por muchas injusticias y barbaries, que depositaron odios y venenos en sus corazones y en sus frentes con el estigma de la ignorancia, la idiotez en que vegetan, y vayan forjando la legión de trabajadores que más necesitan elevarlos hacia la cultura, pulir sus conciencias, para que en sus relaciones con las demás fuerzas sociales en el porvenir, sean los dignos representantes del gran ejército que labora en los campos.

R. Camacho.

Adhesiones al manifiesto de Córdoba

De Granada: Dr. Velázquez de Castro, catedrático y académico.

De Montoro: don Manuel Pueyo, farmacéutico.

De Almodóvar del Río: don Juan Rodríguez Gutiérrez, industrial.

PELÍCULAS DEL NATURAL

La conjura del Gran Cine

El documento misterioso.—El hombre de la barba blanca.—El camarero de la Liga.—G. G. G.—Ramírez y Marcialito, revolucionarios. — El águila azul.—La revolución francesa.—Un zapato blanco y otro de color de avellana.—Las bombas de cristal.—El bicarbonato.—Nuestro deber.—Ahí están.—Con permiso de la censura.

En estos días en que no se habla de otra cosa que de las Juntas de reformas, de los manifiestos y contramanifiestos, de la patata temprana y de los parlamentarios catalanes, la sangre, por muy de horchata que sea, hierve en las venas, y más aún cuando se presencian casos y cosas como los que hemos de referir.

Hace unas tardes, estaban unos cuantos señores en el Círculo verde (véase veladores kiosco de Ramírez) cuando uno de ellos, disimuladamente, arrojó al suelo un papel doblado.

El camarero de servicio en aquella mesa, del que después supimos que pertenecía a la Liga neutralista, apresuróse con mucho sigilo a recoger el papelito, entregándolo a un señor de barba blanca, el que precisamente ocupaba una silla contigua a la nuestra.

—¡Grave se ha puesto la cosa!—dijo en voz baja el camarero.—Fíjese usted bien en los números y signos.

El caballero de la barba examinó detenidamente el documento misterioso y ordenó al socio del Ancora (agrupación de camareros) que se retirase. Nosotros observábamos atentamente todos los movimientos de ambos.

Diez minutos más tarde, aquél hombre, serio como una estatua del Comendador, puso ante nuestros ojos un pliego de papel blanco con bastantes cifras y algunos nombres de personas conocidos en el mundo de las film.

—Muchas gracias, señor,—digimos.—A nosotros no nos interesa el contenido de ese documento al parecer terrorífico, y mucho menos los números, que nos molestan extraordinariamente. Las matemáticas y sus apóstoles tienen en nosotros unos destractores empedernidos, y es que no necesitamos de los números para nada. Llega fin de mes, metemos nuestro haber en el bolsillo; enseguida vamos sacando, sacando, y, cuando se acaba, ya no hay más. Con este sencillo y diáfano teorema, sabemos todas las matemáticas que necesitamos conocer.

Expusimos esta opinión como hubiéramos podido decir otra cosa cualquiera—hace calor en el verano, hace frío en el invierno, la primavera la sangre altera—porque era el miedo quien nos hacía hablar. ¿Quién sabe si la lectura de aquel documento acarrearía días amargos para nosotros y que más tarde nos llevase a una celda de castigo de la cárcel de Córdoba? ¡Quién sabe!

Pero quieras que no, y como no podíamos disimular el mieditis, hubimos de fijar la vista en el papelito, porque el señor de la luenga barba era terco si los hay, y parecía haber hecho cuestión de amor propio el que nos fijásemos en la proclama caprichosa.

Por fin, y esperando de un minuto a otro la llegada de los guardias, cogimos el documento con un temblor propio de azogados, y anotamos lo siguiente:

«G. G. G.—454—Más presión.= Asfixiante 2 vueltas.—Retíranse las nubes.—6—Cobertizos chapa fuera. —9—Ventiladores, aspas grandes.—El águila azul.—Cambiar bombas.—A. Ramírez de Aguilera.» Después había otro párrafo, que decía: «Preguntad Marcialito Gutiérrez Ravé.—Adquisición bombas.—Revolución francesa.—¿Cuántos metros?»

Confesamos que aquellos números y aquellas palabras nos hicieron sospechar hasta el extremo de que ya nos parecía verlo todo rojo, color de sangre, mucha sangre, y lo que más nos tenía con el alma en un hilo eran las tres letritas conque empezaba el documento: G. G. G.

¿Serían los puntos de cita? ¡Quién sabe si aquellas letras podrían indicar el nombre de las calles cordobesas por donde iba a empezar el zanfarraucho! Por ejemplo: Gran Capitán, Góngora y Gondomar.

¡Las vueltas que dá el mundo! pensábamos nosotros, atónitos. ¡Quién hubiera dicho que, andando el tiempo, llegaría el momento en que dos hombres bondadosos, complacientes y buenos consumidores del agua de Borines (no se cobra el reclamo), como don Antonio Ramírez de Aguilera y don Marcial Gutiérrez Ravé parasen en revolucionarios, y lo particular del caso es que hasta tienen ya preparado el emblema que ha de ostentar la bandera de la victoria; pásmate, lector: ¡¡Un águila azul!! Este es el emblemita del triunfo morado, como ellos le llaman.

¡Qué atrevimiento! ¡Un águila azul, con lo altas que se han puesto ahora estas aves!

Transcurrieron unos momentos después de leído el papelito, cuando

Sirena, primorosa escultura del notable artista don Francisco Avilés Marín, profesor de la Escuela dé Artes y Oficios.

el caballero de la blanca barba despidióse de nosotros con gran reverencia. Una sola frase pronunciaron sus labios: La cosa está que arde, dijo, y empezó a andar.

De momento, ignorábamos si el buen señor se refería al calor que se dejaba sentir o a la situación europea.

Esperamos, impacientes, unos minutos más, porque nos parecía que en aquel lugar y en aquella tarde memorable iban a ocurrir sucesos transcendentalísimos.

Cinco minutos más tarde, al kiosco del señor Ramírez llegó Marcialito, que es como los del comité del exterminio llaman familiarmente al señor Gutiérrez Ravé.

Este conferenció con el señor Ramírez largamente. Durante la deliberación, Marcialito se tocó varias veces el vientre, como para asegurarse de que no lo había perdido, y se limpió las sortijas como unas doscientas veces. Al terminar la entrevista, dijo Marcialito:

—La máscara negra, imposible, y los Vedrines, no podemos contar con ellos.

¡Qué raro es todo esto! seguíamos pensando. ¡Hasta con servicio de aeroplanos cuentan los malvados!

El asunto encerraba cada vez más misterio y complicaciones.

El señor Ramírez el del Cine conferenció luego con el popular don Sabino, el hombre de las sillas, como le llaman los que tienen que pagarlas diariamente, y penetró en su domicilio-teatro.

¡También don Sabino era del águila azul!, exclamamos con profunda sorpresa.

Unos instantes después salió el señor Ramírez. Llevaba la gorra un poco torcida y calzaba un zapato blanco y otro de color de avellana.

—¡Bicarbonato, pronto, bicarbonato!—dijo el señor Ramírez al mozo de marras.

¡Esta es la clave! exclamamos. Veremos ahora lo que sucede. Pasaron dos horas y la revolución no estallaba.

La impaciencia nos llevó hasta el extremo de interrogar al popular don Antonio el del Cine.

Este, algo asombrado, nos explicó detalladamente el contenido de la temeraria nota en la forma que sigue:

Ese documento que usted cree misterioso, no es otra cosa que una simple nota de un invento que estoy estudiando para llevar más aire a mi salón, con el fin de que el público se entere lo menos posible del calor. Funcionará en combinación con el tingladillo que he puesto en el tejado para arreglar las tormentas y sujetar así a la gente en el local. Esto, caso de realizarlo, sería de acuerdo con los reformistas, porque siempre es una reforma, y contando también con la anuencia de don Sabino.

Lo de las chapas, quiere decir que se trata de levantar el techo del salón, así como de colocar más ventiladores, para que aumente el fresco. Respecto a lo del Aguila Azul—continuó don Antonio—es una marca de sidra, que yo represento.

—¿Y lo de las bombas?—interrumpimos.

—Esto ya es otra cosa más *cara*, por lo que ha subido el cristal. ¡Cualquiera compra nuevas bombas para el salón!

—Si, conformes hasta aquí, pero y lo de la revolución francesa ¿qué explicación tiene?

—Muy sencilla. Se trata de una magnífica película que he de exhibir cuando pueda; quizá muy pronto.

—Bueno, señor Ramírez, ¿y por qué mete usted a Marcialito en estas cosas, porque en el papel se decía que se preguntase a Marcial? Me acuerdo muy bien.

—Tiene su explicación-contestó el señor Ramírez;-con Marcialito, como ha estado en esta casa mucho tiempo, y entiende mucho de estas cosas, hablamos con frecuencia de ellas, aunque se *escame* don Antonio el de la Perla Cubana.

—¿Nada más?

—Nada más—contestó el representante del Aguila Azul. Ese señor de la barba blanca, de quien me ha hablado usted, es un pobre hombre, de aquellos gloriosos milicianos, que está un poco mochales, y de Marcialito y de mí no dudará usted, que él, con la barriga de burgués que ha echado, no tiene tipo de revolucionario, y yo, con mi constante dolor de estómago, ni siquiera tengo tiempo para destapar cajas de bicarbonato.

No obstante esta manifestación del señor Ramírez, nosotros no hemos quedado muy convencidos y continuamos creyendo que, lo mismo éste que Marcialito, son dos formidables revolucionarios; y si no, ¿a qué venía lo de tocarse el vientre Marcialito, limpiarse las sortijas y hablar de la máscara negra? ¿Y lo del señor Ramírez, saliendo de buenas a primeras con un zapato blanco y otro de color de avellana?

Esto, aunque lo niegue Nogales, tiene mucho de misterio.

Nosotros cumplimos como leales neutralistas que somos, descubriéndolos, y ahora allá que los artistas se las entiendan son ellos y les desmonten o no la estación meteorológica que tienen en el tejado del Gran Cine, la que bien pudiera verdaderamente ser de telegrafía sin hilos para comunicarse con agentes y empresarios de otras poblaciones.

¿Se puede, señor censor?

Francisco Quesada.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 cts.

Visión del porvenir.—La terminación de la guerra.
Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 21 de Julio de 1917 | NÚM. 49

Del momento político

1898-1917

He aquí nos fechas transcendentales en nuestra política. De una a otra ha mediado tiempo más que suficiente para haber hecho poderoso al país. Sin embargo, se ha perdido por completo, haciendo en estos años nada menos que 56 crisis, de las cuales fueron totales 29, y nueve cambios de partido.

El tiempo de duración en el poder de cada Ministerio fué como sigue:

Gabinete de Silvela: 1 año, 6 meses y 19 días; de Azcárraga, 4 meses y diez días; de Sagasta, 1 año y 13 días; de Sagasta, 7 meses y 25 días; de Sagasta, 22 días; de Silvela, 7 meses y 14 días; de Villaverde, 4 meses y 15 días; de Maura, 1 año y 11 días; de Azcárraga, 1 mes y 11 días; de Villaverde, 4 meses y 26 días; de Montero Ríos 4 meses y 8 días; de Montero Ríos, 1 mes; de Moret, 6 meses y 9 días; de Moret, 28 días; de López Domínguez, 4 meses y 23 días; de Moret, 1 día; de Vega de Armijo, 1 mes y 24 días; de Maura, 2 años, 8 meses y 26 días; de Moret, 2 meses y 18 días; de Canalejas, 10 meses y 22 días; de Canalejas, 3 meses y 3 días; de Canalejas, 6 meses y 9 días; de Romanones, 7 meses; de Romanones, 4 meses y 14 días; de Dato, 2 años y 14 días; de Romanones, 1 año, 3 meses y 18 días; de García Prieto, 1 año, 1 mes y 22 días

En este período de tiempo se hicieron los siguientes nombramientos de ministros: de Estado, 25, recayendo, en 16; de Marina, 26, recayendo en 22; de Hacienda, 31, recayendo en 24; de Gobernación, 33, recayendo en 25; de Fomento, 32, recayendo en 22; de Instrucción pública, 28, recayendo en 25.

Demuestra el anterior balance que los partidos políticos no fueron verdaderos servidores de la nación, puesto que no supieron adaptarse nunca al cumplimiento de los deberes del Estado ni fueron capaces del sacrificio que estos deberes les imponían; que en lugar de amoldar sus conveniencias a las necesidades del Gobierno, supeditaron las necesidades del Gobierno a las ambiciones de la fracción, y hasta a las ambiciones de algunos de los hombres que la componían. Fué el Gobierno para los partidos, no los partidos para el Gobierno, y así se produgeron tantas crisis, injustificadas las más de las veces, caprichosas, producidas no más que por meras rivalidades personales o de grupo, funestas para el país, y por tanto, antipatrióticas en grado sumo.

UNA JOVENCITA DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Pero si arbitrarias eran las mudanzas, no lo eran menos los nombramientos que se hacían, pues solamente a la casualidad se ha debido alguna vez el que concurriese la circunstancia de la competencia. Léase la lista de ministros de cualquier departamento, para convencerse de ello.

Así, por ejemplo, nos encontramos con que han desempeñado la cartera de Marina don Francisco Silvela, don Marcelino de Azcárraga, el duque de Veragua, don Segismundo Moret, don Santiago Alba y don Amalio Jimeno.

Claro está que dichos señores tendrían hechos con antelación trabajos que acreditaran su valer ante quien les nombró; pero el pueblo, que es a quien hay que servir, y el que en definitiva juzga, no conoce ninguno.

Si los españoles fuéramos un pueblo dado a la reflexión y a la memoria, e inclinado a la justicia, tales cosas no hubieran ocurrido jamás, y no nos hallaríamos hoy ante el hecho vergonzoso de haber tenida las crisis apuntadas en un espacio de tiempo verdaderamente corto, con un número de 217 ministros. A menos que esto quiera decir que somos un pueblo elegido que contamos para nuestro provecho con pléyades tan abundantes de estadistas.

A punto estamos de creer esto último, o cuando menos, de descubrir tal protección, si no en el número, en la calidad de algunos de ellos, toda vez que excelsas eminencias hemos de reputar a quienes tuvieron talentos bastantes para el desempeño de varios Ministerios.

Desgraciadamente, nada de esto nos ha valido lo más mínimo, y lo confirma el hecho de que estos mismos hombres nos hablen de regeneración. ¿Por qué no piensan que ellos son los que primeramente deben regenerarse? Pero ya que ellos no lo piensan, a lo que se ve, es preciso que lo piansen los españoles.

Sólo cuando se teme un conflicto exterior, se habla en España de la formación de un Gobierno nacional, y pues la gravedad del momento lo exige, ¿por qué no se forma ya ese Gobierno para la resolución de los problemas interiores que condicionan los externos, y de donde estos se derivan?

Por qué es triste la plaza de los Dolores

Los objetos, como los hombres, tienen un carácter propio.

La variedad de los que diariamente contemplamos, nos impresionan tan directamente como los individuos con quienes tenemos que tratar y convivir.

Investigar voluntariamente esta cualidad de las cosas, es placer que encuentra nuestro espíritu, fatigado por los descubrimientos que, bien a pesar nuestro, hacemos en las manifestaciones de los hombres.

Así como el género humano tiene en sí algo de quien le dió el ser, todas las producciones del hombre participan de sus afecciones y su contemplación nos produce la impresión misma que hubiéramos de obtener si penetrar pudiéramos en el fondo del alma de su autor; pero el estudio, la busca de esas impresiones, es más interesante y bella que las producidas por el hombre mismo, a pesar de que participan de idéntico origen: el amor, el dolor, la alegría..., pero han pasado por el tamiz delicado del arte, dejando tras sí la escoria del egoísmo, del interés.

Es indudable que ningún testimonio ha sido tan elocuente para la historia de los pueblos, como los monumentos legados por éstos a los siglos.

En las cavernas, ha dejado grabado el hombre primitivo, no só lo sus costumbres, sino sus gustos y preferencias y con ello su espíritu todavía infantil.

¿Quién no siente el estupor de lo grandioso ante las pirámides que en el desierto se levantan?

Su contemplación nos sugiere la visión de millares de esclavos amontonados a lo largo del Nilo, el que en sus comienzos lanza al despeñarse rugidos de venganza y modera luego su corriente entre los deltas para escuchar lejanas voces de promesas y consuelo.

Estos enormes monumentos simbolizan a un pueblo azotado y escarnecido ayer, aplastando el punto diminuto, origen de sus tormentos.

Por el contrario, las producciones arquitectónicas griegas, poseen un carácter natural y tranquilo. conscientes de sí mismas, y en las rígidas columnas dóricas se adivinan las severas leyes de Licurgo, y sus entablamentos horizontales quieren representar gráficamente el democrático genio de Solón.

Descubrir siquiera sucintamente y a modo de compendio los caracteres generales de las más salientes producciones del arte, sería impropio de este lugar y nos llevaría demasiado lejos.

En esta Córdoba mutilada, donde van desapareciendo poco a poco los monumentos más preciados, y en la que en el transcurso de los tiempos su interés arqueológico irá disminuyendo sensiblemente, sin haber logrado imprimir siquiera un destello de ciudad moderna a sus calles, por la apatía y desaliento que hay en todo cuanto no sea destruir verdaderos tesoros; donde la mayoría de las gentes, envueltas en las abominables sombras de la indiferencia, cierran sus ojos, su inteligencia y su alma a las emociones y bellezas artísticas—¡qué de lamentar es esto, cuando ni la prosperidad material de su pueblo les interesa, dominados por la jarana en todas sus manifestaciones!—a pesar de ser una sombra de lo que fué, se encuentran a cada paso y en cada piedra joyas artísticas para placer de los ojos y recreo del espíritu.

Nuestra plaza de Capuchinos es, por todos conceptos, de los sitios de Córdoba, el más representativo de su historia religiosa, no sólo por los monumentos que la integran, sino principalmente por las formas que adoptan.

Viene a comprobar una vez más las atinadas observaciones de Humberto de Superville (Des lignes inconsciens de l'art, 1827), cuando trata de definir el carác-

ter impreso a la fisonomía y forma de los objetos, según que sus líneas se dirijan de un modo u otro.

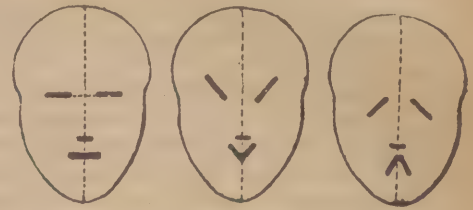
Sirven como punto de partida a estas el esquema de tres rostros, en los que están representados los ojos y la boca por simples líneas rectas.

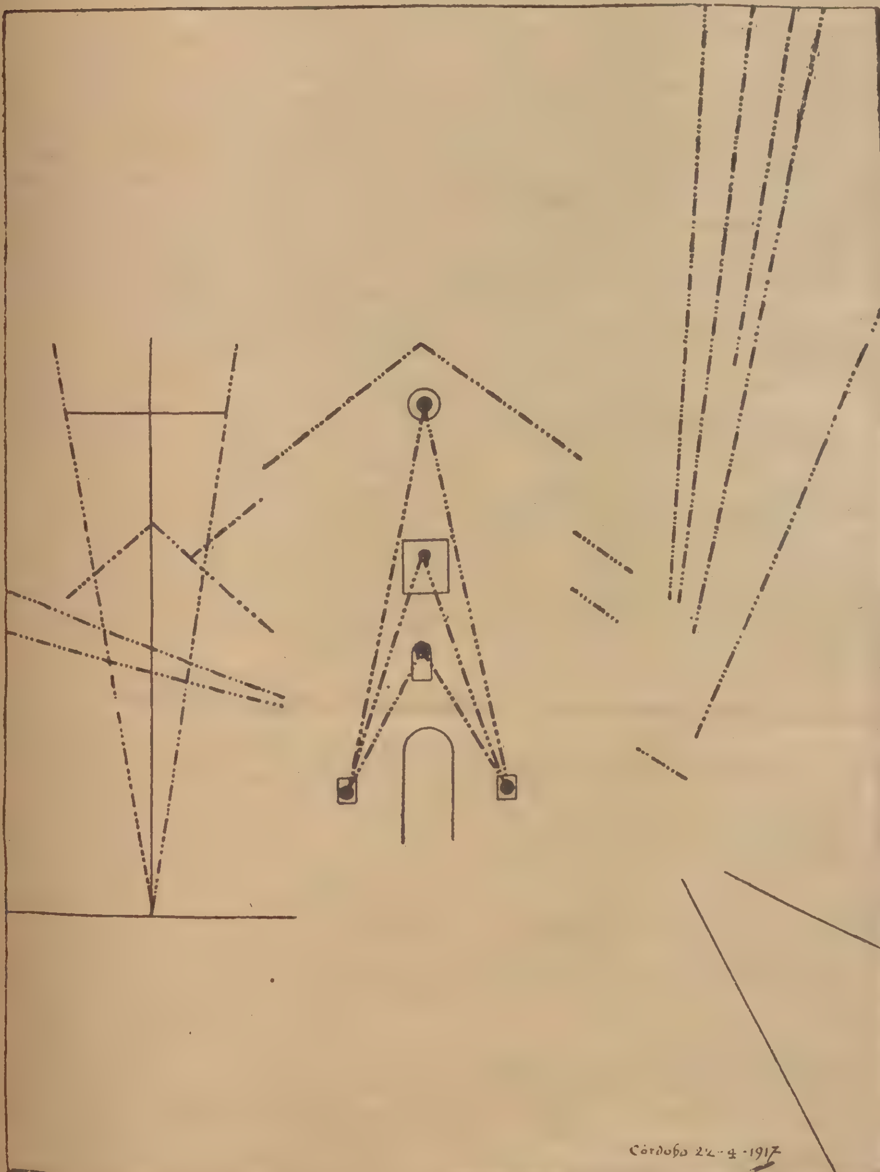
Las líneas horizontales, en el primero, le dan un aspecto de reposo y serenidad absolutos. Si estas se elevan tratando de formar un ángulo cuyo vértice se eleva, se imprimirá un aspecto de desolación y tristeza muy acentuado.

Como con el fin premeditado de hablarnos de congojas, parece construída nuestra plaza de Capuchinos. Vemos en ella que todas las líneas tienden a acentuar más ese carácter: no sólo los tímpanos de sus edificios y la perspectiva de sus muros, sino las líneas definidas por sus ventanas, vienen a concurrir a este fin, y su planta, de forma de trapecio, nos recuerda la severidad y tristeza de un sarcófago, y hasta los hierros de la cruz, según ha dicho un poeta cordobés, están «torcidos de dolor»

En esta plaza he presenciado un hecho que, acostumbrado a verlo casi todos los días y en todos los templos, aunque siempre me causaba dolor, nunca produjo tan fuerte emoción en mi ánimo como al contemplarlo allí, porque indudablemente el marco de la escena concedía más vigor a esta, impresionándome más bruscamente.

En la puerta de los Dolores, un grupo de desheredados de la sociedad, resignados suplicaban algún alivio a su desgracia a quienes pasaban insensibles al dolor ajeno. Cerca hallábanse estacionados varios elegantes señoritos, quienes comentaban con gestos harto vivos la última faena de un torero, el último e insulso chiste o las circunstancias de la última mujer que habían lanzado al lodo. ¡Proezas!





(Dibujos de Rafael Bernier)

Pasé juntos a ellos y, como lenitivo a mi dolor y suavizando el desprecio que por ellos sentía, vine a mis ojos la imagen de la cruz, influyendo directamente en mi ánimo. Nótese cómo sus líneas generales son contrarias en dirección a las demás y se elevan triunfales hacia el cielo, destacándose vigorosamente del ambiente en que se hallan.

No es de nuestros días la aplicación de esta particularidad de las líneas para obtener efectos preconcebidos.

Desde las primeras edades, los monumentos funerarios, comenzando por el montón de tierra que cubría los restos de los primitivos hombres y cuya silueta, por ley natural, adoptaba la forma de V invertida, hasta las pirámides, todavía más acentuadas, no sólo por su grandiosidad, sino por el contrastre que forman con la línea reposada del horizonte inmenso, y en general todos los monumentos de esta índole—así como la elección del ciprés para nuestros cementerios—presentan este carácter.

Por el contrario, y como dato característico, desde que el arte escultórico griego intenta trasmitir expresión a sus producciones eleva las comisuras de los labios en las esculturas de Egina, produciendo una mueca que quiere ser sonrisa; y las construcciones chinas, con sus líneas divergentes hacia arriba, no serán propicias a producir efectos de severidad.

Es indudable que el ambiente contribuye directamente poco a poco y al pasar de los tiempos a forjar los sentimientos de un pueblo. Es, pues, de capital importancia e interés procurar que se destierre de nuestros edificios todos aquellos elementos que influyan perniciosamente en nosotros. Es desolador observar las

viviendas que en general construímos y la poca atención que merece la aprobación de estos proyectos, los que, además de estar exentos del más elemental sentido estético, resultan en las obras mucho peores, pues al construírno siguen ni las líneas generales de ellos.

Por una parte, el descuido de la construcción, pone en peligro nuestras vidas y la decoración, por otra, destroza y desorienta nuestros gustos artísticos.

Es necesario interesarse tambiéu por tedos estos problemas de orden moral, desviándonos del camino de falso positivismo que en nuestro tiempo ha llevado a la humanidad a la tragedia universal que presenciamos. y que determinará una profunda mudanza en la lamentable organización que, encaminada a un progreso puramente material, había de conducir siempre a tan fatal resultado.

Rafael Bernier.

COPLAS SOLITARIAS

Esta noche, ya de madurugada según íbamos callejeando, un amigo catalán, poeta¿-hay que decirlo?-entonó la sardana entre un corro de castellanos, en una plaza de la ciudad. Y de pronto, por el hechizo de la grave voz viril, el momento se hizo solemne, como si estuviéramos en el campo, frente a las altas montañas que sienten en sus costados el batir del mar levantino. Y yo escuchaba la voz, henchido de una emoción religiosa, como si escuchase la voz de todo un pueblo trenzado en inmensa cadena por las manos de sus criaturas enlazadas. Sentía vibrar la voz del pueblo, ardiente y grave, jovial y ruda; y aspiraba en el aire una cálida ráfaga democrática, confortadora con el hálito de los establos. Y me sentía yo también, humilde criatura, cogido por las manos de los hermanos y de las hermanas y exaltado en el ritmo ondulante de la simbólica cadena. Y me agrandaba, lleno de un sentido cívico, con una alegría más grave que la de los niños que forman tiernas ruedas, pero semejante a ella sin embargo. Era la alegía de la comunidad en el regazo de la naturaleza, la alegría de sentirse hermano de los menestrales que hacen vibrar los yunques y de los marineros que conducen barcos por el mar latino, y de cuantos forman esa realidad hermosa de Cataluña... La alegría de los gremios, de las corporaciones, de las familias que son más que familias y cuya unidad se afirma, sobre la tierra llena de sepulcros, con el ritmo sostenido de esta danza viva...

Y pensaba en vosotros, ¡oh, hermanos andaluces! hermanos míos, disgregados y sueltos, que no unís vuestras manos en ninguna danza, ni vuestras voces en ningún magno coro... Pensaba en tí, tierra andaluza, que no nos unes por ningún gran canto entonado por todas las voces, que no nos ciñes en gavillas de humanidad y nos dejas tristes, ajenos los unos de los otros, no sujetos por ningún lazo fuerte, abandonados a nuestra melancolía. Me acordaba de los gallegos que tienen sus alalaes, lanzados por todos cuando regresan por un mismo sendero, junto al agua oscura, formando con sus brazos un solo largo yugo sobre los cuellos y un sólo racimo estremecido...

Me acordaba de todos los pueblos que tienen un cantar colectivo, de esta cataluña grave que une a sus hombres y a sus mujeres, en la cumbre de sus montañas o bajo la fronda de sus bosques y los enlaza para la danza jovial del mismo modo que para el tabajo rudo, y los obliga a todos como una madre que no deja de querer a sus hijos, aunque ya no sean niños, y forma estas cadenas conmovedoras en que hombres marchitos dan la mano a jóvenes florecientes.

Y sentía pena por tí, oh Andalucía, que dejas a tus hijos sueltos como espigas caídas, y llenas los caminos de coplas solitarias: Andalucía, que no tienes en tus tiernas guitarras sino armonías de tristeza de amor o de destino individual y no has encontrado tadavía la voz de un pueblo...

R. Cansinos-Assens.

IDEALES Y HOMBRES

Faltaríamos a la verdad si nos obstináramos en negar que España atraviesa por circunstancias difíciles. En nuestra época, puede decirse que nunca como ahora se ha interesado tanto la atención del país ante el gran problema nacional. La Historia nos habla de problemas que han preocupado hondamente a España; que han constituído la base fundamental de una serie de importantes cuestiones; que han sido reflejo fidelísimo de un verdadero estado de opinión dominante. La Historia nos refiere heroicos triunfos de armas recordándonos un período esplendoroso de la patria: mas no se limita a la exposición de sus adversos o afortunados acontecimientos; la Historia, la gran maestra de los pueblos, nos dice que éstos, sus más venturosos días de florecimiento, han venido indefectiblemente precedidos de una coordinación de energías, de una cohesión de los espíritus, de un ideal, que, por encima de opiniones, odios y luchas apasionadas, ha constituído la sólida base de sus grandezas.

Nuestra nación, en la época contemporánea, se distingue por la falta completa, absoluta, de ideales. El político español, a través de un período de personales y estériles contiendas, no ha podido recoger en fórmulas concretas las aspiraciones de su tiempo. Su labor ha carecido de aquella virtud organizadora que unifica fortaleciendo el espíritu público ante brillantes perspectivas de redención. El hombre de Estado, ajustando sus actos a las inspiraciones de un incierto subjetivismo, nos da la desconsoladora impresión de ver su obra comparada, con aquél exótico edificio de elementos eterogéneos y discordes y cuyo trazado obedeciera a los planos misteriosos y vagos de su fantasía.

Sin embargo, es indudable que en España han existido y existen hombres de un valer positivo; dotados de un exquisito espíritu de asimilación; de una amplia y sólida cultura. Es indudable que estos varones ilustres hubieran gozado la gloria de abrir las barreras de su patria a las constantes manifestaciones del progreso, hubieran acrecentado acrisolando los tesoros morales del país, si los tradicionales obstáculos, los vicios inveterados en todos los órdenes, no fueran el valladar de su actuación, haciéndola inadaptada a las perentorias exigencias de la realidad.

Es absurdo, completamente absurdo a nuestro juicio, el creer en una acertada y beneficiosa labor de gobierno, que recogiera expresando el verdadero pensar y sentir de la nación, sin que antes se modifiquen o cambien sus anticuados y enmohecidos órganos transmisores. Es preciso que el espíritu público se manifieste tal cual es para que se impresione la capacidad receptiva de los gobernantes, ya que nada hay que más temple y unifique la vida espiritual de un pueblo, que el saber que sus aspiraciones serán oportuna y justicieramente cumplidas. Mas ¿cómo eliminar, libertándonos para siempre, de lo que constituye el mal endémico de España? ¿Cómo desterraremos la serie de valores entendidos que enmascaran la realidad social, dificultan la ordenada marcha administrativa e impiden todo avance de progreso?

Hemos dicho que España se encuentra en uno de los momentos más críticos y transcendentales de su historia. Después de largos años de penoso silencio, en el que parecía haberse extinguido sus características privilegiadas facultades. España, replegando en sí sus energías ofrece al mundo el fenómeno de una nueva y valiosa personalidad.

No somos nosotros de la torpe escuela pesimista que parece delectarse con la visión de trágicas perpectivas, muy al contrario: creemos firmemente en un próximo período de engrandecimiento, donde se den en justa ponderación y equilibrio, animados por un ideal común, todas las energías y elementos vitales de nuestro pueblo. Creemos en una dignificación de la conciencia pública y creemos que en su día habrá de resurgir con la misma intensidad y pujanza de otros tiempos la esencia de la patria; esto es: todo lo que de noble, caballeroso y digno existe en el espíritu español.

Mas no conviene ilusionarse demasiado, pretendiendo en breve plazo alcanzar los sazonados frutos del progreso.

No olvidemos que tanto la nueva, como la restringida personalidad, está regida por la prudente y justa institución de la tutela.

M. Galindo Usano.

La señora doña Amantina Cobos de Villalobos, profesora, poetiza y escritora de extraordinario mérito, que ha publicado un admirable libro de semblanzas de mujeres sevillanas.

EL BESO

Si sientes, una noche, que en tu pecho
palpita el corazón con amargura,
difunde tu mirada en la negrura
que envuelve los encajes de tu lecho.

Verás cómo se yergue al poco trecho,
y entre nubes extrañas, la figura
de un ángel, que defiende tu hermosura
y está de tus supiros al acecho.

En este instante en que el dolor te hería
desde un sueño feliz mi ser partía
con alas de ilusión por consolarte.

Disipa, pues, la angustia de tu queja,
e inclinando tu limpia frente, deja
¡que se acerque mi espíritu a besarte!

Francisco Arévalo.

LA MATANZA DE GOLONDRNIAS

PÁJAROS, ÁRBOLES Y PECES

Como se temía, casi no se ve una golondrina ni para muestra de la especie.

Apenas bajaron las aguas del Guadalquivir, los pajariteros de oficio, conocidos de todos los agentes de la autoridad, empezaron la matanza anual y, desde la dehesa de las Quemadas hasta la del Alcaide, en ambas márgenes del río, diarimente han sucumbido cientos de estos bellos y simpáticos pájaros insectívoros.

En el Mercado público los han vendido a ciencia y paciencia de los representantes de la Autoridad, como si las vendedoras fuesen amigas, parientas o cónyuges de los agentes que deben de vigilar el cumplimiento de la ley dictada por Canalejas en defensa de los insectívoros.

En los sotos, en los tarajes y álamos blancos, cientos de perchas aguardan con sus lazos abiertos a que se pare un pájaro, siempre insectívoro, para ahorcarlo, y, mientras, la langosta hace estragos irreparables en el campo. En el desierto del incumplimiento de las leyes van cayendo las predicaciones en favor de los pájaros; es decir: en favor del elemento natural para combatir la langosta en el campo y las moscas y mosquitos en la ciudad.

Otro tanto ocurre con los árboles, tanto con los de la calle de Claudio Marcelo como con los de la ronda, donde bastantes han sido tronchados. Cierto que hay pocos agentes para vigilar, pero en la barriada de Alcolea, donde merced a la iniciativa de un prócer ilustre—el conde de Torres Cabrera—hay un hermoso paseo de acacias de más de mil quinientos metros, completamente en línea recta, visible desde el puente famos, ¿no se dispone de un guardia, ni peón caminero u otro representante de la autoridad que evite que siete u ocho mozalbetes acompañados de un centenar de cabras, ovejas, cerdos y vacas apaleen, tronchen y desgajen los árboles para pasto del ganado y acaben así con ellos?

Tambien allí matan golondrinas y ahorcan vencejos y nadie los ve. Verdad que los cercados llegan hasta las orillas del agua, con lo que se impide el paso e infrigue el artículo 553 del Código Civil. Verdad es que nadie puede saber lo que pase en un sitio oculto de la orilla del río, pero verdad es también que se puede evitar que a tiros se mate aviones y vencejos, como sucede casi todas las tardes, dentro del radio de la población, donde no se puede disparar, según el artículo 23 de la ley de caza. Esto es presenciado por quienes debieran evitarlo, suscitando los comentarios consiguientes.

Tratemos ahora de otro abuso, por el que, si no se pone coto, nos veremos en la necesidad de efectuar, para que corresponda a la fiesta del pájaro, otra que se verifica en varios países, especialmente en Cataluña: la fiesta del pez.

Siempre ha estado prohibida la pesca en el Tablazo de las Damas, hecha con artefacto que no fuese la caña. El pescador de caña, ese ser inofensivo de quien dijo no se quién que es una cosa que empieza en un anzuelo y acaba en un tonto, podía entretenerse o divertirse, puesto que a él la ley no le veda la pesca en ningún tiempo.

A pesar de que está en rigurosa veda, según la ley de 27 de Diciembre 1907, la pesca con clase de artefactos, de conformidad con el art. 15, todoslos díasy a todas horas, se ve infringir aquellas disposiciones en dicho sitio, de un modo bien ostensible y más aún: vender la pesca en el mercado, no obstante la prohibición establecida en el artículo 18.

Como en estas infracciones concurren en casi todos los casos las agravantes de pescar c n redes, con mallas menores de un céntímetro, mínimo que la ley permite, —véase el artículo 26—; como se pesca de ncohe—contra el artículo 20—y en todos los arroyos ponen cañales—artículo 32—que destruyen por completo la pesca existente, resulta que, de seguir así, pronto nos veremos en la necesidad de celebrar la fiesta expresada, para atender a la ropoblación de los ríos. Esta es la cosa: primero se destruye y extermina los pájaros, los árboles y los peces y luego se celebra la fiesta del pájaro, el árbol y el pez, siempre a lo Juan de Robres.

En estos años anteriores hemos visto a varios pescadores de de Don Benito, en sus lanchas y con redes, pescar en nuestro río, por haber agotado seguramente su Guadiana. Esto mismo vienen a hacer aquí y nos consta que como no vienen con todos los requisitos que la ley determina, se puede evitar que abusen en la misma forma en que lo hacen.

No hace muchos años que las sabogas o sábalos eran pescados hasta en Villa d-l Río. Hoy, con las nuevas piezas construídas sin escalas salmoneras, infringiendo asimismo la ley, con las redes que completamente, en particular en Palma del Río y Peñaflor, cortan las corrientes, evitando que dichos peces suban a nuestras riberas, así como los albures, lampreas, etc., nos vemos en la dura necesidad de tener que pagar caro y malo lo que antes teníamos bueno y barato, daba de comer a muchas familias y proporcionaba ingresos por arbitrios municipales.

La corrección de los defectos apuntados tiene seguramente más beneficiosa importancia que cuanta pudiera encerrar el propósito de medio limpiar las calles céntricas y lavar la cara a lo que haya de ver el visitante que llegue a una ciudan en la que resulta que leyes tan sencillas, simpáticas y ventajosas como las de protección a los pájaros, los árboles y los peces, están todauía por cumplir.

Central 16.

AÑORANZAS

¡Espera, confía en tí!

Con esas palabras—especie de arenga dirigida a mis ilusiones—rubricó mi inolvidable amigo Tubio aquella tarde de hace ya muchos años, la impresión que le causara la lectura de «Rosa y Rafael», mi primera obra dramática...

Era una tarde espléndidamente hermosa del mes de Marzo, no menos hermosa que los albores de la manaña hicieran antever a mi amigo y, horas después, augurara el pastor con quien nos encontramos a la zaga de su dula, portando sobre sus hombros dos corderillos de níveo vellón a cuyos vagidos tristones respondía el balar quejumbroso de la madre, que caminaba entre el lentiscar dolorida y lentosa. Debatía el pastor con nosotros indiferentemente a los balidos de la recién parida oveja y exasperábalo de vez en vez el pataleo quedo, pero incesante, de los gemelos sobre su espalda. Por risueño tamboril dijérase que habían tomado ésta, si los corderrillos no pusieran en sus gemidos todas las tonalidades de la pena...

A una pregunta mía exclamó el pastor:

«Cuando lleguemos al llano soltaré estos engorros y os diré la verea más corta que lleva al cazaero a que vais. Corta y too tendréis que aprisar bien el paso si queréis colgar el pájaro antes de las tres, que es la hora crítica».

Porque era «cazar el pájaro» el pretexto—¿por qué no he de decir simpático si para mí lo era?—de que se valió mi amigo para que le leyere mi obrita.

Y a una insinuación de mi amigo, explotadora de la bondad del pastor, contestó éste, hurgado en su hombría selvática: «No os espantarán la jaula ni el campo las ovejas ni las cabras; pa llegar a do vosotros vais tienen que atravesar la llanura, donde si no al alcance de la cayá, nunca lo están fuera del de la honda. Además, esos animalitos rara vez bajan de los precipicios de los cabezos en que ustés los ven ahora, a los valles; a toa la yerba pisoteá y husmeá de éstos prefieren una mancha verde en las quiebras de aquéllos. Y por lo que toca a las ovejas, ni los sones de sus esquilas llegarán a vosotros; de aquí que pudierais oírlos, ya el sol habrá traspuesto los linderos del día...»

. . . .

A nuestra espalda quedó el pastor en medio de la llanura, silencioso e inmóvil. Una honda hecha al chasquido ceñía su cuello. Los corderrillos, echados a sus pies, asemejaban de lejos animado edredón de blancas plumas. Más blancos, si cabe, pondríalos la madre que acicalábalos con la lengua a cuenta de quitar de sus bellones la impresión de los dedos del pastor.

Pajarito, el mejor carnero del hato, miraba al sol con el hocico fruncido en risa, cabe la oveja aceptadora de sus halagos. Ladrábauos desmemoriado el mastín. Con dejos de amenaza repetían los ladridos las oquedades del monte.

—

Pusímonos al cobijo de una encina, cuyo áspero ramaje tenía ese blando temblor de mayo, que más parece producido por el respirar de los pájaros que por el viento. Punteaba el sol la sombra de la encina con lunares de luz, y un pajarillo, seguramente enamorado, vocalizaba perdidamente entre las ramas...

A nuestra derecha, dos luengas montañas, salpicadas de peñascos grises y matas de todos alientos, escorzaban una vertiente, en cuyo fondo, erizado de zarzales, un arroyuelo manso simulaba con sus murmurios la cantilena dormidora de una nodriza... A ras de las copas del encinar cruzó un milano como violento vórtice de plumas. Los pajarillos, sobrecogidos, ahogaron sus trinos en la garganta. Gimieron las tórtolas a los lipiidos del pajarraco. En la foscura del lentiscar cuchicheaban las perdices las canciones de su amor...

Y de un tirón leí en alta voz por vez primera mi primera obra dramática, escrita cuando aún no había yo cumplido mis veintidós años.

Y exclamó mi amigo estrechándome efusivo las manos: «¡Espera, confía en tí!»

Y su voz nerviosa penetró en mi corazón, porque cantaba las impresiones del primer hijo de mi inteligencia.

Y tuvo sones divinos, porque cantaba mis ilusiones.

M. Continente.

EL LORO VIEJO

Amor, trocando en niña encantora,
tuvo un día de humor, una humorada,
por complacer a un loro a quien adora:
¡se sangró!
Aquella sangre inmaculada
la tierra del jardín sorbióla luego
y, en el cuadro mejor de los verjeles,
brotó el mejor clavel de los claveles
de rico aroma y de color de fuego.

Sangre del corazón fué la vertida,
de sangre roja estaba el clavel hecho;
y la niña pensó:—Luz, aire y vida
encontrará el clavel sobre mi pecho.

Mas, cuando fué a prendérselo de prisa
en la malla de encaje de su cuello,
dijo el loro con voz que daba risa:
—«Amorcico, mi amor, ¡quisiera olelló!«

Incauta y complaciente, al encorvado
pico acercó el clavel la enamorada,
y el loro parlanchín, que no ha estudiado
del valor de una flor poco ni nada,
se lo engulló de golpe, sin que el lloro
de la niña infeliz le conmoviera ..
Entre una linda flor y una grosera
y seca aluvia ¡que distingue un loro!

¡Quién no pasó por cosa parecida!
¡Cuántos, nobles o ilusos. no se ciegan
y al sacrificio la ilusión entregan
que en sueños perfumó toda su vida!

Rodolfo Gil

LA FALDA CORTA, por Fz. Márquez.
El papá al amigo: —Habrá visto que he vestido de largo a la niña.
El amigo al papá: —Y ¿cuándo hace lo mismo con la señora?

COSAS VISTAS

TALLEYRAN, POR VICTOR HUGO

Traducción de Joaquín Vázquez Vílchez.

19 mayo 1838

En la calle de San Florentín existen un palacio y una alcantarilla.

El palacio, que es de noble, rica y sombría arquitectura, se ha llamado largo tiempo el Hotel del Infantado; hoy se lee sobre el frontón de su puerta principal: Hotel Talleyrand. Durante los cuarenta años que ha habitado en esta calle el último huésped del palacio, ni una sola vez, quizá, habrá dejado caer su mirada sobre la referida alcantarilla.

Era un personaje extraño, temible y considerado; se llamaba Carlos Mauricio de Perigord; era noble como Maquiavelo, sacerdote como Gondi, secularizado como Fouché, espiritual como Voltaire y cojo como el diablo. Se podría decir que todo cojeaba en el a semejanza de sus piernas: la nobleza que había convertido en servidora de la república, el sacerdocio que había arrastrado por el campo de Marte, tirándolo después al arroyo, el matrimonio que había roto con veinte escándalos y con una separación voluntaria, el espíritu que había deshonrado con la bajeza.

No obstante, era un gran hombre; los esplendores de los dos regímenes se confundían en él: de una parte era príncipe del viejo reino y de otra príncipe del imperio francés.

Durante treinta años, desde el fondo de su palacio, su pensamiento había influído mucho en los destinos de Europa. Se había dejado tutear por la revolución, sonriéndole irónicamente, pero ésta no se había apercibido de ello. Habia visto de cerca, conocido, observado, penetrado, removido, revuelto, ahondado, ridiculizado y fecundado a todos los hombres de su tiempo, a todas las ideas de su siglo. Los cuatro o cinco hilos formidables que movían el mundo civilizado, durante algunos minutos de la vida de este hombre extraordinario, habían estado en sus manos. Napoleón I, emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederación del Rhin, mediador de la Confederación Suiza, era en sus manos un pelele: estos eran los juegos del tal hombre.

Después de la revolución de Julio, caída ya la raza vieja de la que era gran chambelán, él había permanecido en pie y, dirigiéndose al pueblo, que estaba con los brazos desnudos sentado sobre un montón de guijarros, le dijo: Hazme tu embajador.

Había recibido la confesión de Mirabeau y la primera confidencia de Thiers. Decía de sí mismo que era un gran poeta, autor de una trilogía en tres dinastías: primer acto, el imperio; segundo, la casa de Borbón y tercero, la de Orleans.

Realizó todo esto desde su palacio, y utilizando ese mismo palacio, como la araña se sirve de su tela, había atraído y agasajado, sucesivamente, a pensadores, héroes, grandes hombres, conquistadores, reyes, príncipes, emperadores: Bonaparte, Sieyés, Mme. de Stael, Chateaubriand, Benjamín Constant, Alejandro de Rusia, Guillermo de Prusia, Francisco de Austria, Luís XVIII, Lus Felipe, todas las moscas doradas y brillantes que zumban en la historia de estos cuarenta últimos años, habían sucesivamente pasado, en deslumbrador enjambre, fascinados por la mirada profunda de este hombre, bajo la puerta sombría que lleva escrito sobre su arquitrabe: «Hotel Talleyrand».

Y bien, anteayer, 17 de Mayo de 1838, murió este hombre. Han venido los médicos a embalsamar el cadáver. Para ello, a la manera egipcia, han extraído las entrañas del vientre, y el cerebro del cráneo. Una vez transformado el príncipe de Talleyrand en momia e introducida ésta en un ataúd tapizado de satén blanco, se han marchado, dejando sobre una mesa el cerebro, este cerebro que había pensado tantas cosas, inspirado a tantos hombres, construído tantos edificios, conducido dos revoluciones, engañado a veinte reyes, contenido el mundo. A poco de abandonar la estancia los médicos, y al ver lo que éstos han dejado sobre la mesa se ha dicho: ¡Caramba! han olvidado esto. ¿Qué hacer? Pera recordando que hay una alcantarilla en la calle, ha cogido el cerebro de Talleyrand y lo ha arrojado en ella. *Finis rerum*.

El cuarto poder por dentro

Bien puede decirse que el problema social, moral y económico del periodismo está por resolver en España. Desde hace algunos años a esta parte, cierto es que ha experimentado notables progresos, pero estos, lejos de favarecerle, han venido en su perjuicio, pues lo que antes era un medio cultural, altruista, desinteresado, hoy se ha convertido en una industria, de una explotación de múltiples y particulares intereses, que mal puede tener una solución beneficiosa para quienes lo ejercen, cuando precisamente, en que no se solucione estriba para muchos su principal importancia.

Y es que no son ya las entidades industriales o mercantiles o las profesiones más o menos libres las que han dado en explotar el negocio del periodismo y la profesión del periodista, sino que son los partidos políticos del cualquiera que sea su significación, desde la extrema derecha, hasta la extrema izquierda.

En aquellos tiempos gloriosos del periodismo pujante de «La Iberia», «El Globo», «El Nacional» y «La Correspondencia de España», en que los hombres que los escribían y mantenían con sus recursos pecuniarios hacían del periodismo una religión y un sacerdocio, claro es que no había negocios, sino que, por el contrario, sólo reportaba sacrificios, privaciones y hasta la ruina.

Pero desde que se convirtió este idealismo en negocio; desde que se miró el periodismo como empresa; desde que vino la fusión de empresas por medio de los trust, desde entonces bien puede decirse que es un negocio industrialista peculiar de algunas entidades, el acaparamiento de riqueza y poderío en otros, estableciendo algo así como una especie de burguesía y aristocracia donde quizá menos pueden predominar diferencias de clase, aunque, claro es, tiene que haber categorías, de las que hableremos oportunamente.

Estas manifiestas corrupciones, consecuencias necesarias, del mercantilismo, en materia periodística, corren de boca en boca, pero tan sólo se murmuran al oído; son muchos los que conocen pruebas y testimonios, pero no hay quien se atreva a declararlos, porque tanto se entronizaron algunos, que constituye una seria temeridad provocar sus iras desenmascarando las tendencias bien marcadas en sus actos.

Para tratar en términos verdaderos el problema del periodismo, se necesita valor, cada día más raro, para exponer la verdad aun con propio quebranto y del de instituciones y personas temibles, las unas por su posición, las otras por su historia y poderío.

El valor de perseguir fines esencialmente altruístas en el seno de una sociedad dominada, como el periodismo, por todos los egoísmos y en la cual no suele ser camino para conquistar ni honra ni provecho el decir a plena luz la verdad que envuelve, para unos el sonrojo de la prevaricación y acusa a otros de procederes ruínes e innobles, es empresa ardua, pero por lo mismo, nos la imponemos, humildes y pobres como somos. Es cierto que hablar de estos asuntos en términos de justeza reputaránlo farisaicamente como escandaloso los mismos cuya personalidad va envuelta en tales hechos y tendencias, a todas luces censurables, porque consagrados realmente al negocio del periodismo, aunque alardeen de ser sus defensores, como el que más, en teoría y en principio, de la pureza, altruismo y abnegación característica del ideal periodístico, causarales espanto oir la traducción en palabras de sus propias obras y sentiranse instintivamente impulsados a negar hasta la realidad de los hechos, de igual manera que la joven presumida y vanidosa reniega del fotógrafo porque no supo o no quiso o no pudo falsear su retrato con retoques, sino que tan solo se limitó a reproducir fielmente las fealdades de su rostro poco favorecido por la estética.

Figuras de la provincia.—El concejal más antiguo de Pueblonuevo del Terrible.

Pero nos anima y nos alienta aquel apotegma que dice:

«arrojar la cara importa
que el espejo no hay por qué»;

y por eso, convencidos de que la situación actual del periodismo español es pésima, creemos que necesita, más que de las fingidas bellezas del retoque, que ocultando sus defectos, aumentaría su vanidad, de la cruel sinceridad del espejo que los manifieste en toda su extensión y número para que, al verlos en sí mismos, puedan apreciar su fealdad y les produzcan, al menos, esa vergüenza, que es el primer paso en el camino de la regeneración.

No creemos necesario, para llegar a esto, escandalizar, ni es menester personalizar los defectos, ni preciso señalar a nadie por su propio nombre, aunque quizá algunas veces sea preciso por los caracteres que lo individualizan; pero creemos indispensable no ocultar nada de cuanto en el periodismo ha contribuído indebidamente en poco o en mucho a que mientras los de arriba viven sin querer conocer las necesidades de la vida y las empresas encuentran en el propio periodismo sus mejores medios de defensa económica, vengan a convertirse en opresores de la clase más modesta de esta profesión, siendo así que constituye el lazo de unión entre el capital y el trabajo, entre el pueblo y los gobernantes, entre los de arriba y los de abajo. Queremos, pues, someter a la consideración del lector, que desearíamos fuera periodista o empresa periodística precisamente, las armonías que hay y debe haber entre la burguesía y el proletariado periodístico; la vanidad y prevención de la primera, que llega

a ser motivo de ostentación pública, y la vergonzosa humillación de la segunda, que constituye una afrenta para el individuo y la asociación en cuyo seno está; todo, en fin, cuanto declaran los hechos y encuentra en estos cumplida comprobación con respecto a utilizar mercantilmente el ideal periodístico.

Procuraremos, para esto, no decir nada que no sea sxacto, nada que no pueda contrastarse con la realidad de los hechos, nada, en una palabra, que no lleve al ánimo el convencimiento de que se ha convertido de tal manera en mercancía el ideal periodístico, que bien se puede llamar a unos mercaderes y a otros mercenarios desgraciados, contreñidos, a cada paso, a renunciar a su propia dignidad, si no quieren engrosar las filas de las pobres víctimas del hambre. Esto es lo que nos proponemos explanar en estos artículos, a los que hemos puesto por nombre de pila «El cuarto poder por dentro».

Bien quisiéramos reflejar los hechos con fidelidad exacta; que la impresión que deja grabada en el ánimo del observador atento, sereno, frío e imparcial del estado del periodismo español en la actualidad, examinado a la luz de los hechos, es dolorosísimo, aterrador, vergonzoso, inhumano, indigno y tanto más cuanto que este estado se agrava de día en día, precisamente porque los unos son mercaderes que persiguen el lucro y los otros, los más, son desgraciados mercenarios dispuestos a sufrir toda clase de vejaciones, humillaciones, desprecios o poner a prueba su dignidad y pundonor para no engrosar las filas de los hambrientos, de los desgraciados, de los abandonados en el arroyo y desposeídos de toda esperanza, de una vida como requieren de consuno sus talentos, sus condiciones y su humanidad. Ojalá este trabajo consiga lo que nos proponemos, que es contribuir al comienzo de la regeneración del periodismo y la dignificación social, moral, intelectual y económica de los periodistas.

Voz de alerta es la que aquí damos, que habrá de ser secundada con actos de solidaridad de todo periodista español.

Por tanto, si queréis, queridos amigos y compañeros, la regeneración está en vuestras manos; si no hacéis nada por poseerla, no os lamentéis de vuestra mala suerte, sino sufrid como mujerzuelas lo que no supisteis defender como hombres de honor y de talento.

Benjamín Marcos González.

Madrid Julio 1917.

Historia de los Musulmanes de España y Africa, por En Nuguairí.

El docto catedrático señor Gaspar Remiro, ha publicado recientemente de la Enciclopedia de En Nuguairí, escritor egipcio que vivió en el siglo XIV, la Historia de los musulmanes de España y Africa, de gran interés para nuestra Historia patria y aún más todavía para la de Córdoba, pues en este primer tomo sólo estudia la dinastía Omeya, desde su fundador Abderramhan I, hasta el desmebramiento del califato cordobés.

Los trabajos de En Nuguairi, han sido utilizados, según declara su erudito traductor, por arabistas como Dozy, Slane, Quatremere y otros, y a instancias de varios profesores de Historia y del venerable maestro don Francisco Codera, se decide a publicar esta obra, habiendo reportado con ello un gran beneficio a los amantes del pasado, tanto al erudito como al aficionado, ante el acierto de ofrecer el texto árabe y la traducción española.

Adolecen los escritores árabes y aún más las producciones de sus poetas, en contra de la opinión general, de falta de genio y de inventiva, que no está compensada con la fluidez y galanura en el decir, de tal modo, que la lectura de varias obras literarias es suficiente para darnos a conocer el carácter de su literatura: tan repetidas son las imágenes que emplean, copiándose los unos a los otros, y este juicio, en lo que atañe a la parte literaria, podemos aplicarlo a la Historia de En Nuguairi.

No quiere esto decir que en la obra falten capítulos literarios, pero siendo una crónica en la más completa acepción de la palabra, atiende más al fondo que a la forma, lo que es debido también a que En Nuguari, con el poco respeto que siempre se ha tenido a la propiedad literaria, copia íntegramente a cronistas que «le precedieron, sin más hacer que omitir alguna frase redundante o detalle sin interés mayor, cambiar algunas palabras por otras sinónimas, o reducir alguna que otra frase en busca de abreviar o compendiar el recitado», como dice Gaspar Remiro en el prólogo.

Entre los capítulos literarios dignos de citarse, está el de la muerte de Abderramhan, en donde reproduce la conocida poesía a la palmera, que copiamos a continuación por ser una traducción mucho más fiel que la hecha por Conde.

Dice así el texto original:

¡Se nos ha mostrado en medio de la Ruzafa una sola palmera! ¡En la tierra de Occidente se halla muy alejada del país de las palmeras! Y digo: ¡Se parece a mí en hallarme lejano, distante y largamente separado de mis hijos y familia!

¡Creces en tierra en que eres pere-

grina! ¡Como yo, te encuentras en lo más remoto y alejado! ¡Riéguente las nubes de la mañana con su fina lluvia, en el lugar de alejamiento, que hace correr y derramar a torrentes a la constelación de los peces!»

En el capítulo que En Nuguairi, dedica a las poesías compuestas por Almotamid, el famoso rey de Sevilla, en la época de la desmembración del Califato y que murió prisionero de los almoravides en Agmat, cuenta que el hijo de Almotamid, se enamoró de una doncella sevillana, hija de un alfarero, y que el padre se negó a dar a su hija en matrimonio al príncipe, mientras no supiera un oficio y, habiendo elegido el de su suegro, tuvo que recurrir a ese arte, para ganar después el pan de su familia amasado con las amarguras del destierro.

Si casi siempre merecen censuras los que copian servilmente a otros escritores, en En Nuguairi podemos decir que avalora su Historia este sistema de acóplar materiales, por el buen juicio crítico que predomina en la selección, ante la imposibilidad de escribir en aquella época de otra forma que en esta, y no poder hacerse el trabajo de investigación moderno.

Descartado hoy por absurdo el que un sólo individuo escriba una Historia Universal fuera de las didácticas y tendiéndose a estudios parciales de épocas o períodos, la historia de los Omeyas ha venido a enriquecer el caudal bibliográfico del arabista que documentadamente quiera y pueda escribir la Historia del Califato cordobés, que tanta falta nos hace, y desterrar de este modo la multitud de leyendas que algunos escritores cordobeses, con buena voluntad pero con mucha ignorancia, han propalado y contribuido a que se arraigen en la opinión general y hasta en personas de cultura.

A más del encanto de obra antigua que posee la crónica, hay que añadir el de que su autor era mahometano y que en la época en que la escribió se ve libre de los prejuicios políticos de los escritores del Califato.

Tiene también para nosotros los cordobeses el doble interés de toda historia árabe española cuyos principales episodios giran algededor de la del Andaluz.

La gran importancia de esta obra estriba en que es una de las fuentes principales que aprovechó Dozy para su Historia de los Arabes, no habiéndose publicado íntegra hasta ahora; la intensa emoción dramática de muchas de sus páginas, como las que narran las sublevaciones de los árabes cordobeses durante el Emirato de Alhaquen; las que dedica a la construcción de Medina Azahira, a la batalla de Zalaca, y otras que sería largo enumerar, hacen interesante y amena su lectura.

Grandes satisfacciones que compensen su ruda labor de sabio erudito contará ya el señor Gaspar Remiro en su haber. A nuestro juicio crítico, que no es técnico, pero que lo emitimos creyendo cumplir un deber de divulgación al par que, como amantes de nuestra querida Córpoba, nos felicitamos también por ver enriquecida su bibliografía con un libro más de tan positivo valor.

M. A. Orti Belmonte.

Córdoba docente.—El director del instituto general y térnico, don Agilio Elifeo Fernández García, y los alumnos de varias secciones del Colegio de la Asunción, acompañados de sus profesores.

Los enemigos de la revoluciòn del Yucatàn

I

El azar, frecuente favorecedor de periodistas, trae a nuestras manos, en una hoja de *La Lucha*, vibrante diario de la Habana, una enérgica censura de los enemigos que la revolución de Méjico ha venido sufriendo en el Estado del Yucatán. Estos enemigos de la revolución del Yucatán son idénticos a los que en tantos otros países se oponen al progreso, aunque no siempre surja, como en el Yucatán ha ocurrido, un Alvarado que acierte a vencerlos y anularlos decidida y patrióticamente.

Por su mucho interés, a continuación comenzamos a reproducir el expresado enérgico y preciso estudio de los enemigos de la revolución del Yucatán:

Los enemigos del progreso—los estacionarios, los moderados—usan toda clase de armas y emplean todos los recursos, desde la genuflexión hasta el insulto. Toda la gama riquísima de la politiquería recorre la argucia de los hombres públicos para procurar el logro de sus planes. Unos se fingen más reformadores que los reformadores de acción. Otros oponen una resistencia pasiva de la inercia y, entre todos, oponen a la marcha progresiva de la sociedad el obstáculo de su monstrnoso egoísmo, vestido con el clásico traje de Arlequín, que tiene muchos colores y un solo aspecto. Los sostenedores del atraso de Méjico tienen fuerzas estupendas y ardides habilísimos para lograr sus fines. El más conocido, y que más éxito obtuvo durante la administración maderista, fué la eliminación de los elementos genuinamente revolucionarios por medio del desprestigio para sustituírlos con los viejos elementos, prestigiados por el rutinero elogio de los periodistas vendidos.

Y bien. Es verdad. A nadie se le oculta que hoy sucede algo semejante, y la impetuosidad del general Alvarado no ha podido ocultarlo ni en discursos ni en hechos. En la complejidad de la vida moderna, que es mezcla de nuestra anterior educación política y de los nuevos y pujantes principios, la burocracia está vacilando como otros muchos elementos y, al perder su prestigio y su preponderancia, trae abajo muchos vicios y muchos viejos errores que, con representaciones de carne y hueso, están defendiendo sus privilegios en la última y definitiva batalla.

Y he aquí por qué el Gobierno constitucionalista tiene tantos y tan poderosos enemigos. ¿Quiénes son ellos? Son muchos. Es necesario repetirlo: son muchos. No importa que la actual administración haya revolucionado profundamente nuestras costumbres y que, impulsados vigorosamente hacia el porvenir, en el Estado hayan florecido vigorosamente los más altos ideales de la humanidad. Nada importa. Los enemigos de la administración, no lo son propiamente de la Administración. Son enemigos del progreso; son enemigos de la verdad; son, únicamente, amigos de su egoísmo, de su comodidad, de sus vicios. Son el hombre antiguo carcomido por los prejuicios y por las contradictorias enseñanzas de soberbia y de egoísmo. Son los prejuicios que mueren, que se van irremisiblemente, pero que, en su agonía, patalean con suprema desesperación. Son todo lo que se va, todo lo que muere, todo lo que huye al soplo de incendio de la Revolución. Son los abogados que preconizan la chicana como el supremo argumento de los litigios; los toreros; los souteneurs; los lagartos; los galleros; los tahures; los vagos; las pitonisas; los adivinos; los taberneros; los influyentes; los mangoneadores del Trust henequero; los buenos mozos, peligroso artículo de importación que hace estallar de gozo los corazones de las solteronas ricas; los hacendados retardarios; los concesionarios de loterías; los billeteros; las amas chapadas a la antigua; los padres desnaturalizados; los falsos filántropos y los fariseos de la justicia. Estudiemos su psicología.

La previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está prohibida la publicación de noticias y comentarios relativos a

1.º Las instituciones fundamentales.

2.º La disciplina militar.

3.º Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.º Acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.º Movimiento de tropas o de buques nacionales o extranjeros.

6.º Exportación a países beligerantes.

7.º Huelgas y reuniones públicas.

8.º Manifiestos y proclamas.

9.º Las operaciones de la guerra.

10. La actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Los soberanos o jefes de Estado extranjeros.

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 Cts.

Gitana de Córdoba.—Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

CÓRDOBA

RÉVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 28 de Julio de 1917 | NÚM. 50

El impuesto único en Córdoba

En reciente número de esta hospitalaria y generosa revista CÓRDOBA, se han publicado unas líneas—contestación a otras nuestras, ya lejanas—interesantes, sobre todo, porque contienen las cifras reales del valor del suelo de Córdoba y de los impuestos que sobre él gravitan.

Distan mucho tales datos de los que nosotros suponíamos, estableciendo comparaciones con la valoración del suelo de Sevilla, los que nos daban una renta del suelo de Córdoba libre de mejoras de más de siete millones de pesetas anuales, cantidad excelente y casi no imaginada con que nutrir el presupuesto municipal, aboliendo, en cambio, todas las gabelas, cargas y tributos que sobre la población pesan, haciendo penosa la vida y todas las manifestaciones del trabajo.

Pero antes de llegar a conclusiones concretas sobre los datos de nuestro anónimo interlocutor, nos permitimos rogarle que amplíe aquellos en los extremos siguientes, ya que se nos ofrece generoso para esta empresa:

1.° De qué fecha es el Avance Catastral Urbano y si tiene por base las declaraciones de l s propietarios.

2.° Si este Avance comprende sólo la parte de población edificada o la edificable también. Nuestro estudio habría de ser hecho sobre todas las tierras comprendidas en el perímetro de la población, contado éste desde el radio.

Y 3.° Qué base o cómputo es el que se establece para calcular el valor del suelo desprovisto de mejoras.

Quedaríamos agradecidos a nuestro comunicantes si además nos pudiera decir la extensión de la población edificada y la extensión total del perímetro.

Con estos datos creemos que no necesitaremos molestar más a nuestro bondadoso colaborador.

La bella señorita Manolita García Molina, que en el Conservatorio provincial de Córdoba ha obtenido la medalla de oro en el cuarto año de piano.

Y, antes de termirar, consignemos nuestro fervoroso aplauso al concejal republicano y regionalista de este Ayuntamiento señor Vaquero Cantillo que, enmedio de la apatía inconcebible que nos domina, ha conseguido, estudiando hondamente el problema municipal, iniciar en la Casa de la Ciudad, los derroteros del Impuesto único poniendo así los jalones necesarios para salvar y enriquecer la hacienda de la misma, como demostraremos en breve.

Rafael.

La previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está prohibida la publicación de noticias y comentarios relativos a

1.° Las instituciones fundamentales.

2.° La disciplina militar.

3.° Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.° Acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.° Movimiento de tropas o de buques nacionales o extranjeros.

6.° Exportación a países beligerantes.

7.° Huelgas y reuniones públicas.

8.° Manifiestos y proclamas.

9.° Las operaciones de la guerra.

10. La actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Los soberanos o jefes de Estado extranjeros.

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.

La telefonía provincial de Córdoba

Durante el año anterior de 1916 se hizo el proyecto de Telefonía nacional. Tan conveniente servicio público está establecido en todo el mundo civilizado, con excepción de España, donde ya ha comenzado a desarrollarse pero de forma imperfecta e incompleta, pues sólo alcanza a las capitales de provincia más principales y a los pueblos de gran riqueza que se encuentran en el camino por donde pasan las líneas telefónicas interprovinciales.

Los pueblos alejados de dichas vías generales han quedado sin comunicación y, los pocos que por estar cercanos a ellas la tienen, no pueden disfrutar de un buen servicio por el excesivo número de poblaciones que alternativamente lo cursan por un solo conductor. Por esto, la telefonía establecida en España ha sido hasta ahora incompleta e imperfecta.

Prueba de ello es que en toda la provincia de Córdoba sólo hay una estación telefónica interurbana, que está en la capital, y ninguna en los pueblos, no obstante ser estos, en su mayor parte, muy ricos y poblados. Algunos tienen un servicio especial de telefonía que consiste en utilizar los hilos telegráficos como telefónicos, pero esto es muy poco práctico y el público no lo acepta, por lo cual, al estudiar el plan general, se ha prescindido de aprovechar este deficiente servicio.

La razón del atraso de las comunicaciones telefónicas en España consiste en que, concedido por el Estado el establecimiento y explotación de ellas a las Empresas industriales, sólo han atendido éstas, como es natural, al fin de obtener las mayores ganancias pecuniarias, dejando en término secundario el objeto principal de la telefonía, que es llevarla a todas partes para poner en municación a todos los pueblos.

Por las causas expuestas, aun carecen de comunicación telefónica algunas capitales de provincia y la mayor parte de los pueblos, pues las compañías explotadoras no instalan tal servicio donde no ven segura la ganancia.

Como se ve, la telefonía no ha tenido en España su natural desarrollo, por haber sido considerada como un negocio de industria, en vez de como un servicio de imprescindible necesidad nacional.

Pero conocido este error, al fin, y terminado el plazo que tenía una empresa para hacer en España las construcciones telefónicas, el Estado, por medio de su Dirección general de Telégrafos, formuló inmediatamente el proyecto general de Telefonía Nacional para llevar esta clase de comunicaciones a todos los pueblos de España, sin atender al negocio industrial, sino a cumplir el deber de enlazar con el mundo civilizado a los más alejados rincones de España y a los pueblos más pequeños, que son los más nscesitados de este servicio y los más abandonados hasta ahora.

Para demostrar de forma evidente el atraso de España respecto a la Telefonía y el problema tan importante que ha de resolverse con el proyecto de construcciones que se trata de realizar, publicamos a continuación una breve estadística:

Situación de la Telefonía en Europa en el año de 1912

NACIONES	Número de habitantes	Número de abonados al teléfono: Total	Número de abonados al teléfono: Por cada 100 habitantes	Gastos realizados: Total francos
Alemania	65.000.000	1.500.000	2'30	900.000.000
Bélgica	7.500.000	56.722	0'76	75.797.555
Dinamarca	3.000.000	116.162	3'87	49.289.826
Francia	40.000.000	276.139	0'69	210.000.000
Inglaterra	45.000.000	717.000	1'59	447.121.811
Noruega	2.500.000	74.900	2'99	220.000.000
Holanda	6.000.000	69.500	1'15	21.943.963
Suecia	5.500.000	214.000	3'89	79.852.682
Suiza	3.500.000	89.241	2'54	64.117.663
España	19.000.000	35.000	0'18	10.000.000

A estos datos, que son oficiales, hay que añadir como complemento que la pequeña cantidad invertida por España lo fué completamente por empresas particulares concesionarias de Teléfonos, y que el Estado, no sólo no gastó un céntimo, sino que cobró las rentas por canon telefónico del 15 % de los ingresos; es decir, que la telefonía se estimó como una renta nada más.

Todos los defectos apuntados quedarán resueltos con la aplicación del proyecto de Telefonía nacional, cuyo plano se publica con este artículo.

Córdoba tiene ya comunicación telefónica con Madrid y varias capitales de provincia. Al realizarse las obras proyectadas, todos los pueblos tendrán comunicación directa y exclusiva con las cabezas respectivas de sus partidos judiciales y éstas con la capital cordobesa, por lo cual desde todos los pueblos de la provincia se podrá hablar con el resto de España.

Los Centros telefónicos urbanos estarán enlazados a las líneas telefónicas interurbanas, de modo que cualquier abonado, desde su casa, podrá verificar conferencias con los de otros pueblos.

La provincia de Córdoba, dentro del atraso general de las comunicaciones de España, es de las más adelantadas y la zona de su campiña es, sin duda, la de más comunicaciones. Esos pueblos han trabajado con fé por obtener más y más comunicaciones, y lo han conseguido. Lucena tiene un Centro telefónico importante, otro se está construyendo en Priego, otro ya a instalarse en Cabra. Baena y otros pueblos también los tienen concedidos. Estas obras, incluídas en el plan general, han dado a Córdoba la razón de que por esta provincia se empiecen a construír las líneas interurbanas, ya que hay construídos varios Centros telefónicos urbanos que conviene enlazar.

Hay provincias que disfrutan el mismo derecho que Córdoba, pero disponen de menos recursos de riqueza, y tienen concedida ya la red telefónica provincial, como Ciudad Real, donde están casi terminadas las obras, y Albacete, donde comenzarán seguidamente.

En toda Cataluña ya está establecido el servicio. Igualmente en las Provincias Vascongadas y en la de Madrid se están instalando las últimas líneas.

En Andalucía aún no, pero seguramente van a empezar pronto los trabajos en alguna provincia de la región. Como Córdoba tiene las mayores garantías de éxito, por los resultados de los trabajos ya realizados en la Telefonía urbana y por la riqueza y crecida población, es seguro que, si la Diputación provincial, los Ayuntamientos, otras corporaciones y demás fuerzas sociales solicitaran del director general de Telégrafos la

Esquema del anteproyecto de la red provincial de Córdoba.

SIGNOS CONVENCIONALES

- Central de la Red Provincial.
- Centro telefónico en Estación Telefónica.
- Idem en Estación Telegráfica.
- Idem de nueva creación.
- Subcentral Telefónica.
- Id. en Estación Telefónica.
- Estación Telefónica.
- Idem en Estación Telegráfica.
- Idem en Estación Municipal.
- Circuito de la Comp.ª Peninsular de Teléfonos
- Circuito de bronce de 3 mm.
- Idem de 2 mm.
- Circuito de hierro de 3 mm.
- Límite de Centro Urbano arrendado.

construcción de la red telefónica provincial y ofrecieran conjuntamente el auxilio que pudieran para ayudar al gasto de las obras, ya que se trata de un asunto provincial, sería atendida en tan justa petición.

Aunque es de una evidencia notoria la prosperidad que siempre llevan las comunicaciones a los pueblos, por el aumento de la actividad en el trabajo, por las facilidades que dan a la Industria y al Comercio en sus operaciones, y por el progreso en general que representan, hay comarcas que, por no haber tocado estos beneficios, no los conocen lo bastante y no se interesan por conseguirlos.

No está Córdoba en este caso, y seguramente que todos los pueblos coadyuvarán a conseguir tan trascendentales reformas en las comu-

nicaciones. Tratándose de un asunto que afecta a los intereses de toda la provincia, el presidente de la Dipución es el llamado a recoger la opinión de los pueblos y a darle forma ante los Poderes del Estado.

En Andalucía ha de empezar pronto la instalación de las redes telefónicas provinciales. Hasta ahora, Córdoba es la más adelantada. De los cordobeses depende que continúe disfrutando el primer lugar, pues los Centros directivos que conceden estos proyectos están en la mejor disposición con respecto a Córdoba.

En la Biblioteca provincial se ha depositado un ejemplar del proyecto de Telefonía nacional, para que pueda ser estudiado y conocido del público.

Y, ahora, los cordobeses tienen la palabra.

Francisco Cabrera Pozuelo.

Córdoba Julio 1917.

QUIJOTADAS

¡CÓMO ESTÁ LA SOCIEDAD!

Para enderezar los tuertos
héme al mundo de lanzar,
que entre chicos y entre grandes,
en los de aquí y acuyá,
¡es para verlo, señores,
cómo está la sociedad!
En un campo que de *honor*
suelen algunos llamar
se oculta con guante blanco
la mano del criminal
que mata firme y sereno
con pasmosa frialdad.
Homicidas alevosos
y Caínes por demás
que en vez de ser en galeras
en los palacios están...
¡Es para verlo, señores,
cómo está la sociedad!
Hay hombres de humilde cuna
que en su existencia fatal
luchan, vencen son vencidos
y vuelven luego a luchar,
hasta que al fin, desgraciados,
viendo a sus hijos llorar,
ladrones quieren llamarse
para llevarles el pan.
Que las penas en prisiones
sufran estos, bien está...
pero ¡quien no piensa al verlos
en los de levita frac....
¡Es para verlo, señores,
cómo está la sociedad!
Las coletas simbolizan
la ciencia y autoridad,
y para siglos futuros
se puede profetizar
que de la más regia estirpe
timbres gloriosos serán...
¡Es para verlo, señores,
cómo está la sociedad!
Archivos y biblioteca
hanse pronto de cerrar,
que aquellos del *gay saber*
diseminados están
y los unos van con *Jorge*,
con *Baco* los otros ván;
muchos incautos a *Venus*
y otros tantos van allá
por esos mundos de Dios
sin saber a donde van.
Son los vates melenudos,
son los tontos del lugar,
y los hay compositores
de música celestial
y pintores que *la mona*
llegaron sólo a *pintar*..,
¡Es para verlo, señores,
cómo está la sociedad!
Avaros, que tras los muros
de su castillo feudal,
al son continuo del oro
la voz acallando van
de su adormida conciencia
que les grita sin cesar....
Yo he visto los ojos suyos
a la miseria cerrar,
rasgar el sublime manto
de la hermosa caridad,
cuando a sus puertas llamaba
con triste y constante afán.
Los vi luego, vanidosos,
con mano pródiga dar
para fiestas y saraos
en su castillo feudal...
¡Es para verlo, señores,
cómo está la sociedad!
Con absuloto gobierno
Cupido reinando está
y no hay poder que le iguale,
que ante su trono imperial
los *pesos* y las *espadas*
se llegaron a estrellar.
Amor es arma segura
del espíritu del mal
y en los salones la esgrime
dd la culta sociedad
lo mismo que sobre cieno
del más bajo lupanar.
Entre mirtos y entre rosas
Venus por el mundo va,
y siendo la misma siempre,
vive Dios, que es de extrañar
que ricas alfombras pise
de un arpa de oro al compás,
sin protesta, sin escándalo,
de la culta sociedad...
¡Es para verlo, señores,
para verlo como está
el corazón virulenio
de la emferma humanidad!

El Caballero de la triste historia.

CUENTO

¡PITEJO!

Juanillo dió una última chupada al cigarro y se dirigió al coche fúnebre, junto al cual ya le aguardaban sus penas y fatigas.

El cortejo, compuesto en su mayoría de hombres de pelo en pecho, vestidos casi todos con las ropas de las grades solemnidades, mataba la espera hablando de la difunta.

—¡Ha sido un dolor! ¡Era un relicario por lo buena, por lo bonita y por lo hacendosa y por lo mujer de su casa!—exclamó Curro Cárdenas, al par que se alzaba suavemente los tufos.

—¡Sí que ha sido un dolor! ¡Que era la pobretica un pasmo! ¡Si parece mentira! ¡Si parece que estaba malbaratando salú por toos los poros de su persona!

—¡Es que a veces a Dios también se le van las pajaritas! ¡Si hace ocho días estaba como los propios ángeles!

—¡Hace ocho días! ¡Tres hace que la vide yo en casa de la Encarnación! ¡Así pasan las cosas en este mundillo amargo; se alevanta uno un día hablándole de tú al a feliciá, y al llegar la noche, pin, pan, pun, la mortaja y cuatro velas y una misa, si hay quien la pague!

La conversación fué interrumpida por el sordo rumor producido por el féretro al ser sacado por los enterradores.

Juanillo metió el hombro, como sus compañeros, y la comitiva se dirigió a uno de los patios de zanjas.

El recinto apenas si tenía algo de fúnebre en aquellos instantes: el sol inundábalo todo, embelleciendo con su intensa luz los blancos mausoleos, el musgo, los floridos sepulcros de los humildes, y allá a lo lejos, la riente perspectiva sembrada de caseríos edificados en las rojizas cumbres y en las empinadas laderas.

Cruzó el cortejo por entre los suntuosos panteones, turbando con sus pasos la solemne quietud, y a poco deteníase al borde de una zanja recién abierta, donde se respiraba el vivificante vaho de la tierra removida.

Detúvose el cortejo; descansó el féretro al borde de la zanja, mientras los enterradores limpiábanse el copioso sudor con el dorso de la mano unos y con las mangas de la chamarreta los otros; descubrió Cureo Cárdenas el cadáver, y entonó sus preces el capellán.

—¡Pobretica! ¡Pobretica!—exclamó con voz sentida uno de los concurrentes.

Juanillo arrojó, como todos, una mirada al cadáver, y al ver a éste, al fijarse en su color de marfil envejecido, en las enmarañadas y negrísimas guedejas que se le desbordaban en mechones sobre la almohada, en sus lívidos labios que dejaban ver la nítida dentadura, al ver a la muerta, en fin—repetimos—, reflejó su rostro amarguísima sorpresa.

— ¡Lola, es Lola! — exclamó acercándose bruscamente al féretro.

Cubrió de nuevo la faz de la difunta el representante de la familia, y momentos después era izada la caja sobre la zanja recién abierta.

—¡Con cuidao sus digo!—repitió con aire sombrío y amenazador al chocar el féretro con uno de los bordes de la zanja.

Minutos después se alejaba la comitiva, al frente de la cual caminaba el sacerdote, luciendo al sol los verdes matices de su raída sotana.

Juanillo, al quedarse sólo, sentóse en un ángulo de una losa; posó tristemente la vista en la tierra amontonada sobre la sepultura, y exclamó con ronco acento:

—¡Pobre Lola!

Y, al conjuro de aquel nombre, recordó aquel día en que tropezárase por vez primera con aquella mujer.

¡Cuán bien lo recordoba todo! Era un domingo por la noche; habíase vestido de gala y había ido al Huerto de Zuazo, no a bailar, sino a ver bailar y a beberse dos copas, y si se presenba ocasión a que se lo llevara el demonio.

Penetró, pues, en el baile, y entre tantas hembras de «tronío» como allí lucían sus méritos, sus

Fantasmagorías, por Alfonso del Rosal.
¡En la Campiña ha aterrizado un Zeppelin!

Acontecimiento político, por Cámara.
El paso de Romanones por Córdoba.

crugientes faldas de percal, sus vistosos pañolones y sus cabezas llenas de flores, vió a Lola, en medio de aquel turbión de mozas de cartel y mozas de armas tomar, en brazos de uno con gallardísima apostura, moviéndose acompasadamente al son de la música.

Recordó Juanillo el amor que sintiera por aquella mujar, sus noches en vela, sus desesperadas lágrimas, recordó uno por uuo lrs desvíos, y sobre todo, aquella palabra conque pusiera fin a sus pretensiones la mujer querida; aquella palabra que le escupió, sí,que le escupió la última noche que osó acercársele, pidiéndole un poco de cariño como quien pide una limosna; aquella palabra que expresaba su oficio, el oficio de su padre, y el que él legaría a su hijo si alguna vez llegara a tenerlo.

Y recordando todo aquello, se le llenaron los ojos de lágrimas, arrojó una última y piadosa mirada de perdón sobre la tierra recién removida y se alejó lentamente, muy lentamente y murmurando con acento trémulo:

—¡Quién le iba a decir que iba a ser yo uno de los encargados de echarle tierra encima de su carita morena!

Arturo Reyes.

JARDÍN DE ENCANTO

Mientras la hermosa dama siente
latir su joven corazón,
en el jardín la bella fuente
va desgranando su canción.

En un naranjo el nido fragua
con amorosa pulcritud
un ruiseñor; y brinda el agua
sus claras notas de laúd.

¿Por qué la hermosa se impacienta?
¿Por que ha callado el ruiseñor?
¡Oyen la historia que les cuenta
el transparente surtidor!

Bajo la luna se han unido
una azucena y un jazmín
y marchitos han caído
en la glorieta del jardín.

Besando al viento, que la mece
en su columpio de ilusión,
una magnolia languidece
junto a un sangriento clavelón.

¡Llegó la hora de la cita!
Se oye un suspiro en el dintel
y con valor se precipita
por los tapices el doncel.

Y al par que un beso se dilata
en el sombrío ventanal,
¡brinda la fuente su sonata
como una lluvia de cristal!

Francisco Arévalo.

ANGEL GANIVET

II

Pero ya era tarde: el desequilibrio entre el espíritu y la materia creció rápidamente, y sin duda llegó a estar gravísimamente enfermo, aunque nada revelaba ni escribía a sus deudos y amigos. Ello fué que el 29 de Noviembre de 1898 aparecieron sus ropas al lado del caudaloso Dwina, supuniéndose que sucumbió en sus aguas, ya por un rasgo de desesperación al verse gravemente enfermo, ya por un accidente al bañarse, ya, en fin, víctima de algún crimen que ha quedado en el misterio.

Es triste, tristísimo, que inteligencias como la de Ganivet se agosten en plena florescencia por un exceso de voluntad, por una ambición de espíritu. Tal vez si Ganivet hubiese obtenido la cátedra de lengua griega de Granada en las brillantes oposiciones que en 1891 hizo en lucha con Alemany, hoy le tendríamos en la cúspide de los pensadores españoles, enriqueciendo las letras patrias con los raudales de su talento clarísimo: pero la expatriación nos le arrebató, y la ambición espiritual fué su ruina. ¡Cuánto debió escribir, que no es conocido! En la obra literaria de Ganivet, hoy conocida, hay revelaciones de una labor primaria, de ensayo, que él mismo, acaso, destruyó: «El escultor de su alma», por ejemplo, es un drama de versificación inspiradísima que no puede ser trabajo de improvisación. Ganivet, indudablemente, había escrito muchos versos, porque era un verdadero poeta; pero ¿dónde están sus escritos? Preciso es reconocer que en aquel insigne literato hay algo enigmático, algo inaudito; algo que se aparta de las leyes que suelen regir la vida de la mayor parte de los escritores.

Ganivet no puede ser juzgado con absoluta certeza, porque su obra es incompleta, fragmentaria, y él mismo no acabó de revelar todo su bagaje cerebral, dándonos tan solo esbozos. Es sibilítico en sus juicios; pero no como el oráculo apolino que vaticinaba ambiguamente, sino como aquellos patriarcas de la Biblia que tenían algo de profetas. Si no fué un profeta, fué desde luego un vidente, un precursor, con inspiración cierta de las cosas que estaban por venir o que venir debían. ¿Qué es su «Idearium español? Una serie de aspiraciones, una cadena de pronósticos sobre el porvenir de la patria, redimida por el arte, por la ciencia, por el trabajo, más espiritual que material, con olvido de grandezas pasadas, de sueños ya irrealizables, de utopías guerreras, de quijotismos ilusorios. Y esto que Ganivet quería y vaticinaba tiene ya realidad en España, donde no se piensa en conquistas ni en vuelos ícaros, sino en una paz laboriosa, que al cabo llegará, tal como la soñó Gavinet en su «Idearium», el más bello tratado de ciencia política de los tiempos modernos. ¿Qué es «El escultor de su alma?» Una condensación de todo lo que ha venido a engendrar el modernismo contemporáneo en la literatura y en el arte. ¿Qué son «Los trabajos de Pío Cid» y la «Conquista del reino de Maya», con todo y estar ambas obras incompletas? Pío Cid es un genio, un profeta, de cuyos labios brota un raudal de filosofía práctica, compendio de todas las aspiraciones de la vida moderna. La «Conquista del reino de Maya» es el ideal de un pueblo redimido por su propia fe, el «Ave Fénix» renaciendo de sus propias cenizas. Rafael Gago y Palomo es el que mejor ha descifrado las grandes concepciones de estas dos obras de Ganivet.

Ganivet es en todo grande: grande para concebir, grande para expresar. Observador de recio vuelo, se coloca siempre en la altura, y su mirada de águila sorprende cosas que no pueden ver los que no pueden remontarse. Muchos le llaman enigmático porque no han sabido comprenderle. Pío Cid y Pedro Mártir no son dos esfinges sin alma, dos ídolos caprichosos, dos creaciones sin espíritu: son dos símbolos hermosos, inmortales (como lo es el Doctor Fausto) de las eternas aspiraciones de la humanidad.

Literato y crítico de juicio hondo, de comprensión clarísima, sus «Hombres del Norte» es una exposición hermosa del fondo ético, del alcance social y del nervio literario de las literaturas escandínavas, como las «Cartas finlandesas» son una labor afiligranada sobre la cultura, usos y costumbres de aquellos pueblos, y sobre otras muchas materias candentes de sociología, literatura y arte en general; todo discreto, acertado, profundo, avalorado por una observación crítica que asombra. Estas mismas perfecciones se ven aumentadas en su «Epistolario», condensación del presente y del porvenir español, y de enorme labor

Figuras conocidas.—Pepe Amo, notable fotograbador cordobés

Caricatura de Bernardo Ortiz

crítica sobre materias abstrusas, que sólo un espíritu curtido en la filosofía social puede desentrañar.

No es, sin embargo, Ganivet ni un pensador hosco, ni un escritor severo, siempre colocado en el trípode de la seriedad. Tiene, con frecuencia, rasgos de humorismo que hacen reir, descripciones vivas que hablan a los sentidos, sin rebasar los moldes de la corrección; desenfados de estilo y lenguaje que parecen tocar los límites de la crudeza; pero estos que alguien pudiera creer pecados de sentido moral, no son otra cosa que accidentes de forma, detalles de expresión más o menos realistas, pero que no llegan al fondo, siempre pulcro, sano, elevadísimo; que no descompenen ni desprecian el alto mérito de la concepción estética, como no disminuyen la hermosura de un vaso griego ciertos detalles de atrevimiento en las figuras, sino que antes bien contribuyen a embellecer y avalorar el conjunto de la obra.

Ganivet, en su voluntario ostracismo, siempre dirigió sus ojos a Granada. «Granada la bella» condensa en sus doce capítulos todo el amor que Ganivet sentía por su patria, sin dejar por ello de censurar lo mucho que en ella hallaba de censurable, ofreciéndonos un cuadro de lo que él quería que fuese Granada. Y a este propósito habla con suma discreción de sus costumbres, de sus hermosas mujeres, del carácter de los granadinos, de su arte, de su especial manera de ser que tanto le perjudica en sus aspiraciones, de todo, en fin, lo que él estimaba digno de alabanza o merecedor de correctivo.

Esta misma tendencia tuvo su colaboración en «El libro de Granada», que trabajaron con él Méndez Vellido, Nicolás María López y Ruiz de Almodóvar.

No se ha hecho hasta hoy, gran cosa en Granada para enaltecer y perpetuar la gloria de Ganivet; es más, yo afirmo que fuera de Granada y aún fuera de España, le conocen y alaban más que nosotros. Su «Idearium», sobre todo, ha entrado de lleno, por derecho de conquista, en el Catálogo de libros de los grandes pensadores modernos.

El Ayuntamiento de Granada honró la memoria de Ganivet mandando colocar una modesta lápida en la casa número 8 de la Cuesta de los Molinos, donde nació, con esta leyenda, sobradamente pobre e inexpresiva, debajo del busto del eminente escritor, obra de Pablo Loizaga:

«En esta casa vivió el malogrado escritor granadino Angel Ganivet García, consul de España en Riga, donde murió el 28 de Noviembre de 1893. El Excmo. Ayuntamiento de Granada le dedica este recuerdo. M C M.»

He aquí algunos detalles bibliográficos de los escritos de Ganivet:

«Cartas finladesas» — Helsingfors, 1895, 8.° Se hizo una segunda edición en Granada, imprenta de «El Defensor», y una tercera en Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1905, en 8.°—308 páginas.

«Hombre del Norte».—Helsingfors, 1896, 8 °. Se hizo una segunda edición en granada, imprenta de «El Defensor».

«Granada la bella».— Helsingfors, 1896, 8.°. No lleva el nombre del autor en la portada; pero la dedicatoria dice: «A D.ª Angeles García Siles de Ganivet, madre del autor; granadina amantísima de su ciudad», y al fin lleva la fecha: «Helsingfors, 14 a 27 de Febrero de 1896».

Ocupan las 96 páginas de este libro doce artículos que se titulan: I, Puntos de vista; II, Lo viejo y lo nuevo; III, ¡Agua!; IV, Luz y sombra; V, No hay que ensancharse; NI, Nuestro carácter; VII, Nuestro arte; VIII, ¿Qué somos?; IX, Parrafada filosófica ante una estación de ferrocarril; X, El construcctor espiritual; XI, Monumentos; XII, Lo eterno femenino.

«Idearium español». — Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1905, 8.°—184 páginas.

Hay una segunda edición de Granada, imprenta de «El Defensor», 1906, 8.° mayor, 164 páginas.

Está dedicado por Ganivet, a su padre. Helsingfors, Octubre de 1896.

«El escultor de su alma».—Drama en verso. Impreso por «El Defensor de Granada».

«Epistolario de Angel Ganivet». —Prólogo de F. Navarro y Ledesma. Madrid, 1894.—8.°

«Conquista del reino de Maya».—Quedó imcompleta.

«Trabajos de Pío Cid».—Quedó también sin terminar.

«El libro de Granada».—Literatura, arte, historia, costumbres, tradiciones, etc.

En colaboración con Matías Méndez Vellido, Nicolás María López y Gabriel Ruiz de Almodóvar, Granada, P. Ventura Sabater, 1899, 8.°

Angel del Arco.

EPISTOLARIO

A SU MAJESTAD EL REY

Señor: Después de la solemne velada en la que nos honró y alentó Vuestra Majestad aplaudiendo públicamente la labor social de este Centro de Acción Nobiliaria, tuve el honor de ofrecer a Vuestra Majestad un proyecto de estatuto para la Hermandad que aspiramos a constituir en defensa del Altar, del Trono y de la Patria.

Era nuestra aspiración la de que Vuestra Majestad se dignase consultar el proyecto con aquellas corporaciones nobiliarias cuyos capítulos preside Vuestra Majestad personalmente, cuya institución se funda en la defensa de la Patria, del Trono y del Altar, y cuya cultura, patriotismo e independencia es preciso despertar para que hoy sirvan a Vuestra Majestad con el consejo ya que no le sirven con la espada.

Seguramente la acción oficial del Gobierno que entonces regía, se opuso a esta consulta que tendía a mover poderosos elementos sociales y Vuestra Majestad cedió a las indicaciones de su Gobierno, porque en el ejercicio del absurdo derecho consuetudinario que permite a cada Gabinete organizar unas Cortes del Reino para su exclusivo servicio, contrariaba los generosos sentimientos de Vuestra Majestad la necesidad de obligar a sus pueblos, cambiando de Ministerio, a pasar otra vez por las horcas caudinas de unas nuevas elecciones generales.

Corriendo, pues, así las cosas a voluntad del Gobierno, el horizonte de nuestra nacionalidad se fué oscureciendo y una lucha a muerte se entabló entre el país amordazado con todos loa recursos opresores de la ley y el Gobierno opresor que nos llevaba a a una catástrofe.

Situación de España

Vuestra Majestad, Señor, ha logrado aplazar el conflicto, pero seguramente comprende Vuestra Majestad que esto no debe continuar así. El país y los Gobiernos de partido están de espaldas; los rasgos que del carácter altruísta de Vuestra Majestad emanan, son vagamente conocidos, mientras que múltitiples ejemplos de vergozosos personales utilitarismos se ven a diario claramente en las altas esferas del Gobierno, corrompiendo las costumbres públicas y privadas y todo lo que de España puede decirse hoy en una sana crítica, es que existe una oligarquía gobernante con dos caretas, un país hermoso minado de explosivos y un Trono brillante cercado de papanatas. Véalo Vuestra Majestad al detalle.

Madre del pueblo.—Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal.

En el orden gubernativo y administrativa corresponde a cada ministro, en su respectivo ramo, el estudio y la propuesta; cuenta para lo primemero con subsecretarios y directores que son también diputados a Cortes, y como para sostener estas preeminencias necesitan halagar a sus caciques, es lógico que los expedientes se informen a gusto de lo peor de cada pueblo. En el despacho ordinario rara vez puede tener Vuestra Majestad, los antecedentes precisos para apreciar cumplidamente la propuesta del ministro, y si la firma de Vuestra Majestad lastima a los pueblos, Vuestra Majestad, Señor, no puede saberlo, porque los lamentos populares se ahogan en las mamparas de los respectivos Ministerios.

El Poder legislativo está en manos de la oligarquía burocrática que organiza las Cortes del Reino en armonía con la careta que se pone. El Poder ejecutivo está en manos de los respectivos Ministerios, porque es un hecho que las leyes se cumplen o no se cumplen a voluntad de los que mandan; y en cuanto al Poder judicial, sucede, Señor, que aquella Justicia que tan alta representación tuvo en Aragón y en Castilla y cuya autoridad superó a la de los reyes, compren-

diéndose bien que donde no hay Justicia no hay Patria, representa en España un papel tristísimo, porque su asignación es tan escasa que la deprime, su procedimiento tan caro que la hace aborrecible, y en esta situación el español que no rinde culto a la oligarquía gobernante, es un paria en España.

El Conde de Torres-Cabrera.

(Continuará.)

LA MUJER ESPAÑOLA

Al comparar los jardines de las cuatro partes del mundo que recorrí en la mocedad, al recordar aquellas flores morenas o rubias que esmaltaban el camino, parece que renuevo idealmente espléndidas ciudades que devoró un incendio.

Entre sus cenizas surgen fantásticamente, con la crisatema japonesa la rosa italiana, con la margaritá germánica la amapola francesa, con la dalia de Inglaterra la clavellina andaluza. Flores con ojos, negros o azules, verdes u opalinos, que me miran melancólicamente recordando versos marchitos, pasiones fogosas, admiraciones sin fin, y eternas y dolorosas preguntas sin respuesta.

Por que yo me preguntaba: ¿han brotado sólo para el placer o para una vida completa? ¿carecen de un destino propio? ¿serán siempre corazones papitantes en cerebros muertos?

Entre todas aquellas mujeres que evoco, ninguna *tan mujer* como la mujer española. Allá en Oriente la esclavitud y la sensualidad las convirtió en surcos de tierra: aquí en Europa la prosa de la vida heló sus pétalos. En España es todavía *la flor:* flor misteriosa que marchita amores y supersticiones, flor compañera de la noche, pero no del día...

Y el hombre nesesita estar acompañado siempre, sentir constantemente en el ritmo de su idea otro ritmo, ver frente a su mesa de trabajo una colaboradora inteligente, en sus tertulias una alegre camarada. Sí mujeres en las tertulias, en los laborotorios, en los despachos.

Para esto se requiere que estudie. ¿Es que no necesita ciencia una madre? ¿Acaso no fortalecerá a la esposa? ¿Es que el hombre puede prolongar años y años el diálogo fugaz del amor, que antes del matrimonio ocupa todas las horas del día y después decrece, por ley fisiológica inexorable, hasta contestarse con uu solo minuto?

Hay que evitar el divorcio de los cerebros, cuando cesan de hablar los sentidos.

¡Enseñanza para la pobre mujer! Tanbién tiene derecho a Escuelas, Institutos y Universidades. No matará su poesía, como no la mata en el hombre.

Medio mundo humano, el femenino, está bañado en sombra. Amar y ser amadas: está bien. Pero ¿y después? Porque la juventud pasa y no hay desesperación comparable a la de medio siglo de vida sin objeto.

El hombre es infiel necesariamente, cuando no es comprendido. Busca otras sensaciones y otros mundos, una vez agotado el único fruto que le brinda el suyo, una vez que no suena la única nota del delicioso instrumento roto. Hay que poner más cuerdas a la lira, toda clase de frutos en el huerto.

No basta la manzana, no basta el «yo te amo». Precisa añadir el «yo te comprendo» el «yo te ayudo»

¿Idealismos? ¿Música del porvenir? Meditad sobre el hastío presente y emprenderéis conmigo esta revolución.

«Cerebro y corazón». He aquí la fórmula de la felicidad matrimonial.

Javier Gómez de la Serna.

A UNA MUJER

Si yo supiera que es amor fingido
el que me juras por tu madre muerta,
y que en mi pobre pecho, mal herido,
ha de reverdecer la llaga abierta;

Si supiera que todos mis afanes
y todos mis delirios por quererte,
barridos por los fieros huracanes
de tus malicias hallarán la muerte;

Abandonando mi nobleza innata,
con la fé del que goza cuando mata,
vivo mi odio, mi cariño muerto,

y ebrio de satánica alegría,
como el sediento tigre del desierto,
vengativo, tu sangre bebería.

Antanio Arévalo.

Los enemigos de la revolución del Yucatán

II

Los señores abogados tinterillos

El «alma máter» de la chicana es legal. Es ley escrita que, cuando va de acuerdo con la trampa y con el engaño, es indiscutible para los señores abogados chanchulleros. Es la verdad legal. Es la existencia de una verdad convencional y es el supremo apoyo de la trácala y de la desvergüenza forenses. Algunos, fuertemente atados a sus prejuicios, descienden frecuentemente al terreno de los tinterillos y es allí en donde, con más frecuencia, se les encuentra como enemigos de la Revolución. Apegados a los viejos dogmas y acostumbrados a llevarlos a la práctica con un servilismo atávico, se encuentran desorientados y violentos, cuando la verdad, desnuda de todo adjetivo, se quiere imponer y se impone, sobre la verdad reconocida como legal y que, en el fondo, no es en muchas ocasiones sino la infame treta tras la que se oculta el chanchullo y el crimen. La Revolución, fuerte y generosa, ha tenido que combatir este vicio doloroso y, al hacerlo, ha tenido que proteger al débil y atacar al poderoso, representado siempre por un abogado más o menos ilustre... Y de allí que los señores abogados que, degradando su profesión, han descendido a tinterillos y que no han podido asimilar las nuevas doctrinas, se hayan convertido en enemigos jurados de la Revolución.

No importa: la Revolución es más fuerte que ellos, y triunfará sobre todos sus otros enemigos, porque es fuerza nueva que trae la verdad como supremo argumento y la fuerza del derecho popular, para imponerla, y porque, por la otra parte, esos abogados representan uno de los vicios nacionales más arraigados y acaso la más triste herencia de la dictadura porfirista: son la injusticia, el chanchullo, el privilegio.

Los señores toreros

La fiesta brava... ¡ah, la fiesta brava! La famosa fiesta brava, genuinamente española, como dicen los españoles de pandereta, ha desaparecido, afortunadamente, en el Yucatán. El decreto relativo fué un pase de muleta, y fué el postrero. La fiesta brava cayó exánime a la primera estocada, y no hay para qué decir que las galerías aplaudieron con entusiasmo. Los toreros y los taurófilos se entristecieron, es claro. Y su tristeza, su hondo pesar por la desaparición de la diversión salvaje, se traduce con frecuencia en manifestaciones de desagrado para la Revolución constitucionalista. Es clarísimo. ¿Cómo va a ser bueno un Gobierno que suprime la clásica fiesta, y, en cambio, para colmo de males, pone una escuela en cada hacienda...? Eso es absurdo. Así lo creen los toreros y los taurófilos que atribuyen todos nuestros males, incluso el desequilibrio económico, a la falta de corridas...

Banquete popular celebrado en la plaza de toros en honor del nuevo alcalde de Córdoba don José Carrillo Pérez.

Los «souteneurs»

La fuga del «souteneur» máximo, algo así como el jefe de la carne barata, Abel Ortiz Argumedo, puso en indecisión y también en fuga a la mayoría de los «souteneurs» residentes en el Yucatán. Vino a poner la puntilla la acción manifestada en el decreto que suprimió las mancebías y en la acción policial que dió en el Orden Público con todos los vividores y con todo el personal pintoresco de la hez degenerada y triste de las sociedades antiguas. Y es natural, Los «souteneus» que se fueron y los «macquerausds» que quedan son enemigos del constitucionalismo. Sienten las nostalgias de las brutales sabatinas de otros días y añoran ruidosas orgías en las que el vino, el juego y la carne humana hacían arder el fuego de Sodoma, en centros muy conocidos de esta ciudad.

Los señores «lagartos»

La lagartería es el oficio de la vagancia. Los vagos profesionales habían encontrado un modo tan inmoral como cómodo de ganar el sustento y de desplumar al prójimo. Durante algunos meses los «lagartos» pudieron lucrar y principalmente desde que comenzó la notable depreciación de la moneda constitucionalista. De este fenómeno económico, se aprovecharon tanto e hicieron tantas operaciones inmorales, que al fin la acción administrativa tuvo que intervenir y dió en la Comisaría Central con más de cien personas que se dedicaban al fácil y productivo oficio. Y es que, mientras el Gobierno no intervino para acabar con estos abusos, «los lagartos» ponían por las nubes a la moneda que había resuelto el problema de la inutilidad y de la flojera sempiterna de estos ociosos que, simultáneamente, llenaba desmedidamente sus bolsillos. Pero cuando las huestes policiacas emparedaron a «los lagartos» —era necesario que así sucediera—, «los lagartos» empezaron a tronar contra el Gobierno, contra la revolución, y sintieron la nostalgia del porfirismo que consentía su vagancia y aún la estimulaba.

Los señores vagos

Los señores vagos, los señores tahures y los señores «galleros» son también, como ya hemos dicho, enemigos de la Revolución. El petimetre, rico o pobre, que entretiene sus ocios en los bancos apacibles de los parques ciudadanos; que entretiene el tiempo entre la taberna y el prostíbulo, que gasta sus energías en probar caballos y en comprar mujeres; el gallero que busca la vida en embravecer gallos y pelearlos ante una turba de bobos que suelta la «mosca»; los tahures que se alimen-

tan de la trampa y que viven del trabajo ajeno, de la inocencia de los principiantes y del dinero sustraído a las más imperiosas necesidades de la familia, ven rotas sus esperanzas de lucro, porque el Gobierno revolucionario ha dado disposiciones tendentes a suprimir la vagancia y todos los vicios que de ella se derivan, y el Gobierno comprende que, precisamente en estos puntos, su acción no ha sido todo lo eficaz que debiera ser, porque son los vagos, los tahures y otros de «profesiones» similares los que con más frecuencia y con mayor facilidad sobornan a la policía, porque entre sus miembros hay galleros empedernidos, vagos de afición y tahures profesionales.

Y es claro: todos ellos son enemigos de la Revolución, ya que la acción gubernativa va a exterminarlos internándolos en la Colonia Agrícola Penitenciaria que en breve abrirá sus puertas.

Las señoras pitonisas

Las señoras pitonisas y los señores adivinos, antes muy estimables, mercachifles embaucadores de la ignorancia, son, y es natural que sean, enemigos del Gobierno revolucionario. Porque el Gobierno ha enpulsado a doña Amelia Noguey, porque ha castigado a Alberto Uc y a toda esa partida de miserables que, sin saber manejar una herramienta, confían a la baraja, a las velas, a paños negros y misteriosos, a bestias disecadas, a arañas, a oraciones ininteligibles, la busca del pan de cada día. Se ha acabado este ramo de la explotación de la ignorancia, y es lógico, y era esperado, que las brujas del esoterismo popular también protestaran.

BARCAROLA

Boga, boga muy ligero;
boga, boga sin cesar,
porque quiero,
gondolero,
que nos lleves a la mar.

—

Boga, boga que mi amada
tiene anhelos de partir;
por tus remos golpeada,
castigada,
salte el agua al rebullir.

—

Boga, boga. ¡Qué distante
la ribera se quedó!
Boga siempre, que mi amante
adelante
sus caricias me ofreció.

—

Sigue, sigue sin temores
de tu remo el golpear;
la mujer de mis amores
no me otorga sus favores
si no cruzamos el mar.

—

¡Ay! No bogues tan ligero,
que podemos perecer;
para el remo, gondolero,
porque quiero
apurar todo el placer.

. . . .

Boga, boga, ¡qué distante
la ribera se quedó...!
Hacia atrás boga constante,
que mi amante,
gondolero, me engañó.

—

Boga, boga más ligero,
boga, boga sin cesar;
porque quiero,
gondolero,
que abandonemos el mar.

Juan Cívico.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 cts.

La encantadora señorita Paulina Romá Vázquez, que ha contraído matrimonio con el distinguido joven don Félix de Rojas

CÓRDOBA

RÉVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 4 de Agosto de 1917 | NÚM. 51

Los hombres que observan cosas raras

Hace unos días tuvimos ocasión de presenciar unas interesantes observaciones científicas que se han realizado en esta provincia por el Instituto Geográfico y Estadístico. Nos referimos a la determinación de la gravedad que pudiéramos llamar real, por medio del péndulo.

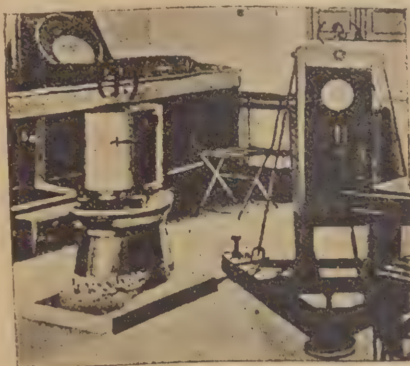
La estación elegida ha sido Fuente Obejuna, por encontrarse en manifesta correspondencia con otras ya estudiadas en la Península o planeadas con arreglo a un proyecto de la comisión oficial nombrada al efecto.

Honra a España siempre, y más en la circunstancias presentes, la generación en que, como últilo asilo, se ha refugiado la ciencia mundial. A su sombra es de esperar un resurgimiento de las iniciativas hacia el lugar donde por derecho y por deber deben estar nuestros investigadores.

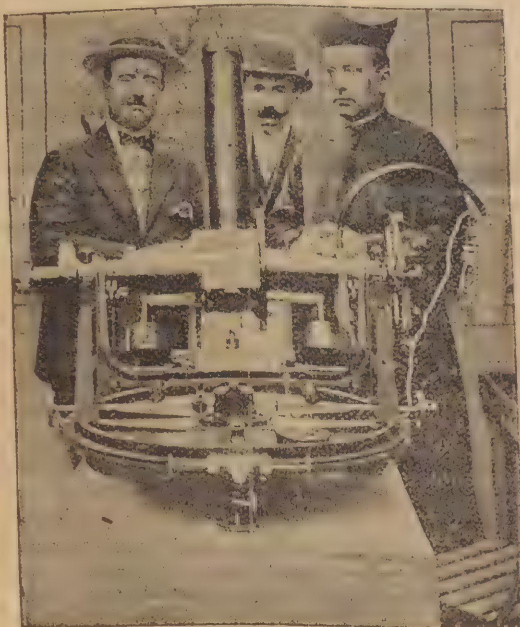
Mas... ¿qué investigarán? En el caso concreto que consideramos, largo y tendido sería entrar en detalles; englobaremos la cuestión. Nada más sencillo ni nada más complicado que la observación de la oscilación de un péndulo, ni nada más variado, complejo y oscuro que las deducciones que de la observación puden deducirse.

La composición interna del subsuelo, los terrenos predispuestos a las emisiones volcánicas, las grandes líneas de fractura, lugar con frecuencia de los grandes terremotos y de los grandes cataclismos, el codiciado filón o yacimiento, la corriente de agua subterránea, son factores que intervienen en la densidad de los espacios inferiores al lugar donde la observación del péndulo se efectúa y esa densidad está a su vez íntimamente ligada, es una función de la amplitud de la oscilación pendular medida.

Estudiar concienzudamente esas cuestiones no será acaso de un resultado práctico inmediato; simplemente es preparar el terreno, sentar los jalones para nuevas ciencias que utilizarán nuestros nietos. Por eso es más meritoria y más altruísta la labor. Galisteo, Newton, inmortales locos de su tiempo, observadores y fundadores de admirables teorías que marcaron un rumbo a la Humanidad y fueron base del progreso de las generaciones que les siguieron, dispusieron de menor fundamento técnico para alumbrar el camino de la ciencia esplendorosamente.



(1) Péndulo Sterneck.—(2) Reloj tipo Strasser



Anteojo de pasos Repsold, en la instalación astronómica de Valencia

Las dificultades del problema de la determinación de la amplitud de la oscilación del péndulo estriban principalmente en la medida matemática del tiempo. Esta no hay más remedio que realizarla basándose en la observación astronómica. En efecto: es sabido que el camino que siguen muchos astros en el Universo se conoce con todo detalle; en su consecuencia, los Observatorios de alguna importancia, y entre ellos el Central de Madrid, publican tablas muy extensas donde se hace consignar el paso de esos astros de trayectorias conocidas en un tiempo determinado con arreglo a Madrid; teniendo en cuenta las coordenadas que fijan el lugar de observación con relación al de la Corte, se puede deducir de esas tablas la hora sidérea, exacta, del paso de esos astros y estrellas por el paralelo y meridiano del lugar de estación, punto de comprobación para el arreglo, adelanto o retraso del reloj tipo. Como se ve, para observar el tiempo que dura la oscilación de un péndulo, hay que montar un verdadero observatorio y un gabinete de observación delicado, de aparatos precisos en grado sumo. En Fuente Obejuna se instalaron al efecto un anteojo de pasos Repsold, un aparato de péndulos modelo Sterneck, con algunos de cuyos elementos operó el profesor Hecker en Río Janeiro, Lisboa y Madrid, y con los que hemos presenciado las experiencias hechas en el lugar referido por el ilustre ingeniero señor Barandica y el inteligente topógrafo señor Espuñes, que componen la brigada de geodestas, encargada en la actualidad de estas interesantes observaciones.

A. Carbonell T.-F.

Ingeniero de Minas.

LOS PÁJAROS INSECTÍVOROS

Las aguilillas y la langosta

Este año hemos presenciado en nuestras calles un triste expectáculo, sin que nadie, ni la autoridad ni los particulares, hayan puesto nada de su parte para evitarlo y sin que ninguna voz se haya alzado en defensa de las víctimas del hecho a que nos referimos: unas de las aves declaradas insectívora por todos los naturalistas del mundo.

La aguililla—cernícalo, lagartijero, esparavé, que con todos estos nombres se conoce, y que cría, como todos sabemos, en nuestras torres—ha constituído un medio de diversión de los chicos y mozalbetes que se han apoderado de sus crías. ¿Cómo? Subiéndose a las torres parroquiales a cogerlas; en pluma o pelusa blanca han caído en manos de unos cuantos bárbaros que las han hecho padecer hasta matarlas, además de que, siendo su alimentación exclusívamenta insectívora, es muy difícil de obtener por el poseedor del pájaro. Los padres, más fuertes y más ariscos, habrán muerto antes gritando, arañando y defendiéndose a picotazos del amo cruel que les privó de su libertad y de sus hijos.

Hace pocos días, cuando el ferrocarril de la Sierra patinaba entre el Vacar y la Alhondiguilla a causa de que la langosta cubría los carriles, centenares de éstas simpáticas aves, cerníanse en el espacio. Seguían la marcha de la langosta y era de ver cómo de vez en cuando precipitábanse al suelo y se elevaban siempre con dos o tres coleópteros en el pico. ¿Qué placer proporcionará el cogerlas y martarlas? Lo ignoro y creo que no habrá quien pueda explicarlo.

Pronto, en este mes, quizá en este mismo momento, habrá ya cazadores disponiéndose a la matanza de los pollos de perdiz, que luego a buen precio venden vivos a los aficionados (?) a esta clase de caza con reclamo.

Aunque esto parezca un contrasentido no lo es, y he aquí la explicación.

Los primeros pollos de perdiz que se cogen, aparte de los que cazan el los aguaderos con red, los pillan con alares, o sea con una percha de lazos de crin de caballo o cerda de otros animales.

Es de ver la agudeza de ingenio con que los cazadores preparan estos artefactos, la paciencia con que espían los sitios que los pollos prefieren para buscar sus comidas y sus querencias naturales, y allí ponen la armada de alares: doscientas o trescientas en una mancha o en un soto.

Después, los carean como un rebaño, haciendo ruído a fin de que corran y corran pero sin que levanten el vuelo, desde los rastrojos o rozas lindantes con el sitio donde están los alares y, una vez dentro de la mancha, esperan en una buena sombra el resultado, que siempre es fatal para los pollos y claro es que muchos, muchísimos, mueren ahorcados antes de que les retiren el lazo; a otros, los menos, que rompen la cerda, se les queda clavada en la carne y enferman y mueren en libertad; las hembras, como no sirven para enjaularlas, también son matadas, y por cada pájaro que se logra conservar vivo mueren nueve, el 90 por 100. Esta clase de caza está prohibida en absoluto, puesto que descasta por completo, y yo creo además que nadie debe cazar más que por efectuar un ejercicio higiénico; aunque la ley proteja al cazador de oficio y el Reglamento de Industrial así lo reconoce y le señala su cuenta contributiva, nadie podrá cazar con quinientos o mil artefactos a la vez. ¿Que la mayoría de estos cazadores son pobres, con mucha familia y muchas necesidades...? La ley de Canalejas, en sus artículos 32 y 33, les ofrece en estos meses elementos para que a su amparo y a costa de quien siendo pudiente la infringe puedano btener medios de lucro. Pero esto será objeto de la proxima crónica.

Central 16

La Asamblea de parlamentarios españoles

No obstante la pertinacia con que la censura prohibiese su publicación, por la nación entera se han difundido las conclusiones de la memorable Asamblea de parlamentarios españoles celebrada en la libre ciudad de Barcelona el día 19 de Julio. Constituye aquélla, por el acto en si y por las consecuencias que está alcanzando, uno de los hechos más importantes que en nuestro tiempo se han realizado en España. Un día, al verificarse el escrutinio de unas elecciones de representantes en Cortes, vióse que Cataluña había concluído para siempre con los caciques. Aquel acontecimiento ha venido a producir la consecuencia salvadora que actualmente presencia toda la nación española: Cataluña ha recogido la protesta del país entero contra la actuación política que llevó a la patria al infame desastre de Ultramar—por el que todavía no se ha impuesto ni un solo castigo—y que luego insistió en el abandono de los problemas interiores cuya resolución implicaba el resurgimiento del país, conservando el abandono en que se tenía la enseñanza, el fomento del trabajo y la riqueza públicos, la defensa nacional. todo, en una palabra, para seguir ocupado en el sostenimiento de un caciquismo que halla su expresión máxima en el encasillado productor de unas Cortes infecundas que, o funcionan dócilmente, o permanecen cerradas en los momentos en que su funcionamiento es más necesario.

Al recoger Cataluña la protesta de España entera, le ha concedido una dirección totalmente esperanzadora: la de los parlamentarios reunidos en Barcelona y en los que, por cierto, figura un buen número de andaluces.

Respondiendo a aquella patriótica actitud, los Ayuntamientos de Cataluña, Asturias y otras regiones, se han adherido a la Asamblea y es ahora Barcelona, por su levantado espiritu de ciudadanía, la capitalidad del patriótico movimiento de reconstrucción que iniciaran las Juntas de Defensa presidididas por el coronel don Benito Márquez y que con tan levantados vuelos prosiguieran los parlamentarios en la histórica sesión presidida por el senador don Raimundo Abadal.

Por la censura fué prohibida en nuestro número anterior una detenida referencia de la Asamblea y las conclusiones adoptadas por ella. A continuación las reproducimos ahora íntegramente.

Nota oficiosa de la Asamblea de parlamentarios celebrada en Barcelona el día 19 de Julio de 1917.

La Asamblea extraoficial de senadores y diputados, al darse por constituida, formula la más solemne protesta contra la resolución del Gobierno, al declararla sediciosa, despues de haber falseado maliciosamente su carácter, significación y alcance que venían claramente precisados en los acuerdos adoptados por los parlamentarios catalanes en su reunión de 5 de Julio y cuyo texto le había sido oficialmente comunicado.

Juventud cordobesa.—Don Manuel Jiménez Maya, médico notable y poeta de inspiración muy sentida, delicada y correcta.

Declara además la Asamblea que el Poder públıco, al no atender la petición de apertura de las Cortes, ha inferido agravio a los senadores y diputados españoles al considerarles capaces de anteponer sus miaas de partido a los supremos intereses de España, y ha ofendído al Parlamento al considerarlo instrumento inadecuado para servir al país en los momentos transcendentales de la vida de España.

Protesta asímismo la Asamblea de que el Gobierno haya utilizado la censura gubernativa para esparcir por España la insidia de que la aspiración autonomista de Cataluña, afirmada por todos los partidos y compartida por todo el pueblo catalán, implique un propósito separatista, y que cuando todos los partidos de Cataluña han coincidido en formular un cariñoso llamamiento a todos los españoles para emprender juntos una obra de común engrandecimiento ha procurado que este llamamiento no fuese oído, y someten al juicio de la opinión española la acción antipatriótica y disociadora que con ello ha realizado el Gobierno.

La Asamblea adopta los siguientes acuerdos:

Primero

A) La política del actual Gobierno, sobre significar una provocación a Cataluña y a España entera, constituye a la vez un agravio al Parlamento y un obstáculo a que las ansias de renovación que siente el país puedan obtener normal satisfacción.

B) Que habiendo declarado el Gobierno y los partidos que tienen mayoría en las actuales Cortes, que éstas no pueden actuar en funciones de Constituyentes, y considerando la Asamblea que es urgente deliberar y resolver sobre la organización del Estado, la autonomía de los municipios y los demás problemas que las circunstancias plantean con apremio inaplazable para la vida del país, entiende que es indispensable la convocatoria de unas nuevas Cortes que, en funciones de constituyentes, puedan deliberar sobre estos problemas y resolverlos.

C) Que para que el país pueda manifestar libremente su opinión y el pueblo no vea cerrada toda esperanza de que su voluntad sea conocida y respetada, las Cortes Constituyentes no pueden ser convocadas por un Gobierno de partido, que fatalmente seguiría las habituales procedimientos de adulteración del sufragio, sino por un Gobierno que encarne y represente la voluntad soberana del país.

D) Que es indispensable que el acto realizado por el Ejército el día 1.º de Junio vaya seguido de una profunda renovación de la vida pública española emprendida y realizada por los elementos políticos, sin lo cual aquel acto perdería ante la conciencia del pueblo el carácter de una iniciativa patriótica para dejar sólo el recuerdo de un acto estéril

de indisciplina, y el Poder público no estaría revestido de la autoridad moral necesaria para regir la vida del país y mantener el imperio del derecho.

Segundo

La Asamblea para su normal funcionamiento, y el mejor ordenamiento de la labor que le está confiada, acuerda repartir todos sus miembros en tres Comisiones:

La primera estudiará todos los problemas que se relacionen con la reforma constitucional y la autonomía municipal.

La segunda estudiará todos los problemas que se refieran a la defensa nacional y a la organización de la enseñanza y de la administración de justicia.

La tercera estudiará los problemas económicos y sociales que la situación actual de la economía nacional plantea con mayor urgencia.

Las Comisiones eligirán las Subcomisiones que estimen convenientes. Cada Comisión designará un presidente, un vicepresidente, un secretario y un vicesecretario.

Cada Subcomisión elegirá un presidente y un secretario. Los presidentes y vicepresidentes de las tres Comisiones lo serán de la Asamblea.

Las propuestas de las Comisiones serán sometidas a la deliberación de la Asamblea en pleno.

Los presidentes de las Comisiones en función de presidentes de la Asamblea, convocarán a todos los senadores y diputados españoles para la próxima sesión, que tendrá lugar en la fecha y sitio que ellos indiquen.

La Secretaría de la Asamblea queda domiciliada en el Ayuntamiento, al cual la Asamblea agradece profundamente el concurso que le ha ofrecido y que se complace en aceptar.

Tercero

Estos acuerdos serán comunicados a todos los senadores y diputados y se procurará darles la mayor publicidad para que lleguen a conocimiento de España entera.

LOS JAZMINES

Son mis flores preferidas
esas flores
que con tanto mimo cuidas
y perfuman tus amores
y tu cuerpo y tus querellas;
las que tiemblan como estrellas,
al abrir, en tus jardines;
las más puras, las más bellas,
¡los jazmines!
Cuando sueño
que soy dueño
del tesoro de tu mágica hermosura,
con el aura de la noche, suave y pura,
leve aliento de jazmines a mí viene;
leve aliento que es el tuyo, porque tiene
como el tuyo la dulzura.
Cuando miro
tu figura, de la fiesta en el reposo,
si un suspiro
misterioso
se me escapa de los labios, imprudente,
sólo busca la guirnalda
de jazmines, que en tu falda
vas haciendo lentamente.
¡Oh, jazmines, los que cuida tu ágil mano
por ser bellos,
y decoran tus cabellos
en las noches del verano!
Los que tienen la blancura
de tu carne y la ternura
bendecida,
del amor con que mis males has deshecho,
del amor con que a mi pecho
le das vida.
¡Oh jazmines delicados,
halagados
por tu boca,
que les presta gratas mieles,
si los toca
con sus labios de claveles!
¡Dulce amada,
reina mía,
bella imagen exaltada
por mi loca fantasía!
Yo quisiera
ser el ramo de jazmines qué viviera
bajo el cielo de tus ojos,
sin enojos,
y cayera
de tus senos, a tus pies cuando muriera.

Francisco Arévalo.

Por la salvación de España

Entre los numerosos documentos cuya publicación ha sido detenida por la censura, figura el siguiente, cuya transcendental importancia no es necesario señalar:

Barcelona, 10 Julio de 1917.

Sr. D. N. N., coronel de...

Muy señor mío: Me pregunta usted si quiero exponerle con toda franqueza los propósitos que nos han guiado a los regionalistas al promover la reunión de parlamentarios catalanes y al suscribir los acuerdos que en ella se adoptaron. Agradezco la pregunta, y voy a darle cumplida y franca respuesta.

El texto de su carta indica claramente que aunque no la comparta por entero no deja de producir alguna impresión en su espíritu el eterno fantasma del separatismo, con el que se ha intentado tantas veces impedir que Cataluña cumpla su misión de señalar a todos los pueblos de España caminos de renovación y de común grandeza. El hecho de ser los regionalistas quienes tomamos la iniciativa de la reunión, el que ésta fuera de representantes de Cataluna y el que en Barcelona se celebre la Asamblea de diputados y senadores españoles del día 19 son elementos bastantes para que, aprovechados por la malicia, puedan otra vez producir el estado de divorcio entre Cataluña y el resto de España, a cuyo amparo subsiste e impera un sistema de política que repudia España entera y cuyos estragos se producen con mayor intensidad fuera de Cataluña que en Cataluña misma.

Cataluña no es ni puede ser separatista. La separaeión material sería la muerte de Cataluña, pues, por ley fatal de gravedad, una Cataluña independiente pasaría a ser muy pronto un departamento francés; y el ejemplo de lo que ocurre a los trozos de Cataluña que están sometidos a Francia nos enseña a los catalanes lo insensato que sería emprender un camino que nos debiera llevar a tal consecuencia. Pero no sólo hemos de repudiar, como repudiamos los catalanes, todo propósito de separación material, sino que el simple divorcio moral de Cataluña para con el resto de España es ya un daño considerable y un intento suicida. En una pugna con el resto de España, sólo desastres y quebrantos puede cosechar Cataluña; en una franca compenetración ha de obtener Cataluña inmensos beneficios. No hay región de España cuyos intereses estén tan íntimamente ligados con los intereses de toda España como lo están las intereses de Cataluña, pues en la vida industrial de Cataluña repercuten con precisión matemática las bienandanzas y miserias de todas las tierras de España.

Cataluña tiene una altísima misión que cumplir en España: la de librarla de las facciones políticas que la gobiernan sin otra finalidad que la

Niños de Córdoba.--Pepito Avila, que a los siete años de edad ha aprobado en el Conservatorio de Madrid, con nota de sobresaliente, los cursos tercero de solfeo y primero y segundo de piano

de servir sus particulares intereses. Cataluña ha logrado impoder la voluntad de los ciudadanos y acabar con la farsa electoral y con el encasillado, base y sostén de toda la corrupción de la vida pública española. Pero sería egoismo insensato que Cataluña se contentara con gozar sola de las ventajas que con ello pueda obtener, arrancando de Poderes débiles concesiones y ventajas en su exclusivo interés, mientras los abusos y corruptelas de la vieja política imperaran en el resto de España.

La situación actual de Cataluña tiene gran parecido con la situación que se ha creado al Ejército desde el día 1 de Junio último. Ni el Ejército ni Cataluña pueden emplear su fuerza con miras exclusivistas, sino que han de libertar a España entera de un sistema de política que, de persistir, conduciría a España entera a su perdición.

Y a cumplir la misión que a Cataluña incumbe se encaminan los acuerdos adoptados en la reunión de los parlamentarios celebrada el día 5 del corriente. Pidióse en ella la inmediata convocaria de las Cortes, para que éstas, en funciones de Constituyentes, afrontasen y resolviesen los problemas capitales de la vida política española. No desconocemos los parlamentarios catalanes que estas Cortes son hijas de la ficción y del amaño; pero conservamos aún alguna esperanza de que ante la gravedad de las circunstancias actuales, el patriotismo se imponga al espíritu de partido y la noción del deber a los particulares intereses. Ejemplo parecido nos dan actualmente los Parlamentos de Europa, y queremos abrigar la esperanza de que lo propio ocurriría en España.

Y para el caso de que el Gobierno no accediera a convocar las Cortes, acordamos los parlamentarios catalanes invitar a los demás parlamentarios españoles que quisieran asociarse a una obra de renovación patriótica a reunirse con nosotros para deliberar juntos sobre los graves problemas que la hora presente plantea a España, y señalar al pueblo español el camino normal y legal para obtener satisfacción a sus ansias de salvación, a fin de que no tenga que buscarla por caminos de violencia.

A nuestra patriótica iniciativa ha contestado el Gobierno con la impostura de atribuírnos el propósito absurdo de convocar unas Cortes y con la insidia de suponer tenebrosas finalidades que, de existir, no buscarían para su triunfo el concurso de los representantes en Cortes de todas las regiones de España y la colaboración de los hombres de todas las significaciones políticas y de las más diversas tendencias sociales. En una Asamblea cual la que tenemos convocada para el día 19, únicamente una afirmación de generoso patriotismo, en que puedan aunarse todos los españoles, puede unir en esfuerzo común tan diversas y encon-

tradas representaciones como a ella invitamos. El que así no lo comprenda es que se siente incapaz de subordinar sus egoismos y sus intereses de partido a los supremos intereses de la Patria.

Desde el 1 de Junio se ha iniciado para España una crisis que puede ser de salvación o puede ser de total ruina. El Ejército levantó la voz para proclamar su protesta contra el sistema de política que viene imperando en España. El pueblo español, con sorprendente unanimidad, aplaudió las declaraciones del Ejército, por ver en ellas expresado su propio pensamiento. Continuar desde aquel día imperando la política por todos los españoles condenada significa que la representación del Poder público se ejerce contra la voluntad del país y con el propósito de contrariar su voluntad soberana. No puede esperarse que del sistema de política que ha degradado la vida pública española salga la obra de redención que el país ansía. Toda concesión que otorgue será una claudicación arrancada al temor, no una reforma obtenida por una convicción: será una claudicación del Poder público, no una era de renovación emprendida por los que no pueden sentirla ni quererla, pues ella exige su eliminación de la vida pública española.

Es insensato que pueda persistir este sistema de política que el país entero repudia. Resistir su normal sustitución es preparar una convulsión revolucionaria que puede ser de fatales consecuencias, es constituirse la autoridad en centro de facción y en motor de anarquía.

Para conseguir la solución normal y patriótica de la crisis abierta en 1 de Junio tomamos nuestra iniciativa, y en ella persistiremos, por entender que abandonarla sería para los parlamentarios catalanes una traición; para Cataluña, un renunciamiento a la misión que le incumbe de poner toda su fuerza al servicio de la obra santa, de procurar la salvación y la grandeza de España.

Mande a su afmo. s. s. q. e. s. m.,
F. Cambó.

Una adhesión de Córdoba a la Asamblea de parlamentarios

A don Raimundo Abadal Calderó, presidente de la Asamblea de parlamentarios españoles, ha sido enviada la adhesión siguiente:

Los que suscriben, concejales del Ayuntamiento de Córdoba, tienen el honor de rogar a usted que consigne nuestra adhesión entusiasta a las conclusiones aprobadas por los insignes parlamentarios españoles que, con el fin nobilísimo de procurar la salvación del país, celebraron el día 19 del actual la histórica Asamblea de Barcelona.

Dígnese saludar cariñosamente en nuestro nombre a tan ilustres patricios, así como al Ayuntamiento barcelonés, que con ejemplar entereza les ha prestado su valioso concurso, y acepte el fiel testimonio de la más sincera admiración de sus afectísimos seguros servidores, *Eloy Vaquero Cantillo, Rafael Gutiérrez Villegas, Rafael Moraga Serrano, Luís Pérez Boje, Emilio Urbano Estrada, Manuel Tienda Argote, Mariano Salinas Diéguez.*

Casas Consistoriales de Córdoba á 31 de Julio de 1917.

Sr. D. Raimundo Abadal, presidente de la Asamblea de parlamentarios de Barcelona.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

LUÍSA

Es tan fría y gentil como una esta-
(tua,
y avasallan sus ojos brilladores,
ojos que saben dominar la fatua
vanidad de su corte de amadores.

Tiene su rostro la tristeza impresa
cuando luce su gracia peregrina
con el aire sutil de una duquesa,
de una linda duquesa florentina.

Su vida es un enigma: seductora
su boquita, risueña y pecadora,
revela a veces su perversidad
en la risa que oculta su quebranto,
y es tan falsa y fugaz como el encanto
de su divina espiritualidad...

M. Altolaguirre Palma.

PELÍCULAS DEL NATURAL

LA J POR LA TCH

No siempre hemos de pensar en los ojos verdes de Pastora ni en la próxima combinación de gobernadores; hay que preocuparse también en hacer algo beneficioso por la humanidad, y conste que, para ello, ni llevamos el apellido de Sevillano para entrar en posesión de herencias cuantiosas ni hemos intervenido en el tan llevado y traído pleito de Bornos, pero no sólo con dinero se realiza el bien; y entremos en materia.

Nuestra banda municipal que, dicho sea de paso y sin Abati, actualmente se encuentra en muy buenas condiciones—y decimos nuestra porque nosotros pagamos cédula como cualquier otro ciudadano y, por tanto, contribuímos al sostenimiento de aquella—ameniza durante los jueves y domingos las veladas que se celebran en el paseo de la Victoria, teniendo por costumbre, no sabemos si porque algunos de los profesores se sienta baturrico, de ejecutar, entre otras composiciones, la popular jota aragonesa. Pues bien: se ha dado el caso, observado por muchas personas, de que durante la alegre interpretación de aquella música predilecta de los paisanos de la heroica Agustina, infinidad de espectadores y espectadoras se han levantado de sus asientos, como impulsados por un resorte, y han comenzado a bailar, entre el natural asombro del resto de los verbeneros.

Bien está que, cuando se lleva bastón y la música deja oir los alegres sonidos de un pasacalles, se busque el acompañamiento dando golpecitos en el suelo, en la silla o en el hombro del vecino, cosa que, sin darnos cuenta, casi hacemos—quizá el vértigo del compás no lleve hasta ese extremo—pero, hombre, ¡eso de arrancarse por jotas en pleno paseo, la verdad es que resulta bastante excéntrico!

Nosotros, preocupados por este raro fenómeno teroipeórico, hemos preguntado a hombres mundanos y hasta a doctores en medicina en busca de una explicación satisfactoria.

Nos han declarado que eso del baile de repente es muy natural, pqrque resulta que algunas veces el pensamiento se tiene tan distraído, que maquinalmente se puede levantar la persona y lo mismo puede bailar jotas, tangos y machichas brasileñas, que pedir al que tiene al lado dos pesetas o un cigarrillo.

—-Usted mismo—-me decía un amigo médico—sin querer, baila; sólo con oír por espacio de una hora ejecutar la misma obra, en una banda o en un pianillo de manubrio, se arranca usted hasta por *agarrao*.

¡Qué cosas tan interesantes encierra la ciencia! ¡Y pensar que estamos pendientes de la voluntad del director de una banda para que el día que quiera nos convierta en émulos de la Argentinita con sólo repetir algunas obras! ¡Vamos, que el cabello se nos eriza!

Le suplicamos, pues, señor director, que no gaste usted bromas. Tenga en su musical vida un rasgo de piedad y no ejecute más la jota, en bien de las pobres personas que bailan como locas.

Nos vamos a permitir, señor director, dirigirle un consejo, y es que cambie el disco; esto es: que suprima la j por la tch y tenga la seguridad de que llevará mucho adelantado para que cuando llegue la invasión de los tchecos pueda tocar la tch, porque no le quepa a ustedes duda de que, lo mismo que un día nuestro territorio fué invadido por los *ingleses*, muy pronto será invadido también por los tchecos. ¡Tenemos que ver tantas cosas raras y nuevas con esta interminable guerra!

Francisco Quesada.

(Dibujo de Cámara).

Los filisteos de la literatura

—

A mi culto compañero
José Antrás.

El filisteo es, según Schopenauer, el hombre de inteligencia muy limitada que, por lo mismo, carece de necesidades espirituales. El filisteo es el que el alto vulgo llama hombre práctico: un ser codicioso, ramplón y tal vez astuto, pero nunca inteligente en la elevada acepción de la palabra. El filisteo profesa la teoria mecánica de la vida por la vida. No siente el arte ni la inquietud frente a ningún problema de orden ético o transcendente. Vino al mundo para cortar el cupón, vivir de sus rentas o explotar al prójimo. Odia la ciencia, desprecia la especulación filosófica y todo lo que no produce utilidades tangibles. Le preocupa más el estado de los cambios que el de la moral y la justicia. Jamás enfermará de *surmenage*, dolencia que no consiste en la tirantez de los nervios, como sostiene enfáticamente un adocenado escritor de la Corte que nos distingue con su malevolenciaa, sino en el agotamiento producido por exceso de trabajo intelectual.

Mas no son sólo filisteos los que hemos mencionado. Lo son también los que hacen del arte medio de lucro, plataforma de vanidades y trompeta de la lujuria. Los saineteros impúdicos, los idealizadores de la sensualidad, los Tartuffos del periodismo, los escritores *pro pane lucrando* son también fiilsteos, porque en puridad no crean riqueza espiritual, sino que explotan los vicios y comercian con el mal gusto reinante.

¿Qué nombre merece el literato que, en lugar de educar el sentimiento estético del público, halaga en sus escritos las aberraciones colectivas?

¿Cómo llamaremos al desmedrado ingenio que, impotente para educar deleitando, hace en sus sainetes el elogio de la chocarrería?

¿Qué consideración puede merecer en el mundo intelectual el arrendatario de profesiones liberales (médico, profesor, abogado, etc.), que curan enfermedades sin saber curar enfermos, se aprovechan de las discordias familiares para encender litigios o lanzar al mercado libros voluminosos, donde el precio y la cantidad de ideas ajenas, riñen con el esfuerzo y el espíritu investigador de los desaprensivos autores?

Filisteos son también los que hacen de la política un oficio, de la religión un marchamo del egoísmo, de la amistad una granjería, del Derecho una subasta y de la mujer materia de explotación.

Epoca es la nuestra de filisteos, porque es época de industrialismos. El negocio del alma, que diría Santa Teresa, no preocupa a nadie. La gran cuestión es vivir bien la vida presente, y no la vive bien, no la comprende bien, el espíritu noble e ingenuo que no aporta otro capital que su ciencia o sus ilusiones. Renán lo dijo: la honradez es una mala colocación del capital en la vida.

La honradez, si no va acompañada de otra cosa, es un valor negativo. Y por ello ya no nos indigna, ni siguiera nos sorprende, que toda la caterva de comediantes del ideal, considere a los hombres de bien como casos clínicos y llamen chiflados a los que como el que esto escribe no conciben el arte en desacuerdo con la decencia.

Pascual Santacruz.

Todos los dependientes y empleados de Comercio deben leer y propagar La Cultura Mercantil, *periódico quincenal editado por la Unión de Dependientes de Córdoba y su provincia. Se reparte gratuitamente.*

EPISTOLARIO

A SU MAJESTAD EL REY

II

Soledad del Monarca

En la difícil tarea de sostener el decoro nacional, Vuestra Majestad está solo, completamente solo. El Clero labora en la vida pública combatiendo magistralmente en sus boletines, pastorales y sermones los vicios que deprimen al Estado español y pone su confianza en Dios, pero excusa declararse monárquico como si en la Monarquía viese el germen del daño. La clase agraria se organiza potente en León, Castilla, Valencia y otras comarcas y al calor del Clero se declara católica pero no monárquica.

La clase media, esto es las familias que viven del trabajo mental o manual, son carne de cañón para los caciques y en el desamparo en que viven de las clases directoras, maldicen de todo lo existente. Las clases obreras se acomodan bajo la dirección de ciertas individualidades que, prescindiendo del Trono y del Altar, las predisponen para la anarquía. El único verdadero partido político con programa definitivo que en España existe, es monárquico pero no es dinástico y esto implica una amenaza de guerra civil clara y constante. La Nobleza, única clase social que blasona de católica, de monárquica y de dinástica, concreta su acción social a vestirse de blanco o de rojo y servir platónicamente a Vuestra Majestad como tapicería palatina, y es un hecho señor, que, Vuestra Majestad no cuenta hoy para el servicio de su Gobierno más que con una ficción de partidos que a sí propios se sirven; organismos de administración que se organizan y desorganizan según pueden o no pueden acomodarse a los beneficios del Estado y en esta situación España se desmorona, vive hoy sólo al impulso de su historia y una nación así regida no es nación ni es nada.

Crítica situación del momento.

Ahora mismo, en una cuestión tan importante como es la de saber qué es lo que debe hacer España ante la guerra mundial en el día de la paz, vea Vuestra Majestad lo que está sucediendo y a qué estado de postración nacional hemos llegado.

Boda de la encantadora señorita Paulita Romá y el distinguido joven don Félix de Rojas.

Si con arreglo a la Constitución del Estado correspondiese únicamente a Vuestra Majestad la soberanía absoluta, obraría, desde luego, con arreglo a su conciencia, pero no es esto así porque, según nuestra Constitución escrita, Vuestra Majestad debe, y además quiere, consultar al país, y en esto está la dificultad, porque ¿cómo le consulta?

Todos están convencidos de que el consultar a las Cortes sería una bobada y un peligro; bobada, porque ya es sabido que la respuesta habría de expresar únicamente si Alhucemas ha echado ya o todavía no la zancadilla a Romanones con el uso de la «Gaceta», y un peligro, porque en efecto, es tan deleznable el templo de nuestras leyes, que cualquier Sansón a lo Lerroux puede sepultar en sus escombros a todos los filisteos.

Buscar el criterio nacional en los mítines o en las manifestaciones populares, es igualmente cándido y peligroso; cándido porque todo el mundo sabe que el éxito de estos espectáculos pende de la mayor o menor habilidad de sus organizadores y que si al terminar el acto pudiera preguntarse a cada espectador el porqué de sus aplausos, sería sabrosísima la ensalada de disparates.

No es posible, Señor, lograr concierto alguno, faltando el tono concertante; para la armonía social dan siempre el tono las clases directoras y como en la España de hoy falta por completo este tono, es consecuencia natural el desconcierto en el Estado.

La democracia histórica y cristiana engrandeció a España.

Pues bien, Señor, de esta situación anómala no puede culparse a nadie, porque las cosas se han desarrollado de una manera lógica, y en descargo de los que hoy viven y en busca del remedio positivo, permítame Vuestra Majestad que me apoye en nuestra propia historia.

Siete siglos de guerra por la Fe, hicieron que encarnase en el pueblo español el verdadero espíritu de la democracia cristiana, y este espíritu se manifestaba en aquél régimen de gobierno que espontáneamente se producía en todos los Reinos cristianos. La Cruz surmontando la Corona, representaba el imperio de la Justicia sobre todas las jerarquías, prometiendo así la LIBERTAD al esclavo; el Rey era Soberano, pero FRATERNIZABA con sus pueblos y era así ayudado por los tres brazos del Estado en las Cortes del Reino y en los campos de batalla;

el sentimiento nobiliario se reproducía en las masas populares y las empujaba al honor y a la gloria, tendiendo así a realizar una IGUALDAD hacia arriba que ostentaron en sus respectivos fueros comarcas enteras, y esta democracia así entendida, realizó el milagro de la Reconquista, sirvió de base a la constitución de la nacionalidad española y asentó sobre dos mundos el Trono de nuestros Reyes Católicos.

El Conde de Torres-Cabrera.

(Continuará.)

EL CINTURÓN Y EL SABLE

El gobernador civil de Barcelona ha conferenciado en la Corte con el ministro de la Gobernación.

La presencia del señor Matos en Madrid se ha creido necesaria, no tan sólo para poner en claro lo que en Barcelona ocurrió el día 19, sino para resolver la cuestión de la Alcaldía de Barcelona, vacante por haber renunciado a ella el señor Martínez Domingo, quien, puesto en el caso de optar entre el Gobierno y Barcelona, optó por Barcelona.

Respecto a lo que ocurrió en Barcelona el día 19, ¿qué va a decir el señor Matos que no lo sepa toda Barcelona y toda España?

Recuerda lo sucedido en tal día una graciosa anécdota en la que fueron protagonistas el general Mac-Mahón, cuando era presidente de la República francesa, y un capitán de artillería.

El general, que estaba convaleciente, permanecía en su estancia, detrás de los balcones que daban a la vía pública, y en aquel momento pasó por la calle un capitán de artillería que se había dejado el cinturón y el sable en casa.

—¡Ordenanza!—gritó el presidente. ¡Que llamen en seguida a ese capitán de artillería!

Echó a correr el ordenanza, y el oficial artillero, al darse cuenta de que no llevaba cinturón ni sable, explicó al jefe de la guardia el compromiso en que se encontraba. y pidió que le prestase un momento los suyos.

Accedió el jefe de la guardia, y, entre tanto, el capitán se presentó al general Mac-Mahon con su indumentaria completa.

Mac-Mahon, que estaba dispuesto a dar una seria reprimenda al visitante, quedó visiblemente contrariado al verle provisto de cinturón y sable, y díjole:

—Quería hacerle a usted una advertencia, pero no hay caso y puede usted retirarse.

Saludó el oficial, devolvió el sable y el cinturón al jefe de la guardia y prosiguió su camino.

Pero el presidente, al notar la desaparición del cinturón y el sable, otra vez llamó a su ordenanza para que se presentara el capitán de artillería.

Repitió éste la operación con el jefe de la guardia, y de nuevo el presidente quedó visiblemente contrariado, diciendo al capitán:

—Perdone usted la molestia que le he ocasionado; pero yo creía una cosa y a la traza es otra. Puede usted, pues retirarse.

A los pocos minutos el capitán volvía a transitar por la calle sin cinturón y sin sable.

Entonces el general llamó a su esposa y la dijo:

—Tú creerás, como yo, que ese capitán no lleva cinturón ni sable, ¿verdad?

La esposa hizo una señal de asentimiento y acto seguido el general dijo:

—Pues te equivocas, porque ese militar ha estado hace pocos momentos dos veces en este habitación provisto del cinturón y el sable.

Vuelva el señor Sánchez Guerra la oración por pasiva con el señor Matos y sacará en claro que se celebró la Asamblea de parlamentarios, por más que el gobernador y el Gobierno se empeñen en negarlo.

Y en cuanto a la Alcaldía de Barcelona, si el Gobierno ha de obrar mesuradamente, se guardará de proveerla. Después de la patriótica renuncia del señor Martínez Domingo, ¿quién va a prestarse a sucederle, como no sea el primer teniente de alcalde elegido por sufragio universal?

Milá y Pí quiso suceder un día al doctor Robert, pero a raiz de haberlo intentado echó a correr hacia el extranjero.

Se acabaron, por lo menos en Barcelona, los alcaldes por real orden.

NOTAS CORDOBESAS

POR RICARDO DE MONTIS

De venta en todas las librerías.

Los enemigos de la revolución del Yucatán

III

Los señores taberneros

La ley de clausura de las tabernas, acabó con una de las explotaciones más inicuas que se conocieron. Terminó la venta de licores que envenenaba a las multitudes y que enriquecía a algunos miserables. Murió el más inmoral de los comercios y de su carroña, como consecuencia inmediata, surgieron los taberneros despechados que, al verse sin los pingües productos del negocio, renegaron de la Revolución y de su Gobierno. El mismo fenómeno se repite invariablemente. En este pobre país, es aplicable con una constancia asombrosa el proloquio vulgar: «cada cual habla de la feria según le va en ella». Los empleados cesantes nunca discuten los actos del Gobierno; pero, invariablemente, los califican de malos. Y los taberneros cesantes, como coterráneos de los empleados, no podían ser menos... Y son ahora enemigos de la Administración. Bien venidas sean todas las Administraciones que tengan semejantes enemigos.

Los señores tinterillos

Ya hemos hablado de los abogados, cuando descienden al terreno de los tinterillos. Nos falta hablar de los tinterillos mismos que tienen de todo: son abogados a medias y saben de procedimientos al derecho y al revés y al revés los aplican; son toreros y saben dar pases; son vagos y adivinos y predicen siempre, con una charlatanería incontenible, sus triunfos forenses sobre los abogados con título; son rateros... o poco menos, y, por último, se dicen influyentes y amigos y sobornadores de jueces y tribunales. Son la peor calamidad destruida o casi destruída por la Revolución. Y es claro: son enemigos de la administración que, en su coraje revolucionario, ha sabido quitarles de las garras al codiciado cliente que ahora cuando quiere, puede obtener justicia sin necesidad de representantes embaucadores.

Los señores rateros

Los distinguidos señoros rateros están que trinan. La noble Institución de Orden público, en la que trabajan todo el dia y, cuando se ofrece, parte de la noche, los tiene muy disgustados. Antes, después del inocente robito en despoblado o a mano armada, eran remitidos cómodamente a la Penitenciaría de Juárez, en donde pasaban más ó menos satisfechos una temporada de ociosidad. Ahora, en cambio, hay que trabajar rudamente con el maldecido pico que hace sudar tanto y que tan poco produce. Hay que levantar piedras y barrer las calles y otras impertinencias... Los señores rateros—es rotundamente lógico—son enemigos jurados de la Administración Revolucionaria de Yucatán.

Los señores influyentes

Los señores influyentes son también enemigos de la Revolución. Y son sus peores y más terribles enemigos. Los que fueran influyentes en administraciones pasadas, no ocultan ni su despecho ni su envidia hacia la obra que ahora se está realizando y tratan de hostilizarla por medios muy semejantes a los que usan los jurados enemigos de la administración revolucionaria. Y si los influyentes de ayer son enemigos de la Revolución, lo son en mayor grado los que ahora se dicen influyentes y venden con desvergüenza su mercancía, en nombre de un gobierno que los rechaza por indignos y que está dispuesto a exhibirlos ante la opinión pública como los más peligrosos embaucadores. Una de las lacras mayores que han corroído el organismo político de la República es, sin duda alguna, la influencia como factor de desenvolvimiento social. En nombre de ella se han cometido muchas vilezas y muchos absurdos y de ella fué también la causa determinante del fracaso

La danza del fuego.—Por Alfonso del Rosal

absoluto de los últimos años de la política científica. En nombre de la influencia política, se atropellaron los derechos de los pequeños propietarios y se formó el gran latifundio en los diversos Estados de la Nación, desde las interminables sabanas de los Terraza, en Chihuahua, hasta las enormes concesiones de Quint Roo. En nombre de la influencia politica, se conculcaron todas las leyes y los tribunales fueron organismos al servicio de los ricos para matar los pequeños intereses. En nombre de la influencia política, se cometieron todos los errores del viejo régimen y, por último, se llevó a la nación a la desastrosa guerra que aun la incendia y de la que, afortunadamente, empiezan a surgir victoriosamente los derechos populares.

Con tales antecedentes históricos, hay todavia en este país, imbéciles y malvados que blasonan de influyentes o que pretenden serlo a la sombra de sus cargos o con el recurso de su hipocresía o de su malicia.

LA CITA

Es esta la hora
de la embriagadora
cita que me dió...
Y ¡cuánto demora
su marcha el reló!
Diez segundos pasan...
¿Por qué no ha llegado?
Mis sienes abrasan.
Estoy desolado.
El reló maldito
es una tortura.
Siento la amargura
de un tedio infinito.
¡Ya viene la amada!
Siento la pisada
de su zapatito.
Percibo su sombra
tras de la entreabierta
venturosa puerta;
su labio me nombra;
Su mano enguantada
—la lírica mano
blanca y pefumada—
llamar quiere en vano...
Hiere los sentidos
la misma emoción...
¡Qué locos latidos
los del corazón!
Ha entrado la amada,
la tan esperada.
Nada nos decimos
pensándolo todo,
porque así sentimos
de más fuerte modo.
¡Queremos quemarnos
en nuestra pasión!
¡Vivir la ilusión,
hasta envenenarnos
con la sensación!
Busqué en mis rosales
las más puras rosas
frescas y olorosas;
hurté a los cristales
del invernadero
las más raras flores,
porque la prefiero
envuelta en olores
cálidos, sensuales.
Mis nidos de amores
son tan fastuosos,
cual los orientales
harenes lujosos.
Ella es refinada,
decadente y triste...
¡Por algo es mi amada!
Nada se resiste
a esta misteriosa
voluptuosidad,
que va idealizando
la vida, y borrando
la forma tediosa
de la realidad.
Sintiendo un ferviente
anhelo infinito,
la beso y le grito:
—¡Salve, Prometida
que esperé impaciente
porque eres la vida!

Manuel F. Lasso de la Vega.

Montilla, Agosto 1917.

AGENCIA DE ALQUILERES

El día 1 del corriente mes se efectuó en Córdoba la apertura de una nueva Agencia de alquileres establecida en la calle de Osario 28, cuya misión principal consiste en facilitar locales de arrendamiento para vivienda e industria a las personas que hubieran de buscarlos y evitar a los propietarios y caseros las molestias que suponen los preliminares de todo arrendamiento. En circular de dicha Agencia que hemos recibido, se detallan además otros importantes servicios en el ramo de alquileres que consideramos de muy práctica utilidad, por lo que es de creer merezcan aceptación dado la gran economía de sus tarifas.

Esta Agencia de alquileres, para garantizar las gastiones que se le comisionen, ha establecido cuentas corrientes con la casa bancaria de les señores Pedro López e hijos y Banco Español de Crédito.

Dada la competencia de su administrador, nuestro amigo don Manuel Balsera Lucena, le auguramos un éxito seguro en dichos servicios.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL
:-: INDEPENDIENTE :-:
10 cts.

Cordobesita.—Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 11 de Agosto de 1917 | NÚM. 52

Otra vez la previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está otra vez prohibida la publicación de noticias y comentarios relativos a

1.° Las instituciones fundamentales.

2.° La disciplina militar.

3.° Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.° Acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.° Movimiento de tropas o de buques nacionales o extranjeros.

6.° Exportación a países beligerantes.

7.° Huelgas y reuniones públicas.

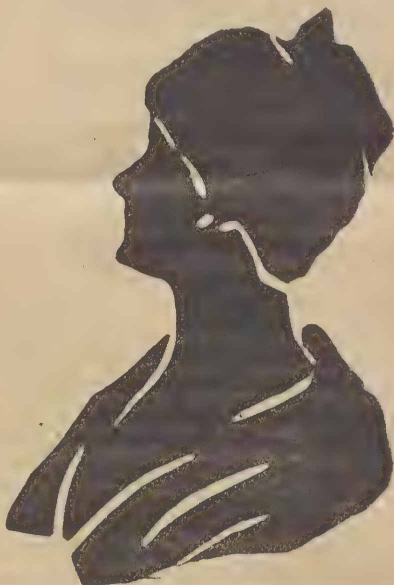
8.° Manifiestos y proclamas.

9.° Las operaciones de la guerra.

10. La actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Los soberanos o jefes de Estado extranjeros.

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.



SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Por dignidad, por decoro y por vergüenza

Con motivo de la desaparición de las vallas que circundaban las obras del proyectado monumento al Gran Capitán, en la glorieta del paseo que lleva su nombre, vuelve otra vez la opinión pública a ocuparse de este asunto.

Ya el Municipio, en una de sus últimas sesiones y a instancias mías, demostró que no es suya la culpa de que el expresado monumento no se termine. Tampoco lo es de la Junta magna nombrada al efecto, puesto que ella hizo cuanto estuvo de su parte. La culpa, como siempre que de algo bueno se trata en Córdoba, es sola y exclusivamente del Estado.

El Estado, representado por el Gobierno centralizador, bien sea éste conservador o liberal, es siempre la rémora para el progreso moral y material de esta nuestra pobre patria chica, que constantemente se ve desheredada en cuanto atañe a protección oficial. Ejemplos de ello tenemos en las obras del pantano del Guadalmellato, iniciadas desde 1883 y que parece que no van a concluir nunca; en las del Hospital Militar, a trece años fecha y que ya han dado fin con la terminación de la subvención anual de 5.000 pesetas de nuestro Ayuntamiento; en las del cuartel de San Rafael, varios años sin terminar; en las de la Granja Agrícola y la Escuela de Veterinaria, cuyos solares están entregados desde hace cuatro años por el Municipio; en el proyectado Depósito de armamentos, que no viene nunca, a pesar de haber pedido edificio adecuado y haberlo facilitado inmediatamente el Ayuntamiento.

Unicamente el Estado no es rémora, sino que se muestra pronto y eficaz, cuando se trata de asuntos que pueden perjudicar los intereses locales, como sucedió con la celebérrima Fábrica militar de harinas. Entonces, la complicada máquina administrativa funcionó rápidamente y el sempiterno expedienteo, de que tanto se habla, se inhibió de tal modo que no apareció por parte alguna, a pesar de los clamores de corporaciones y de las comisiones de entidades que fueron a Madrid. Aquello marchó como una seda; a su conjuro todo fueron facilidades.

El Estado, pues, ahora como siempre, aparece como el enemigo, como el contrincante, como el adversario de Córdoba.

¿Por qué es esto? ¿Qué significado tiene esto? ¿Es que Córdoba no tiene como las demás poblaciones de España senadores y diputados que la representen?

No nos lo explicamos. Alguien que no sea cordobés creerá que, por tener Córdoba en casi todos los ministerios un hijo suyo desde hace un cuarto de siglo, será una ciudad progresiva, explendente, pletórica de vida. Esto lo supondrán los que sepan lo que fué Montero Ríos para Santiago, Cánovas para Murcia (su distrito), Moret para Cádiz y lo que

son la Borbolla para Sevilla y Armiñán para Málaga. Los que tal crean y supongan, que nos visiten, que nos oigan y...

El Estado prometió solemnemente contribuir a las obras del monumento del Gran Capitán con 50.000 pesetas y los representantes de ese Estado, imitando a los malos pagadores, prometen siempre pero casi nunca dan. Yo he sido testigo, en mis diferentes viajes a Madrid, de esas promesas, y yo, en comisión, he admitido distintas fórmulas. Unas veces han sido las Cortes las que han de autorizar, otras el Consejo de Estado; lo primero, cuando éstas estaban cerradas o disueltas y lo segundo, cuando aquellas funcionaban; siempre al revés o, mejor dicho, *siempre pa tras*.

....

Por dignidad, por decoro, por vergüenza del pueblo de Córdoba, es preciso que esto termine. Hay que hacer ver a nuestros representantes en Cortes que Córdoba ni puede ni quiere ser la Cenicienta del Estado español y que si ellos no se aprestan a impedirlo, lo impediremos nosotros, los hijos nobles, los buenos, los que real y verdaderamente quieren a su madre, la pobre Sultana, burlada, escarnecida y triturada.

Por dignidad, por decoro, por vergüenza, debemos pensar en que han comenzado los trabajos de otro monumento dedicado a perpetuar la memoria de otro cordobés, el señor Barroso, que si bien fué un hombre bueno y que llegó a ser consejero de la corona, entre su notoriedad y su fama y la del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba, no cabe establecer comparaciones, y, por tanto, no debe anteponerse la estatua del político contemporáneo a la del antiguo sabio, diplomático y guerrero que dió a su patria días de gloria.

Por dignidad, por decoro y por vergüenza, esperamos que no suceda así y desde estas columnas excitamos a las corporaciones, centros, academias y entidades cordobesas para que unidos todos impidamos el actual estado de cosas que nos envilece y nos degrada y dice muy mal de la cultura de este pueblo que, aunque pobre de espíritu, es noble, bueno y digno de mejor suerte.

Rafael Gutiérrez Villegas.

EL IMPUESTO ÚNICO EN CÓRDOBA

Respuesta a Rafael

Gustoso anoto y envío los datos solicitados, por intermedio de esta Revista, al adalid entusiasta del Impuesto único, que se firma Rafael. Los estudios crematísticos, siempre importantes, son transcendentales en esta época de crisis mundial, que ha de transformar, entre otras muchas cosas, las modalidades actuales de la Economía política y es deber de todos ayudar y estimar toda labor encaminada a renovar los viejos conceptos caducos.

He aquí la contestación a sus preguntas:

1.ª El Avance Catastral Urbano se ha realizado en Córdoba del 1910 al 1916. Estos trabajos se hacen por elementos técnicos.

2.ª Esos Avances Catastrales comprenden toda la parte edificada, y la edificable, en cuanto admite la denominación oficial de solar; pues claro es que edificable es toda la tierra.

3.ª El valor del suelo desprovisto de mejoras no se ha determinado oficialmente nunca. Como criterio personal diré: que el valor natural, o en uso, de la tierra, como el de todas las cosas valorables, lo determina su utilidad, y refiriéndonos a los solares, o mejor, al suelo todo de la ciudad, edificado o no, podemos aceptar que su valor, desprovisto de mejoras, esto es, como tierra, no puede exceder, por tanto, de los terrenos laborables de primera, siendo, por consiguiente, todo mayor valor debido a la colectividad urbana.

4.ª La superficie total edificada de Córdoba viene a ser de unas 300 hectáreas.

Y ahora acuciosos esperamos las apodícticas conclusiones de Rafael.

A la orden.

X.

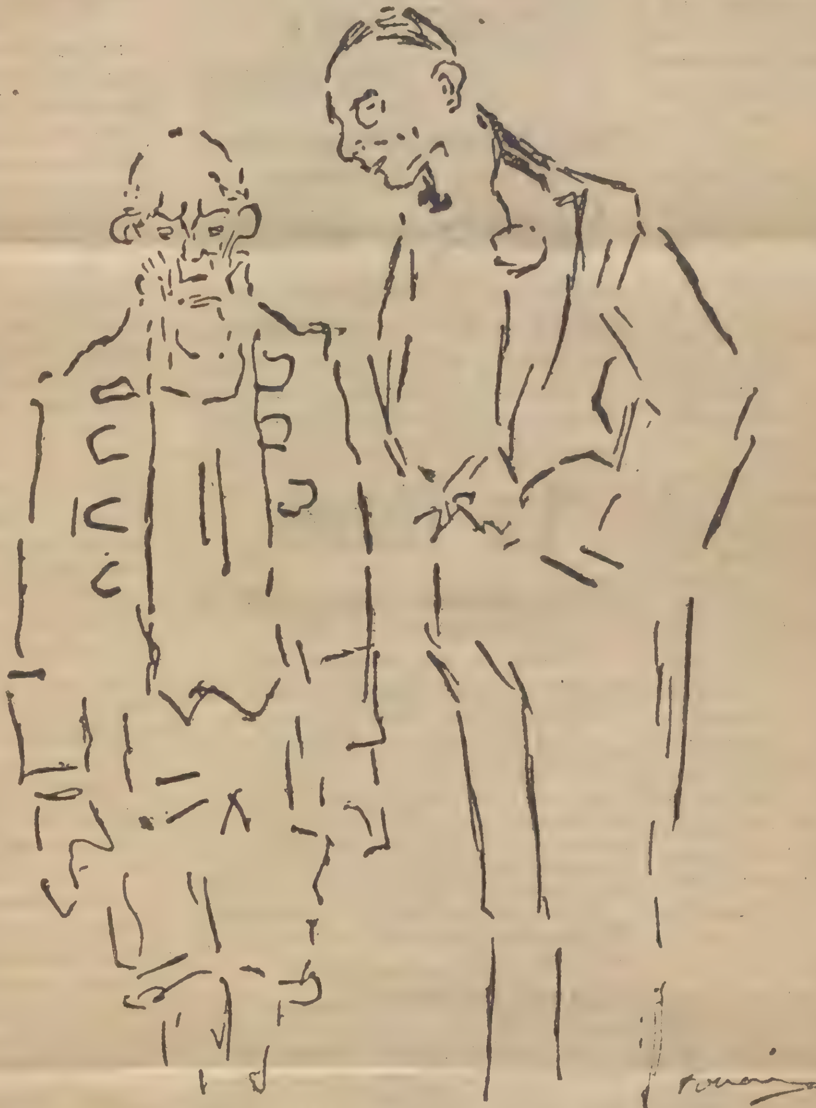
Mirando a la Historia

Lo hemos dicho ya en otros artículos. La situación de España en la presente época, no es la del pueblo gastado y envejecido en fracasadas luchas interiores, ni la de aquel que sin ilusiones de actuar nuevamente en la vida, espera sólo ser hábilmente intervenido o despóticamente anexionado por alguna potencia extranjera. Pensarasí implicaría un desconocimiento absoluto de la historia de España, un olvido imperdonable de la ingente y patriótica labor representada por la Independencia nacional.

Nada más lejos del autor de estas líneas que el querer reproducir aquí detalles y pormenores de aquellos gloriosos episodios, de aquellas inauditas hazañas que la desamparada masa del pueblo llevó a cabo contra la fuerza arrolladora del ejército invasor. Nuestra atención debe dirigirse a reflejar en lo posible el estado social en el que se desarrrollaban dichos sucesos; el recio espíritu que a través de los grandes infortunios animaba a los españoles.

Lo primero que ha de preguntarse el que leyere estas brillantes páginas de la Historia, ha de ser: ¿De qué medios, de qué base de recursos materiales se valieron aquellos hombres de 1908 para oponer tan heroica y titánica resistencia? ¿Qué amplios horizontes de engrandecimiento? ¿Cuál la pureza administrativa de los políticos de entonces? ¿Qué acendrado sentimiento de la nacionalidad producía el ideal que infunde valor a las almas sin advertir el sacrificio? Y el lector tiene que fijarse, al pasar su vista por estos hechos, que la desorientación más absoluta, la más irritante de las arbitrariedades, el total desconcierto, era inmediata consecuencia del estado anárquico que reinaba en todas las efera sociales. Desprestigiado y sin raigambre el principio de autoridad, convertíase de saludable medio de equilibrio en inicuo instrumento de favor y tiranía. No es el pueblo que ve en su Rey absoluto al elegido para regirle según los providenciales designios, sino que con airada protesta o en silencioso encono observa la dejación del poder real en manos de camarillas intrigantes. Una ausencia completa de principios ciertos y genuinamente sentidos nos lleva a una descomposición social inevitable. Las doctrinas sentadas con la revolución francesa, producen marcadas tendencias de simpatía, por aquella nación, en nuestras clases intelectuales. El espíritu francés se adueña de la distinguida sociedad de aquel tiempo, traduciéndose en hábitos, costumbres, hasta en pequeños detalles de indumentaria y mobiliario. Los rasgos característicos de España parecen esfumarse, perderse, ante el poder de la influencia extranjera. Mas ¿qué ocurre en aquella época cuando nuestra nación ofrece el trágico espectáculo de ser hollada y escarnecida por la planta del invasor? ¿Qué clase de sentimiento es el que se eleva de la misma entraña del pueblo, de aquél pueblo ineducado, inconsciente, tristemente burlado por las estratagemas de sus políticos? ¿No cree el sociólogo fatalista de nuestros males, que aquellos heroicos españoles escribieron con sus sacrificios y denuedos la más brillante página de la Historia? Y ¿no cree que, al acreditar ante el mundo el incomparable temple de su espíritu, en lucha aislada, sin otra protección ni más ideales alentadores que su amor a la independencia, depositaron la semilla que había de producir frutos de paz y venturas para la patria?

Ha pasado más de un siglo y España ha abierto todas sus esferas a las más liberales y progresivas corrientes de civilización. En el orden político, ha cambiado esencialmente de estructura. La nación del absolutismo, después de largas y apasionadas contiendas, se convierte en nación constitucional. Leyes justas, inspiradas en genuinos principios democráticos, vienen a llenar los vacíos deplorables de una legislación anticuada, pudiéndose decir que no hay reforma de orden económico o jurídico en cualquier país monárquico que no tenga su inmediata repercusión o implantación en España. Sin embargo, España parece fatalmente destinada a permanecer en constante quietud y abandono de sus más primordiales problemas de la vida. Falta el impulso, el espíritu que alienta la actividad, la fe de que el ambiente no ha de ser hostil a nuestros fervientes ideales. Y el sociólogo



—Qué ¿se juega o no se juega?
—Si se jugase, señor, sería a beneficio de los pobres.
—¡¡¡...!!!

Dibujo de Ricardo Marín.

y el hombre de Estado y en general todo el que de veras se interesa por la felicidad de la nación, no cesan de repetirse: ¿qué ocurre en España, qué pasa en España, por qué sigue estacionada, qué causa le impide marchar al nivel de las demás naciones progresivas? Para contestar a estas preguntas, vamos a terminar con la cita de un hecho de cuya certeza no está muy seguro el autor de estas modestas líneas. Dicen que en cierto tiempo y pueblo existía una joven adolescente de ilustre abolengo, mas tan mal avenida con la fortuna, que a los lutos de la orfandad tenía que unir la mezquindad de su hacienda.

Esta falta de capital, que le impedía satisfacer en el matrimonio las románticas aspiraciones de la juventud contemporánea, preocupaba hondamente al consejo de familia. Menudeaban las deliberaciones para ver la dirección que había de darse a las nacientes aptitudes de la pupila, mas sin llegar a un acuerdo. Quien la consideraba a propósito para trabajos de inteligencia, otro para faenas más propias de su sexo, no faltando el que aseguraba que jamás sacarían de ella cosa de provecho, ya que su característica era la holganza. Así pasaba el tiempo en estérilas discusiones, cuando hubo de proponerse el consultar a la interesada. Precipitadamente, deseosos de conocer su vocación, fueron los señores del consejo; y entonces ocurrió una cosa extraña, inaudita, que cofundió consternando el ánimo de todos; la joven acababa de dar una contestación que era signo seguro de anormalidad. A las insistentes preguntas, sólo dijo con ingenuidad deliciosa, que lo que ella quería es que se fueran por lo menos la mitad de estos señores.

¡Quién duda de que con la eliminación de esos elementos que constituyen los valores entendidos de España resurgiría aquel temple, aquella fortaleza moral de la raza, de las que tan gallardas muestras nos dieron de héroes de nuestra independencia!

M. Galindo Usano.

Todos los dependientes y empleados de Comercio deben leer y propagar La Cultura Mercantil, *periódico quincenal editado por la Unión de Dependientes de Córdoba y su provincia. Se reparte gratuitamente.*

CONFESIÓN E IMPLORACIÓN

Confieso yo, pecador,
sin cortedad mi rubor,
que idolatro a una mujer
como no pudo querer
nadie en el mundo, Señor.
Señor: mucho más la adoro
que el avaro su tesoro,
que, aun cuando avaro yo fuera,
no habría oro en la esfera,
para olvidarla por oro.

Es una flor abrileña
mi muchachita trigueña,
que abriose al sol bien galana...
Tiene el alma sevillana;
por su porte es madrileña.
Ella calma mis dolores
con sus fragantes amores
y comparte mi alegría;
mi vida inflama en poesía,
en idilios y en dulzores.
Es el bálsamo a la herida
que el dolor causó en mi vida...
Yo sin ella, despreciara
tanta lucha, y me jugara
el alma en cualquier partida.

De ser grande pecador
yo me confieso, Señor,
porque quiero a una mujer
cual nadie pudo querer:
con amor y con dolor,
que no ama quien no implora,
que no ama el que no llora,
—por eso dije dolor—,
dolor, ante un sinsabor
que lastima a quien se adora.

Los suplicios del Dios Verbo,
manda, Señor, a este siervo
como le cuadre a tu esencia;
para mi no hay fallo acerbo
si lo ordena tu clemencia...
Pero a mi nena galana
que cruza vida risueña,
consérvala siempre sana,
con su risa sevillana
y su andar de madrileña;
consérvala siempre buena
para alivio de mi pena,
que yo a tí, Dios verdadero,
te adoraré con sincero
fervor del alma serena.
¡Mas si queréis, implacable,
transformar en deleznable,
su salud, hoy recia y fuerte,
dadme a mí la misma suerte
que a mi muñeca adorable!

M. Jiménez Maya.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

NOCHES DE CÓRDOBA

JAZMINES

Flor de intimidad grata, blanca y purísima, es esta del jazmín que se prodiga en los huertos siempre en flor y en los jardines de la ciudad silenciosa y evocadora.

De noche, deambulando por las rúas estrechas y calladas, percibís el aroma delicado, y en las verbenas clásicas, mozuelas gentiles los llevan airosas luciéndolo en sus peinados y sobre el pecho.

¡Jazmines! Flor que vive sólo el breve reinado de una noche, que perfuma el idilio poético de la reja, el sueño dulce de los niños: plebeya y señoril que a un tiempo mismo aroma el cuarto modesto de una familia pobre, que la estancia suntuosa, todo lujo, de nna casona solariega.

Desperdigados en una bandeja de plata, sobre la mesita de laca, atiborrada de «bibelots», estaban los jazmines.

El patio claro y risueño, con sus arcos abiertos sostenidos por columnas árabes, descorrido el toldo y cantando alegre el surtidor de la fontana.

Decoración típica de patio andaluz; zócalos de azulejos, plantas raras de todas clases en el centro, y en los intercolumnios, en las galerías, estaban colocadas las butacas y sillas ligeras de paja.

Un piano abierto. Noche de verano.

Ha llegado el dueño de la casa a recibir a la visita que se propone pasar allí unas horas de la velada grata.

Es un rico labrador que ha regresado de inspeccionar uno de sus cortijos, horas antes.

Nos refiere que su cosecha de este año es abundante, que la «saca» en sus eras no puede ser mejor.

Hablamos un poco de literatura, de política, de teatros. El señor nos constesta con unas cuantas frases vulgares, con monosílabos.

No lee, no tiene tiempo, no le interesan para nada esas cuestiones.

Si acaso le distraen las gacetillas del diario de la localidad, y se entusiasma al leer las faenas de Joselito y Belmonte por esas plazas.

Niños de Córdoba.—Antonio Chastang Marin, hijo del industrial don Juan Chastang

—¿Y las películas del cine?—le preguntamos.

Nuestro buen burgués, gozoso, nos interrumpe:

—¿No ha visto usted la que ahora exhiben en el Pabellón Modernista? Admirable: «El misterio del yate rojo» se titula. Mi señora y las niñas están interesadísimas hasta ver en lo que quedan los amores de Renato y la fuga a través de un lago, luego escalando una montaña, después en aeroplano y en un submarino, de la princesa Olga. ¡Qué mujer esa! ¡Cómo se burla de los «detectives»!

—Sí, es muy interesante todo eso—respondemos con gesto de desdén.

Vinieron, bellas y compuestas, Carmen y Luísa, las dos niñas de la casa.

Morenas y esbeltas, sus trajes escotados, blancos y vaporosos, las agraciaban.

Sonrieron encantadoras e ingenuas al saludarnos, y fingiendo ruborizarse agradecieron nuestra frase galante, el piropo que brotó expontáneo.

Poco después vino también la mamá, gruesa, aburguesada, en plan sin duda de salir de paseo con su marido y sus niñas.

Quisimos retirarnos; era ya tarde.

No nos dejaron. Carmen atrajo hacia ella la bandeja repleta de jazmines.

Entre sus dedos, los pétalos finos se confundían. Un trozo de papel, una horquilla, y fué ensartando una a una las blancas cabezuelas. Quedó hecho el ramo, y sonriente vino a nosotros prendiéndolo en ojal de la americana. Percibimos ya más de cerca el grato aroma de la flor.

Nos atraía la sonrisa de Carmen, su silueta airosa, el encanto de toda su figura. Seguía cantando el surtidor de la fontana.

Un airecillo suave acariciaba las hojas de las plantas que había en el patio. Sonó una música

La verdadera Córdoba.—La Puerta de Almodóvar.
Dibujo de Enrique Muñoz Sánchez.

mente la población se hace más rara, y de la periferia al centro, del mar a la capital, ciudades, villas y aldeas, se espacían de más en más.

Una primera zona está aún medio viva: Aragón y Castilla la Vieja al Norte, una mitad de Extremadura al Oeste y las pendientes de Sierra Morena al Sur, cuentan todavía 30 a 35 habitantes por kilómetro cuadrado; dos grandes ciudades se levantad en el camino de las rutas septentrionales: Zaragoza (98.000 habitantes) y Valladolid (68.000 habitantes) y otras dos ciudades, menos importantes, figuran bastante, todavía, al Sur: Badajoz y Córdoba.

Después, hay que atravesar una segunda zona casi desierta, muerta. Llanuras áridas o montes desnudos, landas incultas, estepas abandonaa la cría de toros o de carneros trashumantes. Tales son las provincias que rodean Madrid y que son el corazón mismo del reino: Soria, Guadalajara, Teruel, Cuenca, Albacete, Ciudad Real y Cáceres, no tienen siquiera dieciséis habitantes por kilómetro cuadrado.

Y es en este desierto, donde la monarquía castellana, habiendo hecho la unidad de su reino español, plantó su capital de Madrid.

Victor Berard.

CON PLUMA AJENA

Nazr'Eddin y la dote

NARRACIÓN DE PIERRE MILLE

He aquí una historia de Nazr'Eddin que me contó Abd-el-Kader, conductor de marroquíes en el frente del Artois.

Antes me había elogiado a sus marroquíes.

—Son, me decía, bravos por naturaleza y, sobre todo, saben muy bien pelear: no realmente por placer, por hábito, sino también per que se les paga, y he aquí la razón de que sean verdaderos soldados.

El primer enganche ya es por sí ventajoso y si, para colmo de ventura, tienen «la suerte» de perder un brazo, una pierna, un ojo, el precio a que lo cobran constituye una fortuna para un marroquí.

Los hay que la desean para comprar borregos; otros para comprar una mujer. La mayor parte, prefiere la mujer. Por la razón que pensáis, primero, que es el secreto de la fe musulmana, y después porque la hacen trabajar.

—Abd-el-Kader, le repliqué, esta manera y este objeto de adquirir una esposa, siempre nos pareció a los occidentales inmoral.

—Nosotros tenemos dos sistemas, me contestó. Cuando es por mala causa, son ellas las que pagan; cuando por buena, pagamos nosotros. Nada hay más razonable. Vosotros procedéis al contrario, y nosotros no logramos comprender esta costumbre vuestra y nos parecéis ridículos.

Voy a decirte lo que le ocurrió al bueno de Nazr'Eddin:

Tenía una mujer, una mujer que, si bien era legítima, era antipática y desagradable en extremo.

Un día, al entrar en su casa a la hora de comer, no encontró ni lumbre en el hogar ni mesa puesta.

—¡Zeineb, ¿dónde está la cena?

—¡Ve a pedírsela a las otras, a las que visitas! Por mi parte, estoy harta de tu presencia, perro de presa.

Habló así la mujer porque era envidiosa, injustamente envidiosa.

Nazr'Eddin se resignó; salió, fué a una casa de comidas, pidió de cenar y cuando se disponía a empezar su yantar, aparece su esposa.

—Hijo del diablo, hipócrita, amigo de cristianos perros; ¿tienes la osadía de ponerte a comer ante mí cosas que te han preparado manos mercenarias?

Y dijo esto porque, a más de envidiosa, era también inconsecuente.

Después le retiró los platos y Nazr se quedó sin cenar aquella noche.

—Decididamente soy un estúpido—se dijo. Alá me permite varias mujeres legítimas y además esclavas y jamás paré mientes en esta concesión. En lo sucesivo, usaré de ella, pues la sola mujer que poseo es de todo punto insoportable.

En efecto, al amanecer fué al mercado de las esclavas.

—Necesito una mujer que tenga buen carácter.

—Esta os conviene, señor, respondió el mercader.

—Y al mismo tiempo, continuó Nazr, que sepa guisar bien.

—Esta otra os conviene, señor, pues guisa a maravilla. Es una hermosa negrita.

—¡Maldición!—gritó Nazr—¿la mujer que tiene buen carácter es negra?

—No, señor, dijo el mercader, no es así. La que tiene buen carácter es blanca, y la que guisa excelentemente es negrs. Para reunir di-

ferentes virtudes es necesario adquirir diferentes mujeres (¡!)

—Entonces, concluyó nuestro hombre suspirando, me contentaré con la blanca. ¿Cuánto es?

—Mil libras, y es regalada.

—¡Caramba! Yo no he tenido jamás mil libras. Yo no soy gobernador de provincia (¡!) Soy un pobre hombre.

—Entonces ya veo lo que necesitas: una mujer legítima. Es menos cara. Su padre te la venderá por doscientas cincuenta libras.

—Pero no puede uno verle la cara hasta después de la boda, suspiró Nazr, y mucho más tarde aún es cuando llegamos a descubrir su alma.

—Ahí tienes la razón de por qué es más barata, replicó sentencioso el mercader.

Supo nuestro hombre unos días después que, a unas veinte leguas de su pueblo, había una joven soltera en disposición de casarse y por la que sólo pedían doscientas libras.

Aunque la cantidad era excesiva para un pobre como él, se decidió al fin, y montando en su mula se puso en camino.

—Alá es la justicia misma, se decía, y negarlo un sacrilegio. Mas sin embargo, es un misterio dificil de descifrar, que haya hecho leyes tales que me obliguen una vez a dar doscientas libras por una mujer que me tira los platos a la cabeza y que ahora me halle obligado a igual sacrificio sin mayor garantía de éxito.

Nazr'Eddin, hizo alto la primera noche en un pueblo donde no habitaban más que cristianos, y en contra de su voluntad y venciendo escrúpulos de raza, se vió obligado a pedir hospitalidad a un rico propietario griego.

Este *raïa* le señaló un diván en un rincón, donde sentarse, cenar y dormir, desentendiéndose de él después de dejarlo acomodado.

En la misma estancia, discutía el hospedador, muy agitado, con un joven.

—No tengo más que cien hectáreas, decía el dueño, y te doy veinticinco. ¿Se puede pedir más?

—Pero tienes carneros, decía el joven.

—Cien solamente.

—Bien, pues dame la mitad, y una alquería donde apacentarlos.

Los dos hombres, muy acalorados en su discusión, se acusaban mutuamente de avaricia y rapacidad.

Nuestro hombre, que en un rincón del aposento presenciaba mudo la escena, se levantó al fin, e interponiéndose dijo.

—Si supiese de qué se trata, quizá os pondría de acuerdo. Un adagio de mi tierra dice: los mejores amigos, no se avienen a veces, y un extraño que pasa suele darles la solución y la paz. Además, señores, soy juez en mi país.

—Este hombre no es amigo mio,

Figuras de la provincia.—El pregonero de Pueblonuevo del Terrible

dijo el viejo griego, es el novio de mi hija y el muy egoísta encuentra insuficiente la dote que le doy. Quiere llevárselo todo, y arrancarme hasta las orejas. Extranjero, te lo juro, no se sentirá satisfecho con menos.

—No comprendo bien, dijo nuestro marroquí algo perplejo. Veamos: éste hombre pide veinticinco hectáreas de tierra, quinientos borregos, una alquería, una granja, un establo y además tu hija. ¡Entonces, a mi entender, debe pagarte un capital enorme por todo ello!

—No me paga un solo céntimo, explicó el viejo.

Nuestros usos cristianos, son exactamente lo contrario de los vuestros y, por esta razón, lo que le ofrezco le parece aún poco para casarse con mi hija.

....Nazr'Eddin cogió al joven por el cuello, lo llevó en volandas por la casa hasta la puerta, le dió un terrible puntapié, lo arrojó a la calle, cerró la puerta guardándose la llave, y dijo muy entusiasmado al anciano griego:

—¡Dame la mitad de lo que ofreces, o menos, la cuarta parte, o cinco libras solamente y me caso con tu hija y con tu madre y con tu abuela y con toda tu parentela..!

Tal es la opinión de Nazr'Eddin sobre vuestras contumbres de la dote, concluyó diciendo mi amigo Abd-el-Kader.

Y estimo que era un hombre de lógica.

Por la traducción
Eduardo Díaz Ruiz

UN AÑO DE VIDA

Para celebrar el primer año de vida que nuestro periódico alcanza con la publicación de este número, los elementos que determinaron su publicación tenían el propósito de reunirse en amistoso banquete, estrechando así los lazos de unión que han permitido la permanencia y afianzamiento de la revista CÓRDOBA, concediéndole un público propio en la capital y la provincia y facilitando su extensión fuera de nuestra comarca, en número muy importante.

Las circunstancias de España—suspensión de las garantías, previa censura sobre la Prensa...—no permiten realizar aquel propósito amistoso.

Aplazamos, pues, el banquete, porque el tiempo es de otras cosas y, con la expresión de nuestra profunda gratitud a cuantos han contribuído a la afirmacion de este periódico en el público, a éste y a todos renovamos el propósito de perseverar inquebrantablemente en la labor que hemos realizado en aste primer año de vida.

Gracias reiteradas a todos y sigamos en la noble lucha de las ideas que tan intensamenie agitan a nuestra patria en estos momentos críticos, que pueden producir la liberación y salvación definitiva de la nación española.

Los enemigos de la revolución del Yucatán

IV

Contra ese género de audaces, el Gobierno del general Alvarado ha apuntado sus más eficaces baterías. Y el pueblo ha podido darse cuenta de que no ha habido hombre que pueda ufanarse de merecer los favores gratuitos del gobernante, sin que un hecho, como rotundo bofetón, no le haya dado públicamente el mentís más sonado y merecido. Así en hechos semejantes repetidos con frecuencia, y sólo así, se podrá terminar de una vez y para siempre con la irritante influencia palaciega que, en último resultado, sólo sirve para encumbrar a los ineptos y para llevar a la administración del país a los viejos elementos políticos y administrativos carcomidos por todos los vicios sociales, y enfermos del mal atroz del excepticismo que se transmite hasta los elementos nuevos y que produce en todos los ánimos la impresión de que Méjico es un país irredimible, en el que todos los proyectos fracasan y en el que son infecundos todos los pensamientos audaces de los innovadores.

Y es natural: cada pretendido influyente descubierto que desaparece de la escena política, es un enemigo más de la administración. Y se produce un fenómeno curioso: el hombre que ayer hablaba del general Alvarado como de un gobernante excepcionalmente bueno, ahora lo titula de «loco» o, cuando menos, lo adjetiva de «utópico». Y es más: el antiguo influyente, que ayer blasonaba de revolucionario, hoy recuerda con tristeza los pasados tiempos del porfirismo, alegando, entre otras sandeces, «que en aquel tiempo corría la plata».

La guerra contra el influyente no ha terminado aún ni es posible que termine. Hay que batirlo hasta en sus últimos reductos, y felicitémosnos de que tales sean los propósitos del general Alvarado.

Los mangoneadores del trust henequenero

Quizá sean los antiguos mangoneadores del trust henequero los que más acerba guerra han hecho a la actual administración revolucionaria. El encono más concentrado, el despecho y la rabia que con más furor se han desplegado, son los que ha producido el triunfo que la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén obtuvo sobre los explotadores de los hacendados yucatecos. Mucho hemos hablado de la labor funesta que los Avelino Montes y sus compinches y congéneres, han desarrollado en el Yucatán y baste a nuestro objeto agregar que la guerra formidable que en los Estados Unidos han realizado los antiguos mangoneadores del trust henequenero contra nuestro Gobierno, se debe a la labor moralizadora de la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén, que además de sostener elevado el precio de la fibra, ha puesto muy en alto el crédito de esa institución, hoy poderosa y floreciente.

Los buenos mozos de profesión

Ya lo hemos dicho. Los buenos mozos de profesión, son un artículo de importación bastante peligrosos. Tienen sus ventajas y sus desventajas. Sus ventajas, porque vienen a sacar de una soltería, que de otro modo no podría terminar nunca, a herederas tan ricas como feas. Y sus desventajas, porque vienen a llevarse los mejores capitales y a usar de ellos para hostilizar al Yucatán, como acaeció en días no lejanos.

Y estas pollos de profesión son también enemigos de este gobierno. Afortunadamente, la administración, aunque rica ya, no es solterona ni necesita ejemplares extranjeros para la cruza.

Los mercados reaccionarios

Aunque no lo creáis, hay hacendados que no son reaccionarios.

Los hacendados reaccionarios hacen una oposición pasiva. Se limitan a renegar de los actuales tiempos, a reirse de todas las reformas, y a pagar a regañadientes a los jornaleros. Son seres por ahora inofensivos, que son partidarios platónicos de los mangoneadores del trust henequenero. Quisieran el regreso de Avelino Montes para entregarle su henequén, su vida y hasta su honra. Como mujerzuelas histéricas tienen la nostalgia de la dominación y de la fuerza, y quisieran sentir sobre sus espaldas y aun más abajo el látigo del capataz. Este platonismo, hace a los hacendados reaccionarios enemigos del gobierno.

EPISTOLARIO

A SU MAJESTAD EL REY

III

Recuerde Vuestra Majestad el proceder de las Cortes reunidas en Toledo en 1525, de las que el Emperador escuchaba respetuosas quejas y sabios consejos, todo encaminado a la salud de los pueblos. Recuerde las de 1527 reunidas en Valladolid, en las que la Nobleza declaró que el Emperador podía contar desde luego con sus haciendas particulares y con sus personas para continuar sus guerras en Flandes, pero que como brazo del Estado le negaban todo recurso para aquel fin que consideraban desastroso para los intereses de España. Recuerde las de 1536 y 37 manifestándose en igual sentido. Recuerde en las de 1537 reunidas en Toledo la célebre sesión del día 1.º de Noviembre en la que, habiendo manifestado el Emperador que tenía empeñado a crecido interés gran parte de su patrimonio, se proponía establecer un nuevo impuesto, el de la sisa. Este impuesto había de afigir grandemente a las clases populares y con letras de oro debieran escribirse, Señor, las palabras del Condestable de Castilla don Iñigo López de Velasco, las de los Duques de Alburquerque y de Nájera, las de los Marqueses de Comares y de Villena, las de los Condes de Oropesa y de Benavente, las de don Juan de Vega, Señor de Grajal, y las del Adelantado de Castilla, en defensa del Estado llano. Después de recordar todo esto, observe Vuestra Majestad el procedimiento de nuestras modernas Cortes en las que todo se encamina a la salud de unas o de otras banderías, en las que no se niega jamás subsidio alguno a quien lo pida desde el banco azul, en las que la Nobleza pasa por todo como si estuviese dormida, en las que el Estado llano o sean las clases productoras no tienen voz ni voto y apreciará vuestra Majestad debidamente la cacareada libertad y el regocijo en que vive España bajo el régimen vigente.

La democracia atea la desmorona

Desde 1538 no volvió la Nobleza a actuar en las Cortes del Reino como brazo del Estado; faltó, pues, en la vida pública el concierto de aquella clase social que debe velar por el decoro de la Monarquía, y las costumbres se corrompieron y el orden social y el orden político se desquiciaron. El Clero y la Milicia se erigieron en entidades independientes, y con sus respectivos fueros quebrantaron la unidad de la Justicia; las Universidades rechazaron la autoridad civil apedreando por las calles a los magistrados, corregidores y alguaciles; las clases populares escudaban sus respectivos amaños favoreciendo a las cuadrillas de foragidos que infestaban los campos y las ciudades; los procuradores a Cortes sólo procuraban sus personales provechos adulando a los magnates que individualmente podían beneficiarlos y votaban lo que les ordenaban éstos. En el orden administrativo el desorden llegó a tanto cuanto que en 1622 se decretó el registro de las haciendas de todos los que habían sido Ministros desde 1592; en 1677 se mandó que los Ayuntamientos rindieran cuentas a partir desde el año 1665 cuya orden fué calificada de infantil deseo del revolver una piscino, y esta fué la herencia que el siglo XVIII legó al siglo XIX.

Faltando, pues, como faltó a la Monarquía el apoyo de la Nobleza actuando como clase social en el Estado, Portugal, Cataluña, Nápoles y Sicilia se rebelaron desmenbrando la Monarquía; Andalucía trató de hacer lo mismo, Napoleón invadió a España como país desbaratado e indefenso y si el espíritu religioso e hidalgo no se hubiera conservado en las clases populares, España como nación hubiera ya desaparecido.

Sin el completo lastre social zozobra el Estado

Además del concnrso de las primitivas Cortes en las que se representaban todas las energías del país, nuestros Monarcas buscaron siempre un Consejo especial en las dignidades de sus Reinos. En 1386 se organizó el Consejo Real de Castilla y cuenta con que entonces no eran políticos de oficio sino verdaderos brazos del Estado los que ayudaban al Rey en las Cortes del Reino. La dignidad del aquel Consejo llegó a tanto cuanto que el mismo Emperador Don Carlos V le consideró «columna de su Reinos» (1). Felipe IV le facultó «para replicar contra sus Reales disposiciones cuando el Consejo creyese que iban contra justicia», añadiendo que «de esta manera descargaba en el Consejo la responsabilidad que pudiere caberle si se extralimitaba en sus obligaciones de Rey en daño de los pueblos», y píntase en la historia de esta institución, la historia de nuestra decadencia.

Pueblos de Andalucía.—La plaza mayor de Alcaudete

En el siglo XIX la marcha de la nave del Estado español fué sin lastre, sin brújula y muchas veces a merced de unos timoneles que no oyeron hablar jamás de la Rosa Náutica; se restableció el Consejo en 1834 con el nonbre de Consejo Real de España e Indias y se suprimió en Septiembre del mismo año; se implantó de nuevo en Julio de 1844 con el nombre de Consejo Real; se reorganizó en 1856; se suprimió en

(1) «Enciclopedia Jurídica Española», por Luís Montón y Ocampo y otros, publicación autorizada por R. O. de 4 de Junio de 1910. Tomo VIII, página 333.

1854, se restableció en 1865 y por último se vistió de máscara en 1858, conseruendo en el nombre reminiscencias de lo que fué y asimilándolo a tantes otros cuerpos consultivos que cada Ministerio organiza a su gusto y para su servicio.

Cuando nuestros monarcas absolutos creyeron deber prescindir del concurso de los tres brazos del Estado en las Cortes del reino y quedó roto aquel sublime concierto social entre los reyes y los pueblos, pronto los mismos monarcas reconocieron la necesidad de otros auxiliares y crearon las Secretarías de Estado y del Despacho, cuyos organismos, muchas veces reformados desde 1705 a 1754 fueron poco a poco absorbiendo la potestad del Consejo de Castilla y socavando la del Rey apoyados por los favoritos, y desde que Don Carlos Tercero convirtió aquellas secretarías en Consejo de Ministros, el desafuero y la osadía de estos organismos llegó a tanto cuanto que algunos de estos Consejos de Ministros engañando hipócritamente al Rey y a los pueblos, preparó a España una emboscada internacional en la quo cayó indefensa a los pies de Francie para que un valido se enriqueciera, y, en efecto, el valido llegó a ser el hombre más rico de España y la Monaquía se deprimió hasta el punto de que nuestro Monarca vendió su corona por el disfrute de un palacio en Compiégne.

La Revolución y la Restauración en el siglo XIX

Durante el siglo XIX la anarquía en el orden político llegó a su colmo; el individualismo y el colectivismo venían disputándose el predominio en la culta Europa y la victoria que en España no habían podido lograr con las armas Murat, Savary, Dupont, ni Bessiéres, sobre un pueblo que aun sentía y pensaba a la antigua, la habían conseguido ya en el orden de las ideas sobre unas aristocracias presuntuosas de modernismo, los enciclopedistas franceses saturando con las obras de Voltaire, Rousseau, Holbach, Montesquieu y otros, las bibliotecas de las Reales Sociedades Económicas y muchas particulares de nuestras clases altas, nobles, eclesiásticos y jurisconsultos.

El Conde de Torres-Cabrera.

(Continuará.)

RESIGNACION

Tienes mejillas de rosa,
Tienes frescos labios rojos
Y mirada luminosa...
Tienes la faz más hermosa
Que han contemplado mis ojos.

Es tu encanto irresistible,
Te sigo con loco empeño,
Tú serás buena y sensible,
Mas de sobra sé que sueño
Con una cosa imposible.

Mi corazón se extremece
Ante tu imágen divina,
Aunque somos, me parece,
Tú, la aurora que amanece,
Yo, la tarde que declina.

Mi loca pasión secreta
Dé al olvido tu memoria,
Pero mírame discreta
Y entrará un rayo de gloria
En el alma del poeta.

Con tierna y santa efusión,
De puros goces sediento,
Consagré a tu devoción
Cariños del corazón
Y luces del pensamiento.

El alma entera te dí,
Te quiero como a ninguna,
Pero no tengo ¡ay de mí!
Los dones de la fortuna
Que yo anhelo para tí.

Ya vuelve Abril tan hermoso
Con su túnica de flores,
Con su sol esplendoroso
Y con el himno amoroso
De sus pájaros cantores.

Sin los recuerdos queridos
De las venturas pasadas,
No halagarán mis sentidos
Ni las flores perfumadas
Ni los astros encendidos.

Hoy recibes conmovida
De un nuevo amor las ofrendas:
Sigue feliz y querida
De la juventud florida
Por las luminosas sendas.

Yo me resigno a mi suerte:
Mas no dejaré por eso
La costumbre de ir a verte
Para amoroso ofrecerte
Un libro, una flor o un beso.

P. de Lara.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

:-: INDEPENDIENTE :-:

10 Cts.

Vieja gitana.—Dibujo al lápiz por Alfonso del Rosal

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 25 de Agosto de 1917 | NÚM. 53

Algo sobre los problemas relacionados con el pantano del Guadalmellato

Hace próximamente un año, en un artículo que publicaba en esta misma revista que con tan grande desinterés acoge cuanto puede ser base del resurgimiento de Córdoba, prometí ocuparme de los problemas que yo denominé fantasmas del regadío.

Es verdaderamente desconsolador el hecho de que en España se discuta sobre la conveniencia y utilidad del aumento de la zona de regadío, y es más desconsolador aún por haber sido nuestra nación la que ha enseñado al mundo entero los privilegios del riego, trabajos a los que Europa y América prestaban su preferente atención antes de la gran revolución que atravesamos.

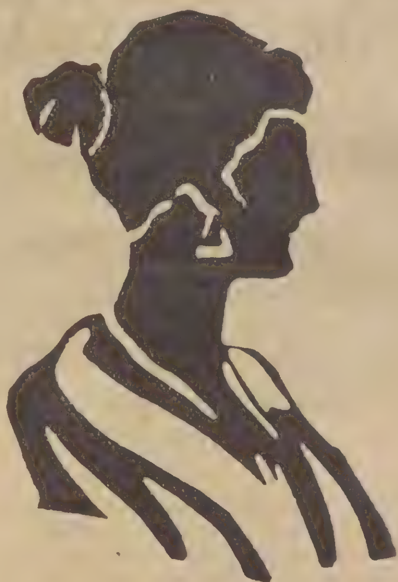
El problema o fantasma (y si les damos esta denominación obedece a que tales problemas son fruto de la imaginación, en mezcla con la falta de base real para faltar sobre cada uno de ellos) es visto de modo distinto, según la posición del observador.

No puede dudarse de que el propietario de la tierra aprecie puntos de vista distintos y choque con dificultades diferentes que el cultivador, político e industrial que han de verse afectados por tan radical cambio.

Si nos tuviéramos que ocupar en resolver el problema desde cada uno de los diferentes puntos de vista, nos hallaríamos en la necesidad de escribir un libro que, al fin de nuestro trabajo, no sería leído más que por contadas personas que siguen de cerca cuestiones de tanto interés y probablemente nada nuevo aprenderían en él.

Yo me he de limitar a instruír a los regantes, hoy por hoy, toda vez que ellos son los únicos a quienes hasta ahora se les puede considerar como interesados.

Es frecuente oír decir: ¡Lo que menos importa son las obras, por costosas y de larga duración que resulten! Lo grave es el problema económico o sea cómo cada terrateniente ha de poner en riego los terrenos que le domine el canal.



SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Todas las cosas de esta vida resultan sencillas cuando se dominan y sobre el particular que nos ocupa es preciso conocer lo que pasa en nuestra misma nación y mejor lo que ocurre a pocos kilómetros de esta ciudad.

Debe de ser desconocido por la mayoría de los regantes el fruto del trabajo de un ilustre prócer—el conde de Torres Cabrera, que pocos días hace hubimos de acompañar a su última morada—pues, de no ser así, su entusiasmo, que desde luego ahora parece que va en aumento, debiera haber llegado al límite, dándose el caso de que sólo una minoría cree estar convencida, siendo los más víctimas al parecer arrastradas a un abismo desconocido.

Cierto es que los terrenos puestos en riego por el insigne patricio mencionado son, aunque de grandes extensiones, pequeñas si se han de comparar con las trece mil hectáreas que ha de regar el pantano del Guadalmellato, y es natural que los resultados obtenidos no se quieran comparar. Así lo entiendo yo también. No es igual formar un huerto que extender el riego a grandes zonas.

Debemos señalar otros ejemplos, y de ellos, los más fehacientes los encontramos en Aragón, país cuyo estado social es entusiasta de estas obras en las que ve su actual prosperidad y engrandecimiento.

Están aun recientes en mi memoria las enseñanzas que en la clase de idráulica nos proporcionaban y, hablando sobre el canal de Aragón y Cataluña, entonces en construcción, el profesor decía que era cosa de un siglo el tiempo que había de necesitarse en la transformación del cultivo de secano por regadío. En efecto: cinco años después, apenas se hubieron terminado las obras esenciales, se regaban 67.000 hectáreas de las 100.000 que dominan los canales, no habiéndose regado la totalidad porque para ello se proyectaba un embalse que se contaba que sería necesario hacer al cabo de cincuenta años.

¿Cómo se hizo el milagro? Sería interminable enumerar las soluciones que dieron cada familia, pueblo y provincia al problema; como síntesis he de decir sólo que la causa fué el aumento real de valor que experimentó la

tierra cuando el agua estuvo materialmente a su disposición.

Donde hay riqueza hay crédito y con éste el capital y el trabajo afluyen y de su cooperación resultan todos los milagros.

Las anteriores líneas pueden ser una esperanza para nuestros regantes, pero ellos querrán saber cuánto cuesta, o sea qué sacrificio, si semejante concepto pudiera ser empleado, han de hacer para ver conseguida la transformación.

La pregunta es difícil de contestar, toda vez que no puede haber relación entre unas provincias con otras ni aún entre dos vegas distintas ni menos entre cada propiedad. Por tanto, el camino más acertado consiste en recoger el mayor número de datos de las personas que han practicado operaciones de nivelación y construcción de acequias en alguna extensión.

Tenemos a la vista los datos referentes a la organización que dió el señor Nougués a una hacienda denominada del Carmen, en Huesca, y el coste porque le resultó la hectárea.

La referida finca tiene 324 hectáreas, de las cuales 278 riega el canal de Aragón y Cataluña. El agua tuvo que atravesar otros predios antes de regar en su propiedad, constituyéndose una Junta de regantes con todos los que habían de usar el agua que corriese por la derivación del canal que precedió a la construcción de la acequia.

Hechas las obras, dicho señor colonizó su fincá, anunciándola en comarcas lejanas y habiéndosele ofrecido gran número de familias, de las que aceptó tres. Para albergar a estas familias construyó tres casas adecuadas a los usos y costumbres del país, luchando con grandes dificultades por lo deshabitada que estaba la zona y la falta de materiales de construcción así como de vías de transporte.

Como es necesario, se formularon los debidos contratos, a base de que el propietario facilitaría numerario a los colonos para su sostenimiento y compra de ganados, semillas y enséres, con derecho a la mitad de las cosechas. Por otra parte, el colono se comprometía a realizar todos los trabajos que cada cultivo exigiera y a roturar un cierto número de hectáreas por año, nivelándolas a razón de tres cada año y por yunta que poseyese, plantando además los árboles que el propietario le entregara. El colono respondía del pago de los préstamos hechos con su mitad de cosecha y con todo lo que adquiriese con dichas sumas. En los dos primeros años de marchar de la sociedad se vió claramente el feliz resultado que se han de alcanzar para ambas partes.

Como resumen de los gastos efectuados para mejoras de la finca, exponemos los datos siguientes:

Construcción de acequias y brazales por hectárea. .	37'15
Idem de edificios.	81'25
Nivelación de los terrenos por hectárea	212'35
Pesetas.	330'75

La suma anterior da el coste total por hectáreas que fueron transformadas de secano en regadío. Los gastos de explotación resultaron de 110 pesetas por hectárea, sin tener en consideración el valor de las labores, que eran por cuenta del colono, y debiéndose hacer observar que en los primeros años no fué preciso abonar las tierras.

Como trabajos complementarios establecieron un campo de experimentación que había de asegurarles el éxito de la empresa.

Los resultados que consignaba el propietario a los dos años de explotación no podían ser más lisonjeros, según se copia:

1.º El aumento de renta era de 5 × 1 sobre la obtenida en el quinquenio anterior, después de deducido el 5 por 100 de interés al capital de explotación.

2.º Sostenimiento de veinticuatro individuos de familia, asegurándoles un bien estar y evitando su probable emigración.

3.º Contribuíase con el ejemplo a la fundación de otra colonia agrícola de idéntica organización, un año después.

Todos estos datos proceden del año 1911, época en la que el que suscribe trabajaba en la Diputación de Barcelona; desde aquella fecha a esta parte no he vuelto á tener noticias, más prometo a los lectores que en breve sabrán cómo se halla y cuánto vale en la actualidad la finca del Carmen.

Y, toda vez que he hecho alusión a la ilustre personalidad del conde de Torres Cabrera, fallecido hace pocos días, invito a quienes tengan datos de su labor meritoria a que los lleven a la Prensa para conocimiento del público y para que éste tribute a la memoria del insigne patricio los honores que tiene merecidos.

Vicente de la Puente

El Mutualismo escolar

TEMA: «Al mejor artículo periodístico vulgarizando el Mutualismo escolar».
LEMA: «Los mutualistas de hoy no serán los tristes asilados del mañana».

Para mi distinguido amigo don José Priego López, ilustrado inspector de primera enseñanza y valioso propagandista de la Mutualidad escolar, del libro próximo a publicarse *Ratos de ocio.*

Si el hombre es sociable, que lo es, por mandato divino, lógico es suponer que, con ese mandato inscrito misteriosamente en el código de su ánima, balbuce el niño—hombre del mañana—su entrada en el mundo consciente, en el escenario social. El rumor de sus inciertos pasos, ese ruído dulce, moral, que tiene tan tode estética como el ruído propiamente dicho de física, ¡qué poco habla a los que sólo ven las cosas por el exterior!; pero ¡cuánto dice a los que saben mirar dentro del alma! Ese rumor, que es el más elocuente anuncio de las generaciones que llegan, equipadas con la indecisión y la incertidumbre, ¡qué poco dice a los que, nostálgicos, rememoran las escuelas de los tiempos de Quintiliano y a los continuadores de Locke y Barsedou, pedagogos que se dieron la mano con Aritipo de Cirene, por encima de un paréntesis mortal de veintiuno o veintidós siglos, para el efecte de proclamar la educación física y los físicos placeres como único destino del hombre en la tierra!; pero ¡cuánto habla a los que olvidan respetuosamente ese pasado y viven el presente con los ojos de la razón apercibidos a las contingencias del porvenir...! ¡El porvenir.. ! Cuando la proximidad de una cuna o el ruído de una esescuela nos obligaba a sondear los misterios del futuro, contemplábamos con el catalejo de nuestra fantasía una imagen siniestra, de gesto sombrío y llena de amenazas y de adversidades. Era la visión de lo desconocido, era el futuro, era el porvenir, y, al contemplarlo..., nos estremecía el espanto.

Hasta hoy, el porvenir de la niñez pasada, hoy juventud y senectud presentes, no ha sido, no es—salvo raras excepciones—sino algo así como la fe de erratas de su infancia mal dirigida. Ved, si no, las cárceles; visitad, si no, los asilos. La población de unas y de otros está formada por hombres y mujeres que arrastró el crimen, empujó el vicio o recomendó la miseria. ¿Sabéis por qué? Porque no tuvieron en su infancia ni padres ni maestros capaces de despertar en ellos la virtud de la sociabilidad, que al par que sentimiento generoso inscrito misteriosamente en el código de su ánima por decreto divino, es factor aludido en la religión del amor y fraterna Eucaristía en que debe comulgar la Humanidad, si ha de conocer y cumplir sus destinos en la tierra, que es el objeto, el fin y la apología de la educación.

Pueblonuevo del Terrible.—La plaza de Santa Bárbara

La sociabilidad y sus anejos la previsión y el ahorro forman una tirada cívica—valga el vocablo—llamada «Mutualidad escolar», especie de atalaya reveladora de los secretos del futuro e instrumento eficacísimo y único para precavernos contra las adversidades de la vida y esperar sin el vértigo del espanto que inspira el espectro de lo desconocido, todo el linaje de males contingentes que siempre trajo aparejado el incierto porvenir.

Así como en los horizontes del mundo asoma muchas veces la luz antes de que el astro amanezca, en los horizontes del «Mutualismo escolar» se ve, desde el niño, el porvenir del hombre; desde la infancia, el porvenir de la sociedad futura. No diré yo que ese mañana indeciso, visto al través de la «Mutualidad escolar», sea visión esplendorosa de triunfos, glorias, dichas, alegrías y fortunas; no diré yo que sea un cuadro de luz sin sombras, no; pero sí que esas sombras no las proyectarán ni la mendicidad, ni el vicio, ni la delincuencia, si los padres, y principalmente los maestros, saben y logran cumplir uno de sus deberes primordiales, cual es «convencer a los niños de la generosidad de la asociación». Esta idea, que, al parecer, es difícil imbuír en el cerebro o en el corazón de los niños, como todas las realidades de la vida, es fácil enseñarla, si es que la realidad misma no es su mejor enseñadora. Permitidme, ilustrados lectores, que, a título de anécdota simbólica, os refiera una conversación íntima escuchada a unas cuantas niñas mutualistas en el patio de la escuela en que están matriculadas. Dicho se está que en tal escuela hay una Mutualidad establecida... Pues bien: era una tarde de hace veinte días—y si no veinte días, quince—; estaba yo, secretario de la precitada Mutualidad, en una habitación contigua a dicho patio de recreo leyendo una copia de la Memoria-balance que, en cumplimiento de la R. O. de 11 de Mayo de 1912, la maestra, presidenta de la Mutualidad, remitiera al finalizar el año 1915 a la Comisión Nacional de la Mutualidad Escolar y a la Comisión de Seguros. Aún no había leído las últimas cuartillas, cuando se acercó a mí la maestra y me dijo orgullosa: «Acaba de entrar una niña que ha estado enferma quince o veinte días; procure usted escuchar, sin ser visto, lo que ella y tres o cuatro muchachas dicen. Hablan de la Mutualidad. Escuche usted, escuche y verá cómo van germinando en sus espíritus los beneficios de esta Asociación». Y escuché:

Primera niña.—(A la que estuvo enferma) ¿Cuántos días has estado mala?

Segunda niña.—Dieciséis justos... ¡Por poquito si me muero! ¡Gracias a la Mutualidad no he muerto! ¡Como mis padres son tan pobres, no me hubieran podido comprar las medicinas, y... me hubiese puesto peor...; y me habría muerto quizá! La Mutualidad me ha pasado dos reales diarios, con los que mi madre me compraba lo que le decía el médico. No hay *quien me quite*—repitió jubilosa—que a Mutualidad, al dinero que me ha dado la Mutualidas debo el estar buena, quizá mi vida.

Tercera niña.—A la Mutualidad no es a quien tú debes la vida: es a nosotras, porque el dinero es nuestro y la Mutualidad la formamos nosotras.

Cuarta niña. (Filósofa).—De nosotras cuatro solas no es el dinero: es de todas las niñas de esta escuela, porque todas somos mutualistas, todas damos nuestros diez céntimos todos los sábados, como antes dimos las tres pesetas como cuota de entrada para ser mutualistas. Y es también del Rey, que nos regaló el año pasado cincuenta pesetas, y este año cuarenta, y el año que viene también nos regalará algo; ya lo veréis.

Primera niña.—...Y del Ayuntamiento y de los demás socios protectores.

Segunda niña.—Protec... ¿qué?

Primera niña.—Protectores, que quiere decir socios que nos protegen, que nos quieren, y que todos los años dan a doña (aquí el nombre de la maestra) una cantidad para la Mutualidad, para nosotras, para ayudarnos a costear nuestras medicinas, si nos ponemos malas, como tú has estado, y antes estuvieron Fulanita y Zutanita, y para evitar que en nuestra vejez pidamos limosna.

Cuarta niña.—Así es, en fecto; y lo mismo, lo mismo que hacen los socios protectores por nosotras; hacemos nosotras por nosotras mismas. Si no, ¿cómo, con qué dinero hubieran comprado tus padres, que no tienen, las medicinas? ¿Con los diez céntimos que das todos los sábados? ¿Con diez céntimos?

Segunda niña.—¡Ca...! Con mis diez céntimos, ni tendría la esperanza que tengo de no verme, cuando sea vieja, si llego a vieja, como se ve mi pobre abuelita: ¡pidiendo limosna!

Primera niña.—Que nosotras no pediremos limosna es casi seguro. ¡Tu abuelita...! Cuando tu abuelita fué niña no había Mutualidad; si no, pregúntáselo.

Las últimas palabras llenaron mis ojos de lágrimas, no se si de satisfacción, o de pena, o de orgullo, por haberlas escuchado.

«Si nosotras llegamos a viejas, no pediremos limosna. Cuando tu abuelita fué niña no había Mutualidad; si no, pregúntaselo».

Por primera vez en mi vida, al mágico conjuro de esas frases, creí posible, realidad próxima, el que cada uno se sienta moral y materialmente interesado en la vida de todos; el que una desgracia acaecida en cualquier rincón del mundo, afecte al mundo entero; el que la humanidad, como una que es en el tiempo y en el espacio, se afirme como un solo ser y tenga conciencia de sí.

Fué una niña la que dijo aquellas palabras; mañana será un niño el que diga las palabras aquellas. Las dirán los niños, que son los fiadores del porvenir de la patria.

¡Bendito sea el día en que la población escolar del mundo entero pueda pronunciarlas, porque aquel día, lo que va a hacer dos mil años que predicó Jesucristo, lo que hasta hoy fué remota esperanza, será la más bienhechora de las realidades: el *ideal de la fraternidad cristiana*.

M. Continente Lara.

CARMEN

—:—

Llevado del amor que la tenía,
la puse en el altar de mis amores;
besé sus manos, la cerqué de flores
y la adoré con ciega idolatría

En mis ojos, extáticos prendía
el fuego de sus ojos amadores,
y en sus vívidos rayos seductores,
a veces me burlaba su falsía.

Morenita liviana: no te alarmen
enojos y dolor que no he sentido
sabiendo tu traición, pues fuera necio

y vano mi pesar, cuando tú, Carmen,
ni vales el amor que te he tenido
ni mereces siquiera mi desprecio.

M. Altolaguirre Palma.

El verdadero patriotismo

No podía por menos de ocurrir. Ya hay quien declara antipatriótica la prudencia. Ya hay quien abomina de los prudentes en nombre de todos los grandes resortes morales de la sociedad moderna. Lo sensato es enconar todavía más las pasiones, aunque para esa labor sea preciso servirse de imposturas. Lo práctico, lo discreto, lo oportuno, es poner a España en vías de rozamientos internacionales, merced a patrañas difundidas soslayadamente. Lo práctico es sostener que el mundo no marcha y que podemos pensar y hacer lo mismo que en nuestras enconadas guerras civiles, cuyas fatales consecuencias no se han extinguido por entero todavía. Lo razonable no es sentir en el corazón los estragos de la huelga última, sino reclamar que se los aumente, como si los españoles pudieran quedar divididos en dos castas, separadas por odios africanos, y como si no pudiera sentirse el amor a la justicia y a la paz, hermanándolos con una serena concepción de la humanidad y de la política.

A tal se ha llegado en parte de la Prensa. Habrá que ver cómo consideran tamañas cosas en los países donde, con tener el principio de autoridad todopoderoso virtualismo, la gente se preocupa de conocer eso que se llama Sociología y desentrañar la génesis de pavorosos problemas análogos al que ahora ha conmovido hasta los cimientos de nuestra sociedad. Y no les faltará razón para asombrarse. Allí, donde se estudian los males para buscarles remedio — por eso son naciones más ricas, adelantadas y prósperas—, nadie justifica lo injustificable; pero nadie involucra las cuestiones ni juzga los conflictos sociales del siglo con criterio propio de la edad medioeval. Aquí mismo, donde ahora surgen tantas gentes sensatas prediciendo insensateces, hay una legislación social amplia, en continuo desarrollo, que fué naciendo precisamente del examen de la realidad diaria y por infiltración del derecho extranjero. ¿Cómo, pues, aceptar la voluntaria ceguera de los que olvidan que el Estado no puede moverse por estímulos pasionales, y desentenderse de toda previsión política? No, eso no es abogar por el orden, ni defender el orden, ni persar cuerdamente. Lo que más daño nos hizo siempre fué dejarnos llevar por los nervios y pensar poco; los pueblos sin nervios y reflexivos, son hoy formidables potencias prósperas, y por lo mismo nunca olvidan la época en que viven. Nosotros, por muchas razones, por más moticos que nadie, ya que fuímos siempre tan calumniados, tenemos que recordar siempre, siempre, que los hechos del siglo XX han de examinarse con criterio propio de la vigésima centuria. Y proceder con mayor cautela que cualquier otro país.

Figuras conocidas.--Don Antonio Jaén Morente, cultísimo catedrático y escritor de relevantes méritos, que acaba de publicar un admirable estudio de Retratos de mujeres.
Caricatura de Cámara.

En momentos como los actuales, no hay ningún heroísmo en vociferar como energúmenos. La acción serena y reflexiva enderezada a encalmar los espíritus, a restringuir los dolores, a contener los efectos de las pasiones, sobre ser más noble y fructífera, es asímismo de mayor valor cívico. En nada se tonifica al Estado con alharacas retóricas, que a la vez son de mero artificio y que muy a menudo traducen un acentuado temblor espiritual. En nada se coopera a la obra principalísima del Estado con chillidos histéricos, que atruenan el espacio cuando pasó todo peligro. El, consciente de sus deberes, no ha de considerarse ejecutor de venganzas, sino repartidor de justicias. Y siendo así, ¿para qué darle al mundo el grotesco espectáculo de una cruzada periodística en que se propugna sólo el desbordamiento de la violencia de arriba cuando se ha restablecido el orden? ¿A qué esos ataques epilépticos de furia desordenada, que están en pugna hasta con el sentido de hacerse cargo. ¿Qué beneficios producen? ¿Qué ventajas reportan? La energía no está reñida con la sensatez, y en estas horas tristes, cuanaún humea el rescoldo, más falta hace la segunda que la primera. De algo ha de servirnos siquiera el que haya Gobiernos y conflictos sociales en los demás países.

Dichosamente, el buen sentido se va abriendo paso, y ya son numerosos los órganos de publicidad que, con mejor concepto de nuestra generosa misión, rompen lanzas contra las botaratadas, inepcias y paparruchas con que se aviva la discordia en lo interior y se comienza a abrir camino para dificultades exteriores. Ya van siendo legión los periódicos de todos los matices que cooperan a la digna obra de acallar pasiones y preparar el pronto advenimiento de una paz moral completa, sin castas, sin divisiones, sin vencederes ni vencidos. Y hasta los que creyeron lícito aprovecharse de los dolores de la Patria para plantear contiendas entre el espíritu liberal y la reacción, van replegándose a sus tiendas, convencidos de que España no apoya regrensiones de esa íddole. Al contrario. Con noble concepto del deber, con certera perspicacia, un ministro ha respondido a tales insinuaciones declarando que la obra social no se interrumpirá. Y eso, eso es lo que hace falta; ese es el camino; ahí está el remedio.

Ahora más que nunca, se precisan reformas. Lo peligroso, lo inoportuno es aconsejar lo contrario, aunque cierto energumenismo sospechoso chille proclamando la teoría opuesta; aunque haya todavía en España no pocos fósiles intelectuales para quienes toda la ciencia social quepa dentro de la cápsula de su arma da fuego. Reformas, reformas y reformas. Contra la fuerza, el Estado ha de oponer la fuerza; pero, restablecido el orden material, el Estado y cuantos en él viven, necesitan cerrar las heridas abiertas, y para eso está el recetario legislativo.

Con hablar del oro extranjero y de otras paparruchas, ya desacreditadas en tiempo de nuestros abuelos; con azuzar a unos españoles contra otros; con echar a la hoguera combustibles de invenciones, no se va a nada bueno. Ahora, lo más indispensable es la serenidad; luego, cuando no resulte imprudente fiscalizar, determinando culpas, todas las culpas, pues son muchas y de muy diversa índole las que se enraciman en el origen y desarrollo de estos tristísimos sucesos, será hora de emplear métodos distintos. Hoy, precisa apaciguar. Mañana será ocasión de ver qué debe hacerse y qué conviene no hacer para que no surjan huelgas del carácter que tuvo la pasada. Aunque algunos sensatos lo duden, lo más sensato es eso.

De *El Mundo*, de Madrid.

AL PASAR

Como piensa la juventud cordobesa

¡No siempre se ha de hablar del resurgimiento de Córdoba en un palco de la plaza de toros, en un café o en una taberna!

Ya se busca otros lugares donde, separados del ambiente tabernario y taurómaco, se pueda tratar del resugimiento tan anhelado por todos los amantes de esta noble tierra.

No hace muchas noches, observamos con inmensa satisfación que en un grupo de jóvenes que se encontraban en un paseo, pero separados del bullicio y de la algazara, se hablaba con conocimientos de causa de los problemas que afectan a Córdoba y cuya resolución ha de determinar que se entre de lleno en un estado progresivo que iguale nuestra ciudad a otras poblaciones que seguramente no disponen de los elementos de riqueza de que disfruta la nuestra.

Nos encontramos en una época de renovación—decía uno de los jóvenes; -nosotros, por nuestra juventud, estamos obligados a coadyuvar en cuanto nos sea posible al mejoramiento del país, sacándolo de los moldes caducos y encauzándolo por la senda de la moralidad y de la recta administración.

Debemos consagrarnos a velar por los sagrados inteses de la patria, apartándonos de la discordia y las luchas personales y emprendiendo el camino más recto y más seguro para alcanzar el fin soñado por todos...

Y así siguieron hablando durante mucho tiempo aquellos jóvenes generosos, demostrando conocer el mal estar que sufre el país y expresando el deseo de contribuír al general mejoramiento. En aquellos momentos recogimos con inmensa satisfacción el hecho de que hay en nuestra juventud elementos que se preocupan por el porvenir del pueblo, anidando en sus espíritus ideas de resurgimiento; que hombres no gastados indican el camino de la redención; en una palabra, que ha empezado a germinar la nueva semilla salvadora...

¡No siempre se ha de hablar del resurgimiento de Córdoba en un palco de la plaza de toros, en un café o en una taberna!

Fran.co Franco.

CUENTOS DEL PEREGRINO

HORAS PASADAS

Apoyándose en su largo bordón, camina con paso lento el peregrino; leve tintineo producen, en acompasado chocar, las cruces, medallas y transparentes conchas que adornan su bordada esclavina... Aspero es el sendero que recorre el penitente, pero sus plantas, acostumbradas a posarse sobre guijarros y malezas, no sienten gran malestar.

El sol naciente, dorador de mieses, gózase en poner intenso fuego en los besos que envía al incomparable campo andaluz; por ello, es más penoso el caminar del peregrino, que anhela, fatigado, hallar una fontana donde mitigar la sed que le importuna...

Al fin, logra divisar pequeño poblado allá en la lejanía; aligerando la marcha, penetra en su interior, recorriendo en contemplación curiosa, las desiguales calles y plazoletas de la aldea tranquila.

A extramuros del pueblo, hay amplia fuente, a donde acuden las mozas llevando en la cabeza y a las caderas cántaros que llenar.

Casi a la par que el peregrino, llega hermosa aldeana entonando una canción de amores que saben muy bien todos los habitantes de la aldea.

—Salud te conceda el cielo, bella joven, que con tanta presteza acudes a llenar tu cantarillo...—Así se expresa el peregrino a guisa de salutación.

Enciéndese en rubores el rostro aniñado de la moza que la responde con timidez:

—Si gustáis de esta agua límpia y buena, mi cantarillo recogerá la necesaria para aplacar vuestra sed.

—Gracias mil y que Dios te premie la merced que me otorgas...

La zagala aproxima el cantarillo a uno de los caños, recibiendo una lluvia de agua, rumorosa, cual si entonase una cantata ilusoria.

Entre tanto, la moza se entretiene en arrojar piedrecillas a la cristalina superficie de cercano lago, bordeado por juntos y silvestres flores. Lentamente se acerca a ella el peregrino.

—¿Hallas agradable distracción en tan inocente juego...?

—Señor: mientras mi cantarilla se llena, así paso el rato.

—¡Cuántas cosas me dicen esas piedrecillas que tu mano arroja al agua...!

—No comprendo lo que expresarme intentáis...

—Es muy sencillo: tomas un guijarro, lo dejas caer, se abren las aguas a su paso, y ya no vuelves á verlo más...

—Y ¿qué vale una piedra para que nos cause pena el no verla más? ¡Hay tantas iguales...!

La enseñanza en Córdoba.—Taller de vaciado de la Escuela de Artes y Oficios

—Dices bien: ¡hay muchas iguales...! Eso solemos decir los hombres cuando, a causa de nuestras torpezas, perdemos el cariño de alguna mujer: ¡hay tantas iguales! Huímos del ser que amábamos exentos de preocupaciones; no nos causa duelo abandonar un venturoso idilio, y, así, en nuestro insensato desvarío, repetimos sin cesar: ¡Qué importa! ¡Hay tantas iguales...!

Mientras habla el peregrino, la moza sigue arrojando con nerviosidad piedrecillas al agua, y una, vidrio de color, sigue la suerte de sus compañeras, no sin que antes despida vivos cambiantes de luz al ser besado por un rayo de sol...

—¿Eh? ¿Qué has hecho?—Clama de pronto el peregrino.— ¡Acabas de arrojar al lago una rica esmeralda que ayer perdí yo en este mismo lugar...!

—¡¡Señor!! ¿Es cierto? ¡Perdonadme, yo nada sabía...!

—¡Ahora causaste mi ruína! ¡Valía más de mil duros...!

La sencilla aldeana, rompe a llorar con desconsuelo, invadida su alma por acerbo dolor, nacido ante idea de ser causante de la desgracia ajena.

—¡No llores, niña bella, niña buena, que nada se ha perdido...! ¡Sólo fué un cuento...! Y ello te demuestra que no todas las piedras son iguales... ¡Desgraciado del hombre que llega a comprender que no todas las mujeres son lo mismo...! ¡Ay de él si el recuerdo de la amada buena, cayó al fondo del lago del olvido...! Horas pasadas, horas que fueron, son las piedrecillas que al lago caen, ¡las abandonamos sin pena como a cosa muerta...! Y, locos, no pensamos que puede darse el caso en que, gustosos, cambiaríamos todo lo que nos resta de vida, porque tornase a ser hecho vívido y tangible una sola hora pasada, de aquellas en que gozábamos de la compañía y del amor de una mujer que, a pesar de ser tan buena, la dejamos olvidada por no haber sabido justipreciar su inmenso valor...

Antonio Moya.

EL PICONERO CORBÉS

Es un tipo el honrado piconero
de Córdoba, su patria, genuíno;
en el halda, la horquilla y el pollino
ve un porvenir alegre, lisonjero.

Aunque de clase humilde, no es pechero;
en añejas batallas intervino
y la cuchilla tosca de su hocino
disputó lauros al tajante acero.

Dió al piconero noble ejecutoria
Jurado de Aguilar; su fama brilla
en el eterno libro de la historia,

Pues él conquistó nombre sin mancilla
al lograr de sus huestes la victoria
en lucha con don Pedro de Castilla.

Ricardo de Montis.

LOS LAZARINOS, LA SOGA Y EL TABACO

De la lepra, ni el nombrarla me gusta, quizás porque es un mal contra el que es impotente la Terapéutica; pero ahora constituye un tema de actualidad, del que se desprenden algunas enseñanzas.

Hace pocos días publicó la prensa granadina varios acuerdos de la Comisión Provincial, uno de los cuales se refería a la iniciativa del presidente de la Diputación, don José Sánchez Guardiola, para que los leprosos de San Lázaro (los acogidos en el Hospital de la Tiña, como dice la «Gaceta del Sur») dejen de confeccionar pleita (soga), que, vendida en el mercado de esta capital, les proporciona para el gasto de su consumo diario de tabaco.

Plácemes calurosos merece por su determinación el señor Sánchez Guardiola, puesto que, aún si no fuese contagiosa la lepra, como creen algunos médicos, la pleita hecha por los lazarinos siempre llevará bacterias de muchas clases, las micrococos de la supuración entre ellos.

Pero alabando, también, el buen deseo de dicho señor presidente, como médico no puedo en modo alguno aplaudir la segunda parte de su proposición, formulapa en los siguientes términos por la supracitada «Gaceta»: «el señor Sánchez Guardiola, al proponer la desaparición de ese formidable vehículo de contagio, no ho echado en olvido a los infelices enfermos de San Lázaro, pues no queriendo privarles de la lícita y para ellos casi necesaria expansión que les proporciona el tabaco, propone que les sea costeada por la Diputación X.

Aquí se trata de una de las infinitas «mentiras convencionales de nuestra civilización» (¡civilización! la de los gases asfixiantes y hundimientos de toneladas).

Conformes todos los hombres de ciencia en que el café contiene un alcaloide excitante enérgico del corazón y de la corteza cerebral, a casi todas las familías granadinas les ha dado por facilitarse la predisposición a neuralgias, insomnios, palpitaciones, lipotimias, eclampsias, histerismos, neurastenias e hipocondríos acortarse la vida, desayunándose con café, que creen inofensivo por asociarse una poca leche. ¡Hasta en el Hospital de San Juan de Dios, las hermanas de la caridad hacen desayunarse a casi todos los enfermos con café, sin consultar al médico de cada Clínica!

Respecto al tabaco, ¡las damas españolas recibían, no hace muchos años, en los puertos a los heridos repatriados de Marruecos, obsequiándoles con puros! Era para que, si por casualidad no fumaban o fumaban sólo liado, sintiesen la necesida dichos mílites heridos, de proteger en más alta escala a esa fomentadora de la mortalidad española llamada la Tabacalera.

La nicotina, principio activo del tabaco, es uno de los venenos más violentos. Tóxico intensísimo para toda célula o fibra nerviosa, especializa su acción sobre el nervio pneumogástrico, tan repartido por las vísceras más importantes y delicadas del organismo humano. El tabaco actúa nocivamente sobre la corteza cerebral, sobre el corazón, sobre el estómago, sobre los pulmones, etcétera.

Con desgaste orgánico y acortamiento de su vida, el niño, el adolescente, el hombre, se habitúan al tabaco como se pudieran habituar al alcohol, al éter, a la cocaína o a lo morfina: dipsómanos, eterómanos, cocainómanos, morfinómanos.

En el humo del tabaco dominan el á·ido carbónico, el óxido de carbono, el hidrógeno sulfurado, el ácido cianhídrico, los ácidos fórmico, acético y butírico, el fenol (mal llamado ácido fénico), el amoniaco, la peligrosa piridina, la viridina y sus homólogos y la antihumane nicotina.

Creo que sería una obra de alta caridad el desterrar el tabaco de los establecimientos de Beneficencia.

Dr. Velázquez de Castro.
Catedrático de Terapéutica de la Universidad de Granada.

A los 22 días de la Luna de Julio de 1917.

EL MURMULLO

Se ha restablecido la normalidad; aquella pequeñita parte de normalidad que se había alterado en Madrid.

Todo el mundo, incluyendo las damas del «trotoir», que por la escasez de circulación habían suspendido sus operaciones callejeras, hacen ya su vida ordinaria. La definitiva victoria del orden ha consistido en ver reintegrar en sus filas al coro de los señores que no tienen otra devoción ni otra convicción que el éxito.

Eticamente considerados, no valen estos señores nada y son perfectamente despreciables; pero por su número representan una fuerza inmensa y componen ese elemento fundamental de las repúblicas que se llama «opinión». Opinión que no tiene ninguna y que es siempre del último que llega... o que triunfa.

Son los mismos que, para fines de sufragio, fueron denominados «masa neutra»; una masa sin sal ni levadura, incapaz de tener un criterio definitivo ni abrigar un ideal que sea informador de sus acciones. Son los adoradores del dios Exito, dispuestos a echarse siempre en el platillo que haga inclicar el fiel. Son los que, según el poeta florentino, se condenan por no servir para nada del mundo, ni para el bien ni para el mal.

Son la comparsería de todos los lances históricos, y que igual ponen sus espaldas para llevar al Capitolio al triunfador, que ofrecen sus brazos para despeñar al vencido. Son el «murmullo», que presta ambiente y autoridad a los sucesos públicos.

Si la algarada hubiera prosperado, todo este contingente «de orden» hubiera estado de parte del nuevo régimen que se implantase. Ellos, con su «murmullo», contribuyeron a dar aspecto de realidad a esta parodia de revolución pasada y proporcionaron ambiente a la locura de cuatro agitadores y otros tantos ilusos. Ellos con su ausencia de criterio, con su falta de valor cívico, con su prurito de murmuración y comadreo, pues todas estas cosas son características del coro anodino y neutro, ofrecieron escenario propicio a la tragedia planteada en la sombra por una minoría de inquietos. No han sido sólo los obreros instrumentos insconscientes de la parodia revolucionaria.

Rosarito.—Dibujo de Fz. Márquez

Han sido también industriales y comerciantes que han venido haciendo atmósfera de intranquilidad y disgusto, para lamentar luego los excesos deducidos lógicamente de ella; los que con una mano han azuzado a los descontentos y con la otra han echado cierres metálicos, para defender sus escaparates. Han sido los empleados de los ministerios, críticos de la labor oficial, de la que desertaban a diario, pues sólo figuran en nómina para los efectos del cobro; los Zoilos de café y los Aristarcos de casino. Han sido los propietarios, tan defraudadores del fisco como quejosos de la ley contributiva. Han sido los caballeros de industria y los paseantes en Cortes; los holgazanes de la Carrera y los bobos de la Puerta del Sol...

Toda esta gentualla, acarreadora de combustible para el incendio final, contempló con una mezcla de curiosidad malsana y de miedo pánico cómo brotaron las llamas de la revuelta; y allá en el fondo de su conciencia esperó que las llamas se hicieron hoguera y que la tentativa se trocara en éxito. Mientras que ello advenía tomaron la prudente determinación de no salir de casa, para ver los toros desde la barrera.

De haber tenido éxito el movimiento, toda esta comparsería hubiera festejado el triunfo, considerándolo como propio. Pero se impuso a tiempo el Poder constituído, y todos estos conspiradores por tabla y revolucionarios indirectos se mostraron hombres de orden, abominadores de toda anormalidad, y algunos, quizá, con ánimo para ser policías honorarios...

Y han caído sobre el Gobierno manifiestos de sdhesión, y se han retirado enuncios de huelga y se ha dado aire a las condenaciones más enérgicas de las anárquicas convicciones populares. La convulsión, aquí en Madrid, ha sido un «patatús» de modistilla histérica; pero si la dolencia hubiese tenido por doctores a los que hoy se alegran tanto de verse buenos...

Afortunadamente, estos señores no sirven más que para murmurar de lo existente y para ponerse, al final, de parte del que queda encima.

Alfredo Carmona.

Las mujeres y los jardines

...Yo adoro las plácidas tardes de verano, en que las mujeres pasean la gallardía de sus cuerpos por estos floridos jardines cordobeses.

Son tardes domingueras del mes de las flores, en que el soplo del aire mitiga los ardores del día. Las olorosas avenidas y las plazas circulares, en cuyo centro una fuente destrenza su vena de agua cristalina, traen a mi memoria dulces recuerdos de otros jardines lejanos. Los jardines de Córdoba, tienen un vago encanto apacible a la hora triste del crepúsculo. El último rayito de sol, el que tiñe de minio los troncos de los árboles, atrae a los jardines grupos de muchachas y de niños, que son como bandadas de palomas y gorriones que llenan el espacio con el arpegio bendito de sus risas.

Las verdes copas redondeadas de los naranjos, donde la flor comenzó a poner su pincelada blanca y oro y la opulenta floración de las acacias, extienden sus aromas y besan con su oloroso aliento el rostro de las mujeres, que ingenuas o altivas, pasean el ánfora divina de sus cuerpos, mientras grupos de mocitos las cortejan con requiebros a su paso, y hasta los naranjos derraman la flor sobre sus cabezas como en una lluvia de inocencia...

—

La hora del crepúsculo va pasando. Entre el verdor de los jardines, los niños juegan locuelos, en tanto que las niñas saltan a la comba, o lanzan al aire canciones infantiles de un ritmo lánguido. El sol se oculta lejano, y los viejecitos, a la amenaza de la noche, comienzan a desfilar por los paseos, muy despacio, pensando en que, acaso al día siguiente, sus ojos se habrán cerrado para contemplar la muerte. El perfume de las plantas se hace más intenso Una penumbra de ensueño se va apoderando lentamente de la tierra, y va esfumando y desdibujando la silueta de los cuerpos femeninos, como vistos a través de un grato sueño.

Decidme, poetas: ¿Quién de vosotros no ama estas bellas penumbras de la tarde?

La visión de la mujer, que en horas de luz impone y despierta bruscas sensaciones, se suaviza y dignifica en estas otras horas de misterio. La vemos como a través de un cristal empañado con el aliento de la virtud, y pensamos en la grandeza del espíritu, más que en la mísera realidad de la carne. Entonces la poesía se adueña de nuestra alma y nos sentimos románticos, pensando en la mujer ausente que también paseará sus ilusiones bajo el sol de otro atardecer en una tierra lejana...

—

Pero he aquí, que la noche ha llegado. Las luces del alumbrado público distienden sobre los paseos enarenados su reflejo verdoso. No se oye la algazara infantil, ni las gargantas de las novias adolescentes rien al conjuro de la voz amada.

Las mujeres desfilan, llevándose a su paso la alegría del vivir, única ilusión de nuestra vida. Pero sobre el perfume de los naranjos y de las acacias, queda flotando el de sus cuerpos y el de sus risas, y las palabras de las mozas, que a su paso quedáronse prendidas entre las hojas de los árboles, ahora, al impulso de la brisa nocturna, se desprenden en el silencio y caen junto a nuestro oído, contándonos retazos y jirones de diálogos amorosos, donde hay ilusiones muertas y esperanzas logradas, palabritas dulces de amor y arranques de heroínas, que nos hacen formar idea de la mujer cordobesa, de esa mujer que tiene por lema la virtud y por gala un corazón todo bondad y cariño.

Antonio Fernández Fenoy

VUELTA A LA TAREA

A causa de la anormalidad de las circunstancias sufridas por España en la semana anterior, no fué posible publicar el número de CÓRDOBA correspondiente al sábado último.

Al reanudar la tarea, rogamos al público que con su cooperación nos favorece que, para disculpar la involuntaria ausencia, tenga en cuenta los acaecimientos a que nos hemos referido, aceptando al mismo tiempo la seguridad de que de ello procuraremos resarcirle imprimiendo una mayor intensidad a la labor que con la publicación de este número proseguimos.

Fernán Núñez.—La calle de San Sebastián

El conde de Torres Cabrera

Al dolor que a Córdoba aflige por la muerte del conde de Tores Cabrera, insigne patricio que por entero vivió congrado al mejoramiento de la patria, sumamos la expresión de nuestro sentimiento muy sincero.

Nos honrábamos con su amistad preciadísima y le profesábamos respetuoso y muy cariñoso afecto, al que correspondía avalorando con sus levantadas producciones las páginas de esta modesta publicación, la que constantemente y por entero estuvo a disposión suya.

Su muerte contituye una pérdida dolorosíma, por sus méritos propios y por cuanto, no ya en Córdoba, en España entera, representaba, con bien definida personalidad.

Su recuerdo queda incomparado con imperecedera energía al de los hijos más ilustres de la ciudad, y así como Córdoba, para atender a su desenvolvimiento y afirmar su razón de ser, su fe de vida, su personalidad en el mundo, ha de sostener el fuego que en su alma encendieran, para guiarla por los diversos órdenes de la humana actividad, los preclaros ingenios que en ella se formaron, debe tener especial cuidado en conservar las enseñanzas de aquel varón ilustre, de mérito excepcional que constantemente veló por ella y que le concedió cuanto tenía: su corazón, su cerebro, su fortuna, su vida.

Anticipándose a su tiempo, introdujo en la tierra de Córdoba cultivos e industrias nuevas y fundó varias colonias agrícolas, con su solo y personal esfuerzo y a expensas de su propia fortuna: Alcolea, Torres Cabrera, los Llanos del Conde...

Carlos III sin los admirables seguidores que el inmortal Rey tuviera, solo lo hizo todo. Hizo producir al suelo riquezas cuantiosas, concedió holgados medios de vida a humildes cultivadores de la tierra y él vió quebrantada su fortuna.

Dificimente la familia cordobesa volverá a producir una personalidad de tan gigantesco empuge intelectual, de bondad tan grande, de patriotismo tan firme y exaltado.

Poco será cuanto en homenaje a su memoria, Córdoba realice, que todo llegó a merecerselo quien a la patria vivió por entero consagrado y le ofrendó cada día su inteligencia, su generosidad, su tiempo, su fortuna, su existencia entera.

Un nene de Córdoba.—Por la señarita Emilia Saló

Poesías exóticas

(DEL PERSA RUDAGUÍ)

Me han contado, y quizás, ídolo mío,
también tú misma císte,
que sobre el cuerpo de José tres túnicas
pusieron, en su vida alegre o triste.

Por la infamia procaz fué la primera
de sangre maculada;
quedóse la segunda entre los dientes
de la calumnia artera desgarrada,

Mas de la última túnica trasciende
cierto perfume santo
que, al aspirarlo, la visión recobran
los ojos de Jacob que baña el llanto.

Así encendió la infamia mi mejilla;
el áspid maldecido
de la calumnia vil mordió implacable
y destrozó mi corazón herido.

¡Idolo de mi amor! Por mi fortuna,
¡quién, al cabo, me diera
oler como Jacob aquel perfume
de su aromada túnica tercera!

Por la versión castellana,

Rodolfo Gil.

EPISTOLARIO

—

A SU MAJESTAD EL REY

IV

Por una parte, el antiguo ideal colectivista informaba unas agrupaciones que con los nombres de ayacuchos, moderados y otros no menos ridículos, se organizaban buscando en la unión su fuerza, pero por otra parte el espíritu individualista, siempre utilitario, daba a aquellas asociaciones que blasonaban de partidos políticos, el carácter de banderías, exigiendo a sus adeptos una rigurosa disciplina que excluía toda libertad de pensar y de sentir, sometiéndolos así a la dirección discrecional de unos jefes que presumían de omniscientes, que unas veces por ignorancia y otras por avaricia, zarandearon el país, derribaron el trono y España fué ludibrio de todas las naciones.

Ni de aquel desastre ni del que hoy nos amenaza, puede culparse concretamente a este ni al otro gobernante; de una sociedad corrompida salió aquella turba de mandarines, militares y civiles, que infestaron los cuarteles, que prostituyeron los palacios, que convirtieron la gobernación del Estado en merienda de negros, y de aquella turba rodeados y ante un país por el vicio adormecido, los hombres más eminentes se ahogaban en el cieno.

En 1875, Cánovas del Castillo, con una prevision admirable, quiso pasar por alto toda la historia del siglo XIX al restaurar la Monarquía; quiso continuar la historia de España enlazando lo nuevo con lo viejo a partir desde los primeros tiempos de nuestra historia constitucional; para esto buscó por la derecha el concurso del Conde de Morella y, negándose éste, buscó por la izquierda a Sagasta.

Sagasta y Cánovas representaron, pues, los dos polos positivo y negativo de la revolución de 1868; después el oleaje de las pasiones entre los políticos de oficio, ha ido llevando a la presidencia del Consejo de Ministros, como a la playa las astillas de un bajel roto, hombres tras hombres y cada un día más pequeños. Gamazo, Villaverde, Polavieja, Maura y algún que otro, despuntaron, y precisamente por esto el oleaje volvió a recogerlos para sepultarlos. Hombres fáciles, pobres hombres que se dejen sobar o sobadores de profesión es lo que se busca, es lo que se quiere, y en esta perversión horrible del sentido común político, un dilema terrible se impone hoy a España ante el corro político: o imponerle un hombre que salve al Trono como Narváez en 1848, o dejarnos llevar al desolladero por hombres tan buenos como Dato.

Actual peligro por el desconcierto social y político

Ya sé yo que a Vuestra Majestad le sobran energías para dar un golpe de Estado, pero ¿sería esto prudente ante el conflicto mundial que hoy conmueve los cimientos de Europa? Por otra parte, Señor, ¿es posible consentir que España se presente ante el Congreso de la paz sin plan preconcebido y sin otra representación que las de unas banderías a las que el país aborrece? Urge, pues, buscar la solución en las entrañas del país mismo, y en mi opinión, Señor, está perfectamente clara.

En 1875 los mismos revolucionarios del 68 estaban arrepentidos de su propia obra, como lo están hoy seguramente los hombres de bien que aún militan en las banderías gobernantes; la nobleza había permanecido fiel a sus tradiciones, como ahora lo está, aunque indolente; el país entero saludó con júbilo al nuevo monarca, augusto padre de Vuestra Majestad, que educado en la desgracia, dignificó el ejército, animó el abatido espíritu nacional y dió a España una Constitución en la que se armoniza la tradición y el progreso, en la que se conciertan todos los intereses nacionales, en la que está abierto el camino para nuestra regeneración y sólo falta cumplirla. Véala Vuestra Majestad tal como está escrita.

Los senadores por derecho propio representan la tradición y deben velar por los prestigios de la clase; los de nombramiento real y efectivos representan el progreso, y en estos corresponde a los primeros velar por los prestigios de la Corona y a los segundos armonizar con los principios fundamentales de nuestra nacionalidad el desenvolvimiento moral e intelectual del país. El acuerdo de estos tres elementos en el Senado, ha de servir de propulsor y de lastre al desenvolvimiento económico, toda vez que en el Congreso han de concertarse todos los intereses materiales de región a región, y de esta manera los tres brazos del Estado y hasta la presencia del monarca que constituían la representación nacional en nuestras primitivas Cortes, están representados en nuestras Constitución escrita, faltando sólo que los respectivos representantes cumplan en ellas sus respectivos deberes, deberes de representación nacional que no cumplen, exceptuando al clero.

Desgraciadamente, Señor, en esto de los deberes hay hoy en España una verdadera tramoya; cada cual se dibuja los suyos, cada cual es juez de su propia conducta, cada cual se considera dignísimo y honorable, o bien listo o vividor, según le conviene, y en sociedad todo pasa y todo se admite; de igual manera el ministro que cae con vilipendio, pronto se levanta rehabilitado y absuelto sin penitencia, y de esta manera desaparecen el decoro y el dinero.

El Conde de Torres Cabrera

CÓRDOBA

Interiores de Córdoba. El Jardín de la Caridad, creado, en el apacible recinto del Museo provincial, p or la familia de artistas de los Romero de Torres, como admirable ejemplo para la disposición y reforma de los que la ciudad tiene a la disposición del vecindario.

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 1.º de Septiembre de 1917 | NÚM. 54

La emigración de brazos y cerebros

Tu carta con la historia de siempre da principio,
y con la mesma historia de siempre acaba, nena...
Que las contribuciones y los réditos,
que el vento y que los amos, que el Gobierno y la guerra,
que no viven "na" más que cuatro lobos
que en el probe se ceban...,
que huye ca vez más gente, renegando
del suelo en que naciera...

«Tierra de promisión».—Vicente Medina

Llega a mis manos este nuevo libro del admirado poeta murciano, emigrado a la Argentina, al mismo tiempo que la noticia de que ha sido prohibida la emigración por nuestros puertos y de la referencia del proyecto de ley creando un Instituto de Colonización nacional, que si le dan tiempo y dineros acabará con esa mala vergüenza de nuestras estepas, nuestros yermos, nuestros pedregales y nuestras marismas, despoblados e incultos.

Vicente Medina, con una plena visión de poeta, como no la había alcanzado en ninguna otra de sus colecciones de versos, encierra en este libro, titulado «Abonico», todo el dolor, toda la desesperación, toda la ira que engendran el problema migratorio, y luego recoge estas flores de españolismo, de patriotismo depurado por la lejanía y por la asistencia al espectáculo de otro régimen, que perfuman las pobres vidas de los expatriados, en perpetua añoranza de la tierra natal, que no supo retenerlos.

España se cuida poco de sus poetas. Todavía antaño los dejaba en la pobreza, pero los amparaba con el aura popular. Ahora no los necesita en los salones ni los quiere voceando en la plaza pública. La tragedia espiritual española, esta penosa evolución del alma nacional, a la que asistimos y en la que colaboramos desorientados, sin un guía, sin un ideal, sin un norte cierto, no ha tenido un poeta, que hubiese sido como luz ardiente en nuestra noche. En cambio, un crematicismo triunfante quiere reducir la evolución de nuestra raza, que ha de ser, no sólo renovación, sino depuración y penitencia del pasado, a su progreso material; el crecimiento de su minería y de su industria, de su agricultura y de su tráfico. Para los que así llevan a España a rastras hacia nuevos desengaños y fracasos mayores, los poetas son totalmente innecesarios; es más, si surgiera el poeta civil, el lírico que cantara como dolor suyo el dolor de las muchedumbres hambrientas de ideal, de justicia y de pan, los sociólogos y los economistas y los políticos le persiguirían por perturbador cuando no por holgazán y vagabundo.

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA
POR ALFONSO DEL ROSAL

Así es inútil que yo pida aquí un homenaje, una recompensa —una indemnización por haberle dejado emigrar — para este singularísimo poeta, que trajo una honda renovación de sencillez y de efusión cordial a la lírica castellana y que ahora ha condensado en versos que pueden deletrear los más rudos emigrantes, y el pensamiento español y el dolor español a la forzada expatriación de tantas admirables energías.

Es este uno de los problemas que más debieran preocupar a España; no ya el de la sangría suelta, el de la cantidad y calidad de hombres útiles que cada año salen de España por todos sus puertos y todas sus fronteras, probando así que no producen la desbandada causas locales ni regionales. El problema más íntimo, más hondo, que puede comprobarse lo mismo en ese milagro de energía andaluza y levantina que se llama colonización de la Argelia sahárica, que en los núcleos españoles constituídos en Lisboa, Oporto, Burdeos y otras ciudades europeas, que en todas las repúblicas americanas, está en cómo son útiles y fecundos y se adaptan a tan diversos medios, hombres que en España no acertaban a resolver su manera de vivir; mucho menos la de enriquecerse. Ni aun aplicando a este hecho la teoría del estímulo de la mayor necesidad, se concibe el suceso, si no se admite la realidad de que hay algo en nuestro régimen que coarta las libres iniciativas, que estiriliza los esfuerzos de los que no tienen otro amparo que el de su talento o sus brazos, que aísla y pospone a los mejores. En el Gobierno es la insaciabilidad ciega del fisco; en la Administración local es la bestialidad del caciquismo; en la organización económica es la usura, como consecuencia de la desconfianza y del egoísmo del crédito; en el orden jurídico es la suplantación de la equidad por la influencia; algo, en suma, en toda la vida nacional que ayuda, no a los más aptos, sino a los mejor adaptados por el azar. Y los más aptos tienen que huir a otras tierras y desenvolver sus energías en otros regímenes. Este es el problema

migratorio español, agravado por la fácil asimilación, casi dijéramos, por la pronta captación que la nueva Patria hace de nuestros hermanos.

Está todo esto en una admirable visión del poeta del éxodo.

"Y es que ésta, pa nosotros, no es ya la tierra extraña:
tiene lágrimas nuestras ¡y hasta sangre, nenica...!
Y así como las plantas,
agarran y arraigan,
hemos en esta tierra echao ya raíces
y tenemos rebrjos de ella, que son. asina,
¡como frescos retoños
de ilusión, de esperanza y de alegría...!"

Es la esperanza perdida del retorno; es la desnacionalización de esa sangre hermana apenas llega a la segunda generación; es la renuncia definitiva a esas energías humanas que se engendraron en el suelo de la Patria.

—

Así, emigración y colonización interior son el flujo y el reflujo de un mismo problema. En estos días, el Gobierno ha prohibido la emigración—acaso para que no huyan los culpables de los recientes alborotos—, y anucia que creará el Instituto de colonización. Esto último representa un progreso de en el funcionarismo de nuestra administración; pero no pongamos demasiadas esperanzas en ello. Nuestro baldíos no se colonizan al bajo precio a que se conquistan las tierras vírgenes del Gran Chaco o de las Pampas: aquello es la conquista en plena Naturaleza, y esto de aquí una obra de reconstrucción en plena burocracia. Junto a ese instinto de colonización de baldíos haría falta en España un Instituto de recolonización de poblados, porque está en toda España el mal, que hace difícil y amarga la vida de la mayor y mejor parte de la nación. A medida que el Estado se encarga de realizar más funciones y de realizarlas mejor, es más alto su presupuesto de gastos y mayor su déficit. Aumentan paralelamente la deuda y el impuesto, y se ha hecho del encarecimiento de las subsistencias y de los servicios el eje de toda la economía nacional. Así, lo que Fomento colonice por un lado, lo descolonizará el fisco por otro, en esta falta de unidad, de orientación y de ideal de nuestra política, que parece la de una caravana trashumante: «no dar a cada día más que su propio cuidado.»

—

Vemos en estos versos de Vicente Medina que hay fuera de España otra España, que gime la añoranza de la Patria perdida. El poeta nos expresa toda la intensidad en esta añoranza:

¡Qué manera de sonar
las campanas de mi pueblo...!
¡Las tocan allá en España
y en América las siento...!

Sí, en América—y yo agregaría y en Argelia y en Lisboa y en Oporto y en el Mediodía francés—, hay millones de españoles, en quienes repercute el dolor, la inquietud, la desesperanza de cada región y de cada ciudad y de cada aldea; una España a la que no se la convoca para ninguna cooperación en la vida nacional; una España que va derivando hacia su nueva nacionalización, a medida que la van reforzando y acrecentando las nuevas manadas que escapan en los sollados de los trasatlánticos...

No pensamos en que mientras más dure la guerra y más agote a las naciones que luchan, más recia e invencible será la absorción que realicen para reconstituirse en la paz, de las energías de los países neutrales. El éxodo que se producirá en España necesitará más que de las poesías de un cantor, de la dulce y conmovedora sentimentalidad de Vicentico, el de la huerta murciana, los trenos de un conminador que haga vibrar de nuevo las iras de Isaías. Gran cosa será que para entonces tengamos roturadas unos miles de hectáreas más y hayamos colocado a varias docenas o centenares de familias en las flamantes colonias. Mejor fuera que organizáramos una burocracia barata, un régimen tributario de bajos impuestos, una abundancia de transportes económicos y una Policía municipal de forzosos abaratamientos, que destronara a Caco del reino de los mercaderes. Mejor fuera un régimen de general bienestar y de justicia para todos, que haga vacilar a los que esperen mejores jornales y mayores facilidades de fortuna, huyendo, como canta este poeta del éxodo:

Sin saber ande van, por esos mudos
y por tierras lejanas,
dejando sus familias
desamparás y en la mayor desgracia...
Y tuicos: las mujeres, los nenes y los hombres,
sin rumbo ni esperanza...,
¡desparramados..., perdidos..., como granos de arena
que extendió en su locura la borrasca...!

Dionisio Pérez.

DOCTRINA LEGAL

—

Vulgarización jurídica

SEÑOR: Las Cortes han aprobado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo primero. Corresponderá a la Sala de lo criminal del Tribunal Supremo el conocimiento de las causas contra senadores y diputados, aun cuando sólo tengan el carácter de electos.

De las causas a que se refiere esta ley conocerá el Consejo Supremo de Guerra y Marina, constituído en Consejo reunido, siempre que concurran todas las circunstancias siguientes:

1.ª Que los senadores y diputados contra quienes se proceda fuesen militares o marinos no retirados.

2.ª Que el hecho por el cual haya de perseguírseles esté comprendido en las leyes penales especiales del Ejército o de la Armada.

3.ª Que el procedimiento no se dirija además contra otros senadores o diputados ni sobre otros hechos respecto de los cuales tenga competencia la jurisdicción ordinaria.

La competencia de ambos Tribunales se extenderá hasta la conclusión del proceso con independencia de la vida legal de las Cortes a que pertenecieron las acusados.

Art. 2.º Si incoado un sumario por un juez de instrucción, o por un Juzgado instructor de Guerra o Marina, ya de oficio, ya por denuncia o querella, apareciesen indicios de responsabilidad contra algún senador o diputado, tan pronto como fuesen practicadas las medidas necesarias para evitar la ocultación del delito o la fuga del delincuente, se remitirán las diligencias, en el plazo más breve posible, al Tribunal Supremo o al Consejo de Guerra y Marina, si procediese con arreglo a lo establecido en el art. 1.º

Igualmente remitirá los autos que estuvieren instruyéndose contra persona que hallándose procesada fuese elegida senador o diputado inmediatamente que tuviere noticia de su proclamación.

En caso de flagrante delito que lleve consigo pena aflictiva, podrá el juez instructor acordar desde luego la detención del delincuente, dando inmediata cuenta al Tribunal o al Consejo Supremo, el cual comunicará con toda urgencia el caso al Cuerpo Colegislador a que pertenezca el procesado.

Pueblonuevo del Terrible.—Edificio de la sociedad obrera La Amistad.

Art. 3.º El Tribunal Supremo o el Consejo Supremo de Guerra y Marina procederán en los casos que se les atribuyen por la presente ley, de conformidad a lo prevenido en la ley de Enjuiciamiento criminal para la instrucción de las causas que les competen con arreglo a la misma ley y a las orgánicas del Poder judicial, a lo establecido en el Código de Justicia militar y demás disposiciones que regulan el ejercicio de su jurisdicción respectiva.

Art. 4.º Las denuncias o querellas contra senadores y diputados se formularán ante el Tribunal Supremo o el Consejo Supremo de Guerra y Marina, observándose lo dispuesto en las leyes y disposiciones de procedimiento.

Art. 5.º Sólo al Tribunal Supremo, o en su caso al Consejo Supremo de Guerra y Marina, corresponde la facultad de pedir autorización al Senado o al Congreso para procesar a un senador o diputado. Al efecto dirigirá suplicatorio al Cuerpo Colegislador correspondiente, acompañando testimonio de las actuaciones que estime necesarias y del dictamen fiscal, si lo hubiere.

El Tribunal Supremo o el Consejo Supremo de Guerra y Marina, en los respectivos casos, resolverán lo que proceda, según las leyes, acerca de la prisión de los senadores y diputados sorprendidos en flagrante delito y contra los cuales se hayan incoado diligencias.

Art. 6.º Mientras que el Senado o el Congreso no resuelvan sobre la autorización pedida, se suspenderán las diligencias de las causas, excepto las encaminadas a la reforma de los autos y providencias en que con anterioridad se hubiese acordado la detención, prisión o procesamiento.

La suspensión de las diligencias sólo se aplicará a aquellas que afecten al senador o diputado a quien se refiera la autorización solicitada.

Art. 7.º Si el Senado o el Congreso denegase la autorización para procesar, se comunicará el acuerdo al Tribunal requirente, que dispondrá el sobreseimiento libre respecto al senador o diputado. Si la autorización fuese concedida, continuará el procedimiento hasta que recaiga resolucion o sentencia firme, aun cuanda antes de dictarla fueren disueltas las Cortes a que perteneciere el senador o diputado objeto del suplicatorio.

Art. 8.º Negada por el Senado o el Consejo la admisión como senador o diputado de la persona

a quien se refera un suplicatorio, el presidente de la Cámara lo comunicará al Tribunal Supremo o al Consejo Supremo de Guerra y Marina, para que éste remita la causa al juez o Tribunal competente, con arreglo a derecho, y prosiga la sustanciación que proceda.

Art. 9.° Las providencias o autos de detención, arresto, prisión o procesamiento dictadas contra un senador o diputado por el Tribunal Supremo o el Consejo Supremo de Guerra y Marina, en uso de la jurisdicción que les atribuye la presente ley y con sujeción a las reglas que la misma establece, así como las de reforma o revocación de dichas providencias o autos, serán comunicadas al Cuerpo Colegislador a que corresponda la persona objeto de las mismas.

Art. 10. Los preceptos de la presente ley regirán desde la fecha de su promulgación, aplicándose a los procesos en curso contra senadores y diputados, salvo que el senador o diputado comprendido en el procedimiento reclame ser juzgado por el juez o Tribunal competente, con arreglo a las leyes o disposiciones que vinieran rigiendo antes de dicha fecha.

A fin de que este derecho pueda ejercitarse, el juez o Tribunal que conozca de las causas pendientes, dará audiencia por el término de cinco días al senador o diputado de quien se traje, para que manifieste si opta por seguir en la misma jurisdicción, entendiéndose que de no hacerlo expresamente queda sometido a la nueva ley.

ARTÍCULO ADICIONAL

Para los efectos de esta ley, no se considerarán incluídos en el párrafo segundo del artículo primero los senadores y diputados que hayan prestado servicio militar en filas, sino durante su permanencia en las mismas.

Y el Senado lo presenta a la sanción de Vuestra Majestad.

Palacio del Senado, 7 de Febrero de 1912.—Señor: Eugenio Montero Ríos, presidente.—Francisco García Molinas, senador secretario.—Juan de Ranero, senador secretario.—Marqués de Laurencín, senador secretario.—Conde de Bernar, senador secretario.

Publíquese como ley.—ALFONSO.—Dado en Palacio à 8 de Febrero de 1912.—El ministro de Gracia y Justicia, José Canalejas.

LOS PATIOS CORDOBESES

¡Córdoba, flor de Occidente
y orgullo de Andalucía...!
Buscando vida en su ambiente,
entre la humana corriente
yo, como vos, vine un día.

Bajo el castellano cielo
mecieron mi humilde cuna,
llorando con desconsuelo
al desterrarme a otro suelo
la caprichosa fortuna.

Que allí en la corte admiraba
los vívidos esplendores
de las grandezas que hallaba;
allí a mi paso encontraba
reyes y legisladores.

Allí mis ojos miraron
campos de doradas mieses...
más de todo se olvidaron
cuando absortos comtemplaron
estos patios cordobeses.

Era en los tiempos aquellos
felices de la inocencia
y siempre al pasar por ellos,
encontrándolos tan bellos,
miraba con insistencia

El tiempo así transcurría,
y al ser hombre el pobre niño
incautamente solía
mirar con tenaz porfía
lo que inspiró su cariño.

Hasta que, al fin, imprudente,
ví envuelta entre ricos velos
al pie de la marmórea fuente,
hermosa y resplandeciente
«una estrella de los cielos.»

A cambio de unas baladas
me ofreció flores muy bellas;
pero de espinas malvadas
que en mi corazon clavadas
me hicieron «ver las estrellas».

—

En esta tierra divina
seguid mirando en buen hora
la hermosura peregrina
que vuestra mente imagina
en realidad atesora.

Que allá entre pintadas flores,
sin dar tregua, sin sosiego,
a incautos observadores
está sus flechas de amores
disparando el «niño ciego».

Mas si halláis una gacela,
sultana de rostro altivo,
mirad con grande cautela,
si es que en la férrea cancela
no quereis quedar cautivo...

Jesús Rodriguez Redondo.

LAS VÍCTIMAS INOCENTES

La huella más dolorosa que dejan tras de sí las revoluciones y motines, es la de esas víctimas inocentes como el infeliz sordomudo de que han hablado los periódicos, que ha salido del hospital inutilizado por completo para el trabajo. Porque este desdichado, a pesar de su incapacidad fisiológica casi absoluta, parece que se ganaba la vida con el esfuerzo de sus brazos, en uno de los cuales fué a herirle la bala de un máuser a gran distancia del foco del motín. Siempre ocurre lo mismo en estas algaradas sangrientas: el niño que cruza la calle y cae exánime sobre el duro pavivento; la mujer o el anciano a quienes hombres y bestias atropellan y pisotean; generalmente pobres gentes humildes, a quienes el destino da una muerte cruel como término de una vida de dolor o miseria.

La desventura del sordomudo me ha recordado, sin ser análogo, otro caso que me impresionó vivamente, hace ya bastantes años, por haber conocido a la víctima antes de caer bajo el plomo de los fuertes.

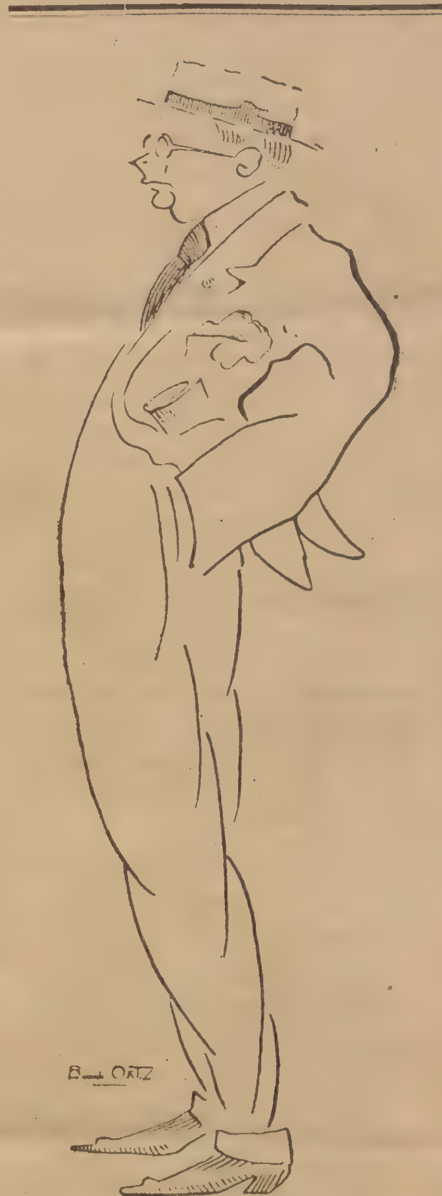
Desempeñaba yo el cargo de gobernador civil de la provincia de Málaga, y algunas tardes solía dar largos y solitarios paseos en coche por los incomparables alrededores de la ciudad.

Remontaba la Caleta, bordeaba la costa, cruzaba el valle de los Galanes, impregnado del olor de los jazmineros, y, dejando atrás la barriada del Palo y luego a la izquierda la calzada de Antequera, desembocaba en la playa. Allí me sentaba en una enorme roca, batida por el mar y conocida con el nombre de Peña del Cuervo.

En estas pequeñas excursiones conocí a la víctima predestinada. Era un pobre idiota, un tontiloco, en realidad un infeliz epiléptico, que vagabundeaba por aquellos contornos.

Siempre me han producido una extraña impresión estos lunáticos errabundos que, con la mirada extraviada o como si mirasen a un eterno «más allá», andan y andan, cruzan todos los caminos sin detenerse jamás, sin reposar un momento, extraños a la terrible fatiga de una jornada que no acaba nunca.

¿No se os ha ocurrido alguna vez preguntaros con asombro cómo podrán resistir al cansancio físico esos mendigos inmóviles en una esquina que, con el brazo extendido y un platillo en la mano, pasan horas y horas al sol, al viento, rígidos, sin apoyarse casi en el muro? ¿No habéis pensado



Figuras conocidas.—D. José Rey Díaz, erudito y brillante escritor, que está efectuando una excelente obra de ordenación y mejora en el Archivo Municipal, del que es jefe.

Caricatura de Bernardo Ortiz.

cómo no se desplomarán en tierra, cómo podrán sostenerse, sin rendirse, días enteros en la misma postura?

El vagabundeo sin término de esos pobres idiotas trotacaminos todavía es más incomprensible. Me explico que en muchas regiones de España inspiren, como en Galicia, cierto supersticioso respeto. El de mi cuento se obstinaba en seguir mi carruaje pegado a las ruedas, fuera cual fuera el paso de los caballos. No mendigaba; nunca me pidió limosna. Se limitaba a clavar en mí sus ojos estrábicos y a lanzar un «hu, hu, hu» monótono, semiinconsciente, una especie de aullido, que la carrera hacía a veces jadeante, estertoroso. Esta pobre alimaña humana tenía un miedo instintivo a las parejas de la Guardia civil. ¿Era miedo? ¿Era adivinación? Más bien lo último Porque como el idiota no hacía ningún daño ni cometió nunca la más leve fechoría, se le tenía por inofensivo y nadie—y menos la Guardia civil—le hizo daño en ninguna ocasión. Sin embargo, él en cuanto veía un tricornio daba a su inexpresivo ulular un tono de terror y huía empavorecido. Así le ví yo separarse cien veces de mi carruaje.

Un día, allá a fines del mes de agosto, en plena agitación anarquista, inspeccionaba yo la barriada del Palo. Iba esta vez no como paseante, sino como autoridad. Llegaba dulcemente la noche después de un crepúsculo prolongado. Mar, cielo y tierra eran una maravilla de hermosura y de paz. Del valle de los Galanes venían ráfagas de aire blando, tibio, impregnado de olor a jazmín. Una línea blanca marcaba la leve rompiente del mar dormido. Arriba, en un cielo de un azul pálido, con claridades de amanecida, aunque era la noche la que llegaba, comenzaban a parpadear algunas estrellas. En medio de aquella paz y de aquel silencio percibí de pronto murmullo de voces y ruido de pas s como de un gran tropel de gentes.

En el grupo distinguí dos parejas de la Guardia civil; luego, en el centro, un gran bulto, algo arrebujado en una manta, que por sus puntas sujetaban unos pescadores. El grupo se detuvo junto al puesto de la Guardia civil y el bulto fué depositado en tierra. Allí mismo recibí el parte de lo ocurrido. Las parejas de la benemérita que patrullaban por los contornos con consignas severas para evitar el incendio intencionado de las mieses, habían tropezado con un hombre sospechoso, a quien inútilmente habían dado el alto repetidas veces. Co-

mo la Guardia civil se había reconcentrado, había parejas de otras regiones que no conocían a las gentes del país. Ante la persistencia en la huída de aquel sospechoso, que ni se detenía ni contestaba, los guardias habían hecho fuego. A los pocos disparos el sospechoso cayó en tierra con el corazón atravesado. El bulto era un cadáver, y el cadáver, el del infeliz idiota errabundo. Los pescadores ya lo habían reconocido, y yo adiviné el drama. El sin ventura habría vagabundeado aquella tarde, como siempre, por aquellos contornos. Al ver los tricornios de la Guardia civil habría lanzado sus ¡hu hu hu! de invencible pavor y habría huído. Y unas balas habían puesto término a su triste vida y a su eterna carrera.

Antes de alejarme miré por última ves el rostro del muerto. Un mechón de cabellos lacios se había pegado a la frente, empapada, sin duda, en el sudor de la huída. En los labios se cuajaba la sangre; pero había en ellos una extraña sonrisa de suprema paz. Los ojos, muy abiertos, no tenían el estrabismo que siempre les conocí. Miraban serenos al cielo, como si al término de aquella correría, que había sido la última, el vagabundo hubiera encontrado su verdadera patria.

De vuelta a la ciudad iba yo pensando en mil cosas, hondas y complejas. Defensa social... principio de autoridad... Derecho... Justicia...

Sin duda mis nervios estaban muy alterados... Cada vez que mentalmente «pronunciaba» una de estas palabras solemnes me parecía oir, como un eco burlesco, el grito del idiota: ¡Hu, hu, hu!

Luís López Ballesteros.

CUENTOS DEL PEREGRINO

LA VORÁGINE

A mi querido tío don Manuel García Escribano, como sincero testimonio de verdadero afecto.

Llegado que hubo el peregrino protagonista de estos cuentos, a un pueblecillo costero conocido, según creo, por Mira-al-Mar, u otro nombre parecido, buscó yantar y refugio en modestísima posada. Era bien entrada la noche; comió frugalmente, en mesa sin manteles, y, acto seguido, se retiró a descansar.

Apenas había logrado conciliar el sueño aquel varón ejemplar, cuando le hizo incorporarse en el duro lecho, sobresaltado, el griterío, lamentaciones y ruído de pasos precipitados que partían del patio del mesón. Vistiose rápidamente el tosco sayal de estameña, calzó las sandalias y, empuñando el bordón, emprendió el descenso por una escalera de caracol, cuyos peldaños veíanse harto carcomidos de polillas. El patio y corredores de la posada se hallaban desiertos. Salió a la calle, y, viendo un tropel de gente que avanzaba a buen paso, les interrogó:

—¡La paz de Dios sea con vosotros! ¿Sabéis qué sucede, amigos míos...?

Un hombre corpulento, vestido a usanza marinera, satisfizo su curiosidad:

—«La Garbosa», una lancha pesquera de las más fuertes y mejor hechas que caen al mar, se la ha visto desaparecer tragada por el maldito remolino que, de vez en cuando, abre su bocaza allá junto a las Rocas Picudas. ¡Una desgracia horrible, hermano...!

Y el informe tropel siguió su desenfrenada carrera, calle abajo, en dirección al mar. El peregrino, a buen paso, siguió la misma ruta...

Hacía una fantástica nache de luna; en el azul fanal del cielo brillaban rutilantes estrellas que de oro parecían; las brisas eran tenues y embalsamadas. El mar, rumoroso, entonaba su cantata ilusoria, en tanto que las olas, mansas y acariciadoras, llegaban lentas a deshacerse en jirones de espuma, heridas por las salientes rocas.

El peregrino pudo contemplar un espectáculo triste y sombrío, aislado de todos, con los brazos cruzados y apoyado en el largo bordón, situándose en la cima de elevada montaña que lindaba con el mar.

Allá abajo, en la orilla, una impo-

nente masa de gente lloraba y gritaba con los brazos extendidos y la escrutadera mirada clavada en el verdiazul elemento. Hasta docena y media de barcazas, formando círculo, limitaban el lugar de la tragedia, donde rielaba la luna. Vociferaban como energúmenos los tripulantes de las embarcaciones, sin que hubiese quienes se aventurasen a llegar con su nave al sitio marcado con una estela de luz lunar...

Comprendiendo la esterilidad de sus esfuerzos, poco a poco, se fueron retirando las gentes, y, al fin, quedaron solos, llorando junto al mar, los deudos de los nueve desgraciados tripulantes de «La Garbosa», velándolos en su lecho de muerte...

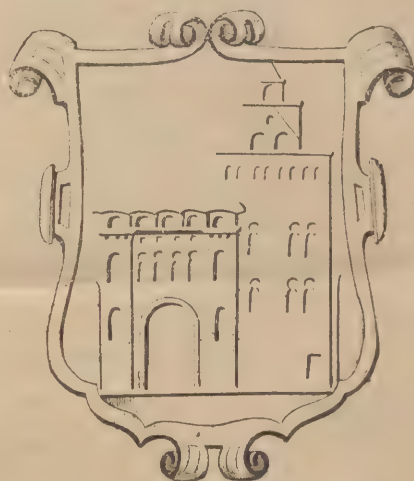
Pocos días después de la tragedia, se dirigían juntos hacia el lugar conocido por las Rocas Picudas, el peregrino y un hombre joven, de elegante indumentaria, entre la que sobresalía una gran chalina y el chambergo de amplias alas pratectoras de luenga melena, Los trebejos de que era portador, delatábanle, a primera vista, como artista pintor.

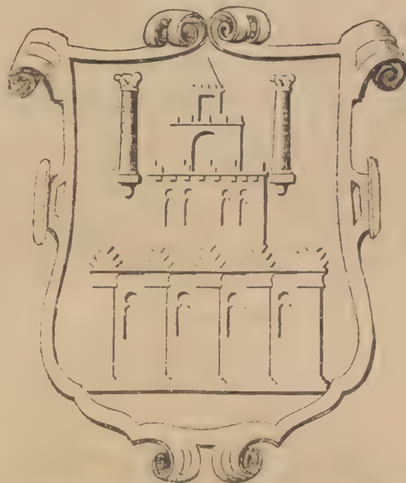
Así que hubieron hecho alto en el lúgubre paraje, y, mientras el artista preparaba caballete, lienzo, colores y pinceles, se deslizó entre los dos personajes animada conversación. Hablaba el pintor:

—Ahora voy a explicaros el por qué de mi interés en que me acompañaseis. En la triste noche del hundimiento de «La Garbosa», yo, que había llegado a este pintoresco pueblo el día anterior, corrí en dirección al mar impulsado por la curiosidad; la majestuosa calma de las azules ondas, iluminadas por una luna hermosa y pálida, causóme inspiradora impresión, que llegó a su grado máximo, cuando os ví, sobre estas elevadas rocas, en actitud análoga a la que adoptáis en estos momentos... En una palabra: que tengo absoluta confianza en que trasladando al lienzo asunto tan sublime, he de alcanzar resonante éxito.

El peregrino, tendiendo la diestra en dirección al mar, respondió con tono solemne:

—Decís bien: si lográis trasladar al lienzo la trágica sublimidad de aquel cuadro de infortunio; vuestro triunfo es indudable... Que el mar bravío sepulte en su rugiente seno las naves más firmes en día de feroz galerna, no tiene nada de extraño; pero que aleve remolino haga presa en una embarcación y la obligue a caracolear sin tino hasta devorarla, en ocasión de la baja mar, cuando más serenas están las aguas y mejor brilla la luna, es asunto que, fielmente copiado en el lienzo, asombra por su grandiosidad. ¡Esas vorágines o aberturas que en los mares producen gigantescos remolinos, maravillan trágicamente...!





La verdadera Cordoba.— Escudos de la Puerta de Santa Catalina, de la Caledral, en los que se conserva la traza del alminar de la Mezquita, el que posteriormente fué reforzado hasta adquirir la forma de la actual torre que sirve de campanario

Dibujo de Fz. Márquez.

— «La vorágine» se titulará mi cuadro, y, vos, señor, servidme de modelo que, además de agradecéroslo, os lo pagaré en lo que estiméis que valen vuestros servicios...

—Soy pobre por voluntad propia, así, pues, no tenéis que pensar que he de admitir dinero alguno. Os serviré de modelo con sumo gusto, y me consideraré bien pagado con sólo contemplar vuestra obra...

El pintor comenzó su trabajo, que el peregrino seguía con la vista, y en tanto, una bandada de gaviotas, majestuosamente, cruzó volando entre cielo y mar...

Más de una semana llevaba el afanado pintor sin trabajar en aquel lienzo, en que cifraba sus mayores entusiasmos; las fantásticas ideas que aporta el absurdo, bailaban en su mente grotesca zarabanda, enloqueciéndole por momentos. No acertaba a copiar, con toda la veracldad apetecida, el supremo instante del hundimiento de «La Garbosa». ¡Pinceles y colores se resistían a transcribir la impresión de horror estereotipada en el rostro de aquellos rudos hombres de mar al darse cuenta cabal de la atroz muerte que les aguardaba...!

¡Oh, si él tuviese a su servicio esclavos, igual, que aquel Nerón de que nos hablan las historias...! ¡Les ordenaría que ocupasen una barca para pasar sobre la vorágine, y dar, con su trágica agonía, raudales de inspiración a su amo y señor...! Y en tan insensato desvarío, aplaudía el diabólico proceder de aquel genio del mal que incendió a Roma con objeto de escribir mejor unas poesías... Amarga sonrisa florecía en los labios del peregrino, mientras contemplaba en silencio al pintor...

Moría la tarde lentamente... La canción de las olas era rítmica y pasional, como saludo de bienvenida dedicado por las fabulosas sirenas a la luna pálida... A lo lejos, en la orilla, los tripulantes de una lancha bonitera preparaban los aparejos para lanzarse al mar... El pintor, apenas los divisó, velozmente corrió hacia ellos...

Una gaviota que volaba muy bajo, casi rozó con sus alas los ojos del peregrino, quien, en pie y con los brazos cruzados, seguía con la mirada la huída del artista...

El santo varón vió al pintor saltar al interior de la nave, que, a impulso de los remos, hábilmente manejados, acortaba con rapidez la distancia... El artista, con pródiga mano, repartía oro y billetes de Banco entre los cuatro infelices aventureros del mar... Entonces, el peregrino, empuñó paleta y pinceles, que yacían en tierra abandonados...

—¡Avante, valientes!—clamaba el loco pintor, y la embarcación, al brusco empuje de los cuatro remos, penetró en la vorágine... El artista, levantando en alto un farolillo, estudiaba, abriendo desmesuradamente los ojos, los rostros pálidos y aterrados de sus acompañantes, que,

en mal hora, soñaron salvar con su pericia el imponente remolino. Crugió la barca y un golpe de mar la tumbó de costado... Después... ¡cinco vidas más fenecidas en la vorájine...!

. . . .

Postrado de hinojos el peregrino, oró por las almas de aquellos desgraciados... Y, acto seguido, a la luz de la luna, pintó en el fatídico lienzo un corazón, verdadera vorágine, en cuyas cuatro cavidades, aurículas y ventrículos, remolinos de sangre ahogan muchas veces los más nobles sentimientos.

Antonio Moya.

EPISODIOS NACIONALES

EL 7 DE JULIO

La Guardia Real de Fernando VII se subleva a favor del absolusismo.—Los milicianos y el pueblo defienden la Constitución.—El heroico oficial Landáburu.

El 30 de Junio (1822) S. M. asistió a la clausura del Congreso. Formaron en la carrera tropa y milicianos y Fernando pasó medroso, pálido, lleno de recelo, revolviendo los negros ojazos en todas direcciones, para escudriñar los semblantes, y sorprender las señales de desamor o cariño que su presencia ocasionara.

Mudos y recelosos recibiéronle los diputados de la minoría, fríos los sostenedores del Gobierno. Con habla turbada leyó su discuro el tirano, acentuando las frases de sumisión al sistema constitucional, y no era preciso ser muy lince para reconocer en él un convencimiento seguro de que aquella farsa debía concluir; pero al través de su disimulo no se veía la esperanza de un éxito feliz.

Al volver a Palacio, los milicianos aclaman la Constitución y a Riego, y una voz atrevida grita en favor del Rey neto. Los chicos cantan el trágala, y surge en todo el tránsito infernal algarabía, y por entre la multitud dividida en bandos de netos y zurriaguistas atraviesa la ultrajada majestad con el corazón oprimido, compartiendo su espíritu entre el miedo y la rabia. El recuerdo del infeliz Capeto viene a su memoria; pero no siente perder el amor mopular, que tan poco le interesa, sino el poder o quizá la vida. Desde que él logró pisar el umbral del Palacio, los tambores de la Guardia abofetean a algunos paisanos, se cruzan palos, puñetazos, coces, y varios jóvenes distinguidos vierten en las calles su sangre preciasa. Se crean multitud de cardenales, aparecen rozaduras, magulladuras, protuberancias, y centenares de narices sangran, enrojeciendo el suelo. Alguna que otra costilla cruge, rompiéndose, y no pocas encías se ven libres de tal cual muela cariada. Surgen chichones en varias cabezas y algún omoplato se hunde. Esto no es más que un juego de muchachos; pero así suelen empezar los capítulos trágicos de la Historia en todas las edades.

Poco faltaba ya para que el sainete se convirtiese en drama. Más furiosa cada vez, la tropa, cuando S. M. entró en Palacio, posesionóse de los altos de la Plaza de Oriente, arrojó de allí a un retén de la milicia voluntaria, y estableciendo una línea desde los Consejos al Arco de la Armería, declaróse en abierta y descarada sublevación. Disparáronse varios tiros y cayeron al suelo siete paisanos y un individuo de la milicia. Un joven entusiasta, hijo de Flórez Calderón, tuvo la malaventurada idea de arengar a los guardias que formaban junto a la casa de Ministerios, y fué apaleado cruelmente y acuchillado.

Los tambores tocaban a ataque, y los granaderos furiosos injuriaban a la multitud, amenazando pasarla a cuchillo si no se retiraba. Caían con síncopes y desazones las mujeres, votaban algunos hombres, rugían otros y entre tanto reíase en una ventana de Palacio, cual si fuera palco de plaza de toros, apiñada multitud de palaciegos y damas vehementes que agitaban sus pañuelos para incitar a la soldadesca. Las pobrecitas no podían resignarse a vivir bajo el nefando imperio de la Constitución. Confundido entre los agraciados rostros como la serpiente entre las flores, Fernando atisbaba con ávidos ojos la osadía de los genízaros.

Entre éstos hubo un oficial que se atrevió a volver por los fueros de la ultrajada disciplina. Llamábase don Mamerto Landáburu, exaltado liberal, buen patriota, fontanista, militar de club (cualidad que no constituye ciertamente la mejor casta de militares); pero al mismo tiempo persona estimable y simpática. Este desgraciado oficial habló con energía a los soldados; pero fué insultado. Ciego de furor tiró del sable a punto que otro teniente Goiffieu, gritaba con voz frenética: *¡Viva el Rey absoluto!* Azuzados los granaderos por esta voz, cayeron sobre Landáburu; pero aun pudieron intervenir y salvarle el comandante Herón y otro oficial cuyo nombre no se recuerda. Le separaron, le condujeron a Palacio; pero allí le siguió la turba de asesinos, y dentro del portal de Oriente recibió tres tiros por la espalda y cayó para siempre gritando: *¡Viva la libertad!*

B. Pérez Galdós.

DE LA VIDA ESCÉNICA

Los meritorios

Entre el comparsa y el meritorio de las compañías dramáticas, la diferencia apenas si se nota. Unicamente se distinguen en que el meritorio siente el estímulo de llegar a ser algún día un gran actor, y el comparsa se limita a ser «guerrero», «noble» o «aldeano», por los cincuenta céntimos de la representación.

Y entre esta modesta clase de aspirantes a actores, suelen encontrasse tipos curiosos y dignos de estudio. Abunda la señorita cursi, romántica perdida, que tiene encantados a sus papás con la manera de recitar los versos de Carulla. Suele llamarse Adelaida: el acento gallego es en ella marcadísimo; no pierde un ensayo, y en su casa tiene un cuarto reservado, un «estudio», para que, rodeada de libros y de espejos, pueda entregarse de lleno a sus aficiones artísticas. A lo mejor, mientras doña Angustias, la mamá, regaña con la criada porque la merluza está algo averiada, y el papá, en su despacho, se entretiene tranquilamente en cambiar de papel una cajetilla de tabaco, se oye un grito ronco, como pidiendo socorro, y se pone en conmoción toda la calle. La portera sube alarmadísima, acude el guardia del tercero y el gato, erizado, va maullando de un lado a otro. ¿Qué pasa? Y los papas de la meritoria, risueños y satisfechos, calman a todos diciendo:

—Es la niña, que está ensayando el tercer acto de «Doña María la Brava». ¡Si viesan ustedes qué semejanza con la Guerrero! ¡Qué manera de imitarla en el gesto, en la voz, en las aptitudes...! ¡Cómo dice la frase: «Príncipe maldito!» Será un genio, créame usté, seña Eufrasia.

—Pues nosotros, don Abundio, creímos que se trataba de algún ataque *pilético* y hemos acudido alarmadísimos.

—Vaya, que sea enhorabuena —dice el guardia—y que se comprima un poco en los gritos la futura actriz, porque los vecinos se han quejado ya en «La voz de la calle», del *Heraldo*.

—La ignorancia, que corta los vuelos de la inspiración, del verdadero arte—exclama doña Angustias indignadísima.

Al lado de Adelaida, la niña de don Abundio, hay también en las compañías meritorios que son modelo de arte y de elegancia. Entre estos se destaca, triunfador, Florito Casaperdida, que eclipsa a Cayuela en eso de anunciar «la mesa está servida».

Se presenta en los ensayos luciendo un chaleco fantasía. color «vientre de sapo», y unos botines claros que provocan la admiración de las actrices y de los actores. Pero Florito está indignado con el director; a pesar de sus modales y de su elegancia, se considera olvidado en todos los repartos, mientras que el galán joven, ese «cursi de Mochales», se lleva todos los papeles de lucimiento, para luego vestirlos detestablemente.

Ante un grupo de mamás de actrices casaderas, en unión de Antúnez, otro meritorio, se quejaba un día amargamente:

—Ya ven ustedes, el director no se acuerda para nada de nosotros. A éste, por tener el acento andaluz, no le dan más que papeles mudos, y a mí, dos o tres frases en las que no cabe «revelación», en las que no se puede «pellizcar» nada. Es una injusticia marcadísima.

A a todo esto, viene el segundo apunte a anunciarle el «prevenido» en la obra que se ensaya. Y Florito, muy elegante y todo, avanza en el escenario con los brazos caídos, hecho un palo, como siempre, y recita con voz de máscara su «parlamento», que se limita a dos frases: ¡Al traidor! que hulle, detenedle.

Es indudable que en esto de los meritorios, pobres víctimas que se sacrifican voluntariamente, que pierden un tiempo precioso en honor del arte, hay casos verdaderamente injustos, de postergados y olvidados por falta de simpatías e influencias con la empresa o directores de escena; pero también existen tipos ridículos de «niñas cursis» y de «gomosos» que, junto al fogón o detrás del mostrador de una tienda de bisutería o perfumería, tendrían un gran porvenir y serían útiles para algo. Y lo más triste del caso es que cobrando sueldos y haciendo papeles, se encuentran en algunas compañías tipos como la romántica Adelaida, con voces de máscara, y actores como Florito Casaperdida, que usan unos deslumbrantes chalecos de fantasía, se proponen eclipsar a Fernando Mendoza, y poseen el arte de declamar con una naturalidad y frialdad exquisitas.

A. Jiménez Lora.

Tragedias de la calle. — Un parroquiano de mucho peso estropeando un taller de limpiabotas.

Dibujo de Fz. Márquez.

CANTARES

Mi pecho tuvo ilusiones
que ya el tiempo ha marchitado;
las que aún mi corazón guarda
pronto serán desengaños.

Yo vivo fingiendo dichas
y ocultando mis pesares.
¡a qué publicar mis penas
si a sentir no ayuda nadie!

Ayer por tí y hoy por mí,
siempre un desdén importuno;
¡cuando querramos los dos
ya no podremos ninguno!

Francisco Serrano Olmo.

EPISTOLARIO

A SU MAJESTAD EL REY

V

Se apunta el remedio

Felizmente contra este desquiciamiento social y político, nunca como ahora ha protestado el país tan enérgicamente, nunca como ahora con tanta sensatez se han debatido en la prensa periódica los arduos problemas que afectan a la vida nacional ni se han formulado acusaciones tan graves contra algunos ministros de la Corona; esto, sin embargo, no es bastante, porque las opiniones individuales ante la soberana actuación de la oligarquía gobernante son jeremiadas que se lleva el viento. Por otra parte, el país está hoy tan preocupado por su suerte como lo estuvo en los tiempos de Godoy y públicamente se organizan y se preparan las clases populares a repetir las escenas de 1808. El ejército, arma al brazo, o mejor dicho desarmado, se resignaría quizá a sufrir la suerte del de Romania, pero no quiere Dios que el cataclismo se realice y ha puesto en el carácter de Vuestra Majestad el talismán precioso para salvar a España y salvar su trono.

El nombre de Vuestra Majestad, pronunciado con gratitud en los campos de batalla, despierta en el mundo el recuerdo de lo que fué España, piadosa con el vencido en los gloriosos tiempos de nuestra hegemonía; tal vez también pronunciado con respeto en las cancillerías, se lamenta en ellas que el pueblo español no le secunde, que no corresponda ahora como carrespondía entonces a las nobles iniciativas de sus Monarcas, porque es evidente que si en España existiera un criterio nacional claramente representado en el poder central, ninguna otra nación estaría en condiciones más adecuadas para influir directamente, por circunstancias especialísimas, entre Inglaterra y los Imperios Centrales y ser el pueblo escogido para concertar la paz.

El deber de la nobleza

Preciso es, Señor, que esto se realice; preciso es que la nube tormentosa que se cierne sobre España, descargue en saludable rocío y el procedimiento a seguir es fácil, seguro y rapidísimo. Nada estorba que espontáneamente y libre de toda presion política, la Nobleza española se concierte y se ofrezca a Vuestra Majestad, no con un amor platónico, sino como vigilante guardia pretoriana que defienda los fueros de la Majestad en la vida pública; nada impide que cada una de las entidades corporativas de carácter nobiliario que Vuestra Majestad preside y que se relacionan en la Guia Oficial, diluciden en su seno los gravísimos problemas que afectan a nuestra nacionalidad y expongan a Vuestra Majestad sus juicios maduros; nada dificulta que, comprendiendo todos los demás dignatarios del Reino que la dignidad obliga, sigan el ejemplo de las entidades corporativas, se organicen y actúen también como clase social al servicio de la Corona; nada desorganiza el hecho de que Vuestra Majestad tenga de esta manera fuera del elemento oficial, asesores en un consejo privativo suyo como lo tuvieron sus antecesores, reyes absolutos, y que con mayor espíritu democrático cumple tenerlo a un Rey constitucional; nada se opone a que la acción nobiliaria se manifieste en las clases populares, concertándose el decoro y la honradez en santa y patriótica hermandad que, fiscalizando la acción oficial, persiga a los malandrines en el Estado como ayer los perseguía en los campos, y es evidente, Señor, que para que toda la nobleza se mueva, bastará un gesto de Vuestra Majestad, y que si esto se realiza, caerá sin esfuerzo todo el artificio de las banderías políticas, como cayeron al sonido de las trompas de Israel los muros de Jericó.

El Conde de Torres Cabrera

Los enemigos de la revolución del Yucatán

IV

Los billeteros

Se han acabo, señores, estas inícuas explotacioncs. Ha terminado otra procesión de vagos y ya no hay concesionarios de loterías ni billeteros molestos por las calles. Con alimentar la esperanza en premios gordos, quien se llevó las más gordas cantidades fué el concesionario don Olegario Molina. Y su cortejo de empleados, de émulos más o menos afortunados, de billeteros y demás servidores, ha sentido la falta de esta mina prolífica que alimentaba su hambre y entretenía su ociosidad.

Triste herencia, cuyo origen no queremos desentrañar, hizo indolentes y soñadores a muchos hijos de este país, que dan más importancia a los días de grandes sorteos, como el de la Navidad de Madrid, que a los días de la Patria, por ejemplo. Ayunos de propósitos nobles y de proyectos generosos y carentes de energías para el trabajo, esperan de la suerte una problemática fortuna y... tienen que ser enemigos de la Revolución, porque la Revolución necesita hombres de trabajo que hagan culminar en hechos positivos los proyectos que alienta.

Las amas de casas reaccionarias

La dama que como protagonista de este episodio cruza por estas páginas revolucionarias, tiene cincuenta años. Gasta gafas de oro. Viste escrupulosamente limpia y sus faldas de lino almidonado crugen en las habitaciones silenciosas. La señora de la casa camina levemente sobre sus pies calzados con botas de carro. Husmea por los cuartos para cuidar que los niños estén separados de las niñas y los criados de las criadas.

Cuenta meticulosamente todos los días las pacas en la bodega. Ella inventa versiones escandalosas y las comenta en el tranvía con una parsimonia que nos recuerda a la doña Perfecta de Galdós, capaz de todos los crímenes y de todas las perfidias.

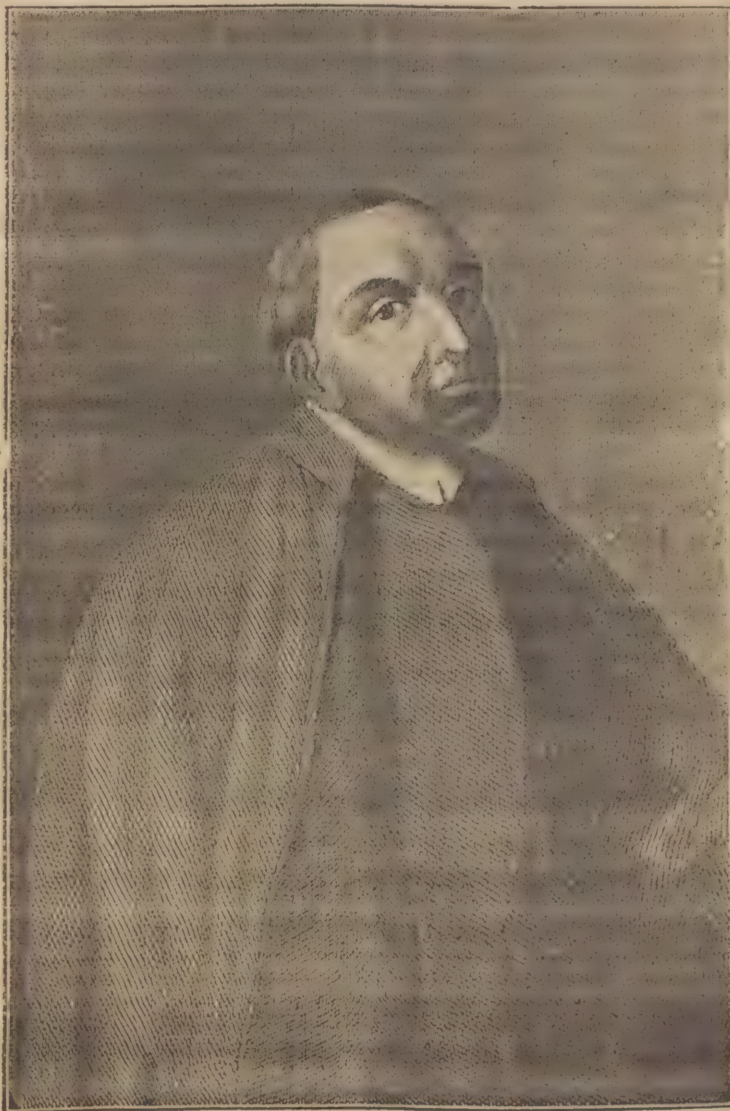
Y es natural. La ama de casa reaccionaria es enemiga de la Revolución.

Los padres de los hijos del amor

Un día, una felicidad momentánea pone en el rostro del burlador de mujeres, una sonrisa de triunfo. Y más tarde, meses después, la mujer burlada, en la miseria y en el abandono, arroja a la vida un cuerpo enclenque, sin padre civil reconocido...

La sociedad, la absurda sociedad que teme y maneja el arma de dos filos del «qué dirán», abrumador y estúpido, sonríe al triunfador y escupe vulgarmente con desprecio a la víctima y al hijo natural... al hijo del amor de un día que en la inconsciencia de su formación ignoró que le faltaba para entrar con buen pie a la vida, para merecer la protección y el apoyo del padre, un poco de tinta del tintero del Registro Civil.

Y es natural. Sí, es lógico: Viene la Revolución y obliga al padre desnaturalizado del hijo natural a dar el «escándalo social» de llevar un poco de sus ganancias para la mujer macilenta y el hijo hambriento... y el padre de los hijos del amor, se convierte en enemigo de la Revolución.



Hijos ilustres de Córdoba.—Ambrosio de Morales

La soga de los filántropos

Hay un momento terrible, aunque fuese uno solo, en la vida de todo hombre. Y hay siempre otro hombre que sepa aprovechar este momento. Está, el primero, en un trance apuradísimo. Necesita dinero para salvar un confiicto económico, para no perder una casa o una hacienda, o un viaje. El filántropo llega en la hora suprema y sabe facilitar el dinero para evitar el confiicto, pero sabe también asegurar pingües intereses, por medio de escrituras hipotecarias o de pagarés prendarios, o de pactos de retroventa... Y, cumplido el plazo o vencido tres meses de intereses, el filántropo arroja la careta y cae brutalmente sobre su victima y se apodera de todos sus bienes, por medio de embargos y de adjudicaciones estupendas.

¿Que reconoce la Revolución lo inmoral de estos negocios y ordena que se haga justicia estricta? Ya tiene otro enemigo: son los filántropos, los célebres «malhechores del bien» que Benavente inmortalizara en su célebre drama.

Los fariseos de la Justicia

Los jueces venales son también enemigos de la Revolución. Y es que este movimiento social ha tenido resoluciones de santa cólera contra los conculcadores de la justieia y muy especialmente contra quienes, en vez

de impartirla la venden miserablemente. Si en toda nuestra organización política, la influencia ha ejercido siempre el papel más lastimoso, en el ramo de justicia ha tenido los más lamentables resultados. La corrupción de los jueces y el soborno de todos los empleados del ramo, fueron generales y dieron muy amargos frutos.

Había Juzgados en los que nadie ganaba un pleito, pues los jueces marchaban de acuerdo con determinados bufetes de tinterillos.

Como el Gobierno de la Revolución no ha consentido que esos funcionarios prevaricadores mangoneen, pues está ojo alerta sobre sus pasos, esos fariseos de la justicia, ante la derrota de sus procedimientos, se han vuelto enemigos del gobierno, que los ha destruído.

ENVIO

Ahí tienes catalogados y definidos, lector paciente, a todos los enemigos de la Revolución del Yucatán. Como al principio decimos, son enemigos del progreso y los guían sus pasiones más torpes y sus vicios más excecrables.

Quisieran la restauración del antiguo régimen, no por los vanos motivos que exhiben como causa de su descontento, sino para satisfacer todos sus apetitos y para saciar sus refinadas aspiraciones de lujo, de ociosidad y de explotación popular. Esperan ver renacer sus privilegios, sus enormes capitales, sus vatsos latifundios. Sueñan con empuñar nuevamente el látigo, con disipar fortunas hechas a sudor de obreros y con poblar sus enormes propiedades con multitudes de esclavos. Quieren que la minoría que se adjudica la nobleza de la sangre. huelgue y prospere a expensas de las mayorías trabajadoras. Pero eso no será.

La Revolución, con su política de de intransigencia popular y con sus multitudes armadas, está dispuesto a impedirlo, aunque para ello sea necesario llegar al sacrificio colectivo. Y una palabra más, lector: Cuando en el continuo chismear de la ciudad, un tu amigo o cualquier conocido te hablare en mal de los propósitos de la Revolución o dudare de su prestigio o de su fuerza, pregúntale si no es abogado, chanchullero, o torero, o tahur, o ratero, o o si, en fin, no está colocado dentro de las líneas de este artículo sincero.

Ya verás cómo dentro de sus palabras y de su aviesa intención, aparece una de las «ocupaciones» o uno de los «oficios» de que te hemos hablado.

A OCTAVIA...

Yo ví un rosal en un balcón ufano
cuajado de mil flores,
crecer altivo y adornarse vano,
confidente real de unos amores.

Y ví una niña que al balcón salía,
de negros hojos y de airoso talle,
que regando las flores se escondía
tras mirar a hurtadillas a la calle.

Y ví pasar semanas,
en calma el ideal de estos amores;
a la niña regar por las mañanas
y al rosal prometiendo nuevas flores.

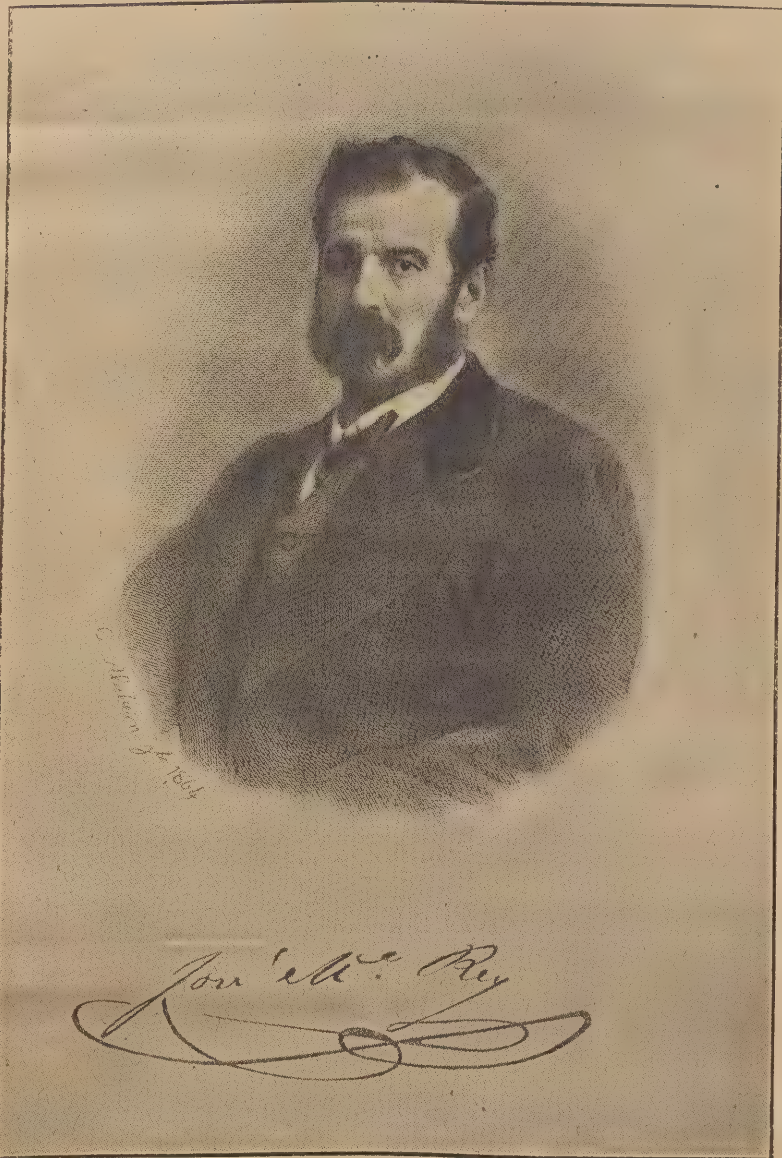
Hasta, que, triste, un día
que con otros pasaron raudamente,
ví que al balcón la niña no salía
y al rosal consumirse lentamente.

Y cuando ya de rojas
las hojas se tornaron amarillas,
el viento arrebatando aquellas hojas
sólo dejó en un tiesto unas varillas.

Así, marchitas, sin dolor, Octavia
yertas de sed, murieron sin consuelo,
aquellas flores ávidas de savia
olvidadas del cielo.

Felipe Crespo Gálvez

CÓRDOBA



Cordobeses inmortales.—Rey Heredia, sabio matemático y filósofo, recio luchador en la lid científica, que ayudándose a sí mismo, se elevó desde las capas más humildes de la sociedad, a las cátedras de Psicología y Lógica de los Institutos de Ciudad Real y el Noviciado, en Madrid, legando a la posteridad su admirable obra de la «Teoría transcendental de las cantidades imaginarias», que aún sirve de texto en varias Universidades extranjeras, y los libros de Lógica y Ética que durante muchos años se han estudiado en todos los Institutos de España.

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 8 de Septiembre de 1917 | NÚM. 55

MOMENTOS DE CÓRDOBA

Del Río a la Sierra

¡Qué callado está el Río! ¡Cómo angustia su mansedumbre y su silencio! ¡Qué pesar más grande el de sus ondas! En el verano lloran y en el invierno, espumeantes y lívidas, van escupiendo a la ribera, como blasfemia hirviente, el mudo dolor de su tragedia oculta.

Ya no hay para el Río floridas primaveras ni otoños suaves y apacibles. Desnudo, hambriento y huraño, va recogiendo a su pasar la imagen de sus riberas. Y, por eso, cuando se exalta, en las fieras borrascas invernales, como oleadas de sangre, huye hacia el mar, lejos de la tierra donde nació, despreciativo y solemne, cogiendo, en su curso todo, la imagen de Andalucía.

Es el Río el espejo más fiel de Andalucía. Por eso la Andalucía más típica es la Andalucía del Valle, la que se mira en el Río.

Fuera del Valle, que es la Andalucía castiza, clásica, la Andalucía de color y de gracia, sólo está el mudo hermetismo místico de las Sierras y la estoica y clara liberalidad de las Campiñas.

Y por estar sobre el Río, entre Sierra y Campiña, entre misticismo y expansión, entre espiritualidad y materialismo, Córdoba es la Andalucía más llena, más cuajada, más completa. Córdoba es la conjunción de todas las gracias de Andalucía—gracia mística, gracia fanática, gracia estoica, gracia liberal, gracia discreta y sabia (feria de los discretos).—Córdoba es, por eso, la cabeza de Andalucía, porque en sí reúne todas las nerviaciones y sensibilidades que, ligando las diversas partes del cuerpo, dan el ritmo, la tonalidad y el matiz de una sola persona.

Mas la posesión plena de todos estos donadíos, sólo la tuvo Córdoba en los grandes momentos de su historia. Y por eso fué grande. Porque se nutrió de todos.

Cuando quedó atenta a uno sólo, su espíritu se retrotrayó a pequeñez.

Y, aun gozando de todos, fué preciso el vital maridaje con el Río, para que su opulencia alcanzara la cumbre.

Mirándose en él, copiándose imperecederamente sus gracias y sus dones, Córdoba vivió sus momentos más brillantes.

En sus grandes civilizaciones—romana, árabe—fué la arteria más viva de su cuerpo. Casi no hay hecho en la historia árabe-cordobesa en que no sea el río el teatro más importante. Y en esa historia íntima, cordial, del pueblo, el Río es la vida de Córdoba. Entre los poetas árabes no hay motivo de inspiración más sentido y hondo que las riberas del Kebir. Y el relato de las excursiones en barca por el río, en las noches de verano, con que se festejaba a las damas árabes de Córdoba, llena abundantemente, infiltrándose con la honda poesía de los perfumados nocturnos andulaces, las páginas de la crestomasía árabe-cordobesa.

Y hasta el siglo XVII, con sus pudores y fanatismos, sintió la nostalgia del Río, y en sus riberas, casi sagradas ya por los siglos que los hombres vivieron en ellas, se glorificó la mansión de los Príncipes de la Iglesia en el San Rafael de la Alameda del Obispo.

Ahora no mira Córdoba al Río. Huye de él para no ver sus miserias, sus lacras, sus pequeñeces.—«Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué».—

El Río está sólo. Solemne y grave, no llora el desprecio de los hombres. Los hombres son los que están solos.

Más abajo, en la opulenta expansión de la vega sevillana, ya se festeja al Río. Ya renace Andalucía.

Córdoba mira todavía a la Sierra. En el Río no hay paseos, ni huertas, ni jardines. Toda Córdoba se encamina al monte, a la altura.

Sea ello una esperanza. Mirando hacia arriba, se acrece el espíritu y se fortalece el alma.

Rafael Omeya.

Otra vez la previa censura sobre la Prensa

Según la nota comunicada por el gobernador civil a la Prensa de Córdoba, está otra vez prohibida la publicación de noticias y comentarios relativos a

1.º Las instituciones fundamentales.

2.º La disciplina militar.

3.º Actos o acuerdos militares reales o supuestos.

4.º Acuerdos del Gobierno en asuntos militares.

5.º Movimiento de tropas o de buques nacionales o extranjeros.

6.º Exportación a países beligerantes.

7.º Huelgas y reuniones públicas.

8.º Manifiestos y proclamas.

9.º Las operaciones de la guerra.

10. La actitud de España con relación a la guerra y a la neutralidad.

11. Los soberanos o jefes de Estado extranjeros.

12. No podrá publicarse el periódico con claros o espacios en blanco a que pudiera dar lugar la censura de algún artículo.

esconderse, pocos días después, acusado de hacer alusiones políticas en su casa del Ateneo, cuando por igual motivo cerró aquel Gobierno todas las de dicho establecimiento, y gracias a un aviso oportuno, evitó el ser deportado a Canarias como algunos periodistas de la oposición.

Muchos riesgos de ser presos corrieron los poseedores de aquel secreto, y el mismo general O'Donnell, cuando en Mayo cayó enfermo de una afección nerviosa, en la que fué asistido por el célebre doctor don Mateo Seoane, obligado también a disfrazarse para visitar a su ilustre cliente. Entretanto, dirigía especialmente la conspiración el general Messina, antiguo subsecretario de Narváez, y éste mismo tuvo conocimiento de ella; quedando fijado el movimiento para el día 13 de Junio, y corriendo las órdenes en consecuencia.

El marqués de la Vega de Armijo tenía el compromiso de conducir a O'Donnell a la venta del Espíritu Santo en su coche, y lo cumplió, yendo a buscarle a la travesía de la Ballesta aquella noche, y saliendo de Madrid por la puerta de Recoletos a altas horas. En las ventas tomó O'Donnell otro coche que le condujo a Canillejas, y allí, acompañado sólo por el coronel Ustáriz, esperó inútilmente todo el día a las tropas que debía sublevar Dulce y al regimiento de infantería del Príncipe, también comprometido. Pero el golpe fracasó este día por dificultades imprevistas de ejecución, y O'Donnell volvió a Madrid de noche, sin ser por nadie reconocido. Iguales circunstancias se repitieron en la madrugada del 28, aunque con mejor fortuna. O'Donnell, conducido nuevamente por su amigo, que manejaba en persona los caballos del coche, tomó la puerta de Bilbao y mudó de carruaje en Chamberí, uniéndose luego a Dulce. Los demás generales llegaron por distintos caminos, incorporándose a la columna, pusiéronse rápidamente de acuerdo, y mandando hacer alto, y arengando vigorosamente a los regimientos, les dieron a conocer su pensamiento de rebelarse contra el Gobierno constituído, para fundar otro que contribuyera con mejores procedimientos y fortuna a la prosperidad del país. Después de esto, los sublevados se dirigieron, bajo las órdenes de los cuatro generales, al inmediato pueblo de Canillejas.

Cuando el general Blaser, ministro de la guerra, supo lo ocurrido, su primera intención fué salir en persecución de los sublevados y trabar combate. No le hubiera sido difícil derrotarlos, dado su escaso número, pero un suceso acontecido en aquellas mismas horas en el cuartel de San Francisco libró a O'Donnell y sus compañeros de ser batidos y sin duda fusilados. El regimiento de Extremadura, en gran parte comprometido, se disponía echarse a la calle, cuando el oficial de guardia se opuso a su salida. Sus soldados hicieron prisionera a la oficialidad, y el regimiento quedó en el cuartel. Este hecho inspiró a Isabel II un golpe de efecto que produjo en Madrid un resultado excelente para la causa del orden, y fué ello que al día siguiente la reina misma pasó revista en el Prado a toda la guarnición, y haciendo salir de filas a los soldados leales del regimiento de Extremadura, les repartió por su propia mano ascensos y condecoraciones.

A pesar de todo, la revolución era un hecho, y aunque el 30 de Junio la guarnición, al mando de Blaser, derrotó en Vicálvaro a los sublevados, obligándoles a huir hacia Aranjuez, pocos días más tarde un movimiento popular en Madrid secundaba el pronunciamiento del Campo de Guardias, el Gobierno caía y O'Donnell volvía en triunfo a Madrid y recibía la cartera de Guerra del nuevo ministerio.

Desde los sucesos que acabamos de referir, O'Donnell tuvo algo de héroe popular; pero lo que realmente le dió este carácter, ya en las postrimerías de su vida, fué la guerra de Africa, que dirigió con evidente acierto y que habría terminado con un ruidoso triunfo sobre el imperio marroquí si causas agenas a la contienda misma no lo hubieran impedido. No fué, en efecto, culpa de O'Donnell que la paz se ajustase en términos poco favorables para España. De su actitud en las negociaciones, da idea la manera cómo llevó su primera conferencia con Muley Abbas y con Mohamed el Katib, ministro de negocios extranjeros del sultán, demostrando al primero el respeto que se debe a todo caudillo valiente y al segundo el desprecio y enojo que merecía un diplomático encerrado en su fanatismo de raza, y negándose en absoluto a todo pacto en que no se aceptasen todas las condiciones impuestas por España. La frase de O'Donnell: «Bastante hemos hablado», con que quiso despedir a los dos ilustres parlamentarios apenas iniciada la conferencia, indica por si sola que el general era de la madera de los que no se dejan dominar por un Raisuli cualquiera.

Este hombre mató al cacique...

Seguramente recordáis el suceso. Este hombre era el médico de un minúsculo partido. El Ayuntamiento no le pagaba; sus deudos enfermaron, se despojaron de sus ropas y vendieron sus muebles para ir comiendo, y al cabo un día se encontraron casi desnudos, sin jergones donde reposar y hambrientos. Acudió al cacique, no en demanda de un derecho, sino suplicante y lloroso, como quien pide una limosna, y el cacique se burló de él. Entonces este hombre, desesperado, enloquecido, amartilló una pistola y la disparó sobre aquel representante del poder público. Había matado al cacique.

Dijérase que cuando el suceso fué conocido en España hubo en toda ella una honda conmoción, porque, en verdad, no hay villa ni aldea donde el cacique no merezca ser justamente asesinado, si no viviésemos en un estado de Derecho en que es forzoso que todo se haga dentro de la ley, menos, naturalmente, lo que hacen el cacique y sus amparadores, el diputado, el gobernador y el ministro. Así, cumpliendo con la ley, se procesó al asesino y se le entregó a la vindicta pública. En aquel banquillo de la Audiencia, entre una pareja de la Guardia civil, se sentó, no el médico homicida del Pobo, sino toda España... Toda España, padecida y encanallada del mismo tormento, del que quiso librarse aquel pobre hombre disparando su pistola. El Jurado, que es la más inícua y ruín institución de nuestra ridícula democracia, este Jurado que en Madrid absuelve a los chulos que asesinan mujeres y a veces hasta a quienes asesinan hombres, con tal de que el abogado se las traiga y que el caso haya sido jacarandoso y haya tenido un puntillo de honor y un toque de majeza, comprendió que aquel mediquillo tan estulto, que toda su vida había sido una persona decente, y tan necio que había estudiado una carrera en vez de asistir a la tertulia de un prohombre político, había cometido un crimen horrendo, un crimen que atentaba a los más sagrados fundamentos del orden nacional, y le condenó *con todas las de la Ley*, como dicen de rastrillos adentro los vecinos de la Cárcel Modelo; esto es, sin concederle ninguna atenuante, sino al contrario, todas las posibles agravantes: ni obcecación, ni arrebato, ni legítima defensa, sino premeditación, alevosía y ensañamiento... El médico fué a presidio.

Tan disculpable el delito y tan dura la sentencia, prodújose en toda España una de esas alharacas y rebullicios que aquí llamamos movimiento de opinión. Se escribieron artículos y mensajes, se recogieron firmas, se pusieron telegramas, se pavonearon los personajes y parecía, en verdad, que iba a hacerse la verdadera justicia: la de indultar a ese desdichado, que de tal modo veía truncada su misérrima vida y devolverlo al amparo de cariño de su familia. Pero pasaron los días, los meses y aun los años ya, y el médico del Pobo sigue en presidio. Es más, según dice el *Boletín del Colegio Médico del Ferrol*, ni se ha escrito siquiera la primera página del expediente de su indulto. Me parece que a la clase médica, acaso por su heroica convivencia con el dolor y con la muerte, le falta corazón.

No se explica de otro modo que los médicos que han llegado a ministros y tienen en sus manos esa llave de oro de la vida española que se llama influencia y que en los mitológicos tiempos debió ser llave de la caja de Pandora, puedan dormir tranquilos en su muelles lechos sabiendo que el médico del Pobo reposa sobre un camastro del presidio que lleva el rotundo nombre de San Miguel de los Reyes; ni se concibe que los médicos que han hecho de la Medicina y de las Letras una misma gloria, como mis amigos Tomás Maestre, con su admirable campaña de los reos de Mazarete, y Tolosa Latour, con el corazón inflamado por las misericordias, callen también y no recuerden al pobre médico de partido que con el maestro de escuela y el cura rural son los tres santos más grandes del martirologio español.

Pero aún hay otro aspecto que me parece que no ha sido dilucidado en este caso. ¿Qué hacemos los inductores de ese crimen, para el que no hay perdón? Cada día, ¿no estamos todos, desde el señor Maura en la extrema fogosidad de sus discursos y en el lapidarismo de sus cartas hasta este modestísimo forzado del artículo que habla aquí, diciendo que esa lepra, esa indignidad moral, esa bestialidad cabileña del caciquismo, nos deshonra y nos degrada, corrompe la justicia, mancilla la dignidad del Poder público, encanalla y prostituye la ciudadanía...?

Alucinado o no, excediéndose o no en la medida de la justicia que se tomara por su mano, con razón o sin ella, enloquecido por la miseria o convencido por un sereno raciocinio, ese hombre que mató al cacique había acaso escuchado un anatema de Maura o lo había leído en el seco ex-

La Sierra de Córdoba.—El santuario de Linares.

tracto de un relato telégrafico, o había acaso, ¡pecador de mí!, caído en sus manos uno de estos artículos en los que pongo toda la ponzoña anticaciquil que puedo, porque sé bien que se me acabará la vida antes de que España llegue a sentir el sonrojo de este grosero e invertido feudalismo de tunantes.

Y si este pobre médico, que mató al cacique sin ver que dentro del cacique había un hombre, cometió un delito, creo yo que somos muchos los que pudiéramo acusarnos de haberle empujado al presidio en que se encuentra. Así somos muchos también los obligados a salvarle.

Dionisio Pérez.

LA GUITARRA

I

Esa guitarra que suena
tan alegre y bulliciosa,
va expresando cadenciosa
la dicha que me enagena.
A mi alma, de goces llena,
tan grata es su melodía,
que, vibrando en armonía
con mi loco pensamiento,
viene a aumentar mi contento
con las notas que me envía.

II

Llorando mi desencanto
parece está la guitarra,
pues el alma me desgarra
con su monótono canto
y remedando mi llanto
el melancólico son,
ese lúgubre bordón
suena para mi tan triste
como la pena que existe
dentro de mi corazón.

III

En vano es que, con ardor,
desalentado o dichoso,
en ese ritmo armonioso
busque ventura o dolor.
Ora suene halagador,
ora sentido y doliente,
¡ay! ilusión de la mente
es, sin duda, a lo que veo,
pues sólo finge el deseo
lo mismo que el alma siente.

Cayetano de Alvear.

IDEAS Y EMPLEOS

En alguna ocasión, estudiando las pasiones, hubimos de afirmar que éstas son el producto de la lucha entablada, ante la apreciación de cualquier hecho, entre los dos grandes grupos de fuerzas, compendio de las varias actividades y modos humanos, nombradas sentimientos y razón; y que la supremacía de aquellas determinaba la existencia de las pasiones inferiores, mientras que engendrábanse las altas y nobles por el predominio de la razón.

Y es por esto que los hombres, siempre pasionales, ante las más leves manifestaciones de la humana actividad prodúcense como *esencialmente* sentimentales o como esencialmente intelectuales; siendo los sentimientos producto de la vida instintiva, cual sea la categoría de ésta.

De aquí que, para la apreciación de cualquier fenómeno, la humanidad, las razas, los pueblos, la familia, todo conjunto de humanos seres (dado que la psicología de las masas, de la clase que fueren, es la resultante del total de sus componentes) se separe o divida en dos grandes grupos: los que interpretan con los sentimientos esencialmente y los que lo hacen esencialmente con la razón.

Aquellos son la rémora de los pueblos, los decadentes, los continuos proclamadores del *statu quo*, los amantes de la tradición en cuanto esta supone quietud, continuidad: los del agobiante «a mi me va bien», aunque este su *bienestar* le alcanzaran a costa de su propia dignidad; los que besan la mano que les azota si entre los dedos lleva alguna miga ja de pan y limpian la sangre que al brotar de sus espaldas manchó el látigo del *señor* si aquel ha de *servir* para azotar a sus hermanos; los que viven de insanas complicidades. Aquellos son los que siempre se colocan del lado de la fuerza y del poder, prestos siempre a calificar de locura o ambición las nobles ánsias de amor, de libertad, de renovación y de progreso; los que nacieron para esclavos, pero esclavitud de parásito; los que nombran felicidad a la más asqueante simbiosis. Los que defienden y sostienen la opresión desenfrenada, el más descarado arribismo, la expoliación del débil, el contubernio de la inmoralidad. Los de ira reconcentrada, los de ponzoña oculta engendradas por su misma indignidad y siempre dispuestas a ser derramadas sobre la debilidad y la sinceridad, pero transformándose

en claudicación y bálsamo ante la fuerza y la falsedad.

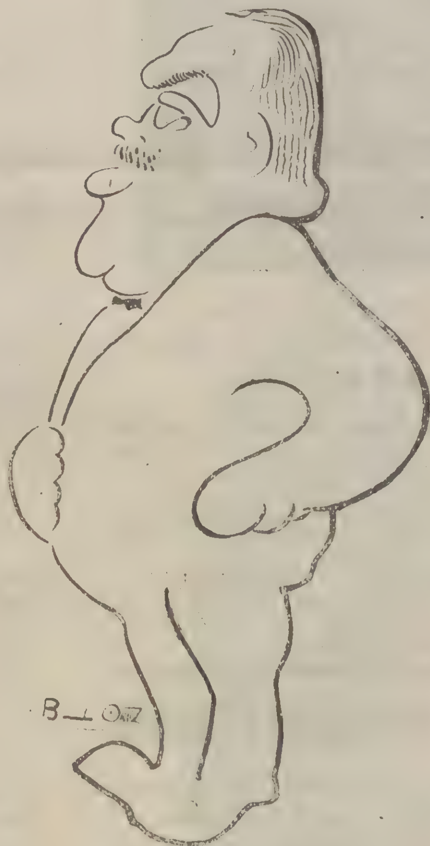
Aquellos son los que en las aciagas horas de estos luctuosos momentos para el mundo y para la Patria, preconizan una suicida absoluta neutralidad a todo trance; los que se nombran «hispanófilos» y sustraen la madre patria a la egregia evolución que ya se inicia en todas las modalidades de la vida; los que consienten en que la vida nacional retrograde a los siglos medioevales; los que piden silencio y conformidad ante los desafueros y arbitrariedades de un poder vitando sin más autoridad que la de su propio descaro.

Aquellos son, por último, los que amnésicos de sus más sagrados derechos, ya que no sean reos de nefandas concupiscencias, vituperan y escarnecen a los que cubiertos a su pesar por el lodo del ambiente de la época, buscan cristalinas fuentes donde limpiar y restañar las inmundicias que impurifican su piel.

Y en la pendiente de su impudicia afirman que vedado está liberar el pensamiento, liberàr el espíritu al que no supo (no pudo, decimos nosotros) hacer libre la existencia de su vida animal. Y cuando en estos momentos de ánsias liberadoras, de noble y profunda renovación, hombres llenos de vida, de vida digna, elevan su cerebro para que, por encima de las cosas del presente, contemple las bellezas de un inminente porvenir, aquellos, los de pasiones inferiores, de pasiones hijas de la vida automática, les lanzan al rostro, para estigma de su regeneración y alteza de anhelos, lo que es ejecutoria de su despreciable miseria espiritual, y como energúmenos exclaman: «Antes de pensar por tu cuenta haz renuncia—¡para nosotros! de lo que no adquiriste por tu solo esfuerzo»; y quedan tranquilos ante el espejismo de las exuberancias de los presupuestos oficiales.

Esto es, las ideas son incompatibles con los empleos. El hombre que acepta un empleo hace hipoteca de su inteligencia. ¡Si Descartes hubiera sido de nuestro siglo habríase visto obligado a colocar entre los animales irracionales al empleado! Esta especie animal carece de alma libre para los que piensan con el estómago.

Y aunque sólo castrados cerebrales, analfabetos son los que tal predican, es necesario aclarar algo sus extremos, Afirmación bastante extendida por mimetismo o iracundia necesita de formal contradicción; y más si cabe entre la clase médica, ya que nosotros estimamos que una de las principales causas del desprestigio y desamparo del médico rural es esta del aherrojamiento cerebral al caciquismo; el médico titular no alcanzará la plenitud de su dignidad profesional en tanto no sea capaz de pensar por sí mismo, pero antes habrá de demostrar que está capacitado para ello poniendo en envidencia lo absurdo de aquella afirmación.



Figuras conocidas.—El concejal don Rafael Gutiérrez Villegas.

Caricatura de Bernardo Ortiz.

Y como a los colegas todos rogamos opinión, por delante va la nuestra, expuesta con absoluta sinceridad.

¿Puede el favorecido por el caciquismo protestar y luchar contra éste, juzgarle y exponer ideas y pedir sanciones contra él?

Los que antes nombramos dicen: Los empleos de favor se deben al caciquismo; los favorecidos, mientras conserven el empleo, no pueden pensar contra el caciquismo dignamente.

Está bien; pero es que, como nos decia un muy culto amigo nuestro, sólo atienden a uno de los factores y olvidan quizá el esencial: el favorecido debe dimitir el favor cuando se halle en desacuerdo con el cacique, desde luego, pero el cacique que debe éste su caracter al apoyo y obediencia de aquellos, deberá, por idénticas razones que aquellos, renunciar a su papel cuando no cuente con ellos; el cacique no es cacique por sí, sino por que le han hecho tal, por consiguiente si los que le sostienen no le aceptan no deberá pedir que le devuelvan el favor, que hizo como pago de su encumbramiento y que pudo hacer porque ellos le pusieron en condiciones para hacerlo, sino que deberá dimitir y no exigir que los demás dimitan. Para nuestro culto amigo, el cacique es un mandatario, un embajador enviado cerca del poder central o de los poderes locales para que en continuo contubernio nos reparta algunas mercedes, y, por consiguiente, cuando no nos sirva estamos en nuestro derecho si pretendemos «darle la cuenta». Pero nuestro culto amigo olvida que el criado, el administrador se hizo amo y señor; no es mandatario, no, es el que manda. En el momento del reparto de mercedes, para conseguir la mayor, hacemos total renuncia de nuestra personalidad y al querer recuperarla ya nos hemos dejado gran parte entre sus garras. Son otros los términos del problema.

Al venir el hombre a la vida social se encuentra con un medio, en el que es normalidad y característica la existencia e imperio del caciquismo. No podrá dar un paso sin que tropiece con alguno de los tentáculos de aquel; todas las actividades vitales, todas las fuentes del vivir, todas las modalidades sociales hállanse por él usufructuadas. Concursos, oposiciones, el comercio, la industria, las profesiones libres, hasta el trabajo manual sienten y sufren el poder del caciquismo; se adquieren plazas, se goza de crédito comercial, se obtiene un puesto en el trabajo agrícola mediante la protección caciquil. El caciquismo todo lo invade. Al pedir un puesto en la lucha por la vida no quedan más que dos caminos: o aceptar este estado de cosas, es decir, recurrir al caci-

que y medrar a su sombra o elimiminarse por inadaptación, esto es, disponerse a bien morir por la acción del vacío o de la opresión. Y como al comenzar a vivir esto no es frecuente desearlo, no queda otro recurso que recurrir al favor.

Y nosotros preguntamos: ¿el joven que termina su carrera y se encuentra conque sólo conseguirá una titular de médico si se somete y suplica al caciquismo, está obligado de por vida a acatar este estado social que en la época de los grandes esfuerzos vitales le exige la más grande indignidad? ¿Que no solicite ninguna intitular? ¿Y cómo podrá vivir en un pueblo ejerciendo libremente la profesión, luchando con los colegas que ya aceptaron el caciquismo y que a su sombra medraron?

¿Que cuando haya de combatir al caciquismo renuncie la titular? ¿Pero es que el cacique es el propietario universal? ¿Es que las cargas nacionales, con las que se satisfacen estos gastos necesarios, pasan a ser propiedad de los administradores?

¡Peregrina teoría que crea parias y seres indignos! No, no podemos admitirla. Nadie puede dar ni quitar lo que no es suyo y el erario municipal, provincial o nacional no es, aunque otra cosa parezca, de los que probablemente le administran sin el expreso consentimiento de los administrados.

El empleado tiene derecho a pensar, está obligado, si es hombre digno, a exponer sus ideas, a no ocultar su pensamiento; y cuando recurra al favor, favor así nombrado por una mal entendida aplicación de los deberes sociales, deberá hacer comprender que no es a cambio de la renuncia de su cualidad de hombre libre.

Y si algún *ilustre* analfabeto, de esos que aceptan y defienden la inmoralidad, del orden que fuere, cuando es ejecutada por sus protectores, calificándose a sí mismos, os hablara de renuncias y dignidad, ofrecerles la determinación por muchos preconizada en las horas de ahora, preñadas de altísimos deseos de renovación: Renuncia general por los de arriba y los de abajo y por los de enmedio a todo empleo y representación.

Llegada esta hora solemne revisémoslo todo: propiedades consolidadas y sostenidas por la ocultación; cargos obtenidos por falsos concursos y oposiciones; representaciones políticas usurpadas y adquiridas por el amaño, etc., etc.

Y sólo cuando estemos a esto dispuestos podremos noblemente hablar de limitaciones en la actuación social.

Lawinkel.

OYE...

Jamás quise aborrecerte
porque en Dios eres mi hermana,
ni quise darte la muerte
hiriendo con brazo fuerte
tu corazón de tirana.
Y te llegué a perdonar
cual caballero cristiano
que aunque duro en castigar
sabe que debe mirar
en su enemigo un hermano.
Pero vuelves tentadora
y el que contigo fué bueno
tal vez, mujer seductora,
de su venganza en mal hora
no puedas tener el freno.
Llegando a mis soledades
podrás hacerme cautivo
con tus locas vanidades
y trocar en tempestades
la dulce paz en que vivo.
Podrás dejarme maltrecho...
mas ¡ah, corazón de hiena!
si la pasión en mi pecho
por tu mal y a mi despecho
voraz se desencadena...
¡Tú la hojarasca has de ser
y yo el temible aquilón;
tú, al fin, la débil mujer
y yo el rayo que ha de hacer
pedazos tu corazón...!
¡Mas no, desdichada Elvira;
mata esa pasión insana,
pues que mis ojos, sin ira,
como al prójimo se mira
quieren mirarte mañana...!

Jesús Rodríguez Redondo.

EPISTOLARIO

A SU MAJESTAD EL REY

VI

El desleimiento de las banderías políticas

No veo, Señor, otro procedimiento para enfrenar sin estridencias las demasías de la oligarquía burocrática; muchos son los que, sintiendo el noble deseo de servir a su Patria, no ven abierto otro camino que el de incorporarse a la oligarquía gobernante y se filían en ella llevando quizá la esperanza de influir en su moralización; ligados ya, se creen luego obligados a servir de pantalla a los truhanes y es indudable que si las clases sociales, las profesiones y los gremios actúan como entidades corporativas en la vida pública, pronto volverán a sus lares quedando en las banderías únicamente los réprobos. Separado así el oro de la escoria, claramente verá Vuestra Majestad quiénes son los hombres capacitados para desempeñar cada Ministerio; Vuestra Magestad entonces escogerá por sí mismo sus ministros para cada ramo; éstos se perpetuarán en el servicio, acabarán las imposiciones del Banco azul sobre los escaños rojos, las Cortes volverán a ser lo que fueron y el régimen representativo será un hecho.

Resumen del absurdo político

En resumen, Señor, vea Vuestra Magestad cuáles son los tres absurdos que, como axiomas inconcusos y bases fundamentales de la política española, admiten intangibles en la práctica del gobierno hasta los hombres más serios en las banderías militantes.

«Cada hombre es un voto.—Es decir, que para ejercer el derecho más importante y transcendental de los derechos anexos a la ciudadanía, ha de prescindir de la honradez y del decoro y han de anularse los aciertos de la inteligencia formando un censo general fundamentado en la brutalidad del número, porque sólo de esta manera puede conseguirse que cada Ministerio se adapte unas Cortes serviles conformadas en los comicios a golpe de troquel, y esto es lo que se busca.

«El Rey reina, pero no gobierna.»—Es decir, procuremos que se divierta, pero coartemos su acción en el Estado y en el país de tal manera que no cuente con más apoyo que el de nosotros mismos. Sírvanos su figura para infundir respeto y tener a raya a cuantos pudieran estorbarnos y entre tanto, merendémosnos al país detrás del Trono.

«La supremacia del poder civil.»—Es decir, dueños ya los bárbaros de las riendas del Estado, caigan a sus pies el clero y la nobleza, la magistratura y el Ejército; ya no hay clases sociales, ni moral, ni decoro, ni justicia, ni defensa; ancha Castilla para nosotros y después el diluvio.

SILUETAS FEMENINAS

UNA MUCHACHITA DE CÓRDOBA

POR ALFONSO DEL ROSAL

Exhortaciones al sentimiento nobiliario.

Estas son también, Señor, las tres llaves con que la democracia atea nos ha cerrado el sepulcro del Cid; el culto a la familia se ha perdido y los vínculos de sangre están ya rotos. Alba, Alcudia, Algete, Andría, Arión, Aguilafuente, Acapulco, Auñón, Béjar, Benavente, Bedmar, Camarasa, Corzana, Castrillo, Cenete, Cerralbo, Corvera, Estremera, Floridablanca, Guendulain, Guadalcázar, Huete, Montemar, Maceda, Montijo, Mos, Narros, Osuna, Oropesa, Pastrana, Peñafiel, Puñonrostro, Salar, Villahermosa, y tantos otros que llevan los nombres de aquellos que en armas, en letras y en artes hicieron a España Señora en ambos hemisferios ¿qué piensan y qué hacen que no vienen a este Centro donde con la voz del honor se les llama? Reparen como después de sus castillos, hoy se desmoronan sus palacios y hasta las casas solariegas en que nacieron; consideren que si la desvinculación rompió el enlace de la prosapia, hoy el deshonor está rompiendo el vínculo de clase, porque no se honra lo que no se estima y no hay estimación si no hay merecimiento. Valga lo que valga individualmente, cada noble es un grano de arena que fácilmente arrastra y enloda el huracán de las concupiscencias; una acción villana en un noble, salpica al rostro de la clase, mancha a todos y donde la nobleza formando bloque no se purifica, pierde su cimiento el Trono.

Hoy no es la morisma, es el judaísmo lo que invade a España y es preciso, Señor, emprender la reconquista. Aquellos Aguilares que morían por el Rey en las Alpujarras, aquellos Guzmanes que por el Rey sacrificaban sus propios hijos en Tarifa, aquellos Girones que por su Rey entregaban su pecho a la cimitara, aquellos Pérez del Pulgar que con su daga escribían el «Ave María» en el corazón de Granada, aquellos Fernández de Córdoba que daban a su Rey nuevos reinos en

El eminente barítono Emilio Sagi Barba y la admirable actriz Luisa Vela, que han de actuar en el Teatro Circo del Gran Capitán, donde, al frente de una notable compañía, se presentarán al público el próximo día 22

Italia, todos aquellos nobles que en las últimas Cortes de Castilla ofrecían al Monarca sus bienes en montón para sus guerras en Flandes, influirán ahora seguramente desde el Cielo sobre los que han heredado sus timbres y sus nombres, y si éstos no se mueven, si no se concertasen hoy en defensa de la Patria apoyando a su Rey, esta sería, Señor, prueba tristísima pero evidente, de que se les ha extravasado aquella sangre.

Conclusión y dilema

Del movimiento inicial corporativo de la Nobleza, pende, pues, en este momento histórico que nuestra nacionalidad se salve o se hunda. Para que las legítimas aspiraciones del país se pronuncien debidamente en el Parlamento y lleguen a Vuestra Majestad sin adulteraciones acomodaticias y para que la ley de responsabilidad civil de los funcionarios públicos deje de ser letra muerta, es preciso, Señor, que la Nobleza actúe compacta dentro y fuera del Parlamento, que purifique el ambiente social y el político, comenzando por purificarse ella misma, que a Vuestra Majestad asesoren las clases sociales y no las banderías y cuando Vuestra Majestad sienta a su lado el verdadero amor nacido de la gratitud de los pueblos y los Ministros sean, como prescribe la Constitución escrita, meros mandatarios del Rey y no sus tutores, suceda lo que suceda en el actual conflicto mundial, España volverá a ser España y Vuestra Majestad asegurará en sus sienes la Corona de los Alfonsos.

Creo, Señor, que todo esto es perfectamente claro; el camino de nuestra salvación está expedito y un dilema inexcusable se impone en estos críticos momentos a la Nobleza española, o se mueve, se concierta y ayuda a Vuestra Majestad con su consejo corporativo o España se hunde y entonces... Sobre los nombres propios de los que hoy ostentan dignidades nobiliarias, caerá la maldición de las generaciones futuras.

SEÑOR

A LOS REALES PIES DE VUESTRA MAJESTAD

El Conde de Torres Cabrera.

Cerdos dentro de la población

Publicamos, sin comentarios—a la vista saltan—la relación oficial de los cerdos que, con infracción notoria de las ordenanzas municipales y los más elementales principios de la higiene, son criados y cebados dentro de la población.

Carmen Raya Luque, calle de la Rinconada, número 1, un cerdo.—Andrés Jurado Díaz, Rinconada, 6, cuatro.—Francisco Leiva Cabezas, Rinconada, 6, uno.—Manuel Palomero, Rinconada, 8, dos.—Juan Palomero, Rinconada, 8, dos.-Romualda Expósito, Rinconada, 19, uno.—Antonio Luque Cruz, Rinconada, 17, tres.—Antonio Salvador Requena, Rinconada, 15, uno.—-Antonio Espejo, Rinconada, 15, dos.-—Eduardo Raya Luque, Rinconada, 9, uno.—José Gómez Alcaide, Puerta de la Iglesia, 15, siete.—Juan Hidalgo Gutiérrez, Puerta de la Iglesia, 17, dos.—Daniel Barona, Martín López, 9, uno.-Fernando Cerrato Muñoz, Martín López, 7, tres.—Luís Moya Salvador, Santo Cristo, sin número, dos.-Juan Ruíz Pérez, Horno, 6, dos.—Antonio Márquez Tuero, Horno, 8, veinte y uno.-José Trujillos Ruviejo, Gitanas, 2, uno.—Ana Moreno Expósito, Altillo, 6, tres.—Pilar Rodríguez Losada, Ventorrillo, 3, uno.—Teresa Espinosa López, Ventorrillo, sin número, veinte y tres.—Juan Moreno Luque, Espalda Santo Cristo, 3, uno.-José Camino Jiménez, Espalda Santo Cristo, 5, uno.—Francisca Luque Rodríguez, Acera Pintada, 12, cinco.—Andrés Navarro García, Jesús, 6, uno.—Francisco Gómez López, Acera Granada, tres.—Antonio Baena Llamas, Martín López, 19, dos.-Francisco Gil Guerrero, Rinconada, 19, uno.—Antonio Gaspallo, Rastro, 7, once.—Antonio Trujillos, Mantillo, 6, uno.—Don José Suárez, Campo de San Antón, sin número, ocho.—Manuel Caraballo, Posada de San Antón, uno.—Gregorio Sánchez Soriano, Campo Madre de Dios, 21, uno.—Antonio Herrera Márquez, Campo Madre de Dios, 29, cinco.—Cristóbal Chacón Ruíz, Siete Revueltas, 3, dos.—Francisco Cerrillo, Siete Revueltas, 7, uno.—Rafael Barroso Rizo, Barrionuevo, 59, dos.—Ramón Jiménez, Barrionuevo, 29, uno.-Antonio Gutiérrez, Barrionuevo, 3, dos.—Bernardo Gutiérrez, Barrionuevo, 5, uno.—José Ruíz Cotrú, Barrionuevo, 5, dos.—Juan Cristóbal Caballero, Ravé, 16 duplicado, dos.-Fernando Espejo, Postrera, 5, uno.-Antonio Llamas, Enmedio, 1, uno.—Manuel Martínez, Corralón de Vista Alegre, tres.—Manuel de la Torre, Enmedio, 53, uno.-Francisco Torregrosa, Duartas, 2, uno.-Fernando Garrido, Enmedio, 21, dos.-Fermín Ramírez, Postrera, 17, uno.-Rafaela Casares, Martín Roas, sin número, dos.-Antonio Palacios González, Crucifijo, 2, uno.—Luís Cañete, Huerto de Santa Inés, uno.—Francisco Blanco, Arenillas, 22, uno.—Juan Cañete, Isabel II, 24, uno.—-Manuel Zaragoza, Alfonso XII, 50, uno.—Angel Moyano Salamanca, Ravé, 13, tres.—Juan Osuna Pavón, Ravé, 10, uno.-Antonio Cruz, Ravè, 19, uno.—Angel Vázquez, Moriscos, 30, seis.—Rafael Casas Alguacil, Empedrada, 2, uno.-Emilio Sabariago, Muro, 10, uno.-Camila Castro Cerrillo, M. San Antón, 1, dos.—José Doblas Pulido, Greñón, 21, uno.—Francisco Molina Arroyo, San Antón, 3, uno.—Benito Carmona Doblas, Postrera, 8, dos.—Josefa Muñoz Cabrera, Postrera, 7, uno.—Antonio Arroyo Jurado, Costanillas, 52, dos.—Antonio González Avila, Juan Tocino, 2, uno.—María de la Paz Díaz, Juan Tocino, 10, uno.-Concepción Higueras Muñoz, Juan Tocino, 9, uno.—Angel Trujillo Rubio, Ollerías, 27, uno.—Pedro Gómez Hidalgo, Ollerías, sin número, dos.—Antonio Hidalgo Sánchez, Ollerías, 31, dos.-Antonio Moca Mata Ollerías, 33, uno.-Manuel Pérez Valbuena, Ollerías, 33, uno.—Emilio Rojas, Ollerías, 33, cinco.—Josefa Torres Mejías, Moriscos, 27, tres.—Rafaela Vega Gómez, Valencia, 2, uno.—Elías Moreno, Empedrada, 6, uno.—Ramón Delgado Alvarez, Mayor de Santa Marina, 24, uno.—María Calzada, Marroquíes, 24, uno.-—Emilio Torres, Marroquíes, 14, uno.—Josefa Redondo, Lagunilla, 43, uno.—-Manuel Rodríguez García Hermanos López Diéguez, 5 duplicado, 2.—Concepción Moreno Mata, Fernán Pérez de Oliva, uno.—Rafael Heredia, Alhóndiga, 53, uno.—Rafael Prieto, Cardenal González, 106, uno.—Angel González, Cardenal González, 99, dos.—Rafael Castro, Cardenal González, sin número, uno.—Juan Gómez, Cardenal Gonzàlez, sin número.—-Enrique Seguí Aracil, San Nicolás del Río, sin número, uno.—Rafael Sanz Lara, Alcántara, 1, tres.—Angela Gutiérrez, Alcántara, 3, dos.—Francisco Chico, Alcántara, 5, dos.—

La moderna Córdoba.—El paseo del Gran Capitán.

Rafael Rodríguez Martínez, Tomás Conde, 4, uno.—Angel Ruiz Burgos, Puerta de Almodóvar, sin número, 7.—Carmen Cerrillo Meléndez, Puerta de Almodóvar, sin número, tres.—Rafael Gonzalez Martín, Madera Baja, 84, uno.-Manuel Rivas Toscano, Maimónides, 22, uno.—Miguel Márquez, Puerta de Almodóvar, 23, dos.—Josefa Alonso, Guzmanas, 7, tres.—Juan López Santa Cruz, Ruano Girón, 37.-Antonio Duarte, Ruano Girón, 27, uno.—Alvar Rodríguez, 9, dos.—Carmen Fernández, Ruano Girón, 18, dos.—Antonio Ruíz Pérez, Rivas y Palma, 1, dos.—Amalia Alvarez Barón, Rivas y Palma, dos.—Juan Roldán Pérez, Frailes, 54, uno.—Joaquín Lozano, Escañuelas, 14, uno.—Francisco Rodríguez González, Humosa, 9, uno —Rosario Moreno Cabrera, Pozanco, 7, uno.—Manuel Villar Gómez, Carrera de la Fuensanta, 7, uno.—José Ariza, Cáñamo, sin número, seis.—Rafael Plaza Palomo, Cáñamo, 25, uno.—Nicolás Marín Garrido, Cáñamo, 23, uno.—José Alvarez, Cáñamo, 21, quince.—Francisco Rodríguez, Cáñamo, 21, dos. Rafael Arroyo, Cáñamo, 21, seis.—Antonio Alcaide Cruz, Cáñamo, 19, seis.-Rafael Rodríguez Cid, Cláustro, 10, siete.—Antonio Guzmán Moreno, Cláustro, 1, uno.—Rafael Sánchez Jiménez, Tinte, 9, dos.—José Serrano Canales, Ribera, 53, dos.--Dolores Losada, Cañaveral, 6, dos.—Manuel Sánchez Laín, Agustín Moreno, 130, 2.—José García Cruz, Alfonso XII, 70. —Manuel Torres, Alfonso XII, 46, uno.—Rafael Laguna, Huerta Perea, tres.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

POSTALES A MI HIJA

Verte después de un viaje
Para el padre que te adora
Es dormirse en el Infierno
Y despertar en la Gloria!

—

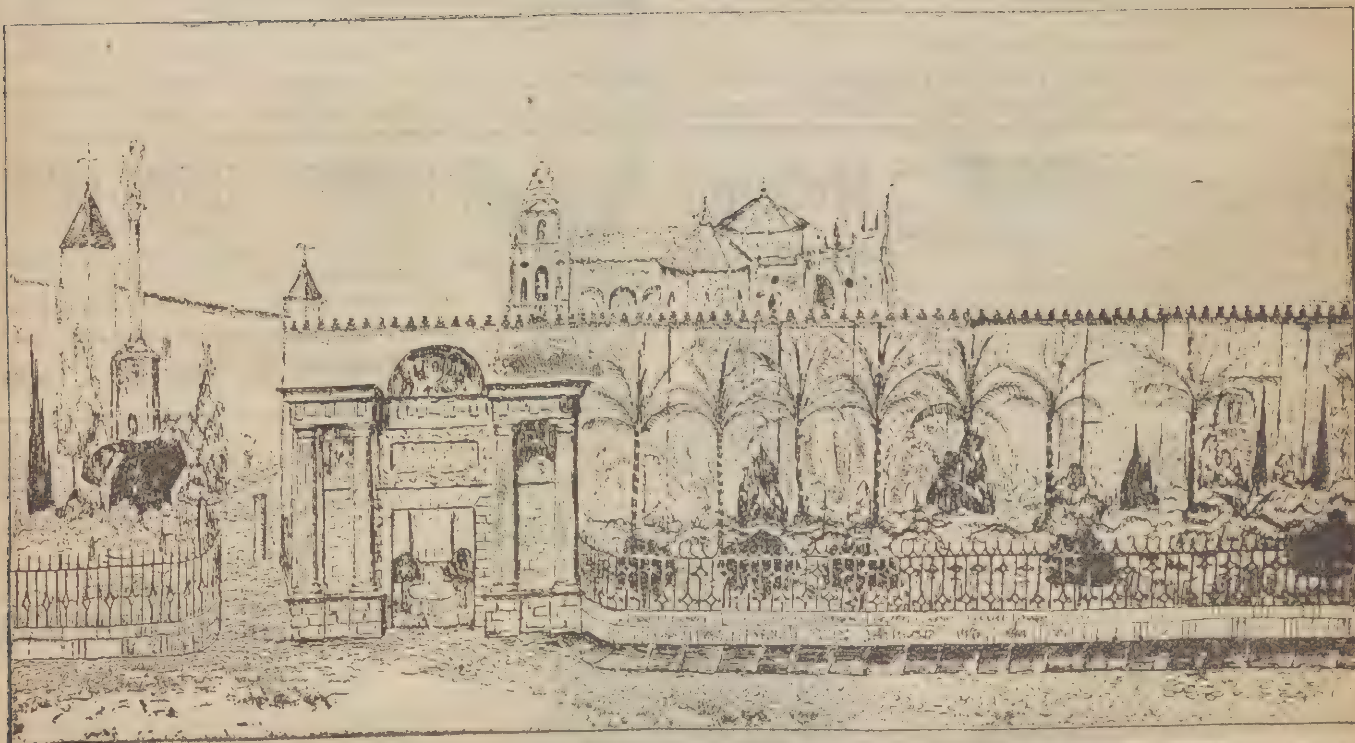
Todo lo hermoso
Que hay en la vida;
Sueños alegres,
Flores divinas;
Las esperanzas,
Las alegrías,
Tardes serenas,
Noches tranquilas,
Todo eso tiene
Para mis dichas
Un nombre solo:
«Magdalenita.»

—

La senda de tu vida
Cubra de flores
Nuestra bendita Virgen
De los Dolores!
Reza, hija mía,
Al pensar en las penas
Que ella sufría!

Antonio Grilo.

CÓRDOBA



La entrada en Córdoba por el Campo de la Verdad.—Aspecto de conjunto del hermoso proyecto de jardines del Triunfo y la Mezquita que el culto teniente de alcalde don Manuel Lama Pérez, teniendo en cuenta la afortunada iniciativa del ilustre publicista andaluz don Alejandro Guichot, ha presentado al Ayuntamiento de Córdoba, con el objeto de embellecer y sanear una de las zonas más importantes de la población.

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

CÓRDOBA

RÉVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 15 de Septiembre de 1917 | NÚM. 56

Los jardines del Triunfo y la Mezquita

En la sesión últimamente celebrada por el Ayuntamiento de Córdoba, el culto teniente de alcalde don Manuel Lama Pérez, partiendo de la base de una hermosa iniciativa del ilustre publicista andaluz don Alejandro Guichot, presentó el proyecto para la construcción del Jardín del Triunfo y el trazado de los de la Mezquita, con el objeto de embellecer y sanear una de las zonas más importantes de la población: la entrada en Córdoba por el Campo de la Verdad, espacio en el que se reúnen los mejores y más valiosos monumentos, produciendo un conjunto que únicamente puede ser igualado en Bagdy o Damasco: la Mezquita-Catedral, la Puerta del Puente, el Palacio episcopal, el Alcázar, el Triunfo de San Rafael, el Seminario de San Pelagio, el Puente Romano, la Calahorra, las viejas murallas y, extendiéndose sobre todo el panorama de la ciudad, la multitud de bellísimas torres, como relicarios que luciesen en la diafanidad encantadora del cielo de la población sin par.

Precísase el proyecto del jardín del Triunfo y se insinúa el de los de la Mezquita, que ocupará el espacio comprendido por la prolongación de la calle del Mesón del Sol por la calleja del Caño Quebrado hasta la ronda de Isasa, la línea de ésta pasando por delante de la Puerta del Puente y la formación de otra desde este punto hasta la unión con la Mezquita, de la manera indicada en los dibujos que en este número publicamos.

El Jardín de la Mezquita hará juego con el Patio de los Naranjos, quedando en el centro de ambos el espacio cerrado, con su bosque de columnas, y se restablecerá en la parte de aquel monumento que mira al río el aspecto que se halla recogido en los antiguos sellos de Córdoba. No insistimos en la explicación de la hermosa iniciativa, porque la prensa diaria ha hablado suficientemente de ella.

He aquí la importante moción a que nos venimos refiriendo:

Al Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad.—Excmo. Señor: Encontrándose, desde hace largos años, las fincas urbanas que se demolieron parcialmente al construirse el trozo de carretera denominado ronda de Isasa en un estado de lamentable abandono en su parte estética, y el terreno desmontado formando solares, abierto a todo tránsito, convertido en vaciadero de inmundicias que, validos de la escasa vigilancia que allí es dado ejercer, suelen arrojar algunos vecinos y transeuntes tan sobrados de despreocupación como faltos de toda noción de higiene; y si a esto se une que la mayor parte de dichas fincas amenazan hoy derrumbarse, constituyendo un peligro para sus moradores, es por lo que el concejal que suscribe, inspirándose en lo que determina la higiene y la seguridad públicas, ruega a V. E. que —salvo su mejor parecer—acuerde y adopte las siguientes disposiciones:

1.ª Que se proceda en breve a la demolición de los trozos de dichas fincas que amenacen ruína, o a demolerlas totalmente, para evitar que continúen habitadas.

2.ª Que se den por terminadas las expropiaciones que estén pendientes, consignándose en los próximos presupuestos cantidades suficientes a completar su amortización, economizándose el Municipio, de una vez para siempre, las 1.237'50 pesetas que por conceptos de indemnización y rentas de estas fincas se vienen consignando hace varios años en los presupuestos; y

3.ª Que, con arreglo a la alineación, se obligue a aquellos propietarior—y proceda en sus parcelas el Municipio—a construir cercas de cerramiento en estos solares, formando muros o tapiales por la línea de carretera que, rebasando el nivel superior del suelo y conteniendo el terraplén de desmonte, rematen por verjas de hierro, o sencillamente por fuertes empalizadas, dispuestas con cierto arte, para que se convierta el terreno cercado en huertos y jardines que, al par que impidan el paso a esos terrenos, les den agradable aspecto.

Como complemento de ello, y siguiendo la línea de perspectiva hacia el Puente, se debe proceder a otra mejora, requerida esta por las obras de reconstrucción y conservación que se vienen haciendo en la monumental puerta llamada del Puente,

Figuras conocidas.—El juez de instrucción y primera instancia de Córdoba, don Angel Avila Delgado

Caricatura de Bernardo Ortiz

la que, cerrada al tránsito público, ha motivado la formación de un camino entre dicha Puerta y el altillo o terraza llamada del Triunfo, camino que ocupa el lugar donde estuvo el edificio de la antigua Alhóndiga y que ha dejado el terreno de la bella placita del altillo en parte desmontado, al abrir este camino, deformado su perímetro, que antes era cuadrilátero, y descentrado el emplazamiento del monumento del Triunfo.

Si se pretende, en lo sucesivo, cerrar con pared mural la paramentación del altillo, por el lado del nuevo camino, éste quedará muy reducido en su latitud y con rampa muy pronunciada y la reconstrucción del muro, por ser de sillería, originará considerable gasto.

Además, conservando la terraza del Triunfo en su altura, restará esbeltez y proporcionalidad a la puerta del Puente, por quedar ésta, por su basamento profundo descubierto, como hundida en el suelo.

Por ello, se hace necesario que se proceda a desmontar en graderías el susodicho altillo, hasta poner su rasante casi a nivel del terreno circundante y en la pared contigua del Seminario hacer graderías o escalones de ladrillos. En el frente, en el camino de ronda, un zócalo con verja seguirá la línea del cerramiento del jardín del Seminario. El camino—puerta hoy de entrada a la población—obtendrá así la anchura y declive que requiere su gran tránsito.

Para el zócalo y verja que cierre por el lado de la carretera, se puede aprovechar el material del cierre que da frente a la calle de Torrijos, por ser en ese lado innecesario.

Las tierras procedentes del mencionado desmonte pueden ser empleadas en rellenar los deltas pantanosos que existen en la margen del río, a pocos pasos de este lugar.

En el recinto comprendido en el desmonte debe instalarse un jardín decorado, con fuentes y bancos alicatados, balaustradas en las graderías y pedestales y fustes de columnas sosteniendo estatuítas, capiteles y jarrones.

Convertido en artístico jardín este rincón y dándole al camino de entrada más amplitud, una vez terminada la puerta del Puente, rodeada de su verja, tendría un aspecto sumamente recreativo esta importante entrada de la población, tan a la vista de los viajeros que entran por la carretera de Sevilla en automóvil, y de los numerosos forasteros que visitan estos lugares al hacerlo a la Mezquita. Es decir, que su hermoseamiento resultaría agradable para propios y extraños.

Para terminar: estas mejoras formarían el núcleo o el comienzo de aquellas otras que, en porvenir no lejano—en ese porvenir que tan ansiadamente se vislumbra de prosperidad y grandeza para esta augusta Córdoba—se implantarán seguramente en esta zona de la población, construyéndose jardines en el perímetro que ocupan hoy vetustas casas, entre la fachada Sur de la Catedral y la ronda, y que en graderías descendentes y según existieron en ese lugar, a juzgar por los antiguos sellos de Córdoba, hermosearán el conjunto de esa entrada de la población, cuya línea panorámica entonces, artística, monumental y frondosa, abarcará en su perspectiva, los jardines y edificios del Seminario, el esbelto Triunfo de San Rafael emergiendo entre flores, el camino de entrada, la monumental puerta del Puente y los frondosos jardines de la Mezquita limitados por la Casa del Pueblo, a la que seguirán pequeños jardines, bordeados en sus cercas por plantas trepadoras y flores, sirviendo de fondo a este hermoso panorama los muros atrayentes de la incomparable Mezquita.

Aparte de esto, que se considerará como idealismo, las mejoras propuestas, por constituir la higienización de lugares convertidos hoy en focos de infección en grado superlativo, y por estar ligado en ello el ornato de la misma zona, son muy necesarias, sin deber continuar indefinidamente en el actual estado; es por lo que ruega a V. E. el que suscribe que la presente moción sea considerada como factible en sus dos primordiales conceptos y se proceda en breve a su realización, por no exigir ni largos trámites ni cuantiosos dispendios, sin que estas indicaciones sean dadas a entender como requerimientos al celo reconocido de V. E. que, no necesitando excitación en ningún asunto, menos puede necesitarlo en éste, en que se interesan la higiene y el ornato públicos.

Casas Consistoriales de Córdoba a 10 de Septiembre de 1917.—*Manuel Lama*.

El Amor y la Poesía

CUENTO

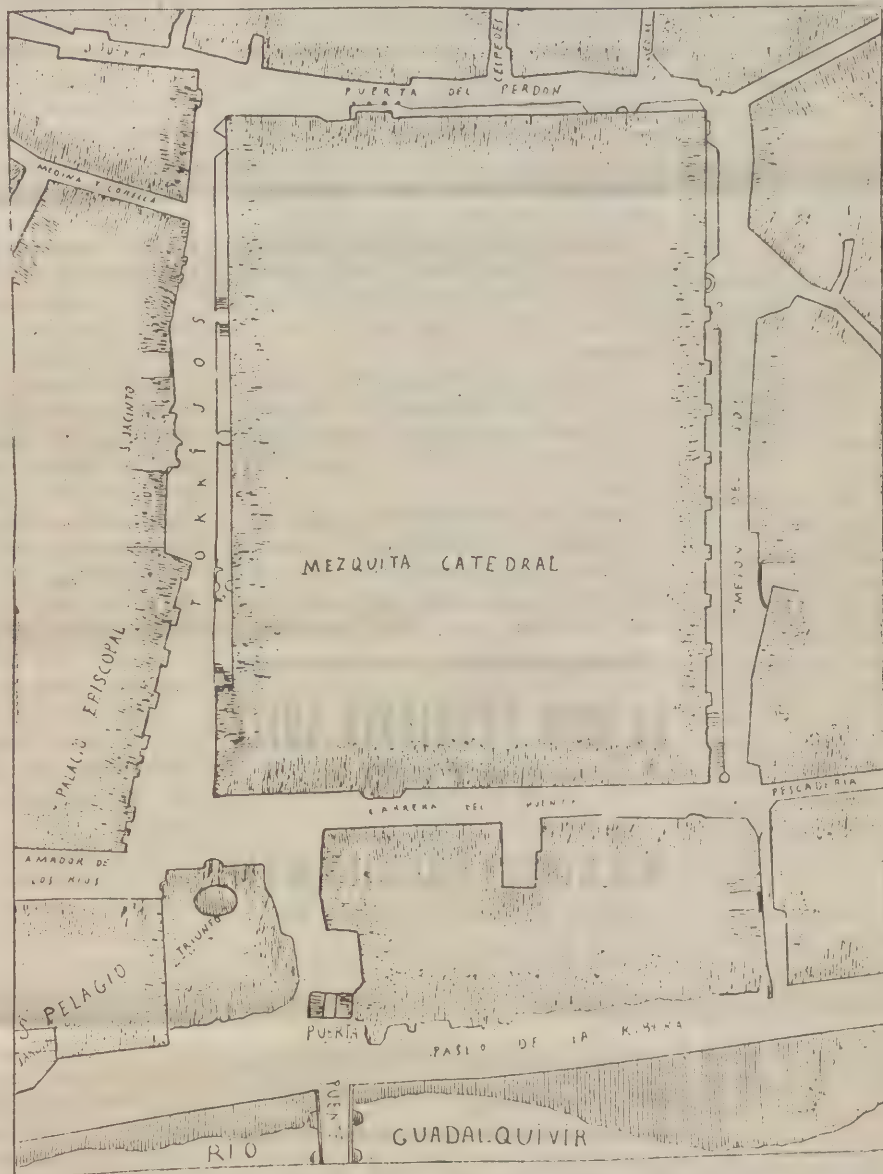
En una ciudad hermosa y rica, joyel aprisionador de las más preciadas perlas de las ciencias, las artes y las letras, organizóse un certamen literario, especie de torneo, en el que habrían de luchar por la gloria los preclaros ingenios de cuantos poetas y escritores existían en aquellos tiempos.

Todos se aprestaron a la lid, anhelando que ciñese sus sienes la triunfal corona de laurel, símbolo de la victoria que engrandece y honra en un principio para inmortalizar después el nombre del elegido. Los poetas cantaron múltiples bellezas en inspiradas trovas y elegías y los prosistas expresaron sus sentimientos en cuentos delicados e ingeniosos.

Se acercaba el día designado para la fiesta y sólo un poeta, acaso el mejor de ellos, aún no había escrito nada. ¡Cómo sentir amores un alma plagada de desengaños...! ¿Qué rosas puede dar un rosal marchito...?

¡Sarcasmo cruel es pedir alegrías y risas a un corazón que destila tristezas, amarguras... y llora lágrimas de sangre...!

Rogelio de Merouner, poeta predilecto y admirado, lejos de batallar por su ideal con más entusiasmo que nunca en demanda de una gloria que tan cerca se le mostraba, dejó que se cubriese de polvo su lira abandonada, y cuando los rayos del esplendoroso sol triunfal comenzaban a acariciar su frente altiva y soñadora, el héroe buscaba en el aislamiento y el silencio el olvido de sus grandezas pasadas.



La situacion actual de la zona afectada por el proyecto de jardines del Triunfo y la Mezquita
Dibujo de Rafael Romero Pellicer

Los lindos labios de una mujer, al mentirle amores, pronunciaron su sentencia; los diminutos pies de su amada pisotearan sus más puras ilusiones...

Escaso tiempo faltaba para la celebración del certamen, cuando Rogelio intentó en vano escribir un canto vibrante y grandioso, como todas sus obras... Al ver que sus inauditos esfuerzos se estrellaban contra la granítica roca del imposible, afectóse cual nunca; con enloquecedora angustia se mesó los cabellos, su desesperación se tradujo en ardorosas lágrimas que rodaron por sus mejillas para caer sobre las vírgenes hojas de papel...

Una vez más fracasó su intento: ¡no podía escribir...! Los amores de ingrata mujer le hirieron despiadadamente... En aquel día de primavera, a la par que el sol, llegaba a su ocaso su espíritu de poeta.

¡Estaban a punto de morir el Amor y la Poesia...! ¡Moría de tristeza el autor de los cantos sublimes...!

—

Dieron su fallo los literatos nombrados al efecto. Entre los trabajos presentados había uno que les llamó poderosamente la atención; su fondo, su forma, su galanura de expresión, sus magistrales rimas y cadencias hicieron que el jurado le concediese por unanidad el primer premio.

«¡Por fin...!» y «¡No han muerto!» eran respectivamente el lema y título de la bellísima composición poética.

Llegó el día de la fiesta: el suntuoso salón, profusamente iluminado por guirnaldas de bombillas de colores, tenía un aspecto sorprendente; enervaba el ambiente saturado de luz, aroma de plantas exóticas y perfumes de mujer; brillaban refulgentes lindos ojos, negros los unos, como la traición de un amante; azules los otros cual pálidas violetas que exornasen sus pétalos con gotas de rocío; también los había de vivos destellos verdes, que parecían partir de la esmeralda más rica de imperial corona.

Uua voz vibrante y sonora exclamó, exparciéndose por los ámbitos de la estancia:

—¡Loor y entusiásticos aplausos al poeta premiado, a Rogelio de Merouner...!

El joven asistió a su consagración radiante de gozo; al aparecer en el estrado, escucháronse los acordes de dulcísima melodía; manos bellas de

mujer arrojaron a sus plantas muchas flores. ¡Tal vez irían algunos corazones envueltos en ellas! ¡Momento solemne cuando una dama gentil y hechicera, rebosantes de amor sus miradas y los labios pletóricos de sangre y de sonrisas, se acercó a él para ofrecerle una corona!

Mientras la encantadora mujer ciñó las sienes de su amado con la corona de laurel, colocó en su alma otra de purísimo amor, tejida con lágrimas y risas, dichas y besos!

En aquel instante de indescriptible emoción, creyeron ser dos almas que amorosas vagaron por el espacio para anidar después en un mismo cuerpo.

—

El poeta marchó solo, sin otros compañeros que sus libros, a buscar en la campiña sanas y aromadas brisas que respirar, consuelo y olvido en la calma que le brindaba el más apartado rincón de cierto lugarejo donde vivían, en compañía de su hija, una tía suya.

Era su prima niña rubia de diez y ocho primaveras, que tenía por ojos dos pálidas violetas, rosas en sus encendidas mejillas, en sus dientes nieve de las montañas y en sus cabellos rayos de ese sol que vivifica los campos dotados de galanas flores, árboles frondosos y pintados pajarillos.

Rogelio encontró en la angelical criatura amor y consejos de madre, bálsamo que cura heridas, mujer poseedora de un cariño pasional y ardiente que hacia olvidar todas las penas.

Cuando huyen las tristezas y el amor comienza a hacerse dueño de los corazones, entonces sueñas los seres.

Cierto día, una semana antes de la celebración del concurso, Rogelio de Merouner se deleitó con la placidez de un sueño.

—

Encontrose en un jardín misterioso, ante un soberbio palacio de cristal situado en la falda de elevadísima montaña envuelta como en un sudario por la nieve. La gigantesca mole aparecía coronada de aludes que amenazaban desprenderse.

Bajo el negro manto de la noche, bordado de diamelas de oro, veíase la extraña vivienda iluminada por una luz de sonrosado matiz que, inundando la estancia, se filtraba en irisados destellos por los cristales de esmeril.

Cercano estaba el mar; la canción de sus olas, al llegar la noche, arrullaba el sueño de los habitantes de la encantada mansión.

Rogelio se detuvo ante el palacio, titubeó unos momentos y, decidido al fin, subió con rapidez la escalinata. Ante su vista se mostró sorprendente espectáculo.

Recostada en un cojín de terciopelo rojo, recamado de oro y deslumbrante pedrería, descansaba una mujer que era cual las sílfides de los vientos o las ondinas de los mares; un nimbo de luz tenía por cabellos, brillo de esmeraldas en los ojos, labios coralinos, senos bellos y turgentes cual pomposas magnolias, manos de azucena, sonrisa saturada de los mayores hechizos y enervamientos placenteros y amorosos.

Sentado junto a ella, dormitaba un niño, también rubio y bello. Cerca del hada había una lira, al lado del infante un arco y un carcax lleno de flechas.

En la lujosa estancia hubo un momento de no interrumpido silencio.

El poeta quedó como petrificado; incorporóse el hada y despertó el niño.

Habló la encantadora mujer:

—Rogelio: Creéis que el Amor y la Poesía han muerto para vos y me felicito de que sean mis labios los que os digan que estáis engañado; es cierto que sufristeis contrariedades y desprecios, mas no importa: si ingrata mujer puede ocasionar la desgracia de un hombre, destrozando sus ideales, la hembra amante y apasionada lo salva, cura esos males originados por vehemente pasión, redime al artista y se hace digna de compartir con él el goce de la gloria.

No continuó; las últimas palabras se ahogaron en su garganta. De un magnífico reloj acababan de escapar cuatro campanadas.

—Marchar presto,—dijo la sílfide. —Ocultaos a alguna distancia y observad atentamente cuanto suceda en éste palacio.

Cogió la lira de oro que yacía a su lado y, entregándosela al poeta después de besarla, añadió: Os dedico esta ofrenda ¡triunfaréis en el arte!

—¡Y en los amores!, musitó sonriente el niñito, y, al ver que se alejaba, le hirió con una de sus flechas.

Sopló helado viento, apenas se hubo encontrado Rogelio a alguna distancia del palacio; desde el exterior se distinguían las siluetas de la gentil mujer y del niño, que, en pie en el centro de la estancia, se hallaban confundidos en un abrazo...

Escuchóse un ruido sordo; enorme alud, tras de rodar por la montaña, se precipitó sobre el palacio. Después, todo quedó convertido en informe masa de nieve.

Llegó la hora rosa en que sucede el crepúscuto matutino; el sol apareció sobre los pliegues de la sierra; su faz refulgía con resplandor siniestro.

Los primeros rayos besaron el alud y derritiose la nieve; el palacio había desaparecido, y, en su lugar, sentada en un trono, apareció lindísima mujer.

Rogelio la contemplaba con admiración y asombro; ¡cómo no, si era la efigie cabal de la gentil lugareña, de su prima!

La aparición coronó al poeta con guirnaldas de flores y estampó en su frente un beso pasional, interminable, porque Rogelio despertó en aquel instante.

—

Tal fué el asunto del poema presentado por Rogelio de Merouner que obtuvo el primer premio en el certamen.

El Amor y la Poesía, no habían muerto; anidaban en el corazón, y, fusionados con sangre ardiente, corrían por las ventas de la amada del poeta, la linda mujer cuyo cariño hacía olvidar las tristezas mayores, las penas más hondas.

Antonio Moya.

"¡En mi casa hago lo que quiero!,,

El señor conde de Romanones, en unas «confidencias políticas» que hizo en Oyarzun al director de «El Día», de Madrid, y que este diario publicó el 4 de este mes, le decía que la primera víctima de los sucesos del 13 al 18 de Agosto ha sido el espíritu liberal, y le hablaba de la reacción que a ello ha seguido, de cómo han despertado el espíritu reaccionario del país, que es al «fin defensa», y de cómo «los que no piensan mucho echan esos desmanes a cuenta del espíritu liberal». Retengamos para su día eso de que el espíritu reaccionario es defensa, porque convendrá al cabo poner en claro lo que la defensa sea. Por lo demás, estamos convencidos de que a esa reacción evidente, que merced al relativo silencio que hace la censura, se deja oír más, seguirá una contrarreacción cuando podamos hablar todos sin traba alguna y cese el monólogo de los gobernantes para empezar el diálogo con los gobernados.

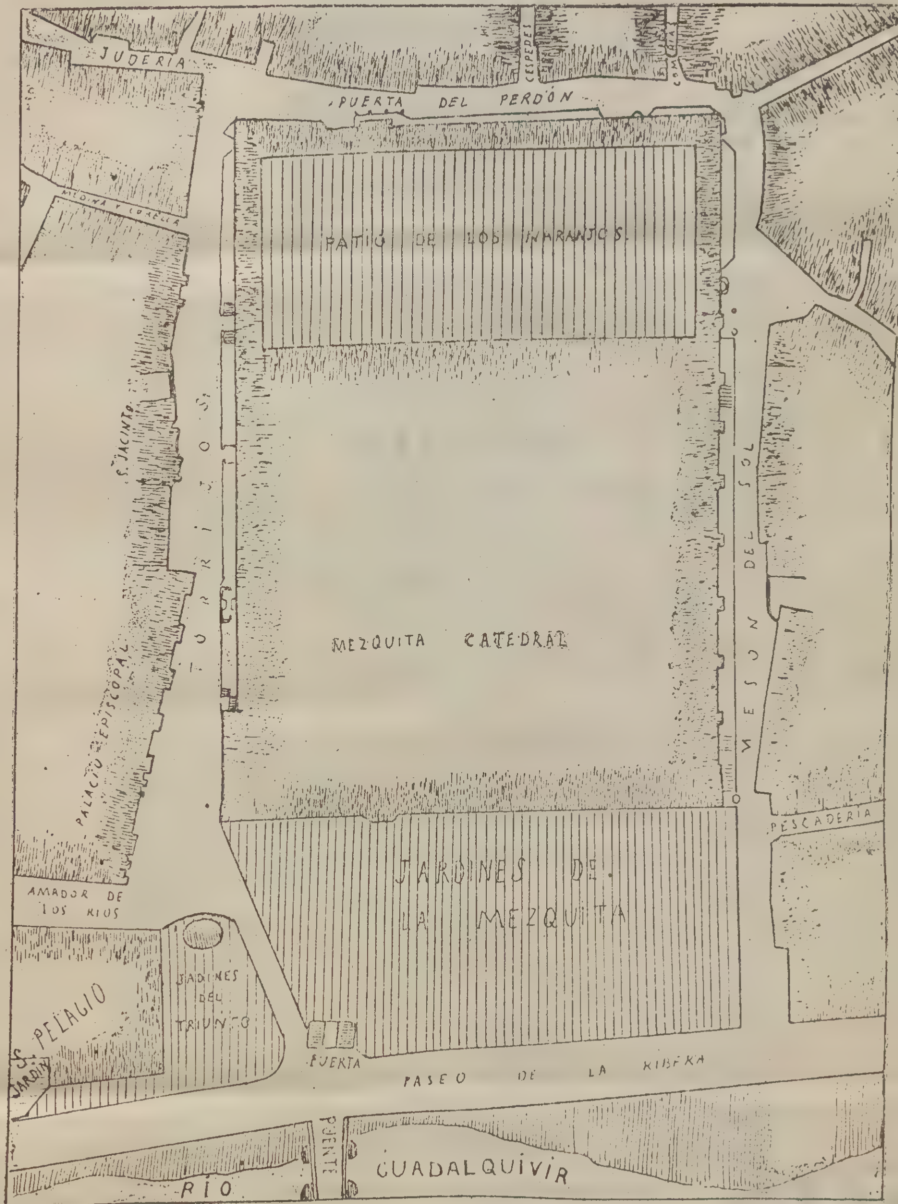
La reacción es evidente y aparatosa. La despavorida burguesía española se ha salido de madre y hay que oír las cosazas que propalan por esas calles, plazas, plazuelas y casinos los que se llaman a sí mismos hombres de orden (De su orden, por supuesto). Hay que oír a los azuzadores de la que en su tiempo se llamó la justicia histórica, expresión infelicísima. Hay que oírlos. Y hay que leer sus farisaicos periódicos. Pero para contestarles debidamente habrá que esperar a que el asunto de la última huelga general revolucionaria deje de estar «sub milite».

Una de las cosas que se proponen ahora esos lamentables burgueses alborozados con el triunfo ajeno es acabar con los Sindicatos obreros, con las Asociaciones obreras. «¡Ha llegado la nuestra!», exclaman. Creen que ahora van a desbaratar a ese verdadero ejército del pueblo que son las federaciones obreras y las sociedades de resistencia. Sueñan con volver al antiguo anárquico régimen de la que llaman libre contratacion. Piensan esos menguados patronos que van a poder imponer a sus obreros la condición de que no se asocien.

Cuando a poco de haber estallado la huelga general se declaró el estado de sitio, publicó el general encargado del mando en Salamanca un bando en el que, entre otras cosas, recordaba los preceptos legales de que ni se puede ejercer coacción con un obrero para obligarle a entrar en una asociación ni para obligarle a salir de ella, que no está permitido ni obligarles a asociarse ni a disociarse. No tenemos a la vista el texto mismo de la ley, que el señor general reproducía fiel y sobriamente, pero el espíritu era ese y el texto es sobrado conocido. La autoridad militar hacía saber así que se proponía hacer cumplir la ley—sea ésta justa o injusta—y que ni se permitiría coaccionar a los obreros para que no se asocien, ni coaccionarlos para disolver sus asociaciones legalmente constituídas.

Pues bien; los patronos curtidores de la ciudad de Salamanca se han reunido para acordar despedir a aquellos de sus obreros que no se den de baja en la Federación Obrera, que es una sociedad pública, legalmente registrada y autorizada. Lo que no sabemos a estas horas es lo que haya hecho con esos patronos curtidores la autoridad que publicó el bando en que se recordaba que no es lícito ejercer coacción sobre los obreros para apartarles de una sociedad legal. A no ser que la amenaza de despido se entienda que no es coacción.

Hablábamos esta mañana de ello con un patrono de larga tradición y abolengo republicanos, y, naturalmente, feroz individualista, con uno de esos típicos burgueses republicanos, y nos decía que él en



Proyecto de Jardines del Triunfo y la Mezquita, al que ha de ajustarse el saneamiento y embellecimiento de una de las zonas más importantes de Cordoba
Dibujo de Rafael Romero Pellicer.

su establecimiento o empresa podía hacer lo que quisiese—«¡pues no faltaba más!»—y admitir y despe- a quien quisiese y en las condiciones que mejor estimase. No quisimos discutir con un espíritu así que en cualquier parte de la Europa civilizada pasaría por un caso curioso. Con estos de «en mi casa hago yo lo que se me antoja» no cabe discutir.

Podíamos haberle dicho que él es muy dueño de cerrar su establecimiento despidiendo a sus dependientes todos, pero que una vez abierto tiene que someterse a lo que las leyes prescriban y que la sociedad ha estimado justo que no es lícito que se le impongan ciertas condiciones a un asalariado. No debe un patrono exigir de sus obreros que renuncien al derecho de asociación Tanto valdría que les exigiese que renuncien a ejercer el derecho de sufragio. El pretender que es lícito exigir de los dependientes que no se asocien es cosa que ya no cabe sino en las molleras de estos republicanos aburguesados o burgueses republicanizados. Que son los peores de los republicanos y los peores de los burgueses.

Ese bárbaro concepto de lo que llaman libertad de contratación del trabajo y no es tal libertad, sino tiranía, es algo que tardará en borrarse del espíritu de nuestra lamentable burguesía española. La cual no sabe aún ni el abecé de la lucha de clases. Aunque ya lo irá aprendiendo con lecciones como la última.

Decíamos que ese patrono puede cerrar o mantener abierto su establecimiento, pero es porque ni éste es de primera necesidad ni insustituible. Si lo cierra acrecerá la clientela de los otros establecimientos análogos. Pero si el dueño de la única panadería que hay en un pueblo se empeñase en cerrarla, el pueblo haría muy bien en apoderarse de ella y utilizar su horno y sus harinas.

Hay dueños de dehesas que entienden que pueden tenerlas sin cultivar porque así se les antoja; pero ha de llegar día en que ese antojo sea castigado con la incautación pública, como llegará día en que no se les permitirá a los señoritos latifundiarios y deportistas sostener cazaderos en tal forma que sus conejos obliguen a los hombres a emigrar, cosa que hoy sucede.

La íntima agitacion, el sordo descontento que ha producido la huelga general última no ha llegado apenas aun a los obreros del campo, a los jornaleros agrícolas, a los pobres gañanes; pero el día en que llegue habrá que oír lo que digan los que creen que el campo se ha hecho para que ellos cacen o para que se críen en él toros de lidia.

El último estallido no ha sido más que urbano y minero. Pero en Galicia hay ya un poderoso movimiento agrario. Y cuando éste se extienda a otras regiones habrá que oír a los que dicen: «¡En mi campo, como en mi casa, yo hago lo que mejor me parece!», y creer que cabe también cerrar los campos como los establecimientos de refresco.

Sí, tiene razón el conde de Romanones al decir que el primer efecto de la última huelga general reprimida por la fuerza pública ha provocado una reacción reaccionaria—creemos que se nos entenderá la redundancia;—pero esto es lo aparente. Pronto se verán resurgir con más vigor las sociedades de resistencia y agudizarse la salvadora lucha de clases.

Miguel de Unamuno.

ROSA FERNANDA

Para mi buen amigo Octavio Nogales.

—¡Que no, que no me coges, Teresita...! ¡Eh! ¡Que no me coges..!

Y Teresita, una linda chiquilla de dos años, corría tras su prima Rosa Fernanda, de doce.

Iba la niña con inseguro paso, levantando y agitando violentamente sus bracillos, tras la prima, con el afán de abrazarla.

Pero de pronto, Rosa Fernanda se detuvo y miró de soslayo a uno de los lados del paseo. A seguida, fuese en derechura hacia un banco que allí había y se sentó. Teresita fué a reunirse y la prima la tomó en sus brazos, besándola.

En aquel mismo instante dos muchachos pasaban por frente de Rosa Fernanda. Uno era alto, delgado y pálido; el otro, moreno, pequeñito.

Y, después de mirarse entre sí, el alto, fijos los ojos en la muchacha, habló:

—Y es bonita, ¿verdad, tú?

Y después:

—Ella lo sabe.

Rosa Fernanda bajó la vista al suelo. Ellos continuaron su marcha, no sin volver de tiempo en tiempo la cabeza para mirarla. Y se sonreían.

Cuando hubieron desaparecido, Rosa Fernanda, sin oír, al parecer, a la primita que, impaciente, la invitaba a seguir el juego, dijo para sí:—Y es bonita, ¿verdad?

Después de breve pausa, con amargura:

—¡Pero yo, soy muy chica.. !

Aquella escena se repetía ya varios días.

Cuando Rosa Fernanda, regresando del paseo o del teatro con su padre, encontrábase con «ellos», la niña bajaba la vista, y, entonces no se atrevía a mirarlos, ni de soslayo siquiera.

—

Algunos años más tarde, Rosa Fernanda tuvo un novio, Enrique.

Una tarde, cuando el sol se ocultaba, los novios paseaban por el parque, y fueron a dar a aquel mismo sitio en que años atrás ellà jugaba con sus amiguitas.

Rosa Fernanda y Enrique fueron a sentarse en un banco, en aquel mismo en que otras veces ella se sentara cuando «ellos» pasaban, y, sonriendo, le dedicaban florecillas y requiebros que la hacían bajar los ojos y que ponían un ligero tinte de carmín en sus mejillas, finas y blancas, de doce años...

Los ermitaños de la Sierra de Córdoba.

Súbito, los novios enmudecieron, como si aquel silencio hubiera sido pactado de antemano.

No lejos de aquel lugar, unos niños, de dos, de siete, de nueve años, jugaban. Y el eco de sus voces y de sus gritos y risas infantiles, llegaba hasta Rosa Fernanda, que permanecía como en éxtasis.

Aquel eco le traía una suave y dulce sensación de bienestar y el recuerdo de otros días, no muy lejanos, aquellos días en que, al igual que estos niños ahora, ella corría y jugaba con Teresita, su primita y con Nanin y con Ricardito...

Todos aquellos recuerdos gratos, bellamente gratos, se agrandaron en la viva imaginación de la muchacha. Y Rosa Fernanda estaba allí, junto a su novio, ajena a él y a cuanto la rodeaba; en su boca, pequeña, roja, dibujábase una sonrisa melancólica, amarga. Porque en el fondo de aquel cuadro que Rosa Fernanda reconstruía en su imaginación, cuadro representativo de los pasados días de la infancia, que son los más felices, los más puros de nuestra vida, dos figuras resaltaban con más vigor y colorido: eran las de «ellos», que la miraban y sonreían luego...

Rosa Fernanda, en este punto, llevó inconsciente su vista a Enrique y volvió a torturarla una obsesión que, desde qué tuvo novio la asediaba: hallarle «un parecido» con «ellos»... No que Enrique fuese feo, ni que «aquellos» fuesen mejores que él, que no lo eran. Pero al evocarlos ahora, como siempre que los recordaba, una obsesión, la misma, la mortificaba, torturante: No, no se parecía Enrique a ninguno de «aquellos.» Y era esto lo que establecía una como separación no confesada entre ambos novios, y era esto también lo que ponía a veces aquella sonrisa de amargura infinita en la boca roja, húmeda, pequeña de Rosa Fernanda.

Y en estos pensamientos, Enrique, a quien el silencio parecía demasiado grande, preguntó:

—¿Tú no has tenido nunca novio, Rosa?

Ella, tras breve pausa, que la inesperada pregunta causase, respondió:

—No, nunca; ya te lo he dicho.

Y él:

—¿Nunca? ¿De veras?

Ella iba a responder negativamente de nuevo, pero el recuerdo, el recuerdo que no se borraba, de aquellas escenas, a la misma hora crepuscular, melancólica; el recuerdo de «aquellos dos» que en aquel mismo sitio, no mucho tiempo atrás, pasaron todos los días, como si hubiese sido obligación impuesta, ineludible, por delante de ella para de-

cirle alguna florecilla que ella recogía, aunque ocultamente, bajando su vista al suelo, con aquel medror extraño, y tiñéndose ligeramente de un leve carmín sus mejillas de niña de doce años; aquellos en fin, «ellos», su recuerdo, la hicieron detenerse y contestar tras breve espacio, para mentir; y dijo:

—¿Dices de veras? Pues, sí... Pero fué cuando yo era chica... Tenía yo doce años... Bobadas de chiquillos, ¡ya ves!

Enrique, curioso, inquirió:

—¿Y quién fué tu novio? ¿Os hablabais? Cuéntame, ¿cómo era?

En este punto, Rosa Fernanda enrojeció primero; después su rostro se bañó de una intensa palidez. Con voz entrecortada, preguntó:

—¿Que cómo era? ¡Qué extraña pregunta!

—Bah!—dijo Enrique—¿Por qué extraña? No tiene nada de eso.

Y Enrique aguardaba que Rosa Fernanda hablase. Pero no desplegó ella los labios. Sus ojos se clavaron en el semblante de él y su boca diminuta, roja, húmeda, sonreía nuevamente con aquella rara y amarga sonrisa, indescifrable. Enrique, sin comprender, aguardaba.

Súbito, Rosa Fernanda, se levantó y, suspirando, dijo:

—¿Vamos?

Enrique, sin responderla, levantose también, y juntos comenzaron a andar, silenciosos, doloridos.

En el semblante de Rosa Fernanda había una extraña expresión de desdén, de odio o de reconcor; algo de esto o todo a un mismo tiempo. Algo enigmatico, indescifrable, que ni ella misma comprendía.

Algunas horas después, Rosa Fernanda, en la ventana, terminaba sus relaciones de amor con Enrique.

Rufino Urrutia.

EN LA FUENTE

Mozas que vais cantando
a la fuente lejana
por la senda florida,
en la cabeza el ánfora:
corred, corred, mozuelas,
que un galán os aguarda;
pero tened cuidado
que no se rompa el ánfora.

Al aire los cabellos,
las trenzas desatadas,
voláis por el camino,
que Amor os da sus alas.
¡Qué hermoso el cielo! ¡cómo
huele a tomillo el aura!
Hoy el amor renace,
se regocija el alma.

Corred, corred, mozuelas,
y vivid, que se pasa
la vida, que el invierno
vendrá, y sus nieves canas
el corazón cubriendo
aterirán el alma.
!Corred!... pero cuidado
que no se rompa el ánfora.

Llegaréis a la fuente,
bajo el chorro del agua
el ánfora pondréis;
el galán sus palabras
diraos al oído:
vosotras no escuchadlas,
que si son verdaderas
también pueden ser falsas.

El ánfora repleta
rebosará, y el agua
saltando por la boca
bañará vuestras plantas;
tal vez no la sintáis
y al regresar a casa
regañará la madre:
—Hijica, mucho tardas.

—Madre, las otras mozas
fueron también por agua.
—Hija, los piés mojados
traes.—Madre, en la charca
se me cayó una rosa.
—En el huerto sobradas
las tienes.—Como esa,
madre, no la encontrara.

—Rosas que no se encuentran
de amor están tocadas;
que en su jardín tan sólo
esas flores se hallan.
No corras, hija mía,
cuando a la fuente vayas.
Hijica, ten cuidado
que no se rompa el ánfora.

Agustín Aguilar y Tejera.

Los regionalistas cordobeses

Diferentes personas de Córdoba y su provincia se han dirigido a nosotros interesándose por la marcha del Centro Andaluz, ha tiempo constituido con tan buenos auspicios en nuestra capital.

Por las anormales circunstancias en que desde hace tres largos meses vivimos los españoles, el Centro Andaluz de Córdoba no ha podido celebrar actos públicos ni manifestaciones colectivas que le pusieran en contacto con la opinión. No por eso tan simpática entidad ha dejado de prestar profunda atención a los acontecimientos nacionales ni ha abandonado sus decididos propósitos de actuación intensa y constante encaminada a lograr el bien de nuestra ciudad por la aplicación a los problemas locales de aquellas soluciones que constituyen el redentor programa que el regionalismo andaluz preconiza.

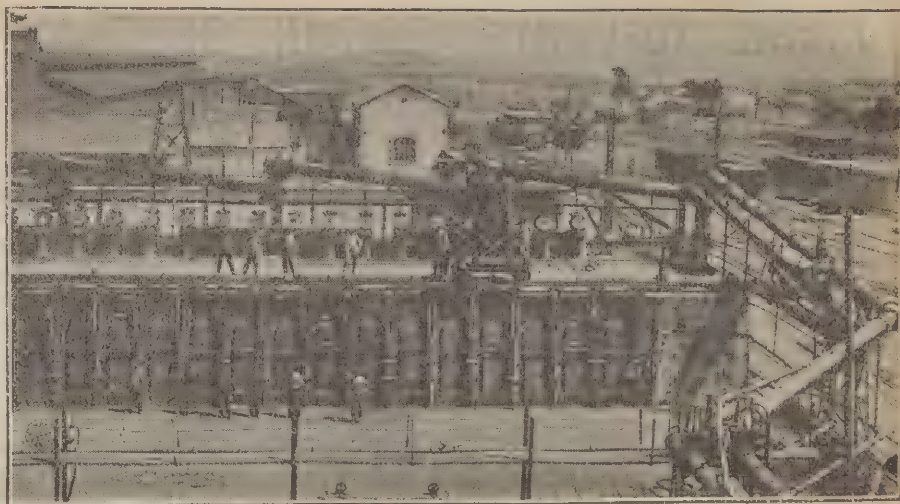
Estima el Centro Andaluz de Córdoba que el valiente movimiento iniciado en la ciudad sultana a principios del próximo pasado Junio y comentado con interés y respeto honrosísimos por toda la prensa española, no puede quedar en una efímera protesta aislada sin ulteriores eficaces consecuencias; por lo que, conservando el repetido Centro toda la esencia hermosa de sus ideales regionalistas, recoge como suyas las afirmaciones que cordobeses de muy diversas tendencias hicieron en Junio y se propone defenderlas y divulgarlas con entusiasmo, hasta el extremo de que pone su democrática organización, sus derechos de Asociación legalmente constituída, todas sus energías, modestas pero muy nobles y honradas, a la absoluta disposición de los firmantes y adheridos a las famosas declaraciones de primeros de Junio.

El Centro Andaluz ha seguido con interés vivísimo la campaña admirable que en pro de los fueros de las Cortes iniciaron y han sostenido y sostienen los diputados y senadores que celebraron el 19 de Julio la histórica Asamblea de Barcelona. La torpe actitud de los partidos de turno frente a ese importante movimiento, ha convencido a los regionalistas cordobeses de la necesidad ineludible de alejar para siempre de la vida política española a los funestos gremios que nos mandan; y la reincidencia pertinaz e incurable de los gobernantes en mantener la caduca alternativa de liberales y conservadores en el poder, ha demostrado a estos regionalistas cuán lógica y acertadamente procedieron sus correligionarios de Sevilla al acordar que consideraban incompatible la realización del ideal andaluz con la persistencia en España de las actuales normas de gobierno. Los regionalistas de Córdoba han felicitado al Centro Andaluz sevillano por tan plausible acuerdo, el cual será uno de los postulados que el regionalismo cordobés adopte en el momento en que recobre nuestro país la libertad de reunión conquistada en el siglo XIX a costa de tanta sangre.

No hemos de hablar de la huelga general española comenzada por los obreros de España el 13 de Agosto. Puesto que se amordaza al bando que creen vencido y se deja libre la lengua a todo el que le denuesta, lo más digno es aplazar los comentarios para mejores días.

Brevemente compendiado, he aquí el pensamiento de las personas a quienes consideramos en nuestra ciudad como más caracterizados y decididos defensores de los ideales regionalistas:

El Centro Andaluz tiene que limitarse por hoy a dar fe de vida; a consignar su decisión de recoger, interin no se adopten autorizadamente otras determinaciones, la orientación patriótica señalada antes que nadie por los cordobeses en los comienzos de Junio; a declarar que no hay otra salvación para Córdoba que la unión de todas las personas de buena voluntad contra el caciquismo centralista, ni más camino de redención para España que la convocación de Cortes Constituyentes por un Gobierno nacional ajeno a los partidos de turno y que ofrezca, para los solemnes comicios que bajo su mando se celebren, las mayores garantías de moralidad.



Pueblonuevo del Terrible.—Hornos de cok a recuperacion

Cosas de la calle.—El coche de un médico famoso.
Dibujo de Fz. Márquez.

CANAL ADELANTE

Amicia y Braine, dos enamorados del arte, se aposentan en su góngola, que al pie del palacio donde el festín acaba de celebrarse posa dulcemente en las aguas venecianas.

Y a través de las ondulaciones de la corriente, alumbrados por el bello contraste luminoso que les ofrecen la luz de la luna y los mil farolillos de distintos colores que, esparcidos simétricamente, se encuentran en las orillas del canal, mientras el remero efectúa su rudo trabajo, Amicia, contemplando amorosamente a Braine, le dice:

—¡Oh! dueño y señor de mis encantos. Ganas tenía de encontrarme junto a tí, lejos del bullicio de esas gentes, que beodas de placeres corrompen con sus desmanes todo el arte de una época. Tus filosóficas palabras no han producido huella en el pensamiento de aquellos seres que junto a nesotros danzaban. Ni bailes ni banquetes, ni bebidas, ni coronas de laurel o mirto, cual se empleaban en la vieja Atenas o en la floreciente Roma, pueden compararse a una mirada amorosa del ser que se adora... Y tú, refiriéndote a mí, dijiste esto... y ellos, sin comprender el amor espiritual, rieron, y con su risa, profanaron tu alma.

—Desprecia a esas gentes—contestó Braine.

Y Amicia respondió:

—¡Oh! gran genio que yo admiro! Eso pensé enseguida, porque mi amor hacia tí me hizo comprender que eso pensabas... Y yo... pienso lo que tú piensas... siento lo que tú sientes...

Bella Amicia—dijo Braine—¡Tú sola me comprendes... por eso te amo! ¡Tú sola te compenetras con mi ser... por eso te adoro...!

Esas gentes que has visto, en loco frenesí, pisotear los tapices; esas gentes que has visto profanar los instrumentos, que en instantes anteriores lanzaran al espacio tiernas melodías; esas gentes que al poeta que recitó sus versos llamaron fatuo, pero que en cambio calificaban de artistas a las mujeres que danzaban con desenfreno, no son gentes de saber, ni entender, ni pensar. Son seres que adorarían la perfección de tus formas, sin comprender que puedes perderlas fácilmente; pero en cambio son incapaces de admirar las bellezas de tu alma, que perdurarán en tu vejez... .

Y esto, lo decía Braine con marcado reposo, y anhelante mirar, y con la persuación del que sabe que es comprendido, mientras Amicia iba bebiendo sus palabras, una por una, con la admiración y el respeto que a su dueño y señor debía.

Y ocurrió que otra góndola ocupada por cinco o seis beodos, procedentes del mismo festín, les dió alcance, y en aquel momento unos chillidos lastimeros retumbaron en el espacio: y fué que los beodos quisieron arrojar a las aguas del canal a sus compañeras de orgía, que con las túnicas desgarradas y los cabellos enmarañados, cual la frondosa maleza de un monte, se deshacían en esfuerzos vanos por salvar sus vidas.

Una de ellas se hundió en las aguas, y otra estaba a punto de caer, cuando Braine, después de dar un rugido de fiera, se lanzó al canal, y asiendo de los cabellos a la que iba a perecer ahogada, esclamó con furia:

—¡Infames! ¿Qué pretendéis?

Y uno de los beodos dijo:—Destruir lo que ya no nos sirve; y otro: vengar nuestro amor burlado.

—¡Imbéciles!—exclamó Braine.—¿No comprendéis que destruís la obra más bella de la creación? ¿No comprendéis que despedazáis el símbolo del arte?

Otro beodo repuso:

—¿Qué hace la mujer al arte?

Y Barine contesta:

—¡Inspirarlo, para hacerlo inmortal después!

—¿Cómo?—se atrevió a interrogar aquél.

Y Braine contestóle:

—¡Inmortalizando la raza!

Amicia, que serena y tranquila, en pie en su góndola, observaba, extendió sus desnudos brazos y dijo con calma en medio de aquella apacible noche:

—El arte, las ciencias, la vida, todo, está en el común respeto entre mujeres y hombres. Unos y otros son la composición de ellos mismos.

—¡Cierto!-rugieron unos cuantos.

Y entonces Amicia articuló con marcado desdén estas frases:

—Si es así, ¿a qué la destrucción de otros, si con ella os destruís vosotros mismos?

Y la que se ahogaba se salvó; y cesó la orgía; y todos, cada cual en su góndola, al rudo remar de sus remeros, caminaron canal adelante, perdiéndose en las aguas venecianas.

Antonio Vázquez de la Torre.

(URSUS)

Escritor cordobés que ha estado enterrado siete días en el Salón de Ramírez.

DE RE CINEGÉTICA

LA MATANZA DE PERROS

Dice un proverbio que «predicar en desierto, sermón perdido», y como veo que esto me sucede con mis continuos clamores contra la caza de aves insectívoras y contra toda clase de caza por medios ilegales—ya las luces de los cazadores avanzan hasta terrenos de las Alfayatas, como se vió perfectamente a primera hora de la noche de los días 9 y 10 del actual—voy a decir algo de otra matanza que se realiza dentro de la población, a ver si con el auxilio de varios aficionados de buena voluntad se evita un espectáculo repugnante para todos, a la vez que se consigue algo práctico en beneficio del vecindario en general.

No alcanzo a comprender el odio despertado de pronto contra la raza canina. ¿Es que sólo en el perro se produce expontáneamente la hidrofobia?

Tengo entendido que también se produce en los felinos y, sin embargo, nadie se preocupa de los gatos y sí de los perros.

Verdad es que, como al gato raramente le falta agua y comida, pues si no se la dan la busca, como todos sabemos, y además no permite que le obliguen a trabajar o cazar cuando él no quiere, ya huyendo o negándose con la razón de sus uñas, ni aguanta que los niños lo martiricen como al perro, raramente rabia a no ser por inoculación.

Al pobre perro, que pasa su vida en continuo trajinar y servir de todo, no es extraño que le acometa el mal y de ello en el 98 por 100 de los casos tenemos nosotros la culpa.

Al perro de huerta, amarrado al pie de un árbol frutal, día y noche ladrando y guardándole de rateros, mal alimentado y peor bebido, aguantando el sol de Julio y Agosto; el del cazador de oficio, con igual o peor vida; el gozque o gutillo, verdadero limpia platos, que se alimenta de todas las inmundicias que encuentra en la calle y en los cajones de basura que en las puertas de las casas ponen para que los recoja el carrero de la limpieza y que al menor descuido se encuentra apaleado y con una lata amarrada al rabo por unos chicos o grandes mal intencionados y peor educados, son a los que se les presenta expontáneamente la rabia, especialmente a los verdaderos perros vagabundos que por ley deben ser muertos, pero no a la vista de los mismos causantes del mal.

En el perro de caza—sea cualquiera su raza—bien mantenido y cuidado, rara vez se presenta la terrible enfermedad, a no ser por inoculación y, sin embargo, a los encargados de suministrar la estrignina parece que les son preferidos para cumplir su misión exterminadora.

El espectáculo que se desarrolló en esta capital el 15 de Febrero del año anterior, es de los que no se olvidan a un aficionado a la cacería: perros de todas clases, con collar y chapa, con zálamo, todos en montón muertos en el campo; la fábula del labrador y la cigüeña hecha realidad.

Hubo la consiguiente reclamación; se ofreció abrir informaciones para quizá depurar responsabilidades, pero como esto no hubiera vuelto a la vida los perros muertos con ensañamiento—valga la frase—la cosa quedó como estaba; mas lo que todos los aficionados debemos gestionar es que este servicio se cumpla como es razón: que los verdaderos perros vagabundos sean muertos sin contemplaciones y que los que no lo son, los que llevan collar y bozal, sean recogidos para multar a sus dueños por negligencia y abandono. Es tan fácil diferenciar un perro de otro como le es distinguir un animal doméstico de uno salvaje.

En todos los tiempos se le ha tenido amor al perro, verdadero servidor del hombre y si se le ha mirado siempre con reserva y prevención, por la terrible enfermedad que suele acometerle, nunca se le ha hecho una guerra tan cruel como ahora, precisamente cuando estamos leyendo a diario los servicios que presta en la guerra actual, tanto en el frente de combate come en las ambulancia de la Cruz Roja y en toda clase de trabajos a que se le destina.

No sé, repito, el motivo de esta campaña exterminadora, tan radical. Por fortuna, los casos de hidrofobia en personas mordidas por perros o gatos, no llegarán a tres o cuatro al año en toda la provincia de Córdoba, mientras que las muertes producidas por tuberculosis u otras enfermedades pasarán del millar, sin que nadie se horrorice de pasar por las calles de San Eloy, Santa Marta, Santa Inés, Regina, el paseo de la Ribera y todas las Rondas de la población, verdaderos focos de infección, llenas de serpientes de todos tamaños, siendo todo esto peor, a mi juicio, que un perro rabian-

La Bella Emilia, cuya presentación se verificará esta noche en el Salón de Ramírez

do, al que se puede evitar el mal o darle muerte, mientras que los microbios que respiramos al pasar por aquellos lugares matan lentamente y sin que se pueda evitar en muchos casos.

Central 16.

Córdoba y Dionisio Pérez

El Centro Andaluz de Córdoba ha dirigido al insigne escritor andaluz don Dionisio Pérez la siguiente patriótica comunicación:

Sr. D. Dionisio Pérez.

Muy señor nuestro: los afiliados al Centro Andaluz de esta, con unanimidad y entusiasmo general, felicitan a usted por el artículo que sobre nuestra ciudad publica en el último número de «La Esfera», y en nombre de aquél rendimos a usted fervorosamente, público testimonio de gratitud por el amor y alabanzas que a Córdoba dedica.

A nuestra alma, llagada por tanta ruindad ambiente, el artículo de usted le ha dado la vibración más esperanzada y optimista que hace tiempo había sentido. Y nos ha indicado un camino de luz para el porvenir.

¿Quiere V. que celebremos aquí en Córdoba una Asamblea andaluza, para la próxima primavera? No lo hemos consultado con Sevilla, pero tenemos por descontado que nos ayudarían con toda el alma. Contamos representaciones de Granada, de Málaga y de Almería. Usted nos traería a Cádiz y a Huelva, y en esta ciudad andaluza, que tiene una espiritualidad serena y clara y un deseo estóico y libre de mejoramiento, hablaría Andalucía por boca de sus representantes legítimos. ¿Quiere usted?

Aquí, en Córdoba, está casi descuajado el caciquismo, y sobre, todo a raíz del manifiesto que publicó la ciudad entera antes de estos acontecimientos, obra, principalmente, de los regionalistas, se está desarrollando un ambiente de franca liberación, que nos puede llevar muy lejos. Baste decirle que hace muy pocos días la representación más legítima de la ciudad, la Junta de Saneamiento y Reformas, constituída por los elementos verdaderamente vitales, votó la celebración de una magna Asamblea para protestar contra la conducta de nuestros representantes en Cortes; le mandó a cada uno copia del acta de la Junta y todavía no se sabe si han hecho renuncia del cargo, aunque todos esperan que les quede un resto de pudor, antes de que toda la ciudad, por boca de todos los partidos, todos los gremios y todas las entidades, los desautorice y destituya públicamente.

Vea usted si merecemos ya la liberación. A sus órdenes quedamos, y reiterándole el agradecimiento pleno de la ciudad, en nombre de los regionalistas le saluda afectuosamente

La Directiva del Centro Andaluz de Córdoba.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

DON DIEGO SERRANO

Ayer falleció en Córdoba uno de los hombres que más intensamente habían trabajado por el mejoramiento de la ciudad: don Diego Serrano Rodríguez.

Dotado de extraordinaria capacidad de realización y dominado por una modestia en absoluto inquebrantable, su actuación ha sido señalada por hechos en los que apenas si figuraba su nombre.

Dominaba los problemas de la ciudad de modo completísimo y por resolverlos luchó en la Prensa con estudios concienzudos, que unas veces, las más, no firmaba siquiera, y otras llevaban al pie el pseudónimo de Fernán Nuño. Así abogó por el aprovechamiento del Guadalquivir como vía de comunicación entre Córdoba y Sevilla y aportó su esfuerzo en el conocimiento de las magnas cuestiones del alcantarillado, la traída de aguas, la urbanización...

Debíaselo todo a sí mismo. Había luchado reciamente en Cuba y en Andalucía, consumiendo la salud en el trabajo, mas su inteligencia privilegiada no se rendía nunca y la muerte le ha sorprendido precisamente cuando acometía una magna empresa: la del ensanche de Córdoba, con la que hubiera completado otras obras valiosísimas, como la creación de la fundición denominada la Cordobesa, uno de los centros de trabajo más importantes de la población, con el que fué iniciado el barrio de Cercadilla, en el que ahora, seguramente con activa intervención suya, ha de establecerse la poderosa Compañía de Construcciones Electro-Mecánicas.

Su muerte constituye para Córdoba una pérdida dolorosísima, porque don Diego Serrano era un creador, un promotor de trabajo y riqueza.

De todo corazón unimos la expresión de nuestro pésame al sentimiento de la ciudad entera por la pérdida de uno de sus hombres mejores: don Diego Serrano Rodríguez, que deja su recuerdo fijado con hechos, con trabajo y riqueza, con la creación del barrio de Cercadilla, en el que se compendian todas las actividades industriales de la nueva Córdoba.

CÓRDOBA

Frívola. Dibujo a la aguada, por Enrique Sierra de Silva.

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 22 de Septiembre de 1917 | NÚM. 57

SILUETAS FEMENINAS DE CÓRDOBA, POR ALFONSO DEL ROSAL

ANDALUCÍA SE TRANSFORMA

La adoración a Córdoba

¿Recorristeis alguna vez, mediada la noche, las calles de Córdoba? ¿Esperasteis su amanecer y su despertar parlero y bullicioso, viéndola empalidecida por la luna?

Si no habéis gozado esta contemplación, decid que no conocéis a Córdoba.

Está allí, presa en sus cancelas y en sus rejas, el alma toda de Andalucía. Por encima de una torpe delimitación administrativa, Andalucía tiene sus fronteras allí donde termina la semejanza a Córdoba. No hay otra ejecutoria de andalucismo. Etnicamente, es difícil, si no imposible, decir dónde comienza y dónde termina la zona de esta depurada raza que fundió la Providencia con todas las aleaciones mediterráneas. Históricamente, borradas las fronteras moras, se dió Andalucía con tan fervorosa generosidad a Castilla, iluminándola con su espiritualidad, alentándola con sus energías, cediéndola sus guerreros y sus artistas, que no puede trazarse una divisoria en esta acción común. Era preciso todo el genio de Andalucía para poder alzar hasta el cielo, en reto de titanes, la pesadumbre gris, tristona y providencialista de la meseta castellana.

Así, yo amo a Córdoba, alma de mi raza, con adoración ferviente, con tal religiosidad, como si toda ella fuese un solo ídolo que se hubiera apoderado de mi fe. Cada año voy dos o tres veces a rendirle el culto de recorrer sus calles en la soledad y en la obscuridad de la noche; de esperar el alba para entrar en la Mezquita y embriagar los ojos en el boscaje de sus columnas, esfumadas aún en penumbra; de ver a la ciudad iluminarse por el sol y alegrarse riente, ofreciendo al viandante la floresta perfumada de sus patios y la música regocijada del charloteo sin fin y sin tino, como de pájaros, de las hacendosas muchachitas morenas, que con su cestillo de palma van a la compra, que barren y aljofifan los zaguanes o que, tempraneras, con sus flores recién cortadas entre los rizos, pelan la pava con el novio, que va de paso hacia el taller o hacia el tajo.

Romero de Torres tiene razón. Bajo estas ráfagas de luz, de color y de regocijo, Córdoba está poseída

de melancolía. No tiene en tal calidad este supremo altildamiento del espíritu ninguna otra ciudad andaluza. Y esta melancolía será, en el andar de los tiempos, el refugio donde la raza salvará su carácter y su temperamento por cima de todas las yuxtaposiciones que la realidad histórica pueda ir imponiendo.

Sojuzgada como está Andalucía por el centro, sometida al vasallaje de un caciquismo de tribu que tiene a la merced de sus antojos viles la ley y la fuerza, abandonada a la incultura, no pueden probar estos hermanos míos la otra calidad de sus espíritus: la de su individualismo. Cada andaluz cree poder bastarse a sí mismo. Necesitar el esfuerzo ajeno es mendigarlo, y nuestra recia altivez nos impide tender la mano si no es para ofrecer la dádiva que podemos; así, el rumbo y la majeza que alguien califica vicios en el bajo pueblo, tienen la fuerza irresistible e incurable de su origen étnico y su raigambre secular en el alma de las muchedumbres. Las obras cooperativas, las sociedades anónimas, las fórmulas todas de utilización de esfuerzos aunados que constituyen la esencia de la Economía moderna, alcanzan escasa estimación en Andalucía. No se concibe la cuadrilla más que para lancear toros o administrar Ayuntamientos. Nace de esto la necesidad de una legislación especial que no tenemos. Las demás regiones, cuando se constituía en la Reconquista la nacionalidad, no prestaban servicio a los reyes, que no cobraran en una excepción o privilegio. Andalucía se daba siempre gratis. Por eso no hemos llegado a tener legislación foral. Por esto no parecemos una región con alma propia, sino una sierva menguada de Castilla.

Asite ahora España, acaso sin darse cuenta, a la transformación del Mediodía. Sus ciudades moriscas se despojan gustosamente de sus características vestiduras y se convierten en urbes nuevas, de amplias calles y edificios modernos. En derredor de Málaga, de Granada, de Sevilla y de Córdoba misma, van alzando las fabricas sus chimeneas. Un espíritu de trabajo afanoso e intenso se va esparciendo por los campos y las villas. A pesar del sol, que adormece los ojos y entumece los músculos, Andalucía quiere resurgir y multiplicar sus riquezas. Se ha hecho minera, y en sus cuencas hay tan febril actividad como en las de Langreo o Ujo; ha emprendido obras de irrigación que transformarán sus campos; hay una renovación de estudio y de producción artística. Andalucía no quiere quedar dormida, rezagada.

Su genio la hará adelantar el tiempo que ha perdido, ya que sobre ninguna otra región gravitó con tanta pesadumbre la política castradora de la restauración.

Quisiéramos una Andalucía nueva; pero al forjarla tenemos sus buenos amadores, que su espíritu genial se nos quede entre las manos, porque está precisamente en las callejas estrechas y tortuosas, donde el sol no logra meter la ira de sus rayos, y en estas casitas enjabelgadas, llenas de misterioso recogimiento, y en esta desigualdad artística, el alma de nuestro pueblo.

Las amplias avenidas, las casonas de muchos pisos, las calles encintadas y asfaltadas, las tienen todas las poblaciones que quieren tenerlas.

Basta para ello que el ansia de novedades, mal encaminada casi siempre, ponga un poco de contagio entre los concejales, los propietarios y el maestro de obras de un lugar o de una villa y aun de una capital vetusta.

Hasta en el Zocodover de Toledo, que debiera ser lugar sagrado, la fantasía de un arquitecto ha hecho unas pintorescas tartas de cemento y hierro. Calles amplias y rectilíneas las hay ya en algunas aldeas, y día llegará en que los pueblos se parezcan unos a otros, como si los hicieran por docenas.

Lo que no puede tener, más que quien goza una herencia preclara, es lo que han dejado de espíritu las pasadas generaciones en los viejos edificios. La Historia va creando el alma de las cosas; las va iluminando con el resplandor de los genios que la construyeron, de los héroes que supieron conquistarlas, y aun de los bárbaros—frecuente caso en España—, que en exaltaciones de fe o de dominio, las mancillaron o destruyeron.

Así las derruídas piedras hablan más a nuestro espíritu que muchos relatos de la tradición y muchas páginas de la Historia.

Por eso yo amo a Córdoba sobre todas las cosas de Andalucía: porque está aún en su traza mozárabe y en su construcción típica la gentileza de Abderramán y el sutil y avisado espíritu indagador de Averroes; porque en la melancolía que se esconde en los patios floridos y en los ojos negros de las muchachitas hacendosas que van a la compra mañaneras con su cestillo de palma, que aljofiban los zaguanes o enjabelgan los muros, está el santuario donde ha de salvarse de estas forzosas transformaciones el espíritu de la raza.

Dionisio Pérez.

El arte contemporáneo y el público

I

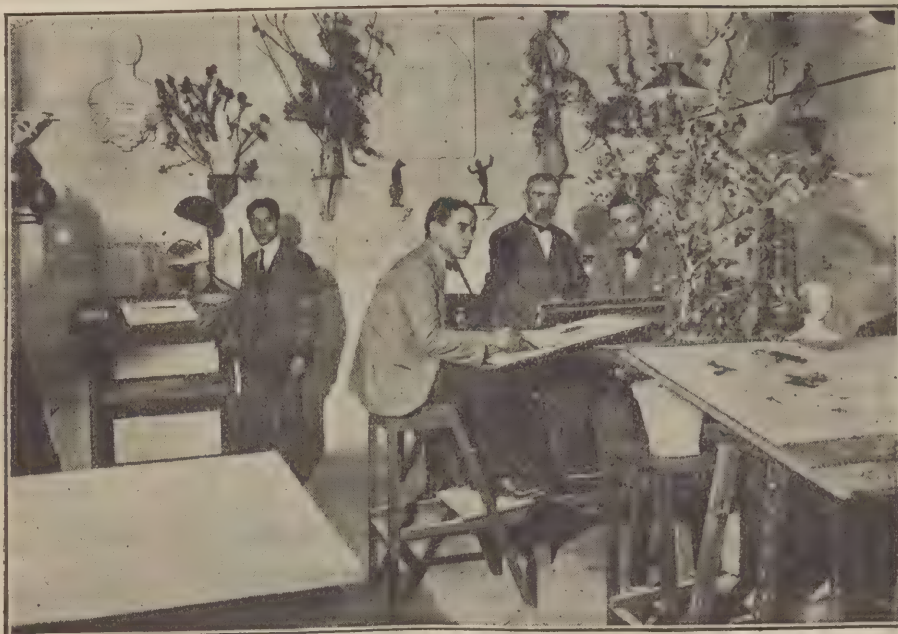
No hace muchos días, visitando en Valencia la segunda Exposición organizada en el gran patio de la Universidad por la Asociación de la Juventud Artística Valenciana, plantose en mi pensamiento, una vez mas, el problema de las relaciones del arte con el público. Ante ciertos comentarios sorprendidos al vuelo, ante ciertos gestos de interpretación indudable por ser sumamente expresivos, como gestos de gentes levantinas, vi de manera palpable el divorcio que poco a poco se ha establecido entre las artes y la masa del público.

En arte, este asunto es de interés capital. Se comprende que sea así con solo tener en cuenta que de él dependen la evolución ascendente o descendente del arte, el valor real que éste tenga desde el punto de vista de su accion social, y las orientaciones posibles de la pedagogía artística. Es decir, que la mayor o menor resonancia que la obra de arte tenga en los espíritus que la contemplan, parece que es algo que está en la entraña y que constituye uno de los más íntimos móviles de la vida artística.

Es ya un lugar común en la historia de las artes, magistralmente expuesto y vulgarizado por Taine, afirmar que el hecho que más ha contribuído a la grandeza de dos de los más brillantes períodos del arte, Grecia y el Renacimiento, ha sido la armónica concordia entre las producciones artísticas y el público para quien eran creadas. Esa concordia era de tal naturaleza que sugiere la idea de que cada ciudadano de Atenas o de Florencia elaboró de manera real y efectiva en la obra de los grandes maestros que en las ciudades trabajaron.

Aun rebajando de esa impresión lo que en ella pueda haber influído el deslumbrante estilo de Taine y su exagerado «sistematismo» cuando se trata de demostrar algo que entra en el marco de sus teorías; no olvidando que las cosas vistas a distancia adquieren cierto aspecto de unidad que próximos a ellas difícilmente discernimos; aun teniendo en cuenta todo esto no cabe duda que tanto en Atenas como en Florencia hubo real compenetración entre el arte y público, manifestada en fiestas y espectáculos y en el interés que para el público tenía, todo lo que afectase al embellecimiento de sus ciudades. Lo mismo puede decirse del período ojival. ¿Hay nada más expresivo del entusiasmo ciudadano y del fuego que ardía en las almas populares que las catedrales góticas?

Del glorioso pasado de Grecia, del cristianismo medioeval, del Renacimiento nos llegan rumores, voces espirituales que repiten idéntica lección: que toda la noble y elevada producción artística, original y de intensa fuerza expresiva se ha manifestado cuando en las ciudades y los pueblos han vibrado al unísono las almas de los que producián las obras de arte y las de los que las contemplaban.



La Escuela de Artes y Oficios.—Clase de Pintura. Sección de Composición Decorativa.

¿Puede decirse hoy lo mismo? ¿Es nuestro arte expresión del sentir del público, o capaz de despertar en éste fuertes y sugestivas resonancias? La más breve conversación con cualquier aficionado; la opinión que, unos de otros, dan los mismos artistas; las incongruencias repetidas de la crítica; todo contribuye a dar una fundamental impresión de discordancia, de disolución, a la que han puesto nota aguda esas escuelas, como la de los cubistas, que aparecen evidentemente como un producto que absolutamente está por fuera del arte.

Como ejemplo típico de este veneno disolvente no encuentro nada mejor que recordar lo ocurrido en la Exposición que Anglada verificó el pasado año en Madrid. El espectáculo fué deplorable, y en ocasiones de vergonzosa ordinariez. Ni críticos ni artistas, ni público dieron nota alguna de concordancia. Todo fueron disonancias, de entre las cuales surgieron muy contadas voces serenas, entendiendo por tales las que mostraron que son tan complejas y delicadas las cosas de arte, que no son los criterios radicales, ni los de pura razón y mecanismo lógico los llamados a resolverlas.

Ahora bien, si esto ocurrió con esa Exposición de obras de un sólo artista, comunes de técnica y de expresión ideal, imagínese lo que pasará en exposiciones como son las de la índole de la que me ha sugerido estas reflexiones, en las que son muchos los artistas expositores, varios en edad, de escuelas muy distintas y de orientaciones espirituales. En realidad, colocándonos imaginativamente en el terreno de la masa del público, masa a veces ingenua, y a veces sin más norma de juicio que la de que las obras de arte serán tan mejores cuanto más se parezcan a la realidad superficial, que es la única que las gentes llegan a discernir, se concibe el deslumbramiento que estas exposiciones han de causarles. Deslumbramiento que, en la mayor parte de los casos, se traduce en irritación, al ver que las obras de artistas que ellos han oído citar como famosas, son para su espíritu absolutamente inexplicables.

Piensen los que conocen los estilos de los maestros de la pintura española contemporánea el efecto que en el alma del buen público ha

de producir la reunión de obras de Domingo, Sorolla, Benedito, Mir, Hermoso y Valentín Zubiarre. Para el común sentir, que todo lo simplifica, lo que se opone a lo bueno es malo; y esto, para la mayoría del público, convierte en inexplicable el hecho de que puedan ser a la vez obras de arte estimables las de Sorolla y Zubiaurre o las de Domingo y Mir. La impresión por los más de estos hechos, engendra la desconfianza, ese divorcio y discordancia que forman hoy el ambiente en que se desenvuelve el arte. No sugieren las producciones artísticas florecimientos de amores y entusiasmos, sino amargos frutos de violencia y de agresividad.

Pero junto a esta realidad existe otra, no menos evidente, que parece contradecir esa norma de la historia de las artes, que consiste en afirmar que público y artistas deben compenetrarse. La deducción lógica de esto es que donde exista divorcio entre ellos el arte forzosamente deberá decaer. Actualmente no ocurre así. Es indudable que ese desvío que separa a público y artistas no ha secado las fuentes de la producción artística. Hoy, más aún que en las más florecientes épocas del arte, la producción es intensa, original, fuertemente sugestiva, contando con atistas de una gran potencia evocadora.

Ante estos hechos incontestables se llega a deducir, a primera vista, la consecuencia de que ha debido exagerarse la necesidad de una absoluta compenetración entre los artistas y el público para una floreciente producción artística. Pero, deteniéndonos a reflexionar, descubrimos también que por el camino emprendido vamos a precipitarnos por una pendiente de discordias, en la que el desprecio de los artistas por el público se manifiesta en la desatinada y pretendida originalidad de ciertas formas del arte contemporáneo, y el del público por los artistas en los juicios violentos o sanguinariamente irónicos de aquél ante obras que merecen mayor atención y respetos. Esa discordia va llegando a la agresividad, y camino lleva, si no se pone coto a ella, de acabar en absoluto divorcio.

Ni radical compenetración, ni radical separación. Aquella no es compatible con las corrientes ideales contemporáneas, tan varias y personales; esta es contraria a un sano y normal desarrollo del arte. ¿Cómo resolver problema tan complejo? Es tan difícil que sólo me atreveré, en próximos artículos, a examinar algunos de los aspectos de su posible solución.

Ricardo Agrasot.

GLOSAS DEL AMOR

Amor, amor, ven a mí,
buen asilo te daré,
y largo tiempo seré
dueño y esclavo de tí.

Dicen que sabes, amor,
curar los males del alma
y que devuelves la calma
al que te da su fervor.
Con tu gracia y tu candor
quisiera tenerte aquí;
para curar mi dolor
¡amor, amor, ven a mí!

Mas sordo a mi voz pareces
y te vales de tal arte
que si me acerco a implorarte
ligero te desvaneces.
Como te esperé otras veces
esperándote estaré,
y si vienes, cual mereces
buen asilo te daré.

Pero el tiempo va pasado
dice con voz atrevida
¡cómo se acaba mi vida
sin que llegue lo esperado!
El verme tan mal parado
no me extraña, porque sé
que yo nací desgraciado
y largo tiempo seré.

Tal es la desdicha mia
que quiero, con ansieda,d
mejor que mi libertad
tu cárcel amarga y fría.
Y hasta la vida daría,
con ardiente frenesí,
tan sólo por ser un día
dueño y esclavo de tí.

Francisco Arèvalo.

PELÍCULAS DEL NATURAL

LOS MENDIGOS DE HOY

¡Vivimos en el mejor de los mundos!, me decía no hace muchas noches un querido amigo, entusiasta admirador de la Taconcitos.

Hemos llegado al siglo de las evoluciones, pese a quien pese.

Evolucionan las artes, las industrias, el comercio y todo aquello que representa el reflejo del ansia del progreso tan sentida por todos los espíritus renovadores.

Con decir que hasta los mendigos profesionales han evolucionado, está dicho todo. Antes, un mendigo solicitaba una moneda o un pedazo de pan; hoy, ya no se conforman con estas peticiones, sino que por el contrario, pide un refresco, un cortadillo de azúcar o un vale para dar unas vueltecitas en un elegante «Tío vivo.»

En lo que están más exigentes los mendigos es en los cortadillos de azúcar. Parece como si tuvieran declarado la guerra al trust azucarero.

Hace algunas noches encontrábamonos en uno de los cafés del paseo del Gran Capitán y llegaron a nosotros hasta cuatro niños mendigos, en menos tiempo en que un mono monda una castaña.

—Señorito, señorito: una limosnita.

—Otra vez será-respondimos.-No llevó nada más que papel moneda.

—¡Si es el azúcar lo que quiero...!

—¿Estás coleccionando los cortadillos?

—No, señor. Es que mi madre está enferma y no tengo ni para hacerle un refresco.

—¡Vaya por Dios! Y ¿qué enfermedad padece tu madre?

—Reuma, desde hace siete meses.

—Pues lo siento mucho, chico, pero es el caso que a mí también me gustan los refrescos, y con los cortadillos que me sobran, después de enduizar el café, tengo por costumbre endulzarme la existencia.

El pedigüeño de referencias, hizo un gesto extraño, el que no acertamos a descifrar si era de furia porque no podía llevar el azúcar a su madre o de coraje porque no nos podía saltar un ojo.

De todos modos nos amargaba ya la existencia el distinguido niño del azúcar.

¡Quién sabía si era cierto lo de la enfermedad de su madre, y que por nuestra causa no podía llevarle un terrón de azúcar para un refresco!

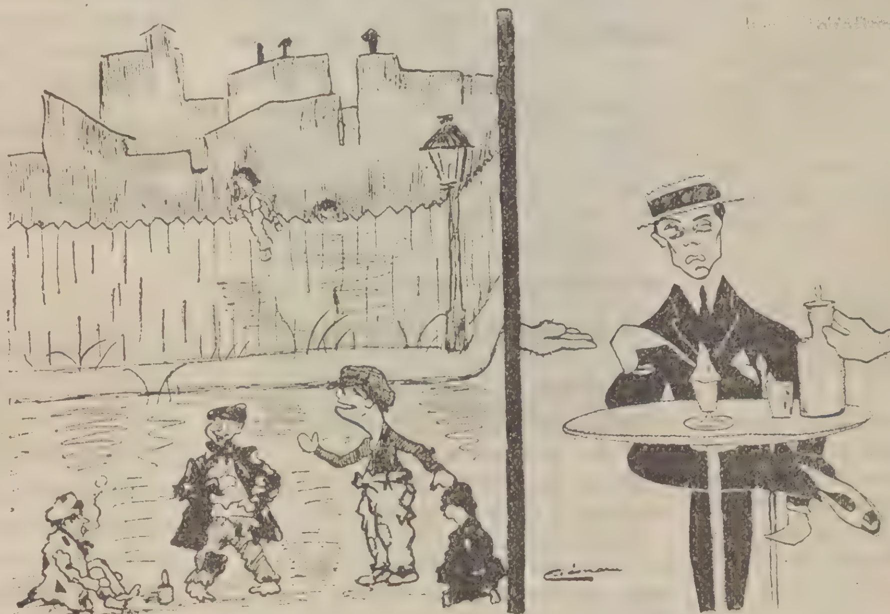
Tuvimos un momento de indecisión, y al final, el pequeño mendigo fué dueño de los cortadillos que ambicionaba.

Luego supimos que entre los mendigos profesionales, chicos y grandes, hay un comité ejecutivo que fija los planes que han de seguir los asociados, y que uno de los últimos acuerdos fué el de establecer un depósito de azúcar para hacer más tarde la competencia al trust. ¡Le parece a ustedes a donde hemos llegado? Claro está que cuando tuvimos noticias del acuerdo, ya era tarde, porque habían transcurrido cinco días del caso que motiva estas líneas.

Ya no nos queda otro recurso que cuando hayamos bebido el café y veamos aproximarse a nuestra mesa a un azucarero, reservar el resto del contenido del paquetito, esto si antes un compañero de reunión, con el achaque de poseer en casa un hermoso pachón, no ha hecho desaparecer disimuladamente la deseada azúcar.

¡Pobres por todas partes!

Francisco Quesada.



Dibujo de Cámara.

ÁRBOLES CENTENARIOS

¡Los árboles! He aquí lo que se pudiera llamar nuestra chifladura y he aquí también lo que en multitud de trabajos hemos pedido para Córdoba: árboles, muchos árboles.

Con tesón inquebrantable, hemos batallado en su favor; hemos expuesto su beneficioso influjo y hemos también analizado las causas que en Córdoba le combaten, pero—triste es confesarlo—no hemos conseguido nada.

Apuntábamos asimismo en estas columnas una idea para interesar al niño en favor del árbol, y... nada: el vacío desconsolador.

Ello no obstante, el mismo impulso nos mueve a emborronar estas cuartillas, pues si los cordobeses desoyen nuestras palabras hoy, la satisfacción de un deber cumplido, nos basta y sobra. Todo por Córdoba y para Córdoba: ese es nuestro lema.

Mas, al ocuparnos del árbol, no vamos a hacerlo en los sentidos ya expresados: hoy vamos a tratar de de este bienhechor de la humanidad desde el punto de vista histórico, dando a conocer a nuestros lectores verdaderos árboles centenarios que en la historia y en la leyenda ocupan lugares predilectos, pero, antes de hacer su descripción, es preciso tener en cuenta que averiguar con exactitud la edad en los árboles es muy difícil.

El número de capas sucesivas del tronco, sabemos que es lo que los naturalistas o botánicos utilizan para ello, pero también sabemos que el número de capas no puede contarse sino cortando el árbol y que cuando este llega a cierta edad, es muy difícil distinguirlas.

La evaluación de la edad de los árboles por comparación, basándose en la progresión, supuesta regular, de su desarrollo en condiciones de vegetación semejantes, ofrece garantías muy relativas. No obstante, este es el procedimiento seguido para determinar la edad de los famosos wellintonias gigantes de Califor-

nia. Un árbol caído en la selva de Krings Rive—escribe M. Muirs—medía bajo la corteza ocho metros de diámetro y tenía 2.300 años, aunque su aspecto no era de ser muy viejo.

También dice que encontró restos a medio quemar de un árbol colosal de la misma selva y que empleó todo un día en estudiar su edad, quitando con el hacha las partes carbonizadas y contando las capas con una lupa de bolsillo, empresa bastante difícil, según nos afirma, pero que le permitió contar aproximadamente más de cuatro mil. Es decir, que los restos en cuestión se hallaban en su juventud y los mecían los vientos de la sierra, en la época de Cristo.

España no tiene nada que envidiar a las restantes naciones, en lo que a este asunto se refiere.

En el jardín público de la Orotava, en Canarias, hay un drago que, según afirmaciones de la leyenda, obtiene la supremacía de la vejez.

Se dice—a mí no creerme—, que semejante arbolito data de los tiempos de Adam y Eva ¡Una tontería de tiempo!

Hay que tener presente que es muy difícil que la crítica histórica llegue a establecer con certidumbre la verdad de estas afirmaciones, entre otras causas, por la ya dicha de no poder con exactitud determinarse la edad de los árboles centenarios.

En Atenas hay un olivo que, según la tradición, data de los tiempos de Platón, y en la isla de Cos hay otro árbol, llamado árbol de Hipócrates, al cual se le atribuyen 2.500 años de existencia.

En el establecimiento termal de Hammam-Meskantine, a veinte kilómetros de Guelma, hay un grupo de olivos próximos a la tumba de un santón, que se dice que son contemporáneos de la ocupación romana, y que, por tanto, cuentan unos veinte siglos de vida.

En el parque de Lord Salisbury, en Londres, hay una encina que fué plantada por Guillermo el Conquistador, en el siglo XI, y en las puertas del bosque de Bolonia, en París, existe otro árbol de la misma especie plantado por Francisco I de Francia.

Y, por hoy, basta con los árboles enumerados. En artículos sucesivos, iremos dando cuenta de otros muchos que, por contar algunos siglos de existencia, son dignos de especial mención.

José Sarazá Murcia.

EL RETRATO

I

En el retrato sin par
tan hermosa estás, que dudo
cómo el fotógrafo pudo
retratarte sin cegar.

La fotografía, fiel
siempre a la naturaleza,
cual es copió tu belleza,
sobre el cristal y el papel.

En él tu mirada brilla
que es del sol claro destello;
en él luce tu cabello
rubio cual mies de Castilla.

Y tu boca de coral
se muestra dulce y riente,
y se ve tu tersa frente
pura cual luz matinal.

Y tus gracias, Rosalía,
se juntan en tal anhelo,
que al mirarte se ve el cielo,
el cielo de Andalucía.

II

Del disgustarte no trato
ni quiero tu orgullo herir,
pero habrás de permitir
que te devuelva el retrato.

Pues aunque se mire en él
tu imagen con embeleso,
no deja de ser por eso
un pedazo de papel.

Y como el siglo presente
olvida el romanticismo
y sólo al positivismo
le rinde parias, ferviente,

Yo, hijo del siglo, diré,
haciendo punto final:
mándame el original
y entonces lo aceptaré.

Francisco L. Hidalgo.

Las fuerzas vivas y la política

De algún tiempo a esta parte se advierte en todas las clases sociales de Córdoba un ardiente deseo de renovación que toma expresión diariamente en mil reuniones y comentaios privados y se ha manifestado también en actos y documentos públicos de gran resonancia.

Las clases industriales y mercantiles no son ciertamente las que menos pugnan por salir del marasmo actual. Se explica fácilmente esa actitud. Las referidad clases, sometidas por acaparadores, empresas y gobiernos a expoliaciones y tributos cada día más insoportables, se ven obligadas, para poder subsistir, a trocarse de una manera indirecta, insensible, en agentes de recaudación y explotación, que, aumentando los precios de las mercancías, o adulterándolas, o en cualquiera otra forma, han de obtener del consumidor lo que de ellas exigen con implacable dureza el privilegio plutocrático y el fisco; por lo que el industrial y el comerciante, a la vez que el instrumento más cómodo de explotación para los de arriba, son el más próximo objeto de odio para los de abajo.

De un modo claro algunos, más vagamente otros, los comerciantes e industriales comprenden que el mal que les agobia está en el actual sistema de tributación, irreformable mientras perdure el caciquismo, y en el desbarajuste de la administración pública, por el caciquismo convertida en campo adecuadamente abonado para preparar o consumar negocios y procurar sinecuras a la parentela. Ven por eso, comerciantes e industriales, la necesidad en que se hallan de influir en el saneamiento de nuestra política, y tratan de intervenir en ella, decididos a no dejar por más tiempo las corporaciones oficiales, especialmente los Ayuntamientos, al absoluto arbitrio y capricho de los secuaces más o menos forzados o voluntarios de las altas oligarquías que presiden los partidos de turno.

Niños de Córdoba.—Antonio Melero Maldonado, inteligente artista que desde muy niño ha revelado excelentes aptitudes para el modelado, haciendo en cera figuras que acusan las condiciones de un excelente escultor.

Justificadas, pues, en principio las corrientes que nos dicen existen en el Círculo Mercantil y otras organizaciones análogas, en favor de la idea de presentar candidatos prestigiosos del Comercio y la Industria para las próximas elecciones municipales. Con un programa bien definido, en el que haya soluciones que no alcancen sólo a la defensa de una especie de contribuyentes, sino que tiendan a la moralización de toda la vida municipal, en una palabra, con un ideal levantado y una bandera patriótica, y en unión, además, de otras fuerzas populares, las clases a que nos referimos pueden y deben ir a las elecciones, y obtendrían seguramente en las mismas el apoyo de la opinión pública.

El ir aisladamente, sin más miras ni compromisos que los atañentes al gremio de cada candidato, o, a lo sumo, a la federación de gremios, ya les restaría simpatías y sufragios. Y en las circunstancias actuales, con muchísima razón. Hoy el Poder público ha de cumplir, sobre las que siempre le incumbieron, una misión muy alta: la de impedir que la codicia de los intermediarios agrave el conflicto de las subsistencias y provoque alteraciones del orden y llegue quizá a comprometer la existencia de España. Tiene también el intermediario sus derechos, nadie lo duda; pero han de estar limitados por los derechos de todos, por las conveniencias colectivas. Encomendar la administración del pueblo a industriales y comerciantes, sin el contrapeso de grandes ideales que los guíen, sin el freno de solemnes compromisos contraídos con el cuerpo electoral, sin la compañía de proporcionado número de representantes de las clases obreras e intelectuales, nos podría exponer a que el egoísmo y el espíritu de gremio pro-

Las caravanas del cine de la Victoria.—Dibujo de Fz. Márquez

dujeran en el seno de las Corporaciones públicas una peligrosa alianza de tenderos y caciques que habría que incluir entre las fases más tristes del calvario nacional.

Y, pues, así pensamos, es natural que mostremos resistencia a creer que la alianza aludida, no ya puede en lo futuro verificarse, sino que en el presente se está verificando. Sin embargo, es cada día más insistente el rumor de que los conservadores tratan de ir a la próxima lucha electoral unidos, o entrecasados y confundidos, con representantes de la Federación Gremial, el Círculo Mercantil, la Cámara de Comercio. De esta manera, el referido partido adquiriría los votos que desea y acaso en la capital cordobesa lograra arrancar la hegemonía de manos de los liberales.

Pero añádese que, por un lado, éstos, a pesar de su desunión y desorientación, se aperciben contra el propósito expresado, y que los republicanos, por su parte, no quieren continuar callados y de comparsas en organismos que con tanto calor felicitan al Gobierno y condenan con tan enconada saña los movimientos democráticos; y aun se agrega, que entre los conservadores mismos hay señores que no simpatizan del todo con esos halagos seductores a los gremios, porque consideran que su decantada catequización no pasa de ser una aspiración candorosa, que, o no podrá nunca realizarse, o se veficará con grave daño de la ortodoxia del partido.

Como se ve, no va a ser tarea fácil la de convertir las fuerzas vivas de Córdoba en auxiliares de la actuación mencionada. Estas fuerzas quieren intervenir en la política, deben intervenir en la política; y sería convenientísimo que iniciaran su intervención inmediatamente, a fin de influir con eficacia en las próximas elecciones de concejales. Pero ni nos parecería cuerdo que apoyaran a candidatos independientes, pues ya es sabido aquello de que el diputado o concejal independiente a medida que va actuando, va perdiendo sílabas en su denominación hasta quedarse en un *ente*, ni queremos admitir que sin la grave reflexión que exigiría tal paso, se presten a favorecer intereses partidistas.

El saneamiento de Córdoba; la urbanización y ensanche; el alumbrado público; la educación y amparo de la infancia; la extirpación del favoritismo; la transformación de los presupuestos; la autorización para una equitativa reforma tributaria; la municipalización de servicios; la lucha por la autonomía; el abaratamiento de las subsistencias... otras muchas cuestiones importantísimas, inaplazables, apremiantes, reclaman una atención persistente y ardorosa del vecindario. Los partidos actuantes, sujetos a la disciplina oligárquica, difícilmente resolverán esos problemas. El redimir a Córdoba y el apartar del mando de la población a los caciques, ha de ser todo uno.

La unión de todas las personas de buena voluntad contra el caciquismo centralista: tal es el lema de combate que ya proclaman muchos cordobeses como fórmula redentora. Acéptenla también los industriales y comerciantes, y habrán dado el primer paso junto a los que de veras marchan para imponer la dignificación y el engrandecimiento de nuestra ciudad.

CAUSAS Y EFECTOS

Hombre, mujer, hermano en suma, despierta de tu modorra, piensa que aún no sabes lo que eres; ¿cómo podrás saber lo que quieres ser, ni lo que deberás ser?

Yo te exhorto a que pienses, a que te recojas un momento en tí para que te des cuenta de tu limitación y llegar a conocer tu grandeza.

Por este camino, llegarás a comprender cómo en lo infinitamente pequeño está contenido en potencialidad todo lo grande. Llegarás a comprender como tú eres un mundo con su sol, planetas, satélites, estrellas, nebulosas, tierra, aire, fuego, magnetismo. Mundo que por su inmensidad no puedes conocer y cuya Ley ¡es enigma!

Sí, tù eres átomo de este gran hombre sidéreo; pero a medida que tu consciencia se despierte aumentarà tu grandeza, hasta llegar a ser uno con el gran Dios que anima al inmenso hombre de que tú eres átomo.

Así como el dolor y la alegría llenan un gran papel en nuestra marcha evolutiva hacia el fin indicado, así las grandes guerras, las calamidades, las facilidades y gozos de una civilización, son las reacciones que conmueven a la humanidad haciéndola pensar, comparar y reconocer con ayuda de su conciencia las causas determinantes de los efectos que experimenta. A nadie tiene que quejarse; sus deseos y actos son las causas; las consecuencias que experimente son los efectos, es decir, lo que ella ha querido.

El momento actual de desolación, de luchas, de odios y de llantos es la consecuencia de nuestros actos y deseos. ¡No protestes, no busques a quien odiar, resígnate y obtén provecho de la lección que se te brinda!

¡Militarismo! Palabra engañadora o malévola, según los casos, ¡una de las causas que se cita como origen de la presente catàstrofe, que no es sino una liquidación!

Expresion que revela nuestra ceguera y amor propio. Expresión particularísima, característica de nuestra manera de ser.

¡No, no queremos resignarnos nunca a ser culpables!

, Armamentos, ejércitos, guerras, sí todo eso son las manifestaciones colectivas de nuestra manera de ser individual.

Mientras en cada uno de nosotros exista el amor propio, la vanidad, el egoísmo, habrá armamentos, habrá soldados, habrà militarismo.

. No, no tiene la culpa de la presente guerra una nación determinada, un soberano determinado, un grupo de naciones; la tienen todos los que están luchando y los que aún no lo estàn.

Es falso, es destello claro de la causa indicada el no reconocerlo así. Reconozcamos, pues, que son efectos y como las causas tienen que producirlos inflexiblemente, suframos las consecuencias cuando nos llegue nuestro turno; pero sin odiar a nadie y reconociendo en nuestro circunstancial enemigo otro ser, otro hermano que como nosotros sufre, que tiene que liquidar un pasivo heredado.

El enemigo real es nuestra inconsciencia y nuestro egoísmo.

¡Pueblos que aun no estàis en lucha y que ya lo estàis, si mis grandes deseos fueran bastante a evitaros los dolores que os esperan y sufrís; si mi gran convencimiento de lo que os digo fuera también lo bastante intenso para convenceros y haciéndooslo sentir practicarlo inmediatamente, aun pudieran atenuarse grandemente y preparar el terreno para la futura siembra!

Figuras conocidas — Un joven distinguido.
Caricatura de Cámara.

Inconsciencia, sí, tù, hermano, que científicamente aun no has llegado a comprender el misterio que te representa la *muerte* y religiosamente careces de la fe necesaria para aceptar la explicación religiosa, tienes que hacer como postulado y objetivo indeclinable de tu existencia el mantenimiento de la *vida*.

¡Nada debe detenerte con tal de conservarla, ni el sacrificio de otro ser humano, ni el servilismo, ni la indignidad!

Ahí tienes, pues, la característica de la actual humanidad: el egoísmo, como consecuencia de su inconsciencia

Egoísmo, sí, tú eres el pendón que la humanidad tremola. En tu nombre queda justificado el amasamiento de riquezas, de comodidades, de placeres; sin reparar que mientras mayor sea la riqueza de uno, mayor sera la pobreza de otros; que mientras mayores sean las comodidades que se acumulen en un lugar determinado, más grandes seràn las faltas que se noten en otros; que mientras màs ricos sean los manjares que unos cuantos coman, màs duro y negro serà el pan que otros llevan a sus labios.

¡Comercio, Industria, he aquí el órgano creado para las necesidades y nutrición del egoísmo!

¡Cuàn lejos estamos de partir nuestro pan con el habriento y de cubrir con nuestra capa al desnudo!

Sin embargo, hay muchos que desean practicar estas recomendaciones del Maestro; pero la organización actual de la sociedad, el desenfreno, la lucha necesaria por la existencia y nuestra inconsciencia, hacen imposible la realización de estos propósitos.

Hay muchos seres que claman por la liberación, que protestan, que reconocen su impotencia para desprenderse de las cadenas con que ellos mismos se han ido ligando.

La hora de la gran liquidación está pronta a llegar.

La guerra, ese estado convulsivo, romperá algunas ligaduras; las luchas parciales se encargarán de fracionar y aniquilar más los diferentes trozos que aun presenten resisténcia. El hombre de que formamos parte se agitará a su vez, se alterarán sus facciones y estructura. Lo que antes era elevada prominencia pasará a ser llanura, lo que era llanura pasará a ser mar, parte de lo que antes fuera mar pasará a ser tierra.

Los que como resultado de la lucha humana empezarán a adorar sus fuerzas, quedarán humillados ante la grandeza y proporción de la que experimentarán los efectos.

Reconocerán su limitación presente

aun cuando el encadenamiento de hechos les revelará su grandeza.

Y cuando el agotamiento físico, humillación y arrepentimento hagan rendir a los seres, y agruparse, y olvidar odios y pasiones, ambiciones y orgullos, vanidades y falsas ciencias, reconocer en suma su ingnorancia y yerro para no desear más que luz.

A. Alonso Vital.

EL DERECHO DE DESTITUCION

Córdoba y sus representantes

Tiéndose en todos los paísesa mejorar y celeccionar las gentes interventoras y administradoras de los poderes públicos.

Y se busca, sobre todo, la especialización de los administradores, en el sentido de que sean técticos de la materia.

En los Estados Unidos están entregando la administración de sus principales y más populosas ciudades a funcionarios especializados exclusivamente en la hacienda pública. Y no se da el triste caso de que una ciudad, administrada por gentes muy honradas, muy buenas, muy dignas, pero que pertenecen a profesiones y oficios distintos, no sepan una palabra de lo que se traen entre manos, y los intereses entregados a sus cuidados estén en deplorable estado.

Un ejemplo podríamos presentar, no muy lejano, pero preferimos callarlo.

Contra esto, y aun más, contra abusos de otra índole que los administradores perpetran apenas consiguen, con el voto, la confianza de los administrados, burlando así la buena fe de estos, hay en algunos países la obligación, por parte de los candidatos a algún cargo público, de no actuar ni figurar en otro partido ni causa que aquella por la que se presentan.

Los regionalistas andaluces, perseverando en esta idea, consignan en su programa la obligación por los candidatos que opositen algún cargo público, de comprometerse al anterior deber, así como reconocer a los electores el derecho de destituir a sus representantes, cuando estos no cumplan con la labor a ellos encomendada.

Pero en definitiva, lo único que falta es el estado de derecho para llegar a tal extremo, porque el de hecho ya existe, y en nuestra misma capital.

¿No recordáis el hecho? En la última sesión verificada por la Junta de Reforma y Saneamiento de Córdoba, y por acuerdo unánime de sus componentes, en los que están integramente representados todos los partidos, los gremios, y las fuerzas vivas de la ciudad, se votó la celebración de una magna Asamblea de protesta contra los representantes que no saben o no pueden servir los intereses de un pueblo que en un momento de ofuscación o de credulidad los depositó en unas manos inactivas o ignaras.

Ahí está el acuerdo. Ahí están las actas de la Junta, de las que se acordó fuera enviada copia a cada uno de los representantes.

Ahí está, en suma, el acto más vigoroso de reforma y saneamiento que una Junta, defensora de los intereses de la ciudad, pueda haber acometido.

Rafael.

Las Isabelinas.—Notables concertistas que actúan en el cinematógrafo de la Victoria

Al Excmo. Ayuntamiento

Una costumbre absurda y peligrosa

Todos los años, en el 24 de Junio, Córdoba da, aun al más superficial observador, la impresión de hallarse bajo los efectos de un desahucio general en época de miseria o de invasión.

Crugientes carros cargados de mobiliario sobre ellos colocado atropelladamente; carrillos de mano chirriantes y estrepitosos en continuo transporte de ajuares; parihuelas abarrotadas de loza y cristalería; canastas ingentes...; todo lo que puede servir para las mudanzas invadiendo las calles, obstruyendo las aceras, agrupándose en impedimenta de tribu vagabunda frente a las habitaciones que, transformadas en gigantescos hormigueros, durante horas enteras, en interminable y abigarrada procesión, en agobiante promiscuidad de hogares, arrojan y tragan, expelen y absorben lo que al perder la uniformidad doméstica sólo parecen basuras del hogar.

El día 24 de Junio, en Córdoba, todo aquel que no tiene la *dicha de ser casero* y por cualquir circunstancia vese obligado a cambiar de domicilio, sufre los efectos de un incendio. Parte de la vajilla hecha mil pedazos; los armarios, los aparadores, la sillería, llenos de rozaduras y desencajados; las camas con barrotes torcidos y desajustadas si son de madera; las flores mustias, tronchadas; las ropas revueltas, manchadas... ¡Una inundación, un incendio, una epidemia anuales! Y aun así pudiera sobrellevarse si quedase en esto. En el espacio de tres o cuatro horas ha de realizarse el traslado y en la casa que se abandona sucia, por la preparación de la mudanza, como barraca de gitano trashumante, con todos los enseres amontonados enmedio de las habitaciones, ha de darse entrada a un ajuar extraño, que se mezclará con el nuestro, venido de no se sabe donde, pulcro o lleno de suciedad; quizá cargado de agentes infectocontagiosos; y nosotros iremos a alterar el ya profundo desasosiego y zozobra que la mudanza provocó en otra familia ciudadana que también tuvo la desventura de nacer para inquilino, y ocuparemos unas habitaciones sucias, sucias no por descuido, por negligencia, sino por imperiosa necesidad, y condimentaremos nuestro alimento en una cocina que no sabemos para qué sirvió y dormiremos en unas habitaciones que, posiblemente, aún conservan la última expiración que en ella hiciera

El duque de Almodóvar del Valle y algunos de sus amigos que intervinieron en el banquete popular con que fué obsequiado en Lucena

Presidencia del banquete verificado en Lucena en honor del duque de Almodóvar del Valle, exministro de Fomento y diputado a Cortes por el distrito expresado.

algún inquilino tuberculoso... ¡y esto es realmente intolerable!

Y si esta costumbre es beneficiosa para el casero que tiene asegurado el arrendamiento de su habitación por todo un año, como por cima del bien y conveniencia particular hállase el general, el de la población, las autoridades deben poner remedio, deben impedir continúen esos espectáculos anuales; deben, previsores, evitar que en en alguna ocasión se desarrolle una trágica epidemia.

Rómpase con la absurda y peligrosa costumbre de hacer los contratos de arrendamiento por años y a fecha fija, siendo ésta la del 24 de Junio; háganse estos por meses como en todo pueblo civilizado, con las necesarias garantías, que no serán la bárbara y ruinosa de las tres mensualidades adelantadas, sangrienta usura, frecuentemente engendradora de hórrida miseria, causa en ocasiones de enfermedades, sobre todo en la clase de empleados, ya que limita fuertemente el peculio y reduce los medios habituales de subsistencia; y si los caseros protestan, si pretenden hacer valer sus derecho de contratar a voluntad, procedan las autoridades a dar cumplimiento a las disposiciones sanitarias vigentes para el día 24 de Junio del próximo año y recibirán las alabanzas de todo buen ciudadano, aunque amargo y bochornoso sea para un pueblo que se nombra civilizado, que se cree progresivo y culto, tener que hacer uso de disposiciones legales, más aún cuando éstas son de carácter sanitario, como medio de amenaza para abolir una costumbre, no solo absurda, sino peligrosísima para la salud de la población.

Próximo ya el mes de Noviembre en el que, según los contratos corrientes, se renuevan o rescinden los arrendamientos de vivienda, deberá obligarse al casero a que haga los contratos por mensualidades y, si así no lo hiciere, conmínesele con impedirle que su vivienda desalquilada sea nuevamente habitada sin la previa legal desinfección establecida y mandada por el artículo 15 del Real Decreto de 31 de Octubre de 1901 y por el artículo 117 de la Instrucción general de Sanidad de 12 de Enero de 1904, haciéndole saber en la penalidad en que incurre según los artículos 202 y 204 de la expresada Instrucción.

Y háganlo las autoridades sin miedo alguno a las dificultades que para su prática habría de acarrearles el gran número de viviendas desalquiladas y que habrán de ser nuevamente habitadas en un solo día; procedan en 24 de Junio próximo a desinfectar vivienda por vivienda, lentamente, sin apremios, que muy seguros pueden estar de que no faltarán inquilinos que, bien aleccionados, permanezcan tranquilos y sin contrato en sus antiguos domicilios hasta que su nueva vivienda haya cumplido con las disposiciones legales.

L.

Nota.—Los artículos de la Instrucción general a que nos referimos, dicen así:

«Art. 117. En las poblaciones de más de 15.000 almas será obligatoria la desinfección de todos los cuartos desalquilados, los cuales no deben ser nuevamente habitados sin que tengan en la puerta la póliza que acredite haber sido desinfectados convenientemente.

«Art. 202. Son faltas graves: 4.º La omisión de cualquiera de las prácticas de desinfección en las ocasiones en que lo exige la Instrucción.

«Art. 204. Las infracciones graves serán castigadas, según los casos, con multas de 50 a 500 pesetas...» (Advertiremos que estas multas lo mismo pueden ser aplicadas a los particulares, que a los funcionarios y autoridades).

CÓRDOBA

SÉNECA, por Mateo Inurria

El primer monumento que se debió levantar en Córdoba

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 29 de Septiembre de 1917 | NÚM. 58

La nueva reconquista de Andalucía

La hermandad de los anticaciquistas

No como Fernando el Santo, ni como Alfonso el Sabio, ni siquiera como los Reyes Católicos, iluminados de altísimo ideal, sino con una especie de bula que le ha otorgado el señor García Prieto, y alzando en alto al pendón de Alba y Bonifaz, se ha lanzado todo valeroso y cansino el señor Borbollá, bien conocido en todos los ámbitos de España, a la nueva Reconquista de Andalucía.

Era nuestra pobre región, de Despeñaperros abajo, la cenicienta en el hogar patrio que rige Castilla. Le había dado nuestra raza meridional su espiritualidad y su alegría, su gracia y su ingenio, los navegantes de Colón y los soldados de Hernán Cortés, los pintores y los poetas de la escuela sevillana, los guerrileros de Bailén y los diputados de Cádiz, y finalmente lo que no lograron los Comuneros de Villalar lo consiguieron los soldados andaluces en Alcolea. Si fuésemos a disputar la historia patria trozo a trozo, veríase que tanto ha puesto en hacerla Castilla como Andalucía.

Y sin embargo, Andalucía no sólo estaba postergada, sino que se la ha tenido y tiene sometida al más indigno vasallaje.

Aquí medraban en la República y en la Restauración los políticos andaluces, a condición de que les guiase un centralismo más ciego y obcecado que el que padecen los mismos castellanos. Era un ardiente españolismo, el ensueño de crear una ardiente España, borrando los zurcidos de Isabel la Católica de que hablaba Silvela, el sentimiento que guiaba a los políticos andaluces a olvidar su región para entregarse rendidamente a su patria. Así Cánovas singulariza su acción política en Murcia y Castelar la personaliza en Huesca y Moret hasta sus postreros años se refugia en Aragón y Silvela en Avila... Mientras tanto la pobre Andalucía, con sus sedimentos cantonales y sus encantadoras rebeldías, de causas étnicas tan hondas y complejas, era entregada por los políticos que le quedaban a dos crueles vasallajes: al del bandolerismo en los campos, al del caciquismo en las ciudades.

Ha podido el transcurso del tiempo ir borrando el primero de aquellos males crueles; perdura el segundo. Una recia trama enlaza unas ciudades con otras; no hay allí ningún derecho ciudadano, ni sufragio, ni justicia, ni libertad de pensamiento. Los pueblos están sometidos y resignados; por la fuerza de la costumbre y el hábito de la normalidad extraconstitucional creada, no advierten ellos mismos la indignidad en que viven.

Hombres de bastante cultura hay allí, que conociendo desde niños este régimen, que no tiene más fundamento que el apoyo del gobernador y los mandatos imperativos del ministro de la Gobernación, creen que es legítimo y legal este fraude de todos los derechos ciudadanos; que los Gobiernos y no los pueblos deben designar los diputados y los jueces, los alcaldes y los concejales, y burlar la ley cuando se opone a sus designios.

Así, hay dos Españas ciertamente. Una, donde es posible la vida ciudadana; donde si las clases neutras quisieran salir de su abstención dejarían a los gobernadores reducidos a su papel de guardadores del orden público, foliculários resolvedores de las alzadas contra los Ayuntamientos, burócratas regaladores o vendedores del fuero de los tahures, como ha acontecido ya en buena parte de Cataluña y de Vizcaya; pero esta España que comienza en los Pirineos y en el Cantábrico acaba en Sierra Morena. De allí abajo—sería ridículo hacer de esto un tópico—, comienza la tribu o la cabila, el régimen africano, el dominio de la fuerza y de la violencia, disimulado un poco en las capitales, encu-

De la feria de Otoño.—El paseo de la Victoria.

bierto con fórmulas de cortesía en las ciudades, descarado en los pueblos, brutal y cínico y canalla en las aldeas... ¡Estamos colonizando Marruecos; hay un trozo de Riff, que se encubre ya bajo el nombre de nuestro protectorado! ¿Visteis paradoja igual? Pedí yo un día a Canalejas, que quiso en vano luchar contra aquellos cacicatos andaluces, que tuviese el valor de confesar la verdadera situación de esta España y de crear el Protectorado español de Andalucía... ¿No fuera más llano y más sencillo? Canalejas reconocía que el vetusto partido no le dejaba aún las manos libres, pero era empresa de liberación que anhelaba realizar, y en la primera ocasión que le ofreció la casualidad amagó su ira sobre el califato de Sevilla, que tan a las anchas, desde los tiempos de Abarzuza, ministro, viene rigiendo el señor Borbolla.

Acontece, acaso, que los más de nuestros gobernantes apenas conocen de Andalucía sino el alegre regocijo de la feria sevillana. Desde Romero Robledo acá, la recia urdimbre caciquil tiene en Madrid sus personajes que llegan a ministros; prodigioso antemural que aquí se opone a que la pobre Andalucía pueda ser considerada como una región o un grupo artificial de provincias, con iguales derechos que Cataluña o Vizcaya, que Valencia o Aragón. A través de estos ministros, todos ellos acusados muchas veces de complicidades pecadoras con el caciquismo, vieron siempre nuestros gobernantes a Andalucía: criadero de reses brevas, cuna de toreros, tonel de buenos vinos, vivero de hembras de trapío y de hombres inconscientes y dicharacheros... Y no saben más. Del hondo dolor campesino; de la indignidad del yugo caciquil; de la bestialidad con que se divide su sociedad en dos castas: una, cuchillo que taja; otra, carne que sangra, ¿qué saben cuantos gobernaron? ¿Qué sabe el marqués de Alhucemas, por ejemplo, cuyos viajes de capital en capital andaluza pueden contarse con los dedos?

Seguro de volver a gobernar y entregando hartas prendas a la voracidad del señor Alba, que lo devorará entero, el marqués de Alhucemas ha sancionado una especie de bula por la que le regala varios predios andaluces, que han sido entregados en usufructo al señor Borbolla. ¡Ah, fuera cómico y ridículo el caso, en la brutal perturbación que al mundo entero acongoja, si esa bula sancionadora de comités borbollistas, no significara para el día de mañana el regalo de las Alcaldías y los Juzgados municipales, la garantía del favor político, de la influencia y de la impunidad...

Y allá va don Pedro, viendo cómo ante el pendón de Alba se ensanchan las lindes de la sevillana tierra y cómo nuevos feudos se le entregan y como los avisados que quieren ser de la extirpe del cuchillo le palmotean y le siguen. ¡Pobre Andalucía! En Sevilla y en Córdoba ruge la indignación en muchos pechos. Llegará una hora de contagio en que todos verán que no hay que pensar por ahora en los altos y nobles ideales que propagan los regionalistas andaluces—mucho más numerosos y abnegados de lo que en Madrid se cree—, sino crear urgentemente la hermandad anticaciquista y lanzarse de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, convenciendo a nuestros hermanos de que tienen derecho a acudir al Estado, pidiéndole que nos someta al mismo régimen amparador que se ha creado en el Protectorado español de Marruecos.

Siquiera allí no tiene derecho la inconsciencia del marqués de Alhucemas a regalar a la codicia de Alba y a las minúsculas ambiciones comiteriles de Borbolla, predios políticos, a los que se muda de amo como si fuesen, en verdad, cabilas o tribus.

Dionisio Pérez.

Asociación Médico Regional

A LOS MÉDICOS

Uno de los fines que persigue la Asociación y el primero de los puntos a tratar en la próxima Asamblea es «el pago a los titulares por el Estado», con lo cual han de obviarse las múltiples dificultades con que tropiezan los médicos para el percibo de sus haberes como empleados municipales.

Pero, al llevar al Estado el pago del personal médico de beneficencia, cabe introducir algunas reformas que hagan más equitativo el disfrute de las ventajas que proporciona el sueldo fijo y, sobre todo, que hagan de la clase médica una verdadera asociación en la que ingresen sus indivíduos con igualdad de deberes y de derechos. De no hacerlo así se asentará nuestra unión en una falsa base y, como edificio sin simientos, se derrumbará falta de robustez y de energías. Si sólo pedimos por los titulares de hoy, vamos a contribuir a la obra caciquil que pugnamos por destruir, pues metiendo la mano en nuestras conciencias no podremos menos de confesar que nuestra más o menos ventajosa colocación es obra del cacique; de donde resulta que nuestros esfuerzos en pro de la unión van a favorecer solamente a los ya pratrocinados.

Pocos, muy pocos médicos libres hay que lo sean por su gusto; más bien creemos que no son titulares por una de estas dos causas; por que no tienen apoyo político o porque un cambio de situación los dejó cesantes. De aquí el que me atreva a afirmar que, al ser nuestra misión de beneficencia dependiente del Estado, queremos todos—con muy escasas excepciones—ocupar cargo con retribución, siquiera ésta fuera tan corta como tubiera que serlo para que todos los compañeros en ejercicio y provistos de sus respectivas patentes fueran declarados y remunerados de beneficencia, que con lo consignado en los presupuestos municipales hasta hoy puede hacerse que todos cobremos y trabajemos algo.

Así, pues, en favor de nuestra clase a cuya defensa y dignificación debemos contribuir todos con el máximo de nuestras fuerzas y un gran entusiasmo exento de toda ruindad, entiendo que el bien general nuestro estriba en que nos organicemos perfectamente y por escalafón a semejanza del Ejército y el Magisterio primario, que son los cuerpos mejor organizados y que no cejáramos como ellos, ni un punto en nuestro perfeccionamiento y en el bien común de los individuos que integran el Cuerpo Médico Español. Y así constituídos, podríamos dividirnos en dos grandes ramas: Sanidad militar a la que pertenecen los médicos con destino en el Ejército, y Sanidad civil, a cuya rama perteneciéramos todos los demás, obligados los que fueran declarados de beneficencia a prestar asistencia a los enfermos pobres de cada distrito médico en el que cada uno seríamos, para asuntos locales, una autoridad sanitaria.

De este modo todos figuraríamos en el cuerpo de Sanidad civil con más o menos sueldo suceptible de aumento según lo fueran permitiendo las circunstancias en relación con los años de ejercicio profecional y méritos adquiridos.

Este es mi humilde criterio sobre este asunto que tan hondamente debe preocupar a los médicos españoles y no quiero creer que haya ninguno que, al ingresar en la asociación, no lo hiciera movido por la mejor buena fé y sin miras egoístas; de donde deduzco que cuanto voy diciendo ha de hallar eco en las conciencias de todos.

Según recientes estadísticas, hay más de 9.000 municipios en España; supongamos que llegan a 9.400. Restemos los 49 correspondientes a las capitales de provincias y tendremos sólo de los pueblos 9.355 municipios. Admitamos que hay por cada mucipio dos médicos—término medio—incluyendo en esta cifra a los forenses inspectores de sanidad, sea cual fuere su misión, y subdelegados de medicina y tendremos 18.710 médicos de los pueblos solamente. Demos por admitido, como término medio también, que en cada capital de provincia hay 30 médicos y tendremos 1.470 médicos que, sumados a los 18.710, forman un total de 20.180 médicos, aparte de los médicos militares y catedráticos que tienen su organización especial y dependen hoy mismo del Estado. Rebajemos de estos 20.180 médicos, que resultan el 60 por 100, representado por aquellos señores que bien por sus medios de fortuna, bien por dedicarse a una productiva especialidad o por tener actualmente cargos más lucrativos, no quieran o no puedan aceptar la visita cuotidiana y domiciliaria a las clases menesterosas, y tendremos un número de médicos de beneficencia nacional igual a 18.970, de donde irían saliendo los forenses, inspectores, etc., se-

Notas de la feria de Otoño.—Los traginantes en el café

Por E. Romero de Torres

gún los años de ejercicio en la carrera en relación con los méritos adquiridos, siendo muy de notar entre estos la buena conducta seguida con los compañeros.

Supongamos que unos municipios con otros gastan en médicos de beneficencia, 4.561'97 pesetas anuales, que, como hemos admitido—cifra aproximada—que hay 9.400 municipios, tendremos con algún error 42 882'500 pesetas, que han de repartirse por categorías entre los 18.970 médicos, de este modo:

Categoría	Médicos	Pesetas anuales	TOTAL Pesetas
1.ª	330	5.000	1.650.000
2.ª	500	4.500	2.250.000
3.ª	675	4.000	3.900 000
4.ª	1.250	3.500	4.375 000
5.ª	1.600	3.000	4.800 000
6.ª	2.500	2.500	6.250.000
7.ª	3.870	2.000	7.740.000
8.ª	7.945	1.500	11.917.500
	18.970		42.882.500

Ahora bien ¿cómo proveer estas categorías? Tres factores principalísimos deben tenerse en cuenta al efecto:

1.º Mayor número de años de jercicio profecional.

2.º Méritos adquiridos teniendo en cuenta la mayor utilidad humanitaria de los servicios prestados y la moral profesional con que se llevaron a cabo para fomentar la unión, y

3.º aquellos servicios en que expone su vida el médico para realizarlos en bien de la salud de los pueblos.

Claro está que estos haberes que debe percibir cada médico de beneficencia nacional—única remuneración fija con que podremos contar—estarán sujetos a un razonable descuento con destino a un montepío, con cuya institución nos sentiríamos tranquilos al columbrar un porvenir en el que no ocurriera lo que hoy acontece que, al morir, pobre, uno cualquiera de nuestros compañeros ve que con él desaparece de su casa el bienestar de la familia y sólo vislumbra en su agonía hambre y miseria para los suyos.

Así las cosas y mediante ese pequeño e insensible ahorro, contaríamos con algo nuestro más digno que las piadosas sociedades, que acosta de grandísimos esfuerzos y mendingando caridad, de los que antes la necesitan que pueden prestarla, han de llevar a nuestros desgraciados hijos algunos céntimos, cuando nuestra previsión y nuestro amor hacia ellos ha debido tenerlos ahorrados cuando la triste hora de nuestra jubilación, de nuestra imposibilidad para el trabajo o de nuestra muerte llegara.

Con que ¡ánimo,compañeros! trabajemos por la unión verdadera; es decir por la del bien general y salgamos de la apatía tan habitual en nuestra clase para luchar con más ahinco que nunca, hasta conseguir lo que nos proponemos.

Francisco Tapia y Romero.

EL SECRETO

Ese secreto de tus labios, quiero
que llegue a mi dormido corazón,
si es más grande la falta, también es
más grande mi piedad y mi perdón.
Dí la historia maldita del pecado,
y aquella cobardía, y tu traición,
y los besos rivales, en la noche
eterna de mi angustia y mi pasión.
Y las palabras breves, silenciosas
como unas fugitivas mariposas
que apenas tocan a la abierta flor.
Para borrar esta tortura mía
el vino es poca cosa; olvidaría
con una borrachera de dolor.

Eduardo Baro.

ETERNO LUMINAR

El sol brilla en Oriente
inundando la tierra
con fulgores radiantes
de infinita belleza.
Levántase hasta el solio
augusto, en que se asienta,
y allí muestra glorioso
sus fueros y grandeza.
A su fecundo aliento
palpitan las esferas
y todo lo sensible
a revivir se apresta.
Con flores matizadas,
de halagadora esencia,
se visten y decoran
los prados y las selvas.
El ave, el pan, el bruto,
sacuden la pereza
que impuso la fría noche
y ufanos, corren, vuelan.
Los míseros mortales
absortos lo contemplan
y a tan benigno padre
reconocidos quedan.
¡Su influjo soberano
de vida el Orbe llena!
¡A impulsos de sus rayos
el Universo rueda!

José Gaitán Millán.

DESPEDIDA CORDIAL

Desafiando los rigores de la estación estival, ha pasado el verano en Córdoba un nutrido grupo de alumnos aventajados de la Escuela de cerámica de Madrid que, con singular acierto, dirige nuestro comprovinciano, el ilustre periodista y crítico de arte don Francisco Alcántara y Jurado.

La excursión veraniega de este año escolar ha cabido en suerte a nuestra Córdoba, manantial inagotable de inspiración y de enseñanzas para todo espíritu que sienta hondo la atracción del arte. Sin contar los incomparables monumentos que aún embellecen la antigua capital del Califato, salvados milagrosamente del vandalismo gubernamental y de la ignorancia pública y privada, es un hecho que existe, en esta ciudad nobilísima, multitud de rincones y escondrijos llenos de encanto y de interés, cuyos hechizos, si pasan desapercibidos para los ojos profanos, en cambio embelesan a las almas observadoras que rinden culto a las manifestaciones de la belleza, de carácter genuinamente popular y llanero, en que se desenvuelve la afanosa vida de las más sufridas y laboriosas clases sociales. Hay patios, jardines, huertos, corrales, cláustros, techumbres y portadas en caserones antiguos y en viviendas destinadas a albergue de vecinos, diseminadas acá y allá en el laberinto de los barrios extremos de la población, que respiran un ambiente tan local, un cordobesismo tan sano y penetrante, que su contemplación no puede menos de producir, en los temperamentos bien predispuestos, ese suave deleite, de serena y mansa admiración, que gana y subyuga los corazones.

Para estudiar indistintamente lo monumental y lo típico en la localidad, recogiendo detalles de las grandes creaciones arquitectónicas de otros tiempos y de las modalidades artísticas concebidas en esfera más modesta por el genio de la raza, sin olvidar los rasgos fisonómicos de la gente pueblerina, que conserva en las facciones de su rostro, en la apostura habitual de su cuerpo y hasta en el traje usual que viste, los signos propios de una variedad nacional, pletórica de originalidad, para eso ha venido a Córdoba una colonia de jóvenes artistas, procedentes de la reputadísima Escuela de cerámica, fundada por otro gran escritor cordobés, que ha llevado, como pocos, los matices de su espléndida imaginación a la literatura del periodismo, alcanzando un puesto preeminente en la Prensa de Madrid: don Julio Burell, siendo ministro de Instrucción pública, como protector decidido de la juventud que promete, creó la Escuela en 1911 y puso al frente de ella al señor Alcántara.

Don Francisco Alcántara Jurado, ilustre publicista cordobés, director de la Escuela de Cerámica de Madrid.

Toda la canícula se ha visto a esa juventud laboriosa con el equipo de su honroso trabajo, portaestudios, caballetes, etc., circular por las calles, casi desiertas, de la ciudad, durante las horas más calurosas del día, que es cuando una catarata de luz y de vida solar, resplandeciente de colores purísimos, demarcan, en los objetos estéticos, la línea gracil, el contorno suave, la figura airosa, despertadora de la emoción del artista, que reproduce en su obra las impresiones que ha sabido recojer del natural, después de bien sentido y estudiado.

La especialidad de la enseñanza que proporciona a sus discípulos don Francisco Alcántara y el competente personal que le asiste en la hermosa labor de cultura que viene realizando, es integral, dentro de su género. Además del dibujo, la pintura en todas sus variedades, el modelado y vaciado, estudiando siempre el natural, aprenden también los escolares, a preparar el material de que han de servirse en la ejecución de las obras de escultura y cerámica que acometen, y acto seguido reciben del señor Alcántara la explicación teórica o técnica que el caso requiere, capacitándolos así, juntamente como obreros manuales y como artistas refinados, que aspiran a dominar totalmente una profesión práctica y facultativa, de lucro y brillantez a la vez. Todo el secreto de esos estudios estriba en que la personalidad del maestro no ahogue las aptitudes nativas del aprendiz; la misión augusta de aquél es descubrir, sacar a luz todo el oro que yace oculto en las facultades mentales de cada alumno, para dirigirlas después en el sentido que indiquen sus disposiciones personales; el profesor no es más que un guía que muestra el largo y difícil camino que ha de recorrer la inteligencia del discípulo, y, una vez mostrado, debe desaparecer para que éste lo vaya andando, paso a paso, por su propio pié.

Enseñar deleitando a la juventud, nutrir la inteligencia y al mismo tiempo educar el corazón y recrear el alma diáfana del adolescente, esta es la obra pedagógica que hay que realizar y precisamente realiza el señor Alcántara; él viene a ser el maestro y el padre espiritual de sus discípulos; alguno de ellos, en quien hubo de descubrir condiciones excepcionales, sacólo de la muchedumbre errabunda y bohemia y, redimiéndolo del vicio de la vagancia, dióle una orientación definida y segura, sal-

vándolo de un naufragio social bochornoso, con sólo haber estimulado y fortalecido hábilmente sus aficiones y su vocación artística. Intimamente convencido de que la voluntad del joven es flexible y dócil a los motivos que la solicitan, pero poco perseverante en el trabajo, ha empezado el señor Alcántara la conquista de esas inteligencias tempranas, por formar y robustecer, en su base, el imperio de aquella facultad tornadiza del escolar, para que, merced a ella, pueda ser al llegar a la edad madura, lo que en la vida vale más que todo: un carácter.

Dolorida el alma de don Francisco Alcántara por fiero golpe que una desgracia irreparable ha asestado recientemente a su corazón de padre, cifra hoy todas sus esperanzas y aun el resto de sus marchitas ilusiones, en un otro hijo de la carne, que es también discípulo aprovechado, y en sus demás discípulos que son asímismo hijos predilectos de su inteligencia, y ejerciendo tan alto magisterio, vive y trabaja intensamente el insigne profesor, pero ganado su alto espíritu por la añoranza de un bien inestimable, que para siempre perdió.

Justo es consignar aquí una nota simpática: el alma femenina ha encontrado favorable e hidalga acogida en ese centro cultural y como muestra de ello, una señorita, que siente singular devoción por el sublime arte de la pintura y que además lo practica, con un vigor y una firmeza que tan alto habla en pro de las desconocidas aptitudes de su sexo; una señorita, decimos, que profesa la religión del arte, ha venido también a Córdoba con sus compañeros de trabajo, para hacer estudios prácticos, durante el curso de esta campaña veraniega.

En el local llamado Reformatorio, cedido atentamente por el alcalde don José Carrillo Pérez, que no se olvida de la juventud estudiosa, hállase instalada la Sección escolar a que nos venimos refiriendo; la labor por ella realizada, en el breve transcurso de dos meses que lleva de estancia en Córdoba, ha sido, por todo extremo, fecunda y provechosa. El arte que perdura no es, si bien se considera, más que una imagen de la verdad objetiva, interpretada con el más profundo respeto a la realidad, pero impregnada a la vez, de la idealidad del intérprete, que debe siempre poner en su obra, partículas luminosas de su alma, porque la producción estética no ha de ser un traslado fotográfico, parado y muerto del natural, sino el trasunto fiel de un fragmento del mundo real, tal como lo vea el artista a través de su percepción psicológica; en una palabra, el arte debe de ser un consorcio armónico de materia y espíritu, realizado por propio y personal esfuerzo, y esta es la característica que observamos en las bellas producciones de la Escuela de cerámica.

Profundamente reconocidos hay que estar a don Francisco Alcántara y al entendido profesor señor Palma, que tan activamente ayuda en la enseñanza al insigne publicista cordobés, que además de un pintor exquisito, de gusto irreprochable, es un profesor eminente en la enseñanza y exposición de la Historia del Arte, que ha tenido el buen acuerdo de venir a esta olvidada población a recoger, por el órgano inteligente de sus más aventajados discípulos, hermosos trozos de la Córdoba artística, típica, popular e ignorada que llevará consigo, al regresar a Madrid, para perpetuar los rasgos más interesantes de su fisonomía local, en el copioso arsenal de la Escuela de cerámica.

Al dirigir nuestro cordial saludo de despedida a esa bandada de golondrinas, mensageras del arte, que han hecho verano en Córdoba, hemos de manifestar públicamente nuestro deseo ferviente, por que alcancen, en su brillante carrera, los más señalados triunfos, esperando confiadamente, por nuestra parte, que no habrán de olvidar, en sus futuras excursiones, a ésta, con razón llamada, ahora y siempre la *Ciudad buena*.

Luís Valenzuela.

Córdoba Septiembre de 1917.

Algo sobre la rabia

No es mi propósito hacer un estudio científico acabado de esta enfermedad, por ser de suyo muy conocida, tanto en el campo de la ciencia, como en el de la vulgaridad; pero camo todo lo que es objeto de mucha discusión se presta a equivocadas interpretaciones, he aquí por qué se le asigna a esta infección una etiología distinta de la que en la realidad científica hemos estudiado.

En creencia bastante generalizada que la hidrofobia es debida a los malos tratos a que frecuentemente son sometidos los animales, especialmente los perros, por los pequeñuelos, que en su incesante deseo de no dejar nada tranquilo, maltratan a esos innumerables perros vagabundos que recorren las calles de nuestras poblaciones en busca de la alimentación, que, quienes se dicen sus dueños, no se preocupan en proporcionarles a cambio de los beneficios que este noble animal les reporta con los servicios que constantemente les presta para la guarda de sus haciendas unas veces, y otras para sus ratos de distracción en la caza.

No pretendo negar que esos malos tratos y esa mala alimentanción no sean causas predisponentes para la rabia, pero de eso a creerlas determinantes, media un abismo. ¿Qué importan esas causas sin la presencia en el organismo del animal que las soporta del virus lísico? Siendo como es una verdad axiomática que la rabia es una infección aguda producida por un virus aún no aislado, que se localiza en los centros nerviosos ¿es posible admitir su existencia sin la colonización en la economía del animal atacado del agente causal de tan mortífera y terrible enfermedad?

La ciencia nos enseña que la rabia no es nunca expontánea, como muchos han supuesto, sino que es preciso que se efectúe la inoculación del virus para que se desarrolle, siendo su período de incubación variable según múltiples circunstancias del individuo, de la raza, de la alimentación, etc., etc. La falta de bebida que se cree que es causa capaz de determinar la enfermedad de que vengo ocupándome, es un error crasísimo el admitirla, pues como su misma etimología significa, hidrofobia quiere decir horror al agua, circunstancia que presentan los animales afectos, debido a la imposibilidad de deglutir por la disfagia buco-faringo-exofágica que manifiestan como síntoma más predominante.

¿Que cómo se efectúa la inoculación de la rabia? La contestación nos la da la ciencia con sus irrefutables argumentos: Por mordeduras de animales atacados de dicha enfermedad. Seguramente se ocurrirá a los lectores preguntarse: Entonces ¿cómo fué inoculado de esta enfermedad el primer animal rabioso? He aquí un punto difícil de explicar, no sólo tratándose de esta enfermedad sino de las demás infecto-contagiosas, pues para poder explicar este punto de suyo intrincado tendríamos que llegar al principio del Universo en que indudablemente fueron creados a la par que los seres multicelulares los unicelulares, entre los que se hallarían los más íntimos de la escala zoológica, los microbios, y esto no es factible estudiarlo en los estrechos límites de un artículo y además sería preciso al exponer la creación introducirse en campos que el articulista no se atreve a abordar.

Esto sentado, y no siendo mi propósito, como manifesté al pricipio de este trabajo, otro que llevar al ánimo de los lectores el convencimiento de que la rabia no es expontánea y que la causología que algunos atribuyen no es verídica, paso a tratar del camino que sigue el virus lísico a través del organismo invadido; cualquiera que sea el modo de penetración (mordedura, ingestión de saliva y sangre de animales rabiosos, siempre que la mucosa de las vías digestivas no esté intacta, inoculación en la cámara anterior del ojo o debajo de la dura-madre previa trepanación, etc., etc.) no es conocida todavía con certeza, pues cada autor que de estos asuntos se ha ocupado y ocupa en la actualidad, emite su criterio; ahora bien, lo que no admite dudas es que es necesario que los centros nerviosos (cerebro, bulbo y

Los alumnos de la Escuela de Cerámica de Madrid, que han pasado el verano en Córdoba estudiando los monumentos y otros elementos artísticos de la ciudad.

médula) sean impresionados por este virus; por consiguiente, se cree que su dirección es centrípeta desde los nervios a los centros y centrífuga de estos a las demás partes del organismo. Sea cualquiera el recorrido del virus, la absorción es rápida y la velocidad, aproximadamente, según experiencias, de un milímetro por hora.

Comprendiendo que se hace algo extenso el artículo, paso por alto la sintomatología de las dos formas clínicas que conocemos; la tranquila o paralítica y la furiosa; así como las lesiones anátomo-patológicas que, aún cuando ofrecen un excepcional interés para llegar al diagnóstico de la rabia, no creo oportuno indicarlas, pues para llenar mi objeto creo suficiente con lo expuesto.

Ahora, réstame tan sólo hacer presente, que se impone el sacrificio de los innúmeros perros que vagabundean por la población, pues así se evitarían esos casos de rabia que desgraciadamente son harto frecuentes, como no hace mucho días ocurrió en un pueblo de nuestra provincia, en el que fueron mordidas doce personas por un can hidrófobo; ahora bien, lo que es lamentable es el espectáculo que presenciamos a diario en la época del estiaje (que es cuando se acuerdan las autoridades de la existencia de esta enfermedad, por ser más frecuente) en las calles de nuestra ciudad, de gran número de perros que bajo la acción de un preparado de extricnina sufren, luchando con la muerte, durante largo espacio de tiempo, habiendo otros medios más rápidos y eficaces para privarles de la existencia sin necesidad de producirles esa agonía tan prolongada y horrible, de que son presa y mucho menos en las calles, que no es el lugar más apropiado para esta matanza.

En cuanto a los perros que vayan provistos de bozal y paguen sus dueños la contribución impuesta, jamás deberá matárseles sin incurrir en responsabilidad, sino que se les deberá recoger y secuestrar hasta tanto se presenten sus dueños a reclamarlos, imponiéndoseles la multa que su descuido merezca y si, pasado un tiempo prudencial, no fuesen reclamados, deben ser sacrificados sin que en ningún caso intervenga para nada la influencia política que todo lo invade.

Interin se descuiden estas cosas tan fáciles de llevar al terreno de la práctica, la rabia seguirá causando estragos y cada día irá aumentando su área geográfica, en vez de disminuirla, que es a lo que la moderna higiene tiende constantemente, y la mortalidad alcanzará cifra más elevadas para consternación de los habitantes de nuestras poblaciones.

R. Tonebar.

VIDA OBRERA

No hay movimiento societario.—Todo de color de rosa.

Lector suave, dispénsame que a tí me acerque a comunicarte mis alegrías; yo, que también, como tú, estoy alegre y satisfecho, al ver los problemas de nuestra querida patria todos resueltos. Mientras tú lees estas líneas recostado en la hamaca, saboreando el rico habano y ajeno de todo cuidado, tal vez lleguen hasta tí los alegres acordes de una banda que se dice que va a recorrer las calles de nuestra ciudad anunciándonos que la dicha es nuestra compañera, que somos los niños mimados de la fortuna y que, gracias a nuestros sabios gobernantes, todo está previsto, y nuestro bienestar está asegurado por larga que sea nuestra feliz existencia.

Desde hoy no leerás en ningún periódico que las subsistencias están caras y escasas, porque el problema de la agricultura está resuelto, de tal modo, que si en verdad han dejado algún terreno sin cultivar, es con la intención de que el pueblo pueda apreciar cómo está el terreno que no se cultiva. Si entre los sucesos del día encuentras que una persona se ha caído en la calle, y que transportada a la casa de socorro los médicos apreciaron que el accidente era producido por no haber ingerido el paciente nada (ni frío ni caliente) en cuarenta horas, asegura que este pobre loco es un imitador de Ursus, que está en los ejercicios preliminares de la profesión. Si algún amigo te dice que nuestros barcos mercantes se los llevan al extranjero tan pronto como se terminan en el astillero, no te apenes por esto, pues esta medida la ha establecido el Gobierno para no turbar nuestra tranquilidad con la desagradable noticia de un naufragio; ya no habrá huelgas ni algaradas; las cárceles están cerradas, y si algún delincuente se encuentra en ellas, es sencillamente porque no ha querido salir a disfrutar de libertad, por encontrarse allí mejor.

No te alarme el que continúe la suspensión de garantías y el estado de guerra, puesestas medidas han sido tomadas por nuestros gobernantes, no para ser aplicadas a los españoles, sino para que sepan los extranjeros que, al pisar nuestro territorio, tienen que andar derechos; de lo contrario, peligra la piel.

El viaje de Dato a San Sebastián ya sabes que fué producido por aquella noticia falsa en la que se le atribuía a un señor Ministro el haber dicho que Joselito I no quería torear en Madrid; pero gracias a la suerte, todo está arreglado.

Al fin, dichosos y alegres, sólo tenemos que comentar el que los enterradores se hayan declarado en huelga forzosa por no haber material para su trabajo, y está explicado: ¿vamos ha ser tan tontos que nos vayamos a morir, ahora que tenemos de todo en abundancia y por si algo faltaba, tenemos hasta tranvieros condecorados?

B. Garrido.

La carestía del hierro y otros materiales de construcción

Antes de la guerra que ahora conmueve al mundo, el precio del carbón mineral era de 40 pesetas la tonelada. Después, sin que hubieran subido los jornales, ni aumentado el canon minero que cobra el Estado, ni los demás materiales necesarios en la explotación minera, ni los transportes ferroviarios; sin ningún fundamento, pues, para el aumento de precio más que el egoismo codicioso de las grandes empresas y la avaricia desmedida de los vendedores, fué elevado el precio de la huya al doble de su valor. Hoy se vende aún más cara; el quintal de cuatro arrobas de huya, muy mezclada de pizarra, tierra y agua y con un *peso convencional*, se vende a 4 pesetas.

El hierro es el material más necesario en las construcciones; su precio, antes de la guerra, era en España de 26 a 30 céntimos el kilo, y en Melilla y otros puntos de Africa de 20 a 26 céntimos, pues competía allí la industria española con la belga, que vendía muy buenos hierros y muy baratos.

Pues desde los 28 céntimos el kilo hasta el precio actual de 1,08 pesetas, en la clase más barata, la subida ha sido, *simplemente, de ochenta céntimos*, o sea tres veces el valor total que antes tenía.

Los tornillos, remaches, planchas negras, planchas galvanizadas, alambre, espino artificial y demás clases comprendidas fuera de la Base tienen precios enormes, de un aumento de cinco o diez veces el valor anterior.

Veamos ahora las razones de la subida del hierro.

El mineral que antes valía en el alto horno a unas 20 pesetas la tonelada, vale hoy 25. El carbón ha duplicado su valor y los jornales de los metalúrgicos han subido en un 15 por 100. Todas estas alzas en el precio de los elementos que son necesarios en la metalurgía del hierro no influyen más que en el 75 por 100 del valor con respecto al precio anterior, de modo que, si antes valía en plaza 28 céntimos el kilo, hoy, a lo más, debía estar a 49, incluyendo ganancias de intermediarios, etcétera. Por tanto, hay un sobreprecio muy superior al doble de la tasa que legalmente debía tener.

Pero las maderas han subido más que el hierro. El tablón fino de Flandes, que antes valía 7 pesetas, vale hoy 30, 40 pesetas, y las tablas de pino del país han subido en la misma proporción.

En cambio, los cementos, yesos, cal, ladrillos, tejas, sólo han subido una cantidad proporcionada a la subida del precio del carbón que se consume en la fabricación de dichos productos.

Por lo expuesto, se ve que el aumento del valor de los materiales no depende de una necesidad imprescindible de las circunstancias actuales, sino de la sindicación de las grandes empresas, que se imponen por no tener competencia ni freno que las contenga en su afán de ganar más y más.

Aunque es vulgar el procedimiento que ha de emplearse para evitar la injusta carestía de los materiales, pues ya lo dijeron en las Cortes Urzáiz y Alba y mil veces lo repitió la Prensa española, no importa repetirlo una vez más. Hay que suspender terminantemente la exportación de hierro y de los minerales de este metal hasta que se llegue en el mercado interior al precio de 50 céntimos el kilo.

Y respecto a la madera, hay que dar a conocer al público que en las sierras de Cazorla, de la provincia de Jaén, hay pinares grandísimos de la propiedad del Estado, donde puede extraerse madera magnífica de pino salgareño que sustituya con ventaja al de Flandes, y madera de pino negral y carrasco para hacer

La admirable actriz Luisa Vela, el insigne barítono Sagi Barba y el representante de la compañía que con aquellos actúa con éxito extraordinario en el Teatro Circo del Gran Capitán, de Córdoba.
Caricaturas de Bernardo Ortiz.

Las hermanas Gómez, que actúan con mucho éxito en el Teatro Circo de Puente Genil.

las tablas de pisos y tejados y la viguería; que esta madera puede venderla el Estado señalando el tipo de reventa y la población; con esto, el Estado tendría grandes rendimientos y solucionaría por completo el problema de la adquisición de este material.

Lo mismo puede hacerse en las provincias de Guadalajara, Valencia, Cuenca, Soria, Murcia y en las de Cataluña, donde existen maderas abundantes y buenas en los bosques del Estado.

Si estos problemas no se atacan con fé y decisión para resolverlos inmediatamente, contribuirán al malestar general, porque producirán gran carestía en las construcciones urbanas, y como consecuencia el aumento de los alquileres; disminuirán las obras, y los obreros, a la vez que soportan el enorme precio de las subsistencias, como compensación habrán de pagar mayor alquiler y tendrán menor ocupación y por consiguiente menos jornales.

X.²

Córdoba Septiembre 1917.

CAUSAS Y EFECTOS.—El artículo así titulado que publicamos en el número anterior no estaba integramente reproducido del folleto original, a causa de que por exigencias del ajuste se tuvo que retirar unos párrafos. Por este motivo no resultaba lo suficientemente claro el sentido del discurso.

Estribillo de la desesperación

Todas las mañanas, nuestra madre o nuestra esposa—mujeres admirables ambas, una porque nos dió la vida, y otra porque la comparte con nosotros, sin exigirnos indemnización alguna—nos saludan con idéntica lamentación:

—Mira, Fulano; yo no sé qué va a ser esto. En el mercado los comestibles están por las nubes, y el duro hoy no da de sí la mitad de su valor. Las patatas y los huevos se van a vender por piezas; el carbón, malísimo, sube; el pan, falto de peso, sube; la carne, detestable, sube... ¿Por qué no hablas al jefe de tu oficina para que te suban también el sueldo?

Nosotros, que somos unos viles esclavos disfrazados de señores con un traje de americana, sonreimos.

Nos limitamos a sonreir, un poco dolorosamente desde luego; pero nada más. Nos abruma la convicción de que en la lucha áspera contra la sabrosa patata o el filete incorpóreo, seremos siempre fatalmente los vencidos. En esta época de cataclismo y trastocamiento de valores, la muerte, eterna proteica, no nos mata ya de un golpe, de un soplo; al contrario, le divierte sobremanera ir aniquilándonos poquito a poco, zarpazo a zarpazo, angustia a angustia. Lo de menos es que se esconda para asesinarnos en una ráfaga de cierzo, en un comestible averiado, en una angina o una úlcera o una distracción nuestra. Lo tremendo y abominable es que se agazapa detrás de un mostrador.

El ama de la casa no encuentra ya una fórmula aritmética que le permita obtener de un duro el rendimiento que en otra época—llamémosla edad de oro proporcionaban cinco pesetas. El aire de nuestra patria se ensombrece con negruras de crepúsculo, poblado por los suspiros de millones de amas de casa y de cabezas de familia. En vano nuestras mujeres y nuestras madres someten a rudas pruebas su inteligencia y su corazón como administradoras perspicaces: tales enemigas perecen aplastadas en el mercado. Dios—dijo una vez Víctor Hugo en una poesía extraordinaria—tiene miedo del gusano. El hombre—puede asegurarse hoy—tiembla, palidece y cae de hinojos ante el tubérculo en mala hora aclimatado en Europa, gracias a Parmentier.

De la Feria de Oloño.—El mercado de ganados.
Dibujo de Romero de Torres.

España gime. Sueña como siempre, ambiciona, planea; pero no tiene dinero. Mejor dicho, el dinero que tiene ya no le permite vivir. La desesperación resuena en los aires, como un estribillo trágico y obsesionante. Esta música, ineluctablemente lúgubre, penetra en los hogares, salta a las oficinas, rueda por las calles, estremece las hojas de la Prensa, lo invade todo y alucina a todos.

Los mismos hombres acaudalados no dejan de sentir los efectos de tanta lamentación; pero para fortuna suya, muy tibiamente, muy lejanamente... La escasez de determinadas subsistencias se les aparece, en general, como un espectáculo pintoresco. Habituadas al faisán y al salmón, que sigue siendo magistralmente guisados en sus cocinas, ¿cómo incurrir en la puerilidad de dolerse de la ausencia de la judía humilde o de la lenteja intrascendente? Estas legumbres desempeñan, como es notorio, en las mesas bien servidas un papel secundario—el de guarnecer platos,—y por su propia condición sencilla, no merecen arrancar a ningún adinerado la valiosa expresión de un suspiro o de un apóstrofe.

Ello se queda para nosotros, los pobrecitos de americana.... Nosotros, médicos, abogados, empleados, periodistas, que tenemos tantas cosas en que pensar y tantas que atender, y nos es ahora imposible, por culpa del carnicero o del tendero. Nosostros, que caminamos taciturnos y decaídos, ensimismados en las hondas meditaciones que no sugiere ese raro par de huevos fritos al que. ¡ay!, renunciamos ayer. Nosotros que quisiéramos trabajar jovialmente en la oficina, atender concienzudamente a nuestros clientes, diagnosticar con acierto, estudiar sin ahogos, escribir bellas crónicas radiantes, y que no podemos ya. No podemos, porque en casa, matándonos hora a hora, como espantoso estribillo conyugal, nuestra madre, nuestra mujer repiten inexorablemente:

—Yo ya no sé qué va a ser esto.

La leche sube; el azúcar sube; el pan sube... ¡Ay, señor!... Y tú, calzonazos, infeliz, torpe o demasiado decente, ¿qué haces que no te suben el sueldo...?

E. Ramírez Angel.

EN MARCHA

Las corrientes de opinión encaminadas a emprender en Córdoba una campaña moralizadora contra el caciquismo, adquieren cada día mayor intensidad. La privación de derechos en que desde hace tanto tiempo nos tienen los gobernantes, impide que la protesta de los ciudadanos y sus anhelos de engrandecimiento y libertad se exterioricen en actos públicos. Pero de silla a silla y de boca en boca, poi los cafés, los círculos, los paseos y los hogares todos, circula con fuerza irresistible el ansia de salvar a Córdoba, de elevarla de la sima en que yace a la altura que merece por su historia y su nobleza.

En números anteriores se ha dado cuenta de propósitos y determinaciones del Centro Andaluz que tendían a encauzar sabia y valientemente el movimiento que se inició en nuestra capital el 13 del pasado Junio, llevándolo al terreno de las luchas ingratas, pero fecundas, en que el pueblo ha pugnado eternamente por dignificarse frente a los múltiples obstáculos con que intentan en vano detenerle sus opresores.

En ese camino, el Centro Andaluz se ha encontrado—y era natural y lógico que así sucediese—al lado de los que desde el campo de la democracia mantuvieron siempre vivo el fuego sagrado de la protesta liberal en España; esto es, al lado de republicanos y socialistas y demás núcleos de las izquierdas.

La coalición local de todas las fuerzas progresivas y anticaciquiles, es ya un hecho: sólo falta que la reintegración del pueblo en la plenitud de sus derechos de ciudadanía haga posible el que ese hecho tome expresión adecuada en actuaciones colectivas.

Representaciones autorizadas del Centro Andaluz y del Centro Republicano han cambiado impresiones, y ha sido tal la coincidencia de puntos de vista en la apreciación de los presentes momentos históricos locales y generales, que ha quedado sellado en principio un pacto de unión sincera, leal y entusiasta, con objeto de emprender ambos organismos concertados la obra redentora que los cordobeses tanto anhelan y necesitan.

Una de las más nobles y principales empresas que ha de acometer la coalición naciente será la de combatir al caciquismo en los urnas electorales; y como la lucha electoral más próxima es la de elecciones concejiles, a ellas acudirá la coalición anticaciquista. Mas no irá a los comicios con ningunar bandera desconocida ni por ningún procedimiento desacreditado. Presentará candidatura cerrada por todos los distritos. Llevará un programa detalladísimo con soluciones eficaces y patrióticas. Sus candidatos se obligarán por un compromiso público y solemne a mantener, sin vacilación alguna, en el Ayuntamiento el programa aceptado, so pena de devolver al pueblo la investidura que les confirió. La candidatura de renovación, de defensa cordobesa anticentralista, ofrecerá, pues, a la ciudad el procedimiento único, el momento más propicio de salir de la caduca y disparatada administración que tantos males produjo, para entrar en la nueva senda de gestión moral y acertada del erario común.

Apercibidos los caciques del serio peligro que corre su dominación, se aprestan a la lucha con las armas de que son capaces: mientras no ven grave riesgo, emplean el ataque de soslayo, la resistencia pasiva contra toda reforma; cuando advierten la posibidad de ser derrotados, ya no tienen escrúpulos: la tentativa de soborno, la amenaza embozada, la coacción hipócrita y alevosa; por último, el atropello brutal y descarado.

Pero contra todo eso está el poder incontrastable de la idea y la enorme fuerza de la unión de los humildes. Con tan nobilísimas armas al servicio de espíritus cultos y tenaces, enamorados de la justicia y la libertad, bien se puede augurar el completo triunfo de la candidatura cordobesa anticaciquista.

**

La joven artista Carmelita Caballero, que ha sido muy aplaudida en el Cinematógrafo de la Victoria.

Se publicarán gratuitamento los anuncios relativos a ofertas y demanda de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

CÓRDOBA

La Puerta del Perdón en la Mezquita-Catedral de Córdoba

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 6 de Octubre de 1917 | NÚM. 59

EL ENCASILLADO

Dijo un periódico días pasados que en el encasillado de dieciséis provincias había metido la mano hábil del señor Sánchez Guerra una buena lechigada de hijos y yernos, pasantes y familiares. Incomodó esto grandemente al subsecretario de Gobernación, quien se apresuró a rectificar, porque en las pasadas Cortes conservadoras no hubo parientes de los señores Dato y Sánchez Guerra. No llegó a más la rectificación oficial, porque no podía, y gracias a que la discreción impuesta por el cargo no desató la lengua del señor Quejana y no señaló a los grupos liberales, especialmente al del marqués de Alhucemas, cultivadores desaforados de yernocracias y nepotismos, caciquismos y oligarquías, con más cínico desenfado que los grupos del partido conservador.

Pero el subsecretario de Gobernación habló del encasillado como de una cosa natural y lícita y honrada, y en esto precisamente radica todo el mal y todo el error y toda la infamia de la política que hace cuarenta años se practica en España y que ha logrado corromper y encanallar el espíritu público, ahuyentando de toda acción social a las gentes honradas, víctimas en capitales y aldeas de las trapacerías y violencias del caciquismo.

En su iniciación, esta política tuvo una disculpa. Cánovas acababa de arrancar a España de las manos de una revolución que no era verdadera revolución, y acaso por esto mismo la opinión pública, no satisfecha, seguía siendo revolucionaria y republicana. No era aquella hora de escrúpulos legalistas. Había que consolidar el régimen, costara lo que costase. Era un caso de fuerza; no era un caso de ley ni de derecho. Esa necesidad fundamental fué la cuna del encasillado; no era cosa de pararse en la legitimidad de los votos cuando en cosas mayores no hubo escrúpulos. Pero Cánovas se redimió en parte de su culpa protestando de que la farsa del sufragio restringido, que quedaba entre los contribuyentes de alguna importancia y las capacidades, se convirtiese en la farsa del sufragio universal. Estaba España aún en aquella condición política que definía Canalejas diciendo que había que nacionalizar la Monarquía, lo cual quería decir que en unas elecciones sinceras y honradas la nación hubiera votado un Parlamento republicano. Era la misma visión que condensaba Salmerón en aquella frase, no sé si sonora o rimbombante, que tanto gustaba repetir: «Tenéis detentada la soberanía nacional».

La Sierra de Córdoba.—El antiguo Pino gordo

Se engañaba Salmerón. Con este régimen que aísla la gobernación del Estado en manos de media docena de hombres, la soberanía, que está más que detentada, secuestrada, es la del propio Monarca. Pide Cambó que se modifique la Constitución vigente, arrancando al Rey la facultad de disolver las Cortes, las de convocarlas a sesión y la de cerrarlas cuando le place. No advierte el insigne jefe regionalista que esa flexibilidad constitucional, con la que las Cortes dependen del Monarca, es la única sombra de poder que el espíritu absorbente y dominador de Cánovas dejó a la Corona; porque, ¿qué queda en reallidad de aquel atributo de la soberanía real por el que puede el Monarca designar libremente a sus consejeros responsables? Carlos III no sería Rey con este régimen. Advierta Cambó cómo ha sido táctica de las camarillas detentadoras alentar anhelos de poder personal, facilitar la ingerencia de la soberanía en los asuntos pequeños, en los favores personales, en las cosas minúsculas de la política diaria, como si hubiese el deseo de unificar las responsabilidades; pero en lo esencial de la vida de la nación este poder real, que en la letra de la Constitución parece casi absoluto y no comparte su soberanía con las Cortes, sino que las rige, puede mucho menos que cualquier diputado que tenga un poco de osadía.

En una nación de veinte millones de habitantes, formada porregiones de tan distintos caracteres, Carlos III tendría que ir a buscar sus ministros en dos o tres casas de Madrid. En estas tertulias comineras está todo el talento y la cultura, toda la prudencia, toda la energía, todo el civismo a que puede apelar el Monarca. Fuera de ellas, en los miles de millares de médicos, de militares, de ingenieros, de abogados, de escritores, de industriales, de agricultores, de fabricantes, de comerciantes, que son la nación, que cuando se dirigen al Estado han de hacerlo con las manos mendigas de influencia, extendidas hacia los po-

líticos profesionales, el Monarca no puede buscar un consejero, no puede oír un clamor, no puede escoger un gobernante Ha de aceptar los que le dan las Cortes, y las Cortes no las vota la nación, sino que se urden en ese encasillado del que ha hablado con tanta naturalidad y llaneza el subsecretario de Gobernación. De ahí nace su ilicitud; dijérase mejor su delincuencia. No es sólo a la nación a la que se hurtan los verdaderos representantes que elegiría; es al Monarca, que no los conoce y que con toda su soberanía constitucional tiene que contemplar la vida nacional a través de ese confesado engaño.

No es esto un «snobismo literario», como viene suponiendo «La Epoca. Acaso lo parezca, porque sólo algunos escritores, desasidos del convencionalismo periodístico que pone a nuestros diarios al servicio de esa captación, hablamos desnudamente de esta realidad. Es exacto que alrededor de nuestra protesta no surge una sola rebeldía. Los pueblos han sido domados durante cuarenta años y se ha castigado duramente a los que intentaron alguna vez rechazar la orden inicua de Gobernación. Cada distrito sabe cómo en su demarcación se le agregaron las aldeas donde se falsifican las actas o se roban los votos; cada distrito sabe que es imposible luchar contra el gobierno, sus agentes legales y sus secuaces ilegales, que gozan en sus tropelías de la impunidad que caracteriza al Poder público español.

Ciertamente; la nación se ha resignado. A la nación no sólo le parece bien que contraten el encasillado cuatro políticos en Madrid, sino que su deseo más ferviente fuera que cayese la máscara y se constituyesen las Cámaras de Real orden. Así se la dejaría en paz, ya que ella sola se está salvando con la suma de sus esfuerzos individuales, a pesar de sus políticos y de sus gobernantes. ¿Qué dificultad podría haber en esto? Más importancia tiene para los pueblos el alcalde que el diputado, y nadie protesta ya de que se nombren los alcaldes de Real orden.

Sin embargo, si se reparara que no vivimos solos en el mundo, se advertiría qué tremendo error están cometiendo el partido liberal y el partido conservador aferrándose a esta captación de las soberanías constitucionales y a este falseamiento delictivo de un régimen que debiera ser honrado y sincero. En estos días mismos un grupo de españoles de la colonia hispana de Buenos Aires me ha enviado un recorte de «La Prensa», de aquella capital. Contiene un hermoso artículo de Pérez de Ayala, quien describe, con la independencia y libertad del que no corre el riesgo de los fiscales, la situación política de España. No hay en ese admirable artículo una sola palabra que no sea verdadera, justa, exacta, y, sin embargo, los españoles de allá, socios los más de la meritísima Asociación patriótica española, se sienten doloridos, indignados y afrentados. Me escriben unas breves palabras: «¿Es verdad que España es tal como se la pinta en ese artículo?» Y yo contesté más brevemente aún: «Así es.»

Y no están el mal y la vergüenza sólo en que así sea, sino en que hay el propósito tenaz, obcecado, violento, de que siga siendo de este modo; de que el encasillado suplante a la voluntad nacional, de que las Cortes no sean la nación y de que las soberanías constitucionales queden presas en el enredijo de los pactos y contratos de media docena de insignes personajes, cuyas insignias y preponderancias se han amasado precisamente en esta ilicitud y en esta delincuencia.

Dionisio Pérez.

IRREDENTA

¿Dónde voy? ¿Lo sé yo acaso?
Donde me quieran llevar;
voy viviendo paso a paso
sin cariño y sin hogar.

Voy viviendo atormentada
con la pena de vivir,
y llevando en la mirada
el deseo de morir.

Caravana errante, errante
por la senda del dolor,
caminante, caminante
dame un poco de tu amor.

Te lo piden mis sonrisas
aún muy niñas para el mal,
te daré en cambio las risas
de mis labios de coral.

Te daré de mi figura
los encantos que pidieras;
caminante, mi hermosura
te daré porque me quieras.

Y una tarde lentamente
en tus brazos moriré,
y esa tarde, dulcemente
tus mejillas besaré...

Voy viviendo atormentada
por la senda del dolor,
¡caminante, en la mirada
dame un poco de tu amor...!

Eduardo Baro.

HOMBRES NOTABLES

El señor ministro de Instrucción pública, en declaraciones hechas apenas llegado a la poltrona ministerial, dijo que se descubriría a los hombres notables de provincias que hasta ahora no habían sido estimados en la medida que merecieron, recompensándoseles la labor anónima que venían realizando por difundir la cultura y sostener los prestigtos de la disciplina social.

El anuncio del innovador propósito despertó la esperanza de que al fin se romperían los moldes viejos para entrar de lleno en el camino de las reparaciones justas, que se abriría definitivamente el campo de las ilusiones a los hombres buenos. La Patria necesitaba, más que nunca, del genio salvador de los notables y el pensamiento del ministro hizo de calmante en el alma española, ansiosa de deslindar lo sobresaliente de lo mediocre, lo sano y vigoroso de lo raquítico y perturbador que hoy se confunde en el montón de los valores nacionales.

Pero han pasado los días, se van sucediendo los meses y la palabra del ministro se está haciendo esperar. Lanzada desde la más alta representación del Estado, debe cumplirse aun rompiendo reglamentos, saltando escalafones, desarticulando estatutos, porque los reglamentos, escalafones y estatutos representan una democracia tiránica encerrando en sus mallas a los hombres notable.

Perdida la fe en la justicia distributiva, los profesionales de todo linaje han pedido el reglamento, el escalafón, como salvaguardia del derecho de todos. Todos iguales pregonan las democracias contemporáneas. Y es la antlgüedad, y son los años de servicios, es la fecha del nacimiento la cadena para subir en la profesión.

En este orden, veinte años de servicios malos, sumados en fuerza de licencias, comisiones y ramplonerías valen más que diecinueve y trescientos sesenta y cuatro días contados al pie de la cátedra y el libro. Así Menéndez Pelayo o Azcárate pudieron verse postergados por veinticuatro horas de servicios alegados por un bolo o un danzante. Y por eso el reglamento, estatuído para salvaguardia del derecho, es una expresión despótica contra los hombres preeminentes, porque sobre ellos no deben estar los mediocres, los rezagados, hayan nacido antes, aleguen los servicios que quieran.

Si yo fuese ministro despotricaría muchos reglamentos, saltaría muchos escalafones, ya que los valores intelectuales difícilmente pueden reglarse. El primero en mutilar sería el escalafón del Magisterio de la primera enseñanza. Porque estamos ya en los prolegómenos de una renovación social imposible de atajar y porque de la Escuela ha de salir la redención patria, por ahí empezaría. Concluyo de soltar ese escalafón, el de maestros de primera enseñanza. Con el número dieciocho de los de su categoría aparece don Francisco Ballesteros, maestro de miles de maestros. Sobre él no debe estar nadie en su escalafón, ni hay escalafón que pueda limitar sus merecimientos. Lo dicen sus libros, que tienen la virtualidad de HACER maestros y lo proclaman sus discípulos, que tienen por venerando el nombre de don Francisco Ballesteros.

En el mismo escalafón, mirando hacia abajo, está don José Infante Franco, maestro de Utrera. Infante es escultor, matemático, filósofo, orador, poeta, publicista de estirpe cervantina clásica, pedagogo, domina las artes bellas y pertenece a la pléyade de hombres que honran a su patria. Infante está encerrado en ese escalafón allá en los repliegues de una categoría que se paga con 1.650 pesetas anuales. Eso no debiera ser, porque es una injusticia. No será algún día, porque ya estos ecos no están solos. Les acompaña el aura de las reparaciones que se vislumbra, arrebol de una moral que se presiente. Los reglamentos para estos hombres son mata-ilusiones, son bloque conteniendo la espansión dinámica de la fecundidad cerebral de sus iniciativas generosas. Si estos hombres no tuvieran rotas las fronteras de la órbita en que se desenvuelven por la ola de sus prestigios, tendrían que horadarla los que le rodean para que vivieran libre alvedrío. Es como podría difundirse la savia de sus valores.

Gente de la calle.—La vendedora de juguetes

Ballesteros, Infante, miles de maestros más, porque el solar patrio está cuajado de excelentes maestros, bien que pese a las clases que aún se resisten a reconocerlo, están en el plano de las mercedes anunciadas por el señor ministro. Concediéndoles licencia para apostolar de pueblo en pueblo, estarían mejor que encerrados dos en el molde de una Escuela, aunque en el alarde de su obra ciudadana lleven la escuela a la calle, y al café, y al círculo, y a toda hora hagan raza que redima y purifique.

—Esos apuntes, que estén claros los conceptos, que no te distraigas durante la conferencia—me decía una tarde el notable maestro utrerano, al despedirnos en la estación de San Bernardo. Era que aquella noche daba su cuarta lección el eminente higienista doctor Salvat, en el curso breve de perfeccionamiento de Maestros celebrado el año 14 en Sevilla. Infante, alumno del curso, no podía asistir por tener que resolver negocios inaplazables en Utrera.

Y a la mañana siguiente, apenas saltó al andén donde yo le aguardaba, con el ansia del que solicita noticias interesantes, exclamó: «¿Qué, qué dijo Salvat? ¿Traes los apuntes? Háblame.» Charlamos de toda la conferencia, repasamos los apuntes mientras el tranvía nos conducía a la plaza del Duque y en el restaurant de «La Vinícola», teatro de nuestras andanzas estudiantiles, en

psco más de una hora, Infante realizó el hermoso alarde de reconstruir y dictar al que suscribe la conferencia auténtica del doctor Salvat, que la noche anterior no había oído.

Por la tarde publicaron los periódicos sevillanos el interesante trabajo y el doctor Salvat felicitó a Infante por la fidelidad con que había interpretado su pensamiento.

Y no insisto. Granjeándome el reproche de los camaradas del escalafón, yo me lo saltaría sin escrúpulo en honor de ciudadanos preeminentes, si fuese ministro.

Celedonio Villa Tejederas.

Guillena, Octubre 1917.

La emigración española en Francia

Carta abierta a nuestro ministro de Estado.

Permítaseme que, democráticamente y apeando el tratamiento, pues los tiempos no están para rúbricas ni ceremonias, entre en materia, llamándole la atención a la pata la llana, acerca de la situación caótica de nuestros obreros en Francia.

Seis meses de pacientes investigaciones me han permitido darme cuenta en todos sus detalles, en toda su amplitud, y colocándome única y exclusivamente desde el punto de vista de los intereses nacionales, darme cuenta, repito, de lo que no se hace y de lo que se debía hacer por parte de nuestras autoridades y de los poderes constituídos.

La Cámara de Comercio de París, conocedora de mis trabajos, invitóme a dar una conferencia, que mereció la unánime aprobación, haciendo suyas mis conclusiones y encomendándome la redacción de una ponencia para elevarla a la superioridad.

Dice así la ponencia:

«Considerando que la misión del Estado moderno es la de acrecentar la riqueza nacional, convivir en buenas relaciones dentro del orden internacional y ejercer su acción tutelar en favor de las clases trabajadoras dentro y fuera de España.

Resultando:

1.° Que la emigración de los obreros españoles en Francia, tal como se opera en la actualidad, constituye un perjuicio para los intereses materiales y morales nacionales, pudiendo ser una fuente considerable de ingresos, de propiedad y de expansión económica, como acontece en Italia.

2.° Que la anarquía que reina entre los obreros españoles en Francia ocasiona fuertes conflictos, algunos de tal gravedad que amenazan las buenas relaciones franco españolas.

3.° Que los inmigrantes españoles en Francia no disfrutan, a causa de la deficencia de las leyes vigentes y de la insuficiencia de los organismos oficiales en lo que afecta a la emigración, de aquella protección habitual o especial que disfrutan los trabajadores de otros países.

4.° Que una inmensa mayoría de nuestros inmigrantes españoles, víctimas de la emigración clandestina y del régimen anormal a que se les somete en Francia, no están incriptos en el Consulado, sin que ningún derecho les proteja en caso de atropello, dejándolos completamente abandonados a su triste condición y expuestos a «perderse» y perder todo afecto a la madre patria.

5.° Que para los efectos de la vigente ley de Reclutamiento del Ejército (art. 16) y estudio de los graves y complejos problemas relacionados con la emigración, urge la formación de una estadística completa y una organización oficial de los trabajadores y demás elementos de las colonias en Francia bajo una forma análoga y por idénticos motivos que se ha considerado oficialmente necesaria en Portugal.

Yo, como ciudadano soberano español, ruego que se tome en consideración esta ponencia, encargando al Instituto de Reformas Sociales que elabore la ley orgánica que responda a las necesidades y altos intereses de la Patria, resolviendo para siempre y con arreglo a lo estipulado por los paises que ya tienen resuelto el problema de la emigración, quedando a disposición de todas las autoridades y demás interesados para comunicar cuantos datos he podido procurarme sobre el particular.»

Apostilla.—«Es un deber ineludible de la Prensa criticar la labor de los gobernantes, y si no lo hiciera, cometería una deserción.» (Palabras del Sr. Dato al encargarse del Gobierno.)

«Necesitamos hombres nuevos que traigan normas nuevas.» (Artículo constitucional del grandioso Manifiesto de Córdoba.)

Estoy a la disposición del país.

E. Paul Almarza.

París, 1917.

A LOS ASAMBLEÍSTAS

¡Salud! Salud, ciudadanos de la más grande urbe, ciudadanos de la Tierra. Salud, egregios legionarios de los más nobles y abnegados ejércitos, de los ejércitos defensores de la vida hígida. Salud, gloriosas al par que modestas avanzadas del progreso. Salud, representantes del más alto ministerio. Salud, héroes sociales, mártires del deber, esclavos de este *medio* oligárquico... Que nuestro lema inmaculado «Ciencia, virtud y Trabajo» os ilumine y proteja.

Aun de los más apartados rincones de esta pobre España, estéril por las nefandas inoculaciones del virus caciquil, llegáis a honrarnos a esta humilde pero hospitalaaia ciudad, guiados por el altísimo sentimiento de la más bella «Unión», la unión por el deber y acuciados por el vigoroso impulso del más elevado deseo, la rehabilitación de nuestra clase por su propia moralización; y aunque abriéndoos cordialmente los brazos, por hijos de nuestro siglo, por cancerberos situados aquende la Estigia, el siglo XIX, el engendrador y padrastro de los indocumentados cerebrales de hoy, os exigimos la documentación. Perdonad nuestra rudeza en aras de su sinceridad.

Nuestro acendrado amor a la vida honrada y nuestra conciencia de los más santos deberes para con lo existente os conminan: Si venís a mantener el artificio de una unión cimentada en los hábiles basamentos de la cordialidad de unos momentos de convivencia; si sólo pretendéis izar el pendón de una moralidad academizada; si habéis de permitir que vuestras palabras de amor desciendan directamente desde el cerebro a la boca; si al marchar a vuestros lares sólo habeis de llevar el recuerdo de una estancia agradable; si en el sagrario de vuestra impedimenta de ideas y sentimientos sólo traéis las agrias ansias de derramar vuestros tormentos y mostrar vuestras úlceras, que de estigma sirva a nuestra pobreza espiritual, pues vituperio será para la clase, y la humanidad y la historia nos nombrarán una vez más egoístas y cobardes.

Pero si, como es seguro, al acudir a esta tierra, patria de Avicena, Averroes, Alhacen y Al Gazali, acudid con la mirada puesta en el cielo inefable de la sinceridad; si hacéis que vuestras palabras, antes de llegar a la boca pasen a través del corazón; si pretendéis libraros de vuestros tormentos y cicatrizar vuestras úlceras; si venís a que la santa palabra «compañerismo», abandonando su trágica actual acepción, adquiera el justo rango de su nobleza; si al hablar de «Unión» hacéis el sacrificio de vuestra egocéntrica vanidad; si al hablar de rehabilitación comenzáis exponiendo vuestras propias máculas; si al pedir el cumplimiento de sagrados deberes demostráis que cumplísteis con los vaestros; si al exigir respetos y consideraciones estáis seguros de que a ellos no faltásteis; si habláis en nombre de la Ciencia y no fuisteis para ella objeto de escarnio; si pregonáis la Virtud no habiéndole servido de escándalo; si glorificáis el Trabajo porque fuísteis sus más nobles legionarios, gloria sea para nuestra clase, que la humanidad y la historia, por cruzados de la salud y de la vida, sabrá diputarnos hombres honrados, luminosas antorchas de la humana dignidad.

Y tened presente que, al acudir a esta justa de afirmación de deberes sociales, bien abroquelados habéis de concurrir, protegidos por el inmarcesible escudo del sacrificio, que sangriento ha de ser el torneo al haber de luchar contra un enemigo que siempre esgrimió las falaces armas de la mentida protección engendrada en vituperables contubernios.

Los concurrentes a la Asamblea Médica regional y las representaciones del Ayuntamiento y la Prensa que les acompañaron en la excursión a la huerta de los Arcos organizada en honor de aquellos.

Desenvolviéndonos en un ambiente de pícara truhanería; afirmando nuestro amor a la ciencia, nuestra abnegación ante el trabajo; afirmando la ecuanimidad de nuestros proceders para con el colega, y la sinceridad de nuestra devoción para con el paciente; haciéndonos dignos de nuestro nombre, honrando nuestro sacerdocio, hemos de luchar contra un enemigo que, en trágico aquelarre de ambiciones prostituídas nos invitará a malvadas concupiscencias, nos ofrecerá el infernal espejuelo de sus modos, nos llamará inmundo banquete de sus vicios. Habremos de luchar contra la torpe

malicia de la inconsciencia gregaria y el analfabetismo aristocrático; contra la astucia de raposa de inciviles monterillas y la maldita hamponería de desalmado caciquismo; contra la vil maledicencia que nombró comercio a nuestra alta misión y llamó sindéresis a nuestra esclavitud para diputarnos redimidos por los treinta dineros de Judas...

Si venís dispuestos a vencer, que vuestra arribada sea en buena hora; pero si sólo pretendéis vaciar el ingente saco de vuestras quejas, sin la firme decisión de buscar y aplicar el remedio, que vuestra conciencia os juzgue.

Córdoba, esta bella y noble ciudad, al ser honrada por vosotros, os saluda y muy segura está de que su hospitalidad para con vosotros, será un nuevo timbre de gloria que sumar a su historia. Y ya que ansias de unión por la ciencia, la virtud y el trabajo os congregan en ella, que la brillantez de su alcurnia sea crisol para vuestros altísimos ideales.

Salud a todos.

Lawinkel.

No os fieis de los caciques

Lleno de entusiasmo y satisfacción, impulsado por un buen deseo y un extremado amor a mi patria chica, ansioso de poner mis modestos conocimientos y toda mi voluntad en favor de los intereses morales y materiales de este vecindario tantas veces hollado, escarnecido y vilipendiado en sus derechos por el cínico cacique rural, acepté con infinita y sincera gratitud hacia mis electores el cargo de concejal de este Ayuntamiento.

Halagadores sueños sustenté durante el transcurso de los días que tardó la toma de posesión de mi cargo. Yo, iluso utopista, creí ver a mi amado pueblo gobernado con equidad y con justicia, libre de tiranos y déspotas caciques, viviendo en una paz fraternal, siendo la ley la norma que a todos regía con la imparcialidad más extricta. Y más lo creí cuando en la sesión inaugural, al ocupar la presidencia el nuevo alcalde, prometió velar con ecuánime celo por la administración económica y el orden social y moral de estos vecinos.

Y después de tan halagüeñas y lisonjeras promesas ¿qué ha sucedido?

Pasó un día, pasó un mes, transcurrió un año y las tenues palabras que en leve y amable tono cruzaron el salón de sesiones, llevando unos átomos de esperanza a los espíritus montalbeños, se han convertido en pura ficción engañosa y, cual fatuo espejismo, vagan desde ha tiempo por los campos de la mentira; ya que este alcalde no sólo no cumple lo prometido, sino que tampoco respeta lo preceptuado en la ley Municipal, ni siquiera los acuerdos aprobados bajo su presidencia y que constan en acta.

Los hombres que así proceden, los hombres que no pueden proceder de otro modo por carecer de ilustración, palanca que impulsa e inspira al hombre que dirige una colectividad para inducirla por buenos derroteros, no deben aceptar semejantes cargos y más faltándoles la buena voluntad que, en caso de su incompetencia cultural, pudiera suplir un poco esta falta.

Una de dos, o se hace justicia a este desventurado pueblo, o en artículos sucesivos (a causa de no celebrarse sesiones públicas donde este vecindario pudiera enterarse de cómo se administran sus intereses) detallaré con pruebas evidentes a mis convecinos los males que estamos sufriendo bajo el manso caciquismo que nos envuelve.

Lorenzo Valenzuela.

Montalbán, Octubre 1917.

La propiedad de la tierra

«La propiedad privada de la tierra cierra el camino de la civilización, hasta el punto de que es imposible que existan las dos. Este es el dilema: o se abole la propiedad privada de la tierra: o la civilización actual se convertirá en anarquía y devastación, como tantas veces ha ocurrido en la historia de la humanidad. Yo creo que la inevitable lucha ha empezado ya.

«No es conservadurismo el empeñarse en ignorar tan tremendos hechos; es más bien ceguera que provoca destrucción. El verdadero conservador debe mirar los hechos cara a cara y hablar luego francamente y sin apasionamiento. Este es el deber del momento, porque cuando una cuestión social de gran importancia apremia por arreglarse, es muy corto el tiempo aprovechable para dejarle oír la voz de la razón. Las masas de hombres no piesan en ningún tiempo; aún en tiempos de calma es muy difícil hacerles razonar; cuanto menos en tiempos revueltos, en que la pasión lo arrolla todo y se conducen como rebaño de toros bravos.

«Es imposible que los actuales ajustes sociales puedan continuar mucho tiempo; por eso no los temo; lo que yo temo es que se sostega la presa hasta que la corriente se haga furiosamente arrolladora »

No es posible profetizar en menos palabras la tremenda catrástrofe mundial que estamos presenciando. Tal hizo Enrique George en su libro inmortal «Progreso y Miseria», en las palabras que acabo de transcribir.

Por algo se le llamó en vida el profeta de California, y la confirmación plena de todas sus afirmaciones le asegurará eternamente ese título glorioso.

Es sorprendente la indiferencia que la clase conservadora observa respecto a las doctrinas georgistas; y esta indiferencia, nacida a mi juicio de un miedo tremendo á que sus propiedades territoriales les sean arrebatadas, ha dado lugar a que esas sus propiedades sean destrozadas y pulverizadas por la metralla y las armas que esas clases conservadoras tenían preparados para defensa de esas propiedades tan codiciadas, si algún día fueran atacadas por el proletariado hambriento.

Ya están viendo, conservadores de España, cómo la sagrada propiedad de la tierra—según vosotros—es atacada, aniquilada y robada, no por la plebe, no por la demagogía, no por la gente descamisada, como vosotros llamabais al pobre trabajador que no tenía propiedad territorial ninguna.... sino por una clase tan conservadora en su país como la vuestra en esta y tan ignorante en esto de la propiedad de la tierra como vosotros mismos.

Tan tremenda lección nos está dando la actual hecatombe, que bien merece la pena de que aquí en España nos dediquemos a estudiar la cuestión de la tierra con el detenimiento y la atención que merece este problema, que es de vida o muerte.

Ya que la casualidad nos ha apartado ó librado de los horrores de esta guerra maldita, trabajemos todos unidos como verdaderos conservadores en estudiar esta cuestión de la tierra, con el fin de que sea resuelta en un extricto espíritu de Justicia, que es como Dios manda, aunque otro cosa digan los que quieren o piensan que tal como está hoy dispuesto y se está haciendo es como lo mandó Dios.

No, señores míos: tal como se encuentra hoy esta cuestión de la tierra lo dispuso el Diablo, no Dios. Lo probaremos suficientemente más adelante.

Esteban Beltrán.

Montoro Octubre 1917.

FIGURAS CONOCIDAS

Don José Sarazá Murcia, notable escritor y competente profesor veterinario

Caricatura de Bernardo Ortiz.

CANTARES

—:—

Sin querer nos conocimos
y sin querer nos miramos;
sin poder nos entendimos
y sin querer nos amamos.

—

Cuando por las mañanitas
el sol entra a visitarme
pienso que eres tú, morena,
que vienes a despertarme.

—

Ando rodando, rodando
por esos mundos de Dios,
preguntándole a las gentes
si han visto tu corazón.

—

Ayer eras una niña,
hoy eres una mujer;
no compares lo que has sido
con lo que empiezas a ser.

—

Las penillas que nos matan
son las que obliga la gente
que no salgan a la cara.

Juanito.

VELEIDAD

—:—

A una linda coqueta de ojos negros

Sentado indolentemrnte había pasado largo rato, y en una abstracción casi absoluta sentí el letargo de la inexistencia. Era el mío uno de esos estados psicológicos en que, adormecidas las facultades, precisan de una reacción externa que, fortaleciendo la laxitud espiritual, lleve hasta el ánimo la conciencia del ser.

La brisa del atardecer, acariciándome suavemente, y el nemoroso rumor de la enramada, al desgranar sus confusas notas, llevaron hasta mi un hálito de vida.

Al sacudir aquella molicie, la imagen de una mariposa de policromas alas me hirió, como hubiera podido herir la virgen impresionabilidad del alma de un niño. Y como un niño, seducido por su frívolo aleteo, seguí la arbitraria ruta de su volar caprichosa, hasta que fatigada posó sus alas de encaje sobre la mística corola de una humilde violeta; libó el delicado néctar de su cáliz y, describiendo espirales graciosas, se elevó de nuevo para besar ahora los perfumados pétalos de una rosa y... así recorrió mil flores; pero como si en sus variados giros presidiera el influjo de una loca ambición, siempre su última elegida era la flor más orgullosa, la más ostentativa. ¡Yo la vi desaparecer después de prodigar sus caricias a una malvaloca!

El insecto de múltiples matices me llevó hasta un claro del parque, al que el verde esmeralda de los árboles contorneaba como un aledaño de poesía. ¡Allí la ví por primera vez! Era una jovencita ideal. casi una niña; tenía las mejillas pálidas de una palidez traslúcida, cual si las descoloridas tramas de macilento alquicel se extendieran para cubrir pudorosas el último candor de su misticismo; y sus labios, delicados y exangües como si el querube de la inocencia les hubiera arrebatado el carmín de la voluptuosidad, sonreían feblemente. Todo en aquel ser era bello; pero lo que me impresionó más agradablemente fueron sus ojos. Unos melancólicos ojos de ensueño que, en la misteriosa opacidad de su cielo, acusaban la existencia de un alma que viviera una intensa vida espiritual.

¡Ojos negros que brindaban amor! Desde aquella tarde los adoré ingenuamente y aquel sitio fué romántica morada a donde un idólatra de druídica religión acudiera, cuando el crepúsculo desdibujaba en el ocaso sus dorados celajes, para rendir culto a la melancólica negrura de unos ojos.

—

El salón estaba profusamente iluminado. A las cadenciosas notas de un vals, las parejas ejecutaban sus danzas. Mis ojos, con plétora de ilusión, buscaban la poesía de otros ojos de sombras, y en mi ánimo sentía una vaga inquietud, como si presintiera un triste desenlace. Al fin los encontré; pero aquella noche no brillaba en ellos la antorcha del espiritualismo. Allí aparecian como bellísimas creaciones en donde una deidad sensualista pusiera el santuario de su culto. En aquel salón yo los ví una y mil veces mentir amores, y a unas mejillas pálidas sonrosarse, y a unos labios exangües abrirse imperceptibles como si quirieran desprender el ósculo que la pasión les arrebatara.

Entonces evoqué el recuerdo de la mariposa que, despiadada, me condujo al templo de la frivolidad. ¡Ya era demasiado tarde!

Aquella noche el doloroso aguijón del desengaño laceró mi alma y quise odiar; pero el ángel de la piedad besó mi frente y al mismo tiempo que arrojaba al Leteo la pristina flor de mi cariño, trazó sobre un círculo negro ¡tan negro como el iris de aquellos ojos de falsía! la palabra «veleidad».

——

Una flor pierde sus atractivos si destruímos el bello conglomerado de sus pétalos. Aquellos ojos de ensueño destrozaron su belleza al destruír la unidad de su místico ideal para ofrendar su luz a la multiplicidad idolátrica de la coquetería.

El espiritualismo de aquellos ojos fué algo puramente subjetivo. Una idealización que el pincel del romanticismo dibujara sobre el lienzo de mi fantasía; pero la mágica varita de la realidad deshizo el encanto y la imagen se desvaneció de la mente del iluso como los rosados celajes de la tarde se pierden en las sombras de la noche.

Ginès López Jaiñaga.

Ubeda Octubre 1917.

PAJARITOS

Por todas partes se va a Roma, y no siempre el camino más corto es el mejor para llegar; por ejemplo, en línea recta con viento y mar de proa un velero no llegaría a Civitavechia jamás, y llegaría un zig-zag, bordeando.

Sin embargo, cuando nos interesa llegar pronto a alguna parte, es insensato y es ridículo seguir el camino largo y lleno de obstáculos, si podemos tomar por senda corta y fácil.

Digo esto a propósito de la Real orden firmada por el ministro de Fomento, a propuesta del director general de Agricultura, ordenando a los gobernadores civiles, quienes a su vez lo ordenarán a la guardia civil y demás agentes de la autoridad, la persecución y castigo de los cazadores de pajaritos, con trampa y sin trampa.

No es ya sólo por razones sentimentales que la vida y libertad de esos miles y millones de pajaritos deben sernos preciosas. Ellos se nutren de determinados insectos que constituyen plagas del campo y determinan a veces la pérdida total, siempre la disminución de importantes cosechas agrícolas. Los pajaritos, ciertamente, cometen también picardías y desaguisados; glotones son de cerezas y otros frutos, pero, en definitiva, hacena la agricultura muchísimo más bien que mal.

Debemos, pues, respetarlos, protejerlos, asegurarles una vida independiente y feliz. Pero el hombre es muy poco sociable. La educación social del hombre, a pesar de tanto socialismo, está en sus comienzos no más. Cada cual a lo suyo; priva siempre el egoismo particular. Así, los cazadores de pájaros, con artes sutiles, la red, el almizcle, la escopeta, sabiendo que en la ciudad se los pagan bien, hacen presa en ellos sin tener para nada en cuenta los intereses de la agricultura, que son los intereses comunes de la sociedad.

De no tomar medidas enérgicas, llegarían ellos al exterminio de la especie.

Merece, pues, aplauso la previsión de los señores ministro y director general. Pero yo me pregunto y pregunto a esos señores: ¿por qué, pues, si tratáis de llegar a Roma, tomáis por camino tan largo y dificultoso, habiéndolo más corto y llano?

Claro está que la guardia civil, sin desatender más imperiosas obligaciones, puede perseguir y fastidiar a esos malvados, pero su acción será ineficaz. ¡Hay tanta tierra por vigilar y son ellos tan astutos!

Siluetas.—La danza de la serpiente, por Alfonso del Rosal.

En cambio, si en vez de fijarnos en los cazadores vivos nos fijáramos en los pájaros vivos o muertos, ¿no seria más fácil dar con éstos? El cazador caza para vender; para vender en la ciudad, en poblado. Vigilad el poblado y daréis con el cuerpo del delito mucho más fácilmente. ¡Esas ristras de pajaritos que ve todo el mundo en los escaparates de mil tiendas, donde se sirve de comer y beber!

Prohibid eso; multad, castigad a quien los exhiba de muestra, los venda, los sirva a la mesa y hasta, si es preciso, a quien comiéndolos halléis. Declarad el negocio ilícito, un negocio delictivo contra la sociedad. Y en consecuencia, perseguidlo.

Tarea fácil; bastaría para llevarla a cabo con éxito la guardia municipal, los agentes habituales de orden público ciudadano.

La guardia civil no tendría que preocuparse del asunto, pues es evidente que, no hallando quien osara comprárselos, el cazador de pájaros los dejaría vivir en paz.

Suprimid la venta y negocio de pajaritos muertos, mejor o peor guisados, y suprimís al cazador, que no por «sport» ciertamente realizada, salvo excepción, tan sensibles hazañas.

¡Tan fácil como sería hacer cumplir en general las leyes de veda! ¿No es ridículo que mientras la guardia civil y otros agentes persiguen a los furtivos infractores, veáis en las pescaderías langostas y más langostas; en los colmados perdices, becadas y conejos, y en las listas o cartas de los restaurants anunciados esos manjares como plato del día?

Por ahí está el atajo, el camino corto, más rapido y hasta más cómodo para llegar.

MAX.

La Bella Nena, que actúa con mucho éxito en el Salón de Ramírez

¡POBRE VÍCTIMA!

Como la fría y aguda punta de un puñal, se me clavó en el corazón su mirada, hiriéndome mortalmente. Aquellos ojos me acusaron con más acritud que podrían haberlo hecho los labios pálidos y secos por la fiebre que ligeramente coloreaba las mejillas de la enferma.

Las simpáticas vírgenes de las tocas blancas, las virtuosas hermanas de la Caridad, habían adornanado las paredes de las salas del hospital con rojas colgaduras, de cuyo fondo, entre guirnaldas de flores que al del incienso unían su perfume, se destacaban las limpísimas camas, cual del purpúreo horizonte de una puesta de sol se destacan con argénteos reflejos las nevadas cumbres de una cordillera.

Yendo más allá de las vanas exterioridades, era aquél el ocaso de muchas vidas, la purificación de muchas conciencias que al recibir la consagrada forma en comunión pascual, blanquearían como la nieve alpina en un nimbo de gloria.

Lecho por lecho, dando fuerzas contra el dolor y ánimos para la eterna partida, fuímos unos cuantos acompañando al sacerdote en su santa misión. La luz temblona de los chisporroteantes cirios quebrábase en los bordados de oro del terno que vestía el ministro del Señor.

Llegamos donde ella estaba. ¿Quién? Un número. El nombre no importa. Levantó su cabecita cubierta con una linda cofia de calado encaje. Aquella carita de angel no me sonrió entonces como lo hacía en tantos momentos pasados de amorosas expansiones.

Sus ojos, aquellos ojos tan bonitos, me miraron con severidad mezclada con cierto perdón....

Nadie se apercibió de aquella mirada, compendio y resumen de toda una historia. Yo volví la cara a un lado para que no vieran que las lágrimas se me saltaban. Tuve vergüenza de mí mismo.

Después... los bronces de las iglesias repiquetearon alegremente, ahuyentando las bandadas de aviones y vencejos; las músicas rompieron en majestuosa marcha, y el sacerdote, bajo palio, entre nubes de incienso, llevando con mucha devoción y gran recogimiento el santo vaso, cruzó las estrechas calles del populoso barrio.

Todo en el mundo pasa; las más fuertes impresiones se extinguen; aquella mirada se me clavó en el corazón, hiriéndome mortalmente.

A. Escamilla Rodríguez

El ramo de jazmines—

Es pálido y es redondo
con la forma de una estrella,
y un papel rojo en el centro
de doradas lentejuelas.—
Tiene por tallo una aguja
que fué horquilla en la cabeza
de la niña que en el patio
pegó al jazmín la escalera,
y subiendo hasta las ramas
mas altas y mas repletas,
se lo arrebató del rodete
¡Ay cojer las cabezuelas!
¡El huele á noches de luna,
á novia, á patios, á rejas!
á mañanas de San Juan,
y al agua de la Chorrera.—
¡Oh jazmines de mi patria
que del Córpus á la puerta
clavados en una silla
os vais abriendo en la fiesta!
Que consuelo tan hermoso
si al morir besar pudiera
un ramo puesto en los rizos
de una mujer cordobesa!!

Ant.º Grilo

Romero

CORDOBA

Revista semanal independiente

Redacción y Administración: Calle de Juan Valera, n.º 8

TARIFA DE ANUNCIOS

En la segunda página de la cubierta: La página entera, 65 pesetas.—Media página, 35 pesetas.—Cuarto de página, 20 pesetas.—Un octavo de página, 10 pesetas.

En la tercera página de la cubierta: La página entera, 50 pesetas.—Media página, 30 pesetas.—Un cuarto de página, 17'50 pesetas.—Un octavo de página, 8 pesetas.

En la cuarta plana de la cubierta: La página entera, 75 pesetas.—Media página, 45 pesetas.—Un cuarto de página, 25 pesetas.—Un octavo de página, 15 pesetas.

En el texto: Una columna, 20 pesetas.—Media columna, 10 pesetas. Un cuarto de columna, 5 pesetas.—Un octavo de columna, 3 pesetas.

En la sección de Anuncios Breves: 25 céntimos la línea.

Estos precios se refieren a cada inserción. Se concede una bonificación considerable a los anuncios permanentes. Se pnblicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demandas de trabajo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. . . . En Córdoba: Trimestre, 1 50 pesetas.—Fuera de Córdoba: Semestre, 3'50.—Número suelto 10 céntimos.—Número atrasado, 25 céntimos.—Pago adelantado.

EL DESPERTAR DE CÓRDOBA

Afirmación del Regionalismo

¡Ya renace Andalucía! ¡Ya despierta Córdoba! Desde todos los ámbitos de la región se oyen voces generosas que alientan y extimulan. Ha llegado la hora del renacer a nueva vida, y, otra vez, el limo sagrado de la vieja Turdetania, retoña en brotes autóctonos, pujantes, llenos de vída andaluza, de genio y de gracia.

Son ahora los hijos de la tierra andaluza, los que heredaron de los viejos ancestrales gloriosos, el brío, la gallardía, la pujanza, el amor a la virtud, la constancia en el trabajo. Eran los antiguos andaluces—decían los escritores romanos—los más sabios, los más trabajadores, los menos rudos y fieros en el salvaje concierto de Iberia. Y estas cualidades, soterradas por la roñosa pesadumbre de la tétrica meseta central, a la que Andalucía se dio, con pródiga expansividad, esa alma y vida, renacen hoy con nuevo ardor, con inusitado empuje, con la grácil y triunfal aureola de la Andalucía trabajadora de los romanos, de la Andalucía sabia de los árabes, de la Andalucía que, con el Gran Capitán, hizo en España el más vigoroso Renacimiento de la Península.

Ya vuelven. ¡Ya volvemos! Barreremos del templo—nosotros, los andaluces, los de la vieja estirpe—a los mercaderes, a los bárbaros, a los caciques. Y libertaremos el genio andalud, que volivolará, triunfal y ágil, dominando con su Gracia, el odioso encadenamiento presente, de ideas y de hombres.

¿Qué queremos? La liberación de Andalucía (aquí mismo decía el brillante andaluz Dionisio Pérez que Andalucía necesita, como Marruecos, un protectorado que la salve y la defienda), la dignificación de los andaluces, la extirpación del caciquismo, agua para nuestras tierras, caminos para nuestros campos, higiene para nuestras ciudades... ¡Tierra y Libertad para los hombres!

¿A dónde vamos? A la autonomía regional de Andalucía, a la conquista de nuestra región, dominada hoy por una oclocracia ignara, torpe, ciega...

¿Cómo lo haremos? Uniéndonos, en la tierra andaluza, los hombres de buena voluntad.

Yo os diría nombres. Mas ¿para qué? Es el Regionalismo andaluz, es Andalucía que despierta y anda, y, al lado de esta grandiosa idea, todos los hombres son pequeños. Sabed, sí, que nos aprestamos a la lucha. Que vamos a las futuras elecciones con hombres honrados y buenos, no manchados en ninguna charca política. Que iremos a las elecciones generales, para que Córdoba contribuya a la salvación de la patria con legítimos Diputados Nacionales.

Sabed, en suma, que Andalucía ha despertado y que sabrá querer con todo el fuego y bravura de su corazón meridional y ardiente.

Rafael Omeya.

CÓRDOBA

El camino del Mihrab en la Mezquita-Catedral de Cordoba

10 cts.

IMPRENTA MODERNA
CORDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 13 de Octubre de 1917 | NÚM. 60

DEL ALMA ANDALUZA

PATIOS Y CANCELAS

En una carta particular me decía, en cierta ocasión, Cambó, que el problema español, que es, en suma, la lucha que vendrá entre Barcelona y Madrid, entre Cataluña y Castilla, sólo podría resolverlo en paz la intervención de una ciudad andaluza: la intervención de Sevilla. Poco después, un notable escritor navarro, Ezequiel Endériz, nos conminaba desde un periódico de Pamplona: «Es que si Andalucía—decía, poco más o menos; tal era su pensamiento—no sigue a las regiones que quieran liberarse; si va a ser un peso muerto que tendremos que arrastrar, cortaremos los lazos que nos unen a ella y la dejaremos sola.»

Ciertamente, en la dinámica española, la quietud de Andalucía, su resignación y su indiferencia, tienen un valor decisivo. En todo el alborotado siglo anterior, los sucesos definitivos se producen cuando Andalucía interviene, cuando sale de su modorra y tiene pensamiento y acción. Sin ella, España no parece España. Es como la flor en la planta y el fruto en el árbol. Con la disgregación de Portugal parece no haberse producido la menor mengua del alma nacional. Cercenárase Cataluña y hasta parecería ello bien a los políticos de la aligarquía, que ya querían dar este castigo a la admirable región cuando gemía sus primeras reclamaciones. Pero si un día el Sur se alzara contra Castilla, de la que ha sido sustento y espíritu, brazo y pensamiento, acción y alegría, y en la disgregación en pequeñas nacionalidades a que parece caminar el mundo entero, surgiera un nuevo y poderoso reino de Córdoba, y un reino de Granada, y un reino de Sevilla, o una Andalucía entera, que el entusiasmo ardiente de la raza llenaría de poderío, habría acabado España.

Acaso ese final sea necesario, para que no haya otro más peregrino forjado por la violencia extranjera; pero para llegar a él será preciso que Cambó y Endériz, y cuantos se afanan en crear una acción en el Sur que justifique y nacionalice los anhelos de los pueblos del Norte, vean cómo hemos de despertar a Andalucía.

Un patio de la calle de Santiago

Hénos en Julio o en Agosto. Sólo allá, en un picacho granadino, quedan unos hilos de nieve. Sobre los campos cae, implacable, desde el sol, una lluvia de fuego. Los pueblecitos blancos parecen abandonados; nadie cruza sus calles; están cerradas todas las puertas. En las ciudades las gentes se refugian en los patios. ¿Cambó no sintió, un día veraniego que llegó a Sevilla y se instaló en el patio del Hotel de Madrid, con su fuente de mármol y su bandada de pájaros, cómo le enervaba una dulce somnolencia y cómo las injusticias de nuestro régimen iban borrando ante sus ojos las duras aristas que le parecían tener miradas en Cataluña o en Vasconia, en Valencia o en Galicia, y cómo una dulce conformidad y una mística resignación se iba apoderando de su espíritu?

Por la cancela, que parece forjada por uno de aquellos artífices que hicieron las verjas suntuosas de nuestras catedrales góticas, entra de la calle, entoldada, una ráfaga de aire fresco, saturado de perfumes incitantes, del olor del nardo y la azucena, del jazmín y la albahaca. De allá, del interior de la casa o de una azotea vecina, llega a nosotros el adormilado rezongueo de una copla burlona o gimiente y con ella todo el espíritu de un amor, de un modo de amar distinto al de las demás razas ibéricas; de un modo de querer no sólo la posesión de la mujer, sino la posesión de todas las cosas, diferente a las tenacidades de la voluntad de las demás regiones. Se siente en aquel placer único del patio que la Fatalidad está a nuestro lado, en una verdadera leyenda infantil, como ángel de la guarda o como demonio tentador; se siente que el Azar ha cogido nuestra mano y nos lleva y nos guía, sin que podamos impedirlo. Se siente cómo se apodera de nuestro espíritu la más grande y sabia y poderosa filosofía que han meditado los siglos: la filosofía del *qué más da* y *qué me importa a mí.*

Mirándonos un poco hacia adentro, en la apacible sombra de este patio, ante la filigrana de la cancela que parece cernir los rumores de la

calle, en medio de estas macetas donde el verde de las hojas es de esmeralda y el rojo de los claveles es de sangre y el blanco de las azucenas es de sudario, y escuchando este inexplicable charloteo, monótono y musical a la vez, del agua que cae en leve chorrillo sobre la taza de la fuente mora, nos sentimos como mozárabes que hemos quedado rezagados y perdidos entre unas páginas de historia que no queremos ayudar a escribir...

¿Qué más da, amigo Cambó? Basta nuestra protesta espiritual y el convencimiento de nuestra resignación para que no nos quede remordimiento. Si España es así, es porque la Fatalidad lo quiere. Si no hay leyes ni justicia, será porque no hagan falta. En cambio, en esta penumbra que el toldo de la azotea cierne sobre el patio, ¡qué dulce la siesta!, ¡cómo aroman las flores!!, ¡cómo habla la fuente..!

Dionisio Pérez.

Francisco Alcántara y su obra

—:—

Las auras divinas de la ciudad han oreado las sienes de un argonauta del ideal y han exaltado su fantasía para que, alzándose de las tristezas de la vida, su numen artístico quede ungido en la región celestial del arte que emana de la vieja corte de los Califas.

He aquí, amigos, un viejo compatriota que retorna a la ciudad que le vió nacer para inflamar su espíritu en el ambiente artístico que toda ella exhala de sus muros y sus palacios, de sus templos y monumentos, y para alzar la antorcha del artista sobre las cabezas de sus jóvenes discípulos, y comunicarles el fuego sagrado del culto a la belleza.

El cordobés que ahora vuelve a nuestra ciudad es Francisco Alcántara, alma y director de la Escuela de Cerámica de Madrid, huésped nuestro durante los meses de verano en que, libre de las trabas oficiales y a despecho de las miserias del Estado para las obras meritorias, ha acometido la altísima tarea de hacer conocer a sus alumnos las bellezas artísticas que atesora nuestra patria.

Y sus discípulos se han extasiado ante las hermosuras de nuestra tierra, y guiados por la mano experta del maestro han sorprendido sus más bellos secretos y sus más hermosos rincones, y sublimando con la cultura vastísima del maestro y su ardiente fantasía los detalles más desapercibidos han traspasado al tienzo historias románticas y poéticas, que, aun en este siglo de positivismo, hacen temblar dulcemente las almas. Una puerta del palacio episcopal, abierta permanentemente desde luengos años, les ha rememorado la vieja tradición árabe de la «puerta de la espera», dejada abierta día y noche por orden del califa para que su hija, fugada con un cristiano, no hallase obtáculo al retornar a la casa paterna.

Otras veces las aptitudes de sus discípulos luchaban y vencían las dificultades de la copia del natural; y buenes amigos del maestro, tipos secos y austeros o lucios y sonrientes y hasta jinetes, eran retratados.

Y al ponerse el sol, los escolares iban con el maestro al río para bañarse en las cálidas aguas del Guadalquivir, o le pedían permiso para comer la fruta que les había regalado D. Antonio. En estos detalles se revelaba el carácter educador de Alcántara. Y cuando se haga la historia contemporánea de la Pedagogía, se hará jnsticia a Alcántara por dos notas meritísimas de su obra: la de haber sido amigo y educador de sus discípulos, prolongando su labor de maestro más allá de la escuela, y la de haber despertado entre los artistas jóvenes el amor a la patria, demasiado olvidado por la admiración hacia el arte extranjero.

Fedro

Apología de la cárcel

No sería sincero conmigo mismo si al abandonar la cárcel, que me ha prestado tranquila y severa hospitalidad durante una quincena larga, no confesara que me ha invadido un vago sentimiento de gratitud. Ignoro si el castigo mejora al delincuente; lo que sé es que la cárcel despierta en el justo un vivo sentimiento de justicia o se lo exacerba, si lo tenía ya despierto. Y este enriquecimiento moral bien vale la pena de ser por una vez quincenario. Lejos de lamentarse, hay que agradecérselo a tal o cual ministro que, sin duda movido del afán de brindar una coyuntura de perfeccionamiento al prójimo, puebla las cárceles de gentes que algún día pecaron. Toda gratitud será siempre escasa.

La cárcel es el más fiel espejo de la realidad española. No la busquéis en los libros, ni en los Códigos, ni en el alma de los hombres. Id a la cárcel si queréis conocer el Derecho público español de nuestros días. La cárcel es la mejor Universidad para enterarse de Derecho político actual. Todo español que no haya cometido ningún delito debiera ser alojado en la cárcel por quince días o un mes. Debiera haber una ley de encarcelamiento obligatorio. No habiéndola, hay que estar reconocidos a los que se esfuerzan, con generosa espontaneidad, por obrar como si esa ley existiera. Bien saben ellos que así suscitan y desarrollan un sentimiento por lo general dormido o anémico en nuestro país: el de la personalidad humana, el del respeto al hombre, el de una extremada consideración al ciudadano. ¿Y no merece eso un profundo agradecimiento?

Siluetas.—Una gitana de Córdoba
Por la Srta. Emilia Saló.

En la cárcel habría que hospedar una quincena o dos a los poseídos de rencores ancestrales contra sus adversarios ideológicos, como si la disparidad de ideas fuese un nefando delito, y a los que luego celebran jubilosamente su prisión. El encarcelamiento, al llevar a su conciencia una violenta sensación, sacudiría en ellos lo que hay de común con el resto de los hombres, sea cual fuere su sistema ideológico, y tal vez, elevados a un sentimiento de solidaridad colectivo, aceptasen un mínimo de mútuos respetos humanos. De ese modo, recordando el dolor sufrido sobre su carne y sobre su espíritu, repudiarían en adelante el bajo oficio de delatores. La cárcel haría mejores a este género de hombres, al hacerlos más informados y más sensibles.

Pero peor aún que el odio es la indiferencia. El odio repele a los hombres, mas no rompe su contacto; en cierto modo, es un vínculo. La indiferencia, en cambio, es la plena ruptura de toda solidaridad, un abismo que no puede cubrirse. Acaso el mal supremo de España consiste en ese sentimiento de indiferencia que nos aísla los unos de los otros. Los vejámenes a la dignidad ajena alguna vez engendran fruición en los pechos poco nobles; pero casi siempre se les mira con indiferencia, como si más que de semejantes se tratase de trozos de substancia inorgánica o de seres ultraplanetarios. A mí, ¿qué?, dice el islote que es cada español, indiferente a los sufrimientos ajenos, mientras él vive y medra en paz. A este linaje de hombres conviene imponerles un principio de solidaridad social. Todos los discursos serán vanos. Pero una quincena de prisión puede, quizás, derretir su indiferencia y revelarles que el respeto a la personalidad humana es un bien común a todos.

Hay otra clase de hombres que tienen una idea vetusta, procedente de los siglos medios, de las relaciones entre los hombres y los Poderes públicos. Todo lo interpretan según el concepto de gracia o desgracia. La salud es una gracia de la naturaleza, y la libertad, una gracia del Estado; pero si esta gracia cesa, no hay que tomar lo opuesto, la dolencia y la esclavitud, sino como una fatalidad, como algo irremediable. Según este criterio, si a un hombre se le encarcela, el hecho sólo es una

Del campo de Andalucía.—Ganado de labor

desgracia inevitable, como un dolor de intestinos o la caída de un aerolito sobre la cabeza. Sin embargo, yo sospecho que esta concepción fatalista cambiaría de cuajo si el que la profesa sufriese en su propia persona, porque está probado que la fatalidad ajena se sobrelleva mejor que la propia. Una quincena de cárcel bastaría tal vez para despertar en ese tipo de hombre la noción de que el respeto a la personalidad humana no es una gracia del Estado, sino un derecho del ciudadano.

El pueblo español necesita humanizarse; esto es, perder esas ásperas aristas de odios que enconan su existencia y la dividen. Necesita también solidarizarse; esto es, sentirse unidos sus miembros por un mínimo de respetos recíprocos. Necesita, en fin, redimirse políticamente; esto es, reconocer la inmanencia de ciertos derechos propios a la dignidad humana. Esta es una obra de lenta educación y continuo ejercicio de funciones cívicas. Pero, como complemento negativo de esa obra, yo veo en la cárcel, cual fuente inmediata de dolores y enseñanzas, un medio seguro de erguirse a ese plano de humanidad, sensibilidad y solidaridad que es menester conseguir para que sea posible la vida común de España. ¿Broma sangrienta? No. Sólo así cobraremos los españoles el más noble, el supremo, sentimiento de la personalidad humana.

Luís Aranquistain.

LOS CRUZADOS ANDALUCES

¡Andalucía,
vuelve en tí a renacer!
La tiranía
de tantos años, ¿sabrás romper?
Mora postrada
en los harenes de la invasión,
en tu almohada
han muerto siglos de vana acción.
¡Cuánto Rodrigo,
cuánto Boabdil, en tu solar,
al enemigo,
con sus traiciones, hizo triunfar.
Si el sol te guía,
el sol te ciega, moro andaluz:
¡sufres ceguera de valentía
y eres tu cruz!
Que te levantes,
dicen al Lázaro que duerme en tí.
Anda y no cantes;
piensa y no sueñes. ¡Cristo está aquí!
. . . .
Lleva tus toros,
Andalucía, al labrador.
¡Cambia los oros
de tus escudos y tu valor!
De esa doliente
copla que lanzas entre el toril
y la guitarra, nazca el valiente
genio civil.
No te aprisione
en una jaula el mercader,
por esos mundos no te pregone
y dé a vender.
Tienes de Atenas, la pura gracia
de la creación:
Roma te ha dado la aristocracia
y la pasión.
Ya sedentaria, ya aventurera,
tu genio fué
pájaro y nave, torre y quimera,
misterio y fe.
Puedes ser fábrica, laboratorio,
mina y taller:
¡Vendrán tus hombres! ¡Ya el territorio
va a florecer!
Andalucía ¡tu fortaleza
cayendo va!
¡Oh, solitaria de la pereza,
álzate ya!
¡Andalucía,
vuelve en tí a renacer!
La tiranía
de tantos años, ¿sabrás romper?

Federico Navas.

Se publicarán gratuitamente los anuncios relativos a ofertas y demanda de trabajo.

Los demás anuncios se sujetarán a la correspondiente tarifa de publicidad, la que será facilitada en la Administración.

El encarecimiento de la vida y los empleados de la Diputación provincial

Los empleados que prestan servicio a la Corporación provincial con el sueldo de 1.000 y 1.250 pesetas, impulsados por el encarecimiento de las subsistencias, que invade todas las zonas de la vida de España, han presentado a la Diputación la siguiente vibrante y justificada solicitud:

A la Excma. Diputación provincial: Los que suscriben, empleados de la Excma. Corporación provincial con categoría de escribientes y auxiliares y sueldos de mil y mil doscientas cincuentas pesetas anuales, respectivamente, a V. E. tienen el honor de exponer y someter a su resolución las consideraciones siguientes:

El problema nacional llamado de las subsistencias, el más grave de todos por afectar en general a todas las clases del país y en particular y más directamente a las clases medias que hacen de la inteligencia objeto de trabajo y medio de vida, se hace cada día más intenso y agudo a causa del estado reflejo del magno problema de la guerra mundial, que ha dado lugar al encarecimiento de todos los artículos llamados de primera necesidad, por razones bien conocidas: el afán de lucro de acaparadores y agiotistas y la inepcia de los Gobiernos que han dado medios para la exportación de aquellas, protegiendo los intereses de una clase en contra de las restantes, más dignas de respeto por cierto en razón de su mayor número y de protección por su inferioridad económica.

Tal estado de cosas, ha traído como consecuencia el desequilibrio inevitable de la Economía doméstico, que es al fin la misma Economía nacional reducida a inferiores términos y, por tanto, tal desequilibrio se traduce en una trangresión de la ley económica, según la cual debe existir una relación armónica entre el precio del trabajo y lo que cuesta vivir, naciendo de ahí el malestar general que existe latente y en algunos casos la rebeldía que es precursora de las grandes conmociones que suelen quebrantar los prestigios del Poder público, como órgano representativo de la sociedad política o Estado,

Las premisas que anteceden, han sido el principio inicial de un movimiento de solidaridad en la clase burocrática española, la que en orden a lo expuesto y por instinto de conservación que en síntesis es el Derecho natural a la vida, se ha aprestado a su defensa, obteniendo el ofrecimiento de un sueldo regulador mínimo de dos mil pesetas anuales en los diversos ramos de la Administración del Estado y el de mil quinientas en gran parte de las Diputaciones y Municipios españoles.

Por lo expuesto comprenderá V. E. que los empleados que suscriben, víctimas de la expoliación y de la miseria, no pueden mostrarse ajenos a las justas aspiraciones que en general abriga la clase burocrática, máxime cuando la cuantía de los sueldos que disfrutan, sobre ser tan exigua, suele ser mermada a veces en su parte integral, como no puede ocultarse al desapasionado juicio de esa Corporación, por causas indudablemente ajenas a la voluntad del señor Ordenador de pagos.

De otra parte, la petición formulada a la Ilustrísima Comisión provincial a nombre de todos los empleados y suscrita por el digno secretario de la Corporación, solicitando que con cargo al presupuesto provincial se bonifique el descuento sobre las utilidades procedentes del trabajo personal, no puede en modo alguno satisfacer las aspiracionos de los firmantes, por cuanto en el caso de ser aprobada dicha petición por V. E., los más directamente beneficiados con ello serían los empleados de superiores categorías, alcanzando a los que suscriben esa bonificación en una parte proporcional de unas cinco pesetas mensuales, cantidad que por su exigüidad no basta a hacer frente al problema enunciado.

En consonancia con todo lo expuesto, los firmantes ruegan a V. E. se digne acordar que, a partir de primero de Enero de 1918, el sueldo mínimo regulador sea el de 1.500 pesetas anuales, refundiéndose al efecto las plantillas del personal de las categorías de mil y mil doscientas cincuenta pesetas, equiparándoseles con la de oficiales quintos.

Gracia que esperan obtener del reconocido espíritu de justicia de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Córdoba 5 de Octubre de 1917.—José Díaz Pozuelo, Melchor Osuna, M. Jiménez, A. Hacar, Antonio Doñamayor, Manuel Pérez, Juan J. García, Diego Blanco Rivera, José Guzmán, Antonio Vázquez, José Herrera, M. de Viguera, J. de Pablo Blanco, José Luis Duroni, Rafael Ruiz, Francisco Gutiérrez Ravé, Juan Ojeda y Juan Aguilar García.

Figuras pintorescas.—El esquilador

A UN IMPACIENTE

Lo que no logres hoy quizá mañana
lo lograrás; no es tiempo todavía;
nunca en el breve término de un día
madura el fruto ni la espiga grana.

No son jamás en la labor humana
vano el afán ni inútil la porfía,
el que con fe y valor lucha y confía
los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera que en el mundo
nada existe rebelde ni infecundo
para el poder de Dios o el de la idea;

¡Hasta la estéril y deforme roca
es manatial cuando Moisés la toca
y estatua cuando Fidias la golpea!

Manuel de Sandoval.

A los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba

A vosotros tenemos la satisfacción de dirigirnos desde las columnas de este popular periódico, que tantas simpatías ha logrado captarse entre los cordobeses, para exponeros un plan que creemos que, no solamente será del agrado de todos los alumnos, sino que interpretará el pensamiento que la inmensa mayoría de ellos sustentan y que nosotros expresamos para general conocimiento, que una idea escondida o ignorada es como un valioso filón inexplorado.

Nuestros ideales respecto a la Escuela de Artes y Oficios son los siguientes:

Primero. Que se le devuelva la categoría de Escuela Superior de Artes Industriales, creyendo nosotros que los alumnos contribuirán eficazmente a ello con su asistencia constante, contra lo que hoy, como todos saben, ocurre.

Segundo. Elevar una instancia al ministro de Instrucción pública, que tanto interés proclama por la enseñanza, para que sea restablecida en este centro docente la categoría de Escuela Superior de Artes Industriales, según se ha dicho.

Tercero Que, para reforzar estas aspiraciones, a la salida y entrada de la Escuela no se promuevan escándalos, que dicen muy mal en favor de los alumnos y contribuyen a que muchas personas no se atrevan a asistir, con lo que sensiblemente disminuye el número de escolares.

Estas son nuestras aspiraciones, pero en la que más insistimos, por ser la fundamental y porque su realización implicaría el logro simultáneo de las restantes, es la primera, por considerarla como una apremiante necesidad de una población que, como Córdoba, camina con paso seguro por la senda del progreso y la cultura. Ya que dichas Escuelas superiores existen en ciudades de no mayor importancia que la nuestra, ¿por qué no ha de devolverse esta categoría a la de Córdoba?

Bien pueden comprenderse los beneficios que reportaría al alumno que, luego de aprender una cualquiera de las asignaturas que actualmente se cursan en la Escuela y que considera precisas para el ejercicio de su profesión, con una poca más de voluntad y esfuerzo intelectual, pudiera alcanzar el título de perito aparejador, mecánico, etc., toda vez que en cualquier centro de trabajo donde después se presentara se ofrecería como hombre de justificada aptitud y no simplemente como uno que dice saber más o menos bien su oficio.

A la consideración de todos exponemos estos pensamientos, que suscribimos unos cuantos alumnos, y no uno solo, para demostrar que no se trata de un pensamiento aislado, sino una de aspiración que brota del alma entera de la juventud que estudia y trabaja en la Escuela de Artes y Oficios.

Por el interés general de Córdoba y por el nuestro propio, nosotros mismos, los alumnos, somos los que en primer término estamos obligados, con nuestra conducta y con nuestras peticiones, a gestionar el logro de la aspiración que, en nombre de todos, hemos tenido la satisfacción de exponer en los precedentes renglones.

Antonio Fernández Hoyos.—Julio Aranda.—Juan Romero.—José Estévez.—Rafael Dávila.—Juan Sanz Guzmán.

LAS MUDAS DE ROLANDO

El capitán Rolando,
en los tercios de Flandes tuvo el mando
del tercio más valiente y aguerrido
de cuantos tercios en el mundo han sido.
Mucho tiempo de lucha ya llevaban,
y en estado imposible se encontraban
el chambergo, calzón y demás ropa
de aquella heroica tropa,
cuando su general, Sánchez de Lista,
fué a pasarle revista,
y al mirar el estado tan astroso
de aquel tercio valiente y victorioso,
al capitán le dijo así:—Precisa
que se muden al menos de camisa.
—Es imposible—el capitán contesta—;
no tienen más camisa que la puesta.
—¡Qué imposible, señor, ni qué ciruelo!
Suplid con vuestro celo
la falta de camisas del soldado,
cumpliendo sin chistar con lo mandado.
Sin esperar del capitán más frase,
el general saluda, gira y vase.
Puesto en un potro el capitán Rolando
con tal «ordeno y mando»,
no disponiendo de camisas para
que de limpio el soldado se mudara,
logró salir del potro
mudando la del uno con la de otro,
haciendo el capitán con esta argucia
que la llevaran cada vez más sucia;
y cuando con su jefe se encontraba
y éste por lo mandado preguntaba,
el capitán al general decía:
—Se mudan de camisa cada día.

En los tiempos modernos
nos acontece igual con los Gobiernos.
Para mudarnos hoy, nos colocamos
lo que ayer como sucio nos quitamos,
y lo que hoy arrojamos como sucio
nos pondremos después por limpio y lucio.
Así, de andar aseados no hay manera;
hace falta jabón y lavandera.

Melitón González.

La defensa de los pájaros insectívoros

Proclámase al vizconde de Eza como un ministro bien enterado de las necesidades de su Departamento y se le señala como una garantía del propósitos de atender las necesidades del país.

Efectivamente: se halla en su sitio; es un agricultor que, disponiendo de la autoridad que concede una extensa labor personal—realizada en el campo, el periódico y la conferencia—ocupa el Ministerio de Fomento, que es el que le corresponde por sus propios méritos. Con él no ha ocurrido como con el marqués de la Frontera que, siendo un ganadero muy significado, fué llamado a la gobernación para desempeñar el cargo de ¡director general de Prisiones! Bien es verdad que antes ocupaba aquel puesto ¡un ingeniero de minas!, quizá llevado a tal sitio con ánimo de que cuidara de que los presos no horadasen las prisiones en busca de una autoridad en ciencia penitenciaria que les guiase por el camino de la redención.

Así ocurrió que cuando, en el tiempo en que combatíamos las malas condiciones sanitarias de la Cárcel él vino a Córdoba, preguntó, en resumidas cuentas, si los presos podían fugarse. Le respondieron que no, y ahí quedó la cosa. No pueden fugarse, no; lo que sucede es que se van, que se marchan al otro mundo, que se mueren, lo que no es lo mismo ciertamente, sino mucho peor: espantoso, inhumano.

Ello es que el vizconde de Eza, salvo el grave extremo, aún no suficientemente dilucidado, de su intervención en los comienzos de la huelga ferroviaria, procede con singular acierto, demostrando especialmente una laboriosidad y un buen deseo poco frecuentes y muy plausibles.

Prueba de ello es la reciente Real orden en favor de la ley de Canalejas para la protección de los pájaros insectívoros.

Va dirigida a los gobernadores para que la recomienden a los alcaldes.

Aquellos en su totalidad y estos en su inmensa mayoría son correligionarios del vizconde de Eza, cuyos méritos habrán proclamado repetidamente.

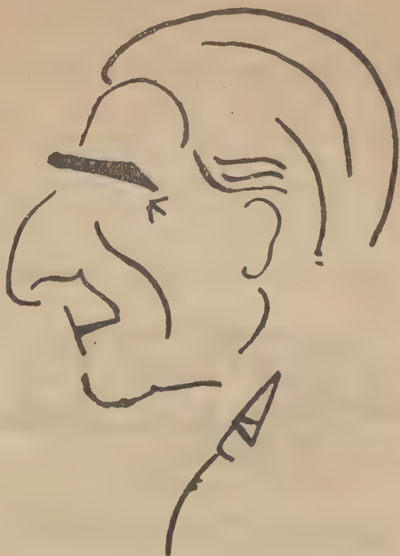
Esta circunstancia, a más del deber que tienen contraído de cumplir y hacer cumplir las leyes, les obliga doblemente a extremar el celo en la nueva disposición de que se trata.

Veamos, en el caso de Córdoba, donde tanto y tanto se ha batallado en favor de los pájaros insectívoros, en qué medida la admiración justificada al ministro de Fomento se traduce en el hecho de cumplir y obligar el cumplimiento de su última plausible disposición, la que textualmente reproducida dice así:

Real orden.—Vistas las frecuentes denuncias que por diferentes organismos y asociaciones agrícolas y por los particulares se elevan al Ministro de Fomento contra los abusos e infracciones de la ley de caza de de los pájaros.

S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien disponer se interese de los Gobernadores civiles, recomienden a los Alcaldes, Guardia civil y Guardas jurados de policía municipal y rural y demás agentes de su autoridad, la mayor vigilancia y la más rigurosa severidad en la persecución y castigo de las infractores de la ley de caza, impidiendo en todo tiempo la caza por ningún medio de los pájaros insectívoros y procurando que la de los no insectívoros, según la clasificación comprendida en el artículo 33 del reglamento para la ejecución de la citada ley, se verifique única y exclusivamente en la época fijada en dicho artículo, que es la de primero de Septiembre a 21 de Enero; que toda clase de caza, aunque no sea con armas de fuego, se permita solamente a las personas que hayan obtenido las correspondientes licencias de uso de armas y de caza o para cazar, de la clase que determina el artículo 91 de la ley del Timbre de 1.° de Enero de 1906, y que se prohiba la circulación e introducción en las poblaciones, de los pájaros muertos o vivos que no vayan acompañados de la correspondiente guía autorizada por el alcalde o secretario del pueblo de que procedan, en la que se hará constar el nombre del cazador y número y clase de los pájaros, según la clasificación comprendida en el artículo 33 del reglamento para la ejecución de la ley de caza vigente y la clase de la licencia de uso de armas, de caza o para cazar, la autoridad que la concedió y autorizó y la fecha de su expedición.

De Real orden lo comunico a V. S. para su conocimiento y efectos. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 27 de Septiembre de 1917.—El Vizconde de Eza.



Cordobeses ilustres.—El escultor Mateo Inurria
Por Jaime Raynaud

La Sierra de Córdoba.—El antiguo monasterio de San Jerónimo, perteneciente en la actualidad a los marqueses del Mérito, ilustres próceres que han restaurado con excelente acierto aquella admirable joya arquitectónica, que ya se hallaba a punto de desaparecer por completo, destruída por la acción del tiempo y los hombres

La Universidad y el catedrático delincuente

Ya dió su fallo el Consejo de guerra, que hubo de juzgar al Comité de la pasada huelga de Agosto, y no por esperado ha sido menos hiriente la abrumadora pesadumbre de una condena, que cae severísimamente sobre unos hombres que en el fondo de su conciencia se sienten libres de todo delito.

¿Hablaremos ahora de estos delitos, que no son delitos, y nombraremos una vez más, la tésis jurídica de una improcedencia de jurisdicción? Para qué: se ha demostrado definitivamente que no puede haber más delitos perennes y juzgables que aquellos que lesionan derechos inmutables, como la vida, la honra de las personas, la propiedad (mientras subsista el actual régimen jurídico-económico); lo que se relaciona con el régimen político, tiene mucho de deleznable, y en el alborear triunfante de una revuelta, va escrito el mérito o el demérito de los actos.

Entre los condenados por el Consejo de guerra, Julián Besteiro, el catedrático, tiene, para nosotros los catedráticos, una especial conceptuación: no es que yo desee para él un privilegio y busque en la toga académica una inmunidad singular que los distinga de los demás condenados en la pasada revuelta.

Pero el sentido corporativo, que antaño tuvo y hoy quiere recobrar nuestra profesión, y el espíritu de compañerismo que a todos debe unirnos, se habrá sentido herido a estas horas por la desventura de un colega honorable.

No se trata ya de cuestiones políticas ni de afinidad de ideas; cuando un hombre es derrotado y vencido lo humano y honroso es alargarle la mano.

Y la Universidad que vé salir uno de los suyos (y la Universidad no es solamente el catedrático, sino también el alumno) para un presidio, debe significar de algún modo su aprecio por el delincuente no común.

Si no cometió ningún delito de los que avergüenzan una vida, los universitarios todos debemos saludar al compañero, y estrechar la mano del honrado delincuente, mientras laboramos por su libertad.

Y su Cátedra de Lógica, debe quedar vacía, esperándolo; explíquela aquel a quien corresponda por precepto reglamentario; ningún catedrático debe pedir pasar a ella si se anuncia la vacante; si corresponde a oposición, los doctores no catedráticos, harán un acto nobilísimo no concurriendo a ella; quede ahí sin titular hasta que llegue el día en que vuelva a ser ocupada por su legitimo propietario.

Esto es por ahora, que ya se que es un poco temprano para intentar levantar el peso de unas cadenas; no busco con esta actitud la rebeldía de aquellos viejos fueros universitarios, pero queremos significar que es algo la Univertidád, y como tal debe tenerse, ya que la singularidad de un delito, que ha permitido una tan singular defensa, debe tener algo para cubrir estos delitos, fundamentalmente ideológicos, en los que siempre hay la nobleza de una aspiración regeneradora de la patria.

Yo quisiera que estuviese en el mismo caso de Besteiro, un catedrático derechista, y mi pluma hubiese dicho las misma cosas y estampado, quizá más fuertemente, los mismos conceptos, para la exteriorización de este deseo y de esta justicia, que debemos hoy al catedrático Besteiro, los universitarios de España, es decir, los alumnos y los catedráticos.

Otros de más edad que yo, de más jerarquía, hagan si quieren, y en lo forma que mejor estimen, de esta idea, no sentimental, sino de compañerismo, la honrada ejecutoria, que acompañe al catedrático de nuestra Universidad Central cuando ante él se abran las puertas del presidio de Santoña.

A los demás nos toca seguirles.

Antonio Jaén

PORQUE SÍ...

Dijo que no me quería
cuando yo más la adoraba
y el querer que la ofrecía
despreciaba.

Dijo que no la mirase,
que ocultara mi dolor,
y que nunca ya le hablase
de mi amor.

Y le pregunté abatido
por qué me trataba así,
y al mirarme dolorido
sólo dijo:—Porque sí...

Amorosa y anhelante
hoy me juras tu pasión,
y suplicas al amante
corazón.

Corazón que te quería,
corazón que tú no amaste,
corazón que tú aquel día
despreciaste.

Y preguntas, la mirada
sollozante puesta en mí:
—¿Por qué dejas a tu amada?
Y hoy contesto: Porque sí...

Eduardo Baro.

VIDA OBRERA

Vayamos con los anticaciquistas

Hermosa campaña ha emprendido en la notable revista CÓRDOBA el Centro Andaluz, unido al partido republicano y a otros simpáticos elementos políticos. Al fin sentimos latir en nuestro pecho el amor que la tierra que nos vió nacer nos inspira; al fin podemos esperar días gratos de grandeza y justicia y podemos sentirnos orgullosos de que haya hombres honrados, hombres limpios, capaces del sacrificio si preciso fuera por redimir a nuestro desgraciado pueblo. Esto es muy importante y consolador en estos tiempos de opresión y tiranía, de caciquismo bárbaro, de políticos a la usanza de aquellos pretores romanos que venían a nuestra desdichada patria a expoliar a mansalva y cometer crueldades con el pueblo ibero.

En estos tiempos en que el amor a la patria no convive con los gobernantes, donde el compadrazgo y el chanchullo se enseñorean de España con inaudito descaro, cuando teníamos perdidas las esperanzas y nos creíamos crónicos incurables enfermos, cuando veíamos al pueblo embrutecido pedir pan y toros, vemos llegar hasta nosotros un rayo de luz que el Centro Andaluz nos envía. Un puñado de honrados y valerosos jóvenes, que no pueden tolerar por más tiempo el estado desastroso en que nos encontramos, empeña desigual pelea en contra de los tiranos, de los usurpadores del bienestar del pueblo, de los caciques; estos jóvenes, al igual de aquellos cántabros que nos cita la Historia, que conservaron por largo tiempo el espíritu de nuestra raza, causando con su santa rebeldía funestas jornadas a los dominadores, enarbolan la hermosa bandera del Regionalismo Andaluz y, deseosos de justicia, se lanzan a la pelea con la fe y entereza que lleva el combatiente que siente latir en su pecho el amor a su pueblo irredento.

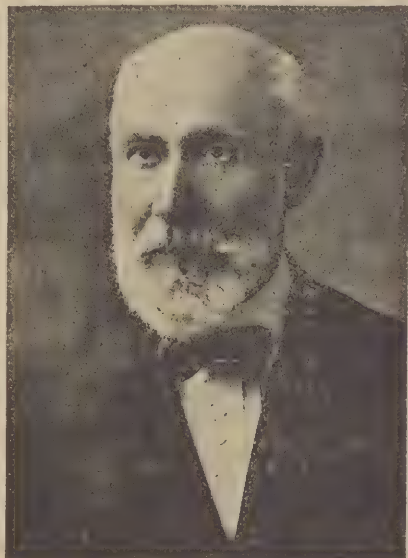
La clase obrera tiene librados numerosos combates en contra de los caciques y tiranos; muchos de los nuestros perecieron en la pelea, otros fueron a presidio; pero no por eso desmayamos; en cuanto rehicimos nuestras fuerzas, volvimos a la lucha: tenemos la honra de ser en nuestra patria los que siempre probamos a los gobernantes que nuestro pueblo no es ya el sumiso rebaño que año tras año se dejaba esquilar mansamente. Salvo los elementos de las izquierdas políticas que siempre han reconocido la justicia de nuestras luchas, los demás nos han anatematizado, tachándonos de antipatriotas y de elementos de desorden y disolventes; pero en nuestro campo no están los hombres que viven de la política, los caciques, los grandes terratenientes ocultadores de riqueza, que no pagan contribución haciendo que el pequeño propietario la pague por ellos; los que administran el presupuesto de los hospitales, de los hospicios, de los centros benéficos que paga el pueblo; de nuestras filas no salen los gobernadores que van a la ínsula a enriquecerse en pocos meses: en nuestras filas no están los que amparan al acaparador y a los exportadores clandestinos; en nuestras filas no están los que han empobrecido a España y comercian con el hambre del pueblo.

La clase obrera que tantas veces ha sido blanco de las iras de los gobernantes y caciques, debe temer que, por desgracia, no tardará quizá mucho tiempo sin que el regionamo andaluz se vea atacado por los solapados secuaces del caciquismo. Y nosotros, los trabajadores, no podemos ver ese ataque con indiferencia, porque el regionalismo andaluz tiene soluciones sociales que redimirán a las clases proletarias y especialmente al obrero agrícola, hoy esclavizado bajo el yugo feudal del cacique; los pueblos y las aldeas serán arrancados a los representantes del cacique y difrutarán de amplia libertad, y las capitales, hoy palacios del capitalismo, se emanciparán y podrán recoger bajo su égida liberadora a los desamparados y faltos de justicia.

El camino a seguir es bastants escabroso; está lleno de amarguras y espinas; pero esto no debe arredrar a nadie, porque el bien del pueblo lo reclama.

Obreros, la Coalición cordobesa anticaciquista tiene empeñada lucha ruda contra el caciquismo; la causa es noble y generosa, y nosotros nunca fuímos sordos cuando la justicia llamó a nuestra puerta, porque siempre pusimos nuestras fuerzas donde el bien de la humanidad los reclamaba.

B. Garrido.



El prestigioso médico de Villafranca de Córdoba don Apolinar Rodríguez. que ha presidido con señalado acierto la importante Asamblea médico regional celebrada en Córdoba

El general Chacón y la Prensa

Terminado el estado de sitio y al dejarse de ejercer la censura en el Gobierno Militar, gustosos hemos de cumplir el deber de unir nuestra felicitación a las que la ciudad entera tributa al culto y digno general Chacón por su actuación acertadísima durante las anormales circunstancias pasadas.

Tanto el general señor Chacón como sus valiosos auxiliares, han cumplido su deber con tacto exquisito y ejemplar altura de miras, de tal suerte que han visto ostensiblemente reforzadas las merecidas simpatías de que anteriormente disfrutaban en la población.

Caballerosamente actuaron durante los días de la huelga general y su noble actitud contribuyó de manera decisiva a que la habitual moderación del carácter de Córdoba no sufriese sensibles alteraciones.

Por ello, Córdoba debe gratitud al general señor Chacón y a sus valiosos auxiliares, como los señores García Santos, Martín Prast y Quero.

Al consignarlo así, les enviamos nuestro sincero y entusiástico aplauso por el tacto exquisito y la patriótica rectitud conque han cumplido su deber en la difícil misión que les impusieran las circunstancias pasadas.

La notable artista italoespañola Burlandi, que actúa con mucho éxito en el Salón de Ramírez

ANHELO DE LIBERTAD

MARCELINO DOMINGO

—La directiva de la Asociación de la Prensa—me dice su presidente, don José Pérez de Rozas—ha hecho una gestión cerca del general Marina con motivo del caso de Marcelino Domingo. Y ahora voy a ver a Marcelino.

—Pues le acompaño a usted—le digo. Y hacia el puerto nos dirigimos.

El «Princesa de Asturias» está anclado junto al Club de Regatas; pero no permiten embarcar por aquel muelle y hay que tomar el bote en el de la Paz. Una excursión marítima de quince minutos.

Las horas de comunicación con el preso son de dos a cuatro de la tarde. Las visitas se hacen por riguroso turno y de tres visitantes como máximo cada visita. Para evitarnos la molesta espera, nos embarcamos a la una y media.

Así, madrugando, creemos ser los primeros.

Al llegar junto al crucero sufrimos una decepción: tres botes se nos han anticipado. Y hemos de someternos al rigor del turno. Sucesivamente van llegando otros botes con visitantes. Junto a la abultada panza del buque de guerra se celebra un mitin de pequeñas embarcaciones.

La espera no es ni muy corta ni muy sosegada; una hora de baile a impulsos del vientecillo que juega con el bote. Mientras tanto, el «Princesa de Asturias», firme e inmóvil, como asentado sobre una roca, parece despreciar, altivo, nuestra insignificancia. El vientecillo juguetón, que se atreve con nosotros, pigmeos, respeta la inmensa e imponente mole gris de la unidad de combate. ¡Siempre el débil, Señor...!

Por fin, llega nuestra hora y ascendemos por la escala. Tres soldados de Marina, armados de fusil, vigilan la entrada a cubierta. Un cuarto soldado sin armas recoge y lee nuestras tarjetas, y seguidos por otro soldado pasamos el comedor del buque. El centinela que guarda la puerta nos deja franco el paso.

La estancia en el comedor resulta amable. Las dos ventanillas de ventilación permiten recrear la vista en el incesante movimiento exterior de buques y barcas que cruzan las aguas. El mobiliario—una mesa, un «buffet» y media docena de sillas — y los muros, son de tonos claros.

Y allí está Marcelino. Como para llegar a él no hay puertass con agobiadores cerrojos ni fríos rastrillos, ni rejas deprimentes, ni tristes locutorios, no hay impresión de encierro ni os produce el efecto de que visitáis a un preso. Parece un amigo que os recibe a bordo de su yate. Y como amigos y compañeros estrechamos la mano del retenido en el «Príncipe de Asturias».

Lo primero que nos pregunta es por nuestras impresiones acerca de su proceso. Nada en concreto podemos decirle, y su natural interés no queda satisfecho. A Pérez de Rozas, recién llegado de Madrid, le pide noticias del mundo político.

Después su palabra, notoriamente nerviosa, nos refiere su vida a bordo. El trato es considerado, severo, sin humillaciones ni rigorismos extremos... Recibe y despacha libremente su correspondencia... Lee periódicos y libros. Escribe... Madruga por fuerza, aunque nadie le obliga; pero a las cinco de la mañana comienza el movimiento a bordo y el alboroto de la diaria limpieza de máquinas, calderas, artillería, fusiles, hierros y más hierros; es un infierno que no deja dormir... Pasea, custodiado, por el castillo. La custodia no es por temor a una fuga, sino para evitar que la tripulación se acerque a él y adquiera una confianza que poco a poco, por demasiada, podría resultarle molesta... La mesa es una mesa «bien»; le sirven el mismo «menú» que al comandante del buque. Se le permite escoger los platos... A las once de la noche se recoge. Y es entonces cuando el camarote queda cerrado por fuera. Si algo le ocurre, puede avisar al centinela que vigila la puerta... Consideraciones, atenciones; no tiene queja del régimen al que está sometido y que estima y agradece; pero .. lleva así cincuenta y dos días, que le parecen cincuenta y dos años, y desea salir...

Ponemos término a la charla, haciéndonos cargo de lo impacientes que estarán los amigos que esperan turno.

Al saltar de nuevo a nuestro bote, el botero departe con un marino que ocupa una lancha próxima. Oímos el final de la conversación:

—Pues ya tendrá ganas de verse en la calle—dice el botero.

—Es natural—responde el marino—. Yo también me acuerdo de los que dejé. Y tengo más ganas que él de volver a mi casa entre los míos...

Leopoldo Varo.

Barcelona, Octubre 1917.

Boda de la bella señorita Rosario Sinisterra Puigventós y don Rafael González Luque, jefe de la Central de Teléfonos de Córdoba

El conflicto del papel y "Córdoba„

Súbitamente, sin aviso ninguno, el precio del papel ha sido recargado en un veinticinco por ciento, agravando así de modo extremo el conflicto que se venía planteando a la Prensa y especialmente a la no diaria, toda vez que esta no ha figurado en los beneficios concedidos por el Estado a las publicaciones cuotidianas.

Hasta ahora, Córdoba ha venido sufriendo pacientemente las anteriores subidas del precio del papel. Creada esta revista sin ánimo de lucro, sino únicamente para que se pudiera disponer de un elemento de publicidad que, sobre la base de una bien probada independencia, facilitase la expresión de los deseos y aspiraciones de la opinión, bastaba con que el ingreso se produgera en cuantía suficiente para cubrir los gastos, y esto venía ocurriendo: tanto los lectores como los anunciantes favorecían con su concurso la empresa y esta se iba desenvolviendo sin grandes dificultades.

La nueva subida del precio del papel, por su importancia y porque extrema la resistencia que las anteriores tenían sometida a dura prueba, altera la situación que veníamos sosteniendo y la hace imposible de soportar. Si contra ella claman desesperadamente las más poderosas empresas periodísticas, bien puede comprenderse las proporciones que alcanzará en aquellas publicaciones que, como la nuestra, no representan una empresa industrial, con grandes y poderosos recursos, sino un medio para realizar una empresa ideal en la que, si la voluntad es mucha, no corresponde a su medida la capacidad de los recursos económicos.

Estas circunstancias nos obligan, muy a nuestro pesar, a buscar la participación del público para sobrellevar la nueva carga que se nos impone, y a partir del número próximo elevaremos a nuestra vez los precios de venta y suscripción, en la forma siguiente: número suelto, 15 céntimos; suscripción en Córdoba, dos pesetas al trimestre; suscripción fuera de Córdoba, cuatro pesetas al semestre.

Sostenemos la esperanza de que el público, comprendiendo que estas alteraciones nos son impuestas por las circunstancias, nos seguirá favoreciendo con su valioso concurso.

Por nuestra parte, renovamos la seguridad de que, como hasta aquí, en el propio mejoramiento del periódico, tanto en el texto como en la parte gráfica, invertiremos el producto de la labor asidua que venimos realizando, para corresponder así a la aspiración de sostener este periódico en las normas de una empresa de ideales y no de carácter industrial, porque ni hemos aspirado ni podíamos aspirar a otra cosa.

ACERTIJO

—:—

Hay en el mundo sucesos
que ningún sabio me explica:
por qué a la boca más chica
le caben muchos más besos.

El M. de Jover.

DESPUÉS DE LOS SUCESOS

El infundio del oro extranjero

Sr. Director de la Revista CÓRDOBA,

Muy señor mío y distinguido amigo: Según me refieren amigos cariñosos, cuando alguien, con intenciones innobles, lanzó la falsa noticia de haberse encontrado «45.000 pesetas en monedas y billetes de diferentes clases y oro extranjero en el domicilio de uno de los detenidos» con motivo de la huelga de Agosto último, hubo de correr mi nombre de boca en boca, señalándoseme como el propietario de dicho domicilio y mencionada cantidad; esta calumnia, según he podido comprobar, no ha sido rectificada por quien, habiendo hecho los registros domiciliarios, sabe que no es cierto que haya aparecido en parte alguna dicho dinero.

He dicho que con intenciones innobles fué lanzada dicha especie, puesto que se aprovechaban de nuestra situación para lanzar tal patraña. ¿Que fué una noticia recogida del arroyo? Peor que peor, puesto que si en un momento de calenturienta exaltación mental, debido a la anormalidad de aquellos momentos o acaso impelidos por acusaciones de sus conciencias y temerosos del castigo que la suprema justicia impone en los momentos históricos a aquellos que, parapetados siempre tras una inmunidad cometieron toda clase de desmanes, cuando aquellas circunstancias pasaron, y, por tanto, serenáronse sus espíritus, debieron, con la nobleza que caracteriza a todos los hombres honrados, haber desmentido tal infamia, que más mancha al que la inventó que a aquellos a quienes fué dirigida. ¡Es tan fácil en este caso descubrir la verdad!

A los que tal dijeron, yo les emplazo para que, o desmientan tal infamia o presenten las pruebas, citando el nombre del individuo a quien en su domicilio encontraron las tantas veces «aireadas» 45.000 pesetas y, de no hacerlo así, todas las conciencias honradas les aplicarán el calificativo que tal conducta merece.

No dudando de que dará usted cabida en su simpático periódico a estas mal perjeñadas líneas, le da las más expresivas gracias y es suyo affmo. s. s. q. e. s. m.,

Juan Palomino Olalla.

La matanza de mujéres.—La desventurada joven Carmen Fuentes Simancas, muerta a navajazos por su marido Antonio López Cruz

CÓRDOBA

La encantadora artista Blanquita Suárez, cuya presentación se verificará esta noche en el Teatro-Circo del Gran Capitán.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 20 de Octubre de 1917 | NÚM. 61

Las costumbres políticas de España

Los que antes eran vicios
hoy son costumbres.

SÉNECA.

En el tiempo pasado en que se hallaban en la juventud los hombres que actualmente se encuentran en la edad madura estaban mal considerados y se tenía aislados de las buenas clases sociales a los usureros, jugadores, muñidores de la política, correveidiles, perdonavidas y demás elementos análogos del desecho nacional.

Hoy se ve, sin que impresione gran cosa, cómo esta gente escala los puestos principales de la vida pública, y como casos de listeza se califica y comenta el triunfo y medro de aquellos a quienes en su actuación desgobernante acompaña la concupiscencia en todos los términos o soluciones de los asuntos de la generalidad.

Hoy ha llegado a considerarse como una costumbre el hecho de que las grandes Empresas comerciales e industriales elijan a sus abogados y consejeros en la clase de exministros, y que muchos políticos que alternan en la dirección de la vida nacional se dediquen a la cobranza de los impuestos o a la explotación de las demás fuentes de la riqueza del Estado.

Hoy son muy considerados los testaferros, que bien pudieran formar un numeroso gremio. No obstante su falta de pecunia, se dedican por lo general, al suministro de subsistencias a la Beneficencia oficial y a la explotacion de los servicios públicos. No extraña el acierto con que intervienen en los pleitos administrativos ni el éxito que les acompaña al procurar los favores. Aunque se llaman testigos de hierro, conocidos y señalados son sus patronos.

Ya no extraña que un colegial desaplicado, no teniendo ninguna ocupación en el libre concurso del trabajo, se meta a político, que a los veinticinco años sea diputado y a los veinteséis jefe de Administración. ¿Qué importa aumentar algo más el escalafón, ya numeroso, del nepotismo y del secreto?

Ya es costumbre que el individuo sin carrera y sin oficio, incapaz de administrar su propia hacienda, administre la de su pueblo o provincia, y que el opulento cacique pague menos tributos que el modesto propietario o menestral.

Ya es costumbre el concierto de caciques, empresarios de grandes negocios, consejeros y demás señores del gremio de la incapacidad y la truhanería, que desconcierta por completo la vida nacional, haciendo de España una behetría de difícil redención.

¡Porque ya son costumbres los que antes eran vicios!

¡Español!: si quieres contribuir a la noble empresa que ahora se acomete de conseguir el alzamiento de la patria contra los desgobernantes que la dominan y empobrecen, estudia y analiza estos casos; medita después, y recuerda si en tu provincia o en tu pueblo no has visto, conocido y tratado a personajes tales, y a tí mismo puedes decirte si alguna vez, por la influencia que poseen, te han hecho sufrir el entorpecimiento de tu vida ciudadana. ¡Recuérdalo!

Y entonces, debes despertar de la mortal apatía en que yaces y trabajar sin descanso por la purificación de las costumbres y la condenación de los vicios. Trabaja porque la opinión pública se produzca y actúe y por orientarla hacia las zonas de la virtud, que, trabajando así, contribuyes a la salvación y dignificación de la patria.

Z.

Don Juan Ocaña Prados, escritor ingeniosísimo y muy notable que desde su apartado rincón de Villanueva de Córdoba, amable refugio de su vida de ejemplar luchador, envía a la Prensa cordobesa la sal y la mostaza de sus populares «Mosquetazos»

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

Un diagnóstico gitano

—:—

Tanto la señá Nieve como el tío Luca estaban inconsolables. Motivos (y motivos muy gordos) tenían para ello. El chavea, el Océ-Luí, estaba enfermico, muy malo, muy malo... Tenía una cosa en la tripita que jacía ruío, que soplaba muy jondo, que metía miedo. Argo asín como la solitaria o cosa po el estilo.

Hubo gran conciliábulo entre todos los compares y toitas las comares del barrio. La tía Rosario, que sabía de melecinas y era una especie de Galeno (con faldas de colorines) de la gitanería, recomendó emplastos do yerba güena. Pero no surtieron el efecto apetecido, y tan mal parado quedó el enfermo como el concepto que tenían todos de la infabilidad terapéutica de la tía Rosario.

Porque es lo que decía el tía Lucas:

—Por Dió, tía Rosario, ¿usté s'ha creío que er chavea e un plato e sopa? ¡Vamo, que mandale yerba güena!

Una noche que er tío Lucas fué a ver al secretario pa hablale de unos probes gitanos que estaban de marrón en el estaribé (procesados en la cárcel) por na—por naita como quien dise: por mor de unas maldesías mulas que «se encontraron», y que ya habían purgao jasta los güesos—aprovechó la ocasión para referirle lo lastimoso que era el estado del chavea enfermo. El secretario, hombre de peso (104 kilos en bruto, o sea en su estado natural) le recomendó que le llevara en ca de don Tomás, que era un médico que hacía milagros. A él le habían contado que en una ocasión sacó al señor cura de la tripa más de un barreño de agua.

—¡Ya ves tú si será bueno!

Le convenció este argumento al tío Lucas; tanto le convenció, que a la mañana siguiente se organizó una numerosa comitiva para llevar al chiquillo a que le viera don Tomás. Fueron la señá Nieve, la tía Rosario, la Juanica, el tío Lucas, Rafaliyo y las cincuenta y ocho mil comares que son imprescindibles en todos los actos trascendentales de la vida gitanesca. Total: ciento y la madre.

El médico reconoció con detenimiento a Océ-Luí. Le oprimió el vientre; le hizo sacar la lengua; le pulsó y luego, silencioso, sin tener un comentario, ni un gesto delator, escribió una receta y se la entregó al padre del enfermito.

—De esto que tome cuatro cucharaditas al día: una cada seis horas.

Parecía natural que, terminada la consulta, abonasen el importe de ella y salieran para dejar que entrasen los que en el vestíbulo esperaban la vez; pero los gitanos se quedaron allí plantaos, mirándose unos a otros.

Se decidió una vieja a preguntarle a don Tomás:

—Diga osté, zeñó, ¿qué tiene er chavea?

—Una gastroenteritis coleriforme.

Ante estas palabras, la espectación gitanesca fué enorme. Todos rodearon al médico. Todos, como movidos por un resorte que les oprimiera las amígdalas, hicieron un gesto de dolor. Y preguntaron con ansiedad:

—¿Qué ha dicho osté?

—Gastroenteritis coleriforme.

—¿Drento e la tripa?—preguntó la tía Rosario.

—¡Naturalmente! —le respondió el médico.

Fuéronse afligidos. Por el camino no hablaron. Al llegar al barrio hubo un revuelo enorme, porque corrió, como reguero de pólvora inflamada, la tremenda noticia de que er probe chumbé estaba mu malico.

La tía Rosario se encargó de decirle a un corro de gitanos, que le escuchaban extasiados:

—¿Sabéis ustés lo que ha dicho el méico que tiene er chavea? Pus agárrarse ustés y escuchame bien. Er chavea tiene ¡un gato enterito con uniforme!

E. Loygorri de Pereda.

DEL TRÁFICO FERROVIARIO

Entresacamos de la información de un periódoco de Madrid:

La Compañía del Mediodía (Madrid, Zaragoza y Alicante) posee unos 21.000 vagones; 2.000 se hallan en reparación. Otros 2.000 están detenidos en otras líneas. Quedan, pues, 17.000 vagones. De ellos, unos 10.000 permanecen inmovilizados en la red catalana, esperando que se abra la frontera, si es que se abre, pues los países aliados deberán ir pensando ya en nuestra neutralidad.

Quedan, pues, 7.000 vagones en situación aprovechable. Y como estos vagones tardan unos siete días en recorrer su ruta (ponemos un término medio), resulta que sólo existen 1.000 vagones diarios en plena utilidad comercial. Y como de estos 1.000 vagones ordenó el vizconde de Eza que 900 se dediquen exclusivamente al carbón, sólo 100 vagones diarios resultan aptos para todo el restante servicio.

Así ocurre lo que ocurre. Las estaciones hállanse abarrotadas de mercancías. Las aves se mueren antes de llegar a su destino. Los frutos se pudren. Las ciudades se ven desprovistas de lo más urgente. El grito de angustia parte de todos lados.

Precocidades infantiles

Hace tiempo que tratábamos desde estas mismas columnas de un asunto que, a nuestro juicio, reviste excepcional interés y gravedad social, del que se han ocupado ya plumas expertas y meritísimas, haciendo un general llamamiento a aquellos sentimientos que aún se conservan puros de esta inconsciente y bárbara frivolidad que nos domina, inconsciencia y frivolidad que no sólo se manifiestan por el desvío habitual respecto a los problemas transcendentales de nuestra vida pública, sino también por el apartamiento de uno tan fundamental y serio para la vida de un país como es el de la protección de su infancia.

Indudablemente, todos los desvelos y atenciones de que el niño es objeto en los pueblos más civilizados serían nada si se cuidase de unir a su desarrollo corporal aquellas primeras nociones de moralidad que, impresionándole fuertemente, constituyen el punto de iniciación para el cultivo de su espíritu. Es necesario rodearle de un ambiente sano, libre de aquellas influencias perniciosas que pudieran herir su delicada sensibilidad. En algunas naciones se atiende muy especialmente a que la adolescencia no concurra a otros teatros que a los que son exclusivamente infantiles. La selección en los espectáculos es cosa que debe preocupar a todo pueblo que se interese por el porvenir de su infancia.

Y si esto decimos del niño mirado como expectador ¿qué diremos considerándolo como actor? ¿Qué efecto producirá en su espíritu la brusca transición que le hace cambiar la alegre libertad de sus juegos inocentes por la revera rigidez de un escenario¿ Es esta una cuestión que nosotros, modestos periodistas, ofrecemos al sociólogo o más bien al pedagogo que especialmente se dedica a la educactón e instrucción de la niñez. ¿Puede concebir el arte fundadas esperanzas en la criatura que desde su más tierna edad es dedicada a trabajos escénicos? Admitiendo la precocidad infantil en cualquier rama artística, ¿no se malograrán sus aptitudes excepcionales careciendo de los previos estudios que todo arte requiere? Y en estas condiciones, el niño cómico ¿no despierta, en vez de admiración, indignación y lástima, por la inicua explotación de que es objeto?

La ficción en la vida, es consecuencia de les desengaños que las amarguras de la realidad ponen en nuestro espíritu. Las circunstancias, al pasar de los años, rodean a las personas de un mundo distinto al de las edades juveniles: pasiones, escepticismos, esperanzas, forman la tupida urdimbre en la que luchamos constantemente, con el desaliento unas veces y otras con la sonrisa del triunfo. El niño, al ser intérprete en la escena de un trozo de la realidad social, asciende, sacrificando los risueños albores juveniles, a un mundo ni siquiera presentido por él, mundo lleno de desengaños, de bastardas pasiones, de rastreras intrigas y vanidades.

Y si esto decimos de los que constituyen compañías infantiles para la representación de obras teatrales ¿qué diremos de aquellas niñas que, estando todavía en la edad de las muñecas actúan, como cancionistas en teatros de variedades? ¿No es verdaderamente lastimoso que su delicado espíritu infantil se empañe con algún chiste chabacano o alguna insinuación obscena?

A la opinión general nos dirigimos con este artículo, recordándole que en las leyes españolas hay una que determina la edad en que el niño puede abandonar la escuela por el escenario.

M. Galindo Usano.

Bailes andaluces.—Las sevillanas

El por qué de un malestar

Desarticuladas—acaso dijera mejor descoyuntadas—las agrupaciones republicanas, no hay en Españamás de dos partidos políticos: dos amplias banderías donde se cobijan hombres de diversos pensamientos, de distintas posiciones sociales, de ambiciones y resignaciones, de fe y de incredulidad. Los partidistas mismos no se dan cuenta de cómo han venido a situarse y de cómo se encuentran en estas agrupaciones. Obsérveseles bien y advertirá cómo se han difumado y borrado en ellos toda otra idea fundamental, sus convicciones antiguas, la significación anterior que tuvieran y hasta la propia situación personal que les creara su carrera, su destino o sus relaciones sociales. No hay en España más que pesimistas y optimistas. Acaso no fuera necesario hacer notar el suceso, si en estos últimos meses no hubiese intentado el optimismo resucitar las oriflamas alegradoras de sus retóricas.

La diferencia está en que el pesimismo es un hondo sentimiento arraigado en el alma de la nación, mientras que el optimismo es una literatura. El pesimismo actual es una evolución del pensamiento español, lenta, ordenada, sucesiva, fatal, que los gobernantes, los parlamentarios y los directores de periódicos no han querido ver, y que se ha adueñado ya de todas las conciencias. No existiéramos escritores pesimistas y existiría en las gentes el mismo pesimismo, la misma convicción sincera de que somos una farsa de nación y de que se nos lleva por senderos tortuosos e impracticados a finales inesperados, a sorpresas del azar, a desgracias definidas e irremediables. Así, en esta concepción del pesimismo, los pesimistas somos los buenos y verdaderos patriotas, tanto más fervorosos cuanto que vemos a la nación maniatada para remediarse. La revolu-

ción desde arriba ha sido ahuyentada del Poder; la revolución desde abajo ha sido barrida de las calles. No conocíamos los pesimistas otros medios de transformar a España.

El pesimismo español nace, más que ante el desengaño que nos produce la catástrofe colonial, ante la perdurabilidad de las mismas ideas y los mismos procedimientos que nos condujeron a ella. Ciertamente era grave el hecho de que los gobernantes, causantes de tanto daño y tanta deshonra, convirtieran en Jordán un breve debatir parlamentario y probaran que había en la realidad española irresponsabilidades e impunidades fuera de la Constitución; pero lo gravísimo, porque aparecía irremediable ya para siempre, era que la tremenda lección no nos enseñaba nada, no nos hacía variar una tilde, no nos hacía modificar ni la parvedad de un trámite burocrático. El saldo averiado que nuestros políticos no podían colocar ya en las colonias perdidas, se fué encajando en las provincias resignadas. Ni atrición ni contrición. La nación advirtió bien pronto que estaba y está irremisiblemente perdida.

Desde entonces, este pensamiento —malsano y enfermizo y deprimente si queréis, pero que no se cura con ocultarlo ni con cubrirlo con retóricas sonoras—ha sido la única realidad política de España. Todo lo demás, los Gobiernos que actuaban, las crisis que se sucedían, las elecciones que se contrataban en los despachos de Gobernación, los partidos que vociferan, el estrépito con que el caciquismo vencía a Maura y convertía en un papel mojado su ley de Administración local, el punible silencio que cae, como mortaja, sobre el cadáver del pobre Canalejas, el retorno al déficit y tantos otros sucesos que han ido llenando en diez y siete años las planas de nuestros periódicos han pasado sin dejar huella, sin modificar el pensamiento español, como que eran, en suma, la ficción, la apariencia de esta España que repudia España.

En el transcurso de estos años, sólo unos cuantos escritores— yo, desde «Vida Nueva» acá, sin interrupción ninguna, ni aún en los períodos en que tuve mi pluma contratada en diarios profesionalmente optimistas—manteníamos el tono quejumbroso y dolorido de nuestra protesta. Leídos en los corrillos ociosos de la Puerta del Sol o comentados en el salón de conferencias, éramos o parecíamos unos pobres diablos, inadaptados, fracasados y vencidos, hambrientos de originalidad y notoriedad; pero, en cambio, en los hogares de cuantos alejados de la política y odiándola, han creado esta España actual, trabajadora y enriquecida, de que los políticos quieren envanecerse como si fuese su obra, encontrábamos pensamientos hermanos que nos alentaban y guiaban.

Dijérase con verdad que precisamente este pesimismo, esta desesperanza del Estado y de los Gobiernos y de los políticos, este saber cierto de que la nación estaba abandonada a sus propias fuerzas ha sido el impulso que ha lanzado a tantas gentes y a tantos pueblos a trabajar y a enriquecerse, a compensar la parálisis directora, a *autohacerse*. ¿Qué novedad hay en todo esto? Un día se lanzó Moret a conquistar feudos por tierras asturianas, donde se iniciaba ya el fracaso de un admirable esfuerzo fabril, y con su pintoresco verbosismo pedía a los industriales y a los mineros, a los navieros y fabricantes llevados a un banquete, que le dijesen qué querían la Agricultura y la Minería, la Industria y el Comercio, porque sus peticiones serían líneas de un programa de gobierno; párrafos del primer Mensaje de la Corona, que se llevase a las Cortes. Le contestó un ingeniero meritísimo en breves palabras:

—¿Qué queremos de los políticos? Poca cosa: que nos dejen trabajar en paz. ¿Qué queremos de las Cortes? Que no legislen más sobre lo que no entienden. ¿Qué queremos de los Gobiernos? Que cuiden de la Hacienda nacional y cobren los menos tributos posibles, porque ellos son el primer escalón del encarecimiento de la vida.

Condensó así don Luís Adaro la fórmula más clara del pesimismo nacional. No pedimos otra cosa porque es clamar inútil. El ciudadano español—si no el de las grandes urbes, el de pueblos, villas y aldeas—ve que se le hurta el derecho, se le escamotea la justicia, se le escatima la cultura, se le abandona en la defensa colectiva, se le somete a la vileza del cacicato y a la inexorabilidad del tributo. Vuelve la vista a todas partes y no halla una luz que le guíe ni una promesa de mudanza ni una esperanza de justicia. De tarde en tarde, el artículo de un periódico le hace ver que su dolor es el de toda la nación y confía en que llegará una hora en que será posible creer con Maura que el remedio consiste en el ejercicio de la ciudadanía, porque la Guardia civil estará al lado de los que quieran ejercerla y no a las órdenes de los gobernadores civiles, que se creen fracasados si no organizan y consuman bien la suplantación de todo derecho.

En vano quieren ahora los optimistas achacar a móviles personales, casi a bilis individuales, las amarguras de nuestras plumas; amarguras que ni son nuevas ni son transitorias. Parecía «A B C» tribuna de estos optimismos, que quieren enervar a España en nuevas confianzas, como aquellas que nos llevaron a la vergüenza inicua del Tratado de París. Es ahora «A B C» quien, resueltamente, resume toda nuestra campaña de diez y siete años y pide que se libre a España de estas tutelas delincuentes y se la deje que se gobierne a sí misma. No podía esperar el pesimismo otro triunfo semejante.

Dionisio Pérez.

Los defensores militares

Fragmentos de la defensa de Gualterio Ortega, hecha por el capitán de infantería don Julio Mangada, de la zona de Madrid.

«Señores del Consejo, declaradas en suspenso las garantías constitucionales, el órgano de la opinión pública, la Prensa, enmudece, y, por tanto, aquella no puede manifestarse. La única opinión pública respetable que se manifiesta en aquellos momentos es la del proletariado en masa que va al paro pacífico, como con anterioridad se ha hecho saber. Pero aún hay algo más importante para anular la tendenciosa afirmación fiscal; existe un documento, ya del dominio público, pues que llegó hasta la Prensa, que transcribiré algo por representar la opinión respetabilísima de determinados elementos, opinión que seguramente comparte ya el mismo fiscal y cuantos se honran vistiendo el uniforme de soldados de la Patria; esa opinión dice así:

«A la huelga general planteada en toda España, quiso dársele orientación revolucionaria por determinados elementos en algunas poblaciones. no logrando hacerle adquirir tal carácter con verdadera gravedad, ya por ser poco numerosos los que trataban de imprimirlo, ya por no tener ambiente tal tendencia.

Salvo en determinadaslocalidades, en las demás no ha tenido caracteres de gravedad ni por su extensión, ni por su resistencia, ni por su agresividad, demostrando la carencia de todo plan, de toda finalidad y de toda dirección.»

Más adelante dice el mismo documento:

«Restablecida la normalidad por el esfuerzo del Ejército, más que por las previsiones de los Poderes a quienes se hizo llegar aviso de la probable alteración del orden, sin que la previnieran—como si entrara en sus fines el que se realizaran tales temores—...» Y en otro lugar dice: «Imprevisión del Gobierno fué el que una huelga que debió desarrollarse pacífica tomase en algunas localidades el carácter de revolucionaria...»

Finalmente, para demostrar que tal afirmación es exclusiva del señor fiscal, copiaré lo que el «A B C» del día veintiséis dice en su actualidad política: «El decreto de disolución», que es: «Lleva el Gobierno una buena temporada de hablar solo, sin réplica ni contradicción, y como al trazar a su gusto el porvenir dice que cuenta con la opinión pública, conviene recordarle que por ahora nadie tiene derecho a invocarla.»

. . . .

El Comité director publica un Manifiesto, instrucciones y demás en una hoja que no llega a ser repartida y que sirve al señor fiscal como fundamento de delitos. ¿Qué dice el Manifiesto suscrito por el Comité director que no se haya dicho en todos los mítines de las izquierdas y en sus periódicos? ¿Qué dice que no se dijera en el Manifiesto que después del primero de Junio último firmaron en Córdoba desde la extrema izquierda al magistral de la Catedral, pidiendo nuevos hombres y nuevas formas? ¿Qué dice que no sea consecuencia de lo que el hombre sabio y bueno que se llamó Alfredo Calderón dijo en mil novecientos dos, refiriéndose al

El capitán de Infantería don Julio Mangada Rosenorn, secretario de la Federación Esperantista de Castilla y Director de la revista madrileña «Hispana Esperantisto.

impreso y publicado la semana pasada sin que la censura militar lo impidiera? Escuchad, pues es de un gran interés en estos momentos: «La pretendida armonía de intereses se ha transformado en tremenda lucha de clases. La libre competencia ha ido a parar a los monopolios de los «trus». La esperada nivelación de las clases sociales, es hoy contraste irritante, abismo insondable entre la opulencia y la miseria. Eso ha hecho donde quiera el egoismo ilustrado, activo emprendedor de la moderna burguesía. ¡Cuál no habrá sido la obra del egoismo torpe menguado, sin horizontes propios de aquellos paises en que la riqueza del bolsillo va casi siempre emparejada con la pobreza del espíritu.

¡Ah, pastores del rebaño español, ciegos guías de ciegos, qué labor la vuestra! Habéis dejado estériles todas las fuentes de riqueza. Habéis limitado vuestra función social al cómodo oficio de cortar el cupón. Habéis consentido que el capital extranjero viniera a explotaros y a hacer de nuestra miseria granjería. Hicisteis del presupuesto—Maura lo ha dicho—vuestra lista civil. Rehusasteis pagar los impuestos cuándo por ley, cuándo por trampa; el Estado ha sido vuestro monopolio. Organizasteis en vuestro provecho justicia y administración. Erigisteis en orden social el caciquismo en la oligarquía. Dejasteis al pueblo sumido en la ignorancia. Con arte diabólica hicisteis varas para él todas las libertades públicas. Mediante el favor habéis practicado la eliminación de los buenos y la selección de los peores. La ley fué nuestro juguete. Llevasteis a la nación al desastre, y en la guerra originada por vuestras concupiscencias, negasteis a la patria el concurso de vuestros hijo.. De artificio habéis enfermado a la moneda y de artificio engendrado el hambre: Avaros para toda empresa noble y patriótica, sólo habéis sido pródigos para subvencionar a los artífices de tinieblas que os ofrecían, tras los goces de esta vida, la felicidad de ultratumba.» ¿Por qué, pues, considerar como piedra angular de los delitos que el fiscal califica un documento que hasta resulta inocente?

. . . .

Si se prescindiera de que los medios ilegales puestos en práctica son los que caracterizan esencialmente a la rebelión, caeríamos en los abominables tiempos de «blancos» y «negros», de la legalidad e ilegalidad de las ideas, que tanta sangre hizo verter a España. Legales son los partidos extremos que se mueven dentro del derecho para conseguir sus fines Sin embargo, lamentable es que haya iniciado un movimiento de retroceso en el sentido de la legalidad de las ideas.

En tanto no se marque precepto alguno de la ley que condene a la huelga, la huelga general pacífica con tal objeto no puede constituir delito, máxime teniendo en cuenta a este respecto la definición objetiva del delito consignada en el artículo primero del Código penal ordinario; que según el artículo diez y seis de la Constitución y el segundo del Código Penal ordinario, no es lícito penar hechos que no estén com-

prendidos en la ley, y que la elemental regla de interpretación de las leyes prohibe en absoluto lo sean espansivamente sus precectos penales para incluir en ellos hechos que de modo clarísimo, indubitable, no estén comprendidos en su texto literal.

La huelga de trece de Agosto último no puede considerarse como delito de rebelión, pues si tal se reconociese, había que reconocer lógicamente la delincuencia de toda una clase social excitada, estimulada e inducida por un vino estado de la conciencia nacional, determinado por la queja y aspiración unánime de casi todas las clases sociales, y, como consecuencia, el procesamiento de los millares de obreros que se cruzaron de brazos. Si no cabe el procesamiento de los que pararon por no haber incurrido en responsabilidad como meros ejecutores del delito de rebelión, tampoco pudieron delinquir como directores de la rebelión los que se limitaron a cumplir un mandato del proletariado al ordenar el paro.»

SEÑOR ALCALDE...

Los árboles de Córdoba

Todos los años, desde hace ya tres o cuatro, mi pluma torpe y humilde viene rompiendo lanzas, al llegar el invierno, por la quijotada más pueril y ridícula que se pueda soñar: ¡Por la defensa de los árboles!

Pobres árboles, los árboles de Córdoba. Cuando llega el invierno los mutilan, los decapitan, los destrozan. ¡Eso no es podar! Eso es una guerra a muerte contra el árbol (¡qué lástima, la Fiesta del Arbol!), hasta que de él dejan sólo un esqueleto, una podredumbre hueca, sin ramas, sin hojas, escarnio de los hombres que de este modo lo tratan y lo contemplan.

¡Señor Alcalde! Lo que se hace con los árboles de los paseos de Córdoba (estos paseos y rondas para cuya plantación de arbolado fué preciso que los franceses invadieran España), es bárbaro, es inhumano, es feroz. Llame V. S. a una persona que, aun no siendo técnica, sepa siquiera lo que es un árbol y le dirá cuán infame es lo que los hombres hacen con los árboles en Córdoba.

Y este año, para darme aún más la razón, si por acaso no la tuviera completa, han comenzado la devastación (lo que algún ignorante llama poda), ahora, en pleno otoño, cuando los árboles están frondosos, verdes, llenos de hoja y savia.

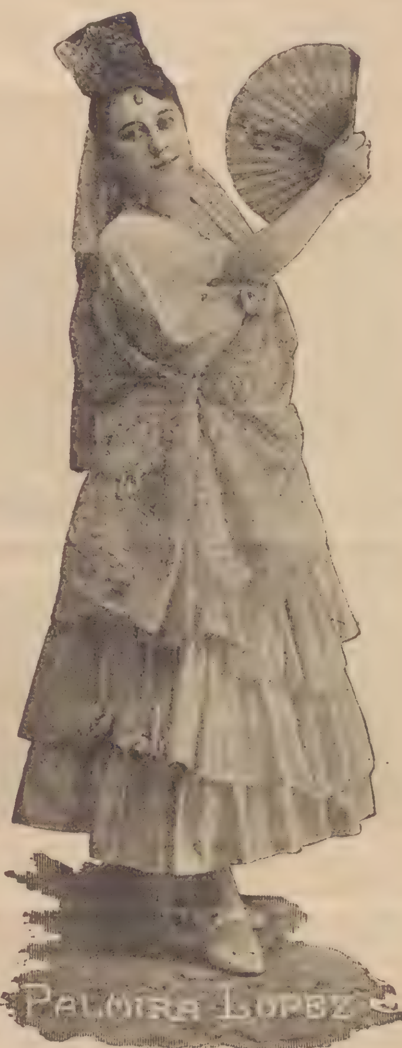
¡Señor Alcalde! Lo que se ha hecho con los árboles de la avenida de Canalejas, pasa ya de lo que mi pobre pluma podría calificar. Eso ya es un crimen que cae dentro del Código Penal.

La Ley Municipal, las Ordenanzas, toda la legislación defensora del arbolado, la Fiesta del Arbol, todo, todo ha sido burlado, menospreciado, injuriado.

Ahí están los árboles. A muchos no les ha quedado ni una sola rama. Al tronco enhiesto, inapendiculado, inerme, parece que hasta le han arrancado ferozmente los brazos, para que no pueda ya clamar ni al Cielo, el último refugio de los desheredados, de los perseguidos.

¡Señor Alcalde! Por estar encomendada la defensa del arbolado a la cultura del pueblo de Córdoba, me permito molestar su atención, pidiéndole, por ello, mil perdones.

Rafael Omeya.



Bella bailarina que actúa en el Salón de Ramírez

COPLAS

—

PERFUMES DE CACIQUISMO

——

Oiga la gente que manda
de la una y otra tanda:
Será en Córdoba feliz
el que no tenga nariz.

—

La Sultana es siempre hermosa;
mas hoy le ocurre una cosa;
y es, que está poco olorosa.

—

Yo a la Ribera me fuera
como a playa lisonjera;
mas, ¿quién se va a la Ribera
sin sentir miedo profundo
de que aquel hedor inmundo
lo despache al otro mundo?

—

La Fuensanta a mi me encanta,
pero ¿quién en la Fuensanta
osará poner la planta
en estos aciagos días
de charcas y tenerías?

—

Nuestros caciques, piadosos,
dos cementerios hermosos
tienen junto a la ciudad
por nuestra comodidad:
que al Camposanto ir en duelo
es obra que ordena el Cielo.
Mas tal orden yo quebranto,
porque me da enorme espanto.
Hiede en el camino tanto,
que... ¡no voy al Camposanto!

—

Las rústicas calles moras
convidan a todas horas
al ensueño y la poesía.
—¡Cada calle merecía
la ofrenda de un pebetero!
—cierto huesped me decía.
—¿Ah, sí, soñador viajero?
Pues debajo de esa losa
donde los pies ahora posa,
se extiende un vil sumidero,
que le llevará a la fosa
si no anda usted más ligero.

—

Y aquí terminé mis quejas,
por honra a la patria mía;
aunque en aquellas callejas
algo por el suelo había,
ora añejo, ora reciente,
que, según traza, no olía
a rosas precisamente.

—

Para mí, poeta romántico
que anhelo inspirar mi cántico,
¡qué noches tan deliciosas
por las plazas misteriosas
y las vías ya espaciosas,
ya estrechas y tortuosas!
Pero, a lo mejor, avanza
con «productos de la panza»
un carro de "La Esperanza"
o "La Higiénica", y ¡oh, cuerno,
de patrio regazo tierno:
trepa tu aliento materno
y huyo de él al mismo Infierno!

—

Dije al Infierno; cuidado,
no entendáis que fué al Mercado,
y menos al del pescado.
Allí no iré yo ni atado.
Prefiero mejor oler
a mi lado a Lucifer.

Mirando con ligereza
los carros de la limpieza
por no armar cien discusiones
respecto a sus condiciones;
de las cloacas huyendo;
los urinarios no viendo;
no pensando en el pebete
que da en el café el retrete,
ni en los trescientos cochinos
que andan entre los vecinos,
pondré fin a mi relato
con el de un suceso ingrato
que me recuerda mi olfato:
Con más sueño que un lirón
yo iba una noche al colchón.
Cuando menos lo esperaba
sentí que el carro sonaba.
«Maldita suerte, exclamé;
la nariz me taparé».
No bien con sordo coraje
hice tal, un «privaero»,
al pasar, el traicionero,
me untó con «la pluma» el traje.
No le pegué un tiro al tío;
llegué a mi casa trinando.
Me dicen—Van de vacío,
porque otro lo está sacando.
—¿Quién es otro?— Un arriero:
cerca de noche llegó
y en el patio descargó.
—¡El patio un estercolero!
¿Cree el casero que soy tonto
y ha de tenerme otra vez
tragando basura un mes?
—Dice que ahora acaban pronto.

Pasó un día y otro día
y una semana pasó.
Medio mes pasado había
y a pesar de lo que hedía
nadie el estiércol sacó.
La pestífera pajaza
debió salir con premura
con «lo otro» en mezcla impura;
pero por esta cachaza,
¿qué es lo que tengo en la casa?
Un foco más de basura.
Por fin, a las tres semanas
la operación dió comienzo,
y siguió nueve mañanas.
¡Santo Dios, qué infame incienso!
¡Qué horribles ratos pasé!
Yo juré, yo protesté,
yo acudí a la autoridad...
Hasta que el triunfo logré:
¡cesó el «vacie» en la mitad..!
Cuando, en una noche, el resto
se llevaron «las bateas»,
¡ay, yo siento decir esto:
recordando el mes funesto,
no las encontré tan feas!

—

No hay con caciques Higiene.
Con realizar sus chanchullos
y colocar a los suyos,
bastante el cacique tiene.

—

Cuando es la Higiene un estorbo,
las naturales secuelas
son el tifus, las viruelas...
¡la peste, el cólera morbo!

—

Al que cacique y progreso
defiénde al par con cinismo,
si de hedor ante un exceso
os preguntara ¿qué es eso?
respondedle en tono avieso:
¡Perfumes de caciquismo!

Pedro Marín.

Dibujo de Fz. Márquez.

A los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios

Con gusto he leído el artículo que, con el título de éste, han publicado varios compañeros míos en el número de la simpática y popular revista Córdoba correspondiente al día 13 del mes actual.

Veo expuestas en el citado artículo, todas las aspiraciones de algunos alumnos de la Eseuela de Artes y Oficios, a las que he de agregar algunas observaciones.

Temo que el artículo de mis queridos compañeros no llegue a todos los alumnos de la citada Escuela, por la sencilla razón de que muchos de ellos no siempre tienen unos céntimos para comprar un periódico, excepción hecha de «El Liberal» de Sevilla, porque trae la reseña de las estupendas faenas de los fenómenos Belmonte y Joselito.

Por tanto, estos alumnos mal pueden enterarse de vuestra proposición; si no se enteran de ella, mal pueden aplaudirla, y, si no la aplauden, mal podréis conseguir vuestros propósitos. Si no ayuda toda esa parte de alumnos, ¿con quién ha de contarse para el logro de las expresadas aspiraciones?

No considero suficiente un artículo de seis alumnos para que el ministro de Instrucción pública llegue a poner a la firma del Rey un decreto devolviendo a nuestro centro docente la categoría de Escuela Superior de Artes Industriales, toda vez que para proyectos de menor importancia se ha necesitado la solicitud del pueblo en general y aun así ha costado mucho trabajo conseguir lo que se ha deseado.

He de proponer, por tanto, a todos mis compañeros que la acción emprendida se refuerce solicitando de todos los alumdos, lo mismo de la Escuela de Artes y Oficios que de las Escuelas Nacionales y Centros de segunda enseñanza, a más de los jóvenes empleados en ofioinas, talleres y fábricas, pues a todos conviene en general la realización de nuestro propósito, que concurran a una reunión en la que se adoptasen las conclusiones necesarias, visitando después en manifestación al gobernador civil para entregarle los acuerdos, con el objeto de que a su vez los remitiese al ministro de Intrucción pública.

Supongo que algunos compañeros dirán que cuanto propongo es de imposible realización. No lo será tanto, y si no, ahí va un ejemplo.

Todos habréis leído que en nuestra hermosa población se ha celebrado la Asamblea Médico Regional. Esta se debe a la abnegación de un hombre: el doctor Centeno, quien, eficazmente secundado por otros señores, ha llegado a ver coronada por el éxito buena parte de sus hermosos ideales.

No hubiera obtenido los mismos resultados si se hubiese limitado a escribir artículos y más artículos, pues no hubiera podido reducir las disidencias que aún en el acto de la Asamblea había. Tuvo que descender al terreno de la lucha, a la organización para el hecho.

Procuremos nosotros lo mismo. ¿Qué obstáculos encontráis para que no corone el éxito nuestras bellas ilusiones?

¿Nuestra poca edad? No nos detengamos en ello y, al igual que los exploradores, tengamos por lema «Siempre adelante »

Más hace el que quiere que el que puede, dice el refrán.

Al fallo de mis queridos compañeros y de la opinión someto las precedentes manifestaciones. Si no son aceptadas, más que por mí he de sentirlo por todos, porque creo que, sin una acción perseverante, ha de transcurrir mucho tiempo hasta que consigamos realizar nuestros deseos. Si por el contrario se aceptan mis proposiciones, he de agradecerlo por todos y por mí y, en cualquiera de los dos casos, siempre laboraré con todas mis fuerzas por que a nuestro centro docente se le devuelva la categoría de Escuela Superior de Artes Industriales de Córdoba.

Amador Martínez Uclés.

¡Cortes constituyentes!

Al ser devueltas a la nación las garantías constitucionales, el país ha de aprovechar el conocimiento y examen de cuanto ha ocurrido para reforzar los fundamentos de la protesta general contra un estado de cosas que ahora menos que antes puede subsistir por largo plazo.

Aquella protesta patriótica, que halló expresión adecuada primero en la actitud de las Juntas de Defensa del Ejército luego en diversos manifiestos memorables, como el que Córdoba dirigiera a la nación, se halla en marcha, concretándose todas las aspiraciones de los diversos elementos que en el movimiento intervienen en la decidida y redoblada petición de que por un Gobierno que inspire la confianza de España se convoque a Cortes Constituyentes, en las que se atienda a la resolución de los numerosos y muy graves problemas que en nuestro país se hallan planteados.

Esta aspiración salvadora anima a todos los españoles de buena voluntad, y en nuestra región les lleva a intervenir en uno de los movimientos más generosos que haya podido emprenderse en esta oprimida tierra: el alzamiento de Andalucía contra los caciques.

Puesta en marcha la voluntad pública y actuando cada día con ánimos redoblados, se llegará a la conclusión que late en todos los pechos generosos: triunfará el alzamiento de Andalucía contra los caciques y España entera enviará sus legítimos diputados a las Cortes Constituyentes en que se han de fijar las normas para que la patria sacuda la oprobiosa situación en que se encuentra y quede incorporada real y verdaderamente, en la forma y en el contenido, a los países civilizados en los que se ya hallan resueltos y más que resueltos los problemas que todavía se conservan planteados en la nuestra: higiene, enseñanza, comunicaciones, libertad de imprenta, seguridad personal, etc. etc.

¡España quiere que se convoque a Cortes Constituyentes!

Don Esteban Beltrán Morales, publicista montoreño, que se distingue por sus entusiásticas campañas en favor del impuesto único.

VERSOS DE ACTUALIDAD

Mientras absuelto va el ladrón por España
un sabio profesor irá hacia Ocaña...
Es natural que quede en tal instante
la cátedra de Lógica vacante.

Luís de Tapia.

Según hemos anunciado, a causa del exorbitante encarecimiento del papel, nos vemos en la necesidad, impuesta ya a numerosos periódicos, de elevar el precio del nuestro.

Por tanto, como consignamos en nuestro número anterior, tenemos que fijar los siguientes precios de venta y suscripción.

Número suelto, 15 cénts.

Suscripción en Córdoba, dos pesetas al trimestre.

Suscripción para fuera de Córdoba, cuatro pesetas al semestre.

Esperamos del público que, teniendo en cuenta que estas alteraciones son impuestas por la fuerza de las circunstancias, nos seguirá favoreciendo como hasta aquí con su perseverante concurso.

Notas de color.--Una escena de las afueras de Córdoba, por Alfonso del Rosal.

COLETILLA

—:—

Quisiera ponerle una coletilla a la consabida advertencia que todos los diarios del mundo se ven precisados con frecuencia a insertar como recordatorio a sus respectivos queridos lectores: «No se devuelven los originales.» No hay director de periódico que no los reciba con gusto y los agradezca, sean o no utilizables. Trabajo emplea en leerlos, y aunque la mayoría de las veces no le sirven, basta que algunos le convengan para considerarse satisfecho de su labor. En todo caso, la intención del remitente se agradece siempre. Pero una cosa es enviar originales y otra es recibirlos y devolverlos. Es uno solo quien los recibe, y se cuentan por cientos, por miles, quienes los mandan. Devolver los originales implicaría, pues, para un periódico una sensible complicación en su organismo.

Por análogas razones quisiera yo añadir a dicha advertencia mi coletilla «...ni se contestan las cartas.» Y no se tome a descortesía. Yo recibo las muchas cartas que a diario me mandan con infinito placer.

No todas me interesan, pero la mayoría me ilustran y bastantes me sirven para comentar cosas y casos que juzgo, como mis corresponsales, dignos de interesar a los lectores. Me place, pues, recibirlas, y gracias a todos les doy.

Pero son muchos los que me escriben. Para contestarles a todos según sus deseos, debería procurarme un secretario particular y no me es esto posible.

Véase la muestra y se comprenderán mis razones:

En un solo día recibo, entre otras, tres cartas solicitando respuesta particular. Uno a quien se le extraviaron unos bultos o mercancías a él dirigidas por ferrocarril, formulando su protesta y pidiéndome que le diga lo que debe hacer. Otro participándome haber escrito él una obra dramática, que le diga si puede mandarla a juicio crítico mío, que deberé formular por escrito después de leerla, naturalmente, y devolvérsela enseguida.

Otro, en fin, habiendo leído una alusión mía, a cierta Real orden del Ministerio de Fomento relativa a la caza de pajaritos, de la cual tomaba yo pie para formular algunas observaciones, me informa que, siendo el comunicante presidente honorario de cierta sociedad pajaril, me agradecería le enterase de donde podría hallar dicha Real orden o proporcionarle copia de la misma, etcétera.

¿Puede un hombre solo, con la voluntad del mundo, atender a todas estas súplicas, disponiendo de poco tiempo libre? Por otra parte, contestar a unos sí y a otros no, me parecería poco discreto. No pudiendo cumplir con todos, prefiero no cumplir con nadie.

Pero como ello me duele, sinceramente lo deploro, he creído llegado el caso de dar esta explicacián, con carácter general, a todos aquellos que me honran con sus epístolas.

No tomen a desaire mi obligado silencio, en la seguridad de que siempre he de agradecer las observaciones que se me hacen y muy especialmente aquellas que reflejando opiniones discretas o advirtiéndome de cosas interesantes, curiosas o amenas, facilitan mi tarea de cronista siempre deseoso de complacer a los benévolos lectores, y siempre dispuesto a servir a sus comunicantes y mucho más cuando al servirles a ellos creo yo servir a intereses para mi más sagrados cuales son los del público en general.

MAX.

La bella cantante Salud Ruiz, que actúa con notable éxito en el Salón de Ramírez

---

Ante todo, destercemos el analfabetismo

En los periódicos, en los círculos, en todas partes se habla y discute con creciente insistencia de lasideas renovadoras que han de reconstruir esta España que se consume lentamente entre una criminal indiferencia y un escepticismo oprobioso. Renovación de costumbres, renovación de ideas: este es el tema obligado; pero a lo que con más entusiasmo se acomete, a donde con más ahínco se procura hacer llegar el saludable aire de renovación, es a la política, a la política vieja y decrépita, madre fecunda de los caciquismos y oligarquías cuyas consecuencias venimos sufriendo desde hace tantos y tantos años.

Todos odiamos en España al caciquismo, todos sentimos un asco profundo por la mala política del compadrazgo y una repulsión incontenible por el putrefacto ambiente en que la farsa se desarrolla. Por ello, el solo anuncio de una transformación profunda y saludable nos llena de gozo e insistimos en el deseo patriótico de limpiar el suelo patrio de los gérmenes que, quebrantando el organismo nacional, han llegado a dejarlo maltrecho, en el triste estado en que se encuentra.

Atravesamos una época decisiva de nuestra existencia. Hacía ya muchos años que España dormía inconscientemente, sumida en fatal letargo de hastío y renunciamiento. Los acontecimientos más transcendentales eran mirados con indiferencia suicida; renunciamiento de muerte que mil y mil desengaños preñados de una atroz realidad labraron un día y otro. Nadie creía en nada, ni en nada tenía fe.

Y este pobre pueblo rudo e ignorante, sacudido a veces por intensas ráfagas de cruel incredulidad e incertidumbre, seguía arrastrando una miserable vida, sin una ilusión, sin una esperanza, sin un ideal.

Alguna vez, se revolvió enfurecido, hasta que volvía a caer en la mala realidad que sufría. Entonces, seguía viendo claramente la verdad de que había una patria vieja, caduca, como descarnado esqueleto, y frente a ella luchaba una España joven, pujante de vida que incubada de bellos resplandores se eleva grandiosa, magnífica.

Figuras conocidas.—Adolfo Torres (Ate), ingenioso caricaturista y excelente fotógrafo
Caricatura de Vandel

Después de muchos años de incertidumbre y duda, el pueblo español comienza a orientarse. Pero es preciso comprender la importantísima transcendencia del momento. Un paso en falso puede echarlo todo por tierra. Es indispensable tener siempre presente que España es un pueblo analfabeto, un pueblo rudo, y en tales condiciones carece de la suficiente perseverancia, y se muestra propicio a caer siempre en su miserable vida, ciego, mudo, sordo, huraño y desconfiado.

Y, sin embargo, este pobre pueblo, ha sido siempre decidido y heroíco cuando ha tenido un ideal, cuando ha tenido fe.

Iníciase ahora el resurgimiento. Ha sido como si el ruído fatídico de algo que se derrumba, hiciese comprender al pueblo el peligro de morir entre los escombros carcomidos de la vieja organización.

En estos momontos, una intensa claridad de vida, rompiendo la gruesa costra que la indiferencia construyó, ilumina su alma, haciéndole ver, de un lado, el apolillado armazón de la vieja organización que muere y de otra la nueva España, purificada y renovada, trabajadora y libre.

Se triunfará, mas cuídese de que los primeros frutos de la renovación sean el destierro del analfabetismo, la educación del pueblo, para que comprenda la nueva vida y pueda disfrutar de ella.

Ante todo, desterremos el analfabetismo.

Juan Moreno Moreno.

Se abonará cinco pesetas por cada prueba fotográfica que se remita a esta Administración.

El comedor de la Huerta de los Arcos

VIDA OBRERA

—

Los trabajadores, contra el caciquismo

—:—

Bernardo Garrido, obrero culto, hace en el pasado número de esta varonil revista un ardoroso y justo llamamiento a los trabajadores de Córdoba.

Se desea que nosotros prestemos nuestras fuerzas, nuestros entusiasmos y nuestra rebeldía a la obra anticaciquil emprendida por el Centro Andaluz.

Absurdo y criminal sería negarse.

El pueblo español sufre los rigores y la presión del caciquismo. En todas las regiones de nuestra patria, los caciques obran considerando a los hijos del pueblo como borreguil rebaño con el que no hay que contar para la administración de la hacienda pública.

Es cierto que nuestra cultura es escasa, pero es tan intenso el malestar de nuestra vida, que las ansias de «vida mejor» nos dan los materiales necesarios para suplir, con sentimientos generosos brotados del corazón, las soluciones a los problemas que de cerca nos atañen.

Y lo que hoy se nos plantea en Córdoba a los obreros de esta santa tierra es un problema que sólo el corazón puede resolverlo. ¿Quién que no viva de su trabajo puede presentarlo, grande y generoso, noble y heroico?

Afirma Garrido que un puñado de intelectuales y valerosos jóvenes se aprestan, con todos los elementos de las izquierdas, a dar la batalla a los caciques, a todos los caciques... Pues vamos con los primeros y sean nuestros brazos los más rápidos y los más fuertes descargando sobre los segundos. ¿Organización, dirección para esta empresa? Si en los momentos actuales no viniese estando estrangulada toda libre emisión del pensamiento, si los altos caciques, abusando de la fuerza, no hubiesen amordazado al pueblo, habría sido un deber de todos los que, de una u otra forma, tienen influjo sobre las masas trabajadoras, encauzar a las de Córdoba en el sentido que desean los elementos anticaciquistas de la localidad.

Pero si esto no fuera posible ahora, bueno es que, mientras llega el momento, o a la vez de que se haga esa labor, en las gañanías de los cortijos y en las fábricas, en los grandes y pequeños talleres, en todos los sitios donde estemos en contacto con nuestros compañeros, digamos a éstos que, ahora, a los caciques cordobeses no les da la batalla este o el otro partido político, que somos todos los irredentos los que, aunando esfuerzos, pensamos acabar con los que durante luengos años pasearon sobre nosotros su incultura y su matonismo.

El esfuerzo por nuestra liberación pretenderá el caciquismo ahogarlo con todos los medios que estén a su alcance, pero aunque éstos son muchos, se estrellarán y desharán si la unión es sincera y cordial entre nosotros.

Vamos a ella, serena y reflexivamente, pero enérgicos y decididos, a castigar con mano dura a los que intenten atropellarnos.

¡Ya veremos si se atreven con el pueblo obrero de Córdoba!

Pablo Troyano.

CÓRDOBA

Fauna social: El cordelillero.—Dibujo de Ate.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 27 de Octubre de 1917 | NÚM. 62

Candidatura Cordobesa anticaciquista

De coalición Regionalista Republicana

Distrito primero (la Catedral).—*Don Francisco Azorín Izquierdo, arquitecto.*

Distrito segundo (Alcázar Viejo y Campo de la Verdad).—*Don Rafael Navarro Castro, trabajador.*

Distrito tercero (San Nicolás).—*Don José Peláez Deza, industrial.*

Distrito cuarto (San Pedro).—*Don Bernardo Garrido de los Reyes, trabajador.*—*Don Juan Palomino Olalla, trabajador.*

Distrito quinto (Santiago).—*Don Mariano Salinas Diéguez, industrial.*

Distrito sexto (San Andrés).—*Don Enrique Suárez Aranda, trabajador.*

Distrito séptimo (San Lorenzo).—*Don Pablo Troyano Moraga, trabajador.*

Distrito octavo (Santa Marina).—*Don José Guerra Lozano, perito agrícola.*—*Don Marcial Simancas Otero, trabajador.*

Destierro de un candidato anticaciquista

En estos días, al mismo tiempo que insistía en la afirmación de que la opinión pública asiste al Gobierno, el presidente del Consejo de Ministros ha referido que muchísimas personas le aconsejan que vuelva a suspender las garantías constitucionales y a establecer la previa censura; a más, ha declarado que no atenderá las conclusiones de los parlamentarios españoles en demanda de que la Constitución sea reformada, que tampoco satisfará las aspiraciones del regionalismo y que asimismo no consentirá que los militares vayan a Palacio para entregar al Rey el mensaje de cuya proposición se ha dado cuenta en casi todos los periódicos españoles.

En tal estado, frente a la actitud briosa y decididamente contraria de la Prensa, los parlamentarios, el Ejército, los regionalistas y el pueblo, el presidente del Consejo de Ministros asegura que la opinión pública asiste al Gobierno y fía la demostración al resultado de las próximas elecciones municipales.

De cuáles hayan de ser los procedimientos para obtener el resultado que se anuncia, la Prensa está presentando variados ejemplos, a los que se acaba de añadir uno harto significativo: la aplicación de la pena de destierro, prácticamente usada por los desgobernantes de España, a don Francisco Azorín, uno de los elementos más valiosos de la intelectualidad de Córdoba.

Al señor Azorín, arquitecto cultísimo, que realizó sus estudios en el extranjero; publicista concienzudo; que ha expuesto nobles iniciativas para el mejoramiento de Córdoba; ciudadano ejemplar, de excelente conducta y afabilísimo trato; funcionario que a conciencia cumple sus deberes; caballero sin tacha realmente, se le traslada, cumpliendo los vagos anuncios que se habían hecho circular, a las islas Canarias.

La orden, fechada el día 13, es recibida por el interesado el 22, al siguiente de haber comenzado el período electoral.

Podrá decirse que, «legalmente», nada se puede oponer al destierro de que el señor Azorín resulta víctima, porque la orden tiene fecha del 13. Moralmente no hay posibilidad de defensa, no puede sostenerse que una orden dictada el 13 en Madrid haya de llegar a Córdoba el 22.

Concurren otras circunstancias: se ha dejado de observar la práctica de preguntar a los funcionarios para proveer un destino en lugar lejano, considerado como de castigo; se deja vacante la plaza del señor Azorín; se traslada a un arquitecto que cuenta antigüedad en su puesto, precisamente cuando ingresan 47 en el servicio del Catastro, de los que se puede disponer para las necesidades que estuvieran desatendidas; se trata, en fin, de la práctica aplicación de la pena de destierro a un excelente ciudadano por el delito de no tener sus ideas a la disposición de los desgo bernantes deeste país desventurado.

El señor Aozrín es uno de los elementos más valiosos de la intelectualidad de Córdoba, el señor Azorín ha de luchar en las próximas elecciones municipales como candidato anticaciquista y, por todo esto, el señor Azorín ha sido desterrado de Córdoba a Canarias y no ha sido enviado a Fernando Póo porque no se presentaría a mano algún procedimiento legal que lo autorizase.

Mas ocurre que la maniobra ha de producir contraproducente resultado: el señor Azorín no irá a Canarias; luchará en Córdoba como candidato anticaciquista, de su caso se tratará cumplidamente en todos los sitios donde sea menester y, triunfante o no en la contienda electoral, el señor Azorín seguirá laborando por el mejoramiento de la patria.

Queda pendiente la realización de otras amenazas lanzadas sobre diversos elementos de la acción anticaciquista; pues sépase que todos y cada uno de los señalados para sufrir la persecución de los desgobernantes, harán lo mismo que el señor Azorín: seguirán en la lucha decididamente, pase lo que pase y cueste lo que cueste.

La bella artista Carmen Salón, cuya presentación se verificará esta noche en el Salón de Ramírez

Para los desgobernantes, el resultado será contraproducente: con sus tropelías irán señalando ante el pueblo a aquellos que abnegada y patrióticamente laboran por la liberación de la patria. El pueblo sabrá a qué atenerse y, en vez de aceptar a quienes los desgobernantes favarezcan, prestará su apoyo a quienes sean elegidos como víctimas por aquellos usufructuadores del Poder que han concitado contra sus antipatrióticos procedimientos la protesta reunida del Ejército, los parlamentarios, los regionalistas, la Prensa y el pueblo.

De esta acción decidida, de la lucha de estos momentos históricos en los que España entera marçha sobre Madrid para recobrar su libertad, fatalmente resultará el triunfo definitivo de los patrióticos luchadores y el mismo día de la victoria las injusticias serán separadas y se hará justicia a quienes las cometieron, obligándoles a rendir cuentas, después de haber correspondido a la guerra de encrucijadas con la guerra a campo abierto, generosa y noblemente sostenida sin reparar en ninguna clase de sacrificios.

Frente a frente las dos fuerzas, la nueva España vencerá los viejos recursos cuyo término se señala con el redoblado uso de todos los procedimientos que han causado la protesta y determinado la lucha contra un sistema que, sintiéndose morir de manera irreparable, a todos excita para que lo maten a mano airada, porque no se acomoda a concluir en su domicilio, sino que quiere caer en la vía pública, con todos los caracteres de un suceso violento. Será como ellos quieren, a no ser que, como fundadamenta seespera, aquel patriótico y fuerte elemento que con expresiones históricas influye ahora de modo extraordinario en la vida nacional, salve al pais imponiendo en España el pleno dominio de la justicia a que los hombres de España tienen igual derecho que la de otro país cualquiera y por la que claman, con la sola excepción de quienes han producido el actual gravísimo y decisivo estado de cosas.

A LA HUERTA

—:—

Más llana que la palma de la mano;
a todas horas por el sol bañada;
con singular esmero cultivada,
risueña ostenta su verdor lozano.

Guárdala fiel el vigilante alano;
y en ella, ni envidiosa ni envidiada,
dichosa vive la familia honrada
del laborioso y rústico hortelano.

Consagrada al trabajo bajo el techo
que cobija el hogar tosco y estrecho,
¡cuán feliz su existencia se desliza;

o ya tranquila descansando cerca
de las dormidas aguas de la alberca
que el aura blanda de la tarde riza!

Pedro de Lara.

El diputado a Cortes por el distrito de Priego don Nicelo Alcalá Zamora, que ha actuado en la vista de un incidente de apelación verificado en esta Audiencia, la que ha dictado sentencia en sentido favorable a las proposiciones de aquel.

OPINIÓN SINCERA

En cuanto se reunen más de dos personas, seguidamente se comenta el valor que han tomado las fincas rústicas en general, citando ejemplos de predios que recientemente se han vendido o arrendado en cantidades tan elevadas, que producen a unos verdadero asombro y a otros extraordinaria satisfacción y entusiasmo.

Los primeros, se dan, por desgracia, en mayor número y entre ellos hemos de citar preferentemenle a todos los zánganos que tienen colocado su dinero, herencia de sus abuelos, padres o tíos y a los que disfrutan los mejores sueldos de la empleomanía, que obtuvieron por ser parientes o amigos, y singularmente por prestar sus servicios electorales a los caciques máximos en determinadas épocas; a los niños ricos, que o no tienen la fuerza de voluntad necesaria para concluir una carrera o les faltó la capacidad intelectual precisa para ello, y, en último término, a los señores de horca y cuchillo, que no tienen siquiera nociones de lo que es la Agricultura, y a otros muchos más que sería largo traer a colocación.

Entre los segundos señalo a un grupo bastante más reducido pero más fuerte: los que a fuerza de sudores y desvelos son o pueden ser colonos o pequeños propietarios, los labradores de pura cepa, los que estudiaron su carrera y tienen afición a los cultivos y a la ganadería y hacen vida de campo, y no de casino, etc.

Habiendo hecho dos grupos, perfectamente definidos, de todas las personas que suelen hablar a diario del alza continua da los valores de la propiedad rústica, voy a someter a la consideración de los primeros, sencilla y prácticamente, como resultado de mi ejercicio profesional durante catorce años, los motivos fundamentales del alza cada día mayor de dichos valores, que son:

1.° La sustitución del antiguo sistema de cultivo por el nuevo resultante da la aplicación de la maquinaria agrícola moderna.

2.° La aplicación a todas las tierras de los abonos químicos, cada día más general y científica, pues aunque sea paulatinamente, van adquiriendo cada día mayor empleo los abonos compuestos.

3.° La elevada cotización de los productos agrícolas y ganaderos en perfecta consonancia con los precios que en general tienen los materiales agrícolas y muy significativamente la tierra, sea en propiedad, sea en renta.

4.° Las iniciativas de algunos señores, que bien sea por especulación, bien por altruísmo, han llevado a la práctica la parcelación de grandes terrazgos que, cualquiera sea su motivo, han contribuído extraordinariamente al aumento de la producción; y el auxilio eficaz que bajo el doble concepto del crédito y el suministro presta a más de 7.000 agricultores andaluces la obra fecunda de nuestro querido amigo el sabio don José Ortega Contreras, fundador y director general de nuestro Fomento Agrícola de Andalucía.

Con el empleo de la maquinaria y los abonos se han mejorado sobre manera las condiciones de las tierras y se cultivan millares de hectárras que antes nada producían, forzando sus rendimientos con los fertilizantes; y así, disponiendo de los buenos precios de los frutos y no distrayendo su importe en alcohol ni en mesas de recreo, ha sido cosa relativamente facil para los pequeños labradores adquirir las parcelas de terrenos en que se han divido los grandes predios, de los que fácilmente podíamos citar en gran número.

Así se dice y se oye decir a cada paso que el cortijo tal, que antes rentaba 12.000 pesetas, mientas lo labraba un señorito, que no acabó la carrera y al que sus padres montaron una labor, porque en sociedad viste mucho decir que se es labrador, la producción era mediana por falta de conocimientos prácticos sobre e lasunto y muy singularmente por estar toda la explotación confiada al aperador o encargado, porque el niño rico no iba al cortijo en el verano, pues le molestaba el calor y el polvo de la era, ni en el invierno por temor a los constipados; y ese mismo cortijo renta ahora 24.000 pesetas, repartido entre gran número de pequeños colonos, que con la constancia de su trabajo, el de su mujer y el de sus hijos, hacen producir a la tierra lo que no pudo ni soñar el que antes la labró.

También se dice y se oye decir que

los labradores necesitan más dinero cada día que pasa y, por consiguiente, cuando lo piden se les facilita en los bancos al 5 o 6 por 100, porque tienen crédito, porque ya es preciso contar con este nuevo factor de la producción agrícola, que adquiere más desarrollo cada día por medio de instituciones económico-agrarias, merecedoras de todo aplauso. De modo que los parásitos que viven de la colocación del dinero deben ir conformándose con la realidad, despidiéndose para siempre del 8; el 12 y hasta el 20 por 100, que de tal modo apretó el cuello de los labradores el dogal de la usura.

También se dice y se oye decir que en las próximas elecciones se presentan candidatos con fines realmente prácticos para la vida de la región y la ciudad, independientes en absoluto y ajenos a todo auxilio, protección y compromiso con caciques máximos o pequeños. lo que es ya, a mi juicio, un alborear de vida nueva y el mejor camino que se puede seguir para que todas las aspiraciones de los ciudadanos y los pueblos sean tomadas en consideración.

También se dice y se oye decir, que los señores de horca y cuchillo, dueños de grandes predios, tan extensos como buenos, se arruinaron por no saberlos explotar ni administrar, llegándolos a vender, en definitiva, por millones de pesetas en pequeñas parcelas que hoy constituyen la riqueza y la felicidad de pueblos enteros.

Queda, a mi juicio, demostrado que la tierra vale menos en manos de quien la abandona y no la trabaja y la cultiva siempre con verdadera constancia y cariño; y vale más, mucho más, cuando la posee y la explota el pequeño cultivador, que con la íntima satisfacción que le produce su dominio, la atiende con toda actividad, la cultiva sin distracción y sin atajo, amándola como cosa propia, en la que pone todo su bienestar y el porvenir de su familia

Mas para que el peroído floreciente de nuestra agricultura siga su marcha progresiva siempre ascendente y la producción de nuestros campos alcance el desarrollo que debiera tener, precisa que unos y otros, propietarios, arrendatarios y aparceros, no pierdan de vista que la enseñauza, y especialmente la enseñanza primaria, constituye el verdadero troquel del hombre, por lo que no cabe la menor duda de que sería muy útil a nuestro país y a ellos mismos, la fundación de una escuela en cada calle, por lo menos en cada pueblo, lo que sería muy fácil de conguir si destinaran a ese objetivo, eminentemente práctico, la cuota que mensualmente pagan en el casino político, donde toda iniciativa se reduce a la vana lucha por la conquista del poder sin beneficio para el pueblo respectivo ni para nadie.

Pedid, agricultores, y ayudad a nuestros representantes en Cortes para que la Escuela de Peritos Agrícolas de Córdobo sea un verdadero centro docente, cuyo nivel se eleve a la altura de las mejores conocidas, ya que por la fertilidad de nuestro suelo, pueden concurrir a ella tantos jóvenes que desean aprender e instruirse científica y prácticamente.

Pedid que la Escuela de Artes y Oficios abarque la enseñanza de toda la clase de peritajes, aparejador, mecánico electricista, siendo plantel de una generación de nueva capacidad, que desde el campo de su actuación profesional, pueda auxiliar a nuestra agricultura en bien de todos.

Instruid a los obreros en el manejo de la maquinaria agrícola; así por lo menos tendréis buenos prácticos y estimuladles con la doble estimación de vuestro cariño y la remuneración que justamente merezcan; que, no lo olvidéis, acaso bien pronto, desgraciadamente, la natural codicia de otros países nos robe, muchos brazos.

Y termino con un saludo cordialísimo a mis compañeros de profesión y la invitación más respetuosa, para, bien por medio de la prensa, bien particularmente, juzguen mis orientaciones y mi opinión.

José Guerra Lozano.
Perito Agrícola.

Del notable número extraordinario del *Fomento Agrícola de Andalucía.*

Los pueblos de Córdoba y la Diputación provincial

—:—

Tema preferente de las discusiones de la Diputación provincial, en las sesiones plenas que en estos días ha celebrado, ha sido el deseo de que los pueblos abonen puntualmente sus compromisos económicos.

Es de actualidad, por tanto, la publicación de las noticias siguientes:

Se hallan al día en sus pagos del contingente Alcaracejos, Almedinilla, Añora, Benamejí, Blázquez, Bujalance, Cañete de las Torres, Carcabuey, Carpio, Conquista, Córdoba, Dos Torres, Espejo, Espiel, Fuente Obejuna, Fuente Palmera, Fuente Tójar, Guadalcázar, Guijo, Hinojosa del Duque, Hornachuelos, Iznájar, Lucena, Montoro, Monturque, Nueva Carteya, Obejo, Palma del Río, Pedro Abad, Pedroche, Posadas, Pozoblanco, Pueblonuevo, Puente Genil, Rambla, Rute, San Sebastián de los Ballesteros, Torrecampo, Valenzuela, Valsequillo, Victoria, Villa del Río Villafranca, Villaharta, Villanueva de Córdoba, Villanueva del Rey, Villaralto, Villaviciosa, Viso y Zuheros.

Los descubiertos de los demás pueblos son estos.

	DÉBITOS		
	1.er trimestre	2.° trimestre	3.er trimestre
Adamuz			4303'20
Aguilar	1111'31	9111'31	9014'05
Almodóvar	2919'46	2919'46	2919'46
Baena		4453'29	9014'05
Belalcázar			2597'73
Belmez			2221'66
Cabra			4119'62
Carlota	2300'40	2300'49	2300'49
Castro del Río	331'90	7331 90	7631 90
Doña Mencía			960 90
Encinas Reales			994'58
Fte. la Lancha	74'71	74'71	74'71
Luque			1297'18
Montalbán			125 '95
Montilla			5252'19
Moriles		984'16	984'16
Palenciana			564'93
Peñarroya			761'43
Priego			6213'06
Santaella		3838'06	5073'06
Santa Eufemia		804'22	804'22
Villaª del Duque			1338'79

PERFILES

CUATRO HOMBRES

En la mitología de la clase media y de la llamada clase alta, el «leader», el conductor, el guía, el orientador de las organizaciones obreras suele ser un pícaro—vividor es la palabra habitual—, que se da una vida de banquero a expensas de los trabajadores. No es tan lejana la época en que el mito creado en torno de Pablo Iglesias acostumbraba representarle viajando en primera y enfundado en magnífico gabán de pieles, que indefectiblemente sustituía, una estación antes de llegar a su destino y previo traslado a un coche de tercera, por una raída blusa. Desde que Iglesias va al Parlamento y se le ha podido ver y observar continuamente, con su humilde y limpia indumentaria, que sólo admite el suplemento de una castiza capa en invierno—para el heroico arquitecto del socialismo español un gabán es todavía demasiado «burgués»—el mito de su opulencia ha quedado definitivamente muerto. Y los que conocen la realidad que había tras el mito, su vida, más próxima a la pobreza que a una elemental holgura, tienen que pensar melancólicamente en el destino de estos hombres que se entregan por entero, en cuerpo y alma, a una misión social donde apenas puede hallarse, dada la pobreza de todos, el indispensable sustento.

Pero la necesidad mitológica es más fuerte que todas las revelaciones de la experiencia, y constantemente se habla aún de esos «agitadores profesionales» que medran y se encumbran a costa de la clase obrera. Ordinariamente, la alusión suele ser genérica, sin especificar personas; mas recientemente, la ciega red de la tragedia ha cogido entre sus mallas a cuatro hombres, que, por el trance de la captura, ha de entenderse que son los más indicados para servir de sustancia al mito. Me refiero a Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Daniel Anguiano y Andrés Saborit, que componían, con Virginia González, el Comité de huelga. Todos hemos esperado a que los propaladores del mito nos sacasen a luz la vida de estos hombres y nos hablaran de sus millones clandestinos, de sus ocios en las ciudades de moda, en invierno y en verano; de sus cacerías, de sus automóviles y de sus costosas amigas de París. Como los adversarios se callan, tal vez movidos por un sentimiento de piedad, y como algunos amigos nos han insinuado el deseo de conocer algo del perfil de las vidas de estos hombres, aquí va un somero y defectuoso contorno.

—

Julián Besteiro es quizá el más conocido del público. Fué profesor del instituto de segunda Enseñanza en Toledo, y hasta hace unos días era profeser de Lógica fundamental, por oposición, en la Universidad de Madrid. Es vicepresidente del partido socialista español y era concejal del Municipio madrileño hasta el instante de ser procesado. De sus cualidades de profesor da idea el sentimiento general con que sus compañeros de Universidad han visto la pérdida de su cátedra. Tan fuerte es ese sentimiento, que toma voluminoso cuerpo, según nos informan, el anhelo de que la cátedra permanezca vacante hasta que una pronta amnistía devuelva su libertad a Besteiro y compañeros de condena. Otro profesor, Antonio Jaén, propuso noblemente que nadie acudiera a la convocatoria, y, al parecer, son varios los opositores a cátedras que han renunciado por delicadeza y solidaridad, a dis-

Presidencia del festival verificado en Belmez a beneficio del Colegio y Casa de Socorro.

Fotografía de Arcos.

El personal del Fomento Agrícola de Andalucía reunido en el restaurant de Miguel Gómez para celebrar el cuarto centenario de la fundación de aquella importante sociedad.

putarse la de Lógica. Realmente, sería menester estar dotado de una recia epidermis para afrontar, con la ocupación de esa cátedra, el desprecio moral de un gran número de profesores que, por encima de sus ideas personales, diferentes y aun opuestas en muchos de ellos a las de Besteiro, colocan su sentimiento de comunidad corporativa.

Sin embargo, pese al excelente concepto que sus compañeros universitarios tienen de Besteiro como profesor, yo dudo de sus aptitudes para explicar una cátedra de Lógica. Por lo menos, no debe ser la suya la lógica al uso, la lógica práctica, la lógica de Sancho Panza que se estila en esta nuestra sesuda tierra de garbanzos. Pues si esa fuese su lógica, no estaría en el partido socialista, no hubiera aplicado tanto tiempo y tanta energía a esa labor agotadora de mítines, de Comités, de política municipal, sin tiempo apenas para descansar ni siquiera para leer, sin un céntimo de remuneración y expuesto, de añadidura, a la severa crítica de sus compañeros de partido. Probablemente, no habría enfermado del estómago, y seguramente, no estaría hoy en un presidio ni habría perdido su cátedra. Si fuese la suya una lógica sancho-pancesca, se habría afiliado a uno de los partidos turnantes y ya sería diputado, tal vez director general, y tendría delante un risueño porvenir como hombre de orden y puntal de las instituciones. Dentro de unos años le veríamos ministro, y acaso primer ministro, y si le remordía la conciencia por haber sido desleal consigo mismo, podría dictar algunas leyes obreras que acaso le diesen una candorosa reputación de sociológo. Pero su lógica es un poco absurda; ha preferido a todo eso el trabajo sin límites, una vida modesta y austera, una política de extrema oposición, sin recompensas materiales; pero, eso sí, a modo de compensación, expuesta a persecuciones, a pérdida del empleo y al presidio. Es la lógica de un loco, la lógica de Don Quijote. Tal vez sea un acierto haberle quitado la cátedra. ¿No será, en efecto, un peligro nacional que Don Quijote se meta a catedrático, y nada menos que a catedrático de Lógica? Su vida, tanto como sus enseñanzas, podría ser un excesivo estímulo del quijotismo. Y ya hace tiempo que hemos convenido en que Don Quijote es el ejemplo que debemos evitar sancho-pancescamente, en vez de imitarle lunáticamente.

La bellísima y notable actriz Concha Catalá, cuya presentación se verificará esta noche en el Gran Teatro.

—

Tan loco como Besteiro es Largo Caballero. No os dejéis engañar por las apariencias. Largo Caballero parece la cordura personificada. Temible dialéctico, potente polemista, se dijera que en su vida no ha hecho otra cosa que ejercitarse en el manejo de la razón. No es lo que se llama un orador brillante—le sobra inteligencia para eso—; pero sí un discutidor contundente. Donde los otros no perciben más que un aspecto de las cosas, él ve diez. Cada problema no es para él una línea recta, sino un círculo, lleno de probabilidades y posibilidades, que él gusta de recorrer íntegramente con su razón. Estucador de oficio, es uno de los hombres más inteligentes y aptos del movimiento obrero español; un hombre que sólo ha asistido a la escuela primaria y apenas ha tenido tiempo de leer nada, pero que ha suplido con su intuición, con su sagacidad, con su percepción rápida y clara, las limitaciones de una enseñanza rudimentaria. Caballero representa, como Iglesias, el tipo, tan corriente ya en la vida pública del mundo entero, del trabajador que de un taller o de una mina asciende, por su propia inteligencia, alentado por sus compañeros de trabajo, que ven en él el verdadero «leader», el mejor conductor a zonas de la vida social, como el Parlamento, donde su palabra es temida de muchos universitarios y profesionales de la política. Dirigía la Mutualidad Obrera, especie de Cooperativa de seguros contra la enfermedad y la muerte. Aquí estriba precisamente su locura: con el talento y el esfuerzo que Caballero ponía en ese organismo podría haber dirigido una de esas poderosas Sociedades de Seguros que tan pingües dividendos y sueldos rinden. Pero él prefería, por una remuneración que aun a cualquiera de sus detractores le parecería irrisoria, trabajar quince o dieciséis horas diarias en la Mutualidad, en la Unión General de Trabajadores, de la cual es vicepresidente; en el partido socialista, de cuyo Comité nacional forma parte; en mitines, en Juntas, en el Ayuntamiento—era concejal hasta su proceso, y antes fué diputado provincial—y en otros lugares y ocupaciones que bastarían para absorber la vida de media docena de hombres activos. ¿Verdad que estos «agitadores profesionales» y «explotadores del proletariado» tienen una ma-

nera peregrina de practicar sus nefastos propósitos?

—

Si Besteiro significa el intelectual romántico y Largo Caballero el obrero inteligente y concienzudo, Daniel Anguiano representa, a su vez, la santidad civil. En los orígenes del cristianismo, a este hombre insuperablemente bueno le hubieran despedazado las fieras del circo. Es el mártir innato. Su felicidad suprema sería seguramente morir por «la causa». Cuentan de él que, una vez detenido y llamado a declarar, se quiso hacer único responsable de todo. Si esto no es cierto podría serlo, pues Anguiano parece haber nacido —la Naturaleza no produce ya sino con extremada parquedad este género de hombres— para el sacrificio, para darse totalmente a los demás y mejor cuanto más anónimamente. Hijo de un jefe de estación, estuvo empleado en las oficinas de los ferrocarriles del Norte. También él pudo haber sido un hombre dócil, respetuoso con el estado de cosas establecido, lisonjero con sus jefes y notoriamente celoso de los intereses de la Compañía. Hubiera podido ascender, prosperar, labrarse una cómoda y holgada posición y, en último término, haber sido jefe en una tranquila estación provinciana y haber vivido mansamente, sin quebraderos de cabeza. Pero hombre de ardiente espíritu, hiperestésicamente sensible a la injusticia social, creyó su deber no hurtarse al trabajo por los demás y se lanzó a la vorágine del movimiento obrero y ha ido desgranando su vida en la bárbara labor diaria que le imponían sus cargos de presidente de la Federación Ferroviaria, de concejal, de redactor-jefe de *El Socialista*, de miembro del Comité del partido socialista y del de la Unión General de Trabajadores. Quienes han visto su rostro pálido, con las huellas de un aniquilador «surmenaje» grabadas en él, saben que este hombre extraordinario, cordial e ingenuo, impersonal y altruísta, es, no de los que viven de los demás, sino de los que por ellos se mueren, poco a poco o de un golpe.

—

Quedan Andrés Saborit, presidente de la Federación de Juventudes. Tipógrafo de oficio—últimamente era el corrector de pruebas de «El Socialista»—, encarna el arquetipo del joven obrero de nuevo cuño, que en vez de malgastar los ocios de su mocedad en vanos pasatiempos, busca en el estudio una palanca de elevación espiritual y en el hogar gremial de la Casa del Pueblo un ambiente de aprendizaje civil y de apta preparación para la lucha social.

Estos son los hombres a quienes un trágico, excesivamente trágico, destino ha llevado al penal de Cartagena. Muchos pueden disentir de sus ideas, pero nadie que esté bien informado y posea una recta conciencia dejará de reconocer en ellos raras virtudes de idealismo y desinterés, de espíritu de sacrificio y pasión por el bien común. La letra de la ley les ha aprisionado entre sus garabatos, pero el espíritu del tiempo, el «Zeitgeits» de los alemanes sabrá desenredar la cruel malla de latragedia.

Luis Araquistain.

El notable actor señor Torner, director de la compañia cuya presentación se verificará esta noche en el coliseo de la calle de la Alegría.

La repeticiòn de los sucesos de Méjico

—

Refiere «La Tribuna» de Madrid, que, a raíz de ocupar el Poder el señor Dato, decía a personas de su intimidad, refiriéndose a los acontecimientos actuales:

«Yo estoy preparado para hacer cara en España a sucesos y acontecimientos de índole idéntica a los que se desarrollan en Méjico.

Yo no he querido el Poder; pero si las circunstancias lo ponen en mi mano, unos y otros sabrán cómo soy yo. Cataluña aprenderá a no pedir nuevas concesiones ni a imponerse nunca más al Poder público. Las Juntas de Defensa caerán divididas, y esos parlamentarios rebeldes irán a poblar Fernando Póo, que bien necesitado está de colonizadores, donde podrán hacer propaganda sabre sus teorías renovadoras.

Si, por ejemplo, el coronel Márquez se ve precisado a actuar contra el coronel Rodríguez, y nos van contra otros, sepan ustedes que yo no desearé, pero no lo impediré tampoco. A mí me ha tocado la «china» (textual) y de una vez vamos a liquidar muchas cosas».

No olvidemos a la Prensa

Con este título escribe «El Trabajo», órgano de la Sociedad de albañiles de Madrid:

«Es conveniente que la clase trabajadora no olvide cuál ha sido la conducta observada por los periódicos para con nosotros con ocasión de la huelga última. Debemos tenerlo presente, para proceder con ella como se merece. Ojo por ojo y diente por diente.

A los que nos ayudaron, nuestra simpatía. A los que nos combatieron, nuestro boycot. Hay que castigarles donde más les interesa: en las cajas de sus Administraciones.

Periódicos que se han comportado decentemente al juzgar el movimiento proletario: «El País», «El Mundo», «España Nueva», «El Parlamentario». A «El Mundo» le debemos la campaña más eficaz realizada contra las demasías de la Prensa reaccionaria.

En cambio, se pusieron contra nosotros, combatiéndonos con toda clase de armas—lícitas e ilícitas, y más de éstas que de aquéllas—, no sólo los periódicos de la derecha—«A B C», «El Correo Español», «El Debate», «El Siglo Futuro», que pidió la confiscación de las Cajas de resistencia—, sino también «La Nación» y «El Día», que nos aplaudieron en Diciembre último; también «El Imparcial», el «Heraldo» y «El Liberal», campeones hasta entonces de una acción renovadora.

La conducta de estos últimos periódicos, por su historia, por sus antecedentes, es más incalificable. Y principalmente la de «El Liberal», periódico republicano, dirigido entonces por un exconcejal progresista e inspirado por un diputado republicano».

LA LUNA

—:—

Te miraba a través de la cancela
aquella noche, para mí de ensueño,
y pensando, con ansia, en ser tu dueño
olvidé mi pesar y mi cautela.

Pues que la mente si se adora vuela,
a tí voló la mía con su empeño;
y a un suspiro, tu rostro marfileño
inclinaste cual tímida gacela.

Era al abrigo del jardín en calma
y embriagada de esencias quiso mi alma
fundirse con tu amor, cuando importuna

bajando en chorros de blancor luciente,
al principio en los pies, luego en la frente,
por darme celos te besó la luna.

Francisco Arévalo.

Por el mejoramiento de la Región

LA MANCOMUNIDAD ANDALUZA

En la sesión celebrada por la Corporación provincial el jueves de esta semana, fué tomada en consideración por la asamblea, nombrándose una ponencia a la que se facultó para organizar una reunión de Diputaciones andaluzas, la siguiente hermosísima moción, que señala un avance decisivo en la labor emprendida para el renacimiento de Andalucía. El admirable documento fué presentado por el diputado provincial don Francisco Salinas Diéguez, quien lo apoyó con decidido entusiasmo, y también lo suscribieron don Antonio Natera Junquera y don José Vargas Luna. Don Francisco Amián Gómez se mostró asimismo partidario de la moción, consignándolo en patrióticas frases.

He aquí la proposión, con cuya reproducción honramos nuestras columnas:

«Exma. Diputación provincial de Córdoba: El diputado que suscribe, fundándose en el R. D. de 18 de Diciembre de 1913, que estableció la descèntralización administrativa, e impetrando el precedente de la R. O. de 26 de Marzo de 1914, que aprobó el Estatuto de la Mancomunidad Catalana, tiene el honor de proponer a la Excma. Diputación provincial se sirva adoptar el acuerdo de dirigirse a las Excmas. Diputaciones de las provincias hermanas para invitarles a constituír la Mancomunidad Andaluza.

Las razones que podrían alegarse en pro de esta iniciativa son sobrado notorias para que necesiten mencionarse extensamente. Pero a esas razones, generales a todo el ámbito nacional y denunciadas por la actual crisis que atraviesan las entidades provinciales (que se crearon artificialmente sobre el modelo de los «departamentos franceses» y se delimitaron hace cerca de un siglo, sin tener en cuenta lazos geográficos, caracteres étnicos, grado de instrucción, costrumbres o intereses), se unen motivos especiales para la región andaluza, que me voy a permitir exponer brevemente a la ilustrada consideración de los señores diputados.

La región andaluza es uno de los territorios más definidos de la Península, Por su orografía, por sus ríos, por su clima, por la raza y carácter de sus habitantes, hasta por su habla si se quiere, que ha vestido a la lengua castellana con un ropaje suntuoso y espléndido, porvenir de las lenguas españolas, como lo demuestra claramente el americano, Andalucía merece la exaltación a la más elevada categoría regional.

Desde la Mariánica al mar, los intereses todos de los andaluces están fundidos en uno solo.

Igualdad de producciones, de industrias y hasta de comercio, frente al resto de España; necesidades casi idénticas a toda la región, tan inculta, con el 55 por 100 de analfabetos en Córdoba, tan despoblada, con sólo 43 habitantes por kilómetro cuadrado, a pesar del suelo tan rico que poseemos, tan abandonada al hambre y a la miseria, que, aquí en nuestra ciudad, hay un 36 por 1.000 de mortalidad, y Sevilla tiene tal vez la espantosa preeminencia de ser la segunda capital del mundo en mortalidad por tuberculosis, son condiciones que exigen y obligan a los andaluces a reunirse para defender como un solo hombre, hoy, su existencia y sus intereses; mañana, su prosperidad y su progreso.

El diputado provincial don Francisco Salinas Diéguez, que ha propuesto en la Diputación el establecimiento de la Mancomunidad Andaluza

Y no podrían los organismos municipales y provinciales, no podríamos nosotros, señores diputados, ostentar nuestra representación en toda su amplitud, si no lleváramos a cauces de efectividad el agrupamiento de los hombres de nuestra región en el molde que la naturaleza señala y fija con límites imborrables y ciertos.

Significaría para Andalucía, cabeza de España por su espiritualidad y su genio en todas las épocas gloriosas de nuestra historia, una defección traidora al resurgimiento nacional, tan insistente y urgentemente pedido por todas las clases y partidos, si se apartara de los senderos en que están cristalizando en esta vieja Europa, cuanto más ensangrentada más sagrada y heroica, los deseos más legítimos y nobles de los pueblos: independencia, autonomía, libertad, en suma, para los pueblos oprimidos y abandonados a tiranías y ambiciones.

Ese grito unánime de «descentralización» que hoy sale de los labios de todos los españoles, porque significa la corrección del yerro más monstruoso de nuestra historia, que nos ha traído al desconcierto presente, debe ser el lema de la fórmula que nos guíe en todas nuestras futuras actuaciones y que, vertida en el molde legal de la Mancomunidad andaluza, inicie nuestra regeneración y cimente el poderío nacional.

Hagamos ahora porque sea Córdoba la que inicie esta nueva era de vida regional, en la que van a nacer los hombres después de la crisis que toda la Humanidad está sufriendo.

Y que ese lazo amoroso que el Guadalquivir tiende por todas las tierras de Andalucía, uniéndolas con la coyunda más liberal y más sutil que la naturaleza presta, afirme su nudo en Córdoba.

Y sea todo él una franca efusividad, cordial y plena, hacia Granada y Málaga, que por el Genil nos envían sus más gentiles donadíos. Y una viva atracción a Sevilla que, de espaldas al interior del país, sólo ha tenido ojos para el mar, base de toda su riqueza, y toda su vida ha sido una pura hoguera en que se consumía su alma siguiendo el curso del sol, que al morir en el mar tenebroso le indicaba el camino de la América maravillosa, de donde los bajeles traían diez millones de pesos cada año, que por el estuario del Guadalquivir aproaban a Sevilla y como uu sueño de oro se extendían por las Españas de los Carlos y los Felipes. Amor de Sevilla al mar, que tiene viva repercusión en Cádiz, la ciudad de Hércules, y en Huelva, la Colombina, la inagotable madre del cobre.

Hagamos, pues, realidad lo que toda clase de factores, desde los naturales y étnicos hasta los estrictamente legales nos ordenan e indican y constituyamos la Mancomunidad Andaluza para comenzar la salva·ión de España por el solar mas rico y más querido.

El procedimiento para la constitución de la Mancomunidad sería muy sencillo. De acuerdo las Diputaciones requeridas en constituirla, se podría designar Córdoba como lugar estratégico en la confluencia de todas las provincias para reunión de los representantes. Y acordadas por éstos las materias asuntos de la Mancomunidad y su modo de funciodamiento, las Diputaciones pronunciarían la doble decisión, con intervalo de un año, de querer entrar en la asociación. Formado así el Estatuto, se elevaría a la aprobación del Gobierno.

Vana presunción sería la de querer señalar desde ahora los asuntos a que habría de extenderse la competencia de la Mancomunidad. Vías y medios de comunicación (carreteras, ferrocarriles, etcétera), guardería rural y policía de seguridad, enseñanza superior e instrucción de ciencias técnicas y aplicadas (tan descuidadas en España), colonización agrícola, repoblación forestal, construcción de obras públicas, hospitalización de dementes, asistencia médica, edificación de grupos penitenciarios con trabajos al aire libre... Todo un programa risueño y halagador.

Al amor, no desmentido, de los señores diputados por la tierra que nos sustenta, someto estas consideraciones, seguro de que, si las acogen con entusiasmo y las realizan con perseverancia, habrán plantado el jalón más firme del resurgimiento de nuestra región y uno de los pilares del porvenir de España.

En Córdoba a veinticinco de Octubre de mil novecientos diez y siete.—*Francisco de P. Salinas Diéguez.—Antonio Natera Junquera.—José Vargas Luna*».

ANTE LA OPINIÓN

—:—

CACIQUES DESAPRENSIVOS

—:—

Por lo menos han transcurrido dieciocho meses sin que en este Ayuntamiento se haya celebrado sesión pública, cosa que ha dado lugar a infinidad de comentarios que, si unos carecen de una completa exactitud, otros están asistidos de toda lógica y veracidad, notándose en concreto en todos ellos el recelo y la desconfianza hacia esta Corporación.

Los vecinos de esta villa se lamentan, con sobrada razón, de que los elementos actuales hayan recurrido a poner obstáculos para que cesen las sesiones públicas, atropellando con ese proceder el derecho que a estos vecinos les concede el artículo 97 de la ley municipal.

¿Es que no es tiranía despótica privar por el capricho de uno o más hombres a los montalbeños de que vean y se enteren de cómo se administran los intereses del procomún? ¿Es que acaso nosotros, los mismos concejales, no tenemos derecho a saber cómo marchan los asuntos económicos del Municipio, y sí tenemos deber ineludible de ser partícipes en la responsabilidad que pudiera originar este mal estado de cosas?

Para satisfacción y garantía nuestra, se nos ha debido hacer a todos los concejales en la última sesión de Enero de cada año la presentación de los documentos que acrediten y den a conocer el estado de los servicios establecidos y cuanto se refiera al más completo esclarecimiento de este asunto administrativo de tanta importancia. Entre los citados documentos, debe especialmente de ir uno comprensivo de la liquidación de presupnesto, que será firmado por la Contaduría. También se especificarán los crédit s pendientes y sus conceptos y las fechas en que se remitieron las cuentas al Gobernador civil de la provincia. No deja de ser de todo punto preciso un inventario general de todos los bienes mueble e inmuebles y derechos que pertenezcan a la Corporación, expresando las altas o bajas durante el año anterior. ¿Se nos ha presentado a nosotros la documentación arriba mencionada que garantice la buena marcha económico-administrativa, función que está encomendada a los Ayuntamientos, según hace contar el artículo 71 de la Ley municipal?

Puede ocurrir más: que es no haber ingresado ni una sola peseta en el arca de fondos, estando el dinero depositado en forma legal, según el artículo 159 de la ya mencionada ley.

Pues de nada de esto y de mucho más ha podido la opinión enterarse.

Gobernar en la obscuridad y en el secreto no implica otra cosa sino el no poder presentar a la luz pública una obra desastrosa llena de inmorales defectos; esto es intolerable; esto debe concluir para que el Ayuntamiento no continúe por más tiempo gobernando divorciado de la opinión pública. Si así no se hace, si no vuelven a restaurarse las sesiones públicas, habrá que llamar la atención del Gobernador civil para que vigile con celo a los que, debiendo cuidar de hacer cumplir las leyes, las conculcan y las tratan con menosprecio.

Lorenzo Valenzuela.

Montalbán. Octubre 1917.

TENTACIÓN

Después de una larga ausencia,
como coqueta turista,
vienes en son de conquista
para turbar mi conciencia.
Con amargo desconsuelo
ya ves que te he recibido,
y al saludarte he tenido
la vista fija en el suelo.
Haciendo de mundo alarde,
olvidas al varón fuerte.
y porque se turba al verte
le consideras cobarde.
Déjame triste llorar
aquella dicha ilusorio;
de mis amores la historia
déjame a solas cantar.
Descanse ya el corazón
que tanto te amó, mujer,
y no quieras nunca ser
mi más loca tentación.
Al pie de un profundo abismo
me coloca tu presencia...
tranquila está mi conciencia;
¡vete, que no soy el mismo!

Jesús Rodríguez Redondo.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

Contra los ancianos corruptores

El ansia, el grito de renovación, o no quieren decir nada o quieren decir una cosa: juventud. ¿Cómo renovarse sin rejuvenecer, sin renacer a nueva vida? El pueblo español, viejo y cansado, necesita renovarse, rejuvenecer. ¿Y qué renovación ni qué renacimiento serán posibles si han de continuar al frente de nuestra política los ancianos decrépitos entre cuyas manos débiles y temblonas se ha ido desmembrando y arruinando el cuerpo de la patria?

Las grandes empresas políticas sólo pueden ser llevadas a cabo por hombres jóvenes, en la plenitud del vigor físico y mental. La política, que es ante todo acción, requiere energías y arrestos juveniles. La experiencia y la madurez, que no han de confundirse con la marrullería de los viejos bribones, sólo pueden ser útiles en la gobernación del Estado al servicio de voluntades jóvenes y esforzadas. Cronwenll, anciano, no hubiera hecho condenar a muerte a Carlos I ni hubiera conquistado la presidencia de la República. Dantón y Robespierre, ancianos, no hubieran desafiado la tormenta revolucionaria.

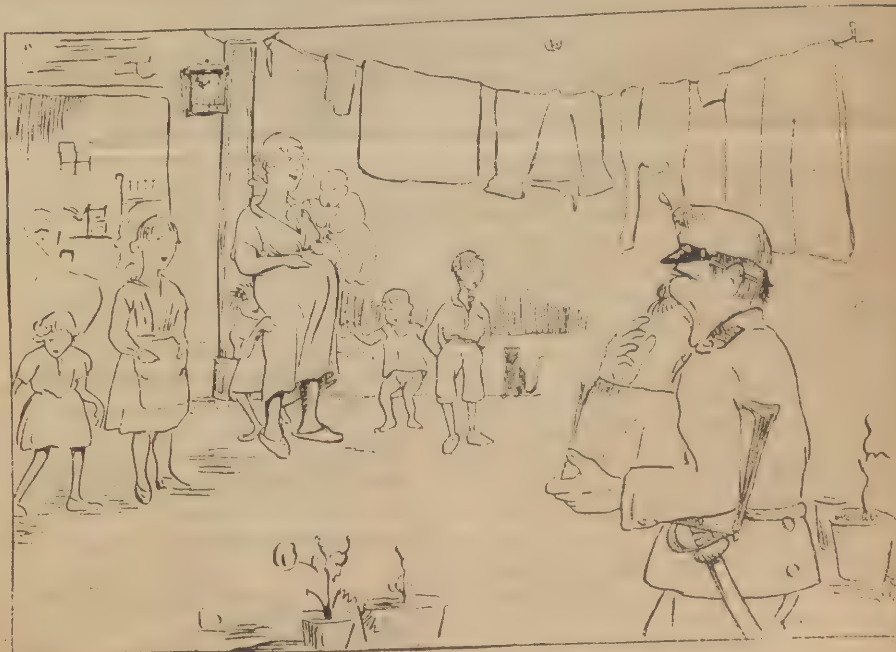
En todas las grandes crisis son la acometividad y la audacia, cualidades de la juventud, las que salvan a los pueblos. El caso de Kerenski es una repetición del de Gambetta, dictador de Francia a los treinta y dos años. La astucia y la perfidia de los viejos estadistas y diplomáticos pudieron aprovechar al gobierno de los antiguos Estados patrimoniales; nada tienen que hacer en la moderna política democrática y popular.

Un joven, casi un mozo, Lloyd George, simboliza en la Europa nueva la nueva política económica y social. Los nuevos tiempos piden nuevos hombres. Las razas viejas sólo pueden renacer en sus retoños más vigorosos. Más todavía que en la Naturaleza, en la vida de los pueblos el milagro del renacimiento va siempre unido a un prodigio de energía del instinto vital.

En España ha imperado en los últimos cincuenta años una política senil, de ancianidad, de decrepitud. Durante lustros y lustros nuestra historia se llena con estos dos nombres: Cánovas y Sagasta. Los tiempos se renuevan, cambia la política; por el escenario de Europa pasan uno tras de otro, después de servir a su patria aportando una solución a los problemas del momento, los gobernantes más eminentes; en España, siempre Cánovas y Sagasta. En los albores del nuevo siglo, que suscitan las inquietudes más vivas y más hondas, cuando la crisis del Estado se agudiza en términos nunca conocidos, nosotros tenemos a Cánovas, el redactor del Manifiesto de Manzanares, y a Sagasta, el revolucionario de 1854. Los anhelos, las esperanzas de las nuevas generaciones tropiezan eternamente con el mismo obstáculo: el espíritu negado, escéptico, de Sagasta; la vanidad senil de Cánovas. Ni el uno ni el otro creen en su pueblo ni en su raza. Cánovas, frente a Cuba dice: ¡Hasta la última peseta! ¡Hasta el último hombre!, y lo dice sabiendo que todo será estéril, que todo será inútil. No creen en el sacrificio, en el heroísmo, en la abnegación; no creen en nada, ni en sí mismos. Y sus amigos se llaman Montero Ríos, Moret... cincuenta años de historia. Cuando haga falta una mano valetudinaria que firme el tratado de París, ahí está la de Montero Ríos; cuando haga falta, para doblar una curva, como la de 1903, una voluntad en ruínas, ahí está la de Moret.

Al lado de ellos sólo es posible envejecer, quedarse calvo, sin dientes, llegar a ser una estantigua. Ante Cánovas y Sagasta, eternos, se detiene la ambición de Silvela y el empuje juvenil de Canalejas. Y cuando estos hombres, relativamente jóvenes, llegan a las alturas, se convierten en prisioneros de los brujos centenarios. Silvela, todo finura espiritual, se apoya en la tosca espada de Polavieja. Canalejas, triunfador, busca para su partido la sombra protectora de Sagasta. Así también Maura, cuado viene a hacer la revolución desde arriba, rinde tributo a la tradición y a la historia asociando a

Julio Romero de Torres, el pintor de Córdoba.



ESCENAS DEL PADRON, por Fz. Márquez.

todos sus Gobiernos la experiencia matusalénica de Rodríguez San Pedro.

¿Cómo renovarse sin rejuvenecer? Todo envejece, hasta el genio. Y nada hay más triste que la chochez del genio, que después de habernos deleitado con sus obras nos hace reir, a la vez que nos mueve a lástima, con sus disparates. Con los años, los cerebros más potentes disminuyen en visión y en comprensibilidad. Los entendimientos más ágiles se vuelven lentos y torpes y estériles las facultades más creadoras y fecundas. Llega un momento en la vida en que los espíritus más fuertes y libres de prejuicios son incapaces de comprender lo nuevo. Castelar, partidario en su juventud de las teorías más avanzadas, enamorado de la federación, liberal hasta defender en el Parlamento a los comunistas de París, sólo denuestos y anatemas tiene en su vejez, a pesar de todo gloriosos, para el federalismo, el socialismo y la democracia. Salmerón muere alejado del pueblo, cuyas aspiraciones había traducido como nadie en los acentos de su maravillosa palabra. Imagínese cómo será la decrepitud de los vulgares pastores del rebaño humano, que no han tenido, aun en sus mejores tiempos, más patrimonio que un cayado rudo y un zurrón lleno de maldades.

Con todo, lo peor de la vieja política imperante en España no es su inmoralidad, sino su ineficacia. Y esta ineficacia es sobre todo senilidad. Morimos de puro viejos. En todas partes la ancianidad, la decrepitud, la chochez. En la política no hay más vacantes que las de sangre, y cuenta que por raro contraste con la miseria fisiológica de la raza abundan entre nuestros políticos los longevos. Hundidos en las poltronas no véis sino ancianos, algunos obesos y amenazados de hemiplejía, otros escuálidos y punto menos que exangües, inválidos no pocos. Para poder aspirar al tercer entorchado ha de estar ya el brazo caduco y temblón. Sobre pechos asmáticos ha de ostentarse necesariamente el gran collar de la Justicia.

En todas las altas cumbres de la jerarquía la incapacidad física y mental, la impotencia senil. Viejos chochos en la administración, en el gobierno, en los tribunales, en las academias, al frente de las asambleas. ¿Cómo pretender que acojan tales espíritus las ansias de las generaciones que nacen a la vida, de la parte sana del pueblo, que quiere renovarse transformándolo todo? ¿Cómo suscitar inquietudes ni estímulos en las viejas conciencias insensibilizadas, callosas?

Se impone una jubilación general forzosa. A nuevos tiempos, nuevos ideales, nuevos hombres. Hombres nuevos, que no es siempre lo mismo que hombres de pocos años. Con la lozanía y frescura espiritual de ancianos como Pí y como Giner, contrasta la prematura vejez de muchos jóvenes sin pelo de barba y ya calvos por dentro. Y es de advertir que estos casos de vejez prematura se dan, lo mismo que en los que se pasan de tontos, en los que se pasan de listos. Así, joven exministro hay a quien siendo realmente un hombre joven y queriendo pasar por un hombre nuevo, pudiera acontecerle cualquier día amanecer teniendo más años que Sagasta, Montero Ríos y Moret juntos.

Alvaro de Albornoz.

CÓRDOBA

Hacia los ruedos de Córdoba, por F. Ramos.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 3 de Noviembre de 1917 | NÚM. 63

Candidatura cordobesa anticaciquista

de coalición regionalista - republicana

Distrito primero (la Catedral).—*Don Francisco Azorín Izquierdo, arquitecto*

Distrito segundo (Alcázar Viejo y Campo de la Verdad).—*Don Rafael Navarro Castro, trabajador.*

Distrito tercero (San Nicolás).—*Don José Peláez Deza, industrial.*

Distrito cuarto (San Pedro).—*Don Bernardo Garrido de los Reyes, trabajador.*--*Don Juan Palomino Olalla, trabajador.*

Distrito quinto (Santiago).—*Don Mariano Salinas Diéguez, industrial.*

Distrito sexto (San Andrés).—*Don Enrique Suárez Aranda, trabajador.*

Distrito séptimo (San Lorenzo).—*Don Pablo Troyano Moraga, trabajador.*

Distrito octavo (Santa Marina).—*Don José Guerra Lozano, perito agrícola.*—*Don Marcial Simancas Otero, trabajador.*

MADRID DESDE CÓRDOBA

Hasta de la boca de los caciquistas más recalcitrantes ha desaparecido ya, en esta histórica semana de difuntos—a la hora en que escribimos esta impresión aún no se ha resuelto la crisis, en la que van siendo desechadas tantas y tantas combinaciones—las molestísimas frases acostumbradas: ¡No pasará nada! ¡Esto no tiene remedio!

Mucho de lo que había de suceder ya ha ocurrido y claramente se ve que la aplicación del remedio va ofreciendo los resultados que se esperaba.

Se está produciendo la renovación total y hondísima del país: esto es, juntamente, la revolución deseada por Maura desde arriba, por el pueblo desde abajo y enmedio por otros factores de la vida nacional.

Serena y enérgicamente, con seguridad plena, la Prensa toda y muy significadamente «La Correspondencia Militar», va diciendo cada nuevo día de crisis y ante las diversas proposiciones que han ido surgiendo: En España han concluído para siempre los antiguos procedimientos. Asistimos a la inauguración de una nueva era. El caciquismo ha muerto y nadie se atreverá a usar ni uno solo de sus procedimientos.

El pueblo, bien apercibido del cambio, ha perdido el miedo a los caciques y se comienza a reir de ellos, pensando que todos, como ocurre con los que por Madrid desfilan, están asistiendo a sus propios funerales. En breve, mañana quizá, los últimos resortes del poder se les habrán roto entre las manos y ya no serán temibles para nadie.

Es la renovación de toda España. Es la revolución desde dentro y desde fuera. Son las consecuencias de la guerra, que salva a España, porque la despertó y la apasionó, porque ha removido las ideas y ha alterado las antiguas circunstancias económicas; de suerte que el impulso ideal, de una parte, y de otra las necesidades

materiales de la vida, han determinado la explosión de todas las aspiraciones latentes en la existencia nacional. España tenía que renovarse para vivir y enérgica y decididamente ha emprendido la decisiva empresa de su total transformación.

Claramente se ve desde Córdoba que esto representa cuanto ahora está ocurriendo en Madrid.

Sigamos atentamente el curso de los sucesos. Cuidemos los hombres de Córdoba de que en nuestaa ciudad se noten prontamente las consecuencias del descuaje que en Madrid se viene operando, que esto ha de darnos la medida de aquello.

Atengámonos a la realidad. Si se conjura el problema de las subsistencias--con el abaratamiento de los artículos de primera necesidad o el aumento de los salarios o con ambas soluciones conjunta y armónicamente—; si se halla más facilidades para el trabajo, ahora tan angustioso; si los muchachos no tienen que guardar largo turno para ingresar en las escuelas, por falta de locales adecuados; si mejoran las actuales espantosas condiciones sanitarias de la ciudad, estremecida de punta a punta por el horror de dos epidemias, la viruela y el tifus—o fiebres paratíficas; ello es igual; el caso es que las criaturas se mueren enracimadas—cuyo asolador desarrollo aún no ha determinado una actuación enérgica y salvadora de la Junta provincial de Sanidad; si se aumenta el abastecimiento de aguas y se comienza el alcantarillado; si se quede sacudir la imposición oprobiosa de pintar como envuelta en flores a una población desventurada que se asfixia en las nauseabundas emanaciones de los pozos negros; si todo cambia, en fin, como de la noche al día, aquí nos constará a ciencia cierta que lo que allí ha pasado vale la pena de que haya ocurrido y que ha concre tado el esfuerzo que todos pusimos en procurarlo.

Mas si esto no ocurre; si la tradicional previa censura—harto quebrantada ya, ciertamente—no desaparece; si apenas se alce la voz, la vara ha de seguir cayendo sobre las costillas; si continúa con probabilidades de realidad aquel juicio denigrante que se fundaba en la presunción de que, de citarse a los hombres a las seis de la mañana para zurrarles la badana, algunos habrían de acudir a las cinco y media rogando que los despachasen pronto para no perder la hora de entrada en el trabajo; si no se afirma más y más el espíritu de solidaridad para ir todos a una en la defensa de quien no sea respetado en sus derechos; si en el censo electoral los micos siguen figurando por miles y miles—más que en Gibraltar y Tetuán reunidas; —si no se cambian las dulzuras obligadas y no sentidas por las advertencias saludables y rectamente impuestas; si la transformación no es tan intensa que lo de mañana sea tan distintos a lo de ayer como lo blanco de lo negro, entonces...

Entonces, si lo de Córdoba no se ha remediado, ello demostrará que tampoco habrá hallado solución definitiva lo de España.

Entonces habrá que redoblar la lucha en Córdoba para que, al fin y al cabo, en Madrid, en Barcelona o donde quiera que haya de fijarse en definitiva la capitalidad de la nación, a todos se ofrezca la plena seguridad de que se ha alcanzado la renovación deseada y que el conflicto de ahora había sido total y definitivamente resuelto para España entera.

Perlita y Luzbelina, bellas bailarinas que actúan en el Salón de Ramírez.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

Se abonará cinco pesetas por cada prueba fotográfica que se remita a esta Administración.

DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

La viruela y sus remedios

En determinadas épocas del año suena la palabra fatídica: «hay viruela»; los casos son numerosos, cunde la alarma, los organismos oficiales quedan enterados del asunto; se dictan disposiciones, se toman medidas que por tardías resultan estériles y luego todo queda igual y hasta nueva época en que el mal volverá a hacer sus estragos. ¿Es que no hay medios de atajarlos? Dos son los factores con que se lucha: la incultura de los unos y la penuria de medios para combatirlos; veamos si hay modo de solucionar el problema. Lo primero es convencer al pueblo no docto de la conveniencia de la vacuna; únese la falta de instrucción con los prejuicios de antaño: el niño es pequeñito, alegan, para vacunarle; además, tiene esta erupción; está en el destete, está echando sus muelecitas; y cuando nada de ello pueden decir, queda el último recurso: «¡revolver los humores! ¿Y para qué?—dicen.—Yo he visto niños vacunados llenitos todos de viruelas.

Y, es natural, es preciso aclarar todo ello. Ante todo, digamos que en época de casos de viruela no hay motivos para dejar de vacunar; esta operación, hecha ascépticamente, es completamente inocua, y las pequeñas molestias de la pústula vacunífera carecen de toda gravedad. Aun así, podía haber casos determinados lejos de los focos principales del mal, y en niños de tal estado de miseria orgánica, que sería prudente esperar. Ello queda a juicio de los facultativos, que son los únicos llamados a dictaminar. Pero hablemos con sinceridad: yo he visto casos que merecen reflexionar; vacunar es una intervención y requiere la más escrupulosa asepsia y la más absoluta garantía del producto vacunífero; en primer lugar, los virus empleados vienen muchos poco dosificados, y la consecuencia de ello es que sólo un diez por ciento prenden de los vacunos, y el vulgo juzga por ello que el niño es refractario al mal... ¡y no vuelven a vacunarle! Por otro lado, es indiscutible que vienen vacunas a las que se les ha puesto un revulsivo de la piel, y ello determina pápulas a las pocas horas; pústulas a los dos días, esfacetas subcutáneas que disecan la región deltoidea, unido a ello los efectos de tocar «con curas» que matan y dan lugar a linfagitis, con ademoflemones de la axila, y a brotes erisipelatosos que ponen en grave estado a los pacientes; y, por último, y ello es aún más lamentable: se ordena rondas volantes para practicar vacunaciones a domicilio sin un médico que los visite ¡y entonces hay que ver! Ni se desinfecta los sitios, ni el escarificador, ni se puede hacer reconocimientos previos; y así se ven luego desastres y se propaga «por vía humanitaria» la sífilis. Pensad en todo esto; verlo como se ve y comprendereis el horror que inspira a la muchedumbre, falta de cultura, la práctica de la vacuna.

El competente arquitecto y culto escritor don Francisco Azorín, uno de los elementos más valiosos de la intelectualidad de Córdoba, que, precisamente al ser anunciada la presentación de su candidatura en la próxima lucha electoral, ha sido trasladado a Canarias, mereciendo este hecho la enérgica protesta de «La Correspondencia Militar», «El Parlamentario», «La Acción», «El País», «El Socialista», «El Liberal» de Sevilla y otros periódicos.

¿Que cómo se remedia el mal? Muy sencillo: no dando padrones de pobres al que no estén vacunado; pero no es ello sólo: no dando padrones provisionales o de urgencia, que es un salvoconducto para librarse de la vacuna, pues para discurrir el pobre no es tan pobre, y ya se sabe que con urgencia se requieren servicios que no se dejan de cumplir y que, de ese modo, servicio médico benéfico no le falta.

Sabemos que la determinación es dura, pero más grave es el mal; y aún cabe vacunar, convaleciente, al que de urgencia acuda a los servicios benéficos municipales, así como a su familia, que quede de ese modo obligado a recoger el padrón provincial.

1. Para concurrir a las escuelas públicas es necesario, no el certificado de haberse vacunado, pues puede no haber prendido, sino certificación de que tiene cicatrices de haber servido la vacuna.

2. Habrá Centros de vacunación todo el año establecidos bajo la dirección de un médico, que reconocerá previamente todos los sujetos y cuidará de la desinfección más escrupulosa.

Pero ello no es todo. ¿Qué procede hacer donde hay un caso de viruelas? ¿Son conocidos todos los casos del mal? Desgraciadamente no; temerosos de las molestias que la declaración puede proporcionarles, se va a la ocultación; únese a ello el juicio que tiene formado de la dolencia, pues no cree que la medicina cuente con medios de refrenar el mal, y cuando las erupciones son discretas, ellos hacen sus curas; con trapo rojo en los huecos, con ruda en la almohada y colchones; los médicos no hacen falta; los levantan prematuramente y vienen nefritis consecutivas y debido a esa circunstancia en la primavera pasada visité a un enfermito víctima de una nefritis en una viruela discreta, pero que por falta de cuidado determinó su muerte, y en aquella casa existían ocho casos más y por cierto que en el patio de la misma se entretenían en arrancarse las costras dos o tres angelitos en periodo de desecación sus pústulas. ¿Que qué cabe hacer? En primer lugar dar conocimiento de que desgraciadamente la viruela es endémica y el remedio debe establecerse con carácter endémico, para evitar esas epidemias que en determinadas épocas asolan nuestros barrios.

Evitar se aproveche como vivienda esas casas cuyos bajos, antros de inmundicias y faltos de las más elementales condiciones de higiene, son panteones de más del cincuenta por ciento de los que viven en ellos.

3. Exigir a todos los dueños de casas establezcan retretes inodoros y de un cuarto con pilas para fregaderos en condiciones de salubridad.

4. Establecer el criterio de recompensar con largueza y con el mínimun de molestias las dotaciones que en concepto de indemnización se dé a los infelices que hayan sido víctimas del mal para reconstitución de su hogar.

5. Condenar con multas efectivas a los traficantes de ropa usada y objetos pertenecientes a la familia, y que ellos compran a bajo precio para luego propagar la desolación en la casa del desgraciado que adquiera de segunda mano alguna ropa u objeto.

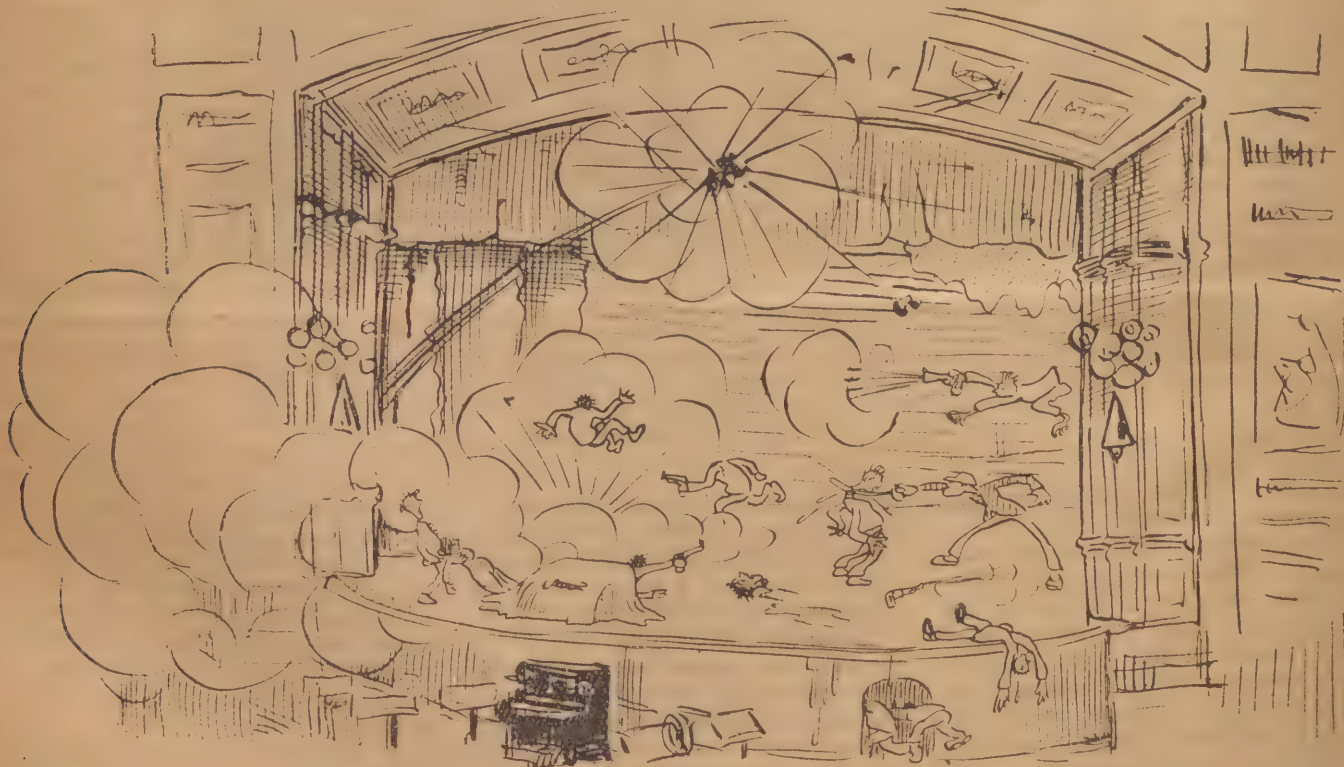
6. Llevar a la estufa de desinfección todo equipo de los enfermos y su familia y destruir por el fuego lo de escaso valor y no susceptible de fácil y rápida esterilización.

7. Practicar la desinfección de todos los locales en que haya habido un sólo caso y, a ser posible, la casa entera; este servicio, de capital importancia, dirigido por un médico, y en modo alguno encomendarlo a personal subalterno.

Estas medidas se ejecutan pronto, bien y con carácter permanente. Tendrá mucho que agradecer el alcalde que tome estas resoluciones y nunca con más justicia sería lógico rendir un homenaje de agradecimiento por librarnos así de algo que no sólo mata, sino que deshonra a los pueblos que lo sufren.

Dr. F. Linares y Vivar.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.



El suceso de anoche.—Final de un drama policiaco en el Teatro Circo del Gran Capitán.
Dibujo de Fz. Márquez.

LO DEL DÍA

—

DOS CONTRA DOS

—:—

Queriendo informarnos a fondo y formar un criterio autorizado de lo que supone esta especie de cataclismo bíblico que se llama «problema de las subsistencias», se nos ha ocurrido que lo más razonable para el caso sería sacar impresiones directamente de los distintos factores que intervienen en el conflicto.

Y nos hemos echado a la calle a caza de «interviews».

. . . .

En la casa del comerciante, propietario, etc., en una palabra, estamos delante del termómetro de los precios.

Saludos, apretones de manos...

Empezamos las interrogaciones.

—¿...?

—Sí, es natural que encarezcan los artículos de primera necesidad. Todo eso se está vendiendo afuera, y, claro, hay escasez y carestía...

—¿...?

—El prohibir la exportación es una medida que nada soluciona.

—¿...?

—Es verdad. La escasez se combate de ese modo. Pero el dejar de vender con buen beneficio afuera no es motivo para dejar de seguir ganando vendiendo adentro. Luego la abundancia de un artículo por cese de exportación no debe influir nada en su abaratamiento.

—¿...?

—Desde luego. Es imposible negar la capital influencia de la guerra en este estado de cosas. Tenga presente que todo, entiéndase bien, absolutamente todo cuanto se consume en forma de utensilios, vestidos, etc., viene del extranjero. Sabida es la poquísima importancia de la industria española. Aquí no se fabrica nada, y, claro es, viniendo todo, absolutamente todo, repito, del extranjero, el encarecimiento es lógico: dificultades de comunicación, escasez, bloqueo, submarinos... ¿la culpa? Si aquí hubiera industrias, si en España se fabricase algo...

—¿...?

—¡Por Dios no me hable usted de Cataluña! Sabadell, Tarrasa, Manresa. ¡Psh! Si, quizá haya allí algo de industria textil o mecánica... ¡Bilbao! ¡Los altos hornos! Amigo mío, eso no es nada. Cuatro fábricas que no bastan a las necesidades del consumo. Créame usted: todo lo que se vende es «Made in England» o «Mide in Germany». Puede convencerse. Puede ver esas letritas doradas escritas en cualquier objeto.

—¿...?

—Es usted demasiado suspicaz. Lo que acaba de decir es el resulado de un injustificado prejuicio del público en contra nuestra.

—¿...?

—Bueno, sí, las casas también han subido aunque no puedo negarle que son de producción nacional. Pero es que el poseedor de algo que legítimamente no esté afectado por la anormalidad existente, debe subirlo también para ponerse a nivel de los demás, para demostrar su solaridad, su disciplina, y no desentonar.

Damos por terminada nuestra entrevista.

Apretones de manos, saludos...

Y ya en la calle nos asalta más vehementemente la sensación de sorpresa, de estupor.

Nos parece no haber oído nada.

—

Ahora estamos atemorizados, encogidos, ante la formidable presencia de un señor bien comido, bien vestido, bien alhajeado y que por consiguiente, es ortodoxo, derechista, ecuánime, amigo del orden y del arreglo, respetuoso para las santas tradiciones que como un rico tesoro nos legaron nuestros mayores... Como a nosotros nos imponen mucho esas cosas venerables y este despacho austero y el vientre prestigioso de su propietario y el anillo que luce en un meñique, hacemos un interrogatorio tímido, bemolizado, balbuciente:

—¿....?

—Pero, fíjese usted: ¿quién acusa a las autoridades de inercia y de cruzamiento de brazos ante la situación? Ciertos elementos perturbadores, díscolos, oposicionistas sistemáticos, esa baja capa social sedienta de desorden y anarquía por lo que tienen de común con pillaje y escándalo. Afortunadamente, las instituciones fundamentales hacen caso omiso de esos equívocos alborotadores que, según dicen, reclaman «el cumplimiento de sagrados deberes contraídos hacia ellos» y hasta lo exigen «con toda la razón y la fuerza que les otorga el derecho de vivir». Esto me irrita, me subleva. ¡Reclamar, exigir! ¡Procacidad, cinismo, bellaquería!

—¿....?

—No exagero, no. No soy injusto. Vea usted cómo esos mismos elementos quejosos, descontentos, «oprimidos», «dominados» (¡oh, su innoble vocabulario!) son los que sostienen los cafés cantantes, los toros, las tabernas, en fin, el noventa por ciento de espectáculos y establecimientos donde gastar dinero. ¡Ellos, que, según dicen, no tienen para comer!

—¿....?

—Pero, mi incauto amigo, ¿sería usted insensato hasta el extremo de encontrar en los periódicos un fondo de razón? La Prensa que solivianta, que enerva, que excita a esos elementos donde la rebeldía general fe-

Pintores cordobeses.—El pintor de panderetas, por J. Serrano

raz como mala hierba, es un daño más que añadir a los muchos que padecemos. Gracias que tenemos la censura y el lápiz rojo como suero contra esa infección. Un papel impreso es el veneno del pueblo. Guttenberg es un delincuente de lesa humanidad. (Se da unos papirotazos en la pechera inmaculada para sacudir un polvillo imaginario). ¡Y aún merecen la aprobación de ciertas gentes esos infames demagogos, esos ciegos desequilibradores que dicen cruelmente «¡Pueblo, lee»!

—¿....?

—Sí, es lógico que le causen asombro mis palabras. Los jóvenes del día, desgraciadamente, no están acostumbrados a escuchar los consejos de los hombres juiciosos.

Más papirotazos en la pechera.

Nosotros admiramos en silencio aquel sólido puntal de la sociedad. El puntal acaba por despedirnos con protectoras palmaditas en el hombro. Hasta nos tendió cordialmente la mano del anillo, que apenas nos atrevimos a estrechar con cuidado.

—

Esta vez es en el estudio de un señor que en tiempos fué político. La tendencia de sus ideas ha sido el fruto de la labor empírica que supone vivir cincuenta años y de la labor especulativa que representa meditar y rumiar lo leído durante treinta. Podemos distinguir los libros que tiene alineados en estantes. Son de los «venenosos». Muestran las diferentes tendencias de un mismo ideal generador: desde Tolstoy, el apóstol, hasta Proudhon, el fanático, pasando por Engels, Kropotkine y Carlos Marx.

Estos libros nos alientan como un aplauso oportuno. Y, decididos, abordamos a nuestro hombre:

—¿....?

—No puedo decirle nada que interese. Sabe que ya no hago política. Mi retirada ha sido el último acto de obediencia que he tenido para los mandatos de mi dignidad. Además, el conflicto sobre que me interroga corresponde solucionarlo a los economistas y yo no lo soy.

—¿....?

—Considero la base de todo, el origen único del mal, a la apatía, a la malaria de la energía, que tiene prisioneras nuestras fuerzas. Este marasmo es inexplicable como un monstruo y dañino, como una enfermedad, y de esto hay que culpar al pueblo principalmente.

—¿....?

—¿Para qué? Además, es imposible ya detener este suicidio popular. No vea en mí nada de claudicación ni de apostasía, sino un amargo desaliento causado por la evidencia de que ya todo es inútil. Los mismos que se ahogan en la charca de su embotamiento y de su cretiniamo, se declaran en huelga de actividad y sólo tienen para su situación la eterna lánguida protesta meridional, la consabida queja de esclavo árabe, los miserables comentarios de idiotesca jocosidad.

—¿....?

—Ya le digo que es imposible atajarlo en la caída. No cabe apostolado redentor. Esperemos que llegue al fondo del abismo y, cuando sienta el golpe que le hiera en la carne, vendrá la reacción, el renacimiento, la aurora de una nueva vida....

Nos despedimos. Una última ojeada a los libros. Al fin, salimos, dejando allí a Tolstoi, a Kropotkine y a nuestro amigo. Comentamos sus palabras. Estamos de acuerdo en que están aromadas de nanké.

—

Nos hemos dejado de más «enquetes».

Tememos embrollarnos más que antes estábamos.

He aquí lo que dicen unas cuantas voces que han llegado hasta nosotros:

El comerciante: yo enciendo una hoguera bajo el mercurio de mi termómetro. El señor de las tradiciones: el pueblo es una gavilla de locos. El consumidor: a mí me están tomando el pelo. El gobernador: hay nombrada una junta de subsistencias. La junta de subsistencias: voy a reunirme para cambiar impresiones. El socialista convertido en escéptico: nada vale la pena de hacer nada. El pueblo (coro general): yo no puedo vivir...

El comerciante habla en comerciante, el consumidor en consumidor, la autoridad en autoridad y el pueblo en pueblo. Estos idiomas tan diferentes reducen el conflicto al de la diversidad de lenguajes; de lenguajes únicamente, porque si los que los hablan cambiasen de «nacionalidad», mudarían también de idioma.

Pero, mientras tanto, el pueblo no entiende a la autoridad, ni el consumidor al comerciante; luego un acuerdo entre estas entidades será tan fácil como el de una discusión entre Lutero y Santo Tomás o Nietzche con Laromigniére.

Permítasenos una aclaración. Un mediano estudio fisiológico nos enseña que la etimología del lenguaje pueblo y la del idioma consumidor son muy parecidas y permiten cierta inteligencia. En igual caso se hallan las lenguas autoridad y comerciante. Dos contra dos.

Acabamos por considerar la vida de la humanidad como una nueva Torre de Babel que se elevara hacia su cielo, a su ideal de perfección. Y encontramos un poco triste que este bello edificio se desmorone fatigosamente, abandonado de sus obreros, en los que reina la discordia por su desigualdad de lenguajes y de «nacionalidad»...

R. Porlán y Merlo.

Sevilla Octubre 1917.

Pepila Ibáñez, bella cancionista valenciana que actúa con éxito en el Salón de Ramírez.

...Y soñé con la escuela regional, profundamente social

A mis amigos del Centro Andaluz

Sentimos renacer nuestra esperanza en una humanidad mejor, cuando contemplamos a través del tiempo los enormes progresos que la escuela primaria ha realizado en otros países. Sentimos que el alma se alboroza al observar conmovidos que el pensamiento tan elevado, el sueño de perfección por el que han luchado los mártires dela educación, ha llegado a ser razón de ser, fundamento y guía de la escuela moderna.

El sacrificio heroico de Comenio, aquel hombre desgraciado, que soñó con la escuela del hogar y con la del pueblo; el martirio de Pestalozzi, el santo pedagogo de Zurich, por la causa noble y cien veces santa de la educación, fundador de la escuela popular, redentor de los humildes, libertador de los ignorantes, el que pudo resumir su vida diciendo: «he vivido como un mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres.» El amor sin igualde Rousseau a la naturaleza, cantada por él como nadie la cantó, sentida con tan hondo sentimiento que dəspués de siglo y medio nos inflama y conmueve; las paradojas educativas del filósofo ginebrino, sus pensamientos ya brillantes, ya sólidos, como los anteriores esfuerzos por la regeneración de la humanidad, no han sido estériles; la semilla fructificó y encarnó en la institución más grande del siglo XIX: la escuela popular.

Pero el siglo actual pide más, mucho más; quiere ante todo que la escuela deje de ser algo distinto, apartado, divorciado, en una palabra, del pueblo, de la región y de la nación; aspira a que su recinto se abra de par en par al espíritu del siglo y encarne en un tipo de escuela social, encargada de difundir el factor más potente de todo progreso: «la solidaridad social».

En nuestra patria, más que en otra alguna, hay que buscar en la falta de nexo social, en el espíritu individualista disolvente, una parte no pequeña de nuestros males. Costa ¡el gran Costa!, Macias Picavea, Unamuno, cada uno con su peculiar estilo de pensadores profundos y originales, han indicado los mismos males: individualismo, falta de espíritu colectivo, política de aislamiento... y una triste tendencia a convertirse cada español en un cantón independiente. La escuela popular es la encargada de remediar esa gravísima dolencia de nuestro carácter nacional, y ha de remediarse pronto, porque cada día actúa con más fuerza ese enérgico disolvente de una raza que tantas y tan grandes pruebas dió de su vitalidad.

Lo más triste de nuestra escuela primaria es que al abandonarla, no queda en nosotros casi nada de ella y en ella nada absolutamente de nosotros; salió el niño de la escuela y todo vínculo se rompió; si el maestro fué cariñoso, amable, bondadoso, nos quedará en un principio una dulce simpatía por la escuela y el maestro, que se irá poco a poco esfumando hasta casi desaparecer de nuestro espíritu el recuerdo (que debiera ser inolvidable) de la vida escolar y si el maestro fué duro, tirano, si no tuvo aquellas raras cualidades que Herder condensó en la palabra «gracia», entonces el niño al salir de la escuela (en todos sus grados) como el joven al salir de otros centros, lanza un grito formidable de liberación.

¡Qué tristeza! Olvidar esos dulces afectos de la infancia, amigos y maestro, los libros que nos enseñaron a amar nuestro pueblo y nuestra región, aquellos simpáticos libros que al contarnos de un modo senci-

Escena de Córdoba.—Pelando la pava.
La nena: —¡Ay, Pepe, no te separes tanto, que así no te oigo y la gente pasa por entre nosotros.

Dibujo de Fz. Márquez.

llo las grandezas del pasado, cautivaron nuestro espíritu y hasta alguna vez emocionaron al niño candorosamente; los que nos hablaban de grandes artistas del pasado, que vivieron en casas muy semejantes a las nuestras, que pisaron la misma santa tierra que nosotros pisamos, que percibieron el mismo horizonte... olvidar todo esto y sobre todo al maestro (si fué verdaderamente educador) es tremendo, porque fué él quien despertó nuestro espíritu y encendió la por entonces tenue luz de nuestro ideal.

Y si de todo eso se olvidó el espíritu del niño ¿qué extraño es que olvide al pueblo, que lo abandone sin pena, que hasta a veces se convierta en crítico feroz y desaprensivo de la tierra que lo vió nacer? ¿Cómo amar otras instituciones locales, regionales, de la nación quien olvido la santa institución que tiene en sus manos el secreto del porvenir?

Otra cosa sería si un ideal fuerte y progresivo rigiera nuestra vida docente, amor a la región, a la patria, formación del carácter, desarrollo de la actividad, desenvolvimiento de los sentimientos sociales de solidaridad y simpatía. Otra cosa sería si además del bagaje (las más veces excesivamente pesado) de los conocimientos, al salir de la escuela nos encontráramos en posesión de normas de conducta, como ser natural y social en sus diferentes aspectos (perteneciente a la gran colectividad humana, a la patria, a la región y al pueblo o ciudad natal).

La escuela comienza en España a darse cuenta de su papel, ¡pero qué lentamente! Reconoce que ha de convertirse en un factor social de tal importancia, que sea como institución social que resuma a todas; reconoce que debe mirar más al pueblo y sus necesidades, a la región y sus tradiciones, usos, leyes, desarrollo agrícola e industrial, etc., que a un tiempo confuso, uniforme, en el que falta ese sentimiento superior de amor a la patria, amor serio, hondo y hasta un poco triste, sin el cómico optimismo que tan caro nos cuesta.

Todo esto reconoce, pero su andar es lento, tan lento que las naciones que hoy se destrozan, en las que se han consumido tan valiosas energías, tendrán tiempo, al terminar la cruenta contienda, de que los muchos años que nos llevan de delantera, se aumenten y cada vez nos sea más difícil incorporarnos a Europa.

La tendencia antisolidaria se manifiesta desde la infancia en nuestro país, y es la escuela primaria la encargada de remediar esa lacería de nuestro carácter nacional. Robustecer instituciones complementarias de la escuela, como las asociaciones de antiguos alumnos, que engendran amistades duraderas, afectos verdaderos que ligan a los ciudadanos con la escuela, y, por tanto, con su ciudad natal y con otras instituciones; desarrollar el ahorro escolar, mutualidades infantiles para que desde la niñez se acostumbre el futuro ciudadano a privarse de lo superfluo para cuando tenga que satisfacer lo necesario, apreciando desde la infancia el valor que adquiere la vida cuando la realizamos socialmente; despertar el amor a la naturaleza (árbolos, flores y pájaros); comunicar la escuela con la vida, sacando con frecuencia al niño a visitar museos, fábricas, granjas, etc.; alegrar la vida escolar, tan triste, tan monótona de ordinario, con festivales escolares, lecturas dominicales, reuniones familiares etc., reunir a los niños en colonias, escuelas al aire libre, públicos campos de juego; cada una de estas instituciones y todas ellas tienden a despertar en el niño, el sentimiento de asociación, la simpatía por sus conciudadanos, el amor a su ciudad natal, el aprecio a su título de ciudadano, cualidades que son base de todo progreso verdadero.

Hermoso ejemplo nos dió hace años un centro superior, la Universidad de Oviedo, y aquel movimiento hacia la Universidad popular, tuvo un marcado sabor regionalista, es decir, netamente asturiano. Su apologista fué el inolvidable maestro don Francisco Giner, sus organizadores, el íntegro Buylla, el inolvidable Clarín, el ilustre Posada, Melquiades Alvarez, etc.

Terminemos con estas palabras del gran pedagogo Juan Federico Herbart. «En el seno de la juventud es donde se refugian nuestras esperanzas, confiando en que la humanidad, educada con más esmero que en el pasado, podrá realizar cosas hasta aquí desconocidas».

Antonio Gil Muñiz

HOMBRES NUEVOS

—

La candidatura anticaciquista y los trabajadores

—:—

¡Queremos hombres nuevos que impongan normas nuevas! Este es el grito que brota de todos los pechos honrados y que pronuncian los labios de todos los que sufren las consecuencias de la funesta situación que padecemos, lanzándolo como un anhelo de redención.

Sobre la base de este lema publicóse en Córdoba un manifiesto a la nación, en el que hombres de todas las clases sociales proclamaron la necesidad de producir un cambio de procedimientos que concluyera con el viejo sistema que nos va conduciendo cada vez más aprisa al desastre final, sin que a los desgobernantes les importe la proximidad del precipicio hacia el que han lanzado a la nación.

Este manifiesto repercutió en todo el país y aún encontró eco más allá de nuestras fronteras, demostrándolo, entre otros, el hecho de que un importante periódico de París, tratando de la situación de España, observe que se halla ésta en la postrera agonía, pero que, en un rincón de Andalucía, un puñado de valientes han dado la voz de alarma y prepáranse a toda costa a evitar el desastre.

Ya en números anteriores de este periódico, los cultos obreros Bernardo Garrido, primero, y Pablo Troyano, después, han hecho un llamamiento al pueblo obrero de Córdoba para que se apreste a la lucha y los trabajadores cumplan su deber de ciudadanos y buenos patriotas.

Nada más justo ni más hermoso: si en los momentos actuales, en que cuarenta y ocho provincias contemplan a Córdoba, esperando que sabremos responder con hechos a cuanto se decía en el manifiesto, abandonásemos a ese puñado de valientes ciudadanos que, en franca lucha, van a exponer sus pechos en el alzamiento contra los caciques y no prestásemos nuestra ayuda moral y material a quienes generosamente y sin ambición ninguna van a presentar franca pelea, no seríamos dignos de llamarnos cordobeses y mereceríamos que todo continuase como hasta aquí.

Nunca más se nos presentará una ocasión como la presente para vencer; pongamos todos cuanto esté de nuestra parte; hagamos un esfuerzo y con fe inquebrantable luchemos en las urnas, sin pesimismos y con entusiasmos, pensando que se vota, no por este partido o el otro, como acertadamente afirmaba Pablo Troyano, sino en favor de la nueva democracia que surge en este pueblo y que es el prólogo de la era de libertad y progreso que ha de salvar al país; y en la calle con bríos y energía en cuanto sea preciso para que las elecciones se verifiquen sincera y legalmente y quede prácticamente anulado el falso censo de ausentes, enfermos, indiferentes y muertos.

Trabajadores: de nuestro esfuerzo propio depende la victoria; ha llegado el momento de demostrar ante España que Córdoba deja de ser tierra de flamencos y toreros para revivir los prestigios que Séneca, Averroes y toda la extensa legión de hombres de talento que en ella nacieron hubieron de concederle.

Hay que conceder eficacia a nuestra protesta contra los desgobernantes que han causado el desmoronamiento del país. Que nuestra actuación de rebeldía repercuta en toda España; no debemos ni queremos

Asistentes al banquete celebrado en Fernán Núñez en obsequio de don Andrés Berral Alba (+), que en la Facultad de Medicina de Madrid ha obtenido el primer premio extraordinario. Fotografía de Alhama

Escena del drama «La muerte del Príncipe, de los señores Garzo y Mori, estrenado con mucho éxito en el Teatro Circo del Gran Capitán. Fotografía de A. Torres

legar a las generaciones futuras la misma España que nos legaron a nosotros y en la que se gritó «¡vivan las caenas!»

No debemos hacernos cómplices de quienes llevaron a España a los desastres de Ultramar y Africa y la empujan hacia un último desastre, en el que nuestra patria desapareciese por completo y descendiéramos hasta la condición espantosa de pueblo sin bandera.

No debemos resignarnos mansamente a esta situación en la que se encarcela a los buenos «mientras suelto el ladrón va por España».

Debemos, pues, obreros de todas las artes, laborar por la renovación del país, para que nuestros hijos no tengan que avergonzarse de la España que les leguemos y en la que tantos bríos y fuerzas se ha demostrado para protestar contra un torero, hasta el puntode quererlo matar, porque realizó una mala faena, y ni siquiera se protestaba contra los culpables de tanto mal como sufrimos, cuandotantas malas faenas nos han venido haciendo.

Francisco Muñoz Leal.

Domingos de otoño

El otoño sevillano, suave y florido como primavera, no se parece al de otras regiones; aquí no se nota ese tinte de melancolía, desilusión y tedio, tan peculiar de los meses otoñales; la juventud del año se prolonga y la naturaleza conserva buena parte de sus galas, como mujer hermosa, en la plenitud de la vida.

Estos domingos de otoño son encantadores en nuestra ciudad; si estuviese lejos de ella sentiría la honda pena de las grandes separaciones. ¡El domingo! Bendito día de descanso, consagrado por la religión, por la costumbre y por la necesidad; ¡cómo esperan tu llegada, con alegría que tiene mucho de infantil, las humanas abejas que sin cesar laboran durante la semana en el taller, escritorio, aula, fábrica o clase...!

El organismo parece renovarse con el aire perfumado de los jardines de la ciudad, y el alma, en reposo durante breve espacio en el templo, tambien se vivifica y fortalece con brisas que vienen de lo alto.

Por los paseos se derrama la gente, ávida de luz y aire, cosas de que muchos carecieron durante la semana. Todos llevan sus mejores trajes, su calzado flamante; componerse los domingos y salir de paseo no es elegante, no es ditinguido; ¡pero cómo habla en favor de un pueblo este «dominguismo!» Cuanto más trabajen sus individuos, más apetecerán éste día y con mayor fruición gozarán de los encantos de la naturaleza o de las diversiones más en armonía con sus gustos.

En Sevilla, la gente pasea por el Parque, ese jardín de inenarrables bellezas, o por la orilla del río, contemplando las embarcaciones y las sorbebias puestas del sol; otros prefieren las ventas, que en los caminos brindan al paseante vino en abundancia y plebeya alegría, y otros, alejándose más, encuentran en los vecinos pueblecitos hartas ocasiones de admirar los encantos del paisaje, si tienen sus ribetes y manías de poetas, o de reforzar el estómago, si sus aspiraciones son menos elevadas y más gastronómicas.

Sevilla ríe, en esos domingos de luz y de aire tibio, con una alegría franca y espontánea; en la masa de este pueblo hay un fermento de optimismo, sano y consolador, que forzosamente se exterioriza por la más pequeña causa: un día de sol, un organilo que toque, unas copas de vino, bastan para hacer olvidar las penalidades de la semana. El pueblo que así siente será siempre feliz, digan lo que quieran sociólogos y pensadores.

¡Dios mío, por qué no podrá disfrutar todo el mundo de estos bellos domingos de sol!

Amantina Cobos de Villalobos.

LA ACTUALIDAD

Literatura y subsistencias

El público empieza a tomarle gusto a todo lo que sea abordar el tema del exorbitante encarecimiento de las subsistencias. Pasa inadvertido, o casi inadvertido, aquello que afecta a problemas de orden espiritual, y en cambio recibes veinte cartas en cuanto te decides a poner una nota al margen de los problemas estomacales.

¿Tiene o no tiene razón el lector? Desde el punto de vista romántico, literariamente romántico (tal ocmo se entendía el romanticismo a mediados del siglo XIX), el escritor debería de sentir un profundo desprecio por esas preferencias. Todavía algún rezagado sigue concediendo escasa importancia a los problemas de orden material, y colocado en un plano superior, se cree con derecho a soñar despierto. Pero ya quedan, de la romántica colección, muy escasos ejemplares. Por fortuna, el escritor se ha dado exacta cuenta de que es uno de tantos factores sociales. Ni mejor, ni peor que el resto de la humanidad. Y, sobre todo, ha llegado al convencimiento de que el estómago es la caldera que da impulso a la complicadísima maquinaria humana, así en el honrado tendero, como en el filósofo sutil.

El que nos dió la clave fué Bossuet, cuando dijo: «No siento afición por la riqueza; pero confieso que de llegar a tener tan sólo lo necesario, hubiérame sentido cohibido y hubiera perdido más de la mitad de mi talento.»

Lo que hay es que los españoles parece que no nos hemos enterado hasta ahora. Díganlo si no toda esa serie de ilustres hambrientos que han dado días de gloria a las artes y a las letras.

De la Sierra de Córdoba.—La huerta de los Arcos.

Todo tiene sus límites. Y esto... se acabó. El problema de la alimentación nos preocupa a todos por un igual. Y no sabemos a quién admirar más, si al Baroja panadero o al Baroja escritor. Que es lo mismo que nos ocurre al pensar en los guisos imponderables y suculentísimos que sabía preparar Balzac con las mismas manos que luego se ocupaban en manejar la pluma y las cuartillas.

De tal modo opinamos así, que hoy, al ocuparnos del problema de la alimentación, no es que «descendamos» del Parnaso para poner nuestra pluma al servicio de un problema que trae de cabeza a los pobres mortales, sino que nosotros mismos — ¡pobres de nosotros!—, tan mortales como el que más, andamos a la caza del solomillo, de la merluza o de las judías, con los mismos entusiasmos y convicción con que pueda hacerlo un cochero.

Con esta disposición de ánimo, en que el siglo XX coge a los escritores, salen ganando todos los ciudadanos. Los literatos que hasta el presente se complacían amargando la existencia del lector con temas que a éste le importaban un bledo o una higa—cosas ambas que ahora sí nos importan a todos—no tendrán más remedio, obligados por las circunstancias, que ocuparse de los comestibles o resignaarse a que ningún periódico admita sus escritos.

El público quiere que seamos intérpretes de sus anhelos y aspiraciones. El público quiere—con el clásico — comer primero y luego filosofar.

Y hace bien—¡qué caray!—, hace santamente. Eso de que unos cuantos señores se hinchen de dinero a costa de nuestros estómagos, no puede consentirse.

¿Política? ¿Literatura? ¡Bah! ¡Monsergas! El periódico del día será el que en su artículo de fondo arremeta contra tal o cual acaparador; relate en la sección de sucesos los robos llevados a cabo por esos y los otros tenderos se haga eco de las quejas de las cocineras que se ven, las pobres, imposibilitadas de sisar ante los precios inauditos de los comestibles, y—como única concesión a la literatura—reproduzca los inmortales versos de Baltasar del Alcázar:

«La ensalada y salpicón—Hizo fin: ¿Qué viene ahora? La morcilla. ¡Oh, gran señora,—digna de veneración.— ¡Qué oronda viene y qué bella!—¡Qué través y enjundia tiene...!»

Nada, nada. O nos decidimos a hacer eso, o el público nos va a volver la espalda.

Señores periodistas: ustedes verán lo que les conviene.

Santiago Vinardell.

HACIA LA RENOVACIÓN

IDEALES

Al ideal del gobierno de la ciudad por la ciudad misma, y al gobierno de la región por la región, es decir, al ideal de una administración autónoma, expeditiva y simplificada, deben tender las aspiraciones renovadoras que ahora van tomando cuerpo, y que realmente responden a una necesidad lógica e imperiosa de los tiempos que corren.

Que el Estado gobierne en lo que le es peculiar y privativo de su existencia, como regulador del organismo colectivo nacional; pero que deje flexibles y ágiles los organismos locales y regionales, en lo que es mera expresión orgánica y administrativa de su vida interna, de su desarrollo y defensa de intereses, de lo que genuínamente tiene un carácter determinado y particularista de valor local, provincial o regional.

Extender las funciones del Estado en una prolongación de autoridad intromisora, susceptible y absordente, hasta la periferia de la nación, de forma que las administraciones locales resulten mediatizadas y sin iniciativas ni personalidad eficaz, como ruedas serviles de una inmensa maquinaria de centralismo dictador y tiránico, es llegar a lo que hemos llegado y que todos padecemos, a que Ayuntamientos y Corporaciones no puedan dar un paso ni lanzar una iniciativa sin que el antipático centralismo obstruya, dificulte y sea verdaderamente una rémora de todo lo que en orden a los intereses urbanos o de la provincia exige actividad y diligencia persistentes.

¿Quién como los organismos directores, el Ayuntamiento y la Diputación, en la labor de la vida comprovinciana, conocen mejor la aspiración y las necesidades públicas y sociales, y cuál otro que ellos mismos pueden ser el ejecutor de tales demandas?

Las provincias, como las poblaciones, sufren el terrible mal de este monstruoso absurdo, que ata en un sin fin de trámites y formulismos burocráticos la vida de los pueblos.

¿La regeneración? La regeneración está en reintegrar a las regiones su personalidad, y a las localidades sus fueros y privilegios administrativos; el privilegio y el fuero de gobernarse con conciencia propia, en lo que es patrimonio de la ciudad.

El día en que fortalezcamos la personalidad regional, y fortalezcamos también la personalidad de los Municipios, ese día el centralismo habrá empezado a decaer. Su ocaso no se hará esperar mucho. Y entonces será llegado el momento de los grandes adelantamientos urbanos y de los efectivos progresos de las poblaciones. Elevando por el valer de los hombres el derecho de la petición o de la protesta, realizaremos la emancipación del Municipio y de la región, que es el verdadero ideal de la reivindicación y regeneración patria.

José Laguillo.

CÓRDOBA

Notas de sociedad.—Ilustres viajeras. Para pasar una larga temporada en el campo de Córdoba, han llegado la Verdad y la Justicia

Por Alfonso del Rosal.

15 Cénts.

CORDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 10 de Noviembre de 1917 | NÚM. 64

Candidatura cordobesa anticaciquista

de coalición regionalista - republicana

Distrito primero (la Catedral).—*Don Francisco Azorín Izquierdo, arquitecto.*

Distrito segundo (Alcázar Viejo y Campo de la Verdad).—*Don Rafael Navarro Castro, trabajador.*

Distrito tercero (San Nicolás).—*Don José Peláez Deza, industrial.*

Distrito cuarto (San Pedro).—*Don Bernardo Garrido de los Reyes, trabajador.—Don Juan Palomino Olalla, trabajador.*

Distrito quinto (Santiago).—*Don Mariano Salinas Diéguez, industrial.*

Distrito sexto (San Andrés).—*Don Enrique Suárez Aranda, trabajador.*

Distrito séptimo (San Lorenzo).—*Don Pablo Troyano Moraga, trabajador.*

Distrito octavo (Santa Marina).—*Don José Guerra Lozano, perito agrícola.—Don Marcial Simancas Otero, trabajador.*

Vísperas electorales

En la declaración ministerial publicada por el nuevo Gobierno, consigna este que no constituye «una fusión, sino una unión circunstancial y transitoria, encaminada a continuar la política de neutralidad que ha mantenido España desde el comienzo de la guerra; a ejercer una acción inmediata y vigorosa en la resolución de los problemas económicos que las circunstancias plantean con apremio inaplazable; a prestar desde luego la debida atención a las primordiales cuestiones relacionadas con la defensa nacional, y a convocar unas nuevas Cortes, elegidas con abstención de toda intervención gubernativa, en garantía y seguridad de lo cual adoptará el Gobierno medidas y resoluciones adecuadas. Es propósito del Gobierno que las ansias de renovación que siente la sociedad española encuentren cauce normal de realización en un Parlamento que sea representación fiel de la voluntad soberana del país, y con plena autoridad legal y moral pueda deliberar y resolver acerca de los problemas de orden público, económico, jurídico y social que afecten a la vida y al porvenir de España».

Se añade que el Gobierno, «que hubiera deseado llevar a la presente renovación de Ayuntamientos las normas todas en que ha de inspirar su conducta electoral, aplazando para ello la convocatoria, ha creído, sin embargo, que la delicadeza y el deseo de no pertubar la vida local le obligaban a desistir de su primer pensamiento ante la realidad de las proclamaciones ya definitivas hechas en el día. Recobrando el uso expedito de todas las facultades del Gobierno, después del período electoral, anuncia un criterio de severo y detenido estudio para todo recurso que se entable legalmente. Es también propósito del Gobierno que se asiente la composición y constitu-

ción de los Ayuntamientos sobre la voluntad de los electores a través de sus elegidos, reservando para casos excepcionales el uso de las facultades gubernativas del nombramiento que otorgan las leyes».

Consígnase tambien que, «durante el tiempo indispensable para que pueda empezar a funcionar de nuevo Parlamento, el Gobierno reclama y espera merecer de la opinión del país un crédito de confianza para atender a la resolución de todas aquellas cuestiones que en las circunstancias presentes no admite demora.»

Claramente se desprende, por tanto, de la declaración ministerial, que el Gobierno se ha constituído en primer término para garantir el funcionamiento legal y sincero del cuerpo electoral.

Mañana comenzará a ponerse a prueba, a plena realidad, este anhelo, compartido por España entera, desde todos los puntos de vista del movimiento renovador emprendido hace unos meses con expresiones tan decisivas como las que le concedieron las Juntas de Defensa, la Asamblea de parlamentarios y la huelga general.

De las elecciones a diputados y senadores, las que mañana han de celebrarse constituirán una preparación y una prueba, y por ello se les otorga importancia tan grande y han promovido una agitación y un apasionamiento tan extraordinario.

Ello es saludable y esperanzador, porque permite creer que los electores cumplirán su deber y reclamarán que la ley sea observada escrupulosamente.

En esto ha de estribar la renovación: en que los electores actúen decididamente y en que la votación se verifique con plena sinceridad, para que obtengan las actas quienes real y verdaderamente hayan sido elegidos por sus conciudadanos, sufragio a sufragio, sin subplantaciones, sin violencias, sin pucherazos.

Todos deben intervenir, cualesquiera que sean sus convicciones, porque el mayor daño que pueda causarse será el de la abstención.

Quien quiera que sea el elegido, desde la extrema derecha hasta la izquierda más avanzada, si totalmente debe la designación al cuerpo electoral, merecerá el respeto de todos y por derecho propio ocupará su puesto.

Concediendo unas veces el sufragio a la persona, por la confianza que sus condiciones particulares merezcan; a las ideas otras, por colocarlas por encima de todo, fiados en su virtualidad; otras a aquellas grandes figuras españolas que, por el valimiento y prestigio de que disfrutan, sus adictos y admiradores les quisieran siempre como concejales de su barrio, diputados de su pueblo y ministro de su nación, impónese la actuación de los electores, por el barrio en que viven, por el pueblo a que pertenecen y por la nación que, en última instancia, a todos nos comprende.

Los abstenidos, que antes formaron la masa neutra y actualmente constituyen la opinión independiente, están obligados a intervenir, porque ante la importancia de los momentos presentes ningún motivo abona la prolongación de su apartamiento.

El pueblo, los obreros, los trabajadores—todos en fin de cuantas deben considerarse como formando parte del pueblo, por ser obreros y trabajadores en la particular manera de vivir de cada uno—deben actuar asimismo decididamente, porque de su mejoramiento se trata en primer término y porque ha de demostrar, en un arranque decisivo, que no merece—¡quién puede merecer la injusticia!—el denigrante y mostruoso juicio de que deben persistir los viejos procedimientos porque, si se procediera como está dispuesto y se reclama, la cosa pública pasaría al dominio de una masa que no tiene capacidad ni preparación.

¿Capacidad y preparación para qué? No será ciertamente para la aplicación de los procedimientos caducos que España ha mandado retirar, y esto es lo que le salva. Rige en España la ley del sufragio universal y hay que cumplirla o reformarla, si a tanto se atreven los desgobernantes.

Mas examínese en toda su extensión la maldad de aquel juicio. La masa general—la gente pobre, los analfabetos, los desarropados—trabajan como negros, tributan directa e indirectamente en proporciones tremendas, satisfacen anónima y generosamente la contribución de sangre que reclama el servicio militar a la patria; ello no obstantes, la necesidad les agobia, la salud les falta, carecen de ilustración, no tienen por parte del Estado amparo en la vejez... Y cuando llega una ocasión propicia—la lucha electoral—para que el pueblo intente salvarse por sí mismo, se expone el juicio oprobioso: no se le puede dejar el campo libre porque no tiene capacidad ni preparación.

¿Qué es esto? ¿Cómo tolerarlo sin que la indignación inflame los pechos y salga a los labios en frases de enérgica protesta?

¿Quiénes sois vosotros para decir tal cosa?

De las contribuciones de trabajo y sangre que este pueblo sufrido hubo de satisfacer tan pródiga y sumisamente ¿qué hicisteis? En cuanto a la primera ¿dónde está la riqueza pública, los servicios generales bien organizados y dispuestos, las comucaciones, las escuelas donde ese pueque satisface las atenciones del presupuesto de Instrucción pública hubiera podido dejar de ser analfabeto? En cuanta a la segunda ¿dónde están las provincias maravillosas que España tuvo en Ultramar, qué pasa en Marruecos?

El recuerdo inextinguible de la catástrofe de Ultramar y la situación actual de España, sobre la que recogisteis y aplicasteis los procedimientos que usabais en las colonias, igualmente os condenan.

¡Sois vosotros los que no teneis ni capacidad ni preparación para regir los destinos de España! Harto lo habéis demostrado.

Esta es la razón principal para que se reclame la activa intervención del pueblo, habida cuenta de que, por muchas equivocaciones que cometa, su actuación nunca podrá ser tan mala como la que han realizado los desgobernantes que han dejado a España en punto de disolución.

El pueblo se dispone a salvarse por sí mismo y ya que a él todos pertenecemos, porque cada uno en lo suyo es un obrero, un trabajador, ayudémosle con nuestra actuación sincera, interviniendo con los sufragios verdaderos y favoreciendo el legal funcionamiento del cuerpo electoral.

Cada cual según sus convicciones, intervengamos todos, por el barrio en que vivimos, por el pueblo a que pertenecemos y por la patria española que a todos nos comprende, que estas elecciones, en el orden nacional, son preparatorias de las generales que en breve se han de verificar para concluir la liquidación de los viejos sistemas y con ello salvar a España de una vez y para siempre.

Asamblea de las provincias andaluzas

Ronda, 1917.

Andaluces: Ha llegado la hora de que Andalucía, la región que siempre fué más civilizada de España, y, en ocasiones, la nación más civilizada del mundo, despierte y se levante para salvarse a sí misma y salvar a España de la vergonzosa decadencia a que han sido arrastradas durante varios siglos por los Poderes centrales, presididos por hombres inconscientes o malvados.

Es preciso concluir de una vez con la oligarquía nacional, representada por estos hombres.

Hay que fortalecer la vitalidad de las Regiones y Municipios, reconociéndoles los fueros que a ellos corresponden por naturaleza, como fuentes de vida y prosperidad nacional. Hay que fomentar por el mutuo conocimiento, por la solidaridad de los intereses comunes y por el respeto a los intereses propios de cada Región o Municipio, los lazos afectivos y de hermandad entre ellos, hoy aflojados por la arbitrariedad centralista, que oprime a los unos y a los otros y suscita entre ellos recelos y rebeldías, con evidente peligro de la unidad de la Patria Española.

A nosotros corresponde fortalecer Andalucía y los Municipios andaluces, unificando su fuerza para intimidar con ella, como hace Cataluña, a los Poderes centrales, a fin de obtener de éstos lo que de grado no otorgan: instituciones de enseñanza, caminos, canales y reivindicaciones económicas y financieras debidas a la vida de nuestra Región.

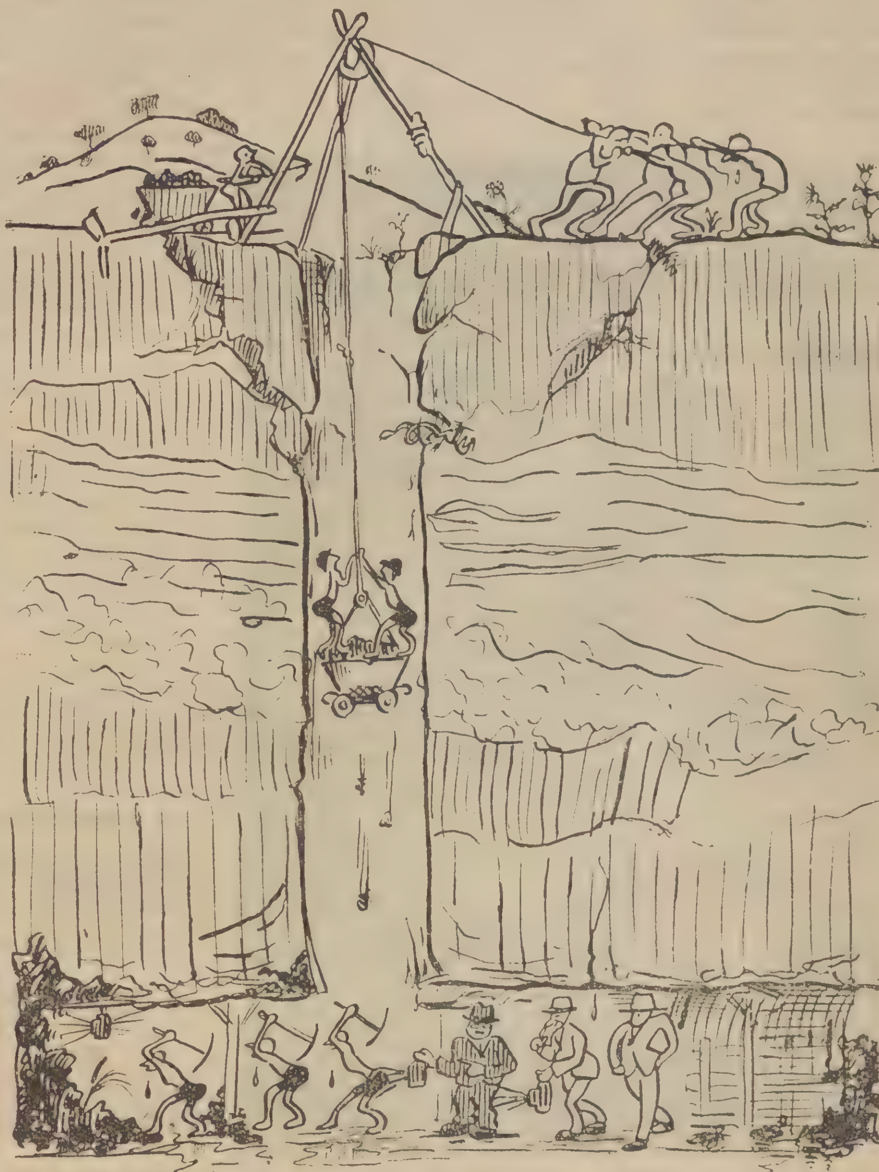
La dignidad de los andaluces exige la creación en Andalucía de un pueblo consciente y capacitado; exige el concluir de una vez, sea como sea, con los caciques y sus protectores los oligarcas; hay que evitar que continúe siendo Andalucía el país del hambre y de la incultura, «la tierra más alegre de los hombres más tristes del mundo». Tenemos que tomar la tierra de aquellos que no la cultivan, para entregarla a los que deseen trabajarla, evitando con esto la espantosa emigración. Tenemos que educar urgentemente una generación de adultos, una generación de padres que concluyan en sus hijos las generaciones de analfabetos; tenemos que comunicar con carreteras a todos los pueblos de la Región; que fomentar el crédito industrial y rural; que regar nuestra tierra; que explotar nuestra riqueza minera; que poblar bosques, y que crear en todos los pueblos o comarcas instituciones de enseñanza técnica y práctica ordenadas al florecimiento de la Cultura, de las Artes, de la Industria, de la Agricultura y de la Minería.

Hay que concluir con la leyenda vergonzosa de la Andalucía de pandereta, vestida de colorines, esclava de caciques y prostituta de toreros.

Para emprender esta obra es preciso, ante todo, fomentar el espíritu regional. el patriomo regional, y para ello necesitamos de la unión estrecha, en un solo cuerpo y espíritu, de todas las provincias andaluzas.

Por esto la sección de Sevilla del Centro Andaluz toma la iniciativa de congregarlas en Ronda, la ciudad más apropiada para este acto, por estar cerca de Bobadilla, punto de concurrencia de los caminos de la Región.

Andaluces: Leed el programa Regionalista y acudid a la Asamblea de Ronda. La España centralista ha muerto. La colonización industrial extranjera, que la explota y domina, y su absoluta impotencia internacional, lo revela bien claramente. ¡Viva Andalucía y la Federación de las Regiones españolas!



Una mina de minguitos.—El popularísimo industrial don Agustín Fragero Serrano, que trabaja en serio y habla en broma, ha descubierto una mina de lignito o tiene algo que ver con ella. El caso es que la buena nueva ha sido acogida con sincero júbilo, por la prosperidad que la mina pueda proporcionar al señor Fragero y por las ocurrencias deliciosas con que este ha de adornar el desarrollo de la empresa. Ya se dice que en la mina de lignito se ha encontrado un yacimiento de minguitos y que la explotación ha de verificarse a favor de los procedimientos modernísimos que Fz. Márquez ha recogido en el presente dibujo. Sea como fuere, es de desear que la mina de minguitos sea inagotable y que su valor corresponda al de aquella otra—de sal, pimienta y mostaza—que don Agustín Fragero descubrió hace tiempo en su propio espíritu y cuyos productos tan pródigamente distribuye entre sus amistades y conocimientos.—Dibujo de Fz. Márquez.

El día de la celebración de la Asamblea se comunicará previamente a los adheridos.

Pídanse el «Manifiesto» y «Programa Regionalista» a la Sección de Sevilla del Centro Andaluz.

Los andaluces que sientan sobre sí las vergüenzas de la Patria Andaluza y de la Patria española, deben apresurarse a enviar su adhesión a la Sección de Sevilla del Centro Andaluz, institución creada principalmente para concluír con la indignidad de que sea el país del hambre y de la incultura un país que, como Andalucía, ha sido siempre, antes de que la arruinaran los actuales regímenes económicos y políticos, de los más fértiles del mundo y cuyos hijos, por naturaleza, están dotados de un gran poder de ideación.

Andalucía para sí, para España y para la humanidad.

La Amnistía

Ha sido presentada al Ayuntamiento la siguiente moción, quedando sometida a informe de una ponencia formada por los señores Vaquero Cantillo, Cañas, Vallejo y Barrios Rejano:

Al Excmo. Ayuntamiento.—Las verdaderas condiciones en que se desarrolló la huelga general del próximo pasado mes de Agosto, conocidas después del levantamiento de la suspensión de las garantías y el estado de guerra; la honradez acrisolada que, aparte toda apreciación acerca de los ideales políticos que profesan, reconoce todo el mundo en los aprisionados en el penal de Cartagena don Julián Besteiro, don Daniel Anguiano, don Francisco Largo Caballero y don Andrés Saborit y en los demás compañeros de dichos señores que sufren condena en diferentes penales de España; la profunda conmoción que agita la conciencia nacional en un sentido humanitario y redentor en los momentos presentes; los bien probados sentimientos altruístas del pueblo de Córdoba y de su excelentísimo Ayuntamiento, hacen esperar a los que suscriben que, como ha sucedido en una capital hermana, Málaga, sea aceptada por nuestra Corporación unánimemente la presente proposición de que se pida al Gobierno el que por los procedimientos marcados por las leyes vigentes, se conceda a la mayor brevedad una amplia amnistía para los presos por delitos políticos, mediante la cual vean la luz de la libertad los que en la exaltación de sus ideales sociales y políticos cayeron bajo la rígida sanción de los Códigos, amnistía siempre plausible y hermosa, pero que ahora lo sería doblemente por librar de la terrible pena que pesa sobre ellos a españoles tan dignos de estima como los señores Anguiano, Saborit, Largo Caballero y Besteiro.

Es de humanidad y nobleza que el excelentísimo Ayuntamiento acepte por unanimidad la presente petición de amnistía.

Casas Consistoriales de Córdoba 5 de Noviembre de 1917.—*Eloy Vaquero.— Rafael Gutiérez.— Rafael Moraga.—Mariano Salinas.—Emilio Urbano.*

La graciosa gitana Carmen Vicente, que actúa con mucho éxito en el Salón de Ramírez

LOS REGIONALISTAS ANDALUCES

Para el señor Cambó

Ciertamente, señor Cambó, los regionalistas andaluces no hemos alcanzado beligerancia política en Madrid. Tampoco la tienen los aragoneses ni los valencianos, los gallegos ni los vasco-navarros, cada cual por diversas causas. En esta larga contienda, que hace fracasar vidas augustas, como la de Salmerón, se mantenía el absurdo de que no hubiese más que dos factores: catalanismo y españolismo. Y así se logró engañar a España muchos años, y así también al sacar de Cataluña el problema del regionalismo aparecía a los ojos de las demás provincias como un atentado monstruoso contra la Patria. Acontecía esto en mayor grado en las regiones que, como Andalucía, no tenían con Castilla las fronteras del dialecto. El idioma hermana y une. El Sur y el centro convivían en la mancomunidad del mal y del error. Al cabo, los mayores pecadores del centralismo, los que llevaron a España al desastre de antaño y la mantenían en la abyección de hogaño, no eran castellanos. Andalucía había traído al santoral de las oligarquías bastantes nombres ominosos desde el de Romero Robledo al de Borbolla, como los aportaran también Asturias y Galicia. Así, el hombre representativo de España era Meco, el personaje del cuento de Montero Ríos.

Por esto, mientras el catalanismo pasa rápida y fácilmente de las idealidades de los libros de Almiralle a las realidades de la acción parlamentaria del doctor Robert, la gestación en las demás regiones es lenta y difícil y dolorosa. Dígase más concretamente; sin la incapacidad del Estado español, sin la iniquidad de las oligarquías que crean alrededor de la dinastía hereditaria, media docena de dinastías extraconstitucionales que se reparten los cargos públicos, los logros del favor político en los bufetes y los provechos de los negocios inconfesables, y sin la bestialidad ruín de los cacicazgos amparados por los Gobiernos civiles y por los Ministerios, jamás arraigaría en las más de las regiones, y singularmente en Andalucía, el ideal regionalista.

En vano la recia mentalídad de un hombre poco conocido, pero de bastante valía, Blas Infante, quiere crear un andalucismo, bien delimitado, con caracteres étnicos e históricos, con finalidades económicas adaptadas del georgismo. No; el andalucismo no es más ni será más que la protesta do'orida contra un régimen político que ha mantenido medio siglo a ocho provincias, de las más complejas, características y fecundas de España, en una vergonzosa minoridad de cultura y de justicia, en un sometimiento de cabila marroquí, donde bandolerismo y caciquismo eran frutos de un mismo árbol, hermanos gemelos nacidos de una misma barragana.

De vuelta del trabajo en el campo, por F. Ramos

Y, sin embargo, usted, señor Cambó, creía, y así me lo decía en una carta, que la solución del problema catalán, la solución que impidiera que se convirtiese en una lucha cruel y sangrienta entre Cataluña y Castilla estaba en Sevilla, estaba en Andalucía; en una gran ciudad, a la que siguiese una gran región, donde arraigase un ideal regionalista, que no sería catalanismo, que no permitiera a un Lerroux flamear enfrente la bandera española, que no podría ser acusado en diferente habla, y contra el cual, los únicos recuerdos históricos que pudieran evocarse fueran los de este sacrificio abnegado y resignado con que Sevilla, polo un día con Lisboa de toda la gloria ibera, y Andalucía entera, contribuyen al engrandecimiento y glorificación de Castilla.

Ciertamente, los regionalistas andaluces no hemos logrado tan rápidamente como el señor Cambó lo hubiese necesitado, crear una corriente poderosa de opinión que bastara ella sola para despojar caciques, crear organismos, fundar periódicos, apoderarse de los Municipios y presentarse en Madrid con la representación parlamentaria precisa para que se deje de tomar aquí a Andalucía por la degradada región donde todos los deberes ciudadanos se anulan ante el vaso de vino, el canturrear flamenco y el debatir proezas toreriles. Los Centros Andaluces, de Sevilla y de Córdoba, han hecho una obra intensísima, pero en verdad, los caciques, provincia por provincia, ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, aldea por aldea, continúan como señores feudales imponiendo su voluntad y su capricho, sin ley que les ate las manos, sin juez que los encarcele y sin verdugo que los ahorque. En Córdoba ha llegado una Junta de Defensa de la ciudad, donde toda ella está representada, a protestar contra la conducta de sus diputados. Hay en toda Andalucía un enardecimiento de la opinión, un levantamiento de los espíritus; pero allí, amigo Cambó, los caciques no son los hermanos Planas ni Comas y Masferer, fácilmente vencibles, a quienes, además, no se amparaba bastante en Madrid por temor a Cataluña. Las gentes en Andalucía saben bien qué milagros de influencia realizan los caciques; cómo ante su capricho se inclinan la balanza de la justicia, los bastones de los gobernadores, los sables de la fuerza pública, los expolios de los agentes ejecutivos, y no hay pueblo ni aldea donde no se muestre como la más alta y noble pedagogía de este régimen el ejemplo de algún ciudadano reducido a miseria u obligado a emigrar por haber querido cumplir sus deberes políticos. Así, en cada hogar, los ancianos y las

mujeres y los hijos se estremecen cuando oyen a los hombres estallar en ira contra la iniquidad, y son las lágrimas insensibles de seres débiles quienes impiden que los regionalistas sean, no un Comité ni un partido, sino la región entera alzada en violencia para tomarse por su mano la justicia que no le dan y los derechos que le roban.

Pero he aquí que no ha sido necesario ir a buscar la solución en Sevilla, ni los regionalistas andaluces podemos ya realizar el papel que el señor Cambó nos asignaba de transformar el problema catalán en problema español. A través de las insidencias de la Asamblea de parlamentarios, donde hay muchos diputados sin electores, que recibieron el acta regalada en Gobernación, y donde otros hay a quienes se les retorcieron los colmillos en prácticas y usufructos de la política vieja, y a través, sobre todo, de lo que hubo de amenaza para el régimen en la pasada huelga, ha encontrado el señor Cambó los senderos para llegar al Poder público, y supongo que para implantar desde las secretarías de la Corona la única medicina que necesita España: la de que no habrá más razones políticas que disculpen a los ministros que infringen la ley o la mandan infringir a gobernadores presidables.

Pero de esto hay que dar al país una sensación completa y una convicción profunda. Sobre todo, en Andalucía, las gentes saben bien que el caciquismo no está vencido. Como se deshizo el nublado de la Unión Nacional, que debió ser una renovación y quedó reducida a la primera aventura picaresca del señor Alba, y como ya parece deshecha la Asamblea parlamentaria, pasará también este turbión, y, ¡ay, entonces, de los que ahora impusieran la voluntad de los ciudadanos! En ése mismo Gobierno donde el señor Cambó ve, por su abigarrada contextura, todas las garantías del derecho, no habrá acaso piedad para los tinglados del señor Borbolla, y su mesnada de caciquillos rurales no pondrán en el Gobierno civil sevillano con la altivez que solía; pero, ¿habrá igual medida implacable para la provincia de Córdoba? Ni siquiera dará espacio este atropellado resucitar de la justicia política, a que los ciudadanos se convenzan de que podrán ejercitar su derecho. Cuando los Gobiernos se han pasado medio siglo amparando con todas las impunidades el delito electoral, y cuando, al cobijo de este monopolio de la injusticia y la arbitrariedad y del favor político sustituyendo a la ley se han confabulado y adaptado poderosos interes, no se puede en días o en horas alentar a los ciudadanos para que, por su propio esfuerzo, y en una sola acción, puedan crear un estado de legítimo derecho. Si es sincero el propósito, falta en ese Gabinete renovador, donde se ha condensado el pensamiento del señor Cambó, un Ministerio de revisión; un Ministerio con funciones nuevas y rápidas, que no necesitará Cataluña, que hace años se basta a sí sola; pero sin el que Andalucía no podrá llegar a hacer prevalecer su derecho. Falta ese Ministerio, al que pudieran acudir los maltratados, los despojados, los perseguidos, y acusar a los gobernadores, encarceladores de ciudadanos, rateros de votos, falsificadores de escrutinios y ladrones de actas—que ahora volverán a ser gobernadores, ¡y acaso de Barcelona, señor Cambó!—, y acusar a los alcaldes y a los jueces, e incapacitarles para que continúen convirtiendo en truhanería los oficios de la política. Así pensamos muchos regionalistas de Andalucía.

Dionisio Pérez.

El Impuesto único en Córdoba

El Ayuntamiento de Córdoba, en la sesión de esta semana, ha tomado en consideración la moción siguiente:

Al Excmo. Ayuntamiento.—La sustitución del impuesto de consumos y el constante aumento del presupuesto de gastos de las haciendas locales, imponen la necesidad de una variación radical en nuestros métodos y sistemas de contribuciones y arbitrios.

El sistema y método actual es un verdadero caos, sin plan alguno.

Los impuestos gravan las necesidades en vez de gravar la renta económica; aumentan sin cesar de año en año, hasta que han llegado a ser una carga intolerable, que cae con todo su peso sobre las clases más pobres de la comunidad.

Se han agotado ya todas las formas y variedades de los impuestos sobre el trabajo y sus productos, y es inútil pensar en persistir en estos procedimientos que, además de ser inicuos no dan los recursos necesarios para cubrir las necesidades de la vida social. Lejos de eso, estorban la producción, multan al trabajador y premian al que sustrae al trabajo la fuente de toda riqueza o sea la tierra, y, finalmente, matan en su origen el mismo caudal de donde se pretende que salgan los impuestos.

Los impuestos sobre la edificación urbana, mientras los solares quedan exentos, han hecho subir los alquileres por escasear las casas, y son responsables del hacinamiento que existe en las ciudades.

Los impuestos y arbitrios sobre la industria, el comercio y sobre los negocios de todas clases han restringido enormemente la industria y el comercio y han reducido las ganancias de los que a ellos se dedican.

El estúpido sistema de englobar los dos distintos valores del solar y edificio o cualquier mejora hecha en un terreno en las evaluaciones del Registro fiscal, han estorbado el desarrollo de la actividad industrial y ha ocasionado la legión de desocupados aun en tiempos de la mayor actividad industrial.

Mientras tanto, se deja prácticamente exento de toda tributación el enorme valor de los solares y demás tierras vacantes o a medio uso. Es decir, que cuanto mejor se use un terreno y se dé sobre él empleo a más capital y más trabajo tanto más suben los arbitrios y contribuciones y cuanto menos se use y menos capital y trabajo se emplee, tanto menos contribuciones y arbitrios hay que pagar hasta que, dejando el terreno vacante en expectación del aumento, de valor que le ha de dar la comunidad, nada hay que pagar o casi nada. Resulta, pues, nuestro actual sistema de contribuciones y arbitrios, una multa a la industria y un premio a la vagancia.

Siendo, pues, el actual sistema tan injusto y responsable de tantos males, es necesario reformarle radicalmente y sustituírle por otro que no multe a la industria ni fomente la especulación de tierras, sino que, sin causar mal alguno, provea ampliamente de recursos para satisfacer las necesidades sociales. Este sistema, justo y científico, es el del impuesto sobre el valor del suelo desprovisto de toda mejora, cuyos inmediatos efectos sean los siguientes:

Al quedar exentos de toda tributación los edificios y demás mejoras, tributando sólo el solar que lo sustenta, quedarán los hombres emprendedores en libertad de mejorar sus terrenos todo lo más posible, mientras que los dueños de solares y demás tierras vacantes se verán obligados a contribuír con su justa parte a las necesidades sociales y, lo que que es más importante aún, se verán obligados a usar estos terrenos o a cederlos a otros más emprendedores que los pondrán en el uso más productivo, con lo cual se fomenta la industria y el comercio y se da ocupación a los desocupados.

Con este nuevo sistema de impuestos se conseguirá además:

1.° Abolir las multas y castigos que hoy se imponen a todo el que mejora un campo, edifica una casa,

Córdoba desde el Campo de la Verdad. Vista desde la Calahorra, Córdoba ofrece un aspecto realmente ideal. Sólo en Bagdag y Damasco podrá hallarse una análoga conjunción de monumentos: el Puente Romano, la Puerta del Puente, la Mezquita Catedral, el antiguo Alcázar, el Palacio del Obispo, el Seminario de San Pelagio, las viejas murallas, las siluetas maravillosas de las torres, como relicarios unas, conservando otras su antiguo carácter de alminares... Mas de cerca— igual también que otras ciudades que perdieron su propia significación, como Bagdag y Damasco — la realidad combate cruelmente los ideales más exaltados, viéndose que no es en el desenvolvimiento de su vida, ni sombra de lo que fué: sin agua, sin alcantarillado, sin escuelas, habiéndose convertido en su seno en endemias muchas enfermedades epidémicas, como el tifus y la viruela. A tal punto ha llegado que, si no quiere morir, ha de renovarse, mas la transformación ha de hacerse cual corresponde a la significación universal de su nombre, teniendo el conocimiento del pasado como guía para un porvenir mejor, siendo el bien antiguo esperanza de nuestro tiempo, siendo Córdoba ideal de Córdoba

instala una máquina o se ocupa de cualquier modo en emplear trabajo y producir riqueza; y

2.º Dejar a todos en libertad de aplicar trabajo o gastar capital sin ninguna clase de multas y restricciones, con lo que cada cual recogería el producto íntegro de su trabajo.

Lo mismo comprende nuestra reforma a los terrenos urbanos que a los agrícolas. Este sistema que nos proponemos ya está en operación con los mejores resultados en gran número de municipios de Alemania, Australia y el Canadá y en breve lo estará en Inglatera, los Estados Unidos y Dinamarca. A él hay que acogerse forzosamente si se quiere sustituír radicalmente el impuesto de consumos y si se quiere regenerar las haciendas locales, que hoy no cuentan con recursos para satisfacer sus necesidades. Pero como la ley municipal actual no lo autoriza, es necesario pedir autorización al Poder Cental que, mediante una ley especial, pudiera concederla. Mas la resolución preferible sobre todas, así para este problema como para otros muchos que dificultan la vida de los Ayuntamientos, sería el otorgamiento para España entera, especialmente en lo económico, de la más amplia autonomía regional y municipal.

Es por lo que los firmantes ruegan el excelentísimo Ayuntamiento que se dirija al Gobierno en demanda de facultades para imponer el tributo que en la presente moción queda señalado, facultades que resultarían conferidas de la más eficaz y lógica manera con la implantación en la nación española de un régimen sabio y renovador que tanto en lo regional como en lo local tuviera por fundamento la autonomía.

Casas Consistoriales de Córdoba 5 de Noviembre de 1917.—*Eloy Vaquero.— Rafael Gutiérrez.—Emilio Urbano.—Rafael Moraga.—Mariano Salinas.*

LOS OBREROS Y LA POLÍTICA

ANTE LAS ELECCIONES

Estamos en pleno período electoral.

Mañana, la voluntad del pueblo, más o menos soberana, habrá llevado a los Municipios a unos cuantos hombres en quienes ha de confiar interese sagrados; y como hecho el mal, hasta el remedio sería funestísimo, los obreros, que constituímos la clase social más oprimida por la plutocracia, más castigada por las oligarquías, más asediada por todos los agudos problemas que lleva tras de sí esta actualidad anómala que padecemos, tenemos el deber de pensar seriamente en nuestra presente actuación si queremos, el día de mañana, poder exigir responsabilidades.

¿Cuál es el deber de los obreros frente a unas elecciones?

A raíz de la huelga de Agosto, aconsejaban a los obreros algunos periódicos—pertenecientes a la derecha—que se apartaran de la política. ¡Bonita solución!

La política—decían—para los políticos. ¡Más bella todavía!

Es decir: el obrero, a trabajar constantemente como una bestia, a pagar impuestos, a pasar hambre, a ser el esclavo de los de arriba y a cumplir con exactitud esa calamidad de «Mandamientos del obrero consciente» redactados por una panza llena, que han publicado varios «periódicos de orden». Y, mientras, los políticos de profesión, que con eso viven, que con eso medran, que con eso explotan, adueñados tranquilamente de la administración pública y usando de ella como les viene en gana.

¿Qué se impone, pues, para evitar esto?

Precisa una intervención honrada del elemento trabajador en la vida política de España; hay que llevar a los Ayuntamientos, a las Diputaciones, a las Cortes, a hombres salidos de entre nosotros mismos, para borrar de una vez esa línea divisoria que separa hoy en todos los órdenes de la vida social la clase de los gobernantes y la clase de los gobernados.

Obreros: Estamos en unas elecciones; esperar una vez más, sería resignarse a sufrir la lenta agonía de un bochornoso suicidio.

¿Qué hemos de hacer?

Un puñado de hombres de ideas políticas diversas se han coaligado para ir a ellas contra la plaga terrible del caciquismo; entre estos hombres —honrados todos hay unos obreros luchadores que siempre expusieron hasta su libertad por la emancipación del proletariado. Ellos, cuyos nombres bien conocéis, siempre nos apoyaron en nuestras luchas; apoyemos nosotros ahora su candidatura, que su triunfo no será el triunfo aislado de unos hombres, sino el triunfo del ideal de los obreros, que es la única verdadera democracia.

Si así no lo hacemos, obreros cordobeses, obreros españoles todos que os encontráis en el mismo caso, día llegará en que, cerrados a nuestro paso todos los caminos legales de la emancipación, tengamos que atropellar derechos y deberes, como han hecho los rusos, para anegar en sangre de esclavos tiranías que hoy podemos arrojar de nuestro suelo interviniendo con independencia y energía en el momento de la elección.

F. Serrano Olmo
De la Unión de Dependientes de Comercio.

Idilio en las cercanías de Córdoba, cuadro de Enrique Romero de Torres

TARDES DE OTOÑO

—:—

El sol es espléndido, el día claro, limpio, sin mácula; débiles brisas lo hacen cariñoso.

Córdoba, augusta y rica en gloria, a la par que famosa por sus incomparables monumentos y la belleza de sus mujeres, queda envuelta en arreboles y destellos de luz esplendente; hemos remontado por apartados caminos alturas de nuestra Sierra, complaciéndonos en admirar los encantos de su flora bravía, que nos habla de épocas prehistóricas, cuando los hombres se estimaban hermanos y se ayudaban.

Allá abajo queda la llanada con sus fértiles tierras de sembradío que algún día, subdivididas, serán sostén de venturosas familias y de pueblos nuevos que surgirán en su dilatada extensión; el suelo irradia magnéticos fluídos que contrastan con los argentinos reflejos del río caudaloso.

La dulzura del ambiente deleita nuestros sentidos y el murmullo de una fuente próxima, junto con las delicadas notas que desgranan ocultos pajarillos, invitan a un sueño de años. Surgen las ideas, besadas por las rientes auras, que tonifican el espíritu y encauzan la rebeidía de las pasiones. El alma se siente contrita y se sueña hasta en días felices de patria reconstitución.

Y consideramos que nuestra nacionalización tiene que empezar por la tierra, no bien explotada, casi sin casas y sin ganados, que a nuestra vida tenemos.

El valle se confunde a lo lejos con las últimas estribaciones de la Sierra, mientras el río pasa musitando añoranzas de amor junto a la ciudad envuelta por las sombras.

Es el anochecer de otoño, y flota en el ambiente la dulzura melancólica de las horas misteriosas. En los jardines de las huertas y almunias, desmáyanse las flores lánguidamente sobre los verdes tallos, mientras elevan al cielo el incienso de sus vírgenes cálices. Las notas graves de un campanario traen los últimos sones del Angelus y en el campo el peregrino está solo, solo con su amor y sus ensueños, mirando a la callada ciudad, que cual pájaro de blancas alas se prepara a dormir.

De pronto, en el silencio del campo, una voz varonil entona con profunda melodía un cantar de la tierra, típico y sentimental. Dice:

Aunque tengas más amores
que flores tiene un almendro,
ninguno te ha de querer
como yo te estoy queriendo.

El eco de la canción hiende los aires y va esparciéndose por toda la Sierra y, repercutiendo de roca en roca, se aleja hasta perderse en las montañas, dejándonos otra vez sumergidos en hondo silencio ante el panorama, en cuyo fondo se descubre esbelta y gallarda la torre de la Mezquita, dominando todo el grandioso y bello paisaje.

Mariano Sarazá Murcia.

REPARACION

—:—

El insigne escritor andaluz don Dionisio Pérez, atendiendo con patriótica solicitud el requerimiento que le dirigiera el Centro Andaluz de Córdoba, por telégrafo ha comunicado a éste que el nuevo ministro de Hacienda señor Ventosa y Calvell ha suspendido el traslado del arquitecto señor Azorín, que de Córdoba había sido destinado a Canarias, llegando aquí la orden dentro del período electoral.

Aplaudimos con sincero entusiasmo la justa determinación del señor Ventosa, asimismo expresamos nuestro afectuoso reconocimiento a don Dionisio Pérez por el generoso interés con que ha actuado en favor de la reparación a que nos referimos y cordialmente felicitamos al señor Azorín, con cuya amistad y colaboración nos honramos.

Se ha dicho que seguirá vacante la cátedra de Basteiro. Es más necesario que vaque su plaza en el presidio.

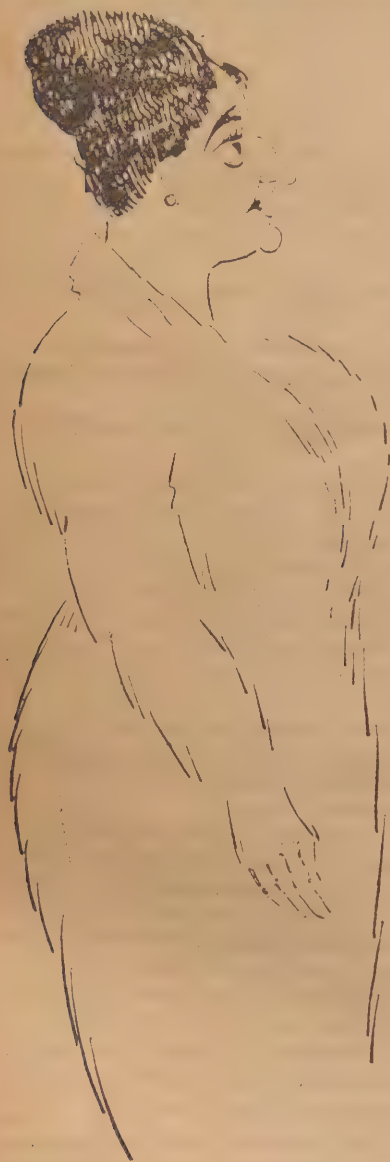
CUENTOS DEL PEREGRINO

—

Sendero de redención

—:—

A bastante distancia de la alegre ciudadela yérguese, altiva, la pétrea mole de antiguo castillo feudal... El puente levadizo, antaño de maderas y herrajes, fué convertido en soberbio mirador al que da acceso amplia escalinata de mármol jaspeado. Apacibles jardines rodean el edificio, suntuosa morada donde se celebran aristocráticas reuniones convocadas por los dueños del palacio, que a su fortuna fabulosa unen pergaminos, timbres y blasones que pregonan su abolengo principal.



La admirable actriz Concha Catalá, de la compañía del Gran Teatro. Caricatura de Bernardo Ortiz.

La de este mi cuento es noche de reunión, y por los salones de la señorial vivienda desfila lo más selecto entre la buena sociedad: duques, marqueses, condes, banqueros, propietarios... acuden á la fiesta en lujosos trenes que aguardan la hora del retorno en el paseo de carruajes de hermosa alameda.

Por los pensiles de flores preciosas donde se congregan las brisas ávidas de perfumes, deambulan, cogidas del brazo, parejas de enamorados, repitiendo la eterna cantata de quereres, inmensos como la extensión de los espacios, bien saturada de promesas, siempre las mismas, repetidas en todas épocas y edades, promesas que, si las más de las veces quedan sin cumplir, al menos se afirma que «fué buena la intención»...

Recorramos con rápida ojeada los salones suntuosos inundados de luz: adornando las paredes veremos lienzos famosos, tapices, cornucopias, esculturas de líneas magistrales, a las que nada tienen que envidiar los cuerpos esbeltos de muchas damitas de las allí reunidas... Y, por último, lectora o lector amigos, a poco que os fijéis, podréis ver, con la natural sorpresa, que, en uno de los ángulos de aquesta estancia, departe, en amigable reunión, nuestro buen peregrino, el ejemplar varón de los sensatos consejos, pletóricos de nobles anhelos como lo está de medallas y conchas su bordada esclavina... No os extrañe el verle entre los concurrentes a la fiesta; procedente de luengas tierras llegó a la próxima ciudadela, aventuróse por el sendero que al castillo conduce y héle aquí; sus dueños, deferentes, le invitaron a pasar y él, galante, accedió...

Poco a poco su reunión va disminuyendo, ya que en ella abunda el elemento joven, que, como sabido queda, la juventud gusta más de los placeres del baile que del pan del consejo...

Un criado, tocado con elegante traje de librea, ofréceles espumoso vino de la Champaña, escanciado en cráteras de transparente cristal; una de las damas del grupo, tomando en sus manos una de las copas, la ofrece al peregrino; grande descortesía sería no aceptarla tras de tan generosa hospitalidad, y el buen caminante bebe con fruición... Resulta, pues, que en el transcurso de una hora gustó tres veces del ambarino licor...

No a causa de la pequeña libación, y sí por haber quedado solo un rato abstraído en sus meditaciones, el peregrino fué vencido por el sueño...

En uno de los descansos dados al baile, los contertulios del caminante tornan a ocupar sus asientos y, al verle dormido, comienzan a hacer los más sabrosos comentarios... Despiértase el peregrino por el rumor de la conversación y, algo turbado, presenta mil excusas.

—Falta de costumbre, ¿verdad? El de la Champaña es un vino travieso—expresa una elegantísima dama que es la dueña del palacio.

—Decís bien: dos de las veces que lo he bebido me venció el sueño—repuso el peregrino con tranquilo acento.

—¿Cuál fué la otra?—varias voces interrogan a un tiempo.

—La otra... ¿Quién lo recuerda?... La otra vez los vapores del Champaña quemaron mi sangre

El notable actor señor Torner, en el papel de Asdrúbal, de «El Rayo.». Caricatura de Bernardo Ortiz

en forma tal, que en mi despertar sombrío me hallé tendido sobre la tierra de un jardín y, al llevar la diestra al pecho, hube de retirarla teñida de la sangre que destilaba la herida causada por el acero de un rival... ¡Infausta noche que hoy bendigo, por haberme trazado el sendero de mi redención!... ¡Qué distinto fué el despertar de hoy al de otro tiempo!...

Instintivamente tropezó la mirada del peregrino con la de aquella dama, que, intensamente pálida, reclinó la cabeza sobre el pecho...

Antonio Moya.

La renovación de Córdoba

LOS REGIONALISTAS EN EL AYUNTAMIENTO

A despecho de componendas, de trucos y de micos, la candidatura regionalista ha triunfado. Aún no hemos llegado y ya la batalla se anuncia con resplandores de victoria. Todo Córdoba, la Córdoba sana, honrada y trabajadora ha sabido querer contra el cacique. El oprobio que flagela nuestra región, es batido en sus últimas trincheras. Y hoy todavía en la víspera de la contienda decisiva, y sólo por el estado de ánimo de la ciudad entera, podríamos ya reclamar el dictado, para Córdoba, ganado en un anhelo liberadorr, de «muy voluntariosa.»

En nuestra candidatura regionalista se reúnen, altamente, representaciones de todos los elementos que integran la ciudad. Su composición es esta:

Por la intelectualidad, don Francisco Azorín.

Por la Agricultura, don José Guerra.

Por la Industria y Comercio, don José Peláez.

Por los obreros, don Bernardo Garrido.

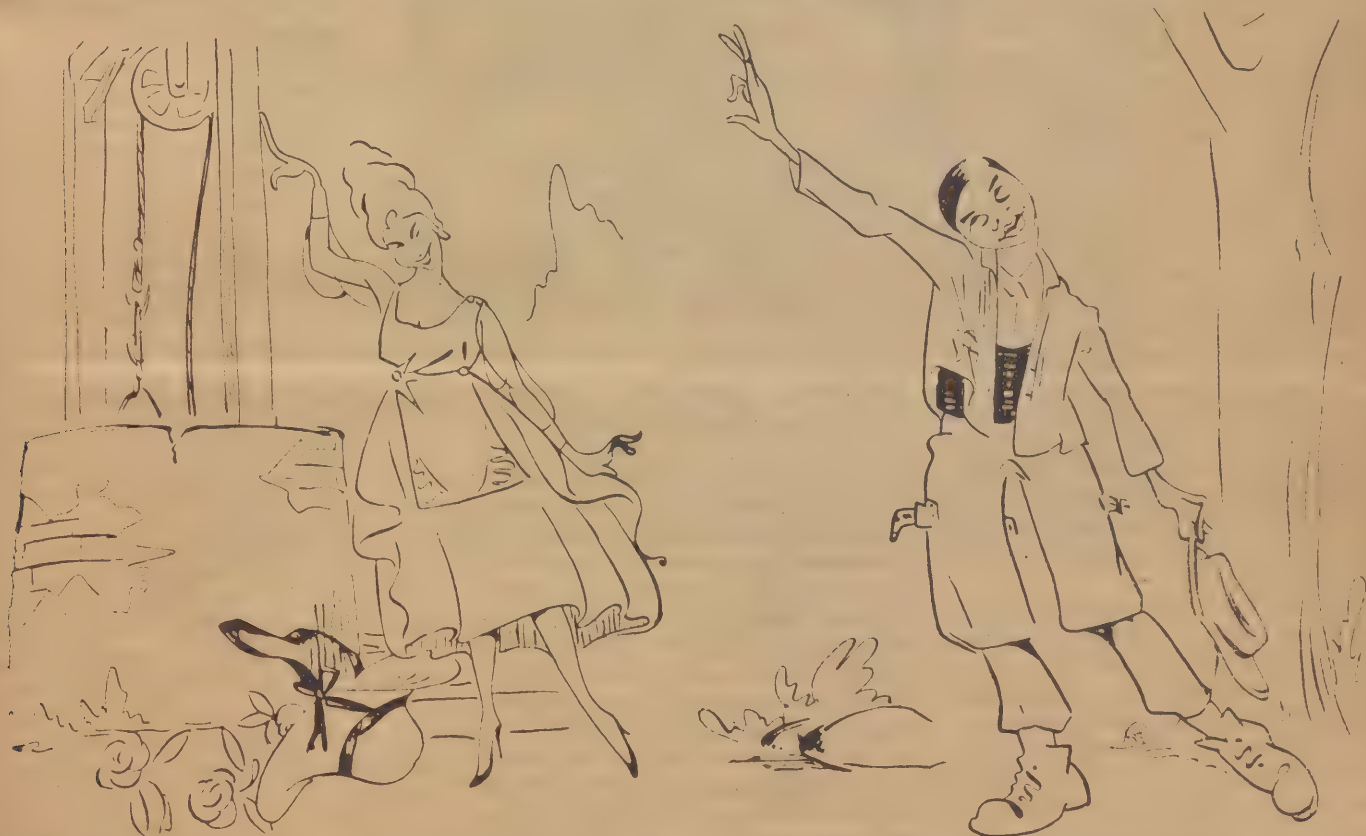
Cada factor ciudadano de Córdobo tendrá su voz en el Ayuntamiento, voz alejada de intereses partidistas, que sólo clame por los de la ciudad y la región.

¿Y qué llevan los regionalistas al Ayuntamiento?

Con la admiración y el aplauso de la ciudad entera, que ve por fin el resurgir de Córdoba sin tinglados ni artimañas caciquiles, los regionalistas llevan al Ayuntamiento como programa principal la autonomía del Municipio, que quiere decir la liberación de la ciudad.

Córdoba está presa en el fárrago de leyes que inmovilizan y coartan el sentir de los cordobeses. Córdoba está amordazada por las dictadura desenfrenada de los caciques. Córdoba está muerta porque sobre ella gravita la pesadumbre de Madrid y la ominosa con que Andalucía subviene a las orgías y francachelas del despreocupado vivir cortesano.

Por eso, al sólo anuncio de defensa de los intereses de la ciudad, todo Córdoba se siente regionalista, y ya, desde hoy, en que contamos el triunfo moral de nuestros candidatos, Córdoba será una ciudad libre, y su vivir ciudadano culminará, al paso de los años, con el definitivo entierro de sus odiosos males presentes y la resurrección de sus viejas glorias, hay empolvadas y ocultas.—**Rafael Omeya.**



La representación de El Rayo *en el Gran Teatro.—La señorita Gil y Adolfo Benedito en los papeles de Lucila y Zoido.*
Por Fz. Márquez.

DESDE MI CELDA

—

ESPINITAS

—:—

Muy de mi gusto, en la soledad de mi convento, recréome en divertidas divagaciones. ¡Cómo mi tranquilo espíritu se entusiasma en estos días al continuo movimiento del tinglado de la política, en el que el cacique aparece como zángano en torno de lá colmena, contemplando perezose a las cándidas abejas laborar la miel que después ha de saborear tranquilamente!

Para ver cuanto pasa en ese mundo, de «micos» lleno, no necesito ir a él, que hasta mi celda llega la aduladora frase de los humildes, las promesas de los soberbios, y veo por un momento, sólo por un momento, que unas afiladas garras, ocultas en ese día con lujoso guante, estrechan la sufrida y ruda mano del que vive entregado al trabajo.

Todo lo veo: Allá, en el interior de los casinos, los pobres ilusos, la carne de cañón, se afanan, fatigosos, a cambio de unas monedas de cobre, en formar el látigo que ha de fustigar sus espaldas; en la calle, las comisiones de pordioseros imploran de puerta en puerta los granitos de trigo que llenarán mañana los graneros de sus perseguidores y veo también que en las escuelas de niños, donde reina la más grande de las verdades, impera el descaro ruín de la vida pública.

La bolsa que permaneció cerrada para el hambriento, la veo en ese día abierta para los incautos obreros; haciendo alarde de mentida generosidac y rindiendo tributo a Baco, medio el más positivo que emplea la refinada astucia del funesto caciquismo.

En visiones que me recuerdan mis pasos por el mundo, desfila ante mí toda una serie de politiquillos, que entonces me parecían grandes y a quienes hoy miro como muñecos que me causan risa; pues habéis de saber, mis queridos hermanos, que yo, como algunos de vosotros lo seréis mañana, soy un amargado que paladeó hieles a la vista de esos hombres sin conciencia; una víctima de su inhumanidad, un pobre cartujo que desde su retiro envía estas espinitas en recuerdo de aquellas que le clavaron.

No os extrañéis, y menos os disgustéis, porque un humilde anacoreta olvidado os hable así. ¡Qué entendéis vosotros, pobres corderitos míos, a quienes veré mañana acudir a la guarida del lobo! Allí encontraréis amistad fingida, néctar delicioso, promesas que no veréis cumplidas y escucharéis las alentadoras frases que os dirige el cacique, que aparece a vuestros ojos como figura gigantesca que os redimirá de vuestro cautiverio: «¡Trabajad, trabajad, que ya recojeremos el fruto!»

Estas frases, mis hermanos, me recuerdan las de aquel otro hermano que, holgazán de nacimiento, no gustaba de doblar jamás su dura espina, e interpretando a medida de su conveniencia una orden que le diera el jefe dijo a sus compañeros:

«Ha dicho nuestro superior que vayámos a la huerta y trabajéis hasta la puesta del sol, y después... que subamos y comamos».

Y esto se repíte en estos días, con la grave circunstancia de que ellos se comen la carne y vosotros roeréis los huesos... ¡pero bien descarnados!—**El Padre Cobos.**

La hermosa bailarina Manolita Fernández que actúa en el Salón de Ramírez

El alzamiento de Andalucía contra los caciques

La lucha en Villavíciosa de Córdoba

Proclama electoral

Electores de Villaviciosa de Córdoba: La reunión de los parlamentarios y la creación de las Juntas de Defensa en el Ejército, han venido a encauzar la política española, dando a esta una orientación completamente distinta a la que ha imperado hasta hace poco en España. Los partidos de turno, liberal y conservador, han muerto, pasando al dominio de la Historia, y este estado de cosas es el que contribuirá, sin duda alguna, a la desaparición del caciquismo.

Ahora el pueblo tiene que poner de su parte, dando señales de vida, demostrando con verdadera virilidad que ciudadanos que viven en estos lugares apartados no son rebaño de ovejas que están supeditados a la voluntad del cacique; que tienen conciencia de sus actos y que saben nombrar por sus administradores o concejales a hombres de limpia historia y sin que puedan ser objeto de tacha alguna.

Ciudadanos: Tened presente que los caciques viven porque vosotros los apoyáis con vuestros votos y que el día en que les retiréis vuestra confianza su influencia quedará re ducida a la nada, por más que, con las nuevas orientaciones políticas, la vida pública de ellos está herida de muerte.

Votad, pues, los candidatos siguientes: Por el distrito 1.º, a don José de la Torre Cantador; por el distrito 2.º, a don José Sánchez Moyano, a don Antonio Infante de la Torre y a don Adolfo Infante Muñoz.

Si así los hacéis, serviréis los intereses de vuestro pueblo y los de la justicia.

Córdoba para Villaviciosa, Noviembre de 1917.

La Comisión.

CÓRDOBA

El eminente médico y prestigioso banquero don Rafael Bueno Arnalte, fallecido en Pozoblanco.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

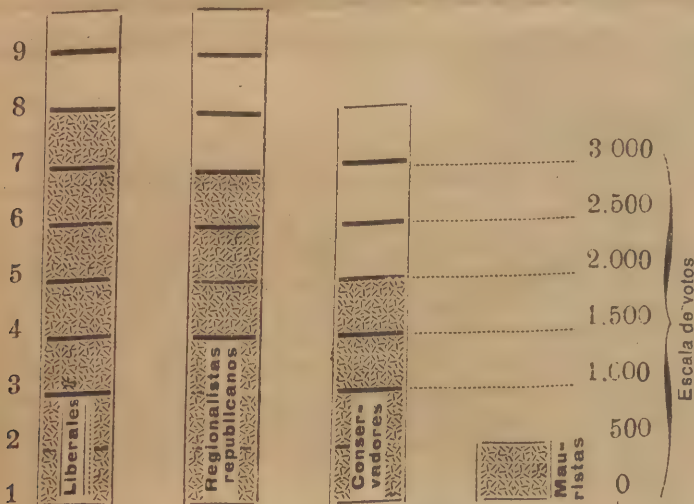
REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 17 de Noviembre de 1917 | NÚM. 65

El resultado de la lucha electoral en Córdoba

DEMOSTRACIONES GRÁFICAS



Candidatos y elegidos en las elecciones municipales del domingo.—La altura de la columna indica el número de candidatos presentado por cada partido y la parte rayada de cada columna el número de candidatos triunfantes.

El resultado de las elecciones electorales de Alcolea, sometido al fallo de los Tribunales de Justicia y la Comisión provincial, influiría notablemente en el resultado definitivo. De ser favorable a don Mariano Salinas Diéguez, la coalición regionalista republicana pasaría a ocupar el primer puesto, por el número de votos que ha alcanzado.

Después de la elección

—:—

El huracanado viento de renovación que desde los comienzos del verano último viene conmoviendo la vida española, ha reinado también durante las elecciones últimas y ha seguido comprendiendo a Córdoba y su provincia, única comarca de Andalucía que figura por derecho y méritos propios en las avanzadas de la patriótica lucha contra los viejos procedimientos cuya muerte en Madrid mismo ha sido decretada.

Difícilmente podrán ser conciliados los resúmenes oficiales facilitados por el vizconde de Matamala desde el Ministerio de la Gobernación y los datos que la realidad tan claramente suministra. Según aquellos, es indudable el triunfo de los partidos históricos; según estos, ha vencido la oposición, demostrándolo principalmente Madrid con la conquista de la mayoría de las vacantes por la candidatura de los vocales del Comité de huelga y la de los mauristas.

El mismo Gobierno, por su constitución circunstancial y transitoria, por él consignada en la declaración ministerial y repetida especialmente por el marqués de Alhucemas, quien desde hace mucho tiempo había expuesto su creencia de que los Gabinetes encargados del Poder debieran tener aquel carácter, contribuye a expresar la verdad de que las antiguas organizaciones han concluído y de que, por tanto, han de ser sustituídas por los elementos que la renovación haya de producir.

En la provincia de Córdoba, los pueblos — mucho antes de cuanto podía esperarse--han mostrado la agitación que les va dominando y ha habido lucha, se-

guida del triunfo de la oposición en buen número de ellos; en la capital, la contienda electoral ha sido muy intensa y está señalada por el resultado obtenido por la candidatura de coalición regionalista republicana, con el triunfo de los señores Azorín Izquierdo, Garrido de los Reyes, Suárez Aranda, Troyano Moraga, Guerra Lozano y Cáceres Urbano. También ha vencido otro de oposición: el maurista señor Barbudo Suárez Varela y queda pendiente de resolución, ante la Comisión provincial y el Juzgado, el caso de Alcolea, cuyos colegios electorales han presentado unos datos—impugnados ya en la Junta municipal del Censo—que anulan el triunfo obtenido en las demás secciones del distrito quinto por don Mariano Salinas, candidato de la coalición regionalista republicana.

El espíritu de renovación ha triunfado en toda la línea, porque él impera en Córdoba como en España entera y él dominará plenamente porque lo imponen, no ya las circunstancias actuales de España, sino la gigantesca lucha de ideas que la guerra europea ha planteado en el mundo y que, con el triunfo de los maximalistas y extremistas en Rusia—ayer sometida al oprobioso espantoso dominio de los zares; hoy convertida en asombroso laboratorio de ideas nuevas—llavan hoy a la realidad de la vida las ideas que la víspera eran rechazadas como utopias.

Ahora, cuando España ha intervenido en España—todos estábamos de acuerdo en esta conclusión—es cuando menos se leen los partes de la guerra, porque la atención se halla enteramente ocupada por la propia contienda interior, pero es ahora, precisamente, cuando más se notan en nosotros las consecuencias de la guerra, de las ideas que la guerra ha agitado y removido y puesto en práctica, y mientras nosotros, sin hablar apenas de la guerra, sostenemos una épica lucha civil—sangrienta unas veces, como en los días de la huelga general, incruenta otras, como en estas jornadas de la lucha electoral—la guerra europea va alcanzando, en su asombroso desenvolvimiento, nuevas y más claras expresiones; sobre los grupos de germanófilos y aliados, se forma otro que quizá sea el decisivo: de un lado Rusia y del otro todo lo demás. Lo que en Rusia suceda, a la corta o a la larga, será lo que haya de influir decisivamente en el mundo, inaugurando una nueva era. Le corresponde ahora a Rusia efectuar la apertura de un camino nuevo, como antes hicieran otros países: Francia e Inglaterra con sus revoluciones; España con el descubrimiento de América.

Bien puede decirse, por tanto, que existe una estrecha relación fundamental entre los partes de la guerra europea—en los que más figuran ahora Kerenski y Lenine que Hindemburg y Joffre—y los resúmenes electorales de España, en los que saltan en primer término a la vista los nombres de Besteiro, Anguiano, Largo Caballero y Saborit.

Apurando la relación, es dable decir que unos electores pertenecen a los grupos que apasionadamente se interesaron por la guerra europea y otros—juntamente con los ya escasos indiferentes que aún siguen metidos en sus casas—pertenecen a aquel elemento que no leyó los partes de la guerra, porque, considerando inmutable la vida en que se hallaban, aún no han pasado de la sección periodística de noticias locales; «queridísimo amigo», «competentísimo letrado», «prestigiosísimo político», etc., etc., etc.

De todas suertes, a unos y otros comprenderán por igual las consecuencias de la gigantesca lucha que conmueve al mundo entero, y todos marcharán, porque, a pesar de la agónica actuación de quienes se siguen considerando en el único plano que conocen, el mundo se mueve y marcha.

Córdoba y su provincia han respondido cumplidamente al requerimiento de la renovación y esta es la garantía más firme de que la labor de los elegidos será transformadora y beneficiosa, porque la actuación de los elementos corporativos, más que de las representaciones que en ellos haya—con ser este factor muy importante—depende de quienes se quedan fuera, de los electores, del vecindario en general, de la población entera. No preguntemos, pues, qué hayan de realizar: concretemos nosotros qué queremos que por todos y para todos se haga, porque nunca podrán ellos hacer ni más ni menos que lo que el pueblo quiera y en la misma medida de las fuerzas que este haya puesto en juego.

Abierta la primera brecha en la vieja muralla, penétrese por ella para ocupar toda la fortaleza e irla demantelando, que ya el huracán que agita al mundo entero se irá llevando el polvo de siglos que, como un sudario, cubría enteramente el cuerpo de la organización española. Se ha comenzado a vencer, mas la victoria final y decisiva aún está lejos y se ha de realizar muchos sacrificios hasta obtenerla de manera segura y firme, inaugurando una nueva era.

EL DESPERTAR DE ANDALUCÍA

Los regionalistas en el Ayuntamiento

A despecho de «trucos» y de «micos», la candidatura regionalista ha triunfado. Hace ocho días, antes de las elecciones, era un triunfo moral. Hoy es un triunfo material, total y pleno.

Y ha triunfado a despecho de todos los procedimientos que han culminado en el hecho de Alcolea.

Mas apartemos la vista de estos cuadros de la Andalucía negra. El pueblo, supremo juez de todas las corruptelas, impondrá su sentencia. Y así como ahora ha triunfado, caerá otro día sobre la organización fatídica de los que ensombrecieron el cielo alegre de Andalucía y hollaron la faz riente de nuestro suelo regional con su mano torpe y sucia.

Son sus hijos, andaluces autónomos, los que se levantan airados contra el extranjero bárbaro que desde más allá de sus fronteras esclavizó su suelo y su espíritu, y por la región toda esparció decuriones vigilantes que ahogaran toda iniciativa, todo estímulo, toda idea, todo hijo del suelo andaluz.

Pero ya se remueven las conciencias. Ya tiende el vuelo el alma de Andalucía.

Y aquí en Córdoba, la Córdoba estoica de los romanos, la Córdoba sabia de los árabes, la Córdoba libre del puente de Alcolea, se ha dado triunfal y sonoro el grito de rebelión contra el opresor.

¡Adelante, andaluces, y a ellos! Piqueros de Bailén, piconeros del Campo de la Verdad, campesinos de Andalucía todos, el suelo patrio de la región se levanta contra los dominadores.

Haced todos porque la nueva era de Andalucía, la edad de la libertad y la independencia, se distancie tanto de la edad del cacique que coloque a esta en la edad de la piedra más tosca.

Aprestaos todos, andaluces, a cerrar con cal y canto la puerta de Despeñaperros, por la que entran tantos aires huracanados, desoladores y yertos, y hagamos de Andalucía un corazón y un cerebro que, a través de los mares, sepa latir y pensar al unísono del mundo y de la Vida.

¡Andaluces, confiad en Córdoba! Medina-al-Andalus, la ciudad de Andalucía, está a medio liberar, y en su escudo ha grabado dos enseñanzas: En una se lee «¡guerra al cacique!» y la otra grita «¡viva Andalucía independiente!»

Rafael Omeya.

De la magna Andalucía.—Bellezas arquitectónicas. La iglesia de San Pablo, en Ubeda.

Movimiento del Regionalismo

El Centro Andaluz ha organizado un curso de conferencias de carácter netamente regionalistas, que encaucen y divulguen este movimiento libertador de Andalucía.

A ellas está invitado, y ya tiene anunciado su firme propósito de dar una conferencia en Córdoba, el «leader» del regionalismo catalán y Diputado a Cortes don Francisco Cambó, quien probablamente llegará a nuestra ciudad en la semana próxima.

Ya han anunciado tema los señores siguientes:

Don Federico Castejón, catedrático en la Universidad de Sevilla: «El regionalismo andaluz»; don Antonio Gil Muñiz, profesor en la Escuela Normal: «La pedagogía andaluza»; don Ramón Carreras, profesor en la Escuela Normal: «La organización regionalista de Cataluña»; don Eduardo Badenes, también profesor de la mencionada Escuela: «Los pintores de Andalucía»; don Rafael Castejón, profesor de la Escuela de Veterinaria: «El dialecto andaluz»; don Francisco Azorín, arquitecto: «La arquitectura andaluza».

Han sido invitados, además, otros señores, distinguidas personalidades en el campo de las Ciencia, las Letras y las Artes, que aún no han designado tema. De las ciudades hermanas, principalmente de Sevilla, vendrán también distinguidos oradores, de los que con su erudición han creado estas nuevas auras que hoy inundan los ámbitos de la región.

La primera conferencia, a cargo de don Federico Castejón, nuestro ilustre paisano, que fué el iniciador del hermoso movimiento de Acción Andaluza organizado en Sevilla, se verificará muy en breve.

Ultimamente se han inscrito en el Centro Andaluz don Antonio Carrasco Suárez Varela, abogado; don Arturo R. García de Blas, veterinario; don Rafael Vidaurreta Garriga, abogado; don Enrique Salinas Anchelerga, perito agrícola; don Enri-

que Córdoba, empleado, y otros muchos más que ven en su incorporación a este Centro la prueba más fehaciente de su amor a la tierra que los vió nacer.

—

A la bandera regionalista, gallardamente tremolada en Córdoba, comienzan a sumarse, con ardorosa fe, los pueblos de la provincia. En este alzamiento de Andalucía contra los caciques, por la libertad y progreso de la región, la provincia de Córdoba está dando muestras de una vitaliddad sorprendente.

En Villaviciosa, ese riente pueblecillo de la Sierra en el que anidan los caciques, fogaril peremne donde hierven los pucheros electorales que ahogan y entierran las aspiraciones de la capital, se ha lanzado un valiente manifiesto anticaciquista, precursor de la reñida lucha electoral habida el pasado domingo.

En Villa del Río también se ha alzado la población contra el cacique, dando el triunfo a los candidatos independientes.

De Villafranca nos escriben para constituir en ese pueblo tan rico, tan trabajador y tan menospreciado por los poderes centrales, una agrupación regionalista.

En Bujalance, en Belalcázar, en Hinojosa del Duque, en otros muchos pueblos cunde el entusiasmo y los espíritus se fortifican.

Andaluces: Confiad en Córdoba. Queremos hacernos dignos de las glorias de nuestros antepasados, liberando nuestro suelo.

Se abonará cinco pesetas por cada prueba fotográfica que se remita a esta Administración.

CAMBÓ Y CASTEJÓN

—:—

El Círculo de la Amistad, la hermosa casa que los buenos cordobeses consideramos como la casa solariega del espíritu de nuestra ciudad, cierra sus puertas a don Francisco Cambó, gloria de España, y a don Federico Castejón, honra de Córdoba.

Nos resistimos a creer que ello signifique una cerrazón, tal vez hostil, al movimiento renovador que nuestra patria intenta, y al que Córdoba no puede ni debe sustraerse. El señor Cambó y el señor Castejón nos iban a hablar de regionalismo, credo político tan puro y alto que no hubiera manchado la albura de las paredes de esa casa querida, donde se ha extremado la tolerancia en otras ocasiones.

Esta ciudad generosa, que donó esa casa para centro de cultura, tendría hoy donde recibir dignamente a tan ilustre huésped y a paisano tan querido si en ella hubiera fiado el espíritu que la dedicó a nobles y altas empresas.

Nosotros la liberaremos algún día. Aún hay en Andalucía espíritus libres que recorren su suelo en cruzada de libertad y redención.

R.

La bella y popular gitana de Lucena Carmen Vicente que, restablecida de una grave dolencia, ha vuelto a actuar en el Salón de Ramírez.

LEVANTINA

—:—

Por los mares de Levante
tu nave y la mía van,
que agitando sus banderas
se saludan al parar.
Todo en vano. Nuestras naves
en las olas se hundirán,
sin que ni una vez tan solo
se hayan podido abordar.
. . . .
Nunca tu nave gallarda
mi puente sombreará,
ni sentados a una popa
las gaviotas nos verán.
Nuestro destino es cruzarnos
del mar en la inmensidad.
Cuando tú vienes, yo voy.
Cuando yo vengo, tú vas.

Juan de Castro.

LA GUITARRA

I

Esa guitarra que suena
tan alegre y bulliciosa,
va expresando cadenciosa
la dicha que me enajena.
A mi alma, de goces llena,
tan grata es su melodía,
que, vibrando en armonía
con mi loco pensamiento,
viene a aumentar mi contento
con las notas que me envía.

II

Llorando mi desencanto
parece está la guitarra,
pues el alma me desgarra
con su monótono canto
y remedando mi llanto
el meloncólico son,
ese lúgubre bordón
suena para mí tan triste
como la pena que existe
dentro de mi corazón.

III

En vano es que, con ardor,
desalentado o dichoso,
en este ritmo armonioso
busque ventura o dolor.
Ora suene halagador,
ora sentido y doliente,
¡ay! ilusión de la mente
es, sin duda, a lo que veo;
pues sólo finje el deseo
lo mismo que el alma siente.

Cayetano de Alvear.

El collar de Abderrahamán

—:—

Muerto el cruel Al-Hakem, fué proclamado Califa su hijo Abderrahamán, príncipe ilustre, llamado el Vencedor por sus muchas victorias. Después de guerrear contra los cristianos, temido de sus enemigos por la fortuna de sus armas y solicitada su alianza por los emperadores de Oriente, Abderrahamán se acogió a la paz, no para descansar, sino para dar a su actividad nuevos derroteros. Mandó levantar en Córdoba, capital del Imperio musulmán-andaluz, espléndidas mezquitas; en la Aljama de Córdoba alimentaba de su bolsillo particular a 300 huérfanos; fundó escuelas y construyó caminos. Y si de los bienes materiales pasamos a los espirituales, Abderrahamán se preocupó del cultivo de las artes y de las ciencias, y luego de resolver los urgentes negocios del Estado, rodeábase de los mayores ingenios de la Corte y conversaba con ellos. Córdoba era la Atenas de aquel tiempo y Abderrahamán el más poderoso soberano de la tierra. Todo le salía bien para hacerle la vida feliz y, sin embargo, no lo era. Abderrahamán era un hombre profundamente desgraciado. Algunas veces huía de la gente, no quería ver a nadie. Melancólico, encerrábase en su cuarto o se paseaba en las noches luminosas por los jardines de su Palacio. ¿Qué tenía el poderoso Abderrahamán? ¿Cómo no era feliz? Todo el mundo se extrañaba, y muchos hasta se irritaban de que no fuera feliz un hombre que lo poesía todo en la tierra, y los cordobeses estaban dispuestos a pedirle a Abderrahamán la razón de su infelicidad como amantes súbditos que eran. En Palacio todo se volvían chismes y cuentos y cada palatino se permitia dar su opinión.

—Yo creo—decía el jefe militar de Palacio—que la melancolía del Califa nace de no tener en sus manos todos los pueblos cristianos.

—Pues yo creo—dijo un anciano palatino—que la melancolía es heredada de su madre, la más bella, pero también la más triste de las mujeres.

—La causa de la melancolía de Abderrahamán—dijo una voz femenina—es una mujer. Abderrahamán está locamente enamorado de una esclava, y ésta, aunque os parezca mentira, se burla del Califa.

Los oyentes se quedaron horrorizados. Pero ¿era humanamente posible que una mujer, una esclava, no se enamorase del Califa? ¡Esto era imposible!... Tan imposible como que el sol dejase de alumbrar... La sola visión del Califa tenía por fuerza que enamorar a todas las mujeres...

Menos a una. Los palatinos tenían razón. Había una esclava, que era una niña, adorada por el Califa sin ser correspondido. Era una muchachita maravillosamente bella. Abderrahamán se enamoró de ella desde que la vió, y tal respeto y sagrada turbación le produjo la vista de la esclava, que no se atrevió ni a mirarla deshonestamente. Guardó para ella toda la pureza de su corazón. Cuando la veía, el Califa temblaba. Sólo el recordarla le producía una profunda emoción. Abderrahamán, hombre muy generoso, constantemente estaba haciendo espléndidos regalos a la gente de su Palacio. Un día—esto lo cuenta Ibrahim-el-Catib—regaló a la esclava un collar de gran valor—según las crónicas, había pertenecido a Zehaida, esposa del Califa de Bagdad—, collar formado de piedrecillas verdes y redondas, pequeñas esmeraldas. Algunos wazires de su confianza que estaban presentes se atrevieron a decirle:

—¿Cómo puedes regalarle a una esclava una joya que ennoblece el tesoro real?

Abderrahamán les contestó a sus servidores:

—Me parece que Dios ha puesto en mis manos esta joya para que yo le dé su propio destino—y la colocó en la garganta de la esclava.

Todo el mundo empezó a temer por la razón del Califa.

—

A los pocos días de aquella escena, que corrió de boca en boca de todos los habitantes de Córdoba, produciendo en unos indignación y en otros simpatía la delicadeza amorosa y esplendidez del Califa Abderrahamán, se presentó en Palacio uno de los más conocidos y famosos usureros de Córdoba diciendo que necesitaba ver con toda urgencia a Abderrahamán, pero a él y no a ninguno de sus palaciegos, pues el negocio que le llevaba a Palacio era uno de los que no se podian tratar más que directamente con el Soberano, y que se dieran prisa en llevarlo a presencia de Abderrahamán, pues él era un hombre de negocios y no un vago como ellos, y no podía perder su tiempo; y aseguraba que, minuto que perdiera, lo cobraría luego Abderrahamán, sabido de lo que se trataba, en azotes en varios de sus servidores. Aterrados éstos por estas terminantes y claras palabras y por el aire de seguridad que ponía en ellas el usurero, le hicieron entrar en una cámara contigua a la del Califa, y a los pocos minutos lo pasaron a la presencia de Abderrahamán.

—¿Qué vientos presurosos te traen por aquí, Alakalif, que has puesto en cuidado todo Palacio?

—Yo...—y el usurero no rompía a hablar. Miraba a Abderrahamán y a las tres o cuatro personas que estaban con él como diciendole: «Mientras estén aquí estos importunos nada te diré.»

Abderrahamán, que era muy inteligente, pareció comprenderle.

—¡Habla!... Estos son amigos de toda mi confianza y tienen derecho

Personalidades de Córdoba.—El ilustre general don José Chacón Pérez, quien por su cultura, caballerosidad y exquisito tacto en el cumplimiento de sus patrióticos deberes disfruta de la respetuosa estimación de la ciudad entera.

a conocer hasta los secretos más íntimos de mi alma.

Entonces el usurero no habló. Despacio, como retardando el momento del que sabe que va ha producir una gran emoción, sacó de entre las ropas una caja y de ésta un magníco collar.

—¡El collar de Abderrahamán!—dijeron todos.

—¡El collar que hace pocos días regalé a la esclava...!

La mirada del Califa se encendió un momento en ira.

—¿Cómo ha llegado a tu poder, Alakalif?

—Anoche fué a ofrecérmelo un joven cristiano. Yo conocí en seguida el collar. Engañé al cristiano y lo encerré en mi casa, donde está. Luego he venido a traerte el collar. Por esta vez no dirá la gente que el usurero Alakalif no es un hombre generoso. Regalo collares que valen tanto como un reino cristiano...

—Mucho te lo agradezco, y en pago recibirás otro regalo mío. Puedes retirarte. Mándame bien custodiado a ese cristiano.

Abderrahamán dijo que le dejaran solo. Así que lo estuvo, su naturaleza, contenida, se desbordó en coraje. Sentía un gran odio, unos enormes celos y unas ansias feroces de acallarlos con sangre.

Toda la crueldad de su padre parecía renacer en aquel momento en él. Toda la sangre de los Ommiadas, generosa y cruel, le quemaba la carne y le golpeaba violentamente las sienes.

El odio al cristiano, el fanatismo religioso, unido a los más bestiales celos, le obscurecía la inteligencia y le apagaba los nobles sentimientos. A gritos pedía venganza. Mandó traer a la esclava, le colocó el collar en el cuello y como un loco le dijo:

—¡Te haré otro collar con la sangre de él!...

Puso a la esclava en una ventana, y el mozo cristiano adorado de la mujer fué ahorcado a su vista...

Diego de Vidaurreta

LOS IMPORTUNOS

Cansado de soportar
saludos que me exasperan,
llegó el momento de hablar;
llamen Sancho al buen callar
o le llamen como quieran.

Que hay gente que a todo obliga;
de saludar muy sincero,
pero al dar su mano amiga
merece que se les diga
las verdades del Barquero:
—¡Hola, querido! ¿Que tal?
¿Está enfermo?
—No, señor.
—¡Pues... encuentro a usted muy mal,
su rostro es algo espectral
y es quebrada la color!

Decidme si hay quien aguante
doscientas veces al día
este saludo irritante,
repetido a cada instantes
con terca monotonía.

Os lo digo francamente
por mi honor y mi figura:
ese saludo imprudente
me hace subir la pendiente
de una vejez prematura.

«Viviendo yo sin temores
y encantado de la vida»
me tienen tales señores
¡oh dolor de los dolores!
la cabeza encanecida.

Neurasténico, nervioso,
cobarde, meditabundo,
no tengo paz ni reposo
y hasta pienso pavoroso
si estoy en el otro mundo.

Tanto amargan mi existencia
que apenas con ellos hablo,
y aunque resulta imprudencia,
de su importuna presencia
me alejo como del diablo.

Porque es muy triste escuchar
a esa majadera gente,
que amorosa al saludar,
puede a cualquiera matar
así, cariñosamente.

Jesús Rodríguez Redondo.

Los azulejos polícromos de los conquistadores de Córdoba

I

Erase una vez un rey..., que acompañado de caballeros esforzados de sus reinos y de los cristianos de las naciones que comprendía entonces la España reconquistada, emprendía sus campañas por Andalucía, y primero Córdoba en 1216 y después Sevilla en 1248, dejaban definitivamente de pertenecer a Mahoma, para engrandecer los dominios de Fernando el Santo.

Acompañaba en tales empresas al monarca un tal Mosén Luís de Góngora y de Valdoma, cuyo padre había casado en Francia con una hija del linaje de los Vandona o Bandoma (tal vez Vendome) y hasta parece que él mismo haya estado casado, antes de la conquista, con doña Jimena de Aristán, de tan noble linaje de Navarra, como era el suyo.

Es preciso recordar que era conocida en España, desde el tiempo de la dominación romana, la manera de esmaltar las piezas cerámicas en determinados colores, verde, amarillo y melado; pero tales procedimientos fueron empleados sólo en piezas de un lujo extraordinario y no consta de un modo positivo que se vulgarice esa técnica, hasta los días de Medina Azzahra, en que vimos que decora Almanzor su palacio con una magnificencia desconocida y usando piezas cerámicas ornamentadas ricamente, apareciendo por vez primera los reflejos dorados; poco después de esa fecha, a consecuencia por un lado de los nuevos procedimientos empleados en Córdoba a base de los tradicionales romanos, y por otra parte, de la imitación de los mosaicos enviados en aquellos días, como sabemos, desde Constantinopla por el emperador León, y más concretamente, de los pavimentos y paramentos del palacio de Almanzor (que ostenta decoraciones a base, primero de incrustaciones de mármoles de colores, después de piezas cerámicas sobre piedra y de piedra sobre piezas cerámicas), nace definitivamente el mosaico de azulejos, mejor dicho, de aliceres que ejecuta con trozos recortados de losetas monocromas, incrustadas sobre el mortero y yuxtapuestas, interesantes composiciones geométricas de rosetones.

Aspectos de Córdoba.--Los molinos del Guadalquivir

Las relaciones que por aquel entonces existían entre Francia y Navarra, acentuadas en este caso por las de familia mencionadas, hacen fundadamente suponer que en la mesnada de aquel Góngora y Valdoma viniese algún alfarero del Mediodía de Francia, quien seguramente ya después de la conquista, establecido en Córdoba, a la vista de nuestros mosaicos de aliceres, emprendió la tarea de fundir los procedimientos cerámicos franceses y españoles, para fabricar losetas policromadas con que poder sustituir en los enterramientos los blasanes en piedra pintada usados hasta aquellos días.

Era por aquel entonces conocida en Francia una técnica de decoración cerámica que se pudiera denominar de «reservas», en la que, sobre un ladrillo con grecas o modelaciones en relieve (obtenidas generalmente por estampación, de pasta ferruginosa, y que, por tanto, daba en una cocción normal esa entonación rojiza bien acentuada, que se llama «rojo ladrillo»), vidriaban con alcohol de alfarero, es decir, con el mineral de plomo tal como lo da la Naturaleza, las partes en alto relieve, que por transparencia del vidrio de plomo tomaban esa coloración amarilla obscura acaramelada que los alfareros llaman «melado» y que contrastaba con las que presentaban el color rojizo barreño del ladrillo desnudo o con las que recubiertas antes de correr el plomo de tierra blanquecina, transparentaban en un tono mucho más claro, aparentando un amarillo pálido, tan sólo debido a las impurezas naturales del mineral que se empleaba.

Visión del porvenir.—La gran plaza de las Tendillas.—Dibujo de Fz. Márquez

Y en una de las capillas habilitadas para el eterno descanso de las familias de los conquistadores de Córdoba, no hace mucho que aparecieron unos toscos azulejos de unos 15 a 17 centímetros de longitud por más de 10 de ancho y más de dos de espesor, que presentan en relieve sobre el fondo de la loseta la superficie de un escudo, de proporciones y forma idénticas a las de aquellos días; sobre el escudo, y en un nuevo relieve, aparece modelada una cruz ancha que parte de todo el campo, y sobre ella, asimismo realzados, cinco lobos pasantes a la derecha.

Nadie puede dudar a la vista de estas empresas que se trata de la familia de los Góngora, que cambió más tarde los lobos de sus empresas por leones; pero lo que aquí más interesa, aparte de las particularidades del barro, es que todo el escudo, como el fondo de la loseta, lleve un baño vidriado en tono melado francamente obscuro o tostado, tan sólo la cruz una entonación más clara, sobre la que resultan los cinco lobos, nuevamente del mismo tono del campo y de la loseta.

La cruz del escudo de los Góngoras fué obtenida en tono melado claro por este procedimiento, único ejemplo en España quizá de técnica francesa, lo que, por aparecer precisamente en el enterramiento de un noble llegado de Navarra al frente de una mesnada, hace suponer con cierto fundamento un conocimiento de aquella técnica y hasta quizá una importación.

La admirable artista Adria Rodi, que actúa con éxito extraordinario en el Salón de Ramírez.

Es muy curioso hacer constar que todas las circunstancias y datos documentales de la época hacen pensar que no fué esta la primera obra policroma heráldica de aquellos días, pues cuando la fecha del enterramiento en cuestión es necesario retrasarla casi hasta fines del siglo XIII, y, por tanto, atribuírlo quizá a un hijo de aquella doña Gimena de Aristan (D. Pedro Giménez de Góngora y Aristan, que fué regidor de Córdoba, y cuya hermana Teresa, casó con don Alfonso Fernández de Córdoba); encontramos en Sevilla una fundación del infante don Felipe, hermano de Alfonso el Sabio, que hace decorar la capilla de la Piedad en la parroquia de Santa Marina, con un friso de azulejos colacados en loncaje, alternando en cada loseta un castillo y un águila modelados, en línea, obtenida en relieve (seguramente con molde) sobre la superficie del ladrillo, antes de dar el baño de alcohol; pero con la particularidad de que el águila, que debía ser negra, fué embadurnada con manganeso que luego en el horno se corrió más o menos en ciertos ejemplares, a pesar de lo cual da una impresión muy aceptable. No se comprende fácilmente que estos azulejos de Santa Marina, cuya fecha puede oscilar entre límites muy estrechos del siglo XIII, fuesen ya conocidos para el alfarero que decoró el enterramiento de aquel Góngora, pues de serlo, hubieran seguramente aparecido los cinco lobos de la cruz teñidos de manganeso; queda, por lo tanto, el recurso único de suponer los de Santa Marina posteriores, lo que no deja de ofrecer algunas serias dificultades, mucho más si se tiene en cuenta que, aunque algo separado por la técnica, el azulejo de los Góngoras puede formar en una serie, con otros colocados en Córdoba en los enterramientos de los finales del siglo XIII y principios del XIV, de aquellos primeros descendientes de los conquistadores.

Pedro M. de Artiñano.

DE LA ESPAÑA VIEJA

—

Tristezas de la escuela

—:—

A la Asociación Normalista de Antiguos Alumnos de Córdoba.

Nada tan triste, tan hondamente doloroso en nuestra realidad nacional, como la escuela rural; entregada inerme a la tiranía caciquil de los que en la mayoría de los casos no pusieron en ella sus plantas jamás, se ve obligada a sufrir la más alta institución social el desprecio y, con frecuencia, hasta el odio de los que tratan de orientar a España hacia los abismos insondables de la ignorancia con un espíritu más propio de tribu primitiva o de cabila marroquí, que de un pueblo consciente y cuyas acciones estén fundementadas en la razón suprema del progreso y en el imperio constante del derecho ciudadano.

Con frecuencia la escuela rural, si no perseguida y afrentada, está abandonada, arrinconada con el mismo desdén con que separamos de nuestro uso un mueble inutilizado, un objeto despreciable, con la misma indiferencia con que abandonamos aquellos objetos que, lejos de constituír algo indispensable para nuestra vida, más bien son obstáculo para desenvolvernos libremente.

Aún más triste que la escuela es la figura de ese maestro rural, esclavo de su deber en la inmensa mayoría de los casos, mártir de la causa social más alta y menos reconocida, perseguido con frecuencia por no avenirse a las maquinaciones e intrigas de aquellos que, en vez de molestar y tiranizar al maestro, debieran vigorizar sus inteligencias, desarrollar sus sentimientos sociales y superiores con unos cuantos años de escolaridad, que aún más que los niños necesitan para perder ese dejo de barbarie primitiva, esa reminiscencia de tribu que emana de sus caprichosos mandatos.

Liberalizada la escuela del yugo caciquil, emancipado el maestro de la férula del monterilla, hoy más ridiculizado que temido; levantado su nivel cultural hasta alcanzar el máximo rendimiento útil, y, sobre todo, reivindicado económicamente apartando de su hogar el fatídico espectro de la miseria, la escuela rural será la depositaria de los tesoros más puros, de las más altas virtudes y de las esperanzas más nobles del carácter nacional.

La escuela rural debe de ser centro de todas las alegrías. ¡Santas alegrías! que proceden de la cultura y de una amplia cooperación local. Para extirpar la tristeza del recinto escolar, hay que desarrollar, ante todo, las instituciones complementarias de la escuela, los festivales escolares que reúnen a los niños y sus familias con el maestro y la suya para leer, recitar y apreciar juntos, transmitiéndose mutuas emociones, una parte de esas bellezas que se concentran en Madrid y en las grandes capitales y que, avaros, apartamos de los pueblos y aldeas, que acaso sean los más necesitados de unas migajas de estética.

En la escuela está indicada más que en parte alguna la aproximación a la naturaleza, que embellece sin ocasionar apenas sacrificios económicos; ¿no embellecemos la casa con flores, con pájaros y hasta con el sol, que, cuanto más penetra en el interior de nuestros hogares, más alegres nos parecen y más nos retienen en ellos? ¿Por qué no embellecer del mismo modo la escuela?

Hemos sido crueles con los dos elementos más débiles: con la aldea, pasto de caciques, y con el niño pobre, que lo es de microbios, de tristeza y de toda clase de miserias. Negamos a la escuela todos los beneficios que la naturaleza, pródiga, nos regala: la luz, el aire, el sol, las plantas... El lugar más triste y más sombrío nos parece el más adecuado para fortificar, desenvolver, educar, en una palabra, al futuro ciudadano. No es un problema de gran edificio, donde se hagan alardes de lujo y ostentación, siempre vituperables, pero aún más en un país pobre como lo es el nuestro; la escuela ha de ser un edificio modesto, más amplio y alegre que lujoso de apariencia y mísero de comodidades; con un gran campo de juego en donde puedan darse las clases una gran parte del año (en nuestra región) y en donde

Algunos de los principales oradores que intervinieron en las reuniones públicas de propaganda electoral verificadas por la coalición regionalista republicana.
Fotografía de A. Torres.

los niños vigoricen su organismo desmedrado y extenuado, como producto de una raza que ha peregrinado largo tiempo a través de las más dolorosas privaciones.

Don Rafael Altamira, en una conferencia dada hace algunos años en el Ateneo de Madrid, afirmó que la escuela española necesitaba flores y música, además de un cambio radical en los métodos y procedimientos de enseñanza. Porque el problema de nuestra escuela es un problema metódico, pues aun variando el material y el edificio transformándolo radicalmente, habríamos hecho muy poco si no se variasen los métodos de enseñanza.

Hay que modificar profundamente nuestaa organización escolar, haciendo ver a las gentes ignorantes la trascendencia inmensa que tienen para el pueblo esos dos factores que forman una totalidad social y que se llaman escuela y maestro. Hemos de hacer comprender al mismo tiempo a la mayoría de las personas que creen lo contrario, que el resultado útil de la educación no depende del número de horas que el niño permanezca en la escuela, sino que está influído fundamentalmente por el factor maestro, que es tanto como decir método.

No hay que alterar solamente los planes de enseñanza primaria; con esta reforma no llegaríamos al corazón del problema que tan hondamente debiera preocuparnos, sino que hay que variar los métodos, haciéndolos más racionales, elevando al niño por una parte hasta que entrevea ideales de vida, normas de conducta moral que se traduzcan en vigorizadores de su carácter, y, por otra parte, encauzar la curiosidad del niño, su afán de movimiento, su vocación, en una palabra, hacia aquella serie de conocimientos que se han llamado «útiles» porque encarnan perfectamente en la realidad y de ella se nutren y vivifican.

Quizá una de las enseñanzas que más se abandona en nuestras escuelas sea la de las ciencias naturales, y tal vez ninguna otra deba alcanzar en nuestra región mayor desarrollo. En casi todas las escuelas de Europa se le da una importancia total al estudio de la Naturaleza en todas sus manifestiones. Esta enseñanza, entusiásticamente enseñada por quien tiene en sus manos destinos misteriosos del futuro, el total de las esperanzas patrias, por el maestro, sería un medio de educación estética, pues en ninguna parte como en la Naturaleza, cuando sabemos interpretarla, encontrará el niño de hoy y hombre de mañana, consuelo a sus penas, alivio a sus fatigas y esperanzas a sus decaimientos; en ninguna parte y en ningún otro estudio mejor que con el de las ciencias naturales, alcanzará a comprender los secretos maravillosos de la vida; y, sobre todo, da a la escuela esta disciplina, bien desarrollada por el maestro, una fuente inagotable de poesía, de que tan necesitada se halla esta triste enseñanza española.

Como ha dicho Spéncer con bella frase, «quien en su juventud no ha coleccionado insectos ni plantas, desconoce el interés que inspira un seto o una pradera. Quien no ha desenterrado fósiles, no sabe cuántas ideas poéticas despiertan los lugares en que se hallan ocultos esos tesoros científicos. ¡Triste es, en verdad, cómo los hombres se ocupan en trivialidades y permanecen indiferentes ante los más admirables fenómenos; cómo se desdeñan de conocer la arquitectura de los cielos; mientras malgastan el tiempo en despreciables controversias acerca de las intrigas amorosas de María, reina de Escocia; cómo se aplican a criticar sabiamente una oda griega, y pasan sin notarlo ante ese gran poema épico que ha escrito el dedo de Dios en las capas de la tierra!»

En estas líneas del gran filóso inglés hay todo un método que practicar y un ideal que conseguir.

Antonio Gil Muñiz.

EL CABO DE GATA

Tienen las habitaciones, tanto la de dormir, como las del baño y escritorio reservado, de la casa Gobierno de Almería, unos amplios ventanales, que permiten esparcir la vista por el horizonte del mar.

Los diez minutos más reposados del día eran para mí aquellos en que, fumándome una bien cargada pipa, de corte turco, entre sorbos de buen café, contemplaba, apoyado en el alféizar de la ventana de mi dormitorio, el famoso Cabo mal llamado de Gata, o bien entretenía mi vista contemplando cómo esas plantas elegantes y decorativas, de cilíndricos troncos, tan corrientes en las costas mediterráneas, o sean las palmeras, mecían sus cimeras, de recio y trigono peciolo y de estrechas y rígidas lacinias. ¡Cuánto podríamos decir de tan rica planta y de sus remotos tiempos, como nos habla la Sagrada Escritura!

En los días de bruma, como en los claros, veíase también la fragosa sierra, de igual equivocado nombre, y cómo el Cabo, procedente de ella, con marcado declive, se interna con arrogancia en el mar, sirviendo de límite oriental al golfo de Almería, y creo que hoy sigue dividiendo a los departamentos marítimos de Cádiz y Cartagena.

La multiplicidad de picos y barrancos, que se retuercen en marcadas curvas al acercarse a las bases de los montes, de origen eruptivo, claramente señala aquel desordenado conjunto su formación volcánica; no vivió Sierra de Gata en los prehistóricos tiempos; no debe su vida a una tranquila formación, y sí es al reflejo de las luchas del centro de la tierra, que entre vapores de fuego lanzó incandescentes materias, cuya lava dibujó caprichosos picos y hondos y extraños barrancos.

Aparecen también muchos cráteres de explosión y otros de lava, como títulos indiscutibles de un ardiente y pasado poderío, que le permitió fijar su avanzada posición para contener con sus recios acantilados la bravura de las olas mediterráneas, teatro este mar de los aluviones de los ríos, que van modificando su estado.

¡Cuánto pudiéramos hablar de este Mediterráneo, base la más principal de la cultura, y que dos mil años antes de Jesucristo exploraron los fenicios!

Entre las muchas particularidades que tiene la sierra de Gata, una de ellas es la de dos grandes conos volcánicos, muy pronunciados y unidos por la base, que en la costa aparecen y que se llaman «los frailes del Cabo».

Siempre que he navegado por esas latitudes, al contemplarlos y recordar su nombre, héme preguntado: ¿Los designarían como símbolo de firmeza o de estirilidad?

Todo este movimiento eruptivo, a este avanzar de la tierra, que geográficamente se llama Cabo, denomínanlo hoy de «Gata» por corrupción de lenguaje.

Llámanle Gata no porque abundaran en él esos pequeños carniceros de la familia de los felinos, como los de Cafrería, Pampas, montés y demás gatunas castas, que pudieran haber dado en la antigüedad nombre al Cabo, como la egipciana costumbre, que llegó a levantar un templo a la diosa Bast, que tenía por cabeza la de un gato, tan sagrado en aquellos tiempos.

Tampoco se titula Gata por remembranzas de nuestros grandes navegantes, que llamaron Gato al embarcadero del estero de la albufera de Pinar del Río; Gato a la cumbre de la sierra Pachuca, en el estrecho de Hidalgo, en Méjico, y Gato al islote cercano a la isla de Masbate, en Filpinas.

Encierra la sierra en sus entrañas, entre otros minerales, el granate almandino, el ópalo y el originario que dió el nombre a esta volcánica formación.

Bien sabido es que la acción de las aguas sobre las rocas ígneas, como son las de la sierra de Gata, produce unos depósitos de sílice gelatinosa, de la que procede ese cuarzo que en mineralogía se designa ágata.

Estas calcedonias o ágatas finas del Cabo tuvieron en la antigüedad grandes aplicaciones, y fueron tan abundantes y bellos sus yacimientos, que le denominaron el «Cabo de Ágata», y con el correr de los siglos y corrupcion del lenguaje, hoy llámanle equivocadamente «de Gata».

Enrique Polo de Lara.

El presidente de la Agrupación Socialista de Códoba don Juan Palomino Olalla, que por orden dictada en Madrid, fué detenido en los días de la huelga general, siendo puesto en libertad al levantarse el estado de guerra, a causa de haber sido sobreseída, por falta de pruebas, la sumaria que se le había instruído.
Fotografía de A. Torres.

Figuras conocidas.—El popular caricaturista Fz. Márquez.
Por Alfonso del Rosal.

DE UN ALBUM

—:—

Dichoso aquel que despierte
en tu corazón el eco,
y al decir «¡te quiero!» escuche
que le responden: «¡te quiero!».

Angel Avilés.

...Y se volvieron cañas, y nosotros, robles

—:—

A Ramón Rubio.

No he visto a usted, querido amigo, desde que estuvo en Córdoba con el compañero García Cortés, adalid de la causa obrera, hombre de tanto temple como talento, y Marcelino Domingo, representante en el Parlamento de la juventud culta y honrada que con osado empuje lucha por derrumbar el castillo de naipes, con aspecto de fortaleza, que subsiste porque no ha soplado todavía el aire que de un solo vaivén de los de abajo, derrumbe tanto muñeco simbólico de la falsía, la doblez, la crueldad, la tiranía y la infamia, y que con su prodigioso talento y valor llegó a infundir pánico a muchos que, llegado el momento, quizá temblaran ante un rapaz que con arrestos de hombre, sin inteligencia, sólo con el instinto bravo de su vivir en la montaña, armado sólo de una porretilla, los desafiara.

Y de entonces acá, ¡cuántas cosas fracasaron en el retablo de la farsa política de turno y en el tragico vivir del proletariado español! Romanones hizo caer el Gabinete de Dato a título de que las reformas económicas, el problema de las subsistencias, el proyecto sobre beneficios extraordinarios, el fomento del trabajo nacional, etc., eran preferentes a las reformas militares. Pasa el tiempo. Nada se hace. Las izquierdas y el proletariado avisan con la huelga formidable pero pacífica del 18 de Diciembre, que la paciencia se acaba, que el pueblo sufre, que el remedio urge... Se acentúa la desesperanza en el país y una intensa agitación se promueve, pidiendo la realización inmediata de medidas que tiendan a la verdadera regeneración nacional. Las clases medias, moderadas y tibias en su actuación, gritan; la clase obrera, resuelta, con dominio de su razón, exige justicia. Las fuerzas parlamentarias sanas, vivas e inteligentes, desligados del anónimo montón de los agradecidos por el regalo de un acta, con la recia voz de su gran autoridad, recuerdan a sus antecesores de las gloriosas Cortes de Cádiz «España no es patrimonio de reyes ni personas» y presentan soluciones... Se les persigue, se les cerca con el silencio y se restringe la publicación de sus acuerdos... Y, después, la gran huelga con su sangrienta represión, creyendo los políticos de oficio que con esas barras rotas sobre la piel del pueblo, mermará su decisión y anulará su organización, y esas lanzas se han vuelto cañas, y el pueblo sigue firme como un roble, esperando que la mano vigorosa y la inteligencia de los grandes artífices graben el evangelio de la España redimida.

R. Camacho.

PÁGINAS GLORIOSAS

—

Los siete sabios de Grecia

En tiempos ya remotos hubo hombres que, curiosos y eruditos, trasladaron a escritura hechos y dichos que estimaron notables y útiles para recreo propio o para bien de la humanidad. Y uno de esos anónimos recopiladores de la labor ajena, recogió en un manuscrito, que los sabios llaman «Antología Palatina», por haberse encontrado en el Monte Palatino, de Roma, las frases que, como divisa de su escudo de sabiduría y como espléndidas luminarias de la dirección de su vida, lanzaron a la existencia universal los siete sabios de Grecia, algunos siglos antes de Jesucristo, es decir, hace más de dos mil años. Ellos murieron, pero su voz, animada por un poder misterioso, aún resuena en nuestros oidos.

Hé aqui su traducción literal:

«De siete sabios yo diré, palabra por palabra, la ciudad, el nombre, el dicho:

«Optima es la medida», dijo Cleóbulo de Lindos.

«Conócete a tí mismo», Quilón, ciudadano de Esparta.

Y Periandro, que habitó en Corinto, exclamó: «Vence la ira».

Pitaco, nacido en Mitilene, a su vez dijo: «Nada es demasiado».

«Mira el fin de la vida», profirió Solón en la sagrada Atenas, como «La mayor parte es mala», Bías de Pine.

En fin, «Huye de la fianza», dijo Tales de Mileto.»

CÓRDOBA

La Casa de Córdoba.—Salón de actos del Círculo de la Amistad.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 24 de Noviembre de 1917 | NÚM. 66

El Centro Andaluz a la opinión cordobesa

Con motivo del triunfo electoral de la Coalición Regionalista republicana en Córdoba, numerosas personas que antes concedían escasa importancia a la actuación del Centro Andaluz, sienten vivo interés por conocer cuáles sean los principios sociales y políticos que nuestra sociedad sustenta.

Desde luego, todos saben que la esencial aspiración regionalista es conseguir la autonomía de la comarca andaluza y dentro de ella la de los Municipios. También es principio que defendemos el de la más perfecta autonomía individual, pues no queremos que nadie pueda decirnos que sólo anhelamos la libertad de la tierra, sin preocuparnos la esclavitud de los hombres.

Más ámplios pormenores en sentido autonomista, así como respecto al contenido georgista y cultural del programa regionalista andaluz, se encontrarán, ya en el libro «Ideal Andaluz», de Blas Infante, ya en notables trabajos que fueron publicados en la Prensa de nuestra ciudad, especialmente en la simpática revista CÓRDOBA, y que se proseguirán y vulgarizarán convenientemente en lo sucesivo y serán complementados por la importante labor de propaganda que supone el curso de conferencias regionalistas anunciado.

En la presente declaración deseamos limitarnos a fijar la posición de los regionalistas cordobeses en relación con el movimiento político nacional y local.

Con fecha 15 de Septiembre publicamos en la revista CÓRDOBA una nota oficiosa, cuyo último párrafo dice así: «El Centro Andaluz tiene que limitarse por hoy a dar fe de vida; a consignar su decisión de recoger, ínterin no se adopten autorizadamente otras determinaciones, la orientación patriótica señalada antes que nadie por los cordobeses en los comienzos de Junio, a declarar que no hay otra salvación para Córdoba que la unión de todas las personas de buena voluntad contra el caciquismo centralista, ni más camino de redención para España que la convocación de Cortes Constituyentes por un Gobierno nacional ajeno a los partidos de turno y que ofrezca, para los solemnes comicios que bajo su mando se celebren, las mayores garantías de moralidad».

Aspectos de Córdoba.--El Puente Romano

En la antedicha nota se hace referencia a un acuerdo del Centro Andaluz de Córdoba felicitando al de Sevilla. El temor a la censura, entonces muy rigurosa, veló con cierto eufemismo la expresión exacta de dicho acuerdo que, copiado del libro de actas de nuestro Centro, fué el siguiente:

«Después se procedió a dar lectura a la carta que por varios socios de este Centro se dirigía al que con igual denominación existe en Sevilla, felicitándole por el acuerdo adoptado de declarar la incompatibilidad del actual régimen monárquico de España con la realización del ideal regionalista andaluz.

En consonancia con lo expuesto en la misma, se tomó el acuerdo de suscribirla en todas sus partes, declarando, por tanto, este Centro incompatible al actual régimen monárquico de España con la realización de nuestro ideal regionalista; y la necesidad de que por un Gobierno nacional sean convocadas Cortes Constituyentes; así como la total identificación con el espíritu de la Asamblea celebrada en Barcelona el 19 de Julio».

No tiene este acuerdo un sentido republicano, ni nunca ha sido tal el carácter político de nuestra Asociación. Hemos de afirmar de modo terminante, que sin necesidad de hacer declaraciones republicanas se puede pertenecer al Centro Andaluz. Ese acuerdo expresa simplemente la profunda desconfianza de los regionalistas en cuanto a que el régimen existente en España, que a tanta ruína nos ha traído, tenga soluciones para los hondos problemas que planteamos.

A pesar de la entrada de dos regionalistas catalanes en el actual Gabinete, y a salvo de hacerles el día de mañana la justicia que merezcan por su conducta personal dentro del Gobierno, nosotros sentimos hoy las mismas desconfianzas que ayer. Seguimos al lado de la Asamblea parlamentaria con los elementos que la integran después que salieron de ella los catalanistas. Ratificamos el acuerdo arriba copiado y lo ampliamos y reforzamos declarando que no consideraremos modificado el actual régimen de España, en tanto que un Gobier-

no verdaderamente nacional, es decir, que tenga la confianza de las principales agrupaciones políticas nacionales de las más diversas tendencias, no convoque unas Cortes Constituyentes que decidan acerca de los más vitales problemas de España, irresolubles muchos de ellos con la actual constitución, y voten aquella forma de gobierno que el pueblo español estime más en armonía con el progreso y la justicia.

En cuanto a lo local, por conveniencia, gratitud y afinidad de ideales, los regionalistas debemos y queremos mantener una estrecha y fraternal alianza con el partido republicano autónomo de Córdoba, así como con los socialistas, con la masa obrera progresiva y, en una palabra, con todos los núcleos de las izquierdas. Juntos hemos derrotado el día 11 en las urnas al caciquismo y juntos estamos decididos a seguir, hasta lograr estirparlo de nuestra ciudad para elevar a ésta a la grandeza y dignidad que le corresponden.

Los nueve concejales de la minoría regionalista republicana del Ayuntamiento, de igual modo que el diputado republicano regionalista don Francisco Salinas, han de realizar en nuestras corporaciones municipal y provincial una labor ardua e intensa que necesita de toda clase de colaboraciones. El Centro Andaluz y el Partido Obrero republicano tienen la obligación de ayudar a sus representantes confiada y entusiásticamente en esa obra redentora, precisamente para poder sostener más firme y legítimo el derecho a exigirles que cumplan con su deber.

El Centro Andaluz, por su parte, se compromete a ser el más efusivo alentador de la concordia entre los individuos de la minoría anticaciquista del Ayuntamiento, a divulgar en sus propagandas orales y escritas toda actuación meritoria que realice la mencionada minoría y a imponer, en fin, entre sus socios aquella disciplina saludable que mejor se avenga con el respeto a los propios principios y con la lealtad que se debe a las organizaciones y personas de nuestros coaligados.

Esta declaración tendrá efectos reglamentarios por cuatro años a partir de la fecha, sin perjuicio de que, transcurrido este plazo, pueda el mismo ser prorrogado, y a no ser también que antes de que termine propongan la modificación del presente acuerdo la mitad más uno, a lo menos, de los indivíduos que queden como socios de los que actualmente constituyen el Centro Andaluz y dicha modificación sea acordada en junta general convocada al efecto.

Se decide que consten en acta estas manifestaciones y que sean publicadas en la Prensa para conocimiento de los que deseen ingresar en el Centro Andaluz.

Córdoba 22 de Noviembre de 1917.-El Presidente, *Dionisio Pastor*.—El Secretario, *Francisco Córdoba*.

NECROLÓGICAS

—:—

Durante la semana que hoy concluye, han rendido la jornada de la vida dos queridos amigos nuestros: don Gabriel Aguilera y don Bartolomé de Castro Escribano.

El primero fué periodista, poeta y literato de relevantes condiciones. Muy joven aún, actuó en la Prensa de Madrid y en la agobiadora labor del periódico contrajo la cruel dolencia que, como a tantos y tantos otros profesionales de las letras, le ha llevado prematuramente a la tierra. Presintiendo ya su desgracia, ingresó en la Escuela de Criminología, de la que por su talento, cultura y laboriosidad fué alumno predilecto, y pasó después al Cuerpo de Prisiones, siendo nombrado subdirector de la Cárcel de Córdoba. Llena el alma de tristeza la breve historia de este infortunado luchador que, sintiéndose herido de muerte, aún levantaba el espíritu, siempre claro, inteligente y bueno, en busca de la paz, del reposo que tanto y tan anheladamente había perseguido para él y para los suyos. En su desventura, halló como lenitivo el grato refugio de Córdoba, en donde le rodeaban el cariño de su amantísima familia y el afecto sincerísimo de los amigos que se honraban con su trato cautivador y afabilísimo.

Don Bartolomé de Castro, por su cultura y bondad, disfrutaba de generales simpatías en la población. Fué también poeta, periodista y literato y poseía una extensa y sólida altura, especialmente en materias de Filosofía, a la que era muy aficionado.

Gustaba mucho del trato de la juventud intelectual, a la que distinguía con su amistad y decidido concurso en toda clase de empresas.

Ejercía el cargo de notario y pertenecía a la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, como socio de número.

A las familias de ambos queridísimos amigos enviamos nuestro muy sentido pésame y la expresión del testimonio de que con sentimiento sincero les acompañamos en la irreparable desgracia que les aflige.

CÓRDOBA SE DESPUEBLA

—:—

Para confirmar con algunas cifras la extraordinaria gravedad de la situación sanitaria de Córdoba, publicamos los siguientes datos de defunciones ocurridas sólo en el Distrito de la Derecha:

AÑO 1917		AÑO 1916	
Septiembre.	108	Septiembre.	82
Octubre.	136	Octubre.	88
Nbre. (20 días).	120	Noviembre.	67
	364		237

La diferencia en más es de 127, teniendo en cuenta que los datos del mes de Noviembre llegan sólo hasta el día 20. De las defunciones ocurridas, 95 fueron causadas por la viruela.

Véase, pues, con cuánta y cuán sobrada razón la opinión pública, ante el hecho cierto de la despoblación de Córdoba por la viruela, el tifus y otras endemias ahora agudizadas con espantosos caracteres, comienza a levantarse airada para acudir a la manifestación, el cierre de tiendas y cuantos actos de protesta haya que realizar contra este pavoroso estado de cosas.

LA TRENZA DE ORO

—:—

Pálida y gentil dodcella,
yo siento un hondo pesar
cuando miro tus cabellos
trenzados con igualdad.
Viéralos hechos jirones
en el viento tremolar
y de mi mente se iría
este tormento infernal.
Deja el torrente sedoso
de tu pelo desbordar,
que esa tu trenza dorada
pregona fatalidad.
Como una fiera serpiente
ansiando enroscarse está,
y me fascina y me atrae
cuando se mueve a tu andar.
Y si vuelves la cabeza
con desdeñoso ademán,
es látigo que en mi pecho
deja sangrienta señal.
¡Oh, mis sueños de ventura
que no se han de realizar,
oh, tu pecho indiferente
a mis frases de piedad!
Fatídica trenza de oro,
anunciándomelo estás;
¡los malditos desengaños
mi ilusión condenarán!
Trenza ingrata, trenza esquiva,
torna en su talle a posar,
porque ondulando en sus manos
¡me pareces un dogal!

Francisco Arèvalo.

Don Manuel García Lovera

El último García Lovera ha muerto. Esperábase y temíase desde hace tiempo la desgracia irreparable, mas nunca podíamos resignarnos ante la proximidad del doloroso desenlace. Herido de muerte, prolongábale la existencia la solicitud amantísima de su virtuosa esposa, que al cuidado del ilustre enfermo hallábase por entero consagrada.

Don Manuel García Lovera representaba a una de las más prestigiosas familias de Cordoba y en la que con luz propia brillaron, dejando indeleble recuerdo en la ciudad, don Fausto García Tena y don Ignacio, don Rafael y don Fausto García Lovera. A todos ellos los recordaba y representaba dignamente y era al mismo tiempo la viva memoria de aquella época interesantísima en la que los suyos y él actuaron e influyeron tanto y tan intensamente.

Todos ellos sobresalieron por propios y relevantes méritos de cultura, orientando sus esfuerzos reunidos en favor del mejoramiento moral y material de Córdoba: abogados, oradores, poetas, escritores, creadores de teatros, imprentas y periódicos, su labor estuvo siempre encaminada en beneficio de la ciudad, armonizando sus aptitudes y aspiraciones con el interés espiritual y material de la población.

Difícilmente podrá hallarse una victoria igual a la que ellos, incluso desde el punto de vista de la posición social, alcanzaron en las lides nobilísimas de la inteligencia, del progreso intelectual.

Cordobeses de abolengo, recogieron y expresaron admirablemente el espíritu de la ciudad. Cordobesa—brillante y buena, esplendorosa y noble—fué la musa que de continuo inspirara las producciones oratorias y poéticas de don Ignacio y don Rafael García Lovera y cordobesa fué enteramente la complexión espiritual, la conducta, la vida entera del muerto ilustre cuya pérdida lloramos hoy con dolor sincero.

Eran aquellos la Córdoba luminosa y riente cantada por los poetas y enaltecida por los oradores y era don Manuel la Córdoba discretísima y buena, conciliadora, amistosa, de aristocrática corrección, selecta en las maneras y en la conducta, que ha impreso este sello gratísimo y único a todos sus hijos, a través de las más diversas modalidades y desde el más humilde al más ilustre.

Esta aristocracia de la raza, esta finura, esta moderación condescendiente, señorial, de una población animada por un pueblo rey, como el romano, en el que todos se consideran en cuanto al trato social en la región de los iguales, fluía inagotable de la conducta toda de don Manuel García Lovera y sobre ello, como una de las expresiones más característica de su manera de ser, disponía de un elemento preciadísimo para merecer el cariño y la consideración de todos, para resolver los contratiempos de la vida y salvar el esquinado carácter de los hombres: su donosura, siempre sugestiva y casi siempre reveladora de un suave fondo de excepticismo amable, tolerante, hermano de aquel que tan bellamente encarnara en el inmortable autor de las Doloras.

Constantemente se hallaba dispuesto a la disculpa del daño que pudieren causarle, en su magnífica misericordia hacia la vida de los hombres, y cuando no, cuando el exceso rebasaba los límites de la transigencia más amplia, que era la suya, con una ocurrencia feliz e ingeniosísima rompía el conflicto, quedaban las cosas en su nautral ser y estado y nadie se disgustaba, que era lo que principalmente pretendía de continuo.

No fué orador ni poeta, no compuso versos ni pronunció discursos y quizá por ello, por no haber gastado la propia savia espiritual en la busca de expresiones que a los demás pudieran servir de deleite, conservaba inalterable y clara su concepción de la vida, de cuya realidad nunca se apartaba, examinándola atentamente de continuo para completar la visión que de ella había alcanzado. En todo ello, en su apartamiento constante de glorias y galardones, en su inquebrantable propósito de no figurar, en el firme deseo de no llamar la atención, de que no se fijasen en él, demostraba un carácter avalorado por una modestia sincerisima, ejemplar, nunca quebrantada y jamás rendida ante nada ni por nadie.

Así fué: cordobés por excelencia, de muy claro talento, bondadoso, ocurrente, discretísimo, tolerante, modesto. Disfrutando de una posición principal, gustaba de vivir sencillamente; pudiendo haber ocupado cargos oficiales, no ambicionó ninguno; teniendo talento, no quiso ser literato; pudiendo haber influído en su propio provecho—con su fortuna, con su librería, con su teatro, con su periódico—, fué vecino y contribuyente y nunca administrador de la ciudad; fué espectador más que empresario en su teatro y lector más que dueño de su periódico, el que de verdad tuvo siempre entregado a Córdoba ente-

ra y a los cordobeses todos sin distinción de ninguna clase, sin haber dado nunca más orden que el ruego de que a nadie se molestase, que se atendiera y complaciese a todos. Y así, precisamente con ello, con esto que parecía una abstención, ¡cuánto y cuánto ha influído!, porque dejaba el campo abierto y libre al dulce sentimiento de la amistad, que constituye la fuerza dominante del alma de Córdoba.

Obligación nuestra es la de rendir a su memoria imperecedera un homenaje sentísimo, porque este patricio silencioso y descreto, de trato tan suave y atento, con la cooperación de su fortuna y su inteligencia de una parte y dejando sabiamente hacer de otra, ha contribuído de manera principalísima al progreso espiritual de Córdoba, abriendo librerías, construyendo teatros, llenando su casa de cuadros y otros objetos de arte, estableciendo imprentas, fundando periódicos. Ha muerto el último García Lovera, representante de una familia ilustre y principal por la posición, el talento y el trabajo, mas su espíritu—representativo de los sentimientos fundamentales de Córdoba—queda en sus obras, en las enseñanzas de su vida dilatada y ejemplarísima y desde luego inspirará de continuo la Casa que lleva su nombre prestigioso y la labor toda del *Diario*, que él tenía completamente entregado a Córdoba, dejando que la ciudad misma lo hiciese para que así los cordobeses todos pudieran luego leerlo como enteramente suyo.

E. G. Nielfa.

En Madrid se venden ejemplares de este periódico en la Puerta del Sol, número 15, kiosco del Café Universal.

JUNTAS DE DEFENSA

La Prensa de Madrid—«El Mundo» principalmente—publica la noticia, que con sincera complacencia acogemos, de haber constituído sus respectivas Juntas de Defensa los funcionarios de Telégrafos, Correos y Hacienda, quienes anteriormente contaron con el decidido apoyo de las Juntas militares, siendo lógico suponer que este concurso haya sido ahora precisado y reforzado.

Los empleados de Correos han publicado la circular siguiente:

«Circular núm. 1 de la Junta de Unión de Madrid.—Con asistencia de importantes elementos tuvo lugar estos días una entusiasta reunión, en la que se acordó la necesidad y urgencia de constituír la Junta de Madrid, única población en que, a pesar del gran entusiasmo de todos sus funcionarios, no se había constituído este organismo.

En el acto mismo quedó nombrada una Junta provisional que fué luego confirmada y aclamada por otra reunión celebrada posteriormente y compuesta de funcionarios de esta corte solamente.

Esta Junta así constituída os advierte que la Unión no va contra ningún jefe determinado y mucho menos «contra los jefes», como algunos han podido creer. La Unión, por el contrario, persigue fines más elevados. La Unión quiere afirmar la disciplina, que no es servilismo, y quiere reforzar más y más la autoridad de nuestros jefes naturales, sin perjuicio de ir contra aquellos cuya gestión oficial no sea todo lo digna y correcta que fuera de desear.

La Unión quiere jefes fuertes, capaces de oponerse a todas las imposiciones caciquiles, vengan de quien vengan, y al lado de ellos y con ellos estará siempre. Por tanto, peor para ellos si, llegado un caso, adoptan actitudes que no son suyas, tomando sobre sí responsabilidades que no tienen, sólo por no descubrir manejos caciquiles a los que siempre son ajenos. La Unión sabe que nuestros jefes se inclinan con harta frecuencia ante imposiciones arbitrarias de elementos extraños, y quiere evitarlo poniéndose a su lado en masa formidable y compacta.

Estamos convencidos de que nuestros directores generales, salvo honrosas excepciones, atienden más a sus particulares egoísmos y a su capricho que al buen desempeño de la misión que se les confía; se preocupan más de servir y complacer a sus caciques que de mejorar los servicios y defender al personal. Y porque sabemos todo esto y porque vemos con amargura la impotencia de nuestros jefes frente a estos señores, que se consideran más reyes que el mismo Rey, y a cuya confianza y a la del pueblo, que paga, faltan impunemente, hemos constituído esta Unión, dispuesta a luchar contra los malos, defendiendo y aplaudiendo a los que por su austeridad y laboriosidad lo merezcan.

Somos servidores del Estado, y como tales, respetuosos con todos los poderes constituídos. Queremos disciplina, pero con respeto para todos. Obedientes y respetuosos por educación y por deber, nos opondremos por todos los medios a los atropellos y a las medidas caprichosas y arbitrarias. Recientes están casos de atropellos caciquiles cometidos con jefes y compañeros. Díganlo el señor Alonso, de Orihuela, y el señor Medina, de la Caja Postal. Esto no queremos que se repita. No se repitirá.

¡Compañeros! Firmad el adjunto compromiso y habréis dado un gran paso contra los camarillas y los atropellos caciquiles. Os lo asegura *La Junta de Unión de Madrid*».

El Día, cerrando la extensa información que dedica a la conjura de los viejos elementos políticos que no se resignan a la pérdida de su dominio sobre la vida pública española, dice:

«Y no queremos terminar esta información sin traducir un buen diálogo que eschuchamos esta mañana a dos personajes conservadores que comentaban estas incidencias políticas.

—No cuenta usted—decía uno de los conservadores—con un factor, hoy esencial en la vida de España: las Juntas de Defensa.

—Las Juntas de Defensa—contestó el otro...— ya tienen lo suyo.

—¿Qué?

—Las otras, las de los sargentos, que ya se han logrado formar, y que ¡quién sabe su orientación y propósitos!

—Eso es dividir al Ejército, provocar rencores, hundir a España.

—Sí; la hora trágica que tantos anhelan, aun cuando lo oculten».

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

Los azulejos policromos de los conquistadores de Córdoba

—:—

II

Las dimensiones, la manera de ser tratadas las empresas en relieve sobre relieve, el aspecto y criterio general que domina las obras, hace sospechar no precisamente una misma mano, pues la técnica del vidriado y esmaltado es diferente, pero sí una separación en años corta.

Quizá desde que se fabricaron las primeras losetas para los Góngora por un alfarero navarro o francés que modificó su técnica en Andalucía, hasta que se hicieron los del arcediano, de que hablaremos ahora, pasaron los años, en cuyo intermedio el infante D. Felipe intenta el procedimiento que poco tiempo después llega en la capital del Califato a un especial e interesante perfeccionamiento.

Porque los escudos de aquellos finales del siglo XIII o principios del XIV que han llegado hasta nuestros días suponen casi el más perfecto dominio de la cerámica de su época, con la sola observación de no saber aplicar el reflejo dorado, que por otra parte nadie supo aplicar a los azulejos heráldicos hasta entrado el Renacimiento.

Se diferencian de los de Góngora y Santa Marina estos escudos cordobeses, en aplicar una gama de colores mucho más extensa, usando con el mayor dominio el blanco, el verde, el negro y el melado, con tal escrupulosidad en la representación heráldica, que en algún caso aparecen reservas en barreños.

Los dos casos que quedan mencionados fueron resueltos más con un criterio de artista que con fidelidad de Rey de Armas, criterio que luego se repite durante siglos a través de las representaciones heráldicas en cerámica. El escudo de los Góngora es el ejemplo más visible; fueron las tan conocidas armas en un principio, una cruz de oro sobre campo de gules cargada de cinco lobos; y el alfarero, que no disponía más que de un solo efecto de contraste, interpretó los colores haciendo la cruz más clara que el campo y que los lobos, pero todo ello «melado»; melado obscuro, que no es cosa muy diferente del rojo, ni del color natural de los lobos, melado claro, que tampoco es muy distinto del oro de que la cruz debió ser hecha. Más adelante, la libertad de los decoradores ceramistas cambia sin el menor escrúpulo los colores de las empresas con la única condición de producir un contraste poco distinto del que la realidad policroma pudo ofrecernos.

La Escuela de Artes y Oficios.—Clase de Historia del Arte.

Este criterio del contraste, que después se hace más libre, fué seguido con un límite de prudencia en escudos cordobeses, entre otras razones, porque los alfareros cristianos, o moros establecidos allí después de la conquista, usaron para este objeto todos los colores que entonces se aplicaban para hacer los mosaicos de aliceres, olvidando en todos los casos la manera (basada en la técnica francesa) de interpretar el oro sobre el rojo, por una tonalidad distinta del melado obtenida por transparencia de un barro cocido rojo y una parte cubierta antes por pasta o tierra blanca.

Es uno de los casos más interesantes el ofrecido por el azulejo o loseta que sobre el fondo ahora dado de blanco, con un baño estannífero, tiene su escudo en relieve y sobre él modelado un capelo, dado con manganeso muy intenso, hasta el punto de que más que morado puede muy bien decirse que parece negro. Pertenece el escudo, sin el menor género de duda, al arcediano Ruiz Fernández, que fallecía en Córdoba el 1292, después de haber otorgado testamento en el año mismo.

Tiene el blasón de los Fernández de Córdoba, como se sabe, tres fajas que aparecen en campo de oro, ya que tan sólo después de la conquista de Granada, todavía muy distante, se le había de añadir la cabeza de rey moro encadenado, así como, también más adelante, la rama de los condes de Cabra había de acuartelar aquellas barras con el castillo de Carrillo y añadir las 22 banderas de la batalla de Lucena. Pero volvamos a nuestro asunto.

Era aquel arcediano hijo de Juan Muñoz de Temes, señor de Chantada en Galicia, y de doña Ora, heredera de Domingo Muñoz, el Adalid. La casa de Córdoba, que así se llamó desde aquellos días, arranca con el patrimonio de Fernández usado por el arcediano y los hijos de Juan y Ora, que heredaron las tierras y castillos que al Adalid correspondieron en el repartimiento de Córdoba y Sevilla.

Andando el tiempo, el blasón de las tres fajas rojas se representa sobre campo de oro, pero la leyenda, de acuerdo con la representación del azulejo, le señala como origen campo de plata, pues refiere que el Rey Santo aplicó sobre el escudo de hierro de Fernán Núñez sus tres dedos, manchados con sangre en la herida recibida por él en la conquista de Córdoba, para que fuese desde entonces honra de sus blasones.

Pedro M. de Artiñano.

La cuestión de Alcolea

Cordobeses: Un grupo de ciudadanos, pertenecientes a diversos partidos unos, y sin carácter de significación política los más, nos dirigimos al pueblo de Córdoba para que proteste con nosotros contra la burla hecha a la dignidad ciudadana, falseando la voluntad popular y pisoteando el sagrado derecho del sufragio en la vecina barriada de Alcolea.

Por dignidad colectiva no pueden permitirse estos atropellos que corresponden a una modalidad política ya pretérita y definitivamente muerta.

Los tiempos actuales exigen otras normas de vida política y social.

Por eso protestamos y pedimos el restablecimiento del derecho popular vulnerado.

Córdoba 17 de Noviembre de 1917.

Luis Valenzuela, abogado.—Rafael Guerra Guerrita, propietario.—Enrique Luna, médico.—Antonio Jaén Morente, catedrático.—Antonio Carrasco Suárez - Varela, abogado.—Dionisio Pastor, catedrático.—Dionisio Tejada, industrial.—Eloy Vaquero Cantillo, profesor,—Rafael Illescas, abogado.—José Guerra Lozano, perito agrícola.—Vicente de la Puente, ingeniero.—Manuel Fragero, industrial.—Antonio Vargas, comerciante.—Gabriel Bellido, catedrático.—Federico Castejón Martínez de Arizala, catedrático.—Antonio López, industrial.—José Osuna Carrión, comerciante.—Francisco Cadenas, propietario.—Isidro Barbudo, propietario.—Joaquín Pagés, ingeniero.—José Mansilla, industrial.—Ricardo Agrasot, catedrático.—Mariano Requena, empleado.—Antonio Dios, propietario.—José de la Linde, licenciado en farmacia.—Fernando de Rioja, industrial.—Rafael Eraso, ingeniero.—Mariano Pagés, comerciante.—Juan Torres, empleado.—José Luque Morata, industrial.—Ricardo Revuelto, propietario.—Miguel León, tipógrafo. Leopoldo Lara Casas, comerciante.—Juan García Rodríguez, comerciante.—J. Merino Castejón, industrial.—Manuel Reynaud, industrial.—Rafael Gutiérrez Villegas, propietario.—Rafael Sánchez, industrial.—Francisco Azorín, arquitecto.—Emilio Urbano, comisionista.—Rafael de Montis y Lara, empleado.—Miguel Melendo, comerciante.—Rafael G. Requena, empleado.—Gabriel de Larriva, industrial.—José Pérez Guerrero, catedrático.—Fernando Quero, ingeniero.—Fernando Barbudo, propietario.—Federico Carrere, ingeniero.—Eduardo Amo, médico.—José Casas Biedma, dmpleado.—Pío Giménez, propietario.—Pedro Jiménez, propietario.—Rafael González Madrid, propietario.—Rafael Mesa, propietario.—Juan Morán, catedrático.—Antonio Córdoba, industrial.—Antonio Córdoba Navajas, industrial.—J. Eduardo Jover, empleado.—Juan Chastang, industrial.—Rafael Torres, industrial.—Carlos Barcia, propietario. — J. R. de Verger, odontólogo.—Rafael de la Oliva, propietario.—Rafael Portillo López, industrial.—Alvaro G. Pérez Rico, abogado.—Rafael Alvarez Jiménez, industrial.—Antonio Ruiz Diéguez, industrial.—José M.ª Fernández Falder, perito agrícola.—Pascual de Miguel Sanz, comerciante.—Martín Sagrera, perito agrícola.—Luís León Romero, industrial.—Mariano Amo y Ramos, inspector de primera enseñanza.—Manuel Laguna, comerciante.—José Romero Toledano, propietario.—José R. Eguilior, propietario.—Alfonso Trócoli Estepa, industrial.—Ramón Carcía Suárez, catedrático.—(Siguen las firmas).

OJOS NEGROS

Ojos negros son traidores,
dice un antiguo cantar:
la niña de mis amores
es traicionera al mirar.

Que sus ojos negros son
y la noche lleva en ellos.
¿Me hará en la noche traición
al fulgor de sus destellos?

Sus destellos que a la hoguera
del sol ardiente, da enojos
¡sus destellos!, mi quimera,
la quimera de sus ojos.

En todas partes los miro,
no sé si será ilusión;
no sé si sueño o deliro,
no sé si alucinación.

Que los vé mi fantasía
al fulgor de la alborada
a la clara luz del día
como en la noche callada.

Ojos que me enloquecían...
en su color confié,
los cielos me prometían
y a los infiernos bajé.

Ojos negros ¡Maldición!
Ojos que me traicionaron.
A mi pobre corazón
a muerte lo condenaron.

Juan Civico.

El movimiento cultural de Córdoba.—Profesores y alumnos de la Escuela Normal de Maestros que han intervenido en la constitución de la Asociación Normalista, que ha comenzado su labor de cultura con la inauguración de una brillante serie de conferencias de carácter popular

LOS PERITOS AGRÍCOLAS

Los alumnos de la Escuela de Peritos agrícolas de Córdoba han dirigido al ministro de Fomento la solicitud siguiente:

Excelentísimo e Ilustrísimo señor ministro de Fomento. Los que suscriben, alumnos de los distintos cursos que constituyen la carrera de Perito Agrícola en la Escuela de esta capital, ejercitando el derecho de súplica que la ley concede contra resoluciones conculcantes de derechos adquiridos, respetuosamente exponen: Que al enviar a V. E. la más entusiastas de las felicitaciones con motivo de su elevación a los Consejos de la Corona, a la cual la justiciera fama desde hace mucho tiempo le hizo llegar, se ven obligados a protestar contra determinadas resoluciones de la Dirección General de Agricultura, Minas y Montes, perjudiciales, no sólo a toda la futura clase de Peritos Agrícolas de España, sino también a la virtualidad de un Reglamento defensor de sus intereses y que a una R. O. debió su existencia.

Señor: el artículo 15 del Reglamento, que regula la existencia de las Escuelas de Peritos Agrícolas, que creó el R. D. de 11 de Abril de 1913, y el cual lleva fecha 23 de Mayo del mismo año, dice textualmente: «Sólo podrá ingresar como alumno, aprobando todos los ejercicios de ingreso, sin dispensa alguna». Y el artículo 2.º dispone en su apartado D: «Que las materias que constituyen el dicho ingreso son: Gramática Castellana y Ejercicios de Escritura al dictado, Geografía General y de España, Elementos de Matemáticas y Elementos de Dibujo lineal». Materias que tendrán que aprobar todos los aspirantes, exceptuando aquellos que, por ostentar el título de Bachiller, sólo tendrán que aprobar la última de las mencionadas materias.

Nada más justo que el proveído; esencialmente práctica nuestra carrera, la confección de planos es materia principalísima de ella, y poner en condiciones a los que la estudian de no poder cumplir su cometido, es destruír la benéfica innovación del R. D. de 11 de Abril de 1913, haciendo volver la profesión al estado en que se encontraba hasta no ha mucho, y del cual, triste es decirlo, son pruebas patentes muchos de los Peritos que aún la practican.

Y decimos esto, Señor, porque no ha mucho se han dictado por la Dirección de Agricultura dos disposicienes que abren las puertas a tres señores que no hace un mes, y en el palenque del examen, hubieron ellos mismos de cerrárselas, por no demostrar las condiciones que se requieren para conseguir la aprobación en la asignatura de Dibujo lineal.

Don José Sánchez Arjona y Sánchez Arjona, don Luís Leña Lama y don Agustín Henke y Montero de Espinosa, los dos primeros Bachilleres, son los tres favorecidos por la fortuna, a los que, después de desaprobados en Septiembre, se les concede el poderse matricular en las asignaturas del primer año de carrera, con la obligación de tenerse que examinar de Elementos de Dibujo lineal en el mes de Mayo, antes de hacerlo de las otras asignaturas. Prescindiendo de la conculcación, por Orden de la Dirección General, de un artículo de un Reglamento aprobado por R. O., el cual, a nuestro juicio

de imperitos en Derecho, sólo por otra R. O. se puede revocar, las disposiciones de que nos ocupamos contienen dos errores extraordinarios. Es el primero que, como los años de nuestra carrerra se dividen cada uno en dos cursillos, en el mes de Enero esos señores agraciados se examinarán, aunque sea condicionalmente, de dos asignaturas; y es el segundo de los errores, que una de las asignaturas del primer cursillo es la de Dibujo topográfico. Y no cabe en nuestra mente que pueda aprobarse en Enero la ampliación de lo que hasta el mes de Mayo no se ha de saber como elemental. Porque no se trata de personas no examinadas, sino de tres que el 25 de Septiembre último demostraron que no estaban en condiciones de ampliar unos conocimientos de las cuales carecían.

Tan importante es el hecho, Señor, que en los exámenes en que fueron desaprobados los tres señores a los que se ha concedido la gracia, se presentaron cincuenta examinandos, de los cuales fueron suspensos catorce, y de ellos, ocho sólo el aprobado de Dibujo lineal necesitaban para el ingreso en la Escuela. En el curso anterior de 1916 se presentaron al examen de Dibujo cuarenta y siete alumnos, de los cuales fueron suspensos quince. Y en el curso de 1915, se presentaron a examinarse treinta y dos, de los cuales nueve fueron desaprobados; y, además, no sufrieron examen seis de los que se matricularon.

Esta justicia, Señor, demuestra el convencimiento de la necesidad del Dibujo lineal para empezar el estudio de nuestra carrera y la anomalía de hacer dispensas que el artículo 15 del Reglamento de 23 de Mayo de 1913 prohibe terminantemente.

En mérito, pues, de lo expuesto, y ante la consideración de que las disposiciones que impugnamos conculcan el Reglamento básico de nuestra carrerra y, a mayor abundamiento, ello se hace por una mera Orden, los exponentes, con el mayor respeto suplican a V. E. se sirva anular las disposiciones de la Dirección General de Agricultura, por las que se concede ingreso en esta Escuela de Peritos Agrícolas de Córdoba a los señores don José Sánchez Arjona y Sanchez Arjona, don Luís Leña Lama y don Agustín Henke Montero de Espinosa, por oponerse a ellas el artículo 15 del Reglamento de 23 de Mayo de 1913. Un sólo punto a indicar, Señor: un pase a otro cargo y una crisis, que coincidieron con sus respectivas fechas, son la mayor impugnación de las disposiciones cuya nulidad solicitamos; parece como si ciertas cosas sólo pudieran firmarse mientras se registran los cajones de las mesas de los centros oficiales para recoger los papeles particulares efecto de mudanza.

Córdoba para Madrid a 3 de Noviembre de 1913.—*Los alumnos de la Escuela de Peritos.*

A UN CIEGO DE NACIMIENTO

—:—

Nace la Aurora en Oriente
pura, llena de esplendor,
y su color transparente
se dibuja en cada frente
y en cada nítida flor.

Y vuelan los pajarillos
cuando el sol las cumbres dora
y sus acentos sencillos
recojen los cefirillos
para alegrar al que llora.

El ciego, que silencioso
oye a las aves cantar
en un insomnio penoso,
no pudiendo hallar reposo
se pone a reflexionar:

¡Quién pudiera ver el día
como esas aves donosas
que cantan con alegria
la más dulce melodía
de las canciones hermosas!

¡Siempre ha de ser mi destino
vivir en la obscuridad,
sin que descubra mi sino
ese anhelado camino
radiante de claridad!

¡No más tinieblas, Dios Santo!
¡No más vivir entre abrojos!
La luz del sol causa espanto
al pobre ciego, entre tanto,
que falta luz a sus ojos.

Rosario Vázquez.

Isto é uma piolheira

Entre los pecados que llevaron al desgraciado penúltimo rey de Portugal, don Carlos I de Braganza, a ser suicidado por Buiça, el más grave acaso fué el del desprecio que sentía por el pueblo sobre que reinaba, por la patria de sus súbditos. En hablando de ella, su frase era: «Isto é uma piolheira»; esto es una piojera.

Una piojera le parecia a don Carlos I de Braganza el pueblo sobre que reinaba, y sin duda alguna, porque de él no llegó a conocer y tratar más que a los piojos. Y estos parásitos, aunque viven sobre lo que suele llamarse la canalla o la plebe o el populacho, no pertenecen a ella. Son más bien los piojos políticos los que han inventado toda clase de expresiones denigrantes, o siquiera desdeñosas, para esa canalla.

Personalidades de Córdoba.—El digno presidente de la Audiencia don José Tello García, que con señalado acierto ocupa el cargo de gobernador civil de la provincia.—Fotografía de A. Torres

Tampoco aquel pobre don Pedro V, a quien se le ha llamado «Hamlet portugués», como Carducci llamó «italo Amiento», al pobre Carlos Alberto, que fué a morir, abdicando su reino, precisamente a Portugal, a Oporto, «en medio de los castaños... teniendo enfrente al gran Atlántico sonante y al lado el fresco río de camelias», tampoco Don Pedro V, a quien Oliveira Martins dedicó unas estupendas páginas —¡hay que leerlas!—en su «Portugal contemporáneo» (libro sexto, III, 4), tampoco Don Pedro V creía en su pueblo. ¿Y en qué creía este pobre mártir y víctima de su realeza? ¿En qué creía este pobre rey por fuerza, este hijo del destino, que murió recitando la inscripción que el Dante puso a la puerta de su Infierno; y a quien en su entierro, lloró el cielo y lloró el pueblo todo, el bajo pueblo, la canalla honrada y agradecida de Lisboa? Y apedreó las vidrieras de los palacios de los grandes. «¡Habían envenenado al rey!—escribe Oliveira Martins, exponiendo el sentir al pueblo.—¡Habían envenenado todo! Habían robado, habían vendido, habían despedazado al pueblo, al reino, a la Hacienda, y nuestra miseria era la consecuencia de sus crímenes. Ahora éste quería para sí la corona, aquél quería vendernos a Castilla; querían todos la desgracia del pueblo. ¿Había partidos? No; ¡ese clamor provocado por la muerte del rey mártir era una condenación total, universal, espontánea! ¡Era un últims adiós al último de los reyes amados, un disolverse la monarquía en lágrimas tristes, sollozadas!»

El profeta de Portugal, por su parte, Guerra Junqueiro, en su gran poema apocalíptico «Patria», donde aparecen los reyes de Portugal, Don Juan IV, a quien Satanás hizo perro tiñoso con un rey de espadas; Don Alfsnso VI, sapo cojo hecho con el perro tiñoso; Don Pedro V, puerco bravío del sapo cojo; Don Juan V, bode de oro de un puerco bravío; Don José, cuervo negro de un bode de oro; Doña María I, gallina loca del cuervo negro, y poema donde al desgraciaeo Don Carlos, el que habia de ser suicidado después de recibir sobre su corazón y su cabeza la terrible profecía, se aparecen Don Juan VI, Doña María II y Don Luís, deja tranquilo, en el reino eterno de las sombras, al noble y triste y desengañado Don Pedro V.

¡Pobre rey triste! ¡Pobre forzado del trono! ¡Pobre esclavo de la corona! El destino le condenó a ser príncipe, dice Oliveira Martins. «Considerábase predestinado, a la inversa de Don Sebastián, para un fin breve y fúnebre; veíase cubierto de tierra, metido en una huesa, imagen viva de la muerte, fatalidad ambulante movido por un sino triste.» «Símbolo de una noción cadáver, considerábase él, el rey, mimado por todas las pestes. Roíale un remordimiento inconsciente que le hacía aparecer bisoño y triste, con una sonrisa enfermiza en la cara, la mudez en los labios y en la mirada algo como de sonámbulo.» Y sí que debe ser trágico tener que reinar cuando no se tiene vocación de rey, cuando acaso no se cree en la realeza, y sobre un pueblo en cuyo destino tampoco se cree. Si que debe ser triste verse por inexorable ley de herencia obligado a llenar un puesto, como el que Don Pedro V llenaba, para el que no se siente uno llamado ¡Terrible ley la ley de las castas!»

Pueblos de Andalucía.— Visla general de Alcaudete

«Con ojos de pesimista—dice Oliveira Martins,—y esos eran los buenos ojos para ver a Portugal, tenía en tanta cuenta a los que le rodeaban, creía tanto en ellos, que mandó poner a la puerta de su palacio una caja verde, cuya llave guardaba, para que su pueblo pudiese hablarle con franqueza, quejarse, acusar los crímenes de los gobernantes. Singular modo de concebir su papel de rey de una nación «libre», parlamentaria. ¡Los ministros que no se burlaban de él, empezaban a temerle; otros a odiarle. El pueblo comenzaba a amar la bondad y la justicia de un rey tan triste. Corría ya de boca en boca la leyenda del nuevo monarca: ¡un infeliz!»

Fué un pesimista y un estoico el pobre rey amado de su pueblo. Porque el pueblo, y más el portugués, es también en el fondo pesimista y estoico. Y es ascético. Tiene que serlo. Sus ayunos y abstinencias son forzados; pero se hace a ellos. Optimistas y epicúreos son los grandes, los caciques, los piojos; optimistas y epicúreos suelen ser los conservadores. El optimismo oficial, cancilleresco, es cosa de piojera.

A Don Pedro V, muerto joven de fiebre perniciosa, y llorado por el pueblo, por la plebe comida de piojos, sucedió don Luís, un extranjero, y a éste don Carlos, el de la «piolheira». Y don Carlos nada tuvo de Hamlet, ni de pesimista, ni de triste. ¿Creía en su realeza? ¡Y qué le importaba a él eso! Jamás se preguntó a sí mismo si era su destino su vocación; jamás pareció meditar en su propia suerte. Sacaba del Tesoro público adelantos a cuenta de su lista civil y se divertía. Y parecíale el país en que reinaba una piojera.

«El rey—me decía una vez Guerra Junqueiro hablándome de don Carlos—no había visto nunca entrar en su cámara un hombre en pie; los más entraban arrastrándose y los más dignos a cuatro patas. Por eso cuando vió a Moncinho d'Alburquerque en pie ante él y como él en pie, primero se maravilló, le cobró afecto, hasta que se dió cuenta de que era el único que pretendía andar como él, a su nivel, y le cobró el odio que le llevó al pobre Moncinho a suicidarse.» Es que se encontraba con un hombre, y no con un piojo.

Y llegó un momento en que el desgraciado hijo del destino sintió y comprendió que con piojos no se gobierno a un pueblo, y llamó a un hombre. El hombre era don Juan Franco. Pero ya era tarde para el hombre.

Porque a pesar de todo lo que en Portugal y fuera de él—sobre todo fuera—se ha dicho de Franco, Franco era un hombre y no un piojo. Franco, de casi nula cultura, de criterio estrecho, de carácter sobrado rígido, no era un reaccionario, y mucho menos, muchísimo menos, un ultramontano. Franco era un carácter entero y un hombre de sanas intenciones, aunque equivocado. Al primero a quien intentó sobreponerse fué al rey mismo. Trató de contenerlo, de dirigirlo, de enfrenarlo, de hacerlo entrar en constitución y en derecho. Y cuando las iras populares estallaban, tan convencido estaba Franco de que romperían contra él y no contra su rey, que el día en que le suicidó a éste Buiça, el pobre Don Carlos apenas si iba escoltado. El escoltado era Franco. Lo que se temía era el estallido puesto por el pueblo al gobierno de Franco. Pero Franco no salvó, no pudo salvar a Don Carlos, al pobre Don Carlos, que había dejado en poder de piojos al pueblo que tenía bajo su custodia.

Y cuando la historia juzgue al pobre penúltimo rey de la casa de Braganza, dirá que lo peor suyo fué el sentimiento que se cifraba en esa frase terrible: «Isto e uma piolheira.»

Miguel de Unamuno

La Argentinita, encantadora artista que actúa con exito extraordinario en el Salón de Ramírez.

Se abonará cinco pesetas por cada prueba fotográfica que se remita a esta Administración.

DE LA ESPAÑA FUTURA

El educador del pueblo será apóstol del progreso

A don Enrique Díaz Hondarza, director de la Escuela Nomal de Maestros.

No hay posibilidad de pensar en una España futura, progresiva y culta, emancipada de la tutela inepta y desdichada del cacique, preocupada de su bienestar material y moral, tolerante con todos, consciente de sus deberes nacionales, al mismo tiempo que de las sagradas obligaciones que tiene para con la raza, sin que inmediatamente aparezca como base sólida de este dichoso porvenir el maestro del pueblo, el mil veces alabado educador de las generaciones futuras.

¿Cómo será ese educador? ¿Qué raro cúmulo de cualidades poseerá aquel a quien hemos de entregar los preciados tesoros de la raza? ¿Seremos tan exigentes con ese gran sector de la cultura y del progreso que pocos se atreverán a arrostrarlas grandes responsabilidades de ese sacerdocio?

Insistimos en una idea expuesta en el anterior artículo; todo el progreso material de la escuela que cristalice en edificio adecuado, material selecto y suficiente, planes racionales, libros condicionados a la edad y necesidades del educando, con ser tan importante, será insuficiente si el maestro que ha de hacer uso de estos elementos materiales no es apto por defecto de cultura profesional o por tristes imposiciones de la falta de vocación. En cambio, muchos maestros españoles realizan una hermosa labor de cultura que no tiene otras deficiencias que las que proceden de medios materiales.

Ambos factores, educador y elementos materiales, se completan; ambos deben preocuparnos constantemente hasta que nuestra educación sea francamente europea; pero entre los dos, el fundamental, el que no puede ser improvisado, el que ha sido, es y será problema primordial en las naciones más cultas del arte, es el de la formación de los futuros educadores.

Es teoría corriente en Inglaterra, que de cuantos medios de educación posee la moderna Pedagogía (libros a precios inverosímiles, centros especiales, Liceos o Institutos, excursiones, teatro popular, ornato público, revistas y periódicos, instituciones sociales, etc.), ninguno es tan eficaz como el ser educado por una personalidad superior; es decir, que de cuantos elementos forman el niño, ninguno interviene tan profundamente en su personalidad futura como el contacto con un carácter superior, ya sea éste padre, amigo o maestro.

Cada día que pase se ha de convencer más la humanidad de que todas las reformas sociales han de ser perfectamente impracticables e impracticadas, mientras no se haga del educador y de la escuela punto de partida y eje de sustentación del modo de ser de nuestra sociedad.

Gustavo Le Bon, uno de esos espíritus múltiples y profundos que Francia sabe producir mejor que ninguna otra nación, en su obra «Psicología de la Educación» expone como pensamiento capital la equivocación lamentable en que incurren los Gobiernos franceses echando por tierra a cada paso sus planes de enseñanza, para dar otros que creen nuevos, y pensando honradamente que han llegado a la médula del mal que aqueja a la enseñanza, sin comprender que el problema no es

El reparto de municipales.—Vicio convertido en costumbre, hasta el punto de que es practicado con toda claridad, a plena luz, es el del reparto de municipales, hecho en la mayoría de las ciudades de España al efectuarse la renovación de los Ayuntamientos. Conocida hasta la saciedad es la escena: un señor, con las listas de la Guardia por delante, en las que cada individuo lleva la indicación del personaje a quien pertenece, va haciendo la nueva distribución: a don Fulano, que tiene siete, le dejaremos cuatro; a don Mengano, le corresponden tres; a Perencejo, uno... Es el reparto de los que luego han de ser representantes de la autoridad. Es el mercado de municipales, y en ello radica, en esta distribución de esclavos con uniforme, la falta de policía urbana, el abandono de la calle, la burla de que los humildes funcionarios son víctimas propiciatorias. Un cordobés, el duque de Almodóvar del Valle, inició la reforma en el Ayuntamiento de Madrid, inspirado por el deseo de que los municipales no formaran una Guardia de la Alcaldía, sino de la ciudad, y propuso que el ingreso se verificase por concurso y que se les declarara inamovibles. El Ayuniamiento de Córdoba consigna en su nuevo presupuesto el aumento del jornal de los municipales. Reuniendo ambas mejoras e implantando las que sea preciso añadirles para que sea total el mejoramiento de los servicios encomendados a los municipales, automáticamente se obtendría en las calles la policía urbana, el cuidado, la comodidad para el vecino y el transeunte, de que tan necesitados se encuentran los más de los Ayuntamientos españoles.—Dibujo de Bernardo Ortiz.

de planes, sino de métodos; crisis de métodos me atrevería yo a llamar al problema capital que aqueja a España, que es tanto como decir crisis de maestros, entendiendo por tal, desde el que realiza la magna empresa de educar al párvulo, hasta el docto universitario al que a veces le sobra ciencia y le falta pericia didáctica.

Esta dolorosa crisis porque atraviesa la enseñanza en España, tiene sus causas originarias, que podemos reducir a tres grupos: el primer grupo de las que nos han producido tamaños males, depende del desgobierno en que hemos vivido y, sobre todo, de las injusticias de que han sido víctimas los débiles, los abandonados, los que, en contraposición a las grandes compañías y a los elementos sociales más fuertes, no tenían representantes en Cortes que fustigaran a los gobiernos que entonaban un himno al sueldo de mil pesetas anuales. ¡La cifra no necesita comentarios! El segundo grupo de las causas que inmediatamente han influido en el abandono docente en que se encuentra España, es de índole social, hay que decirlo amargamente, y radica en esa tendencia injusta, de una injusticia notoria a todas luces y que consiste en ridiculizar, en mofarse, en no respetar con respeto casi religioso, como debiera ser, la figura del maestro. Conozco muchísimos que, en en otro medio social que no fuera el tétrico pueblo rural o el amorfo centro de población, gozarían del respeto, del cariño y, con frecuencia, hasta de la admiración de sus conciudadanos.

Por último, las causas más importantes de nuestro atraso con relación al resto de Europa, están en nosotros, en todos los que ejercemos la enseñanza, y depende de flaquezas de nuestra voluntad que hemos de corregir pronto, y con energía, si queremos que la voluntad de los demás colabore en la gran obra de sacar al Magisterio español de su precaria situación.

Para corregirnos de nuestras propias lacerías, hagamos a menudo examen de conciencia, procuremos contestarnos, cuando nos preguntemos, con toda sinceridad, sin pretender engañarnos, que no hay peor sugestión que la que procede de nosotros mismos. Preguntémonos constantemente con seriedad, hasta con un dejo de tristeza, si se quiere, lo que se refiere a nuestras obligaciones y deberes: ¿Cumplo con mi deber? ¿Enseño lo que debo? ¿Estudio lo que debiera? ¿Está acorde mi conducta con la misión social que se me ha encomendado? ¡Qué gran paso sería que cada uno en su esfera, cada español dentro del sector de actividad en que trabaja, se hiciera estas preguntas cada día! En tanto no seamos rígidos con nosotros mismos, no tendremos derecho a exigir rigidez en los demás.

Hay dos medios de mejorar las condiciones intelectuales y morales de los maestros: reivindicarlos económicamente para que se esmeren en su labor, amplíen sus estudios, sigan formándose, en una palabra, a medida que forman a la niñez, o bien comenzar por mejorarnos en nuestros métodos y en todos los aspectos de la actividad docente, para que, reconocido este progreso por la sociedad, se exija la liberación completa del educador.

Don Luís de Zulueta, ese maestro insigne, que desde su cátedra de la Escuela Superior del Magisterio ha orientado la pedagogía española por senderos de amplitud, que en muchas Escuelas Normales comienza a dar su fruto, en su estudio acerca del Maestro, afirma que este ha de poseer: «Entendimiento claro, abierto a todos los vientos del espíritu, a todas las corrientes del pensamiento, pero con cierto fondo sólido, constante, personalmente elaborado y bastante denso para que esos vientos no se los lleven al primer soplo... También necesita el maestro espíritu de ciudadanía. No formará ciudadanos quien no lo sea, quien no se interese por todos los grandes problemas nacionales y sociales, quien no tenga sensibilidad para percibir la vibración de las ideas en el ambiente contemporáneo».

El maestro, para merecer el título de educador, debe de ser hombre de inteligencia clara y penetrante, de cultura general y pedagógica, aficionado a las buenas lecturas y sobre todo un poco inquieto de inteligencia, para que esa inquietud, ese afán de ensayar y de renovar sea en la escuela látigo constante de ese supersticioso culto *a lo de siempre*, que se llama rutina. La inteligencia del maestro debe ser expansiva, es decir, que el hermetismo de muchas gentes, es cualidad negativa suficiente para que quien honradamente elige la ocupación de su vida, desista del magisterio.

Acaso más que nadie el educador, deba sentir ese fermento que impulsa el espíritu a buscar en el progreso, la solución a los más arduos problemas de sociales, porque viviendo en pueblos pequeños, rodeados de una incultura que asusta, está expuesto como nadia a caer en ese tipo de hombre que niega todo lo que no sabe y cuyo espíritu mezquino transmitido a los niños tiende a aumentar desgraciadamente el número de los que constituyen la masa inconsciente.

Sin duda todas las cualidades del maestro futuro puedan compendiarse en una que es y será dentro de todas las actividades sociales el verdadero y acaso el único motor de todo progreso: la vocación, aquella cualidad moral que hizo de Giner un santo y de Pestalozzi un mártir, y que lo hizo exclamar, apesar de los sacrificios, persecuciones y dolores que le proporcionaban los hombres: ¡qué hermoso es el corazón humano!

En el espíritu del maestro futuro deberán recogerse las vibraciones de todos los anhelos patrióticos y de todas las reivindicaciones sociales que sean justas, y, como ese futuro hay que hacerlo presente, hay que recoger y aplicar en nuestras escuelas más que en parte alguna, esa palabra que temo se nos olvide, si no la esculpimos bien en nuestros cerebros y en nuestros corazones: ¡Renovación!

Antonio Gil Muñiz.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL

- INDEPENDIENTE -

El bosque de columnas de la Gran Mezquita de Córdoba.—Dibujo a pluma por Ricardo García de Vargas.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 1.º de Diciembre de 1917 | NÚM. 67

MOMENTOS DE CÓRDOBA

EL ENTIERRO DEL SOL

Tras el Monte de la Novia, se ha puesto el Sol. Van huyendo la luz y los colores y en el ambiente queda la suave tonalidad del crepúsculo, que unos días es azul y otros es rosa.

En el cortejo del Sol marchan los hombres clamando los adioses, y como en los viejos tiempos turdetanos la multitud se congrega y se apiña para orar, postrada, en el solemne funeral del Astro padre.

Es como un afán, como un deseo innato, de agruparse, de reunirse, de ver caras amigas y hermanas, ante próximos peligros y asechanzas. Es como si en la profunda tiniebla de la Noche, el alma, ruín y temerosa, buscara el cálido refugio de todas las almas hermanas.

Por eso todos los pueblos oran al entierro del Sol. Y su rezo, pagano, es una gratitud y un ruego.

Siguiendo al Sol, en su cortejo fúnebre—dolorida y ansiada esperanza del mañana—van los pueblos, va la civilización, va la vida. Y su triunfal entierro, ocaso de los dioses, es la triunfal anunciación del porvenir esplendoroso y visto.

Mas, Córdoba, no reza. En la suave luminosidad del crepúsculo, que unos días es azul y otros es rosa, todo el espíritu de Córdoba está callado y quieto. Y solo, negado por los hombres, renunciado por los espíritus, el padre Sol declina triunfalmente su carrera en el olvido más desconsolador y triste.

En todas las ciudades que sueñan un mañana esplendorosa y vivo, el entierro del Sol es una pompa triunfal y solemne. Hacia el amplio horizonte por donde el Sol muere, van los paseos, va la avalancha toda de la ciudad, va el desplazamiento urbano de las villas populosas. Y el regreso—el véspero de los poetas, la hora melancólica y tierna de los enamorados—, es una procesión gentílica de romanticismo.

¡Vieja ciudad del Ocaso! Ya las glorias tuyas, gloriosa Medina-al-Hándalos, la ciudad del Sol Poniente, no se rememoran ni al entierro del Sol padre. Ya la ancestralidad de tu gloria no tiene ni aun la unción fervorosa de las poblaciones orientales, en que, a la hora del véspero, sobre las colinas de los campos y en las azoteas de las ciudades, los hombres oran, unas veces postrados, los brazos en cruz otras, cara hacia Oriente, en una renunciación completa y muda de sus deseos terrenales.

Ya tu gloria, vieja ciudad del Ocaso, capital del Sol Poniente, está enterrada, fosilisada, pétrea. Y al entierro del Sol, te escondes, temerosa, avergonzada de tu andrajoso vivir presente. Tapando el incierto y turbio mirar de tus pupilas, con la visión cansina y triste de caserones grandes y modernos.

Bellezas de Córdoba. — La Calahorra.

Todavía, la Avenida de Medina-Az-Zahra podría ser una triunfal carrera en la gentílica procesión del Sol Poniente y expandiase, por ella, hacia el Ocaso, en una acometividad ardorosa y plena.

Todavía, Córdoba, si acudieras, con un rezo pagano, al entierro del Sol que muere, tal vez pudieras redimirte.

Rafael Omeya.

—¿Al cacique mayor de todo el gremio
le has quitado la vida? ¡Qué asesino.. !
—Pero vamos a ver, ¿no dan un premio
a los que matan animal dañino?

Luís de Tapia.

DESDE MONTALBÁN

—

Fechorías del caciquismo

——

Es mucho lo que ha dado que decir el propósito del señor Bahamonde, al tratar de dignificar la ley electoral, tantas veces hollada con escarnio y vilipendio por el detestable y odioso cacique, semilla perniciosa y crónica en la pobre nación española.

Puede que hayan sido muchos los esfuerzos del señor Bahamonde para conseguirlo, pero, a pesar de ello, no han faltado hombres concupiscentes que con altanero cinismo se impongan contra la voluntad del ministro y contra la del pueblo soberano.

Uno de los más grandes atropellos que se han cometido en las pasadas elecciones, ha sido en Montalbán. Los caciques de ésta perdieron el pudor cuando arrebataron por primera vez el derecho del sufragio a estos honrados ciudadanos y, desde entonces, viven a sus anchas, como el pez en el agua.

Estos caciques, que a causa de sus nefastas obras y procederes son detestados por el vecindario en masa, se obstinan con tiránica ambición en monopolizar el Ayuntamiento, en contra de la voluntad popular, sin querer comprender en su ceguedad que este pueblo, antes de conformarse voluntariamente a ser regido por tan funestos procedimientos, entregaría sus destinos al verdugo.

El plan maquiavélico que ante mi presencia llegaron a practicar para apoderarse de seis credenciales ajenas, quedará grabado indeleblemente en mi memoria.

Próximamente serían las nueve de la mañana del 4 de Noviembre, cuando los candidatos Manuel Gutiérrez, Pascual Guadix, José Ortiz, José Cañero y José Castellano, acompañados de varios amigos, penetramos en la Sala Capitular y al momento entregamos las propuestas y certificaciones, las cuales fueron revisadas por el secretario, Agustín Pérez Lastra, quedando aprobadas, en vista de todos sus requisitos legales.

No pudiendo poner obstáculos, el presidente de la Junta municipal del Censo (nombrado ahora juez) y sus auxiliares, dejando entrever en sus fisonomías lo que más tarde hubo de confirmarse, dijeron que, bajo palabra de honor, quedaban proclamados nuestros candidatos, y que siendo la hora avanzada, se retiraban a almorzar, sin perjuicio de que al cabo de un rato fuéramos por las credenciales, que serían entregadas enseguida. Aquí empezaron las sospechas de que la palabra de honor no se cumpliese. El presidente había desaparecido y el pueblo se encontraba burlado una vez más.

Felisa Granel, la Macarena, cancionista del Salón de Ramírez.

Para que semejantes determinaciones llegaran a consumarse sin la más leve protesta de este vecindario, dieron órdenes para que la fuerza saliera del cuartel, la cual, apenas hubo pisado la vía pública, rompió a todo galope, sembrando el terror en la población. Sable en mano fué disuelto un grupo que pacíficamente esperaba en la puerta del Ayuntamiento el resultado de la intervención. El grupo se deshizo rápidamente y huyó despavorido, temiendo ser maltratado, después de haber sido secuestrado el resultado de su voluntad.

No conformes con todo esto, acusados por su conciencia y temerosos del grave acto que acababan de realizar, oficiaron a la Rambla y otras poblaciones más, pidiendo fuerzas.

Que todas ellas fueron innecesarias lo demuestra bien claramente el hecho de no haberse registrado el más leve incidente. Este es un pueblo pacífico, este es un pueblo de orden, este es un pueblo amante de que se cumpla la ley. Los facciosos enemigos del orden son ellos, los que, no teniendo votos para obtener más que un concejal, se llevan las seis vacantes; los que suplantando el acta que todos firmaron y en la que constaba que se habían proclamado cinco republicanos, cuatro liberales y dos conservadores, remiten en su lugar otra en la que hacen constar que, como no se presentaron candidatos algunos, quedaban hechos concejales por el artículo 29 los seis caciquistas, de los que no quiero recordar ni los nombres. Y para más sarcasmo, para más cinismo, dicen que nos han burlado.

Para concluír por hoy, llamo la atención del honorable señor don José Tello, digno presidente de la Junta provincial del Censo y actual gobernador, así como de los dignos diputados de la Comisión provincial, para exponerles respetuosamente que la opinión unánime de Montalbán, excepto el grupo insignificante detentador de la ley electoral, confía en la justa equidad del señor Tello y de la Comisión para que se resuelva con imparcialidad la pendiente reclamación que hemos entablado.

Lorenzo Valenzuela

Montalbán 25 de Noviembre 1917

DE LA GRAN MEZQUITA

Claudio Frollo, el arcediano en quien Víctor Hugo encarna un filósofo sutil y profundo en un alma incomprensiblemente grande, dijo una tarde a un visitante de su celda exigua, contemplando en silencio el edificio majestuoso de Nuestra Señora, que destacaba la silueta de sus dos torres del fondo violado del cielo, mientras extendía su mano hacia el libro impreso abierta sobre una mesa cercana: «Ay. ¡Esto matará a aquello!» Víctor Hugo vió en esta frase, en este pensamiento, una promesa: el libro matará al edificio; la imprenta matará a la arquitectura.

Permítasenos quedarnos con este tópico del pensamiento capital; el libro matará a la arquitectura; un poder sucede a otro, y en la evolución psíquica de los pueblos esta sucesión tiene indudable transcendencia. Permítasenos, también, dar a estas palabras una interpretación amplia, un sentido extenso, general—tan amplio y tan libre como un ensueño—, y sólo así ha de servirnos, a manera de prejuicio, en nuestras meditaciones a través de las columnas que integran el laberinto de la Mezquita cordobesa.

Cada estilo arquitectónico tiene un ambiente especial, característico y diferente de los demás, del cual emerge el alma de una época en términos tan inconfundibles, tan diáfanos, que basta una ligera meditación para penetrar en su recinto y vivir unos instantes el pasado que perpetúan las líneas de este arte. Cuando se rompe la unidad de su pureza, cuando se incrustan otras expresiones anacrónicas y sucesivamente los pueblos van dejando huella de su paso, esta amalgama, por la misma sinceridad de sus continuados inspiradores — los pueblos indudablemente han tenido sus medios de expresión peculiares de este modo, y de consiguiente el arquitecto, sometido a una influencia legendaria, no era sino el intérprete de la unánime vibración de aquellas repúblicas retrospectivas—, esta amalgama no deja de ser un formidable manantial de observación, que prescindiendo de todo tecnicismo, nos revela con una personalidad insuperable la historia latente de los siglos.

Una mujer de Andalucía
Dibujo de F. Ramos

Por eso, cuando los arcos de la Mezquita quiebran su unidad y dan paso a otras epopeyas posteriores, cuando en el centro de un bosque de piedra se alza un tabernáculo y junto a él el Renacimiento va labrando paulatinamente construcciones greco-romanas y platerescas en la Capilla Mayor o la sillería barroca del Coro, mientras el Mihrab, aquel depurado sagrario del Corán, permanece mudo y lejano siempre del rumor del culto católico, con sus máximas de oro serpenteando por entre las labores de encaje que la fantasía morisca hizo cincelar sobre el arco de su nicho o abrazadas a las columnitas del techo ideal, alargándose indefinidamente con su álito extraño y perseverante, no podemos sustraernos a un rato de meditación y recogimiento interior, para evocar desde un rincón apartado del boscaje en penunbra, era evolución del sentimiento, era sucesión de un poder a otro,—por la fuerza de su misma naturaleza—, en los siglos que retratan estas restauraciones de la línea en el edificio, desde los ommiadas, hasta el Rey Santo; desde Abderramán, aquel califa que quiso contraponerla a la Mezquita de la Meca, hasta la reconquista cristiana en que comienzan los revoques de su trazado; desde su esplendor islámico, hasta su belleza actual. ¡Quién no sabe soñar bajo los arcos blancos y rojos de sus columnatas interminables y quién no comprende la melancolía de su ambiente tan tibio, tan apasionado!

Y es que estas restauraciones sucesivas que se entrecruzan y se suceden unas a otras y que por sí solas perpetúan un jirón de la vida pasada—una realidad histórica flameando incólume hasta nosotros—, vienen a ser como un libro sublime en donde se esculpieron estrofas latentes de luchas espirituales; un li-

Un aspecto de los ruedos de Córdoba.

bro en cuyas páginas pusieron sucesivamente los pueblos el suspiro más hondo de su convicción.

Esto, fué lo que mató a aquello.

Este libro grandioso que guarda en su regazo con santa paz toda una tradición de ideales y de amarguras, ha sido el libro, que, en la Mezquita, mató la unidad arquitectural.

Ricardo García de Vargas

LOS PRESOS MILITARES

La Comisión gestora del indulto de los presos militares nos ruega la publicación de la circular siguiente:

«Comenzamos suplicando se nos conceda la atención que reclama la lectura de estas líneas. Serán breves, para probar nuestra gratitud, con nuestra preocupación de no ser molestos. Y procuraremos condensar nuestros sufrimientos, nuestros sentimientos y nuestras aspiraciones, de modo que se nos comprenda. Tenemos la seguridad de que si acertamos a hacernos comprender, se nos atenderá.

Escribimos representando a más de un millar de jóvenes españoles recluídos en los penales de Cartagena, San Miguel de los Reyes (Valencia), Figueras, Ocaña, Chinchilla, Cádiz, Málaga y otros, para cumplir las condenas que a cada uno de los representados les impusieron Tribunales de Justicia militar, con arreglo a la Ley y por faltas cometidas.

Somos soldados españoles y en su casi totalidad procedentes de fuerzas del Ejército residente en Africa. Incurrimos en delito, cierto es, considerando lo que eran nuestros deberes militares, lo que fueron nuestros cumplimientos de deberes, las penalidades determinadas por las leyes y las sentencias dictadas por los Tribunales de Justicia militar. Reconocemos esto y aceptamos, por tanto, resignadamente las sentencias que se nos han impuesto y que estamos cumpliendo.

Pero sometemos a la consideración de las conciencias a quienes nos dirigimos la aspiración de justicia moral que deseamos conseguir amparándonos en la piedad del Poder público español, que pueda mejorar nuestra situación personal, haciendo útil para la Patria una juventud que se consumirá en los penales si la piedad no pone atenuaciones a lo que castigó la Justicia, en cumplimiento de la Ley.

Sabemos que en cada uno de nuestros procesos y en nuestras conductas de militares, existen faltas por las que muchos de nosotros hemos sido sentenciados a reclusión militar perpétua; por las que otros lo fueron a penas de menor tiempo pero sobrado para convertir a su término en ancianidad inútil lo que hoy es juventud vigorosa y aprovechable.

Reconocidas nuestras faltas y aceptadas las sentencias como actos de justicia, nos consideramos en situación para justificar nuestras aspiraciones. De lo dicho se desprende que aspiramos a conseguir una libertad o disminución de penas mediante indultos; que deseamos esto para que no se consuman nuestras vidas sin utilidad ajena ni propia.

Y fundamos esta aspiración noble, humana, moralmente justa, en el hecho de que todos hemos sido delincuentes por ofuscaciones en que se incurre con demasiada facilidad cuando no se tiene conciencia ni de la falta que se comete, ni de la responsabilidad en que se incurre. Estamos absolutamente seguros, que un examen detenido de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos, harían comprender fácilmente, que fuímos delincuentes por ignorancia y contra nuestra voluntad; que ante la ley y de hecho somos responsables de delitos que en conciencia no hubiéramos cometido. Los Tribunales de Justicia, obligados a juzgar los hechos delictivos y a sentenciar como los hechos exigen, ni pudieron ni debieron apreciar esta situación de nuestra responsabilidad insconsciente.

Pero un indulto, equivaldría para nosotros, a un reconocimiento de nuestras cualidades honradas y a un gran estímulo para seguir nuestra obra de perfección.

Sin extendernos en consideraciones, consignamos qué suma de sufrimientos se evitarán en más de mil hogares españoles, si los beneficios de un indulto nos transformaba, de hombres que sufren condena en diversos penales, en hombres de trabajo de utilidad general.

Con toda consideración y fundados en cuanto dejamos expuesto, solicitamos un indulto.

Tenemos la seguridad de que recogerán esta súplica quienes puedan contribuir a dar satisfacción a nuestros nobles deseos.

Por los militares presos en esta prisión, *La Comisión gestora.*

Cartagena, Prisión Central, 25 de Noviembre de 1917.

Los azulejos policromos de los conquistadores de Córdoba

—:—

III

Es el escudo del arcediano campo de plata, obtenido, como el fondo de la loseta, con esmalte de estaño, y las tres fajas, que deberían ser rojas, no se vidriaron con alcohol de alfarero más o menos intenso, como en los Góngora, sino que, con el mayor respeto a la justa interpretación del blasón, fueron dejadas en «reserva», es decir, sin color cerámico ni vidriado de ninguna clase, para pintar después con ocre sobre el barro cocido lo que no permitía realizar en esmalte la papeleta del ceramista.

Era, por otra parte, nuestro escudo, como veremos, adecuado extremo para seguir el criterio del de los Góngora, porque, hijo segundo el arcediano de Fernán Núñez y doña Ora, no le correspondía usar, según era corriente en aquellos días, las mismas armas de su padre, y por eso a los de Fernán Núñez añadió una bordura en oro cargada de ocho cruces floreteadas.

Y, en efecto, señalan los nobiliarios por armas del linaje Muñoz, que fué el de su madre doña Ora, siete jaqueles en campo de oro y orla de plata con ocho cruces floreteadas; parecía lo natural combinar el escudo de Fernán Núñez con la orla de los Muñoz; pero el ser ésta de plata y serlo también, como se ha dicho, el campo del de su padre, le permitió esa curiosa combinación de las armas paternas y maternas, tomando para campo de su bordura el oro que lo fué del escudo, y cargándolo con las ocho cruces floreteadas que ostentaba la primitiva.

De tal manera compuestas las armas del arcediano, las fajas rojas del escudo limitaban con el campo de oro de la bordura, y claro está que se presentaba un caso completamente idéntico al de Góngora, que fué resuelto, como decíamos, de manera distinta. La bordura fué vidriada en «melado», sin forzar el procedimiento, lo que nos da ese amarillo sucio acaramelado que, realmente, en heráldica no puede tener más interpretación directa que la del oro, salvo en casos tan especiales como el de Góngora, ya citado. El rojo se dejó barreño; más tarde se pintaría de ocre, y hoy, por la acción del tiempo, vuelve a estar barreño; por fin, las cruces floreteadas se pintaron de manganeso, con lo que aparecen de un violeta oscuro que puede representarnos negro.

La circunstancia de ser el baño de alcohol el usado corrientemente (aun ahora) para impermeabilizar las piezas de uso ordinario, la costumbre de su empleo tal vez hizo que no siempre fuese aplicado con todo el criterio necesario, y junto al caso del arcediano Ruiz Fernández nos encontramos, por ejemplo, con el de Pedro López de Ayala (cuyas armas tal vez pudieran ser las de un Diego López de Haro o Gonzalo Gil de Villalobos), representadas por dos lobos pasantes a la derecha, que resaltan en negro de manganeso sobre el fondo melado del escudo. Que debiera ser blanco el campo del escudo, no tiene duda de ninguna clase, y sólo tiene explicación este fondo por una inadvertencia, o, mejor, equivocación del alfarero, pues el resto de la loseta, que en las piezas de que tratamos siempre tiene color, es aquí blanco, cuando en realidad se debieron invertir los tonos, haciendo en melado la loseta y el campo blanco, o sea plata.

El Cristo de las Animas, que ha sido cuidadosamente restaurado por el notable artista don Victoriano Chicote.

No puede tomarse como criterio cerrado que los ceramistas de entonces, con una fidelidad heráldica que tal vez sólo es aplicable al rojo o gules, dejanse en barreño los colores de que no disponían en su técnica; vimos, a pesar de esto, cómo en el de Góngora se acepta una aproximación, y aunque después para el rojo no se repite, no deja de seguirse en otros casos, cuando la diferencia o contraste producido es tolerable y el emblema no lo repugna.

Compañero de los anteriores es un azulejo del enterramiento o de la capilla de los Aguayos, conocidos en Córdoba desde la reconquista, a la que asistieron con San Fernando, Diego Ferrán de Aguayo y su hijo Ruiz Gutiérrez, caballeros de la montaña de Santander, que se heredaron en el repartimiento de Ecija después del 1240, y más adelante enlazaron con las casas de Córdoba y de Biedma.

Fueron las armas de los Aguayos, como es sabido, tres ríos azules en campo de plata, y, desconocido en aquellos finales del siglo XIII el color azul de cobalto y perdida la tradición azul egipcia, que se había transformado en verde, sin que los alquimistas de la época pudieran adivinar que estaba el secreto en hacer el esmalte fuertemente alcalino, se esmaltaron en verde blanco de estaño los tres ríos, que no se sabían hacer azules.

Siguieron también la técnica de las anteriores las losetas que representaban las armas de los Biedmas, los Cabreras, los Laras, y quizá alguna otra que no ha llegado a nuestros días.

En la historia de la cerámica

son estas, las losetas, las que marcan el primer paso decisivo hacia las piezas policromadas; en la historia de la heráldica y de los pueblos, son, al mismo tiempo que una demostración de que los nobles de aquellos días honraban las empresas de sus familias, la de que fueron ellos quienes dieron ocasión a un progreso técnico industrial interesante que todos admiran: los primeros azulejos policromos medioevales.

Pedro M. de Artíñano.

LA LEONA

Tarde invernal desapacible y fría; el plomizo color del cielo da profunda sensación de tristeza... Arboles esqueléticos elevan sus copas puntiagudas cual si pretendiesen herir el horizonte gris; desprovistos de hojas, su desnudo ramaje es agitado entre extraños crujidos por la insaciable furia del huracán que, los dejó tales, que parecen más bien informes osamentas de titanes. Las flores, ha tiempo que yacen muertas sobre el palmo de tierra en que nacieron. La Naturaleza toda, en lánguido desmayo, aguarda el manto de nieve que ha de amortajar sus pobres despojos.

En un gabinetito coquetón, situado en el piso principal de una casa digna de servir de dulce nido amoroso a la pareja más feliz, se advierte la rápida llegada de la obscuridad que arrastra tras sí la caída de la tarde; los objetos que adornan la estancia han ido esfumándose poco a poco hasta concluír por perderse de vista. Ya no se advierte ninguna figura reflejada en las biseladas lunas de los espejos; imposible admirar los magistrales semidesnudos de mujer ejecutados por el mágico pincel de un gran artista; merced a las tinieblas del brumoso manto de la noche, las hermosas damas que tan celebrados lienzos hubieron de inspirar, privan al visitante de la hechicera contemplación de sus carnes morenas—bellas cual la realidad misma—de sus semblantes encantadores, de sus cuerpos admirables, pomposos y erguidos. Las flores aprisionadas en elegantes búcaros, cerraron sus corolas dispuestas a dormitar.

Escucháronse a través del pasillo breves pasos, y la doncella de la casa penetró en la estancia para encender la luz.

Sobre un diván forrado de rojo terciopelo, con la cabeza reclinada en el mullido almohadón de plumas, descansaba una mujer de prodigiosa hermosura que, sorprendida por la inesperada claridad, incorporóse rápidamente.

Era una morena admirable, capaz de encender el fuego de las más vehementes pasiones; sus ojazos negros y rasgados estaban dotados de vivísimo fulgor; sus brilladoras miradas se clavaban en las sienes y en el corazón como dos agudos puñales florentinos; las rojas clavellinas de sus labios sensuales y prometedores besaban al hablar, y las turgencias de su venusiano cuerpo eran vaticinio de un mundo de deleites.

Lutgarda, arregló las negrísimas guedejas de su abundosa cabellera, y preguntó a la sirviente:

—¿Qué quieres, Marichu...?

La aludida respondió:

—En la antesala aguarda una señora que dice ser amiga de usted y que viene a hacerle una visita...

—¿Te dió su nombre?

—Me encargó que le anunciase a usted a su buena amiga y compañera de colegio Coral Santacruz.

—¿Mi buena amiga? Pich... ¡Que pase...!

Lutgarda miróse al espejo, y sonrió complacida de su propia belleza.

—

Coral Santacruz, era lo que se dice una mujer guapa. A impulsos de su nervioso temperamento, mostrábase inquieta, vivaracha, parlanchina. Las crenchas de su dorada cabellera, parecían rayos desprendidos de un sol magnífico; sus ojos azules, bellos cual formados con dos pedacitos de cielo andaluz, miraban acariciadores; su boca pequeñita y fragante, mostraba unos labios rojos como cerezas.

En la linda joven, hermosura y distinción eran cualidades que se hermanaban. Alta, delgada, airosa en el andar, constituía el prototipo del donaire y la elegancia. Las mujeres le tenían envidia, y los hombres al verla, olvidaban quizá sagrados deberes.

Coral y Lutgarda, la bella rubia y la deidad morena, habían sido muy buenas amigas, pero más tarde, fueron enfriándose sus relaciones.

Y es que unos ojos negros cual la noche, y otros ojos azules como el cielo, jamás reúnen conscientes sus miradas para encauzar la voluntad de un mismo hombre, y disponer de ella haciendo de su capricho ley.

—

Coral, al entrar en la estancia, dirigióse hacia su amiga con los

La restauración de la ermita de las Animas.—Paso de la procesión por el Puente Romano

brazos extendidos, preguntándole expresiva:

—¿Como estás?

Lutgarda esquivó el abrazo, que quedó convertido en un simple apretón de manos, y respondió secamente:

—Mejor que nunca. Gracias.

Tomaron asiento una enfrente de la otra. Sus miradas hostiles en vano intentaban adivinar las ideas retenidas en el cerebro adversario. Hubo una pausa de larga duración, durante la cual, un reloj de pared, al dar la hora, hizo romper con su sonido el desesperante mutismo en que se habían encerrado las dos mujeres.

—El perdón siempre fué patrimonio de alma grande...

—¡De alma tonta, querrás decir!

—Hijita: hoy día hay muy pocas almas tontas...

—Por eso yo no estoy dispuesta a pasar por una de ellas.

—Haces bien; en el teatro de la vida ese papel es siempre el más desairado...

Breves instantes de pausa. La ansiedad más intensa marca su inconfundible huella en el semblante de las dos hermosas.

Nerviosa excitación comenzó a apoderarse de Coral, que daba visibles muestras de ello, oprimiendo fuertemente el pañolito de seda entre sus delicadas manos. Lutgarda, más dueña de sí, hablaba sonriente:

—Ya que se trata de teatro y de papeles, se me ocurre preguntarte: ¿crees que no existe otro papel más ridículo que el de tonta?

Coral, haciendo honor a su sagacidad, antes de pronunciarlas, medía sus palabras:

—En eso estoy; pero si tú eres tan amable que te dignas...

—Con mil amores.

—Dilo...

—Ese papelito es... ¡¡el de necia!!

—¿Es alusión?

—¡Y muy directa!

—¿Luego la necia...?

—¡Eres tú!

—¡Lutgarda!

Entrada de la procesión en el Campo de la Verdad.—Fotografías de A. Torres

Coral habló primero:

—Lutgarda, tu actitud me asombra. ¿Acaso te contraría mi visita?

—Al contrario; si he de decir verdad, me alegro... ¡vaya si me alegro...!

—¡Cualquiera pensaría otra cosa...! Cuando niña no eras así...

—¡Qué comparación! Entonces, si en mi inocente juego de muñecas alguna compañera me quitaba a Totó—¿recordarás que así se llamaba mi pequeñita predilecta?—en un principio mi enfado no tenía límites; gritaba, lloraba, hasta quería golpear a la ladronzuela; pero después, olvidaba todo y compartía las golosinas de mi postre con la traviesa que intentara destruír mi felicidad... ¡Es tan hermoso el perdón en los juegos de las niñas...!

—¡¡Coral!!

—Instintivamente, en actitud retadora, las dos mujeres se encontraron en pie; ambas estaban intensamente pálidas, y sus bellos ojos nada sabían de dulces miradas, despedían fuego...

Coral interrogó con altivez:

—¿Qué quieres de mí...? ¡Habla!

Digna, como una reina ofendida, Lutgarda replicó:

—Quiero la paz de mi hogar.

—Y ¡qué tengo yo que ver con la paz de tu hogar!

—Mucho, Coral, mucho... Tu perfidia para conmigo no ha tenido nombre. Eres la intrusa que con coqueteos infames has sabido ganarte la voluntad de mi esposo y hacerle juguete de tus caprichos...

—Aún suponiendo que eso fuese cierto, ¿a quién tengo yo que dar cuenta de mis actos? ¡Soy libre y no tengo más ley que mis antojos!

—¡Te equivocas! Coral: yo te suplico que desistas de ese cariño imposible... Busca otro amor digno de tí, sé feliz, pero no destruyas el encanto en que he vivido; piensa que tus horas de ventura se tiñen con la sangre que destila mi corazón lacerado, no olvides que cada prueba de pasión que entre vosotros exista, será agudo puñal que desgarre mis carnes...

—¿Quién piensa hacer la felicidad ajena matando la suya propia...? Yo adoro a un hombre y poco me importa saber si es o no tu marido. La imagen de mi amor la llevo siempre aquí, muy oculta, sobre mi corazón... Mientras yo aliente, nadie osará arrebatármela, porque la que tal empresa intentase, puede salir de ella muy mal parada... Conque... ¡adiós, Lutgarda...!

Apenas pronunciadas sus últimas palabras, Coral dirigióse a la puerta de salida.

Una exclamación gutural partió del pecho de Lutgarda, que con felina agilidad, corrió a interponerse entre su rival y la puerta que daba acceso al pasillo.

El bellísimo rostro de Lutgarda estaba descompuesto; sueltos los negrísimos cabellos, los ojos despedían coléricas miradas, y los labios, temblorosos a causa de la exci-

tación nerviosa, que le hizo mordérselos hasta conseguir que brotase la sangre...

La gentil morena repetía:

—¡No saldrás, no..!

Coral, intensamente pálida, hacía inauditos esfuerzos por aparentar serenidad:

—¿No salir...? ¡Ja, ja...! ¿Quién me lo lo impide?...

—Una esposa digna, engañada por la más miserable de las mujeres... Te lo impide... ¡¡una leona!!

—¿Supongo que habrás querido decir engañada por el más miserable de los hombres?...

—¿Y eso lo dices tú...? ¿No le adoras...? ¿De modo que me usurpas un cariño que debe ser mío, únicamente mío, y luego, lejos de bendecir el nombre del ser amado, le llamas: «¡miserable!»? ¡Tú no le quisiste jamás...! Ya ves el proceder que tienes conmigo y sin embargo, me muero por él... ¡¡Miserable tú una y mil veces!!

—¡Cobarde! Mereces la indiferencia de tu marido, ya que no sabes defender ese amor que dices ser tuyo y te arrebatan audazmente... ¿No soy yo «la intrusa» culpable..? ¿No me tienes delante de tí...? Entences, ¿qué aguardas?...

—Que me entregues el retrato de mi esposo, y después, que salgas de aquí...

—¡Déjame salir, Lutgarda!

—¡¡No saldrás!!

—¡Lo veremos!

Lutgarda cerró la puerta con llave. Aprovechando la oportunidad de estar su rival vuelta de espaldas, Coral se avalanzó sobre ella tratando de arrojarla al suelo.

La escena que entonces se desarrolló fué violentísima. Lutgarda, sorprendida por alevoso ataque, sin tiempo para defenderse, cayó de rodillas sujeta por las manos de Coral, que la asían fuertemente del cuello.

Así que vió en el suelo a su rival, Coral corrió hacia la puerta deseando ganar la salida con prontitud.

—

Pero... una ruidosa carcajada resonó en la estancia... Aquella exclamación encerraba todo un mundo de ideas: ¡la venganza de Lutgarda!

La llave no se hallaba en la cerradura. Coral quedó atónita.

Lutgarda, dijo a «la intrusa» mientras ocultaba en su seno la pequeña llave del gabinetito coquetón:

—Tú para salir necesitas esta llave, yo exijo que me entregues a cambio de ella un retrato; si no aceptas, ven a arrancarla de mi poder, y veamos cuál de las dos sabe triunfar...

Estas palabras las pronunció con voz alterada, llena de odio y desprecio a la vez. Permanecía arrodillada en tierra, con el cabello en desorden y pálido de ira el semblante; sus ojos tenían un brillo centelleante, cual si las carnes de aquellla ninfa morena las consumiera el ardor de la fiebre. Estaba agazapada, con el cuerpo encogido, sin perder un instante de vista a su amiga, cual leona que se dispone a saltar sobre su presa.

Al comprender la intención de Lutgarda, Coral se dispuso a repeler la agresión. Eran ambas dignas rivales.

La leona dió un terrible salto y cayó sobre la pantera.

En el mayor silencio, sin proferir un grito, las dos mujeres rodaron por el suelo estrechamente abrazadas.

Sus manos, en crispaciones extrañas, oprimían el cuerpo de la rival, macerándolo; sus bocas, al morder, experimentaban deleite...

. . . .

Agotáronse sus fuerzas, y Lutgarda y Coral, desmayadas, quedaron tendidas sobre la rica alfombra.

La pantalla colocada en la bombilla eléctrica proyectaba sonrosada luz sobre los rostros de las dos hermosas. Sus labios se entreabrían sonrientes.

Ambas mostraban hechas jirones las pecheras de sus vaporosas blusas de seda y encajes. Coral retenía en su diestra la apetecida llave del gabinetito coquetón. Lutgarda, era dueña del codiciado retrato...

El Amor, con leve batir de alas, llegó a colocar una corona de laurel sobre las sienes de sus dos heroínas.

Antonio Moya.

La bella artista acrobática Agustina, que actúa con éxito en el Salón de Ramírez

La Escuela Superior del Magisterio

—:—

A mi ilustre profesor y amigo don Luís de Zulueta.

Un deber de gratitud, unido a dulces recuerdos de la vida escolar, nos hacen hoy rendir este modesto tributo de cariño y simpatía a la casa solariega de una buena parte del profesorado normal. Un sentimiento de justicia, que tiene su origen en anhelos y esperanzas no conseguidos en el batallar diario de nuestra vida docente, nos invita a dirigir nuestro pensamiento a ese núcleo intenso, ampliamente educador, que abarca en su seno hombres de todos los principios y de todas las ideas, que se llama Escuela Superior del Magisterio.

En efecto, se reúnen en este centro profesores de las más opuestas tendencias, de los campos políticos y de las escuelas científicas y filosóficas más antagónicas, y, sin embargo, dentro del recinto escolar, y al lado de la inquietud espiritual que es signo de vida y de progreso, domina una dulce paz que invita a sus alumnos a un constante estudio, a una meditación sostenida y a un simpático idealismo, contrastado con los consejos de la experiencia y con las poderosas lecciones de la realidad.

Cada centro de enseñanza tiene su modo de ser, su espiritualidad distinta, su carácter, en una palabra, formado por lo que a la labor común aportan los profesores y alumnos que frecuentan sus aulas. Esta resultante es lo que caracteriza y separa a unos centros de otros, ocurriendo esto aún en aquellas escuelas o institutos en que un plan de estudios tristemente uniforme tiende a igualarlos; con mucho mayor motivo se dará claramente este fenómeno de psicología colectiva en un centro que no tiene similar en España.

Desde el momento en que atravesamos los umbrales del simpático palacete de la calle de Montalbán, notamos que una impulsión fuertemente sugestiva se apodera de nosotros, que un sentimiento atractivo nos invade, originado, sin duda, porque la Escuela Superior ha sabido afirmar dos principios negados rotundamente en toda nuestra Pedagogía nacional y por una gran parte de los que consagran su actividad a la enseñanza. Por el primer principio, la Escuela admite la coeducación y niega en unos cuantos años de experiencia los fantásticos peligros que los enemigos de esta renovación han aducido en su contra. El segundo principio que la Escuela ha practicado en oposición a lo que se hace en nuestra uniforme vida académica, es la aproximación constante al alumno, rompiendo de plano con el sistema que lo coloca, así en lo material como en lo espiritual, a una respetable distancia.

En la Escuela Superior del Magisterio se forma el profesorado, masculino y femenino, de las Normales, en una simpática asociación que se ha hecho tan íntima de ese centro, que el día que intenten disolverla, la Escuela habrá perdido la más honda, la más fundamental y acaso estética expresión de su espíritu.

Presidencia del banquete celebrado en obsequio del concejal electo don Pedro Barbudo Suárez Varela.—Fotografía de A. Torres.

La otra nota de unión íntima entre profesores y alumnos es tan frecuente en ese centro, que constantemente por sus galerías se ven grupos integrados por las maestras y maestros que allí hacen sus estudios, que, en conversación cordial con algún profesor, realizan esa conexión de inteligencia y de sentimientos que de ningún modo puede verificarse tan ampliamente como en las aulas de la culta casa. Del resultado de estas conversaciones, la mayoria de los alumnos afirmaríamos que, para la total formación individual, hemos sacado casi tanto fuera como dentro de clase, aún trabajando con el amor y entusiasmo con que labora la mayoría de los profesores. Se engendran con aquel profesorado amistades inolvidables, afectos tan duraderos, que es seguro que, aún habiendo pasado muchos años de nuestra salida de aquel centro, no podríamos eludir el visitarlo en cualquier viaje hecho a la Corte, por urgente que fuera.

Hay una preocupación en la Escuela Superior del Magisterio que es quizà de todas la nota más vibrante de su actuación; y no es solamente cultural (preocupación que sienten otros muchos centros), sino moral; es algo que inquieta a una gran parte de su profesorado y que se refiere a la vocación, personalidad y carácter, en una palabra, del alumno. Ha afirmado un príncipio que deberíamos extender por todos los ámbitos de nuestra España: «el pensamiento humilde, pero original, de un alumno, es superior al profundo, pero tomado aprés tamos, de un sabio».

De acuerdo con ese principio, los eminentes profesores que forman este establecimiento de cultura, tienden a desarrollar la capacidad personal, lo intimamente original de cada alumno, porque como proclama uno de sus más ilustres maestros, toda idea orinal, todo pensamiento expuesto con convicción, tiene un valor eterno. En las clases, salvo algunas excepciones, es frecuente que los alumnos sostengan con respeto, que no excluye la convicción, opiniones diferentes a las sustentadas por el profesor, que ordinariamente mira con alegría esta rebeldía intelectual de sus alumnos. *¡El magister dixit*, es un recuerdo histórico en este progresivo centro!

En cátedra, cada profesor tiene una personalidad bien diferente de los demás, y así el alumno ve desfilar ante sí métodos diferentes, concepciones pedagógicas distintas que le hacen comparar y optar por las soluciones más atinadas. Los alumnos, que, por lo que va dicho, fácil es comprender tienen una personalidad que reconoce el profesorado, mandan sus representantes al claustro y con frecuencia estos delegados de los intereses, ideales y aspiraciones de los alumnos, sostienen puntos de vista bien distintos a

los de algunos profesores de la misma Escuela.

Ha recabado de los Poderes públicos la autonomía docente y la aplica con un tino extraordinario; formula su plan de estudios, organiza sus laboratorios y seminarios (de investigación científica); se ocupa constantemente de complementar la formación de los alumnos con excursiones, conferencias, fiestas docentes, etc., sustentando como uno de los principios fundamentales de su organización la supresión de los exàmenes, sustituídos por trabajos de càtedra, memorias de fin de curso, conferencias por los alumnos y por un trabajo de investigación bastante serio, con que se pone fin a los estudios, de un modo semejante a como se hace en las universidades de los países más cultos de España.

Su cuadro de profesores presenta una serie de hombres de méritos tan indiscutibles, que cuando alguna vez han intentado combatir a esta Escuela con furores que se debían reservar para otra clase de empresas, las gentes cultas no han prestado oído a esa protesta contra una de las mejores innovaciones que ha realizado la España contemporánea, en cuestines de enseñanza

Don Adolfo R. Buylla, ha sido Director algún tiempo, y el nombre del sabio economista y profesor, alcanza entre los alumnos una verdadera popularidad. Es el primer profesor que entra diariamente en la Escuela, habla con una elocuencia vertiginosa y fluye de toda su persona la afirmación de su integridad, de sus convicciones y de su prodigiosa cultura en Sociología y Economía. Su clase, de un interés enorme, en donde se tocan con mano maestra todos los problemas de actualidad, es una constante colaboración entre don Adolfo y sus discípulos.

Don Luís de Hoyos, el ilustre antropólogo, un investigador, un sabio, un hombre que derrama su enorme saber a torrentes, empleando métodos originalísimos con los que practica los más sólidos principios de una verdadera pedagogía estimulante. Explica Fisiología e Higiene, pero hace algo màs fundamental: orienta al alumno, encauza su actividad hacia una verdadera investigación científica de que tan necesitada se halla nuestra patria.

Don Luís de Zulueta, ese espíritu ámplio, como el de pocos españoles, tolerante, de convicciones fundadas en un estudio profundo de los problemas y que sabe como ninguno llegar a la inteligencia y al corazón de los alumnos; de una cultura tan personal, tan variada y atractiva, que a pocas càtedras se asistirá con el gusto conque los alumnos concurren a la suya de Historia de la Pedagogía.

La graciosa bailarina Carmelita Sevilla, que actúa con mucho éxito en el Salón de Ramírez.

No debíamos olvidar a tantos otros profesores de los que allí realizan una labor admirable desde muchos puntos de vista, pero sería iujusticia notoria el no dedicar unas líneas a ese periodista ilustre, de talento mùltiple, de actividad prodigiosa y que firma sus críticas teatrales con el pseudónimo de Alejandro Abiquis. Siente un entusiasmo tan grande por su cátedra, que su gabinete y laboratorio de Psicología experimental y su clínica para el diagnóstico de niños anormales, constituyen un timbre de honor para la Escuela Superior del Magisterio. El sector de Pedagogía que explica Alejandro Miquis, es hoy sin duda el más interesante y la forma verdaderamente experimental, conque obliga a trabajar a sus alumnos, despierta entusiasmos, vocaciones que daràn resultado el día que otro plan de estudios más racional, presida la formación de los maestros.

Otros espíritus elevadísimos colaboran en esa obra de formación de los maestros de maestros, que dirige el caballeroso marqués de Retortillo, a quien todos los profesores procedentes de aquel Centro, consideramos como el más firme y decidido propósito de la causa del magisterio.

Para terminar, y como prueba de lo que ha sido, es y seguramente seguirá siendo esta Escuela, volvamos los ojos a ese puñado de antiguos alumnos, que ocupan cátedras e inspecciones, y los veremos en las trincheras levantadas contra la incultura, dispuestos a realizar uña verdadera reconquista, la que unirà definitivamente a España, al núcleo más progresivo de las naciones de Europa.

Antonio Gil Muñiz.

DE GAÑAN A DIPUTADO

I

Moreno Mendoza nos escucha con atención, medita un rato, como si ordenase sus recuerdos, y rompe a hablar gravemente:

—Mi vida ha sido muy dura, porque nací pobre; pero las hay más duras y más tristes. No me puedo ni me debo quejar, ya que, si he peleado, he subido. ¡Y lo que he subido!

—¿Nació usted muy en el fondo?

—Con decirle que mi padre trabajaba a jornal... Eramos tres hermanos. Vivíamos en Medina Sidonia, en una casa de vecinos, y disponíamos de una salita como un cajón y de una alcoba como un puño, y la alcoba era también comedor y cocina. ¡Verdad es que para lo que se comía y se guisaba...! Almorzábamos un gazpachito caliente, o un par de litros de agua, que ensuciaba mi madre con un cuarto de unos polvos parecidos al café; comíamos un potaje de habas secas o de garbanzos, y cenábamos «siempre», en las buenas y en las malas épocas, gazpacho frío o ensalada de lechuga. En los días de locura despilfarradora, después de un alegrón familiar o de un negociazo increíble que le proporcionaba a mi padre un duro, se guisaba un cocido con su carne y hasta con su trozo de morcilla; se lucía este cocido, porque mi madre lo espumaba en el corredor para que la vecindad se desvaneciese con su perfume, y lo devorábamos en silencio, paladeándolo con una inolvidable voluptuosidad. Pues ¡y el regalo del postre y el lujo del queso! Con el postre — naranjas o uvas — ablandábamos los garbanzos y las habas frecuentemente: cinco o seis días al mes; mas para catar la golosina exquisita del queso había que estar delicado. ¡Y me puse yo delicado tantas veces, con la complicidad de mi vieja, que se hacía la asustada, como si ignorase que mi salud era de toro?

—¿A qué edad le enviaron a usted a la escuela?

—A los cinco años. Fuí con mucho miedo. Me habían dicho que pegaban en las palmas de las manos con una correa muy gorda, y me habían advertido que las untase con ajo para que botara el instrumento de tortura—porque el ajo tiene la virtud de rechazar el cuero—, y me las unté tan concienzudamente, que apestaba a demonios. El maestro lo notó y, en vez de censurar mi astucia previsora, me hizo un elogio. Pero un elogio que me puso de punta los pelos: «Bien, hombre, bien. Te has aliñado las manitas. Así, cuando te portes mal te las cortaré y las asaré, sin darle trabajo a la cocinera.» Luego conocí al maestro y le quise. Era bondadoso y culto y le hubiera gustado enseñar. Pero ¿de qué manera iba un solo hombre a desasnar a doscientos chiquillos?

—¿Y cómo se las componía?

—Formando grupos y enalteciendo con la delegación de sus funciones pedagógicas a los niños más adelantados. Mi maestro, el

La muchacha de diecisiete años María Millán Sánchez, que ha herido de varios tiros de revólver a su novio.—Fotografía de A. Torres

Un día de perol.—Dibujo de Fz. Márquez

maestro que me enseñó a deletrear, no había cumplido los dos lustros. Pero, como yo tenía buenas disposiciones, aprendí.

—¿Y castigaban?

—El maestro, con benevolencia: pero el auxiliar, que era un salvaje, al que odiábamos y temíamos, cruelísimamente. Manejaba un puntero como una garrocha, con el que nos acosaba igual que a reses, y un día se lo tiró a un muchacho y lo descalabró. Pero el castigo que más nos a terraba era el del encierro. La escuela estaba en un enorme edificio que fué convento—el de la Victoria—, y nos metían en un cuartucho lóbrego, de imponente suciedad, al que había poblado de fantasmas nuestra imaginación. Los encerrados veíamos a la mujer del ojo huero—una mujer que sólo tenía un ojo blanquecino en mitad de la frente—, al fraile descabezado—un fraile muy gordo que iba de acá para allá buscando su cabeza—, y a la cabra destripada, fantástico animal que se divertía haciendo ovillos y madejas con sus tripas. Esta cabra me horrorizó de tal modo, que la seguridad de no volver a verla endulzó la amargura que sentí al suspender los estudios.

—¿Le quitaron a usted de la escuela?

—A lo siete años, para que ayudase a costear el gazpachito y los potajes. A esa edad, el hijo de un jornalero debe ganarse la vida.

—¿Y cómo se la ganó usted?

—Entrando de monaguillo en la parroquia de Santiago. Ganaba cincuenta reales, trabajaba poco y me divertía. Pero ¡con qué ganas me divertía...! Como si fuese el párroco y no el monaguillo. Durante algún tiempo, ni siquiera abrí el «Catón», y una mañana tiré la pluma de los palotes, resuelto a no aprender a escribir. ¿Para qué servía la escritura? ¿Servía para voltear las campanas, para quemar incienso, para pasear el platillo de las limosnas o para impedir que el sacristán me obsequiase con punteras y pezcozones...? Y así, recogiendo limosnas, quemando incienso y volteando campanas, me sorprendió la revolución.

¿Qué revolución?

—La de los cantonales, el movimiento cantonal... Un día antes de amanecer, encendía yo las velas, mientras tocaba el campanero a misa de alba, cuando sonaron unos tiros... Inmediatamente llegó un cura, y después entraron a escape varias viejecillas...«¡Los republicanos, los republicanos!.. ¡Ya están aquí los herejes!... Ay, santísima Virgen!» La emoción con que ayudé yo aquella misa y la velocidad con que corrí levantándome mi sotana roja, para ver a los herejes... Y los ví, y ví muchas cosas que me dejaron estuperfacto. Vi que se metieron en dos conventos y que echaron a las monjitas a la calle, vi que levantaron barricadas para pelear con las tropas, vi que hicieron correr a las autoridades y a los ricos... Y, sin embargo, no me asusté, por que los herejes, campesinos huesudos y tostados, ni siquiera imitaban al sacristán, dándoles patadas a los niños, para demostrar su valor, y miraban a Salvochea, su jefe, con un respeto extraordinario, y se estremecían de júbilo en su club al oír las palabras «libertad, igualdad y justicia».

—Pero ¿fué usted al club?

—Claro. Y me entusiasmé. Hablaban de acabar con los abusos, de perseguir a los políticos ladrones, de salvar a España... Se proponían favorecer a los oprimidos y auxiliar a los hambrientos... Es decir, que uno de los que serian auxiliados era yo. ¿Cómo iba a temerles? Y, sin miedo, el día de las barricadas, cuando llamaron a las puertas de la iglesia, las abrí yo, mientras se escondía el sacristán. Poco después, con Salvochea, Carrasco, Guillén y Bohórquez, se fueron, y al poco tiempo, vencidos en Benahoján, alimentaron unos las sepulturas, como Cristóbal Bohórquez y Rafael Guillén, y llenaron otros los presidios.

J. López Pinillos.

CÓRDOBA

Pintores cordobeses. —Un rinconcito de la escuela, cuadro de Tomás Muñoz Lucena.

15 Cénts.

IMPRENTA MODERNA
CÓRDOBA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 8 de Diciembre de 1917 | NÚM. 68

EL REGIONALISTA ANDALUZ

Resumen del programa, publicado por el Centro Regional Andaluz de Sevilla.

ORDEN NACIONAL

I. Las regiones cuyas provincias se mancomunen previamente, conforme a la vigente legalidad, podrán solicitar y obtendrán de los Poderes nacionales la autonomía que solicite la Mancomunidad en los órdenes siguientes: Hacienda, Instrucción, Beneficencia y Obras públicas regionales; Creaciones jurídicas de orden privado; Organización de las funciones y funcionarios encargados de su aplicación. Así llegará a constituirse ordenadamente la federación de las regiones españolas.

II. El Poder nacional tendrá siempre a su cargo: Relaciones internacionales y de comercio; Moneda; Comunicaciones, Obras públicas, Instrucción y Beneficencia generales, Hacienda general. Los presupuestos generales se nutrirán principalmente por concierto entre las regiones. Ejército y Armada; Policía de seguridad general; Decisión de las diferencias entre las regiones; Derecho penal y funcionarios encargados de su aplicación. Las funciones que deben integrar la autonomía regional, hasta que se llegasen a reclamar por las provincias mancomunadas de una región, mientras la mancomunidad llega a constituirse.

III. Independencia del Poder judicial a cargo de un Tribunal Supremo.—Supresión del ministerio de Gracia y Justicia; Ley de incompatibilidades que imposibilite el patronato, consejo o defensa de las empresas o entidades, con los hombres encargados de la gestión de los negocios públicos; Ley especial de represión del caciquismo que defina y castigue este delito y el de oligarquia. Ley electoral que en la formación de las circunscripciones electorales separe a los pueblos de las ciudades, constituyendo con éstas circunscripciones distintas, independientemente de aquéllos.

IV. Servicios autónomos de Instrucción, Agricultura y Obras públicas, con supresión de estos ministerios, y Caja especial de Hacienda para reformas de este orden, con especial presupuesto.

V. Librecambio en la política comercial.

VI. Atracción de Portugal a una Federación ibérica, comenzando por defender la abolición de fronteras aduaneras con este país; unificación de tarifas postales; validez de estudios sin previa reválida; unidad monetaria; intercambio intelectual, organizando excursiones y conferencias a la nación o región hermana, etcétera.

ORDEN REGIONAL

I. Constitución de la Mancomunidad andaluza, y una vez constituída, reclamación de facultades autonómicas en los órdenes que se expresan en el número I del apartado anterior.

II. Mientras los Poderes regionales vinculen conforme el número antecedente, facultades suficientes de los nacionales, se pedirá por los representantes:

a) Obras públicas y de Instrucción y Beneficencia favorables para la región, atendiendo principalmente la instrucción y la cultura, por el establecimiento de Escuelas oficiales de Agricultura, Industria y Artes, en

Interiores de Córdoba.—Patio de una casa de vecinos.

todas las poblaciones andaluzas, cabezas de partido o comarcas; conversión de los Institutos en Escuelas prácticas de ingeniería, reduciendo el bachillerato a asignaturas enciclopédicas; sanciones indirectas contra los analfabetos; Escuelas y maestros especiales de adultos en todos los Municipios, etc.

b) Establecimiento de un Banco Agrícola regional, con sucursales en todos los distritos y cuentas corrientes en todos los pueblos, a base de sus respectivos Pósitos, subvenciones del Estado, etc.

Defensa de la abolición de todas las leyes que perjudiquen el desenvolvimiento de las instituciones de crédito industrial y agrario.

c) Defensa de una medida legislativa que implante el principio «La tierra andaluza para el cultivador o explotador», absorbiendo la renta económica o valor social del suelo, satisfaciendo con ella las necesidades públicas hasta donde aquellos recursos alcanzaren, respetando rigurosamente a los poseedores la propiedad de los cultivos y edificaciones en sus tierras, desgravándolos en un tanto igual, así como a las demás manifestaciones del trabajo y del consumo, e indemnizando a los actuales propietarios con el importe mismo de la renta futura.

d) Toda medida jurídica o financiera que tienda a favorecer al agricultor, industrial o comerciante.

ORDEN INTERMUNICIPAL

I. Heterogeneidad en la organización municipal.

II. Autonomía de los Municipios en Hacienda, Obras públicas, Instrucción, Beneficencia municipal y Policía urbana y rural, siendo necesario para obtener esta autonomía: que la solicite el 60 por 100 de los vecinos, con la obligación general del «referendum» en los asuntos municipales; cuentas detalladas mensuales de la gestión, por impresos repartidos al vecindario; discusión de los presupuestos en lugares como la plaza pública, con turnos a los vecinos, etc.

III. Cuando se constituyan los Poderes regionales vincularán del nacional el derecho de conceder estas facultades autonómicas. Mientras tanto, se defenderán y solicitarán directamente de los nacionales.

PLAN DE ACCIÓN

Constitución de Secciones de esta institución del Centro Andaluz en todas las localidades, con sus órganos ordenados, según detalla el Reglamento, a la defensa en la localidad de estos ideales; definición de conocimientos industriales y agrícolas y del crédito de este orden; educación de los adultos; obras de ornato e higiene; cumplimiento de leyes cultas, hoy en desuso, etc.; de todo cuanto conduzca a la creación de un pueblo soberano en Andalucía. Estos organismos desarrollarán su acción de propaganda en mitines, conferencias, veladas, impresos, etc., considerando como perteneciente a la Asociación, esté o no en ella inscripto, a todo el que labore el bien de la patria regional.

Cada Sección recogerá las quejas contra los desmanes caciquiles que entorpezcan su acción, y además de las denuncias y represalias de todo orden que contra ellos acuerden, serán apoyadas por las Secciones todas, a fin de que cerca de los Poderes públicos pueda pedirse por todas su castigo y represión.

SIN NOMINACIÓN

...Y mientras recibo cartas de literatos y de pedagogos ilustres—dicho se está que no son palmeños—, hablando en elogio (bondades que agradezco, pero que no acepto porque no las creo merecer) de mis «Ratos de ocio», libro recién publicado, mientras me aplauden muchos que personalmente no me conocen, dícenme que unos cuantos piadosos analfabetos, más de unos cuantos (stultorum infinitus est munerus), acaso *por mo* de no haberles regalado sendos ejemplares de mi libro, *andan* poniendo a este dilecto hijo de mi menguada inteligencia, cual digan dueñas. ¡Pobrecillos!... Vuestra represalia es injusta, queridos, al par que ingratos paisanos, pero... ¿quién desciende a explicaros que no por olvido, sino por piedad, no os he enviado *gratis et amore* mis «Ratos de ocio»? Si no habiéndolo leído habláis así (¡) ¿qué hablaríais si lo leyéreis?

Además el concepto que tengo formado de mí mismo y de mi libro, es asaz mejor que el que se necesitaría para ofrecer a vuestro intelecto en erial sendos ejemplares de mi obra.

Y me ofrezco a vosotros recomendándoos la lectura de la hermosa poesía que yo aprendiera de niño y a la que sin duda debo el haber llegado a ser escritor, pues hasta ahora jamás he escuchado yo ningún gañido, si es que los gañidos se escuchan.

He aquí la hermosa poesía aludida:

Peregrinos a la Meca
a la par iban dos árabes,
y dos perros al camino
les salieron a ladrarles.
Sin hacerles caso, el uno
prosiguió siempre adelante;
pero airado el otro, piedras
no cesaba de tirarles.
De la Meca al año justo
regresaba el caminante
y halló al otro todavía
enredado con los canes.
Pero imbécil, ¿no conoces
que hasta el final de su viaje
nunca llega el que hace caso
de los perros que le ladren?

M. Continente Lara.

Hacia el renacimiento cultural de Córdoba

Raras veces y en pocas poblaciones de España, se habrá despertado un movimiento en favor de la cultura y de la ilustración general, como el que en los actuales momentos honra a nuestra capital. Ofrece este movimiento una novedad harto simpática, para no ser alabada, y es que los hombres que intervienen en él pertenecen a una agrupación política que ha proclamado el interés de la ciudad y de la región como superiores a todos.

Hasta el día toda agrupación espiritual, deseosa de difundir la ilustración, hasta las últimas capas sociales, amante del progreso y del bienestar de su patria, se esforzaba en demostrar que permanecía alejada de la política y ajena a sus luchas.

El principio de la maldad de la política, caerá por tierra en el momento que los hombres que actúen en ella hagan pedagogía elevada y sociología progresiva, hagan patria, y, sobre todo, miren al pueblo y su redención, al proletariado y sus reivindicaciones como el principio más elevado y trascendental en la realización de sus programas.

Y así ha sucedido en Córdoba, que unos hombres amantes de la patria, enemigos del caciquismo y de su triste actuación, en un manifiesto ya famoso en España, iniciaron el camino simpático y altamente bienhechor, que hoy siguen muchas instituciones de Córdoba, algunas de las cuales, por su organización y extructura, son ajenas a la política.

Ya hace tiempo que un hombre luchador, un espíritu formado no sólo con ámplios estudios y lecturas varias, sino en el batallar diario de la vida, el Doctor Ruiz Maya, realiza con los dependientes de comercio una verdadera labor de cultura, a la que se ha prestado esa simpática asociación con tanto entusiasmo y tal asiduidad que constituye un ejemplo digno de ser imitado por sus similares de otras capitales.

El Centro Andaluz, de acuerdo con su hermano el Centro Obrero Republicano, ha organizado un curso de conferencias, para despertar en el pueblo su interés por los asuntos más vibrantes de nuestra realidad política y social. ¿Podía un Centro de esta clase emplear mejor sus esfuerzos y encauzar más acertadamente sus energías?

En un porvenir muy próximo, el triunfo político lo alcanzarán aquellos núcleos que en el concepto público más se hayan distinguido en una verdadera acción social. Los que sostengan más escuelas, más instituciones pedagógicas y sociales, más bibliotecas populares; los que ilustren más a los trabajadores, los que firmemente tiendan a emancipar a la mujer por la cultura, serán seguramente los que, en premio a su labor, recibirán la inmensa mayoría de los votos de sus conciudadanos. ¡El viejo comité político ha de dejar paso a la escuela, a la cooperativa y al museo social!

Sin duda, por eso la coalición Regionalista-Republicana tiene entre sus numerosos proyectos, uno que pronto será realidad: la fundación de un modesto, pero bien organizado, Museo social. Reunir en él las obras de los más eminentes sociólogos y economistas nacionales y extranjeros, las publicaciones de las entidades sociales más importantes, las estadísticas del Instituto, tarifas arancelarias de aduanas, reglamentos para la cobranza de los impuestos y contribuciones de todas clases, revistas y periódicos especiales y demás elementos adecuados, en la biblioteca aneja a ese Museo, ordenándolo de tal modo que, en un momento determinado, se faciliten a quien los demande, toda clase de datos y de noticias, con la claridad y el método conque se desea saber aquello que queremos realizar.

Aspira también este Museo, a imitación de los de otras capitales, a la organización de conferencias de cultura social y económica, cursillos de Economía social al alcance de la clase obrera y otros de derecho mercantil, cálculo, producciones y mercancía, rudimentos de Técnica industrial, etcétera; todo con espíritu prácticamente pedagógico, fundamentalmente dirigido a que aprenda el que ignore y a que afiance y mejore sus ideas el que ya sepa, que no hay mejor modo de asegurar lo grande, como sistematizando fuertemente lo sencillo y rudimentario.

Los Centros de enseñanza de Córdoba, no se quedan atrás en este movimiento hacia la *ciudad ideal*, como lo demuestra el hecho de haberse constituído una Asociación de antiguos alumnos normalistas, con un hermoso plan de conferencias, excursiones, adquisición de libros, etc., que se ha empezado a poner en práctica con el éxito más lisonjero. Los alumnos de la Escuela de Veterinaria han organizado una Asociación, de índole parecida dentro de su especialidad, encaminada, como la anterior, a reivindicarse socialmente, consiguiendo los prestigios, situación económica y social que por su elevada misión tratan de

Los cordobeses de Madrid.--Alfonso Díaz, sastre de lujo.

Caricatura de Cámara.

obtener. Para alcanzar ese tipo de *ciudad ideal*, con el que sueñan hombres de buena voluntad de Córdoba, hay que realizar una campaña de índole pedagógica, totalmente pedagógica. Pensamos nosotros, que es labor de educación en diversas manifestaciones la que ha de realizarse para que el tipo de ciudad alegre y confiada se convierta en el de capital, acaso un poco melancólica, pero consciente y prevenida.

Educación, sí, Pedagogía social, esa es la hermosa labor renovadora que los hombres que aspiren a merecer el cariño de sus conciudadanos han de realizar. Educación cívica, ilustrando a todos los hombres para que por igual cumplan sus derechos y consideren sagradas sus obligaciones; educación social para que todos, sin distinción, vean el nexo poderoso que une a los hombres y no se den casos de furia individualista, que tan hondamente resuenan en la colectividad: educación local, regional y, sobre todo, nacional y profundamente humanitaria, para evitar se repita esa catástrofe que es vergüenza y oprobio de la humanidad civilizada.

Acaso el título de un libro del insigne ex-rector de Salamanca, venga a ayudarnos en nuestras pesquisas para obtener una fórmula, que sea expresión fiel de nuestro pensamiento y síntesis de nuestras aspiraciones: *Amor y Pedagogía*. Amor, sí, porque hay una tendencia, quizás hereditaria, a la lucha, al odio, y sólo el amor une, solo él señala el camino del progreso, y únicamente el amor produce flores y frutos, así en lo material como en lo espiritual. Y Pedagogía, porque sólo con ésta lograremos el imperio de aquél.

Salud Luque, cancionista y bailarina

Para realizar en Córdoba esa labor renacentista de su glorioso pasado, hay que actuar de dos modos, en dos direcciones que siguen caminos distintos para llegar al mismo fin; una que tienda a producir un futuro de felicidad y prosperidad para la ciudad y que mira más al niño que al adulto, más a la ventura de las generaciones futuras que al bienestar de la presente; otra, que es de tan urgente necesidad como la primera, y que aspira a mejorar en lo posible las condiciones intelectuales de los que desdichadamente no se sentaron jamás en los bancos escolares, o lo hicieron tan corto espacio de tiempo, que su acción bienhechora ha sido harto escasa para ser apreciable.

Para estos últimos, hay medios de educación social cuya eficacia nadie negará: embellecimiento público, ateneos populares, museos, estátuas a sus hijos verdaderamente ilustres, bibliotecas circulantes, clases nocturnas, lecturas públicas, etc.

Para terminar, mejorar las masas hasta hacerlas conscientes, mejorar su vida material y espiritual, emancipar la clase media, que sufre y padece al unísono de la clase trabajadora, son aspectos tan tristes como interesantes del problema de nuestra ciudad, que es el de casi todas las de España. Y para el que manda siempre hay que tener en cuenta una frase que ha legado a la educación uno de sus clásicos: «El gobierno de los niños, como el de las multitudes, ha de ser obra de autoridad y de amor». Procuremos nosotros que sea el imperio del amor, más que el de la autoridad, el que rija a la sociedad futura.

Antonio Gil Muñiz.

LUX

Cual las flores el capullo
abren del aura al arrullo
y enriquecen su atavío
con las perlas del rocío
en las mañanas de Abril,

la mujer, como las flores,
abre el pecho a los amores
de su vida en la mañana,
gastando en la edad temprana
su tesoro juvenil.

En su alegre primavera
deja vagar placentera,
en alas del blando viento,
aromas de sentimiento,
de sentimiento de amor,

como en alas de la brisa,
mostrando al sol su sonrisa
y descubriendo su encanto,
al abril el verde manto
dá su perfume la flor.

Mas así como las flores,
sus perfumes y colores
dan sin tímidos desmayos
del sol a los puros rayos,
en su alegre juventud,

la mujer que amores siente,
sus amores dá al ambiente
y se alza entre los abrojos,
si a la lumbre de sus ojos
presta brillo la virtud.

Virtud que del pecho ahuyenta
de la pasión la tormenta
y sostiene en él la calma,
cual pararrayos del alma
y escudo de la razón;

virtud que es para la vida
la primavera florida
y un don que el piadoso cielo
concede como consuelo
al sencillo corazón...

Fernando de Montis.

Córdoba docente.—Profesores y alumnos del Colegio de la Asuncion

DE GAÑAN A DIPUTADO

II

—Y usted, ¿siguió de monago?

—Yo ascendí por mi heroísmo. Según parece, al abrir la iglesia —con lo cual evité que los cantonales derribasen la puerta—estuve hecho un guapo. Y como los guapos no abundan, las madres de Jesús, María y José, que habían sido exclaustradas, al volver al convento me hicieron su sacristán. Buena época fué aquella. Me daban de almorzar, y me trataban con un mimo... Yo me acuerdo de algunas monjitas, porque las vi a casi todas por un agujero que hice en el torno.

—¿Y estuvo usted muchos años sirviéndolas?

Uno, porque cumplí los doce y me enviaron al campo. Me encargué de guardar yeguas, y de día las llevaba a los lugares donde abundaba el pasto y de noche las conducía a los sitios de más abrigo.

—¿Solo?

—Con los yegüeros. Aquella vida me encantó. Por el verano pateaba la parva con mis yeguas, y luego, subido en el trillo, cantaba horas y horas, borracho del sol.

—¿Y comía usted bien?

—Con el hambre de los doce años, que encontraba buena hasta cabañería. La cabañería es lo que los amos dan para comer. Y los amos daban entonces dos libras y media de pan prieto, malísimo; una panilla de aceite por cada cuatro días, y sal y vinagre. Pero yo, con aquel pan de perro y aquel aceite amargo, comía como un chacal y hasta engordaba. Todos mis recuerdos de entonces son agradables. Cogía nidos, hablaba con los arroyos, con los árboles y con los pájaros, me respetaban y me querían mis yeguas y estaba entre los mastines como un amigo... ¿A qué más puede aspirar el chiquitín de un jornalero...? Sólo me molestaba una cosa: la lluvia. El sol, hasta en agosto, lo resistía bien. Pero la lluvia, en las mañanas de frío y de viento huracanado; la lluvia, que podía más que el fuego y que acobardaba a los animales; la lluvia, que convertía en ríos de cieno los caminos; la lluvia, que unas veces azotaba furiosa el rostro y que otras, con hipócrita lentitud, iba mojando las carnes, mataba mi alegría infantil. En las horrendas noches de diciembre y enero, sin mi padre, que me recogía en la choza y que aguantaba el temporal en el campo, ¿qué habría sido de mi...? Y mi padre, cuando más lo necesitaba, murió.

—¿Y qué hizo usted a la muerte de su padre, señor Moreno Mendoza?

—Padecer y trabajar. Durante algunos años, en Medina Sidonia, con los míos. Luego, solo, en cortijos, viñas y carreteras. En Roalabota, una finca de Jerez, me atribularon los primeros ataques de miedosa desanimación. ¿Me había yo de conformar con ser un bracero? ¿Iba a dejar mi juventud sobre los terruños, para llegar desamparado a la vejez y morir como una bestia...? Y recordé, avergonzado, aquella decisión que me hizo tirar la pluma de los palotes, y la recogí y me propuse utilizarla.

—¿En seguida?

—No, porque me despedí de Roalabota, y la índole de mi nuevo trabajo me robaba el tiempo en absoluto. Era peón en la carretera de Medina a Alcalá de los Gazules. El puente, vamos, el afirmado y los rellenos, los hice yo con doce camaradas. Hoy,

ese puente es uno de los de mi distrito. Pero cuando se terminó la carretera volví a ser gañán y reanudé mis estudios. Leía en todas partes: en el campo, en las cocinas y en las cuadras. Cachos de periódicos, almanaques, folletos, cuanto caía en mis manos. Y por las noches, después de la faena, mientras mis compañeros contaban cuentos o jugaban a las cartas — porque los señores no nos consentían leer diarios—, yo trazaba palotes, y curvas, y letras. Y así, mal y poco a poco, aprendía a escribir. Muy poco a poco, porque luchaba con unas dificultades tan grandes... Me hacía falta comprar bujías, tinta, papel y plumas, y no tenía un ochavo, porque el jornal íntegro se lo mandaba a mi madre. Para enviárselo entero precisamente, yo, en vez de tomar «pan largo», es decir, en vez de comer el que necesitara, tomaba «pan por cuenta», esto es, que me limitaba a recibir las tres libras de reglamento que dan los amos. Pero como lo que les importa a los amos es que no se pida ni una onza más de las tres libras, y como no se meten en que el trabajador las tire en vez de comérselas, yo no me las comía. No para tirar el pan, ¡claro!, sino para venderlo y adquirir de este modo tinta, bujías, plumas y papel. Y en muchas ocasiones, a fin de juntar pronto lo que necesitaba, me quedé sin cenar.

—¿Y duró mucho su aprendizaje?

—No duró poco. Hasta que dejé de ser gañán, y fuí gañán harta los veintidós años. La última temporada me explotaron de una manera terrible. Entré en el cortijillo de un pelandrín, hombre tacaño, avaricioso y astuto, que por tacañería, avaricia y astucia fomentó mis aficiones, prestándome libros. Pero me los prestaba después de trabajar yo todo el día, para que los leyese por la noche, y me obligaba a cuidar las yuntas, ahorrándose así un jornal. Yo no protesté, y, descansando a ratos, comiendo poco y trabajando como un autómata, leí libros y folletos de Fernando Garrido, Roque Barcia, Figueras, Pí y Margall y Castelar. Cuando terminé el último, a las doce de una noche de Enero, llamé al pelandrín, que se había acostado, y le pedí la cuenta. Se asombró mucho. «¿Pero es que te vas?» «Ahora.» «¿Por qué?» «Porque, como ya no tiene usted libros, no quiero que a mi costa, siga ahorrándose un jornal.» Cobré siete duros; le dí dos a mi madre, y con los otros cinco compré en Gibraltar una arroba de tabaco...

—¿Y se hizo usted contrabandista?

—Puesto que no quería ser gañán ni ladrón... Con el contrabando viví decentemente. Tenía una gran parroquia en la campiña de Jerez, y aunque los carabineros me quitaron la carga algunas veces, me defendí, y en tres años ahorré 2.500 pesetas.

J. López Pinillos.

CANTARES

Para escribir tu belleza
trocóse en tinta la mar;
se quedó seco el tintero
y no hubo para empezar.

—

Gitanilla de mi alma:
mándame un beso en el aire
y dile que venga pronto
porque me muero de hambre.

—

Dos palomas en tu pecho
nido de amores buscaron,
y al hallar tan dulce lecho
dormiditas se quedaron.

—

Te quiero con tanta gana,
te quiero tanto y tan fuerte,
que hasta el corazón, chiquilla,
me duele ya de quererte.

Carlos Valverde.

LA RENOVACIÓN

EL ALZAMIENTO DE ESPAÑA CONTRA LOS CACIQUES

Manifiesto de Canarias

Canarias es una de las provincias más postergadas de la nación. El caciquismo imperante de los viejos turnos la va destrozando y desangrando. Allí se envía, con raras excepciones, a los gobernadores menos aptos, a los funcionarios que deben sufrir castigo; allí se acopla a los cuneros que no tienen distrito en la Península; allí no ven los Gobiernos más que por los ojos de unos caciques que explotan y envilecen al país.

Con todo eso hay que acabar y a ello tiende el siguiente manifiesto publicado por los canarios residentes en Madrid:

La dolorosa situación de Canarías, agravada considerablemente en algunos aspectos de la vida colectiva del país, ha movido nuestra voluntad a un empeño, que tendrá toda la falta de preparación del momento, pero que responde a un legítimo anhelo del alma isleña, que no admite demora.

En estos instantes, ante el angustioso panorama que ofrece el país canario, traído a un estado lamentabilísimo por el olvido de muchos, la dejación de los más y la equivocada actuación de los menos, no se ve otra esperanza que una amplia, clara y terminante rectificación, seguida de la intervención en la vida pública de cuantos elementos nuevos y valiosos pueden, deben y quieren aportar el concurse inestimable de su inteligencia y de su esfuerzo personal.

Canarias, la provincia más olvidada y desconocida de España, no puede ver con indiferencia el sano movimiento renovador que surge en toda la Península, como condenación briosa de viejos y retardatarios procedimientos políticos, a los que precisa oponer una radical transformación, y de un modo decidido se propone colaborar en esa obra regeneradora con la constitución de una agrupación canaria, que no tenga otro programa que aquel que comprenda e integre este lema: «Defensa y engrandecimiento de Canarias en todos los órdenes de la vida.»

En el orden político queremos para el archipiélago el imperio de la soberanía popular, libre de presiones y extrañas influencias y previamente preparada por una intensa labor ciudadana, que la agrupación realizará en la forma y ocasión que estime pertinente. En este terreno se condenará por funesto el viejo procedimiento político de las imposiciones que emanan del encasillado ministerial, acabando con el cunerismo, que es legado de los fracasados partidos políticos, y se trabajará porque todas las islas, compenetradas en este ideal, actúen en sus derechos políticos y sociales.

En el orden económico, la agrupación propagará, difundirá y fomentará las fuentes de riqueza económica de la región, trabajando por obtener aquellas mejoras que reclama y exige su capacidad productora.

Todo cuanto tienda a divulgar el conocimiento de la provincia, su historia, clima, puertos y poblaciones importantes, constituirá alto menester de la Agrupación Canaria, que, como base indispensable de toda esta labor que queda ligeramente esbozada, contará en Madrid con un centro, en el que tendrán cabida todos los canarios que deseen colaborar en esta obra patriótica, que ha logrado aunar las voluntades de hombres distanciados en ideas políticas, sociales y religiosas.

Para tratar de asunto de tanta trascendencia, se cita a todos los canarios residentes en Madrid para que concurran a la reunión que se celebrará el sábado. 1.º de Diciembre, a las siete de la tarde, en el círculo de estudios del Centro de Hijos de Madrid (plaza de la Villa, núm. 3).

Madrid 28 de Novidmbre de de 1917.—Leoncio Oramas Díaz Llanos, Juan Ramírez de la Torre, Benigno Mascareño, Matías Quesada, Juan Reyes Bartled, José García y García, Antonio Saavedra, José Lozano Pérez y Virgilio Santos. (Siguen los firmas).

El culto profesor de instrucción pública y activo concejal republicano regionalista don Eloy Vaquero Cantillo, uno de los principales paladines del movimiento anticaciquista de Córdoba Fotografía de A. Torres.

—

La protesta de Toledo

La noble cruzada renovadora que agita la conciencia ciudadana de España y en la que Córdoba tuvo el acierto de ser la primera en levantar su voz con la publicación de un manifiesto memorable, se expresa ya en organizaciones orientadas en el sentido de una radical transformación en nuestra vida política,

La provindia de Toledo, respondiendo al afán purificador que todas sienten, concentra sus fuerzas más prestigiosas, y, en defensa de su integridad y de sus intereses regionales, hace un llamamiento a sus hombres ilustres residentes fuera de ella, para que acudan en su defensa y representen legítimamente sus aspiraciones.

Este anhelo lo expresan en nombre de Toledo, que a su vez representa a los pueblos todos de la provincia, las personaiidades que firman el siguiente documento dirigido por aquellos a los toledanos residentes en Madrid.

Una experiencia de muchos años y muchas cosas ha venido a demostrar a la provincia de Toledo, en inevitable comparación con otras, el fracaso de la actuación política de casi la totalidad de las personas, muy respetables como tales, que vinieron representándonos como diputados y senadores. Esta ineficacia, que es esterilidad en la gestión de unos y falta de celo en otros, acarrea una conclusión a que ya no es posible sustraerse sin renunciar al cumplimiento de santos deberes de ciudadanía: la necesidad de variar de formas y de procedimientos, cambiando casi en totalidad de personas.

No aspiramos, naturalmente, a sustituír a las que hayan de rechazarse con otras cuyos nombres ya conozcamos. No. Nuestro

propósito, alejado de personalismos, separado de tendencia política determinada, es evitar que el Poder central caprichosa y abusivamente designe quienes hayan de ser nuestros candidatos, o que, lo que aún es peor, quienes disponen de medios pecuniarios, aireando con soltura su dinero, realicen inclinaciones de conciencia. Nuestro ideal es que los pueblos, sin coacción de ningún género, señalen sus candidatos entre quienes, enterados de sus necesidades, se hallen capacitados para gestionarlas y obtenerlas.

Para tal fin requerimos a los toledanos residentes en Madrid. Entre quienes han nacido en la provincia de Toledo y no se alejaron totalmente de ella, hay sabios catedráticos, médicos famosos, abogados ilustres, periodistas notables; gente, en fin, que en la manifestación del saber por que orientó su actividad logró pepularidad y prestigio. A ellos llamamos a nuestro lado para que nos secunden en esta acción; les requerimos sin reparar en sus ideas, que respetamos sean cuales fueren, porque no es un acto político lo que intentamos llevar a cabo, sino una alta acción ciudadana; les pedimos que nos secunden, sin ofrecerles otra cosa que la satisfacción que han de experimentar viendo cómo la tierra en que nacieron da ejemplo de resurgimiento nacional.

Toledo, 25 de Noviembre de 1917,—Filiberto de Lozoya, alcalde dimisionario y abogado.—Arturo Relanzón, abogado y presidente de la Cámara Agrícola.—Manuel Rayón, diputado provincial, abogado y farmacéutico.—Francisco Talavera, comerciante.—Manuel Castaño, coronel de infantería, retirado.—Epifanio de la Azuela, presidente de la Cámaaa de Comercio.—Justo Martín Gamero, presidente de la junta tradicionalista.—Ezequiel Martín y Martín, arquitecto, — Teodoro de San Román, catedrático y académico.—Victoriano Medina, presidente del Colegio de Veterinarios y director de «La Veterinaria Toledana».—Anastasio Vargas, catedrático del Instituto.—Eugenio Ortiz, propietario.—José de Gastro, banquero.—Emilio de Echevarría, presidente del Colegio oficial de Faemacéuticos.—Eduardo Muñoz, abogado y exalcalde de Toledo.—José María Gómez Suárez, teniente coronel retirado de la Guardia civil.—Eduardo Carmena y Valdés, magistrado de Territorial, jubilado.—Eugenio Esquivel y Minaya, farmacéutico y propietario.-Juan García Criado, abogado y académico de la Real Academia de la Historia.—-Antonio de Echevarría, médico.

(Siguen las firmas en número que no es posible reproducir totalmente.)

—

La Junta de carteros y peatones.

En defensa de aspiraciones justísimas se unen los carteros. Meses atrás lo intentaron, y el Poder público, viéndolos desvalidos, castigó con saña el intento, sin que le haya movido a levantar los castigos el triunfo total de todas las demás Juntas de Defensa. A tal orden de cosas responde el siguiente documento:

A los carteros y peatones.—El movimiento renovador, de ardiente protesta, que surgió el pasado verano contra la inmoralidad de los que, más audaces que otros, más protegidos que otros, pero no majores que los otros, pudieron escalar los despachos de las carterías urbanas, desde donde se legisla, se castiga y se premia a capricho, vuelve hoy a renacer cual otro Guadiana, sereno, pero avasallador; manso, pero amenazando arrastrar en la riada todos los absurdos, injusticias y favoritismos de que están plagadas todas las corporaciones que se rigen a la usanza de los tiempos anteriores al 1 de Junio de 1917.

Que existen anhelos de renovación en todo el país en todos los órdenes sociales que lo integran, es indudable. Indudable es asimismo esta afirmación en lo que respecta a los carteros urbanos. Tenemos un Reglamento orgánico que alguien ha calificado de anacrónico, y particularmente los carteros madrileños un sistema de inspección ominoso a todas luces.

Tenemos, entre otras mil injusticias, seis compañero suspensos de empleo y sueldos desde hace cuatro meses, y otros cinco injustificadamente trasladados—según el famoso documento de los militares referente a los traslados del Cuerpo de Correos—, por el enorme delito de exteriorizar sus entusiasmos por la Junta de Defensa del cartero. Así, pues, creemos que es un deber de solidaridad nuestra unión con el Cuerpo de Correos.

Creemos que se impone nuestra unión, no ya para obtener beneficios materiales solamente, si que también para reivindicar a nuestro compañeros de la primera Junta de Defensa, contra los cuales se acumularon insidias y calumnias que les sumieron en el ridículo.

Debemos unirnos con el fin de desterrar para siempre de nuestra Corporación las palabras nepotismo, injusticia y recomendación.

A estas palabras debemos oponer nosotros estas otras: moralidad, justicia y progreso. Con este lema llevamos seguro el triunfo. Hoy no tememos al fracaso. Tenemos una base sólida y una colaboración y protección honrosísima en el Cuerpo de Correos.

Vamos a la unión del brazo de nuestro hermano mayor. Vamos juntos el muchacho estudioso que se instruye en la escuela elemental y el chico recién salido del Instituto. Vamos a poner en nuestra obra, unos, su intelecto, y otros, su corazón. Vamos, pues, a luchar todos juntos con el mismo objeto: la consecución de las legítimas aspiraciones de cada clase, sin traspasar un mi-

límetro la línea divisioria de cada una de éstas.

Nada de estridencias ni insubordinaciones. No vamos contra los jefes. Vamos a luchar por nuestro bienestar material y moral, por el de nuestros hijos y por el engrandecimiento y dignidad del Correo de nuestra patria.

Y como trabajaremos noble y honradamente, estamos seguros de que ninguno de nuestros enemigos se atreverá a presentarnos batalla mientras campeen en nuestro escudo las tres palabras sacrosantas: moralidad, justicia y progreso.

Las adhesiones se deberán dirigir a D. José García Alvarez, tesorero de la Junta de la Unión de Correos, Embajadores, 53, segundo, Madrid.»

—

El profesorado y los alumnos.

Del documento publicado por la Junta Universitaria de Madrid:

«Apoyando sus determinaciones estaríamos todos si les viéramos congregados para suprimir el vergonzoso tráfico de los libros y apuntes de texto... o para procurar locales decentes y material pedagógico adecuado; o si les viéramos unidos en esas reuniones que celebran las colectividades sn defensa de su prestigio para juzgar el proceder del compañero que se contenta con explicar ¡cuatro! lecciones en el curso...; o del otro, anciano y decrépito, que, amparado en baluartes poderosos, se resiste a su jubilación, a pesar de que los años le han privado de los sentidos y de las principales facultades...; o del otro que hace chistes grotestos en clase...; o de alguno que cotiza el aprobado; o de los otros, y no citamos nombres por no ser demasiado crueles, que por exceso de bondad o de comodidad dan a elegir a los alumnos, con ocho meses de anticipación, la lección que han de decir el día del examen.., o del otro que, ocupando cargos políticos, deja la cátedra en completa orfandad en manos de auxiliares honorables, sin sueldo ni ciencia.»

Altar mayor de la tradicional ermita del Cristo de las Animas, que ha sido esmeradamente restaurada por el notable artista don Victoriano Chicote
Fotografía de A. Torres.

Se abonará cinco pesetas por cada prueba fotográfica que se remita a esta Administración.

El regionalismo en el Teatro

—

TAL Y COMO SOMOS

A Blas Infante

Paisano y amigo: Ahora que todos hemos hecho propósitos de enmienda ciudadana, dolidos íntimamente ante el recuerdo de nuestro pasado desvío, y al concertarnos para emprender una muy loable campaña regionalista, punto de partida de un resurgimiento industrial, ampliamente económico y político de aquella tierra donde ceceamos las primeras palabras, hemos cuidado especialmente en mostrarnos tal y como nos fué conociendo el mundo a través de canciones y grabados, y bueno será que agreguemos a nuestro programa ejecutivo una condición a cumplir por encima de todas las demás condiciones: la absoluta prohibición de escribir comedias andaluzas.

Importa mucho este extremo, amigo Infante. Importa porque, a excepcion de aquellos que supieron llevarnos a la escena en nuestra propia salsa—no he de decir sus nombres, porque tú, como yo, los hemos tenido en cuenta al hacer recuento de los factores útiles que podríamos emplear en nuestra hermosa campaña;—a excepción de ellos, repito, todo lo demás que a este respecto se escribe es una rémora para nuestro afán de que se nos conozca y se nos respete.

¡Si viera usted, querido Blas! ¿Recuerda de María Esperanza, aquella mocita del Pumarejo, que

tenía que estar en misa sin parpadear porque apagaba las velas? ¿Y de Conchita la de la Feria? ¿Y de Consolación, la hija de la panadera del Baratillo?

Todas han desfilado por los escenarios madrileños, y seguramente habrán recorrido toda España, lastimosamente desfiguradas, sin luz en sus ojos de luz, sin color en sus caritas de flores, sin gracia en sus decires de donaires y de ironías ¡Si viera usted qué pena de muchachas!

¡Ellas sin color, cuando lo tenían tan intenso en las mejillas, que siempre que prendían rosas en el peinado parecía que se les «había subido» la cara al pelo...!

¿Y ellos, amigo Infante, y ellos? Le digo a usted que hay que incorporar a nuestro programa la condición especial de referencia.

Queremos mostrarnos tal y como somos. Queremos que se nos mire, como a lo que somos en sí.

Y estas dichosas comedias andaluzas le quitarán seguramente a la gente hasta la gana de ver con simpatía nuestro movimiento de regionalismo.

Antonio Morillas

La notable actriz Concepción Llorente y el aplaudido actor Luis Blanca que actúan en el Teatro-Circo del Gran Capitán

EL CACIQUISMO

Es la epidemia más dañina que ha conocido la humanidad.—*Pi y Margall*.

Es una fiera que hay que exterminar.—*Joaquín Costa*.

Hay que matarle a palos.—*Salmerón*.

Hay que concluir con él por cruel. —*Azcárate*.

Es una lepra que como losa de plomo cae sobre los pueblos, los aplasta y los aniquila.—*Pablo Iglesias*.

Es la gusanera que nos corroe.—*Maura*.

Movimiento regionalista

Los regionalistas andaluces se encuentran ya con la fuerza suficiente para realizar un acto de afirmación de la personalidad andaluza, en el cual se procuren también los medios de alzarla de su actual estado de postración, para que dicha personalidad se aúne entre las demás regiones españolas con bríos suficientes a conseguir que sea reconocida en el orden político.

La institución organizadora es el Centro Andaluz, que tiene por lema «Andalucía para sí, para España y para la Humanidad», primera organización del regionalismo andaluz, la cual cuenta con diferentes secciones en Sevilla, Córdoba, etc. etc.

Hay mucho entusiasmo entre los regionalistas de Andalucía, e indudablemente la Asamblea de Ronda será un acto de gran transcendencia regional.

Todos los andaluces que lo deseen deben remitir su adhesión a la institucion organizadora, O'Donnell 7, 2.°, Sevilla, indicando si asistirán o no a la Asamblea.

Se gestionará la rebaja de ferrocarrilen.

Los días en que la Asamblea celebre sus sesiones aún no están fijados, pero serán los últimos de Diciembre o los primeros del próximo Enero.

ALMA ANDALUZA

—:—

A guisa de prólogo

Con fe y ardor vamos a acometer una empresa tan importante como difícil; para ello, comenzamos haciendo una apelación a las preciadas condiciones que se llaman entusiasmo, constancia, amor, buen deseo.

Los ojos del espíritu admiran el tema—«Estudio del alma andaluza»—cual a la inmensidad misma; visto el asunto que tratamos de desarrollar a través del prisma que nos ofrece una inteligencia mediana, como es la nuestra, se nos antoja juzgarle tarea ardua y atrevida. Aún no ha sido posible hacer una obra completa de Psicología de los pueblos y, no obstante, nuestra osadía nos lleva a escribir el susodicho «Estudio»; jamás hubimos de vernos en tal aprieto, pero ya hemos comenzado y fuerza es seguir adelante.

Recordamos a este propósito la bella anécdota que refiere cómo queriendo una madre dar idea exacta de lo que es el alma, a su hija, niña de siete primaveras, se esforzaba al principio en vano por conseguir sus propósitos. La niñita, sonriente, clavaba la vista en el rostro de su madre cual si intentara adivinar lo que no podía comprender, pero, al fin, la madre, con frases cariñosas y sencillas, díjole ser el alma el lugar donde se conservan los más nobles afectos; la niña entonces, en un trasporte de júbilo inenarrable, abrazó a su madre exclamando: «Ya comprendo, mamá; el alma es aquello con lo cual yo te amo».

Así decimos nosotros, que «alma andaluza» es aquello que sentimos vibrar oculto en lo más recóndito de nuestro ser, y que tratamos de explicar.

Andalucía es la tierra del sol, de la belleza y del ensueño; por tanto, el alma andaluza es toda luz, perfección e idealismo; cuantos moran en tan bendita tierra tienen idénticos afectos, costumbres, usos y caracteres, lo que hace que el alma andaluza sea magnífica y una, ora discurra entre los cármenes de Granada, ora palpite bajo el cielo de Sevilla, ora escuche el arrullo de las aguas del Guadalquivir bajo las amplias naves de la Mezquita de Córdoba.

La mitología griega halla la representación del alma en la bella Psiquis, a la que pinta como una hermosa mujer, tocada con las nupciales galas, llevando sobre su seno una mariposa.

Nosotros diremos que el alma andaluza se nos muestra bajo la apariencia de morena y soñadora mujer que, luciendo la clásica mantilla blanca, lleva prendido sobre el pecho un rojo clavel.

El notable artista don Victoriano Chicote, que ha restaurado con especial acierto la ermita del Cristo de las Animas.—Fotografía de A. Torres.

Importancia que en todas épocas ha revestido el estudio de Andalucía.

En su «Historia crítica de España y de la cultura española», dice don Juan Francisco Masdeu: «Las primeras historias que han escrito los europeos son tal vez las de los andaluces, de los cuales habla Estrabón».

¿A quién sino a su incomparable alma debe Andalucía esta preferencia? El aspecto de sus comarcas, el carácter de sus habitantes, el color de su cielo y otras mil bellezas que atesora, bastan para hacer de ella la más hermosa y singular región del orbe.

Las naciones europeas, entre admiradas y envidiosas, elogian los panoramas que ofrece el suelo andaluz y los hechos inspirados por su alma genial.

La inmensa mayoría de los extranjeros no conoce otra cosa que la caricatura de Andalucía; aunque, a veces, de tamaño dislate, culpa tienen los españoles mismos. Todos recordamos que hace algún tiempo tratóse de llevar a otros países unas películas fiel reflejo de lo que es el «alma andaluza». (?)

La demoledora fuerza de los años, que no trascurren en vano, ha hecho que entre el pasado y el presente medie un abismo donde sepultáronse maneras de ser y costumbres que las leyendas nos muestran hoy día deformadas hasta la exageración.

Busquemos en Madrid las figuras de chisperos y manolas de Maravillas y Lavapiés, y se nos dirá que, de aquellas siluetas antañonas, no queda sino el inmortal recuerdo de la tradición y los lienzos de Goya, en cuanto al realismo, y, en lo que se refiere a la ficción, la ridícula apostura de algún que otro organillero presumido.

Por las calles andaluzas no vemos a diario marchar a un majo y a una manola cogidos del brazo. Además, el alma andaluza no vibra a impulsos del consabido afán de juerga, donde abunda el vino y los sones de castañuelas y panderetas.

La veracidad de tal apreciación la hallamos clara, precisa y concluyente en nuestra Córdoba bien amada. Así dice el cronista don J. Olivares de la Peña: «es una ciudad andaluza muy rara; no ríe ni canta; Córdoba duerme, o mejor, sestea...»

¿Quién no ha experimentado fruición en un largo paseo por las calles cordobesas? Sus casas son pequeñas y blancas como palomas; todas ellas tienen un patio, y en él un verdadero pensil siempre galano y florido. Las calles son cortas, angostas, y, por regla general, las ventanas y balcones, orlados de flores,

aparacen cerrados, las puertas entornadas.

. Nadie, al pasar ante ellas, habrá oído el chocar de cañas con manzanilla, ni el rasguear de guitarras y bandurrias; más posible fuera advertir, a través de los cristales de la ventana de visillos descorridos, la presencia de alguna andaluza bella leyendo las poesías de Bécquer, de Grilo o de Redel.

Luego el alma andaluza en Córdoba, es lo contrario de lo que muchos suponen; nada de bullicio loco, algazara ni juerga sempiterna, sino gravedad relativa, risa a tiempo, y ensueños, muchos ensueños del color de su cielo, porque no en balde tuvo asiento en ella el pueblo árabe soñador y romántico.

Por algo el estudio del alma andaluza ha sido y será siempre un factor importantísimo para la Historia...

El alma andaluza y la religión.

El pueblo andaluz ha sido, es y será católico ferviente. No juzgamos oportuno hacer una sucinta relación de la titánica lucha que emprendió con los enemigos de la Religión. Si basta con una sola prueba, hablen los hechos del inmortal Gonzalo Fernández de Córdoba.

Cuantos nobles ideales lleva consigo la Religión, se condensan en el alma andaluza; los andaluces son caritativos y bondadosos en grado superlativo; aman al prójimo desvalido y le prestan eficaz y desinteresada ayuda. No parece sino que el Supremo Hacedor colocó en sus corazones las más delicadas fibras que vibran por el sentimentalismo.

En todas las solemnidades, los templos andaluces se ven llenos de fieles que acuden, los unos, a pedir consuelo para sus cuitas, los otros, a dar gracias por favores recibidos. Y es de admirar el altar de Jesús del Gran Poder en Sevilla o el de la Virgen de los Dolores en Córdoba.

Nosotros, que nos hemos encontrado muchas veces en tan sagrados lugares, hubimos de hallar repetidas ocasiones en las que el beleño incomparable de la fe cristiana, inundó de inefable dulzura nuestros corazones, de paz nuestras conciencias.

Cierto día, presenciamos una edificante escena durante la visita que hicimos a la iglesia de la Virgen de los Dolores, en Córdoba.

Cogidos del brazo, con andar tardo y penoso, caminaban una anciana y un soldado, hijo suyo; no sabemos cuál de los dos estaría más necesitado de ayuda: si el joven o su madre. El peso de los años agobiaba a la pobre mujer; una larga enfermedad, contraída en la campaña de Africa, minaba lentamente la existencia del soldado. Penetraron en el templo y se arrodillaron ante el altar de la Virgen; así cumplían la promesa hecha por la anciana.

—Reza, hijo mío. ¡Verás que pronto te pones bueno!

Y el soldado español, que jamás temblara ante el enemigo, lloró como un niño al ver llorar a su madre.

Al salir del templo, diríase que caminaban ambos con más agilidad, pues aunque el estado de sus cuerpos era el mismo, acababan de entrar en posesión de la bendita paz del alma.

En Semana Santa, el alma ciudadana en Córdoba se postra reverente a las plantas de la Virgen de los Dolores, cuando hombres y mujeres, con el amor más profundo, se la ofrendan envuelta en la mágia divina de una saeta.

El alma de Andalucía no sería lo que hoy es, el día en que perdiese esa acrisolada fé religiosa que la salva y redime. **Antonio Moya.**

PASIONARIA

Alma mía,
triste rosa de pasión:
¡por qué buscas alegría
si vives en una umbría
de los dolores mansión!
Soñadora
has pretendido reír...
amadora,
sufre y llora,
que es tu destino sufrir.
Ni la brisa
que vaga en tu rededor
te da el beso de tu risa,
ni un rayo de sol te irisa:
¡todos huyen del dolor!
Alma sola
que sueñas con un pensil,
que anhelas ser amapola
y que en tu humilde corola
duerman las auras de Abril.
Manos finas
te arrancarán del rosal;
y tus hojas purpurinas,
las espinas del zarzal.
Pasionaria,
emblema del padecer,
dulce como una plegaria,
noble, humilde, visionaria,
nunca hallarás el placer.
Alma mía,
triste rosa de pasión,
no sueñes con alegría,
¡que vives en negra umbría
de los dolores mansión!

Antonio Arévalo.

Córdoba

Figuras femeninas de Córdoba,
:-: :-: por Alfonso del Rosal

IMPRENTA CÓRDOBA MODERNA

15 Cénts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 15 de Diciembre de 1917 | NÚM. 69

MOMENTOS DE CÓRDOBA

CAMPOS DE ORIENTE

Hacia Oriente, por donde el Sol nace, Córdoba tiene un gesto bíblico y patriarcal. Toda ella se ofrece, diáfana y clara, a la potente luminosidad del Sol que nace, y de las nupcias, rientes y translúcidas, que la ciudad forja «como el rayo del Sol por el cristal, surge un maridage esplendente, total y vivo.

Córdoba entera se tiende hacia Oriente, abierta y confiada. En sus calles orientales, rectas, anchas, muy largas, de cara a la luminosidad que surge, no hay una sombra, ni una desconfianza, ni el más leve retraimiento. Córdoba abre al Sol sus calles como los sépalos del girasol.

Lejos de la tortuosidad ruin y desconfiada de otros barrios, la Córdoba oriental es franca, es sencilla, es ingenua.

En sus calles—calles como la antigua del Sol, vivero de nobleza, calles Anchas, calles Mayores, vivero de pueblo y de ciudadanía,—esplende, como en otras ninguna, el carácter claro, franco y liberal de Córdoba. Y en ellas se define, por antonomasia, el espíritu estoico y sencillo de los cordobeses. Todavía, más que por sus barrios orientales, el espíritu de Córdoba habla por sus campos de Oriente. Y es que, en ellos, al claro espíritu de Córdoba, se une la tradición gloriosa de la ciudad, y juntos forjan el Oriente moderno de Córdoba, poco vivido y casi todo ensoñado, irreal, olvidado, mudo.

En sus Campos de Oriente es donde se afianza el gesto bíblico de Córdoba. La ingenuidad y sencillez de los barrios orientales, por sus calles abiertas y espaciosas, está en franca comunión con el Campo, y al expandirse en la vega, se trueca en una patriarcalidad ancestral y gloriosa.

Llenos de huertas, menudas, húmedas, frondosas, en las que se agazapan las verduras tras los esponjosos caballones, y en las ramas de los árboles, se estremece, abierta al aire, la roja matriz de las granadas, Córdoba evoca las húmedos huertos de Samaria. Más arriba, alejados del río, que por el Oriente es la grave preocupación de Córdoba,—en tanto que al Occidente es una interrogación esplendorosa y optimista—se escalonan collados y colinas cubiertas de olivos, como en Jerusalém y Nabulus, y ya, más luego, adentrándose en la Sierra, no lejos de la amplia vegada que en cálido abrazo ésta cobija, se abre el pórtico del misticismo.

En sus campos de Oriente, por los viejos caminos polvorosos, corroídos, como un ataúd, por el caminar de los viandantes, y en cuyos ribazos florecen los ágaves en extraños candelabros funerarios, y la chumbera ofrece la muelle carnosidad de sus pencas fofas que recuerdan las opulencias adiposas de los harenes musulmanes, siempre parecen oírle cansinas salmodias judaicas, y, al paso, topar con los viejos levitas de mirar tímido y huido, o las frescas samaritanas, cuyos pies ágiles y desnudos florecen la tierra polvorienta y seca.

Por los viejos caminos polvorientos que serpean, por los campos de Oriente, entre la húmeda frondosidad de los huertos en primavera eterna, siempre se descubren lejanos vestigios de otros hombres y otras generacio-

nes. Viejos paredones derruídos, alquerías roñosas, de cuyos muros blanqueados pende la sonrisa pueril de los geranios y a los que la parra tiende sus brazos prometedores e incitantes, pozos abandonados y secos cuyo cigüeñal vacante y enhiesto es como un brazo anquilosado y esquelético, norias rechinantes y evocadoras, lacrimosas y ricas, arrastradas por una tarda y perezosa vaca, o movidas por una vieja yegua blanca que bebió los vientos por los caminos de la vega, y hoy consume sus nostalgias, cegados los ojos, falta de luz y sol, tremantes los hollares con la fresca incitación olorosa de los tablares de alfalfa recién segados.

Todo ello es como el recuerdo palpitante y vivo de otros siglos y otros hombres. A nosotros viene la evocación gloriosa y bíblica, tan lejana, pero tan precisa, como el chorrear de los cangilones de la noria, como el blando galgachal del agua en el pozo en las noches silentes y estrelladas.

Rafael Omeya.

Del federalismo al regionalismo

CATALUÑA Y ANDALUCÍA

Ha hablado en Córdoba el hombre que—según la afirmación exacta de Federico Castejón — patrióticamente alzó su voz sobre la algarabía del coro de burladores para decir al Rey que estaba desnudo, que no existía la maravillosa tela de opinión con que se creía cubierto.

Y ha expresado la verdad con tal acierto, que todos le han entendido, hasta el punto de que los entusiásticos aplausos con que su discurso memorable fuera refrendado por el numerosísimo público que asistiera al Teatro-Circo, al día siguiente produjera una considerable masa de adictos a las ideas proclamadas por el señor Cambó.

En la prestigiosa representación del paladín del regionalismo, Cataluña ha hablado a Andalucía y se ha hecho entender como si un mismo espíritu animase a ambas regiones, siendo ellas por todos conceptos tan distintas, siendo tan desemejantes los orígenes y la forma de los problemas en ambas planteados, y teniendo en cuenta que el señor Cambó expresaba precisamente el sistema que, merced a una concepción superior de la organización de España, ha de permitir el libre desenvolvimiento de todos y cada uno de los pueblos que concurren a la formación de la patria.

Sobre ello, el señor Cambó ha acertado plenamente en la elección de las ideas que formaron su discurso y en la exposición.

Gustaban todos de su palabra y la recibían con sincero reconocimiento, porque a la conciencia general llegaba el hecho de que el ilustre luchador se dirigía a la verdadera Andalucía, sin lirismos, sin halagos, severo en la forma, prudente en la intención, elevado en el pensamiento.

Sin retóricas apelaciones al sol radiante de Andalucía ni al suelo feraz y florido; sin cantar a las mujeres de la tierra ni enaltecer una vez más el vino de oro de Montilla y los Moriles; sin haber señalado ni uno siquiera de los colores de la brillante paleta que ha venido cubriendo la espantosa miseria de la región y que otros oradores combinaban con líricas exaltaciones que ni a los mismos andaluces convencían, el señor Cambó ha señalado el mal de España y el remedio que en Andalucía puede aplicarse. El remedio de Andalucía está en ella misma, como en la misma Cataluña estuvo el suyo. El remedio está en la actuación decidida, en la sublevación contra los procedimientos que la causan. No puede haber otra forma de salvación.

Más aún: el señor Cambó tenía muy lejos de sí la caja de los truenos oratorios, y no tuvo ciertamente necesidad de ninguna clase para lanzar estridencias que hubieran partido y dispersado la profunda atención con que el auditorio seguía su palabra segura y firme, reveladora de las verdades que iban emergiendo del ánimo del público.

Entre el orador y su auditorio, palabra a palabra afirmábase el acuerdo. Al cabo de los años, la imaginación esplendorosa de Andalucía sentíase serenamente iluminada por la predicación de otro catalán ilustre. Fué antaño Pí y Margall, con su indestructible concepción del federalismo; era ahora Cambó, con su regionalismo salvador y patriótico. Cataluña seguía influyendo en el pensamiento de Andalucía, renovando la lucha de catalanes y andaluces contra oligarcas y caciques, y ambas volvían a marchar en jornadas aceleradas sobre el Madrid centralista.

Los rescoldos de aquel grupo federalista que en un tiempo llenara Andalucía entera, ya habían sido avivados en varias capitales, como Sevilla, Córdoba y Jaén.

En Córdoba, a la determinación del nuevo movimiento, a la constitución del regionalismo, concurrieron diversos elementos federalistas, y el partido republicano local, que primeramente estuviera influído por los antiguos federales y luego adoptase la denominación de autónomo, adquirió una terminante significación regionalista, hasta el punto de que, antes que en las urnas electorales fuese rotundamente ratificada esta actuación, el señor Vaquero Cantillo actuaba en el Ayuntamiento con representación republicana regionalista y el señor Salinas Diéguez, como republicano regionalista también, presentó en la Diputación provincial la moción para la constitución de la Mancomunidad Andaluza.

En tal estado, el acuerdo y la coalición regionalista republicana se produgeron naturalmente y los electores lo ratificaron concediendo el triunfo a los candidatos de una y otra fuerza reunidas leal y decididamente. El regionalismo que había surgido en Córdoba estaba infundido por un entusiástico espíritu de protesta, de reivindicación y atendía principalmente a la situación angustiosa del pueblo, del obrero del campo en particular, perdido como una cosa despreciable en los vastos latifundios que convierten la región en un desierto de esclavitud y pobreza.

Este fué el regionalismo que selló la coalición y esta, como un solo sujeto electoral, obtuvo un triunfo que a propios y extraños ha sorprendido.

Había, pues, auditorio preparado y dispuesto para oir al señor Cambó: regionalistas que habían sabido triunfar y espectadores que querían acabarse de enterar de las diversas circunstancias de la nueva fuerza española que en Córdoba había vencido.

El memorable discurso ha satisfecho plenamente a unos y a otros, y avisará la fuerza de aquellos con el conocimiento que de esta han adquirido quienes figuraban como espectadores del nuevo y firme movimiento.

De todo ello resulta, y esta era la patriótica finalidad de la visita del señor Cambó a Córdoba, con creces alcanzada, que el principio regionalista ha extendido su esfera de acción, disponiéndose a nuevas luchas y victorias.

Igualmente, por tanto, en este nuevo encuentro y comprensión de Cataluña y Andalucía, pueden estar en justicia satisfechos Cambó y Córdoba. Ambos—Córdoba y Cambó—ven que prosigue su marcha el generoso y salvador anhelo de una España mayor cuya prosperidad descanse sobre la libertad de todos y cada uno de los pueblos que la forman.

NOUBAS

Cantos célebres en la época del Califato

En los tiempos de mayor esplendor del califato cordobés, era extraordinaria la afición a la música, como en todos los pueblos de origen asiático. Los califas y magnates dispensaban particulares distinciones a los músicos, colmando de honores y riquezas a los cantantes e instrumentistas que, debido a sus dotes excepcionales, más se señalaban en el cultivo del arte.

En todas partes escuchábase con deleite entonar a los moghannis (cantantes) y mothris (instrumentistas) las más famosas producciones del genio musical árabe, y entre otras las clásicas noubas, notables por su típico carácter e inseparable lujo de ornamentación.

Cada uno de los catorce cantos denominados noubas se componía de cinco partes, llamadas mosadder, betaihh, derdj, insiras y kelas.

Después de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, conserváronse varios de estos célebres cantos entre los artistas que figuraban en la corte de Boaddil, los cuales, al buscar refugio en el Africa septentrional, transportaron consigo las viejas tradiciones de sus orientales melodías.

Más tarde, estas se perpetuaron en la memoria de los músicos de Argelia y Marruecos, habiendo llegado hasta nuestros días—aunque alteradas—siete noubas nombradas hosein, ghorib, medjenneba, sika, zeidan, rami y maia, que ha publicado Chrislianowitsch en su «Apunte histórico de la música árabe».

La falta de espacio nos veda analizar detalladamente los mencionados cantos que tan en boga estuvieron en nuestra región durante la dominación mahometana.

Como insignificante muestra y para que el lector pueda vagamente apreciar el carácter de esta clase de melodías de marcadísimo sabor asiático, le ofrecemos un fragmento (mosadder) inspirado en la Nouba Zeidan de la colección antes citada.

En cuanto a la harmonización, hemos procurado no contrariar la impresión modal engendrada por la melodía.

Nada más interesante y curioso que investigar en la música árabe su sistema tonal, la extraordinaria variedad de sus modos, la división de sus escalas de sonidos y su extraño ritmo.

En la aplicación de la polifonía a las escalas orientales, ha de encontrar el compositor europeo inagotables recursos, nuevos y brillantísimos colores con que enriquecer la policromía del arte musical.

C. Martínez Rücker

El Comercio

Desde los tiempos más antiguos se ha conocido por todos los hombres el influjo que el comercio tiene sobre la prosperidad de las naciones. El es una parte de la economía civil; enseña el modo de engrandecer el Estado, empleando en utilidad suya las riquezas que adquiere; descubre los obstáculos que se oponen al bienestar de los pueblos, y deslinda sus intereses políticos y mercantiles.

Por eso el comercio no puede florecer sin libertad; por eso el comercio exige, con justísimo derecho, que en él fijen su atención de una ma-

nera especialísima, aquellos que la suerte condujo a las doradas sillas de nuestros ministerios. Estos son los que deben, en bien de la nación, hacerlo próspero, facilitando la acción de sus agentes principales, como son la construcción de canales y caminos cómodos, la navegación de los ríos, los alivios de las cargas y gabelas, la libertad para emplear los capitales, las letras de cambio, las monedas y la economía del tiempo.

Los Gobiernos deben velar por los intereses comerciales, no vendiendo la dulce garantía de las leyes a un precio que obligue al hombre a comprarla a costa del capital que forma su trabajo, no dispensando predilección a las ciertas profesiones, y no estableciendo contribuciones en contradicción con los verdaderos intereses de los súbditos, haciéndoles gemir bajo el pesado yugo de los arbitrios pecuniarios, que las graves urgencias del erario llaman justos, y que algunos califican de invenciones de los genios financieros para ofrecer al gobierno pingües recursos con que salvar los compromisos en que los pone su arriesgada política.

Déjese al ciudadano en absoluta libertad de emplear sus talentos; ilústrense los vacilantes pasos del agricultor, del artesano y del comerciante con el conocimiento de los medios que el talento inventor encuentra en todas partes para multiplicar y asegurar los frutos del trabajo, y vivamos seguros de que el interés propio sabrá elegir los rumbos más directos para lograr el fin que se proponga.

Manuel Barrios Rejano.

MI REINA

Soñé que era el orbe mío;
que se acataban mis leyes,
y era tal mi poderío,
que destronaba los reyes.
Soñé que en el más frondoso
pensil de la Andalucía
formé un trono esplendoroso
de preciada pedrería,
envuelto en ricos brocados
y en los más vistosos velos,
por ángeles esmaltados
con estrellas de los cielos.
Soñé que, tierno, adoraba
a quien levanté del lodo...
soñé que la proclamaba
la reina del mundo todo.
Y cuando a sus pies postrado,
le abdiqué cuanto tenía
de aquel fabuloso estado,
soñé que la reina mía
en su vasto señorío
mi amor olvidando al cabo,
colocó en el cuello mío
la cadena del esclavo.

Jesús Rodríguez Redondo.

FLORES DE ALMENDRO

—:—

Bellas flores que nacísteis
en Enero;
vuestros pétalos, de escarcha
están cubiertos;
blancas flores, que sois gala
de los pobres troncos viejos,
negros como los pesares,
como el infortunio negros;
flores castas que en la cuna
tenéis el sepulcro abierto,
y os matarán los fantasmas
del invierno,
al lanzar sobre vosotras
la nieve de sus alientos...
¡Quién poseyera del sol
la luz y el calor inmensos
para alegrar vuestras vidas
y con caricias de fuego
apartar de vuestros cálices
la acción cruel de los hielos!
. . . .
Niña: entre penas y lutos
mis ilusiones nacieron;
sin el fulgor de tus ojos,
sin el calor de tu afecto,
al fin caerán, deshojadas,
en la tumba de mi pecho.
No hagas que con tus desdenes,
que son fantasma de invierno,
estas ilusiones puras
que acaricia el pensamiento,
se marchiten y se mueran
como las flores de almendro...

Antonio Arévalo.

EL CENTRO ANDALUZ

—

En reunión general del Centro Andaluz celebrada anoche, los regionalistas cordobeses, vista la declaración del Gobierno de disolver las Cortes en plazo brevísimo, y con el fin de poder comenzar con tiempo la campaña electoral, procedieron a la antevotación para designar un candidato a la Diputación a Cortes por nuestra circunscripción, siendo elegido el culto abogado y catedrático

Don Antonio Jaén Morente

Otros detalles acerca de la candidatura por esta circunscripción y la provincia, serán ultimados cuando se reuna la Asamblea del Partido Republicano autónomo de Córdoba.

El regionalismo avanza

Leemos en nuestro estimado colega «El Liberal» de Sevilla:

«Entre los regionalistas existe gran entusiasmo por las noticias recibidas de Jaén sobre los avances del regionalismo en aquella ciudad hermada y su provincia. En la capital se ha constituído el Centro Andaluz Sección de Jaén, integrade por los elementos más sanos y valiosos.

Constituyen la Junta Directiva:

Presidente, don Pedro de las Parras, abogado.

Secretario, don Lázaro Lázaro Junquera, abogado y notario.

Vocales: don Emilio Alvarez Somaniba, médico; don Juan A. Porras, banquero y propietario; don Rafael Montoro Carriere, industrial; don Francisco Valladar, abogado; don Inocente Fe, gerente de varias Empresas y concejal del Ayuntamiento, quien desde el principio acogió fervorosamente el ideal regionalista andaluz.

Los regionalistas de Jaén han empezado una activísima campaña por los pueblos de su provincia, en los cuales reina un ambiente en extremo propicio.

En breve, invitados por sus correligionarios de Jaén, visitarán aquella provincia los regionalistas de la Sección de Sevilla del Centro Andaluz».

DE GAÑAN A DIPUTADO

III

—Una fortuna.

—Si no me hubiese casado; pero como me casé y como mi esposa me obligó a dejar el oficio, porque le parecía peligroso... Y entonces, con las pesetas que me quedaban, me hice pañero. En mi primera salida utilicé un burro, del que me enamoré por sus virtudes. Era hasta casto, y tenía tanta inteligencia que huía de los mendigos y se paraba junto a las mozas bien vestidas. Nadie encontrará un establecimiento ambulante como mi burro. Pero se murió de una insolación, y tuve que viajar llevando los paños al hombro, porque la catástrofe me sorprendió casi en la miseria. Me repuse, adquirí un caballo, agrandé mi comercio, dedicándome también a la venta de bujerías, y, seguro ya de que mis hijos no se quedarían sin comer, empleé lo mejor de mis horas en la propaganda de mis ideas políticas.

—¿Hasta entonces no fué usted propagandista?

—Hasta entonces; pero figuraba en las Sociedades obreras y en los Círculos republicanos hacía mucho tiempo. Cuando ocurrió lo de «La Mano Negra» era yo gañán. «La Mano Negra» no ha existido nunca.

—¿Cómo que no? ¿No fué una Asociación de obreros?

—Fué una calumnia de caciques. Los jornaleros, asociados, representaban una fuerza temible, que hizo temblar a los explotadores, y éstos decidieron empujarlos astutamente para que realizaran alguna atrocidad que justificase una violenta represión. Y así fué. Gentes asalariadas excitaron y engañaron a los campesinos; al calor de esta excitación, nacieron varias organizaciones secretas, y, por tanto, ilegales, y ciertos individuos de una de estas organizaciones, movidos por los que con infame cautela dirigían la intriga, asesinaron al Blanco de Benaocaz. Y ya recordará usted lo que pasó en el proceso de los de San José del Valle, y lo que se dijo de «La Mano Negra». Y «La Mano Negra», que aterró a toda España, fué una invención de los que pretendían esclavizar a los trabajadores. Esta vileza, y las ferocidades de que fueron víctimas los detenidos, me exaltaron hasta la locura. Hubo hombres martirizados de tal suerte que no volvieron a ser hombres aptos para la lucha, y hubo otros que en el tormento se dejaron la virilidad. Y yo, que empezaba a comerciar entonces, me propuse combatir tan odiosa injusticia, y logré que los viticultores se asociaran con arreglo a la ley, para que no fuera posible atacarlos, y conseguí que los demás gremios los imitasen, y poco después, solicitado por los pueblos de la Sierra, que reclamaban nuestro concurso para organizarse, emprendí mi excursión por la Sierra.

—¿Y no le molestaron a usted?

—Me molestaron, combatiéndome, los anarquistas, porque destruía sus organizaciones; pero no me detuvieron. Al contrario, ya que con sus ataques triplicaron mis fuerzas y pude hacer la campaña que dió origen a la Federación andaluza.

—La Federación ¿no llegó a influir en la provincia de Sevilla?

—Y en la de Málaga. Y habría salvado a los campesinos andaluces — la gente más digna de

La vacuna obligatoria.—Dibujo de Fz. Márquez

compasión de nuestra patria—si no la hubiese matado el caciquismo.

—¿Y no resucitará?

—¡Quién sabe! Que no se fíen. El amor a la idea no ha muerto. Si hubiera muerto, ¿sería yo diputado?

J. López Pinillos.

Regionalismo castellano

No parece sino que la egregia Castilla, de cuya entraña y en torno a cuya vida ha ido surgiendo y se ha afirmado vigorosa la nacionalidad española, carece de todo el prestigio de región, y de región insigne, a la que todo homenaje es debido y toda pleitesía merecida.

Nada más justo que la campaña regionalista, que va adquiriendo fuerza en España. Somos regionalistas, y hartas veces hemos proclamado esta opinión por medio de la palabra escrita. Por fortuna, vemos que, llegada una época en que la vida política española tiende a cambiarse forzosamente, el llamamiento a las regiones parece la trompeta apocalíptica que suena y retumba, levantando de su sueño secular a durmientes que parecían haber caído en un letargo sin fin.

Ha llegado el momento de que España, respondiendo a sus condiciones geográficas y etnológicas, organice su vida, prescindiendo del centralismo avasallador, del régimen absorbente que en un funesto y eterno expedienteo consume las energías, que son tantas, de la raza y de la varia tierra española. La obra de los Reyes Católicos, ventajosa para ellos, que fortalecían el poder absoluto de la Corona, no puede subsistir por más tiempo, sin que esto quiera decir que se trate de la disgregación de la patria, empeño, más que criminal, absurdo. Al contrario, libres de las trabas que ahora encuentran, las regiones, aprovechando la pujanza de sus propios bríos, harán entre todas una nación más rica y poderosa, como es difícil que lo sea mientras desde la corte se extienda por todo el territorio patrio una red de balduque que aprisione y cohiba fuerzas e iniciativas.

España exige, naturalmente, un régimen federativo, y es indudable que tiende a cerrarse el ciclo político abierto en tiempos de Isabel y de Fernando. Las Comunidades de Castilla y las Germanías de Valencia dicen a Carlos I en los comienzos de su reinado cuál es todavía la voluntad de los pueblos. Aragón, representado por Lanuza, afirma ante Felipe II su personalidad gloriosa. En Felipe III, que encuentra bajo su cetro a Portugal también, se reúne ante el poderío del Monarca español toda la Península sometida al regimiento del Soberano absoluto. Pero en el reinado siguiente, aquel exceso de acumulación de vasallos da sus frutos dolorosos para el orgullo nacional, si no fueran los gritos y las armas entonces alzados más bien contra la tiranía del Trono central. Un Imperio brillante se había venido dominando desde el Trono de las Españas; pero la injusticia y el hambre podían más que el falso fulgor de la diadema.

En la guerra de sucesión, Cataluña y Valencia sufren, con la victoria del duque de Anjou, la pérdida de sus fueros. Durante todo el siglo XVIII se afirma y robustece el poder absorbente del Monarca, y ya en el siglo XIX, a la muerte de Fernando VII, es cuando a la sombra del carlismo, resurgen las aspiraciones regionales que vuelven a aparecer en la segunda guerra carlista, y al mismo tiempo han encontrado ya su expresión en el campo republicano.

La Restauración pudo ser una paz; pero tan ficticia, que no hacía más que detener por el momento, pretender ahogar los más hondos problemas nacionales. Así, veinte años después, rugía en Baire el grito de la independencia cubana. Cuando se pensó en que aquél había tiempo que merecía el gobernarse a sí mismo, en lugar de ser la finca y la lotería de los empleados que mandaba el Gobierno de la metrópoli a redondear sus fortunas particulares, era ya muy tarde. Y Cuba se perdió para España sin sanear el puerto de la Habana y sin que el ferrocarril cruzase la isla desde la Habana a Santiago. Bien que las Filipinas fueron graciosamente regaladas a los yanquis en el Tratado de París, sin explorar siquiera la parte interior de las islas, llenas de enormes riquezas en el suelo y en la entraña de aquella tierra opulenta.

Es indudable que a la actividad y a la laboriosidad de Cataluña, o, por mejor decir, de los políticos barceloneses, se debe la sacudida que despierta a las regiones españolas. La misma Andalucía, que en un tiempo estuvo a punto de ser Estado independiente, por la ambición de un Medina Sidonia, piensa ahora que es una región digna de hacer valer toda su importancia. Galicia, que siempre tuvo un justificado prurito regional, se apresta también a hacer escuchar su voz. Y nada se diga de las provincias vascas y la tradicional Navarra, que, como Cataluña y la misma Valencia, sienten los anhelos de cultivarse por sus propias manos.

Pero he aquí que también las Castillas son regiones, como lo es Asturias, como lo es el vetusto reino de León, como lo es Aragón, como lo es Murcia, como lo es Extremadura, La vieja Castilla ha recordado ya su personalidad gloriosa en la Asamblea de Valladolid. Pero queda la otra, esa región que se extiende desde la cordillera carpetana hasta Sierra Morena y desde la tierra extremeña hasta la valenciana. Donde se halla Madrid, este Madrid y su provincia, que tienen también sus necesidades y que no saben clamar por sus satisfacción. Donde hay comarcas como la Alcarria y la Mancha, merecedoras de atención y cuidado. Y junto con la provincia central de España, las de Toledo, Guadalajara, Ciudad Real y Cuenca merecen todas ellas volver por su prestigio y afirmar, al lado de sus glorias históricas, la verdad de que en el progreso material de la patria añaden una riqueza industrial y fabril a la que arrancan de su suelo.

La primera de estas provincias que nos manifiesta su despertar es la de Toledo. La voluntad y la fe de Gómez Hidalgo han obrado el milagro. El caciquismo va a sufrir un golpe de muerte. Los toledanos están decididos a intervenir poderosamente en la liberación política de su tierra. Los ajenos a la politiquería al uso, hombres de ciencia, catedráticos, los represensantes de la más varia y honorable actividad en distintos aspectos de la laboriosidad humana, alzan su voz en nombre del pueblo que les vió nacer, porque están hartos de mirarle como feudo de los logreros de la cosa pública. Y se prepara un expurgo de caciques, una tarea minuciosa, lugar por lugar, de mundificación, de saneamiento ciudadano.

Y es que también Castilla tiene derecho a hacer valer su regionalismo. También los españoles, más callados, más resignados largo tiempo, han pensado en el derecho que les asiste a ser escuchados en el general clamor y a regir, según ellos pueden saber mejor que nadie, su vida, que ha dejado ya de ser tributaria de los más mezquinos cacicatos y de la más vergonzosa oligarquía.

Pedro de Répide.

ALMA ANDALUZA

II

El alma andaluza y la Poesía

Un antiguo refrán manifiesta que «de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco». Nosotros creemos que alma andaluza y Poesía son la misma cosa; por consiguiente, los andaluces tienen mucho de poetas.

Las comarcas de Andalucía son poéticas por excelencia. La magia de sus panoramas, el azul purísimo de su cielo, la imaginación ardiente y viva de sus habitantes, la proverbial hermosura de sus mujeres y cuanto de propio atesora en usos, costumbres y caracteres la proclaman única para inspirar sublimes sentimientos.

El alma adaluza hizo que los poetas árabes llamaran a Granada: «Edén, granada de rubíes, corona de rosas salpicadas de rocío, fuente que se derrama, gacela de los jardines y estrella del mediodía.»

«Córdoba no es una ciudad, es un museo», dice don P. Olivares de la Peña.

De Sevilla expresa el juicio siguiente el citado notable escritor: «Particípese de sus fiestas, de sus goces, de su vida toda, y se verá que no hay ni es posible que haya dos Sevillas en el mundo.»

«Con un buque en el acto de hacerse a la mar», compara a Cádiz, Alejandro Dumas. Nosotros, los andaluces, le llamamos «tacita de plata».

Otro tanto podríamos decir de las restantes capitales andaluzas.

Las hembras de Andalucía son prototipo de belleza y donaire; en el incomparable vergel andaluz meciose la cuna de los mayores genios de que hace mención la historia; la «Tierra de María Santísima» es católica como ninguna; en ella, abundan las leyendas encantadoras. Luego, el alma andaluza es todo poesía.

El alma andaluza en los cantares y en el baile

Notoria es la importancia que revisten los cantos populares, porque las más de las veces, expresan genialmente los sentimientos que anidan en el pueblo que fué su cuna.

El insigne cervantista don Francisco Rodríguez Marín, dice en su obra «Cantos populares españoles»: Por ellos «la literatura se engrandecerá con nuevas y variadas formas, y presentará a sus cultivadores abundantes modelos de originalidad, de gracia, de espontaneidad pasmosa.»

«La Historia, esa gran maestra de la humanidad, enmendará y completará sus páginas, al simple hallazgo, a veces de un refrán, de un cuento o de una copla...»

Bellezas de Andalucía.—Ubeda. La Torre del Conde

Así es que bien podemos estudiar el alma andaluza en los cantares. Andalucía ríe y llora cantando; desgrana las perlas de una risa bulliciosa entonando alegres seguidillas gitanas, gime por los desgraciados presidarios en sus admirables carceleras, llora amores muertos en delicadas granadinas...

¡Esa es nuestra Andalucía, y, quien denote impasibilidad al escuchar sus coplas—esos cantares formados con jirones de su alma—no tiene corazón...!

El alma andaluza adora la música quizá con más intensidad que ninguna otra comarca española; ella es la mejor ofrenda que hacen los galanes a su amada.

En la noche silenciosa, cuando la ciudad duerme bajo el celeste palio del firmamento, siéntese dulcísima melodía; es que algún amante, acompañado de varios amigos, obsequia con una serenata a su novia, la que escucha con singular emoción.

El carácter andaluz, en cualquier momento halla ocasión para organizar un típico baile de candil en el patio pintoresco, bajo la parra, acompañado de bandurrias, guitarras y violines. En tales ocasiones, es cuando el alma andaluza se alegra; mas nunca hasta el extremo de que se crea que Andalucía es sólo «tierra de la pandereta y de las castañuelas.»

El baile es otra de las manifestaciones del alma andaluza. En tal forma ha sido autorizadamente expresada en la opinión siguiente: «Nuestro baile nacional en el teatro es el baile popular andaluz, habiendo sobresalido entre todos y quizá sido el único que por mucho tiempo se cultivó en las tablas el bolero, de donde les vinieron los apelativos de boleras y boleros, a las mujeres y a los hombres que le bailaban.»

Tal fué el incremento adquirido por el susodicho baile, que dióse el caso de que el autorizado escritor don Juan Jacinto Rodríguez Calderón publicase un tratado de Bolerología. Gozaron de justo renombre como boleros el popular Esteban Morales, Antonia Prado y la Brianda.

Canto y baile bien merecen ser considerados como inequívocas manifestaciones del alma andaluza; por eso, en ellos la hemos estudiado...

El alma andaluza y su amor a las flores

El alma andaluza siente verdadera pasión por las flores; podríamos decir que se deleita aspirando su embriagador perfume.

Los jardines andaluces tienen fama mundial; en ellos ponen la acción de sus cuentos de amor novelistas españoles y extranjeros. En

nada tendrían que envidiar a los maravillosos pensiles de Babilonia, las azoteas de las casas de Andalucía. Por algo, cuando alguna dama forastera llega a una comarca de la Tierra de María Santísima, consiste en un ramo de flores el mejor presente que se le puede hacer.

Admiración de propios y extraños son los clásitos patios andaluces. Cuando en noche silenciosa y lunada paseamos por las calles de Andalucía, al pasar ante algunas casas, experimentamos la sensación que en nuestros rostros produce las caricias de brisas embalsamadas con fragancias de nardos, jazmines y diamelas.

La belleza de tales patios es indescriptible. Las paredes aparecen tapiadas de plantas trepadoras: campañillas, enredaderas, jazmines azules. Naranjos en flor hermosean el paisaje; cientos de macetas de claveles,en cuidadosa simetría colocados, contribuyen poderosamente a prestarle encantos; los surtidores de las marmóreas fuentes desgranan sus risas que mucho se asemejan a un bullicioso sonar de cascabeles.

Por doquiera se ven flores; y el alma de los jardines, hermana inseparable del alma andaluza, desfallece de amor, prendida en el seno de las gentiles mujeres, entre un ramillete de rosas; vanidosa se muestra en el clavel colocado en la solapa de algún galán; entona el epitalamio de bodas venturosas convertida en el ramo de azahar que lucen las novias; reposa en un lecho de siemprevivas sobre la losa de la sepultura de una muerta idolatrada.

Al llegar la noche solemne y callada, allá en los poéticos patios andaluces, se confunden en espiritual abrazo el alma andaluza y el alma de los jardines...

De cómo se manifiesta el alma andaluza en el trato social.

En la historia de la humanidad, ha desempeñado siempre un papel principal el estudio del alma de los pueblos.

En la defensa y elogio que hace del carácter andaluz el notable historiador don Juan Francisco de Masdeu, termina diciendo: «El jesuita francés de Orleans, el abate de Vayrac, el señor Lauglet de Fresnoy, el señor D'Hermilly, con otros varios, son mis fiadores». Lo que prueba que tanto en España como fuera de ella, se tiene un elevado concepto de cuanto se refiere al alma andaluza.

Las condiciones del clima de Andalucía hacen que sus habitantes sientan el amor con intensidad extraordinaria; y ese amor pasional que sus corazones atesoran, es hereditario. Así se explica que la tierra andaluza pueda ser llamada, sin reparo alguno, cuna de la Poesía.

Los andaluces son ocurrentes y derrochan gracejo y labia; también tienen fama de ser exagerados. Muy original e ingeniosa es la antiquísima copla sevillana que dice:

¡Si el río de Sevilla
fuera de vino
y la Torre del Oro
fuera el cuartillo!

Los hijos de Andalucía son modelo de leales y buenos amigos. Su imaginación viva y lo ardiente de su temperamento, los lleva, a veces, a descabelladas empresas, porque siempre dieron pruebas del más temerario valor. Saben ser caballeros en todas las ocasiones; no aman el peligro, pero tampoco huyen de él. Son dignos castigando duramente las ofensas, pero, al mismo tiempo, resultan generosos cuando otorgan el perdón.

Derrochan presunción, importancia y altanería; todo lo critican y exageran. Sueñan con el triunfo que a diario columbran en sus ratos de verdadera exaltación oriental.

Es una creencia absurda por demás juzgar a los andaluces como malos trabajadores; laboran con la fe, constancia y celo que pueda desplegar cualquier otro español en el cumplimiento de sus deberes. Como manifiesta el citado señor Masdeu, «exaltan las cosas forasteras más que las propias». ¿A qué se debe esto?

Mucho se ha discutido acerca de tal asunto; hay quienes, dando una opinión harto atrevida, creen que ello proviene de que tienen escasa conciencia de su propio saber.

Pero en lo que tantos critican hallamos nosotros una nueva virtud: la modestia. Que los andaluces están poseídos del mérito que encierra Andalucía, es indudable. ¿Prueba fidedigna? Todo andaluz bendice y venera a su incomparable tierra. Además, ¡la galantería nunca estuvo reñida con nadie!

«El forastero no necesita tarjetas de recomendación, ni que otra persona le presente para introducirse donde bien le place: en ninguna parte le mirarán con extrañeza; por doquiera será recibido con galante afabilidad, que en ello y en ese afán innato de hacer a los demás partícipes de sus alegrías, resplandece el carácter genial de los buenos andaluces».

En frasee tan bellas como breves destruye don F. Olivares de la Peña la creeencia, que, por lo errónea, debe desaparecer.

Luego, en lo concerniente al trato social, el alma andaluza es digna de admiración.

Antonio Moya.

AMOR Y SACRIFICIO

—:—

Cuento premiado en el concurso celebrado por el regimiento de la Reina, con motivo de las fiestas de la Patrona del Arma de Infantería.

Corría el año de guerra y heroísmo de 1808.

Dormía el pueblo, dormía la nación entera, con un sueño de paz y de quietismo, con un sueño de olvido de deberes. Brotaban odios y rencores, egoísmos y concupiscencias. que se traducían, cuando llegaba el máximo de su fuerza, en un motín o en una asonada.

Preocupados algunos espíritus videntes con los males propios de la nación, ni en su videncia podían prever, aunque palpable estaba, que quien intentaba conquistar el mundo, ansiaba, como digno remate de sus victorias, domar, poner a sus pies, al Ibero León, hacer suya la patria del amor de la guerra, agregrar a su corona el Reino de España, grande en poder y grande en nobleza.

Napoleón, desde la cima de su gloriosa carrera, llegó a olvidar que, cuando un pueblo entero se convierte en ejército, cuando cada ciudad se convierte en plaza fuerte por el heroísmo de sus habitantes, cuando se desprecia la muerte y el grito de patria es el último que sale de la garganta que el invasor cercena, derrotarlo es casi imposible; vencerlo, imposible del todo.

—

Destruyó el invasor los campos de trigo; paralizó la guerra el fructífero trajín de los labradores; fuéronse los mozos a cumplir su deber, y el pueblo se entristeció con las maldiciones de los ancianos y las lágrimas de las madres y de las esposas.

Proseguía la guerra gloriosa, de guerrillas y continuo batallar y la columna francesa que se separaba del grueso del ejército, se veía contínuamente hostigada por modernos Viriatos, que dejaron de guardar el ganado para luchar contra el invasor.

Y en una tarde triste y fría, la campana de la pequeña iglesia, tocó a rebato; se divisaba a lo lejos un pequeño ejército que hacia el pueblo venía; pronto cundió la grata nueva de que eran españoles, hijos de España que por su madre combatían y por su madre daban su sangre.

Cuando la noche tendió su manto, los soldados alegrábanse en las anchas cocinas y todo era para ellos amor, paz y contento.

Mandaba aquella columna de guerrilleros un joven hidalgo de buena casa, que dejó sus estudios y comodidades cuando su conciencia y su deber le indicaron el camino duro, pero brillante, de la guerra y de la lucha; y entre los cien soldados de aquella heroica columna, compuesta de pastores y artesanos, labradores y seminaristas, venía un hijo de aquel pequeño pueblo, valiente como todos y héroe como el que más.

Distinguióse por su bravura en cien combates y llevaba en su rostro y en su cuerpo las heridas gloriosas de aquella sangrienta lucha; y, como pago a su heroísmo, encontraba en el pueblo querido, agoni-

Presidencia de la reunión pública verificada por las sociedades obreras para pedir la amnistía de los presos por delitos políticos y sociales

Comisión receptora de la subvención concedida por gestión del diputado don Eugenio Barroso para la restauración de la Capilla del Cristo de Gracia.

Fotografías de A. Torres.

zando de miseria y de pena, a la madre adorada, aquella madre que, de tanto llorar, quedós eciega, y que, de tanto pedir por la vida de su hijo, iba a perder la suya.

Fué bien triste la noche para el pobre soldado: moría la madre sin que ninguna fuerza humana pudiera salvarla de las garras de la muerte; y cuando la campana del alba tocó en el viejo campanario, cuando aquella madre agonizaba en los brazos de su hijo, sonó la corneta llamando al soldado... Hubo en su alma una lucha horrible de amores y deberes y, por primera vez en su vida, tuvo que elegir entre la madre y la patria. Momentos de locura, desesperación inaudita, aullidos de fiera y pensamientos de ángel. Fueron aquellos minutos de lucha cruel para el soldado.

Volvió a sonar la corneta; risas y lágrimas llenaban el pueblo y la noticia corrió veloz, encendiendo los corazones: los franceses pasaban a larga distancia del pueblo y era preciso combatirlos.

El jefe de las fuerzas, comprendiendo las tristezas del soldado, el dolor que en su alma había al abandonar a la madre agonizante, con la ternura de un padre y el cariño de un hermano, entró en la pobre casuca y, abarcando con una mirada aquel poema de dolor y de heroísmo, le dijo al soldado:—Quédate; yo te lo ordeno.

Entonces, como si aquellas palabras hubieran sido un conjuro misterioso que mandara a la vida, de entre las ropas de la pobre cama surgió una mano pálida y delgada, abrió la infeliz madre los labios que amorataba la muerte y, con voz serena y grave, voz de amor y de mandato, le gritó al soldado:—¡Vete; tu madre te lo manda!

—

Fué duro el combate; derrotada quedó la columna francesa y en poder del soldado, que lloraba por la madre agonizante, la bandera del enemigo.

Cuando los vencedores llegaron al pueblo, aún vivía la madre, aún pensaba en su hijo; y cuando éste se acercó al lecho de muerte ofrendando su trofeo, volvió la mano pálida y delgada de la viejecita a surgir de entre las sábanas del lecho y, trazando en el aire la señal de la cruz, bendijo, como sólo saben bendecir las madres, al hijo noble que supo sacrificar, en honor de su patria, algo más que la vida, algo más qne las ideas; lo que tenemos los humanos que nos acerca a lo divino: ¡el amor puro y grande, el amor de los amores!

La bella bailarina María Gómez, que actúa con extraordinario éxito en el Salón de Ramírez

Y la campana de la pequeña aldea tocó aquel día al mismo tiempo, a muerte y a gloria.

Pedro Perea Moreno.
Cabo del Regimiento de la Reina.

Se abonará cinco pesetas por cada prueba fotográfica que se remita a esta Administración.

LA VIDA ARTÍSTICA

Propagandas de arqueología y arte

Los boletines de las Sociedades de excursionistas, han sido durante los últimos veinte años poderosísimos órganos del renacimiento del país, y han merecido fuera de España una estimación y un crédito a que no estábamos acostumbrados. Casi todo lo que figura en las páginas de esos boletines, es definitivo. Estudios directos de los monumentos, investigaciones históricas y arqueológicas sobre puntos muy concretos, críticas, excavaciones y algunas veces polémicas, y en toda ocasión, actividad reveladora del vivo interés que en este orden de la vida inspiran las cosas propias. En otro tiempo, existía algún arqueólogo famoso, de cuyo saber y autoridad, todo se esperaba con más o menos fundamento. Las colecciones de los boletines de excursionistas madrileños, castellanos, catalanes, granadinos y de otros centros o regiones, están llenas de trabajos que acreditan la existencia en España de muchos arqueólogos, esclarecedores de períodos obscuros de nuestra historia artística; arqueólogos de menos retórica que los antiguos, de menos fama y bambolla, pero más capacitados para los estudios de carácter positivo y fecundo en consecuencias prácticas como son en general los que constituyen las referidas colecciones.

Algo parece que ha disminuído el fervor de los excursionistas; es cierto que en el período de su gran actividad, tal vez agotaron muchos de los asuntos de capital importancia, y por esto, se nota hoy la aparición de revistas ilustradas, de carácter intermedio, entre el boletín de excursionistas y el antiguo semanario de literatura y arte, de escasísimos resultados prácticos. Tengo por resultados prácticos en esta esfera del trabajo la aportación de datos positivos para nuestra historia artística por escribir; el descubrimiento de monumentos en absoluto desconocidos, olvidados o cambiados de aspecto por modificaciones y bárbaros repellos, y, sobre todo, la grande estimación que suscita la presencia de los excursionistas hacia todo lo que es objeto de su estudio, entre el infeliz pueblo nuestro que lo ignora todo y que desde el momento que ve a unos señores bien educados, afectuosos, afabilísimos, afanarse por medir unas ruínas, fotografiar o dibujar una iglesia, un retablo, cuadro o estatua, demostrar con toda evidencia la mayor estima hacia cosas que ellos tenían por insignificantes y aun feas; comprende que en su pueblo, en su aldea, en su Patria, hay cosas de un orden superior dignas de amarse y conservarse. Por todo esto, la labor civilizadora de los excursionitas es inmensa. Se ofrecen diariamente como en espectáculo educador y sin más que presentarse en las localidedes, por la generosidad conque retribuyen cualquier servicio, por la bondad, por la finuna, por todo lo que en ellos invita a la benevolencia, a la comunicación, en el hórrido seno de la miseria y de la ignorancia salvaje, en que suelen vivir nuestras gentes, modestas, en campos, aldeas y aun ciudades. Y todo esto conduce, si bien para mí no es lo más importante, aunque sea muy práctico, a la preparación de los caminos que en nuestro país ha de seguir en su día el turismo.

Revistas de este tipo, intermedio entre el boletín de excursionistas y el semanario artístico, son por ejemplo la semanal ilustrada CÓRDOBA, refugio de las más nobles aspiraciones juveniles políticas, sociales y literarias de la histórica ciudad; que a la vez concede la arqueología y el arte, con el sentido crítico que a estos estudios han dado los boletines de excursionistas, la importancia que antes no solían alcanzar en este genero de publicaciones. La revista granadina «Hiberis», exquisitamente editada, pequeñita como un libro de bolsillo. La semanal «Toledo», ya citada en esta sesión. Procuraremos vivir en íntima camaradería con todos los centros y publicaciones, y ayudar a cuantos deseen y procuren el conocimiento y la divulgación de nuestro arte.

Francisco Alcántara.

—

Figuras conocidas.—Don Antonio Fz. Vergara. Caricatura de Bernardo Ortiz.

En el «Sol», de Madrid, uno de los periódicos más importantes y simpáticos de España, el ilustre crítico de Arte don Francisco Alcántara nos sorprende con la publicación de la bella crónica que arriba reproducimos y en la que se menciona benévola y cariñosamente nuestra revista. Consignamos por ello la expresión de nuestro afectuoso reconocimiento, especialmente por la exactitud de la semblanza de CÓRDOBA, aparte, claro es, la bondadosa expresión que del carácter de nuestro periódico hace el señor Alcántara. Tan es así, que entre los elementos que determinaron la publicación de CÓRDOBA, figuraba el Boletín de la Sociedad de Arqueolo gía y Escursiones de Córdoba, en

suspenso entonces. Varios originales que se hallaban dispuestos para el «Boletín», aparecieron en CÓRDOBA, y en nuestro periódico han seguido colaborando activamente los publicistas que redactaban aquel.

EL REY POETA

—:—

Fué en la edad galante
de Felipe cuarto.
Este regio amante,
de placeres harto
—que en los amoríos
era un Bonaparte—,
para sus hastios
paz buscó en el Arte.

Sus fastos gloriosos
olvidó el monarca
por los amorosos
versos del Petrarca:
versos que libaron
cálices de mieles,
y que conquistaron
nimbos de laureles.

Tal vez, un suspiro
—que voló en el aura
de su Buen Retiro—
fué a besar a Laura.
Cual vez, las endechas
del cisne italiano
parecieron hechas
por el soberano;
por el rey galante,
por el rey poeta:
corazón errante,
y alma de violeta...

—

Trovador de amores,
con sus alas locas
fué buscando flores
en amantes bocas:
fué uno de esos reyes,
líricos y sabios,
que dictan sus leyes
con ajenos labios...

Súbdito y monarca
del Amor y el Arte,
ya era un oligarca,
ya era un Bonaparte.
Mas, con las mujeres,
no era «el soberano»
—porque los placeres
matan al tirano—;
sino que era un hombre
de vulgares modos:
¡del Amor el nombre
nos iguala a todos...!

Por entre las frondas
de su Buen Retiro,
cabalgó en las ondas
el real suspiro
—breve sonatina,
ritmo de «intermezzo»—
hasta la heroína
del cantor de Arezzo...

—

¡Pobre rey galante,
pobre rey poeta,
corazón errante
y alma de veleta...!
Laura, con su hechizo,
tu alma rindió al cabo;
¡y el Amor te hizo,
siendo rey, esclavo...!

Carlos Miranda

JUICIO DE FALTAS

Su ventana florida, fué el lugar de la escena;
testigos del suceso, las aromosas flores;
protagonistas, fueron mis labios besadores;
objeto del delito, su carita morena;
defensor que yo busco, la clara luna llena
que, si alumbra la cita, protege mis amores;
mi acusador privado, pequeños sinsabores;
instigador culpable, un amor que envenena;
tribunal que me juzga, la alegre juventud,
y del amor que siente por la sola virtud,
enseguida ha de darme su perdón con exceso.
Tu querella has perdido; abre, pues, la ventana,
pues lo piden tus flores y la noche galana
y aumentará mi culpa reincindiendo en un beso.

M. Jiménez Maya.

CÓRDOBA

El paso del Guadalquivir por Córdoba.
Fotografía de José Muro.

15 Cénts.

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 22 de Diciembre de 1917 | NÚM. 70

El resultado de la cuestión de Alcolea

La Comisión provincial, en reunión verificada el próximo pasado día 18, resolvió con general aplauso en la cuestión de Alcolea, la que había alcanzado estado de opinión, no ya en la vida pública local, sino en la española.

Verificose la reunión bajo la presidencia de don Francisco Gómez Jiménez, concurriendo los diputados provinciales señores Prado Padillo, Molina Pérez, Tirado, Castro León, Porras Castillo, Camacho Lozano, Merino y Salinas Diéguez y actuó de secretario el oficial mayor señor Rey Heredia.

Aprobada el acta de la sesión anterior, se entró en el despacho del orden del día.

Dióse cuenta del expediente sobre nombramiento de médicos civiles, propietario y suplente, de la Comisión mixta de Reclutamiento para el próximo año de 1918, siendo designados propietario don Francisco Gálvez Durán y suplente don Fernando Marín Fernández.

Seguidamete fué leido otro expediente para la adquisición de uniformes con destino al conserje y ujieres de la Corporación y, en vista de haber resultado desierta la primera subasta, se acordó convocar nuevamente, modificándose las bases, a propuesta del señor Salinas, en el sentido de aumentar el tipo señalado en el pliego de condiciones.

Asímismo fué leída una moción elevada a la Corporación por los directores de los establecimientos benéficos, solicitando alguna cantidad destinada a comidas extraordinarias para los acogidos, con motivo de las próximas fiestas de Año Nuevo y Pascua de Reyes, acordándose conceder la misma suma que el año anterior, con el aumento de un veinte por ciento, teniendo en cuenta que los precios de las subsistencias se han elevado.

Fueron aprobados los expedientes de apremio seguidos contra los Ayuntamtentos de Belalcázar, Fuente la Lancha y Almodóvar del Río por débitos del Contingente provincial.

También se aprobaron las cuentas de las raciones suministradas a los establecimientos benéficos durante la segunda quincena del pasado mes de Noviembre.

Un rincón de la Sierra de Córdoba

Concedióse ingreso en el Hospicio a Juan Jiménez Rosel, que así lo tenia solicitado.

Dióse cuenta de un expediente sobre reclamación formulada por don Pedro Rojano Malagón contra la capacidad del concejal electo por el término municipal de Almedinilla, don José Ariza Ramírez.

El señor Camacho pidió que se leyese el expediente por entender que surgió la contienda suscitada entre el Ayuntamiento de dicho pueblo y el señor Ariza, por cobro de cierta cantidad, siendo esta la razón en que se fundaba la reclamación presentada.

La comisión estimó la reclamación y se acordó declarar la incapacidad del señor Ariza.

La Corporación aprobó luego los asuntos siguientes: el acta de la entrega hecha por el Ayuntamiento de Palma del Río a la Diputación de la carretera provincial de dicho pueblo a la del Estado de Palma a Ecija; una cuenta de los gastos ocasionados en el estudio de un proyecto de reparación de la carretera expresada anteriormente, importante 66'98 pesetas, y el presupuesto de reparación de la misma carretera, importante dos mil pesetas.

La Corporación se dió por enterado de los oficios del gobernador civil trasladando las instrucciones del ministro de la Gobernación sobre reclamaciones electorales.

Después se dió cuenta de un expediente sobre reclamación presentada por don José Ugart Santiago contra la proclamación de concejales electos por el término municipal de Posadas a favor de don Ricardo Morán Ruíz y don Teodoro Solís Nieto.

Se acordó desestimar la reclamación y declarar la capacidad de los expresados concejales electos, si antes de primero de Enero próximo justifican que reúnen las condiciones necesarias para el ejercicio del expresado cargo.

También se declararon nulas las elecciones de concejales celebradas en el término municipal de los Moriles, en virtud de reclamación formulada por don Manuel Mármol Fernández contra la validez de las expresadas elecciones.

Fué leído otro expediente de reclamación formulada por don Fran-

cisco Román Cambil contra la capacidad del concejal electo por el término municipal de Hornachuelos don Federico García Durán, desestimándose la petición y declarándose capacitado al señor García Durán para el ejercicio del cargo de concejal.

Se dió cuenta de otra reclamación presentada por don Manuel Bujalance contra la validez de la elección de concejales celebrada en el distrito segundo del término municipal de Montilla.

El señor Merino presentó un escrito contra la reclamación. Usó de la palabra el señor Salinas, quien expuso la creencia de que la protesta había sido fundada en un error nacido al contar las candidaturas del expresado distrito, en algunas de las cuales aparecían tres nombres en vez de dos.

En la discusión intervinieron varios diputados y por votación nominal se acordó declarar nula la elección en el expresado distrito, votando en contra los señores Merino y Camacho.

Fué leída otra reclamación hecha por don Luís Castro Lora contra la elección en el expresado distrito, votando en contra los señores Merino y Camacho.

Fué leída otra reclamación hecha por don Luís Castro Lora contra la validez de la elección de concejales verificada en los distritos primero y segundo del término municipal de Bujalance.

El señor Castro León consideró pueril la protesta y solicitó que se declarase válida la elección.

El señor Camacho se mostró contrario a las manifestaciones del señor Castro y éste dijo que consideraba que en el asunto que se discutía no debían intervenir diputados que no tuvieran intereses en el distrito que representasen, a lo que el señor Salinas contestó que todos los diputados debían dedicar igual interés a todos los distritos, rectificando el señor Merino.

La Comisión acordó declarar la validez de la elección, con el voto del señor Camacho en contra.

Se dió cuenta de otra reclamación formulada por don Teodosio Jurado Rueda y otros vecinos contra la validez de la proclamación de concejales por el artículo 29 en el término municipal de la Granjuela.

El señor Molina Pérez, disintiendo del informe del oficial letrado de la Corporación, consideró válida la proclamación, estimando ilegal la reclamación.

Agregó que la protesta estaba firmada por individuos que no eran electores del distrito y otros que, según el censo, no sabían escribir, y consideró improcedente la reclamación.

Intervino el señor Salinas para mostrarse partidario de aceptar la protesta formulada y el señor Molina defendió su criterio en favor de la aplicación del artículo 29 de la ley.

Puesto el asunto a votación, se declaró válida la proclamación, votando en contra los señores Castro, Salinas y Merino.

Oída una reclamación formulada por varios vecinos contra la proclamación de concejales hecha por el artículo 29 en el término municipal de Belmez, se declaró válida la proclamación, votando en contra los señores Merino y Salinas.

Visto otro escrito suscrito por varios vecinos contra la validez de la elección de concejales del término municipal de la Carlota, y tras breve discusión se desestimó la petición y se declaró la validez de la elección en todos los distritos.

Seguidamente se dió cuenta de otra reclamación presentada por don Juan de Luque y Ortega contra la validez de la elección de concejales verificada en el distrito tercero del término de Aguilar. La Comisión, después de oír el dictamen del oficial letrado asesor de la Corporación, acordó declarar válida la elección expresada.

Por último, se dió cuenta de una reclamación formulada por don Mariano Salinas Diéguez contra la validez de la elección de concejales verificada en las secciones quinta y sexta, pertenecientes a la barriada de Alcolea, del distrito quinto, correspondiente a la parroquia de Santiago, del término municipal de Córdoba.

El señor Salinas (don Francisco) usó de la palabra y dijo que jamás había tenido igual la elección verificada en el expresado distrito.

Añadió que la elección en el mencionado distrito podía calificarse bajo tres aspectos: uno de índole moral, otro legal y otro criminal.

Afirmó que los interventores, creyendo y procediendo de buena fe, firmaron las actas y demás documentos cuando aún no se había escrito nada en ellos; que las listas de electores no fueron llevadas por los interventores, ni por los adjuntos y sí por empleados; que las expresadas listas no fueron firmadas, por no haber sido confeccionadas en los colegios electorales; que las listas de referencia no fueron firmadas por el presidente de la mesa, puesto que en cada una resultaba distinta la firma, notándose además la falta de otros detalles en la documentación.

Agregó que muchos de los electores que aparecían en la lista de votación no eran vecinos de Alcolea ni existían en aquella barriada.

En el orden moral, señaló el caso de haberse observado que los electores figuraban votando por numeración de orden correlativo y de dos en dos, probando este extremo que los encargados de llevar el Censo punteaban éste de dos en dos nombres.

Además, en la elección tomaron parte electores que hace diez años no residen en la barriada de Alcolea, por ser empleados y braceros que se han ausentado unos y muerto otros, existiendo nombres duplicados.

En cuanto al aspecto de indole criminal. el señor Salinas manifestó que el asunto se hallaba en manos de la justicia, que era la encargada de dilucidar este extremo.

El señor Salinas terminó pidiendo la nulidad de la elección en las dos secciones mencionadas y que, de accederse a ello y con arreglo a disposiciones vigentes, se declarase la nulidad de la elección en todo el distrito quinto.

El asunto fué sometido a votación, en la que se abstuvo el señor Salinas, resultando que la Comisión acordó que fuesen anuladas las elecciones municipales celebradas en las secciones quinta y sexta y asimismo en las demás secciones del distrito quinto de esta capital.

Finalmente se dió cuenta del nombramiento de José Gallardo Gálvez para peón-guarda de la carretera provincial de Puente Genil, siendo aceptado.

Antes de terminar la sesión se acordó dar las gracias al diputado señor Vizcaíno por un donativo que había hecho con destino al Hospicio.

No habiendo más asuntos de que tratar, fué levantada la sesión.

—

Una comisión de firmantes de la protesta formulada al producirse la cuestión de Alcolea, se ocupa en redactar un manifiesto en el que se exprese el aplauso público a la Comisión provincial por la resolución acordada en el asunto expresado, con el objeto de que ostensiblemente se rinda el homenaje de la ciudad a quienes con su serena y justa determinación han señalado con un hecho el comienzo de la transformación de los procedimientos políticos que habían dominado en nuestro país.

POR LA SEVILLA GRANDE

Nuevos hombres y nuevos procedimientos

La intervención eficacísima de la Prensa en el general movimiento de renovación que conmueve a España, halla expresión altamente patriótica en la designación del ilustre periodista don José Laguillo, andaluz de méritos relevantísimos, como candidato a la diputación a Cortes. por Sevilla En los términos siguientes y bajo los mismos epígrafes que llevan estas líneas, da cuenta de ello *El Liberal* de Sevilla, uno de los másimportantes periódicosde Andalucía:

Han quedado disipadas las dudas. Las actuales Cortes serán disueltas, y convocadas para muy en breve, quizá en Enero, las Cortes nuevas. Según la Nota oficiosa del Consejo de ministros, de acuerdo con la aspiración del país, las elecciones próximas serán fiel reflejo de la voluntad del Cuerpo electoral, a cuyo fin pondránse en vigor procedimientos que contrarresten las influencias oligárquicas.

Es indudable que para el Gobierno era este el único camino de una actuación fecunda que pudiera consolidar su mantenimiento en el Poder.

España necesita otros rumbos, otros regímenes de conducta más en armonía con la transformación del mundo, y para ello se requiere desvincular el feudalismo político y transfigurar radicalmente lo que la política tiene de profesional, rutinaria y aviejada por abuso o por mal uso.

Ahora no son sólo los partidos los que deben indicar al pueblo los candidatos. La ficción va a concluir o, por lo menos, ha de experimentar gran quebranto. Que juntos a los candidatos presentados por las agrupaciones políticas, respondiendo a normas e ideales de su credo, vayan otros candidatos presentados por las poblaciones, que únicamente ofrezcan en su programa administración, intereses, anhelos prácticos y positivos de la vida ciudadana.

No se puede transigir con el monopolio de las representaciones meramente políticas. Necesarios son los mandatarios de ese carácter para la orientación general de la política nacional, y por la influencia que las ideas y doctrinas ejercen en la Gobernación del Estado; pero también los son los factores qne en un plano más inferior, fuera de las convicciones y credos, llevan investida la aspiración de la vida local.

Pueblos de Córdoba.—Espiel

¿Qué duda cabe que el representante directo de una ciudad, no designado por un partido, sino elegido espontáneamente por sus conciudadanos, es más libre y se halla en mejores condiciones de hacer que los que están sujetos por compromisos, consignas y normas disciplinarias de grupo?

Sevilla debe cifrar su pensamiento en beneficio de una regeneración de la ciudad, en hombres no ligados al profesionalismo político. Presente este los suyos; pero que Sevilla vaya al mismo tiempo a los comicios y saque de las urnas otros elementos que no a título de libertad, republicano o conservador, sino a título de ciudadano, trabajen exclusivamente por una acertada administración, por la higiene, por la vivienda, por el mejoramiento del obrero, por todos los problemas que constituyen nuestros legítimos anhelos.

«El Liberal», en consonancia con esta orientación, prohijará a los candidatos que se presenten con tal carácter. Irá más lejos: debiendo dar el ejemplo, intervendrá de un modo más directo en la lucha.

«El Liberal» tendrá su candidato, para el que recabará el voto de los sevillanos. Y como esto es sacrificio, puesto de honor, responsabilidad y trabajo, ese candidato será su director, que con el carácter de absolutamente independiente, ofrecerá un programa a los electores, concorde con las aspiraciones locales.

No combatimos a las ideas políticas, sí a la politiquería y el empequeñecimiento de los bandos, que a tan triste estado nos han traído.

Pensando siempre en nuestra amada Sevilla, en su porvenir, «El Liberal» iniciará en breve que su conciencia cívica se manifieste libre de amaños y corruptelas.

Hay que realizar por Sevilla una obra grande y difícil, y ni la responsabilidad ni el esfuerzo deben ser patrimonio de unos pocos. La ciudad entera ha de exterforizar su voz y su mandato. entresacando del vasto círculo de la ciudadanía los nuevos hombres que la representen.

MARÍA

Se llamaba lo mismo que la Virgen, María;
de su rostro emanaba un candor virginal;
su cabello era rubio y los labios tenía
encendidos y rojos lo mismo que el coral.
La conocí en un baile de máscaras... Discreta
escondía las blancas manecitas ducales,
mientras que tras el rojo raso de la careta
me herían sus miradas lo mismo que puñales.
¡Ah, la dicha inefable de toda la noche aquella,
transcurrida balsando con una mujer tan bella!
¡Ah, las horas pasadas que ya no han de volver...!
¿Qué habrá sido de aquella muñequita adorada?
¿Estará aún soltera o estará ya casada?..
¿Qué habrá sido de aquella misteriosa mujer...?

Antonio Morilla de la Torre

El localismo toledano

Los toledanos residentes en Madrid, a quienes sus paisanos de aquella provincia requirieron por medio de la Prensa, para que les prestaran apoyo en su cruzada renovadora en pro de los intereses y anhelos regionales, han contestado a aquella solicitud con el siguiente documento:

Faltaríamos a los más elementales deberes los toledanos aquí residentes si no constestáramos al requerimiento que, por medio de la Prensa, nos han dirigido nuestros paisanos: santa en su elevación moral, tan levantados sus propósitos, verdaderamente de enmienda, tal la copia de sus firmas prestigiosas, cada cual en su campo y esfera, que no sólo merece respuestas, sino también aplausos calurosos, seguimiento estusiasta, adhesión firme, firmísima, «con alma, vida y corazón».

Son graves y críticos, por demás, los momentos que atravesamos, para que podamos permanecer indiferentes ante el hermoso movimiento político-social que señala un alto y nueva etapa de ruta en la vida de nuestra provincia. En buena hora o, por mejor decir, en hora muy oportuna se ha producido: cuando para todos, altos y bajos, instituciones y clases, Cuerpos e intereses, su problema se había agudizado hasta plantearse en términos «como de ser o no ser», y la idea de «renovación» asomaba a las mentes para fecundar voluntades, acciones y conducta.

Nada más halagüeño ni consolador que esa reacción iniciada por hombres de buena voluntad que, aleccionados por triste experiencia, quieren libertarse y libertar a su tierra de añejos errores y viciosas prácticas, proclamando como lema de su actuación en la zona pública: verdad, sinceridad y rectitud en todos los momentos del proceso político administrativo. Si por todas partes cundiese movimiento semejante se restablecería el «pulso» de nuestra patria y se alzaría en plena normalidad de sus oficios a conquistar el papel que le está asignado en el concierto de los pueblos modernos.

A esmaltar aún más la virtud reconstituyente del acto de nuestros paisanos contribuye la declaración terminante que hacen de huir de todo personalismo: por él, ni se excluye sistemáticamente a nadie ni a nadie se llama especialmente, y a él pueden incorporarse todos los hombres de corazón sano y recta conciencia, aun comulgando, por otra parte, en las más diversas ideas o entroncados en las distintas filaciones políticas. El sólo saca a luz un momento formal en el que todos están o deben estar interesados, a saber: abstención del Poder central de todo lo que no sea ejercicio legítimo de autoridad y omisión completa por ende de aquellas injunciones que estorban o falsean las libres iniciativas de la provincia en la designación de sus representantes.

Conocemos bastante a nuestros paisanos y hemos leído y meditado su carta, y o mucho nos equivocamos o entendemos que lo que quieren es una obra de purificación, de verdadera redención, de renovación en todo el vigor de la palabra.

La substancia de su decisión, la íntima esencia de sus determinaciones consiste en laborar por el bienestar común, con rectitud de intención, probidad en la conducta, austeridad en la vida toda, con la abnegación y el desinterés que hace perfectos a los hombres y grandes a los pueblos.

Para ello exige como primera condición: que reine la más absoluta sinceridad y la seriedad más completa en los primeros pasos del proceso político-administrativo. Lo demás... es decir, que la justicia precisa en el resto de su ulterior desarrollo... eso... vendrá por añadidura.

Si así es, como no dudamos, cuenten con el incondicional apoyo de sus paisanos.

Madrid, 5 de Enero de 1917.

Felipe Clemente de Diego, catedrático de la Universidad Central; Francisco Gómez Hidalgo, director de *El Día*; Fernando Caldalso, inspector general de Penales; Angel Vegue y Goldoni, catedrático de la Escuela Superior del Magisterio; Emeterio Mazorriaga, catedrático de la Universidad Central; Gustavo Morales, ex diputado y ex senador por Toledo; Sixto Pérez Rojas, redactor jefe de *A B C*; Eusebio Bejarano, abogado; R. Pérez Molina, joyero; Antonio Espina y Capo, médico y senador: Emilio Grondona, ingeniero; Cirilo Palomo Montalvo, oficial de la Dirección de Registros; L. Gregorio Mazorriaga, abogado; Gregorio de Diego, abogado; Sandalio Díaz Tendero, abogado; José Gómez de Alía, teniente coronel retirado; Mariano Díaz Alonso, ingeniero; Pedro Cifuentes, médico; Antonio Ruiz de Villa, abogado; Perfecto Díaz, industrial; Federico Leal, redactor de *El Universo;* Crescente Merino, abogado; Francisco de Paula Grondona, abogado; Daniel Sánchez de Rivera, médico; Gregorio Corrochano, redactor de *A B C*; Federico Díaz González, propietario; Rómulo Muro, redactor de *A B C;* José Manuel Santos, redactor de *El Eco Toledano*, en Madrid; Aurelio Notario, profesor de la Escuela de Ingenieros; Alberto Caamaña, redactor de *El Día;* Antonio Mazorriaga, abogado; Siguen las firmas en número que no es posible reproducir en totalidad.

Presidencia del banquete celebrado en Córdoba en obsequio de don Francisco Cambó paladín del regionalismo español
Fotografía de A. Torres

El alzamiento de Andalucía contra los caciques

Manifiesto de los regionalistas de Jaén

Las circunstancias excepcionales por que atraviesa España y la precaria situación a que la han conducido los desaciertos de los encargados de su gobierno, vienen produciendo un descontento general en la opinión pública que se ha traducido de distinto modo en la conciencia de los ciudadanos, según la psicología especial de los mismos. Unos, los más decididos o castigados, han exteriorizado su rebeldía de modo ostensible, pero sin orientación fija ni dirección adecuada, y por lo mismo, sin resultado práctico apreciable; otros, menos resueltos o incapacitados circunstancialmente para una protesta activa, se han sometido tácitamente al régimen oligárquico actual, resignándose a permanecer inactivos haciendo protesta de independencia, mal entendida, puesto que la han reducido a no intervenir para nada en la vida pública, contribuyendo así con su apatía a la ruína de la Nación, dejando hacer a los que, más osados y menos escrupulosos, se encargaron de la dirección del país, más atentos al medro personal y a la satisfacción de sus ambiciones que al engrandecimiento de la patria.

Este sistema ha dado por resultado que ese gran núcleo de elementos sanos, inactivos unos y sin orientación definida los otros, formen un gran conglomerado de ciudadanos que pudiera constituír una masa eficiente para formar un pueblo fuerte, consciente y que respondiera a las tradicionales grandezas de nuestra patria; y, sin embargo, por obra y gracia de esos procedimientos viciados, explotados por los más osados, que han sabido con ellos labrarse el pedestal para su encumbramiento, resultan todos sometidos a un menor número de individuos, acaso los menos capacitados, que constituyen esa oligarquía que viene laborando contra la prosperidad y engrandecimiento de nuestro país.

Estas enseñanzas nos marcan el camino que debemos seguir; ha llegado la hora de que desechemos la apatía que nos consume y nos aniquila; debemos unir nuestra voluntades y nuestra aptitud para crear un pueblo fuerte y capacitado para regir sus destinos; formemos ese pueblo consciente; constituyamos en esta provincia esa fuerza positiva que han de integrar los Municipios andaluces, para que de acuerdo con las demás provincias hermanas, hagamos de Andalucía lo que tenemos derecho a que sea, una Región fuerte, culta y rica, en donde concluya de una vez para siempre el predominio de los caciques y oligarcas; y que esta Región esté capacitada para colaborar con las demás al engrandecimiento de la Nación española.

Hechos recientes ocurridos en la vida pública, han puesto de manifiesto el desconcierto reinante entre los partidos encargados de usufructuar el poder desde la Restauración acá.

Hoy no son necesarios partidos que ejerzan tutelas, sino asociaciones de ciudadanos conscientes de sus deberes y de sus derechos, que lleven a las alturas del poder las ansias de las Regiones, de ese conglomerado de pueblos y de gentes que ha conservado de hecho su definida personalidad, aunque de derecho lo haya borrado una artificiosa división administrativa, porque en ellos hay comunidad de costumbres, usos e ideales, que son los que forman el carácter de los pueblos; y esos hombres, que serán mandatarios de sus conciudadanos, y no dependientes de un jefe de partido, terminarán con la funesta oligarquía que, no por derecho consuetudinario, sino por viciosa rutina, ha continuado enseñoreándose del poder.

Los viejos partidos se hunden, se desmoronan, y caen envueltos entre sus escombros los últimos caudillos. La gestación de la última crisis prueba la inconsistencia de

aquellos por falta de apoyo en la opinión pública. No habrá que recurrir a complicados artificios de razonamiento para convencer, hasta a los más crédulos e inocentes, de la farsa sobre la que se asienta el inestable tinglado de la vieja política.

Y cuando todos nos hallamos convencidos de esa triste verdad ¿vamos a dejar que continúe este estado de cosas, contrayendo ante la nación y ante nuestra propia conciencia la grave responsabilidad que nos alcanza por tan punible abandono y criminal indiferencia?

Es absolutamente indispensable que todos salgamos en los críticos momentos actuales de esa apatía que, hasta ahora, se ha considerado tan genuinamente castiza y, aunando nuestros esfuerzos, hagamos una España grande, poderosa y fuerte que pase a ocupar el puesto que por derecho le corresponde en el concierto de las grandes potencias.

En esa desorientación que precisamente ha de seguir al desmoronamiento de los partidos, sobre todo aquí donde tan aficionados somos a que nos den las ideas hechas, es necesario marcar una orientación definida a la opinión, para evitar que caiga en extremos quizá más viciosos que los que ahora terminan.

Nada de partidos políticos, según el sentido que hasta ahora se le ha venido dando a esta palabra. Nada de banderías. Nada de agrupaciones fulanistas ni menganistas, con su cacique que dispone a su arbitrio de vidas y haciendas. Nada de deslumbrarse con los viejos tópicos, que tanto han servido para engañar incautos.

Huíd de sectarimos de colores y pensad que, ahora mismo, todos los problemas de que hablan las vestales de la vieja política, social, militar, naval, religioso, etc., etc., se hallan supeditados a uno que fundamentalmente sirve de piedra angular al soberbio edificio que los demás formen, y éste es el problema económico. A él hay que concretarse por el momento; a él tenemos que dedicar toda nuestra atención, porque en él se asienta la vida, y cuando en un organismo la vida falta, el organismo se destruye.

¿Y por dónde hemos de empezar esa regeneración que solucione el problema económico? Por los Municipios. El Municipio es el eje de la vida de los pueblos, y afianzar la personalidad del Municipio, es robustecer la vida de aquéllos.

No es el Municipio el alcalde impuesto por el cacique con su cohorte de concejales, prestos a secundar las órdenes del jefe, y su compañía de empleados, obligados por el agradecimiento. El Municipio es la comunidad de intereses de los hombres que viven agrupados en un mismo pueblo; es la garantía de los derechos de todos y el que obliga a cumplir con los deberes de ciudadanía; el Municipio, en una palabra, lo somos todos, porque todos le damos vida y todos la recibimos de él.

Es el afianzamiento de la personalidad municipal que traerá como consecuencia el de la personalidad regional, porque, como decimos, la Región es el sujeto natural de la nación en el que, desde las condiciones del suelo hasta la comunidad de usos y costumbres, le dan carácter de independencia y de autonomía.

Hemos de hacer constar, para adelantarnos a espíritus malévolos o asustadizos, que el Regionalismo no envuelve idea alguna de separatismo, y que, lejos de desmembrar la nación, convirtiéndola en una especie de estados de Taifas, con él se robustece el espíritu nacional y la idea de patria se ensancha, uniendo en fraternal abrazo a los melancólicos gallegos con los alegres andaluces, a los laboriosos catalanes con los austeros castellanos, y a los felices habitantes de la risueña huerta valenciana con los desgraciados que esconden su miseria y su incultura en esos yermos, baldón de ignominia de una nación civilizada, que se llama las Hurdes.

Todos, dentro del amor que sienten por su región, tienen un amor más grande, más amplio, que no se encierra en aquellos límites que están formados por sus campos, por su cielo, por sus cantos populares, por su habla típica, por sus romerías, por los usos de su tierra, sino que se ensancha tanto y tanto que abarca desde la cumbre de los Pirineos hasta el estrecho de Gibraltar; y espiritualizando ese amor se alarga tanto, que llega a abrazar más allá del Atlántico a los hermanos que en la fecunda tierra americana hacen vibrar el aire con el habla sonora de Castilla.

Sintetizado, nuestro programa es el siguiente: afianzamiento del Municipio y de la Región, como base fundamental de la reconstitución económica, único medio que puede conducir a regenerar la patria, dentro de la unidad nacional; anulación de la vieja y fracasada política; destrucción absoluta del caciquismo, por considerarlo altamente pernicioso para la vida nacional; y en suma, honradez administrativa y cesación de todo lo que signifique favoritismo o despilfarro.

Con este sencillo programa se puede hacer una España que inspire respeto; una España de hombres laboriosos, que se haga conocer más allá de los Pirineos, por su industria, por su comercio y por su cultura, para que cese de una vez esa leyenda de la España de pandereta, pródiga en toreros y en mendigos; a esto aspira el regionalismo andaluz.

Si alrededor del núcleo que hemos formado unos cuantos hombres de buena voluntad os asociáis, para que todos trabajemos animados de un mismo noble ideal, llegará un día en que, por el negro horizonte de la España actual, surgirá una resplandeciente aurora de otra España más vigorosa.

La Junta Constituyente, *Pedro de las Parras.—Lázaro Junquera.—Emilio Alvarez Zomarriba.—Inocente Fe.—Juan A. Porras.—Rafael Montoro Carrére.—Francisco Valladar.*

ALMA ANDALUZA

III

El alma andaluza y las corridas de toros

Mucho hemos meditado antes de decidirnos a disertar acerca del tema, epígrafe de este capítulo. A ser posible hubiéramos evadido tal compromiso porque, en la materia de que tratamos, luchan entre sombras por esclarecer la verdad, tan discutida hoy día, opiniones autorizadas de admiradores y detractores de las corridas de toros.

Como cosa peculiar y propia del alma andaluza habremos de ocuparnos de la «fiesta nacional», cuidando ante todo de no herir las suceptibilidades deuno y otro bando entrando en pormenores que, a más de no hacer al caso, pueden resultar enojosos.

Ateniéndonos al relato histórico, deducimos que las corridas de toros datan de la más remota antigüedad; en Tesalia y Mauritania, así como en Roma en la fiesta denominada Taurilia, se corrían toros.

Don Dicolás Fernández de Moratín, dice:

«La ferocidad de los toros que cría España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la más remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia o ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; sólo pasaré a decir que, habiendo en este territorio la previa disposición en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercitado esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, o ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, a las cuales perseguirían en los primeros siglos a pie y a caballo en batidas y cacerías».

Luego, según parece, las necesidades de la vida hicieron que los hombres lucharan con los toros en la selva, igual que lo realizaran con las demás fieras; el riesgo de tales empresas motivó el hecho de que, cuantos las realizasen, redoblasen su astucia para burlar la feroz acometida. El que en tan titánica lucha lograba dar muerte a un toro, era aclamado por su temerario valor.

Entonces, la nobleza española, a más de los torneos, organizó un nuevo espectáculo; y el pueblo que aclamara con frenesí al Cid Campeador, después de verle derrotar en justa lid a una decena de caballeros, allá por el año 1,040 contempló estupefacto a Rodrigo Díaz de Vivar alanceando un toro.

Carlos V hizo lo propio en la plaza de Valladolid. También se distinguieron como rejoneadores notables Hernando Pizarro, conquistador del Perú, el duque de Medina Sidonia, Diego Ponce de León, y en Córdoba, Pedro Aguayo de Heredia.

Andando el tiempo, prescindióse del caballo, y hubo quienes ensayaron el dar muerte a los toros, a pie; la lidia de tales reses fuese modificando, aumentó la afición a la fiesta, se idearon suertes nuevas, y, cediendo a un noble afán de gloria y dinero, aparecieron, con el popular Francisco Romero, los profesionales del toreo.

Desde luego podemos afirmar que, si no fué Andalucía la cuna del toreo, en ella arraigó con más firmeza que en ninguna otra región la clásica fiesta de toros. ¿Qué causa pudo motivarlo? ¡Quién sabe! Tal vez lo deba al fuego de su sol, al ardiente temperamento de sus hijos.

Indudablemente, es un espectáculo magnífico dentro de lo sangriento. El circo taurino tiene por techumbre la bóveda celeste, y por luz, la que irradia ese luminar incomparable que se llama sol.

En las tardes de corridas es deslumbrador el aspecto que ofrecen las ciudades andaluzas; a cada momento óyese sonar de cascabeles anunciando el paso de un coche ocupado por bellísimas manolas, tocadas con la mantilla blanca o el pañolón de Manila.

Se puede adquirir una idea de lo

Regionalistas andaluces.—Merced al resurgimiento en ella iniciado, el esclarecido nombre de Córdoba vuelve a obtener en España una significación propia y bien ganada, particularmente desde el punto de vista de las luchas de carácter intelectual y social, y entre los nuevos valores especialmente aportados al patrimonio de la ciudad gloriosa, que en justicia se proclama en su escudo «clara fuente de sabiduría», por una juventud bien preparada que ahora se incorpora a las luchas de la realidad palpitante, figura con altos títulos don Federico Castejón y Martínez de Arizala, aquel buen estudiante que no hace mucho cursaba con brillantez la carrera de Derecho y aún hallaba lugar para destacarse como escritor correcto y enjundioso en las columnas del *Diario de Córdoba;* aquel que luego fué a Italia pensionado por el Gobierno español para que ampliase sus conocimientos y que, a la par que cumplía esta patriótica finalidad de su viaje, preparaba libros de tan segura e importante composición como los publicados luego con los títulos de «Nuevas direcciones del Derecho civil en Italia», «Legislación penitenciaria española» y «Teoría de la continuidad de los Derechos penal y civil»; aquel que regresase a España para en reñidas oposiciones ganar en Madrid la cátedra de Derecho Penal en la Universidad de Sevilla; este, en fin, que ahora vuelve a Córdoba la buena para hablarle, recogiendo el aplauso y la simpatía de todos, desde el Teatro Circo del Gran Capitán, exponiendo en admirable conferencia, concienzuda y brillante, el ideal de salvación del regionalismo andaluz, movimiento de patriótica liberación que en la comarca nuestra va alcanzando intenso y bien arraigado influjo, comprendiendo y amparando bajo una denominación común a una legión incontable de espíritus generosos, desde el intelectual dominado por el entusiasmo de la juventud, hasta el abandonado rebelde del campo, el pobre hermano de protesta que antes era violentamente echado de los rígidos moldes de la legalidad y sañudamente escarnecido con las denominaciones que los espíritus superficiales o ladinos atribuyen a las desesperadas formas que el malestar de todos produce en el obrero de la tierra de nuestra esclavizada Andalucía.

que es la «fiesta nacional» contemplando esas panderetas con pinturas que representan escenas y aspectos del toreo y de las plazas. Porque el circo taurino, al empezar la corrida, no es otra cosa que una gigantesca pandereta pintada, en la que, por arte de ilusoria fantasmagoría, hánse animado todas las figuras.

El alma andaluza, que anida en el pecho de las castizas manolas, mientrar dura la corrida, unas veces suspira y otras aplaude. Y el alma española ama la fiesta de toros, porque ese es el sentir del alma andaluza, su hija más bella y más buena.

Epílogo

Al llegar a este punto háse terminado nuestro «estudio». Réstanos, pues, demandar cumplido perdón para nuestra singular osadía.

El alma andaluza se nos muestra —repetimos—bajo la apariencia de hermosa y soñadora mujer que, tocada con la clásica mantilla blanca, lleva prendido sobre el pecho un rojo clavel.

Esa belleza andaluza tiene:
En su alma: la Religión.
En los ojos: la Poesía.
A flor de labio: la Copla.
En su cuerpo venusiano: el secreto de la Danza.
En el corazón: amor a las flores.
En su mente privilegiada: el sublime conocimiento de cuanto vale y es la sin par Andalucía. Su orgullo mayor es ser andaluza.

Es el alma andaluza altruísta como ninguna, y, para darla a conocer en breves frases, diremos, con el gran pensador Comte, que ella: «ahonda sus raíces en las desconocidas profundidades de lo pasado, abraza el presente y penetra en lo insondable e infinito del porvenir.»

Antonio Moya.

NOCHEBUENA

En mi hogar dejó su huella
la Implacable. Helado cierzo
apagó las existencias que, cual lámparas (sagradas,
alumbraban a mi alma.
Hoy está mi hogar desierto
y sellado con el rastro de la muerte,
ese rastro misterioso, frío, negro...

. . . .

En la espaciosa cocina,
junto al fogaril casero
en cuyo centro, las llamas
rimaban baile dantesco;
en animado consorcio
con el vino y el jaleo
de rabeles y carracas,
de zambombas y panderos;
escuchando de la lluvia
persistente, el tintineo,
el crujir de las maderas
y los gemidos del viento:
allí, en aquella cocina
de mi casita del pueblo,
pasaba la Noche-buena
junto a mis hermanos tiernos,
junto a mis padres queridos,
junto al venerable abuelo,
junto a la mujer amada...
Sólo a mis hermanos tengo.
Como aquellas Noches buenas
los demás seres se fueron
para dormir en la tumba.
La férrea mano del tiempo
no borrará de mi mente
el indeleble recuerdo
de aquellas noches, pasadas
junto al fogaril casero,
con pan, cariño, ilusiones
y amor; gozando el compendio
de la vida alegre, sana
y patrialcal de los pueblos.

. . . .

Esta Noche-buena, hermanos,
aún vivimos
todos bajo el mismo techo.
Esta Noche-buena triste
no tenemos
de nuestros amados padres
las caricias y los besos.
Venid junto a mí, que soy
el más fuerte; yo os defiendo.
No lloréis; rezad, oremos
porque nuestro hogar no acabe,
porque Dios borre ese sello
que en el mismo dejó el rastro de la (muerte,
ese rastro misterioso, frío, negro...

Antonio Arévalo.

Este periódico se ocupará de las obras, tanto científicas como literarias, cuyos autores nos remitan dos ejemplares. Esta condición es indispensable.

MORANO EN ANDALUCIA

I

—¡Hombre, Morano, enhorabuena! ¡Ya se lo de Andalucía!

—¿Lo de Andalucía? ¿Qué sabe usted?

—Lo del millón. ¿No ha ganado usted un millón?

—¡«Parmeno»!

—¡Ah, demonio! Me lo ha dicho un sevillano. ¿Acaso no es verdad?

—¡Pero «Parmeno»...! Ese abominable sevillano será la estampa de la mentira.

—¡Por Dios, no! Un sevillano se equivoca, amplifica, agranda, pero no miente. ¿No ha traído usted un millón de reales...? Pues habrá traído un millón de perras gordas, o de perras chicas, o de céntimos...

—Y si le confieso que me he dejado allí unos billetes, ¿declarará usted que ha mentido su informador?

—¿Por qué? De ninguna manera. Si ha dejado usted allí unos billetes, ocho, por ejemplo, mi paisano, acordándose de que Fulanito dejó diez, y Menganito, quince, y Zutanito, veinticinco, pensará que su pérdida, comparada con la de los otros, es ganancia, y afirmará, con una buena fe absoluta, que su triunfo ha sido soberbio. «Ha ganado un millón.» Pero esto lo mismo pueda significar que haya usted ganado media peseta, como que haya usted perdido mil duros. En Sevilla, afortunadamente, no se habla jamás en sentido recto. Tienen demasiada sal en la mollera los paisanos de Mañara.

—¡Ah! Entonces he ganado el millón. Me ha convencido usted.

—¿Y en qué puntos fueron sus beneficios más importantes?

—Yo creo que en todas partes han procurado enriquecerme con igual generosidad. En Huelva se portaron bien. ¡Si no hubiese sido por unos títeres que había en la plaza...! Pero, figúrese usted: por cuatro reales que costaba la silla de preferencia, podía un caballero admirar a un burro que sumaba y a una doncella que, sosteniéndose con un pie sobre un caballo que tenía el lomo como una mesa de billar, se bebía un refresco, y a un señor que se tragaba un sable y se extraía de los fondillos una cotorra y un besugo... Sin cotorras, sin besugos, sin caballos gordos y sin borricos sabios, sólo con dramas y comedias, ¿cómo me iba yo a defender?

—Y en Sevilla, ¿tropezó usted también con gente de circo?

—No. En Sevilla mi rival fué el sol.

—Pero... ¡qué sol, amigo Morano!

—¡Colosal!

—¡Qué hermosura de sol, qué gracia de sol...! Rubio como ninguno, ¿eh?

—¡Digo!

—Y alegre y benévolo con las pobres criaturas...

—¿Benévolo...? Amigo mío, lo que es en Agosto... Y, con los actores, ni en Noviembre...

—¿Pues?

—Porque, con sus caricias, entusiasma demasiado a la multitud y la hace huir de la luz artificial. Unos paseítos bajo «el rubio», unos chatos, o unas cañas... y al catre.

—Pero, los aristócratas...

—Los aristócratas no van en Sevilla al teatro más que en la temporada de feria.

—Bueno; pero los burgueses...

—A los burgueses estas obras modernas, descarnadas y audaces les indignan. Sevilla es una de las poblaciones más honestas de España, a pesar del pueblo, que se ha maleado de tal manera con el abuso de la lectura, que comprende lo más difícil y aplaude lo más radical.

—Sí. El pueblo aquel tiene algo de sol en la cabeza.

—Yo no olvidaré sus aclamaciones. Y tampoco olvidaré que, llenando la galería, me ayudó a ganar el millón.

—Y Córdoba ¿qué le ha parecido?

—Estupenda. Eminentemente árabe. ¡Qué Mezquita, amigo! ¡Y qué majestad la de Rafael Guerra paseando por aquellos portentosos callejones!

—¿Ganó usted mucho?

—Mucho, mucho, no. Un día anuncié un estreno con 5.000 programas, 10.000 octavillas y un artículo en cada periódico... y a las cinco de la tarde se habían vendido dos entradas de cazuela.

—Como que no hay nada mejor que anunciar.

—Cierto es. Sin el anuncio y con la misteriosa enfermedad que mata a los cordobeses, porque cada día mueren sesenta setenta ciudadanos...

—¿Será tifus la enfermedad?

—En aquella tierra de maravilla ni en el teatro hay «tifus».

El capitán del Regimiento de la Reina señor Marcos, de la comisión organizadora de los festejos en honor de la Patrona del Arma, y la bella artista Carmelita Sevilla, que intervino en aquellos, siendo muy aplaudida.

—Pues en Granada, y gracias a usted, lo hubo en cierta ocasión.

—Sí.

—¿No ha vuelto ahora a Granada?

—Pero he podido volver.

—Luego lo que se contó de sus insultos al «tifus»...

—Fué mentira. Aquella vez estaba yo embolsándome el millón, como me lo he embolsado ahora, y, naturalmente, mi júbilo no sorprendía por lo estrepitoso. Hasta llegué a molestarme un poquitín, y recuerdo que una madrugada, después de elogiar la belleza arábiga de la población, incurrí en la debilidad de quejarme del desvío del público. Y se me echó encima el director de un periódico: «Pero ¡si están hartos de comedias! ¡Si han visto diez compañías de verso..! Le admiran a usted; pero, mientras no se vayan los de género chico, no le irán a ver ni de balde». «¿Que no?» Y repartí el teatro, que se llenó hasta los topes, y, mediada la comedia, le dije al apuntador: «Tú, abajo la cortina, que, para trabajar graciosamente, ya he divertido bastante a estos caballeros». Y no pasó más.

—¡Ah! Pues eso es bien poca cosa.

—Como que no perdí ni un adarme de simpatía. Verdad es que la grandeza de mi renombre en aquellas tierras es tan increíble... En Granada me echaban flores: «¡Ole los cómicos serios con agallas de cómico serio!» Y ahora me ha ocurrido lo mismo. Pasaba en Huelva por una calle y oía decir· «¿Tú no zabes quien ez eze? Poz un artó tan fenomená que tira de ezparda. Como que ya me ze va antojando dí a verlo.» Y declaraban en Sevilla: «¿A ese? ¡A ese gachó le toca las parmas hasta er Girardiyo! Y se la vamos a tocá nosotros, porque quisá sea la pura lo que disen de su mérito.» Y afirmaban en Córdoba: «¡No va nadie ahí! ¡El Lagartijo de los dramas! ¡Lo tenemos que vel pa que no mos lo cuenten!»

—Caray, es una cosa conmovedora. Ni siquiera lo discuten a usted.

—Como no me han visto...

—Pero, señor, precisamente lo que no se ha visto es lo que se discute con más encono.

—Es verdad. Sino que la gente Andaluza es tan correcta, y tan amable... Es la única que perdona las equivocaciones, que se ríe sin herir.

—Dígame, dígame. ¿Ha estado usted expuesto alguna vez a que se le ría el público en una situación dramática?

—Dos veces en una misma noche. Fué una noche en Bilbao, durante una representación de «Don Alvaro.» Tiré la pistola, para que la fatalidad la disparase y cayera redondo el marqués, y... Bueno; usted sabe que en «Don Alvaro» se encargan del papel de la fatalidad dos sujetos; uno, acurrucadito bajo la mesa, al sentir el golpe que da, al caer, la pistola del protaganista, dispara, y el otro, que acecha entre bastidores, dispara también, si no oye el tiro de su compañero. Pues aquella noche sufrí humildemente los insultos del marqués —que era Manolo Vico— ; arrojé, desesperado, la pistola, y, en vez de la detonación que esperaba, sonó un chas-chas que me espantó.

—¿No salieron los tiros...? ¡Es terrible!

—¡Y tan terrible! Como que sin el tiro no hay obra. ¿Mataba yo al marqués de una estocada? ¡Pero si al marqués no le mata el indiano, sino la horrenda casualidad! Y, para que le matase, le dí una orden a Vico: «¡Una apoplejía, Manolo! ¡Finge una apoplejía o un ataque al corazón, y muérete!» Manolo—¡buen artista!—empezó a tambalearse como un bergantín cogido por una galerna, espoleado por los gatillazos de los representantes de la fatalidad, y se desplomó de un modo soberbio. Y entonces... ¡pum, pum!

J. López Pinillos.

Buscando tristezas patrias

—

La mujer y el problema de su cultura

A don Miguel Costea, querido amigo y compañero.

Se habla con frecuencia de la incultura de nuestros ciudadanos para explicarnos lógicamente la continuidad, sin duda por inercia de viejos vicios nacionales. Atribúyese a esa ignorancia males tremendos y seguramente ciertos, de carácter público unas veces, sociales otras, pero siempre vitales para el progreso y la dicha de España. Los que así discurren no han olvidado la fórmula de Joaquín Costa, esa expresión sintética de la miseria material y espitual de una raza, y que debiéramos llevar clavada los ciudadanos españoles en lo más profundo de nuestro cerebro y en lo más íntimo de nuestro corazón. Muchos españoles sienten todavía por fortuna, aparecer con frecuencia la trágica visión de aquella España apolillada por los horrores del caciquismo, que el solitario de Graus fustigó con su soberbio gesto de honrado patriota, apostrofó con su palabra elocuentísima, emocionante para el pueblo como ninguna otra, y anatematizó con su pluma enciclopédica, con los más negros colores del cuadro vergonzoso y desolador de la España vieja, la ignorancia de los gobernantes y el servilismo de los gobernados.

Los escritos no menos profundos y demoledores de Macías Picavea, el inolvidable profesor de Valladolid, derrumban añejas doctrinas, creencias erróneas defendidas por la vieja España con un humorismo refinado, que aspira a ser pícaro y que sonríe o se burla, cuando debiera maldecir o llorase. Una de estas arcaicas doctrinas consiste en desdeñar, con un arrogante desprecio, la cultura de la mujer. Aún más, hay muchos españoles, ganados por completo a la causa de las ideas, nuevas que en su fuero interno desaprueban la actuación cultural de la mujer y para los que no existe, por tanto, el magno problema de su educación.

El más vituperable de nuestros atavismos sociales, porque va contra seres débiles, la más inhumana tondencia, la teoría más caprichosa e infundada que nos ha legado la España del turno pacífico y de la organización feu dal, consiste en despreciar a la mujer que trabaja o aspira a trabajar con la inteligencia, pareciéndonos ridículos todos sus movimientos encaminados a tan alto fin, extravagantes todas sus aspiraciones y vacuas y vulgares todas sus obras y producciones.

El futuro de una nación mucho más que del hombre depende de la mujer. Si por arte mágica pudiéramos sugestionar en un momento determinado, un ideal a todas las madres de una nación, toda ella al cabo de unos años sería gobernada por él u orientaría su vida y su actividad hacia ese ideal.

Es absurdo e insensato exigir ciudadanía, espíritu calectivo o social, moralidad y carácter a hombres educados por mujeres a quienes la sociedad rudimentaria por este concepto, ha negado todos los derechos y a las que exige las más duras responsabilidades en lo que se refiere al problema transcedental de la educación y dirección del futuro ciudadano.

Montaigne, aquel hombre escéptico, de inteligencia sutil, de espíritu tan penetrante y de razón tan desarrollada que, contemplado a través de largo lapso de tiempo que de él nos separa, nos da la sensación de un ser cuyos sentimientos se han atrofiado, para que la razón adquiera un desarrollo monstruoso, se permite criticar de un modo irónico y burlón la educación de la mujer: ¡sin duda que al exalcalde de Burdeos se le pueden permitir conceptos que serían intolerables en un espíritu del siglo XX!

Rousseau, que tuvo tan amplios puntos de vista en la educación de Emilio, que ha inspirado métodos y procedimientos de enseñanza, que ha aproximado el niño a la Naturaleza y su educación al desarrollo natural, y que ha sido el precursor lejano de los paidólogos o psicólogos de la infancia, también al tratar de la educación de la mujer cae de su pedestal y su pluma se parece más a la de los preconizadores del absolutismo, que aquella mágica y soberana que escribió las

De la guarnición de Córdoba.—Sanitarios del Hospital Militar.

magníficas páginas del Contrato Social, del Emilio, y que glorificó la sinceridad humana en las Confesiones.

Muchos hombres proclaman todavía la abstención de la mujer en política y sociología, en la industria y comercio, en las artes y en las profesiones liberales, lo mismo que un día príncipes y señores preferían el llamado despotismo ilustrado al reconocimiento de los derechos del hombre. De índole muy variada son las razones que abonan y defienden con toda energía la educación de la mujer; pero son morales y sociales las más interesantes y por eso en ellas nos fijaremos más particularmente.

Siendo la mujer un espíritu y un corazón poseyendo más intensamente que el hombre sentimientos que dirigir y voluntad para obrar ¿qué razones que no vayan contra la Etica más rudimentaria y el derecho más elemental, permitirán que abandonemos lo que por naturaleza es perfeccionable? De índole sociológica, son las razones que más apremian, que piden determinaciones inmediatas para la resolucion del gran problema de la educación femenina. Educada la mujer, no se podrá explotar su trabajo del modo indigno que hoy se hace por empresarios o empresarias sin conciencia, legítimos descendientes de aquellos negreros que dejaron a la Historia su capítulo más deshonroso en casi todos los países que van hoy a la cabeza de la civilización. Educada la mujer, todas las que viven de su trabajo se asociarán y exigirán mejoras que no se concederán hasta que frente de la codicia de los que negocian con los débiles, no pongan la resistencia más vigorosa a las determinaciones de los fuertes.

Ramón y Cajal, en su obra «Reglas y consejos sobre investigación biológica», uno de esos libros de literatura científica que cautivan al lector desde las primeras páginas, estudia a la mujer con relación a las necesidades del hombre dedicado a la ciencia y la clasifica en cuatro tipos: la intelectual, la heredera rica, la artista y la hacendosa; se inclina por esta última, porque en España hasta hace pocos años, no ha aparecido el tipo de mujer de inteligencia cultivada que ama la cultura y que aspira lo mismo que el hombre a la afirmación de sus ideas y de su personalidad. «¿Con qué admiración, no exenta de envidia, dice el insigne maestro, hemos contemplado en algunos laboratorios extranjeros, esas paerjas dichosas, entregadas afanosamente a la misma labor, en la cual pone cada cónyuge lo más exquisito de su temperamento mental y de sus actitudes técnicas.»

Es tan absurdo como incomprensible el abandono en que se ha dejado en España ese problema que ha pasado a ser una realidad en los países más cultos del orbe. Es inútil que hablemos de cambios, de renovaciones, mientras la mujer, educadora natural del futuro ciudadano no sienta los problema nacionales y las vibraciones del espíritu público con el mismo calor, con la misma firme intensidad que los más ardientes patriotas. No se trata de que la mujer pierda ninguno de sus naturales encantos; se trata, sí, de cultivar, de desarrollar totalmente su espíritu, porque las direcciones futuras del pensamiento y las orientaciones nacionales del porvenir, están en manos de la madre, y, por tanto, todos los que niegan la eficacia de la educación de la mujer, se niegan a ellos mismos.

«Si antes de haber estudiado Anatomía, dice Spencer, cualquiera se dispusiese a manejar el bistu rí del cirujano, ¿no nos sorprenderíamos de su audacia y compadeceríamos a los enfermos?, y, sin embargo, los padres acometen la difícil tarea de educar a sus hijos, sin haber soñado nunca en preguntarse, cuáles son los principios de la educación física, moral e intelectual, que deben servirles de guía, y esto no nos inspira ni asombro respeto de los padres ni piedad para los niños, sus víctimas.»

Algunos hombres refutan la educación de la mujer con el siguiente argumento: que su preparación especial, su intervención en las ocupaciones y actividades de los hombres, está haciendo que el problema del trabajo, el de los jornales, etcétera, se recrudezca. Es indudable que la presencia de la mujer, como actividad económica, producirá efectos que se traducirán en cambio, tal vez en malestar en algunos momentos y en algunas localidades, etcétera; pero no olvidemos que el problema de la mujer es una parte de la totalidad del problema social; que su derecho a ganarse el sustento es innegable, y que la producción, así la material como la intelectual, ganarán aunque por el momento parezca que no, como ocurrió con la aparición del maquinismo, con la aplicación del principio de división del trabajo y con todas las grandes transformaciones económicas y sociales que ha experimentado el mundo.

El tono social, el ambiente cultural, el espíritu progresivo de la colectividad, no variarán en tanto no se afirme el principio del *derecho y obligación* que asisten a la mujer, para su total desenvolviento. La transformación más honda que puede experimentar la sociedad, es la de mejorarse moralmente el individuo y la de constituirse la familia, *el home de los ingleses*, en un centro en donde nuestras actividades encuentren confortable reposo, nuestros ideales estímulo y en donde los principios de una verdadera democracia encuentren su mejor asiento en las relaciones de todos los seres que viven en el mismo hogar. Esta transformación variará el contenido espiritual de la familia, y alcanzará su total desarrollo cuando la mujer sea un factor social reconocido, que será el momento en que se hundirán los últimos residuos del despotismo.

La guerra, esa inmensa tragedia, ese espantoso drama que va a cambiar la faz material y espiritual del mundo, resuena en España con estruendo inmenso, porque se derrumban las enormes organizaciones caciquistas que arruinaban y empobrecían los organismos más vitales de nuestra patria; esa guerra será la que libertará al pueblo rural, todavía esclavo de quien ve en esos humildes trabajadores de la tierra, los descendientes de los siervos del terruño, y, como apoteosis de tan hermoso cuadro, libertará a la mujer en España, la que al despertar de su letargo será un elemento formidable para el resurgimiento de nuestra raza.

Antonio Gil Muñiz.

CÓRDOBA

Regionalistas andaluces. Don Rafael Castejón, en quien armónicamente se reúnen el prestigio científico y el mérito literario, siendo ejemplo y orgullo de la juventud cordobesa por su sólida preparación y talento de visión amplísima, expresado principalmente con el hecho de la creación y funcionamiento de un Laboratorio de higiene y patología en el que ha obtenido diversas conquistas de positivo valor, como la del descubrimiento de una vacuna eficacísima contra el cólera de los cerdos, extendida por España y aún fuera de ella, y de cuya labor aún le queda tiempo suficiente para cumplir sus obligaciones de profesor de la Escuela de Veterinaria y expresar con la pluma y la palabra, en bellísimas producciones, el exaltadísimo amor a Andalucía que constantemeute inspira su espíritu inteligente y generoso.

Fotografía de A. Torres.

15 Cénts.

IMPRENTA CORDOBA MODERNA

CÓRDOBA

REVISTA SEMANAL INDEPENDIENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DE JUAN VALERA, NÚMERO 8

AÑO II | Sábado 29 de Diciembre de 1917 | NÚM. 71

El resurgimiento de Andalucía

La Asamblea regionalista de Ronda

Durante los días 12, 13 y 14 de Enero próximo, se celebrará en la ciudad de Ronda la Asamblea Regionalista de las provincias andaluzas. Son ya muy numerosas las adhesiones de andaluces recibidas para este acto. En él se votará la constitución política autonómica de Andalucía y se discutirán las ponencias, que han sido repartidas profusamente. Los núcleos regionalistas de toda Andalucía, enviarán representantes, que tendrán voz y voto en la Asamblea. Los asistentes de cada pueblo serán sus representantes.

Todos los que deseen asistir pueden solicitar tarjetas de Asambleístas de la Sección de Sevilla del Centro Andaluz y les serán enviadas inmediatamente.

En las presentes circunstancias, el regionalismo andaluz, que ya ha comenzado a triunfar en la vida pública de Córdoba, llevando una importante fuerza al Ayuntamiento y disponiendo de representación en la Diputación provincial, al hallarse representado en Ronda por las secciones del Centro Andaluz de Sevilla, Córdoba y Jaén, deja de ser una cuestión de mera propaganda teórica para convertirse en un decisivo elemento de acción, que impondrá en la lucha los ideales de sus doctrinas de renovación. Por acuerdo de dichas secciones, pasada la Asamblea de Ronda, se emprenderá, con motivo de las próximas elecciones generales, una activa campaña por las principales ciudades andaluzas, en la que los regionalistas andaluces contarán con la colaboración del ilustre paladín del regionalismo español, señor Cambó y otras personalidades, cuyos esfuerzos han de concurrir en la acción común iniciada para producir el alzamiento de Andalucía contra los caciques y devolver a nuestra región, con la plena reconquista de sus derechos, la magna importancia que en España debe alcanzar, por su extensión, riqueza natural y valor histórico.

Para la constitución de Secciones del Centro Andaluz, pídanse reglamentos a la de Sevilla, domiciliada en la calle O'Donnell, 7, 2.°

A la Asamblea regionalista de Ronda está encomendada la labor siguiente:

1.° Votar una constitución para Andalucía, ofreciéndose como base de discusión la Constitución Andaluza votada en Antequera por la Asamblea de 1883, suprimiendo o adicionando en ella cuanto los asambleístas estimen conveniente.

2.° Examinar el Extracto del Programa Regionalista, aceptado por las Secciones del Centro Andaluz, sugiriendo las orientaciones que con respecto a los extremos contenidos en el mismo se conceptuasen oportunas. Este extracto ha sido profusamente repartido y sobre todos sus extremos pueden versar las ponencias.

3.° Concluir un programa de reivindicaciones próximas, basado en el anterior.

4.° Acordar lo conveniente a la multiplicación de los núcleos regionalistas y a los órganos de relación de los mismos.

5.° Acordar los procedimientos de que deban valerse los regionalistas para hacer triunfar su credo en la próxima lucha electoral.

El plan

Presidencia de la reunión pùblica verificada por las Sociedades obreras de Córdoba para protestar contra el encarecimiento de las subsistencias.

de desarrollo del expresado programa ha sido fijado en esta forma:

Reunión previa de los delegados, el día 11 por la noche.

Primera sesión, el día 12: inauguración de la Asamblea y revisión de la Constitución.

Segunda sesión, el día 13: ponencias sobre el programa regionalista y de conclusiones próximas.

Tercera sesión, el día 14: puntos tercero y cuarto del Programa enunciado anteriormente.

Clausura de la Asamblea.

Jaén, Córdoba y Sevilla, comarcas andaluzas en las que más intensamente se ha producido el patriótico movimiento regionalista, concurrirán a la transcendentalísima asamblea de Ronda con representaciones muy numerosas e importantes.

En el kiosco de la calle de Sánchez Guerra, perteneciente a Andrés Gracia, se venden ejemplares de este periódico y se reciben avisos de suscripciones y anuncios.

La hermosa cancionista Conchita Ledesma, que actúa con extraordinario éxito en el Gran Teatro.

PALOMAS Y FLORES...

Poloma que altiva desafía al azar,
entre duras garras, en el robledal,
pagará la culpa de un necio valor.
Rasgarán sus alas, nieve virginal,
las uñas crujientes del halcón traidor;
comerá su carne feliz cazador;
beberá su sangre sañudo chacal...
Paloma: mirando desde el peñascal,
rapaz gerifalte te acecha en la loma,
y un hábil cetrero, tu eterno rival,
se ufana pensando que tal vez te coma;
guárdate en el blando calor del nidal,
para ti regazo de amor maternal;
guárdate en el nido sin volar, paloma.

. . . .

Rosa exuberante, gloria del rosal:
no escales el muro del callado huerto,
pasará algún fauno y al pie del tapial
luego deshojada, tu encanto habrá muerto.

. . . .

Doncella que en risas copias al cristal,
que tienes en labios flores de coral:
tu pecho es recinto que a nadie está abierto,
guarda los pudores de un alma claustral,
para las ofrendas del culto nupcial,
sin que me repliques cuando con acierto
tu paso en la senda yo aparto del mal,
que hay muchos galanes del lindo rosal
y no son muy altas las tapias del huerto.

M. Jiménez Maya.

Seguidilla cordobesa

Allegretto

espresivo.

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

sentido

ff

p

seco

C. Martinez Rücker.

La bailarina Crisálida, que actúa en el Gran Teatro.

NOCHEBUENA

Noche de remembranzas, Nochebuena,
en que se vive con la intensa vida
de un alma ardiente, de ternuras llena,
donde irradia la fe dulce y querida.
Noche de Navidad... ¡Cómo despiertas
en mi mente las pálidas memorias
de íntimos goces, de esperanzas muertas,
de fe y de amor, de dichas ilusorias!
¡Oh, cuánta vida! ¡Cuántos embelesos!
¡Cuánto afán, cuántos sueños y ternezas!
¡Cuánto rumor de risas y de besos
que alegran el vivir!... ¡Cuántas bellezas!
Pero todo es de ayer, todo se ha ido
cual se van de las brisas los rumores,
como se va el ensueño más querido,
como se va el perfume de las flores....
Hoy la vida que canta y ríe loca
de alegría y de amor; las cariñosas
frases que oigo volar de boca en boca,
como inquietas y blancas mariposas...
Toda esa extraña vida, ese indecible
palpitar de anhelantes corazones
que aman acaso un sueño, un imposible,
o la luz de inefables ilusiones...
Todo es halagador, todo despierta
en mí un profundo, indefinible anhelo...
Mas ya en mi pecho la esperanza incierta
no puede levantar su débil vuelo.
Por eso mi alma de recuerdos llena,
—dulces recuerdos de dichosos días—
en tus sombras hoy no halla, ¡oh, Nochebuena,
ni amor, ni fe, ni goces, ni alegrías.

Juan Castro.

Madrid 24 Diciembre.

NUEVO AÑO

En los primeros días de un año que nace, todo se agita en el fondo de la vida, cosas nimias y cosas grandes.

Algo misterioso nos envuelve, preñado de mil sombras imprecisas. Parece que todos esperamos un gran suceso, una transformación maravillosa, el descubrimiento definitivo... ¿Descubrimiento de qué? ¿De una luz? ¿De un sonido? ¿De una máquina?

Se siente algo que evoca a Whell, el gran fantaseador del porvenir, y parece que se levanta frente a nosotros un cruce de máquinas, una gran grua y un aparato de relojería, que van sedimentándose delicadamente hasta convertirse en un aparato diminuto y sutil.

Se piensa con pena en los jardines. ¿A cuál se restará un trecho? Aquel jardín de aquella ciudad ¿será devorado por las edificaciones, en vez de quedar en el centro, como el corazón de las cosas idas?

El nuevo año decidirá, tal vez, abrir la tierra en el sentido práctico proyectado, tenderá el teléfono entre puntos muy distantes antes incomunicados, unirá con un puente monstruoso dos cimas estupendas... quizá lleve el tren a pueblos milenariamente dormidos, abruptos, mundialmente incógnitos.

Y sobre las obras artísticas, los optimismos son más fuertes... El nuevo cuadro de Romero de Torres será una cosa novelesca y sensacional; en literatura, la última obra extranjera nos traerá la palabra decisiva y sencilla, la fórmula recia del amor y del altruismo.

¿La escuela nueva? Se la espera, pero teniéndola de antemano por pasajera, sabiendo que la siguiente recogerá sólo, entre sus extravagancias, lo esencial.

Más que nada, frente al año nuevo nos sentimos hoy como en una casa abierta francamente a los vientos, dispuestos con bondad a aceptar toda fortaleza de espíritu, todo vuelo, toda originalidad. Nos sentimos sin ningún fanatismo, pero con la atención muy despierta; y sin consejos que dar, porque ya nos hemos convencido de lo absurdo de intentar cambios inesperados en este cambio de fechas (el mentiroso «año nuevo vida nueva»). Una lógica invisible y superior a la nuestra, se impondrá con su criterio admirable, sin estas artificiosas y minúsculas soluciones de continuidad. El tiempo lo hará todo, sin necesitar otra cosa que tiempo...

Javier Gómez de la Serna.

MORANO EN ANDALUCIA

II

—¿El tiro?

—¡Los dos tiros! ¡El del hombre de la mesa y el del hombre del bastidor...! ¡Es decir, que la pistola de Don Alvaro era una browning milagrosa, que, solita, hacía descargas!... No sé cómo no me ahogó la ira.

—¿Y en qué otras escenas se rieron?

—En la de la camilla. Y no me llevaban comparsas, sino actores. Pero uno, el que iba delante—virtuosísimo cretino, que andaba como el pato de menos gallardía—tropezó, hizo unos volatines, y lo mismo que un mingo se mete en una tronera, introdujo la cabezota en la concha. ¡Para morirse!

—Y, dígame usted: muriéndose, ¿le ha ocurrido algo curioso?

—No, gracias a Dios. En este punto, lo curioso es que cada noche me muero de una manera distinta... y sospecho que no muy bien. Yo no sé, ni quiero saber, cómo se muere la gente. La muerte me horroriza y me asquea. La simulo, preocupándome únicamente de no repugnar. Y por eso, por no repugnar, huyo de cierto teatro.

—¿Cuál es el que más le gusta?

—El realista. Los «galanes bonitos» y los «hombres perfectos»—esos galanes y esos hombres de cartón—me hacen reir.

—¿Estudia usted mucho?

—Bastante... a mi modo. Me empapo en las obras con una lenta y continua lectura; le busco el alma—si la tiene—al personaje que he de representar, y, si se la encuentro, no me preocupo ya de nada.

—¿Y trabaja usted muchas horas?

—¡Yo!... ¡Ni un minuto! Que trabajen las bestias. Yo me divierto. Verá usted cómo. A la una, después de almorzar, entro en el escenario, y allí estoy hasta las cinco, sin privarme de ninguna voluptuosidad: ensayo, dirijo, pruebo decoraciones, veo trajes, regaño, me río, fumo, me canso de andar y de sentarme, leo, corto, ordeno... A las cinco paseo, y sigo charlando de lo que se relaciona con las comedias. Luego tomo un bocadillo y me voy de prisa al teatro, para darme el placer de caracterizarme, y, por fin, salgo a escena y me olvido de la realidad, y me escapo de la vida ordinaria, y yo no soy yo, sino el Isidoro Lechat de «El negocio es el negocio», o el Papá Juan de «El centenario», o el Pepet de «La loca de la casa», o el Pedro Crespo de «El alcalde de Zalamea»... Y, por último, en el café, ceno fuerte y hablo de mi arte hasta que se me cansa la campanilla.

—Sí que se divierte usted.

—Claro. En mi profesión tengo la fuente de mi alegría. Es mi locura. Si yo no fuese actor, no podría vivir. O, por lo menos, no podría vivir sin trabajar, porque para mí es trabajo todo lo que se hace a disgusto... Aunque sea contar millones propios.

—¿Y qué haría usted si fuese millonario?

—¡Toma! Ensayar, elogiar, reñir, caracterizarme, huir de la vida dentro de un tipo... Y sin llevar nada, graciosamente... ¡Pocas temporadas que haría yo entonces en la divina Andalucía!

J. López Pinillos.

El pavo de 1917.—Dibujo de Fz. Márquez

DEL REGIONALISMO ANDALUZ

DESHACIENDO ERRORES

Hacer una defensa de Andalucía como región; decir que el regionalismo existe en Andalucía con un vigor y una energía no superada por ninguno de los partidos políticos del turno, y que adquiere de día en día una preponderancia digna de encomio, por sus tendencias verdaderamente salvadoras de la Patria, sería descubrir «El Mediterráneo».

Pero hay, por desgracia, entre nosotros, tantos que, como dice el Evangelio, «tienen ojos y no ven, oídos y no oyen», y añadimos nosotros, y a los que quizás no les acomode ver y oir, que precisa el que, como andaluces y regionalistas, acudamos a la publicidad como propaganda de nuestros ideales y de nuestros propósitos, manifestación viva, real y tangible de las ansias de renovación y de grandeza de esta Andalucía inmortal tan desconocida, tan vejada, tan maltratada hasta que sus propios hijos, que unas veces por afanes de notoriedad y por móviles inconfesables otras, no tienen inconveniente en desconocer y aun de renegar de la madre cariñosa en cuyo regazo abrieron los ojos a la luz de su radiante sol, y cuya tierra guarda los venerandos restos de sus padres.

No he de defender la obra de

Infante «Ideal Andaluz»; ¿para qué? No necesita defensores lo que es trasunto de la realidad; lo que sentimos y pensamos todos los hijos de este noble solar, cuando, libres de prejuicios, de apasionamientos y de las miserias y pequeñeces del vivir, dirigimos la vista al ideal. La labor de Infante será apreciada y reconocida como merece por los andaluces y los que no lo son; que la justicia es compañera inseparable de la verdad.

¿Pero Andalucía es región? Esta pregunta, en labios de un analfabeto, sería disculpable; en boca de un ilustrado catedrático de la Universidad Hispalense, quizás andaluz y sevillano, es un crimen de «leso andalucismo».

Andalucía es una región perfectamente determinada y caracterizada; quizás la más caracterizada y determinada de todas las regiones de España. Es una región natural. Desde la cordillera Mariánica al mar, se extiende Andalucía, la Tartéside y la Bética de los antiguos historiadores. Despeñaperros separa Andalucía de la Mancha y de la submeseta de Castilla la Nueva; y el valle del Guadalquivir, el Nilo de la Bética, liga, como emanación de la pletórica vida de un pueblo grande, los intereses, la vida común de las ciudades que en las márgenes del «olivífero Betis», como cantaron nuestros poetas, desde los tiempos prehistóricos, se alzaron.

Y por su clima, por la riqueza de su suelo y subsuelo, por la abundante y rica flora y fauna, en la que se dan todas las manifestaciones de la Naturaleza, es esta, y siempre lo fué, la sin par Andalucía, la que cantaron los poetas y la que soñaron en poseer todos los pueblos. ¿Está bien determinado su territorio? ¿Está bien caracterizado su medio?

Ahora bien: ¿Tienen tipo étnico especial los andaluces? ¿Tienen caracteres e ideales propios? ¿La Bética tiene historia particular? ¿Tiene tradiciones culturales bastantes a determinar una característica, que la separe y distinga de las demás regiones españolas? Contestar estas preguntas es hacer un estudio prolijo y minucioso de la vida de nuestra región, de nuestra propia vida, y ello no cabe en esta labor periodística.

En Andalucía existe el regionalismo como sentimiento en el corazón y como idea en el cerebro; y si aquél ha permanecido atrofiado durante siglos y ésta no se ha manifestado hasta tiempos recientes, culpémonos a nosotros mismos, que olvidando las tradiciones de nuestro solar, las glorias de nuestra tierra, el espíritu viril de nuestros navegantes y conquistadores, los esplendores de la ciencia que durante siglos vinculamos y que irradió por el mundo desde los centros culturales de Córdoba y Sevilla, nos hemos dejado dominar por una abulia inconsciente y suicida, y de la que no han tenido escasa culpa los que por su inteligencia debieron ser los directores de nuestro pueblo, cuya conciencia no formaron, como era su deber, con la enseñanza, la predicación y ejemplo de nuestras glorias, sino con la labor crítica de un pesimismo negativo y estéril.

El centralismo, llevando a todas partes, no la unidad real, sino la unidad ficticia de un doctrinario y de un legalismo uniforme, no siempre encarnado en la realidad y en las necesidades de la vida, tuvo que crear una organización político administrativa, vacía de un ideal racional, y que imponer su voluntad y sus funcionarios, reduciendo a los pueblos al servilismo más abyecto; acostumbrando a los ciudadanos a no hacer nada, sino a esperar a que los Poderes centrales se ocupasen de todos los pormenores de su vida.

Y España, que se adelantó a todos los pueblos europeos, incluso a la misma Inglaterra—como lo acreditan los fueros de los antiguos Municipios—en la conquista de todas las libertades políticas y de autonomía municipal, ha dejado que la vida local, inerte, sin fuerzas, lánguida y perezosa, se arrastre a los pies de los modernos tiranos: los oligarcas y los caciques, que tienen su fuerza en el favor, creador de clientelas recíprocas, pues, como dice Mainout: «En este sistema de aparentes libertades, los Gobiernos son prisioneros de «harkas» de caciques, que no ven en el Estado más que el instrumento de sus ambiciones personales».

Por esto y por aquéllo, surge hoy el regionalismo andaluz. Y con la predicación y con el ejemplo, con la constancia del que cumple el sagrado deber de hacer patria, los regionalistas andaluces, conscientes de su dignidad ciudadana, laborarán siempre; y en el libro, en el periódico, en el mitin, y en la Academia, en la plaza pública, y en el hogar, animosos, optimistas, llegarán al corazón del pueblo, que es nuestro corazón, y la conciencia popular, la conciencia colectiva regional, renacerá potente y vigorosa, y Andalucía será como en otros tiempos fué: grande entre los grandes y maestra de pueblos y naciones.

La venida del señor Cambó a Sevilla tiene una importancia muy grande en orden a la relación de los ideales del regionalismo andaluz. Su ofrecimiento de volver para realizar una labor de propaganda en el próximo Enero, ha sido acogida, como no podía menos de serlo, con enorme entusiasmo. Los regionalistas andaluces, «pese a quien pese», activan sus trabajos—los Centros de Córdoba, Sevilla y Jaén bien lo acreditan—para que el pueblo andaluz despierte de su letargo, y confían en que éste, inspirándose aunque no sea más que en el egoísmo de vivir, acudirá como un solo hombre al llamamiento que el «leader» del regionalismo ha de hacerle, a que se capacite para la lucha política que se avecina, y en la que al dar la batalla a representantes de partidos políticos caducos y desacreditados, ha de surgir la verdedera representación nacional, nueva, fuerte y robusta, capaz de salvar a la Patria de la ruina que la amenaza.

El tiempo dirá si en Andalucía encontrará o no el señor Cambó un estado de opinión, un ambiente adecuado al éxito y triunfo de los ideales regionalistas.

Fernando Balcera.

Sevilla, 15 Diciembre 1917.

MOVIMIENTO REGIONALISTA EN ANDALUCÍA

I

Regionalismo, doctrina y programa regionalistas

Andalucía vive. Tiene una aspiración de vida, y esta aspiración es la esencia del regionalismo andaluz. El conocimiento de la existencia de la patria andaluza, y el análisis de las causas de distinto orden, que han determinado su debilidad actual y de los medios relativos a cumplir aquella aspiración de vital fortalecimiento y las finalidades todas de su existencia, constituyen la doctrina del regionalismo. La fórmula de las conclusiones de esta doctrina es el programa regionalista. El regionalismo andaluz tiene, pues, una esencia, una doctrina y un programa, ya definidos y concretados. Y los hombres animados por aquella esencia, inspirados por esa doctrina y sujetos a la disciplina de este programa, constituyen la fuerza organizada que mantiene el movimiento regionalista, iniciado desde hace poco tiempo en nuestra región.

La patria regional.

Andalucía es algo más que el nombre de un territorio. Es una patria. Es una personalidad, una realidad psicológica y social distinta de las demás patrias regionales o nacionales. Los andaluces tenemos una personalidad común en la de la patria andaluza, la cual resalta con intensidad suficiente para distinguirnos de los demás pueblos peninsulares. Y esta personalidad se debe al conjunto de las condiciones particulares (medio físico, raza, genio y sus creaciones e historia peculiares) que fraguaron nuestro carácter distinto y con él una privativa aspiración de vida, o una especial idealidad. La patria nacional, regional o local, no es sino una realidad que conspira a la determinación de la personalidad y a su triunfo en las esferas superindividuales, y está constituída por las condiciones que a tal fin se ordenan fundamentalmente. La madre vida por la madre mujer nos da el ser abstracto: la existencia; por la patria nos da principalmente la personalidad: la cualidad: la originalidad; esto es, la perfección privativa que establece la distinción entre los hombres, ordenada a mantener entre ellos un pugilato creador por imponer en el triunfo de la vida su respectiva cualidad. La mano educadora que modela en nuestro ser la personalidad, es ante todo movida por el espíritu del medio físico y psicológico; por el espíritu de la patria.

La existencia de la patria andaluza circunscribiéndonos en los límites de artículo, a los hechos más simples, se prueba, en lo presente, con el reconocimiento universal de los demás pueblos españoles y extranjeros: en lo pasado, con ese mismo reconocimiento testimoniado por la Historia.

Andalucía no tiene un recuerdo próximo de existencia nacional independiente como otros pueblos de la península. Todos, sin embargo, reconocen en ella un pueblo distinto. Españoles y extranjeros reconocen su personalidad diferente, sobre todo los más capacitados para este fin: los profesionales del Arte en sus manifestaciones varias. La sensibilidad del artista es balanza sutil donde se pesa la personalidad de los pueblos en su más elocuente o artística expresión. Y que pregunten a esos profesionales si al venir a Andalucía no sienten sobre sí el peso de la personalidad andaluza, y si ésta personalidad no pesa tanto como la de los pueblos de originalidad más intensa.

Contra los que dicen «Ancha es Castilla... por Andalucía», responde la misma Castilla, reconociendo, después de la Reconquista, la existencia de esta región, no obstante haberla conquistado a pedazos y con grandes intervalos de tiempo; Castilla no puede considerar como una extensión natural de sí, de su territorio y de su personalidad, una región separada de ella por la barrera de la Mariánica y por la que representa la diferente psicología de sus habitantes.

Ningún solar hay más rigurosamente demarcado que el comprendido en el anfiteatro que constituyen la Mariánica, la Penibética y las Sierras de Alcaraz, Es distinta la constitución geológica; es distinto el clima apenas remontamos la cima de los montes Marianos; ha dicho un escritor, nos rodea una naturaleza por completo indiferente. Atendiendo a razones de depografía, tal vez más bien que Costa, que quien veía en España un continente en miniatura, podamos pensar como Ganivet que en la Península existe la demarcación clara de dos nacionalidades: una al Norte, España; otra al Sur, Andalucía.

En cuanto a la constitución étnica, sobre la base primitiva de los pueblos que se destacaban en la unidad de la nacionalidad tartesa del resto de la Península, ninguna región de España ha recibido con tan-

Reparto de premios en el concurso literario organizado por el regimiento de la Reina con motivo de la fetividad de la Patrona del Arma de Infantería.

El Trio Mexican, notables bailarines que actúan con éxito en el Salón de Ramírez.

ta intensidad como Andalucía las infusiones de sangre griega, latina y árabe: ninguna con menos intensidad que ella las infusiones de sangre celta y germana.

De estos dos antecedentes ha de surgir como necesaria consecuencia la existencia de una distinción psicológica, representada por el pueblo andaluz; y, por tanto, su expresión en una distinta fisonomía moral.

La historia depone, también a favor del reconocimiento pasado del pueblo andaluz, según los datos más probables, el mismo territorio que los romanos conocen con el nombre de Bética, es la tartesia antigua; que resiste en la ulterior a la arbitraria división de España en dos provincias romanas Los godos reconocen la unidad de la Bética a pesar de su fraccionamiento intentado por Leovigildo en dos provincias administrativas. Los árabes hacen de ella el centro de su dominación peninsular, y, lo que es más significativo que cualquier otra argumentación, la reconquista de su territorio se opera por fracciones y en distintos tiempos. Los reconquistadores, no obstante, reconocen la existencia de la moderna Andalucía

Estos hechos se explican sólo por la persistencia a través de las generaciones, de un pueblo animado por el mismo genio siempre. Los conquistadores hubieron de someterse a la ley indeclinable de adaptación al medio.

El genio andaluz

El fondo purificado del genio andaluz es un optimismo consciente de la verdadera esencia y de la finalidad verdadera de la vida, infinita creadora en el tiempo, de la perfección de Dios. Y de aquí que en Andalucía, el espíritu esté saturado por la esencia bendita de santa e intensa alegría de vivir. La alegría de vivir responde a la evocación de Andalucía, como la aspiración de una flor responde su particular aroma. El ideal andaluz no es otro que el verdadero ideal de la Humanidad y de la vida contemplado a través de este cielo que es una perenne sonrisa azul. Por esto, el genio de Andalucía es un genio creador (no se escandalicen los que juzgan de nosotros por nuestra actual decadencia), enamorado de la belleza en todos sus aspectos como de la creación divina que la vida ha de realizar. Es el mismo genio de Grecia, la patria soberana del arte y de la civilización.

Además de la casi identidad del medio físico, determinó el nacimiento de esta genio la misma probable ascendencia étnica o pelásgica. Los andaluces neolíticos antes de cualquier colonización histórica, tenían una escritura de caracteres idénticos a los encontrados en Micenas, mezclados con signos representativos, en documentos arqueológicos de época posterior: caracteres que se encuentran en los alfabetos griego cadmeo, frigio y etrusco, pueblos de procedencia pelásgica. La arquitectura denominada tartesa de dolmenes cupuliformes, es de la misma inspiración que de las Micenas y sólo se encuentra desde Almería a Portugal.

Blas Infante.

De la revista «España».

El movimiento regionalista

Se está verificando en la provincia de Córdoba la constitución de importantes núcleos regionalistas, de los que con el detenimiento necesario daremos cuenta.

Ultimamente, entre otras de las que aún no estamos informados, sabemos que se ha efectuado la organización en Adamuz, Pedro Abad, Montoro, Bujalance, Cañete de las Torres y el Carpio, quedando en favorables condiciones los trabajos preparatorios realizados en Villa del Río.

En Villafranca se ha efectuado la coalición regionalista republicana en la forma testimoniada en el acta siguiente:

Sebastián Torres Rivera, secretario interino de la Agrupación Regionalista Republicana de esta villa, certifico: que en el libro de actas de esta agrupación, y bajo el folio cinco, aparece un acta que dice así:

En la villa de Villafranca de Córdoba, a veinticinco de Diciembre del mil novecientos diecisiete, reunidos los abajo firmantes y después de cambiar impresiones respecto a la política actual, vinimos a acordar:

Constituirnos en Sociedad, bajo el nombre de Agrupación Republicana Regionalista, y con las bases que siguen:

Los hombres independientes de todo caciquismo que constituyen esta localidad, se proponen renovar la vida política de Villafranca por la implantación de normas cultas y progresivas en la administración y gobierno de nuestro municipio.

Considerando que los hombres que dirigieron la vida municipal con la representación y apoyo de los partidos de turno, así como los que tuvieron con ellos contactos reprobables han fracasado en su actuación pública, hemos de procurar apartarlos de los cargos representativos.

Podrán integrar nuestra agrupación los individuos que profesen ideas republicanas, socialistas u otra tendencia revolucionaria, y aquellos ciudadanos que, sin haberse todavía definido en la vida colectiva, condenen, sin embargo, a esta monarquía española, que tantos males y desastres nos ha causado; y en este punto, como todos los que trata de carácter general, haremos nuestro el manifiesto que con fecha veintidós de Noviembre publicó el Centro Andaluz de Córdoba.

No exigimos que los que nos sigan se declaren socialistas, anarquistas o republicanos, pero no creemos que pueda lealmente convivir con nosotros el que se preste a actuar dentro del actual régimen, al que lo menos que se debe exigir son actos repetidos e importantes y trascendentales que prueben evidentemente que se ha regenerado.

Colaboraremos en toda su obra electoral y de propaganda con la coalición regionalista republicana de Córdoba, a la cual nos adherimos; y para mantener las relaciones precisas con nuestros correligionarios de Córdoba y toda la provincia, así como para cumplimentar los acuerdos que el partido adopte, nombramos la siguiente Junta provisional, que será sustituída por la Junta efectiva, cuando a juicio de los correligionarios la agrupación adquiera el desarrollo debido:

Presidente: Salvador Ortiz y Ortiz.

Secretario: Sebastián Torres Rivera.

Tesorero: Rafael Solís Jurado.

Contador: Manuel Muñoz Barrios.

Vocales: Pedro Duque Díaz, José Gómez Jurado, Bartolomé Torres Jurado, Miguel Viana Hidalgo y Juan Gómez y Gómez.

Por último, acordamos que entre la Junta directiva y personas de la agrupación se redactara el Reglamento y se dirigiera al pueblo un manifiesto, firmado por la Directiva provisional y cuantos además quieran hacerlo.

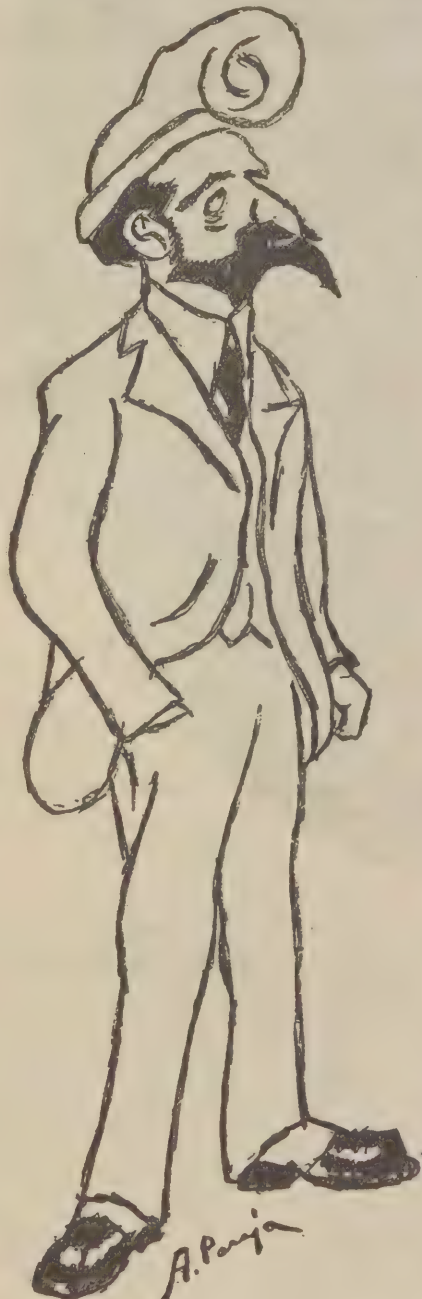
Y para que conste firmamos la presente de lo que yo como secretario certifico. Salvador Ortiz, Sebastián Torres Rivera, Rafael Solís, Manuel Muñoz, Pedro Duque, Juan Gómez, Bartolomé Torres, José Gómez, Miguel Viana, Ricardo Solís, José Segado, Bernabé Burgos, Andrés Hidalgo, Antonio Díaz, Juan Bejar, José Grtiz, Antonio Torres, Alfonso Castillejo, Rafael García Leiva, Manuel Rex Angeles, Pedro Quintana del Moral, Rafael Nieto, Francisco Pérez Tienda, Francisco Ramírez, Martín Martínez, Ildefonso Moreno, Rafael García del Prado, Francisco del Castillo, Antonio León, Juan Velasco.—Rubricados.

Y para que surta los efectos debidos ante la agrupación Regionalista Republicana de Córdoba, expido la presente con el V.° B.° del Presidente, en Villafranca 25 Diciembre 1917.—Sebastián Torresr.—V.° B.°: Salvador Ortiz.

Al mismo tiempo ha sido publicada la proclama siguiente:

A los obreros de Villafranca. Ciudadanos: Los que suscriben consideran deber ineludible de conciencia reconstituir el Partido Obrero de Villafranca con los muchos y valiosos elementos que existen en esta localidad que no están conformes con el turno caciquil forzoso establecido por los que viven a expensas del trabajador asalariado, que se valen de éste mismo para encumbrarse y encumbrar al cacique central, que se benefician del poder material y moral del proletariado, y que una vez encumbrados, ni le protegen, ni le consideran, ni aún siquiera le auxilian en las más graves y perentorias necesidades de su vida.

Nos proponemos: el mejoramiento moral, intelectual y material del obrero; defender toda causa justa y de bienestar colectivo; comba-



Don Francisco Cambó, paladín del regionalismo en España.
Caricatura de A. Pareja.

Emilia Bracamonte, bella cancionista del Salón de Ramírez.

tir la actuación política administrativa y judicial, que sólo beneficia y defiende la persona y no la causa y razón de los hechos.

Consideramos indispensable y a ello sacrificaremos todas nuestras energías:

1.° La autonomía individual, fundamento y base de las demás autonomías.

2.° La unión de todas las personas de buena fe y voluntad firme y honrada en contra del caciquismo local y central.

3.° La pureza y honradez absoluta del sufragio, único medio de redimir las Cortes, hoy esclavas, y de que ellas puedan modificar después la Constitución del Estado y redimir a España.

4.° Modificación de los principios fundamentales del Régimen actual, que carece de soluciones para los problemas que agobian y arruinan la nación; y

5.° Mantener estrecha y fraternal alianza con todos los elementos avanzados, cualesquiera que sea su nombre, siempre que rindan culto al progreso y a la reivindicación de los derechos de ciudadanía.

Los que os halléis conformes con lo expuesto, tengáis las energías suficientes para cumplir el compromiso que habéis adquirido sin ser traidores a otras obligaciones a nuestros compañeros de esclavitud, ni a la verdad y honradez de nuestros propósitos, podéis hacer constar vuestra conformidad y apoyo a nuestra redención poniendo vuestro nombre o autorizando para que sea puesto en los pliegos que a este objeto hay en el domicilio de Rafael Solís, hasta que, una vez aprobado nuestro Reglamento por el señor Gobernador civil, podamos tener domicilio oficial.

Villafranca, 25 de Diciembre de 1917.—Salvador Ortiz, Pedro Duque Díaz, Sebastián Torre, José Gómez, Francisco del Castillo, Rafael Solís, Bartolomé Torre, Manuel Muñoz, Miguel Viana, Juan Gómez, Francisco Ramírez, Bernabé Burgos, Francisco Pérez, Antonio Díaz, José Ortiz, Ricardo Solís, Andrés Hidalgo.

CUENTOS ANECDOTICOS

SIC TRANSIT...

I

Mi buen amigo Manolo Calvo—y cuenta que si era este su apellido, cerca le anda—se había hecho estimar muy cordialmente de don Antonio Cánovas del Castillo, no tanto por ser deudo cercano de personas a quienes el gran estadista malagueño trataba con intimidad, cuanto por una de sus dotes personales: era Manolo consumado poeta, y sabido es hasta qué punto gustaba D. Antonio de tratar con los que pulsaban la lira del mal correspondido amador de Dafne, y aún de protegerlos ge generosamente. ¡Dichosos tiempos aquellos en que un buen soneto se pagaba con una buena credencial! Hoy está eso perdido.

Dos circunstancias acrecentaron más y más aquel afecto. Manolo, por reveses de la voltaria suerte, había quedado pobre, con pesar de los que le conocieron viviendo con holgura; y por ley de cortesía, ya que quien no tiene miel en la orza conviene que la tenga en la boca, elogiaba con vehemencia los medianos versos que solía leerle don Antonio, suave mielecilla que sabía al hábil político a panales de la Alcarria, que allá se irán con los tan renombrados del Himato. «¡Hay que hacer algo por este muchacho!—se decía Cánovas.—Pues no sólo vive el poeta de agua de Aganipe, que al fin y al cabo no alimenta más que el agua de verdolagas, ¡hay que proteger a este cariñoso hermano en las Musas, a este crítico tan imparcial como competente!»

Así las cosas, y cuando mi amigo tenía su pensamiento a cien leguas de la política, pues solo se ocupaba en dar lucido remate a una de sus mejores leyendas, que las escribía hermosas de verdad, recibió un telegrama cuya lectura le dejó estupefacto. Decía:

«Avísate mañana gobernador civil de... (aquí el nombre de cierta capital andaluza), avisándole hoy tu ida.—Cánovas».

«¿Qué será esto?»—preguntábase Manolo, nadando su imaginación en un mar de confusiones—. Y encogiendo, al cabo, los hombros, telegrafió al gobernador aludido, y al siguiente día partió hacia aquella capital; e iba tan caviloso y hacía tantos calendarios, que le cruzaban por el magín los pensamientos con la misma rapidez con que los palos del telégrafo pasaban ante sus ojos.

Llegado el término de su viaje, admiróse por extremo de ver los andenes de la estación llenos de muy lucida muchedumbre; pero subió de

Corredores de bicicletas que intervinieron en los festejos celebrados en el barrio de San Lorenzo por los antiguos alumnos salesianos.—Fotografía de A. Torres.

Aspecto del tren descarrilado en la línea de la Sierra.—Fotografía de A. Torres.

punto su asombro cuando oyó gritar con voz estentórea:

—«¡Viva nuestro dignísimo diputado!», grito al cual respondió clamorosamente toda la concurrencia; ¡Vivaaaa!

Y tras eso, al apearse, le dieron muchos apretones de manos, y aun cariñosos estrujones de pecho y espaldas; todo entre palabras tan efusivas como ininteligibles, porque era ensordecedor el ruído que hacían aquellas entusiasmadas gentes.

Manolo se restregaba los ojos para convencerse de que no soñaba, y haciendo lo que veía hacer, también apretaba manos y abrazaba a diestro y siniestro. Al fin, poco menos que en volandas, le llevaron al lujoso landó en que, acompañado del gobernador y del alcalde, y seguido de cuarenta o cincuenta coches más, llenos y rellenos de aquella amable muchedumbre, cruzaron muchas calles y plazas, cuajadas de bullicioso gentío. Y antes de llegar al palacio del Gobierno civil, el gobernador, antiguo amigo y camarada de Manolo, le explicó, bien que ya éste se había percatado de ello, el por qué de recibimiento tan aparatoso: Cánovas, presidente del Consejo de ministros, quería que a todo trance su protegido fuese uno de los representantes en Cortes que elegía aquella capital, y dicho por Cánovas, como si Blas lo dijera: ¡punto redondo!

A la llegada al Gobierno civil hubo otras muchas presentaciones, y mientras dos bandas de música, la municipal y la de un Hospicio, solemnizaban desde la calle, a trompetazo limpio, el feliz arribo del futuro Padre de la Patria, los ciudadanos más conspícuos se disputaban la honra de conversar con el asediado huésped. La honra y el provecho; porque muchos, madrugando, le pedían que, llegada la hora, colocase al hijo, que pegaba mal en los estudios y demasiado bien en las camorras, o al cuñado cesante, al primo arruinado en el juego, y al sobrino holgazán.

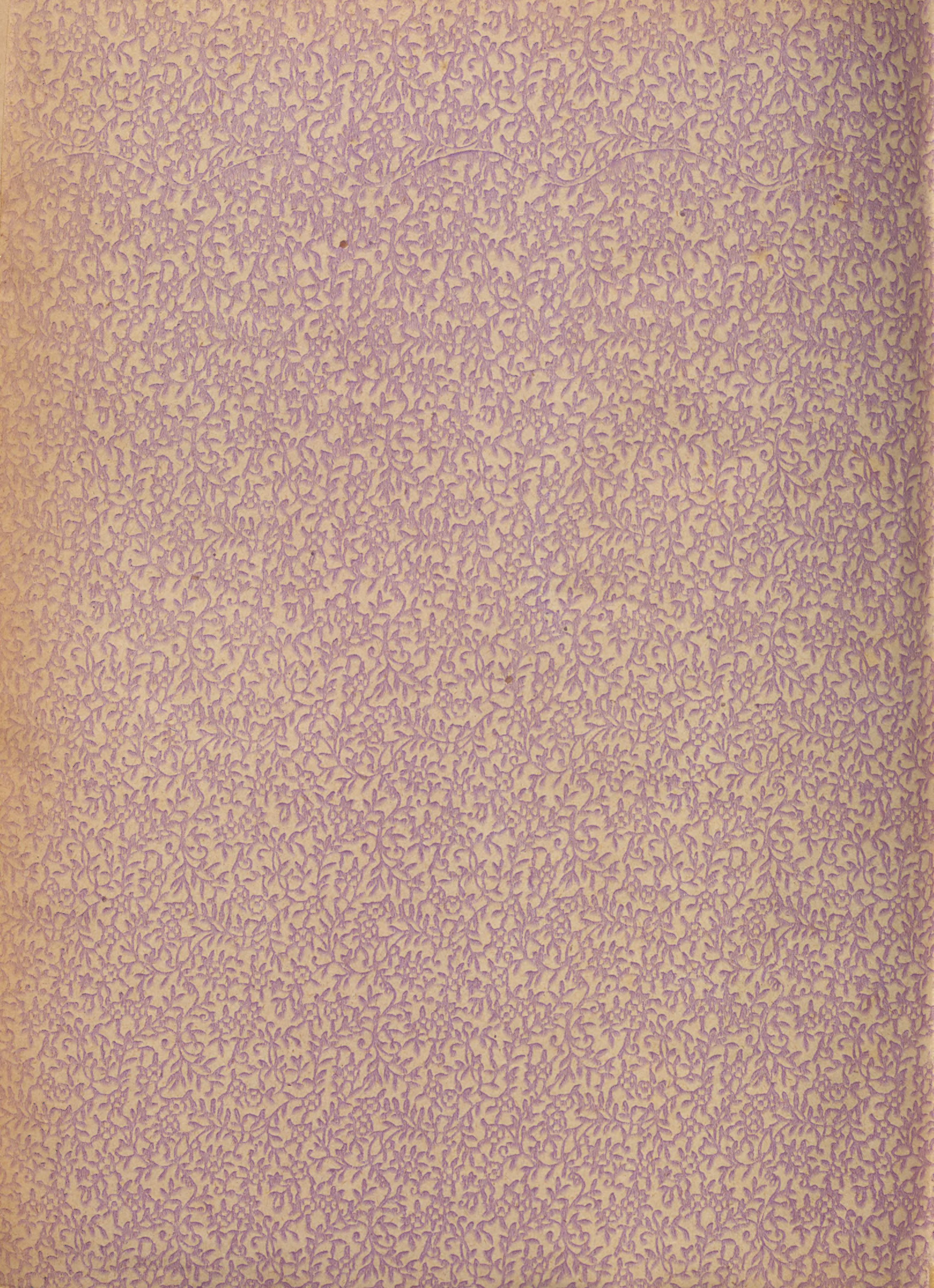
Uno le llamaba aparte para decirle muy confidencialmente:

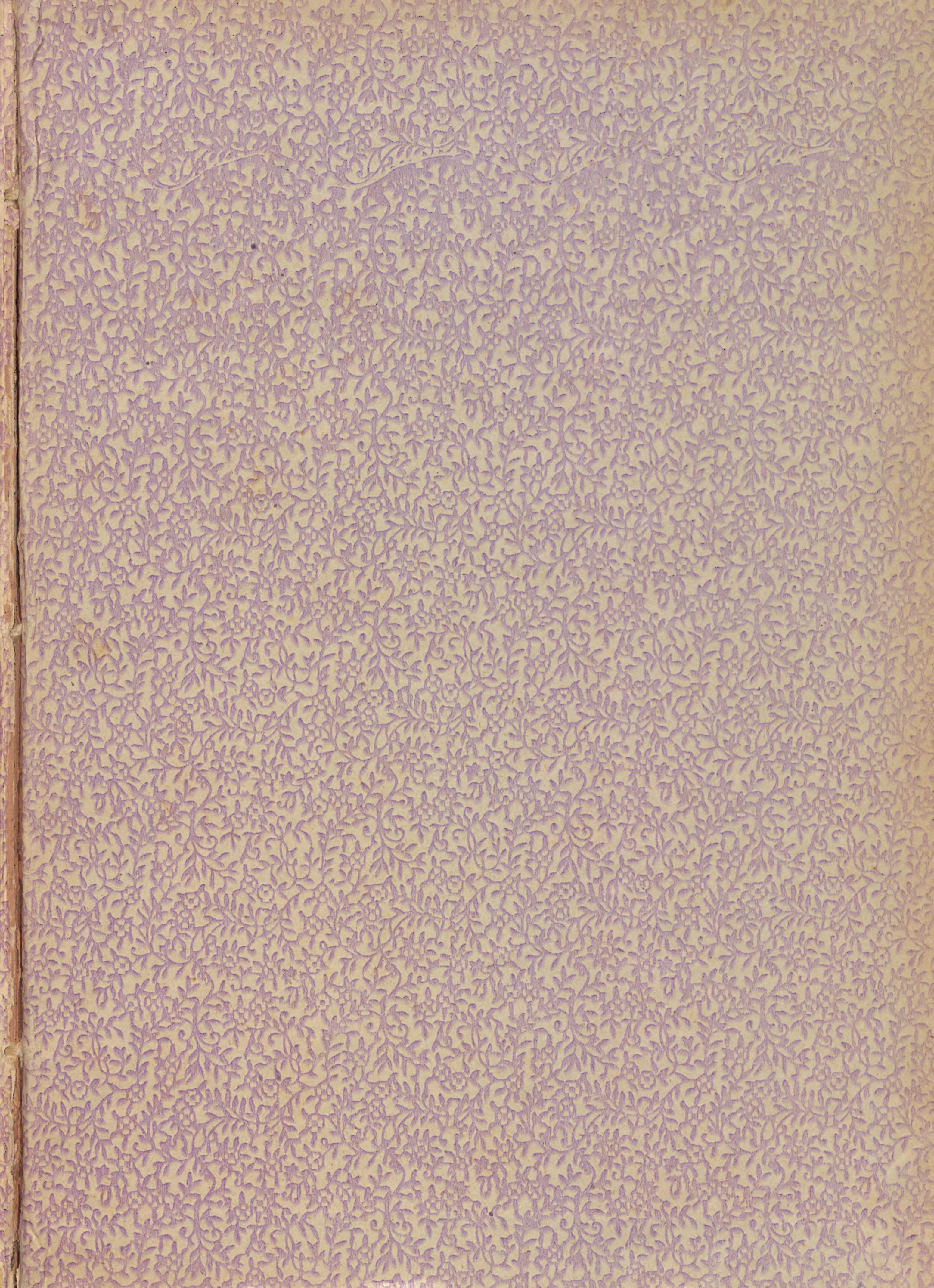
—Supongo, señor don Manuel, que prescindiremos en absoluto del conde de N.; ¡es un hombre funestísimo!

Y Manolo respondía, al oído del interpelado:

—Amigo mío, ¿qué duda tiene? ¡Con hombres como ese conde, ni a coger monedillas de cinco duros!

El Bachiller Francisco de Osúna.





CÓRDOB

REVISTA

1916=191